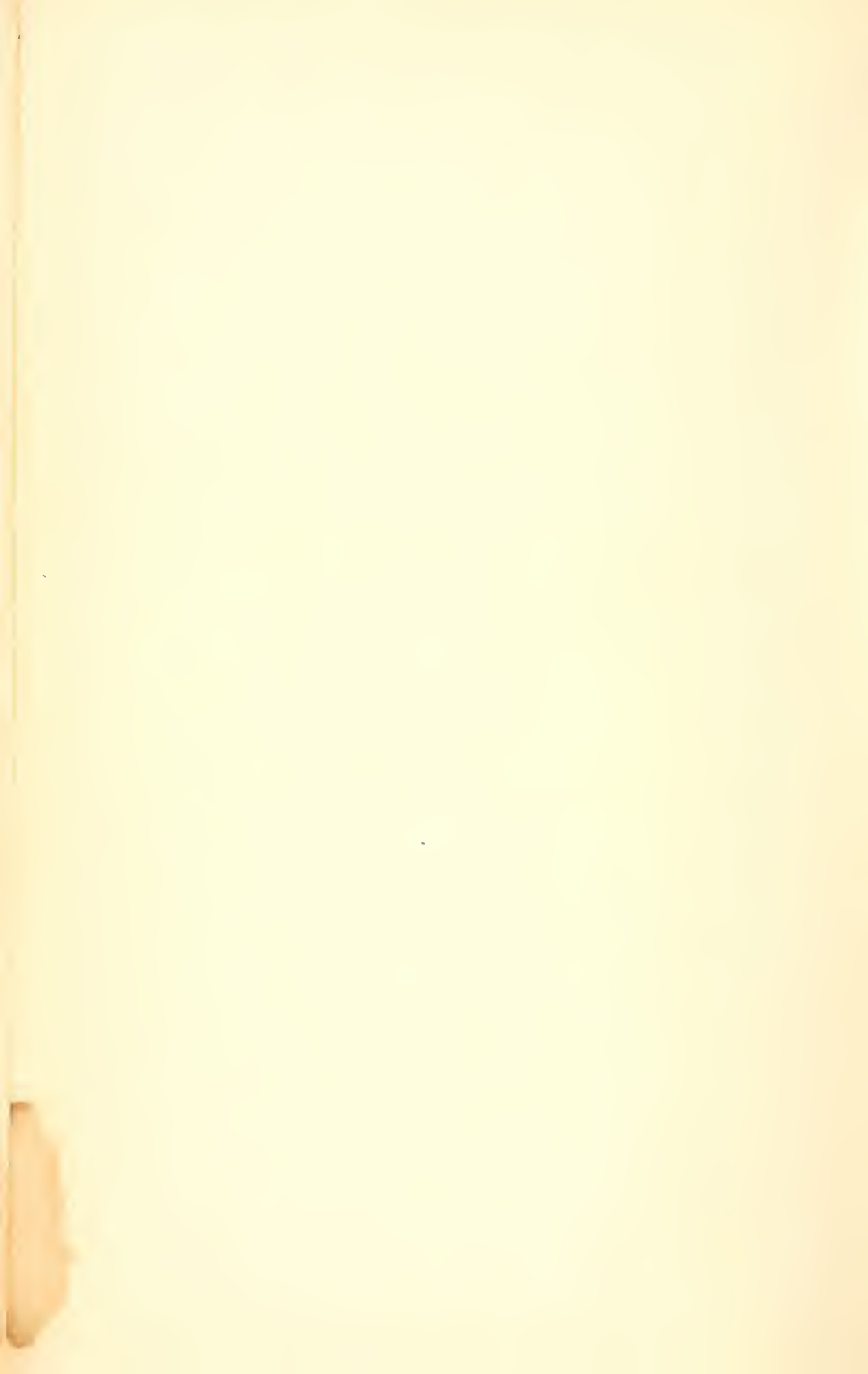












BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

---

TOMO VIGÉSIMOCUARTO.

---

24





LS.C  
B5823

BIBLIOTECA

DE

# AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

24

---

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,

JUNTAS EN COLECCION Y ORDENADAS

POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

---

TOMO PRIMERO.

---



MADRID.

IMPRENTA Y ESTEREOTIPÍA DE M. RIVADENEYRA,  
SALON DEL PRADO, 8.

1853.

PQ

6171

A2B5

t.24

21161  
C.

## PRÓLOGO DE ESTA EDICION.

---

IBA cayendo el sol, y acercábase á la peripecia última, precursora del desenlace, una comedia que en un teatro de Madrid (ó *corral*, como solia entonces decirse) representaban cuatro galanes, dos damas, un barba, dos graciosos, dos graciosas y otros actores de clase inferior, ante una porcion de espectadores, con sombrero calado, como quienes encima de sí no tenian otra techumbre que la del cielo. Ya la primera dama habia hecho su postrera salida con el mas rico traje de su vestuario: absorto su amante del señoril porte de aquella mujer, que, siendo una humilde criada, sabia, sin embargo, llevar el pomposo guardainfante, como si en toda su vida no hubiese arrastrado otras faldas; ciego de pasion y atropellando los respetos debidos á su linaje, se habia llegado á ella, y asiéndole fuera de sí la mano, le habia ofrecido la suya. El galan segundo se habia opuesto resueltamente á la irregular y precipitada boda; pero al oir que la supuesta Isabel tenia por verdadero nombre el ilustre de doña María Guzman y Portocarrero, y era, aunque *moza de cántaro*, parienta del duque de Medina, su resistencia habia desaparecido. Hecha pues una gran reverencia muda á la novia, se adelantó el actor á la orilla del tablado para dirigir esta breve allocucion al público:

Aquí  
Puso fin á esta comedia  
Quien, si perdiere este pleito,  
Apela á *Mil y Quinientas*.  
MIL Y QUINIENTAS ha eserito:  
Bien es que perdon merezea.

De las gradas y barandillas, de las ventanas y desvanes, de todos los asientos, pero principalmente de los que llenaban el patio, hubo de salir entonces, entre ruidosas palmadas, un grito unánime de admiracion, de entusiasmo y orgullo nacional justísimo. « ¡Vitor, LOPE! » clamaba aquella alborozada multitud una vez y otra; « ¡Viva el *fénix de los ingenios*! ¡Viva LOPE DE VEGA! »

¿Quién era LOPE?

FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO, en el año de 1632, en que suponemos repetida con el final preinserto *La moza de cántaro*, comedia escrita con diferente conclusion, á fines de 1625, era un sacerdote septuagenario, caballero del hábito de San Juan, príncipe de la poesía española, milagro de la naturaleza, pasmo del orbe.

A los once años habia escrito su primera composicion dramática.

A los cuarenta y uno ya llevaba escritas doscientas treinta.

Seis años después habia doblado el número con exceso : contaba cuatrocientas ochenta y tres.

De cincuenta y seis años era autor de ochocientas.

Dos años después tenia cien comedias mas, novecientas.

Cumplia sesenta y dos años, y léjos de menguar su fecundidad poética, escribia mas comedias al año que nunca : no pasaban de mil y setenta las que tenia repartidas por los teatros del reino hasta entonces ; mil y quinientas eran á los setenta. Cincuenta y cuatro comedias por año habia producido en edad tan poco á propósito así para el trabajo corporal recio como para tareas penosas del espíritu ; en solas veinte y cuatro horas, mitad en un dia y mitad en otro, componia LOPE un drama de dos mil y cuatrocientos versos ó mas : agigantado y poco menos que increíble esfuerzo, que habia repetido en su vida, no dos ni tres ni diez veces solas, sino mas de ciento.

Además de las mil y quinientas comedias, habian brotado de su inagotable pluma unos cuatrocientos autos, diez novelas, diez poemas mayores y otros menores ; epístolas, églogas, entremeses, loas y otra multitud de composiciones, con las cuales (aunque no en su totalidad) el impresor don Antonio de Sancha formó una coleccion de veinte y un tomos en 4.º, que principió á publicarse en Madrid el año de 1776.

Si todas las obras de LOPE se conservaran, ellas solas formarian mas de cincuenta y ocho tomos como los de esta BIBLIOTECA ; de catorce á quince, lo menos, se necesitarian para incluir las que aun pueden hallarse. No cabe en nuestra BIBLIOTECA tanto ; no querrian nuestros lectores tal número de volúmenes de un autor mismo : nos es necesario escoger. Se darán pues tres tomos de *comedias* y uno de *obras sueltas escogidas de LOPE*, donde se procurará reunir lo mejor que compuso y lo que mas propiamente sirva para conocer sus facultades en todos géneros y el desarrollo sucesivo de su número poético. En el último tomo irá un catálogo de todas las comedias de LOPE, con una breve noticia del argumento de las que he podido haber á las manos y quedan fuera de la coleccion. Al catálogo acompañarán observaciones y noticias sobre varios dramas, y, sujeto en lo posible á orden cronológico, reparará la casi arbitraria colocacion que lleven las comedias en los tres tomos : al terminar el último sabré de esto algo mas que ahora.

Una buena biografía de LOPE haria muy al caso á este primer tomo de sus comedias escogidas. Tiempo há que pensaba escribirla un autor de gran erudicion é ingenio, hábil, y felicísimo sobre todo, para buscar y hallarse á medida de su deseo cuantos documentos necesitare : imprudencia seria empenarme yo en hacer como cualquiera lo que otro puede como ninguno. Mientras el futuro biógrafo de LOPE da á luz su obra, súplala imperfectamente la que nos dejó el doctor Juan Perez de Montalban, agregándosele aquí algunas noticias tomadas del *Diccionario de hijos ilustres de Madrid*, que escribió el diligentísimo don José Alvarez y Baena, y alguna tambien del señor Adolfo Federico de Schack, autor de una historia excelente del teatro español,



publicada en Berlin ocho años há. Con la *Fama póstuma de Lope*, obra de Montalban, su discípulo, con el bien razonado juicio acerca del *Fénix de los ingenios* que incluyó en su *Manual de literatura* el excelentísimo señor don Antonio Gil de Zárate, y un atinado artículo del señor don Adolfo de Castro, sobre el carácter de LOPE, que apareció en las columnas del *Semanario pintoresco*, y se reproduce aquí, junto á lo demás que va mencionado, tiene á mi entender el lector lo bastante para saber qué estimacion se hizo de LOPE en su siglo y en el pasado, cómo se le aprecia en el día y cuál concepto debe merecer en todas las edades.

Veinte y siete comedias comprende este tomo, nueve con prólogo ó dedicatoria del autor, que siempre nos dice allí alguna cosa útil de saber. La de *El verdadero amante*, primera que doy, está dirigida por FREY LOPE FELIX á Lope de Vega, su hijo, y aparece impresa con la nota de *primera comedia* de nuestro autor. A pesar de tal calificación, debida simplemente al impresor que publicaba el tomo XIV de LOPE, *El verdadero amante* no es su primera obra dramática, sino la mas antigua de las que de él conocemos. LOPE la compuso, segun afirma él propio, cuando tenia los años que entonces su hijo : este contaria sobre catorce años de edad cuando su padre le dedicaba *El verdadero amante* ; LOPE no aguardó á su décimocuarto abril para producir su primera obra escénica. «Las escribí de once y doce años,» dice en el *Arte nuevo de hacer comedias*. Hubo, sí, de retocarla después, porque las primeras de LOPE salieron divididas en cuatro actos, y *El verdadero amante* aparece en tres, aunque se nota que el primero contiene casi tantos versos como juntos los otros ; prueba de que al modificar LOPE este drama, refundió los dos primeros actos originales en uno.

*El verdadero amante*, además de ser uno de los primeros ensayos de LOPE, reúne la circunstancia de una extraordinaria rareza : yo, por lo menos, nunca la he visto sino en el ya citado tomo XIV de LOPE, de cuya coleccion de comedias en veinte y cinco, apenas se halla ejemplar completo en el mundo. En el mismo caso están *El bobo del colegio*, *La discreta enamorada*, con cuyo argumento tiene no poca semejanza *La escuela de las mujeres* de Molière, *La corona merecida* y *El ausente en el lugar*, una de las fábulas buenas de LOPE. Seis de las mas difíciles de encontrar sueltas van en este tomo.

*La estrella de Sevilla*, *La viuda valenciana*, *La noche toledana*, *La dama boba*, *Los melindres de Belisa*, *Quien ama no haga fieros*, *Lo cierto por lo dudoso* y *La moza de cántaro* eran muy conocidas del público desde que aparecieron refundidas en el teatro ; las ediciones antiguas se habian hecho tambien muy raras.

De *La niña de plata*, *El perro del hortelano*, *Las flores de don Juan*, *Los Tellos de Meneses* y *El premio del bien hablar* hay varias ediciones modernas, pero faltas de trozos y aun de escenas considerables, que se han restablecido en esta reimpression, siguiendo el texto autorizado por LOPE, es decir, el de la coleccion suya, que inspeccionó en la mayor parte. Así, de los veinte y siete dramas insertos en el presente volumen, seis apenas eran conocidos, siete no se hallaban en el comercio de libros, y otros seis solo aparecian incompletos y viciados. El tomo primero pues de las come-

días escogidas de LOPE DE VEGA, por el eminente mérito del autor y por los escritos de que consta, debe merecer la atencion del público.

Todas las comedias del tomo, á excepcion de la primera y la última, van divididas en escenas, por las razones, buenas ó malas, que alegué al reimprimir en parte el teatro del maestro Tirso de Molina. No he respetado la ortografía de las ediciones antiguas, pero si la doble pronunciacion de algunos vocablos en aquel tiempo. Puntúo las cláusulas y acentúo las vocales segun hoy se estila; escribo, por ejemplo, *haber* en lugar de *aver*, *Zaragoza* por *Çaragoça*, *Juan* en lugar de *Iuan*, *nube* en lugar de *nuue*; pero imprimo unas veces *de esto*, *de ello*, *de él*, y otras *dél*, *dello* y *desto*; aquí *decidle*, allí *decilde*; tan pronto *doctor*, *efecto*, *concepto*, *envidia*, *recibir* y *ahora*, como *dotor*, *efeto*, *cònceto*, *invidia*, *recebir* y *agora*; *descender* y *decender*, *adivinar* y *adevinar*, *perfeccion* y *perfeccion*, *ansi* y *asi*. *propio* y *proprio*, *escuro*, *obscurro* y *oscuro*, etc., etc. De un modo y otro se decia; de un modo y otro puede escribirse.

De la correccion del texto no debo tratar: el de variás comedias aparece alterado; algunas correcciones he hecho, muchas he omitido porque no veia clara la enmienda. *La estrella de Sevilla*, esa tragedia célebre, donde se admiran situaciones tan bellas y tan felices rasgos, carece de sentido en varios pasajes, mutilados oprobiosamente: supresiones ó añadiduras mal hechas embrollan su desenlace de tal manera, que apenas se entiende la intencion del autor. En *La niña de plata*, que debe ser obra de LOPE y otro, aparecen en el acto 3.º dos personajes con los nombres trocados. La segunda parte de *Los Tellos de Meneses*, compuesta en el mismo año que *La moza de cántaro*, está escrita en estilo tan diferente, que en conciencia no se la debe tener por obra de LOPE; en su totalidad no lo es de seguro. Sobre estos y otros semejantes puntos se hablará en las notas.

Reunir en tres tomos las mejores comedias de LOPE y otras que son recomendables por varios títulos es el fin que me he propuesto al emprender esta coleccion: no se me pida mas. LOPE, la mayor gloria de nuestro teatro, una de las mas grandes de España, el poeta con mas facultades de tal que hubo en el mundo, merecia una edicion monumental y completa de sus obras, no este pobre y desmedrado rebusco: si puede servir de algo á los que emprendan otras mejores, me dará por contento.

Los amigos que, tan generosos como siempre, me han facilitado sus libros para reimprimir ó cotejar algunas de las piezas incluidas en este volúmen, los señores don Agustín Duran y don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, reciban el sincero testimonio de gratitud que les es debido. Mas cabal quisieran algunos eruditos á LOPE: yo tambien; pero hágala yo, hágala otro, no ha de ser esta su postrera edicion. Mientras se hable castellano en el mundo, y aun después que nuestros sucesores dejen de hablarlo, tendrá quien reproduzca sus admirables páginas el padre feliz, el portentoso creador de la escena española.



# FAMA PÓSTUMA

A LA VIDA Y MUERTE

## DEL DOCTOR FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,

ESCRITA POR EL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALBAN,

NATURAL DE MADRID Y NOTARIO DEL SANTO OFICIO.

(Madrid, en la imprenta del Reino, año 1656. Reimpresa en las Obras sueltas de LOPE, Madrid, 1776, tomo xx.)

Félix de Vega y Francisca Fernandez, él hidalgo de ejecutoria y ella noble de nacimiento, y vecinos entrambos de la ilustre villa de Madrid, fueron los felicísimos padres del doctor FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO (A), portento del orbe, gloria de la nación, lustre de la patria, oráculo de la lengua, centro de la fama, asumpto de la invidia, cuidado de la fortuna, fénix de los siglos, príncipe de los versos, Orfeo de las ciencias, Apolo de las musas, Horacio de los poetas, Virgilio de los épicos, Homero de los heroicos, Píndaro de los líricos, Sófocles de los trágicos y Terencio de los cómicos; único entre los mayores, mayor entre los grandes, y grande á todas luces y en todas materias.

Nació en Madrid en casas de Jerónimo de Soto, en la puerta de Guadalajara, á 25 de noviembre, año de 562, día de San Lope, obispo de Verona. Bautizóse en 6 de diciembre en la iglesia parroquial de San Miguel de los Octoes, siendo cura el licenciado Muñoz, y padrinos Antonio Gomez y Luisa Ramirez, su mujer. A los dos primeros abríles de su edad, ya en la viveza de sus ojos, ya en el donaire de sus travesuras, y ya en la fisonomía de sus facciones, mostró con los amagos lo que después hizo verdad con las ejecuciones. Iba á la escuela, excediendo conocidamente á los demás en la cólera de estudiar las primeras letras; y como no podia por la edad formar las palabras, repetía la lección mas con el ademán que con la lengua. De cinco años leía en romance y latin; y era tanta su inclinación á los versos, que mientras no supo escribir, repartía su almuerzo con los otros mayores porque le escribiesen lo que él dictaba. Pasó después á los estudios de la Compañía, donde en dos años se hizo dueño de la gramática y la retórica; y antes de cumplir doce tenía todas las gracias que permite la juventud curiosa de los mozos, como es danzar, cantar y traer bien la espada, quizá porque sabía que tocaba al buen poeta la noticia destas tres artes, como lo advierte Horacio en su sátira nueve, diciendo que los versos medidos tienen cierto parentesco con los compases de los pies en el ejercicio de danzar, con el movimiento de las manos en la destreza de las armas, y con la entonación de las voces en la armonía de la música.

Viéndose ya mas hombre, y libre del miedo de su padre, que ya habia muerto, ambicioso de ver mundo y salir de su patria, se juntó con un amigo suyo, que hoy vive, llamado Hernando Muñoz, de su mismo genio, y concertaron el viaje, para cuyo intento cada uno se previno de lo necesario: fuéronse á pié á Segovia, donde compraron un rocin en quince ducados, que entonces no sería malo, por el valor que tenía el dinero: pasaron á La-Bañeza, y últimamente á Astorga, arrepentidos ya de su resolución, por verse sin el regalo de su casa; y así, determinaron volverse por el mismo camino que llevaron; y faltándoles en Segovia el dinero, se fueron entrambos á la platería, el uno á trocar unos doblones y el otro á vender una cadena. Pero apenas el platero (escarmentado quizá de haber comprado mal otras veces) vió los doblones y la cadena, claro está, pensó lo peor, pero lo posible, y dió parte á la justicia, que luego vino y los prendió; mas el juez, que debía de estar bien con su conciencia, habiéndoles tomado su confesion, y viendo que decían entrambos verdad, porque decían una misma cosa, y que su culpa era mocedad, y no delito, y en efeto que su modo, su hábito y su edad no daban indicios de otra cosa, les dió li-

bertad, y mandó que un alguacil los trujese á Madrid y los entregase á sus padres con los doblones y la cadena; lo cual se ejecutó brevemente y á poca costa: tanta era entonces la justificación de los ministros, que el día de hoy, para ocho días de pleito no hubiera hartó en un patrimonio. Luego que llegó á Madrid, por no ser su hacienda mucha y tener algun arrimo que ayudase á su lucimiento, se acomodó con don Jerónimo Manrique, obispo de Ávila, á quien agradó sumamente con unas églogas que escribió en su nombre, y con la comedia de *La pastoral de Jacinto*, que fué la primera que hizo de tres jornadas, porque hasta entonces la comedia consistía solo en un dialogo de cuatro personas, que no pasaba de tres pliegos, y destas escribió LOPE DE VEGA muchas, hasta introducir la novedad de las otras; para que sepan todos que su perfección se debe solo á su talento, pues las halló rústicas y las hizo damas; y cuantos después acá las han escrito (aunque alguno barbaramente lo niegue), ha sido siguiéndose por esta pauta, como los que aprenden á escribir, que ponen la materia del maestro debajo del papel, para imitarle en el brioso desempeño de los rasgos y en la perfecta forma de las letras. Los aplausos que se le siguieron con el nuevo género de comedias fueron tales, que le obligaron á proseguirlas con tan feliz abundancia, que en muchos años no se vieron en los rótulos de las esquinas mas nombres que el suyo, heroicamente repetido. Mas pareciéndole que seria importante saber de raíz la filosofía, para no hablar en ella acaso (desgracia que sucede á muchos), hizo eleccion de la insigne universidad de Alcalá, donde cursó cuatro años hasta graduarse, siendo el mas lucido de todos sus concurrentes, así en las conclusiones como en los exámenes. Supo que estaba el señor duque de Alba en Madrid, y vino á verle y á besarle la mano, de que se holgó su excelencia mucho, porque le amaba con extremo; y así lo mostró ofreciéndole su casa, y haciéndole, no solo su secretario, sino su valido: favor que pagó LOPE con escribir á su orden la ingeniosa *Arcadia*, enigma misterioso de sujetos altos, desalumbrado en el rebozo de pastores humildes.

Perseveró en esta privanza mucho tiempo, ya estando con su excelencia en Alba, y ya viniendo á la corte á sus negocios, hasta que, enamorado de doña Isabel de Urbina, hija de don Diego de Urbina, rey de armas y muy conocido en esta villa, hermosa sin artificio, discreta sin bachillería y virtuosa sin afectación, se casó con ella, con permission de los deudos de entrambas partes. Mas el desden de la fortuna, que siempre mira con ceño la quietud de las seguridades, desbarató á LOPE todas estas glorias: ¡qué mucho, si los méritos y las desdichas se dan las manos tan fácilmente! Es pues el caso, que había en este lugar un hidalgo entre dos luces (que hay tambien crepusculos en el origen de la nobleza como en el nacimiento del día), de poca hacienda, pero de mucha maña para comer y vestir al uso, sin mas oficio que la asistencia en las conversaciones, donde pedia barato con desahogo á título de decir donaires á los presentes y cortar de vestir á los que no estaban delante. Supo LOPE que una noche había entretenido la ociosidad del auditorio á su costa, y disimuló la descortesía, no por temor, sino por desprecio; que hay hombres que aun no merecen la ira del ofendido; mas viendo que porfiaba en su civil tema, cansóse, y sin tocar en la sangre ni en las costumbres, que lo primero es impiedad y lo segundo despropósito, le pintó en un romance tan graciosamente, que causó en todos risa, pero no escándalo; que en los versos escritos sin odio y con buen gusto cabe el donaire, pero no la injuria. Picóse el tal maldiciente con grande extremo; que hay hombres que apodan á todos, y en diciéndoles algo á ellos pierden el juicio, y remitió su defensa á la espada, enviando á LOPE un papel de desafío: lance de que salió tan airoso, que dejó calificado su brio y enmendada la condicion de su contrario (B). Este y otros desaires de la fortuna, ya negociados de su juventud y ya encarecidos de sus opuestos, le obligaron á dejar su casa, su patria y su esposa, con harto sentimiento; si bien se le templó la cortesana acogida que le hizo la ciudad de Valencia y sus ciudadanos mientras fué su huésped. Después de algunos años que estuvo en los reinos, los afectos naturales de la patria, las floridas riberas de Manzanares, objeto lirico de su pluma, y los justos deseos de ver su esposa, le restituyeron á sus brazos con tan destemplado contento, que se temió su vida en el mismo regocijo; que es tanto el melindre de nuestra salud, que peligra en el gozo como en la pena; si no es que fuese ensayo del dolor que le estaba esperando, pues dentro de un año (C) el agudo acero de la muerte, que corta y deshace las mas firmes lazadas, se la quitó intempestivamente de los ojos; golpe que le partió el corazon por medio, y que solo pudo hacerle sufrible el respeto á la mano que le tiraba. Sucedió esta desgracia en ocasion de efectuarse la jornada de Inglaterra, que alentaba el generoso brazo del excelentísimo señor duque de Medina-Sidonia, á cuya sombra se alistó de soldado, con ánimo de perder la vida, porque acabasen con ella sus congojas. Salió de Ma-



drid, atravesó toda la Andalucía, llegó á Cádiz y pasó á Lisboa, donde se embarcó con un hermano suyo que tenia alférez, y habia muchos años que no se vian; placer que tambien le duró pocas horas, porque en una refriega que tuvieron con ocho velas de holandeses, le alcanzó una bala y murió en sus brazos. Y como sea verdad que nunca viene un pesar solo, porque siempre el que se padece es vispera del que ha de seguirse, sucedió tras tantos azares, que el viento (tirano príncipe de las provincias de Neptuno) con una borrasca continuada malogró, á pesar de la razon y de la justicia, el noble coraje de tantos esforzados leones, cuyo lamentable suceso volvió á Madrid á nuestro LOPE mas aprisa que imaginó su ardimiento; donde viéndose no muy sobrado, sirvió al marqués de Malpica de secretario, y luego con el mismo oficio al conde de Lémos, que fué el último dueño que tuvo, y que le tuviera siempre, si no le cautivara la belleza de doña Juana de Guardio, hija tambien de vecino de Madrid, con quien repitió el matrimonio, y de quien tuvo varon y hembra, que es la mayor dicha que pueden tener los casados, porque el padre quiere á la hija y la madre al hijo, cada uno encareciendo su amor y su gusto; si bien á los seis años murió Cárlos, que era el primogénito, y quedó sola doña Feliciana de la Vega, que hoy vive casada con Luis de Usategui. Sintió la madre la falta de su hijo con tan verdadera fatiga, que nunca volvió en su antigua salud, y á la primera enfermedad murió en ocho dias; que una calentura sobre una pesadumbre, de derecho pide la mortaja (D). Quizá para mas bien de la difunta y para mayor desengaño de LOPE, que viendo en aquella profanada belleza desteñida la púrpura de sus mejillas, ajada la nieve de su frente, macilento el color de su semblante, quebrados los cristales de sus ojos, traspilladas las perlas de sus dientes, helados los marfiles de sus miembros y desconocidas las señas de sus facciones, se resolvió á no admitir tercero casamiento y á buscar nuevo modo de vida humana que le asegurase la divina, para cuyo efeto dejó de raíz cuantos estorbos le pudieran embarazar en el siglo. Retiróse de las ocasiones mas leves; trató solo del remedio de su alma; solicitó el hábito de la sagrada orden Tercera, entró en la congregacion del Caballero de Gracia, acudió al servicio de los hospitales, ejercitóse en muchas obras de misericordia, visitó el templo de Nuestra Señora de Atocha, de quien era muy apasionado, los sábados por voto y todos los dias por devocion; y últimamente, resuelto á lo mejor, se fué á Toledo y volvió sacerdote. Confesóse generalmente. Dijo la primera misa en el Cármen descalzo, donde tenia su confesor. Hizo un oratorio en su casa, no solo curioso, sino rico, donde celebró todos los dias, menos los precisos de la parroquia y los que dispensaba al amor de una deuda religiosa que tiene en las Trinitarias descalzas. Y sabiendo que habian hecho los sacerdotes naturales de Madrid una venerable y santa congregacion, cuyo fin es enterrar los clérigos que mueren pobres, vestir á los desnudos, libentar á los presos y ayudar con dinero á los menesterosos, metió una peticion para ser admitido, que al punto se decretó; y fué tan perfecto congregante, que jamás faltó á entierro ni á ejercicio de caridad ninguno; y así, con mucho exceso de votos le propuso la Congregacion para capellan mayor suyo; y quiso la suerte que de cuatro que entraron en ella saliese él solo, que, confesando su insuficiencia para tanto peso, admitió el cargo, abrazó á todos, y cumplió con sus obligaciones tan liberal como cuidadoso.

Con este concierto de vida pasó muchos años, viviendo siempre con tanta atencion á su conciencia, con tanto respeto á su estado, con tanto despegó al siglo, con tanto afecto á la virtud, con tanto descuido de su vida y con tanto cuidado de su muerte, que parece la descaba ó la suponía muy cerca, porque con mucho tiempo hizo su testamento, en que dejaba, después de las mandas precisas, por muestra de su amor y para memoria de su voluntad, al señor duque de Sesa un retrato suyo de grande estimacion y todos los papeles que se hallasen; al secretario Juan de Piña, por su confidente mas antiguo, cincuenta cuerpos de libros de su estudio, que escogiese á su voluntad; á Alonso Perez de Montalban, por amigo verdadero del alma, un cuadro de nuestra Señora y san José, que llevaba al niño Jesus de la mano; al doctor Francisco de Quintana, por virtuoso, por docto y por muy apasionado suyo, un lienzo de la Fortuna que navegaba el mar, puesto el pié derecho sobre una bola; al licenciado José de Villena, por solícito en juntar sus obras para tenerlas como reliquias de tal ingenio, una lámina curiosa; á don Luis Fernandez de Vega, por el deudo que tenian sus casas en la montaña, y porque siempre fué su amigo íntimo y le fió sus pensamientos, un relicario de Roma; y á mí, por su alumno y su servidor, un cuadro en que estaba retratado cuando era mozo, sentado en una silla y escribiendo sobre una mesa que cercaban perros, monstruos, trastos, monos y otros animales, que los unos le hacian gestos y los otros le ladraban, y él escribía sin hacer caso dellos.

No se fiaba de su salud, con ser tan buena, porque sabia que cualquier enfermedad tiene mas peligro en los hombres muy sanos que en los muy achacosos. Fuera de que habia tenido de un año a esta parte dos disgustos (como si para una vida no bastase uno) que le tenian casi rendido á una continua pasion melancólica, que ahora nuevamente se llama hipocondriaca. Viéndole Alonso Perez de Montalban, su amigo, tan triste, le convidó á comer el dia de la Transfiguracion, que fué á 6 de agosto; y después de haber comido, estando todos tres discurriendo en varias materias, dijo que era tanta la congoja que le afligia, que el corazon no le cabia en el cuerpo, y rogaba á nuestro Señor que se la templase con abreviarle la vida, como fuese en servicio suyo. Respondile yo entonces: «No piense vuestra merced en eso; que yo confio en Dios y en la buena complexion que tiene, que se le ha de acabar ese humor y le hemos de ver con la misma salud de hoy en veinte años.» Y replicó con un género de ternura: «¡Ay, Doctor! ¡plegue á Dios que salgamos deste!» No se engañaba, no; que todas eran diligencias del corazon, que siempre trata verdad á su dueño, y en estas ocasiones hace lo que los señores cuando caminan, que envian los criados delante para que les tengan prevenido el aposento. Habia de morir LOPE muy presto, y su corazon, que, profeta, lo adivinaba, enviábale los suspiros adelantados porque tuviese los desengaños prevenidos; pues á 18 del mismo mes, viérnes, dia de San Bartolomé, se levantó muy de mañana, rezó el oficio divino, dijo misa en su oratorio, regó el jardin y encerró en su estudio; á mediodia se sintió resfriado, ya fuese por el ejercicio que hizo en refrescar las flores, ó ya (como afirman los mismos de su casa) por otro mas alto ejercicio, hecho tomando una disciplina (costumbre que tenia todos los viérnes en memoria de la pasion de Cristo nuestro Señor), y averiguado con ver en un aposento donde se retiraba salpicadas las paredes y teñida la disciplina de reciente sangre: así la virtud suele disimularse en los que son buenos, sin hacer ruido ni andar melancólicos ni mal vestidos; que la virtud no está reñida con el aseo, que se queda en el término de la modestia; y si la mortificacion es indicio de la santidad, tambien es instrumento de paliar los vicios la hipocresía. Con sentirse indispuerto LOPE, y tener licencia para comer carne por un corrimiento que padecia en los ojos, comió de pescado; que era tan observante católico, que hacia escrúpulo, aunque lo murmurase su achaque, de faltar á las órdenes de la Iglesia. Estaba convidado para la tarde para unas conclusiones de medicina y filosofia, que defendió tres dias el doctor Fernando Cardoso, gran filósofo y muy noticioso de las buenas letras, en el seminario de los escoceses; y hallóse en ellas, donde le dió repentinamente un desmayo, que obligó á llevarle entre dos de aquellos caballeros á un cuarto del doctor don Sebastian Francisco de Medrano, muy amigo suyo, que está dentro del mismo seminario, donde sosegó un poco, hasta que en una silla le trujeron á su casa. Acostóse, llamaron los médicos, que, informados de que habia comido unos huevos duros y unos fideos guisados, presumiéndole embarazado el estómago, le dieron un minorativo para purgalle; y luego, porque la calentura lo pedia, le sangraron, si bien le descaeció la falta de la sangre, aunque no era buena. Pasó acaso por la misma calle el doctor Juan de Negrete, médico de cámara de su majestad (que este título y sus aciertos son buenas señas de su talento, de su ciencia y de su experiencia), y diciéndole que estaba LOPE DE VEGA indispuerto, le entró á ver, no como médico, porque no era llamado, sino como amigo que deseaba su salud. Tomóle el pulso, vióle tambien la fatiga del pecho, reconoció la calidad de la sangre y previno el suceso, diciéndole con mucha blandura que le diesen luego el Santísimo Sacramento, porque servia de alivio al que habia de morir y de mejoría al que habia de sanar. «Pues si vuestra merced lo dice (respondió LOPE muy conforme), ya debe de ser menester;» y volviéndose del otro lado á pensar bien lo que le esperaba. Despidióse el Doctor, y advirtió que tuviesen cuidado con él, porque estaba acabando. Con esto vino á la noche, con la solemnidad que suele, el Viático Santísimo del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que recibió con reverencia y lágrimas de alegría, agradeciéndole la visita, pues así le daba á entender que, como quien quiere honrar al huésped que espera, le sale al camino y le acompaña hasta llevarle á su palacio, así su divina Majestad venia á recibirle hasta dejarle en las celestes moradas de su eterna gloria. Quedó mas sosegado por dos horas; pero luego se conoció el peligro evidente, y le trujeron el último remedio de la santa Extrema-uncion. Recibióla, llamó á su hija, echóla su bendicion, y despidióse de sus amigos, como quien se partia para una jornada tan larga. Consolóse mucho con el maestro José de Valdivieso, porque, ayudándole en aquella congoja, le dijo en pocas palabras muchas razones que le sirvieron de doctrina y de alivio. Preguntó por el padre fray Diego Niseno, á quien queria y reverenciaba juntamente, por haberle tratado muchos años y haber leido todos sus escritos, y por el



padre maestro Juan Baptista de Ávila, de la compañía de Jesus; porque quien en vida le advirtió como docto de muchas cosas importantes á su salvacion y á su crédito, mejor lo haria en la muerte como religioso y como entendido. Mas no se logró su justo deseo, por estar entonces el padre Niseno ausente y el padre Ávila enfermo en la cama. Encargó al señor duque de Sesa, como á su dueño y su testamentario (que siempre le asistia sin faltarle un punto) el amparo de su hija doña Feliciano de la Vega; aconsejó á todos la paz, la virtud y el cuidado de sus conciencias; díjome á mí que la verdadera fama era ser bueno, y que él trocara cuantos aplausos habia tenido por haber hecho un acto de virtud mas en esta vida; y volviéndose á un Cristo crucificado, le pidió con fervorosas lágrimas perdon del tiempo que habia consumido en pensamientos humanos, pudiendo haberle empleado en asuntos divinos; que aunque mucha parte de su vida habia gastado en autos sacramentales, historias sagradas, libros devotos, elogios de los santos y alabanzas de la Virgen Santísima y del Niño recién nacido en todas sus fiestas, quisiera que todo lo restante de su ocupacion fuera semejante á esto. Resignó en las manos de Dios su voluntad, prometió no ofenderle jamás, aunque viviera muchos años, arrepintiéndose de haberle ofendido dolorosamente, confesó que era el mayor pecador que habia nacido en el mundo, hizo un acto de contricion, en que tuvieron mas parte las lágrimas que las razones, llamó en su ayuda los santos de su devocion, invocó la piedad de la Virgen Sacratísima de Atocha, á quien pidió que, pues habia sido siempre su valedora, que lo fuese tambien entonces, y pues tenia en sus brazos al Juez de su causa, que intercediese por él al darle la sentencia. Dejéronle reposar un poco, porque dió á entender que se fatigaba; pasó la noche con inquietud, y amaneció el lunes ya levantado el pecho y tan débil, que la falta de la respiracion no le dejaba formar las palabras; si bien tuvo siempre libres las potencias y muy pronto el sentido para responder á los que en aquel aprieto asistian á sus últimas congojas, que eran siempre el señor duque de Sesa, el señor don Rafael Ortiz, recibidor de la orden de San Juan; don Francisco de Aguilar, el maestro José de Valdivieso, el doctor Francisco de Quintana, el licenciado José de Villena, el secretario Juan de Piña, don Luis Fernandez de Vega, Alonso Perez de Montalban, su confesor, muchos religiosos de todas órdenes, y el reverendísimo padre provincial fray Juan de Ocaña, que con su espíritu, como de predicador tan grande, le esforzaba para que pasase aliviado aquel preciso y temeroso trance. En efecto, oyendo salmos divinos, letanías sagradas, oraciones devotas, avisos católicos, actos de esperanza, profesiones de fe, consuelos suaves, cristianas aclamaciones y llantos amorosos, los ojos en el cielo, la boca en un crucifijo y el alma en Dios, espiró la suya al eco del dulcísimo nombre de Jesus y de María, que á un mismo tiempo repitieron todos.

Tratóse de su entierro, de que se encargó el señor duque de Sesa, como su dueño y albacea y como tan magnánimo príncipe, y determinóse para el martes siguiente á las once. Repartiéronse muchas limosnas de misas, que es la mas importante honra para el que yace. Convocóse todo el pueblo sin convidar á ninguno; vinieron cofradías, luces, religiosos y clérigos en cantidad; la orden de los caballeros del hábito de San Juan, la de los terceros de San Francisco, la congregacion de los Familiares y la de los Sacerdotes de Madrid, compitiendo piosamente sobre quién habia de honrar sus hombros con llevar su cuerpo, y consiguiólo la venerable congregacion de los Sacerdotes. Empezóse el entierro segun estaba prevenido; y fué tan dilatado, que estaba la cruz de la parroquia en San Sebastian, y no habia salido el cuerpo de su casa, con ser tanto el distrito y haber rodeado una calle (E) á peticion de soror Marcela de Jesus, religiosa de la Trinidad descalza y muy cercana deuda del difunto, que gustó de verle. Las calles estaban tan pobladas de gente, que casi se embarazaba el paso al entierro, sin haber balcon ocioso, ventana desocupada ni coche vacio. Y así, viendo una mujer tanta grandeza, dijo con mucho donaire: «Sin duda este entierro es de LOPE, pues es tan bueno.» Iban con luto al remate del acompañamiento don Luis de Usategui, yerno de LOPE, y un sobrino suyo, en medio del señor duque de Sesa y de otros grandes señores, títulos y caballeros. Llegaron á la iglesia, recibíoles la capilla real con música. Díjose la misa con mucha solemnidad, y al último responso, viéndole quitar del túmulo para llevarle á la bóveda, clamó la gente con gemidos afectuosos. Depositóse en el tercero nicho por orden del señor duque de Sesa, con permission del doctor Baltasar Carrillo de Aguilera, cura propio de la parroquia de San Sebastian, y con declaracion de la justicia por el secretario Juan de Piña. Vacíole en cera la cabeza Antonio de Herrera, excelentísimo escultor de su majestad, y despidiéronse los amigos llorando la soledad que les hacia LOPE, como quien echa menos una joya que le han hurtado.



Prosiguiéronse las honras hasta el novenario con la misma costa y autoridad de música y cera que el primer día, y dilatósse el funeral último ocho días porque estaba ausente el padre fray Ignacio de Vitoria, y era el elegido para el sermón, con mucho gozo suyo y de todos los discretos, que á una voz dijeron que tal orador merecía tal difunto, y tal difunto era digno de tal orador. Entre tanto que se esperaba este gran día, quiso la venerable congregacion de los Sacerdotes cumplir con los honores de su hermano amantísimo. Aderezóse la iglesia de San Miguel lo mejor que se pudo, sin exceder las órdenes limitadas en la premática. Cubriéronse de luto los bancales del coro, donde asistian los congregantes con sobrepellices, en compañía del licenciado José de las Cuevas, su capellan mayor. Acudió gran número de gente, hasta no haber mas en la iglesia, con muchos señores que, á lisonja del señor duque de Sesa y á devocion de LOPE, se convidaron ellos mismos. Dijo la misa de pontifical don fray Gaspar Prieto, obispo de Alguer y electo en Elna, y predicó el sermón el doctor Francisco Quintana, de quien me holgara, si fuera posible en mi amor, ser hoy su mayor enemigo, para ponderar sin sospecha de pasion alguna la pureza en el lenguaje, la cordura en el asunto, la profundidad en los pensamientos, la ternura en las admiraciones, y sobre todo, el hablar á propósito, cumpliendo siempre con su entendimiento y su voluntad; que cuando se juntan, todo se acierta. El lunes siguiente á las ocho de la mañana, con el deseo de oír al padre Ignacio de Vitoria, estaba ocupada toda la iglesia, sin que faltase príncipe grande, caballero entendido, cortesano curioso y hombre de buenas letras: unos llevados de la obligacion y otros traídos de la curiosidad. Vino la Capilla, cantó el intróito, salió á decir la misa el doctor don Cristóbal de la Cámara y Murga, obispo de Salamanca; si bien el tumulto de la gente ni dejó atender á la misa ni dió lugar á escuchar la música. Púsose en el púlpito el sutilísimo Agustino de nuestros tiempos con muy buena gana de hacer alarde, como lo hizo, de su voluntad, en alabanza de un varon tan famoso y en lisonja de un auditorio tan lucido. Mas fué tanto el ruido de los mal acomodados, la inquietud de los que llegaron tarde, el cansancio de los que fueron temprano, el aprieto de algunos y el calor de todos, que no dejó gozar universalmente de la doctísima oracion; si bien los que la oyeron bastaron á informar á los demás de lo agudo de sus conceptos, de lo extraño de sus novedades, de lo noticioso de sus letras, de lo gallardo de sus acciones y de lo eminente de sus idiomas, y después lo harán á mejor luz los caracteres de plomo, vaciado en la inmortalidad de la estampa. Al siguiente día dispuso la piadosa cofradia de los Representantes los honores funerales con tanto lucimiento como gasto. Vistióse de pontifical para celebrar el mayor sacrificio don fray Micael de Avellan, obispo de Siria. Cantó la capilla real, como siempre, sin faltar ninguno de los mejores, con que hicieron la iglesia cielo; y predicó el muy reverendo padre fray Francisco de Peralta, antorcha angélica de su sagrada religion de Predicadores, y predicador tan felice en esta ocasion, que aun la muda retórica del silencio no basta á ponderarle, porque oró tan á propósito de los méritos del sugeto, tan á medida del gusto de los señores, tan conforme al talento de los doctos, tan bastante al melindre de los entendidos, tan copioso al afecto de los apasionados, y tan ajustado al genio de los vulgares, que no pudiendo los unos y los otros sufrir tanto género de sutilezas sin pagárselas de contado, introdujeron en el templo un género de ruido devoto y un linaje de rumor ponderativo, cuyas inquietas admiraciones empezaron en aplausos públicos y acabaron en víctores disimulados; con que se dió fin á sus exequias, pero no á sus honras, pues ahora las harán eternas con sus elogios panegíricos los divinos Apolos de Manzanares, á imitacion del Tracio Orfeo, que á pié llevaba tras sí los montes con la dulcísima consonancia de sus himnos; y yo, que mas le quise, daré principio á sus loores para que los adelanten sonoros cisnes con voces mejor aplaudidas y con plumas mas bien rizadas.

Fué FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO... — ¡Oh, cómo parece que el nombre solo embaraza la posibilidad de su ponderacion! Mas ¿qué importa que se encoja el entendimiento por limitado, si se descuella la voluntad por infinita? — Digo pues que fué nuestro insigne LOPE DE VEGA el mas favorecido y festejado de todo género de personas que nació en el mundo. Porque no hubo longadad de su santidad, príncipe de Italia, cardenal de Roma, grande de España, nuncio del Pontífice, embajador de reino, título de Castilla, gobernador, obispo, dignidad, religioso, caballero, ministro ni hombre de letras, que no le buscasse y le diese su lado y mesa en reconocimiento preciso de tan altas prendas. Las reales majestades Católicas siempre que le encontraban, como á hombre superior á los otros, le miraban con mas atencion; y nuestro santísimo padre Urbano VIII, que hoy vive, y viva eternos siglos, ya que no pudo verle por la distancia, quiso comunicarle por

la pluma, escribiéndole de su mano una carta muy amorosa y favorable, y dándole el hábito de San Juan con título de doctor en teología. No hay villa, ciudad, provincia, señorío ó reino que no haya solicitado su correspondencia. No hay casa de hombre curioso que no tenga su retrato, ó ya en papel, ó ya en lámina, ó ya en lienzo. Vinieron muchos desde sus tierras solo á desengañarse de que era hombre. Enseñábanle en Madrid á los forasteros como en otras partes un templo, un palacio y un edificio. Íbanse los hombres tras él cuando le topaban en la calle, y echábanle bendiciones las mujeres cuando le vian desde las ventanas. Hiciéronle costosos presentes personas que solo le conocian por el nombre. Escribiéronle varios elogios en su alabanza muchos varones graves sin haberle visto, y laureáronle en Roma por solo, por único, por raro y por eminentísimo, sin haber día ni hora que no tuviese ocasion alguna para su desvanecimiento, á no ser tan humilde como prudente y tan desconfiado como modesto.

Fué el poeta mas rico y mas pobre de nuestros tiempos. Mas rico, porque las dádivas de los señores y particulares llegan á diez mil ducados. Lo que le valieron las comedias, contadas á quinientos reales, ochenta mil ducados; los autos, seis mil; la ganancia de las impresiones, mil y seiscientos, y los dotes de entrambos matrimonios, siete mil, que hacen mas de cien mil ducados; fuera de doscientos y cincuenta de que le hizo merced su majestad en una pension de Galicia; ciento y cincuenta de una capellanía que le cupo en Ávila por antigüedad de criado de don Jerónimo Manrique; cuarenta de una casa pequeña que tenia junto á la calle de la Cruz; trescientos de una prestamera que le dió en un lugar suyo el excelentísimo señor duque de Sesa, su amigo, su valedor, su dueño y su heróico Mecénas; y mas cuatrocientos ducados para su plato, de muchos años á esta parte, porque le dijo que no queria escribir mas comedias; sin otras liberalidades secretas de tanta cantidad, que, hablando una vez el mismo LOPE de las finezas del Duque, su señor, aseguró que le habia dado en el discurso de su vida veinte y cuatro mil ducados en dinero: grandeza digna solamente de príncipe tan soberano, que con esto se dice todo. Y fué tambien el mas pobre, porque fué tan liberal, que casi se pasaba á pródigo, y tuvo tan encendida caridad, que jamás le pidió pobre limosna en público ó en secreto que se la negase; antes bien se la daba doblada si era vergonzante, y si conocia que llegaba la necesidad á extrema, le vestia desde el zapato hasta el sombrero. Hacia en su oratorio muchas fiestas á los santos, y con mas virtuoso exceso la de Cristo nuestro Señor en su nacimiento, buscando para esto, no solo figuras comunes, sino de costa, de novedad y de riqueza. Convidaba á los amigos, sin tasa en el regalo. Gastaba en pinturas y libros sin reparar en el dinero; y así, le vino á quedar tan poco de cuanto tuvo, que apenas dejó seis mil ducados en casa y muebles. Fué hombre de mucha salud, porque fué muy templado en los humores, muy suelto en los miembros, muy ágil en las fuerzas, muy proporcionado en las facciones y muy ligero de piés y manos, y así estaba bueno siempre, porque andaba mucho sin cansarse, y es el ejercicio el mas útil remedio de la naturaleza. Era discreto en las conversaciones, modesto en las visitas, atento en los actos públicos, importuno en los negocios ajenos, descuidado en los suyos propios, apacible con su familia, jugar con los amigos, mesurado con los señores, generoso con los forasteros, galante con las mujeres y cortesano con los hombres; si bien se cansaba mucho de los que regateaban el sombrero siendo el tafetan tan barato, de los que tomaban tabaco habiendo de hablar con gente honrada, de los que se teñian las canas quedándose con los años y con los achaques, de los que decian mal de las mujeres sabiendo que nacieron dellas, de los que creian á las gitanas estando vestidos de negro, y de los que preguntaban su edad á los otros no habiendo de casarse con ellos.

Escribió él solo mas en número y en calidad que todos los poetas antiguos y modernos; y si no, pónganse sus obras (que no es dificultoso, pues todos las tenemos en las librerías) y las de LOPE en una balanza, y se verá la ventaja con la experiencia. Las comedias representadas llegan á mil y ochocientas (F). Los autos sacramentales pasan de cuatrocientos. Los libros y papeles impresos, muchos, como se verá en estos títulos: *La Jerusalem conquistada*, *La Dragontea*, *La Arcadia*, *El Peregrino*, *El patron de Madrid*, *Los pastores de Belen*, *La beatificacion de san Isidro*, *El Certámen*, con comedias del mismo santo; *La Filomena*, *La Circe*, *Las rimas humanas*, *Las rimas sacras*, *Los triunfos divinos*, *Los soliloquios amorosos*, *La corona trágica de María Estuarda*, *La Virgen de la Almudena*, *La Isagoge á las lecciones de los estudios reales de la compañía de Jesus*, *El laurel de Apolo*, *El epitome de su vida*, *La Dorocea*, *El Burquillos*, *El huerto deshecho*, *Los desagrazos de Cristo*, *La égloga de Eliso*, en la muerte del reverendísimo padre maestro fray Hortensio Félix Paravicino; *La fiesta nueva del palacio ó retiro nuevo*, *La égloga de Filis á la décima musa*,



*La égloga de Amarilis á la reina Cristianísima de Francia, El nacimiento del Príncipe nuestro señor, La congregacion de los Sacerdotes de Madrid, La égloga panegírica al serenísimo infante don Carlos*, que Dios tenga; *Los elogios á la muerte de Juan Blas de Castro, La venida del excelentísimo señor duque de Osuna á España, La Pira sacra*, en la muerte del excelentísimo señor don Gonzalo Fernandez de Córdoba; unas *Rimas nuevas* que dejó para imprimir, y veinte y cuatro tomos de comedias; que en todos son cincuenta cuerpos, sin los versos menores que hizo á particulares asuntos, porque no hubo suceso que no publicasen sus elogios (G), casamiento grande á quien no hiciese epitalamio, parto feliz á quien no escribiese natalicio, muerte de príncipe á quien no consagrarse elegía, victoria nueva á quien no dedicase epigrama, santo á quien no celebrara con villancicos, fiesta pública que no luciese con encomios, y certámen literario á que no asistiese como secretario para repetirle y como presidente para juzgarle; sin otras muchas obras que no salian en su nombre, cuya cantidad no tiene medida, porque aun la misma aritmética, si se empeñara en contar sus versos, ó se rindiera á la prolijidad, ó como mercader que quiebra, hiciera pleito de acreedores de sus números por no gastarlos; pues el mismo LOPE, con ser tanta su modestia, dijo de sí en un papel impreso «que salia toda su vida á cinco pliegos cada dia»; que, multiplicados por su edad, hacen ciento y treinta y tres mil y doscientos y veinte y cinco pliegos, que aun no parece posible en el estudio de muchos hombres. A que se añade ser tan atento, tan prudente y tan católico en cuanto escribia, que con ser tanto, nunca el desvelo cuidadoso de la Inquisicion halló palabra, opinion, pensamiento ni sentido que calificarle.

No hubo escritor entre griegos, latinos, italianos y españoles que le igualase en tener todas las circunstancias de perfecto poeta; porque, miradas con atencion sus obras, es fuerza confesar que su blandura en los versos enamora, su agudeza en los pensamientos admira, su propiedad en los atributos satisface, su noticia en las imitaciones suspende, su verdad en los avisos aprovecha, su variedad en las materias deleita, y la facilidad con que todo lo hacia asombra; pues aun la pluma no alcanzaba á su entendimiento, por ser mas lo que él pensaba que lo que la mano escribia. Hacia una comedia en dos dias (H), que aun trasladarla no es fácil en el escribano mas suelto; y en Toledo hizo en quince dias continuados quince jornadas, que hacen cinco comedias, y las leyó como las iba haciendo en una casa particular donde estaba el maestro José de Valdivieso, que fué testigo de vista de todo; y porque en esto se habla variamente, diré lo que yo supe por experiencia. Hallóse en Madrid Roque de Figueroa, autor de comedias, tan falto dellas, que estaba el corral de la Cruz cerrado, siendo por Carnestolendas; y fué tanta su diligencia, que LOPE y yo nos juntamos para escribirle á toda prisa una, que fué *La tercera orden de San Francisco*, en que Arias representó la figura del Santo con la mayor verdad que jamás se ha visto. Cupo á LOPE la primera jornada y á mí la segunda, que escribimos en dos dias, y repartióse la tercera á ocho hojas cada uno, y por hacer mal tiempo me quedé aquella noche en su casa. Viendo pues que yo no podia igualarle en el acierto, quise intentarlo en la diligencia, y para conseguirlo me levanté á las dos de la mañana y á las once acabé mi parte; salí á buscarle, y halléle en el jardin muy divertido con un naranjo que se helaba; y preguntando cómo le habia ido de versos, me respondió: «A las cinco empecé á escribir; pero ya habrá una hora que acabé la jornada, almorcé un torrezno, escribí una carta de cincuenta tercetos y regué todo este jardin, que no me ha cansado poco.» Y sacando los papeles, me leyó las ocho hojas y los tercetos; cosa que me admirara si no conociera su abundantísimo natural y el imperio que tenia en los consonantes.

Mucho es esto, pero mas es lo que se sigue; perdonen los antiguos y tengan paciencia los modernos. Alcanzó por sus aciertos un modo de alabanza, que aun no pudo imaginarse de hombre mortal, pues creció tanto la opinion de que era bueno cuanto escribia, que se hizo adagio comun para alabar una cosa de buena decir que *era de Lope*; de suerte que las joyas, los diamantes, las pinturas, las galas, las telas, las flores, las frutas, las comidas y los pescados, y cuantas cosas hay criadas se encarecian de buenas solamente con decir que eran suyas, porque su nombre las calificaba. Elogio admirado de todos y merecido de ninguno; si bien, mirado á buena luz, no es nuevo; que ejemplar tiene, pero tan alto, tan superior y tan divino, que le añade lustre y crédito casi infinito; porque es Dios solamente quien dió ocasion primero á este género de encomio. Para cuya ilustracion se ha de suponer que los hebreos no usan de superlativos cuando quieren alabar alguna cosa; y así, es cierto que se valen del nombre de Dios para su realce. Dícelo David en el salmo 59, pues para pintar unos montes los llama «montes de Dios», sin dilatarse como poeta, que lo fué divino, en encarecer su altura, sus verdores y su eminencia. Explican este lugar Belar-

mino, Arias Montano, Juan Bautista Folengio, Genebrardo y el padre Lorino, diciendo que en llamarlos montes de Dios los llamó grandes, sublimes y superiores; porque, siendo Dios su dueño, su nombre solo sirvió de alabanza. El capítulo sexto del *Génesis* llama á unos hombres hijos de Dios, y dice Oleastro que quiso con su nombre encarecer la grandeza en la estatura de aquellos hombres; y Ezequiel, en el capítulo primero, para ponderar que unas revelaciones que Dios le comunicó eran misteriosísimas, las llama visiones de Dios, como lo notan agudamente Nicolao de Lira, la Glosa ordinaria, Tertuliano, Teodoreto, san Basilio el Grande, y con mas particularidad Cornelio à Lapide, que expresamente con Oleastro afirma que es frásis comun de los judíos para ponderar cualquiera cosa decir que es de Dios. De suerte que lo que en nuestra lengua es hispanismo del nombre de LOPE, podemos decir que fué primero hebraismo del nombre de Dios en la Escritura: honor para LOPE grande, empero, á mi ver, para el señor duque de Sesa mucho mayor. Paréceme, Señor excelentísimo (hablo con vuestra excelencia ahora, porque deseaba mucho la ocasion presente); paréceme, Señor, digo otra vez, que tendrá por paradoja esta proposicion, y no es sino verdad legítima, cuya prueba se verá calificada en tres razones, que hacen un silogismo evidente. Todas las cosas buenas fueron de LOPE, esto nadie lo ignora; LOPE fué siempre todo de vuestra excelencia, esto todos lo saben; luego vuestra excelencia es dueño de LOPE y de todo lo que le toca. La consecuencia es tan clara, que no necesita de prueba, porque ella se está publicando á voces; y así, para encarecer la persona de vuestra excelencia es ocioso repetirle lo clarísimo de su sangre, lo venerado de su valor, lo aplaudido de su entendimiento, lo grande por tantos lados, lo imperioso por tantas jurisdicciones y lo amable por tan heróicas prendas, sino llamarle dueño de LOPE; con que se excusan los demás títulos, pues esos y otros muchos mas entran en el número de las cosas buenas: sea abono deste modo de ponderacion el Espiritu Santo en el capítulo veinte y seis del *Génesis* y en el tercero del *Exodo*, donde dice Dios, para acreditarse con los incrédulos de su omnipotencia y darles á entender su deidad altísima, que es Dios de Abraham. Admirase Cornelio à Lapide, explicando este lugar en sus *Comentarios*, de que, pudiéndose llamar Dios de todas las criaturas, se satisfaga con que sepan que lo es de Abraham solamente; y responde el mismo Cornelio que era Abraham tan puro, tan virtuoso, tan venerable, tan santo y tan bien querido, que le bastó á Dios para la reduccion de aquellos infieles y para la demostracion de su infinito poder llamarse Dios de un varon tan justo. La aplicacion es tan fácil y tan consecuente, que nadie puede huir la cara á su inteligencia; y así, para no malograr el tiempo, vuelvo á proseguir los elogios de nuestro LOPE, que es lo mismo que volver á las alabanzas de vuestra excelencia.

Tuvo un espíritu tan generoso y una inclinacion tan noble de ilustrar su nacion, su patria y sus amigos, que hizo vanidad virtuosa de que no hubiese hazañoso principe, varon celebrado, catedrático docto, predicador provecto, capitan valiente, pintor insigne, artífice famoso y poeta elegante, que no celebrase en sus escritos; si bien con todo esto no se pudo librar de emulaciones; que hacer beneficios y hacer ingratos no son dos cosas; pues mientras vivió, á vueltas de los honores que por otras partes granjeaba, siempre estuvo padeciendo sátiras de los maldicientes, detracciones de los ignorantes, libelos de los enemigos, notas de los mal intencionados, correcciones de los melindrosos y invectivas de los bachilleres, con tanto extremo, que solo su muerte pudo ser asilo de su seguridad, haciendo la lástima lo que no pudo recabar el mérito, pues muchos de los que le lloraron muerto fueron los mismos que le murmuraron vivo; bien así como á Moisen los israelitas, que, segun Oleastro, nunca le alabaron en vida; antes, en lugar de agradecerle los milagros, ya exprimiendo las piedras para apagar su sed insaciable, ya haciendo calles en los páramos del mar para que pasasen seguros, y otros infinitos favores á este modo, le tiraban piedras; y viéndole morir plañeron amargamente diciendo: «¡Ay tristes de nosotros, 'que perdimos nuestro profeta santo!'» Que no es novedad, aunque es desdicha, haber menester morirse un hombre grande para hacerse bienquisto, y aun plegue á Dios que así lo quede; que hay envidia tan terca, que conserva un odio sobre una muerte, y pasa el rencor de esotra parte de la vida. Pero ¿qué importa, si solo con dejarla en su afan, repetido sin provecho, se castiga su destemplanza? Y mas hoy, que ha de estar viendo, aunque la pese, en favor deste felicísimo héroe tantas glorias de pompas funerales, tantos honores de principes augustos, tantos aplausos de concursos nobles, tantos sufragios de corazones piadosos, tantas lágrimas de afectos apasionados, tantos créditos de predicadores insignes, tantas inscripciones de varones doctos, y tantos dulcísimos metros de diferentes Sénecas y Virgilio, que están virtuo-



samente quejosos de la fortuna porque ya no está pronto el jaspe, prevenido el mármol y aparejado el bronce, ó para la estatua, ó para la urna, ó para el sepulcro, ó para todo; que todo lo merece quien nació para milagro de la naturaleza y murió para crédito de la posteridad. si alguno hiciere escrúpulo de que este linaje de honores se haga con un hombre particular vuelva los ojos á las historias, haga memoria de las noticias y consulte las canas de la antigüedad, y verá en ellas cómo se festejaron los cadáveres de los singulares varones en otros tiempos. Por el cuerpo de Homero batallaron siete ciudades en sangrienta contienda; y no solo edificaron templo todas, sino que Grecia le batió moneda, que se llamaba *homeria*, para memoria eterna de su nombre. Estando Alejandro sobre Atenas, determinado al último asalto, tuvo nuevas de que dentro de la ciudad habia muerto Sófocles, poeta trágico, y que le querian enterrar; y porque la asistencia del asalto no impidiese el último beneficio al poeta, suspendió el órden que tenia dado por tres dias; y entrando después, derribando las casas, reservó la de Pindaro por lo mismo, con las vidas de todos sus deudos. Roberto, rey de Nápoles, pidió al Petrarca recibiese de su mano el laurel de príncipe de los poetas de Italia. Honorio y Claudio, emperadores, consagraron estatuas en el foro Trajano á Claudio, poeta elegantísimo. Roma mandó colocar las cenizas de Enio. Domiciano sentaba á su mesa á Estacio, y Vespasiano hablaba todas horas con Valerio, y en su muerte les asistieron para honrarlos. El emperador Elio Verestimó á Marcial de manera, que puso después de muerto su retrato entre los augustos emperadores. Augusto César tuvo á Virgilio por su privado íntimo; y mandando el mismo poeta en su testamento quemar su *Eneida*, no solamente lo excusó Augusto, sino que compuso nuevos versos en su alabanza. Al insigne Camoens, único poeta, le hizo Lisboa solemnísimas honras. El duque del Infantado fabricó capilla y urna al celebrado Juan de Mena en Guadalajara. Y lo que es mas para el intento nuestro, el invictísimo emperador Carlos V, viendo una vez herido á Garcilaso de la Vega, salió con su gente á defenderle. Y sabiendo en otra ocasion, de allí á muchos dias, que le habian muerto unos villanos enemigos nuestros, despeñándole de una torre donde le tenian preso, puso sitio á la torre, y en entrándola, con ser tan piadoso, no dejó vivo á ninguno dellos, en venganza del muerto, á quien estimaba por gran poeta.

Todo esto es verdad constante; luego si LOPE DE VEGA solo monta mas que todos los poetas juntos, digno será del premio que merece cualquiera; y si es verdad tambien que muchos autores gastaron toda una vida en encarecer una virtud particular; como la grandeza en Alejandro la ciencia en Ptolomeo, la justicia en Numa Pompilio, la clemencia en Julio César, el ingenio en Ulises, el valor en Hércules, la poesia en Virgilio, la gravedad en Caton, la pobreza en Curio, la verdad en Trajano, la paciencia en Augusto, la piedad en Antonino, la templanza en Constancio, la humildad en Teodosio, ¿qué merecerá quien lo tuvo todo, siendo, como hemos dicho, liberal, docto, justo, blando, ingenioso, constante, poeta, circunspecto, pobre, verdadero, magnánimo, perdonador, templado y humildísimo? Pues si esto es así, y de mas á mas murió tan prevenido de diligencias para su salvacion, que hizo certidumbres nuestras esperanzas (tales fueron sus resignaciones en la voluntad de Dios, tales las lagrimas que vertieron sus ojos enternecidos, y tales los actos de contricion verdadera que pronunciaron sus labios afeetuosos), ¿qué importa que la detraccion blasfeme, que la calumnia brame, que la ignorancia murmure, que el rencor informe, que el engaño portie, que la soberbia ladre, que el odio persevere y que la envidia escupa veneno en lugar de saliva, si esta de nuestra parte la verdad dando voces, la fama publicando triunfos, las naciones previniendo lauros, los reinos consultando estatuas, y toda la redondez del orbe erigiendo piránides á su memoria, por el mas insignificante varon que han conocido y venerado entranbos mundos, el de Europa por la presencia y el de América por la noticia? Y ¿qué importa, finalmente, cuantos émulos quiera introducir la cavilacion, si tiene Lope de su parte por defensa, asilo y sagrado la magnífica piedad de Felipe IV el Grande, imitador en todo del invencible Carlos V, su bisabuelo; por Mecénas al señor duque de Sesá, su amigo y su valedor verdadero; y por piadosa madre á la ilustre villa de Madrid, que siempre le trató con veneracion, honrándole con aplausos en la vida y aplaudiéndole con lágrimas en la muerte? ¿Qué mucho, si perdió en tres dias su mayor tesoro, quedando sin el Apolo que alumbraba sus tinieblas, sin el Orfeo que suspendia sus sentidos, sin la lira que cantaba sus hazañas, sin la pluma que repetia sus fiestas, sin el espíritu que celebraba sus santos, sin la voz que pregonaba sus antigüedades, sin el ingenio que divertia sus pesadumbres, y sin el hijo que la honraba con solo su nombre?

## ADICIONES A LA FAMA POSTUMA.

### A.

Don José Antonio Alvarez y Baena, en su diccionario histórico titulado *Hijos ilustres de Madrid*, dice (tomo III, pág. 350) al principio de la biografía de LOPE:

«Fueron sus venturosos padres Félix de Vega y Francisca Fernandez, personas de conocida nobleza y vecinos de esta villa, adonde sucesivamente los trajo desde el valle de Carriedo, en que está el solar de Vega, en Asturias, á él el amor que, faltando á su fidelidad, profesaba á una mujer hermosa, y á ella los celos de este amor padecía. Sosegado el espíritu de ambos esposos, vivieron pacífica y amorosamente, y lograron los frutos de tres hijos.»

LOPE, en la epístola titulada *Belardo á Amarilis*, se puede verse en la coleccion de sus obras sueltas, mo primero, escribe los tercetos siguientes :

Tiene su silla en la bordada alfombra  
De Castilla el valor de la montaña,  
Que el *valle de Carriedo* España nombra.

Allí otro tiempo se cifraba España,  
Allí tuve principio ; mas ¿qué importa  
Nacer laurel y ser humilde caña?

Falta dinero allí, la tierra es corta :  
Vino mi padre del solar de Vega :  
Así á los pobres la nobleza exhorta.

Siguióle hasta Madrid, de celos ciega,  
Su amorosa mujer, porque él queria  
Una española Helena, entonces griega.

Hicieron amistades, y aquel día  
Fue piedra en mi primero fundamento  
La paz de su celosa fantasía.

En fin, por celos soy. ; Qué nacimiento !  
Imaginadle vos ; que haber nacido  
De tan inquieta causa fue portento.

### B.

«Vióse LOPE con este motivo en la cárcel, de donde sacó la astucia ó valor de Claudio Conde, á quien llama su íntimo amigo en la dedicatoria que le hace de comedia *Buscar su propia desdicha*, una de las de parte xv, y en la precision de dejar ambos la patria,

y refugiarse en Valencia, en donde pagó LOPE la fidelidad de Claudio con igual beneficio de extraerle de la torre de Serranos, que es una de las cárceles de aquella ciudad, adonde le habian llevado sus travesuras.» (Alvarez y Baena.)

### C.

«En el de 1588, á tiempo que él (LOPE) cumplia los veinte y seis de su edad.» (Alvarez y Baena.)

«El fruto de este matrimonio, una hija llamada Teodora, murió aun antes de cumplir un año.» Así resulta de un soneto y un epigrama latino, que se hallan en las *Rimas de LOPE DE VEGA* (parte I, soneto 178). (Schack, *Historia de la literatura y arte dramática en España*, tomo II, pág. 170.)

Las composiciones mencionadas son estas :

#### SONETO.

Mi bien, nacido de mis propios males,  
Retrato celestial de mi BELISA <sup>1</sup>,  
Que en mudas voces y con dulce risa  
Mi destierro y consuelo hiciste iguales :  
Segunda vez de mis entrañas sales ;  
Mas pues tu blanco pié los cielos pisa,  
¿Por qué el de un hombre en tierra tan aprisa  
Quebranta tus estrellas celestiales?  
Ciego llorando, niña de mis ojos,  
Sobre esta piedra cantaré, que es mina  
Donde el que pasa al indio en proprio suelo  
Halle mas presto el oro en tus despojos,  
Las perlas, el coral, la plata fina...  
Mas ; ay ! que es ángel, y llevólo al cielo !

THEODORAE URBINAE SARCOPHAGUS.  
PATERNA INSCRIPTIO.

*Hoc Urbina jacet saxo Theodora sepulta,  
Quae Theodori almo martyris nata die.*

*Exactis nondum complevit mensibus annum  
Quum petiit superas, non reditura, domos.*

*Cui monumenta parens haec moestus uterque dicavit,  
Angelicos coetus dum colit illa polo.*

<sup>1</sup> Anagrama de Isabel.

## D.

«Montalban dice que doña Juana sintió con tal extremo la muerte de su hijo, que nunca volvió á su antigua salud, y á la primera enfermedad murió en ocho dias; mas el mismo LOPE, en la citada *Carta de Belardo á Anarilis*, asegura que murió de sobrepardo de la hija. No quiso exponerse á tercera pérdida, ó ya por ahorrarse de sentimientos, ó ya porque doña María de Lujan lo tuvo tan prendado, que no le dejó libertad para ello, y prodigándole sus favores, consiguió los frutos que pudiera haber adquirido licitamente por el vínculo del matrimonio. En 1603 le dió una niña, que se llamó *Marcela*, y en la temprana edad de quince años entró religiosa de coro, á 28 de febrero de 1624, en el convento de Trinitarias Descalzas de esta corte (nueve años después de su fundacion), trocando el nombre de doña Marcela del Carpio en el de sor Marcela de San Félix; profesó al año siguiente, y murió en 9 de enero de 1688 con excelente opinion. Las solemnidades de entrada y profesion las cuenta el mismo LOPE en la epístola á don Francisco de Herrera Maldonado, con estilo tan dulce y patético, que entrecree al mas yerto de corazon. Allí dice que se adornó el templo de ricas telas y varias riquezas: que fué la madrina de la desposada la marquesa de la Tela; que asistió el marqués de Povar con la guarda de su majestad, el duque de Sesa y otros señores; que cantaron las letras, que él habia compuesto, Florian, Ponce y Valdés, célebres músicos y cantores de la real capilla; y que predicó el padre maestro fray Hortensio Félix Paravicino: circunstancias en que se ve la general estimacion que se habia granjeado LOPE de todo el mundo. En el año de 1606, que fué el siguiente al nacimiento de Marcela, tuvo otro hijo en la misma doña María de Lujan, que en el año de 1620, en que se celebró la *justa poetica* á la beatificacion de san Isidro, no habia cumplido catorce años, é hizo la primera glosa del certámen 3.<sup>o</sup> con el nombre de *Lope Félix el Mozo*. Este se inclinó á la milicia, con sentimiento de su padre, que le encargó al marqués de Santa Cruz, para que la aprendiese, y medrase á su sombra. A poco después del referido certámen se embarcó, y asistió en algunas ocasiones que se ofrecieron contra holandeses y turcos, y murió á los quince años en un bajel que navegaba á la isla Margarita y se sumergió con toda la gente que llevaba. Su padre lloró esta desgraciada muerte con la mayor ternura en la égloga piscatoria *Felicio*, en cuyo título le llama *Lope Félix del Carpio y Lujan*, dándole este último apellido de su madre. Montalban no menciona este hijo, llama deuda cercana de LOPE á Marcela, y le convierte el apellido religioso de *San Félix* en el de *Jesus*. Esto seria sin duda por no descubrir á quien lo ignoraba estas flaquezas de su amigo y maestro, que luego se resolvió á dejarlas, mudando de vida y estado.» (Alvarez y Baena.)

## E.

«La carrera fué por la calle de Francos, la de San Agustín, que hace frente á las vistas del convento de las Trinitarias Descalzas, y por donde pasó para que le viese su hija Marcela; la de Cantarranas, la de Leon, la plazuela de Anton Martin y calle de Atocha.» (Alvarez y Baena.)

## F.

«En la *Égloga á Claudio*, escrita por los años de 1632, y en la conclusion de *La moza de cántaro*, se declara LOPE autor de mil y quinientas comedias... Montalban en la *Fama póstuma* le atribuye mil ochocientas... Pero segun todos los fundamentos de la crítica, es de suponer que las comedias de LOPE no pasaron mucho de las mil y quinientas ya dichas, pues sabemos que muchos años antes de su muerte cesó de escribirlas (Montalban lo dice así, *muchos años* <sup>1</sup>), y que obtuvo del duque de Sesa una pension en resarcimiento del perjuicio que tal resolucion le ocasionaba. Después del año 1632 solo vivió LOPE tres mas.» (Schack.)

## G.

Una *Relacion de la jornada de las entregas de las serenísimas señoras doña Ana, reina de Francia, y doña Isabel, princesa de España, hechas en los meses de octubre y noviembre de este año de 1615*, la cual se halla manuscrita en la Biblioteca Nacional, estante II, número 50, concluye así:

«En la jornada ha andado el famoso poeta LOPE DE VEGA, Pedro Mantuano y otros dos, tomando por memoria todo lo que pasaba para hacer historia dello: dellos se sabrá todo lo sucedido.»

## H.

Así creo yo se deben entender aquellos versos célebres:

Que mas de ciento, en horas veinticuatro,  
Pasaron de las musas al teatro.

Es decir, veinte y cuatro horas de trabajo, repartidas en dos dias. En la comedia titulada *La noche de San Juan*, puso LOPE estos versos:

## Hará Avendaño

Una comedia, que creo  
Es retrato desta noche,  
De cuyo confuso lienzo  
Tomó LOPE la invencion,  
Y se ha estudiado y compuesto  
En cinco dias.

<sup>1</sup> Lo que Montalban afirma (véase la página xv), es que LOPE dijo al duque de Sesa que no queria escribir mas comedias; pero no expresa Montalban que LOPE dejase de escribir para el teatro. (Nota del Colector.)



# JUICIO GENERAL DE LAS OBRAS DE LOPE,

POR EL EXCELENTISIMO SEÑOR DON ANTONIO GIL DE ZARATE.

(Manual de Literatura, segunda parte.)

---

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO fué el escritor que gozó de mas fama en su tiempo y el ingenio mas portentoso que ha producido la naturaleza. Debió su inmensa popularidad, no solo á la prodigiosa fecundidad de su pluma, sino tambien á que, apartándose del camino seguido por sus antecesores, y abandonando el culto exclusivo de la poesia erudita, no se desdeñó de escribir para el vulgo, y fundó, al contrario, en esto sus principales laureles.

*Fénix de los ingenios* le llamó su siglo; y con efecto tal nombre merece si se atiende á su rica fantasia, á su variada imaginacion, al don portentoso que tenia para acomodarse á todos los géneros y crear toda clase de invenciones, á la flexibilidad de su estilo, que á cualquier asunto se acomodaba, que no conocia dificultades, siendo siempre puro, natural y flúido; en fin, á su incansable laboriosidad, que, unida á su fácil vena, le hizo componer tal número de obras, que apenas cabe en la imaginacion sean el fruto de la vida de un solo hombre.

No hubo género de poesia en que no diese prodigiosas muestras de su fecundidad: desde la composicion mas corta hasta el poema épico, todos los recorrió, no siempre con acierto, es verdad, pero asombrando en todos. No obstante, el que mas ejerció su pluma, el que le hizo ser idolo de su siglo, el que le ha granjeado eterna fama, aun entre las naciones extranjeras, fué el género dramático, de que en realidad debe considerársele como creador y padre, así en España como en toda Europa.

Y con efecto, aquí está su verdadero mérito; porque, prescindiendo del valor intrínseco de sus dramas, ello es que él creó una poesia popular en España, y apartándose de la servil imitacion de los antiguos, adivinó el drama de la edad moderna, é impuso á este género de composicion el verdadero carácter que en la actual civilizacion le corresponde. Hizo mas: introdujo en la poesia popular el lenguaje poético que le faltaba, y con este servicio la sacó del estado de abatimiento en que yacia, la hizo gustar hasta de los eruditos, fué ocasion de que los buenos ingenios se dedicasen tambien en lo sucesivo á ella y produjesen obras agradables á un tiempo al vulgo y á la gente docta; fin principal de toda buena poesia, pues sin él, ora queda oseurecida por falta del conveniente adorno, ora es el patrimonio exclusivo de unos pocos, por no simpatizar con las ideas é intereses generales.

Este feliz maridaje que hizo LOPE de la poesia popular con la erudita, ennobleciendo aquella, vulgarizando esta, es pues el mayor servicio que le debe nuestra literatura; servicio que acaso no se le ha tenido bastante en cuenta. Por él, aunque mas bien sentido que apreciado de sus contemporáneos, logró aquella fama inmensa que le granjeó el aplauso de grandes y plebeyos, la admiracion de los extraños, las consideraciones de los reyes, las recompensas de sumos pontífices; y por él ejerció tanta influencia en la literatura de su siglo, así dentro como fuera de su patria.

Sin embargo, si llegó á lo sumo el aura popular de LOPE durante su vida, después de su muerte,

cuando hubo desaparecido el asombro que causara su prodigiosa fecundidad, cuando otros poetas se presentaron en la escena, superiores á él en dotes dramáticos; cuando, en fin, principiaron á cundir principios literarios mas ajustados á los preceptos de la antigüedad, y las obras de esta se consideraron como los únicos modelos dignos de imitacion, entonces las alabanzas se convirtieron en vituperios, y no faltó quien quisiera confundir á tan grande hombre con los mas despreciables dramaturgos. Injusticia fué esta mucho mas inexcusable que el desmedido aplauso que se le tributara en vida. Al menos este se fundaba en un mérito real, en el prestigio que no puede menos de acompañar al genio, en sus facultades portentosas, que si abusó de ellas lastimosamente, el mismo abuso demuestra cuan grandes y poderosas eran. Libres ahora á la par de aquel prestigio y de toda preocupacion nacida de doctrinas literarias, apreciamos á LOPE en lo que vale y juzgamos de su mérito con imparcial templanza.

Si consideramos solo el número de sus escritos, la historia literaria no presenta ejemplo semejante de una fecundidad que parece fabulosa; y aun cuando no tuviese otro mérito, su nombre viviria siempre en la memoria de los hombres, como uno de aquellos prodigios que la naturaleza no ofrece mas que una vez sola. No hubo género de poesía que no cultivase, desde el madrigal hasta la oda, desde la égloga hasta la comedia, desde la novela hasta la epopeya: todo lo recorrió y en todo dejó señales de su privilegiado talento. Se lee en el prefacio de un libro impreso en 1604, que á la edad de cuarenta y dos años llenaban mas de veinte y tres mil hojas los versos que hasta entonces habia hecho para el teatro. En 1618 asegura él mismo que llegaban á ochocientas las comedias que llevaba compuestas, y en 1620 á novecientas. Cuando en 1629 publicó la vigésima parte de sus obras dramaticas, decia que le quedaba todavía tiempo para escribir hasta mil y setecientas. Por último, en 1655, año de su muerte, afirman Pérez de Montalban y el sabio don Nicolás Antonio que ascendia á mil ochocientas el número de sus comedias. Estas son en tres jornadas y en verso; todas se representaron y la mitad se imprimieron. De ellas hubo muchas que no le costaron mas que un día de trabajo, como él mismo lo asegura en estos versos:

Y mas de ciento, en horas veinte y cuatro,  
Pasaron de las musas al teatro.

A estas mil ochocientas comedias hay que añadir cuatrocientos autos sacramentales, un gran número de intermedios, muchos poemas épicos, didácticos y burlescos; epístolas, disertaciones, composiciones sueltas é infinidad de sonetos. Se ha calculado que en los setenta años de su vida le tocan á cada día ocho páginas, y casi todas ellas de poesía. Sus escritos todos componen el número de ciento treinta y tres mil páginas y veinte y un millones de versos.

Facilidad increíble, mas asombrosa que envidiable si se reflexiona en los peligros á que arrastra, y que extravió tan frecuentemente al mismo LOPE.

Por lo que llevamos dicho hasta ahora acerca de los progresos que habia tenido nuestra escena, se debe haber visto cuán incierta habia sido en su marcha, produciendo solo, ya farsas chocarreas é indecentes, aunque á veces llenas de chiste y gracia, ya novelas dialogadas, en las que el embrollo suplía la falta de interés, ya dramas monstruosos bárbaramente atroces, que aun no lograba sostener el lujo de poesía que se prodigaba en ellos. Cuando apareció LOPE, teniamos muchas obras dramaticas; pero careciamos todavía de un verdadero teatro. Se conocia que era preciso seguir diferente rumbo que los antiguos; pero no se atinaba con el verdadero; hacianse ensayos de todas clases, y ninguno correspondia al deseo general, ninguno acertaba con el verdadero gusto de la nacion: tal vez el pueblo bajo se solazaba con las groseras farsas que solian presentarsele, tal vez los esfuerzos de algunos para dar decoro á la escena con mas nobles argumentos y mas culto lenguaje merecian los aplausos de las personas ilustradas; pero no existia un espectáculo que excitase á un tiempo las simpatias de todos, que gustase á todos sin distincion de clases; que formase, en fin, un teatro nacional. Entre las toscas producciones de los unos y los esfuerzos casi convulsivos de los otros, no se encontraba una obra de que un verdadero español pudiese decir: «*Hé aquí mi drama.*»

Si se recuerdan los caractéres que hemos señalado á nuestra poesía para ser nacional, caractéres deducidos tanto de las diferencias que distinguen la civilizacion moderna de la antigua, como de las circunstancias políticas y religiosas de nuestro país, se verá que las obras dramaticas de

que hemos hablado hasta ahora carecian de ellos casi absolutamente. Convenian todos en repeler la sencillez clásica; pero no se reproducia en las comedias el espiritualismo de los tiempos modernos, ni la caballeridad española, ni el sentimiento religioso de la época. La risa ó la curiosidad podian quedar á veces satisfechas; pero el alma permanecia del todo indiferente. Hasta la poesia de tales obras no era la que se necesitaba: descuidada ó pretenciosa, ya le faltaba armonia, ya le sobraba estudio, careciendo de la gala, facilidad y soltura que halaga el oido, ó de aquella metafísica propia del espíritu cristiano y caballeresco, que, si no siempre es clara é inteligible, arrulla al menos, produciendo una especie de arrobamiento indefinible y delicioso.

Todo esto provenia de no haberse aun verificado la union tan necesaria de las dos literaturas que, creciendo á la par en un mismo suelo y adoptando un mismo idioma, eran, sin embargo, extrañas la una á la otra. Pero en medio de este apartamiento habian ido creciendo tanto las dos, que, saliendo del estrecho ámbito en que ya no cabian, hubieron de acercarse, de ponerse en contacto, y por último, de confundirse; bien así como los círculos concéntricos que forman dos piedras al caer en el agua, crecen, se ensanchan, se tocan y confunden. El momento era llegado de verificar este feliz enlace.

Mientras nuestra nacion se encontraba reducida á estrechos limites, mientras las clases permanecian apartadas con pocas comunicaciones entre sí, mientras la lengua era tosca y grosera, pudieron y debieron caminar separadas, é indiferentes la una para la otra, la literatura popular y la erudita, no echándose de menos entre los españoles ningun lazo comun literario. Pero en el momento en que formamos un gran pueblo, en que adquirimos influencia y preponderancia entre las naciones europeas, y en que nuestra lengua, desechando su rudeza, tomó asiento entre las lenguas cultas, fué ya indispensable semejante lazo, y hubo de existir una literatura comun á todos y que en todos causase entusiasmo. Esta vez no fué la poesia la primera que tuvo semejante gloria; la prosa se le adelantó, y los libros de caballería, que acertaron á reproducir el espíritu de la época, se granjearon las simpatías generales, siendo los primeros escritores que agradaron á la vez á grandes y pequeños, á sabios é ignorantes, á nobles y plebeyos, á hombres y mujeres, y á todas las edades. Pero los libros de caballería, reducidos á la lectura solitaria, destituidos de las galas poéticas y de otras cualidades esenciales, tenian que caer y ceder el campo á otra literatura mas variada, mas galana, mas amena, mas simpática, en fin, por estar destinada especialmente á agradar, no en el silencio del gabinete, sino en el bullicio de la sociedad, donde las sensaciones se comunican y excitan unas á otras, donde adquieren mayor intensidad con las muestras de placer ó desagrado que arrancan ostensiblemente á todos. Tal fué la poesia dramática que sucedió en abundancia y popularidad á los libros de caballería, pero que conservó muchas de las dotes de estos mismos libros, tan gratos durante siglo y medio á la nacion española, y sin las cuales no era posible que ninguna literatura se generalizase entre nosotros.

La poesia popular, la erudita y los libros de caballería fueron pues los tres manantiales que, después de haber corrido separados, se reunieron en un solo caudal para componer el inmenso de nuestra poesia dramática. Esta gloria la tuvo LOPE DE VEGA, que, dotado de extraordinarias facultades poéticas, llegó ademas en la ocasion oportuna de completar una revolucion ya preparada. Comprendiendo y abarcando las necesidades del espíritu nacional, hizo un todo completo de partes que estaban diseminadas, é inspirado por su genio y por el de la nacion, inventó el verdadero drama español, que, si existia como deseo y necesidad de todo el pueblo, carecia de formas con que realizarse.

« Conoció LOPE, dice el erudito don Agustin Duran, que las reglas clásicas relativas á las unidades no eran esenciales mas que á cierto y determinado sistema de imitacion, á cierta clase de verosimilitud; pero que, existiendo en la naturaleza otros medios de imitacion y de verosimilitud que en aquellos no cabian, ningun inconveniente resultaba de abandonarlas. Buenas, excelentes, indispensables eran para las naciones bajo cuya civilizacion se crearon y en cuyas costumbres las hallaron sus poetas; pero en un pueblo meridional por excelencia, misticamente religioso, ferviente de imaginacion, que buscaba las impresiones íntimas del alma mas bien que las de los sentidos, los efectos de la lucha de las pasiones, y no los resultados del fatalismo; en un pueblo ansioso de asuntos complicados, curioso de examinarse á sí mismo, lleno de fe para con los hechos maravillosos y las enredadas situaciones, ¿cómo habian de bastar á interesarle las sencillas y breves combinaciones que caben en un cuadro clásico? Nuestro genio especial abarcaba un inmenso espacio poético; para tenerle suspenso y entretenido en el teatro necesitaba una historia



entera, un poema épico completo. Poco nos importaba que el poeta corriese de oriente á occidente, que pasase de siglos á siglos; pues como nuestro drama era una historia, y eso buscábamos allí, volabamos en el teatro con el poeta como seguíamos en un libro al historiador. La curiosidad que nos conducía á la escena, y nuestra imaginación, abarcaban las creaciones del ingenio; y ya en el cielo ó ya en el abismo, estábamos contentos si, como en la tierra, veíamos al héroe que con hechos maravillosos, intrigas complicadas, combates íntimos de pasiones, cuestiones de punto de honor, galantería, metafísica, acciones caballerescas y religiosas, nos reproducía á nosotros y nuestros íntimos sentimientos. Y ni aun esto bastaba para construir el drama popular. En ello ciertamente consistía su esencia; mas para su parte de ornato exigía nuestro gusto y tendencia natural que se revistiese de todos los tonos de la poesía; necesitábamos, en fin, que la lírica, la épica, la narrativa ostentasen todos los recursos en el teatro; porque, acostumbrados á la gala, riqueza y abundancia de nuestra hermosa lengua, los oídos españoles no podían renunciar, ni aun en el drama, los encantos de sus variados y armoniosos sonidos.

»Necesidades de tal tamaño y extensión no podían satisfacerse en el estrecho círculo que contenía la de los pueblos antiguos, ni tan encontrados y diversos elementos amalgamarse y colocarse convenientemente dentro de él. Ya Juan de la Cueva, Virués y los Argensolas habían conocido la precisión de exceder tan cortos límites; pero, como eran eruditos por fe, no lo hicieron con la debida resolución. Luchando sus doctrinas académicas con la necesidad, fueron tímidos y no se atrevieron de lleno á seguir el intento del pueblo; por lo cual, en vez de inventar un sistema nuevo é independiente del antiguo clásico y con formas propias y originales, solo produjeron monstruosos dramas, compuestos de elementos inconciliables.

»Al ingenio grande, audaz, eminentemente español de LOPE estaba reservado comprender é inventar un sistema dramático que fuese verdadera expresión de nuestras necesidades intelectuales y morales. Por inspiración ó por sentimiento íntimo, quizá mas que por estudio, halló el drama español; y formándolo con la quinta esencia del carácter indígena, le apropió además cuanto no era incompatible con él y habíamos adquirido de los extraños. Cultivado el árbol de nuestra poesía popular, creció magnífico y robusto hasta las nubes, y sus vigorosas ramas asombraron la culta Europa. Modelo fué de ella casi un siglo entero, y sus mayores ingenios se alimentaron de su sustancia para producir obras análogas en cuanto lo permitía la diferente índole de las naciones para quienes escribían.

»Y no se crea, ya lo hemos dicho, que LOPE se apartó voluntariamente de las reglas clásicas por solo apartarse de ellas; lo hizo sí para crear otro sistema, mas instintivo á la verdad que razonado. No dejó á su país desierto de poesía nacional, ni produjo monstruos como los que le precedieron. El drama popular y grosero que existía antes que el suyo también tomó una parte muy esencial en su nueva creación, porque en él se hallaba el tipo característico del pueblo. Salió, empero, de sus manos libre de la bárbara corteza que lo cubría, salió adecuado á los progresos que se habían verificado en la cultura social. ¿Qué diferencia enorme no se nota con efecto entre las sales groseras y el lenguaje de las antiguas farsas, si se comparan con las gracias oportunas y decentes de LOPE? Y ¿qué diríamos de la expresión noble y caballerescas de los amoríos introducidos en sus dramas? Esto es todo invención suya; no existía en las farsas, si bien ya se hallaba connaturalizado en las costumbres é introducido en la sociedad por la lectura popular de los libros de caballería.

»Las reglas que los críticos dedujeron de las creaciones clásicas, y de que se apartó LOPE, no afectaban esencialmente las generales que constituyen la imitación de la bella naturaleza; si de estas se olvidara, jamás hubiera conseguido representar ni satisfacer las necesidades de un pueblo, pues siendo ellas mismas esencialmente necesarias, son una parte del instinto con que el pueblo concibe y siente la belleza. Por inspiración se apartó de aquellas LOPE, por inspiración conservó estas, y por inspiración hicieron otro tanto los grandes poetas, que, dedicados á producir, jamás se ocuparon en la crítica filosófica ni en escribir reglas, que *à posteriori* se dedujeron de sus obras.

»El teatro de LOPE DE VEGA es una prueba del mas extenso y sólido saber. La teología, la jurisprudencia, la filosofía, las bellas artes, y hasta las mas mecánicas, todo lo abraza en él, nada le era extraño ni peregrino. Allí está consignada toda la ciencia de su siglo y de su nación, allí sus usos y costumbres, allí su fe y creencias religiosas, allí sus principios morales y políticos, allí sus necesidades, gustos y placeres; allí lo que contenía su originalidad; y allí mejor que en la

historia, que respeta y adula á los individuos, se pintaban con verdad en seres ideales atributos que constituian entre el pueblo la idea de lo bueno y de lo malo, de lo útil y de lo dañoso, y hasta el extravío que produce en los juicios humanos la constitucion social y la educacion.

»El caos que desembrolló LOPE DE VEGA para fundar el sistema dramático, hasta ahora mas bien sentido que definido, fué inmenso. Las sencillas églogas de Juan de la Encina; las comedias, ya mas cultas é ingeniosas, de Torres Naharro; las farsas de Lope de Rueda, Timoneda y otros, incrustadas de cuentos novelescos; los dramas informes, hinchadamente épicos y gigantescos de Cueva, Argensola y Virués, que olian todavía á la erudicion del mal gusto; el amor humano, asimilado al místico y metafísico; la gala, la riqueza y la tendencia melancólica de la poesia árabe, provenzal é italiana; las hermosísimas y variadas combinaciones métricas de los petrarquistas, introducidas entre nosotros por Boscan y Garcilaso; la gracia sencilla y tierna que caracterizaba nuestras canciones populares; el tono épico, grave y solemne con que en nuestros romances heroicos ó de historia se cantaron las glorias, los desastres y la constancia nacional; la gala y brio descriptivo de los romances moriscos y caballerescos: todo, todo existia ya, todo era popular en la civilizacion castellana á principios del siglo xvii. Solo faltaba una inteligencia superior que, abarcando con una mirada sola este caos de elementos diseminados, y despojándolos de sus formas divergentes, supiese ponerlos en armonia para crear un todo conveniente, cuya belleza simpatizase con las masas populares á quienes debia servir de instruccion, de moralidad, de placer y de recreo, y á quienes, en fin, como un espejo se debia retratar para sí propias y para la posteridad.

»Pues bien, el hombre que supo aproximar elementos tan distantes y edificar con ellos un monumento real é idealmente bello y armonioso fué LOPE DE VEGA. Creó su drama, y creado, se lo presentó al pueblo y le dijo: «He aquí tu poema; hé aquí la verdadera creacion que debes continuar para ser sublime, para ser original é independiente; porque esta obra, aunque salida de mis manos, es propia tuya, porque se ha formado de tus leyes, tus costumbres, tu saber, tus gustos, tus sentimientos, tus creencias, y en fin, de tu propia sustancia. Tú fuiste el mármol que contenia la imagen de la belleza, y yo el artista cuya inteligencia comprendió dónde estaba oculta y cuyo cincel la despojó de su corteza; tú fuiste el diamante, yo el que le labré é hice competir en brillo con el sol.» La nacion, atónita y embelesada, aceptó el presente del gran poeta y ciñó sus sienes con inmarchesible corona de gloria, de gratitud y respeto, y la fama llevó su nombre y sus obras inmortales á los otros climas.»

Para consumir tan grande obra necesitaba LOPE ser lo que fué: un verdadero portento, un monstruo de la naturaleza. El cielo habia reunido en aquel hombre extraordinario el genio de muchos poetas juntos, prodigándole los tesoros de la imaginacion y de la mas rica fantasia, el don de inventar y de trazar cuadros infinitamente variados: facilidad, soltura, elegancia, claridad, armonia, todo en él se reune; es un manantial que á todo basta y que jamás se agota. Su poesia es por lo general dulce y flúida, como el agua limpia de una fuente pura, que fluye sin obstáculo alguno; su expresion deja pocas veces de ser elara, inteligible para todos y exenta de los defectos de culteranismo y mal gusto que afearon á muchos escritores de su época y la siguiente; los argumentos de sus dramas son variados y siempre felices, á pesar de ser tantos y tan prontamente concebidos; los caracteres de sus personajes, si no perfectos siempre en la ejecucion, bellos en la invencion y con rasgos admirables que arrebatan; el diálogo es fácil y animado; una galanteria fina y culta sobresale en él, no ofendiendo nunca el decoro; y por lo general descubre una sensibilidad viva y delicada que mueve é interesa, sin que le falte a veces fuerza y sublimidad, bien que estas últimas cualidades son en él las que menos resaltan.

Vemos pues justificado nuestro aserto de haber sido injustos para con LOPE los que le han achacado la corrupcion de nuestro teatro, haciéndole causante del desarreglo y mal gusto que reinó en la escena española á juicio de ciertos criticos. Léjos de esto, contuvo el desarreglo que sus predecesores habian introducido, rectificando el gusto que andaba perdido entre las farsas groseras de unos y los monstruosos engendros de otros. Mejoró infinito la parte relativa á la invencion de la fábula. Unas veces se mostraba esta pobre, como en Rueda y Naharro; otras pasaba á ser desatinada y delirante por la aglomeracion confusa de incidentes desligados entre sí, como en Cueva y Virués. La fábula de LOPE está llena de movimiento, de situaciones, de lances; hasta la exposicion misma se hace en accion, y no en discursos, desterrándose la costumbre poco ingeniosa de las loas ó prólogos. A pesar de la multitud de lances, camina con mas claridad, con mas arte en la disposicion del argumento; y aunque se halla léjos de ser perfecta, rectificada la anti-



gua confusion y la exageracion ridicula, puede decirse que dió á la comedia mas regulares y sencillas formas.

Otra cosa que aquellos no conocieron fué la pintura de los caracteres, y á LOPE se debe la creacion de esta parte tan principal de la poesia dramática, en la que sobresalió, señaladamente cuando ponía en escena caracteres femeniles. Nadie ha descrito con mas verdad ni al mismo tiempo con mas ingenio y, por decirlo así, con mas efusion del alma, la ternura y constancia del corazon mujeril, el valor del bello sexo en las situaciones mas difíciles de la vida, y la disposicion a hacer los mayores sacrificios por el objeto amado. Su manera de sentir el amor y los celos está expresada en las numerosas comedias de LOPE con una variedad admirable, correspondiente á las casi infinitas situaciones que inventó para describirla. En los demás caracteres, generalmente hablando, observó la debida decencia. El lenguaje del padre anciano no es como el del jóven amante, del monarca poderoso, del criado, del pastor, del villano. Nada de esto se veia en los que le precedieron: cuando mas, supieron trazar algunos caracteres generales, pero no los individuales, que son los que la comedia requiere; y fué tan notable la mejora que en esta parte introdujo, que el mismo se alababa de ella, diciendo con razon en su *Égloga á Claudio*:

Débenme á mi de su principio el arte.

Pintar las iras del armado Aquiles,  
 Guardar á los palacios el decoro...  
 La furia del amante sin consejo,  
 La hermosa dama, el sentencioso viejo...  
 Describir el villano al fuego atento...  
 ¿A quién se debe, Claudio?

Tampoco sabian sus antecesores manejar el diálogo con verdad, gracia y soltura. Algo se notaba ya de esto en Lope de Rueda; mas solo en la parte jocosa. LOPE DE VEGA enseñó el modo de hacer hablar entre sí á los interlocutores de todas clases con verdad, viveza y naturalidad, huyendo de los largos razonamientos, haciendo que las réplicas fuesen prontas, oportunas, adecuadas á la situacion y al personaje. En suma, como ya hemos dicho, antes de LOPE existian comedias; pero él creó el arte dramática.

Mas si esta arte le debió tanto, ¿hizo por ella todo lo que hubiera podido? ¿La llevó al grado de perfeccion de que era susceptible en su tiempo? A nosotros nos parece que no, y en esto vemos la gran culpa de LOPE. Sin quitar al teatro español su originalidad, sin defraudarle de una sola de las buenas cualidades con que supo dotarle, en nuestro juicio debió darle mas perfectas formas ó introducir en el un gusto mas depurado. El mismo lo conoció, se acusó de ello, y este testimonio es mas poderoso que todas las excusas que se puedan inventar para disculparle.

Si tuvo grande inventiva, no fué tan afortunado en la composicion ó disposicion de la fábula, que casi siempre es defectuosa, señaladamente cuando se aproxima el desenlace. Su genio le inspiraba una buena idea; poníase á trabajar, y generalmente empezaba bien, porque entonces le animaba la inspiracion; pero caminando sin plan y siempre deprisa, se iba extraviando y se cansaba. Añadía escenas á escenas conforme se le ocurrían, aunque no tuviesen entre sí la conexion necesaria: salían unas buenas, otras malas; ya se cansaba, y su composicion se resentía de la fatiga ocasionada por el excesivo trabajo; ya por un nuevo impulso ó recobradas sus fuerzas, volvía la inspiracion, y era otra vez el inimitable LOPE. Cuando llegaba el desenlace, el cansancio, la dificultad de atar tanto cabo suelto y de llevar á un fin comun tan varios incidentes, el ansia de acabar, le hacían echar mano de cualquier medio, y resultaba el final tan malo como buena habia sido la exposicion. Así, de todos los poetas dramáticos es el que tiene mayor número de escenas admirables y menor de comedias buenas. Esto consiste en que la invencion pertenece al genio y es hija de la inspiracion; pero la composicion lo es del talento y del arte. Las escenas, los diálogos y los versos se hacen dictando la musa de la fantasia; pero la disposicion y el enlace de las diversas partes del drama, de modo que camine artificiosamente á su fin, prepare la catástrofe y mantenga al espectador siempre suspenso, esto requiere mucha meditacion y gran detenimiento.

Estas últimas cualidades son las que le faltaron á LOPE para ser perfecto, y su falta le precipitó en grandes extravíos. Entregándose sin freno alguno á su lastimosa facilidad, demasiado pronto á tomar la pluma, é impaciente por acabar, sacrifica el conjunto á los pormenores, y desgracia lo esencial por los accesorios. Corre sin saber adónde marcha ni cuándo parará; no se concede el



tiempo de respirar siquiera. y á lo mejor se queda sin aliento. Semejante al pródigo, derrama inconsideradamente sus tesoros, en vez de distribuirlos con cordura; y en medio de tantas riquezas, aparece muy á menudo pobre y miserable. Así, LOPE para ser apreciado en lo que vale necesita presentarse cargado con el inmenso caudal de sus obras: vistas juntas asombran y dejan anonadado al que las contempla; desmenuzadas, se pierde el prestigio, y no pocas veces causan extraño desagrado. Se pueden comparar á un inmenso paisaje que desde lejos presenta imponentes masas de árboles y montes, nubes y variados celajes: el conjunto sorprende y asombra; pero internándose en él se desvanece la ilusion, y á par de bellas flores, sombras agradables y fuentes deliciosas, se encuentran sitios agrestes, rocas ineultas, extensos eriales, cenagales inmundos; y por todas partes la maleza ahoga la vegetacion, que de lejos parecia tan lozana.

\* Y no estuvo todo el daño en lo bueno que dejó de hacer, sino en el mal ejemplo que diera, siendo imitado en sus defectos por la mayor parte de sus contemporáneos y sucesores. Como una de las cualidades que en él mas sorprendieron fué su inmensa fecundidad, todos sus imitadores creyeron que no eran poetas dramáticos si no eran tambien fecundos, y diéronse todos á escribir comedias á destajo, produciéndolas á cientos. Quedándose aun en esta parte muy atrás, no le aventajaron en las demás; y excepto algunos pocos que indudablemente produjeron obras mejores que las suyas, el vulgo de los dramaturgos escribió todavia con mas desarreglo y menos gusto. Acostumbró además LOPE á componer, no para el arte, sino para el pueblo únicamente y segun su capricho. Si es cierto que el poeta, y mas el dramático, tiene que escribir para el pueblo, tambien lo es que no debe constituirse en servil adulator de sus gustos, con frecuencia depravados. El cielo no le da el ingenio para esto solo, y es su obligacion corregir lo que el buen gusto y la razon desaprueban. El arte le ha de merecer tambien algun esfuerzo, y el está para perfeccionarlo; que la gran dificultad y la verdadera gloria consisten, no en agradar á la plebe á expensas del arte; no tampoco en sujetarse á este sin consideracion á los gustos del pueblo, sino en atender á las dos cosas juntamente, en hermanar estos dos fines indispensables y en vencer todos los obstáculos que ofrece tan ardua empresa. Si LOPE hubiera hecho esto, no se diria de él que ha escrito mil ochocientas comedias; pero tendríamos unas pocas que sabríamos de memoria.

Basta ya sobre las bellezas y los defectos de LOPE DE VEGA y sobre la influencia que tuvo en el teatro moderno. Contraigámonos ahora á hablar mas particularmente de sus comedias.

Estas se pueden dividir en varias clases:

1.<sup>a</sup> Las de costumbres, en que mas se acercó á Terencio y á Plauto, é imitó acaso sobradamente la licencia de los cómicos antiguos. Llamamos así á las comedias en que se pintan los vicios de los hombres en sociedad y se retratan sobre la escena; pero, como en tiempo de LOPE no podian criticarse los vicios de ciertas personas y clases, hubo de limitarse á las mas abyectas y bajas, como en el *Rufian Castrucho*. En estas obras no es LOPE tan culto y urbano como en las demás; pero afortunadamente tiene pocas.

2.<sup>a</sup> Comedias de intriga y amor, llamadas generalmente de capa y espada. En este género fué original y mejor que en ningun otro. A él deben referirse muchas en que, aunque se introduzcan reyes y emperadores, la fabula no versa sobre hechos históricos, sino sobre lances de amor y celos. Es tambien el que mas se cultivó por todos nuestros antiguos poetas dramáticos y en el que tenemos mas riquezas.

3.<sup>a</sup> Comedias pastoriles, género que agradaba mucho á LOPE y en que imitó el *Aminta* del Tasso y el *Pastor Fido* de Guarini, pero dando mas complicacion é interés á la fabula. Sobresalió en él por las excelentes descripciones poéticas que admite. En todas las obras de LOPE se ve el placer con que describe las bellezas sencillas, las escenas hermosas de la naturaleza, las dulzuras de la vida del campo y la sencillez de costumbres que es consiguiente á ella; pero introdujo tambien en estas comedias el mismo género novelesco que en las demás.

4.<sup>a</sup> La comedia heroica ó de sucesos verdaderos ó creídos, tales como la historia de Bernardo del Carpio. En las comedias de este género se observa en LOPE mas celeridad que en otro alguno, y se acercó mas á la manera de Cueva y Virués: muchas fueron comedias de circunstancias.

5.<sup>a</sup> La tragedia: puso el título de tragedia á algunas de sus composiciones porque el desenlace era lastimoso, aunque la forma fuese la misma que en los demás dramas; de modo que no hay mas diferencia entre lo que él llama comedia y lo que tal vez intitula tragedia, que el ser en la primera el desenlace feliz y en la segunda funesto.

6.<sup>a</sup> Las comedias mitológicas: por lo general son comedias de teatro.

7.<sup>a</sup> Las de santos : tambien de apariencias teatrales, en las cuales estaba recibido que se introdujesen los demonios, saliendo por escotillon, y los ángeles por nubes. Estos dos últimos géneros por sí son ya bastante inferiores : el uno por ser de una creencia que no nos pertenece, y el otro por acercar demasiado al auditorio los objetos de la suya. No tienen en LOPE bastante mérito.

8.<sup>a</sup> La comedia filosofica ó ideal, en que se conoce la intencion de desenvolver alguna máxima de moral universal, género en que LOPE se elevó apenas sobre la comedia de intriga, y que Calderon llevó después a tan alto grado de perfeccion ; son pocas tambien las que tiene de esta clase <sup>1</sup>.

Mucho habria que citar de LOPE; pero es difícil elegir en tal cúmulo de obras. Sus comedias mas nombradas, ó por lo menos las que mas se han conservado en el teatro hasta estos últimos tiempos, son : *El anzuelo de Fenisa* ; *Obras son amores, y no buenas razones* ; ; *Si no vieran las mujeres* ! *Las flores de don Juan* ; *La esclava de su galán* ; *La moza de cántaro* ; *Querer su propia desdicha* ; *Los milagros del desprecio* ; *El castigo sin venganza* ; *La estrella de Sevilla* ; *El premio del bien hablar* ; *Por la puente, Juana* ; *El mejor alcalde el Rey* ; *Lo cierto por lo dudoso* ; *El perro del hortelano* ; *La dama melindrosa* ; *Los Tellos de Meneses* ; *Amar sin saber á quién* ; *El acero de Madrid* ; *La ilustrada fregona* ; *La hermosa fea* ; *El mayor imposible* ; *La boba para los otros y discreta para sí*. En el prologo del *Peregrino en su patria* puso LOPE una lista de las comedias que habia publicado hasta entonces.

LOPE, que se ensayó en todos los géneros, no podia menos de imitar una de las obras que mas celebridad tenian, y que, sin ser verdadera comedia, ofrecia sus formas, *La Celestina*. Hizo *La Dorothea*, que, como aquella, es una novela en diálogo; y aunque está léjos de igualarla, hubo de dejar á su autor bastante satisfecho, puesto que hablando de ella dice : « Por ventura de mí la mas querida. » Está dividida en cinco *actos*, que este nombre les da, y no el de jornadas, y escrita en prosa con intercalacion de bastantes composiciones poéticas. Como novela tiene poco interés y es cansada de leer ; pero el lenguaje es bellísimo, y sobre todo los versos son de los mejores de LOPE, hallandose entre ellos sus famosas barquillas.

---

<sup>1</sup> Debemos esta clasificacion al profundo humanista y excelente crítico, maestro incansable de la juventud, don Alberto Lista y Aragon, cuyo fallecimiento, acaecido en 5 de octubre de 1848, llenó de luto á los verdaderos amantes de las letras, quienes perdieron á su muerte un verdadero oráculo.

# RELACION

## ENTRE LAS COSTUMBRES Y LOS ESCRITOS DE LOPE DE VEGA,

POR EL SEÑOR DON ADOLFO DE CASTRO.

(*Semanario pintoresco español*, núm. 13 del año 1831.)

« CON dos flores de un jardín, seis cuadros de pintura y algunos libros, vivo sin envidia, sin deseo, sin temor y sin esperanza; vencedor de mi fortuna, desengañado de la grandeza, retirado en la misma confusión, alegre en la necesidad, y si bien incierto del fin, no temeroso de que es tan cierto. Con esta filosofía camino por donde mas me puedo apartar de la ignorancia, desviando las piedras de la calumnia y las trampas de la envidia.»

Así describía su carácter el ingenioso poeta español LOPE DE VEGA, en la dedicatoria que hizo de su comedia *El Alcalde mayor* á cierto amigo residente en la ciudad de Méjico. Con tales costumbres y con tal manera de pensar, es claro que sus versos nacieron en la sencillez y tranquilidad de ánimo, en la práctica de las virtudes, en el desprecio de las riquezas y en la admiración de la hermosura.

LOPE DE VEGA manifestaba sinceramente sus pensamientos. Por eso, mientras mas bellos son los objetos que describe, los pinta con mayores encantos y atractivos. La inocencia de las aves, los afectos de un amor puro, la belleza de una doncella, las galas de las flores, hijas del mayo, y las mansas corrientes de los rios y de los arroyos, se hallan retratados en sus escritos con la sencillez de la verdad, con flúidos y suavísimos versos, y con palabras y frases mas suaves todavía.

En el vario discurso de su larga vida, así seglar como sacerdote, LOPE DE VEGA se dejó regir constantemente por el amor con que acataba la justicia, la razón, la virtud y la hermosura. Ni la ira podía cegarle el entendimiento hasta el punto de vengar por medio de las armas las pretensas injurias, ni la codicia desviarle de la honestidad de sus costumbres.

Salustio se quejaba de la corrupción de Roma y de la venalidad y ambición de los que desempeñaban cargos en la república; pero tuvo que salir del Senado por sus vicios y por su insaciable sed del oro, por bajos medios solicitado y adquirido. LOPE DE VEGA celebraba la excelencia de las virtudes y los encantos de un espíritu tranquilo en el reposo y en la contemplación de la naturaleza, y ejercitaba en su vivir lo mismo que tan deliciosamente describía en sus obras poéticas.

El Salustio senador romano era muy distinto del autor de las admirables historias de la *Conjuración de Catilina* y de la *Guerra de Yugurta*. El LOPE DE VEGA sacerdote español no se diferenciaba del poeta que tan bien solía encomendar en sus escritos la sencillez de vida y el ejercicio de las virtudes.

Cuando seglar compuso una comedia intitulada *El asalto de Maestricht*, para celebrar la victoria que recientemente habían adquirido las armas españolas en los Países-Bajos, donde corrían entonces tantos arroyos de sangre, y donde tanta gente de nuestra nación iba á perecer en defensa de las ambiciones de la casa de Austria.

Acertó, ó mas bien tuvo el poco acierto de poner LOPE DE VEGA, entre las personas que representaban en su comedia, un alférez de los que mas se habían distinguido en la presa (como en aquel tiempo se decía sin incurrir en galicismos) de la plaza de Maestricht. El actor encargado de reci-



tar el papel era de ruin persona. Terminada la representacion de la comedia con feliz suceso, cierto hidalgo, muy descolorido y enojado, llamó aparte al bueno de LOPE, y le dijo «que habia sido muy mal término dar el papel del alférez (que era hermano suyo) á un comediante tan villano de talle y de tanta cobardia en las maneras, cuando su pariente tenia buena presencia y gentil espíritu, segun lo mostraban sus proezas». LOPE, al oir querella tan extraña, se excusó lo mejor que pudo en tan inesperado trance. Pero el hidalgo no se satisfizo con sus excusas; y así, le previno que si no entregaba el papel á otro representante, desde luego se diese por desafiado. LOPE, hombre pacífico é inofensivo, al escuchar tales bravezas, ofreció cumplir lo que el hermano del alférez tan vivamente solicitaba. Dió el papel á otro actor de buen rostro y mejor talle, y le encargó que hiciese muchos ademanes de valiente, con lo cual se serenó el hidalgo, y en vez de acuchillar al poeta, le envió unos regalos <sup>1</sup>.

Esta suavidad del carácter de LOPE DE VEGA, en la edad viril y en un tiempo en que la educacion y las costumbres exaltaban los bríos, permaneció igual aun en los días de la vejez, cuando los achaques, los desengaños de las vanidades del mundo y de la constancia de los amigos, y la gran fama pudieran haber agriado su condicion y encendido su orgullo.

«Un hombre iracundo y mal advertido desafió á LOPE, hallándole en estado que ya los hábitos eclesiasticos le excusaban la respuesta. Instó el que desafiaba, y empuñando la espada, enojado mas con su silencio, le dijo: —Ea, salgamos fuera. —Vamos, dijo LOPE, poniéndose con mucho espacio el manto; vamos, yo al altar á decir misa, y vuesa merced á ayudarme á ella.—»

Esto refiere fray Francisco de Peralta en un sermon predicado en las exequias de LOPE, Madrid, 1655; obra bastante rara <sup>2</sup>.

LOPE DE VEGA era además un hombre modelo de modestia. Ni los aplausos lo engreian ni la estimacion universal lo cegaba. Para él fueron tormentos irresistibles las honras merecidas que le tributaban por su ingenio los reyes y los grandes.

Su íntimo amigo y compañero inseparable, el doctor Francisco de Quintana, autor de varias novelas y poesias celebradas en aquel siglo, predicó tambien en otras exequias de LOPE. En su sermon, impreso igualmente en Madrid el año de 1655, hay curiosísimas noticias acerca del carácter y costumbres de LOPE DE VEGA. Ninguna de ellas ha sido conocida por los biógrafos de este esclarecido ingenio, porque el original del elogio fúnebre de Quintana es de una rareza singular <sup>3</sup>.

Véase cómo describe un constante amigo de LOPE su modestia: «Los príncipes, así eclesiásticos como seglares, le veneraron, y aun le desearon, quejándose de que no los visitase; pero él se portaba tan templadamente en estas honras, que á la queja de un príncipe grande, eclesiástico, de que no le veía, respondió: —Yo viera mas veces á vuestra ilustrísima si me hiciera menos honores cuando le veo.—Secretario fué en su juventud de dos príncipes grandes, y cuando estimaban mas su persona, los dejó por huir de las lisonjas y estimaciones de sus familias; y estaba tan desengañado de este género de favores, que solia decir: —Aun a las figuras de los tapices de palacio tuviera lástima, si tuvieran sentimiento.—Tan templado fué en esta parte, que, siendo así que murió en el servicio de un generoso príncipe..., y estando en estado que pudiera como amigo gozar de sus favores, no quiso pasar por ello, sin estar primero escrito en los libros de los criados de su casa. Cuando salía de la suya, llegaban mil diferentes personas á verle, conocerle y decirle varios encarecimientos de sus escritos, y con tanto aliento repelia estas estimaciones, que, después de haberse cubierto su anciano rostro de vergüenza, introducía diferentes razones en orden á que cesasen sus alabanzas; y si, no obstante esta diligencia, proseguian, dejaba la conversacion, teniendo por mejor parecer descortés que dejar de ser en tantos honores magnánimo.»

Este desprecio de la próspera fortuna y de las pompas mundanas, este ánimo igual, esta confianza en su grandeza, y esta modestia, hija de la sabiduría, descubren en LOPE DE VEGA al poeta eminente, cantor de las bellezas del mundo.

LOPE al propio tiempo cumplia constantemente con las obligaciones que se habia impuesto, sin que nada hubiese de bastante poderio para desviarlo del desempeño de sus palabras. Pertenecia á una congregacion destinada á socorrer á los sacerdotes pobres, á negociar su libertad cuando gemian por los rigores de la contraria fortuna en tierras de infieles, y á sepultar de limosna á los que fallecian sin haberes, y la cual en ninguna manera permitia que manos de seglares tocasen

<sup>1</sup> LOPE refiere este suceso en una de sus novelas. (*Nota del autor del artículo.*)

<sup>2</sup> Está reimpresso en la *Coleccion de las obras sueltas de LOPE*, tomo XIX.

<sup>3</sup> Reimpresso en el tomo XIX de las *Obras sueltas de LOPE*.

á los difuntos eclesiásticos. «Ofrecióse enterrar, dice el citado amigo de LOPE, en el hospital general á un sacerdote pobre, y vimos que LOPE DE VEGA se quitó el manteo, y aunque se lo quisieron estorbar algunos por excusar este trabajo á sus años, entró en la sepultura, recibió piadosamente el cadáver, salióse fuera, y comenzó á cubrirle de tierra con el instrumento allí diputado para este ejercicio.»

De este modo el gran LOPE DE VEGA daba el admirable espectáculo de un hombre lisonjeado por los aplausos universales, despreciando el orgullo y siendo vencedor de sí mismo, sin que la mucha edad ni las atenciones y cuidados de sus amigos pudiesen separarlo del camino de los que él consideraba como deberes de su conciencia.

LOPE además fué notable por su caridad verdaderamente evangélica. En su casa siempre tenía «puesta cantidad de dinero sobre la mesa, para que el criado no tuviese necesidad de pedirlo ni tuviese mas que hacer que darla en llegando el pobre á la puerta». Tal decia de la caridad de LOPE el citado Quintana.

Otra de las acciones notables de LOPE en este punto está referida tambien por su íntimo amigo, en las palabras siguientes : «Llegó una vez un sacerdote pobre... Llamó á la puerta, no había en casa quien respondiese, salió él mismo, y vió que el que llamaba, sobre pobre, sacerdote y ciego, llevaba la indecencia de un asqueroso sombrero. Miró si tenía qué darle; no se halló con cosa considerable, y llevado de su piedad, quitóse el sombrero que tenía en la cabeza, y púsoselo al pobre. Súpose necesariamente este suceso, porque no pudo salir de casa con los amigos que le asistían, testigos fieles de esta verdad, hasta que uno de ellos hizo diligencia para que le llevarsen otro.»

Con esta condicion tan afable, tan caritativa, tan generosa, pronta á ejercitar el bien, sensible ante la desdicha lo mismo que ante la hermosura, acostumbrada á la sencillez de las costumbres, llena de delicados afectos, no mancillada con los crímenes, LOPE DE VEGA habia de escribir necesariamente versos de una suavidad extraordinaria, y ser uno de los pintores que han sabido mejor retratar los encantos de la naturaleza.

En la rarísima comedia *Mas vale salto de mata que ruego de buenos* LOPE describe de esta suerte los tiernísimos afectos amorosos de un ganadero :

Por verte á ti, Señora,  
Saldré euando le corra las cortinas  
Al rubio sol la aurora,  
Siguiendo sus pisadas peregrinas ;  
Y en viendo las estrellas,  
Solo las miraré por verte en ellas.  
Traeréte muchas veces  
El conejuelo tímido y medroso ;  
Y viendo que me ofreces  
Gracias debidas á mi amor forzoso,  
Con pecho mas sencillo  
Te traeré el amoroso cabritillo.

La tórtola en el nido  
Y el escamoso pez en el anzuelo,  
El madroño teñido  
Con la escarcha que arroja el duro suelo ;  
Que cosas semejantes  
Son en amor zafiros y diamantes.  
.....  
Daré un golpe á tu puerta,  
Y tú, que velarás por aguardarme  
Con una fe despierta,  
Llegarás muchas veces á abrazarme,  
Y dirás, como amas :  
«No des tan recio; que en el alma llamas.»

El espíritu de LOPE DE VEGA, acostumbrado á ejercitar la virtud y á hallar en todo bellezas, no se contentaba solo con encontrarlas en los campos, en los jardines y en las selvas, ya en las delicadas flores, ya en el cantar de las sencillas aves, ya en las mansas corrientes de los arroyuelos, ya en las sombras y frescuras de las silenciosas florestas. LOPE se traslada con el pensamiento á la rústica casa de un labrador, y describe admirablemente y con un entusiasmo singular la riqueza de los frutos naturales depositados en aquel albergue. Véase la descripción que se lee en su comedia intitulada *El vaquero de Moraña* :

Algun año sea tan bueno  
En tierras propias y extrañas,  
Que seguemos con guadañas  
Como en los prados el heno;  
Vístase el prado librea  
Con la yerba cada hora;  
Vierta aquí su copia Flora,  
Y su abundancia Amalteá;

Rompan del aire los filos  
Las cañas de los barbechos,  
Y toque el trigo los techos  
En las trojes y en los silos.  
No solo en siega, en vendimia  
Os dé el ciclo tal tesoro,  
Que hagais los vasos de oro  
Que agora teneis de alquimia.

Ya que en agosto repose,  
Pisen para vuestras cubas  
Vuestras gentes tantas uvas,  
Que todo en mosto rebese.

Y de manera se huelguen  
Con las uvas vuestras casas,  
Que aunque muchas hagais pasas,  
Muchas por los techos cuelguen.

Por los pezones y cabos  
Cubran con color pajizos  
Los melones invernales  
De vuestra casa los clavos.

Sirvan colmos á montones  
De membrillos ó granadas,  
En vuestros techos colgadas,  
De dorados artesones.

Sin rectitud y gobierno  
De reales pesadumbres,  
Vuestras ahumadas techumbres

Coronen frutas de invierno.  
Sirvan á vuestras familias  
Costales de verdes nueces,  
Para acabar tras los peces  
Los viérnes y las vigalias.

Higos tambien os reserve  
Esta campaña vecina,  
Que afeitados con harina,  
Enjугue el techo y conserve.

Maticce estas huertas luego  
La berengena morada,  
La verde col, arrugada  
Como pergamino al fuego.

Echad por mayor deleite  
En la postre vez alguna,  
En adobo la aceituna,  
Y los quesos en aceite;

Que yo, siguiéndolos á vos,  
Daré en mi rústico modo  
Gracias al Dueño de todo;  
Que dueño de todo es Dios.

Sin embargo, LOPE DE VEGA, á pesar de la pureza de su alma, no manchada con los vicios que afeaban las costumbres de sus contemporáneos, como buen autor dramático, supo retratarlas admirablemente, incluyendo á todos, desde Felipe II, castigador de su hijo don Carlos y de Juan de Escobedo, hasta las busconas y rufianes, que vivian de la estafa y en los mayores crímenes.

Para describir la muerte de Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, dada por Antonio Pérez de orden de Felipe II, y para afear la persecucion que hizo este soberano á su privado por haber ejecutado sus disposiciones, compuso LOPE DE VEGA su tragedia intitulada *La estrella de Sevilla*. Tal se cree por algunos criticos en vista de la semejanza de los sucesos en ella referidos con los que admiró el mundo durante el reinado de Felipe, y considerando que la accion de esa tragedia se finge en el reinado de don Sancho el Bravo, tiempo del cual no se conserva noticia alguna igual tocante á Sancho Ortiz ni á la familia antigua sevillana de los Taberas.

Tambien LOPE en el reinado de Felipe III compuso otra tragedia con el título de *El castigo sin reneganza*, donde un duque ideal de Ferrara manda matar á su hijo por tener amores con su madrastra: accion en que la corte de Madrid vió retratado al príncipe don Carlos, á Isabel de Valois y á Felipe II, segun las voces que corrian entonces acerca de este suceso fuera de España. La tragedia, al siguiente día de su representacion, fué prohibida.

LOPE DE VEGA, para pintar la sociedad española de su tiempo, recorrió todos los estados, y al fin, desde los palacios descendió á las vidas de las busconas en su comedia *El anzuelo de Fenisa*, y á la de los bribones en *El rufian Castrucho*.

Pero, aunque LOPE DE VEGA se dejase arrastrar de su deseo de describir las costumbres de su siglo, y las describiese con negros colores, nunca fueron tales que igualasen al horror de ellas. Por eso en todas las comedias de LOPE, sean cuales fueren sus asuntos, siempre se ve al alma pura de su autor en las bellas pinturas de la naturaleza y en la delicada expresion de dulcísimos afectos.

En nada se puede contemplar mejor el candoroso espíritu de LOPE DE VEGA que en el carácter de las mujeres de sus comedias. Asi como Calderon pinta las suyas infelices é impecables, pero altivas, Tirso de Molina bellaeas cuanto da de sí la malicia, y Montalban mas vehementes de lo que permite la modestia; LOPE las retrata apasionadas y afectuosas con una ternura llena de encantos y atractivos.

LOPE DE VEGA en sus escritos revela pues las bondades de su alma y la sencillez de sus costumbres.



# EL VERDADERO AMANTE,

PRIMERA COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO <sup>(1)</sup>,

DIRIGIDA A LOPE DE VEGA, SU HIJO.

MIRANDO un día el retrato de vuestro hermano Cárlos Félix, que, de edad de cuatro años, está en mi estudio, me preguntastes qué significaba una celada que, puesta sobre un libro en una mesa, tenía por alma del cuerpo esta empresa : *Fata sciunt*; y no os respondí entonces porque me pareció que no érades capaz de la respuesta. Ya que teneis edad, y comenzais á entender los principios de la lengua latina, sabed que tienen los hombres para vivir en el mundo, cuando no pueden heredar á sus padres mas que un limitado descanso, dos inclinaciones : una á las armas, y otra á las letras, que son las que aquella celada y libro significan con la letra, que en aquellos tiernos años dice que el cielo sabe cuál de aquellas dos inclinaciones tuviera Cárlos si no le hubiera, como salteador, la muerte arrebatado á mis brazos y robado á mis ojos, puesto que á mejor vida, dolorosamente, por las partes que concurrían en él de hermosura y entendimiento, con esperanzas de que había de mejorar mi memoria sobreviviendo á mis años, por la razón del curso de la naturaleza, orden sujeta á los accidentes de la vida. Vos quedastes en su lugar, no sé con cuál genio, cuya definición os darán Pausánias y Plutarco cuando sepáis entenderlos, el uno en los *Acaicos*, y el otro en la *Vida de Bruto*. Ni aun conozco la calidad de vuestro ingenio; que san Agustín tuvo por felicísimo al que nacía con él, como en el libro cuarto de la *Ciudad de Dios* lo siente el Santo; y fué opinion de Ciceron y de Aristóteles la ventaja que hace al arte la naturaleza, á quien afrenta Plinio pensando que la cultura de las artes se debe á la avaricia; bien que casi siempre es verdad cuando no las estudia el gran señor y príncipe, y aun entonces puede ser vanidad, y no virtud, como se ha visto en muchos. Mas ¿para qué os persuado con autores, cuando aun estáis en los primeros rudimentos de la lengua latina? Cosa que no podeis excusar, aunque si hubiera quien os enseñara bien la castellana, me contentara mas de que la supiérades; porque he visto muchos que, ignorando su lengua, se precian soberbios de la latina, y todo lo que está en la vulgar desprecian, sin acordarse que los griegos no escribieron en latin, ni los latinos en griego; y os confieso que me causa risa ver algunos hombres preciarse de poetas latinos, y en escribiendo en su lengua parecer bárbaros; de donde conoceréis que no nacieron poetas, porque el verdadero, de quien se dice que ha de tener uno cada siglo, en su lengua escribe y en ella es excelente, como el Petrarca en Italia, el Ronsardo en Francia, y Garcilaso en España; á quien tambien deben sus patrias esta honra; y lo sintió el celestial ingenio de fray Luis de Leon, que pretendió siempre honrarla, escribiendo en ella, como tambien le sucedió á fray Luis de Granada, después de muchos sermones que hay suyos en la lengua latina; y en ella escribieron fray Fernando del Castillo, fray Agustín de Avila, el padre Ribadeneyra, el doctor Mariana, y otros excelentes ingenios, sus historias. No os desanimo para que con menos cuidado estudiéis esta reina de las lenguas, tercera en orden á las del mundo, aunque mas comun que todas; procuralda saber, y por ningún caso os acontezca aprender la griega, porque desvanecido, no digais lo que algunos que saben poco della y de otras, por vendernos á gran precio la arrogancia de que la entienden; y porque no sepais lengua tan engendradora de soberbios, y que tan pocos pueden saber que la sa-

(1) De lo que en la dedicatoria dice el autor se infiere que no fué la primera, pues omite circunstancia de tanto bulto. En el *Arte nuevo de hacer comedias* asegura que á la edad de doce, y aun á la de once años, ya las escribia.

beis, que un catedrático de griego, natural de Guipúzcoa, hallándose en su escuela de Alcalá asaltado de improviso de muchos señores de la corte, oró en vizcaíno delante dellos, y fué tenido por hombre insigne, hasta que un secretario de un príncipe, que era de la misma patria, deshizo el atrevido engaño, diciendo que le habia entendido. En una de aquellas famosas librerías de Sevilla pidió el padre fray Luis de Leon una Biblia, si acaso la tenían, hebrea. Dióselo el dueño, admirado de que la pidiese, y mucho mas de vérsela leer en alta voz; pero llevando consigo un sobrino suyo, ingenio singular y del mismo hábito, pidió otro cualquiera libro, si acaso le tenían en la lengua hebrea: dióle el librero los salmos de David, de maravillosos caracteres y impresion del excelente Plantino; y comenzando á leer disparates, porque ignoraba la lengua entonces, volvió fray Luis á reprehenderle airado; á quien el sobrino dijo: «Déjeme vuesa paternidad; que para el señor librero tan hebreo es esto como esotro.» Vos me habréis entendido; y en razon de la inclinacion, que fué el principio de esta carta, no tengo mas que os advertir, si no os inclináredes á las letras humanas, de que tengais pocos libros, y esos selectos, y que les saqueis las sentencias, sin dejar pasar cosa que leáis notable, sin línea y margen; y si por vuestra desdicha vuestra sangre os inclinare á hacer versos (cosa de que Dios os libre), advertid que no sea vuestro principal estudio, porque os puede distraer de lo importante, y no os dará provecho. Tened en esto templanza; no sepais versos de memoria, ni los digais á nadie; que mientras menosuviéredes desto, tendréis mas de opinion y de juicio; y en esta materia, y lo que os importa seguir vuestros estudios sin esta rémora, no busqueis, Lope, ejemplo mas que el mio, pues aunque vivais muchos años no llegaréis á hacer á los señores de vuestra patria tantos servicios como yo, para pedir mas premio, y tengo, como sabeis, pobre casa, igual cama y mesa, y un huertecillo cuyas flores me divierten cuidados y me dan concetos. Libraréisos con esto de que os conozcan; que por la opinion de muchos es gran desdicha, y así tenia por jeroglífico un hombre docto deste tiempo un espejo en un árbol, á quien unos muchachos tiraban piedras, con esta letra: *Periculosus splendor*. Yo he escrito novecientas comedias, doce libros de diversos sugetos, prosa y verso, y tantos papeles sueltos de varios sugetos, que no llegará jamás lo impreso á lo que está por imprimir; y he adquirido enemigos, censores, asechanzas, envidias, notas, reprehensiones y cuidados; perdido el tiempo preciosísimo, y llegada la *non intellecta senectus*, que dijo Ausonio, sin dejaros mas que estos inútiles consejos. Esta comedia, llamada *El verdadero Amante*, quise dedicaros, por haberla escrito de los años que vos teneis; que aunque entonces se celebraba, conoceréis por ella mis rudos principios; con pacto y condicion que no la tomeis por ejemplar, para que no os veais escuchado de muchos y estimado de pocos. —Dios os guarde.

VUESTRO PADRE.

NOTA. Esta pastoral de *El verdadero Amante*, por ser el primer drama de LOPE incluido en nuestra coleccion, se reimprime sin division de escenas, para que vean los lectores de la BIBLIOTECA en qué forma publicó el autor sus comedias.

# EL VERDADERO AMANTE.

## FIGURAS DE LA COMEDIA.

JACINTO.  
DANTEO.  
MENALCA.  
CORIDON.  
EURISTO.

PELORO.  
ERGASTO.  
DORISTO.  
BELARDA.  
AMARANTA.

EREUSA.  
DÓRIDA.  
FELICIO.  
GLICERIO.  
ALCALDES LABRADORES.

UN SACERDOTE DE LA DIO-  
SA JUNO.  
PASTORES.  
MÚSICOS.

Representóla RIOS.

## ACTO PRIMERO.

Salen JACINTO, MÚSICOS y PASTORES,  
con baile y fiesta, y UN SACERDOTE.

SACERDOTE.

No suene rumor alguno  
Hasta que á avisaros vuelva  
En tiempo mas oportuno,  
Pues llegamos á la selva  
Sagrada á la diosa Juno,  
Cuyas manos vengativas  
Tanto las nuestras altivas  
Castigan cuando se atreven,  
Que hasta los vientos no mueven  
Las hojas destas olivas.

UN PASTOR.

En nada os disgustarémos,  
Ni la gran Diosa permita  
Que su selva despreciemos.  
¡Hola! Cese el baile y grita.

OTRO.

Pues lo mandáis, cesarémos.

SACERDOTE.

Todos hincad la rodilla,  
Y con voluntad sencilla  
Mostrad que es nuestra intencion  
Ofrecerle el corazon,  
Que por victima se humilla.  
(Descubren la diosa Juno en un tem-  
plo.)

¡Oh santa Juno, que fuiste  
Del alto Júpiter prenda!  
Tú, que mas bella, venciste  
A Pallas en la contienda,  
Y á Vénus escureciste,  
Asiste á nuestro desseo,  
Por el despojo y trofeo  
Que se te ofrece este día,  
Y venga en tu compañía  
El sacro dios Himeneo.  
Doristo con Amaranta  
Quieren tu yugo amoroso:  
Asiste pues, Juno santa,  
Y el lazo dificultoso  
De la coyunda levanta;  
Y en tanto que se levante,  
Cualquier agüero se espante  
De tu poderosa diestra:  
Ni la corneja siniestra,  
Ni el buho noturno cante.—  
Ya vuestras bodas pronuncia.  
—Aquella blanca paloma,  
Doristo, tu bien anuncia.—  
La mano á tu esposo toma, (A la novia).  
Y tu libertad renuncia.  
No hay que temer fin prolijo.

DORISTO.

A la aldea nos volvamos.  
¡Qué grande bien nos predijo!

SACERDOTE.

Pastores, de aquí partamos.

PASTORES.

Cese el baile y regocijo.

(Vanse todos, queda Jacinto solo.)

JACINTO.

¿Permitirás levantarme,  
Falso amor, de aqueste suelo,  
Donde he venido á humillarme?  
Pero si cai del cielo,  
¿Dónde puedo asegurarme?  
¡Ay pregunta sin provecho!  
Pues en el aire, sospecho,  
Por donde amor me subió,  
Mis esperanzas y yo  
Nos hemos pedazos hecho.  
¿Que te casaste, Amaranta?  
¡Muerto soy!

Sale DANTEO.

DANTEO. (Sin ver á Jacinto.)

¡Oh Atalanta!

Préstame tus piés veloces,  
Así tu Hipómenes goces,  
Que en verte agora se espanta.  
Déjame dar esta nueva  
A aquel verdadero amigo;  
Eco, mis acentos lleva;  
Detente, viento enemigo,  
No la estorbes; que ya prueba.  
Dile á Jacinto el dichoso.  
Que el rapacillo envidioso  
En este punto le ha dado  
El mas venturoso estado  
Que tuvo pecho amoroso.  
Dile que se abraze y arda,  
Que pene, padezca y muera,  
Pues que le adora Belarda,  
De toda nuestra ribera  
La pastora mas gallarda.  
No es este amor, que provoca  
A una alma á volverse loca,  
Malicia que imaginé;  
Que de su boca lo sé.  
Y lo sabrá de mi boca.  
Basta que me ha preguntado  
Quién es y en qué punto precia  
El ser de zagal honrado,  
Y si el ganado desprecia,  
O guarda ajeno ganado;  
Y he hecho lo que he podido  
En decirle que ha tenido  
Eleccion de mujer cuerda,  
Y que á mi cuenta se pierda  
Por un ganado perdido.—

Santo Apolo, ¿velo ó sueño?  
¡Ah Jacinto! ¿Destá suerte  
Sirves á tu nuevo dueño?  
¡Oh dura imagen del sueño,  
Sombra y color de la muerte!  
¿Estás en tí?

JACINTO.

Mi Danteo,  
¿Es posible que te veo?

DANTEO.

¿Qué has tenido? ¿No estás bueno?

JACINTO.

Si estoy, aunque bien ajeno  
Del mayor bien que desseo.

DANTEO.

Ánimate. ¿Qué has tenido?  
¿Estás dormido ó despierto?

JACINTO.

Estoy despierto y dormido,  
Estoy sano, estoy herido,  
Estoy vivo y estoy muerto.  
Tal me tiene mi dolor.

DANTEO.

Pues duerme y vela, pastor,  
Y cúrate y no te cura,  
Y muere y vivir procura:  
Quizá te hallarás mejor.  
¿Estás burlando del tiempo?

JACINTO.

Él se ha burlado de mí,  
Pues que ya ha llegado el tiempo  
Que del tiempo que perdí  
Estoy llorando sin tiempo.

DANTEO.

No mas; que tu queja entiendo.  
Todo tu mal comprendo:  
A Belarda á amar te inclinas.

JACINTO.

Ni aun la ceniza adivinas  
Del fuego en que estoy ardiendo.

DANTEO.

No disimules conmigo.

JACINTO.

Por Dios, Danteo, que inoras  
Mi mal.

DANTEO.

Antes soy testigo,  
Y de su boca te digo  
Que sé que á Belarda adoras.  
Y porque mejor me creas,  
Hoy me ha dado el cargo á mí  
Para que la hables y veas,  
Y aun de su pecho entendi  
Que gusta que la poseas.  
¡Brava ventura tuviste!



JACINTO.  
(*Aparte.* Quierome disimular,  
Callando el suceso triste.)  
¿Donde la pudiste hablar?  
¿Adonde vella pudiste?  
¿Que soy amado me cuentas!

DANTEO.  
Tanto, que alegre te asientas  
En el trono del amor.

JACINTO.  
Poco sientes mi dolor,  
Y gusto que no le sientas.—  
¡Ay falsa! ¿Que te casaste?

DANTEO.  
¿Qué dices?

JACINTO.  
Que te engañaste  
En pensar que esa pastora  
Me quiera bien.

DANTEO.  
Y te adora.

JACINTO.  
¿Es cierto?

DANTEO.  
Es muy cierto.

JACINTO.  
Baste.  
Sin falta, por mano ajena  
La suerte mi vida guarda,  
Y que se resolvía ordena.  
Con la gloria de Belarda,  
De mi Amaranta la pena.  
Irémola luego a ver.

DANTEO.  
Así quedó concertado.

JACINTO.  
Galan me quiero poner;  
Que me ha tenido enlutado  
De un desposorio el placer.  
Y pues que tantos lo van,  
Bien es que vaya galan.—  
¡Euristo!

Salen EURISTO.

EURISTO.  
¿Qué mandas?

JACINTO.  
Presto.  
Trae volando á este puesto  
Pellico, banda y gaban.  
(*Vase Euristo.*)

DANTEO.  
¿Desposorio te enlutó?

JACINTO.  
Sí; porque envidia me alcanza  
De ver que allí se cumplió  
De dos almas la esperanza,  
Que para mí no llegó.

DANTEO.  
Nuevo es eso para mí,  
Que he estado fuera de aquí.  
Hoy vine á aquesta ribera.

JACINTO.  
Para mí también lo fuera,  
A no estar fuera de mí.

Salen EURISTO.

EURISTO.  
Aquí hay recaudo: bien puedes  
Vestirte.

JACINTO.  
Muestra el pellico:  
Aquesto quiero que heredes;  
Y de ducio no muy rico  
No esperes grandes mercedes.

EURISTO.  
¿Qué dices?

JACINTO.  
Si aquesto viera  
Belarda, ¿qué burla hiciera  
De ver un pobre pastor  
Con hazañas de señor!

DANTEO.  
Harto bien te pareciera,  
Pues lo que el ser no te ofrece,  
Has por virtud alcanzado;  
Que tan bien el sol parece  
Si en un árbol resplandece,  
Como en un techo dorado.

JACINTO.  
Ya estoy bien. Vamos de aquí.

EURISTO.  
¿Mandas que vaya tras tí?

JACINTO.  
Ya bien te puedes quedar.

EURISTO.  
Pues ¿no te he de acompañar?

JACINTO.  
No, mientras ande sin mí.  
(*Vanse Jacinto y Danteo.*)

EURISTO.  
¿Qué novedad es aquesta,  
Jacinto? ¿Qué nueva llama  
Así tu pecho molesta,  
Que cuando entierras tu dama  
Sales vestido de fiesta?

¿Es este acaso el tributo  
Del tierno llanto y del luto?  
¿Son estas colores verdes  
De la esperanza que pierdes  
El mal sazonado fruto?

¿Si acaso el dolor espanta?  
Mira, Señor, si te mueres,  
Nunca la causa fué tanta,  
Pues se ha casado Amaranta,  
La prenda que tanto quieres.  
Mírala en brazos ajenos,  
Y que de su gloria llenos...  
—Mas conviéneme que calle;  
Que sueña gente en el valle,  
Y es Menalca cuando menos. (*Vase.*)

Salen MENALCA y CORIDON.

MENALCA.  
¿Conoces, dime, Coridon, alguno  
Que en todo el Tajo, y en el mundo todo,  
Pasea tanto bien como poseo?  
Y no quiero decir pastor ninguno;  
Que fuera cortedad tan á mi modo  
Medir con la ventura mi deseo;  
¿Viste algun rey, ufano del trofeo  
De haber ganado un reino, por ventura,  
En paz santa y segura  
Gozar su alegre estado?  
Pues deste fuera yo tan envidiado,  
Que trocara del reino lo mas rico  
Por un solo giron deste pellico.  
No la púrpura sacra y la corona  
Que ciñe al claro príncipe las sienes,  
Mas llenas de soberbia que de gusto;  
No la parlera fama, que pregona  
Pequeños males como grandes bienes  
En la boca del vulgo, torpe, injusto,  
Diciendo á voces: «Príncipe tan justo  
Excede en guerra y paz con igual mano  
A Numa y á Trajano;»  
Ni el ver su nombre eterno,  
Se iguala á que yo pase el duro invierno  
Y los calores del ardiente estío  
Contento con el bien pequeño mío.

CORIDON.  
¿Qué tal te tiene amor!

MENALCA.  
¿Qué tal me tiene?

Tal me tiene, gozando el bien que gozo,  
Que vivo como rey sin desearlo.

CORIDON.  
Furor debe de ser que te entretiene.  
Vuelve en tu seso, descuidado mozo.

MENALCA.  
Coridon, por demás será buscarlo.  
Dichosamente supe aventurarlo.

CORIDON.  
¿Rey te juzgas queriendo? ¿Gran locura!

MENALCA.  
Pues dime, ¿qué ventura  
Tan próspera me aguarda  
Como gozar el alma de Belarda?  
Qué reino puede haber como sus ojos,  
De quien tengo y tendré ricos despojos?

CORIDON.  
¿De manera que ya, Menalca loco,  
Te habemos de llamar rey?

MENALCA.  
De contento.

CORIDON.  
¿Y el título ha de ser rey de Belarda?

MENALCA.  
A título tan alto un rey es poco.  
No cabe en un pastor merecimiento,  
Que pobremente sus ovejas guarda;  
Un dios podrá reinar; que en Dios no  
[hay pena.]

CORIDON.  
Júpiter, como hizo en Alcmena,  
Podrá reinar, dejándola preñada.  
Pasión desenfrenada  
Te rige el pensamiento.

MENALCA.  
Y á tí de libertad ocioso intento.

CORIDON.  
Vuelve en tu seso, cobra tu sentido.

MENALCA.  
Ganado está muy bien cuando perdido.

CORIDON.  
Pues quieres que así sea, dime, cuerdo,  
¿Cómo podrás gozar mientras que vives  
Tu Belarda gentil?

MENALCA.  
Viviendo en ella.

CORIDON.  
¿Cabrás dentro muy bien!

MENALCA.  
Cabré en su acuerdo.

CORIDON.  
En fin, á todo engaño te apercebes.  
Bien ves que no podrás casar con ella,  
Porque es humilde el nacimiento della  
Para tu generoso nacimiento.

MENALCA.  
¡Oh sumo atrevimiento!  
Dime: ¿nació en la tierra?

CORIDON.  
En una choza junto á aquella sierra.

MENALCA.  
Y yo ¿dónde nací?

CORIDON.  
Muy diferente;  
Que eres de dioses y de ilustre gente.

MENALCA.  
La nobleza mayor, la mayor palma,  
No para en el pellico, llega al alma.

Salen BELARDA y ERGASTO.

BELARDA. (*A Ergasto.*)  
Vuélvete, Ergasto, á la fuente;  
Que al pié del verde laurel

que da sombra á su corriente,  
He perdido y puse en él  
Una cinta de la frente.  
Corre.

ERGASTO.

¿Has miedo que se huya?

BELARDA.

Búscala, por vida tuya.

ERGASTO.

Ya tarde parecerá;  
Que el sol la habrá hurtado ya  
Para ceñírsela suya.

CORIDON.

Tu Belarda es esta á fe.

MENALCA.

Y cuyos son los despojos  
Del alma que la entregué.  
¿Cómo no pongo los ojos  
Adonde estampa su pie?

BELARDA. (A Ergasto.)

¿Al sol le llamas ladrón!  
¿Es esa buena razón?

ERGASTO.

Como sus rayos dorados  
De la luna son hurtados,  
De los tuyos son...

BELARDA.

¿Qué son?

ERGASTO.

Hurto los del sol.

BELARDA.

¿Mis rayos?

ERGASTO.

Tus rayos.

BELARDA.

Pues ¿resplandezco?

ERGASTO.

Tal, que si á verte me ofrezco,  
Truoco la vista en desmayos,  
Y desmayado fallezco.

BELARDA.

Basta; que sabes hablar.

ERGASTO.

Ahora bien, voyla á buscar.

BELARDA. (Ap.)

¿Oh cuánto el rústico tarda!

ERGASTO.

Haz una cosa, Belarda,  
Para que la pueda hallar.

BELARDA.

Acaba con tus enojos.

ERGASTO.

Quiero, para que me alumbre,  
Llevar, en lugar de anteojos,  
Un resplandor de la lumbré  
De aquesos divinos ojos.

BELARDA.

¿Qué necia filosofía!  
Vete; que luz tiene el día  
Con que la puedas hallar.

ERGASTO.

Voyme por no te enojar,  
Parte de la vida mía.

BELARDA.

(Ap. Mas; de qué suerte me tienes,  
Que pasa de enojo á rabia!)  
¿Oh Menalca! A tiempo vienes.

MENALCA.

Siempre al tiempo que te agravia  
Fuerza de ajenos desdenes,  
Para que mal me recibas.

BELARDA.

En falsa esperanza estribas,

Y siendo tú mi esperanza...

MENALCA.

O merezco tu privanza.  
O de tu gloria me privas.  
¿Tanto á todos me adelanto?  
Sin falta de mí te burlas.

BELARDA.

(Ap. No puedo decirte cuánto.)  
Pues ¿llamas pesadas burlas  
Verdades que pesan tanto?

MENALCA.

No mas; que sin falta creo  
Que de tu alma poseo  
La rendida voluntad.

BELARDA. (Ap.)

Así parece verdad,  
Aunque te engaña el deseo.

MENALCA.

¿Oh, Belarda, y cuán notable  
Se halla en ti la virtud!  
No hay vicio mas detestable  
Que la injusta ingratitud.  
No porque en mis cosas hable;  
Que no quiero persuadirte  
Que para tanto rendirte  
Han sido mis obras parte;  
Que si valgo para amarte,  
No valgo para servirte.  
Que para tanto valor  
Un principe ser quisiera,  
Y no tan pobre pastor.

BELARDA. (Ap.)

En ese estado pudiera  
Aborrecerte mejor.

MENALCA.

¿Qué respondes?

BELARDA.

Que tu estado  
Es el mejor que han honrado  
Hoy las riberas jamás,  
Pues hoy el mas rico estás  
De cuantos guardan ganado;  
Y si quieres como muestras,  
El mas rico de contento.

MENALCA.

Excede el alma á las muestras,  
Porque á lo menos que siento  
Me faltan palabras diestras.  
Pero toda esta riqueza  
Ofrecida á tu belleza  
Es un humilde caudal.

BELARDA. (Ap.)

Y para quererte mal  
No es muy pequeña pobreza.  
¿Si supieses de qué suerte  
Te aborrezco, aunque te engaña!...

MENALCA.

Coridon, agora advierte  
Si acierto á buscar mi daño  
Y en procurarme la muerte.  
Mirame tan bien pagado,  
Y tan del alma adorado  
De aquella que de las almas  
Tiene mas triunfos y palmas  
Que el proprio niño vendado.

CORIDON.

Digo que razon te sobra.  
Ania, pues tanto mereces,  
Y pon tu intento por obra;  
Que si mucha paga ofreces,  
Por una á ciento se cobra;  
Que puesto que merecieras  
Prendas que igualar pudieras,  
Lo que falta en igualarte,  
Le sobra en lo que fué parte  
Para que tanto la quieras.

MENALCA.

Bien me has dicho, bien me enseñas  
De mi empleo la ventura.

BELARDA. (Ap.)

Pues haz cuenta que lo sueñas,  
Porque en balde te asegura  
Con palabras halagüeñas.

Salen DANTEO y JACINTO.

DANTEO. (Ap. á Jacinto.)

¿Buen encuentro, á no se hallar  
Aqueste, que, á mi pesar,  
Cada vez aqui le encuentro!

JACINTO.

No tengo por buen encuentro  
El que comienza en azar.

DANTEO.

Pues á fe que aquesta vez  
Que ha de ser azar de cedro,  
Pues tienes padre jüez.

JACINTO.

Si en tales azares medro,  
Mas negro voy que la pez.

MENALCA.

Al fin, ¿dices que eres mia?

BELARDA.

Y que en mi postrero día  
Tu nombre repetiré.

MENALCA.

¿Oh Belarda! A tanta fe  
Otro premio se debía;  
Que poco valen palabras  
Donde apenas obras pueden,  
Y mas de un pastor de cabras;  
Pero pues ellas no exceden,  
Gusto que el pecho me abras.  
Mira tu retrato en él,  
Porque amor es pintor fiel;  
Solo te diferencio  
En que alli blanda te vió,  
Y aqui te pinta cruel.

BELARDA.

Muestra. ¿Qué es eso que veo?  
Abre el pecho.

MENALCA.

No es ingrato:

Daréte cuanto poseo,  
Si ya no has visto el deseo,  
Que es el cerco del retrato.  
Mas este no lo verás,  
Porque no te obligue mas  
A cumplille.

BELARDA.

A todo sales.

Buenos son estos corales.

MENALCA.

Por estar donde tú estás.  
Espera; que ya los quito,  
Porque los goce ese cuello.

BELARDA.

Será si yo lo permito.

MENALCA.

No hay que replicar en ello.

DANTEO. (Ap. á Jacinto.)

¿Has leído el sobrescrito?

JACINTO.

Por cierto, ¿á muy buen lugar  
Me has traído á despeñar!  
¿Quién te dijo mi suceso?

MENALCA.

¿Qué bien te están!

BELARDA.

¿Bueno es eso!

Bien los sabes alabar.  
Ya sé que tienen valor.

MENALCA.  
Desde que ya tuvos fueron,  
Le tendran mucho mayor,  
Pues parece que escogieron  
De tus labios el color.  
Aunque les haces agravio,  
Porque tan cerca del labio  
Perderan la color suya;  
Mas hurtarante la tuya.

JACINTO. (Ap.)  
A fe que el pastor es sabio.

BELARDA.  
No sé qué te diese en pago  
De este don, te certifico.

MENALCA.  
Con poco me satisfago.

BELARDA.  
Pero tú das como rico,  
Y yo como pobre pago.

JACINTO. (Ap.)  
Bien lo sabe agradecer.

BELARDA.  
Espera: iréme á coger  
Flores que traiga en la falda,  
Para hacerte una guirnalda.

MENALCA.  
Aquí la puedes hacer.  
No quiero que te fatigues.  
Coridon irá por ellas.

BELARDA.  
No quiero que así me obligues;  
Que veo mis dos estrellas  
Que con tu sombra persigues.

DANTEO.  
Por ti lo dice, Jacinto; (Ap. á él.)  
Que te ha visto.

CORIDON.  
Voyme, y pinto  
En tus faldas un abril. (Vase.)

DANTEO.  
A fe que es harto gentil.

JACINTO. (Ap.)  
Y gentil el laberinto.  
¡Oh amor! ¿Faltábase mas?  
Hoy me casas mi pastora;  
Y esta que agora me das,  
Para que la olvide agora,  
¿Cerca de casalla estas!

DANTEO. (Ap. á Jacinto.)  
Sentir nos tienen por tí.

BELARDA. (Ap.)  
¿Cómo le echaré de aquí?  
Que he visto mi nueva gloria.

MENALCA.  
Siendo tuya la vitoria,  
¿Me das la guirnalda á mí?  
Mira que no es la corona  
Para la frente vencida;  
Que el vencedor se corona.

BELARDA.  
Aquesta vez tu homicida,  
Menalca, te galardona.—  
¡Ay Dios! ¿Qué leon tan fiero,  
Arrimado á aquel sendero,  
Por aquel repecho entró!  
Mataramé.

MENALCA.  
Mi bien, no;  
Que yo moriré primero.  
Pero ¿dónde fue? ¿Qué es dél?  
Espera; que tras él voy.

BELARDA.  
¡Ay Dios! No vayas tras él;  
Que te matará.

MENALCA.  
No soy  
Menos animoso que él. (Vase.)

BELARDA.  
¡Buena industria! Ya se fué.—  
Hola, pastor, hola, ee.

DANTEO.  
¿Llámasme á mí?

BELARDA.  
Y á los dos.

JACINTO.  
Guárdeos el cielo.

BELARDA.  
Y á vos

JACINTO.  
Parte de mi vida os dé.

BELARDA.  
No sino á vos de la mía;  
Y no digo parte della;  
Que toda es vuestra, y podría,  
Si os preciais de poseella,  
Serlo el alma que os daría.  
Por relacion he sabido  
Que me habeis engrandecido  
En darme nombre de vuestro.

BELARDA.  
Holgara veros tan diestro  
En el ser agradecido.  
Mas si de mí conoceis,  
Como yo de vos confío,  
Lo que á mi alma debeis,  
En darme lo que es tan mío  
¿Quién duda que lo seréis?

JACINTO.  
Pues me abona ese valor,  
Vos seréis mi fiador,  
Y firmará la escritura  
El tiempo, que ya procura  
Darme otra deuda mayor.

BELARDA.  
Yo pienso que la tendréis,  
Y que debiéndos yo á vos,  
Tambien vos me deberéis.

DANTEO.  
Si tanto os debeis los dos,  
Con no pagar pagaréis.  
Cumplido se ha mi deseo,  
Pues tan conformes os veo,  
De ausentes enamorados.

JACINTO.  
Trujo el fin de mis cuidados  
El nuevo bien que poseo.  
Hoy sale, aunque á su pesar,  
Amaranta de mi alma,  
Y Belarda en su lugar  
Entra llevando la palma,  
Pues perdi para ganar.  
Hoy, Danteo, en nueva forma  
Amor en mí se transforma;  
No sé si el amor ordena  
Que esté suspensa la pena,  
Cosa que al vivir conforma.

BELARDA.  
Coridon viene. ¡Ay de mí!  
Allí os podréis esconder.

JACINTO.  
Siempre, Belarda, temi  
Que había mas que temer.

BELARDA.  
Mi suerte lo quiere así.  
(Escóndense los dos.)

Sale CORIDON, con un ramo de laurel  
en la mano.

CORIDON.  
Belarda, de aquesta rama,  
Que agora laurel se llama,

Y un tiempo Dáfnes esquivá,  
Corona la frente altiva  
Del vencedor que te ama.  
Toma, enemiga cruel;  
Y mira si he sido fiel,  
Y lo que puedes conmigo,  
Pues para que mi enemigo  
Corones traigo el laurel.  
Toma, y ¡plega Dios, si alcanza  
En mí dano la venganza,  
Que el laurel que te previenes  
Se le marchite en las sienes,  
Como lo está mi esperanza,  
O que en fuego se resuelva,  
O cuando al que te idolatra  
La suerte humana revuelva,  
En los áspides se vuelva  
Que mataron á Cleopatra!  
Mas pues tan poco restauro,  
Arda en su cabeza el lauro  
Como Hércules ardió  
En la camisa que dió  
A Deyanira el Centauro.  
No traigo rosa ni flor,  
Que no serán necesarias;  
Que la corona de amor  
No ha de ser de flores varias  
Para el constante amador.  
Y pues Menalca se jeta  
De la firmeza que trata,  
Toma; que bien sé, cruel,  
Que se la das de laurel,  
Porque te la dé de plata.

BELARDA.  
Basta, Coridon, no mas.  
No me trates desa suerte.

CORIDON.  
Pues di, ¿qué excusa darás  
De haberme dado la muerte?

BELARDA.  
Vivo estás.

CORIDON.  
Muerto dirás.

BELARDA.  
¿Parécete que es razon  
Que te quiera?

CORIDON.  
Y sinrazon

No lo hacer.

BELARDA.  
Pues ¿por qué, di,  
Cuando Menalca está aquí  
No me dices tu pasión?

CORIDON.  
Porque te quiere, y me excede  
En riquezas; que ese es rey  
A quien Dios se las concede,  
Y porque es del mundo ley  
Que muera el que poco puede.  
Téngole, te certifico,  
Aquel respeto que al rico  
Tiene el pobre, cuando acierta  
A tener nobleza muerta  
Debajo de su pellico.  
Sé yo que te quiere bien:  
¿Tengo con mi mayoral  
De ponerme ten con ten,  
Siendo un humilde zagal  
Que apenas se sabe quién?

BELARDA.  
Al fin, ¿confiesas que es noble?

CORIDON.  
En lo exterior, al doble;  
Que en lo interior, decir puedo  
Que tanto, cruel, le excedo  
Cuanto la alta palma al roble.

BELARDA.  
Al fin tú, como menor,  
¿Le respetas?



CORIDON.  
Si respeto.

BELARDA.  
Pues ¿por qué no tendré amor  
A quien tú, como á mejor,  
Le guardas tanto respeto?  
Anda, vete; que estás ciego.

CORIDON.  
Eso, Belarda, no niego,  
Porque tu vista me mata.  
¡Oh mas que la palma ingrata,  
Libre del cuchillo y fuego!

BELARDA.  
¿Ingrata llamado has  
A la palma?

CORIDON.  
Y creo yo  
Que tal como ella serás,  
Pues no dió fruto jamás  
Al dueño que la plantó.  
Yo fui en amarte el primero,  
Y del fruto desespéro,  
Pues me niegas el tributo,  
Y vienes á dar el fruto  
Al pretendiente postrero.

BELARDA.  
Vén acá. Si le desamas,  
¿Por qué siempre estás con él?

CORIDON.  
Porque, como tú le amas,  
De ti gozaré por él  
Estas veces que le llamas.  
Lo que á ti te enamoró,  
Amor á amar me forzó;  
Quiere bien hasta que mueras;  
Que basta que tú le quieras  
Para que le adore yo.  
¡Oh ingrata Belarda! Ponte  
A querer un monte fiero,  
Y á darle el alma disparte;  
Que pues por un monte muero,  
Bien puedo querer á un monte.  
Pon en un monte tu amor,  
Tan inmóvil á mi dolor;  
Y harás que le adore y quiera,  
Y ¡ojalá que un monte fuera,  
Y que no fuera un pastor!  
Mas dime, ¿dónde se fué?  
¿Aquí no quedó contigo?

BELARDA.  
Partióse ¡ay triste! y quedé  
Llorando, sin él, conmigo.

CORIDON.  
Sin fe te sobra la fe.  
Dime, ¿por qué se partió?

BELARDA.  
Porque aquí me defendió  
De un león, y fué tras él.

CORIDON.  
¡León!

BELARDA.  
Furioso y cruel,  
Que deste monte bajó.  
¡Ay Dios! ¿Si le ha de matar?

CORIDON.  
Ten, Belarda, no me mates  
Con oírte lastimar;  
Que sangre te puedo dar  
Con que la suya rescates.  
Yo voy á hacer de manera  
Que viva, aunque si él muriera,  
Viviera yo; mas no es justo  
Que yo viva á tu disgusto,  
Y que tu gusto se muera.  
Sea de mi cuerpo triste  
Sepultura este león,  
No de aquel á quien le diste

Por vivo en el corazón,  
Después que muerto le viste.  
El goce de tus abrazos,  
Y á mi me haga pedazos;  
Que no es decente que muera  
En los brazos de una fiera  
El que mereció tus brazos. (Vase.)

BELARDA.  
¿Qué bien se traza el engaño!  
¡Hola, Jacinto!

Salen JACINTO y DANTEO.

JACINTO.  
No puedo  
Dejar de sentir mi daño,  
Porque fué tan cierto el miedo  
Cuanto fué tu desengaño.  
¿Qué te quiere este pastor?

BELARDA.  
Quiere crecer tus amores.

JACINTO.  
¿Qué importa que crezca amor,  
Si tengo para un favor  
Cuarenta competidores?  
¿Enójame mis recelos?

BELARDA.  
Y aun me regalan en parte.

JACINTO.  
Si me los das, pedirélos.  
Celos pido antes de amarte.

BELARDA.  
¿Son hijos de amor los celos?

JACINTO.  
Sus hijos dicen que son.

BELARDA.  
Pues ¿cómo nacen sin padre?

JACINTO.  
No falta mucha afición,  
Que los cria como madre  
Al pecho de la razón.

BELARDA.  
¡Bien á fe! Toma, Danteo,  
Tuerce esta guirnalda, en tanto  
Que hablamos de mi deseo;  
Teje aqueste laurel santo,  
Por quien suspiró Peneo,  
Y con esta cinta le ata.

DANTEO.  
Que me place.

JACINTO.  
¿Y para quién?

BELARDA.  
Para el pastor que me mata.

JACINTO.  
No, no sus hojas le dén  
A quien las vuelve de plata.  
Soy tan pobre, que permito  
Que la goce, y me la quite;  
Porque un pobre tanto pierde,  
Que este laurel siempre verde  
Ya le volverá marchito.  
Mal conservamos el bien;  
Que es nuestra ventura tal,  
Que cuando mucho nos dén,  
Le convertimos en mal.

DANTEO.  
A Menalca siento.

JACINTO.  
¿A quién?

DANTEO.  
A Menalca.

JACINTO.  
Pues sus, vamos.

BELARDA.  
¿Y el verte?  
Luego podrás;

Que en el desposorio estamos.

BELARDA.  
Mil hermosuras verás.

JACINTO.  
La tuya solo esperamos.  
(Vanse Jacinto y Danteo.)

Sale MENALCA.

MENALCA.  
¿Qué buena burla me has hecho!  
Que en todo aqueste repecho  
No hay león, ni sombra vi.

BELARDA.  
Ahora se fué de aquí,  
Y casi me lleva el pecho.  
¿Vístele?

MENALCA.  
No, por mi fe.

BELARDA.  
Pues aunque está en otro cabo,  
En el pecho le guardé.  
Ya sé que se me hace bravo;  
Pero yo le amansaré.

MENALCA.  
Basta; que burlas conmigo.

BELARDA.  
Si burlo, será por él.

MENALCA.  
¿Que vino?

BELARDA.  
Vino, te digo,  
Y aun otro león con él,  
Que debe de ser su amigo.

MENALCA.  
No mas burlas, mi Belarda.  
Ponme el laurel; que me aguarda  
Doristo á su fiesta y boda;  
Y vén conmigo; que en toda  
Otra mayor se te aguarda.

BELARDA.  
Toma, y mira qué te pones;  
Que á fe que te la tejó  
Uno de aquellos leones.

MENALCA.  
Pues tambien lo seré yo  
Después que tú me coronas.  
(Vanse.)

Suena grita y baile de pastores, y salen DORISTO y AMARANTA, novios; PELORO, padrino; EREUSA, madrina; DORIDA, pastora; ERGASTO, pastor.

EREUSA.  
Mejor están en lo bajo.  
Y ordénese alguna fiesta;  
Que ya, si el baile os molesta,  
Descansaréis del trabajo,  
Y pasaremos la siesta.  
Doristo, ¿estás bien sentado?

DORISTO.  
Júzgalo, pues tengo al lado  
A mi dulce y cara esposa...

AMARANTA.  
En merecerte dichosa.

Salen JACINTO y DANTEO.

JACINTO. (Ap. á Danteo.)  
Ya llevo el color trocado.  
¿Cómo he de poder hablar?  
Danteo, da el parabien.

DANTEO.  
Muy enhorabuena estén  
La prez de nuestro lugar  
Y la hermosura también.  
DORISTO.  
¡Oh mi Danteo! En buen hora  
Vengas. Cabe mi te asienta.  
JACINTO.  
Años que pierdan la cuenta  
Goees del bien que te adora.—  
Y tu te logres contenta. (A Amaranta.)  
AMARANTA. (Ap.)  
¡Ah traidor! ¿Que aquí te vienes?  
DORISTO.  
Ea, deja los parabienes,  
Y sientate cabe mi.  
JACINTO. (Ap.)  
¡Ay! Que adonde estás me vi,  
Y en el lugar que me tienes.  
DORISTO.  
Ergasto, dale tu lado.  
JACINTO.  
Bien estoy aquí.  
ERGASTO.  
Bien puedes.  
JACINTO.  
(Ap. A ver mi muerte he llegado.)  
¡Oh Ergasto, tantas mercedes!  
(Ap. ¡Ay falsa, que te has casado!)

*Salen CORIDON Y MENALCA.*

CORIDON.  
Huélgome que fué mentira,  
Y de hallarte aquí.  
MENALCA.  
¡Oh señores!  
El cielo os dé mil favores.  
ERGASTO.  
Doristo, á Menalca mira.  
DORISTO.  
¡Oh Menalca, oh mayoral!  
Aquí sentaros podréis,  
Aunque al humilde igualeis  
Vuestro valor sin igual.

*Sale BELARDA.*

BELARDA.  
No os quisiera perturbar  
Tan buena conversacion;  
Mas la mucha obligacion  
Por fuerza me obliga á entrar.  
Gócense por muchos años.  
AMARANTA.  
¡Oh mi señora Belarda!  
Este lugar os aguarda.  
Perdonad los ricos paños;  
Que es de campo el aparato.

BELARDA.  
Y vos palacio lo haceis.  
AMARANTA.  
No cual vos lo mereceis,  
Que teneis de reina el trato.  
PADRINO.  
Cesen ya de cumplimientos.  
Séntate, niña, y callad.  
¿No veis que la soledad  
Hace iguales los asientos?  
Séntate.

BELARDA.  
Ya estoy sentida...  
Sentada quise decir.

JACINTO.  
Si has de hablar como sentir;

Errarás toda la vida.

PADRINO.  
¡Buenos estamos, por Díos,  
Para jugar algun juego!  
DORISTO.  
Bien dices: júguese luego.  
MENALCA.  
Alto; inventadlo los dos.  
Mas no ha de ser levantado:  
Por eso mirad cuál va.

DANTEO.  
Yo os diré. Denos librea,  
Como se suele, al soldado.  
CORIDON.  
Bien dice.  
DANTEO.  
Es de mucha ciencia.

ERGASTO.  
Si, pero tiene primor;  
Y en errando la color,  
Que pague su penitencia.

MADRINA.  
A fe que es de regocijo.  
Bien le podemos jugar.  
PADRINO.  
Y no hay mas que comenzar,  
Pues que mi mujer lo dijo.

CORIDON.  
Danteo tome la mano;  
Que suele ser el maestro.

DANTEO.  
Acudis al menos diestro.  
ERGASTO.  
Siempre te excusas en vano.  
Comienza; que es tarde: acaba.

DANTEO.  
Ea pues.— Este cayado  
Es, señores, el soldado,  
Que de vestirle excusaba.  
Coridon diga primero  
Su color.

CORIDON.  
Pues yo le visto  
De lo que nunca me visto.

DANTEO.  
Que te declares espero.  
CORIDON.  
¿Ya no sabes que es de verde  
La esperanza que perdi?  
Que nunca me la vesti?

DÓRIDA.  
Que se pierde, que se pierde.  
DANTEO.  
Calla, Dórida.

DÓRIDA.  
A fe mía.  
MENALCA.  
Bien es que todos calleis;  
Que tarde le vestiréis  
Hablando en filosofía.  
O es verdad ó es juego.

DANTEO.  
Ereusa, ¿de qué le vistes? Basta.

EREUSA.  
De negro, color de tristes.

DANTEO.  
¿Tú, Dórida?

DÓRIDA.  
Color casto.

DANTEO.  
¿Tú, Doristo?

DORISTO.  
Colorado,

Que es señal de mi alegría.

DANTEO.  
¿Tú, Amaranta?  
AMARANTA.  
De la mía.  
DANTEO.

¿Cuál es la tuya?  
AMARANTA.  
Leonado.  
DANTEO.

¿Tú, Jacinto?  
JACINTO.  
Aunque mi vida  
Camina á puerto seguro,  
Le visto de verde oscuro,  
Que es esperanza perdida.

DANTEO.  
¿Tú, Ergasto?  
ERGASTO.  
La deslealtad,  
Por quien yo tan firme he sido,  
Turquesado le ha vestido,  
Color de mi lealtad.

DANTEO.  
¿Y tú, Peloro?  
PELORO.  
De oro,  
Que es la color que me agrada

DANTEO.  
¿Y tú, Menalca?  
MENALCA.  
Encarnada,  
De aquella cruel que adoro.  
DANTEO.  
Eso es sangrarte en salud.  
¿De qué lo vistes, Belarda?

BELARDA.  
Yo le visto color parda.  
DANTEO.  
Es color de la virtud.  
Bien está así: comencemos.—  
¡Oh qué bien está vestido  
Este soldado polido!  
Bravos colores tenemos.  
A fe que ha de ir muy galán  
A la guerra que se ofrece.  
¡Oh qué gallardo parece!  
Todos mirándole van.  
Buena es la pluma leonada.

AMARANTA.  
Leonada.  
DANTEO.  
Y el borcegui  
No es malo, porque es turquí,  
Y tiene vuelta doblada.

ERGASTO.  
Turquí.  
DANTEO.  
Tardóse.

ERGASTO.  
No hice.  
DANTEO.  
Adelante.— El buen soldado  
Lleva jubon encarnado,  
Porque lo negro desdice.  
(Está Menalca embestado mirando á Be-  
larda.)

EREUSA.  
Negro.  
DANTEO.  
Ya dije encarnado:  
Pague Menalca.

JACINTO.  
Es así.

DANTEO.

¡Hola, Menalca, está aquí!  
¡Hola, hola, embelesado!  
Tírale del brazo.

PADRINO.

¡Hola!

MENALCA.

¿Qué es eso? Encarnado.

DANTEO.

¡Bien!

BELARDA.

Su penitencia le dé.

DANTEO.

Y tú la mereces sola.

MENALCA.

Pues ¿ya no dije encarnado?

DANTEO.

Anda, loco, embebecido.

MENALCA.

Alto; penitencia pido.

PADRINO.

Dénsela; que ha confesado.

DANTEO.

Yo mando que aquel laurel  
Ponga á Jacinto, y que diga  
Que es mas digna su fatiga  
De coronarse con él.

MENALCA.

No mandes eso.

DANTEO.

Perdona

Y obedece.

MENALCA.

No es razon;  
Que es un laurel de un leon,  
Que me puso una leona.

PADRINO.

Si ha de ser, ¿qué te detienes?

MENALCA.

Porque del indigno soy,  
Jacinto, el laurel te doy:  
Corona tus dignas sienas.

JACINTO.

Prosigue el juego adelante.

MENALCA.

Caro me cuesta la fiesta;  
Dura penitencia es esta.

BELARDA.

Y á tu pecado importante.

MENALCA.

¿Pecado llamas mirar?

BELARDA.

Sí, porque engendra desco.

ERGASTO.

Prosigue el juego, Danteo;  
Que es esto nunca acabar.

DANTEO.

Par diez, que el parte brioso  
Con el capotillo verde,  
Claro oscuro...

CORIDON.

Verde, verde.

DANTEO.

Y que el sombrero es vistoso  
Con la pluma colorada...

DORISTO.

Colorada.

DANTEO.

Es alegría.

Y la blanca...

DÓRIDA.

Blanca.

DANTEO.

Es mia,

Porque lo negro me agrada.

MADRINA.

Negro.

DANTEO.

Y la cinta de oro

Es buena con la roseta.

ERGASTO.

No ha sido mala la treta.

Pague Peloro, ¡ah Peloro!

PADRINO.

¿Pues?...

MADRINA.

Pague el señor padrino.

PADRINO.

Par diez que me descuidé,

Con los mozos que envié

Por la harina al molino.

DANTEO.

Esa disculpa no abona.

Mando, con su parecer,

Que Ereusa, su mujer...

PADRINO.

¿Qué?

DANTEO.

Le haga una mamona.

PADRINO.

Obedezco, aunque es mi daño.

DANTEO.

¿Quién la sella?

CORIDON.

Por Dios, yo.

PADRINO.

¿Qué papirote me dió!

(Ap. ¡Oli hipeputa picaño!)

DANTEO.

Adelante. Así que, digo

Que el soldado lleva espada

Con la guarnicion dorada.

PADRINO.

¡Ofrézcoale al enemigo!

Dorada, sesenta veces.

DANTEO.

Y que va con tanto brio

A entrar en un desafio,

Que se admiran los jueces.

Mueve la planta gallarda

Con la caja al son gallardo

Con banda y grigüesco pardo...

— ¡Hola! ¿Qué digo, Belarda?

¡Aho! tenemos otro bobo.

BELARDA.

¿Llámanme á mí?

MENALCA.

¡Bueno es eso!

(Ap. ¡Cielos, he perdido el seso!)

Cogido os han con el robo.

(Ap. ¿Qué es esto? A Jacinto mira.)

BELARDA.

Digo, Señor, que perdí.

MENALCA. (Ap.)

¿Que no mirándome á mí,

Tan largo espacio se admira?

DANTEO.

Yo le doy en penitencia

Que á Jacinto, aquel pastor,

Bese la mano.

MENALCA.

¡Oh rigor

De inadvertida sentencia!

ELARDA.

¿No ves que eso no es decei te?

PADRINO.

En el juego sí. Callad.

BELARDA.

Alto pues; si es libertad,

A vuestra cuenta se asiente.

JACINTO.

Toma mi rústica mano;

Baja tu cielo á mi suelo,

O mi suelo suba al cielo

De tu cielo soberano.

(En dándole la mano, se pone Amaranta el lienzo en los ojos.)

(Ap. ¡Ay Dios! No me abrases tanto.

Hasme muerto, hasme encendido,

Pues cual learo atrevido,

Caigo en el mar de mi llanto.

Cuando mi cuerpo mortal

Se vuelva en ceniza poca,

Este lugar de tu boca

Quedará siempre inmortal;

Que del tiempo los agravios

No pueden hacerle guerra,

Pues no ha de volverse tierra

Lo que fué cielo en tus labios.)

MENALCA.

(Ap. ¿Qué es esto, cielo cruel?

¿Qué es esto, cielo inhumano?

¡Belarda besa su mano,

Y yo le doy mi laurel!

Ya no lo puedo sufrir.)

Adios, señores: que tengo

Mucho que hacer; luego vengo,

Luego. (Ap. Si vuelvo á vivir.) (Vase.)

PADRINO.

¿Por qué Menalca se va?

BELARDA.

Debe de tener qué hacer.

DANTEO.

¿Al juego no hay que volver?

DÓRIDA.

No vuelvas; que cansas ya.

Amaranta, ¿por qué lloras?

AMARANTA.

No lloro.

DÓRIDA.

Pues ¿qué es aquesto?

¿Cómo ese lienzo te has puesto

Para eclipsar mis auroras?

Pase de presto el nublado;

Salga el sol, muestrese el día.

AMARANTA.

Ciega estoy.

DÓRIDA.

Bien quedaria,

De vuestra luz eclipsado.

¿Quién os pudo dar enojos?

AMARANTA.

Belarda, cuando pasó,

Con su ropa me cegó.

BELARDA.

Cegaran antes mis ojos.

¿Fué cuando pedi la mano?

AMARANTA.

Cuando la mano pediste.

Bien al descuido lo liciste;

Pero matóme su mano.

Y solo os puedo decir

Que del dolor es lo menos;

Que el tener mis ojos buenos

Estuvo en no la pedir.

DANTEO.

Jacinto, ¿entiendes los celos? (Ap. á él.)



BELARDA.

¿Que no hay festa sin azar!

DÓRIDA. (A Amaranta.)

¿Que te han venido á cegar  
De pura envidia los cielos?  
Que así tus ojos maltratan?  
Que así tus ojos ofenden?  
Prenda amor, pues ya no prenden;  
Mate amor, pues ya no matan.

MADRINA.

¿Qué! Presto se pasará  
Ese dolor que la escuece.

DÓRIDA.

¿Y tan presto te parece  
Para quien se muere ya?

(Suena grita que viene un toro; vanse las pastoras, y juegan los pastores con él, y derriba al padrino, que ha de estar vestido de botarga.)

MADRINA.

¿Ay triste! ¿Y qué gran ruido!  
¿Si es el toro?

CORIDON.

El mismo es.

PADRINO.

Guárdenle para después,  
Si está cansado y corrido.

CORIDON.

Ya es tarde; él viene.

DÓRIDA.

Amaranta,  
Huye por esa emboscada.

AMARANTA.

¿Ay pobre!

MADRINA.

¿Ay triste!

DÓRIDA.

¿Ay cuitada!

Vaya en tus piés Atalanta.

(Sale el toro.)

CORIDON.

Avive, señor Peloro.

PADRINO.

¿Ah hosquillo! vénte á mí.

ERGASTO.

Venga acá, súbase aquí.

PADRINO.

Vénte á mí, torejo, toro.

CORIDON.

¿Mas que coge al virjecito?

ERGASTO.

Ya le cogió.

PADRINO.

¿Que me muero!

¿Ay, que me rompe el braguero!  
No me le rompas, torito.

## ACTO SEGUNDO.

Salen MENALCA y CORIDON.

CORIDON.

¿Por eso, Menalca, solo  
Te fatigas y entristeces,  
Si tú solo en nuestro polo  
Tan divino resplandeces  
Como en los suyos Apolo?  
¿Un villano te maltrata?  
¿Un pastorcillo te mata?  
¿Celos las prendas te dan,  
Cuya vida te darán  
Por lo que pesa de plata?  
Cobra el amor que te quita

Del temor que te acobarda:

¿Es bien que se le permita

Tal liviandad á Belarda,

Si á Jacinto solicita?

Yo sé que por él padece;

Yo sé bien que te aborrece.

MENALCA.

Calla en mal hora, pastor;  
Que la enfermedad de amor  
Con el desengaño crece.

Yo vengo desengañado  
Desde aquel maldito juego,  
Donde jugué de picado  
Tanto resto de mi fuego,  
Que estoy, de perdido, helado.  
Quiso amor que me picase  
Y mis prendas empeñase;  
Comencé por mi laurel...  
—; Mal fuego se prendía en él,  
Que las entrañas le abrase!

Su frente fingida y doble  
Coroné del ramo noble  
Que fué digno de la mia,  
La que apenas merecía  
Enebro, acebuche ó roble.  
¿Ay triste! Que el seso pierdo  
Cuando de aquel sueño vano  
Para la muerte recuerdo,  
Y cuando de aquella mano,  
De aquella mano me acuerdo.

Por la mano le gané,  
Pues que primero la amé;  
Mas ¿triste! ¿qué me sirvió?  
Que la mano me ganó  
Borrando el punto á mi fe.  
¿Viste que le dió la mano,  
Y que ella le dió su boca?  
Luego, según esto, es llano  
Que él ganó el bien que le toca,  
Y que yo la adoro en vano.

¿Oh condición de mujer,  
Tan enseñada á jugar!  
Fortuna te has de llamar,  
Pues gana el que ha de perder,  
Y pierde el que ha de ganar.  
¿Ay Dios! ¿Qué mal te aconsejas,  
Si ya de mi bien te alejas,  
Olvidada de mis obras!  
¿No ves el dueño que cobras  
Por el esclavo que dejas?

CORIDON.

Calla, mayoral. ¿Qué es esto?

¿Ansí desmayar te agrada?

Venganza, venganza presto.

MENALCA.

A mi pasión obstinada  
Cualquier consejo es molesto.

CORIDON.

Pues ¿cómo tendrás paciencia  
Para ver en tu presencia  
Que un hombre tan desigual  
Trate tus cosas tan mal  
Como si fuera en ausencia?  
¿Qué aguardas desta liviana,  
Movida de un loco autojo?  
Si sufres de buena gana  
Que hoy te haga aqueste enojo,  
¿Qué esperas que hará mañana?

Si hoy inadvertida y loca  
Con su hermosa boca toca  
La mano de aquel villano,  
Mañana hará que su mano  
O su pié pise su boca.  
Mira que pierdes honor  
Consintiendo tal baja.

MENALCA.

Aquel tiene mucho amor  
Que no sale de nobleza  
Cuando le tienta el rigor.  
Si á Jacinto doy la muerte,

¿Qué negocio desta suerte,  
Pues lo que adora le quito?

CORIDON.

Considerar te permito;  
Mas no con rigor tan fuerte.  
Mira, por cien cosas puedes  
Animarte á esta hazaña  
Para que contento quedes;  
Y si atención me concedes,  
Verás que el amor te engaña.  
Muerto Jacinto, es muy cierto  
Que ha de ser aborrecido,  
Porque si un vivo está incierto  
De que es presente querido,  
¿Qué puede esperar un muerto?

MENALCA.

Verdad; mas el sentimiento  
Dura mucho.

CORIDON.

Ni un momento;

Que el bien que se pierde junto  
Solo dura hasta aquel punto  
Que es cierto su perdimiento.  
Y esto es fácil de entender,  
Mirando el fácil sugeto  
Del pecho de una mujer,  
Que es pocas veces perfecto,  
Y nunca en el buen querer.  
Y fuera desto, es mejor  
Para que entienda tu amor;  
Pues si á matarle te animas,  
Verá lo mucho que estimas  
Su desden y tu favor.  
Y al fin no puedes dejar  
De matarle en tiempo alguno;  
Y baste, para acabar,  
Que no ha de gozar ninguno  
Lo que no puedes gozar.

MENALCA.

Basta. No sé, te prometo,  
Qué furia, si no es Aleto,  
Se me reviste en el pecho.  
Yo estoy de ti satisfecho;  
Solo te encargo el secreto.  
Aquí te puedes quedar;  
Que hoy le tengo de acabar.  
Hoy no se ha de ver con vida:  
Tanto puede la homicida  
Que me ha enseñado á matar.  
Voy á buscar ocasión  
Para ejecutar mi intento.

(Vase.)

CORIDON.

Sus alas te ponga el viento  
A los piés, y al corazón  
Su fuego el cuarto elemento.  
Ya desde hoy mas en el mio  
Salga el fuego al hielo frío  
Que en lágrimas se resuelve,  
Pues hoy tan aprisa vuelve  
Atrás su corriente el río.  
Fortuna, hoy vuelves atrás,  
Pues en la mano me das  
El bien que mi alma quiere;  
Si aqueste Jacinto muere  
No puedo pedirte mas.  
Que si Menalca le mata,  
Mientras el perdón se trata,  
Por fuerza se ha de ausentar;  
Y yo me vengo á quedar  
Solo con aquesta ingrata.

Sale ERGASTO.

ERGASTO.

Fatigado me ha la cuesta;  
Pero ya he llegado al valle:  
Plega á Júpiter que halle  
De todo buena respuesta.—  
¿Es Coridon? Es sin duda.

CORIDON.

¡Oh Ergasto! Seas bien venido.

¿Dónde?...

ERGASTO.

Donde me ha traído

Aquel que todo lo muda.

CORIDON.

¿Por qué has dejado tu aldea?

¿Cómo quedan los casados?

ERGASTO.

¡Ah Coridon! Mal logrados:

No hay bien que seguro sea.

Ya sabes cómo Doristo

Llevó á vivir á su hacienda

Su esposa, su amada prenda.

CORIDON.

Toda la mudanza he visto,

Y supe cómo te fuiste

Con el padre de Amaranta.

ERGASTO.

Oye; que desdicha tanta

Jamás de tus ojos viste.

Murió el pastor de improviso.

CORIDON.

¿Doristo es muerto?

ERGASTO.

Sí, muerto.

CORIDON.

¿Es cierto, Ergasto?

ERGASTO.

Muy cierto.

Llegó su punto preciso.

CORIDON.

Voyme, Ergasto.

ERGASTO.

¿Adónde vas?

CORIDON.

Allá lo voy á decir.

ERGASTO.

Albricias podrás pedir

De las nuevas que les das.

¿Quién se huelga de su muerte?

CORIDON.

No te importa; queda adios.

(Vase.)

ERGASTO.

¿Quién os las pidiera á vos,

Si se trocara la suerte?

Algun pretendiente amigo

Habría que albricias le dé.

¡Oh falsa, fingida fe,

Digna de eterno castigo!

Con razón llamo fingida

El alma de engaños llena,

Que pone en la muerte ajena

La esperanza de su vida.

Salen BELARDA y JACINTO.

BELARDA.

¿Que tan de veras me quieres?

JACINTO.

Que tan de veras te quiero,

Que en ti vivo y por ti muero.

BELARDA.

¿Que por mí vives y mueres?

Pues yo... Mas oye; que veo

Gente.

JACINTO.

¡Hola, Ergasto!

ERGASTO.

¿Quién es?

Guárdeos el cielo, y después

Remedie vuestro deseo,

Aunque mejor acabado

Que el de Doristo.

JACINTO.

¿Mejor?

Nunca me ponga el amor

En mas venturoso estado

Con las prendas que mas quiero.

ERGASTO.

Mejor tengais la ventura,

Pues que ya en la sepultura

Reposa.

BELARDA.

¿De qué manera?

ERGASTO.

Murió Doristo otro día

De su boda desdichada.

BELARDA.

¿Es burla?

ERGASTO.

Fuera pesada.

Murió en la presencia mía.

En estos brazos pagó

Lo que á la muerte se debe.

JACINTO.

¿De qué enfermedad tan breve?

ERGASTO.

De un desmayo que le dió.

BELARDA.

¡Brava desgracia por cierto,

Que me llega al corazón!

ERGASTO.

El mío con mas razón

Tiene rasgado y abierto;

Que amaba á mi mayoral.

JACINTO.

De suspenso, apenas puedo

Decir que sin alma quedo,

Con el temor de su mal.

¿Siéntelo mucho Amaranta?

BELARDA.

¿Impórtate el sentimiento?

JACINTO.

Será justo su tormento,

Pues es su desdicha tanta.

ERGASTO.

No lo siente como debe,

Porque casó á su disgusto;

Pero hace lo que es justo

Y lo que á su honra debe.

De su pena soy testigo.

JACINTO.

Siempre se debe á la muerte

El llanto de cualquier suerte,

Aunque muera un enemigo;

Porque allí nos acordamos

Que nos falta aquella pena,

Y llorando por la ajena,

Por nuestra muerte lloramos.

BELARDA.

Bien sabes disimular.—

Dime, Ergasto, ¿qué ha de hacer

La viuda?

ERGASTO.

Quiere volver,

Belarda, á nuestro lugar;

Que no quiere estar allí

Donde su esposo murió;

Y á la casa que dejó

Me envia su padre á mí,

Porque ya con ella viene,

Y quiere que la prevenga.

Voyme pues, antes que venga,

A ver el orden que tiene;

Que habrá menester miralla.

Vé con Dios.

JACINTO.

ERGASTO.

Con los dos quede. (Vase.)

JACINTO.

Por Dios, Belarda, que puede

Con su marido enterralla.

¿Qué piensa el padre hacer della?

BELARDA.

¿Que la entierre?

JACINTO.

Ansi lo digo.

BELARDA.

No; mas casarla contigo,

Para enterrarte con ella.

JACINTO.

Antes en tierra extranjera

Tenga incierta sepultura,

Y á manos de mi locura

En vuestra desgracia muera,

Sin que aun en tiempos después

Mi cuerpo entierre la tierra

Que tanta ventura encierra,

Pisándola vuestros pies.—

¿Estáis burlando conmigo,

O merezco vuestros celos?

BELARDA.

Sabes, Jacinto, los cielos

Si estoy burlando contigo.

¡Oh traidor! ¿Piensas que ignoro

Que has adorado á Amaranta

Con fe tan injusta y tanta

Como yo la tuya adoro,

Y que por verla casada

Veniste á querirme á mí,

Para que tu alma ansi

Se entretuviese engañada?

Bien á costa de mi fama

Diré que de ti lo he sido:

¿Tan buena te he parecido

Para falta de tu dama?

Eres hombre, haces tu oficio;

Y el bien que perdiste allí,

Quisieras ganallo en mí;

Que es su ordinario ejercicio.

Al fin me engañaste, injusto;

Que eres tan diestro en el arte,

Que me has obligado á amarte

Mas de lo que fuera justo.

Cantabas como sirena,

Y estabas deshecho en llanto;

¿Cómo, si penabas tanto,

Disimulabas tu pena?

A fe que finges muy bien;

Que grande amor me has mostrado;

Mas estabas enseñado:

Pocas gracias se te den.

Anda, burlate de mí.

Véte y cástate con ella;

Que para vengarme della,

Basta conocerte á ti.

JACINTO.

¿Adónde vas? Ten la planta.

¿Qué resolucion es esta?

BELARDA.

Anda, vé por la respuesta

A tu mujer Amaranta.

¿Quieres que á voces me queje?

Déjame.

JACINTO.

No he de dejarte;

Que ni la muerte no es parte

Para que el alma te deje.

¡Ah gloria mía!

BELARDA.

¿Qué dices?

¿Yo gloria tuya?



JACINTO.

Y mi pena.

BELARDA.

No mas, fingida sirena;  
Advierte que te desdices.  
Vuelve á tu centro, camina.

JACINTO.

Pues ¿cómo, si tú te vas?

BELARDA.

¿Piensas acaso que estás  
Con tu Amaranta divina?  
¡Oh falso! Dios te haga mal.  
Dejame; que te aborrezco.

JACINTO.

¿Es posible que merezco  
Que puedas decirme tal?

BELARDA.

Mira, imagina en el viento  
Los animales mas graves,  
Y dentro en el mar las aves,  
Y helado el cuarto elemento.  
Primero que verme un punto  
Asistir á tu presencia.

JACINTO.

Ese que tenga de ausencia,  
Basta á dejarme difunto.  
Tuyo soy, muero por tí.  
¿Dónde vas, señora mía?

BELARDA.

No me voy; que no podría,  
Cruel, si te llevo en mí.  
¿Posible es que has de dejarme?  
Posible es que has de casarte?  
Posible es que has de trocarle?  
Posible es que has de olvidarme?  
Jacinto, vesme á tus pies.  
Mátame, será mejor;  
No aguardes, falso traidor,  
Que yo me mate después.  
¿Por qué quieres que te vea  
De ajeno dueño en los brazos?

JACINTO.

Antes los haga pedazos  
Quien la muerte me desca.  
Alza, Señora, del suelo,  
Y no des causa á la tierra  
Que mueva á Júpiter guerra  
Viendo tan humilde al cielo.  
Si es verdad que pude amar,  
Aunque no te lo confieso,  
Como no fué amor de peso,  
Pudolo el viento llevar.  
Era de un árbol mi amor;  
Amaranta para sí  
Cortó una imagen de mí,  
Tosca y de poco primor.  
Llegue á tu mano divina,  
Y artefice sin igual,  
Perficionas de metal,  
En mi labor peregrina.  
Sola te adoro, Belarda;  
La mano en prendas te doy  
Para ser tuyo.

BELARDA.

Yo soy...

—Gente viene: un poco aguarda.

*Sale GLICERIO y AMARANTA, y un  
criado suyo.*

GLICERIO.

Alabo mucho que de aquesta suerte  
Lleves con discrecion, hija Amaranta,  
De tu marido la temprana muerte.  
Aquí podrás, pues tu desdicha es tanta,  
Pasar mejor la pena que te aguarda,  
De verle sin sazon cortada planta.

AMARANTA.

Para todo me allige y me acobarda  
Mi enemiga fortuna; en todo muero.

JACINTO. (Ap. á Belarda.)

Salgámosle al encuentro, mi Belarda.

BELARDA.

Mejor es que te escondas; que no quiero  
Que aquí nos hallen juntos.

JACINTO.

Pues tú llega;

Que yo me escondo.

BELARDA.

Escóndete primero.

(Escóndese Jacinto.)

Puesto, Glicerio, que el dolor me niega  
Poderte dar el pésame debido,  
El alma diga lo que al alma llega.  
Sens después de aquesto bien venido  
Con mi pastora mal lograda.

AMARANTA.

¡Oh amiga!

¿Cuánto mejor no verte hubiera sido!

GLICERIO.

¡Oh Belarda gentil! siempre bendiga  
Tus verdes años el piadoso ciclo.

BELARDA.

Y en parte alivie tu mortal fatiga.

GLICERIO.

De su parte me viene tu consuelo.  
Huélgome que mi hija te haya visto;  
Que no tiene sin tí prenda en el suelo.  
Ya tú sabes la muerte de Doristo;  
Pero porque mi hija te la cuente,  
Y yo tan mal sus lágrimas resisto,  
A ver me voy en tanto si mi gente  
Mi casa me adereza.

BELARDA.

Vé en buen hora.

Siéntate aquí.

(Vase Glicerio.)

AMARANTA.

No mandes que me asiente.

BELARDA.

Sí, por tu vida.

JACINTO. (Ap. escondido.)

¡Oh sabia engañadora!

¿De qué manera quiere verle el alma,  
Por ver si está en la suya la que adora!  
Nueva imaginacion me pone en calma.  
Juntos agora están mis dos sujetos:  
¿A cual de entrambos le daré la palma?  
Mas ¿quién podrá juzgarlos mas perfectos  
Que yo, en mi propio pecho conociendo  
La causa que es mejor, por los efectos,  
Pues el que amaba estoy aborreciendo,  
Y adoro aquel que cuando á mi memoria  
Llegó, aunque tarde, me dejó muriendo?  
Luego, del vencedor es la vitoria.

(Entre tanto que Jacinto está diciendo  
esto, están hablando solas quedo.)

BELARDA.

¿Que desa suerte murió?

AMARANTA.

Murió, amiga, desta suerte.

BELARDA.

Tan poco sientes su muerte,  
Que harto mas la siento yo,  
Pues á llorar me provocó,  
Y tu estás de pasatiempo.

AMARANTA.

Conocile poco tiempo,  
Y así el sentimiento es poco.  
Igualo al tiempo el dolor,  
Y esto no es de pecho ingrato;  
Que á nosotras solo el trato  
Nos obliga á mucho amor.

BELARDA.

También queremos sin él;  
Mas no es esa la ocasion;  
Que tenemos condiccion  
Mas piadosa que cruel.  
Y si tú, amiga, no amaras,  
Como sospecho, otro dueño,  
No como burlas de sueño  
Su muerte cruel pasaras.  
Di la verdad: ¿quieres bien?

AMARANTA.

La verdad te he de decir.  
Quiero bien hasta morir.

BELARDA.

Pues confiesas, dime á quién.

AMARANTA.

¿A quién, preguntas? No sé,  
Belarda, si te lo diga.  
Pero al fin eres mi amiga.  
A Jacinto di mi fe.

BELARDA. (Ap.)

¡Ay desdichada de mí!

AMARANTA.

¿Qué tienes?

BELARDA.

¡Oh mi pastora!

He echado menos agora  
Una prenda que perdí.  
Mas di adelante tu cuento,  
Y dime: ¿querida fuiste?

AMARANTA.

Fuilo un tiempo; mas ¡ay triste!  
Que su fe se llevó el viento.

BELARDA.

Ya la prenda pareció.

AMARANTA.

¿Qué era, Belarda?

BELARDA.

Este anillo.

De hallarle me maravillo,  
Y entre las dos se perdió.

JACINTO. (Ap.)

No ha estado malo el engaño.

BELARDA.

Al fin, ¿qué piensas hacer?

AMARANTA.

Porfiar siempre hasta ver  
Del todo mi desengaño.

JACINTO. (Ap.)

¿Mas que se pierda otra prenda?

BELARDA.

Y aun querrás con él casarte.

AMARANTA.

Solo eso es, Belarda, parte  
A que yo deje mi hacienda.  
Y si la verdad te digo,  
Vengo á tratarlo con él.

BELARDA.

¡Ay qué dolor tan cruel!  
Yo muero; tenme contigo.

AMARANTA.

¡Ay Dios! ¿Qué nueva ocasion?...  
¿Qué color tan amarillo!

JACINTO. (Ap.)

¿Mas que tengo yo el anillo  
Del dedo del corazon?

AMARANTA.

¡Triste! ¿Qué tengo de hacer?

JACINTO.

(Ap. Ahora bien, quiero llegar;  
Que no sufre el alma estar  
Adonde la pueda ver.)



¿Qué es esto, pastora hermosa?  
¿Soy yo menester también?

AMARANTA.

¡Oh mi Jacinto! Oh mi bien!

JACINTO.

(Ap. No me faltaba otra cosa.)

Dejenos eso, y tratemos

De saber desta pastora...

AMARANTA.

¿Que ven mis ojos agora  
Día en que libres nos vemos?

JACINTO.

¿No te digo que me digas

Qué mal es este que veo?

AMARANTA.

Ya te digo mi deseo,

Que es el mal de mis fatigas.

¿Traidor! ¿ansi me recibes?

JACINTO.

¡Hola Belarda! ¡Ah, mi gloria!

¡Digo, digo! ¿Sin memoria?

AMARANTA.

Tarde, cruel, te apercibes.

Declarada es tu pasión,

Y mi muerte declarada.

JACINTO.

Estarás desengañada

Que los sueños sueño son.

¿Cómo le daré remedio?

AMARANTA.

Parte á esa fuente, traidor,

Por agua.

JACINTO.

Busca mejor

O mas conveniente medio.

AMARANTA.

¿Agua no podrás traella?

JACINTO.

Deso de traer no trates.

Porque en tanto no la mates,

Tiemblo de apartarme della.

AMARANTA.

¿Tal maldad decir osaste?

JACINTO.

Agua no la he de traer;

Si con agua ha de volver,

Yo lloraré la que baste.

Aunque tú le has dado enojos,

Veré en aquesta ocasion

Si se cura el corazon

Con lágrimas de los ojos.

AMARANTA.

¿Cómo, estando yo delante,

Pasa tan grande maldad?

¿Cuál hombre trata verdad?

¿Cuál es verdadero amante?

¿Qué ejemplo de ingratitud

Como este ha visto mujer?

Aprended á bien querer;

Que os importa la salud.

JACINTO.

¡Ah mi señora, ah mi prenda,

¡Ah mi dulce bien! recuerda.

AMARANTA.

(Ap. El seso quiere que pierda,

Y que la venganza emprenda.)

¡Ah falso!

BELARDA.

Gran mal me dió.

Cierto que he estado sin mi.

AMARANTA.

Y aun alguno que está aquí.

JACINTO.

Ese, sin falta, soy yo,

Que me precio de adoraros.

BELARDA.

¡Oh Jacinto! ¿Aquí estuviste?

JACINTO.

Y tal, que mi llanto triste

Fué parte á resucitaros.

BELARDA.

Dios te lo pague.

JACINTO.

¿Dó vas?

BELARDA.

A mi casa; que voy muerta.

JACINTO.

Iré contigo.

BELARDA.

Estoy cierta

Que mejor te quedarás.

Excusemos cumplimientos.

JACINTO.

Iré, sin falta, contigo.

BELARDA.

No irás, si puedo, conmigo.

JACINTO.

Aunque vayas por los vientos.

Belarda, ¿que huyes de mí?

(Vanse los dos.)

AMARANTA.

¿Hay mal que como este sea?

Hay piedra que sufra y vea

Tanto mal como yo vi?

¡Ay desdichada! ¿qué haré?

Celos y rabia mortal,

¿Daré voces con mi mal,

Ó con mi mal callaré?

¡Ay fe de viento, en arena

Firmada, y con agua escrita!

¡Pecho que el alma me quita,

Por dar lugar á la ajena!

Sale ERGASTO.

AMARANTA.

¿Adónde vas?

ERGASTO.

Por tí vengo.

AMARANTA.

¿Adónde vas? Di, traidor.

ERGASTO.

¡Yo traidor!

AMARANTA.

Téngote amor:

¿Que te vas porque te tengo?

ERGASTO. (Ap.)

¿Qué extremos hace de loca!

¿Qué diablo tiene?

AMARANTA.

¿Oh qué bien!

¿Acá vienes tú también?

Pues mira, calla la boca,

Y no digas que me voy,

A mi padre, cuando venga.

ERGASTO.

Tendréte... El diablo te tenga.

AMARANTA.

¿Sabes quién soy?

ERGASTO.

¿Quién?

AMARANTA.

Soy el elemento quinto:

Por eso á mi padre di

Que hasta los cielos me fui

Á casarme con Jacinto.

(Vase.)

ERGASTO.

¡Oh, pesia á quien me vistió!

Por aquí han andado celos;

Que deben de ser los pelos

Del perro que la mordió.

Ella va tras sus cuidados,

Y detenella quisiera;

Pero temí que me diera

Cuatro palos muy bien dados.

Bien estuviera casada

Con Jacinto; aunque no es tarde.

Salen GLICERIO Y FELICIO, padre de Jacinto.

FELICIO.

Venid, así Dios os guarde,

Glicerio, á nuestra posada;

Que para todos habrá.

GLICERIO.

Téngolo á gran beneficio.

A la mía irá, Felicio,

Que desocupada está. —

¿Qué haces tú solo aquí?

¿Dónde está Amaranta? ¿Dónde?

¿Por qué te encoges? Responde

ERGASTO.

Agora se fué... ¡Ay de mí!

Que no sé cómo te diga

De la manera que fué.

GLICERIO.

¿Cómo que se fué?

ERGASTO.

No sé...

Tanto el dolor me fatiga...

— Que hay grande mal encubierto;

Y si licencia me das,

El principio y fin sabrás.

GLICERIO.

Dilo; que me tienes muerto.

ERGASTO.

Críáronse en este valle

Amaranta con Jacinto,

Vuestros hijos regalados,

Desde pequeños los niños.

Fué el amor con la ignorancia

Mezclando su fuego vivo;

Quisieronse largo tiempo

De amor casto y primitivo.

Casó Glicerio á Amaranta,

Como sabeis, con Doristo,

Tan á su disgusto della,

Que aun muerto piensa que es vivo.

Agora, que libre está,

Y sospecho que de celos

Lleva perdido el juicio;

Porque va dando mil voces

Por esos ásperos riscos.

Poned, Señor, el remedio,

Que está en manos de Felicio:

Sosegaréis su furor

Si se le dais por marido;

Que es mujer y tiene celos,

Y hará cualquier desatino.

GLICERIO.

¿Oh cielos poderosos! ¿qué es aquesto?

¿Tan gran castigo me teneis guardado?

¿Oh mala hija! Adios, señor Felicio;

Que me parto á buscarla, y os prometo

De no volver sin su cabeza infame.

FELICIO.

Tenéos. ¿Adónde vais? Paso, Glicerio;

Siendo ese traidor el instrumento,

Mé importa refrenaros, como padre,

Cuando no me bastara el ser amigo.

¿No veis que vos también habeis pasado

Por esta edad, y que pasamos todos?

¿De qué os maravillais? Mejor sería  
Poner al caso el conveniente medio,  
Que no aguardar á publicar el caso.

GLICERIO.

¿Qué remedio quereis? ¡Oh viejo triste!  
¡Oh mala hija, afrenta de mis canas!

FELICIO.

Dejadme vos coger el rapacito;  
Que yo le haré que pueda ser ejemplo.  
No mas. Vamos, Glicerio, á lo que im-  
[porta. GLICERIO.]

¿Qué me puede importar sino casillos?

FELICIO.

Pues ¿para qué teneis la boca llena?  
¿Quisiérades que yo me convidara?  
Porque tan rico sois y yo tan pobre...

GLICERIO.

No, amigo; que conozco la nobleza  
Y el valor dese pecho. Al fin te pido  
Me des tu hijo.

FELICIO.

Yo te lo concedo;  
Y á fe que has de llevarle castigado.

GLICERIO.

Pues vámosle á buscar.

FELICIO.

Vamos, y Ergasto  
Se quede por aquí, por si vinieren.  
(Vase.)

ERGASTO.

¡Buena va la vejez con tanta flemma  
Tras la sangre colérica encendida.  
Que corre ardiendo por los verdes años!  
De ayer viuda, tratan de casarla.  
Pero querrán tratarlo solamente.  
Quiero disimular; que viene gente.

Sale MENALCA y CORIDON.

CORIDON.

¿Que no te ha sido posible  
Hallar, Menalca, ocasión?

MENALCA.

Tales mis desdichas son,  
Y su remedio imposible.  
Mas dame tú que le vea  
En parte un poco segura,  
Que no ha de haber desventura  
Que como la suya sea.  
Aunque ver muerto á Doristo  
Me ha dado claro á entender  
Que á Amaranta ha de volver.

CORIDON.

Poco de su pecho has visto;  
Que la tiene aborrecida.

MENALCA.

¡Ah buen Ergasto! ¿aquí estabas?

ERGASTO.

¡Oh Menalca!

MENALCA.

¿Qué buscabas?

ERGASTO.

Una celosa perdida,  
Que se va tras sus antojos.

MENALCA.

¿Es Amaranta?

ERGASTO.

Ella es,  
Que lleva en ajenos pies  
La misma luz de sus ojos.

MENALCA.

¿A quién sigue?

ERGASTO.

A quien la deja

CORIDON.

¿Quién es?

ERGASTO.

Jacinto.

CORIDON. (A Menalca.)

¿No entiendes

Lo que dice?

MENALCA.

Su fe ofendes;

Antes Jacinto se queja,  
O á lo menos se quejó,  
De que se hubiese casado.

ERGASTO.

Vives, Menalca, engañado;  
Puedo asegurarte yo  
Que en este punto Felicio  
Y Glicerio pretendían  
Casarlos, porque temían  
Que ella perdiese el juicio.

CORIDON.

En nuevo engaño te fundas.  
Apenas Doristo es muerto,  
¡Cuando ya tienes por cierto  
Que tratan bodas segundas!

ERGASTO.

Esto es, sin falta: yo voy  
Con nuevas de la victoria.

(Vase.)

MENALCA.

Vé con Dios. — Ya trueca en gloria  
Amor la pena en que estoy. —

Coridon, ¿qué dices desto?

CORIDON.

Que tu celoso tormento  
Asegura el casamiento  
Entre los viejos propuesto.  
Casado Jacinto, quedas  
En la antigua posesión.

MENALCA.

Haz cuenta en esa ocasión  
Que toda mi hacienda heredas,  
Coridon. Si me confiesas  
Que son ciertas estas bodas,  
Pazcan tus ovejas todas  
La yerba de mis dehesas.  
Colma de mis limpias eras  
Tus trojes del rojo trigo,  
Y tenme por tan amigo,  
Que para todo me quieras.  
Toma, toma á manos llenas  
El fruto de mis ganados,  
La fruta de mis cercados  
Y la miel de mil colmenas;  
Que á mí Belarda me sobra.

CORIDON. (Ap.)

Y á mí mejor que tu hacienda,  
Porque es del alma una prenda  
Que por ninguna se cobra.  
¿Que poco amor te enloquece!  
Porque el enfermo amor  
Conoce el ajeno amor  
Por el mismo que padece.

Sale JACINTO huyendo, y FELICIO tras  
él con un cayado.

FELICIO.

¿Ansi, traidor, infamia de los hombres,  
Tú libertad me respondeis tan presto?

JACINTO.

Padre y señor.

FELICIO.

No quiero que me nombres.

MENALCA.

Paso, señor Felicio. ¿Qué es aquesto?  
¿Con vuestro hijo tan injusto enojo!

FELICIO.

¿Injusto le llamais? Santo y honesto.  
¿Pensais que porque tengo solo un ojo,  
Que no sabré sacarle, si me ofende?

JACINTO.

Y yo también, si con razon me enojo.

FELICIO.

¿Es posible que el mundo te defiende?  
¿Que te consiente el cielo?

MENALCA.

Poco á poco.

¿Quereis herille?

JACINTO.

Y aun matarme entiendo.

CORIDON.

¿Por qué le maltratais?

FELICIO.

Porque es un loco,

Desvanecido, inobediente, y tiene  
Mi mandamiento paternal en poco.  
Sabe el falso traidor que me conviene  
Casalle á mi contento, y descansado  
Ver que la muerte á mis espaldas viene;  
Y con saber que estaba lastimado  
Por la propia mujer que quiero dalle,  
Que fué de aquel Doristo mal logrado,  
Responde que no tiene aqueste valle  
Pastora que aborrezca en tanto extremo,  
Y pone falta en su gallardo talle.

JACINTO.

Gallardo dice... Respondelle temo;  
Que yo le hiciera conocer su engaño.

FELICIO.

Calla, intratable bárbaro, blasfemo;  
Que yo te hiciera conocer tu daño,  
A no valerte la aegidia tanto.

MENALCA.

Por Dios, Jacinto, que te juzgo extraño,  
Y que de tu propósito me espanto;  
Que si por tu Amaranta tantas veces  
Movió las selvas tu piadoso llanto,  
No sé por qué razones la aborreces,  
Cuando á tus esperanzas el efecto  
Mas deseado con el alma ofrees.  
Juzguéte siempre por pastor discreto,  
Y pues lo eres, dime, ¿en qué te fundas?

JACINTO.

En otras esperanzas, te prometo.

MENALCA.

Pues cuando con razones me confundas,  
Confesaré tu ingenio y mi ignorancia.

JACINTO.

Muchas dijera; pero son profundas.  
No quiero presumir con arrogancia  
De argumentar contigo; mas advierte  
Lo que es en mis negocios de importan-  
[cia.]

¿Puede llamarse con razón la muerte  
Mas licia suerte que la vida larga  
Del que en casarse tuvo mala suerte?  
¿Iguala del infierno pena amarga,  
Ni de los varios elementos guerra,  
Del mal casado á la penosa carga?  
Si no lo niegas, mira; ¡cuánto yerra  
Quien me quiere casar con mi enemiga!

CORIDON.

¡Ved las mudanzas que el amor encierra!  
Agora para siempre, agora digo  
Que es mudable el humanopensamiento.

MENALCA.

De que la has adorado soy testigo.

FELICIO.

Pues mira, con solene juramento,  
Por la sagrada Juno, te prometo  
Que si en aquesto no me das contento,  
Que no has de estar en público ó secreto  
Un punto mas en nuestro valle; mira  
Que á tal estado te verás sujeto.

JACINTO.

Passaránse las furias de tu ira,  
Y tú verás que no es razon casarme,  
Y que lo que te dicen es mentira;



Verás que no es razon acompañarme,  
Siendo tan pobre, con quien no es muy  
rica.

MENALCA.

(Ap. Ahora será bien aventurarme.)  
Jacinto, si eso temes, hoy te aplica  
Justo remedio tu fortuna diestra.

FELICIO.

Espántome de ver que no replica.  
¿De qué manera la ventura nuestra  
Se puede mejorar?

MENALCA.

Escucha, advierte,  
Verás de mi nobleza alguna muestra.  
Condolido de ver la pobre suerte  
Desta pastora triste y mal lograda,  
Y de vuestra amistad el nudo fuerte,  
Yo te daré una cédula firmada  
De darte mil cabezas de ganado  
El día que contigo esté casada.

FELICIO.

Pastor, el mas gallardo que el dorado  
Rio divino que sus campos riega  
Tuvo jamás en su ribera ó prado,  
Aquesos piés, aquesos piés me entrega,  
Besarélos mil veces.

MENALCA.

Padre, tente.

FELICIO.

Hijo, llega tambien, conmigo llega.

JACINTO.

Yo quedaré, Menalca, eternamente  
Agradecido á tu valor divino;  
Mas ya mi desventura no consiente  
Que vuestro atrás del áspero camino,  
Por quien amor me lleva á dar el alma  
A quien hacer mi dueño determino.  
Primero se verá del cielo en calma  
El movimiento, y que el humilde olivo  
Venza en altura á la ensalzada palma,  
Que yo me muestre desleal y esquivo  
A las obligaciones infinitas [vivo.  
Que debo á aquella por quien muero y  
¿Posible puede ser, estando escritas  
En medio de la frente, no se lean?

FELICIO.

Traidor, traidor! tu muerte solicitas.  
Yo pienso hacer que hoy borradas sean  
Con sangre tuya. Aguarda, aguarda,  
[aguarda.

JACINTO.

Nunca tus ojos tal venganza vean.  
(Vanse los dos.)

CORIDON.

El ánimo suspenso me acabarda,  
Menalca, la extrañeza del suceso.  
¿Mira si es adorado de Belarda!

MENALCA.

Calla; que estoy para perder el seso;  
Y así en este punto determino  
Hacer un loco y temerario exceso.  
¿Que no me hiciera mi cruel destino  
De tan humildes padres, que igualara  
Desta Belarda el casamiento indino!  
Sospecho que con ella me casara...  
Y aun sin sospecho casaré con ella.

CORIDON.

¿Burlas?

MENALCA.

¡Pluguiera á Dios que me burlara!

CORIDON.

¿Ansí tan fácilmente se atropella  
Tanta nobleza?

MENALCA.

Todo se le debe

A la excelencia de una cosa bella.  
Es amor un océano que bebe  
Todos los rios sin guardar decoro:

Tanto las almas á su fuerza mueve.  
Los azadones y los cetros de oro  
Junta, como la muerte, en una liga;  
Condenna el libre pecho á eterno lloro,  
Y aun á vivir en cuerpo ajeno obliga.

## Sale AMARANTA.

AMARANTA.

(Para sí. Ya de su guerra mortal  
Mis celos en paz estén,  
Pues con las nuevas del bien  
Se va templando mi mal.)  
Pastores, ¿habeis por dicha  
Visto á Glicerio?

MENALCA.

¡Oh pastora,

A quien la fortuna ahora  
Puso en la mayor desdicha!  
Hemos por lo menos visto  
Aquel tu ingrato pastor,  
Por quien te fuera mejor  
Que te viviera Doristo.  
Ya tú sabrás el concierto  
De tus padres.

AMARANTA.

Bien lo sé.

MENALCA.

Mas no sabrás de su fe  
Que está por Belarda muerto.  
Aquí su padre trataba  
Su casamiento con él;  
Yo por mí, por ti y por él,  
De mi hacienda te dotaba;  
Mas el traidor, que tan solo  
El bien de Belarda precia,  
Mejores prendas desprecia  
Que si fuera el dios Apolo.  
El padre corre tras él,  
Pensando dalle la muerte:  
Esta es tu suerte y mi suerte,  
Mas que hasta ahora cruel.  
Sabes que á Belarda adoro,  
Y temo, si él te dejase,  
Que con Belarda se case,  
Causa de mi eterno lloro.  
¿Mira en qué punto me tiene  
La fortuna que me sigue!

AMARANTA.

¿Tanto el cielo me persigue?  
¿Cuál Dios á matarme viene?  
¿Pobre de mí! ¿Qué he de hacer  
Sin mi adorado enemigo?  
¿Que tan mal está conmigo?

CORIDON.

Tú lo podrás conocer.  
Mas cuando adelante pase,  
Cree, si el traidor te deja,  
Que no será con la queja  
De que con otra se case,  
O con Belarda á lo menos;  
Que yo le haré mil pedazos.  
Y en sus brazos estos brazos  
Vendrán de su sangre llenos.  
Yo daré fin á su suerte.

AMARANTA.

Detente, no hagas tal;  
Que no le quiero tan mal,  
Que le desee la muerte.  
Mas podeis amenazalle  
Con lo que dijere yo,  
Y á lo que nunca pensó  
Con esta industria obligalle.  
Mas temo que me falteis.

MENALCA.

La vida falte primero.

¿Qué dudas?

AMARANTA.

Deciros quiero

El remedio que teneis,

Y lo que el mio ha de ser:  
Veréis en mi industria tal  
Lo que es agudo en el mal  
El ingenio de mujer.  
Sabréis, y sabe todo aqueste valle,  
Que fui querida del traidor Jacinto,  
De quien ahora soy aborrecida,  
Con el extremo que de Clicia Apolo.  
Casáronme mis padres con Doristo,  
Para mi muerte y á disgusto suyo.  
En el segundo día de mis bodas,  
Sabeis que de improviso quedó muerto,  
Cosa que ha sido murmurada tanto.  
Podeis los dos jurar que este Jacinto  
Comunicaba con los dos mil veces  
Darle un veneno por casar conmigo;  
Y yo de la traicion daré querella.  
Pues como todos saben que me amaba,  
Y ven mi esposo de improviso muerto,  
¿Quién duda que no den crédito al caso,  
Y preso le sentencien á la muerte?  
Podré yo entonces, con piedad fingida,  
Como que aquello me ha inspirado el cie-  
Decir que le perdono, si me ofrece [lo.  
Que por el muerto me dará su vida,  
Casándose conmigo, y esto antes  
Que de la cárcel libremente salga.

MENALCA.

¿Qué dices desto, Coridon?

CORIDON.

¿Qué digo?

Que Dios me libre de mujer airada,  
Y no de la ponzoña de mil viboras.

MENALCA.

Solo pudiera de tu raro ingenio [co.  
Ser esta industria; y desde aqui me ofrez-  
Si Coridon se anima á acompañarme,  
Ponerte preso al falso tu enemigo.

CORIDON.

¿Si me ofrezco me dices? ¡Bueno es eso!  
¡Impórtame seguirte en este caso,  
Y por ventura mas de lo que piensas.  
Vamos á darle parte á la justicia;  
No sea que del valle se nos vaya  
Con el temor del enojado padre.

MENALCA.

Pues vamos, Amaranta, y está á punto  
Para que des querella en avisándote,  
Porque primero por el vulgo todo  
Convenga que el negocio publiquemos.  
Para después mejor mover á lastima.

AMARANTA.

Vamos; que en vuestras manos va mi vi-  
[da.

MENALCA.

Y la mia en las manos de Belarda.

(Vanse, y queda Coridon solo.)

CORIDON.

¿Qué bueno me llevais, amor tirano!  
¿Parécenos que he ganado en vuestras fe-  
[rias?

Mirad ¡qué de traiciones hago en esto!  
Soy traidor á Jacinto porque muera,  
Soy traidor á Menalca, pues le vendo,  
Siendo en su pecho verdadero amigo;  
Soy traidor á Belarda, pues la adoro,  
Y la quito del alma lo que adora;  
Y sobre todo, soy traidor al cielo.  
Mas quien te conociere, amor tirano,  
Si sabe que es amor fuerza del alma,  
Verá que no es posible de otra suerte;  
Que, aunque eres niño, vences al mas  
[fuerte.



## ACTO TERCERO.

*Salen LOS PASTORES á prender á JACINTO, y DOS ALCALDES VILLANOS; entran por una puerta, y salen por otra, y AMARANTA.*

JACINTO.

Saben los cielos la verdad del caso;  
Y ellos, á quien ofende la malicia,  
Me librarán de vuestras manos fieras.

(Vase.)

ALCALDE 1.º

¡Que se nos fué el traidor!

MENALCA.

¡Que se nos fuese,  
Entre cien hombres!

ALCALDE 1.º

Juro al sol que es fuerte.  
¡Ili de puta, rapaz, y cuán ligero  
Jugaba del baston á todas partes!

ALCALDE 2.º

No lo digas de burla, Bertolano; ¡zo,  
Que juro á non del sol que traigo un bra-  
de un palo que me dió, que en quince  
No sera mucho no tomar la azada. [dias

ALCALDE 1.º

Alborotado vengo del caletre.  
Por toda la semana me perdonen;  
Que no daré sentencia de provecho.

AMARANTA.

Señores, no os dé pena que él se vaya;  
Que el cielo propio le traerá al castigo.

MENALCA.

Movido tiene á ira á todo el pueblo,  
Viendo la muerte que el traidor ha dado  
Al buen Doristo, cuya muerte siento.

DANTEO.

Paso, paso, Menalca; que te mira  
El enojado Júpiter no digas  
Que le mató Jacinto; que bien sabes  
Que le habeis acusado de malicia.

MENALCA.

Hablas adonde es fuerza que te salgas  
Con lo que dices, rústico; mas cree  
Que no te alabarás.

ALCALDE 1.º

Pues ¿qué es aquesto?  
¡En las barbas de toda la justicia  
Osastes levantar escarapela!

ALCALDE 2.º

Calla, Danteo; que habras con enojo.  
¡Noves que hay dos testigos con sus ties-  
Tan gordos como el puño cada uno! [tos,

ALCALDE 1.º

¡Verá la necesidad! Está probado  
Con una resma de papel escrito,  
Y cómo y dónde se le dió el veneno,  
¡Y llámase inocente! Mas albréchigos.

CORIDON.

¿Qué se cansan en esto? ¿Ya no saben  
El amistad de aqueste y de Jacinto?  
¿No saben que estos dos tienen un alma,  
Y en una voluntad viven sujetos?  
Vamos en busca del traidor, que huye;  
Que solo en este caso nos importa  
El jurar la verdad.

ALCALDE 2.º

Pues alto; vamos,  
Andemos estas huertas y cabañas;  
Que si al traidor hallamos, ¡voto al soto,  
Que se ha de hacer un hecho que á al-  
[guien pese!

MENALCA.

Vamos; que la verdad hijas del tiempo.  
Con él se viene á descubrir.

ALCALDE 2.º

Pues vamos.

(Vanse, y queda solo Danteo.)

DANTEO.

Si el tiempo de la verdad  
Es el padre y desengaño,  
Yo fio que por tu daño  
Se descubra la maldad.—  
¡Pobre de ti, desdichado  
Jacinto, mozo afligido,  
De enemigos perseguido  
Y de amigos envidiado!

Sale BELARDA.

BELARDA.

¿Cuándo las desdichas mías  
Han de acabarse, Danteo?  
¿Si tendrá fin mi deseo,  
Ó por lo menos mis días?  
¿Qué embuste es este tan nuevo,  
Tan riguroso y cruel,  
Que orden al alma de aquel  
Que apenas nombrar me atrevo?  
¿Adónde estás, mi Jacinto?  
¡Desventurada de mí!

DANTEO.

No flores, Belarda, así,  
Aunque el natural destino  
Obliga á los animales  
A sentir las cosas tanto;  
Porque el remedio, y no el llanto,  
Previene el fin de los males.  
¡Qué bien á sufrir te enseñas,  
Pues que ya por tu ocasión  
Teñido en sangre el vellon  
Deja por zarzas y peñas!  
Ayer, que la humildad suya  
Mas á su extremo llegó,  
Verter sangre le vi yo,  
Sangre suya y sangre tuya;  
Que á su cruel padre vi  
Que recios golpes le daba,  
Y vi que el pastor se bologaba  
De verter sangre por tí.  
Echóle de su cabaña  
Su padre, fiero enemigo,  
Y él llora á su propio amigo  
Necesidad tan extraña.

No quieras más del estado  
De sus cosas y las mías.  
Pues hoy me dijo: «Há tres días  
Que no he comido bocado.»  
Espera; que voy ahora  
A buscar algún sustento.

BELARDA.

¡Oh padre ingrato, avariento,  
Bel bien que mi alma adora!

DANTEO.

Voyme.

BELARDA.

Espera; que conviene,  
Pues te ha faltado su padre,  
Que yo te sirva de madre  
Al que por mí no la tiene.  
Írme á casa, Danteo,  
Y buscaré qué le dar.

DANTEO

¿Dónde le piensas hallar?

BELARDA.

Que me lo digas deseo,  
Si sabes adónde está.

DANTEO.

En la cueva que está enfrente  
Del álamo de la fuente,

Creo que me espera ya.  
Vamos; haré que te espere.

BELARDA.

¡Ah cielos! Perdida soy.  
Danteo, como yo voy,  
No vaya quien mal me quiere. (Vase.)

DANTEO.

Padres fieros, rigurosos,  
No os acabais de entender.  
¡Buen medio quereis hacer  
De dos extremos viciosos!

Sale JACINTO.

JACINTO.

¡Qué cansado y muerto vengo!  
Vengo del vivir cansado,  
Y muerto porque he dejado  
La vida en quien yo la tengo.  
Un hombre veo. ¡Ay de mí!

DANTEO.

No huyas, Danteo soy.

JACINTO.

¡Cielos! ¿Que contigo estoy?  
¿Estamos seguros?

DANTEO.

Si;

Que esta peña nos encubre,  
Y esta quiebra, que la parte,  
Del camino la mas parte  
Hasta la senda descubre.

JACINTO.

¡Ay Danteo! ¿Y mi Belarda?  
¿Cómo quedaba?

DANTEO.

Muy buena.

JACINTO.

¿Siente mi pena?

DANTEO.

¿Tu pena?

Ni tiene fe ni la guarda.  
Vila, y no la hubiera visto;  
Que quizá fuera mejor  
Dijome: «Vaya el traidor  
Que dió la muerte á Doristo,  
Y cásese con su dama;  
Que para siempre conmigo  
Acabó.»

JACINTO.

No mas, amigo;  
Que ya la muerte me llama.  
De la hambre y del trabajo  
Casi estoy para espirar.  
Adios; que me voy á echar  
De aqueste peñasco abajo.

DANTEO.

¿Adónde vas, ignorante?  
Que por quien la muerte pides  
Es la columna de Alcides,  
Es la firmeza de Atlante.  
Es una roca batida,  
Es un acero perfeto,  
Es un varonil sugeto,  
Dispuesto á darte la vida.  
Yo la vi, y tu mal la dije;  
Y no quieras saber mas  
De que muy presto verás  
La causa por quien te allige.  
Dijela que me aguardase  
Donde te suele esperar;  
Y así, la voy á buscar.  
Porque adelante no pase.  
Escóndete.

JACINTO.

De la muerte  
Revivo en que muerto estaba.  
Esta vida me faltaba,

Danteo, que agradecerte.  
Vé con Dios, y aquí la envía,  
Y dila que no se tarde;  
Que podrá venir tan tarde,  
Que florece la muerte mía.

DANTEO.  
De la hambre y del trabajo  
No me puedo ni enear!  
¡Adios; que me voy á echar  
De aqueste peñasco abajo!

JACINTO.  
¿Ahora de mí te burlas?  
¡Oh amigo fiel, de buen celo!

(Vase Danteo.)  
¿Qué de suertes de consuelo  
Me busca en veras y burlas!—  
Triste! que apenas, de hambre,  
Junto el uno al otro labio.  
Muerte, ¿con tan vil agravio  
Cortas la vital estambre?  
La vida á la muerte iguala;  
Que esta es baja á quien la tuvo  
Tan alta, que dentro estubo  
Del pecho que tanto vale.  
Muerte, aguarda; muerte, aguarda;  
No acabe mi vida así;  
Pues en Belarda viví,  
Muera yo cuando Belarda.  
No puedo tenerme. ¡Ay triste!  
Quiero sentarme. Cuidados,  
¿Que aun no descansais sentados?  
Que ningun mal os resiste?  
Pues no os acaba este mal  
Que suele acabar mil males,  
En mi sois tan naturales  
Cual la hambre natural.  
Yo muero, amor inhumano.  
¡Ah Belarda! ¿Has de venir?  
¿Que me tengo de morir  
Sin que te bese una mano?

Sale BELARDA.

BELARDA. (Al salir.)

Iré cual dices, Danteo.  
Pierde cuidado; que estoy  
Diestra en este monte, y voy  
Ahora con mi deseo,  
Que de la mano me lleva  
Y con su lumbre me guía.

JACINTO.  
Suspiros del alma mía,  
Llevalle la triste nueva,  
Decid que muero.

BELARDA. (Ap.)  
¡Ay de mí!

Que mi Jacinto es aquel.

JACINTO.  
No pensé, muerte cruel,  
Que tuvieras parte en mí.  
Pero pues ya me has deshecho,  
Y el verte no me acobarda,  
Es gran señal que Belarda  
Me ha dejado de su pecho.

BELARDA. (Ap.)  
¿Dejado? Cuando tal sea,  
Yo dejaré de vivir.

JACINTO.  
¿Que me tengo de morir,  
Y primero que te vea?

BELARDA.  
(Ap. ¿Quién oyera con paciencia  
Las quejas que decir sabe!  
Que en amor lo mas suave  
Son los regalos de ausencia.  
Mas no lo puedo sufrir.  
Llegar quiero.) ¡Ah pastor mío!  
¡Ay triste! ¿qué helado y frío!

¿Si se me quiere morir?  
¿No respondes?

JACINTO.  
¿Quién me llama?  
BELARDA.  
Una humilde esclava tuya.

JACINTO.  
Mi vida se restituya  
Cual vela muerta en la llama.  
Sopló la muerte y matéme;  
Y aunque es verdad que maté,  
En el humo que quedó,  
Llegó tu luz, y encendióme.  
Vivo estoy, y ya deseo  
Vida; que si estuve aquí  
Muerto porque no te vi,  
Ya vivo porque te veo.

BELARDA.  
¡Oh prenda tan justamente  
De lo mejor de mi pecho!  
¿Cómo estás? Dime, ¿qué has hecho  
Por tantos siglos de ausente?  
Mas ¡ay necia! ¿qué pregunto?  
Toma, comienza á comer;  
Que causa debió de ser  
De que te viese difunto.

JACINTO.  
¿Con aquestos embarazos  
Tan bellos brazos cargaste?

BELARDA.  
Bien dices, bien me culpaste,  
Teniendo sangre en los brazos;  
Que era justo sacrificio  
De mi amor y celo honesto;  
Pero cuando falte aquesto,  
Yo la ofrezco á tu servicio.  
No temas perder tu padre  
Mientras te puedo valer.

JACINTO.  
Quiero empezar á comer,  
Pues cobro tan buena madre.  
Este pan está mojado.

BELARDA.  
Viniendo he mojado el pan:  
Quizá lágrimas serán  
Que habrán en la cesta entrado.  
Cómelas, Jacinto.

JACINTO.  
¿Y cómo!  
Negra de buena es la salsa,  
Cuando no se guisa falsa,  
Porque entonces no la como.  
Lágrimas es manjar tal  
Que la ventaja le den:  
Verdaderas saben bien;  
Pero fingidas muy mal.

BELARDA.  
Tu propio serás testigo.  
Come, come á tu placer.

JACINTO.  
No quiero; que por comer  
Me pierdo de hablar contigo.

BELARDA.  
Basta; que contigo estoy.  
Come, come.

JACINTO.  
Aunque no quiera,  
Me obligas. ¿Oh quién bebiera!...  
Pero ¿qué necio que soy!  
Como es el manjar tan nuevo,  
Olvidome que me dan  
En las lágrimas y el pan  
Agua y pan, que como y bebo.  
A fe que es nuevo el misterio.

BELARDA.  
Come, come.

JACINTO.

¡Oh mi Belarda,  
Por quien libertad aguarda  
De mi alma el cautiverio!  
¿Cuál es aquel ignorante  
Que no quiere conocer  
El valor de una mujer,  
Cuando es mujer semejante?  
Yo, á lo menos, mientras viva  
Conoceréme deudor,  
Y haré que mi tierno amor  
Tu nombre en el alma escriba.  
Que de una mujer nací,  
Y este ser del suyo tengo,  
Y ahora, Belarda, vengo  
De nuevo á vivir por ti.  
Hablen los que las ofenden;  
Que yo diré á boca llena  
Que de una mujer que es buena  
Mil cosas buenas se aprenden.

BELARDA.  
Come, come.

JACINTO.  
¿No lo ves?  
Bien me va de todo junto.  
Como, respondo y pregunto.

BELARDA.  
Gente sueña.

JACINTO.  
Mi padre es.  
¡Ay desdichado de mí!

(Vase.)  
Sale FELICIO.

FELICIO.  
¡Ah traidor!

BELARDA. (Ap.)  
¡Ah tirano amor!  
¡Esto te faltaba aquí!

FELICIO.  
Huye, traidor; que algun día  
A las manos me vendras.  
¿Cómo, cómo! ¿Que aquí estás?  
Buena insolencia á fe mía!  
Pues, Señora, ¿es bueno eso?  
¿Parécenos bien lo que pasa?  
Ya como huésped de casa,  
¿Tracis de comer al preso?  
Coged, coged lo que queda.

BELARDA.  
Yo lo haré así, padre ingrato  
Del hijo del mas buen trato  
Que hallarse en el mundo pueda.

FELICIO.  
Coged, coged.

BELARDA.  
A lo menos  
No es de lo que tú le has dado,  
Como lo tienen sobrado  
Los hijos de padres buenos.

FELICIO.  
Coged, coged.

BELARDA.  
Ya no hay mas.

FELICIO.  
Pues ya que lo habeis cogido,  
Advertid bien el oído.

BELARDA.  
¿Qué poco advertido estás!

FELICIO.  
¿Parécete ingratitud  
De un hijo que tengo honrado,  
Procurar con gran cuidado  
Su honra, vida y quietud?

Y si el padre es bueno al fin,  
¿Parecete bien que cuadre  
Hacer obras de buen padre  
Al hijo perverso y ruin?  
Mas yo ¿para qué argumento  
Con una rapaza amante,  
Mas ligera y inconstante  
Que la débil caña al viento?  
Que si mal no me estuviera,  
Por los sagrados penates,  
Que si...

BELARDA.

Paso, no me trates,  
Felicio, desamane.  
Si respeto te he tenido,  
No te lo debo cruel;  
Respetote por aquel  
Que es y ha de ser mi marido.

FELICIO.

¿Tu marido? Antes le veas  
De un león hecho pedazos.

BELARDA.

Tú le verás en mis brazos,  
Y no como tú deseas.

FELICIO.

¿A mi hijo?

BELARDA.

¿Qué dijiste?

¿Tu hijo? Mío dirás;  
Y no esperes verle mas,  
Viño codicioso y triste;  
Que á mí me cuesta á lo menos  
El dolor que no me pagas.  
Vete con Dios, y no hagas  
Tuyos los hijos ajenos.

FELICIO.

¿Ay la loca, sienes de aire!  
¿No veis qué notable exceso?  
Por Dios, que perdiera el seso,  
A no lo echar en donaire.  
Descuide la bachillera;  
Que antes de velle en sus brazos,  
La tiera le hará pedazos,  
Y será mi mano tiera.

Sale MENALCA.

MENALCA.

A fe que siento el cansarme.—  
Pues, Felicio, ¿qué hay de nuevo?

FELICIO.

A responderte me atrevo,  
Pues que te atreves á hablarme.  
Di, mayoral, que bienquisto  
Solías ser, ¿qué te mueve  
A decir que mi hijo debe  
La muerte de aquel Doristo?  
¿No sabes tú que es verdad,  
Y no fué engañoso intento,  
Que no hacer el casamiento  
Fué sobra de voluntad?  
Cree, mas que no te cuadre,  
A estas canas desdichadas,  
A estas manos arrugadas,  
Que al fin son manos de padre.  
Dame mi hijo.

MENALCA.

¿Qué es esto?

¿Estás loco por ventura?

FELICIO.

No, mas por la desventura  
En que tu rigor me ha puesto.  
Si á Belarda quieres bien,  
Y por ser pobre la dejas,  
¿De qué, mayoral, te quejas?  
¿Por qué te alligé el desden?  
El rico no ha menester  
Hacienda, sino su gusto;  
El pobre, que busque es justo

Hacienda con la mujer.  
Si la tienes, ¿por qué dudas?

MENALCA.

¿Oh padre! Bien me aconsejas.  
Vanias han sido mis quejas;  
Hoy mi propósito mudas.  
Ea pues, velo á tratar;  
Que causado de andar ciego,  
Procurando mi sosiego,  
Ya lo quiero efetuar.  
Da por mi mano la tuya;  
Que ya estoy de verlo loco.

FELICIO.

Pues espérame aquí un poco;  
Que yo te traeré la suya. (Vase.)

MENALCA.

Esto es hecho; no hay que hacer.

Sale CORIDON.

CORIDON.

¿Oh Menalca! ¿Dónde vas?

MENALCA.

Ya, Coridon, no podrás  
Mudarme de parecer.  
Sábetelo que estoy casado.

CORIDON.

¿Casado? Muy bueno es eso.  
A fe que medras de seso.  
¿Cómo ó cuándo lo has soñado?

MENALCA.

Llegado á querer casarme,  
¿Hay pastora en este valle  
Rica de hacienda y de talle  
Poderosa á despreciarme,  
Pues no hay pastor que sea tal?

CORIDON.

Tu malicia te engañó;  
Antes ninguno hallo yo  
Para tu nobleza igual,  
Y se tendrá por dichosa  
La que llegue á merecerte.

MENALCA.

¿Es eso de aquea suerte?

CORIDON.

Si.

MENALCA.

Pues Belarda es mi esposa. (Vase.)

CORIDON.

¿Desa manera te vas?  
Sin duda que es frenesí.  
Yo me doliera de ti,  
A no estar como tú estás.  
Mas si acaso lo tratase,  
Y Menalca lo supiese,  
No dudo que lo entendiese  
Cuando ya lo efetuase.  
¿Que este por rico ha alcanzado  
Lo que apenas ha podido  
Jacinto el triste, que ha sido  
Tan sin culpa condenado?

Sale JACINTO.

JACINTO.

(Ap. ¿Oh interés, que tanto puedes!

¿Si es ida ó si aquí se está?  
Fortuna, cánsate ya;  
Que ya de lo justo excedes.  
Este es mi fiero enemigo,  
De quien me pienso vengar.  
Solo está; quiérole hablar  
En paz de fingido amigo;  
Que fio que no se atreva  
Solo á prenderme.) ¡Ah pastor!  
¿Ha cesado ya el rigor  
De aquella justicia nueva?  
Solo estoy, no me defienden.  
Llega, si quieres prenderme.

CORIDON.

¿Justicia quieres hacerme?  
Yo ni te busco ni prendo,  
Y mas en esta ocasion,  
Que ya tan poco aprovecha.

JACINTO.

Dado me has nueva sospecha.  
¿Hay novedad de traición?  
¿Hase cerrado el proceso?  
¿Desbízose la mentira?

CORIDON.

Mira lo que dices, mira  
Que son palabras de peso,  
Y lo que yo te aseguro  
Es que nadie te persigue.

JACINTO.

¿Quieres tú que yo me obligue  
A tenerte por seguro?  
Tarde llegas.

CORIDON.

Si llegué,  
Pues ya se casa Belarda.

JACINTO.

¿Qué dices? Espera, aguarda.  
¿Que se casa? ¿Cómo, qué?  
¿Belarda casada!

CORIDON.

Si,  
O por lo menos se trata.

JACINTO.

¿Con quién?  
Un hombre de plata  
La compra á peso de sí.

JACINTO.

Conózcole por las señas.

CORIDON.

Gente suena.

JACINTO.

Allí me voy.  
Llama en pasando; que estoy  
Detrás de aquellas dos peñas. (Escóndese.)

CORIDON.

Anda, véte.

Sale FELICIO.

FELICIO.

Buena nueva,  
Menalca.

CORIDON.

¿No me conoces?

FELICIO.

No, Coridon, así goces  
La prenda que amor te deba.  
Loco de contento vengo,  
Y así no te conocí.

CORIDON.

¿De qué, Felicio?  
Jacinto. (Ap. escondido.)

¿Ay de mí!

Que cierta sospecha tengo.

FELICIO.

Parti en este punto yo  
Por Menalca á hablar la madre  
De Belarda; que su padre  
Ya tú sabes que murió.  
En efeto, fui á tratar  
Que se la dé por mujer,  
Y dióla mucho placer.  
Haráse, no hay que dudar,  
Haráse ese casamiento,  
Y libraráme mi hijo.

CORIDON.

Padre, cuando esto te dijo,



¿Daba en la veleta el viento?  
Fíate que te ha engañado,  
Y dime, ¿qué parte es él  
A que de muerte cruel  
Libre á un hombre condenado?

FELICIO.

¿Eso me dices, traidor?  
Pues si eso no fuera parte,  
Yo, su padre, ¿había de hablarte  
Con tanta amistad y amor?  
¡Muy bueno está! Yo he de hacer  
Que en este día le dé  
La mano, palabra y fe  
De que ha de ser su mujer.  
Quédate para quien eres.

(Vase.)

Sale JACINTO.

CORIDON.

No hay que dudar del concierto,  
Jacinto.

JACINTO.

¿Es cierto?

CORIDON.

Muy cierto.

¿Qué mayor probanza quieres?  
¿No te basta lo que has visto?

JACINTO.

Si, Coridon; cierto es.

CORIDON.

Tu padre quiere después  
Darte en lugar de Doristo.  
Bravamente lo rodea.

JACINTO.

El cielo me vengue dél,  
Y antes mi padre cruel  
Muerto en sus brazos me vea.  
Y presto me verá muerto,  
Pues que Belarda se case,  
Y el fuego que á mi alma abrasa  
Saldrá por el lado abierto.  
¡Ay falsa! ¿Que el si le diste?  
Murieras sin darle el si.  
Mas yo, que te adoro á tí,  
Moriré porque le diste.  
Era de pecho mudado,  
Como al fin don de mujer,  
El que me daba á comer,  
Pan en lágrimas bañado.  
¡Y con qué gusto comí  
Las mentiras que fingiste!  
Otro veneno me diste,  
Que yo á Doristo le di.  
¿Como ha de entrar en provecho  
Manjar que el gusto me estraga?  
¡Ah! mal provecho me haga  
Hasta que reviente el pecho.  
La muerte quiero buscarme...  
Pero en balde me fatigo:  
Veneno llevo conmigo,  
Que hasta para matarme.  
Adios, monte; adios, sombrío  
Bosque, selvas, plantas, fuentes,  
Siempre á mi dolor presentes,  
Testigos del llanto mío.  
Hoy acaban mis enojos.  
Tristes de hoy mas quedaréis,  
Y sola esta vez veréis  
Las lágrimas de mis ojos.

(Vase.)

CORIDON.

¿Qué lastimado me dejas!  
¿Adónde te vas? No huyas;  
Que oyendo las quejas tuyas,  
No me acuerdo de mis quejas.  
¡Pobre de tí, pues también  
Pierdes el bien que perdiste!  
Pero mas pobre de mí.  
Que siempre lo fui del bien.  
¿Cómo! ¿Que he de consentir  
Que así Menalca se case?  
Antes un rayo me abraze,

Que tal haya de sufrir.  
Irme quiero á la justicia  
Y decir que este traidor  
Al inocente pastor  
Ha acusado de malicia,  
Y que vine á consentillo  
Por su mucha diligencia,  
Y que mi propia conciencia  
Hoy me fuerza á descubrirlo.  
Y aunque á mi me den la muerte,  
Porque también se la den,  
Pensaré que mayor bien  
No puede hacerme la suerte.  
El casamiento se impida.  
Belarda ha de perdonar,  
Porque no se ha de casar  
Mientras yo tuviere vida.

(Vase.)

Salen los DOS ALCALDES Y MENALCA,  
BELARDA, GLICERIO, FELICIO Y  
AMARANTA.

ALCALDE 1.º

¿De qué sirve que os mostreis,  
Señora Belarda, esquivas,  
Y que tanto os extrañéis  
En cosa, que así yo viva,  
Que ganais y no perdeis?  
¡A Menalca despreciais,  
Y tan de veras jurais  
Que no seréis su mujer!

ALCALDE 2.º

Aun no quiere responder.  
¿Para qué la importunais?

FELICIO.

Hija, si agora viviera  
Vuestro muerto honrado padre,  
Y así tan rebelde os viera,  
Mas fuerza que vuestra madre  
En el negocio pusiera;  
Que, fuera de la riqueza,  
Tiene Menalca nobleza;  
Y por solo emparentar,  
La mano le habeis de dar.

ALCALDE 1.º

Ú os quebrarán la cabeza.  
¡Han mirado el zahareño  
Con que se está cabizbaja?

ALCALDE 2.º

Compadre, mi fe os empeño  
Que en balde el casco trabaja,  
Si el alma tiene otro dueño.

MENALCA.

¿Es posible, ingrata fiera,  
Que una palabra siquiera  
No me quieras responder?

GLICERIO.

Quizá lo debe de hacer  
Como es la ocasion primera.  
Yo quiero llegarla á hablar.—  
Belarda, tu entendimiento  
Me obliga á no te cansar  
En dar palabras al viento,  
Que se las suele llevar.  
Menalca es hombre perfeto,  
Es rico, es noble, es discreto,  
Y adora tu gentileza,  
Y con toda esta nobleza  
Será tu esclavo sujeto.  
¿No respondes?— Otro llegue  
Que sea mas venturoso.

FELICIO.

Aunque el respeto me niegue,  
Yo llego, mas codicioso  
De que la mano me entregue.—  
Hija, Menalca esta tarde,  
Como en tus amores arde,  
Mostrándome su tesoro,

Me dijo; « Esta plata y oro  
Para mi prenda se guarde;  
Que por su rara belleza,  
Valor y virtudes tantas,  
Discrecion y gentileza,  
Sobre esta humilde riqueza  
Pondrá sus hermosas plantas. »  
— Dame esa mano, no huyas.  
Ata aquestas y las tuyas,  
Tu bello rostro levanta.

GLICERIO.

Llega tú, hija Amaranta,  
Quizá te dará las tuyas.

AMARANTA.

Pues ¿cómo, hermana, tan brava  
Contra Menalca te muestras?  
Dale aquesa mano, acaba;  
Que bien sabes que yo estaba  
Presente á ocasiones vuestras.  
Yo sé que bien le has querido.

MENALCA.

Ya me tiene aborrecido.  
Tú se lo ruegas en vano.

AMARANTA.

Menalca, dame esa mano;  
Pierde esta vez de atrevido.

MENALCA.

Vesla aqui. Mas oye, mira,  
Que no la enojas.

AMARANTA.

Aguarda.

Ya templa el fin de su ira.  
Dame esa mano, Belarda.

MENALCA.

Ves que se enfada y retira.  
¡Oh! mal haya el corazon  
Adonde tan sin razon  
Ha vivido tigre hircano!

ALCALDE 1.º

Por Dios, que me viene gana  
De dalla un gran mojon.  
¿Diz que no ha de responder?

ALCALDE 2.º

Esta es la primer mujer  
Que he visto hogaño sin lengua.  
¡Voto al sol, que tengo á mengua  
Que andemos á su querer!  
Cuando hable, hablará tanto  
Que nos quiebre la cabeza.

Sale JACINTO.

JACINTO.

Ya llega el fin de mi llanto,  
Ya de mi humilde bajeza  
Hasta el cielo me levanto.  
Hoy el amador de Ahido  
Se me confiesa rendido,  
Pues ya voluntariamente  
Vengo á la muerte presente,  
Sin ser de nadie oprimido.  
Yo soy aquel Jacinto desdichado  
Que á Doristo maté con el veneno;  
Vengo del alto Júpiter forzado  
Adonde justamente me condeno.  
Rendido estoy: alzad el brazo airado.

MENALCA.

¡Oh fiero monstruo, de maldades lleno!  
Prendelde luego.

BELARDA.

¡Oh bien de mi deseo!

¡Oh cuántos años há que no te veo!

ALCALDE 1.º

¡Milagro! ¡Hola! ¿No veis que tiene len-

MENALCA.

[gua?

Y brazos para dar á mi enemigo.

FELICIO.  
Hijo, ¿qué es esto?  
ALCALDE 2.º  
¿Cómo! ¿Que se venga  
A nuestra misma casa el enemigo!  
MENALCA.  
No permitais. Señor, que así le tenga.  
Suelta los brazos; dádle su castigo.  
ALCALDE 1.º  
Sed preso.  
JACINTO.  
Ya lo soy, morir deseo.  
BELARDA.  
¿Oh cuántos años ha que no te veo!  
MENALCA.  
Basta; que toman como burla el caso.  
GLICERIO.  
¿Por qué llorais, Felicio, desa suerte?  
FELICIO.  
Lloro en ver que el traidor tan paso á paso  
A la prision se venga y á la muerte.  
MENALCA.  
Tanta es la rabia que de verte paso,  
Tanta es la pena que recibo en verte...  
-Fuera, Belarda...-que yo propio quiero  
Ser de aqueste traidor cuchillo fiero.  
¿Qué le mirais atentos? Vaya luego  
A la cárcel.  
ALCALDE 1.º  
Merece su delito  
Que acabe el falso en encendido fuego.  
Pues él confiesa cuanto veis escrito.  
AMARANTA.  
Paso; no le lleveis. Oid os ruego.  
Hablalle quiero.  
ALCALDE 1.º  
Hablalle te permito.  
AMARANTA.  
Dime, Jacinto, ¿has muerto á mi marido?  
JACINTO.  
Yo le maté.  
FELICIO.  
Del todo soy perdido.  
Hijo, ¿por qué confiesas dese modo?  
¿Estás loco por dicha? <sup>1</sup>  
JACINTO.  
Amor, que excede

<sup>1</sup> Acaso.

Los limites de amor, me obliga á todo.  
MENALCA.  
Pues que confiesa, condenar se puede.  
AMARANTA.  
Oid; que á perdonarle me acomodo,  
Como en lugar de mi marido quede;  
Que si él me le quitó, no está obligado  
De darme mas de lo que me ha quitado.  
ALCALDE 1.º  
Vivas mil años. Ea, que esto es hecho.  
Jacinto, dala aquesta mano tuya.  
JACINTO.  
Primero me verán pedazos hecho  
Que aqese casamiento se concluya.  
(*Híncase de rodillas su padre.*)  
FELICIO. [cho?  
¿Tienes por dicha <sup>2</sup> de diamante el pe-  
¿A qué furia permites que atribuya  
Esa rusticidad? Dime: ¿estás loco?  
¿Verme á tus piés estimas en tan poco?  
Hazlo, hijo, por todo lo que debes  
A aquesta sangre que te dió la vida.  
JACINTO.  
Padre, pnesto que el pecho á llanto muer-  
El alma persevera endurecida. [ves,  
No lo he de hacer.  
FELICIO.  
¿Que á tal maldad te atreves!  
Mátenle luego.  
MENALCA.  
Pague el homicida.  
BELARDA.  
¡Ay! No le lleven, esperad primero:  
Rogarésclo yo, rogarle quiero.—  
Por todo lo que debes á mis ojos,  
A quien tan tiernas lágrimas les cuestras,  
Te pido que te cases, pastor mío;  
Que menos mal lo pasará mi alma  
Viéndote vivo, aunque con otra vivas.  
JACINTO. [aquesto?  
¿Oh falsa! ¿Tal me ruegas? ¿Qué es  
Solo un momento que de vida tengo  
¿Hubo de darme al fin tal desengaño?  
Debe de ser misterio de los dioses  
Que no pueda morir hombre ninguno  
Con engaño de que hay mujer constante.  
A voces pido muerte, muerte pido.  
Alto, de aquí me lleven.

<sup>2</sup> Acaso.

Sale CORIDON.

CORIDON.  
¿A buen tiempo!  
¿Qué justicia es aquesta inadvertida?  
Paso, no le lleveis; que el alto cielo  
Hoy mueve mi conciencia á que declare  
La verdad deste caso.  
MENALCA. (Ap.)  
¿Qué es aquesto?  
CORIDON.  
Amaranta, movida de su pena,  
A Menalca y á mi nos ha pedido  
Que juremos que fué Doristo muerto  
A manos de Jacinto con veneno,  
Pensando que con miedo de la muerte  
La recibiera por su amada esposa.  
Aquesto es la verdad; y aquí me mueve  
El cielo justo, que justicia pide,  
Que no muera Jacinto.  
ALCALDE 1.º  
¡Extraño caso!  
¿Enmudeces, Menalca? ¿No respondes?  
FELICIO.  
Gracias te doy, ¡oh Júpiter inmenso!  
Que descubriste la verdad del caso.  
Pase Amaranta y los traidores pasen  
Por el castigo que á mi hijo daban.  
GLICERIO.  
Blanda la mano, buen Felicio; advierte  
Que fué de amor la culpa.  
FELICIO.  
¿De amor dices?  
Justicia pido al cielo y á la tierra.  
ALCALDE 1.º  
No mas: este negocio está encontrado;  
Y si pedis los mos y los otros,  
Habemos de gastar vuestras haciendas,  
Y mas si de ciudad viene justicia.  
Tomad mi parecer, señor Felicio,  
Y demos á Jacinto su Belarda;  
Y en pago de que son testigos falsos,  
Casemos á Menalca y Amaranta;  
Que á Coridon, porque esto se sosiegue,  
Yo le daré á mi hija con mi hacienda.  
FELICIO.  
Al Senado le enfadan cumplimientos.  
Ya nuestra historia declarada queda:  
Llévese cada cual su prenda amada;  
Que aquí se acaba la comedia nuestra,  
A quien su autor, por el amor constante,  
Ledió por nombre *El verdadero Amante*.

# EL MOLINO.

## PERSONAS.

EL PRÍNCIPE ARISTIPO.  
EL REY, *su padre*.  
EL CONDE PRÓSPERO.  
VALERIO, *caballero*.  
RUFINO, *caballero*.

ALBERTO.  
LERIDANO, *viejo*.  
MELAMPO.  
TAMIRO.  
CELIA, *duquesa*.  
TEODORA, *su dama*.

MADAMA FLOR DE LIS,  
*princesa*.  
LAURA, *hija de Leridano*.  
ARSELO.  
GALO.  
CRIADOS.

UN PAJE.  
UN EMBOZADO.  
SOLDADOS.  
ACOMPAÑAMIENTO.  
GENTE.

*La escena es en España <sup>1</sup>.*

## ACTO PRIMERO.

Vista exterior de la quinta de la duquesa Celia.

### ESCENA PRIMERA.

EL PRÍNCIPE, VALERIO.

VALERIO.

Mejor viva vuestra alteza,  
Que en eso acertado ha.

PRÍNCIPE.

Valerio, déjame ya ;  
No me quiebres la cabeza.  
¡Vive el cielo, que es el Conde  
Preferido á mi valor!

VALERIO.

Yo sé de Celia, Señor,  
Que á tu valor corresponde.  
Engañado te han los celos  
Que de Próspero fabricas.

PRÍNCIPE.

Tarde medicina aplicas  
A quien han muerto los celos.  
No hay remedio que me cuadre.

VALERIO.

¿Perdido estás desafortunado?  
Oye.

PRÍNCIPE.

Daréle la muerte,  
Por vida del Rey, mi padre.

VALERIO.

Si el conde Próspero fuera  
El que la Duquesa amara,  
¿A qué efecto te engañara,  
Ni tanto favor te hiciera?  
Que ella está en su libertad  
Para amar y aborrecer.

PRÍNCIPE.

¿En condicion de mujer  
Afirmas la voluntad?  
Mnéstrame, porque la quiero,  
Buen rostro y agradecido;  
Mas es el Conde querido  
Con este amor verdadero.  
Es discreta, y agradece  
De un príncipe el mucho amor,  
Estimando á mi valor,  
Si alguna vez se le ofrece;  
Pero dale el alma grata  
Al traidor Conde en secreto,

Que es el halcon en efeto  
Que nuestra garza nos mata.  
Días há que lo pensé ;  
Mas no lo creí del todo,  
Por no agraviar de algun modo  
Mi calidad y su fe.  
Mas ya que la vi rendida  
Dalle ella propia un papel,  
Que á su fe la llamó tiel,  
Y á mi calidad fingida,  
Yo creo lo que temí,  
Y creo lo que ha de ser.

VALERIO.

¿Y qué pretendes hacer?

PRÍNCIPE.

Hablalle, Valerio, aquí.

VALERIO.

¿Hasle enviado á llamar?

PRÍNCIPE.

No tardará de venir.

VALERIO.

¿Y qué le piensas decir?

PRÍNCIPE.

Lo que pudiere escuchar,  
Y lo que mi celo pida.

VALERIO.

¿Y será, en resolución?...  
PRÍNCIPE.

Que deje la pretension,  
O le quitaré la vida.

VALERIO.

¿Riguroso mal!

PRÍNCIPE.

Terrible.

Celia me tiene intratable.

VALERIO.

Enfermo estás.

PRÍNCIPE.

Incurable.

VALERIO.

¿Fiero dolor!

PRÍNCIPE.

Insufrible.

VALERIO.

Mucho pierdes de tu punto  
En pedir al Conde celos.

PRÍNCIPE.

Yo los tuve : pedirélos  
Al Conde y al mundo junto.

VALERIO.

Yo le hablaré.

PRÍNCIPE.

No quiero.

¿Por qué? VALERIO.

PRÍNCIPE.

Porque me es forzoso ;  
Que mal se cura un celoso  
Con remedios de tercero.  
Quiero que esta enfermedad  
Ella se busque el remedio.

VALERIO.

Por mas que me ponga en medio,  
Crece tu enojo.

PRÍNCIPE.

Es verdad.

### ESCENA II.

EL CONDE PRÓSPERO, con dos criados. — Dichos.

CONDE. (*Aparte á sus criados.*)

Mirad que estéis avisados,  
Y no os apartéis de mí.

CRIADO 1.º

¿Cuándo en el servirme á ti  
Hemos sido descuidados?

CONDE.

Si acaso estoy en aprieto,  
Haced como hidalgos.

CRIADO 2.º

Llega ;

Que si en tu ofensa se ciega,  
No ha de haber ley ni respeto.

CONDE. (*Al Príncipe.*)

De un paje he sido avisado  
Que aquí te viniese á hablar.

PRÍNCIPE.

Y en este mismo lugar,  
Conde, te espero enojado.

CONDE.

¿Con quién, Príncipe?

PRÍNCIPE.

Contigo.

Porque há dias que te hallo  
Muy traidor para vasallo,  
Y fingido para amigo.

CONDE.

Mal informado te tiene  
Quien te ha dicho mal de mí ;  
Y eso no nace de tí,  
Mas del que á tu lado viene.  
Y ¡vive el cielo!...

VALERIO.

Ya, Conde,

Mal me pagas desafortunado  
Disculparte y defenderte.

<sup>1</sup> No se expresa en qué punto.



CONDE.

¿Defenderme! ¿Cuándo? ¿Adónde?

PRÍNCIPE.

Basta, no mas.

CONDE.

Si el lugar

Donde ahora me has traído,  
Es donde yo te he ofendido,  
El me puede disculpar.  
Digan estas altas rejas,  
Estas piedras y paredes,  
Si por sus quiebras ó redes  
Entraron jamas mis quejas.  
Diga Celia si en mi vida  
Puse en ella el pensamiento.  
Y el mismo viento, si el viento  
Vio mi esperanza perdida.  
Diga un hombre si jamas  
Hablar me ha visto con ella.

PRÍNCIPE.

Pues no lo negara ella,  
Si fuera el tormento mas;  
Que quien ya se ha confesado  
Por escrito y por papel,  
Mas se precia de fiel  
Que quien su fe le ha negado.  
Próspero, yo estoy celoso  
Con razon ó sin razon;  
Tú tienes obligacion  
De procurar mi reposo.  
Pierda yo aquesta sospecha,  
O tú perderas la vida.

CONDE.

Esa será bien perdida,  
Si á tu servicio aprovecha.  
¿Mándasme que desde aquí  
No la hable ni la vea?

PRÍNCIPE.

Mas firme quiero que sea  
Asegurarme de ti.

CONDE.

Pues dime tu voluntad.

PRÍNCIPE.

Conviene á mi desengaño,  
Conde, que por todo un año  
Te ausentes de la ciudad.  
Vete á tu tierra en buen hora;  
Que estás pobre, y será bien  
Que dejes la corte á quien  
Comienza á gastar ahora.  
Ya has mostrado bien quien eres;  
A mi padre has obligado,  
Con hombres acreditado,  
Adorado de muieres.  
Descansa un año siquiera,  
Cuelga la espada dorada,  
Haz un arrimo ó cayada  
De alguna caña ligera.  
Y con esto, si aprovecha  
El ponerlo yo á mi cuenta,  
Crecerá tu estado y renta,  
Y menguará mi sospecha.

CONDE.

Si atento á solo mi bien  
Ese consejo me dieras,  
Ya pudiera ser que fueras  
Obedecido tambien.  
Mas como el tiempo procuras  
Para querermi hacer daño,  
He conocido el engaño  
Con que matas y aseguras.  
Príncipe, con justa ley  
Tienes poder para honrarme;  
Mas no para desterrarme;  
Que aun ahora no eres rey.  
Contentate que no vea  
Ni hable á Celia jamas.

PRÍNCIPE.

Loco y atrevido estás,

Y es fuerza que yo lo sea.

¿No bastaba ser mi gusto,  
Sin que ya la ley lo impida,  
Y el no quitarte la vida  
Por el pasado disgusto?  
¿Infame, vil, mal nacido,  
Traidor, cobarde, sin ley!...

CONDE.

A no ser hijo de un rey,  
Yo te hubiera respondido;  
Mas tu afrenta no es afrenta,  
Porque es la misma justicia;  
Aunque tu mucha malicia  
Tirano te representa;  
Que si tú fueras mi igual,  
Cuerpo á cuerpo yo te hiciera..

PRÍNCIPE.

¿Qué hicieras?

CONDE.

Lo que pudiera.

PRÍNCIPE.

¿Qué pudieras?

CONDE.

Mucho mal.

PRÍNCIPE.

Y si yo fuera tu igual,  
Como yo no fuera hombre...

CONDE.

Muchos tienen ese nombre,  
Y son mujeres.

PRÍNCIPE.

¿Hay tal!

Ya estoy por bajarme á ser  
Quien eres y ser tu igual,  
No mas que por ver el mal  
Que tu me puedes hacer.

CONDE.

Prueba.

PRÍNCIPE.

Digo que ya soy  
Tu igual, y que no soy rey,  
Y que sujeto á la ley  
Como los demás estoy.  
Mira agora lo que quieres;  
Respondeme mal ó bien.

CONDE.

¿Ya no eres rey?

PRÍNCIPE.

No.

CONDE.

¿Pues quién?

PRÍNCIPE.

Un hombre como tú eres.

CONDE.

¿Y dices que soy villano,  
Infame, vil y traidor?

PRÍNCIPE.

Y que lo diré mejor  
Con esta espada en la mano.

CONDE.

Pues en cuanto dices, mientes;  
—Y recibe aqueste guante.

PRÍNCIPE.

¿Habrá maldad semejante?

CRIADO 2.º

Muera.

(Desenvainan los criados del Conde y  
Valerio.)

CONDE.

Aparta.

CRIADO 1.º

No lo intentes.

PRÍNCIPE.

¿Con las espadas desnudas  
Estáis delante de mí!

CRIADO 2.º

Verás, si pasas de aquí,  
Que tienen puntas agudas.

PRÍNCIPE.

¿Cómo! ¿Al Príncipe!

CRIADO 1.º

Eso no,

Que tú propio has confesado  
Que eres nuestro igual.

(Llévase el Conde á sus criados.)

## ESCENA III.

EL PRÍNCIPE, VALERIO.

VALERIO.

Tú has dado

La ocasion.

PRÍNCIPE.

Páguelo yo.

Envaina, Valerio amigo;  
Que algun dia aquesta espada,  
Y aun luego, verás manchada  
De sangre de mi enemigo.  
¡Ah, traidor, conde villano!  
Ah mal conde!

VALERIO.

Aquesta afrenta

Está, Señor, á tu cuenta.  
Muera el Conde.

PRÍNCIPE.

¡Ah falsa mano!

¿Vive Dios, que en este muro  
Estoy por quebrar la espada!

## ESCENA IV.

LA DUQUESA CELIA, TEODORA.

— DICHO.

DUQUESA. (Ap. á Teodora.)

Bajo, Teodora, turbada;  
Que el sol me parece obscuro.

VALERIO.

La Duquesa te ha sentido,  
Pues que sale de la huerta.

PRÍNCIPE.

Como el que sueña y despierta,  
Tengo, Valerio, el sentido.

DUQUESA.

Príncipe, ¿qué espada es esta?  
Qué rigor, qué cuchilladas?  
No están á verlas mostradas  
Paredes de dama honesta.  
No es aqueste buen indicio,  
Si esperaban mis paredes  
Con vuestras muchas mercedes  
Ser un eterno edificio.  
¡Las piedras acuchillais!

PRÍNCIPE.

No es muro que sufre vedras,  
Y así acuchillo las piedras,  
Por ver si en ellas estás;  
Que á mi grave pesadumbre  
Sois de pedernal tan fiero,  
Que aun es menester acero  
Para haceros saltar lumbré.  
A Valerio le decia,  
Cuando en estas piedras daba,  
Que mas difícil entraba  
Amor donde amor no habia.  
Y como el amor me fuerza,  
Ensayo mi libertad  
A que en vez de voluntad  
Me aproveche de la fuerza.

DUQUESA.

Segun eso, no es amor  
El que decís que teneis.

PRÍNCIPE.

Pues ¿cómo le llamaréis?

DUQUESA.

Tema, locura y furor.

PRÍNCIPE.

Bien al fuego que me quema  
Se pueden dar tales nombres.

DUQUESA.

Bien digo yo de los hombres  
Que los mas quieren por tema.  
Resistese una mujer  
De un hombre al primero ruego,  
Y cuanto procura luego  
No es amar, sino vencer.

PRÍNCIPE.

Nunca por sola porfia  
De sujetaros, Duquesa,  
He seguido aquesta empresa,  
Ni para llamarnos mía;  
Sino porque el vivo fuego  
Que agora me desatina  
Para serviros me inclina,  
Y me abrasa loco y ciego.  
Este amor no fué elegido  
Como cosa accidental;  
Aunque ha sido tanto el mal,  
Que fuera mejor fingido.  
Yo os amo, ¡y pluguiera á Dios  
Que este fuego que me quema  
No fuera amor, sino tema,  
Y que venciéraisos vos!  
Que yo os dejara de amar,  
Como en mi mano estuviera,  
Y mas cuando alguno hubiera  
Como ahora en mi lugar.

DUQUESA.

¿Alguno, Príncipe?

PRÍNCIPE.

Alguno,

Y mas que yo cuando menos;  
Que aunque soy bueno entre buenos,  
Soy para con vos ninguno.

DUQUESA.

¿Mas que vos? ¿Quién es?

PRÍNCIPE.

¿Quién es?

Quien, próspero de favor,  
Puso en el cielo su amor,  
Y tiene un rey á los piés.

DUQUESA.

¿El conde Próspero?

PRÍNCIPE.

El Conde:

¿Para qué os haceis de nuevas?

DUQUESA.

No es negocio para pruebas;  
Pero mi valor responde,  
Y alegraré de mi parte,  
Que ha de ser rayo del cielo  
Quien, fuera de tí, en el suelo  
Me abraza y pueda agravarte.  
¿Qué león tan bravo y fiero!  
¿Qué Narciso tan hermoso!  
¿Qué Príncipe poderoso,  
Ó qué galán caballero!  
Anda; que es impertinencia  
Pedirme celos de un loco.

PRÍNCIPE.

Que lo esté, Celia, tan poco  
Desatina la paciencia.  
Dime tú que fuera él;  
Que si yo loco estuviera,  
Fuera, si de mí tuviera  
Los celos que tengo dél.

DUQUESA.

¿No estaba contigo aquí—  
El Conde?

PRÍNCIPE.

Di, ¿cuándo?

DUQUESA.

Agora.

PRÍNCIPE.

No, por Dios.

DUQUESA.

Señor...

PRÍNCIPE.

Señora,

Creedme que no le vi;  
Que pudo ser que rondase,  
Como suele, vuestra huerta;  
Mas no que junto á la puerta  
Donde yo he estado llegase.  
Mi mal habeis conocido  
Y mis celos alterado;  
Pero una nueva me han dado  
De que vuestro conde es ido.  
Y así, me dará lugar,  
Mientras dura aquesta ausencia  
Que descansen la paciencia,  
Tan enseñada á callar.

DUQUESA.

¿El Conde es ido?

PRÍNCIPE.

Sin duda.

DUQUESA.

¿Y adónde?

PRÍNCIPE.

Un camino largo.

DUQUESA. (Ap.)

¡Ay!

PRÍNCIPE.

El secreto os encargo.

DUQUESA.

Haced cuenta que soy muda.  
(Ap. Mas no lo estarán los ojos,  
Que hablarán, pidiendo al cielo  
Con lágrimas el consuelo  
De su luz y mis enojos.)  
¿Y entendéis que volverá?

PRÍNCIPE.

Imposible me parece.

DUQUESA.

Buena ocasion se os ofrece  
Para asegurarnos ya.  
Segura teneis la gloria  
Que amor os dará en ausencia.

PRÍNCIPE.

¿Qué importa, si la presencia  
Está fresca en la memoria?  
Pero será flaca herida  
La que me puede ofender;  
Que aunque prenda, sois mujer,  
Que en ausencia presto olvida.

DUQUESA.

¿Cómo os vais?

PRÍNCIPE.

Vame la honra

En apartarme de vos.

DUQUESA.

¿La honra?

PRÍNCIPE.

Sí, vive Dios.

DUQUESA.

¿Luego mi casa os deshonra?

PRÍNCIPE.

Lo que aquí me he detenido  
Me puede hacer mucho daño.

DUQUESA.

(Ap. Por detenerle, le engaño.  
¿Mal conde, conde atrevido!)  
Señor.

PRÍNCIPE.

Déjame.

DUQUESA.

Otras veces

Que os fuédeses os rogaba.

PRÍNCIPE.

Valerio, el caballo... Acaba.

DUQUESA.

Señor...

(Vanse Valerio y el Príncipe.)

## ESCENA V.

LA DUQUESA, TEODORA.

TEODORA.

¿Qué te desvaneces?

Déjale ir.

DUQUESA.

Calla, necia;

Que no sabes lo que pasa.  
Hoy se abrásará mi casa,  
Y he de ser otra Lucrecia.

TEODORA.

Pues ¿qué temes?

DUQUESA.

Mala suerte.

Si el cielo no me socorre.

TEODORA.

¿Cómo así?

DUQUESA.

Desde esta torre

He visto agora mi muerte.

TEODORA.

¿Tu muerte?

DUQUESA.

Mi muerte, pues;

Porque vi al Conde sin duda  
Toda la espada desnuda  
Contra el Príncipe.

TEODORA.

¿Y después?

DUQUESA.

Y después á sus criados.

TEODORA.

¿En qué han parado?

DUQUESA.

Huyeron.

¿Qué menos mal prometieron  
Los celos averiguados?

## ESCENA VI.

EL CONDE.—DICHAS.

CONDE.

¡Celia! Celia!

DUQUESA.

¡Ay Dios! ¿Quién llama?

CONDE.

Un muerto que vive en verte;  
Que si descansa en la muerte,  
La misma vida desama.

DUQUESA.

¡Próspero!

CONDE.

¡Celia!

DUQUESA.

¡Mi bien!

¿Hay atrevimiento igual?  
¿Puede ser mayor el mal,  
Cuando la muerte me den?

CONDE.

Por lo que dices entiendo  
Que todo el suceso sabes,

Y es justo que tú te alabes  
De lo que yo estoy muriendo.

DUQUESA.

¿Qué has hecho?

CONDE.

No pude más;

Que fué cólera y honor.

DUQUESA.

No fué sino poco amor,

Con que la muerte me das.

¿Estabas loco?

CONDE.

Si estaba;

Que por tí sufrir debiera.

Cualquiera cosa que hiciera.

Pues un rey no me agraviaba.

Pero nada fué bastante;

Que para honrados enojos,

La misma luz de los ojos

Se ciega, si está delante.

DUQUESA.

Y va que á mí me has perdido,

¿Cómo te quieres perder,

Traidor, en venirme á ver,

Habiendo un rey ofendido?

Apenas se va de aquí,

¿Cuando te vienes tras él!

CONDE.

Estoy mas seguro dél,

Aquí donde le ofendi,

Que en huirme solicito:

Pensará en su mal deseo

Que nunca se vuelve el reo

Donde cometió el delito.

DUQUESA.

¿A qué vienes?

CONDE.

A morir.

DUQUESA.

Piensa en lo que has de hacer.

CONDE.

¿Qué tengo yo que perder,

Pues que me mandas partir?

Antes el tener perdida

La vida, será mejor.

DUQUESA.

Pierde mi vida, traidor;

Que la llevas con tu vida.

Huye, escápate. ¿Qué aguardas?

CONDE.

Sola tu vida pudiera

Hacer que Próspero huyera:

Tú eres quien me acobardas.

Y este verme enllaquecer,

Y que este temor me asombre

No es temer la muerte un hombre,

Mas amar una mujer.

¿Dónde me mandas que huya

Mientras esta furia pasa?

DUQUESA.

¿No hay de un amigo una casa?

CONDE.

¿Y qué mejor que la tuya?

DUQUESA.

Serás luego descubierto

(Que tiene ya los criados

El Príncipe sobornados),

Y á manos de alguno muerto;

Y como es aquesta huerta

Mas aldea que ciudad.

Y está en esta soledad

Tan guardada y encubierta,

Quando entrases allí dentro,

El salir es imposible,

Y á mí honor es conveniente

Quitar ese mal encuentro.

Mejor será que te vayas  
Fuera del reino unos días,  
No á tierras tuyas ni mías,  
Sino á las ajenas playas;  
Que mi palabra te doy  
De no ser de otro mujer;  
Y aunque no te vuelva á ver,  
Haz cuenta que tuya soy.  
Tú lo has querido, tú mismo,

(Llora.)

CONDE.

¿Gentil consuelo!

Ahora me cubre el cielo,

Quando estoy en el abismo.

Esas lágrimas ¿por dicha

Han de aplacar este fuego?

DUQUESA.

No; que lo encenderá luego

El aire de mi desdicha.

Mas soy, Próspero, mujer,

A quien es dado llorar.

CONDE.

Yo te quisiera imitar;

Mas nunca lo supe hacer.

¿Al fin mandas que me vaya,

Y del reino me destierres!

Quien paz tiene y busca guerras,

Que bien pierda y que mal haya.

DUQUESA.

Este es el postrer remedio...

Y que en llegando me escribas.

—¿Será posible que vivas,

Tanto mar y tierra en medio?

CONDE.

Si; que al fin me mandas ir,

Y quien tal puede mandar,

Podrá sin vida quedar

Y sin el alma vivir.

DUQUESA.

Mira que há un hora y mas,

Que de la huerta sali.

CONDE.

Pues di... Pártome de tí,

¿Y tanta prisa me das!

¿Qué es esto, Celia, qué es esto?

¿Hay alguna novedad?

Mi bien, ya es mucha crueldad.

DUQUESA.

Huye, por Dios, huye presto.

Temo que te hallen aquí,

Y te maten á mis ojos,

Para que en ver tus despojos

Me maten sin hierro á mí.

Que, como claro se intiere

Que el hijo que no ha nacido

Muere en el vientre escondido,

Si acaso la madre muere;

Asi matando tu vida,

Quedará el cuerpo deshecho

De la que tengo en mi pecho,

Y morirán de una herida.

Vete con Dios; que yo espero

Librarte con este brazo.

CONDE.

Pues dame el postrer abrazo.

DUQUESA.

Toma el abrazo postrero.

Digo postrero esta vez;

Que después de la partida

Seré tu esposa.

CONDE.

Eso pida

El alma, que es el juez.

Mira que solo te encargo

Que si á dicha me olvidares,

Y otro nuevo amor tomares

En este destierro largo,

Como el Príncipe no sea,

Sea cualquier caballero.

DUQUESA.

¿Eso pides?

CONDE.

Eso quiero:

Así yo vuelva y te vea.

DUQUESA.

Esa palabra te doy

Y esta cadena.

CONDE.

Este anillo

Te doy pues.

DUQUESA.

Con recebillo

Soy tu esposa, y viuda soy.

CONDE.

Adios.

DUQUESA.

Vete por detrás

Deste cercado.

TEODORA.

Adios, Conde.

CONDE.

Teodora, adios. Voyme.

TEODORA.

¿Adónde?

CONDE.

Donde no parezca mas. (Vase.)

## ESCENA VII.

LA DUQUESA, TEODORA.

TEODORA.

Enternecida me dejas.

DUQUESA.

¿Ah, tiempo mudable y varlo!

Es en balde y necesario

Formar de tu agravio quejas.

¿Qué triste suceso ha sido

El que mi bien ha quitado?

Siempre el mas determinado

Llora mas arrepentido.

(Vanse.)

Sala del real Palacio.

## ESCENA VIII.

EL PRÍNCIPE, VALERIO, ARSELO,

GALO.

PRÍNCIPE.

En todo voy siguiendo tu consejo;

Que este conde, Valerio, es atrevido;

Y así, será muy cierto que á deshora,

Disimulado bien, venga á hablarla,

Donde podrá venir á nuestras manos

Y al pago que merece su locura.

VALERIO.

Dado un pregon que mandas en la corte

Que quien te diere preso al conde Prós-

Le darás otro tanto como él tiene, [pero,

Título, hacienda, villas y lugares;

Por loco se tendrá el que no lo diere.

Pero para saber si acaso escribe

A Celia, y la Duquesa le responde,

Es bien que pongas á los muros guardas;

Y en todas las que tienes escogidas,

De Arselo y Galo, que presentes tienes,

Puedes hacer tan justa confianza

Como merecen dos soldados tales,

Ilidalgos, belicosos y valientes.

GALO.

Por tu valor, Valerio valeroso,

Que siempre á tus hechuras favoreces,



Pónganos do quisiero nuestro príncipe;  
Que ni el pesado sueño de la noche  
Ni aun otras mil prolijas circunstancias  
Divertirán un poco nuestros ánimos.

ARSELO.

Yo creo, gran señor, del buen deseo  
Con que en aqueste caso te servimos,  
Que ha de llegar á colmo tu esperanza.

PRÍNCIPE.

Mas que esto fio yo del valor vuestro,  
Y la paga de todo es á mi cargo.

(Vanse Arselo y Galo.)

## ESCENA IX.

EL PRÍNCIPE, VALERIO.

PRÍNCIPE.

¿Qué te parece, Valerio?

VALERIO.

Que si esto adelante pasa,  
Será de Celia la casa  
Recogido monasterio.

PRÍNCIPE.

Pues ¿por qué no ha de pasar?

VALERIO.

Porque llevo un presupuesto,  
Que al Conde hallarás muy presto,  
En quien te puedes vengar.

PRÍNCIPE.

¿Qué dices de la Duquesa?

VALERIO.

Que disimula tan bien  
El querer al Conde bien,  
Que creo que no le pesa.

PRÍNCIPE.

Mi padre viene.

VALERIO.

Sospecho  
Que ya tu negocio sabe.

PRÍNCIPE.

Que me riña ó que me alabe,  
Yo pongo al peligro el pecho.

## ESCENA X.

EL REY, RUFINO. — Dichos.

REY.

¿Qué es esto que han pregonado,  
Con que alborotas mi corte?

PRÍNCIPE.

Cuando á tu valor importe,  
¿Habré por ventura errado?

REY.

¿A mi valor puede ser  
Matar á Próspero!

PRÍNCIPE.

Escucha;  
Que es mucha la culpa.

REY.

¿Mucha?  
¿Mucha amar á una mujer!

PRÍNCIPE.

¿Quién pudo haberte informado,  
Que tal maldad te contó?

REY.

Salte allá fuera.

PRÍNCIPE.

Eso no,  
Mientras estás enojado.

REY.

Salte allá fuera.

PRÍNCIPE.

Paciencia.

Iréme por no enojarte.

RUFINO.

Bien haces en apartarte  
Agora de su presencia.

PRÍNCIPE.

Iréme desesperado,  
Por dar gusto á tu rigor,  
Del mundo.

RUFINO.

Calla, señor;  
Que es padre, al fin, aunque airado.  
(Vanse el Príncipe y Valerio.)

## ESCENA XI.

EL REY, RUFINO; después, UN PAJE.

REY.

¡Oh mozo mal advertido,  
Loco, vano, mal mirado,  
A todos los vicios dado,  
A ningún bien recogido!  
¿Con qué acuerdo ó qué consejo  
Hace á un hombre tantos daños,  
Cuyo padre muchos años  
Me ha servido, mozo y viejo?

(Sale un paje.)

PAJE.

Señor, aquí está una dama  
Que quiere hablarte.

REY.

¿Quién es?

PAJE.

Podrásllo saber después;  
Mujer del Conde se llama.

REY.

¿Del Conde?

PAJE.

Si, mi señor:  
Así lo dice, y cubierta  
Pide para entrar la puerta.

REY.

¿Sola?

PAJE.

Sola.

RUFINO.

¿Grande amor!

REY.

Di que entre.

(Vase el paje.)

RUFINO.

Pues ¿no sabrás  
Si lo merece? No sea  
Alguna grosera y fea.

REY.

En gracioso extremo das.  
¿Parécete que mujer  
Del conde Próspero acaso  
Ha de ser de á cada paso?

RUFINO.

Yo sigo tu parecer.

## ESCENA XII.

LA DUQUESA. — EL REY, RUFINO.

DUQUESA.

Aunque haya sido grande atrevimiento  
Venir, excelso Rey, á tu presencia;  
Mas como de mujer el sentimiento  
Sea parte de justicia y de clemencia,  
Que en tu pecho real el cielo puso,  
Me dieron para aquesto esta licencia.  
Estarás espantado y aun confuso  
De ver que una mujer, y no casada,  
A semejante hazaña se dispuso;

Pero si no lo estoy, estoy prendada  
A peligro de fama, vida y honra.  
Tu hijo lo estorba, de quien soy forzada,  
Pues pretende ver cierta mi deshonra:  
Estórbale, Señor, remedio mio,  
Pues la ocasion legítima me honra.  
Yo soy hija del conde Leonadio,  
Vicio, y enfermo de servirte en guerras,  
Al fuego indiano y al flamenco frío.  
Saben aquesto conquistadas tierras  
Que tienes hoy por él, y tú lo sabes;  
Aunque de tu memoria lo destierras.  
Amor, que nunca vino en gruesas naves,  
Con salva ni alhoroto, mas secreto,  
Hasta tomar del corazon las llaves;  
Como somos iguales en efeto,  
A mi y al conde Próspero nos puso  
De matrimonio el yugo mas perfeto.  
Nunca á pedirme el Duque se dispuso,  
De miedo que tu hijo, como agora,  
Hiciese la maldad de que le acuso.

REV.

Refrenad esas lágrimas, Señora;  
Que para tan honrados ojos bastan,  
Pues siempre mueve la mujer que llora.  
En balde perlas tan hermosas gastan,  
Si ya no piensan que es de piedra el pe-  
y como tal le rinden y contrastan. [cho,  
Cuanto á lo de justicia, satisfecho  
Estoy del Conde, cierto, y de mi hijo  
Creo lo que encubris, y yo sospecho.  
Id norabuena; que el dolor prolijo  
Que agora os atormenta y apasiona,  
Será muy presto gloria y regocijo.  
Yo guardaré del Conde la persona  
De la manera que la propia mia.

DUQUESA.

El cielo guarde esa real corona;  
Que en esa fe, como es razon, confia  
Aquesta hechura de un leal vasallo,  
Que te sirvió, Señor, cuando podia.  
(Vase.)

## ESCENA XIII.

EL REY, RUFINO.

RUFINO.

¡Gentil talle!

REY.

Gentil, y de mirallo  
Me pretendí guardar.

RUFINO.

¡Dichoso el Conde,  
Pues solamente tiene de gozallo!

REY.

No hay palmo desde aquesta tierra adon-  
El contrapuesto mar del occidente [de  
La cabeza del sol baña y esconde,  
Que no haya andado y visto variamente;  
Pero jamás, Rufino amigo, he visto  
Tan bellos ojos, boca, ceja y frente.

RUFINO.

¿Hate agradado?

REY.

Tanto, que resisto  
A toda fuerza el daño.

RUFINO.

Pues ¿qué aguardas?

REY.

Mi reino te daré, si la conquisto.

RUFINO.

¡Tan presto tanto amor!

REY.

Ya me acobardas,  
Tirano amor, en ver cómo has podido  
Romper del pecho y corazon las guardas.  
Como arruinada torre me has batido,

Al fin la barbacana me has ganado;  
Viejo en cabello fui, mozo en sentido.  
No en balde estaba el Principe prendado;  
Disculpa tiene de su mal, Rufino,  
Pues está tan celoso y agraviado.

RUFINO.

¿En qué rayo del cielo envuelto vino  
Ese fuego de amor que ya te abrasa?

REY.

O fué su hechizo, ó fué mi desatino.  
¿Si es amor un espíritu que pasa  
Por los ojos al alma y la sujeta,  
Como por el cristal el sol traspasa?  
Todo lo altera amor y lo quieta.

RUFINO.

Busca remedio, quitate de enimas.  
Si es hechizo el amor, rayo ó saeta,  
Si á tal empresa el corazón animas,  
¿Cuál ocasión, di, siendo rey, te altera?

REY.

Poco el valor de la Duquesa estimas.  
Si el Principe, mi hijo, que pudiera  
Con gentileza y años juveniles  
Obligarla á que al Conde aborreciera,  
Es desdichado entre personas viles,  
Un pobre viejo como yo, ¿qué presta?

RUFINO.

Ulises era astuto, y fuerte Aquiles.  
No impidas, Rey, tu voluntad dispuesta,  
Y haz al Conde buscar, y dale muerte,  
Pues está tu ventura en eso puesta.  
Y en habiéndole hallado desta suerte,  
Teniendo preso al Conde, por libralle  
Se rendirá la fortaleza fuerte.

REY.

Bien dices: yo pretendohacerbuscalte;  
Que por su libertad será la mía.  
Y al Principe podemos engañalle.

RUFINO.

De tu valor y de tu ingenio fia.

REY.

En eso solo mi remedio dejo.  
Vamos; que luego que se acabe el día,  
En achaque de ver al Duque viejo,  
Cual su largo servicio merecia,  
Veré de aquestos ojos el espejo.

(*Vanse.*)

Bosque, è inmediato á èt un molino.

#### ESCENA XIV.

EL CONDE, *vestido de labrador.*

CONDE.

Fortuna, jamás cansada  
De mudar la humana vida,  
Que dando, no diste nada,  
Porque es tu gloria ligida  
Y tu firmeza prestada;  
¿Dónde por estos desiertos  
Guias mis pasos inciertos,  
Tan cerca ya de perdidos,  
Que llevo por los oídos  
Ya los pensamientos muertos?  
Muerto voy, porque el traidor  
Que me va siguiendo es fuerte,  
Y vivo por el temor  
De la vida y de la muerte;  
Que no sé cuál es mayor.  
La muerte no la deseo,  
Porque no goce quien creo  
Que es la vida que he perdido;  
Ni la vida, porque ha sido  
El peligro en que me veo.  
Mas la muerte ha de vencer;  
Que según seré buscado

De tanta fuerza y poder,  
No hay desierto ni poblado  
Donde me pueda esconder.  
Huyendo de mi linaje,  
Sin caballo ni sin paje,  
Vengo; quiero que se queden,  
Por ver si esconderme pueden  
Este bosque y este traje.  
Que léjos de la ciudad  
Sé yo que me van buscando;  
Y con mas seguridad  
Aqui viviré llorando  
Mi muerte y mi soledad.  
Desde esta orilla del río,  
Si del bosque me desvio,  
Mis ojos contemplarán  
Donde los tuyos están,  
Celia hermosa, cielo mío.  
Desde aqui siquiera el viento  
Me traerá nuevas de ti,  
Y podrá mi pensamiento  
Ir al lugar que perdí,  
Con mas fácil movimiento.  
Aqui sobre esta cayada,  
El alma triste y cansada  
Quiere descansar, si el peso  
Del pesar en ella impreso  
Sufriere sin ser quebrada.  
Sed, cayada, fuerte palma...  
—Pero probemos los dos  
A tener en una calma  
Cuerpo y alma, el cuerpo vos,  
Y yo, mientras vive, el alma.  
(*Échase sobre la cayada, y se duerme.*)

#### ESCENA XV.

LAURA, *que sale del molino tras ME-*  
LAMPO, *tirándole salvado.* — EL  
CONDE, *dormido.*

LAURA.

Aguárdame, burlador.

MELAMPO.

Si me alcanzas.

LAURA.

Alcanzarte

Fuera lícito á mi honor;  
Que, según leyes de amor,  
Ventaja pudiera darte;  
Porque venciera á Atalanta  
Y á la amazona que espanta,  
Pues por los trigos corria,  
Y en las espigas ponía  
De una en otra la planta.

(*Vase Melampo.*)

#### ESCENA XVI.

LAURA; EL CONDE, *dormido.*

LAURA.

¿Qué hace aquel labrador  
Sobre la cayada echado?  
¡Hola! ¿Qué digo, señor?  
¿Qué lleno está de cuidado,  
Y qué talto de color!  
Sin duda al molino vino,  
De algun pueblo vecino,  
Y yo no le he visto entrar;  
Mas quírole despertar.  
Desta vez me determino.  
(*Échale un puñado de harina ó salvado.*)

CONDE.

¿Que me ahogo, santo cielo!  
¡Socorro, ayuda, favor!

LAURA.

No tengais deso recelo.  
Despertad, buen labrador,  
Bajad los ojos al suelo.

CONDE.

¿Y sois vos quien me ha burlado?

LAURA.

Sacudíos el salvado,  
Y veréis quien os burló.

CONDE.

Si esa mano me tiró,  
Salvo estoy de mi cuidado.

LAURA.

¿En salvado os ahogáis?  
Cochino debéis de ser.

CONDE.

Mejor diréis en placer;  
Que el mucho que en veros dais,  
A todos puede exceder;  
Que á tanto bien es estrecho  
El aposento del pecho.

LAURA.

Sacudíos el salvado.

CONDE.

Conviéneme estar manchado  
De la mano que lo ha hecho.

LAURA.

Sacudíos.

CONDE.

Bien estoy;  
Que yo sé que desta suerte  
Mas desconocido voy.

LAURA.

¿De quién?

CONDE.

De la misma muerte,  
Pues ya de la vida soy;  
Que esta señal conocí  
Es vuestra; que es de la vida  
Que me habeis dado con veros.

LAURA.

Mas señal de molineros.

CONDE.

¿Sóislo vos?

LAURA.

Y aqui nacida.

CONDE.

¿Sois hija del dueño?

LAURA.

No;

El dueño es mas ancho y largo;  
Empero soy hija yo  
Del que lo tiene á su cargo,  
Y por un año arrendó.  
El dueño es dueño de brio:  
Son del duque Leonadio  
Y de Celia, la duquesa,  
Desde el bosque hasta la presa.

CONDE.

Son del mismo dueño mío.  
¿Qué buen dueño y qué divino!  
No en balde el alma me inclina  
A seguir este camino.

LAURA.

A verme vuelvo la harina:  
¿Qué mandais para el molino?

CONDE.

Esperad.

LAURA.

¿Qué me queréis?

CONDE.

Que una razon me escuchéis,  
Pues me tirasteis salvado.

LAURA.

Si haré, si habeis despertado  
Del cuidado que teneis.

CONDE.

Grande yerro hubiera sido,  
Aunque una noche de enojos



Ha de dormir el sentido.  
Habiendo ya el sol salido,  
Que salió con vuestros ojos.  
Despierto estoy, y contento  
De que una noche que os cuento  
Soñaba que me ahogaba  
En un mar que navegaba,  
Donde todo el agua es viento,  
Y que cuando desperté  
Al favor de vuestra mano,  
Puerto próspero tomé.

LAURA.  
Mucho hablais de cortésano.

CONDE.  
Nunca en ella puse el pié.  
Vuestro padre ¿tiene aquí  
Alguien que le sirva?

LAURA.  
Sí.  
CONDE.

¿Cuántos?  
LAURA.  
Dos mozos tenía;  
Pero fuése el otro día  
El uno á casarse.

CONDE.  
¿Ah! ¿sí?  
LAURA.

Y por mi mal.  
CONDE.  
¿De qué suerte?

LAURA.  
Porque por dalle mi vida,  
Gustó de darme la muerte.  
El mas firme amor se olvida;  
No hay cosa en el mundo fuerte.

CONDE.  
¿Pensastes casar con él?

LAURA.  
Pensélo.  
CONDE.

¿Ay suerte cruel!  
Moza ha habido en mi lugar  
Con quien me pensé casar.

LAURA.  
No hay esperanza fiel.  
Pues ¿quedó por ella?  
CONDE.

No,  
Sino que otro mayoral  
Mas rico me la quitó.

LAURA.  
¿Y ese llamais mucho mal,  
Si á pura fuerza os dejó?  
¿Ay de quien sufre sin ella!

CONDE.  
Por Dios, molinera bella,  
Que yo no le lloraria.

LAURA.  
Ya no estoy como solia:  
Como eso el tiempo atropella.  
Ya me alegro, taño y canto;  
Ya no lloro, ni estoy triste;  
Ni de memorias me espanto;  
Que mal el daño resiste  
La pura fuerza del llanto.  
¿No me vistes cual retozo  
Con el uno y otro mozo,  
Tirándoles el salvado?  
Aunque lo busco prestado,  
Doy muestras de risa y gozo.

CONDE. (Ap).  
Mucho sabe una mujer,  
Por mas villana que sea,  
En materia de querer.

¿Qué dices?

LAURA.  
CONDE.  
Que no eres fea,  
Y que has de hacerme un placer.

LAURA.  
¿En qué?  
CONDE.  
En decirme tu nombre.

LAURA.  
Todo el nombre y sobrenombre  
Se encierra en Laura no mas.

CONDE.  
¿Firme nombre!  
LAURA.  
Y que jamás

Halló verdadero un hombre.  
CONDE.

Yo sé que si me quisieras,  
El mas verdadero hallaras;  
Y porque hablemos de veras,  
Y sepas que en almas claras  
Hay palabras verdaderas,  
En lugar del que se fue,  
A tu padre serviré,  
Y te daré el alma á ti.

LAURA.  
De los dos te doy un si  
Por galardón de tu fe.  
Si á mi padre servir quieres,  
Yo haré que te dé el partido  
Que tú mismo le pidieres.

CONDE.  
Ese perdon, ó otro pido.

LAURA.  
¿Burlas?  
CONDE.  
¿Bueno!

LAURA.  
¿De adónde eres?  
CONDE.

De aquí soy, de Belmirar;  
Aunque ya solo soy tuyo.

LAURA.  
Conozco bien el lugar.  
CONDE.

Conocerán lo que es suyo  
Los que me quieren matar.

LAURA.  
¿Quién te busca?  
CONDE.  
Esos tus ojos

Me buscan el corazón,  
Y conozco que es razón;  
Que los que me dan enojos,  
Señora, tus ojos son.

LAURA.  
Digo que me mueve á risa.

CONDE.  
Huyo de dalle ocasion  
A quien anda en mi pesquisa,  
Porque ya el alma me avisa  
Que me miran á traición.

LAURA.  
¿Hablas conmigo?  
CONDE.  
¿Pues no?

LAURA.  
Ahora bien, quiero llevarte.  
¿Cómo te llamas?

CONDE.  
¿Quién? ¿Yo?  
Del martes tengo harta parte,  
Que sus desdichas me dió.

LAURA.  
¿Pues qué! ¿Llamaste Martín?  
CONDE.  
El mismo nombre.

LAURA.  
Y en fin,  
¿Quieres servir?  
CONDE.  
Y tan fiel  
Como Jacob por Raquel,  
Si no se me muda al fin.

LAURA.  
No estoy de creerte un dedo...  
Pero vén; que ya de amor  
Es mensajero este miedo.

CONDE.  
De mi bien dirás mejor,  
Si en este molino quedo.  
(Vase Laura.)

## ESCENA XVII.

EL CONDE.

¿Hay locura mas notable?  
Permítame el cielo que hable  
En tal punto al molinero,  
Que me acoja adonde espero  
Vida y muerte saludable;  
Que aquí la harina y vestido  
Sé yo que me han de tener  
De tal manera escondido,  
Que pueda hablar y ver  
A los que me han perseguido.  
A Celia veré tambien  
Cuando las cosas estén  
En punto menos mortal;  
Que sin ella todo es mal,  
Y con ella todo es bien.

## ACTO SEGUNDO.

Portal del molino.

### ESCENA PRIMERA.

MELAMPO, TAMIRO.

TAMIRO.  
¿Que es posible que ha llegado  
A tanto extremo con él?

MELAMPO.  
Digo que pierde por él  
El sentido, enamorado.

TAMIRO.  
¿Tan presto puso en olvido  
Lo que me quiso?

MELAMPO.  
Es mujer:  
Sabe amar y aborrecer.

TAMIRO.  
Bastante causa ha tenido;  
Que en efecto á su pesar  
Con Dalisa me casé,  
Y aquesta ocasion le fué  
Para poderme olvidar.  
Ella amó desesperada:  
No debo ponelle culpa.

MELAMPO.  
Bien le basta la disculpa  
De ser por otro olvidada.  
Mas conmigo no la tiene;  
Mas con tu ausencia debía  
Agradecer la fe mia,



Y no á quien se la mantiene ;  
Que dos años la he querido ,  
Aborrecido por ti ;  
Y era bien quererme á mi ,  
Y no á un hombre de hoy venido .  
Pero al fin tu ingratitud ,  
Teniéndola mas ahora ,  
Ha venido á que le adora  
A costa de mi salud .

TAMIRO.

¿Cuánto há que está en el molino?

MELAMPO.

Poco mas habrá pasado  
De un día que en casa ha entrado ,  
Y a darme la muerte vino .

TAMIRO.

¿Cómo se llama?

MELAMPO.

Martin.

TAMIRO.

¿De dónde es?

MELAMPO.

De Belmirar.

TAMIRO.

¿Buen talle?

MELAMPO.

El que basta á dar

A mi vida amargo fin ;  
El que pudiera dar celos ,  
No digo entre labradores ,  
Pero entre aquellos señores  
Que compiten con los cielos .  
Debajo de aquel sayal ,  
Es un hombre tan bien hecho ,  
Que algunas veces sospecho  
Que es persona principal .  
Buen rostro , gran cortesía ,  
Gran músico de vihuela...  
¿Pues danzar! como en escuela...  
Todo para envidia mia .  
Tira la barra una legua ,  
Que no hay señal que no borre ,  
Y si alguna yegua corre ,  
Parece viento la yegua .  
Tiene fuerza como un toro ,  
Ligereza como cabra ,  
Y gracia , que no hay palabra  
Y que no parezca de oro .  
Cuando aquesto considero ,  
Yo propio á Laura disculpo .

TAMIRO.

Si él es tal , yo no la culpo ;  
Que hombre soy , y bien le quiero ;  
Y si por sola la fama  
Se deja de hombres querer ,  
Yo disculpo á la mujer  
Que por sus obras le ama .  
Ten , Melampo , sufrimiento ,  
Pues te deja por quien vale  
Mas que tú .

MELAMPO.

No hay mal que iguale

A mi envidioso tormento .  
Consuelo pudiera ser  
Que por otro me dejara ,  
Donde mas partes hallara  
Y mas dignas de querer ,  
Si la envidia no me hiciera  
Tanta guerra en el sentido .

## ESCENA II.

LERIDANO. — Dichos.

LERIDANO (Dentro.)

¿Que ya Tamiro es venido?

TAMIRO.

Leridano es este : espera ,  
No te vayas .

LERIDANO. (Saliendo.)

¿Oh galán!

Vengais muy enhorabuena.

TAMIRO.

¿Oh nuesamo!

LERIDANO.

Con gran pena

Todos los de casa están ;

Que há un mes que de ti no saben .

Al fin , como hombre casado ,

Tus amos has olvidado ;

De agradecido te alaben .—

¿Cómo te va con tu esposa?

TAMIRO.

Bien , nuesamo , á su servicio .

LERIDANO.

¿Es el holgar buen oficio?

TAMIRO.

Un mes es cosa forzosa .

Y no me olvido de vos ;

Que un costal os he traído

De aceituna...  
LERIDANO.

¿Hasla cogido?

TAMIRO.

Es del dote.

LERIDANO.

¿Bien , par Dios!

TAMIRO.

Y otro de buena hellota.

LERIDANO.

Buena tu ventura sea .

Haz porque Laura te vea

Con sombrero y marquesota .

MELAMPO.

Ya sale : no hay que aguardar .

## ESCENA III.

LAURA. — Dichos.

TAMIRO.

¿Laura mia!

LAURA.

Tente afuera .

LERIDANO.

De verte galán se altera .

TAMIRO.

¿No me quieres abrazar?

LAURA.

¿Yo abrazar hombres casados?

LERIDANO.

Ea , muchacha...  
TAMIRO.

¿Qué! ¿No estoy

Mas seguro , pues lo soy?

Olvida enojos pasados ;

Que con llaneza te quiero ,

Y dos cantarillas llenas

De arroyo y de berengenas

Te traigo , y un queso entero .  
LAURA.

Al fin , ¿que te he de abrazar?

¡Ay! mala rabia te dé .  
TAMIRO.

Abrazame ; que yo sé

Cuándo te pude apretar .  
(Abrazanse.)

## ESCENA IV.

EL CONDE , que sale y ve abrazados á  
LAURA y TAMIRO ; LERIDANO , ME-  
LAMPO.

CONDE.

¿Eso sí! ; Bendigaos Dios!

Badle la recien venida .

MELAMPO.

Quien bien ama , tarde olvida .

CONDE.

Bien se dirá por los dos .

TAMIRO.

¿Es este acaso Martin ,

El mozo nuevo?

CONDE.

Yo soy .

TAMIRO.

Aficionado os estoy .

CONDE.

Soy velloso como espin .

TAMIRO.

¿Buen tallazo!

CONDE.

Razonable .

Bien levanto un buen costal .

¿Quereis tirarme un real

Ó alguno que por vos hable?

Dos piés os doy de ventaja

Con barra ó piedra .  
TAMIRO.

No há un mes

Que á vos os diera yo tres ;

Ya no levanto una paja .

CONDE.

¿Tanto os heis debilitado

En un mes de casamiento?

TAMIRO.

Menos valiente me siento ;

Que muda el tomar estado .  
LERIDANO.

Ahora bien , Martin , dejemos

Las pláticas excusadas .

Las sacas ¿están cargadas?

CONDE.

Seis en tres machos tenemos .

¿Para quién decís que son?

LERIDANO.

Para Celia , la duquesa .

CONDE.

De ir á la corte me pesa

En esta buena ocasion . —

¿Y tengo mas que hacer

Que ponellas en su casa?

LERIDANO.

No mas . Hijos , ya se pasa

Hora y tiempo de comer .

Melampo , corre á decir

Que tengan la mesa puesta .  
MELAMPO.

Haced á Tamiro fiesta .

LERIDANO.

Nunca dejes de gruñir .

(Vase Melampo.)

Vamos , Tamiro ; que quiero

Hablarle despacio .  
TAMIRO.

Vamos .

(Vanse Leridano y Tamiro.)

## ESCENA V.

EL CONDE , LAURA.

LAURA.

¿Qué tenemos? ¿Cómo estamos?

CONDE.

Voyme.

LAURA.

Espera.

CONDE.

Desespero.

LAURA.

Vuelve, Martin, esos ojos,  
Que son la luz de los niños.

CONDE.

Mejor dijeras dos rios,  
Que han de llorar mis enojos.

LAURA.

Sin causa te has enojado.

CONDE.

Dios sabe la que he tenido,  
Pues á un hombre que has querido,  
Entre tus brazos he hallado.  
Ya vengo á experimentar,  
Aunque es con tan caro aviso,  
Que lo que un tiempo se quiso,  
Tarde se viene á olvidar.

LAURA.

Deja, mi bien, de quejarte  
Dese fingido favor;  
Que solo ha sido su amor  
Ensayo para adorarte.  
¿Piensas tú que le abracé  
De mi propia voluntad?

CONDE.

¿Quién forzó tu voluntad?

LAURA.

Mi padre.

CONDE.

¿Tu padre fué?

LAURA.

¿No ves que me lo mandó?

CONDE.

Tú pudieras excusallo.  
Al fin, quisiste abrazallo;  
No importa, páguelo yo.  
Siempre quereis las mujeres  
A quien os deja y desprecia.

LAURA.

No soy tan blanda, aunque necia.

CONDE.

Yo sé bien, Laura, quién eres;  
Que sin duda que te asió  
Con montera y sayo nuevo.

LAURA.

¿Por esas cosas me muevo!  
Debo de ser niña yo.

Mas me agrada tu capote  
Lleno de harina y salvado  
Que su sayo agironado  
De damasco y chamelote.  
Pégame toda esa harina  
En aqueste pecho y brazos,  
Mi alma, con dos abrazos.

CONDE.

Gracia tienes peregrina.

(Abrazanse.)

(Ap. ¡Ah Celia! si aquesto vieras,  
¡A qué risa te incitará!)

LAURA.

¿Aun no me vuelves la cara?  
¿Luego enojaste de veras?

CONDE.

Estoy muy sucio y trocado;  
Otro día me verás  
Mas limpio, y me abrazarás,  
Si acaso vengo enfadado.

LAURA.

Segun yo tengo ventura  
En amar quien me aborrezca,

¿Quién duda que me acontezca  
Otra mayor desventura?

¿Quién duda que me suceda  
Lo que temo y adevino.  
Pues ya tiene en mi molino  
Fortuna puesta su rueda?  
Cásate, ingrato, en buen hora;  
Que aunque es malo para mí,  
Ya de una vez aprendí  
Lo que he de llorar agora.  
Ya viuda de dos maridos  
Soy, primero que casada.

CONDE.

(Ap. ¡Oh molinera pesada  
Para moler los sentidos!  
Si ya me dejases ir

A ver á Celia, mi bien...  
Pero cese mi desden  
Porque me deje partir.)  
Ea, Laura, no haya mas;  
No llores, cesen enojos,  
No falte el sol en tus ojos,  
Con cuya luz me la das.  
Mira que estoy de partida:  
No te quedes enojada.

LAURA.

Mi bien, en lo que te agrada  
Está mi muerte ó mi vida.  
No me digas mas de un hombre  
De quien la muerte deseo;  
Que huyo desde que lo veo,  
Y blasfemo de su nombre.  
Como no muele el molino  
Con el agua que pasó,  
Así el amor que olvidó  
No vuelve al mismo camino.  
Tuya soy: ya soy mas diestra,  
Pues amé á quien olvidase,  
Para que cuando te amase,  
Fuese en amarte maestra.

CONDE.

Mi Laura, todo lo creo.  
Véte, porque estoy de prisa.  
Pues ya de mí fe te avisa  
La fuerza de mi deseo,  
Dime, ¿qué te he de traer  
De la corte?

LAURA.

¿Que te vas?

CONDE.

Bien ves que no puedo mas,  
Y que luego he de volver.  
Voy á llevar esta harina  
A casa de la Duquesa.

LAURA.

Nunca de mandarte cesa  
Mi padre.

CONDE.

Bien adevina,  
Si de mi servicio piensa  
Que has de ser el galardón.

LAURA.

Hame dado el corazón  
Que te vas para mi ofensa.

CONDE.

¿Cómo?

LAURA.

Que alguna mujer  
Te lleva con tanta prisa.

CONDE.

Bien el corazón te avisa  
Que la voy, mi vida, á ver;  
Que la Duquesa me llama,  
A quien esta harina llevo.

LAURA.

¿Y qué milagro tan nuevo.  
Martin, que el alma te mueva?  
Dícenme que es muy hermosa:

Haz, si mi bien me descas,  
De suerte que no la veas.

CONDE.

(Ap. ¡No me faltaba otra cosa!)  
Voyme; que están ya cargados  
Los tres machos y el rocin.

LAURA.

Pues no la mires, Martin;  
Lleva los ojos vendados.

CONDE.

Bien ciegos de harina van.  
Aunque todo es menester;  
Que no me han de conocer  
Ciertos hombres que allí están.—  
¿Qué te traeré?

LAURA.

En duda estoy.  
Tráeme un polido botín.

CONDE.

Adios, Laura.

LAURA.

Adios, Martin.

CONDE. (Ap.)

¡Mi Celia, que á verte voy!  
(Vanse.)

Vista exterior de la quinta de la Duquesa.

## ESCENA VI.

EL PRÍNCIPE, VALERIO.

PRÍNCIPE.

El Conde, en fin, Valerio, no parece.  
Y este es de todos el mayor engaño.  
Pues la ocasion y el tiempo me le ofrece,  
Para alivio y remedio de mi daño.

VALERIO.

Puesto que amor las almas enloquece,  
Y tiene con la muerte desengaño,  
Es entre gente sabia preferida  
A sus mayores gustos honra y vida.  
Es Próspero discreto, como sabes,  
Y créeme que ha puesto en salvo el pecho.  
Por tierra en postas, y por agua en naves  
Y es buscallo intentallo sin provecho;  
Y así es mejor que con industria acabes  
Lo que no pueden fuerzas ni derecho.  
Y en ver que has admitido mi consejo,  
Te juzgo en pocos años cuerdo y viejo.  
Venga el Conde fingido, y por la puerta  
De Celia pase con sus guardas preso:  
Que si aquesta prision tiene por cierta,  
No hay duda que de pena pierda el seso.  
Y como á veces el rigor concierta  
Lo mas dificultoso de un suceso,  
Finge matarle: que si bien le quiere,  
Por velle libre hará cuanto pudiese.  
Y por ventura (que es mujer) podría  
(Viéndole muerto, pues creará su muer-  
Trocar por esperanza tan baldia [te]  
La posesion de amarte y de quererte.

PRÍNCIPE.

¡Bien haya aquel que sus secretos fia  
Del hombre sabio, pues acerba suerte  
Y estrella rigurosa mudar sabe [he!  
Con la experiencia y ciencia que en el ca-  
Es tiempo ya que aquel balcon de en-  
Reciba luz con sus divinos ojos, [frente  
Como las rojas luces del oriente,  
Del claro sol con sus cabellos rojos?

VALERIO.

Paréceme que sí.

PRÍNCIPE.

Llama esta gente  
Con el Conde fingido y sus despojos,

Que sus pasos y estrépitos feroces  
A la puerta de Celia darán voces.

VALERIO.

Yavienen, como mandas; porque al pun-  
Los tuve, gran Señor, apercebidos. [to

PRÍNCIPE.

Pues pase cada cual al Conde junto,  
Los cabos de las mechas encendidos.

VALERIO.

Verás del conde Próspero un trasunto,  
Y los soldados todos prevenidos,  
No menos que de hoy entre dos luces,  
De picas y alabardas y arcabuces.

### ESCENA VII.

SOLDADOS, con UN HOMBRE EMBOZADO.—  
DICHOS.

UN SOLDADO.

Pase adelante el escuadron formado,  
Y téngase gran cuenta con el preso.

PRÍNCIPE.

Hase hecho muy bien. Valerio amado,  
Quédate á ver el fin deste suceso.  
¿Dónde está mi caballo?

VALERIO.

Queda atado  
En una encina de este bosque espeso.  
(*Vase el Príncipe.*)

EL SOLDADO.

A la puerta de Celia nos paremos;  
Que es órden que del Príncipe traemos.  
(*Páranse con el preso.*)

### ESCENA VIII.

LA DUQUESA Y TEODORA, *que salen  
á una ventana de la quinta.*—SOLDA-  
DOS, EL EMBOZADO Y VALERIO, *delan-  
te de la quinta.*

TEODORA.

Llega, Señora. Llega por tu vida:  
Verás un escuadron de gente armada.

DUQUESA.

Ya vengo, del temor descolorida.  
Y sobre el corazon la sangre helada.  
¿Qué gente es esta, de crueldad vestida?

TEODORA.

Un preso llevan.

DUQUESA.

¡Ay, Teodora amada!

¿Si es el Conde?

TEODORA.

¿Qué dices?

DUQUESA.

Que sospecho  
Bien cierto que es el Conde.

EL SOLDADO.

Bien se ha hecho.  
(*Vanse los soldados y el preso.*)

### ESCENA IX.

LA DUQUESA Y TEODORA, *en la ven-  
tana;* VALERIO, *delante de la quinta.*

DUQUESA.

¡Ah señor caballero!

VALERIO.

¿Soy en algo  
A vuestra señoría de provecho?

DUQUESA.

Que me esperéis os ruego, si algo valgo,

Por ser quien soy, en vuestro honrado pe-  
[cho.

VALERIO.

Que me place, Señora.

DUQUESA.

Pues ya salgo.

(*Quítanse de la ventana la Duquesa y  
Teodora.*)

VALERIO.

Basta; que tiene el corazon estrecho.  
A hablarme baja, y de su pena infiero  
Que piensa que es el Conde verdadero.

### ESCENA X.

LA DUQUESA Y TEODORA, *que salen  
de la quinta.*—VALERIO.

DUQUESA. (*A Teodora.*)

¿Valerio dices que fué?

TEODORA.

Valerio me pareció.

VALERIO.

Ese fui, Señora, yo,  
Y el que en la reja os hablé;  
Y pues creo que estimáis  
Al Príncipe mi señor,  
Tanto porque os tiene amor,  
Como porque vos le amais,  
Y que os habeis de holgar  
De lo que gusto recibe,  
Nuevas os doy que ya vive  
Con placer y sin pesar.

DUQUESA.

¿De qué suerte?

VALERIO.

Ese que veis

Llevar al justo castigo  
Es el Conde, su enemigo,  
Cuyo delito sabéis.  
Ese es aquel conde falso,  
Que os parece verdadero,  
A quien presto ver espero  
En un alto cadahalso.  
Ese es aquel embaidor,  
Que en la corte se alababa  
De que os hablaba y trataba  
Con mas palabras que amor.  
Ese es aquel que muriendo  
Dará vida á vuestra honra,  
Por cuya lengua y deshonra  
Murió, Señora, viviendo.  
De quien veis que le atropella  
Fué preso en la propia raya,  
Atado el caballo á un haya,  
Y él durmiendo al tronco della;  
Y un pedreñal y una espada  
Le quitaron que traía,  
Con que dispierto podía  
Defenderse poco ó nada;  
Que es en extremo cobarde;  
Y así viené como veis,  
Donde vivir le veréis  
Hasta mañana la tarde.  
Ved si otra cosa mandais;  
Que en este bosque he dejado  
Al Príncipe, descuidado  
De lo que escuchando estáis,  
Y voy á pedille albricias  
Del buen suceso.

DUQUESA.

Es razon,

Y que sea el galardón  
Mayor que tú lo codicias.  
Vé, Valerio, en hora buena:  
El cielo aumente tu bien.

VALERIO.

Los cielos, Celia, te dén  
Mas gloria que al Conde pena. (*Vase.*)

### ESCENA XI.

LA DUQUESA, TEODORA.

DUQUESA.

Si no me fuera forzoso  
Disimular mi tormento,  
Hiciera mil pensamiento  
Algun efecto furioso,  
Y fuera que con mis manos  
A aqueste vil mensajero  
Diera la muerte primero,  
Y después á los tiranos;  
Que con una espada sola  
Y la furia de mi pecho  
Hiciera, Teodora, un hecho  
De verdadera española;  
Que corazon tengo yo  
Con que el preso les quitara,  
Aunque el mundo lo estorbara,  
Y esto por...

TEODORA.

Aqueso no:

No te lleve la locura  
Dese amor desesperado,  
A que tanto bien guardado  
Se pierda por desventura.  
¿No te acuerdas que en palacio,  
Y aun aquí, viniendo á verte,  
Dijo el Rey que poseerte  
El Conde con mucho espacio  
Tenía?

DUQUESA.

Dices muy bien:

Excusado es el temor.  
El Rey me ha cobrado amor,  
Y aun me desea tambien:  
Yo sé que reino en su pecho,  
Y que el Conde está seguro.

### ESCENA XII.

EL CONDE; y *deteniéndolo*, ARSELO  
Y GALO.—DICHAS.

CONDE.

Déjeme entrar; que yo juro  
Que en casa soy de provecho.

DUQUESA.

¿Qué es aquesto?

ARSELO.

Este villano,  
Que se burla con nosotros.

DUQUESA.

¿Y sois las guardas vosotros  
Dese príncipe tirano?

ARSELO.

Los dos somos sus criados.

DUQUESA.

Pues ¿qué teneis que mirar?

GALO.

Los que aquí quieren entrar  
Públicos y arrebozados.

DUQUESA.

Eso yo no lo sabia  
Hasta que hoy me lo dijeron  
Los que probaron y vieron  
Vuestra grande alevosia;  
Que á saberlo, yo hiciera  
Que los dos fuéades guardas,  
Con las picas y alabardas,  
De alguna infame ramera.  
Volved á quien os envia;  
Que os haré cortar las piernas.

CONDE.

Tú, Señora, ¿no gobiernas  
Esta casa?



DUQUESA.

Si; que es mía.

CONDE.

¿Cómo á cualquiera que viene.  
Con tanta curiosidad,  
Como á puerta de ciudad,  
Le examinan lo que tiene,  
Que las manos me han metido  
En las alforjas y el pecho?  
El Principe ¿qué te ha hecho  
Mientras que no es tu marido?

DUQUESA.

No dice mal el villano.

ARSELO.

De le haber examinado  
El mente; que no ha llegado  
A su ropa nuestra mano.  
Y pues sabes la intencion  
Con que esta puerta guardamos,  
No te espantes que tengamos  
Con todos cuenta y razon;  
Que el Principe no pretende  
Enojarte, mas honrarte,  
Buscando en aquesta parte  
Quien te deshonor y ofende,  
Que es el Conde; qué podria  
Con este mismo villano  
Escribirte de su mano.

CONDE.

Mejor diréis de la mía.  
En eso debe de estar.

DUQUESA.

Si eso andais por inquirir,  
Desde luego os podréis ir;  
Que no teneis que buscar.

GALO.

¿Cómo así?

DUQUESA.

Porque no há una hora  
Que ha pasado por aquí  
Preso.

CONDE.

¿Preso?

DUQUESA.

Yo le vi.

CONDE.

¿El Conde preso, Señora?

ARSELO.

Vamos de aquí, ¿qué aguardamos?  
A pedir albricias desto.

GALO.

Dichoso el que se le ha puesto  
En las manos vivo.

ARSELO.

Vamos.

(Vanse Arselo y Galo.)

## ESCENA XIII.

EL CONDE, LA DUQUESA, TEODORA.

CONDE.

¿Dijistelo por burlarte  
Eso de ser preso el Conde?  
¿Conocistelo?

DUQUESA.

Sí.

CONDE.

¿Dónde?

DUQUESA.

Esta casa y de otra parte.

CONDE.

Porque le tengo aficion,  
Me di si fué verdadera  
Su prision.

EL MOLINO.

DUQUESA.

Si no lo fuera,  
Fuera burla mi pasión.  
Ahora le llevan preso  
Un escuadron de soldados.

CONDE.

O van todos engañados,  
O tengo perdido el seso.

DUQUESA.

Yo le vi con estos ojos,  
Y le he llorado con ellos.

CONDE.

No les deis, pues son tan bellos,  
Por tan poca causa enojos;  
Que el Conde es buen caballero,  
Y sabrá volver por sí.

DUQUESA.

Estando preso, ¡ay de mí!  
De su salud desespero;  
Y si cual tigre no he sido  
En saltando de su cueva,  
Cuando el cazador le lleva  
El hijo recién nacido,  
Es que el Rey y mi aficion  
Me han dado palabra y fe  
Que á Próspero gozaré,  
Aunque viviese en prision.

CONDE.

El os debe de pagar  
Ese amor y justo oficio,  
Y del vuestro es gran indicio  
Poneros conmigo á hablar;  
Que al fin, por tratar del Conde,  
Me habeis tratado en expreso  
De que le han llevado preso  
Y que una cárcel lo esconde;  
Y no despreciáis mi traje,  
Lleno de harina y pobreza.

DUQUESA.

Tratar del Conde es riqueza,  
Para mí, de gran linaje.

CONDE.

¿Es acaso vuestro esposo,  
Que habláis como su mujer?

DUQUESA.

Eslo el Conde, y lo ha de ser,  
A pesar de un envidioso.

CONDE.

¿Quién es?

DUQUESA.

El Principe, y tiene  
Envidia del Conde, y grande,  
De ver que el Conde me mande,  
Y que él á servirme viene.

CONDE.

¿Queréis que le mate yo,  
Que tengo en casa guardada  
De vuestro conde una espada?

DUQUESA.

¿Quién ó cómo te la dió?

CONDE.

Estando yo en mi molino,  
Pasó huyendo á pié y cansado;  
Que el caballo habia dejado  
Medio muerto en el camino.  
Y por un vestido así,  
Espada y capa me dió,  
Y aquella noche durmió  
Conmigo.

DUQUESA.

¿Contigo?

CONDE.

Sí.

DUQUESA.

Grande es el dolor del miedo.

CONDE.

No tengais tanto, por Dios;  
Pues está hablando con vos  
El Conde.

DUQUESA.

¿El Conde?

CONDE.

Sí.

DUQUESA.

Quedo,

Próspero, no te alborotes.  
¿Eres tú?

CONDE.

Yo soy, mi bien.  
Paso: mira que no estén  
Los neblis sin capirotos.

DUQUESA.

Si yo no te abrazo y toco,  
No he de creer que tú eres.

CONDE.

Abrazame, no te alteres.  
¿Qué temes?

DUQUESA.

Espera un poco.

CONDE.

¿Qué tienes?

DUQUESA.

Fúite á abrazar,

Y dióme imaginacion  
Que no eres tú.

CONDE.

¿Qué razon,  
Mi bien, te obliga á dudar?

DUQUESA.

¿Es tu rostro ese que veo?

CONDE.

Aunque con máscara vengo  
De la harina que tengo,  
Próspero soy.

DUQUESA.

Yo lo creo:

Mi alma se determina  
A darte dos mil abrazos.

CONDE.

No aprietes tanto los brazos;  
Que te pegarás la harina.

DUQUESA.

¿Qué traes, que no te aprieto,  
Por mucho que lo procuro?

CONDE.

Traigo ya el pecho mas duro;  
Que está cubierto de un peto.

DUQUESA.

Bien has hecho. Pero dime,  
¿Quién es el que va en prision?

CONDE.

Engaños, Señora, son  
De ese rey que nadie estima,  
Que por darte pesadumbre  
Ha trazado aqueste enredo.

DUQUESA.

¿Adónde estás?

CONDE.

Donde puedo

Ver desde lejos tu lumbré.  
Cual otro Leandro, estoy  
Desde el suelo contemplando  
La torre que está alumbrando  
El sol, cuya cera soy.  
Por estar en lo que es tuyo,  
Que al fin estoy en sagrado,  
Tu molino me ha guardado;  
Que soy molinero suyo.  
El que le arrienda me tiene  
Por su mozo en este traje.

DUQUESA.

¿Que á tanto el amor te abaje!

CONDE.

¿No es buena industria?

DUQUESA.

Solene.

¿Cómo, mi bien, has sufrido Trabajo tan ordinario?

CONDE.

Poderoso fué el contrario ;  
 Pero el amor le ha vencido.  
 Y es molinero el amor ;  
 Que también dentro del pecho  
 Un molino tiene hecho  
 Para moler mi dolor.  
 La piedra del pensamiento  
 Con el agua de mis ojos ,  
 Moliendo trigo de enojos ,  
 Hace harina de tormento.  
 De aquesta se cuece el pan  
 Del dolor que me sustenta ;  
 Que cuando mas me alimenta ,  
 Es cuando menos me dan.  
 Y ofreciéndose ocasión ,  
 Vine á verte, y me atrevi ;  
 Porque estaba ya, sin ti ,  
 Sin fuerzas el corazón.  
 Un mes ha que no te veo ;  
 Y los días que ha durado ,  
 Treinta mil años ha estado  
 En un infierno el desecho.  
 Pero al fin, con la esperanza  
 De verte, Señora, aquí,  
 Y el estar cerca de ti,  
 Puse á mi dolor templanza.  
 ¿Has sentido mis trabajos?

DUQUESA.

Cuando es tan justo el tormento,  
 Morir presto el sentimiento  
 Es de pensamientos bajos.  
 Helos llorado y sentido ;  
 Pero ya ligeros son ,  
 Pues que tu ausencia y prision  
 Ha sido todo fingido.  
 Mas di, ¿qué tengo de hacer?  
 ¿Irme contigo ahora?

CONDE.

No por tu vida, Señora ;  
 Que será echarme á perder.

DUQUESA.

Pues ¿qué haré?

CONDE.

Disimular,

Y creer que soy el preso ;  
 Pues consiste solo en eso  
 Venirte yo á ver y hablar ;  
 Y aun sería buen engaño  
 Que al Rey fueses muy sentida ,  
 Para pedirle mi vida ,  
 Libre de peligro y daño ;  
 Que así se descuidarán ,  
 Y yo mil veces vendré  
 Donde esos cielos veré,  
 Que tanta gloria me dan.

DUQUESA.

Es de un ingenio discreto ,  
 Mi Próspero, la invención :  
 Yo lloraré tu prision ,  
 Y la reiré de secreto.  
 Iré al Rey, como me adviertes ,  
 A pedir tu libertad ,  
 Y diré por la ciudad...

(El Conde se suspende como que oye ruido.)

¿Qué escuchas? Qué te diviertes?

CONDE.

¿Qué ruido es este, Teodora?

TEODORA.

¿Ay de mí, Señor, que viene  
 El Príncipe!

CONDE.

Ya no tiene

Otro remedio, Señora.  
 Mas no me conocerá.  
 Pues vos no me conocistes.

## ESCENA XIV.

EL PRÍNCIPE, VALERIO.—DICHOS.

PRÍNCIPE.

Alegre mis ojos tristes  
 El sol que me alumbra ya.  
 No os alteréis, Celia hermosa ,  
 Puesto que me aborrezcais.

TEODORA.

¡Ah, molinero! ¿No os vais?  
 ¿Falta algo?

CONDE.

Cierta cosa.

TEODORA.

Pues despachadla, y partíos.

(Vase el Conde, y vuelve para escuchar desde la puerta.)

PRÍNCIPE.

Guerra piden vuestros ojos ;  
 Pues me miran con enojos ,  
 Habrán de llorar los mios.  
 ¿Por ventura es la ocasión  
 La prision del Conde?

DUQUESA.

Y tanto,

Que si no me acaba el llanto ,  
 Piedra he vuelto el corazón.

PRÍNCIPE.

Pues preso, ¿qué honor os quita?

DUQUESA.

Ver lo que el mundo dirá.

PRÍNCIPE. (Ap.)

¿Que así engañándose está?  
 A mas cólera me incita.

VALERIO. (Ap. al Príncipe.)

Di que le quieres matar.

PRÍNCIPE.

Ya, Celia, acierte ó no acierte ,  
 Al Conde dará la muerte.

DUQUESA.

Y yo la sabré vengar.

PRÍNCIPE.

Mejor podrás estorballa  
 Con solo hacer mi gusto.

VALERIO. (Ap. al Príncipe.)

Llega, y quitale el disgusto.  
 Sola está ; intenta abrazalla.

PRÍNCIPE.

Bien sé, mi vida, que estás  
 Muy enojada conmigo ,  
 Porque yo soy enemigo  
 De un hombre á quien adoras.  
 Pero dadme aquestos brazos ;  
 Que si me haceis este bien ,  
 Yo haré que libre os le dén  
 Donde le deis mil abrazos.

DUQUESA.

Príncipe, ¿qué atrevimiento  
 Es este? Suelta.

VALERIO.

No quieras ;  
 Que las mujeres mas fieras  
 Tienen tierno el sentimiento.

PRÍNCIPE.

Temo, Valerio... (Ap. á él.)

VALERIO. (Ap. al Príncipe.)

Porfia.

PRÍNCIPE.

Ea, dame aquestos brazos.

(Sale el Conde, y pónese en medio.)

CONDE.

Nunca faltan embarazos.  
 ¿Qué digo? ¡Ah, Señora mía!

PRÍNCIPE.

¿Quién es este?

DUQUESA.

Un molinero

De casa.—¿Qué quieres? di.

PRÍNCIPE.

¿Qué puede quererte á ti?

CONDE.

Mas que vos pretendo y quiero.

VALERIO.

¿Qué rústico es el villano!

CONDE.

Cuando en el macho subía ,  
 Me vino á la fantasía  
 Mi amo.

DUQUESA.

¿Quién?

CONDE.

Leridano,

Que me mandó que os dijese  
 Lo que denantes no pude,  
 Porque el molino no mude  
 Si acaso el rio creciese ;  
 Y es que mandeis reformar  
 La presa, que el agua bate ;  
 Causa que pierda el molino ,  
 Porque al segundo camino  
 Mas firme que antes la vea.  
 Y dice que le escribais  
 Las hanegas y la cuenta  
 Del trigo que acá se asienta ,  
 Porque respuesta tengais ;  
 Que el escribirá también  
 Lo que le deben, allá.

DUQUESA.

El mayordomo ¿no está  
 Donde esas cuentas le dén?  
 ¿Cómo me vienen, Teodora ,  
 Con esas cuentas á mi?

TEODORA.

Este villano es así :  
 ¿No le conoces, Señora?

DUQUESA.

Hermano, pues que así es  
 Que ya en mi casa no hay gente  
 Que os entienda y os contente ,  
 Y es la cabeza los piés ,  
 Yo, que al fin os he entendido ,  
 La respuesta á cargo tomo ,  
 Haciendo de mayordomo  
 El oficio no entendido.  
 Y así, digo que digais  
 A vuestro amo y mi casero ,  
 Que lo que él quisiera quiero ,  
 Como vos me lo mandais ;  
 Y que no tenga temor  
 Que el rio la presa lleve ,  
 Por mas que á romperla pruebe  
 Su creciente y su rigor ;  
 Que tiene buenos cimientos  
 En la le de quien la hizo ;  
 Y que no sea espantadizo  
 De solo sus pensamientos.

Duerma en su cama, seguro  
Que la presa lo estará;  
Que no es vid que se caerá  
Marchita de roble duro;  
Que yo por fiadora salgo.  
Andad con Dios, labrador,  
Y mirad que ese temor  
Es mas villano que hidalgo.  
En lo que toca á la cuenta,  
Cada día escribirá,  
Si hay buena memoria allá,  
Y lo que recibe asienta.  
Y con esto, andad con Dios.

CONDE.

Vivas mil años, Señora,  
Con quien te habla y mira ahora. (Vase.)

## ESCENA XV.

EL PRÍNCIPE, LA DUQUESA, TEODORA, VALERIO.

PRÍNCIPE.

Él lo dice por los dos.  
Discreto el villano anduvo.

TEODORA. (Ap.)

Harto bien lo ha despachado.

DUQUESA.

El mayor gusto me ha dado  
Que en mi vida el alma tuvo.  
La gente del Duque siento;  
Vuestra alteza me perdona.

PRÍNCIPE. (Ap. á Valerio.)

Ya, Valerio, el sol se pone:  
¿Qué haré?

ALERIO. (Ap. al Príncipe.)

Ten sufrimiento.

DUQUESA.

¿Mandas, Señor, otra cosa?

PRÍNCIPE.

¿Que os vais?

(Vanse la Duquesa y Teodora.)

VALERIO.

¿De qué estás cobarde?  
Asela el brazo.

PRÍNCIPE.

Ya es tarde.

VALERIO.

¿No es mujer?

PRÍNCIPE.

Es muy hermosa,  
Y una divina hermosura  
Obliga á tener respeto.

VALERIO.

Jamás el cobarde afecto  
Gozó de la coyuntura.

PRÍNCIPE.

Aquí mal la puede haber.

VALERIO.

Poco vales para amor.

PRÍNCIPE.

Temo á Celia.

VALERIO.

Anda, Señor;  
Que basta que sea mujer.  
(Vanse.)

—

Sala del real palacio.

## ESCENA XVI.

EL REY, RUFINO.

REY.

¿Lo quisiera, Rufino, no haber ido,  
Por no venir tan presto de su casa

L-I.

Y tener por pasar la dulce gloria, [do;  
Que es inferno ya en mí, habiendo pasa-  
Que es gloria ver á Celia, y es inferno  
Apartarme tan presto de su vista.  
¿Cuán poco fué, Rufino amigo, el tiempo  
Que estuve contemplando su belleza!

RUFINO.

El tiempo que tuviste no fué poco;  
Harto lugar tuviste de miralla,  
Y aun de poder decir tu pensamiento.

REY.

Si no estuviera allí el Duque, su padre;  
Aunque en presencia de su padre el Du-  
No pude tanto detener los ojos, [que  
De lo que no hablase y diese larga cuenta  
De lo que dentro el pecho aposentaba;  
Que los ojos, Rufino amigo, suelen  
Ser lenguas del amor, cuando la lengua  
Está atada por miedo ó por el tiempo.

## ESCENA XVII.

UN PAJE. — DICHOS.

PAJE.

Una dama, Señor, en una silla,  
Cubierta toda de bayeta negra,  
Aunque el traje y edad no es de viuda,  
Licencia aguarda para entrar á hablarte.  
Si mandas, entrará.

REY.

¿Ay, Rufino amigo!

El corazon me dice que esta es Celia,  
Que me viene á pedir el Conde preso,  
Por cuya pena viste negro luto. —  
Dile á esa dama que entre, que bien pue-  
Enriquecer mi alma con su vista. [de  
(Vase el paje.)

Rufino amigo, mucho quiere al Conde.

RUFINO.

¿Extraño sentimiento es el que hace!

REY.

¿Ah, Conde venturoso, que mereces  
Tanta lealtad de tan hermoso pecho!  
Un rey te envidia, y por tu humilde es-  
Trocara el suyo, y venturoso fuera. [tado  
Pues la suma riqueza deste suelo  
Es la beldad que á Celia ha dado el cielo.

## ESCENA XVIII.

LA DUQUESA, de luto. — EL REY,  
RUFINO.

DUQUESA.

Espejo y clara luz resplandeciente  
Del antiguo valor de tus abuelos,  
De quien eres divino descendiente;  
Rey, á quien dieron los eternos cielos  
El alma mas real y generosa  
Que cubrieron jamás humanos velos;  
Esta que ves, cual sombra lastimosa,  
A tus piés arrojada, es por su daño  
Del Conde preso la viuda esposa.

REY.

Tu funesto espectáculo es extraño,  
Señora Celia: ¿necesario ha sido  
Tan blancas tocas y tan negro paño  
Para vencer un hombre ya rendido  
A la hermosura vuestra, á quien me alle-  
Aunque sin luto, de dolor vestido? [go,  
Y cuando no estuviera yo tan ciego,  
¿Mi real palabra no bastara sola  
Para daros al Conde libre luego?  
Si en las necesidades se acrisola  
El oro de la fe, y aqueste ejemplo  
Os hace mas romana que española,  
Pedid á mi valor que os libre un templo:  
Seréis imagen de su altar divino,  
Porque os adoren como yo os contemplo.

DUQUESA.

No en balde vuestro nombre es peregrino  
De polo á polo, y vuestra cortesía  
Digna de un pecho de adoraros dino.  
¿A quién mejor el templo convenia  
Que á un rey que, de mil lauros adornado,  
Busca la paz, y guerra aborrecia?  
Preso como ladron, y maltratado  
El Conde, mi marido, en el castillo  
Conguardas tiene el Príncipe encerrado.  
Y es lo peor que su cruel cuchillo  
Ya dicen que amenaza su garganta:  
A vos le pido, Rey, á vos me humillo.

REY.

[branta,

Las piedras, cuanto mas hombres, que-  
Duquesa, vuestro llanto, y mueve á pena;  
Y mas, con mas razon, quien tiene tanta.  
Pero decidme: una amistad tan buena,  
Como seria daros libre al Conde,  
Y negando mi sangre por la ajena,  
¿Merece galardón?

DUQUESA.

Por vos responde

El mismo bien que pretendéis hacerme,  
Y el beneficio al premio corresponde.

REY.

A quien tan liberal quiere entenderme,  
No es necesario declararme tanto:  
Yo creo que esperaré favorecerme.  
Vé, Rufino, al castillo; y entre tanto  
Que el Principe no sabe lo que intento,  
Aunque á las guardas todas cause espanto  
Al Conde saca libre, y al momento [to,  
A mí y á Celia nos le trae.

RUFINO.

Ya parto.

(Ap. Agora se descubre el fingimiento.)  
De dar contento al Principe me aparto,  
Solo porque le tengas.

DUQUESA.

Es tan grande,

Que ya por los sentidos lo reparto.  
(Vase Rufino.) [de  
De hoy mas, Señor, tu majestad me man-  
Como á esclava que compra en este pun-  
[to,  
Pues es razon que con tus hierros ande.

REY.

¿Ay, Celia, que me tienes ya difunto!  
No te lames esclava, sino reina  
De un rey esclavo y de su reino junto.  
Para corona tus cabellos pena;  
Que en ellos caerá bien, pues es tan justo  
Que reine en reinos, quien en almas rei-  
[na.

DUQUESA.

Dispuesta estoy, Señor, para tu gusto,  
Si al Conde me das libre.

REY.

¿En eso dudas?

DUQUESA.

Mira que das al Principe disgusto.

REY.

Así, Duquesa, á mi remedio acudas,  
Como te trae Rufino libre al Conde.

DUQUESA.

Háblenme de placer las piedras mudas.  
(Ap. ¿Ah torre fuerte, que mi bien escon-  
Comhatida del agua que te baña!) [de,  
¿Adónde le hallaré? decid, adónde?  
(Vuelve Rufino.)

RUFINO.

¿Hase visto jamás crueldad tamaña?  
Hase visto rigor como el presente,  
En los cristianos límites de España?  
¿Oh Principe cruel! ¿Quién le consiente  
Al Principe tu hijo estas crueldades,  
Dignas de scitas é inhumana gente?



REV.  
¿Qué es aquesto, Rufino?  
RUFINO.  
Las maldades  
Del fiero Domiciano y de Ezzelino  
Mas parecen, Señor, antigüedades.  
Al Conde ha muerto el Principe.

REV.  
¿Qué me dices?  
Ah Rufino!

RUFINO.  
Que queda el Conde muerto.  
REV.  
¿Quién ha hecho tan grande desatino?

RUFINO.  
El Principe tu hijo.  
REV.  
¿Es cierto?  
RUFINO.  
Cierto.

DUQUESA.  
¿Ay misera de mí! ¿qué es lo que escucho?  
Salga mi alma al corazon abierto.

REV.  
Tenla; que se desmaya.  
RUFINO.  
Puede mucho  
La fuerza de un dolor.

REV.  
¿Conqué contrarios,  
Desesperado amor, batallo y lucho!  
¿Ah hijos, á los reyes necesarios,  
Y escándalo mil veces á los reyes,  
Bienes costosos, males ordinarios! [yes!  
¿Dichosos los que guardan pobres bue-  
¿Tristes de aquellos que vasallos guar-  
dan,  
Pues tienen mas rigor en otras leyes!  
Pues el dolor y mi desdicha tardan  
En acabar mi vida, no sospechen  
Que mis brazos se encogen y acobardan.  
Yo buscaré remedios que aprovechen  
Para morir con esta propia mano,  
Por mas que mis flaquezas lo desechen.  
¿Adónde tiene el Principe tirano  
Al Conde muerto, triste mensajero?

RUFINO.  
En la plaza del fuerte mas cercano.  
En una parte yace el cuerpo entero,  
Y en otra la cabeza destroneada  
Sobre un tapete negro.

DUQUESA.  
¿Ay triste! Muero.  
RUFINO.  
Sus ropas la acompañan y la espada,  
Que mas horrendo el caso pronostica.  
DUQUESA.  
¿Oh principe cruel! Oh mano airada!  
¿Ay alma hermosa! desde el cielo aplaca  
Tus divinos oídos á mi llanto.

RUFINO.  
¿Qué gran lealtad tu llanto significa!  
DUQUESA. [to,  
Aunque me cause el verte muerto espanta-  
A verte voy, porque en tu sangre envuelta  
Mejor pida justicia al cielo santo.

REV.  
Tenla.  
RUFINO.  
Espera, Señora.  
REV.  
Tenla.  
DUQUESA.  
Suelta.  
¿Justicia, cielos, deste rey tirano!  
(Vase.)

## ESCENA XIX.

EL REY, RUFINO.

RUFINO.  
En no aguardar razon está resuelta.

REV.  
¿Que no la detuvieras!  
RUFINO.  
Fuera en vano;  
Que va furiosa.

REV.  
¿Ah hijo inobediente!  
Abrase un rayo tu enemiga mano.  
Yo no sé qué me haga, ó cómo intente  
Remedio ya para mi mal, Rufino,  
Y para el alboroto de mi gente.

RUFINO.  
Para todo, Señor, habrá camino.  
Mas oye un poco; que tu hijo viene.

REV.  
Haría, si le viese, un desatino.

## ESCENA XX.

EL PRÍNCIPE.—Dichos.

PRÍNCIPE.  
¿Es verdad, mi señor, que tú mandabas  
Que soltasen al Conde libremente?

REV.  
¿A mis ojos parecen, fiero bárbaro!  
Quitate de mis ojos, mal nacido,  
Incapaz de llamarte hijo mio.  
Pues mira que te aviso y te prometo  
Que si estás en la corte y á mis ojos,  
Que la muerte que al Conde dar hiciste,  
Has de pagar con otra, y no con menos;  
Y agradece que luego no lo hago.  
Váenos, Rufino; deja ese eobarde.

PRÍNCIPE.  
Yo cumpliré, Señor, tu mandamiento.  
(Vase el Rey.)

## ESCENA XXI.

EL PRÍNCIPE, RUFINO.

RUFINO.  
Calla, Señor; que es cólera de padre.  
Mañana estará blando y amoroso.  
No te ausentes, sositégate.

PRÍNCIPE.  
No puedo.  
(Vase Rufino.)  
Determinado estoy, pues cielo y suelo,  
Amor, mi padre, Celia y mi fortuna  
Son contra mí y proeuran mi tormento,  
De no hacer resistencia ni pedirles  
El daño que me causan todos juntos.  
Iréme de la corte, y aun del mundo,  
Donde jamás las nuevas de mi muerte  
Puedan venirme, padre, pues la vida,  
Dejando á Celia, dejo ya perdida. (Vase.)

## ACTO TERCERO.

Bosque y vista exterior del molino.

## ESCENA PRIMERA.

EL PRÍNCIPE.

El cielo está cansado de sufrirme,  
Y yo de ir contra él no estoy cansado;  
Mi padre, reino y Celia me han dejado,  
Y yo no puedo dellos eximirme.

Mi pensamiento veo perseguirme,  
Y siempre estoy en él mas engollado;  
De la causa del daño me han echado,  
Y no veo camino por doirme.  
Estáme el bien llamando, y voy huyen-  
Y huye de mi alma quien yo sigo, [do,  
Pues me aborrece Celia, á quien yo amo.  
Quiero acabar con mi dolor muriendo;  
Y por darme la muerte cruel castigo,  
No me quiere matar, porque la llamo.

Con el ausencia pensaba  
Que el dolor se aplacaría;  
Por eso me desterraba;  
Mas la memoria portía,  
Y el pensamiento no acaba.  
Vuelvo, patria y padre, á verte,  
Pues el pesar y mi suerte  
Quiere que á esa mi homicida  
Le venga á dejar la vida  
En pago de darme muerte.  
¿Ah, si Valerio viniese,  
Para que de aquella ingrata  
Algunas nuevas me diese,  
Y de qué la corte trata!  
¿Ah, Valerio, si te viese!  
Que con ti descansaría  
Alguna parte del día,  
Si en mi puede haber descanso,  
Pues con el gusto me canso,  
Y me cansa el alegría.  
Porque aqueste fiel criado  
En mi peregrinacion  
Me ha seguido y amparado,  
Y ha sido el fuerte bordon  
Que siempre me ha sustentado.  
Mas ya siento entre estos robles  
Su voz, que con ecos dobles  
Todos los concavos suena.  
¿Oh consuelo de mi pena  
Y ejemplo de siervos nobles!

## ESCENA II.

VALERIO.—EL PRÍNCIPE.

VALERIO.  
¿He sido en venir pesado?  
PRÍNCIPE.  
¿Oh Valerio! bien venido  
Seas; ¿cómo te has tardado?

VALERIO.  
Y, lo que peor ha sido,  
De malas nuevas cargado.

PRÍNCIPE.  
¿Malas nuevas?  
VALERIO.  
Y harto malas.

PRÍNCIPE.  
¿Cómo así?  
VALERIO.  
Patios y salas  
De palacio hallé cubiertas  
De postas, que me hizo ciertas  
La fama con prestas alas.

PRÍNCIPE.  
¿De dónde vienen?  
VALERIO.  
De Francia.

PRÍNCIPE.  
Serán de poca importancia.  
Ya sé las nuevas que son;  
Pero están del corazon  
Una infinita distancia.  
¿Es eso del casamiento,  
Que de Francia se decía?

VALERIO.  
Y con tanto fundamento.  
Que mañana antes del día  
Sale el sol de tu contento.

¿Qué sol?

PRÍNCIPE.

VALERIO.

El de tu mujer,  
Que tu padre hizo traer,  
Y el de Francia te ha enviado.

PRÍNCIPE.

Pues será sol eclipsado,  
Porque no la pienso ver.

VALERIO.

Pues ¿qué sirve que te apartes,  
Si han despachado correos,  
Que te busquen por mil partes?

PRÍNCIPE.

Haz cuenta que esos deseos  
Nacieron, Valerio, en martes;  
Que pues él me desterró  
Cuando matarme intentó,  
No ha de hallarme cuando quiere;  
Y el que culpa no tuviere,  
Que se sufra como yo.

VALERIO.

Pues ¿qué ha pecado Madama,  
Que viene para tu esposa,  
Y como á esposo te ama?

PRÍNCIPE.

A Celia tengo por diosa,  
A Celia mi alma llama.  
Apártate del camino;  
Que sale deste molino  
Gente que baja á la presa.  
Estos son de la Duquesa:  
¿Cómo á sus piés no me inclino?

### ESCENA III.

EL CONDE, MELAMPO. — DICHOS.

MELAMPO.

Entra en el bosque, Martín;  
Que aquí me conviene hablarte.

CONDE.

¿No me dirás á qué fin?  
Pues no vienes á esta parte  
Sin pensamiento ruín.

MELAMPO.

Mal mi pasión adivinas,  
Si tal locura imaginas;  
Otro es el mal que me aloga,  
Y digalo aquesta sogá  
Y estas robustas encinas.

CONDE.

Dime, ¿qué quieres hacer?

MELAMPO.

Lo que quiero es que le digas  
A aquella ingrata mujer,  
Que al fin de tantas fatigas  
Aun no me quiere querer,  
Que pues veo que te ha dado  
El alma que me ha quitado,  
Dile que en este cordel  
Queda Melampo fiel  
Bien perdido y mal pagado.

CONDE.

Deja, loco; suelta, necio.  
¿Por eso quieres hacer  
Al cielo tanto desprecio,  
Y tras la vida, perder  
La joya de mayor precio!

MELAMPO.

Déjala.

CONDE.

Suéltala, digo.

MELAMPO.

No haces oficio de amigo.

CONDE.

Haréle de tal manera,  
Que me aborrezca y te quiera,  
Y á darte á Laura me obligo.

MELAMPO.

¿A Laura?

CONDE.

A Laura.

MELAMPO.

Esos piés  
Son dignos de aquesta boca.

CONDE.

La mano bastará pues.

MELAMPO.

La mano y el alma.

CONDE.

Toca;  
Que esa basta que me dés.

MELAMPO.

En fin, ¿que aborrecerás  
A Laura?

CONDE.

Pienso hacer mas;  
Que si me la traes aquí,  
Haré que te quiera á ti.

MELAMPO.

Lo que es imposible harás.  
Mas por verte aborrecella  
En mi presencia, yo voy  
A traella.

CONDE.

Ve por ella.

MELAMPO.

Contento y pagado estoy  
Solo en que te burles della. (Vase.)

### ESCENA IV.

EL PRÍNCIPE, VALERIO. — EL CON-  
DE, *distante de ellos.*

PRÍNCIPE.

¿No es ese, Valerio amigo,  
El molinero entonado  
Que, estando Celia conmigo,  
Entró á darme aquel recado?

VALERIO.

Dese cuento soy testigo.

PRÍNCIPE.

Pues lleguémosle á hablar:  
Quizá nos sabrá informar  
Del estado de mis cosas.

CONDE.

Desas carrascas hojosas  
Siento las ramas turbar.  
(Ap. Mas ¡ay! ¿Extraño accidente!  
Tengo al Príncipe presente,  
¿Y no me hiela el temor!)

PRÍNCIPE.

Dios os guarde, Labrador.

CONDE.

Bien venga la buena gente.  
¿Habeis errado el camino,  
O acaso teneis que hacer  
Algo en aqueste molino?

PRÍNCIPE.

No venimos á moler.

CONDE.

Bien molidos imagino.

PRÍNCIPE.

No lo adivináis muy mal;  
Que quien anda y nunca para,  
Parece al molino igual.

CONDE.

Bien se os parece en la cara  
Que sois hombre principal.

PRÍNCIPE.

Yo os he visto en otra parte.

CONDE.

Estaría de otro arte.

PRÍNCIPE.

No, sino de aquea suerte.

CONDE.

Así se espanta la muerte,  
Y la vida se reparte.

PRÍNCIPE.

Era en cas de la Duquesa.

VALERIO.

De Celia: ¿no la conoces?

CONDE.

Nuesama, por Dios, es esa.

PRÍNCIPE.

Y de quien lo dice á voces.

VALERIO.

Mas que le piden confiesa.

CONDE.

¿Sois vos tambien su criado?

PRÍNCIPE.

Soy un hombre que le adora,  
Y soy un cautivo herrado.

CONDE.

¡Oste, puto! ¿A mi señora?  
Vos saldréis descalabrado.

PRÍNCIPE.

Si tú supieras quién soy,  
Dirías que lo merezco.

CONDE.

Ya lo sé; que al diablo os doy:  
Y perdonad; que os ofrezco  
Por el enojo en que estoy.

PRÍNCIPE.

¿Quién soy?

CONDE.

Sois un engañado,  
Que os andáis embelesado  
Por quien jurara yo aquí  
Que me quiere mas á mí,  
Lleno de harina y salvado.

VALERIO.

Todos saben su rigor.

PRÍNCIPE.

¿Cuánto habrá que allá no fuiste?

CONDE.

De entonces acá, Señor,  
Sola una vez.

PRÍNCIPE.

Y esa, ¿viste  
Su divino resplandor?

CONDE.

Antes no resplandecía;  
Que un luto negro traía  
Por un conde que murió.

PRÍNCIPE.

Mas vivo está que no yo.

CONDE.

¡Miren qué bellaquería!

PRÍNCIPE.

¿Viste acaso á quien hablaba?

CONDE.

Con una carilamida,  
De un príncipe se quejaba,  
Que quitó á un conde la vida,  
Y socarrón le llamaba.  
Echábante maldiciones

Entre las dos á montones,  
Y para ayudallas bien  
A todas dije yo *amen*;  
Que digo las oraciones.  
Hoy que tengo de ir á vella  
Y llevalle cierta harina,  
Pienso hablar á su doncella  
Y pedirle esta doctrina  
Para salvarme con ella;  
Que aunque ya yo estoy salvado,  
No estoy bien asegurado;  
Que a fe que temblando estoy.

PRÍNCIPE. (*Ap. á Valerio.*)

Valerio, de vida soy,  
Después de estar enterrado.

VALERIO.

¿Cómo así?

PRÍNCIPE.

Yo fabriqué

El remedio mas seguro  
Que para hablalla tendré.  
En traje toco y oscuro  
Con este villano iré.

VALERIO.

¿Quiéreste hacer molinero?

PRÍNCIPE.

Eso mismo hacerme quiero,  
Y á su lado deste entrar,  
Adonde la pienso hablar  
Y decirle como muero.

VALERIO.

Agrádame la invencion.

PRÍNCIPE. (*Al Conde.*)

Buen hombre, ¿no harás por mí  
Cierta cosa?

CONDE.

Si es razon,

Yo os lo ofrezco desde aquí.

PRÍNCIPE.

Y yo esta en galardón.

(*Dale una cadena de oro.*)

CONDE.

¿Es de oro?

PRÍNCIPE.

De oro fino.

CONDE.

Por Dios, si yerro el camino,  
Que de hierro me la dais;  
Mas cuando me conozáis,  
Me daréis lo que adevino.

PRÍNCIPE.

Hoy á ver aquesta dama  
En traje de molinero  
Iré contigo.

CONDE.

¿A Duesama?

¿Guarda ahnora, al matadero!  
Eso alcahuete se llama.

PRÍNCIPE.

¿Tú no ves que es rectitud  
Hacer á un hombre amistad?

CONDE.

Tal os venga la salud;  
Que no es buena caridad  
Daros mi propia virtud.  
Pero porque estoy seguro  
Que callaréis como un muro,  
Id dese traje á mudaros;  
Que yo me ofrezco á llevaros.

PRÍNCIPE.

¿Ciertó?

CONDE.

Pues que yo lo juro...

PRÍNCIPE.

¿Que al fin harás que la vea?

CONDE.

¿Ya no te digo que sí?

PRÍNCIPE.

Pues alto, vamos de aquí;  
Que en esa primera aldea  
Habrá vestido.

VALERIO.

Sea así.

CONDE.

Vamos; que yo te aseguro  
Que con el traje, á lo oscuro,  
No te conozcan.

PRÍNCIPE.

Y en fin,

¿Quiéres?...

CONDE.

A fe de Martín.

PRÍNCIPE.

¿Ciertó?

CONDE.

Pues que se lo juro...

(*Vanse el Príncipe y Valerio.*)

## ESCENA V.

EL CONDE.

¿Hase visto jamás igual suceso?  
Hase visto desdicha semejante?

Mas no pienses, fortuna, que por eso  
A tus desdichas mudaré semblante;  
Que en Celiano ha de habertan pocos eso,  
Que conociendo al Principe se espante;  
Antes entiendo de su raro estilo  
Que le ha de herir, y por el mismo filo.

Solo de aquesto me resulta un daño,  
Y es estorbarme el bien que yo tuviera  
Hablando á Celia, y en el mismo engaño  
Que sus brazos toqué la vez primera.

¡Ah tiempo! á ti que toca el desengaño  
De cuanto encubre la mentira fiera,

El fuego de la fénix presto imita,  
Y aquesta vida muerta rescita.

Salga, que es justo, del villano traje  
Quien no nació de sangre de villanos;  
Reciba nuevo lustre mi linaje,  
Tocando á Celia sus divinas manos;  
No quieras que la espada tanto baje  
Destos pérfidos bárbaros villanos;  
Conténtate de ver, sin merecello,  
Su punta amenazando mi cabello.

## ESCENA VI.

LAURA, MELAMPO. — EL CONDE.

LAURA. (*A Melampo.*)

¿Aqui dices que quedó?

MELAMPO.

Aqui entre aquestas cartascas  
Estuvo oyendo mis basicas,  
Y sus desengaños yo.

LAURA.

Martín, ¿qué melancolia  
Es aquesta que te ha dado?

CONDE.

El haberte declarado  
El engaño que fingia.

LAURA.

¿Qué engaño?

CONDE.

Decir que amaba  
A quien siempre aborrecí.

LAURA.

¿Tú me aborreces á mí?

CONDE.

Y contigo me burlaba.

Dos años há que Melampo  
Te ha querido sin favor,  
Enterneciendo su amor  
Monte, molinos y campo.  
Este si que te merece,  
Y á quien es justo que pagues;  
Y no acaricies ni halagues  
Quien te engaña y aborrece.  
Movíome á desengañarte  
Ver que matarse intentó,  
Y que esta soga colgó  
De una encina por vengarte.  
Y así, ha podido conmigo  
Tanto su pena y tormento,  
Que le hice juramento  
De no verme mas contigo.  
Ya, Laura, yo te aborrezco:  
Créme, y quiere á Melampo,  
En cuyas prendas estampo  
Lo que yo de tí merezco,  
Porque no he de hablarte mas.

LAURA.

No menos me prometia  
La grande desdicha mia  
Que el galardón que me das.  
No quiero de tí quejarme,  
Ni dar á entender que siento  
Perder un hombre de viento,  
Que ha confesado dejarme.  
Quejome solo de mí,  
Que con engaño te amé.

CONDE. (*A Melampo.*)

¿Qué te parece?

MELAMPO.

No sé

Con qué pagarte.

LAURA.

¡Ay de mí!

Martín, que mejor dijera  
Martirio del pecho mio,  
Martillo de hierro frío,  
Que rompe un alma de cera,  
¿Posible es que eres tan duro,  
Que divides á los dos,  
Que me dejas?...

CONDE.

Si, por Dios.

LAURA.

¿Ciertó?

CONDE.

Pues que se lo juro...

LAURA.

¿Y que estás determinado?

¿Y que ya no me verás?

CONDE.

Ya no pienso hablarte mas;  
Pon en Melampo el cuidado.

LAURA.

¿Eso intentas, mármol duro?

CONDE.

No he de escuchar tus enojos,  
Por vida de ciertos ojos.

LAURA.

¿Ciertó?

CONDE.

Pues que se lo juro... (*Vase.*)

## ESCENA VII.

LAURA, MELAMPO.

LAURA.

Al fin el cruel se fué.

MELAMPO.

Aqui está quien te desea,  
Laura. ¿Quién habrá que crea  
Tu desengaño y mi fe?



¿No miras el desconcierto  
Que haces con él y conmigo,  
Pues dejas un cierto amigo  
Por un enemigo cierto?  
¿Por qué, ingrata, no me quieres,  
Pues que conoces mi amor?

LAURA.

(Ap. Para un hombre que es traidor  
Poco valen las mujeres;  
Mas pues este me dejó,  
No se ha de burlar de mí;  
No se venga en que perdi  
Por él lo que no estimó.  
Fingirme quiero contenta,  
Y á quien aconseja, amar;  
Que con un diestro olvidar  
El mejor come pimienta.  
El que mas presto olvidó,  
Si ve que se le da poco,  
Suele volver como loco  
A querer lo que dejó.)  
Melampo, ya yo deseo  
Dar remedio á tu pasión,  
Porque tu mucha afición  
Lo merece, cual lo veo.  
Habrá dos días ó tres  
Que mi padre me hablaba  
De que casarme trataba,  
Como ya tan viejo es;  
Y de Martín y de ti  
Me dijo que yo escogiese  
El que mas gusto me diese;  
Pero no le he dado el sí.  
Vé á mi padre, y di que quiero  
Que tú seas mi marido,  
Pues lo tiene merecido  
Tu fe y amor verdadero.  
Cree que tu bien procuro,  
Y el remedio de los dos.

MELAMPO.

¿Es de veras?

LAURA.

Sí, por Dios.

MELAMPO.

¿Cierto?

LAURA.

Pues que se lo juro...

MELAMPO.

Dame, mi bien, esa mano  
Por prendas de aqueste bien.

LAURA.

La mano y brazos tambien.

MELAMPO.

Amor, reviento de ufano.

LAURA.

Mi palabra te aseguro  
Que he de gozarte algun día.

MELAMPO.

¿Júraslo?

LAURA.

Por vida mía.

MELAMPO.

¿Cierto?

LAURA.

Pues que se lo juro...

(Vanse.)

—

Sala en la quinta de Celia.

## ESCENA VIII.

EL REY, LA DUQUESA, TEODORA.

REY.

Si, como aquí te ofrezco el alma mía,  
Mi reino y mi corona, todo el mundo  
Darte pudiera, es cierto que lo haria.

Solo en servirte y agradarte fundo  
Lo que merezco, lo que soy y valgo.  
Y en que quieras hacerme tu segundo.  
Jamás verás que de tu gusto salgo;  
Sin ti no tengo en nada mi persona;  
Por ti pretendo yo merecer algo.  
Sola es esta humildad la que me abona,  
Y la que puede enriquecer mi gusto,  
Si este amor, Celia, se me galardona.  
Un muerto conde no te dé disgusto;  
Pues se te ofrece un rey en lugar suyo,  
Recíbele por él, pues es tan justo.  
Mi reino, Celia hermosa, será tuyo;  
Todo ha de estar debajo de tus plantas:  
Aguardándote un sí, callo y concluyo.

DUQUESA.

Yo conozco, Señor, que me levantas  
Del polvo de la tierra á tu grandeza,  
Y me dispones á grandezas tantas.  
Mas desto se te sigue la bajeza  
De hacer á tu vasallo igual contigo;  
Lo que es para mi alma gran tristeza.  
Con todo esto, no replico y digo  
Cosa en contrario; mas decírte quiero  
Lo trates con mi padre, y no conmigo;  
Porque en aquestos términos espero  
Alegrarme, vestirme y componerme.

REV.

Vivo en tus ojos, en tu ausencia muero,  
Aunque no quieras, Celia, socorrerme;  
Y pues que la venida de mi nuera  
Será muy presto, por venir á verme,  
Yo parto á recibilla; y bien quisiera  
Que se hiciese la boda con contento.  
Dios sabe si por ti mejor la hiciera.  
En ti, Celia, estará mi pensamiento,  
En ti vivo y por ti: dame licencia,  
Pues que ya sabes lo que en partir siento.

TEODORA. (Ap.)

Y lo que ella aborrece tu presencia  
Lo sabe tambien Dios, y no lo sabes:  
Que al fin, amor añade y quita ciencia.  
Ya tiene de su pecho otro las llaves:  
No hallarás entrada.

REY.

¿Celia mía!

TEODORA. (Ap.)

Esfuerzo te dé amor para que acabes.  
Mientras mas se calienta, mas se enfria,  
Y apartarse de verla apenas osa,  
Y ella verle presente no querria.

REY.

¡Ay Celia de mi alma! Ay Celia hermosa!  
(Vase.)

## ESCENA IX.

LA DUQUESA, TEODORA.

DUQUESA.

¿Hay, Teodora, desdicha como aquesta?

TEODORA.

Estoy, Señora, helada y temerosa.  
Veo la voluntad del Rey dispuesta,  
Y veo al Conde que por ti padece,  
Y que de jalle es cosa manifesta.

DUQUESA.

Antes el sol, que agora resplandece,  
Se cierre con la noche, y en lo bajo  
Del suelo aquella estrella que amanece;  
Y en formas nuevas con igual trabajo,  
Fortuna avara mudará las cosas. [Tajo.  
Mezclando al Ebro el Duero, el Nilo al  
Que el Conde y sus pasiones amorosas  
Se horren de mi alma eternamente,  
A pesar de sus manos rigurosas.  
Porque el perfecto amor no me consiente  
Que á nadie quiera, pues al Conde quie-  
[ro;

Y cuando hacerme fuerza el Rey intente,  
Todo es morir, y moriré primero.

## ESCENA X.

EL PRÍNCIPE, de villano, con un costal  
al hombro, y EL CONDE con él.—  
DICHAS.

CONDE.

No tengáis miedo, Pascual,  
Que se enoje la Duquesa;  
Que no me quiere tan mal.

PRÍNCIPE.

¡Oh hi de puta, cómo pesa!  
Ofrezco al diablo el costal.

DUQUESA.

¿Qué es esto?

TEODORA.

Los molineros.

DUQUESA.

¿Era ya tiempo de veros?

CONDE.

Deténgase su merec:

¿No ve que la ensuciare  
Con los nuevos compañeros?

DUQUESA.

Pues, Martín, ¿acompañado?

CONDE.

No lo he podido estorbar,  
Por mas que lo he procurado.

DUQUESA.

Ya no te quiero abrazar.

CONDE.

Por vos, Pascual, se ha enojado.

PRÍNCIPE.

¡Hola, Martín!

CONDE.

¿Qué me quieres?

PRÍNCIPE. (Ap. al Conde.)

Que pues que su amigo eres,  
Te allegues cerca, y le digas  
Quien soy.

CONDE.

A mucho me obligas;

Empero no desesperes;  
Que yo llegaré en secreto,  
Y diré que eres un hombre  
Que la adora; y en efeto  
Servirá saber tu nombre.

PRÍNCIPE.

Que lo sabe te prometo.

Pero háblala después:

Dile que el Príncipe es,

Y que la quiere hablar.

CONDE.

Pues mira, deste lugar  
No pienses mudar los piés;  
Que yo llegaré por ti,  
Y tu nombre le diré.

PRÍNCIPE.

No me moveré de aquí;  
Hecho una piedra estaré.

CONDE.

Aguárdate, y fía de mi;

Que nadie mejor desea

Que bueno el suceso sea

Destas cosas en que andamos.—

Pues, nuesama, ¿cómo estamos?

DUQUESA. (Ap. al Conde.)

Mi conde, ¿quién esto crea?

Dime, ¿no es este traidor

El Príncipe?

CONDE.

Sí, Señora,

Ya sabeis que os tiene amor.

DUQUESA.

¿Qué es esto, Próspero, agora?

CONDE.

Habla bajo y sin temor;  
Que este traidor me ha buscado  
Para venir disfrazado,  
Viéndome aquí el otro día;  
¿Sábelo Dios, Celia mía,  
Si yo lo tengo llorado!  
Pero al fin, no puedo mas,  
Y le traigo á que te hable.

DUQUESA.

¿Quién lo creyera jamás!

CONDE.

Es mi fortuna mudable.

DUQUESA.

Dime, mi bien, ¿cómo estás?

CONDE.

En viéndote, bueno y sano.

PRÍNCIPE. (Ap.)

¡Oh lo que tarda el villano!

DUQUESA.

Yo estoy sin verte perdida.

CONDE.

Ponte delante, mi vida,  
Y tomaréte la mano.

DUQUESA.

Vesla aquí.

CONDE.

Besalla quiero.

PRÍNCIPE. (Ap.)

¡Lo que tarda el molinero!

DUQUESA.

Con el contento de verte  
Se me olvida de mi muerte.

PRÍNCIPE. (Ap.)

Ya de esperar desespero.

CONDE.

¿Cómo es esto?

DUQUESA.

Que estoy loca  
De ver que el Rey quiere hacer  
(Tanto el amor le provoca)  
Suya propia tu mujer.

CONDE.

¿Eso tomas en la boca?

DUQUESA.

En esta locura ha dado;  
Pero no te dé cuidado  
Que el Rey haga, aunque mas valga,  
Que el Conde que adoro salga  
Del pecho que le ha guardado.

CONDE.

Eso creo yo muy bien  
De tu amor.

DUQUESA.

Y del desden  
Que le muestro á causa tuya.

CONDE.

Esto, mi bien, se concluya,  
Por este traidor tambien.

DUQUESA.

En fin, ¿le he de hablar aquí?

CONDE.

Conviene, Señora, así. —  
Llegad, Pascual; que por Dios,  
Que he negociado por vos  
Lo que no hiciera por mí.

PRÍNCIPE.

¿Conóceme, Celia hermosa?

DUQUESA.

¿Parécete justa cosa,

Loco Príncipe, y debida  
A una dama recogida,  
Esta invencion vergonzosa?  
Si aquí fueras conocido,  
¿Podieras darme la fama  
Que en este tiempo he perdido,  
Mientras que no soy tu dama,  
Ni tú mi propio marido?  
Deja ya las mocedades;  
Que si va á decir verdades,  
Eres mas loco que cuerdo.

PRÍNCIPE.

Quando ves que el seso pierdo,  
¿Con razon me persuades?  
Yo conozco que estoy loco,  
Y que nace esta ocasion  
De solo tenerme en poco;  
Que priva de la razon  
La pena á que me provoco.  
¿Qué esperas del Conde muerto?  
¿Tú no ves que es desconcierto  
Amarle con tal pasion?  
¿Es de piedra el corazón?  
¿Tienes diamante encubierto?  
Ya la tierra le aprisiona:  
¿De qué sirve voces dalle,  
Ni maltratar tu persona?  
¿Pienzas de resucitalle  
Como hace la leona?  
Piensa, Celia, que jamás  
Le verás vivo.

DUQUESA.

No estás

En eso engañado poco;  
Yo le veo vivo y toco,  
Y pienso gozarle mas;  
Que dentro de mi sentido,  
Para gozalle en el cielo,  
Tengo á Próspero esculpido.

PRÍNCIPE.

¡Oh pecho de fuego y hielo,  
Y de un fiero áspid ceñido!  
¿Muerto el Conde, me aborreces?

DUQUESA.

Y tanto te desvaneces,  
Que aun vivo se representa,  
Y me está tomando cuenta  
Del hablarte tantas veces.  
Presente le tengo, digo.

CONDE.

Príncipe, ya ¿no te cansas?

PRÍNCIPE.

Por arduo camino sigo.  
Muerte, ¿que no me descansas  
Deste dolor enemigo?

CONDE.

Ea, señora nuesama,  
Sed menos brava por Dios,  
Y amad un hombre que os ama.

DUQUESA.

¿Y sabeis, villano, vos,  
Si le conviene á mi fama?  
¿Podeis vos darme licencia,  
Si casada me procura  
Otro marido en presencia?

CONDE.

¿Soy yo papá por ventura?  
¿No es aquesa impertinencia?

DUQUESA.

¿Parécete que tal ha sido  
Querer al primer marido?

PRÍNCIPE.

Si es muerto, aguardad que venga.

DUQUESA.

No se os dé nada que tenga  
Mi amor trocado el vestido.

CONDE.

Par Dios, Pascual, yo no veo  
Remedio, si ella os desama.

PRÍNCIPE.

Ni lo tendrá mi deseo.

## ESCENA XI.

LERIDANO. — DICHO.

LERIDANO.

Bien dirá agora nuesama  
Que vengo por jubileo.

CONDE.

¡Ah nuesamo! ¿Que acá estáis?

LERIDANO.

Dadme, Señora, esos piés.

DUQUESA.

Casero, con bien vengaís,  
Aunque ya se pasa un mes  
Que en esta casa no entráis.  
¿Cómo está el molino?

LERIDANO.

Bueno,  
Que siempre besa sus manos.  
Casa, huerta y jardín lleno  
De mil alhelies tempranos,  
Con todo su campo ameno;  
Mil almendros florecidos,  
Con los pimpollos cubiertos,  
De blanco y nácar vestidos,  
Tienen los ramos abiertos.  
Que penetran los sentidos.  
Váyase su señoría  
Por allá, si gusta, un día;  
Que la habemos menester.

DUQUESA.

¿Hay en qué haceros placer?

LERIDANO.

Desposó una hija mía.

DUQUESA.

¿A Laura?

LERIDANO.

A Laura, Señora.

DUQUESA.

¿Y con quién?

LERIDANO.

Con un garzon  
Que há dos años que la adora.

DUQUESA.

Digo que es justa razon.  
Madrina soy desde agora.  
Mañana voy al molino,  
Tened bien puesta la huerta.

LERIDANO.

Ella con su olor divino  
Hasta las flores despierta,  
Y las tiende en el camino.

DUQUESA.

¿Irás conmigo, Teodora?

TEODORA.

Será muy cierto, Señora;  
Es mi propio beneficio.

LERIDANO.

¡Hágame aqueste servicio.

CONDE.

Contento estaréis agora.

LERIDANO.

¿Quién es aqueste zagal?

CONDE.

Un amigo de mi tierra.

LERIDANO.

En aquesta ocasion tal,  
Martín, el odio destierra.

Si á Laura no quieres mal,  
Romper tienes los zapatos.

CONDE.

Todos bailamos á ratos,  
Y mas con esta madrina.

LERIDANO.

¿Diste cuenta de la harina?

CONDE.

Servid á viejos ingratos.

LERIDANO.

¿Has llevado las carretas?

CONDE.

Bien nos podemos volver;  
Bien lo hacen las muletas.

LERIDANO.

¿Gran boda!

CONDE.

Pienso romper  
Seis pares de castañetas.  
(*Vanse.*)

Vista exterior del molino.

### ESCENA XII.

LA PRINCESA, ALBERTO, ACOM-  
PAÑAMIENTO.

ALBERTO.

¿Qué os parece, Madama, desta tierra?  
¿No os da contento su agradable vista,  
Las plantas della fértiles y bellas,  
Tanta diversidad de fruta y árboles?  
¿No os admirais de ver tanta grandeza?

PRINCESA.

Todas las cosas de la noble España  
Me agradan por extremo; que no es poco  
Para quien deja en Francia su regalo,  
Sus padres, sus abuelos y parientes.

ALBERTO.

Huelgo que bien os haya parecido,  
Pues es forzoso que vivais en ella.

PRINCESA.

En extremo, Señor, estoy confusa  
De ver que hasta la corte hemos llegado,  
Sin que nadie nos haya recibido,  
Ni el Príncipe. No sé cuál sea la causa.

ALBERTO.

No os cause aquesto, Flor de Lis, disgus-  
Que ha sido la venida de secreto, [to]  
Y puede ser que no lo haya sabido;  
Si ya no fuese caso que ocupado  
Esté en cosa que importe, y que no pue-  
La causa se sabrá bien presto. Hola, [da.  
Marcha á la corte... Mas ¿qué gente es es-  
[ta?

### ESCENA XIII.

EL REY, RUFINO. — DICHOS.

REY.

Haced que lleguen luego esa carroza,  
Para que á la ciudad volvamos juntos.

PRINCESA.

Déme tu majestad tus piés.

REY.

Mis brazos  
Os daré, mi Madama, con gran gusto,  
Y mi hijo tambien.

PRINCESA.

Esclava vuestra; [cia,  
Que vengo como en prendas desde Fran-  
de la amistad que el Rey mi padre os de-  
REY. [bc.

La discrecion á la hermosura iguala.

En todo os hizo peregrina el cielo.  
¿Cómo ha venido la Princesa, Alberto?

ALBERTO.

El mar le hizo, Señor, algunos dias  
El mal alojamiento que ella suele;  
Mas, gloria al cielo, no fué nada todo.

REY.

Espantada estaréis, Madama hermosa,  
Que el Príncipe no salga á recibiros;  
Mas pensando que fuera la venida  
Por tierra, por la posta fué á buscaros.  
Mas dentro de dos dias tendrá aviso,  
Y dará vuelta, con deseo y gana  
De recibir aquesos dulces brazos.

PRINCESA.

Pésame á mí que mi señor el Príncipe  
Sin causa haya tomado este trabajo;  
Mas bien se vengará de nuestra burla  
Con el deseo y gana de esperallo.  
(*Habrá ruido dentro diciendo: Para,*  
para.)

REY.

¿Qué gente es esta que camina al bosque,  
Rufino amigo?

RUFINO.

Aquestos son criados  
De la duquesa Celia, que esta tarde  
Se ha venido á aquestas caserías  
A ser madrina de una boda rústica  
De una hija de aqueste molinero.

REY.

Y di, ¿será capaz aquesta casa  
Esta noche de tan honrados huéspedes?

RUFINO.

Ya entiendo al blanco, gran Señor, queti-  
Y digo que la casa basta y sobra [ras,  
A aposentar doblada gente en ella.

REY.

Pues alto; huésped tiene la Duquesa,  
Y esa boda mejor de padrino.  
Haz que nos traigan de la corte presto  
Lo necesario para aquesta noche,  
Porque con otras fiestas mas solemnes  
Madama Flor de Lis entre en mi corte.

RUFINO.

Apercibida tienes la carroza;  
Venga tu majestad.

REV.

Venid, Princesa,  
Donde descansaréis aquesta noche,  
Y mañana dará lugar el día  
Para poder serviros con contento.  
(*Vanse, y queda Rufino solo.*)

RUFINO.

Extraño es el pensamiento  
Del Rey en quedarse aquí;  
Pero está lejos de sí,  
Y cerca de su tormento.  
Por gozar á la Duquesa,  
Sin quien no puede vivir,  
Quiere en el campo dormir  
Con la madama francesa.

### ESCENA XIV.

EL PRÍNCIPE y EL CONDE, de labra-  
dores. — RUFINO.

PRÍNCIPE.

Grande alboroto he sentido,  
Martin, hacia nuestra casa;  
Dicen que la infanta pasa  
Que desde Francia ha venido.

RUFINO.

¿Ah molineros!

CONDE.

¿Quién llama?

RUFINO.

¿Cuándo viene la Duquesa?

CONDE.

Por esa senda atraviesa.

RUFINO.

Madrina teneis de fama.

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

Este es Rufino, criado  
Del Rey: quiérome esconder.

RUFINO.

¿Cuándo la boda ha de ser?

CONDE.

Ahora está concertado.

RUFINO.

A hablar la Duquesa voy;  
Quedad con Dios.

CONDE.

Él os guarde.

(*Vase Rufino.*)

### ESCENA XV.

EL PRÍNCIPE, EL CONDE.

CONDE.

¿De qué estuviste cobarde?

PRÍNCIPE.

De que este sabe quien soy.  
Oye.

CONDE.

¿Qué quieres?

PRÍNCIPE.

Martin,  
¿Adónde viene esa gente  
Del Rey?

CONDE.

Si pasa la puente,  
Irá de Celia al jardín.

PRÍNCIPE.

Dices la verdad, por Dios;  
Que el Rey y su nuera van  
A la huerta.

CONDE.

Y dormirán  
Esta noche allí los dos;  
Que aquí se ha de ver su intento.

PRÍNCIPE.

Huélgome; que disfrazado  
Veré la mujer que han dado  
Al Príncipe en casamiento.

CONDE.

Es buena imaginación  
Esa que el Príncipe tiene.

PRÍNCIPE.

Martin, la Duquesa viene.

CONDE.

Ella y Leridano son.

### ESCENA XVI.

LA DUQUESA, LERIDANO. — DICHOS.

DUQUESA.

¿Que en esta huerta se entró  
Sin licencia el Rey?

LERIDANO.

Y quiere

Dormir en ella.

DUQUESA.

Si fuere  
Mi gusto y lo quiero yo.

LERIDANO.

El huésped, Señora, es tal,  
Que obliga á darle la huerta.



DUQUESA.  
¿Quién es el que está á la puerta?

LERIDANO.  
Martin, Señora, y Pascual.

DUQUESA.  
Pues, Martin, ¿y todavía  
Sois de Pascual compañero?

CONDE.  
Después que soy molinero,  
Me muele de noche y día.

DUQUESA.  
Pues sois molinero, amor,  
Y sois moledor.

PRÍNCIPE.  
Yo creo  
Que te muele mi deseo,  
Y endurece mi dolor.

DUQUESA.  
¿No puede hacerse la boda  
Sin Pascual, señor Martin?

CONDE.  
Es un grande bailarín,  
Viene a revolvella toda.

DUQUESA.  
Si él la piensa revolver,  
Dentro habrá quien le castigue.

PRÍNCIPE.  
Ya no hay cosa que me obligue  
A dejarte de querer.  
Mas pues ya soy molinero,  
Y no te ablandó jamás,

Moler tengo hasta no mas  
Aquese pecho de acero;  
Que por mas que piedra seas,  
Es molino de diamante  
La firmeza de un amante  
A quien la muerte desear.

DUQUESA.  
Si tú la diste también,  
¿Qué mucho quererte mal?

PRÍNCIPE.  
Moler tengo pedernal  
Con agua de tu desden.

LERIDANO.  
El Rey viene.

PRÍNCIPE.  
Aquí me aparto;  
Que quiero ver la Princesa. *(Apártase.)*

### ESCENA XVII.

EL REY, LA PRINCESA.—EL PRÍNCIPE,  
LA DUQUESA, EL CONDE Y LERIDANO.

REY.  
Quiero tanto á la Duquesa,  
Que á recibilla me parto.

DUQUESA.  
Beso vuestros piés supremos  
Y á vos, señora Madama:  
Por mi vida, que sois dama  
De peregrinos extremos.

PRINCESA.  
Soy yo muy vuestra criada.

REY.  
A lo menos no diréis  
Que en esto no me debeis  
Quedar, Duquesa, obligada,  
Pues que vengo á ser padrino,  
Sabiendo que sois madrina.

DUQUESA.  
De merced tan peregrina  
Hallo mi valor indino.

PRÍNCIPE. *(Ap.)*  
No es fea la francesa;lla;  
Obliga á tenelle amor.

DUQUESA.  
Es esa merced. Señor,  
Para el mejor de Castilla.  
Y el ser padrino conmigo  
Donde la Princesa está,  
Injusta cosa será;  
Solo á serviros me obligo.  
Ella será la madrina  
Con vos, y yo os serviré.

REY.  
En nada contradiré  
Lo que Celia determina.

PRINCESA.  
A fe que dichosos fueron  
Los señores desposados;  
Que padrinos tan honrados  
Pocos reyes los tuvieron.

DUQUESA.  
Mi señor el Rey ha sido  
De quien yo recibo honor.

PRÍNCIPE. *(Ap.)*  
Cobrándole voy amor.  
Harto bien me ha parecido.

REY.  
Duquesa, haced que veamos  
Los novios, y tratémos  
De que aquí los desposemos,  
Y buen agüero tengamos;  
Que esta su boda lo es  
De alguna que hacer espero.

DUQUESA.  
*(Ap. Acá se siente el agüero  
Para tu gusto al revés.)*  
Pues alto, casero amigo,  
Y vos, Martin, allá entremos,  
Y los novios sacaremos  
Para que vengan conmigo;  
Y mirad que habeis de hacer  
Cierto negocio por mí.

LERIDANO.  
Haré, Señora, por tí  
Cualquier cosa.

DUQUESA.  
Así ha de ser.  
*(Vanse todos, menos el Príncipe.)*

### ESCENA XVIII.

PRÍNCIPE. *(Ap.)*

Considero tan sin pena  
A aquesta hermosa dama,  
Que con gran razon se llama  
Flor de lirio y azucena.  
Aquí sí que mis cuidados  
Y amorosos desatinos  
Por tan honrados caminos  
Serán mas bien empleados.  
¿Mal haya el tiempo que amé  
La ingrata que me aborrece!  
Mujer sin fe no merece  
Que nadie la tenga fe.  
Princesa del alma sola,  
Este es el Príncipe, este es:  
Serás ahora y después  
Mi princesa y española.  
Aquí estoy arrepentido  
Del tiempo que me engañó:  
No flores mi ausencia, no;  
Que aquí tienes tu marido.

*(Vase.)*

Huerta del molino.

### ESCENA XIX.

LA DUQUESA, *embozada y vestida á lo villano*; LERIDANO y LOS DESPOSADOS y EL CONDE *con alguna GENTE, y salen cantando los del molino*; EL REY, LA PRINCESA, EL PRÍNCIPE.

*(Cantan.)*  
*Esta novia se lleva la flor,  
Que las otras no.  
Bendiga Dios el molino  
Que tales novias sustenta;  
Mueta sa harina sin cuenta  
A costa de tal padrino.  
Estas muelen de lo fino  
Del trigo, que muele amor;  
Que las otras no.*

REY.  
¡Muy bueno es esto por Dios!  
¡Gentil agüero y fortuna!  
¿Esta novia no era una?  
¿Cómo agora vienen dos?

LERIDANO.  
Eran almendras partidas  
Las que estas huertas eraban;  
Que en una cáscara estaban  
Dos desposadas metidas.  
Melampo y Martin se casan  
Con las dos que son mis hijas,  
Pues honras y regocijas  
La boda.

REY.  
¿Qué cosas pasan!  
Este villano es discreto,  
Y viendo que soy padrino,  
No halla mozo en el molino  
Que no le case en efeto.

LERIDANO.  
En fin, Señor, ¡que gustais  
Que se hagan estas bodas  
Con gran alegría todas!

REY.  
Y otras muchas que traigais.  
MELAMPO.

¿Vuestra palabra real  
Obligais, justo ó injusto,  
Be no recibir disgusto?

REY.  
En mi vida he visto tal.  
Digo que sí.

LERIDANO.  
Esto es hecho.  
Venga un clérigo que os case.

REY.  
Mirad si hay álguien que pase;  
Que le casaréis sospecho.  
Pero llamadme primero  
La Duquesa; que sin ella  
No es bien hacerlo.

LERIDANO.  
Por ella  
Voy como un viento ligero.  
*(Destápase la Duquesa.)*

REY.  
¿Qué es lo que mis ojos ven?

DUQUESA.  
A Celia con su marido.  
Rey, la palabra te pido.

REY.  
¿Este es el Conde?

DUQUESA.  
También.  
CONDE.  
El conde Próspero soy,

Que humilde estoy á tus piés;  
Que vida ó muerte me des,  
Humilde á tus piés estoy.  
En este traje he vivido,  
Huyendo el fiero rigor  
Del Príncipe mi señor,  
A quien también perdon pido.

REY.

¿Quién es aqueste villano?

PRÍNCIPE.

Tu hijo soy, que á tus plantas  
Pido de mis culpas tantas,  
Señor, tu perdon y mano.  
Aunque estoy en este traje,  
En que mi enojo me puso,  
Con la Duquesa me excuso  
De mi fingido viaje.  
Todo, Señor, fué fingido,  
El Conde muerto y mi ausencia;  
Que cerca de tu presencia  
En este traje he vivido.  
Perdonad, esposa mia,  
Y dadme esa mano y brazos.

PRINCESA.

De vuestra esclava son lazos,  
Que los doy desde este día.

REY.

Estoy de manera mudo,  
Que no sé qué responder;  
Y entre el pesar y placer  
Lo que estoy mirando dudo.  
¡Ah, Celia, mucho has sabido!

DUQUESA.

Hazañas fueron, Señor,

De mujer que tiene amor.

REY.

Paciencia: engañado he sido.  
Todos os habeis casado.  
Gozad vuestra mocedad;  
Que bien veo que mi edad  
Se excusa dese cuidado.

LAURA.

¡Ah señor Conde!

CONDE.

¡Ah Señora!

LAURA.

¿Érades vos el galán  
Que tanta pena y afán  
Suele dar á quien le adora?  
¿Erais vos aquel perjuro  
Contra la fe de los dos?

MELAMPO.

¿No lo has visto?

CONDE.

Si por Dios.

LAURA.

¿Cierto?

CONDE.

Pues que se lo juro...

LAURA.

Basta, que burla de mí.

REY.

Desde hoy los molineros  
Se tengan por caballeros.

MELAMPO.

En mi macho me lo fui.  
De comer, Señor, procuro,  
Que es la perfecta hidalguía.

REY.

Renta os doy desde este día.

MELAMPO.

¿Cierto?

REY.

Pues que se lo juro...

CONDE.

Piedra de mi fuerte muro,  
Sabed que ya vuestro soy.

DUQUESA.

Yo, Señor, mi mano os doy.

CONDE.

¿Cierto?

DUQUESA.

Pues que yo lo juro...

REY.

Yo lo mismo os aseguro;  
Y así entrarnos bien podemos  
Donde el casamiento haremos.

LAURA.

¿Cierto?

DUQUESA.

Pues que yo lo juro...

CONDE.

Yo fui dichoso con tino,  
Pues que mi mal se remedia.  
—Y aquí acaba la comedia,  
Gran senado, del *Molino*.





# EL DÓMINE LÚCAS,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO;

DIRIGIDA A JUAN DE PIÑA, SECRETARIO DE PROVINCIA Y SU MAYOR AMIGO.

SIRVIENDO al excelentísimo señor don Antonio de Toledo y Beamonte, duque de Alba, en la edad en que pude escribir

La verde primavera  
De mis floridos años,

oí contar alguna parte desta fábula, de cuyos principios habia sido testigo; dando por autor de su verdad, si tiene alguna, á un caballero valenciano, por apellido Borja, por ánimo Alejandro, y por valentía de su persona otro español Alcides: aficionéme al suceso, porque ya lo estaba al caballero que digo, y escribirla en el estilo que corria entonces; halléla en esta ocasion pidiendo limosna como las demás, tan rota y desconocida cual suelen estar los que salieron de su tierra para soldados con las galas y plumas de la nueva sangre, y vuelven después de muchos años con una pierna de palo, medio brazo, un ojo menos, y el vestido de la municion sin color determinada: hice por corregirla, y bien ó mal, sale á luz con el nombre del mayor amigo. Saben muchos que lo es vuesa merced, y seria cansada la disculpa de no ofrecerle cosas mayores, mas dignas de su ingenio; pero muchas veces no dan los hombres á lo que aman las cosas de mas precio, sino las que mas estiman. Tenia yo en la memoria esta comedia por las causas que refiero, y porque representándola Melchor de Villalba, hombre que en su profesion no tuvo quien le precediese, ni habemos conocido quien le igualase, era por aquellos tiempos de las bien escuchadas, como ahora se dice por las mujeres *de las bien prendidas*; y así, la quise poner en esta parte entre otras de mas consideracion, no sé si de mas gusto, y dedicándola al nombre de vuesa merced, calificarla léjos de toda lisonja, que en tantos años de amor fuera locura; y mas añadiendo á las amistades recebidas tantas obligaciones, que solo le ha faltado á vuesa merced haber escrito la mitad de mis versos, porque en las elecciones, disposiciones y pensamientos siempre le he debido la mejor parte, y con su consejo, puesto en el papel con menos miedo la pluma; que no quieren las cosas del ingenio ser menos comunicadas que los edificios que se fabrican, si han de acertarse, mayormente deste género en que se ha de agradar á tanta diferencia de entendimientos, dificultad mayor que la de los pintores, donde repara mas el vulgo en la alegría de las colores que en la simetria de las figuras. En tres partes dividió Plutarco la amistad; que á mi parecer ninguno con mas claridad y acertamiento. Para amar los amigos, dijo que era necesario buen juicio (aquí entiendo en el escogerlos), deleite en el conversarlos, y seguridad de su ánimo en las necesidades que se ofreciesen: todas tres partes he hallado en vuesa merced confirmadas en tantas ocasiones, que como este amor comenzó á los principios de la vida, tendrá la misma fuerza hasta los últimos fines de su término; pudiendo decir, como Paulino á Ausonio:

*Et cum solutus corporali carcere,  
Terraque prolabero,  
Quo me locarit axe communis Pater,  
Illic quoque te animo geram.*

Y donde quiera que esté  
Mi espíritu, libre ya  
De la cárcel en que está,  
Vivo en él te llevaré.

*Amigo y capellan de vuesa merced,  
LOPE DE VEGA CARPIO.*

# EL DÓMINE LÚCAS.

## PERSONAS.

FLORIANO, *estudiante, galan.*  
ALBERTO, *estudiante, galan.*  
FULGENCIO, *viejo.*

LUCRECIA, *dama.*  
LEONARDA, *dama.*  
ROSARDO, *galan.*  
DECIO, *capigorrón.*

FABRICIO, *galan.*  
DORISTO, *villano.*  
LAVINO.  
NEBRO.

LISANDRO, *corregidor.*  
PLÁCIDO, *escribano.*  
UN MESONERO.  
DOS PAJES.  
CRIADOS.

*La acción pasa en Alba de Tórmes y en un cortijo.*

## ACTO PRIMERO.

Calle en Alba de Tórmes, con vista de la casa de Fulgencio.

### ESCENA PRIMERA.

FABRICIO, ROSARDO, FULGENCIO,  
LUCRECIA, LEONARDA; DOS PAJES,  
*con hachas.*

FABRICIO.  
¡Extremada fiesta ha sido!

ROSARDO.  
¡Bravo toro!

LEONARDA.  
Aquí le temo.  
¿Y las suertes?

FABRICIO.  
Por extremo.—  
Y mas la que yo he tenido.  
*(Aparte á ella.)*

LUCRECIA.  
¡Vos, Fabricio! ¿En qué?

FABRICIO.  
En miraros,  
Acompañaros y veros.

LUCRECIA.  
No puedo aquí responderos.

FABRICIO.  
Ni yo dejar de obligaros.—  
¿Qué os parece deste día,  
Señor Fulgencio?

FULGENCIO.  
Que está  
Alba diferente ya  
De lo que en mi edad solia;  
Que por mi fe, que á esta fiesta  
Vi toda una corte aquí,  
Y que aquesta plaza vi  
Mas adornada y compuesta.

ROSARDO.  
¿Mas que la corte?

FABRICIO.  
Sin duda;  
Que lo fué la que algun día  
El viejo Duque tenia.

FABRICIO.  
El tiempo lo acaba y muda:  
Fué hombre de gran valor.

FULGENCIO.  
No menos esta Alba espera  
Cuando amanezca en su esfera  
El sol de tal sucesor;  
Que yo, con esta vejez,  
Pienso esperar con fiado  
De que aquel siglo dorado  
Ha de volver otra vez.—  
¿Que hoy no ha podido la fama  
Sacar de su olvido fiero  
A la plaza un caballero,  
Ni á la ventana una dama?

FABRICIO.  
Si es por hacernos afrenta  
A mi y á Rosardo, advierte  
Que no pongas desuerte  
Tu hija y sobrina en cuenta;  
Que ellas solas en el suelo  
*(Que en otra parte es error)*  
Dan mas luz y resplandor  
Que el sol y luna en el cielo.

ROSARDO.  
Por Dios, que yo no salí  
Por estar mi overo manco,  
Dejando una suerte en blanco,  
Que á una negra prometí.  
Y de Fabricio yo sé  
Que por eso lo dejó;  
Porque, no saliendo yo,  
A no salir le obligué.

FABRICIO.  
Yo tenia mis jaeces  
En Salamanca prestados,  
Y estábamos disculpados  
Saliendo otras muchas veces.  
Pero yo juro enmendallo,  
Ofreciéndose ocasión.

FULGENCIO.  
¿Que hoy no saliese un rejon,  
Ni un hombre solo á caballo!  
Cierto que os he de reñir,  
Pues no salir causa fué  
Que un forastero y á pié  
Pudiese hacer y decir.

LUCRECIA.  
¿Decís por el estudiante  
De Salamanca?

FULGENCIO.  
¿Pues quién?

LUCRECIA.  
Bien anduvo.

ROSARDO.  
Anduvo bien;

Pero es un poco arrogante.  
Y no fué solo; que habia  
Otros valientes con él.

FULGENCIO.  
Ya por ellos y por él  
Fué regocijado el día.—  
A casa habemos llegado:  
Si entrar no quereis, adios.

FABRICIO.  
Quede, Fulgencio, con vos,  
Aunque me habeis agraviado.

ROSARDO. *(Ap. á Leonarda.)*  
Mi bien, ¿cuándo podré veros?

LEONARDA.  
Que lo deseo creed.

FULGENCIO.  
¡Hola! esas hachas volved  
Con aquestos caballeros.

*(A los dos pajes.)*

FABRICIO.  
Eso no habeis de mandar.

FULGENCIO.  
Irán sin duda.

ROSARDO.  
Eso no:  
No he de llevar hacha yo.

FABRICIO.  
Ni yo la puedo llevar.

FULGENCIO.  
Pues adios. Entra adelante.  
*(Vanse Fulgencio, Lucrecia, Leonarda y los pajes.)*

### ESCENA II.

FABRICIO, ROSARDO.

ROSARDO.  
El viejo nos ha corrido.  
FABRICIO.

¡Oh cuánta envidia he tenido  
Al venturoso estudiante!  
¿Qué soberbias cuchilladas  
Que le daba al toro!

ROSARDO.  
Y tales,  
Que no tuvieron iguales,  
Y pueden ser celebradas.  
¡Gallardos brazos!

FABRICIO.  
¡Soberbios!

Pues cada vez que herian,  
Poca resistencia hacían  
Cuero, carne, hueso y nervios.  
Confieso mi envidia.

ROSARDO.

Y yo

Mi envidia y mis celos juntos.

FABRICIO.

Pues en mí crecen por puntos  
Los que su talle me dió.  
Fuera de que yo entendí  
Que se le inclinó Lucrecia.

ROSARDO.

Si; mas no anduvo tan necia  
Como yo á Leonarda vi;  
Que aun aquí me quema y arde  
De ver cómo le decia,  
Cuando al toro acometía:  
«¡Valate Dios! ¡Dios te guarde!»  
Y por eso entre la gente  
Tuvo tales opiniones,  
Porque aquellas oraciones  
¿A quién no hicieran valiente?  
Si ella á mí me deseara  
Tal bien y buena opinión,  
No á un toro; á un tigre, á un león  
Acometiera y matara.

FABRICIO.

Y Lucrecia, ¿qué decia,  
Cuando Leonarda rezaba?  
¿No viste lo que rogaba,  
Y lo que al cielo pedía?  
¿Oh cuánto habemos errado  
En no haber salido al coso!

ROSARDO.

¿No es este aquel venturoso?

FABRICIO.

¿Cuál?

ROSARDO.

Aquel que va embozado.

FABRICIO.

Pues ¿en qué le conociste?

ROSARDO.

En la capa con el oro,  
Que mil veces sobre el toro  
Con el blanco acero viste.

### ESCENA III.

FLORIANO y ALBERTO, embozados, de  
estudiantes, muy galanes y con cues-  
llos bajos.—Dichos.

FLORIANO.

Desto, Alberto, no te asombres;  
Que has después de hacer extremos.

FABRICIO. (Ap. á Rosardo.)

¿Quieres que ahora probemos  
Si es tan bravo con los hombres?

ROSARDO.

¿Y de un hombre ha de temer  
Quien riñe un fiero animal?

FABRICIO.

Creed que una espada igual  
Mas miedo suele poner.  
Pero, pues es forastero,  
Y que mañana se irá,  
Segura el alma estará  
De sus celos y su acero.

ROSARDO.

Vos ¿habeis le conocido?

FABRICIO.

Anduvo tan embozado,  
Que mientras mas fué mirado,  
Menos conocido ha sido.  
Pero vamos, que no importa;  
Que es esto mucha flaqueza.

(Vanse Fabricio y Rosardo.)

### ESCENA IV.

FLORIANO, ALBERTO.

ALBERTO.

Al fin, ¿qué á tan gran belleza  
Juzgas tu ventura corta?

FLORIANO.

A otras fiestas he venido,  
Trayendo determinado  
De decirle mi cuidado  
Para despertar su olvido,  
Porque en efeto la adoro;  
Pero nunca me atrevi.

ALBERTO.

Pues ¿á qué vienes aquí?

FLORIANO.

No mas de á matar un toro.  
Solo aficionarla espero.

ALBERTO.

¡Muy bien tus brazos podrán,  
Pues en lugar de galán,  
La sirves de carnicero!  
Si de Salamanca, adonde  
Estudias, vienes aquí  
A descuartizarle así,  
¿Qué efeto esperas? Responde.  
Si siempre embozado vienes,  
Que aun apenas te conoce,  
¿Qué fruto quieres que goce  
De la esperanza que tienes?  
¿Qué papel te dió molestia?  
¿Qué razones estudiadas,  
Sino andar á cuchilladas  
Y á brazos con una bestia?  
Cuando se enternezca así,  
¿Piensas que te ha de rogar,  
Y que en un corto lugar  
Puedes verla, y verte á tí?  
Tu amor, al fin, vitupero.  
Porque á esta, para ser casta,  
Llamarse Lucrecia basta,  
Casto nombre y mal agüero.  
¿Hasme entendido, Floriano?  
Floriano, ¿duermes?

FLORIANO.

¡Yo! Si;

Que á tus razones dormí:  
Fuerza de amor inhumano;  
Que el alma, que está despierta  
Á mil penas y pasiones,  
A la luz de tus razones  
Se duerme obstinada y muerta.  
Y porque es muy ordinario  
De tu amor aconsejarme,  
Quiero ahora consolarme  
Con este dolor contrario;  
Que todos tus argumentos  
Aquí se han de resolver;  
Que amor de amigo y mujer  
Son contrarios elementos.  
Tú me encaminas al bien,  
Y Lucrecia á tanto mal,  
Que hoy por medio desigual  
Quiero probar su desden.  
Lo mejor he conocido,  
Y lo peor aprobado;  
Ya soy áspid encantado:  
En vano tientes mi oído.  
A Salamanca te vé,  
Y di que á Madrid me fui;  
Porque yo me quedo aquí,  
Por ver si hallarme podré.  
Llevarás esos criados,  
A quien tendrás por mi cuenta,  
Mientras á la suya asienta  
Amor mis largos cuidados.  
Y di en escuelas por cierto  
Que vuelvo; y presto ha de ser,  
Si es cierto poder volver  
Un hombre después de muerto;

Que cuatro pequeñas leguas  
Que hay de Salamanca aquí,  
Andaré por verte á tí  
Y dar á mis ansias treguas;  
Que eres al fin el descanso  
De mis penas, dulce Alberto,  
Y para llegar al puerto  
Viento en popa y viento manso.  
Esto fué desdicha mía.  
Alba mi sol ha de ser;  
Que tras tanto anochecer,  
Espera el alma algun día.

ALBERTO.

Vé ordenando el testamento.  
Item mas, di lo que queda,  
Porque á cuerpo y alma pueda  
Dar descanso y monumento.  
¿Qué es aquesto, mata-toros?  
Todas aquellas fierezas  
¿Paran en esas tristezas  
Y en aqueos tiernos lloros?  
¿Eres quien hoy como un Cid  
Con el valor de tus brazos  
Hizo aquel toro pedazos,  
Sin gastar traición ni ardid?  
Pues ¿qué sentimiento es ese,  
Y mas donde está mi ayuda,  
Que no hay cosa á que no acuda,  
Aunque á estudio y amor pese?  
No te quiero aconsejar,  
Aunque fuera lo mejor,  
Sino esforzar este amor,  
Y este delito ayudar.  
Ya soy cómplice contigo:  
¿Qué es lo que piensas hacer?

FLORIANO.

Ahora acabo de ver  
Que eres verdadero amigo.  
Pero es forzosa tu ausencia  
Por dos imposibles grandes.

ALBERTO.

Ni lo quieras ni lo mandes;  
Que perderé la paciencia.  
Mas ¿qué imposible no es sueño  
A un amor tan desigual?

FLORIANO.

Ser mujer tan principal,  
Y ser lugar tan pequeño.

ALBERTO.

Antes por esa razon  
Solo te echarás de ver.

FLORIANO.

Muy diferente ha de ser  
Mi nueva imaginación.

ALBERTO.

¿Cómo?

FLORIANO.

Aquí suelen venir  
De Salamanca estudiantes.

ALBERTO.

¿Qué estudiantes?

FLORIANO.

Mendicantes,  
Que vienen á Alba á pedir.  
Y destos uno he de ser,  
Con pobre traje y vestido.

ALBERTO.

Con risa te he respondido.  
Y bien, ¿qué piensas hacer?

FLORIANO.

Hablalla y vella.

ALBERTO.

¿Y no mas?

FLORIANO.

Y declararme con ella.

ALBERTO.

Y ese traje, para vella,



¿Adónde hallarle podrás?

FLORIANO.

Decio, ese capigorrón  
Que nos compra de comer,  
Vino á las fiestas ayer,  
Y hoy le he visto en el mesón.  
Entra, Alberto, por tu vida,  
Y á la plaza le enviarás.

ALBERTO.

¿Quieres roballo?

FLORIANO.

No mas

De la sotana raida,

El ferreruero y sombrero.

ALBERTO.

Entro pues.

FLORIANO.

Entra, y no tardes.

ALBERTO.

Si sale, no te acobardes;  
Que darle esta espada quiero. (Vase.)

## ESCENA V.

FLORIANO.

[go

Siamorsus flechas, y el infierno el fue-  
Perdido hubieran, de mi pecho ardiente,  
Para matar y atormentar la gente,  
Fuego y flechas sacar pudieran luego.

Y si á Neptuno, que en mi llanto anego,  
Faltara el agua y la inmortal corriente,  
Hallara nuevo mar en la gran fuente  
De lágrimas, que ya me tienen ciego.

Y si al áspid soberbio é iracundo  
Faltara la ponzoña de su aliento,  
La hallara de mi pecho en lo profundo.

Y si faltara al ave su elemento,  
Con mis suspiros sustentara el mundo;  
Que soy ponzoña, fuego, mar y viento.

## ESCENA VI.

DECIO, con una sotanilla muy raida  
y otra hecha pedazos debajo, y un  
mal sombrero y mal ferreruero.—  
FLORIANO, embozado.

DECIO. (Ap.)

¿Qué hora para enviar  
A un forastero á la plaza!

FLORIANO. (Ap.)

Vil resolucion y traza  
Me manda amor intentar.  
Decio es este.

DECIO. (Ap.)

¿Estaba loco

Hombre que tal enviaba?  
Mas yo, que sali, lo estaba,  
No siendo el peligro poco.  
¿A quién he de preguntar?  
Que no hay un hombre en el suelo,  
Ni una estrella en todo el cielo,  
Por quien me pueda guiar.  
Pues yo ¡soy muy animoso!  
No hay sombra que no me asombre,  
Con imaginar que es hombre.—  
¡Válgame Dios poderoso!  
Héle aquí puesto delante,  
O que de arriba cayó.

FLORIANO.

¿Qué gente?

DECIO. (Ap.)

¡Dijelo yo!

FLORIANO.

¿Qué gente?

DECIO.

Un pobre estudiante.

FLORIANO.

¿Estudiante? ¿De á dó bucnó?

DECIO.

Salmanticense, Señor.

FLORIANO.

Sosegáos; no hayáis temor,  
Y cubrios; que hace sereno,  
Y es para el celebro malo.

DECIO.

Tiene razon, en verdad.

FLORIANO.

Quam artem?... ¿Qué facultad?

DECIO.

(Ap. Con el latin me regalo:  
Ya voy cobrando el aliento.)  
*Logicam audio et sum ego  
Compostellanus.*

FLORIANO.

¿Gallego?

DECIO.

Maxime.

FLORIANO.

(Ap. ¡Gracioso cuento!)

¿A qué habeis aquí venido?

DECIO.

*Veni ad agitando tauros,*  
Con otros dos bacalauros,  
Que los habemos corrido.

FLORIANO.

¿Servis?

DECIO.

Al hombre mas ruin  
Que tiene toda la Europa:  
Testigo esta pobre ropa.

FLORIANO.

¿Y de qué?

DECIO.

Curo un rocín  
Y compro lo que manduca.

FLORIANO.

¿Y dónde está?

DECIO.

En el lugar.

FLORIANO.

¿A qué ha venido?

DECIO.

A acabar  
Un padre que ya caduca.

FLORIANO.

¿De dónde es?

DECIO.

Es de Madrid.

FLORIANO.

¿Es caballero?

DECIO.

Eso es llano,  
Sino que, siendo un villano,  
Presume venir del Cid.

FLORIANO. (Ap.)

¿A buen mozo, por mi vida,  
Doy de comer y salario!

DECIO.

Si no soy mas necesario,  
*Da veniam* que me despida,  
*Quia vado per pasteles,*  
*Et ad tabernam cum bota.*

FLORIANO.

Iréis la cabeza rota.

(Asele.)

DECIO.

Deten tus manos crueles;  
Que yo no tengo tesoros.

FLORIANO.

Arrojad luego la capa.

DECIO. (Ap.)

Si desta el cielo me escapa,  
¡Nunca mas á Alba á ver toros!

FLORIANO:

Quítese la sotanilla  
Y el sombrero.

DECIO.

Que me place.

Pero ¿de qué intento nace,  
Siendo tan mala, el pedilla?  
Ea, declare si es *ludus*.

FLORIANO.

Camine, capigorrón.

DECIO.

*Nudus* salí del mesón,  
*Et illuc revertar nudus.* (Vase.)

## ESCENA VII.

FLORIANO.

No se ha negociado mal,  
Pues son estos los despojos  
Que han de llevarme á los ojos  
De aquel ángel celestial.  
Otros para ver sus damas  
Sacan libreas costosas,  
En las cubiertas vistosas  
Manifestando sus llamas.  
Ponen morado de amor  
Y nácar de crueldad,  
Carmesi de voluntad  
Y pajizo de temor;  
Y yo, con tanta firmeza,  
Pongo á la luz de mi espejo  
Un vestido negro y viejo,  
Porque es vieja mi tristeza.  
Pero es bien que el alma mia  
Con algun consuelo quede;  
Que desta tristeza puede  
Salir después mi alegría.  
Vamos pues; que hasta su vista  
Ha de durar mi tristeza;  
Que si es cielola pobreza,  
Hasta los cielos conquista. (Vase.)

Sala en casa de Fulgencio.

## ESCENA VIII.

LEONARDA, LUCRECIA.

LUCRECIA.

Al fin, ¿no le viste bien?

LEONARDA.

Digo que entonces le vi,  
Y que fué milagro en mí  
Y rayo su luz tambien.

LUCRECIA.

¿Qué! ¿te ha enamorado?

LEONARDA.

No.

LUCRECIA.

¿Pues qué?

LEONARDA.

Bien me ha parecido.

LUCRECIA.

Deso mi parte he tenido;  
Que tambien tengo alma yo.

LEONARDA.

¿Eso me dices? Presume  
Que le he de solicitar,  
Y tengo de confesar  
Que me abraza y me consume.  
Y estará muy en mi mano,  
Pues en Salamanca vivo.

LUCRECIA.

Tu propósito concibo;

Pero es pensamiento vano;  
Que mi padre te ha traído  
A que Rosardo te vea,  
En razon de que desea...

LEONARDA.

Dilo.

LUCRECIA.

Hacerle tu marido.  
Y esto está medio tratado,  
Y no te podrás volver;  
Que ha de quedar, dijo ayer,  
Escrito y efetuado.

LEONARDA.

¿No se ha de hacer con un sí,  
Y aqueste yo le he de dar?  
Pues quiérosele negar,  
Y podré librarme así.

LUCRECIA.

Mudable debes de ser.

LEONARDA.

Tú con extremo lo eres,  
Pues hoy á un extraño quieres,  
Queriendo á un amigo ayer.

LUCRECIA.

¿Yo á un extraño!

LEONARDA.

¿No lo dices?

LUCRECIA.

¿Yo querer! ¿Por qué razon?  
¿Qué has visto en mi condicion  
Para que te escandalices?  
¿He llorado? He suspirado?  
¿No he comido? No he dormido?  
¿En qué mi honor he ofendido,  
Ni á mis padres agraviado?  
¿Qué gracias he visto en él,  
Sino que ayer mató un toro,  
Con una capa con oro,  
Mas fiero y robusto que él?  
El ¿no es estudiante, prima,  
Y reside en la ciudad?

LEONARDA.

Sí.

LUCRECIA.

Pues ¿qué facilidad  
A pretendelle te anima?  
Que hoy se irá, si ya no es ido.  
(Ap. Basta; que esta necia ha dado  
En poner nuevo cuidado  
Adonde yo le he tenido;  
Que yo sé que es Floriano,  
Y viene al lugar por mí,  
Aunque jamás lo entendí  
De su lengua ni su mano;  
Pero sólo de sus ojos,  
Que hablan y escriben mas.)

LEONARDA.

Tratando acaso estarás  
Darme ocasiones de enojos.

LUCRECIA.

¿Yo! ¿cómo?

LEONARDA.

Dando á mi tío  
De mis desatinos cuenta.

LUCRECIA.

Quien así mi amor afrenta,  
No debe de ver que es mío.  
Digo que saber quisiera  
Nuevas dese hombre que darte.

LEONARDA.

Solo eso, Lucrecia, es parte  
Para que ya no le quiera.  
Yo le dejó desde ahora,  
Porque nunca una mujer  
Mas presto viene á querer  
Que cuando hay competidora.—  
Fulgencio viene.

## ESCENA IX.

FULGENCIO.—DICHAS.

FULGENCIO. (Ap.)

Yo sé

Cómo esto se ha de tratar.

LUCRECIA. (Ap. á Leonarda.)

¿Mas que ya te viene á hablar?...

LEONARDA. (Ap. á Lucrecia.)

Lucrecia, ¿qué le diré?

FULGENCIO.

Sobrina...

LEONARDA.

Tío y señor...

FULGENCIO.

Solo á buscarte he venido.

LEONARDA.

Ya la ocasion he sabido,  
Y que me has hecho favor.

FULGENCIO.

Deseo de tu remedio  
Es, Leonarda, mi intencion;  
Que la presente ocasion  
Apenas se pone en medio;  
Que con ser hija, no sé  
Si esto á Lucrecia deseo.

LEONARDA.

En la nobleza lo veo,  
Que de la tuya heredé.

FULGENCIO.

Rosardo, que ya conoces...

## ESCENA X.

FLORIANO.—DICHOS.

FLORIANO. (Llamando dentro.)

¿Quién está acá?

FULGENCIO.

¿Qué importuno?...

—Al fin, Rosardo, que es hombre  
De grande linaje y nombre...

FLORIANO. (Dentro.)

¿Quién está acá?...

FULGENCIO.

¿No hay alguno

Que responda en esta casa?

¿Algun criado? ¡Hola, gente!

LUCRECIA.

Ya es ido el impertinente.  
Señor, adelante pasa.

FULGENCIO.

Digo pues que te ha pedido  
Por mujer este Rosardo.  
Que, como ves, es gallardo.  
Muy rico y muy bien nacido.  
Trájetelo de Salamanca  
Para que, viniendo aquí...

(Sale Floriano con los vestidos que quitó al capigorrón.)

FLORIANO.

¿Quién está acá?

FULGENCIO.

¿No hay ahí

Quien dé á ese pobre una blanca?  
Entrá, hermano, entrá en buen hora.  
Veamos qué nos quereis.

¿Quién sois?

FLORIANO.

Ya, Señor, lo veis.

El que vuestro auxilio implora,  
*Pauper escolasticus*,  
Que pide un poco de pan.

FULGENCIO.

Aguardad: dároslo han.  
¿Qué importuno sois! ¡Jesus!  
—Vé tú por ello.

LUCRECIA.

Yo voy.

(Vase.)

FULGENCIO.

¿Qué importuno sois, hermano!

FLORIANO.

Con pan de tan bella mano,  
Por hoy satisfecho estoy.

## ESCENA XI.

UN CRIADO.—LEONARDA, FULGENCIO, FLORIANO.

CRÍADO.

Rosardo está en el jardín,  
Que viene á hablarte, Señor.

FULGENCIO.

Que suba será mejor... (A Leonarda.)  
—Pero turbaráste, al fin.  
Voy, y estarás advertida  
De que luego subirá.

(Vase, y el criado.)

LEONARDA.

A ver á mi muerte va.

FLORIANO. (Ap.)

Y yo espero ver mi vida.

LEONARDA.

Quiero irme á componer,  
Ya que aqueste ha de subir;  
Y mas quisiera morir  
Que haberle de hablar y ver. (Vase.)

## ESCENA XII.

FLORIANO.

Amor, tiempo, ocasion, fortuna, cielo,  
Veisme aqui pobre, que el sustento pido;  
Amor me dió el sugeto enriquecido,  
En cuyas alabanzas me desvelo. [lo  
El tiempo medió tiempo; y con su vue-  
Esta ocasion presente me ha ofrecido.  
Si la fortuna me ha favorecido,  
¿Quién debe al cielo lo que yo en el suelo?  
Eché la hacienda por salvar la vida  
En tu piélago, amor, y llegué al puerto  
Pidiendo, como pobre, la comida.  
Ya de la vida estoy seguro y cierto:  
¿Qué milagro me queda que te pida [to?  
Después de haberle dado vida á un muer-

## ESCENA XIII.

LUCRECIA, con pan.—FLORIANO.

LUCRECIA.

¡Hola, hermano!

FLORIANO.

¿Mi señora!

LUCRECIA.

¿Estáis ahí?

FLORIANO.

¿No lo ve?

No puedo mover el pié,  
Ni fuera posible ahora.

LUCRECIA.

¿Estáis enfermo?

FLORIANO.

Mortal.

LUCRECIA.

Pues no se os echa de ver.

FLORIANO.  
No lo querer entender  
Tengo per mala señal.  
LUCRECIA.  
Tomad, *Dómine*.  
FLORIANO.  
¿Sabeis  
Que *senor* quiere decir?  
LUCRECIA.  
Lo sé.  
FLORIANO.  
A quien ha de servir,  
¿Vos *senor* llamar queréis?  
Por buen agüero lo tomo,  
Y ese nombre he de llamarme;  
Que vos podeis confirmarme.  
LUCRECIA.  
Coméos el pan.  
FLORIANO.  
Ya lo como,  
Y mejor diré lo beso,  
Porque es tan bendito el pan,  
Que alma y cuerpo comerán  
De la dulzura del beso.  
LUCRECIA.  
¿Vino ayer de la ciudad?  
FLORIANO.  
Vine, aunque no vi la fiesta,  
Por lo que ya me molesta  
Tan áspera enfermedad.  
LUCRECIA.  
¿Qué es su mal?  
FLORIANO.  
Calor es todo.  
LUCRECIA.  
¿Del hígado?  
FLORIANO.  
Cerca está.  
LUCRECIA.  
¿No hay remedio?  
FLORIANO.  
Alguno habrá.  
LUCRECIA.  
Pues cúrese.  
FLORIANO.  
¿De qué modo?  
LUCRECIA.  
Hablando al médico.  
FLORIANO.  
Es rico.  
LUCRECIA.  
¿Y vos?  
FLORIANO.  
Pobre por extremo.  
LUCRECIA.  
No importa.  
FLORIANO.  
Eso solo temo.  
LUCRECIA.  
¿Moriréis?  
FLORIANO.  
Remedio aplico.  
LUCRECIA.  
¿Cómo?  
FLORIANO.  
Que jarabes tomo.  
LUCRECIA.  
Ya es principio.  
FLORIANO.  
Buenos son.

LUCRECIA.  
Pues ¿qué os duele?  
FLORIANO.  
El corazon.  
LUCRECIA.  
Coméos el pan.  
FLORIANO.  
Ya lo como.  
LUCRECIA.  
(*Ap.* ¡Notable es el estudiante!  
¿Qué buena cara que tiene!)  
¡Ah, *Dómine*!  
FLORIANO. (*Ap.*)  
Ya se viene.  
Amor, camina adelante.  
LUCRECIA.  
¿Sois acaso bien nacido?  
FLORIANO.  
Sí, en verdad; pero quedé  
Sin padre: al fin me apliqué  
A las letras, que he seguido,  
Y me cuestan lo que veis;  
Porque, si oficio aprendiera,  
Menos trabajo tuviera.  
LUCRECIA.  
Hombre honrado pareceis.  
FLORIANO.  
Dios se lo pague y le dé  
Entero conocimiento;  
Lo que mas ahora siento  
Es que tan sin él esté.  
En verdad que conocí  
A mi padre con criados,  
Que viven ahora honrados  
Con la hacienda que perdi,  
Y aun he visto un mayordomo  
Con no poca presuncion. (*Llora.*)  
LUCRECIA.  
No horeis.  
FLORIANO.  
Es condicion.  
LUCRECIA.  
Coméos el pan.  
FLORIANO.  
Ya lo como;  
Y creed que ya prevengo  
Con esta epítima rica  
La medicina que aplica  
El tiempo al dolor que tengo.  
Es propiedad del veneno  
Irse luego al corazon;  
Y así en aquesta ocasión  
Va el pan de lágrimas lleno.  
Porque la purga le mueva  
Siempre se mezcla con él;  
Y así, porque vaya a él  
Este pan, lágrimas lleva.  
LUCRECIA.  
¿Estudiais filosofía,  
O qué es aquesto que hablais?  
FLORIANO.  
Para que el alma entendais  
Hablar romance querria.  
Pero, si aquí no hay lugar,  
Porque no digais que he sido  
Ingrato al pan que he comido,  
El pan os quiero pagar.  
¿Teneis algun dolorcillo  
O alguna secreta falta?  
LUCRECIA.  
¡Buena! la pregunta es alta;  
Pero no me maravillo.  
Quizá el *dómine* tocó  
Un paso de *Celestina*,  
En que da esta medicina

A otra Lucrecia cual yo.  
De lo que es secretas faltas  
No tengo que confesar;  
Lo que es dolor, me hace dar  
Muchas veces voces altas,  
Porque me duelen las muelas.

FLORIANO.  
¡Alabado sea el Señor,  
Y mas con tanto favor  
Como ahora me revelas!  
Que, como si lo supiera,  
Traigo una oración escrita  
De aquella santa bendita  
Que es su abogada primera.

LUCRECIA.  
¿Es santa Polonia?  
FLORIANO.  
Sí;  
Y como aquesta receis,  
Salvoconduto tendréis  
Que no os duelan mas que a mí.  
¿Sabeis leer y escribir?

LUCRECIA.  
¿No hasta saber leer?  
FLORIANO.  
Para ser noble mujer,  
Que es falta os puedo decir.  
Hablad vuestro padre honrado;  
Que, si queréis, yo estaré  
En casa, y os mostraré,  
Y a leer latin tirado.

LUCRECIA.  
Yo entiendo que él gustará,  
Y yo, amigo, en grande extremo.  
FLORIANO. (*Ap.*)  
¡Oh amor! ¿qué dudo? ¿qué temo?  
Todo de mi parte está.

LUCRECIA.  
Pues estáis enfermo así,  
No os vais; que aquí comeréis;  
Y mientras le hablo, podeis  
Iros a asentar allí;  
Que él es tan caritativo,  
Que os hará limosna y bien.

FLORIANO.  
Dadme vos los piés tambien  
Por la merced que recibo.

LUCRECIA.  
¿Cómo os llamais?  
FLORIANO.  
¿Yo, Señora?

LUCAS.  
LUCRECIA.  
Idos á sentar,  
Lúcas; yo os haré llamar.

FLORIANO. (*Ap.*)  
¡Oh prenda que el alma adora!  
Oh pan! Oh esperanza mia!  
Oh dichoso fingimiento!

LUCRECIA. (*Ap.*)  
¿Qué cara! ¿Qué entendimiento!

FLORIANO. (*Ap.*)  
Alma, esfuérzate y porfia. (*Vase.*)

#### ESCENA XIV.

LUCRECIA.

¡Lo que ha podido moverme  
El traer carta de favor!  
Porque es gran despertador  
De la voluntad que duerme.  
¿Qué buena presencia tiene!  
Seguramente camina,  
Porque parece que inclina,  
Y que á los ojos se viene...



—Quiero la oracion leer  
De aquella bendita santa.  
Lo que es la entrada me espanta.  
Mas prosa debe de ser.

(Lee.) «No he tenido atrevimiento  
para descubrir mi pecho, con el temor  
de mi bajeza y tus méritos, hasta que  
la enfermedad ha sido de muerte, y tan  
forzoso el último remedio, que por  
ventura, por no perdella del todo, te es-  
cribo que soy *Floriano*, y que por tu  
ocasion he venido á aquestas fiestas á  
aventurar la vida, porque no la estimo  
hasta saber si me la deseas. La tuya  
guarde el cielo, para que me la quites  
ó me la des; que en tales manos todo  
es vida.»

—¡Extremada es la oracion,  
Y el remedio singular!  
Y podria aprovechar  
Dicha con buena intencion.  
¿Qué discreto es *Floriano*  
En el tercero que envia!  
¿Qué santidad que fingia  
Hasta ponerla en mi mano!  
Basta; que de aqueste oficio  
Dejó *Celestina* nietos,  
Y no con menos efectos  
Para engañar el juicio.  
Aqui no hay que resistir.  
*Floriano* es caballero:  
Yo le adoro y por él muero...  
—¿Qué gran falta es no escribir!  
Pero, pues principios tengo,  
Este hombre me ha de enseñar.

### ESCENA XV.

FULGENCIO, ROSARDO.—  
LUCRECIA.

ROSARDO.

De quererlo dilatar,  
Fulgencio, enojado vengo;  
Que parece que á mi amor  
No es buena correspondencia,  
Después de tan larga ausencia,  
Desvanecerme el favor.

FULGENCIO.

Fáltaos en eso razon;  
Que sabed que os quiere bien.  
Pero hay mujeres tambien  
Desta esquiva condicion.  
Que hay alguna que, si aqui  
Le tratasen de marido,  
Sin haberle conocido,  
Dirá treinta veces sí.—  
*Lucrecia*...

LUCRECIA.

No seré yo  
Por quien eso vas diciendo.

FULGENCIO.

Bien sabes que no te ofendo.

ROSARDO.

Todo en esta casa es *no*.  
Vos decís que no habeis sido  
Quien este trato teneis,  
Y vos, que no la ofendeis!

FULGENCIO.

Ni *Leonarda* te ha ofendido;  
Que este *no*, yo le aseguro,  
Y aquel *sí* no la ha engañado:  
De vos estoy agraviado,  
Y de *Leonarda* seguro;  
Que ella en esta dilacion  
Ha hecho como mujer.

ROSARDO.

Y vos debéis de volver  
Por vuestra buena opinion.

L-1.

FULGENCIO.

¿En qué con vos la perdí?

ROSARDO.

En que este pago me den  
Las esperanzas del bien  
De aqueste negado sí:  
Que, por vos asegurado,  
Me he atrevido, como necio,  
Hasta llegar al desprecio  
Del no cierto y sí negado.

FULGENCIO.

Fuera justa vuestra queja,  
*Rosardo*, si os prometiera  
Lo que en mi poder tuviera.  
Puesto que os ama y no os deja.  
Pero si esta dilacion  
Es honesto proceder,  
¿En qué se puede ofender  
Vuestro honor y mi opinion?  
Con *Lucrecia*, que es mi hija.  
Y de quien disponer puedo.  
Y donde respeto y miedo  
Sufren que la mande y riya,  
Hoy podréis quedar casado,  
Cumpliendo mejor así  
Esa palabra que os di.

ROSARDO.

Es cumplimiento excusado.  
Lo que ella no ha de aceptar,  
Fulgencio, me prometeis.

FULGENCIO.

¿Por qué no, si vos quereis?

ROSARDO.

Eso ¿es cumplir ó engañar?

FULGENCIO.

Dadme esa mano, *Rosardo*,  
De hacer este casamiento,  
Y veréis si es fingimiento.

ROSARDO.

¿Cierto?

FULGENCIO.

Cierto.

ROSARDO.

Pues ¿qué aguardo?

(Ap. Que ya el amor á *Leonarda*

Se acabó con su desden,  
Y con ser mayor el bien  
Que de *Lucrecia* me aguarda.

Pero ¿cómo he de poder  
Desenjojar á *Fabrizio*,  
Y dar tan contrario indicio  
De mi hidalgo proceder?

Mas tambien es grande error,  
Cuando todo es falsedad,  
Guardar á nadie lealtad,  
Y mas de interés de amor.

Mujer y diez mil ducados  
¿A quién no disculparán?  
Que por menos que esto están  
Mil necios desengañados)

Señor, la palabra vuestra  
No es quien os ha de obligar  
A quererme ahora dar  
De quien sois tan clara muestra.

Si acaso igual os parezco  
A vuestra imaginacion,  
Para tan alta ocasion  
Humildemente me ofrezco;

Que yo no os quiero forzado,  
Sino voluntario en esto.

LUCRECIA. (Ap.)

¡Airado cielo! ¿qué es esto?

FULGENCIO.

Por todo estoy obligado.  
Y si la palabra dada  
No cumplo en la prenda ajena,  
La propia obligo á la pena  
Como fianza pagada;

Que en esto tengo poder  
Como en propia hacienda mia.

ROSARDO.

Pues, Señor, desde este día  
Es *Lucrecia* mi mujer.  
¿Cómo no me dais la mano?

(A *Lucrecia*.)

LUCRECIA.

Detened la vuestra un poco.

ROSARDO.

Juzgado me habréis por loco,  
O por lo menos liviano.  
Mas mirad vuestro valor  
En cuánto á *Leonarda* excede,  
Y vereis que me concede  
Bastante disculpa amor.

FULGENCIO.

¿Has por ventura entendido  
Que es esta mi voluntad?

LUCRECIA.

No tienes dificultad  
Para ser obedecido;  
Que eres mi padre en efecto.  
Pero yo sé de *Leonarda*  
Que este casamiento aguarde.  
Y ama á *Rosardo* en secreto.  
Y como ella no lo impida  
Ni diga que está quejosa,  
Yo digo que soy su esposa.

FULGENCIO.

¡Justa respuesta!

ROSARDO.

¡Escogida!

Yo sé que dirá que sea,  
Sin impedillo jamás.

LUCRECIA.

Pues yo no pretendo mas  
De ver que no lo desea.

ROSARDO.

Pues vámosla á hablar.

FULGENCIO.

Partamos.

(Vase *Rosardo*.)

### ESCENA XVI.

FULGENCIO, LUCRECIA.

LUCRECIA.

Oye, Señor.

FULGENCIO.

¿Qué me quieres?

LUCRECIA.

Bien es que nobles mujeres  
Firmar y escribir sepamos.  
Aquel enfermo estudiante  
Que ayer limosna pidió,  
A enseñarme se ofreció  
Mientras no pasa adelante.  
Puesto que el mal lo detiene,  
Permitete que se cure.  
Y que enseñarme procure.

FULGENCIO.

¡A extremado tiempo viene!  
Dénle en casa un aposento  
Donde se pueda curar.

LUCRECIA.

Y en el mío ¿podrá estar?

FULGENCIO.

Podrá, si te da contento.

(Vase.)

LUCRECIA.

Confusa y turbada estoy.  
Entre dos extremos puesta.  
Si dijese en mi respuesta  
Que ya de otro dueño soy...

¿Consentiré lo tratado?...  
 ¡Tal dije! En mi lengua cupo  
 Cosa que el alma no supo!

### ESCENA XVII.

FLORIANO.—LUCRECIA.

FLORIANO.  
 Pues ¿qué habemos negociado?  
 ¿Hame señor recibido,  
 O ya de casa me voy?

LUCRECIA.  
 ¡Oh Lúcas! muriendo estoy.

FLORIANO.  
 ¡Vos! ¿De qué?

LUCRECIA.  
 Pierdo el sentido.

FLORIANO.  
 ¿No se mitigó el dolor  
 Con esa oración que os di?

LUCRECIA.  
 Cuando la recé, creí  
 Que era acabado el rigor,  
 Y senti tanto consuelo,  
 Que no entendí que podía  
 Bajar el tiempo en un día  
 Mis esperanzas del cielo.  
 Porque ese tu Floriano,  
 Que aquesse papel te dió,  
 Es á quien le diera yo  
 De mujer palabra y mano:  
 ¡Tanto como esto le quiero  
 Desde el punto que le vi!  
 Pero ya ¡triste de mí!  
 De gozalle desespero,  
 Porque mi padre me fuerza  
 A dar la mano á Rosardo.

FLORIANO.  
 Desde este punto acobardo  
 Todo el valor que me esfuerza.  
 ¡Qué oigo, triste de mí!

LUCRECIA.  
 ¿Qué dices?  
 FLORIANO.  
 Que es caso extraño.

LUCRECIA.  
 Extraño para mi daño,  
 Pero nuevo para ti.

FLORIANO.  
 ¿Qué es lo que piensas hacer?

LUCRECIA.  
 Resistir, aunque me mate.

FLORIANO.  
 Es este el primer combate,  
 Y sois, Lucrecia, mujer.  
 ¿Cómo habeis de resistir,  
 Si vuestro padre lo quiere?

LUCRECIA.  
 Resistir cuanto pudiere,  
 Y poder hasta morir.

FLORIANO.  
 ¿Es caballero ese hombre?

LUCRECIA.  
 Sí.

FLORIANO.  
 ¿Y es galán?

LUCRECIA.  
 Por extremo.

FLORIANO.  
 Ahora de nuevo temo.  
 ¿Cómo decis que es su nombre?

LUCRECIA.  
 Rosardo.

FLORIANO.  
 Ya caigo en él.

A fe que es galán de fama,  
 Y que tan hermosa dama  
 Se emplea muy bien en él.  
 Obedeced, pues es justo,  
 A vuestro padre, Señora;  
 Que no es va menos ahora  
 Que tener provecho y gusto;  
 Que por ser yo bien nacido,  
 Lo que es verdad aconsejo,  
 Aunque á Floriano dejo  
 Por vos perdiendo el sentido.  
 Pero el os dirá lo propio,  
 Segun es hombre de bien;  
 Aunque por quereros bien  
 Parece consejo impropio.  
 Rosardo es buen caballero,  
 Notorio en este lugar,  
 Con quien os podeis honrar  
 Mejor que de un forastero.  
 Floriano es advenedizo,  
 Pobre estudiante, aunque honrado,  
 Y que solo os ha obligado  
 Con lo que ayer veis que hizo,  
 Que fué cosa para vos  
 Bien excusada en verdad,  
 Y para él necedad,  
 Si no lo remedia Dios.  
 ¿Bueno es que al vuestro dejeis  
 Por un matador de toros!  
 ¿Qué respetos, qué decoros,  
 Qué obligacion le teneis?  
 Un papel que os ha enviado  
 Con un pobre como yo:  
 ¿Es mas que esto?

LUCRECIA.  
 Amigo, no;  
 Pero es mucho haberle amado.  
 Y este amor es de tal suerte,  
 Que ya tu consejo es vano,  
 Porque en solo Floriano  
 Está mi vida ó mi muerte.  
 Y no digas que naciste  
 Menos que como villano,  
 Pues aquí contra Floriano  
 La amiga lengua moviste.  
 Yo tenia negociado  
 Que os que lásedes aquí;  
 Pero, pues sois contra mí,  
 Ya me habeis desobligado.  
 No estaréis en casa un punto:  
 A la de Rosardo, hermano;  
 Que aquí vive Floriano,  
 Y Rosardo está difunto.  
 ¿Con qué suspension y calma  
 Me reprehende el grosero!  
 ¿Por cierto, gentil tercero  
 Para fialle mi alma!  
 ¿De Floriano dice mal,  
 Que no hay en la corte dama  
 Que no lo quiera por fama  
 Y porque no tiene igual?  
 Pártete de mi presencia,  
 Aunque descubras el caso.

FLORIANO.  
 Dómina, dómina, paso;  
 Que es esa mucha licencia.

LUCRECIA.  
 ¿Cómo! ¿no os puedo yo echar?

FLORIANO.  
 Detened, mi bien, la mano,  
 Porque echais á Floriano  
 De su dichoso lugar.  
 Yo soy el que os ha querido;  
 Aquel vuestro esclavo soy,  
 De quien el alma, que os doy,  
 Os habla al mejor sentido.  
 Yo aquel me, siempre callando;  
 Hablé tanto con los ojos,  
 Para que en un mar de enojos

Se vaya el alma anegando.  
 Que este enemigo suceso  
 Que así de casaros trata,  
 Poco hará si no me mata,  
 Después de quitarme el seso.  
 Ya estoy aquí; ya llegué  
 A lo mas que pretendí;  
 De la tempestad salí,  
 Y en el puerto me anegué.  
 ¡Plaguiera á Dios que muriera  
 Entre aquellas ondas bravas,  
 Dulce amor, que levantabas!  
 ¡Fiero olvido! ¡ausencia fiera!  
 Y no ahora que en el puerto  
 Me veo favorecido,  
 Ciertamente mi bien perdido,  
 Y de mi remedio incierto.

LUCRECIA.  
 Floriano, á quien ha visto  
 Tantas pruebas de mi fe,  
 Poco importa que las dé  
 Con el llanto que resisto.  
 Huélgome que hayas probado  
 Los quilates de aquel oro  
 Con cuyo valor te adoro,  
 Y su fineza tocado.  
 Y pues ya no hay qué decir  
 Mas de lo que visto has,  
 O tú mi esposo serás,  
 O tú me verás morir.  
 Mi padre quiere curarte,  
 Siendo tú el médico mío,  
 Porque de mi desvario  
 Eres medicina y parte.  
 Aquí tendrás aposento,  
 Y aun dos creo que tendrás,  
 Porque en mi alma estarás,  
 Para ser huésped, de asiento.  
 Y pues que tiempo tenemos  
 Para contar nuestras cosas,  
 De las que son sospechosas  
 Las ocasiones quitemos.  
 Créeme que estoy corrida  
 De no haberte conocido,  
 Aunque es mas culpa el vestido  
 Que el ser yo desconocida;  
 Que ya el alma me avisaba,  
 Si yo creerla quisiera;  
 Pero de cualquier manera,  
 En tu pensamiento estaba.  
 Ya es hora de ir á comer.  
 Apercibe tinta y pluma;  
 Que habemos de hacer la suma  
 De un infinito querer;  
 Que esta ha de ser la cubierta  
 Con que podremos hablar.

FLORIANO.  
 Dame esos piés á besar,  
 Gloria de mi cielo abierta,  
 A cuyo sol desde hoy  
 Ofrezco un águila nueva,  
 Que en esos rayos se prueba  
 Para conocer quien soy.  
 Pues espacio me prometes,  
 No quiero ahora cansarte,  
 Mas solamente avisarte  
 Que el casamiento no acetes;  
 Que yo te daré invención  
 Con la que burles á todos.

LUCRECIA.  
 Cuando falten nuevos modos,  
 Morir es resolución.

FLORIANO.  
 Vivirás, pues que yo esperó  
 Gozarte con mucho gusto.

LUCRECIA.  
 Muy bien sabe el cielo justo  
 Que eres mi amor verdadero.



FLORIANO.  
Estaré este tiempo en calma.

LUCRECIA.  
Ya aperciben la comida.

FLORIANO.  
Adios, Lucrecia querida.

LUCRECIA.  
Adios, Dómine del alma.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

LEONARDA, LUCRECIA.

LEONARDA.  
Vuelve á decir, por mi vida,  
Amada prima, ese cuento.

LUCRECIA.  
¿Cuento?

LEONARDA.  
Pues ¿no es fingimiento?

LUCRECIA.  
¿Yo fingida!

LEONARDA.  
Tú fingida.

LUCRECIA.  
¿Por qué?

LEONARDA.  
Por darme á entender  
Que Floriano estaba aquí,  
Y viene á pedirme á mi  
A Fulgencio por mujer.

LUCRECIA.  
Leonarda, yo no lo he visto;  
Pero dicen que ha llegado  
De hidalgos acompañado  
(Que es en el lugar bienquisto),  
Y por mujer te pidió.

LEONARDA.  
¿Posible es que fué verdad?

LUCRECIA.  
Pues ¿qué es la dificultad?

LEONARDA.  
Que no le merezco yo.

LUCRECIA.  
Deja esa humildad tan necia.

LEONARDA.  
¿Quién te lo dijo?

LUCRECIA.  
Fabricio,  
Dándome bastante indicio  
De lo que te estima y precia.

LEONARDA.  
Y, prima, ¿qué ha respondido?

LUCRECIA.  
Mi padre, de aficionado,  
Tenia casi tratado...

LEONARDA.  
Dilo.

LUCRECIA.  
Hacerle mi marido;  
Y creyendo que tu gusto  
Agora otras cosas trata,  
La respuesta le dilata,  
Y no con poco disgusto.

LEONARDA.  
Pues hámele dado grande.  
Digo que ese es gusto mío,  
Y no hay para qué mi tío  
En hacienda ajena mande;  
Que si el yerno le contenta

Y le quiere para sí,  
Floriano me quiere á mi.

LUCRECIA.  
Codicia el tale y la renta;  
Pero yo te quiero tanto,  
Que no te le he de quitar.

LEONARDA.  
¿Quién ha de poder turbar  
Lo que ordena el cielo santo?  
El quiere que Floriano  
Sea mi esposo: ya lo es.

LUCRECIA.  
Digo que luego le dés  
La fe, la palabra y mano.  
A mi me sirve Fabricio,  
De quien yo seré mujer;  
Mas tambien has de entender  
Que te hago en esto servicio.  
Y así te vengo á avisar  
De que á hablarte han de venir,  
Y con instancia pedir  
El sí, que le has de negar.  
Y mira lo que te quiero,  
Que su traicion te declaro.  
(Ap. ¡Oh traza de ingenio raro!  
¿Qué bien engañarte espero!  
Todo cuanto digo aquí  
Floriano lo ha trazado,  
Y es un enredo extremado  
Para que él me goce á mi.)

LEONARDA.  
¿Y qué traicion puede haber?

LUCRECIA.  
Han concertado venir  
Con Rosardo á concluir  
Que quieras ser su mujer,  
Y detrás deste aposento  
Hacer que esté Floriano,  
Para que tenga por llano  
Que tratan su casamiento.  
Y como dirás de no  
A Rosardo, claro está  
Que por si lo entenderá.

LEONARDA.  
Así pues, si diré yo  
Desde una hasta mil veces.

LUCRECIA.  
Pues eso es lo que has de hacer  
Si quieres ser su mujer,  
Ya que á agradecerle te ofreces.

LEONARDA.  
Por el declarado engaño,  
Darte, prima, el corazon  
Es corta satisfacion.

LUCRECIA.  
(Ap. ¿Qué á mi contento la engaño!)  
Rosardo y Fulgencio vienen:  
Yo aseguro que ya está  
Floriano donde oirá  
El pensamiento que tienen.

LEONARDA.  
A lo menos, el contrario,  
Porque pienso decir sí.

### ESCENA II.

ROSARDO, FULGENCIO. — DICHAS.

FULGENCIO. (A Rosardo.)  
Como ella lo niegue aquí,  
¿Qué testigo es necesario,  
Aunque palabra no hubiera?

ROSARDO.  
Todas las que yo le he dado  
El viento las ha llevado.  
Bien puedes hablarla.

FULGENCIO.

Espera.—  
Leonarda, aquí está Rosardo,  
A quien la palabra niegas.

LEONARDA. (Ap.)  
¿Qué descuidado que llegas  
De que yo engañarte aguardo!

FULGENCIO.  
Yo, que por tí se la di,  
Si no te quieres casar,  
Mi hija le quiero dar.

LEONARDA.  
Digo mil veces que sí.

FULGENCIO.  
¿Cómo sí! Pues ¿no decías  
Que procuraba tu daño?

LUCRECIA. (Ap.)  
¡Oh qué bien que va el engaño!

LEONARDA.  
Señor, múdanse los días.  
Hoy sale el sol, y mañana  
No quiere salir, y llueve,  
Y como el cielo se mueve,  
Mueve esta máquina humana.  
Hoy se abomina una cosa,  
Y mañana causa gusto:  
Yo he conocido que es justo  
Ser, como digo, su esposa,  
Y aquesto respondo aquí.

FULGENCIO.  
¡Mirad lo que son mujeres!

ROSARDO.  
Leonarda, en fin, ¿que me quieres?

LEONARDA.  
Digo mil veces que sí.

ROSARDO.  
Mira que me da Fulgencio  
á Lucrecia.

LEONARDA.  
Ya lo sé;  
Y aun esa la causa fué  
Para mover mi silencio.

FULGENCIO.  
Bien os podeis ir de aquí.  
(Ap. Envidia debió de ser.)

ROSARDO.  
¿Confiesas ser mi mujer?

LEONARDA.  
Digo mil veces que sí.

ROSARDO.  
Esto no tiene remedio.

LUCRECIA.  
(Ap. ¿Qué bravamente la incita!  
El la mueve y solicita  
Por estar yo de por medio.)  
Ya estaréis desengañados  
De que esta lo ha de impedir.

LEONARDA.  
¿Tengo yo mas qué decir?

ROSARDO. (Ap.)  
Hoy pierdo diez mil ducados.  
Pero ¿qué se puede hacer,  
Sino acetar la mitad  
Con quien muestra voluntad  
Y quiere ser mi mujer?

FULGENCIO.  
En fin, ¿que callado habías  
Para dar aquestas voces?

LEONARDA.  
Mal las mujeres conoces,  
Si lo que aman les desvías.

FULGENCIO. (Ap.)  
Celos y envidia lo han hecho.



LEONARDA.  
Vergonzosa estoy: adios.

FULGENCIO.

¿Qué decís, Rosardo, vos?

ROSARDO.

Que ha descubierto su pecho,  
Y que es forzoso el casarme.

FULGENCIO.

Pues Leonarda lo procura,  
Vamos á hacer la escritura;  
Que quiero desobligarme  
De la palabra que di.

LUCRECIA.

¿Ya en efeto libre quedo?

ROSARDO.

Mirad si serviros puedo.

LUCRECIA.

Vos podeis mandarme á mí.

(Vase Rosardo.)

Ingeniosa traza ha sido  
Para remediar mi daño,  
Si no se sabe el engaño  
Hasta hacerle mi marido.  
Y creo que cierto es,  
Aunque fuese descubierto,  
Porque de un engaño cierto  
Resultan muchos después.

### ESCENA III.

FLORIANO, con escribania y papel.—  
LUCRECIA.

FLORIANO.

¿Es hora ya de lición?

LUCRECIA.

De la tuya siempre es hora.

FLORIANO.

Pues ¿qué hay de nuevo, Señora?

¿Es cierta mi perdición?

LUCRECIA.

Antes mi ventura es cierta  
Con la traza que me has dado.

FLORIANO.

¿Que en mi bien ha resultado?

LUCRECIA.

La escritura se concierta;  
Que aumenta la prisa el gusto.  
Pero he quedado celosa  
De Leonarda, que es hermosa.

FLORIANO.

¡Oh qué pensamiento injusto  
Y falsa imaginación!  
Sentáos, porque no entre alguno;  
Que en tiempo mas oportuno  
Os daré satisfacción.

LUCRECIA.

Dejad vos el almohada;  
Que no me habeis de servir.

FLORIANO. (De rodillas en la almohada.)

¿Celosa os queréis fingir?  
Eso de servir me agrada.  
Creed que anda el alma agora  
Mas humillada que el traje.  
O soy grande para paje,  
O no me queréis, Señora.

LUCRECIA.

Antes por lo que os estimo,  
Mal de rodillas estáis.

FLORIANO.

Dire, si esto me estorbais,  
Que es por lo que á vos me animo.  
Yo estoy bien, y estoy tan bien,

(Vase.)

Que, como fuera inmortal,  
Ni mi mal temiera mal,  
Ni mi bien fuera mas bien.  
Dejad que pueda Floriano  
El por si reconocer  
La distancia que ha de haber  
De lo divino á lo humano.  
Sol es vuestro entendimiento  
Que alumbra mi ceguedad,  
Luna vuestra voluntad  
Por el fácil movimiento;  
Que aunque ahora está creciente,  
Temo después la menguante.

(Vase.)

LUCRECIA.

Hoy estáis muy estudiante,  
Y cerca de impertinente.  
Vamos á lo que hace al caso;  
Que yo no puedo menguar;  
Que soy luna en el llorar,  
Y soy sol cuando me abraso.

FLORIANO.

Si en esto os vine á ofender,  
Bien es altivo mi celo;  
Que estando cerca del cielo,  
Era forzoso caer.

LUCRECIA.

¡Jesus! ¿del cielo caistes?

FLORIANO.

Si; que vos sois celestial.

LUCRECIA.

¿Habeis hecho gran mal?

FLORIANO.

No; que vos me detuvistes;  
Que es tambien del cielo oficio.

LUCRECIA.

Desto de escribir tratemos.

FLORIANO.

Aquí materia tenemos,  
Y á mi me la da Fabricio,  
Que por la calle pasea  
Mientras escribiendo estáis.

LUCRECIA.

Si en esa materia habláis,  
Haré yo la letra fea.

FLORIANO.

¡Pues qué, si me da pasión!

LUCRECIA.

Callad; que ya me avergüenzo.

FLORIANO.

Escribid pues.

LUCRECIA.

Ya comienzo.

FLORIANO.

Ya pasa.

LUCRECIA.

Ya eché un borron.

FLORIANO.

Así su ventura sea.

Mostrad...

LUCRECIA.

Si será, pues mengua

FLORIANO.

Quitaréle con la lengua.

LUCRECIA.

No; que os quedará muy fea.

FLORIANO.

¿Por qué, Señora? Mostrad.

LUCRECIA.

Dejalde; que así me agrada;  
Porque no ha de estar manchada  
Lengua que trata verdad.

FLORIANO.

¿Ha de quedarlo el papel?

LUCRECIA.

¿Pensais que se quejará?

FLORIANO.

Vuestra fe parecerá,  
Que es tan blanca como él.  
Pero hay en medio un borron,  
Que amaras Fabricio fué.

LUCRECIA.

Otro, por mi vida, eché.

FLORIANO.

¿Luego dos Fabricios son?

LUCRECIA.

Mancharé toda la plana,  
Si me vais tratando dél.

FLORIANO.

Quedará bueno el papel,  
Y escribiréisle mañana;  
Que yo os daré tinta; ¡ay cielos!

LUCRECIA.

¿Cómo?

FLORIANO.

Porque estos enojos  
La sacarán de mis ojos  
Por quinta esencia de celos.

LUCRECIA.

No la dais por poco precio,  
Si por mi afición la dais.

FLORIANO.

Razon es que ya escribais;  
Que yo sé que he andado necio.

LUCRECIA.

Eso en estar de rodillas.

FLORIANO.

Yo estoy como debo estar.

LUCRECIA.

Solo me enseña á firmar.  
Ya que de firme te humillas.  
Estas letras A, B, C,  
Ayer las iba imitando.

FLORIANO.

Si las quieres ir juntando,  
Escribe.

LUCRECIA.

¿Qué letra haré?

FLORIANO.

¿Quieres escribir tu nombre?

LUCRECIA.

¿Ya no te digo que sí?

FLORIANO.

Pues toma la pluma. Así.  
Libre estoy; mas no te asombre  
Ser fuerza tocar la mano.

LUCRECIA.

Turbarásme si la tocas.

FLORIANO.

¡A qué gloria me provocas,  
Cielo mio soberano!

LUCRECIA.

¿He de escribir ó escuchar?

FLORIANO.

Todo lo puedes hacer.

LUCRECIA.

Di qué letra he de poner.

FLORIANO.

Por L has de comenzar.

LUCRECIA. (Escribe.)

Comienzo.

FLORIANO.

Una F has hecho.

LUCRECIA.

¿F? Pues perdona, hermano;

Que iba á poner *Floriano*,  
Como le tengo en el pecho;  
Y si *Lucrecia* quería,  
Ya touo una cosa es.

FLORIANO.

Deja esa letra, y después  
Comienza, por vida mía,  
Porque es uso en corte usado,  
Cuando la carta se firma,  
Poner antes de la firma  
La letra del nombre amado.

LUCRECIA.

¿Luego la *F* está bien?

FLORIANO.

Extremadamente está.

LUCRECIA.

La *L* he formado ya.

FLORIANO.

Haz la *U*.

LUCRECIA.

Y la *C* tambien.

FLORIANO.

Haz la *R*...

LUCRECIA.

¡Bien, á fe!

En mi vida la escribí.

FLORIANO.

Haz la *E*.

LUCRECIA.

¿Está buena?

FLORIANO.

Sí.

LUCRECIA.

El ojo un poco cegué;  
Mas ¿cómo podrá una ciega  
Dar ojos á quien le faltan?

FLORIANO.

Tres letras solas te faltan.  
A esa *C* otro punto llega.

LUCRECIA.

¡Linda letra es esta *I*,  
Que tiene poco que hacer!

FLORIANO.

La *A* falta por poner.

LUCRECIA.

¿Está bien?

FLORIANO.

Bien está así.

LUCRECIA.

¿Cómo dice aquí?

FLORIANO.

*Lucrecia*.

LUCRECIA.

La firma en blanco he dejado.

FLORIANO.

Tu castidad has firmado.

LUCRECIA.

Fué la de Roma muy necea.

FLORIANO.

Dame el papel, por tu vida;  
Que quiero guardar tu nombre  
Contra la vision de un hombre.

#### ESCENA IV.

FULGENCIO, ROSARDO, PLÁCIDO.—  
DICHOS.

PLÁCIDO. (A *Fulgencio*.)

La traza tengo entendida,  
Y sé que sois su tutor.

FULGENCIO.

Plácido, aquí se procura

Hacer llana la escritura,  
Y que no resulte error.  
Mi hija está aquí tambien,  
Y el domine que la enseña.  
¡Hola, Lúcas!

ROSARDO.

Creo que sueña.

FLORIANO. (A *Lucrecia*.)

Formad las letras mas bien.

FULGENCIO.

¿No oyes que te estoy llamando?

FLORIANO.

Tu padre está aquí, Señor.

LUCRECIA.

¿Hay en que te sirva ahora?

FULGENCIO.

¿No ves lo que estoy tratando?

Vé por Leonarda, tu prima.

LUCRECIA.

Ya voy por ella, Señor.

(Vase.)

FULGENCIO.

Ahora podrá mejor

Decir que á Leonarda estima.—

No os vais vos; que habeis de ser

Desta escritura testigo. (A *Floriano*.)

PLÁCIDO.

Vaya, llame algun amigo;

Que bien será menester.

FLORIANO.

El pastor estaba aquí.

FULGENCIO.

¿A qué ha venido?

FLORIANO.

A llevar

Recado de queasar.

¿Quieres que le llame?

FULGENCIO.

Sí;

Que solo á que firme aguardo

Leonarda lo que nos dijo,

Para partirme al cortijo.

(Vase *Floriano*.)

#### ESCENA V.

LEONARDA, LUCRECIA.—FULGEN-  
CIO, ROSARDO, PLÁCIDO.

LEONARDA. (Ap. á *Lucrecia*.)

¡Yo casarme con Rosardo!

¿Quién, prima, lo concertó?

LUCRECIA.

Tú misma lo prometiste.

LEONARDA.

Fué por lo que me dijiste;

Que no por quererle yo.

ROSARDO.

Leonarda viene.

LEONARDA.

He venido

A saber lo que me quieres.

FULGENCIO.

Di que de Rosardo eres

Mujer, y él es tu marido;

Que ya está aquí el escribano;

Y firmaréis los dos.

LEONARDA.

¡He de casarme con vos,

Si lo estoy con *Floriano*!

ROSARDO.

¡Cómo, cómo!

FULGENCIO.

¿Qué es aquesto?

ROSARDO.

¡Hay locura semejante!

FULGENCIO.

¿Quién es ese?

LEONARDA.

El estudiante.

¿Para qué te admiras desto?

¿Piensas que no lo he sabido,

Y que has querido engañarme

Teniéndole, para hablarme,

Detrás de un paño escondido?

¿Piensas, engañoso tío,

Darle á tu hija *Lucrecia*?

Pues cree que le desprecia,

Solo por saber que es mío.

No me quites mi contento.

Con *Floriano* estoy casada.

PLÁCIDO.

La escritura es extremada,

Y extremado el casamiento.

Si ya con otro lo está,

¿Qué me mandan escribir?

FULGENCIO.

¿No me acabas de decir

Que á Rosardo quieres ya?

¿Estás por ventura loca?

LEONARDA.

Ya supe vuestra intencion,

Y no lia el corazon

Las palabras de la boca.

Escondióse *Floriano*;

Y por eso dije allí

Una y mil veces que sí,

Y le di palabra y mano.

ROSARDO.

¿Qué es esto? ¿Qué furia es esta?

Deshonra mía, ¿qué dices?

¿Cómo ahora te desdices

De aquella dulce respuesta?

¿Qué es esto, enemiga mía?

FULGENCIO.

¿Lucrecia, ¿de qué está loca?

LUCRECIA.

Sospecho que la provoca

Alguna melancolia.

Ella dió en triste después

Que la tratan de casar.

FULGENCIO.

Vuélvela, Rosardo, á hablar;

Que amor ó locura es.

ROSARDO.

¡Mi bien, ¿que se os ha olvidado

Que vuestro marido soy?

LEONARDA.

Casada, Rosardo, estoy,

Y tú dos veces casado.

¿A *Lucrecia* no te dieron?

¿Para qué vuelves á mí?

ROSARDO.

No me dieron sino á tí,

O tus palabras mintieron.

LEONARDA.

Que ya supe vuestro enredo

Por quitarme mi marido,

Y cómo estaba escondido...

ROSARDO.

¿Quién?

LEONARDA.

*Floriano*.

ROSARDO.

¡Bueno quedó!

LEONARDA.

¿Piensas que no sé muy bien

Que por mujer me pidió?

¿Quién?  
 ROSARDO.  
 LEONARDA.  
 Floriano.  
 ROSARDO.  
 Que soy yo.  
 FULGENCIO.  
 Loco te hará á ti tambien.

### ESCENA VI.

FLORIANO, DORISTO. — Dicanos.

DORISTO.  
 Por muchos años y buenos  
 Todo á tu gusto suceda.  
 FLORIANO.  
 Ya por testigos no queda.  
 PLÁCIDO.  
 Testigos es lo de menos.  
 Mirad, Señor, que es locura:  
 Curalda; después se hará.  
 FULGENCIO.  
 Desto no se trate ya;  
 Que quiero ponerla en cura.—  
 Rosardo, Lucrecia es vuestra:  
 Para los dos servirán  
 Los testigos que aquí están.—  
 Muestra la mano.  
 LUCRECIA.  
 ¿Qué?  
 FULGENCIO.  
 Muestra.  
 LUCRECIA.  
 ¿Cómo muestra! ¿Pues no hay mas  
 De, en faltando, dar en mi?  
 FULGENCIO.  
 Esto me conviene así.  
 Si luego no se la das,  
 ¡Vive Dios que te!...  
 LUCRECIA.  
 Detente;  
 Que ese término no es hijo  
 De tu valor.  
 FULGENCIO.  
 ¿Quién te dijo  
 Que no es término decento?  
 Soy padre, y lo puedo hacer.  
 LUCRECIA.  
 ¡Ved á qué punto he llegado!  
 FULGENCIO.  
 Esto ha de quedar firmado. (A Rosardo.)  
 Lucrecia es vuestra mujer.—  
 Vos, Lucas, y vos, Doristo,  
 Testigos desto seréis.  
 FLORIANO.  
 Yo diré que, si lo haceis,  
 Es con la fuerza que he visto;  
 Que es casamiento forzado,  
 Y contra la ley de Dios.  
 FULGENCIO.  
 ¿Quién os mete en esto á vos,  
 Bellaco, desvergonzado?  
 ¿Es esta la recompensa  
 De haberos curado aquí?  
 FLORIANO.  
 Señor, ¿en qué os ofendí?  
 FULGENCIO.  
 ¿Esta no llamais ofensa?  
 FLORIANO.  
 Soy estudiante, y estoy,  
 A ley desto y de hombre honrado,  
 A avisaros obligado,  
 Y porque cristiano soy.

Matadme, heridme, acabadme.  
 Estas causas me han movido.  
 Ya, Señor, perdon os pido.

FULGENCIO.  
 Calla, enemigo.  
 FLORIANO.  
 Matadme;  
 Pero no he consentir  
 Que aquí se ofenda al Señor.  
 FULGENCIO.  
 ¡Oh hipócrita de mi honor!  
 Calla.  
 FLORIANO.  
 Hablando he de morir.  
 ROSARDO.  
 ¿Qué os va á vos, Dómine, en esto?  
 FLORIANO.  
 Defiendo mi teología.  
 ROSARDO.  
 ¿Por qué causa?  
 FLORIANO.  
 Porque es mia,  
 Y me la quitan tan presto.  
 PLÁCIDO.  
 Este mozo es buen cristiano,  
 Y habla como estudiante.  
 No pase ahora adelante  
 La boda.  
 FULGENCIO. (A Floriano.)  
 Calla, villano.  
 FLORIANO. (Llorando.)  
 ¡Señor, no lo permitais  
 Por vuestro divino amor!  
 FULGENCIO.  
 ¡Hay mas gracioso doctor!  
 ROSARDO.  
 Hermano, ¿de qué llorais?  
 FLORIANO.  
 ¿No he de llorar un pecado  
 Contra el Dómine y Maestro?  
 FULGENCIO.  
 ¿No es bazo temor el vuestro  
 Por un tonto, mi criado?—  
 Dale allí luego la mano. (A Lucrecia.)  
 FLORIANO.  
 Señores, ¿que es herejia!  
 ¿Que se ha casado este día  
 Lucrecia con Floriano!  
 FULGENCIO.  
 ¿Otro Floriano? ¡Bueno!  
 Algo han estos dos comido.  
 FLORIANO.  
 Floriano es su marido:  
 Segundas bodas condeno.  
 LEONARDA.  
 Mientes, necio; que conmigo  
 Floriano está casado.  
 PLÁCIDO.  
 ¡Ved la locura en que han dado  
 La casada y el testigo!  
 LUCRECIA.  
 (Ap. Ahora es buena ocasion  
 Para hacerme tambien loca;  
 Que no poco me provoca  
 Tanto mal de corazon.)  
 ¿Quién te dijo á ti que estabas  
 Casada con Floriano?  
 LEONARDA.  
 Tú.  
 LUCRECIA.  
 ¡Yo!

LEONARDA.  
 Si.  
 LUCRECIA.  
 Cansaste en vano;  
 Soñaste el bien que esperabas.  
 Floriano es mi marido.  
 FULGENCIO.  
 ¡Tambien! Perdido está todo.  
 FLORIANO.  
 Y yo dese mismo modo  
 Testigo de todo he sido.  
 FULGENCIO.  
 ¿Qué Florianos son estos?  
 ROSARDO.  
 ¿No me diréis qué han comido?  
 FULGENCIO.  
 Unas setas que han traído  
 Algunos villanos destos.  
 Yo apostaré que tenían  
 Ponzoña y que los han muerto.  
 ROSARDO.  
 Eso es sin duda, eso es cierto,  
 Y por eso desvarian.  
 DORISTO.  
 Yo las traje, y juraré  
 Que no tenían ninguna.  
 PLÁCIDO.  
 ¿Eran de prado ó laguna?  
 DORISTO.  
 Del monte las arranqué;  
 Que junto á un roble nacian.  
 PLÁCIDO.  
 Curallos será mejor.  
 Traigan triaca.  
 FLORIANO.  
 Es amor.  
 LUCRECIA. (Ap. á Floriano.)  
 Mi bien, por triaca envian.  
 FLORIANO.  
 Bien la habré yo menester;  
 Que harta ponzoña he tragado.  
 LEONARDA. (Ap.)  
 Como á loca me han tratado,  
 Y ellos lo deben de ser.  
 FULGENCIO.  
 Entráos adentro los tres.  
 LEONARDA.  
 Aunque hagas mas invenciones  
 Y géneros de traiciones,  
 Floriano mi esposo es.  
 LUCRECIA.  
 ¿Floriano? No lo creas,  
 Porque ha de ser mi marido.  
 FLORIANO.  
 Digo que testigo he sido,  
 Y que sé que lo deseas.  
 ROSARDO.  
 ¡Buenos van con su locura!  
 FULGENCIO.  
 Yo voy á darles triaca.  
 PLÁCIDO.  
 Si este frenesí se aplaca,  
 Volveré á hacer la escritura.  
 (Vanse.)

### ESCENA VII.

ROSARDO.

Como se echa de ver que siempre huy  
 De cualquiera deseo el justo efeto,



Y que lo aborrecido se concluye!  
Que el hombre á lo contrario está sujeto  
De mi deseo de casar se arguye;  
Pues como no hay partido que no aceto,  
No hay casamiento que á su efecto llegue,  
Y todo quiere amor que se me niegue.  
Tema parece ya tanta inconstancia.  
Ya de Leonarda soy, ya de Lucrecia.  
Pero tanta nobleza y tal ganancia  
Con justa presunción se estima y precia.  
No procurar el bien es ignorancia,  
Y es loco y sin razón quien le desprecia;  
Que para casamiento en tierra propia  
En esta el cielo derramó su copia.

### ESCENA VIII.

FABRICIO. — ROSARDO.

FABRICIO. (*Para sí.*)

No hay que fiar de lisonjero amigo  
Después que la verdad perdió su fuerza;  
Y pues soy en mi mal parte y testigo,  
A la venganza la opinión me esfuerza.—  
Mas ¿no es este Rosardo, mi enemigo,  
Nuevo Tarquino que á Lucrecia fuerza?  
Sin duda que vengarme es justo celo,  
Pues que á su puerta me le ofrece el cie-

[lo.—  
¿Fuiste testigo, di, en aquesta puerta  
De mis lágrimas, quejas y tormentos,  
Estando para ti del pecho abierta  
Para los mas secretos pensamientos?  
¿Qué es esto, di, que tu traición concierta  
En esta variedad de casamientos?  
¿No era Leonarda tuya? ¿Cómo es esto,  
Que ya en Lucrecia el pensamiento has  
[puesto?  
Casado estás; que en Alba se murmura;  
Vendido me has; que á todos es notorio;  
Mas primero verás tu muerte dura.  
Que el clandestino y falso desposorio.  
Ni gozarás, si puedo, la perjuración,  
Infame rama del linaje Osorio,  
Porque esta espada vengará mi agravio.

ROSARDO.

¡Resolución de caballero sabio!  
Oye primero mi razón, y entiende  
Que, aunque aquí responderia bien la  
[espada,  
Por tu amistad la lengua se defiende;  
Que miro al fin la voluntad pasada.  
Quien á su amigo sin razón ofende  
Por falsa información con lengua airada,  
Mejor merece nombre de enemigo,  
Y aquel que no le sufre no es su amigo.  
Y pues que esas locuras te he sufrido,  
Fabricio; como amigo verdadero,  
Que de Fulgencio importunado he sido  
Con Lucrecia, con ruego y con dinero;  
Que ni la solicito ni la pido,  
Nite la quito á ti, ni yo la quiero.  
Si dije *sí* por ocasión tan alta,  
Fué ajena fuerza, que no propia falta.

FABRICIO.

¡Que *sí* dijiste! ¡Que tan sin vergüenza  
Lo confiesas, traidor!

ROSARDO.

Habla mas quedo;  
Que no habrá amor que tu locura vengas,  
Ni tanto atrevimiento sufrir puedo.

FABRICIO.

Pues mete mano: véngate; comienza.

ROSARDO.

¿Debe de ser porque te tengo miedo?

FABRICIO.

Déjate de razones, vil cobarde;  
Que tus satisfacciones llegan tarde.

(*Echan mano.*)

### ESCENA IX.

FLORIANO, FULGENCIO y DORISTO,  
*alborotados.* — Dichos.

FULGENCIO.

¡Espadas á la puerta!

FLORIANO.

Llega presto;  
Que Rosardo y Fabricio se acuchillan.

FULGENCIO.

Ténganse, caballeros.

FABRICIO.

Agradece  
Que es en la calle y en lugar tan público;  
Pero en el campo, como voy, te aguardo.  
(*Vase.*)

ROSARDO.

Haz como caballero lo que has dicho.

FLORIANO.

El puede irse; pero vos, Rosardo,  
De aquesta casa no saldréis un punto.

DORISTO.

La puerta cierro; que se llega gente.  
(*Éntranse en la casa.*)

—

Sala en casa de Fulgencio.

### ESCENA X.

FULGENCIO, FLORIANO, ROSARDO,  
DORISTO.

FULGENCIO.

¿Qué ha sido la ocasión?

ROSARDO.

— Mi casamiento.

FULGENCIO.

¿Cómo?

ROSARDO.

Por estorbarlo...

FULGENCIO.

¿Quién?

ROSARDO.

Fabricio.

FULGENCIO.

Pues ¿qué le va á Fabricio?

ROSARDO.

Bien se entiende  
Sin que lo diga yo.

FULGENCIO. (*A Doristo.*)

Llama á Lucrecia.

(*Vase Doristo.*)

FLORIANO. (*Ap.*)

¡Oh cómo viene todo á mi propósito!

FULGENCIO.

¿En qué funda Fabricio su locura?

ROSARDO.

El sabe la ocasión y quién la ha dado.

FLORIANO.

Aquí está mi señora con su prima.

### ESCENA XI.

LUCRECIA, LEONARDA. — FULGEN-  
CIO, ROSARDO, FLORIANO.

FULGENCIO.

¿Eran, Lucrecia, las locuras estas,  
La ponzoña comida, la triaca,  
El decir disparates á concierto,  
El no darle las manos á Rosardo?  
¿Qué tienes con Fabricio? Dilo, acaba;  
Confiesa, perra.

LUCRECIA.

Yo... Señor...

FULGENCIO.

Confiesa.

Va mi honra y la tuya en remediallo.

FLORIANO. (*Ap.*)

Huélgome que mis celos se averigüen,  
Y que por mí los pida el mismo padre.  
Ahora sabré yo lo que temía.

FULGENCIO.

¿Haslo pensado ya?

LUCRECIA.

Voluntad tuve

De casarse con...

FLORIANO. (*Ap.*)

¡Túrbase!

LUCRECIA.

Y propósito...

FULGENCIO.

¿Hablóte alguna vez?

LUCRECIA.

Una ó dos veces.

FULGENCIO.

Y esto ¿por dónde fué?

LUCRECIA.

Por la ventana.

FULGENCIO.

¿Hate tocado manos ó vestido?

LUCRECIA.

Ni me tocó el vestido ni las manos.

FULGENCIO.

¿Hate escrito?

LUCRECIA.

Verdad es que me ha escrito.

FULGENCIO.

¿Y respondido tú?

FLORIANO. (*Ap.*)

¡Tenedla, cielos;

Que me mata si dice que le ha escrito!

FULGENCIO.

Habla: ¿de qué te turbas?

LUCRECIA.

Como era

Dirigido á casarse...

FLORIANO. (*Ap.*)

¡Ella lo dice!

LUCRECIA.

Con mucha honestidad, con mucho  
[acuerdo,  
Dos papeles no mas he respondido.

FLORIANO. (*Ap.*)

¡Matóme! ¡Muerto soy! ¡Al celos, celos!  
¡Pluguiera á Dios que no se averiguara!

FULGENCIO.

¿Dos papeles! ¡Mirad si la pendencia  
Era sin ocasión! ¡Alto! Doristo.

### ESCENA XII.

DORISTO, CRIADOS. — Dichos.

FULGENCIO.

Lleven aquestas damas á la aldea,  
No vayan mas en Alba solo un punto.

(*A los criados.*)

Vé á aderezar el coche tú, Felino,

Lleva recado de cocina y cama.—

No repliquen palabra: vayan luego.

(*A Lucrecia y Leonarda.*)

FLORIANO. (*Ap.*)

¿Que celos no bastaban, cielo airado?

¡También ausencia, y una muerte á otra,

Y para contrastar tan flaca vida!

LEONARDA.

¿Hete ofendido yo, que me destierras?

FULGENCIO.

Camina, no repliques.

LEONARDA.

¿Por qué causa?

FULGENCIO.

¿Quién duda que eres cómplice con ella?

LEONARDA.

¿Son invenciones nuevas, son por dicha

Para quitarme todavía mi esposo?

Pues todo he de escribirlo a Floriano.

DORISTO.

¿Qué poco efeto ha hecho la triaca!

FULGENCIO.

Váyanse luego.

LUCRECIA.

¡Esto faltaba, cielo!

DORISTO.

Callen: que se holgarán de ver el campo

Todo esmaltado de diversas flores,

De hacer el queso y de cuajar la leche,

Los requesones y las blancas natas.

Y allá esta mi mujer, que las aguarda

Con mil regalos y con mil deseos.

(*Vanse Lucrecia, Leonarda, Doristo y los criados.*)

FULGENCIO.

Vos quedaréis aquí, domine Lucas,

En guarda de la casa y desta gente.

FLORIANO.

¿No estuviera mejor en el aldea

Ayudando, Señor, á los pastores?

Que yo también sé desto de hacer queso;

Que en mi tierra lo vi diversas veces.

FULGENCIO.

Aquí os he menester.

FLORIANO. (*Ap.*)

Y aquí sin duda

Me acabarán los celos y el ausencia.

FULGENCIO.

Vos, Rosardo, podeis venir conmigo,

Mientras este negocio se averigua;

Que de una y otra parte está muy cierto

Que los deudos querrán ponerse en ban-

ROSARDO.

[*dos.*]

Mientras que no hay agravios, no lo te-

ma vamos á San Juan, por si codicia[mas.

Meternos en la cárcel la justicia.

(*Vanse Rosardo y Fulgencio.*)

### ESCENA XIII.

FLORIANO.

Si alguno justamente quejas forma

De su contraria estrella y de los cielos,

Consuélese en los suyos con mis duelos,

Y no se queje mientras no se informa.

Ya Circe de hombre en piedra me trans-

[*forma:*]

Y aun fuera bien por no sentir mis celos;

Que en efeto presentes sufrirélos, ¡ma!

Y no en la ausencia que al morir confor-

Bien puede ser de un hombre resisti-

Un contrario cruel y su violencia; ¡do

Mas no cuando á traicion como este em-

[*biste.*]

Los celos por los ojos me han venido;

Pero por las espaldas el ausencia;

Y lo que no se ve, no se resiste.

### ESCENA XIV.

DECIO.—FLORIANO.

DECIO.

¿Quién está acá?

FLORIANO. (*Ap.*)

Pobre es este

Pero mas pobre estoy yo,

Pues lo que el cielo me dió,

Quiere que tanto me cueste.

No hay pobreza que á la mia

Pueda hacelle competencia;

Mas, rico soy de paciencia,

Si yo la tengo este día.

DECIO.

¿Hay algo acaso que dar

á aqueste pobre estudiante?—

¿Qué es lo que he visto delante!

FLORIANO.

¿Hasta acá os habeis de entrar?

¿No podréis desde allá fuera?...

DECIO.

¿Ya desconoces, Señor,

A tu antiguo servidor?

FLORIANO.

Yo hablara si os conociera.

DECIO.

Yo soy el desconocido...

—Pero ya no puede ser,

Pues mas vengo á conocer.

FLORIANO.

¿Y qué es?

DECIO.

Mi propio vestido.

FLORIANO.

Yo soy quien te le quité

Para hacer esta invencion.

DECIO.

¿Aquí paró tu afición?

FLORIANO.

No, porque adelante fué;

Que aunque el cuerpo venga á estar

Deshecho en ceniza y hielo,

Es como el noveno cielo,

Que nunca puede parar.

DECIO.

¿Que al fin tú fuiste ladrón?

FLORIANO.

Dime, ¿dónde quedó Alberto?

DECIO.

Estudiante queda, y cierto

De tu daño y perdición.

FLORIANO.

¿No sustenta á mis criados?

DECIO.

Solo conmigo es cruel;

Que todos están con él

Bien puestos y acomodados,

Y yo ando cual me ves.

FLORIANO.

A muy buen tiempo has venido

Para despertar su olvido.

DECIO.

¿De qué suerte?

FLORIANO.

Escucha pues.

Hoy irás á Salamanca,

Y aquesto le has de contar.

DECIO.

No estoy para caminar.

FLORIANO.

¿Cómo?

DECIO.

Estoy sin una blanca.

FLORIANO.

No te faltará dinero.

DECIO.

Y sin él te he de servir.

FLORIANO.

Pero escucha; que has de ir

Aquí á mi huésped primero;

Y con una carta mia

Mi vestido pedirás.

DECIO.

¿Y esto bastará no mas?

FLORIANO.

No le traigas si porfia;

Mas buenas señas pondré

De la arca en que le metió.

DECIO.

Fiador le daré yo.

Mas di: ¿adónde le traeré?

FLORIANO.

Aquí: pregunta por mí,

Porque luego me le vista.

DECIO.

¿Adónde vas?

FLORIANO.

Donde asista

Mas cerca al bien que perdi.

Voy, Decio amigo, á una aldea.

Adonde Lucrecia va.

DECIO.

¿Es léjos?

FLORIANO.

Cerca será,

Puesto que muy léjos sea;

Aunque siempre oi decir

Que es media legua no mas.

DECIO.

¿Allá en este traje vas?

FLORIANO.

Ansí me conviene ir

Para no ser conocido.

DECIO.

Guiente, Señor, los cielos.

FLORIANO.

Casados ausencia y celos,

¿Qué han de engendrar sino olvido?

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Fabricio.

### ESCENA XV.

FABRICIO, NEBRO, LAVINO.

NEBRO.

Yerras en llamarlo agravio,

Después de lo sucedido.

FABRICIO.

No es tanto por lo que ha sido,

Cuanto porque yo me agravio.

LAVINO.

Desa suerte, el nombre trueca.

FABRICIO.

Todo me obliga á furor;

Que los negocios de amor

Traen la pólvora seca.

NEBRO.

Mejor pudieras formar

Esas quejas de Lucrecia.

FABRICIO.

Si ella á Rosardo desprecia,

¿En qué la debo culpar?

LAVINO.

Ocasion habrán hallado,

Pues el padre los desposa.

FABRICIO.

Es la que ha sido forzosa

La que el intento le ha dado;

Que es en extremo avariento.

Y es porque Rosardo es rico



LAVINO.

Menos esa causa aplico  
Por sustancial fundamento;  
Que vos le igualais en todo,  
Y en nobleza le excedeis.

FABRICIO.

Como deudo respondeis.

LAVINO.

Y aquí me hallaréis á todo,  
Y no hay en todo el lugar,  
Cuanto mas en el linaje,  
Hombre que mas se aventaje,  
Y lo pueda sustentar.

NEBRO.

De Lavino y aún de mi  
Estad seguro á lo menos.

FABRICIO.

Deudos y amigos tan buenos  
Basta que vuelvan por mi.

## ESCENA XVI.

FULGENCIO. — DICHOS.

FULGENCIO. (A Fabricio.)

A solas quisiera hablaros  
Por satisfacer mi antojo;  
Que no con pequeño enojo  
Vengo, Fabricio, á buscaros.  
Mas pues vuestros deudos son  
Los que ahora os acompañan,  
No creo que aquí me dañan  
Testigos de mi razon.

FABRICIO.

La que teneis en quejarsos,  
Tengo en quejarme de vos,  
Y podrán muy bien los dos,  
Disculpádomie, culparos.  
¿Hay mas de que estáis quejoso  
Que á vuestra hija servi?  
¿En qué, Fulgencio, ofendi  
Vuestra casa y trato honroso?  
¿Puse acaso alguna escala?  
¿Rompí ventanas ó puertas?  
¿Eran pretensiones muertas?  
¿Soy igual á quien la iguala?  
¿Pudiéndomela entregar,  
Como él acaso diria,  
¿No es mayor queja la mia  
Si ya se la quereis dar?

FULGENCIO.

¿Qué obligacion me ha corrido  
De daros mi hija á vos,  
Porque lo quereis los dos,  
Porque la hayais vos servido?  
Si yo la quiero casar,  
¿Qué me importa vuestro amor?

FABRICIO.

Si ella quiere, ¿no es error  
Querérmela á mí, quitar  
Por darla á quien no es tan bueno?

FULGENCIO.

Quando no fuera, podia.  
Esta ¿no es hacienda mia?  
¿Quién os mete en gusto ajeno?  
Dadme luego dos papeles  
Que de mi hija teneis,  
Si por dicha no quereis  
Probar mis manos crueles;  
Que, aunque caducas están,  
Les da fuerza la razon.

FABRICIO.

Es vana esa pretension,  
Y las demás lo serán;  
Que los papeles que tengo  
Informacion han de ser  
Para lo que pienso hacer.

FULGENCIO.

¡Esto escucho y á esto vengo!  
¿Qué me habeis de hacer á mí?

FABRICIO.

Pedir mi esposa con ellos.

FULGENCIO.

¿Y qué fuerza tendrán ellos,  
Si ha dado á Rosardo el sí?

FABRICIO.

La justicia os lo dirá.

FULGENCIO. (Ap.)

Menester es buena prisa,  
Porque ya aqueste me avisa  
Que en otro poder está.  
Y porque llegue mas tarde,  
Luego á entregársela voy.

(Vase.)

## ESCENA XVII.

FABRICIO, NEBRO, LAVINO.

FABRICIO.

En grande peligro estoy:  
No es bien que mi daño aguarde.  
¿Qué me aconsejais en esto?

NEBRO.

Que este matrimonio impidas,  
Y que por mujer la pidas,  
Si no se la dan tan presto.

FABRICIO.

Los papeles no son tales  
Que la obliguen, si no quiere.

LAVINO.

Como el padre no la altere,  
Bastan menores señales.

NEBRO.

Busca algun falso testigo  
Que diga que ella te dió  
La palabra.

FABRICIO.

Bien sé yo  
Que pudiera mi enemigo;  
Que él solo estaba presente  
A nuestro requiebro y gusto.

NEBRO.

¿Serálo de su disgusto?

FABRICIO.

Esto es verdad llanamente.  
¿Y no sabeis qué he pensado,  
Por lo que puede interés?  
Que aquel *dómine*, ó lo que es,  
Es para el caso extremado;  
Que en fin, como hombre de casa,  
Podrá jurar que lo vió.

LAVINO.

Como eso el oro acabó,  
Como esos peligros pasa,  
Como esas dificultades  
Tiene llanas por el suelo.

FABRICIO.

Si; mas ¿cuándo tiene el cielo  
Encubiertas las verdades?  
Si este jura lo que ha visto,  
Que, pues es pobre, si hará,  
Seguro el negocio está.  
Con tres doblones le embisto.

NEBRO.

Pues ¿qué tiros le combaten  
Para que no le derriben?

FABRICIO.

No habrá lealtad que no priven,  
Ni respeto que no maten.

NEBRO.

No hay remedio que mas cuadre  
Como este á tus pretensiones.

FABRICIO.

Hombre hay que por tres doblones  
Jurará contra su padre.  
(Vanse.)

—

Campo y vista exterior de la alquería  
de Fulgencio.

## ESCENA XVIII.

LEONARDA, LUCRECIA.

LEONARDA.

No es mala la casería  
Para en el campo.

LUCRECIA.

Es tan mala,  
Que solamente la iguala  
La misma desdicha mia.

LEONARDA.

Dame que fuera un palacio,  
Que lo mismo pareciera.

LUCRECIA.

Para un dia buena era;  
Mas no para tanto espacio.  
Y aun aquella labradora  
Que allá tanto me agradó,  
Solo en vella me enfadó  
Por morar adonde mora.

LEONARDA.

¿Aquí te quedas?

LUCRECIA.

Estoy  
Tan triste, que me ha de dar  
Vida hartarme de llorar.

LEONARDA.

Si te enfado, ya me voy;  
Aunque de manera vivo,  
Que, cuando aquí me quedara,  
A llorar te acompañara.

LUCRECIA.

Sola mas gusto recibo.

LEONARDA.

Si así te melancolizas,  
En la salud lo hallarás.

LUCRECIA.

Con poco viento verás  
El fuego entre las cenizas.

LEONARDA. (Ap. yéndose.)

Aquí me quiero esconder  
Por saber este secreto. (Escóndese.)

LUCRECIA.

Solo valle, monte quieto,  
Oye una triste mujer;  
Que si á escucharme te inclinas,  
De su propia voluntad  
Se moverán á piedad  
Los duros robles y encinas.  
De un cruel padre me quejo,  
Para escurecer mi gozo  
Con desatinos de mozo  
Y con intentos de viejo.  
Casarme por fuerza quiere.

## ESCENA XIX.

FLORIANO, vestido de galan. — LUCRECIA, LEONARDA, oculta acechando.

FLORIANO. (Ap.)

No he tomado mal la senda,  
Pues veo la dulce prenda  
Que por otras manos muere.  
Dicha ha sido hallarla sola.



LUCRECIA.  
¡Jesus! ¿qué hombre es este?  
FLORIANO.  
Soy  
Quien en la fragua de hoy  
Tu fingida fe acrisola.  
LUCRECIA.  
¡Floriano!  
FLORIANO.  
¡Enemiga mía!  
LUCRECIA.  
¿Qué hábito es este?  
FLORIANO.  
El que es mío.  
LUCRECIA.  
¿Quién te incita á un desvarío  
Tan grande?  
FLORIANO.  
Tu alevosía.  
LEONARDA. (Ap.)  
¡Mirad si decía yo  
Que tenían escondido  
A Floriano mi marido!  
LUCRECIA.  
Floriano, ¿quién te engañó?  
FLORIANO.  
Tú ¿no eres la que escribiste  
Dos papeles, y juraste  
Que al fin á Fabricio amaste,  
Y esto á tu padre dijiste?  
LUCRECIA.  
Eso que dices, há un año;  
Que es antes que yo te viese.  
FLORIANO.  
¿Y no es razon que me pese,  
Y mi fe se llame á engaño?  
¿Tendré yo en ti confianza  
Si olvidas para querer,  
O será justo temer  
Lo mismo de tu mudanza?  
Mas no quiero ser ingrato,  
Ni estar celoso de ti;  
Que solo he venido aquí  
Para gozar este rato.  
Abrevia con esta ausencia;  
Que si vuelves tarde, es cierto  
Hallarme sin seso ó muerto.  
LEONARDA. (Ap.)  
¿Para esto tengo paciencia?  
LUCRECIA.  
Ya sabes tú la razon  
Que á mi viejo padre esfuerza  
Para casarme por fuerza  
Y vencer mi obstinacion.  
Deja que el destierro dure,  
Pues de noche podrás verme;  
Que en la vida ha de ofenderme  
Cuando casarme procure.  
Y mira que te verán,  
Si te detienes aquí.  
FLORIANO.  
¿Y no merezco de ti  
Algo porque estoy galán?  
LUCRECIA.  
A que te viese veniste,  
Y fingeste muy celoso.  
FLORIANO.  
¿No lo soy mas que tu esposo?  
LUCRECIA.  
Tú solo mi esposo fuiste.  
FLORIANO.  
Ahora que limpio estoy,  
Bien puedes darme un abrazo  
Con un amoroso lazo.

LUCRECIA.  
Tu esclava y rendida soy.  
(Se abrazan. Sale Leonarda.)  
LEONARDA.  
¿Para aquesto te escondias?  
LUCRECIA. (Ap.)  
¡Ay triste! Aquí está Leonarda.  
FLORIANO.  
¿Quieres que me vaya?  
LUCRECIA.  
Aguarda.  
LEONARDA.  
¿Qué buenas melancolías!  
Tan triste, Leonarda, estoy,  
(Remedando á Lucrecia.)  
Que aquí me quiero quedar  
Para hartarme de llorar.  
FLORIANO. (A Leonarda.)  
¿No me conoce?... Yo soy...  
LEONARDA.  
Con poco viento verás (Lo mismo.)  
El fuego entre las cenizas.  
—Si así te melancolizas,  
Mil envidiosas tendrás.  
FLORIANO.  
¿No me conoce, aunque estoy  
Con el vestido galano?  
LEONARDA.  
¡Traidor! ¿no eres Floriano?  
FLORIANO.  
El *dómine Lúcas* soy.  
LEONARDA.  
En la cara lo pareces;  
Y sin duda que has fingido  
Aquel infame vestido  
Con que á engañarme te ofreces.  
Mi tío ha llegado ya:  
Yo te asiré y tendré fuerte,  
Para que te dé la muerte.  
FLORIANO.  
Suelta.  
LEONARDA.  
¡Aquí, que se me va!  
¡Fulgencio! ¡Señor! ¡Ah, gente!  
LUCRECIA.  
Mira, necia, que estás loca.  
¿Qué deseo te provoca  
Al alboroto presente?  
(Floriano huye.)

### ESCENA XX.

FULGENCIO, DORISTO, CRIADOS. —  
LUCRECIA, LEONARDA.

LEONARDA.  
Floriano estaba aquí,  
Y con Lucrecia abrazado.  
FULGENCIO.  
¡Ved la tema que ha tomado!  
LEONARDA.  
No es tema; que bien lo vi.  
FULGENCIO.  
¿Qué es esto, Lucrecia?  
LUCRECIA.  
Es poco  
Lo que tiene que perder.  
FULGENCIO.  
Tristezas deben de ser.  
LEONARDA.  
No estoy loca; tú estás loco.

Floriano trata de amores  
Con Lucrecia, y aquí estaba.  
FULGENCIO.  
Sin duda que lo soñaba.  
LEONARDA. (Llorando.)  
¡Aquí de Dios!...  
FULGENCIO.  
No me llores.  
LEONARDA.  
¡Que me quitan mi marido!  
FULGENCIO.  
¡Vive el cielo, de matarte! 4  
DORISTO.  
¿Que no quieres sosegarte?  
LEONARDA.  
¿Tú me tocas, atrevido?  
FULGENCIO.  
Asilda; que está furiosa.  
DORISTO.  
¿Tú no ves que se resiste?  
FULGENCIO. (A Doristo.)  
Ea, para-poco, embiste.  
LEONARDA.  
¡Loca! ¿hay semejante cosa?  
Por dar á tu hija esposo,  
¿Loca me haces á mí?  
FULGENCIO.  
¿Qué esposo?  
LEONARDA.  
El que estaba aquí.  
FULGENCIO.  
¡Oh frenesí lastimoso!  
¿Quién es?  
LEONARDA.  
El *dómine Lúcas*.  
LUCRECIA.  
¡Mirad qué bien lo concierta!  
FULGENCIO.  
Milagro es que no estés muerta  
Por estas manos caducas.  
Llévalda luego de ahí.—  
Y tú apercibe ese coche, (A un criado.)  
Y lleguen á Alba á la noche.  
LUCRECIA.  
¿Hay algo de nuevo?  
FULGENCIO.  
Sí.  
LUCRECIA.  
¿Qué es?  
FULGENCIO.  
Un pleito de Fabricio,  
Fundado en tus dos papeles,  
Para honrarme, como sueles,  
En dar tan honesto indicio.  
Mas yo te daré á Rosardo  
Para vengarme de ti.  
LUCRECIA.  
Haz tu voluntad en mí,  
Fe en que vivo y ley que guardo.  
FULGENCIO.  
Vencerásme dese modo.  
LUCRECIA. (Ap.)  
Para tanto desvarío,  
Solo en el *Dómine* tío  
Que dará remedio á todo.

4 Equivale á *Juro al cielo de matarte*, jurar que he de matarte.

## ACTO TERCERO.

Sala en casa de Fulgencio, en Alba de Tórmes.

## ESCENA PRIMERA.

FULGENCIO, LUCRECIA, FLORIANO,  
*de domine Lucas.*

FULGENCIO.

¿Cómo que no has de casarte?

LUCRECIA.

A ti de ti mismo apelo.

FULGENCIO.

No, sino al cielo; que el cielo  
Solo á tu remedio es parte.  
Mira, enemiga, que importa  
Que dés la palabra luego.

LUCRECIA.

Arroja mi cuerpo al fuego,  
Saca el alma, el cuello corta,  
Y no me mandes casar,  
Cosa que tanto aborrezco.

FULGENCIO.

¿Que esto de tí no merezco  
Con poder ni con rogar?  
Dame el sí.

FLORIANO.

No se le dés,  
Y verás lo que te va.

FULGENCIO.

Aconséjasele ya,  
Lúcas; échate á sus piés.

FLORIANO.

Señora, ¿que el sí no deis?  
Es cosa bien conocida  
Que os importa el alma y vida;  
Que á tal peligro os poneis.  
Negais con tal corazon  
Que es en balde mi consejo.  
Mirad vuestro padre viejo,  
Y mirad mi obligacion.  
Haced, como mujer noble,  
Señora, lo que es tan justo.

LUCRECIA.

No creas que de mi gusto  
Fuerza ni ruego me doble.  
No tienes tú que advertirme;  
Ni mi padre que mandarme;  
Que es hacer, con avisarme,  
Que esté como roca firme.

FULGENCIO.

Yo haré de tí sacrificio,  
Pues tan obstinada eres.  
Esto es confesar que quieres  
Que venza el pleito Fabricio,  
Y casarte sin mi gusto.

LUCRECIA.

Si yo á Fabricio desco,  
Del bien que presente veo  
Me venga el mayor disgusto.

FULGENCIO.

¡Mirad qué buen juramento  
A mí que presente estoy!

FLORIANO. (Ap.)

No es sino á mí; que yo soy  
Señor de su pensamiento.

FULGENCIO.

¿Estás resuelta?

LUCRECIA.

¿Eso dudas?

FULGENCIO.

Bien te puedes confesar;  
Que te tengo de matar,

Si el propósito no mudas.

LUCRECIA.

Ya espero yo tu martirio.

FULGENCIO.

¡Qué! ¿santa pensabas ser?  
Las carnes te he de poner  
Como las hojas de un lirio.  
Témmela, Lucas, aquí.

FLORIANO.

Yo la tendré con firmeza;  
Que es bien que tanta dureza  
Se me entregue solo á mí.

FULGENCIO.

Ásela bien desos brazos.

FLORIANO.

¡Mira por dónde se mete  
Tu padre á ser alcahuete  
Destos dichosos abrazos!

LUCRECIA.

Cuando me quite la vida  
(Que de su crueldad lo espero),  
Yo estoy contenta; que muero  
A buena colina asida.  
¿Qué temes?

FLORIANO.

Tu pensamiento.

(Vuelve Fulgencio con una cuerda.)

FULGENCIO.

Ata bien.

FLORIANO.

Atada está.

FULGENCIO.

Métemela luego allá;  
Que yo la daré tormento.

FLORIANO.

Quiere, Señora, que es justo,  
Á quien te digo que quieras.

LUCRECIA.

Tú verás la fe que esperas,  
Hasta morir por tu gusto.  
Y, para que esté mas fuerte,  
De puntal me servirás,  
Y por eso vas detrás  
Para animarme á la muerte.

(Vanse Lucrecia y Floriano.)

## ESCENA II.

FULGENCIO.

No es tan robusta sobre el alta sierra  
La vieja encina, ni en la mar salada  
La roca, de los vientos contrastada,  
Opuesta siempre á su furiosa guerra,  
Ni mas dureza aquella piedra encierra  
Que con la sangre suele ser labrada,  
Que á su disgusto la mujer rogada,  
Aunque conozca que su gusto yerra.

En vano el hombre á la mujer desvia  
De su opinion rebelde, y la importuna  
Al blando ruego y al desnudo acero;  
Porque, si es por amor lo que porfia,  
Contará las estrellas una á una  
Y las arenas de la mar primero.

## ESCENA III.

FLORIANO. — FULGENCIO.

FLORIANO.

Sin duda que ya tomaste  
Con Lucrecia nuevo acuerdo,  
Y ha sido parecer cuerdo.

FULGENCIO.

Y tú ¿por qué la dejaste?

FLORIANO.

Porque, como te tardabas,

Tenella así no era justo.

FULGENCIO.

Pues ¿qué haré contra su gusto?

FLORIANO.

Tirano medio tomabas;  
Que no ha de ser el castigo  
Igual en todas mujeres.  
Y es bien que mires quién eres.

FULGENCIO.

Pues ¿qué haré, Lúcas amigo?  
Dame, pues eres discreto,  
Un consejo de tu mano.

FLORIANO.

(Vase.) Mal puede el enfermo al sano.

FULGENCIO.

Como estudiante, en efeto.

FLORIANO.

Mira, lo que yo hiciera,  
Si esta cuestion fuera mia,  
Era dejar la porfia  
De que á Rosardo quisiera,  
Y hacerle contra el honor  
Una gentil amenaza.

FULGENCIO.

¿Pues cómo?

FLORIANO.

Escucha la traza;

Que no es de poco primor.  
Di que á toda Alba dirás  
Que la has hallado conmigo,  
Porque con este castigo,  
Lo que quisieres harás.

FULGENCIO.

Di: ¿dúrate todavía  
La locura de las setas?

FLORIANO.

¿Qué bien la traza interpretas!

FULGENCIO.

No hables mas.

FLORIANO.

La industria mia

Fué tomada de Tarquino  
Para obligar á Lucrecia.

FULGENCIO.

Quien de estudiante se precia,  
¿Intenta igual desatino?

FLORIANO.

Como esta Lucrecia es,  
Y no se deja forzar,  
Quise este ejemplo tomar.

FULGENCIO.

¿Y qué resulta después?

FLORIANO.

Que, por no ver su deshonra,  
Se casará con Rosardo.

FULGENCIO.

Ahora bien, la prueba aguardo.  
Aunque se ofenda mi honra.

FLORIANO.

¿Qué honra pierdes, si esto pasa  
Solamente entre ti y ella?  
Cosa es que no ha de sabella  
Ninguno fuera de casa.

FULGENCIO.

Voy á ponerle ese miedo;  
Que quiero intentallo todo. (Vase.)

FLORIANO.

¡Oh, si hiciese deste modo  
Algun provechoso enredo! —  
Gente siento en el portal.

ESCENA IV.

FABRICIO. — FLORIANO.

FABRICIO.

Ce, Dómine, dos razones.

FLORIANO.

(Ap. De mis celosas pasiones  
Este es el original.)  
¿Qué buscáis, señor Fabricio?

FABRICIO.

Dómine Lúcas, yo estoy  
Perdido, a fe de quien soy.

FLORIANO.

Dello me habeis dado indicio.  
¿No va el pleito bien fundado?

FABRICIO.

Bien; pero sois menester.

FLORIANO.

Yo, Señor, ¿qué puedo hacer?

FABRICIO.

Darme el bien que me han negado.

FLORIANO.

Pues ¿está en mi mano?

FABRICIO.

Si.

FLORIANO.

¿Cómo?

FABRICIO.

Que habeis de jurar  
Que aqui me habeis visto entrar.

FLORIANO.

Pues yo, Señor, ¿cuándo os vi?

FABRICIO.

Abrid la mano y callad.

FLORIANO.

¡Vivit Dominus in cœlis  
Cum sanctis et cum angelis,  
Que no haga tal maldad!  
¡Bien á Lúcas conocéis!

FABRICIO.

Acabad, dómine Lúcas.

FLORIANO.

*Ne in tentationem me inducas;*  
Basta las que me poneis.

FABRICIO.

Dejáos de hablar latin,  
Y tomad estos doblones.

FLORIANO.

Ruines son vuestras razones;  
No sé yo si el dueño es ruin.  
Y de mi, aunque no valgo  
Nada en el traje en que estoy,  
Creed que como vos soy  
Tan caballero y hidalgo.  
Todo el oro de la tierra  
Que mi pobreza contraste,  
Os prometo que no baste,  
Si un siglo me hiciere guerra.  
Tengo en esta ropa pobre  
Un alma de oro tan rica,  
Que lo que la vuestra aplica  
Puede convertir en cobre.  
Pellaco pleito teneis,  
Pues testigos sobornais.

FABRICIO.

Ya que en nada me ayudais,  
Lúcas, mirad lo que haceis.  
Callad la boca, y seamos,  
Como antes, buenos amigos.

FLORIANO.

¡Sobornaditos testigos!  
¡Buena sentencia esperamos!

FABRICIO.

Deste oro os serviréis;  
Que aunque yo os lo vine á dar  
Por jurar y por hablar,  
Ya os lo doy porque calleis.

FLORIANO.

Que no lo quiero. Guardadlo;  
Que de albricias os lo diera,  
Si acaso yo lo tuviera.

FABRICIO.

Tomaldo, Lúcas, tomaldo.

FLORIANO.

Escuchad. Riñendo están  
Fulgencio y su hija.

FABRICIO.

Deseo

Saber la causa.

FLORIANO.

Eso creo.

FABRICIO.

Oye las voces que dan.

ESCENA V.

FULGENCIO y LUCRECIA, dentro. —  
Dichos.

FULGENCIO. (Dentro.)

¡Oh traidora! ¡No te hallé  
Con el Dómine acostada?

FABRICIO.

¿Cómo, cómo!

FLORIANO.

¡Qué! No es nada;

Que solo una noche fué.

FABRICIO.

¡Vos con Lucrecia!

FLORIANO.

Yo pues.

FABRICIO.

¿Y esta por mujer pretendo?  
¡Fuego de Dios!

LUCRECIA. (Dentro.)

No me ofendo

Que aquese esposo me des.

Ese es igual para mí.

FABRICIO.

¡Mirad si ella lo confiesa!

De que la pedi me pesa:

Yo la dejo desde aqui.

FULGENCIO. (Dentro.)

¿Por qué dejas á Fabricio?

FLORIANO.

Porque es mi mujer le deja.

FABRICIO.

Por cierto, ¡gentil pareja!

¡Con un mozo de servicio!

Dómine, ¿sois hechicero?

FLORIANO.

No; soy hombre como vos.

FULGENCIO. (Dentro.)

Matarte tengo, por Dios.

FABRICIO.

Ni oírlo ni verla quiero. —  
Quédate, infame mujer,  
De bajo trato y servil,  
Que diste al hombre mas vil  
En tu persona poder.  
Quédate, falsa murena,  
Que del profundo del mar  
Saliste ardiendo á buscar  
La culebra en el arena.  
Quédate, arriño enlodado

Porque no te cojan vivo;  
Pez ignorante y lascivo;  
Con piés de cabra engañado;  
Sol de invierno, que salió  
Para llover, muy hermoso;  
Flor de almendro presuroso,  
Que al primer aire cayó;  
Oro y moneda de pobre  
Envuelto en sucio sayal;  
Mujer propia y natural;  
Que esta cifra baste y sobre.  
Ya mi pleito se acabó,  
Y ya tus papeles dejo,  
Como pedazos de espejo.  
Que al muladar se arrojó.

(Tira unas cartas y vase.)

ESCENA VI.

FLORIANO.

Mejor de lo que pensaba  
Ila sucedido el enredo:  
Libre de los celos quedo  
Que aqueste necio me daba.  
¡Oh papeles enemigos!  
Bien á mi poder vengais:  
Dejáos tomar, no me huyáis;  
Que hemos de ser muy amigos.  
Veamos qué dice aqui.

ESCENA VII.

DECIO. — FLORIANO.

DECIO.

Floriano, ¿puedo entrar?

FLORIANO.

Bien puedes, Decio, llegar,  
Y mi Alberto, si está ahí. —  
Quiero guardar los papeles.

DECIO.

Entra, Alberto.

ESCENA VIII.

ALBERTO, de camino. — FLORIANO,  
DECIO.

ALBERTO.

¡Oh Floriano!

FLORIANO.

¡Oh amigo! ¡Oh mi propio hermano!  
Tiempo es ya que me consueles.

ALBERTO.

¿Cómo es esto que me escribes?

FLORIANO.

Es que te quiero casar.

ALBERTO.

¿Adónde?

FLORIANO.

En este lugar.

ALBERTO.

¿Y es en la casa que vives?

FLORIANO.

Adivinaste lo cierto.

ALBERTO.

¿Cómo?

FLORIANO.

En ella hay una dama  
Hermosa, noble y de fama,  
Rica sobre todo, Alberto,  
Y por fama está perdida  
Por Floriano.

ALBERTO.

Pues bien...



FLORIANO.

Esta me estorba también  
El remedio de mi vida.  
Dirás que eres Floriano  
Y casaraste con ella :  
Quedaré yo libre della,  
Y quedarás rico, hermano.

ALBERTO.

¡Bravas quimeras inventas!

FLORIANO.

Esta tu remedio es.

ALBERTO.

¿Qué resultará después?

FLORIANO.

¡Ahora *el después* me cuentas?  
Casémoste una por una :  
Que después, ¿qué hay que temer?

ALBERTO.

Cosa me mandas hacer  
Que á toda razon repûna.  
Pero si nuestra amistad  
Jamás cosa nos negó,  
Y yo soy tú, y tú eres yo,  
Y entrambos de uno mitad,  
¿Cómo excederé tu gusto?  
Muéstrame aquea mujer.

FLORIANO.

Ya conozco que ha de ser  
En que ella ha venido al justo.

ALBERTO.

Si es la que sale, es extremo.

FLORIANO.

Esta, mi Alberto, es Leonarda.

ALBERTO.

¿Quieres que la hable?

FLORIANO.

Aguarda ;  
No te turbes.

ALBERTO.

Eso temo.

### ESCENA IX.

LEONARDA. — Dichos.

LEONARDA.

En busca tuya me traes  
Todo el día.

FLORIANO.

Aquí estoy yo.

LEONARDA.

¿Quién es, di, quien me engañó?

FLORIANO.

¿Que en tus engaños no caes?  
Yo soy el que me vesti,  
Por burlarte, aquel vestido ;  
Que el otro estaba escondido,  
Y luego con él me fui.  
Llega, Floriano, acá ;  
Desengañarásla agora.

ALBERTO.

Dadme esas manos, señora  
Leonarda ; que tiempo es ya.

LEONARDA.

¡Jesus! ¿Vos sois Floriano?

ALBERTO.

Yo soy, Señora, y aquel  
Que á vuestro tío cruel  
Por vos le pedi la mano ;  
Que ya Lúcas me escribió  
Que á Lucrecia me ofrecía,  
Y debeisle que este día  
Venga á visitaros yo.  
Aunque esto yo lo he debido  
Como quien está obligado,

A que vos le hayais amado

Y a su amor correspondido. —

¿Voy bien? (Ap. á Floriano.)

FLORIANO. (Ap. á Alberto.)

¡Extremadamente!

LEONARDA.

Mi tío, Señor, no quise,  
Cuando de vos tuvo aviso,  
Que gozase el bien presente,  
Sino esconderos de mí,  
Codicioso del valor  
Que de vos cuentan, Señor,  
Y porque yo os quiero así ;  
Que la vista nunca fué  
Quien de vos me aficionó ;  
La fama sí, que bastó  
Para que yo el alma os dé.  
Si gustais, por vuestra quedo,  
A pesar deste tirano.

ALBERTO.

Ya os doy, Señora, la mano  
Con cuanto el alma puedo.

LEONARDA.

Yo os recibo por mi esposo.

FLORIANO.

Yo soy de todo testigo,  
Y las dos manos bendigo.

LEONARDA.

¡Dichosa yo!

ALBERTO.

¡Yo dichoso!

FLORIANO.

¡Extremado casamiento!

ALBERTO.

Alba es un corto lugar :  
¿Podré en el secreto estar?

FLORIANO.

Bien podrás en mi aposento.  
Entra sin que visto seas  
Deste viejo escrupuloso.

ALBERTO.

Adios.

LEONARDA.

Adios, dulce esposo.

ALBERTO.

Mira que luego me veas.

(Vase.)

FLORIANO.

Vóte tú, Decio, al meson,  
Y acudirás luego aquí.

DECIO.

Harélo, Señor, así.

FLORIANO.

Punto en boca ; que es razon.

DECIO.

Cosida, Señor, la llevo.

(Vase.)

FLORIANO.

Ya estás, Leonarda, casada.  
¿Qué me dices? ¿No te agrada?

LEONARDA.

Es un gallardo mancebo ;  
Y no has de perder de mí  
La diligencia que has hecho.

FLORIANO.

Todo lo debo á mi pecho :  
En nada te sirvo á tí.

LEONARDA.

¿Cómo?

FLORIANO.

*Que habeo tibi gratiam ;  
Que servite fué mi oficio ;  
Verum este beneficio  
Mihi et tibi et illi faciam.*

### ESCENA X.

FULGENCIO. — LEONARDA,  
FLORIANO.

FULGENCIO.

Basta ; que no es posible que se ablande.

LEONARDA.

Dejad, Señor, de atormentarla tanto.

FLORIANO.

Ofenderá mas mientras mas ande.

(Vase Leonarda.)

FULGENCIO.

¿A quién no da su pertinacia espanto?  
Ni que yo como padre se lo mande,  
Ni que le ruegue por el cielo santo.  
Como si fuese yo su humilde hechura,  
Hallan remedio en condicion tan dura.

FLORIANO.

¿Con quién quiere casarse?

FULGENCIO.

Eso me admira ;

Que á Fabricio me dice que aborrece.

FLORIANO.

¿Luego ya por Fabricio no suspira?

FULGENCIO.

Con nombralle á Fabricio se entristece.

FLORIANO.

¿Y á Rosardo?

FULGENCIO.

Respóndeme con ira.

FLORIANO.

Pues ¿á cuál de los dos el alma ofrece?

FULGENCIO.

A todos dice *no* con alma y boca.

FLORIANO.

¿Y qué imaginas deso?

FULGENCIO.

Que está loca.

### ESCENA XI.

ROSARDO. — FULGENCIO,  
FLORIANO.

ROSARDO.

Si la prisa que has dado por casarme,  
Cumpliendo tu palabra y juramento,  
Era para encubrir y deshonorarme,  
Fulgencio, de tu honra el detrimento,  
El cielo permitió desengañarme,  
Y á Fabricio tomó por instrumento.  
Que va diciendo tu maldad por Alba,  
La tuya con la suya haciendo salva.  
¿Para aquesto forzabas á Lucrecia?  
Para aquesto, traidor, la maltratabas?  
Mejor que tú su alma estima y precia,  
Pues al fin conocí que me engañabas.  
¿Era de menos bríos ó mas necia  
Mi sangre y parentela, que afrentabas,  
Que darsela á Fabricio no querías,  
Cumplir diciendo obligaciones mías?  
Por esta infame de tu hija loca,  
¿Que á tu casa y hacienda fuego echaras,  
Y que tu vida y honra fuera poca!

FULGENCIO.

Bien se conoce en tus razones claras  
Que el vino ó la locura te provoca ;  
Que solo en él ó en ella las hallaras.  
¿Qué dices de mi honra, ni qué vicio  
De mi hija podrá decir Fabricio?

ROSARDO.

Fabricio oyó que tu hija castigabas [zps.  
Porque la hallaste en deshonestos bra-

FULGENCIO.  
¿Con quién?  
ROSARDO.  
Con quien...  
FULGENCIO.  
Comienzas y no acabas.

ROSARDO.  
Con este, que yo hiciera mil pedazos.  
Pues ¿qué dirás si esta maldad alabas?

FULGENCIO.  
Nuestros cuellos se vean en dos lazos.  
Rosardo, si el traidor no te ha mentido,  
Por quitarle á Lucrecia su marido.  
¿Con el Dómine dice?

ROSARDO.  
Sí, con este.

FLORIANO.  
¿Connigo! ¡Hay tal maldad! ¡Oh vil, infame!

FULGENCIO.  
La vida haré que la maldad le cueste.  
¿Que porque no la doy me la disfañe!  
Paciencia el cielo ó su rigor me preste.

FLORIANO.  
¿Y no es mejor que á la justicia llame  
Rosardo, pues que en esto es ofendido,  
O entrambos? que eres padre y el marido.

FULGENCIO.  
Vamos allá; que importa el desagravio  
De una deshonra como aquesta mía.

ROSARDO.  
Llévalo por justicia como sabio:  
En la verdad el sabio se confía;  
Y si quieres mejor vengar tu agravio,  
No lo encomiendes á tu sangre fría;  
Que yo la tengo como fuego vivo,  
Y por propia la quiero y la recibo.

FULGENCIO.  
Dejemos por ahora las espadas;  
Que los papeles para el vulgo importan,  
Porque en las honras mal averiguadas  
Discretamente las palabras cortan:  
Los que prueban verdades apuradas  
Las armas en sus términos reportan;  
Y dan, para probar lo que penetras,  
La sangre manchas y la tinta letras.

ROSARDO.  
Pues vamos; que quedaba en estepunto  
La justicia en la plaza y el culpado.  
(*Vanse Fulgencio y Rosardo.*)

FLORIANO.  
¿Oh cómo se traza bien!  
¿Quién imaginara tal?  
Ya soy á Ulises igual:  
Su astuto nombre me dén.  
¿Qué haré para que esto pare  
Y en mí provecho redunde?  
¿Oh amor! tu ciencia me infunde,  
Tu inmenso favor me ampare.

## ESCENA XII.

ALBERTO. — FLORIANO.

FLORIANO.  
¿Dónde, Alberto?

ALBERTO.  
Como vil  
Que sale el viejo de casa,  
Vine á saber lo que pasa.

FLORIANO.  
Grande mal hay.

ALBERTO.  
¿Cómo así?

FLORIANO.  
Hice á Fulgencio decir

A su hija que diría  
Que conmigo estado había,  
Y él mismo la vió dormir,  
Si no quería á Rosardo,  
Porque el temor la venciese;  
Y quiso Dios que lo oyese  
Fabricio.

ALBERTO.  
El suceso aguardo.

FLORIANO.  
A toda Alba lo ha contado,  
Y vino Rosardo aquí  
Tal, que delante de mí  
Le ha corrido y distamado.

ALBERTO.  
¿Y paró?...

FLORIANO.  
En que los dos van  
A hacer prender á Fabricio;  
Que infamalla es claro indicio  
Que es porque no se la dan.

ALBERTO.  
Y tú ¿qué piensas hacer?

FLORIANO.  
Probar que ha sido verdad.

ALBERTO.  
¿Con quién?

FLORIANO.  
La dificultad  
En la probanza ha de ser.  
Pero mira: yo he guardado,  
Desde que enseñó á Lucrecia,  
Un papel que el alma precia  
Por tener su nombre amado.  
Ella hizo aquesta firma

(*Le enseña la firma de Lucrecia.*)  
No mas de para aprender;  
Pero ahora vendrá á ser  
Lo que esta verdad confirma,  
Porque puedo encima della  
Una cédula escribir.  
Y que es mi mujer decir.

ALBERTO.  
¿Qué importa si niega ella?

FLORIANO.  
Yo sé que no ha de negar.

ALBERTO.  
Si es así, no hay que receles.

FLORIANO.  
También de ciertos papeles  
Me tengo de aprovechar.

ALBERTO.  
¿Son suyos?

FLORIANO.  
Sí, suyos son;  
Pero escritos á Fabricio.

ALBERTO.  
Pues ¿cómo darán indicio  
De que te tuvo adicio?

FLORIANO.  
Porque diré que son míos.

ALBERTO.  
¿Cómo á tus manos llegaron?

FLORIANO.  
Las suyas los arrojaron  
Con iguales desvarios,  
Cuando creyó que yo había  
De su Lucrecia gozado.

ALBERTO.  
No va muy mal ordenado.

FLORIANO.  
Hoy será Lucrecia mía.

ALBERTO.  
¿Plega á Dios que tus cuidados

Tengan fin tan venturoso,  
Que añadas al ser su esposo  
Mas de doce mil ducados!

FLORIANO.  
Leonarda tiene seis mil,  
Y seis millones quisiera;  
Pero buena hacienda espera.

ALBERTO.  
Ha sido invención sutil.  
Házla que entre á hablar conmigo.  
Estoy muy enamorado.

FLORIANO.  
¿Ya el dios de amor te ha picado?

ALBERTO.  
Y á él mismo doy por testigo.

FLORIANO.  
Voy á escribir el papel  
Sobre la firma.

ALBERTO.  
Bien haces:  
El ha de hacer esas paces.  
Obligala mucho en él.  
(*Vanse.*)

—

Plaza.

## ESCENA XIII.

LISANDRO, *corregidor*; FULGENCIO,  
ROSARDO, FABRICIO, NEBRO, LA-  
VINO.

CORREGIDOR.  
Parecen mal en amistades hechas,  
Y en mi presencia es justo que se excu-  
Rosardo, las palabras injuriosas; [sen,  
Que esta persona representa el Duque,  
(*Señalando á sí mismo.*)

Y es justo que en aquesto se interponga  
Su autoridad y la de aquesta vara;  
Que los buenos respetan la justicia,  
Y los malos no temen al castigo.  
Averiguarse con razones puede  
El que la tiene de los dos en esto.

FULGENCIO.  
Yo digo que querello de Fabricio  
Como difamador de mi honra y casa,  
Porque no le he querido dar mi hija.

FABRICIO.  
¿En qué te he difamado, si á tí propio  
Oí decir lo que en la plaza dije?

FULGENCIO.  
¿A mí! ¿Dónde?

FABRICIO.  
En tu casa.

FULGENCIO.  
¿Y dónde estahas,  
Cuando en mi casa lo que dije oíste?

FABRICIO.  
Entré á buscar á Lúcas, tu criado,  
Ese que en casa y fuera llaman Dómine;  
Y él sabe bien que aquesto le decías  
Con soberbias palabras á Lucrecia,  
Y en esto le presento por testigo.

FULGENCIO.  
Pues yo quiero quedar por condenado,  
Si el Dómine dijere que lo ha oído.

FABRICIO.  
Bien puede ser que niegue, si por dicha  
Teme tus amenazas, y conoce  
El bien que de tu casa ha recebido.

ROSARDO.  
Si lo sabe, no creas que lo niegue,  
Porque es en tanto extremo buen cris-  
tiano,



Que contra todos defendió tu parte  
El día que me daban á Lucrecia.  
Llamarle importa; vayan á buscallo.

CORREGIDOR. [mo.  
Noes menester; que ya se ofrece él mis-

#### ESCENA XIV.

FLORIANO.—Dichos

FULGENCIO.

A buen tiempo has venido.

CORREGIDOR.

No le hables;

Que quiero examinarle yo primero.—  
Dómine Lucas, puesto que vinistes  
Enfermo y pobre á casa de Fulgencio  
Y de su mano socorrido fuistes,  
Mirad que no hay respeto que os obligue  
A que en daño del alma jureis falso,  
Y que es el cielomas perfecto amigo,  
Padre y socorro y verdadero amparo.

FLORIANO.

Pues ¿para qué es agora tanta arenga?  
Declarate conmigo sin preámbulos;  
Que soy tan ignorante como el hábito.  
Yo sé que hay Dios y que es verdad in-

[mensa;

Conozco su bondad y su justicia,  
Y que hay rey en la tierra que la rige,  
Con jueces que gobiernan la república;  
Caballeros, hidalgos, ciudadanos,  
Artífices mecánicos, y en todo  
Para el bien premio y para el mal castigo.

CORREGIDOR.

Pues á quien sabe y sabe lo que importa  
Preciarse un hombre, como vos honra-

[do,

De decir la verdad, sobra este prólogo.  
¿Fabricio ha entrado hoy en vuestra ca-

FLORIANO.

[sa?

Entró á buscarme.

CORREGIDOR.

¿Habló con vos?

FLORIANO.

Un poco.

CORREGIDOR.

¿Qué oyó á Fulgencio que á Lucrecia di-

FLORIANO.

[Jo?

Que conmigo la halló.

CORREGIDOR.

¿Cierto?

FLORIANO.

Sin duda.

CORREGIDOR.

¿Qué respondes?

FULGENCIO.

Confieso que lo dije.

FABRICIO.

Pues ¿para qué de mí querellas?

FULGENCIO.

Oye;

Que eso es maldad; que fué invención  
[de Lucas,

Porque, haciendo á Lucrecia esta ame-

[naza,

Hiciese con Rosardo el casamiento,  
Temiendo el detrimento de su honra.

CORREGIDOR.

¿Y fué tuyo el consejo?

FLORIANO.

No lo niego.

CORREGIDOR.

¿Pues esto aconsejaba un estudiante!

¿Qué has estudiado?

FLORIANO.

Cánones y leyes,  
Y soy por Salamanca licenciado.

CORREGIDOR.

¿Tú?

FLORIANO.

Yo.

CORREGIDOR.

Pues ¿cómo desafortunado vives,  
Sirves, pides por Dios y, sin paráfrases,  
Andas hecho bribon por las tabernas?

FLORIANO.

Ninguno con verdad podrá decirlo;  
Que donde yo serví, pedi y me mandan,  
Es solamente en casa de Fulgencio;  
Y para lo que fué, ya lo habeis visto;  
Que al fin estoy casado con su hija.

ROSARDO.

¿Con Lucrecia?

FLORIANO.

Su padre ¿no lo dice?

FULGENCIO.

¡Yo lo dije, traidor! ¡Fuera!

CORREGIDOR.

Detente.

FULGENCIO.

Déjame: pasaréle aquesta espada.

FLORIANO.

Si así me pasas, ¿casarásme luego?

CORREGIDOR.

Tengan respeto á la justicia todos.

FABRICIO.

Ninguno ofenda al Dómine, ó presuma  
Que Fabricio y sus deudos le defienden.

FULGENCIO.

Ya no me quejo dél; pero es muy justo  
Que de vosotros todos forme queja,  
Que á un loco dais, en mi deshonra, cré-

FLORIANO.

[dito.

Si soy loco, no quiero ser creído;  
Mas si de lo que digo doy probanza,  
¿Por qué no me tendrán por hombre

FULGENCIO.

[cuerdo?

Pues ¿qué probanza tienes, enemigo?

FLORIANO.

¿De Lucrecia no hasta aquesta cédula,  
Y dos papeles suyos amorosos  
De letra ajena, aunque de propia nota,  
Porque escribir entonces no sabía?

FULGENCIO.

¿Cédula de Lucrecia!

FLORIANO.

Esta presento,

Lisandro, por mi abono; y sean testigos  
Que se la doy y entrego.

CORREGIDOR.

Está seguro

Que no te faltará. Muestra la firma.

FLORIANO.

La cédula leed.

CORREGIDOR.

Así comienza.

(Lee.) «Digo yo, Lucrecia Fulgencia,  
»que siempre que me sea pedido por  
»Lucas de Madrid, estudiante que en  
»mi casa vive, me entregará por su pro-  
»pia mujer, sin para ello alegar cosa en  
»contrario, porque de mi propia volun-  
»tad hago este casamiento.—*Lucrecia*  
»*Fulgencia.*»

FULGENCIO.

[cuerdos

¿Hay maldad semejante! ¿Que hombres  
Puedan creer una maldad tan grande?

Esto es mentira y invención notoria.

ROSARDO.

Pide, Señor, que prenda á Fabricio.

FULGENCIO.

Que prendas á Fabricio te requiero.

FABRICIO.

¡A mí! ¿Por qué?

FULGENCIO.

Porque es invención tuya;  
Que te has aprovechado deste loco,  
Y has hecho aquesta cédula fingida.

FABRICIO.

¿Es menester prenderme para eso?

CORREGIDOR.

Ni yo puedo prendelle sin testigos.

FULGENCIO.

Pues echa mano del infame Dómine;  
Que él dirá la verdad en el tormento.

FLORIANO.

Sea el tormento el de tu propia hija,  
Aunque será el descanso de mi alma.  
Condeneme su lengua, y si ella dice  
Que aquesto no es verdad, pónme en un

[palo;

Que allí quiero morir pedazos hecho.

CORREGIDOR.

Bien dice, bien se allana. ¿Qué le pides?

FULGENCIO.

Árganle bien: que puede, si va suelto,  
Meterse en San Estéban de camino.

CORREGIDOR.

No es menester asille: yo le fio.

FLORIANO.

[los.

¿Qué! no me irá, aunque me echéis á pa-

FULGENCIO.

¡Ay pobre viejo!

FABRICIO.

Dómine, ¿qué es esto?

FLORIANO.

Dómine desta casa será presto.

(Vanse.)

—

Portal de un meson.

#### ESCENA XV.

DECIO, UN MESONERO.

DECIO.

¡Palabras tan afrentosas  
Me habeis de decir á mí!

MESONERO.

¿Qué es del vestido que os di,  
Medias, plumas y otras cosas?

DECIO.

Cuando entré en vuestro meson,  
¿No me visteis por criado  
De Floriano?

MESONERO.

Habeis dado  
Muestras de fino ladrón.  
Verdad es que os vi con él;  
Pero ya con él no estáis:  
Cuatro días há que andáis  
En este lugar sin él.  
Una carta me trajistes  
Para que el vestido os diese,  
Y no querria que fuese  
Fingida.

DECIO.

Y vos ¿qué la hicistes?

MESONERO.

Guardada la tengo aquí.

DECIO.  
Pues ¿de qué habeis colegido  
Que me he llevado el vestido?

MESONERO.  
¿Qué necio en dároslo fui,  
Sin tomar un fiador  
O buena seguridad!

DECIO.  
Que se lo he dado es verdad.

MESONERO.  
¿Vos! ¿A quién?

DECIO.  
A mi señor.

MESONERO.  
A algun ropante que ya  
Le tendra en la percha puesto.  
Contesad la verdad presto,  
Y decidme dónde está.

DECIO.  
Digo que ya se le di.

MESONERO.  
Pues no habeis de Alba salido,  
¿Y habeis llevado el vestido?

DECIO.  
Eso ¿os da sospecha?

MESONERO.  
Sí.  
Hay quien dice que no hay día  
Que en la taberna no os ve.

DECIO.  
¿Qué importa si le llevé,  
Y eso de vuelta sería?  
¿Suelta, diablo!

MESONERO.  
Óyete.  
DECIO.  
Suelta.

MESONERO.  
¿Por el Duque, don Brihon,  
Que te desbaga la faz!

DECIO.  
Averigüémoslo en paz.

MESONERO.  
Eso pido.

DECIO.  
¿Oh confusion!  
Buen huésped, ¿tendrás secreto?

MESONERO.  
Eso sí: decid verdad,  
Y de quien yo soy fiad.

DECIO.  
¿Que he de decirlo en efeto!

MESONERO.  
¿Dónde le habeis empeñado?

DECIO.  
Que no es eso lo que os pido.

MESONERO.  
¿Pues cómo! ¿Habeisle vendido?

DECIO.  
Al mismo dueño lo he dado,  
Sino que escondido está  
En casa de una mujer.

MESONERO.  
¿Sí? Mas téngolo de ver.

DECIO.  
Venid con el diablo ya,  
Aunque sé que ha de matarme,  
Sin deber por eso pena.  
Soltadme.

MESONERO.  
¿La industria es buena!  
¿Pensábades engañarme?  
(Vause.)

Sala en casa de Fulgencio.

### ESCENA XVI.

EL CORREGIDOR, FULGENCIO, ROSARDO, LUCRECIA, LEONARDA, FABRICIO, FLORIANO.

FULGENCIO.  
¿Traidora! ¿que esto confiesas!

LUCRECIA.  
Digo que es Lúcas mi esposo.

ROSARDO.  
Ya no os mostreis riguroso.

CORREGIDOR.  
Las probanzas son expresas.  
¿Es aquesta vuestra firma?

LUCRECIA.  
Digo, Señor, que lo es.

FLORIANO.  
Querella de mí después,  
Si ella lo dice y confirma.

CORREGIDOR.  
Ellos están concertados.

LEONARDA.  
Yo, si importa lo que digo.  
Afirmo que soy testigo  
De haberlos visto abrazados.

CORREGIDOR.  
¿Adónde?

LEONARDA.  
En el alquería,  
Cuando alla nos envió  
Fulgencio.

FULGENCIO.  
Pensaba yo  
Que honrada hija tenía;  
Pero, pues es tan infame  
Que ella misma se condena,  
Quedándose en mi la buena,  
Su sangre aquí se derrame.  
¿Vive Dios, que has de morir!

ROSARDO.  
Y yo propio, si yo he sido  
Quien pensó ser su marido,  
Pienso al traidor perseguir;  
Que en faltando de mis ojos  
Esa vara á quien respeto,  
Le he de acabar, y en efeto  
Satisfacer mis enojos.  
Y tú, que el lugar gobiernas,  
¿Permites esta traición?

CORREGIDOR.  
Hablad mas bajo.

ROSARDO. (A Floriano.)  
¿Brihon!

Yo os he de cortar las piernas.

FLORIANO.  
Suplico á vuesamerced  
Siquiera me deje una.

ROSARDO.  
No os ha de quedar ninguna,  
Ni vida, infame, ¡creed!...

FLORIANO.  
¿Ea, no mas, hablador!  
Que si otra espada tuviera,  
Echado á mis piés te hiciera  
Confesar tu loco error.

ROSARDO.  
¿Hay desvergüenza como esta!  
¿Esto á un villano escucháis?

LUCRECIA.  
¿Qué ha de hacer si le afrentáis?

FULGENCIO.  
¿Y vos también, dama honesta!...

—Llevaldos á vuestra casa.

(Al Corregidor.)  
CORREGIDOR. (A Fulgencio.)

Honrad, Señor, vuestro yerno.

FULGENCIO.  
¿Cómo, mi yerno! En eterno  
Fuego primero me abrasa.

CORREGIDOR.  
¿Eso me habeis de decir!  
¿Pues eso se puede hacer,  
Si dijo que es su mujer?

FULGENCIO.  
No lo quiero consentir.

### ESCENA XVII.

DECIO, EL MESONERO.—Dichos.

MESONERO.  
Huélgome que hemos venido  
Donde la justicia está.

DECIO.  
No habeis de dar voces ya.

MESONERO.  
Yo he de cobrar el vestido.

CORREGIDOR.  
¿Qué es esto?  
MESONERO.  
Un pleito, Señor.

CORREGIDOR.  
¿Y aquí se ha de averiguar?

DECIO.  
¿Quereis, buen hombre, callar?

CORREGIDOR.  
¿No era en la audiencia mejor?

MESONERO.  
En mi meson ha posado  
Floriano, el caballero  
Que desbizo el toro fiero  
Al pié de vuestro tablado.  
Dióme á guardar un vestido  
Mientras á Madrid se fué,  
El cual después entregué  
Al que ahora traigo asido.  
Pero he venido á entender  
Que fué la carta fingida.

DECIO.  
Esa es maldad conocida  
Y muy fácil de entender.  
Y dígalo Floriano,  
Pues aquí presente está.

CORREGIDOR.  
¿Quién es?

FLORIANO.  
Yo.  
DECIO.  
Pregunta ya  
Si le di el vestido, hermano.

(Al mesonero.)

MESONERO.  
¿Señor! ¿Cómo estáis así?

DECIO.  
Ya me dejaréis en paz. (Al mesonero.)

FLORIANO.  
Buen huésped, es un disfraz.

FULGENCIO.  
¿Este es Floriano!

MESONERO.  
Sí.

FULGENCIO.  
¿Conoceisle?

MESONERO.  
Y dos mil veces  
Ha posado en mi meson.



LEONARDA.

¡No está mala la invención!  
Que te azotasen mereces. (A Floriano.)

FLORIANO.

¿Por qué?

LEONARDA.

Por haber fingido  
Que eres Floriano.

FLORIANO.

Y lo soy.

LEONARDA.

¿Cómo, si con él estoy  
Casada?

FLORIANO.

Engañada has sido.

LEONARDA.

Señores, no es Floriano;  
Que estoy casada con él.

FULGENCIO.

Pues ¿en dónde está? ¿Qué es dél?

LEONARDA.

Hoy me dió su propia mano,  
Y yo le he dado la mía,  
Y este trazó el casamiento.

CORREGIDOR.

Pues ¿dónde está?

LEONARDA.

En su aposento

CORREGIDOR.

¡Hay tan gran bellaquería!  
¡Que se fingiese Floriano  
Con estos falsos testigos!

FULGENCIO.

¿Y qué les han dado, amigos?

ROSARDO.

¿Con qué les untó la mano?

MESONERO.

Floriano digo que es,  
Caballero de Madrid.

CORREGIDOR.

¡No ha sido malo el ardid!

LEONARDA. (Al mesonero.)

Y ¿a qué te ofreces después,  
Si traigo aquí á Floriano?

MESONERO.

A que me saquen los dientes.

(Vase Leonarda.)

Ya espero, Señor, que cuentes

(A Floriano.)

Tu vida, encubierta en vano.

FLORIANO.

¿Qué hay en eso que decir

Sino que ese propio soy,

Aunque en este traje estoy,

Porque lo quise fingir?

Después que el toro maté,

En la plaza rebozado,

A Decio, que es mi criado,

Este vestido tomé,

Y con él me descubrí.

Como habeis visto, á Lucrecia.

FULGENCIO.

No la culpo yo de necia,

Si es verdad que pasa así.

LUCRECIA.

Ni me tengas por mujer

Que menos que á Floriano

Había de dar la mano.

## ESCENA XVIII.

LEONARDA, ALBERTO. — DICHOS.

ALBERTO. (A Leonarda.)

¿Que aun no lo podeis creer?

CORREGIDOR.

Ya vienen los dos aquí.

LEONARDA. (A Alberto.)

No.

ALBERTO.

Que soy Alberto yo;

Que Floriano me dió

Su nombre, Leonarda, á mí;

Aunque como la amistad

Ha sido tan verdadera,

Ser su mismo ser pudiera.

LEONARDA.

¿Eso es cierto?

ALBERTO.

Esto es verdad,

Aunque tambien eso es llano;

Que es tanto el amor que ves,

Que no sabemos quién es

Alberto ni Floriano.

Aunque yo tengo por cierto.

Segun en él mismo estoy,

Que yo Floriano soy,

Y que él es el mismo Alberto.

Si contigo me casé,

No creo que te he engañado;

Que soy caballero honrado

Y alguna renta heredé.

De Floriano soy primo;

Y así, pues eres tú prima

De Lucrecia, á mi me estima

En lo mismo que la estimo.

LEONARDA.

Digo que ya soy contenta

De hacer tan buen casamiento,

Y perdono el fingimiento.

FULGENCIO.

Ellos se han hecho la cuenta:

No hay mas tío ni respeto.

LEONARDA.

Pienso que será tu gusto,

Pues es negocio tan justo.

FULGENCIO.

Eso yo te lo prometo. —

Y vos, Dómine, ¿no habláis?

FLORIANO

Yo os pido, Señor, perdon.

FULGENCIO.

Mejor es la bendición,

Por el favor que me dáis.

Abrazad á esos señores,

Y dad la mano á esa dama.

ROSARDO.

Vos teneis yerno de fama.

FABRICIO.

¡Extremado fin de amores!

FULGENCIO.

Ya sois dómine de casa,

De mi hija y de mi hacienda.

FLORIANO.

A esto llega, dulce prenda,

Quien tantos trabajos pasa.

LUCRECIA.

Merécélo mi alicion.

FLORIANO.

El Dómine acaba aquí,

Y por todos y por mí

Pide al senado perdon.



# LA VIUDA VALENCIANA,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DIRIGIDA A LA SEÑORA MARCIA LEONARDA.

DESPUÉS que supe que vuesa merced había enviudado en tan pocos años, que aunque las partes y gracias de su marido la obligaran á sentimiento, la poca edad la excusara, pues es aforismo en los discretos *mirar por lo que falta, y no por lo que dejan*, me determiné á dirigirle esta comedia, cuyo título es *La Viuda valenciana*: no maliciosamente; que fuera grave culpa dar á vuesa merced tan indignos ejemplos. Discreta fué Leonarda (así lo es vuesa merced y así se llama) en hallar remedio para su soledad, sin empañar su honor; que como la gala del nadar es saber guardar la ropa, así también lo parece acudir á la voluntad sin faltar á la opinión. Lo mas seguro es no rendirla; pero si pocos años, mucha hermosura, bizarro brio y ejercitado entendimiento dieran tal vez oído á la lisonja de algun ocioso, no le estará mal al peligro haber leído esta fábula; que esgrimiendo no se llama herida la que recibe otra, ni el músico merece este nombre si arrastrando los dedos por las cuerdas no tañe limpio. Muchos se han de oponer á tan linda cátedra: perdonen los críticos esta voz *linda*; que Fernando de Herrera, honor de la lengua castellana y su Colón primero, no la despreció jamás ni dejó de alabarla, como se ve en sus *Comentarios*; pero pues á vuesa merced no se le ha de dar nada del, ni de sus prólogos, ni de mí, ni de esta comedia, volvamos al consejo; que de los maduros le han de tomar los agraces, ó no llegarán jamás á darle á otros. Opuestos pues los altos para secretos gustos, los iguales para bendiciones públicas, será fuerza que vuesa merced confusa consulte sus íntimas privanzas, si no lo fueren mas sus privaciones. Aquí es donde entra *La Viuda valenciana*, espejo en que vuesa merced se tocará mejor que en los cristales de Venecia, y se acordará de mí, que se la dedico. No fué todo mentira; que sino pasó á la letra, á lo mas sustancial no hice mas de darle lo verisímil, á imitación de las mujeres que se afeitan. Estoy escribiendo á vuesa merced y pensando en lo que piensa de sí con ojos verdes, cejas y pestañas negras, y en cantidad cabellos rizos y copiosos, boca que pone en cuidado los que la miran cuando se ríe, manos blancas, gentileza de cuerpo y libertad de conciencia en materia de sujecion, pues la señora muerte, en figura de redentor de la Merced, la sacó de Constantinopla y de los baños de un hombre que comenzaba á barbar por los ojos y acababa en los dedos de los pies. Oí decir que su madre del tal difunto era de Osuna, ó que al hacerse preñada pensó en un cofre: la imaginacion hace caso; no nos metamos con los filósofos, que creen mas á las acciones del espíritu que á la naturaleza de la comun herencia; él tenía estas gracias, y por añadidura el mas grosero entendimiento que ha tenido celoso después que se usa estorbar mucho y regalar poco. Suelen decir por encarecimiento de desdichados: «Fulano tiene mala sombra.» No la tuvo mujer, tan mala desde que hay sol; y siéndolo vuesa merced de hermosura, se espantaban muchos de verla con tan mala sombra. ¡Bien haya la muerte! No sé quién está mal con ella, pues lo que no pudiera remediar física humana, acabó ella en cinco días con una purga sin tiempo, dos sangrías anticipadas y tener el médico mas afición á su libertad de vuesa merced que á la vida de su marido. Puedo asegurarle que se vengó de todos con sola la duda en que nos tenía si



se habia de morir ó quedarse : tanto era el deseo de que se fuese ; no porque él faltase , pues siempre faltó , sino porque habiendo imaginado que nos dejaba , fuera desesperacion el volver á verle. Bien creerá vuesamereed cuán léjos estaré yo de su oposicion ; y así , debe creerme el deseo de su bien , libre de interés humano ; porque , ¿quién no admira tantas gracias , tanta hermosura y celestial ingenio ? Si vuesamereed hace versos , se rinden Laura , terracina ; Ana Bins , alemana ; Saffo , griega ; Valeria , latina , y Argentaria , española ; si toma en las manos un instrumento , á su divina voz é incomparable destreza , el padre desta música , Vicente Espinel , se suspendiera atónito ; si escribe un papel , la lengua castellana compite con la mejor , la pureza del hablar cortesano cobra arrogancia , el donaire ignala á la gravedad , y lo grave á la dulzura ; si danza , parece que con el aire se lleva tras sí los ojos , con la disposicion las almas , y que con los chapines pisa los descos. Mas ¿cómo soy yo tan atrevido , que donde todo es milagro ponga linares con mi rudeza , y como mal pintor , desacredite el original con la imperfeccion de mi retrato ? Vuesamereed repare en mis deseos , de quien sacará mejor lo que no acierto á decir , que lo puede preguntar al espejo : perdonará á mi pluma , y en el del alma retratará mas vivo su entendimiento. — Dios guarde á vuesamereed.

*Su capellan y aficionado servidor,*

LOPE DE VEGA CARPIO.

# LA VIUDA VALENCIANA.

## PERSONAS.

LUCENCIO, *viejo*.  
LEONARDA, *viuda moza*.  
URBAN, *escudero suyo, mozo*.  
JULIA, *criada*.

CAMILO, *galán*.  
FLORO, *criado suyo*.  
CELIA, *dama*.  
OTON, *galán*.  
VALERIO, *galán*.

LISANDRO, *galán*.  
ROSANO, *cortesano*.  
UN ESCRIBANO.  
CRIADOS.  
ALGUACILES.

*La accion pasa en Valencia.*

## ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Leonarda.

### ESCENA PRIMERA.

LEONARDA, *con un libro; después, JULIA.*

LEONARDA.

¿Celia! ¿Julia! ¿no me oís?

JULIA. *(Saliendo.)*

Señora...

LEONARDA.

Loca, ¿en qué andas?

JULIA.

Ya vengo á ver lo que mandas.

LEONARDA.

Guárdame ese *Fray Luis*.

JULIA.

Viéndote en esos traspasos,  
No será mucha lisonja  
Apostar que de ser monja  
No has estado dos mil pasos;  
Aunque, como me nombrabas  
A *fray Luis* cuando sali,  
En verdad que colegí  
Que todo un fraile me dabas.

LEONARDA.

No son para tu rudeza,  
Necia, razones tan altas.

JULIA.

¿Qué mal encubrí las faltas  
Que me dió naturaleza!  
Que al no tener hermosura  
No añado la discrecion.

LEONARDA.

Basta una buena razon  
Y una hourada compostura;  
Julia, en cualquiera mujer;  
Que si de aguda se precia,  
Está muy cerca de necia,  
Y aun de venirse á perder.  
Yo, después que me faltó  
Mi Camilo, que Dios tiene,  
Que á hacer el oficio viene  
Del alma que me llevó,  
Como he dado en no casarme,  
Leo por entretenerme,  
No por bachillera hacerme  
Y de aguda graduarme;  
Que á quien su buena opinion  
Encierra en silencio tal,

No halla en los libros mal  
Gustosa conversacion.  
Es cualquier libro discreto  
(Que si cansa, de hablar deja),  
Es amigo que aconseja  
Y reprehende en secreto.  
Al fin, después que los leo  
Y trato de devocion,  
De alguna imaginacion  
Voy castigando el deseo.

JULIA.

¿Y en qué materia leías?

LEONARDA.

De oracion.

JULIA.

¿Quién no se goza

De ver que, tan bella moza,  
Tan santas costumbres erias?  
¿Ver hablar en la ciudad  
De tu mucho encerramiento,  
Cordura y entendimiento,  
Fama, honor y honestidad?  
Dicen que el siglo dorado  
Nuevo estado ahora toma;  
Que has hecho á Valencia Roma,  
Y presente lo pasado;  
Que en ti se encierra y anida  
Todo el bien que tiene el suelo,  
Y que eres ángel del cielo  
En hermosura y en vida.  
Los mozos están de forma,  
Que nadie á verte se atreve,  
Porque no hay quien no se eleve,  
Si de tu vida se informa.

LEONARDA.

De todo, Julia querida,  
Se sirva Dios; que esa fama  
Es de estopa fácil llama,  
Antes muerta que encendida.  
No procuro ser nombrada,  
Ni comer, como Artemisa,  
Las cenizas que ya pisa  
La muerte con planta helada;  
Ni ser la que el nombre toma  
De que de antojo murió,  
Porque á ver no se asomó  
El monstruo que entró por Roma;  
Ni la que con el carbon  
Pintó la sombra al marido,  
Que tuvo, siendo partido,  
En igual veneracion.  
Quiero ser una mujer,  
Que como es razon acuda  
Al titulo de viuda,  
Pues á nadie he menester.

JULIA.

Que en fin ¿no te casarás?

LEONARDA.

¿Jesus! Julia, no lo nombres.  
Asco me ponen los hombres;  
No me los nombres jamás.  
Tráeme la imagen acá  
Que compré de aquel pintor.

JULIA.

¿Pedirle quieres favor?  
Tentaciones te dan ya.

LEONARDA.

Galla, necia; que la quiero  
Solamente para vella.

JULIA.

¿Y cómo diste por ella  
Tanta suma de dinero?

LEONARDA.

Por el pincel que le dan;  
Que el dueño me satisfizo  
Que allá en la corte la hizo  
Un famoso catalán.

JULIA.

Voy.

*(Vase.)*

### ESCENA II.

LEONARDA.

No hay ya de qué tratar  
Que servir á Dios no sea:  
Bien así la vida emplea  
Quien ve lo que ha de durar.  
Terror es que perseguida  
En esta edad guarde á un muerto  
Fe tan cierta, amor tan cierto,  
Verdad viva y casta vida.  
Pero en la dificultad  
Escriben que está la gloria,  
Y eso se llama vitoria,  
Resistir la voluntad.  
Dejadme aquí, pensamientos;  
No hay mas, no me he de casar.

### ESCENA III.

JULIA, *con un cuadro*. — LEONARDA.

JULIA.

Aun no le acertaba á hallar.

LEONARDA. *(Aparte.)*

Resistid, castos intentos.

JULIA.

Vesle aquí.

*(Dale el cuadro, que es un espejo.)*

LEONARDA.

*(Ap. Cure mi olvido  
Las vanidades que dejo.)*

¿Qué es esto, necia? ¿El espejo  
Por la imagen me has traído!  
Toma.

JULIA.

Acábate de ver:  
Verás lo que has de llorar,  
No lo pudiendo cobrar,  
Si aquí lo dejas perder.

LEONARDA.

Toma allá.

#### ESCENA IV.

LUCENCIO.—DICHAS.

LUCENCIO.

No se le des,  
Pues quiso Dios que viniese  
A tiempo que verte viese,  
Tú, que á ti ni á nadie ves.  
¿Qué milagro, di, sobrina,  
Es este de hallarte así?

LEONARDA. (A Julia.)

Si hoy no me vengo de ti...

JULIA.

Pues ¿vile yo entrar?

LEONARDA.

Camina.

LUCENCIO.

Bien tendrán canas de un viejo  
Con tu edad autoridad.

LEONARDA.

Juzgarás á liviandad  
Hallarme con el espejo;  
Que suele ser conocida  
La mucha de una mujer  
En irse y venir á ver,  
Después de una vez vestida.  
Y yo, conforme á mi estado,  
Hago en eso mas delito.

LUCENCIO.

A enojo siempre me incito  
Con tu melindre extremado.  
¿Es mucho que una mujer  
Que ha de estar un día compuesta,  
Vaya á ver si está bien puesta  
La toca ó el alfiler?  
¿Quién se lo dirá mejor,  
Si está bien ó si está mal,  
Que ese palmo de cristal?

LEONARDA.

¿Cómo disculpas mi error!

LUCENCIO.

Eso fuera, á ser de aquellas  
Que junto á las celosías  
Itacen colgar muchos días  
Su espejo, ó en medio dellas;  
Y así como están hablando  
Por de fuera á su galán,  
El habla y meneos van  
En el espejo mirando;  
Y el necio á quien satisface,  
Por si lo entiende y se admira;  
Y es el espejo á quien mira,  
A quien la fiesta se hace.  
No eres tú la que le lleva  
A la iglesia y al sermon,  
Y fingiendo devoción,  
Se mira cuando se eleva.  
Ni al beber haces agravio,  
Con pico de aguamanil,  
Porque la color sutil  
No se despegue del labio.  
No te quiero decir cosas,  
Que á un viejo parecen mal,  
Esta regla universal  
De feas y melindrosas.  
Mírate, y guardete Dios;

Y pues que he venido á verte  
Cuando tú te has visto, advierte...  
—Y estemos solos los dos.

LEONARDA.

Tío, si es de casamiento,  
Ni se miente ni se hable.

LUCENCIO.

¿Que has de ser tan intratable,  
Con tan buen entendimiento!  
¿Escucharme no merezco?  
¿Dónde un viejo honrado hablara,  
Que, siéndolo, no escuchara  
Cualquier hombre?

LEONARDA.

(Ap. Hoy me enflaquezco.

Si yo sé lo que me quieres,  
¿Por qué he de dejar cansarte?

LUCENCIO.

¿Que has de ser en esta parte  
Igual á tantas mujeres?  
¿Qué pertinacia es la tuya?  
¿Pienzas que estas cosas son  
Para tu buena opinion?  
Son para que se destruya.  
¿Cómo piensas conservarte,  
Ya que tan resuelta vienes,  
En el estado que tienes,  
Tantos años sin casarte?  
Es verdad que te han quedado  
Tres mil ducados de renta;  
Pero yo no pongo en cuenta  
Lo que es vivir descansado  
(Que si esto te faltara,  
Gracias á Dios que me sobra),  
Sino el verte enpezar obra,  
De acabarse bien tan cara.  
¿Adónde te esconderás  
De la envidia y vulgo vil,  
Aunque en un año y en mil  
No salgas de donde estás?  
Que con sol abras tu puerta,  
Y cierras á la oracion;  
Que los que mas lineas son,  
No vean ventana abierta;  
Que un átomo, que el sol mismo  
No entre en casa tan rara,  
Por si oscura, y por ti clara,  
Cielo en parte, en parte abismo;  
Que tengas dragones y árgos  
Mas que vellocino y fruta,  
¿Qué importa? La envidia astuta  
Tiene lengua y ojos largos.  
Dirán que con el esclavo  
Que dentro de casa tienes,  
A ser Angélica vienes,  
Soberbia y infame al cabo;

Y ofendido tu decoro,  
Mil que seguido te han,  
A Júpiter cisne harán,  
O por dicha lluvia de oro.  
¿Cuánto es mejor que te cases,  
Y estas malicias excuses?

LEONARDA.

Ya no habrá de que me acuses,  
Si no es que adelante pases.  
No dirás que no te oi.  
Dime, Lucencio, ¿es mejor  
A peligro de un error  
Poner mi vida por ti?  
¿A este daño me acomodas,  
Si todos los que han escrito  
Han reprendido infinito  
Siempre las segundas bodas?  
La viudez casta y segura  
¿No es de todos alabada?  
Si es de la envidia inflamada,  
Este engaño poco dura;  
Que al fin vence la verdad  
Y vuela la buena fama,  
Que es fénix que de su llama

Nace para nueva edad.  
¿No sino venga un nancebo  
Destos de ahora, de alcorza,  
Con el sombrerito á orza,  
Pluma corta, cordon nuevo,  
Cuello abierto muy parejo,  
Puños á lo veneciano,  
Lo de fuera limpio y sano,  
Lo de dentro sucio y viejo;  
Botas justas, sin podellas  
Descalzar en todo un mes,  
Las calzas hasta los piés,  
El bigote á las estrellas;  
Jabonillos y copete,  
Cadena falsa que asombre,  
Guantes de ámbiar, y grande hombre  
De un soneto y un billete;  
Y con sus manos lavadas  
Los tres mil de renta pesque,  
Con que un poco se refresque  
Entre sábanas delgadas;  
Y pasados ocho días,  
Se vaya á ver forasteras,  
O en amistades primeras  
Vuelva á deshacer las mías!  
Vendrá tarde, yo estaré  
Celoso, dará mi hacienda,  
Comenzará la contienda  
Desto de si fué ó no fué.  
Yo esconderé y él dará;  
Buscará deudas por mí,  
Entrará justicia aquí,  
Voces y aun coces habrá;  
No habrá noche, no habrá día,  
Que la casa no alborote...  
—Daca la carta de dote.  
—Soltad la hacienda, que es mi  
—Entrad en esta escritura.  
—No quiero. — ¿Ah sí! ¿No queréis?  
Yo os haré, infame, que entreis,  
Si el brio de ahora os dura.—  
Y que mientras mas me postro,  
Me haga muy mas aprieta  
De dos títulos condesa,  
Cocentina y Puñoenrostro.  
Yo he dicho.

LUCENCIO.

Acabado has  
Como oracion en latin.

LEONARDA.

Latin pudo ser el fin;  
Mas romance lo demás.  
Esto propuse aquel día,  
Y á ser varonil mujer,  
Brasas habia de comer,  
Y abrasar alma tan fria.

LUCENCIO.

Sobrina, aquí se acabó.  
Desde aquí doy á los vientos  
Todos cuantos casamientos  
Me han hablado y busco yo;  
Que tres á escoger traía,  
Y ya solo he de pedir  
Que no demos que decir  
De tu edad ni de la mía.  
Mira por ti, pues te quedas  
En tan mucha libertad,  
Que es mucho que en tal edad  
Tan segura vivir puedas.  
Cuando mires al espejo  
Tu hermosura y pocos años,  
Tú verás cuántos engaños  
Te dan los dos por consejo.  
Y Dios te lleve adelante  
Ese silicio y ayuno.

LEONARDA. (Ap.)

¿Qué viejo tan importuno!

LUCENCIO. (Ap.)

¿Qué mujer tan arrogante!

(Vanse.)



Calle.

**ESCENA V.****LISANDRO.**

[triba]  
Rompe una peña el agua cuando es-  
Por largo curso en ella su corriente,  
Y á la segur del labrador valiente  
Se humilla el pino y la arrugada oliva.

De su fruto el caudal la palma altiva  
Rinde, aunque tarde, á la africana gente;  
Viene el novillo al yugo, y la serpiente  
A la voz del encanto se derriba.

Fabrica un escultor una figura [da,  
De un mármol duro, de una piedra hela-  
Y viene á tener ser lo que no era;  
Y por mas que mi amor vencer procura  
Una mujer hermosa y delicada,  
Con ser mujer, está rebelde y fiera.

**ESCENA VI.****VALERIO, sin ver á — LISANDRO.**

Baja del monte el agua despeñándose,  
Y va de piedra en piedra entremetiéndose,  
Y con venir como el cristal riéndose, [se;  
Va por la tierra con el tiempo entrándose.

Se.  
Mi mal, con beneficios aumentándose,  
Hace que vaya el alma consumiéndose,  
Y del bien la esperanza entreteniéndose.  
Sin verle florecer está acabándose. [se,  
Amor me ve morir, y satisfácese  
Donde con tiempo y obras desmerecese;  
Que es ola que en la mar se rompe y ha-  
cece.

El bien y el mal para mi mal ofrécese;  
Pero en un punto el bien muérese y na-  
cece.

Y luego la esperanza desaparecese.

**ESCENA VII.****OTÓN, sin ver á — VALERIO  
Y LISANDRO.****OTÓN.**

Halla con lengua, lágrimas y ruego,  
Entre bárbaros, paso el peregrino,  
Guía por las montañas de Apenino,  
Agua en la Libia, y en la Scitia fuego.

El abarimo, en sus crueldades ciego,  
Por sus tierras le da franco camino,  
Halla en Arabia pan, en Persia vino,  
Y en los alarbes de Africa sosiego.

Corren el llanto y la alegría parejas,  
Y el cautivo en el moro de Marruecos  
Halla piedad entre cadena y rejas.

Y un áspid hecho de peñascos secos,  
De mis cansadas lágrimas y quejas,  
Aun no se precia de escuchar los ecos.

**VALERIO.**

¡Lisandro!

**LISANDRO.**

¡Valerio!

**VALERIO.**

¡Oton!

**OTÓN.**

¡Oh hidalgos!

**VALERIO.**

Creo que junta

Amor la conversacion.

**LISANDRO.**

Eso de amor se pregunta

A los que amantes no son.

Ea, acabáos de cubrir;

Que bien se puede decir

Á questo de amor, cubiertos;

Que no es Evangelio.

**OTÓN.****Adviértos**

Que así se habia de oír;  
Que son tales sus antojos,  
Que habia, cuando se empieza  
A tratar de sus enojos,  
De estar libre la cabeza  
Y descubiertos los ojos.

No porque á verdad aspira,  
Que antes de ella se retira;  
Mas porque son menester  
Muchos ojos para ver  
Tan agradable mentira.

**LISANDRO.**

Bien á Oton se le parece  
Que por la hermosa viuda  
Se deshace y desvanece.

**OTÓN.**

Y de vos ¿pondrémos duda  
Que os abrasa y enflaquece?  
¿Por qué rompéis á los cielos  
Cuantas túnicas y velos  
Los astrólogos les ponen,  
Porque con ella os abonen?

**VALERIO.**

Declárense si son celos.  
Entraré yo de por medio  
A quitar la pesadumbre,  
Y dar algun corte y medio.

**LISANDRO.**

Mas á entraros por su lumbre  
Por el último remedio,  
Que dé la que vive aquí.  
Mas ¡ay! que en Oton y en mi  
Es el alma enamorada  
De mariposa turbada,  
Que habrá de morir allí.

**VALERIO.**

¿Yo por Leonarda?

**LISANDRO.**

Vos, pues.

¿Pensais que está muy secreto  
Lo que tan notorio es?

**OTÓN.**

Finalmente, ¿que á un sugeto  
Queremos bien todos tres?

**VALERIO.**

Ahora bien, porque lo es tal,  
Confesar no me está mal,  
Y porque este casamiento  
Me ha dado algun pensamiento.

**LISANDRO.**

¡Gran mujer!

**OTÓN.**

No tiene igual.

**LISANDRO.**

Lo que Valerio pretendo.

**OTÓN.**

Yo lo mismo solicito.

**VALERIO.**

Si emprendéis lo que yo emprendo,  
¿No os ofendo si os lo quito,  
O en quitármelo me ofendo?  
¿Puedese esto componer?

**LISANDRO.**

Muy bien se puede hacer.  
Ande el pleito y la amistad.

**OTÓN.**

Competencia y voluntad  
No suelen juntas comer.  
Pero habrá de ser así;  
Que á todos está mejor;  
Si no es que haya alguno aquí  
Que tenga della favor.

**VALERIO.**

No diré yo que yo fui,

Aunque el que he tenido puedo  
Contar á los dos sin miedo,  
Como palabra me deis  
Que los vuestros contaréis.

**LISANDRO.**

Por mi parte lo concedo.

**OTÓN.**

Y yo por mi parte.

**VALERIO.**

Oid,

Y el galardón de mi amor  
Deste favor presumid.

**OTÓN.**

Di, Valerio, tu favor.

**VALERIO.**

Ya comienzo.

**LISANDRO.**

Di.

**VALERIO.**

Advertid.—

A esta gallarda viuda  
Que tiene el alma de tigre,  
En un coche vi una tarde  
Como tres mil serafines.  
Iba subiendo del sol,  
Porque el sol iba á encubrirse,  
Aunque la continúa á veces  
Era a mis ojos eclipse.  
Hiciele una reverencia,  
Y ella con algun melindre  
Sacó del estribo afuera  
Todos los pechos de un eisme.  
Yo, creyendo que podía  
En este favor asirme,  
Con mi guitarra en su calle  
Me tocó san Juan mártires.  
Habia hecho una glosa;  
Por mi mal la glosa hice.  
Empecé á cantar mas tierno  
Que un tiempo Piramo á Tisbe:  
«Socorre con agua al fuego»,  
Fué lo primero que dije,  
Y lo postrero tambien;  
Del socorro Dios os libre.  
Si era agua limpia ó mezclada,  
Dioscórides lo averigüe;  
Basta que toda la noche  
Gasté en limpiarme y reirme.

**LISANDRO.**

Va el mío; pero es mejor;  
Que en efeto fué favor,  
Y el de Valerio pesar.

**OTÓN.**

Empieza pues á contar.

**LISANDRO.**

Comienzo en nombre de amor.—  
Por esta dichosa calle,  
Desdichada en tanto extremo,  
Bonde mil penantes viven,  
Velando prendas de un muerto,  
Llevaban unos ladrones,  
Una noche oscura, huyendo  
De la vecina justicia,  
De vino un famoso cuero.  
Al pasar los desdichados,  
Las puertas de mármol vieron  
Desta viuda mas dura,  
Y pusieronle en lo hueco.  
Los alguaciles y mozos,  
Embebecidos corriendo,  
No vieron dónde quedaba  
El arrimado mancebo;  
Yo, que estaba en una esquina  
Mirándolo desde lejos,  
Apresuré luego el paso,  
Llevándome el aire en peso.  
Llegando á la amada puerta,  
Vi un bulto á mis ojos negro,  
Con su capa y con su espada,



Mirando y hablando adentro.  
Llegueme á él, y metime  
Hasta la barba el sombrero,  
Y díjele: «¡Ah gentilhombre!»  
Terciando el corto herreruelo.  
Como no me respondía,  
Saco la daga de presto.  
Y por el pecho á mi gusto  
Hasta la cruz se la meto.  
Díome la sangre en el mio,  
Y vuelto á mi casa huyendo,  
Miro á una luz la ropilla,  
Y oía como un incienso.  
Tomo una linterna y parto,  
Y cuando a mirarle vuelvo,  
Hallo derramado el vino,  
Y el cuero midiendo el suelo.

OTON.

Si esos son vuestros favores,  
Reniego de los amores.

VALERIO.

Diga Oton el suyo, á ver.

OTON.

¡Ah Tulio! aquí he menester  
Tus retóricos colores.  
Cantaban la vez primera  
Con su voz ronca los gallos,  
Respondiéndose muy lejos  
Los del lugar y del campo,  
Cuando de nuestra viuda,  
Como un reluj concertado,  
La ventana con los ojos  
Y la calle mudo á pasos.  
Estaba el cielo mas negro  
Que un portugués embocado,  
Y á esta causa erré la reja,  
Dos ventanas mas abajo.  
Vivia un buen zapatero  
Donde yo con gran cuidado  
Puse los ojos, por ver  
La casa en que viven tantos;  
Y vi en un balcón un bulto,  
La mitad del cuerpo blanco;  
Y creyendo ser la viuda,  
Así la requiebro y hablo:  
«Ángel, cuya alba es la toca  
Y cuya estola el rosario,  
Oid un secreto solo  
Deste enamorado esclavo.»  
No lo hube dicho, señores,  
Cuando el zapatero honrado,  
Que estaba en camisa al fresco,  
Dijo, un ladrillo tomando:  
«¡A mi mujer requiebritos!  
Por estas barbas, bellaco,  
Que yo os conozca de día!»  
Y si al tirar no me bajo,  
Con los polvos del ladrillo  
Me deja allí rociados,  
Como escudilla de arroz,  
Los sesos entre los cascos.

VALETIO.

Los favores son iguales.  
Mas al fin, tratando verás,  
Y dejando burlas tales,  
¿No veis que estas tres quimeras  
Han de engendrar cien mil males?

OTON.

Un consejo os quiero dar.

LISANDRO.

¿Cómo?

OTON.

Que el pleito tratemos  
Dejándonos de tratar.

VALERIO.

¿Queréis que no nos hablemos?

OTON.

Yo á ninguno pienso hablar,  
Encuéntrele adonde quiera.

LISANDRO.

Yo me voy desa manera.

OTON.

¡Ay Leonarda hermosa y muda!

LISANDRO.

¡Ay bellísima viuda!

VALERIO.

¡Ay hermosísima fiera!

(Vanse.)

Vista exterior de una iglesia.

## ESCENA VIII.

LEONARDA, JULIA.

JULIA.

Castigado han tu locura  
Los cielos.

LEONARDA.

Y de tal suerte,  
Que no me han dado la muerte  
Para mayor desventura.  
Y pues que así me declaro,  
Créme que algun hechizo  
Este viejo asunto hizo  
Contra mi helado reparo;  
Que llevarme aquesta tarde  
A buscar mi vituperio  
No carece de misterio.

JULIA.

Dios de pensallo me guarde.  
Tan ignorante está el  
De lo que te ha sucedido,  
Como ese mismo que ha sido  
Basilisco tan cruel.  
¡Malditos sus ojos sean,  
Que á la primer vista pueden  
Hacer que otros ciegos queden!

LEONARDA.

Déjalos, Julia, que vean;  
Que es bien que tan buenos ojos  
No pierdan porque me vieron.

JULIA.

¡Por mi abuela, que te dieron  
Muy aprisa los anteojos!  
¡Rabía en él!

LEONARDA.

No digas eso.  
Dios le guarde. ¿Qué te va?

JULIA.

¡Ay Señora! ¿adónde está  
Tu autoridad y tu seso?  
¿Qué es de aquella gravedad  
Con que hoy al turbado viejo  
Subiste al cielo el espejo  
De tu fama y castidad,  
Y del melindre que hiciste  
De verte en el de cristal?

LEONARDA.

No me predicas muy mal.

JULIA.

Calla ahora, no estés triste.  
Ello ¿ha de ser tempestad,  
O cosa para de asiento?

LEONARDA.

Estoy sin entendimiento  
Del mal de la voluntad.

JULIA.

¡Ahí falta una potencia:  
Sangrarse della, y adios.

LEONARDA.

Amor, ¿esto podéis vos!

JULIA.

¿Qué hombre te agrada en Valencia?

¿Que ya no eres tú la helada,  
La santa, la recogida?

LEONARDA.

No me hables en tu vida,  
Necia, no me digas nada;  
Que todo será accesorio,  
Si me tengo de perder.

JULIA.

No sé qué tengo de hacer  
De los libros y oratorio.  
Pues ¿qué dirá fray Luís?  
¿Y aquellas cosas tan altas?

LEONARDA.

¡Oh mujeres, cuántas faltas  
Hasta la prueba encubris!  
Quien vió mi celo y mi pecho,  
¡Oh mancebo! antes de verte...  
—Pero el rigor de la muerte  
No es conmigo de provecho.  
No me tengo de casar,  
Si el mundo está de por medio.

JULIA.

Yo, Señora, sé un remedio.

LEONARDA.

¿No te he mandado callar?  
Si no te hubiera criado,  
La cara te deshiciera.  
Vesme ardiendo, ¡y como fiera  
Te burlas de mi cuidado!  
Pues remedio he de tener  
Sin perder mi punto y fama,  
Y he de aplacar esta llama  
Cruel.

JULIA.

Todo puede ser.

## ESCENA IX.

URBAN. — DICHAS.

URBAN.

¡Oh! ¡Gracias á Dios que os hallo!  
¿Hasta cuándo era el rezar?  
¿Queríadesos quedar  
Hasta la misa del gallo?  
En días de jubileo  
No te quería servir.

LEONARDA.

¿Tan presto nos hemos de ir  
Una tarde que el sol veo?

URBAN.

No sueles tú decir eso;  
Que aun te ofende su arrebol.

LEONARDA.

Ya quiero sol.

URBAN.

Anda al sol.

JULIA. (Ap. á Urban.)

Déjala; que está sin seso.

URBAN.

¿De qué? ¡Válame san Blas!

LEONARDA.

Mira si está el coche á punto.

URBAN.

Ya, Señora, lo pregunto.

LEONARDA.

Vuelve, necio. ¿Adónde vas?

URBAN.

Por el coche del sol iba,  
Para que al sol nos demos.

## ESCENA X.

CAMILO, FLORO. — Dichos.

CAMILO.

¡Gentil recado tenemos!

Dile tú que no me escriba.

FLORO.

No le rasgues, por el tiempo  
Que la amaste.

CAMILO.

Ya está hecho.

FLORO.

¿Que aun eso no es de provecho?

CAMILO.

Es cosa de pasatiempo.

LEONARDA.

Urban, ¿ves este mancebo?

URBAN.

Muy bien.

LEONARDA.

Pues llega el oído.

URBAN. (*Háblale aparte.*)

¿Casa y nombre? Ya.

FLORO. (*A Camilo.*)

No ha sido

Ese tu desden muy nuevo.

Siempre con esa mujer

Esta aspereza tuviste.

LEONARDA.

Vamos, Julia.

JULIA.

Vén.

LEONARDA. (*Ap.*)

¡Ay triste!

¿Si te he de volver á ver?

(*Vanse Leonarda y Julia.*)

### ESCENA XI.

CAMILO, FLORO. — URBAN, *retirado de ellos.*

URBAN. (*Ap.*)

¡Por mi fe, bueno he quedado

A saber su casa y nombre

Deste galán gentil hombre!

CAMILO.

No quiero amor ni cuidado.

Estése Celia en su casa,

Dé favor á quien quisiere,

Hable, si su gusto fuere,

Al que llega ó al que pasa;

Busque un nuevo moscatel

A quien con celos engañe;

Que ya á mí no hay qué me dañe,

Sino es la lástima dél.

URBAN.

(*Ap.* Siempre fué bueno traer

Tintero y escribanía.)

(*Saca tintero y papel, y se llega á Camilo.*)

¡Ah caballero! querria...

CAMILO.

Hablad, ¿qué quereis?

URBAN.

Saber

Si acaso os habeis escrito

En el santo jubileo

Por cofrade.

CAMILO.

Antes deséo

Serlo, buen hombre, infinito,

¿Qué se paga?

URBAN.

Solo un real.

CAMILO.

Veis aquí dos por los dos.

Tomad.

URBAN.

Recíbalo Dios.

El nombre y casa nombrad.

CAMILO.

Camilo, y vivo á San Juan.

URBAN.

¿Sois noble?

CAMILO.

Bastantemente.

URBAN.

Dígolo porque se asiente

Su buena gracia, galán.

FLORO.

Yo Floro.

URBAN.

Basta: yo vuelvo

A la iglesia.

CAMILO.

Andad con Dios.

Cofrades somos los dos.

(*Vase Urban.*)

### ESCENA XII.

CAMILO, FLORO.

FLORO.

¿Rezarás?

CAMILO.

Hoy me resuelvo...

— ¡Vive Dios, que di un doblon

Al hombre por dos reales!

FLORO.

¿Ahora con eso sales?

Ya no tiene redencion.

CAMILO.

Entra; que aun habrá reparo.

FLORO.

Por eso te dijo allí

Que eres noble.

CAMILO.

¡Oh pesia mí,

Que soy cofrade muy caro!

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Leonarda.

### ESCENA XIII.

LEONARDA, JULIA, URBAN.

LEONARDA.

¡Gentil industria tuviste,

Urban!

URBAN.

Soy flor de los hombres.

LEONARDA.

¡Qué bien sus casas y nombres

En el papel escribiste!

¿Que al fin Camilo se llama?

¿Eso mas tiene del muerto?

URBAN.

Sin duda el ser noble es cierto,

Aunque ignoramos su fama.

¿Qué argumento como ver

Que en tan fácil ocasion

Por un real me dió un doblon?

JULIA.

Liberal debe de ser.

Cierto que fué gran nobleza.

LEONARDA.

Di, Julia: ¿qué no tendrás

A quien tales gracias da

La franca naturaleza?

URBAN.

Eso de gracia, no vi

Jamás, por vida de Urban,

Hombre mas bello y galán

Desde el día en que nació.

¡Qué rostro, qué compostura!

Qué barba tan aseada!

Qué mano tan regalada!

Pareciómeme nieve pura.

¡Qué cuerpo, qué pierna y pie!

¡Qué fábula, qué discrecion!

¡Qué lindo dar de doblon!

Y ¡qué afición le cobré

Cuando le vi relucir!

LEONARDA.

Ahora bien, ya no es posible

Sufrir el fuego insufrible

De que me siento morir.

Amigos, grande flaqueza

Os parecerá la mía;

Pero mi pecho confía

De vuestro amor y nobleza.

Desde mis padres habeis

Servido siempre esta casa:

Yo sé al extremo que pasa

El amor que me teneis.

Supuesto que no pretendo

Casarme ni sujetarme,

Hoy habeis de remediarne,

Hoy mi vida os enconiendo.

En vuestra lengua y secreto

Está mi opinion y fama.

URBAN.

O tu temor nos disfama,

O es de tu amor este efeto.

¡Vive Dios, que si en un potro,

O con oro me engañasen,

Palabra no me sacasen

Por eso ni por esotro!

Fía de Julia y de mí,

Y di lo que hienes de hacer.

LEONARDA.

Tú mi remedio has de ser.

Escúchame atento.

URBAN.

Di.

LEONARDA.

Ya ves cómo anda alterada

Con sus máscaras Valencia.

URBAN.

Bien.

LEONARDA.

Pues con esta licencia,

Ponte una ropa extremada

Y una máscara, y camina

A hablar aqueese galán,

Y dile en disfraz, Urban,

Que una dama se le inclina,

Y que la hable tiernamente,

Y que la podrá gozar

Como hoy te quiera esperar

Del Real dentro en la paente.

Y si te dice que sí,

Esta noche irás por él.

URBAN.

Luego ¿bien ha de ver él

Adónde vives y á mí?

LEONARDA.

No; que con máscara irás,

Y para que nada note,

Le pondrás un capirote,

Con que á casa le traerás.

Entrará á oscuras, y cuando

Se haya de ir, vuelto á poner,

¿A quién podrá conocer?

URBAN.

Brava industria vas trazando.

¡Qué bueno vendrá el halcón!

Pero yo ¿en qué me detengo?

Parto.

LEONARDA.

No tardes.

URBAN.

Ya vengo.

(*Vase.*)

JULIA.  
¿Quién te dijo esta invención?  
LEONARDA.  
Amor, que tiene á los pies  
A cuantos han estudiado.

JULIA.  
Paréceme que han llamado.  
LEONARDA.  
Anda, vé, mira quién es.  
(Vase Julia.)

#### ESCENA XIV.

LEONARDA.

[da]  
¿Qué habrá que una mujer determina-  
No intente por su gusto? Qué tormento  
La mudará del firme pensamiento?  
Qué fuego, qué cordel, qué aguda espada?

¿Qué gigante con furia mas airada  
Intentará subir al firmamento,  
O qué Alcides con mas atrevimiento  
Al centro bajará con alma osada?  
Efectos son de un niño poderoso  
Haber mi hielo con su ardor vencido,  
Y aquella fe de mi primero esposo.  
Yo he sido como rio detenido,  
Que va, suelta la presa, mas furioso;  
Y es lo mas cierto que mujer he sido.

#### ESCENA XV.

JULIA.—LEONARDA; después, OTON.

JULIA.  
No sé qué gente está aquí,  
Que libros y estampas vende.

LEONARDA.  
Si es máscara ¿qué pretendes?

JULIA.  
Yo sin máscara la vi.

LEONARDA.  
Pues para que no parezca  
Que mi devoción se muere,  
Entre, y veamos qué quiere,  
O si hay qué comprar se ofrezca.  
(Va Julia á avisar y vuelve inmediatamente con Oton que trae libros en una cesta.)

OTON.  
Dios guarde á vuesamerced,  
Y le dé un gentil marido.

LEONARDA.  
En que no lo haya querido  
Me ha hecho mucha merced.

OTON.  
¿Por qué, teniendo ese talle?

LEONARDA.  
Mostrad: ¿qué libros vendéis?

OTON.  
Uno traigo que podeis  
Por poco precio comprarle.  
Mas es una historia mia,  
Y sois vos muy recatada.

LEONARDA.  
¿Qué cifra tan extremada!  
Julia, ¿no te lo decía? (Ap. á ella.)  
¿Quién es este? (A Oton.)

OTON.  
Es El pastor  
De Filida.

LEONARDA.  
Ya lo sé.

OTON.  
Y Gálvez Montalvo fué,  
Con grave ingenio, su autor.  
Con hábito de san Juan  
Murió en la mar, y yo muero  
En mar mas profundo y fiero.

LEONARDA.  
¿Sois librero ó sois galan?

OTON.  
No se lo sabré decir.  
Aqueste es la *Galatea*,  
Que si buen libro desea,  
No tiene mas que pedir.  
Fué su autor Miguel Cervantes,  
Que allá en la Naval perdió  
Una mano, y pierdo yo...

LEONARDA.  
Calla, Julia, no te espantes. (Ap. á ella.)  
¿Qué perdeis?

OTON.  
El alma y vida,  
Y por otra *Galatea*  
Mas cruel que fué *Medea*,  
Y menos agradecida.

LEONARDA.  
¿Quién es este?

OTON.  
Es *Espinel*.  
LEONARDA.

¿Qué trata?  
OTON.  
Solos canciones;  
Mas tiene lindas razones  
Y hay graves versos en él.  
Quiso bien hasta morir;  
Mas no del mal que yo muero.

LEONARDA.  
¿Sois galan ó sois librero?

OTON.  
No se lo sabré decir.  
El *Cancionero* está aquí;  
Mas lleno de disparates.

LEONARDA.  
De mal impreso no trates.

OTON.  
Mejor impreso está en mí...

LEONARDA.  
¿El qué?

OTON.  
Un eterno servir,  
Un amar, un padecer.

LEONARDA.  
¿Es requebrar ó vender?

OTON.  
No se lo sabré decir.

JULIA.  
El estampero se ha entrado.

#### ESCENA XVI.

VALERIO, en hábito de mercader, con  
estampas.—DICHOS.

VALERIO.  
¿A la rica estampa fina!

LEONARDA.  
(Ap. Mal mi sospecha adivina,  
Ó este trato es concertado;  
Que el uno y otro galan,  
Que este engaño concertaron,  
Las máscaras se quitaron  
En allegando al zaguán.)  
Julia, ¿es esto conveniente  
A mi encerramiento?

JULIA. (Ap. á su ama.)  
Créo  
Que te engañan.

LEONARDA.  
Bien lo veo. (Ap. á Julia.)  
—¿En mi casa tanta gente!

VALERIO. (Ap.)  
¿Acá está primero Oton?

OTON. (Ap.)  
¿Que Valerio vino acá?

LEONARDA.  
¿Qué vendeis?

VALERIO.  
Vos lo veis ya:  
Vendo el mismo corazon.

LEONARDA.  
Mostrá. ¿Qué es este papel?

VALERIO.  
El Adónis del Ticiano,  
Que tuvo divina mano  
Y peregrino pincel.  
¿Oh quién este hubiera sido,  
Cuando fué tan regalado!  
Pues muero desesperado,  
Y él murió favorecido.  
Esta, por vida de Aurelio,  
Que es de las ricas y finas;  
Que es de Rafael de Urbina  
Y cortada de Cornelio.  
Esta es de Martin de Vos,  
Y aquesta de Federico.

LEONARDA.  
Mal á estas cosas me aplico.  
¿No traeis cosas de Dios?

VALERIO.  
Sí traigo. Aquí hay una estampa  
Del matrimonio, escogida.

LEONARDA.  
Ese no espero en mi vida.

VALERIO.  
Mal su estampa se os estampa.  
Pues no sé yo por qué sea;  
Que hay mil que esperan un sí...  
Y por ventura está aquí  
Un hidalgo que os desea.  
Soy Valerio, aunque me veis  
Que esta máscara he tomado.

OTON.  
Pues ya va tan declarado,  
A Oton delante teneis.  
Soy rico y soy caballero,  
Y pierdo el seso por vos.

LEONARDA.  
¿No hay aquí quien á los dos  
Les pague en mejor dinero?  
¡Holla!

#### ESCENA XVII.

- Dos Criados.—DICHOS.

CRIADO 1.º  
Señora...

LEONARDA.  
Al librero  
Y al que los papeles vende...

OTON.  
Pues, Señora, ¿qué te ofendo  
Pidierte nuestro dinero?

LEONARDA.  
Ea, ¿qué aguardais, criados?

VALERIO.  
Paso, no os alboroteis.



LEONARDA.

¿Libertades me vendeis?  
 ¿Libros, por mi fe, extremados!  
 Hola, cargados de palos.

VALERIO.

No harán tal; que irnos sabrémos.

OTON.

Ni esa afrenta sufrirémos.

CRIADO 2.<sup>o</sup>

¿No están los gabachos malos!

CRIADO 1.<sup>o</sup>

Con pastillas y perfumes  
 Aguarda otro para entrar.

CRIADO 2.<sup>o</sup>

Ea, empecien á bajar.

VALERIO.

¿Que en tal crueldad te resumes!

LEONARDA.

Cerrad la puerta, y quien llama  
 Traerá menos libertad.

VALERIO.

Julia, ¿no hay mas amistad?(*Ap. d ella.*)

JULIA. (*Ap. á Valerio.*)

Calla, no lo oiga mi ama.

(*Vanse.*)

Sala en casa de Camilo.

## ESCENA XVIII.

CAMILO; URBAN, *vestido de máscara.*

CAMILO.

Máscara, juro por Dios  
 Que grande empresa acometo,  
 Y sin saber quien sois vos.

URBAN.

Camilo, aqueste secreto  
 Ila de ser entre los dos.

CAMILO.

Pues me da el alma esa dama,  
 ¿No me liara su fama?  
 ¿No pudiera yo servilla,  
 Y hablalla, vella y oilla,  
 Y saber cómo se llama?

URBAN.

No habemos de hablar en eso;  
 Que en queriendo saber algo,  
 Queda perdido el suceso.

CAMILO.

Juro por la fe de hidalgo  
 Que me haceis perder el seso.  
 Si yo tuviera enemigos,  
 Los cielos me son testigos  
 Que era engaño claro y visto;  
 Mas no hay hombre tan bienquisto  
 Ni que tenga mas amigos.  
 Fuera deso, estoy contento  
 Que digais que hasta el retrete  
 Entre armado á mi contento,  
 Y que lleve un pistolete.

URBAN.

Llevá uno, llevá ciento.  
 Si no os falta habilidad,  
 Valor, gusto y voluntad,  
 Que el interés lo atropella,  
 Gozáis la cara mas bella  
 Que tiene aquesta ciudad.

CAMILO.

¿Qué importa que bella sea,  
 Si á oscuras he de gozalla?  
 Antes presumo que es fea.

URBAN.

En hablalla y en tocalla  
 Habrá luz con que se vea.  
 Si os pesare y os cansare,  
 No volvais.

CAMILO.

No hay que repare  
 Mas que en el ir tan cubierto.

URBAN.

Esa es la ley del concierto.  
 Mirad si hay mas que os declare.

CAMILO.

¿Que cubierto tengo de ir?

URBAN.

Y desa suerte, Camilo,  
 Habiéis de entrar y salir.

CAMILO.

¡Brava industria, bravo estilo!

URBAN.

Todo lo habéis de sufrir.

CAMILO.

¿Y adónde os he de aguarar?

URBAN.

A las tres podeis estar  
 Del Real puesto en la puente;  
 Y guardáos de llevar gente,  
 Porque no os tengo de hablar.

CAMILO.

(*Ap.* ¿Por ver á Italia no pasa,  
 O las naciones francesas,  
 Quien deja su patria y casa  
 Por las Indias portuguesas,  
 Y largos mares traspasa?

¿No deja el otro su tierra  
 Por ver la extranjera guerra?  
 Por una fiesta, ¿no hay mil  
 Que están entre gente vil,  
 Donde el calor los entierra?  
 ¿No está alguno al sol y al hielo,  
 Esperando a ver salir

El tímido conejuelo,  
 Y el pescador por asir  
 El pez simple en el anzuelo?

Pues yo, mozo y orgulloso,  
 ¿Qué me excuso temeroso  
 De ver este encantamento?)  
 Camina; que soy contento.

URBAN.

Si vais, vos seréis dichoso.

CAMILO.

A la hora concertada  
 En la puente me hallaréis.

URBAN.

¿Qué noche tan regalada  
 Con aquel ángel tendréis!

CAMILO.

A lo menos encantada.

URBAN.

Ella estará prevenida.  
 Adios.

CAMILO.

Ya vuestra partida  
 Aguardo.

URBAN.

Será muy presto.

CAMILO. (*Ap.*)

Yo he de saber lo que es esto,  
 Aunque me cueste la vida.

## ACTO SEGUNDO.

Campo y entrada á un puente. Es de noche.

## ESCENA PRIMERA.

CAMILO.

¡Buen ánimo, pensamiento  
 De temeridad vestido!  
 Al puesto habemos venido  
 Donde vuestro atrevimiento  
 Me lleva á vencer vencido.  
 Entre el temor y el deseo,  
 Con quien batallo y peleo,  
 Tantos veces quedo y voy,  
 Que con estar donde estoy,  
 Otras tantas no lo creo.  
 ¿Qué sé yo si algún contrario,  
 De invidia de verme noble,  
 Me forja este trato doble,  
 Donde sea necesario  
 El sufrir espada ó roble?  
 ¡Bravamente el cuello humillo,  
 Como simple corderillo,  
 Que ser vendido no ve,  
 Que va él por su propio pié  
 Al carnicero cuchillo!  
 Mas yo jamás he entendido  
 Que haya hecho á hombre ofensa.  
 Mal mi entendimiento piensa;  
 Que el que á ninguno ha ofendido,  
 Bien camina sin defensa.  
 Y mas, que aquel que me ha dado  
 Las nuevas deste cuidado  
 Me ha dicho que armarme puedo;  
 Pero fué por darme miedo;  
 Que anda siempre el miedo armado.  
 Pero aunque vaya cual voy,  
 ¿De qué peligro me escapa,  
 Si al fin los ojos me tapa?  
 Que pues sin ojos estoy,  
 Bien puede echarme la capa.  
 ¿Quién oyó jamás tal cosa?  
 ¿Que una mujer tan hermosa,  
 Que tanto á un hombre desca,  
 No permita que la vea?  
 ¿Qué fama tan vergonzosa!  
 Y ¿qué sé yo si pensando  
 Que abrazo algun ángel bello,  
 A un demonio enlazo el cuello,  
 Que á oscuras anda volando  
 Porque es indigno de vello?  
 ¿O que fuese alguna vieja,  
 Ya sin pestaña ni ceja,  
 Con unos dientes postizos,  
 Que me hiciese con hechizos  
 Andar como simple oveja?  
 ¿O fuese alguna euitada  
 Herida del mal francés,  
 Que me hiciese andar después,  
 Por un hora de posada,  
 Muerto dos años ó tres?  
 Mas gente viene á la puente.

## ESCENA II.

URBAN, *de máscara y con un capirote de bayeta en la mano.*—CAMILO.

URBAN.

Solo está un hombre. ¿Qué gente?

CAMILO.

¿Es acaso aquel amigo?

URBAN.

Quien te sirve está contigo.

CAMILO.

¡Que esto un hombre cuerdo intente!

URBAN.

¿Hay álguien que vernos pueda?

CAMILO.

Las estrellas y la luna.

URBAN.

Mas que no vele ninguna.

¿Oh cuál aquel angel queda!

Dichosa fue tu fortuna.

CAMILO.

No niego que es muy dichosa;

Mas sea fea ó hermosa;

Para aborrecer y amar,

Si á oscuras la lie de gozar,

¿No es todo una misma cosa?

URBAN.

¿Una misma? ¿De qué suerte?

Un cuerpo grueso y perfeto

¿No hay mas gusto que despierte,

Que tocar un esqueleto

Como pintan á la muerte?

Lo hermoso es como el olor,

Que aquel natural valor

Se conoce, mira y huele,

Por la suavidad que expede.

CAMILO.

¿Soy herbolario ó doctor?

¿Que me importan á mi olores?

Los ojos hacen gozar;

Que aquel ver, causa el hallar

Suavidad en los amores,

Y el conocer y el tratar.

Que por lo contrario, el ciego,

Como yo á esa dama llego,

Es en el deleite igual

A cualquier bruto animal.

URBAN.

Ese argumento te niego;

Que ese en la imaginacion

Fabrica un rostro no mas;

Mas si tú despierto estás,

Mirando con atencion,

Mucho del vivo verás.

Hay ojos que en tales puntos

Hacen fuego, y cuatro juntos

¿Qué cielo y tierra no ven?

CAMILO.

Algunos habrá que estén

En ese tiempo difuntos.

Ella ¿es moza?

URBAN.

¿No has de vella?

CAMILO.

¿Casada ó doncella en duda?

¿Es vinda? ¿Es tal, que se muda

En casada y en doncella,

Y otras veces en vinda?

URBAN.

Ni es vinda, ni casada,

Ni doncella, ni violada

De alguno que la desdenea.

CAMILO.

Desa suerte será dueña

Entre algodones guardada.

¿Válate Dios por señora,

Si te acabo de entender!

(Ap. Engaño debe de haber.

¿Cosa que fuese esta ahora

Alguna hombruna mujer?

Pero ¿tan lindo era yo?...)

¿Oh qué tentación me dió

De quitarle el rostro á este,

Aunque la dama me cueste

Que tan poco me costó!

Mas gran deseo me inflama,

Y este brío que hay en mí.)

Amigo, vamos de aquí

A ver esa oscura dama

De aquellas que nunca vi.

URBAN.

Ponéos el capirote.

CAMILO.

¿Quién habrá que no me note  
De loco?

URBAN.

Jamás lo fuistes.

CAMILO.

¿Aun de bayeta lo hieistes!

¿No fuera de chamelote?

(Pone Urban el capirote á Camilo.)

¿Hay mucho que andar?

URBAN.

Gran rato.

CAMILO.

Ahora llevadme al río,

Y remojaréisme el brío.

URBAN.

Todo es verdad cuanto os trato.

No os enojeis, señor mío.

## ESCENA III.

OTON. — Dichos.

OTON. (Para sí.)

Noche de estrellas vestida,

Que mis pasos y mi vida

Guias á la sepultura,

Viélete negra y obscura

Porque algun favor te pida.

Porque aunque al campo he salido,

Donde debiera el sosiego

Templar este ardor tan ciego,

Algo mas anda encendido

Con el desden de mi fuego.

URBAN. (Ap. á Camilo.)

Un hombre hemos encontrado;

Asíndne de la pretina.

OTON.

¿Hola! ¿Quién va? ¿Quién camina?

CAMILO. (Ap.)

Yo vengo muy bien armado,

Sin ojos, como gallina.

OTON.

¿No respondeis?

CAMILO. (Ap.)

Yo voy bueno.

¿Oh si descargase el trueno!

URBAN.

Máscara soy.

OTON.

¿Gentil loco!

URBAN.

Haremos bebido un poco,

Y andámonos al sereno.

Echad, Señor, por aquí. (A Camilo.)

CAMILO.

¿Oh san Blas! sed en mi ayuda.

(Vause Urbano y Camilo.)

## ESCENA IV.

OTON.

¿Bravamente el vino muda!

Y amor es lo mismo en mí

Por esta ingrata viuda.

¿Posible es que pueda aquesta

Ser tan casta y tan honesta,

Y tan Artemisa en fe,

Y que á tanto hidalgo de

Un mismo *no* por respuesta?

No es posible: aquí hay maldad.

Yo sospecho que es fingida

La santidad de su vida;

Que suele la santidad

Ser flaca y descolorida.

Viuda tan regalada

Y que come descansada

Tres ó cuatro mil de renta,

¿Tan moza vive contenta,

A la media noche helada!

Que se encierre en lo postrero,

Que tenga buena opinion,

Ni que trate de oracion,

¿Qué importa, si el despensero

Compra el pavo y el capon?

Ahora, yo no he de dormir

Cien noches, y he de acudir

Todas á su calle y puerta,

Y si alguno la despierta,

¿Vive Dios, que ha de morir!

Ya el sufrir la escarcha helada,

Aunque aquí poco se usa,

O el sueño, no se me excusa.

Piedra soy de su portada,

Como si fuera Medusa. (Vase.)

Sala en casa de Leonarda.

## ESCENA V.

LEONARDA, JULIA.

LEONARDA.

Las telas y terciopelos

No sé si están bien colgados.

JULIA.

Están, Señora, extremados.

Vuelve, por tu vida, y vélos.

LEONARDA.

En esa sala ¿está bien

Aquesa tapicería?

JULIA.

Tenerla el Virey podría,

Y aun el mismo Rey tambien.

LEONARDA.

¿Qué á propósito es la historia!

Que es de Jacob el amor.

JULIA.

Diversa dirás mejor

Del fin de tu presta gloria;

Que esperó catorce años

Lo que tú en un hora tienes.

LEONARDA.

¿Plega á Dios que tantos bienes

No paren en tantos daños!

Urban tarda. ¿Qué harémos?

JULIA.

Un poco puedes jugar.

LEONARDA.

No le debió de agradar.

¿Ay triste!

JULIA.

No hagas extremos:

Que no es eso de creer

De un mozo tan belicoso.

LEONARDA.

¿Ay! mira que en ser hermoso

Algo tendrá de mujer.

Cuanto mas que ¿qué Roldan

Sufriera cubrirse así,

Y á oscuras venir aquí?

¿Un mozo hidalgo y galán,

Un mancebo varonil,

No como otros mujerieles,

Con quien fuera el mismo Aquiles

Ahora cobarde y vil!...

JULIA.

Leandro, ¿no pasó el mar

Dos mil veces animoso?

LEONARDA.

¿No ves que eso es fabuloso...  
Y después de ver y hablar?  
Y en la torre contra el viento  
Luz le solían encender;  
Y aquí no la ha de tener  
Dentro del mismo aposento.  
Si dijeras el romano  
Que en un hueco se arrojó,  
O el que el puente acometió,  
O el que se quemó la mano,  
Aun aquesto verdad fué.

JULIA.

Dame albricias.

LEONARDA.

No lo creo.

JULIA.

Ea.

LEONARDA.

Toma aquel manto,  
Julia, que ayer me quitó.

JULIA.

¿Es aquel de oro y morado?

LEONARDA.

Dame la máscara presto,  
Y toma la tuya.

## ESCENA VI.

CAMILO, *con el capirote puesto*; URBAN. — LEONARDA y JULIA, *con máscaras*.

URBAN.

Al puesto,  
Camilo, habemos llegado.

CAMILO.

Pues escalera subí,  
Ya estaré en el aposento.

LEONARDA.

Dalde una silla al momento.

URBAN.

Aséntate.

CAMILO.

¿Adónde?

URBAN.

Aquí.

CAMILO.

¿Quién es aquella que habló?

URBAN.

Mi señora.

LEONARDA.

Y vuestra esclava  
Es la que de hablar acaba.

CAMILO.

¡Oh pesia quien me parió!  
El capirote me quito.

(Quitasele.)

Par Dios, á oscuras estoy.

LEONARDA.

Por eso licencia os doy,  
Y se os perdona el delito.  
Dadme silla junto á él.

CAMILO.

¿Hay mas lindo encantamiento?

LEONARDA.

¡Ay señor! con vos me asiento.

CAMILO.

Por Dios, que es hecho cruel.

Ya me enciende el corazón  
Amor sin luz, pues no veo;  
Que ha tocado en el deseo  
Como piedra el eslabon.  
Como el hombre que está á oscuras,  
Y, para encender luz, toca,

Fué en mi alma vuestra boca,

Que ha dado centellas puras.

Y esa ha sido el corazón,

Que era materia dispuesta,

Y el golpe fué la respuesta,

Y la lengua el eslabon.

Tengo una luz encendida

En el alma, que os ve y trata,

Si el aire no me la mata

De veros escurecida.

No os vea yo como ciego

Dentro en la imaginación,

Porque parece invención

Haber tinieblas y fuego.

Si no es mi fianza buena,

No se conviene la historia;

Y pues es limbo sin gloria,

No sea limbo con pena.

Sed vos, para que yo os vea,

Como pintor extremado,

Que aunque la noche ha pintado.

Deja luz con que se vea.

Yo soy un hidalgo noble,

Que si cara á cara os trato,

Fio de mi bonrado trato

Que os parezca bien al doble.

Esto he de alcanzar de vos.

Ea, dadme aquesta mano.

LEONARDA.

¿Mi mano? Tomad.

CAMILO.

Ya es llano  
Que lo concedéis, por Dios.

JULIA. (Ap. á Urban.)

A fe que no es necio el hombre.

URBAN.

Bien habla.

JULIA.

Por lindo estilo.

LEONARDA.

Pues, por vida de Camilo...

CAMILO.

Ese es, Señora, mi nombre.

LEONARDA.

Que no pienso que he hecho poco

En daros luego mi mano.

CAMILO.

Digo que es bien soberano,

Digo que me vuelvo loco.

LEONARDA.

Decid, ¿y paréceos bien?

No me la apretéis. ¡Jesú!

CAMILO.

Esta mano es de Esaú,

Y la voz no sé de quién.

LEONARDA.

Traigan luz por eso solo.

(Vase Julia.)

URBAN.

Ya se descubre el farol.

CAMILO.

Luz pido donde está el sol;

Pero está eclipsado Apolo.

(Vuelve Julia con luz.)

JULIA.

La hacha está aquí.

CAMILO.

¿Qué es esto?

¿Todos con máscara están?

LEONARDA.

Tened las manos, galán;

Que aquí no ha de haber mas que esto.

En llegando á querer verme,

Os haran dos mil petazos.

AMILO.

En tal sagrado de brazos

No podrán acometerme.

No por su miedo, por fijos

(Que pues vine, no le tuve),

Mano y deseos detuve,

Mas por mandármelo vos.

¡Qué bello cuerpo tenéis!

Qué traje y rico vestido!

Con razon no he merecido

Que en mi bajeza fieis.

¡Bravas telas y brocados!

Bravos cuadros y pinturas!

Pero todo queda á oscuras

Con tales ojos cerrados.

¿Que no hay aquí quien me abone?

Quien me ama, ¿no me fia?

LEONARDA.

El alma se le confia:

Vuesamerced me perdone;

Que cuando de su lealtad

Mas experiencia se tenga,

Harémos que á casa venga

Con mas luz y claridad.

Sientese, y no se alborote.

CAMILO. (A Urban.)

Si la caza no he de ver,

Tornadme, amigo, á poner

Pigüelas y capirote.

Mas valdrá para estar quedo

No tener ojos ni oídos,

Porque se van los sentidos

Tras aquello que ver puedo.

En descubriendo el halcon

Para que la caza vea,

Ya está cierta la pèlea,

Y es suyo aquel corazón.

Pero aquí, después de vella

Con alguna claridad,

Le quitan la libertad

De poder volver tras ella.

Y aun hay otra condicion

En esta caza encubierta,

Que va la perdiz cubierta,

Y descubierto el halcon.

¡Aquí de Dios, mi señora!

¿Vos habeis de permitir

Que quien os merece oír,

No os merezca ver ahora?

LEONARDA.

Ahora bien, tráiganle aquí

Un poco de colacion

Con que amanse el corazón.

(Vase Julia.)

## ESCENA VII.

LEONARDA, CAMILO, URBAN.

CAMILO.

¿Qué colacion, pesia á mí?

¿Cómo tengo de comella,

Si eso mismo se me abraza?

¡Ah! doy me á Dios con la casa;

¿Que aun no hay una cara en ella?

¿Qué fianzas me habeis dado

Para comer, satisfecho

Que no es veneno?

LEONARDA.

Este pecho

Que me habeis enamorado.

CAMILO.

Ligero argumento haceis.

Id á una tienda embozada,

Y veréis si os fian nada

Por mas que el pecho mostreis.

Yo soy aquí mercader,

Vos quien rebozada llega:

Luego bien la vida os niega

El que no os merece ver.



LEONARDA.

Camilo, no os allijais  
De verme esconder así:  
Que hay partes, Señor, en mí  
Que vos ahora ignorais.  
Yo os vi, y el alma os rendí  
De suerte, en cierto lugar,  
Que no me excusé de dar  
Fin á mi cuidado así.  
Este remedio busqué  
Para que entreis donde estáis,  
Y para que no digáis  
Con quien ni en qué parte fué.  
Si pensais que aquesto ha sido  
No tener crédito en vos,  
Bien quedará entre los dos  
Averiguado y reñido.  
Joyas os daré en valor  
De dos mil ducados.

CAMILO.

¿Buenas?

LEONARDA.

¡Hola! Dame esas cadenas  
Y ese brinco, dios de amor.  
Dame...

CAMILO.

Paso, no pidáis  
Eso; que me dáis enojos.  
Mas quisiera vuestros ojos  
Que cuantas joyas me dáis.  
Diérademe esos zafiros,  
Y los rubies y perlas  
Desa boca; que por verlas  
Pudiera con mas serviros.  
Tambien hay oro en mi casa.  
Gracias á Dios, no soy pobre.

LEONARDA.

Deseo que mas os sobre  
Que de oriente á España pasa.  
Pero por señal de amor,  
Esta sortija tomad,  
Que en vos tendrá calidad.

CAMILO.

Y esta en vos tendrá valor.  
Servios de que en mi nombre  
La traiga esa blanca mano.

**ESCENA VIII.**

JULIA, con la colacion.—DICHOS.

JULIA.

La colacion viene.

CAMILO.

En vano  
Viene: á fe de gentil hombre,  
Que no tengo de comer.

LEONARDA.

A lo menos el probar  
No lo podeis excusar;  
Que soy honrada mujer.

CAMILO.

¿Eslo del veneno?

LEONARDA.

Sí.

Por mi vida, que probeis.

CAMILO.

Si ese juramento haceis,  
Haya mil muertes aquí.  
Quiero tomar el veneno,  
Que Alejandro del doctor;  
Que donde la fe es mayor,  
No le hace el daño ajeno.

URBAN.

¡Oh lo que sabe de historia!

JULIA.

En verdad que es muy leído.

URBAN.

No lo tomeis tan polido;  
Que en verdad que es zanahoria.  
Entro, y la bebida sacó. (Vase.)

CAMILO.

Donaire tiene por cierto.  
Pero hagamos un concierto.

LEONARDA. (Ap.)

Es discreto y es bellaco.

CAMILO.

Si esto pasa entre los tres,  
Que sois vos y estos criados,  
Para hablar ó ser llamados,  
Sin nombres, trabajo es.  
Quiéroslos poner fingidos;  
Que yo así me entenderé.

(Vuelve Urban con la bebida.)

URBAN.

Bebed.

CAMILO.

Luego beberé.

URBAN.

Bebed.

JULIA.

Están divertidos.

URBAN.

(Ap. Estos mozos conitados,  
Todo almibar y jalea,  
Que no hay niña que tal sea,  
De hoca y dedos mirrados,  
Me hacen perder el seso.)  
Bebed.

CAMILO.

Mostrad: beberé.

URBAN.

¿Qué poco y qué á tienta fué!  
Diga, ¿y harále mal eso?

CAMILO.

(Ap. Tras tanta plata, ¿qué espero?)  
No me muestren mas, Señora.

URBAN. (Ap. á Julia.)

Haga melindres ahora,  
Harase después un enebro.  
Pues esta va por mi ama,  
Y esta, Camilo, por vos;  
Esta, Julia, por los dos;  
Que bien bebe quien bien ama.

JULIA.

Escucha, ó véte de ahí;  
Que nombres nos quiere dar  
Para podemos llamar.

URBAN.

Escucho. Esta va por mí.

LEONARDA.

¿Cómo me pensais llamar?

CAMILO.

A vos os llamo Diana,  
Y está la razon muy llana.

LEONARDA.

Esa podeis declarar.

CAMILO.

¿No es luna y alumbrá?

LEONARDA.

Sí.

CAMILO.

¿No se escurece y desdora?

URBAN.

¡Oh qué bien!

JULIA.

Eseucha ahora.

URBAN.

Escucho. Esta va por mí.

CAMILO. (A Julia.)

Vos tendréis íris por nombre,  
Que es de Diana mensajera,  
Y vos Mercurio.

LEONARDA.

¿Pudiera

Darse á todos mejor nombre?

URBAN.

En fin, ¿que Mercurio á mí?  
Baco ¿no fuera mejor?

JULIA.

Escucha un poco, hablador.

URBAN.

Escucho. Esta va por mí.

LEONARDA.

Ya es tarde, y es bien que os vais;  
Que hablando no se ha sentido  
Tiempo y noche que han corrido.

CAMILO.

¿Que al fin cubierta os quedais?

LEONARDA.

Noches quedan, mi Camilo:  
Esto por ahora baste.—  
Llévale donde le hallaste, (A Urban.)  
¡Hola! por el mismo estilo.

URBAN.

Encajáos el capirote.

CAMILO.

¿No os he de abrazar primero?

LEONARDA.

Sí por cierto.

CAMILO.

¡Ah bien ligero!

Paso.

(Urban le pone el capirote.)

URBAN.

Alto sois de cogote.

LEONARDA.

Pues, necio, ¡así le lastimas!

URBAN.

Nunca vos haréis buen son.  
¡Bendiga Dios el bordon,  
Que dura por treinta primas!  
Asid la pretina bien.

CAMILO.

Adios, señora Diana.

LEONARDA.

¡Ay! ¡cuánto tarda mañana!  
Descúbrome.

JULIA.

Yo tambien.

Entra á recogerte luego.

(Vanse.)

CAMILO.

¡Bueno voy! ¡Ah ciego amor!

URBAN.

¿Y voy acaso mejor?  
¿Quién manda rezar al ciego?  
(Vase.)

—

Calle.

**ESCENA IX.**

VALERIO, embozado.

[cistes,  
Sospechas, que al mas cuerdo enloque-  
Y en el mas escogido entendimiento  
Representastes mas proferas varias  
Que la imaginación profunda suele

Del pintor que diseña alguna máquina,  
O el poeta que traza algun discurso,  
¿Dónde llevais mi loca fantasia  
A desvelarse cuando todos duermen?  
Ya el estrellado carro con su guia  
Parece que se humilla á su descanso,  
Y declinan van las seis hermanas,  
Con la que entre ellas vergonzosa vive;  
Y yo, sollicitado de vosotras,  
No como estrella estoy en luz ardiendo,  
Mas como fuego del eterno abismo,  
Por donde dicen que encendido sale,  
Cuyas bocas jamás de darle cesan.  
Hásemle puesto, y no será por dicha,  
En la imaginación que esta Leonarda,  
Entre aquellas imágenes y libros,  
Alguna tiene aparte á quien adora.  
Noche, si está allá dentro algun dichoso,  
Hazle salir, con dar lugar al alba.  
Mas ¿cómo podré yo saberlo solo,  
Siendo esta casa como un tiempo Tébas,  
Que se ilustraba de cien puertas grandes?  
Gente viene: tomemos esta esquina  
De la portada, á ver dónde camina.

(Retírase.)

## ESCENA X.

OTON, *embozado*; VALERIO, *á un lado de la portada de la casa de Leonarda*.

OTON.

Cierta cuestion de amigos y parientes  
Me ha detenido: perdonadme, calle,  
Y vos tambien, ventana venturosa,  
Si he tardado en venir á saludaros.  
¡Ah mi ventana! ¿Quién de vos supiera  
Si ha salido por vos algun suspiro!  
Que entrado, yo aseguro que son tantos,  
Queno son mas de abril las varias flores,  
Ni las perlas que el alba entonces vierte.  
¿Cuántos lris colgados de esas rejas,  
Que no merecen, de un cabello solo,  
Piden al cielo que convierta en mármol  
Aquella que de mármol tiene el pecho!  
Tambien vos, puerta... — Mas ¿qué es  
[esto? ¡Ay triste!  
¿Qué sombra es esta ó qué nueva columna?  
No en balde el corazon me lo decia,  
Y esta noche el venir sollicitaba.  
¿Será por dicha aqúese el venturoso  
Que de la viuda posesion merece?  
¿Qué le diré? ¿Qué haré? Viven los cielos,  
Que se ha de conformar la arquitectura.  
Y que han de estar los mármoles iguales!  
(Colócase al otro lado de la puerta.)

## ESCENA XI.

LISANDRO, *embozado*. — VALERIO y OTON, *cada uno á un lado de la puerta*.

LISANDRO.

Viuda, así os guarde Dios,  
Que puesto á aquea ventana,  
Lo que hay de aquí á la mañana  
Quisiera pasar con vos.  
El sí que á todos negais,  
Decidine ¿en qué no consiste?  
Santa y moza, alegre y triste,  
Zagala, no me agradais.  
Este ser vos tan discreta  
Hace á mil necios pensar  
Que os debe de regalar  
Alguna prenda secreta.  
Para que esto no se vea,  
¿Qué importa que os encerreis,  
Si las veces que quereis  
Vais y venis á la aldea?  
Este campo y soledad,  
Estas huertas y jardines,  
Sin abrir á los mañines,

Abren franca libertad.  
Viuda, ya no hay quien crea  
Que estáis sin dueño secreto  
Del alma, porque en efeto  
Andais triste y no sois fea.  
Mujer bella, rica y moza  
(Que hasta libre y mujer),  
Yo no tengo de creer  
Que no se regala y goza;  
Porque aunque mas me digais,  
Huyendo segunda boda,  
Que sois angelica toda,  
Doyme á Dios, si vos no amais.

(Ve á los dos.)

¿Que tan desvanecido hablase al aire,  
Que apenas reparase en que podia  
Ser escuchado destas vivas sombras?  
En fin, pared, no escapas sin oidos.  
¡Oh casa del mayor peso del mundo!  
Ya os arriman gigantes á la puerta,  
Ya están vuestras columnas revestidas.  
¡De noche guardas á las puertas! ¡Bueno!  
A fe que adonde tantas guardas ponen,  
Que hay escondido algun tesoro rico.  
Si asisten al sustento de la casa,  
Sirvamos todos de estantes juntos.  
Y pues elirme es caso sin remedio.  
Hagan lugar; que yo me pongo en medio.  
(Pónese entre Valerio y Oton.)

## ESCENA XII.

ALGUACILES, UN ESCRIBANO. — DICHOS.

ALGUACIL.

Lindo salto se hizo en los del juego.

ESCRIBANO.

¡Y qué hermoso dinero se paraban!

ALGUACIL.

Aun esta casa tiene mas secretos;  
Que se da de comer y entran mujeres.  
Yo les haré una informacion que salten.  
Gente hay en esta puerta. ¿Quién va?  
Al Rey. [Ténganse

OTON.

Tenidos somos; no nos meta  
La lanterna en los ojos.

ALGUACIL.

He de verlos,  
Y desarrebozarlos treinta veces.

VALERIO.

Mire que somos caballeros.

ALGUACIL.

Créolo;  
Mas yo he de verlos por mis propios ojos;  
Que suelen engañarnos por momentos.  
Ea; que es ya...

LISANDRO.

Suplicoos que sea aparte.

ALGUACIL.

No ha de ser sino aquí: por Dios, descú-  
[branse.

(Desembózanse los tres.)

¡Señor Oton, Lisandro, y vos, Valerio!  
¿Los nombres no pudiérais decirme?

OTON.

Convinome llamarle.

LISANDRO.

Y á mí y todo.

VALERIO.

Y yo he tenido por dichosa suerte  
Saber así lo que saber temia.

ALGUACIL.

Desa manera, ¿puedo estar seguro  
Que no he dado disgusto?

LISANDRO.

Antes quedamos  
En mucha obligacion.

ALGUACIL.

Yo soy quien debo.  
Vuestras mercedes ¿quieren compania?

OTON.

Quedar nos cumple aqui.

ALGUACIL.

Pues adios. — Vamos.

LISANDRO.

¡Que siempre en todo juntos nos halla-  
[mos!  
(Vanse los alguaciles y el escribano.)

## ESCENA XIII.

OTON, VALERIO, LISANDRO.

VALERIO.

Oton es bravo arquitecto.

OTON.

Y á Valerio ¿qué le falta?

LISANDRO.

Para portada tan alta  
Los tres hicimos efecto.  
Pero túveos mil ventajás.

VALERIO.

Estar en medio son mil.

OTON.

Si no viene el alguacil,  
Todos nos hacemos rajas.

LISANDRO.

Consuélome, que los tres  
Fuimos necios por extremo.

OTON.

Dar aqúese nombre temo  
A lo que locura es.  
Pero cuando aqúeso fuera,  
El mas necio fuistes vos,  
Que os metistes entre dos.

LISANDRO.

Y entre ciento me metiera,  
Aunque fueran Rodamontes.

OTON.

¡Ea, leon!

VALERIO.

No es burlando;  
Que puede, como otro Orlando,  
Romper árboles y montes.

LISANDRO.

La necedad en su punto  
Fué aquello del estampero,  
Cuando Oton, hecho librero,  
Entró con Valerio junto.

OTON.

¿Con máscaras no llegamos  
Hasta la puerta?

VALERIO.

Esperad;

Que de aquella necedad  
Iguales partes llevamos;  
Que el vino de bolonero  
Con mil rosarios allí,  
Y no le abrieron.

OTON.

¡Ah! ¿sí?

Pues darle el parabien quiero.

LISANDRO.

Pues si todo se ha sabido,  
Por necios todos quedemos,  
Y el propósito mudemos  
En quien la ocasion ha sido;  
Que habrá bien qué murmurar.

VALERIO.

Si va de murmuracion,  
Yo diré á qué vino Oton  
Esta noche á este lugar.



Fué á saber si aquesta puerta  
A algun dichoso se abría.

OTON.

A eso, por Dios, venía.

LISANDRO.

Téngolo por cosa cierta,  
Porque yo vine á lo mismo.

VALERIO.

Y á mí; qué pudo traerme  
Sino el ver lo mismo y verme  
En este celoso abismo?

OTON.

Ya que nos hemos hablado,  
Conformese el amistad  
Contra la fiera crueldad  
Deste ingrato pecho helado.  
De su deshonor tratemos,  
Y que pierda la opinión.

LISANDRO.

¡Oh qué bien ha dicho Oton!  
¿Qué venganza tomaremos?  
¿Pero sabéis qué he pensado,  
Y nunca lo dije en duda?

VALERIO.

¿Qué?

LISANDRO.

Que tiene esta viuda  
Galan en casa encerrado.  
Que este no acudir á ver  
Ninguna cosa de fuera,  
Si en casa no le tuviera,  
¿Cómo se pudiera hacer?  
Mujer sola, libre y rica,  
Y que á tantos se ha negado,  
A fe que hay algun criado  
Que al lado de noche aplica.  
Y entre los que tiene, Urban,  
Que es bellacón y discreto,  
Tengo sospecha en efeto  
Que hace oficio de galán;  
Porque no se aparta della,  
Y anda bien puesto y vestido,  
Siempre se burla atrevido,  
Y habla en secreto con ella.

OTON.

¡Vive Dios! que ahora he caído  
En una maldad tan clara.  
Yo le cortaré la cara,  
O no será bien nacido.  
¿Quién duda que esto es así?

VALERIO.

Yo soy de ese parecer;  
Que cosas te he visto hacer  
De que sospechoso fui.  
Y desde aquí te prometo  
Una grande cuchillada.

LISANDRO.

Dejad algo, si os agrada,  
Para el dueño del secreto;  
Que también te he yo de dar  
Una en medio desas dos.

OTON.

Amanecido ha por Dios.  
¿Que dulce es el murmurar!  
Vamos y hablemonos hoy.

VALERIO.

En matarle me reporto.

LISANDRO.

¿Qué narices que le corto!

OTON.

¿Qué cuchillada le doy!

(*Vanse.*)

—

Campo con huertas.

#### ESCENA XIV.

LUCENCIO, ROSANO.

LUCENCIO.

Hela leído y entendido todo,  
Y contiene que ERCINO me da un yerno  
Para Leonarda, encareciendo el modo  
De su nobleza, término y gobierno.

ROSANO.

No le aventajan en la sangre el godo,  
Ni en gentileza de mancohe tierno  
El mismo Adónis, Piramo y Narciso,  
Ni el mas discreto en discreción y aviso.  
Como el Gallego escribhe, tañe y danza  
Como otro Julio, y porque mas le alabe,  
De retratar como Guzman alcanza  
Aquella parte que á milagro sabe;  
Esgrime como el célebre Carranza,  
Su oficio es secretario del mas grave  
Príncipe de la corte, donde vive  
Con gallarda opinión.

LUCENCIO.

Así lo escribe.

¿Cuándo salistes de Madrid?

ROSANO.

Sospecho

Que habrá tardado solos cuatro días.

LUCENCIO.

¿Hay nuevas?

ROSANO.

No sé cosa de provecho.

Pero mucho del caso te desvías;  
Muéstrame en él mas descubierta el pe-  
Si acaso de mi crédito le fias; [cho,  
Y muéstrame esta viuda, porque el vella  
Me importa para darles nuevas della.  
Encargáronme mucho que la vieses;  
Que allá tiene gran fama de hermosura.

LUCENCIO.

Eso podría ser si ella quisiese;  
Mas es mas que su fama su clausura.  
Y aunque de oírlo por ahora os pese,  
Sabed que es la mujer mas bronca y dura  
Que ha criado la sierra mas fragosa,  
Supuesto que es discreta y que es her-  
[mosa.

Há un mes y mas que ya no la visito,  
Sobre esto de tratarle casamientos;  
Que de mi enojo y suyo en esto quito  
Malas palabras y desabrimientos;  
Y si el de aquese hidalgo solicito,  
Serán, sospecho, vanos pensamientos;  
Porque quien no se casa aquí en Valen-  
Menos hará para Madrid ausencia. [cia,  
Con todo eso, diligencia harémos.

ROSANO.

Mucho me habeis, Señor, desconsolado;  
Pero será razon que lo intentemos,  
Porque diga, aunque mal, que he nego-  
[ciado.

LUCENCIO.

Digo que ordenaré de que hoy la hablo-  
[mos;  
Que siempre á ERCINO estuve yo obliga-  
[do.

#### ESCENA XV.

CAMILO, FLORO. — Dichos.

FLORO. (*A Camilo.*)

Prosigue, por tu vida, tan buen cuento.

LUCENCIO.

Gente es esta: no entienda nuestro in-  
[tento.

(*Vanse Lucencio y Rosano.*)

#### ESCENA XVI.

CAMILO, FLORO.

CAMILO.

Después de la primer noche,  
Como te he contado, Floro,  
En que, como halcón y ciego,  
Ciego fui siguiendo á otro,  
Otras seis ó siete fui  
Por el mismo estilo y modo.  
Hasta que al fin la gocé,  
Sin mas luz que de los ojos.  
No habia pájaro destos  
Que de noche vuelan solos,  
Cuyos ojos no envidiase,  
Por ver lo que á tienta adoro.  
Hela cobrado afición,  
Sin ver mas que lo que toco  
De tacto, como los ciegos,  
Que és peregrino negocio.  
He hecho cosas por verla  
(Que no pienses que soy corto),  
Que hubieran enternecido  
Un indio, un bárbaro, un monstruo,  
Ya fingiéndome morir  
Con suspiros y sollozos,  
Ya jurando de no vella  
Con juramentos y votos.  
Pero ni por mis ferrezas,  
Ni por mis rabias y enojos,  
Se ha dejado ver; y así,  
Es, soy encantado y loco.

FLORO.

¿Cómo no?; Gracioso cuento!  
Lleva tú luz encendida.

CAMILO.

Podráme costar la vida,  
Floro, aqueste atrevimiento;  
Que si Psiques vió al amor,  
A quien á oscuras gozaba,  
Perdió la gloria en que estaba,  
Y negoció su dolor.

FLORO.

Pues ¿qué has de hacer encantado,  
Enamorado sin ver?

CAMILO.

Imitar á amor, y ser  
Sin ojos enamorado.

FLORO.

¿No puedes llevar un yeso  
Con que la puerta señales?

CAMILO.

Tiene el hombre industrias tales,  
Que me hace perder el seso.  
Fuera de la puerta estoy,  
Y dice que estoy en casa.

FLORO.

Un coche de damas pasa.

CAMILO.

Y baja, á fe de quien soy,  
Dél una hermosa viuda.

FLORO.

Y no es mala la criada.

#### ESCENA XVII.

LEONARDA y JULIA, con mantos. — Dichos.

LEONARDA.

Esta huerta es extremada.

JULIA.

En ningún tiempo se muda.

LEONARDA.

Julia, Camilo es aquel. (*Ap. á ella*)



JULIA.

¡Ay, Señora! ya le vi.

CAMILO.

¿Hay algo en que os sirva aquí?

LEONARDA. (Ap. á Julia.)

¿Háblarle?

JULIA.

Habla con él;

Que todo el campo está solo.

LEONARDA.

Yo os agradezco el favor.

CAMILO.

Déheses á vuestro valor,  
Como aquesta luz á Apolo.  
Y á ella misma os comparo,  
Porque es lo que mas deseo  
De cuanto veo, aunque veo  
Pocas veces, mi bien, claro.  
Pero en tin, la luz es cosa  
De tanta estima, que al suelo  
No la ha dado igual el cielo.  
Después de haceros hermosa.

LEONARDA.

Mucho la luz estimais,  
Para no ser ciego.

CAMILO.

Nace

De una falta que me hace,  
Que no es bien que la sepais.

LEONARDA.

Ello se entiende: ¿es de amor?

CAMILO.

Pues mas os espantaréis,  
Si de mi dama sabeis  
El divino resplandor.

LEONARDA.

¿Es por encarecimiento?

CAMILO.

No, sino porque es Diana  
Tan divina y soberana,  
Que no la veo y la siento.

LEONARDA.

¿Cómo, Diana? ¿La luna?

CAMILO.

La propia

LEONARDA.

Pues no andais bien;  
Que esa mil vistas la ven;  
Mas no la toca ninguna.

CAMILO.

Pues yo la toco sin vella.

LEONARDA.

Sin duda os tengo por loco.

CAMILO.

Si, pues á oscuras la toco,  
Y me he enamorado della.

LEONARDA.

Y esa luna ¿veos á vos?

CAMILO.

Ella lo afirma, y es fe  
Que cada día me ve;  
Mas yo no la veo, por Dios.

LEONARDA.

Pues os ve, no lo dudeis,  
Sino que está enamorada.

CAMILO.

Pienso que de mí se agrada.

LEONARDA.

Y en los efetos lo veis.  
¿Hay mujer por quien ahora  
La dejádeses?

CAMILO.

Me agravio  
De que ponga vuestro labio

L-1.

Tal duda en mi fe, Señora.  
Si un ángel de hermosa fuese,  
Y una romana en valor,  
No es posible que el amor  
A mí imposible perdiese.

LEONARDA.

Si la viédeses, yo os juro  
Que os trocase el desengaño.

CAMILO.

Bien puedo estar dese daño  
Por muchas causas seguro;  
Que con las manos la tiento,  
Y la frente es extremada;  
La nariz perficionada,  
Que es de un rostro el fundamento.  
Los ojos son relevados,  
Que es señal que buenos son;  
Todo es otro es perfeccion;  
Cuello y pechos extremados.  
Entendimiento y donaire,  
Es locura hablar en ello;  
Que no falta mas de vello  
Para dar el seso al aire.  
Pues; ¿una Iris que tiene,  
Y un Mercurio embajador!  
No tiene el mundo valor  
Cuando de su cielo viene.

LEONARDA.

Vos sois extraño galan.  
Nunca tal oí decir.

CAMILO.

Ni á nadie he visto sufrir  
La escuridad que me dan.  
Y aunque en parte mi alegría  
Con este rigor se aniebla,  
Mas quiero yo mi tiniebla  
Que alguno estima su día.

LEONARDA.

¿Y cómo os llaman?

CAMILO.

Camilo.

LEONARDA.

Es justo saber el nombre  
De un mas que Amadís, de un hombre  
Que ama por tal estilo.  
Ahora bien, por muchos años  
Vuestra Diana goceis.

CAMILO.

Si vivo, no lo dudeis,  
A pesar de sus engaños.

LEONARDA.

Adios, oscuro galan.

CAMILO.

El un rico esposo os dé.

FLORO. (Ap. á Julia.)

Diga: ¿hablarla no podré  
Esta noche en el zaguan?

JULIA.

Vivo junto á la Zaidia.  
No quiera dama tan lejos.

(Vanse Leonarda y Julia.)

## ESCENA XVIII.

CAMILO, FLORO.

FLORO.

Hablado habeis como viejos.  
¿Qué ocasion esta, qué día!  
¿Por qué no la requebrabas?  
Que es una viuda bella,  
Que andan mil muertos por ella.

CAMILO.

¿En mi pensamiento estabas!  
Por ella ni otras mas bellas,  
Respeto de mi sugeto,

No se me da, te prometo.  
Lo que por mí, Floro, á ellas.  
Esta no vale dos clavos,  
Ni cuantas puedes nombrar,  
Porque es querer comparar  
Los reyes con los esclavos.  
Yo te digo que la mia  
Es algun ángel sin duda.

FLORO.

¿Tan mala era la viuda?

CAMILO.

Así, así; pasar podía.

FLORO.

A mí bien me pareció.

CAMILO.

¡Ah, Floro! si aquesta vieras,  
¡Qué bien que la encarecieras!

FLORO.

La viuda tomara yo.

## ESCENA XIX.

URBAN, con la espada desnuda, reti-  
rándose de OTÓN, LISANDRO y  
VALERIO. — Dichos.

URBAN.

¡Tres hombres á uno solo!

OTÓN.

¡Muera el perro!

URBAN.

¿No me diréis qué ofensa os hice?

VALERIO.

¡Muera!

CAMILO.

Paso, señores, ténganse: ya basta.  
Si estar yo de por medio en cortesia  
De caballero recebirse suele.  
Camilo soy, y amigo soy de todos.

FLORO. (A Urban.)

Ponte detrás.

URBAN.

Vinieran uno á uno...

OTÓN.

Él tuvo en vos, Camilo, buen padrino;  
Que es un lacayo vil, desvergonzado.

CAMILO.

No haya mas, por mi vida; que por dicha  
No os habrá conocido.

VALERIO.

Basta y sobra

Quererlo vos.

LISANDRO.

¿Mandais en que os sirvamos?

CAMILO.

Quedo en obligacion notable.

OTÓN.

Vamos.

(Vanse Otón, Lisandro y Valerio.)

## ESCENA XX.

CAMILO, URBAN, FLORO.

CAMILO.

[hecho

Decid, hombre del diablo, ¿qué habeis  
A aquestos caballeros?

URBAN.

Buen Camilo, ¡juro  
Después de echarme á vuestros pies, os  
Que ni en obra, palabra ó pensamiento  
Les ofendi jamás.

CAMILO.

Pues sin ofensa,  
¡Caballeros mataban en cuadrilla  
Un hombre solo! No es posible.

URBAN.

Es cierto.

Y puede ser que se hayan engañado,  
Y tenidome á mi por otro.

CAMILO.

Créolo.

FLORO.

En gentil escampado os la juraban.

CAMILO.

Vamos con él hasta su casa, Floro.

URBAN.

Hasta la puerta de la ciudad basta.

FLORO.

A mi señor estáis bien obligado.

URBAN. (Ap.)

Si se lo debo, bien se lo he pagado.

## ACTO TERCERO.

Calle.

### ESCENA PRIMERA.

CAMILO; CELIA, con manto.

CAMILO.

Calla y déjame.

CELIA.

¿Que calle?

CAMILO.

Después iré.

CELIA.

No hay después.

CAMILO.

¿Tan loca estás, que no ves,  
Celia, que estás en la calle?

CELIA.

En la calle y donde quiera  
Tengo por cuerda razon  
Que se entienda tu traición.

CAMILO.

Templa el enojo y espera.  
Hablemos de suerte aquí,  
Que quien pasa no lo entienda,  
Y suéltame ya.

CELIA.

¿Qué prenda

Me tienes dada de ti?

Malas noches, malos días,  
Palabras, celos y rabias;  
Y aun de que ya no me agraviaras  
Nacen estas ansias mías;  
Que, tan malo, te quisiera.  
Mira cuál estoy, traidor.

CAMILO.

Ir allá será mejor.

Vé, Celia, á casa y espera;  
Que hay mucho que averiguar,  
Y en la calle no estás bien.  
Fuera de que á mi me ven,  
Y tengo que negociar.

CELIA.

¿Tú á mi casa! Pues no has ido  
En dos meses, ¿y tan loca  
Me ves, que crea tal boca  
A corazon tan fingido?  
No, amigo; que si se escapa,  
Será andarme tras el viento.

CAMILO.

Tenme, por tu fe, con tiento;  
Que me has rasgado la capa.

CELIA.

Ese corazon quisiera,  
Donde tal dureza cabe.

CAMILO.

Ya fué para ti suave,  
Y á tu voluntad, de cera.  
Pero hay hombres que descan  
No tener comun el bien.  
Pero advierte que nos ven.

CELIA.

Mucho teme que le vean.  
Calle, no se le dé nada,  
Y amari telaráse ahora,  
Si no lo está, la señora  
Que nuevamente le agrada.  
Y cuando riñan un poco  
Por celillos, bien sabrá  
Dar satisfacciones ya.

CAMILO.

Tú quieres volverme loco.

CELIA.

¿Quién duda que le diría:  
«Persigume esa mujer;  
Pero no la puedo ver,  
Por tu vida y por la mía;  
Y no hay de qué recelarte;  
Que haré que delante esté  
Viendo que te beso el pie?»

CAMILO.

¿Quieres dejarme y cansarte?  
Esto ¿no era ya acabado?

### ESCENA II.

LEONARDA y JULIA, con mantos. —

Dichos.

JULIA.

Muy tarde y sola has salido.

LEONARDA.

Por tarde que es, no ha venido  
Urban.

JULIA.

Mucho se ha tardado.

Pero ¿por qué no quisiste  
El escudero de Clara?

LEONARDA.

Por no velle aquella cara  
Tan melancólica y triste. —  
¡Ay Julia! mas lo es mi suerte.

JULIA.

¿Jesus! Señora, ¿qué has?

LEONARDA.

¡Ay Julia!

JULIA.

¿Qué muerta estás!

LEONARDA.

¿Y es mucho viendo mi muerte?

JULIA.

Mira que no es tan de noche.  
Calla, ó cubrete la cara.  
Todo aquesto se excusara,  
Si hubieras venido en coche. —  
¡Ay, amarga, que ya veo  
De adonde el aire te vino!

LEONARDA.

Galardon es este dino  
De mi loco y mal desco.  
¡Oh, quién no te conociera,  
Como tú á mi, pues así,  
Como no me ves á mi,  
Te gozara y no te viera!  
¡Fiad de los juramentos,

De las palabras y votos!  
Pero son papeles rotos  
Que se entregan á los vientos.  
¡Quien le oyó que no queria  
Otra en el mundo!

JULIA.

Y bien jura;

Que dice de noche oscura,  
Y esta querrála de día.  
Mira, Señora, no creas  
Que sin dejarte mirar  
Has de poder conservar  
Un hora el bien que desees.  
Por la vista entra el amor;  
Que por las manos no puede.

LEONARDA.

¿Y el oír?

JULIA.

Eso se quede  
Para un amante hablador.  
Sigue un hombre, oyendo hablar,  
Un rebozo, aunque no vea;  
Y en viendo que es mujer fea,  
Al diablo la quiere dar.

CAMILO. (A Celia.)

Di, veamos, ¿qué te debo?  
Que yo te satisfaré.

CELIA.

Lo primero una gran fe,  
Que es en nosotros muy nuevo.  
Luego con mucha lealtad  
No conocer otro gusto,  
Y en la mía muy al justo  
Vestirme tu voluntad.  
Pasar mil noches al hielo,  
Esperándote á una reja,  
Sufrir voces de una vieja,  
Y aun ¡ay del brazo y del pelo!  
No te haber jamás faltado  
Cosa que hayas querido.

CAMILO.

Todo eso te he servido  
Con haberte regalado.  
Algun dinero me cuestas,  
Y galas... las que tú sabes.

CELIA.

¡Palabras, por cierto, graves,  
Y en tu hidalga boca honestas!  
El cofre abriré; no quiero  
Cosa tuya. Venga Floro,  
Llévelo; y aun darte en oro  
Eso que me has dado espero.  
¡Hermosas galas en fin!  
Una triste basquiñuela,  
Con dos fajuelas de tela,  
Un amargo faldellín...  
— ¡Qué sartas de perlas grandes,  
Que cadenas me ponías!  
Qué ricas tapicerías  
De las mejores de Flándes!  
Qué casa que me has labrado,  
Con jardín, reja y balcon!  
Y tiénenlas mil, que son  
Esterillas de mi estrado.  
¿Con quién, ya que se me aleja,  
Aqueste tiempo empleara,  
Que á lo menos no quedara,  
Ya que sin paga, sin queja?  
Hallárame muy rota,  
Muy pobre, muy despreciada,  
Cuando te di en casa entrada.

LEONARDA. (Ap. á Julia.)

¿No ves cómo se alborota?  
¡Oh quién lo que hablan oyera!

JULIA.

¿No era mejor irte á casa,  
Que no esperar de quien pasa  
Que alguno te conociera?  
Fuera desto, ya anohece.

LEONARDA.

Eso y el estar tapada  
Hace que no importe nada.

JULIA.

Mas son celos, me parece.  
En mi vida lo pensara,  
Que por tales aventuras  
Dama que se goza á oscuras,  
Fuera con celos tan clara.

CELIA.

¿Hombre yo?

CAMILO.

Sí, Celia, tú;

Y pues que me he declarado,  
Déjame.

CELIA.

Ya estás dejado.

¡Jesú, qué maldad! ¡Jesú!

CAMILO.

Santíguate con cien manos.

CELIA.

¿Con testimonios me dejas?  
Quédate á Dios; no mas quejas.

CAMILO.

Testimonios son bien llanos.

(Vase Celia.)

**ESCENA III.**

LEONARDA, CAMILO, JULIA.

CAMILO. (Ap.)

¿Es posible que se ha ido?

LEONARDA.

Ce, le digo.

CAMILO.

¿A mi embozadas?

LEONARDA.

No somos tan declaradas  
Como esa necia lo ha sido.

¿Es acaso la Diana  
Que dijistes en la huerta?

CAMILO.

(Ap. Esta viudilla anda muerta  
Por ser conmigo liviana.)

Suplicoos que os destapeis,  
Porque no lo parezcais.

LEONARDA.

Huélgome que lo que amais  
Tan presto lo aborreceis.

CAMILO.

Son esas divinidades  
Acá ciertas fantasías,  
Son unas noches sin días,  
Y unas mentiras verdades.  
Son unos gustos inciertos  
Y un buen manjar sin sazón,  
Una fiesta en confusion  
Y unos sueños que son ciertos.  
Es andar de noche en huertas,  
Es lo no visto fingir,  
Y es contar y recibir  
Dineros á luces muertas.  
Si vos me quereis á mí,  
Dormirá un poco Diana,  
Porque es noche sin mañana,  
Y se quiere mucho á sí.  
Quiere que la amen por fe,  
Cual si cielo hubiera sido,  
Y es en efeto sonido  
Que se oye y no se ve.

LEONARDA.

Sin duda que la habeis visto,  
Y os habeis desengañado.

CAMILO.

Antes por no haber mirado,

A mi obligacion resisto.  
Si la viera como á vos,  
Y bella como vos fuera,  
No dudo que la quisiera.

LEONARDA.

¿Y de veras?

CAMILO.

Si, por Dios,  
Porque sois vos una perla;  
Y me he de cansar al cabo  
De ser de una dama esclavo,  
Que no me consiente el verla.  
¿Por qué yo mi mocedad  
He de pasar, por su gusto,  
Con este censo y disgusto  
Guardando su honestidad?  
Si teme ser descubierta  
Como otras que el vulgo infama,  
O estima tanto su fama,  
Ponga un gigante á la puerta.

LEONARDA.

Vos lo habeis dicho muy bien;  
Pero porque gente viene,  
Que os vais, Señor, me conviene.

CAMILO.

Pues ¿tan presto tal desden?  
Por tenerme por mudable,  
Sin duda, me despedis.

LEONARDA.

Que os vais digo: ¿no me ois?

CAMILO.

Voyme, viudilla intratable. (Vase.)

**ESCENA IV.**

LEONARDA, JULIA.

LEONARDA.

¡Oh traidor! ¿Que no bastaba  
La ofensa que aquí me hacia,  
Que requebrarme queria?

JULIA.

De desengañarte acaba.  
No ha sido malo el sermon,  
Si le sabes entender.

LEONARDA.

Mejor me le supo hacer  
Que si viera la ocasion.  
Muda quedo. ¿Que no supe  
Hablar?

JULIA.

Fué sermon muy alto.

LEONARDA.

Un súbito sobresalto  
No hay sentido que no ocupe.  
Aquesta noche y no mas.  
Aunque por lo comedido,  
Verás como le despido.

JULIA.

Y desto ¿qué le dirás?

LEONARDA.

¿Yo le habia de hablar desto?  
¿Qué donosa necedad!

**ESCENA V.**

URBAN. — DICHAS.

URBAN.

No ha quedado en la ciudad  
Otra calle ni otro puesto.  
Dos veces á casa he ido,  
Por si allá hubieras llegado.

LEONARDA.

Harto bien te has disculpado  
Un día que á pié he salido.

Esta noche llamarás  
Aquel galán de la puente.

URBAN.

Harélo liberalmente.

LEONARDA.

Tú, Julia, cuenta tendrás  
De la puertecilla falsa.

URBAN.

Tu tío en casa te espera.

LEONARDA.

¡Bien! Porque pena tan fiera  
No la comamos sin salsa.

URBAN.

Con él está un forastero  
De Madrid.

LEONARDA.

¿A qué la venido?

URBAN.

No sé.

LEONARDA.

¡Cielos! dadme olvido,  
Si aquesta noche no muero.  
(Vanse.)

—

Calle.

**ESCENA VI.**LISANDRO y OTON, *en traje de noche.*

LISANDRO.

Ya que la noche nos da  
Lugar á nuestra porfia,  
¿Cómo, Oton, de pena os va?

OTON.

¿No hasta ser pena mia?  
Con eso entendido está.  
¿Qué dolor al mio se iguala,  
Pues á la cosa mas mala  
Me ha traído mi furor?

LISANDRO.

¿Cómo?

OTON.

A mi competidor  
Hace favor y regala.

LISANDRO.

Cansada está la paciencia  
De sufrir celos y agravios  
Cnando es paz la competencia;  
Mas sabed que es de hombres sabios  
Esa cuerda diligencia.

OTON.

No estoy deso arrepentido,  
Pero muy necio y corrido  
De que quite aqueste Urban  
A tanto mozo galán  
Galardon tan merecido.  
Yo soy un hombre arriscado;  
Y aunque hubiera cien Camilos  
Para su defensa y lado,  
Una vez fuera los filos,  
El volviera colorado.  
Este Camilo, ¿quién es,  
Que así trata del arnés?  
Bueno es tener respeto  
A un hombre; mas yo os prometo  
Que me arrepenti después.

LISANDRO.

No os pese; que aquesta puerta  
No pienso que verse espere,  
Noche oscura ó clara, abierta,  
Que el que por ella saliere  
No vuelva la cara abierta. —  
Este es Valerio, en el talle.

OTON.

Y fuera bueno dejalle  
A que en un punto se armara.



## ESCENA VII.

VALERIO. — DICHOS.

VALERIO.  
Mas que el enemigo entrara  
Por la boca de la calle.

OTON.  
A propósito responde.  
No me digas de Gradado  
Ni del Orlandino conde,  
Que guardaran este paso  
Como los dos.

LISANDRO.  
Sentáos.

OTON.  
¿Dónde?

LISANDRO.  
En aqese puro suelo,  
Cada cual en su herruero,  
Y á su lado la rodela.

VALERIO.  
Esta noche poco vela  
La blanca luna en el cielo.

OTON.  
Andará como la viuda.  
Con los cercos de humedad.  
Es para llover sin duda.

LISANDRO.  
¿No hubiera en esta ciudad  
Una hechicera barbuda!

VALERIO.  
¿Para qué?

LISANDRO.  
Para que hiciera  
Que por treinta se muriera.

OTON.  
Mejor para que olvidara  
Un traidor, á cuya cara  
Hoy un beneficio espera.

VALERIO.  
Una sátira le hagamos.

OTON.  
¡Vive Dios, que es gran baja!  
Sin duda la deshonramos.

LISANDRO.  
Teniendo tanta nobleza,  
Mas corridos nos quedamos.

OTON.  
Las sátiras inventivas  
Que dan en las llagas vivas  
Son para la gente baja.  
¡Qué bien aquesto me encaja:  
«Nunca digas mal ni escribas!»

VALERIO.  
Aquel decir mal, hermano,  
No guarda ningún gobierno;  
Porque dicen, y es muy llano,  
Que es chimenea en invierno  
Y sala baja en verano.  
Mejor será que cantemos,  
O que de repente echemos  
En loor de los amantes.

LISANDRO.  
¿Prestaréisme consonantes?

OTON.  
Mejor será que glosemos.

VALERIO.  
¡Oh! vos sois un cancionero.

LISANDRO.  
Venga el verso.

OTON.  
Diga así:  
«La viuda y su escudero.»

VALERIO.  
¡Oh, qué tal es, pesía á mi!

LISANDRO.  
Pues yo comienzo el primero. —  
Mirando nuestros amores  
Y su grave competencia,  
He presnuido, señores,  
Que Angélica está en Valencia  
Con todos sus pretensesos.  
Vos sois Orlando el guerrero,  
Y vos Sacripante fiero,  
Yo Ferragud, bravo moro;  
Pero Angélica y Medoro  
«La viuda y su escudero.»

VALERIO.  
Escudero el mas honrado  
Que salir de España pudo,  
Que á tener has acertado  
El mas reluciente escudo  
De tus armas adornado;  
Una medalla hacer quiero,  
Aunque pobre caballero,  
De plata y de mil tesoros,  
Do estén como el cinco oros  
«La viuda y su escudero.»

OTON.  
En las celestes alturas,  
Siendo Géminis su nombre,  
Hay un signo en dos figuras,  
Una mujer, otra hombre,  
Pegados en carnes puras.  
Yo no soy buen estrellero;  
Pero, por Dios verdadero,  
Que cada noche imagino  
Que están como aqueste signo  
«La viuda y su escudero.»

VALERIO.  
¡Ifloa! la puerta han abierto,  
Y Urban embozado sale.

OTON.  
¿Quién?

VALERIO.  
Urban.

OTON.  
¿Es cierto?

VALERIO.  
Cierto.

LISANDRO.  
¡Oh pesía tal!

## ESCENA VIII.

ROSANO, que sale embozado de casa  
de Leonarda. — DICHOS.

VALERIO. (Ap. á Lisandro.)  
Llega y dale.

LISANDRO.  
Basta aquesta.  
(Da una cuchillada á Rosano.)

ROSANO.  
¡Ay! qué me han muerto.

OTON.  
Echad por esa esquina.  
LISANDRO.  
Bien se ha hecho.  
(Vanse los tres.)

## ESCENA IX.

ROSANO.

Abránme aquesa puerta. ¡Ay demí triste!  
La casa es grande, y llamo sin provecho.  
¿Aqui, viejo fingido, me trujiste?  
Pretendientes lo han hecho. Hacer buen  
[pecho]  
Que á una traición ningún valor resiste.  
¿Qué gentil cuchillada que me han dado!  
¡Oh! ¡cómo á Madrid voy bien despacha-  
— (Vase.) [do!

Sala en casa de Leonarda.

## ESCENA X.

LEONARDA, LUCENCIO, JULIA.

LEONARDA.  
Vaya una hacha con mi tío.

JULIA.  
Ya Rodulfo está con ella.

LUCENCIO.  
¿Qué necesidad hay della?

LEONARDA.  
¿Cómo que no, señor mío?  
Y otro criado tambien  
Con espada os acompañe.

LUCENCIO.  
¿Quién ha de haber que me dañe?

LEONARDA.  
Ya yo sé que os quieren bien.

LUCENCIO.  
Del hombre estoy muy contento;  
Que parte bien despachado.

LEONARDA.  
Digo, tío, que me agrado  
De hacer este casamiento;  
Que habiendo á mil propios sido  
Aspera, disculpa espero  
En querer á un forastero.

LUCENCIO.  
Ventura el hombre ha tenido.  
Ricas albricias le esperan  
En allegando á Madrid.

LEONARDA. (A Julia.)  
Que se aperciban decid.

JULIA.  
Ya esperan y desesperan.

LUCENCIO.  
Adios.

LEONARDA.  
Él vaya contigo.  
(Vase Lucencio.)

JULIA.  
Desesperándome estaba;  
Que en la puerta falsa andaba  
No sé quién.

## ESCENA XI.

URBAN. — LEONARDA, JULIA.

LEONARDA.  
Urban amigo,  
¿Cómo solo desa suerte  
Con la máscara en la mano?

URBAN.  
Hay mucho mal.

LEONARDA.  
¿Cómo, hermano?  
De lo que pasó me advierte.

URBAN.  
A la puente del Real  
Llegué á las diez, donde atento  
Ya me esperaba Canilo,  
El curso del agua huyendo.  
Llegué á hablarle, y él alzó  
De la baranda los pechos,  
Y cubriéndole los ojos,  
Yo fui el mozo y él el ciego.  
Entramos por la ciudad,  
Hablando y encareciendo  
Yo tu hermosura y tu fama,  
Y él su amor y sus deseos.  
Preguntábele si había  
En Valencia algun sugeto  
Que le agradase de día  
Mas que tu oscuro aposento;

Y él me contaba una historia  
De una mujer que de celos  
Le seguía y persiguía  
En calles, plazas y templos;  
Cuando un alguacil llegó,  
Y al querer reconocernos,  
La venda del dios de amor  
Camilo se quitó presto.  
Llegó, y quién era le dijo,  
Dejándole satisfecho;  
Pero no quiso rogalle  
Que me dejase cubierto.  
La máscara me quitaron;  
Camilo y todos me vieron;  
Bien que me dejaron libre,  
Que mejor dijera preso.  
Camilo, en viéndome el rostro,  
Me dijo: «Amigo (riendo),  
Dejenos estas quimeras,  
Y vámonos descubiertos.»  
Yo entonces, como en los montes  
Acosado corre el ciervo,  
A Camilo dejo atrás,  
Y voy igualando al viento;  
Y por calles desusadas,  
De aqueste triste suceso,  
Conocido y afrentado,  
A darte las nuevas vengo.

LEONARDA.

¡Pobre de mí! ¡Tras un mal  
Otro mayor! ¿Qué he de hacer?

JULIA.

Tu valor ¿puede perder  
Su condicion natural?  
Ahora el esfuerzo importa.

LEONARDA.

No le hay en tal desconsuelo;  
Que cuando castiga el cielo,  
Acero y diamantes corta.  
Ahora bien: cualquier flaqueza  
Es notable en quien yo soy;  
Pero fabricando estoy  
Una aguda sutileza.  
Urban, por algunos días  
A mi prima servirás,  
Y por Valencia andarás  
Muy lejos de cosas mías.  
Así que, cuando te siga  
Este hombre, entenderá  
Que por ella viene y va.

JULIA.

A mucho el honor te obliga.

URBAN.

Pues di: ¿quieres deshonorar  
Tu prima? ¿No es desvario?

LEONARDA.

Urban, por este honor mío,  
Todo se ha de perdonar.  
Caiga esa mancha en mi prima,  
Y librese mi opinión.

URBAN.

¿Tú no ves que es sinrazon?

LEONARDA.

Así la fama se estima.  
Si cuando te acuchillaban  
Delante al otro ponías,  
De quien favor recibías,  
Y los otros en él daban;  
Y si defender la mano  
Al rostro es tan natural,  
Por parte mas principal,  
No es pensamiento inhumano.—  
Recogéos, y mañana  
A misa con ella irás  
Al Milagro.

URBAN.

Tú le harás  
Con esta industria greciana;

Pero di, ¿quién ha de ir  
Mañana por tu galán?

LEONARDA.

Julia, disfrazada, Urban,  
Que de hombre se ha de vestir.

JULIA.

¿Y si algun hombre me topa?

LEONARDA.

Defenderáte tu ciego.

JULIA.

Dél me temo.

LEONARDA.

¿Cómo?

JULIA.

Es fuego,

Y conocerá la estopa.

(Vanse.)

—

Calle.

## ESCENA XII.

OTON, VALERIO; después, LISANDRO.

VALERIO.

Dicen que ya se levanta.

OTON.

Es un lirón en dormir.

Lo que se tarda en vestir,

Valerio, es cosa que encanta.

VALERIO.

Acostóse pues temprano;

Que anoche poco rondó.

(Sale Lisandro.)

LISANDRO.

Esa á fe me desveló

Escudero y cirujano

OTON.

¿Aun os poneis los botones?

VALERIO.

¿El cirujano os desvela?

Buena burla; mas ¿erecéla?

OTON.

Dejémonos de razones.

¿Hubo quien nos conociese?

LISANDRO.

Era un desierto la calle.

VALERIO.

¿Qué bien que se puso al dalle!

OTON.

Mas ¿qué tan bien sucediese!

¿Fué en la cabeza ó la cara?

LISANDRO.

En todo pienso que hirió,

Porque revés que doy yo,

Hasta el pescuezo no para.

OTON.

¡Válame san Jorge!

VALERIO.

Amen.

OTON.

Esto cuentan de Roldan.

¡Hola! ¡Hacia acá viene Urban!

VALERIO.

¿Quién?

OTON.

Urban.

LISANDRO.

¿Quién dices? Quién?

OTON.

¡Hola! Urban es, y muy sano.

VALERIO.

Míralo bien.

OTON.

¿Qué hay que ver?

Tú debías de tener  
Anoche blanda la mano.

VALERIO.

Quando yo doy un revés,  
Hasta el pescuezo no para.

OTON.

Cogiendo cabeza y cara,  
Queda abierto hasta los pies.

LISANDRO.

Estoy por dársele ahora.

OTON.

Detenéos.

## ESCENA XIII.

URBAN. — Dichos.

VALERIO.

Urban, ¿dó bueno?

URBAN.

De prisa y cuidado lleno;  
Que va á misa mi señora.

OTON.

¿Quién? ¿Leonarda?

URBAN.

¡Há ya mil días

Que en cas de su prima estoy,

Y con ella vengo y voy.

(Ap. á Lisandro.)

¡Muy bien así le darías!

LISANDRO.

Sin duda, pues, que hay herido  
O forastero ó criado.

OTON.

Tenga, pues se ha disculpado,  
Perdon.

LISANDRO.

Mas yo se le pido.

URBAN.

¿Mandais mas? Que voy de prisa.

OTON.

Dinos algo de tu ama.

URBAN.

Que es una Porcia en la fama.

LISANDRO.

Ven acá.

URBAN.

Tocan á misa. (Vase.)

## ESCENA XV.

VALERIO, LISANDRO, OTON.

VALERIO.

Fuése; que es gran bellacon.

OTON.

Sin duda su prima está

Sola, si este no está allá.

LISANDRO.

¡Oh vana murmuracion!

Si aqueste su galán fuera,

Sin él ni un hora pasara.

VALERIO.

Amando, es cosa muy clara.

LISANDRO.

Pues ¿no sabrémos quién era

El que llevó el beneficio

Anoche? Y no por el boto,

Sino por el filo.

VALERIO.

Has roto

Mas que un romano Fabricio

Ya no preguntes quién sea;

Que ya no debe de ser.

LISANDRO.  
Pues téngolo de saber.  
(*Desnuda la espada.*)  
OTON.  
Basta que el filo se vea.  
LISANDRO.  
Sangre tiene: ¿que dudamòs?  
VALERIO.  
Por mí, Lisandro, lo creo.  
OTON.

¿Dónde iremòs?

VALERIO.  
A la Seo.  
LISANDRO.  
Mejor es que á San Juan vamos.  
(*Vanse.*)

### ESCENA XV.

CAMILO, FLORO.

FLORO.  
¿Tantas cruces te haces?  
CAMILO.  
Pues ¿qué quieres,  
Viendo tan espantoso desengaño  
Deste mi encantamiento y aventura?  
FLORO.  
¿Viste anoche muy bien el hombre?

CAMILO.  
Vilo  
Como te veo, Floro amigo, ahora;  
Y vile con tal fuerza de deseos  
De conocerle bien, que desvelado  
Toda la noche estuve, con su imágen  
En la memoria como piedra impresa,  
Hasta que me dormi cansado al alba.  
Puedo en la mesa retratarle al vivo,  
Como se cuenta del famoso Apéles.

FLORO.  
¿Y que hoy le has visto acompañar su  
[ama?  
Pues ese es, Floro, el desengaño mío;  
Que como anoche conocí su cara,  
Y hoy le vi con aquesta buena dueña,  
Estoy desesperado.

FLORO.  
Dime el cuento  
De suerte que lo entienda.

CAMILO.  
Estáme atento.  
Yo salía del Milagro,  
Discursos varios haciendo  
Sobre el suceso de anoche,  
Que fué notable suceso.  
Iba bajando las gradas,  
Cuando el escudero veo  
Con sereno y corto paso,  
Rostro humilde, airoso cuerpo.  
De la su mano traía  
(Que así lo dicen los viejos),  
Una niña que ganaba  
Con cuatro quince el juego.  
No me dé mejores cartas  
En su vida el compañero,  
Que los puntos desta diosa,  
Diosa en años, diablo en gesto,  
El cual era de un color  
Tan pálido y macilento,  
Que el bronce no le igualaba,  
Aunque de bronce era hecho.  
La frente vellosa y chica,  
Blancos y pocos cabellos,  
Cejas tiznadas de hollín,  
Por la falta de los pelos;  
Ojos á oscuras suaves,

Porque eran de rocin muerto,  
Nariz de jabon de sastre,  
Y barhuda por lo menos;  
La cabeza tuerta un poco,  
Los hombros, Floro, sin cuello,  
El andar como de un ganso,  
Muy á espacio y patiabierito.  
Quisiera empujarla entonces  
Y dar con ella en el suelo;  
Pero al fin, desengañado,  
Vuelvo corrido en extremo.

FLORO.  
¿Estos, Señor, han sido tus peligros?  
¿Esto ponerte á una perpetua infamia?  
¿Así tomaras luego mi consejo,  
Y romperas un poco el capirote,  
O fuerza hicieras con la espada en mano!  
Que no habian de matarte ni ofenderte.  
Todo fué muy galán aficionarte  
De una camilla de damasco y tela,  
Y de unos terciopelos y brocados.  
Mas ¿qué piensas hacer?

CAMILO.  
La primer casa  
Me ha de dar pluma y tinta, y con la co-  
[lera  
Le he de escribir quién es, y su málter-  
Y quedará de lengua castigada; [mino,  
Que gran castigo suele ser la lengua,  
Y mas cuando se vea conocida,  
Y que pierde el mocito que engañaba.

FLORO.  
¿No me contabas tú que la tocaste,  
Y que era moza muy briosa y cuerda,  
Que hablaba con extremo y respondía?

CAMILO.  
Sin ojos, no me culpes ni me corras.—  
Urban queda con ella ahora en misa;  
Dársle este papel que he de escribirle,  
Para que se le lleve como digo.

FLORO.  
¿Linda dama has gozado!  
CAMILO.  
¿Burlas, Floro?

FLORO.  
¿Oh qué niña tan linda!  
CAMILO.  
Como un oro.  
(*Vanse.*)

Sala en casa de Leonarda.

### ESCENA XVI.

LEONARDA, JULIA.

JULIA.  
¿Que al fin te has determinado  
A querer un forastero?  
LEONARDA.  
Celos, Julia, me han forzado  
Deste traidor por quien muero,  
Y este mi honor estimado.

JULIA.  
¿Y que saldrás de Valencia?

LEONARDA.  
Antes que con cierta ciencia  
Sepan mi secreto estilo,  
Es bien dejar á Camilo,  
Y halo de hacer el ausencia;  
Porque, segun está impreso  
En el alma que le di,  
Julia amiga, te confieso  
Que verle y no hablarle aquí  
Sería perder el seso.

JULIA.  
Por extraño modo has hecho

Tu gusto, sin que tu honor  
Quede manchado ó deshecho.

LEONARDA.  
Una mujer con amor  
Deshará todo el derecho.

JULIA.  
Cierto, que si las señales  
Del secretario son tales  
Como escriben, aunque en breve,  
Que nada á Camilo debe.

LEONARDA.  
Mucho son en todo iguales;  
Pero lo visto era bueno.

JULIA.  
¿Oh, cómo el verte casar  
En reino extraño y ajeno,  
Por la ciudad ha de dar  
Un bravo estampido y trueno!

LEONARDA.  
No importa, pues della salgo.

### ESCENA XVII.

URBAN. — DICHAS.

URBAN.  
Para tus industrias valgo  
Un mundo.

LEONARDA.  
Urban, ¿con tal prisa?

URBAN.  
Ya me vió llevar á misa  
A tu prima aquel hidalgo.

LEONARDA.  
¿Y qué? ¿Puso buen semblante?

URBAN.  
Con un rostro entre dos luces  
Se puso á vernos delante,  
Haciéndose cien mil cruces,  
Que es satisfacion bastante.  
Y al salir me dió el criado  
Aqueste papel cerrado  
Para que á tu prima diese,  
Como si culpa tuviese.

LEONARDA.  
Bien le habemos engañado.—  
Muestra, á ver lo que le escribe.

URBAN.  
¿Quién duda que le dirá  
Que de su gusto se prive?

LEONARDA.  
Dirá que corrido está,  
Y cuán engañado vive. [dieces  
(*Lee.*) «Vieja de Satanás, que á siete  
»Te enamoras, y gozas con hechizos  
»De mozos por su mal antojadizo,  
»Con quien te haces niña y enterneces;  
»Hoy vi tu antigua cara con dobleces,  
»Tiznadas cejas y canudos rizos,  
»Con la tuerta nariz, dientes postizos,  
»Y las hermosas manos de almírces.  
»Desengañéme, y dije muy corrido:  
»Adios, señora Ciree; á Lanzarote  
»Sirva de quitañona, y será moza.  
»Busque otro necio, como yo lo hesido,  
»A quien ponga de noche el capirote;  
»Que presto la pondrán una corzoza.»

URBAN.  
¡Bravo fuego viene echando!  
Mas no hay que espantarse dél.

LEONARDA.  
Y yo me estoy lastimando;  
Que no hay cosa en el papel  
Que no me deje abrasando,  
Porque hago dello honor.

URBAN.  
Eres mujer, y en rigor



No pueden sufrir ser feas.  
¿Corrido te has?

LEONARDA.  
No lo creas.  
JULIA.

Pues ¿hay afrenta mayor?

URBAN.  
¿Cómo afrenta? Si ese piensa  
Que es esa vieja tu prima  
De quien recibió la ofensa.

LEONARDA.  
Por ventura amor me anima  
A que me ponga en defensa.  
Y necio Camilo anda,  
Pues hoy confiesa tan dura  
La que ayer sintió tan blanda.

URBAN.  
Lo que es mal, presto asegura,  
Y así en hablar se desmanda.  
¿Qué has de hacer?

LEONARDA.  
A su posada  
Vé esta noche; que me agrada  
Con otro mayor engaño  
Dalle un cierto desengaño.

URBAN.  
Tú quedarás engañada.  
(*Vanse.*)

—  
Sala en casa de Camilo.

### ESCENA XVIII.

CAMILO, FLORO.

CAMILO.

¿Eso me dices, Floro?

FLORO.

Bien sabía  
Que habia, señor mío, de ofenderte;  
Y sabe Dios lo que á mi alma cuesta  
Dar licencia á mi lengua y á mi boca,  
Para palabras de vergüenza poca.  
Desde aquesta mañana, que me diste  
Aquel papel que al escudero diese,  
Anduve comenzando mil razones,  
Y nunca pude pronunciar ninguna.  
Bien sé, Señor, que hacedlo fue mal tér-  
mino;

Mas quien es tan discreto, y ha leído  
Tantas historias, verá bien por ellas  
Que amor tiene disculpa en sus efectos  
Con solo ser amor.

CAMILO.

Ya lo sé, Floro,  
Y no es esa la culpa que en tí hallo.

FLORO.

Como yo vi que despreciaste á Celia,  
Y ella, Señor, se vió desamparada,  
Por su consuelo entraba á visitarla;  
Y visitóme amor de suerte el pecho,  
Que le dije mi intento, y di palabra  
De casarme con ella, cómo fuese,  
Señor, tu gusto, y con licencia tuya.  
Ella desesperada que en su vida  
La volvieras á ver, y porque todas  
Oyen muy bien aquesto de casarse,  
Tambien me dió palabra y juramento.  
Ve sigutas de hacerme un bien tan gran-  
En consideracion de mis servicios. [de  
Pues sabes que mis padres te criaron,  
Y que he sido tu esclavo desde entonces.

CAMILO.

Floro, no pienses tú que á mi me pesa  
Que te cases con Celia, y porque tengo,  
Habiendo dicho Celia cosa mia,

Celos ahora, juzgo que es mal término;  
Sino porque el amor que te he tenido  
Pensaba hacer de ti mejor empleo.  
Ello es tu gusto: no te contradigo.  
Si está de Dios, el hombre no lo estorbe.  
Vé por Celia á su casa, y hablaréla.

FLORO.

Mas cerca está, Señor.

CAMILO.

¿Cómo?

FLORO.

Está en casa;  
Que hoy vino á mi aposento.

CAMILO.

Vé por ella.

(*Vase Floro.*)

Extrañas cosas hace este amor ciego!  
A mi por una vieja me trae loco,  
Y aqueste Floro casa con mi amiga.  
Pero esto estáme bien, pues me asegura  
De que no me persiga.

### ESCENA XIX.

FLORO, CELIA. — CAMILO.

FLORO.

Aquí está Celia  
Y aqueste esclavo tuyo.

CELIA.

El cielo sabe,  
Señor, si vengo á hablarte con vergüen-  
Pero para una cosa que es tan justa [za;  
Espero tu favor.

CAMILO.

Celia, yo pienso  
Que el cielo te ha mirado piadoso,  
Pues á tu vida ha dado tal remedio.  
Como es Floro mi amigo, y no criado,  
Padre tendréis en mí y amparo todos;  
Y el día que os caseis le daré, Celia,  
Sin vestidos ni alhajas, mil ducados. —  
Vuélvela ahora, Floro, á tu aposento.

CELIA.

El cielo aumente esos gallardos años.

FLORO.

Dame, Señor, aquestos piés.

CAMILO.

Levántate.

CELIA.

Na hay principe como él.

FLORO.

Nadie le iguala.

(*Vanse Floro y Celia.*)

### ESCENA XX.

CAMILO; después, FLORO.

CAMILO.

Contento parte Floro, que es amante,  
Que su gusto escogió con muchos ojos.  
¡Ay de aquel necio que le tuvo á oscuras!  
(*Vuelve Floro.*)

FLORO.

Con no haberse cerrado bien la noche,  
Aquel tu enmascarado está á la puerta.  
Fulgencio me lo dijo y que este leas.

CAMILO.

¿Que no quieren dejarme aquestas más-  
¿Todavía esta vieja me persigue?

FLORO.

Lee; veamos qué es lo que te escribe.

CAMILO.

[ra;  
(*Lee.*) «Creerse de ligero no es cordu-  
»Que suele resultar en propio daño;

»Y no tengais temor de que es engaño;  
»Que al fin el que es mas fuerte poco

[dura.

»Venid, Camilo, á ver mi fe tan pura;  
»Que esta noche os darán el desengaño,  
»O á lo menos la muestra dese paño,  
»Que por su afrenta defenderse jura.

»No soy quien vos pensais; y así, de-

[seo,

»Aunque cual siempre guardaré mi fla-

»Desagañaros, como ya comienzo. [ma,

»No penseis que habeis hecho mal em-

[pleo,

»Ni á Circe presumais tener por dama;

»Que en todo os soy igual, y en algo os

[venzo. »

¿Hay cosa igual? Aquesta es hecbice-

»Yo he perdido, Floro, mi juicio. [ra,

»Con esto sale ahora nuevamente? [vos?

»Quiere enredarme con encantos nue-

»Mas donde fué lo mas, lo menos vaya.

Dame un jaco de presto.

FLORO.

Voy.

CAMILO.

Apriesa. —

¿Guardar quiere su fama? Aquesta noche

Luz tengo de llevar, si allá me matan.

Pónme en una lanterna una buja.

FLORO.

¿Muerta?

CAMILO.

Encendida, necio, mas cerrada

De suerte que llevarla no se vea.

¿Que aun quiere hacerse hermosa aques-

(*Vanse.*)

[ta fea?

—  
Sala en casa de Leonarda.

### ESCENA XXI.

LEONARDA, LUCENCIO, JULIA.

LUCENCIO.

Hasta hoy no habia sabido,  
Sobrina, aqueste suceso,  
De que estoy, que pierdo el seso.

LEONARDA.

¿Y qué! ¿tan mal le han herido?

LUCENCIO.

¿Cómo herido? Si no fuera

En Valencia, no escapara;

Que es la cirujia muy rara;

Y así, su salud se espera.

La noche que de aquí fué

Con las cartas que escribimos,

Esas albricias le dimos.

LEONARDA.

Sin duda que hizo por qué.

LUCENCIO.

El jura que á nadie habló,

Ni sabe por qué le dieron.

LEONARDA.

¿Y no se sabe quién fueron?

LUCENCIO.

Diera por saberlo yo

La mitad de mi hacienda.

LEONARDA.

Y ¿no le haceis regalar?

LUCENCIO.

A casa le he de llevar,

Y hacer que nadie lo entienda;

Que es conveniente á tu honor.

¿Hay recado de escribir?

Porque es razon advertir

A ese hidalgo y su señor.

LEONARDA.

¡Hola! poned unas velas

Allá en mi cuadra.

LUCENCIO.

Yo voy.

*(Vanse Julia y Lucencio.)***ESCENA XXII.**

LEONARDA.

¿Que no me aprovechan hoy  
Con este viejo cautelas!  
Cuando á Camilo he de ver,  
¿Tengo aquesta sombra en casa!  
Pero bien lejos del pasa,  
Y yo le sabre esconder.

**ESCENA XXIII.**

JULIA.— LEONARDA; después, CAMILO y URBAN.

JULIA.

Ya el viejo queda escribiendo.

LEONARDA.

Urban sin duda es venido.

*(Sale Urban, guiando á Camilo, que trae el capirote puesto.)*

URBAN.

No dirás que no he traído  
Tu ciego.

LEONARDA.

En verle me ofendo.

CAMILO.

¿Podréme ya descubrir?

LEONARDA.

Lleva esas luces.

CAMILO.

¿Que aun dura

Eso de ser dama oscura?

Ya no se puede sufrir.

Héme aquí que me descubro.—

¿Qué importa, si ciego estoy

Para el desengaño de hoy?

LEONARDA.

Por quien soy, de vos me encubro.

Pero no saldréis de aquí,

Sin que vais desengañado,

Y habeisme mucho agraviado

Con pensar eso de mí.

Y fué sin duda locura

No reparar en que ha sido

La dama que habeis tenido

Menos espantosa y dura.

Que no es un hombre tan ciego,

Que así sus manos le engañen,

Para que le desengañen

Vanos pensamientos luego.

Pero sois mozo en efeto,

Y no poco coniado;

Y así, en lo escrito y hablado

No habeis andado discreto.

Mas quiérooslo perdonar

No mas de por lo que os quiero.

CAMILO.

Disculpa daros espero,

Si es que me pude engañar.

Peo si luz no ha de haber,

No procureis desengaño;

Que quien hizo aquel engaño,  
Otros muchos sabrá hacer.

LEONARDA.

Pues luz no la imaginéis.

CAMILO.

¿Eso es ya resolucion?

LEONARDA.

Aunque os pierda, esta en razon

Que con luz no me goceis.

CAMILO.

Pues burlar á un caballero

Tampoco, Señora, es justo.

Daros quiero un gran disgusto.

Luz traigo, y veros espero.

*(Descubre la luz.)*

¿Jesus! ¿No sois la viuda

Que yo tantas veces vi?

LEONARDA. *(Cubriéndose el rostro con las manos.)*

¿Ay desdichada de mí!

CAMILO.

Ya mi mal en bien se muda.

LEONARDA.

Ese ¿es término de hidalgo?

CAMILO.

Del rostro la mano alzado.

LEONARDA.

¿Hay tal fuerza! Hay tal maldad!

**ESCENA XXIV.**

LUCENCIO.— DÍENOS.

LUCENCIO.

Leonarda, á tus voces salgo.

*(Camilo saca la espada.)*

¿Cómo es aquesto? ¿Hombre aquí,

Y hombre con desnuda espada!

CAMILO.

Estuvo siempre en vainada,

Y desnudóse por tí.

LUCENCIO.

Saca una luz, llama gente.

*(Va Julia, y saca un hacha.)*

LEONARDA.

Señor, esto es hecho ya:

Poner silencio será

Remedio mas conveniente.

Aqueste hidalgo es Camilo,

A quien tú conoces bien;

Quiéreme bien, y tambien

Yo á él por el mismo estilo.

Si fuere voluntad tuya,

Yo quiero ser su mujer.

LUCENCIO.

Como estéis de mi parecer,

Yo gusto que se concluya.—

Mas blando, señor armado;

Que os conocí muy pequeño.

CAMILO.

Vos sois mi padre y mi dueño.

Haced lo que os han rogado.

LUCENCIO.

Vé, Urban, y llama testigos.

URBAN.

Yo voy volando.

*(Vase.)*

LUCENCIO.

¡Esto pasa!

¿Cuando estoy, sobrina, en casa,

Tienes en casa enemigos?

¿Para qué escribir me hacías,

Si en este negocio andabas?

**ESCENA XXV.**

URBAN, con VALERIO, LISANDRO, OTON y FLORO. — LEONARDA, LUCENCIO, CAMILO, JULIA.

LEONARDA.

¿Por qué un pueblo no llamabas,

O media ciudad traías?

URBAN.

Estaban casi á la puerta.

LUCENCIO.

Ellos están bien llamados;

Caballeros son honrados.

Oigan cómo se concierta

Que Camilo con Leonarda

Se ha de casar, y lo juran.

VALERIO.

Justamente lo procuran,

El noble y ella gallarda.

Hoy de mil tesoros llenos

Os haga el cielo á los dos,

Y gocéislos, ruego á Dios,

Por muchos años y buenos.

FLORO.

En un dia mi señor

Y yo nos hemos casado.

LISANDRO.

Casamiento tan honrado

Vuelve en olvido mi amor.

Mejor que en reinos ajenos

Y con el bien que teneis,

Estaréis donde os goceis

Por muchos años y buenos.

URBAN.

¿No me dan á Julia á mí?

LEONARDA.

De hoy mas será tu mujer.

OTON.

El testigo vengo á ser,

Aunque pretendiente fui.

Mas confieso que soy menos;

Y así, tan bien escogéis,

Que es bien que esté bien goceis

Por muchos años y buenos.

LISANDRO.

¿Será la boda?

LUCENCIO.

Mañana.

VALERIO.

¿Tan presto?

LUCENCIO.

Conviene así.

CAMILO.

Pues bien es que acabe aquí

*La Viuda valenciana.*

# LOS EMBUSTES DE CELAURO.

## PERSONAS.

GERARDO, *viejo*.  
LUPERCIO, *su hijo*.  
FULGENCIA, *dama*.  
ESTEBAN, *niño*.

ENRIQUE, *niño*.  
CELAURO, *gentilhombre*.  
LEONELA, *su hermana*.  
OTAVIO, *caballero*.

SABINO,  
RISELO, } *criados*.  
ALFREDO,  
FELICIO.

BELARDO.  
SIRENO.  
PINARDO.  
ORSINDO.

*La escena es en el Piamonte<sup>1</sup>.*

## ACTO PRIMERO.

Calle.

### ESCENA PRIMERA.

GERARDO, LUPERCIO.

GERARDO.

¡Traidor! ¿con una mujer  
Tan loca y pobre te casas?

LUPERCIO.

Siempre para bien hacer  
Tienes las manos escasas,  
Y largas para ofender.  
Padre, el báculo reporta.

GERARDO.

¿Por qué, si me rompe y corta  
Tu infamia el de mi vejez,  
Y yo sé bien que esta vez  
Volverle espada me importa?  
Y no ha estado mas tu vida  
Que en traer esta cayada,  
En vez de la espada, asida,  
Para la mano arrugada,  
No para el lado ceñida.

LUPERCIO.

¡Pluguiera á Dios que lo fuera,  
Porque menos me afrentara  
Cuando la muerte me diera,  
Y esta sangre de mi cara  
Honradamente saliera!  
Soy tu hijo y caballero.

GERARDO.

Pues ¿qué tiene de grosero  
Que uno y otro la derrame?

LUPERCIO.

Porque es la del palo infame,  
Y honrada la del acero.

GERARDO.

¿Luego las leyes del duelo  
Tocan á los padres?

LUPERCIO.

Tocan  
A cuantos hoy cubre el cielo.

GERARDO.

Tus locuras me provocan  
A honrar de tu sangre el suelo.

LUPERCIO.

Tu ira. Señor, contenta;  
Mas porque no está á mi cuenta.

GERARDO.

Porque el padre y el señor,  
La justicia y el mayor  
No pueden hacer afrenta.  
Antes yo me vengo en ti  
De la que me has hecho á mí,  
Si un loco puede afrentar.

¿Tú te pretendes casar  
Sin mi gusto?

LUPERCIO.

Escucha.

GERARDO.

Di.

LUPERCIO.

¿Quién te ha dicho que me caso?

GERARDO.

El pueblo, que es voz de Dios.

LUPERCIO.

No es su voz en cualquier caso,  
Ni es el pueblo un hombre ó dos,  
O una calle por quien paso.

GERARDO.

¿Cómo no?

LUPERCIO.

Pruébolo.

GERARDO.

Di.

LUPERCIO.

Si aquel que me envidia á mí  
Lo dice de malicioso,  
Voz de Dios y de envidioso  
No puede ser.

GERARDO.

Es así.

Mas di: la justicia en Dios,  
¿No es atributo?

LUPERCIO.

Si es.

Cristianos somos los dos;  
Y que esta temais después  
Es ejemplo para vos.

GERARDO.

Pues Dios, para castigar,  
¿No suele á veces tomar  
Los malos por instrumento?  
Luego es llano el argumento:  
Justicia se han de llamar.

LUPERCIO.

En cuanto á aquel ministerio.

GERARDO.

Pues aqueste vituperio  
De mi honor por tu ocasion  
Tiene esta misma razon,  
Y yo en ti paterno imperio.  
Pero ¿para qué disputo  
Contigo, si tengo en ti  
Poder pleno y absoluto?

LUPERCIO.

¿Qué tienes tú contra mí,  
Si tu mandado ejecuto?

GERARDO.

Mi sangre.

LUPERCIO.

La que has sacado,

Por eso no te la pido.

GERARDO.

¿Cómo?

LUPERCIO.

Porque me la has dado.

GERARDO.

¡Ah, cordero en el vestido,  
Y en piel de lobo aforrado!  
Dime luego la verdad:  
¿Quién es aquesta mujer?

LUPERCIO.

Mujer es de calidad.

GERARDO.

Luego ¿haste casado?

LUPERCIO.

Ayer.

GERARDO.

¡Hay tan notable maldad!  
Justicia venga del cielo  
Sobre tí.

LUPERCIO.

Tente, Señor;  
Que no fué en esto mi celo  
Mas que probar tu rigor.  
Vesme aquí echado en el suelo.

GERARDO.

¿Que no lo has hecho?

LUPERCIO.

Quería;

Pero ya que sé tu gusto,  
Es tu voluntad la mía:  
Con ella mi gusto ajusto.

GERARDO.

Y yo te engendro este día.  
Hoy has nacido, Lupercio;  
Hoy, con solo obedecer,  
Mi amor has crecido un tercio.  
Deja esa vana mujer  
Y su lascivo comercio.  
Deja, hijo de mi vida,  
El vano amor, y repara  
Que has de dejar ofendida  
La sangre y virtud mas clara  
Que ha sido vista ni oída.  
Bien sé qué es tener pasion...  
Mozo fui... Pero ya hasta  
Su infame conversacion.  
Juega, come, viste, gasta,  
Busca otra nueva pasion,  
Haz una gala costosa,  
Rinde un caballo andaluz  
Con la espuela rigurosa,  
O con el presto arcabuz  
El ciervo ó liebre medrosa.  
¿Qué quieres? ¿Qué has menester?  
¿Quiérete coger cercado  
Por pobre aquesa mujer?  
¿Qué debes? ¿Qué te han prestado?  
¿Qué es lo que empeñaste ayer?

<sup>1</sup> Asi parece por unas expresiones que se hallan en el acto tercero; aunque de otras del primer acto pudiera inferirse que los principales personajes de la comedia son españoles.



No tengas vergüenza; dame  
Esos brazos, y mi amor  
Deshaga el amor infame.

LUPERCIO.

Deja que á tus piés, Señor,  
Tu sangre en agua derrame.  
No mas perdición pasada:  
Tabla nueva soy desde hoy:  
Escribe en mí.

GERARDO.

No me agrada  
Que seas papel.

LUPERCIO.

Pues soy  
Piedra en tus manos labrada.

GERARDO.

Esto que ahora te imprimo,  
Quiero que dure, pues es  
Mi honor el que solo estimo:  
No le venza el interés,  
Pues á tus gustos me animo.  
En esta bolsa contados  
Van ciento y veinte ducados,  
Que son, y doce escudos,  
Dos reales y otros menudos,  
Por una deuda pagados.  
Espera: ¿quiénreslo ver?

LUPERCIO.

No, Señor, no es menester;  
Que así tu crédito afrentas.

GERARDO.

Bien se ve, pues no los cuentas,  
Que no los has de volver.  
Gasta, hnélgate y pasea,  
Y mi bendición te alcance.

LUPERCIO.

Llorar me has hecho.

GERARDO.

¿Hay quien vea

Tu humildad?

LUPERCIO.

¡Dichoso lance!

GERARDO.

¡Que tus desatinos crea!  
Adios.

LUPERCIO.

El te guarde...

(Vase Gerardo.)

## ESCENA II.

LUPERCIO.

Y guarde

La vida del ángel mio.  
¿Qué miro? ¿Qué estoy cobarde?  
¿Cómo este don no le envío?  
Que para amor todo es tarde.  
Corre con el pensamiento,  
Como tiene alas, amor.  
Pero ¡hay tan gracioso cuento!  
Hay tal padre! Hay tal rigor!  
Hay tan lindo casamiento!  
Pues, señor viejo, paciencia;  
Que vive Dios, que está hecho,  
Y que es vana resistencia  
De un determinado pecho  
Castigo ni diligencia.  
Piensa un padre que no hay mas  
De casate y no te cases,  
Y que no exceda jamás  
Un hijo de estos compases;  
Y amor no danza á compás.  
Es muy vieja esta pasión,  
Con mil trabajos prolijos  
Para mas confirmacion,  
Y con dos hermosos hijos,  
Sellos desta provision,

Y no pendientes de seda,  
Sino de tan blanco pecho.  
Que no hay nieve que no exceda;  
Y lazo que es tan estrecho  
No es bien que romperse pueda.

## ESCENA III.

SABINO. — LUPERCIO.

SABINO.

Basta, que has dado en la treta  
De quien debe, pues te escondes  
Cuando el pagar te inquieta.  
Mal á la deuda respondes,  
No es satisfacion discreta.  
Hoy prometiste llevar  
Dineros para Fulgencia,  
Y hasla mandado esperar  
Sobre su misma paciencia,  
Plazo que no ha de llegar.  
Advierte que si es mujer,  
Y se sustenta de ver  
Tu tallo á falta de todo,  
Que hay dos niños, que de un modo  
Saben llorar y comer.  
Avisa si ha de empeñarse  
Otra basquiña ó vaquero.

LUPERCIO.

Si un triste quiere ahorcarse,  
Nunca falta un majadero  
Que le ayude á rematarse.

SABINO.

¿Estarás muy triste?

LUPERCIO.

Estoy,

Sabino, para matarme.

SABINO.

¡Deso comeremos hoy!

¿Que no hay plata?

LUPERCIO.

Ni un adarme.

Ahora á venderme voy.

SABINO.

¿De qué estás tan descompuesto?

LUPERCIO.

Desta manera me ha puesto  
El buen viejo á puros palos.

SABINO.

En verdad que no son malos,  
Para no comer tan presto.  
¡Oh! que le acabe la gota.

LUPERCIO.

No, sino el mar de mi amor.  
Cuando su campo alborota,  
Esperaba su favor.

SABINO.

¿Tras tanta brújula, sota?

¿Qué hemos de hacer?

LUPERCIO.

Morir.

SABINO.

¡Bueno!

LUPERCIO.

A Italia me quiero ir.

SABINO.

Y que se quede al sereno  
Tu mujer y hijos...

LUPERCIO.

O asir

Algun vaso de veneno.

SABINO.

¿Querrás brindarme?

LUPERCIO.

No quiero

Sino bebérmelo entero.

SABINO.

Si en la mano le tuvieras,  
Sospecho que dél me dieras.

LUPERCIO.

A la ocasion me refiero. (*Alza la bolsa.*)  
¿Beberé?

SABINO.

Ten, pesía tal.

¿Es bolsa?

LUPERCIO.

Pues ¿no lo ves?

¿Estará el medio mal?

SABINO.

Y aunque todo me le dés.

¿Oro es?

LUPERCIO.

Si.

SABINO.

Rico metal.

LUPERCIO.

Fuera como oro potable.

SABINO.

Dime, Señor, ¿quién te dió  
Su epítima favorable?

LUPERCIO.

Del mismo palo salió  
El antidoto admirable.  
Toma, y á la plaza irás,  
Donde de cenar traerás  
Con que excedas las comidas  
De Cleopatra.

SABINO.

Eres un Midas.

LUPERCIO.

Mido esta bolsa y no mas.—  
Camina.

SABINO.

¿Traeré un capon?

LUPERCIO.

Trae un pavo.

SABINO.

¿Habrá perdiz?

LUPERCIO.

Con su pimienta y limon,  
Que es deste invierno el tapiz,  
Y para el vino un jamon.

SABINO.

De lo de á dos pelos saco.

LUPERCIO.

Yo en tanto á Fulgencia aplaco  
Desta mi ausencia tardía.

SABINO.

¡Ah! ¡Cómo Vénus se enfria,  
Si faltan Cères y Baco!

(Vanse.)

Sala en casa de Lupercio.

## ESCENA IV.

FULGENCIA, CELAURO.

CELAURO.

Digo que el no haber venido  
De lo que digo procede.

FULGENCIA.

¿Tanto mi desdicha puede?

CELAURO.

Mucho en el querer lo has sido,  
Porque si eres extremada  
En discrecion y hermosura,  
Fué pension de tu ventura  
Ser en amor desdichada.

FULGENCIA.

¿Que mi Lupercio, Celauro,  
Quiere bien á otra mujer?

CELAURO.

Su amistad quiero ofender  
Porque tu vida restauro.  
Digo, Fulgencia, que si,  
Y que el no venir á casa  
Es que por ella se abrasa,  
Y no se acuerda de tí.

FULGENCIA.

¿De mi no se acuerda?

CELAURO.

No.

FULGENCIA.

¿Qué dices, Celauro?

CELAURO.

Digo

Que no es Lupercio mi amigo  
Después que tu fe rompió.  
¡Jesus! ¿Quién imaginara  
Que por viles ocasiones  
A tales obligaciones  
Pudiera volver la cara?  
¿Esto es amor? Esto es fe?  
Esto es años de amistad?  
Esto es gusto? Esto es lealtad?  
Esto en los hombres se ve?  
Hombre soy, y desde aquí,  
Para que mejor te asombres,  
Quiero estar mal con los hombres,  
Quiero comenzar por mí.

FULGENCIA.

Dame un poco de lugar  
Para que mi sentimiento  
Se pueda de mi tormento  
Mas á la larga informar;  
Que si del así te quejas,  
Y no te importando á ti,  
No sabré yo para mí  
Las injurias que me dejas.  
En fin, ¿dices que este hombre  
Quiere bien á otra mujer?

CELAURO.

Y digo que lo has de ver,  
Y saber su casa y nombre.

FULGENCIA.

Digo que es poca lealtad  
De una mujer como yo,  
A quien Lupercio obligó  
Con su hacienda y voluntad,  
Creer del esta bajeza  
Sin remitillo á la vista.

CELAURO.

Quien la costumbre conquista  
Desmiente á naturaleza.  
El trato te hace estar  
Tan confiada del daño,  
Pues no puede el desengaño  
Tu loco amor derribar.  
Si no juzgas por traición  
Ser de Lupercio enemigo,  
Ven esta noche conmigo,  
Verás su loca afición.

Verás que lo que se goza  
Se tiene en poco ó fastidia,  
Y que ha de engendrar tu envidia  
Celos de una hermosa moza.

FULGENCIA.

¿Que eso podré ver?

CELAURO.

Si es secreto que me fía.  
¿Y cómo!

FULGENCIA.

¡Notable paciencia mía!  
¿Cómo de burlas lo tomo?  
Ahora bien: ¿de qué manera  
Podré verlo?

CELAURO.

Rebozada,  
O como hombre disfrazada,  
Al descuido, desde afuera.

FULGENCIA.

¿A qué hora?

CELAURO.

Entre las doce

Y la una la ha de hablar,  
Y como él acierte á entrar,  
Ten por cierto que la goce.  
Y si aquesto no te obliga  
A estimar mi voluntad,  
Y su mucha deslealtad  
No te ofende y desobliga,  
Desde allí me verás ir  
Donde nunca mas me veas.

FULGENCIA.

Que haré lo contrario creas;  
Que no me quiero morir.  
Somos todas las mujeres  
De un humor tan bien dispuesto,  
Que nos consolamos presto.

CELAURO.

Basta decir que lo eres.  
Está á punto prevenida;  
Que Alfredo vendrá por tí.

FULGENCIA.

¿Que también lo sabe?

CELAURO.

Si;

Que es testigo de mi vida.  
Ya sabes que los criados  
No se excusan al secreto,  
Porque son para este efeto  
Enemigos no excusados.  
En fin, es hombre de bien.

FULGENCIA.

Pues llama en siendo ocasion.

CELAURO.

Él te hace á tí traición,  
Y yo á Lupercio también;  
Pero en fin mas te debía,  
Y menos bien te ha pagado,  
Pues yo estoy por tí abrasado,  
Y el entre fuego se enfria.  
Voyme; ¡plega á Dios que sea,  
Fulgencia, para tu bien!

FULGENCIA.

Celauro, aun el bien no es bien  
Para quien no le desea.

CELAURO.

Todas estas cosas dichas  
Verás en dando las once.

FULGENCIA.

El alma tiene de bronce  
Quien quiere ver sus desdichas.

(Vase Celauro.)

## ESCENA V.

FULGENCIA.

La mano pone en la caliente cama  
Del áspid que el veneno ardiente espira,  
Desde cerca á las piedras flechas tira,  
El vidrio quiebra y el licor derrama;

Su infamia dice al vulgo y á la fama,  
Al hambriento león incita á ira,  
Al toro silba, al basilisco mira,  
Al vivo fuego quiere asir la llama;

La jaula rompe al tigre y abre al loco,  
En el mar busca la perdida joya,  
Y escupe cuando menos á los cielos;

La espada del contrario tiene en poco,  
Y el caballo de Grecia lleva á Troya,  
Quien quiere averiguar sus propios ce-

[los.

## ESCENA VI.

LUPERCIO.—FULGENCIA.

LUPERCIO.

Mi señora, en hora buena  
Mis ojos merezcan veros,  
Y se alegre el alma llena  
De la luz desos luceros  
De la noche mas serena.  
Norabuena, mujer mía,  
Salga el sol de mi alegría,  
Y para dar gloria al suelo,  
El aurora de mi cielo  
Abra las puertas al día.  
Norabuena, mi Fulgencia,  
Vertiendo perlas y rosas  
Corra el alba sin licencia  
Las cortinas temerosas  
De la noche de mi ausencia.  
Norabuena yo merezca,  
Después que el sol amanezca,  
Ver un ángel como vos,  
Donde la imagen de Dios  
Mas al vivo resplandezca;  
Y norabuena os lo diga,  
No amiga en breve amistad,  
Mas mujer que á eterna obliga;  
Aunque si digo verdad,  
Nunca fuistes mas mi amiga.  
Míi horas, y todas buenas,  
Por mi gloria os dan mis penas.

FULGENCIA.

¿Qué gracioso habeis llegado!  
Las horas que habeis tardado  
Me pagais en horas buenas;  
Y á quien sin verme sé pasa,  
Hasta en cortesía escasa  
La gente de fuera imita;  
Que norabuena y visita  
Es muy de fuera de casa.  
¿Qué habeis hecho tantos años?  
Horas digo, perdonad.

LUPERCIO.

Son mis padres tan extraños,  
Que anda su riguridad  
A caza de mis engaños.  
Mi viejo dice que estoy  
Casado con vos, mi bien.

FULGENCIA.

Dirá cuán indigna soy.

LUPERCIO.

Dirá el alma que también  
Por un cabello os la doy.  
Habla como padre, en fin.

FULGENCIA.

No habrá cosa mas ruin  
Que yo en aqueste lugar.

LUPERCIO.

Veneno suele sacar  
Un araña de un jazmin.  
Mal lo toma si le toco  
En que es casamiento justo;  
Yo niego, y sosiego al loco,  
Porque lo que da disgusto  
Se ha de tragar poco á poco;  
Y así, con no frecuentar  
Vuestra casa, como suelo,  
Pienso á mi padre engañar.

FULGENCIA. (Aparte.)

Bien dijo Celauro. ¡Ah cielo!  
¿Qué tengo mas que probar,  
Que acá no quiere venir?

LUPERCIO.

No le podrá persuadir  
Todo el mundo, si se enoja.

FULGENCIA.

¿Eso, Señor, os congoja?

LUPERCIO.  
¿Quién se lo podrá decir?  
FULGENCIA.  
¿Qué! No, mi bien, no, Señor;  
Mejor será desvelalle:  
No venir acá es mejor.

LUPERCIO.  
Sí; porque desengañalle  
Es dar fuerza á su rigor.  
Vendré de noche, y vendré  
Secreto siendo de día,  
Hasta que seguro este.

FULGENCIA. (Ap.)  
Ya de la desdicha mía  
Bastantes pruebas hallé.  
¿Esto hace un hombre? ¿Ansi  
Paga un hombre á una mujer?

LUPERCIO.  
¿Qué decis?  
FULGENCIA.  
Pensaba en mí  
Si era bien ausencia hacer  
Por algun tiempo de aquí.  
Con mis hijos y licencia  
Me iré donde vos mandéis,  
A Zaragoza ó Valencia,  
Por cuatro meses ó seis,  
Que podré sufrir de ausencia;  
Y creed que á esto me atrevo,  
Porque á casos tan prolijos,  
No sin vos, con vos me muevo;  
Que llevando vuestros hijos  
En dos pedazos os llevo.  
Y como ya para vos,  
Aunque para mí no, es carga,  
Quiérokis dividir en dos;  
Que al fin la jornada es larga.

LUPERCIO.  
¿Llorais? ¿Oh qué bien, por Dios!  
Pues yo os prometo que es día  
Para tener alegría.

### ESCENA VII.

CELAURO. — Dichos.

CELAURO.  
¿Está aquí Lupercio?

LUPERCIO.  
Estoy.  
CELAURO.

Escucha.  
(Hablan ap. Celauro y Lupercio.)

FULGENCIA. (Ap.)  
Sin duda hoy  
Se traza la muerte mía.  
Hablandole está al oído:  
Debe de ser el concierto  
Entre los dos prevenido.  
Si esto escucho, si esto advierto,  
¿Qué aguardo al mayor sentido?  
¿Si hablaré? Si le diré  
Mis celos á mi enemigo?

LUPERCIO.  
(Ap. á Celauro. Cuanto me mandas haré;  
Que el peligro en el amigo  
Es la prueba de su fe.)  
Fulgencia, adios.

CELAURO.  
Mi señora,  
Perdonad; que no se excusa  
A lo que vamos agora.

LUPERCIO. (Ap. á Celauro.)  
Parece que está confusa.

CELAURO.  
(Ap. á Lupercio. Es que á lo que vas ig-  
[nora.]  
¿llas de salir?

FULGENCIA. (Ap. á Celauro.)  
Venga Alfredo.  
CELAURO. (Ap. á Fulgencia.)  
Pues mira que has de callar.  
FULGENCIA.  
Yo sé que cumplirlo puedo,  
Porque cuando quiera hablar,  
Atará mi lengua el miedo.  
(Vase Lupercio y Celauro.)

### ESCENA VIII.

FULGENCIA.  
¿Ay desdichada mujer  
Entre cuantas han nacido!  
Lupercio, ¿esto vengo á ver?  
La posesion de marido  
¿Te ha enseñado á aborrecer?  
Si marido vituperas  
La que mis brazos te dan,  
Y otra que pierdas esperas,  
Mas te quisiera galán  
Para que amor me tuvieras.  
Hoy muero sin duda alguna.

### ESCENA IX.

RISELO. — FULGENCIA.

RISELO.  
(Ap. Ya parece que nos mira  
Favorable la fortuna.  
Fulgencia está aquí y suspira:  
Humedad tiene la luna.)  
Señora...

FULGENCIA.  
¿Oh Riselo amigo!

RISELO.  
¿De qué estás triste?  
FULGENCIA.  
No sé.

RISELO.  
¿No estaba agora contigo  
Lupercio?  
FULGENCIA.  
Y de aquí se fué  
Con su amigo y mi enemigo.

RISELO.  
Alégrate; que he topado  
A Sabino, su criado,  
Hecho un rico despensero;  
Que la flota del dinero  
Ya debe de haber llegado.  
Pavos, perdices, capones,  
Buena ternera y jamones  
Alegre estaba comprando,  
Y comprándolo trocando  
Muy regalados doblones.

FULGENCIA.  
¿Qué dices?  
RISELO.  
Lo que te cuento.  
FULGENCIA.

RISELO.  
¿Ay triste!  
RISELO.  
¿Qué! ¿No ha llegado?

FULGENCIA.  
Ni lo tiene en pensamiento;  
Que todo lo que ha comprado  
Es con otro fundamento.

RISELO.  
Yo le hablé, y es para ti;  
Que no es para el viejo, no.

FULGENCIA.  
¿Que en efeto te vió?

RISELO.  
Sí,  
Y digo que le hablé yo,  
Y el oro y la cena vi.  
FULGENCIA.  
Cree que es para otra parte,  
Donde ya Lupercio vive.

### ESCENA X.

SABINO. — Dichos.

SABINO. (Dentro.)  
Eso dejarás aparte,  
Y lo demás aperecibe,  
Si sabes del gusto el arte.  
Capón y perdices asa,  
Y pon el pavo á lo fresco;  
Que la mano mas escasa  
Hoy hace un brindis tudesco  
A la gente desta casa. (Sale.)

FULGENCIA.  
¿Qué hay, Sabino?  
SABINO.  
Soy needor  
Esta noche de una cena  
Que quiere dar mi señor.

RISELO.  
¿Ves que para ti se ordena  
Toda esta gira y favor?

FULGENCIA.  
¿Ay Riselo! Ya lo entiendo.  
Como vió que tú le vias  
El oro distribuyendo,  
Viene para liestas mías  
Este convite fingiendo.  
Dame tú que no le vieras,  
Que nunca viniera acá.

SABINO.  
¿Qué! ¿Tenemos ya quimeras?  
RISELO.  
No sé, por Dios; triste está.

SABINO.  
No debe de ser de veras.  
¿Dióte cincuenta doblones  
Lupercio en una bolsilla?

FULGENCIA.  
¿Bueno vienes de invenciones!  
Pero tal es la cartilla  
Donde te enseñan traiciones.

SABINO.  
Veinte escudos me dió á mí,  
De ciento y veinte que ahora  
Sacó al viejo, y yo los vi;  
Y sé que dijo, Señora,  
Que eran todos para ti.  
Ea, desecha el recato,  
Porque mostrarte inhumana  
Parece en tu pecho ingrato  
Como quien niega que gana,  
Por no obligarse al harato.  
¿Linda cena te he traído!  
Y para mañana un pavo  
Pequeño, gordo y manido.

FULGENCIA.  
(Ap. Hoy de conocerte acabo  
Cuán cierto, Celauro, has sido.)  
¿Ay de mí!

SABINO.  
Baste.  
FULGENCIA.  
A ver voy

Esos regalos. (Vase.)



## ESCENA XI.

SABINO, RISELO.

SABINO.

¿Qué es esto?

RISELO.

De todo inocente estoy.

SABINO.

¿En qué confusion me ha puesto!

RISELO.

Poco espantadizo soy;  
Que como conozco amantes,  
Nunca son enojos creo,  
Porque son muy semejantes  
A las lunas en que veo  
Sus crecientes y menguantes.  
Ellos llueven y hacen sol,  
Cuando les viene al capricho  
El iubilado ó arrebol.

SABINO.

Si; pero lo que me ha dicho  
No es bueno, á fe de español.  
Entra y mira en lo que entiende,  
Porque es amor como duende,  
Que siempre escucha y acecha.

RISELO.

Voy.

SABINO.

Mas ¿de qué la aprovecha,  
Si Lupericio no la ofende?  
(*Vase Riselo.*)

## ESCENA XII.

CELAURO, LUPERCIO. — SABINO.

CELAURO.

Desdicha ha sido, y para mí de suerte,  
Por haberos sacado desta casa,  
Que no es menos dolor el de la muerte:  
Con tal rigor el corazon me pasa.

LUPERCIO.

Menos, por vida vuestra, me divierte  
Que así mi condición notéis escasa.  
Celauro, yo he perdido, ya está hecho,  
Y es todo sentimiento sin provecho. —  
Sabino...

SABINO.

Mi señor...

LUPERCIO.

¿Qué hay de Fulgencia?

SABINO.

La cena truje, y á mirarla es ida.

LUPERCIO.

Parte y dile que salga á mi presencia;  
Que ya espero tenella desabrida.

SABINO. (*Ap.*)

También estoto viene de pendencia,  
La vista en los bigotes escondida.

¡Oh amor! ¿Quién templará tus instru-  
[mentos,

Siendo tus cuerdas locos pensamientos?  
(*Vase.*)

## ESCENA XIII.

LUPERCIO, CELAURO.

CELAURO.

Conozco ya la casa de Ricardo:  
Dijeos mil veces que no entraseis dentro;  
Que allí nadie se viste paño pardo.

LUPERCIO.

Mi dinerillo en fin volvió á su centro.

CELAURO.

Parábadas también á lo gallardo.

LUPERCIO.

¿Nunca entre mil azares un encuentro!

CELAURO.

¿Qué perdeis? La verdad.

LUPERCIO.

Siempre la digo;

Que de fanfarrias nunca he sido amigo.

CELAURO.

¿Perdeis seiscientos?...!

LUPERCIO.

¡Bueno! Y cien escudos

De á once reales y de tres cuartillos,  
Recien nacidos, solos y desnudos,  
De miedo de mis manos, amarillos.

CELAURO.

Con eso ya esta noche iremos mudos;  
Que es del gusto el perder cadena y gri-  
LUPERCIO. [Illos.

No puede el interés perdido tanto;  
Vos veréis que de alegre taño y canto.  
¿Dónde decís que viven esas damas?

CELAURO.

Todo se os ha olvidado con el juego.  
Por la que yo me abraso en vivas llamas,  
Celoso el padre, pierde su sosiego;  
Yo por guardar sus honras y sus famas,  
A su ventana disfrazado llevo;  
El padre me conoce, y se ha corrido  
De que le ofenda quien su amigo ha sido.  
Ella con el castigo ha confesado  
Que es otro yo soy yo, y en esta prueba,  
Queda para esta noche concertado  
Que como no sea yo mejor lo lleva.  
Llegad á la ventana disfrazado;  
Que engaños en amor no es cosa nueva,  
Y como el viejo vea el desengaño,  
No temerémos de su enojo el daño.

LUPERCIO.

Así lo entiendo, pues si aquesto pasa  
Como se traza, el padre se asegura.

CELAURO.

Y como antes entraré en su casa, [ra.  
Que es lo que el alma de mi amor procu-

## ESCENA XIV.

FULGENCIA. — DICHOS.

FULGENCIA.

(*Ap. La mano liberal, la vista escasa  
Trae Lupericio en esta coyuntura.*)  
¿Es acaso Celauro convidado?

CELAURO.

No es nuevo el verme en vuestra casa hon-  
Pero de buena gana lo aceptara, [rado.  
A no tener qué hacer; y así, Fulgencia,  
Licencia os pido.

FULGENCIA. (*Ap.*)

¿Qué traidora cara!

LUPERCIO.

Responde.

FULGENCIA.

Vos teneis, Señor, licencia.

CELAURO. (*Ap. á Lupericio.*)

En fin, ¿aguardo?

LUPERCIO. (*Ap. á Celauro.*)

En mi temor repara,  
Y no me hables secreto en su presencia.

(*Vase Celauro.*)

## ESCENA XV.

FULGENCIA, LUPERCIO.

FULGENCIA.

¿Para qué es tan espléndida comida?

LUPERCIO.

Para servirlos, para vos, mi vida.

FULGENCIA.

¿Para servirme á mí? Pues ¿á qué efeto?  
Rico sin duda estáis.

LUPERCIO.

Antes muy pobre;  
Que el rico á la miseria está sujeto,  
Y el pobre gusta que el sustento sobre.

FULGENCIA.

Pues ¿el dinero me teneis secreto?

LUPERCIO.

Si moneda de oro, plata ó cobre  
Yo tengo en mi poder, Dios me destruya.

FULGENCIA.

(*Ap. ¡Hase visto maldad como la suya!*)  
¿Que no tienes dinero?

LUPERCIO.

Ni una blanca.

FULGENCIA.

¿Ni hoy tu padrete ha dado cien ducados?

LUPERCIO.

¡Sí, que es su mano liberal y franca!  
¡Allí los tiene para mí contados!  
Si entrara yo en la cueva en Salamanca,  
Y sacara seis diablos conjurados,  
No le sacara de un doblon arriba.

FULGENCIA.

¿Así viva mi Estéban?

LUPERCIO.

Así viva.

FULGENCIA.

¿Que no os ha dado nada?

LUPERCIO.

¿Qué es aquesto?

FULGENCIA.

¿Por vida de Enrique?

LUPERCIO.

Y de vos propia.

FULGENCIA.

Miraldo bien.

LUPERCIO.

Verdad os digo en esto,  
Si palos, para dar, no es voz impropia;  
Que por vuestra defensa, descompuesto  
Su báculo, me ha dado tanta copia,  
Que hoy me costais la sangre deste lienzo.

FULGENCIA.

Mostrad.

LUPERCIO.

Este es.

(*Muéstrale el pañuelo ensangrentado,  
que saca de la faltriquera.*)

FULGENCIA. (*Ap.*)

¿Qué presto que me venzo!

¿Es posible que aquesto sea mentira?  
Es posible que en trato de diez años  
Quepa maldad que así me nueva á ira?

Amor, déjame estar en mis engaños.

LUPERCIO.

Vuélveme el lienzo, mi señora, y mira...

FULGENCIA. (*Ap.*)

¿Qué me queréis, crueles desengaños?

LUPERCIO.

¿Qué divertida estás! El lienzo suelta.

FULGENCIA.  
Deja; que el alma va en su sangre en-  
LUPERCIO. [vuelta.  
No le laven. Señora, por tus ojos,  
Dejale por testigo deste día.  
FULGENCIA.  
Lavaránle mis lágrimas y enojos.  
LUPERCIO.  
Con esas perlas no, señora mía.  
FULGENCIA.  
Antes, mi bien, con sus corales rojos,  
Guardarlas en el lienzo amor podría,  
Y en memoria á los cielos ofrecerlas.  
LUPERCIO.  
¿Qué rico lienzo de coral y perlas!  
FULGENCIA.  
Vénte á cenar, mi bien.  
LUPERCIO.  
Soy tu marido.  
FULGENCIA.  
Habla bajo, no lo oiga algun criado;  
Pues por tu padre tan secreto ha sido,  
Que nadie ha de saber que estás casado.  
LUPERCIO.  
De no poder decirlo estoy corrido;  
Que mucho gana el bien comunicado.  
FULGENCIA.  
Tu esclava soy.  
LUPERCIO.  
¡Jesus! Amor lo ha hecho.  
FULGENCIA. (Ap.)  
Aun llevo el corazón fuera del pecho.  
(Vanse.)

—  
Sala en casa de Leonela.

### ESCENA XVI.

LEONELA, CELAURO.

LEONELA.  
Extraña es esa invención.  
¿Que hable á Lupercio me mandas?  
Celauro, ¿en qué pasos andas?  
CELAURO.  
En pasos de mi pasión.  
LEONELA.  
¿Y que él me ha de requerir?  
CELAURO.  
Haz esto por mí, Leonela.  
LEONELA.  
Poner puedes una escuela  
De fingir y de engañar.  
CELAURO.  
Vame en aquesto la vida.  
LEONELA.  
Pues ¿qué resulta en tu bien?  
CELAURO.  
Que la posesión me dé  
De una esperanza perdida.  
Haz, hermana de mis ojos,  
Esto ahora por tu hermano.  
LEONELA.  
Que he de obedecerte es llano...  
—Y que lo son mis enojos.  
Pero mira, hermano mío,  
Que desdize á tu valor  
Que yo muestre á un hombre amor.  
CELAURO.  
Del tuyo esto y mas confío.

LEONELA.  
¿No me dirás á qué efecto  
Eres tercero conmigo  
De tu amigo?  
CELAURO.  
Ser su amigo  
Y tener del buen conceto.  
Porque quiere amartelar  
Una dama con quien habla.  
LEONELA.  
¿Bien mi negocio se entabla,  
Si me pretendes casar!  
Mira, Señor, lo que haces.  
CELAURO.  
Leonela, tu honor pretendo.  
Haz esto que te encomiendo;  
Que así mi amor satisfaces.  
LEONELA.  
Vé con Dios; que yo estaré  
En la ventana esperando.  
CELAURO.  
Y yo á verle requerebrando  
Su ingrata dama traeré.  
LEONELA.  
¿Eso te debe de hacer  
Que intentes eso tan ciego?  
CELAURO.  
Cosas, Leonela, te niego  
Que un ciego las puede ver.  
LEONELA.  
¿Quieres bien?  
CELAURO.  
Tengo perdida  
El alma.  
LEONELA.  
Tu hermana soy;  
Habla.  
CELAURO.  
Satisfecho estoy.  
LEONELA.  
Pues di.  
CELAURO.  
Escucha, por tu vida.  
En una casa de juego,  
Donde reina la fortuna  
Mas que en el mar y en palacio  
Entre lisonjas y burlas,  
Hice amistad con Lupercio,  
Un hombre en quien viven juntas  
Cuantas gracias pensar puedes;  
Que es poco aunque pienses muchas.  
Pasados algunos días,  
De dos almas hizo una  
Amor, el trato ó la estrella  
Que nuestros pechos ajusta.  
Confíome sus secretos,  
Pareciéndole segura  
El arca en que los guardaba;  
Pero no hay fuerte ninguna.  
Llévome á ver una dama...  
No la consideres rubia:  
Así te dé Dios contento,  
Que harás á mi gusto injuria.  
No pienses que de su rostro,  
Prestándome amor la pluma,  
Quiero hacer vanas quimeras  
Con fabulosas pinturas.  
No robaré á los jardines  
Entre los cuadros de murta,  
Los jazmines y claveles,  
Oro al indio, plata al Fúcar.  
No diré que es sol ni imagen,  
Vénus clara ó blanca luna,  
Sino que es una mujer  
Que vi por mi desventura,  
Roca del mar en firmeza,  
Tigre de Hircania en la furia,

Sibila en la discreción,  
Y Fénix en la hermosura.  
Vila en efecto, Leonela,  
Y que enamorara juzga,  
No digo á un hidalgo noble.  
Pero á un villano de Asturias.  
Pasé gran tiempo callando,  
Y entre estas penas y angustias,  
Con ser yo quien me sufria,  
Fué insufrible mi locura.  
Lo que he dicho y lo que he hecho,  
A quien ama lo pregunta;  
Pero es labrar en un jaspe  
Con un vidrio una figura.  
Viendo pues que no tuvieron  
Mis penas remedio nunca,  
Pretendo descomponerlos  
Y dar principio á las suyas.  
Quiero que Fulgencia vea  
Que de otras mujeres gusta  
El mas firme de los hombres,  
Y que á estas horas las busca;  
Que yo sé que aunque no olvide  
Amor que tanto há que dura,  
Daré gusto por venganza  
A esta vida, sangre tuya.  
Si te parece traicion,  
Mira adónde el amor triunfa,  
A Egisto, Tarquino y París,  
Que amarrados me disculpan;  
Y ¡plega á Dios que me vea  
En una galera turca,  
Si es vicio mi pretension,  
Sino del amor la culpa!

LEONELA.  
Las doce, hermano, han tocado:  
Déjame que arriba suba  
Mientras que vas á llamarle.

CELAURO.  
¡Oh hermana! mi intento ayuda.

LEONELA.  
Parte; que en la reja espero.

CELAURO.  
Advierte que si te turbas,  
Me puedes quitar la vida.

LEONELA.  
Quien ama todo lo duda.  
(Vanse.)

—  
Calle.

### ESCENA XVII.

OTAVIO, ARISTO.

OTAVIO.  
Si supieras qué es celos,  
Yo sé que mi cuidado disculparas.

ARISTO.  
No lo quieran los cielos;  
Que para no ver cosa con dos caras,  
Hay muchas opiniones  
Que son aborrecibles los doblones.

OTAVIO.  
¿Celos tienen dos caras?  
Dime de qué manera, por tu vida.

ARISTO.  
Si en los celos reparas,  
Verás bien que no hay cosa mas fingida.

OTAVIO.  
Eso saber deseo;  
Que entiendo menos cuando mas poseo.

ARISTO.  
Cuando un celoso quiere  
Averiguar sus celos, luego llama;  
Pues por saberlos muere,

Amigas ó criadas de su dama;  
Y jurando secreto,  
Dice que importa para cierto efeto.  
No le han desengañado, [tierno,  
Cuando escondiendo el que mostraba  
Les muestra el rostro airado,  
Y se convierte en furia del infierno:  
Ya ves aquí dos caras.

OTAVIO.

Digo que por extremo lo declaras.

ARISTO.

Pues si habla con su dama,  
Verás que la regala y la requiebra,  
Y que su bien la llama,  
Y está como una vibora ó culebra  
Oculta entre las flores.  
Estas ¿no son dos caras?

OTAVIO.

¿Qué mayores!

ARISTO.

Pues todo cuanto intentan,  
Hablan, regalan, piensan, imaginan,  
Fabrican, trazan, cuentan,  
Prometen, disimulan, determinan,  
Todo tiene dos caras.

OTAVIO.

¿Luego téngolas yo.

ARISTO.

Que se ven claras.

¿No dejaste á Leonela  
Esta noche segura?

OTAVIO.

Amor me abrasa.

ARISTO.

Luego ha sido cautela  
Volver celoso á ver su calle y casa.  
Quien ama, ese confía.

OTAVIO.

Quien ama teme, cela y desconfía.

ARISTO.

Amor es confianza.

OTAVIO.

Amor es miedo, y posesion medrosa  
Después que el bien alcanza.

ARISTO.

[posa.

Quien quiere está en su centro, allí re-

OTAVIO.

No hay reposo en quien ama;  
Solicito es amor, temor se llama.

ARISTO.

Quien duda y teme, ofende  
La confianza de la cosa amada.

OTAVIO.

Temiendo la defiende;  
Que del amor es el temor la espada.

ARISTO.

Gente viene.

OTAVIO.

Aquí espero.

ARISTO.

Mas ¿si fuese tu miedo verdadero?

### ESCENA XVIII.

CELAURO y LUPERCIO, en hábito de  
noche. — Dichos.

LUPERCIO.

Quisiera que te hallaras en la cena,  
Porque fué por extremo regalada.

CELAURO.

Para tí, por lo menos, lo sería.

LUPERCIO.

No lo digas de burlas; que no hay cosa

Como la mesa para dos que se aman.  
Aquel hacer el plato, aquel partírlle  
Lo mas sabroso, y ver que si lo come  
Parece que es del que lo da sustento,  
No tiene igual con los tesoros de Indias.

CELAURO.

Dices muy bien; que en esas ocasiones  
Trinchan los ojos y hace salva el alma,  
Pues que el saber que gusta de una cosa  
Y el haberla buscado con cuidado,  
Y ver que come en ella juntamente  
La voluntad con el sustento, creo  
Que puede de placer matar un hombre.

LUPERCIO.

¿No estoy bien empleado, por tu vida?

CELAURO.

¿Eso preguntas? Es Fulgencia un ángel.  
No he visto yo virtud como la suya.

LUPERCIO.

Ni has visto voluntad como la mía.

CELAURO.

Lo mismo quiero que en oyendo á Flérida  
Digas de mi firmeza y su hermosura.  
La reja es esta: llega; que aquí aguardo.

LUPERCIO.

¿Y saldrá con la seña?

CELAURO.

En el momento  
Que con el pomo en la rodela toques.  
(*Llégase Lupercio á la reja.*)

OTAVIO. (*Ap. á Aristo.*)

¿Qué te parece desto, Aristo?

ARISTO.

Digo

Que sois casi poetas los amantes.

OTAVIO.

¿Parécete que es justo tener celos?  
Preven la espada.

ARISTO.

Mejor fuera el ánimo.

### ESCENA XIX.

ALFREDO; FULGENCIA, en hábito de  
hombre. — Dichos.

ALFREDO.

Esta es la calle y esta es la ventana.

FULGENCIA.

Un hombre está debajo de la reja.

ALFREDO.

[percio;

Si es hombre, no lo dudes que es Lu-  
Mas suele amor hacer de sombras hom-

FULGENCIA.

[bres.

Señas hace.

ALFREDO.

Ya sale la señora.

### ESCENA XX.

LEONELA, que sale á una reja. —  
Dichos.

OTAVIO. (*Ap. á Aristo.*)

¿Señas, Aristo? Cosa nueva es esta.

ARISTO.

Mas nueva me parece que ella sale.

OTAVIO.

Matarle quiero.

ARISTO.

Tente; que ha venido  
Bastantemente apercebido el hombre;  
Que uno está rebozado en esta esquina,  
Y dos vienen ahora en retaguarda,

Desuerte que han de ser cuatro por fuer-  
Pues cuatro á dos es la mitad. [za.

OTAVIO.

Hoy muero.

ARISTO.

Advierte el fin.

OTAVIO.

El de mi vida espero.

LEONELA.

¿Cómo, mi bien, no me hablais?  
Que há rato que estoy aquí.

LUPERCIO.

Porque no hay fuerzas en mí  
Ilasta que vos me las dais;  
Que como hasta que el sol sale  
Todo está mudo en silencio,  
No menos me diferencio,  
Ni él mas que esos rayos vale.  
Ya que me habeis hecho salva,  
Y decís que el sol espera,  
Soy la calandria primera  
Que canta en saliendo el alba.

ARISTO. (*Ap. á Otavio.*)

A fe que es hombre leído.

¿No ves la comparación?

OTAVIO.

Leído habré su traición,  
Que letra bastarda ha sido.

ALFREDO. (*Ap. á Fulgencia.*)

¿No escuchas, Fulgencia bella,  
A tu Lupercio?

FULGENCIA.

No sé

Si al alma crédito dé,  
O al traidor que vive en ella.  
¿Que esto pasa? Que esto ven  
Los ojos? Que esto adoraba?  
Hoy con la vida se acaba,  
Alfredo, el amor tambien.  
¿Qué me tienes, honra infame?  
Déjame vengar mi afrenta.

ALFREDO.

¿Qué es lo que tu furia intenta?  
Oye, ¿quieres que te llame?

FULGENCIA.

No, amigo; que aunque estoy loca,  
Guardo el rostro á mi opinion,  
Reprimiendo el corazon.  
Que viene ardiendo á la boca;  
Que si faltase esta luz,  
Con una voz que daría,  
Del pecho se escaparía  
Como bala de arcabuz.

CELAURO. (*Ap.*)

Todo se traza á mi gusto.  
Fulgencia se va inquietando.  
Muere, pues matas amando,  
De celos, rabia y disgusto.  
¿Hay bien que á mi bien se iguale?  
¿Oh industria, cuánto aprovechas  
Para fortunas deshechas,  
Donde la fuerza no vale!

LUPERCIO. (*A Leonela.*)

Traigo contento el deseo  
De una esperanza tan loca,  
Que ya parece que toca  
Lo que pienso que poseo.  
Suplicoos que algun favor  
Confirme esta confianza.

LEONELA.

Si haré, por mi fe, si alcanza  
Tanto la mano de amor.

LUPERCIO.

Con la vuestra me contento.

LEONELA.

Es imposible alcanzar.



OTAVIO. (Ap.)  
 ¿Que á tanto puede llegar  
 Un cobarde sufrimiento?  
 FULGENCIA. (Ap. á Alfredo.)  
 ¿Ves, Alfredo, cómo pide  
 La mano al galán?  
 ALFREDO.  
 Si veo.  
 LUPERCIO. (A Leonela.)  
 Pues yo mido mi deseo,  
 Tú, Señora, tu amor mide.  
 Llegá mi deseo á ti,  
 Que va por este favor;  
 Baje á mi tu mano amor,  
 Verás su medida así:  
 Aunque era mejor tu mano  
 Para esforzarme á subir;  
 Pero ¿quién podrá medir  
 Lo divino por lo humano?  
 LEONELA. (Ap.)  
 ¿No es bueno que sin amor  
 Hablo á un hombre que no veo?  
 LUPERCIO. (Ap.)  
 ¿No es bueno que sin deseo  
 Estoy pidiendo favor?  
 OTAVIO. (Ap. á Aristo.)  
 ¿No es bueno, Aristo, que esté  
 Aquí un hombre como yo?  
 FULGENCIA. (Ap. á Alfredo.)  
 ¿No es bueno que le pidió  
 La mano? ¡Oh traidor sin fe!  
 ALFREDO.  
 ¿No es bueno que tú lo aguardes,  
 Pudiéndolo remediar?  
 OTAVIO.  
 Déjame, Aristo, llegar;  
 Que nunca hay celos cobardes.  
 CELAURO. (Ap.)  
 ¿No es bueno que estoy contento  
 De ver á Fulgencia así?  
 FULGENCIA.  
 Déjame llegar á mi;  
 Que me ahoga el sufrimiento.  
 ALFREDO.  
 Detente.  
 FULGENCIA.  
 Déjame hacer.  
 (Llega arrebozada á Lupercio.)  
 ¡Ah caballero! ¿A quién digo?  
 LUPERCIO.  
 ¿Es amigo?  
 FULGENCIA.  
 No es amigo;  
 Que vos no lo sabéis ser.  
 LUPERCIO.  
 ¿En qué os ofendo?  
 FULGENCIA.  
 En hablar  
 Esta mujer.  
 LUPERCIO.  
 ¿Esto habia!  
 ¿Es vuestra?  
 FULGENCIA.  
 Si fuera mía,  
 Yo la supiera guardar.  
 LUPERCIO.  
 Pues ¿qué es lo que pretendéis?  
 FULGENCIA.  
 Que dejeis este cuidado;  
 Que yo sé que estáis casado.  
 LUPERCIO.  
 ¡Vos! Pues ¿de qué lo sabéis?  
 FULGENCIA.  
 Esto basta, y dame pena

Lo que aquí en su ofensa pasa;  
 Y mal guardais vuestra casa  
 Mientras andáis por la ajena.  
 LUPERCIO.  
 ¿Es mi hermano?  
 FULGENCIA.  
 Soy quien soy.  
 Salid de la calle luego.  
 CELAURO. (Ap.)  
 Yo he de perder este juego,  
 Si á remediarle no voy.  
 ¡Ah celos, que no guardais  
 Palabra que prometeis!  
 LEONELA.  
 ¡Ah caballeros! ¿no veis  
 Que mi opinión infamais?  
 ARISTO. (Ap.)  
 Habia un competidor,  
 Y ya hay dos.  
 LUPERCIO.  
 Vamos de aquí.  
 FULGENCIA.  
 Seguidme.  
 LUPERCIO.  
 Venid tras mí.  
 ¿Hay mas extraño rigor?  
 ALFREDO. (Ap. á Celauro.)  
 ¡A reñir van! ¿Qué remedio?  
 CELAURO.  
 Alfredo, yo soy perdido,  
 Si aquesto queda entendido.  
 (A un lado riñen Fulgencia y Lupercio.)  
 ALFREDO.  
 Vén, que riñen.  
 CELAURO.  
 Ponte en medio.  
 ALFREDO.  
 Paso, señores.  
 FULGENCIA.  
 No hay paso.  
 LUPERCIO.  
 ¿Quién es?  
 FULGENCIA.  
 Apartaos de ahí.  
 LUPERCIO.  
 Dejalde pues.  
 FULGENCIA.  
 ¿Pesá á mí!  
 De aquesta punta le paso.  
 CELAURO.  
 ¿No ve que estoy de por medio?  
 Lléva, Alfredo, á ese galán.  
 ALFREDO.  
 Vamos, Señor.  
 FULGENCIA.  
 ¿Qué no harán  
 Celos? ¡Oh mal sin remedio!  
 (Vanse Fulgencia, y Alfredo sosegándose.)  
 CELAURO.  
 Echa tú por esta calle,  
 Y no os encontréis los dos.  
 LUPERCIO.  
 ¿Sabes quién es?  
 CELAURO.  
 No, por Dios.  
 LUPERCIO.  
 ¿Qué buen mozo!  
 CELAURO.  
 ¿Gentil talle!  
 (Vanse Lupercio y Celauro.)

# ESCENA XXI.

OTAVIO, ARISTO; LEONELA, en la reja.

OTAVIO. (Llegando á la reja.)  
 ¡Ah Señora! ¿Por quién son  
 Las presentes cuchilladas,  
 O aquesta danza de espadas  
 Hecha á vuestra devoción?

LEONELA.  
 ¡Ah, Señor, el que lo mira  
 Y está en la calle envainado!  
 ¿Cuánto le cuesta el talado?

ARISTO. (Ap.)  
 Gentiles pedradas tira.

OTAVIO.  
 Cuando riñen dos galanes  
 De una dama tan fingida,  
 No se ha de jugar la vida  
 Ni se han de hacer ademanes;  
 Y crea vuesamerced  
 Que cuando mi causa fuera,  
 Á estocadas los cosiera  
 Yo solo en esta pared;  
 Mas si con igual querella  
 Riñen sobre este lugar,  
 Ventana quiero alquilar,  
 Y ver los toros en ella.

LEONELA.  
 ¿Es mi Otavio?  
 OTAVIO.  
 Soy el diablo.

LEONELA.  
 Otavio, Señor, espera.  
 OTAVIO.  
 ¿Que espere? ¿Gentil quimera!  
 LEONELA.  
 Oye, escucha. ¿Con quién hablo?  
 ARISTO.  
 Óyela, Señor.

OTAVIO.  
 No quiero.  
 LEONELA.  
 Oye la satisfacion.  
 ARISTO.  
 Oye, Señor, su razon.  
 OTAVIO.  
 Déjame tú, majadero.  
 ARISTO.  
 Mira que está haciendo extremos.

OTAVIO.  
 Ya no hay hablarnos los dos.  
 LEONELA.  
 ¿No quereis?  
 OTAVIO.  
 No.  
 LEONELA.  
 Pues adios;  
 Que mañana nos veremos.

# ACTO SEGUNDO.

Sala de una casa donde está hospedada Fulgencia.

# ESCENA PRIMERA.

CELAURO, ALFREDO.

ALFREDO.  
 ¿Que tanto descompuso la pendencia  
 Dos voluntades que el amor tenia  
 En tan estrechos lazos obligadas?

CELAURO.

Luego que te partiste desta villa,  
Amigo Alfredo, fué creciendo el daño;  
Porque entre los amantes las pendencias  
Suelen durar, por ser tan pertinaces,  
Porque quieren que el uno ruegue al otro.

ALFREDO.

Yo los dejé en extremo desahbridos,  
Después, Señor, de los injustos celos.  
¿Supo, dime, Lupercio que era ella  
La que en hábito de hombre lo fué tanto,  
Que osó reñir con él de cuerpo á cuerpo?

CELAURO.

No lo supo Lupercio ni lo sabe,  
Porque yo le llevé tan divertido,  
Que cuando vino á verla aquella noche,  
Ella estaba en la cama y sosegada.  
Mas como amor no duerma bien con celos  
Y sean los dos tan grandes enemigos,  
Puesto, Alfredo, que padre y hijo sean,  
Así se los pidió de aquella dama,  
Así enojada estuvo, así ha llorado,  
Que Lupercio, movido á ira y cólera,  
Puso las manos en su rostro hermoso,  
Puso las manos en el sol, Alfredo,  
Ofendió las estrellas de los ojos,  
Esecreció la clara luz del día;  
Y como en los eclipses de ordinario  
Nos muestre el sol aquel color sangriento,  
Sangre puso en el sol, sangriento estuvo  
El rostro á quien esta alma adora y teme.

ALFREDO.

¿Válame Dios! ¿Que esa bajeza hizo?

CELAURO.

No le culpes, Alfredo; que unos celos  
Pedidos sin razón, de seso privan.

ALFREDO.

Razon tuvo Fulgencia.

CELAURO.

En el engaño;  
Mas Lupercio inocente es de la culpa.

ALFREDO.

¿No te pesa de haber con tus embustes  
Dado ocasion para que aquellas manos  
Hayan tocado temerariamente  
En el sol, en el cielo, en las estrellas,  
Del cabello, del rostro y de los ojos?

CELAURO.

Dios sabe que su daño me ha pesado,  
Y que me cuesta lágrimas piadosas;  
Pero ¿qué quieres? que el camino es este  
De negociar mi bien, porque no hay otro  
Como sembrar discordia entre sus almas.

ALFREDO.

¿Qué tienes negociado?

CELAURO.

Que Fulgencia  
Dejó su casa y sus queridos hijos,  
Y como huyendo, vino á la de Andronio,  
Que, como sabes, es mi tío, adonde  
Lle comido y cenado aquestos días,  
Sustentando esta vida de sus ojos;  
Que así en la India se sustentaba gente  
De solo olor y solo de la vista,  
Y no es mucho milagro para un ángel.

ALFREDO.

¿Hasla hablado?

CELAURO.

Hela hablado y persuadido.

ALFREDO.

¿Y qué responde?

CELAURO.

Que á Lupercio adora.

ALFREDO.

¿Muy adelante estás!

L-1.

CELAURO.

¡Ilee á mi hermana  
Que la viniese á ver y á persuadilla,  
Y ha dormido con ella cuatro noches  
Con envidia del mundo y de mi alma.

ALFREDO.

¿Qué negocia?

CELAURO.

Que siga mi justicia.

ALFREDO.

¿Dura el enojo?

CELAURO.

No; que ya se hablan,  
Y se han de ir á su casa aquesta noche,  
Para mis ojos y alma noche eterna.

ALFREDO.

¿Qué poca fuerza tus enredos tienen!

CELAURO.

Retírate, que sale.

ALFREDO.

Aquí me aparto.

CELAURO.

Costarme tiene hacienda, vida y alma,  
O desta ingrata he de llevar la palma.

## ESCENA II.

FULGENCIA; RISELO, *dándole un papel.* — CELAURO y ALFREDO, *retirados.*

RISELO.

Acaba, lee el papel.

FULGENCIA.

No me porfies, Risele.

RISELO.

Por mi vida, que recelo  
Que te enlaqueces por él.  
Ea, cesen los enojos,  
Señora, de tantos días.

FULGENCIA.

Primero las manos mías  
Se vengarán en sus ojos.

RISELO.

Harto mas te vengas tú  
En los tuyos, con llorar  
Perlas, que pueden comprar  
Las riquezas del Perú.  
Lee; que te estás muriendo.

FULGENCIA.

Ahora bien, leo por tí.

RISELO.

¿Y por tí no?

FULGENCIA.

Yo por mí...  
Soy muy tierna.

RISELO.

Así lo entiendo.

FULGENCIA.

Dame que allá no tuviera  
A Estéban y á Enrique.

RISELO.

Lee;  
Que Lupercio así lo cree.

FULGENCIA.

Él dice desta manera.  
(Lee.) «Basta ya, señora mía,  
»De pesadumbres de un mes;  
»Que la venganza no es  
»Amor, sino tiranía.  
»Vén, mis ojos, vén, mi cielo;  
»Que si un hora tardas mas,  
»Cuando vengas me hallarás  
»Muerto.»

RISELO.

Ea, entrañas de hielo...

FULGENCIA.

¿Muerto dice?

RISELO.

¿Y eso dudas?

FULGENCIA.

No, sino con otra dama,  
Muerto en sus brazos.

ALFREDO. (Ap. á Celauro.)

¿Qué llama,  
Celauro, en hielo no mudas?

CELAURO.

Antes aquello me enciende.

ALFREDO.

¿Eres loco?

CELAURO.

Soy amante.

RISELO.

Lee, Señora, adelante.

FULGENCIA.

Solo engañarme pretende.  
(Lee.) «Si de mi quieres vengarte,  
»Mejor estarás aquí;  
»Pero no vengas por mí,  
»Pues ya no puedo obligarte.  
»Vén por Estéban y Enrique,  
»Que lloran por tí, mi bien,  
»Y si allá hay otro, también  
»Le ruego te lo suplique.—  
»Tu Lupercio.»

RISELO.

¿Lloras?

FULGENCIA.

No.

RISELO.

¿Pues qué?

FULGENCIA.

La vista penetra  
El rejalar de la letra.

CELAURO. (Ap.)

¿Qué buena disculpa dió!

RISELO.

Eso es en letra de estampa;  
Que hay no sé qué humo en ella.

FULGENCIA.

¿Qué mas estampa que aquella  
Que en el corazón se estampa?  
Y bien dices que trae humo;  
Que es fuego con humedad.

RISELO.

Ten, mi señora, piedad.

CELAURO. (Ap. á Alfredo.)

Cual nieve al sol me consumo.  
Vive Dios, que el vil tercero  
Me ha de pagar estas paces!

ALFREDO.

Como enamorado haces;  
Mas no como caballero.

FULGENCIA.

Dile á ese hombre, Risele,  
Dile á ese traidor amigo,  
Dile á ese falso enemigo,  
Que de noble sufre el cielo...  
Que venga luego por mí.

RISELO.

Dame esos piés.

FULGENCIA.

Parte.

RISELO.

Voy.

(Vase.)

FULGENCIA.

¿Celauro! ¿aquí estás?

CELAURO.

Estoy,  
Cual sombra, siempre tras ti.—  
Vete, Alfredo.

ALFREDO. (Ap.)

Mal se lucen  
Los enredos deste loco.

(Vase.)

## ESCENA III.

FULGENCIA, CELAURO.

CELAURO.

¿Estás ya mas tierna?

FULGENCIA.

Un poco.

CELAURO.

A esto siempre se reducen  
Los enojos de quien ama.  
Esta noche ¿vas con él?

FULGENCIA.

Acúsame de cruel,  
Y en este papel me llama.

CELAURO.

¿Tanto un papel entenece?

FULGENCIA.

No sé qué tiene de hechizo.

CELAURO.

¡Maldiga Dios quien le hizo,  
Que tan tierno te parece!

FULGENCIA.

Maldigate Dios á ti.

CELAURO.

No digo quien le escribió.

FULGENCIA.

Para maldecirte yo,  
Basta el papel.

CELAURO.

¿Cómo así?

FULGENCIA.

Porque cosa que ha tocado  
Tal inano, queda su ofensa  
A cuenta de mi defensa,  
Como está un lugar sagrado.

CELAURO.

¿Oh pesía tanto rigor

Y mi loco sufrimiento!

FULGENCIA.

¿Qué ofensa en tu daño intento  
Por tener á un hombre amor?  
¿Soy yo tu sangre, por dicha,  
Soy tu hermana ó tu mujer?

CELAURO.

No; pero debes de ser  
Toda junta mi desdicha.  
Pues véte, ingrata, en buen hora,  
Aunque sea mal para mi;  
Gózale, y goce de ti,  
A pesar de quien te adora;  
Que pues que no he merecido  
De ti una palabra buena,  
Yo haré que rabies de pena,  
Como yo rabio de olvido.

FULGENCIA.

Tú, ¿qué me puedes hacer?

CELAURO. (Saca la daga.)

¡Vive Dios, que estoy de suerte,  
Que estoy por darte la muerte,  
Y acabarme de perder!

FULGENCIA.

¿Estás loco? ¿Para mí,  
Para una mujer la daga!

CELAURO.

Sí, porque una puerta haga

Con que me saque de ti.

FULGENCIA.

¿Yo te tengo? Espera un poco.

CELAURO.

Bien dices que yo te tengo.

## ESCENA IV.

LUPERCIO, SABINO, RISELO.

—Dichos.

LUPERCIO. (Dentro.)

Loco de contento vengo.

SABINO. (Dentro.)

Y yo de contento loco.

(Salen Lupercio, Riselo y Sabino.)

CELAURO. (Disimulando.)

Puesta la mano, Señora,  
Sobre esta daga, te juro,  
Por ser cruz, que es su amor puro,  
Y que Lupercio te adora.  
Deja celos y quimeras,  
Vete esta noche con él.

LUPERCIO.

¿Oh amigo noble y fiel!

Dame esos brazos, ¿qué esperas?

CELAURO.

¿Oh buen Lupercio! Primero  
Los has de dar á Fulgencia.

LUPERCIO.

No sé si tengo licencia;  
Pero obedecerte quiero. (Arrodillase.)  
Y así, echándome á sus pies,  
Veré si sus manos gano,  
Subiendo del pie á la mano,  
Y de ella al brazo después,  
Y desde el brazo al abrazo,  
Y del abrazo...

FULGENCIA.

Prosigue,

Porque tu hechizo me obligue  
A ser de tus brazos lazo.

CELAURO. (Ap.)

¿Es posible que esto veo!

FULGENCIA.

¿Cómo has estado sin mí?

LUPERCIO.

Pregúntalo al alma en ti,  
Infierno de mi deseo.  
Fue como el mundo en su caos  
Y sin forma, inanimadas  
Las materias, y varadas  
Sobre la tierra las naos;  
Como en el limbo el rapaz...  
—Mas no es comparación buena;

Porque yo he tenido pena,  
Y fui de gloria capaz.—  
Cual tórtola sin hallar  
Compañía alegre alguna;  
Como sin el sol la luna,  
Y sin la luna la mar;  
Como el instrumento está  
Sin la mano del que toca;  
Como Tántalo, á la boca  
La fruta que se le va;  
Y como sin ti, mi bien,  
Que eres mi causa y mi forma,  
Quien me mueve y quien me informa.

SABINO.

Por siempre jamás amen.  
Acaba, vamos de aquí;  
Que me muero ya por veros  
En casa.

LUPERCIO.

Hermosos luceros,  
¿Posible es que os ofendí?

FULGENCIA.

Entra, Riselo, y dirás  
A Leonela que me voy,  
Y tráeme manto.

(Vase Riselo.)

## ESCENA V.

LEONELA. — FULGENCIA, LUPERCIO, CELAURO, SABINO.

LEONELA.

Aquí estoy,  
Y he sabido que te vas.  
Pero, así me guarde Dios,  
Que me pesa, aunque es tu gusto.

FULGENCIA.

¿Oh mi Leonela!

CELAURO.

Esto es justo.  
Ea, despedios las dos.

LEONELA.

Déjala cubrir siquiera.  
Pues Lupercio no portía,  
¿Qué quieres?

CELAURO.

Hermana mía,  
Lo que es amor considera.  
Déjalos; que tras penidencia  
Es gran gusto la amistad.

FULGENCIA.

Cubierta estoy: perdonad.

LEONELA.

Adios, hermosa Fulgencia.

FULGENCIA.

Mi Leonela, adios, y ved  
Que me habeis de ver.

LEONELA.

¿Pues no?

CELAURO.

Allá la llevaré yo.

FULGENCIA.

Haréisme mucha merced.

LUPERCIO.

Leonela y Celauro, adios.

LEONELA.

Adios.

CELAURO.

(Ap. á Fulgencia. Adios, tigre hircano.)  
—Por quedarme con mi hermana,  
No voy, Lupercio, con vos.

FULGENCIA.

Vos quedais bien ocupado.

LUPERCIO.

Vamos, señora enojada.

SABINO.

La cena está aparejada,  
Y el amor por convidado.

FULGENCIA.

¿Qué dice Enrique?

SABINO.

Llorá

Por su mama y por su taita,  
Que apenas con una gaita  
Le puedo acallar, Señora.  
Ven, alegría aquella casa;  
Entre el sol, la noche huya.

FULGENCIA.

Vamos, vamos.

SABINO.

¡Aleluya!

Hoy brindo...



RISELO.

¿A quién?

SABINO.

A Ganasa.

*(Vanse Fulgencia, Lupercio y Sabino.)*

## ESCENA VI.

CELAURO, LEONELA.

LEONELA.

No dudo que habrás sentido,  
Celauro, aquesta mudanza,  
Porque, en fin, de tu esperanza  
Riguroso viento ha sido.  
¿Qué te embelesas? ¿Qué miras?  
Ea, ya pasó la calle.  
¡Hola! Quiero despertalle.  
Celauro.

CELAURO.

¡Ay Dios!

LEONELA.

¿Qué suspiras?

CELAURO.

Cual queda desvanecido  
El niño que volar vió  
El pájaro que pensó  
Coger durmiendo en el nido;  
O como queda el villano  
Viendo la liebre correr,  
Que la pensaba coger  
En la cama con la mano;  
O como queda despierto  
El que dormido soñaba  
Que en arca ó campo se hallaba  
Algun tesoro encubierto;  
O quien por un mal suceso  
Soñaba en cautividad  
(Que ya estaba en libertad,  
Y despierto se halla preso;  
Así yo en la posesion  
Del bien que estaba gozando,  
Mi libertad vi soñando,  
Y despierto mi prision.  
Yo muero, hermana Leonela,  
Sin remedio de remedio.  
Aunque ponga de por medio  
Toda Grecia su cautela.  
¡Desventurado! ¿que haré?  
Que ya se van á gozar.

LEONELA.

Tienes razon de penar.  
Alabo, hermano, tu fe;  
Que es la cosa que yo he visto  
Mas digna de ser amada.

CELAURO.

Y tú la mas envidiada  
De las que en ella conquisto;  
Que al fin dormiste á su lado.

LEONELA.

Si vieras partes tan bellas,  
Mas almas dieras por ellas  
Que por lo exterior le has dado.

CELAURO.

Cuéntame, Leonela mia,  
Algo de aquel ángel santo.

LEONELA.

¿Santo? No te alargues tanto,  
Que toques en herejía.

CELAURO.

Mira, bien puedo llamar  
Ángel santo una mujer  
Virtuosa, sin hacer  
Cosa digna de culpar.  
Vive en sí y fuera de sí,  
Y esto es mas de ángel que de hombre:  
Luego en darle aqueste nombre  
No estoy yo fuera de mí.

LEONELA.

No me mandes que te diga  
Mas de que es un mármol pario.

CELAURO.

Para eso no es necesario  
Haberle yo visto, amiga.  
Ya sé que es mármol tan fuerte,  
Que me resiste y me mata.  
Pero lo demás retrata,  
Y de otras cosas me advierte.

LEONELA.

Basta decir que es bien hecha,  
Limpia, conforme y igual.

CELAURO.

Es hecha de un mármol tal,  
Que ningún hierro aprovecha.  
Y el mayor mío es querer  
Hacer en esta ocasion,  
Sin ser yo Pigmaleon,  
De un mármol una mujer.

LEONELA.

Debajo del pecho izquierdo  
Tiene un lunar peregrino.

CELAURO.

Luna en cielo tan divino.  
¿Por qué no hará loco un cuerdo?  
¿Qué color tiene?

LEONELA.

Muy buena,  
Que parece en su blancura  
Como sangre en nieve pura,  
Y clavel con azucena.  
Sale un cabello sutil  
De enmedio por tanto trecho,  
Que puede dar vuelta al pecho.

CELAURO.

¡Herroso lazo!

LEONELA.

Gentil.

CELAURO.

Milagro, Leonela, fuera  
Que ese cometa de hielo  
No tuviera en ese cielo  
Rastro que muerte me diera.  
Si no es en forma de espada  
Para matarme su brazo,  
Es á lo menos de lazo,  
Y en mi cuello ejecutada.  
¿Qué haré, si en mi cielo veo  
Pronósticos de mi muerte?  
Mas yo pienso hacer de suerte  
Que ó yo muera ó mi deseo.  
Quédate aquí; que en mi mal  
Ya no hay remedio mayor  
Que pretender por traidor  
Lo que pierdo por leal.

## ESCENA VII.

LEONELA.

Menos lástima tuviera  
A tu dolor inhumano,  
Si lo que es amor, hermano,  
Libre del mismo amor viera.  
Pero tengo amor tambien,  
Y conozco tu disgusto,  
Aunque del me alegre y gusto,  
Pues me quitaste mi bien.  
Hablé á Lupercio por tí,  
Y viólo mi amado Otavio,  
Que sentido deste agravio,  
Vive quejoso de mí.  
Pero ¿quién es el que viene  
Sollozando y suspirando?

## ESCENA VIII.

ARISTO, llorando. — LEONELA.

ARISTO.

¡Triste del que vive amando!  
Galeras perpetuas tiene.  
¡Ay de mí! ¿Qué podré hacer  
Sin mi señor, solo y pobre?  
¿Cuál otro hallaré en que cobre  
Lo que en él vengo á perder?

LEONELA.

Aristo...

ARISTO.

Señora mia...

LEONELA.

¿De qué te enjugas los ojos?

ARISTO.

Porque cifra mis enojos  
Mi desventura este día.

LEONELA.

¿Dónde queda tu señor?

ARISTO.

¿Dices Otavio?

LEONELA.

¿Pues quién?

ARISTO.

Ya le ha muerto tu desden.

LEONELA.

Mejor dijeras mi amor.

ARISTO.

¿Qué amor?

LEONELA.

El que le he tenido.

ARISTO.

Bien dices, pues ya es pasado.

LEONELA.

Dime, ¿adónde queda?

ARISTO.

Ha estado

Estos días escondido,  
Y desta melancolía  
Salió de consulta hoy  
Lise a meter fraile.

LEONELA.

Estoy

Al cabo, por vida mia.

Ea, señores, á mí.

ARISTO.

Si no lo quieres creer,  
Mañana le puedes ver.

LEONELA.

¿Qué me cuentas?

ARISTO.

Lo que vi.

LEONELA.

Ea, que es cosa de risa.

ARISTO.

No, sino de llanto es;  
Que, los ojos en los piés,  
Le he visto ayudar á misa.  
Este papel me dejó  
Para que te diese.

LEONELA.

Muestra.

ARISTO.

¿Qué amor, qué amistad la nuestra!  
Sin tí, Señor, ¿que haré yo?

LEONELA.

*(Lee.)* «Ingrata, pues ya tienes otro gusto,  
»Cubra este cuerpo un hábito de paño,  
»Que en invierno y verano venga al justo,  
»Luto á mi amor y fiesta de tu engaño.

»Esto quiero que pueda mi disgusto,  
 »Y que aqueste papel, al fin de un año,  
 »Sea carta de pago y finiquito  
 »De nuestro amor.» — Bien breve viene  
 ¿Tanto ha sentido el agravio? [escrito.]

ARISTO.

Ese papel lo confirma.  
 ¿No dice Otavio la firma?

LEONELA.

Mejor fuera fray Otavio.  
 Pero ¿es de veras?

ARISTO.

Tan cierto  
 Como que contigo estoy.

LEONELA.

¡Ay, Otavio, que no soy  
 Causa deste desconcierto!  
 La culpa tuvo mi hermano,  
 Que me ha hecho hablar un hombre,  
 Y que mudándose el nombre,  
 El me requiebrase en vano,  
 Solo por amartelar  
 Una mujer con cautela.

ARISTO.

Ya no es posible, Leonela,  
 Que lo puedas remediar.

LEONELA.

¿Cómo no? Iré dando voces,  
 Y de allí le sacaré,  
 Y que es mi esposo diré.

ARISTO.

No podrás, así te goces.

LEONELA.

Pues si no, daréme muerte.

### ESCENA IX.

OTAVIO. — Dichos.

OTAVIO.

Eso no, señora mía;  
 Que solo mi amor quería  
 Ver si es el tuyo tan fuerte.

LEONELA.

¡Jesus! ¿Que no es verdad?

OTAVIO.

No.

LEONELA.

¿Cómo entraste?

OTAVIO.

Vi á tu hermano

Salir fuera.

LEONELA.

Ese tirano

Nuestro disgusto causó.

OTAVIO.

Todo lo tengo entendido.

### ESCENA X.

ALFREDO. — Dichos.

ALFREDO.

¿Es Otavio?

LEONELA.

Alfredo viene.

ALFREDO. (A Otavio.)

Mi señor que hablaros tiene.

OTAVIO.

Notable desdicha ha sido.  
 Sin duda que entrar me vió.  
 ¿Adónde queda?

ALFREDO.

En la puerta

De Fulgencia.

LEONELA.

Yo soy muerta.

OTAVIO.

No os alteréis.

LEONELA.

¿Cómo no?

Con achaque de visita  
 A Fulgencia, iré á su casa.

OTAVIO.

Cuando sepa lo que pasa,  
 Y este mi amor solicita,  
 No estará muy agraviado  
 Que entre en su casa, si ha sido  
 A título de marido.

ALFREDO.

¿No venis?

OTAVIO.

Voy.

LEONELA.

Vé á su lado.

(Vanse.)

—

Calle.

### ESCENA XI.

CELAURO.

Ya solo de mi engaño me sustento,  
 Ya no tengo mas vida que mi engaño,  
 Con este engaño mi tormento engaño;  
 Que es verdad el engaño en mi tormento.  
 Con engaño se alienta el pensamiento,  
 Engañando su mismo desengaño; [ño,  
 Y aunque este engaño ha sido por mi da-  
 El mismo engaño en engañarme siento.  
 Mas ¿qué me quejo del engaño ¡ay  
 [triste!]

Si deste engaño tengo el alma asida,  
 Engaño que de muchos me divierte?  
 Porque con este engaño se resiste  
 La fuerza del engaño de la vida,  
 Porque todo es engaño hasta la muerte.

### ESCENA XII.

ALFREDO, ARISTO, OTAVIO. — CELAURO.

ALFREDO.

Aquí está Celauro.

OTAVIO.

Aquí

Está Otavio, que ha venido  
 A ver en qué sois servido  
 De mis cosas y de mí.

CELAURO.

Apártense los criados.

OTAVIO.

Véte, Aristo.

CELAURO.

Y tú también.

(Vanse Alfredo y Aristo.)

### ESCENA XIII.

CELAURO, OTAVIO.

CELAURO.

¿Conoceisme?

OTAVIO.

Sí, y muy bien.

CELAURO.

¿Y mis padres?

OTAVIO.

Son honrados.

CELAURO.

¿No mas de honrados?

OTAVIO.

¿Qué mas?

CELAURO.

Caballeros.

OTAVIO.

Eso es menos,  
 Porque honrados dice buenos,  
 Que es punto deste compás.

CELAURO.

¿A qué entrastes en mi casa,  
 Si sabeis que honrados son,  
 Y su virtud y opinion  
 Por buena moneda pasa?  
 ¿No sabeis que vive allí  
 Una mujer que es mi hermana  
 Y su hija?

OTAVIO.

Cosa es llana

Que lo supe y que lo vi.  
 Pero así me fué forzoso  
 Para el intento que emprendo.

CELAURO.

¿Cómo así?

OTAVIO.

Porque pretendo

Servirla.

CELAURO.

¿Qué?

OTAVIO.

Soy su esposo.

CELAURO.

¿Sábenlo mis padres?

OTAVIO.

No.

CELAURO.

Pues es mal hecho.

OTAVIO.

No es,

Si lo han de saber después.

CELAURO.

¿Sin saberlo ellos ni yo!  
 Meted mano, Otavio.

OTAVIO.

Oid.

CELAURO.

No hay oír.

OTAVIO.

Eso es furor.

(Ríen.)

### ESCENA XIV.

RISELO, LUPERCIO. — Dichos.

RISELO. (Dentro.)

Celauro riñe, Señor.

LUPERCIO. (Dentro.)

Di, necio, que riñe el Cid.

(Salen Lupercio y Riso desentendiéndose.)

Fuera digo.

OTAVIO.

¿Cómo! ¿tres

Para un caballero solo?

Este es fraude, engaño y dolo.

Valdránme manos y piés. (Huye.)

### ESCENA XV.

ARISTO y ALFREDO, que salen riñendo. — CELAURO, LUPERCIO, RISELO.

ARISTO.

Tente, hombre.

ALFREDO.

Cuando riñe

El amo, es son concertado  
Para que baile el criado,  
Si es hombre que espada ciñe.

CELAURO.

Déjale, necio.

ALFREDO.

Huye, perro.

ARISTO.

¡Tantos á uno!

CELAURO.

Déjalde.

ALFREDO.

No lo llevará de balde,  
Si con esta punta cierto.

(Aristo huye.)

## ESCENA XVI.

SABINO, *que sale desenvainando.* —  
CELAURO, LUPERCIO, ALFREDO,  
RISELO.

SABINO.

¡Fuera, bellacos! ¿Qué es esto?

¡A Lupercio, mi señor!

LUPERCIO.

Ten, majadero, el furor.

¿Dónde vas tan descompuesto?

CELAURO.

Paso; no lo oiga Fulgencia.

SABINO.

De cólera estoy perdido.

RISELO.

Como Santelmo has venido,  
Acabada la pendencia.

SABINO.

¿No ha quedado por ahí  
Alguna cosa fiambre?

LUPERCIO.

Vé, necio, á matar el hambre.  
Apartaos todos de aquí.

ALFREDO.

¿Si vuelven?

LUPERCIO.

No volverán.

CELAURO.

Entráos allá.

RISELO.

A punto ponte.

SABINO.

Yo voy hecho un Rodamonte.

ALFREDO.

Yo un Rugero.

SABINO.

Yo un Roldan.

(Vanse Alfredo, Risoelo y Sabino.)

## ESCENA XVII.

CELAURO, LUPERCIO.

LUPERCIO.

¿Qué ha sido aquesto?

CELAURO.

Todo niñería.

LUPERCIO.

¿Por qué has reñido?

CELAURO.

Digo que no es nada.

LUPERCIO.

¿Nada, Celauro, y tanta pesadumbre?

CELAURO.

No es nada, á fe de caballero.

LUPERCIO.

Basta,

No lo digais; que bien sé yo que en esto  
Lo que es nada es mi amor, para que

[pueda]

Del vuestro merecer cosa tan fácil.

CELAURO.

¿Por eso os enojais?

LUPERCIO.

Pues ¿no os parece

Que es bastante ocasion para enojarme?

¿Esto se usa en amistad como esta?

En dos amigos ¿hay secreto alguno?

¿Qué os he negado yo, no de mis obras,

Que ese fuera de amor pequeño efeto,

Mas de mis pensamientos escondidos?

CELAURO.

Querido amigo, amigo mio del alma,

El negaros aquesto no procede

De poco amor ni de que soy ingrato,

Sino de ser negocio y causa vuestra.

El amigo, Lupercio, que es honrado,

A su amigo defiende con la espada,

Sin darle pesadumbre con la ofensa.

Esta os importa que yo calle.

LUPERCIO.

¡Bueno!

Tanto mas encendistes mi deseo,

Cuanto mi causa fué la defendida;

Que aunque los dos tengamos una cau-

Yo moriré si no la sé. [sa,

CELAURO.

No creo

Que puede ser, porque es de pesadum-

LUPERCIO.

[bre.

Esa es mayor.

CELAURO.

Mirad, señor Lupercio,

Que os va la honra en este desengaño.

LUPERCIO.

Y en saberlo, Celauro, está mi vida,

Mi honra, gusto y salvacion.

CELAURO.

Es cosa

Que tiemblo de decilla.

LUPERCIO.

¿Sois mi amigo?

CELAURO.

Sí soy.

LUPERCIO.

Pues ¿qué dudáis?

CELAURO.

Temo el suceso.

LUPERCIO.

¡Oh pesia tal! Sacad la daga, y dadme

Por este corazon.

CELAURO.

Ahora bien, sea;

Que mi desdicha quiso que palabras

Hiciesen la pendencia antes de tiempo;

Que yo, Lupercio, le llevaba al campo.

LUPERCIO.

No dilateis, Celauro, con rodeos

Mi muerte, mi disgusto, mi deshonra.

CELAURO.

Va de deshonra, muerte y de disgusto.

—Sabad que las mujeres en el mundo

Nacieron para ser destruccion suya;

Y que supuesto que haya muchas bue-

Virtuosas y santas, hay algunas [nas,

Ingratas en extremo al amor nuestro,

Falsas, lascivas, locas y perjuradas.

LUPERCIO.

Que no quiero preámbulos.

CELAURO.

Fulgencia...

LUPERCIO.

¡Ay, cuánto lo temí!

CELAURO.

Fulgencia, digo,  
Aunque há diez años que tratais sus co-  
La sustentais, la regalais... [sas,

LUPERCIO.

¡Ay triste!

CELAURO.

Quiere bien á este Otavio.

LUPERCIO.

Eso es quimera.

Ni en mi vida le he visto por su calle.

CELAURO.

Yo sí, de día y de noche, y aun alguna  
Le he hecho salir della á cuchilladas,  
De que es Alfredo buen testigo.

LUPERCIO.

¿Adónde

O cómo la habla?

CELAURO.

No hay cosa mas ciega  
Que un pobre amante. Basta, aquesto

LUPERCIO.

[basta.

Prosigue, buen Celauro: ya te creo.

CELAURO.

¿Habian de llamarte por ventura  
Los días ó las noches que se hablasen?

LUPERCIO.

Bien dices: ciego estoy.

CELAURO.

Yo por tu gusto,

Y temiendo el disgusto deste día,

Rogábale á este necio que dejase

Su loca pretension.

LUPERCIO.

¿Qué mas hacías?

CELAURO.

Hoy, finalmente, vi que su criado

Con un papel la hizo señas.

LUPERCIO.

¿Dónde?

CELAURO.

En la ventana.

LUPERCIO.

¡Bien!

CELAURO.

Llegué y quitésele,

Y viniendo á cobrarle el dueño infame,

Resultó la pendencia.

LUPERCIO.

El papel muestra;

Que aun viéndole no creo que es posi-

CELAURO.

[ble.

Aun no le he visto yo. (Dale un papel.)

LUPERCIO.

Celauro, escucha.

(Lee.) «Este necio de Celauro,

»Mi vida, me impide el verte;

»Mas hoy pienso con su muerte

»Gozar desta empresa el lauro.

»No llores, que es sin provecho,

»Sino procurame hablar;

»Si, por vida del lunar

»Que cubre tu blanco pecho,

»Cuyo cabello sutil

»Es lazo de mi prision.»

—No mas, no mas; señas son

De Fulgencia, infame y vil.

No leo mas sus concetos,



Bastan estas señas ya;  
Que creo que las dará  
De otros mayores secretos.  
¡Ay de mí! Verdad es todo.  
¡Notable seña! ¿Que dudo?  
Porque saberla no pudo.  
Sin gozarla, de otro modo.  
¡Ay Fulgencia! Ay enemiga!  
¿Estas tus lagrimas son?  
¡Ay de mí sana intencion!  
Ay de mi antigua fatiga!  
Ay de diez años de amor  
Con tantas persecuciones!  
Ay de mis obligaciones  
Fundadas en tanto error!  
¡Tus señas otro hombre! ¡Otro hombre!  
De aquel cabello colgado,  
En que estuve aprisionado  
Con los lieros de tu nombre!  
Tu lunar ó luna amengua  
Su viva color leonada,  
Ya de tu infamia eclipsada,  
Y menguada de tu mengua.  
¡Oh, maldiga Dios mi boca,  
Que así celebró esa luna,  
Ese lunar, si otra alguna  
Le jura, le besa y toca!  
¡Malditas mis manos sean,  
Que se dejaron atar  
De ese cabello al lunar,  
En que otras manos se emplean!  
Y mi desdicha también  
Sea maldita, enemiga,  
Pues á maldecir me obliga  
Lo que fué todo mi bien.  
¡Yo te amé, yo te adoré,  
Yo estuve engañado así!

CELAURO.

¡Oh por Dios, vuelve ya en tí!

LUPERCIO.

Tarde ó nunca volveré.

CELAURO.

¡Ves cómo fuera mejor  
Dejarte estar con tu engaño?

LUPERCIO.

No entendí que el desengaño  
Viniera con tal rigor,  
No entendí que una mujer  
Fuera tan mujer, Celauro.

CELAURO. (Ap.)

Hoy mi perdicion restauro.  
Este la ha de aborrecer.

LUPERCIO.

Quédate aquí.

CELAURO.

No, por Dios;

Que querrás ir á matar.

LUPERCIO.

Bien se puede asegurar  
Que hay una vida en los dos.

CELAURO.

Dame la palabra aquí  
De no tocarla.

LUPERCIO.

Si haré.

CELAURO.

Jura

LUPERCIO.

Por Dios y su fe.

CELAURO.

Otro juramento di.

LUPERCIO.

Pues por vida de la lumbre  
Destos ojos, que es Fulgencia.

CELAURO.

¡Juramento de conciencia!  
¿Es ironía ó costumbre?

LUPERCIO.

Es que quiero asegurar  
Tu sospecha mal nacida;  
Que jurando por su vida,  
No se la quiero quitar.

CELAURO.

Vámonos, y tu amor sella  
Con que no vamos allá.

LUPERCIO.

No podrá el alma, que está  
Abrasándose por vella.

CELAURO.

Entretenerse es mejor.  
Vamos á jugar.

LUPERCIO.

No puedo;

Que de verla tengo miedo,  
Y de no verla mayor.

CELAURO.

¿Verla?

LUPERCIO.

Impórtame infinito.

CELAURO.

¿Eso Lupercio declara?

LUPERCIO.

Quiero ver si aquella cara  
Pudo hacer este delito.

(Vase.)

## ESCENA XVIII.

CELAURO.

¿Hay entrañas de león  
Mas crueles que las mías,  
Veneno en aspides frias,  
Ni en Grecia mayor traicion?  
¿Hay mas furia en el abismo?  
No es posible; antes recelo  
Que no ha hecho cosa el cielo  
Como yo, sino yo mismo.  
Amor, ¿qué es tu pensamiento?  
Mas ¿qué te pregunto yo,  
Después que el alma te dió  
Su razon y entendimiento,  
Pues querértela pedir  
Es verme de mí distinto?  
Ya estoy en el laberinto,  
O he de salir ó morir.

(Vase.)

Sala en la casa de Lupercio

## ESCENA XIX.

FULGENCIA.

Cuánto, y con cuánta razon  
Arrogante debo estar  
Júzguelo quien supo amar  
Y tuvo satisfacion.  
Año un hombre que es espejo  
De hombres en talte y consejo,  
Con quien mil contentos gozo,  
Para mi regalo mozo,  
Y para mi honra viejo.  
Galan, discreto, aseado,  
Limpio, apacible, animoso,  
Liberal, cuerdo, alentado,  
De mi vida cuidadoso,  
Y de la suya olvidado;  
Casado, aunque de secreto  
Conmigo, que fué el efeto  
Mas alto de voluntad,  
Cuando tuvo á su amistad  
Mi entendimiento sujeto.  
Aunque ¿á cuál piedra tan dura  
Dos hijos no enternecieran  
De tan notable hermosura?  
Que bastardos nunca hicieran

Legítima mi ventura.

Cuantas hoy teneis amor,  
Tened envidia al favor  
Que el cielo en esto me ha hecho;  
Que fuera dél, no sospecho  
Que puede haberle mayor.  
Y tú, mi bien y mi dueño,  
¿Donde estás, que estás sin mí?  
Ya no te tengo en empeño,  
Ya eres mío, ya te di  
El alma en precio pequeño.  
Ven á ver aquestos ojos,  
De tu victima despojos,  
En cuyas niñas retratas  
El tallo con que me matas  
Y me das celos y enojos.

## ESCENA XX.

LUPERCIO, *tristísimo*.—FULGENCIA.

FULGENCIA.

¿Eres tú, Señor? Si, él es.  
Dame esos brazos que adoro,  
Porque en tu prision estés;  
Déjame asir el tesoro,  
De toda el alma interés;  
Que cual suele el avariento  
Del cofre cada momento  
Sacar el oro y contallo,  
No menos avaro hallo  
Contigo mi pensamiento.  
Que aunque te tengo y poseo,  
Si mil veces no te loco,  
Si mil veces no te veo,  
Pienso que te tengo en poco,  
Y que ya no te deseo.  
Eres mi tesoro, en quien  
Las armas de su hacedor  
Se ven esculpidas bien...  
— ¡Ay! ¿qué es aquesto, Señor?  
Qué enojo es este y desden?  
¿Vos el sombrero en los ojos!  
¿Vos los ojos en el suelo,  
Que estos tienen por despojos!  
Decídmelo, por Dios del cielo,  
Si teneis conmigo enojos.  
Mi bien, alma desta vida,  
¿Qué os he dicho? Qué os he hecho?  
¿No hablais?

LUPERCIO.

¡Ah, mujer fingida,

Aspid que entraste en mi pecho,  
Y estás en el alma asida!  
Sanguijuela de mi honor,  
Que en él pegada, has sacado  
Toda su sangre mejor;  
Fuego en nieve disfracado,  
Pensamiento de traidor,  
Amigo vil que te alejas  
En viendo pobreza y quejas;  
Vibora que concebí,  
Que para salir de mí  
El pecho abierto me dejás;  
Rayo que me has abrasado  
Dejando sano el vestido;  
Enemigo perdonado,  
Ingrato que me has vendido,  
Y deudo que me has negado;  
Enmascarada homicida,  
Calentura lenta asida  
Con tan tibio proceder,  
Que no se echando de ver,  
Está acabando la vida;  
Fuego secreto sin llama,  
Que nunca de abrasar cesa;  
Vil en obras, casta en fama,  
Arpia en mi alegre mesa  
Y Clitennestra en mi cama;  
Mujer de quien este ser  
Aun no quisiera tener,  
Mujer que tan mal viviste,

Que por ser mujer quisiste  
Dejar de ser mi mujer...  
—Abreviemos de razones  
Sin hablar, sin preguntar  
Causas justas ni ocasiones;  
Que esta daga ha de pasar  
Aquí tus dos corazones:  
El mío que está en el tuyo,  
Y el tuyo que está en el mío.  
Concluye; que aquí concluyo.

FULGENCIA.

Si eso es justo, señor mío,  
Matadme, aquí estoy, no huyo.  
Pero si acaso no es justo,  
Decidme vuestro disgusto...

—Mas esta réplica es fea;  
Que para que justo sea,  
Basta ser de vuestro gusto.  
Veis aquí el pecho, pasalde  
De suerte que no toqueis  
Este inocente; guardalde,  
O heridme si vos quereis,  
Y por la herida sacalde;  
Que os juro, dulce Señor,  
Que en mi vida os ofendi,  
Si no es ofensa el amor;  
Que el quereros mas que á mi  
Me obligaba á algun rigor.  
Hoy salistes de mis brazos:  
¿Por qué casos tan siniestros  
Quereis hacerlos pedazos,  
Pudiendo hacer de los vuestros  
A mi cuello estrechos lazos?  
¿Qué os han dicho, mi señor,  
Dulce bien mío y mi vida,  
Que con tanto desamor  
Me llamais vuestra homicida,  
Fe falsa y paz de traidor?  
Que de que vos me mateis,  
Que soy vuestra humilde hechura,  
Ningun agravio me haceis;  
Siento por mas desventura  
Solo el ver que me afrenteis.  
¿Queréisme lo decir?

LUPERCIO.

Calla,  
Calla, sierpe venenosa,  
Que entre la verba se halla,  
Flor de adelfa, araña en rosa,  
Con mas hierros que una malla.  
No quieras saber lo que es;  
Que no habrá muerte decente.

FULGENCIA.

Alto, Señor, si así es,  
Dejadme, como inocente,  
Que me arrodille á esos piés.  
Ya que todo se me niega,  
Que cubrais mis ojos ruega  
Con una toca mi boca;  
Pero no ha menester toca  
Mujer que ha estado tan ciega.

LUPERCIO.

¿Que cubra me persuades  
Tus ojos? ¡Oh error profundo!  
Bien saben sus liviandades,  
Que no hay ya toca en el mundo  
Con que cubrir tus maldades.  
Esa toca es que me toca  
Matarte y lavar mi honor,  
Y si á toca me provoca,  
Es para cegar á amor,  
Que esta sentencia revoca.  
Porque aunque es ciego, es de arte  
Este mi amoroso luego,  
Que para no perdonarte,  
Ha de estar dos veces ciego,  
Porque una venda no es parte.

FULGENCIA.

Tres estamos á este fiero  
Sacrificio prevenidos;

Tú con el desnudo acero,  
Hechos piedras los oídos,  
Inexorable y severo;  
Yo cual víctima inocente,  
Y el ángel que condolido  
Te está diciendo: «Detente»,  
En mis entrañas metido,  
Y á la ejecución presente.  
El te detenga, y Dios sea  
En mi guarda.

(Va él á darla con la daga y se detiene.)

LUPERCIO.

(Ap. ¿Qué temor  
Me detiene, que no vea  
La venganza de mi honor,  
Que es lo que el alma desea?  
¡Oh amor, que en tener mi acero,  
Como con alas estás,  
Eres ángel, aunque fiero!  
Basta, que pudiste mas;  
Basta; obedecerte quiero.  
Y pues que nadie ha sabido  
Que con esta estoy casado,  
¿Qué obligacion me ha corrido?  
Qué leyes me han obligado  
De las que tiene un marido?  
Alto, dejalla es mejor.)  
¡Hola, Riselo, Sabino!

## ESCENA XXI.

SABINO, RISELO. — Dichos.

RISELO.

¿Qué es lo que mandas, Señor?

LUPERCIO.

En lo que hacer determino,  
Será replicarme error:  
Porque, vive Dios, si al hecho  
Que intento replica en nada  
Alguno, aunque sin provecho,  
Que la cruz de aquesta espada  
Le sirva muriendo al pecho.

SABINO.

¿Pues, Señor, ¿qué ira es esta?

LUPERCIO.

Vaya, no haya mas respuesta.  
Traed á Estéban y á Enrique.

FULGENCIA.

Ea, nadie le replique.

SABINO. (Ap.)

Tragedia ha sidola fiesta.

(Vanse Sabino y Riselo.)

## ESCENA XXII.

LUPERCIO, FULGENCIA.

FULGENCIA.

¿Y no podré yo saber,  
Mi señor, dónde los llevan?

LUPERCIO.

Donde no los has de ver.

FULGENCIA.

¡Señor! ¡Enrique ¡ay! y Estéban!  
Partid con esta mujer.

LUPERCIO.

Ya no; que no lo eres mía.

FULGENCIA.

Mi bien, mi señor...

LUPERCIO.

Desvía.

FULGENCIA.

¿No son bienes gananciales?

LUPERCIO.

Los hijos no; celestiales,  
Que el cielo los da y envía.

FULGENCIA.

Llévao á Estéban, Señor...

LUPERCIO.

Aunque él mismo lo suplique.  
Vete, infamia de mi honor.

FULGENCIA.

Dejadme, Señor, á Enrique,  
Que me costó mas dolor.  
Dejadme, señor mío,  
Porque un retrato me quede  
De esa cara, talle y brío;  
Que este consolarme puede,  
Ya que os vais con tal desvío.

## ESCENA XXIII.

SABINO, con los dos niños. — Dichos.

SABINO.

Aquí los niños están.

LUPERCIO.

Vente conmigo.

SABINO.

Yo iré.

FULGENCIA.

Espérate y me verán;  
Que verlos yo no podré,  
Segun mis lágrimas van.  
Hijos, yo soy la mujer  
Del mundo mas desdichada.  
Vuestra madre solia ser;  
Ya soy madrastra culpada,  
Y que no os tengo de ver.  
Si acaso vivis, y acaso  
Sabeis por quién esto paso,  
Vengadme del, hijos míos.

LUPERCIO.

¿Qué notables desvarios,  
Cuando en cólera me abraso!  
Quitálos de ahí.

FULGENCIA.

¡Señor!

—Ángeles, besadme.

LUPERCIO.

Suelta.

FULGENCIA.

¿A mí con tanto rigor!

LUPERCIO.

Suelta, adúltera, resuelta  
En la infamia de mi honor.

FULGENCIA.

¡Gracias á Dios, que ya sé  
Por qué es aquesta castigo!  
¿Yo te he ofendido?

LUPERCIO.

Y no fué

Ese lunar mal testigo  
Del eclipse de tu fe.

FULGENCIA.

Pues oye.

LUPERCIO.

No hay mas que oír.

FULGENCIA.

¿Dónde vas?

LUPERCIO.

A un monte voy.

FULGENCIA.

Allá te quiero seguir.

LUPERCIO.

Mataréte.

FULGENCIA.  
Muerta estoy.  
No he de volver á morir.  
LUPERCIO.  
Vuélvete.  
FULGENCIA.  
Señor...  
LUPERCIO.  
Detente;  
Que aumentaré tu castigo.  
FULGENCIA.  
¡Hijos, hijos!  
LUPERCIO.  
¡Ah insolente!  
FULGENCIA.  
A Dios pongo por testigo  
Que estoy de culpa inocente.

## ACTO TERCERO.

Bosque cercano á un pueblo.

### ESCENA PRIMERA.

FULGENCIA.

Desesperados pasos,  
¿Dónde lleváis tan lejos de la muerte,  
Después de varios casos,  
Mi triste vida? Pues mi triste suerte,  
Si no la pone en medio,  
No puede hallar á tanto mal remedio.  
Y tú, causa de todo,  
Lupercio mío, ¿dónde vas huyendo,  
Sin advertir el modo  
Con que te van mis lágrimas siguiendo,  
Que ya mis pies se quedan  
Atrás, pues no podrán cuando mas pue-  
Cual la tigre parida, [dan?  
A quien el cazador los hijos lleva,  
Y en los hijos la vida,  
Salgo furiosa de la oculta cueva,  
Y voy al agua adonde  
Entre la tierra y mar me los esconde.  
Días há que camino  
Por este monte en busca tuya, ingrato,  
Con tanto desatino,  
Que de ninguna fiera me recato;  
Que no puede haber fiera  
Que iguale tu crueldad y tu carrera.  
¿Dónde llevas, tirano,  
Esos pedazos de mi sangre y vida,  
Si ya tu propia mano  
No ha sido de las tuyas patricida,  
Y en parte los desmembra,  
Y cual Medea por la tierra siembra?  
¡Oh qué dura venganza!  
¡Oh qué fiera de hombre nunca vista!  
Y mas que la esperanza,  
Por mas que á mis temores se resista,  
Conoce que no puedo,  
Cobrar el bien de que desierta quedo.  
Pues ¿qué tarda la muerte,  
Que no acaba una vida tan errada,  
Pues no hay cosa que acierte,  
Ni alguna en que no viva lastimada?  
Y ¿en qué tendrá esperanza  
Quien desea su mal, y aun mal no al-  
¿Posible es que no pueda, [canza?  
Ya que el dolor no pueda, el miedo  
Desta aspera arboleda [grave  
Tanto en mis tuerzas, que mi vida aca-  
¿Quién dice que es flaqueza, [he?  
Ni fué, nuestra comun naturaleza?  
¡Ay Dios! ¡qué gran ruido!  
¿Si fuese alguna fiera rigurosa  
Como la que el vestido

De Tisbe hizo pedazos animosa?  
Que no haya miedo que entre  
En otra cueva que su mismo vientre.

### ESCENA II.

BELARDO, SIRENO, FELICIO.—FUL-  
GENCIA.

BELARDO.

Par diez, que se ha de comprar  
El sayuelo y la basquiña,  
Aunque se venda la viña,  
O que no me he de casar.

FELICIO.

No digo que no, muchacho,  
Son <sup>1</sup> que sea conforme al dote.

BELARDO.

¡Oh pesar de mi capote!  
Ya decís que estoy borracho.  
¡Voto al sol y á treinta soles,  
Que han de ser los mas polidos!

FELICIO.

¿Ha de irse todo en vestidos?  
¿Somos por dicha españoles?

SIRENO.

Callad, Felicio, en buen hora,  
Dejad que su esposa vista.

FELICIO.

Que la vista y la revista;  
Que ya yo sé que la adora,  
Y también sé que merece  
La muchacha cualquier cosa;  
Que, á la fe, es limpia y hermosa.

SIRENO.

Pues si es eso, ¿qué os parece?  
¿No es justo, pese á mi sayo,  
Que se lo compre de seda?

FELICIO.

¡Ved lo que el demonio enreda!

BELARDO.

Vended mi bucy.

FELICIO.

¿Cuál?

BELARDO.

El bayo.

FELICIO.

¡Hay tal locura! ¡El bayuelo!

¿Tal alhaja has de vender

Para dar á una mujer

Una basquiña y sayuelo?

BELARDO.

Pues bien, ¿es el bucy persona?

¡La comparacion es linda!

¿No me sirve mas Lucinda,

Que cuece, guisa y jabona?

SIRENO.

Y mas si es porque te ama,

Y tú la tienes amor.

BELARDO.

¡Sí, que un bucy será mejor

Para acostalle en la cama!

Padre, caminad; que hoy quiero

Comprar sayuelo y faldilla

El mejor que halle en la villa.

FELICIO.

Tú gastas bien tu dinero.

BELARDO.

En vuestro tiempo era bien

Vestir las novias de paño.

Sabed, padre, que este año

Se muda el paño tambien.

FELICIO.

Pues bien haces si le mudas;

4 sino.

Que al tiempo que yo gozaba,  
La virtud vestida andaba,  
Y las personas desnudas.  
Ahora, por la inquietud  
Con que se alteran las vidas,  
Van las personas vestidas,  
Y desnuda la virtud.

SIRENO.

Dejáos de filosofías.

BELARDO.

Padre, padre, yo no os quiero  
Aquí para consejero.

FELICIO.

No llegarás á mis días.

BELARDO.

¿Pensáis que son muchos daños?

¡Llega á las desdichas mías,  
Que no llegue á vuestros días  
Y pase de vuestros años!

SIRENO.

¡Hola! ¿quién va por aquí?

FELICIO.

¡Ay Dios! ¿y qué puede ser?

FULGENCIA.

Soy una triste mujer,

Que por serlo me perdí.

BELARDO.

¡Válame Dios! ¿De qué suerte?

FULGENCIA.

Un hombre que me sacó  
De mi casa, me dejó  
Aquí en manos de la muerte.  
Robóme, y en la espesura  
Desta montaña quedé,  
Donde hasta ahora no hallé  
Ni el lugar ni la ventura.  
¿Cómo se llama esta aldea?

SIRENO.

La que veis es San German,  
Y por esta senda van  
A Olavia y á Claridea.

BELARDO.

Padre, ¿veis este vestido?

FELICIO.

Pues bien.

BELARDO.

Pues así ha de ser.

FELICIO.

¿Quiéreste echar á perder?

BELARDO.

No, padre, ya estoy perdido.

(Lleva á un lado á Fulgencia y la ha-  
bla aparte.)

¿Sabréisme acaso decir,  
Buena, que Dios os mantenga  
Mientras vuestro amante venga,  
Y en después hasta morir,  
Qué os costó la ropa y saya?

FULGENCIA.

¿Para qué queréis sabello?

BELARDO.

No me va tan poco en ello,  
Cuando sabido lo haya;  
Porque sabed que me caso,  
Si no lo habeis por enojo,  
Y me ha venido en antojo  
Vestir la novia de raso.  
Este buen viejo es mi padre,  
Gran hombre de mi desprecio;  
Pero sabed que es un necio  
Desde el vientre de su madre.  
Diz que de paño no exceda,  
Que la seda viste el Rey;  
Y yo con vender un bucy,  
Hago una reina de seda.



Querría saber de vos  
A qué os llega saya y ropa.

FULGENCIA.

(Ap. Mis desdichas van en popa.)  
¿Que te casas?

BELARDO.

Si, par Dios.

FULGENCIA.

¿Sabes qué es el casamiento?

BELARDO.

Un buen día, cena y baile,  
Y aun me sé que cierto fraile  
Hijo que era sacramento.  
Pero lo que fuere sea.  
Cuando el hombre tiene amor,  
Nunca escoge lo mejor;  
Que no hay ojos con que vea.  
Ya les rogaba yo allá  
Que me la diesen á cata.

FULGENCIA.

Ropa tendrás mas barata,  
Y en fin la tienes acá.

BELARDO.

¿Cómo?

FULGENCIA.

Truécame el vestido  
Por alguno de sayal.

BELARDO.

Par Dios, que sois liberal.

FULGENCIA.

Bien se ve en lo que he perdido.

BELARDO.

Venios conmigo quedito,  
Que os daré ropa y dinero;  
Que es este viejo un parlero.

FULGENCIA.

Vamos. (Ap. Hoy mi dicha imito.  
Ya no hay temor que me rinda;  
Segura podré pasar.)

BELARDO.

Pardiohbre, que ha de quedar  
Hecha una reina Lucinda.

(Vanse Fulgencia y Belardo.)

### ESCENA III.

FELICIO, SIRENO.

FELICIO.

¿Fuése aquel, Sireno?

SIRENO.

Sí,

Y se llevó la mujer.

FELICIO.

¡Verá el diablo!

SIRENO.

Es Lucifer.

FELICIO.

Así, cuando mozo, fui.  
Pero temo su salud;  
Que aunque es la dama polida,  
Así sola y bien vestida  
Arguye poca virtud.

### ESCENA IV.

GERARDO, SABINO. — Dichos.

GERARDO.

¿Qué me cuentas, Sabino?

SABINO.

Lo que oyes.

GERARDO.

¡Hay tan extraño caso!

SABINO.

Yo te juro

Que le han llorado bien aquestos ojos.

FELICIO.

Gerardo es este, el dueño de la hacienda.  
—Retirate, Sireno, entre estos árboles:  
No nos llame baldíos, como suele.

SIRENO.

Vamos; que trae pesadumbre, y creo  
Que este paje chismoso le ha traído  
Algunas travesuras de Lupercio.

(Vanse Felicio y Sireno.)

### ESCENA V.

GERARDO, SABINO.

GERARDO.

¿No me dirás la causa que fué origen  
De aquesta desventura?

SABINO.

Tu dureza.

GERARDO.

Ne te piden, Sabino, mis desdichas  
Que las resuelvas tanto.

SABINO.

Pues advierte...

GERARDO.

Prosigue las obsequias de mi muerte.

SABINO.

Después que de aquesta aldea  
Pasó Lupercio á la corte,  
Trocando en galas de hidalgo  
Las aharcas y el capote,  
Sacó el talle de la funda  
Mas gallardo, airoso y noble  
Que jamás tuvo mancebo  
De cuantos tiene el Piemonte.  
Pusieron en él los ojos  
Muchas damas; pero vióse  
Que el amor es accidente,  
Y que es gusto el que se escoge.  
De todas amó á Fulgencia,  
Que era á su gusto conforme;  
Que parece, á ser posible,  
Que las almas se conocen.  
Mujer hermosa en extremo,  
Y bien nacida, aunque pobre,  
Secreta en sus libertades,  
Y astuta en sus condiciones.  
Desde el día que Lupercio  
Comenzó á decille amores,  
Nació Lucrecia otra vez,  
Otra Porcia y Penelope.  
Comenzaron á quererse,  
Creciendo amor desde entonces,  
Tanto, que en edad de niño  
Fué gigante en sus pasiones.  
Diez veces dió vuelta Feho,  
O discurrieron diez soles  
Del Aries al Pez, y fueron  
Las lunas diez veces doce,  
Mientras preso amor le tiene;  
Que dicen que cuando coge,  
Abre una puerta de cera,  
Y cierra cuatro de bronce.  
Nacieron de aqueste trato  
Dos niños como unas flores;  
Llamanse Estéban y Enrique:  
Permita Dios que se logren.  
Lupercio viendo á los ojos  
Sus hijos y obligaciones,  
Ellos dos y dos mil ellas,  
Quiere que la deuda cobren.  
Casóse con gran secreto,  
Y cree que corresponde  
Esto á ser noble y cristiano,  
Y lo contrario se opone.

GERARDO.

¿Que se casó?

GERARDO.

SABINO.

No lo dudes.

GERARDO.

Dime lo demás.

SABINO.

Casóse,

Y vivía mas contento,  
Libre de tantos temores;  
Pero como á las espaldas  
Del bien siempre el mal se esconde,  
Y el oro de la fortuna  
Se gasta, y descubre el cobre,  
Comenzó un infame amigo  
A traellos desconformes;  
De manera que á Lupercio  
Le dijo dos mil traiciones.  
La última fué de suerte,  
Que el triste una triste noche  
Tomó sus hijos, y fuése  
Por lo oculto deste monte.  
Siguióle la triste dama;  
Mas no es posible que cobre  
Sus hijos ni su esperanza,  
Ni ellos vuelvan ni ella torne.  
Yo, que los iba siguiendo,  
Perdílos junto á la torre  
Que esta montaña atalaya,  
Dando suspiros y voces,  
Donde creo que ella ha muerto  
Por la maldad de aquel hombre,  
Y que Lupercio y sus hijos...—  
¿Lloras?

GERARDO.

¿No quieres que lllore?

Parte, Sabino, otra vez;  
Llama mi gente y pastores,  
Lleva toda aquesta aldea.  
Si no quieres que me arroje  
Desta peña en este río,  
Que de mis lágrimas corre:  
Ten lástima que estas canas  
El suelo de yerba adornen.  
¡Ay mis hijos!

SABINO.

Quiera el cielo

Que los halle, y tu los goces. (Vase.)

GERARDO.

¿Cuán mal lo que dél está  
Quieren impedir los hombres!  
Como la fortuna es vidrio,  
Cuando mas luce se rompe.  
¡Ay Lupercio! Ay hijo mío!  
Pues te llamo y no respondes,  
Ni habrá bien que no me falte,  
Ni habrá mal que no me sobre.

### ESCENA VI.

FULGENCIA, en traje de serrana. —  
GERARDO.

FULGENCIA. (Sin ver á Gerardo.)

Si á la desdicha valiera,  
Como la que yo he tenido,  
Mudar el traje y vestido  
Para que no conociera,  
¿Cuán libre della quedara  
De la manera que voy,  
Pues apenas de quién soy  
Sola una parte declaro!  
Troqué el vestido... ¡Ay de mí,  
Que hablaba sin ver que había  
Quien escucharme podía!  
¡Jesus! ¡Cortesano aquí!  
Pero este debe de ser  
El señor de aquesta hacienda.  
Aun no sé si hablarle emprendo.

GERARDO.

¿Quién sois, hija?

FULGENCIA.

Una mujer.

GERARDO.  
¿Qué buscas?  
FULGENCIA.  
Dueño, Señor;  
Que he perdido el que tenía,  
Quiza porque le servia  
Con tal cuidado y amor.  
Si vivis en esta aldea,  
Servios de mi persona,  
Que mi desdicha me abona  
Para que tiadora sea;  
Que si me desamparais,  
Segun mi tristeza es fuerte,  
Luego me dará la muerte.

GERARDO.  
¡Ay hija! ¿Tan triste estáis?

FULGENCIA.  
No tengo igual en el mundo.

GERARDO.  
Por triste quiero acogeros,  
Por consolarme de veros  
Triste en mi dolor profundo.

FULGENCIA.  
Luego ¿triste estáis?

GERARDO.  
Estoy  
Perdiendo á gran prisa el seso,  
Del daño de un mal suceso.

FULGENCIA.  
Sin duda á mi centro voy.  
¿Qué daño os ha sucedido?

GERARDO.  
He perdido un hijo honrado,  
Por no haberle yo estimado  
O no haberle merecido.  
Y porque Dios me depare  
Lo que perdi, estoy contento  
De daros acogimiento.

FULGENCIA.  
El os le traiga y ampare.  
¿Es muy pequeño?

GERARDO.  
Es ya hombre.

FULGENCIA.  
¿Cómo se pudo perder?

GERARDO.  
Por una mala mujer,  
Que tiemblo en decir su nombre.

FULGENCIA.  
¿Era en aqueste lugar?

GERARDO.  
No, hija; en la villa fué,  
Adonde yo le embarqué  
Para perderle en la mar.  
Que si aquí en aquesta sierra,  
Adonde yo lo he criado,  
Le hubiera siempre guardado,  
Menos peligros encierra.

FULGENCIA.  
¿Cómo, Señor, se llamaba?

GERARDO.  
Lupercio.  
FULGENCIA.  
¡Válame Dios!

GERARDO.  
Hija, ¿conocéisle vos?

FULGENCIA.  
Si, Señor, con él estaba.

GERARDO.  
¿Cómo?  
FULGENCIA.  
Servíle diez años  
Allí en casa de Fulgencia,  
Y eso lloro en mi conciencia.  
¡Ay, ay!

GERARDO.  
¿Sucesos extraños!  
¿Que le serviste?

FULGENCIA.  
¿Pues no?

GERARDO.  
Diz que se casó con ella.

FULGENCIA.  
Mereciase lo ella.

GERARDO.  
¡Ay hija, que le engañó!  
Pasan de seis mil ducados  
Los que de renta tenía.  
Pero contadme, hija mía,  
Sucesos tan desdichados.

FULGENCIA.  
De aquí á casa, señor mío,  
Os diré cuanto ha pasado.

GERARDO.  
Basta; que al cielo han llegado  
Los suspiros que le envío.  
Sin este consuelo os llevo  
Por prenda suya tambien.

FULGENCIA. (Ap.)  
¿Que este es padre de mi bien?  
¡Oh cielo, cuánto te debo!  
(Vanse.)

## ESCENA VII.

LUPERCIO.

Asperos montes, de tinieblas llenos  
Por resistir al sol con vuestras ramas,  
Cuevas de lobos, y leones camas,  
De sierpes, basiliscos y venenos;  
Cielo, que con relámpagos y truenos  
Su intrincada maleza desenramas,  
Y por entre estos robles y retamas  
Quieres herir los infernales senos;  
Aguas, que despeñadas de la suerte  
Que el llanto mío, vais por campos rasos;  
Que no hay estio que su yerba queme;  
Si no es este camino de la muerte,  
Decidme, ¿dónde van tan tristes pasos?  
Que quien desea morir, la vida teme.

## ESCENA VIII.

BELARDO, con el vestido de Fulgencia. — LUPERCIO.

BELARDO.  
¿Hase vido igual ventura?  
¿Que así me diese un vestido  
Tan costoso y tan polido?  
Todo este mundo es locura.  
Lucinda, que sayal viste,  
De aquesta seda se agrada,  
Y estotra, á seda enseñada,  
Quiere sayal pardo y triste.  
Esto es ya cosa entendida  
Y averiguado argumento,  
Y es que nadie está contento  
Del estado de su vida.  
¡Oh, cuál se le ha de poner  
Lucinda, aunque al viejo asombre!

LUPERCIO.  
(Ap. Quiero pedir á este hombre  
Si trae algo de comer.)  
¡Buen hombre!

BELARDO.  
¿Válgame el cielo!

¿Quién sois?  
LUPERCIO.  
Soy un peregrino.  
No temais, no hayais recelo.

BELARDO.  
¡Qué! yo no tengo temor.  
(Ap. ¿Si habrá por adónde huya?)  
Digame, por vida suya,  
¿Es ladrón ó saltador?

LUPERCIO.  
A ver aqueste vestido.

BELARDO. (Ap.)  
El me le quiere quitar.

LUPERCIO.  
¡Ay triste!

BELARDO.  
No hay que mirar;  
Que en verdad que está polido.  
Y que para no mentir,  
Para una novia se ha hecho;  
Mas viénele un poco estrecho,  
Y llévole á hacer abrir.

LUPERCIO.  
¿Quién te dió, villano, infame,  
Este vestido?

BELARDO.  
¡Ay, Señor!

Piedad.  
LUPERCIO.  
¿Qué piedad, traidor,  
Sin que tu sangre derrame?  
¿Qué se ha hecho la mujer  
A quien desnudaste?

BELARDO.  
¡Ay triste!

LUPERCIO.  
Di presto lo que la hiciste.

BELARDO.  
¿Debímelas de comer?

LUPERCIO.  
Di presto, ó aquesta espada  
Te hará otra lengua en el pecho.

BELARDO.  
Ni la desnudé, ni he hecho  
Cosa en que fuese agraviada.

LUPERCIO.  
Pues ¿cómo hubiste el vestido?

BELARDO.  
Señor, un novillo overo,  
Celoso, insufrible y fiero,  
Y de mi ganado huido,  
La mató en esta sendeja,  
Y dos pastores y yo  
Luego al punto que espiró  
La llevamos á la iglesia,  
Y á mi me cupo del hato  
Esto que veis.

LUPERCIO.  
¿Que un novillo  
La ha muerto!

BELARDO.  
Entre este tomillo  
La dió la vuelta del gato;  
Y aun en verdad que discerno  
Distintamente su mal;  
Que aquí ha de estar la señal  
Por donde la metió el cuerno.

LUPERCIO.  
Suelta, ¡maldigite Dios!<sup>4</sup>  
Villano, vil, ignorante,  
O quitateme de delante,  
Porque haré, si me replicas,  
Lo que Hércules cuando Licas  
De Deyanira su esposa  
La camisa ponzoñosa  
Le trujo y le dió en presente.

BELARDO.  
Yo me iré tan brevemente,  
Que su merced no lo vea.

<sup>4</sup> Verso suelto entre aconsonantados.



(Ap. ¿Que para tan poco sea,  
Que así me deje engañar?  
Que este se me ha de quedar  
Con mi vestido? ¡Hay tal cosa!  
¿Qué hará mi Lucinda hermosa?  
Bañará en agua el jardín,  
Rosa, clavel y jazmín  
De su rostro celestial.

LUPERCIO.

¿Hay pena y desdicha igual  
Como lo que miro y toco?

BELARDO. (Ap.)

Basta, que este, haciendo el loco,  
Se queda con el vestido.

LUPERCIO.

Villano, ¿que no eres ido?

BELARDO.

Esperad; que voy por gente. (Vase.)

## ESCENA IX.

LUPERCIO.

Trae diez, trae doce, trae veinte,  
Trae mil, trae el mundo todo,  
Porque ya yo estoy de modo  
Que no tengo qué temer.  
¡Triste! ¿Qué habemos de hacer,  
Muerta aquella que solía  
Ser alma por quien vivía  
Este espíritu cansado?  
Que aunque es verdad que afrentado  
Di en venirme como loco,  
No la he querido tan poco,  
Que aunque me agravia la olvide.  
¡Oh cielos! venganza pide  
La muerte de mi Fulgencia:  
Por eso dadme paciencia,  
O quitadme el sentimiento.  
Toro feroz y sangriento,  
Que mueras corrido en coso,  
¿Cómo mataste celoso  
A quien yo no la di muerte,  
Siendo mi celo mas fuerte,  
Y el dueño de aquella ofensa?  
¡Plega á Dios que en recompensa,  
De tu contrario vencido,  
Bramando vayas huido  
Entre esta ciega espesura!  
¡Plega á Dios que la figura  
En que eres signo del cielo,  
Caiga de su esfera al suelo,  
Y mil pedazos te haga!  
¿Qué habrá que me satisfaga,  
Cielos, Fulgencia perdida?  
¿Para qué quiero la vida?  
¿Hay alguno que la quiera?  
¿No hay un áspid, una fiera?  
Mas ¿por qué me desespero?  
¿No me agravió? Pues ¿qué quiero?  
¿Qué pretendo? ¿Qué me mata?  
¿No fué á mis obras ingrata?  
Pues ¿qué su muerte lamento?  
Mas ¡ay! que sin fundamento  
Di crédito á un falso amigo,  
Y sin parte y sin testigo  
Quise pronunciar sentencia  
Contra la humilde Fulgencia,  
Porque no pudo agravarme  
La que por solo buscarme  
Perdió la vida y la fama.  
Parece que aquesta rama  
Con sus brazos me convida  
A que me quite la vida  
Arrojando un lazo en ella.  
Perdi mi Fulgencia bella,  
Perdi juntamente el alma.  
Pero ¿qué vitoria y palma  
Saco deste mal consejo,  
Si mis tristes hijos dejo  
En esta cueva escondidos,

Adonde serán comidos  
De algun oso ó tigre fiero,  
O si aquí me desespero,  
La hambre podrá matarlos?  
Mejor será sustentarlos  
De aquestas silvestres frutas,  
Y del agua destas grutas,  
Aspera, fria y salobre,  
Pasando esta vida pobre  
En penitencia que abone  
El haber muerto á Fulgencia,  
Si puede haber penitencia  
Que mi delito perdone.

## ESCENA X.

BELARDO, FELICIO, SIRENO, OR-  
SINDO, PINARDO. — LUPERCIO.

BELARDO.

Digo que me le quitó,  
Y que con él se me va.

SIRENO.

¿No sabrémos dónde está?

BELARDO.

Entre estas ramas quedó.

ORSINDO.

Estos espesos castaños  
Un ejército cubrieran.

LUPERCIO. (Ap.)

Estos villanos se alteran  
Para aumento de mis daños.  
Quiero del monte salir  
Con mis hijos al aldea;  
Que ellos son causa que sea  
Lloy mi enemigo el morir;  
Que si hijos no tuviera,  
Que son del alma pedazos,  
O los matara en mis brazos,  
O entre sus brazos muriera. (Vase.)

## ESCENA XI.

BELARDO, FELICIO, SIRENO, OR-  
SINDO, PINARDO.

PINARDO.

¡Pardiez, Orsindo! si él era  
Salteador, no andaba á solas.  
Ya que bandera enarbolas,  
Forme escuadron tu bandera:  
No quede mozo ninguno  
En San German que no venga.

FELICIO.

Como desto aviso tenga,  
No ereo que falte alguno.  
Vendrá Peloro, Salcio,  
Nemoroso, Alfesibeo,  
Felinaro, Rosileo,  
Pán'ilo, Ergasto y Claricio,  
Que cada cual por el cuerno  
Derriba al suelo un novillo.

BELARDO.

Pardiez, que me maravillo  
De vuestro engaño y gobierno.  
Cuando este salteador  
Tenga tres hombres, es todo.

ORSINDO.

Pues andemos de ese modo  
Todo el monte al rededor  
Hasta que con él topemos.

BELARDO.

Orsindo ha dicho muy bien.  
¿Viene Pinardo?

PINARDO.

Tambien.

Seguidme todos.

ORSINDO.

Si haremos.  
(Vanse.)

Entrada de un pueblo.

## ESCENA XII.

LUPERCIO, con sus hijos.

LUPERCIO.

Reliquias de aquel ángel, que ya pisa  
Con su dorada plantita las estrellas,  
Mirando aqueste llanto con su risa,  
Y los suspiros con que llego á ellas,  
No os espanteis si os traigo tan aprisa,  
Cubriendo de agua vuestras frentes be-  
[las;]

Que no guarda mi vida mas la vuestra  
En fortuna tan áspera y siniestra.  
Hijos, estas pequeñas caserías  
Fueron de vuestro padre nacimiento.  
Aqui gocé de mis primeros dias,  
Libre del mal que en los presentes siento.  
Todas aquestas huertas eran mías,  
Y cuanto por aqui refresca el viento,  
Pues hoja sin ser mia no se mueve,  
Ni oveja arroyo destos prados bebe.  
Mi padre quiso que á la corte fuese  
Al apuntar de mi primero bozo,  
Y el cielo quiso que á Fulgencia viese,  
La madre vuestra y de mi honor destrozó;  
Y el amor quiso que á un traidor creyese,  
Libre y precipitado como mozo,  
Para perder por tan ligera cosa,  
Vosotros vuestra madre, y yo mi esposa.  
Llamemos pues, á ver si algun criado  
De los que cuando está mi padre ausente  
Guardan su casa, nos da un pan prestado  
Ó de limosna en la ocasion presente.  
Cual pródigo á sus puertas he llegado;  
Pero guardo ganado diferente;  
Que sois vosotros mis corderos tiernos,  
Quejoso de mis ásperos gobiernos.  
¡Ah de casa! Ah gente honrada!  
¡Criados de buen señor!

## ESCENA XIII.

FULGENCIA. — Dichos.

FULGENCIA. (Dentro.)

¿Quién está ahí?

LUPERCIO.

¡Qué furor!

Puerta rica al fin, cerrada.  
¡Ah Señora! ¿Habrá por dicha  
Para dos niños y un padre,  
Si acaso haber sido madre  
Os mueve á ver su desdicha,  
Algun pedazo de pan?

FULGENCIA. (Dentro.)

¿Hijos decís?

LUPERCIO.

Hijos digo  
De madre muerta.

FULGENCIA. (Dentro.)

¡Ay amigo!

¿Son los que con vos están?

LUPERCIO.

Estos, mi señora, son.

(Sale Fulgencia con un panecillo.)

FULGENCIA.

¡Cielos! ¿Qué es esto que veo?

LUPERCIO.

¡Ay Dios! ¿Si es de mi deseo  
Esta sombra ó ilusion?  
Esta ¿no es Fulgencia? ¡cielos!  
¿Cómo en casa de mi padre?

FULGENCIA.

¡Hijos de mi alma!

LOS NIÑOS.

¡Madre!



FULGENCIA.

Suelta, traidor.

LUPERCIO.

Soltarélos;

Y cree que me ha pesado  
Que sea tu vida cierta,  
Aunque creyéndote muerta  
Mil lagrimas he llorado.  
Muerta tú, pensó mi honra  
Estar soberbia y altiva;  
Pero aquí, viéndote viva,  
Vuelve a vivir mi deshonra.  
Y pues con haberte visto  
Vuelvo á ver mi deshonra,  
Vanamente con mi amor  
A tus maldades resisto.  
¿Tú con mi padre? Tú aquí?  
¿Tu viva? Tú labradora?  
¿Tu en mi casa? ¿Tu señora?  
¿Tú darme limosna á mí?  
¿Qué puede querer tu pecho  
Que agora á tu gusto cuadre,  
Sino deshonrar al padre,  
Como al hijo, infame, has hecho?  
Algun Sinón de su casa  
A ella trujo esta joya,  
Como el caballo de Troya,  
Que ya la enciende y abrasa.  
Pues tus hijos, bien ha sido  
Dartelos, para que sean  
Los soldados que pelean,  
Y de tu vientre han salido.  
Da ese pan á esas arpias,  
Que bien será de dolor;  
Podrán pelear mejor,  
Que há que no comen, tres días;  
Que yo me vuelvo, y quisiera  
Haber hallado la muerte  
Primero que hablarte y verte.

FULGENCIA.

¿Mi bien!

LUPERCIO.

Suelta.

FULGENCIA.

Espera, espera.

(Vase Lupercio apresuradamente.)

## ESCENA XIV.

FULGENCIA y sus hijos.

FULGENCIA.

¿Hay entre los fieros ceítas,  
Caribes ó lotofagos,  
Ni en los abarimos lagos  
Crueldades mas inanditas?  
¿Hay hombre que quiera mas  
Ni que se parezca menos?  
Dinie, cifra de venenos,  
¿Dónde huyes? ¿Dónde vas?  
Pero véte donde quieras,  
Cazador acobardado,  
Pues mis hijos he cobrado,  
Como tigre en tus riberas.  
Anda, aborrece á Fulgencia,  
Si te ha cansado su trato;  
Que yo te prometo, ingrato,  
Que vuelvas á la querencia.  
Huye, y déjame con ellos;  
Que ya sospecho que vas,  
Villano, volviendo atrás  
La cabeza para vellos.  
Anda pues; que si no sabes  
Quién son en esta ocasion,  
Las llaves del alma son:  
Tú volverás por las llaves.  
Hijos, pues os he cobrado,  
Buen Lupercio en vos me queda.

## ESCENA XV.

GERARDO.—FULGENCIA, sus hijos.

GERARDO.

¿Que un perdido hallar no pueda  
Quien guarda tanto ganado?  
¿Ay larga desdicha mía!  
Terencia, ¿qué haces aquí?

FULGENCIA.

A dar este pan salí  
A un pobre que lo pedía.

GERARDO.

¿Quién son estos niños?

FULGENCIA.

Son

Sus hijos, que aquí ha dejado  
Por no caminar cargado.

GERARDO.

¿Qué Benjamin y Absalon!

FULGENCIA.

Son bonitos.

GERARDO.

Como un oro.

FULGENCIA.

A esta traza eran tus nietos.

GERARDO.

Si ellos eran tan perfetos,  
Mayores pérdidas lloro.  
¿A qué va el padre á la corte?

FULGENCIA.

A ver si un deudo que tiene  
Le socorre.

GERARDO.

A tiempo viene,  
Que mas que el deudo le importe.  
Avísame, y le daré,  
Por estos niños no mas,  
Cincuenta escudos.

FULGENCIA.

Harás

Como quien eres, á fe;  
Que es hombre que ha sido rico;  
Y de un traidor confiado,  
Se va triste y desterrado:  
Yo por él te lo suplico.

GERARDO.

Mayores cosas, Terencia,  
Son las que me has de pedir.

FULGENCIA.

Y yo os tengo de servir  
De hoy mas con mas diligencia.

GERARDO.

Hija, si no pareciere  
Lupercio, quiero casarme,  
Porque no venga á heredarme  
Alguno que mal me quiere.  
Y si tengo de escoger,  
Yo no he menester dinero;  
Mi gusto, Terencia, quiero,  
Y tú has de ser mi mujer.

FULGENCIA.

Bésoos, mi señor, las manos  
Por tan singular favor;  
Pero faltame valor,  
Y son pensamientos vanos.

GERARDO.

Terencia, para mis canas  
Esa virtud y gobierno  
Tienen valor casi eterno.

FULGENCIA.

Damas habrá cortesanas  
En quien hagais eleccion.

GERARDO.

Terencia, eleccion he hecho;

Que tu noble y casto pecho  
Me ha robado el corazon.  
Tu has de mandar esta hacienda;  
Tus hijos la heredarán.

FULGENCIA. (Ap.)

No dice mal; que aquí están.

GERARDO.

Tú serás mi amada prenda.  
Voy agora á ver si hay nueva  
De aquel perdido; tú en tanto  
Guarda este secreto cuanto;  
Terencia, á mi honor se deba;  
Que tú te verás señora  
Desta casa. (Vase.)

FULGENCIA.

Dios te guarde.

## ESCENA XVI.

FULGENCIA y sus hijos.

FULGENCIA.

¿Hay mas fortunas que aguarde!  
Mas ¿de qué me quejo agora?  
Que antes me ha venido bien  
Para hacer un nuevo engaño;  
Que me ha enseñado mi daño  
A hacer engaños tambien.  
Yo quiero decir que si  
A este viejo en lo que intenta;  
Que ya se me representa  
Que engaño á Lupercio así;  
Que como en torno de casa  
Por sus hijos ha de andar,  
Oír á todos publicar  
Cómo su padre se casa;  
Y sabiendo que es connigo,  
Ha de entrar por estas puertas,  
Donde las del alma abiertas  
Acojan su dulce amigo.  
Vamos para que lo emprenda,  
Hijos, y tened consuelo;  
Que ya dice vuestro abuelo  
Que habeis de heredar su hacienda. (Vase.)

—

Bosque.

## ESCENA XVII.

SIRENO, FELICIO, PINARDO, con CELAURO, herido, ayudándole á andar, y BELARDO, con la espada.

FELICIO.

Andad, amigo.

CELAURO.

No puedo;

Que es esta herida mortal,  
Y la causa de mi mal  
La que me da mayor miedo.  
Tengo á Dios muy ofendido;  
Y así, para el mal que siento  
Os tomo por instrumento.

BELARDO.

Dad acá luego el vestido.

CELAURO.

¿Qué vestido?

BELARDO.

El que hoy aquí,  
Ruin hombre, me habeis tomado.

CELAURO.

En este punto he llegado  
De la ciudad.

SIRENO.

¿Eso sí!

Estáis cercano á la muerte,  
¿Y negais lo que es verdad?

CELAURO.

Tened, pastores, piedad  
De mi mal áspero y fuerte.  
Mirad que es grande rigor;  
Acabadme de matar.

BELARDO.

Luego ¿quereis me negar  
Que no sois el saltador?

CELAURO.

¿Yo saltador?

BELARDO.

El que agora  
Un vestido me ha robado.

CELAURO.

Soy un caballero honrado,  
Que en la ciudad vive y mora;  
Que en busca de una mujer  
Voy por el mundo perdido.

BELARDO.

Dad acá luego el vestido.

FELICIO.

Que te engañes puede ser.  
Mira bien, hijo Belardo,  
Si es él quien te lo tomó.

BELARDO.

¡Voto al sol, que me quitó  
Hasta el capotillo pardo!

CELAURO.

Mira, hermano, que te engañas;  
Que soy caballero noble.

BELARDO.

¡Oh! que os cuelguen de ese roble  
Para que perdais las mañas.

PINARDO.

Tú, ¿no sabes bien que es él?

BELARDO.

Como que vos sois Pinardo.

PINARDO.

Pues ¿qué aguardais ó qué aguardo?  
Muestra, Sireno, el cordel.

FELICIO.

No le ahorqueis, por vida mia,  
Sino atalde en esa rama.

BELARDO.

Perro, saltador de fama,  
Hoy es de tu muerte el día.  
Aquí atado quedarás,  
Donde fieras ó hambre fiera  
Te acaben.

SIRENO.

A no que quiera  
Darte el vestido.

BELARDO.

No hay mas.  
¡Voto á mi vida, Sireno,  
Que le ha de comer un lobo!  
(*Atanle á un árbol.*)

PINARDO.

Aquí pagaréis el robo,  
Saltador de engaños lleno.

FELICIO.

Harto mejor os sería  
Decir adónde teneis  
El vestido.

BELARDO.

Aquí estaréis,  
Ladron.

CELAURO.

¡Ay desdicha mia!

SIRENO.

Vámonos luego al aldea,  
Y contémoslo á nuestro amo.

FELICIO.

Camina pues.

BELARDO.

Ese ramo  
Quiero que tu horca sea.

PINARDO.

Pardiobre, con ella alinda.

SIRENO.

Y aun poco castigo ha sido.

BELARDO.

A él le mata el vestido,  
Y á mi el amor de Lucinda.

(Vanse los villanos.)

## ESCENA XVIII.

CELAURO, atado.

Fábricas de la tierra, polvo, nada,  
Vano, mortal, caduco fundamento,  
Esperanzas de viento, que en el viento  
Parais al fin, en fin de la jornada.  
Máquina de soberbia levantada  
En las alas del loco pensamiento,  
Razon dormida, ciego entendimiento,  
Señora voluntad desenfadada;  
¡Caro corazon, Faetonte pecho,  
Que cara á cara al sol miró la suya,  
Hoy nuestro laberinto se ha deshecho.  
¡Oh justo Juez! ¿quién mirará la tuya!  
Ya de la muerte llega el paso estrecho.  
Piedad, Señor; que no hay adónde huya.

## ESCENA XIX.

LUPERCIO, sin ver á CELAURO.

LUPERCIO.

¿Qué sirve huir de lo que voy siguiendo?  
¿Por qué aborrezco lo que mas adoro?  
¿Qué me finjo contento cuando lloro?  
Y ¿por qué sano si me estoy muriendo?  
¿Por qué, si soy culpado, reprehendo?  
Si pobre soy, ¿por qué desprecio el oro,  
Busco mi honor, y pierdo mi decoro,  
Y si vencido estoy, vencer pretendo?  
¿Por qué de lo que busco mas me alejo,  
Y huyo de gozarlo si lo toco? [¿No?  
Y si sé que es mi bien, ¿por qué me enga-  
Y si lo tengo ya, ¿por qué lo dejo?  
Debe de ser porque el amor es loco,  
Y cansado del bien, procura el daño.

CELAURO.

¡Ah caballero!

LUPERCIO.

¿Quién se queja?

CELAURO.

Un hombre

Casi en el mortal tránsito.

LUPERCIO.

¡Oh qué lástima!

¡Válgame Dios! ¿qué es esto?

CELAURO.

¡Cielo santo!

¿Es Lupercio?

LUPERCIO.

¿Es Celauro?

CELAURO.

Soy el mismo.

LUPERCIO.

Abrázame, querido hermano mío,  
Y dime la ocasion de tu desdicha.

CELAURO.

Desvíate de mí.

LUPERCIO.

¿Por qué, Celauro?

¿Qué tienes tú para que yo me aparte?  
Aguarda, amigo, y con aqueste lienzo  
Te limpiaré la sangre.

CELAURO.

No la limpies,  
Si no quieres beberla, aunque es mas  
[justo  
Que te venga de mí con ir corriendo  
Desde mi boca hasta tus piés.  
(*Lupercio desata á Celauro.*)

LUPERCIO.

¿Qué dices?

¿He sido por ventura yo la causa  
Destas heridas por buscarte?

CELAURO.

El cielo

Quiere que tenga vida hasta que sepas  
Cómo por causa tuya me castiga.

LUPERCIO.

¡Por causa mia!

CELAURO.

Escucha atentamente;

Que quiere Dios que la verdad te cuente.  
Sin saber que era tu esposa  
La desdichada Fulgencia,  
En ella puse los ojos,  
Y el corazon puse en ella.  
Descubriale mis descos;  
Pero su honrada vergüenza  
Me arrojó de si mas fácil  
Que el arco arroja las flechas.  
Yo, con la de amor herido,  
Con celos quise vengarla,  
Llevándote á hablar la dama,  
Que fué mi hermana Leonela.  
¡Ilice que te oyes y viese;  
Pero puse al fuego leña,  
Volviéndose contra mí  
Las mismas armas secretas.  
Después fingi lo que sabes,  
Lupercio, de Otavio y de ella;  
Otavio, que de mi hermana  
Goza, y merece sus prendas.  
Porque en su vida la vió;  
Que de la carta las señas  
Mi hermana me las contaba,  
Que fué quien durmió con ella.  
Cuando vi que te seguía  
Por estos bosques y peñas,  
Vine tras ella, pensando  
Hacer á Fulgencia fuerza.  
Pero en lo bajo que cubren  
Retamas, brezos y adellas,  
Me toparon seis villanos,  
Dijera mejor seis fieras,  
Y pidiéndome un vestido,  
Con cayados y con piedras,  
Llamándome saltador,  
Me han puesto desta manera.

LUPERCIO.

¡Ay de mí triste! Celauro,  
¿Que es posible que tú seas  
La causa desta desdicha  
Y la ocasion de las nuestras?  
¿Que tú me hiciste el engaño  
Que tanta pena me cuesta?

CELAURO.

Yo soy, Lupercio piadoso;  
Y así, mi maldad te ruega  
Desnudes aquesta espada  
Y me atravieses con ella.  
Para que, muerto á tus manos,  
Tú mismo vengues tu ofensa.

LUPERCIO.

Celauro, yo no soy hombre  
De los que en muertos se vengán,  
Sino de los que perdonan  
A quien su maldad confiesa.  
Tú has causado mi deshonra;  
Y yo tu muerte, aunque fuera  
Méjor excusarla, causo.

CELAURO.

¿Tú mi muerte? ¡Oh gloria inmensa!  
¿Cómo, Señor? ¿Cómo, amigo?  
Para que salga contenta  
El alma que te has ofendido  
En ver que á tus manos muera.

LUPERCIO.

Ese vestido, Celauro,  
Fué de la triste Fulgencia,  
Que le llevaba á la villa  
Un villano de la aldea.  
Quítese yo, pensando  
Consolarme con sus prendas,  
Y él ha juntado esta gente,  
Hijos de este monte y sierra,  
Que teniéndote por mi,  
Te han dado muerte.

CELAURO.

Yo era,  
Lupercio, el que merecía  
La muerte que ya se acerca;  
Y pues lo permite Dios,  
Llévame adonde merezca  
Decirle esta culpa y otras.

LUPERCIO.

Vén, que mis hombros te llevan.  
Dios sabe con qué piedad  
Soy de tu desdicha Enés.

CELAURO.

Eres noble; aun no conoces  
La carga infame que llevas.  
(*Vanse.*)

Sala en casa de Gerardo.

**ESCENA XX.**LEONELA, OTAVIO, *de camino*,  
Y GERARDO.

GERARDO.

De que honréis aquesta casa  
Estoy contento en extremo.

OTAVIO.

Antes enojarla temo  
Viendo lo que en ella pasa;  
Que me han dicho que os casáis,  
Y estará ocupada toda.

GERARDO.

Antes la casa y la boda  
En esta ocasión honrais;  
Porque según es secreta,  
Hacer padrinos quería  
A los que en mi casería  
Está mi hacienda sujeta,  
Que son dos viejos honrados;  
Pero, pues habeis venido,  
Seréis padrinos, que ha sido  
Ventura de mis cuidados.  
Y pues solo vais á ver  
De vuestra hacienda el agravio  
O el aumento, amigo Otavio,  
Con vuestra hermosa mujer  
Deteneos aquí dos días.

OTAVIO.

¿Qué dices, Leonela?

LEONELA.

Digo

Que obedecer tal amigo  
Son honras vuestras y mías.  
Apadrinemos su boda.

GERARDO.

¡Hola! sacadnos asientos.

**ESCENA XXI.**

FULGENCIA.—Dichos.

FULGENCIA. (*Ap.*)

¿Con qué extraños pensamientos  
Este engaño se acomoda!

LEONELA.

¿Es la novia?

FULGENCIA.

Soy, Señora,

Vuestra esclava.

OTAVIO.

¡Gran presencia!

LEONELA.

¡Fulgencia, amiga Fulgencia!

FULGENCIA. (*Ap. á Leonela.*)

Calla, mi Leonela, agora,  
Y advierte al oído...

LEONELA.

Dí.

OTAVIO.

A fe que es la novia hermosa.

GERARDO.

Sentáos, mi querida esposa,  
Y sentáos vos junto á mí.

(*Siéntanse.*)**ESCENA XXII.**

PINARDO.—Dichos.

PINARDO.

Par Dios, nuesamo, que me pesa mucho  
De traerlos acá tan tristes nuevas,  
Y en día de tan alto regocijo.

GERARDO.

¿Qué nuevas dices?

PINARDO.

Que Lupercio es muerto  
A manos de unos fieros labradores,  
Que por saltador en este monte  
Le mataron con palos y con piedras,  
Y un hombre hasta el lugar le trujo en  
[hombros.]

GERARDO.

¡Miserio yo! ¿qué escucho?

FULGENCIA.

¡Oh triste nueva!

Afuera fingimientos y disfraces,  
Afuera enredos. ¡Ay de ti, Fulgencia!  
Fulgencia soy, Lupercio fué mi esposo;  
Muerto Lupercio, ya Fulgencia es muer-  
Gerardo, ingrato padre de mi gloria, [ta.  
Esos niños que ves son nietos tuyos;  
Mira por ellos, sirveles de padre  
Mas noble que lo has sido de Lupercio,  
En tanto que el cuchillo deste estuche  
Pasa este pecho y abre puerta al alma.

GERARDO.

Tenelda, amigos. Gente de mi hacienda,  
Salid todos aquí, tenelda todos.

**ESCENA XXIII.**

PASTORES.—Dichos.

GERARDO.

Hija, ya que me falta mi Lupercio,  
No pierda yo tu alegre compañía.  
Serás mi hija, herederás mi hacienda;  
Tus hijos son mis nietos.

OTAVIO.

¡Hay desdicha

Que con esta, Leonela, se compare!  
¡Ah señora Fulgencia!

LEONELA.

¡Ah mi Fulgencia!

FULGENCIA.

[to.

Dejadme, perros; que Lupercio es muer-  
Furia soy, ya no soy Fulgencia; afuera.

GERARDO.

¡Hija de mis entrañas! no te mates.

**ESCENA XXIV.**

SABINO.—Dichos.

SABINO.

Albricias, mi señor.

GERARDO.

¡Oh mi Sabino!

¿Qué albricias puede haber, Lupercio  
[muerto]

SABINO.

Lupercio vive, y viene á toda prisa  
A remediar la culpa que cometes  
En que con su mujer quieréis casarte.

GERARDO.

¡Lupercio vive!

FULGENCIA.

¡Ay Dios!

SABINO.

Lupercio vive;

Que el herido es Celauro, y le han cura-  
Y no son las heridas de peligro. [do,

LEONELA.

¡Celauro herido! ¡Ay triste! que es mi  
[hermano.]

SABINO.

No tengais pena; que no son heridas  
De peligro, cual digo.

OTAVIO.

A verle vamos.

SABINO.

Esperad; que traerle á casa quieren.

**ESCENA XXV.**LUPERCIO, *desatinado*.—Dichos.

LUPERCIO.

Si no fueras, padre ingrato,  
Mi padre, en esta ocasion  
Tomara satisfacion  
De la maldad de tu trato.  
¿En qué ley cristiana ó mora  
Se usa que pueda ser  
Casarte con mi mujer,  
Como lo intentas ahora?

GERARDO.

¡Hijo mio!

FULGENCIA.

¡Esposo amado!

LUPERCIO.

Desvia, falsa, engañosa.

FULGENCIA.

Fué esta boda fabulosa  
Para darte algun cuidado.  
Tu padre con ignorancia,  
Y yo por traerte aquí,  
Lo habemos trazado así;  
Que no hay cosa de importancia.

GERARDO.

Destá manera ¿yo soy  
El engañado?

FULGENCIA.

Es forzoso.

GERARDO.

Pues quiero ser el quejoso;  
Que al fin de los dos lo estoy.



FULGENCIA.

No harás; que los dos aquí  
Nos echamos á tus piés  
Para que perdon nos des.

GERARDO.

¡A un viejo engañar así!

LUPERCIO.

Ea, Señor; que aquí es justo  
Adviertas si justo ha sido  
Que haya á Fulgencia querido.

GERARDO.

Hoy alabo tu buen gusto.  
Tu disculpa y mi perdon  
Llegan juntos, y las nuevas  
De tu vida.

LUPERCIO. (*A Leonela.*)

Que me debas

La de tu hermano es razon.  
Yo te contare el sucesos.

LEONELA.

Estoy, Lupercio, sin mí.

## ESCENA XXVI.

FELICIO, con LOS DOS NIÑOS. — DICHOS.

FELICIO.

Los niños están aquí.

LUPERCIO.

¡Oh, mi Enrique! dadme un beso.

GERARDO.

Suelta; que estos ya no son  
Tus hijos.

LUPERCIO.

¿Pues cuyos?

GERARDO.

Mios,

Porque no aprendan tus bríos.

LUPERCIO.

Echales tu bendicion.

GERARDO.

Desde agora los señalo  
Mil ducados de alimentos,  
Y a vos por los fingimientos,  
Dos mil, sin algun regalo.  
Doy quinientos á Sabino  
Con mi criada Armelinda.

FELICIO.

¿Y á Belardo con Lucinda?

GERARDO.

De la boda el pan y el vino;  
Que hoy es día en que restauro  
Mis hijos.

FULGENCIA.

Todos te alaban.

LUPERCIO.

Aquí, Senado, se acaban  
*Los embustes de Celauro.*



# LOS LOCOS DE VALENCIA,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DIRIGIDA AL MAESTRO SIMON XABELO.

PREGUNTA Aristóteles, doctísimo maestro, la causa por qué los hombres desean mas parecer buenos, que serlo y no lo parecer, y responde él mismo que porque *solus homo honoris est particeps*, lo que tambien dijo en los *Tópicos*; de que nace que cualquiera lo apetece; pero la naturaleza huye el trabajo. *Virtutes autem non nisi labore consequimur*. Y á este propósito trae Marco Antonio Zimara las palabras del mismo filósofo en el primero de los *Elencos*: que la naturaleza de los sofistas es desear mas parecer sabios, que serlo y no lo parecer. Notablemente cuadra con algunos arrogantes desta edad este problema, que con ingenios bárbaros, cortos estudios ó ningunos, quieren adquirir la opinion que no merecen; y pareciéndoles que los otros la consiguen, escurecen sus vigilias con sus desprecios. ¡Terrible razon de estado de la envidia, pensar que matando la opinion de los otros con improprios, suceden ellos en el mayorazgo de la fama, que no se adquiere con violencia, detraccion y envidia, sino con méritos, obras y trabajos, á quien llamó Stobeo padres de la buena fama! Fué opinion de San Gregorio, que no era perfecto en sus obras á quien contradecía la malicia de su lengua: *Nec in sermone laudabilis qui hoc quod loquitur opere non ostendit*. Mas ¿quién persuadirá á la calumnia, hará paces con la envidia, y humillará la arrogancia? Cuando Platon dijo que el hombre recibe gloria de lo que sabe, sintió la que naturalmente reconoce en sí y se sigue al virtuoso estudio, y esta jamás excedió las justas márgenes de la humildad, fundamento de la mas alta sabiduria. Ya vuesa merced, por lo que ha vivido en España y su corte, habrá conocido y visto lo que digo, y asimismo en muchos sabios y doctos desear mas serlo que parecerlo, si bien no huyendo el premio á sus desvelos, méritos y trabajos; y otros, cuya ignorancia le quiere á pesar de la razon y del conocimiento ajeno, por quien dijo el poeta toledano:

Si estuvieran contentos de si mismos,  
No murmuraran del ingenio ajeno.

Verdaderamente halló Diógenes bien la semejanza destes hombres en las armas lustrosas y doradas, pues *non similia sunt interiora exterioribus*. Si el ánimo es cobarde y la arrogante apariencia cubre la interior ignorancia, señor maestro, creamos que son locos; y á este propósito lea vuesa merced esta comedia, que tiene el mismo título, y sale á luz á la sombra de su clarísimo nombre, que en tan tiernos años solicita la espectacion de tan insignes frutos. Mas no la mire con los ojos del arte que á las antiguas, griegas y latinas, terencianas ó aristolánicas, en cuyas lenguas es tan docto como nos muestran sus escritos; de quien fuera justo que yo hiciera aquí grandes elogios; pero basta el de nuestro amigo:

Honrad, musas, á Simon,  
Que ha peregrinado á España  
Como á Sicilia Platon;

sino con la benignidad que ha mostrado siempre, honrando y defendiendo mis escritos de la calumnia de algunos que, después de imitallos, los condenan, y cuyas objeciones no sirven mas que de mostrar sus ánimos; porque *necesse est* (por opinion del filósofo) *alteram partem contradictionis esse veram*.

Capellan de vuesa merced,  
LOPE DE VEGA CARPIO.



# LOS LOCOS DE VALENCIA.

## PERSONAS.

FLORIANO.  
VALERIO.  
REINERO.  
ENIFILA.  
FEDRA.

GERARDO.  
VERINO.  
LEONATO.  
PISANO.

TOMÁS.  
MARTIN.  
LIBERTO.  
LAIDA.

BELARDO.  
CALANDRIO.  
MORDACHIO.  
LOCOS Y LOCAS.  
GENTE.

*La escena es en Valencia.*

## ACTO PRIMERO.

Arboleda á la entrada de Valencia, inmediata al hospital de locos.

### ESCENA PRIMERA.

VALERIO, FLORIANO.

FLORIANO.  
Acabo de llegar en este punto.

VALERIO.  
Por Dios, que estoy de veros, Floriano,  
Mas que vuestro color, muerto y difunto.

FLORIANO.  
¡Ah buen Valerio! dadme aquesa mano.  
En vos está mi vida.

VALERIO.  
¿De qué suerte?  
FLORIANO.  
¡Oh amigo en amistad, en sangre her-  
Yo he dado... [mano!]

VALERIO.  
Hablad.

FLORIANO.  
Yo he dado...

VALERIO.  
Decid.

FLORIANO.  
Muerte.

¿A quién?

FLORIANO.  
¿Óyenos álguien?

VALERIO.  
Nadie.

FLORIANO.  
A un hombre,  
Que por mi mal...

VALERIO.  
Decildo; ¿qué os divierte?

FLORIANO. [bre  
No os espanteis, Valerio, que me asom-  
Del mas pequeño murmurar del viento.

VALERIO. [bre.  
¿Quién es? Acabad ya, decidme el nom-  
FLORIANO.

Vendrámle tanta gente en seguimiento,  
Que es justo de mi mismo recelarme.

VALERIO.  
Mas muerto estáis que el muerto.

FLORIANO.  
Estadme atento.  
Para poder mejor asegurarme  
De las contrarias armas y violencia  
Que sin número salen á buscarme,  
Haciendo á la hambre infame resisten-  
Desde que á pié salí de Zaragoza [cia,  
Hasta que vi los muros de Valencia,  
Sin ver poblado mas que alguna choza,  
Donde cualque pastor partió conmigo  
El negro pan que en soledades goza,  
Vengo como me veis, Valerio amigo;  
Que aun no tuve lugar de ver mi casa.

VALERIO.  
Solo quiero saber vuestro enemigo.  
¿Quién es este hombre muerto?

FLORIANO.  
Si álguien pasa,  
Podráme suceder...

VALERIO.  
¿Es caballero?  
FLORIANO.  
No sé, por Dios.

VALERIO.  
¡Ah voluntad escasa!  
O no os fiais de mí como primero,  
O haceis burla de mí.

FLORIANO.  
Ya me declaro.  
Sabed que he muerto al príncipe Reine-  
VALERIO. [ro.

FLORIANO.  
¡Jesus! ¿Qué mal suceso!  
Extraño y raro.

FLORIANO.  
¡Matar un caballero humilde y pobre  
Un sucesor de un reino!

VALERIO.  
El daño es claro,  
Porque por mas industria que nos so-  
Un enemigo poderoso, es fuerza [bre,  
Que al fin del mundo á su enemigo co-  
FLORIANO. [bre.

FLORIANO.  
Si me desmaya el alma que me esfuerza,  
Que es solo vuestro amor, á quien acudo,  
En mi garganta un vil cordel se fuerza.  
Cuando me veo de favor desnudo,  
Y desprecia algunos por el vuestro,  
¡Me respondeis así!

VALERIO.  
Vuestro bien dudo,  
No porque rompa el lazo estrecho nues-  
tro  
(Que ¡ojalá que mi sangre os libertara,  
Que agora hierve en el lugar siniestro!)  
Mas porque el alma ve al temor la cara  
Tan amarilla y fea, que la obliga

A imaginar el mal que le declara.  
Hecho es en fin; no hay mas, no hay mas  
[que os diga.  
Industria vence al enemigo fuerte,  
Porque es de los peligros grande amiga.  
Mas ¿cómo ó sobre qué le distes muerte?

FLORIANO.  
Matéle en una calle de una dama,  
Donde le trajo mi contraria suerte.

VALERIO.  
La mas parte de sangre que derrama  
El hiebro que afiló nuestra malicia,  
Causa, tirano amor, tu ardiente llama.

FLORIANO.  
Con dos hombres, en forma de justicia,  
Arrodados bien, quiso matarme  
Con muestras de tiránica codicia.  
Yo entonces, por poder mejor librarme,  
En una calle angosta retiréme,  
Y allí como un leon vino á buscarme.  
Mas como aquel que ya morir no teme,  
Cruzando las espadas en estrecho,  
Tirándole un revés, arrodéleme,  
Y en ese mismo ser, caminé al pecho  
Con tal destreza entre el broquel y el  
Que allí cayó difunto. [brazo,

VALERIO.  
¡Extraño hecho!

FLORIANO.  
Presumo que la espada hasta el recazo  
Pudiera entrar, segura de la suya,  
Que por el hombre me pasó un pedazo.  
Hume, porque es bien que luego huya  
El que ha salido bien de un mal suceso;  
Aunque en contrario desto el duelo ar-  
[guya.

VALERIO.  
Vi que era él en que lloró mi exceso,  
Diciendo: «¡Ay hombre triste! ¿á quién  
[has muerto?  
Mas no eres tú, sino mi poco seso.  
Yo soy el desdichado Rei...» Y es cierto  
Que entonces desmayé de tal manera,  
Que mas que el Rei... estaba helado y  
[yerto.

VALERIO.  
Salí por una encrucijada afuera,  
Puse en la vaina la mellada espada,  
Lleña de sangre, que aun aquí me altera,  
Y antes que el alba amaneciese helada,  
Caminadas tenía nueve leguas:  
Tanto pica al temor la muerte airada.

VALERIO.  
Si fueran por el golfo de las Yeguas,  
Ó por el extendido de Narbona,  
Con el contrario me obligara á treguas;  
Mas no sé dónde esté vuestra persona  
Segura de enemigos. ¿Quién podría  
Sacaros á la mas ardiente zona?

¡Mal haya la destreza y valentía!  
 ¡Mal haya aquel valor y confianza  
 Que os puso tanta sangre y hidalguía!  
 No sé qué hiciera mas el gran Carraua,  
 A quien las armas en España deben  
 Cuanta mayor destreza el arte alcanza.  
 Mil cosas el espíritu me mueven,  
 Mil imaginaciones que fabrico  
 A remediaros mi flaqueza atreven. [co...  
 Que os quiero yo esconder, aunque soy ri-  
 No puedo contra un rey aseguráros.  
 —Todo es remedio vano cuanto aplico.  
 —Pero escuchad; que á veces son mas

[raros  
 Los primeros conceptos de la idea.  
 ¿Sabréis haceros loco y disfrazaros?

FLORIANO.

Y ¿qué me importa cuando loco sea?

VALERIO.

Oid; que habeis de haceros tan furioso,  
 Que todo el mundo por furioso os crea.  
 Tiene Valencia un hospital famoso,  
 Adonde los frenéticos se curan  
 Con gran limpieza y celo cuidadoso.  
 Si aquí vuestros peligros se aventuran,  
 Y os encerrais en una cárcel destas,  
 Creed que de la muerte os aseguran;  
 Que ¿quién ha de pensar que estáis en

[estas,  
 Ni viéndoos preso, sucio y mal tratado,  
 Con tanta paja y desventura á cuestras,  
 Creer que sois un hombre tan honrado?

FLORIANO.

¡Oh cómo decís bien! Solo eso puede  
 Un hombre redimir tan desdichado.  
 Pues dame que una vez furioso quede,  
 Que yo lo haré de suerte que os espante,  
 Si el fingimiento á la verdad excede.

VALERIO.

Para fingir os basta ser amante.

## ESCENA II.

ERÍFILA, con capotillo y sombrero;  
 LEONATO, con botas.—DICHOS.

LEONATO.

Esta, Erífila, es Valencia;  
 La puerta es esta de Cuarte;  
 Aquí dió Vénus y Marte  
 Una divina influencia.  
 Estos son sus altos muros,  
 Y aqueste el Turia, que al mar  
 Le paga en agua de azar  
 Tributo en cristales puros.  
 Aquel es el sacro Seo,  
 Y este el alto Micalete.

ERÍFILA.

Ella es tal cual la promete  
 Su grande fama al desco.  
 ¡Qué fértil!

LEONATO.

Por grande extremo.

FLORIANO. (A Valerio.)

¿Es gente de fuera?

VALERIO.

Sí;

Apartémonos de aquí.

FLORIANO.

Que no me conozcan temo.

VALERIO.

Al que es administrador  
 Podrémos ir á buscar.

(Vanse Floriano y Valerio.)

## ESCENA III.

ERÍFILA, LEONATO.

ERÍFILA.

Él es un bello lugar.

LEONATO.

Yo no le he visto mejor.

ERÍFILA.

Ventura habemos tenido

En haber llegado á él.

¿Qué hará mi padre cruel?

LEONATO.

Lo que un hidalgo ofendido.

Huir de verse en la plaza,

Por tener al vulgo miedo,

Que señala con el dedo,

Y con la lengua amenaza.

Llamaráte hija infame,

Y á mi criado traidor.

ERÍFILA.

Loca, si sabe de amor,

Te aseguro que me llame.

LEONATO.

Confieso que fué locura

Querer á tu desigual;

Pero no me trates mal

Ni agraviés á mi ventura;

Que el amor, que puso en mí

Lo que ha podido agradarte,

Hace que pueda igualarte,

Porque ya no soy quien fui.

ERÍFILA.

Ese agravio, mi Leonato,

Mio fuera, que no tuyo.

LEONATO.

De tus palabras le arguyo.

ERÍFILA.

¿Tan mal con ellas te trato?

LEONATO.

Tan mal, que muestras en ellas

Que vienes arrepentida.

ERÍFILA.

Dejas el alma y la vida,

¡Y formas agravio dellas!

Si estas dos cosas te di

Cuando á mis padres dejé,

Una palabra que hablé

¿Para qué te ofende así?

Cuanto mas que ser locura

No ofende lo que tú vales.

LEONATO.

Amor entre desiguales

Poco vale y menos dura.

Yo sé muy bien que el recato

Que muestras en mi contento

Es puro arrepentimiento.

ERÍFILA.

¿Yo arrepentida, Leonato?

¿Eres menos de lo que eras

Cuando yo el alma te di?

¿No eres mi criado?

LEONATO.

Sí.

ERÍFILA.

Pues ¿qué agravios consideras?

¿Engañáste me tú acaso

Fingiendo lo que no fuiste?

Todo lo vi.

LEONATO.

Bien lo viste:

Mas no el desprecio que paso.

No tienes por qué negar

Que no me tienes en poco.

ERÍFILA.

¿Estás loco?

LEONATO.

Estuve loco;  
 Mas no lo pude excusar.

ERÍFILA.

¿Qué tiene aqueso que ver  
 Con decir que por amarte  
 Estoy loca? ¿Es agraviarte,  
 Por quererte, enloquecer?

LEONATO.

Yo entiendo tu corazón.

ERÍFILA.

¿Quién mejor le entenderá  
 Que el mismo que en él está  
 Por amor y por razon?  
 A la fe, Leonato amigo,  
 Que esta ocasión es buscarme  
 Alguna para dejarme.

LEONATO.

Declárate mas conmigo.  
 No te canses de mi ofensa,  
 Si hay mas agravios que aguardes:  
 Tras hombre bajo y cobarde,  
 Piensa mas que digas, piensa.  
 Levántame que te dejo  
 De miedo del aire mismo.

ERÍFILA.

¿Qué furia del mismo abismo  
 Te ha dado tal mal consejo?  
 En qué, cómo ó para qué  
 Esas bajezas me dices?  
 ¿Cómo á mis ojos desdices  
 Las verdades de mi fe?  
 No pienso que hablas conmigo,  
 O que por otra me tienes.

LEONATO.

Esos ya no son desdenes,  
 Sino desgracia y castigo.  
 Háblame, Erífila, bien;  
 Que no estoy fuera de mí.

ERÍFILA.

¿Yo digo tal?

LEONATO.

Sí.

ERÍFILA.

¿Yo?

LEONATO.

Sí.

ERÍFILA.

Levántame eso tambien.

LEONATO.

Bien parece, desleal,  
 Que por hombre me has tenido  
 Vil y bajo, que no ha sido  
 A tus méritos igual.  
 Pues á tenerme el amor  
 Con que al fin me has engañado,  
 Nunca me hubieras negado  
 Lo que tú llamas honor;  
 Pues ni lágrimas ni ruegos,  
 Desiertos, ni soledades,  
 Para huir dificultades  
 Te tienen los ojos ciegos,  
 Porque á fe que si me amaras  
 Como lo sabes fingir,  
 Que no supieras decir  
 En las cosas que reparas.

ERÍFILA.

¿No sabes que eso ha nacido  
 De solo ser yo quien soy,  
 Y que esta disculpa doy  
 Mientras no eres mi marido?  
 Lo que me has de agradecer,  
 ¿Eso me quieres culpar?  
 ¿Qué mas te puedo yo dar  
 Que palabra de mujer?

Pues cuando á serlo viniera  
Después de darte este gusto,  
Siempre te diera disgusto.  
El ver que tan libre fuera;  
Que los hombres sois tan buenos,  
Que por lo que persuadís,  
En gozándolo, venís  
A tener su dueño en menos.

LEONATO.

Cuando el bien que se pretende  
De tantos méritos pasa,  
Después de gozado abraza.  
Si antes de gozado enciende.  
Y el no fiarte de mí  
No es por aquesa ocasion,  
Sino ser todo ficcion  
Cuanto me has dicho hasta aquí.  
Mira si estoy engañado  
En el presente desprecio.

ERÍFILA.

Anda ya; que estás muy necio.

LEONATO.

Bien dijeras desdichado.

ERÍFILA.

Pues ¿cómo, si te engañara,  
Y fingido amor tuviera,  
Padres y patria perdiera,  
Vida y honra aventurara?  
¿No ves tu engaño?

LEONATO.

No sé.

Mejor he visto tu engaño.

ERÍFILA.

Venir hasta un reino extraño  
Contigo, ¿es falta de fe?

LEONATO.

Ninguna cosa me agrada.  
Pienso que fué tu venida  
Mas de estar aborrecida  
Que de estar enamorada.  
Cree que estoy en lo cierto.

ERÍFILA.

¿Aborrecida, Leonato?

Ese si que es falso trato

Y desamor descubierta.

¿Yo aborrecida! ¿De qué?

Mis padres ¿no me casaban?

¿Qué imposibles lo estorbaban,

Mas que tu amor y mi fe?

¿Tan malas prendas tenía,

Que así me desconfié?

Mira, amores, que agradé

Tu alma, que es alma mía.

Deja esa tema en que das,

Y vuélveme aqueles ojos,

Si es verdad que los enojos

El amor aumentan mas.

LEONATO.

Dejemos amor, y dame

Esas joyas que guardaste

Cuando á Requena pasaste.

ERÍFILA.

Llama...

LEONATO.

¿Qué quieres que llame?

Mejor es que me las des

Antes que entre en la posada.

ERÍFILA.

¿Para qué?

LEONATO.

Para nonada.

Yo te lo diré después.

ERÍFILA.

¿Hase acabado el dinero?

LEONATO.

¿Para qué puedo pedillas?

ERÍFILA.

Pues vende aquestas manillas.

LEONATO.

Todas digo que las quiero.

ERÍFILA.

¿Todas?

LEONATO.

Todas.

ERÍFILA.

¡Ay amigo!

¿Quiéresme acaso dejar?

LEONATO.

Creo que te ha de costar

Este hablar.

ERÍFILA.

Mi bien, ¡conmigo!

Regalo mío, ¿qué es esto?

Que otro dueño hemos tenido

Las joyas y yo?

LEONATO.

No ha sido

Sino tu amor deshonesto.

Dame las joyas, infame.

ERÍFILA.

¿Infame? ¡Triste de mí!

¿Así te alientas á ti,

Marido?

LEONATO.

No me lo llame.

Déque presto, ó mataréla.

(Saca la daga.)

ERÍFILA.

¡Ay Dios! Sin duda te vas.

LEONATO.

Muéstrelas todas.

ERÍFILA.

No hay mas.

Enváinala.

LEONATO.

Envainaréla.

Déme el sombrero y capote.

(Váyasetas dando poco á poco.)

ERÍFILA.

¿Sombrero y capote, amigo?

LEONATO.

No se alborote, la digo.

ERÍFILA.

¿No quieres que me alborote?

LEONATO.

Si me replica, daréla. (Saca la daga.)

ERÍFILA.

Mi bien, ¿castigo tan grave

Por una palabra?

LEONATO.

Acabe.

ERÍFILA.

Enváinala.

LEONATO.

Envainaréla.

ERÍFILA.

Yo vi tu boca de risa,

Y vi mi fortuna en popa.

LEONATO.

Quitese agora la ropa.

ERÍFILA.

¿La ropa?

LEONATO.

Y aun la camisa.

ERÍFILA.

Espérate, quitaréla.

Pero mira...

LEONATO.

No repliques. (Saca la daga.)

ERÍFILA.

¡Ah entrañas!...

LEONATO.

No te alfeñiques.

ERÍFILA.

Enváinala.

LEONATO.

Envainaréla.

Quédese para quien es.

ERÍFILA.

Eso no. Traidor, espera.

LEONATO.

Mira que...

ERÍFILA.

Ya no me altera.

¿Qué se me da que me des?

LEONATO.

Sucita.

ERÍFILA.

¡Ah traidor, enemigo!

Aguarda.

LEONATO.

Que no hay que aguardar.

(Vase Leonato, y queda Erifila en un juboncillo y un manteo.)

#### ESCENA IV.

ERÍFILA.

Déjame al fin, de cobarde,  
Por no me llevar contigo.

¿Qué menos infame hazía

De un hombre bajo esperé?

¿Fuése el traidor? Ya se fué;

Su soledad me acompaña.

¿Triste de mí! ¿Qué he de hacer,

Sin bien y con tanto daño,

Sola y en un reino extraño,

Pobre, desnuda y mujer?

¡Buena el ladrón me dejó!

Pero gran consuelo ha sido

Robarme solo el vestido;

Que el alma no me robó.

Que si á mis padres dejé

Por un vil criado suyo,

No fué, amor, efecto tuyo;

Que á nadie en mi vida amé.

Antes fué aborrecimiento

De casarme á mi disgusto;

Porque adonde falta el gusto,

No sobra el entendimiento.

Sin consejo le perdí

Por excusar de matarme,

Y á la mar quise arrojarne,

De donde agora salí.

La nave dejó perdida,

Y el áncora de esperanza,

Entre la falsa bonanza

De aquel traidor prometida.

Desnudo entre mil enojos

Sin alma el cuerpo salí.

Con el agua que le dió,

Para que lloren mis ojos.

¿Qué he de hacer? ¡Pobre de mí!

Que en pensar adonde estoy,

A perder el seso voy,

Y el dolor me vuelve en mí.

¿Dónde iré? ¿Qué me detengo?

No es este pequeño indicio;

Mas no perderé el juicio,

Que há dias que no le tengo.

Pues ¿qué dirá quien me viere?

¡Ay Dios! gente suena ya. (Retírase.)



## ESCENA V.

VALERIO, PISANO, MARTIN y TOMÁS,  
sin ver á — ERÍFILA.

PISANO.

Pues él á mi cargo está,  
Yo he de hacer cuanto puidiere.

VALERIO.

Agora será muy presto  
Para dalle medicinas.

PISANO.

No son agora tan finas  
Como cuando esté dispuesto.  
Pero mucho habeis errado  
En no le dejar meter  
En la jaula, si ha de ser  
Cuerdo el loco aprisionado.

VALERIO.

No estando agora furioso,  
Como es la luna en contrario,  
No ha sido muy necesario;  
Si lo está, será forzoso.  
Y cuanto alegre le veis,  
Si le da malencolia,  
Se nos morirá en un día.

PISANO.

Desa suerte bien haceis.  
¿Cómo se llama?

VALERIO.

Beltran.

PISANO.

Y ¿de dónde es?

VALERIO.

De Toledo.

ERÍFILA. (Ap.)

Si estos me ven, tengo miedo  
Que por loca me tendrán.

PISANO.

Y ¿qué era su profesion?

VALERIO.

Filosofia estudiaba.

PISANO.

La flecha ¿fué desa aljaba?

VALERIO.

Y de un poco de aficion.

PISANO.

¿Eso anduvo por ahí?  
De suerte que el daño ha sido  
Entre Platon y Cupido.

VALERIO.

Cada cual pudo por sí;  
Que el estudio y el amor  
Suelen quitar el juicio.

PISANO.

Ha de ser aqueste oficio  
Templado, y no con rigor;  
Mas ¡ay del gran estudiante  
Cuando amor le toca el seso!

VALERIO.

Es de la ciencia el exceso  
Mas locura en el amante,  
Porque cuanto mas sabia,  
Tanto mas sabe penar.

PISANO.

No sé si es esto de amar  
Locura ó filosofia.  
¿Ves estos dos?

VALERIO.

Bien los veo.

PISANO.

Eran grandes estudiantes,  
Y á peligros semejantes  
Los trujo el mismo desco.

Están agora templados,  
Y en casa sirven muy bien,  
Piden limosna tambien,  
Y saben hacer mandados.  
Tomás.

TOMÁS.

Señor.

PISANO.

Ven acá.

ERÍFILA. (Ap.)

¿Iréme? ¡Triste! ¿qué haré?

PISANO.

Sois muy buen hijo.

(Regálale la cabeza.)

TOMÁS.

Si á fe;

¡Mas murió mi padre ya;  
Y pues ya no tengo padre,  
No soy hijo.

PISANO.

Y vos, Martín,

¿Sois hidalgo?

MARTIN.

Si algun ruin

No pone falta en mi madre.

PISANO.

Este da en esta hidalguia;  
Que es negocio de su tema.

MARTIN.

¿Sabeis vos si el fuego quema?

PISANO.

Yo juraré que no enfria.

MARTIN.

¡Mirá si lo jurará,  
Que quemaron á su agüelo!

PISANO.

¡Oh bellaco! Deso apelo.

TOMÁS.

¡Ox! que apela.

MARTIN.

Tarde es ya.

VALERIO.

¿Quién es aquella mujer?

TOMÁS.

Santa Tisbe en el desierto,  
Que busca á su esposo muerto.

ERÍFILA. (Ap.)

Ya me han echado de ver.  
Quiero dar voces, diciendo  
Que me robaron aquí,  
Porque se duelan de mí

Los que me fueren oyendo;

Porque así disculparé

Esta desnudez villana,

Y en la piedad valenciana

Algun remedio hallaré.

MARTIN.

¡Hola mujer! ¿tienes padre?

¿Fué bien nacido tu agüelo?

ERÍFILA.

¡Justicia de Dios del cielo

Y santa María su Madre!

¡Robarme un ladrón á mí

¡Tantas joyas y vestido!

PISANO.

A buen tiempo hemos venido.

VALERIO.

Parece loca.

ERÍFILA.

¡Ay de mí!

¿Que acabada de llegar,

Tal desgracia me suceda!

TOMÁS.

¡Ah mujer!

ERÍFILA.

¿Qué?

TOMÁS.

Estáte queda.

ERÍFILA.

¿Por qué?

TOMÁS.

Quiérote abrazar

ERÍFILA.

Desviate allá, grosero.

PISANO.

Loca es sin falta.

TOMÁS.

Llegad.

ERÍFILA.

¿No hay en el mundo piedad?

¡Ah Señor, ah caballero!

Mirad que aquí me han robado  
Por un extraño suceso.

MARTIN.

Par Dios, que si ha sido el seso,  
Que harto poco os han dejado.

ERÍFILA.

Tres mil ducados valian  
Las joyas que me robaron.

PISANO.

Este es el tema.

TOMÁS.

¿Y llevaron

La joya que pretendian?

ERÍFILA.

No, sino el diablo, que os lleve.

TOMÁS.

¡Hola, hola!

VALERIO.

Poned paz.

PISANO.

¡Ah, Tomás!

TOMÁS.

¿Sois montaraz?

MARTIN.

¿Sabe aquesta á quien se atreve?

ERÍFILA.

Pondréme agora á pensallo.

MARTIN.

Ténmela luego.

ERÍFILA.

¿A qué fin?

TOMÁS.

Dile que eres san Martín.

MARTIN.

No soy sino su caballo.

ERÍFILA.

Que no me pesara digo

El santo que dices fueras;

Que si lo fueras, partieras

Tu media capa conmigo.

¿Qué no quereis condoleros

De mi pena y desnudez?

PISANO.

Antes iréis esta vez

Donde ese bien pienso haceros.

Ea, asitda. ¿Qué aguardais?

ERÍFILA.

¡A mí! ¿Cómo ó para qué?

PISANO.

Ea pues.

ERÍFILA.

Llegad; que á fe

Que vos lleveis si llegais.

TOMÁS.

Date á prision, perra mora.

ERÍFILA.  
¿A prision? Pues ¿soy yo esclava?

PISANO.  
Asilda bien.

MARTIN.  
Date, acaba.

ERÍFILA.  
¿Así remediais quien llora?  
¿Esta piedad es la fama  
De las cosas de Valencia?

PISANO.  
Esa piedad y conciencia  
Agora en vos se derrama.

ERÍFILA.  
Pues tras haberme robado,  
¿Quieres ponerme en prision?

PISANO.  
Allá diréis el sermón  
Del tema que habeis tomado.

ERÍFILA.  
¿No fuera mejor prender  
El ladrón que me robó?

PISANO.  
¿No veis la tema en que dió  
Aquesta pobre mujer?

MARTIN.  
Ea, camina.

ERÍFILA.  
¡Ay de mí!  
¿Robarme y aprisionarme!  
(*Llévanla los dos locos en peso.*)

PISANO.  
Mañana podréis hablarme;  
Que me importa el ir aquí.

VALERIO.  
Id, Pisano, en hora buena,  
Y al buen administrador  
Le agradecer el favor  
De lo que á Beltran ordena.  
Y dejalde sin prision  
Mientras la furia le deja.

PISANO.  
Si haré; pero si se queja,  
Jaula ha de haber.

VALERIO.  
Y es razón.  
(*Vase Pisano.*)

## ESCENA VI.

VALERIO.

¡Muy buen lance echó mi suerte  
En el suceso de hoy,  
Pues desta ocasion estoy  
Casi al punto de la muerte!  
Llévate con temor no poco  
Al hospital á Floriano,  
Donde dejo un cuerdo sano,  
Y traigo un enfermo loco.  
Después que vi la mujer  
Que agora llevan de aquí,  
O todo el seso perdí,  
O no tengo qué perder.  
¡Jesus! ¡que gran perfeccion!  
Bien dicen que es accidente  
Lo que pasa fácilmente  
Por la vista al corazón.  
¿Era mujer lo que vi  
O era algun ángel del cielo?  
¿Estoy en mí? Que recelo  
Todo estoy fuera de mí.  
¿Por qué la dejé llevar,  
Pudiéndolo resistir,  
O hasta saber inquirir  
Su patria, estado y lugar?

Ya veo mi seso poco,  
Pues que mi alma no toca  
En que es loca; mas si es loca,  
¿Qué mucho que yo sea loco?  
Si el amante se transforma  
En lo amado, loco soy,  
Pues á una loca le doy  
El alma en que está su forma.  
¡Habrá caso mas extraño,  
Si aquí me vengo á perder?  
¿Quiérola volver á ver;  
Que por ventura es engaño.  
Volver quiero al hospital,  
Porque en viéndome afligir,  
O no me dejen salir,  
O allá me curen el mal.

(*Vase.*)

Patio del hospital.

## ESCENA VII.

FEDRA, LAIDA.

FEDRA.

De manera me portías,  
Que al patio en fin he bajado.

LAIDA.

Culparás mis fantasías,  
Como quien á un loco ha dado  
Prendas del cielo, aunque mías.  
Pues el administrador,  
Que es tu tío y mi señor,  
Salió ya del hospital,  
No te parezca tan mal  
Que yo te enseñe mi amor.

FEDRA.

¿Que en fin quieres bien un loco?

LAIDA.

Amor, Señora, lo es,  
Y no es amor si lo es poco.

FEDRA.

¿Cosa que por él lo estés?

LAIDA.

A velle me provoco.

FEDRA.

Pues un hombre de hoy venido  
Ya te ha quitado el sentido,  
Bien se ve que te faltó.

LAIDA.

El talle que me engañó  
Bien cuerdo me ha parecido.  
No ha sido de verle hablar  
La locura que me es fuerza,  
Sino de verle callar.

FEDRA.

Pues ¿cómo el silencio fuerza  
A querer y desear?

LAIDA.

¿No nos mueve una pintura  
Cuando es de extraña hermosura?  
Pues así me mueve á mí.  
A un marmol el alma di.

FEDRA.

Principios son de locura.  
¿A un loco mudo y de piedra  
Biste el alma!

LAIDA.

El alma di  
A una piedra, hermosa Fedra.

FEDRA.

Medrarás, ¡pobre de ti!

LAIDA.

Quien sirve á amor poco medra.

FEDRA.

¿Es furioso?

LAIDA.

Con la luna,  
Quando crezca tendrá alguna,  
Y entonces yo la tendré;  
Que va creciendo mi fe  
Con el sol de mi fortuna.

FEDRA.

Locos, en fin, sois los dos,  
El con luna y tú con sol.  
Curáos juntos.

LAIDA.

¡Plega á Dios!

FEDRA.

¿Qué nacion?

LAIDA.

Es español.—  
Amor, remediadme vos.

FEDRA.

¿Cómo español?

LAIDA.

Castellano.

FEDRA.

Tambien lo es el valenciano;  
A España tributo doy.

LAIDA.

Pues yo toledana soy,  
Porque es mi amor toledano.

## ESCENA VIII.

FLORIANO, fingiendo el loco, con su  
sayo. — DICHAS.

FLORIANO.

¿Grillos á mí! ¿por qué ó cómo?  
¿Sois vos desta casa honrada  
El discreto mayordomo?  
Seguidme pues, si os agrada;  
Veréis qué lágrimas tomo.  
Que conmigo no es bastante  
El veros hacer gigante,  
Aunque me veis pastoreillo;  
Que os daré con un ladrillo,  
Y no turrón de Alicante.

FEDRA.

¡Ay Laida! huyamos.

LAIDA.

Detente;

Que con quien le enoja es bravo,  
Y manso ordinariamente.

FLORIANO.

Aquí teneis un esclavo,  
Cuerdo, humilde y diligente.  
No os alteréis, detenéos;  
Que ni entre los indios feos  
Ni en Etiopia nací;  
El amor me trujo aquí  
Por ejemplo de deseos.  
Soy un hombre que no soy,  
Porque ser no es menester;  
Que sin ser, mejor estoy,  
Y así, disfrazo mi ser  
Porque huyendo de ser voy.  
Fui estudiante de desdichas,  
Y aprendi tantas, que dichas,  
No hay hombre mas desdichado;  
Aunque aqueste sayo ha dado  
Nuevo principio á mis dichas.  
Quise bien una mujer  
Entre discreta y hermosa,  
Libre y de buen parecer;  
Que á no ser ella piadosa,  
Yo no perdiera mi ser.  
Daba entrada á toda gente;  
Pero al mejor pretendiente  
Yo le hice de corona;  
Porque era cierta persona,  
Que se la puse en la frente.

FEDRA.

¡Ay, qué lástima tan grande.  
Laida amiga!

LAIDA.

¡Cómo si es!

FLORIANO.

Vuestra majestad me mande  
Darme sus divinos pies,  
Porque entre los aires ande;  
Que cierto que es un retrato  
De aquel serafín ingrato  
Por quien soy loco en Valencia.

FEDRA.

¡Qué linda cara y presencia!

FLORIANO.

Mucho el corazón dilato;  
Que á fe que temo por él,  
Si desembarcan fragatas,  
Verme cautivo en Argel,  
O en el río y sin zapatas,  
Entre el agua y el cordel.  
Mirad que os digo verdades;  
No me descubrais ninguna.

LAIDA.

Ya temo qué dél te agradezcas.

FEDRA.

¡Quién fuera, Laida, la luna  
Destas locas voluntades!

LAIDA.

¿Luego ya te pagas dellas?

FEDRA.

Solo quisiera crecellas  
En el punto que esta veo.

LAIDA.

¿Qué vale un loco deseo?

FEDRA.

Asegura de perdellas.

LAIDA.

Celos me dan tus razones.

FEDRA.

Como estás loca, los tienes.

FLORIANO.

Para celosas pasiones,  
Ponerse aceite en las sienas  
Y darse de mojicones;  
O si no, sangre caliente  
De murciégalo en la frente;  
Que si á quitar pelos vale,  
También lo que en ella sale  
Con el celoso accidente;  
Y si los celos son cuernos,  
¿Quién hay que dellos se escape?  
¡Vive amor, que son eternos,  
Por mas que Pan se los tape  
Con hojas de álamos tiernos!  
Esto del celoso abismo  
Ya ha pasado por mi mismo:  
Oid; que de cuernos tales  
Y de celos desiguales  
Quiero hacer un silogismo.  
Todo hombre que ama es celoso;  
Todo celoso los tiene,  
Porque es al temor forzoso,  
Pues de imaginarlos viene  
Aquel efecto enojoso;  
Que de obra ó pensamiento,  
Es hacer torres de viento  
Pensar que nadie se guarda,  
Si bien hay silla y albarda  
De menos ó mas tormento;  
Que una cosa es el temer,  
El que tiene posesion,  
Lo que puede suceder,  
Y diferente ocasion  
Ser caso de padecer.

FEDRA.

Extraños discursos hace.  
Sin duda, Laida, que nace  
De su claro entendimiento.

FLORIANO.

¿Quereisme dar un contento  
Con que *requiescat in pace*?

FEDRA.

¿Cómo así?

FLORIANO.

Dadme esa cinta.

Que de Apuleyo animal,  
Las mismas rosas me pinta;  
Quizá será de mi mal  
La medicina sucinta;  
Será el antidoto solo  
Deste mal, y vos mi Apolo,  
A quien deba mi salud.

FEDRA.

¿Que tendrá tanta virtud?

FLORIANO.

Será mi norte y mi polo.

LAIDA.

Mejor es esta encarnada.

FLORIANO.

¿Quién en mi mal os desvela,  
La bella malmaridada?  
Pido azúcar y canela,  
¡Y daisme paja y cebada!

LAIDA.

Siempre tuve este recelo.

FLORIANO.

A los recelos decildes  
Que no levanten el vuelo,  
Porque son alas humildes  
Para volar á mi cielo.

FEDRA.

Esta es mejor, porque es verde.

(Dale una cinta.)

FLORIANO.

Sí, porque tal esperanza  
En ningún tiempo se pierde.  
Quiero hacer una mudanza  
Que de la vuestra me acuerde.

FEDRA.

¿Cómo? ¿Del pasado amor?

FLORIANO.

De danzar diréis mejor.  
Entendeldo allá no mas.

LAIDA.

Di tú que loca no estás.

FEDRA.

Calla, Laida, que es error.  
Estoyme aquí entreteniendo,  
Y porque no se enfurezca,  
Mil disparates sufriendo.

FLORIANO. (Ap.)

Temo que bien me parezca.  
Porque sé que á Celia ofendo.  
Aunque ya, Celia cruel,  
Pues te pudiste trocar,  
Podrá mi pecho fiel.

FEDRA.

Gente suena. ¿Hanme de hallar  
Sola aquí, Laida, con él?

LAIDA.

No, Señora; salte presto.  
Subamos al corredor;  
Que no es pensamiento honesto.

(Vanse las dos.)

FLORIANO.

¡Con qué noche de dolor  
Tan bello sol se me ha puesto!

Acordáos alla de mí,  
Si algun rato estáis ociosa.

## ESCENA IX.

PISANO, TOMÁS, y MARTIN, con ERÍFILA, *asida*. — FLORIANO.

ERÍFILA.

¿Por qué me tratais así?

PISANO.

Estáte queda, furiosa.

ERÍFILA.

No lo soy; que ya lo fui.

TOMÁS.

Ya está en casa la hechicera.  
Pague la patente.

MARTIN.

Pague.

ERÍFILA.

¡Presá á mi desta manera!

MARTIN.

No es bien que la ley se estrague.  
Pague luego.

TOMÁS.

Pague ó muera.

FLORIANO.

¿Qué gente?

MARTIN.

Gente de paz.

TOMÁS.

¿Qué os mete á vos en eso?

ERÍFILA. (Ap.)

Ya soy de seso incapaz;  
Que en lugar donde no hay seso  
Es la opinion pertinaz.  
Alto; yo quiero ser loca,  
Pues ya no hay otro remedio,  
Aunque la causa no es poca,  
Y este furor viva en medio  
Del daño que me provoca.

PISANO.

Quédese aquí mientras vengo,  
Y guardáos de hacella mal. (Vase.)

## ESCENA X.

FLORIANO, ERÍFILA, MARTIN,  
TOMÁS.

FLORIANO. (Ap.)

¿Qué es lo que á mis ojos tengo?  
Para un rayo celestial  
Del sol la vista prevengo.  
¡Oh peregrina belleza,  
Pobreza de mi ventura,  
Y de los cielos riqueza,  
Corona de la hermosura,  
Bien de la naturaleza!  
¿Estoy conmigo ó sin mí?

TOMÁS.

Pague luego.

MARTIN.

Paga aquí.

ERÍFILA.

¿Qué he de pagar?

TOMÁS.

La patente.

ERÍFILA.

No la tengo.

FLORIANO.

¡Ah buena gente!

MARTIN.

¿Hablaís con nosotros?



FLORIANO.

Sí.

¿Qué es lo que pedis?

TOMÁS.

La entrada.

FLORIANO.

Por ella la pagaré,  
Si esta sortija es agrada.

MARTÍN.

Muestra, á ver.

TOMÁS.

Buena es á fe.

MARTÍN.

¿Va empeñada ó rematada?

FLORIANO.

Como os diere mas contento.

TOMÁS.

Vivas mil años, amén.

MARTÍN.

Avisa á todo el convento  
Que hoy hay fruta de sarten  
Y almojabanas de viento.

TOMÁS.

Por mi fe, que hay brava gira.  
(Vanse Martín y Tomás.)

## ESCENA XI.

FLORIANO, ERÍFILA.

ERÍFILA.

¡Ay Dios! ¿qué tiene este loco,  
Que tan suspenso me mira?

FLORIANO.

Yo lo fuera, á mirar poco  
Lo que cielo y tierra admira.  
(Ap. ¡Ay de mí! que me destruyo,  
Si la pienso hablar sin seso.)

ERÍFILA. (Ap.)

¿En qué pienso, que no huyo?  
El miedo yo le confieso,  
Mas el detenerme es suyo.  
¿Qué buena presencia y talle!  
¡Oh tenor! déjame hablalle,  
O déjame ir, voluntad.

FLORIANO. (Ap.)

¡Divina, hermosa beldad!  
¡Habla amor, la lengua calle.

ERÍFILA. (Ap.)

¡Extraña manera de hombre!  
¿Que tanto bien te dió el cielo  
Con tal censo?

FLORIANO. (Ap.)

El mundo asombre  
Ver la hermosura del suelo  
Abatida con tal nombre.  
¿Que de tan alta hermosura  
Fuese pension to locura!

ERÍFILA. (Ap.)

¿Que á tan perfecto edificio  
Falte el mas divino oficio  
Que adornó su compostura!

FLORIANO. (Ap.)

¿Que en tan hermoso aposento  
No haya mas de voluntad,  
Y que falte entendimiento!  
¡Oh mármol de gran beldad  
Sin agente entendimiento!  
Oh imagen bella y notable  
De todo el mundo universo,  
Corruptible y generable!  
Oh cuerpo en algo diverso  
Del otro mundo, admirable!  
En dos partes de las tres  
Conformine á los otros es;  
Mas en la parte tercera,

Que es cifra del alta esfera,  
El cielo os puso á los piés.  
Si son el entendimiento,  
El alma y divinidad  
Sus grados y fundamento,  
De fuera está la beldad  
Y vacío el aposento.

ERÍFILA. (Ap.)

Este loco desdichado  
Es como un vaso dorado  
Que está lleno de veneno,  
Pudiéndole tener lleno  
Licor aromatizado.  
Pero con todo, confieso  
Que sin seso me podría  
Quitar gran parte del seso.

FLORIANO. (Ap.)

Dichosa prision la mía,  
Si el mismo amor está preso.  
Ya es esto darle sospecha.

ERÍFILA. (Ap.)

Quizá de verme parada,  
Que me da gusto sospecha.

FLORIANO. (Ap.)

¿Qué aljaba tan aluada  
Te dió, amor, aquesta flecha?  
¿En qué, loco pensamiento,  
Templaste la punta de oro?

ERÍFILA. (Ap.)

Será hablalle atrevimiento.

FLORIANO. (Ap.)

¡Oh loca á quien cuerdo adoro,  
Que solo es loco el tormento!  
Si á mí me estuviera bien  
Que supieras que soy cuerdo,  
Quizá me quisieras bien.

ERÍFILA.

(Ap. Como de un sueño recuerdo,  
Y vuelvo á dormir también.  
¿Soy yo la que de Leonato  
Fui engañada, y sin recato  
Padres y patria dejé,  
Y arrepentida llore  
La bajeza de su trato?  
Pues ¿qué es lo que pienso aquí?  
¿Quien me trujo, ó cómo vine  
Á estar tan fuera de mí?  
¿Que un hombre loco me incline  
Casi á llevarme tras sí!  
¿En qué pienso? ¿Qué imagino?  
Sin duda que con razon  
Por otro igual desatino  
Me han traído á esta prision  
En que á ser loca me inclino.  
¿Qué dudo? ¿Qué estoy pensando?)  
Loca soy.

FLORIANO.

(Ap. Ya está eclipsando  
Las dos estrellas su furia.)  
¡Ay! no hagas tal injuria  
Al sol, que te está mirando.

ERÍFILA.

Loca soy, loca en efeto.

FLORIANO.

Cielo, estad sereno un poco.

ERÍFILA.

¿Por mi fe, que estáis discreto!

FLORIANO.

No estoy sino, en verte, loco,  
Y serlo de hoy mas prometo.

ERÍFILA.

Afuera, afuera.

FLORIANO. (Ap.)

¿Qué aguardo?  
Estando loco mir bien,  
¿Para qué el sentido guardo?

ERÍFILA.

Ea, dénneme un palatren;  
Que me aguarda Mandricardo.

FLORIANO.

Dénme á mi caballo y lanza,  
Y un vestido de mudanza  
Hecho de todas colores,  
(Ap. Pues dejó viejos amores,  
Por una nueva esperanza.)

ERÍFILA.

Tenme tú de aquese estribo.

FLORIANO.

¿Y cómo si te terdré!  
Que eres alma por quien vivo.

ERÍFILA.

¡Oh ladron! ¿muerdésme el pié?

FLORIANO.

Ladron no; que soy cautivo.

ERÍFILA.

¿Sabes que soy Doralice?

FLORIANO.

Tu hermosura me lo dice.  
¿Seré yo tu Mandricardo?

ERÍFILA.

De aquese sí me acobardo,  
Aunque dél me satisfice.  
El otro tenia seso;  
No puede ser que tú seas.

FLORIANO.

Que me falta te confieso;  
Pero cuando el alma veas,  
Verás un notable exceso.

ERÍFILA.

Pregúntale á mí escudero  
Si ha venido aquí Rugero.

FLORIANO.

Aquí dice que llegó,  
Y un poco de agua pidió  
En casa de un zapatero.

ERÍFILA.

¿Cómo te llamas?

FLORIANO.

Beltran.

ERÍFILA.

Pues ¿no eras tú don Roldan?

FLORIANO.

Y como dello te goce,  
Hoy seré todos les doce  
Que á una mesa comen pan.

ERÍFILA.

¿Conoces á Calainos?

FLORIANO.

Y fui mil veces con él  
A caza de golondrinos.

ERÍFILA.

¿Y á Sansoneto?

FLORIANO.

Y á Urgel,  
Gran comedor de pepinos.

ERÍFILA.

Era gente muy honrada.

FLORIANO.

Pues ¿digote yo que no?

ERÍFILA. (Ap.)

¿Cómo este loco me agrada?  
¿O está en seso, ó estoy yo  
De mi seso enajenada.

FLORIANO.

(Ap. Parece que ha conocido  
Que no me falta sentido.  
Cumpleme disimular.)  
Quiero salir á cazar;

¿Hanme caballos traído,  
Los braquetes y sabuesos,  
Halcones y baharies?

ERÍFILA.

Perros en trailla presos,  
Y en pigüelas los neblies.

FLORIANO.

Pues échénles sendos huesos;  
Que quiero volar en tin,  
Si hay azor, un francolin.

ERÍFILA.

¡Malos años y mal mes!  
Dénme el hilo portugués;  
Que quiero hacer un garbín.

## ESCENA XII.

PISANO.—Dichos.

PISANO.

Ya está, Señora, vuestra saya á panto:  
Entráos acá; que quiero que se os prue-  
Y vos, Beltran, no os alleguéis á ella; [be.  
Que sois muy gentilhomme y atrevido,  
Y donde no gobierna entendimiento,  
Tiene mucho lugar el apetito.

ERÍFILA.

¿Qué os viene deso á vos, barba de he-  
FLORIANO. [reje?

¿Qué os viene deso á vos, cresta de gallo?

PISANO.

¿Ya me le defendéis? Huélgome dello;  
Que no os veréis con él hasta la fiesta  
De los benditos niños inocentes.

ERÍFILA.

¡Mal año para vos! que yo soy libre,  
Y puedo hacer de mí capote un trasgo  
Y de mi corazón unas alforjas.

PISANO.

Entrá, acabad.

ERÍFILA.

Adios, hermoso loco.

FLORIANO.

Diviua loca, adios.

PISANO.

Poquito á peco.

(*Llévase á Erífila.*)

## ESCENA XIII.

FLORIANO.

Véte despacio, pensamiento mio;  
Que como otros se pierden por el viento,  
Por el mas bajo y áspero elemento,  
A su pesar de la razon te guio.

Tu vas donde te lleva el albedrío  
Con fuerza de un primero movimiento,  
Y yo lloro con cuerdo entendimiento  
Las ansias de tu loco desvario.

No me aventuras á tan loca empresa,  
Pues no hay contento que esperar de un  
[loco.

Cuando á faltar entre los cuerdos viene.

Pesa tu daño, y tu provecho pesa:  
Déjame en paz; que no es razon tampoco  
Perder el seso por quien no le tiene.

## ESCENA XIV.

VALERIO.—FLORIANO.

VALERIO.

No me agradezcas ni á fineza tengas  
Que tan aprisa tus visitas haga,  
Pues vengo agora con negocio propio,

Y no, amigo, negocio como quiera,  
Sino en que estriba de mi alma y vida  
El gusto y la salud que me desaeas.

FLORIANO.

¿Qué es esto, buen Valerio? Hase sabi-  
Que estoy por dicha en esta cárcel loco?  
¿Hay alguna desdicha en mi suceso?

VALERIO.

Yo soy, Floriano, el loco; yo soy loco;  
Que tu con solo el hábito que tienes,  
Haces oficio de sagaz y cuerdo.  
No se sabe hasta agora cosa tuya,  
Ni se sabrá tampoco, si los cielos  
No se conjuran en tu daño y mio.

FLORIANO.

Pues ¿qué es esto, Valerio? Qué suceso  
Puede alterar tu cuerda compostura?  
¿Quién mudó tu color? Quién ha vencido  
Tu raro entendimiento, y ha trocado  
De su lugar la corazon y el mio?

VALERIO.

¿No trujeron agora aquí una loca  
Mas hermosa que el órden de los cielos,  
Que los planetas y los elementos,  
Y que todo lo que es mortal criatura?

FLORIANO.

¿Es cosa tuya, dime, aquella loca?

VALERIO.

No es cosa mía; pero yo soy suyo.

FLORIANO.

Espera, vén conmigo á aquella sala,  
Que está desocupada y tiene asientos,  
Y dirásme despacio tu suceso.

VALERIO.

¡Ay Dios!

FLORIANO.

¿Suspiras?

VALERIO.

¡Bueno! Pierdo el seso.

## ACTO SEGUNDO.

## ESCENA PRIMERA.

FLORIANO.

Cansada estar pudiera la fortuna  
De los muchos agravios que me ha he-  
Dejando ya sin resistencia alguna [cho,  
Las llacas fuerzas de mi débil pecho.  
Jamás que nuestro ruego la importuna  
Dará sin muchos daños el provecho:  
Libróme de la muerte, y de tal suerte,  
Que agora estoy mas cerca de la muerte.

Yo vi los bellos y divinos ojos,  
Por donde amor vertió locura y fuego,  
Y como mariposa, mis despojos  
A su amorosa lumbre arderse luego;  
Y cuando me bastaran los enojos  
De mi fiero mortal desasosiego,

Quieren mis hados que el mayor amigo  
Sirva por instrumento á mi castigo.

Valerio, que es de todo mi secreto  
Archivo, amparo, defensor y asilo,  
Por esta loca, por el mismo efeto,  
Signe de amor el amoroso estilo,  
Y dice que le pone en tanto aprieto,  
Que su curso vital cuelga de un hilo,  
Y que la ha de gozar, ó cuerda ó loca;  
Que amor ha menester cordura poca.

Para esto dice que pedilla quiere,  
A título de que es parienta suya;  
Porque con el honor que se requiere  
A su primero ser la restituía.

¡Oh amor, en qué peligros vive y muere  
Quien una vez probó la fuerza tuya!  
Déjame con mi loca, ó loco ó cuerdo;  
Que entonces seré loco si la pierdo.

## ESCENA II.

FEDRA, sin ver á—FLORIANO.

FEDRA. (*Para sí.*)

Acá me vengo á buscar  
Si hay quien dé señas de mí;  
Que dicen que me perdi  
En este mismo lugar.  
Y no es poco que me acuerde  
De quien vivo y por quien muero;  
Que menos memoria espero  
Adonde el seso se pierde.  
Con tan extraño tormento  
El amor me ha combatido,  
Que ya no tengo sentido,  
Sino solo sentimiento.  
De mi locura me espanto;  
Que de oidas, aunque poco,  
Creí que amor era loco,  
Mas no que lo fuese tanto.  
Por sus dolores secretos  
Conozco ya su rigor:  
¿Qué ha de dar un loco amor  
Sino tan locos efetos?  
Un loco, y por otra loco,  
Que es menos obligacion,  
Me ha hecho camaleon  
Cuando sus colores toco.  
No sé qué tiene ¡ay de mí!  
Que hechiza cualquier cordura.  
Mas ¡ay! ¿qué mayor locura  
Que no ver que estaba aquí?

FLORIANO. (*Ap.*)

Ya que desta he de guardarme,  
Y conozco su intencion,  
Quiero, huyendo su pasion,  
Con mi pasion remediarme.  
Fingiréme menos cuerdo  
De lo que otras veces fui.

FEDRA. (*Ap.*)

Por un loco estoy sin mí.  
¿Qué injustamente me pierdo!

FLORIANO.

¿Habeis visto por allá  
Una cosa que perdi?

FEDRA.

Y ¿tú no me has visto á mí,  
Que ando en pena por acá?

FLORIANO.

Hermana, si andais en pena,  
Muy cierta tendréis la gloria.

FEDRA.

¡Oh palabra de vitoria,  
De grandes misterios llena!

FLORIANO.

¡Oh sabrosa berengena,  
Membrillos y zanahoria,  
Que echó en arroyo de Coria  
El poeta Juan de Mena!

FEDRA. (*Ap.*)

¿Qué presto le vuelve el seso  
El furioso frenesi!

FLORIANO.

¿Sabeis desto que perdi,  
Y os daré en hallazgo un queso?

FEDRA.

¡Pluguiera á Dios que supiera,  
Como sé lo que has perdido,  
Adónde está tu sentido,  
Porque yo te lo trujera!

FLORIANO.

¿Haceislo por las albricias?  
¡Oh hi de pucha golosa!  
A ser vos la mas hermosa,  
Yo os dijera mis malicias.

FEDRA.

Pues esa que tú querías,  
¿Tiene mas merecimientos?

FLORIANO.

Tiene de nieve y pimientos  
Los dientes y las encías.  
Queríala, y aun la quiero,  
Que así digo mas verdad,  
Porque es de mi calidad  
Y muere del mal que muero.

FEDRA.

¿Por ella, loco, en efeto,  
Lo que te falta has perdido?

FLORIANO.

Cuando allí pierdo el sentido  
Soy en extremo discreto.  
Mas no es lo que busco eso;  
Otra cosa me ha faltado;  
Que á fe que es bien empleado  
Perder bien perdido el seso.  
¿Veisme con aquestos trapos?  
Pues perdi.

FEDRA.

¿Qué, por mi vida?

FLORIANO.

Una horrica parida  
Con una toca de paños.

FEDRA. (Ap.)

¿Que esto no desencanore,  
Sino que obligue á desco?

FLORIANO.

Hace el no seros muy fco  
Que mi esperanza mejore;  
Que si bien os parecí,  
Siendo tan cuerda mujer,  
Bien lo puedo parecer  
A quien me parece á mí.

FEDRA.

¿Qué lindo ingenio tendria  
Por la beldad natural,  
Si curase deste mal!

FLORIANO.

¿Ya hablais en filosofia?  
Y aun teneis mucha razon;  
Que el ingenio tiene aumento  
Con el buen temperamento,  
Y la buena complexion  
Ayuda á su movimiento,  
Porque del alma, ya es llano  
Que ha de ser el cuerpo humano  
De sus obras instrumento.

FEDRA.

¿Qué hiciste de aquella cinta  
Que de esperanza te di?

FLORIANO.

Perdila luego que vi  
La figura por la pinta;  
Que como no estaba ciego  
De amor ni de confianza,  
Descarté aquella esperanza  
Porque me entró mejor juego.

FEDRA.

¿Qué te entró?

FLORIANO.

Una reina de oros,  
Carta nueva en la baraja,  
Que hace á mil reinas ventaja  
Para ganar mil tesoros.  
Aunque un diablo de un caballo  
De por medio se metió,  
Que con mas cartas que yo

Pretende desbaratallo.

Y son cosas tan pesadas  
Amistad y bien querer,  
Que adelante podria ser  
Que me entrase flux de espadas.

FEDRA.

En fin, ¿que tú aventuraste  
Mi esperanza?

FLORIANO.

Y aun la mia.

FEDRA.

¿Quieres otra?

FLORIANO.

Bien querria,  
Si no os pesa que la gaste;  
Que antes se alegran mis ojos,  
Que en semejantes contiendas  
Pueda yo dar tales prendas  
A mi señora en despojos.  
¿Dónde está la cinta?

FEDRA.

Aquí.

FLORIANO.

¿En la frente?

FEDRA.

¿No la ves?

FLORIANO.

Pues quitáosla.

FEDRA.

Mejor es

Que me la quites tú á mí.

FLORIANO.

Ya desato la lazada.

(*Desátale una cinta de la cabeza.*)

FEDRA. (Ap.)

¡Ay Dios! ¿Si le abrazaré?  
¿Si podré? Mas bien podré;  
Que es loco, y no importa nada.

FLORIANO.

¿Andaisme en las faltriqueras?

¿Algo me quereis hurtar?

FEDRA. (Ap.)

Aun no me atrevo á juntar  
Los brazos. ¡Oh amor! ¿qué esperas?

### ESCENA III.

ERÍFILA, con sayo de girones y una  
caperucilla de loca.—Dichos.

ERÍFILA.

No me desagrade el lazo.  
Iguales sois á lo menos;  
Por muchos años y buenos  
Goceis los dos el abrazo.  
¿Erais vos el que queria  
Ser mi esposo, Mandricardo?  
Desde agora me acobardo  
De lo que pensado habia.  
Y vos, casada secreta,  
Doncella de Dinamarca,  
¿Mirais si sois de la marca  
Con esta lanza jineta?  
Si sois cuerda, ¿qué quereis  
Ser entre los locos loca?  
¿Por qué tanto cuello y toca  
Y tantas galas traéis?  
Sali afuera, noramala;  
Que tiene dueño este loco.

FEDRA.

Elvira, poquito á poco.

ERÍFILA.

Subios luego á la sala.  
¡Valga el diablo la parlara,  
Y con qué poca ocasion

Quiere hurtar la bendición  
A la hija verdadera!

FEDRA.

Quiérome quitar de aquí;  
No diga algun disparate. (Vase.)

### ESCENA IV.

FLORIANO, ERÍFILA.

FLORIANO.

(Ap. No hay alcahuete que trate  
Mejor mi favor por mí.  
¡Oh celo, que el amor creces!  
¿Quién te llama hijo de amor?  
Su padre dirá mejor;  
Que le engendras muchas veces.  
Negociado has mi remedio;  
Mas ¿cómo se ha suspendido  
La que del alma y sentido  
Ha puesto su silla en medio?)  
¿Cómo callais vos agora?  
¿Qué melancolia es esa?

ERÍFILA.

De haber hablado me pesa  
Con la reina mi señora.  
Lo uno porque ya vos  
Pensaréis que soy muy vuestra,  
Y lo otro por la muestra  
Que me habeis dado los dos.

FLORIANO.

Elvira, plega á los santos  
Que si yo la quiero bien,  
Que me mate una sarten  
Con sus duelos y quebrantos,  
Y si no soy Mandricardo  
Y esclavo de Doralice,  
Por cosa que jamás hicie  
Me vistan de paño pardo.  
Como ella es mujer burlona  
Y erida en esta casa,  
Jugamos de pasa pasa,  
Y hiciele la mamona.  
Si otra cosa hemos tratado  
Yo y aquesta chocarrera,  
Luego en tu desgracia muera  
Frito, cocido y asado.

ERÍFILA.

Perro, ¿agora os haceis bobo?  
Asado os quiero tambien,  
Y si no me sabeis bien,  
Os haré echar en adobo.  
Luego que vine á esta casa  
Puse los ojos en vos,  
Porque no me dieseis tos  
El juego de pasa pasa.  
Mandricardo habeis de ser,  
Aunque pese á Rodamonte,

FLORIANO. (Ap.)

¡Oh amor! de por medio ponte  
Y enseña aquesta mujer;  
Dale agora su sentido,  
Si á quien le tiene le quitas.

ERÍFILA. (Ap.)

Amor, pues al cielo imitas,  
Enmienda á lo que has perdido.  
Si esto no es naturaleza;  
Dale su seso á este mostro.

FLORIANO. (Ap.)

¡Oh amor! pon alma en un rostro  
Que es monstruo de la belleza;  
Haz que me escuche mi pena  
Y que me entienda mi mal.

ERÍFILA. (Ap.)

Amor, un milagro tal  
Vitoria es tuya, y no ajena;  
Haz que este loco me entienda,  
Porque sepa agradecer.



FLORIANO. (Ap.)

Cielo, esta loca mujer  
A tu poder se encomienda.

ERÍFILA. (Ap.)

Yo no quiero declararme  
Hasta ver si fiarme puedo.

FLORIANO. (Ap.)

De aclararme tengo miedo  
Hasta ver si puedo fiarme.

ERÍFILA. (Ap.)

Ansí loca, bien podré  
Decille mis pensamientos.

FLORIANO. (Ap.)

Loco diré mis tormentos,  
Aunque es bien cuerda mi fe.

ERÍFILA.

Hola, buen hombre, ¿por dicha  
Sabes tú lo que es amor?

FLORIANO.

Ahorcado esté el traidor  
Al humo como salchicha.—  
Deseo que engendra el ver;  
Pero es contrario sugeto,  
Porque el fin deste es su efecto,  
Y de amor aborrecer.

ERÍFILA. (Ap.)

¡Ay, amor, qué bien empiezas!

FLORIANO.

Deseo, en fin, de lo hermoso.  
Dicen que hay dos, y es forzoso  
Que haya tambien dos bellezas,  
La hermosura corporal,  
Y la otra intelectual,  
De quien el cielo te priva  
Solo por hacerme mal,  
Pues te falta el ornamento  
Del alma mas necesario.

ERÍFILA.

Calla, loco incierto y vario,  
Mas que la luna y el viento.

FLORIANO.

Y á ti tambien ¿no te toca  
La variedad de la luna?

ERÍFILA.

En el cuerpo tengo alguna;  
Que en el alma no soy loca.

FLORIANO.

Si á la luna parecieras  
En amar al sol, de quien  
Recibe luz, vida y bien,  
Ejemplo de amores fueras;  
Aunque si en el nacimiento  
Con Mercurio la tuvieras,  
Tan casta como ella fueras  
En daño de mi tormento.  
Mas tú, que de amor preguntas,  
¿Conoces de su dolor?

ERÍFILA.

Sé que es nuestro padre amor,  
Y todas las cosas juntas,  
Y de la plática sé  
Desde el punto que te vi;  
Que antes desto conocí  
Por teórica mi fe.

FLORIANO.

Luego ¿alguna fe me tienes?

ERÍFILA. (Ap.)

Este ¿es cuerdo por ventura?

FLORIANO. (Ap.)

¿Tiene esta agora cordura?

ERÍFILA.

¿Agora á entenderme vienes?  
Digo que me agradas tanto  
Como la pimienta al vino.

FLORIANO.

Y tú á mí como el tocino  
Después del Sábado Santo.

ERÍFILA. (Ap.)

El responde en mi lenguaje.  
Valame Dios, ¿si no es loco?

FLORIANO. (Ap.)

Esta es cuerda, y no lo es poco.

ERÍFILA.

Yo vengo de alto linaje.

FLORIANO.

Yo tambien soy caballero,  
Con renta que allá en París  
Vale mil maravedis,  
Y ando así porque yo quiero.

ERÍFILA.

A mí me sacó un ladrón  
De en casa de un padre hidalgo,  
Y se me fué como galgo,  
Sin llevarme el corazón.  
Y porque me halló esta gente  
Dando voces destocada,  
Me trajeron agarrada  
Al audiencia del tiniente.

FLORIANO.

Pues yo dicen que maté  
Un príncipe de Aragón,  
Y por tan fuerte ocasión  
En esta cárcel me entré.  
Hago el loco, y guardo el cuello  
Del soliviano á malo;  
Que mas quiero sufrir palo  
Que no perder el resuello.

(Vuelven en sí.)

ERÍFILA.

¿Diceslo de veras?

FLORIANO.

Sí.

Y tú ¿diceslo de veras?

ERÍFILA.

Yo sí.

FLORIANO.

Pues, por Dios, que quieras,  
Mi bien, dolerte de mí.  
Mira el amor que te tengo,  
Pues que loca y sin juicio  
Te digo el secreto indicio  
De que por tí á serlo vengo.

ERÍFILA.

Amigo, no soy Elvira,  
Ni loca, como has pensado;  
Que mi nacimiento honrado  
A mayor nobleza aspira.

Erífila fué mi nombre  
Hasta que llegase aquí:  
Bien puedes fiar de mi  
Secretos que á ningún hombre;  
Que yo te adero y te amo,  
Y soy tuya hasta la muerte.

FLORIANO.

Venturosa fué mi suerte;  
Suerte del cielo la llamo.  
Dame, Señora, esos brazos.

ERÍFILA.

Aun pienso que no soy dina.

## ESCENA V.

PISANO.—Dichos.

PISANO.

¡Oh, mal garrote de encina  
Que os haga el cuerpo pedazos!  
¿No está malo!

FLORIANO.

¡Ah puto vjejo!

¿La paz os parece mal?

PISANO.

Yo os haré una guerra tal,  
Que os escueza el salmorejo.

¡Ah, Martín! ¡Hola, Tomás!

FLORIANO. (Ap.)

Desdichados hemos sido.

## ESCENA VI.

TOMÁS, MARTÍN.—Dichos.

TOMÁS.

¿Qué hay nuevo? Qué ha sucedido?

PISANO.

A fe que no se hablen mas.  
Al señor echá unos grillos,  
Y á la dama unas esposas.

ERÍFILA. (Ap.)

A serlo fueran dichosas,  
De los pies que han de sufrillos.  
¿Que han de aprisionar mi bien?

FLORIANO.

Ponédmelo todo á mí;  
Que yo tuve culpa,

PISANO.

¡Ah! ¿sí?

FLORIANO.

A mí pues, Matusalen.  
(Ap. Quisierame hacer furioso;  
Pero temo la prision.)

MARTÍN.

¿No sabeis la condicion  
De aqueste hospital, mocoso?  
¿Cuándo habeis vos visto estar  
Los hombres con las mujeres?

PISANO.

Llevaldos ya.

FLORIANO.

¿Mas que quieres  
Llevarme á dar de cenar?

ERÍFILA.

¿Tambien me llevais á mí?

PISANO.

Llevalda ya, noramala.

ERÍFILA.

¡Oh maldita martingala  
De las mas lindas que vi!

(Vanse todos, menos Pisano.)

## ESCENA VII.

PISANO.

No me espanto que esta loca  
Tenga enamorado un loco;  
Que á un enredo que no lo es poco,  
A dalle el alma provoca.  
Por ella traigo el cerbelo  
Mas mudable que un molino:  
¡Oh amor! si eres desatino,  
¿Cómo eres dios en el cielo?  
Cuando cuentas y clarete  
Me habian de entreteener,  
¡Me viene amor á poner  
Garceñas y copefe!  
Perdida va la veleta,  
No hay que fiar en la edad;  
Que siempre es la voluntad  
Del apetito alcahueta.  
Con todo, es tal mi pasión,  
Que por ventura la estimo.

## ESCENA VIII.

TOMÁS. — PISANO.

TOMÁS.

Nuesamo, aquí está su primo,  
El vergueta de Aragón.

PISANO.

¿Dices Liberto?

TOMÁS.

Ese propio.

PISANO.

Pues entre muy norabuena  
En su casa, aunque es ajena;  
Que al cuerdo es lugar impropio.

## ESCENA IX.

LIBERTO. — DICHO.

LIBERTO.

No os quejaréis de que á Valencia vengo  
Sin veniros a ver en apeándome.

PISANO.

Dadme esos brazos una muchas veces.

LIBERTO.

Dos veces á lo menos quiero dallos,  
Una por deudo y otra por amigo;  
Que me precio de amigomas que deudo.

PISANO.

Aquí teneis, Liberto, aquesta casa,  
Aunque parece maliciosa oferta;  
Pero si ella lo es, en este pecho  
Teneis la voluntad pronta á servirlos.  
¿Qué negocios os traen á Valencia?

LIBERTO.

¿No habeis sabido aquel suceso triste  
Del principe Reinero, hijo legítimo  
Del conde Arnolfo?

PISANO.

Por acá se ha dicho,  
Aunque de algunos es tenido á fábula.

LIBERTO.

¡Plugüiera á Dios, oh primo, que lo fuera!  
Muerto es sin duda, y por desgracia  
[muerto]

A manos de un varon de la montaña,  
En cuya busca vengo, entre otros muchos  
Que á varias partes vamos repartidos.

PISANO.

¿Quién duda que se haga diligencia?  
¡Plega á Dios que le hallexis! que á fe que  
[os fuese]  
Una prision de crédito y provecho.

LIBERTO.

Todos llevamos retratado el rostro;  
Que han hecho copias del en Zaragoza  
Para que no se pierda por industria.

PISANO.

Holgárame de verle por extremo.

LIBERTO.

Presto podréis cumplir ese deseo.  
Este es el matador. (Muestra un retrato.)

PISANO.

¿Gentil presencia!

¿Cómo dicen las letras?

LIBERTO.

Floriano,  
Ætatis suæ veinte y nueve ó treinta.

PISANO.

Mirado el rostro, me ha movido á lástima.

LIBERTO.

¿Hanos visto por dicha aqueste loco?  
Que me importa la vida en el secreto.

PISANO.

Suspenseo está mirando las estrellas.  
No teneis que temer; venid conmigo,  
Daros un regalo mientras llega  
La hora de cenar.

LIBERTO.

Basta el de veros.

En cuidado me ha puesto aqueste loco.  
(Vause Pisano y Liberto.)

## ESCENA X.

TOMÁS.

No hay secreto en el mundo que lo sea.  
Por esto dicen que la tierra ha dado  
Con voto eterno esta palabra al cielo,  
Y que tienen oídos las paredes.  
Si agora este secreto me importara,  
Librara mi persona de la muerte  
La del hermano ó el amado amigo.

## ESCENA XI.

FLORIANO, con grillos. — TOMÁS.

FLORIANO.

[viven  
(Para sí. Bueno es tener amigos los que  
Sujetos deste mundo á la miseria;  
Mas yo ¡triste de mí! los he tenido  
Para solo mi mal y desventura.  
Aun hablo en seso sin mirar quién oye.)  
¿Qué hay por acá, Tomás?

TOMÁS.

¡Oh Beltranico!

¿Cómo va de pigüelas? ¿son pesadas?

FLORIANO.

Echáronme, Tomás, los de la vieja,  
Como dicen algunos en Castilla;  
Que fué una mala hembra, que murió en  
Dejó de piedad su hacienda toda, ¡dóse,  
Para comprar prisiones, á las cárceles.

TOMÁS.

Iguales las tuviera el desdichado  
Que ha muerto, segun dicen, á Reinero,  
Y le van á buscar por todo el mundo  
Con retrato que llevan de su rostro.

FLORIANO.

[sabes?  
(Ap. ¡Válgame el cielo! Y tú ¿de qué lo

TOMÁS.

Un hombre de Aragón que del portero  
Es primo, segun dicen, ha venido  
En busca suya, y su retrato trae.  
Llamase á lo que pienso...

FLORIANO.

¿Cómo?

TOMÁS.

Empieza

Por flor, y lo demás se me ha olvidado.

FLORIANO.

¿Dijo por dicha Floriano?

TOMÁS.

El mismo;

Así, así, Floriano, que era un hombre  
De treinta años, un año mas ó menos.

FLORIANO.

Y ¿adónde fué?

TOMÁS.

Sin duda á ver la casa;  
Que nadie viene aquí que no la vea.

FLORIANO.

Por Dios, que pienso ver ese retrato.  
Quédate aquí; que voy en busca suya.

TOMÁS.

No digas que te he dicho nada.

FLORIANO.

Basta.

A mí me importamas que á ti el secreto.

TOMÁS.

Va sé que aunque eres loco eres discreto.  
(Vase Floriano.)

## ESCENA XII.

ERIFILA, con esposas. — TOMÁS.

ERIFILA.

(Ap. Escapádome he, por Dios,  
Aunque con esposas vengo;  
Que aunque de hierro las tengo  
No es ninguna de las dos.)  
¿Qué haceis por acá, Tomás?

TOMÁS.

Ya lo veis, buena mujer.  
Si el viejo os echa de ver,  
A fe que os encierre mas.

ERIFILA.

Ya ¿no me tiene sin manos?  
¿Qué quiere? ¿Qué tengo? ¿Rabio?

TOMÁS.

Pues por mí fe que hace agravio  
A los cielos soberanos;  
Que de alguno eres estrella,  
Segun tienes resplandor.

ERIFILA.

Por solo aqueise favor  
Me bajo de la querella.  
¿Parezcote muy bonita?

TOMÁS.

¡Vive Dios, que estaba cuerdo,  
Y que en verte, el seso pierdo,  
Porque tu rostro le quita!  
¿Quiéreste casar conmigo,  
Que soy?...]

ERIFILA.

¿Quién?

TOMÁS.

Gran turco soy.

ERIFILA.

La fe y palabra te doy...

TOMÁS.

¿De qué?

ERIFILA.

De comerme un higo.

TOMÁS.

Luego ¿no quieres casarte?

ERIFILA.

Si hubiera cura, sí hiciera.

TOMÁS.

¿Que por un cura cualquiera  
Me pierda yo de gozarte!

ERIFILA.

¿Sabes quién está ordenado  
De hacer este casamiento?

TOMÁS.

¿Quién?

ERIFILA.

Beltran.

TOMÁS.

¿Diceslo á tientos?

ERIFILA.

Antes lo tengo pensado.  
Llámamele por tu vida;  
Que prima ha cantado ya,  
Y á los dos nos casará.

TOMÁS.

Damela mano.

ERIFILA.

Está asida.

TOMÁS.

Pues voy.

ERÍFILA.

Anda.

(Vase Tomás.)

**ESCENA XIII.**

ERÍFILA.

Amor piadoso,

Pues vuelas y no reposas,  
Venga á ver sus tres esposas  
El que me das por esposo.  
Venga aquel por quien tan grave  
Prision en que estoy metida,  
Tengo por dichosa vida  
Y por tormento suave.  
Venga aquel por quien es poco  
Que el seso y la vida pierda,  
Por quien tengo el alma cuerda  
Y el entendimiento loco;  
Que es tal aquella hermosura  
Por quien vivo y por quien muero,  
Que para siempre no quiero  
Volver á mayor cordura.

**ESCENA XIV.**FLORIANO, *tiznadalacara*.—ERÍFILA.

FLORIANO. (Ap.)

Bueno vengo desta vez  
Con la máscara fingida;  
Bien parece que esta vida  
Es un juego de ajedrez.  
¡Oh cómo es mudable y vana!  
Y échase en esto de ver,  
Que una pieza blanca ayer  
Puede ser negra mañana.

ERÍFILA.

Beltran.

FLORIANO.

Elvira.

ERÍFILA.

¿A qué efeto

Te has puesto así?

FLORIANO.

Mi señora,

Juego al ajedrez ahora,  
Porque es un juego discreto.  
Un rey con dos mil peones,  
Siendo yo un caballo pobre,  
Me persigue hasta que cobre  
Su venganza en mis traiciones.  
Hoy me ha venido á buscar  
A aquesta casa un arfil,  
Que con un jaque sutil  
Un mate me quiere dar;  
Y porque en mí mal se alegra,  
Ya de matarme resuelto,  
De pieza blanca, me he vuelto,  
Como veis, en pieza negra.

ERÍFILA.

¿Que aquese arfil ha venido?

FLORIANO.

Dicen que trae mi retrato,  
Y por eso me recato  
Y vengo desconocido.

ERÍFILA.

Ese juego ya me llama  
A que pierda mi sosiego.

FLORIANO.

¡Y cómo! si sois del juego,  
Y no menos que la dama.  
Por eso ayudadme bien;  
Que estoy muy cerca de preso.

ERÍFILA.

Bien puedes hablarme en seso;

Que no nos oyen ni hay quién.  
¿Es verdad que aquí han venido  
Con tu retrato á buscarte?

FLORIANO.

Del alma quieren sacarte  
Este tu loco tingido.  
Pero no te cause pena;  
Que de la suerte que estoy,  
Libre del peligro voy  
Que el rey de Aragon me ordena;  
Que no será conocido.  
Tan loco y desfigurado.

ERÍFILA.

Gran secreto me has fiado;  
Conozco que me has querido.  
Y pues deso estás seguro,  
Hablemos en nuestras cosas.

FLORIANO.

¿Que al fin te echaron esposas?  
¡Oh hierro dichoso y duro!  
¡Oh hierro que has acertado  
A ser prision venturosa  
En la parte mas hermosa  
Que el cielo á la tierra ha dado!  
¿Hate hecho alguna señal?  
Ha sido tan atrevido?

¿No está muy agradecido  
De gozar de gloria tal?  
Mas no es posible que encarne;

Que enternecido de ti,  
Se habrá recogido en sí  
Por no lastimar tu carne.  
¡Oh, quien ese hierro fuera  
Por gozar de tal tesoro,  
O por convertirse en oro  
Que tu mano enriqueciera!  
¿Que tal te traten por mí  
Aquesas carnes hermosas!

ERÍFILA.

Manillas son, que no esposas,  
Estas que sufro por ti.  
Joyas son que amor me dió;  
No es bien que esposas las llares:  
¡Oh, quien yo que ames  
Mas de una esposa, y ser yo.

FLORIANO.

Si son joyas y manillas  
Que da amor á los amantes,  
De perlas y de diamantes  
Pienso algun tiempo cubrillas.  
Bien parece que los dos  
Solo uno somos ya;  
Que de dos hecho nos ha  
Solo un cuerpo el ciego Dios;  
Pues viendo aquestos villanos  
Que el preso uno solo es,  
Á mí me hierran los piés,  
Y á vos, Señora, las manos;  
Que con esto quedará  
De piés y manos seguro  
Este preso, que yo os juro  
Que aun muriendo no se irá.

ERÍFILA.

Los que en los piés te pusieron  
Tengo en las entrañas yo;  
Que estos que tu amor me dió,  
Corona de gloria fueron;  
Solo siento que mis brazos  
No se pudiesen abrir.  
Para en ellos recibir  
Tus amorosos abrazos;  
Mas como mi alma puede,  
Imaginados los da.

FLORIANO.

El alguacil viene ya.

ERÍFILA.

¿Quieres que huya, ó me quede?

FLORIANO.

No importa; quédate aquí.

**ESCENA XV.**

PISANO, LIBERTO.—Dichos.

LIBERTO.

No me puedo detener;  
Que tengo mucho que hacer.

PISANO.

¿No os queréis servir de mí?

LIBERTO.

El haberos visto sobra,  
Y aquesta famosa casa.

PISANO.

¿Aqui estáis vos? ¿Esto pasa?

FLORIANO.

Siempre me haceis mala obra,  
Y mas ahora que andais  
Con esotro bellacon  
Que busca mi perdición.

ERÍFILA.

¿Quién sois vos? ¿A quién buscais?

LIBERTO.

Yo, hermana, vengo á buscar  
Un famoso delincuente.

FLORIANO.

Sospecho que está presente,  
Y que no le habeis de hallar.

LIBERTO.

Lo postrero puede ser.

ERÍFILA.

¿Qué ha hecho?

LIBERTO.

Mató el tirano

A un rey.

ERÍFILA.

¿Y el nombre?

LIBERTO.

Es Floriano.

ERÍFILA.

Pues veis aquí su mujer.

LIBERTO.

Graciosa loca y hermosa.

PISANO.

Es perfeta por extremo.

FLORIANO.

¡Hola! Vive Dios que os temo  
Por esa gaita golosa;  
Que en mi vida os ofendi  
Mas de lo que agora veis;  
Pero creo que traéis  
Ciertas bulas contra mí.

PISANO.

Este es un gran estudiante  
Que de amor enloqueció.

FLORIANO.

Y este un asno que tiró  
Dos coces á un elefante.

PISANO.

Estotra es una mujer  
Que dice que la han robado,  
Y en aquesta tema ha dado.

ERÍFILA.

¿Sabéislo vos, bachiller?  
¿Qué teneis que ver en eso?  
Si me han robado á traición,  
Con grillos tengo al ladrón;  
Preso esta.

FLORIANO.

Yo soy el preso.

LIBERTO.

Por mi vida, que es hermosa,  
Y á compasion me ha movido.



ERÍFILA.

¿Qué es quesicosa, marido,  
Tres esposas y una esposa?

FLORIANO.

Las trévedes.

ERÍFILA.

¡Bien por Dios!

FLORIANO.

Malo estaba de acertar.

ERÍFILA.

Anda, bellaco escolar,  
Yo soy una y estas dos.

FLORIANO.

¿Parécete que erré poco?  
¿Cúyas son? que no me acuerdo.

ERÍFILA.

Las dos son de aqueste cuerdo,  
Y la una deste loco.

PISANO.

Poco tiempo estará aquí;  
Que es muy principal mujer.

LIBERTO.

Bien se deja conocer.

FLORIANO.

Y vos ¿conocisme á mí?

LIBERTO.

Ni os conozco, ni aun quisiera.

FLORIANO.

Pues á fe que os importara.

LIBERTO.

Teneis muy negra la cara.

FLORIANO.

Mas negro, á ser blanco, fuera.  
Vos seréis gavilan manco.

LIBERTO.

De ser como soy me alegro.

FLORIANO.

¿Sabeis por qué estoy tan negro?  
Porque no deis en el blanco.

ERÍFILA.

Amarga está la librea.

FLORIANO.

Soy, por no buscar cuartagos,  
Loco de los reyes magos,  
Y embajador de Guinea.  
Contra un rey no valen postas.

PISANO.

Una nueva quiero daros,  
Elvira.

ERÍFILA.

Y yo presentaros

Estas que me están angostas.

PISANO.

A nuestro administrador  
El pariente que sabeis,  
Os pide.

ERÍFILA.

¿Y esa teneis

Por buena nueva, hablador?

PISANO.

Sabe Dios lo que lo siente  
Quien gustaba de escucharos.  
Dice que quiere curaros  
En su casa honradamente.

ERÍFILA.

¡Mal año y mal mes, hermano!  
Antes que allá coma y duerma,  
Mas me quiero estar enferma,  
Que curada de tal mano.  
Tiene aquí tanta virtud  
Una cierta voluntad,  
Que quiero mi enfermedad  
Mas que alguno su salud.

LIBERTO.

Hora es que yo me vaya;  
Y antes que deje á Valencia,  
Volveré á vuestra presencia.

FLORIANO.

Poco vale quien desmaya.  
Diz que trais un retrato  
De cierto moro de Argel.

ERÍFILA.

Yo me holgara harto con él,  
Y de miedo no lo trato.

LIBERTO.

¿Queréislo ver?

FLORIANO.

Sí, por Dios.

LIBERTO.

Pues veisle aquí descogido.

*(Ensena el retrato.)*

FLORIANO.

Pardiez, que está parecido,  
Aunque no os parece á vos.  
Pues yo conozco á su dueño,  
Y sé muy bien dónde está.

LIBERTO.

Irme quiero; tarde es ya.

FLORIANO.

¿Qué me daréis si os lo enseño?

PISANO.

Salir quiero á acompañaros.

LIBERTO.

Eso no.

PISANO.

Dejadme un poco.

*(Vanse Pisano y Liberto.)*

## ESCENA XVI.

FLORIANO, ERÍFILA.

ERÍFILA.

Ahora digo que estás loco.

FLORIANO.

No os enturbieis, ojos claros;  
Que no hay temer mal sucesos  
En lugar que vos estáis,  
Aunque el hábito digais  
Que imprime falta de seso.

ERÍFILA.

El alma me has alterado.

FLORIANO.

Mi bien, en mí lo he sentido  
Como quien el cuerpo ha sido  
Donde agora habeis estado;  
Que cual forma sustancial,  
Y yo materia en que vive,  
De quien con acto recibe  
Perfeccion lo que es mortal,  
Luego senti movimiento  
Y me tembló el corazón.

ERÍFILA.

Ha sido en esta ocasion  
Extraño tu atrevimiento.

FLORIANO.

Pues me libré deste mal,  
¿Sabes, mi bien, qué quisiera?

ERÍFILA.

Ya te entiendo, y si pudiera  
No tuviera gloria igual.

FLORIANO.

Tu amorosa estimativa  
Entiende mis intenciones  
De mis inciertas razones,  
Con deseo de que viva;  
Pero yo te abrazaré,  
Si no puedes abrazarme.

## ESCENA XVII.

LAIDA. — DICHOS.

LAIDA.

De aguda puedo loarme.  
¡A qué buen tiempo bajé!  
Suelta la loca, ladrón.

ERÍFILA.

¡Oh traidor! ¡Forzarme á mí!

LAIDA.

Luego ¿él te forzaba?

ERÍFILA.

Sí.

FLORIANO.

Fuerza fué del corazón.

LAIDA.

Estudiante ó Satanás,  
Que esto debiste de ser,  
¿Qué te ha hecho esta mujer,  
Que siempre con ella estás?

FLORIANO.

Hame dado un mojicon  
Por medio de las entrañas;  
Que ha tenido por hazañas  
Matar un muerto á traicion.  
Y por Dios, que he de vengarme,  
Hasta que el suyo le vea.

ERÍFILA.

Ya ha visto lo que desea,  
No tiene ya que buscarme.

LAIDA.

Beltran, no la mires tanto;  
Mirame á mí.

FLORIANO.

Ya te veo;

Pero llévame el deseo  
A que te dé con un canto.

LAIDA.

Asirte tengo la mano.  
A fe que no has de ir tras ella.

ERÍFILA.

¡Oh, qué graciosa doncella  
Para de invierno y verano!  
Mucho se os abraza el pecho.  
¿Andais en caniculares?

LAIDA.

¿Que aun en verme no repares?

ERÍFILA.

Aun de burlas es mal hecho.  
Quedaos con Dios. Mandricario;  
Que me saben mal los celos.

FLORIANO.

¿Cubrir piensa tales cielos  
Aqueste nublado pardo?  
¡Oh pesar de Rodamonte!  
¿Que á Doralice me lleva?

ERÍFILA.

Yo te cerraré la cueva.

FLORIANO.

Cierra, y súbete en el monte.

*(Vanse Erífila y Floriano.)*

## ESCENA XVIII.

LAIDA.

¿Esto es posible? ¿Hay dolor  
Que al que padezco parezca?  
¿Que por un loco padezca  
Que á otra loca tiene amor!  
Bien sé yo de qué ha nacido;  
Que como juntos están,  
Del verse y hablarse harán  
Hábito al alma y vestido.  
Pues no, no; que yo pondré,

Metiéndome de por medio,  
En su locura remedio,  
Y el agravio de mi fe.  
No siento industria mejor  
Para poderme quedar  
En este mismo lugar,  
Sino seguir su furor.  
Fingirme quiero furiosa,  
Y dar en un frenesi;  
Que si me dejan aquí,  
Seré cuerda venturosa.  
Ea pues, ¿qué me detengo?

(*Vocée como loca.*)

¡Hola, gente de palacio!  
¿Cómo venis tan despacio?  
Decilde al Rey que ya vengo.  
Apartá aquesta carroza;  
Dadme vos, Duque, la mano;  
Hágame viento ese enano,  
Que por mi fe que me goza.—  
Bueno va aquesto hasta aquí.

**ESCENA XIX.**

FEDRA. — LAIDA.

FEDRA.

Hola, Laida, ¿estás acá?

LAIDA.

¿Laida? La Reina dirá.

FEDRA.

¡Qué nuevas traigo, ay de mí!

LAIDA.

¿Nuevas? ¿Qué nuevas?

FEDRA.

Mortales.

LAIDA.

¿Hase algun reino perdido,  
Ó flota de las que han ido  
A las Indias Orientales?

FEDRA.

Mi padre me envía á llamar  
Para que parta á Segorbe,  
Sin que remedio lo estorbe,  
Ni se pueda replicar.  
Recibió cartas mi tío  
De que la vida le importa  
Hacer mi jornada corta.

LAIDA.

Que se alegre el reino fío.

FEDRA.

¿Qué reino?

LAIDA.

El que yo gobierno  
Como absoluta señora.

FEDRA.

¿Estás loca?

LAIDA.

Estoy agora  
Buscando á mi madre un yerno.

FEDRA.

¡Ay Dios! El seso ha perdido.

LAIDA.

Por eso el alma ha ganado.

FEDRA.

Laida, ¿qué hechizo te han dado?

LAIDA.

Por los ojos le he bebido.

FEDRA.

Vuelve en tí.

LAIDA.

Ponéos del lodo.

FEDRA.

¡Dichosa, que loca estás,  
Pues aquí te quedarás

A gozar de mi bien todo!  
¡Ay de quien le ha de perder!

LAIDA.

¡Hola, dueña, ah camarera!...

FEDRA.

¡Oh quién tan loca estuviera!  
¡Qué venturosa mujer!

LAIDA.

Traedme un búcaro de agua  
Y una niranja. ¿Venis?

FEDRA. (Ap.)

Ya me admiran...

LAIDA.

Dueña, ¿ois?

FEDRA. (Ap.)

Los desatinos que fragua.  
Por mi fe, que estoy movida  
A seguir su buen ejemplo,  
Porque dos cosas contemplo  
Que entrambas me dan la vida.  
La una, que si estoy loca,  
Aquí me habré de quedar,  
Donde podré negociar  
Lo mas que mi alma toca.  
La otra, que estando así  
Soy tan igual á Beltran,  
Que con él me casarán,  
Viéndome por él sin mí,  
Pues verán que deste modo  
Se remedia mi locura.  
Ya comienzo. Adios, cordura,  
Adios, seso y honra y todo.

LAIDA.

Dueña, ¿cómo no venis?

FEDRA.

¿Qué queréis, reina y señora?

LAIDA.

Aguardo mas há de un hora  
Un poco de agua y anís.

FEDRA.

Descuidóse el maestresala,  
Y vertióse el escabeche.

LAIDA.

¿Úntenle el pecho con leche,  
Y dñle con una bala.  
(Ap. ¿Qué es aquesto de mi ama,  
Que así me lleva el humor?)

FEDRA. (Ap.)

Seguir quiero este furor;  
Que el amor furor se llama.

LAIDA. (Ap.)

¿Si me entiende el pensamiento,  
Y se ha burlado de mí?

FEDRA.

Gran Reina, un paje está aquí  
Que os quiere contar un cuento.

LAIDA.

Si es paje de don Beltran,  
Decid que le den licencia.

FEDRA.

¿Aun osais en mi presencia  
Nombrar ese ganapan?

LAIDA.

¿No está luego averiguado  
Que Beltran es cosa mia?

FEDRA.

¿Qué gentil bellaquería  
Estando el otro casado!

LAIDA.

¿Casado! ¿Con quién?

FEDRA.

Conmigo.

LAIDA.

¿Contigo?

FEDRA.

Como lo cuento.

LAIDA.

Y ¿quién hizo el casamiento?

FEDRA.

El Papa.

LAIDA.

Mas papahigo.

FEDRA.

Pues ¿qué! ¿pensó la fregona  
Casarse ella con Beltran?

LAIDA.

¡Ay! ¡A la reina de Oran  
Una dueña Quintañona!  
Armense mis carabelas,  
Y vayan por todas partes  
Tendidos mis estandartes.

FEDRA.

¡Ah! ¿Sí? Quebraréis las muelas.

LAIDA.

¡Las muelas á mi una dueña,  
Bastarda de su linaje!  
¡Hola! Traígame aquí un paje  
Una hacha de partir leña.

FEDRA.

¡Reina vos! Mentis, villana.

LAIDA.

¿Mentis? Tomá un bofetón.

FEDRA.

¡Bofeton á mí á traicion!  
Esperad, doña Avellana.

(*Ásense las dos.*)

**ESCENA XX.**

GERARDO, VALERIO. — DICHOS.

GERARDO.

Entrad; que quiero ver este ruido,  
Y luego trataremos mas de espacio  
A lo que habeis venido.

VALERIO.

Llegad presto;

Que una loca maltrata vuestra hija.

GERARDO.

[ta.

Sobrino, ¿qué es aquesto? Suelta, apar-  
¿A qué bajaste aquí? Porteros, hola,  
Recoged esta loca, y si es furiosa,  
¿Por qué razon la sacan de su cárcel?

LAIDA.

¿Ya no me conocéis, hermano viejo?

GERARDO.

Laida, ¿eres tú?

LAIDA.

Yo soy.

FEDRA.

Y la bellaca

¿Sabeis que está diciendo que es la Rei-  
Y que con don Beltran está casada, ¡na,  
Siendo, como lo sabe Dios y el mundo,  
Ese picaño mi marido?

GERARDO.

¡Oh cielos!

¿Qué dices, Fedra?

VALERIO.

¡Vive Dios, Gerardo,

Que están entrambas locas, sin juicio!

GERARDO.

[to?

¡Válame Dios! Y ¿qué habrá sido aque-  
¿Si les dieron por dicha algun hechizo?

FEDRA.

No es hechizo el amor, sino hechicero.  
El hechizo es la gracia y hermosura;  
Y si quereis saber el que me han dado,

Mirad el talle de Beltran, y luego  
Me juzgaréis por loca venturosa.

LAIDA.

A mí tambien me ha dado ese hombre  
[hechizos.  
Si lo quereis saber, miradme el pecho,  
Que, de abrasado, está cenizas hecho.

GERARDO.

Por Dios, amigo Valerio,  
Que tiene aquesta desgracia  
Otra razon y misterio.

LAIDA.

Yo soy la reina de Tracia,  
Aunque tengo aquí mi imperio.

VALERIO.

De manera estoy suspenso,  
Que pienso que esto es hechizo.

GERARDO.

¡Ay de mí! Lo mismo pienso;  
Aunque si el amor lo hizo,  
Sabel que es hechizo intenso.  
En mal punto me trajistes  
A esta casa ese Beltran.

VALERIO.

¿Tan presto su amor hicistes?

GERARDO.

¿No veis del talle que están?

FEDRA.

Bailemos, que estamos tristes.

GERARDO.

Creciendo va su porfia.

(*Bailen.*)

LAIDA.

*Deligo, deligo, deligo...*

GERARDO.

¿Qué es esto, sobrina mía?

FEDRA.

*Que deligo de candeligo.*

GERARDO.

¡Oh, qué extraña fantasia!  
Hija, ¿quién te ha puesto así?

FEDRA.

Beltran, Beltran: ¿no lo entiende?

GERARDO.

Beltran es, ¡triste de mí!

VALERIO.

¿Que un loco este fuego enciende?

GERARDO.

Sobrina...

FEDRA.

Quiquiriquí.

VALERIO.

Por mejor tengo encerrallas  
Antes que nadie las vea;  
Que el castigo ha de curallas.

GERARDO.

Yo haré que bastante sea  
A curallas ó acaballas,  
Y pondré á Beltran de suerte  
Que tenga en su desventura  
Por mas contento la muerte.

VALERIO.

A tener Beltran cordura,  
Fuera justo; pero advierte...

GERARDO.

Que no tengo qué advertir:  
El ha sido la ocasion.  
¿No acabais ya de venir?

FEDRA.

Si le poneis en prision,  
A fe que me he de morir.

## ESCENA XXI.

PISANO, MARTIN, TOMÁS.—Dichos.

PISANO.

¿Qué es, Señor, lo que se ofrece,  
Que tanta prisa uos das?

GERARDO.

Esto, que el alma entrístece.

PISANO.

Señora Fedra, ¿aquí estás?

FEDRA.

Aquí estoy: ¿qué le parece?

TOMÁS.

¿Hales dado la locura?

LAIDA.

Pregúnteselo á Beltran.

GERARDO.

Yo las pondré presto en cura.

MARTIN.

Laida.

LAIDA.

¿Qué quiere el rufian?

PISANO.

¿Qué incierta es nuestra cordura!  
¿Cómo fué aquesto, Señor?

GERARDO.

¡Ay amigo! que no sé.  
Ellas dicen que es amor.

PISANO.

Pues yo se le quitaré.

GERARDO.

En tu mano está mi honor.

PISANO.

Ea, asildas.

TOMÁS.

Está queda.

FEDRA.

Llega, perro, y llevarás.

MARTIN.

No hay quien llegárseles pueda.

GERARDO.

Tenla bien fuerte, Tomás.—  
No hay dolor que aqueste exceda.

VALERIO.

¿Cuándo me daréis mi loca?

GERARDO.

En encerrando esta gente,  
Lo que á quererla os provoca  
Tratarémos largamente.

FEDRA.

Snéltame.

MARTIN.

Calla la boca.

FEDRA.

Digo que es Beltran mi esposo.

LAIDA.

Mentís; que yo soy su esposa.

VALERIO.

Digo que es cuento donoso.

GERARDO.

No hay cosa mas lastimosa  
Que es un amante furioso.

## ACTO TERCERO.

Sala ó galería del hospital.

### ESCENA PRIMERA.

GERARDO.—VERINO.

VERINO.

Tambien es de peligro que no coma;  
Haced, Gerardo, con regalo ó fuerza  
Que reciba el sustento necesario.

GERARDO.

Desde que dió, Verino, en su locura,  
Porque á Beltran le quiten que no vea,  
No ha querido comer, ni bastan ruegos.

VERINO.

Ansí parece que el color del rostro,  
Que es lo que acá llamamos atrofia,  
Por falta de sustento nuestra pálido;  
Desaeca el estómago por hambre,  
Y enfriase de forma, que se siente  
Del cuerpo en todas las extremas partes.  
Daréisla á oler un poco de vinagre  
O algun caliente pan, que es gran re-  
[medio,

GERARDO.

Tambien ha dado en tal melancolía,  
Viéndose presa, que su vida temo.

VERINO.

Un poco la sentí de calentura;  
Viene tambien de humores melancóli-  
Aqueste mal se llama catalepsis, [cos;  
Con el furor y frenesi partícipe;  
Aunque mas propiamente los antiguos  
Llamaron este mal de vuestra Fedra  
*Erótes*, que es un género de tristes  
Que solo del amor están enfermos.  
El frenesi conturba los sentidos,  
Levanta en ellos furia y fiero cólera,  
Hácese cuando acaso el que le tiene  
Percibe dentro en si vanas imágenes.

GERARDO.

Esas deben de ser las que han podido  
Perdella por amores deste loco.

VERINO.

Del frenesis escribe Posidonio  
Que es hinchazon de las membranas,  
De la cabeza, con calor tan vivo [cerca  
De fiebre aguda, que enajena el seso.  
Pudieranse aplicar muchos remedios;  
Pero si vos quereis que yo no os canse,  
Vuestra sobrina morirá sin duda,  
Si le quitais la vista deste loco.

GERARDO.

Pues ¿qué tengo de hacer para juntallos?

VERINO.

Subirle donde está y entretenella  
Con decir que muy presto haréis las ho-  
Pues esta fué la tema de su furia; [das,  
Porque sabed que la mujer al hombre,  
Como la forma á la materia quiere.

GERARDO.

Mil veces he pensado, por volvella  
A su primer sentido, contentalla  
Con fingir que la caso con el loco.

VERINO.

Ese es discreto y único remedio,  
Sin revolver Galenos ni Avicenas.  
Nunca encerreis al loco melancólico,  
Sino sacalde á ver gustos y fiestas,  
Y dalde vino, si beberlo quiere, [bras  
Que desbaratan mucho aquellas som-  
Los humos densos y vapores erasos;  
Que en efeto es humor árido y frio.



Hoy, día de los Santos Inocentes,  
Hace fiesta Valencia en esta casa.  
Que se llama *porrate* en nuestra lengua.  
Sacalda á un corredor, á una ventana;  
Vea la gente, alégrese, entreténgase;  
Y si os parece, aquesta misma tarde  
Se finja el desposorio con el loco;  
Que por dicha la fuerza deste gusto  
La volverá como primero estaba.

GERARDO.

En todo he de seguir vuestro consejo.  
Mas esperad; que está en el cuento el  
VERINO. [lobo.

¿De qué manera es eso?

GERARDO.

Beltran viene.

## ESCENA II.

FLORIANO. — Dichos.

FLORIANO.

Por Dios, de no salir aunque me maten,  
Y que sobre eso perderé la vida.

GERARDO.

Beltran, ¿qué es eso?

FLORIANO.

Quieren que esta tarde  
Al patio salga con los otros locos,  
Como si fuese yo loco como ellos.  
Yo soy muy cuerdo, y tengo mas sentido  
Que vos, ni vos, ni cuantos hay en casa,  
Y no quiero salir donde me vean.

GERARDO.

Tiene mucha razon. ¡Hola! dejalde;  
Hartos habrá que pidan la limosna.  
No le lleveis por fuerza, si él no quiere.

FLORIANO. [do]

¿Quién es este buen hombre, seor Gerar-

VERINO.

¿Ya te olvidas, Beltran, de los amigos?

FLORIANO.

¿Quién, quién, por vida mía?

VERINO.

Soy el médico.

FLORIANO.

¡Oh, señor licenciado, y cuánto huelgo  
De ver su reverendo personaje!  
Que soy amigo de hombres virtuosos  
Y que sepan el alma de las cosas;  
Pero no que me entiendan la del pecho.

VERINO.

¿Tú sabes lo que es alma?

FLORIANO.

Se que es alma  
Acto primero y perfeccion del cuerpo.

VERINO.

¿Y sabes qué es tener pasion en ella?

FLORIANO.

Y cómo si lo he visto en mis trabajos!  
Y aun tengo un alma yo dentro en la  
[mía,  
Por quien me faltan de pasar algunos.

VERINO.

¿Alma en tu alma?

FLORIANO.

Alma dentro el alma.

VERINO.

¿Sabes tú en qué lugar el alma vive?

FLORIANO.

Dentro en el corazon, dicen algunos,  
Siguiendo al Sabio en los *Proverbios*.

L-1.

VERINO.

¿Cómo?

FLORIANO.

«Guarda tu corazon, dice, y advierte  
Que del mismo procede lo que es vida.»  
Mas los médicos grandes y filósofos,  
Cual vos lo sois, la han puesto en el ce-

[lebro,

De donde todos los sentidos salen,  
Y proceden del alma las acciones.  
Esta fuerza se vierte por el cuerpo,  
Vivificando con calor los miembros.

GERARDO.

¿Acierta en lo que dice?

VERINO.

¿Y cómo acierta!

Sin duda que este fué gran estudiante;  
Que aun habla cuerdamente estando lo-  
Beltran. [co.—

FLORIANO.

Señor.

VERINO.

Pues vos sabéis qué es alma,  
Y en ella habeis dolores padecido,  
Y por ventura son por esa misma  
Que en la vuestra decis que agora vive,  
En vuestras manos viva su remedio.

FLORIANO.

Pues ¿qué ha tenido?

VERINO.

Está la pobre Fedra  
Loca por vos, frenética y furiosa,  
Y morirá si no os casais con ella.  
Gerardo y yo lo habemos concertado:  
Por eso está á punto; que esta tarde  
Pienso que se ha de hacer el desposorio.

FLORIANO.

¿De veras ó de burlas?

VERINO. (Ap. á Gerardo.)

¿Qué dirémos?

GERARDO.

Decid que burlas.

VERINO.

Burlas será todo;  
Que no queremos mas de que se alegre.

FLORIANO. [co,

Pues id; que yo me siento cuerdo un po-  
Y pienso hacer muy bien el desposado.

GERARDO.

Yo tengo para mí, segun es sabio, [to.  
Que habemos de salir con nuestro inten-  
Beltran, quedáos aquí; que en siendo

[tiempo,

Yoosenviaré á avisar.—Vamos, Verino.

FLORIANO.

Aquí estaré para serviros.

VERINO.

Vamos,

Porque lo necesario prevengamos.

(Vanse Gerardo y Verino.)

## ESCENA III.

FLORIANO.

Hoy es el día que temo  
Ser de alguno conocido,  
Por la gente que ha venido  
A verme por grande extremo.  
Quitáronnos las prisiones;  
Que es día de libertad,  
En que toda la ciudad  
Hace aquí sus estaciones;  
Pero por esta razon  
Hoy dobladas las tomara,

Y encerrado asegurara  
El miedo del corazon;  
Aunque agravio mi fortuna,  
Que está tanto en mi favor,  
Que es poca fe mi temor,  
Si temo desdicha alguna.

## ESCENA IV.

ERÍFILA. — FLORIANO.

ERÍFILA.

En tu busca andaba ya  
Para darte el parabién,  
Aunque el péssame me dén  
De bien que tan mal me está.  
Mil años á Fedra goces,  
Loco bienaventurado.

FLORIANO.

Aun de burlas me has picado.

ERÍFILA.

¿De burlas? Mal me conoces.  
Esto mal se pudo hacer  
Sin dar tú consentimiento.

FLORIANO.

Ya digo que en burlas siento  
Nombrarme aquea mujer.  
No te finjas muy sentida  
De lo que ser burla sabes.

ERÍFILA.

Nunca yo en cosas tan graves  
Me burlé en toda mi vida.  
Casado estás.

FLORIANO.

¿Yo casado?

ERÍFILA.

Ansí se dice.

FLORIANO.

Pues ¿cómo, si no lo hice?

ERÍFILA.

Basta que esté concertado.

FLORIANO.

Ese concierto es verdad;  
Mas es para entretenella,  
Porque ha dado en decir e.la  
Que me tiene voluntad,  
Y diz que con esta burla  
Sanará del frenesí.

ERÍFILA.

Que no; burla es para mí;  
Que nunca el alma se burla.

FLORIANO.

Mi bien, si es de otra manera  
El concierto que se ha hecho,  
En tu lugar en mi pecho  
Entre á vivir una fiera,  
Maldiga amor mis venturas,  
Truéquese en guerra mi paz,  
Y lleve el viento en agraz  
Mis esperanzas seguras.  
Seas un sol para mí  
Que no te miren mis ojos,  
Y una tempestad de enojos  
Que me divida de ti.  
¿Tal habías de creer  
Deste tu sujeto esclavo?

ERÍFILA.

Ahora de creer acabo  
Que ya es Fedra tu mujer;  
Que quien da satisfacion,  
Y con tantas veras viene,  
Es gran señal que no tiene  
Inocente el corazon.  
Si por burla lo tuvieras,  
Mucho menos lo juraras;

Y pues en ella reparas,  
No son burlas, sino veras.  
Mas yo ¿qué te pido á tí?  
Qué me debes ó te debo?  
Qué te dejo ó qué me llevo?  
Si hoy te dejo, ayer te vi.  
¿De qué padres me sacaste?  
De qué tierra me trujiste?  
¿Que servicios me hiciste?  
¿Cuándo ó cómo me engañaste?  
Muéstrame acaso un papel,  
O alguno tuyo me pide.  
¿Quién nos junta ó nos divide?  
¿Por qué te llamo cruel?  
¿Por qué te vedo el casarte?  
Agora sin duda creo  
Que no sin culpa me veo  
En esta furiosa parte.  
Desde aquí digo, Floriano,  
Que alzo la mano de tí.

FLORIANO.

Pues póngala el cielo en mí,  
Si alzares de mí tu mano.  
Es verdad que há pocos días  
Que nuestro amor comenzó;  
Pero el alma ya te vió  
Por sombras y profecías.  
Muchos años que se ven  
Se hablan dos sin voluntad,  
Y en un día de amistad  
Se suelen dos querer bien.  
Si fueron nuestras estrellas  
Las que nuestro amor conforman,  
¿Qué mucho que en lo que forman  
Nos parezcamos á ellas?  
Si en dos días de deseo  
Mil años y mas se ven,  
Mil años te quiero bien,  
Mil años há que te veo.  
Lo que no hace una vista,  
Muy tarde el tiempo lo hace.

ERÍFILA.

Muy poco me satisface  
Que te me hagas solista;  
No me conquistes con ciencia;  
Conquistame con amor;  
Que un inocente es mejor  
Que toda vana elocuencia.

FLORIANO.

Si es así, grande es el mío:  
Vuelve, amores, ese cielo;  
Que tengo el alma de hielo,  
Y en el pecho el fuego frío.  
Como te me has enojado,  
De manera mortificas  
La parte que vivificas,  
Que estoy como muerto helado  
Alza esas manos hermosas  
A los brazos de tu esposo,  
Pues ya el cielo piadoso  
Te ha quitado las esposas.  
Vuelve, mi regalo y bien,  
A confirmarme en tu gracia.

ERÍFILA.

Mal conoces mi desgracia,  
Como nuevo en mi desden.  
¿Yo manos á tí!

FLORIANO.

Sin falta,  
Que de tu piedad lo arguyo.

ERÍFILA.

Aparta.

FLORIANO.

¿Ah mi bien!

ERÍFILA.

¿Yo tuyo?

FLORIANO.

Dentro del alma me falta.

ERÍFILA.

Busca las manos de Fedra.

FLORIANO.

Las tuyas solas adoro.

¿Ves por ventura que lloro?

ERÍFILA.

No lo veo; que soy piedra.

FLORIANO.

Mataréme.

ERÍFILA.

¿Qué me importa?

FLORIANO.

¿Eso dices?

ERÍFILA.

¿Eso haces?

FLORIANO.

Si deso te satisfices,  
Cortaréme el cuello.

ERÍFILA.

Corta,

Para que muera la lengua  
En que se formó tal sí.

FLORIANO.

¿Yo sí, mi bien, contra tí!  
Mira que hablas en tu mengua.

ERÍFILA.

Hazte allá, que viene gente.

FLORIANO.

Este es aquel mi enemigo.

## ESCENA V.

VALERIO. — Dichos.

VALERIO. (Dentro.)

Yo traigo gente conmigo,  
Con que irá bastanteamente.

FLORIANO.

Sin duda viene por tí.

ERÍFILA.

¿Pluguiese á Dios!

FLORIANO.

¿Y te irás?

ERÍFILA.

¿Bueno! Agora lo verás.

(Sale Valerio.)

VALERIO. (A Erífila.)

En busca vengo de tí.

ERÍFILA.

¿Sois vos el embajador  
De mi tío el preste Juan?

VALERIO.

¿Cómo os va, amigo Beltran?

FLORIANO.

Pardiez, hermano, peor.

VALERIO.

¿No sabeis cómo saqué  
Licencia para sacar  
A Elvira deste lugar?

ERÍFILA.

A fe que albricias os dé.

FLORIANO.

Dios sabe si yo me he holgado.

VALERIO.

Quiero en mi casa curalla.

FLORIANO.

En fin, ¿que pensais llevalla?

VALERIO.

En esta locura le dado;

Que en efeto es mi parienta,  
Y no es bien dejarla así.  
Gente y silla traigo aquí.

ERÍFILA.

Por mi fe, que voy contenta.  
Sacadme, sacadme luego;  
Que no quiero estar á ver  
Una fiesta que han de hacer;  
Que es fiesta con mucho fuego.

VALERIO.

¿No iréis vos conmigo, Elvira?

ERÍFILA.

¿Y cómo si dello gusto!  
Sois galán, vestis al justo,  
Y pierdo con vos la ira;  
Que á fe que estaba enojada.  
Mas, pues buen talle teneis,  
Vos me desenojaréis.

FLORIANO. (Ap.)

¿Cuál es la mujer airada!

ERÍFILA.

Esta tarde habia de haber  
Por acá unos desposados,  
Y celos averiguados  
Son malos de padecer.  
Un ojo quieren quebrarme;  
Mas yo les quebraré dos;  
Que tengo brios, por Dios,  
Para matar y matarme.

FLORIANO.

Elvira, si acaso gustas  
De salir de la prison,  
¿Por qué tomas ocasion  
De lo que no te disgustas?  
Si esto te parece bien,  
No trates á nadie mal;  
Que aqui queda el hospital  
Por siempre jamás amen.

ERÍFILA.

Ea pues, ¿no vamos?

VALERIO.

Vamos;

Que á la puerta está la silla.

FLORIANO.

(Ap. Quiero callar y sufrilla,  
Para que no nos perdamos;  
Que apenas habrá salido  
Cuando luego se arrepienta.)  
En fin ¿te vas?

ERÍFILA.

Y contenta.

FLORIANO.

Yo quedo triste y corrido;  
Y pues mas no puede ser,  
Vayanse los que se han de ir;  
Que si habemos de morir,  
Tiempo habrémos menester.

VALERIO.

Adios, amigo Beltran;  
Que me importa sacar esta.  
Después vendré á vuestra fiesta.

ERÍFILA.

Quedá con Dios, ganapan.  
Decidle á la desposada  
Que no se me da un cuatrin.

FLORIANO.

A falta de un serafín,  
No es muy mala una empanada.

ERÍFILA.

Ella ¿no es Fedra? pues basta;  
Que algun alnado tendréis.

FLORIANO.

Vos os arrepentiréis,



Señora doña Canasta.

(*Entrando y saliendo sea esta vaya.*)

ERIFILA.

Anda, bellaco goloso,  
Que te han cogido por hambre.

FLORIANO.

Callá vos, galgo fiambre,  
Que os escapais de medroso

ERIFILA.

Dalde allá mis besamanos  
A vuestra doña Coneja.

FLORIANO.

Idos con Dios, mansa oveja,  
Que vais en poder de alanos.

(*Vanse Eriflay Valerio.*)

## ESCENA VI.

FLORIANO.

Por el miedo de la vida  
He gustado de callar,  
Y ver en qué ha de parar  
Esta loca arrepentida;  
Que, según me tuvo amor,  
Éfetos son de sus celos  
Estos miedos y recelos;  
Que no hay amor sin temor.  
No me quise descubrir,  
Porque agradar á Valerio  
Es la fuerza del misterio  
En que tengo de vivir.  
Soledad me hace mi loca;  
Pero ella volverá presto;  
Que en el alma se me ha puesto  
Que es amor quien la provoca.  
No quiero hacer sentimiento  
Hasta ver si se declara,  
Sino ver en lo que para  
El fingido casamiento.

(*Vase.*)

## ESCENA VII.

PISANO, con un azote; LAIDA, TOMÁS, MARTIN, BELARDO, MORDACHO, CALANDRIO y OTROS LOCOS.

PISANO.

Pasen delante, y pónganse por órden,  
Sin hacer ni decir cosa que enfade,  
Porque alegren la gente que los vea,  
Y den liberalmente la limosna.

TOMÁS.

¿Nos sabe qué ha de hacer? Estarse quedo  
Y llevar el azote poco á poco.

MARTIN.

[nos haga  
¿Hay quién nos dé limosna? Hay quién  
Alguna caridad á aquestos pobres?

BELARDO.

[cos?  
¿Hay quién les dé limosna á aquestos lo-

MORDACHO.

Ut, sol, fa, sol, re, mi, sol, fa, re, ut.

CALANDRIO.

Eu tenho já determinado em tudo  
Que minha dama falle cõ seu pai,  
É que se faça o desposorio ainda,  
Porque mie morro é tudo me disaço.

BELARDO.

Ese verso es tomado del Petrarca,  
Y corresponde muito con Ovidio.

LAIDA. (*Ap.*)

Todo fué comenzar esta locura;  
Que apenas juraría que estoy cuerda:  
Tanto puede en las cosas la costumbre.

MORDACHO.

La música es divina concordancia  
Deste mundo inferior y del angélico.  
Todo cuanto hay en todo, todo es música:  
Música el hombre, el cielo, el sol, la lu-  
[na,

Los planetas, los signos, las estrellas;  
Música la hermosura de las cosas.  
Ut, sol, fa, sol, re, mi, fa, sol, re, ut.

CALANDRIO.

¿Vistes per aventura aquí la nave  
Que em Portugal chamaron Cagafogo,  
Que arrojaba os piloiros por o vento?  
Pois tal mi coração ternos suspiros  
Del fogo cõ que amor minha alma en-  
[cende.

BELARDO.

Des cosas, ó dos partes propiamente  
Ha de tener la poesía, y estas  
Dicen que son dulzura con provecho.  
Por eso Ciceron nos aconseja  
Que la oracion no solo sea dulce,  
Pero que tenga utilidad, que importa.

LAIDA.

Hermosos son de mi Beltran los ojos,  
Graciosa boca y apacible lengua.  
¿Dichosa el alma que de oirla goza!

TOMÁS.

[pobres?  
¿No hay quien nos dé limosna á aquestos

## ESCENA VIII.

UN CABALLERO, de camino; LEONATO, de criado suyo. — DICHOS.

CABALLERO.

De las cosas, Leonato, mas notables  
Que en aquesta ciudad insigne he visto,  
Después que ando por ella rebozado,  
Es aqueste hospital, obra famosa [nen;  
Entre las mas que aqueste nombre tie-  
que aunque el de Zaragoza lo sea tanto,  
Que pienso que con él competir puede,  
Este puede á su lado alzar la frente  
Por una de las siete maravillas  
Que la piedad en este mundo ha hecho.

LEONATO.

Es obra digna de ciudad tan bella,  
Y sin habella visto me pesara  
De haber dejado sus labrados muros:  
Fuera de que la dama que te he dicho,  
Dicen que en esta casa estaba loca,  
Y de vella en extremo me holgaría.

CABALLERO.

Déjame ver de espacio aquestos locos.

PISANO.

¿Ah señor gentilhombre!

LEONATO.

¿Mandais algo?

PISANO.

Saber quién es aqueste caballero.

LEONATO.

No lo sabré decir, aunque le sirvo;  
Porque há dos dias, y no mas, que es-  
[tando

En el Asco ocioso entre otros mozos,  
Me habló, y llevó consigo á su posada.  
Dice que es de Aragon, y no otra cosa;  
Mas bien se ve que es noble en su pro-  
[sencia,

Fuera de que en su trato lo conozco;  
Que yo, como lo veis, soy castellano.

PISANO.

Pedirle quiero, si mandais, limosna.

LEONATO.

Acertaréis; que es pródigo en extremo.

PISANO.

Mandadnos dar, oh ilustre caballero,  
Alguna cosa para aquestos pobres.

CABALLERO.

Estos agora, amigo, ¿están templados?

PISANO.

Algunos dellos suelen ser furiosos,  
Que agora con el tiempo están tratables.

CABALLERO.

¿Quién es aqueste?

PISANO.

Aqueste es un gran músico,  
Cuyo nombre es Mordacho, aunque fin-  
[gido;  
Que el que tuvo en su seso fué Lisandro.

CABALLERO.

Y este ¿quién es?

PISANO.

Belardo fué su nombre:  
Escribe versos, y es del mundo fábula  
Con los varios sucesos de su vida,  
Aunque algunos le miran que merecen  
Este mismo lugar con mejor título.  
Aquesta es Laida, una criada pobre  
Del administrador; perdió el juicio  
Por un Beltran que aquí tambien le falta.  
Este y aquel están ya reducidos;  
Aunque les falta alguna vez el seso.

CABALLERO.

¿Y este mancebo?

PISANO.

Es portugués famoso,  
Que, enamorado de una gran señora, [do,  
Perdió en Coimbra el seso, y por el mun-  
Cual otro Orlando, fué peregrinando;  
Paró en este lugar, y está mas cuerdo.

CABALLERO.

¿Gracias á Dios! y dénselas mil veces  
Aquellos que de aqueste mal se escapan.

BELARDO.

Pocos por esa parte se las dieran;  
Aunque de todo es bien darle infinitas.

CABALLERO.

¿Por qué, Belardo?

BELARDO.

Porque en este tiempo  
No me daréis un hombre tan perfecto,  
Que no haya hecho alguna gran locura,  
Y vos podeis juzgar por vuestro pecho  
Lo que conozco yo por vuestra frente.

CABALLERO.

¿Jesus! ¿Es este hombre quiromántico?

PISANO.

Fué muy buen estudiante, como dicen,  
Y no mal matemático y astrólogo.

LAIDA.

¿Que esté Beltran agora descuidado  
De que por él estoy en este punto!

CALANDRIO.

Coimbra me maton e deu vida.  
¿Oh montes de Coimbra, fermoseados  
De la immortal belleza de aquel corpo,  
Em que vive hum espirito taõ grave!

MORDACHO.

Ningun motete iguala á La Susana,  
Digan lo que dijeren cuantos cantan.

CABALLERO.

Extraños son los temas que han tomado.

PISANO.

Veos tan inclinado á gustar dellos,



Que si quereis gozar aquesta tarde  
Del acto mas curioso que habeis visto,  
Os llevaré donde podais gozarle.

CABALLERO.

Será me de grandísimo regalo;  
Y enseñadme la casa muy de espacio;  
Que de limosna os mandoveinte escudos.

PISANO.

Páguenos el cielo caridad tan grande.  
Sabed, Señor, que un noble caballero,  
Que es administrador en esta casa,  
Trujo con su mujer una sobrina,  
Extremo de cordura y de belleza,  
Y esta se enamoró de tal manera  
De un loco desta casa, que hoy ha estado  
Cerca de dar el alma a quien la hizo.  
Por consejo del médico se hace  
De burlas, de los dos el desposorio;  
Porque, como ella ha dado en esta tema,  
Con esta industria piensan aplacalla:  
Será cosa de ver y nunca vista.

CABALLERO.

[de gusto]  
Por Dios, que me habeis hecho un gran-  
Vamos, y recoged á los amigos;  
Que yo dare lo prometido.

PISANO.

Vamos;

Que vuestra caridad suple por todo  
Ea, señores, entren sin ruido,  
Porque andará el azote si le hacen.

LAIDA.

A ver voy á Beltran. ¡Hola, escuderos!  
Guiad esa carroza hácia palacio.

CALANDRIO.

¡Oh! d'hoje per diante, hermosa Lísida,  
Por vosso amor conquistarán mis mãos  
Toda la India é costa de Guinea.

MORDACHO.

No vale todo el tono una semínima.

TOMÁS.

Todo este mundo es locos.

MARTIN.

Y encubiertos.

BELARDO.

¡Oh musas, musas! ¿Quién os hizo nueve,  
Si mas de nueve mil son los poetas?  
Mas no os pese; que son los buenos pocos,  
Y los que escriben mal, necios ó locos.

(Vanse.)

Patio del hospital.

### ESCENA IX.

GERARDO, VERINO.

GERARDO.

De suerte, señor doctor,  
Ha sido vuestro consejo,  
Que alegre y contenta dejo  
A nuestra enferma de amor.  
Apenas del casamiento  
Mi voluntad entendió,  
Cuando habló, comió y bebió  
Con excesivo contento.

VERINO.

El ver su tema cumplida,  
Que fué con Beltran casalla,  
Ha sido rescitalla  
Y darle segunda vida.  
Con verbas Ovidio dice  
Que el amor no es medicable;  
Y así, lo mas saludable

Fué el remedio que le hice.  
Muy poco entiende Galeno  
De curar la voluntad,  
Porque es una enfermedad  
Que se cura con veneno;  
Que aunque le solemos dar  
Con otras cosas templado,  
Aqui se ha de dar mezclado  
En muerte que ha de sanar.

GERARDO.

Y de Laida, mi criada,  
¿No hay esperanza de bien?

VERINO.

Pondréla en cura tambien,  
Después de Fedra curada.  
Haceldá luego llamar.

GERARDO.

Y póngase esto en efeto.  
Ya mandé que de secreto  
La hiciesen aqui bajar.

VERINO.

¿Es esta que viene?

### ESCENA X.

PISANO, FEDRA. — Dichos.

PISANO.

Entrad.

Y estad con mucho cuidado,  
Porque entienda el desposado  
Que le teneis voluntad.

FEDRA.

Y Beltran ¿adónde está?

GERARDO.

Hija, agora le traerémos.

FEDRA.

Luego ¿aqui nos casarémos?

GERARDO.

El cura aguardamos ya.

PISANO.

Un hidalgo aragonés,  
Que veinte escudos ha dado  
De limosna, me ha rogado,  
Señor, si tu gusto es,  
Le dejes ver esta hesta.

VERINO.

Entre quien quisiere á vella;  
Que no es cosa de importancia.

FEDRA.

Si yo hago esta ganancia,  
Yo os dare barato ella.

(Vase Pisano.)

GERARDO.

Pues hija, sosiega un poco,  
Y de quien eres te acuerda.

FEDRA.

¿Cómo puedo yo estar cuerda  
Mientras me falta mi loco?

GERARDO.

Pues después de estar casada,  
¿No piensas volver en tí?

FEDRA.

Digo que sí, sí, sí, sí;  
Que este mi mal todo es nada

Alborotóse la mar

Con un poco de tormenta,

Y mi nave anduvo atenta

Solo á poderse salvar.

Vió desde lejos el puerto,

Y hasta llegar no paró;

Todas las jarcias perdió,

Y hasta el casco quedó abierto.

GERARDO.

Eso creo yo que están,  
Hija, los que vos teneis.

FEDRA.

¿Cómo aquí no me traeis  
Al buen viejo don Beltran?

### ESCENA XI.

EL CABALLERO, LEONATO, PISANO. — Dichos.

CABALLERO.

Con vuestra licencia, en fin,  
A ver esta fiesta vengo.

GERARDO.

Por grande merced lo tengo.

FEDRA.

¿Quién es aqueste rocin?

GERARDO.

¡Hola! haced que sillas saquen,  
O bancos, porque no ocupen,  
Y haced que se desocupen  
Cuantos hoy la furia aplaquen;  
Que no hay boda si no hay gente.

(Vase Pisano.)

FEDRA.

Pardiez, que teneis razon.  
¡Hola! haced dar un pregon  
Desde oriente hasta poniente:  
Que si es de los Doce Pares  
Don Beltran, como decís,  
Llegue la nueva á Paris  
Con botones y alamanes.  
Su hermano es el rey Pepino,  
Y Calainos su madre,  
Y Lanzarote su padre,  
Quando de Bretaña vino.

(Vuelve Pisano con algunos locos, que traen y colocan bancos en el patio.)

PISANO.

Ya están aquí los asientos.

GERARDO.

Siéntese vuesamerced.

CABALLERO.

Aqui hasta.

GERARDO.

¡Hola! traed

Sillas.

CABALLERO.

Cesen cumplimientos.

FEDRA.

Y yo ¿no me he de sentar?

¡Hola! tráiganme un estrado.

VERINO.

Id vos por el desposado.

PISANO.

Pues yo le voy á llamar.

(Vase.)

FEDRA.

¡Oh, buena pascua os dé Dios,  
Que os vais doñiendo de mí!

GERARDO.

¿Daisme la palabra aqui  
Que habeis de volver en vos?

FEDRA.

Si yo me veo casada,  
Luego cesará el enredo;  
Mas sabed que tengo miedo  
Que toda esta fiesta es nada.  
Pero guardaos de engañarme,  
Y de aquesta burla hacerme;

Que á fe que habeis de perderme  
Por donde pensais ganarme.

GERARDO.

¿Tú no ves que es desatino  
Presumir que yo te engañó?

FEDRA.

Yo sé que os pesa mi daño;  
Mas decid, ¿qué es del padrino?

VERINO.

Dad, Señor, licencia vos  
A ese hidalgo, vuestro paje.

CABALLERO.

A la boda haceis ultraje;  
Que yo lo seré, por Dios.

VERINO.

No, no; basta que él lo sea.

CABALLERO.

¡Hola! Leonato.

LEONATO.

Señor.

CABALLERO.

Ya eres padrino.

LEONATO.

He temor

De vestirme la librea;  
Porque es un mal pegajoso,  
Y entre locos no hay cordura;  
Aunque tan bella locura  
Me tiene el seso envidioso.

FEDRA.

¿Quién sois vos, que sois padrino?

LEONATO.

Un hidalgo toledano.

FEDRA.

¿Estais de los cascós sano?

LEONATO.

Blando estoy con el canino;  
Pero bien puedo servir.

FEDRA.

Tocad; que sois hombre honrado.

VERINO.

Aquí viene el desposado.

GERARDO.

Salgámosle á recibir.

## ESCENA XII.

Locos, que salen de dos en dos; MARTÍN, TOMÁS, BELARDO, CALANDRINO, LAIDA, MORDACHO, y detrás PISANO, con FLORIANO de la mano, vestido de desposado, á lo gracioso. — EL CABALLERO, FEDRA, GERARDO, VERINO, LEONATO.

GERARDO.

Siéntense los dos aquí,  
Y Laida será madrina.

LAIDA.

¡Madrina me haceis á mí?  
Volverén e a la cocina,  
¡Por el día en que nací!  
Baste que sufra los cuernos,  
Sin padecer dos infierros  
En penar y consentir.

VERINO.

Detente.

LAIDA.

¡Quiérome ir;  
Que tengo los ojos tiernos.

GERARDO.

No, no, hija, por mi vida;  
Yo buscaré quien lo sea.

FEDRA.

¿Han visto la relamida?

LAIDA.

Callad vos, calra Amaltea,  
La de la barba fingida;  
Que á fe que si agora os dan  
Al hellaco de Beltran,  
Que mañana no sea vuestro.

FEDRA.

Harcós echar un cabestro,  
Marquesa de Mariñan.

FLORIANO.

Callad, y tened respeto  
A vuestro marido, loca.

FEDRA.

¿No he de hablar?

FLORIANO.

¿Vos? ¿A qué efeto?

Coséos luego la boca  
Con un poco de hilo prieto.

FEDRA.

¿Son esos vuestros regalos?

BELARDO.

No gruñais, que os haceis viejo.

FLORIANO.

¿Estos os parecen malos?

FEDRA.

¿Quereis callar, Perotejo?

FLORIANO.

¿Que calle? Daréos mil palos.

FEDRA.

¡Pues cómo! ¿A vuestra mujer?

FLORIANO.

¿Vos lo habiades de ser?

FEDRA.

Luego ¿no está averiguado?

FLORIANO.

Cómo no está deseado,  
Sabed que hay mucho que hacer.

GERARDO.

Ea, dejad disparates.

FLORIANO.

Antes de aqueso no trates,  
Porque verdades dirémos.

MORDACHO.

¿Quereis que nos soseguemos?  
Que parecemos orates.

VERINO.

Muy bien ha dicho Mordacho.

CALANDRINO.

¿Vos quereis que folixemos,  
Pois que contente me acho?

MORDACHO.

Pardiez, Calandrio, bailemos,  
Si quiere aqueste gabacho.

GERARDO.

Antes yo mismo os lo ruego.  
Mandad que nos toquen luego,  
Y ayudaranos Belardo.

BELARDO.

De pesado me acobardo;  
Pero no direis que os niego.

(*Hacen estos una máscara de locos, y vanse en acabando.*)

## ESCENA XIII.

VALERIO, ERÍFILA, EL CABALLERO, FEDRA, LAIDA, GERARDO, VERINO, LEONATO, FLORIANO.

VALERIO.

¿Que en efecto has porfiado  
Hasta que has llegado aquí?

ERÍFILA.

No vengo huyendo de tí,  
Sino á buscar mi cuidado.

GERARDO.

¿Qué es esto?

VALERIO.

Esta loca es,  
Que, como si fuera brasa,  
Vuelve huyendo de mi casa,  
Llegando al umbral los pies.

GERARDO.

Elvira, ¿cómo te vienes?  
¿Del remedio huyendo sales?

ERÍFILA.

Porque allá estaban mis males,  
Y d'jaba acá mis bienes.  
Pense ¡oderlo sufrir,  
Y un grande engaño pensé;  
Que con solo que llegué,  
Llegué á punto de morir.

VALERIO.

No me ha bastado razon,  
Y al fin tras ella me vengo.

ERÍFILA.

¿No veis que razon no tengo,  
Sino locura y pasión?  
Este es efecto de celos,  
Que la paz de amor destierra.  
Porque no han dado á la tierra  
Mayor castigo los cielos.  
No tengais de mí esperanza,  
Que por Beltran me perdi.

LEONATO. (Ap.)

¡Jesus! ¡Erífila aquí!  
¿Hay tan extraña mudanza?

VALERIO.

¿Por Beltran? Sin duda alguna  
Que este loco es hechicero.

FLORIANO.

No os enojeis, compañero,  
Pues que no hay razon ninguna;  
Que yo ¿qué ofensa os he hecho?

ERÍFILA.

Y dime, ¿estás ya casado?

FLORIANO.

Sí, Elvira; ¿no ves al lado  
El alma de aqueste pecho.

ERÍFILA.

¿Que te has casado, traidor?

FLORIANO.

Caséme, como te fuiste,  
Y porque me aborreciste,  
Teniendo á Valerio amor;  
Con quien, desde aquí te digo  
Que te vuelvas, porque es justo  
Que á tus parientes des gusto.

ERÍFILA.

¿Que te has casado, enemigo?

FLORIANO. (Ap.)

Ella piensa que es de veras.

ERÍFILA.

¿Que ya, traidor, fementido,  
Para siempre te he perdido?

Perro, yo te haré que mueras.  
No piense que ha de gozarte  
Nadie, pues yo te perdi.

FLORIANO. (Ap.)

¿Cosa que esta diga aquí  
Mi historia parte por parte?

ERÍFILA.

¿Piensas, traidor Floriano,  
Con ese sayo fingido?...  
FLORIANO.

(Ap. ¡Vive Dios, que soy perdido!)  
Ta, ta.

ERÍFILA.

Desvia la mano.  
Haciéndote falso loco,  
¿Encubrir de aquesta suerte  
Del gran Reinero la muerte?

GERARDO.

¿De Reinero? Espera un poco.  
¿Traidor! ¿Tú eres Floriano,  
El que mataste á Reinero?

FLORIANO.

Callad, que es loca. (Ap. Yo muero  
Desta vez. ¡Oh amor tirano!  
Mal haya el que su secreto  
Descubre á mujer ninguna!)

GERARDO.

Gran bien me dió la fortuna.  
Las albricias te prometo.  
Asilide todos muy bien.

PISANO.

¡Oh traidor! ¿Con este engaño  
Quieres remediar tu daño,  
Y que la muerte nos dén?

GERARDO.

Yo de Valerio me quejo,  
Que ha sido quien me engañó.

VALERIO.

Ser su amigo me forzó  
A darle ayuda y consejo.

CABALLERO.

Si no ha hecho mas delito  
Que dar á Reinero muerte,  
Soltalde.

GERARDO.

Pues ¿de qué suerte?

CABALLERO.

¡Oh cielo santo y bendito!  
¿Cuántas maravillas son  
Las que salen de tu mano!  
¿Conóceme, Floriano?

FLORIANO.

¿Es sombra ó es ilusion?

CABALLERO.

Yo soy, no te cause espanto.

FLORIANO.

¡Príncipe! ¿que no eres muerto?

VALERIO.

¿Es Reinero?

CABALLERO.

El mismo.

VALERIO.

¿Cierto?

CABALLERO (ó REINERO).

Yo soy; no te admires tanto.

VALERIO.

Pues Señor, ¿no te mató  
Floriano?

REINERO.

No, pues vivo.

FLORIANO.

De tí la vida recibo,  
Que tu muerte me quitó.  
Pero dime, ¿de qué suerte  
Fué suceso tan extraño?

REINERO.

Mi muerte ha sido un engaño.

FLORIANO.

¿Engaño? pues ¿cómo?

REINERO.

Advierte.

Amando á la hermosa Celia,  
A quien tú tambien amaste,  
De Aragon corona y gloria  
Por hermosura y linaje;  
Después de las muchas fiestas  
Que hice en su misma calle,  
Torneos de á pie famosos,  
De galas y de plumajes;  
Sortijas llenas de cifras,  
Con invenciones iguales,  
En que las letras decian  
Lo mas que las almas saben;  
Muchos toros, en que hice  
Suertes, venturas y lances,  
Y cuyo arrugado cuello  
Hizo mi espada dos partes;  
Y de algunas gentilezas,  
En que á todos fui agradable,  
Sino es á la ingrata Celia,  
Que vive para matarme,  
Pues cuando puse mas bien  
Al caballo el acicate,  
Si decian: «Dios te guie,»  
Ella, «Un estribo te arrastre;»  
Sali á rondarla una noche  
Harto oscura, porque salen  
Entonces á ver su lumbre  
Los murciélagos amantes,  
Yo con espada y rodela,  
Y con un broquel un paje,  
Aunque sin este venian  
Otros dos con dos montantes.  
Aquel paje del broquel  
Traia mi nombre y traje,  
A quien tú diste una herida,  
De que ya difunto yace.  
Yo mandé que de los otros  
Nadie siguiese el alcance,  
Sino que el muerto del suelo  
Levantasen al instante.

Hice que por la ciudad  
Fama de mi muerte echasen,  
Moviendo á piedad las piedras  
De una desgracia tan grande,  
Por ver si se condolia  
En la muerte de mis males,  
La que jamás en la vida  
Tuvo lástima notable.  
Lastimó la triste nueva  
Al viejo Conde mi padre,  
Haciendo mil diligencias  
Por hallarte y por hallarme;  
Porque hice que en secreto  
Al paje muerto enterrasen,  
Y partí de Zaragoza  
Otro dia por la tarde.  
Aqui he sabido que Celia  
Por mi grandes llantos hace;  
Y ansi, pienso volver vivo  
Donde de nuevo me mate.  
Porque el Conde mas se alegre,  
Conmigo quiero llevarte;  
Que es bien lleve un muerto á un loco  
Que tan bien fingirlo sabe.

FLORIANO.

Por tan extraño suceso  
Gracias al cielo se dén.

VERINO.

Cosa es para que estén,  
Los que le tienen, sin seso.  
Pero decid, Floriano,  
¿Quién es Elvira, esta loca?

LEONATO.

Eso á mí solo me toca,  
Si me quiere dar la mano;  
Que yo soy criado suyo,  
Y de su padre lo fui.

GERARDO.

Pues ¿cómo ha venido aquí?

LEONATO.

De decir la verdad huyo.  
Yo, señores, la saqué  
De en casa de un padre honrado,  
Tan hidalgo y estimado,  
Cuanto después os diré.  
Aqui la truje á Valencia,  
Donde el ánimo perdi,  
Porque á su padre temí;  
Y ansi, hice della ausencia.  
Las joyas que le tomé,  
Tres mil ducados valdrán;  
Que todas juntas están,  
Y sin falta las daré.  
Halláronla dando voces,  
Y por loca la trujeron,  
Donde estos amores fueron  
Tan grandes como conoces.  
Dame, Erifila, perdon;  
Que este es tu nombre, y no Elvira.

GERARDO.

El es suceso que admira,  
Y me pone en confusion.  
¿Casaránse, segun eso?

FLORIANO.

Eso no; que la ha querido  
Valerio, por quien yo he sido  
Libre de peor suceso.  
El se casará con ella.

VALERIO.

Es forzar la voluntad  
Con el rigor y amistad  
Que vuestro gusto atropella.  
Pero vuestras voluntades  
Están conformes; y ansi,  
No es bien apartar por mí  
Tan estrechas amistades.

FLORIANO.

En mayor obligacion,  
Valerio, me habeis echado,  
Pues dos vidas me habeis dado  
En esta loca prison.  
Dame esa mano, mi bien;  
Que todo ha sido fingido.  
Recíbeme por marido,  
Y por tu esclavo tambien.

ERÍFILA.

La mano y el alma y todo,  
Dueño de mi libertad.

REINERO.

En tan gran solenidad  
Justo es que se cumpla todo.  
Valerio, pues ya sabeis  
Quién es Fedra, y quién ha sido  
El casamiento fingido,  
Gusto que vos le acabeis.  
Quiero que os caseis con ella.

VALERIO.

A tener Fedra sentido,  
Fueras, Príncipe, servido,  
Y yo dichoso en querella.

FEDRA.

En eso no hay que culparme;  
Que aunque por tí le perdi,



Solo ser loca fingí  
Para con Beltran casarme.  
Si gustas, yo soy dichosa.

GERARDO.

Hija, ¿que tienes sentido?

VALERIO.

Digo que soy tu marido.

FEDRA.

Y yo, Valerio, tu esposa.

VERINO.

¿Hay enredo semejante?

VALERIO.

Segun eso, loca mia,  
Mia sois.

FEDRA.

¿Cúya podria,  
Sino de tan loco amante?  
Huélgome que vos seais  
Tan principal caballero.

VALERIO.

Y de lo mucho que os quiero

Yo sé tambien que os holgais.

LAIDA.

Pues ¿piensan que yo soy loca,  
Señores casamenteros?

GERARDO.

¿Que aun falta mas?

LAIDA.

Falta haceros

Una oracion grave y poca.

VERINO.

Pues ¿qué es esto?

LAIDA.

Haber fingido

Este loco frenesi  
Por ver si pudiera así  
Gozar del bien que he perdido.  
Solo les pido en estrenas  
Me vuelvan á lo que fui.

LEONATO.

Y aun si me quieres á mí,  
Podrás remediar tus penas;

Que me has parecido bien;  
Y así, por mujer te pido.

LAIDA.

Y yo á ti por mi marido;  
Que me contentas tambien.

REINERO.

De aquestos tres casamientos  
Yo quiero ser el padrino,  
Porque este suceso es dino  
De iguales merecimientos.  
Y iremos á Zaragoza,  
Floriáno, vos y yo.

FLORIANO.

Hoy vive quien os mató,  
Y vivo, Señor, os goza;  
Que es cuento de que habrá pocos.

REINERO.

Tan buen fin seguro estaba.

FLORIANO.

Aquí, Senado, se acaba  
*El hospital de los locos.*



# LA ESTRELLA DE SEVILLA.

## PERSONAS.

|                                            |                                         |                        |                            |
|--------------------------------------------|-----------------------------------------|------------------------|----------------------------|
| EL REY DON SANCHE EL BRAVO.                | FARFAN DE RIBERA, <i>alcalde mayor.</i> | BUSTO TABERA.          | DON MANUEL.                |
| DON ARIAS.                                 | DON GONZALO DE ULLOA.                   | ESTRELLA, <i>dama.</i> | CLARINDO, <i>gracioso.</i> |
| DON PEDRO DE GUZMAN, <i>alcalde mayor.</i> | FERNAN PÉREZ DE MEDINA.                 | TEODORA.               | UN ALCALDE.                |
|                                            | DON SANCHE ORTIZ.                       | MATILDE.               | ACOMPAÑAMIENTO.            |
|                                            |                                         | DON ÍÑIGO OSORIO.      | CRÍADOS. MÚSICOS. GENTE.   |

*La escena es en Sevilla.*

## ACTO PRIMERO.

Salon del alcázar.

### ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON ARIAS, DON PEDRO DE GUZMAN, FARFAN DE RIBERA.

REY.

Muy agradecido estoy  
Al cuidado de Sevilla,  
Y conozco que en Castilla  
Soberano rey ya soy.  
Desde hoy reino, pues desde hoy  
Sevilla me honra y ampara;  
Que es cosa evidente y clara  
Y es averiguada ley  
Que en ella no fuera rey,  
Si en Sevilla no reinara.  
Del gasto y recibimiento,  
Del aparato en mi entrada,  
Si no la dejo pagada,  
No puedo quedar contento.  
Tendrá mi corte su asiento  
En ella; y no es maravilla  
Que la corte de Castilla  
De asiento en Sevilla esté;  
Que en Castilla reinare  
Mientras reinare en Sevilla.

DON PEDRO.

Hoy sus alcaldes mayores  
Agradecidos pedimos  
Tus piés, porque recibimos  
En su nombre tus favores.  
Jurados y regidores  
Ofrecen con voluntad  
Su riqueza y su lealtad,  
Y el Cabildo lo desea,  
Con condicion que no sea  
En daño de tu ciudad.

REY.

Yo quedo muy satisfecho...

DON PEDRO.

Tus manos nos da á besar.

REY.

Que en recebirme habeis hecho  
Como quien sois; y sospecho  
Que á vuestro amparo he de hacerme  
Rey de Gibraltar, que duerme  
Descuidado en las columnas;  
Y con prósperas fortunas  
Haré que de mí se acuerde <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Falta un verso á esta décima.

<sup>2</sup> Acuerde no es consonante de *hacerme* duerme.

FARFAN.

Con su lealtad y su gente  
Sevilla en tan alta empresa  
Le servirá á vuestra alteza <sup>3</sup>,  
Ofreciendo juntamente  
Las vidas <sup>4</sup>.

DON ARIAS.

Así lo siente  
De vos el Rey y de vos:  
Satisfecho de los dos  
Queda, y de vuestro deseo.

REY.

Todo, Sevilla, lo creo  
Y lo conozco. Id con Dios.  
(*Vanse los Alcaldes.*)

### ESCENA II.

EL REY, DON ARIAS.

DON ARIAS.

¿Qué te parece, Señor,  
De Sevilla?

REY.

Parecido  
Me ha tan bien, que hoy he sido  
Solo rey.

DON ARIAS.

Mucho mejor,  
Mereciendo tu favor,  
Señor, te parecerá  
Cada día.

REY.

Claro está  
Que ciudad tan rica y bella,  
Viviendo despacio en ella,  
Mas despacio admirará.

DON ARIAS.

El adorno y sus grandezas  
De las calles, no sé yo  
Si Augusto en Roma las vió,  
Ni tuvo tantas riquezas.

REY.

Y las divinas bellezas,  
¿Por qué en silencio las pasas?

<sup>5</sup> Tampoco *alteza* es consonante de *empresa*.

<sup>4</sup> Aquí aparece incompleto y viciado el texto en la única y rarísima edicion antigua que se halla de esta preciosa composicion. Los versos quinto, sexto y sétimo de esta decima se leen allí de este modo:

Las vidas.

ARIAS.

Así lo siente, y satisfecho  
Su majestad de los dos  
Queda de vuestro desco.

Donde se ve que sobran algunas palabras en el primero ó en el segundo de estos versos, y falta uno entero.

¿Cómo limitas y tasas  
Sus celajes y arreboles?  
Y di ¿cómo en tantos soles  
Como fueron, no te abrasas?

DON ARIAS.

Doña Leonor de Ribera  
Todo un cielo parecia;  
Que de su rostro nacia  
El sol de la primavera.

REY.

Sol es, si blanca no fuera,  
Y á un sol con rayos de nieve  
Poca alabanza se debe,  
Si en vez de abrasar, enfria.  
Sol que abrasase querria,  
No sol que helado se bebe.

DON ARIAS.

La que te arrojó las rosas,  
Doña Mencia se llama  
Coronel.

REY.

Hermosa dama;  
Mas otras vi mas hermosas.

DON ARIAS.

Las dos morenas brisas  
Que en la siguiente ventana  
Estaban, eran doña Ana  
Y doña Beatriz Mejía,  
Hermanas, con que aun el día  
Nuevos resplandores gana.

REY.

Por Ana es comun la una,  
Y por Beatriz la otra es  
Sola como el fénix, pues  
Jamás le igualó ninguna.

DON ARIAS.

La buena ó mala fortuna  
¿Tambien se atribuye al nombre?

REY.

En amor (y no te asombre)  
Los nombres son <sup>6</sup> extrañeza,  
Son <sup>6</sup> calidad y nobleza  
Al apetito del hombre.

DON ARIAS.

La blanca y rubia...

REY.

No digas  
Quién es esa: la mujer  
Blanca y rubia vendrá á ser  
Mármol y azófar; y obligas,  
Como adelante prosigas,  
A oír lo <sup>7</sup> que me da pena.

<sup>5</sup> Con dice en la edicion antigua.

<sup>6</sup> Con dice aqui tambien en la edicion antigua.

<sup>7</sup> La dice en la edicion primitiva.



Una vi de gracias llena,  
Y en silencio la has dejado;  
Que en sola la blanca has dado,  
Y no has dado en la morena.  
¿Quién es la que en un balcón  
Yo con atención mire,  
Y la gorra le quité  
Con alguna suspensión?  
¿Quién es la que rayos son  
Sus dos ojos fulminantes,  
En abrasar semejantes  
A los de Jupiter fuerte,  
Que están dándome la muerte,  
De su rigor ignorantes?  
Una que, de negro, hacia  
Fuerte competencia al sol,  
Y al horizonte español  
Entre ébano amanecía.  
Una noche, horror del día,  
Pues, de negro, luz le daba,  
Y él eclipsado quedaba;  
Un borbon de la luz pura  
Del sol, pues con su hermosura  
Sus puras líneas borraba.

DON ARIAS.

Ya caigo, Señor, en ella.

REY.

En la mujer mas hermosa  
Repara, que es justa cosa.

DON ARIAS.

Esa la llaman *la Estrella*  
*De Sevilla*.

REY.

Si es mas bella<sup>4</sup>

Que el sol, ¿cómo así la ofende  
Sevilla? Cómo no entiende  
Que merece su arrebol  
Llamarse Sol, pues es sol  
Que vivifica y enciende?

DON ARIAS.

Es doña Estrella Tabera  
Su nombre, y por maravilla  
La llama Estrella Sevilla.

REY.

Y Sol llamarla pudiera.

DON ARIAS.

Casarla su hermano espera  
En Sevilla como es justo.

REY.

Se llama su hermano...

DON ARIAS.

Busto  
Tabera, y es regidor  
De Sevilla, cuyo honor  
A su calidad ajusto.

REY.

¿Y es casado?

DON ARIAS.

No es casado;

Que en la esfera sevillana  
Es sol, si estrella es su hermana;  
Que estrella y sol se han juntado.

REY.

En buena estrella he llegado  
A Sevilla: tendré en ella  
Fuerte favor, si es tan bella  
Como la deseo; ya  
Todo me sucederá  
Muy bien, con tan buena estrella.

<sup>4</sup> El resto de esta décima se lee en la edición antigua así:

Si es mas bella  
Que el sol, ¿cómo así la ofende?  
Mas Sevilla no se entiende,  
Mereciendo su arrebol;  
Llamárase sol, pues es sol  
Que vivifica y enciende.

¿Qué orden, don Arias, darás  
Para que la vea y hable?

ARIAS.

Esa estrella favorable,  
A pesar del sol, verás.  
A su hermano honrar podrás;  
Que los mas fuertes honores  
Baten tiros de favores.  
Favorécele; que el dar,  
Deshacer y conquistar  
Puede imposibles mayores.  
Si tú le das y él recibe,  
Se obliga; y si es obligado,  
Pagará lo que le has dado;  
Que al que dan, en bronce escribe.

REY.

A llamarle te apercibe,  
Y dar orden juntamente  
Cómo la noche siguiente  
Vea yo á Estrella en su casa;  
Epicio que me abrasa  
Con fuego que el alma siente.

(Vase don Arias.)

## ESCENA III.

DON GONZALO DE ULLOA, con luto.

—EL REY.

DON GONZALO.

Déme los pies vuestra alteza.

REY.

Levantad, por vida mia.  
Día de tanta alegría  
¿Venis con tanta tristeza?

DON GONZALO.

Murió mi padre...

REY.

Perdí

Un valiente capitán.

DON GONZALO.

Y las fronteras están  
Sin quien las defienda.

REY.

Si.

Faltó una heroica persona,  
Y enternecido os escucho.

DON GONZALO.

Señor, ha perdido mucho  
La frontera de Archidona;  
Y puesto, Señor, que igual  
No ha de haber en su valor,  
Y que he heredado el honor  
De tan fuerte general,  
Vuestra alteza no permita  
Que no se me dé el oficio  
Que ha vacado.

REY.

Claro indicio

Que en vos siempre se acredita.  
Pero la muerte llorad  
De vuestro padre, y en tanto  
Que estáis con luto y con llanto,  
En mi corte descansad.

DON GONZALO.

Con la misma pretension  
Fernan Pérez de Medina  
Viene, y llevar imagina  
Por servicios el baston;  
Que en fin adalid ha sido  
Diez años, y con la espada  
Los nácares de Granada  
De rubies ha teñido;  
Y por eso adelantarme  
Quise.

REY.

Veréme en ello;  
Que supuesto que he de hacello,  
Quiero en ello consultarme.

## ESCENA IV.

FERNAN PÉREZ DE MEDINA.—

Dichos.

FERNAN.

Pienso, gran Señor, que llevo  
Tarde á vuestros altos pies;  
Besarlos quiero, y después...

REY.

Fernan Pérez, con sosiego  
Los pies me podéis besar;  
Que aun en mis manos está  
El oficio, y no se da  
Tal plaza sin consultar  
Primero vuestra persona  
Y otras del reino importantes,  
Que siendo en ellos atlantes,  
Serán rayos de Archidona.  
Id, y descansad.

DON GONZALO.

Señor,

Este memorial os dejo.

FERNAN.

Y yo el mio, que es espejo  
Del cristal de mi valor;  
Donde se verá mi cara  
Limpia, perfecta y leal.

GONZALO.

Tambien el mio es cristal  
Que hace mi justicia clara.

(Vanse Don Gonzalo y Fernan.)

## ESCENA V.

DON ARIAS, BUSTO TABERA.—

EL REY.

DON ARIAS.

Aquí, gran Señor, está  
Busto Tabera.

BUSTO.

A esos pies

Turbado llevo, porque es  
Natural efecto ya  
En la presencia del Rey  
Turbarse el vasallo; y yo,  
Puesto que esto lo causó,  
Como es ordinaria ley,  
Dos veces llevo turbado,  
Porque el hacermelo, Señor,  
Este impensado favor,  
Turbacion en mí ha causado.

REY.

Alzad.

BUSTO.

Bien estoy así;

Que si el Rey se ha de tratar  
Como santo en el altar,  
Digno lugar escogí.

REY.

Vos sois un gran caballero.

BUSTO.

De eso he dado á España indicio;  
Pero conforme á mi oficio,  
Señor, los aumentos quiero.

REY.

Pues yo los puedo aumentar.

BUSTO.

Divinas y humanas leyes  
Dan potestad á los reyes;  
Pero no les dan lugar  
A los vasallos á ser  
Con sus reyes atrevidos,  
Porque con ellos medidos,  
Gran Señor, deben tener  
Sus deseos; y así, yo,

Que exceder las leyes veo,  
Junto á la ley mi deseo.

REY.

¿Cuál hombre no deseó  
Ser mas siempre?

BUSTO.

Si á mas fuera,  
Cubierto me hubiera hoy;  
Pero si Tabera soy,  
No ha de cubrirse Tabera.

REY. (*Aparte con don Arias.*)

¡Notable filosofía  
De honor!

DON ARIAS. (*Ap. con el Rey.*)

Capricho el primero  
Sin segundo.

REY.

Yo no quiero,  
Tabera, por vida mia,  
Que os cubrais hasta aumentar  
Vuestra persona en oficio,  
Que os dé deste amor indicio;  
Y así, os quiero consultar,  
Sacando de ser Tabera,  
Por general de Archidona;  
Que vuestra heroica persona  
Será rayo en su frontera.

BUSTO.

Pues yo, Señor, ¿en qué guerra  
Os he servido?

REY.

En la paz  
Os hallo, Busto, capaz  
Para defender mi tierra;  
Tanto, que ahora os prefiero  
A estos que servicios tales  
Muestran por sus memoriales,  
Que aquí en mi presencia quiero  
Que leáis y despacheis.  
Tres pretenden, que sois vos  
Y estos dos: mirad qué dos  
Competidores teneis.

BUSTO.

(*Lee.*) «Muy poderoso Señor: Don Gon-  
zalo de Ulloa suplica á vuestra alteza  
que le haga la merced de la plaza de capi-  
tán general de las fronteras de Archido-  
na, atento que mi padre, estándole sir-  
viendo mas tiempo de catorce años, ha-  
ciendo notables servicios á Dios por  
vuestra corona, murió en una escara-  
muza. Pido justicia, etc.»  
—Si de su padre el valor  
Ha heredado don Gonzalo,  
El oficio le señalo.

REY.

Leed el otro 4.

BUSTO. (*Lee.*)

«Señor,  
»Fernán Pérez de Medina,  
»Veinte años soldado ha sido,  
»Y á vuestro padre ha servido,  
»Y serviros imagina  
»Con su brazo y con su espada,  
»Eu propios reinos, y extraños.  
»Ha sido adalid diez años  
»De la vega de Granada,  
»Ha estado captivo en ella  
»Tres años en ejercicios  
»Cortos; por cuyos oficios,  
»Y por su espada, que en ella  
»Toda su justicia abona,

1 Edición antigua:

REY.

Leed el otro memorial.

BUSTO.

(*Lee.*) Muy poderoso Señor.

»Pide en este memorial  
»El baston de general  
»De los campos de Archidona.»

REY.

Decid los vuestros.

BUSTO.

No sé  
Servicio aquí que decir,  
Por donde pueda pedir,  
Ni por donde se me dé.  
Referir de mis pasados  
Los soberanos blasones,  
Tantos vencidos pendones  
Y castillos conquistados,  
Pudiera; pero, Señor,  
Ya por ellos merecieron  
Honor; y si ellos sirvieron,  
No merezco yo su honor.  
La justicia, para sello,  
Ha de ser bien ordenada,  
Porque es caridad sagrada  
Que Dios cuelga de un caballo.  
Dar este oficio es justicia  
A uno de los dos aquí;  
Que si me le dais á mí,  
Haceis, Señor, injusticia.  
Y aquí en Sevilla, Señor,  
En cosa no os he obligado;  
Que en las guerras fui soldado,  
Y en las paces regidor.  
Y si va á decir verdad,  
Fernán Pérez de Medina  
Merece el cargo; que es dina  
De la frontera su edad.  
Y á don Gonzalo podeis,  
Que es mozo y cordobés Cid,  
Hacer, Señor, adalid.

REY.

Sea pues lo que quereis.

BUSTO.

Solo quiero (y la razon  
Y la justicia lo quieren)  
Darles á los que sirvieren  
Debida satisfacion.

REY.

Basta; que me avergonzais  
Con vuestros buenos consejos.

BUSTO.

Son mis verdades espejos;  
Y así, en ellas os mirais.

REY.

Sois un grande caballero,  
Y en mi cámara y palacio  
Quiero que asistais despacio,  
Porque yo conmigo os quiero.  
¿Sois casado?

BUSTO.

Gran Señor,  
Soy de una hermana marido,  
Y casarme no he querido  
Hasta dársele.

REY.

Mejor  
Yo, Busto, se le dará.  
¿Es su nombre?

BUSTO.

Doña Estrella.

REY.

A Estrella, que será bella,  
No sé qué esposo le dé  
Sino es el sol.

BUSTO.

Solo un hombre,  
Señor, para Estrella anhelo;  
Que no es estrella del cielo.

REY.

Yo la casaré, en mi nombre,  
Con hombre que la merezca.

BUSTO.

Por ello los piés te pido.

REY.

Daréla, Busto, marido  
Que á su igual no desmerezca.  
Y decidme que he de ser  
Padrino y casamentero,  
Y que yo dotarla quiero.

BUSTO.

Ahora quiero saber,  
Señor, para qué ocasion  
Vuestra alteza me ha llamado;  
Porque me ha puesto en cuidado.

REY.

Teneis, Tabera, razon.  
Yo os llamé para un negocio  
De Sevilla, y quise hablaros  
Primero, para informaros  
Dél; pero la paz y el ocio  
Nos convida: mas desespacio  
Lo trataremos los dos.  
Desde hoy asistidme vos  
En mi cámara y palacio.  
Id con Dios.

BUSTO.

Los piés me dad.

REY.

Mis dos brazos, regidor,  
Os daré.

BUSTO.

Tanto favor

No entiendo mi actividad.  
(*Ap.* Sospechoso voy: quererme,  
Y sin conocerme honrarme,  
Mas parece sobornarme,  
Honor, que favorecerme.)

(*Vase.*)

## ESCENA VI.

EL REY, DON ARIAS.

REY.

El hombre es bien entendido,  
Y tan cuerdo como honrado.

DON ARIAS.

Destos honrados me enfado.  
¿Cuántos, gran Señor, lo han sido,  
Hasta dar con la ocasion!  
Sin ella, son destos modos  
Todos cuerdos; pero todos  
No en todas, Señor, lo son.  
Aquel murmurar hoy de aquel  
Que de otro ayer murmuró;  
Que la ley que ejecutó,  
Ejecuta el tiempo en él.  
Su honra en una balanza  
Pone; en otra poner puedes  
Tus favores y mercedes,  
Tu lisonja y tu privanza.

REY.

Encubierto pienso ver  
Esta mujer en su casa,  
Que es sol, pues tanto me abrasa,  
Aunque estrella al parecer.  
Viva yo, y diga Castilla  
Lo que quisiere decir;  
Que, rey ciego, he de seguir  
A la Estrella de Sevilla.  
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Busto Tabera.

## ESCENA VII.

DON SANCHE, ESTRELLA, MATIL-  
DE, CLARINDO.

DON SANCHE.

Divino ángel mio,  
¿Cuándo seré tu dueño,

Sacando deste empeño  
Las ansias que te envío?  
¿Cuándo el blanco rocío  
Que vierten mis dos ojos,  
Sol que alumbrando sales  
En conchas de corales,  
De que ha formado amor los labios ro-  
Con apacibles calmas [mas?  
Perlas harás que engasten nuestras al-

ESTRELLA.

Si como mis deseos  
Los tiempos cambiáran,  
Al sol aventajaran  
Los pasos gigantes,  
Y mis dulces empleos  
Celebrara Sevilla,  
Sin envidiar celosa,  
Amante venturosa,  
La regalada y tierna tortolilla,  
Que con arrullos roncós  
Tálamos hace de los huecos troncos.

DON SANCHO.

¿Ay cómo te agradece  
Mi vida esos deseos!  
Los etéreos trofeos  
De la fama apetece  
Mi alma, y se te ofrece.

ESTRELLA.

Yo con ella la vida,  
Para que viva en ella.

SANCHO.

¿Ay, amorosa Estrella,  
De fuego y luz vestida!

ESTRELLA.

¿Ay, piadoso homicida!

SANCHO.

¿Ay, sagrados despojos,  
Noite en el mar de mis confusos ojos!

CLARINDO. (A Matilde.)

¿Cómo los dos no damos  
De holandas y cambrayes.  
Algunos blaudos ayes,  
Siguiendo á nuestros amos?

SANCHO.

¿No callas?

CLARINDO.

Ya callamos.

¿Ay, hermosa mulata (Ap. á Matilde.)  
De mi amante desmayo!

MATILDE.

¿Ay hermoso lacayo,  
Que al son de la almohaza eres poeta!

CLARINDO.

¿Ay mi dicha!

MATILDE.

¿Ay dichoso!

CLARINDO.

No tiene tantos ayes un leproso.

DON SANCHO.

¿Qué dice al fin tu hermano?

ESTRELLA.

Que hechas las escrituras  
Tan firmes y seguras,  
El casamiento es llano,  
Y que el darte la mano  
Unos días dilate  
Hasta que él se prevenga.

DON SANCHO.

Mi amor quiere que tenga  
Miserio fin, si el tiempo le combate.  
Hoy casarme querría;  
Que da el tiempo mil vueltas cada día.

ESTRELLA.

Si el tiempo se detiene,  
Habla á mi hermano.

DON SANCHO.

Quiero

Hablarle, porque muero  
Lo que amor le entretiene.

CLARINDO.

Busto Tabera viene.

## ESCENA VIII.

BUSTO.—Dichos.

BUSTO.

¿Sancho amigo!...

ESTRELLA.

¿Ay! ¿Qué es esto?

DON SANCHO.

¿Vos con melancolia?

BUSTO.

Tristeza y alegría  
En cuidado me han puesto.  
Entrate dentro, Estrella.

ESTRELLA

¿Válgame Dios! El tiempo me atropella.  
(Vanse Estrella y Matilde.)

## ESCENA IX.

DON SANCHO, BUSTO, CLARINDO.

BUSTO.

Sancho Ortiz de las Roelas...

SANCHO.

¿Ya no me llamais cuñado?

BUSTO.

Un caballo desbocado  
Me hace correr sin espuelas.  
Sabed que el Rey me llamó,  
No sé por Dios para qué;  
Que aunque se lo pregunté,  
Jamás me lo declaró.  
Haciame general  
De Archidona, sin pedillo;  
Y á fuerza de resistillo,  
No me dió el baston real.  
Hízome al fin...

DON SANCHO.

Proseguid;

Que todo eso es alegría.

Decid la melancolia,

Y la tristeza decid.

BUSTO.

De su cámara me ha hecho.

DON SANCHO.

Tambien es gusto.

BUSTO.

Al pesar

Vamos.

DON SANCHO. (Ap.)

Que me ha de costar  
Algun cuidado sospecho.

BUSTO.

Dijome que no casara  
A Estrella, porque él queria  
Casarla, y se prefería,  
Cuando yo no la dotara,  
A hacerlo y dalla marido  
A su gusto.

DON SANCHO.

Tú dijiste

Que estabas alegre y triste;  
Mas yo solo el triste he sido,  
Pues tú alcanzas las mercedes,  
Y yo los pesares cojo.  
Déjame á mi con tu enojo,  
Y tú el gusto tener puedes;  
Que en la cámara del Rey,

Y bien casada tu hermana,  
El tenerle es cosa llana.  
Mas no cumples con la ley  
De amistad, porque debías  
Decirle al Rey que ya estaba  
Casada tu hermana.

BUSTO.

Andaba

Entre tantas demastas  
Turbado mi entendimiento,  
Que lugar no me dió allí  
A decirlo.

DON SANCHO.

Siendo así,

¿No se hará mi casamiento?

BUSTO.

Volviendo á informar al Rey  
Que están hechos los conciertos  
Y escrituras, serán ciertos  
Los contratos; que su ley  
No ha de atropellar lo justo.

SANCHO.

Si el Rey la quiere torcer,  
¿Quién fuerza le podrá hacer,  
Haciendo interés ó gusto?

BUSTO.

Yo le hablaré y vos tambien,  
Pues yo entonces, de turbado,  
No le dije lo tratado.

DON SANCHO.

Muerte pesares me den.  
Bien decia que en el tiempo  
No hay instante de firmeza,  
Y que el llanto y la tristeza  
Son sombra de pasatiempo.  
Y cuando el Rey con violencia  
Quisiere torcer la ley...

BUSTO.

Sancho Ortiz, el Rey es rey:  
Callar, y tener paciencia. (Vase.)

## ESCENA X.

DON SANCHO, CLARINDO.

DON SANCHO.

En ocasión tan triste, [miento?  
¿Quién paciencia tendrá, quien sufi-  
Tirano, que veniste,  
A perturbar mi dulce casamiento,  
Con aplauso á Sevilla,  
No goces los imperios de Castilla.  
Bien de don Sancho el Bravo  
Mereces el renombre; que en las obras  
De conocerte acabo,  
Pues por tu emeldad tal nombre cobras;  
Pero Dios las humilla.  
De Sevilla salgamos;  
Vamos á Gibraltar, donde las vidas  
En su riesgo perdamos.

CLARINDO.

Sin ir allá las damos por perdidas.

DON SANCHO.

Con Estrella tan bella,  
¿Cómo vengo á tener tan mala estrella?  
Mas ¡ay, que es rigurosa,  
Y en mí son sus efectos desdichados!

CLARINDO.

Por esta estrella hermosa  
Morinos como huecos estrellados;  
Mejor fuera en tortilla.

DON SANCHO.

No goces los imperios de Castilla.  
(Vase.)



Calle.

## ESCENA XI.

EL REY, DON ARIAS, ACOMPAÑAMIENTO:  
después, BUSTO.

REY.

Decid cómo estoy aquí.

DON ARIAS.

Ya lo saben, y á la puerta  
A recibirte, Señor,  
Sale don Busto Tabera.

(Sale Busto.)

BUSTO.

¡Tal merced, tanto favor!  
¿En mi casa vuestra alteza?

REY.

Por Sevilla así embozado  
Sali, con gusto de verla,  
Y me dijeron, pasando,  
Que eran vuestras casas estas,  
Y quise verlas: que dicen  
Que son en extremo buenas.

BUSTO.

Son casas de un escudero.

REY.

Entremos.

BUSTO.

Señor, son hechas  
Para mi humildad, y vos  
No podeis caer en ellas;  
Que para tan gran señor  
Se cortaron muy estrechas,  
Y no será bien notado  
En Sevilla, cuando sepan  
Que á visitarme venis.

REY.

No vengo, Busto, por ellas;  
Por vos vengo.

BUSTO.

Gran Señor,  
Notable merced es esta;  
Y si aquí por mi venis,  
No es justo que os obedezca;  
Que será descortesía  
Que á visitar su rey venga  
Al vasallo, y que el yasallo  
Lo permita y lo consienta.  
Criado y vasallo soy,  
Y es mas razon que yo os vea,  
Ya que me queréis honrar,  
En el alcazar; que afrontan  
Muchas veces las mercedes,  
Cuando vienen con sospecha.

REV.

¿Sospecha? ¿De qué?

BUSTO.

Dirán,  
Puesto que al contrario sea,  
Que venistes á mi casa  
Por ver á mi hermana; y puesta  
En buena opinion su fama,  
Está á pique de perderla;  
Que el honor es cristal puro,  
Que con un soplo se quiebra.

REY.

Ya que estoy aquí, un negocio  
Comunicaros quisiera.

Entremos.

BUSTO.

Por el camino  
Será, si me dais licencia;  
Que no tengo apercibida  
La casa.

1 Ostentan dice la edicion antigua.

REV. (Ap. con don Arias.)

Gran resistencia

Nos hace.

DON ARIAS. (Ap. con el Rey.)

Llevarle importa;

Que yo quedaré con ella.  
Y en tu nombre la hablaré.

REY.

Habla paso, no te entienda;  
Que tiene todo su honor  
Este necio en las orejas.

DON ARIAS.

El peso las romperá.

REY.

Basta; no quiero por fuerza  
Ver vuestra casa.

BUSTO.

Señor,  
En casando á doña Estrella,  
Con el adorno que es justo  
La verá.

DON ARIAS.

Esos coches llega.

REY.

Ocupad, Busto, un estribo.

BUSTO.

A pié, si me dais licencia,  
He de ir.

REY.

El coche es mio,  
Y mando yo en él.

DON ARIAS.

Ya esperan

Los coches

REY.

Guén al alcázar.

BUSTO. (Ap.)

Muchas mercedes son estas;  
Gran favor el Rey me hace;  
¡Plegue á Dios que por bien sea!

(Vanse.)

Sala en casa de Busto.

## ESCENA XII.

ESTRELLA, MATILDE; después, DON  
ARIAS.

ESTRELLA.

¿Qué es lo que dices, Matilde?

MATILDE.

Que era el Rey, Señora.

(Sale don Arias.)

DON ARIAS.

El era,

Y no es mucho que los reyes  
Siguiendo una estrella vengan.

A vuestra casa venia

Buscando tanta belleza;

Que si el Rey lo es de Castilla,

Vos de la beldad sois reina.

El rey don Sancho, á quien llaman

Por su invicta fortaleza

El Bravo el vulgo, y los moros

Porque de su nombre tiemblan,

Esa divina hermosura

Vió en un balcon, competencia

De los palacios del alba,

Cuando en rosas y azucenas

Medio dormidas las aves,

La madrugan y recuerdan,

Y del desvelo llorosa,

Vierte racimos de perlas.

Mandóme que de Castilla

Las riquezas te ofreciera,

Aunque son para tus gracias  
Limitadas las riquezas.  
Que su voluntad admitas;  
Que si la admites y premias,  
Serás de Sevilla el sol,  
Si has sido hasta aquí la estrella.  
Daráte villas, ciudades,  
De quien serás ricahembra,  
Y daráte á un ricohombre  
Por esposo, con quien seas  
Corona de tus pasados  
Y aumento de tus Taberas.  
¿Qué respondes?

ESTRELLA.

¿Qué respondo?

Lo que ves. (Vuelve la espalda.)

DON ARIAS.

Aguarda, espera.

ESTRELLA.

A tan livianos recados  
Da mi espalda la respuesta. (Vase.)

## ESCENA XIII.

DON ARIAS, MATILDE.

DON ARIAS.

(Ap. ¡Notable valor de hermanos!  
Los dos suspenso me dejan.  
La gentilidad romana  
Sevilla en los dos celebra.  
Parece cosa imposible  
Que el Rey los contraste y venza;  
Pero portia y poder  
Talan montes, rompen peñas.  
Hablar quiero á esta criada;  
Que las dadas son puertas  
Para conseguir favores  
De las Porcias y Lucrecias.)  
¿Eres criada de casa?

MATILDE.

Criada soy; mas por fuerza.

DON ARIAS.

¿Cómo por fuerza?

MATILDE.

Que soy

Esclava.

DON ARIAS.

¿Esclava?

MATILDE.

Y sujeta,

Sin la santa libertad,  
A muerte y prision perpetua.

DON ARIAS.

Pues yo haré que el Rey te libre,  
Y mil ducados de renta  
Con la libertad te dé.  
Si en su servicio te empleas.

MATILDE.

Por la libertad y el oro  
No labrá maldad que no emprenda.  
Mira lo que puedo hacer;  
Que lo haré, como yo pueda.

DON ARIAS.

Tú has de dar al Rey entrada  
En casa esta noche.

MATILDE.

Abiertas

Todas las puertas tendrá.  
Como cumplas la promesa.

DON ARIAS.

Una cédula del Rey  
Con su firma y de su letra,  
Antes que entre te daré.

MATILDE.

Pues yo le pondré en la misma  
Cama de Estrella esta noche.

DON ARIAS.

¿A qué hora Busto se acuesta?

MATILDE.

Al alba viene á acostarse.  
Todas las noches requiebra;  
Que este desuido en los hombres  
Infinitas honras cuesta.

DON ARIAS.

Y ¿á qué hora te parece  
Que venga el Rey?

MATILDE.

Señor, venga

A las once: que ya entouces  
Estará acostada.

DON ARIAS.

Lleva

Esta esmeralda en memoria  
De las mercedes que esperas.

(Vanse.)

## ESCENA XIV.

DON ÍÑIGO OSORIO, BUSTO y DON  
MANUEL, con llaves doradas.

DON MANUEL.

Goce vuestra señoría  
La llave y cámara, y vea  
El aumento que desea.

BUSTO.

Saber pagalle querría  
A su alteza la merced  
Que me hace sin merecella.

DON ÍÑIGO.

Mucho mereceis, y en ella  
Que no se engaña creed  
El Rey.

BUSTO.

Su llave me ha dado,  
Puerta me hace de su cielo;  
Aunque me amenaza el suelo,  
Viéndome tan levantado;  
Que como impensadamente  
Tantas mercedes me ha hecho,  
Que se ha de mudar sospecho  
El que honra tan de repente.

## ESCENA XV.

DON ARIAS. — Dichos.

DON ARIAS.

A recoger, caballeros;  
Que quiere el Rey escribir.

DON MANUEL.

Vamos pues á divertir  
La noche.

(Vanse Busto, don Íñigo y don Ma-  
nuel.)

## ESCENA XVI.

EL REY. — DON ARIAS.

REY.

¿Que sus luceros  
Esta noche he de gozar,  
Don Arias?

DON ARIAS.

La esclavilla

Es extremada.

REY.

Castilla

Estatuas le ha de labrar.

DON ARIAS.

Una cédula has de hacella.

REY.

Vén, don Arias, á ordenalla;  
Que no dudaré en firmalla,  
Como mi amor lo atropella.

DON ARIAS.

¡Buena queda la esclavilla,  
A fe de noble!

REY.

Recelo

Que me vende el sol del cielo  
En la Estrella de Sevilla.

## ACTO SEGUNDO.

Calle.

## ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON ARIAS y MATILDE, á la  
puerta de casa de Busto.

MATILDE.

Solo será mas seguro;  
Que todos reposan ya.

REY.

¿Y Estrella?

MATILDE.

Durmiendo está,  
Y el cuarto en que duerme, oscuro.

REY.

Aunque decillo bastaba,  
Este es, mujer, el papel,  
Con la libertad en él;  
Que yo le daré otra esclava  
Á Busto.

DON ARIAS.

El dinero y todo  
Va en él.

MATILDE.

Dadme vuestros piés.

DON ARIAS. (Ap. al Rey.)

Todas con el interés  
Son, Señor, de un mismo modo.

REY.

Divina cosa es reinar.

DON ARIAS.

¿Quién lo puede resistir?

REY.

Al fin, solo he de subir,  
Para mas disimular.

DON ARIAS.

¿Solo te aventuras hoy?

REY.

Pues dime, ¿en qué me aventuro?  
Y cuando no esté seguro,  
¿Connigo mismo no voy?  
Véte.

DON ARIAS.

¿Dónde aguardaré?

REY.

Desviado de la calle,  
En parte donde te halle.

DON ARIAS.

En San Márcos entraré.

REY.

¿A qué hora Busto vendrá?

MATILDE.

Viene siempre cuando al alba  
Los pájaros hacen salva;  
Y abierta la puerta está  
Hasta que él viene.

REY.

El amor  
Me alienta á tan alta empresa<sup>1</sup>.

MATILDE.

Busque tras mi vuestra alteza<sup>2</sup>  
Lo oscuro del corredor.

(Vanse.)

## ESCENA II.

DON MANUEL, BUSTO, DON ÍÑIGO

BUSTO.

Esta es mi posada.

DON ÍÑIGO.

Adios.

BUSTO.

Es temprano para mí.

DON MANUEL.

No habeis de pasar de aquí.

BUSTO.

Basta.

DON ÍÑIGO.

Tenemos los dos  
Cierta visita que hacer.

BUSTO.

¿Qué os pareció Feliciano?

DON MANUEL.

En el alcázar mañana,  
Amigo, en esa mujer  
Hablarémos; que es figura  
Muy digna de celebrar.  
(Vanse don Manuel y don Íñigo.)

## ESCENA III.

BUSTO.

Temprano me entro á acostar.

(Mirando el portal de su casa.)

Toda la casa está oscura.

¿No hay un paje? ¡Hola, Lujan,  
Osorio, Juanico, Andrés!  
Todos duermen. ¡Justa, Inés!

Tambien ellas dormirán.  
¡Matilde! Tambien la esclava  
Se ha dormido: es dios el sueño,  
Y de los sentidos dueño.

(Éntrese en su casa.)

Sala de casa de Busto.

## ESCENA IV.

EL REY, MATILDE; después,  
BUSTO.

MATILDE.

Pienso que es el que llamaba  
Mi señor. ¡Perdida soy!

REY.

¿No dijiste que venia  
Al alba?

MATILDE.

Desdicha es mía.

(Sale Busto, y el Rey se emboza.)

BUSTO.

¡Matilde!

MATILDE.

¡Ay Dios! Yo me voy.

REY. (Ap. á ella.)

No tengas pena.

(Vase Matilde.)

<sup>1</sup> 2 Otra vez empresa por consonante de  
alteza.

## ESCENA V.

## EL REY, BUSTO.

BUSTO.

¿Quién es?

REY.

Un hombre.

BUSTO.

¡A estas horas hombre

En mi casa! Diga el nombre.

REY.

Aparta.

BUSTO.

No sois cortés;

Y si pasa, ha de pasar

Por la punta desta espada;

Que aunque esta casa es sagrada,

La tengo de profanar.

REY.

Ten la espada.

BUSTO.

¿Qué es tener,

Cuando el cuarto de mi hermana

Desta suerte se profana?

Quién sois tongo de saber,

O aquí os tengo de matar.

REY.

Hombre de importancia soy;

Déjame.

BUSTO.

En mi casa estoy,

Y en ella yo he de mandar.

REY.

Déjame pasar: advierte

Que soy hombre bien nacido,

Y aunque á tu casa he venido,

No es mi intencion ofenderle,

Sino aumentar mas tu honor.

BUSTO.

¡El honor así se aumenta!

REY.

Corre tu honor por mi cuenta.

BUSTO.

Por esta espada es mejor.

Y si mi honor procurais,

¿Cómo embozado venis?

Honrándome, ¿os encubris?

Dándome honor, ¿os tapais?

Vuestro temor os conveza,

Como averiguado está;

Que ninguno que honra da,

Tiene de dalla vergüenza.

Meted mano, ó ¡vive Dios,

Que os mate!

REY.

¡Necio apurar!

BUSTO.

Aquí os tengo de matar,

O me habeis de matar vos.

(Mete mano.)

REY.

(Ap. Diréle quien soy.) Detente;

Que soy el Rey.

BUSTO.

Es engaño.

¡El Rey procurar mi daño,

Solo, embozado y sin gente!

No puede ser; y á su alteza

Aquí, villano, ofendeis,

Pues defecto en él poneis,

Que es una extraña hajeza.

¡El Rey habia de estar

Sus vasallos ofendiendo!

De nuevo en esto me ofendo;

Por esto os he de matar,

Aunque mas me portéis;

Y ya que á mí me ofendeis,

No en su grandeza pongais

Tal defecto, pues sabeis  
Que sacras y humanas leyes  
Condenan á culpa estrecha  
Al que imagina ó sospecha  
Cosa indigna de los reyes.

REY.

(Ap. ¡Qué notable apurar de hombre!)  
Hombre, digo que el Rey soy.

BUSTO.

Menos crédito te doy;

Porque aquí no viene el nombre

De rey con las obras, pues

Es el Rey el que da honor;

Tú buscas mi deshonor.

REY. (Ap.)

Este es necio y descortés:

¿Qué he de hacer?

BUSTO.

(Ap. El embozado

Es el Rey, no hay que dudar.

Quiérole dejar pasar,

Y saber si me ha atrevido

Luego; que el alma me incita

La cólera y el furor;

Ques es como censo el honor, <sup>¡Ay!</sup>

Que aquel que le da, le quita.)

Pasa, cualquiera que seas,

Y otra vez al Rey no infames,

Ni el Rey, villano, te llares

Cuando haces hazanas feas.

Mira que el Rey, mi señor,

Del Africa horror y espanto,

Es cristianísimo y santo,

Y ofendes tanto valor.

La llave me ha confiado

De su casa, y no podía

Venir sin llave á la mia

Cuando la suya me ha dado.

Y no atropelleis la ley;

Mirad que es hombre en efeto:

Esto os digo, y os respeto

Porque os fingisteis el Rey.

Y de verme no os asombre

Fiel, aunque quedo atrevido;

Que un vasallo está obligado

A tener respeto al nombre.

Y sin mas atropellallos

Contra Dios y contra ley,

Así aprenderá á ser rey

Del honor de sus vasallos.

REY.

Ya no lo puedo sufrir;

Que estoy confuso y corrido.

¡Necio! Porque me he fingido

Ser el Rey, ¿me dejas ir?

Pues advierte que yo quiero,

Porque dije que lo era,

Salir de aquesta manera; (Mete mano.)

Que si libertad adquiero

Porque aquí rey me llamé,

Y en mi respetas el nombre,

Porque te admires y te asombre,

En las obras lo seré.

Muere, villano; que aquí

Atento el nombre me da

De Rey, y él te matará.

BUSTO.

Solo mi honor reina en mí.

(Ríen.)

## ESCENA VI.

CRIADOS, con luces; MATILDE.—EL

REY, embozado, BUSTO.

CRIADOS.

¿Qué es esto?

REY. (Ap.)

Escaparme quiero

Antes de ser conocido.

Deste villano ofendido  
Voy; pero vengarme espero.

(Vase.)

UN CRIADO.

Huyó quien tu afrenta trata.

BUSTO.

Seguidle, dadle el castigo...

—Dejadle; que al enemigo

Se ha de hacer puente de plata.

Dadle una luz á Matilde,

Y entráos vosotros allá.

(Dánsela, y vanse los criados.)

## ESCENA VII.

BUSTO, MATILDE.

BUSTO.

(Ap. Esta me vende, que está

Avergonzada y humilde.

La verdad he de sacar

Con una mentira cierta.)

Cierra de golpe esa puerta.—

Aquí os tengo de matar:

Todo el caso me ha contado

El Rey.

MATILDE.

(Ap. Si él no guardó

El secreto, ¿cómo yo,

Con tan infelice estado,

Lo puedo guardar?) Señor,

Todo lo que el Rey te dijo

Es verdad.

BUSTO.

(Ap. Ya aquí colijo

Los defectos de mi honor.)

¿Que tu al fin al Rey le diste

Entrada?

MATILDE.

Me prometió

La libertad; y así, yo

Por ella, como tú viste,

Hasta este mesmo lugar

Le metí.

BUSTO.

Y ¿sabe Estrella

Algo desto?

MATILDE.

Pienso que ella

En sus rayos á abrazar

Me viniera, si entendiera

Mi concierto.

BUSTO.

Cosa es clara;

Porque si acaso enturbiara

La luz, estrella no fuera.

MATILDE.

No permite su arrebol

Eclipse ni sombra oscura;

Que es su luz brillante y pura,

Participada del sol.

A su cámara llegó;

Y dándome este papel,

Entró el Rey, y tú tras él.

BUSTO.

¿Cómo? ¿Este papel te dió?

MATILDE.

Con mil ducados de renta

Y la libertad.

BUSTO.

(Ap. ¡Favor

Grande á costa de mi honor!

¡Bien me engranece menta!)

Ven conmigo.

MATILDE.

¿Dónde voy?

BUSTO.

Vas á que te vea el Rey;

Que así cumplo con la ley

Y obligacion en que estoy,



MATILDE.  
¡Ay desdichada esclavilla!

BUSTO. (Ap.)  
Si el Rey la quiso eclipsar,  
Fama á España ha de quedar  
De la Estrella de Sevilla.  
(Vanse.)

—  
Calle que sale al alcázar.

**ESCENA VIII.**  
**EL REY, DON ARIAS.**

REY.  
Esto al fin ha sucedido.  
DON ARIAS.  
Quisiste entrar solo.  
REY.  
Ha andado  
Tan necio y tan atrevido,  
Que vengo, amigo, afrentado;  
Que sé que me ha conocido.  
Metió mano para mí  
Con equivocadas razones,  
Y aunque mas me resistí,  
Las naturales acciones  
Con que como hombre nací,  
Del decoro me sacaron  
Que pide mi majestad.  
Doy sobre él; pero llegaron  
Con luces, que la verdad  
Dijeran que imaginaron,  
Si la espalda no volviera,  
Temiendo ser conocido;  
Y vengo desta manera.  
Lo que ves me ha sucedido,  
Arias, con Busto Tabera.

DON ARIAS.  
Pague con muerte el disgusto;  
Degüéllale, vea el sol  
Naciendo el castigo justo,  
Pues en el orbe español  
No hay mas leyes que tu gusto.

REY.  
Matarle publicamente,  
Arias, es yerro mayor.

DON ARIAS.  
Causa tendrás suficiente;  
Que en Sevilla es regidor,  
Y el mas sabio y mas prudente  
No deja, Señor, de hacer  
Algun delito, llevado  
De la ambición y el poder.

REY.  
Es tan cuerdo y tan mirado,  
Que culpa no ha de tener.

DON ARIAS.  
Pues hazle, Señor, matar  
En secreto.

REY.  
Eso sí:  
Mas ¿de quién podré fiar  
Este secreto?

DON ARIAS.  
De mí.

REY.  
No te quiero aventurar.

DON ARIAS.  
Pues yo darte un hombre quiero,  
Valeroso y gran soldado,  
Como insigne caballero,  
De quien el moro ha temblado  
En el obelisco fiero  
De Gibraltar, donde ha sido  
Muchas veces capitán

Victorioso, y no vencido,  
Y hoy en Sevilla le dan,  
Por gallardo y atrevido,  
El lugar primero: que es  
De militares escuelas  
El sol.

REY.  
Su nombre ¿cómo es?  
DON ARIAS.  
Sancho Ortiz de las Roelas,  
Y el Cid andaluz después.

REY.  
Ese al momento me llama,  
Pues ya quiere amanecer.

DON ARIAS.  
Vén á acostarte.  
REY.  
¿Qué cama,  
Arias, puede apetecer  
Quien está ofendido y ama?  
Ese hombre llama al momento.

DON ARIAS.  
En el alcázar está  
Un bullo pendiente al viento.

REY.  
¿Bulto dices? ¿Qué será?  
DON ARIAS.  
No será sin fundamento.

REY.  
Mira quién es.  
DON ARIAS.  
La esclavilla,  
Con el papel en las manos.  
REY.  
¿Hay tal rabia!  
DON ARIAS.  
¿Hay tal mancilla!

REY.  
Mataré á los dos hermanos,  
Si se alborota Sevilla.

DON ARIAS.  
Mándale luego quitar,  
Y con decoro y secreto  
También se puede enterrar.  
¿Así se pierde el respeto!  
Tabera no ha de quedar.  
(Vanse.)

—  
Sala en casa de Busto.

**ESCENA IX.**  
**BUSTO, ESTRELLA.**

ESTRELLA.  
¿Qué es esto?

BUSTO.  
Echa ese marco.  
ESTRELLA.

Apénas el sol dormido  
Por los balcones del alba  
Sale pisando zafiros,  
¡Yo me levantas del lecho,  
Solo, triste y afligido!  
Confuso estás y turbado.  
Dime, ¿has visto algun delito  
En que cómplice yo sea?

BUSTO.  
Tú me dirás si lo has sido.

ESTRELLA.  
¿Yo? ¿Qué dices? ¿Estás loco?  
Dime si has perdido el juicio.  
¿Yo delito! Mas ya entiendo  
Que tú lo has hecho en decillo,  
Pues solo con preguntallo,  
Contra mí lo has cometido.

¿No me conoces? No sabes  
Quién soy? En mi boca ¿has visto  
Palabras desenlazadas  
Del honor con que has riño?  
Porque si no has visto nada  
Que me pueda ser indicio,  
¿Qué delito puede haber?

BUSTO.  
Sin ocasion no lo digo.

ESTRELLA.  
¿Sin ocasion?  
BUSTO.  
¡Ay, Estrella!  
Que esta noche en casa...

ESTRELLA.  
Dilo;  
Que si estuviere culpada,  
Luego me ofrezco al suplicio.  
¿Qué hubo esta noche en casa?

BUSTO.  
Esta noche fué epíciclo  
Del sol; que en ella esta noche  
Se trocó de Estrella el signo.

ESTRELLA.  
Las llanezas del honor  
No con astrólogo estilo  
Se han de decir: habla claro,  
Y deja en sus zonas cinco  
El sol; que aunque Estrella soy,  
Yo por el sol no me riño.

BUSTO.  
Cuando partía la noche  
Con sus destemplados giros  
La campana de las Cuevas,  
Lisonja del cielo empero,  
Entré en casa, y topé en ella,  
Cerca de tu cuarto mismo,  
Al Rey solo y embozado.

ESTRELLA.  
¿Qué dices!

BUSTO.  
Verdad te digo.  
Mira, Estrella, á aquellas horas  
¿A qué pudo haber venido  
El Rey á mi casa solo,  
Si por Estrella no vino!  
Matilde con él estaba;  
Que á los pasos y al ruido  
Salió, porque entonces era  
Sabio lince el honor mío.  
Metí mano, y «¿Quién va?» dije;  
Respondió: «Un hombre;» y embisto  
Con él; y él, de mí apartado,  
Que era el Rey, Estrella, dijo;  
Y aunque le conocí luego,  
Hiceme desentendido  
En conocerle; que el cielo  
Darme sufrimiento quiso.  
Embistióme, como rey  
Enojado y ofendido;  
Que un rey que embiste enojado,  
Se trae su valor consigo.  
Salieron pajes con luces;  
Y entonces, por no ser visto,  
Volvió la espalda, y no pudo  
Ser de nadie conocido.  
Conjuré la esclava, y ella,  
Sin mostralle de bionisio  
Los tormentos, confesó  
Las verdades sin martirio.  
Firmada la libertad  
Le dió en un papel que hizo  
El Rey, cabeza al proceso  
En que sus culpas fulmino.  
Saquéla de casa luego,  
Porque su aliento nocivo  
No sembrara deshonor  
Por los nobles edificios.  
Cogila á la puerta, y luego,

Puesta en los hombros, camino  
Al alcázar, y en sus rejas  
La colgué por su delito;  
Que quiero que el Rey conozca  
Que hay Brutos contra Tarquinos.  
Esto me ha pasado, Estrella;  
Nuestro honor está en peligro:  
Yo he de an-entarme por fuerza,  
Y es fuerza darte marido.  
Sancho Ortiz lo ha de ser tuyo;  
Que con su amparo te libro  
Del rigor del Rey, y yo  
Libre me pongo en camino.

ESTRELLA.

¡Ay Busto! Dame esa mano  
Por el favor infinito  
Que me has hecho.

BUSTO.

Hoy has de ser,  
Y así, Estrella, te aperciho,  
Su esposa: guarda silencio,  
Porque importa al honor mío. (Vase.)

ESTRELLA.

¡Ay amor! y ¡qué ventura!  
Ya estás de la venda asido;  
No te has de librar. Mas ¿quién  
Sacó el fin por el principio,  
Si entre la taza y la boca  
Un sabio temió el peligro? (Vase.)

Salon del alcázar.

## ESCENA X.

EL REY, con dos papeles; DON ARIAS.

DON ARIAS.

Ya en la antecámara aguarda  
Sancho Ortiz de las Roelas.

REY.

Todo el amor es cautelas;  
Ya la piedad me acabada.  
En este papel sellado  
Traigo su nombre y su muerte,  
Y en este, que yo le mandado  
Matarle: de aquesta suerte  
El quedará disculpado.  
Hazle entrar, y echa á la puerta  
La loba, y tu no entres.

DON ARIAS.

¿No?

REY.

No; porque quiero que advierta  
Que sé este secreto yo  
Solamente; que concierta  
La venganza mi deseo  
Mas acomodada así.

DON ARIAS.

Voy á llamarle. (Vase.)

REY.

Ya veo,  
Amor, que no es este en mí  
Alto y glorioso trofeo.

## ESCENA XI.

DON SANCHE. — EL REY.

DON SANCHE.

Vuestra alteza á mis dos labios  
Les conceda los dos pies.

REY.

Alzad; que os hiciera agravios.  
Alzad.

DON SANCHE.

Señor...

REY. (Ap.)

Galan es.

L-1.

DON SANCHE.

No es mucho que yo, Señor,  
Me turbe, no siendo aquí  
Retórico ni orador.

REY.

Pues decid, ¿qué veis en mí?

DON SANCHE.

La majestad y el valor.  
Y al fin, una imagen vco  
De Dios, ¡ues le imita el Rey;  
Y des¡ués dél, en vos creo.  
A vuestra cesárea ley.  
Gran Señor, aquí me empleo.

REY.

¿Cómo estáis?

DON SANCHE.

Nunca me he visto  
Tan honrado como estoy.

REY.

Pues aficionado os soy,  
Por prudente y por bienquisto.  
Porque estaréis con cuidado,  
Codicioso de saber.  
Para lo que os he llamado,  
Deciroslo quiero; y ver  
Que en vos tengo un gran soldado.  
—A mí me importa matar  
En secreto á un hombre, y quiero  
Este caso contar  
Solo de vos; que os prefiero  
A todos los del lugar.

DON SANCHE.

¿Está culpado?

REY.

Sí está.

DON SANCHE.

Pues ¿cómo muerte en secreto  
A un culpado se le da?  
Poner su muerte en efeto  
Publicamente podrá  
Vuestra justicia, sin dalle  
Muerte en secreto; que así  
Vos os culpáis en culpalle,  
Pues dais á entender que aquí  
Sin culpa mandáis matalle.  
Si ese hombre os ha ofendido  
En leve culpa, Señor,  
Que le perdoneis os ¡ido.

REY.

Para su procurador,  
Sancho Ortiz, no habeis venido,  
Sino para dalle muerte;  
Y pues se la mando dar  
Escondiendo el brazo fuerte,  
Debe á mi honor importar  
Matarle de aquesta suerte.  
¿Merece el que ha cometido  
*Crimen laesae*, muerte?

DON SANCHE.

En fuego.

REY.

¿Y si *crimen laesae* ha sido  
El deste?...

DON SANCHE.

Que muera luego,  
A voces, Señor, os pido;  
Y si es así, la daré,  
Señor, á mi mismo hermano,  
Y en nada repararé.

REY.

Dadme esa palabra y mano.

DON SANCHE.

Y en ella el alma y la fe.

REY.

Hallándole descuidado  
Puedes matarle.

DON SANCHE.

¡Señor!

Siendo Roela y soldado,  
¿Me quieréis hacer traidor?  
¡Yo muere en caso pensado!  
Cuerpo á cuerpo he de matalle,  
Donde Sevilla lo vea,  
En la plaza ó en la calle;  
Que al que mata y no pelea,  
Nadie puede disculpalle;  
Y gana mas el que muere  
A traicion, que el que le mata;  
Y el vivo, con cuantos trata  
Su alevosia refiere.

REY.

Matadle como querais;  
Que este papel para abono  
De mi firmado llevais,  
En que consta que os perdono.  
Cualquier delito que hagais.  
Referido. (Dale el papel.)

DON SANCHE.

Dice así:

(Lee.) «Al que ese papel advierte,  
»Sancho Ortiz, luego por mí  
»Y en mi nombre dadle muerte;  
»Que yo por vos salgo aquí;  
»Y si os hallais en aprieto,  
»Por este papel firmado  
»Sacaros del os prometo.—  
»Yo el Rey.»—Estoy admirado  
De que tan poco conceto  
Tenga de mi vuestra alteza.  
¡Yo cédula! Yo papel!  
¡Qué! Mas en vos que no en él  
Confía aquí mi nobleza.  
Si vuestras palabras cobran  
Valor que los montes labra,  
Y ellas cuanto dicen obran,  
Dándome aquí la palabra,  
Señor, los papeles sobran.  
Rompedlo, porque sin él  
La muerte le solicita,  
Mejor, Señor, que con él;  
Que en parte desacredita  
Vuestra palabra el papel. (Rompele.)  
Sin papel, Señor, aquí  
Nos obligamos los dos,  
Y prometemos así,  
Yo de vengaros á vos,  
Y vos de librarne á mí.  
Si es así, no hay que hacer  
Cédulas, que estorbo han sido:  
Yo os voy luego á obedecer;  
Y solo por premio os pido  
Para esposa la mujer  
Que yo eligiere.

REY.

Aunque sea

Ricafembra de Castilla  
Os la concedo.

DON SANCHE.

Posea

Vuestro pié la alarhe silla;  
¡I mar los castillos vea  
Gloriosos y dilatados,  
Y por sus climas helados... 2

REY.

Vuestros hechos excelentes,  
Sancho, quedaran premiados.  
En este papel va el nombre

(Dale un papel.)

Del hombre que ha de morir;

1 Verso que se halla en la edicion hecha en Boston, año de 1840, y no se lee en la impresion antigua que nos sirve de original.  
2 Falta un verso que consueue con ex-  
lentes.

Cuando lo abrais no os asombre;  
Mirad que he oído decir  
En Sevilla que es muy hombre.

DON SANCHO.

Presto, Señor, lo sabrémos.

REV.

Los dos, Sancho, solamente  
Este secreto sabemos.  
No hay que advertiros; prudente  
Sois vos: obrad, y callemos. (Vase.)

### ESCENA XII.

CLARINDO.—DON SANCHO.

CLARINDO.

¿Había de encontrarte  
Cuando nuevas tan dulces vengo á darte?  
Dame, Señor, albricias  
De las glorias mayores que codicias.

DON SANCHO.

¿Agora de humor vienes?

CLARINDO.

¿Cómo el alma en albricias no previenes?  
(Dale un papel.)

DON SANCHO.

¿Cúyo es este?

CLARINDO.

De Estrella, [lla.  
Que estaba mas que el sol hermosa y be-  
Mandóme que te diera  
Ese papel, y albricias te pidiera.

DON SANCHO.

¿De qué?

CLARINDO.

Del casamiento,  
Que se ha de efectuar luego al momento.

DON SANCHO.

¿Qué dices! La alegría [mia?  
Me ha de matar. ¿Que Estrella ha de ser  
El hermoso lucero  
Del alba ¿es para mí? Del sol espero  
Que los dorados rayos  
En abismos de luz pinten desmayos.  
(Lee.) «Esposo, ya ha llegado  
»El venturoso plazo deseado:  
»Mi hermano va á buscarte  
»Solo por darne vida y por premiarte.  
»Si del tiempo te acuerdas,  
»Búscale luego, y la ocasión no pierdas.  
»Tu Estrella.»— ¡Ay forma bella!  
¿Qué bien no he de alcanzar con tal es-  
Avisa al mayordomo [trelle?  
De la dichosa sujeción que tomo,  
Y que saque al momento  
Las libras que están para este intento  
En casa reservadas,  
Y saquen las cabezas coronadas  
Mis lacayos y pajes  
De hermosas pesadumbres de plumajes.  
Y si albricias codicias,  
Toma aqueste jacinto por albricias;  
Que el sol también te diera,  
Cuando la piedra del anillo fuera.

CLARINDO.

Vivas mas que la piedra,  
A tu esposa enlazado como hiedra;  
Y pues tanto te precio,  
Vivas, Señor, mas años que no un necio.  
(Vase.)

### ESCENA XIII.

DON SANCHO.

Buscar á Busto quiero;  
Que entre deseos y esperanzas muero.

Mas con el miedo y gusto  
Me olvidaba del Rey, y no era justo.  
Ya está el papel abierto.  
Quiero saber quién ha de ser el muerto.  
(Lee.) «Al que muerte habeis de dar,  
»Es, Sancho, á Busto Tabera.»  
— ¡Válgame Dios! ¿Que esto quiera!  
»Tras una suerte un azar!  
»Toda esta vida es jugar  
»Una carteta imperfecta,  
»Mal barajada, y sujeta  
»A desdichas y á pesares;  
»Que es toda en cientos y azares  
»Como juego de carteta.  
»Pintada la suerte vi;  
»Mas luego se despintó,  
»Y el naipe se barajó  
»Para darme muerte á mí.  
»Miraré si dice así...  
»Pero yo no lo levara  
»Si el papel no lo dijera.  
»Quiérole otra vez mirar.  
(Lee.) «Al que muerte habeis de dar,  
»Es, Sancho, á Busto Tabera.»  
»Perdido soy! ¿Qué he de hacer?  
»Que al Rey la palabra he dado...

Y á su hermana he de perder...  
Sancho Ortiz, no puede ser.  
Viva Busto.— Mas no es justo  
Que al honor contraste el gusto:  
Muera Busto, Busto muera.—  
Mas detente, mano fiera;  
Viva Busto, viva Busto.  
— Mas no puedo con mi honor  
Cumplir, si á mi amor acudo;  
Mas ¿quién resistirse pudo  
A la fuerza del amor?  
Morir me será mejor,  
O ausentarme, de manera  
Que sirva al Rey, y él no muera.  
Mas quiero al Rey agradar.  
(Lee.) «Al que muerte habeis de dar,  
»Es, Sancho, á Busto Tabera.»  
¿Si le mata por Estrella  
El Rey, que servilla trata?...  
Si, por Estrella le mata:  
Pues no muera aquí por ella.  
Ofendelle y defendella  
Quiero.— Mas soy caballero,  
Y no he de hacer lo que quiero,  
Sino lo que debo hacer.  
Pues ¿qué debo obedecer?  
La ley que fuere primero.  
Mas no hay ley que á aquesto obligue.  
Mas si hay; que aunque injusto el Rey,

A él después Dios le castigue.  
Mi loco amor se mitigue;  
Que, aunque me eneste disgusto,  
Acudir al Rey es justo:  
Busto muera, Busto muera,  
Pues ya no hay quien decir quiera:  
«Viva Busto, viva Busto.»  
Perdóname, Estrella hermosa;  
Que no es pequeño castigo  
Perderte y ser tu enemigo.  
¿Qué he hacer? ¿Puedo otra cosa?

### ESCENA XIV.

BUSTO.—DON SANCHO.

BUSTO.

Cuñado, suerte dichosa  
He tenido en encontraros.

<sup>1</sup> Falta en esta décima un verso que con-  
sueñe con dado.

<sup>2</sup> Falta un verso: don Cándido María Tri-  
gneros, que refundió esta comedia, lo su-  
plió con este:

Es obedecerle ley.

DON SANCHO. (Ap.)

Y yo desdicha en hallaros,  
Porque me buscáis aquí  
Para darme vida á mí;  
Pero yo para mataros.

BUSTO.

Ya, hermano, el plazo llegó  
De vuestras dichosas bodas.

DON SANCHO. (Ap.)

Mas de mis desdichas todas,  
Decirte pudiera yo.  
¡Válgame Dios! ¿Quién se vió  
Jamás en tanto pesar?  
¿Que aquí tengo de matar  
Al que mas bien he querido!  
Que á su hermana haya perdido!  
Que con todo he de acabar!

BUSTO.

Ya por escritura estáis  
Casado con doña Estrella.

DON SANCHO.

Casarme quise con ella;  
Mas ya no, aunque me la dáis.

BUSTO.

¿Conoceisme? ¿Así me habláis!

DON SANCHO.

Por conoceros, aquí  
Os hablo, Tabera, así.

BUSTO.

Si me conoceis, Tabera,  
¿Cómo habláis de esa manera?

DON SANCHO.

Hablo porque os conocí.

BUSTO.

Habréis en mí conocido  
Sangre, nobleza y valor,  
Y virtud, que es el honor;  
Que sin ella honor no ha habido.  
Y estoy, Sancho Ortiz, corrido...

DON SANCHO.

Mas lo estoy yo.

BUSTO.

¡Vos! ¿De qué?

DON SANCHO.

De hablaros.

BUSTO.

Si en mi honra y fe  
Algun defecto advertís,  
Como villano mentís,  
Y aquí os lo sustentaré. (Mete mano.)

DON SANCHO.

¿Qué has de sustentar, villano?  
(Ap. Perdona amor; que el exceso  
Del Rey me ha quitado el seso,  
Y es el resistirme en vano.)

(Rinen.)

BUSTO.

¡Muerto soy! Deten la mano. (Cae.)

DON SANCHO.

¡Ay, que estoy fuera de mí,  
Y sin sentido te herí!  
Mas aquí, hermano, te pido  
Que ya que cobré el sentido,  
Que tú me mates á mí.  
Quede tu espada en vainada  
En mi pecho; abre con ella  
Puerta al alma.

BUSTO.

A doña Estrella  
Os dejo, hermano, encargada.

Adios. (Muere.)

DON SANCHO.

Rigurosa espada,  
Sangrienta y fiera homicida,  
Si me has quitado la vida,



Acábame de matar,  
Porque le pueda pagar  
El alma por otra herida.

### ESCENA XV.

*Los dos alcaldes mayores* DON PEDRO  
DE GUZMAN Y FARFAN DE RIBERA,  
y OTROS CABALLEROS. — DON SAN-  
CHO; BUSTO, muerto.

DON PEDRO.

¿Qué es esto? Deten la mano.

DON SANCHE.

¿Cómo, si á mi vida he muerto?

FARFAN.

¡Hay tan grande desconcierto!

DON PEDRO.

¿Qué es esto?

DON SANCHE.

He muerto á mi hermano.

Soy un Cain sevillano,  
Que vengativo y cruel,  
Maté un inocente Abel:  
Véisle aquí; matadme aquí;  
Que pues él muere por mí,  
Yo quiero morir por él.

### ESCENA XVI.

DON ARIAS. — Dichos.

DON ARIAS.

¿Qué es esto?

DON SANCHE.

Un liero rigor;

Que tanto en los hombres labra  
Una cumplida palabra  
Y un acrisolado honor.  
Decidle al Rey mi señor  
Que tie, en los sevillanos  
Las palabras en las manos,  
Como lo veis, pues por ellas  
Atropellan las Estrellas  
Y no hacen caso de hermanos.

DON PEDRO.

Dió muerte á Busto Tabera.

DON ARIAS.

¡Hay tan temerario exceso!

DON SANCHE.

Prendedme, llevadme preso;  
Que es bien que el que mata muera.  
¡Mirad qué hazaña tan liera  
Me hizo el amor intentar,  
Pues me ha obligado á matar,  
Y me ha obligado á morir,  
Pues por él vengo á pedir  
La muerte que él me ha de dar!

DON PEDRO.

Llebadle á Triana preso,  
Porque la ciudad se altera.

DON SANCHE.

¡Amigo Busto Tabera!...

FARFAN.

Este hombre ha perdido el seso.

DON SANCHE.

Dejadme llevar en peso,  
Señores, el cuerpo helado,  
En noble sangre bañado;  
Que así su atlante seré,  
Y entre tanto le daré  
La vida que le he quitado.

DON PEDRO.

Loco está.

DON SANCHE.

Yo, si atropello  
Mi gusto, guardo la ley.

Esto, Señor, es ser rey,  
Y esto, Señor, es no sello.  
Entendello y no entendello  
Importa, pues yo lo callo.  
Yo lo maté, no hay negallo;  
Mas el por qué no diré;  
Otro confiese el por qué,  
Pues yo confieso el matallo.  
(*Llévenselo y vanse.*)

Sala en casa de Busto.

### ESCENA XVII.

ESTRELLA, TEODORA.

ESTRELLA.

No sé si me vesti bien,  
Como me vesti de prisa.  
Dame, Teodora, ese espejo.

TEODORA.

Verte, Señora, en ti misma  
Puedes, porque no hay cristal  
Que tantas verdades diga,  
Ni de hermosura tan grande  
Haga verdadera cifra.

ESTRELLA.

Alterado tengo el rostro  
Y la color encendida.

TEODORA.

Es, Señora, que la sangre  
Se ha asomado á las mejillas  
Entre temor y vergüenza,  
Solo á celebrar tus dichas.

ESTRELLA.

Ya me parece que llega,  
Bañado el rostro de risa,  
Mi esposo á darme la mano  
Entre mil tiernas caricias.  
Ya me parece que dice  
Mil ternezas, y que oídas,  
Sale el alma por los ojos,  
Disimulando sus niñas.  
¡Ay venturoso día!  
Esta ha sido, Teodora, estrella mia.

TEODORA.

Parece que gente suena.  
Cayó el espejo. De envidia, (*Alzale.*)  
El cristal, dentro la hoja,  
De una luna hizo infinitas.

ESTRELLA.

¿Quebróse?

TEODORA.

Señora, sí.

ESTRELLA.

Bien hizo, porque imagina  
Que aguardo el cristal, Teodora,  
En que mis ojos se miran.  
Y pues tal espejo aguardo,  
Quiébrese el espejo, amiga;  
Que no quiero que con él,  
Este de espejo me sirva.

### ESCENA XVIII.

CLARINDO, muy galán. — Dichas.

CLARINDO.

Ya aquesto suena, Señora,  
A gusto y volatería;  
Que las plumas del sombrero  
Los casamientos publican.  
A mi dueño di el papel,  
Y dióme aquesta sortija  
En albricias.

ESTRELLA.

Pues yo quiero  
Feriarte aqúesas albricias.

Dámela, y toma por ella  
Este diamante.

CLARINDO.

Partida

Está por medio la piedra:  
Será de melancolia;  
Que los jacintos padecen  
De ese mal, aunque le quitan.  
Partida por medio está.

ESTRELLA.

No importa que esté partida;  
Que es bien que las piedras sientan  
Mis contentos y alegrías.  
¡Ay venturoso día!  
Esta, amigos, ha sido estrella mia!

TEODORA.

Gran tropel suena en los patios.

CLARINDO.

Y ya la escalera arriba  
Parece que sube gente.

ESTRELLA.

¿Qué valor hay que resista  
Al placer?

### ESCENA XIX.

LOS DOS ALCALDES MAYORES, con GENTE  
que trae el cadáver de Busto. — Di-  
chos.

ESTRELLA.

Pero... ¿qué es esto?

DON PEDRO.

Los desastres y desdichas  
Se hicieron para los hombres;  
Que es mar de llanto esta vida.  
El señor Busto Tabera  
Es muerto.

ESTRELLA.

¡Suerte enemiga!

DON PEDRO.

El consuelo que aquí os queda,  
Es que está el fiero homicida,  
Sancho Ortiz de las Roelas,  
Preso, y del se hará justicia  
Mañana sin falta...

ESTRELLA.

Dejadme, gente enemiga;  
Que en vuestras lenguas trais  
De los infiernos las iras.  
¡Mi hermano es muerto, y le ha muerto  
Sancho Ortiz! ¿Hay quien lo diga?  
Hay quien lo escuche y no muera?  
Piedra soy, pues estoy viva.  
¡Ay riguroso día!  
Esta, amigos, ha sido estrella mia.  
Pero si hay piedad humana,  
Matadme.

DON PEDRO.

El dolor la priva,  
Y con razón.

ESTRELLA.

¡Desdichada

Ha sido la estrella mia!  
¡Mi hermano es muerto, y le ha muerto  
Sancho Ortiz! ¡El quien divide  
Tres almas de un corazón!...  
Dejadme; que estoy perdida.

DON PEDRO.

Ella está desesperada.

FARFAN.

¡Infeliz beldad!

DON PEDRO.

Seguidla.

CLARINDO.

Señora...

1 Verso incompleto.

ESTRELLA.

Déjame, ingrato,  
Sangre de aquel fratricida.  
Y pues acabo con todo,  
Quiero acabar con la vida.  
¡Ay riguroso día!  
Esta ha sido, Teodora, estrella mía.

## ACTO TERCERO.

Salon del alcázar.

### ESCENA PRIMERA.

EL REY, LOS DOS ALCALDES, DON ARIAS.

DON PEDRO.

Confiesa que le mató:  
Mas no confiesa por qué.

REY.

¿No dice qué le obligó?

FARFAN.

Solo responde: «No sé.»

DON PEDRO.

Es gran confusion.

REY.

Y ¿no  
Dice si le dió ocasion?

DON PEDRO.

Señor, de ninguna suerte.

DON ARIAS.

¡Temeraria confusion!

FARFAN.

Dice que le dió la muerte;  
No sabe si es con razon.  
Solo confiesa matarle  
Porque matalle juró.

DON ARIAS.

Ocasion debió de dalle.

DON PEDRO.

Dice que no se le dió.

REY.

Volved de mi parte á hablalle,  
Y decidle que yo digo  
Que luego el descargo dé;  
Y decid que soy su amigo,  
Y su enemigo será  
En el rigor y castigo.  
Declare por qué ocasion  
Dio muerte á Busto Tabera,  
Y en sumaria informacion  
Dé del delito razon  
Antes que de necio muera.  
Diga quién se lo mandó  
Y por quién le dió la muerte,  
O qué ocasion le movió  
A hacello; que desta suerte  
Oír su descargo yo;  
O que á morir se áperciba.

DON PEDRO.

Eso es lo que mas desea.  
El sentimiento le priva,  
Viendo una hazaña tan fea,  
Tan avara y tan esquivá.  
Sin juicio está.

REY.

¿No se queja  
De ninguno?

FARFAN.

No, Señor:  
Con su pesar se aconseja.

REY.

¡Notable y raro valor!

FARFAN.

Los cargos ajenos deja,  
Y á sí se culpa no más.

REY.

No se habrán visto en el mundo  
Tales dos hombres jamas.  
Cuando su valor confundo,  
Me van aprando mas.  
De mi parte le decid  
Que diga por quién le dió  
La muerte y le persuadió  
A ello, y le prevenid  
Que declare, aunque sea yo.  
Si no confiesa al momento,  
En un teatro mañana  
Daré á Sevilla escarmiento.

DON ARIAS.

Voy pues.

(Vanse los Alcaldes y don Arias.)

### ESCENA II.

DON MANUEL. — EL REY.

DON MANUEL.

Doña Estrella pide  
Para besarlos las manos  
Licencia.

REY.

¿Quién se lo impide?

DON MANUEL.

Gran Señor, los ciudadanos.

REY.

¡Bien con la razon se mide!  
Dadme una silla, y dejad  
Que entre ahora.

DON MANUEL.

Voy por ella. (Vase.)

REY.

Vendrá vertiendo beldad;  
Como en el cielo la estrella  
Sale tras la tempestad.

(Vuelve don Manuel.)

DON MANUEL.

Ya está aquí.

Parece así su arrebol  
El sol gallardo y gentil,  
Aunque por verano el sol  
Vierte rayos de marfil.

### ESCENA III.

ESTRELLA, ACOMPAÑAMIENTO. —

DICHOS.

ESTRELLA.

Cristianismo don Sancho,  
De Castilla Rey ilustre,  
Por las hazañas notable,  
Heróico por las virtudes:  
Una desdichada estrella  
Que sus claros rayos cubre  
Deste luto, que mi llanto  
Lo ha sacado en negras nubes,  
Justicia á pedirte vengo;  
Mas no que tú la ejecutes,  
Sino que en mi arbitrio dejes  
Que mi venganza se funde.  
No doy lugar á mis ojos,  
Que mis lagrimas enjuguen,  
Porque anegándome en ellas,  
Mi sentimiento no culpes.  
Quise á Tabera, mi hermano,  
Que las sacras pesadumbres  
Ócupa, pisando estrellas  
En pavimentos azules.  
Como hermano me amparó,  
Y como á padre le tuve:  
La obediencia y el respeto  
En sus mandamientos puse.  
Vivia con él contenta,  
Sin dejar que el sol me injurie;

Que aun rayos del sol no eran  
A mis ventanas comunes.  
Nuestra hermandad envidiaba  
Sevilla, y todos presumen  
Que éramos los dos hermanos  
Que á una estrella se reducen.  
Un tirano cazador  
Hace que el arco ejecute  
El fiero golpe en mi hermano,  
Y nuestras glorias confunde.  
Perdi hermano, perdi esposo:  
Sola he quedado, y no acudes  
A la obligacion de Rey,  
Sin que nadie te disculpe.  
Hazme justicia, Señor;  
Dame el homicida, cumple  
Con tu obligacion en esto;  
Déjame que yo le juzgue.

REY.

Sossegáos, y enjugad las luces bellas,  
Si no queréis que se arda mi palacio;  
Que lagrimas del sol son las estrellas,  
Si cada rayo suyo es un topacio.  
Recoja el alba su tesoro en ellas,  
Si el sol recién nacido le da espacio,  
Y dejad que los cielos las codicien.  
Queno es razon queaquisedesperdicien.  
Tomad esta sortija, y en Triana  
Allanad el castillo con sus señas:  
Ponganlo en vuestras manos, sed tirana  
Fiera con él de las birceanas peñas,  
Aunque á piedad y compasion villana  
Nos enseñan volando las cigüeñas:

[bre,

Que es bien que scan, porque mas asom-  
Áves y fieras confusion del hombre.

ESTRELLA.

Aquí, Señor, virtud es avaricia...  
Que sien mi plata hubiera y oro hubiera,  
Luego de mi cabeza le arrancara,  
Y el rostro con fealdad oscureciera,  
Aunque en brasas ardientes le abrasara.  
Si un Tabera murió, quedó un Tabera;  
Y si su deshonor está en mi cara,  
Yo la pondré de suerte con mis manos,  
Que espanto sea entre los mas tiranos.

(Vanse todos, menos el Rey.)

### ESCENA IV.

EL REY.

Si á Sancho Ortiz le entregan, imagino  
Que con su niano misma ha de matalle.  
¡Que en vaso tan perfeto y peregrino  
Permite Dios que la fuerza se halle!  
¡Ved lo que intenta un necio desatino!  
Yo incite á Sancho Ortiz: voy á libralle;  
Que amor que pisa púrpura de reyes,  
Á su gusto no mas promulga leyes.

(Vase.)

Prision.

### ESCENA V.

DON SANCHE, CLARINDO, músicos.

DON SANCHE.

¡Algunos versos, Clarindo,  
No has escrito á mi suceso?

CLARINDO.

¡Quién, Señor, ha de escribir  
Teniendo tan poco premio?  
A las liestas de la plaza  
Muchos me pidieron versos,  
Y viéndome por las calles,

\* Verso suelto entre dos octavas: debe pertenecer á alguna que se omitió en la edicion antigua, no sabemos por qué.

Como si fuera maestro  
De cortar ó de coser,  
Me decían : «¿No está hecho  
Aquel recado?» Y me daban  
Mas prisa que un rompimiento.  
Y si qué comer tuviera,  
Excediera en el silencio  
A Anaxágoras, y burla  
De los latinos y griegos  
Ingenios hiciera.

### ESCENA VI.

LOS ALCALDES, DON ARIAS. — DICHOS.

DON PEDRO.

Entrad.

CLARINDO.

Que vienen. Señor, sospecho  
Éstos á notificarte  
La sentencia.

DON SANCHO.

Pues de presto

Decid vosotros un tono. *(A los músicos.)*

¡Agora si que deseo  
Morir, y quiero cantando  
Dar muestras de mi contento!  
Fuera de que quiero dalles  
A entender mi heroico pecho,  
Y que aun la muerte no puede  
En él obligarme á menos.

CLARINDO.

¡Notable gentilidad!

¿Qué mas hiciera un tudesco,  
Llena el alma de lagañas  
De pipotes de lo abejo?

*músicos. (Cantando.)*

*Si consiste en el vivir  
Mi triste y confusa suerte,  
Lo que se alarga la muerte,  
Eso se alarga el morir.*

CLARINDO.

¡Gallardo mote han cantado!

DON SANCHO.

A propósito y discreto.

*músicos. (Cantan.)*

*No hay vida como la muerte  
Para el que vive muriendo.*

DON PEDRO.

¡Ahora es tiempo, Señor,  
De música?

*(Vanse los músicos.)*

DON SANCHO.

Pues, ¿qué tiempo  
De mayor de-canso pueden  
Tener en su mal los presos?

FARFAN.

Quando la muerte por horas  
Le amenaza, y por momentos  
La sentencia está aguardando  
Del fulminado proceso,  
¿Con música se entretiene?

DON SANCHO.

Soy cisne, y la muerte espero  
Cantando.

FARFAN.

Llegado ha el plazo.

DON SANCHO.

Las manos y piés os beso  
Por las nuevas que me dáis.  
¡Dulce día á mi deseo!

DON PEDRO.

Sancho Ortiz de las Roelas,  
Vos ¿confesáis que habeis muerto  
A Busto Tabera?

DON SANCHO.

Sí,

Aquí á voces lo confieso.  
Buscad bárbaros castigos,  
Inventad nuevos tormentos,  
Porque en España se olviden  
De Fálaris y Majencio.

FARFAN.

Pues sin daros ocasion

¿Le matásteis?

DON SANCHO.

Yo le he muerto :

Esto confieso, y la causa,  
Pues tan callada la tengo,  
Si hay alguno que la sepa,  
Dígallo; que yo no entiendo  
Por qué murió; solo sé  
Que le maté sin saberlo.

DON PEDRO.

Pues parece alevosía  
Matarle sin causa.

DON SANCHO.

Es cierto

Que la dió, pues que murió.

DON PEDRO.

¿A quién?

DON SANCHO.

A quien me ha puesto

En el estado que estoy,  
Que es en el último extremo.

DON PEDRO.

¿Quién es?

DON SANCHO.

No puedo decirlo,  
Porque me encargó el secreto;  
Que como rey en las obras,  
He de serlo en el silencio.  
Y para matarme á mi,  
Basta saber que le he muerto,  
Sin preguntarme el por qué.

DON ARIAS.

Señor Sancho Ortiz, yo tengo  
Aquí, en nombre de su alteza,  
A pediros que á su ruego  
Confeseis quién es la causa

Desto loco desconcierto :  
Si lo hicisteis por amigos,  
Por mujeres ó por deudos,

Ó por algun poderoso

Y grande de aquestos reinos.

Y si teneis de su mano

Papel, resguardo ó concierto

Escrito ó firmado, al punto

Lo manifestéis, haciendo

Lo que debeis.

DON SANCHO.

Si lo hago.

No haré, Señor, lo que debo.

Decidle á su alteza, amigo,

Que cumplo lo que prometo;

Y si él es don Sancho el Bravo,

Yo ese mismo nombre tengo.

Decidle que bien pudiera

Tener papel; mas me afrento

De que papeles me pida,

Habiendo visto rompellos.

Yo maté á Busto Tabera;

Y aunque aquí librar me puedo,

No quiero, por entender

Que alguna palabra ofendo.

Rey soy en cumplir la mia,

Y lo prometido he hecho;

Y quien promete, tambien

Es razon haga lo mesmo.

Ilaga quien se obliga hablando,

Pues yo me he obligado haciendo.

DON ARIAS.

Si en vuestra boca teneis

El descargo, es desconcierto

Negarlo.

DON SANCHO.

Yo soy quien soy, me

Y siendo quien soy, me venzo

A mi mismo con callar,

Y á alguno que calla afrento.

Quien es quien es, haga obrando

Como quien es; y con esto,

De aquesta suerte los dos

Como quien somos harémos.

DON ARIAS.

Eso le diré á su alteza.

DON PEDRO.

Vos. Sancho Ortiz, habeis hecho

Un caso muy mal pensado,

Y anduvisteis poco cuerdo.

FARFAN.

Al cabildo de Sevilla

Habeis ofendido, y puesto

A su rigor vuestra vida,

Y en su furor vuestro cuello.

*(Vanse los Alcaldes y don Arias.)*

### ESCENA VII.

DON SANCHO, CLARINDO.

CLARINDO.

¿Es posible que consientas  
Tantas injurias?

DON SANCHO.

Consiento

Que me castiguen los hombres

Y que me confunda el cielo,

Y ya, Clarindo, comienza.

No oyes en confuso estruendo

Bramar los aires, armados

De relámpagos y truenos?

Uno haja sobre mi

Como culebra, esparciendo

Círculos de fuego aprisa.

CLARINDO.

Pienso que has perdido el seso.

*(Ap. Quiero seguille el humor.)*

DON SANCHO.

¡Que me abraso!

CLARINDO.

¡Que me quemó!

DON SANCHO.

¿Cogióte el rayo tambien?

CLARINDO.

¿No me ves cenizas hecho?

DON SANCHO.

¡Válgame Dios!

CLARINDO.

Sí, señor.

Ceniza soy de sarinientos.

DON SANCHO.

Ya estamos en la otra vida.

CLARINDO.

Y pienso que en el infierno.

DON SANCHO.

¿En el infierno, Clarindo?

¿En qué lo ves?

CLARINDO.

En que veo,

Señor, en aquel castillo

Mas de mil sastres mintiendo.

DON SANCHO.

Bien dices que en él estamos;

Que la soberbia está ardiendo

Sobre esa torre, formada

De arrogantes y soberbios.

Allí veo á la ambicion

Tragando abismos de fuego.



CLARINDO.

Y mas adelante está  
Una legion de cocheros.

DON SANCHO.

Si andan coches por acá,  
Destruiran el infierno.  
Pero si el infierno es,  
¿Cómo escribanos no vemos?

CLARINDO.

No los quieren recibir  
Porque acá no inventen pleitos.

DON SANCHO.

Pues en él pleitos no hay.  
Bueno ha de ser el infierno.

CLARINDO.

¿Bueno? ¡...!  
Allí está el tirano honor.  
Cargado de muchos necios  
Que por la honra padecen.

DON SANCHO.

Quierome juntar con ellos.—  
Honor, un necio y honrado  
Viene a ser criado vuestro.  
Por no exceder vuestras leyes.—  
Mal, amigo, lo habeis hecho,  
Porque el verdadero honor  
Consiste ya en no tenerlo.  
¿A mi me buscais allá,  
Y ha mil siglos que estoy muerto!  
Dinero, amigo, buscad;  
Que el honor es el dinero.  
¿Qué hicisteis?—Quise cumplir  
Una palabra.—Riendo  
Me estoy: ¿palabras cumplis?  
Pareceis majadero;  
Que es ya en no cumplir palabras  
Bizarria en este tiempo.—  
Prometi matar a un hombre,  
Y le maté airado, siendo  
Mi mejor amigo.—Malo.

CLARINDO.

No es muy bueno.

DON SANCHO.

No es muy bueno.

Metedle en un calabozo,  
Y condénese por necio.—  
Honor, su hermana perdi,  
Y ya en su hacienda padezco.—  
No importa.

CLARINDO. (Ap.)

¡Válgame Dios!

Si mas proseguir le dejo,  
Ha de perder el juicio.  
Inventar quiero un enredo. (Da voces.)

DON SANCHO.

¿Quién da voces? ¿Quién da voces?

CLARINDO.

Da voces el Cancerbero,  
Portero deste palacio.—  
¿No me conocéis?

DON SANCHO.

Sospecho  
Que sí.

CLARINDO.

Y vos ¿quién sois?

DON SANCHO.

¿Yo?

Un honrado.

CLARINDO.

¿Y acá dentro  
Estáis? Salid, noramala.

DON SANCHO.

¿Qué decis?

4 O sobra esta palabra, ó faltan un hemis-  
tíquo y un verso.

CLARINDO.

Sabios presto:

Que este lugar no es de honrados.  
Asídele, llevadle preso  
Al otro mundo, a la cárcel  
De Sevilla por el viento.—  
¿Cómo?—Tapados los ojos,  
Para que vuele sin miedo.—  
Ya está tapado.—En sus hombros  
Al punto el Diabolo Cojuelo  
Allá le ponga de un salto.—  
¿De un salto? Yo soy contento.—  
Camina, y lleva tambien  
De la mano al compañero.—

(Da una vuelta, y d'ale.)

Ya estais en el mundo, amigo.  
Quedaos a Lios.—Con Dios quedo.

DON SANCHO.

¡Dios dijo!

CLARINDO.

Sí, Señor; que  
Este demonio, primero  
Que lo fuese, fué cristiano  
Bautizado, y es gallego  
De Cal-de-Francos.

DON SANCHO.

Parece

Que de un éxtasis recuerdo.  
¡Válgame Dios! ¡Ay Estrella,  
Qué desdichada la tengo  
Sin vos! Mas si os perdi,  
Este castigo merezco.

## ESCENA VIII.

EL ALCAIDE, y ESTRELLA, con el  
manto echado.—Dichos.

ESTRELLA.

Luego el preso me entregad.

ALCAIDE.

Aquí está, Señora, el preso,  
Y como lo manda el Rey,  
En vuestras manos lo entrego.—  
Señor Sancho Ortiz, su alteza  
Nos manda que le entreguemos  
A esta señora.

ESTRELLA.

Señor,

Venid conmigo.

DON SANCHO.

Agradezco

La piedad, si es a matarme,  
Porque la muerte deseo.

ESTRELLA.

Dadme la mano y venid.

CLARINDO. (Ap.)

¿No parece encantamiento?

ESTRELLA.

Nadie nos siga.

CLARINDO.

Está bien.

(Vanse Estrella y don Sancho.)

¡Por Dios, que andamos muy buenos,  
Desde el infierno a Sevilla,  
Y de Sevilla al infierno!  
¡Plegue a Dios que aquesta Estrella  
Se nos vuelva ya lucero!  
(Vanse.)

—

Campo.

## ESCENA IX.

ESTRELLA, cubierta con el manto;  
DON SANCHO.

ESTRELLA.

Ya os he puesto en libertad.

Idos, Sancho Ortiz, con Dios,  
Y advertid que uso con vos  
De clemencia y de piedad.  
Idos con Dios; acabad.  
Libre estais. ¡Y os deteneis!  
¿Qué mirais? ¿Qué os suspendeis?  
Tiempo pierde el que se tarda:  
Id, que el caballo os aguarda,  
En que escaparos podeis.  
Dineros tiene el criado  
Para el camino.

DON SANCHO.

Señora,

Dame esos pies.

ESTRELLA.

Id; que ahora

No es tiempo.

DON SANCHO.

Voy con cuidado.

Sepa yo quién me ha librado,  
Porque sepa agradecer  
Tal merced.

ESTRELLA.

Una mujer

Vuestra aficionada soy,  
Que la libertad os doy,  
Teniéndola en mi poder.  
Id con Dios.

DON SANCHO.

No he de pasar

De aquí, si no me decís  
Quién sois ó no os descubris.

ESTRELLA.

No me da el tiempo lugar.

DON SANCHO.

La vida os quiero pagar,  
Y la libertad tambien.  
Yo he de conocer a quien  
Tanta obligacion le debo,  
Para pagar lo que debo,  
Recojiendo este bien.

ESTRELLA.

Una mujer principal  
Soy, y si mas lo pondero,  
La mujer que mas os quiero,  
Y a quien vos quereis mas mal.  
Idos con Dios.

DON SANCHO.

No haré tal,

Si no os descubris ahora.

ESTRELLA.

Porque os vais, yo soy. (Descúbrese.)

DON SANCHO.

Señora!

¡Estrella del alma mía!

ESTRELLA.

Estrella soy que te guía,  
De tu vida precursora.  
Véte; que amor atropella  
La fuerza así del rigor;  
Que como te tengo amor,  
Te soy favorable estrella.

DON SANCHO.

¡Tú resplandeciente y bella  
Con el mayor enemigo!  
Tú tanta piedad conmigo!  
Trátame con mas crueldad;  
Que aquí es rigor la piedad,  
Porque es piedad el castigo.  
Haz que la muerte me dé;  
No quieras tan liberal  
Con el bien hacerme mal.  
Cuando está en mí mal el bien.  
¡Darle libertad a quien  
Muerte a su hermano le dió!  
No es justo que viva yo,  
Pues él padeció por mí;

Que es bien que te pierda así,  
Quien tal amigo perdió.  
En libertad desta suerte, *o. al. de. de. de.*  
Me entrego á la muerte liera,  
Porque si preso estuviera,  
¿Qué hacia en pedir la muerte?

ESTRELLA.  
Mi amor es mas firme y fuerte;  
Y así, la vida te doy.

DON SANCHO.  
Pues yo á la muerte me voy,  
Puesto que librarme quieres; *o. al. de. de. de.*  
Que si haces como quien eres,  
Yo he de hacer como quien soy.

ESTRELLA.  
¿Por qué muerés?

DON SANCHO.  
Por vengarte.

ESTRELLA.  
¿De qué?

DON SANCHO.  
De mi *alevosia*. *o. al. de. de. de.*

ESTRELLA.

Es crueldad.  
DON SANCHO.  
Es valentía.

ESTRELLA.  
Ya no hay parte.

DON SANCHO.  
Amor es parte.

ESTRELLA.  
Es ofenderme.

DON SANCHO.  
Es amarte.

ESTRELLA.  
¿Cómo me amas?

DON SANCHO.  
Muriendo.

ESTRELLA.  
Antes me ofendes. *o. al. de. de. de.*

DON SANCHO.  
Viviendo.

ESTRELLA.  
Oyeme.

DON SANCHO.  
No hay qué decir.

ESTRELLA.  
¿Dónde vas?

DON SANCHO.  
Voy á morir.

Pues con la vida te ofendo.

ESTRELLA.

Véte y déjame.  
DON SANCHO.  
No es bien.

ESTRELLA.

Vive y librate.  
DON SANCHO.  
No es justo.

ESTRELLA.

¿Por quién mueres?

DON SANCHO.  
Por mi gusto.

ESTRELLA.  
Es crueldad.

DON SANCHO.  
Honor también.

ESTRELLA.  
¿Quién te acusa?

DON SANCHO.  
Tu desden.

No lo tengo. ESTRELLA.

DON SANCHO.

Piedra soy.

ESTRELLA.

¿Estás en tí?

DON SANCHO.

En mi honra estoy,  
Y te ofendo con vivir.

ESTRELLA.

Pues véte, loco, á morir;  
Que á morir también me voy,  
(*Vanse por distintos lados.*)

Salon del alcázar.

## ESCENA X.

EL REY, DON ARIAS.

REY.

¿Que no quiera confesar  
Que yo mandé darle muerte!

DON ARIAS.

No he visto bronce mas fuerte;  
Todo su intento es negar.  
Dijo al fin que él ha cumplido  
Su obligación, y que es bien  
Que cumpla la suya quien  
Le obligó comprometido.

REY.

Callando quiere vencerme.

DON ARIAS.

Y aun te tiene convencido.

REY.

El cumplió lo prometido.  
En confusion vengo á verme  
Por no podelle cumplir  
La palabra que enojado  
Le di.

DON ARIAS.

Palabra que has dado  
No se puede resistir,  
Porque si debe cumplir  
Un hombre ordinario, un rey  
Le hace entre sus labios ley,  
Y á la ley todo se humilla.

REY.

Es verdad, cuando se mide  
Con la natural razon  
La ley.

DON ARIAS.

Es obligación.  
El vasallo no la pide  
Al Rey; solo ejecutar,  
Sin vello y averiguallo,  
Debe la ley el vasallo;  
Y el Rey debe consultar.  
Tú esta vez la promulgaste  
En un papel; y pues él  
La ej. cutó sin papel,  
A cumplille te obligaste  
La ley que hiciste en mandallo  
Matar á Busto Tabera;  
Que si por tu ley no fuera,  
El no viniera á matalle.

REY.

Pues ¿he de decir que yo  
Darle la muerte mandé,  
Y que tal crueldad usé  
Con quien jamás me ofendió?  
El cabildo de Sevilla,  
Viendo que la causa fui,  
Arias, ¿qué dirá de mí?  
Y ¿qué se dirá en Castilla,  
Cuando don Alonso en ella  
Me está llamando tirano,

Y el Pontífice romano  
Con censuras me atropella?  
La parte de mi sobrino  
Vendrá á esforzar por ventura,  
Y su amparo la asegura.  
Falso mi intento imagino;  
También si dejo morir  
A Sancho Ortiz, es bajaça.  
¿Qué he de hacer?

DON ARIAS.

Puede tu alteza

Con halagos persuadir  
A los Alcaldes mayores,  
Y pedilles con destierro  
Castiguen su culpa y yerro,  
Atropellando rigores.  
Pague Sancho Ortiz: así  
Vuelves, gran Señor, por él,  
Y ceñido de laurel,  
Premiado queda de ti.  
Puedes hacerle, Señor,  
General de una frontera.

REY.

Bien dices; pero si hubiera  
Ejecutado el rigor  
Con el donña Estrella ya,  
A quien mi anillo le di,  
¿Cómo lo harémos aquí?

DON ARIAS.

Todo se remediará.  
Yo en tu nombre iré á prendella  
Por causa que te ha movido,  
Y sin gente y sin ruido  
Traeré al alcázar á Estrella.  
Aquí la persuadirás  
A tu intento, y porque importe,  
Con un grande de la corte  
Casarla, Señor, podrás;  
Que su virtud y nobleza  
Merece un alto marido.

REY.

¿Cómo estoy arrepentido,  
Don Arias, de mi flaqueza!  
Bien dice un sabio que aquel  
Era sabio solamente  
Que era en la ocasion prudente,  
Como en la ocasion cruel.  
Ve luego á prender á Estrella,  
Pues de tanta confusion  
Me sacas con su prision;  
Que pienso casar con ella,  
Para venirla á aplacar,  
Un ricohombre de Castilla;  
Y á poderla dar mi silla,  
La pusiera en mi lugar;  
Que tal hermano y hermana  
Piden inmortalidad.

DON ARIAS.

La gente desta ciudad  
Obscurece la romana. (*Vase.*)

## ESCENA XI.

EL ALCAIDE.—EL REY.

ALCAIDE.

Déme los piés vuestra alteza.

REY.

Pedro de Caus, ¿qué causa  
Os trae á mis j. iés?

ALCAIDE.

Señor,  
Este anillo con sus armas  
¿No es de vuestra alteza?

REY.

Si:

Este es privilegio y salva  
De cua'quier crimen que hayais  
Cometido.

AL CAIDE.

Fué a Triana,  
Invicto Señor, con el  
Una mujer muy tapada,  
Diciendo que vuestra alteza  
Que le entregase mandaba  
A Sancho Ortiz. Consulté  
Tu mandato con las guardas  
Y el anillo juntamente;  
Y todos que le entregara  
Me dijeron: dile luego;  
Pero en muy poca distancia  
Sancho Ortiz, dando mil voces,  
Pide que las puertas abra  
Del castillo, y como loco,  
«No he de hacer lo que el Rey manda,»  
Decía, y quiero morir;  
Que es bien que muera quien mata.»  
—La entrada le resisti;  
Pero, como voces tantas  
Daba, fué abrirle fuerza.  
Entró, donde alegre aguarda  
La muerte.

REY.

No he visto gente  
Mas gentil ni mas cristiana  
Que la desta ciudad: callen  
Bronces, marmoles y estatuas.

ALCAIDE.

La mujer dice, Señor,  
Que la libertad le daba,  
Y que él no quiso admitirla,  
Por saber que era la hermana  
De Busto Tabera, á quien  
Dió la muerte.

REY.

Mas me espanta  
Lo que me decis agora,  
En sus grandezas agravian  
La misma naturaleza.  
Ella, cuando mas ingrata  
Había de ser, perdona,  
Le libra; y él, por pagarla  
El ánimo generoso,  
Se volvió a morir. Si pasan  
Mas adelante sus hechos,  
Darán vida á eternas planchas.  
Vos, Pedro de Caus, traedme  
Con gran secreto al alcázar  
A Sancho Ortiz en mi coche,  
Excusando estruendo y guardas.

ALCAIDE.

Voy á servirte. (Vase.)

## ESCENA XII.

UN CRIADO. — EL REY; después, LOS  
ALCAIDES.

CRIADO.

Aquí  
Ver á vuestra alteza aguardan  
Sus dos alcaides mayores.

REY.

Decid que entren con sus varas.

(Vase el criado.)

Sí yo puedo, á Sancho Ortiz  
He de cumplir la palabra,  
Sin que mi rigor se entienda.  
(Salen los dos alcaides.)

DON PEDRO.

Ya, gran Señor, sustanciada  
La culpa, pide el proceso  
La sentencia.

REY.

Sustanciada:  
Solo os pido que mireis,  
Pues sois padres de la patria,  
Su justicia, y la clemencia

Muchas veces la aventaja.

Regidor es de Sevilla  
Sancho Ortiz, si es el que falta  
Regidor; uno piedad  
Pide, si el otro venganza.

FARFAN.

Alcaldes mayores somos  
De Sevilla, y hoy nos carga  
En nuestros hombros, Señor,  
Su honor y su confianza.  
Estas varas representan  
A vuestra alteza; y si tratan  
Mal vuestra planta divina,  
Ofenden á vuestra estampa.  
Derechas miran á Dios,  
Y si se doblan y bajan,  
Miran al hombre, y del cielo,  
En torciéndose, se apartan.

REY.

No digo que las torzais,  
Sino que equidad se haga  
En la justicia.

DON PEDRO.

Señor,  
La causa de nuestras causas  
Es vuestra alteza: en su *fiat*  
Penden nuestras esperanzas.  
Dadle la vida, y no muera,  
Pues nadie en los reyes manda.  
Dios hace los reyes, Dios  
De los Sauls traslada  
En los humildes Davides  
Las coronas soberanas.

REY.

Entrad, y ved la sentencia,  
Qué da por disculpa, y salga  
Al suplicio Sancho Ortiz,  
Como las leyes lo tratan.  
Vos, don Pedro de Guzman,  
Escuchadme una palabra  
Aquí aparte.

(Vase Farfan.)

## ESCENA XIII.

EL REY, DON PEDRO.

DON PEDRO.

Pues, ¿qué es  
Lo que vuestra alteza manda?

REY.

Dando muerte á Sancho, amigo  
Don Pedro, no se restaura  
La vida al muerto; y querria,  
Evitando la desgracia  
Mayor, que le desterremos  
A Gibraltar ó á Granada,  
Donde en mi servicio tenga  
Una muerte voluntaria.  
¿Qué decis?

DON PEDRO.

Que soy don Pedro  
De Guzman, y á vuestras plantas  
Me teneis. Vuestra es mi vida,  
Vuestra es mi hacienda y espada.

REY.

Dadme esos brazos, don Pedro  
De Guzman; que no esperaba  
Yo menos de un pecho noble.  
Id con Dios: haced que salga  
Luego Farfan de Ribera.  
(Ap. Montes la hisonja allana.)

(Vase don Pedro.)

## ESCENA XIV.

FARFAN. — EL REY.

FARFAN.

Aquí á vuestros piés estoy.

REY.

Farfan de Ribera, estaba  
Con pena de que muriera  
Sancho Ortiz; mas ya se trata  
De que en destierro se trueque  
La muerte, y será mas larga,  
Porque será mientras viva.  
Vuestro parecer me falta,  
Para que así se pronuncie.

FARFAN.

Cosa de mas importancia  
Mande á Farfan de Ribera  
Vuestra alteza, sin que en nada  
Repere; que mi lealtad  
En servirle no repara  
En cosa alguna.

REY.

En fin, sois  
Ribera, en quien vierte el alba  
Flores de virtudes bellas  
Que os guarnecen y acompañan.  
Id con Dios.

(Vase Farfan.)

## ESCENA XV.

EL REY.

Bien negocié.

Hoy de la muerte se escapa  
Sancho Ortiz, y mi promesa  
Sin que se entienda se salva.  
Haré que por general  
De alguna frontera vaya,  
Con que le destierro y premio.

## ESCENA XVI.

LOS ALCALDES.—EL REY.

DON PEDRO.

Ya está, gran Señor, firmada  
La sentencia, y que la vea  
Solo vuestra alteza falta.

REY.

Habría la sentencia sido  
Como yo lo deseaba  
De tan grandes caballeros.

FARFAN.

Nuestra lealtad nos ensalza.

REY.

(Lee.) «Fallamos y pronunciamos  
»Que le corten en la plaza  
»La cabeza.»—¿Esta sentencia  
Es la que traéis firmada!  
¿Así, villanos, cumplís  
A vuestro rey la palabra?  
¿Vive Dios!

FARFAN.

Lo prometido

Con las vidas, con las almas  
Cumpliré el menor de todos  
Como ves, como arimada  
La vara tenga; con ella,  
Por las potencias humanas,  
Por la tierra, por el cielo,  
Que ninguno dellos haga  
Cosa mal hecha ó mal dicha.

DON PEDRO.

Como á vasallos nos manda;  
Mas como alcaides mayores,  
No pidas injustas causas;  
Que aquello es estar sin ellas,  
Y aquesto es estar con varas,  
Y el cabildo de Sevilla  
Es quien es.

REY.

Bueno está. Basta;  
Que todos me avergonzaís.



## ESCENA XVII.

DON ARIAS, ESTRELLA. —Dichos.

DON ARIAS.

Ya está aquí Estrella.

REY.

Don Arias,  
¿Qué he de hacer? Qué me aconsejas  
Entre confusiones tantas?

## ESCENA XVIII.

EL ALCAIDE, DON SANCHO, CLARINDO. —Dichos.

ALCAIDE.

Ya Sancho Ortiz está aquí.

DON SANCHO.

Gran Señor, ¿por qué no acabas  
Con la muerte mis desdichas,  
Con tu rigor mis desgracias?  
Yo maté á Bustos Tabera:  
Matadme, muera quien mata.  
Haz, Señor, misericordia,  
Haciendo justicia.

REY.

Aguarda.

¿Quién te mandó darle muerte?

DON SANCHO.

Un papel.

REY.

¿De quién?

DON SANCHO.

Si hablara

El papel, él lo dijera;  
Que es cosa evidente y clara;  
Mas los papeles rompidos  
Dan confusas las palabras.  
Solo sé que di la muerte  
Al hombre que mas amaba,  
Por haberlo prometido.  
Mas aquí á tus piés aguarda  
Estrella mi muerte heroica,  
Y aun no es bastante venganza.

REY.

Estrella, yo os he casado  
Con un grande de mi casa,  
Mozo, galán, y en Castilla  
Príncipe, y señor de salya;  
Y en premio desto os pedimos,  
Con su perdon, nuestra gracia,  
Que no es justo que se niegue.

ESTRELLA.

Ya, Señor, si estoy casada,  
Vaya libre Sancho Ortiz.  
No ejecutes mi venganza.

DON SANCHO.

¿Al fin me das el perdon  
Porque su alteza te casa?

ESTRELLA.

Si, por eso te perdono.

DON SANCHO.

¿Y quedais así vengada  
De mi agravio?

ESTRELLA.

Y satisfecha.

DON SANCHO.

Pues porque tus esperanzas

Se logren, la vida acepto,  
Aunque morir deseata.

REY.

Id con Dios.

FARFAN.

Mirad, Señor,  
Que así Sevilla se agravia,  
Y debe morir.

REY. (A don Arias.)

¿Qué haré,  
Qué me apura y acobarda  
Esta gente?

DON ARIAS.

Hablad.

REY.

Sevilla,  
Matadme á mí, que fui causa  
Desta muerte. Yo mandé  
Matalle, y aquesto basta  
Para su descargo.

DON SANCHO.

Solo

Ese descargo aguardaba  
Mi honor. El Rey me mandó  
Matarle; que yo una hazaña  
Tan fiera no cometiera,  
Si el Rey no me lo mandara.

REY.

Digo que es verdad.

FARFAN.

Así

Sevilla se desagracia;  
Que pues mandasteis matalle,  
Sin duda os daría causa.

REY.

Admirado me ha dejado  
La nobleza sevillana.

DON SANCHO.

Yo á cumplir salgo el destierro,  
Cumpliéndome otra palabra  
Que me disteis.

REY.

Yo la ofrezco.

DON SANCHO.

Yo dije que aquella dama  
Por mujer habias de darme  
Que yo quisiera.

REY.

Así pasa.

DON SANCHO.

Pues á doña Estrella pido,  
Y aquí á sus divinas plantas  
El perdon de mi error pido.

ESTRELLA.

Sancho Ortiz, yo estoy casada.

DON SANCHO.

¿Casada!

ESTRELLA.

Si.

DON SANCHO.

¿Yo estoy muerto!

REY.

Estrella, esta es mi palabra.

Rey soy, y debo cumplirla:

¿Qué me respondeis?

ESTRELLA.

Que se haga  
Vuestro gusto. Suya soy.

DON SANCHO.

Yo soy suyo.

REY.

Ya ¿qué falta?

DON SANCHO.

La conformidad.

ESTRELLA.

Pues esa  
Jamás podrémos hallarla  
Viviendo juntos.

DON SANCHO.

Lo mismo

Digo yo, y por esta causa  
De la palabra te absuelvo.

ESTRELLA.

Yo te absuelvo la palabra;  
Que ver siempre al homicida  
De mi hermano en mesa y cama  
Me ha de dar pena.

DON SANCHO.

Y á mí

Estar siempre con la hermana  
Del que maté injustamente,  
Queriéndolo como el alma.

ESTRELLA.

Pues ¿libres quedamos?

DON SANCHO.

Sí.

ESTRELLA.

Pues adios.

DON SANCHO.

Adios.

REY.

Aguarda.

ESTRELLA.

Señor, no ha de ser mi esposo  
Hombre que á mi hermano mata,  
Aunque le quiero y le adoro. (Vase.)

DON SANCHO.

Y yo, Señor, por amarla,  
No es justicia que lo sea. (Vase.)

REY.

¿Grande fe!

DON ARIAS.

¿Grande constancia!

CLARINDO. (Ap.)

Mas me parece locura.

REY.

Toda esta gente me espanta.

DON PEDRO.

Tiene esta gente Sevilla.

REY.

Casarle pienso y casarla  
Como merece.

CLARINDO.

Y aquí

Esta tragedia os consagra  
Lope, dando á La Estrella  
De Sevilla eterna fama,  
Cuyo prodigioso caso  
Inmortales bronce guardan.



# LA DISCRETA ENAMORADA.

## PERSONAS.

BELISA, *vinda*.  
FENISA, *su hija*.  
EL CAPITAN BERNARDO.  
LUCINDO, *su hijo*.

HERNANDO, *criado*.  
LEONARDO, *criado*.  
GERARDA, *dama*.  
DORISTEO, *gentilhombre*.

FINARDO, *gentilhombre*.  
FULMINATO, *criado*.  
LISEO.  
FABIO. — CRIADOS.

*La escena es en Madrid.*

## ACTO PRIMERO.

Calle.

### ESCENA PRIMERA.

BELISA y FENISA, *tapadas*.

BELISA.

Baja los ojos al suelo,  
Porque solo has de mirar  
La tierra que has de pisar.

FENISA.

¡Qué! ¿No he de mirar al cielo?

BELISA.

No repliques, bachillera.

FENISA.

Pues ¿no quieres que me asombre?  
Crió Dios derecho al hombre  
Porque el cielo ver pudiera;  
Y de su poder sagrado  
Fué advertencia singular,  
Para que viese el lugar  
Para donde fué criado.  
Los animales, que el cielo  
Para la tierra crió,  
Miren el suelo; mas yo  
¿Por qué he de mirar al suelo?

BELISA.

Mirar al cielo podrás  
Con solo el entendimiento;  
Que un honesto pensamiento  
Mira la tierra no mas.  
La vergüenza en la doncella  
Es un tesoro divino:  
Con ella á mil bienes vino,  
Y á dos mil males sin ella.  
Cuando quieras contemplar  
En el cielo, en tu aposento  
Con mucha recogimiento,  
Tendrás, Fenisa, lugar.  
Desde allí contemplarás  
De su grandeza el proceso.

FENISA.

No soy monja, ni profeso  
Las lecciones que me das;  
Y si para atormentarme  
Me trujiste al jubileo,  
Mas cumplieras tu deseo  
Pudiendo en casa encerrarme.  
Dejárasme con diez llaves.

BELISA.

¿Extremos haces agora?

FENISA.

Pues ¿no he de sentir, Señora,  
Que por momentos me acabes?

¡Con mis ojos vas riñendo!  
¿En qué te dan ocasion?

BELISA.

Por ser santa la estacion,  
Voy tus ojos componiendo.  
Y no recibas enojo;  
Que doncellas y hermosuras  
Son como las criaturas,  
Que suelen morir de ojo.  
Hay mancebete en Madrid,  
Que si te mira al soslayo,  
Hará el efecto del rayo.

FENISA.

El efecto me decid.

BELISA.

Abrasarte el corazon,  
Dejando sano el vestido.

FENISA.

Ya sabes tú que no he sido  
De tan tierna condicion.

BELISA.

Decía tu abuela honrada  
Que una doncella altanera  
Era en la calle una fiera  
De cazadores cercada.  
Píerdese cuando la alaban,  
Ríndese cuando suspiran;  
Que cuantos ojos la miran,  
Con tantas flechas la clavan.

FENISA.

Pues ¿cuándo se ha de casar  
Una mujer nunca vista?

BELISA.

Eso no ha de ser conquista;  
Que es imposible acertar.

FENISA.

Pues ¿qué ha de ser?

BELISA.

Buena fama  
De virtud y de nobleza.

FENISA.

Donde falta la riqueza  
Mucho la hermosura llama;  
Que ya no quieren los hombres  
Sola virtud.

BELISA.

Pues ¿qué?

FENISA.

Hacienda.

### ESCENA II.

LUCINDO, GERARDA y HERNANDO,  
*que se quedan á un lado de la calle,*  
*distantes de —* BELISA y FENISA.

GERARDA. (*A Lucindo.*)

Que soy tu querida prenda?

LUCINDO. (*A Gerarda.*)

Así es razon que te nombres.

GERARDA.

Galan de palabras vienes.

LUCINDO.

Ando al uso.

FENISA. (*Aparte.*)

Este es Lucindo.

GERARDA.

Luego ¿préciaste de lindo?

LUCINDO.

¿De lindo? Donaire tienes.

Préciome de hombre.

FENISA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

Locamente imaginé  
Poner en hombre la fe,  
Que con el alma le di,  
No habiendo nacido dél  
La pretension de mi amor.

GERARDA.

Para un amante hablador  
Soy en las tretas cruel;  
Que conmigo no hay chacota,  
Por vida del gusto mío.

LUCINDO.

De tus locuras me río.

GERARDA.

¿Qué gato de algalia azota!  
Por su vida, que no saque,  
Con arrobas de rigor,  
Un adarme de mi amor.

LUCINDO.

Tu rigor mi amor aplaque;  
Que alabarte una mujer  
Que pasaba junto á ti,  
No haciendo malicia en mí,  
¿Qué delito puede ser?  
Y ya te dije que tú  
Eras mi querida prenda.

GERARDA.

Vaya á poner esa tienda  
A las Indias del Perú.  
Todas esas niñerías  
De cuentas y de espejuelos  
Para bobas son anzuelos;  
No conmigo argenterías.  
Oro macizo de amor  
Me han de dar, no plomo, á mí.

FENISA. (*Ap.*)

¿Que á quien no sabe de mí  
Amase con tal rigor?

Que no me conozca este hombre,  
Y que me muera por él?



## ESCENA III.

DORISTEO, FINARDO. — BELISA Y FENISA, *á un lado*; LUCINDO, GERARDA Y HERNANDO, *al otro*.

FINARDO. (*A Doristeo*)  
Por aquí la vi con él.

DORISTEO.  
Y ¿es galán?

FINARDO.  
Es gentilhombre.

DORISTEO.  
¿Si son estos?

FINARDO.  
Estos son.

GERARDA.

¿Ve aquel mancebo que viene?

LUCINDO.

Si veo.

GERARDA.

Pues aquel tiene  
Pe mis veras posesion.  
Cuanto te dije es fingido;  
Cuanto te quise es burlando.  
Voyme; que me está aguardando.  
(*Pásase á Doristeo*.)

LUCINDO.

¿Qué haré?

HERNANDO.

Mosquetazo ha sido.

LUCINDO. (*Ap. á Hernando*.)

¿Quitaréle la mujer?

¿Acuchillaréle, Hernando?

HERNANDO.

¿Quiéresla?

LUCINDO.

Estoyme abrasando,

HERNANDO.

Agua será menester.

¿Que nadie merezca amor

— Sino es las libres mujeres!

GERARDA. (*A Doristeo*.)

Digo que mis ojos eres.

DORISTEO.

Templando vas mi rigor.

Como acompañarte vi

Este galán majadero,

Preciado de caballero,

Notable enojo senti;

Mas en ver que le has dejado,

Brazos y gracias te doy.

GERARDA.

Vén conmigo.

DORISTEO.

¿Adónde?

GERARDA.

Al Prado.

(*Vanse Gerarda, Doristeo y Finardo*.)

## ESCENA IV.

BELISA, FENISA, *á un lado*; LUCINDO Y HERNANDO, *al otro*.

LUCINDO.

¿Fuéronse?

HERNANDO.

Con mucha prisa.

No te aflijas; que es martelo.

LUCINDO.

¿Quién es aquella?

HERNANDO.

Receto

Que esta vecina Fenisa.  
Pero tiene una gigantea  
Por madre; que es emprender  
A Irlanda.

FENISA. (*Ap.*)

Nunca mujer

Se puso á locura tanta.

¿A un hombre que no me ha visto,

Ni se acuerda si nací,

Quiero bien!

LUCINDO.

Nunca la vi.

FENISA. (*Ap.*)

¿Qué mal mi inquietud resisto!

¿Cómo le daré ocasión

Para que el rostro me vea?

Amor mil cosas rodea...

— Todas sin remedio son.

HERNANDO.

Si vieses esta doncella,

Te doy palabra, Señor,

Que olvides tu loco amor,

Porque es sabia, honesta y bella.

Aunque no sé que he pensado

De tu padre...

LUCINDO.

¿De mi padre?

HERNANDO.

Pero quizá con su madre

Casarse tiene pensado,

Y aun es mas puesto en razon.

LUCINDO.

¿Casarse mi padre agora?

HERNANDO.

Habla y mira á esta señora,

Que es de rara perfeccion.

LUCINDO.

Llévome el alma Gerarda,

Celos me tienen sin mí.

¿Qué quieres que mire aquí?

HERNANDO.

Esta hermosa gallarda.

LUCINDO.

No hay vista en hombre celoso;

Todo le parece mal.

FENISA. (*Ap.*)

Ya he pensado traza igual

A mi designio amoroso.

Pasaré junto á Lucindo,

Dejaré el lienzo caer,

Y al dármele, podrá ser

Mire el alma que le rindo;

Que si á los ojos me mira,

Verá toda el alma en ellos.

HERNANDO.

Mira aquellos ojos bellos,

Donde amor de amor suspira.

BELISA.

Vámonos, hija; que es hora

De recogerlos á casa.

HERNANDO.

Ya junto á nosotros pasa;

Mira su belleza ahora.

(*Pasan Belisa y Fenisa, y esta deja caer el lienzo*.)

LUCINDO.

Un ángel me ha parecido.

HERNANDO.

El lienzo se le cayó.

LUCINDO.

Quedo, darésele yo.

(*Alza el lienzo, y se dirige á las damas*.)

Que volvais el rostro os pido.

FENISA.

¿Qué es, Señor, lo que mandais

LUCINDO.

Este lienzo se os cayó.

FENISA.

¿A mí? sospecho que no.

Pero esperad.

(*Desenfúldase toda, y descúbrese*.)

LUCINDO.

¿Qué buscaís?

FENISA.

Si tengo en la manga el mio.

BELISA.

¿Qué es eso?

FENISA.

En esta no está.

BELISA.

¿Qué es eso?

FENISA.

El lienzo me da.

BELISA.

Pues ¿es tuyo?

LUCINDO. (*Ap.*)

Gentil brio.

FENISA.

Eso es lo que ando mirando.

En esta no está tampoco.

HERNANDO. (*Ap.*)

Volver puede un hombre loco

Aquel mirar suave y blando.

FENISA.

Miraré las faldriqueras.

BELISA.

Acaba.

FENISA.

Ya me doy prisa.

No está aquí.

BELISA.

Vamos, Fenisa.

FENISA.

Ni en estotra está.

BELISA.

¿Qué esperas?

FENISA.

¿Tiene unas randas?

LUCINDO.

Si tiene.

FENISA.

¿Y encaje?

LUCINDO.

¿No lo mirais?

BELISA.

Despacio en la calle estáis,

Donde todo el mundo viene.

FENISA.

Pues ¿quiere vuesamerced

Que lleve lo que no es mio?

LUCINDO.

Señora, de vos le fio.

FENISA.

Haceisme mucha merced.

¿Tiene un poco descosido

De una randa?

LUCINDO.

Si, sospecho.

FENISA.

¿A qué lado?

BELISA.

Es sin provecho.

LUCINDO.

De vos sospecho que ha sido.

4 Falta un verso para la redondilla.

BELISA.

Señor, dejadnos pasar.  
Poned el lienzo en la pila  
Del agua bendita.

FENISA. (Ap.)

Añila,

Amor, tu flecha al tirar.

BELISA.

Vamos.

FENISA.

Yo voy.

(Hace que se va, y luego vuelve.)

HERNANDO.

¿No es hermosa?

LUCINDO.

Celos, ¿por qué me cegais?

FENISA. (Volviendo.)

¡Ah, Señor!

LUCINDO.

¿Qué me mandais?

FENISA.

Advertiros de una cosa.  
Si de aqueste lienzo acaso  
Parece mas cierto dueño;  
Que mi palabra os empeño  
(Ap. Iba á decir que me abraso)  
Que no sé cierto si es mio;  
Diréis que vivo en la calle  
De los Jardines...

HERNANDO. (Ap.)

¿Qué tal!

Qué gracia! Qué rico brio!

FENISA.

Enfrente del capitán  
Bernardo Lucindo.

LUCINDO.

El mismo

Es mi padre.

FENISA. (Ap.)

¡Ay dulce abismo

Donde abrasándome están!

BELISA.

¿Estás loca?

FENISA.

Ya me voy;

Que aqueste hidalgo decía  
Que es mi vecino.

BELISA.

¡Porfia!

Vamos.

FENISA. (Ap.)

¡Qué perdida estoy!

(Vanse las dos.)

## ESCENA V.

LUCINDO, HERNANDO.

HERNANDO.

¿Qué te parece?

LUCINDO.

Que es bella,

Cortés, discreta y gallarda;  
Mas quiero bien á Gerarda,  
Y vase el alma tras ella.  
Celos es suelo traidor,  
Reshaladizo, de suerte,  
Que hará caer al mas fuerte  
En los lodos del amor.  
Terrible cosa es mirar  
Una mujer desdenosa  
Hablar otro hombre celosa,  
Cuando se quiere vengar.  
Aunque mi amor fuera poco,  
Que poco debe de ser,  
Ver tan libre una mujer  
Bastaba á volverme loco.

HERNANDO.

Mujeres libres, Señor.  
Son siempre las mas queridas,  
Y aun iba á decir perdidas,  
Pues han perdido el honor.  
Llora la mujer honrada  
El siempre injusto desden  
Del hombre que quiere bien;  
Y á él no se le da nada,  
Porque sabe que ha de estar  
Pudriéndose en su aposento;  
Pero cuando el pensamiento  
Se pone aquí, no hay burlar;  
Que apenas con los enojos  
Sacaras de casa el pié,  
Cuando consolada esté  
Con mil hombres á tus ojos.

LUCINDO.

Por eso el amor no dura  
En libres, sino en honradas.

HERNANDO.

Cuelgan de celos y espadas  
Hombres de poca cordura,  
Quiero decir poca edad.  
Ya espero verte algún día  
Léjos de aquesta porfia  
Y cerca desta verdad.

LUCINDO.

Hartas causas me retiran.

HERNANDO.

Una mujer libre y loca  
Es como mona, que caca  
A los niños que la miran;  
Pero cuando llega el hombre  
Que tiene gobierno y palo,  
Espulgate con regalo,  
Y no hay voz que no le asombre.  
A los mozos sin consejo  
Las mujeres hacen cocos,  
Porque son niños y locos;  
No al hombre maduro y viejo.  
Ya te ha visto en los anzuelos;  
Y aunque no puede sacarte,  
Alarga cuerda, con darte  
Celos, celos y mas celos.

LUCINDO.

¿Qué he de hacer?

HERNANDO.

Buscar, Señor,

Una bella contracifra.

LUCINDO.

¿Luego el amor se descifra?

HERNANDO.

Sí.

LUCINDO.

¿Con qué?

HERNANDO.

Con otro amor.

LUCINDO.

No tratemos de eso agora;  
Vamos á ver en qué para.

HERNANDO.

¿Ves como es cosa muy clara  
Que con celos te enamora?  
¿Que bien, Lucindo, un discreto  
Cañas de pescar las llama!  
Pescan honra, hacienda y fama,  
Aunque cañas en efeto.  
¿No te afrontas que una cosa  
Que á todo viento blanda,  
Para derribarte sea  
Enemiga poderosa?  
A tu hacienda pone cebo,  
De celos hace sedal;  
Pues ¿cabe que en filo igual  
Cuelgue un discreto manco?  
Lo que aquel sabio decía  
Por las leyes, muy mejor

Por la mujer y el amor  
Agora decir podía.  
Son como telas de araña,  
Pescan moscas, débil gente;  
Mas no el animal valiente,  
Que las rompe y desmaraña.  
Afrontate de que yo  
Te enseñe el vivir.

LUCINDO.

No seas

Pesado: mientras me veas  
Donde el amor me enlazó,  
De aquella tela de araña  
Soy mosca.

HERNANDO.

¡Y qué mosca...tel!

LUCINDO.

Ya soy pez simple y fiel  
Del cebo de aquella caña.  
Vamos, volveré á ver;  
Que me ha picado en el dedo  
Del corazón.

HERNANDO.

Tengo miedo,

Que algo te ha de suceder.

LUCINDO.

A ver vuelvo mis enojos.

HERNANDO.

¡Jesus! qué necios desvelos!

LUCINDO.

Dióme pimienta de celos;  
Voy á beber por los ojos.

(Vanse.)

Sala en casa de Belisa.

## ESCENA VI.

BELISA, FENISA.

BELISA.

¿Haste quitado tu manto?

FENISA.

Quitado, Señora, está.

BELISA.

Pues toma ese manto allá.

FENISA.

De tu cólera me espanto.  
¡Valgame Dios! ¿que te haga?  
Con cualquier cosa te ofendo.

BELISA.

¿Tú piensas que no te entiendo?

Yo tengo mi justo pago.

Si yo te cerrase en casa,

Pocas veces me darías

Estos disgustos.

FENISA.

Los días

Que esto por milagro pasa,  
Que al fin son de un jubileo,  
Tan caros me han de costar,  
Que te tengo de rogar  
Que me encierres.

BELISA.

No lo creo.

FENISA.

¿De qué te quejas de mí,  
Que siempre me andas riñendo?

BELISA.

De tu libertad me ofendo.

FENISA.

¿Libertad?

BELISA.

Yo ¿no lo vi?

FENISA.

¿Qué mancebo me pasea  
 Destos que van dando el talle?  
 Qué guijas desde la calle  
 Me arroja, porque le vea?  
 Qué seña me has visto hacer  
 En la iglesia? Quién me sigue,  
 Que a estar celosa te obligue?  
 ¿Qué vieja me vino á ver?  
 ¿Qué billetes me has hallado  
 Con palabras deshonestas?  
 Qué pluma para respuestas,  
 Qué tintero me has quebrado?  
 Qué cinta, que no sea tuya  
 Ó comprada por tu mano?  
 Qué chapin, qué toca?

BELISA.

En vano

Quieres que mi honor te arguya.  
 No me quejo de que sea  
 Verdadera la ocasion.

FENISA.

Pues, ¿qué es esto?

BELISA.

Prevencion.

Mi honor el tuyo desea.  
 Querría que te guardases  
 Deso mismo que me adviertes,  
 Y que á esas puertas mas fuertes  
 Nuevos candados echases.

FENISA. (Ap.)

Tanto me podrás guardar...

BELISA.

¿Qué dices?

FENISA.

Que haré tu gusto;

Pero cáusame disgusto  
 Tanto gruñir y encerrar.  
 ¿Fuiste santa, por tu vida,  
 En tu tierna edad?

BELISA.

Fui ejemplo

En casa, en calle y en templo,  
 De una mujer recogida.  
 Los ojos tuve con llave.

FENISA.

¿Cómo te casaste?

BELISA.

El cielo

Vió mi virtud y mi celo;  
 Que el cielo todo lo sabe.

FENISA.

Mi tía me dijo á mi

Que hacías mil oraciones,  
 Y andabas por estaciones.

BELISA.

¿Yo para casarme?

FENISA.

Si;

Y nil viérnes ayunabas,  
 A un padre del yerno igual;  
 Y haciendo esto, es señal  
 Que casarte deseabas.

BELISA.

Nunca tal imaginé.  
 Miente, por tu vida y mía;  
 Que antes monja ser quería,  
 Y sin gusto me casé.

FENISA.

Pues ¿cómo fuiste celosa  
 De mi padre, que Dios haya?

BELISA.

Porque no había joya ó saya,  
 Plata en casa, ni otra cosa,  
 Que no diese á cierta dama.  
 Hacía aquel sentimiento  
 Por vosotras.

FENISA.

Golpes siento.

BELISA.

Mira, Fenisa, quién llama.

(Llégase Fenisa á mirar por la reja.)

FENISA.

Por entre la reja vi

El capitán tu vecino.

BELISA.

Ya lo que quiere adivino.

FENISA.

¿Ya lo sabes? ¿Cómo así?

BELISA.

Há días que da en mirarme.

Creo que me quiere bien;

Yo le he mostrado desden,

Y querrá en bodas hablarme.

Y por tu vida, Fenisa,

Que no me estuviere mal;

Que es un hombre principal.

FENISA.

Perdona, madre, esta risa.

BELISA.

¿De qué te ries?

FENISA.

De ver

La cantidad que tendrías

Cuando mas moza serias,

Que ejemplo debió de ser

En casa, en calle, y en templo.

De llamar el capitán

¿Esos barruntos te dan?

Tomar quiero el buen ejemplo.

BELISA.

Loca, es un hombre muy rico,

Y esta casa está sin hombre:

Seráte padre en el nombre.

FENISA.

Que me escuches te suplico.

¿Es para guardarme á mi?

BELISA.

No es otra mi prevencion

Que ver en casa un varon

Que te guarde y honre á ti.

FENISA.

Pues cásame á mi primero,

Y guárdeme nil marido.

BELISA.

Cuando se hubiera ofrecido,

Lo hiciera, y hacerlo espero.

FENISA.

Yo en los términos te arguyo.

BELISA.

Este guardará tu honor.

FENISA.

¿No me guardara mejor

Mi marido que no el tuyo?

BELISA.

Hijo tiene, y ser podría

Concertar esto tambien.

FENISA. (Ap.)

¿Ay, mi Lucindo y mi bien!

¿Quién viesse tan dulce día!

## ESCENA VII.

EL CAPITAN BERNARDO, muy galan,  
 con su gorra de plumas, espada y da-  
 ga, como capitán á lo antiq. y FUL-  
 MINATO y OTRO CHABO.— DICHAS

CAPITAN.

Como en salirse tardaban,  
 La licencia no aguardé;

Porque en eso imaginé,  
 Señoras, que me la daban;  
 Fuera de que el ser vecino  
 Desde que vine de Flándes,  
 Me alienta á cosas mas grandes.

BELISA.

(Ap. Lo que me quiere imagino.)

Agravio se nos hiciera,

Si vuestra merced no entrara,

Y en esta casa mandara

Como si en la suya fuera.

Llega esas sillas, Fenisa.

(Siéntase el Capitan.)

CAPITAN.

Vosotros salios allá.

(A sus criados, que se van.)

BELISA.

Pena, Fenisa, me da (Ap. á ella.)

Que me cogiese de prisá.

¿Está bien puesta esta toca?

FENISA.

Nunca mejor te la vi.

BELISA.

¿Tengo alegre el rostro?

FENISA.

Si.

BELISA.

¿Parécete que provoca?...?

FENISA.

Si, madre.

BELISA.

¿A qué?

FENISA.

A devocion.

BELISA.

¡Maldita seas, amen!

Nunca me has querido bien.

FENISA. (Ap.)

¡Oh santas de privacion!

Quando no pueden comer,

Les pesa de ver con dientes

A las otras. ¿Que esto intentes?

No me espanto; eres mujer.

BELISA.

Hoy me descuidé en ponerme

Un poquito de salud.

FENISA.

No tengas tanta inquietud.

BELISA.

¿Cómo?

FENISA.

Tu galan se duerme.

BELISA.

Ahora bien, voy á sentarme.

FENISA.

La vergüenza de su amor

Te dará, madre, color.

(Siéntase Belisa.)

BELISA.

Ya, Señor, podeis tablar me.

CAPITAN.

Belisa, el ser vecino (que en efeto,  
 Me obliga á reparar en vuestra casa)  
 De su virtud me ha dado buen coneto.  
 Veo tarde y mañana cuanto pasa;  
 Tras esto sé de coro su nobleza,  
 Como suele informarse quien se casa;  
 Y como la virtud y la belleza  
 Sean despertadores del sentido,  
 Aunque duermela edad con mas pereza,  
 Yo me he animado á daros un marido  
 Tal como yo, que tengo menos años  
 De los que habréis, de verme, conocido;  
 Sino que esto de andar reinos extraños



Con las armas, dormir en la campaña,  
Caminos, velas, militares daños,  
Correr la posta á Flándes desde España,  
Consumen la robusta gallardía  
Que los floridos años acompañan.  
Dios haya á Carlos Quinto, que decía  
Que la posta y la mar le envejecieron.  
Cuando apenas cuarenta y seis cumplían.  
Yo nací el año de sesenta, y fueron  
El Duque y la Duquesa mis padrinos,  
Cuyas Albas tal luz á España dieron.  
Héme hallado en jornadas y caminos,  
Que si fuera de bronce me acabarían.  
En fin, señoras, somos hoy vecinos.  
Mucho los viejos una casa amparan;  
Los mozos son polilla de la hacienda,

Que unos á andar comienzan, y otros pa-  
Midad no es bien vuestra virtud ofenda;

Que estov muy ágil, fuerte, como y duer-  
Y sé á un caballo gobernar la rienda.

Yo pienso que en mi vida he estado en-  
Solo mano enemiga me ha sangrado,  
Y un desafío público en Palermo.  
Ese hijuelo que tengo es bien criado,  
Mañana le darán una bandera,  
Y un hábito le tengo negociado:  
No dará pesadumbre.

FENISA. (Ap.)

¡A Dios pluguiera  
Que ya estuviera en casa!

CAPITAN.

Se irá Lucindo por momentos fuera.  
Suplicoos pues, Belisa, humildemente  
Que me deis á Fenisa vuestra hija;  
Que yo pienso dotarla honestamente,  
Para que ella gobierne, mande y rija  
La poca hacienda que ganó mi espada,  
Si no es que mi cansada edad la aflija;  
Que muy presto verá que no es cansada.

BELISA.

¡A mi hija, Capitan,  
Me pide vuestra merced!

CAPITAN.

Y tendré á mucha merced,  
Si esas manos me la dan.

FENISA. (Ap.)

¡Triste de mí! ¿Qué es aquesto?  
Pensé que á mi madre amaba,  
Y que ya Lucindo estaba  
A mi remedio dispuesto.  
Sueño fué mi fantasía  
En una ocasión tan alta,  
Pues la gloria que me falta,  
Soñaba yo que tenía.

BELISA.

Pensé que vuestro deseo  
A quererme se inclinaba.

CAPITAN.

No, Belisa.

BELISA.

Alegre estaba...

Y lo estoy de lo que veo.  
—Hija, ya ves su intencion.

FENISA.

(Ap. La fe que tuve en mi bien  
Me hizo tener también  
Alegre mi corazón.  
Mas como era fe engañada  
Del sueño que imaginé,  
Fe falsa y fingida fué,  
Fe traidora y fe burlada,  
Fe de un sueño que dormía;  
Y si soñada ha de ser,  
Yo juro de no creer

Mas á la fe.) Madremía, (Ap. á ella.)  
Pensé que fuéades vos  
La novia del Capitan.

BELISA.

Léjos sus intentos van,  
Y estoy corrida, por Dios.

FENISA. (Ap.)

¡Ay sueño de mi afición!  
¡Qué bien, pues que me engañé  
Por vuestras burlas, diré  
Que los sueños sueños son!

BELISA.

Fenisa, aunque estoy corrida  
De haber pensado casarme,  
No lo estoy de imaginarme  
De tu verde edad vencida.  
Discreta eres; procura  
Persuadirte á lo que ves.

FENISA.

Si á tu edad vence interés.  
A mi edad vence hermosura.  
Los viejos, que habeis gozado  
Vuestros años, atendeis  
A lo que gozar podeis  
Con avariento cuidado.  
Quereis regalo, dinero,  
Descanso y ociosidad,  
Y envidiando nuestra edad,  
Esto pretendéis primero.  
Desohedecerte fuera  
Cosa indigna á mi virtud;  
Pero faltame salud.  
El término considera,  
Y pídele por un mes,  
Mientras se concierta todo.

BELISA.

Yo lo sabré hacer de modo  
Que muchas gracias me des.  
(Llégase á hablar al Capitan.)

FENISA. (Ap.)

Discreta he sido en decir  
Que este casamiento aceto,  
Pues de mi amor el efeto  
Puedo por él conseguir,  
Que si luego le negara  
Y con disgusto se fuera,  
Tarde á mi Lucindo viera,  
Tarde á mi Lucindo hablara.  
Con entrar su padre aquí,  
Habrá comunicacion.

(Hablan á solas el Capitan y Belisa.)

CAPITAN.

Todas esas cosas son  
De gran gusto para mí.  
El término acepto, y digo  
Que un mes la quiero esperar.  
Pero déjamelas hablar.

FENISA. (Ap.)

¡Qué notable intento sigo!

CAPITAN.

Nunca desa discrecion,  
En Madrid tan celebrada,  
Salió, mi Fenisa amada,  
Mas cuerda resolucion.  
Tu virtud he confirmado;  
Que no apetecer tu edad  
Muestra bien la calidad  
De ese pensamiento honrado.  
Seré de hoy mas, pues me honra  
Tanto el saber que te igualo,  
Un padre de tu regalo  
Y un alcaide de tu honra.  
Y dándome Dios salud,  
Esta misma barba anciana  
Servirá de barba cana  
Al fuerte de tu virtud.  
Y si esta nieve no trata  
Bien el juvenil decoro,

Juntao á tus hebras de oro  
Estos cabellos de plata,  
Supliré en regalo y galas  
Los defectos de la edad.

FENISA.

Con tu honor y calidad,  
Señor, mis años iguales.  
Deja la humildad aquí,  
Pues ya soy tuya.

CAPITAN.

¿Soy tuya

Dijiste?

FENISA.

Si, ya no es suya  
Quien se ha de llamar de ti.

CAPITAN.

¿Otro favor? ¿Pesia tal!  
¡No fuera en Flándes aquesto,  
Para que se echara el resto  
Con un festin general!  
Torneo habia de haber,  
Por vida del Capitan;  
Y si licencia me dan,  
En Madrid le pienso hacer.

FENISA.

Suplicoos, por vida mía,  
La corte no alboroteis.

CAPITAN.

Haré lo que me mandeis,  
Dulce esposa y prenda mía;  
Mas si no fuera por vos...

FENISA.

Un poco tengo que hablaros.

CAPITAN.

Yo mucho que regalaros.

FENISA.

Mil años os guarde Dios.—  
Yo no sabia que era vuestro hijo  
(Ap. á él.)

Lucindo, un caballero que solia  
Entrar en vuestra casa algunas veces.  
Mi madre me lo dijo cuando entrábades;  
Y pues es vuestro hijo y vos mi esposo,  
Que lo seréis, si Dios fuere servido,  
Y me diere salud para gozaros...

CAPITAN.

¡Qué palabras tan dulces! Por Dios vivo,  
Que el sol de aquella boca de claveles  
La nieve de las canas me derrite.

FENISA.

Digo, Señor, que importará atajarle  
La loca pretension con que me sirve.

CAPITAN.

¿Mi hijo os sirve?

FENISA.

Si el servirme fuera

Con la cordura y cortesía lícita  
A una mujer de mis iguales prendas,  
No me quejara con melindres vanos;  
Que nunca me precie de gusto hipócrita.

CAPITAN.

Pues ¿cómo os sirve?

FENISA.

Con papeles locos,  
Por manos de terceros, que á mi casa  
Vienen con mil achagues y invenciones,  
Echando mis amigas por terceras;  
Y en todo aquesto, ni por pensamiento  
Se le acuerda tratar de casamiento.

CAPITAN.

Es loco el mozo: perdonalde, os ruego;  
Que yo saldré tiador que no os enoje  
De aquí adelante.

FENISA.

Pues que ya es mi hijo,  
Os suplico, Señor, que cuerdate

Le digais que me quejo deste agravio,  
Y fiolo de vos, pues sois tan sabio.

CAPITAN.

Dejadme escuchado. El cielo os guarde.  
—Belisa, yo le he dicho á mi Fenisa  
Que pienso regalarla, y que no quiero  
Vida por otra cosa: á Dios te queda;  
Que yo volveré á verte; pero advierte  
Que me has de dar licencia para verte.

BELISA.

Guárdate el cielo.

(Vase el Capitan.)

### ESCENA VIII.

BELISA, FENISA.

BELISA.

Gran ventura ha sido,  
Fenisa, la que el cielo nos ha dado.

FENISA.

¿Estás contenta?

BELISA.

¿No lo ves?

FENISA.

Sospecho  
Que disimulas el pesar que tienes.

BELISA.

¿Cómo?

FENISA.

Porque quisieras tú casarte.

BELISA.

Malicia tuya. Vén.

FENISA. (Ap.)

¡Ay mi Lucindo!

Si no me entiendes con aqueste enredo,  
No eres discreto ni en Madrid nacido;

[nes,

Mas si me entiendes, y á buscarme vie-  
Tú naciste en Madrid, discrecion tienes.  
(Vanse.)

—

Calle.

### ESCENA IX.

LUCINDO, HERNANDO.

LUCINDO.

Aun no sale aquel galan.

HERNANDO.

¿Qué es salir? Está despacio.

LUCINDO.

Mis celos no me le dan.

HERNANDO.

Es esta casa un palacio;  
Mostrándosele estarán.  
En solo ver niñerías  
Hay dos semanas enteras.  
Andarán las galerías...  
—Mejor esté yo en galeras,  
Que la sirviera dos días.

LUCINDO.

Si en galeras de Gerarda  
Anda al remo este dichoso  
Que agora en salir se tarda,  
No sé yo cuál envidioso  
A la ribera le aguarda.  
¡Ay de mí, Hernando, que quiero  
Una mujer diestra, astuta,  
De amor vano y lisonjero,  
Despejada y resoluta,  
Y con una alma de acero!

HERNANDO.

Que el amor cause afición

Está muy puesto en razon;  
Pero que el ser muy querido  
Descuido engendré y olvido,  
Efectos bastardos son. —

LUCINDO.

El sale, y ella se ha puesto  
A la ventana.

HERNANDO.

Querrá

Verle galan y dispuesto.

### ESCENA X.

DORISTEO, que sale con FINARDO de  
casa de GERARDA, la cual se asoma  
á su ventana. — Dichos.

GERARDA. (Ap.)

Lucindo en la calle está.

LUCINDO.

¡Tantas desdichas! ¿Qué es esto?

DORISTEO.

¿No es gallarda?

FINARDO.

Es extremada.

¡Qué discreta y qué cortés!

DORISTEO.

Todo en su talle me agrada.

FINARDO. (Ap. á Doristeo.)

¿Si es este Lucindo?

DORISTEO.

El es.

FINARDO.

¿Si viene á sacar la espada?

DORISTEO.

Venga á lo que mas quisiere;  
Yo sé que es aborrecido.

GERARDA.

(Ap. Celoso está; desespere;  
Que por desdenes y olvido  
Yo se lo que un hombre quiere.

Mas para picarle mas,  
Quiero hablar con Doristeo,  
A quien no quise jamás;  
Que por abreviar rodeo,  
Y por saltar vuelvo atrás.)  
¡Ah, caballero!

LUCINDO.

¿Es á mí?

GERARDA.

No os llamo, Señor, á vos.

DORISTEO.

¿Y á mí, Señora?

GERARDA.

A vos sí.

LUCINDO.

¿No ves aquello?

HERNANDO. (Ap. á Lucindo.)

Por Dios,

Que es infamia estar aquí.

LUCINDO.

Buscarémos invecion  
Para que entienda que vengo  
Aqui con otra ocasion.

GERARDA. (A Doristeo.)

Salir esta noche tengo;  
Acompañarme es razon.

DORISTEO.

¿Dónde iréis?

GERARDA.

Pienso que al Prado.  
Venid por mí.

DORISTEO.

Yo vendré.

LUCINDO.

Ir al Prado han concertado.

HERNANDO.

Tú fueras mejor, á fe.  
Tus mismos celos te han dado.

DORISTEO.

¿Qué me mandais mas?

GERARDA.

Serviros.

DORISTEO.

Adios.

FINARDO.

¿No nos quiere nada?

DORISTEO.

¿Puedo irme?

FINARDO.

Podeis iros.

(Vanse Doristeo y Finardo.)

### ESCENA XI.

LUCINDO y HERNANDO, en la calle;  
GERARDA, en la ventana.

LUCINDO.

¿Que na he sacado la espada,  
Haciéndome tantos tiros?  
Pues ¡vive Dios, que he de darte  
Celos, por ver si con celos  
Puedo á querirme obligarte,  
Ya que no quieren los celos  
Que pueda amando obligarte!

HERNANDO.

¿Cómo se los piensas dar?

LUCINDO.

Quiero esta noche llevar  
Al Prado alguna mujer,  
Adonde me pueda ver  
Hablar, requebrar y amar.

HERNANDO.

Y ¿quién ha de ser?

LUCINDO.

No sé.

HERNANDO.

Hallarla será imposible.

LUCINDO.

No importa. — Yo te pondré  
Un manto...

HERNANDO.

Doña Terrible

Me podrás llamar.

LUCINDO.

Si haré.

HERNANDO.

¿Estás loco?

LUCINDO.

Pues ¿qué importa?

HERNANDO.

¿No importa, si topo acaso  
Gente de palabras corta?

LUCINDO.

Saldré yo muy presto al paso.  
Hernando, la voz reporta.  
Llega, y habla esa mujer.  
Pregunta si vió unas damas.

HERNANDO.

Bien dices, déjame hacer.  
Pues no agradas porque amas,  
Celos serán menester. —  
¡Ah, mi señora Gerarda!

GERARDA.

¿Eres tú, Hernando?

HERNANDO.

Yo soy.

GERARDA.  
Tengo que hacer.  
HERNANDO  
Oye, aguarda.  
GERARDA.  
;Por ti en la ventana estoy!  
HERNANDO.  
Eres discreta y gallarda.  
GERARDA.  
¿Qué quieres?

HERNANDO.  
Saber querria  
En qué casas destas vive  
Cierta doña Estefanía,  
Porque un loco no me prive  
De la ración deste día:  
Que me la mandó seguir,  
Y la perdí por mirarte.  
GERARDA.  
;Oh qué gracioso fingir!  
Dígame a su Durandarte  
Que me suelo yo reir  
De tretillas tan groseras.  
;Ah, mi señor Beltenébros! (A Lucindo.)  
;Para qué son las quimeras?  
;Truque celos en requiebros:  
Lléguese, hablemos de veras.  
;De qué se finge valiente,  
Si está, de verue, temblando?  
;Muestre el pulso: ¿á ver la frente?  
;Jesus, que se está abrasando!  
;Qué temerario accidente!  
;Hola! lleva á aquel celoso  
Dos tragos de agua de azar.

HERNANDO. (Ap.)  
Macacao.  
GERARDA.  
;Cuento donoso!  
¿El me viene á amartelar?  
LUCINDO.  
Corrido estoy.  
HERNANDO.  
Yo furioso.  
¿Conoces algun poeta?  
LUCINDO.  
¿Para qué?

HERNANDO.  
Para enviar  
Una sátira en receta  
A esta bruja, ó hazle dar  
Una hermosa cantaleta.  
Haya pandorga esta noche;  
Yo compraré los cencerros.  
Aunque hasta el alba trasnoche.  
Haya sabanas y entierros.  
Campanillas, hacha y coche.  
;Vive Dios!...

LUCINDO.  
Calla, ignorante.  
;Ah mi bien, ah mi Gerarda!

GERARDA.  
¿Llamas? (Vase.)  
LUCINDO.  
¿Quitaste delante?  
—¿Adónde te vas? Aguarda,  
Oye la voz de tu amante.  
¿Para qué es matarme así?

HERNANDO.  
¿Vive Estefanía aquí?

LUCINDO.  
¿Quieres callar, bestia?

HERNANDO.  
No.  
Por aquí pienso que entró.  
LUCINDO.  
;Mi bien, duélete de mí!

L-1.

HERNANDO.  
Tu padre.  
LUCINDO.  
;Válgame el cielo!

ESCENA XII.

EL CAPITAN.—LUCINDO. HER-  
NANDO.

CAPITAN.  
Todo hoy ando en busca tuya.  
LUCINDO.  
Lo que me quieres recelo;  
Que no es mucho que lo arguya  
De mi inquietud y desvelo.  
Pero adviérte, padre mio,  
Que querer una mujer  
No es en mi edad desvario.  
Antes señal de tener  
Generoso tallo y brio.  
Si es porque no es muy honrada...

CAPITAN.  
¿Cómo que honrada no es?  
Lengua en escorpión bañada,  
¿Mereces besar sus pies,  
Ni aun tierra dellos pisada?  
LUCINDO.  
Estoy con enojo ahora  
De mil celos que me ha dado.  
Con un hombre ó dos que adora.

CAPITAN.  
¿Qué dices de hombre adorado,  
Y tan principal señora?  
Pero díraslo por mí.  
A quien debe de adorar.

LUCINDO.  
¿Que también te quiere á ti?

CAPITAN.  
¿No la merezco agradar?  
LUCINDO.

Si, Señor.

CAPITAN.  
¿Mascas el sí?  
LUCINDO.  
Pésame que hables con ella:  
Que es mujer que á veinte trata.

CAPITAN.  
;Tu lengua pones en ella,  
Porque de celos te mata.  
Siendo tan noble doncella!  
;Vive Dios, que si no fuera  
Por no dejar de casarme.  
Que una estocada te diera!

LUCINDO.  
¿Casarte? Eso si es matarme.  
Padre, Señor, considera...

CAPITAN.  
¿Qué debo considerar?  
LUCINDO.  
Que es una mujer de amores.

CAPITAN. (Ap.)  
Dado me ha que sospechar...  
—Pero póneme temores  
Por estorbarme el casar.  
Como el que con los espejos  
Puestos al sol da en los ojos  
Al que viene desde lejos.  
Quiere el necio darme enojos  
Con estos vanos consejos.  
Mas quiero volverla á hablar,  
Y decirle esta respuesta;  
Que me ha dado qué pensar.

HERNANDO.  
¿Qué te parece?

LUCINDO.  
Por esta  
Mujer hoy me he de matar.

Rompe esas puertas.  
HERNANDO.  
Aguarda.  
LUCINDO.  
Sal aquí, infame Gerarda.  
HERNANDO.  
Con mas tiento; espera un poco.

ESCENA XIII.

GERARDA.—LUCINDO, HERNANDO.

GERARDA.  
;Golpes en mi casa, loco!  
LUCINDO.  
¿Qué respeto me acobarda,  
Que no te quito la vida?  
GERARDA.  
;Daguita! ;Oh, qué lindo cuento!

LUCINDO.  
¿Tú con mi padre, fingida,  
Has tratado casamiento?

GERARDA.  
La tracilla es escogida.  
Si para volver aca  
Buscas embustes. Lucindo,  
Ese ¿en qué razon está?

LUCINDO.  
¿Por qué en mirarte me rindo?  
Por qué no te mato ya?  
¿No viste á mi padre aquí?  
Pues él me ha dicho, cruel.  
Que para matarme á mí,  
Quieres casarte con él.

GERARDA.  
¿Yo, que en mi vida le vi?  
;Díote la industria este necio  
Para tener ocasion  
De hablarme?

HERNANDO.  
Menos desprecio:  
Que no es aquesto invencion,  
Sino verdad.

GERARDA.  
No hablar recio.

HERNANDO.  
¿Por qué no? Con la verdad  
Hable bajo la mentira.  
La verdad con libertad.

GERARDA.  
Tu desvergüenza me admira.  
LUCINDO.

Y á mí tu temeridad.  
¿Cuándo viste al padre mio?  
¿Dónde te habló?

GERARDA.  
¿Qué es aquesto?  
¿Hay mas loco desvario?

LUCINDO.  
¿Posible es que has descompuesto  
Sus canas con ese brio?  
Demonios sois las mujeres.

GERARDA.  
;Muy ángeles son los hombres!  
Lucindo, ¿para qué quieres  
Disfrazar con estos nombres,  
Que por mis desdenes mueres?  
¿Qué padre es este? ¿No adviertes  
Que entiendo tus invenciones?

LUCINDO.  
;Plegue á Dios tan mal aciertes  
En casarte, ya que pones  
Mi vida entre tantas muertes,  
Que te viva dos mil años  
El viejo por quien me dejas



En tantas penas y daños,  
Y á quien por ojos y orejas  
Le has dado hechizos y engaños!  
¡Plegue á Dios!... Mas ¿qué inhumanas  
Maldiciones puedo hacer  
Mas que verte las mañanas,  
Como sierra, amanecer  
Con la nieve de sus canas?  
¿Qué mas que ver un anciano  
A tu lado hermoso y tierno,  
De tu belleza tirano?  
¡Qué gentil hielo en invierno,  
Y qué espantajo en verano!  
Adios, madrastra cruel;  
Que presto, estando con él,  
Te pesará el ver en vano  
Que te bese yo la mano,  
Y que tú la boca á él.  
¡Jesus, qué mala elección!

GERARDA.

Hernando, ¿es esto de veras,  
O vuestras quimeras son?

HERNANDO.

¡Ojala fueran quimeras!

GERARDA.

Ya entiendo vuestra intencion.  
Oisteis me concertar  
Ir al Prado aquesta noche,  
Y queréisme estorbar.  
Pues por Dios que ha de haber coche,  
Y quien nos venga á cantar.  
Piquen por hacerme gusto  
En casa de Estefanía.

LUCINDO.

Mataréte.

GERARDA.

¡Ay Dios, qué susto! (Vase.)

**ESCENA XIV.**

LUCINDO, HERNANDO.

HERNANDO.

Entróse.

LUCINDO.

¿Cerraste, arpia?

¡Mal haya amor tan injusto!

Abre esta puerta, mi bien.

—Acecha por esta llave (A Hernando)

Si sus criadas se ven.

HERNANDO.

¡Qué bien engañarte sabe!

LUCINDO.

Matarme sabe también.

HERNANDO.

Al viejo ha desvanecido

Para darte mas enojos.

LUCINDO.

Liviano en extremo ha sido;

Mas ¿qué no podrán tus ojos,

Dulce Ángel de mi sentido?

**ESCENA XV.**

CAPITAN. — DICHO.

CAPITAN.

¿Estáste aquí todavía?

LUCINDO.

Pues ¿eso, Señor, te espanta?

Si con la mujer que adoro,

En esos años te casas,

¿Es mucho que me despida

Destas puertas y ventanas,

Si mañana han de ser tuyas,

Y hoy su dueño me llamaban?

CAPITAN.

Pienso que te has vuelto loco.

Dijíste me mil infamias  
De aquel ángel de Fenisa,  
Hija de Belisa honrada;  
Voylas á hablar, y por poco  
Sahiera, traidor, sin cara;  
Que caida de vergüenza,  
No era menester cortarla.  
Yo tengo mujer mas noble  
Que tu madre.

LUCINDO.

¿De quién hablas?

CAPITAN.

De Fenisa.

LUCINDO.

Pues, Señor,

Fenisa es doncella, y hasta;

Que la que yo te decía;

Es Gerarda, cortesana,

Que vive en este balcon.

CAPITAN.

¿Qué tiene que ver Gerarda

Con Fenisa?

LUCINDO.

Yo, Señor,

En aquesta calle estaba

Cuando me reprehendiste

De que amaba aquella dama.

CAPITAN.

Otro enredo habrás pensado

Con aquella buena cara

De tu criado.

HERNANDO.

¿Yo enredo?

Siempre piensas que te engañan;

Propia condicion de viejos.

CAPITAN.

Niega, Lucindo, que amas

A Fenisa.

LUCINDO.

¿Yo, Señor?

CAPITAN.

¿Luego tampoco la casaras

Con papeles y alcahuetas?

Pues en este punto acaba

De decirme que antenoche,

Por aquella reja baja,

Enfrente de tu aposento,

Muy tierno llegaste á hablarla.

LUCINDO.

¿Yo papeles! ¿Yo alcahuetas?

Yo por reja ni ventanas?

Hernando...

CAPITAN.

¿Qué buen testigo!

Falsos ojos, lengua falsa,

Falsa la cara y la boca,

Falso el pecho y falsa el alma.

Pues mira lo que te aviso:

¡Vive el cielo, que si pasas

Por su puerta, ni la miras,

Ni por la reja la llamas,

Que para siempre jamás

Has de salir de mi casa!

LUCINDO.

Escúchame.

CAPITAN.

¿Para qué?

LUCINDO.

Escúchame una palabra.

CAPITAN.

¿Qué palabra?

LUCINDO.

Que te digas

Que si ha de ser mi madrastra,

No comience antes de serlo,

Pues aun agora lo tratas,

A hacerme tan malas obras.

CAPITAN.

Quita, necio.

LUCINDO.

Advierte.

CAPITAN.

Guarda. (Vase.)

**ESCENA XVI.**

LUCINDO, HERNANDO.

LUCINDO.

¿Qué es esto, triste de mí?

¿Testimonios me levanta

Antes que su rostro vea!

HERNANDO.

¿No es aquesta aquella dama

Que te miró tiernamente

Cuando el lienzo de las randas?

LUCINDO.

La misma.

HERNANDO.

Pues que me maten

Si no es enredo que traza,

Enamorada de ti.

LUCINDO.

¿Qué me cuentas?

HERNANDO.

Lo que pasa.

Yo leí cuatro renglones

En sus ojos, de una carta,

Que al darte el lienzo escribió

Á tu ansente pecho y alma.

Dejóle caer adrede.

Si la vista no me engaña,

Y lo que á tu padre dice

De que la escribes y casaras,

Es decirte que la escribes,

Y que por las rejas bajas

Vengas á hablarla de noche.

LUCINDO.

Cosas me dices extrañas.

HERNANDO.

¿Qué se pierde en que las pruebes?

LUCINDO.

No se pierde, Hernando, nada;

Que esa doncella podría,

Con su bellísima cara,

Con su rico entendimiento,

Con su voluntad esclava,

Desamartelarme el pecho,

Despicarme de Gerarda.

Vámosla á hablar esta noche;

Que si es verdad que me llama

Con esta industria que dices,

Es la cosa mas gallarda

Que ha sucedido en el mundo.

HERNANDO.

Mucho importa enamorralla,

Asi por dejar del todo

Esta fementida ingrata,

Como porque nos perdemos

Si el viejo otra vez se casa.

Y si se quiere casar,

¿Qué cosa mas acertada

Que con Belisa, su madre

Destá bellísima dama?

LUCINDO.

Si me quiere, Hernando mio,

Te mando ropilla y calzas.

HERNANDO.

Bien puedes dárme las luego.

LUCINDO.

Pues con discrecion tan alta

Supo engañar á dos viejos

De edad y experiencia tanta;

Y enamorada de quien  
Apenas le vió la cara,  
Ha dicho su pensamiento.  
Y se le ha entendido el alma,  
Bien la podemos llamar  
*La discreta enamorada.*

## ACTO SEGUNDO.

El Prado de San Jerónimo. — Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

DORISTEO y FINARDO, *en hábito de noche*; GERARDA, *con rebocino y sombrero*; LISEO, FABIO.

DORISTEO.  
Notable frescura.

FINARDO.  
Extraña.

GERARDA.  
Mucho de sus fuentes gusto.

DORISTEO.  
No hay sitio de tanto gusto,  
Gerarda bella, en España.

GERARDA.  
¡Qué lindas tazas!

DORISTEO.  
Famosas.

GERARDA.  
Con perlas brindando están.

DORISTEO.  
¡Qué liberales que dan  
Sus aguas claras y hermosas!  
¿Haste bolgado de venir?

GERARDA.

Basta venir á tu lado.

DORISTEO.

Sentémonos.

FINARDO.  
Todo es Prado.

DORISTEO.

Así se suele decir.  
¿Templaron vuestras mercedes?

LISEO.

La prima se me bajó.

GERARDA.

Subilla.

DORISTEO.  
Eso digo yo.

FABIO.

¿Comienzo?

DORISTEO.  
Empezar podeis.

FABIO.

¿Qué dirémos?

DORISTEO.  
La de Lope,  
Por vida del buen Liseo.

LISEO.

La del suspiro y deseo.

FINARDO.

A fe, que hay bien donde tope.  
Músicos. (Tocan y cantan.)

*Cuando tan hermosa os miro,  
De amor suspiro,  
Y cuando no os veo,  
Suspira por mí el deseo.  
Cuando mis ojos os ven,  
Van á gozar tanto bien;*

*Mas como por su desden  
De los vuestros me retiro,  
De amor suspiro;  
Y cuando no os veo,  
Suspira por mí el deseo.*

### ESCENA II.

LUCINDO, HERNANDO.—Dichos.

LUCINDO. (Ap. á Hernando.)  
Dijeron que llevarian  
Quien cantase.

HERNANDO.  
Ellos serán,  
Pues aquí cantando están.

LUCINDO.  
Ni cantan mal ni porfian.

HERNANDO.  
Cesaron, como las aves  
Luego que alguno se acerca.

LUCINDO.  
Llega y míralos mas cerca.

HERNANDO.  
Plegue á Dios, Señor, que acabes  
De ser necio.

LUCINDO.  
Si no es hora  
Para hablar con mi Fenisa,  
¿Qué importa, pues todo es risa?

HERNANDO.  
Celos rien, y amor llora.  
Yo paso á lo caballero  
Por delante; espera aquí.

LUCINDO.  
Yo aguardo.  
(Pasa Hernando embozado por delante  
de los sentados, y vuélvese adonde  
quedó su amo.)

FINARDO.  
¿Qué mira así  
Este necio majadero?

DORISTEO.  
Algo debe de buscar  
Que de casa se le fué.

GERARDA.  
Canta solo.

LISEO.  
Cantaré.

GERARDA.  
Sí; pero no has de templar.  
HERNANDO. (Ap. á su amo.)  
En la voz la conocí.

LUCINDO.  
¿Luego es Gerarda?

HERNANDO.  
Sin duda.

LUCINDO.  
¡Ay!  
HERNANDO.  
¿Es menester ayuda?

LUCINDO.  
Y el otro ¿es su galán?  
HERNANDO.  
Sí.  
LUCINDO.

¿Triste de mí!  
HERNANDO.  
¿Qué tenemos?  
¿Date por ventura el parto?  
LUCINDO.  
Mientras mas de ti me aparto,  
Mas me acerco.

HERNANDO.  
Sin extremos;  
Que te podrá conocer.

LUCINDO.  
¿Está en su regazo?

HERNANDO.  
¡Y cómo!  
LUCINDO.

Celos por los ojos tomo,  
Y el alma comienza á arder.  
¡Oh veneno, que desalmas  
La vida con tus enojos,  
Siendo la copa los ojos  
Donde le beben las almas,  
Nunca yo viniera acá!

HERNANDO.  
Vámonos de aquí, Señor.  
¿No es aquel ángel mejor,  
Que esperándonos está?

LUCINDO.  
¿Cuál ángel?  
HERNANDO.  
Fenisa bella.

LUCINDO.  
No estoy para hablar agora  
Con ángeles.

HERNANDO.  
Si te adora,  
¿No será justo querella?

LUCINDO.  
Esa peligro no corre;  
Que como es amor primero,  
Estará, como otra Hero.  
Aguardándome en la torre;  
Pero esta que está en los brazos  
Deste venturoso amante,  
Si me deseuido un instante,  
Haráme el alma pedazos.  
¿Traes el manto?

HERNANDO.  
¿Pues no?  
LUCINDO.

Póntele.  
HERNANDO.  
Gran mal recelo.

LUCINDO.  
Haz saya del herrerucllo.

HERNANDO.  
¡Yo mujer! ¡Tu dama yo!

LUCINDO.  
A esos árboles te vé,  
Y de mujer te disfraza.

HERNANDO.  
Voy; mas temo que esta traza...

LUCINDO.  
Vé, majadero.  
HERNANDO.  
Yo iré;

Mas defenderme te toca,  
Y si hacerlo no quisieres,  
No te espantes si me vieres  
Con la barriga á la boca. (Vase.)

### ESCENA III.

LUCINDO, *en pie y lejos de GERARDA*,  
DORISTEO, FINARDO, LISEO y  
FABIO, *sentados.*

LUCINDO. [nes!  
¿Qué mal se cura amor con invencio-  
Qué vano error sobresanar la herida,  
Si en las muertas cenizas escondida  
La viva lumbre al corazón le pones!  
Celos, desdenes, iras, sinrazones  
Tienen el alma alguna vez dormida:

Mas ¿qué letargo habrá que no despierta  
La fuerza de celosas prevenciones?  
¡Oh celos! con razon os han llamado  
Mosquitos del amor, de amor desvelos:  
El humo de su fuego os ha engendrado.  
¿Qué importa que se duerma un hom-  
[bre] ¡oh cielos!  
De pesadumbres del amor cansado.  
Si con sus voces le despiertan celos?

#### ESCENA IV.

HERNANDO, *con un manto puesto, y la capa por saya.* — LUCINDO; *y en el proscenio*, GERARDA, DORISTEO, FINARDO, FABIO Y LISEO.

HERNANDO. *(Ap. á Lucindo.)*

¿Vengo bien?

LUCINDO.

Vienes tan bien,  
Que espero que bien me vaya.

HERNANDO.

¿Qué te parece la saya?

LUCINDO.

Muy bien.

HERNANDO.

¿Y el manto?

LUCINDO.

Tambien.

HERNANDO.

¿No voy muy apetecible?

LUCINDO.

Vamos.

HERNANDO.

¿Llevo malos bajos?

LUCINDO.

Llega.

HERNANDO.

En notables trabajos  
Me pone tu amor terrible.

*(Acércanse á los otros cinco.)*

DORISTEO.

Un galán con cierta dama  
Hacia donde estamos viene.

GERARDA.

¡Gentil brio y arte tiene!  
A fe que es ropa de fama.

DORISTEO.

¿Cómo?

GERARDA.

Dióme el buen olor.

DORISTEO.

Tomó pastilla al salir.

FINARDO.

Pastilla y Prado es decir  
Que es dama...

DORISTEO.

¿De qué?

FINARDO.

De amor.

DORISTEO.

A tu lado toma asiento.

GERARDA.

¡Qué de golpe se ha asentado!

FINARDO.

Debe de tener pesado

Lo que es el quinto elemento.

LUCINDO. *(A Hernando.)*

Bella doña Estefanía,

¿Qué os parece esta frescura?

HERNANDO. *(Con voz de mujer.)*

Fué mucha descompostura

Venir aquí sin mi tia;

Pero el mucho amor que os tengo  
A mas me puede obligar.

LUCINDO.

Señores, ¿quieren cantar?

HERNANDO. *(Con voz de mujer.)*

¿Déjanlo porque yo vengo?

GERARDA. *(Ap.)*

Lucindo es este. ¡Ay de mí!

Verdad sin duda sería

Que aquella dama quería,

Por quien preguntar le vi.

Celos que pensé fingidos!

Me han salido verdaderos.

¡Ay, amores lisonjeros,

De engaño y traicion vestidos!

Entendidome ha la letra,

Herido me ha por el filo,

Vengóse del mismo estilo.

HERNANDO. *(Ap. á Lucindo.)*

Va se altera y inquieta:

¿Qué te parece el jarabe?

LUCINDO.

Que hace su operacion.

GERARDA.

*(Ap. ¿Qué bien sabe dar pasion!*

Qué mal el tomarla sabe!)

Por vida de Doristeo,

Que un poco de agua traigais.

DORISTEO.

Y traeré con que bebais;

Que regalaros deseo.

Entretenéos aqui

Mientras voy por colacion.

GERARDA.

Que vais solo no es razon.

FINARDO.

¿Acompañarle?

GERARDA.

Si;

Que aquí quedan los amigos.

FINARDO.

Pues vamos.

DORISTEO.

Venid.

FINARDO.

Adios.

*(Vanse Doristeo y Finardo.)*

#### ESCENA V.

CERARDA, LUCINDO, HERNANDO,  
LOS MÚSICOS.

GERARDA. *(Ap.)*

Muérome porque las dos  
Quedásemos sin testigos.

LISEO.

¿Queréis que cantemos?

GERARDA.

No.

Antes merced recibiera

En quedar sola.

FABIO. *(Ap. á Liseo.)*

Algo espera.

LISEO.

Lindamente los echó.

FABIO.

Pues no estorbemos, Liseo.

LISEO.

Fabio, venid por aquí.

*(Vanse los músicos.)*

#### ESCENA VI.

LUCINDO, GERARDA, HERNANDO.

GERARDA.

¡Ah mi señora!

HERNANDO. *(Con voz femenil.)*

¿Es á mi?

GERARDA.

Veros y hablaros deseo.

HERNANDO.

¡Verme y hablarme! ¿Por qué?

GERARDA.

Porque soy vuestra vecina.

HERNANDO.

¡Jesus, qué extraña molina!

GERARDA.

¿Desto solo os enfadé?

HERNANDO.

Hace notable calor;

Vamos, Lucindo, de aqui.

LUCINDO.

Mi bien, enfaldarse así

Parece mucho rigor.

Descubrios á esa dama,

Pues Dios os dió tal belleza,

Y esa hermosa gentileza

Tiene en la corte tal fama.

Descubrid los ojos bellos,

Dén envidia y den amor.

HERNANDO.

No estoy agora de humor,

Ni está enjuto el llanto en ellos;

Que los traéis hechos mar

De celos de esa Gerarda.

Que me dicen que es gallarda.

LUCINDO.

¿Gerarda os los puede dar?

No sé de qué los tenéis.

¡Plegue á Dios que si la quiero,

Que para el mal de que muero

Nunca remedio me déis!

Plegue á Dios que si la estimo,

Nunca merezca estos brazos,

Ni á mis amorosos lazos

Dén vuestros muros arrimo!

Plegue á Dios que si la amare,

Nunca mi ventura poca

Goce de esa dulce boca,

Ni por mi bien se declare!

Plegue á Dios que si la viere,

Jamás me vea con vos,

Ni nos casemos los dos!

GERARDA. *(Ap.)*

¿Que esto sufra? Que esto espere?

HERNANDO.

¡Ay Dios! ¡qué de maldiciones!

GERARDA. *(Ap.)*

Todas vengan sobre mí,

Si mas te sufriere aqui,

Traidor, tantas sinrazones.

HERNANDO.

Dicenme que vais allá,

Y estoy muy descolorida.

LUCINDO.

Pues tomad color, mi vida;

Que á vos os adoro ya.

GERARDA.

No será, infame, en mis dias.

*(Embiste á Hernando.)*

LUCINDO.

¿Cómo así te has descompuesto?

HERNANDO.

¡A Estefanía! ¿Qué es esto?



GERARDA.  
Y á cuarenta Estefanías.

LUCINDO.  
Déjala, Gerarda.

HERNANDO.  
¡Ay cielo!  
¡A una mujer como yo!

GERARDA.  
Matarla tengo.

LUCINDO.  
Eso no :

Huye.  
HERNANDO.  
Mi muerte recelo.

(Vase.).

### ESCENA VII.

LUCINDO, GERARDA.

GERARDA.  
¿Qué mujer es esta, perro?

LUCINDO.  
Una mujer que me adora,  
Y eso que tú has hecho agora  
Ha sido un notable yerro;  
Que es señora principal,  
Y te ha de costar la vida.

GERARDA.  
¿Puede ser ya mas perdida,  
Que viéndome en tanto mal?  
Déjame pasar.

LUCINDO.  
Detente;  
Que á quien me aborrece á mí,  
Nunca licencia le di  
De hablarme tan libremente.

GERARDA.  
¿Yo te aborrezco, mi bien?

LUCINDO.  
¿Tu bien soy?

GERARDA.  
¡Ay prenda mia!  
Cuanto te dije fingía,  
Y cuanto hablaba tambien.  
Aborrezco á Doristeo;  
Solo te adoro, Lucindo :  
De nuevo el alma te rindo.

LUCINDO.  
¡Cielos! ¿Qué es esto que veo?

GERARDA.  
En prenda de que tú eres  
Mi verdad, vente conmigo.

LUCINDO.  
Mucho os alienta el castigo;  
Como bestias sois, mujeres.

GERARDA.  
Ahora bien: ya se acabó,  
Yo adoro en Estefanía.

LUCINDO.  
¿Por qué me dejas, luz mia?

LUCINDO.  
Porque tu noche llegó.

GERARDA.  
Vén conmigo hasta mi casa.

LUCINDO.  
No hay remedio.

GERARDA.  
¿Que esto veo!

LUCINDO.  
Presto vendrá Doristeo,  
Que es el que agora te abraza.

GERARDA. (De rodillas.)  
De rodillas, mi señor,  
Que vayas quiero pedirte,  
Porque allá quiero decirte

La causa deste rigor.  
Celos, por tu vida, han sido.  
No seas tirano, vén;  
Vén, Lucindo; vén, mi bien.

LUCINDO.  
En efeto ¿me has querido?

GERARDA.  
Siempre te quise, mis ojos.

LUCINDO.  
Yo haré que sangre te cueste...

### ESCENA VIII.

HERNANDO, ya en su traje. — Dichos.

HERNANDO.  
¿Qué sacrificio es aqueste?

LUCINDO.  
El haberme dado enojos.

HERNANDO.  
Si Lucindo quiere hacer  
Una venganza gallarda,  
Y Gerarda el golpe aguarda,  
El ángel vengo yo á ser.  
¿Qué es esto, Señor?

LUCINDO.  
¡Oh Hernando!  
Seas mil veces bien venido.

HERNANDO.  
Dos horas ando perdido,  
Todo este Prado buscando;  
Que en casa han echado menos  
Á esta dama.

LUCINDO.  
Otra sería.

HERNANDO.  
¿Luego no es Estefanía?

LUCINDO.  
Ha habido rayos y truenos.

HERNANDO.  
¿Es Gerarda?

LUCINDO.  
¿No lo ves?

HERNANDO.  
Déjala, ¡triste de mí!  
Que te ponen culpa á ti.

LUCINDO.  
Gerarda, hablemos después.

GERARDA.  
Oye.

LUCINDO.  
No hay remedio.

GERARDA.  
Aguarda.

HERNANDO. (Ap. á Lucindo.)  
Grande valor has tenido.

LUCINDO.  
El saber que soy querido  
Me ha despicado, Gerarda.

(Vanse los dos.)

### ESCENA IX.

DORISTEO, FINARDO. — GERARDA.

DORISTEO.  
Desgracia ha sido, por Dios,  
El no haber ya tienda abierta.

FINARDO.  
Quebrada queda una puerta.

GERARDA.  
Cansado os habeis los dos.

DORISTEO.  
¿Sola estabas?

GERARDA.  
Sola estaba.

DORISTEO.

Los músicos...

GERARDA.  
Libres son.

FINARDO.

¿Que no hubiese colación!  
Y en el verano se alaba  
Madrid, para quien trasnoche  
Sin cotas ni sin broqueles,  
Que tiene nieve y pasteles,  
Vino y dulce á media noche!

GERARDA.

Tarde llegara el favor;  
Que no estoy buena.

DORISTEO.

Sospecho  
Que este fresco mal te ha hecho.

GERARDA.

Mas me ha dañado el calor.

DORISTEO. (A Finardo.)

¿Entiendes de estrellas?

FINARDO.

Sé  
Que el carro ha de estar allí  
Para amanecer.

DORISTEO.

¡Ah! sí.  
Pues ya muy alto se ve.  
Vamos, y descansarás.  
¿Qué amigos!

FINARDO.

Pocos hay buenos.

GERARDA. (Ap.)

Cuando tú me quieres menos,  
Lucindo, te quiero mas.  
(Vanse.)

—

Calle.

### ESCENA X.

LUCINDO y HERNANDO.

HERNANDO.

Tan consolado vienes, que presumo  
Que no te acuerdas ya de aquella loca.

LUCINDO.

No lo digas de burlas.

HERNANDO.

¿Quién ha hecho  
Milagro tan notable en tu sentido?

LUCINDO.

La confianza de que soy querido.  
¡Bendiga el cielo la invención, la traza,  
La hora, el movimiento, el manto, el  
Los celos, los disgustos! [Prado,

HERNANDO.

Y ¿no dices  
Que bendiga tambien á Estefanía?  
Pues en verdad, que aun traigo las seña-  
De algunos mojicones de Gerarda. [Les

LUCINDO.

La ventana han abierto; espera, aguarda.

### ESCENA XI.

FENISA, en la ventana. — Dichos.

FENISA.

¡Ah, caballero!

LUCINDO.

¿Quién llama?

FENISA.

Llegad quedo. Una mujer.

HERNANDO.

Fenisa debe de ser,  
Que habrá dejado la cama.

FENISA.

Vuestro nombre me decid  
Antes que os empiece á hablar.

LUCINDO. (A Hernando.)

Mira no echemos azar.

HERNANDO.

Todos duermen en Madrid,  
Hasta el viejó Arias Gonzalo.

LUCINDO.

Lucindo, Señora, soy,  
Que de vos quejoso estoy,  
Si esta queja no es regalo.  
¿Sabeis que del capitán  
Bernardo soy hijo?

FENISA.

Sí.

LUCINDO.

¿Sabeis que en mi vida os vi?  
¿Cómo soy vuestro galán?  
Yo, Fenisa, os solicito!  
Yo os escribo mil papeles!  
Yo á estas rejas y verjeles  
La casta defensa os quito!  
Yo os desvelo con paseos  
Y terceras os envío!

FENISA.

No os enfaden, señor mío,  
Mis amorosos rodeos.  
Ni me habeis solicitado,  
Ni habeis cansado mis rejas.  
Ni son verdades mis quejas.  
Supuesto que me he quejado.  
Jamás escrito me habeis,  
Ni por vos nadie me habló;  
En lo que esto se fundó,  
Pues venis, vos lo entendeis.  
No halló mi reconocimiento  
Cómo decir mi pasión;  
Amor me dió la invención,  
Y vos el atrevimiento.Vuestro padre me ha pedido;  
Mas yo nací para vos,  
Si algún día quiere Dios  
Que os merezca por marido.  
Y el hacerle mi tercero  
No os parezca desatino;  
Que es cuerdo, viejo y vecino,  
Y os quiere como yo os quiero.  
Este camino busqué  
Para que sepais mi amor;  
Solo os suplico, Señor,  
Que agradezcáis tanta fe.  
Y si mi hacienda y mi tallo,  
Puesto que mas mereceis,  
Os obligaren...

LUCINDO.

No echeis

Mas favores en la calle.  
Sembrarla de almas quisiera  
En esta buena fortuna,  
Porque palabra ninguna  
Menos que en alma cayera.  
A mi ventura agradezco  
Saber, mi bien, que os agrado;  
Que bien sé que no he llegado  
A pensar que lo merezco.  
El día, mi bien, que os vi  
De aquel santo júbilo,  
Despertastes el deseo;  
Nunca mas con él dormí.  
Mi poco merecimiento  
Que entendiésemos me impedía  
Lo que mi padre decía,Y era justo pensamiento;  
Mas viéndole porfiar,  
Vine á ver lo que ya veo.

FENISA.

Conoceis mi buen deseo.

LUCINDO.

El conocerle es pagar;  
Que tras el conocimiento  
De una deuda, pagar sobra.  
Pero si se pone en obra  
De mi padre el casamiento,  
¿Qué tal vendré yo á quedar?

FENISA.

No creais que ellos lo puedan;  
Que los dos que los heredan  
Son los que se han de casar.  
Mal conoceis lo sutil  
De una rendida mujer.

LUCINDO.

Discreta debeis de ser  
Y de ánimo varonil.  
Bien se ha visto en la invención.

FENISA.

Pues hasta agora no es nada.

LUCINDO.

La discreta enamorada  
Llamaros será razón.

FENISA.

Perdóneme vuestro padre;  
Que dél me pienso valer,  
Para daros á entender  
Lo que no quiere mi madre.  
Cuanto deciros quisiera,  
Será quejarme de vos,  
Y veremonos los dos  
Por donde posible fuere.  
Cuando os riña, estad atento,  
Que son recaudos que os doy.

LUCINDO.

Digo, Señora, que estoy  
En el mismo pensamiento.

FENISA.

Así sabréis lo que pasa  
Desta puerta adentro vos,  
Casándonos á los dos  
Cuando él piensa que se casa;  
Que ya estaremos casados  
El día que se descubra.

LUCINDO.

Quiera el amor que se encubra  
El fin de nuestros cuidados.  
—Y dad orden como os vea,  
Pues no os falta discreción.

FENISA.

He pensado otra invención  
Para que el remedio sea;  
Y es que diré á vuestro padre  
Que os envíe á que tomeis  
Mi bendición, y vendréis  
Sin que se enoje mi madre.  
Pero tratadme verdad,  
O desengañadme aquí.

LUCINDO.

El alma, Señora, os oí  
Por fe de mi voluntad.  
Preguntadle allá si os quiero.

HERNANDO.

Señor, advertid que al alba  
Hacen las calandrias salva,  
Y está muy alto el lucero.  
En cas deste mercader  
Una codorniz cantó,  
Con que á tu amor avisó  
De que quiere amanecer.

FENISA.

Véte, mi amor; que amanece;

No me eche menos mi madre.

LUCINDO.

Pide licencia á mi padre  
Para verte.

HERNANDO.

La luz crece.

LUCINDO.

Dame alguna prenda tuya  
Con que me vaya á acostar.

FENISA.

A mí me quisiera dar.

HERNANDO.

Dile, Señor, que concluya.

FENISA.

Truécame esa cinta. (*Echa un listón.*)

LUCINDO.

¿A qué?

FENISA.

A deseos.

HERNANDO.

Bueno está.

LUCINDO.

Todos los tienes allá.

FENISA.

Adios.

(Retírase.)

## ESCENA XII.

LUCINDO, HERNANDO.

LUCINDO.

¿Fuése?

HERNANDO.

Ya se fué.

LUCINDO.

¿Gran ventura!

HERNANDO.

Di que estás

Enamorado.

LUCINDO.

¿Pues no?

HERNANDO.

¿Y Gerarda?

LUCINDO.

Ya pasó.

HERNANDO.

¿Cómo?

LUCINDO.

Lo que oyendo estás.  
Es bella, es noble, es gallarda.

HERNANDO.

¡Brava cólera española!

LUCINDO.

Mas precio esta cinta sola  
Que mil almas de Gerarda.  
(*Vanse.*)

Zaguan de casa de Gerarda.

## ESCENA XIII.

DORISTEO, GERARDA.

DORISTEO.

¿Para qué es tanto desdén,  
Sino decirme verdad?  
Hombre soy, y hombre de bien;  
Háblame con libertad:  
¿Quiéres á Lucindo bien?

GERARDA.

Pensé que no le queria,  
Y anoche...

DORISTEO.

Pasa adelante.

GERARDA.

Quiso la desdicha mia  
Que fuese un desden bastante  
A encender nieve tan fria.  
¿No viste aquella mujer  
Que se sento junto á mi?

DORISTEO.

Lucindo debió de ser  
El que la trujo.

GERARDA.

Es así.

DORISTEO.

Eso me basta saber.  
¡Ay, Gerarda, cuánto pueden  
Unos celos!

GERARDA.

Muerta estoy.

En fuerza al amor exceden;  
No hay desden, mi fe te doy,  
De que triunfando no queden.  
Estudiado parecia  
Lo que Lucindo decia,  
Y lo que ella preguntaba;  
Supe al fin que se llamaba  
Esta dama Estefania,  
Y que es mujer principal;  
Que un criado, a un rayo igual,  
Vino á decir que en su casa  
La echaron menos.

DORISTEO.

¿Que pasa

Por mí una desdicha igual!  
Pero es dicha: ¿cómo dices  
Que esa dama se llamaba?

GERARDA.

¿Hay de qué te escandalices?

DORISTEO.

Pensando en el nombre estaba  
De esa mujer que maldices.

GERARDA.

Estefania decia.

DORISTEO.

¿Estefania?

GERARDA.

Esto pasa.

DORISTEO.

¡Buena venganza sería,  
Si porque he entrado en tu casa,  
Diese Lucindo en la mia!

GERARDA.

¿Cómo?

DORISTEO.

Una hermana que tengo,  
Estefania se llama.

GERARDA.

Ella es.

DORISTEO.

¿Cómo detengo

La defensa de mi fama,  
Y del traidor no me vengo?

GERARDA.

El la sirve, porque un día  
Dijo que se vengaria  
Deste agravio.

DORISTEO.

Y lo cumplió;

Porque anoche me contó  
Que fué al Prado Estefania.  
Alto, mi honor es perdido.  
Véte en buen hora, Gerarda...

GERARDA.

Mas que quisiera he sabido.

DORISTEO.

Que si mi deshonra aguarda,  
Hoy ha de ser su marido.

GERARDA.

¡Su marido! Mayor daño  
Es el que me viene agora.

DORISTEO.

Pues ¿hay otro desengaño?

GERARDA.

¡Bien vivirá quien le adora,  
Si le casas!

DORISTEO.

(Ap. ¡Caso extraño!)

Pues ¿puede ser de otra suerte?

GERARDA.

Dame primero la muerte.

DORISTEO.

Véte de aqui.

GERARDA. (Véndose.)

¡Nunca hablara!

DORISTEO.

¡Con mi hermana! ¿Quién pensara  
Una venganza tan fuerte?  
Buscar á Finardo quiero,  
Para que á Lucindo saque  
Donde, pues es caballero,  
O saquemos el acero,  
O casándose me aplaque.  
Hoy muere si no se casa.  
¡Oh vil hermana! ¿Esto pasa?  
Mas, justa ley me condena;  
Que no anda bien en la ajena  
Quien ha de guardar su casa.  
(Vanse.)

—

Sala en casa de Belisa.

## ESCENA XIV.

BELISA, EL CAPITAN, FENISA,  
FULMINATO.

FENISA.

Hacedme aqueste placer,  
Para mayor regocijo:  
Que vea yo vuestro hijo,  
Pues su madre vengo á ser.

CAPITAN.

Digo que teneis razon.

FENISA.

Pues todo queda tan llano,  
Venga á besarme la mano  
Y á tomar mi bendicion.

BELISA.

Ya sois dueño desta casa;  
Venga vuestro hijo acá.

CAPITAN.

Digo que á veros vendrá;  
Que ya sabe lo que pasa.  
—Fulminato...

FULMINATO.

Señor...

CAPITAN.

Corre,

Llama al alférez mi hijo.

FULMINATO.

Voy.

FENISA. (Ap.)

Que le llamasen dijo:  
Todo el cielo me socorre.  
Hoy te verán estos ojos  
En esta casa, mi bien.

CAPITAN. (Ap.)

Aunque le muestre desden,  
Me ha dado el llamarle enojos.  
Es galán, mozo y discreto,  
Y dirá acaso entre sí  
Que no le caso, y que á mi

Me caso, viejo en efeto.  
¿Quién duda que le parezca  
Mejor, y que le dé pena  
Ver que á mi edad se condena  
Donde sin gusto padezca?  
Fuera de eso, es mal consejo  
Que venir aqui le mande;  
Que á vista de un hijo grande  
Parece un hombre mas viejo.  
Ya comienzo á estar celoso;  
No entrará otra vez acá.

## ESCENA XV.

LUCINDO; FULMINATO.—BELISA,  
EL CAPITAN, FENISA.

FULMINATO.

Aquí el alférez está.

LUCINDO.

(Ap. ¡Cielos, que fui tan dichoso!  
Aquí mis ojos están.)  
Señor...

CAPITAN.

(Ap. De enojo estoy lleno.)  
Para danzar eras bueno.

LUCINDO.

¿Cómo?

CAPITAN.

Eres cierto y galán.

LUCINDO.

¿No me mandaste venir?

CAPITAN.

Besa la mano á tu madre.

LUCINDO.

Yo voy.

CAPITAN.

¡Qué presto!...

LUCINDO.

Mi padre...

FENISA. (Ap.)

Ya me comienzo á reir.

LUCINDO.

Como á madre que sois mia,  
Me manda ¡oh bien soberano!  
Que os bese esa hermosa mano.

CAPITAN.

¿Qué superflua cortesía!  
La mano basta decir;  
¿Para qué es decir hermosa?

LUCINDO.

Quiere mi boca dichosa  
Este epíteto añadir.

FENISA.

Hablan así los discretos.

BELISA.

¿De eso recibis disgusto?

CAPITAN.

Levántate; que no gusto  
Que beses con epítetos.

BELISA.

Dejalde, no seas extraño;  
Bese la mano á su madre.

LUCINDO.

Señor, siendo vos mi padre,  
No resulta en vuestro daño.

CAPITAN.

No me llares padre aquí.

LUCINDO.

Llamo madre á una señora  
Tan moza, y ¡á vos agora  
Os pesa que os llame así!

CAPITAN.

Adonde la edad no sobre,  
Padre, dulces letras son;

(Vase.)



Mas á un viejo, no es razon,  
No siendo ermitaño ó pobre.  
Acaba, besa la mano.

FENISA. (Ap.)

¿Que me veo en tanto bien!

LUCINDO.

Dadme esa mano, por quien  
De mano esta suerte gaao.

(Ap. á ella. Ten, mi vida, este papel.)  
(Métete un papel en la mano.)

FENISA. (Ap.)

Ya le tengo.

LUCINDO.

Y dadme aquí  
Vuestra bendicion; que en mi  
Tendréis un hijo fiel.

CAPITAN.

¿Hijo fiel! mas ¿que quiere  
Comprar algun regimiento?

LUCINDO. (Ap.)

¿Qué gloria en los labios siento!

FENISA.

Dios te bendiga y prospere.  
Dios te dé mujer que sea  
Tal como la has menester;  
En efeto, venga á ser  
Como tu madre desea.  
Dios te dé lo que á este punto  
Tienes en el corazon;  
Quien te da su bendicion,  
Todo el bien te diera junto.  
Dios te haga, y si serás,  
Tan obediente á mi gusto,  
Que jamás me des disgusto,  
Y que á nadie quieras mas.  
Dios te haga tan modesto,  
Que queriendo estos envites,  
A tu señor padre quites  
Esta pesadumbre presto.

(Señala en el pecho.)

Y te dé tanto sentido  
En querer y obedecer,  
Que te pueda yo tener,  
Como en lugar de marido.

CAPITAN.

¿Qué libro matrimonial  
Te enseñó esas bendiciones?  
Acaba, abrevia razones.

FENISA. (Ap.)

Celos tiene.

LUCINDO. (Ap.)

¿Hay cosa igual?

FENISA.

Una palabra, madre de mis ojos.

(Habla aparte Fenisa con su madre, y  
el Capitan con Lucindo.)

BELISA.

¿Qué quieres?

FENISA.

¿Ves este papel?

BELISA.

Si veo.

FENISA.

Pues es memoria de vestidos míos,  
Que el Capitan me ha dado; yo querria  
Leerle, y no quisiera que él lo viese,  
Porque no me tuviese por tan loca  
Que pensase que estimo en mas las galas  
Que no el marido; por tu vida, madre,  
Que le entretengas.

BELISA.

Que me place.

FENISA. (Ap.)

¿Ay cielo!

¿Qué industria hallé para leer agora  
El papel que me dió Lucindo, al tiempo

Que me besó la mano, por si es cosa  
Que importa darle luego la respuesta!

BELISA. (Al Capitan.)

Escuchadme á esta parte dós palabras.

FENISA.

[tado,

(Lee.) « Mi bien, mi padre tiene concer-  
» De celos deque has dicho que te quiero,  
» Enviarme á Portugal; remedia, amo-  
» [res,

» Esta locura, ó cuéntame por muerto:  
» Esto escribí, sabiendo que venia  
» A besarte la mano; á Dios te queda,  
» Y quiera el mismo que gozarte pueda.»  
(Ap. ¿Hay desdicha semejante?

Hay celos con tal locura?

Asi Dios me dé ventura,

Que he de hablarle aquí delante.)

—Lucindo, el papel lei;

(Ap. á Lucindo.)

No me haga el cielo este mal,

Que vayas á Portugal,

Ni que una hora estés sin mi;

Y si dicen que mejor

Vive en él su desvario,

Vive en mí, Lucindo mio,

Que soy Portugal de amor.

LUCINDO.

¿Ay Dios! ¿Quién pudiera hablarte?

¿Quién abrazarte pudiera?

FENISA.

Yo sabré hacer de manera

Que me abrace.

LUCINDO.

¿En qué parte?

FENISA.

Fingir quiero que caí;

Tú me irás á levantar,

Y me podrás abrazar.

LUCINDO.

Tropezas.

FENISA.

Caigo. ¿Ay de mí!

(Cae; Lucindo la abraza para levantarla.)

CAPITAN.

¿Qué es aquesto?

LUCINDO.

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

¿Trepas?

## ESCENA XVI.

BELISA, FENISA, EL CAPITAN,  
FULMINATO.

FENISA.

No tengo mal ninguno, por tu vida.

CAPITAN.

Así lo creo yo.

FENISA.

¿Fué mi hijo?

CAPITAN.

Tu hijo se fué ya.

FENISA.

Mil males tengo.

BELISA.

[to!

¿Quieres verle? Beatriz, ¡hola, ven pres-

FENISA.

No quiero, por tu vida.

CAPITAN.

Aquel grosero

Debió de daros causa á la caída.

No ha de estar en mi casa un punto solo,

Ni entrar en esta mientras tengovida.

BELISA.

¿Qué poco amor teneis á vuestro hijo!

Que os prometo que es gentil mancebo,

Y que le miro yo con tales ojos,

Que si en mis mocedades me cogiera,

Holgara de tenerle por marido.

FENISA. (Ap.)

Asíte la ocasion por el copete.

CAPITAN.

¿Este loco os agrada?

FENISA.

Escucha, madre.

BELISA.

Como sois capitan, la casa es guerra.

Todo es escucha.

CAPITAN.

Tal me la dan celos.

FENISA. (Ap. á su madre.)

El papel que te dije, no es vestidos,

Ni me le dió Bernardo.

BELISA.

¿Qué me cuentas?

FENISA.

Lucindo me le dió.

BELISA.

Pues ¿qué te escribe?

FENISA.

Una cosa que á risa ha de moverte.

BELISA.

No me tengas suspensa.

FENISA.

Al fin, me dice

Que se quiere casar.

BELISA.

¿Con quién?

FENISA.

Contigo.

BELISA.

¿Connmigo! ¿Qué me cuentas?

FENISA.

Lo que pasa.

Dice que le pareces en extremo,

Y que esa gravedad, esa cordura

Le agrada mas que yo á su padre agrado.

Dice mas: que con este casamiento

Se juntan las haciendas, de manera

Que los hijos de entrambos quedannricos.

Si supieras leer, mil cosas vieras;

Mas dice que le pidas que no trate

Enviarle á Portugal; que antes le mate.

(Vase.)

BELISA.

¿Qué es ir á Portugal? ¡Hija, las hijas Cuerdas y honradas, todo el gusto suyo Ponen en solo dársele á sus padres: Ya sabes que soy moza, y que en efeto Estaré mas honrada con marido, Y marido que así te logres, hija, Que me lleva los ojos en mirándole. ¡Qué cortés! qué galán! Qué lindo talle!

FENISA.

[puede?

Si esto pasa, ¿qué hará quien mandar

BELISA.

¿Qué dices?

FENISA.

Que le estorbes la partida.

BELISA.

[noche

¡Partida! ¿qué partida? Haz que esta Me venga á hablar Lucindo de secreto.

FENISA.

Véte, y déjame hablar con mi marido.

BELISA. (Ap.)

[porta;

¿Que me cogió á descuido! Mas no imponerme quiero menos largas tocas: Consultaré el espejo. ¡Ay mi Lucindo! Si tú me quieres, cuanto soy te rindo.

(Vase.)

## ESCENA XVII.

EL CAPITAN.—FENISA.

CAPITAN.

Milagro, Fenisa, fué,  
Dejarnos solos Belisa;  
Y pues que nadie nos ve,  
Dame, gallarda Fenisa,  
Tus manos.

FENISA.

¡Bien por mi fe!

Mucho os preciáis de galán.

CAPITAN.

Si celos enojo dan,  
Dame la mano de amigos.

FENISA.

No me atrevo sin testigos.

CAPITAN.

Presentes, Señora, están  
Celos, amor y deseo.

FENISA.

Con justos celos, Señor,  
De vuestro Lucindo os veo.

CAPITAN.

¿Prosigue en tenerte amor?

FENISA.

Y aun me cansa.

CAPITAN.

Yo lo creo.

FENISA.

Anoche senti ruidos  
A la reja, y dióme un miedo,  
Queme privó de sentido.  
Levantome como puedo,  
Sin luz no acierto el vestido,  
Topo el manto en efeto,  
Salgo á la reja, y en ella...  
—¿De qué estáis tan inquieto?

CAPITAN.

Es cólera, esposa bella,  
De ese rapaz indiscreto.

FENISA.

Y entre la reja y ventana  
Hallo en lo hueco un papel.

CAPITAN.

Eso ya es cosa inhumana.  
Hoy seré un león con él.

FENISA.

Ser padre os dará cuartana.  
Sosegáos.

CAPITAN.

No puede ser.

Yo le tengo de buscar.

(Vase.)

## ESCENA XVIII.

FENISA.

¿Qué bien le he dado á entender

Dónde el papel ha de hallar!

Que le quiero responder,

Para que quede advertido

Que con mi madre he trazado

Que diga que es su marido,

Para que quede estorbado

El camino prevenido.

Que mi madre hará por él

Que se impida la tormenta

Esta partida cruel;

Porque si mi bien se ausenta,

Todo se pierde con él.

(Vase.)

—

Calle.

## ESCENA XIX.

HERNANDO, LUCINDO.

HERNANDO.

¿Que todo eso ha pasado?

LUCINDO.

Si me vieras

De rodillas, Hernando, á mi Fenisa,

Que era imagen bellísima dijeras.

HERNANDO.

No lo dudes, murierame de risa.

LUCINDO.

Si á Tántalo en el agua consideras,

Verás que ya le tengo por divisa;

Porque si aquel ni fruta ni agua toca,

Yo vi su boca y no llegué á su boca.

HERNANDO.

¿No te bastó la mano?

LUCINDO.

Templó el fuego

Arrimando la nieve de su mano,

Porque salió á la boca el alma luego,

Hecha un volcan de amor, por agua en

[vano.

¿Qué me dirás cuando á la boca llego?

HERNANDO.

¿Mordistela?

LUCINDO.

No sé; ¿mármol indiano,

Cristal de roca, quieres que mordiese?

¿No basta, si es imagen, que la bese?

HERNANDO.

Tu padre.

LUCINDO.

Calla, y déjale que pase.

## ESCENA XX.

EL CAPITAN.—DICHOS.

CAPITAN.

¿Qué cabizbajo en viéndome te pones!

Como si no me vieses.

LUCINDO.

Si pensase

Que contigo ese crédito tenía,

No á Portugal, hasta el Japon me iria.

CAPITAN.

Pues no te admires; que peor te tienes.

¿No te avise que es mi mujer Fenisa?

LUCINDO.

¿No me mandaste tú que le besase  
La mano como á madre? ¿Es por ventura  
Porque llamé su blanca mano hermosa?

CAPITAN.

[blanca.

Hermosa entonces, y ahora hermosa y  
¡Qué lindo bellaco te vas haciendo!

LUCINDO.

Cosas te enfadan de tan poco tomo, [llo  
Que es ponerte á la sombra de un cabe-  
¡Válgame Dios! ¿En qué te ofendo tanto?

CAPITAN.

¿No es nada, si Fenisa me ha contado  
Que anoche hiciste en su ventana ruido,  
Y que entre el suelo della y de la reja  
Le pusiste un papel?

LUCINDO.

¿Yo?

CAPITAN.

Tú, villano.

LUCINDO.

Pues di que te le dé; que si mi letra  
Tuviere ese papel...

CAPITAN.

Detente un poco;

Que si es ajena, mayor mal seria.

LUCINDO.

Hernando. (Ap. á él.)

HERNANDO.

Señor.

LUCINDO.

¿Oyes?

HERNANDO.

Ya lo entiendo.

Sin duda que papel quiere escribirte,  
Y que te avisa que á buscarle vayas  
Entre la reja y la ventana.

CAPITAN.

Escucha;

Que pasa alguna gente, y no querria

Se dijese en Madrid mi casamiento.

(Hablan bajo.)

## ESCENA XXI.

DORISTEO, FINARDO.—DICHOS.

DORISTEO.

Hablando está con su padre.

FINARDO.

Pues apártale; que importa.

DORISTEO. (A Lucindo.)

Una palabra os quisiera.

LUCINDO.

Estoy con mi padre agora;

Pero sepamos lo que es

Buscarme con tanta cólera;

Que después habrá lugar (A su padre.)

De responderos á solas.

(Apártase á hablar con Lucindo.)

CAPITAN.

¿Qué quieren estos, Hernando?

HERNANDO.

Amigos son.

CAPITAN.

Serán cosas

Del juego.

HERNANDO.

Así lo sospecho.

CAPITAN.

Nunca del resultan pocas.

DORISTEO. (A Lucindo.)

Sin tener obligacion,

Ni conoceros (que sobra

Para no guardar la cara

Que un hidalgo no os conozca),

Puse en Gerarda los ojos.

LUCINDO.  
Si es esa la queja sola,  
Yo os doy desde aquí á Gerarda.

DORISTEO.  
No es esa.

LUCINDO.  
Pues ¿cómo? ¿Hay otra?

DORISTEO.  
Otra tan grande, que creo  
Que solo el ver me reporta  
Aquí vuestro anciano padre.

LUCINDO.  
Engaños son de esa loca.

DORISTEO.

Vos, de picado de ver  
Que á vuestro amor me anteponga,  
Habeis pensado vengaros  
Quitandome á mi la honra.  
Servido habeis á mi hermana;  
Y ella mal sabia y bien moza,  
Fué anoche con vos al Prado.

LUCINDO.  
¿Extraña invencion de historia!  
Ni conozco á vuestra hermana,  
Ni trato vuestra deshonra,  
Ni sé, por Dios, vuestra casa.

FINARDO.  
La tercera es sospechosa.  
¿Vive Dios, que os ha engañado!

DORISTEO.  
¿Cómo engañado, si nombra  
Á Estefanía, mi hermana,  
De un indiano muerto esposa?

LUCINDO.  
Ya entiendo todo el engaño.  
La dama, Señor, fué otra,  
Con quien me pienso casar;  
Que porque aquesta celosa  
Por el nombre no supiese  
Quién era antes de las bodas,  
La puse el nombre primero  
Que me vino á la memoria;  
Que lo mismo fuera Inés,  
Francisca, Juana ó Antonia.  
Esto es la verdad, por Dios.

DORISTEO.  
Pues siendo verdad notoria,  
Para satisfacion mia,  
Aunque decirlo vos sobra,  
Hogaré que me digais  
El nombre de esa señora.

LUCINDO.  
Porque habeis de ver muy presto  
Que conmigo se desposa,  
Fenisa, Señor, se llama.  
Esta quiero, ella me adora;  
La calle de los Jardines  
Es la esfera donde posa,  
Y yo soy vecino suyo.  
Recelo mi padre toma,  
Y yo querria dejarle;  
Dadme licencia.

DORISTEO.  
Estas cosas  
Hace el honor. Perdonad.  
Mil años goceis la novia.  
(Vase Lucindo.)

## ESCENA XXII.

EL CAPITAN, DORISTEO, FINARDO,  
HERNANDO.

CAPITAN.  
¿Dónde va aquel?  
HERNANDO.  
No sé.

CAPITAN.

¿Si es desafío?

HERNANDO.

Habla esos hombres.

CAPITAN.

¡Ah señores! creo,  
Si no me engaña de mi sangre el brio,  
Que de reñir los dos teneis desco.  
Sabed que aquel hidalgo es hijo mio;  
Y pues va solo, y dos con armas veo,  
Yo iré con él, y dos á dos podrémos  
Probar los corazones que tenemos.  
Soldados fuimos ya los dos en Flandes;  
Fui capitan, y el fué mi alférez: vamos.

FINARDO.

Los dos irán á que servir los mandes;  
Que es bien que de soldados te sirva-  
[mos.  
De hoy mas serán, Señor, amigos gran-  
[des;

Que aunque por unos ceelos te buscamos,  
El nos aseguró que no servia  
La dama que este hidalgo presumia.  
Ya sabemos quién es á quien pasea,  
Y Fenisa nos dijo que se llama.

CAPITAN.

¿Cómo? ¿Fenisa!

FINARDO.

En fin, como desea  
Casarse, y que á esta sola adora y ama.

CAPITAN.

Antes su muerte á vuestras plantas vea.

DORISTEO.

¿Mandáisnos otra cosa?

CAPITAN.

Que esa dama  
Tengais por mujer mia; que no suya.

DORISTEO. (Ap. á Finardo.)

El cobarde mintió.

FINARDO.

La culpa es tuya.

DORISTEO.

¿Vive el cielo, que sirve á Estefanía!

FINARDO.

Disimula y busquémosle.

DORISTEO.

El soldado  
Se fué de aquí de pura cobardía.

FINARDO.

¿Que este es hijo de un padre tan houra-  
(Vase Doristeo y Finardo.)

## ESCENA XXIII.

EL CAPITAN, HERNANDO.

CAPITAN.

¿Que sirva este traidor la esposa mia,  
Con quien casarme tengo concertado,  
Y que se alabe que ha de ser su esposa!

HERNANDO.

¿Posible es que lo dijo? ¿Extraña cosa!

CAPITAN.

Alto; pónle su ropa en la maleta.  
No ha de quedar aquí ni solo un día;  
Camíne á Portugal.

HERNANDO. (Ap.)

No fué discreta

La industria de Lucindo.

CAPITAN.

¿Hay tal porfia?

De noche por las rejas la inquieta;  
Besó su mano, y dijo: «madre mia,»  
Y quizá dijo «esposa» entre los labios.  
No se pueden sufrir tantos agravios.

Notifícale luego la partida,  
Cálzate botas.

HERNANDO.

Cástate primero.

CAPITAN.

No quiero dar lugar á que lo impida;  
Que sirva al Rey, y no á Fenisa, quiero.  
No ha de entrar en Madrid mas en mi vi-  
[da.

HERNANDO.

Que templarás aquece enojo espero.

CAPITAN.

Daréte, vive Dios, con la de Juanes.  
¿Oh, qué lindo soy yo para truhanes!

## ACTO TERCERO.

Calle en que vive Belisa. — Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

LUCINDO, con capa con oro, y plumas;  
HERNANDO.

LUCINDO.

¿Que mi padre les contó  
¿Que era su esposa, y no mia?

HERNANDO.

¿Que siendo yo Estefanía,  
Ande en estos cuentos yo?

LUCINDO.

El nombre ha dado á entender  
Que es su hermana á Doristeo.

HERNANDO.

Tan ciego á tu padre veo,  
Que te ha de echar á perder.  
Pienso que van á buscarte;  
Que de Fenisa el amor,  
Dirán que ha sido temor  
Y término de escaparte.  
¿Para qué se lo decias?

LUCINDO.

Para asegurar un hombre,  
No entendiendo que aquel nombre  
Se le acordara en sus dias.

HERNANDO.

¿Piensas ir á Portugal?

LUCINDO.

¿Cómo, si mi bien me avisa  
De que su madre Belisa  
Ha de remediar mi mal?

HERNANDO.

¿Fuiste á la reja?

LUCINDO.

¿Pues no?

HERNANDO.

Y ¿hallaste el papel?

LUCINDO.

Estaba  
Donde á mi padre avisaba,  
Cuando á mi padre engañó.  
Halléle al fin en la reja,  
Leíle, y dice que luego  
Me finja de amores ciego  
De su madre.

HERNANDO.

¿De la vieja?

LUCINDO.

De la misma.

HERNANDO.

¿Extraño caso!

LUCINDO.

Pues mas me ha mandado hacer.



HERNANDO.  
¿Y es?  
LUCINDO.  
Pedirla por mujer.  
HERNANDO.  
¿Por mujer?  
LUCINDO.  
Habla mas paso;  
Que ha de salir al balcon,  
Y acaso te puede oír.  
HERNANDO.  
Solo pudiera impedir  
Tu partida esta invencion.  
¿Discreta mujer!  
LUCINDO.  
Notable.  
HERNANDO.  
¿Y piensas con ella hablar?  
LUCINDO.  
Tú has de estar en mi lugar,  
Para que contigo hable.  
Fingete Lucindo, y yo,  
Mientras hablas á Belisa,  
Estaré con mi Fenisa;  
Que así el papel me avisó.  
HERNANDO.  
¿Qué hablaré?  
LUCINDO.  
Cosas de amor.  
HERNANDO.  
Mucho sabe esta doncella;  
Mil veces pienso si es ella...  
LUCINDO.  
¿Quién?  
HERNANDO.  
La doncella Teodor.  
LUCINDO.  
Hoy quiero probar tu seso.  
Veamos cómo requiebras  
Esta vieja.  
HERNANDO.  
Hoy me celebras  
Por único.  
LUCINDO.  
Yo confieso  
Que por inferior me nombre  
Á tu ingenio, si la engañas.  
HERNANDO.  
Mis telas son telarañas.  
¿Qué importa ser gentilhomme,  
Si faltan galas?  
LUCINDO.  
Pues bien...  
HERNANDO.  
Dame esa capa con oro.  
LUCINDO.  
Dírate, Hernando, un tesoro.  
Toma el sombrero también.  
HERNANDO.  
Tú podrás ponerte el mío.  
(*Cambian de capa-y sombrero.*)  
LUCINDO.  
A fe que quedo galán.  
HERNANDO.  
¡Ah Lucindo, cómo dan  
Los vestidos talle y brio!  
LUCINDO.  
Quedo; al balcon han salido.

## ESCENA II.

FENISA y BELISA, *que salen á una rej-  
ja alta.* — DICHOS.

BELISA.  
Dame, Fenisa, lugar;

Que quiero á Lucindo hablar.

FENISA.

¿De qué sabes que ha venido?

BELISA.

Veo dos hombres parados

Mirando nuestro balcon.

FENISA.

Bien conoces, ellos son;  
Que hacen señas embozados.  
Voyme, y Dios te dé ventura...  
— Mas dame licencia un poco  
De hablar á Hernando.

BELISA.

Es un loco.

FENISA.

Agrádame su locura,  
Y téngole que decir  
Un recado al Capitan.

BELISA.

Vé á esotra reja.

(*Retírase Fenisa.*)

HERNANDO.

Ya están

Donde nos pueden oír.

LUCINDO.

Fenisa se fué de allí.

HERNANDO.

Su madre la despidió.

BELISA.

¿Sois Lucindo?

HERNANDO.

No soy yo,

Después que vivís en mí;

Pero soy el que os adora

Con el alma que le dáis,

Pues mi humildad levantaís

A vuestro valor, Señora.

— ¿No va bueno? (*Ap. á Lucindo.*)

LUCINDO.

¡Pesía tal,

Que hablas con gran discrecion!

HERNANDO.

Estoy hecho un Ciceron.

BELISA.

Puesto que parece mal,

Lucindo, que una mujer,

Que en fin de Fenisa es madre,

La case con vuestro padre

Y á vos os venga á querer,

Que en efecto sois su hijo;

Llegado á que me queráis,

Yo confieso que me dáis

Un juvenil regocijo.

¿Es posible que os agrado

Y que os parezco tan bien?

## ESCENA III.

FENISA, *que sale á otra reja*; BELISA, *en la primera reja*; LUCINDO y  
HERNANDO, *en la calle.*

FENISA. (*En voz baja.*)

¡Cé, Lucindo!

LUCINDO.

¿Quién es?

FENISA.

Quien

El alma y vida te ha dado.

Llega, mientras entretiene

A la loca de mi madre

Tu criado.

HERNANDO.

Si mi padre,

Como viejo, á querer viene

La tierna edad de Fenisa,  
Yo, como mozo, os adoro  
Por ese grave decoro.

FENISA.

Muriéndome estoy de risa.

HERNANDO.

Esas tocas reverendas,  
Ese estupendo monjil,  
Ese pecho varonil,  
Testigo de tantas prendas;  
Ese chapin enlutado,  
Que del pié los puntos sabe,  
Que pisa el suelo, mas grave  
Que un frison recién herrado,  
Esa bien compuesta voz,  
Ese olor, de amor espuela,  
Que es azúcar y canela  
De aquestas tocas de arroz;  
Esos anteojos al lado,  
Para encubrir los de enfrente;  
Ese manto, en que consiente  
Ser el amor mantecado;  
Esa encarnada nariz,  
Donde amor destila y saca  
Ambar, mirra y tacaniaca,  
Mas que el Arabia feliz;  
En fin, tocas, piés, frison,  
Nariz, monjil, manto, anteojos,  
Voz, chapin, son á mis ojos  
Selvas de varia lición.

LUCINDO.

¿Escuchástelo?

FENISA.

Sospecho

Que ha de entender el engaño.

LUCINDO.

En que yerre está mi daño,

Y en que acierte mi provecho.

Pero dime, prenda mia,

¿Qué ha de ser de nuestro amor,

Si de ti con tal rigor

Este padre me desvia?

No te descuides, mi bien;

Que apresura mi partida.

FENISA.

No tengas pena, mi vida,

Ni esos miedos te la den;

Que mi madre loca y vana

Está por tu amor de modo,

Que pondrá remedio en todo.

LUCINDO.

Si; mas la boda cercana

Me amenaza, como ves;

Y si él se llega á casar,

¿Cómo podras remediar

Mi ausencia, y muerte después?

A la fe, que aunque es tan cierto

Que eres discreta y sutil,

Que no halles modo entre mil

Para dar la vida á un muerto.

FENISA.

Si soy tuya, si nací

Para ti sola, y si estoy

Cierta que como yo soy

Tuya, tú lo eres de mí,

Da traza cómo salgamos

Destos padres enemigos;

Hacienda tienes y amigos;

Adonde quisieres vanios.

Discreta y enamorada

Me suéles Lucindo hacer;

Mas ya solo quiero ser

Mujer y determinada.

LUCINDO.

Si tienes resolucion

De que te saque de aquí,

Animo me sobra á mí

Para igual ejecucion.

Esta noche, gloria mia,

Jovas y vestidos coge,  
Y aunque tu madre se enoje,  
Te sacaré á mediodía;  
Que no temo de mi padre  
El mal que me pueda hacer.

FENISA.

Si voy á ser tu mujer,  
Máteme después mi madre.

BELISA.

¿Que tiene determinado  
Enviarte á Portugal?

HERNANDO.

No he visto locura igual  
Como en la que el viejo ha dado.  
Dice que adoro á Fenisa,  
Que la sirvo y solicito,  
Que el sueño y quietud le quito,  
Y sigo en saliendo á misa;  
Y de celos me destierra.

BELISA.

Mi bien, y ¿quiereis la vos?

HERNANDO.

¡Yo á Fenisa! ¡Plegue á Dios  
Que aquí me trague la tierra,  
Que me maten seis villanos  
En su heredad ó su aldea,  
Porque no hay muerte que sea  
Mas infame que sus manos;  
Plegue á Dios que un arcabuz  
Probándole me traspase,  
O que una espada me pase  
Desde la punta á la cruz,  
Si en mi vida tuve intento  
De analla ni pretendella,  
Ni jamás hablé con ella  
De amor ni de casamiento!

LUCINDO.

Muy bien lo puede jurar.

BELISA.

Satisfecha estoy, mi bien.

HERNANDO.

Dejando aquesto tambien,  
¿Tienes algo que me dar?  
Porque en dándome un enoje,  
O en jurando alguna cosa,  
Me da una hambre espantosa;  
Soy preñada con antojo.

BELISA.

¿Gana tienes de comer?

HERNANDO.

Rabio, por Dios.

BELISA.

Todo es malo

Cuanto hay en casa; un regalo  
Mañana te quiero hacer.  
¿Qué conserva comes bien?  
Que soy en dulces notable;  
De guindas es razonable,  
Y de perada tambien.  
Duraznos es extremada.  
¿Qué conserva haré?

HERNANDO.

Un menudo

Con su perejil; que dudo  
Que la haya tal, bien lavada.

BELISA.

¿Deso gustas? Pues hallaste  
La limpieza, la sazón  
Y el buen gusto.

HERNANDO.

Cosas son

En que el tuyo conformaste.  
Enviamele mañana.

LUCINDO.

¿Hay villano tan grosero?

BELISA.

¿Qué menudo hacerte espero!

HERNANDO.

No será peor la gana.

BELISA.

¿Menudo comes?

HERNANDO.

No pudo  
Ponerse ese gusto en duda,  
Porque quien sirve á viuda,  
Se obliga á comer menudo.

LUCINDO.

Gente pasa. ¡Cé!

BELISA.

¿Quién llama?

HERNANDO.

Hernandillo, mi criado,  
Que allá con Fenisa ha hablado.

BELISA.

¿Lindo pícaro!

HERNANDO.

De fama.

Díceme que pasa gente.  
Adios.

BELISA.

El, mi bien, os guarde.

LUCINDO.

Pues pasa gente y es tarde,  
Adios.

FENISA.

¡Ay mi gloria ausente!

— ¡Qué bien que la has divertido!

HERNANDO.

Famosamente la hablé.

LUCINDO.

Vén tras mí. Pero ¿qué fué  
Aquello que le has pedido?

HERNANDO.

Un menudo.

LUCINDO.

¿Y eso pudo

Pedir tu lengua, grosero?

HERNANDO.

Tú negocias por entero,  
Yo negocio por menudo.  
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Gerarda.

#### ESCENA IV.

DORISTEO, GERARDA.

GERARDA.

Sosiega el pecho celoso;  
Que yo sabré si es verdad.

DORISTEO.

Sospecho que temeroso  
De alguna temeridad,  
A que obliga un caso honroso,  
Dijo que el nombre fingia,  
Y fué á tiento Estefanía,  
Porque su padre en mi daño  
Me dijo por descengañó  
Cómo á Fenisa servia.

GERARDA.

El padre acaso pensó  
Que á Fenisa amabas...

DORISTEO.

¿Yo?

GERARDA.

Y para en paz os poder,  
Dijo que era su mujer.

DORISTEO.

No lo entiendo.

GERARDA.

¿Cómo no?  
Si pensó que la cuestion  
Era por Fenisa allí,  
¿No fué sutil invención  
Hacerla su mujer?

DORISTEO.

Si,

Tienes, Gerarda, razon;  
Pero mi celoso honor  
Aun quiere desto mas precha.

GERARDA.

Tambien la pide mi amor.

DORISTEO.

Esta sospecha me lleva  
De un temor á otro mayor.

GERARDA.

¿Quieres que los dos sepamos  
Si es verdad que ama á Fenisa?

DORISTEO.

Si quiero.

GERARDA.

A su casa vamos.

DORISTEO.

¿Cuál ignorancia te avisa  
Que si le quiere digamos?

GERARDA.

¿Digo yo que sea así? <sup>4</sup>

DORISTEO.

Pues ¿cómo?

GERARDA.

Yo entraré huyendo. <sup>3</sup>

DORISTEO.

¿De quién has de huir?

GERARDA.

De tí. <sup>5</sup>

Que eres mi esposo diciendo. <sup>4</sup>  
Sacarás la daga...

DORISTEO.

Bien.

GERARDA.

Pondrános en paz su gente;  
Quedaréme allí tambien,  
Donde á Fenisa le cuente  
Que quiero á Lucindo bien,  
Y que por él me matabas;  
Que te llame, y en secreto  
Te diga lo que dudabas.

DORISTEO.

¿Gentil industria! En efeto  
De mujer.

GERARDA.

¿Su ingenio alabas?

DORISTEO.

¡Oh mujeres!

GERARDA.

Y españolas...

DORISTEO.

Camina.

GERARDA.

Si estamos solas,  
Ella dirá la verdad.

DORISTEO.

Mujeres con voluntad  
Son como la mar con olas.  
(*Vanse.*)

Sala en casa de Belisa.

**ESCENA V.****EL CAPITAN, FENISA, BELISA.****CAPITAN.**

Si supiera vuestro intento,  
No le echara de mi casa.

**BELISA.**

Yo os he dicho lo que pasa.

**CAPITAN.**

Huélgome del casamiento;  
Daros quiero el parabien.

**BELISA.**

Si mi bien camino va,  
El paramal me dará  
Quien me ha dado el parabien.

**CAPITAN.**

Si yo estuviera avisado  
De que Lucindo os quería  
(Que en opinion le tenía  
De hombre menos asentado),  
Yo propio tratara aquí,  
Belisa, del casamiento;  
Que es dar á mi bien aumento  
Que nos troquemos ansi.  
Casado con quien es madre  
De mi bien, como confío  
De vos misma, el hijo mio  
Vengo yo á tener por padre;  
Y Fenisa, mi mujer  
Y vuestra hija, tendrá  
Padre en Lucindo; y dará  
A todo el mundo placer  
La discrecion del trocar  
Las edades por los gustos.

**BELISA.**

Dado me habeis mil disgustos  
En pretenderle ausentar;  
Y no os descuideis en ir  
Donde el camino estorbeis.

**FENISA.**

Gran rigor usado habeis.

**CAPITAN.**

No me supe resistir.

**FENISA.**

¿Fué celos, por vida mia,  
Del destierro la ocasion?

**CAPITAN.**

Celos de su vida son;  
Que una cierta Estefania  
Le trae de manera ciego,  
Que le han querido matar  
Dos hombres deste lugar,  
Y le matan si no llevo.

**BELISA.**

Pues ¿quiere á alguna mujer?

**FENISA. (Ap.)**

¿Qué es lo que escucho? ¡Ay de mí!

**CAPITAN.**

Así entonces lo entendí;  
Mentira debe de ser.  
No me acordé que le amais.  
Perdonad: que por él voy.

(Vase.)

**ESCENA VI.****BELISA, FENISA.****BELISA.**

Confusa, Fenisa, estoy.

**FENISA.**

Mi pensamiento imitaís.

**BELISA.**

Si tiene alguna mujer,  
¡Buen lance habemos echado!

**FENISA. (Ap.)**

A tí poco te ha burlado,  
Si burla te quiso hacer;  
Pero á mi, que me engañó  
Fingiéndome de veras...

**BELISA.**

¿Qué dices?

**FENISA.**

Que no creyeras  
Lo que este viejo contó;  
Que con los celos que tiene  
Finge dos mil desatinos.

**BELISA.**

¿Por qué notables caminos  
A darnos enojo viene!  
Gente se nos entra acá.

**FENISA.**

Dejóse abierta la puerta.

**BELISA.**

¡Bien hará lo que concierta,  
Si otra mujer tiene ya!

**ESCENA VII.****GERARDA, huyendo de DORISTEO, la daga desnuda.—DICHAS.****GERARDA.**

¡Favor, señores! Socorredme presto;  
Que me mata este bárbaro tirano.

**DORISTEO.**

¿Quién te ha de dar favor, infame adúl-

**BELISA.**

Tened, Señor; no la mateis, os ruego.

**FENISA.**

Paso, Señor: ¿por qué le dais la muerte?

**GERARDA.**

¡Yo adúltera, Señor!

**BELISA.**

Tened la mano,  
Respetad esas tocas norabuena.

**DORISTEO.**

Si no mirara esa presencia noble,  
De vuestra calidad notorio indicio,  
El corazon le hubiera atravesado.

**GERARDA.**

Y matáste en él; que en él te tengo.

**DORISTEO.**

¡Ahora amores, falsa, vil, perjura!  
¡Ahora hechicerías! ¡Vive el cielo!...

**FENISA.**

Acabad, si quereis; que venis loco,  
Y algun demonio revestido en celos  
Os debe de mover la lengua y manos.

**BELISA. (A Doristeo.)**

No habeis de estar aquí, por vida mia.

[sento;

Venid; que os quiero hablar en mi apo-  
Descansaréis de vuestro mal connigo.

**DORISTEO.**

Yo os quiero obedecer, y referirle,  
Aunque traiga mi infamia á la memoria.

**BELISA.**

Pues con mi hija quedará esta dama.

¿Qué nombre tiene?

**DORISTEO.**

Estefania se llama.

(Vanse Belisa y Doristeo.)

**ESCENA VIII.****FENISA, GERARDA.****FENISA.**

De gran peligro os ha librado el cielo.

**GERARDA.**

¡Ay Señora! que estoy temblando toda.  
¿Dónde me podré ir?

**FENISA.**

No tengais miedo.  
Contadme vuestro mal.

**GERARDA.**

Si haré, si puedo.

Yo soy, gallarda señora,  
Una mujer desdichada;  
Aunque esto ya lo sabeis,  
Pues lo veis en mi desgracia.  
Nací en Burgos, ciudad noble,  
Y mis padres, que Dios haya,  
Me trajeron á la corte  
Niña en los brazos del ama.  
Criáronme con regalo,  
Y de mi talle ó mis galas  
Rendido el hombre que veis,  
Me pide con grandes ansias.  
Casáronme á mi disgusto;  
En fin, sobre estar casada  
De la manera que digo,  
Carga el peso desta infamia.  
Vime, sin gusto con él,  
Mil veces determinada  
Para quitarme la vida.

**FENISA.**

No digais tal.

**GERARDA.**

Esto pasa.

**FENISA.**

Pues, por desdicha ninguna,  
¿Dice una mujer cristiana  
Que se ha de quitar la vida?

**GERARDA.**

Señora, experiencia os falta.  
No sabeis lo que es tener  
En la mesa y en la cama  
Un enemigo de día,  
Y de noche una fantasma.  
Mas mi desesperacion  
Fué en este medio templada  
Con la vista de un mancebo,  
Soldado y sol dado al alma.  
Era un alférez galán,  
Por quien por puntos les daba  
A las niñas de mis ojos  
Alferecía sin causa;  
Que en la mala compañía  
Del marido que me daban,  
Pensé que con un alferez  
Podiera sufrir las faltas.  
Pagóme la voluntad,  
Y con obras y palabras  
Marchamos diez y seis meses,  
Llevándose amor las armas.  
Mas como en marchando amor  
Toca la envidia las cajas,  
Oyó el bando mi marido  
Y los tiros á su fama.  
Comenzó á tener sospechas;  
Puso un espantajo en casa,  
Para que el pájaro huýese  
Que al hortelano burlaba.  
Busqué medios por vecinos,  
Hubo puertas y ventanas,  
Porque cuando quieren dos,  
Fácilmente se baraja.  
Mas para abreviar, Señora,  
Con mi amor y mi esperanza,  
No ha faltado quien me ha dicho  
Que el ver mi marido en arma  
Hizo á Lucindo mudar  
(Que así el alferez se llama)  
El alma y el pensamiento  
Adonde agora se casa  
Con una Fenisa, dicen,  
A quien de discreta alaban;  
Que quien la alaba de hermosa,



Dicen que á su rostro agravia.  
He perdido tanto el seso,  
Que he salido de mi casa,  
Y buscado de tal suerte  
Este ingrato que me agravia.  
Que hoy, como veis, mi marido  
Me ha topado disfrazado;  
Que pensaba hallarle aquí;  
Que aquí vive quien me mata.  
¿Conoceis en esta calle  
Esta dama, hermosa dama?  
¿Sabeis quién es por ventura  
La que mis desdichas causa?  
Que ya que de mi marido  
Tomé puerto en vuestra casa,  
Tras el remedio del cuerpo,  
De vos espero el del alma.

FENISA.

¿Que Lucindo os quiere bien?

GERARDA.

¿Conoceisle?

FENISA.

¿A Dios pluguiera

Que ni yo le conociera,  
Ni él á mí!

GERARDA.

¿Ni vos también!

¿Cosa que á tiento haya dado  
Con la causa de mi mal!

FENISA.

El vuestro no ha sido igual  
Al mal que me habeis causado.  
Yo soy Fenisa, ¡ay de mí!  
Engañada de ese ingrato,  
Que no sabiendo su trato,  
Mucho del alma le di.

Yo soy con quien de secreto  
Su casamiento trató,  
Porque no pensaba yo  
Tanto mal en tal sugeto.  
Pero pues á tiempo estoy,  
Y mi honor salvo, creed

Que agradezco la merced,  
Y que de mano le doy.  
Hoy con su padre me caso,  
Por solo hacerle pesar;  
Que le tengo de abrasar  
Con el fuego en que me abraso.  
Y pues que vos le quereis,  
Gozadle por largos años.

GERARDA.

¿Que vos me haceis tantos daños,  
Y que vos muerto me habeis?  
Que vos os llamáis Fenisa?

FENISA.

Estad segura que ya  
Lucindo vuestro será.

GERARDA.

Mi desengaño os avisa.  
Es el hombre mas traidor,  
Mas mudable y lisonjero  
Que ha visto el mundo.

FENISA.

No quiero

Mas desengaños, amor.  
Adios, gustos atrevidos.  
¿Vuestro nombre?

GERARDA.

Estefanía.

FENISA.

Bien su padre me decía,  
No eran sus celos fingidos.  
Ya sabía vuestro nombre,  
Ya sé todo lo que pasa.

GERARDA.

No admitais en vuestra casa,  
Pues que sois cuerda, tal hombre;

Mirad que os ha de quitar  
El honor.

FENISA.

Perded el miedo.

GERARDA.

Ya, Señora, que me puedo  
De mi marido librar,  
Dadme licencia; que quiero  
Irme en casa de una hermana.

FENISA.

¿Querréis verme?

GERARDA.

Cosa es llana.

Ser muy vuestra amiga espero.  
¿Hay puerta falsa?

FENISA.

Si habrá,

Si por Lucindo salis.

GERARDA.

¿Qué bien, Señora, decis!  
Adios.

FENISA.

Presto; que os verá.

GERARDA. (Ap. yéndose.)

Famosamente he sabido  
De Lucindo el pensamiento,  
Y su gusto y casamiento  
Por notable estilo impido.  
¿Bella mujer, lindo talle!  
Muriéndome voy de celos.  
Guardad á Lucindo, cielos;  
Que he de matarle en la calle. (Vase.)

### ESCENA IX.

FENISA.

Salga del alma aquel violento rayo  
Que la dejó como ceniza fria,  
Porque parezca la esperanza mia  
Palma sobre las nieves de Moncayo.

[mayo

Ya estaba en flor, cuando en mitad de  
El hielo derribó su lozanía; [dia  
Que cuando muda el tiempo, hasta un  
Para que su verdor trueque en desmayo.

[ños,

No mas gustos de amor, que son enga-  
Que llevan la razon por los cabellos;  
No sufra el alma tan injustos daños.

No quiero bienesy a, por no perdetlos;  
Mas ¿cómo olvidaré con desengaños,  
Si dicen que se aumenta amor con ellos?

### ESCENA X.

LUCINDO.—FENISA.

LUCINDO.

Con la determinación,  
Bella Fenisa, de ser  
En tan dichosa ocasion  
Tu esposo, y tú mi mujer,  
Que nombres seguros son,  
He tenido atrevimiento  
De llegar á tu aposento,  
Y dejó un coche en la calle,  
Que de ese gallardo talle  
Viene á ser alojamiento.  
Ven, sin poner dilacion,  
Al coche, fénix divina;  
Porque en aquesta ocasion  
Te quiero hacer Proserpina  
Deste abrasado Pluton.  
¿Qué te suspendes? Qué miras?

FENISA.

¿No quieres que me suspenda?  
¿Qué dices? ¿Burlas? ¿Deliras?  
¿Con quién hablas?

LUCINDO.

Dulce prenda

Del alma, ¿á qué blanco tiras?  
¿Hay álguien con quien cumplir?  
¿No es hora ya de salir,  
Como anoche concerté?

FENISA.

¿Con quién el concierto fué?  
Eso me vuelve á decir.

LUCINDO.

¿No me hablaste anoche?

FENISA.

Si.

LUCINDO.

Lo que concertamos di.

FENISA.

Que te cases con mi madre,  
Pues yo lo estoy con tu padre.

LUCINDO.

¿Con tu madre? Eso fingi.

FENISA.

Ya no puede ser fingido.  
Testigos hay que has tratado  
Ser de mi madre marido.

LUCINDO.

¿Luego tú me has engañado?

FENISA.

El engaño tuyo ha sido.  
De mí no hay que pretender;  
Que soy mujer de tu padre,  
Y mi madre es tu mujer.

LUCINDO.

¿Cómo mi mujer tu madre?  
Demonio debes de ser.

¿No te acuerdas que tú fuiste  
La que primero me quiso?  
Tercero á mi padre hiciste,  
Mi padre me dió el aviso,  
Y te hablé donde quisiste.  
En órden á nuestro intento  
Fingimos el casamiento.  
¿Qué me dices de tu madre?

FENISA.

Yo soy mujer de tu padre,  
Esto es verdad y esto siento.  
Si mi madre no te agrada,  
Mas señora, mas honrada  
Que tu dama Estefanía,  
Vete á buscarla, y porfia;  
Que es dulce la fruta hurtada.  
Mas guarda; que su marido  
Te busca.

LUCINDO.

En lo que has hablado,

Celosa te he conocido.  
Sin duda te han engañado  
Con ese nombre fingido.  
Mi lacayo Hernando fué  
Una noche Estefanía;  
Que así al Prado le llevé.  
No dilates, fénix mia,  
El galardón de mí fe;  
Que si he visto á Estefanía,  
La vida me quite el cielo,  
Fálteme el sol, falte el día,  
Sepúlteme vivo el suelo,  
Y pierda tu luz, luz mia.  
Mira que te han engañado,  
Porque Hernando disfrazado  
Ha sido la Estefanía.

FENISA.

Conozco tu alevosia;  
Tarde, Lucindo, has llegado,  
Y no me hagas perder  
El respeto; que has de ser  
Antes de un hora mi padre;  
Que al marido de mi madre  
Debo por padre tener.

LUCINDO.  
¿Qué dices?  
FENISA.  
Lo que has oído.  
LUCINDO.  
¿Tienes seso?

FENISA.  
El que te falta.  
LUCINDO.  
O tú ó yo le hemos perdido.

FENISA.  
Eso sí, da voces, salta;  
Que ya vendrá mi marido.

LUCINDO.  
¡Válgame Dios!

FENISA.  
Valga pues.  
LUCINDO.

¿Caréme?  
FENISA.  
Necedad.  
LUCINDO.

Pues ¿qué haré?  
FENISA.  
Casarte.  
LUCINDO.

¿Ves  
Como fué mi amor verdad,  
Y tu liviandad lo es?  
¿Ves cómo vine por tí,  
Y que como hombre cumplí  
Lo que anoche concerté?  
Ves cómo mujer te hallé,  
Y no mujer para mí?  
Ves cómo es bien empleado  
Todo cuanto mal decimos  
De vosotras? Ves que he estado,  
Conforme el concierto hicimos,  
Prevenido y confiado?  
Pues ¡plegue á Dios que te veas,  
Y tan presto, arrepentida,  
Que tú mi venganza seas!  
Que en lo que toca á mi vida,  
Será lo que tú desees.  
Goza á mi padre; que es padre,  
Y es mejor que yo en efeto,  
Puesto que menos te cuadre;  
Que yo seré tan discreto,  
Que la mujer trueque en madre;  
Que pues mi padre me envía  
Á Portugal, porque tal  
Delito en quererte hacía,  
Me pasaré á Portugal  
Por la libertad, que es mía. (Vase.)

FENISA.  
¡Ay Dios! detente Señor...<sup>1</sup>  
—Pero no, que es cauteloso.<sup>2</sup>  
Vaya esta vez el traidor.<sup>3</sup>

### ESCENA XI.

HERNANDO.—FENISA.

HERNANDO.  
Oye, escucha.  
FENISA.  
¿Que haces señas?<sup>4</sup>  
HERNANDO.

¡Tan tibia en esta ocasión!<sup>5</sup>  
¿Cómo ese rigor me enseñás?<sup>6</sup>  
¿No vino Lucindo aquí,  
Según me dijo, por tí?

FENISA.  
Ya estamos desconcertados.

HERNANDO.  
¿Cómo?

<sup>1 2 3 4 5 6</sup> Seis versos de dos quintillas incompletas.

FENISA.  
Hay amores casados;  
No era bueno para mí.  
¿Quién es una Estefanía  
A quien Lucindo quería?

HERNANDO.  
¿Hasta acá llega el enredo?  
FENISA.  
¿Qué enredo?

HERNANDO.  
Decirte puedo  
Que fui yo esa dama un día.

FENISA.  
¿Tú esa dama?  
HERNANDO.  
Disfrazado  
Con un manto, estuve al lado  
De cierta dama. En efeto  
Di celos, y esto secreto.  
No sepa que lo he contado.  
Que mi señor la quería  
Antes que os vieses; y después  
Os juro, señora mía,  
Que un tigre á sus ojos es,  
Aunque se cansa y porfia:  
Que anda perdida y celosa.

FENISA.  
Sin duda me han engañado.  
HERNANDO.

Yo sé que no hay otra cosa  
Que te dé en Madrid cuidado  
Sino vos, Fenisa hermosa.  
Mas ¿qué le diré?

FENISA.  
No sé;  
Que viene mi madre aquí.  
Huye.

HERNANDO.  
Por allí me iré. (Vase.)

### ESCENA XII.

BELISA.—FENISA.

BELISA.  
Ya, Fenisa, despedí  
Aquel hombre.

FENISA.  
Y ¿cómo fué?

BELISA.  
No sé si podré, de risa,  
Contarte lo que ha pasado.

FENISA.  
De todo, madre, me avisa.

BELISA.  
De verte se ha enamorado.

FENISA.  
¿Tan presto?  
BELISA.  
Escucha, Fenisa;  
Que te quiere por mujer.

FENISA.  
¿Siendo casado?

BELISA.  
Es enredo  
Que esta mujer quiso hacer.

FENISA.  
Que son celos tengo miedo.

BELISA.  
Celos debieron de ser.  
Contóme que concertaron  
Que se hiciese su marido,  
Porque los dos sospecharon,  
El que su hermana ha servido,  
Y ella que aquí le engañaron...

FENISA.  
¿A quién?  
BELISA.  
A Lucindo.  
FENISA.  
¡Bien!

¿Que de Lucindo son celos?  
BELISA.  
Y á mi me los dan también.

FENISA.  
Pusieron en paz los celos  
Su verdad y mi desden.  
(Ap. Perdi gallarda ocasión  
De gozarle á mi contento;  
Mas no faltará invención.  
Hoy será mi casamiento  
En casa y con bendición.)  
Madre, no estés divertida.  
Después que esta cautelosa  
Mujer, falsa y atrevida,  
Vino sin vida, celosa,  
Para quitarnos la vida,  
Ha estado Lucindo aquí  
Y me ha dicho que te adora.

BELISA.  
¿Es cierto?  
FENISA.  
Estopasa así.  
Pero diceme, Señora,  
Que hablando á su padre en tí  
Le halla muy desabrido  
En que sea tu marido,  
Y que es forzoso en efeto  
El casaros de secreto.

BELISA.  
Siempre lo tuve entendido.  
No quisiera el capitán  
Que su hijo se casara.  
Porque murmurar podrán  
Que el viejo goza esa cara,  
Y que á Lucindo me dan.  
—Pues mi marido ha de ser.

FENISA.  
El dice que en tu aposento  
Te quiere esta noche ver.  
BELISA.  
¿Qué sientes de eso?  
FENISA.

¿Qué siento?  
Que allí serás su mujer.

BELISA.  
Trázalo, pues anochece.

FENISA.  
Véte á prevenir, y calla.

BELISA.  
Mi ventura me enloquece;  
Por no darte que envidialla,  
No digo lo que me ofrece.  
Voy á perfumarlo todo  
Y que esté con grande aseó.

FENISA.  
Hazlo, madre, de ese modo.  
(Vase Belisa.)

¿Qué bien mis bodas rodeo,  
Y el nuevo engaño acongojo!

### ESCENA XIII.

EL CAPITAN.—FENISA.

CAPITAN.  
¿Es mi Fenisa?  
FENISA.  
Soy quien te desea.  
¿Adónde está Lucindo? Que mi madre  
Ya quiere efetur el casamiento.

¿Qué casamiento?

CAPITAN.

FENISA.

El suyo con el mío.

CAPITAN.

[minos;

Bien dice, y no aguardemos á mas tór-  
Que ya los dos tenemos corta vida.

FENISA.

Yo estoy, Señor, tambien desengañada  
De que no era Lucindo el que venia  
De noche á mi ventana.

CAPITAN.

¿Qué me cuentas?

FENISA.

Hoy supe que era un cierto amigo suyo;  
Y así, quiero que vayas á buscarle,  
Y le digas que rondé aquesta noche  
La puerta desta casa con Hernando;  
Porque anoche á las diez, por la ventana  
Del huerto entró el amigo que te digo.  
Y á la puerta llamó de mi aposento.  
Levanléme, pensando que mi madre  
Venía á visitarme, y si no cierro,  
No dudes que sucede una desgracia.

CAPITAN.

¿Hay maldad semejante! ¡Vive el cielo,  
Que he de ser yo quien ronde!

FENISA.

No, mis ojos;

Que en ese tiempo habeis de estar con-  
[migo.

CAPITAN.

¿Adónde?

FENISA.

En mi aposento, de secreto.

CAPITAN.

Dadme esas manos.

FENISA.

Advertid que quiero  
Que vengais muy galan y rebozado,  
Y que os hagais la barba; que no gusto  
De verla de esa hechura; que en electo  
Pareceréis mejor mas atusado.

CAPITAN.

Quien para tanta gloria se previene,  
No dudeis que vendrá galan del todo. ¿  
La barba haré cortar á vuestro gusto,  
Pues hacerse la barba es muy de novios;  
Y yo lo he de ser vuestro.

FENISA.

Ya es muy tarde,  
Hablad á vuestro hijo.

CAPITAN.

El cielo os guarde.

(Vase.)

—

Sala en casa del Capitan.

#### ESCENA XIV.

LUCINDO, HERNANDO.

LUCINDO.

Arrepintiése.

HERNANDO.

¿Qué dices?

LUCINDO.

Lo que oyes.

HERNANDO.

No lo creas.

LUCINDO.

Ni tú mudanzas que veas.

HERNANDO.

Son retóricos matices  
Para encarecerme el bien.

¿Hasla por dicha gozado?

Que te veo muy riado.

LUCINDO.

Y aun muerto me ves tambien.

HERNANDO.

¿Hablas de veras?

LUCINDO.

Llegué  
Para sacalla de allí,  
Y de manera la vi,  
Que dando voces bajé.  
Volvi el coche, y los amigos  
Se volvieron á su casa.

HERNANDO.

Pues ella toda se abrasa,  
Y estos ojos son testigos...

LUCINDO.

¿Cómo?

HERNANDO.

De celos crueles.

LUCINDO.

Pues ¿de quién?

HERNANDO.

De Estefania.

LUCINDO.

¿Que esto dure todavia!  
No me aflijas, como sueles;  
Que todo nace de amor.

HERNANDO.

Tu padre.

LUCINDO.

No importa nada.

#### ESCENA XV.

CAPITAN. — DICHOS.

CAPITAN.

Bien aprestas la jornada.

LUCINDO.

Mañana me voy, Señor.

CAPITAN.

¿Bueno es eso! Estás casado  
Con Belisa, y vaste luego!

LUCINDO.

Eso ha sido burla y juego.

CAPITAN.

Yo sé que tomas estado;  
Pero que sea ó no sea,  
Ya te quedarás aquí.

LUCINDO.

¿Por qué?

CAPITAN.

Porque ya entendí  
Quién á Fenisa desca,  
Y aun es grande amigo tuyo.

LUCINDO.

Tambien te habrán engañado.

CAPITAN.

Ya Fenisa me ha contado  
Que fué todo engaño suyo.  
Dice que anoche pasó  
Por la pared de la huerta  
Cierta persona incierta,  
Y á su aposento llegó:  
Llamó, salió á abrir, y viendo  
El engaño, cerró.

LUCINDO.

Extraño  
Hubiera sido el engaño.

CAPITAN.

Dió voces, y fuése huyendo.

Hame dicho que te diga  
Rondes esta noche allí.  
¿Haráslo así?

LUCINDO.

Señor, si:

Mandármelo tú me obliga.

CAPITAN.

Pues yo vengo muy de prisa.  
Armate, y guárdete Dios.

(Vase.)

#### ESCENA XVI.

LUCINDO, HERNANDO.

LUCINDO.

Hoy nos casamos los dos.

HERNANDO.

¿Cómo?

LUCINDO.

Ya entiendo á Fenisa.

Quiere que entre á su aposento  
Por el huerto.

HERNANDO.

Dices bien;

Y que ella estará tambien  
Allí con el mismo intento.  
Mas los celos la han picado;  
Hoy se cumplen tus deseos.

LUCINDO.

¿Por qué notables rodeos  
A mi remedio he llegado!  
Venite á armar, porque has de entrar  
Al huerto y guardar la puerta.

HERNANDO.

Beatriz es dama encubierta;  
Pero allá la pienso hallar.

(Vase.)

—

Calle.

#### ESCENA XVII.

DORISTEO, FINARDO.

FINARDO.

Yo no sé si le llame desengaño [do,  
El que de vuestra hermana habeis teni-  
Pues veo que resulta en vuestro daño,  
Viniedo de Fenisa tan rendido.

DORISTEO.

Hizo Gerarda aquel enredo extraño.  
Entré fingiendo que era su marido;  
Pero en viniendo á Fenisa, quedé luego  
Ciego del rayo de su ardiente fuego.  
Estuve con su madre en su aposento;  
Y si verdad os digo, dije el caso,  
Y pedile á Fenisa en casamiento.

FINARDO.

Estas son sus ventanas; hablad paso.

DORISTEO.

¡Ay divino y dichoso alojamiento  
De la décima musa del Parnaso,  
De la mujer mas bella, y finix solo,  
Que en su giro veloz ha visto Apolo!

FINARDO.

Y ¡qué! ¿os pensais casar?

DORISTEO.

Si ella me quiere.

FINARDO.

¿Es gente principal?

DORISTEO.

De virtud tanta,  
Que la doncella á las demás prefiere,  
Y la madre, Finardo, es una santa.



FINARDO.

¿Qué hacienda tiene?

DORISTEO.

Sea la que fuere,  
Virtud en dote á todos se adelanta.  
De su recogimiento y virtud quiero  
Hacer, Finardo, el dote verdadero.

**ESCENA XVIII.**

EL CAPITAN, *con barba diferente,  
muy hecha, en hábito de noche*; FUL-  
MINATO.—DICHOS.

CAPITAN. (*A Fulminato.*)

Ya puedes volverte á casa.

FINARDO. (*Ap. á Doristeo.*)

Gente pasa.

DORISTEO.

Y encubierta.

FINARDO.

Creo que para á la puerta;  
Que de la puerta no pasa.

FULMINATO.

¿Mandas que te aguarde aquí,  
O que llame otros criados?

CAPITAN.

No; que aquellos embozados  
Vienen á guardarme á mí.  
Entro: vuélvete.

FULMINATO.

¿Quién son?

CAPITAN.

Lucindo y Hernando. (*Éntrase.*)

FULMINATO.

Quiero

Hablarlos.

FINARDO.

Entró.

DORISTEO.

¿Qué espero?

FINARDO.

¿Gran virtud! Gran religion!

FULMINATO.

¿Es menester compañía?

FINARDO.

Pase adelante, galan.

FULMINATO.

Perdonen...

DORISTEO.

Perdon le dan.

FULMINATO.

Que por otros los tenía. (*Vase.*)

DORISTEO.

¿Corrido estoy, vive Dios!

FINARDO.

¿Qué gran dote es la virtud!

DORISTEO.

Tal les dé Dios la salud.

FINARDO.

Pues quedo.

DORISTEO.

¿Cómo?

FINARDO.

Otros dos.

**ESCENA XIX.**LUCINDO, HERNANDO.—DORISTEO,  
FINARDO.

LUCINDO.

Piés, en mi amor os tened. <sup>1</sup>

DORISTEO.

¿Echó escala?

FINARDO.

Y suben ya. <sup>2</sup>

DORISTEO.

¿Qué casa es esta?

FINARDO.

No sé.

Que es fuerza es lo mas seguro,  
Pues por la puerta y el muro  
Tanto enemigo se ve.

DORISTEO.

¿Suben los dos?

FINARDO.

Así pasa.

DORISTEO.

Muchas mujeres habrá.

FINARDO.

Pues mas gente viene ya;  
Que aun no está llena la casa.

**ESCENA XX.**GERARDA, *en hábito de hombre.*—  
DORISTEO, FINARDO.

GERARDA.

(*Ap. Por ver si aquel mi enemigo  
Viene á rondar por aquí,  
Salgo de mi casa así,  
Con mi amor y sin testigo.  
No creo que me he engañado;  
El y su Hernando serán  
Los que en esta esquina están.  
¡A qué buen tiempo he llegado!*)  
¿Eres tú, cruel?

DORISTEO.

¿Quién va?

GERARDA.

Yo soy, Lucindo.

DORISTEO.

¿Quién?

GERARDA.

Yo.

DORISTEO.

¿Es Gerarda?

GERARDA.

Tuya, no;

De Doristeo soy ya.

DORISTEO.

Yo soy ese Doristeo.

GERARDA.

¿Tú! Pues ¿qué buscas aquí?

DORISTEO.

A ti te huseo.

GERARDA.

¿Tú á mí!

FINARDO.

Con un mismo intento os veo.  
Tú por Fenisa venías,  
Y tú por Lucindo vienes.

DORISTEO.

Es sin duda.

GERARDA.

Razon tienes.

DORISTEO.

Hoy habemos sido espías.  
Mas mira ¿qué casa aquesta!  
Tres hombres tienen allá.

GERARDA.

¿Tres hombres?

FINARDO.

Y aun treinta habrá.

GERARDA.

¡A fe que es Fenisa honesta!  
Llama con una invencion,  
Para que quién son sepamos.

FINARDO.

Fuego, que hay fuego digamos.

DORISTEO.

Y no con poca razon.

FINARDO. (*A voces.*)

¡Fuego, fuego!

DORISTEO.

¡Fuego!

GERARDA.

¡Fuego!

**ESCENA XXI.**BELISA, *y luego*, FENISA y LUCINDO.  
—DICHOS.BELISA. (*Dentro.*)

¡Fuego en mi casa! ¡Ah, criados!

DORISTEO.

¡Fuego!

BELISA. (*Dentro.*)

¡Ah vecinos honrados!

¡Fenisa, levanta luego!

FENISA. (*Dentro.*)

¡Fuego, madre!

DORISTEO.

Que se abrasa

La casa.

LUCINDO. (*Dentro.*)

Luces de presto.

**ESCENA XXII.**EL CAPITAN, BELISA, LUCINDO,  
FENISA, HERNANDO, *con una ha-  
cha encendida.*—GERARDA, DO-  
RISTEO, FINARDO.

CAPITAN.

¿Fuego en la casa?

BELISA.

¿Qué es esto?

LUCINDO.

¿Fuego en casa?

FENISA.

¿Fuego en casa?

HERNANDO.

¿Dónde, Señor, está el fuego?

GERARDA.

Entre vosotros está;  
Pero nadie lo verá,  
Estando el honor tan ciego.  
¿Dentro de una casa honrada  
De una mujer como vos,  
Hay dos hombres!

DORISTEO.

¿Cómo dos?

Y aun tres.

HERNANDO.

¡Hermosa empanada!

BELISA.

Yo con mi marido estoy.

<sup>1</sup> <sup>2</sup> Dos versos sueltos entre dos redon-  
dillas: deben faltar otros dos.

CAPITAN.

Y yo estoy con mi mujer.

BELISA.

Otro pensé yo tener.

CAPITAN.

De otra que aborrezco soy.

BELISA.

¿Cómo es aquesto, Fenisa?

FENISA.

Con Lucindo me he casado.

BELISA.

Pues ¿cómo me has engañado?

Mas ya lo dice tu risa.

CAPITAN.

Di, Lucindo, ¿á un padre noble

Los buenos hijos engañan?

LUCINDO.

Señor, yo adoro á Fenisa,

Y ella, como ves, me paga.

Cuanto contigo trató

Son enredos que buscaba

Para casarse conmigo;

Los que presentes se hallan,

Aunque mis contrarios sean.

Juzguen, Señor, nuestra causa.

¿No es mejor que el padre mio,

Con esta señora honrada,

Que es madre de mi mujer,

Se case, pues que se igualan

En méritos y en edad,

Y que como nuestras almas,

Los dos juntemos los pechos?

Habla, y perdona, Gerarda.

GERARDA.

Aunque celosa venia,

La razon, Lucindo, es tanta,

Que con los dos asesores

Que á este pleito me acompañan,

Digo que tu padre sea

De Belisa, y que esta dama

Te goce, amen, muchos años.

DORISTEO.

La sentencia está bien dada,

Y yo la confirmo.

FINARDO.

Y yo.

LUCINDO.

Dame esa mano.

FENISA.

Y el alma.

CAPITAN.

Dadme vos tambien la vuestra.

BELISA.

Dais honra y remedio á entrambas.

HERNANDO. (Ap.)

Para tan viejo rocín

Cualquiera silla le basta.

GERARDA.

Los dos me acompañaréis.

DORISTEO.

Llevarémoste á tu casa.

CAPITAN.

Hernando, avisa en la mia

Que allá cenan estas damas.

HERNANDO.

Para en uno sois, por Dios.

LUCINDO.

Si es para muchos la farsa,

Mi amor lo diga, y dé fin

*La Discreta enamorada.*

# EL BOBO DEL COLEGIO,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DIRIGIDA AL LICENCIADO DON LORENZO VAN DER HAMMEN Y LEON.

---

DESIGUAL paga de mi obligacion, desigual título á un hombre tan discreto, y desigual lugar al que vuestra merced tiene en mi opinion es el ofrecerle esta comedia; pero igual la voluntad á las deudas, y igual la escuela donde sucede el alma desta fábula á los estudios de vuestra merced, y igual mi conocimiento de su ingenio al deseo de servirle. Leí el *Secretario*, obra tan digna suya, con la atencion y gusto que merecia (que no hay pasar deste encarecimiento); y deseando que salga á luz, le suplico no sea de los que esperan á dejar sus obras en el peligro de los amigos, en la memoria de los olvidos, ó en el hurto de los ambiciosos de honra con las vigilijs ajenas. El libro es tal, que si algo le puede hacer sospechoso, es mi aprobacion, ya sea por mi amor, ya por mi ignorancia; y cierto que el confesarla no es lo que llamó san Agustin *hermosa templanza*, sino tenerla por cierta. Si se hallara en el mundo un secretario como vuestra merced le pinta, pensáramos que podia haber un Ciro como le describe Jenofonte; pero justo es poner tan altamente sus virtudes y partes para que sepan los que lo son á qué grado pueden llegar, y las que han menester para ser perfetos; que no porque piense el Filósofo en sus *Físicos* que aquel lo es *cui nihil deest*, quedan excluidos los que de aquel todo tienen las mayores partes. Las de un insigne poeta me holgara mucho que describiera vuestra merced; aunque no sé de qué podia servir á muchos, que con solo un limitado natural se atreven á imaginarse perfetos. ¡Bien haya el que repartió los juicios de los hombres, pues no hay uno que quisiese trocar el que tiene, ni conocer que hay otro! Cuidado causa esta milicia, que es como batallon intestino, alojado en nuestros oidos, aunque nos pese. ¡Dichoso quien se retira á sí! Que para saber esto, tambien es soledad la corte como el aldea; y en un cármén de esa insigne ciudad pueden los deseos acompañar á un hombre con los ejércitos de Jérrjes. Vuestra merced lea esta fábula, con la noticia que tiene de que en aquel célebre Colegio nunca falta un bobo; esto sin malicia, pues no pasa á sus dueños; que fuera de allí, bien sé que no falta; pero es mas léjos de las ciencias y mas cerca de la ignorancia.

Capellan de vuestra merced,

LOPE DE VEGA CARPIO.



# EL BOBO DEL COLEGIO.

## PERSONAS.

DON JUAN.  
TRISTAN.  
OCTAVIO.  
GARCERAN.

MARIN, *lacayo*.  
FULGENCIA.  
RISELO.  
LUCINDO.

LISARDA.  
CELIA.  
FERMIN, *lacayo*.  
CHUNCHILLA, *escudero*.

REINEL.  
FABIO.  
GERARDO.  
RODRIGO. — Músicos.

*La escena es en Salamanca y en Valencia.*

## ACTO PRIMERO.

Calle en Salamanca.

### ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, TRISTAN.

DON JUAN.

No me consueles, Tristan;  
Que daré voces al cielo.

TRISTAN.

Pues ¿qué has de hacer sin consuelo  
En tal desdicha, don Juan?

DON JUAN.

Matarme, perder la vida,  
En que mi pena consiste;  
Porque una cosa tan triste  
Mejor estará perdida.  
Hoy me han llevado á Valencia  
El aliento en que respiro,  
La misma luz con que miro,  
Del alma la misma esencia,  
El movimiento con quien  
Se sustenta el corazón,  
Mi propia imaginación  
Y mis discursos también;  
Hoy la junta y armonía  
Que para vivir iguales  
Los instrumentos vitales  
Con tal concierto tenía.  
Hoy no soy; y si algo soy,  
Es una sombra de mí,  
Un retrato del que fui.

TRISTAN.

¿Hoy, dices?

DON JUAN.

Luego ¿no es hoy?

TRISTAN.

¡Há un mes que falta de aquí  
Fulgencia, y ¡hoy te parece!

DON JUAN.

Si lo mismo se padece,  
Hoy es ayer para mí;  
Hoy es, aunque pase un mes,  
Si en la misma pena estoy;  
Que lo que atormenta hoy,  
Tan hoy como entonces es.  
Allá me estaba en mi aldea,  
Que mi mal no presumía,  
Aunque el alma me decía  
Que no hay bien que firme sea;  
Vine á Salamanca á ver  
Lo que no veré jamás.  
Muerto soy.

TRISTAN.

¡Gracioso estás!

DON JUAN.

Pues dime, ¿qué puedo hacer?

TRISTAN.

Si fueras cuerdo, don Juan,  
Vieras que cualquiera ausencia,  
Pues era mujer Fulgencia,  
¿No era segura?

DON JUAN.

¡Ay, Tristan,  
Que pintan muy ciego á amor!

TRISTAN.

Sola en casa de su hermano,  
Que vive á lo cortesano,  
Seguro de su valor,  
A sus deudos parecía,  
Formando desto querella,  
Que á una principal doncella  
Ni era bien ni convenia.  
Entrábanle á visitar  
Mil caballeros mancebos  
Y estos generosos nuevos  
Que aquí vienen á gastar  
La primer sangre y la plata  
Primera del avariento  
Padre, en cuyo pensamiento  
Mas el amor se dilata  
Que los esperados cursos.  
Aquí espadas negras luego  
O naipes erau su juego;  
Aquí sus largos discursos  
Sobre aficiones y votos;  
Aquí cenas y meriendas,  
En que se alargaban riendas,  
Y aun iban los frenos rotos.  
Y aunque Fulgencia no estaba  
Presente á aquestas locuras,  
Juraré, si tú lo juras,  
Que á este tiempo no rezaba;  
Sino que por los resquicios  
Miraba el que, mas galán,  
Daba, como tú, don Juan,  
De haberla mirado indicios.  
Esto es cosa natural;  
Y así, fué justo el llevarla  
Adonde puedan guardarla;  
Que aquí la guardara mal  
Un mozo hermano, brioso,  
Lleno de amigos, que todos,  
Aunque por diversos modos,  
Y el mejor mas cauteloso,  
Venían por la doncella,  
Como moscas á la miel.  
Vino su tía, y con él  
Habló largamente en ella;  
Y aunque resistió, no pudo  
Negar tanto la razón,  
Que no la diese.

DON JUAN.

Estas ¿soul

Cosas de sufrir? ¿Qué dudo.  
Que no me doy muerte aquí?

TRISTAN.

Su tía, en fin, á Valencia  
Llevó en un coche á Fulgencia.

DON JUAN.

¡Demonio fué para mí!  
¡Oh tía, nuevo Pluton,  
Que en ese coche camina  
Con la bella Proserpina  
Que me abrasa el corazón!  
Tristan, ¿hay cosa en la tierra  
Que se pudiera excusar  
Como una tía, ó que dar  
Pueda á un hombre mayor guerra?  
¿Qué es esto que llaman tía?  
Di, Tristan, ¿quién lo inventó.  
¿Por dónde en el mundo entró  
Tan grande desdicha mía?  
¿Hay mar que mas naves sorba  
Que una tía de parientes?  
¿Qué tiene de inconvenientes!  
¿Qué no enfada? ¿Qué no estorba?  
Padres y hermanas se mueren;  
Siempre queda alguna tía,  
Que nos deshace y porfia  
Contra lo que todos quieren.  
El primer tío del mundo  
Fué Cain; mira; ¿quién son!  
Pero basta una razón  
En que sus malicias fundo,  
Y es que á todos los villanos  
Llaman *tíos*, siendo gente  
Maliciosa, impertinente,  
Debajo de hábitos llanos.  
En confianza de un tío  
O de una tía avarienta,  
Llena de hacienda y de renta,  
Pasa un sobrino hambre y frío;  
Y después de noventa años  
(Que vive mucho una tía),  
Suele darlo á quien le hacía  
Un presente y mil engaños.  
Vén conmigo; que yo haré  
Con que en Valencia la vea,  
Si mi padre no rodea  
Lo que ayer imaginé;  
Que se muere por casarme.

TRISTAN.

Mejor será ya olvidar.

DON JUAN.

Si puedo el alma forzar,  
Podré á deíarla esforzarme.

(*Vause.*)

Una calle de Valencia.

## ESCENA II.

GARCERAN, MARIN.

GARCERAN.

Para ser tan nuevo amor,  
No ha sido el favor pequeño.

MARIN.

Enseña, á ver.

GARCERAN.

Ya le enseño.

MARIN.

¿Flor?

GARCERAN.

Sí.

MARIN.

¡Buen agüero, flor!

GARCERAN.

¿Por qué?

MARIN.

Por que es esperanza  
De fruto.

GARCERAN.

Dices verdad;

Pero la facilidad  
Con que una dicha se alcanza,  
Suélese también tener  
En perderse.

MARIN.

No podrá,

Si ella te ha mirado ya,  
Y es tan principal mujer.

GARCERAN.

No sé que me haya mirado;  
Sé que desde que llegó  
A Valencia, he sido yo  
Quien la ha mirado y buscado.  
Fué notable dicha mía  
Posar de mi casa en frente  
Su tío, y ser mi pariente.

MARIN.

¿No es castellana su tía?

GARCERAN.

Sí, Marin; que se casó  
Con aqueste deudo mío.

MARIN.

La moza es de lindo brio.  
¡Bien haya quien la parió!

GARCERAN.

No le faltará mi amen.

MARIN.

¡Pesía á tal, y qué ojos tiene!  
Pues ¡pico!

GARCERAN.

¡Ay, Marin, que viene  
De donde se estudia bien!

MARIN.

Pues ¡pégase á las mujeres  
Algo de los estudiantes,  
O son con ellos pasantes  
De sus cursos?

GARCERAN.

Necio eres.

Salamanca encierra en sí  
Todo lo bueno del mundo;  
Es un Liceo segundo,  
Aténas se cifra allí.  
De su luz el resplandor  
También en las casas da,  
Como donde el fuego está  
Alcanza en torno el calor.  
Donde la sabiduría  
Está en su trono, Marin,  
¿Quién ha de ignorar? Que en fin  
Vemos hablar cada día

Mil aves la lengua humana  
Porque están entre la gente.

MARIN.

Aunque es Julio tu pariente,  
Y su mujer castellana,  
Que suelen fiarse mas,  
Mira bien cómo te portas,  
Cómo alargas, cómo acortas  
Desde este punto el compás;  
Porque ya podría ser  
Que se enfadasen de ti.

GARCERAN.

Como ella me quiera á mi,  
¿Qué puedo, Marin, temer?  
Sin visitarla no puedo  
Conquistar su voluntad;  
Que se engendra la amistad,  
Perdiendo al respeto el miedo.  
Hoy entre segunda vez  
En su sala, y vi, Marin...

MARIN.

¿Mas que dices serafín,  
Y que su cándida tez  
La comparas á los ampos  
Que de la nieve descienden,  
Cuando por enero emprenden  
Igualar montes y campos?  
Mas que dices que tenía  
Por mejillas dos claveles?

GARCERAN.

¿Búrlaste ya, como sueles?

MARIN.

El amor todo es poesía.  
De cuando yo fui gorron,  
Que llaman aquí en Valencia  
*Machucas*, esta sentencia  
Aprendí de Ciceron,  
Que dijo que la poesía  
Era de amores un monte,  
Hablando de Anacreonte:  
Tan dulces versos hacía.

GARCERAN.

Yo la vi, y para pintalla  
Poeta quisiera ser;  
Mas para no la ofender,  
No quiero agora alaballa.  
Llegué, y mirando el tocado,  
Dije á burlto en voz sutil:  
«Con razon ha sido abril  
En Valencia celebrado;  
Pero esta vez ha venido  
Su azár de donde es el hielo.»

MARIN.

Sí; que el castellano snelo  
Es por el hielo encogido;  
Y los naranjos de allá  
Se tienen entre algodones,  
Con tiendas y pabellones,  
Por el hielo que les da.  
Son los de acá mas corteses;  
Los de allá, si no te ries,  
Son como guadamecies,  
Que sirven solos tres meses.  
Pero ¿qué te respondió?

GARCERAN.

Dióme aquesta flor de azár.

MARIN.

¿Azar para comenzar?

GARCERAN.

Eso dije entonces yo;  
Pero ella, abriendo la rosa,  
O las hojas del clavel,  
Mostró á lo falso por él  
Una risa vergonzosa,  
Y durmiéronse al son  
Los ojos...

MARIN.

¿Ojos dormidos?

Malo.

GARCERAN.

Porque á mis sentidos  
Despertase el corazon.

MARIN.

Esto de dormir los ojos  
Cuando no quieren hablar,  
Suele en un alma causar  
Mil amorosos antojos.  
— Pero ¿no es esta?

GARCERAN.

Ella es.

MARIN.

De Predicadores viene.

GARCERAN.

¿Qué lindo talle que tiene!

MARIN.

Con tales ojos la ves.

## ESCENA III.

LISARDA y FULGENCIA, *con mantos*;  
UN ESCUDERO. — Dícnos.

FULGENCIA.

Mucho madruga el calor,  
Señora tía, en Valencia.

LISARDA.

Es esta tierra, Fulgencia,  
De mas templanza y mejor.

ESCUDERO.

Y cómo si es mas templada!  
Libreme Dios de Castilla.

FULGENCIA.

¿Es mala tierra, Chinchilla?

ESCUDERO.

Es por todo extremo helada.  
Cuando á Salamanca fui  
Con cartas de mi señora  
(Pienso que era por agora),  
Me pensé quedar allí.  
No es tierra para viudos.  
Vale Dios que cierta bota  
Con un licor, que una gota  
Puede hacer hablar los mudos,  
A mi lado se acostaba,  
Y pasábamos el frío.

MARIN. *(Aparte á Garceran.)*

Verás el ingenio mío.

GARCERAN.

Llega pues.

MARIN.

Espera.

GARCERAN.

Acaba.

MARIN.

Mientras la tía entengelo,  
Podrás con Fulgencia hablar.

GARCERAN.

Hoy quiero experimentar  
Qué ingenio en mi casa tengo.

MARIN. *(A Lisarda.)*

Mil años te guarde el cielo.

LISARDA.

¡Oh Marin! ¿Adónde vas?

GARCERAN. *(Ap. á Fulgencia.)*

¿Puedo hablarte?

FULGENCIA.

No podrás.

Ya sabes lo que recelo.

GARCERAN.

Marin engaña á tu tía.

FULGENCIA.  
¿Y si parla el escudero?

GARCERAN.  
Como eso puede el dinero.

FULGENCIA.  
Chinchilla...

ESCUDERO.  
Señora mía...

FULGENCIA. (Ap. á Chinchilla.)  
Mirad qué os da Garceran.

GARCERAN.  
Padre, todo aquesto es nada,  
Id mañana á mi posada.

ESCUDERO.  
No hay mancebo tan galán,  
Señora, en toda Valencia.  
Si os casárades con él,  
Yo os doy palabra por él  
Que os adorase, Fulgencia.  
Codiciale la hermosura  
De toda aquesta ciudad.

GARCERAN.  
Allí, padre, os retirad.

ESCUDERO.  
No hay sino llamar al cura,  
Y Dios os haga dichosos.

FULGENCIA.  
Fuerza del oro en rigor.

GARCERAN.  
Mas fuerza tiene el amor  
En esos ojos hermosos.

MARIN.  
Como digo, no se halló,  
Lisarda, á mi mal remedio,  
Aunque puse de por medio  
Cuanto Galeno alcanzó.  
Dijome cierta mujer  
Que estaba hechizado, y creo  
Que si es hechizo un deseo,  
Hechizos deben de ser.

LISARDA.  
Gordo estás para hechizado.

MARIN.  
No es hechizo que enflaquece;  
Que amor que no se merece  
Corre despacio y templado.  
Lo que enflaquece es deber,  
Es fiar y es confiar;  
Mujer que quiere mandar,  
Que basta decir mujer.  
El servir á ingrato dueño,  
El pleitear con razón,  
El forzar la inclinación,  
El poco sustento y sueño,  
El andar en opiniones  
La honra, que hartos padecen;  
Los estudios enflaquecen,  
Y las largas pretensiones.  
Enflaquece el intentar,  
Y el sufrir verse sujeto  
A un necio, que por discreto  
Le quieren canonizar.  
Tambien enflaquece oír  
Malos versos, cantar mal,  
Y al que era ayer vuestro igual,  
Hoy mandar y hoy presumir.  
Enflaquece una visita,  
Si no os da mucho contento;  
Un noble lleno de viento,  
Que á nadie el sombrero quita;  
Un lindo, todo alfeñique,  
Hecho mujer con bigotes,  
Y unos ciertos marquesotes  
Que os hablan por alambique;  
El ver á un tonto reír,  
Y el querer á una mujer,

Que habiendo pedido ayer,  
Tambien hoy vuelve á pedir.

LISARDA.  
Cesa ya; que es infinito  
El proceder por enfados.

MARIN.  
Por amorosos cuidados  
Me enflaquezco y debilito.  
El remedio que me dió  
Un astrólogo es notable...  
—Mas porque de veras hable,  
Todo aquesto sucedió,  
Lisarda hermosa, ¿dirélo?  
A mi amo Garceran,  
A quien de honesto y galán  
Dió tantas partes el cielo.  
Solicitante mil damas;  
Y él es tan casto, Señora,  
Que sus amores ignora,  
Y solo atiende á sus famas.  
Esta que de mí decia,  
A Garceran hechizó,  
Porque no correspondió  
Al amor que le tenia.  
Dicen que el desasosiego  
Que trae el pobre señor  
De los hechizos de amor  
Y este conjurado fuego,  
Se le quitará si halla  
Una mujer recogida,  
De inculpable y limpia vida,  
Tal, que pueda el mundo honralla  
Por su honesta castidad,  
Y en ayunas le bendice  
Siete mañanas.

LISARDA.  
¿Quién dice,  
Marin, esa necesidad?

MARIN.  
¿Necedad? Por Dios, Lisarda,  
Que no hay en toda Valencia  
Mayor hombre, da licencia,  
Aunque el decillo acobarda,  
A Fulgencia, tu sobrina,  
Que bendiga á Garceran.

LISARDA.  
El verte medio truhan  
Apenas me determina  
Para enojarme contigo.

MARIN.  
En cosas de caridad,  
Tu virtud y santidad  
¿Quiere enojarse conmigo?  
¿Esa es la buena opinion  
Que te da toda Valencia?

LISARDA.  
Pues ¿por qué ha de echar Fulgencia  
A un hombre su bendición?  
¿Partes pueden concurrir,  
Marin, en una doncella,  
Ni por casta ni por bella,  
Para poder bendecir?

MARIN.  
Si está la virtud en ser  
Doncella casta y hermosa,  
¿Parece á ti que es cosa  
Que no puede suceder?

LISARDA.  
De los hechizos oí  
Que todos son cosas tales.

MARIN.  
Si sabes que son iguales,  
¿Por qué te quejas de mí?  
¿No sabes tú las virtudes  
De una doncella en ayunas?

LISARDA.  
Dí; á ver si sabes algunas.

MARIN.  
Importan á mil saludes.  
Dame un instante atención.

LISARDA.  
¿Qué es aquello? ¿Es Garceran?

MARIN.  
Sí; que dándole estarán  
La primera bendición.

LISARDA. (A Fulgencia.)  
Pues ¿tú hablas de esa suerte?

FULGENCIA.  
El lienzo se me cayó,  
Que Garceran le alcanzó.

LISARDA.  
¿Bien!

FULGENCIA.  
¿Es delito de muerte?

LISARDA.  
Entra en casa; que hay acá  
Muy diferente recato.

GARCERAN.  
La llaneza con que os trato,  
Esta licencia me da;  
Que soy deudo y soy vecino.

LISARDA.  
Entra adentro.

FULGENCIA.  
Esto pasó.

LISARDA.  
Lo que Marin me contó,  
Tengo yo por desatino.

MARIN.  
¿No quieres que le bendiga?

LISARDA.  
¿Por qué le ha de bendecir,  
Ni yo tengo de sufrir  
Que esto en Valencia se diga?

MARIN.  
¿No? Pues yo haré que mañana  
Amanezcan á esa puerta  
Mil pobres.

LISARDA.  
¿Y es cosa cierta?

MARIN.  
Tenla por cierta y por llana.  
Mira si es mejor sufrir  
Que bendiga á Garceran.

LISARDA.  
(Ap. Ahora bien, estos darán  
A Valencia qué decir  
Si no consiento en su ruego.)  
Garceran venga, no mas.

MARIN.  
Ahora sí que darás  
A sus hechizos sosiego,  
Si entra dentro.

FULGENCIA.  
Yo ¿qué sé  
De lo que te enoja á tí?

LISARDA.  
Venid cuando no esté aquí  
Julio. ¿Entendéis?

GARCERAN.  
Yo vendré.  
(Vanse Lisarda, Fulgencia y el escudero.)

ESCENA IV.  
GARCERAN, MARIN.

GARCERAN.  
¿Qué es esto, Marin?



MARIN.  
Ahora  
De mi ingenio ¿qué dirás?  
Siete mañanas podrás  
Hablar con esta señora,  
Consintiéndolo su tia.

GARCERAN.  
¿Qué dices?

MARIN.  
Lo que ha pasado.

GARCERAN.  
¿Siete mañanas?

MARIN.  
Yo he dado  
En la mayor picardía  
Que se puede imaginar.

GARCERAN.  
¿Cómo?

MARIN.  
Dije que en Valencia  
Muchas hacen diligencia  
Para poderte engañar;  
Mas que tú, de puro honesto,  
Resistes á su afición,  
Y una dellas con pasión  
Te ha hechizado y descompuesto;  
Mas que un remedio te dan:  
Bendecirte una doncella.

GARCERAN.  
¿Y ha de ser ella?

MARIN.  
Con ella  
Puedes hablar, Garceran.  
Porque en saliendo su tio,  
Puedes, con esta invención,  
Venir por su bendición.

GARCERAN.  
De tus embustes me rio.  
Ello va como ha de ir:  
Fulgencia me muestra amor.

MARIN.  
Pues ¿qué te ha dicho, Señor,  
Si es que se puede decir?

GARCERAN.  
Que me quiere responder;  
Que licencia le pedí  
Para escribirla.

MARIN.  
¡Eso sí!  
Y pare en ser tu mujer.  
No mas esas bellaconas  
Que te gastan cuanto tienes.  
¡Vivirás si te entretienes  
Con semejantes personas!  
Ama y sirve una doncella  
Para servicio de Dios,  
Pues que lo estaréis los dos  
En casándote con ella.  
¡Hay locura de un mancebo  
Como verle andar perdido  
Tras una destas, que ha sido  
De mil ignorantes cebo,  
Muy pagado de sufrir  
Otros cuarenta galanes?  
Ya esconderse por desvanes,  
Ya por corrales huir  
Del alguacil y escribano...  
Y después, muy flaco y tierno,  
Quejarse por el invierno,  
Pelarse por el verano.  
Pues ¿qué, si es alguna vieja  
Con cabellos de azafrañ,  
De las que polvillo dan,  
Ni queda barba ni ceja?  
Sirve este ángel, eso sí;  
No gastes mal esta herencia,  
Tan limitada en Valencia,

Que apenas hay para ti.  
Esta es rica, y con su dote  
Vivirás con mas sosiego.

GARCERAN.  
Lo que es silencio te ruego,  
Marin, porque nadie note  
Que ya de Fulgencia soy.

MARIN.  
Ya sabes tú mi lealtad.

GARCERAN.  
Agradeced, voluntad,  
El noble dueño que os doy.

MARIN.  
¡Adios, rapante nacion!

GARCERAN.  
¡Ay divina castellana!  
Madruga mucho mañana;  
Que has de ir por su bendición.  
(*Vanse.*)

—  
Sala en Salamanca en casa de don Juan.

### ESCENA V. OCTAVIO, CELIA.

CELIA.  
Después que mi hermano vino,  
Ando con este recato.

OCTAVIO.  
Yo, Celia, menos le trato,  
Por mas que á su amor me inclino,  
Después que faltó en mi casa  
El juego y conversacion.

CELIA.  
¿Si ha entendido tu afición,  
Y sabe ya lo que pasa?

OCTAVIO.  
Recéleme de Tristan;  
Que andan juntos estos dias.

CELIA.  
Yo sé que á las prendas mías  
Tiene respeto don Juan;  
Y si de algo está celoso,  
Es porque si quiso bien  
A tu hermana, hará tambien  
Ese argumento forzoso,  
Si tú me miras á mí;  
Y mas después que á Valencia  
Has enviado á Fulgencia,  
De que está fuera de sí;  
Y no querrá que me veas,  
Pues no hay donde se esquitar.

OCTAVIO.  
No la envié por pensar  
(Y esto es razon que me creas)  
Que me importaba guardalla,  
Pero porque solo estoy.  
Y por disculpa te doy,  
Siendo justo acreditalla,  
La llaneza y la verdad  
Con que siempre te he servido.

CELIA.  
Confieso, Octavio, que ha sido  
Cosa que mi voluntad  
Pudo rendir á la tuya;  
Porque si no procedieras  
Tan casto, lo que perdieras,  
De mi condicion se arguya.

### ESCENA VI.

DON JUAN, TRISTAN. — Dichos.

TRISTAN.  
Hablando los dos están.

DON JUAN.  
¡Buena libertad, por Dios!

OCTAVIO.  
Ya nos han visto á los dos.

CELIA.  
¿Quién es?

OCTAVIO.  
Tristan y don Juan.  
DON JUAN.  
¿Qué es esto? ¿Octavio! ¿Tú aqui?  
Y tú, Celia, ¿esto tratabas?

OCTAVIO.  
Cuando tú en mi casa entrabas.  
¿Preguntábase eso á ti?

DON JUAN.  
Yo nunca tu hermana hablé.

OCTAVIO.  
El venirte yo á buscar  
¿Puede dar que sospechar,  
Si de paso pregunté  
A tu hermana cómo estaba?

DON JUAN.  
Si la enviaste á Valencia  
Por recatos de tu ausencia  
Y alguno que la miraba,  
¿Párecete que no son  
Los demás tan cuidadosos?

OCTAVIO.  
Esos recatos celosos  
De solos mis deudos son.  
Mas si te parece á ti  
Que ha sido justa advertencia,  
Como yo envíe á Fulgencia,  
Envia á Celia de aqui;  
Que si venirte á buscar,  
Como á buscarme venias,  
Te pone esas fantasias,  
Ya no te quiero obligar  
Ni tenerte por amigo.

DON JUAN.  
Pues ¿qué me puedes querer?

OCTAVIO.  
Que me la des por mujer.  
Mira qué presto lo digo.

DON JUAN.  
No niego, Octavio, que es justo,  
Y que en ello ganaremos;  
Pero si un truco no hacemos,  
No podré hacerte ese gusto.

OCTAVIO.  
¿Cómo?

DON JUAN.  
Que me des tu hermana,  
Y que la traigas aqui.

OCTAVIO.  
Bien me atrevo á darte el sí  
Y hacerte escritura llana.  
Pero traella no puedo,  
Menos que estando casado;  
Que con eso disculpado  
De pedirla á Julio quedo;  
Pues diré que en Salamanca  
Podrá estar con mi mujer.

DON JUAN.  
Con eso te quiero hacer  
Mi sangre y mi hacienda franca;  
Que venida aqui Fulgencia,  
Mi hermana negociará  
Su voluntad.

OCTAVIO.

Ella está,  
Como sabes, en Valencia,  
Y no de muy buena gana,  
Aunque es la tierra tan bella;  
Yo me partiré por ella,  
Y la traeré con tu hermana.

DON JUAN. (A Celia.)

Dale la mano.

CELIA.

El concierto  
Que habeis hecho me ha obligado,  
Aunque con pecho turbado,  
A no mostralle encubierto.  
Mi mano es esta.

TRISTAN.

Yo os doy  
A los dos el parabien,  
Pues que me alcanza tambien  
Por lo que tan vuestro soy.

OCTAVIO.

Para serviros será.

DON JUAN.

De Celia el dote es tan claro,  
Que en decirle no reparo.

OCTAVIO.

Ese en su virtud está.

DON JUAN.

Venid; comeréis conmigo,  
Y Tristan se quedará,  
Por amigo, y porque ya  
Es el mas cierto testigo.

TRISTAN.

Ninguno de vuestro bien  
Mayor contento recibe.

OCTAVIO. (A Celia.)

Ya no hay quien de vos me prive.

CELIA.

Ni á mi de tan alto bien;  
Aunque hace resistencia  
Al gozo deste placer  
Un pesar.

OCTAVIO.

¿Cuál?

CELIA.

El saber  
Que os habeis de ir á Valencia.

OCTAVIO.

No temais; que sabré ser  
Tan galan, que alcance al ir  
El mal de verme partir  
Al bien de verme volver.

(Vanse.)

Valencia. — Sala en casa de Lisarda.

## ESCENA VII.

LISARDA, FULGENCIA.

FULGENCIA.

Todo, Señora, me agrada;  
Certo que es bella ciudad,  
De notable majestad,  
Y hermosamente cercada.  
Parece toda un jardín;  
Ricos edificios tiene;  
A ser á mis ojos viene  
La mejor que he visto, en fin.  
Es de linda vista el mar,  
Y tan cerca de sus muros,  
Que á no estar de sí seguros,  
Pudíeralos alterar.  
Hame dado gran placer  
Ir en el coche por ella,

Ver el agua y no temella:

¿Gran fiesta para mujer!

Es apacible su gente.

Es en extremo amorosa.

LISARDA.

Para como estoy celosa,  
Me pesa que te contente;  
Que decir bien de un lugar  
Tan presto, me da sospecha.

FULGENCIA.

Estás á tus celos hecha,  
Con que me quieres culpar.  
Yo digo bien de Valencia  
Por si misma.

LISARDA.

Y ¿quién llegó  
Cuando el coche se apartó  
De nuestra gente, Fulgencia?

FULGENCIA.

¿Piensas tú que yo le vi?

LISARDA.

Luego tambien ¿no le hablaste?

FULGENCIA.

Lo poco que tú escuchaste,  
Al que me habló respondi.

LISARDA.

Tú veniste á defenderte  
A este reino donde estás;  
Pero pienso...

FULGENCIA.

No hables mas;

Que me enojas desa suerte.

Que yo en Salamanca fui

Espíjo de honestidad,

Y seré en esta ciudad

Lo que tú sabrás de mí.

## ESCENA VIII.

MARIN. — DICHAS.

MARIN.

¿Estás aqui?

LISARDA.

¿No me ves?

¿Cómo te entras desa suerte?

MARIN.

Licencia tengo de verte,

Y vengo á que me la des

Para que le dé Fulgencia

A Garceran, mi señor,

Su bendicion.

LISARDA.

¿Hay rigor,

Hay crueldad y impertinencia

Como la deste lacayo?

FULGENCIA.

Pues ¿qué importa que bendiga  
A un hombre, si el mal le obliga  
A tanta pena y desmayo?

LISARDA.

¿No importa que hables con él?

FULGENCIA.

Hablo en su salud no mas.

MARIN.

Extraña, Señora, estás,  
Y con Garceran cruel.  
Después que su bendicion  
Esta señora le ofrece,  
De sus males convalece.

LISARDA.

¿Hay semejante invencion?

¿Qué santidad has hallado

En Fulgencia, mi sobrina,

Que sirva de medicina

A un caballero hechizado?

Si Julio sabe que yo

Lo sufro, me ha de matar.

FULGENCIA.

Pues ¿quiéresme tú quitar  
La gracia que Dios me dió?

LISARDA.

¿Cómo gracia?

FULGENCIA.

En bendecir.

LISARDA.

Ahora lo confirmo mas,  
Pues que de su parte estás.

FULGENCIA.

No lo acabes de decir.

Di, Marin, á Garceran

Que venga al instante á casa;

Que la gracia se me pasa,

Y no le aprovecharán

Mis bendiciones después.

LISARDA.

¿Hay libertad semejante?

MARIN.

Ya está Garceran delante.

## ESCENA IX.

GARCCERAN. — Dichos.

GARCCERAN.

Ya estoy, Señora, á tus piés,  
Pidiendo la bendicion.

FULGENCIA. (Ap. á Garceran.)

Haz que me quieres besar

La mano, y podré dar

Un papel.

GARCCERAN. (Ap. á Fulgencia.)

¿Linda invencion!

Pero advierte que tambien  
Traigo del de ayer respuesta.

LISARDA.

¿Hay insolencia como esta?

¿Qué es lo que mis ojos ven?

FULGENCIA.

Dios, Garceran, te bendiga.

GARCCERAN.

Dame, Señora, la mano.

LISARDA.

¿La mano?

MARIN.

Pues eso es llano;  
Que la bendicion le obliga.

LISARDA.

Y ¿qué le ha dado?

MARIN.

La ofrenda,

A modo de feligrés.

Mas oyeme; que después  
Tomarás de todo enmienda.

LISARDA.

Pues ¿delante de los dos  
Te pones?

MARIN.

Oye una cosa,

La mas nueva y prodigiosa  
Que ha visto el mundo, por Dios.

LISARDA.

Alcahuete, ya te entiendo.

MARIN.

Eso es poco y mal hablado.  
Mas oye lo que ha pasado;  
Que es un caso tan horrendo,  
Que han de temblar cuantos viven.

LISARDA.

Ya sé que me engañas; mira  
Que me provocas á ira.

MARIN.

De las damas se reciben  
Por favor los bofetones;  
Pega, bien tienes en qué.

LISARDA.

¿Mas que has de hacer que te dé,  
Si delante te me pones? (Dale.)

MARIN.

¿Dásme, y dices que darás!  
¿Volver á darme pretendes?  
Pero mientras mas me ofendés,  
Pienso que me quieres mas.

## ESCENA X.

FERMIN, *de camino*. — DICHOS.

FERMIN.

¿No hay un hombre en esta casa,  
O no es por ventura aquesta?

LISARDA.

¿Qué grita y qué gente es esta?

FULGENCIA. (*Ap. á Garceran.*)

Mira, mi bien, lo que pasa.

FERMIN.

¿Vive Julio aquí?

LISARDA.

Sí vive.

FERMIN.

¿Es vuesa merced Lisarda?

LISARDA.

Yo soy.

FERMIN.

Su licencia aguarda  
Y para entrar se apercebe  
Un caballero que llega  
De Salamanca.

FULGENCIA.

(*Ap. ¡Ay de mí!*)

¿Mi hermano?

FERMIN.

Señora, si. (*Vase.*)

LISARDA.

¡Oh mocedad siempre ciega!  
¿Qué ha de hacer si aquí los ve?

FULGENCIA.

Tía, detrás de aquel paño  
Podrán estar.

LISARDA.

Este daño

No me dirás que no fué  
Avisado y aun temido.

GARCCERAN.

Señoras, ¿qué importa verme?

LISARDA.

Darle sospecha á tenerme  
Por lo que jamás he sido.  
Métanse los dos allí;  
Que luego que entre se irán.

MARIN.

Temblando voy, Garceran.

GARCCERAN.

Entra, gallina.

MARIN.

¿Yo?

GARCCERAN.

Si.

(*Vanse Garceran y Marin.*)

LISARDA.

En estas cosas me pones  
Por tus locuras, Fulgencia.

## ESCENA XI.

OCTAVIO, *de camino*; FERMIN. — LISARDA, FULGENCIA.

FULGENCIA.

¡Jesus, hermano! ¿En Valencia?

OCTAVIO.

Tales son las ocasiones.  
Mas primero que te abraze,  
Me ha de dar su bendición  
Mi tía.

LISARDA.

Mejores son  
Unas que Fulgencia hace.  
Dale la tuya, que ya  
Tendrás bien hecha la mano.

FULGENCIA.

¿Qué venida es esta, hermano?  
¿Es á verme? No será;  
Que no te debe mi amor  
Finezas tan de galán.

OCTAVIO.

¿Cómo mis tíos están?

LISARDA.

Julio está mucho mejor  
De sus achaques, y yo  
Como me ves. ¿Vienes bueno?

OCTAVIO.

Bueno, y de contento lleno;  
Que tu vista le aumentó,  
Y el hallar buena á mi hermana,  
Causa de aqueste camino.

FULGENCIA.

Que me has casado imaginó.

OCTAVIO.

No fué tu esperanza vana.  
Pero queda concertado,  
Y yo desposado ya  
Con quien dos veces hará  
Tu marido mi cuñado.

FULGENCIA.

¿Desposado estás?

OCTAVIO.

Si, hermana;  
Que ya con Celia lo estoy.

FULGENCIA.

¡Bueno! El parabien te doy.

LISARDA.

No pensé que castellana  
Me ganara por la mano;  
Pensé casarte en Valencia.

OCTAVIO.

Ya no diréis que Fulgencia  
No puede estar con su hermano.  
Por ella vengo, Lisarda.

LISARDA.

Bien lo echaba yo de ver.

OCTAVIO.

De don Juan eres mujer,  
Que por momentos te aguarda.  
Ápenas me desposé,  
Cuando hizo que por tí  
Tomase la posta.

FULGENCIA.

Y di,

¿Cómo sabes que yo iré?

OCTAVIO.

Como es para tu remedio,  
Y quieres bien á don Juan.

FULGENCIA. (*Ap.*)

¡Ay, cielos, que Garceran  
Está ahora de por medio!

OCTAVIO.

¿Qué dices?

FULGENCIA.

Que no es razon  
Que tan aprisa me lleves.

OCTAVIO.

Tú cumplirás lo que debes,  
Conforme á tu obligacion.

FULGENCIA.

Lleva, Señora, á mi hermano  
A descansar.

OCTAVIO.

Si es vergüenza,  
Haz, Fulgencia, que la venza  
El estilo cortesano;  
Que esas dudas y temores  
Ya son para las aldeas.

LISARDA.

Vén, sobrino, si descas  
Descansar destes calores;  
Y créeme que agradezco,  
Aunque á Fulgencia he perdido,  
Que tenga noble marido.

FULGENCIA. (*Ap.*)

Yo en extremo me entristezco.

OCTAVIO.

No le pesa, aunque parece  
Que lo siente de otro modo.

LISARDA.

Sucedá, sobrino, todo  
Como Fulgencia merece;  
Que me huelgo, porque acá  
Se excuse una bendición  
Que me puso en confusion.

OCTAVIO.

Allá tambien la tendrá.

—Fermin.

FERMIN.

Señor.

OCTAVIO.

Parte luego,  
Y busca y concierta un coche,  
Porque sola aquesta noche  
Tendré en Valencia sosiego.

FERMIN.

Que no falte estoy muy cierto.

LISARDA.

¿Tanta prisa?

OCTAVIO.

Y ¿no es forzosa?

LISARDA.

¿Amores son de tu esposa?

OCTAVIO.

Estoy en su ausencia muerto.

(*Vanse Octavio, Lisarda y Fermin.*)

## ESCENA XII.

FULGENCIA.

[do!]

¿Qué poco dura el bien á un desdicha—  
Qué cortas son las horas que le tiene,  
Pues con la prisa que á su casa viene,  
Mas es huésped partido que llegado!

¡Ay, Garceran, para perdido hallado!  
¿Qué imposible paciencia nos conviene!  
Parece que la suerte el mal previene  
Para que corra tras el bien que ha dado.

Aun apenas mis dichas fueron dichas,  
Cuando fortuna se desdice dellas,  
Trocándolas en penas y desdichas.

¡Ay Dios! ¡Cuán mejor fuera no tene—

[llas!]

Que al desdichado, si le vienen dichas,  
Es para la desdicha de perdellas.



## ESCENA XIII.

GARCERAN, MARIN. — FULGENCIA.

GARCERAN.  
Detente, Fulgencia, un poco.

FULGENCIA.  
¿No eres ido?

GARCERAN.  
No he podido,  
Aunque de verme tu hermano  
Me puse a tanto peligro.  
¿Qué es esto? ¡Ay cielo! ¿A qué viene?  
Que aunque lo tengo entendido,  
Es tan increíble amor,  
Que no quiere, como has visto,  
Porque estaba en medio un patio,  
Dar crédito a los oídos.

FULGENCIA.  
¿Qué te puedo yo decir.  
Si escuchaste lo que dijo?  
A Salamanca me vuelve,  
Y ha de ser tan de improviso,  
Que aunque ha sido atrevimiento  
Quedarte aquí, lo he tenido  
Por notable dicha mía.  
Para hablar, mi bien, contigo  
Estas últimas palabras.

GARCERAN.  
¿Qué dices?

FULGENCIA.  
Que te suplico  
Tengas memoria de mí,  
Pues con lágrimas la pido;  
Que aunque en ojos de mujer  
Son fáciles, yo te digo  
Que salen del corazón.

GARCERAN.  
¡Ay, Fulgencia, que no quise  
Mi fortuna que durase  
Tu bien mas tiempo conmigo,  
Del que ha sido menester  
Para llorarle perdido!  
¿Que te llevan de Valencia?  
Que te he de perder, y vivo?  
Que no es desta casa incendio  
El aire de mis suspiros?  
Que no doy voces? Que estoy?...

FULGENCIA.  
Advierte, Garceran mío,  
Que aunque de muchos dolores  
Se descansa dando gritos,  
En este importa el silencio  
Tu vida y mi honor.

GARCERAN.  
No ha sido  
Este suceso desdicha,  
Ni fuerza del hado impío,  
Ni influencia de los cielos,  
Ni mudanzas de los signos,  
Ni oposición de la luna,  
Ni otro sangriento prodigio;  
Sino rayo acelerado  
Que sobre nosotros vino,  
Para abrasar hasta el alma  
Las potencias y sentidos.  
¿Dónde vas? ¿Dónde me dejas?  
¿Es posible que han tenido  
Tan tristes y ásperos fines  
Tan regalados principios?  
¿Que no te han de ver mis ojos?

MARIN.  
De tu locura me admiro.  
Advierte, Señor, que estás  
Donde, si fueres sentido,  
Nos han de quitar la vida.

GARCERAN.  
Marin, ya estoy sin juicio.  
Ni discurre la razón,

Ni de su lumbré me sirvo;  
Todo es confusa tiniebla.

MARIN.

Mira que este mozo altivo  
Es hermano de Fulgencia,  
Y de Lisarda sobrino;  
Y que si siente tus voces,  
Por su honor y el de su tío  
Ha de hacer un disparate.

FULGENCIA.

Garceran, en este sitio  
Te vi, te quise y te amé;  
Y en el mismo me despidió  
De ti, tan firme, que todo  
Lo que te he dicho confirmo.  
Ya puede ser que don Juan  
Viniese a ser mi marido,  
Puesto que sabrás muy presto  
Lo mucho que le resisto;  
Pero poderte olvidar,  
No lo creas en mas siglos  
Que han de vivir nuestras almas  
Y tristezas van conmigo,  
Que me quitarán la vida  
Antes que llegue a los riscos  
Que del alto Guadarrama  
Encubren nieves y pinos.  
Escribeme, Garceran,  
Y verás cómo te envío  
Mil almas en cada letra.

GARCERAN.

Haz cuenta que ya te escribo;  
Que Marin irá y vendrá  
Por la posta este camino  
Mas veces que tiene rayos  
El sol que en tu frente miro.

MARIN.

Yo iré, Señora, y vendré,  
Como navio de aviso,  
Por el mar de vuestro amor,  
Todos los lienzos tendidos.  
Ya iré picando alazanes,  
Ya melados, ya morcillos,  
Ya bayos, ya machos rucios,  
Ya zainos y va mohinos.  
No se habrá visto estafeta  
De los yanacóns indios,  
Que vaya con mas presteza  
Desde Chacona a Tampico.  
Cuando estés en Salamanca,  
Seré arriero de libros  
De vuestras cartas de amor;  
Y por no ser conocido,  
Me fingiré licenciado;  
Que yo sé que por lo fino  
Me ha dado borla Segovia.

GARCERAN.

Mi bien, aunque es desvarío  
Tomarse tanta licencia  
Un hombre que es tan indigno,  
Por ser el último bien  
Dame un abrazo.

FULGENCIA.

Ya he dicho  
Que he de ser tuya. Eso es menos.  
(Abrazanse.)

GARCERAN.

¡Ay Dios! quién fuera contigo!  
¿Acordarás de mí,  
Que con un amor tan limpio  
Te he querido en solo un mes  
Lo que pudiera en mil siglos?

FULGENCIA.

Por esos brazos lo juro;  
Pero yo también te pido  
Que de mí tengas memoria.

GARCERAN.

Fulgencia, Dios me es testigo

Que de todas mis acciones,  
Mis potencias y sentidos,  
Sola esa prenda me dejas.

MARIN.

Aunque es también desatino  
Tomarse tanta licencia  
Un lacayo tan intrínseco,  
Por ser el último bien,  
Aunque te manche el vestido,  
Te suplico que me abracés.

FULGENCIA.

Marin, seamos amigos,  
Y acuérdate a Garceran  
Lo mucho que me ha debido  
Por este amoroso abrazo.

MARIN.

¡Ay Dios! quién fuera contigo,  
Por gozar en Salamanca  
Los aires del Tabladillo!

FULGENCIA.

Adios, Garceran.

GARCERAN.

Adios.

(Vase Fulgencia.)

## ESCENA XIV.

GARCERAN, MARIN.

MARIN.

Sal presto; que anda ruidó,  
Y pienso que Julio viene.

GARCERAN.

Marin, ponte de camino;  
Que há mucho que estoy ausente.

MARIN.

De tus locuras me río.  
Vase Fulgencia mañana,  
Y apostaré que has escrito  
Mil cartas en tu memoria.

GARCERAN.

¿Qué mal conoces mis bríos!  
Haz cuenta, Marin, que entrambos  
A Salamanca partimos.

MARIN.

¿Tú á Salamanca?

GARCERAN.

Yo, pues.

Pon tres ó cuatro vestidos  
En una maleta luego.

MARIN.

Ni respondo ni replico.

GARCERAN.

Adios, amada Valencia,  
Hermosos campos Elisios;  
Que voy siguiendo mi sol  
A los castellanos frios.

MARIN.

Adios, dulce malvasía,  
Congrete, hipocrías, mariscos;  
Que voy siguiendo á mi amo  
Al Tórres salamanquino,  
Donde sin ser estudiante,  
Me den algún beneficio.

## ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Octavio, en Salamanca.

### ESCENA PRIMERA.

CELIA, FULGENCIA.

FULGENCIA.

Con ese nombre de hermana  
Mucho mas me enriqueceis.

CELIA.

Grande tristeza traéis,  
Presto fuistes valenciana.  
Pues acuérdomos que aquí  
No os hallábades tan mal.

FULGENCIA.

Es mi patria natural;  
Que en Salamanca nací.  
Y esta tristeza es cuidado  
Del que mis tios tendrán.

CELIA.

Pensaba yo que don Juan  
Mucho os hubiera alegrado;  
Que le debistes amor,  
Y no le mirastes mal.

FULGENCIA.

De un hombre tan principal  
Siempre lo tuve á favor.  
Y muy contenta he venido  
De saber vuestro concierto;  
Que no merezco por cierto  
Tan noble y galán marido.  
Mas no puedo por ahora  
Determinarme á casar.

CELIA.

¿Qué es lo que os puede faltar,  
Si no es contento, Señora?

FULGENCIA.

Salud; que en ella consiste  
El tener, Celia, contento.

CELIA.

¿Salud os falta?

FULGENCIA.

Esto siento,  
Y sin ella vengo triste.

CELIA.

Si lo ha causado el camino,  
No será, Fulgencia, nada.  
Mas pienso que os desagrada,  
O es malicia que imagino,  
Haber venido á mi casa;  
Que soy cuñada en efeto.

FULGENCIA.

Que eso me alegra os prometo;  
Y mirad que andais escasa  
De la merced que os merezco,  
Si tal sospechais de mí.

CELIA.

Si os veo venir aquí,  
Donde alma y casa os ofrezco,  
Y que estáis sin alegría,  
Y que á don Juan no mirais,  
¿No he de pensar que os hallais  
Sin gusto en mi compañía?

FULGENCIA.

Pues si yo os doy la razon,  
Señora Celia, no es justo  
Que atribuyais á disgusto  
Cosas que del cielo son.

CELIA.

No os quiero humilde forzada;  
Pero si me haceis merced,  
Por hermana me tened,

No, Fulgencia, por cuñada.  
Y estad cierta que venís  
Donde hasta el alma os darán;  
Que no vivís con don Juan;  
Con vuestro hermano vivís.  
Ni él, ni yo, ni el que os adora,  
Por fuerza os quieren casada.

FULGENCIA.

Vos sois mi hermana y cuñada,  
Y mi amiga y mi señora,  
Y con vuestra compañía  
Recibo yo mucho honor.

### ESCENA II.

DON JUAN.—DICHAS.

DON JUAN. (A Fulgencia.)

Esta vez me dijo amor  
Que sola hallaros podria;  
Creíle, por lo que tiene  
De adivino, y vine á veros.  
Dadme, divinos luceros,  
La luz, que del sol os tiene  
Tan cerca, que me abracéis.

FULGENCIA.

Desviad, don Juan, los brazos;  
Que anticipais los abrazos  
Que en esperanza teneis.

DON JUAN.

¿No he de ser vuestro marido?

FULGENCIA.

Pues por eso es bien, don Juan,  
Que os tema como á galán,  
Tan cerca de arrepentido.

DON JUAN.

Yo os vi mas tierna en Castilla.

FULGENCIA.

No lo he perdido en Valencia.

DON JUAN.

¿Bravas mudanzas de ausencia!

FULGENCIA.

De ausencia, ¿qué os maravilla?

DON JUAN.

Si en ir, estar y volver  
Dos meses no habeis estado...

FULGENCIA.

Montes se hubieran mudado,  
Cuanto mas una mujer.

DON JUAN.

Luego ¿mudada venís?

FULGENCIA.

Vos ¿no decís que lo veis?

DON JUAN.

Con burlas no me mateis;  
Que pienso que lo fingís.  
A vuestro hermano le he dado  
A mi hermana, aunque era justo,  
Sin mi gusto; que ese gusto  
Tuve en el vuestro, y fiado  
Que él se obligó de hacer cierto  
Lo que tratamos los dos.

FULGENCIA.

¿Y fué?

DON JUAN.

Casarme con vos.

FULGENCIA.

¿Halléme yo en el concierto?  
¿Qué firma tuvistes mía?

DON JUAN.

Entre honrados caballeros  
Remitense á los aceros  
Las palabras.

FULGENCIA.

¿Valentía?

DON JUAN.

No, por Dios, sino pesar  
De perder vuestro valor.

FULGENCIA.

Yo os tengo, don Juan, amor;  
Mas no me puedo casar  
Con la priesa que he venido.  
Esperad, que bien podeis,  
Por un mes, no os moriréis:  
Este de término os pido,  
Para ver lo que me escriben  
De Valencia.

DON JUAN.

Vuestro soy.

FULGENCIA.

Con esto, don Juan, me voy;  
Que pienso que me apereñen  
El cuarto en que he de vivir,  
Y quiero verle asear.

DON JUAN.

¿De espacio quereis estar?

FULGENCIA. (Ap.)

Apriesa pienso morir. (Vase.)

### ESCENA III.

DON JUAN, CELIA.

DON JUAN.

¿Qué es esto?

CELIA.

Ya ¿no lo ves?

DON JUAN.

Di, hermana, ¿qué ha de ser esto?  
¿Bien que esperaba tan presto,  
Hoy se me dilata un mes!

CELIA.

Melindres son valencianos;  
Allá los aprenderia.

DON JUAN.

Los estilos, Celia mía,  
Son allá muy cortesanos.  
No creas que es aprendido;  
Natural debe de ser.

CELIA.

Querrásete encarecer  
Por el nombre de marido.  
Todas nos hacemos graves  
En tocando en este nombre.

DON JUAN.

Tu marido Octavio es hombre  
Del buen estilo que sabes:  
No se burlará con él;  
Mas si esto adelante pasa,  
Octavio por ti se abraza,  
Muéstrate, Celia, cruel.  
No te vea alegre un hora  
Hasta hacer mi casamiento.

CELIA.

¿Yo fingiré descontento,  
Que sé que Octavio me adora?

DON JUAN.

¡Ay, que muero por Fulgencia!

CELIA.

Efectos de ausencia han sido.

DON JUAN.

Algunas yerbas de olvido  
Debió de hallar en Valencia.

(Vanse.)

Sala en un meson de Salamanca.

#### ESCENA IV.

FABIO, *de camino*; REINEL, *de gorran*;  
GARCERAN, MARIN.

FABIO.

Este llaman el meson  
Del Estudio.

GARCERAN.

Aunque no venga  
A estudiar, desde hoy le tengo  
Por posada.— ¡Hola, Chacon!

MARIN.

Señor.

GARCERAN.

La ropa acomoda.

MARIN.

Llave de aquel aposento  
Me han dado.

FABIO. (*A Garceran.*)

Mucho contento

Traje la jornada toda,  
Señor Clarindo, hasta aquí;  
Que por vuestra compañía  
Me pesa que llegue día  
En que os apartéis de mí.  
Vuelvo á cursar, como veis;  
Mis padres tengo en Madrid.

GARCERAN.

Yo he de ir á Valladolid,  
A cinco días ó seis  
Que descansen en Salamanca.  
¿Dónde entre tanto os veré?

FABIO.

Ahora, por Dios, no sé;  
Que con esta feria franca  
No me quiero declarar,  
Por holgarne cuatro días.

GARCERAN.

Por ciertas tristezas mías  
No salgo á ver el lugar.  
Id con Dios, y holgáos en él.

FABIO.

Luego ¿verle no pensáis?

GARCERAN.

De noche, si me lleváis  
A divertirme por él.

FABIO.

Dejáis de ver un lugar  
De los famosos de España.

GARCERAN.

Tal grandeza le acompaña.

FABIO.

Pues yo os le quiero cifrar.  
Yace en el sitio que veis,  
Mirándose Salamanca  
En los cristales del Tórmes,  
Cuyas celebradas aguas  
Garcilaso pinta bien  
En aquella égloga rara  
Que ha eternizado en el mundo  
El nombre del duque de Alba.  
De mayorazgos ilustres  
Tiene las siguientes casas:  
Rodríguez de las Varillas,  
Zúñigas, Monroves, Bandas,  
Solises, Paces, Bonales,  
Sosas, Manzanos, Anayas,  
Vázquez, Herreras, Brocheros,  
Pimentales, Flores, Arias,  
Coronados y Godínez,  
Ordóñez, Juárez, Abarcas,  
Maldonados y Pereiras,

Villafuertes, noble casa;  
Yáñez, Enriquez, Ovalles,  
Guzmanes, de claras armas,  
Y Manriques.

GARCERAN.

¡Brava cosa!

FABIO.

Esta máquina levantan  
Al cielo cuatro colegios  
Que aquí los *mayores* llaman:  
El Viejo, el del Arzobispo,  
De Cuenca y Oviedo, y basta  
Que uno de los cuatro diga  
Para saber que se igualan.  
Tiene el de la Madalena,  
Que los que digo acompaña,  
Verdes, y Santa Maria,  
Santo Tomas y el de varias  
Lengnas, con Monte Olivete,  
Sin otros.

GARCERAN.

¡Oh Fabio! para.

¿Qué de personas famosas,  
Qué insignes, qué celebradas,  
Ya en los consejos del Rey,  
Ya en las religiones santas  
Habrán salido de ahí!

FABIO.

Antes, Clarindo, contara  
Sus flores á abril, sus frutos  
A junio, á enero su escarcha,  
Su arena al Tórmes, al sol  
Sus átomos, que bastara  
A referir los hombres  
Que dellos dan gloria á España.  
Las órdenes militares  
Con otros cuatro la ensalzan,  
Que son, Santiago, San Juan,  
Alcantara y Calatrava.  
El del Rey al de Santiago  
Llaman; es insigne fábrica,  
A quien hace reverencia  
Tórmes, besando sus plantas.  
Los monasterios famosos  
Son tan notables, que pasan  
Los límites que el ingenio  
Puede hallar en su alabanza.  
Oído habrás en Valencia  
De San Esteban la fama,  
Cuya capilla mayor  
Justamente se compara  
Con el día mas hermoso,  
Si en ella se encierra el alba;  
Del santo humilde que dicen  
Que fué de Cristo la estampa;  
Del que escribió la *Ciudad*  
*De Dios* con tanta elegancia;  
Del que á golpes de una piedra  
Llamaba en el pecho al alma;  
De Vicente, de Bernardo,  
De la Compañía sacra  
De aquel dulcísimo nombre  
Que los infiernos espanta;  
Trinidad, Carmen, Merced  
Y otras órdenes descalzas.  
Insignes son los de monjas,  
Santa Isabel, Santa Clara,  
Santa Maria de las Dueñas,  
La Penitencia, Santa Ana,  
Carmelitas y agustinas,  
Y otras que para contarlas  
Era menester el día.  
La iglesia mayor se alaba  
De ser en las maravillas  
La mayor, que no la octava.  
Hay tres escuelas que exceden  
Las de Grecia y las de Italia,  
De tan divinos maestros  
Y cátedras adornadas,  
Que Escoto, Hipócrates, Baldo

Y Aristóteles se honraran  
De oponerse á quien las rige;  
Y si el amor no me engaña,  
No pienso yo que el Imperio,  
Cuando á su elección se hallan  
Los principes electores,  
Ya con mitras, ya con armas,  
Resplandece en mayor vista  
Que cuando ocupan sus gradas  
Tantas borlas de colores  
Verdes, azules y blancas,  
Carmesies y amarillas;  
Porque este jardín esmalta  
La madre Universidad,  
Naturaleza del alma.  
Tiene iglesias parroquiales,  
Que para alabarlas basta  
Decir que todos sus curas,  
Que han de ser de sangre hidalga,  
Son capellanes del Rey;  
Y puesto que en dar se alargan  
Trecientas puertas á Tébas  
Las historias ó las fábulas,  
Once Salamanca tiene,  
Que con mayor arrogancia  
Su muro antiguo embolecen,  
Pues puede decir España  
Que há tres siglos que por ellas  
Entra muda la ignorancia,  
Y sale con mil laureles  
Docta, ilustre, eterna y sabia.  
Hay un hermoso hospital  
De Santa Maria la Blanca,  
Donde se curan reliquias  
De las flaquezas humanas,  
Y el General, cuyo nombre  
Da á entender de lo que trata.  
Hay una gran cofradía,  
Que de Roque Amador llaman,  
De hijosdalgo conocidos.  
Hay los padres de la patria  
(Ya entendeis), los regidores,  
Cuya nobleza bastaba  
A honrar provincias y reinos;  
Y si de escuchar te causas,  
Acabaré con decir  
Un colegio que me falta,  
Que se llama el de los nudos.  
Este es una sala baja  
Junto á la cárcel; mas tiene  
Sus dos puertas á la plaza.  
Aquí arrimados los cueros  
Del vino de partes varias  
Hasta que se distribuye,  
Calla entonces, después habla  
Tabernilla y Tabladillo  
Tienen por tierras extrañas  
Tal fama, que no me excusa  
De que en esta cifra vayan.  
La provision no te alabo,  
Porque has de experimentarla  
Los días que ver mereces  
La divina Salamanca.

GARCERAN.

Hay unos hombres aquí,  
Amigo Fabio, y trataban  
Con el hñespe una cosa  
Que me dió gusto escucharla.  
Oye, por tu vida.

FABIO.

Di.

GARCERAN.

El colegio que aquí llaman  
*El Viejo*, dicen que tiene  
Constitucion, que se guarda  
Inviolablemente, y es  
Que esta sabia ilustre casa  
Sustente un simple.

FABIO.

Es verdad.



GARCERAN.

Notables cosas contaban  
De los bobos que han tenido.

FABIO.

Suelen tener mucha gracia.

GARCERAN.

Entre sus cuentos graciosos,  
Dicen que ahora les falta.

FABIO.

Debê de ser ; mas ¿qué importa?

GARCERAN.

No me importa ; mas espanta  
Que falte un bobo en el mundo  
Para que adelante vaya  
Tan santa constitucion,  
Que por sustentarle es santa.

FABIO.

Malicia es esa.

GARCERAN.

No es.

FABIO.

Reincl.

REINEL.

Señor.

FABIO.

¿Tengo cama?

REINEL.

Sábanas echaba ahora  
Una entre gallega y galga,  
Que con la santa limpieza  
Tiene inmortal repugnancia.

FABIO.

Quedad, Clarindo, con Dios.

GARCERAN.

El os guarde.

MARIN.

Edad muy larga.

(*Vanse Fabio y Reincl.*)

**ESCENA V.**

GARCERAN, MARIN.

MARIN.

Desesperado he que aqueste  
Cesase sus alabanzas ;  
Que yo no entiendo á qué efeto  
En este sucinto mapa  
Ha querido reducir

Todo lo mejor de España.  
Ya con nombre de Clarindo  
(Y yo de Chacon) te hallas,  
Sin saber lo que has de hacer,  
Garceran, en Salamanca.  
¿Cómo sin ser conocido  
Intentas ver á tu dama?

Y ¿qué ha de ser de nosotros?

GARCERAN.

Marin, lo que preguntaba  
Deste bobo del Colegio  
A Fabio, no era sin causa ;  
Que dicen que aqueste bobo  
Tiene en las casas entrada  
De todos los caballeros,  
Y aun estiman que en sus casas  
Entre *el Bobo del Colegio*.  
Busca dos sayos y capas  
De labradores groseros,  
Y pues que bobo le falta  
Al Colegio, allá me lleva ;  
Que yo, fingiendo ignorancia,  
Quiero ser aqueste simple ;  
Pues si el traje me disfrazo,  
Podré entrar con libertad  
Tardes, noches y mañanas  
A ver y hablar á Fulgencia

MARIN.

¿Pruebas mi paciencia, ó tratas  
Tu deshonra con mi muerte?

GARCERAN.

Si me replicas palabra,  
¡Vive Dios!...

MARIN.

Señor...

GARCERAN.

Marin,

Ciego es amor: no repara  
En la vida ni en la muerte,  
En la honra ni en la infamia.  
Cuando Ovidio y otros pintan  
A Júpiter que tomaba,  
Ya de cisne, ya de toro  
Ya de fuego, formas varias,  
Esto quisieron decir ;  
Que para hablar á sus damas  
Se transforman los amantes.  
Ponte un sayo y capa parda,  
Y dirás que eres mi tío.

MARIN.

Y con ese talle y cara,  
¿Han de creer que eres bobo  
Hombres doctos?

GARCERAN.

Tantos andan

De esa manera, Marin,  
Por las ciudades de España,  
Que antes quitará la duda.

MARIN.

Pues ánimo, á la batalla ;  
Que para todo los cielos  
Me dieron ingenio y maña.  
¿Qué nombre te han de llamar?

GARCERAN.

Pablos.

MARIN.

El nombre me agrada.  
Y ¿de qué lugar?

GARCERAN.

De Coria.

MARIN.

Camina, y estudia gracias.

GARCERAN.

Por lo menos por el nombre  
Seré agradable á mi dama.

(*Vanse.*)

Sala en casa de Octavio.

**ESCENA VI.**

DON JUAN, TRISTAN.

DON JUAN.

Esto que os digo responde,  
Y da en aquestas tristezas.

TRISTAN.

¿Qué bien á vuestras firmezas  
Ese desden corresponde!

DON JUAN.

Estoy tan desesperado,  
Como de Octavio quejoso.

TRISTAN.

Que os cumpla será forzoso  
La palabra que os ha dado.

DON JUAN.

Mientras Fulgencia, Tristan,  
No dispusiere de sí,  
Mas que de Octavio, de mí  
Queja mis celos tendrán.  
Por mil caminos intento  
Saber de qué ha procedido

El haberme aborrecido  
Y vivir con descontento ;  
Mas no me cuadra ninguno.  
Y aunque pienso que en Valencia  
Se pudo prender Fulgencia,  
Y mudable amar á alguno.  
En dos meses no podía  
Venir tan triste de allá  
Como en Salamanca está ;  
Y es necia sospecha mía.

TRISTAN.

Antes no, porque el amor  
Mas fuerza al principio tiene ;  
Que es como río que viene  
Hasta la mar con furor,  
Y luego se pierde allí.

DON JUAN.

Pues si Fulgencia quisiera,  
¿No escribiría?

TRISTAN.

Si escribiera.

DON JUAN.

Pues creed, Tristan, de mí  
Que he hecho mi diligencia.

TRISTAN.

Vendrá con particular.

DON JUAN.

Aquí nadie puede entrar.

TRISTAN.

Deso está triste Fulgencia.

DON JUAN.

Su hermano intenta alegralla.  
Hoy traerá música aquí.

**ESCENA VII.**

OCTAVIO, FERMIN.— Dichos.

OCTAVIO.

¿Vendrán presto?

FERMIN.

Señor, sí.

OCTAVIO.

Aunque pienso que cantalla  
Ha de ser entristecella...

DON JUAN.

Si música le traéis,  
Justa sospecha teneis ;  
Que es de los efectos della  
Añadir tristeza al triste.

(*Vase Fermin.*)

TRISTAN.

Ella y Celia juntas vienen.

**ESCENA VIII.**CELIA, FULGENCIA.— DON JUAN,  
OCTAVIO, TRISTAN.

FULGENCIA.

Mis males remedio tienen ;  
Pero en la muerte consiste.

CELIA.

La mayor enfermedad  
Llaman la melancolia,  
Porque no admite alegría  
Y anda á buscar soledad.  
Ynvela en tu acuerdo, Fulgencia,  
Mira que está aquí mi hermano.

DON JUAN.

Que yo la entristezco es llano.  
Pues toda su diligencia  
Ha puesto en huir de mí.

FULGENCIA.

No soy yo tan descortés,

Ni vuestro término es  
Para trataros así.  
Mi enfermedad ha crecido  
Con preguntarme la causa.

DON JUAN.

No saber de qué se causa  
Toda la culpa ha tenido.  
Y no os espanteis que sea  
En esto tan porfiado  
El que con tanto cuidado  
Vuestra vida y bien desea;  
Que á lo menos me debeis  
Que mil que tuviera, os diera  
Porque se disminuyera  
La tristeza que teneis.

### ESCENA IX.

FERMIN. — DICHOS.

FERMIN.

Los músicos han venido.

OCTAVIO.

Diles que pueden entrar.

(Vase Fermin.)

CELIA.

Todos os podeis sentar.

FULGENCIA. (Ap.)

¡Oh qué mal cubre el olvido  
Un desatinado amor!  
¡Ay Garceran! si en ausencia  
De solo un mes de Valencia  
Usas de tanto rigor,  
¿Qué esperanza vive en mí?  
¿Es esto lo que decías,  
Lo que escribir prometías,  
Y lo que esperé de ti?  
¿Tienes allá por ventura  
Otro dueño? Si tendras;  
Que el no pensar verme mas  
Tu mudanza me asegura.

### ESCENA X.

Músicos. — FULGENCIA, CELIA, DON  
JUAN, OCTAVIO, TRISTAN.

UN MÚSICO.

Aquí, Octavio, nos teneis;  
Mirad qué es lo que mandais.

OCTAVIO.

Que hoy Anfibones seais  
De aquesta piedra que veis.  
Cantad para que se mueva;  
Que es fundamento del muro  
De todo el bien que procuro.

MÚSICO.

Oid una letra nueva.  
(Cantan.) *Claros aires de Valencia,  
Que daís á la mar embates,  
Á sus verdes plantas flores  
Y á sus naranjos azúres,  
Huéspedes frescos de abril,  
Instrumentos de sus aves,  
Campanitas del amor  
Que despertais los amantes,  
Llevad mis suspiros,  
Aires suaves,  
Al azár de unas manos  
Que en ellas nace.*

FULGENCIA.

Mucho me habeis alegrado;  
Muy linda es esa canción.

DON JUAN.

Si; pero en esta ocasión  
Mas hubieran acertado  
Si celebraran el Tórmes.

MÚSICO.

Aunque en Salamanca vive  
El poeta que esto escribe,  
No es bien que esa queja formes,  
Porque es de Valencia, y tiene  
La música esta influencia  
Allá en Valencia.

FULGENCIA.

¿En Valencia?

MÚSICO.

De allá la influencia viene  
Cen que estos versos distila.

FULGENCIA.

Con eso tan dulces son.  
¿Tienes dél otra canción?

MÚSICO.

Una letrilla.

FULGENCIA.

Pues dila.

MÚSICOS. (Cantan.)

*Naranjitas me tira la niña  
En Valencia por Navidad;  
Pues á fe que si se las tiro,  
Que se le han de volver azár.*

TRISTAN.

No vi en mi vida poeta  
Con tanto azar.

DON JUAN.

Si jugara,

Poco pienso que ganara.

MÚSICO.

Es metáfora secreta  
De ciertos ramos de azár  
Que de su jardín cogió.

FULGENCIA.

Cantad; que os escucho yo.

MÚSICO.

Ya volvemos á cantar.  
(Cantan.) *A una máscara salt,  
Y paréceme á su ventana;  
Amaneció su mañana,  
Y el sol en sus ojos vi.  
Naranjitas desde allí  
Me tiró para favor;  
Como no sabe de amor;  
Piensa que todo es burlar;  
Pues á fe que si se las tiro,  
Que se le han de volver azár.  
Naranjitas me tira, etc.*

FULGENCIA.

Gracia tienen estas cosas  
De Valencia.

DON JUAN.

Si tendrán.

CELIA. (Ap. á Fulgencia.)

Celos has dado á don Juan.

FULGENCIA.

Mis tristezas son forzosas.  
Lo que me ha dado alegría  
Ya me vuelve á entristecer.

TRISTAN.

Valencia debe de ser  
Toda su melancolía.

OCTAVIO.

En esta ocasión quisiera  
Ser un príncipe.

CELIA.

¿A qué efecto?

OCTAVIO.

Con el poder, te prometo  
Que tales fiestas hiciera,  
Que mi hermana se alegrara;  
Y con lo poco que puedo,  
Si pobre gastando quedo,  
He de ver en lo que para.

Toda esta casa ha de ser  
Juego y fiestas desde hoy.

FULGENCIA.

Cantad; que á fe de quien soy,  
Que me daís mucho placer.  
Pero no ha de ser aquí;  
Hacia el jardín nos entremos.

MÚSICO.

Cantando, Señora, iremos.

FULGENCIA.

¿Será de Valencia?

MÚSICO.

Si.

(Cantan.) *En el Grao de Valencia,  
Noche de San Juan,  
Todo el fuego que tengo  
Truje de la mar.*

(Vanse.)

—

Calle.

### ESCENA XI.

GARCERAN, ya con sayo de colores y  
polainas; MARIN, de labrador.

GARCERAN.

¿Qué presto me recibieron!

MARIN.

Tales gracias les dijiste.

GARCERAN.

¿Fingi bien?

MARIN.

Tan bien fingiste,  
Que mil sospechas me dieron  
Que ya habías hecho otras veces  
Esta figura del bobo.

GARCERAN.

Tú verás que á todos robo  
La voluntad.

MARIN.

Tú mereces

Ser bobo del Gran Sofí.

GARCERAN.

Y tú del Gran Turco tío.

MARIN.

¿Qué te parece del brio  
Con que el villano fingí?  
Bien ganáramos partido  
Los dos en una comedia.

GARCERAN.

La nuestra llega á la media:  
Favor al amor le pide  
Para la postrer jornada,  
Que es el gusto de la acción.

MARIN.

Aun te queda la ocasión  
De bahlar con tu prenda amada,  
Con lo demás, que ha de ser  
De gusto y de habilidad.  
Hoy causarás novedad;  
Paciencia habrás menester.

GARCERAN.

Un bobo muchos hará.

MARIN.

Pues á fe que si anduvieran  
De colores los que fueran  
Para vestirse ya,  
Que hubiera mas de color  
Que de negro, á lo que entiendo.

## ESCENA XII.

RISELO, GERARDO. — Dichos.

RISELO.

Que me declareis pretendo  
Eso que decís, mejor.

GERARDO.

Pues desto ¿no haceis conceto?

MARIN. (Ap. á Garceran.)

Estos arguyen.

Garceran. \*  
¿Qué haré?

MARIN.

Disimular.

GARCCERAN.

O diré

Un disparate en efeto.

GERARDO.

Digo que de los cuerpos celestiales  
Han dudado, Riselo, los antiguos  
*Utrum sint animata an non.*

MARIN.

Escucha.

GERARDO.

Los que pensaron que animados eran,  
Imaginaron que efectivamente  
Su movimiento procedía del ánima.

RISELO.

Pues eso la verdad lo contradice;  
Que ni vegetativa, sensitiva,  
Ni racional virtud existe en ellos.

GERARDO.

Si por agentes intelectuales,  
Inteligencias digo movedoras,  
Animados parecen, no me espanto.

RISELO.

Esas inteligencias no se juntan  
A los orbes celestes, como al cuerpo  
Se junta por unión formal el alma  
Y sustancial informacion.

GERARDO.

Repugna

A la intelectual naturaleza  
Angélica, como es patente y claro,  
*Cum materiâ componere rem unam,*  
Porque entre el alma racional, Riselo,  
Y la naturaleza ilustre angélica  
Hay esta diferencia, que es unible  
El alma al cuerpo, *quamvis etiam possit  
Separatim subsistere,* y nacida  
Con él sola una cosa componerse;  
Pero poder naturaleza angélica  
Al cuerpo ó la materia ser unible,  
*Néquaquam;* porque solo *per se nata  
Est subsistens.*

RISELO.

Pues ¿cómo se le junta?

GERARDO.

Júntase al orbe que se mueve, y tócale  
Solo con su virtud, y no se puede  
Decir que el cuerpo celestial tiene alma,  
Mas que la nave que moverse vemos,  
Porque hay dentro el piloto que la rige.

RISELO.

Bien habeis declarado lo que os dije.

MARIN. (Ap. á Garceran.)

Para que te acredites mayormente  
Con estudiantes, llega ahora y háblalos.

GARCCERAN.

Que estáis diciendo necedades, ¡hola!

GERARDO.

¿Qué figura!

RISELO.  
Notable.

GERARDO.

Nueva.

RISELO.

Extraña.

GARCCERAN.

¿Teneisme por novato, mentecatos?  
Pues el mundo está lleno de novatos.

RISELO.

¿Qué nuevo bobo es este?

MARIN.

Es del Colegio.

No le hagan mal, señores, por su vida;  
[cia,  
Caten que es mi sobrino en mi concien-  
Y que há tan poco tiempo que le traje,  
Que no le oso dejar.

GERARDO.

¿Cómo es tu nombre?

GARCCERAN.

¿Dice á mí?

GERARDO.

Sí.

GARCCERAN.

Pabillos, y mi tío

Se llama Juan Vicario, y es hermano

[mana,

De mi padre, y mi madre no es su her-  
Sino mi madre, y yo soy hijo suyo;

[vengo

Que me hubieron en casa; y aunque  
Con mi tío, mi tío no es mi padre, y  
Ni mi madre tampoco, sino tío,  
Que le viene de zaga por alcurnia.  
Mas todos somos muy polida gente,  
Y yo vengo á estudiar á Salamanca;  
Que diz que tengo de ser presto cura  
Y me han de graduar de *bobatorum.*

MARIN.

Señores, no le piquen por su vida;  
Que si se enoja es un demonio suelto.

GARCCERAN.

Callad, tío; que yo, de dos la una, [za.  
Meto un ladrillo á un hombre en la cabe-  
Pero á aquestos borrachos, que decian  
Del cielo, que no han visto, disparates,  
Les quiero pescudar una conseja.

RISELO.

Pues ¿entendiste tú lo que tratábamos?

GARCCERAN.

Y cómo si entendí los lengüamentos!  
¿No dijistes que el cielo era una cosa  
Que por sus diligencias se movía,  
Y que andaban por él algunas ánimas?

GERARDO.

¡Oh qué gracioso bobo!

GARCCERAN.

Pues, borrachos,  
¿Cómo llamastes desalmado al cielo,  
Si está hirviendo de ánimas, que es gro-  
[ria,

Que algunas de ellas han estado en Co-  
[ria?

RISELO.

El tonto es gran persona.

GERARDO. (Ap. á Riselo.)

Visitando

A Octavio, que es un grande amigo mio,  
Vi, Riselo, su hermana... Ya sospecho  
Que habeis visto su hermana.

RISELO.

Ya la he visto.

GERARDO.

Está de unas tristezas tan al cabo,  
Que anda buscando músicos y haciendo  
Mil fiestas solo á efeto de alegrarla

Su hermano, que la tiene prometida  
A don Juan, su cuñado, en casamiento:  
Yo pienso que le haría un gran servicio  
Si este bobo á su casa le llevase.

RISELO.

No dudo que en extremo se alegrase;  
Que tal vez las tristezas de un discreto  
Suele alegrar un ignorante.

GERARDO.

Pablos,

¿Quereis venir conmigo á cierta casa  
Donde os darán de merendar?

GARCCERAN.

Si tienen

Allá muchos buñuelos y pasteles  
Y algunas manecillas de ternera,  
Pardiez que vaya allá de buena gana.

GERARDO.

Todo eso y mas habrá.

GARCCERAN.

Pues vamos, tío.

MARIN.

No me parece mal. — Garceran, oye.  
(Ap. á su amo.)

GARCCERAN.

¿Qué sientes?

MARIN.

Que ahora es bien á los principios  
Acreditarte de apacible.

GARCCERAN.

Vamos.

Con tal que en esa casa merendemos.

GERARDO.

Pues seguidme los dos.

GARCCERAN. (Ap. á Marin.)

¡Ay cielo santo!

¿Si acaso en esta casa hallaré nuevas  
De mi Fulgencia?

MARIN.

Siendo gente noble,

No se puede esconder.

GARCCERAN.

Así lo creo,

Y donde no, la hallara mi deseo.

(Vanse.)

—

Sala en casa de Octavio.

## ESCENA XIII.

CELIA, FULGENCIA.

FULGENCIA.

Persuadida de tu amor  
Y de un desprecio, que es cosa  
Que una pasión amorosa  
Suele volver en furor,  
Y por vengar el rigor  
Del mal término y grosero  
De un villano caballero,  
Indigno de mi firmeza,  
Hoy, Celia, de mi tristeza  
Que sepas la causa quiero.  
Hasta agora no podía  
Este mi mal declarar,  
Porque un incierto esperar  
Engañada me tenía;  
Pero hame dado osadía  
Su ingratitud de manera,  
Que como quien ya no espera,  
Diré con desconfianza  
Que mereció mi mudanza  
Perderse en su misma esfera.

CELIA.

Yo te confieso, Fulgencia.



Que tu tristeza entendi,  
Porque enamorada vi  
Que te partiste á Valencia,  
Y con dos meses de ausencia  
De tal manera volviste,  
Que á don Juan aborreciste,  
Y malaste de pesar  
Cuantos te vieron estar  
Tan melancólica y triste.  
¿Qué te pudo suceder,  
Que tan presto te mudaste?

FULGENCIA.

Desconfiar (que esto baste)  
Celia, de volver á ver  
A don Juan, y ser mujer.  
Vi un caballero galán,  
Cuyo nombre es Garcerañ;  
Quisome bien con pasión,  
Escuchéle una razón,  
Y unas tras otras se van.  
Al principio no entendi  
Que hiciera mas de escuchar  
Para poder aliviar  
El mal que saqué de aquí;  
Pero tal sirena oí,  
Que llorando me engañó:  
Cierto fué que se burló,  
Pues no he visto letra suya.

CELIA.

Que toda la culpa es tuya  
Juraré, Fulgencia, yo.  
Si presto no te rindieras,  
¿Cuán mejor te aseguraras!

FULGENCIA.

¿Qué importan palabras raras  
Ni de burlas ni de veras?  
El, con todas sus quimeras,  
Solas palabras me debe.

CELIA.

Y amor ¿no es nada?

FULGENCIA.

Ese en breve

Saldrá del alma tirana,  
Como frío de terejana.

CELIA.

¿Tienes guardada la nieve?  
Presto quieres; pero ¿luego  
Truecas amor en desvío?

FULGENCIA.

Es como me viene el frío  
Después del calor del fuego.

CELIA.

Que á querer vuelvas te ruego  
Mi hermano, pues que podras.

FULGENCIA.

Agora le querré mas,  
Que tengo este desengaño.

#### ESCENA XIV.

DON JUAN. — DICHAS.

DON JUAN.

No camines tanto, engaño;  
Que va la esperanza atrás.  
Mira que no puede ser  
Que te alcance, aunque es de viento;  
Porque sigue el pensamiento  
De una mudable mujer.

FULGENCIA.

El eco me hace creer  
Que os vais quejando de mí.

DON JUAN.

La razón lo dice así,  
Y el amor, que no es tan sabio,  
Que sepa callar su agravio.

FULGENCIA.

¿Agravio?

DON JUAN.

Señora, sí.

FULGENCIA.

Don Juan, pues he conocido  
Vuestro valor en quererme;  
No quiero mas defenderme;  
Vuestra soy y vuestra he sido.  
Licencia con esto os pido:  
Que he dicho mas que pensé.

DON JUAN.

Pues ¿no os agradeceré  
Siquiera tanto favor?

FULGENCIA.

Bastará pagar mi amor,  
Que vuelve á ser el que fué. (Vase.)

#### ESCENA XV.

DON JUAN, CELIA.

DON JUAN.

Eres bien, volando vas.—  
¿Qué es esto, Celia?

CELIA.

Mudanzas;

Pero, pues el viento alcanzas,  
¿Para qué preguntas mas?  
Mas si palabra me das,  
Te dire todo el secreto.

DON JUAN.

Como quien soy lo prometo.

CELIA.

Soy tu hermana y soy mujer;  
Que á no callar nuestro ser  
Dicen que nació sujeto.  
Fulgencia quiso en Valencia,  
Y fué amada de un galán,  
Cuyo nombre es Garcerañ;  
Ilizo de Valencia ausencia,  
Y vuelve á querer Fulgencia  
A lo que quiso primero.

DON JUAN.

Golpe me has dado tan fiero,  
Que si con celos se olvida,  
Harán que toda mi vida  
Aborrezca lo que quiero.  
¿Cómo podré ya casarme  
Con tan mutable mujer?

CELIA.

¿Qué importa un fácil querer?

DON JUAN.

Importa poder matarme.  
¿Cómo podré confiarme?

CELIA.

Luego ¿habrá muchas doncellas  
Que de querer y querellas  
Se escapen en verdes años?

DON JUAN.

Pues ¿por qué lamenta engaños  
Quien pone esperanza en ellas?

#### ESCENA XVI.

GARCERAN, MARIN, RISELO, GERARDO. — DICHO.

MARIN.

Mira que vayas con seso.

GARCERAN.

Pues si yo seso tuviera,  
¿Pensáis que en esto anduviera,  
Mortero con ajo y queso?

RISELO.

¿Está aquí el señor Octavio?

DON JUAN.

Poco há que estaba aquí.

GARCERAN.

¿Es esta la dama?

MARIN.

Sí.

GARCERAN.

¡Hola, ahó! mirad que rabio;  
Por eso mandad sacar  
La merienda.

GERARDO.

La tristeza

Que oprime tanta belleza  
Nos ha obligado á sacar  
Este del Colegio Viejo,  
Que es pieza de Rey.

GARCERAN.

Y vos,

¿Sois, que mal os haga Dios,  
La enferma del sobrecejo?  
¿Para qué os entristecéis,  
Con esos años y cara?

MARIN.

En lo que dices repara.

GARCERAN.

Reparad vos, si quereis;  
Que aun yo no he visto el azar  
De las huertas de Valencia.

CELIA.

Allá bien curan de ausencia.

GARCERAN.

Tambien saben enfermar.

CELIA.

No soy yo la que estoy triste.

GARCERAN.

¿No? Pues ¿quién?

CELIA.

Soy su cuñada.

GARCERAN.

Y estáis con este casada?

DON JUAN.

No; que yo soy quien resiste  
Las tristezas desa dama.

GARCERAN.

Harto trabajo tenéis.  
A la cuenta la quereis,  
Y ella sin cuenta os desama.

DON JUAN.

Esa fué verdad de loco.

GARCERAN.

Echad acá la mujer;  
Que la tengo de morder  
Solo porque os tiene en poco.

DON JUAN.

¿Cómo te llamas?

GARCERAN.

¿Yo?

DON JUAN.

Sí.

GARCERAN.

¡Mal año si lo dijese,  
Y alguno me conociese  
Delos que andan por ahí!

MARIN.

Pablos, Señor; y yo soy  
Su tío, y es Juan Vicario  
Mi nombre de calandario,  
Que para mostrallé, estoy  
En el Colegio con él,  
Las oraciones.

DON JUAN.

Aquí

Viene la que es para mí

Por todo extremo cruel.  
Dile con tus boberías  
Y con tus simples razones.  
Pues no bastan discreciones,  
Pablos, las congojas niñas.  
Dile que cure mi mal.

GARCERAN.

Si es sarna, yo sé un ingüente  
Con que el mal se os acrecienta,  
Y os lleven al hospital.

GERARDO.

Pablos, vos quedáis adonde  
Os sabrán regalar bien.  
Quedad con Dios.

GARCERAN.

Digo amen.

RISELO.

Por si esta dama se esconde  
Viéndonos aquí, nos vamos.

DON JUAN.

Diré á Octavio esta merced.

GARCERAN.

¡Hola! por acá volved.

RISELO.

¿Cuándo?

GARCERAN.

El domingo de Ramos.  
(*Vanse Ríselo y Gerardo.*)

### ESCENA XVII.

FULGENCIA. — CELIA, GARCERAN,  
DON JUAN, MARIN.

FULGENCIA.

Con vergüenza vuelvo á veros.

DON JUAN.

Estaréis arrepentida.

GARCERAN.

Hola, mujer relamida,  
¿Por qué no amais á Gaiféros?

FULGENCIA.

¡Jesus!

DON JUAN.

¡Ay Dios!

GARCERAN.

¿Qué le ha dado?

DON JUAN.

Fulgencia se desmayó.

CELIA.

Tal sobresalto le dió  
Ver este simple á su lado.

MARIN.

No es feo que obligue á extremos.

CELIA.

Id, don Juan, mandad sacar  
Un poco de agua de azår.

GARCERAN.

Naranjos somos, lloremos.

DON JUAN.

Voy por agua. (*Vase.*)

GARCERAN.

Traed vino.

### ESCENA XVIII.

FULGENCIA, *desmayada*, CELIA,  
GARCERAN, MARIN.

CELIA.

[*cia!*]

¡Fulgencia! ¡Ah hermana! ¡Ah Fulgen-

GARCERAN. (*Ap. á Marin.*)

¡Ay, Marin, ay!

L-1.

MARIN.

Ten prudencia.

GARCERAN.

Que es el desmayo adivino  
De verme loco, Marin.

MARIN.

Señora, aunque labrador,  
Yo sé un salmo.

CELIA.

¿Tú?

MARIN.

El mejor.

CELIA.

Dile.

MARIN.

Va limpio el magín...  
—Pero habeis de estar aparte.

CELIA.

¿Volverá?

MARIN.

Sí.

CELIA.

Llega y di.

MARIN. (*Ap. á Fulgencia.*)

Garceran, loco por tí,  
Fulgencia, viene á buscarte.  
Está en el Colegio Viejo  
Disfrazado en bobo.

FULGENCIA.

¡Ay Dios!

CELIA.

¿Habló?

GARCERAN.

Mal conocéis vos  
Aquel salmo ó salmorejo.

MARIN. (*Ap. á Fulgencia.*)

Advierte que aunque es locura,  
Es nacida de tu amor.

### ESCENA XIX.

DON JUAN, *con agua*. — DICHOS.

DON JUAN.

Esta es el agua.

GARCERAN.

Mejor

Tengan mis cosas ventura  
Que la ha de beber Fulgencia.

DON JUAN.

¿Por qué, Pablos?

GARCERAN.

Porque ya

Lágrimas beber podrá,  
Agua de azår de Valencia.  
Dad el agua á Juan Vicario.

MARIN.

¡Malos años para vos!

GARCERAN.

Pues sus, dénos á los dos...  
Aguardiente y letiuario.

DON JUAN.

¿Qué teneis, Fulgencia mia?

FULGENCIA.

Lo que tener no pensé.

DON JUAN.

¿Es mal?

FULGENCIA.

Ya el mal olvidé,  
Como vi que el bien venia.

DON JUAN.

Aquí estoy; vos sois bien mio.

GARCERAN.

Y yo tambien, á la fe,  
Aunque no me desmayé  
Porque me riñó mi tío.  
Hola, tristísima dama,  
Catadnos acá, y catad  
Cuál vamos por la ciudad:  
Tal sabe hacer quien bien ama.  
No os espanteis otra vez  
De ver un bobo, aunque fuera  
Como yo, porque si hubiera  
Pesquisidor ó juez  
Deste delito en el mundo,  
La cárcel fuera mayor,  
Y mentecatos de amor  
Tienen el lugar segundo.  
Solo tuve por agüero  
Lo que aqueste me mandó,  
Porque os quiere como yo;  
Que bien sabeis vos qué os quiero.  
Dice que no le quereis,  
De que algo estoy consolado;  
Que lo que me habeis costado  
Es razon que lo estimeis.  
¿Cómo os llamais?

FULGENCIA.

¿Yo? La Firme.

GARCERAN.

¡Plegue á Dios que lo seais!  
Buena estáis si firme estáis,  
Como agora se confirme.

FULGENCIA.

Presumiendo ingratitud,  
Cerca de mudarme estuve.  
Salió el sol, pasó la nube.

GARCERAN.

Templado habeis el laud.

DON JUAN.

Si el simple os enoja, haré  
Que se vaya.

FULGENCIA.

Antes me alegra.

GARCERAN.

Pues, señor cara de suegra,  
¿Sabe cómo le daré?

DON JUAN.

¿Qué me darás?

GARCERAN.

Pesadumbre.

DON JUAN.

Ahora bien, quiéroos dejar:  
Que á Celia tengo que hablar.

GARCERAN.

Pues nunca Dios os alumbre,  
Por mas preñado que estéis  
De deseos y de antojos.

CELIA.

Vamos.

FULGENCIA. (*Ap. á Garceran.*)

¿Que te ven mis ojos?

MARIN.

Quedo, paso; que os perdeis.

CELIA.

Bien quedas entretenida.  
Luego á verte volveré.

DON JUAN.

¡Desmayo, Celia! ¿Qué fué?

CELIA.

Melindres.

DON JUAN.

¡Bien, por mi vida!

GARCERAN.

¿No se van?

MARIN.

Aguarda un poco.

(*Vanse Celia y don Juan.*)

## ESCENA XX.

FULGENCIA, GARCERAN, MARIN.

Cierra, hijo.

MARIN.

GARCERAN.

¡Ay prenda amada!

FULGENCIA.

Tente: que estoy enojada  
De verte, mi bien, tan loco.

GARCERAN.

¿Los brazos me niegas?

FULGENCIA.

Sí.

¿Por qué has hecho esta locura?

GARCERAN.

Porque tu mucha hermosura  
Me tiene fuera de mí.

FULGENCIA.

¿Cómo podré yo ser tuya,  
Si te quitas el honor?

GARCERAN.

Como á tu gracia y mi amor  
Esta hazaña se atribuya.

FULGENCIA.

Quitate, por Dios, mi bien.  
Ese traje tan extraño.

GARCERAN.

Eso no, porque este engaño  
Me desengaña también.

FULGENCIA.

En traje de caballero.  
¿No puedes servirme?

GARCERAN.

No,

Porque no te veré yo  
Cuando quiera y como quiero.  
Con el hábito que ves,  
Entraré y saldré en tu casa;  
Y sin saber lo que pasa,  
Fulgencia, tu miedo es,  
¡Buen lance habemos echado  
Aventurando el honor!  
Que si le tuviste amor  
Y me has, Fulgencia, olvidado,  
No querrás que yo te vea  
Aprisa y con libertad.

FULGENCIA.

No hay, Garceran, necedad,  
Que de mas quilates sea  
Que la de un discreto.

GARCERAN.

¡Ay cielos!

FULGENCIA.

Es verdad que este es don Juan,  
A quien por dueño me dan...

GARCERAN.

No eran sin causa mis celos.

FULGENCIA.

Dios sabe lo que me debes,  
Garceran.

GARCERAN.

Pues siendo así,  
Déjame sin honra aquí,  
Y mi paciencia no pruebes;  
Que quien llega á estas locuras,  
También se sabrá matar.

FULGENCIA.

No te quiero aconsejar.

GARCERAN.

Mas ¿de tu amor me aseguras?

MARIN.

Si estimais desta manera

El lugar que amor os da,  
¿No veis que se correrá?  
Advertid que hay gente afuera,  
Y que os faltará ocasión.

GARCERAN.

No hará con este disfraz.

FULGENCIA.

Si en esto estás pertinaz,  
Aquestos mis brazos son.

GARCERAN.

Y estos, Señora, los míos.

MARIN.

Bendigaos el cielo, amen.

GARCERAN.

Agradéceme, mi bien,  
Estos locos desvaríos.

## ESCENA XXI.

OCTAVIO. — Dichos.

OCTAVIO.

¿Está aquí mi hermana?

GARCERAN.

Y yo,

Que la abrazo, aunque no quiera.

OCTAVIO.

¿Quién eres?

GARCERAN.

Quien antes era,  
Que del tejado cayó.

FULGENCIA.

Pablos es mi grande amigo,  
Que es del Colegio, y le quiero  
Mucho.

GARCERAN.

Y yo ando al retortero,  
Por esto que hace conmigo.  
¿Sois vos su hermano?

OCTAVIO.

Yo soy.

Alegra mucho á mi hermana.

GARCERAN.

Tan sana os la doy mañana,  
Como yo con verla estoy.

FULGENCIA.

Mucho me he holgado con él.

GARCERAN.

Por eso vine yo acá;  
Que bien me estaba yo allá;  
Pero en fin vine por él.

OCTAVIO.

¿Por mí has venido?

GARCERAN.

¿Pues no?

Si él no fuera, no viniera;  
Que me trajo la mollera,  
Y sin seso me dejó.  
Secóse todo el azar  
Luego que faltó el abril;  
Descuidéme del candil  
Y quemóseme el pajar.  
Como vi que no quedó  
Esperanza de provecho,  
Puse á la fortuna el pecho,  
Que este albornoz me vistió,  
Aconsejéme mi tío  
Viniese á estudiar acá,  
Aunque hace calor allá,  
Y acá tememos el frío.  
Pero todo se hará bien,  
Y yo saldré graduado,  
Como vos me deis el grado,  
Y yo os hurte la sarten.

OCTAVIO.

¡Gracioso simple!

FULGENCIA.

Extremado.

Obliga á tenerle amor.

GARCERAN.

Si yo le tengo mayor,  
¿Qué mucho que haya obligado?

OCTAVIO.

Dice cosas en razon.

GARCERAN.

No creais mis boherías  
Antes después de los días  
Que os hurte la bendición.

OCTAVIO.

Vamos á comer, hermana.

FULGENCIA.

Come el huésped con nosotros.

GARCERAN.

O con ellos ó con otros,  
Siempre me sobra la gana.  
Pero de mi historia toda  
No cantarán villancicos  
Hasta que coma los picos  
De las rosas de la boda.

OCTAVIO.

Entra; que tengo que hablarte  
Del contenido de don Juan.

GARCERAN.

Y á mi tío ¿no darán  
De mis buenas dichas parte?

OCTAVIO.

¿Es ese buen labrador  
Tu tío?

MARIN.

Pues ¿no lo ve?

Yo le truje y le asenté  
En el Colegio, Señor;  
De donde espero que presto  
Saldrá á ser hombre de bien.  
(Vanse Octavio y Fulgencia.)

## ESCENA XXII.

GARCERAN, MARIN.

GARCERAN.

Todo nos sucede bien.

MARIN.

Hoy la fortuna te ha puesto  
Donde puedes desear.

GARCERAN.

Que me conserve deseo.

MARIN.

Bien haces el bobo.

GARCERAN.

Creo

Que habemos hoy de engañar  
Algun discreto.

MARIN.

¡Qué efectos  
Tan propios de la ambición!  
Porque ya los bobos son  
Quien engañan los discretos.

GARCERAN.

Hoy levanto un templo egregio  
Al amor.

MARIN.

¡Qué bien harás!  
Y su puerta honrar podrás  
Con las armas del Colegio.



## ACTO TERCERO.

## ESCENA PRIMERA.

OCTAVIO, CELIA.

OCTAVIO.

Aun para ser tu galán  
Es ese mucho rigor,  
Y que tengas mas amor,  
Aunque es tu hermano, á don Juan.  
Advierte que soy marido,  
Y que en posesion estoy.

CELIA.

Si pesadumbre te doy,  
Pon la venganza en tu olvido;  
Demás que solo te ofendo  
En estar triste.

OCTAVIO.

Y ¿es poco,  
Si basta á volverme loco  
Cuando tu gusto pretendo?  
Vuelve, Celia, esposa mia,  
A tu contento y placer;  
Que es prudencia en la mujer  
Mostrar al hombre alegría.  
¿Nunca ha de faltar un triste?  
Cuando Fulgencia lo estaba.  
Tú alegre; y cuando ella acaba  
La tristeza en que la viste,  
Comienza la tuya en casa.

CELIA.

Ella no tuvo ocasion;  
Yo sí.

OCTAVIO.

Pues ¿por qué razon,  
Si no es porque no se casa?...  
CELIA.

CELIA.

¿Qué mayor, pues no cumplis  
Vuestras palabras los dos?

## ESCENA II.

GARCERAN.—Dichos.

GARCERAN.

¡Bueno me poneis, por Dios!  
Pues esperad, pues huiis;  
Que si yo cojo dos lanchos,  
A Roma iremos por todo.—  
¿Qué haceis los dos deste modo,  
Desocupando los ranchos  
Donde os puso el casamiento?  
Siempre mujer y marido  
Han de tener en el nido,  
Como palomas, asiento.  
Muy cuerdos estáis. ¿Qué es esto?  
¿No estáis con gusto? ¿Hay celera?

OCTAVIO.

Pablos, allá fuera espera.

GARCERAN.

¿Vos tambien estáis compuesto?

OCTAVIO.

Yo no soy el enojado.

GARCERAN.

Luego ¿vos dais en celosa?

CELIA.

Es muy diferente cosa.

OCTAVIO.

Celia, yo no estoy culpado  
De que no quiera Fulgencia  
Desposarse con don Juan.

CELIA.

Si ella adora en Garceran,  
Caballero de Valencia,  
¿Cómo quieres que se case  
Con mi hermano?

OCTAVIO.

¡Y de mi hermana  
Dices cosa tan liviana!  
¡Vive el cielo, que la abrase!

GARCERAN.

¡Oxte, pnto!

CELIA.

Yo sé bien  
Que porque en Valencia vió  
A Garceran, á quien dió  
Su fe y palabra tambien,  
A mi hermano trata así.

GARCERAN.

¡Hi de puta, ruin mujer!

OCTAVIO.

Fulgencia ¿pudo querer  
Ni hablar ningun hombre allí?

CELIA.

Pues ella me lo ha contado;  
Bien sabré yo lo que digo.

GARCERAN.

No querais mejor testigo.

OCTAVIO.

¿Eso en Valencia ha pasado?

GARCERAN.

¿Eso en Valencia pasó?

OCTAVIO.

¡Fiad honor de mujer!

GARCERAN.

¡Fiad cosas de comer  
De pajes!

OCTAVIO.

Pensaba yo  
Que la llevaba su tía  
Para guardarla mejor,  
¡Y hame quitado el honor!

GARCERAN.

¿Hay tan gran bellaqueria?

OCTAVIO.

Y ¿quién es el Garceran?

GARCERAN.

Será un hombre como yo;  
Hombre que si la pescó,  
Buenas noches.

CELIA.

Un galán  
Mas bien nacido que rico.

GARCERAN.

Sí, porque si rico fuera  
Como noble, no sufriera  
Que le pongais tanto hocico.

OCTAVIO.

Iré á Valencia y haré  
Que no la escriba ni engañe.

GARCERAN.

Si quereis que os acompañe,  
Porque allá le halleis, yo iré.

OCTAVIO.

Mataréle sobre el caso.

GARCERAN.

Sobre el caso ó sobre el queso,  
Pardiez, hacelde un proceso  
De versos de Garcilaso.

CELIA.

Mejor es que le escribais  
Con propio y le amenaceis.

OCTAVIO.

¿Quién irá?

GARCERAN.

Yo, si quereis.

CELIA.

Si la carta le fiais  
A su tío deste bobo,  
Que ha dado ya en estudiar,  
¿Quién mejor la puede dar?

GARCERAN.

¿La oveja le dais al lobo?

CELIA.

En hábito de estudiante  
Sirve en Salamanca ya,  
Y en los principios está,  
Segun dicen, adelante.  
Dalde dineros y parta.

OCTAVIO.

La carta voy á escribir.

CELIA.

Y yo á ayudar á decir  
Lo que es de esencia en la carta.  
(Vanse Celia y Octavio.)

## ESCENA III.

GARCERAN.

¿Dónde me llevas, pensamiento loco,  
De una desdicha en otra hasta la muerte?  
¿Por qué medio tan áspero y tan fuerte  
Cortos principios de mis dichas toco?  
Si con mi deshonor no te provoco,  
Y el verte en tanto mal no te divierte,  
Acaba de matarme de otra snerte,  
Si te parece que padezco poco.  
Advierte que no hay música sin pausa:  
Descansa un poco porque tome aliento,  
Si lo permite de tu amor la causa.  
Pero no te acobardes, pensamiento;  
Que mas vale tu mal por quien le causa,  
Que verme libre del dolor que siento.

## ESCENA IV.

MARIN, en hábito de capigorrón.—

GARCERAN.

MARIN.

En tu busca vengo.

GARCERAN.

Aquí

Siempre, Marin, me hallarás.

MARIN.

¿Cómo al Colegio no vas?  
Que se me quejan de ti.

GARCERAN.

Quédome en aquesta casa  
Por actos de posesion,  
Y porque ya mi pasión  
A tales extremos pasa.  
Desde aquí á Fulgencia veo,  
Ya desnuda, ya vestida,  
Cuelga en su vista mi vida,  
Y la suya en mi deseo.  
Ella pues, como me ve  
Sobre esas mesas quedar,  
Busca con qué me pagar  
La firmeza de mi fe.  
Levántase de mañana  
(A hacerme este bien sospecho),  
Y ya el cuello, el blanco pecho,  
Mé muestra por la ventana.  
Deja que al descuido esté  
La manga de la camisa.  
Por donde el brazo divisa  
Quien desde abajo la ve.  
Yo, mas bobo que mi traje  
Con el sol que me amanece,  
Le digo que me enloquece,

Y hago al pensamiento paje.  
Va y viene con mil recados ;  
Pagados pienso que son :  
Mira si tengo razon.

MARIN.

Piensen los enamorados  
Que los que los ven son ciegos.  
¿Cosa que des á entender  
Lo que nos venga á poner  
En nuevos desasosiegos?

GARCERAN.

Entra, Marin, por tus ojos,  
Y mira lo que hace allá;  
Que hay desdichas por acá.  
Que me hacen dar mil enojos.  
A Celia dijo Fulgencia  
Que aborrecia á don Juan  
Por amar á Garceran,  
Caballero de Valencia.  
No sé si fué por locura,  
O para echarme á perder.

MARIN.

¡Oh secretos en mujer!

GARCERAN.

Por ellas ninguno dura.

MARIN.

Voy.

GARCERAN.

Dile que espero aqui,  
Y que escriben á Valencia  
Que yo les deje á Fulgencia.

MARIN.

¿Que tú se la dejes?

GARCERAN.

Sí.

MARIN.

¿Cómo, si con ella estás?

GARCERAN.

Y ¿cómo la dejaré?

MARIN.

En fin, eso le diré.

GARCERAN.

Y que la espero dirás.

¡Ay de mí, que ya no puedo  
Vivir sin ver lo que vi!

(Vase Marin.)

### ESCENA V.

DON JUAN, TRISTAN.— GARCERAN.

TRISTAN.

Esto se ha de hacer así,  
Y muera Octavio.

DON JUAN.

Hablado quedo.

TRISTAN.

El bobo está aqui, no importa.

GARCERAN. (Ap.)

¿A Octavio quiere matar?

DON JUAN.

Yo le he de desafiar,  
Porque vea lo que corta  
La espada con el agravio  
En el amigo mayor;  
Que me ha ofendido el honor  
Con aqueste engaño Octavio.

TRISTAN.

Pues escribilde un papel  
Para las once en la puente,  
Y llevad alguna gente,  
Por si lo fuere con él.

DON JUAN.

Eso no; que es caballero,  
Y yo sé que solo irá.

TRISTAN.

Atento este bobo está.

DON JUAN.

Escribir el papel quiero,  
Y que se le lleve un paje.

TRISTAN.

Yo os le ayudaré á notar.

DON JUAN.

A Fulgencia me ha de dar,  
O he de abrasar su linaje.

(Vanse.)

### ESCENA VI.

GARCERAN.

¿Qué es esto, cielos? ; Ya trata  
Don Juan de matar á Octavio,  
Que tiene el ver por agravio  
Que su gusto se dilata!  
¿Para las once en la puente?  
Pues basta; que amigo habrá  
Que al camino le saldrá,  
Porque se excuse la gente.

### ESCENA VII.

MARIN.—GARCERAN.

GARCERAN.

¿Qué hay, Marin?

MARIN.

Salir queria,  
Y no salió por don Juan.

GARCERAN.

Peor nuestras cosas van  
De lo que yo te decia.  
Búscame luego un vestido,  
Capa y espada.

MARIN.

Vendí

Los tuyos, para que así  
Fueses menos conocido;  
Que estaban en el meson  
Dando sospecha.

GARCERAN.

Es verdad.

MARIN.

Mas yo tengo en la ciudad  
Hombres de bien y galanes.  
Entra, y verás á Fulgencia,  
Que está llorando tu ausencia  
Con divinos ademanos.

GARCERAN.

¡Ay, Marin! qué mal agüero!

MARIN.

¿Agüero?

GARCERAN.

Llorar el sol,

¿Es poco?

MARIN.

A fe de español,  
Que eres lindo majadero.  
(Vase Garceran.)

### ESCENA VIII.

MARIN.

Amor, ¿en qué han de parar  
Tus enredos y quimeras?  
Ya, Tórnes, en tus riberas  
Otra vez vuelvo á estudiar.  
Vesme aqui de licenciado,  
Siempre pensando en latin,  
Habiendo sido un rocin  
Los pienso de mi cuidado.

Y dícame Garceran  
Que aproveche el tiempo así,  
Y estéle perdiendo aqui,  
Donde mil penas le dan.  
¡Ay Valencia de mis ojos!  
¡Ay plaza de la Olivera!  
¿Quién por el aire te viera,  
Para templar sus enojos?

### ESCENA IX.

RISELO, GERARDO, LUCINDO. —  
MARIN.

RISELO.

En tu busca venimos.

MARIN.

¿Quién os dijo  
Que estaba por acá?

GERARDO.

Las amistades  
Que en esta casa á ti y á tu sobrino  
Os hacen con regalos tan notables.

MARIN.

Pues ¿qué se ofrece?

RISELO.

Holgarnos esta noche,  
Porque el señor Lucindo es grande ami-  
Y tiene prevenido gira y cena. [Go,  
LUCINDO.

Dícenme del honor, donaire y gusto  
Del señor licenciado Juan Vicario  
Tantas cosas aquestos caballeros,  
Que quiero conocerle. Toque.

MARIN.

Toco.

RISELO.

Yo digo que la fiesta será buena  
En este modo.

MARIN.

Dé vuarcé la traza.

RISELO.

A la puerta de Toro hay cierta ninfa  
Que se nos hace á todos del Parnaso,  
Y entre las cantaletas y matracas  
Que merecen sus ascos y melindres,  
Me ha parecido que llevando á Pablos  
Vestido de galán, se le dejemos,  
En figura de príncipe reciente  
En la Universidad, á solas.

MARIN.

¡Bueno!

Cuádrame la invencion; pero el vestido  
¿Adónde se ha de hallar?

LUCINDO.

Yo le he traído  
Para de noche, de Sevilla, bacno.

MARIN.

Pues yo voy á sacarle como un trueno.

GERARDO.

¿Dónde le vestiremos?

RISELO.

En mi casa.

MARIN.

Pues no sepa ninguno lo que pasa.

LUCINDO.

¿Qué gracia será ver vestido á Pablos!

MARIN.

La ninfa se ha de dar á treinta diablos.  
(Vanse.)

## ESCENA X.

FULGENCIA, GARCERAN.

GARCERAN.

Pues ¿qué te pudo obligar  
A decirle tu secreto?

FULGENCIA.

Desconfiar; que en efecto  
Causa me pudiste dar.

GARCERAN.

Fíate poco de mí.

FULGENCIA.

Garceran, tardaste un mes,  
Y ya tú has visto después  
Lo que ha pasado por mí.  
Cuando á Celia le conté  
Que te amaba, Garceran,  
Fué agradecida á don Juan  
Por tanta firmeza y fe,  
Y de ti desconfiada;  
Pero luego que veniste,  
Ya mis resistencias viste,  
Y que al fin no estoy casada.

GARCERAN.

¿Casada habías de estar,  
Y vivo yo?

FULGENCIA.

Si la fuerza  
A un desatino me esfuerza,  
¿Podrélo yo remediar?  
Don Juan la palabra pide  
A mi hermano, y él á mi;  
Celia vive mal por mí,  
Y Octavio la boda impide.  
Ya dice que á un monasterio  
Mañana la llevarán.  
¿Qué puedo hacer, Garceran,  
Si mi hermano tiene imperio  
Para casarme y forzarme?

GARCERAN.

¿Agora estamos allí?  
¿Desto me ha servido aquí  
El venir á deshonrarme?  
¿Mas que quieres que me quede  
En el Colegio de veras?  
¿Quién pensara que dijeras  
Que Octavio forzarte puede?  
¿Es eso lo que decías  
En Valencia, castellana,  
Cuando el alma valenciana  
Pensaba yo que tenías?  
¡Mal haya yo, que creí  
Palabras de una mujer,  
Para venir á perder  
La honra y la vida así!  
Bien te dije que temía,  
Y era justo mi temor;  
Que traías el amor,  
Fulgencia, á tierra muy fría.  
Allá amaste en tiempo breve;  
Pero acá, para mi mal,  
Volviste á tu natural,  
Y está cubierto de nieve.  
¿Bueno quedará sin ti  
Y con aquestas colores,  
Ya de vergüenza mayores,  
De ver que el honor perdiste!  
Yo tomé propia figura  
De lo que he venido á ser;  
Que tal es quien por mujer  
La vida y honra aventura.  
¿Qué no he pasado por ti?  
Que á ser tú cielo, Fulgencia,  
Ganara por penitencia  
Lo que por Luzbel perdí.  
¿Cuántas noches he dormido  
Destá suerte en una tabla,

En los ecos de tu habla  
Dulcemente divertido!  
Cuántas descomodidades  
De estudiantes descortes  
He padecido en dos meses,  
Sufriendo tantas crueldades!  
El picarme cada día,  
A que apenas respondí...  
Pero estábalo de ti,  
Y de nadie lo sentía.  
Agora, ¡muy tibia sales  
Con que te quieren forzar,  
Y á un caballero dejar  
Estas infames señales  
De tu crueldad! Pues, Fulgencia,  
Con mi lengua he de morir;  
Lo que soy he de decir  
Antes que vuelva á Valencia.  
Aquí te dejo el vestido,  
Aunque el engaño no dejo,  
Como culebra el pellejo  
Entre dos piedras metido,  
De alma y condición tan dura.  
—Octavio, Celia, don Juan, (A voces.)  
Oid; yo soy Garceran.

FULGENCIA.

¡Hay tan extraña locura!  
No te desnudes. ¿Qué es esto?

GARCERAN.

Garceran soy.

FULGENCIA.

Vuelve en ti.

GARCERAN.

Garceran soy.

FULGENCIA.

¡Ay de mí!

Que vlenen. Vístete presto;  
Que mi palabra te doy  
De ser tuya hasta la muerte,  
Y que fué probarte advierte.

GARCERAN.

¿Probarme? Vestido estoy.

## ESCENA XI.

OCTAVIO. — DICHOS.

OCTAVIO.

¿Quién daba voces aquí,  
Llamándose Garceran?

FULGENCIA.

Aquí los que ves están.  
Yo estoy quejosa de ti.

OCTAVIO.

¿De mí? ¿Por qué?

FULGENCIA.

Porque has dado

En creer á tu mujer,  
Que desde Adán viene á ser  
A todo el mundo vedado.  
Las voces que daba aquí  
Es decir que Garceran  
Dice que fué mi galán.

GARCERAN.

Y yo, cuando las oí,  
Dije que era yo también;  
Y lo digo, y es verdad;  
Que andando por la ciudad,  
Aunque me ven, no me ven.  
Garceran soy, aunque os pese.  
¿No soy yo vuestro galán?  
Luego yo soy Garceran.

OCTAVIO.

Fulgencia, tu engaño cese.  
O con don Juan, mi cuñado,  
Has de amanecer casada,  
O dar causa mas honrada  
Que hasta aquí á los tres has dado.

Sin esto, me has de firmar  
Dos cartas para Valencia.

GARCERAN.

Bien dice su reverencia;  
Y yo las he de llevar.

OCTAVIO.

En ellas has de decir  
Que á Garceran aborreces.

GARCERAN.

¿Mas que os doy pan como nueces  
Si tal la haceis escribir?

FULGENCIA.

Yo haré cuanto tú quisieres;  
No me digas vituperios;  
Que por eso hay monasterios  
Para amparar las mujeres.  
Y yo me sabré vengar  
De Celia y de ti.

(Vase.)

OCTAVIO.

No importa;

Que á la larga ó á la corta  
Con don Juan te has de casar.

GARCERAN.

¡Malos años para vos!  
Que se ha de casar conmigo.

## ESCENA XII.

RODRIGO. — GARCERAN, OCTAVIO.

RODRIGO.

¿Está aquí Octavio?

OCTAVIO.

Rodrigo,

¿Qué quieres?

GARCERAN.

¿Qué es esto? ¡Ay Dios!

RODRIGO.

Este papel que te diese  
Me dió mi señor don Juan.

GARCERAN.

¿Escriben, y en casa están?

RODRIGO.

No me dijo que volviese  
Con la respuesta.

OCTAVIO.

Pues véte.

(Vase Rodrigo.)

Quejas serán.

GARCERAN.

Es sin duda.

(Ap. Dice que á la puente acuda.)

OCTAVIO.

¡Breve y saugriento billete!  
Pues ¿don Juan me desafia?  
Parentesco y amistad  
¿Permiten tanta crueldad?  
Pues ni por su valentía  
Ni por su razon, Octavio  
Quedará en mala opinion.  
Pésame que ya no son  
Las once.

GARCERAN.

Haced como sabio,

Si acaso estáis de pendencia,  
Y caláis las once mil.

OCTAVIO.

¡Oh hermana! Oh Fulgencia vil!

¡Nunca fueras á Valencia! (Vase.)

GARCERAN.

Concertóse el desafío;  
Que es honrado caballero.



## ESCENA XIII.

MARIN. — GARCERAN.

MARIN.

Mas há de un hora que espero  
Para hablarte, dueño mio.

GARCERAN.

¿Has buscado con cuidado  
El vestido?

MARIN.

El se ha venido.

GARCERAN.

Pues ¿de qué manera ha sido?

MARIN.

Cuatro amigos me han rogado  
Que te dejase vestir  
Para burlar una dama;  
Que hay una cena de fama.

GARCERAN.

No estoy yo para reír.

MARIN.

¿Qué tenemos? ¿Hay maretá?

GARCERAN.

Y aun fortuna habrá, Marin.

MARIN.

¿Anda á la orilla el dellín,  
O qué viento la inquieta?

GARCERAN.

El mas cruel huracan  
Que sus ondas levantó  
A las estrellas.

MARIN.

Pues yo

Piloto soy, Garceran.

GARCERAN.

Oye la historia. Mas, vén;  
Sábrala por el camino.

MARIN.

Si no hay maretá de vino,  
No puede parar en bien.

(Vanse.)

## ESCENA XIV.

CELIA, FULGENCIA.

FULGENCIA.

Muy necia, Celia, anduviste,  
Y muy cuñada conmigo.

CELIA.

Yo usé, Fulgencia, contigo  
Lo mismo que tú quisiste.

Pues nada te pregunté  
De lo que á tu boca oí,  
¿Por qué te quejas de mi  
Si el secreto no guardé?  
Cuando tú, desconfiada  
De ver mas á Garceran,  
Me dijiste que á don Juan  
Estabas mas inclinada,  
¿Cómo no echaste de ver  
Que te podías mudar,  
Y él volverte á conquistar,  
Como ya debe de ser?  
Si ya por cartas estás  
En los amores pasados,  
Y por dicha concertados,  
Y de secreto os casáis,  
¿Qué ofensa te pude hacer?

FULGENCIA.

Celia, no te culpo en nada,  
Porque añadiste cuñada  
A condición de mujer.  
Desengañaros podeis  
Tu y don Juan que Garceran

Es mi esposo, y no galán,  
Como vosotros le haceis.  
Y háceme ser atrevida  
Lo que conmigo lo estáis.  
Y ver que los tres me dáis  
Tan cruel y áspera vida,  
Que sois del alma enemigos  
Mas fuertes que ella los tiene.  
Octavio á ser mundo viene,  
Lleno de falsos amigos;  
Tú, la carne, que manida  
Por la sangre de tu hermano,  
Me tientas que dé la mano  
A una mano aborrecida;  
Pues si el demonio es don Juan,  
Las obras mira.

CELIA.

Ya tarda

De llegar tu ángel de guarda.  
Venga el señor Garceran,  
Y librete de nosotros.

FULGENCIA.

Pues si vendrá; que alas tiene.

CELIA.

Justo castigo me viene  
De emparentar con vosotros,  
Locos, necios, ignorantes.

FULGENCIA.

Quedo, Celia, poco á poco.

CELIA.

Don Juan en darme fué loco  
A villanos semejantes.

FULGENCIA.

Sé que eres necia en extremo,  
Y no quiero responder.

CELIA.

Soy de tu hermano mujer,  
Y ninguna lengua temo,  
Ni me quiere Garceran.

FULGENCIA.

Confieso que sois mas buenos,  
Por mi honor; pero á lo menos  
No ha de gozarme don Juan.

(Vanse.)

—

Calle.

## ESCENA XV.

RISELO, GERARDO, LUCINDO, MARIN; GARCERAN, muy bizarro, con capa, espada y broquel; LOS MÚSICOS, con instrumentos.

RISELO.

Por Dios, que vestido Pablos,  
No pudiera conocerlo  
Ningun hombre en Salamanca.

GARCERAN.

¿A la fe que vengo bueno!  
No me lo quiten, señores,  
Hasta hacer mi casamiento.

GERARDO.

¡Luego tú ¿quieres casarte?

GARCERAN.

Y concertado lo tengo;  
Sino que se mete agora  
El demonio de por medio,  
Y no sé en qué ha de parar.

RISELO.

Ahora bien, dejemos esto,  
Y demos con él en casa  
De Teodora.

LUCINDO.

¡Bravo cuento

Para mañana en escuelas!

GERARDO.

Para Teodora es muy presto;  
Porque andarán sus galanes  
Por su calle á sotaviento,  
Y es menester hacer hora  
Porque no erremos el juego.

MARIN.

Pienso que en el Tabladillo  
Algunos nos conocieron,  
Y que nos siguen á longe.

RISELO.

Dalles, si llegan á vernos,  
Seis pares de cuchilladas.  
Pablos, ¿serás para ello?

GARCERAN.

¡Pesía tal! Juro á mi sayo  
Que si le mondo el hollejo,  
Que no hay en treinta estoriantes,  
Para que corte, y se cuezo.

MARIN.

No sabemos qué hora es.  
¿Hay quien conozca del cielo?

LUCINDO.

Por allí he visto á Saturno.

RISELO.

Dadle al diablo; que es un puerco,  
Mortifero y desabrido;  
Porque *si nascitur foetus*  
*Ipsa dominante*, ó muere,  
O vive falto y contrechó.  
Naciendo en el mes octavo,  
Morir las criaturas vemos,  
Porque allí reina Saturno,  
Y vivir en el seteno.

LUCINDO.

Yo con Júpiter nací,  
Que mis nueve meses tengo.  
¿Vos, Pablos?

GARCERAN.

No sé, par Dios;

Que solamente me acuerdo  
De que mi madre y la burra  
Parieron á un mismo tiempo,  
Y muriéndose mi madre,  
A la burra me pusieron,  
De cuya leche salí  
Con aqueste entendimiento.

GERARDO.

La hora se ha de saber  
Por el norte.

RISELO.

Allí esta Vénus,  
*Temperans Martis militiam*  
Con su femenino aspecto.  
Es parainfo del sol,  
Llamase á las tardes Héspero,  
Como lo dijo Virgilio  
En sus bucólicos versos:  
*Ite domum saturae, venit*  
*Hesperus, ite capellae.*

GARCERAN. (Ap. á Mariu.)

¡Oh, si me pudiese ir,  
Mientras se divierten estos,  
Al plazo del desafío!

MARIN.

Quiero para entretenerlos  
(Ap. á Garceran.)

Esforzar lo que comienzan.—  
Dime, estudioso Riseló,  
Ya que del cielo tratamos,  
¿Cuál es la causa que vemos,  
Cuántas naciones se saben,  
Tantos ingenios diversos?  
¿Es el cielo el que lo causa?

RISELO.

Las influencias del cielo

Vencen los hombres, ni hay patria  
 Donde algun sabio no hallemos.  
 Mira en la Scitia á Anacáris,  
 Plinio reliere unos versos  
 En sus epistolas, tales,  
 Que como el escultor diestro  
 Hace de cera una imagen  
 Formándola con los dedos,  
 Así las artes con docta  
 Mano forman los ingenios.  
 La razon, dentro del hombre,  
 Como lo dijo Galeno,  
*De usu partium, libro primo,*  
 Comprehende los sujetos  
 De las artes; lo que dijo  
 Julio Firmico no creo,  
 Porque fué por alabar  
 Sus astrólogos efetos,  
 Dándoles á los planetas  
 Las causas de los sucesos.  
 Pero si quisierdes ver  
 De mil naciones y pueblos  
 La calidad, y en España  
 La condicion que tenemos,  
 Del uso de astrología  
 Leerás á Levinio Lemnio.  
*(Durante esta relacion se ha escapado Garceran sin que le vean.)*

GERARDO.

Si nos salimos á holgar,  
 ¿Para qué hablamos en esto?  
 Lleve el diablo á los astrólogos,  
 Y á mí, si á ninguno creo.  
 Pablos, Pablos, ¿creéislo vos?

LUCINDO.

¡Ah, Pablos! ¿Qué es dél? ¿Qué es esto?

RISELO.

¿Dónde está vuestro sobrino?

MARIN.

¡Vive Dios, que no le veo!

RISELO.

Pues ¿cómo se pudo ir?

MARIN.

¿Mas que se volvió al Colegio  
 Porque le viese el Retor?

GERARDO.

Ello fué descuido nuestro,  
 Por hablar en disparates.

LUCINDO.

¡Por Dios, que sería muy bueno  
 Topar quien le desnudase!  
 Que ningún vestido tengo  
 Que estime como el que lleva.

GERARDO.

Vamos á buscarle presto.

MARIN.

Sin duda al Colegio es ido.

LUCINDO.

Nunca ha sucedido menos  
 A quien las estrellas mira,  
 Y se descuida del suelo.

(Vanse.)

Entrada al puente.

## ESCENA XVI.

GARCCERAN, con una mascarilla de  
 tafetan negro, levantada sobre la  
 falda del sombrero.

GARCCERAN.

Esta es la puente del Tórme  
 Y la hora concertada;  
 Que ella y mi fortuna airada  
 Parece que andan conformes.  
 Extremada soledad  
 Para honrados caballeros,

Si han probado sus aceros  
 La mayor dificultad.  
 Mas no pienso que han venido;  
 Porque mi mucho cuidado  
 Me ha traído anticipado  
 Aunque el menos ofendido.  
 Con aqueste tafetan  
 Haré mucho en andar bien;  
 Que si los ojos no ven...  
 Pero ¿si es este don Juan?  
 El es sin duda.

## ESCENA XVII.

DON JUAN.—GARCCERAN.

DON JUAN.

(Ap. No ha sido

Octavio muy perezoso.  
 Siendo cual soy el quejoso,  
 Pues que primero ha venido.  
 Es principal caballero,  
 Y habrá sentido el papel.  
 Bien será acercarme á él.  
 Y hablarle en esto primero.)  
 ¿Es Octavio?

GARCCERAN.

No, don Juan.

DON JUAN.

¿Cómo no? Pues ¿qué es aquesto?

GARCCERAN.

Un hombre que ocupa el puesto.

DON JUAN.

Y ¿quién es?

GARCCERAN.

Soy Garceran.

DON JUAN.

¿Garceran?

GARCCERAN.

El mismo soy,

Que de Valencia he venido.

DON JUAN.

Si de Octavio habeis sabido  
 Lo que concertamos hoy,  
 Ha sido término injusto.

GARCCERAN.

A mí no me ha dicho nada;  
 Que yo estaba en mi posada  
 Y supe vuestro disgusto,  
 Y quise ganar á Octavio  
 Por la mano, pues por mí  
 Le desafiáis aquí,  
 Y satisfacer mi agravio.

DON JUAN.

Luego ¿Tristan me ha vendido?

GARCCERAN.

Yo no conozco á Tristan.

DON JUAN.

¿Que estáis aquí, Garceran?

GARCCERAN.

Y de Fulgencia marido.

DON JUAN.

¿Marido sois de Fulgencia?

GARCCERAN.

Ella lo dirá por mí;  
 Que á este efecto la serví  
 Desde que vino á Valencia.

DON JUAN.

¿Quereis desembazar?

GARCCERAN.

Yo me holgara de poder.

DON JUAN.

Luego ¿no os tengo de ver?

GARCCERAN.

Cuando me dejéis casar.

DON JUAN.

¿Qué era vuestro intento aquí?

GARCCERAN.

Matarme con vos primero  
 Que llegue Octavio.

DON JUAN.

Yo espero

Á Octavio.

GARCCERAN.

Matadle en mí.

DON JUAN.

¿Para qué, si estáis casado  
 Desde Valencia, y Fulgencia  
 Os trujo á vos de Valencia?

GARCCERAN.

Vos sois caballero honrado;  
 Y como yo os conociera,  
 Tanto respeto os guardara,  
 Que á cualquier hombre matara  
 Que en Valencia la quisiera.  
 No lo supe; ya me quise,  
 Ya con ella me casé.

DON JUAN.

Que yo no os la quitaré,  
 Desde este punto os aviso;  
 Y por ese buen respeto  
 Y la razon que teneis,  
 Cuando descubierta estéis,  
 Solicitarla os prometo,  
 Y teneros por amigo.

GARCCERAN.

¿Daisme esa palabra?

DON JUAN.

Si.

GARCCERAN.

¿Cumpliréisla?

DON JUAN.

No la di

Jamás, el cielo es testigo,  
 Que no la cumpliese.

GARCCERAN.

Adios.

DON JUAN.

Pues ¿dónde vais?

GARCCERAN.

A Valencia.

DON JUAN.

Luego ¿dejais á Fulgencia?

GARCCERAN.

No; que habemos de ir los dos. *(Vase.)*

DON JUAN.

¿Hay suceso tan extraño?

¿Es hombre, es fantasma, es sombra?

Pues ya se declara y nombra,

¿Para qué dura mi engaño?

Si Fulgencia se ha casado,

¿Por qué Octavio me entretiene?

Un hombre á la puente viene.

## ESCENA XVIII.

OCTAVIO.—DON JUAN.

OCTAVIO.

Perdonadme si he tardado;  
 Que voces de vuestra hermana  
 Con Fulgencia me han tenido  
 Casi fuera de sentido.

DON JUAN.

Si cuando yo esta mañana

Os escribí aquel papel

Supiera vuestras quimeras,

No tomara tan de veras

Las quejas que puse en él.

Encubris á Garceran

En vuestra casa, casado,

Que aquí ha venido, embozado

El rostro de un tafetan;

Contaisle mi desafío,

Y por eso os deteneis;

Y agora, que ya le veis  
Desotra parte del río.  
¿Venís de nuevo á engañarme!

OCTAVIO.

Yo no sé lo que decís;  
Y con la espada venís,  
No con la lengua, á matarme.  
Ni conozco á Garceran.  
Ni sé mas de que mi hermana  
Habló en él esta mañana.  
Y esta es la verdad, don Juan:  
Y porque somos cuñados  
No me arrojo á un desatino.

DON JUAN.

Pues digo otra vez que vino.  
Con los ojos embozados,  
Para matarse conmigo  
Garceran.

OCTAVIO.

Bien puede ser:  
Mas no que pudo tener  
Conocimiento conmigo;  
Porque quien esto dijere...

DON JUAN.

Verdad es que él lo negó,  
Preguntádoselo yo;  
Pero dice que le quiere  
Fulgencia, y que es su marido  
Desde que estuvo en Valencia.

OCTAVIO.

Si Garceran, por Fulgencia  
En Salamanca escondido,  
Sabe todo lo que pasa  
Y ella misma se lo cuenta.  
Léjos estoy de su afrenta  
Ni de saber que se casa.

DON JUAN.

Veo que teneis razon;  
Y pues ya sabeis de mí  
Que Garceran está aquí,  
Y que los conciertos son  
Dar hermana por hermana,  
Vuélvase la espada pluma.

OCTAVIO.

¿Pleito?

DON JUAN.

Sí.

OCTAVIO.

Nadie presume  
Que su justicia es tan llana.

DON JUAN.

Entre tanto no tendréis  
A Celia.

OCTAVIO.

¿En eso os vengais?

DON JUAN.

Lo mismo que me quitais,  
Eso mismo sentireis.

OCTAVIO.

¿Soy culpado?

DON JUAN.

No os condena  
La culpa; mas no os disculpa  
Ser de Fulgencia la culpa,  
Para no sufrir la pena.

(Vanse.)

Sala en casa de Octavio.

## ESCENA XIX.

FULGENCIA, MARIN; después, GAR-  
CERAN.

MARIN.

¿Qué puede haber sucedido,  
Pues que ninguno parece?

FULGENCIA.

Mi bien tarda, y amanece.

MARIN.

¿Nunca le diera el vestido!  
¿Si se han muerto él y don Juan?

FULGENCIA.

Lo que es mal siempre es lo cierto.

(Sale Garceran.)

GARCERAN.

Garceran vive, no es muerto.

FULGENCIA.

Señor mío, ¿tan galán!

GARCERAN.

¿Parézcoos mejor así?

FULGENCIA.

Lo que sois me pareceis.  
¿Qué noche dado me habeis!

GARCERAN.

Vos amanecéis en mí,  
Como el alba entre las flores.

FULGENCIA.

¿Qué hay de Octavio y de don Juan?

GARCERAN.

Ya sospecho que vendrán  
De sí mismos vencedores;  
Que yo dispuse el suceso  
Para aplacarlos así.  
Primero que entrambos fui,  
Con otro intento, os confieso;  
Pero sucedió mejor.

FULGENCIA.

Luego ¿ya los dos sabrán  
Que estás aquí, Garceran?

MARIN.

Necio has andado, Señor.

GARCERAN.

¿Qué quieres? Cánsame el traje,  
Y el Colegio está mohino  
De lo poco que me inclino,  
Como no sabe mi ultraje,  
A asistir y estar en él:

Sin esto, al bien que deseo  
Me parece que es rodeo,  
Y que nunca llevo á él.  
Determinate, bien mío,  
A ser tú loca por mí,  
Pues yo lo he sido por tí  
Al aire, al calor y al frío.  
Venite conmigo á Valencia,  
Haz una hazaña de amor.

FULGENCIA.

Temo...

GARCERAN.

¿Qué temes?

FULGENCIA.

Mi honor.

GARCERAN.

No tienes amor, Fulgencia.

MARIN.

Ea, Señora, ¿qué aguardas?  
Si á este loco quieres bien,  
A Valencia vamos: vén;  
Que no hay mar, montes ni guardas.  
Desde aquí á Madrid habrá  
Lindas posadas secretas:  
Que yo conozco las tretas  
Con que en el mundo se va.  
Desde Madrid á Toledo,  
Dulce cosa, tierra mansa:  
Pues desde Toledo á Almansa  
¿Qué puede ponerte miedo?  
Pues en entrando en *ma terra*,  
¡Cap de llus! als bordecats,  
*Borinots castellanats*,  
*Nafralles la gatta esquerra*.  
Casarás,te, habrá sarao,

Haránte mi, epigramas,  
Visitaránte las damas,  
Irémos al Puche, al Grao,  
Bañarás en alguarrós,  
Y mas limpia que un jazmin,  
Serás valenciana, en fin.

FULGENCIA.

¿Ay, Marin, ¿pluguiera á Dio

## ESCENA XX.

CELIA.—Dicho

CELIA.

¿Tan pronto te has levantado

MARIN.

Huye, Señor.

GARCERAN.

Ya me voy.

CELIA.

¿Qué es esto?

FULGENCIA.

Aqui hablando con

Con el señor licenciado.

Que sus estudios me cuenta.

MARIN.

Como digo, estoy opuesto  
A una cátedra.

FULGENCIA.

¿Tan presto?

CELIA. (Ap.)

¿Hombre aquí! No me contes

MARIN.

¿Deso poco te alborotas?  
Con exceso se la llevo  
De lo añejo á lo que es nuevo  
Por mas de cuarenta botas.  
Mi leccion de oposicion  
Tiene á Salamanca loca.

## ESCENA XXI

DON JUAN, OCTAVIO, TRISTAN —  
FULGENCIA, CELIA, MARIN

DON JUAN.

Puesto que la causa es poca  
Grandes los efectos son.

TRISTAN.

¿Ya tan de mañana están  
Estas damas levantadas?

OCTAVIO.

Andan desasogadas  
De nuestras cosas, Tristan

TRISTAN.

Grande merced me habeis  
En llamarme.

DON JUAN.

Tu prudencia

Lo merece.

OCTAVIO.

Di, Fulgencia.

¿Cómo con tan falso pecho  
Encubres á Garceran,  
Y tienes atrevimiento  
De tratar su casamiento  
Y despreciar á don Juan?  
¿Vive Dios, que si no fuer  
Por ser en esta ciudad  
Fábula, que una crueldad  
Con tu desatino hiciera!  
¿Tú eres mi hermana?

DON JUAN.

No asustes

Que hagas demostracione  
Octavio, con tus razones  
De pecho enojado y fiero.  
A Celia me he de llevar;  
Tristan depósito sea.



OCTAVIO.

¡Ay, don Juan, que lo vea.  
 ¡Ay, don Juan, que lo vea!

DON JUAN.

¿Cumplido el concierto:  
 ¿Cumplidos de Garceran?

OCTAVIO.

¿Cumplido de ti, don Juan.  
 ¿Cumplido descubierta:  
 ¿Cumplido ahora, y en la puente,  
 ¿Cumplido ser ilusión.

DON JUAN.

¿Cumplidos verdades son.

CELIA.

¿Cumplido esta presente:  
 ¿Cumplido que lle aquí  
 ¿Cumplidos plumas y galas.

OCTAVIO. (A Fulgencia.)

¿Cumplido a Circe igualas.  
 ¿Cumplidos tienes? Di.  
 ¿Cumplidos ojos! que te mate.

FULGENCIA.

¿Cumplido te hombre hablé.

MARIN.

¿Cumplido ahora: a la fe  
 ¿Cumplidos demás disparate.

CELIA.

¿Cumplido nuestro no le vi.  
 ¿Cumplidos Garceran.  
 ¿Cumplidos como galan.

## ESCENA XXII.

GARCERAN, en hábito del bobo, como  
 antes. — Dichos.

GARCERAN.

(¡Ay, don Juan se trata de mí.)  
 ¿Cumplidos machos! ¿Que es esto?  
 ¿Cumplidos mañana os juntáis?  
 ¿Cumplidos mueroz concertais,  
 ¿Cumplidos sacadle presto.  
 ¿Cumplidos un convidado?

DON JUAN.

Si, Pablo: un Garceran.

GARCERAN.

¿Cumplidos por Dios, don Juan.  
 ¿Cumplidos cual veis, disfrazado.  
 ¿Cumplidos le digo a Octavio  
 ¿Cumplidos Fulgencia me de:  
 ¿Cumplidos bobo, yo sabre  
 ¿Cumplidos graz vuestro agravio.

OCTAVIO.

¿Cumplidos Fulgencia, declara  
 ¿Cumplidos y en esto al momento.  
 ¿Cumplidos la Garceran?

FULGENCIA.

¿Cumplidos llegue a los cielos  
 ¿Cumplidos tierra se abra  
 ¿Cumplidos en su centro  
 ¿Cumplidos más que este bobo.  
 ¿Cumplidos no otro quiero.  
 ¿Cumplidos no habre jamas  
 ¿Cumplidos casamiento.  
 ¿Cumplidos entretengo aquí...  
 ¿Cumplidos load que me entretengo  
 ¿Cumplidos sde que vine.  
 ¿Cumplidos requiebros?

GARCERAN.

¿Cumplidos para y no revienta,  
 ¿Cumplidos todos creerlo.  
 ¿Cumplidos la verdad.  
 ¿Cumplidos bien yo la tengo  
 ¿Cumplidos de mi mujer.  
 ¿Cumplidos lo que padezco  
 ¿Cumplidos una vez la vi  
 ¿Cumplidos un pastelero.

La mas hermosa serrana  
 De la Sagra de Toledo.  
 Por quien amor fuera mulo  
 De mejor gana que cesto.

OCTAVIO.

No es tiempo de desatinos.

GARCERAN.

Si yo atinara al remedio.  
 No fuera desatinado.

TRISTAN.

Señores, alguno demos:  
 Que no es razon que esto pase  
 Entre tales caballeros.

DON JUAN.

El medio es llevarme a Celia.

OCTAVIO.

Si yo sin la vida quedo.

GARCERAN.

Tate, tate, borrachones:  
 Tate, tate, majaderos:  
 Que helo, helo por do viene  
 Garceran con un recuero:  
 La barba trae crecida  
 Y el sayo con mil remiendos.

FULGENCIA.

Don Juan, ¿por que a Celia llevas?

DON JUAN.

Porque fué nuestro concierto  
 Que tu fueses mi mujer.

FULGENCIA.

¿Y si ya no puedo serlo?

DON JUAN.

Eso aguardo de tu boca:  
 Y anoche, si bien me acuerdo,  
 Bije a Garceran (ese hombre  
 Que ya se llama tu dueño,  
 Por verle tan comedido.  
 Tan galan y tan discreto,  
 Que me dijo que si acaso  
 Entendiera mis deseos,  
 No solo no te quisiera,  
 Mas que al mas amigo y deudo  
 Matara si lo intentara)  
 Que a su justo casamiento  
 Ayudaria aquel dia  
 Que le viese descubierta.

TRISTAN.

Esperad una palabra.

GARCERAN.

Oigan al señor Barrego.  
 Para su alcaldada aquí.

TRISTAN.

Fulgencia, ¿en que topa esto?  
 Garceran ¿es hombre noble?

FULGENCIA.

Tan noble, que sé muy cierto  
 Que con ser Valencia ilustre  
 En antiguos caballeros.  
 Ninguno mas limpia sangre.

GARCERAN.

Para menudo era bueno.

TRISTAN.

Pues ¿qué falta a Garceran?

FULGENCIA.

Ventura.

TRISTAN.

Y ¿qué mas?

FULGENCIA.

Dinero

GARCERAN.

Por esa fatilla sola  
 Hay en el mundo escuderos,  
 Dueñas, pajes y lacayos.  
 Oficiales y hombres buenos.  
 Y poetas hay tambien;

Que a mí me dijo un discreto  
 Que nacieron los poetas  
 De la falta del dinero.

TRISTAN.

Pues si es noble, aunque sea pobre,  
 ¿Qué importa? Demos un medio.  
 Pues don Juan dió su palabra  
 Para aqueste casamiento.  
 Y con buen gusto de Octavio  
 Ire a buscarlo y traerlo.

OCTAVIO.

Por mí, si gusta don Juan.  
 A serle amigo me ofrezco.

DON JUAN.

Yo, que lo consiento digo.

GARCERAN.

Pues alto, cásenme luego.

CELIA.

Desviate, bestia, alla.

GARCERAN.

Calla vos, urraca en zuecos:  
 Que yo he de ser Garceran,  
 Si ninguno quiere serlo.

TRISTAN.

Di, Fulgencia, donde está,  
 Y acabense estos enredos.

FULGENCIA.

Veisle ahí.

OCTAVIO.

¿Quien? ¿Pablos?

GARCERAN.

Si:

Yo, que ya lo digo en seso.  
 Garceran soy, veisme aquí.  
 Y el que anoche los aceros  
 Quiso sacar con don Juan.  
 Vj en Valencia el bien que espero,  
 Con vuestro gusto, este día:  
 Quitáronme tan presto,  
 Que con desesperacion.  
 Loco le vine siguiendo.  
 Parecíame disfrazarme  
 Por poder hallar mi centro:  
 Díjeme el Colegio esta ropa.  
 Y el amor me dió el consejo.  
 ¿Qué respondeis?

DON JUAN.

Que sea suya

Por muchos años y buenos.

GARCERAN.

Dame, Señora, esos brazos.  
 Pues sabes que los merezco.

FULGENCIA.

¿Qué me cuestras, Garceran!

GARCERAN.

Ninguna cosa te debo.

MARIN.

Conózcanme a mí, señores.

OCTAVIO.

¿Eres caballero?

MARIN.

Menos.

OCTAVIO.

Pues ¿quién?

MARIN.

Cerca de caballo:

Tan cerca, que con el pecho  
 Suele tocar mis espaldas.

OCTAVIO.

¿Lacayo?

MARIN.

De medio a medio.

Esto hice por mi amo.

GARCERAN.

Mi hacienda tendras en premio.  
 Porque demos con mis bodas  
 Fin al Bobo del Colegio.



# LA NOCHE TOLEDANA.

## PERSONAS.

FLORENCIO.  
BELTRAN.  
JULIO.  
UN HUÉSPED ó MESONERO.  
EL CAPITAN ACEBEDO.  
EL ALFÉREZ CARRILLO.

LUCINDO.  
RISELO.  
GERARDA.  
LUCRECIA.  
CELIO, *su criado*.  
LISENA.

AURELIO.  
BELARDO.  
FINEO, *caballero*.  
TORIBIO.  
UN ESCRIBANO.  
DOS ALGUACILES. — GENTE.

*La escena es en Toledo*

## ACTO PRIMERO.

Sala ó patio de un meson.

### ESCENA PRIMERA.

FLORENCIO, BELTRAN, JULIO.

FLORENCIO.  
Veré la iglesia mayor.  
BELTRAN.  
Pues quitate las espuelas.  
FLORENCIO.  
Si es que importa, quitárlas;  
Si no, paréceme error.  
Pues habemos de pasar  
A dormir aquesta noche  
A Illescas.

BELTRAN.  
Hoy se va un coche,  
Que el sol le puede envidiar  
Para salir en su oriente.  
Después que el otro quebró  
Faeton, cuando no llegó  
Con su carrera á occidente.

FLORENCIO.  
De damas debe de ser.

BELTRAN.  
Y hermosas, á fe de hidalgo.  
Si yo tengo voto en algo  
Desto que llaman mujer.

FLORENCIO.  
Tu voto en esta materia  
No es para feas ni hermosas:  
Siempre hablas de sus cosas  
Conforme te va en la feria.  
¿Estaban ya de camino?

BELTRAN.  
Del coche las vi apear.

FLORENCIO.  
¿Sabes tú de qué lugar  
El coche á Toledo vino?

BELTRAN.  
Un meson mas adelante  
Deste, presumo que están.

FLORENCIO.  
Pues vaya Julio, Beltran,  
Si te parece importante,  
Y sepa dónde caminan;  
Porque si á Madrid se van,  
Conversación llevarán,  
Si á conversacion se inclinan

BELTRAN.  
Vé, Julio, y con discrecion...  
JULIO.  
Voy con la que á ti te sobra. (Vase.)

### ESCENA II.

FLORENCIO, BELTRAN.

FLORENCIO.  
Mi soledad fuerzas cobra,  
No habiendo conversacion;  
Que en dejándome, Beltran,  
Entra Granada y su historia  
A hacer mártir la memoria  
Donde mis celos están.

BELTRAN.  
¿Tenemos ya tabarreras?  
¿Agora quieres volver  
A memorias de mujer,  
Causa de tantas quimeras?  
Dala al diablo treinta veces;  
Que así nos puso á los dos,  
Que aun aqui temo, por Dios,  
El rigor de los juéces.

FLORENCIO.  
El mio me da mas pena  
Que la herida de aquel hombre.

BELTRAN.  
¿A quién habrá que no asomibre  
Tu fe, de fealdades llena?  
¿Con mujer que te obligó  
A celos y á cuchilladas  
Tienes fe! Bien empleadas  
Fueran en ti; que en él no.  
Atiende con mas concierto,  
Florencio, en este lugar;  
Que por dicha puede estar  
Aquel caballero muerto;  
Y que cuando no lo esté,  
No es negocio un desafío  
Que se ha de quedar tan frio,  
Aunque tan honrado fué;  
Porque la Chancilleria  
No sufre burlas allá.

FLORENCIO.  
Si muerto ó si vivo está,  
Ya fué, Beltran, suerte mia.  
¿Cómo haré que el corazon  
Rompa la estampa que impresa  
Tiene amor?

BELTRAN.  
Con darte priesa  
A no perder ocasion.  
¿Es posible que en seis años  
De amistad no has aprendido

Una licion para olvido  
Ni una treta para engaños?  
Es posible que no ves  
De la manera que llego  
A jugar de amor el juego,  
Con mas alas en los pies  
Que le pintan á Mercurio,  
Y con mas llave en la mano  
Que estaba el templo de Jano?

FLORENCIO.  
A mi condicion injurio  
Cuando no guardo lealtad,  
Beltran, á cualquier mujer.

BELTRAN.  
Dellas querrás aprender,  
Que tratan siempre verdad.  
¿Oh cuitado moscatel!

FLORENCIO.  
¿Es falta de entendimiento  
Ser firme de pensamiento,  
O tener nobleza en él?

BELTRAN.  
Yo soy de amor un fullero;  
Que al juego de los amores,  
Aunque mas le dén favores,  
Siempre gana el lisonjero.  
En baraja desatada  
Que otro primero jugó,  
¿Porque he de perderme yo,  
Ni en la que está cercenada?  
Si la que conmigo juega  
Los encuentros me señala,  
¿Parécete á ti que es gala  
Ser yo su gallina ciega?  
Con fulleras tan taimadas  
Que nos corren como á toros,  
Pues siempre se toman oros,  
Y siempre nos dan espadas,  
Yo, como sé sus derrotas,  
De tal manera he jugado,  
Que tengo en lo tripulado  
Mas de setecientas sotas.

### ESCENA III.

JULIO. — DICHOS.

JULIO.  
A una criada llegué  
De aquellas damas, Señor,  
Que á ver la iglesia mayor  
Iban, si no me engañé,  
Y díjome que á Toledo  
Venian desde Madrid.

BELTRAN.  
Si son de Madrid, el Cid,  
Vive Dios, les tendrá miedo:



Que vienen de soledad<sup>1</sup>,  
Después que el alma faltó  
Que la discrecion le dió,  
El despejo y libertad;  
Y querrán hablar de modo  
Que mataran el primero  
Que topen.

FLORENCIO.

Seguir las quiero

Por darte contento en todo,  
Y para ver de camino  
Esta famosa ciudad.

JULIO.

Las espuelas os quitad.

BELTRAN.

Bien dices, porque imagino  
Que ellas á la iglesia van,  
Y porque es bien que las veas.  
Aunque me pesa que seas  
Sin las espuelas galán.  
Porque siempre el que es discreto  
Se las debiera poner...

FLORENCIO.

¿Espuelas? pues ¿á qué efecto?

BELTRAN.

Y aun dos pares.

FLORENCIO.

Buen decir.

BELTRAN.

Dos, Florencio, ha de llevar,  
Las unas para alcanzar,  
Y las otras para huir.

FLORENCIO.

¿Qué mujer hará favor  
A un hombre tan de camino?

BELTRAN.

Es un sainete divino  
Que llama á tener amor.  
La mujer siempre apetece  
Aquello que se le va,  
Porque lo que en casa está,  
Como á seguro, aborrece.  
¿No has visto un ave enjaulada,  
Que no da tanto contento  
Como la que va en el viento,  
Libre, hermosa y despenada?  
Pues así vienen á ser  
Los hombres ya de camino:  
Porque se van, imagino  
Que los emprenden coger.

FLORENCIO.

Ahora bien... — ¡Huésped!

#### ESCENA IV.

EL HUÉSPED. — Dichos.

HUÉSPED.

Señor...

FLORENCIO.

¿Habrá de comer?

HUÉSPED.

Si habrá.

FLORENCIO.

¿Qué hay ahora?

HUÉSPED.

No hay acá,

Puesto que fuera mejor,  
La costumbre de la tierra  
Donde venis; mas podrémos  
Traer de todo.

FLORENCIO.

¿Qué harémos?

Que quien pregunta no yerra.

BELTRAN.

Estamos hoy sin comer.  
Da un doblón á ese lacayo,  
Y partirá como rayo...

FLORENCIO.

¿Adónde?

BELTRAN.

A Zocodover...

O al rollo de Ecija... y luego  
Comprará un par de capones,  
Pues ya no habrá perdigones;  
Y poniéndolos al fuego,  
Se asarán; y estando asados,  
Comerás en esta tierra.  
Si quien pregunta no yerra.

FLORENCIO.

Donaires tienes cansados.

¿No tengo de preguntar?

BELTRAN.

Pues ¿estamos en la China?

FLORENCIO.

Ahora bien, Julio, camina.

HUÉSPED.

Yo iré con él á comprar.

FLORENCIO.

Merced me haréis.

BELTRAN.

De aquí á un rato  
Volverémos á comer.

FLORENCIO.

¿Que otra mujer voy á ver?

¡Ay Lisena!

BELTRAN.

¡Ay mentecato!  
(Vase.)

—

Calle.

#### ESCENA V.

GERARDA y LUCRECIA, *de camino*,  
*con capotillos y sombreros*; CELIO.

CELIO.

La fiesta se dilató,  
Aunque á todos ha pesado.

GERARDA.

¿La fiesta se ha dilatado?

LUCRECIA.

¿Que no es el miércoles?

CELIO.

No.

GERARDA.

¿Qué pesadumbre se iguala?  
Pues ¿cómo se ha descompuesto?

CELIO.

Dícese que está indispuerto  
Don Pero Lopez de Avala,  
Un gran caballero, hijo  
Del conde de Fuensalida.

LUCRECIA.

Noté pese, por tu vida,  
Que se alargue el regocijo;  
Que me parezca Toledo  
Muy bien, y cuanto se tarda  
La fiesta, tanto, Gerarda,  
Me alegro mas.

GERARDA.

Tengo miedo  
Que sepa nuestra venida  
Aquel loco de Fineo;

No le traiga su deseo  
Donde nuestro gusto impida;  
Que tambien me agrada á mi  
Esta ciudad generosa.

LUCRECIA.

Allí va una dama hermosa.

GERARDA.

Y un hombre gallardo allí.

LUCRECIA.

¡Qué buen manto!

GERARDA.

¡Qué buen aire!

CELIO.

La gallardia advertid.

GERARDA.

Dios te perdone, Madrid,  
¡Qué tuviste de donaire!

CELIO.

Yo sé que aquí pareceis  
Muy bien por lo ballenato,  
Y que en la iglesia gran rato  
Os miraron mas de seis,  
Que me dijeron á mi  
Algunas cosas.

LUCRECIA.

¿De veras?

CELIO.

¡Y cómo!

GERARDA.

Ser forasteras

Lo merece siempre así;  
Que van tras la novedad  
Los hombres con desatino.

LUCRECIA.

Mucha gente de camino  
He visto por la ciudad.

GERARDA.

Todos vienen á la fiesta.

CELIO.

Estos, forasteros son.

#### ESCENA VI.

FLORENCIO, BELTRAN. — Dichos.

FLORENCIO. (A Beltran.)

En las armas y blason  
El milagro manifiesta.

BELTRAN.

La misma Reina del cielo,  
Dando á Alfonso premio honroso  
De su ingenio milagroso  
Y su católico celo,  
Tomó por armas la iglesia.

FLORENCIO.

Con razon prima se llama,  
Mas digna de eterna fama  
Que la maravilla Efesia.  
¿Qué sagrario, qué tesoro,  
Qué reliquias y grandezas!  
Qué de fuentes, qué de piezas,  
Qué de ricas joyas de oro!

BELTRAN. (Aparte á Florencio.)

Quedo; que son estas dos  
Las forasteras gallardas.  
Llega y háblalas; ¿qué aguardas?

FLORENCIO.

Donaire tienes, por Dios.  
¿No hay mas de llegar y entrar,  
Como en casa que se alquila?

BELTRAN.

Ea pues, la lengua afila,  
Corta la pluma de hablar,  
Pon los ojos para ver  
En cierta forma compuestos,

<sup>1</sup> La corte habia pasado á Valladolid.

<sup>2</sup> Falta un verso. Quizá diria:

«Al seguir una mujer.»

Hazme tres ó cuatro gestos,  
Para que pueda escoger.  
Serena el rostro, endereza  
El cuerpo, limpia el zapato.  
Finge vergüenza y recato,  
Volviendo atrás la cabeza,  
Frisa el pelo de la frente,  
Pasa á la barba la mano,  
Y muy tierno y cortesano  
Llega con la voz doliente,  
Y jugando del vocablo,  
Diles alguna razon  
A quien por solo un doblon  
Suelen hablar con el diablo.

FLORENCIO.  
Extraño estás hoy, Beltran.

BELTRAN.  
¡Bien haya mi gusto, amen!  
En pareciéndome bien,  
No miro si soy galán,  
Sino compro, si es mediana,  
Un corte de primavera  
O catalufa ligera,  
Y esto de muy mala gana.  
Envíolo con un paje;  
Y cuando es de lo parejo,  
Envío perdiz, conejo,  
O cosas deste linaje.  
Y lo que sueles gastar  
En pulirte y componerte  
(Oye y la lición advierte),  
Gasto en dalle de cenar.

FLORENCIO.  
¿Todas han de ser así?  
BELTRAN.  
¿A quién pesa que le den?  
Dime tú en el mundo, ¿á quién?

FLORENCIO.  
¿No hay nadie?  
BELTRAN.  
Escúchame.  
FLORENCIO.  
Di.

BELTRAN.  
El médico está mirando  
Cuándo el de á ocho le encajas;  
El letrado cuándo bajas  
La mano al párrafo, dando;  
El juez cuándo le toca  
La parte del denunciado;  
El procurador no ha dado  
Paso hasta que el plus le toca;  
El que escribe, solo atiende  
Cuándo sacas el doblon;  
Cualquiera negociación  
De solo el dinero pende.  
El que viene á ser tu amigo,  
Si nunca le has dado nada,  
Culpa tu amistad honrada  
Y deja de andar contigo.  
El que se pone á mirar,  
No está mirando aquel rato  
Si es flux, sino el barato  
Aguarda que le has de dar.  
¿Quién ha hecho algun placer,  
Que no espere el galardón?  
Pues la misma condicion  
Tiene cualquier mujer.  
Llega dando, y llegarás  
Siempre en ocasion tan buena,  
Que excusando mucha pena,  
Lo que quisieras harás.

FLORENCIO.  
Si yo te creyese á tí,  
Lindas locuras haría.  
GERARDA. (Ap. á Lucrecia.)  
¡Buen tallo, por vida mía!  
¿Si son andaluces?

LUCRECIA.  
Si;  
Que el brio y vestido son  
Al uso de aquella tierra.  
GERARDA.  
Bien puede el mozo hacer guerra.  
LUCRECIA.  
Pues no es malo el bellacon.  
FLORENCIO.  
¡Oh qué bello serafín!  
BELTRAN.  
De los de pesuña y zanca.  
FLORENCIO.  
¡Gentil moza!

BELTRAN.  
Y la potranca  
No es mala, á fe de rocín.  
GERARDA.  
No he visto en esta ciudad  
Hombre de tan buen despejo.  
LUCRECIA.  
¿Ni el que dejas?

GERARDA.  
Ni el que dejo.  
LUCRECIA.  
No hay ley en la voluntad.  
Pues la sombra con quien viene  
No me desagrada á mí.

FLORENCIO.  
En cuantas he visto aquí  
Ninguna su tallo tiene.  
BELTRAN.  
¿Ni Lisena?

FLORENCIO.  
Ni Lisena.  
BELTRAN.  
¡Eso sí, cuerpo de tal!

FLORENCIO.  
Tenlo por buena señal.  
BELTRAN.  
Ya lo tengo por muy buena.  
Pues la hermana compañera...

FLORENCIO.  
¿Parécete bien?  
BELTRAN.  
No á fe;  
Mas ¿cuánto va que es ó fué  
Desta guitarra, tercera?  
¿Qué ojos!

FLORENCIO.  
Bellos.  
BELTRAN.  
Y escasos  
De hacer á ninguno bien.

FLORENCIO.  
¿Qué sientes dellos?  
BELTRAN.  
Que ven  
Una bolsa á treinta pasos.  
FLORENCIO.

FLORENCIO.  
Poco te deben, Beltran,  
Las mujeres.  
BELTRAN.  
Antes tanto,  
Que á pagármelo...

FLORENCIO.  
Me espanto  
Del crédito que te dan.  
BELTRAN.  
Todo lo que les he dado  
Me lo deben muy debido.  
Porque mal tomado ha sido,  
Y es deuda lo mal tomado.

FLORENCIO.  
Ocasión quiero buscar  
Para hablarlas.  
BELTRAN.  
Llega.  
FLORENCIO.  
Voy.  
Medio enamorado estoy.  
BELTRAN.  
Amor, comer y rascar,  
Todo en el principio estriba.  
FLORENCIO. (A Gerarda.)

Si es que puede un forastero...  
BELTRAN. (Ap.)  
¿Hay tan grande majadero?  
GERARDA. (Ap.)

¡Gallardo mozo, así viva!  
FLORENCIO.  
Hablar á una forastera...  
GERARDA.

Aunque noble y principal,  
Siendo el forastero tal...  
BELTRAN.  
Todo es moneda forera.

FLORENCIO.  
Suplícoos, señora mía...  
BELTRAN.  
Señora, no le escuchéis;  
Que ya cansada estaréis  
De tanta forastería.  
Tenia tallo, por Dios,  
De no parar en un año.

LUCRECIA.  
¡Oh cómo es negro el picaño!  
BELTRAN.

Mucho me parezco á vos.  
FLORENCIO.

¿Que aun en las cosas de veras  
Tus burlas has de mezclar?  
BELTRAN.

¿Tan de veras es llegar  
Á hablar á dos forasteras?  
Diga, señor forastero. <sup>1</sup>  
FLORENCIO.

Déjame por Dios, Beltran. <sup>2</sup>  
BELTRAN. (A Lucrecia.)  
Beltran me llamo, ¿es delito?

LUCRECIA.  
Que por muchos años sea.  
En la puente de Alcolea  
¿Tomastes el sobrescrito?  
¿Llevastes la delantera  
A los ciento y veinte ciegos?

BELTRAN.  
¿No dije que éramos legos  
Para gente bachillera  
De la que en Madrid nacia? —  
Vámonos de aquí, Florencia. (Ap. á él.)

FLORENCIO.  
Ten un momento silencio,  
Por tu vida ó por la mía;  
Que me agrada esta mujer.

BELTRAN.  
A mí esotra no me agrada.  
FLORENCIO.

¿Por qué?  
BELTRAN.  
Saco poco ó nada,  
Y sabe muy bien volver.

<sup>1</sup> <sup>2</sup> Dos versos sueltos entre dos redondillas: faltan, lo menos, otros dos.

FLORENCIO.

Si no teneis, por ventura,  
Quien en aquesta ocasion  
Os sirva, y la condicion  
De vuestro estado es segura.  
Suplicoos que me mandéis,  
Si es que la fiesta esperais,  
Que busque en qué la veais  
Con el gusto que veréis;  
Que no soy tan pobre aqui.  
Prometeros colacion.

LUCRECIA. (A Beltran.)

Y él ¿qué me promete a mí?

BELTRAN.

Si acaso desde el meson  
En que estoy se puede ver,  
Señora, á Zocodover,  
Allí teneis un balcon;  
Mas pensar que quien aqui  
Casas ni raices tiene,  
Y con los muebles se viene,  
Ha de hacer lances en mí,  
Es cosa de disparate.

LUCRECIA.

Cierto que sois descorato.

BELTRAN.

No soy hombre de interés;  
Solo de gusto me trate.

GERARDA. (A Florencio.)

Aceto el ofrecimiento,  
Por ver que esa cortesía  
No es lisonja ni osadia,  
Sino honrado nacimiento.  
Vuestro tallo da á entender  
Que me puedo confiar,  
Porque es lo mismo que obrar  
Un hidalgo prometer.  
Y ya no es por ver la fiesta,  
Sino por veros á vos.

FLORENCIO. (Ap. á Beltran.)

Esto es hecho.

BELTRAN.

¡Bien, por Dios!

FLORENCIO.

¡Vitoria!

BELTRAN.

¿Cuánto te cuesta?

FLORENCIO.

Una ventana no mas  
Y un poco de colacion.

BELTRAN.

Y ¿quién te ha dicho que son?

FLORENCIO.

En la calidad estás.

BELTRAN.

Pensarás que del anzuelo  
Ya cuelga alguna lamprea,  
Y será algun tolo.

FLORENCIO.

Sea.

BELTRAN.

Que te ha de engañar recelo.

FLORENCIO.

¿Cuál mujer, Beltran, cuál dama  
Pudo ser que hombre engañase,  
Que manchada no quedase  
En las obras ó en la fama?  
Déjamelas ver, desvia;  
Que aquella rara belleza  
Es efeto de nobleza,  
Como de la luz el día.—  
Señora, ese tallo y brio  
De tal manera me allana,  
Que no digo la ventana,  
Mas por vuestro gusto y mio,

Si llega mañana aqui

Mi gente y un alazan.

Saldré á la plaza galan.

GERARDA.

Y ¿qué es lo que haréis por mí?

FLORENCIO.

Aunque tienen por leones  
A los toros de Jarama,  
Y sé que es cierta la fama,  
Gastaré cuatro rejonos  
En sus cuellos arrugados.

LUCRECIA.

Y vos ¿no saldréis por mí?

BELTRAN.

Si llegan mañana aqui  
Con un frison mis criados,  
Palabra os doy... de no entrar  
En la plaza en todo el día.

LUCRECIA.

¡Gallardo, por vida mia!

BELTRAN.

Nunca me pongo á jugar  
Con quien no tiene dinero;  
Nunca con el poderoso  
Truje pleito, aunque forzoso,  
Ni desenvainé el acero.  
Nunca del mar me creí,  
Nunca por vado pasé,  
Ni con loco me burlé,  
Ni con amigo esgrimí.  
Nunca he rogado á villano,  
Ni he hecho por mal nacido,  
Ni desquité el perdido,  
Ni dejé pájaro en mano,  
Ni dije á nadie malicia,  
Ni con secreto escuché,  
Ni gusto á nadie quité,  
Ni achuchillé la justicia,  
Ni dije á nadie su falta  
Adonde alguno lo oyese,  
Ni vi toro, que no fuese  
En la ventana mas alta.

LUCRECIA.

Vos teneis gracioso humor.

BELTRAN.

Así me parió mi madre.

FLORENCIO.

Señora, un honrado padre  
Me ha dado aqueste valor.  
De Granada soy, y della  
A Madrid iba seguro  
De perderme, porque os juro  
Que me pareceis tan bella  
Y me dais tan dulce guerra,  
Que tardaré mas que Ulises  
O que la sangre de Anquises,  
En dar la vuelta á mi tierra.  
Decidme vuestra posada;  
Que pues sola habeis venido,  
Y mi buena dicha ha sido  
Que de nadie estéis guardada,  
O yo me pasaré allá,  
O vos adonde yo estoy.

GERARDA.

Con algun recelo voy.

FLORENCIO.

¿Qué pensamiento os le da?

Los dos somos forasteros,  
Aqui nadie nos conoce:  
Dejad que siquiera goce,  
Mientras aqui estáis, de veros.

GERARDA.

Dije en Madrid que venia  
A illescas, á mis parientes.

FLORENCIO.

Injustos inconvenientes  
Estorban la dicha mia.

Hacedme pariente á mí;

Decid que soy vuestro hermano.

GERARDA.

En el parentesco gano...  
—Pero tracémoslo ansi;  
Que pues que vos quereis ser  
Mi hermano, habeis de guardar  
Como mi hermano el lugar  
Que él supiera defender.

FLORENCIO.

Digo que el partido aceto,  
Y que guardaré de mí  
La belleza que en vos vi,  
Teniéndoo justo respeto.  
Desde aqui soy vuestro hermano;  
Si algo hiciera contra vos,  
De mi mano entre los dos  
Os defenderá mi mano.

GERARDA.

Pues con esa condicion  
Entraré en vuestra posada.  
(Ap. Basta, que el hombre me agrada:  
Si es amor, principios son.  
¿Qué puedo en esto perder?  
¿No me sabré yo guardar?  
Pero ¿qué puede fiar  
De sí misma una mujer?)

FLORENCIO.

Beltran, aquestas señoras  
Llan de ir á nuestra posada.

BELTRAN. (Ap. á Florencio.)

¿Está hecho el precio?

FLORENCIO.

¿Que en nada

Tendrás silencio dos horas?

BELTRAN.

En casa del mercader,  
Del joyero ó del platero,  
Deja un hombre al compañero  
(Mientras precio quiere hacer)  
A la puerta de la tienda,  
Y cuando sale y se juntan,  
Esto mismo se preguntan.

FLORENCIO.

¿Qué hay aqui que compre ó venda?

BELTRAN.

Este par de catalufas,  
Buena vista y poco tomo.  
(Alto.) Ea, yo soy mayordomo:  
Habrá paños, habrá estufas,  
Habrá temerario plato.  
Gastemos esos doblones,  
Aunque el amor en mesones  
Suele comprarse barato;  
Que cuando desta ocasion  
Salga tu hacienda medrada,  
Volveremos á Granada,  
Tú el pródigo y yo el lechon.

FLORENCIO.

Señoras, Beltran es hombre  
Deste humor: dél os servid;  
Que á fe que aprendió en Madrid  
El buen humor como el nombre;  
Que dejando estos donaires  
Es hombre para las veras.

BELTRAN.

¿Qué se intentan de quimeras,  
Cuando anda el seso en los aires!  
¿Con qué invencion han de entrar  
En la posada?

FLORENCIO.

Eso es llano:

Yo diré que soy su hermano,  
Y que la vine á buscar  
Para llevarla á Granada,  
Y que ella partió tambien  
Para buscarme.



BELTRAN.

¡Oh qué bien!

Digo que es traza extremada,  
Que á todas las aventaja,  
Pues viene á ser esta vez  
El meson Aranjuez,  
Que junta á Jarama y Tajo.  
En fin, ¿eres ya su hermano?

FLORENCIO.

¿No lo ves?

BELTRAN. (A Lucrecia.)

Y yo, ¿qué soy

De vuesamerced?

LUCRECIA.

Estoy

Por asentalle la mano.

¿El mi pariente?

BELTRAN.

¡Pues qué!

¿No puedo ser su pariente,  
Siendo hidalgo, y decendiente  
De un rey mago?

LUCRECIA.

¡Bien á fe!

BELTRAN.

Pero ya sé la ocasion

De que no lo quieres ser.

LUCRECIA.

¿Y es?

BELTRAN.

Por no te detener

En buscar dispensacion.

GERARDA.

¿Cómo os llamais?

FLORENCIO.

¿Yo? Florencio.

¿Y vos?

GERARDA.

Gerarda.

BELTRAN.

Decid,

¿Cómo os llamais?

LUCRECIA.

Advertid...

BELTRAN.

Un hora os daré silencio.

LUCRECIA.

Yo tengo el nombre de aquella,  
Ejemplo de castidad.

BELTRAN.

Si; mas no será verdad  
Que la guardéis como ella.

GERARDA.

Celio...

CELIO.

Señora...

GERARDA.

Mi ropa

Muda luego á la posada  
Destos hidalgos.

FLORENCIO.

Robada

Hoy llevo la bella Europa.  
Dadme la mano.

GERARDA.

Esta es.

BELTRAN.

¿Y la vuestra?

LUCRECIA.

Esta es la mia.

BELTRAN.

Fria está

LUCRECIA.

¿De qué está fria?

BELTRAN.

De que no toca interés.

(Vause.)

Sala del meson.

**ESCENA VII.**

LISENA, en hábito de labradora;

AURELIO.

AURELIO.

¿Que aquí te quieres quedar,  
Lisena, en este meson?

LISENA.

Es, Aurelio, la ocasion  
Como la pude pintar.

No quiero pasar de aquí,  
Pues, como ves, disfrazada

Sirviendo en esta posada,

Ninguno repara en mí.

El huésped me convidó

A servirle viendo el traje

Humilde, y toseo lenguaje

Que estaba fingiendo yo.

Así á la ocasion la frente,

Y con él me concerté,

Aurelio, mientras no sé

De aquel mi adorado ausente.

Porque, como esta ciudad

Es paso á tantas ciudades,

Y siempre las novedades

De alta ó baja calidad

Llegan (porque ya son leyes

De fama y tiempo ligero)

A las posadas primero

Que á las cortes de los reyes,

Sabré lo que hay en Granada,

Y en Madrid lo que hay sabré,

Donde mi Florencio fué.

AURELIO.

La industria poco me agrada;

Pero de tu entendimiento

Podré en aquesta ocasion

Fiar la rara invencion

De encubrir tu pensamiento.

El huésped sale: repara

En que te ha de conocer.

LISENA.

Mal sabes lo que es mujer.

AURELIO.

Semiramis lo declara.

Querer su hijo fingiendo,

Tanto imperio gobernó.

LISENA.

Gobernar agora yo

Solo un corazon pretendo.

**ESCENA VIII.**

EL HUÉSPED. — Dichos.

HUÉSPED.

Siquiera para que veas

La casa que has de servir,

Arriba puedes subir,

Inés, si verla deseas;

Que tambien habrá qué hacer.

LISENA.

Tio Aurelio, adios.

AURELIO.

Adios.

(Vase Lisena.)

**ESCENA IX.**

EL HUÉSPED, AURELIO.

HUÉSPED.

Como si fuéades vos,

Seguro podeis tener

Su tratamiento y regalo.

AURELIO.

Así de vos lo confio.

HUÉSPED.

Seré padre si sois tio.

AURELIO.

Ya por su padre os señalo.

Cumplid vuestra obligacion

HUÉSPED.

¿Adónde vais?

AURELIO.

A Madrid.—

Que es bien nacida advertid,

Aunque por cierta ocasion

Ha venido á tal pobreza.

HUÉSPED.

En ella se echa de ver;

Mas la virtud ha de ser

La verdadera riqueza.

(Vase Aurelio, y el huésped le sigue.)

**ESCENA X.**

JULIO. — EL HUÉSPED.

JULIO.

Entre, seor huésped.

HUÉSPED.

¿Qué hay?

JULIO.

Aquellas damas,

Que en esotro meson mas adelante

Se apearon de un coche, son las mismas

Que á buscar á Madrid iba mi ama;

Que la una es hermana, y la otra prima.

Hanse pasado acá, y es necesario

Que aderecen las camas de esa sala,

Y otra para un eriado, porque quieren

Quedarse á ver las fiestas.

HUÉSPED.

Sea en buen hora.

— ¡Hola, Toribio, Inés!

**ESCENA XI.**

TORIBIO. — Dichos.

TORIBIO.

¡Tan noramala

Hubo fiestas de toros en Toledo!

Que á fe que lo paguemos bien nosotros.

HUÉSPED.

¿Qué aposentos están desocupados?

TORIBIO.

La sala del balcón y tres de arriba.

HUÉSPED.

¿La del segundo corredor?

TORIBIO.

Bien dices:

La sala adonde estuvo aquel indiano

Y el aposento del rincón.

HUÉSPED.

Pues alto:

En esa del balcón estén las damas.

TORIBIO.

Venid conmigo.

JULIO.

Vamos.

(Vase Toribio y Julio.)

HUÉSPED.

Estos dias

Aun pienso que el alcázar fuera estrecho;

Que todo el mundo acude á ver las fiestas.

¡Inés! ¿Qué digo? ¡Inés! Ella es hermosa.

No habrá en Toledo cosa mas famosa.

(Vase.)

## ESCENA XII.

EL CAPITAN ACEBEDO y EL ALFÉ-  
REZ CARRILLO, *de camino; des-  
pués, EL HUÉSPED.*

ALFÉREZ.  
Buena posada.

CAPITAN.

Y quieta.

ALFÉREZ.

Mañana lo estará mas.

CAPITAN. *(A un criado, que está dentro.)*

De aquí á un rato quitarás

La funda desa jineta,

Y saldremos por Toledo.

*(Sale el huésped.)*

HUÉSPED. *(Ap.)*

Nunca nos falta un soldado.

CAPITAN.

Pues, huésped, ¿habrá recado?

HUÉSPED.

Si, gracias á Dios; bien puedo

En mi casa aposentar

Toda vuestra compañía.

ALFÉREZ.

La de agora bien podría.

HUÉSPED.

¿Vaisla á hacer?

CAPITAN.

Voyla á buscar.

HUÉSPED.

¿Adónde?

CAPITAN.

A Ocaña, pues, voy.

¿Qué hay de fiestas?

HUÉSPED.

¡Bravas fiestas!

CAPITAN.

En ocasiones como estas

No hay hombre, á fe de quien soy,

Que no procure mostrar

La fe que debe á su rey.

HUÉSPED.

Sois noble, y es justa ley.

¿Qué cosa puede alegrar

Mas á un español que ver

Nacer un príncipe á España?

ALFÉREZ.

Pienso que en la tierra extraña

Fiestas se deben de hacer.

CAPITAN.

En las Indias Orientales

Y Antárticas las habrá;

Pero no es mucho, si allá

Son vasallos naturales.

En los reinos extranjeros

Habrá justo regocijo.

ALFÉREZ.

Dios guarde ese sol, que es hijo

De tan hermosos luceros.

Id, huésped, á procurar

Que pongan las mesas luego.

HUÉSPED.

Voy.

CAPITAN.

¿Habrá un poco de juego?

ALFÉREZ.

Si hubiere con quien jugar.

*(Vase.)*

## ESCENA XIII.

LISENA. — EL CAPITAN, EL AL-  
FÉREZ.

LISENA.

En esta sala de emedio

Puede entrar el capitan.

CAPITAN.

Si la que decís me dan,

En casa ballé mi remedio.

¡Gentil moza! ¿Sois por dicha

Hija del huésped, Señora?

LISENA.

No, Señor; soy labradora,

Natural de mi desdicha,

Que es un lugar bien desierto.

Bonde nacen á morir

Los que vienen á servir.

CAPITAN.

No lo merecis por cierto;

Que debiérais mandar,

Si aquí que lo pudo hacer

No os obligara á nacer

En ese estéril lugar.

ALFÉREZ.

¡Hay tal moza de meson!

CAPITAN.

¡Hay labradora tan bella!

ALFÉREZ.

¡Que aquestos se sirvan della!

Locos y bárbaros son.

CAPITAN.

Venid acá, por mi vida;

Volveros quiero á mirar.

LISENA.

Digo que podeis entrar,

Porque es la sala escogida.

CAPITAN.

Y vos mas que no la sala,

Aunque del Alcázar fuera. —

Alférez, ¿qué pareciera

Con alguna honesta gala

Labradora tan hermosa?

ALFÉREZ.

Una dama, un serafín.

CAPITAN.

¿Que en una mina tan ruin

llava piedra tan preciosa? —

¿Cómo os llamais?

LISENA.

Yo, Señor,

Con perdon me llamo Inés.

ALFÉREZ.

Donaire ó malicia es.

CAPITAN.

Y el mío parece amor.

¿Cómo? qué fortuna airada

Trajo, Inés, tu condicion

A servir á un meson?

LISENA.

Porque nunca acierta en nada.

Oi cantar en mi aldea

Que la fortuna tenía

Un árbol, donde ponía

El bien que el mundo desea;

Y que en las ramas colgadas

Estaban joyas, banderas,

Libros, honras, armas fieras,

Dineros, sogas, espadas,

En fin, todo estado humano;

Debajo estaba la gente,

Y la fortuna insolente

Con una vara en la mano,

Con ella en el árbol daba,

Cayendo en varias cabezas

Alegrias ó tristezas,

Como la suerte alcanzaha.

Sin duda á mala ocasion

Llegué, por irme de espacio,

Pues pidiéndole un palacio,

Me ha dado aqueste meson.

*(Apártase de los dos.)*

CAPITAN.

Alférez... *(Ap. á él.)*

ALFÉREZ.

¿Qué hay?

CAPITAN.

En mi vida

Tal placer me habeis de hacer

Como hablar á esta mujer.

ALFÉREZ.

Un ciego os verá la herida.

CAPITAN.

Decilde que si conmigo

A Italia quiere pasar,

Que la sabré regalar,

Y desto vos sois testigo.

Que la vestiré de tela,

Y la bordaré de modo,

Que sea de perlas todo.

ALFÉREZ.

¿Y Marcela?

CAPITAN.

No hay Marcela.

Decilde que le daré

Un manto tan galan,

Que gaste el oro á Milan

Desde la cintura al pié.

Decilde que de una extraña

Tela le haré una gorguera,

Que valga mas que si fuera

Gran capitana de España.

Y tambien quiero advertiros

Que para que valga tanto,

Le haré de soplillo el manto

De soplos de mis suspiros.

Y en señal de mis prisiones,

Una cadena tan bella,

Que tenga la de Marsella

Menos gruesos eslabones.

Para telas y cojines

Mil piezas juntas desata;

Di que en las minas de plata

Haré bañar sus chapines.

Y por la fe de español,

Si no es amor lo que digo,

Que ha de caminar conmigo

En los caballos del sol;

Y que en no viendo serenos

Sus ojos, porque te asombres,

Que me mate con mil hombres,

Y esto será lo de menos.

ALFÉREZ.

Yo voy.

CAPITAN.

Dios te guie.

ALFÉREZ.

Inés,

Oye aparte.

LISENA.

¿Qué mandais?

ALFÉREZ.

El que ves...

LISENA.

Que prosigais

Aguardo.

ALFÉREZ.

En fin, el que ves...

*(Ap. á Lisena.)*

Es el mayor fanfarron

Que hay desde Flándes aquí.

Él te ha visto, y yo te vi.

<sup>1</sup> El que fué después Felipe IV. Nació en Valladolid á 8 de abril de 1605.

LISENA.  
Tendréisme mucha afición.

ALFÉREZ.  
Jamás este hombre trató  
Mujer que no la azotase,  
Y las joyas le quitase.

LISENA.  
Por esos me muero yo.

ALFÉREZ.  
Yo soy un hombre muy tierno,  
Gran regalador, llorón,  
Tan fácil de condición,  
Que sin freno me gobierno.  
No pido celos, no guardo,  
No me enojo, no hago fieros,  
Juego y sobranme dineros.

LISENA.  
Sois soldado y sois gallardo.  
En fin ¿tengo de escoger?

ALFÉREZ.  
Eso te vengo á rogar.

LISENA.  
Pues yo lo voy á pensar.  
Mañana podeis volver.

(Vase.)

#### ESCENA XIV.

EL CAPITAN, EL ALFÉREZ.

CAPITAN.  
¿Fuése?

ALFÉREZ.  
¿No lo ves?

CAPITAN.  
Pues bien,  
¿Qué dijo?

ALFÉREZ.  
Que yo le había  
Parecido bien.

CAPITAN.  
Sí haría.  
ALFÉREZ.  
Y que conmigo también  
Iría á Italia y á Flándes.

CAPITAN.  
Tú ¿quiéresla?

ALFÉREZ.  
¿Para qué?

CAPITAN.  
¿Con qué pensamiento fué?

ALFÉREZ.  
De que hará cuanto le mandes.  
Háblala; que me decía  
Que era muerta por soldados;  
Que durarán tus cuidados  
Menos que durare el día.  
Pero díce que la lleves  
Como paje.

CAPITAN.  
¿Vive Dios,  
Que habemos de andar los dos  
Como el miércoles y el juéves!  
¿Pesía á tal, que es como un oro!

(Vase el Alferez.)

#### ESCENA XV.

LUCINDO, RISELO.—EL CAPITAN.

LUCINDO.  
En este meson entraron.

RISELO.  
¿Tan de veras te agradaron?

LUCINDO.  
Prometí matar un toro

L-1.

A cuchilladas, por Dios,  
En servicio de la una.

RISELO.  
¿Hay guarda?

LUCINDO.  
Poca ó ninguna;  
Aunque se llegaron dos,  
Al parecer forasteros,  
Y las han acompañado.

RISELO.  
Aquí hay un galán soldado.

LUCINDO.  
Y no de malos aceros.—  
¡Jesus, señor Capitan!  
¿Vos en Toledo?

CAPITAN.  
¿Pues dónde?  
Esta grandeza os responde.

LUCINDO.  
¿Qué hay del Marqués?

CAPITAN.  
Fuése á Oran.

LUCINDO.  
Ya me acuerdo.

CAPITAN.  
Con él fué  
Don Lorenzo, nuestro amigo.

LUCINDO..  
¿Qué bueno venis! Yo os digo  
Que se os luce y que se os ve  
El regalo de la corte.  
¡Grandes fiestas!

CAPITAN.  
La ocasion  
Es grande. En este meson  
¿Qué puede haber que os importe?

LUCINDO.  
Siguiendo á dos forasteras,  
Desde la iglesia he venido.

CAPITAN.  
Solo he sentido el ruido.

LUCINDO.  
Agradóme tan de veras  
Una dellas, que he de hablalla,  
Si vos espaldas me haceis.

CAPITAN.  
Bien seguras las teneis,  
Si amor os deja gozalla.  
Y para hablalla mejor,  
Comeréis aquí conmigo;  
Que bien se sufre á un amigo.

LUCINDO.  
Yo soy vuestro servidor.  
Pero al revés ha de ser:  
A mi casa habeis de ir.

CAPITAN.  
No puedo de aquí salir.

LUCINDO.  
¿Por qué?

CAPITAN.  
Por cierta mujer.

LUCINDO.  
Pues alto; con vos me quedo.

#### ESCENA XVI.

FLORENCIO y BELTRAN, á un lado.—  
A otro, EL CAPITAN, LUCINDO y  
RISELO.

FLORENCIO.  
¿Hubo qué comer, Beltran?

BELTRAN.  
Lo que hubiere les darán,

Sin quedar cosa en Toledo.

FLORENCIO.  
Regálense por mi vida;  
Que estoy...

BELTRAN.  
No me digas mas.

FLORENCIO.  
Pongan la mesa.

BELTRAN.  
Hoy verás  
Una espléndida comida.  
Para principio les doy  
De Juanelo el artificio.

FLORENCIO.  
¿Que siempre has de estar de vicio?

BELTRAN.  
¿Qué quieres? Deste humor soy.  
Galanes hay.

FLORENCIO.  
Dices bien,  
Y que parecen soldados.

CAPITAN.  
Basta á amigos tan honrados  
Que la voluntad les den.

LUCINDO.  
Yo siempre me llevo á ella  
Mejor que á la mesa.

CAPITAN.  
Vamos,  
Porque esas mozas veamos.

RISELO.  
La una en extremo es bella.  
(Vase el Capitan, Lucindo y Riselo.)

FLORENCIO.  
Estos se van á comer;  
Nosotros ¿no comeremos?

BELTRAN.  
Como tanto amor tenemos,  
Sustentémonos de ver.  
Voy á hacer que aquel bergante  
Traiga lo que hubiere luego. (Vase.)

#### ESCENA XVII.

FLORENCIO; después, EL HUÉSPED,  
dentro.

FLORENCIO.  
Tuve vista, y estoy ciego;  
Era amado, y soy amante.  
Extraños efectos hace  
El ciego amor cuando quiere:  
Donde un fuego apenas muere,  
Otro mayor fuego nace.  
¡Huésped, hola! Huésped, hola!  
Haced traer agua á manos.

HUÉSPED. (Dentro.)  
¿Dónde están estos villanos?  
Vé, Inés, pues tú sirves sola.

FLORENCIO.  
Con razon agua he pedido;  
Pero si está el fuego dentro,  
Írase metiendo al centro  
Del corazon encendido,  
En lavándome las manos.

#### ESCENA XVIII.

LISENA, con plato, jarro y toalla.—  
FLORENCIO.

LISENA.  
¿Qué voces dais? Veisme aquí.

FLORENCIO.  
¿Sabéis qué fuego hay en mi,



Y qué pensamientos vanos ?

Echad, por ver si templáis

Por la mano el corazón.—

¿De qué es tanta suspensión?

¿Qué tenéis? Qué me miráis?

LISENA. (Ap.)

¡Cielos! ¿no es este Florencio?

FLORENCIO. (Ap.)

¡Cielos! ¿no es esta Lisena?

LISENA. (Ap.)

¡En tanto gozo tal pena!

FLORENCIO. (Ap.)

¡En tanto bien tal silencio!

LISENA. (Ap.)

¡Ah traidor! ¿Damas aquí?

¿Tan presto tanta mudanza?

FLORENCIO. (Ap.)

Hoy pierdo, amor, la esperanza

De gozar el bien que vi.

LISENA. (Ap.)

Quiero negar que yo soy,

Aunque no puedo negar.

FLORENCIO.

(Ap. ¡Lisena en este lugar!

O está loca ó yo lo estoy,

O la fortuna está loca.

O el tiempo perdió el juicio.

Hasta saber con qué indicio

De amor en mis celos toca,

Tengo de negar quien soy,

Aunque mas me flore y diga.)

¿Há mucho que estais, amiga,

Aquí en casa?

LISENA.

Habrà que estoy

Cosa de un año y un mes.

FLORENCIO.

Echad agua.

LISENA.

Que me place.

FLORENCIO.

¿Un año?

LISENA.

Ahora lo hace.

FLORENCIO.

Y ¿cómo os llamais?

LISENA.

Indes.

FLORENCIO.

Hermosa sois.

LISENA.

Yo solia

Parecerlo á algun mudable.

FLORENCIO.

Si se mudó, razonable

Causa ese galan tendria.

LISENA.

Los hombres luego que olvidan,

Dicen que causa les dan.

FLORENCIO.

Sin ella, firmes están,

Aunque mil almas les pidan.

LISENA.

El que yo digo, tomó

Por excusa ciertos celos.

FLORENCIO.

Los inciertos culpárelos;

Pero si son ciertos, no.

LISENA.

Yo pienso que eran inciertos.

FLORENCIO.

Pensais en vuestro favor.

LISENA.

Yo sé que es cierto mi amor.

Como son mis daños ciertos ;

Que á fe que el amante mío

Que no me ha guardado fe.

FLORENCIO.

Echad agua.

LISENA.

¿Para qué,

Estando el fuego tan frío?—

Otra mujer quiere ya.

FLORENCIO.

El remedio suele ser ;

Que para mal de mujer,

Purga de mujer se da ;

Aunque esta será triaca.

LISENA.

¿Mujer con mujer? ¿qué bueno!

FLORENCIO.

Si ; que como son veneno,

Una con otra se saca.

LISENA.

Laváos ; que aun no podréis,

Aunque os diese yo mi llanto,

Lavaros, mi señor, tanto,

Que limpio y salvo quedéis.

FLORENCIO.

Dadme el paño.

LISENA.

Veisle ahí.

FLORENCIO.

¿Quién os trujo á este meson?

LISENA.

El decirme el corazón

Que estaba su dueño aquí.

FLORENCIO.

Y ¿si es ya de otra?

LISENA.

Los dos

Sabrémós mudar de prendas.

FLORENCIO.

Id á hacer vuestras haciendas.

LISENA.

Quedad con Dios.

FLORENCIO.

Id con Dios.

## ACTO SEGUNDO.

Patio del meson.

### ESCENA PRIMERA.

EL CAPITAN, EL ALFÉREZ, LUCINDO, RISELO.

CAPITAN.

Perdonad ; que en un meson

No puede haber mas regalo.

LUCINDO.

Al de Atalante le igualo.

CAPITAN.

Si es la mesa el corazón.

¿Qué atrevida es la amistad!

ALFÉREZ.

Amor es atrevimiento.

RISELO.

Donde sirve el cumplimiento

No asiste la voluntad.

LUCINDO.

¿Qué os pareció de la dama

De Madrid?

CAPITAN.

Que os ha servido

De comida, y me ha valido

Para no perder la fama ;

Que dando con su hermosura

Dulces cosas de comer,

No reparastes en ver

La mesa.

LUCINDO.

Y fuera locura ;

Porque donde el alma come,

El cuerpo es razon que ayune.

CAPITAN.

¿Vos queréis que la importune

Y que esto á mi cargo tome?

ALFÉREZ.

De aquí á las fiestas, no ereo

Que habeis de tener lugar ;

Que muy poco le ha de dar

La guarda con que la veo.

RISELO.

Debajo de que es hermano,

No ha de ser tan codicioso ;

Que no es amante celoso

Ni marido cortésano.

Esta tarde se irá á ver

La ciudad.

LUCINDO.

¿Quiéralo el ciclo!

CAPITAN.

Mas corto levanto el vuelo,

Con el temor de caer.

Nunca pongo el pensamiento

Donde tenga fuerza alguna

El tiempo ni la fortuna.

Ni pueda llevarle el viento.

¿Vos estais enamorado

De esta dama de Madrid?

LUCINDO.

Perdido estoy.

CAPITAN.

Advertid

En la baja que he dado.

Ni yo camino en el mar

Ni en el viento, ni al sol miro,

Ni por el fénix suspiro,

Ni estrellas quiero alcanzar ;

Ni me matan seda ó tela,

Ni artificio, ni cabellos

Rizos, ni anda el alma en ellos,

Como anda el viento á la vela.

Solamente me parezco

A vos, en que hoy me ha nacido

En casa este amor, que ha sido

Legítimo.

LUCINDO.

No os ofrezco

Ser padrino de ese amor,

Hasta saber el sugeto ;

Y si no importa el secreto,

Tendrélo á mucho favor.

CAPITAN.

Los soldados no podemos

Amar con secreto, y ser

Constantes en el querer ;

Que estas dos faltas tenemos.

Apenas entra el soldado

Con las medias de color,

Calzon de extraña labor,

Sombrero rico emplumado,

Ligas con oro, zapato

Blanco, jubon de Milan,

Cuando ya todos están

Murmurando su recato.

Llevan colores y brío

Los ojos, y en galas solas

Mas jarcias y banderolas

Que por la barra el navío.

Pues ¿constancia en el querer?

¿Cómo puede ser constancia?

Ya está en Flandes, ya está en Francia,

El ausente, ella mujer...  
—¡Bien haya mi condicion!

RISELO.

Solo de oiros hablar  
He venido á sospechar  
Que hay duende en este meson.  
Y si es así, no penseis  
Que sois el doliente vos  
De ese dolor; que por Dios,  
Que hay mas de cuatro y de seis.

CAPITAN.

Por vida del capitan,  
Que sospecho, y sin sospecho,  
Que ha de entrarme en mal provecho  
El ser hoy de Inés galan;  
Porque ninguno la ve  
Que no piense que ya es suya.

ALFÉREZ.

Inés es como aleluya,  
No hay verso donde no esté.  
Pero ya es del Capitan  
Esta empresa.

RISELO.

Y es razon.

CAPITAN.

Eso no; que en un meson  
No ha de haber solo un galan.  
Sirvan todos, y ella escoja.

LUCINDO.

A rio vuelto, señores,  
Ganancia de pescadores.

CAPITAN.

¿Tambien á vos se os antoja?

LUCINDO.

No; pero el que hablara á Inés,  
Tercie por mi con Gerarda.

CAPITAN.

Inés viene: aqui me aguarda.

LUCINDO.

Adios.

CAPITAN.

Hablemos después.

(*Vanse el Alferez, Lucindo y Riselo.*)

## ESCENA II.

LISENA. — EL CAPITAN.

LISENA. (*Sin ver al Capitan.*)

Andan mis males por volverme loca,  
Como si yo negase que lo he sido;  
Andan mis bienes por cubrir de olvido  
Lo que confiesa el alma por la boca;  
Andan mis penas por decir que es poca  
La que por tal sugeto he padecido;  
Y mis agravios, como lo han sentido,  
Dicen que la venganza al honor toca;  
Andan mis celos por que amor intente  
Alguna sinrazon, viendo que puedo;  
Anda mi amor porque de aqui me ausen-  
Anda él con artificios en Toledo; [te.  
Mas es andar y andar; que finalmente  
He de anegarme entre el amor y el miedo.

CAPITAN.

¡Ah, señora Inés!

LISENA.

¿Quién es?

CAPITAN.

Un hombre, un huésped de casa.

LISENA.

Pase en buen hora, si pasa.

CAPITAN.

Un poco te quiero, Inés.

LISENA.

Si es muy poco, diga presto;  
Que ando, como ve, ocupada.

CAPITAN. (*Ap.*)

Ya tengo el alma turbada;  
Respeto, por Dios, me ha puesto.  
¿Pues cómo yo, que atrevido  
Andando con el marqués  
De Santa Cruz, y después  
Con el Archiduque, he sido  
Del turco y del rebelado  
Flamenco, rayo en la guerra,  
Y en propia y ajena tierra  
Soy por quien soy respetado,  
Temo una flaca mujer,  
Moza que sirve un meson?  
Mas de amor efetos son,  
Que es niño, y dios en poder.  
¿Quién sino amor ha burlado  
Libros y armas? Quién ha sido  
El que fuertes ha vencido  
Y sabios ha derribado?  
Amor poderoso es.

LISENA.

¿No acabais?

CAPITAN.

Quírote un poco.

LISENA.

Decildo.

CAPITAN.

Vuélvome loco;

Yo te lo diré después.  
(*Ap.* ¿Hay tal temor? Hay tal fuerza  
De amor? ¿Qué temo? ¿Qué aguardo?  
¿Soy yo el que, fuerte y gallardo,  
Anima, acomete, esfuerza?  
¿El que asalta al escuadron,  
A la galera, al navio?  
Amor, ¿dónde está mi brio?  
¿Qué has hecho á mi corazon?  
Vuélvemelo: ¿tú no ves  
(Que soy soldado de amor?)

LISENA.

¿Qué es lo que quereis, Señor?

CAPITAN.

Un poco te quiero, Inés.

LISENA.

¿Qué puede ser que os obligue  
Á suspenderos así?

CAPITAN.

Verte, Inés.

LISENA.

¿Qué veis en mí?

CAPITAN.

Yo callo, y amor prosigue;  
Y espántome que no des  
En que quien te ve, te adora.

LISENA.

¿Hay mas?

CAPITAN.

Si.

LISENA.

Decildo agora.

CAPITAN.

Yo te lo diré después.

LISENA.

¿Cuándo ó cómo?

CAPITAN.

Si tú vienes

Esta noche á visitarme,  
Sabré mejor declararme.

LISENA. (*Yéndose.*)

¡Bien por Dios!

CAPITAN.

¿Qué prisa tienes?

LISENA.

¿Cómo puedo estar despacio  
Adonde hay tanto que hacer?  
Suelte; que voy á barrer.

CAPITAN.

¿A barrer?

LISENA.

Aquel palacio.

CAPITAN.

Manos hermosas, por Dios,  
Que otro instrumento os conviene.

LISENA.

(*Ap.* ¡Cielo, mi enemiga viene!  
Mi remedio espero en vos.  
Valedme, industria, ayudadme,  
Cielos; que no quiero amor.)  
Id en buen hora, Señor.

CAPITAN.

Oye, Inés.

LISENA.

Señor, dejadme;

Que viene Gerarda aqui.

CAPITAN.

Pues ¿vendráme á ver?

LISENA.

Si hará.

CAPITAN. (*Ap.*)

¡Vitoria! Vine, llegué,  
Venci á Inés, á Inés venci. (*Vase.*)

## ESCENA III.

GERARDA. — LISENA.

GERARDA.

¿Con quién das voces, Inés?

LISENA.

¡Oh mi señora Gerarda!  
Con ese necio, que aguarda  
Lo que de otro dueño es.  
Persuadirme pretendia  
Que esta noche visitase  
Su aposento.

GERARDA.

Que intentase

Tu amor con descortesía,  
Fué culpa; mas no lo es  
Quererte, siendo tu gusto;  
Antes parece muy justo  
Quererte todos, Inés.

LISENA.

Si eso hubierades tratado,  
Rendida de algun dichoso,  
Ya fuese galan, ya esposo.  
Que os hubiese conquistado,  
¿Seria entonces razon  
Que otro que os persiguiese,  
La misma noche quisiese  
La misma conversacion?

GERARDA.

Eso, Inés, no puede ser;  
Que es de conunes mujeres;  
Y si guardar honra quieries,  
Uno solo has de querer.

LISENA.

Tengo mi palabra dada  
De ser de cierto galan,  
Y tambien el Capitan  
Quiere ocupar la posada:  
Cosa que no puede ser.

GERARDA.

Notable placer me has hecho  
En descubrirme tu pecho.

LISENA.

Sois mujer, y soy mujer.  
¿Qué quereis? Flaquezas son.

GERARDA.

Dime la verdad, Inés:  
¿Ha sido amor ó interés?

LISENA.  
Dos deditos de afición.

GERARDA.  
¿Accionado te has?

LISENA.  
¿Soy piedra?

GERARDA.  
Pensé que amor  
Se trataba á lo señor,  
Y andaba entre ellos no mas.  
No creí que en los mesones  
Hallaba el amor posada.

LISENA.  
Al amor tal vez le agrada  
Dejar calzas por calzones.  
Suele enfadar el faisán,  
Suele la vaca dar gusto;  
Que no hay vestido mas justo  
Que aquel que mueve le dan.  
Si del ver nace el amor,  
Y de privación deseo,  
En los que caminan, creo  
Que será mas el rigor.

GERARDA.  
Tú á lo menos disculpas  
Cualquiera deseo. Inés;  
Que es muy justo que le des,  
Si en tus méritos reparas.  
Mas, pues me has declarado  
Lo mas, que es decir que quieres,  
Y que el galán que prefieres  
Tendrá esta noche tu lado,  
Dime cuál de los dos es:  
Ansí logres tu deseo.

LISENA.  
Muy cuidadosa te veo;  
Yo te lo diré después.

GERARDA.  
Vuelve, detente y advierte  
Que solo es este cuidado  
Gusto de ver si has echado  
El dado con buena suerte.  
¿Quién, por mi vida? Y no mientas.

LISENA.  
(Ap. Bien se traza mi invención.)  
¿En amores de meson  
Saber secretos intentas?  
No te lo niego por mí;  
Que confesar que ha de ser  
Es lo mas que puedo hacer  
En esta ocasion por ti.  
Por honra del caballero,  
Gerarda, te encubro el nombre.

GERARDA.  
Pues ¿qué pierde ningún hombre?

LISENA.  
Su calidad considero;  
Y que nunca en el sayal  
Suele estar envuelto el oro  
Sin que pierda su decoro.

GERARDA.  
No sientas de ti tan mal;  
Que si el mismo amor posara,  
Inés, en este meson,  
Pudiera con afición  
Rendirse á tu hermosa cara.  
Y como se suele dar  
A la huéspeda el dinero  
Que lo guarde, considero  
Que amor te diera á guardar  
Las flechas de sus despojos,  
Aunque de rayos son hechas;  
Que para guardar sus flechas,  
Eran muy propios tus ojos.

LISENA.  
Lisonjas os ha enseñado  
El deseo de saber

El galán que ha de tener  
Aquesta noche mi lado.  
Pues ni el mío ó su decoro  
Me han detenido, por Dios,  
Sino el ver que os toca á vos  
Lo que yo, Gerarda, adoro.

GERARDA.  
¿A mí en aqueste meson!

A vos.  
GERARDA.

¿Quién es?

LISENA.  
Vuestro hermano.

GERARDA.  
¿Mi hermano? Es buen cortesano,  
Te dirá alguna invención.

LISENA.  
Si soy la que las saetas  
De amor pudiera guardar,  
¿No pudo alguna tocar  
Su pecho?—¿Qué te inquietas?  
Qué tienes?

GERARDA.  
¿Qué he de tener?

Mi hermano es hombre.  
LISENA.

Es así.

GERARDA.  
¿Que te quiere tanto?

LISENA.  
Sí,  
Si bien me supo querer.

GERARDA.  
¿Que esta noche ha concertado  
Verte?

LISENA.  
Y con tanta afición,  
Que en prendas que de amor son,  
Esta sortija me ha dado.  
Y aunque tan pobre me ves,  
Cree de mis pensamientos  
Que á tales atrevimientos  
No me moviera interés.  
Amor me mueve; que estoy  
Perdida.

GERARDA.  
Gran bien me has hecho.  
(Ap. Y hoy saldrá de mi pecho  
Su amor, á fe de quien soy;  
Y no será grande hazaña  
Que hoy salga quien hoy entró.)

LISENA. (Ap.)  
Bravamente lo sintió.

#### ESCENA IV.

FLORENCIO, BELTRAN.—DICHAS.

BELTRAN.  
Cosa, vive Dios, extraña,  
Y que si yo no la viera,  
No la creyera á ninguno.  
FLORENCIO. (Ap. á Beltran.)  
Aqui están las dos.

BELTRAN.  
Si alguno  
Me contara esta quimera,  
Lo tuviera á bernardina.  
¿Que esta es Lisena, Florencio?

FLORENCIO.  
Quedo, Beltran, con silencio.

BELTRAN.  
Quién ama y se determina,  
No habrá cosa que no intente.

LISENA.  
Señora, á hacer voy las camas.

GERARDA.  
Mejor dirás si las llamas  
Llamas de infierno.

LISENA. (Ap.)  
Bien siente.  
Quiérome quitar de aqui  
Y dar lugar á sus celos.

FLORENCIO. (A Gerarda.)  
Guarden tu vida los celos.

GERARDA.  
Como la guarden de ti.  
(Hablan bajo Florencio y Gerarda.)

BELTRAN.  
Oye, Inés.

LISENA.  
¿Qué quiere?

BELTRAN.  
Escuche.  
Bien la quiero... ya me entiendo.

LISENA.  
No puede ser.

BELTRAN.  
¿Cómo?  
LISENA.  
Hay duende.

BELTRAN.  
Y la daré...

LISENA.  
¿Qué?  
BELTRAN.  
Un estuche.

LISENA.  
Barbero debe de ser.

BELTRAN.  
Muy su servidor si soy. (Vase Lisena.)

#### ESCENA V.

FLORENCIO.—GERARDA, BELTRAN.

FLORENCIO.  
¿Cómo en tu desgracia estoy?

GERARDA.  
Di tú cómo soy mujer.

BELTRAN.  
¿Qué tenemos? ¿Hay capote?  
¿Hay ceño? Hay capa aguadera?

FLORENCIO.  
No há un hora que tu bien era.

BELTRAN.  
No hay paz que no se alborote,  
Si entran de por medio celos.  
¿Cuánto va que estás, Gerarda,  
De la fregona gallarda  
Con principios de recelos?

Yo holgaría de saber  
Si deste enojo soy parte,  
Porque puedo asegurarte  
Con que vive en mi poder.  
Este concierto hemos hecho  
Siempre que vamos los dos  
Algun camino; y por Dios,  
Que te hablo abierto el pecho.  
El ha de hablar cuantas damas  
Le ofrecieren sus personas,  
Yo con todas las fregonas  
Que nos hicieren las camas.  
Así que, Inés me ha tocado.  
Y es de mi juridición,  
Y al rededor del meson  
Cinco leguas.

GERARDA.  
Si has pensado,



Beltran, que en Madrid hay lobas,  
Y que el tiempo y la fortuna  
No dejaron cosa alguna,  
Mucho en sus leyes innovas.  
Imagina que es Madrid,  
En la tempestad que fué,  
Como el arca de Noé.

BELTRAN.

Mas como el arca del Cid,  
Que en vez de oro tiene arena.

GERARDA.

De cada género tiene  
Dos animales.

BELTRAN.

Mas viene

A estar de animales llena;  
Que los conejos del Parque  
Se suben hasta San Juan.

GERARDA.

Cosas que en el arca están,  
Es justo que el tiempo embarque.  
Hay dos discretos, dos necios,  
Dos ricos, dos mendigantes,  
Dos sabios, dos ignorantes,  
Dos altos, dos bajos precios,  
Dos tues, dos señorías,  
Dos grandes y dos pequeños,  
Dos gordos y dos cenceños,  
Dos palomas, dos arpias,  
Dos legos, dos estudiosos,  
Dos jardines, dos desiertos,  
Dos con ojos y dos tuertos,  
Dos sucios y dos curiosos,  
Dos damas y dos fregonas,  
Para que en pasando el agua,  
Hay a sin ir á la fragua  
Aquellas mismas personas.  
Tú, Beltran, no has de pensar  
Que soy de las bobas yo:  
Florencio no me engañó;  
Pero quisome engañar.

Y si es que las ocasiones  
Le dan las damas, sin duda  
Que, pues de dama se muda,  
Trocastes jurisdicciones.  
Ya Florencio en tu afición  
Tiene tanta señoría,  
Que como chancillería  
Se entra en tu jurisdicción.  
Dile que siendo galán  
De las damas, que no es justo  
Que fregonice su gusto,  
Pues es tu oficio, Beltran;  
Que Inés no es lugar que cae  
Cinco leguas del meson,  
Pues de tu jurisdicción  
Hoy á la suya la trae.  
Esta noche ha concertado  
Tener su lado de Inés,  
Y por prenda, si lo es,  
Una sortija le ha dado.  
Pues quien me ha de amar á mí  
No ha de tener pensamientos  
De tan bajos fundamentos,  
Ni ha de humillarlos así.  
Quien tanta gala pregona,  
Y me llama su mujer,  
Una estrella no ha de ver,  
Cuanto y mas una fregona.  
¡Jesús! ¡Qué asco! ¡Qué infame  
Gusto! ¡Qué necio! ¡Qué deseo!  
¡Qué vil amor! ¡Qué trofeo  
Tan bajo!

BELTRAN.

Quedo, no llame  
Vnesamerced tales nombres  
Al buen gusto de Beltran;  
Porque es creencia en que están  
Muchos muy discretos hombres.

FLORENCIO.

Galla, Beltran; que si vuelves  
Por ellas, ha de pensar  
Que es mi gusto.

BELTRAN.

¿He de callar,

Cuando á callar te resuelves,  
Tocándome en las dos niñas  
De los ojos? ¡Vive Dios,  
Que hay fregonas mas de dos  
Sin las bordadas basquiñas,  
Sin el manto soplonesco,  
Sin el garbo ni el chapín,  
Con el tranzado garbín,  
Y el delantal blanco y fresco,  
Que van vendiendo cuajada  
Mas que nieve y que tonillo,  
Porque aquel amor sencillo  
Es lo que al buen gusto agrada!  
¿Qué faldellín de persona  
Grave iguala en nieve y flores  
Al ver en paños menores  
Una cándida fregona?  
¿Para qué puede ser bueno  
Al marido ni al galán  
Brindalle con soliman,  
Que es en efeto veneno?

GERARDA.

Beltran, yo digo que Inés  
Y otras fregonas de aquí  
Serán pavos para ti;  
Pero mirales los piés;  
Que yo conozco un discreto  
Que esa rueda deshacia  
Luego que los piés les vía,  
Que es espantoso defeto.  
Cuando pinta algun pintor  
Al demonio, ya después  
Que ha hecho el rostro, en los piés  
Pone el quién es, como autor.  
Pues ¿qué piensas tú que son  
Fregonas? Diablos pintados.

BELTRAN.

Esas llevan mis cuidados,  
Y no damazas de don.

GERARDA.

Al tinte huele, Beltran,  
Quien tinte; al olio el pintor,  
A la pesca el pescador,  
El que curte al cordobán,  
Las fregonas al fregado.

BELTRAN.

¿Y no es pastilla mejor  
Que el artificial olor,  
El melindre y el cuidado?  
Ahora bien, cuando de todas  
Digas mal, déjame á Inés.

GERARDA.

¿Que en fin, Beltran, tuya es?

BELTRAN.

Y esta noche son las bodas.

GERARDA.

¿Cómo, si ella me ha contado  
Que mi hermano la requiebra?

BELTRAN.

Florencio, ¡el cuento celebra!  
¿Que soy su hermano ha pensado!

FLORENCIO.

Si tu hermano dijo, advierte  
Que piensa que lo es Beltran.

GERARDA.

Mal en hombre tan galán  
Pensamientos desa suerte  
Pudieran caber. Yo digo  
Que engañada me enojé;  
Y si en tu disgusto hable,  
Humilde espero el castigo.

Aunque mejor lo tomara  
De esos brazos en el cuello.

FLORENCIO.

Son de amor la firma y sello,  
En que obligarse declara.  
(*Abrazanse.*)

## ESCENA VI.

LISENA. — DICHOS.

LISENA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

BELTRAN. (*Ap.*)

Lisena es,  
Delante ponerme quiero.  
(*Pónese Beltran delante, fingiendo que  
no la conoce.*)

Inés, ¿que en fin soy barbero?  
¿Que en fin soy barbero, Inés?

LISENA.

Déjame pasar, desvia.

BELTRAN.

Un abrazo me has de dar.

LISENA.

Déjame, Beltran, mirar  
Celos por tu celosía.  
Déjame, pues me conoces.

BELTRAN.

¿Celosía yo? ¿Y qué tal?  
De ébano de Portugal.

LISENA.

¡Beltran!

BELTRAN.

¡Inés!

LISENA.

Daré voces.

BELTRAN.

¿Qué importa que tú las des?

LISENA.

Ya no importa. ¡Triste caso!

BELTRAN.

Gerarda, guárdame el paso; (*Ap. á ella.*)  
Que quiero abrazar á Inés.

GERARDA.

Abrazala; que aquí estoy.  
Mas págame en otro tanto.

LISENA. (*Ap.*)

De lo que sufro me espanto.

FLORENCIO. (*A Gerarda.*)

¿Eres mía?

GERARDA.

Tuya soy.

LISENA.

¡Tuya soy!

BELTRAN.

¿Que tú eres mía?

LISENA.

No digo á ti.

BELTRAN.

¿Cómo no?

«Tuya soy» dijiste.

LISENA.

Yo

Lo que escuché repetía.  
Déjame pasar, Beltran.

GERARDA.

Florencio, tú eres mis ojos.

LISENA.

¡Tú eres mis ojos!

BELTRAN.

¿Qué enojos

Tus ojos no quitarán?

¡Tú eres mis ojos, me dices! <sup>1</sup>

LISENA.

No soy Inés.

BELTRAN.

Loca estás. <sup>2</sup>

¿Cómo que no eres Inés? <sup>3</sup>

FLORENCIO. (A Gerarda.)

Sola te quiero.

GERARDA.

Y lo creo,

Porque lo merezco yo.

LISENA.

¿Sola te quiero? (Ap. Eso no,

Cuando yo, traidor, te veo.)

¡Sola te quiero!

BELTRAN.

¡Mi Inés,

¿Que en fin solo me has querido?

LISENA.

Beltran, que pierdo el sentido.

Lisena soy, ¿no lo ves?

FLORENCIO. (A Gerarda.)

Sin tí no vivo.

LISENA.

(Ap. ¿Esto sufre

El cielo? ¡Oh rigor eterno!

¡Oh celos, color de infierno.

Llama azul de piedra azufre!

¡Sin tí no vivo!

BELTRAN.

¿Es posible

Que sin mí no vives ya?

LISENA.

De los requiebros de allá

Soy, Beltran, eco invisible.

Respondiendo al postrer acento

A la voz de aquel Narciso,

Que en aquesta fuente quiso

Volver mi espíritu en viento.

BELTRAN.

¿Qué fuente? ¿Cómo? ¿No ves

Que no hay fuentes en Toledo?

GERARDA.

Vamos, mi bien.

(Vanse Florencio y Gerarda.)

## ESCENA VII.

LISENA, BELTRAN.

LISENA.

¡Buena quedo!

BELTRAN.

Sosígate un poco, Inés.

LISENA.

Al fin, infame alcahuete,

Capa y manto de los dos,

Se me escaparon por vos.

BELTRAN.

¿Y es mal oficio ir á lluete?

No hay cosa de mas primor

Que ser alcahuete ó capa,

Mayormente cuando tapa

Gustos y celos de amor.

Los árboles ¿no son buenos?

LISENA.

Buenos son.

BELTRAN.

Pues ¿quién encubre

Mas que un bosque, hasta que octubre

Seca sus troncos amenos?

El cielo ¿es bueno?

LISENA.

¿Pues no?

BELTRAN.

Pues cuando el sol se le va,

¿Quién encubre cuanto está

Debajo dél? Luego yo

Soy aquí su semejante.

La noche, que es capa y manto,

Llama á su silencio santo;

Las manos encubre el guante,

Al cuerpo encubre el vestido,

El zapato cubre el pié,

El dosel al Rey, que fué

Majestad de su apellido;

La bolsa cubre el dinero,

El retrato la cortina,

A los diamantes la mina,

La cubierta al marinero;

El soliman los defectos

De la cara de las damas...

Si esto es así, ¿por qué infamas

A quien encubre secretos?

LISENA.

¿Cómo, Beltran, cuatro dias

De ausencia á Florencio han puesto

De tal suerte, y descompuesto

Las obligaciones mías?

¿Cómo, Beltran? ¿No era ayer

La que en Granada le vi

Llorar mas tierno por mí

Que la mas tierna mujer?

Cómo, Beltran, un hidalgo

Llora y miente, vende, infama

Una mujer que lo llama

Su bien?

BELTRAN.

De juicio salgo

Con ver lo que Beltraneas.

Lisena, si le de dejar

De llamarte Inés, y hablar

En las cosas que deseas.

Oye, y mira que le has dado

Para mudanza ocasion;

Que mudanzas siempre son

Como el son que se ha tocado.

¿Cnerpo de tal! La mujer

Que quiere no dé lugar

A que otro la pueda hablar.

¿Cómo pueda hablar? Ni aun ver.

Sírvete Estacio, y tú gustas

Del servicio y del favor;

Y tras ser competidor

(Cosas en buen trato injustas),

Préciese de bravo, y viene

A echarnos ya de su calle;

Y quieres que el otro calle

Las ocasiones que tiene.

Viene huyendo de Granada

Por tí, y á sus padres deja;

Y tú con graciosa queja

Dices que has sido olvidada.

¿Qué respondes?

LISENA.

Que aunque hubiera

Dado á Florencio ocasion,

Porque en fin, sus celos son

Autores de esa quimera,

El venir, como he venido,

Infamando mi linaje,

Y el servir en este traje,

La culpa hubiera vencido.

¡Ah Beltran! ¡Dí tú que viste

A la amiga de Gerarda,

Moza de Madrid gallarda,

Y á Florencio persuadiste.

Porque hallaste gusto aquí;

Y no digas que yo he sido

Causa de su injusto olvido.

BELTRAN.

No me conoces tú á mí.

¡Vive Dios, que si el pintel

De naturaleza agora

Pintara en una señora

Cuanto el cielo puso en él;

Si le dieran los colores

El sol, las piedras preciosas,

Los cristales y las rosas,

Y el divino olor las flores;

Y el entendimiento, aquellos

Espíritus celestiales,

Si los labios, los corales,

Y verter perlas por ellos,

No me pudiera obligar

A un escrúpulo, á una drâma

De amor! ¿Yo, Lisena dama?

Yo querer tierno y amar?

Yo escribir horracherías?

Yo andar con cintas y enredos?

Yo con celos? Yo con miedos?

¡Ah santas fregonas mías,

Volved por vuestro derecho!

¡Vive Dios! si me afrentaras

Con cuantos nombres hallaras,

Si me pasaras el pecho,

Si me hicieras una afrenta

Pública, si me escribieras

Libelos, no me ofendieras

Mas, ni quien mi agravio intenta,

Que con decirme que quiero

Mujer de manto. Es verdad

Que me muestra voluntad,

Y respondo lisonjero;

Pero ¿yo interés ni amor?

Quédate con Dios, Lisena;

Que me has dado mucha pena. (Vase.)

LISENA.

Oye, espera. ¿Hay tal rigor?

¡Desdichada suerte mía!

Todo me deja. ¿Qué haré,

Pues ya no hay cosa que esté

En el lugar que solía?

¡Ah traidor, que disimulas!

Yo conozco bien tus tretas.

## ESCENA VIII.

EL ALFÉREZ; FINEO, de camino. —

LISENA.

FINEO. (A un criado que está dentro.)

Haz que guarden las maletas,

Y dén recado á esas mulas.

ALFÉREZ.

Cuando os vi pasar, Fineo,

Apenas os conocía.

FINEO.

Habeisme hecho cortesía

Y pagado mi deseo

En llamarme.

ALFÉREZ.

¡Bueno estáis!

No pasa día por vos.

FINEO.

Pues no es gusto; que por Dios

Que hay mas mal del que pensais.

ALFÉREZ.

¿Hay gusto como encontrarse

Dos amigos caminando?

FINEO.

Y ¿dónde vais?

ALFÉREZ.

Voy gastando

Tiempo que no ha de cobrarse.

Voy á hacer gente.

FINEO.

¿Con quién?

ALFÉREZ.

El capitan Acebedo

Me lleva consigo.

FINEO.

Puedo

Daros de eso el parabien:  
Que es gran amigo, y un hombre  
De valor.

ALFÉREZ.

Vos ¿dónde vais?

FINEO.

Hay mil cosas que sepais.

ALFÉREZ.

Ya no hay cosa que me asombre.

FINEO.

¿No nos darán aposento?

LISENA.

Aquí está dellos la llave.

FINEO.

¡Brava fregatriz!

ALFÉREZ.

Süave.

FINEO. (Ap. al Alferez.)

¿Déjase asir?

ALFÉREZ.

Es un viento.

Al Capitan ha vencido:  
No quiere salir de aquí;  
Hase fiado de mí,  
Y estoy por ella perdido.  
Verémos aquí los toros;  
Que ha de ser fiesta famosa,

FINEO.

¡Bella labradora!

ALFÉREZ.

Hermosa

Y limpia como mil opos.

FINEO.

Si la quiere el Capitan  
Y el Alferez, yo querría  
Servir en su compañía.

ALFÉREZ.

No sé, por Dios, si os querrán;  
Que es bosca como un novillo.

FINEO.

¡Ah, mi reina! ¿De qué está  
Triste?

LISENA.

En eso, ¿qué le va?

FINEO.

Quiere el alferez Carrillo,  
Tan tierno á vuesa merced,  
Que, como amigo, querría  
Merecer su cortesía,  
Y que me hiciese merced.

LISENA.

Este aposento es famoso.  
¿Sois solo?

FINEO.

Solo he de estar.

LISENA.

Yo le voy á aderezar.

FINEO.

¡Qué gallardo talle!

ALFÉREZ.

Airoso.—

Y antes, ninfa, que os entreis,  
Me decid de qué estáis triste.

LISENA.

De que hay hombres.

FINEO.

Si consiste

En alguno que queréis,  
Que no os paga como es justo,  
Escoged; que otros habrá.

LISENA.

Ninguno gusto me da.

(Vase.)

FINEO.

Teneis estragado el gusto.

## ESCENA IX.

## EL ALFÉREZ, FINEO.

ALFÉREZ.

¿Es buena?

FINEO.

Como mil perias.

ALFÉREZ.

Ya estamos solos; decid  
Lo que os saca de Madrid.

¿Son fiestas?

FINEO.

No vengo á verlas.

ALFÉREZ.

Pues ¿á qué?

FINEO.

Sigo una dama.

ALFÉREZ.

¿Haos engañado?

FINEO.

Tal vez.

Que venia á Aranjuez  
Eché entre sus deudos fama.  
Salí, seguila, y busqué  
Sus huertas.

ALFÉREZ.

Y ¿estaba en ellas?

FINEO.

No.

ALFÉREZ.

Mil cosas cuentan dellas.

FINEO.

Lo que yo he visto os diré.  
Grandes maravillas tiene  
El católico Filipo,  
Aumentadas en España,  
De su abuelo y padre invicto;  
Y si maravillas fueran  
Personas como edificios,  
Diera primero lugar  
A sus soberanos hijos.  
El templo del Escorial  
Maravilla octava ha sido.  
Desde nuestro polo al austro,  
Y del ocase á Calisto.  
Tienen Toledo y Segovia  
Los alcázares altivos,  
Madrid su rico palacio.  
De pintura y cuadras rico;  
Pero dejando estas cosas,  
Dadme por un rato oído,  
Y veréis á Aranjuez,  
Puesto que es mapa su sitio.  
A Vaciamadrid llegué;  
Dios me libre de haber ido  
A Vaciamadrid de noche;  
Que no le tengo por limpio.  
Allí vi el rico palacio  
Con linda vista de río;  
Perdone la casa antigua,  
Ruina del tiempo antiguo;  
Que mejor saben las damas  
Su mala traza y abrigo.  
Partí á Arganda, y vi la quinta  
Del Embajador; prosigo,  
Y en San Martín de la Vega  
Duermo.

ALFÉREZ.

Aténgome al del vino.

FINEO.

A la barca de Bayona  
Madrugo, y atento miro

Los diques en medio el agua,  
Contra su curso excesivo.  
Llego en fin á Aranjuez,  
Paso el pelenque, y admiro  
En la huerta Totipela  
Tantos árboles distintos:  
Germesños, melocotones,  
Albérchigos y membrillos,  
Avellanos y nogales,  
Peros, duraznos y quindos.  
Veo la puente del Tajo;  
Tajo, que el nombre latino,  
A pesar del fiero moro,  
Conservó por tantos siglos;  
Por cuya causa en su iglesia,  
Toledo en aljibes frios  
Le deja entrar, como á hidalgo,  
De cuatro costados limpio.  
Por la calle de Toledo  
(Que así se llama), partimos  
Aquel estanque, ó mar Tonta.

ALFÉREZ.

¿Mar Tonta?

FINEO.

Es su nombre mismo.

Muchos, tenidos por sabios,  
'i en sus ondas sumergidos  
Y convertidos en cisnes,  
Los conliados por lindos,  
Los que pasean, los que fian,  
Los graves y los remisos,  
Los que casan pobremente,  
Los avarientos y ricos,  
Los mordaces, los que enfadan,  
Los cortos y los prolijos.

ALFÉREZ.

Cisnes son de la mar Tonta  
Mil pretendientes anfibios.

FINEO.

¡Notable es aquel palacio!

Edificio peregrino!  
Galerías, salas, cuadras,  
Mármoles y jaspes lisos,  
La capilla y corredores,  
Y aquel retablo divino  
Del Ticiano, y el reloj  
De tan notable artificio;  
Las huertas de los franceses,  
Donde, de murta vestidos,  
Mil músicos vi teniendo  
Imágen de los de oficio;  
Que no tienen mil que cantan  
Alma, gusto ni sentido.  
Vi mil galeras de yerba,  
Toros, perros, cocodrilos,  
Pájaros y cazadores,  
Culebras y basiliscos;  
La huerta de las moreras,  
Donde con soberbios picos  
Vi coronados pavones,  
Llenos de plumajes ricos.  
A la no acabada puente  
Fui del Tajo cristalino,  
Y al embocada del agua,  
Caracol y laberinto.  
A la casa de las vacas  
Fui con igual regocijo,  
Y por doce verdes calles  
A la plaza vuelta dimos,  
A cuya sazón pasaron  
Siete camellos asirios,  
Que en España, aunque son de Asia,  
Están sirviendo á Filipo,  
Que es rey de Jerusalem,  
Y muestra que cuarto ó quinto,  
Librará la Ciudad Santa  
Y el gran sepulcro de Cristo.  
Vide al fin, tras destas cosas,  
Las bodas de los dos rios,  
Porque allí son para en uno  
Sin firma del Arzobispo.



No os encarezco las fuentes,  
Ya en mármoles, ya en castillos,  
Los tiros de agua, las burlas,  
Ninfas, sátiros y niños;  
Y aquellas calles de flores,  
Donde iba á hacer ejercicio  
La serenísima Infanta,<sup>1</sup>  
Primavera deste sitio,  
Que adonde puso los piés,  
Puesto que fuese el estío,  
Nacieron rosas de nácar,  
Como de Vénus se dijo.  
Allí está el blanco jazmin  
Y el oloroso junquillo,  
Con la pálida retama,  
El adónis y el narciso;  
Allí el pinte azul y rojo,  
La salvia, el cárdeno lirio,  
El aleli como jaspe,  
Los claveles y el citiso;  
Y el agua que asierra piedras,  
Y ciertos pájaros indios,  
Con dos borlas coloradas  
Sobre unas gorras de rizo,  
Que llaman zaidas sin ser  
Descendientes de moriscos.  
Pero ¿qué me meto en aves,  
O sus diferencias pinto,  
Ni en proseguir el retrato  
Del segundo paraíso?  
Baste dar fin á esta cifra  
Con decir que fué edificio  
De aquel soberano, padre  
Del nieto de Cárlos Quinto.

ALFÉREZ.

Puesto me habeis mas deseo.  
Seis dias no pasarán  
Sin verle.

FINEO.

Puesto que están  
En él los bronceos que veo  
Y los mármoles que os digo,  
No estaba mi dama en él.  
Dejé, Alférez, el verjel,  
Y el camino á Illéscas sigo,  
Donde tampoco la hallo.  
Supe esta fiesta de acá,  
Y vengo á ver si aquí está,  
Con lo que yo siento y callo;  
Que os prometo que estoy loco.

ALFÉREZ.

Ahora bien, dejad la pena;  
Que hay ocasion barto buena  
Para divertirla un poco.  
En ese aposento entrad;  
Quitáos espuelas y botas;  
Que desembarcan mil flotas  
De damas en la ciudad,  
A ver la famosa fiesta;  
Que hay rejones y lanzadas;  
Y las penas ocupadas  
Siempre son menos molestas.  
Naturaleza, por varia,  
Mas hermosa suele ser:  
Tambien dicen que ha de haber  
Una justa literaria;  
Y pues picáis de poeta,  
Al premio escribir podeis.

FINEO.

¿Qué sugetos?

ALFÉREZ.

Mas de seis.

FINEO.

¿Hay glosa?

ALFÉREZ.

Y un pié que aprieta:

«De Díos es insigne hazaña

Que al mar de Austria se remita,  
Pues el nácar Margarita  
Pare una perla en España.»

FINEO.

El tercero y el primero  
Tienen mas dificultad.  
Entro á descalzarme.

ALFÉREZ.

Entrad:

Que hablando á Inés os espero.  
(*Vase Fineo.*)

## ESCENA X.

LISENA.—EL ALFÉREZ.

ALFÉREZ.

¡Ah, mi Inés! ¿No quiere ser  
Vuesamereed cosa mia?

LISENA.

¡Para mi melancolia  
Venís! Dejadme barrer.

ALFÉREZ.

Inés, que, como el aurora,  
Pudieras barrer estrellas,  
Pues en esas manos bellas  
Tal luz el cielo atesora,  
Veníte conmigo á la guerra.  
Toma las armas, Inés,  
Y verás...

LISENA.

Quedo; después,  
Cuando la noche se cierra,  
Me podeis venir á hablar,  
Que ya sabeis mi aposento;  
Que de día no consiento  
Ni doy á nadie lugar,  
Porque el huésped no querria  
Que supiese esta flaqueza.

ALFÉREZ.

Hoy á tu mucha belleza  
Igualas tu cortesía.  
Fiado de tu palabra,  
Voy á rogar á los cielos  
Cierren al día los velos,  
Y que nunca el sol los abra. (*Vase.*)

## ESCENA XI.

LISENA.

Nunca Díos te dé salud,  
Ni á ese necio capitán.  
¡Buenos mis negocios van!  
Arde, celosa inquietud,  
Matadme el pecho, romped,  
Salga el llanto por los ojos,  
Destilense mis enojos,  
Arde, corazón, arde.  
Arde, triste corazón,  
Para que siendo alquitara,  
Vierta el agua por la cara  
Venenos de su pasión.  
Arde sin cesar de arder.  
Y aunque es mi muerte abrasarme,  
Valedme vos con matarme,  
Pues yo no os puedo valer.

## ESCENA XII.

GERARDA, LUCRECIA.—LISENA.

GERARDA.

¡Oh Inés! ¡gran mal!

LISENA.

¡Ay de mi!

¿Qué os puede haber sucedido?

GERARDA.

¡Un forastero ha venido

Para mi desdicha aquí!  
Si me ve, soy muerta, Inés.

LISENA.

¿Por qué, siendo vuestro hermano  
Florencio?

GERARDA.

Ya encubro en vano  
Mi desdicha: no lo es.

LISENA.

¿Y eslo por dicha el que viene?  
Que estáis muy emparentada.

GERARDA.

Soy, Inés, muy desdichada;  
Diferente deudo tiene.  
Esta noche has de esconderme;  
Que este sin duda se irá  
Por la mañana.

LISENA.

(Ap. ¿Si ya

Quiere el amor socorrerme?)  
Yo tengo en el corredor  
Desocupada una cuadra,  
Que para secreto os cuadra;  
En ella estaréis mejor.  
Por de fuera os cerraré,  
Y en dando el tiempo lugar,  
Os llevaré de cenar.

LUCRECIA.

¿Dirásllo Inés?

LISENA.

No podré;  
Que me va en callar la vida.

LUCRECIA.

La nuestra queda en tu mano.

LISENA.

Entrad quedo.

(Vase Gerarda y Lucrecia.)

## ESCENA XIII.

LISENA; luego, LUCINDO y RISELO.

LISENA.

¡Oh soberano  
Cielo, esperanza cumplida!  
(*Saten Lucindo y Riselo.*)

RISELO.

Yo la hablé de vuestra parte,  
Y dijo que la hablaría.  
Aqui está Inés.

LUCINDO.

¡Inés mia!

LISENA.

Por Díos, que ando á buscarte.

LUCINDO.

¿Cómo has hablado á Gerarda?

LISENA.

A las dos, Lucindo, hablé  
Por los dos.

RISELO.

Discrecion fué.

LUCINDO.

Y ¿qué responden?

LISENA.

Aguarda.

Que aquesta noche os quedeis  
A dormir en el mesón,  
Y os harán conversacion  
Desde las doce á las seis.

LUCINDO.

¿A dormir? Pues ¿de qué modo?

LISENA.

Dándoos aposento yo;  
Que Gerarda lo trató  
De aquesta manera todo.

<sup>1</sup> Ana Mauricia, á la sazón de cuatro años, primogénita de Felipe III.

RISELO.

Pues no habemos de dormir  
Sin en su aposento entrar,  
Donde quiera habrá lugar.

LISENA.

Pues los dos os podeis ir;  
Y al Capitan rogaréis  
Que os convida á cenar.

RISELO.

Vamos.

LUCINDO.

¡Gallarda noche esperamos!

LISENA.

Mañana me lo diréis.

(Vanse Lucindo y Riselo.)

## ESCENA XIV.

FINEO. — LISENA.

FINEO. (Sin ver á Lisena.)

¡Cosas extrañas suceden!  
Algunas parecen sueños  
Tales, que los mismos dueños  
Menos entenderlos pueden.  
Vine siguiendo á Gerarda  
Con muy celosa pasión,  
Y vide en este meson  
Una villana gallarda,  
Que me ha puesto mas anteojos  
Que á un caballo desbocado,  
Con que no poco he templado  
La furia de aquellos ojos.  
Esta noche por lo menos  
Quiero ver... Pero aquí está.

LISENA.

(Ap. Este es quien buscando va  
Aquellos ojos serenos.)  
¿No agrada á vuesamerced  
El aposento?

FINEO.

Por Dios,

Que harto mas me agradais vos.

LISENA.

Haceisme en eso merced.

FINEO.

Sola esta noche he de estar  
En Toledo.

LISENA.

Así lo creo.

FINEO.

Quiéroos contar un deseo.

LISENA.

Voy á guisar de cenar.

FINEO.

Esta noche ¿no tendréis  
Lugar para que os lo cuente?

LISENA.

¡Jesus! ¡Y aunque fuesen veinte!

FINEO.

Pues, Inés, ¿dónde estaréis?

LISENA.

En pasando á la cocina,  
A mano izquierda es mi estancia.

FINEO.

Es la señal de importancia.

LISENA.

A lo seguro camina.  
Mas yo fio mas de vos,  
¡Ved lo que en el mundo pasa!  
Pero no entiendan en casa,  
Señor, que hablamos los dos.  
Id; que á las doce sin duda  
Entrará en vuestro aposento  
Este humano pensamiento  
Que de pensamientos muda.

FINEO. (Ap.)

¿Posible es que en un meson  
Haya tan bella mujer?  
Mas nuestro comun placer  
Aumenta la estimacion.  
Las cosas bajas, hermosas,  
Tienen vil precio y estima;  
Hasta declarar la enima  
Solo se estiman las cosas.

LISENA. (Ap.)

Mil cosas he prometido,  
Y para esta noche todas;  
¿Quién será de aquestas bodas  
El celebrado marido?  
El Capitan ya me aguarda,  
Y el Alférez ya me espera,  
Y aquí dice que le quiera  
Este galán de Gerarda.  
A Lucindo y á Riselo  
He prometido á las dos.  
¡Noche, remedialdo vos!  
Tended, noche, el negro velo!  
Que puesto que hasta mañana  
Solo tengo de lugar,  
A fe que se han de acordar  
De la Noche Toledana.

## ACTO TERCERO.

## ESCENA PRIMERA.

FLORENCIO, JULIO, BELTRAN.

FLORENCIO.

¿Qué dices, Julio?

JULIO.

Que os conviene, digo,  
Salir de la ciudad, porque en la plaza  
Vi un receptor de la chancillería  
Preguntar por Florencio de Granada.

BELTRAN.

[gro,  
Sin duda que aquel hombre está en peli-  
O que ya no le tiene, ó será muerto.  
Requisitoria viene tras nosotros.

FLORENCIO.

Malo será para los dos, si agora  
De la ciudad salimos.

BELTRAN.

¿Por qué causa,  
Siendo, cual ves, las nueve de la noche,  
Y haciéndola tan lóbrega y oscura?

FLORENCIO.

Porque podrá toparnos la justicia,  
Que ya estará avisada, y el ser tarde  
Es lo mas peligroso.

BELTRAN.

Llama al huésped.

(Vase Julio.)

FLORENCIO.

Al fin del día, al comenzar la noche,  
Es el tiempo de todos mas seguro;  
Que como entonces se recogen todos,  
Es mas la confusion, el trato y gente.

## ESCENA II.

EL HUÉSPED, JULIO.—FLORENCIO,  
BELTRAN.

JULIO.

El huésped está aquí.

FLORENCIO.

Salte allá fuera.—

(Vase Julio.)

Huésped, con hombres que del mundo

[saben  
Que han sido tan de bien y tan de hecho,  
Bien puede un hombre honrado decla-  
[rarse.

HUÉSPED.

¿En qué os puedo servir?

FLORENCIO.

Estadme atento.

Yo dí en Granada á un hombre cierta he-  
[rida,

De que á peligro estuvo de ser muerto;  
Requisitoria dicen que ha venido.  
Para salir de la ciudad es tarde.  
¿Hay en casa aposento donde pueda  
Esconderme esta noche?

HUÉSPED.

Este de enfrente

Tiene á la Concepcion unas ventanas,  
O al Cármen, si quereis; que sin peligro  
Daréis en un tejado de otra casa,  
Y della en un corral, y deste al campo,  
Por donde entrar podréis al monesterio.

FLORENCIO.

Pues alto; en vuestro amparo me confio.

BELTRAN.

Huésped, ¿es este salto peligroso?

HUÉSPED.

Es muy fácil, por Dios.

BELTRAN.

Por eso, digo;

Que no soy muy ligero, y pues el cielo  
No me dió cara de ángel, no querría  
Hurtales el oficio.

FLORENCIO.

Abrilde, huésped.

HUÉSPED.

¡Inés! ¿Oyes, Inés?

## ESCENA III.

LISENA. — FLORENCIO, BELTRAN,  
EL HUÉSPED.

LISENA.

En comenzando

A dar en mí, no sabes otro nombre.  
¡Válame Dios, ¿no llamarás á otra?  
¡Parécete que estoy poco cansada  
De guisar á mil huéspedes la cena?

HUÉSPED.

Abre aquel aposento.

LISENA.

¿Cuál?

HUÉSPED.

¿Qué espacio!

Muestra esas llaves.

LISENA.

No está aquí la suya.

HUÉSPED.

¿Cómo que no?

LISENA.

Perdióse.

HUÉSPED.

Aquí está. Presto.

LISENA.

¿Para qué quieres este? Allí no hay otros?

HUÉSPED.

Este ha de ser, rapaza, no replique.—  
Entrad, que camas hay; y si sintiéredes  
(Ap. á los dos.)

Que llama la justicia, á la ventana,  
Y dad con vuestros cuerpos en el Cár-

FLORENCIO.

[men.

Fiad, huésped, de mí que lo agradezco.

BELTRAN.

Esto del salto llevo entre los ojos.

BUÉSPED.

Yo iré entre tanto á ver si alguno atisba.

BELTRAN. (Ap.) (Vase.)

¿Que tengo de saltar?

FLORENCIO. (Ap. á Beltran.)

Entra, si quieres.

BELTRAN.

Por Dios, Florencio, que si está muy alto.

Que te he de ver primero dar el salto.

(Vanse los dos.)

## ESCENA IV.

LISENA.

¿A quién habrá sucedido  
Desventura semejante?

¡Pues cuando estaba segura

De que me ofendiese nadie.

Y esta noche, en que mis celos

Temí que fuesen verdades,

Encerraba á mi enemiga,

Sin ser posible estorbarne,

Dentro del mismo aposento

Los mete el huésped infame.

Aunque no; que esta inocente,

Y que están dentro no sabe.

Yo misma fui la ocasión

Para que allí dentro entrasen,

Por estar yo mas segura,

Trayendo siempre las llaves.

Sin duda que fué temor

De la justicia; y por darles

Aposento, que en fin tiene

Por donde á sagrado escapen.

Los ha juntado á los cuatro,

De mi desdicha ignorante.

Juntos están, ya están juntos;

Lugar tendrán de gozarse.

¡Celos, amor, matadme,

Pues di las llaves y ocasión tan grande

Que Florencio y Gerarda se gozasen!

¡Válame Dios! ¿Cómo vivo

Imaginando mis males,

Cuanto y mas viendo presentes

Desventuras tan notables?

¡Florencio y otra mujer!

¡Y que esto á mis ojos pase!

¡Que estén en un aposento,

Que se gocen, que se abracen,

Que lo sepa, que lo vea,

Que lo consienta, que calle,

Que no dé voces al cielo,

Que no diga disparates,

Que no llegue como loca,

Y aunque fueran de diamante,

No rompa estas puertas viles,

Que no entre y no los mate!

¡Celos, amor, matadme,

Pues di las llaves, y ocasión tan grande

Que Florencio y Gerarda se gozasen!

Traidor Florencio, yo soy

Lisena; si por dejarme,

Te disculpas con mis celos,

¿Por qué de engaños te vales?

Siempre te quise, cruel;

No me enseñes á olvidarte.

Tú fuiste mi amor primero;

No he querido después ni antes.

¡Ay cielo! temblando estoy.

¿Si habrán venido á encontrarse?

Si se habrán ya conocido?

Si ella querrá que la abrace?

Si callarán escondidos,

Porque Gerarda no sabe

Quién entra, y de que es Gerarda

Está Florencio ignorante?

¡Ah terrible confusion!

Mas ¿quién duda que se hablen?

Que alguno ha de hacer ruido,

Y el otro ha de preguntalle.

Ya por la respiración,

Dirá con recelos tales

Florencio: «¿Quién está ahí?»

Con alterado semblante;

Gerarda, oyendo su voz,

¿Cómo es posible que aguarde?

Que anticipan á la lengua

Los brazos de los amantes.

Pues ¿cómo, desdichas mías,

Queréis que os sufra, y que pase

Porque se gocen los dos?

Mas yo haré que no se alaben.

Agora os haré pedazos,

Puertas que mal fuego abrase,

Porque sea con mi muerte

Sansón deste templo infame.

¡Caed, caed, matadme,

Pues di las llaves, y ocasión tan grande

Que Florencio y Gerarda se gozasen!

## ESCENA V.

EL CAPITAN. — LISENA.

CAPITAN.

¡Ah, seora Inés!

LISENA. (Ap.)

Esto solo

A mi desdicha faltaba.

CAPITAN.

Apenas la noche entraba

Por donde se ausenta Apolo,

Cuando esperé que vinierais.

Mas tardado, y son las diez.

LISENA.

(Ap. ¿No se acaban de una vez

Desdichas que son tan fieras?

¿Qué le diré? Pero ¡ay cielos!

¿Si será bien?... Si será;

Este antidoto dará

Al veneno de mis celos.)

Capitan, este aposento

Quisiera desocupar;

Que no hay en otro lugar,

Y solo un remedio siento.

CAPITAN.

¡Vive Dios! si fuera el muro

De Ambéres ó de Mástrique...

LISENA.

Quedo; la industria se aplique;

Que es ir á lo mas seguro.

Venid conmigo, y diréis

Que la justicia está aquí.

CAPITAN.

¿Disfrazaréme, ó así?

LISENA.

Mejor es que os disfracéis.

CAPITAN.

Vamos pues; que si gustaras

Que á coces, por tu contento

Derribase el aposento....

LISENA.

Créolo; mas ¿no reparas

Que te dolerán los pies?

CAPITAN.

Por Dios, que tienes razón.

LISENA. (Ap.)

¡Qué soldado fanfarrón!

CAPITAN. (Ap.)

¡Qué fresca y qué limpia Inés!

(Vanse.)

Cuarto de la posada con ventanas á un tejado.

## ESCENA VI.

FLORENCIO y GERARDA, á oscuras;  
después, BELTRAN.

FLORENCIO.

Apenas puedo ereer

Que eres tú, bella señora,

Aunque el alma que te adora

Me ha dado luz para ver.

GERARDA.

¡Ay Florencio! ¿de qué suerte

En este aposento entraste?

Sin duda á Inés sobornaste.

¡Oh, cuánto me alegra el verte!

¿Eres tú? Apenas lo creo.

(Sale Beltran.)

BELTRAN.

¡Ce, Florencio! ¿Dónde estás?

FLORENCIO.

Quedo. ¡Qué voces que das!

GERARDA.

¡Beltran!

BELTRAN.

Ni te hallo ni te veo.

GERARDA.

Por aquí, vén por aquí.

BELTRAN.

¿No sabes lo que ha pasado?

En un rincón he topado

Otra sombra.

GERARDA.

¿Cómo así?

BELTRAN.

Ella hacía mi se venia,

Tentando por la pared;

Yo, Gerarda, con la red

De la cama me encubria.

Púsome en la limpiadera,

Digo, en la barba, la mano...

No sé si pareczo alano;

Mas díjome si lo era.

Descuidóse hacia la boca

Un dedo; apreté, y está

Llorando.

GERARDA.

¿Estaba loca?

## ESCENA VII.

LUCRECIA. — Dichos.

LUCRECIA.

¡Maldito seas, Beltran!

¡Qué pesadas burlas tienes!

BELTRAN.

Quedo, y mira cómo vienes.

LUCRECIA.

¿Adónde están?

BELTRAN.

Aquí están.

LUCRECIA.

¡Qué oscuridad de aposento!

GERARDA.

Mi bien, ¿cómo entraste en él?

FLORENCIO.

Seguí una suerte cruel

Con no esperado contento.

En el revés del azar

Está el encuentro pintado;



Salte el sol tras el nublado,  
La tormenta allá en el mar.  
Huyendo de un receptor  
De Granada, le pedí  
Al huésped...

BELTRAN.

¿No es eso aquí,

Florencio, notable error?  
Necios son galán y dama  
Cuando á solas se preguntan.  
¿No ves tú cómo se juntan  
Callando Tajo y Jarama?

FLORENCIO.

Ni preguntes cómo entramos,  
Ni cómo estabas acá;  
Sino, pues que el tiempo ya  
Nos junta, no le perdamos.  
¿Venturosa suerte mía,  
Y mi venida á Toledo!  
¿Oh noche! llamarte puedo.  
Pues gozo el sol, claro día.  
¿Noche bella toledana!  
Las noches áticas, digo,  
Pierdan su fama contigo,  
Pues tan hermosa Diana  
Aquesta noche me alumbrá.

BELTRAN.

Deja las exclamaciones;  
Nunca á lo escuro, razones  
El que es discreto acostumbra.

LUCRECIA.

Tú, por no decirme á mí,  
Beltran, cosas que no sientes,  
Juzgas por impertinentes  
Amantes que hablan así.

BELTRAN.

Lucrecia, si yo supiera  
Que lo que dicen amantes  
Eran cosas importantes,  
Muchas también te dijera;  
Pero son todas mentiras.  
Si sol te llamo, ya ves  
Que miento, pues el sol es  
Macho, y tú mujer te miras.  
Pues luna, es hacerte agravio;  
Que es gran falta el ser mudable  
Y húmeda. Pues cuando hable  
Del fénix, muy á lo sabio,  
Es darte tanta nariz.  
Pues decir que eres diamante  
Es hacerme pujavante  
De los tus pies de perdiz.  
Pues decir que eres coral  
Es hacerte algun rosario;  
Pues nieve, es grande contrario  
Del gusto, y crueldad mortal;  
Pues plata, no la hay agora;  
Pues oro, á peligro estás  
De cercenarte: no hay mas  
De que te adoro, Señora.

### ESCENA VIII.

EL CAPITAN, dentro. — DICHOS.

CAPITAN. (Dentro.)

Abran aquí.

FLORENCIO.

Golpes dan.

BELTRAN.

La hora llegó menguada.  
¿Es vara ó pomo de espada?

FLORENCIO.

Llega á la puerta, Beltran.

CAPITAN. (Dentro.)

Abran aquí á la justicia.

BELTRAN.

¿A la justicia, por Dios!

LUCRECIA.

¿Perdidas somos las dos!

GERARDA.

¿Si fué del huésped malicia?

FLORENCIO.

Saltemos.

BELTRAN.

Yo ¿cómo puedo?

¿Ah noche, que eres mi día!

¿Venturosa suerte mía,

Y mi venida á Toledo!

FLORENCIO.

¿Agora burlas, Beltran?

¿Pesar de quien me parió!

Saltemos.

BELTRAN.

Pues ¿puedo yo?

FLORENCIO.

Los tejados cerca están.

BELTRAN.

¿Soy yo gato, que he de andar

Por los tejados, Florencio?

FLORENCIO.

Salta, Beltran, con silencio.

BELTRAN.

¿Con silencio he de saltar?

¿Vive Dios, que se ha de hundir

Conmigo medio tejado!

FLORENCIO.

Acaba, no seas pesado.

Salta; que quieren abrir.

BELTRAN.

Pues si yo fuera ligero,

¿Ya no hubiera yo volado

Por maromas, y ganado

Gran cantidad de dinero?

FLORENCIO.

Salta.

BELTRAN.

¿Soy perro, que salto

Por el rey de Francia?

FLORENCIO.

Sí.

BELTRAN.

Pues voy delante de ti.

— ¡Vive Dios, que está muy alto!

Haz cuenta que el perro salta

Por la mala tabernera.

FLORENCIO.

Gran gente suena allá afuera.

BELTRAN.

La cárcel no está tan alta.

Creo que es menor el daño

Deirme á la cárcel á pié.

FLORENCIO.

Salta, acaba.

BELTRAN.

Saltaré.

¿Vive Dios, que estás extraño!

¿Noche bella toledana!

Pierdan su fama contigo

Las noches áticas.

FLORENCIO.

¿Digo

Que nos preudan?

BELTRAN.

Cosa es llana;

Que soy pesado, por Dios,

Para danzar saltarelo.

FLORENCIO.

Pues yo ya salto.

BELTRAN.

Yo apelo...

— Pero saltemos los dos;

Que la vida es del amigo.  
¿Hay quién la quiera tomar  
De dos la una?

FLORENCIO.

¿Qué azar!

Salto.

(Salta por la ventana.)

BELTRAN.

Dios vaya contigo.

GERARDA. (A Lucrecia.)

Abre, y hallaránnos solas.

BELTRAN.

Saltaré antes.

LUCRECIA.

¿Buen gobierno!

BELTRAN.

¿Que quiera un hombre al infierno  
Irse haciendo cabriolas!

(Salta Beltran, y abre Lucrecia la  
puerta.)

### ESCENA IX.

LISENA. — GERARDA, LUCRECIA.

LISENA.

Sosegáos; que ya se han ido.

GERARDA.

¿Quién era?

LISENA.

Alguaciles son,

Que buscaban un ladrón.

GERARDA.

¿Qué pesadumbre he tenido!

LISENA.

¿Saltó Florencio?

LUCRECIA.

Saltó.

GERARDA.

Por esos tejados van.

LISENA.

¿Sintiólo mucho Beltran?

LUCRECIA.

En extremo lo sintió.

Pero ¿quién los trujo aquí?

LISENA.

Yo, por haceros placer;

Y de suerte supe hacer,

Que eché el alguacil de aquí.

GERARDA.

Buena suerte hemos tenido.

LUCRECIA.

Envíalos á llamar,

Para que vuelvan á entrar.

LISENA.

Luego, en cesando el ruido,

Se volverán al mesón.

Tú en mi aposento estarás,

Y á solas con él tendrás,

Gerarda, conversacion;

Y Lucrecia, en el de enfrente

Quiero que á solas esté.

GERARDA.

¿Dónde mi Florencio fué?

LISENA.

¿Sientes mucho verle ausente?

GERARDA.

¿Ay Inés! haz de manera

Que le goce.

LISENA.

Vén conmigo.

GERARDA.

Como á mi estrella te sigo;

Tráeme el sol que el alma espera.

LISENA.

Digo que hasta la mañana  
Podréis al seguro hablar.  
(Ap. A fe que se han de acordar  
De la Noche Toledana.)  
(Vanse.)

—

Vista de tejados.

**ESCENA X.**

FLORENCIO, BELTRAN.

FLORENCIO.

¿Haste hecho mal?

BELTRAN.

No tengo hueso sano.

FLORENCIO.

¿Adónde estamos?

BELTRAN.

¿Puedo yo sabello?

¿Hay mapa de tejados en el mundo?  
Hay carta que señale rumbo ó línea  
De chimeneas ni de caballetes?  
Hay Tolomeo ni otro algun cosmógrafo  
Que trate de azoteas?

FLORENCIO.

Esta casa

Me parece meson.

BELTRAN.

Y eslo sin duda;

Porque lo son las desta acera todas  
Desde la Concepcion al Cármen.

FLORENCIO.

Creo

Que es palomar aqueste ó gallinero.

BELTRAN.

Yo pienso que en algun tejado destes  
Hay alguna colmena.

FLORENCIO.

Y no de abejas,

Sino de alevés zánganos ó avispas,  
Que la cara, las piernas y las manos  
Me tienen hechas criba.

BELTRAN.

En las narices

Me ha dado un avispon un picotazo,  
Que me ha hecho elefante, vive el cielo.

FLORENCIO.

¿Si estarémos mejor con las gallinas?

BELTRAN.

Dalas al diablo; porque entraba apenas,  
Cuando cerró conmigo el señor gallo,  
Creiendo que robarle quise alguna,  
Y me ha sacado un ojo con el pico.

FLORENCIO.

¿Estoy muy sucio?

BELTRAN.

Estás como un estiércol.

FLORENCIO.

[mos]

¿Qué es aquello primero donde entra-

BELTRAN.

Una pocilga, de donde he sacado - [to.  
Tal cantidad de pulgas, que estoy muert-

FLORENCIO.

Escapar de aquel perro fué milagro.

BELTRAN.

Yo, á lo menos, no fui tan venturoso.

FLORENCIO.

¿Mordióte?

BELTRAN.

Traigo menos libra y media  
De carne desta izquierda pantorrilla.

FLORENCIO.

Morderte perro es seda sobre seda.

BELTRAN.

No quiso respetar al parentesco;  
Que perro soy, aunque parezco hidalgo.

FLORENCIO.

¡Cruel noche, por Dios!

BELTRAN.

Si yo creyera

Al buen humor que tengo, escarmentara  
De enamorarme.

FLORENCIO.

Amor ¿qué culpa tiene?

BELTRAN.

Amores en Toledo son muy buenos,  
Si son de día, pero no de noche;  
Que hay cuestras espantosas y ladrillos,  
Hombres del diablo, avispas, perros, pul-  
Tejados, gallineros y alguaciles. [gas,

VOCES. (Dentro.)

Ladrones son. ¡Ladrones!

BELTRAN.

Estos bueno.

FLORENCIO.

¡Oh, pesia tal! la casa se alborota.

UNA VOZ. (Dentro.)

Dame aque se arcabuz, suelta ese perro.

BELTRAN.

Por mí lo dice; ya me sabe el nombre;  
Conocido nos han.

FLORENCIO.

Por aquí abajo,

En la caballeriza nos entremos,

Y en saliendo algun huésped nos iremos.

(Vanse.)

—

Patio del meson.

**ESCENA XI.**

FINEO.

Noche, pues te llamaron los poetas  
Eseura y negra máscara del día,  
Cúbreme á mí con la tiniebla fría,  
Como al planeta de oro que respetas.

A tus aras ofrezco las bayetas

Mas blancas que el flamenco suelo envía,  
Si de la bella Inés, tu luz y mía,  
Dejas que goce en horas tan secretas.

El meson de Atalante y sus encantos  
Están en este, donde me han traído  
Para que en él sucedan otros tantos.

Haz, noche, como á Siquis y Cupido,  
Sábanas y frazadas de tus mantos,  
Y dormirán mis celos en tu olvido.

**ESCENA XII.**

EL ALFÉREZ.—FINEO.

ALFÉREZ.

Noche, que das descanso á cuanto vive  
Y al son de arroyos y de fuentes duermes;  
Tú, que madres solícitas aduermes,  
Cuando sus ojos Argos apercebe:

Tú, cuyo manto azul el cielo escribe  
De figuras é imágenes inermes,  
Así jamás de su humedad enfermes,  
Ni el tiempo de sus céfiros te prive;

Porque goce, primero que te huyas,  
De Inés, corona de tus luces bellas,  
Haz que me miren con piedad las tuyas;

Que así la suya gozaré por ellas,  
Si no es que por invidia de las tuyas  
Contrarias se me vuelvan tus estrellas.

FINEO.

Otro huésped embocado  
Ronda de Inés el terrero.  
Brme con descuido quiero,  
Para no le dar cuidado;  
Que él se quitará de aquí.

(Vase.)

ALFÉREZ.

Otro huésped aquí estaba,  
Que por ventura esperaba  
Lo que Inés me ofrece á mí.  
Pero en viéndome se fué.  
No hay de qué tener recelos;  
Que en meson no ha de haber celos,  
Aunque el amor me los dé.

**ESCENA XIII.**

EL CAPITAN.—EL ALFÉREZ.

CAPITAN.

Negra, desaseada, descompuesta,  
Desafeitada noche, deslucida  
De manto, y de cabellos esparcida,  
Envidiosa del sol, con sombra opuesta;  
Remisa en bienes y en traiciones pres-  
Adultera, ladrona y homicida, [ta,  
Disfrazada, cobarde y atrevida,  
Del ganado terror, del lobo fiesta;

Por tus mismas traiciones te conjuro,  
Miedos, engaños, laberintos, celos,  
Que me dejes gozar lo que procuro.

Así te canten bulhos y mochuelos,  
Y igualen con el sol hermoso y puro  
Tu negro curso los piadosos cielos.

ALFÉREZ. (Ap.)

Un huésped se ha levantado,  
Y de Inés el aposento  
Mira curioso y atento.

CAPITAN. (Ap.)

Por la mano me han ganado.  
¿Quién este huésped será?  
¿Si por dicha aguarda á Inés?

ALFÉREZ. (Ap.)

¿Si es el Capitan? Él es.

CAPITAN. (Ap.)

¡Aquí el Alferez está!

**ESCENA XIV.**

FINEO.—DICHOS.

FINEO. (Ap.)

Por ver si aquel hombre es ido,  
Otra vez al puesto vengo. —  
¡Muy buena ventura tengo!  
Basta, que dos han venido.

¿Cosa que vengan aquí  
Con el mismo pensamiento?  
El uno me mira atento,  
Y el otro se viene á mí.  
Quiero, por disimular,  
Volverme á entrar otra vez.

(Vase.)

CAPITAN. (Ap.)

Muchas piezas de ajedrez  
Conienza Inés á entablar.  
Pienso que sus pensamientos  
Son sacar de la talega  
Los huéspedes con que juega,  
De todos los aposentos.  
¿Si está el Alferez picado?  
Que si no es mi fantasía,  
A toda la compañía  
Inés ha desafiado.  
Sin duda que todos salen.  
Otros dos viniendo van;  
Que rendido el capitan,  
Poco los soldados valen.





BELTRAN.  
¿Qué harémos?  
FLORENCIO.  
Ya es imposible  
Huír.

**ESCENA XX.**

DOS ALGUACILS, UN ESCRIBANO,  
GENTE, *de ronda*. — DICHOS.

ALGUACIL 1.º  
¿Quién va?  
FLORENCIO.  
¿No lo ven?  
ALGUACIL 1.º  
¿Quién son?  
FLORENCIO.  
Dos hombres de bien.  
ALGUACIL 1.º  
¿A estas horas? No es posible.  
BELTRAN.  
Luego ellos no lo serán.  
ALGUACIL 1.º  
A la justicia se tengan.  
FLORENCIO. (*Ap. á Beltran.*)  
¿Cosa que á prendernos vengán?  
BELTRAN.  
Pues no dudes que vendrán.  
FLORENCIO.  
Múdate el nombre.  
BELTRAN.  
Si haré;  
Y tú no digas el tuyo.  
ESCRIBANO.  
¿Huír queréis?  
BELTRAN.  
Yo no huyo;  
Cánsome de estar en pie.  
ESCRIBANO.  
Tráiganle una silla aquí.  
¿Qué gente?

FLORENCIO.  
Dos forasteros.  
ESCRIBANO.  
¿Qué ejercicio?

FLORENCIO.  
Caballeros.  
ESCRIBANO.  
¿Caballeros? ¿Cómo así?  
Pues ¿dónde á tal hora van?

BELTRAN.  
A la posada.  
ALGUACIL 1.º  
Y ¿de dónde

Vienen?  
ALGUACIL 2.º (*Ap. al Escribano.*)  
Turbado responde.  
Estos, ladrones serán;  
Apartadlos.

ESCRIBANO.  
Decis bien.  
Este asid, y apartad este.  
(*Sepáranlos.*)  
BELTRAN. (*Ap.*)

¡Plegue á Dios que no nos cueste  
Mas de lo pasado, amen!  
¡Mala noche por tejados,  
Desvanes y palomares,  
Caballerizas, pajares;  
Pulgas, coces y bocados  
Por huír de la justicia;  
Y al cabo venir á dar  
Con ella! ¡Gentil azar!

FLORENCIO.  
Señores, menos codicia;  
No hay qué mirar.  
ALGUACIL 1.º  
Diga el nombre.

FLORENCIO.  
Don Fernando es mi apellido.  
ALGUACIL 1.º  
Y el que con él ha venido  
¿Quién es?

FLORENCIO.  
Cierto gentil hombre.  
ALGUACIL 1.º  
¿El nombre?

FLORENCIO.  
Marzal se llama.  
ALGUACIL 1.º  
¿De dónde son?

FLORENCIO.  
De Jaén.  
ESCRIBANO.  
Eso está dicho muy bien.

BELTRAN.  
¿Qué es lo que quieren de mí?

ESCRIBANO.  
¿Cómo os llamais?

BELTRAN.  
¿Yo? Tomé.  
Tomico mi nombre fué;  
Tomé después que ereci.

ESCRIBANO.  
¿Qué sois deste caballero?

BELTRAN.  
Su lacayo solia ser;  
Y ya soy su botiller.  
Enjerto en su despensero.

ESCRIBANO.  
¿Cómo se llama?

BELTRAN.  
Don Blas.  
ESCRIBANO.  
¿De dónde es?

BELTRAN.  
De Talavera.  
ALGUACIL 1.º  
Asildos.

BELTRAN.  
Pues ¿qué os altera?

ALGUACIL 1.º  
Esa relacion no mas.  
¡Pícalos, ladrones viles!

ESCRIBANO.  
Estos son de la cuadrilla  
De aquel hurto de Sevilla.

ALGUACIL 1.º  
Sí; pero poco sutiles.  
Tomé dice el bellacon,  
Y el otro dice Marzal.

Vayan á la cárcel real.  
FLORENCIO.  
Señores...

ALGUACIL 1.º  
Vaya el ladrón.  
ALGUACIL 2.º  
Que ha de ir mañana á galeras.

¡Brava prisión hemos hecho!  
BELTRAN. (*Ap.*)  
Que nos azotan sospecho.

FLORENCIO. (*Ap.*)  
¡Hay mas extrañas quimeras!

4 Falta un verso.

Ya deseo la mañana,  
Por ver en qué ha de parar.  
BELTRAN. (*Ap.*)  
Por Dios, que me he de acordar  
De la Noche Toledana.  
(*Vanse.*)

—  
Patio del meson.

**ESCENA XXI.**

LISENA, GERARDA, LUCRECIA.

GERARDA.  
Pues ¿para qué nos vistes desta suerte?

LISENA.  
Entra en este aposento con silencio;  
Que en él está Florencio: eso me advierte.

LUCRECIA.  
Luego ¿del Cármen vino ya Florencio?

LISENA.  
Florencio es muy ligero, Beltran fuerte,  
Y apenas de Sanson los diferencio.  
Volvieron á subir por el tejado,  
Y en sus dos aposentos se han entrado.

GERARDA.  
Y ¿aquí está mi Florencio?

LISENA.  
Habla mas quedo;  
Que andan desvanecidos mil galanes.  
Finge que eres Inés, entra sin miedo,  
Y no cruja el chapin los tafetanes;  
Que te espera el manecbo mas gallardo  
Que en Granada nació.

GERARDA.  
¿Qué me acobardo?

LISENA.  
La palabra me dió de ser mi esposo.  
Él te la cumplirá.  
(*Entrase Gerarda.*)

**ESCENA XXII.**

LISENA, LUCRECIA.

LUCRECIA.  
Dime, Inés bella,  
¿Adónde está Beltran? ¿Que aquel gracioso  
Donaire me ha rendido, ó fué mi estre-  
lla.

LISENA.  
En aquel aposento, desescoso  
De merecer tu voluntad; que en ella  
Consiste de un amante el bien mas alto.

LUCRECIA.  
Por dicha, ¿hizose mal?

LISENA.  
¿De qué?

LUCRECIA.  
Del salto.

LISENA.  
Entra; que bueno está, pues te desea.  
Mas por si te escuchare algun curioso,  
Finge que eres Inés, porque no sea  
Destruado tu nombre generoso.

LUCRECIA.  
Como toda esta noche se pasea  
Este patio por ti, será forzoso.

LISENA.  
De que os llamen Inés tengo avisados,  
Lucrecia, á vuestros dos enamorados.

LUCRECIA.  
¿Que no dirán jamás el nombre nuestro?

Ni vosotras.

LISENA.

LUCRECIA.

Ya sé lo que me importa.

Quédate á Dios. (Vase.)

### ESCENA XXIII.

LISENA.

¡Oh sol! si el rayo vuestro  
De mis enredos el discurso acorta,  
La vana industria del ingenio diestro  
Será la tela que la muerte corta;  
Mas yo espero que el alba matizada  
Me verá de sus flores coronada.  
Yo triunfaré del enemigo mío, [ño:  
Pues que su dama he dado al propio due-  
Que en la verdad de mi firmeza tío  
Que le despierte del injusto sueño.  
¡Oh fuerza de mujer! Oh industria! Oh  
[brio,

Que de una noche el término pequeño  
De suerte á sus desdichas acomoda,  
Que excede al curso de la vida toda!  
Yo, sin perder aquel honor que debo  
A los mayores de quien vengo honrada,  
Con nueva industria, con engaño nuevo,  
Tengo toda esta gente sosedada;  
Mas primero dará su lumbré Febo  
Que esté su pretensión desengañada.  
Porque todos me esperan de mil modos,  
Y están cerrados y engañados todos. [to?  
Golpesiento en la puerta. ¿Qué es aques-  
¿Hay nuevo mal? Hay nueva desventura?

### ESCENA XXIV.

BELTRAN, FLORENCIO.—LISENA.

BELTRAN. (Dentro.)

Abra aquí.

LISENA.

¿Quién llama?

FLORENCIO. (Dentro.)

Abre, Inés, presto.

LISENA.

La voz es de Florencio. ¡Oh gran ventura!  
Yo voy á abrir. —

(Abre y salen Florencio y Beltran.)

¡Señor, tan descompuesto!

FLORENCIO.

¡Oh noche, la más áspera y oscura  
Que he tenido en mi vida!

LISENA.

¿De qué suerte?

FLORENCIO.

Con mil peligros de prisión y muerte.  
Referirte las cosas que he pasado  
Era esperar en este patio el día.  
Vengo muerto, perdido y quebrantado,  
Y Beltran casi en brazos me traía.  
Dilo, Beltran.

BELTRAN.

Después de aquel tejado,

Y de otras circunstancias que tenía,  
Venimos á parar en esta calle,  
Llenos de polvo, y lo demás se calle.  
Topónos la justicia; yo no puedo  
Decirte mas; Florencio lo prosiga.  
Respondimos, turbados con el miedo;  
Que miedo al hombre mas honrado obli-  
Y entre dos alguaciles de Toledo, [ga;  
Y otra gente que agarra sin ser liga,  
Nos llevan á la cárcel por ladrones.

LISENA.

¡Extraño mal, extrañas ocasiones!

FLORENCIO.

Pero apenas las cuatro calles veo,

Quando arrebató á un corchapín la hoja,  
Y lo mismo Beltran: dilo; que creo  
Que cuanto me ha pasado se me antoja.

BELTRAN.

¿Qué es menester en esto mas rodeo?  
A eintarazos cada cual se arroja  
Hacia el Alcázar; mas con gran ventaja,  
Puesto que aquel nos sigue, aquel ataja.  
Damos los dos en una zanja abierta,  
Y pasa la justicia por encima,  
Tan ciegos, por un lado, que fué eierta  
La libertad, que el hombre tanto estima.  
Salimos, y llegamos á la puerta  
Deste meson, á deshacer la enima.  
¿Qué hay de las damas?

LISENA.

Entra; que te aguarda  
A tí Lucrecia aquí, y á tí Gerarda.

FLORENCIO.

Vox. Adios; que pues tú la causa diste,  
Gerarda es ya mi dueño.

LISENA.

Entra mas quedo.  
Iré por ella; que mi amor resiste  
A tu crueldad con el valor que puedo.

BELTRAN.

En fin, ¿por ella vas?

LISENA.

Si voy. ¡Ay triste!

BELTRAN.

¿Si para aquí la noche de Toledo?

LISENA. (Ap.)

No para aquí; que con mayor engaño  
Comienza el vuestro, y cesará mi daño.  
(Vanse.)

Calle y vista exterior del meson.

### ESCENA XXV.

LOS ALGUACILES, EL ESCRIBANO,  
GENTE; después, EL HUÉSPED.

ALGUACIL 1.º

Digo que entraron aquí,  
Y que esta puerta se abrió.

ALGUACIL 2.º

El ruido senti yo.

ESCRIBANO.

Y yo los golpes senti.

Llama.

ALGUACIL 1.º

¡Ah de arriba!

ALGUACIL 2.º

¡Ah de casa!

ESCRIBANO.

No responden. ¡Linda cosa!

HUÉSPED. (Dentro.)

¡Inés!

ALGUACIL 1.º

El huésped repesa.

ALGUACIL 2.º

El no sabrá lo que pasa.

ALGUACIL 1.º

Decis verdad; que es honrado;

Y como venga al meson

La gente honrada, el ladron

Sera en su traje estimado.

Solo conocen aquí

Por el vestido al que viene.

ALGUACIL 2.º

El huésped disculpa tiene.

¡Que se os escapase así!

HUÉSPED. (Dentro.)

¡Inés, Toribio! ¿No hay orden?

ESCRIBANO.

Vistase, acabe.

HUÉSPED. (Dentro.)

Ya voy.

¡Qué dichoso en mozos soy!

Todo es comer y desórden.

¿Quién es? (Asómase á una ventana.)

ALGUACIL 1.º

La justicia es.

HUÉSPED.

Pues ¿qué quiere antes del día?

ALGUACIL 2.º

¿Qué huéspedes tiene?

HUÉSPED.

Había

Anoche, de Madrid tres,

Pos de Granada, un soldado,

Y pienso que un capitán.

ESCRIBANO.

Llame luego donde están.

HUÉSPED.

(Ap. ¿Si se habrán ido á sagrado

Por donde los avisé?)

Vistanse todos, señores.—

¿Hay algo?

ALGUACIL 1.º

Los dos mayores

Ladrones...

HUÉSPED.

¡Buen lance eché!

ALGUACIL 2.º

Que han venido á esta ciudad.

ESCRIBANO.

¿No se acaban de vestir?

HUÉSPED.

Ya todos quieren salir.

(Quitase de la ventana el Huésped y abre después la puerta.)

ALGUACIL 1.º

Abrid las puertas. Entrad.

(Entran en el meson los alguaciles, Escribano y gente.)

### ESCENA XXVI.

EL CAPITAN, LOS ALGUACILES, EL ESCRIBANO, EL HUÉSPED, GENTE; después, EL ALFÉREZ.

CAPITAN.

¡Es muy gran delito acaso

Esperar una mujer

Que ahora acabo de ver

Pasar del umbral el paso?

ALGUACIL 2.º

Salga esa mujer acá.

(Sale el Alferez.)

ALFÉREZ.

Yo soy el que estoy aquí...

CAPITAN.

Alferez, ¿vos estáis?

ALFÉREZ.

Si.

CAPITAN.

¡Gracioso el engaño está!

ALFÉREZ.

Aquí me dijo que entrase

Inés; que aquí la hallaría.

CAPITAN.

Y á mi tambien que vendria,

Y que callando esperase;  
Y pnesto que entrar sentí.  
Callé hasta ver quién entraba.

ALGUACIL 2.º  
¿Es esta Inés vuestra esclava?

HUÉSPED.  
No; que ayer la recibí.

ALGUACIL 2.º  
¿Quién son estos caballeros?

HUÉSPED.  
Alférez y Capitan.

ESCRIBANO.  
Y los demás, ¿no abrirán?

CAPITAN.  
De risa me caigo en veros,  
Alférez: ¿vos me buscáis?

ALFÉREZ.  
Y vos ¿me esperáis á mí?

### ESCENA XXVII.

LUCINDO, *saliendo de uno de los cuartos*. — Dichos; *después*, LUCRECIA.

LUCINDO.  
¿Qué es lo que quieren aquí?

ALGUACIL 1.º  
Ver quién sois y dónde vais.

LUCINDO.  
Esta dama es mi mujer;  
Y así, yo con ella estoy.

HUÉSPED.  
¿Qué mujer?

LUCINDO.  
Su esposo soy,  
Convertido desde ayer. —  
Salid, señora Gerarda.  
(*Sale Lucrecia.*)

LUCRECIA.  
Lucrecia soy yo, Beltran.

LUCINDO.  
Soy Lucindo.

HUÉSPED.  
¡Buenos van!  
La burla ha sido gallarda.

LUCRECIA.  
Beltran me dijo que aquí  
Me esperaba. ¡Hay tal maldad!

LUCINDO.  
Y á mi Gerarda.

ESCRIBANO.  
En verdad  
Que está bueno todo así.

ALGUACIL 1.º  
Abranse esos aposentos.  
¿Qué es esto, huésped?

HUÉSPED.  
No sé.  
¡Vive Dios, que me acosté  
Libre destos pensamientos,  
Y que Inés debe de ser  
Algun demonio!

ALGUACIL 2.º

Abran presto.

### ESCENA XXVIII.

FINEO. — Dichos; *después*, GERARDA.

FINEO.  
Con tanta furia, ¿qué es esto?  
Hombre soy, y ella mujer.

ESCRIBANO.  
¿Otra mujer?

HUÉSPED.  
¡Ay de mí!

ESCRIBANO.  
¡Hágase santo después.

HUÉSPED.  
¿Qué mujer decís?

FINEO.  
Inés;  
Que entró á verme, y está aquí.  
¿Es delito una fregona  
Con un hombre que camina?  
Ayer la hablé en la cocina.

(*Sale Gerarda.*)

ALGUACIL 1.º  
¿Fregona con tal persona?

GERARDA.  
De Florencio soy mujer;  
Yo con mi marido estoy.

FINEO.  
¿Gerarda!

GERARDA.  
¿Quién es?

FINEO.  
Yo soy;  
¿Cómo aquí te vengo á ver?

GERARDA.  
¿Eres Fineo?

FINEO.  
Pues ¿quién?

GERARDA.  
De vergüenza no te miro.

FINEO.  
De tu deslealtad me admiro.

GERARDA.  
Yo de la tuya también.

FINEO.  
Inés me ha engañado así.

GERARDA.  
También á mí me engañó.

ALGUACIL 2.º  
Todo Inés lo concertó.

ESCRIBANO.  
Venga Inés.

(*Llaman á otra puerta.*)

ALGUACIL 1.º

¿Quién está aquí?

### ESCENA XXIX.

BELTRAN y RISELO. — Dichos.

BELTRAN.

Par Dios, donaire teneis.  
¿Desa suerte nie abrazais?

RISELO.  
Si vos á abrazarme entráis,  
¿Qué es lo que de mí queréis?

BELTRAN.  
Yo por Lucrecia os tenía.

RISELO.  
Y yo á Lucrecia esperaba.  
¿Quién os dijo que aquí estaba?

BELTRAN.  
¿Quién os dijo que venía?

RISELO.  
Inés fué.

BELTRAN.  
Y á mí también.

HUÉSPED.  
¿Inés también? Bueno es esto.  
CAPITAN.  
¡Buenos Inés nos ha puesto!

BELTRAN.  
Capitan, ¿á vos también?  
ALGUACIL 1.º  
Salga aquesta Inés aquí;  
Que me muero ya por ver  
Tan espantosa mujer.

HUÉSPED.  
Pues ayer la recibí;  
Que si hubiera cuatro dias,  
A la gente que juntara,  
Zocodover no bastara.

### ESCENA XXX.

FLORENCIO. — Dichos.

FLORENCIO.  
¿Tantas voces y porfías  
Para cosa tan segura,  
Si es Gerarda mi mujer?

GERARDA.  
Eso ¿cómo puede ser?

FLORENCIO.  
Como mi amor lo procura.

GERARDA.  
¿No veis que Gerarda soy?

FLORENCIO.  
¿Luego otra mujer ha sido  
La que por vos he tenido?

GERARDA.  
En el mismo engaño estoy;  
Que yo soy ya de Fineo.

FLORENCIO.  
A mí me ha engañado Inés.

GERARDA.  
Y á mí también.

HUÉSPED.  
Salga pues;  
Que pienso, si no la veo,  
Que debe de ser la mía,  
Segun es su grande enredo.

### ESCENA XXXI.

LISENA. — Dichos.

LISENA.  
Yo soy; que vine á Toledo,  
Siguiendo mi fantasía,  
Y no Inés, como pensais,  
Sino Lisena, mujer  
Del valor que podeis ver,  
Si á los dos lo preguntais.  
Siguiendo vine á Florencio,  
Celosa de su mudanza,  
En traje de labradora.  
Le hallé en aquesta posada:  
Servi, como veis, en ella,  
Donde vi que desta dama,  
Pagándome ingratamente,  
Tenía cautiva el alma.  
Valúne, como mujer,  
Del ingenio.

ALGUACIL 1.º  
¿Cosa extraña!  
Huésped, ¿hay mas gente?

HUÉSPED.  
No;

Sola esta gente hay en casa.

ALGUACIL 1.º  
¿Es alguno destos hombres?



ALGUACIL 2.<sup>o</sup>

Este parece en el habla;  
Mas dicen todos que son  
Caballeros de Granada;  
Y pues que son caballeros,  
Escúchenme dos palabras.  
¿Son estas damas iguales  
A su valor?

ALGUACIL 1.<sup>o</sup>

Todos callan.

ALGUACIL 2.<sup>o</sup>

Si son iguales les digo.

FINEO.

A mi Gerarda me iguala.

LUCINDO.

A mi Lucrecia.

FLORENCIO.

Y á mi

Lisena.

ALGUACIL 2.<sup>o</sup>

Pues eso basta.

Dénse las manos aquí  
Con fe y palabra jurada,  
O á la cárcel juntos vengán.

FINEO.

Yo doy la mano á Gerarda.

LUCINDO.

Yo á Lucrecia.

FLORENCIO.

Yo á Lisena,

Y cumpliré la palabra.

CAPITAN.

Yo al Alférez.

BELTRAN.

Yo á Riselo.

ALFÉREZ.

Eso no; guarda la cara.

FLORENCIO. (*A los alguaciles.*)

Vuestas mercedes se vengán  
Hoy á cenar á esta casa;  
Llevarán cincuenta escudos  
Para principio de paga.

ALGUACIL 1.<sup>o</sup>

Mil años todos se gocen.

BELTRAN.

¡ Bueno! la vida nos tasan.

FLORENCIO.

Aquí da, Senado noble,  
Fin *la Noche Toledana*.



---

# LA CORONA MERECEIDA,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DIRIGIDA Á DOÑA ÁNGELA VERNEGALI.

---

¿A quién se podía dedicar mas justamente *La Corona merecida*, que á quien merece tantas quantas virtudes la adornan, donde se verifica que si las cosas convienen con los nombres, el que le dieron á vuesamerced no fué sin causa? Diferencias de coronas tenia Roma quando premiaba la virtud militar de sus soldados: así las tienen las gracias y virtudes, no de los árboles de Marte, sino de aquellas que con diversas flores dan las musas, aun en las naciones bárbaras, porque la virtud es de la naturaleza del sol, que haciendo de la fama cielo, discurre el mundo. La segunda parte de mis *Rimas* di á luz con el nombre de vuesamerced, poniendo á la puerta un ángel que supliese con su respeto lo que faltó mi pluma; y de entonces, ni mis sucesos me han dejado continuar el agradecimiento en público, ni tuvo cosa digna de tan alto ingenio; mas viendo agora que el sugeto desta comedia era la historia de una señora tan celebrada por *La Corona merecida*, que con ella dió honor á España, gloria á su nombre, y nombre á sus descendientes, valiéndome mas del título y de la hazaña que de lo que de mi parte pudiera con otro ingenio servirle de ornamento, quise, atrevido, dedicar á vuesamerced mas el nombre desta dama que mi estudio; y así, le suplico afectuosamente reciba *La Corona merecida* de mano de las musas, en tanto que de sus mismas virtudes se las ofrezcan mayores mis deseos. Dios guarde á vuesamerced.

*Su capellan,*

LOPE DE VEGA CARPIO.



# LA CORONA MERECIDA.

## PERSONAS.

EL REY DON ALFONSO VIII.  
DON ÍÑIGO, *conde*.  
DON MANRIQUE.  
DON PEDRO DE LARA.  
DON ÁLVARO.  
MADAMA LEONOR.

UN ESCUDERO.  
DOÑA SOL.  
DOÑA ELVIRA.  
LUCINDA.  
BELARDO, *alcalde villano*.  
UN LACAYO.

SALISO, *alcalde villano*.  
AGON, *regidor villano*.  
UN SACRISTAN.  
VIVAR.  
ORDOÑO.  
UN PAJE.

VILLANOS.  
DANZANTES.  
ACOMPAÑAMIENTO.  
DAMAS.  
MÚSICOS.

*La accion pasa en Búrgos, en una aldea y en Toledo.*

## ACTO PRIMERO.

Salon en el alcázar de Búrgos.

### ESCENA PRIMERA.

EL REY DON ALFONSO VIII, DON PEDRO DE LARA, DON MANRIQUE,  
EL CONDE DON ÍÑIGO.

REY.

¿Qué nuevas hay de mi esposa?

DON ÍÑIGO.

Que nueve leguas está  
De Búrgos.

REY.

¿Dícese ya

Que es hermosa?

DON ÍÑIGO.

Y muy hermosa.

REY.

Es inglesa y es Leonor.

DON MANRIQUE.

Y es divina maravilla.

DON PEDRO.

No habrá tenido Castilla  
Señora de mas valor.

REY.

¿Dónde llegan á comer?

DON MANRIQUE.

Cuatro ó seis leguas de aquí.

REY.

¿Estará esta noche allí?

DON MANRIQUE.

Habrà por fuerza de ser,  
Pues entra en Búrgos mañana.

REY.

Ahora, Íñigo, lo es;

Y pues las leguas son tres

O cuatro, y la tierra es llana,

Gusto me daría, embozado,

Que en un coche...

DON ÍÑIGO.

¿Querrás vella?

REY.

Será vella, si es tan bella,

Fuere de desposado.

Mudado el traje, podrémos

En la plaza desa aldea,

Ver, sin que nadie nos vea,

Sus alabados extremos,

Esa nieve, ese coral,

Ese oro de Inglaterra.

Que ha de enriquecer mi tierra

Con su valor celestial,

Que imaginado me mata.—  
Vámosla, amigos, á ver;  
Que disminuye el placer  
La gloria que se dilata.

DON ÍÑIGO.

Con justa imaginacion  
Formas, Señor, en tu idea  
Un ángel, que después sea  
De la misma proporcion.

REY.

No solo será la fama  
Igual al vivo; mas veo  
Que ha de encender mi deseo  
En mas verdadera llama.

DON PEDRO.

Tiempo tienes de llegar  
Antes que entre, si ahora partes.

REY.

Sus encarecidas partes  
Me obligan á anticipar  
Estas vistas con razon.  
¿Qué vestidos tomarémos?

DON ÍÑIGO.

Si al sol encubrir queremos,  
Nubes necesarias son;  
Aunque pienso que si nace  
Tu sol, y la luna ves,  
Que es fuerza que luz le des,  
Como el del cielo lo hace.

DON PEDRO.

Si te disfrazas galan,  
Luego te han de conocer;  
Pero púdeste poner  
Una montera y gaban,  
En forma de labradores,  
Como que á las fiestas vamos.

REY.

Ya por disfraz comenzamos;  
No es mala señal de amores.  
Deseo amarla por Dios,  
Por quién es y por mi gusto.

DON ÍÑIGO.

Es deseo noble y justo;  
Que sois un alma los dos.

REY.

Pues alto, saquen el coche;  
Que no se echará de ver.

DON MANRIQUE.

Y es bien; que puedes volver  
A Búrgos aquesta noche.

REY.

Muero por ver á Madama  
Antes que entre en la ciudad,  
Por saber si la beldad  
Se conforma con la fama.  
Vamos á mudar vestidos;  
Cumplamos estos antojos,

Porque dé vida á los ojos  
Quien mata por los oídos.  
(*Vanse.*)

Plaza de un pueblo á cuatro leguas de Búrgos.

### ESCENA II.

BELARDO, SALISO, AGON.

SALISO.

Mirá, Belardo, que echais  
A perder todo el Concejo;  
Dice el regidor Alejo  
Que todo el pueblo empeñais.  
Gastar lo que es necesario  
Es bueno, por buenos modos;  
Pero empeñarnos á todos  
Es negocio temerario.  
Celébrese á maravilla  
La venida de la Reina;  
Que en fin en las almas reina,  
Como en Búrgos y en Castilla;  
Pero querer que quedemos,  
Por gastar vos los ducados,  
Toda la vida empeñados  
Los que de propios tenemos,  
Eso no es de buen alcalde.

BELARDO.

¿Quereis vos, por vuestra vida,  
Que una reina tan lucida  
Viniese á vernos de balde?  
¡Voto al sol, que he de empeñar  
Las dehesas y los pozos,  
Y hasta las mozas y mozos  
Casados y por casar!  
Si viene el Rey de Toledo  
A Búrgos, adonde está,  
Pudiendo casarse allá  
Y estarse en su casa quedo,  
Solo por hernos servicio,  
¿Quién dejará de empeñar  
Cuanto pudiera topar?

AGON.

Callá; que estáis sin juicio.  
¿No bonda lo que ya estaba  
Prevenido?

BELARDO.

Regidor,

Cumplir cosas del honor  
No es lo que la hacienda acaba.  
Esta reina es extranjera:  
¿Qué escribirá de nosotros  
A su tierra, si vosotros  
La tratáis desa manera?  
Y ¿es bueno que de un lugar  
Que cien vecinos encierra,  
Se diga en Inglaterra  
Que no sabemos gastar

Ni empeñar lo que topamos,  
Cuanto y mas nuestras haciendas?

SALISO.

No quiero con vos contiendas.

AGON.

¿No sobraba juncia y ramos?

BELARDO.

No son las fiestas honradas  
De la menor aldeguela,  
Si no hay grana y lentejuela,  
Arroz, y danza de espadas.  
La danza está en el lugar;  
Y cuando pese á los dos,  
La Reina es mejor que vos,  
Y los ha de ver danzar.

AGON.

Ello va ya de borrasca.

SALISO.

Dejalde; que es un erizo.

AGON.

Ya que la danza se hizo,

¿De qué sirvió la tarasca?

BELARDO.

Yo la hice, y no hagáis fieros,  
Aunque os pese hasta los codos,  
Porque á los ingleses todos  
Ha de coger los sombreros.  
Mirad si soy buen alcalde.

SALISO.

¿Síguese algun interés?

BELARDO.

Que vendiéndolos después,  
Sale la fiesta de balde.

### ESCENA III.

UN SACRISTAN. —DICHOS.

SACRISTAN. (*Saliendo.*)

Sube presto á repicar,  
Benito; que ya se acerca.

BELARDO.

¿Qué hay, Mendo? ¿Viene muy cerca?

SACRISTAN.

Media legua del lugar.

SALISO.

¿De dónde la viste, Mendo?

SACRISTAN.

Dende la torre la vi.

BELARDO.

¿Es hermosa?

SACRISTAN.

A la fe, si.

SALISO.

¿Ved lo que le está diciendo!  
Mas de media legua viene  
Del lugar.

BELARDO.

¿Bueno, por Dios!

AGON.

¿Qué pregunta!

BELARDO.

¿Sabeis vos

La vista que esotro tiene?—  
¿Es muy blanca?

SACRISTAN.

Era tan bella,

Y dió de suerte en mirarme,  
Que estuve para arrojarle  
Desde la torre por vella.  
Unos ojos verdes claros  
A los dos lados tenia  
De las narices, que hacia  
Con ellos dos mil reparos.  
Entre la barba y narices

Una boca colorada,  
Digna de ser comparada  
Con los piés de las perdices.  
Dientes, cual cristal de roca:  
No sé cuantos, que era léjos;  
Pero sé que eran parejos  
Y que estaban en la boca.  
Era rojo su cabello,  
Y, si no me engaño, estaba  
En la cabeza, que daba  
Luz al sol puesto cabe ello.  
Tan blanca era su garganta,  
Que pidió un poco de vino  
Tinto, y como en cristal fino,  
Lo vi por blancura tanta  
Descender hasta los pechos,  
Que, si vinieran desnudos,  
Fueran de Medusa escudos.  
Contra amorosos despechos.  
Y por estas soberanas  
Partes, en un fabordon  
Canté dos kiries al son  
De las mejores campanas.

BELARDO.

Par Dios, Mendo, que podeis,  
Por la gloria deste día,  
Ser sacristan en Turquía.  
¿Qué hermosa vista teneis!  
Jamás con ese mirar,  
Por mas que su dueño asista,  
Se os pierde pollo de vista,  
Ni tiuaja del lugar.  
Pues ¿mozas? No hay balleston  
Del tiempo del Cid que acierte  
Como vos.

SALISO.

Si desá suerte

Veis, Mendo, cierto lechon  
Se me perdió el otro día:  
¿No me diréis dónde está?

SACRISTAN.

Entre los tres estará,  
Si ser tan grande podía.  
Quédense los muy camellos;  
Que me voy á repicar  
Un kirie que haga bailar  
A tres asnos como ellos.

BELARDO.

Este si que es ballestero.

AGON.

Ahora bien, ¿qué se ha de hacer?

### ESCENA IV.

DOÑA SOL, *vestida de labradora*; LUCINDA, UN ESCUDERO. —BELARDO, SALISO, AGON.

ESCUDERO. (*A doña Sol.*)

Desde aquí la puedes ver,  
Señora mía, primero  
Que entre en la iglesia á rezar;  
Porque es de tal condicion,  
Que antes va á hacer oración  
Que entre en casa del lugar.

DOÑA SOL.

No pienso que, disfrazada,  
Aquí será conocida.

LUCINDA.

Descubierta, por tu vida,  
Lo mismo que rebozada.

DOÑA SOL.

Cortesianos han venido.

LUCINDA.

No te conocen, Señora,  
Pues los que vienen ahora  
Aun no saben si has nacido.  
Unos son de Inglaterra,  
Y otros de Toledo son.

AGON. (*A Belardo.*)

Digo que teneis razon,  
Pues es honra desta tierra  
Que se le haga un presente.

BELARDO.

Pues vámoslo á negociar.

SALISO.

Y ¿quién se lo ha de llevar?

BELARDO.

El Cura es hombre insolente,  
Y le dirá un buen sermón.

REGIDOR.

¿Qué habemos de presentalle?

SALISO.

Cuanto en el suelo se halle,  
Desde el durazno al melon;  
Aunque no sé bien si ingleses  
Son muy amigos de fruta.

BELARDO.

Si el presente se ejecuta,  
Tendrán que comer dos meses.

(*Vanse Belardo, Saliso y Agon.*)

### ESCENA V.

DOÑA SOL, LUCINDA, EL ESCUDERO.

LUCINDA.

¿Curáles andan los villanos  
Con la entrada de Madama!

DOÑA SOL.

Es Castilla, adora y ama  
Sus señores soberanos;  
Vence sin duda en lealtad  
Todas las demás naciones.

ESCUDERO.

¿No lo dicen los pendones  
De Roma? En buena verdad  
Que nunca César bastó  
Á sujetar sus montañas.

DOÑA SOL.

¿Ya comenzais con hazañas?

### ESCENA VI.

EL REY, DON ÍÑIGO, DON MANRIQUE  
Y DON PEDRO, *todos de labradores.*  
—DICHOS.

(*Rebózanse doña Sol y Lucinda.*)

REY.

Digo que se me salió  
De los dedos como arena,  
Y entre la gente que había,  
Se me escapó.

DON MANRIQUE.

Bien podría;  
Que estaba la iglesia llena.

REY.

Yo la tengo de buscar.

DON PEDRO.

¿De qué provecho ha de ser?

REY.

De amar el principio es ver,  
Y el fin de amar es gozar.

DON PEDRO.

Pues ¿esto quierdes, Señor,  
No habiéndola apenas visto?

REY.

Confieso que no resisto  
Este principio de amor;  
Que es lo que pretendo en fin,  
Por deleitarme, pensar  
Que del cielo puedo hallar  
En la tierra un serafín.

DON IÑIGO. (Ap.)

Es mozo el Rey; no me espanto  
Que le agrade una mujer;  
Pero pésame de ver  
Que ahora le agrade tanto.

REV.

Si os dijese, caballeros,  
Desta bella labradora  
La gracia y luz que atesora  
En dos hermosos luceros,  
Y aquel donaire de hablar  
Con que del peligro avisa  
Por una boca de risa  
Tan al compás del mirar,  
Bastaría mi afición  
Para despertar la vuestra.

DON MANRIQUE.

Harto en la tuya se muestra  
Su divina perfección.  
Pero á todos maravilla  
Que una humilde labradora  
Te olvide de ver ahora  
Una reina de Castilla.  
Ansi de España lo seas,  
Y con atributo igual  
De Navarra y Portugal  
Y de Aragón la poseas,  
Que diviertas ese gusto;  
Que la Reina, mi señora,  
Se acerca.

DON PEDRO.

Una labradora  
Que enloquezca á un rey no es justo.  
Dejémosla de seguir;  
Vuelve á la iglesia, Señor.

REV.

Fué agüero ser labrador  
Y el toseo traje vestir,  
De lo que me ha sucedido,  
Sin duda, y es justa ley;  
Que no la ha seguido el Rey,  
Sino el labrador vestido.  
Y pues él no ha de pasar  
De aquesta imaginación,  
Ni de Madama es razón  
Que me pueda deslumbrar,  
No será muy gran flaqueza  
Ejecutar un deseo,  
Movido del bien que veo  
En su celestial belleza.  
Esta es pobre labradora...  
Gozarla y dejarla.

DON IÑIGO.

¡Bien!

Y aborrecería también;  
Que todo acaba en un hora,  
Y es condición de los hombres.

REV.

Quedo, por Dios. Véisla allí.

DON MANRIQUE.

¿Es la que nos dices?

REV.

Sí.

DON MANRIQUE.

Pues no temas, no te asombres.  
¿De qué te has decolorido?  
¿Qué te ha dado esta mujer?

REV.

¿Qué mas hechizos que ver?

DON MANRIQUE.

Luego ¿basilisco ha sido?

REV.

No; porque es su condición  
Matar mirando, y morir  
Si te miran.

DON IÑIGO.

Quiero ir

A ver tanta perfección...

—Mas tiene cubierto el velo.

REV.

Tente, Ñigo, no te atrevas;  
Que son arrogantes pruebas  
Quitar la cortina al cielo.  
Mas la inocencia te salvá  
De no ver que en su arrebol,  
Cuando se levanta el sol,  
Corre la cortina el alba.

DON IÑIGO.

Tan de veras te ha tocado,  
Que será bien procurar  
Que dé á tu gusto lugar,  
Y quede ese amor templado;  
Que mil que por eso mueren,  
Luego olvidan su pasión,  
Porque ven la imperfección  
De aquellas cosas que quieren.  
¿Quieres que la hable?

REV.

Parte,

Ñigo, y di cuál me veo.

DON IÑIGO.

En sabiendo tu deseo,  
Esos piés querrá besarte.—  
(*Llégase á doña Sol.*)  
Dios os guarde, labradora.

DOÑA SOL.

Y á vos, señor labrador.

DON IÑIGO.

¿Conocíisme?

DOÑA SOL.

No, Señor,

Ni os he visto mas que ahora.

DON IÑIGO.

¿Ni á los que vienen conmigo?

DOÑA SOL.

No los he visto jamás.

DON IÑIGO. (Ap. á doña Sol.)

Pues el que está allí detrás  
Es el Rey.

DOÑA SOL.

¿Quién?

DON IÑIGO.

El que os digo.

DOÑA SOL.

Hinca, Sancha, la rodilla,  
Date en los pechos.

DON IÑIGO.

Tenéos;

Que os quieren ciertos deseos  
Hacer reina de Castilla.

DOÑA SOL.

No se burle, palacio;  
Que no son bestias acá.

DON IÑIGO.

Por poco tiempo será:  
Lo que tarde en ver un ciego.

DOÑA SOL.

Y eso ¿es poco?  
(*Apártase á hablar con Lucinda.*)

DON IÑIGO. (Ap.)

¿Que es posible

Que esto haya agradado al Rey?  
Como en el gusto no hay ley,  
Es un bárbaro terrible.

DOÑA SOL. (Ap. á su criada.)

Basta, Lucinda; que aquel  
Que allá en la iglesia me habló  
Era el Rey, que se vistió,  
Con los que vienen con él,  
En el traje que traemos,  
Por ver antes á su esposa.

LUCINDA.

Si; pero es graciosa cosa

Que hablando á tu hermano estemos.

DOÑA SOL.

Aun no sabes lo que intenta.

LUCINDA.

¿Cómo?

DOÑA SOL.

Por el Rey me habla.

LUCINDA.

Pues si ese negocio entabla,  
Di que le tome á su cuenta.

DON IÑIGO.

¿Habeislo ya conferido?

DOÑA SOL.

A Sancha se lo conté,  
Y me dijo en buena hé  
Que era el Rey un mal marido,  
Pues habiendo de gozar  
De su madama Leonor,  
Quiere enflaquecer su amor,  
Y á lo que debe faltar.  
¡Pardiez, á mucho se atreve!  
Decid que estime su nombre;  
Que no le tendrán por hombre.  
Si no hace lo que debe.

DON IÑIGO.

Mira, labradora hermosa,  
Que puede ser tu ventura  
Tan grande, que estés segura  
De ser de nadie envidiosa;  
Que según se maravilla  
El Rey de verte mirar,  
Temo que te ha de quedar  
Un infante de Castilla.

DOÑA SOL.

¡Oh, pues sería importante  
Llamarme en mi aldea ahora  
La señora labradora,  
Madre del señor infante!  
¡Gentil fama! ¿No lo ve?

DON IÑIGO.

Aquí tengo yo una hermana,  
Que por hermosa y lozana,  
De la ciudad la saqué,  
Y en su casa le hablarás.

DOÑA SOL.

¿Y si á vuestra hermana topa  
Este rey, y es tan de estopa,  
Que se vuelve á encender mas?

DON IÑIGO.

Eso no; que la he guardado  
Del sol, aunque Sol se llama,  
Porque no queme su fama,  
Y de Burgos la he sacado.  
Cerraréla en un retrete.

DOÑA SOL.

Pues ¡qué! ¿querías, hermano,  
(*Descúbrese.*)

Si el Rey es mozo y liviano,  
Ser dese sol alcabúete?

DON IÑIGO.

¡Jesus! Sol, ¿tú eres?

DOÑA SOL.

Yo soy.

DON IÑIGO.

Cúbrete.

DOÑA SOL.

Ya estoy cubierta. (*Cúbrese.*)

DON IÑIGO.

Solo advierte que á la puerta  
De mi deshonor estoy.  
No soy de aquellos que pueden  
Infamar sus deudos.

DOÑA SOL.

Bien;

Ni yo soy mujer también  
Para que infamados queden.



Vé seguro, y desengaña  
Al Rey.

DON IÑIGO.

Conozco tu pecho.—

(Vase al Rey.)

¡Buen viaje hemos hecho!

REY.

¿Cómo, Íñigo?

DON IÑIGO.

Es cosa extraña.

REY.

¿Habrásate defendido?

DON PEDRO.

¡Qué! ¿Diría á un rey de no?

DON MANRIQUE.

Tendrá temor.

DON IÑIGO.

Pienso yo

Que otra la razon ha sido.

REY.

¿Cómo?

DON IÑIGO.

Es mujer principal,

Que se disfrazó por ver

La Reina.

REY.

¿Eso pudo ser?

¿Qué os parece? ¿Hay cosa igual?

DON MANRIQUE.

Pienso que se disfrazó

Por verte, pues que te vió.

DON PEDRO.

Tanto mejor, si es señora;

Que será digna de ti.

DON IÑIGO.

Si; bien lo pudiera ser,

Como fuera su mujer.

REY.

¿Tanto vale?

DON IÑIGO.

Señor, si.

REY.

Pues si Castilla tenía

Mujer de mi igual valor,

Y segura de mi amor

En su hermosura vivía,

¿Para qué me aconsejastes

Que enviase á Inglaterra?

DON IÑIGO.

Señor, en eso no yerra

Castilla.

REY.

Todos errastes.

DON IÑIGO.

Hay de la sangre real

Mujeres; mas no tan cerca.

Madama, Señor, se acerca,

Y aquesto parece mal;

Que los hijos de los reyes

No es bien que tengan vasallos

Parientes, no por no honrarlos,

Que fueran injustas leyes;

Mas por no tener iguales

Donde el reino se posea;

Que es bien que nadie lo sea

De las personas reales.

REY.

No me iré sin que primero

La disfrazada villana

Diga quién es.

DON IÑIGO.

Es hermana,

Gran Señor, de un caballero

Que mereció vuestro amor,  
Gracia y privanza algun día.

REY.

¿Cuya, Íñigo?

DON IÑIGO.

Señor, mía.

REY.

¿Vuestra, Conde?

DON IÑIGO.

Sí, Señor.

REY.

Acabóse; no haya mas.

¿Vive aquí?

DON IÑIGO.

Cuando yo fui

A Toledo, no entendi

Que os viera en Búrgos jamas,

Y de Búrgos retiréla

A esta aldea.

REY.

¿No es casada?

DON IÑIGO.

No, Señor, mas concertada,

Y si gustais, casaréla.

REY.

Si yo fuere necesario,

Haré lo que me es forzoso.

(Vase.)

DON MANRIQUE.

El Rey se va vergonzoso.

DON IÑIGO.

Mi honor le ha sido contrario.

DON PEDRO.

Sigámosle.

DON MANRIQUE.

Será sueño,

Viendo su esperanza vana.

DON IÑIGO. (Ap.)

Si hoy puedo casar mi hermana,

No amarecerá sin dueño.

Tope en otro el mal cercano

De un poderoso atrevido;

Porque en habiendo marido,

No toca infamia al hermano.

(Vanse don Íñigo, don Manrique y

don Pedro.)

### ESCENA VII.

DOÑA SOL, LUCINDA, EL ESCUDERO.

DOÑA SOL.

Sin duda le declaró,

Lucinda, que era su hermana.

LUCINDA.

Que lo dijo es cosa llana,

Pues el Rey no prosiguió.

DOÑA SOL.

No debe de ser muy cuerdo,

Pues tal intenta en tal día.

Mas ¿que ha de ser culpa mía,

Y tu verás lo que pierdo?

Mas ¿que ha de decir mi hermano

Que yo le dado la ocasion,

Trocando mi estimacion

Por este disfraz villano?

Como si pudiera ser

Que yo imaginar pudiera

Que desta suerte viniera

El Rey á ver su mujer.

¿Cuánto va que hay monasterio

Y perpetua reclusion,

Y que me llama ocasion

De su infamia y vituperio?

Cuánto va que no doy señas

De las bodas que se hacen?

LUCINDA.

No dudes que te amenacen

De las montañas las peñas.

De aquesta vez te retira  
Donde apenas de pié humano  
Haya estampa.

DOÑA SOL.

Si mi hermano

Con estos ojos me mira,

¡Ay de don Alvaro, amigos!

¡Ay de mi ventura corta!

¡Muerta soy!

ESCUDERO.

La voz reporta;

Que hay testigos y enemigos.

Y no prevengas tu mal;

Que ya se le habrá olvidado,

Estando tan ocupado

Con la persona real.

DOÑA SOL.

Vé, Láinez, y en la aldea

Busca á don Alvaro luego.

ESCUDERO.

Ten, mi señora, sosiego

Mientras el mal no lo sea;

Que no será menester

Buscalte.

DOÑA SOL.

¿Por qué razon?

ESCUDERO.

Porque darás ocasion

Que el Conde lo pueda ver.

LUCINDA.

Gran ruido suena; sin duda

Entra madama Leonor.

DOÑA SOL.

Temo un poderoso amor,

Porque hasta los montes muda.

### ESCENA VIII.

VILLANOS, DANZANTES, con espadas; BEL-  
LARDO, SALISO, AGON.—Dichos.

UNO DE LA DANZA.

Ea; que hoy no ha de quedar

En nuestros cuerpos pedazo.

OTRO.

Anda, hijo, alarga el brazo.

SALISO.

No hay mas que verlos danzar.

BELARDO.

¿Va adelante la tarasca?

SALISO.

Va con un palmo de boca.

UNO.

Vuela.

OTRO.

Corre.

UNO.

Salta.

OTRO.

Toca.

AGON.

¡Ved los sombreros que masca!

DOÑA SOL.

Mirad ¡con qué la recibe

La pobreza desta aldea!

Aquí mi hermano me emplea

Mientras en la corte vive.

Pero pues tengo paciencia,

Y no replico á su gusto,

Ni alejarme mas es justo,

Ni lo será mi obediencia.

BELARDO.

Habladla, Saliso, vos,

Que teneis mejor caletre.

SALISO.

Pues ¿quién hay que mas penetre

Que vos?

AGON.

Ninguno, par Dios.

BELARDO.

Yo ¿quiereis que ánimo tenga?

SALISO.

Ea, Belardo, acabad;  
Decidle á su majestad  
Que muy en buena hora venga,  
Y no os turbeis.

BELARDO.

Daisme grita.

Pero el Cura ¿no pudiera?...

SALISO.

Allá en la iglesia la espera  
Con la cruz y agna heudita.

BELARDO.

Pues ¿quiérela conjurar?

SALISO.

No sé, por Dios; cruz sacó  
El sacristán, y encendió  
Dos velas en cada altar.  
Quedo; que la gente viene.

AGON.

¿Si nos ha visto?

BELARDO.

No sé.

AGON.

Mirad que entreis con buen pié.

**ESCENA IX.**

EL REY, DON PEDRO. — DICHOS.

REY.

¡Buen talle, don Pedro, tiene!

DON PEDRO.

Bueno, y muchas veces bueno;  
Tórnala á ver desde aquí.

REY.

Estoy, desde el sol que vi,  
De ver el del cielo ajeno.

DON PEDRO.

Calla, Señor, no te acuerdes.

REY.

¡Con qué notables mudanzas  
Marchitó mis esperanzas!  
Aun no llegaron á verdes.

DON PEDRO.

Señor, el Conde es un hombre  
A quien has de hacer merced.

REY.

¡Ay, esperanzas, creed,  
Que aun no merecis el nombre!  
Como tras amor terrible  
El imposible llegó,  
Creció amor, porque intentó  
Igualar al imposible.  
Un rey ¿no puede?... ¿Yo soy  
Rey de Castilla?

DON PEDRO.

En las cosas

Graves y dificultosas,  
En ninguna duda estoy;  
Mas en estas, que ya son  
De tan diferente ley,  
Alfouso, no reina el Rey,  
Porque reina la razon.

DOÑA SOL.

El Rey ha vuelto. ¡Ay de mí!

LUCINDA.

Retirate, no nos vea.

DON PEDRO.

Los ojos, Señor, emplea  
En quien es digna de ti;  
Que ya madama Leonor  
Llega al puesto donde estás.

REY.

Doña Sol me agrada mas,  
Porque me abrasó de amor.

DON PEDRO.

Mírala desde esta parte,  
Y mira lo que merece.

REY.

Como un ángel me parece;  
Mas no es posible que aparte  
De Sol la imaginación.

**ESCENA X.**

ACOMPAÑAMIENTO, y detrás, MADAMA LEONOR, muy bizarra. — DICHOS.

UNO.

¡Plaza á su alteza!

SALISO.

Ea, Alcalde,

Llegad; la mano besalde.

RELARDO.

Turbado estoy.

SALISO.

Y es razon.

REY.

Basta, don Pedro; que aquí  
Está doña Sol.

DON PEDRO.

Señor,

Mira á madama Leonor,

Que está como un sol allí.

REY.

¡Ay don Pedro! el sol que miro

Es doña Sol; que Leonor,

Si tiene algun resplandor,

Es del sol por quien suspiro.

Ya miro la majestad

De una reina y su grandeza;

Pero miro la belleza

Desta divina humildad,

Y miro adónde estuviera

Mejor el cetro y corona.

DON PEDRO.

Señor, no aciertas, perdona,

En hablar de esa manera.

¿Cuál ángel, en la pintura

De un lienzo, perfeionara

El pincel como su cara?

REY.

Mira esta rara hermosura,

Y verás que no hay pintor

Que á retratarla se atreva,

Porque es maravilla nueva

De las del cielo de amor.

DON PEDRO.

Mira aquella compostura

Y celestial armonia.

REY.

Mira el sol que alumbra el dia,

Y mira la noche oscura.

DON PEDRO.

Mira el norte donde mira

Castilla su gran señora.

REY.

Mira tú mi norte agora,

Y que el del cielo se admira.

DON PEDRO.

Mira si estas luces bellas

Son de diamante mejor.

REY.

Mira las Indias de amor,

Que tienen minas de estrellas.

DON PEDRO.

Mira aquí lo que es razon,

Cuando otra cosa no sea.

REY.

Llegado á que así lo vea,  
Dos cielos sus ojos son,  
Dos mil soles sus cabellos,  
Perlas y coral la boca,  
Sus manos cristal de roca,  
Claveles sus labios bellos.  
Es de un cisne su garganta  
En blancura y en color,  
Sus pechos cárcel de amor,  
Con grillos de nieve tanta.  
Esto, Pedro, es dar la palma  
A la razon, que es querella;  
Mas llegado á estar sin ella,  
Doña Sol me lleva el alma.

SALISO.

Ea, que se quiere ir;

Hablad, si la habeis de hablar.

BELARDO.

Temblando estoy de llegar;  
Mas par Dios que ha de salir.—  
Reina muesa de Castilla,  
Salud y gracia; sepades  
Que aunque habeis visto ciudades,  
Nunca habeis visto esta villa.  
No tien cerca ni arrabal;  
Por eso no hay luminarias;  
Pero aquí vino Pedro Arias,  
Vuestro quilloto real,  
Y mos suplicó y rogó,  
De vuestra parte, barrer  
Las pertenencias ayer,  
Y el camino se allanó.  
Dábanme todos consejo  
Que os trajese á la memoria  
Aquella famosa historia  
Del pródigo y san Alejo;  
Pero no lo quiera Dios;  
Que vos sabeis el suceso.  
No habemos hallado queso  
Para quien viene con vos;  
Mas hay garbanzos tostados,  
Y no falta vino y pan,  
Ni para vos faltarán  
Arroz ni patos asados,  
Con otra fruta y legumbres.  
A este tiempo semejante,  
Un hijo tengo estudiante,  
Que me da mil pesadumbres.  
Querria que obispo fuese;  
Que ya lo fué de San Blas;  
Y pues que no es para mas,  
La presente es bien que cese,  
Y no de rogar á Dios  
Por su esquilencia real.  
Seis de junio, porte un real,  
Año doscientos y dos<sup>1</sup>.

LEONOR.

¡Notable oracion! — Pedilde (A uno.)  
Que la escriba y me la dé.

UNO.

Siempre el que es grande se ve  
En oír al que es humilde.—  
Escribildo, Alcalde, todo,  
Y daréiselo á su alteza.

BELARDO.

No lo tengo de cabeza;  
Como puedo lo acomodo.  
Pero yo lo llevaré.

LEONOR.

La iglesia ¿está lejos?

UNO.

Poco.

LEONOR.

Caminad.

(Vase la Reina y su acompañamiento.)

<sup>1</sup> El casamiento de Alfonso VIII de Castilla con Leonor de Inglaterra se verificó en el año de Cristo 1170, era de 1208.

SALISO.

Volveráos loco.

RELARDO.

¡Lindamente lo encajó!  
Suplicóme que lo escriba.  
Seguidla; á la iglesia va

SALISO.

En tanto que llega allá,  
Digan todos ¡viva!

VILLANOS.

¡Viva!

(Vanse los aldeanos y danzantes.)

**ESCENA XI.**

EL REY, DON PEDRO, DOÑA SOL,  
LUCINDA, EL ESCUDERO.

REY.

Don Pedro, el no replicar  
Es el servicio mayor;  
Solo el gusto del señor,  
Bien ó mal, se ha de mirar.

DON PEDRO.

El consejo en el privado  
Es ley de buen caballero;  
Un privado lisonjero  
Es un veneno dorado.  
Yo cumpli mi obligacion;  
Lo que intentas no lo apruebo;  
Pero lo que mandas, debo  
Poner en ejecucion.  
Yo parto.

REY.

Yo espero aquí.

DON PEDRO. (A doña Sol.)

Si acaso me conoceis,  
Suplicoos que me escuchéis,  
Y no os encubrais de mi.

DOÑA SOL.

Que os conozco negar puedo;  
Pero no que no he sabido  
Que hayais con el Rey venido  
Á Búrgos desde Toledo;  
Que aunque el traje oculta al hombre,  
Aquí el hombre se declara.

DON PEDRO.

Yo soy don Pedro de Lara.

DOÑA SOL.

Ya os conozco por el nombre.

DON PEDRO.

Hoy ¿habeis al Rey hablado?

DOÑA SOL.

Hoy hablé al Rey.

DON PEDRO.

Hoy venia

A ver su mujer.

DOÑA SOL.

Sí haria,

Desde Búrgos disfrazado.

DON PEDRO.

Al Rey habeis muerto.

DOÑA SOL.

¿Yo?

DON PEDRO.

De una flecha queda herido.

DOÑA SOL.

¿Era yo Dólfos Bellido,  
Que al rey don Sancho mató?

DON PEDRO.

¡Pluguiera á Dios que á Zamora  
Conquistara!

DOÑA SOL.

Y ¿puede ser?

Porque hay ciudad y mujer

Que no se gana en un hora.

DON PEDRO.

El Rey no se atreve á hablaros.

DOÑA SOL.

En eso se ve que es rey,  
Pues guarda al Conde esa ley.

DON PEDRO.

Si; pero intenta agradaros,  
Y es quien es.

DOÑA SOL.

Yo soy quien soy.

DON PEDRO.

Todo su reino os promete.

DOÑA SOL.

Cuando al Rey por rey aceite,  
Léjos de su reino estoy.

DON PEDRO.

Mirad que errais en no errar.

DOÑA SOL.

Yo acertaré no acertando.

DON PEDRO.

Vuestro sol se va eclipsando.

DOÑA SOL.

Vos me habeis hecho eclipsar.

DON PEDRO.

Soy tierra entre el Rey y vos.

DOÑA SOL.

Si sois tierra, os desengaño;  
Que os ha de alcanzar el daño  
Del eclipse.

DON PEDRO.

¡Bien, por Dios!

No porfio.

DOÑA SOL.

Acertaréis;

Que es de necios portiar.

(Vuélvese don Pedro al Rey.)

REY.

¿Podréla, don Pedro, hablar?

DON PEDRO.

Mejor es que la dejes,  
Gran Señor, por vuestra vida;  
Porque no hay cosa tan loca  
Como una mujer que toca  
En discreta y presumida.  
Habla de vos de la suerte  
Que si fuera el alma el traje.

REY.

Como el traje fué el lenguaje,  
Pero mas dulce que fuerte.  
Su hermano lo habrá causado;  
Esto el tiempo lo ha de hacer.

**ESCENA XII.**

DON ÍÑIGO. — DICHOS.

DON ÍÑIGO. (Sin ver al Rey.)

Tanta gente para ver  
La nueva Reina ha llegado,  
Que al Rey no he podido hallar.

REY.

Si á quien soy no desdijera,  
A hablarla, don Pedro, fuera.

DON PEDRO.

Bien puedes; llégala á hablar.—  
Tente; que el Conde ha venido.

REY.

Haz como que no le ves,  
Y vénte tras mí.

DON PEDRO.

Después

Podrás hablarla escondido.

DON ÍÑIGO. (Ap.)

El Rey y don Pedro son...

¡Hablando á Sol! ¿Qué es aquesto?

Pero ya se van del puesto.

Sol habrá dado ocasión.

(Vanse el Rey y don Pedro.)

**ESCENA XIII.**

DOÑA SOL, DON ÍÑIGO, LUCINDA,  
EL ESCUDERO.

DON ÍÑIGO.

Sol para mí honor nublado,  
¿Cómo aquí parado estás,  
Pues sin milagro jamás  
Pudo estar el sol parado?  
Mas pues alargas el día,  
Sin duda debe de ser  
Para que pueda vencer  
El que vencerte porfia.  
Dejóme el Rey con engaño,  
Volvió el Rey para engañarte;  
Y tú en esta misma parte  
Estás buscando mi daño.  
No fies en lo forzoso;  
Que mal podrás detener  
Con defensa de mujer  
Un hombre tan poderoso.  
Pero yo pondré remedio  
A la amorosa malicia,  
Como temor de justicia;  
Que es lo mejor tierra en medio.

DOÑA SOL.

Dirás que yo soy culpada,  
Y que con el Rey hablé;  
Que le llamé y le incité  
Libre, loca y despeñada.  
Y aun dirás que no su esposa  
Le trajo aquí de Toledo,  
Sino yo; y aun tengo miedo  
A la amorosa malicia.  
Pues mal tu sangre conoces;  
Que si rey del mundo fuera,  
No llegaría ni pudiera...

DON ÍÑIGO.

Quedo, Sol; no demos voces.

DOÑA SOL.

A que le tocara un rayo  
Deste sol; que su temor  
Solo pone á su calor  
Nieblas con tan vil desmayo.

DON ÍÑIGO.

No te alteres.

DOÑA SOL.

¿Cómo no?

DON ÍÑIGO.

Óyeme hasta el fin.

DOÑA SOL.

Prosigue.

DON ÍÑIGO.

No es menester que te obligue,  
Sol, el ser tu hermano yo,  
Ni el ser hijos de quien sabes,  
Ni nietos de quien oiste;  
Porque la virtud consiste  
En los pensamientos graves.  
Satisfecho estoy de ti;  
Pero sé la condicion  
Deste hombre.

DOÑA SOL.

¿Por qué razon

Quieres persuadirme así?

DON ÍÑIGO.

Porque pongamos remedio  
Al poder; que pues volvió,  
Amor tiene, y del sé yo  
Que si viese el mundo en medio,  
Su esposa, su obligacion,  
Su reino, cuanto en él ves,



Lo pondrá todo á los piés  
Por salir con su intencion.

DOÑA SOL.

No prosigas. Todo eso  
¿Se reduce á reducirme  
A un monasterio?

DON IÑIGO.

Mas firme

Pretendo el fin del suceso.  
Hablemos mas claro, hermana.  
Enemigos que has tenido  
Me han escrito, no que has sido  
En cosa alguna liviana,  
Pero que te quiere bien  
Un hombre tu igual y mio.  
Si esto es así, yo confío  
Que le quieres tú tambien;  
Porque á su primero amor  
Corresponden las mujeres  
Con mas fuerza; y si tú quieres,  
La tierra en medio, mejor  
Es casarte; que casada.  
El Rey no podrá quitarte  
A tu marido, y es darte  
Eso mismo que te agrada.  
Y cuando tal haya sido  
La violencia de su mano,  
Mejor podrá que tu hermano,  
Defenderte tu marido.

DOÑA SOL.

Habiéndote declarado  
Conmigo desa manera,  
Fuera error que yo dijera,  
Conde, que te han engañado.  
Don Álvaro me ha servido,  
Seis papeles tengo del;  
Toda tu ofensa es papel  
De la mano de un marido.  
Entró con los piés que ves;  
Que si esto no pretendiera,  
Luego que el compás perdiera,  
Le hiciera cortar los piés.  
Disfrazado vino aquí;  
Que es muy propio no haber paz  
En los dias de disfraz,  
Aunque la habrá para mí.  
Vaya Lainez, que sabe  
Adónde está.

DON IÑIGO. (Al escudero.)

Corred presto.

#### ESCENA XIV.

DON ÁLVARO. — Dichos.

DON ÁLVARO. (Ap.)

La ofensa fué en este puesto,  
Y aquí quiero que se acabe.

ESCUDERO.

Ya, Señor, no es menester;  
Don Álvaro viene aquí.

DON ÁLVARO. (Ap.)

Turbóse el sol para mí,  
Porque era sol de mujer.  
Conoci al Rey disfrazado,  
Y he visto que el Rey la habló.  
¿Que es aquesto? — ¡Triste yo!  
¡Con su mismo hermano he dado!

DON IÑIGO.

Esperad, si sois servido,  
Don Álvaro; no empuñeis  
La espada, si no sabéis  
Que me teneis ofendido;  
Que en tal caso la conciencia  
Es la que rige al temor.

DON ÁLVARO.

No conoceros, Señor,  
Y salir de una pendencia  
Con un caballero inglés,

Fué causa deste recato.

La limpieza de mi trato  
Conoce en que á esos piés  
Rindo la espada y las manos.

DON IÑIGO.

Mas llano os quiero tambien;  
Que me ha dicho no sé quién  
Que somos ya medio hermanos.  
Si es así, de aquesta espada  
Y del pecho estaréis ciego  
Que no estara, sin ser muerto,  
A vuestro lado envainada.

DON ÁLVARO.

¿Quién, señor Conde, me hacia  
Tanto bien y honor ahora?

DON IÑIGO.

¿Conoceis la labradora?

DON ÁLVARO.

Conozco al sol por el día.  
Es doña Sol, vuestra hermana.

DON IÑIGO.

Y vuestra mujer tambien;  
Que yo os doy el parabien  
Con voluntad limpia y llana,  
Y á ella licencia doy  
Para que os dé mano y brazos.

DON ÁLVARO.

Suspended, Sol, los abrazos,  
En que tan dichoso soy;  
Que me ha puesto en confusion  
Darme tanto bien tan presto.

DOÑA SOL.

Pues ¿hay que dudar en esto?

DON ÁLVARO.

¿Esto es verdad ó es traicion?

Conde, ¿qué os dicen de mí?

DON IÑIGO.

Sol vuestro amor me ha contado.  
Ando en palacio ocupado,  
Voy con el Rey desde aquí;  
Pensé que era cosa hecha,  
Y por eso me arrojé.

DON ÁLVARO.

Luego, ¿bien, Conde, podré  
Asegurar mi sospecha?

DON IÑIGO.

¿De qué la podeis tener?  
Sois mi igual, ó sois mejor;  
Ni le diera á tal valor  
Valor el de tal mujer.

DON ÁLVARO.

Sol, ¿qué es esto? Que estoy loco.

DOÑA SOL.

Ver que mi hermano se va,  
Y querer, pues aquí está,  
Y es el término tan poco,  
Que me deje acompañada.

DON ÁLVARO.

A todos beso los piés;  
Que estriba en tanto interés  
Mi indignidad atajada.  
A Iñigo pido perdon,  
Y á vos la mano de esposa.  
Hoy en su centro reposa  
Mi abrasado corazon.

DOÑA SOL.

Mirad que estáis desposado;  
No digais lo que otros suelen.

DON ÁLVARO.

Cuando tantos me consuelen,  
Quedaré, Sol, disculpado.  
Dadme vos, Conde, á besar  
La mano como señor  
Y padre.

DON IÑIGO.

Quiere mi amor  
Que os abrace.

LUCINDA.

Dad lugar,  
Señor, á vuestros criados.

ESCUDERO.

Y á mí, que os doy parabien,  
Como á quien en vuestro bien  
Tantos pasos tiene dados.

DON ÁLVARO.

A todos daré la vida,  
Y el alma daré á mi Sol  
Nunca el oriente español  
Vió el alba tan bien vestida.  
¿Es posible que me veo  
¿Con vos, viendo vuestro hermano  
Que os tomo esta blanca mano?

DOÑA SOL.

Esto ha podido el deseo.

DON IÑIGO.

La partida será breve,  
Y el desposorio; que es justo  
Que sea luego.

DON ÁLVARO.

Ese es mi gusto.

DON IÑIGO.

(Ap. Temor de Alfonso me mueve.)  
Sea dentro de seis días,  
Que de Búrgos volveré;  
Que casado el Rey, podré  
Acudir á cosas mias.

DON ÁLVARO.

Sea como vos gustais. —  
Venid, mi Sol.

DOÑA SOL.

Solo os muestro

El alma.

DON ÁLVARO.

Siendo tan vuestro,  
Sol, ¿para qué me abrasais?  
(Vanse doña Sol, don Álvaro, Lucinda  
y el escudero.)

#### ESCENA XV.

DON IÑIGO.

Agora Alfonso procure,  
Solicite, intente, quiera;  
Ponga yo á Sol en su esfera,  
Y él en la conquista dure.  
No hay que vivir temeroso  
Deste género de afrenta;  
Que ya corre por la cuenta  
De don Álvaro, su esposo.  
Mas si es de una mujer bella  
Vidrio el honor que trabaja,  
¿Quién pone el vidrio en la caja,  
Si después se quiebra en ella?

### ACTO SEGUNDO

Calle en el pueblo.

#### ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON PEDRO Y DON MANRI-  
QUE, de noche.

DON PEDRO.

Segura estará la aldea  
De que el galan mas honrado  
De Castilla, disfrazado  
Sus viles calles pasca;  
Y segura estará Sol  
De que en noche tan oscura  
Venga á buscar su luz pura  
El mejor cielo español.

REY.

Segura estará de mi

Quien sola una vez me vió;  
Pero no lo estaré yo  
Si sola una vez la vi.  
Presto, amor, el alma encantas,  
Aunque á la razon le pese.  
¿Que sola una vez la viese,  
Y que me matase tantas!

DON MANRIQUE.

¿Posible es que tanto daño  
Causó de una vista amor,  
Aunque la vieras, Señor,  
Como á Bersabé en el baño?

REY.

Lo que no agrada y convida,  
Don Manrique, en el instante  
Que el hombre lo ve delante,  
No agrada en toda la vida.  
El verdadero veneno  
Es el que hace luego estrago  
Tanto con tomar un trago  
Como todo el vaso lleno.

DON MANRIQUE.

¿Cómo, Señor, la grandeza  
Destos seis famosos días,  
Las comunes alegrías,  
La sin par rara belleza  
De la Reina mi señora,  
Seis noches de ti gozada,  
Y en su cara ver cifrada  
Toda Castilla en un hora;  
Saraos, fiestas, torneos,  
Juegos de cañas y toros,  
Libreas, galas, tesoros,  
Sortijas, motes, trofeos,  
Arcos, versos, epigramas,  
Fuentes fingidas, jardines,  
Música, voces, clarines,  
Comedias, galanes, damas,  
No fueron parte á que baste  
A divertirme otra cosa  
De una mujer, aunque hermosa,  
Que sola una vez miraste?  
Tantas imágenes juntas  
¿No pudieron algun día  
Borrar de tu fantasia  
Una sola?

REY.

Bien preguntas;  
Mas como un hombre que atento  
Solo ver su rostro trata,  
Aunque el espejo retrata  
Lo que hay en el aposento,  
En el alma y sus dispuestas  
Partes, espejo luciente,  
Miraba á Sol solamente.  
Sin reparar en las fiestas.

DON MANRIQUE.

Altamente has declarado  
Tu enamorado deseo.

REY.

Mi rostro en su espejo veo,  
De lo demás descuidado.  
Y pues, dejando á mi esposa,  
Oso esta noche venir,  
Si no puedo á ver, á oír  
Esta sirena engañosa,  
Bien sé que mi amor infieres.

DON PEDRO.

¿Qué fuerzas, qué edad, qué honor,  
Qué cantidad y valor  
No han derribado mujeres?  
Sigue tu empresa, si estás  
En ese estado, y sosiega;  
Que á veces lo que se niega,  
Es lo que atormenta mas.  
Llama, y ruega á esta mujer;  
Que los ruegos del amante  
Suelen romper el diamante  
De la mas dura en querer.

REY.

Bien dices; porque en efeto  
Mas para tener dolor  
Mueve el mas necio amador  
Que el tercero mas discreto.  
Don Inigo ¿quedó allá?

DON MANRIQUE.

Hoy no le he visto en palacio.

REY.

Pues vámonos mas de espacio;  
No esté por ventura acá.  
Dado me ha en el pensamiento,  
Si hoy todo el día ha faltado,  
Que á ver á su hermana ha estado.

DON MANRIQUE.

Ruido en su casa siento.

REY.

¿Ruido tan tarde? Mira  
Que ya todos dormirán.

DON MANRIQUE.

Despiertos, Señor, están,  
Y hay tantas voces, que admira.

DON PEDRO.

Inigo es bravo español;  
Con doña Sol tendrá voces  
De celos.

REY.

Mal le conoces.  
Es, como es casa del sol,  
Que ya quiere amanecer;  
Y ese ruido, al sacallos,  
Deben de hacer los caballos  
Que allá le quieren poner.

DON PEDRO.

¿Qué bien lo encareces todo!  
Todo el amor es poesia.

DON MANRIQUE.

Por lo que miente, podia  
Ser poeta amor.

REY.

¿De qué modo?

DON MANRIQUE.

Amor dice que suspira  
Y abraza; miente en rigor.  
Que se hiela dice amor,  
Cuando á su dama no mira;  
Tambien miente. Dice luego  
Que llora en ausencia tanto,  
Que crece el rio su llanto,  
Y abraza el mundo su fuego.  
Pues ¿quién ha visto creciente  
Con lágrimas de amador?  
Dice que está muerto amor,  
Y esta vivo; tambien miente.  
Jura de amar lo que mira,  
Mil siglos, de enamorado;  
Y en habiéndolo gozado,  
No vuelve; luego es mentira.  
Así prosigue, y así  
Miente tambien el que escribe,  
Y mas si en pobreza vive.

REY.

De qué manera me di.

DON MANRIQUE.

Dando siempre en versos vanos  
A su dama un gran tesoro.  
Hacen sus cabellos oro,  
Bruñida plata sus manos,  
Perlas sus hermosos dientes,  
Coral su boca, esmeraldas  
Sus ojos; hasta en sus faldas  
Ponen auroras y orientes.

REY.

¡Ojalá que este mi amor,  
Manrique, fábula fuera!

DON PEDRO.

El ruido persevera.  
Sepamos lo que es, Señor.

## ESCENA II.

DON INIGO, dentro. — EL REY, DON PEDRO y DON MANRIQUE, en la calle.

DON INIGO. (Dentro.)

Alzad las mesas, y venga  
Música.

REY.

¡Válgame Dios!

¿Cómo música á las dos!

DON PEDRO.

Puede ser, Señor, que tenga  
Huéspedes.

REY.

¡Una mujer

Por casar! Manrique, no;  
Si no es que Inigo volvió,  
Y fiestas la quiere hacer.

DON MANRIQUE.

Sin duda has dado en lo cierto;  
Porque viendo que acomodas  
Tu partida, hechas las bodas,  
Tornó, del cansancio muerto,  
Hoy en casa de su hermana,  
Y la regocija así.

DON PEDRO.

El rumor crece.

REY.

¡Ay de mí!

Toda mi esperanza es vana.

DON MANRIQUE.

Un hombre sale de allá.

## ESCENA III.

UN LACAYO, borracho, con una espada desnuda. — EL REY, DON MANRIQUE, DON PEDRO.

LACAYO.

¿Piensas que todo está hecho?

Pues si saco el pié derecho...

DON MANRIQUE. (Ap. al Rey.)

Este, Señor, lo dirá.

LACAYO.

¡Oh, qué bonito soy yo  
Para tú con tú conmigo!

DON PEDRO.

¡Amigo!

LACAYO.

¿Quién es amigo?

DON PEDRO.

Yo soy amigo.

LACAYO.

Yo no.

Juro á Dios no dar la mano,  
Aunque el Rey me la pidiere.  
Hágase allá, no le pese;  
Téngase todo cristiano.

¿Es cosa de burla dar  
A un hombre una bofetada?

DON MANRIQUE. (Al Rey.)

Desnuda tiene la espada,  
Y apenas acierta á hablar.

REY.

Desvíate en esas dudas  
De espada y lengua turbada;  
Que la mujer y la espada  
Son peligrosas desnudas.

DON PEDRO.

El debe de haber bebido. —  
¡Ah, gentil hombre!

LACAYO.

¿Quién es?

¿Es castellano ó inglés?

DON PEDRO.

Algun inglés le ha ofendido.—  
Tenga la espada, y adviértala...

LACAYO.

Cuando se vierta ¿qué importa?  
¡Oh, cuánto el aire conforta  
Que sale por esta puerta!

DON PEDRO.

Oiga: yo seré el padrino.

LACAYO.

¡Hanme dado un bofetón...

DON PEDRO.

Tuvieron poca razón.

LACAYO.

Con un hueso de tocino.

DON PEDRO. *(Al Rey.)*

Por Dios, Señor, que no había  
Entendido su desgracia.

REY.

¿Qué tiene?

DON PEDRO.

Vino.

REY.

¡Oh, qué gracia!

Háblale, por vida mía.  
Pregunta qué es la ocasión  
Deste ruido.

DON PEDRO.

Oya, hermano.

LACAYO.

¿Es inglés ó castellano?

DON PEDRO.

Dígame por qué razón

Hay en casa este ruido.

LACAYO.

Porque no se han acostado.

DON PEDRO.

Muy buena razón me ha dado.

LACAYO.

¿No ve que no se han dormido?

DON PEDRO.

Qué es la causa, le pregunto.

LACAYO.

Don Íñigo, el sacristán,

Lainez y Sol están,

Y todo el proceso junto.

DON PEDRO.

¿Que don Íñigo está en casa?

REY.

Esa ¿es la fiesta?

LACAYO.

Escogida.

REY. *(Ap. á don Pedro.)*

Abierto está; por tu vida,  
Que entres á ver lo que pasa.

DON PEDRO.

¿Y si me ven?

REY.

No verán.

DON PEDRO.

Yo haré lo que mandas.

REY.

Entra.

*(Don Pedro entra en casa de don Íñigo.)*

#### ESCENA IV.

EL REY, DON MANRIQUE, EL LACAYO.

LACAYO.

Cosas un cristiano encuentra  
Que en la Cartilla no están,  
Ni aun en todo el Calendario.

DON MANRIQUE.

Oya, hermano.

LACAYO.

Ya lo entiendo;

Ya sé que está previniendo  
Armas dobles el contrario.

DON MANRIQUE.

Pronuncie bien.

LACAYO.

Pues no hay fieros

Conmigo. Fuera embozados;  
Que á dos mil hombres armados  
Esperaré solo en cueros.

DON MANRIQUE.

Y tan en cueros, que temo  
No se resfríe.

LACAYO.

No haré;

Que aunque en cueros me quedé,  
Bien sabe Dios que me quemó.

DON MANRIQUE.

Don Íñigo ¿está acostado?

LACAYO.

¿Quién le mete á nadie en eso?

DON MANRIQUE.

¿Hay en casa algun suceso?

LACAYO.

A mí me han descalabrado;  
Pero he muerto mucha gente.

DON MANRIQUE.

No hay sacalle una palabra. *(Al Rey.)*

—Oya, hermano; éntrese, y abra

Esta puerta solamente.

LACAYO.

Ábrala Dios, que la hizo.

DON MANRIQUE. *(Al Rey.)*

No está el hombre de provecho.

LACAYO.

Cinco traiciones me ha hecho

Este perro advenedizo.

DON MANRIQUE.

La señora doña Sol

¿Duerme ya?

LACAYO.

Yo lo declaro.

Siendo noche, ¿no está claro  
Que ha de estar durmiendo el sol?

REY. *(A don Manrique.)*

Déjale, quitate acá;

No dirá cosa que importe.

LACAYO.

Estos lacayos de corte

Luego presumen que está

El hombre fuera de sí.

Afuera...

REY.

Guárdate dél.

LACAYO.

Que no temo yo broquel.

¿Qué cuchillada le di!

*(Vase.)*

#### ESCENA V.

DON PEDRO.—EL REY, DON MANRIQUE.

DON PEDRO.

No sé por dónde te diga

Lo que vi desde esa puerta;

Que pienso que no tendrás

Para escucharlo paciencia;

Que según tienes el alma,

Del nuevo sol que te quema,

No estarás para sufrir

Nuevas, Alfonso, tan nuevas;

Mas siendo fuerza,  
Anima el alma, el corazón esfuerza.

REY.

Dime, don Pedro de Lara,

¿De qué temerosa cueva,

Bonde vió el rey don Rodrigo

Lanzas y alarbes banderas;

De qué aposento de Circe,

Como el capitán de Grecia;

De qué selva, como Alcides;

De qué infierno, como Eneas;

De qué Libia, engendradora

De monstros y de culebras;

De qué India, donde admire

Alejandro tantas fieras,

Sales tan turbado y triste

A aperecebr mi paciencia,

Que en el estado en que estoy,

Es imposible tenella?

Mas siendo fuerza, la razón esfuerza.

DON PEDRO.

Vi una mesa, rey Alfonso,

Luego que llegué á la puerta,

Con un grande aparador,

Vestido de ricas piezas.

Gran cantidad de criados,

Unos salen, otros entran,

Estos con platos vacíos,

Y aquellos con fuentes llenas.

Cuál en la dorada copa

El vino oloroso lleva,

Con la toalla en el hombro

Y el agua en la mano izquierda;

Cuál con las hachas delante,

Lleno de imperio, gobierna

Pajes con diversos platos,

Llenos de frutas diversas.

Parecióme que era el fin

De aquella abundante cena,

Y dándome tu cuidado

Licencia, sin su licencia,

A la puerta de la cuadra

Llegué, donde vi una mesa,

Que Cleopatra á Marco Antonio

No puso con tal riqueza.

Estaba el conde don Íñigo

Sentado en la cabecera,

Y al lado derecho estaba

Doña Sol, como el sol bella.

No reparé en el vestido

Ni en los diamantes y perlas;

Que donde lucen sus ojos,

Escurecense las piedras;

Mas á mí me parecieron

Mas galas que para fiestas,

Mas tiestas que para hermana,

Y no hermano el señor dellas.

Estaba un mozo gallardo

Junto á Sol, que su belleza

Parece que le pedía

Sol para abrasar la tierra,

Deslaciéndose en sus ojos

Como si fuera de cera;

Que hay almas que se derriten,

Si da el sol de rostro en ellas.

No compuesto como huésped,

Ni ella puesta como dueña,

Se regalaban los dos

Y se miraban apenas,

Sino con la libertad

Que los casados se ceban,

A imitación de palomas

Que el primer nido comienzan.

Alzaron la mesa en fin;

Y dando el Conde licencia,

A su cuello echó los brazos,

Como vid al olmo envuelta.

Mostró las perlas con risa

Sol, y él mirando las perlas,

Pensé que hablaban de oído;



Mas si algo hablaron fué en ellas.  
Besóla como marido.

REY.

¿Qué dices, don Pedro? Espera.

DON PEDRO.

Ella debió de esperar;  
No yo, que estaba á la puerta.

REY.

¿Que la besó?

DON PEDRO.

¿Que lo dudas?

REY.

¿Que hay un hombre que merezca  
Aquella angélica boca?

DON PEDRO.

Angélica ó no, él la besa.

REY.

Agora es fuerza perder  
El alma con la paciencia.  
Sin duda que la casó  
Íñigo, porque no fuera  
Un rey señor de aquel mar,  
Donde nacen tantas perlas.  
La traza ha sido del Conde;  
El Conde, Manrique, muera.

DON MANRIQUE.

Mira, Señor, que te engañas,  
Y advierte que amor te ciega.  
No puede el Conde en seis días,  
Pues siempre ha estado en tus fiestas,  
Hacer este casamiento  
A efeto de darte pena.  
Concertado io tendrá  
Para en viniendo á esta tierra.  
Y ¡cuánto te está mejor!...

REY.

¿Cómo?

DON MANRIQUE.

Que casada sea.

REY.

¿Por qué?

DON MANRIQUE.

Porque la podrás

Gozar.

REY.

¿Cómo, si se queda  
En esta aldea, y me voy,  
O á la montaña la lleva?

DON MANRIQUE.

Yo daré un remedio.

REY.

¿Cuál?

DON MANRIQUE.

Escribele, aunque te pesa,

A Íñigo el parabien...

REY.

Para mal del novio sea.

DON MANRIQUE.

Y dí que por su servicio,  
Quieres que á servirte venga  
Este marido de Sol,  
Y á tu persona le acerca.  
Dale un oficio en tu casa,  
Que á su persona convenga:  
Traerá la suya á la corte,  
Y podrás entrar en ella;  
Que servicios, y de un rey,  
Conversacion y asistencia,  
Ruegos, terceros, papeles,  
Joyas, honras y promesas,  
Harán por fuerza [ra.  
Que un duro mármol se convierta en ce-

REY.

Vuélteme has el cuerpo al alma.  
Si este diamante valiera,  
Don Manrique, seis ciudades,

Y todo un reino esta piedra,  
Fuera, como ahora es, tuyo.

DON MANRIQUE.

Beso los piés de tu alteza.

REY.

Mañana escribo la carta.  
Vengan las postas.

DON MANRIQUE.

No creas  
Que te ha dañado el casarse,  
Para lo que ahora intentas.

REY.

Vamos; que me da cuidado  
Que me eche menos la Reina.

DON MANRIQUE.

Con el primer punto suelto,  
No hay brio en mujer ni en media.

REY.

¡Ay Sol! ¿que es fuerza  
Que tú me olvides y que yo te quiera?  
(*Vanse.*)

Salon del alcázar de Búrgos.

## ESCENA VI.

MADAMA LEONOR, DOÑA ELVIRA.

LEONOR.

¿No dicen que está en palacio?

DOÑA ELVIRA.

Si estará. Tu amor me admira.

LEONOR.

Quiero apriesa, doña Elvira,  
Ó quiéreme el Rey de espacio.

DOÑA ELVIRA.

Como es tan grande el camino  
De un casamiento, es muy loco  
Quien no se va poco á poco.

LEONOR.

Como apriesa desatino.

DOÑA ELVIRA.

En seis días...

LEONOR.

Pues ¿quién duda  
Que es mas furioso el rigor  
En los principios de amor?  
Después se temple ó se muda.

DOÑA ELVIRA.

Puede ser que su salud  
Retire de vuestra alteza  
Al Rey, y tanta belleza  
Causa de á tanta inquietud.  
No hagamos mas diligencia.  
Por ventura está acostado.

LEONOR.

Jamás hombre enamorado  
Se fué sin pedir licencia.

DOÑA ELVIRA.

Nunca los maridos son  
Galanes tan prevenidos,  
Porque los tiene dormidos  
La segura posesion.  
Ya en casa están, ya no están;  
Tienen gusto y no lo tienen,  
Porque cuando quieren vienen,  
Y en no queriendo se van.  
Hablo á vuestra alteza aqui  
Con lenguaje de casada,  
Y no de reina, obligada  
De verla afligir ansi.

LEONOR.

¿No me pudiera avisar  
De cualquier cosa que hiciera,  
Para que yo no estuviera

Con la pena de esperar?  
Cenó á las ocho, y son ya  
Las cuatro.

DOÑA ELVIRA.

Las horas pasan  
Por los que amando se abrasan,  
Mas apriesa.

LEONOR.

¿Dónde está?

DOÑA ELVIRA.

Yo pienso que descansando.  
No pienses tanto una cosa;  
Que vendrás á ser celosa,  
Y morir imaginando.  
Llaman hijos del amor  
Los celos, y son sus nietos;  
Que por los mismos efetos  
Se ve la causa mejor.  
Amor la imaginacion  
Engendra, y ella los celos;  
El amor es de los celos,  
Y ellos del infierno son.

LEONOR.

Vuelve á llamar, doña Elvira,  
Los músicos.

DOÑA ELVIRA.

Bien harás  
En divertirme, y podrás;  
Porque ya el alba nos mira. (*Vase.*)

## ESCENA VII.

LEONOR.

Amor, amor, ¿por qué tellaman gloria,  
Siendo forzoso, amando, el mas querido  
Vivir con celos y temer olvido,  
Afrontoso blason de tu vitoria?

Entras á los principios de tu historia  
Con dulcísímos pasos al sentido;  
Mas, el estilo del hablar perdido,  
A la mitad ofendes la memoria.

¡Oh, qué duro capitulo los celos,  
Y aquel imaginar ajenos gustos,  
Quitando á la verdad confusos velos!  
Y si se han de temer, justos ó injustos,  
Vuélvete, amor, tus gustos á tus celos;  
Que no quiero tu bien por tus disgustos.

## ESCENA VIII.

DOÑA ELVIRA, MÚSICOS. — LEONOR.

DOÑA ELVIRA.

Los músicos han venido;  
Y mas, que tienen templado.

LEONOR.

No dudes que han acertado,  
Y que mi ventura ha sido;  
Que á un inquieto corazon  
Oír templar un instrumento  
Es darle mayor tormento  
Y doblarle la pasión.—  
Cantad algo, si sabeis,  
De celos.

UN MÚSICO.

Quien no lo sabe  
No sabe de amor.

LEONOR.

Sea grave.  
(*Ap. ¡Ay celos! ¿qué me quereis?*)  
(*Siéntanse las damas, y cantan los músicos.*)

MÚSICOS.

Ahora sabréis de celos, corazon;  
Que si pensais que son celos,  
Infiernos del alma son.

## ESCENA IX.

EL REY, DON PEDRO, DON MANRIQUE. — Dichos.

REY.

¡Música ahora!

DOÑA ELVIRA.

El Rey viene.

REY.

¿Qué es esto, señora mía?

LEONOR.

Esperaros hasta el día  
La que sin vos no le tiene.

REY.

¿Que no os habeis acostado?

LEONOR.

Sin vos ¿cómo?

DON PEDRO.

¡Extraño amor!

(Ap. Yo pienso que esta Leonor  
Mas viste azul que leonado.)

REY.

Como el alba hermosa y pura,  
Con música amanecéis.

LEONOR.

Noche soy; que me teneis  
Con tan larga ausencia oscura.  
Dorad con nuevo arrebol  
Nubes de agua engendradoras,  
Pues en venir á estas horas  
Teneis condicion de sol.

REY.

Cuando lo fuera, por Dios,  
Que muy nuevo lo parezco,  
Si en dos albas amanezco,  
Que son la del cielo y vos.  
Dos albas y dos orientes,  
En las Indias y en España,  
El sol dora y acompaña;  
Pero en cielos diferentes.  
Mal puedo en el vuestro solo  
Lo que él en dos cielos hace.

LEONOR.

Acostáos, mi bien; que nace  
Con invidia vuestra Apolo;  
Que habeis venido cansado.

REY. (Ap. á don Pedro.)

¿Quién le ha dicho donde fui?

DON PEDRO.

Si no ha enviado tras tí,  
Nadie puede haberla hablado.

REY.

Mi bien, yo fui á ese lugar  
De noche, porque temía  
Al sol; que el sol me podía  
En cuatro leguas matar.  
Fui, pensando ser padrino  
De una dama de un privado  
Que tengo, y llegué cansado;  
No os di cuenta, porque vino  
Tarde el aviso. (Ap. Por Dios,  
Que la verdad le confieso  
Porque se temple con eso,  
Y descansen los dos;  
Que no hay gusto como hablar  
Del agravio al agraviado.  
Cuando él está descuidado  
De que le puede agraviar.)  
Pero fué tan encubierto,  
Que pienso que me han burlado,  
Porque ya estaba acabado  
Cuando yo supe el concierto.  
Venid conmigo, y creed  
Que aunque de noche, estoy loco  
Del sol, con darme tan poco;  
Mas aunque tenga á merced

Y á favor y á cortesía  
El no os haber acostado,  
Creedme que me ha pesado  
Que me aguardeis hasta el día.  
Yo me entro. — Adios, caballeros. (Vase.)

## ESCENA X.

LEONOR, DOÑA ELVIRA, DON MANRIQUE, DON PEDRO, MÚSICOS.

DON MANRIQUE. (Ap. á don Pedro.)

Enfado lleva.

DON PEDRO.

Notable.

DOÑA ELVIRA. (Ap. á la Reina.)

¿Quieres que á uno destos hable?

LEONOR.

¿Cómo?

DOÑA ELVIRA.

Los días primeros

Dió en servirme, y me ha mostrado  
Amor.

LEONOR.

Pues háblale, y sabe  
Dónde fué el Rey.  
(Vanse la Reina y los músicos.)

## ESCENA XI.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO, DON MANRIQUE.

DON PEDRO. (Ap. á don Manrique.)

Hoy la llave,  
Don Manrique, el Rey me ha dado;  
Mirad si importa agradar  
A los reyes en su gusto.

DON MANRIQUE.

Fuera de que hacello es justo,  
Es camino de medrar.

DOÑA ELVIRA.

Con vuestra licencia, quiero  
A don Pedro hablar.

DON MANRIQUE.

Señora,

Vos la teneis desde ahora.  
En el corredor le espero;  
Y mirad si hay otra cosa  
En que os sirva esta merced.

DOÑA ELVIRA.

Que soy muy vuestra creed.  
(Vase don Manrique.)

## ESCENA XII.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO.

DON PEDRO.

¿Qué mandais, Elvira hermosa?  
¿Posible es que se ha ofrecido  
En que os pueda servir yo?

DOÑA ELVIRA.

La Reina no los pidió,  
Y yo á vos celos os pido.  
¡Pareceos bien, es bien hecho  
Que quien me ha dicho que soy  
Su dueño, y por él me estoy  
En lo mejor de su pecho,  
Toda la noche galán  
Ande por Burgos perdido?  
Pero sois recién venido,  
Veros y hablarlos querrán.  
Teneis mil alicionadas  
De la fama entre los moros,  
Y de haber dado á los toros  
Estos días mil lanzadas.  
¿Quién ha sacado las galas

Que vos? Quién caballos? Quién,  
Cuando las damas le ven  
En las calles y en las salas,  
Lleva tantas bendiciones,  
Y en ellas tantos deseos?  
Yo pensé que estos trofeos,  
Vitorias, triunfos, blasones,  
Eran míos desde el día  
Que me pedistes licencia  
Para servirme. Paciencia.  
Sois hombre; la culpa es mía.

DON PEDRO.

¿Toda una noche, Señora?  
Por mí no creais que fuera  
De noche, donde no hubiera  
De amanecerme esta aurora.  
Para estar en el terrero  
Hasta que el sol me llamara,  
Si el vuestro me despertara  
(Que es vuestra la luz que espero),  
Toda la noche estuviera  
Desvelado; no por ver  
La mas hermosa mujer  
Que en toda Burgos hubiera.  
Sácome el Rey, fui con él  
A la aldea que él contó;  
Que cierto sol le llevé,  
Que nunca amanece en él;  
Y es porque en otro anochece,  
Con quien está desposada.

DOÑA ELVIRA.

Mentira tan bien formada  
Algun crédito merece.

DON PEDRO.

No tenga de vida un hora  
Si no es el Rey el galán,  
Y si á otros negocios van  
Mis pensamientos, Señora.  
Y aun los suyos son en vano,  
Y será su intencion vana;  
Que es de don Inigo hermana,  
Que llaman el Castellano,  
Hombre de tanto valor,  
Que aun el Rey no le hace ofensa.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿qué es lo que Alfonso piensa  
Con ese imposible amor?

DON PEDRO.

Mocedades.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿ahora

Es tiempo de mocedades?

DON PEDRO.

Nunca con las majestades  
Me pongo en puntos, Señora.  
Yo te he dicho la verdad;  
Y te suplico no creas,  
Si hacerme merced deseas,  
Ofensa en mi voluntad,  
Que es la que en mi pecho reina.

DOÑA ELVIRA.

Tu mismo valor me abona.  
Don Pedro, adios, y perdona;  
Que está esperando la Reina.

DON PEDRO.

Dame un favor.

DOÑA ELVIRA.

Mi desco

Y esta cinta.

DON PEDRO.

¿Aun eso mas?

Esta noche la verás  
En las plumas del torneo.  
(Vanse.)

Sala en casa de don Íñigo, en la aldea.

### ESCENA XIII.

DOÑA SOL, DON ÍÑIGO, DON ÁLVARO.

DON ÁLVARO.

¿Carta teneis? ¡Brava cosa!

DON ÍÑIGO.

En la iglesia me la dió  
Un hidalgo que envió,  
Su montero de Espinosa;  
Y quiero albricias pedirlos  
De la parte que os alcanza.

DON ÁLVARO.

Si no acetais la esperanza  
Y el deseo de serviros,  
Mi mayorazgo tomad,  
Supuesto que todo es poco.  
¿Ya por la parte que os toco  
Me ha honrado su majestad?

DON ÍÑIGO.

Por lo que vos mereceis,  
Señor don Álvaro, es llano;  
Que no porque sois mi hermano.

DON ÁLVARO.

Vos lo que gano sabeis.

DOÑA SOL.

Dejemos los cumplimientos,  
Y esa carta nos leed.

DON ÍÑIGO.

Aun no iguala la merced  
A vuestros merecimientos.  
(Lee.) «He sentido, como es razón,  
»que no me hayais dado parte del casa-  
»miento de vuestra hermana, sabiendo  
»cuán á mi cuenta estaba honraros; pero  
»para que entendais lo que va del amor  
»del señor al del criado, hago á don Álvaro,  
»vuestro cuñado, mi camarero ma-  
»yor, así por sus méritos como por sa-  
»tisfacer vuestros servicios; y pues yo  
»pongo casa, es razón tenga cerca de mí  
»persona tales caballeros en ella: á quien  
»doy el parabien.—Dios os guarde.—El  
»Rey.»

DON ÁLVARO.

¿Qué decis?

DON ÍÑIGO.

Esto que digo.

DON ÁLVARO.

¿Yo camarero mayor!

DON ÍÑIGO.

Basta; que el Rey, mi señor,  
Es bueno para enemigo.  
Nunca, estando muy contento,  
Mis servicios ha pagado;  
Y ahora, estando enojado  
Del secreto casamiento.  
(En que conozco que erré,  
Pues licencia no pedi),  
Nos ha honrado á vos y á mí.

DON ÁLVARO.

Sol, ¿qué es aquesto?

DOÑA SOL.

No sé.

Servicios son de mi hermano,  
Que los ha pasado en vos  
Por enojos de los dos.

DON ÍÑIGO. (Ap.)

¿Qué intenta el rey castellano?  
¿Qué es esto? Mas ¿que me estoy  
Deshaciendo? Qué he de hacer?  
De don Álvaro es mujer;  
Ni es mía ni suyo soy.  
La sangre que mía tenía,  
Y de mi padre heredó,  
Su marido la cobró,

De su desposorio el día.  
Y por dicha yo me engaño;  
Que el Rey trocará el amor  
En virtud; que es gran señor,  
Y no puede hacer gran daño.  
Y algo se ha de confiar  
De una mujer tan discreta.  
La virtud no está sujeta  
Ni á la tierra ni á la mar  
Ni á todo el poder humano.  
Esta es mujer virtuosa,  
Que al furor de ser hermosa  
Lleva la rienda en la mano.

DOÑA SOL.

Mirad, Conde, qué ha de hacer  
Don Álvaro.

DON ÍÑIGO.

Hermana mía,  
Partirse este mismo día  
Con vos, que sois su mujer,  
Y besar al Rey la mano.

DOÑA SOL.

¿Y después?

DON ÍÑIGO.

Servir desués;  
Que es el mayor interés  
De un hidalgo castellano.

DON ÁLVARO.

No sé dónde mi alegría  
Puede caber en mi pecho.  
El alma es corta, y estrecho  
Mi valor; la sangre mía  
No alcanza; mi entendimiento  
Ciega mi vista; mi lengua  
Teme de caer en mengua  
En tanto encarecimiento.  
Sola mi memoria pueda  
Tener la que es justa ley,  
Pues de servir á mi rey  
Tanta memoria me queda.  
(Hablan bajo don Álvaro y don Íñigo.)

DOÑA SOL. (Ap.)

¡Ay, cómo me dice el alma,  
Alfonso, que son fingidas  
Estas honras mal nacidas,  
Que ponen la nuestra en calma!  
No llamas sin ocasion  
A don Álvaro á tu casa;  
Si el Conde por esto pasa.  
Barbaros los hombres son.  
¡Ay mi bien! temo tu muerte.  
No te llaman á servir;  
¿Si te llaman á morir?  
Desdichada fué mi suerte.  
Querrá el Rey quitar tu vida  
De enmedio de su desco;  
Y será mayor rodeo  
De su esperanza perdida.  
Vive tú, que has de vivir  
En mi alma eternamente,  
Si estuviese de ti ausente,  
Y no pudiese morir.  
¿Si le diré lo que pasa?  
No; que es fuerza obedecer  
Al Rey, pues no puede hacer  
Menos que entrar en su casa.  
Pues callar, ¡qué crueldad!  
Pero ¿qué crueldad mayor  
Que anticipar deshonor  
A una inocente lealtad?  
Vamos; que yo haré de suerte,  
Pidiendo remedio á Dios,  
Que sea igual en los dos,  
Como la vida, la muerte.  
DON ÁLVARO.  
¿Iré bien desta manera?  
DON ÍÑIGO.  
Iréis por extremo bien,  
Y podeis llevar tambien

La carroza y la litera  
Que de Toledo traía,  
Y algunos de mis criados.

DON ÁLVARO.

Vuestros servicios pasados  
Fueron mi dote este día.  
Vamos, Sol; que ya tenemos  
Concertada la partida,  
Porque el alma agradecida  
A tan gran señor mostremos.  
Bien estaba conocido  
Que á quien á tal sol llegara,  
Cualquiera rey estimara  
Como de Alfonso lo he sido.  
Dirá quien ve lo que pasa,  
Que así á levantarme prueba,  
Y de junto al sol me lleva  
Para servirle en su casa.  
Vamos, y ponéos gallarda,  
Porque el Rey eche de ver  
Que supe elegir mujer,  
Y qué camarero aguarda.

DOÑA SOL.

¿Ha dicho mi hermano ya  
Cómo habeis de entrar, Señor?

DON ÍÑIGO.

Que sea presto es mejor,  
Y antes que se sepa allá,  
Para no dar ocasion  
A tantos deudos y amigos,  
Ni á tantos falsos testigos  
De mi perdida opinion.

DOÑA SOL.

Vamos; que ya no hay en mi  
Voluntad; vuestra es: partamos.

DON ÁLVARO.

Gran señor á servir vamos.

(Vanse don Íñigo y don Álvaro.)

### ESCENA XIV.

DOÑA SOL.

¿Qué alegre parte! ¡Ay de tí!  
Mil veces me manda amor  
Decir lo que el Rey intenta;  
Pero es linaje de afrenta  
Probar á nadie el valor.  
Donde hay amistad jurada,  
Por ver lo que el otro piensa,  
No se ha de decir la ofensa.  
Ni se ha de probar la espada.  
Callar tengo prometido  
Cuanto pueda suceder:  
Será la primer mujer  
Discreta con su marido.

Salon del alcázar de Burgos.

### ESCENA XV.

LEONOR, DOÑA ELVIRA.

LEONOR.

Extremada vida es esta;  
Pero no hay de qué me espante  
Que á la noche se levante  
Quien salido el sol se acuesta.  
¿Es hoy, Elvira, el torneo?

DOÑA ELVIRA.

No, Señora; que ha dormido  
El Rey como quien ha sido  
Galan sobre tal deseo.  
Pagado te ha con el día  
Lo que la noche faltó.

LEONOR.

Si el Rey, Elvira, pagó,  
Señal es que me debía  
Amores.



DOÑA ELVIRA.

Debia, bien dices.

LEONOR.

De mi ofensa es lo que digo.

DOÑA ELVIRA.

Sí; pero con el castigo

Del agravio te desdices.

¿Qué es tanto tienapo tener  
En los brazos al que agravia?

LEONOR.

Es venganza en mujer sabia.

Cuando es la propia mujer;

Que si aborrece el marido;

¿Qué castigo ni qué lazos

Como tener en los brazos

Lo que tiene aborrecido?

DOÑA ELVIRA.

De cualquier manera acierta

La que le regala en ellos;

Que no se alcanza sin ellos

Lo que en ellos se concierta.

Retirarse con los celos

Y dividir el estado,

Es libertad del casado,

Y de la casada duelos;

Que ella en soledad le llora,

Y él se alegra en compañía.

LEONOR.

Llegarse á quien se desvia

Mucho del amor, desdora.

Tibieza en Alfonso, Elvira,

Tan al principio, no es bueno.

O vino á mi pecho ajeno,

U otra causa le retira.

Ya se duerme si le hablo,

Y tan helado se junta,

Que mil veces me pregunta

Una razon y un vocablo.

Pues quien no escucha en la cama

Donde hay tal silencio, Elvira,

O tiene amor con mentira,

O en otra parte la dama.

Trato estas cosas, amiga,

Como el alma de mi pecho.

DOÑA ELVIRA. (Ap.)

¿Posible es que á quien me ha hecho

Tanta merced, no le diga

La causa de su tristeza?

Desleal soy.

LEONOR.

¿Qué decías?

DOÑA ELVIRA.

Que pongas, Señora, espías

Estos dias á su alteza,

Porque ha dado en ser galán

De una recién desposada.

LEONOR.

¿Por tu vida?

DOÑA ELVIRA.

Todo es nada.

Muy en el principio están;

Mas será bien atajalle.

LEONOR.

¿Quién es?

DOÑA ELVIRA.

Doña Sol se llama,

Hermosa y bizarra dama,

De divino rostro y talle.

Yo veré tu discrecion

Si disimulas.

LEONOR.

¿De quién

Sabes que la quiere bien?

DOÑA ELVIRA.

La mas sutil invencion

Que pudiera imaginarse

Hice á don Pedro de Lara.

LEONOR.

Si él lo ha dicho, cosa es clara.

¿Cómo podrá remediarse?

DOÑA ELVIRA.

Mostrándole al Rey amor;

Que tú gozas y él desca.

Pero no has de hacer que crea

Flaqueza de tu valor.

LEONOR.

¿Cómo?

DOÑA ELVIRA.

En dársele á entender;

Que en viendo mujer celosa,

No hay para los hombres cosa,

Y mas si es propia mujer,

Que los desatine tanto,

Y obligue á cualquier desprecio.

LEONOR.

Amor con celos es necio.

De que ya callo me espanto.

DOÑA ELVIRA.

Pues cuéntate por perdida.

LEONOR.

¿Es esa la del aldea?

DOÑA ELVIRA.

¿Cuál otra quieres que sea?

LEONOR.

Pues ya estamos de partida:

Quedarase en Búrgos ella,

Y iréme á Toledo yo;

Y ¿cuál hombre se ausentó,

Que no olvide á la mas bella?

DOÑA ELVIRA.

Esa verdad te concedo.

Si á cortes quiere llamar

El Rey, cuando quiera hablar

Búrgos, hablará Toledo.

LEONOR.

¿Oh qué contento me has dado!

**ESCENA XVI.**

EL REY, DON PEDRO. — DICHAS.

REY. (Ap. á don Pedro.)

¿Que don Álvaro ha venido?

DON PEDRO.

Toda su casa ha traído.

REY.

¿De quién viene acompañado?

DON PEDRO.

El Conde viene con él.

REY.

La Reina, Pedro, está aquí.

DON PEDRO.

¿Qué puede entender de mí?

Bien sabes que soy fiel.

LEONOR.

Señor mío...

REY.

¿Oh mi señora!

LEONOR.

¿Cómo os hallais?

REY.

Como quien

Tiene en vos todo su bien.

(Ap. Digo, en la que viene ahora.)

LEONOR.

¿Habeis descansado?

REY.

Sí;

Que el alma en vos descansó.

(Ap. ¡Igual descansara yo

En esta que viene aquí!)

LEONOR.

¿Cómo os va?

REY.

Como con vos,

Que sois mi sol y mi esfera.

(Ap. Miento; que mejor me fuera

Con la que viene, por Dios.)

LEONOR.

Gran merced de vos recibo.

Sois mi luz.

REY.

Vos sois mi estrella.

(Ap. ¡Oh si llegara ya aquella

Por quien estoy muerto y vivo!)

LEONOR. (Ap. á don Elvira.)

¿Voy bien?

DOÑA ELVIRA.

Es el propio modo.

Venerásele.

LEONOR.

No lo creo.

REY. (Ap.)

Si tarda el bien que deseo,

Declararéme del todo.

**ESCENA XVII.**

DON MANRIQUE. — DICHOS.

DON MANRIQUE.

Don ñigo el conde pide

A vuestra alteza licencia.

REY. (Ap. á don Pedro.)

¿Que topase en la presencia

De la Reina!

DON PEDRO.

¿Qué te impide?

DON MANRIQUE.

Tu camarero mayor

Viene con él.

LEONOR.

¿Habeis hecho

Camarero?

REY.

Satisfecho

De la nobleza y valor

De un caballero asturiano,

Deudo del rey de Leon

Y mio, por ocasion

De ser ñigo su hermano...

Digo, que le dió su hermana

Doña Sol en casamiento...

Y por ver en este intento

La nobleza castellana,

Hice, Señora, eleccion

De don Alvaro Lain,

Que es benemérito, al fin,

Entre muchos que lo son.

LEONOR.

¿Es esta Sol, doña Elvira, (Ap. á ella.)

La que dices?

DOÑA ELVIRA.

Sí, Señora.

LEONOR.

Luego ¿irá á Toledo ahora?

DOÑA ELVIRA.

Lo que te he avisado mira.

LEONOR. (Ap.)

¡Triste de mí! muerta soy.

**ESCENA XVIII.**

DON ÍÑIGO, DON ÁLVARO, DOÑA SOL, ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS.

DOÑA SOL. (Ap.)

¿Qué turbada

1 2 Faltan un verso y un hemistiquio.

De verme en palacio estoy!

DON IÑIGO.

Dadme, Señor, esas manos.

DON ÁLVARO.

Y á mi esos piés, gran Señor.

REY.

Mi camarero mayor,

Alzad.

DOÑA ELVIRA. (Ap.)

¡Ay consejos vanos!

LEONOR. (Ap. á doña Elvira.)

¿Esto tengo de sufrir?

DOÑA ELVIRA.

Señora, haz pecho español.

REY.

Reina, haced sentar á Sol.

DOÑA SOL.

Señor, yo os vengo á servir.

LEONOR.

Sentáos, Sol.

REY.

Sol, sentáos;

La Reina lo quiere así.

LEONOR. (Ap.)

Basta; que estamos aquí

Celos y amor en saraos.

REY.

A don Alvaro cubriera,

Iñigo, á no ser criado:

Mucho en verle me he pagado.

DON IÑIGO.

Señor, quisiera que fuera

El mayor César del mundo,

Porque tuviera valor

Para servir, Señor;

Pero en su lealtad lo fundo.

No es muy rico caballero;

Pero su antigua nobleza

Sangre ha dado á vuestra alteza.

REY.

Darle con que viva espero.

Sea, Sol, para bien vuestro

El casamiento.

DOÑA SOL.

Señor,

Vos solo teneis valor,

Vos solo sois el bien nuestro.

REY.

Reina, dalda el parabien.

Sol merece que la honreis.

LEONOR.

Yo sé que el bien que teneis,

Sol, es de todos el bien.

Gocéis por muchos años.

DOÑA SOL.

Esois vuestra alteza viva,

Y mil coronas recibia

De otros mil reinos extraños.

REY.

Aposenten en mi casa

A don Alvaro.

LEONOR. (Ap.)

Esto es hecho;

Si la lengua calla, el pecho

Hoy como Troya se abrasa.

Irme es mejor. (Levántase.)

REY.

¿Dónde vais?

LEONOR.

¿No basta para visita

De criados?

DON PEDRO. (Ap.)

¿Qué le incita?

REY.

Muy bien venidos seais.

L-1.

Voy á acompañar la Reina;  
Vedme después.

DON IÑIGO. (Ap.)

Tiemblo.

DOÑA SOL. (Ap.)

Temo.

LEONOR. (Ap.)

Yo me abraso.

REY. (Ap.)

Yo me quemo.

LEONOR. (Ap.)

Celos viven.

REY. (Ap.)

Amor reina.

(Vanse los reyes.)

DON IÑIGO.

Vamos, Sol.

DON ÁLVARO.

Contento estoy.

(Vanse doña Sol, don Iñigo y don Álvaro.)

DON MANRIQUE.

El Rey se abrasa.

DON PEDRO.

A Sol mira.

DON MANRIQUE.

¿Qué os ha dicho doña Elvira?

DON PEDRO.

Que muy en su gracia estoy.

DON MANRIQUE.

Bella es Sol.

DON PEDRO.

De un ángel copia.

DON MANRIQUE.

Mucho temo que este sol

A nuestro rey español

Nos le ha de hacer de Etiópia.

## ACTO TERCERO.

Salon del alcázar de Toledo.

### ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON PEDRO.

DON PEDRO.

Pues Hércules sujetó

Las estinfáldas aves,

Y pues Jason en las naves

El mar furioso allanó;

Pues á la sierpe Lerneá,

El fiero toro y dragon

Trajo á humilde sujecion,

¿Qué habrá que imposible sea?

Los griegos con sus engaños,

Por aquella hurtada joya,

Rindieron la antigua Troya

Con paciencia de diez años.

A la corriente Letea

De Orfeo detuvo el son;

Jérjes abrió el monte Aton:

¿Qué habrá que imposible sea?

En el romano teatro

Conoció un león á un hombre;

De Semiramis el nombre

Rompió los muros de Babilonia;

A Jason venció Medea,

A Anibal venció Sagunto,

Alejandro al mundo junto:

¿Qué habrá que imposible sea?

REY.

A Penélope no pudo,

En ausencia de veinte años,

Vencer amor con engaños,

Porque es cobarde y desuado;

Apolo á Dafne Penea,

A Porcia el cónsul Octavio,

Uno solo y otro sabio:

¿Qué habrá que posible sea?

Dióse Sofronia la muerte,

Huyendo al príncipe Decio;

Hizo Baldraca desprecio

De Oton, de la misma suerte;

Viendo que el padre la emplea

En hombre que no la amó,

Fara llorando cegó:

¿Qué habrá que posible sea?

Si Dula con una toca

Se dejó matar primero;

Si á Hipólito en el mar fiero

Le despedazó la foca,

Y si Espurina se afea

El rostro con mil heridas,

Y se quitara mil vidas,

¿Qué habrá que posible sea?

Si Ciane y Medulina

A sus padres degollaron,

Porque, ciegos, las gozaron,

Del vino, que á amor inclina;

Si no pudo Estenobea

Vencer á Belerofon,

Ni aquel romano á Damon,

¿Qué habrá que posible sea?

DON PEDRO.

Verdad es que tu paciencia,

Gran Señor, tiene la culpa,

Aunque es bastante disculpa

Una honrada resistencia.

Un año y mas, desde el día

Que en la gran Toledo entraste,

Vencer á Sol procuraste

Con el ruego y la porfía;

Y con ser verdad así

Que dos solsticios pasó,

Nunca este sol acabó

De querer hacerte en tí.

En los ejemplos que das,

Con que su alabanza intentas,

Griegas y romanas cuentas;

Pero españolas jamás

A principes poderosos

Hicieron ese holocausto

De sus vidas: por un casto

Hallarás dos mil viciosos.

REY.

Don Pedro, va tuvo hermana

Algun castellano rey,

Que á un bárbaro de otra ley

La dió con fuerza tirana;

Y resistiendo al marido,

Que bajase, mereció,

Del cielo un ángel, que dió

Temor al moro atrevido.

Ni menos merece gloria

Por sus mujeres España;

Que hay muchas, como esta hazaña,

Dignas de eterna memoria.

Mas cuando ninguna hubiera,

Doña Sol sola bastara

Para que Roma callara

Y Atenas enmudeciera.

Yo muero al cabo de un año

Que la vi, y de suerte muero.

Don Pedro, que mas la quiero

Mientras mas me desengaña.

Mi camarero mayor

Hice á un montañés hidalgo,

Que si me ha servido en algo

Y merece mi favor,

Otros en la fiera guerra

Del rey de Leon, mi tío,

A quien debo el reino mio

Y posesion desta tierra,

Y aun la vida, que pequeño

Niño quitarme intentó.  
Hallara mas dignos yo,  
Y menos amor enseño:  
Todo á efeto de obligar  
A una mujer, y no puedo.

DON PEDRO.

Mas presto pudo á Toledo  
Otro Alfonso conquistar,  
Con ser tal su fortaleza.

REY.

¿Que causa puede tener  
Igualar esta mujer  
La crueldad y la belleza?

DON PEDRO.

La que te he dicho mil veces:  
Querer tanto á su marido,  
Pues no le pone en olvido  
Lo mucho que tú mereces.

REY.

¿Será ausentarle de aquí  
Algún remedio?

DON PEDRO.

Ninguno.

REY.

¿Pues no ha de haber, Pedro, alguno  
Para delse de mi?

¿Ha de morir un rey vuestro  
A manos de la hermosura  
De una mujer, que es tan dura,  
Como en mis desdichas muestro?

DON PEDRO.

Si tú pudieras poner  
En peligro de la vida  
A don Álvaro, rendida  
Vieras su esquivia mujer;  
Que es cierto que por libralle,  
Aventurara su honor;  
Y así, prendelle es mejor  
Que no intentar ausentalle.  
Sabe Dios lo que me pesa  
De ayudarte en este engaño;  
Pero considero el daño  
De no salir con tu empresa;  
Que eres mi rey en efeto.

REY.

¿Con qué causa podré yo  
Prendelle, si no la dió  
En público ni en secreto?  
¿Enviarle no es mejor,  
Como David hizo á Urias?...  
DON PEDRO.

Mucho, Señor, te desvías  
De la luz de tu valor.  
No quedó ese ejemplo escrito  
Para darte esa advertencia;  
Imita su penitencia,  
Y no imites su delito.

REY.

Pues ¿qué industria me darás  
Para prendelle?

DON PEDRO.

Vestir

Dos moros, que han de venir  
Cuando tú en consejo estás  
En otra ocasión y día,  
Con una carta imitada,  
Que Almanzor, rey de Granada,  
Has de decir que te envía;  
Y con ella otra también,  
Que de don Álvaro tenga  
Firma falsa, y que contenga  
Una traición.

REY.

Dices bien.

DON PEDRO.

Con esta le prenderás,  
Y al querer darle la muerte,  
Vendrá doña Sol de suerte,

Que quizá la eclipsarás.  
Sabe Dios que estoy corrido  
De aconsejarte tan mal;  
Mas veo á mi rey mortal,  
Enfermo, loco y perdido,  
Y procuro su salud.

REY.

¿Ay Pedro! no digas eso.  
Tu lealtad, tu amor confieso,  
Tu piedad y tu virtud.

Eres mi amparo; no pares,  
Pues ves que ayuda me das.

DON PEDRO.

Como esas cosas verás  
Mientras á Sol no gozares;  
Mas dame tú que te ame  
Y que pase amor por tí,  
Que luego dirás de mí  
Que he sido tercero infame.

REY.

Pedro, bien puedo decir  
Que es de poco entendimiento  
Quien castiga el pensamiento  
Y ofende lo por venir.

Vete á vestir esos moros,  
Finge esas cartas, y luego  
Saquee, rompe y pon luego  
A mi riqueza y tesoros.

Tú no eres el candeloso,  
Sino el que me da remedio;  
Tú eres la virtud en medio,  
Y yo el extremo vicioso.

Así agradezco tu celo,  
Que cuando falte á tu amor,  
Muera á manos de un traidor.

DON PEDRO.

Que vivas le pido al cielo.  
Aquí aguarda; que en un punto  
Verás los moros y el pliego.

REY.

Vén presto.

DON PEDRO.

Haz cuenta que llego

Al bien que pretendes junto. (Vase.)

## ESCENA II.

EL REY.

¿Quién es amor? Infierno de la vida.  
¿De quién nace? Del ciego atrevimiento.  
¿De qué vive? El favor es su alimento.  
¿Qué fuerza tiene? Estar al alma asida.  
¿Da muerte amor? Amores homicida.  
¿Da vida amor? Mezclada con tormento.  
¿Dónde asiste? En el ciego entendimiento.  
Pues ¿algo tiene amor? Gloria fingida.  
¿Qué tiene bueno amor? Algun secreto.  
Todo lo vence amor, griegos y godos.  
Nadie se escapa, el mundo está sujeto.  
¿Con qué engaña el amor? De varios  
[modos].  
¿Oh amor! vuelve por tí; dime, ¿á qué  
[efeto]  
Todos te infaman y te buscan todos?

## ESCENA III.

LEONOR. — EL REY.

LEONOR.

¿Cómo se halla vuestra alteza?

REY.

Mejor, mi bien, me he sentido.

LEONOR.

¿Durmió bien?

REY.

Bien he dormido  
Duéleme algo la cabeza,  
Y entretenirme querría.

LEONOR.

Como tanto al sol andais,  
¿Qué mucho que la tengais  
Indispueta cada día!

REY.

(Ap. Algo madama Leonor  
De doña Sol ha sabido.)  
Poco, Señora, he salido  
Al sol... Mas diré mejor  
Que al sol de vuestra belleza  
Tanto me suelo poner,  
Que de eso podría ser  
El dolerme la cabeza.

LEONOR.

No es mi sol el que os ofende,  
Que ese apenas os calienta;  
Otro mas bajo lo intenta,  
Y mas sobre vos se extiende;  
Que como tan bajo está,  
Alcanza mas á ofenderos;  
Que mal puede daño haceros  
El que por alto se va.

REY.

Si es bajo, asegúroos yo  
Que no os ofenda una tilde,  
Ni ofende sol que es humilde  
Rey que el vuestro mereció.

LEONOR.

Quejaisos de la cabeza,  
Y por eso habia pensado  
Que es de andar asoleado.

REY.

Engañóse vuestra alteza;  
Que aunque es el tiempo en sus leyes  
Igual, mas son las calores  
Del sol para labradores  
Que para frente de reyes.  
Y esto está bien hasta aquí,  
Si no es desafío español  
Porque nos partan el sol.

LEONOR.

Gran parte me toca á mí,  
Aunque me juzgais ajena,  
Del sol que hierre á los dos,  
Porque, aunque os abrasa á vos,  
Soy yo quien siente la pena.

## ESCENA IV.

DON ÍÑIGO, DON ÁLVARO. — DICNOS.

DON ÍÑIGO.

Los caballos han llegado  
Que envía el rey cordobés,  
Y de todos ellos es  
El mas gallardo el melado.  
De telas de plata finas  
Las cubiertas con mil franjas,  
Y de hechuras de naranjas  
Borlas á las cuatro esquinas.  
Verlos podrá vuestra alteza  
Desde aqueste corredor.

REY.

El moro muestra valor  
Y agradecida nobleza.  
¿Son los doce que me escribe?

DON ÍÑIGO.

Sí, Señor.

REY.

Dad el melado  
A don Álvaro.

DON ÁLVARO.

Obligado

Queda el que de ti recibe  
Caballo de tanta estima,  
A emplealle en una hazaña.

LEONOR. (Ap.)

¿Con qué lisonjas le engaña!  
Con qué favores le anima!



¡Pobre marido, inocente  
De la traición deste ingrato!  
Mas quiero hablar con recato;  
Que quien ama luego siente  
A quien de su amor mormura.

REY.

Bien está empleado en vos,  
Pues que conmigo, por Dios,  
Teneis la opinión segura.

DON ÁLVARO.

A la merced que me haceis  
Quede Íñigo obligado,  
Como fiador abonado  
De que pagado seréis;  
Que yo no basto por mí,  
Siendo la misma humildad.

REY.

Yo os tengo gran voluntad.

### ESCENA V.

DON PEDRO, DON MANRIQUE.—LOS  
REYES, DON ÍÑIGO, DON ÁLVARO.

DON PEDRO.

Dos moros están aquí.

REY.

¿Son, Pedro, los que han traído  
De Córdoba los caballos?  
Porque luego saldré á hablallos.

DON PEDRO.

Eso, Señor, no he sabido.  
Estos de Granada son,  
Y traen cartas de su rey.

REY.

Aunque de diversa ley  
Y de bárbara nación,  
En fin son embajadores.  
Dadnos sillas, y entren luego.—  
Y que los oigáis os ruego. *(A la Reina.)*

LEONOR.

Hacedme dos mil favores.

### ESCENA VI.

VIVAR y ORDOÑO, *vestidos de moros.*  
— Dichos.

VIVAR.

Alfonso, que guarde el cielo  
Para bien de tus cristianos,  
Después de besar tus manos...

REY.

Alzáos, amigos, del suelo.

VIVAR.

El granadino Almanzor...

REY.

Tomad asiento primero.—  
¡Qué bien linge el escudero!  
*(Ap. á don Pedro.)*

DON PEDRO.

Es otro Ulises, Señor.

VIVAR.

Aqueste pliego te envía.

REY.

¿Teneis algo que tratar?

VIVAR.

Engrandecer y alabar  
Tu grandeza y cortesía,  
Y decirte que apercibe  
Para tu esposa un presente,  
Que hasta el fénix del oriente,  
Que solo en el mundo vive,  
Pienso que en él te previene  
Entre tantas cosas raras.

*(Lee para sí el Rey.)*

DON PEDRO.

Gran Señor, ¿en qué reparas?

DON ÍÑIGO. *(Ap.)*

Misterio la carta tiene.

LEONOR.

Señor, ¿de qué os alterais?

REY.

Don Álvaro...

DON ÁLVARO.

Gran Señor...

REY.

¿Tú le has escrito á Almanzor?

DON ÁLVARO.

Pues ¿eso me preguntais?

REY.

Almanzor me escribe aquí

Esta carta...

DON ÁLVARO.

Movimiento

Ni primero pensamiento

Tuve de escribirle.

REY.

¿Ansí?

DON ÁLVARO.

Si, Señor. Yo ¿para qué  
Tengo de escribir á un moro?

REY.

Lee esta carta.

*(Don Álvaro la mira.)*

DON ÁLVARO.

El Dios que adoro

Y de quien vivo en su fe,  
Como cristiano primero,  
Y luego como quien soy,  
Mande á la muerte que hoy  
Me llegue al punto postrero,  
Si tal escribi, ni puedo  
Imaginar lo que sea.

REY. *(Leyendo otra carta.)*

¿Es posible que se crea  
De un cristiano tal enredo?  
¡Qué es lo que mis ojos ven!

DON ÍÑIGO.

Señor, ¿mi cuñado escribe  
Al rey Almanzor?

REY.

No vive

Seguro aun quien hace bien.

Don Álvaro, ¿qué es aquesto?

DON ÁLVARO.

Pues ¿puedo yo saber?

DON ÍÑIGO. *(Ap.)*

¡Ah hermosura de mujer!  
¡En cuánto daño me has puesto!  
Todo viene por aquí.

REY.

Lee esa carta.

DON ÁLVARO.

Ya leo.

*(Lee recio.)* «Mil días há que deseo

»Que sepas mi amor de mí,  
»Y llegando la ocasión,  
»Verás si aquesto es verdad,  
»Pues yo te guardo lealtad,  
»Y tus vasallos traicion.  
»Don Álvaro, camarero  
»Tuyo, esta carta me escribe.»  
—Señor, el cielo me prive  
De vida...

REY.

¡Oh mal caballero!

No prosigas; que esta carta

Tuya es, la firma es tuya.

DON PEDRO.

Muestra á ver. La letra es suya.

Ansí las líneas aparta.

DON MANRIQUE.

Suya parece, Señor.

DON ÍÑIGO.

A mí también. *(Ap. Esto es hecho.)*

DON ÁLVARO.

Mi letra habrá contrahecho  
Y mi firma algun traidor.  
Y á quien dijere que es mía,  
Osaré decir que miente,  
Y manda que lo sustente  
En campo á tercero día.

REY.

Donde tu letra es testigo,  
¡Traidor! en tu infame hazaña,  
No importa el fuero de España,  
Ni se ha de entender contigo.  
—Llevadle preso.

DON ÁLVARO.

Señor,

Déjame siquiera ver  
La carta.

DON ÍÑIGO. *(Ap.)*

¿Que puede ser

Que es don Álvaro traidor?  
No lo creo.

VIVAR.

Un mensajero

Cristiano llegó á Granada  
Con esta carta, sellada  
De tu mismo camarero.  
Si es este ó no, no lo sé.  
Habló al Rey en gran secreto,  
De que resultó el efecto  
Que en tu presencia se ve.

REY.

Mira lo que dice el moro.

DON ÁLVARO.

Leeré la carta, Señor.  
*(Lee.)* «Por otra, rey Almanzor,

»Que te ha dado Maniloro,  
»Sabes que tengo deseo  
»De dar á Alfonso la muerte,  
»Y la corona ponerte  
»Que en su indigna frente veo.  
»Y espanta tu remisión,  
»No sé si diga tu miedo,  
»Pues llegar hasta Toledo  
»Puedes en esta ocasión.  
»El Rey alcalde me ha hecho  
»Del alcázar; esta parte  
»Puedo, en llegando, entregarte,  
»Que es mas que entregarte el pecho  
»Daré en rehenes, si quieres,  
»A doña Sol, mi mujer...»  
—¿De qué me sirve leer,  
Ni que tú á matarme esperes?  
Esta es letra contrahecha.  
Yo no la he escrito.

REY.

¡Traidor!

Para disculpar tu error  
Ninguna cosa aprovecha.  
¿Que os parece, Leonor mía,  
Desta maldad?

LEONOR.

Que merece

Pasar por lo que este ofrece,  
Quien de tales hombres fia.  
¿Tú eres, caballero, infame  
A tu rey? á quien te alzó  
De la tierra?

DON ÁLVARO.

¡Que oiga yo

Que esto su alteza me llame,  
Siendo la misma inocencia!  
¡Ah invidia!

LEONOR.

Llevadle luego.

DON INIGO.

Déjamele hablar, te ruego.

REY.

Habla; yo te doy licencia.

DON INIGO. (*Ap. á don Alvaro.*)

Don Alvaro, ya he caído  
En la razon por que has hecho  
Esta maldad, que es desprecio  
De haberte el rey ofendido.  
Pero ¿qué importa su ofensa,  
Si de parte de tu esposa  
Casta, honesta y virtuosa,  
Hay tan segura defensa?  
Ella es un angel, y ha hecho  
Lo que pudo la romana  
De mas valor: que es mi hermana,  
Y soy alma de su pecho.  
Soy Inigo, que por honra  
Me llaman el Castellano,  
Y hermana de tal hermano  
No puede hacer tal deshonra.  
Echaráso bien de ver,  
En que si te deshonrara,  
Nunca el Rey te castigara  
Respeto de tu mujer.

DON ALVARO.

¿Que el Rey pretende á mi esposa?

DON INIGO.

¿No lo sabías?

DON ALVARO.

No, hermano.

DON INIGO.

Mal hablé.

DON ALVARO.

No ha sido en vano  
Esta traicion cautelosa.  
Quitarme quiere la vida.

DON INIGO.

¿Qué arrepentido he quedado  
De habértelo dicho!

DON ALVARO.

Has dado

Luz á un alma que, ofendida  
De confusion, no acertaba  
A salir de aqueste enredo.  
Esa es la causa. ¿Que puedo  
Hacer? Hoy mi vida acaba.  
Sol, Inigo, es virtuosa,  
Yo lo sé; mas los casados  
Son mil veces desdichados  
(que tienen mujer hermosa.  
Dáme esos brazos, y di  
A Sol que muero por ella;  
Mas que me holgara de vella  
Menos bella para mí.  
Suelen los que aman decir  
Que los mata, ó lo procura,  
De su dama la hermosura,  
Y todos suelen mentir;  
Pero yo, aunque injusta ley,  
Diré con verdad forzosa  
Que por ser Sol tan hermosa,  
Me ha dado la muerte un rey.

DON INIGO.

Ilago testigo este llanto  
Con que me has enternecido  
(Porque en mi vida he sentido  
Ninguna desdicha tanto),  
Que ese día moriré;  
Pero yo espero en el cielo  
Que tendrá tu mal consuelo,  
Pues que tu inocencia ve.  
Muestra valor, pues te tienes.

(*Apártase de él.*)

— Señor, mi hermano está aquí;  
Y pues á pagarme así  
Mis largos servicios vienes,  
Corta á los dos las cabezas.

REV.

Vos no sois aquí culpado.

DON INIGO.

Antes yo la causa he dado:  
Creeránlo vuestras altezas;  
Porque si yo no tuviera  
Lo que tuve por mi mal,  
Nunca sucediera tal,  
Ni don Alvaro muriera. (*Vase llorando.*)

LEONOR.

Llorando va.

REV.

No lo entiendo.

LEONOR.

Piadosa soy; yo me voy.

REV.

Por prender á Sol estoy.

LEONOR.

De que la prendais me ofendo.  
No lo hagáis, por vida mía.

REV.

Por vos la doy libertad;  
Que á fe que desta maldad  
Alguna parte tendria.

(*Vase la Reina.*)

— Id, Manrique, y en la torre  
De Visagra le pond.—  
Moros, yo os haré merced;  
Ya veis el tiempo que corre.  
Venidme mañana á ver.

VIVAR.

Mahoma, Señor, te guarde.

(*Vanse Vivar y Ordoño.*)DON ALVARO. (*Ap.*)

Cuando el sol arde, hace alarde  
De nubes para llover.  
Sol, notable desventura  
Me vino de conocerte.  
¿Que el cuchillo de mi muerte  
Se afilase en tu hermosura!  
Mas, pues nos hemos amado,  
Hagamos, Sol, una cosa:  
Yo muero por ser tú hermosa,  
Muere tú por ser yo honrado.  
(*Don Manrique se lleva á don Alvaro.*)

## ESCENA VII.

EL REY, DON PEDRO.

DON PEDRO.

A compasion me mueve.

REV.

¿De qué modo

Puede moverte á compasion don Alvaro?

DON PEDRO.

No habiéndome morir, temblando quedo  
El fin deste suceso; que es muy propio  
De la mentira no tener salida  
Sin mucho deshonor de quien la intenta.

REV.

Debajo de que todo va fundado

En que viva tu rey, ¿de qué te afliges?

DON PEDRO.

Quisiera que vivieras de otra suerte.

REV.

Consigase mi gusto, que estoy loco,  
Y no repares en el fin; que nunca  
Fue valiente jamás quien el fin mira.

DON PEDRO.

Por eso son los mas valientes locos,  
Porque no consideran la salida.

REV.

El Reyes preferido á cualquier súbdito.

DON PEDRO.

Al Rey conviene solo lo que es lícito.

REV.

Lícito es que viva un rey que muere.

DON PEDRO.

Excuse de morir el Rey, y viva.

REV.

Las pasiones del alma ¿no le excusan?

DON PEDRO.

Luego ¿ya la razon no puede nada?

REV.

¿Qué puede la razon si está sujeta?

DON PEDRO.

No puede estar sujeto el albedrío.

REV.

¿Nunca has sabido tú lo que amor puede?

DON PEDRO.

Ya sé que puede amor lo que la ira  
Y otras pasiones naturales muestras,  
Que se pueden sufrir y resistirse;  
Pero ¡ay de quien se deja llevar dellas!

REV.

Pesado estás, habiéndome tú puesto  
En aquesta invencion.

DON PEDRO.

Harto bien dices,

Y esto es lo mismo que te dije.

REV.

¿Cómo?

DON PEDRO.

Que ya dices que yo la culpa tengo.

REV.

Pues ¿para qué me matas y me animas?

DON PEDRO.

Porque negar no puedes que te engaña  
La luz de la razon, que no conoces,  
En viéndote perdido de remedio.

## ESCENA VIII.

UN PAJE. — EL REY, DON PEDRO; después, DOÑA SOL y EL ESCUDERO.

PAJE.

Doña Sol viene aquí.

DON PEDRO.

¡Mira si obra!

Fíngete grave.

REV.

Fíngirme piedra;

Mas no podré. Di que entre.

(*Vase el paje.*)

Ahora creo

Que voy derecho al fin de mi deseo.

(*Salen doña Sol y su escudero.*)

DOÑA SOL.

No te pido con lágrimas mi esposo,  
Ni que de mi dolor tengas maucilla,  
Invito rey, Alfonso poderoso,  
Alta rama del tronco de Castilla;  
Porque si en los delitos es forzoso

[humilla,

Cuando el que pide al que ha de dar se  
Como sé que en don Alvaro no cabe,  
Vengo contenta de que el Rey lo sabe.  
Don Alvaro, Señor, es caballero  
De vuestra casa y sangre, decendiente  
De Lain Calvo, ¡aquel juez primero  
Que así estimó la castellana gente.  
¿Por qué ha de dar á un bárbaro tan fiero  
La corona real de vuestra frente,  
Habiéndole vos hecho mil mercedes?

No sé si escucharán estas paredes; [ro.  
Mas no lo harán; y así, habláremosla-  
Bien sé que es traza vuestra, Alfonso no-

[ble,

Viendo que á vuestros tiros me reparo,  
Querer que así mi honor su mármol do-

[ble.

No hay contra un rey, si no es del cielo,  
[amparo.]

¿De qué sirve ser palma ni ser roble,  
Si el viento del poder, cuando se enoja,  
Hojas y ramas por el suelo arroja?  
Ríndome á vos: guardad á mi marido,  
Y venid á mi casa; que ya quiero  
Que el fuerte vencedor goce al vencido,  
Con el secreto que de vos espero.  
Allí podeis entrar desconocido:  
Basta que os acompañe un caballero;  
Que yo sé bien que habiéndome gozado,  
Pagar no puedo lo que os he costado.  
Acabareis con tantas pretensiones,  
Y acabaré con tantas amenazas;  
Yo dejaré las vanas dilaciones,  
Y vos las falsedades y las trazas.  
Ni quiteis á mi esposo las prisiones,  
Porque mi honor se escape de las plazas,  
Y no entienda la Reina, mi señora,  
Que á su cama real nací traidora.  
Venid, Alfonso, gozaréis por fuerza  
Una mujer de piedra, un mármol frío,  
A quien la honra sin amor es fuerza,  
Que está en la vida del esposo mío.  
Si no hay razón que deste intento os fuer-  
Ni tiene libertad vuestro albedrío. [za,  
Tiempo vendrá que le pagueis al doble  
Tan gran ofensa á Dios y á un hombre  
REY. [noble.

Espera, Sol, espera.

(*Vanse doña Sol y el escudero.*)

### ESCENA IX.

EL REY, DON PEDRO.

DON PEDRO.

No dés voces;

Que llegarán á oídos de quien sabes.

REY.

¿Desa manera mi amistad conoces?

DON PEDRO.

¡Graves palabras!

REY.

En extremo graves.

DON PEDRO.

Pues da lugar, Señor, á que la goces,  
Y te da como á rey su honor las llaves,  
Déjate de buscalla y persuadilla.

REY.

¿Quién la pudiera hacer reina en Castilla!  
¿Es posible, don Pedro, que ha reuido  
Esta fiera mujer su altivo pecho?

DON PEDRO.

Tanto pudo el amor de su marido:  
Mira si fué la industria de provecho.

REY.

Mudémonos, don Pedro, de vestido;  
Que quiero, á su disgusto, á su desprecio,  
Gozarla, despreciarla y obligarla.

DON PEDRO.

Vendrá á quererte cuando tú á dejarla.  
(*Vanse.*)

Sala en casa de don Álvaro, en Toledo.

### ESCENA X.

DOÑA SOL, EL ESCUDERO, LUCINDA.

DOÑA SOL.

Toma este manto, Lucinda;  
Y tú una hacha presto enciende.

LUCINDA.

¿Viene el Rey?

DOÑA SOL.

Eso pretende.

ESCUDERO.

No hay cosa que no se rinda.

DOÑA SOL.

¿Qué decís?

ESCUDERO.

Que me ha espantado

El ver que te hayas rendido.

DOÑA SOL.

La vida de mi marido

Me ha forzado y me ha obligado.

(*Vase el escudero.*)

LUCINDA.

¿Es posible que intentase

El Rey tan gran testimonio?

DOÑA SOL.

Cosa que traza el demonio,

¿En qué quieres que parase?

¿Cuán desdichada nací!

Triste fué, Lucinda, el día

Que á buscar la suerte mía

De donde sabes salí.

¿Nunca madama Leonor

Viniera de Inglaterra,

Para desventura y guerra

De mi vida y de mi honor!

¿Quién pensara tanto mal?

Y si esto había de ser,

¿Nunca yo fuera mujer

De un hombre tan principal!

Gozárame el Rey entonces,

Y no donde ahora escrita

La infamia que solicita

Quede eternamente en bronce.

Las carnes me están temblando.

(*Vuelve el escudero con una hacha encendida.*)

ESCUDERO.

Señora, el hacha está aquí.

DOÑA SOL.

¡Ay cielos! volved por mí,

Pues veis que os estoy llamando.

ESCUDERO.

¿Es para que al Rey alumbre

Cuando suba?

DOÑA SOL.

Necio estás;

Que un ciego no ha de ver mas

A oscuras que con la lumbre.

Dame el hacha.

ESCUDERO.

¿Para qué?

DOÑA SOL.

Quedáos entrambos aquí.

ESCUDERO.

¿Dónde vas, Señora, así?

DOÑA SOL.

Dios lo sabe y yo lo sé.

(*Ap. ¡El me valga!*)

(*Vase.*)

### ESCENA XI.

EL ESCUDERO, LUCINDA.

LUCINDA.

¿Dónde irá?

ESCUDERO.

No lo sé. Temblando estoy.

LUCINDA.

Todo es desventuras hoy.

ESCUDERO.

Matarse quiere.

LUCINDA.

No hará.

ESCUDERO.

Lo mismo cuentan de Bido.

Matóse encendiendo el fuego,  
En que se deshizo luego  
Por honra de su marido.

LUCINDA.

El alma la pondrá miedo.

ESCUDERO.

Yo pienso que, aunque cristiana,  
Querrá, como la romana,  
Ser Lucrecia de Toledo.

LUCINDA.

¿Quieres que vaya á mirar  
Muy quedito lo que intenta?

ESCUDERO.

Vé, Lucinda, con gran cñenta,  
Por si se quiere matar.

LUCINDA.

Voy; que aunque tenga cerrado,  
Daré mil voces al cielo.

ESCUDERO.

Yo con la puerta en el suelo,  
Aunque caduco y turbado.

(*Vase Lucinda.*)

—¡Triste de mí! ¡cuántas cosas  
Nacen de un injusto amor!

### ESCENA XII.

EL REY, DON PEDRO. — EL ESCUDERO.

(*Está oscura la sala.*)

DON PEDRO.

Entra quedito, Señor.

REY.

Dadme esas manos hermosas.

ESCUDERO.

Soy, Señor, el escudero.

REY.

¡Ah hermano mío!

¿Dónde está Sol?

ESCUDERO.

Con gran frío.

REY.

Andad, decid que aquí espero.

ESCUDERO.

Voy, Señor.

REY.

De la pasión.

Le ha dado algun accidente.

DON PEDRO.

Como por fuerza consiente,  
Tendrá mucha alteracion.  
Con su gusto una mujer.  
Presto á la traicion se arroja;  
Mas sin él, mucho se enoja,  
Porque no le ha de tener.

### ESCENA XIII.

LUCINDA, EL ESCUDERO. — EL REY, DON PEDRO.

LUCINDA.

Solo dice mi señora  
Que esperéis, Señor, aquí...

REY.

Salios todos.

LUCINDA.

Que así

Quiere hablarte.

REY.

Sea en buen hora;

Mas partid entre los dos  
Esta cadena y diamantes.

1 Verso incompleto.



ESCUADERO.

Mas que la gozaras antes.

LUCINDA.

Dios te guarde.

REY.

Guárdeos Dios.

(*Vanse don Pedro y los criados.*)

#### ESCENA XIV.

EL REY.

¿Hay cosa que se iguale en las pasiones  
De un hombre al fin humano á que está  
[junto]

¿Qué sientes hoy, mi alma, te pregunto,  
Después de tantas penas y ocasiones?

Ya llega el fin de tantas pretensiones,  
Que me tuvieron sin morir difunto;  
Pues aunque es de la guerra amor tra-  
[sunto]

Mas valen que las armas las traiciones.

¡Vener! victoria! La ciudad es mia.  
Ya se canta la paz, la guerra cesa,  
Y suspende el furor la artilleria.

Mas con todo, confieso que me pesa,  
Aunque llegó de mi victoria el dia,  
Haber vencido por traicion la empresa.

#### ESCENA XV.

DOÑA SOL, LUCINDA, *con el hacha.*  
—EL REY.

DOÑA SOL.

Sea vuestra majestad  
En hora buena venido.

REY.

¿Qué mejor que recibido,  
Mi Sol, de tu voluntad?  
Perdona las invenciones  
De amor, si te persuades  
Que no han bastado verdades,  
Y te han vencido traiciones.

DOÑA SOL.

Señor, yo no resistiera  
A vuestro invicto valor,  
Lleno de afición y amor,  
Si para servirle fuera;  
Que siempre le estimé así  
Todo el favor que me hacia;  
Pero no le agradecía,  
Por las faltas que hay en mí.  
Mas viendo que ya es forzoso,  
La que soy, y como estoy,  
Llana posesión os doy,  
Como si fuera mi esposo.  
Y ¡plega á Dios que no sea  
Causa del mal que sospecho!  
Que los brazos, cuello y pecho  
Quiero que primero vea.  
Estoy llagada de fuego,  
Que há que tengo casi un año,  
Por cuyo peligro y daño  
A mi marido no llego;  
Que aunque bizarra y vestida  
Me veis, y tan adamiada,  
Soy manzana colorada,  
En el corazon podrida.

Mire estos brazos su alteza,

(*Descúbrelas.*)

Llenos de la sangre y llagas.

REY.

¡Quedo, quedo! No me hagas  
Mas asco. ¡Oh falsa belleza!  
Quita estos paños sangrientos,  
Que el estómago me mueven.  
¿Cuántas hermosuras deben  
De tener estos cientos!  
¿Ved lo que yo descaba!  
Ved por lo que me perdía!

DOÑA SOL.

Señor, yo me defendía

Porque tu salud guardaba,  
Y porque mi propio esposo  
Huye de mí.

REY.

Con razon.

¡Extraña y fea pension  
Para un rostro tan hermoso!  
Suele tras haber gozado  
Un hombre de su contento,  
Ver del arrepentimiento  
La espada y el rostro airado.

Pero es al revés aquí,  
Y contra mi pensamiento;  
Porque el arrepentimiento  
Primero que el gusto vi.  
¡Ah sol el mas eclipsado  
Que de sangre ha visto el suelo,  
Nunca te quitara el velo  
El desdenoso burlado!  
¡Falsa cadena dorada,  
Roja adelfa venenosa,  
Espada sucia y mohosa,  
Con la guarnición dorada!  
¡Oh castigo á la memoria  
Que te imaginó tan tierno,  
Cuerpo hermoso! Oh fiero infierno,  
Con apariencia de gloria!  
¡Casa famosa desierta,  
Con excelente portada!

¡Oh pared uegra y borrada,  
Con tela de oro encubierta!  
Oh dulce imaginación,  
Con el suceso siniestro!  
Oh imagen de pintor diestro,  
Que de cerca es un borron!  
Voyme, pues ha permitido  
Dios, aunque le ofenda á él  
Con intencion tan cruel,  
No ofendiese á tu marido.  
Bien en encubrirte hacías;  
Pero admírome que hagas  
Medicina de tus llagas,  
Con que has curado las mias. (*Vase.*)

#### ESCENA XVI.

DOÑA SOL, LUCINDA.

LUCINDA.

Celébrese tu valor,  
Gran Señora, en todo el mundo,  
Que no ha de tener segundo,  
Ni le ha tenido mayor.  
¿Es posible que has sufrido  
Con esta hacha ardiendo ahí,  
Haberte abrasado así,  
Y del pié al cabello herido?

DOÑA SOL.

Llévame á curar, amiga;  
Que me muero de dolor.

LUCINDA.

¡Que á tanto obliga el honor!

DOÑA SOL.

Tanto á quien le tiene obliga.

LUCINDA.

¡Piensa el Rey que tienes fuego!

DOÑA SOL.

Fuego tengo, fuego ha sido.

Que no lo digas te pido,

Y que me cures te ruego.

(*Vanse.*)

—

Calle.

#### ESCENA XVII.

DON ÁLVARO, DON MANRIQUE.

DON MANRIQUE.

Mándome el Rey de la prision sacaros  
Con aqueste papel.

DON ÁLVARO.

¿Para soltarme

Con tal facilidad, mandó prenderme?

DON MANRIQUE.

Dice que ha sabido que fué envidia  
De alguno á quien quitastes la prianza,  
Y que fingidais vuestra letra misma,  
Ha enviado estas cartas á Granada,  
De donde el moro al Rey se las envia.

DON ÁLVARO.

¡Que ya lo entiendo todo, don Manrique!  
Bien sé que en los palacios hay envidia,  
Y que la envidia es hija de la corte,  
Y que los que del Rey fueran espejo,  
Están mas cerca de quebrarse de ojo;  
Que como la mujer con el aliento  
Escurece al cristal cuando se mira,  
Así al privado donde miran todos.

DON MANRIQUE.

Yo siempre imaginé vuestra inocencia.

DON ÁLVARO.

Aun no la sabeis bien.

DON MANRIQUE.

Íñigo viene.

#### ESCENA XVIII.

DON ÍÑIGO. — DICHOS.

DON ÍÑIGO.

Dadme esos brazos.

DON ÁLVARO.

¿Dónde con tal prisa?

DON ÍÑIGO.

Solo á buscaros, para que al momento,  
Aunque sean entrando en vuestra casa,  
Pidais licencia al Rey para volveros  
A Búrgos, á la aldea ó la montaña.

DON ÁLVARO.

Bien pienso que acertais; pero decidme,  
¿Hay novedades mas de que guardarme  
De la fuerza del Rey?

DON ÍÑIGO.

En este punto  
La Reina me llamó con gran secreto,  
Y me dijo que sabe lo que pasa,  
Del loco pensamiento de su esposo;  
Que aunque me dijo poco, entendí mu-  
Sale al teatro para ver las fiestas [cho.  
Esta mañana con real aplauso:  
No pude darle cuenta del suceso;  
Pero conviene que á las fiestas vaya  
En todo caso vuestra amada esposa.

DON ÁLVARO.

¿Cómo es posible, si á la Reina enfada?

DON ÍÑIGO.

Por la misma razon; y porque entienda  
La invidia que mi hermana no se escon-  
Como quien vive libre y inocente. [de,

DON ÁLVARO.

Decis muy bien; hablad á don Manrique.

DON ÍÑIGO.

A las obligaciones que os tenia,  
De nuevo añadiré la de don Alvaro.  
Contóme la merced que le habeis hecho.

DON MANRIQUE.

Yo fui su preso, y á él y á vos os pido  
Me perdoneis la falta del regalo.

DON ÍÑIGO.

¿Vais á palacio?

DON MANRIQUE.

Voy.

DON ÍÑIGO.

Pues juntos vamos.

DON ÁLVARO.

Luego me partiré si al Rey hablamos.  
(*Vanse.*)

—

Salon dispuesto y adornado para ver unas fiestas.

**ESCENA XIX.**

*Por un lado, con música, salen LA REINA, con corona, y damas; por otro salen EL REY y ACOMPAÑAMIENTO; después, DOÑA SOL, DON ÍÑIGO y DON ÁLVARO.*

LEONOR.

Ya se pueden comenzar  
Las fiestas.

REY.

No hay para mí  
Fiestas como vos.

LEONOR.

Aquí  
Tome doña Ana lugar.  
(*Siéntase una dama á los pies de la Reina.—Salen doña Sol, don Alvaro y don Íñigo.*)

DON ÁLVARO.

Ya están los Reyes sentados.

DON ÍÑIGO.

Y la coronada Reina  
Hoy entre las damas reina,  
De su sol rayos dorados.

DON ÁLVARO.

¿Sentaráse Sol allí?

DON ÍÑIGO.

Por fuerza se ha de sentar.—  
Toma, Sol, aquel lugar.  
(*Va doña Sol á sentarse á los pies de la Reina, y esta le da con el pié.*)

LEONOR.

¿Tú te sientas junto á mí,  
Infame, baja mujer?

DON ÁLVARO.

¡Triste de mí! ¿qué es aquello?

REY.

¿Señora!

LEONOR.

Yo puedo hacello,  
Por lo que podeis hacer.  
(*Arremete á echalla.*)

DON ÁLVARO.

Mire vuestra majestad  
Que es mi mujer, y que soy...

DOÑA SOL. (*Ap.*)

¿De qué tiemblo? Muda estoy.

DON ÍÑIGO.

Habla, Sol, di la verdad.

DOÑA SOL. (*De rodillas.*)

Reina mía de Castilla,  
Que á serlo vengas de España,  
Oye á una noble mujer  
En defensa de su fama.  
Que tú con el pié me arrojes,  
Gran Señora, destas gradas,  
Me obliga públicamente  
A que te diga la causa;  
Que Luzbel cayó del cielo  
Por soberbia y arrogancia;  
Pero no es justo que yo  
Del tuyo inocente caiga.  
Salió de Burgos su alteza  
Cuando veniste, Madama,  
A verte, á una pobre aldea,  
Donde yo tenía mi casa.  
Vióme primero que á ti,  
Y contento de mi gracia,  
Solicítome en secreto...  
Los presentes ¿por qué callan?  
Cásome mi hermano apriesa;  
Tan apriesa, que no estaba  
Apenas casado el Rey,  
Y mis bodas celebradas.  
Súpelo, y díole este oficio;  
Y aunque imaginé la causa,  
Callé, porque mi marido  
No sospechase la infamia.  
De Burgos vine á Toledo;  
Un año habrá que me cansa  
Con terceros, con promesas;  
Pero no le importa nada.  
Solo le valió la industria,  
Pues con una carta falsa  
Le prendió, por la sospecha  
De los moros de Granada.  
Yo, por librar mi marido,  
Al Rey llamé, y con una hacha,  
Metida en un aposento,  
Desnuda sobre la cama,  
Gasté la media en mi cuerpo,  
Cubriéndome de mil llagas,  
Cuya sangre sale ahora  
Por los pechos y las mangas.  
Entró el Rey, mostréle el cuerpo,  
Diciéndole que yo estaba  
Enferma de mal de fuego,  
Mostrando el pecho mil ansias.  
Huyó el Rey, como si viera  
De noche alguna fantasma,  
Jurando de aborrecerme  
Con la vida y con el alma.  
Si por hecho tan honrado  
Soy digna de tu desgracia,  
Las gradas, Señora, es poco,  
Arrojame de tu alcázar.

LEONOR.

¡Oh mas que mujer famosa!  
Dígate la fama, diga

Por mil siglos tu alabanza  
Contra la muerte y la envidia!  
Callen romanas y griegas,  
Porcia, Evadne y Artemisa;  
Que tú sola á todas llevas  
Laureles, palmas y olivas.  
España queda obligada  
A la virtud peregrina  
De tu casto y noble pecho,  
Por quien ganó tanta estima:  
Castilla dirá tus loores,  
Sol hermosa, Sol divina,  
Desde la cuna del sol  
Hasta la cama en que espira;  
Que tú nuevo sol has sido  
Con aquella hacha encendida,  
Otro Faeton en el carro,  
Para abrasarte á ti misma.  
Yo me quito esta corona,  
Porque es razon y justicia  
Que corone tu cabeza  
Como á reina de Castilla.  
Y porque el famoso hecho  
En memoria eterna viva  
De tu resistencia honrada  
Y de mi corona rica,  
Tú y cuantos de ti descendan,  
Dejen de su casa antigua  
El apellido, pues hoy  
Tu virtud los apellida,  
Y por aquesta corona,  
Se llamen desde este día  
Coroneles para siempre.

REY.

Cuanto ha dicho, el Rey confirma.  
Doy á la Reina mis brazos,  
Por lo que en esto me obliga;  
Don Álvaro los dé á Sol,  
Y yo les doy cuatro villas.  
Y crea mi camarero  
Que desta fuerte conquista  
Lla ganado mas honor.

DON ÁLVARO.

Señor, yo lo tengo á dicha;  
Que bien se ve que en el sol,  
Que es una cosa tan limpia,  
No puede caber la mancha  
De alguna pasion indigna.

REY.

Abrazadme, caballeros.

DON ÍÑIGO.

Aquí perdiera la vida,  
Si otra cosa resultara.

REY.

Para mayor alegría,  
Coman conmigo á mi mesa.

DON PEDRO.

Y aquí es justo que se pida  
Perdon, Senado, y se acabe  
La Corona merecida.





# EL AUSENTE EN EL LUGAR.

## PERSONAS.

FELICIANO, *caballero*.  
FISBERTO, *criado*.  
CÁRLOS, *caballero*.  
ESTEBAN, *criado*.

AURELIO, *viejo*.  
OCTAVIO, *su hijo*.  
MAESE JUAN.  
LAURENCIA, *dama*.

SABINA, *criada*.  
ELISA, *dama*.  
PAULA, *criada*.  
MARQUINA.

LISARDO.  
UN PAJE.  
MÚSICOS.  
CRIADOS.—GENTE.

*La escena es en Toledo.*

## ACTO PRIMERO.

Calle.

### ESCENA PRIMERA.

ELISA, LAURENCIA, PAULA y SABINA, *con mantos*; MAESE JUAN y MARQUINA.

ELISA.  
Mándeme vuesa merced;  
Que le quedo alicionada.

LAURENCIA.  
Yo á serviros obligada.  
Por muy vuestra me tened.

ELISA.  
De hoy mas ser devota quiero  
Desta iglesia.

LAURENCIA.  
Guárdeos Dios;  
Que yo, por veros á vos,  
Me lo prometí primero.

ELISA.  
¡Bellas manos, por mi vida!  
Fuera de lo natural,  
¿Qué haceis en ellas, si es tal  
Nuestra amistad, que no impida  
Que me deis aquestas muestras?

LAURENCIA.  
¡Qué graciosas niñerías!  
Creo que habláis en las mías,  
Porque os alabe las vuestras;  
Que con mas razon pudiera  
Preguntaros qué os poneis.

ELISA.  
¿Es porque negar quereis  
Lo que os suplico?

LAURENCIA.  
Eso fuera  
Usar de término injusto  
A la amistad profesada.  
No suelo ponerme nada;  
Pero á veces tengo gusto  
De ponerme... Oid aparte.

(*Bajan la voz.*)  
Si le teneis de sabello.

PAULA. (*A Sabina.*)  
Digo que me huelgo dello;  
Que vendré mañana á hablarte.

SABINA.  
No ha de faltar ocasion,  
Pues nuestras amas han hecho  
Amistad, de que á mi pecho  
Pagues tan justa aficion.  
Fuera desto, no habrá fiesta

Que no venga á misa aquí.  
¿Há mucho que sirves?

PAULA.  
Sí.

SABINA.  
Y ¿qué casa, Paula, es esta?

PAULA.  
Muy honrada y principal.

SABINA.  
¿Hay madre?

PAULA.  
Pues si la hubiera,  
A misa tambien viniera.

SABINA.  
¿Tienes buen dueño?

PAULA.  
¿Y qué tal!

SABINA.  
¿Hay mas hijos?

PAULA.  
Un mancebo.  
Que es un retrato de Elisa,  
Mi señora.

SABINA.  
¿Ha estado en misa?

PAULA.  
No; porque en él fuera nuevo  
Acompañar á su hermana.  
Allá sigue un monasterio,  
Adonde cierto misterio  
Es deste leon cuartana.

SABINA.  
¿Es Elisa tan honesta  
Como parece?

PAULA.  
Sí, á fe.

SABINA.  
¿No tiene algun no sé qué?

PAULA.  
Tú misma te das respuesta.  
Un no sé qué la desvia  
De la quietud de su estado;  
Pero con mucho cuidado  
De su honor, por vida mia.

SABINA.  
¿Quién duda que será gala  
Y amor para casamiento?

PAULA.  
En honesto encerramiento  
La mas recogida iguala.

SABINA.  
¿Tú, á la cuenta, no estarás  
Sin otro poco de amor?

PAULA.  
Sí tengo.

SABINA.  
Y ¿será el señor  
Su paje?

PAULA.  
En el blanco das.

SABINA.  
¿Quieres recio?  
PAULA.  
Estoy perdida.  
SABINA.

¿Págate?  
PAULA.  
Landre le dé;  
Que se va tras cuantas ve.  
Mas ya que sabes mi vida,  
¿Cómo no me dices algo  
De lo que hay allá tambien?  
Tu señora ¿quiere bien?

SABINA.  
Quiere bien á cierto hidalgo.  
PAULA.  
Criado tendrá.

SABINA.  
Y criado  
Que se arremete á pariente.

PAULA.  
¿Quiéresle apretadamente?  
SABINA.  
Sí, pues nunca le he soltado.

PAULA.  
Yo nunca soy tan leal; (*Bajan la voz.*)  
Dellos aprendo mudanza.  
MAESE JUAN. (*A Marquina.*)

La sal al agua no alcanza.  
MARQUINA.  
Dicen que es el mayor mal  
El servir, á la vejez.

MAESE JUAN.  
¿Qué os dan, en fin, de racion?

MARQUINA.  
Es vergüenza; cosas son  
Que no pasaran en Fez.

MAESE JUAN.  
¿Pan y dos reales?

MARQUINA.  
Yo fuera  
Príncipe.

MAESE JUAN.  
¿Quitaré el medio?

MARQUINA.  
Aun eso fuera remedio  
De toda mi casa.

MAESE JUAN.  
Hiciera  
Juramento que era gente

Que os trataba como á padre.

MARQUINA.

Después que murió su madre  
Se vive miseramente.

MAESE JUAN.

A ninguno faltan duelos;  
Que si yo no me valiese  
De otras cosas, y anduviere  
Con mil penas y desvelos  
Buscando algun dinerillo,  
Muriera, no lo dudeis.

MARQUINA.

Pues ¿en qué os entreteneis?

MAESE JUAN.

No falta algun remendillo.

MARQUINA.

Por san Payo, maese Juan,  
Que si yo no me valiera  
De otras cosas, que estuviera  
Como mis padres están.

MAESE JUAN.

¿Sabeis vos algo tambien?

MARQUINA.

Sé una cosa.

MAESE JUAN.

Y ¿qué es la cosa?

MARQUINA.

Es un poco vergonzosa;  
Mas vame con ella bien.

MAESE JUAN.

¿Curais exquitos males?

MARQUINA.

Peor.

MAESE JUAN.

¿Llevais recaditos?

MARQUINA.

Esos no fueran delitos.

MAESE JUAN.

¿Suele valer esto reales?

MARQUINA.

Y entra al nombre de escudero  
Por la puerta de la hambre.

MAESE JUAN.

Quedo: ¿haceis medias de estambre?

MARQUINA.

Ahora bien, decirlo quiero;  
Pero, hablando con perdon.  
Sabed que yo soy poeta...

MAESE JUAN.

¿Poeta?

MARQUINA.

Tan mala seta,  
Que os puede dar compasion.

MAESE JUAN.

¿Deso llorais?

MARQUINA.

¿No quereis  
Que lo sienta?

MAESE JUAN.

No, por Dios;

Que conozco mas de dos,  
¿Mas de dos? y aun mas de seis,  
Que se holgaran de sabello.  
Vos ¿no estáis examinado?

MARQUINA.

Eso es ello, ¡mal pecado!

MAESE JUAN.

Pues qué, ¿castigan por ello?

MARQUINA.

Nuestras amas se van ya;  
Veámonos, y os diré  
Lindas cosas.

MAESE JUAN.

Allá irá.

MARQUINA.

Yo os iré á buscar allá.

MAESE JUAN.

No, no: por Dios, que he de ir  
Para veros componer.  
¿A qué hora suele ser?

MARQUINA.

A todas podeis venir.

MAESE JUAN.

Ello ¿gntaisos antes?

MARQUINA.

No.

MAESE JUAN.

Pues ¿cómo os apercebis?

MARQUINA.

Vos lo veréis si venís.

MAESE JUAN.

Y ¿podré aprenderlo yo?

MARQUINA.

A la fe, si vos quereis,  
Que en menos de un año os haga  
Poeta con tanta llaga.

MAESE JUAN.

Pierna de pobre me haceis.  
Mas quedáos con Dios, Marquina;  
Que se han despedido ya.

LAURENCIA. (A Elisa.)

Por esa receta irá,  
Después de comer, Sabina;  
Y Dios os guarde mil años.

ELISA.

Adios, señora Laurencia.

LAURENCIA.

Sentir tengo vuestra ausencia.

ELISA.

Ea, por mi vida, engaños.

LAURENCIA.

¿Engaños? ¡Guárdame Dios!

SABINA.

Paula, adios.

PAULA.

Adios, Sabina.

ELISA.

Dame la mano, Marquina.

MARQUINA.

¿Qué habeis hablado las dos,  
Que así os habeis detenido?

ELISA.

Cosas de mujeres son.

(Vanse Elisa, Paula y Marquina.)

## ESCENA II.

FELICIANO, FISBERTO. — LAURENCIA, SABINA, MAESE JUAN.

FISBERTO. (Ap. á Feliciano.)

Llegaste á buena ocasion.

FELICIANO.

No poca ventura ha sido. —  
Detente un poco, Laurencia;  
Así Dios te haga dichosa  
Como gallarda y hermosa.

LAURENCIA.

¿Qué graciosa impertinencia!

Pudisteme ver aquí

Todo el día, y cuando vienes

De tu gusto, me detienes.

FELICIANO.

Ahora, por Dios, salí;  
Que me ha detenido en casa  
Persona de obligacion.  
¿Quién son estas damas?

LAURENCIA.

Sen...

FELICIANO.

Di presto.

LAURENCIA.

Gente que pasa.

FELICIANO.

Con ellas sé que has estado;  
Contado me lo ha Fisberto.

LAURENCIA.

Gente principal por cierto;  
No hay de qué tengas cuidado.

FELICIANO.

Diceme que por tres horas  
No habeis dejado de hablar;  
Y no suele ese lugar  
Darle á las que son señoras.

LAURENCIA.

¿Qué quieres? Somos mujeres,  
Presto amistad confirmamos,  
Y las vidas nos contamos.

FELICIANO.

Fácil en tus cosas eres.  
Dirias nuestros amores.

LAURENCIA.

Huélgome de hablar en ti.

FELICIANO.

Y ella ¿qué te dijo á tí?

LAURENCIA.

Otras historias mayores.  
Prometila al despedirme  
Que te enviaria allá;  
Que quiere verte.

FELICIANO.

¿Y podrá  
De visita recibirme?

LAURENCIA.

Irás con un papel mío,  
Fingiéndote mi triado.

FISBERTO. (A Sabina.)

Y ella, diga, ¿cómo ha estado?

SABINA.

Hábleme con menos brio;  
Que estoy un poco celosa.

LAURENCIA. (A Feliciano.)

No me puedo detener.

FELICIANO.

En fin, ¿la tengo de ver?

LAURENCIA.

Verás una dama hermosa.

FELICIANO.

Guárdete, Señora, el cielo.

FISBERTO. (A Sabina.)

Adios, reina.

SABINA.

Estoy sin gusto.

(Vanse Laurencia, Sabina y Maese Juan.)

## ESCENA III.

FELICIANO, FISBERTO.

FELICIANO.

¿Gallardo talle!

FISBERTO.

Es al justo

De un ángel cifra y modelo.

FELICIANO.

Merece, Fisberto, amor;  
Y este amar en esperanza,  
Mientras el bien no se alcanza,  
Hace la causa mayor.  
¿Qué bien pisa! Qué bien lleva  
El cuerpo!

FISBERTO.

¿Gentil donaire!

Toda la mujer es aire;  
No es mucho que bien se mueva.

FELICIANO.

Una gallarda mujer  
Que pisa con aire y brío,  
Es como ver un navio  
Que lleva viento á placer.  
Son los chapines la quilla,  
Las sayas las obras muertas,  
Con las jarcias que cubiertas  
Salen de la verde orilla;  
El pecho es árbol, los brazos  
Mesana, la gavia el cuello,  
Velas tocas y cabello,  
Del viento prision y lazos.  
Y como llevando viento  
Parte con gala y donaire,  
Y no puede andar sin aire,  
Que el aire es su movimiento;  
Así la mujer sin él  
Es como un navio en calma,  
Porque en la mujer es alma  
El aire, y se mueve en él.

FISBERTO.

Harto bien la comparaste,  
Bien sabes su calidad;  
Mas conforme á su humedad  
En las aguas la fundaste.  
Por lo que toca á mudanza  
Y á inquietud, le viene bien;  
Por el navegar también  
No poca parte le alcanza;  
Que es navio la mujer,  
Con quien en Indias se trata,  
Que oro, piedras, perlas, plata,  
Suele cargar y traer.  
Ninguna cosa sin alma  
Tanto imita al cuerpo humano;  
Habla, anda, duerme, es liviano,  
Ya corre, ya vive en calma;  
Ya tiene el tiempo en bonanza,  
Ya con la tormenta incierto,  
Y hasta llegar á su puerto,  
Le animan fe y esperanza.

FELICIANO.

De las burlas te has pasado  
A lo moral.

FISBERTO.

Es verdad;  
Tal vez de una liviandad  
Se sigue un mote pesado.

#### ESCENA IV.

CÁRLOS y ESTÉBAN, quedándose dis-  
tantes de—FELICIANO y FISBERTO.

CÁRLOS.

¿Qué te dijo?

ESTÉBAN.

Que se iba  
Su padre á la quinta luego.

CÁRLOS.

Pues cese del alma el fuego  
Que de su quietud la priva;  
Cobren su perdida fuerza  
Mis sentidos, pues verán,  
Si agora lugar les dan,  
La gloria que los esfuerza.

ESTÉBAN.

Bien te puedes prevenir,  
Cárlas, á un grande favor.

CÁRLOS.

Bien me lo debe el amor  
Por tanto amar y sufrir.

FELICIANO. (A su criado.)

¿Quién es este?

FISBERTO.

Un caballero

Destos á quien dió fortuna  
Sangre, y sustancia ninguna;  
Es noble entre carne y cuero.

FELICIANO.

¡Miseria cosa, y baja  
Del alma, aunque honor le sobre,  
Vivir en cuerpo tan pobre!

FISBERTO.

Si la virtud es riqueza,  
Solo es rico el que la tiene.

FELICIANO.

Todos lo dicen así  
Cuando son pobres, y á mí  
Como de perlas me viene;  
Pero alaban la virtud,  
Que es blason de la nobleza,  
Y procuran la riqueza  
Con toda solicitud.

FISBERTO.

Este mancebo es galán,  
Aunque ser pobre se suena;  
Porta cintillo y cadena,  
Viste raso y gorgueran,  
Y tal vez á la bayeta  
Remite la mejor gala.

FELICIANO.

¿Piensas, Fisberto, que es mala?

FISBERTO.

No; que es de los pobres treta.  
¡Oh, bien haya su inventor.  
Que hizo honrados y galanes,  
A pesar de gorgueranes  
Y de la seda mejor!

FELICIANO.

Si diera título acaso,  
Atributo ó epíteto  
Un poeta en un soneto  
Destos que pica el Parnaso,  
A la señora bayeta.  
¿Cómo te parece á ti  
Que la llanara?

FISBERTO.

Si á mí

Me recibiera esa seta,  
Muy ilustre la llamara,

FELICIANO.

¿Por qué razon, muy ilustre?

FISBERTO.

Por la gala, por el lustre,  
Y por ser cosa tan rara.

FELICIANO.

¿Rara?

FISBERTO.

Si; porque el valor  
De un hombre es no depender  
De nadie, ni tener ser  
De otro igual ni otro mayor.  
Y esto hace la bayeta,  
Que no admite compostura,  
Cuchillada, aprensadura,  
Ni está á guarnicion sujeta.  
Ella se está guarnecida,  
Ella tiene sus labores;  
Y así, es de grandes señores  
Venerada y admitida.

FELICIANO.

Demos vuelta á las ventanas  
De Laurencia; que yo sé  
Que este galán todo es fe,  
Y que tardes y mañanas,  
Con bayeta ó sin bayeta,  
No salé de nuestra calle.

FISBERTO.

¿Date cuidado su tallo,  
O el ser su gala discreta?

FELICIANO.

En conquista de casar

Nunca temas hombre pobre.

FISBERTO.

Cuando entendimiento sobre,  
Se ha de temer, y aun temblar.

FELICIANO.

¿Quieres tú que piense yo  
Que sirve á Laurencia?

FISBERTO.

Si.

FELICIANO.

Pues no nos vamos de aquí.

FISBERTO.

Aquel si convierte en no;  
Que en aquellas rejias mira  
Muy diferente lugar.

FELICIANO.

Sigueme.

(Vanse Feliciano y Fisberto.)

#### ESCENA V.

CÁRLOS, ESTÉBAN.

CÁRLOS.

Quiero esperar.

Aquí, Estéban, te retira  
Hasta ver si Aurelio sale.  
Mas ¿quién es aquel mancebo?

ESTÉBAN.

A decirte no me atrevo  
Lo que busca y lo que vale,  
Por no darte pesadumbre.

CÁRLOS.

Lo que vale bien lo veo,  
Lo que busca su deseo  
Lleva delante una lumbré  
Que lo dice á cuantos viven  
En la calle donde estamos

ESTÉBAN.

Si mil veces la pasamos,  
Tantas los dos nos reciben.  
Es este mozo un hidalgo,  
Perdóneme Dios si miento,  
Compuesto de nada y viento;  
Agora sabrás si es algo.  
Dióle ejecutoria el oro,  
De galán, de cuatro almuelos,  
Y de ingenio, que los cielos  
Dan por divino tesoro.  
No hay trencellín de diamantes  
Que se acabe en otro nombre,  
Ni tiene la corte un hombre  
Cuyos coletes y guantes  
Espiren olor igual;  
Porque andan en competencia  
Los jazmines de Valencia  
Y el ámbar de Portugal.  
Las cadenas han perdido  
Invencion y esmalte en él,  
Y de noche no hay verjel  
Como su galán vestido.  
Tiene, como iglesia, ternos  
De todas festividades.  
Con bravas curiosidades  
Y pensamientos modernos.  
Tiene gala de desden,  
De celos y de favor,  
De esperanza, de temor,  
Y de posesion también.  
No hay almendro por hebrero  
Que no se rinda á sus plumas;  
Invidia el mar con espumas  
La márgen de su sombrero.  
Y sobre todo, le viste  
El alma tanta arrogancia,  
Que no hay mujer de importancia  
Que no pretenda y conquiste.  
No le falta entendimiento  
Desto que llamar solía



Un discreto argentería.  
Que brilla y que luce al viento.  
No se lo que quiere aquí,  
Porque esta calle es el centro  
De Venus, y viven dentro  
Muchas diosas.

CÁRLOS.

¡Ay de mí!

¿Quién duda que esa fantasma,  
Compuesta como quimera,  
A mí Elisa adore y quiera?

ESTÉBAN.

Aquí se alfenica y pasma.  
Aquí pica y aquí tiende  
La discreta arquitectura  
De su endiosada figura.

CÁRLOS.

¿Sabes tú si la pretende?

ESTÉBAN.

No puedo certificarlo;  
La calle el testigo sea:  
Tal vez á pié la pasea,  
Tal vez la pasa á caballo.  
Trae consigo un bellacon,  
Entre valiente y gigante,  
Que no hay cosa que no espante.

CÁRLOS.

Los celos gigantes son.  
¿Cómo se llama?

ESTÉBAN.

Fisberto.

CÁRLOS.

¿Qué damas viven aquí?

ESTÉBAN.

Algunas conozco y vi:  
De la que es estoy incierto.  
Allí vive una viuda,  
De ojos por enviudar,  
Que es lindo censo al quitar:  
Puede ser que á verla acuda.  
Enfrente está una doncella,  
Rubia como un alemán,  
Que no hay oro de Milan  
Que se compare con ella.  
A tres casas, la casada  
Menos casada que vi.

CÁRLOS.

¿Hay duende?

ESTÉBAN.

Pienso que sí,  
Porque es mudable, aunque honrada.

CÁRLOS.

¿No se estima?

ESTÉBAN.

Si se estima;

Mas hay amor de mujer  
Cuyo trato viene á ser  
Como el juego de la esgrima;  
Que cuando picados ves  
Algunos mozos de cuenta,  
Para entrar donde uno asienta  
Están aguardando tres.

CÁRLOS.

Esa no es estimación  
De ese hidalgo.

ESTÉBAN.

En esta acera

Hay una imágen de cera,  
Como los milagros son.

CÁRLOS.

¿Es descolorida?

ESTÉBAN.

Sí.

CÁRLOS.

Linda hermosura, si viene  
Con ojos negros.

ESTÉBAN.

No tiene

Mas negro algun borcegui.

CÁRLOS.

¿Hay dote?

ESTÉBAN.

Seis mil ducados.

Tras ella vive Lanrencia,  
Mujer de linda presencia,  
Padres y hermanos honrados.

CÁRLOS.

Retírate; que han salido  
Aurelio y su hijo.

ESTÉBAN.

Van

A la quinta.

CÁRLOS.

¿Qué galán!

ESTÉBAN.

Es para el campo el vestido.

### ESCENA VI.

AURELIO, OCTAVIO.—Dichos.

AURELIO.

¿No quiso venir Elisa?

OCTAVIO.

No, Señor; que no anda buena.

AURELIO.

¿Tiene acaso alguna pena?

OCTAVIO.

Antes con alegre risa  
A todo me respondió.

AURELIO.

Pues avisa los criados.

OCTAVIO.

Ya están todos avisados.

CÁRLOS. (Ap. á Estéban.)

¿Hanme visto acaso?

ESTÉBAN.

No.

CÁRLOS.

Pues vamos adonde vea  
El dueño de aquestos ojos,  
La gloria de mis enojos  
Y el bien que el alma desea.

ESTÉBAN.

Hasta que todos se partan,  
No es razon.

CÁRLOS.

Vén por aquí.

(Vanse Cárlos y Estéban.)

### ESCENA VII.

AURELIO, OCTAVIO.

AURELIO.

Deste lugar, y aun de mí,  
Justos cuidados me apartan;  
Alcójeme, Octavio, del  
Solo para descansar.

OCTAVIO.

¿No es tu casa en el lugar  
De las buenas que hay en él?  
Yo pensé que el alegría  
Del campo te lleva allá.

AURELIO.

Cuidado Elisa me da;  
Pensar en su bien querría.

OCTAVIO.

Pues Elisa virtuosa  
¿Qué cuidado puede darte?

AURELIO.

Tengo mucho que contarte.

OCTAVIO.

Moza, por casar y hermosa,  
¿Tendrá algunos pretendientes?

AURELIO.

Haber mi hacienda perdido  
En Cádiz, la causa ha sido  
Destos locos accidentes.  
Ella estuviera casada.

OCTAVIO.

¿Has sentido de su parte  
Cosa que pueda enojarte?

AURELIO.

No, Octavio; que aun ciño espada.

OCTAVIO.

Algo has visto, pues que tratas  
De Elisa con pesadumbre.

AURELIO.

Es de aquestos ojos lumbre.  
OCTAVIO.

¿De quién, Señor, te recatas?  
Despide á quien da ocasion.

AURELIO.

Ninguno ocasion me ha dado.

OCTAVIO.

¿Hanle dado algun recado?

¿De casa ó de fuera son?

AURELIO.

No es mas de ver en su edad  
Que importa darle marido.

OCTAVIO.

Algo has visto ó has oído  
Que ofenda su honestidad.

AURELIO.

Elisa tiene valor,  
Aunque ya vive sin madre,  
Para asegurar á un padre  
Que le tuviera mayor.  
No es mas de que honestamente  
Se mostrara agradecida  
A algun amor.

OCTAVIO.

Por mi vida,

Que lo pintas cuerda y amante.

¿Qué llamas agradecer?

AURELIO.

Mirar con honesto fin  
De que puede ser en fin  
De quien la mira mujer.  
Mas si te digo verdad,  
El hombre no me contenta.

OCTAVIO.

Si el decirme lo te ausenta  
Del pueblo á la soledad,  
Ya que me lo has declarado,  
A casa puedes volver.

AURELIO.

¿Qué causa podré tener?

OCTAVIO.

Di que la gota te ha dado.

AURELIO.

¿Hame dado todo un mar,  
¿Y una gota he de decir?

OCTAVIO.

Mucho tienes que sentir,  
Y me has dado que pensar;  
Y viene mal á mi intento,  
Si no ha sido prevención  
De tu cuerda discrecion,  
Tratarme su casamiento.

AURELIO.

¿Cómo?

OCTAVIO.

Porque yo querría  
Tratarte de otro.

AURELIO.

¿De quién?

Mio.  
OCTAVIO.  
AURELIO.  
¿Cásaste también?  
OCTAVIO.  
¿No puede ser?  
AURELIO.  
Bien podría.  
¿Guiate virtud ó amor?  
OCTAVIO.  
Entrambas cosas.  
AURELIO.  
¿Quién es?  
OCTAVIO.  
Algunas veces la ves.  
AURELIO.  
¿Es Laurencia?  
OCTAVIO.  
Sí, Señor.  
AURELIO.  
No escoges mal: así fuera  
La elección de Elisa. Vamos;  
Pues sin campo, en campo entramos  
De una batalla tan fiera.

OCTAVIO.  
¿Es á Elisa desigual  
Ése mancebo que mira?  
AURELIO.  
El ser pobre me retira;  
Que en lo demás es su igual.  
Y casamiento nacido  
Por gusto de una mujer,  
De milagro suele ser  
Acertado.

OCTAVIO.  
Estoy corrido.  
AURELIO.  
Remedio habrá.  
OCTAVIO.  
Cuerdo eres.  
AURELIO.

Hoy veré con experiencia  
Si puede mas la obediencia  
Que el amor en las mujeres.  
(*Vanse.*)

Sala en casa de Aurelio.

### ESCENA VIII.

ELISA, CÁRLOS, PAULA, ESTÉBAN.

CÁRLOS.  
Apenas pude esperar  
Que de la villa saliese.  
ELISA.  
Ya estaba para espirar;  
No hay nave que padeciese  
Tanta tormenta en el mar.  
Pero advierte, Cárlas mio,  
Que no es bien que á desvarío  
Juzgues esta libertad,  
Si miras mi voluntad,  
Como de tu amor contio.

CÁRLOS.  
¿Libertad te ha parecido  
Que pueda en tu casa entrar  
Quien ha de ser tu marido?

ELISA.  
El tiempo suele mudar  
Grande amor en grande olvido.

CÁRLOS.  
No hay cosa, fuera de ser  
Mudable ni parecer,

Por que yo pueda mudarme.  
Mudarme para casarme;  
Que no mudarme en querer.

ELISA.  
Pues yo te juro, mi bien,  
Que el tiempo ni la fortuna,  
Y entre la muerte también,  
Derriben esta columna,  
Por mas golpes que le dén;  
Porque son temores vanos  
La muerte ni mil tiranos  
A quien te ha de amar después.

CÁRLOS.  
Pedirte quiero los piés.  
ELISA.  
Agraviaránse las manos.

CÁRLOS.  
Esas tantas veces besó,  
Cuantas en esas razones  
Hay letras; y te confieso  
Que de mis obligaciones  
Ya se rinde el alma al peso.  
Ay Elisa! ¿que ni ausencia  
Ni muerte harán competencia  
A tu amor?

ELISA.  
Sola una cosa  
En el mundo es poderosa:  
De mi padre la obediencia.  
CÁRLOS.  
Tu padre ¿puede mandarte  
Que me olvides?  
ELISA.  
No podrá,  
Cárlas, mandarme olvidarte;  
Que en lo que en el alma está,  
Solo el cielo tiene parte;  
Pero podráme mandar  
Que no me case contigo.

CÁRLOS.  
¿Gentil manera de amar!  
ELISA.  
Cuanto es de mi parte obligo;  
No tengo mas que te dar.  
Estos ojos tuyos son,  
Estas manos y este pecho;  
A cualquiera posesion  
Del alma tienes derecho;  
Que mi amor te ha dado accion.  
Pero en llegando á que diga  
Mi padre: «De otro has de ser,»  
Vana fué nuestra fatiga.  
Por fuerza me has de perder,  
Como quien lo ajeno obliga.

CÁRLOS.  
No querrá el cielo, Señora,  
Que llegue tan fuerte día,  
Por el alma que te adora.

ESTÉBAN. (*Ap. á Paula.*)  
¿De qué es la melancolia?

PAULA.  
¿Quién le mete en eso agora?

ESTÉBAN.  
¿No me puedo yo meter?

PAULA.  
Ni él ni su ánima.

ESTÉBAN.  
Advierta  
Que me suelen responder  
Con respetueto.

PAULA.  
Estoy cierta  
Que en su vida me ha de ver.  
ESTÉBAN.

¿Son celazos?  
PAULA.  
Ni aun celitos.

ESTÉBAN.  
¿Quién la ha dicho mis delitos?

PAULA.  
Esa cinta del sombrero,  
¿Le parece al majadero  
Que no son mil sobrescritos?

ESTÉBAN.  
Paula, por ver tu crueldad,  
Encarnada la compré.

PAULA.  
Eso ¿es cierto?  
ESTÉBAN.  
Esto es verdad.

PAULA.  
Pues dómela.  
ESTÉBAN.  
Si daré,  
Como hagamos amistad.

PAULA.  
No es poderosa el ausencia  
Ni la muerte á no quererte;  
Solo te hará competencia  
Una cosa.

ESTÉBAN.  
Eso me advierte.  
PAULA.  
De mi padre la obediencia.

ESTÉBAN.  
¿Padre tienes tú también?  
PAULA.  
Jure que me quiere bien.

ESTÉBAN.  
Ponme, Paula, en el verano  
Al pié de un peral enano,  
Cuyas ramas sombra dén,  
Con una bota que sea  
De Illana, y un pernil tierno  
Con hebras de taracea,  
O ponme á una chimenea  
En el rigor del invierno  
Con una ollaza podrida;  
Y si de ti me olvidare,  
Si no me duermo, esta vida,  
Después de mi muerte, pare  
Donde tu fueres servida.

### ESCENA IX.

MARQUINA. — Dichos.

MARQUINA.  
Un criado de Laurencia  
Pide licencia: ¿entrará?

ELISA.  
¡Jesus! ¡qué poca advertencia!  
CÁRLOS.  
¿Dónde está?

MARQUINA.  
En la sala está.  
ELISA. (*A Cárlas.*)  
¿Quieres que le dé licencia?

CÁRLOS.  
¿Quién es Laurencia?

ELISA.  
Una dama  
Con quien hoy he estado en misa.

CÁRLOS.  
Toma el recado.  
ELISA.  
Antes llama  
El paje. — Y tú, amigo, aprisa,  
(*Vase Marquina.*)

Ponte detrás desta cama;  
Que sera descortesía,  
Cuando á visitarme envía,  
Que el paje no pueda entrar.

CÁRLOS.  
Y Estéban, ¿dónde ha de estar?  
ELISA.

Contigo.

CÁRLOS.  
Adios, prenda mía.  
(*Escúndense Carlos y Estéban.*)

### ESCENA X.

FELICIANO, FISBERTO, MARQUINA.  
—ELISA, PAULA.

FELICIANO.  
Dadme esas manos.

ELISA.

¿Quién es?

FELICIANO.

Un hombre en quien hoy hablastes.

ELISA.

¿Qué es aquesto?

MARQUINA.

Lo que ves.

ELISA.

¿Por paje, Señor, entrastes?

FELICIANO.

Y lo soy á vuestros piés.

¿No quedó así concertado,  
Que yo os trujese un recado?

ELISA.

Es verdad.

FELICIANO.

Pues paje soy;

Y si el recado no os doy,

Es porque me habeis turbado.

ELISA.

Si el veros, para saber  
Que está Laurencia empleada,  
Como principal mujer,  
En persona tan hourada  
Y de tan buen parecer,  
Fué el recado del concierto,  
Que le recibí os advierto;  
Y á Laurencia responded  
Que me ha hecho gran merced

FELICIANO.

¿Parézcoos bien?

ELISA.

Si por cierto

FELICIANO.

Miradme de espacio.

ELISA.

Aquí

No teneis que me agradar;

Allá le diréis que os vi,

Y que le quiero enviar

Otro que me agrada á mí;

Que pues se me ha descubierta

Hasta enseñarme á quien ama,

No es bien que tenga enubierta

Lo que yo adoro, á esa dama.

FELICIANO. (*Ap. á Fisberto.*)

Como de un sueño despierto.

No he visto mayor belleza.

FISBERTO.

¿Nunca habías visto á Elisa?

FELICIANO.

Nunca vi su gentileza.

FISBERTO.

No es de las que hizo aprisa

La varia naturaleza.

Aquí detuvo el pincel,

Ilizo, deshizo, quitó,

Todo el arte puso en él.

FELICIANO.

¿Que otro quiere?

FISBERTO.

¿Por qué no,

Si se ha de casar con él?

FELICIANO.

Confieso que es liviandad;

Pero, por Dios, que me agrada

Su talte y su honestidad.

ELISA.

Inquieta estoy y turbada,

Señor, desta novedad;

Que no entran hombres aquí.

Id con Dios.

FELICIANO.

No sé, por Dios,

Cómo he de salir.

ELISA.

Yo sí. —

Muéstrales, Paula, á los dos

La puerta.

PAULA.

Venid tras mí.

FELICIANO.

Tenéos; no tan aprisa.

PAULA.

Quiero enseñaros la puerta.

FELICIANO.

Antes para entrar á Elisa,

La quisiera ver abierta.

PAULA.

¿Requiebro? Cosa de risa.

ELISA.

Ea, Señor, salid luego.

FELICIANO.

Que me permitais os ruego

Ver un momento esta casa.

FISBERTO.

Señor...

FELICIANO. (*Ap. á su criado*)

La mujer me abrasa.

FISBERTO.

¿Linda estopa!

FELICIANO.

¡Immenso fuego!

Entreten esa criada.

FISBERTO. (*A Paula.*)

¿Quiere oír tres mil razones?

Diga, señora entonada.

PAULA.

¡Oh, qué lindos gigantones!

FELICIANO.

¿Por qué, mi bien, tan airada?

ELISA.

Mirad que es descortesía. —

Marquina...

MARQUINA.

Señora mía.

ELISA.

¿Qué me habeis traído aquí?

MARQUINA.

¿No hablaste á Laurencia?

ELISA.

Sí.

MARQUINA.

Pues de su parte venia. —

Caballero, no es razón

Que procedais deste modo.

FELICIANO.

Padre, efetos de amor son.

A buen fin camina todo.

ELISA. (*Ap.*)

¿Hay tan notable ocasión?

MARQUINA.

De amor no me maravillo,  
Mas de que queráis decillo  
Por fuerza. Salios, que es tarde.

FELICIANO.

No quiero.

MARQUINA.

¿No? Pues aguarda.

FELICIANO.

¿Qué traeréis?

MARQUINA.

La del perrillo.

### ESCENA XI.

AURELIO, OCTAVIO. — DÍCNOS.

AURELIO.

¿Tan ocupada estás, que no respondes

Ni tú ni los criados desta casa?

¿Qué es esto?

FELICIANO. (*Ap.*)

¡Vive Dios, que soy perdido!

OCTAVIO.

¡Hombre en tus aposentos!

AURELIO.

Hombre y hombres.

Pero deten la espada.

OCTAVIO.

¿Esome mandas?

AURELIO.

Espera, hasta saber á qué te obligan. —

¿Qué haceis aquí? (*A Feliciano.*)

FELICIANO. (*Turbado.*)

Señor... quise... y llegando...

Cuando... no sé... mas yo...

OCTAVIO.

¿Qué aguardas?

AURELIO.

Tente;

Que no todas las veces se remedia

La honra con la espada.

ELISA. (*Ap.*)

¡Hay tal desdicha!

AURELIO.

No en vano á la cordura y á la furia  
Pintaron un mancebo y un anciano;  
El mozo con las manos pretendiendo  
Arrancar una cola de un caballo,  
Jamás pudo, y cayó rendido en tierra;  
El viejo, cerda á cerda, poco á poco,  
La vino á deshacer.

OCTAVIO.

Pues ¿qué pretendes

En tanta desventura sin la espada?

AURELIO.

¿Quién sois, hidalgo?

FELICIANO.

Soy un caballero.

AURELIO.

¿El nombre?

FELICIANO.

Feliciano.

AURELIO.

¿Vuestro padre?

FELICIANO.

Lisandro.

AURELIO.

Conocile. ¿Sois casado?

FELICIANO.

No soy casado.

OCTAVIO.

¿Qué preguntas?

AURELIO.

Calla;

Que voy sacando cerdas á la afrenta.



OCTAVIO.

Si está en forma de bestia, no me espanta.

AURELIO.

¿Sabeis acaso que esta casa es mía?

FELICIANO.

A no saber que es vuestra aquesta casa,  
No hubiera puesto yo los pies en ella.

AURELIO.

Pasáos allí.

FELICIANO. (Ap.)

Yo pierdo aquí la vida.

AURELIO.

Di, Elisa, que mejor dijera Elicia,

¿Quién es este manco?

ELISA.

El que él ha dicho.

AURELIO.

¿Cómo entró aquí?

ELISA.

Con un recado falso

De Laurencia, su dama.

OCTAVIO.

(Ap. ¡Vive el cielo,

Que este es el mismo que Laurencia ado-  
Y por quien soy aborrecido!) Padre, ¡fra,  
Si no casáis á Elisa y Feliciano,  
No tengo honor.

AURELIO.

Detente, que estás loco.—

Elisa, que haya entrado honestamente  
Este manco aquí, no lo tratemos;  
Que de tus pensamientos yo lo creo.  
Soy padre, tengo un hijo que á mi crédito  
Sucederá mañana. No repliques  
A cuanto vieres que mi honor emprende.

ELISA.

Si yo fui desdichada, si mi estrella  
Me puso en ocasion de tantos daños,  
El tiempo te dirá qué culpa tengo.

AURELIO.

Caballero, yo os hallo en esta casa,  
Y en el mismo aposento de mi hija.  
No os hago fuerza, porque no era justo  
Por hallaros aquí, casaros luego;  
¿Queréis ser su marido?

FELICIANO. (Ap. á Físberto.)

¿Qué dirémos?

FÍSBERTO.

Yo pienso que te engañan; que si dices  
Que no quieres casarte, han de matarte.  
Si quieres defenderte, mete mano;  
Quizá saldremos, aunque no haya puerta.

FELICIANO.

¿Quién duda que estarán todas cerradas?

FÍSBERTO.

Pues dí que sí; que habrá después reme-  
Si esto no fuere cosa de tu gusto. [dijo,

FELICIANO.

Señor, yo gano tanto en ser esclavo,  
Que no esposo, de Elisa, vuestra hija,  
Que alabo la piedad del justo cielo  
Que os trujo en ocasion que aquí me ha-

[lládeses;

Aunque os prometo que es la vez primera.

AURELIO.

[cho

Pues porque no penseis que me aprove-  
De la ocasion agora, id en buen hora.  
Y pensadlo de espacio en vuestra casa;  
Que puesto que soy pobre, rico he sido,  
Y no es mi hacienda, no, tan limitada.  
Que no os importe; aunque el valor de  
Hace muchas ventajas á su dote. [Elisa

FELICIANO.

Porque veais con cuánto honor procedo  
En vuestra estimacion, venid conmigo,  
Y harémos los conciertos y escrituras.

AURELIO.

Mis brazos quiero daros.

FELICIANO.

Yo los míos.

AURELIO.

Vamos en casa de mi hermano.

FELICIANO.

Vamos.

FÍSBERTO. (Ap. á su amo.)

¿Que te casaste?

FELICIANO.

Sí.

FÍSBERTO.

¿Qué hará Laurencia?

FELICIANO.

Lo que hice yo.

FÍSBERTO.

¿Qué fué?

FELICIANO.

Tener paciencia.

(Vanse Aurelio, Feliciano, Octavio,  
Físberto y Marquina.)

## ESCENA XII.

CÁRLOS, ESTEBAN.—ELISA, PAULA.

CÁRLOS.

Si se tardan un momento.

Fiera Elisa, mas ingrata

Que á las manos que la siembran

La verde y soberbia palma,

Sospecho que como mina

Por la boca reventara

El alquitran que en el pecho

Me estaba abrasando el alma.

Cuando vi que Feliciano

Te hablaba, te enamora,

Mil veces para salir

Puse la mano á la espada;

Pero viendo que tu honor,

El de tu padre y tu casa

Se pusiera al blanco vil

Del vulgo, que errando enclava,

Detuve mi justo enojo.

¿Qué mal hice! pues fué causa

Que Aurelio y Octavio entrasen,

Hija de uno, y de otro hermana,

Donde por cobrar su honor

Bajaron mis esperanzas

Del cielo de tus favores

Al infierno de mis ansias.

¿Cuántas veces presumi

Que lo que via soñaba,

Y que sin duda dormia.

Pues me escondiste en tu cama!

Mas limpiándome los ojos,

Y despertándome el alba

Del día de mis desdichas,

Y el tocar tu engaño al arma,

Conozco que estoy despierto;

Porque, aunque en sueños, me espanta

Que por quien no fuera yo

Tantas desdichas pasaran.

Mas ya que ha traído el tiempo

La prueba de tus palabras,

No te castigue el amor

Que has hecho sus firmas falsas;

No diga mi amor, Elisa,

Que cuando me diste tantas,

Torres en el viento hacías,

Y escribías en el agua.

Mientras van á sus conciertos,

Vamos á mi casa honrada,

O á las del juez del cielo

Que las voluntades casa.

Soy tu primero marido.

Tú mi mujer; pues ¿qué aguardas?

¿Cómo te detienes? Mira

Que quieren forzarte el alma.  
¿Qué respondes?

ELISA.

Cárlas mio...

Mio no, que hablé turbada...

Cárlas tuyo, y mio un tiempo,

Que para mi muerte basta,

Cuando palabra te di

De ser tuya, ¿quién pensara

Que hallara un Sanson tan fuerte

El templo de mi esperanza?

Aqueste manco ciego

A las columnas se abraza

De mis pensamientos hoy,

Y á todos juntos nos mata.

Entre cuantos imposibles

Tu imaginacion hallara

Para olvidarte, mi bien,

Ni hacer de mi amor mudanza,

La obediencia de mi padre

Fué, como ves, reservada:

En llegando á que es mi dueño,

Cesa el gusto, el amor para.

El me dió este ser que lengo;

A la sombra de sus alas

He vivido: no es razon

Ser á tanta deuda ingrata.

Si aquesto se desconcierta,

O tu ingenio y amor hallan

Remedio con que se impida,

Aquí está Elisa.

CÁRLOS.

¿Qué llamas

«Aquí está Elisa»? Mujer,

Que es el nombre que declara

Mejor la mudanza vuestra;

Porque sois muerte y mudanza.

Si Elisa estuviera aquí.

Cumplírame su palabra.

No está en sí; pero está en mí,

Como infierno que me abraza.

Este fué concierto tuyo.

Todo concertado estaba:

El hablar hoy á Laurencia

No ha sido, Elisa, sin causa.

En tu cama me pusiste

A que viese mi desgracia.

¿Mal haya fe que pretende

Gloria de cielo de cama!

Trujístele á que lo viese.

¡Oh, qué bien me desengañas!

Tuya la cama, leon yo.

Que á sus pies dorados brama,

Camaleon vengo á ser,

Pues el día que te casas

Vengo á sustentar de viento

Tantas esperanzas vanas.

Don Fernando de Toledo

Hace gente. Afuera, España.

No mas patria, no mas vida.

Todo, contigo, me falta.

Iré á morir; ¡plega á Dios

Que en la primera batalla

Una pistola me borre

Tu rostro, Elisa, del alma.

¿Obediencia dices! ¿Cuándo

Amor obediencia guarda

Ni á padre, ni á honor, ni á esposo,

Ni al cielo?

ELISA.

Espera, repara...

CÁRLOS.

Tú ¿vienes conmigo?

ELISA.

No.

CÁRLOS.

Pues, loca, ¿por qué me llamas?

ELISA.

Si pudiera, Cárlas mio,

Yo fuera; he nacido honrada,

¿Qué dirá el mundo de mí?  
Piensa algún medio.

CÁRLOS.

Quien ama  
Y piensa, no tiene amor,  
O el que tuvo se le acaba.  
Hante hablado en casamiento,  
Palabra que os arrebató  
El seso: ¿quién duda, Elisa,  
Que a este son hagáis mudanza?  
Dios te haga tan dichosa,  
Que aquella misma mañana  
De la noche de tu boda  
Te traigan de Flandes cartas  
En que digan que soy muerto.

ELISA.

Escúchame una palabra.

CÁRLOS.

Obras quisiera escuchar;  
Que palabras todo es nada.

PAULA.

Estéban, ¿qué dices desto?

ESTÉBAN.

¡Plega á Dios que una bombarda  
Pase de mi treinta leguas,  
Si volviere á verte, Paula!  
No mas España cruel,  
No mas vida, no mas patria.  
Arrieros van á Flandes.  
Allá me lleven sus cargas;  
Y si te casares...

PAULA.

Oye.

ESTÉBAN.

De aquí á mil años te traigan  
Nuevas de que el Braque es muerto,  
O el rey Chico de Granada. (Vase.)

ELISA.

Parte, Paula, y llama á Cárlos.

PAULA.

Señora, desta ventana  
Le daré una voz.

ELISA.

Camina.

PAULA.

No irá léjos; que quien ama,  
Cuanto sale mas furioso,  
Tanto mas despacio para,  
Porque se aleja del centro,  
Y lleva violenta el alma.

(Vase.)

### ESCENA XIII.

ELISA.

¡Ay, fuerte obligación! Ay, honra, así—  
A la virtud de un generoso pecho! ¡da  
La justa resistencia que habeis hecho  
En tanto amor, me costará la vida.

No sé si ya me siento arrepentida;  
Que contra amor no hay fuerza de prove-  
Pero saldrá del alma á su despecho ¡cho;  
Cuando al honor la posesion le impida.  
¡Casada yo sin ti! ¡Triste suceso!

Imagínallo solo me desalma;  
Pero ya que en el alma estás impreso,  
El tendrá los despojos, tú la palma;  
Que quien tiene en Argele el cuerpo preso,  
Tendrá por puntos en su tierra el alma.

(Vase.)

Sala en casa de Laurencia.

### ESCENA XIV.

LAURENCIA, SABINA.

LAURENCIA.

Deseo en extremo ver

A Feliciano, Sabina.

SABINA.

Gloriosa estás de querer  
Hombre tan galán.

LAURENCIA.

Inclina

A amarle á cualquier mujer.

SABINA.

Tienes, Señora, razón;  
Que cuando pienso en Físberto,  
Se me baña el corazón  
De un cierto incendio encubierto:  
¡Agradable suspension,  
Que no deja á mis sentidos  
Lugar de volver en mí!

LAURENCIA.

Amando están divertidos.  
No dirá Elisa que fui  
Sirena de sus oídos.  
Habrá visto en Feliciano  
Que lo menos le conté,  
Pues con atrevida mano  
En corto mapa cifré  
Todo un cielo soberano.  
¿Quién duda que está envidiosa  
De verme tan venturosa?

SABINA.

No hará, porque quiere bien.

LAURENCIA.

¿Pareceráale tan bien?

SABINA.

¡Qué necedad tan famosa!

LAURENCIA.

Quiero mucho.

SABINA.

Tus deseos

Conozco.

LAURENCIA.

Pues no te espantes  
Que encarezca mis empleos.

SABINA.

Los hijos y los amantes  
No pueden parecer feos.  
—Pasos siento.

LAURENCIA.

Y ellos son;

Que en los amorosos casos,  
Quien espera con pasión  
Siente trasladar los pasos  
Desde el suelo al corazón.

SABINA.

Pienso que te has engañado.

LAURENCIA.

Tuyo el engaño habrá sido.  
Mi bien y el tuyo han llegado.

### ESCENA XV.

FELICIANO, FÍSBERTO. — DICHAS.

FÍSBERTO.

¡Sabina!

SABINA.

¡Físberto amado!  
Triste viene tu señor.

FÍSBERTO.

No sé qué pena se tiene.

LAURENCIA.

¿No me hablas?

FELICIANO. (Ap.)

¡Qué rigor!

SABINA.

¿Qué descolorido viene!

LAURENCIA.

¿Qué te enmudece?

FELICIANO.

Un temor.

LAURENCIA.

¿Temor conmigo! ¿De qué?  
¿Viste á Elisa?

FELICIANO.

Ya la vi.

LAURENCIA.

¿Con suspiro?

FELICIANO.

¿Suspiré?

LAURENCIA.

Si, mis ojos. ¿Fué por mí?

FELICIANO.

Del alma á tus ojos fué.

LAURENCIA.

¡Válame Dios! ¿Dónde has ido?

FELICIANO.

A ver á Elisa.

LAURENCIA.

¿Y de allá

Esta tristeza has traído?  
¿No está buena?

FELICIANO.

Buena está.

LAURENCIA.

Algo has visto ó has oído.  
¿No te dijo que te quiero,  
Que te alabo, que te adoro  
Y que te estimo?

FELICIANO.

Si espero

Para guardarte el decoro,  
Que es mas rigor considero.  
Laurencia, yo he visto á Elisa  
Porque tu me lo mandaste.  
Entré en su mismo aposento,  
Libre de tantos pesares.  
No habia hablado con ella  
Dos palabras, cuando el padre  
Y Octavio entraron diciendo  
Y haciendo mil disparates;  
Que como deben de andar  
Sospechosos, esta tarde  
Fingieron aquella ausencia  
Para que Cárlos entrase.  
Halláronme en su lugar...  
—No permitas que te canse  
Con decirte sus locuras  
Y amenazas desiguales.  
Basta saber que salí...  
—¿Cómo lo diré?

LAURENCIA.

No tardes;

Que me matas.

FELICIANO.

¡Ay Laurencia!

LAURENCIA.

¡Casado!

Calla.

FELICIANO.

¿Que calle?

¡Pluguiera á Dios que pudiera!

LAURENCIA.

Pues ¿qué razón hay bastante  
A hacerte casar por fuerza?

FELICIANO.

Solo en su aposento hallarme.

LAURENCIA.

¿Estabas desnudo?

FELICIANO.

¿Yo?

LAURENCIA.

Pues ¿por qué un rigor tan grande?

FELICIANO.

Porque se dan á entender  
Que soy quien entra y quien sale  
A deslustrar su nobleza  
Y deshonrarles su sangre.  
Las escrituras se han hecho.

LAURENCIA.

¿Qué dices?

FELICIANO.

Con penas tales,  
Que no se podrán romper,  
O es decirles que me maten.

LAURENCIA.

¡Válame Dios! ¿Eres tú  
Quien eso dices?

FELICIANO.

La cárcel

Ni la muerte, ¿me pudieran  
A lo que has visto forzarme,  
Si no fuera alguna estrella,  
Cuya influencia es bastante  
A que con quien nunca vi,  
Por fuerza un hombre me case?  
Y no es este el daño solo;  
Que el venir agora á hablarte  
También es otro dolor  
Para que tantos me acaben.  
Octavio, ya le conoces,  
Quiere que contigo trate  
Que te cases con él.

LAURENCIA.

Calla.

Esto me dijo en la calle.

LAURENCIA.

Todo lo entiendo: ya sé  
Que Elisa vino á engañarme.  
Concierto de todos fué.

FELICIANO.

Espera.

LAURENCIA.

¿En quién?

FELICIANO.

En mis males.

LAURENCIA.

Déjame saber mi muerte. (Vase.)

FELICIANO.

Escucha.

FISBERTO.

Furiosa parte.

FELICIANO.

Tenla, Sabina.

SABINA.

No puedo. (Vase.)

FELICIANO.

¿Qué he de hacer?

FISBERTO.

No te acobardes;

Que alguna industria ha de haber.

FELICIANO.

¿Quieres que de veras hable?

FISBERTO.

¿Pues no?

FELICIANO.

Pues, por Dios, que Elisa...

FISBERTO.

Dilo.

FELICIANO.

Me parece un ángel.

FISBERTO.

El dote es poco.

FELICIANO.

Y muy poco.

Si algo mas al dote añaden,  
Yo soy marido de Elisa

L-1.

FISBERTO.

¿Qué linda traza de amante!  
¿Amas, y pides dineros?

FELICIANO.

¿Sabes tú lo que es casarse?

FISBERTO.

Sé que es carga.

FELICIANO.

Pues si es carga,  
Dineros y bestia, y ande.

## ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Cárlos.

### ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS y ESTÉBAN, con botas, espue-  
las y plumas.

CÁRLOS.

¿Está todo prevenido?

ESTÉBAN.

No hay cosa por prevenir.

CÁRLOS.

En fin, ¿me puedo partir?

ESTÉBAN.

Sí, pues no te dan partido.

CÁRLOS.

¿Cómo ha salido esta gala?

ESTÉBAN.

Como de tu gusto, en fin.

CÁRLOS.

¿Come, Estéban, el rocín?

ESTÉBAN.

Comiendo queda en su estala.

CÁRLOS.

¡Buen nombre! Bien se autoriza.

ESTÉBAN.

Como á Flándes nos partimos,

Los soldados no decimos,

Como aquí, *caballeriza*.

CÁRLOS.

¿Salen estas plumas bien?

ESTÉBAN.

Que pareces un virote.

Pero di, mi matalote

¿Ha de ir á Flándes también?

Que tiene talle, por Dios,

De quedarse á hacer la cuenta

Aquí en la primera venta.

CÁRLOS.

¡Qué! Bien andarán los dos.

Las bestias en compañía

Andan mas.

ESTÉBAN.

Es pensamiento

Tomado del casamiento,

Que andan de noche y de día.

Mas, por Dios, que aunque vestido

Ya de camino te vea,

Y á mi con esta librea

A lo flandescos lucido.

Que no creo que de lléscas

Has de pasar.

CÁRLOS.

¿Cómo no?

ESTÉBAN.

Como te conozco yo,

Y sé las truchas que pescas.

Para mi, tu quieres dar

Martelo de ausencia, y ver

Si estorbas qué esta mujer,  
Cárlos, se llegue á casar.

CÁRLOS.

No hay tratar deso; es partida  
Tan cierta, que antes de un mes  
Me verá el país de Artués.

ESTÉBAN.

¿Por tu vida?

CÁRLOS.

Por mi vida.

ESTÉBAN.

Confíesote que pensaba  
Que era máscara de celos.

CÁRLOS.

No vuela el ave á los cielos,  
Ni la flecha de la aljaba  
Puesta en el arco, ni el rayo  
De la nube, como yo  
Parto á Flándes.

ESTÉBAN.

Luego ¿no

Tendrá fuerza algun desmayo,  
Lagrimilla ó papel tierno?

CÁRLOS.

¿De unos ojos tan crueles,  
Lágrimas, ni mas papeles  
De tales manos? ¿Qué infierno!  
Pues ¿de tal pecho desmayo?  
¡Fuego del cielo!

ESTÉBAN.

Por Dios,

Que si llora solas dos,  
Que el ave, la flecha, el rayo  
Se detengan y se queden.

CÁRLOS.

Llamaron.

ESTÉBAN.

Dirás que son

Sus criados.

CÁRLOS.

¿No es razon?

ESTÉBAN.

¡Ni es razon, ni son, ni pueden.

Estaráles ya bailando

La boda en el cuerpo á todos,

Y de diferentes modos

Comida y galas buscando;

¡Y quieres que á verte vengan!

CÁRLOS. (*Asomándose.*)

Digo que son, majadero.

ESTÉBAN.

¿Tú lo ves?

CÁRLOS.

A su escudero

Y á Paula.

ESTÉBAN.

Pues alto; tengan

Las puertas de par en par.

CÁRLOS.

Abre, borracho.

ESTÉBAN.

¿Tú eres

El bravo? ¿Tú á Flándes quieres  
Partirte?

CÁRLOS.

Déjala entrar.

ESTÉBAN.

¿Yo papel de tales manos,

Lágrimas de tales ojos?

Mas como de esos cuojos

Tiene amor por tierra llanos.

CÁRLOS.

Abre, ¡maldigate Dios!

(*Va Estéban á abrir.*)

Ya está abierto, y ya han entrado.



## ESCENA II.

MARQUINA, PAULA.—Dichos.

PAULA.

¡Oh qué gallardo soldado!

ESTÉBAN.

¿Uno solo? ¿no ves dos?

PAULA.

¿Dónde bueno desta suerte?

CÁRLOS.

A Flándes, amiga, voy.

PAULA.

¡Jesus! por reirme estoy.

Déjame despacio verte.

CÁRLOS.

Bien dices; porque jamás

Me volverás, Paula, á ver.

¿Qué hace Dios de esa mujer?

PAULA.

¿Esa mujer ya no es mas?

CÁRLOS.

Nunca el nombre le ha venido

Como en aquesta ocasion.

Mujeres dicen que son

Las que ya tienen marido;

Y ella, pues que tiene dos,

Mas mujer debe de ser;

Que para el mundo es mujer

De otro, y mía para Dios.

¡Ay, padre, ay, Paula, ay, amigos!

Nadie mejor mi razon

Sabe, pues de mi pasion

Son vuestros ojos testigos.

Cácese Elisa, bien hace;

Obedezca, como dice,

A su padre: Dios bendice

Quien tan obediente nace.

Cuanto á mi, no hay que tratar,

Paula; consolado estoy.

No la he de ver, ya me voy.

PAULA.

Pegado se te ha el hablar

Tan resuelto y consolado

Del habito soldadesco.

Ese es estilo flandesco.

CÁRLOS.

Bien dices; ya estoy soldado,

Y de manera lo estoy,

Que la palabra de estar

En Flándes no he de quebrar,

Paula, si en el aire voy.

¿A qué bueno es la venida?

PAULA.

A traerte este papel.

CÁRLOS.

Contará su boda en él.

PAULA.

Contará su triste vida.

CÁRLOS.

Vuélvele, Paula, por Dios.

Letra de Elisa es veneno.

PAULA.

Léele, acaba.

ESTÉBAN.

¡Oh qué bueno!

¿Melindres?

CÁRLOS.

Venis los dos,

Y quiéroos tener respeto.

ESTÉBAN.

¡Lindo achaque!

MARQUINA.

Tú verás

Que Elisa no puede mas,

Pues eres, Carlos, discreto.

CÁRLOS.

(Lee.) «Si una mujer principal,

»Porque á su padre obedece,

»Carlos del alma, merece

»Que vos la trateis tan mal,

»Sea en buen hora, bien mío;

»Aunque para mí no es buena;

»Que os agradezco la pena,

»Y mil gracias os envío.

»Que como me ha de matar

»De vuestra ausencia el dolor,

»Mientras mas peno, Señor,

»Mas me quereis obligar.

»¡Oh qué bien he conocido,

»Mi bien, lo que tengo en vos,

»Sabiendo tan bien los dos

»Lo que vos me habeis debido!

»No quiero yo que no os vais;

»Mas no sea tan aprisa;

»Que aun no está casada Elisa,

»A quien vos decís que amais.

»Hacedme merced, mis ojos,

»Que nos veamos primero;

»Que con vos descansar quiero

»De tantas penas y enojos.

»Esta noche habrá lugar.—

»Vuestra Elisa, aunque me maten.»

—¿Que esto escriban, que esto traten

Manos que á otro se han de dar?

¿Hay traicion, hay fingimiento

Como este?

PAULA.

¿De qué es traicion?

CÁRLOS.

Pues ¿trae el papel razon

Que impida su casamiento?

¿No ves que me dice aquí

Que me vaya, y que no quiere

Detenerme?

PAULA.

Quien le oyere

Jurará que adora en ti.

¿Puede ser cosa mas tierna?

CÁRLOS.

¿Esto es tierno? Es fuego, es ira,

Es embeleco, es mentira.

PAULA.

¿Qué mal humor te gobierna?

Si Elisa no te adorara,

Ni escribiera bien ni mal.

CÁRLOS.

Como es mujer principal,

En su término repara.

Tras esto, no le ha movido

Amor (que bien se ve aquí),

Sino lástima de mí,

Viéndome quedar perdido.

Que aun no está casada Elisa,

Dice aquí: ¡fuego de Dios!

Pagáreisme, papel, vos

Palabras de tanta risa.

PAULA.

No le rasgues.

CÁRLOS.

Ya está hecho;

Que me abrasaba la palma.

Así quisiera algun alma,

Así quisiera algun pecho.

PAULA.

Luego ¿no responderás?

CÁRLOS.

¿Responder? Véte de aquí,

O haré lo que dél en ti.

PAULA.

¿En mí?

CÁRLOS.

Véte.

PAULA.

Loco estás.—

Vámonos de aquí, Marquina.

MARQUINA.

Vámonos; que está furioso.

PAULA.

No te espantes; que un celoso

Con el dolor desatina.

MARQUINA.

¿Quién le podrá resistir?

Vamos. Estéban, adios.

ESTÉBAN.

Está adorando en los dos,

Y quiere fuerzas fingir.

PAULA.

¿Tú no me verás primero

Que te ausentes?

ESTÉBAN.

Allá irá.

PAULA.

¿Vas á caballo ó á pié?

ESTÉBAN.

Voy con este majadero

En un camello persiano.

Allá nos despediremos.

MARQUINA.

Vámonos, Paula, ¿qué hacemos?

Mira que en el viento vano

Anda deste mozo el seso.

Mira los gestos que hace.

PAULA.

Adios. De sus celos nace.

MARQUINA.

Temblando voy, te confieso.

(Vanse Paula y Marquina.)

## ESCENA III.

CÁRLOS, ESTÉBAN.

ESTÉBAN.

Mal has andado en tratar

Esta gente deste modo:

Elisa es culpa de todo,

Della te debes quejar.

No viene Paula á ofenderte,

Ni ella es parte á que se case.

CÁRLOS.

¡Oh qué mal fuego te abrase!

¿A Elisa nombras?

ESTÉBAN.

Advierte

Que si no es que loco estás,

A lo menos lo pareces.

CÁRLOS.

Pena á mis penas ofrezces,

Celos á mis celos das.

ESTÉBAN.

¿No era mejor responder

(Que esta noche á verla irías?)

CÁRLOS.

¿Fuéronse?

ESTÉBAN.

Habrá cuatro dias.

CÁRLOS.

Quiérolos hacer volver.

Parte á llamarlos.

ESTÉBAN.

Yo voy.

CÁRLOS.

Déjalos.

ESTÉBAN.

Ya me estoy quedo.

CÁRLOS.

Mas llámalos; que no puedo

Vivir si sin verla estoy.

ESTÉBAN.  
Voy volando.  
CÁRLOS.  
Aunque te diga  
Que vayas, te has de estar quedo.  
ESTÉBAN.  
Que enloquezcas tengo miedo,  
Si tanto el dolor te obliga.  
CÁRLOS.  
¿Que no respondí que iria?  
Ánimo tuve y valor,  
Porque es como negro amor,  
Todo entono y fantasía.  
Mas ¿cómo sufrir podré  
El no verla?—Parte luego,  
Y llama á Paula. ¿Estás ciego?  
¿Estás sordo? ¿Oyes?  
ESTÉBAN.  
No sé.  
¿No me mandaste no hacer  
Lo que me mandases?  
CÁRLOS.  
Sí.  
ESTÉBAN.  
Pues yo te obedezco así.  
CÁRLOS.  
Ya que no me pueden ver,  
Cojamos estos pedazos  
De aquel rompido papel.  
ESTÉBAN.  
¿Agora adoras en él?  
CÁRLOS.  
¡Oh letras, rasgos y lazos  
De aquella mano divina!  
ESTÉBAN.  
Paula vuelve.  
CÁRLOS.  
Y él al suelo.  
ESTÉBAN.  
Pues no es.  
CÁRLOS.  
¡Maldiga el cielo  
Tu condicion!  
ESTÉBAN.  
Imagina  
Que es entretener á un loco  
Ciencia, humor, industria y flemma.  
CÁRLOS.  
¿Es celos, Estéban, tema  
Para estarlo un hombre poco?  
Estos papeles quisiera  
Juntar.  
ESTÉBAN.  
Yo sé cómo.  
CÁRLOS.  
El cielo  
Te dé en tus males consuelo.  
ESTÉBAN.  
Escucha.  
CÁRLOS.  
¿De qué manera?  
ESTÉBAN.  
Llevándolos al molino  
Del papel, majados luego,  
Volverán á hacer el pliego.  
CÁRLOS.  
¿Hay tan cruel desatino!  
¿Y las letras?  
ESTÉBAN.  
Pues si allí  
La letra quedar pudiera,  
Molino y emprenta fuera.  
CÁRLOS.  
Hoy veré á Elisa.  
ESTÉBAN.  
¿Tú?

CÁRLOS.  
Sí.  
ESTÉBAN.  
¿Cómo? ¿De noche?  
CÁRLOS.  
De día.  
ESTÉBAN.  
¿De día? ¿Con qué invencion?  
CÁRLOS.  
Vén conmigo.  
ESTÉBAN.  
Eftetos son  
De amor.  
CÁRLOS.  
¡Ay, Elisa mía!  
(*Vanse.*)  
—  
Sala en casa de Laurencia.

## ESCENA IV.

LAURENCIA, SABINA.

LAURENCIA.  
¿Cómo quieres que sosiegue,  
Sabina, en tanto dolor?  
SABINA.  
¿Es posible que el amor  
De un hombre ingrato te ciegue  
A tanta descompostura?  
LAURENCIA.  
Si no fuera amor mi mal,  
Dices bien; mas es igual  
A la furiosa locura.  
No se curan amor y ella:  
Si sabes remedio, di,  
Cómo me vuelvas en mí.  
SABINA.  
Queriendo tú salir della.  
Amor se deja curar,  
Si es el enfermo obediente.  
LAURENCIA.  
A tu mano diligente  
Hoy me quiero sujetar.  
Di; que quiero obedecer  
La cura en que me pusieres.  
SABINA.  
Haz lo que muchas mujeres,  
Pues eres tambien mujer.  
LAURENCIA.  
¿Qué he de hacer?  
SABINA.  
El mismo amor  
Poner en otro sujeto.  
LAURENCIA.  
¡Fuerte remedio!  
SABINA.  
Discreto,  
El mas breve y el mejor.  
LAURENCIA.  
Si amor fué en mí natural,  
¿Qué podrá un amor violento?  
SABINA.  
Ocupar el pensamiento  
Y ir entreteniendo el mal.  
LAURENCIA.  
¿A quién tengo de querer?  
¿No hay mas de decir *yo quiero*?  
SABINA.  
A quien tu amante primero  
Haga de celos arder.  
LAURENCIA.  
¿Quién?  
SABINA.  
El mismo que ha dejado

Elisa; que deste modo  
Te podrás vengar en todo  
De cuantos te han agraviado.  
Pon los ojos tiernamente  
En Carlos; que tú verás  
Qué dolor á Elisa das,  
Y lo que tu ingrato siente.

LAURENCIA.

Elisa, de Feliciano  
Contenta, ¿qué ha de sentir,  
Ni Feliciano, de oír  
Que quiero á Carlos?

SABINA.

¿Qué en vano

Gasta un discreto el consejo  
Con quien está pertinaz!  
Haz lo que te digo en paz;  
Que amor es como el espejo,  
Que cuando se compra nuevo  
No agrada ni satisface,  
Hasta que el rostro se hace.

LAURENCIA.

Luego si á quererle pruebo,  
¿Vendrá á parecerme bien,  
Aunque agora no me agrade?

SABINA.

A querer te persuáde;  
Que si tus ojos se ven  
Cada día en los de Carlos,  
Tú vendrás á estar segura  
Que retratan tu hermosura,  
Y por lo mismo á adorarlos.

LAURENCIA.

Ahora bien, dime verdad,  
¿Hate sucedido á ti?

SABINA.

Estoy por decir que sí;  
Porque tuve voluntad  
A quien tan mal me pagó,  
Que en Fisberto la mudé,  
Y que ya le amaba hallé  
Cuando el otro me buscó.

LAURENCIA.

Luego ¿vnote á buscar?

SABINA.

Picóse y volvió.

LAURENCIA.

¿Qué espero?  
Amor es tretas: yo quiero  
Amar, ó fingir amar.  
Mas ¿cómo habemos de hacer  
Para que Carlos me entienda?  
Que puede ser que le ofenda  
Si le comienzo á querer.

SABINA.

Finge que te ha dicho un hombre  
Que es astrólogo, y que quieres  
Saber, como otras mujeres,  
Señas, trato, vida y nombre  
Del que ha de ser tu marido.  
El negará, tú dirás  
Que lo sabes, y que estás  
Cierta de lo que has oído.  
Darásle luego la mano:  
Creo de su discrecion  
Que aproveche la ocasion,  
Y que no la dé de mano.  
De aquí la tendréis los dos  
Para que el juego se entable.

LAURENCIA.

Carlos es hombre notable:  
Consuelo me das, por Dios.  
Toma, Sabina, tu manto,  
Véle á hablar, habla con él.

SABINA.

Escribeme tú un papel.

LAURENCIA.

De mi libertad me espanto.

Pero amor me da licencia  
Que con discrecion me cure,  
Y que el remedio procure  
Que me muestra la experiencia  
Y el desengaño me avisa.  
¿Querráme Carlos?

SABINA.

Sospecho

Que ha de quererte, á despecho  
De las traiciones de Elisa.

(Vanse.)

Sala en casa de Aurelio.

### ESCENA V.

AURELIO, OCTAVIO, FELICIANO,  
FISBERTO, ELISA Y PAULA.

AURELIO.

Toda la ciudad me ha dado  
De la boda el parabien.

FELICIANO.

A mi es bien que me le dén,  
Pues tanto bien he ganado.

OCTAVIO.

No sé cómo se ha sabido,  
Señor, en tiempo tan breve.

AURELIO.

Como Feliciano debe  
De ser bienquisto y querido,  
Está en los ojos de todos.

OCTAVIO.

Las escrituras sospecho  
Que tambien su parte han hecho,  
Y cuéntase de mil modos.

AURELIO.

Como quisiere se cuente.  
Ya es mi yerno Feliciano.

FELICIANO.

Todos saben lo que gano.

ELISA. (Ap.)

Yo me pierdo eternamente.

AURELIO.

Tráigannos sillas aquí.

OCTAVIO.

Sillas hay.

FISBERTO. (Ap. á su amo.)

Ya estás casado.

FELICIANO.

¿Qué necio, Fisberto, he andado!

FISBERTO.

Luego ¿arrepienteste?

FELICIANO.

Si.

FISBERTO.

Pues ¿antes del desposorio  
Te muestras arrepentido?

FELICIANO.

Siento el saber que haya sido  
A todo el mundo notorio,  
Pues ya estamos empeñados  
En no deshacer lo hecho.

FISBERTO.

Que te ha de estar bien sospecho.

FELICIANO.

Pocos son seis mil ducados.

FISBERTO.

No es mal dote con Elisa;  
Que te aseguro por Dios,  
Que la piden mas de dos,  
Como dicen, en camisa.  
Tiene entendimiento y brio,

Y el valor que viendo estás.

FELICIANO.

Mientras que lo trato mas,  
Mas, Fisberto, me resfrio.  
No porque de su hermosura  
No esté en extremo contento;  
El modo del casamiento  
Me ha parecido locura.  
¿Bueno es que yo venga aquí  
Solo á ver una mujer,  
Y que mía lo ha de ser  
No mas de porque la vi!

FISBERTO.

Si te hallan en su aposento,  
Y es gente tan principal,  
No sé que procedan mal.

FELICIANO.

Fisherto, la burla siento.  
¿Vive Dios, que he sospechado  
Que, codiciando mi hacienda,  
Me han hecho comprar la prenda  
Al primer precio que he dado!  
¿Nunca has visto los roperos,  
Que á quien su calle pasó,  
No mas de porque miró,  
Ya le ha de costar dineros?  
¿Que le llaman y le tiran,  
Y le fuerzan á comprar?  
Pues así me hacen casar.

FISBERTO.

Mira, Señor, que te miran.  
Habla á tu esposa, no des  
Ocasión para que entiendan  
Que te pesa.

FELICIANO.

Aunque se ofendan,  
Digo que es poco interés.  
Si yo esta mujer pidiera,  
Bien es que me contentara.

FISBERTO.

Si Aurelio con mas se hallara,  
No dudes que mas te diera.  
Está de suerte perdido,  
Que aun á la hacienda de Octavio  
Sé yo que ha hecho agravio,  
Puesto que él lo ha consentido,  
Por tener tan buen enfiado.

FELICIANO.

¿Seis mil ducados á mí,  
Que con mas renta nací  
Que este dote que me han dado!  
¿Qué dirán cuantos lo saben?

FISBERTO.

Que has escogido mujer  
Que de un rey lo puede ser,  
Para que todos te alaben.

### ESCENA VI.

UN PAJE. — Dicnos; después, CARLOS  
Y ESTEBAN.

PAJE.

Un caballero está aquí,  
Que á mi señor quiere hablar.

AURELIO.

Dile que bien puede entrar.  
(Vase el paje.)

OCTAVIO.

¿Si es parabien?

AURELIO.

Creo que sí.  
(Salen Carlos y Esteban, de soldados.)

CÁRLOS.

Por estar tan de camino,  
Como lo veis en el traje,  
Aunque me dijo este paje  
Lo que en veros imagino,

No pude excusar hablaros.  
Suplicoos me perdoneis.

AURELIO.

Aquí una silla teneis.

OCTAVIO.

En esta podeis sentaros.

ELISA. (Ap.)

¿Cielos, qué es esto que veo!

PAULA.

¡Ay Señora! ¿á qué vendrá? (Ap. á ella.)

FELICIANO.

Fisberto, Carlos se va. (Ap. á él.)

FISBERTO.

Saber la causa deseo.

CÁRLOS.

Antes que en mis cosas hable,  
Desto que aquí viendo estoy,  
Parabien, Señor, os doy.

ELISA. (Ap. á Paula.)

¿Qué atrevimiento!

PAULA.

Notable.

CÁRLOS.

Goeis, señor Feliciano,  
De la que tan vuestra es ya.

FELICIANO.

Para serviros será.

AURELIO. (Ap. á su hijo.)

¿Buen mozo!

OCTAVIO.

Es muy cortesano.

CÁRLOS.

Y vos, mi señora Elisa,  
Mil años el desposado.

ELISA.

Los que me habeis deseado  
Vivais.

CÁRLOS.

Porque estoy de prisa  
No encarezco la eleccion  
Que en amar habeis tenido  
Un hombre tan bien nacido.  
Suplicoos me deis perdon.

ELISA.

Si en eso tengo de qué,  
Yo os perdono.

CÁRLOS.

Dios os guarde,  
Digo, Aurelio (porque es tarde,  
Que ya las postas dejé  
Puestas á punto), que yo  
Voy á Flándes: el dinero  
Que tengo, entregaros quiero;  
Porque en plata me le dió  
Un mercader de Toledo,  
Y no le puedo llevar.

ELISA. (Ap. á Paula.)

Este me viene á matar.

PAULA.

Disimula.

ELISA.

¿Cómo puedo?

CÁRLOS.

Para algun correspondiente  
De los que en Flándes teneis,  
Cédula darne podeis,  
O pues voy forzosamente  
Por Francia, para cualquiera  
Lugar.

AURELIO.

Fuera dicha mía,  
Si el crédito que tenía,  
Agora en Flándes tuviera,  
Poderos, Señor, servir.  
Ya ese tiempo se acabo.



CÁRLOS.

Mi desdicha lo causó.

ELISA.

A no ser fuerza partir  
Esta tarde, yo os dijera  
Quien para Flándes ó Francia  
Os lo diera con ganancia.

CÁRLOS.

¡Pluguiera á Dios que pudiera  
Detenerme, mi señora!

ELISA.

Deteneós, por vida mía.

FELICIANO. (*Ap. á Fisberto.*)

¿Es este el que la servía?

FISBERTO.

Pienso que el partirse agora  
Nace de verla casada.

FELICIANO.

Si por el tanto la quiere,  
No se vaya, sino espere.

FISBERTO.

¿Son celos?

FELICIANO.

A la trocada.

ELISA. (*A Cárlos.*)

¿Tan forzosa es la partida,  
Que no os podeis detener?

CÁRLOS.

Impórtame no perder,  
Si me detengo, la vida.

ELISA.

¿Qué os puede haber sucedido?

CÁRLOS.

Una desgracia tan fuerte,  
Que aunque el partirme es mi muerte,  
Ha sido el mejor partido.

ELISA.

El deseo de saber  
Es en las mujeres tal,  
Que el dolor de vuestro mal  
Me obliga como á mujer.  
¿Puedo saber la ocasion?

CÁRLOS.

Si os sirvo en que la sepáis,  
Oídme, porque tengais  
De mi dolor compasion.—  
Yo tuve en este lugar  
Un amigo que servia  
De alma al cuerpo en que vivia;  
Que nos pudo amor juntar.  
Y era tanto nuestro amor,  
Que el tiempo de estar ausentes,  
Los menores accidentes  
Eran despecho y furor.  
Comunicábamos juntos  
Los menores pensamientos,  
Hablándonos por momentos,  
Regalándonos por puntos.  
A veces jurarle oí  
Que ser mi cuerpo quisiera,  
Porque siempre en él viviera  
Sin apartarse de mí.  
Pero á que esto me ofendiese  
Llegar mi aficion solia,  
Y ser yo el cuerpo queria,  
Para ser el que muriese.  
Pues entre aquellas finezas  
(¿Quién creará tal sinrazon?)  
Hizo tan cruel traicion  
A este amor, á estas ternezas,  
Que fué lo menos dejarme;  
Y de suerte me dejó,  
Que á ser dél su cuerpo yo,  
Me muriera por vengarme.  
Hizo con otro amistad,  
A quien siempre aborrecí;  
Dióle el alma en que viví;

Y esta injusta deslealtad  
Blasona que es obediencia;  
Yo, por no verlos andar  
Siempre juntos, del lugar  
Hago, como veis, ausencia.  
Vor á Flándes, donde ruego  
Al cielo que me traspase  
Una bala, porque abraze  
Un fuego con otro fuego.  
Y para ser desta suerte  
No tengo mas que llegar,  
Pues yo me pondré en lugar  
Que el menos diestro me acierte.

ELISA.

Extraña resolucion  
La vuestra me ha parecido.  
Para partiros no ha sido  
Legítima la ocasion;  
Que el amigo que decís,  
Por dicha no os ofendió,  
Si obediencia le forzó,  
Como vos mismo advertís.  
Demás desto, no habeis hecho  
Diligencia por cobrar  
Aquel perdido lugar  
Que tuvistes en su pecho;  
Porque no faltaran medios,  
Noches, puertas, cartas, rejas,  
Si lo que gastais en quejas,  
Gastárades en remedios.  
Y ¿qué señales mas grandes,  
Aunque encareceis la costa,  
De que amastes por la posta,  
Pues las tomáis para Flándes?  
Muy colérico amorador  
Debeis de ser.

FELICIANO.

El se entiende.

Y ¿quién de entender se ofende  
De una mudanza el rigor?  
Ni sé yo para qué es bueno  
Mudarse ni hacer traicion,  
Ni á los que inocentes son  
Darles celoso veneno.  
Mas para injustas mudanzas  
Hizo el cielo las ausencias,  
Por no andar en diligencias  
De celos y de venganzas.—  
Partid, Cárlos, bien hacéis;  
Dad á ese amigo en castigo  
El iros; que si es amigo,  
¿Qué mas venganza quereis?

FISBERTO. (*Ap. á su amo.*)

No te declares así.

FELICIANO.

Todos tres nos entendemos.

ESTÉBAN.

Señor, ya es tarde: ¿qué hacemos?

CÁRLOS.

Dices bien, vamos de aquí.—  
Dadme, señores, licencia.

AURELIO.

El cielo os lleve con bien.

OCTAVIO.

Y os vuelva, Cárlos, también  
Con salud de aquesta ausencia.  
(*Vase Cárlos.*)

ELISA.

¿Ah gentilhombre!

ESTÉBAN.

Señora.

ELISA. (*Ap. á Estéban.*)

Si hoy no fuere la partida,  
Venidme á ver, por mi vida.

ESTÉBAN.

Mi dueño dice que agora;  
Mas yo le haré detener.

ELISA.

Una carta os quiero dar.

(*Vase Estéban.*)

## ESCENA VII.

ELISA, AURELIO, FELICIANO, OCTAVIO, PAULA, FISBERTO.

PAULA. (*Ap. á su ama.*)

No sabes disimular.

ELISA.

Paula, quisiera poder.

AURELIO.

Pensó aqueste gentilhombre  
Que trato en Flándes tenia.

FELICIANO.

Si, Señor, si pensaria.

AURELIO.

¿Cárlos decís que es su nombre?

FELICIANO.

Cárlos se llama.

AURELIO.

¿Por qué?

FELICIANO.

Sacóle el Emperador  
De pila.

AURELIO.

¿Extraño favor!

Pero ¿dónde y cómo fué?

OCTAVIO.

¿No ves que se está burlando  
Feliciano?

AURELIO.

Yo entendi

Que era de veras. Aquí  
Os podeis quedar hablando,  
En tanto que voy á ver  
Un caballo que he comprado.

OCTAVIO.

Dejemos al desposado,  
Padre, pues ya lo ha de ser,  
Donde con menos recato  
Hable un rato con su esposa.

AURELIO.

Bien dices: pues se desposa  
Mañana, que hoy hable un rato.  
(*Vanse Aurelio y Octavio.*)

## ESCENA VIII.

ELISA, FELICIANO, PAULA, FISBERTO.

FISBERTO.

Señora Paula, pues ya  
Nuestros dueños se han casado,  
Yo quedo muy obligado,  
Y vuesa merced lo está.  
A que de la misma suerte  
Nos queramos bien los dos.

PAULA.

Estoy agora, por Dios,  
Poco menos que á la muerte.  
Déjame; que se me va  
Cierta cosa de los ojos,  
Que me ha de causar enojos.

FISBERTO.

Luego ¿deso triste está?

PAULA.

¿No le parece ocasion?

FISBERTO.

Teníala por mujer  
De otra estima.

PAULA.

Puede ser.

FISBERTO.

Mal gusto.

PAULA.

¿Por qué razón?

FISBERTO.

Es aquel hombre de aqueMos  
Que se llaman en la corte  
Figuras.

PAULA.

De hablar acorte:

¿En qué le parece dellos?

FISBERTO.

Todo hombre cuya persona  
Tiene alguna garatusa,  
O cara que no se usa,  
O habla que no se entona;  
Todo hombre cuyo vestido  
Es flojo ó ampuñecado,  
Todo espetado ó mirlado,  
Todo efetero ó fruncido;  
Todo mal cuello ó cintura,  
Todo criminal bigote,  
Toda bestia que anda al trote,  
Es en la corte figura.

PAULA.

Con malos ojos miró

Al soldado, por los suyos.

FISBERTO.

A mirarle con los tuyos,

¿Fuera galán?

PAULA.

¿Por qué no?

Eso que figura llama,  
Es un mocito en efeto,  
Entre bellaco y discreto,  
Que de todo tiene fama.  
Con la mano en el registro  
Hace una guitarra hablar,  
Y con la espada callar  
A todo mortal ministro.  
Es por lo agudo un milagro,  
Y entre engañosas quimeras,  
Tiene las burlas y veras  
Como pernil gordo y magro.  
Es poeta de donaire  
Para seguidillas solas;  
Danza, y con mil cabriolas  
Dará de coces al aire.  
Por lo que es noble yo salgo,  
No hay que mirarle a los piés:  
Un don Diego Ordóñez es;  
Que aunque pobre, es buen hidalgo.

FISBERTO.

Hablas, Paula, con pasión;  
Que este hombrécillo es un mico.

PAULA.

Reportorio le suplico  
Con los que difuntos son.

FISBERTO.

¿Cómo difuntos?

PAULA.

Ausentes;

Que si presente estuviera...

FISBERTO.

Le diera...

PAULA.

¿Con qué le diera?

FISBERTO.

Con este pomo en los dientes.

PAULA.

¿Pomo! ¿Jesus! ¿es de azar?

FISBERTO.

Por temer á Feliciano...

PAULA.

Bueno está, baje la mano;  
Que no es libro de cantar.

FISBERTO.

A Feliciano he mirado,  
Y no habla con su esposa.

PAULA.

Ni ella con él. ¿Brava cosa!

FISBERTO.

¿Buen principio de casado!—

(Ap. á su amo.)

¿Qué es esto? Pues ¿cómo estás  
Sin hablar á Elisa así?

FELICIANO.

Como ella no me habla á mí,  
No quiero enfadarla mas.

FISBERTO.

¿Sois los novios de Hornachuelos?

Eso es, comed, desposado,  
—¿No come ella?

FELICIANO.

Estoy turbado,

Ni sé si es amor ni celos.

Para amor, no se lo debo,

Para celos es temprano.—

Dad licencia á Feliciano, (A Elisa.)

Que cierto negocio llevo

Para palacio forzoso.

ELISA.

Vos, mi señor, la teneis.

FELICIANO.

Suplicoos que me mandeis,  
Como á esclavo y como á esposo,  
Algo en que conozca yo  
Que el serlo vuestro estimais.

ELISA.

Para que de mí os sirvais,  
Licencia ese nombre os dió.  
Id en buen hora, y creed  
Que estimo tanto favor.

FELICIANO.

Es muy propio del valor

Hacer á humildes merced.

(Vanse Feliciano y Fisberto.)

## ESCENA IX.

ELISA, PAULA.

PAULA.

Ya que Feliciano es ido,  
Te quiero reñir, Señora,  
El haberle hablado agora  
Con rostro tan desabrido.  
Ya sé que nace de ver  
Que Carlos se vaya á Flándes;  
Pero en desdichas tan grandes  
Es el valor menester.  
¿En qué piensas? Vuelve en tí.

ELISA.

¿Ay Paula! Mi bien se va.  
¿Estará en las postas ya?

PAULA.

Presumo, Elisa, que sí.

ELISA.

Pues ¿qué haré yo, que me muero?  
La vida me ha de costar.

PAULA.

Bien lo puedes estorbar.

ELISA.

Paula, remediarlo quiero.  
Vaya en buen hora el honor,  
Si es que algun remedio sabes.

PAULA.

Como eso contigo acabes,  
Me ha parecido el mejor  
Dejar esta casa luego,  
Y irte á la de alguna amiga,  
Donde yo que estás le diga.

ELISA.

Iba tan celoso y ciego,  
Que no ha de querer volver.

PAULA.

Sí hará; que te adora el hombre.

ELISA.

Honor, ya por vuestro nombre  
Hice cuanto pude hacer;  
Perdonad, y dad licencia  
A mi amor.

PAULA.

¿Adónde irás?

ELISA.

De Laurencia fio mas.

PAULA.

Pues cerca vive Laurencia.  
(Vanse.)

Sala en casa de Laurencia.

## ESCENA X.

LAURENCIA, SABINA.

LAURENCIA.

Presto, Sabina, le hallaste.

SABINA.

De en cas de Aurelio salia.

LAURENCIA.

Y ¿dijote que vendria?

SABINA.

Habléle como mandaste,  
Y leyendo tu papel,  
Viene perdido de risa.

LAURENCIA.

Pues baja, y ábrele aprisa.

SABINA.

Estéban viene con él.

LAURENCIA.

No es Estéban de importancia.

SABINA.

Ellos entran.

LAURENCIA.

Tiemblo toda.  
Sillas y estrado acomoda.

## ESCENA XI.

CÁRLOS, ESTÉBAN. — Dichas.

LAURENCIA.

¿De camino?

CÁRLOS.

Voy á Francia,

Y en ninguna cosa veo  
Cuán desconocido estoy,  
Como en que digais que soy  
Cosa que apenas la creo.  
¿Quién, Laurencia, os ha engañado

LAURENCIA.

Estoy de vuestra partida  
Tan helada, que en mi vida  
Me he visto en mayor cuidado.  
¿Cómo ó por qué causa os vais?  
¿Es por celos esta ausencia?  
Que ya, sin saber Laurencia  
La ciencia que profesais,  
Adivina la ocasion.

CÁRLOS.

Para con vos, lo he fingido,  
Por dar pena á quien ha sido  
La causa.

LAURENCIA.

Teneis razon.  
Y con saber que no os vais

Cárlos, tan contenta quedo,  
Que diera albricias.

CÁRLOS.

No puedo  
Pensar por qué me llamais  
Para consultar conmigo  
Vuestras bellas manos hoy.  
¿Quién os ha dicho que soy  
Quien buenas venturas digo,  
Teniéndola yo tan mala?

LAURENCIA.

Cárlos, no me lo neguéis;  
Que bien sé que lo sabeis,  
Y que ninguno os iguala.

CÁRLOS.

Estéban.

ESTÉBAN.

Señor... (Ap. á él.)

CÁRLOS.

¿Qué es esto?

ESTÉBAN.

¿Qué desatinado estás,  
Pues conocido no has  
Lo que esta pretende en esto!  
Como á Feliciano amó,  
Que por Elisa la deja,  
Y tú della tienes queja,  
Pues que por él te dejó,  
Con este achaque ha querido  
Que junteis venganza y celos.

CÁRLOS.

No han hecho animal los cielos  
Tan agudo y entendido.

ESTÉBAN.

Toma la mano á Laurencia,  
Y lo que piensa adivina,  
Mientras le digo á Sabina  
Otro poco desta ciencia;  
Que en amarla tomarás  
Gran venganza de los dos.

CÁRLOS.

Bien me aconsejas, por Dios.—  
No quiero negaros mas (A Laurencia.)  
Lo que desta ciencia entiendo;  
Pero ha de ser condicion  
El silencio, que es razon,  
Porque en extremo me ofendo  
De que entiendan que adivino.

LAURENCIA.

A todo, Cárlos, me allano.

CÁRLOS.

Dadme, Señora, la mano.

LAURENCIA.

Veisla aqui.

CÁRLOS.

¡Favor divino!

Hago la cruz y la beso.

LAURENCIA.

Quedo, ¿la mano besais?

CÁRLOS.

La cruz no mas.

LAURENCIA.

Bien entráis.

CÁRLOS.

¡Jesús! ¡qué extraño suceso!  
Aqui se ve claramente  
Que un hombre en extremo amaís,  
De quien mal pagada estáis.

LAURENCIA.

¿Qué ingenio!

CÁRLOS.

Es cosa evidente.

Esta raya que atraviesa,  
Es que otra mujer llegó,  
Y este galán os quitó.

LAURENCIA.

Y aun pienso que á vos os pesa.

CÁRLOS.

Pesábame; pero ya  
Que desta mano me así,  
La que por celos perdí,  
Hoy la venganza me da.

LAURENCIA.

¿Qué decís?

CÁRLOS.

Que aqui se ve  
Que vengaros intentais  
Con otro hombre.

LAURENCIA.

¿Y vos pensais  
Que si lo intento podré?

CÁRLOS.

Ya lo estoy aqui mirando,  
Y me parece que sí.

LAURENCIA.

Miradlo en vos; porque en mí  
Ya está mirado.

CÁRLOS.

En vos, ¿cuándo?

LAURENCIA.

Antes que os diese ocasion  
Para adivinar mi gusto.

CÁRLOS.

Que hablemos aparte es justo.

LAURENCIA.

Hablemos.

CÁRLOS. (Ap.)

¡Brava invencion!

(Bajan la voz.)

ESTÉBAN.

Y ella, señora Sabina,  
¿No sabe que soy criado  
Del astrólogo?

SABINA.

¿Ha tomado

Algo de aquella doctrina?

Porque deseo saber

Mas de mil cosas.

ESTÉBAN.

Yo soy

Tal, que mil vueltas le doy.

Mas quiero darle á entender

Que en Valladolid habia

Un astrólogo estudioso,

Que un pronóstico famoso

Todos los años hacia.

Este tenia un criado,

Que todo al revés de aquel,

Escribia otro papel,

Y era siempre el acertado.

Murió el astrólogo en fin,

Y el criado no escribió,

Y á quien se lo preguntó,

Confesó que era un rocin,

Y que acertaba después

Que al amo contradecía;

Que alquimia y astrologia

Se han de entender al revés.

SABINA.

Nuestros amos, me parece

Que con gran contento están.

ESTÉBAN.

Vengarse los dos querrán.

SABINA.

Ansi en el mundo acontece.

ESTÉBAN.

Tambien tenemos los dos

De qué vengarnos.

SABINA.

Fisberto

Me deja.

ESTÉBAN.

Vuestro concierto  
Hahemos visto los dos.  
A mi Paula me ha dejado.  
Si me quieres, aqui estoy.

SABINA.

¡Ay, mi Estéban, tuya soy!

LAURENCIA.

Cárlos, verdad te he contado.  
Yo te comienzo á querer  
Por venganza y por furor;  
Pero acabará en amor,  
Y en que seré tu mujer.

CÁRLOS.

Cuando no fueras quien eres,  
Por vengarme te adorara.  
Tuyo he de ser.

LAURENCIA.

Pues repara

En que mi honor consideres.

CÁRLOS.

¿Llamaron?

LAURENCIA.

Pienso que sí.

## ESCENA XII.

MAESE JUAN. — DICHOS.

MAESE JUAN.

Aquí está Elisa, Señora.

CÁRLOS.

¡Elisa aqui!

LAURENCIA.

¡Elisa agora!

CÁRLOS.

Sabe que te ofende á ti,  
Y querráse disculpar.

LAURENCIA.

¿Qué haré? Qué es fuerza esconderte.

CÁRLOS.

Esconderme fué mi muerte;

Mas no se puede excusar.

LAURENCIA.

Ponte detrás dese paño.

(Vase Maese Juan.)

CÁRLOS.

Amor niño, ¿qué ha de hacer?

Juega, y juega al esconder,

Cuando mas descubre el daño.—

Ponte, Estéban, á este lado;

Veamos esta invencion.

ESTÉBAN.

No es mucho, si toros son,

Que andemos siempre en tablado.

(Escóndense Cárlos y Estéban.)

## ESCENA XIII.

ELISA, PAULA. — LAURENCIA, SA-  
BINA; CARLOS Y ESTÉBAN, ocultos.

ELISA.

Porque de mí tendrás, Laurencia hermo-  
Formada justa queja, no he querido [sa,  
Valerme de otra casa, ni á otra amiga  
Descubrir el secreto de mi honra.

Dirás que me he casado con tu esposo,

Dirás que te he quitado á Feliciano;

Mi padre me forzó, mi humilde pecho

Por su obediencia aventuró su gusto.

Determinéme á ser hija obediente;

Verdad es que forzada obediencia;

Mas viendo que mi bien se parte a Flán-

Por no me ver casar, y tan aprisa, [des

Que ya queda en la posta, mis entrañas

Se han de manera enternecido, y tan o



Pudo el ver en sus ojos una lágrima,  
Que loca, sin honor, sin alma vengo  
A pedirte que envíes quien le llame;  
Que aquí en tu casa le dará la mano,  
Y eternamente quedará por suya.

LAURENCIA.

Elisa mía, ya acordaste tarde.  
Carlos se fué; yo vi pasar las postas,  
Y desde estas ventanas, admirada.  
Le pregunté la causa por que hacia  
Tan súbita jornada, y respondíome:  
«Por no aguardar que goce Feliciano,  
Laurencia amiga, el bien mayor que tu-  
[ve.]»

Diciendo así, cubrió los ojos Carlos  
De un lienzo, y con dolor picó la posta,  
De suerte que pasó cual suele el rayo,  
Que apenas de la vista se percibe.

ELISA.

¿Que es ido Carlos y que Elisa vive?  
¿Desventurada de mí!  
¿Tan tarde á buscarle vine!  
Alma loca, piés cobardes,  
¿Que tan poca prisa os distes?  
¿Que obediencia fué la mía?  
El alma ¿no nació libre?  
Dios ¿no me dió libertad?  
Pues ¿qué es lo que dije y hice?  
¿Adónde hallaré mi bien?  
¿Por dónde podré seguirle?  
¿Cielos! Si el alma me deja,  
El cuerpo ¿de qué me sirve?  
¿Oh notable imposible!  
¿Que es ido Carlos y que Elisa vive?  
¿Plega á Dios que si volviere,  
Donde mi padre me obligue  
A obedecerle jamás,  
Que antes la vida me quite!  
Vé, amiga, y di que soy muerta,  
Dí á mi padre que me viste  
Hacer pedazos: ¿qué aguardas?

PAULA.

Señora, tarde te afiges;  
Advierte...

ELISA.

¿Qué he de advertir?

PAULA.

Mira...

ELISA.

¿Qué quieres que mire?

PAULA.

Laurencia, ayúdame.

LAURENCIA.

¿Cómo?

ELISA.

¿Que no le he de ver? ¡Ay triste!  
¿Que le dije que se fuese?  
Que pudieran dividirse  
Dos almas que junta el cielo?  
¡Ah Carlos! ¿dónde te fuiste?  
¿Oh notable imposible!  
¿Que es ido Carlos y que Elisa vive?

CÁRLOS. (Ap. á Estéban, donde están escondidos.)

No puedo sufrir, Estéban,  
Aunque mas celos me animen,  
Ni las lágrimas que llora  
Ni las palabras que dice.  
Salir quiero.

ESTÉBAN.

Tente un poco.

CÁRLOS.

Que me tenga no es posible.  
¿No ves que me está adorando?

ESTÉBAN.

Ya que sabes que es tan firme,  
Véngate, ensáñchate.

CÁRLOS.

¡Ah, cielos,  
Que se me muere aquel cisne!  
¡Ay, cuán dulcemente canta!  
Déjame que rescuite  
Aquella fénix de amor.

ELISA.

¿Cómo los cielos permiten  
Que viva Elisa muriendo...  
Cuando Carlos se despierte?  
Pero verá el mundo agora  
Que si es Piramo, soy Tisbe.  
¿Oh notable imposible!  
¿Que es ido Carlos y que Elisa vive?

#### ESCENA XIV.

OCTAVIO, FELICIANO.—DICHOS.

OCTAVIO. (Dentro.)

Mis partes has de hacer como cuñado.

LAURENCIA.

Elisa, este es Octavio, y tu marido  
Viene con él; atápate y escóndete.

ELISA.

¡Válame Dios!

LAURENCIA.

Ponéos las dos los mantos.

ELISA.

Aquí detrás me escondo.

(*Éntranse Elisa y Paula donde están Carlos y Estéban. — Salen Feliciano y Octavio.*)

OCTAVIO.

¿Porqué causa,  
Laurencia, se escondieron estas damas?

LAURENCIA.

Vienen de Atocha y poraquí se entraron;  
Que vienen por tocar, y las mujeres  
No quieren que las vean en bosquejo.  
Mas ¿qué es la causa de que en esta casa  
Tengas esta licencia, Feliciano?

FELICIANO.

Yo, Laurencia, no pienso que tuviera  
Atravimiento de venir á verte,  
Menos que por hacerte este servicio.  
No cree Octavio que te tengo hablado;  
Soy su cuñado y obligado amigo,  
Su bien deseo, y lo será muy grande  
Para los dos que con mi Elisa vivas.  
Concluyamos aquesto si te agrada,  
Pues de sus partes todo el mundo tiene  
Tanta satisfacción: ¿qué me respondes?

LAURENCIA.

Que estoy casada.

FELICIANO.

Tú, ¿con quién?

LAURENCIA.

Con Carlos.

OCTAVIO.

¿Qué Carlos?

LAURENCIA.

¿No conoces á quien digo?

OCTAVIO.

El Carlos que conozco es ido á Flándes.

FELICIANO.

Dice muy bien Octavio, esc mancebo  
Tomó la posta agora.

LAURENCIA.

Fué fingido

Por cosas que le importan; mas lo cierto  
Es que Carlos, Octavio, es mi marido,  
Yo soy mujer de Carlos.

FELICIANO.

¿A quién piensas,  
Laurencia, que das celos con mentiras?

LAURENCIA.

Si son mentiras lo verás mañana,  
Primera monición de nuestras bodas.

OCTAVIO.

Feliciano, yo estoy sin seso: vamos  
Donde me informe si verdad nos dice.

FELICIANO.

Digo que es ido Carlos por la posta.

LAURENCIA.

Digo que está muy cerca de mí Carlos.

OCTAVIO.

Vamos por Dios; que yo sé dónde vive.

FELICIANO.

Vamos, porque sosiegues; mas yo creo  
(Ap. á Octavio.)

Que por dar pesadumbre, por dar celos,  
Laurencia finge lo que no es posible.

OCTAVIO.

¡Ay triste yo si fuese verdad esto!  
De qué cielo he caído á tanta pena,  
Cuando mas la esperanza sostenia  
La vida que guardé para Laurencia!

FELICIANO. (Ap.)

No voy menos picado y afligido;  
Que no la quiero menos. ¡Qué venganza  
Ha tomado de mí si fuese cierto!

SABINA. (Ap. á su ama.)

Con una piedra misma los has muerto.  
(*Vanse Feliciano y Octavio.*)

#### ESCENA XV.

CÁRLOS, ELISA, ESTÉBAN y PAU-  
LA, saliendo de donde estaban ocultos; LAURENCIA, SABINA.

CÁRLOS.

Detente, y no seas extraña;  
Que me quitaré la vida.

ELISA.

Detente tú, y no me toques;  
Porque daré voces.

CÁRLOS.

Mira

Que soy tu Carlos, mi bien.

ELISA.

¿Tú mi Carlos?

CÁRLOS.

Sí, mi Elisa.

ELISA.

Tú mi muerte, tú mi infierno;  
Que tu mi bien es mentira.

CÁRLOS.

¿Eres tú, Elisa del alma,  
La que á buscarme venías,  
Como la cierva las aguas,  
De la ardiente yerba herida?  
Pues ¿cómo, si me has hallado,  
Huyes de mí?

ELISA.

Mas me incitas

Con ver que negar no puedes  
El amor que me debías.  
Cuando yo vengo á buscarte,  
Alma, fama, honra y vida  
Perdidas, ¡te hallo escondido  
Adonde yo me escondia  
De mi hermano y de mi esposo!  
No mas: hoy verás á Elisa  
Casada con Feliciano.

CÁRLOS.

Mi bien, escucha.

ELISA.

No digas  
Palabra; que no lay disculpa.

¡Oh qué graciosa partida!  
¡Qué lindas postas á Flándes! (Vase.)

CÁRLOS.

Elisa, Elisa divina,  
Dulce Elisa de mis ojos,  
Estrella y luz de sus niñas!

ESTÉBAN.

Fuése, no te canses mas.—  
Aguarda, Paula querida,  
Paula, Paula de mis ojos,  
Lagaña de sus orillas,  
Oye.

PAULA.

Váyase el picaño  
Con la señora Sabina,  
Pues que le escondió en su casa. (Vase.)

CÁRLOS.

Dame licencia que siga  
Esta cruel.

LAURENCIA.

Oye, Carlos.

CÁRLOS.

Tu discrecion me permita  
Que la detenga. (Vase.)

SABINA.

Oye, Estéban.

ESTÉBAN.

Haréle el rostro una criba. (Vase.)

LAURENCIA.

¡Buenas habemos quedado!  
¡Oh qué mala astrología!  
Mas yo buscaré remedio;  
Que quien ama y solicita,  
Todo cuanto quiere alcanza.

SABINA.

Luego ¿ya Carlos te pica?

LAURENCIA.

Si te digo lo que siento,  
Quien bien ama, tarde olvida.  
Mi verdad es Feliciano,  
Si me le dejase Elisa.

## ACTO TERCERO.

Calle.

### ESCENA PRIMERA.

FELICIANO, FISBERTO.

FISBERTO.

¿Eso le dijiste?

FELICIANO.

Sí.

Este medio imaginé,  
Con que fuera le dejé  
Del casamiento y del sí.

FISBERTO.

¿En efeto le pediste  
Cuatro mil ducados mas?  
Pues ¿cómo volviste atrás  
La palabra que le diste?

FELICIANO.

Celos de Laurencia son.

FISBERTO.

Señor, en tu honor repara.

FELICIANO.

Mas vale vergüenza en cara  
Que mancilla en corazón.

FISBERTO.

No pienso que has acertado.

FELICIANO.

¿Por qué?

FISBERTO.

Porque estando escrito,

Es en ley de hombres delito,  
Y infamia en el que es honrado.  
Cuando la palabra dieras  
Solamente, Feliciano,  
En posesion de villano  
Quedaras si la rompieras,  
Cuanto mas una escritura.

FELICIANO.

Eso fué en tiempos atrás;  
Que agora, ¿dónde hallarás  
Fe ni palabra segura?  
La firma, el prometimiento,  
Son como nubes ó espumas;  
Porque palabras y plumas  
Dicen que las lleva el viento.

FISBERTO.

Esas plumas y palabras  
No son las que á ti te obligan,  
Porque estas prenden y ligan,  
Cuando bien los ojos abras.  
El amigo que promete  
Por palabra ó por papel  
Ser á su amigo fiel

Desde una vez hasta siete,  
Y no lo cumple, no importa;  
El principe ó el señor  
Que promete hacer favor,  
Y en la ocasion se reporta,  
Mal hace; mas es costumbre;

El juez y el escribano  
Que os promete dar la mano,  
Y os da después pesadumbre,  
No es del honor detrimento  
Que os haga prender después,  
Ni es maravilla, pues es  
Vara sutil, pluma al viento;

Que pretendiendo el que ama  
Escriba y diga mil cosas,  
Y otras tantas fabulosas  
Al mismo amante la dama,  
Es negocio que se usa;  
Que un sastre, que un oficial  
Mienta, es cosa natural,

Porque con mentir se excusa;  
Pero que habiendo firmado  
Una escritura algun hombre,  
En infamia de su nombre  
La niegue, no es hecho honrado;  
Demás de que le podrán  
Por justicia convencer.

FELICIANO.

En cosas que entra mujer  
Mayor licencia nos dan;  
Que hasta dar un hombre el sí  
Delante de un sacerdote,  
No hay quien de infame le note  
Ni fuerce á cumplirlo así.  
Ya sabes que es ordinario  
El no hacerse un casamiento.

FISBERTO.

Que le hayas dejado siento.

FELICIANO.

Dirán que soy hombre vario  
Y fundado en interés;  
Pero á lo que ves me esfuerza  
Querer casarme por fuerza,  
Que es muy mal hecho.

FISBERTO.

No es,

Pues dejaron el concierio  
En tus manos, aunque viste  
Que hallado en su casa fuiste.

FELICIANO.

Ya estás muy necio, Fisberto.  
No ha de apretar al señor  
Esa manera el criado.

FISBERTO.

Gente por la calle ha entrado.

FELICIANO.

Rebózate.

FISBERTO.

¿No es mejor

Entrar en cas de Laurencia?

FELICIANO.

Es tarde para visita.

FISBERTO.

Pues desta puerta te quita;  
No obligues que la paciencia  
De Octavio se vuelva en furia.

FELICIANO.

¿Qué me puede hacer Octavio?

FISBERTO.

Sentir de Elisa el agravio  
Y satisfacer su injuria.

### ESCENA II.

CÁRLOS y ESTÉBAN, en traje de noche. — Dichos.

ESTÉBAN.

Mira que hay gente en la calle.

CÁRLOS.

Arrimate por ahí.

ESTÉBAN.

Dos hombres están aquí.

CÁRLOS.

¿De qué talle?

ESTÉBAN.

De buen talle.

CÁRLOS.

Mas ¿si fuese el desposado?

ESTÉBAN.

¿Quieres que le dé un pasco?

CÁRLOS.

Ver tu buen pecho desco.

ESTÉBAN.

Voy.

CÁRLOS.

Vé alerta y embozado;  
Pon de manera la capa  
Que no te estorbe al broquel,  
Porque hay antuvion cruel.  
Si ven que un hombre se escapa.

ESTÉBAN.

Ya estoy en mortal postura.

CÁRLOS.

Camina; que aquí te espero.

(Vase Estéban á Feliciano y Fisberto.)

FISBERTO. (Ap. á Feliciano.)

Aquí viene un caballero;  
Encubrirte bien procura.

FELICIANO.

¡Oh cómo viene arrogante!

FISBERTO.

El parece, ó es malicia,  
Espia de la justicia,  
Destos que vienen delante.

ESTÉBAN.

¿Quién son?

FELICIANO.

Decid vos primero  
Quién sois, que lo preguntais.

ESTÉBAN.

¿No me ven?

FELICIANO.

Despacio estáis.

¿Quién sois?

ESTÉBAN.

Soy un caballero.

FELICIANO.

Pues ¿por qué os toca saber  
Quién soy ó cómo me llamo?

ESTÉBAN.

Porque lo manda mi amo.  
(Ap. Creo que lo eché á perder.)

FELICIANO. (Ap. á Fisberto.)

Justicia es esta, camina;  
Que aunque son principal gente,  
El que sale impertinente  
Al mas cuerdo desatina.

FISBERTO.

Cierto que es tenerla en poco,  
Siendo de tan alto precio,  
Porque es la vara en un necio  
Palo en ciego, espada en loco.

(Vanse Feliciano y Fisberto.)

## ESCENA III.

CÁRLOS, ESTÉBAN.

ESTÉBAN.

¿Qué te parece?

CÁRLOS.

¿Qué has hecho?

ESTÉBAN.

Llegué como un paladin  
A estos hombres, porque en fin  
Importa mostrar buen pecho,  
Y díjeles: «Caballeros  
(Y por mostrarme cruel  
Hice sonar el broquel  
Con los temidos aceros),  
Yo he menester esta calle,  
O matarlos á los dos. —  
Tomalda, Señor, por Dios,  
Dijo aquel de mejor talle,  
Y dejadnos ir en paz. —  
Váyanse, dije, á sus casas  
Y acuéstense.»

CÁRLOS.

El mundo abrasas.

¿Oh cuánto encubre un disfraz!

ESTÉBAN.

¿Qué es lo que habemos de hacer?

CÁRLOS.

¿No dices que has concertado  
Hablar con Paula?

ESTÉBAN.

He pensado

Que te podrán conocer.

CÁRLOS.

No harán; que estaré escondido.  
Aunque mucho mejor fuera  
Que yo ser tú me fingiera,  
Y hablara á Paula atrevido.

ESTÉBAN.

¿No podré decirle yo  
Lo que tú le has de decir?

CÁRLOS.

No lo sabrás tú sentir.  
¿Abrió la ventana?

ESTÉBAN.

Abrió.

CÁRLOS.

Apártate, como que eres  
Yo, que estoy allí arrimado.

ESTÉBAN.

Habla como yo, embozado,  
Ya que ser lo que soy quieres.

(Embozanse.)

## ESCENA IV.

ELISA y PAULA, que salen á una ven-  
tana. — CÁRLOS y ESTÉBAN, en la  
calle, embozados.

ELISA.

¿Aquí dijo que vendría  
Estéban á hablarte agora?

PAULA.

Esto me dijo, Señora,  
Hoy, que le hablé á mediodía.

ELISA.

Gente á nuestra puerta veo.  
Que soy tú quiero fingir.

PAULA.

¿No le sabré yo decir  
Lo que tú tienes deseo?

ELISA.

Desvíate; que ya llega. —  
¿Es Estéban?

CÁRLOS.

Y tú acaso

¿Eres Paula?

ELISA. (Ap.)

¿Extraño caso!

¡Oh cuánto amor puede y ciega!  
En la voz he conocido  
A Carlos.

CÁRLOS. (Ap.)

Elisa es esta;

Que la voz lo manifiesta,  
Aunque la voz ha fingido.

ELISA.

Estéban, ¿dónde ha quedado  
Aquel tu dueño cruel?  
Mas ¿qué pregunto por él,  
Si sé dónde le has dejado?  
Estará con su Laurencia.  
Tú entre tanto á verme vienes.

CÁRLOS.

¡Buena disculpa te tienes,  
Después que sabes su ausencia!  
Carlos nunca tuvo amor,  
Ni aun pensamientos de amar  
A Laurencia.

ELISA.

Si á negar

Obliga tanto furor  
Lo que se sabe que es cierto,  
Lo que se ve, ¿qué será?

CÁRLOS.

Ya que ella casada está,  
Y tú quieres á Fisberto,  
¿Para qué pueden ser buenos  
Los celos á sangre fría?

ELISA.

Ni ella lo está, ni aun querría,  
Ni yo á Fisberto á lo menos;  
Pero Carlos á Laurencia  
Bien sabemos que la adora.

CÁRLOS.

¿Cómo la adora, si agora  
Emprende tan larga ausencia?

ELISA.

¿Que! No se irá.

CÁRLOS.

¿Cómo no,  
Si esta tarde se ha partido?

ELISA.

¿Carlos es ido?

CÁRLOS.

Ya es ido.

ELISA.

¿Se partió?

CÁRLOS.

Ya se partió.

ELISA.

Pues ¿á qué te deja á tí?

CÁRLOS.

A despachar lo que lleva.

ELISA. (Ap.)

Basta; que le engaño, y prueba  
Carlos engañarme á mí.

CÁRLOS. (Ap.)

¿Qué lindo picon le he dado!  
Que piensa que estoy ausente.

ELISA. (Ap.)

Este piensa llanamente  
Que su ausencia me ha picado,  
Y véole desde aquí.

CÁRLOS.

Ahora bien, ¿qué le diré?  
Porque mañana me irá.

ELISA.

Lo que quisieres le di;  
Que yo sé que mi señora,  
Viendo que quiere á Laurencia,  
No solo siente su ausencia,  
Pero que me dijo á mí  
Que mañana se casaba.

CÁRLOS.

¡Fuego del cielo en Elisa!  
¡Oh qué bien dice esa prisa  
Con la que á Carlos amaba!  
¡Plega al cielo que casada  
Quede con tan mala estrella,  
Que se haya dicho por ella  
La bella maldaridad!  
Plega al cielo que su esposo  
Sea siempre perseguido  
De un cobarde bien nacido  
Y de un bajo poderoso!  
Que el bien nacido cobarde  
Compra y busca algun traidor,  
Y el humilde con favor  
Hace mal temprano ó tarde.  
¡Plega al cielo!...

ELISA.

Poco á poco;

Que es mucho, señor lacayo.

CÁRLOS.

Soy Carlos, soy furia y rayo,  
Soy... ¿Qué soy? Basta ser loco.

ELISA.

¿Carlos! Pues ¿no estaba ausente  
Porque á Laurencia no amaba?

CÁRLOS.

Ausente de Elisa estaba,  
Puesto que estaba presente;  
Que ausencia es como el olvido.  
Ausente está el olvidado;  
Mas tú, que me has escuchado,  
Dile que mi muerte ha sido,  
Dile que es fiero cruel,  
Dile que es ira del cielo,  
Dile que no tiene el suelo  
Hoja, pluma, flor, papel  
Mas ligera ni mudable.  
Dile...

ELISA.

Paso; que soy yo.

CÁRLOS.

Ya el alma te conocí.  
Luna veloz, mar instable.  
Hasta agora no tenia  
Pensamiento de partirme;  
Que soy hombre, que soy firme,  
Y era verdad mi porfía.  
Pero agora desde aquí  
Pienso salir del lugar.  
Pero quérome vengar.  
Oye.

ELISA.

Lo que quieres di.



CÁRLOS.

Estos tus papeles son,  
Tus retratos y cabellos;  
Ni yo iré con ellos, ni ellos  
Conmigo en esta ocasión.

ESTÉBAN.

Tente, Señor.

CÁRLOS.

¿Tú me tienes?

ESTÉBAN.

Porque te has de arrepentir;  
Que no has de poder vivir,  
Si á hallarte sin ellos vienes.  
Que por lo demás, no hay cosa  
Mas discreta que rasgallos,  
Por no ver después tocallos  
Una mano escrupulosa,  
Que sin ver sus mocedades  
Dirá que son desatinos,  
Porque siempre en los vecinos  
Se ven mas las liviandades.  
Da ese retrato al demonio;  
No diga algun mentecato  
Que adoras en un retrato,  
Y te ponga un testimonio  
En ocasión de perderte.

CÁRLOS. (Ap. á Estéban.)

¿Tienes un papel ahí?  
Fingiré que los rompí.

ESTÉBAN.

Buena industria.

CÁRLOS.

Amor me advierte.

ESTÉBAN.

Si á darte otra cosa vengo  
Tan buena, no has de enojarte.

CÁRLOS.

No haré.

ESTÉBAN.

Pues escucha aparte.

Diez ó doce naipes tengo.

CÁRLOS.

¿Naipes?

ESTÉBAN.

Son para encajar,

Si necesidad se ofrece.

CÁRLOS.

Muestra.

ESTÉBAN.

Lástima parece.

CÁRLOS.

Estotros puedes guardar. —  
Elisa, hoy te dejo rota,  
Hoy rompo...

ESTÉBAN. (Ap. á su amo.)

Y pudiera ser,

Si fuera mala mujer,  
Y rompiera alguna sota.

CÁRLOS.

Tu retrato, que es razon,  
Por figura, que del alma  
Te rompe ausencia y desalma,  
La emprenta del corazón.  
Rasgo estos falsos papeles  
De la manera que miras,  
Para rasgar las mentiras  
Que escribir y decir sueles.  
Rasgo amores y locuras  
Y encarecimientos vanos.  
¡Ay, quién tuviera en las manos  
Esas tus entrañas duras!  
Mas no quiero enternecerme  
Ni quiero volver á hablarte;  
Partirme quiero y dejarte.

ELISA.

Oye, mi bien, vuelve á verme.  
Una palabra me escucha.

CÁRLOS.

No hay palabra á quien las quiebra.  
(Vase.)

PAULA.

¡Estéban, Estéban!

ESTÉBAN.

Cebra

Salmonada como trucha,  
Quinola soy sin descarte.  
(Vase.)

## ESCENA V.

ELISA y PAULA, en la ventana.

PAULA.

Fuéronse.

ELISA.

Si no supiera

Que no es esta la primera  
Que se queda y que se parte,  
Perdiera el seso; mas creo  
Que no se irá del lugar.

PAULA.

Tanto partir y quedar  
Fué siempre de amor rodeo.  
Parece el cielo nublado,  
Que no acaba de llover.

ELISA.

Eso que pudo romper,  
Me ha dado, Paula, cuidado.  
Llama á ese viejo, y deciendo  
Con una vela á la calle,  
Y porque ninguno halle  
Mi letra, el papel enciende;  
Que puede ser que mi hermano  
O mi padre entiendan esto.

PAULA.

Yo bajo á llamarle presto.

ELISA.

Yo espero.

PAULA.

Esperas en vano. (Vase.)

## ESCENA VI.

ELISA, á la ventana.

[tan,

¡Qué propies en amor, como lo can-  
fr y quedarse, y con quedar partirse!  
¡Oh cuántos pensamientos quieren irse,  
Que al primer paso del partir se espantan!

Los piés con el agravio se adelantan  
A la tierna piedad del despedirse;  
Mas suele amor al mismo agravio asirse,  
Y sentarse donde ellos se levantan.

Si amor es un colérico accidente,  
No puede hacer efectos de cobarde;  
Que es fuego, es ira, es furia, es rayo ar-  
[diente.

Mal huye quien de amor se abrasa y ar-  
[de;

Que como amor se precia de valiente,  
Vuelve la espalda á su enemigo tarde.

## ESCENA VII.

MARQUINA y PAULA, saliendo á la calle. — ELISA, en la ventana.

MARQUINA.

¿No me dejaras vestir?

PAULA.

¿Qué bueno para la prisa  
Que nos está dando Elisa!

MARQUINA.

¿Qué bestia podrá sufrir  
Tan extraño madrugar?

PAULA.

Si ella está ya levantada,

¿En qué os hace agravio?

MARQUINA.

En nada.

ELISA.

¿Aun no acabais de buscar?

MARQUINA.

¿Quién es?

PAULA.

¿Mi señora es,  
Que está en la ventana.

MARQUINA.

Admira

Su cuidado.

PAULA.

El papel mira.

MARQUINA.

Vesle aquí junto á tus piés.

PAULA. (A su ama.)

¿Rasgálos todos aquí  
Cárlas cuando se partió?

ELISA.

Sí.

MARQUINA.

Naipes solo hallo yo.

PAULA.

¿Cómo?

MARQUINA.

Naipes.

PAULA.

¿Naipes?

MARQUINA.

Sí.

PAULA.

Mira no sea el retrato,  
Que está en naipes.

MARQUINA.

La que ves,

La sota de bastos es.

Jugó, perdió y dió harato.

PAULA.

Mira que el revés será.

MARQUINA.

Por acá no hay otra cosa.

PAULA.

¿Hay industria mas graciosa?

Mira si por dicha está

Entre ellos algun papel.

MARQUINA.

La guarnicion está aquí  
Del as de espadas.

PAULA.

¿Que así

Nos burle aqueste cruel,  
Costándonos tantos lloros?—  
Vuelve estas espaldas blancas.

MARQUINA.

Vuelvo.

PAULA.

¿Es papel?

MARQUINA.

Son las ancas...

PAULA.

¿De quién?

MARQUINA.

Del caballo de oros.

PAULA.

Brujulea aquestos dos.

MARQUINA.

Este el dos de copas es.

PAULA.

¿Que no hay papel?

MARQUINA.

¿No lo ves?

PAULA.  
Notable enredo, por Dios.

ELISA.  
¿Qué es eso, Paula?

PAULA.  
Ha rompido  
Este amador de ventaja,  
Por vengarse, una baraja.

ELISA.  
La baraja de Cupido  
Billetes dicen que son.

PAULA.  
Esta tiene, en mi conciencia,  
De su majestad licencia.

ELISA.  
No ha sido mala invencion.  
Entrate, Paula, á acostar.

PAULA.  
¿Cómo acostar, si amanece?

ELISA.  
¿Es ya el día?

MARQUINA.  
El día, y crece.  
ELISA.

Ansi me pienso quedar. (Vase.)

PAULA. (A Marquina.)  
Ya no sois mas menester.

MARQUINA.  
Pues á conque me voy.

PAULA.  
¿Qué teneis que escribir hoy?  
MARQUINA.

Nunca me falta que hacer.  
Un villancico á un mezuquino  
Que no mira por su casa,  
Y corrige lo que pasa  
En casa de su vecino.

PAULA.  
No os prendan.

MARQUINA.  
La torre es alta.  
Seguro estoy del papel,  
Pues no le prendan á él,  
Que es el que tiene la falta.  
(Vanse.)

Sala en casa de Aurelio.

**ESCENA VIII.**  
AURELIO, OCTAVIO.

AURELIO.  
No me consueles, porque no es posible.

OCTAVIO.  
¿Es posible que tanto entendimiento  
No pueda hallar remedio conveniente?

AURELIO.  
Ni,gun remedio en mis desdichas siento.  
¿Que agora pida cuatro mil ducados,  
Lleno todo el lugar del casamiento!  
¿Estos tienes por términos honrados?  
Los que miran el oro, y no la esposa,  
Suelen después vivir desesperados.

OCTAVIO.  
Pienso, Señor, que de Laurencia hermo-  
Debe de estar preñado Feliciano, [sa  
Y que esta ha sido treta cautelosa.  
Déjale estar; que tiene de villano  
Algo, que por la corte se murmura.

AURELIO.  
El por lo menos es hombre liviano.  
¿Mal haya la sospecha mal segura  
Que tuve de mi Elisa! pues por ella

Quise, Octavio, intentar tanta locura.  
Casárase mejor con Carlos ella,  
Pobre en efeto, pero bien nacido,  
Y que hoy presumo yo que adora en ella.

OCTAVIO.  
Puestú ¿qué piensas que la causa ha sido  
Para irse á Flándes?

AURELIO.  
Este casamiento  
De Feliciano debe de haber sido.  
Llama á Elisa, digámosle su intento.

OCTAVIO.  
¿Estará levantada?

AURELIO.  
Sí; que sale  
Paula vestida ya de su aposento.

OCTAVIO.  
Con el espejo entró.

AURELIO.  
Pues entra, y dale  
La nueva del deshecho trato nuestro.

OCTAVIO.  
Yo voy. (Vase.)

AURELIO.  
¿Qué pena habrá que á tanta iguale?  
Si á Octavio los deseos no le muestro  
Que de vengarme tengo deste agravio,  
Es porque estoy en el sufrillo diestro;  
Porque es mejor que no perder á Octavio.

### ESCENA IX.

ELISA, OCTAVIO.—AURELIO.

ELISA.  
¿Qué dices?  
OCTAVIO.  
Que no te casas;  
Que pide otros cuatro mil  
Sobre los seis.

ELISA. (Llorando.)  
¡Hombrer vil!  
OCTAVIO.

Elisa, ya en eso pasas  
Del ánimo varonil.  
¿Qué se te da de perder  
Un hombre que mas estima  
El oro que tal mujer?

AURELIO.  
Pues, Elisa, ¿ansi me anima  
Tu discreto proceder?  
¿Llorando vienes á verme,  
Cuando tu consuelo espero?

ELISA.  
Si acaba de sucederme  
Tanto mal, rigor tan fiero,  
Que ha de acabarme y perderme,  
¿Qué te espanta el sentimiento?

AURELIO.  
¿Piensas que te ha de faltar  
Mas honrado casamiento?

ELISA.  
El ver mi honor murmurar,  
Señor, solamente siento.  
¿Qué dirán todos de mí,  
Si no que de un hombre fui  
Por defectos despreciada?

AURELIO.  
No será persona honrada  
Quien lo presuma de ti.

ELISA.  
¿Cómo no, si estando hecho,  
Y cerca de ejecutar,  
Queda, como ves, deshecho?

AURELIO.  
Contra el rigor popular

No hay defensa de provecho.  
Muchos tratan de casarse,  
Que no llega á ejecucion.

ELISA.  
Cuando es no mas de tratarse,  
No suele quedar razon  
Para que puedan quejarse;  
Mas cosa tan recebida,  
Tan hecha, tan admitida  
De amigos y de parientes,  
¿Cómo, di, Aurelio, no sientes  
Que me ha de costar la vida?  
Pues bien creerás que no son  
Nacidas estas razones  
De tenerle yo aficion.

AURELIO.  
Con verte triste me pones,  
Elisa, en mas confusion.  
¿Qué puedo yo hacer en esto,  
Si este mancebo se ha puesto  
En tener el dote en mas  
Que tu virtud?

ELISA.  
Bien podrás  
Tomar un partido honesto.  
Dale deso que ha pedido  
La mitad.

AURELIO.  
No ha de querer.  
ELISA.

Dalo todo.  
AURELIO.  
¿Tú has sabido  
Lo que he perdido?

ELISA.  
El perder  
¿No es hacienda?  
AURELIO.  
Hacienda ha sido.  
ELISA.

Pues diferente valor  
Tiene el honor.  
AURELIO.  
Pues ¿qué honor

Pierdes?  
ELISA.  
Decir que me deja  
Por algun defecto.

AURELIO.  
Es queja  
De poca fuerza en rigor.  
Yo no tengo ese dinero,  
Si no vendo hasta la casa  
En que vivo.

ELISA.  
En mal tan fiero,  
La casa, la hacienda abruza,  
Y guarda el honor primero.

AURELIO.  
Tiene Octavio parte aquí.

ELISA.  
Octavio es hombre, y por mí  
Se quedará sin hacienda.

OCTAVIO.  
Digo que se empeeñe y venda  
Mi hacienda, Elisa, por tí.  
Yo iré á buscar en la guerra  
La muerte ó la vida.

ELISA.  
Hermano,  
Tuya soy, mi rostro hierra.

OCTAVIO.  
Por casar á Feliciano,  
Quedaré pobre en mi tierra;  
(Ap. Que lo que yo gano aquí  
Es, que si él queda casado,  
Me queda Laurencia á mí.)

ACRELIO.

Que Octavio sea soldado  
Por darte remedio á ti  
Es cosa puesta en razon;  
Mas yo ¿con qué viviré?

ELISA.

Padre, á mi honor y opinion  
Ahora remedio se dé,  
Pues los importantes son;  
Que vos viviréis conmigo.

ACRELIO.

Ahora bien, pues quieres darte  
A quien ha usado contigo  
Ese término, no es parte  
Ver que á ser pobre me obligo  
Para no dar tu belleza  
A quien con tanta bajeza  
Ha tratado tu valor,  
Y hombre en fin que puso amor,  
No en ti, sino en tu riqueza.  
Yo digo que soy contento  
De pasar lo que me queda  
De vida en un aposento  
Pobre, porque hacerse pueda,  
Elisa, tu casamiento.  
Si quien comienza á vivir,  
Como Octavio, está animoso,  
Yo, tan cerca de morir,  
¿Por qué he de estar temeroso,  
Sino esforzarme y sufrir?  
Vé, Octavio, y di á tu cuñado  
Que á los seis mil, cuatro añado,  
Y que diez mil le dará.

OCTAVIO.

Yo voy.

ELISA.

El cielo te dé,  
Por el remedio que has dado  
A mi honor, tan larga vida,  
Que alcances los casamientos  
De tus nietos.

AURELIO.

Si ofendida  
De los bajos pensamientos  
De quien no fuiste querida,  
Me pones en tal rigor,  
Que ruegues será mejor  
Que abrevie el cielo mis años.

ELISA.

Tú verás mis desengaños  
De los engaños de amor.  
(*Vanse.*)

Sala en casa de Laurencia.

## ESCENA X.

LAURENCIA, FELICIANO, FISBERTO, SABINA.

LAURENCIA.

¿Que te atrevas desa suerte  
A entrar donde estoy?

FELICIANO.

Laurencia,  
¿Quién podrá hacer resistencia  
A un enemigo tan fuerte?  
Y yo no viniera aquí  
Si no te hubiera obligado.

LAURENCIA.

¿Cómo, habiéndote casado?

FELICIANO.

No me he casado por ti.

LAURENCIA.

¿Por mí! ¿Qué gracioso engaño!

FELICIANO.

¿Engaño llamas, Señora,

El venir mi amor agora  
A traerte el desengaño?

LAURENCIA.

¿Tú desengañas á mí?

FELICIANO.

Luego ¿pueden ser mayores?

FISBERTO.

Laurencia, porque no ignores  
Que todo ha sido por ti,  
Yo quiero satisfacerte.  
Ya el casamiento cesó,  
Y quien ayer te ofendió,  
Hoy vuelve rendido á verte.  
Ya queda todo acabado;  
No tienes mas que temer.

LAURENCIA.

Pues ¿puedese deshacer  
Jurado, escrito y firmado?

FISBERTO.

De comun consentimiento  
Se deshizo.

LAURENCIA.

Luego ¿ya  
Cárlos seguro podrá  
Proseguir su pensamiento?

FISBERTO.

Cárlos se fué ayer; no creo  
Que le verá Elisa mas.

LAURENCIA.

¿Cierto?

FELICIANO.

Basta; que me das  
Celos por lindo rodo.  
Cárlos es ido, ¿qué quieres?

LAURENCIA.

¿Que Cárlos sin verme es ido?

FELICIANO.

¿Fingirás que le has querido?

FISBERTO. (*A Laurencia.*)

En día que las mujeres  
Pueden vengarse de quien  
Les dió celos, no hay tratar  
De que sabrán perdonar,  
Y mas si buscarlas ven.  
Laurencia, pues Feliciano  
Tus celos ha satisfecho,  
Vuelve su amor á tu pecho,  
Y no le abras en vano.  
Deja de decir que quieres  
A Cárlos ausente ya;  
Háblale, pues ves que está  
Rendido.

LAURENCIA.

¿Qué extraño eres!

Váyase á buscar á Elisa;  
Déjeme estar en mi casa.

FELICIANO.

Da celos, castiga, abrasa,  
Mátame, vengate aprisa.  
Pues ¡vive Dios que he de ser  
Otro Cárlos, y irme á Flándes!

FISBERTO. (*A Laurencia.*)

Háblale.

LAURENCIA.

No me lo mandes.

FISBERTO.

¿Qué temeraria mujer!  
Mira que está reventando  
Por llorar.

LAURENCIA.

Descanse un poco.

FISBERTO.

¿Quieres que se vuelva loco?

FELICIANO.

Deja de estarla rogando;  
No le digas mas, Fisberto;

Aprestemos la jornada,  
Pues queda desengañada,  
Y yo de su engaño cierto.  
Bien te dije yo mil veces  
Que era todo falsedad  
Que mujer trate verdad.

LAURENCIA.

¿Qué mejor trato mereces?

FELICIANO.

Quédate, Laurencia, adios.

LAURENCIA.

¿Vase de veras?

FELICIANO.

¿Qué bien!

LAURENCIA.

¿A Flándes?

FELICIANO.

¿Pues no?

SABINA.

¿Y tambien

Fisberto?

FISBERTO.

Tambien.

SABINA.

¿Los dos?

FISBERTO.

Los dos, pues que tú nos dejas.

SABINA.

¿No ves que es tierra muy fria?

FISBERTO.

Llevar desta se podría,  
Sabina, algunas pellejas.

SABINA.

No, sino algunas albardas.

LAURENCIA.

Quiero parecer mujer.

FELICIANO.

¿En qué, Laurencia?

LAURENCIA.

En creer.

FELICIANO.

Si de mí fe te acobardas,  
¿En quién la tendrás?

LAURENCIA.

¿Que soy

Por quien has dejado á Elisa?

FELICIANO.

Mi bien, todo es burla y risa.  
Esta palabra te doy  
De ser tuyo hasta la muerte.

LAURENCIA.

Diga mal della.

FELICIANO.

No es justo;

Que es mujer.

LAURENCIA.

Deme este gusto.

FELICIANO.

Pues ¿querrásme?

LAURENCIA.

Mucho.

FELICIANO.

Advierte.

Digo que es necia y que es fea.

LAURENCIA.

No digas mas, tuya soy.  
(*Abrazanse.*)

FISBERTO.

Y yo, ¿voyme ó no me voy?

SABINA.

¿Cómo quiere que le crea?

FISBERTO.

Porque te quiero.



SABINA.

¿El á mí?

FISBERTO.

Pues ¿no ves que estoy mortal?

SABINA.

Digame de Paula mal.

FISBERTO.

¿Querráme?

SABINA.

oigo que sí.

FISBERTO.

Digo que es un estropajo.

SABINA.

Y yo que soy tuya.

FISBERTO.

Tente;

Que siento en la sala gente.

SABINA.

Bien dices, hablemos bajo.

## ESCENA XI.

OCTAVIO.—DICHOS.

OCTAVIO.

Un paje tuyo que en la calle espera  
Me dijo, Feliciano, que aquí estabas,  
Y con licencia de Laurencia, quiero  
hablarte dos palabras.

LAURENCIA.

Como sean

En mi presencia, yo la doy, Octavio.

OCTAVIO.

Poco importa, Laurencia, que las sepas.

FELICIANO.

Prosigue, Octavio, y dílo que me quiereres.

OCTAVIO.

Firmados los conciertos y escrituras  
Del casamiento de mi Elisa y tuyo,  
Pediste nuevamente, Feliciano,  
Que á los seis mil ducados se añadiesen  
Otros cuatro: mi padre, alborotado,  
Se enojó de aquel término; mas viendo  
Lo que pierden en perderte, y lo que gana  
En ganarte, ha hecho cuenta con su ha-

cienda,

Y halla que puede darte lo que pides,  
Ayudándose un poco de la mía.  
Por mi te ofrece los diez mil ducados,  
Y para aquesta noche tiene juntos  
A todos sus amigos y parientes.  
Vente conmigo, y bésale las manos;  
Que ya queda la novia componiéndose,  
Y toda nuestra casa alborotada.

FELICIANO.

¿Qué dices desto?

LAURENCIA.

¿Yo? Pues ¿á qué efeto  
Me pides parecer?

FELICIANO.

Laurencia hermosa,  
Estas son cosas de honra, y de tal suerte,  
Que si dijese no, no pongas duda  
De que nuestros linajes se perdiesen,  
Y que en mi vida...

LAURENCIA.

Paso, no prosigas.

¿Quieres decir que por diez mil ducados  
No dejarás á Elisa?

FELICIANO.

Pues ¿tú piensas

Que me mueve interés?

LAURENCIA.

¿Y no está claro?

FELICIANO.

Laurencia, las mujeres, que no entienden

Lo que es palabra, que jamás la guardan,  
Lo que es espada, que no ven ni ciñen,  
Piensan que todo...

LAURENCIA.

Ya lo entiendo todo.

Ya sé que es ley entre hombres la palabra.  
Ya sé que con espadas se delienden.  
Vete con Dios y cástate.

FELICIANO.

Pues oye.

LAURENCIA.

¿Qué tengoya que oír? Vete en buen hora;  
Que te aguarda la novia, y se resfria.

FELICIANO.

Si pudiera excusarlo, sabe el cielo  
Que tú fueras mi dueño.—Ven, Octavio.

OCTAVIO. (Ap.)

Mia serás, Laurencia, aunque te pese.  
(Vanse Feliciano y Octavio.)

FISBERTO.

Sabina, ya tú sabes que danzamos  
Los criados al son de nuestros dueños.  
El vuelve á Elisa, y yo me vuelvo á Paula;  
Dios sabe que me pesa.

SABINA.

Yo lo creo.

¿Maldiga Dios la loca que se arroja  
Á quereros, bellacos, socarrones!

FISBERTO.

Tienes razon; pero por vida mia,  
Que os sabéis desquitar famosamente  
El día que tenéis la vuestra en frente.

(Vase.)

## ESCENA XII.

LAURENCIA, SABINA.

SABINA.

Feas habemos quedado.

LAURENCIA.

Perdiendo el juicio estoy,  
Pues que tal venganza doy  
Después de haberme vengado.

¿Qué mal acuerdo tomé!

¿Oh quién esto adivinara!

Y á Feliciano le hablara

Como al principio le hablé!

Somos mujeres, no hay duda;

La que mas piensa que sabe,

Tiene el corazón sin llave

Y toda el alma desnuda.

Pero sobre todo siento

Que Carlos se haya partido;

Que pienso que hubiera sido

Contracifra de su intento.

¿Oh cómo soy desdichada!

Sin remedio estoy; ¿qué haré?

SABINA.

¿Que Carlos en fin se fué

Para tan larga jornada?

Tambien yo pierdo con él

Mi poquito de venganza.

LAURENCIA.

Ya no me queda esperanza

De poder tomarla dél.

## ESCENA XIII.

CÁRLOS, ESTÉBAN.—DICHAS.

CÁRLOS. (Ap. á su criado.)

Laurencia nos dirá bien

Cómo ha sido el desconcierto.

SABINA.

¿Es Carlos?

LAURENCIA.

Carlos es, cierto.

SABINA.

¿Y Estéban también?

LAURENCIA.

También.

CÁRLOS.

Dios te guarde.

LAURENCIA.

Cárlos mio,

¿No eras partido?

CÁRLOS.

Fingí

Partirme; ya te advertí  
De mi loco desvario.  
Pero agora lo estoy mas,  
Porque se ha desconcertado  
El casamiento tratado,  
De que albricias me darás  
Por Feliciano, y yo á ti  
Por Elisa.

LAURENCIA.

De tu engaño

Viene á resultar mi daño;  
Que agora se van de aquí  
Feliciano y su cuñado,  
Tan vueltos á concertar,  
Que esta noche ha de quedar...

CÁRLOS.

No me lo digas.

LAURENCIA.

Casado.

CÁRLOS.

Pues ¿danle lo que pedía?

LAURENCIA.

Es rico: en nada reparan.

CÁRLOS.

Hoy mis esperanzas paran,  
Si alguna en mi amor tenía.  
Hasta perderse una cosa,  
Parece que da dolor;  
Pero perdida, es menor,  
Porque ya el alma reposa.  
No quiero hacer desatinos,  
No quiero decir tampoco  
Despechos de amante loco,  
Y de un hombre honrado indoloso.  
Pues Elisa se consuela,  
Quiérome yo consolar.

LAURENCIA.

Y yo aprender á callar,

Cárlos, de tan buena escuela.

Si te consuelas de Elisa,

De Feliciano lo estoy.

CÁRLOS.

Sus firmas al viento doy

Con mucho contento y risa.

Ya sus papeles cancelo,

Sus obligaciones rasgo.

LAURENCIA.

Basta; que este amor es trasgo.

Ya es de fuego, ya es de hielo,

Ya está aquí, ya no está aquí,

Ya asoma por otra parte.

Cárlos, si yo quiero amarte,

¿Querrás tú quererme á mí?

CÁRLOS.

Eso rogarte quierria,

Y que esta noche embizados

Vamos á ver los casados.

LAURENCIA.

¿Qué mayor venganza mia?

Yo me pondré de disfraz.

CÁRLOS.

Yo iré á tu lado tambien.

SABINA. (A Estéban.)

Y él ¿quiere quererme bien?

ESTÉBAN.

Es un trasco este rapaz.  
Ya conserva lo que topa,  
Ya pone en mortal destierro,  
Ya da con mano de hierro,  
Ya da con mano de estoja.  
Pero rogarte quería  
Que me tuvieses amor.

SABINA.

(Ap. Hoy me vengo de un traidor.)  
Tuya soy.

ESTÉBAN.

¿Que tú eres mía?

CÁRLOS.

Yo, Laurencia, estoy cansado  
De sufrir competidores,  
De ver amigos traidores  
A mi mesa y á mi lado.  
Todo es envidia y mentira,  
Todo es tratar con engaño,  
Quien mas puede hace mas daño:  
Dichoso el que se retira.  
Contigo lo quiero estar.

LAURENCIA.

Y yo ser tuya, mi bien.

CÁRLOS.

Pues yo soy tuyo tambien.

LAURENCIA.

La mano quiero obligar.

CÁRLOS.

Vén conmigo.

LAURENCIA.

Voy contigo.

(Vanse los dos.)

ESTÉBAN.

Sabina, yo estoy cansado  
De ser paje mesurado  
Del señor hijo Rodrigo.  
Yo me quiero retirar,  
Dame esa mano.

SABINA.

Soy tuya.

ESTÉBAN.

Para que esto se concluya  
Y nos podamos casar,  
Vén conmigo á ver á Paula.

SABINA.

¿A quién te parezco? Di.

ESTÉBAN.

A Orfana. ¿Y yo á tí?

SABINA.

Al mismo Amadis de Gaula.

(Vanse.)

Sala en casa de Aurelio.

## ESCENA XIV.

AURELIO, OCTAVIO, ELISA, *muy gallarda, de novia*; MARQUINA, MÚSICOS, CRIADOS.

AURELIO.

Llegad las sillas.—Tú, querida Elisa,  
Ocupa esta almohada.

(Siéntanse.)

OCTAVIO.

Ya pareces  
Novia en estar turbada y vergonzosa.

AURELIO.

De la virtud es hija la vergüenza.

MARQUINA.

Quien notiene vergüenza, ¿qué bien tiene?

AURELIO.

Cantad alguna letra mientras viene.

UN MÚSICO.

Es la letra de Marquina.  
No sé si os ha de agradar.

MARQUINA.

Puédela el Sofi cantar.

OCTAVIO.

¿Qué verso?

MARQUINA.

Cientopesina.

AURELIO.

No la canteis; que no habrá

Noche en que pueda caber.

MARQUINA.

Hachas podeis encender.

## ESCENA XV.

UN PAJE. — DICHOS; *después*, FELICIANO, FISBERTO y GENTE.

PAJE.

Aquí Feliciano está.

AURELIO.

¿Viene acompañado?

PAJE.

Viene

Con sus deudos.

AURELIO.

Entre pues.

(*Llégase el paje á la puerta, y salen Feliciano, Fisberto y gente.*)

FELICIANO.

Dame, Señor, esos piés.

AURELIO.

Mi pecho estos brazos tiene.

OCTAVIO.

Aquí están tambien los míos.

FELICIANO.

¡Oh hermano!

OCTAVIO.

Hablad vuestra esposa.

FELICIANO.

Dad licencia, Elisa hermosa,  
A que os diga desvarios;  
Que á los desposados dan  
Licencia para ser necios.

ELISA.

Hoy queréis ganar dos precios,  
De discreto y de galán.

AURELIO.

Sentáos, por mi vida, aquí  
Hasta que venga Lisardo.

OCTAVIO.

Aqueste lugar os guardo.  
Vos solo estáis bien aquí.

FELICIANO.

Bésoos mil veces las manos;  
Que como hermano me honrais.  
¿Por qué, Señora, callais?

ELISA.

La lengua espera á las manos;  
En tomándolas diré  
Lo que siento, y antes no.

## ESCENA XVI.

CÁRLOS, LAURENCIA, SABINA y ESTÉBAN; *ellas con capotillos y sombreros, y ellos embozados*.—DICHOS.

CÁRLOS. (A Estéban.)

Embózate como yo.

LAURENCIA.

¡A qué buen tiempo llegué!

CÁRLOS.

Bizarra la novia está.

LAURENCIA.

¿Tú no ves que me das celos?

CÁRLOS.

No han hecho cosa los cielos  
Que iguale contigo ya.

ESTÉBAN.

¿No ves á Paula gallarda?

SABINA.

¿Quiéresme dar pesadumbre?

CÁRLOS.

¿Qué aguardan?

LAURENCIA.

Lo que es costumbre.  
A la bendicion se aguarda.

CÁRLOS.

Estéban...

(Ap. á él.)

ESTÉBAN.

Señor...

CÁRLOS.

Por Dios,  
Que de mirarla me muero.

ESTÉBAN.

Tente firme.

CÁRLOS.

Considero  
Qué gloria tendrán los dos.

ESTÉBAN.

¿Qué gloria podrán tener,  
Que á dos dias no sea infierno?

CÁRLOS.

Yo le tomara, y eterno,  
Al lado de tal mujer.

ESTÉBAN.

¿Cuál dices?

CÁRLOS.

El de casado.

ESTÉBAN.

¿Que no el de fuego?

CÁRLOS.

Eso no,  
Aunque aquí le tengo yo  
En mis entrañas cifrado.

ESTÉBAN.

Considera una mujer  
A tu lado al acostar,  
A tu lado al levantar,  
Y al mismo lado al comer;  
Luego otra noche á tu lado,  
Si el pié alargas, mujer topa,  
Si quieres tirar la ropa,  
Mujer te gana el cuidado;  
Si echas un brazo, mujer;  
Si miras, á mujer miras,  
En mujer das si respiras,  
Y aun te sabrá responder.  
Considérala tambien  
Con dos mil imperfecciones,  
Que no caben en razones  
Ni en boca de hombre de bien;  
Y verás que esta Diana,  
Que hoy como el sol maravilla,  
Por cualquiera fregoncilla  
Querrás trocarla mañana.

## ESCENA XVII.

LISARDO.—DICHOS.

LISARDO.

Gocéis los novios mil años,  
Mi querido hermano Aurelio,  
Y ellos os gocen á vos  
Con daros hermosos nietos.

AURELIO.

¡Oh Lisardo! ¿viene ya  
El señor doctor?

LISARDO.

Ya entiendo  
Que se quedaba aprestando:  
Levantaros podeis luego;  
Que no tardará un instante.

(Todos en pie.)

FELICIANO.

Mil años se hace el momento  
De tocar tu hermosa mano,  
Bella Elisa.

CÁRLOS.

(Ap. ¡Oh fieros celos!)

¿No sabrás tú hacer, Estéban, (Ap. d. él.)

Aquí agora algun enredo  
Con que no puedan casarse?

ESTÉBAN.

¿Cómo enredo?

CÁRLOS.

Un fingimiento.

ESTÉBAN.

¿Son á propósito aquí  
Unas cuchilladas?

CÁRLOS.

¡Bueno!

ESTÉBAN.

¿Con quién tengo de reñir?

CÁRLOS.

Conmigo.

ESTÉBAN.

¿No eres mas necio?

Pondránnos estos en paz,  
Vendrán dos grifos de aquestos  
Que llaman campo una sala  
Y desafío un tenéos,  
Llevaránnos á la cárcel,  
Haránnos tanto proceso,  
Y entre tanto los dos novios  
Cenarán diez huevos frescos,  
Dormirán en seis colchones,  
Y nosotros al sereno.

CÁRLOS.

Pues llega, y dile: «Señora,  
Aquí está Cárlos.»

ESTÉBAN.

Si puedo

Yo llegaré por detrás;  
Ten tú cuenta, como herrero,  
Que mientras los fuelles soy,  
Pongas en la fragua el hierro.

AURELIO.

Aquí pudieran tomarse  
Las manos; que después desto,  
Viniera lo que esperamos,  
Y fuéranse nuestros deudos.

LISARDO.

Muy bien dice Aurelio.

ESTÉBAN.

Elisa, (Ap. d. ella.)

Elisa, ¿qué digo?

ELISA.

¡Ay cielos!

ESTÉBAN.

Quedo.

ELISA.

¿Quién es?

ESTÉBAN.

¿No lo ves?

ELISA.

¿Quién?

ESTÉBAN.

Estebanico.

ELISA.

¡Oh perro!

¿Tú has osado entrar aquí?

ESTÉBAN.

Aquel príncipe encubierto  
De pluma y cintillo de oro  
Es Cárlos.

ELISA.

¿Quién dices?

ESTÉBAN.

¡Bueno!

ELISA.

¿Cuál Cárlos?

ESTÉBAN.

¿Cuál? Cárlos Quinto,

ELISA.

Aunque mas quisiera el sexto.

Dile que de aquí se vaya,

Dile que se salga luego.

ESTÉBAN. (Ap.)

Resolvióse. (Vase á su amo.)

CÁRLOS.

¿Qué hay, Estéban?

ESTÉBAN.

Ea, que todo está hecho.

CÁRLOS.

Besarte quiero en la cara.

ESTÉBAN.

Ten á las barbas respeto,  
Si no quieres que los dos  
Parezcamos en el beso,  
Tú á Ganasa y yo á Tristulo.

CÁRLOS.

¿Qué es lo que dice en efeto?

ESTÉBAN.

Que te vayas y no pares  
Diez leguas deste aposento.

CÁRLOS.

Mal te hagan mis desdichas.

ESTÉBAN.

Siempre esas albricias medro.

AURELIO.

Para que quede entendido,  
Antes, hijos, que os casemos,  
Que esta es vuestra voluntad,  
El sí de los dos espero.  
¿Queréis, Feliciano, á Elisa?

FELICIANO.

Sí, Señor.

AURELIO.

¿Es cierto?

FELICIANO.

Cierto.

AURELIO.

¿Vos, Elisa, á Feliciano?

ELISA.

No, Señor.

AURELIO.

¿Qué dices?

ELISA.

Esto.

AURELIO.

Pues ¿cómo públicamente  
Dices que no?

ELISA.

Porque puedo.

¿Si le quiero no preguntas?  
Pues digo que no le quiero;  
Que hombre que en dinero mira,  
Y que se vendió por precio,  
Mas parece bestia que hombre,  
Y bestia ¿para qué es bueno?  
En seis mil ducados era  
Del casamiento el concierto;  
Pidió otros cuatro, y si dije  
Que se los diese Aurelio,  
Fué porque públicamente  
Supiesen lo que merezco,

Y el término deste hidalgo.

FELICIANO.

Señora...

ELISA.

Calla, grosero.

AURELIO.

Hija, mira lo que pierdes.

ELISA.

Señor, si este hidalgo pierdo,  
Tú ganas diez mil ducados.

AURELIO.

¿Cómo?

ELISA.

Porque esposo tengo  
Que sin dineros me quiere.

OCTAVIO.

¿Adónde está?

ELISA.

Yo le veo.

AURELIO.

¿Es acaso el embozado?

ELISA.

Desembozáos, caballero.

CÁRLOS.

Cárlos soy.

ELISA.

¿Quiéresme?

CÁRLOS.

Sí.

ELISA.

La mano.

CÁRLOS.

El alma y el pecho.

LAURENCIA.

¿Para aquesto me trujiste,  
Cárlos?

CÁRLOS.

Cumplo lo que debo.

FELICIANO.

¿Es Laurencia?

LAURENCIA.

Soy Laurencia.

FELICIANO.

Has venido al mejor tiempo  
Del mundo. Dame esa mano.

LAURENCIA.

Tengo dueño.

FELICIANO.

¿Cómo dueño?

LAURENCIA.

¿Quiéresme, Octavio?

OCTAVIO.

¿Pues no?

FISBERTO.

¡Bueno quedas!

FELICIANO.

Bueno quedo.

SABINA.

Luego ¿yo seré de Estéban?

ESTÉBAN.

Mejor es que de Fisberto,  
Porque soy de Paula yo.

AURELIO.

¿Qué valor!

FISBERTO.

Famoso hecho.

FELICIANO.

Ahora bien; seré padrino,  
Ya que otra cosa no llevo.

CÁRLOS.

El Ausente en el lugar  
Se queda en él, y contento  
Da fin, y os pide perdon  
De sus faltas y sus celos.



# LA NIÑA DE PLATA.

## PERSONAS.

DOROTEA, *la Niña de Plata*.  
TEODORA, *tía suya*.  
DON ENRIQUE, *infante*.  
EL MAESTRE DE SANTIAGO  
DON ARIAS.  
EL REY DON PEDRO.

DON JUAN.  
CHACON, *lacayo*.  
ZULEMA.  
ALÍ.  
EL VEINTICUATRO, *padre de don Juan*.

FÉLIX, *hermano de Dorotea*.  
MARCELA, *dama*.  
LEONELO.  
UN ESCUDERO.  
UNA ESCLAVA.  
UN PAJE.

MOROS.  
CRIADOS.  
GENTE.  
MÚSICOS.  
ACOMPANAMIENTO.

*La escena es en Sevilla.*

## ACTO PRIMERO.

Calle.

### ESCENA PRIMERA.

DOROTEA y TEODORA, *en un balcon*.

TEODORA.

Por aquí dicen que pasa  
El infante don Enrique.

DOROTEA.

Pues bien es que signifique  
Tanto placer nuestra casa.  
Haz, por tu vida, colgar  
Aquel tapete de seda;  
Que aunque es tan pobre, y no pueda  
Las riquezas igualar  
De tanto noble vecino,  
Mostrará nuestra afición.

TEODORA. *(A una esclava que está dentro de la casa.)*

Cuelga, Inés, este balcon.  
— Pero ya dicen que vino.  
Gran música y alegría  
Suena en la Puerta Real.

DOROTEA.  
¿Vendrá el Rey?

TEODORA.

Llévanse mal.

DOROTEA.

Pues no le aconsejaría  
Que en Sevilla se quedase;  
Que es don Pedro muy severo.

TEODORA.

Enrique es gran caballero,  
Y puede ser que envidiase  
El Rey la mucha afición  
Que le muestran cada día  
Castilla y Andalucía.

DOROTEA.

Rigurosa condicion  
Tiene el rey don Pedro, tía.

TEODORA.

No fuera tan riguroso,  
A no vivir sospechoso;  
Pero creece cada día  
El temor de sus hermanos.

DOROTEA.

Como no son de su madre,  
Sino de solo su padre,  
Pareceránle tiranos  
De las honras que les dió  
Y los estados que tienen.

TEODORA.

Ya me parece que vienen.

L-1.

DOROTEA.

Yo te confieso que yo  
Soy aficionada á Enrique.

TEODORA.

¿Quién hay que á tanto valor  
Su pensamiento, su amor  
Y su esperanza no aplique?

### ESCENA II.

ACOMPANAMIENTO, EL INFANTE DON  
ENRIQUE y EL MAESTRE DE SAN-  
TIAGO, *de camino*; DON JUAN, GEN-  
TE. — DICHAS.

MAESTRE. *(A don Enrique.)*

¿Qué os parece la ciudad?

DON ENRIQUE.

Una otava maravilla;  
Pero con decir Sevilla  
Se dice todo.

MAESTRE.

Es verdad.

DON ENRIQUE.

¿Cómo esta calle se llama?

MAESTRE.

De las Armas.

DON ENRIQUE.

Con razon;

Mas pienso que de amor son,  
Con tanta bizarra dama;  
Y son las mas peligrosas.  
Si esta calle es de sus armas;  
Que mas que á cien hombres de armas  
Temo unas manos hermosas.  
¿Quién es la de aquel balcon?

MAESTRE.

Una dama cuya fama  
Décima musa la llama,  
Por ingenio y discrecion;  
Cuarta gracia, por tener  
Tantas, que á las tres la añaden,  
Por que no se persuaden  
Que otra mayor puede haber;  
Cleopatra por gentileza  
Y Venus por hermosura,  
Porque competir procura  
Con su tallo y su belleza.  
En ella en fin se retrata  
Una imágen del deseo.

¿Qué sirve tanto rodeo?  
Esta es *la Niña de Plata*  
Que habréis oído en Castilla,  
Porque tanta perfeccion  
Es monstruo y admiracion  
Y grandeza de Sevilla.  
Cuando tratan de su río,  
De su alcázar eminente,  
De sus calles, de su puente,

De sus armas, de su brio,  
De su regalo y riqueza,  
Todo se acaba y remata  
Con que la Niña de Plata  
Es cifra de su grandeza.

DON ENRIQUE.

Oi de su discrecion  
Y gentileza en Castilla.

MAESTRE.

No hay mas qué ver en Sevilla.

DON ENRIQUE.

Los dos, Maestre, al balcon  
Hagamos lo que es tan justo;  
Que cuando de aquesta dama  
No lo mandara la fama,  
Lo hiciera por vuestro gusto.

TEODORA. *(A Dorotea.)*

Haz reverencia al Infante.

DOROTEA.

Guarde Dios á vuestra alteza.

DON ENRIQUE.

En viendo tanta belleza,  
No hay que pasar adelante.

MAESTRE.

No os detengais; que después  
Habrá mejor ocasion;  
Que aguarda el Rey, y es razon  
Ir á besarle los pies.

*(Vanse el Infante, el Maestre, acompa-  
ñamiento y gente.)*

### ESCENA III.

DOROTEA y TEODORA, *en el balcon*;  
DON JUAN, *en la calle*.

DON JUAN.

Sirena debeis de ser,  
Bellísima Dorotea,  
Pues donde hay tanto que vea,  
A un rey haceis detener.  
Ya no se puede pasar  
La calle en que lo habeis sido,  
Sin ir atado el sentido  
Del oir y del mirar  
Al árbol de la prudencia,  
Como Ulises le llevó.

DOROTEA.

Cuando hubiera sido yo  
Sirena de la presencia  
De un rey de tanto valor,  
Resultaba en vuestra gloria,  
Don Juan, pues que mi vitoria  
Hace la vuestra mayor;  
Porque quien tanto rindió  
A quien rinde á quien decís,  
Mas merece, si advertís  
Que él es mío, y vuestra yo.

DON JUAN.

Con licencia de Teodora,  
Os querría responder.

TEODORA.

Harto quisiera poner  
Fin á este amor desde agora,  
Si no viera tan perdida  
Y tan loca á Dorotea;  
No porque la culpa sea  
De vuestro amor merecida.  
Mas por ver que no ha querido  
Vuestro padre el Veinticuatro,  
Rogado una vez y cuatro  
De quien sabéis que lo ha sido,  
Que os caseis con mi sobrina;  
Pues no habiendo de ser vuestra.  
La misma razón os muestra,  
Por más que amor desatina,  
Lo que pierde nuestra casa  
Honor y reputación.

DON JUAN.

Su avarienta condición,  
Como sabéis, no me casa,  
Por ser pobre Dorotea;  
Y preténdeme casar  
Donde me venga á comprar  
Con oro una necia y fea.  
Mas yo, que en el corazón  
Tengo una mina de plata  
Que me enriquece y me mata,  
Si las del alma lo son,  
Estoy tan determinado,  
Que antes de un mes ha de ser  
Dorotea mi mujer,  
Con el dote mas honrado  
Que llevan las que lo son,  
Que es virtud y entendimiento;  
Que esto que perder consiento  
De vuestro honor y opinión,  
Es á cuenta de la mía;  
Y no hay en qué reparar,  
Pues se viene á restaurar  
De mi casamiento el día.

TEODORA.

De vuestra parte, don Juan,  
No hay mas que pida el desecho.  
Eso y mucho mas os creo;  
Que de vuestra parte están  
La inclinación y el amor;  
Pero de un avaro viejo,  
La codicia y el consejo,  
Mas de hacienda que de honor.  
Con esto me voy de aquí;  
No quiero que nadie vea  
Que si habláis con Dorotea,  
Pasa delante de mí.

DOROTEA.

Don Juan, bien dice mi tía.  
Ya que vuestro padre os casa,  
No es justo que en esta casa,  
Aunque es mas vuestra que mía,  
Tan públicamente habléis.  
Lo que es el pecado os ruego:  
Al Alcázar vamos luego,  
Y allá, mi bien, me veréis;  
Que yo haciéndole á mi honor  
La salva, pues es tan justo,  
Os quiero bien por mi gusto,  
Y os tendré perpetuo amor.  
Que os caséis, que no os caséis,  
Que me olvideis ó queráis,  
Que aquí os estéis ó que os vais,  
Me escribais ó me olvideis;  
Que si no sois mi marido,  
No ha nacido de quien sea  
En el mundo Dorotea.  
Vuestra soy y vuestra he sido. (Vase.)

DON JUAN.

Señora, mi bien, mi luz...  
—Fuéese el sol; su noche he sido.

## ESCENA IV.

CHACON. — DON JUAN.

CHACON.

¡Qué bravamente ha lucido  
Manto y sombrero andaluz!  
Locos van los castellanos,  
Sevilla, en ver tu grandeza;  
Blanco ha sido tu belleza  
De mil pensamientos vanos,  
Cual suele nuevo zaguán  
Verse escrito de carbon.

DON JUAN.

En tales días, Chacon,  
¿Los años solos se van?

CHACON.

Perdona; que me cegó  
El concurso de la gente,  
Y un forastero valiente  
Que echando juncia llegó,  
Con el cual palabras tuve  
De rumbo y temeridad,  
Entre cuya tempestad  
Cerca de asentarme estuve  
Dos mojadas de antuvion;  
Mas llegó la cofradía  
De la sangre, y de la mía  
Templaron la tentación.  
Ahogóse finalmente  
La cólera en tinto y blanco;  
Que anduvo medroso y franco  
Conmigo y la demás gente.  
Decía bien un mohino,  
Que estas pendencias habladas  
Eran castañas asadas,  
Que todas paran en vino.

DON JUAN.

¿Quién estuviera de humor  
Para oír tus valentías!

CHACON.

¿Qué tenemos?

DON JUAN.

Estos días  
Anda como loco amor.

CHACON.

Como demonio dirás;  
Porque el día que se suelta,  
No hay libertad tan resuelta,  
Que no se le rinda mas.  
¿Han venido aquestos celos  
De Castilla, por ventura?

DON JUAN.

Bien pudiera la hermosura,  
Admiración de los cielos,  
Dárselos al mismo sol.  
No son celos, es desden.

CHACON.

Luego ¿no te quieren bien?  
Melindre, á fe de español.  
Pero sangraste en salud.

DON JUAN.

Por abundancia de gusto  
No me quejo; que no es justo;  
Mas traigo justa inquietud  
De que mude Dorotea  
De intento en esta ocasión,  
Pues mi padre sin razón  
Le niega lo que desea,  
Porque en esto ha respondido  
Que es pobre, aunque muy honrada.  
Y aunque se muestra obligada  
Al amor que la he tenido,  
Temo que viendo que ya  
No es posible el casamiento,  
Há de mudar pensamiento.

CHACON.

Pues ¿qué responde?

DON JUAN.

Que está

Muy tierna y enamorada;  
Que siempre me ha de querer,  
Aunque la venga á tener,  
Como casada, olvidada.  
Mas como su entendimiento  
Es tan notable, Chacon,  
Creo que estas cosas son  
Un discreto cumplimiento.  
Cortesanos han venido,  
Dorotea es celebrada,  
Lloy, hermosa y despejada,  
Contra mis celos ha sido  
Retrato de su balcon;  
Todos la vieron, y hablaron  
Con los ojos, y enviaron  
Recados al corazón.  
Principios son de olvidar  
Dejarse en público ver;  
Que esconderse una mujer  
Es alta señal de amar.  
No dudes, los castellanos  
Por la fama han de servilla.

CHACON.

Mil damas tiene Sevilla,  
Que á tus pensamientos vanos  
Pondrán entonces remedio.  
Dos mil veces te he rogado  
Que dejes este cuidado  
Y que pongas tierra en medio.  
Añas una cosa que es  
Espíritu, entendimiento,  
Eco, acento, pensamiento,  
Serafin, donde no hay piés;  
Oro sutil, si de Tíbar,  
Un juncos, mimbre ó taray,  
Un aljófar, un cambray,  
Un alfenique, un almbay,  
Un extremo en filigrana,  
Un dije, un hilo de pita,  
Y un familiar que te incita  
En un confite de mana;  
Finalmente, una mujer  
Que llamó, por engreilla,  
Niña de Plata Sevilla.  
Semanas debe de haber.  
¿Cuerpo de tal! Si quisieras  
Una mujer para todo,  
Para polvo y para todo,  
Para burlas, para veras,  
Destas de rua y camino,  
Sin melindre, sin milagro,  
Que tienen su gordo y magro,  
Como pernil de tocino;  
Mujeres que duran mas  
Que un zapato de baqueta,  
No vieras en esta seta  
Tus pensamientos jamás;  
Que mejores son mostrencos.  
Mas ya que desto te incitas,  
¿No has visto en unas cajitas  
Unos bolitos flamencos?  
Pues así imagino yo  
Esas damas delicadas:  
Son buenas para miradas,  
Mas para jugadas no.  
¿Buen bolazo, que es mohina,  
Pesía tal! y estése en pié,  
Aunque un manchego le dé  
Con una bola de encina.

DON JUAN.

¡Ah, Chacon! ya fué mi suerte.  
Si mi padre, por dinero,  
No quisiera lo que quiero,  
Ten por segura mi muerte.  
Niña de Plata ha de ser  
De mis ojos, esto es cierto.

CHACON.

A Dios ruegas por ser tuerto.



¿Cómo?

DON JUAN.

CHACON.

¿No lo echas de ver?

Si esa niña que te mata,  
Quieres que en tu vista asista,  
Cuando uno no tiene vista,  
Se pone niñas de plata.

DON JUAN.

Vén al Alcázar conmigo;  
Que allá me dice que va.

CHACON.

Colgado y vistoso está.  
Voy al Alcázar contigo.

DON JUAN.

Pues quedo, y no te alborotes,  
Y aquella sierpe la niña.

CHACON.

¡Oh! válate Dios por niña!  
¡Quién la diera veinte azotes!  
(*Vanse.*)

—

Jardin del Alcázar.

## ESCENA V.

DON ENRIQUE, EL MAESTRE, DON ARIAS.

DON ENRIQUE.

Ninguno lo sabrá como don Arias.

MAESTRE.

Es caballero noble de Sevilla.

DON ARIAS.

Aunque sus maravillas sean tan varias,  
Esa fuera mas alta maravilla.  
Las regiones remotas y contrarias,  
El mar innavegable, cuya orilla  
Jamás áncora vió de nave nuestra,  
De sus grandezas el aplauso muestra.

MAESTRE.

No os pide Enrique que digais las cosas  
Que en muchos libros no cupieran; pide  
Que le digais quién fueron las hermosas  
Damas con quien el sol sus rayos mide.

DON ARIAS.

Las que hoy vistas de vos fueron dichasas,  
Con quien el cielo términos divide  
Y la jurisdiccion de nuestras vidas,  
Son estas, aunque en cifra referidas:  
Es la de blanco y plata doña Elena,  
Por quien llorar segunda Troya aguardo,  
Que con vestido blanco, de morena  
Se precia.

DON ENRIQUE.

¿Qué apellido?

DON ARIAS.

El de Fajardo.

Aquella en su hermosura Madalena,  
Mas que en su penitencia, de oro y pardo,  
Era Ramirez.

DON ENRIQUE.

Fuéralo si al cuello

Desatara las trenzas del cabello.

DON ARIAS.

Doña Ángela de Vargas, de azul y oro,  
Tanto parece á Angélica la Bella,  
Que aunque no conocemos el Medoro,  
Mil Orlandos furiosos hay por ella.  
La de lo negro con real decoro,  
Que era en oscura noche blanca estrella,  
Doña Leonor del Aguila; ya sabes  
Que el águila es la reina de las aves.  
La de pajizo, que con mil memorias  
El vestido bordó de cañutillo,  
Dina de dulces versos y de historias,  
Se llama doña Brigida Carrillo;  
Por no tener sus conocidas glorias

Principio y fin, como precioso anillo,  
Doña Sol de Guzman dijo su esfera:  
De tela de oro y de diamantes era.  
La de lo verde (y con razon se atreve  
A lo verde su rostro) es por quien vela  
Desnudo amor entre su blanca nieve.

MAESTRE.

Su nombre di.

DON ARIAS.

Doña Casilda Vela.

De grande ingenio y de estatura breve,  
Vestida de color flor de canela,  
Estaba en un balcon doña Teodora  
Enriquez: no era sol; mas era aurora.  
Doña Ana Téllez carmesi vestia,  
Y nácar doña Juana de Arellano;  
Raso color de mar doña Maria  
Núñez, y doña Laura Altamirano  
De turquí; celestial, doña Mencia  
De Rojas, cifra del tesoro humano;  
Doña Luisa Ceron morado y palmas,  
Cera que alumbra á amor y arde en las  
[almas;

Doña Leonor Cabrera de Leonado,  
Y doña Ines de Zúñiga y Fonseca  
De plata sobre raso naranjado,  
Que al fruto del azar las flores trueca;  
Doña Francisca de Padilla y Prado,  
Vestida de tabí de rosa seca...  
Mas ya la vista en un balcon retrata  
La niña celestial, Niña de Plata.

DON ENRIQUE.

El Maestre se rie, y por mi vida  
Que no sé yo por qué.

MAESTRE.

Malicia es esa,  
Que aunque la celebráis, estáis sin vida.

DON ENRIQUE.

Que repareis en que la vi me pesa.  
Alabásteisla vos de entretenida,  
Y de que hasta la envidia la confiesa  
Por única entre damas de Sevilla,  
Décima musa, octava maravilla.

DON ARIAS.

Cuando el Maestre, gran Señor, la alabe,  
Puede con gran razon; que Dorotea  
Es la sibila de Sevilla, y sabe  
Cómo ha de parecernos que lo sea.  
Sabe las burlas y el estilo grave;  
Llamáronla de plata porque crea  
Quien oyere este nombre, que retrata  
Una pieza bellisima de plata.  
Canta y compone en punto diestramente  
A cinco voces.

DON ENRIQUE.

¿Y no á dos?

DON ARIAS.

No, cierto.

Pinta como el mas célebre y valiente,  
Danza con gala y con igual concierto,  
Escribe versos con tal gracia...

MAESTRE.

Tente;

Que cuando en esta diferencia advierto,  
Que los escribe una mujer y un loco,  
El arte de escribirlos tengo en poco.

DON ENRIQUE.

Maestre, esto de hablar en consonancia  
Y juntar de los versos la armonia,  
No es la sentencia, el arte y la elegancia  
Con que se adorna y viste la poesia.  
Muchos la escribirán con ignorancia,  
Padeciendo las musas tirania; [nas,  
Pero estos no son hombres, que son mo-  
Muertos, en fin, por parecer personas.  
Algun desvanecido pensamiento  
Probó á hacer versos, no acertó, y porfia,  
Como miró incapaz su entendimiento,  
Que no es entendimiento la poesia.  
Si alguno la escribió sin fundamento,

No por eso llegó donde podia,  
Porque un órgano mismo, menos diestro  
Le tañe un sacristan que un gran maes-  
[tro.

No aboga el que jamás vió las escuelas  
Como aquel que inventó los textós mis-  
Ni cura la mujer ó el sacamuélas [mos,  
Que á Hipócrates no vió los aforismos.

DON ARIAS.

Señor, injustamente te desvelas.  
No iguala Dorotea los abismos [racio;  
Del arte de escribir, no á Homero, á Ho-  
Escribe á uso de corte y de palacio. —  
Pero entre algunas que á mirar las salas  
Del Alcázar vinieron, serafines  
Desta ciudad, aunque les faltan alas,  
La Niña está, Señor, en sus jardines.

## ESCENA VI.

DOROTEA y TEODORA, con mantos, UN ESCUDERO.— Dichos.

DON ENRIQUE.

¡Oh blanca Niña, que en tu nieve iguales  
Azáres, azucenas y jazmines,  
Y el carmesi de la color hermosa  
A la pura vergüenza de la rosa!  
Tu fama me robó desde Castilla  
La memoria, y aquí me roba el alma.

DOROTEA.

¿Eso causa á su alteza maravilla?

DON ENRIQUE.

Allá me hirió y aquí metiene en calma.

DOROTEA.

Famosa es la Giralda de Sevilla,  
La del escudo, el cáliz y la palma:  
Por la fama pudiera y la grandeza  
Su alteza enamorarse de su alteza.

DON ENRIQUE.

Volved: ¿no pasáis de aquí?

DOROTEA.

Antes me quiero volver,  
Porque si yo vengo á ver,  
Ya no hay mas de lo que vi.

DON ENRIQUE.

Pues ¿qué es lo que á ver venistes?

DOROTEA.

Las riquezas de allá arriba,  
Y aquí el jardin que cultiva  
De esmeraldas y amatistes  
El cielo con mil primores,  
Y en vos hizo todo fin.

DON ENRIQUE.

¿Cómo?

DOROTEA.

En el talle el jardin,  
Y en el ingenio las flores.

DON ENRIQUE.

¿Hay tal niña? Hay tal tesoro?  
Muy necio fué quien os trata,  
Niña, por Niña de Plata.

DOROTEA.

¿Por qué?

DON ENRIQUE.

Porque sois de oro.

DOROTEA.

Antes anduvo discreto;  
Que á haberme de oro llamado,  
Naciera en siglo dorado,  
Y fuera vieja en efeto.  
De plata fué cortesía.  
Porque es un siglo después.

DON ENRIQUE.

Verdad lo que dicen es,  
Maestre, por vida mia.  
El ingenio es milagroso:  
Yo soy desde hoy su galán.



DOROTEA.

Mirando, Señor, están.

DON ENRIQUE.

¿Es por dicha algun celoso?

DOROTEA.

No tengo á quien dar enojos;

Mas como con pocos trata,

Oigo decir que la plata

La codician muchos ojos.

Vuestra alteza dé licencia,

Porque á alguno no le sobre,

Que vuelva mi plata en cobre.

DON ENRIQUE.

Como vos me deis paciencia...

DOROTEA.

¿Para qué?

DON ENRIQUE.

Para sufrirla.

DOROTEA.

Luego ¿ya sois mi galán?

¿Ay Jesús! y ¿qué dirán

Las señoras de Sevilla?

Vamos, tía: que el Infante

Habla de recién venido.

TEODORA. (Ap. á Dorotea.)

Discrecion hubiera sido

Que pasaras adelante.

(Vanse las dos.)

**ESCENA VII.**DON ENRIQUE, EL MAESTRE, DON  
ARIAS, EL ESCUDERO.

DON ENRIQUE. (Al escudero.)

Una palabra, buen viejo.

ESCUDERO.

Buena vuestra vida sea.

DON ENRIQUE.

¿Servís vos á Dorotea?

¿Sois de los de su consejo?

ESCUDERO.

Escudero suyo soy.

DON ENRIQUE.

¿Quién la visita?

ESCUDERO.

Quisiera

Que su alteza conociera

Quién es la casa en que estoy.

El sol no ha entrado ni tiene

Licencia de entrar en ella.

DON ENRIQUE.

Adonde la luz es ella,

Bien hace el sol si no viene.

¿Podréla yo visitar?

¿Querréisle dar un recado?

ESCUDERO.

No le hubiera pronunciado,

Cuando me hiciera matar.

DON ENRIQUE.

Esto habeis de hacer por mí;

Que si os echare de casa,

Quien á mejor lugar pasa,

Medra y no pierde.

ESCUDERO.

Es así.

DON ENRIQUE.

Haré al Rey que alcaide os haga  
Del alcázar.

ESCUDERO.

Con portero

Me contento. Mas primero

Que de mí se satisfaga,

Corre peligro mi honor;

Que soy muy gentil hidalgo.

DON ENRIQUE.

A todo digo que salgo.

ESCUDERO.

Pues vuestra alteza, Señor,  
Crea que soy Cueva, Arjona,  
Méndez, López, Juárez, Fáñez,  
Benavides, Santibáñez,  
Górdoba, Enriquez, Cardona,  
Sánchez, Vázquez y Loyola:  
Cuesta en mi tierra, Señor,  
Un dedo el papel mayor...

DON ENRIQUE.

¿Cómo?

ESCUDERO.

Por mi firma sola.

DON ENRIQUE.

Creo que sois bien nacido,

Y en la persona se os ve.

ESCUDERO.

Por desdicha el servir fué  
Quien pudiera ser servido.  
¡Mal pecado! en la montaña  
Tuvo mi abuelo un casar  
Que le pudiera envidiar  
Para granja el rey de España.

MAESTRE.

No lloreis; tomad consuelo,

Como hidalgo bien nacido.

¿Sois de solar conocido?

ESCUDERO.

Zapatero fué mi abuelo.

DON ENRIQUE.

Bien conocido solar.

(Ap. El viejo es precioso humor.)

¿Comeis bien?

ESCUDERO.

Bebo mejor.

DON ENRIQUE.

Para todo os quiero dar.

Veis aquí cinco doblones,

Todos cinco son de á cuatro.

ESCUDERO.

Con ellos soy veinticuatro.

Oid cinco bendiciones.

— Dios os dé salud.

DON ENRIQUE.

Muy bien.

ESCUDERO.

Siempre tengáis buena fama,  
Buena mesa y buena cama,  
Y buena mujer tambien.

DON ENRIQUE.

¿La tercera?

ESCUDERO.

Plata en mano,

Con las armas de Castilla.

DON ENRIQUE.

¿La cuarta?

ESCUDERO.

Casa en Sevilla.

DON ENRIQUE.

¿La quinta?

ESCUDERO.

Nieve en verano.

DON ENRIQUE.

¿Cuándo me vendréis á ver?

Que el Rey mi hermano ha venido.

ESCUDERO.

Mañana, y no me despido.

DON ENRIQUE.

Haréisme mucho placer;

Y la librea os dare,

Que esta noche he de sacar.

ESCUDERO.

Por allá podeis pasar.

DON ENRIQUE.

¿Saldrá la Niña?

ESCUDERO.

No sé...

— Ello ¿no es encamisada?

DON ENRIQUE.

Buena, y con galas cruales.

ESCUDERO.

En oyendo cascabeles,

Yo la doy por asomada.

(Vase.)

**ESCENA VIII.**DON ENRIQUE, EL MAESTRE, DON  
ARIAS.

MAESTRE.

El viejo es alta figura.

DON ENRIQUE.

Entrémonos á vestir;  
Que ya por vernos salir  
La noche el carro apresura.

MAESTRE.

El Rey ¿estará vestido?

DON ARIAS.

De su cólera lo creo.

DON ENRIQUE.

Hoy me ha nacido un desco.

MAESTRE.

Niño pintan á Cupido.

DON ARIAS.

Su madre sabrá erialle.

MAESTRE.

¡Bueno vas, por vida mía!

DON ENRIQUE.

Niña, alcanzarte querria;

A correr voy á tu calle.

(Vase.)

Habitacion de don Juan.

**ESCENA IX.**

DON JUAN, CHACON.

DON JUAN.

Visteme esa cota luego;  
Que es noche de regocijo.

CHACON.

Algun ángel te lo dijo.

De tales noches reniego.

DON JUAN.

Las noches de las desgracias

Un discreto las llamó.

CHACON.

Al hombre que la inventó

Se deben honras y gracias.

En cayendo una cuitada

Que traigo en el trato vil,

Me calo las once mil.

DON JUAN.

Ella es defensa extremada.

No hay lado, no hay amistad

Mas fuerte.

CHACON.

Yo sé, Señor,

Otra mejor.

DON JUAN.

¿Cuál mejor?

CHACON.

Un aposento.

DON JUAN.

Es verdad;

Pero habiendo de salir,

Famoso amigo es un jaco.

CHACON.

Cuando dos azumbres saco,  
Puedo al diablo resistir.  
¿Quieres espada ó estoque?

DON JUAN.

Estoque para broquel.

CHACON.

Hay mayor peligro en él,  
Como el contrario se emboque.  
Yo, si no llevo recado  
Para el tajo y el revés,  
Voy en cueros.

DON JUAN.

Así es,

Si hubo cena y te han brindado.

CHACON.

¡Remoquetico! Ahora bien,  
¿Dónde va tu valentía?

DON JUAN.

Chacon, á mi niñería  
Y á mi gigante desden.

CHACON.

Loco estás.

DON JUAN.

No hay en Sevilla  
Niña de tal perfección.

CHACON.

Parece que al corazón  
La echaste por zapatilla.  
Ahora bien, yo solo debo,  
Que te cuadre ó no te cuadre,  
Seguirte el humor.

DON JUAN.

¡Mi padre!

## ESCENA X.

EL VEINTICUATRO.—DICHOS.

VEINTICUATRO.

¿Adónde bueno, mancebo?

DON JUAN.

Señor, ya lo ves, es noche  
De encamisada y de luces.  
Castellanos y andaluces...

VEINTICUATRO.

Y en un caballo ó un coche  
¿No salieras mas seguro?

DON JUAN.

Riñeme ya, como sueles.

VEINTICUATRO.

¡Jacos, estoques, broqueles,  
Y Chacon!...

CHACON.

Su bien procuro.

¡Con lindos regalos vienes!

VEINTICUATRO.

Si el que yo pienso tuvieras...

CHACON.

¿Dónde estuviera?

VEINTICUATRO.

En galeras.

CHACON.

Pues ¿en qué opinión me tienes?

VEINTICUATRO.

Del alcahuce mayor  
Que puso mitra en cabeza.

CHACON.

¿De quién?

VEINTICUATRO.

De esa buena pieza.

DON JUAN.

No tengo de quién, Señor.

VEINTICUATRO.

Ya sé tus pasos.

DON JUAN.

Advierte.

Si no piensas vanos casos,  
Que no tengo yo en mis pasos  
Cosa que este me concierte.

VEINTICUATRO.

Eres tú muy concertado.  
Ya sé dónde entras y sales.

DON JUAN.

Mis pasos son tan iguales,  
Que el fin es santo y honrado.

VEINTICUATRO.

¿Santo y honrado? Sin duda  
Vas á rezar á la Antigua.

DON JUAN.

Pues pregunta y averigua  
Si hay juego donde yo acuda,  
Ni otra cosa deshonesta.  
Sola una calle paseo  
De una mujer, que deseo  
Con buen fin.

CHACON.

¡Linda respuesta!

VEINTICUATRO.

Es muy linda.

CHACON.

Pues querer

Para matrimonio santo  
Mujer que merece tanto.  
Y que ha de ser su mujer.  
¿Puedelo ningún cristiano  
Tener por injusta cosa?

VEINTICUATRO.

Con mujer pobre y hermosa  
Y hachillera, es en vano;  
Porque mientras yo viviere,  
Don Juan no se ha de casar.

DON JUAN.

¿A qué tengo de aguardar?  
¿Qué es lo que mandas que espere?

¿Soy doncella, que he de estar

Aguardando en mi labor

A que tú tengas humor

Para querermé casar?

Si te gastara tu hacienda

Con alguna mujercilla;

Si anduviera por Sevilla

Como caballo sin rienda;

Si tú me hubieras librado

De dos muertes ó de tres,

Si no pusiera los pies

Menos que en lugar sagrado;

Si fuera mi desconcierto

De mil mehatras perjurias,

Haciendo veinte escrituras

Para cuando fueras muerto;

O quien me las socorriera,

Buscara con fingimiento

A real y medio por ciento,

Y otros enredos hiciera;

Si plata acaso tomara,

El marco á cómo quisiera

Quien el dinero me diera.

Y al mismo se lo entregara;

Si te vendiera la tuya,

O hurtara joya ó cadena

A mi hermana, y por tu pena

Disimulara la suya;

Fuera yo el hijo querido,

Anduviéste tras mi.

VEINTICUATRO.

Todo lo que has dicho aquí,

Menos lo hubiera sentido

Que casarte sin mi gusto.

Bien sé lo que allá se trata:

De aquesta Niña de Plata

Nace todo mi disgusto.

Si ella como el nombre fuera,

Y aquellas gracias bizarras

Fueran ó reales ó barras,  
Niña en mis ojos la hiciera.  
No se trate desto mas.  
Yo te caso con dos mil  
Ducados de renta.

DON JUAN.

¡Oh vil

Fortuna!

VEINTICUATRO.

Con esto harás  
Casi cinco mil y aun seis.  
Esta es noche peligrosa:  
No tengo por justa cosa  
Que en sus peligros andéis.  
Entrad; que desde el balcón  
Podréis ver la encamisada,  
Si de Holanda mas delgada  
Las de esa niña no son.  
Ea: ¿qué me están mirando?  
Entren dentro.

CHACON.

¿Hablas de veras?

DON JUAN.

¿A qué doncella dijeras  
Lo que te estoy escuchando?

VEINTICUATRO.

Ea pues.

DON JUAN.

Obedecerte

Quiero. Ya voy, vé delante.

VEINTICUATRO.

Es á tu vida importante. (Vase.)

DON JUAN.

Mas lo parece á mi muerte.—  
Chacon, por el azotea  
Podré saltar á la casa  
De don Luis; las armas pasa. (Vase.)

CHACON.

Quiera Dios que por bien sea;  
Que temo que por burlalle  
Caigamos sin resistencia,  
Como gatos en pendencia,  
Desde el tejado á la calle. (Vase.)

Salon del Alcázar.

## ESCENA XI.

DON ENRIQUE, DON ARIAS.

DON ENRIQUE.

No está acabado el vestido,  
Y el Rey, gran prisa.

DON ARIAS.

Señor,

Fué poco el tiempo.

DON ENRIQUE.

El amor,

De hoy en el alma nacido.

Y de hoy en ella tan viejo

Como si de un siglo fuera,

Me da prisa de manera.

Que me ha faltado consejo.

El que me diste tomé.

Y con industria he llamado

A su hermano.

DON ARIAS.

Has acertado.

DON ENRIQUE.

Poco, don Arias, podré,

O tendré entrada en su casa

De aquesta niña que adoro.

DON ARIAS.

Ella es de plata; hazla de oro,

Y tu verás lo que pasa.

## ESCENA XII.

FÉLIX, UN CRIADO. — DICHO.

CRIADO.

Aquí está Félix, señor,  
Hermano de Dorotea.

DON ENRIQUE.

Que muy bien venido sea.—  
(*Vase el criado.*)

Llegad, no tengáis temor.

FÉLIX.

¿Quién no le ha de tener en la presencia  
De un príncipe tan alto y generoso?  
Con cuidado he venido, pareciéndome  
Cosa muy nueva que importarle pueda  
El servicio de un hombre tan humilde.

DON ENRIQUE.

Félix. á mí me han dicho que en Sevilla  
No hay hombre que conozca los caballos  
Como vos, y que en casa habeis criado  
Un potro que de Córdoba os trujeron,  
Que es excelente cosa. Yo querria  
Que le ferieros, esto lo primero;  
Y lo segundo, que con gran cuidado  
Ocho ó diez me busques para Castilla.

FÉLIX.

Pienso que hay otro Félix en Sevilla;  
Que yo, Señor, ni sé ni tengo gusto  
De caballos ni potros; que muriendo  
Mis padres, y harto pobres por fianzas,  
Dejaron una hija casi en pelo  
En el pesebre humilde de mi casa,  
Que con necesidad y honor se cria  
Debajo del amparo de su tía.  
Otro debe de ser del nombre mío  
El que tiene ese potro y que conoce  
De caballos. Señor; que solo tengo  
Esto que os digo y veinte ó treinta libros,  
A que soy en extremo aficionado;  
Que un pobre en ellos halla sus jardines,  
Sus casas, sus caballos y sus galas.

DON ENRIQUE.

Basta; que se engañó por vuestro nombre  
El que el recado os dió. Mas vuestro tallo  
Y buen entendimiento me ha obligado,  
Ya que os llamaron, que de vos me sirva.  
¿Es casada esa hermana?

FÉLIX.

Si lo fuera,  
No estuviera, cual dije, en otro amparo.  
Es doncella discreta y virtuosa;  
Que lo menos que tiene es ser hermosa.

DON ENRIQUE.

¿Por qué no la casais?

FÉLIX.

Porque no tengo  
Lo que tan recebido tiene el mundo.  
Pues ya no es dote la virtud; que todo  
Se ha reducido á plata y á dinero;  
Y con poderla dar toda de plata,  
No es plata de virtud la que se trata.

DON ENRIQUE.

Estas, don Arias, son las cosas justas  
A que debe acudir el justo príncipe.  
¿Qué lástima, qué pena que me ha dado  
El ver pobre un hidalgo tan honrado!  
Quedáos en mi servicio; que yo quiero  
De hoy mas haceros bien y remediaros.

FÉLIX.

Tus generosos piés beso mil veces.

DON ENRIQUE.

Yo miraré el oficio que convenga  
Con vuestra calidad.

## ESCENA XIII.

EL CRIADO. — DON ENRIQUE, DON  
ARIAS, FÉLIX.

CRIADO.

Ya está el vestido,  
Y lo demás que llevas, prevenido.

DON ENRIQUE.

¿Estálo el Rey?

CRIADO.

Y el Gran Maestre.

DON ENRIQUE.

Veámonos mañana.

FÉLIX.

Guarda el cielo  
Tus años, gran Señor; que yo y mi her-  
rogaríamos á Dios eternamente [mañana  
Que tus estados y tu vida aumente.

DON ENRIQUE.

¡Ah, sí! ¿Cómo se llama?

FÉLIX.

Dorotea. (*Vase.*)

DON ARIAS.

¿Qué vas trazando?

DON ENRIQUE.

Junto materiales  
Para aqueste edificio de mi gusto.

DON ARIAS.

Ya el escudero y el hermano tienes.

DON ENRIQUE.

¡Ay, Arias, por aquella niña ingrata  
Daré un gigante de la misma plata!

(*Vanse.*)

Sala en casa de Dorotea.

## ESCENA XIV.

DOROTEA, DON JUAN, CHACON,  
INES.

DOROTEA.

¿Cómo te has entrado aquí?

DON JUAN.

Porque hallé la puerta abierta.

DOROTEA.

¿No sabes tú que esta puerta  
Es para mi esposo?

DON JUAN.

Sí,

Y por eso intento yo,  
Como tu esposo, el ganar  
Puerta que me la ha de dar  
Adonde ninguno entró.

No me muestres, Dorotea,  
Desden, por Dios te suplico;  
Que si eres pobre y soy rico,  
Amor quiere hacer que sea  
El medio destes extremos  
El casarnos, que es virtud.

DOROTEA.

Estoy con grande inquietud.

INES.

¡Ay, Señora!

DOROTEA.

¿Qué tenemos?

INES.

Tu hermano.

DOROTEA. (*A don Juan.*)

Tú lo has querido.

¿En qué confusion estoy!

DON JUAN.

¿Hay mas de decir que soy  
Claramente tu marido?

DOROTEA.

No; que aventuras mi honor  
Y tu vida. Aquí detrás,  
Mientras se vuelve, estarás;  
Que tiene un poco de amor,  
Y es noche de luminarias.

DON JUAN.

Entra, Chacon.

CHACON.

A no ser

Hermano...

DON JUAN.

Acaba...

(*Escóndense don Juan y Chacon.*)

## ESCENA XV.

FÉLIX.—DOROTEA, INES.

FÉLIX.

El placer

Y el seso, cosas contrarias,  
No me han de dar, Dorotea,  
Lugar de hablarte con él;  
Que caber ni dicha en él  
Es imposible que sea.

DOROTEA.

¿Hante dado algun favor,  
Papel, cinta, abrazo ó puertas?

FÉLIX.

Mal con mi gusto conciertas;  
Que no es negocio de amor.

DOROTEA.

¿Pues qué?

FÉLIX.

Por yerro, un criado  
Del Infante me llamó,  
Porque imaginó que yo  
Era algun Félix que ha dado  
En criar potros y hacer  
Estudio en caballos; fui,  
Desengañéle de mí,  
Y díle, hermana, á entender  
Que á ti sola te tenía  
En mi casa, tu belleza,  
Tu virtud y tu pobreza;  
Y fué tal la dicha mía,  
Que desde hoy soy su criado,  
Y te quiere remediar.  
Yo voy, hermana, á llevar  
A las fiestas mi cuidado;  
No quise verlas sin verte  
Y esto de paso contarte.  
El parabien vengo á darte  
De nuestra dichosa suerte,  
Porque tambien me le des.  
Voy por mi requiebro. Adios;  
No te acuestes; que los dos  
Tenemos que hablar después. (*Vase.*)

DOROTEA.

¿Hay historia semejante?—

Bien puedes salir.

(*A don Juan, y él sale.*)

## ESCENA XVI.

DON JUAN, CHACON. — DOROTEA,  
INES; después, GENTE, dentro.

DON JUAN.

De aquí

Dirás mejor, ó de mí,  
Si ya te sirve el Infante.

DOROTEA.

¿El Infante á mí! ¿Por qué?

DON JUAN.

En el Alcázar te habló.

DOROTEA.

Lo que mi hermano contó,  
Ni lo entiendo ni lo sé.



DON JUAN.

¡Ay, Dorotea! no es verro,  
Si eres á mi amor ingrata,  
Imaginar que tu plata  
Para mí se vuelve en hierro.  
¿Qué es esto?

DOROTEA.

¡Gracioso estás!  
Dame culpa de tu pena.

CHACON.

Señor, la música suena.

DON JUAN.

¡Celos principes me das!

INÉS.

Señora, ¡la encamisada!  
¿Los cascabeles no escuchas?

DOROTEA. (A don Juan.)

Nunca de palabras muchas  
Fue satisfacción honrada.  
En pocas digo que estoy  
De esas culpas ignorante.

(Dentro ruido de cascabeles.)

UNA VOZ. (Dentro.)

Gallardo pasa el Infante.

DOROTEA.

Bien ves que á verle no voy.

DON JUAN.

A lo que pasa en la calle  
Estás atenta, y no á mí.

UNA VOZ. (Dentro.)

Dios te guarde.

OTRA.

¿Es el Rey?

OTRA.

Si.

voz. (Dentro.)

Enrique es de mejor talle.

DON JUAN.

Ea, no estés tan inquieta;  
Véle á ver.

DOROTEA.

Mira, don Juan...

voz. (Dentro.)

El Maestre es muy galán.

DOROTEA.

Que aunque no soy muy discreta,  
Siento tus atrevimientos.  
Donde hay honra y opinion  
Nunca los principes son  
Para iguales casamientos.  
Yo estoy contigo, y allá  
Pasa la fiesta en la calle;  
Si tiene bueno ó mal talle  
No lo habemos visto acá.  
Estima aquesta quietud.

DON JUAN.

Si estimo; mas estoy loco.  
Todo me parece poco,  
Y conozco tu virtud.

## ESCENA XVII.

UN ESCUDERO. — DICHOS.

ESCUDERO.

¿Con este descuido estás?

DOROTEA.

¿De qué he de tener cuidado?

ESCUDERO.

Tres reyes se han apeado  
En nuestro zaguan, no más.

CHACON.

Ni fueron mas á Belén.

ESCUDERO.

Reyes son, si son tan buenos;

El uno es rey por lo menos,  
Y los otros dos también.  
Pues que son sus dos hermanos,  
El Maestre y don Enrique.

DON JUAN.

¿A qué quieres que lo aplique?

DOROTEA.

Deja pensamientos vanos.

ESCUDERO.

Agua piden, y han subido  
Por ella.

DON JUAN.

Los mismos son.  
Escóndete aquí, Chacon.

CHACON.

Paréceme que has venido  
A jugar al escondite.

DON JUAN.

¡Y dice que es testimonio!

CHACON.

Al rey don Pedro, el demonio  
Que le dijera venite.

(Vuelven á esconderse don Juan y Chacon.)

## ESCENA XVIII.

EL REY, DON ENRIQUE y EL MAESTRE, con sayos de fiesta, plumas, botas y espuelas.—DOROTEA, INÉS.

REY.

¿Sabeis vos que nos darán  
Agua en esta casa?

MAESTRE.

Aquí

La pedirémos.

DOROTEA.

Si á mi

Vuestras altezas me dan  
Titulo de mar de España,  
Daréles agua que sobre;  
Pero si no, soy tan pobre.  
Que aun agua no me acompaña.

DON ENRIQUE.

Siéntese aquí vuestra alteza,  
Descanse un poco por mí.

REY. (Ap. á don Enrique.)

¿Sabes quién es esta?

DON ENRIQUE.

Si.

REY.

Gran discrecion, gran belleza.—  
Ea, venga el agua luego.

DOROTEA.

Yo voy.

DON ENRIQUE.

Eso no.

DOROTEA. (Al escudero.)

Escalante,

Traed agua al señor Infante.

(Vase el escudero.)

DON ENRIQUE. (Ap. á Dorotea.)

Quedáos vos á darme fuego.

REY.

¿Qué tiene Enrique, Maestre? (Ap. á él.)

MAESTRE.

Antojos desta mujer.

REY.

¿Tan presto?

MAESTRE.

Dicen que al ver  
No es menester quien le muestre  
Por dónde al alma se va,  
A la voluntad y al gusto.

REY.

Ella muestra algun disgusto.

MAESTRE.

Por su opinion le tendrá.

DON ENRIQUE.

Si vuestra alteza viniera  
Con mas espacio, me holgara  
Que Dorotea cantara,  
Y demostracion hiciera  
De muchas gracias que tiene.

REY.

Eso quiere mas lugar;  
Allá la podeis llevar  
Para la fiesta que viene.

DON ENRIQUE.

¿Qué tal será para mí!  
(Vuelve el escudero con un barro de agua, y paño.)

ESCUDERO.

El agua es esta.

REY.

¡Bizarro

Gentilhombre!

MAESTRE.

¿Cómo en barro,

Señora, se bebe aquí?

DOROTEA.

Lo poco que se contrata  
No da para mas valor;  
Que en esta casa, Señor,  
Sola yo soy la de plata.

REY.

Brindara con vos á Enrique,  
A ser vuestra boca taza.

MAESTRE.

Bien se pudiera dar traza  
Como á la boca se aplique.

DOROTEA.

La traza, Señor, condeno;  
Porque taza de mujer  
Sin su gusto, suele ser  
Sospechosa de veneno.

REY.

¡Bien dicho, por vida mía!  
Doyle esta cadena, y doró  
Aquella plata con oro.

MAESTRE.

¿Qué ingenio!

DON ENRIQUE.

¡Qué bazarria!

REY.

Por qué os llamaron, desceo  
Saber, en toda Sevilla,  
De plata. ¿Es por maravilla  
De las gracias que en vos veo?

DOROTEA.

No, Señor; mas porque he sido  
De muchos solicitada;  
Y por estar obligada  
Del honor, con que he vivido,  
Enfermé de pensamiento;  
Y temiendo que amor mata,  
Quise ofrecerme de plata  
Al templo del casamiento.

MAESTRE.

¡Bien, por el hábito santo  
De Santiago!—Yo traía  
Estas reliquias, que habia  
Estimado siempre en tanto,  
Que á mi hermano no las diera;  
Y á Dorotea las doy.

REY.

Vámonos.

DON ENRIQUE. (Ap.)  
Confuso voy.

REY.

Pero primero quisiera  
Que nos dijera esta dama  
Cuál le agrada de los tres  
Por mas galan.

MAESTRE.

Justo es.

DOROTEA.

Preguntádselo á la fama.

REY.

Vos nos lo habeis de decir.

DOROTEA.

Que me place, si es forzoso.  
El galan mas poderoso  
Para poder competir  
Es el Rey; el mas valiente  
Para de noche en la calle,  
El Maestre; el que del talle  
Se precia mas justamente  
Es Enrique; y si yo fuera  
Digna de tanto interés,  
Uno que fuera los tres  
Para mi gusto quisiera.

REY.

¡Notable mujer!

MAESTRE.

Famosa.

DON ENRIQUE.

Estas memorias le doy.

DOROTEA.

Pienso que obligada estoy  
A decir muy vergonzosa:  
Tendréla de vuestra alteza  
Lo que tuviere de vida.

REY.

Ella es gallarda.

MAESTRE.

Escogida.

REY.

Para de plata. ¡gran pieza!  
(*Vanse el Rey y sus hermanos.*)

## ESCENA XIX.

DON JUAN, CHACON. — DOROTEA,  
INES.

DON JUAN.

Para que no digas que es  
Acaso ahora el venir  
Tres principes á tu casa,  
Salgo comenzando ansi.  
Dorotea, yo te quise,  
Cuando mi engaño creí,  
Como al alma; mis intentos  
Ya los supistes de mí.  
Pensé que mi mujer fueras;  
Pero viéndote servir  
De reyes y de maestros...

DOROTEA.

Acáballo de decir.  
Infantes, otro que tale.

DON JUAN.

Bien haces; dilo por mí,  
Porque yo estoy de manera...

DOROTEA.

¡Mas que vienes á decir:  
«Venga, venga la muerte contra mí;  
Que para desdichados no es vivir»?

DON JUAN.

¿Burlaste cuando me muero?

DOROTEA.

¿Tú te mueres?

DON JUAN.

Sí.

DOROTEA.

¿Tú?

DON JUAN.

Sí.

DOROTEA.

Muestra el pulso.

DON JUAN.

¿Tú mi mano?

¿Tú me la llegas á asir?  
Daréte mil puñaladas.

DOROTEA.

¿Sin confesion?

DON JUAN.

Fuiste en fin,

Mujer.

DOROTEA.

¡Qué! ¿pensaste que era  
Albahaca ó toronjil?

DON JUAN.

¿Así pagas mis descos?—  
Corazon, ¿esto sufrís?  
Ojos, demonio se ha vuelto  
Quien tuve por serafin.

DOROTEA.

Las tres de la noche han dado,  
Corazon, ¿y no dormís?

CHACON.

Ea; que son muchas hurlas

Para quien muere por ti.

Consuélate y dile que esto

No se pudo resistir

Por ser violencia de un rey,

Y no te burles ansi;

Que supuesto que sé yo,

De lo que fui matachin,

Que cuando amor es carnero,

Celos son su perejil,

No es justo darle ocasion

A que un hombre como un Cid

Llore como una doncella.

DOROTEA.

Chacon, ¿en qué le ofendi?

CHACON.

Háblale, acaba.

DOROTEA.

¡Ah mi bien!

Volvedme esa cara, oid.

DON JUAN.

¿Qué tengo de oírte, fiera?

Si mas me vieres aquí,

Todo el cielo me persiga.

¡Conmigo trato tan vil!

DOROTEA.

¿Cómo vil! ¿Esa es palabra,

Loco don Juan, para oír

Una mujer como yo?

Si tú, ni cosa por ti,

Vuélve á esta casa jamás,

Ni en calle, iglesia, en jardín

Donde estuviere, me vieres,

Yo haré...

DON JUAN.

¡Ah mi vida! Advertid

Que lo dije con enojo.—

Chacon, ruégala por mí.

CHACON.

Ea, Señora...

DON JUAN.

Llega mas,

Llega mas.

CHACON.

Temo un chapin.—

Señora, ¡misericordia!

(Vase Dorotea.)

Inés...

INÉS.

Haréte medir

La espalda con muchos palos. (Vase.)

CHACON.

Fuése.

DON JUAN.

¡Ah fiera!

CHACON.

¡Ah puerco espin!

DON JUAN.

Vuélveme todas mis prendas.

CHACON.

Llamemos un alguacil.

DON JUAN.

¡Mi muerte, Chacon, celebras  
Con burlar y con reír!

CHACON.

¿No sabes que las mujeres  
Son como vidrio sutil?

DON JUAN.

¡Oh cruel Niña de Plata,  
Y de piedra para mí!  
Pues si fueres Anajarte,  
Iis soy.

CHACON.

¿Eres gentil?

DON JUAN.

¡Venga la muerte, venga contra mí!  
Que para desdichados no es vivir.

## ACTO SEGUNDO.

Calle.

## ESCENA PRIMERA.

MARCELA, con manto; FÉLIX.

FÉLIX.

Huélgome de haberte hallado  
En cal de Francos: ¿qué esperas?

MARCELA.

Creyéralo, como fueras  
O veinticuatro ó jurado.  
Félix, el ánimo tuyo  
Bien conocido le tengo.  
A comprar chapines vergo,  
Que por momentos destruyo.

FÉLIX.

Alabo tu discrecion;  
Que viendo las prendas mías,  
No dijiste que venias  
Por tela, raso ó gurbion,  
No por Holanda ó Cambray,  
No por cortes milaneses,  
Puntas y encajes franceses,  
Que por estas tiendas hay.  
A chapines te humillaste:  
Concierto harémos los dos,  
Porque parece, por Dios,  
Que mi bolsa consultaste.  
Por la discreta humildad,  
Añado á chapines guantes;  
Que dan cosas semejantes  
Galanes de voluntad.

MARCELA.

Por tu vida, que te engañas;  
Que no te brindo á chapines;  
Voy con diferentes fines,  
Que verás si me acompañas;  
Que el gastar tantos agora  
Es buscar casa.

FÉLIX.

Dejaste

La tuya porque pensaste  
Poder vivir con Leonora.  
Dos de diversas naciones,

Marcela, vivir podrán  
Juntos, juntos vivirán  
Dos tigres y dos leones,  
Un hidalgo y un villano,  
Y dos poetas en paz,  
Cosa extraña y incapaz  
De trato y concierto humano;  
Y dos damas no podrán  
Vivir juntas, siendo hermosas;  
Que envidiosas y celosas  
Eternamente andarán.

MARCELA.

Añade, si es una dellas  
Necia.

FÉLIX.

No es poco Leonora.

MARCELA.

Préciese muy de señora,  
Compíte con las estrellas.

FÉLIX.

¿No sabes cómo mi hermana  
A la casa se pasó  
Que tú dejaste, aunque yo  
La vivo de mala gana?

MARCELA.

¿A la casa que dejé?

FÉLIX.

A la misma.

MARCELA.

¿No es mejor

La suya?

FÉLIX.

Fué cierto humor  
(Que otra ocasión no la sé);  
Que siendo en la misma calle  
Y peor casa, fué locura.

MARCELA.

Debe de probar ventura;  
Que es lástima que aquel talle  
No halle un rico marido;  
Que hay casas que topa en ellas.

FÉLIX.

¿Casas hay contra doncellas?  
Nunca lo he visto ni oído.  
Notables supersticiones  
Teneis todas las mujeres.

MARCELA.

Así nacimos: ¿qué quieres?

FÉLIX.

Mas valian los balcones  
Con las macetas que deja  
De claveles y verduras,  
Que un jardín.

MARCELA.

Tristezas puras:  
Con razon della se aleja.  
Pruebe otra casa, otras mil,  
Hasta que halle casamiento.

FÉLIX.

Necedad.

MARCELA.

Direé otras ciento;  
Mas si el ingenio sutil  
De tu hermana Dorotea  
De aquella casa se muda,  
Claro está que no la ayuda  
Para que dichosa sea.

FÉLIX.

Cuatro meses nos faltaban,  
Marcela, del alquiler.

MARCELA.

¿Habeisla arrendado?

FÉLIX.

Ayer  
Ciertos hombres la arrendaban  
Que vienen con el Infante,  
Y no se la quise dar.

MARCELA.

Yo la quisiera ocupar  
En ocasión semejante,  
Mientras junto á la Alameda  
Una me deja un letrado  
Que han provido.

FÉLIX.

He pensado  
Que todo el tiempo que queda  
Será mucha discreción  
Que ahorres ese dinero.

MARCELA.

Si tienes las llaves, quiero  
Pasarme luego.

FÉLIX.

Estas son.

MARCELA.

Vamos los dos.

FÉLIX.

Luego al punto  
Haz que la ropa te pasen.

MARCELA.

Si algunos hombres se hallasen,  
Podrá venir todo junto.

FÉLIX.

A traértelos me ofrezco.  
La casa en el dueño gana.

MARCELA.

Donde ha vivido tu hermana,  
Félix, vivir no merezco;  
Mas no quiero ser ingrata  
Al bien que los dos me dan.

FÉLIX.

Con mas razon te tendrán  
A tí por niña de plata.

MARCELA.

De su valor soy despojos;  
Y aunque su sombra he de ser,  
Yo me contento con ser...

FÉLIX.

Dilo.

MARCELA.

Niña de tus ojos.  
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Juan.

## ESCENA II.

DON JUAN, LEONELO.

DON JUAN.

Como os lo cuento ha pasado.

LEONELO.

El ha sido extraño cuento.

DON JUAN.

Pues nadie me lo ha contado;  
Que yo en su mismo aposento  
Lo vi, corrido y turbado.  
Cabestrillo el Rey le dió,  
Reliquias le dió el Maestre;  
Pero el Infante mostró  
Mas amor.

LEONELO.

— No hay mas que mostrare.

¿Quién su memoria olvidó?

DON JUAN.

Memorias le dió el Infante,  
Con que yo pasé la mia  
Un mundo mas adelante.

LEONELO.

Un desengaño de un día  
Es redención de un amante.

DON JUAN.

Si los redimidos son  
El enfermo y el cautivo,

Yo llamo con mas razon,  
Pues del alma la recibo,  
Mi libertad redención.  
La amorosa enfermedad  
En salud se me ha trocado,  
La cárcel en libertad;  
Que á dárme la se han juntado  
La Merced y Trinidad.  
La merced de un desengaño,  
La trinidad del acuerdo  
De tres potencias, que el daño  
Miraron donde me pierdo  
En el Argel de mi engaño;  
Que á desengañarme dé,  
Con la Trinidad que digo,  
Vino la Merced á Argel;  
Mucho pudieron conmigo,  
Que estaba prendado en él.  
Despertó mi entendimiento  
A mi memoria dormida,  
Y dando consentimiento  
La voluntad ofendida.  
Fué trinidad en mi intento.  
Y en librarme convenidos,  
De limosnas de mis daños,  
Para cobrar mis sentidos,  
Di por rescate dos años,  
Aunque ya estaban perdidos.  
¡Oh santa Merced! yo adoro  
La tuya y mi redención.  
¡Oh libertad, gran tesoro,  
Por que no hay buena prisión,  
Aunque fuese en grillos de oro!  
No mas Argel, pues engaña  
La razon. Vamos, desco:  
Que ha sido librarme hazaña.  
¡Gracias á Dios que me veo  
Entre cristianos de España!

LEONELO.

Vuestro discurso, don Juan  
(Si como vos lo decís,  
Y este desengaño os dan,  
En el alma lo sentís),  
Os hace un cuerdo galán.  
Ya por ejemplo os contemplo  
Del desengaño en el templo:  
¡Dichoso vos, á quien hiela,  
Pues lo que abrasa y desvela  
Os sirve de claro ejemplo!  
Pero guardáos bien del daño  
Que suele hacer en quien ama  
La pena de un desengaño;  
Que es una secreta llama  
De mas rigor que el engaño.  
Pensaréis que no queréis;  
Y cuando os imaginéis  
Mas libre en mas confianza,  
Iréis á darle venganza,  
Y á sus puertas lloraréis.

DON JUAN.

¡Plegue al cielo que ese día,  
O primero que le vea  
Para tal desdicha mia,  
El fin de mi vida sea!  
Tanto un desengaño enfra.  
Yo quise mientras creí  
Que me querian; ¡he aquí  
Donde lo contrario vi,  
Y de la suerte olvidé,  
Que se olvidaron de mí.  
No mas, no mas, niña ingrata,  
Pues que va tu edad de plata  
Se ha vuelto en hierro.

LEONELO.

El valor

Se muestra en rendir á amor.

DON JUAN.

Cualquiera traicion le mata.



## ESCENA III.

UN PAJE. — DON JUAN, LEONELO;  
después, UN ESCUDERO.

PAJE.

Aquí de la señora Dorotea  
Un escudero quiere hablarte.

DON JUAN.

Dile

Que se vaya con Dios y que me deje,  
Porque crea Leonelo lo que digo.

LEONELO.

Eso, don Juan, no es justo, ni conviene  
Al trato de tan noble caballero.  
Recebid el recado en cortésia.

DON JUAN.

¿Por vos he de hacer cosa tan mal hecha?

LEONELO.

Poneldo por mi cuenta; que yo os juro  
Que no lo sentís mucho.

DON JUAN.

Dile que entre.

(Retírase el paje, y sale el escudero.)

ESCUDERO.

Este papel me ha dado mi señora.

(Da á don Juan un papel y una caja.)

¿Cómo con esa cara le recibes?

DON JUAN.

No la tengo mejor para papeles  
De quien se deja visitar de príncipes.

ESCUDERO.

Solías tú con palio recebirme,  
Mandarme regalar, darme aguinaldo;  
Ya te veo de suerte, que no quiero  
Pedirte aquellas calzas y ropilla  
Que me mandaste. Ya conozco; amantes  
Son como arroyos que lloviendo corren,  
Tras sí lo llevan todo con la furia,  
Y en cesando, no dejan mas de piedras.  
Mas no quiero culparte, á mí me culpa;  
Que siempre he sido desdichado en cal-  
[zas.

DON JUAN.

Idos con Dios; que estoy con pesadumbre.  
Decid á la señora Dorotea  
Que con Chacon responderé.

ESCUDERO.

No quiero

Parecer, en cansaros, escudero. (Vase.)

## ESCENA IV.

DON JUAN, LEONELO.

LEONELO.

¿Cómo no abris el papel?

DON JUAN.

Como ya el tiempo pasó  
Que diera mil besos yo  
A cualquiera letra del.

LEONELO.

Acabad; que estáis muy necio.

DON JUAN.

Leerle quiero por vos.

LEONELO.

Por mí y por vos; que por dios,  
Que es ese mucho desprecio.

DON JUAN. (Abriendo el papel.)

¡Bueno es esto!

LEONELO.

¿Cómo así?

DON JUAN.

El papel es un soneto.

LEONELO.

Luego ¿es verdad en efecto  
Que hace versos?

DON JUAN.

Estos sí. [pretendas

(Lee.) «Ingrato dueño mío, aunque  
Matarme con rigores y desdenes,  
Y sin oír las partes me condenes,  
Quiero que mi verdad y amor entiendas.  
»Mas no es razón que sin razón me  
[ofendas;

Y pues en otros gustos te entretienes,  
Y de mi honor mayores prendas tienes,  
Triunfa también desas humildes pren-  
»Cesen, por vida mía, los enojos; [das.  
Que príncipes conmigo son quimera,  
Sueño del gusto, engaño de los ojos.  
»Y cuando como piensas los rindiera,  
¿Qué pierdes en tenellos por despojos,  
Pues á tus pies con ellos me pusiera?»

LEONELO.

¡Notable humildad! No hay gracia  
Que no tenga esta mujer.

DON JUAN.

De tantas pudo nacer  
Su desdicha y mi desgracia.

LEONELO.

El soneto es amoroso,  
Y muestra bien ser de dama.  
Pero ¿cómo, cuando os llama,  
Estáis tan tibio y celoso?  
En esa caja ¿os envía  
Vuestras prendas?

DON JUAN.

Por cobrar

Las suyas; que es engañar  
Con regalo y cortesía.  
Yo las enviaré, cruel.

LEONELO.

Abrídla, á ver.

DON JUAN.

¿Qué es aquesto?

LEONELO.

¿Cómo?

DON JUAN.

Otras prendas ha puesto;  
Mas estas, dice el papel.—  
¡Las reliquias del Maestre  
Y memorias del Infante  
Me envía!

LEONELO.

¡Dichoso amante!

¿Qué mas te queréis que os muestre?

DON JUAN.

Hasta del Rey la cadena  
Viene aquí.

LEONELO.

Tal desengaño

Bien ha disculpado el daño  
De la recibida pena.  
Id á ver á Dorotea  
Humilde y agradecido.

DON JUAN.

Hazaña discreta ha sido;  
Pero no sé si la crea.

LEONELO.

Eso es grande ingratitud.  
Enojáreme con vos.

DON JUAN.

Digo que irémos los dos:  
Tal es la fuerza y virtud  
Besta dulce encantadora.

## ESCENA V.

CHACON. — Dichos.

CHACON.

¿Está mi señor aquí?

DON JUAN.

¿Qué hay, Chacon?

CHACON.

Escucha.

DON JUAN.

Di.

CHACON.

Quiere, sirve, alaba, adora  
La niña de Bercebú,  
Que pasando por su calle...  
—Mas mejor es que lo calle.

DON JUAN.

Pues, necio, ¿no sabes tú  
Que una razón comenzada  
No se puede dilatar?  
Pues no supiste callar,  
Habla.

CHACON.

No importa, no es nada.

DON JUAN.

Habla digo.

CHACON.

En cuatro días  
Que no habemos parecido  
Por su calle, hay tanto olvido  
De pasadas niñerías,  
Que agora acabo de ver  
A su puerta con mil cargos  
De ropa dos carros largos.  
¡Ah falsa, ah fiera mujer!  
Vieras sillas, colgaduras,  
Camas doradas, tapices,  
Colchas de seda...

DON JUAN.

¿Qué dices?

CHACON.

Vidros, tarimas, pinturas,  
Hasta asadores, morillos  
Y aderezos de cocina.

DON JUAN.

Bien el dueño se adivina.  
¿Son celos para sufrillos?  
¿Parécenos que viene bien  
Con este papel, Leonelo?

LEONELO.

Digo que me libre el cielo  
De sus embustes.

DON JUAN.

¿Que dén

Licencia un honrado hermano  
Y una tia semejante  
A que tan libre el Infante,  
Sin otro respeto humano,  
Cubra de sus telas de oro  
Casa que con tal limpieza  
Tuvo el honor por riqueza  
Y la virtud por tesoro?  
¡Ah, vil interés, que puedes  
Rendir la virtud y honor!  
¿No estaban, niña, mejor  
Desnudas esas paredes?  
¿No supiera yo vestillas  
De seda, sin ser infante?  
No he visto amor semejante.  
¡Camas, tapices y sillas!  
¡Bravo amor! De asiento están.

CHACON.

Cuando vi los asadores,  
Me salieron mas colores  
Que á un ave que asando van.  
¡Ah perros! dije entre mí,  
¿No era mejor un marido

Noble, rico y bien nacido?

DON JUAN.

Chacon, mejor es así.  
Pues yo no pienso morirme.  
¿Quién hay en todo el lugar  
Con quien la pueda picar,  
Y yo alegrarme y reirme?

LEONELO.

En su misma calle vive  
Marcela.

DON JUAN.

Tienes razón.

¿Conócesla tú, Chacon?

CHACON.

A escribilla te aperece;  
Que es una dama gallarda,  
Que sabrá bien despicarte,  
Y yo la he visto mirarte,  
Y sé que há días que aguarda  
Que le digas que desees  
Visitarla.

DON JUAN.

Yo querría

No verla agora de día.

LEONELO.

Pues ¿no es mejor que la veas?

DON JUAN.

No; porque aquella cruel  
No vea que á rogar voy,  
Sino que admitido soy.

LEONELO.

Bien dices: rasga el papel,  
Y del oro que te envía  
Haz un presente á Marcela,  
Para que el golpe le duela,  
Si se le viere algun día.

DON JUAN.

Si verá; que á San Anton  
A misa las fiestas van.

LEONELO.

¡Linda venganza, don Juan!

DON JUAN.

Esta noche tú y Chacon  
Iréis conmigo; que quiero  
Liberal del oro hacerme,  
Porque se arroje á quererme.

LEONELO.

Notable venganza espero.

CHACON.

Yo quiero ser tu alcabuate,  
Y si te acierta á agradar  
Marcela, bien puedes dar  
Con la niña en Tagarete.

(Vanse.)

—

Salon del Alcázar.

### ESCENA VI.

EL REY, EL MAESTRE, DON ARIAS.

REY.

¿Adónde está mi hermano?

MAESTRE.

No está bueno;

Que desde ayer le ha dado una tristeza,  
Que de todo placer le tiene ajeno.

REY.

¿Al Infante tristeza?

MAESTRE.

La belleza

De una mujer le tiene desta suerte,  
Preciada de su honor y su nobleza.

REY.

Maestre, es el amor tanto mas fuerte

Que todos los venenos, que le dieron  
Muchos nombre de hermano de la muerte;  
¡Oh cuántos á sus manos perecieron, [te.  
De que se ven tan miserables memorias!  
Oh cuántos de su triunfo esclavos fue-  
¿Está en Castilla esa mujer? [ron!

MAESTRE.

Las glorias

De amor siempre consisten en violencias,  
De que testigos son tantas historias.  
Los desdenes, Señor, las resistencias  
De aquella dama que una noche viste  
(Que dijera mejor impertinencias),  
Tan mal Enrique y sin valor resiste,  
Que se deja morir de puro amante,  
Ni duerme ya, de desechado y triste.

REY.

¿Hay lástima, hay suceso semejante?  
¡En dos dias de amor!

MAESTRE.

Verdad te digo,

Y que de plata es niña de diamante.

REY.

Esta noche los dos iréis conmigo;  
Que yo se la traeré tan blanda y tierna,  
Si con regalos de quien soy la óbligo,  
Que viva Enrique, á quien tan mal go-  
La razón natural de su albedrio. [bierna

DON ARIAS.

Piensa ganar la niña fama eterna  
Con mostrar al Infante mas desvío  
Que si fuera su igual: tanto se precia  
Del casto honor.

REY.

¡Extraño desvarío!

La casadas imiten á Lucrecia,  
En resistirse digo, no en matarse;  
Que en esto todos dicen que fué necia.  
¿Que tal quimera pudo levantarse  
La noche de la máscara, Maestre?

MAESTRE.

No puede el pobre Enrique repararse;  
No hay hombre á quien alegre el rostro  
DON ARIAS. [maestre.

Ya están aquí los moros de Granada.

REY.

¿Y será menester quien los adiestre?

DON ARIAS.

Bien saben nuestra lengua.

### ESCENA VII.

ZULEMA, ALÍ, MOROS. — DICHOS.

ZULEMA.

En tu sagrada

Frente pongan los cielos mil laureles,  
Ganados por los filos de tu espada.  
El alcaide, Señor, de los doneces  
Con la embajada de Mahomad venía,  
Moro de lo mejor de los Gomeles;  
Pero llamóle Alá casi en el día  
Que entrara por Sevilla si viviera.  
El Rey, que fía de la ciencia mia,  
Partir me hizo; pero ya no era  
Tiempo de medicinas; que la muerte  
Nunca vuelve á envainar la espada fiera.  
Murió, y en vez de Zaidé vengo á verte,  
Trayéndote las treguas confirmadas,  
Y la obediencia á rey tan alto y fuerte.  
Con ellos treinta yeguas albeñadas,  
Con dos potros al lado cada una,  
Y con mantas de grana encubiertas.  
No se parece en el color ninguna,  
Y todas en las alas se parecen; [na.  
Que corren mas que el tiempo y la fortu-  
Adargas y jinetas las guarnecen,  
Cuyos campos ocupan mas colores [cen.  
Que en los verdes de abril cuando flore-

Traigo cincuenta alfombras, que en la-

[borea

Compiten con las nubes de los cielos,  
Al tiempo que las sombras son mayores.  
Traigo dos cajas de listados velos  
De amarillo, de nácar, de morado,  
De flor de malva y de color de celos;  
Y digno solamente de tu lado  
Un cuchillo de monte damasquino,  
En un cinto de lobo tachonado,  
Que por las cerdas del color marino,  
Sale tan bien el oro y los diamantes,  
Que deslucen desnudo el temple fino.  
Esto, con otras cosas semejantes,  
Te presenta mi rey por obediencia,  
Para que á tu grandeza le levantes.

REY.

Bien debe vuestro rey correspondencia  
Justa á mi grande amor, moros honra-

[dos,

Que le he puesto en tan alta preminen-  
Venci sus enemigos, que postrados [cia.  
Yacen ante sus piés, y en paz procuro  
Conservar con mi fuerza sus estados.  
Agradezco el presente, y aseguro  
Las treguas por los años del concierto.

ALÍ.

Tú solo has sido su defensa y muro.  
El queda de tu amor y amparo cierto,  
Y por nosotros á tus piés se inclina.

REY.

Maestre...

MAESTRE.

Gran Señor...

REY. (Ap. á él.)

Agora advierto

Que sabiendo este moro medicina  
Con la curiosidad que estos la saben,  
Que con yerbas es cosa peregrina,  
Podrá ser que curándole se acaben  
Las tristezas de Enrique.

MAESTRE.

Ser podría,

O no será razón que los alaben.

REY.

Moro...

ZULEMA.

Señor...

REY.

De gran melancolía

Tengoun hern ano enfermo, á quien ado-  
Y que le cures deste mal querría. [ro,

ZULEMA.

Pondré en darle salud, á fe de moro,  
La diligencia que verás.

ALÍ.

Bien puedes

Fiarle de Zulema.

REY.

Si un tesoro

Me cuesta su salud, quiero que quedes  
Del amor que le tengo satisfecho.

ZULEMA.

En mandarme, Señor, me haces merce-  
ALÍ. [des.

Curas notables en Granada ha hecho,  
Y adivinado cosas por las manos  
Que hacen temblar el mas robusto pe-

REY.

Juicios para mí son cuentos vanos.  
Ve, Maestre, y enséñale mi Enrique.

MAESTRE.

Vén conmigo.

ZULEMA.

Los cielos soberanos

Guarden tu vida.

(Vanse el Maestre y todos los moros.)

**ESCENA VIII.****EL REY, DON ARIAS.****REY.**

En tanto que este aplique  
Remedios á su amor ó á su accidente,  
Don Arias, y su vida pronostique,  
Por otra parte quiero yo que intente  
El interés curar á esta señora  
De la dureza que en el pecho siente.

**DON ARIAS.**

¿Cómo?

**REY.**

En la calle de las Armas mora;  
Son señas de su casa dos balcones  
Azules, que al salir el sol los dora.  
Si á mano izquierda como vas te pones,  
Te llamarán las flores y claveles  
Que encubren de su dueño las traiciones.  
Llévale pues seis pares de dosceles  
(Así llaman aquí las colgaduras),  
Con cuadros que envidiarlos pueda Apé-  
Acompaña dosceles y pinturas [les;  
De dos piezas de tela y terciopelo.

**DON ARIAS.**

El oro ablanda hasta las peñas duras.

**REY.**

Llévale mil escudos (que recelo  
Que es pobre esa mujer) y dos cadenas  
Que valgan otros mil.

**DON ARIAS.**

Cayó en el suelo.

**REY.**

Como es Enrique nuevo en estas penas,  
No sabe que las damas quieren oro;  
Que no viven de sangre de las venas.  
Con él le curaré mejor que el moro.

(Vanse.)

Sale en la nueva casa de Dorotea.

**ESCENA IX.****DOROTEA, TEODORA.****TEODORA.**

Tengo, por recien mudada,  
En esta casa temor.

**DOROTEA.**

Todo nace del rigor  
De tu condicion cansada.  
Pues ya no tienes por quien  
Estar celosa de mí,  
Porque con mudarme aquí,  
Todo se mudó también.  
Después que el Infante entró  
En la casa que dejamos,  
Y después que nos mudamos,  
Nunca mas don Juan me habló.  
¿Qué es hablarme? Ni aun pasar  
La calle.

**TEODORA.**

¿Son celos del?

**DOROTEA.**

Hoy en un tierno papel,  
Tía, le quise obligar  
A nuestra amistad pasada,  
Y con tal satisfacción,  
Que mereciera perdon,  
No estando con él casada.  
Pero ni me ha respondido,  
Ni al criado preguntado  
Nuevas de mí.

**TEODORA.**

Tu cuidado  
Merece tan justo olvido.  
¡Ah sobrina! ¡cuántas veces

Te dije que este don Juan  
Era un fingido galán!  
Bien lo que tienes mereces.  
Solamente pretendia  
Tu deshonor, no casarse;  
Pretendió desobligarse,  
Vió tu firmeza y la mía,  
Y con tan poca ocasion  
Como entrar aquí el Infante,  
Muy á lo celoso amante,  
Finge mal de corazon.  
No quisó mas de una sombra  
Para huir de obligaciones,  
En que muy necia le pones.

**DOROTEA.**

¿Sombra, si de un rey se asombra?  
¿Qué sabes tú si ha sabido  
Las diligencias que ha hecho?

**TEODORA.**

Si no han sido de provecho,  
¿De qué se muestra ofendido?  
Que solo el mudarte aquí  
Porque de tí no supiese,  
Le obligaba á que te diese  
Satisfacciones á tí.

**DOROTEA.**

De eso está tan olvidado,  
Que aun no sabe que aquí vivo.

**TEODORA.**

Pena de verte recibo  
Con tan injusto cuidado.  
Y esta noche mucho mas;  
Que con la pena que tienes,  
Á la reja vas y vienes,  
Pero sin provecho vas;  
Que don Juan entretenido  
En casa de alguna dama,  
Eso que debe á tu fama  
Tendrá ya puesto en olvido.  
¿Bien te casarás agora!

**DOROTEA.**

Pues ¿qué he perdido?

**TEODORA.**

Opinion.

**DOROTEA.**

Ea, comience un sermón.  
Váyase á acostar, Señora.  
Baste mi pena: ¿qué quiere?

**TEODORA.**

Aun no ha venido tu hermano.

**DOROTEA.**

¿No sabes ya cuán liviano  
Por Marcela vive y muere?  
No sabes ya que hoy le ha dado  
La casa en que hemos vivido?

**TEODORA.**

Harta desvergüenza ha sido;  
Dios sabe que me ha pesado.

**DOROTEA.**

Pues ¿qué daño se te sigue,  
Si ya no vives allí?  
Véte á acostar.

**TEODORA.**

Eso sí.

¿Es posible que te obligue  
Un desden á tales celos?  
Querrás muy loca esperar  
A ver si te viene á hablar.

**DOROTEA.**

Esos serán tus consuelos.  
Véte con Dios; que á tomar  
El fresco voy al balcon.

**TEODORA.**

Para fuego de afición  
No hay aire fresco en la mar.  
Tú te cansarás en vano.

**DOROTEA.**

¿Pasaráslo tú por mí?  
(Vase Teodora.)

**ESCENA X.****DOROTEA.**

¡Ay triste! ¡cuán necia di  
Mi libertad á un tirano!  
¿Qué mas he podido hacer  
Que darle satisfacion?  
Yo mudé casa, en razon  
De pretenderme esconder  
A los ruegos del Infante,  
Promesas y montes de oro;  
Por el suyo y mi decoro  
He sido un firme diamante.  
Yo le escribí y le envié  
Las joyas: ¿cómo su trato  
Con un desden tan ingrato  
Paga mi amorosa fe?  
No es posible. Subir quiero  
Al balcon; que podrá ser  
Me venga esta noche á ver;  
Que bien creerá que le espero.  
El no responderme abona  
Que para verme se apresta,  
Porque no hay mejor respuesta  
(Que de la misma persona. (Vase.)

Calle en que están las casas de Dorotea y Marcela.

**ESCENA XI.****DON JUAN, LEONELO; CHACON, á lo bravo.****LEONELO. (Señalando la casa en que vivió Marcela.)**

Esta es, don Juan, la casa de Marcela;  
Mas pienso que te inclinas con gusto  
A la de aquella niña en quien la tienes,  
Porque después que entramos en la calle,  
Todo es mirar sus puertas y balcones.

**DON JUAN.**

No te espantes, Leonelo, que se vayan  
Al hábito los ojos, que tenían,  
Y mas viendo tan cerca aquella casa,  
Donde está una mujer, que á ser de pie-  
Y no de plata, mereciera de oro [dra,  
Estatuas por divina.

**CHACON.**

Ya tenemos

Memorias de la niña: ¡buenos vamos!  
Pues porque se te quiten los bostezos -  
Con que sospiras ya, como horrico  
Que ha conocido el prado de su aldea,  
Quiero decirte lo que vi esta tarde.

**DON JUAN.**

¿Qué? por tu vida.

**CHACON.**

Que en su casa entraba

Don Arias, gran privado del Infante.  
Llevaban dos criados ricas piezas  
De telas de oro, y otros dos dineros  
En cantidad, al fin joyas de príncipe.  
Propuse no decírtelo; mas viendo  
Que te eterneciese viéndote en su calle,  
Y que es contra tu honor volver á verla,  
Quise con este desengaño darte  
De tu desdicha y su maldanza parte.

**DON JUAN.**

Confíesote, Chacon, que eternecido  
De memorias pasadas, me llevaba  
El alma á las ventanas de esa fierra,  
Y que pudiera ser que me rindiera;  
Mas ya con este santo desengaño,  
Con este saludable advertimiento,



Para siempre de verla me despidió.  
No mas, no mas: afuera, pensamiento.  
Sialguno estaba en mí, que como espiritu  
No queria salir á tanto apremio,  
No se defienda á la violencia santa  
Deste conjuro que Chacon me ha dicho.  
¿No es esta la ventana de Marcela?  
Tira una china, llama. Aquesto es hecho.

LEONELO.

Si va á decir verdad, yo te queria  
Conducir á tu niña, imaginando  
Que te hacia lisonja; que un amante  
Suele siempre negar lo que desea.  
Y quiere que le rueguen lo que quiere:  
Mas viendo que ya tiene don Enrique  
Posesion tan pacifica en su casa,  
Digo que ni la busques ni la nombres.

DON JUAN. (Ap.)

Abraásndome estov de puros celos.  
Quiero disimular. Paciencia; ¡oh cielos!

## ESCENA XII.

DOROTEA, *saliendo al balcon.* — Dichos, *en la calle.*

DOROTEA. (Ap.)

Tres hombres hay en la calle;  
Mirando el balcon están:  
O es deseo de don Juan,  
O lo parece en el talle.  
Sin duda es él, que celoso  
No quiere llegar á hablarme.

DON JUAN.

Todo fué determinarme.  
Amor, ya estoy en el coso;  
Muera del engaño el toro,  
Si el desengaño le mata.  
Ríndete, Niña de Plata,  
Ríndete á Marcela de oro.

CHACON.

Eso sí, juega al rentoy,  
Y embida tres piedras mas.

DON JUAN. (A Dorotea.)

Si oyendo, Marcela, estás  
Que desde aquí tuyo soy,  
Abre ese balcon y advierte...

DOROTEA. (Ap.)

¡Ay triste! Aquesto es don Juan,  
Que de Marcela galan,  
La requiebra desta suerte.  
Sin duda que no ha sabido  
Que á su casa me he mudado.  
El viene á verla engañado:  
Ventura notable ha sido.  
Fingirme quiero Marcela;  
Quiérome desengañar.

DON JUAN. (A Leonelo y Chacon.)

En las rejas oigo hablar;  
Los dos os poned en vela  
Guardando esas dos esquinas.

LEONELO.

Ponte á esa esquina, Chacon.

CHACON.

Habla, y venga un escudron;  
Yo basto á treinta gallinas.

DON JUAN.

Marcela, Marcela, ce.

DOROTEA. (Fingiendo la voz.)

¿Quién llama?

DON JUAN.

Un nuevo galan.

DOROTEA.

¿Es por ventura don Juan?

DON JUAN.

Ventura el hallaros fué.

DOROTEA.

¡Jesus! ¿qué buscaís aquí?

DON JUAN.

Días há que os busco á vos.

DOROTEA.

¿A mí? Engañaísos, por Dios;

Que no me buscaís á mí.  
Si vuestra Niña de Plata  
Os ha hecho algun desden,  
O vos (con celos tambien  
De que nuevos gustos trata)  
La quereis amartelar  
Tan enfrente que lo vea.  
Soy yo muy necia y muy fea,  
Y antes (la podréis vengar.  
Id con Dios: que no soy buena  
Para dar celos conmigo.

DON JUAN.

Oid, oid.

DOROTEA.

¡Ay amigo!

A estas horas anda en pena.  
Vaya, llame, lllore, diga  
Que se casará con ella.

DON JUAN.

Si sabeis, Marcela bella,  
Lo que á olvidarla me obliga,  
Mirad que soy caballero.

DOROTEA.

Luego ¿tratais de olvidalla?

DON JUAN.

No: que olvidalla era honrilla,  
Pues confiesa que primero  
Tuvo amor quien olvidó.

DOROTEA.

Pues ¿nunca la habeis querido?

DON JUAN.

Quien la ha puesto en tanto olvido,  
¿Cómo dirá que la amó?

DOROTEA.

Eso es mentira.

DON JUAN.

Esperad.

Hoy me ha escrito este papel,  
Y me ha enviado con él,  
Para mas seguridad,  
Unas joyas que le dieron  
El Rey y los dos Infantes:  
Si el dar prueba los amantes,  
Y amores las obras fueron,  
Para que vos entendais  
Lo que la estimo, un liston  
Echad por ese balcon.  
Puesto que al sol le pidais  
Del cabello que os enlaza,  
Y atadas en él, veréis

Si quiero que las gocéis.

DOROTEA.

No me disgusta la traza.  
Pero ¿qué os mueve á desprecio  
Tan grande?

DON JUAN.

Echad el liston;

Que aun de hablar desta ocasion  
Me afrento y tengo por necio.

DOROTEA.

Bésoos las manos, don Juan,  
Por las joyas; y aunque siento  
Que es liviandad de mi intento  
Tomar joyas de un galan  
Tan recién venido á verme,  
Por sola satisfacion  
De que es cierta esa aficion,  
Y asegurarme á perderme,  
Quiero tomarlas; que á fe  
Que deseaba este día.  
Porque en el alma os tenia

Desde una vez que os hablé,  
Pasando acaso á Triana,  
Tapada en un barco.

DON JUAN.

Echad

La cinta.

DOROTEA.

Tomad y atad. (*Echa la cinta.*)

Entrarán por la ventana,  
Y vos, joya de mas precio,  
Por esa puerta otro día.

DON JUAN.

En esta caja os envía,  
Marcela, un amante necio  
Los ricos despojos de oro  
De aquella Niña de Plata.

(*Ata con la cinta la caja.*)

DOROTEA.

Quien bien ata bien desata.  
Creed, mi bien, que os adoro.

DON JUAN.

Subid quedo.

DOROTEA.

Gente viene.

(*Sube la caja.*)

Perdonad, mientras que pasa,  
Por el honor desta casa. (*Vase*)

## ESCENA XIII.

FÉLIX.—DON JUAN, LEONELO,  
CHACON.

FÉLIX. (Ap.)

¿Que siempre esta calle tiene  
Gigantes por las esquinas?

DON JUAN. (A Leonelo.)

¿Cómo Chacon ha dejado  
Pasar aquel embozado?

LEONELO.

De miedo: ¿no lo adivinas?  
¿Cómo te fué con Marcela?

DON JUAN.

Todas las joyas le di.

LEONELO.

¿Las joyas?

DON JUAN.

Si.

LEONELO.

¿Todas?

DON JUAN.

Si;

Que amor sin alas no vuela.

LEONELO.

¿Y tomoláis?

DON JUAN.

Con la mano.

LEONELO.

¿De qué suerte?

DON JUAN.

A su balcon

Las subió con un liston:  
Esto es negociar, hermano.  
Mañana soy dueño aquí,  
Y á la niña doy martelo.

FÉLIX. (Ap.)

Estos andan con recelo,  
Pues que se encubren de mí.  
Quiérome entrar á acostar,  
Pues traigo llave. (*Abre y éntrase.*)

## ESCENA XIV.

DON JUAN, LEONELO, CHACON.

DON JUAN.

Oye, espera.

LEONELO.  
¿Qué quieres? ¿Eso te altera?  
DON JUAN.  
¿No viste aquel hombre entrar?  
LEONELO.  
¿Y cómo!

DON JUAN.  
Pues ¿dónde entró?

LEONELO.  
¿Dónde? En casa de Marcela.

DON JUAN.  
¿Hay tan notable cautela?

LEONELO.  
¿Cautela, don Juan?

DON JUAN.  
¿Pues no?

LEONELO.  
No, porque si este era el dueño,  
Por fuerza habrás de callar.

DON JUAN.  
Ya me ha pesado de dar  
Las joyas, mi fe te empeño.  
¿Pesía tal con la!...

LEONELO.  
Detente.

CHACON.  
¿Qué tenemos? ¿Hay quistion?

DON JUAN.  
Basta: que he dado, Chacon,  
Mis joyas livianamente  
A la dama desta casa.

CHACON.

¿Bien!  
DON JUAN.

Y apenas se las di,  
Cuando entrar un hombre vi.  
¿Hay tal maldad! ¿Esto pasa!

CHACON.

¿Dijote que no entraría,  
Si se las dabas?

DON JUAN.

No.

CHACON.

Pues,

Demás de que eso no es  
Traición ni descortesía.  
¿No es justo que entre el primero,  
Si es el platero?

LEONELO.

¿Buen trato!

DON JUAN.

No lo entiendo.

CHACON.

Al que hace el plato

Llaman las damas platero.

DON JUAN.

Pues si tengo de sufrir  
Que entre un hombre como yo  
Donde el desden me forzó,  
Mas que el amor, a venir,  
Mejor es sufrir a un rey  
Donde tengo gusto: vamos  
A Dorotea, y suframos  
De amor la tirana ley.  
No me replique ninguno;  
Que mas quiero á Dorotea  
Con gusto y rey, que á quien sea  
De otro, y yo sin gusto alguno.  
En esta resolución  
Reventó mi amor celoso.  
¿Guardáos; que corre furioso!

LEONELO.

¿Qué dices desto, Chacon? (Ap. á él.)

CHACON.

Que esto ya me lo sabía,

Y en parte está disculpado.  
Mas las joyas que le ha dado  
Fué gran moscatelería.  
Pero él las sabrá cobrar.  
Haciendo alguna invención.

DON JUAN.

Llama á esa puerta, Chacon.

LEONELO.

¿Mejor no fuera llamar  
A la de Marcela, di,  
Y sacarle de los brazos  
El galán á cintarazos?

DON JUAN.

¿Linda cabeza! Eso sí.  
Cuando la quisiera bien,  
Perderme fuera razon.  
Llama á esa puerta, Chacon.

CHACON.

¿Con qué gracioso desden  
Te ha de recibir la Niña.  
Viendo que á rogarla vas!

DON JUAN.

El amor me obliga á mas.  
¿Qué se me da que me riña?

LEONELO.

Quedo; que viene gente por la calle.

CHACON.

Tres hombres son, Señor, arrodellados.

DON JUAN.

¿De qué tiemblas, gallina? Sean cuarenta.

#### ESCENA XV.

EL REY, EL MAESTRE, DON ARIAS,  
*en hábito de noche.* — Dichos.

REY.

Gente hay aquí.

MAESTRE.

¿Qué importa que haya gente?

REY.

Preciado está el Maestre de valiente.

DON ARIAS.

¿No tiene obligacion?

REY.

Pues yo os prometo  
Que aunque soy rey y reservarme es justo,  
Que me saben tan bien seis enchilladas  
Como al bravo mejor de aquesta tierra.

DON ARIAS.

¿Y cómo si se sabe de experiencia!  
Mas quisiera topar con treinta bravos  
Que á vuestra majestad sin conocerle.

REY.

¿Está avisada esta mujer que vengo  
Para ser su escudero?

DON ARIAS.

En dando un silbo,  
Saldrá á la puerta.

REY.

Pues ¿qué aguardas? Silba.

DON ARIAS. (*Llegándose á la casa donde vivió Dorotea.*)

Miraba aquellos hombres.

REY.

Silba, acaba.

DON ARIAS.

Silbé.—Salíó.

#### ESCENA XVI.

MARCELA, *con sombrero y rebecito,*  
*saliendo de la casa donde vivió*  
*Dorotea.* — Dichos.

MARCELA.

Las señas esperaba.

DON ARIAS.

El Rey mismo está allí, que por ti viene.

MARCELA.

¿Tanta merced, Señor!

REY.

Vénte conmigo;  
Que esto puede la vida de un hermano.  
(*Vanse el Rey, Marcela, el Maestre y don Arias.*)

DON JUAN.

Leonelo, el Rey es este, y Dorotea  
Se va con él.

LEONELO.

¿En qué le has conocido?

DON JUAN.

En el traje, en el talle, en mi desdicha.  
Sin duda que es el otro don Enrique.  
¿Malo estaba de ver! ¡Yo soy perdido!

CHACON.

¿Quieres que acuchillemos estos reyes?

DON JUAN.

Hablas, gallina, en cosas imposibles.  
¿Ay Dios! ¿cómo pretende asir el viento,  
Parar el sol y detener los rayos,  
Cuando abrasando las confusas nubes  
Rompen el aire con horribles truenos,  
Quien piensa en la mujer poner firmeza!  
Pues no me he de morir. Animo, amigos.  
Volvamos á las rejas de Marcela;  
Que solo desquitar me me consuela.

LEONELO.

Bien dices: por ventura habrá salido  
El galán, y entraremos á conversa;  
Que canta un poco, y tiene dos esclavas  
Que bailan por extremo y hufonizan.  
(*Acércanse á la casa que habitó Marcela.*)

DON JUAN.

Tiro esta piedra. ¿Abrieron?

CHACON.

No se acuestan  
En esta casa hasta que sale el alba.

#### ESCENA XVII.

DOROTEA, *saliendo á la reja.* — DON  
JUAN, LEONELO, CHACON.

DOROTEA.

¿Quién llama?

DON JUAN.

Don Juan soy, Marcela mía.

DOROTEA. (*Fingiendo la voz.*)

Tú debes de hacer hora en esta calle;  
Y como tu ocupada Dorotea  
Debe de estarlo, en tanto te entretienes  
Inquietando mis puertas y ventanas.  
(*Chacon se aparta á un lado.*)

DON JUAN.

Marcela mía, la verdad te digo.  
Yo vine á despicarme, amartelado  
De los celos de aquella ingrata niña,  
Si de mis ojos, ya de mis enojos.  
Volvíome amor á requerir sus puertas;  
Llegó (decirlo quiero) el Rey, y al punto  
Que hicieron una señal, Dorotea  
Salíó á la puerta, y del acompañada,  
Y el infante también, si allí venia,  
Se fueron al Alcázar. Mira agora  
¿Qué doncella serví para casarme!  
¿De quién fié mis locos pensamientos!  
Abreme; que ya estoy desencañado.  
Mi hacienda te daré, todo soy tuyo.  
Robaré al Veinticuatro, por Dios vivo.  
Mañana te daré dos mil escudos.

DOROTEA.

[do,  
Quedo, quedo, don Juan; que si he calla-

Mas cuando tocas tanto al honor mío,  
Quiero que de tu error te desengañes.  
¿No conoces mi voz? ¿Tan ciego vives?  
Dorotea soy yo, no soy Marcela:  
Marcela es la que el Rey lleva consigo.  
Aquí vivió Marcela; que esta casa  
Por huir del Infante vivo agora,  
Y esa Marcela, en la que yo vivía.  
Oyeme bien, y mirame á la cara;  
No me afrentes mañana por Sevilla;  
Que soy mejor que tú, y en honra puedo  
Decir que puedo competir conmigo;  
Queno hay mas honra que la que yo tengo;  
Testigos estas joyas que me has dado,  
Pues que yo te las di por no tenellas;  
Que quiero mas desnudas mis paredes  
Y vestido mi honor, que á treinta infantes.  
Vete, villano, vete con Marcela;  
Siguela donde va: para ti es propia:  
Que los hombres quereis quien os abrase;  
Porque con malas obras andais finos,  
Y en amándoois pagais con desatinos.

DON JUAN.

Quedo, quedo, señora Dorotea;  
Que esos blasones fueran muy bien di-  
Y los oyera yo de buena gana. [choc.  
Cuando no hubiera visto; ah santo cielo!  
Entrar un hombre con su misma llave  
Por esas puertas.

DOROTEA.

Y eso ¿quién lo niega?  
Entró mi hermano; que mi hermano pue-  
[de  
Entrar sin que mi honor manchado que-  
Y para que lo veas, vive el cielo [de.  
(Que otra vez no te he dicho tal palabra),  
Que has de entrar en mi casa y has de  
DON JUAN. [hablarle.

No, mi vida, no es justo, yo lo creo,  
Sino que yo te adore, y que tú muestres  
Tu generosidad en perdonarme.  
Vesme aquí de rodillas á tus rejas.

DOROTEA.

[hora;  
¿Perdonarte? ¡Oh qué bien! Vete en buen  
Que Marcela saldrá por la mañana,  
Hermosa, linda, colorada y fresca,  
Y le darás tu hacienda y tus regalos, [so  
Robando al Veinticuatro, á quien yo pien-  
Escribir un papel de tus maldades:  
No piense que conmigo vas gastando  
Eso que con la rabia y la cautela  
Le pensabas robar para Marcela. (Vase.)

## ESCENA XVIII.

DON JUAN, LEONELO; CHACON, re-  
tirado.

DON JUAN.

Mi bien, espera; espera, niña mía,  
Hermosa plata, limpia, tersa, pura,  
Lustrosa mas que suele estar la nieve  
En los extremos de los altos montes.  
Mi vida, escucha, ó mataréme.

LEONELO.

Advierte  
Que despiertas las gentes. ¿Estás loco?

DON JUAN.

¿Habeis oído lo que aquí ha pasado?

LEONELO.

Y no es mejor que aquella sea Marcela,  
Y sea Dorotea tan honrada?

DON JUAN.

Tienes razon; y por mirar su honra,  
Quiero dejar la calle; que mis voces  
Pueden ser causa de que alguna pierda.  
Vamos al muro; que sus duras piedras  
Se moverán, Leonelo, al llanto mío.

Ven, Chacon.

LEONELO.

CHACON.

¿Qué tenemos? ¿Hay tinieblas?

LEONELO.

¿Por qué lo dices?

CHACON.

Si hay lamentaciones  
Y oscuridad, ¿qué quieres que te diga?

LEONELO.

La Niña está enojada por Marcela.

CHACON.

Pues déle un tres, y cesarán las riñas;  
Que es antiguo remedio para niñas.  
(Vanse.)

Salon del Alcázar.

## ESCENA XIX.

DON ENRIQUE, melancólico; músicos.

CRIADOS.

DON ENRIQUE.

Cantad otra, por mi vida;  
Que es esa muy enfadosa.

UN MÚSICO.

La de Cleopatra es famosa.

DON ENRIQUE.

Vaya. ¿Es nueva?

MÚSICO.

Es nunca oída.

(Cantan.) El blanco y nevado pecho,  
Posada del dios Cupido...

DON ENRIQUE.

No mas; mataisme el oído.

MÚSICO.

Que es triste el tono sospecho.

DON ENRIQUE.

No topa en eso.

MÚSICO.

¿Es secreta

La causa?

DON ENRIQUE.

Fué porque llama

A los pechos de esa dama  
Meson de amor el poeta.

MÚSICO.

Esta escuchad.

DON ENRIQUE.

Quiero oílla.

MÚSICO.

Si no te agrada, perdona.

(Cantan.) Por los caños de Carmona  
Por do va el agua á Sevilla...

DON ENRIQUE.

No mas.

MÚSICO.

Pues ¿qué te da pena  
De aquesta letra, Señor?

DON ENRIQUE.

Cantalda á algun aguador.  
Para algun enfermo es buena.

MÚSICO.

Tú lo estás; oye, te ruego.

DON ENRIQUE.

Esta enfermedad no fragna  
Amor con deseos de agua;  
Hidrópico soy de fuego.

MÚSICO.

Cantemos una letrilla;  
Que podrá ser agradarte.

DON ENRIQUE.

Ni aun las letras serán parte,

Que tiene toda Sevilla.

MÚSICOS. (Cantan.)

Caminad, suspiros,  
Adonde sois,  
Y si duerme mi niña,  
No la recordeis.

DON ENRIQUE.

¡Extremada, y mas que buena!  
¡Linda letra!

MÚSICO.

¿Esta te agrada?

DON ENRIQUE.

Niña dormida y guardada  
Fué la causa de mi pena.  
¡Excelente, linda cosa!  
¿Quién la hizo?

MÚSICO.

Yo, Señor.

DON ENRIQUE.

Agora diste en mi humor.  
Con niña es letra famosa.

MÚSICO.

¿Esto llamas novedad?  
Sin niña y madre no hay letra.

DON ENRIQUE.

Esta el alma me penetra.  
Cantad, que duerme, cantad.

## ESCENA XX.

UN CRIADO.—DON ENRIQUE. MÚSI-  
COS, CRIADOS; después, EL MORO  
ZULEMA.

CRIADO.

El moro, á quien hoy mandaste  
Aquella figura hacer.  
Dice que te quiere ver.

DON ENRIQUE.

Entre.

(Sale Zulema con un papel.)

—A buen tiempo llegaste.

ZULEMA.

Dame esos pies.

DON ENRIQUE.

No es razon

Que de esa manera estés.  
¿Qué hay de la figura?

ZULEMA.

Que es  
Contraria á tu pretension  
Vénus, que á la Luna mira  
Con grande malicia opuesta,  
Y con Marte manifiesta  
Que por un hombre suspira  
De su calidad igual.  
Los dos se miran de trino;  
Después que tu alteza vino,  
Por celos se tratan mal.  
Aquí muestra el sol que un día  
Sola conmigo estará;  
Pero libre quedará  
Su honra de tu porfía.  
Pero retrate mas:  
Que aunque de aquesta mujer (Ap. á él)  
Miré tu amor, puede ser,  
Aunque tan seguro estás,  
Que haya visto algunas cosas  
Que son de mas importancia.

DON ENRIQUE.

¿Cómo?

ZULEMA.

Tú has de hacer por Francia  
Dos jornadas peligrosas,  
Huyendo del Rey tu hermano.

DON ENRIQUE.

¿Qué dices, que adora en mi?



ZULEMA.

Agora, Enrique, es así;  
Que también Neron romano  
Cinco años gobernó  
Su república de suerte,  
Que una sentencia de muerte  
Con mil lágrimas firmó.  
Séneca dél se admiraba;  
Pero matóle después;  
Y esta blandura que ves  
En Pedro, ya el curso acaba.  
A doña Leonor, tu madre,  
Ha de matar.

DON ENRIQUE.

¿Estás loco?

ZULEMA.

Esto que te digo es poco;  
Que a don Alonso, su padre,  
Pienso que no perdonara,  
Si en esta ocasión viviera.  
Tu lo verás cuando muera  
Tu hermano el Maestre.

DON ENRIQUE.

Para,

Para, astrólogo cruel,  
Para esas locas mentiras.

ZULEMA.

Enrique, ¿desto te admiras?  
Pues tú has de matarle a él.

DON ENRIQUE.

¿Yo á Pedro!

ZULEMA.

Y has de quedar  
Rey pacífico en Castilla.

DON ENRIQUE.

¿Sueñas?

ZULEMA.

¿Qué te maravilla?  
Sus hijos no han de heredar;  
Que han de morir en prision.

DON ENRIQUE.

Vete, moro, enhorabuena;  
Que quien aumenta la pena  
No merece galardón.  
¿Hay tan grandes desatinos?

**ESCENA XXI.**

EL MAESTRE. — Dichos.

MAESTRE.

¿Está aquí Enrique, mi hermano?

DON ENRIQUE.

Aquí estoy, hermano mío.

MAESTRE.

Echa fuera los criados;  
Que el Rey y yo te traemos  
Para tu mal...

DON ENRIQUE.

Habla paso.

MAESTRE.

Un Hipócrates divino,  
Un Galeno soberano,  
Una yerba de Tesalia,  
Una epitima, un reparo  
Y un alquermes de los cielos  
En un cristalino vaso.

DON ENRIQUE.

¡Ay Maestre! ¿Qué me dices?  
Que no hay remedio en mis daños,  
Fuera de unos bellos ojos,  
Fuera de unos blancos brazos.

MAESTRE.

Esos mismos que deseas,  
Esos están aguardando  
Que estés solo.

DON ENRIQUE.

¿Es Dorotea?

MAESTRE.

La misma.

DON ENRIQUE.

Fuera, criados;

Despejad la cuadra luego.

*(Vanse los criados y músicos.)*

Tú, moro astrólogo falso,  
Mira ¡qué presto mentiste!  
Pues sin trinos ni cuadrados,  
Sextiles ni oposiciones,  
Me traen el bien que aguardo.

ZULEMA.

¿Eso es cierto?

DON ENRIQUE.

¿No lo ves?

ZULEMA.

Haré mis libros pedazos,  
Si fuere verdad.

DON ENRIQUE.

Despeja.

Di que entre, y déjame, hermano.

MAESTRE.

Voy á decirse lo.

*(Vase el Maestre y el moro.)*

DON ENRIQUE.

¿Cielos!

No lo tengais por agravio.  
Perdonad; que amor me fuerza.  
Dejad que roben mis brazos  
Aquesta imagen de plata,  
Aqueste raro milagro  
Del templo de la hermosura,  
Como otro Paris troyano.

**ESCENA XXII.**

MARCELA. — DON ENRIQUE.

MARCELA.

Encareciéndome el Rey,  
Señor infante, que cuando  
Vuestra alteza entró en Sevilla  
Con tantas fiestas y aplauso,  
Me vió en un balcon...

DON ENRIQUE.

¿Qué es esto?

MARCELA.

Y que de amor y cuidado  
Estaba enfermo...

DON ENRIQUE.

¿Quién eres?

MARCELA.

La que, agradecida tanto,  
Rompo la vergüenza justa,  
Atropello el honor casto,  
Por dar remedio á tu vida.

DON ENRIQUE.

¡Maestre, Maestre, hermano,  
¡Hola! ¿Qué mujer es esta?

MARCELA.

Señor, Marcela me llamo.

DON ENRIQUE.

¿No eres la Niña?

MARCELA.

¿Qué niña?

DON ENRIQUE.

Pues ¿cómo con este engaño  
Pensastes curar á amor?  
¡Criados, hola, criados!  
Llevad de aquí esta mujer;  
Que me muero, que me abraso.  
Crecido habeis mi locura.  
¡Muerto soy!

*(Vase.)*

MARCELA

¡Desprecio extraño!

Pues aunque un rey me tripula  
Y me descarta enojado,  
Yo sé que para su runfla  
Me quisiera algun vasallo.

**ACTO TERCERO.**

Galería del Alcázar.

**ESCENA PRIMERA.**

EL REY, DON ARIAS.

REY.

¿Que no era aquella la dama  
Por quien Enrique padece?

DON ARIAS.

La historia, Señor, merece  
Verso y prosa, nombre y fama.  
Todas las joyas se dieron  
A Marcela por engaño.

REY.

¿Notable suceso!

DON ARIAS.

¿Extraño!

REY.

¿Qué mal empleadas fueron!

DON ARIAS.

A no ser merced de rey,  
Que no se puede quitar,  
Se las hiciera tornar.

REY.

Eso ni es razon ni es ley.

Por su lance las ganó:  
Háganle tan buen provecho,  
Como de Enrique sospecho  
Que daño igual le causó.

DON ARIAS.

Mayor pienso que es su daño  
Que el provecho de Marcela.  
Creció el amor la cautela,  
Y la pena el desengaño;  
Pero tendrá buen remedio.

REY.

Eso deseo saber.

DON ARIAS.

Dos cosas quiere poner  
Del mar deste amor en medio.

REY.

¿La primera?

DON ARIAS.

El interés.

REY.

¿Y la segunda?

DON ARIAS.

Una tia.

REY.

Cualquiera dellas podría  
Dar con el mundo á sus piés.  
Es el interés, don Arias,  
Alta confecion de Alkermes.  
Por mas que del gusto enferme,  
Compuesta de cosas varias;  
Pero aunque es tan poderoso,  
Asegurarte podría  
Que es alta cosa una tia  
Para el caso mas dudoso.  
Notables cosas se acaban  
En casa de una parienta.

DON ARIAS.

Luego ¿buen remedio intenta?

REY.  
Cuantos escriben le alaban.  
Pero ¿qué trataba con ella?

DON ARIAS.  
Que le venga á hablar aquí.

REY.  
Y ¿qué responde?

DON ARIAS.  
Que sí.

REY.  
Todo el oro lo atropella.

DON ARIAS.  
Es el mas dulce tirano  
De la voluntad.

REY.  
No creo  
Que hay imposible al deseo,  
Si lleva plata en la mano.  
La Niña se hará muy santa,  
Y irán horras tia y sobrina.

DON ARIAS.  
Rompe la cuerda mas fina,  
Si el interés la levanta.

REY.  
No lo dejes de la mano,  
Pide lo que es menester;  
Que al fin la Niña es mujer,  
Poco mas que viento vano.  
No te espanten sus razones  
Ni te engañe un rostro honrado;  
Que rompe un nuevo obligado  
Mil viejas obligaciones.

DON ARIAS.  
Como eso saben hacer  
Cuando hay tierra de por medio.  
(Vase el Rey.)

## ESCENA II.

TEODORA <sup>1</sup>, con manto; UN ESCUDERO.  
RÔ.—DON ARIAS.

TEODORA. (Al escudero.)  
No hay para el amor remedio  
Como querer no querer.  
Pero si no hay discreción  
En saberse reportar,  
Dos caminos suelen dar  
Fin al amor.

ESCUDERO.  
¿Cuáles son?

TEODORA.  
El oro entre desiguales,  
Como aquí lo intenta Enrique,  
Cuando el que yo pienso aplique;  
Y el casamiento entre iguales.

ESCUDERO. (Ap. á Teodora.)  
Habla bajo; que ha salido  
Don Arias al corredor.

TEODORA.  
Y el corredor deste amor  
Tambien don Arias lo ha sido.

DON ARIAS.  
Mil años te guarde el cielo.

<sup>1</sup> En este acto el autor equivocó los nombres de la tia y la sobrina, aplicando constantemente á aquella el de *Dorotea*, y llamando á esta *Teodora*. El impresor (ó algún cómico antes que el) trató de remediar el descuido; pero enmendando los nombres, estropeó los versos. La edicion comun de *La Niña de Plata* es una refundicion de la presente: en ella está corregido este cambio de nombres y hay tambien otras enmiendas acertadas; pero no parecen de mano de Lope. De todos modos, creemos que no es suyo el acto tercero de *La Niña de Plata*.

TEODORA.  
¿Mil años? Malicia es esa.  
De los que tengo me pesa,  
Los que me faltan recebo.

DON ARIAS.  
Los que te deseo digo;  
Que no hablo en los que tienes.  
¿Cómo vienes?

TEODORA.  
Con mil bienes.

DON ARIAS.  
Hoy cobras un grande amigo.

TEODORA.  
No lo seré poco suya,  
Si este contento le doy.  
Pero ¿sabe bien quien soy?

DON ARIAS.  
De su sobrina lo arguya;  
Que si pintara un pintor  
Al honor, virtud divina,  
Con pintar á tu sobrina  
Dijeran que era el honor.  
Pero ya viene el infante.

## ESCENA III.

DON ENRIQUE.—Dichos.

DON ENRIQUE.  
Sea mil veces bien venida  
Mi amiga la mas querida,  
Mi joya, perla, diamante,  
Mi antídoto del veneno  
Que amor me dió por los ojos,  
La gloria de mis enojos  
Y el sol mas claro y sereno,  
La luz de mi confusion  
Y el bien del mal que padezco,  
A quien los brazos ofrezco  
Por señal del corazon.  
¿Cómo viene? Cómo está  
Mi señora *Dorotea*?  
Y ¿cómo haré yo que crea  
Que lo es de mis prendas ya?  
Éstimo mas su salud  
Que la del Rey, vive Dios.  
Arias, ¿qué veces los dos  
Hablamos en su virtud!  
¿Qué te he dicho desta amiga?  
¿De qué manera la quiero?

DON ARIAS.  
Todo lo sabe.

TEODORA.  
Ya espero  
Que des lugar á que diga  
Siquiera alguna razon  
En que parezca que siento...

DON ENRIQUE.  
Deja todo cumplimiento;  
Que en fin cumplimientos son.  
Dime qué tienes pensado  
De mi salud, pues don Arias  
Te habló.

TEODORA.  
Mil cosas contrarias  
A tu gusto y á mi estado.  
Puesto me has en confusion,  
Mirando tu mocedad;  
Mas tambien mi calidad  
Da voces á la opinion.  
Repórtate si es posible.

DON ENRIQUE.  
Oh, mi bien, no me acusejes  
Tanto mal!

<sup>2</sup> *Teodora* puso el impresor; pero el consonante *crea* del siguiente verso manifiesta que el autor escribió *Dorotea*.

TEODORA.  
Cuando te alejes  
Desta esperanza imposible.  
En un mes ó en quince dias  
Se te olvidará *Teodora* <sup>3</sup>.

DON ENRIQUE.  
Si así me tratas, Señora,  
Hoy será el fin de mis dias.  
Dúctele de mí, que esloy  
A la muerte.

TEODORA.  
¿Pena en tí?

DON ENRIQUE.  
¿No soy hombre?

TEODORA.  
Señor, sí.  
DON ENRIQUE.  
Pues ¿qué quieres si hombre soy?

TEODORA.  
¿Lloras?  
Estoy me muriendo;  
No duermo, como, ni vivo.

TEODORA.  
Extraña pena recibo;  
De verte penar me ofendo.  
DON ENRIQUE.

Remédiamme.  
TEODORA.  
¿Cómo?  
DON ENRIQUE.  
Escucha;  
Yo casaré tu sobrina.

TEODORA.  
La honra es prenda divina.  
DON ENRIQUE.  
La fuerza del oro es mucha.

TEODORA.  
¿Qué le darás?

DON ENRIQUE.  
Bien podrá  
Casarse: seis mil ducados.  
Y no te cause cuidados  
Que el secreto se sabrá;  
Que no será la primera  
Que lleve el honor en plata.

TEODORA.  
Agora, á su honor ingrata  
Y á su opinion verdadera,  
Tendrá con mucha ocasion  
Nombre de Niña de Plata.

DON ENRIQUE.  
Mi bien, mi remedio trata,  
Ten de mí mal compasion.  
No le faltará marido  
Con estos seis mil ducados;  
Porque yerros tan dorados  
Presto se cubren de olvido.  
¿Qué piensas hacer por mí?

TEODORA.  
Ahora bien, dame el dinero,  
No por quererlo primero;  
Que está bien seguro en tí;  
Mas por no volver después  
Por el precio de mi honor.

DON ENRIQUE.  
Que me place.

<sup>3</sup> *Dorotea* dice la impresion; pero la palabra *señora*, en que termina el verso siguiente, prueba que el autor escribió *Teodora*. Lo mismo sucede en otros pasajes de este acto. Entienda el lector que los nombres de *DOROTEA* y *TEODORA*, fuera del diálogo van bien puestos; en el diálogo están equivocados.

TEODORA.

Pues, Señor,

Para que seguro estés,  
A su hermano de Teodora  
Con recado falso envía  
Donde no venga hasta el día,  
Pues en fin te sirve agora.  
Yo me acostaré temprano  
Y recogeré la gente;  
Tu puedes seguramente,  
En dejando el Rey tu hermano,  
Ir con aquestas tres llaves,  
Que de aquí a la noche harás  
Que te imiten, y abrirás.

DON ENRIQUE.

Muestra.

TEODORA.

La puerta que sabes,  
Que es de la calle, con esta.

DON ENRIQUE.

¿De qué son estotras dos?

TEODORA.

Estáme atento.

DON ENRIQUE.

Por Dios,

Que ya es la noche molesta.

TEODORA.

La puerta del corredor  
Con esta llave abrirás.

DON ENRIQUE.

Dime, mi bien, lo demás.

TEODORA.

Junto á la sala, Señor,  
Sobre la mano derecha,  
Verás un cancel, que allí  
Hay una lámpara.

DON ENRIQUE.

A tí

Vaya mi estrella derecha.

TEODORA.

¿A mí? Luego ¿á mí me quieres?

DON ENRIQUE.

Hablo, porque tú me guías.

TEODORA.

Si de mí no te desvias,  
Despertarás mis mujeres.  
Lleva linterna, y enciende  
En la lámpara que digo;  
Entra el cancel... y el postigo  
Que á mano izquierda deiede,  
Es de mi aposento, el cual  
Por de dentro cerraré,  
Para que aunque voces dé,  
Todas las oigamos mal.  
Pasa la cuadra, y enfrente  
Verás durmiendo á Teodora;  
Que una criada que adora  
Está por cierto accidente  
Hoy en casa de su madre;  
Que no fué poca ventura.  
Allí la tendrás segura,  
Y cuanto á tu gusto cuadre;  
Como el ánimo no sea  
Vista primera de amante;  
Que hay hombre como un gigante,  
Que aunque mil espadas vea,  
Por todas ha de romper,  
Y puesto en una ocasion,  
Le da frio de cicion  
De mirar una mujer.

DON ENRIQUE.

Yo quedo bien instruido  
De la casa y de las llaves;  
Cuanto al ánimo, ya sabes  
Que estando el muro rendido,  
La misma facilidad  
Hace cobarde al soldado;  
Pero donde habrá cuidado,

Llanto, voces y crueldad,  
Esa misma resistencia  
Pondrá en mi pecho valor,  
Porque como es rayo amor,  
Muestra en lo fuerte violencia.  
Ven á tomar el dinero;  
Aquí en mi cámara está,  
Y en escudos bien podrá  
Llevártelo el escudero,  
Y si no, quien tú quisieres;  
Que á su hermano, yo le haré  
Que nos deje.

TEODORA. (Ap.)

Siempre fué

Mujer quien rindió mujeres.

DON ENRIQUE.

Arias, bien se ha negociado. (Ap. á él.)

DON ARIAS.

Lindo dinero te cuesta.

DON ENRIQUE.

Mi vida compro.

DON ARIAS.

Si es esta,

Poco dinero costó.

ESCUDERO. (A Teodora.)

¿Habémonos de ir?

TEODORA.

Mirad

Que el silencio es santa ley.

ESCUDERO.

Pienso que ha de darte el Rey  
La mitad desta ciudad.

(Vanse.)

--

Calle.

## ESCENA IV.

DON JUAN, LEONELO, CHACON.

LEONELO.

En fin, venimos á tu centro antiguo,  
Después de dar mil vueltas á Sevilla.

DON JUAN.

De día no me atrevo á los umbrales  
De la niña ingratisima que adoro,  
Porque no entienda que á rogarla vengo;  
Pero de noche este consuelo tengo.

CHACON.

Después que vinos que era todo engaño,  
Y que es Teodora tan constante y firme,  
Bien nos parece que á su casa vengas;  
Pero venir, y con humildes ojos  
Adorar estas rejas y balcones,  
Y hacer á cada balaustre dellos  
Mas reverencias que á un señor que bebe,  
Párecenos extraño desatino.

DON JUAN.

¿No lo es mayor comparacion tan necia?

CHACON.

Mas pienso que lo son los que las hacen.

LEONELO.

¿Mas que tenemos entretenimiento?

CHACON.

No sé; yo digo en esto lo que siento.

LEONELO.

Pues, bestia, ¿no es razon y policia  
Que se haga reverencia y cortesía?

CHACON.

La reverencia es justa, pero en tiempo.

LEONELO.

¿Y en la bebida no?

CHACON.

De ningún modo.

Cuando bebe el señor, verás que baja

Toda la multitud de los criados  
El cuerpo, y inclinandole, es forzoso  
Que los cuartos traseros estén fuera.  
Y estar toda una sala en tal postura  
Es peligroso en tiempo de castañas,  
Y no puede beber limpio, ni es justo  
Que toda la familia y coliseo  
Estén haciendo entonces el guineo.

LEONELO.

Déjate desos locos desatinos,  
Y despierta á tu amo.

CHACON.

¡Ah señor amo!

¿Qué tienen esas rejas?

DON JUAN.

Hierro tienen,

Mármoles tienen de que están asidas.

CHACON.

Ea, ¿mas que se suelta la poesia,  
Y que encajas aquí cualque soneto?

DON JUAN.

Si entendiera acabarle, comenzárale.

CHACON.

Pocos saben, Señor, cómo se acaban;  
Y así, verás sonetos milagrosos,  
Que entran con obeliscos y pirámides,  
Marfil, ebúrneo pecho, fuentes liquidas,  
Y vienen á parar desustanciados.

DON JUAN.

¿Has sido tú poeta?

CHACON.

Cuatro veces:

La primera me dieron muchos palos;  
La segunda vinieron cuatro curas  
A conjurarme por maligno espíritu;  
La tercera me echaron de la calle  
Por apestado y hombre contagioso;  
Y la cuarta, á la fe, gané unos guantes  
Con un soneto.

DON JUAN.

Dile por tu vida.

CHACON.

¿Tendréis paciencia?

DON JUAN.

Sí.

CHACON.

Va de soneto.

LEONELO.

Di el sugeto.

CHACON.

En el mismo está el sugeto.

Un soneto me manda hacer Violante,  
Que en mi vida me he visto en tanto aprie-  
Catorce versos dicen que es soneto; [to;  
Burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,  
Y estoy á la mitad de otro cuarteto;  
Mas si me veo en el primer terceto,  
No hay cosa en los cuartetos que me es-  
[pante.

Por el primer terceto voy entrando,  
Y parece que entré con pié derecho,  
Pues fin con este verso le voy dando.  
Ya estoy en el segundo, y aun sospecho  
Que voy los trece versos acabando;  
Contad si son catorce, y está hecho.

LEONELO.

¿Cuyo pudiera ser tal desatino?

DON JUAN.

Déjale hablar; mi pena se entretenga  
De cualquiera manera.

CHACON.

Mas me holgara

Deirme á acostar que entretener dos lo-

[cos.

DON JUAN.

¿Hay cuerdos con amor?



CHACON.

Sin amor, pocos.

DON JUAN.

Yo me muero de amor.

CHACON.

Y yo de sueño.

DON JUAN.

Yo me tengo la culpa: fui celoso,  
Por lo menos, de un ángel de los cielos.

CHACON.

Extrañas sabandijas son los celos.

DON JUAN.

¿Haslos tenido tú?

CHACON.

¿No eres mas tonto?

¿No ves que son los celos como sarna,  
Que ninguno se escapa de tenerla?

LEONELO.

¡Herrosa necesidad!

CHACON.

Mayor es esa.

LEONELO.

La sarna es mal de niños, y los celos  
Es mal mas ordinario en viejos.

CHACON.

Dime,

¿Cómo pintan á amor?

LEONELO.

Niño.

CHACON.

Pues, sabio,

Si amor es niño, amor los celos tiene:  
Luego los celos son lo que yo digo.

LEONELO.

Chacon, no quiero disputar contigo.

DON JUAN.

¿Que ofendiese yo un ángel, que perece  
Entre cuatro paredes por honrada?

CHACON.

Yo creo en Dios.

DON JUAN.

¿Qué dices?

CHACON.

Que estornado,

Y creo en Dios.

## ESCENA V.

DON ENRIQUE, EL MAESTRE y DON  
ARIAS, *de noche*.—Dichos.

DON ENRIQUE.

La puerta es esta.

MAESTRE.

Llega.

DON ENRIQUE.

Dame, don Arias, la linterna.

DON ARIAS.

Toma.

DON ENRIQUE.

Quedáos adios.

*(Dirigese á la puerta de casa de Dorotea.)*LEONELO. *(Bajo á don Juan y Chacon.)*

¿Adónde va esta gente?

DON JUAN.

La puerta de Teodora abre aquel hombre.

CHACON.

¿Aquel hombre la puerta de Teodora?  
*(Abre el Rey, y entrase.)*

LEONELO.

Abrió y entró, por Dios.

DON JUAN.

¿Qué es esto, cielos?

CHACON.

Diga Teodora agora que es honrada,  
Entre cuatro paredes encerrada.

DON JUAN.

¡Válgame el cielo!

CHACON.

Valga, y lleve presto.

DON JUAN.

Romper quiero las puertas.

LEONELO.

Don Juan, tente;  
Que sin duda el que ha entrado es el In-[fante,  
Porque este rebozado es el Maestre.Vámonos de la calle, por tu vida;  
Que no es esta ocasion para perderte.Dios quiere que esto veas con tus ojos,  
Para que des buena vejez, que es justo,A los padres que tienes, tan honrados,  
Casando con tu igual; porque bien sabesQue aunque es noble la Niña, no merece  
Que te iguale, con tales niñerías.

DON JUAN.

¿Cómo igualar? Leonelo, lo que he visto  
De tal manera me ha desengañado,Que hago al cielo voto y juramento  
De no ver en mi vida aquestas puertas.¿Estas puertas? ¿Qué dije? Ni esta calle.  
Camina por ahí.

LEONELO.

¡Famoso acuerdo!

DON JUAN.

Tanta pena ¿qué loco no hará cuerdo?

LEONELO.

Chacon, ¿qué te parece?

CHACON.

Que no es mucho  
Que esto haga una niña; mas no mandesQue sufra enredos de mujeres grandes.  
*(Vanse don Juan, Leonelo y Chacon.)*

MAESTRE.

Despacio pienso que estará mi hermano.  
Vamos, don Arias, un momento al río;Que ha de llegar un coche á sus orillas  
Con una de las siete maravillas.

DON ARIAS.

Seguro puedes ir por mas de un hora,  
Y aun pienso que podrás hasta el aurora.

MAESTRE.

Verás una mujer, no tan discreta  
Como Dorotea, pero mas hermosa.

DON ARIAS.

No son buenas mujeres tan discretas.

MAESTRE.

Anda; que buenas son para poetas.

*(Vanse.)*

Cuarto de Dorotea.

## ESCENA VI.

DOROTEA, *en manto, con una ropa  
debajo del brazo*; DON ENRIQUE,  
*con una linterna.*

DON ENRIQUE.

¿Adónde huyes de mí?

DOROTEA.

¡Dorotea! ¡Elvira! ¡Inés!

DON ENRIQUE.

No des voces, vuelve en tí.

DOROTEA.

¿Quién eres?

DON ENRIQUE.

Ya ¿no lo ves?

DOROTEA.

Pues ¿por dónde entraste aquí?

DON ENRIQUE.

Con estas llaves entré,  
De tu tia las compré,  
Seis mil ducados me cuestan,  
Y seiscientos mil se aprestan,  
Si pagas tan firme fe.

DOROTEA.

¡Mi tia!

DON ENRIQUE.

La misma.

DOROTEA.

Advierte

Que es noble.

DON ENRIQUE.

Amor me convierte,

Como á Júpiter, en lluvia:

Cree que esta color rubia.

La mas honesta divierte.

Recogida en su aposento,

A todo ha dado lugar.

Ten de mi mal sentimiento;

Voces no han de aprovechar,

Que ha de llevarlas el viento.

Hasta en la calle está gente,

Que á nadie entrar dejará.

Tambien tu hermano está ausente:

Todo prevenido está.

DOROTEA.

Detente, Infante, detente.

Desvia la luz de mí,

No me veas.

DON ENRIQUE.

Ya te vi

Cuando durmiendo te hallé.

Tu voluntad conquisté;

Pero no la merecí.

Por eso ha sido forzoso

Valerme de mi poder.

DOROTEA.

No fué valor generoso.

Para una flaca mujer

Te has mostrado poderoso.

¡Ah vil sangre de mi tia!

¡Ah pobre, engañado hermano,

Por su falsa alvosia!

DON ENRIQUE.

Ya te lamentas en vano.

Mira que se acerca el día:

Basta lo que has peleado;

Que el mas honrado soldado

Suele rendirse á partido;

Que si el tiempo le ha rendido,

No pierde nada el honrado.

¿Qué mas pretendes hacer?

Procura escapar la vida,

Si el honor no puede ser.

DOROTEA.

¿Parécote muy rendida?

DON ENRIQUE.

Dígalo cualquier mujer.

DOROTEA.

Mátame, y viéndome muerta,

Se te quitará el amor.

DON ENRIQUE.

Pienso que aun no estás despierta.

DOROTEA.

¿Que para vencer mi honor

Te dió mi sangre la puerta?

DON ENRIQUE.

Teodora, no es tiempo ya

De perderle.

DOROTEA.

Solo pido

Que me escuches.

Enrique

DON ENRIQUE.

¿Quién podrá?

DOROTEA.

Un hombre tan bien nacido,  
Pienso que obligado está.

DON ENRIQUE.

He llegado por quererte  
Hasta la muerte.

DOROTEA.

Yo haré

Tu gusto.

DON ENRIQUE.

Di de esa suerte.

DOROTEA.

Mata la luz.

DON ENRIQUE.

No osaré.

DOROTEA.

Pues ciérrala.

DON ENRIQUE.

Cierro. *(Cierra la linterna.)*

DOROTEA.

Advierte.

El día que con el rey  
Don Pedro, tu hermano, entraste  
En esta ciudad famosa  
De Sevilla, ilustre Infante,  
Años había que un hombre  
Pasaba esta misma calle  
Con mil honestos deseos,  
Para obligarme bastantes.  
Miróme con tales ojos,  
Que pudieran bien entrarse  
Por el corazon mas duro,  
Si Dios le hiciera diamante.  
No le quise bien muy presto;  
Que después de mil combates  
Mis ventanas consulté  
Con palabras semejantes:  
«Hierros destas rejas duras,  
Piedras que servís de engastes,  
Mármoles de aquesta puerta,  
¿Querré bien? Aconsejádme.»  
Y parecióme que un día  
Me dijo un hierro: «¿Qué haces,  
Si me ves eternecido  
Solo de oírle quejarse?»  
Las piedras me respondieron:  
«A suspiros semejantes  
Ya nos volvemos en cera;  
No podrémos sustentarte.»  
Los mármoles me decían:  
«Donde los que miras nacen,  
No habrá tan duras entrañas,  
Si te resistes de amarlo.»  
Creílos, túvele amor,  
Trújome un papel un paje,  
Entróme por casamiento  
(Que no hay cosa que nos halle  
La voluntad mas dispuesta  
Para cualquier disparate),  
Respondi tan desdenosa,  
Que pudiera, á no adorarme,  
Mudar de imaginación  
Y ponella en otra parte;  
Pero amor, que, verdadero,  
Sufré y calla basta vengarse,  
Le dió para mis desdenes  
Paciencia y valor notable.  
Con esto alcanzó de mí  
Venir una noche á hablarme:  
En medio estuvo una reja;  
Pero no para escucharle.  
Sus tiernas quejas oí,  
Sus amores y humildades;  
Porque en los principios son  
Muy humildes los amantes.  
Esta noche trujo muchas:  
Crecieron las amistades,

Y fué perdiendo el amor  
El respeto á los altares.  
Apretéle el casamiento,  
Y él se lo dijo á su padre,  
Hombre rico y veinticuatro,  
De buena opinión y sangre.  
Como supo mi pobreza,  
¿Oh Enrique! pensó matarle;  
Aunque en la sangre bien pienso  
Que fuéramos harto iguales.  
En fin, para divertirle,  
Quiere el viejo que se case  
Con una mujer mas rica  
Que de codiciosas partes.  
Con esto celosa y triste,  
Fingi, Señor, retirarme;  
Que aprietan mucho desdenes  
Donde ha habido voluntades.  
No fueras tú mal tercero  
Con tu amor para abrasarle;  
Que donde hay competidor  
No hay boda que se dilate;  
Mas hase alterado todo,  
Como eres un mar tan grande;  
De suerte, que mi barquilla  
Se anega en tus tempestades.  
El sabe lo que me quieres,  
Mi resistencia no sabe;  
Por ti mi remedio pierdo  
(Que yo supiera obligarle),  
Y mas agora que estás  
Donde Dorotea infame  
De mi honor y de sus puertas  
Te ha dado, Enrique, las llaves.  
Bien sé que mi resistencia  
Ya no puede ser que baste  
A la traición que me han hecho  
Por el interés infame;  
Mas como Roma ha tenido  
La matrona venerable  
Que ha honrado con su laurel  
A la castidad triunfante,  
Haz tu gusto, pues no puedo  
Defenderme ni librarme;  
Que tambien tendrá Sevilla  
Una mujer que se mate.

DON ENRIQUE.

Teodora, yo te he escuchado  
Con atento y tierno oído:  
El amor me has reportado,  
El brazo me has detenido,  
Y el corazon lastimado.  
Contéstame que quisiste  
Un hombre, y de verte triste,  
Con tal lástima te oí,  
Que vengo á tener de tí  
La que de mí no tuviste.  
Bien me pudiera vengar  
De tus desdenes, Teodora;  
Pero llegar á mirar  
Mujer que por otro llora  
¿A quién no basta á templar?  
No me has quitado el amor  
(Que nunca amor es mayor  
Que cuando es tenido en poco);  
Pero has vuelto cuerdo á un loco,  
Dando materia al valor.  
Toda estás en mi poder,  
Y esto basta á darme nombre;  
Que rendirse á su querer  
Es mas vitoria del hombre  
Que no el gozar la mujer.  
En efecto, has confesado  
Que estás sujeta á mi gusto,  
Con que ya estoy reportado;  
Que á quien se rinde, no es justo  
No hacerle partido honrado.  
Y ha sido gran desvario  
No haberme dicho el desvío  
Que ya por tu amor arguyo,  
Porque á haber sabido el tuyo,

No se adelantara el mío.  
Pero ya que sé que quieres,  
Yo preguntaré quién es,  
Y será tuyo, pues eres  
Tan firme en tanto interés;  
Cosa bien nueva en mujeres.  
Yo te prometo casarte,  
Aunque se interponga el Rey  
Para que venga á rogarte,  
Aunque mujer de tal ley  
Mas honra que puede honrarte.  
Si cuentan de Cipión  
Que volvió por la opinión  
De aquella hermosa mujer,  
España le ha de tener;  
Que en ella todos lo son.  
Si con las hijas de Dario  
Fué Alejandro al hombre igual,  
Fué á su fama necesario;  
Yo he sido mas liberal.  
Si es amor mayor contrario.  
Algun tiempo me darán  
Nombre de *Cortés galán*  
Las historias de Sevilla;  
Mas soy por padre Castilla,  
Y soy por madre Guzman. *(Vase.)*

## ESCENA VII.

DOROTEA.

¿Enrique, Infante, Señor!...—  
Fuése. ¿Qué notable hazaña  
En hombre que tiene amor!  
Pero es muy propio valor  
De un hijo de un rey de España.  
¿Hase visto maravilla  
Que mayor que aquesta sea?  
¡Plega al cielo que Sevilla  
Coronar su frente vea  
Por principe de Castilla!  
Ya por la escalera baja,  
Aunque con mayor ventaja  
Por la de la fama sube.  
Ya el alba en dorada nube  
Romper la noche trabaja.  
Quiero despertar la fiera  
Que con las viles me iguala,  
Por el interés que espera;  
Que no hubiera mujer mala  
A no haber buena tercera.  
Pero bien será cerralle,  
Porque, si vuelve, no halle  
La ocasión que puede asir,  
Si se vuelve á arrepentir  
Con los aires de la calle. *(Vase.)*

Habitación de don Juan.

## ESCENA VIII.

EL VEINTICUATRO, LEONELO.

LEONELO.

¿Tú me atribuyes las locuras tuyas?

VEINTICUATRO.

Su padre soy, Leonele, no te espantes.

LEONELO.

Mucho me espantan las palabras tuyas:  
Esto es acompañar locos amantes.  
Pero de mi verdad quiero que arguyas  
Que no lo hiciera en pasos semejantes,  
A no temer que un hombre poderoso  
Mostrara su poder en un furioso.  
Dios sabe que á don Juan he reportado  
Los pasos deste loco pensamiento,  
Y con buenos consejos estorbado  
De la Niña de Plata el casamiento.  
Sospecho que por mí no está casado.

VEINTICUATRO.

Si intentara don Juan tal casamiento,



Yo buscara un esclavo á quien le diera  
Mi hacienda, ó me casara, ó me muriera.  
Cásese con mi gusto, y le prometo  
Hacerle veinticuatro de Sevilla,  
Con tales alimentos, que en efeto  
Mas envidia le tengan que mancilla.

LEONELO.

Don Juan es mozo agora, aunque es dis-  
[creto].

### ESCENA IX.

UN CRIADO.— DICHOS.

CRIADO.

De don Enrique, infante de Castilla,  
Está un criado aquí.

VEINTICUATRO.

¿Qué es esto?

LEONELO.

Creo  
Que debe de cansarle su deseo. [des]  
Querrá, por dicha, que á don Juan le man-  
Que no pase la calle de la Niña.

VEINTICUATRO.

Luego ¿quiérela él?

LEONELO.

Celos tan grandes

Lo muestran bien.

VEINTICUATRO.

Querrá que á don Juan riña.

Dile que entre, Adrian.

(Vase el criado.)

LEONELO.

Por Dios, que andes

Con él como quien eres.

VEINTICUATRO.

Cuando ciña

La espada que dejé, verás mi pecho.

LEONELO.

Será de tu valor heroico hecho.

### ESCENA X.

FÉLIX.— EL VEINTICUATRO, LEONELO; después, DON ENRIQUE.

FÉLIX.

El Infante, mi señor.

En persona quiere hablarte.

VEINTICUATRO.

No tengo en mi casa parte  
Donde quepa tal favor;  
Pero pudiendo llamarme  
Su alteza, es mucha llaneza...

FÉLIX.

Mira que llega su alteza.

VEINTICUATRO.

Quiero por la tierra echarme.

(Sale don Enrique.)

¿Qué es esto, invicto Señor?

DON ENRIQUE.

Veinticuatro, aunque os espante  
La visita de un Infante,  
Bien cabe en vuestro valor.

VEINTICUATRO.

Tomad, Señor, esta silla,  
Porque en mi linaje quede  
Por armas, que envidiar puede  
La nobleza de Sevilla.

Dejarla vinculada  
En mi mayorazgo honrado,  
Con un telliz de brocado,  
Y en blanca plata aforrada.  
Sabrán mis hijos y nietos  
Que estuvistes vos aquí,  
Para que se honren así

Y tengan altos respetos.

Pero, Señor, ¿qué ocasion  
A tanta humildad os mueve?

DON ENRIQUE.

Cumplir un rey lo que debe:

Deudas las palabras son.

Yo la he dado á aquel criado

Que agora conmigo viene,

Y una hermosa hermana tiene,

De ponerla en noble estado.

Y queriéndola cumplir,

Me quise informar primero

De algun mozo caballero

A quien pudiese elegir.

Supe que un hijo teneis,

Pienso que el nombre es don Juan,

Muy galán, y su galán;

Que esto por vos lo sabréis.

Daré veinte mil ducados

De dote á aquesta doncella.

Aunque en las virtudes della

Van mas de cien mil guardados.

Sin estos, le daré cuatro

Para joyas á Teodora,

Que es pobre en extremo agora;

Y para vos, Veinticuatro,

Me da mi hermano el Maestre

Un hábito de Santiago.

Con esto mi deuda pago.

VEINTICUATRO.

No sé, Señor, cómo os muestra

Debido agradecimiento.

DON ENRIQUE.

Con ir después á palacio,

Donde tratemos despacio

La forma del casamiento.

¿Respondeis que sí?

VEINTICUATRO.

Señor,

Mil veces digo que sí.

DON ENRIQUE.

Quedáos con Dios. Yo cumplí,

Félix, mi deuda en rigor.

FÉLIX.

Mil veces beso tus piés.

Mi hermana voy á avisar.

(Vanse don Enrique y Félix.)

VEINTICUATRO.

Véme, Leonele, á llamar

A don Juan.

LEONELO.

Ya ¿no le ves?

### ESCENA XI.

DON JUAN, CHACON.— EL VEINTICUATRO, LEONELO.

DON JUAN.

Viendo, Señor, entrar á don Enrique,

Tanta pena me dió, que si pudiera,

Me fuera en este punto de Sevilla.

¡Infantes te visitan! ¿Qué te quieren?

VEINTICUATRO.

Huélgome de que estés tan ignorante;

Que, por lo menos, me darás albricias.

La Niña es tu mujer.

DON JUAN.

¿De qué manera?

VEINTICUATRO.

Cásala de su mano don Enrique,

Por pagar los servicios de su hermano;

Dale de dote veinte mil ducados,

Sin cuatro para joyas, y el Maestre,

Su hermano del Infante, meda un hábito,

Cosa tan deseada de mi pecho,

Y que á mis enemigos dará envidia.

¡Bendita sea la hora que miraste,

Don Juan, esta mujer! ¡Bendito sea  
El primero renglon que le escribiste!  
¡Oh Niña de mis ojos, que á tenellos  
El alma, en los del alma la pusiera!  
Concertados quedamos de que luego  
Vamos los dos donde esto se concierte.

DON JUAN.

¡Oh cuánto la codicia desatina!  
Cuando yo os suplicaba, padre mío,  
Que con Teodora pobre me casádes  
(Que entonces era pobre y virtuosa),  
No fué posible ni aun oír nombrarla;  
Y agora que es Teodora infame y rica,  
Y un hábito os prometen de Santiago,  
¡Pouérmele quereis de san Benito!

VEINTICUATRO.

¡Teodora infame y rica!

DON JUAN.

No le obliga

Al Infante la deuda de su hermano,  
Sino la de la honra, que la debe.  
Anoche vió Leonele que entró Enrique  
En su casa á las doce; y fuera desto,  
A Chacon envíe cerca del alba,  
Y vió cómo salía, y que en la calle  
Le esperaban don Arias y el Maestre.

(Veinticuatro. (A Leonele.)

¿Tú viste entrar á don Enrique?

LEONELO.

En todo

Dice don Juan verdad.

VEINTICUATRO.

¿Y tú le viste,

Chacon, salir al alba?

CHACON.

Ya queria

Correr la noche su cortina lóbrega,  
Y aparecer la luz del alba cándida,  
Como dicen poetas en esdrújulos,  
Cuando salió de ver la Niña el Principe,  
Dejándola preñada de dos consules.

VEINTICUATRO.

[bitos

Pues, hijo, aunque me dieran tantos há-  
Cuantos la religion darme pudiera,  
Y la dotara Enrique en las dos Indias,  
Para Chacon no la tomara.

CHACON.

¿Cómo!

¿No hallaste otro mas triste y desdichado?

DON JUAN.

Esto te digo estando enamorado.

VEINTICUATRO.

Darte quiero mis brazos, y con ellos  
Mi bendicion. Mas vamos á palacio,  
Donde al Infante con honrada excusa  
Podré decir que estabas tú casado  
Cuando lo prometí, no lo sabiendo.

DON JUAN.

Yo llevaré mujer, como tú quieras.

VEINTICUATRO.

¿Fingida?

DON JUAN.

Si; que no ha de ser de veras.

VEINTICUATRO.

Pues Leonele y Chacon serán testigos.

CHACON.

Para falsos, yo tengo cuatro amigos.

(Vanse.)

Salon del Alcázar.

### ESCENA XII.

EL REY, DON ENRIQUE, EL MAESTRE,  
DON ARIAS.

REV.

En viéndole, presumi



De lo que estaba doliente.

DON ENRIQUE.

Rendiréisme fácilmente,  
Si sois los dos contra mí.

MAESTRE.

Él es el mejor galán  
Que trató cosas de amor.

REY.

¿Qué gentil don Galaor!

DON ENRIQUE.

Basta; que vaya me dan.

REY.

Mucho me ha pesado, Enrique,  
Que seas tan para poco.

DON ENRIQUE.

¿Quereis que me vuelva loco?

MAESTRE.

¿Que un hombre se sinifique  
Perdido de enamorado,  
Y que le den la ocasion  
Sin gigantes, sin dragon,  
Sin pasar el mar á nado,  
Sin escala puesta al muro,  
Sin fuerte competidor,  
Sin alcaide del honor,  
Y todo el campo seguro;  
Que no temiese marido,  
Hermano, padre ó criado;  
Que haya con su llave entrado,  
Y todo el mundo dormido;  
Y que en viendo á quien buscaba  
Se le hiele el corazon,  
Y que pierda la ocasion  
Que los cabellos le daba!  
Mira, Enrique, desde hoy mas [bres.  
No hables con hombres ni entre hom-

DON ENRIQUE.

Maestre, mas viles nombres  
Merezco que aquí me das;  
Pero yo sé que no ha sido  
Flaqueza.

REY.

Pues ¿qué?

DON ENRIQUE.

Valor.

REY.

Virtud es, teniendo amor,  
El haberle resistido;  
Mas querer hacer virtud  
Lo que entonces fué flaqueza,  
No lo crea vuestra alteza,  
Así Dios le dé salud.

DON ENRIQUE.

Mire vuestra majestad  
Que entonces lo mismo hiciera,  
Si una dama le pidiera  
Con las dos manos piedad.

REY.

Anda, Enrique, no procures  
Hacerte valiente agora.

DON ARIAS.

Aquí ha llegado Teodora.

MAESTRE.

¿Mas que viene á que la cures?

REY.

¿Teodora! pues ¿á qué efeto?

MAESTRE.

¿Mas que se viene á quejar  
De la fuerza?

REY.

¿Qué es forzar?

Antes la tuvo respeto.

### ESCENA XIII.

DOROTEA, TEODORA, EL ESCUDE-  
RO. — Dichos.

REY.

Seas, Teodora, bien venida;  
Cuéntanos este suceso,  
Porque pierde Enrique el seso  
De que vengas ofendida.  
¿Cómo fué? ¿Qué sucedió?  
¿Tembló? ¿Lloró? ¿Tuvo frio?  
Para preciarle de brio,  
Mucho crédito perdió.

DOROTEA.

Suplico á tu majestad  
Que estime en mucho al infante  
Por el mas cortés amante  
Que ha tenido voluntad.  
Mire que no vengo aquí,  
Como presume, á quejarme.

REY.

¿A qué vienes?

DOROTEA.

A casarme.

REY.

¿A casarte?

DOROTEA.

Señor, sí.

REY.

¿Cosa que fuese con él?

DOROTEA.

No soy tan loca, Señor;  
Que solo quiere mi honor  
Que vuelva el suyo por él.

REY.

Mas confuso estoy agora. —  
Enrique, aquesto declara.

DON ENRIQUE.

Presto verás en qué para,  
Que es en casarse Teodora.

REY.

¿Con quién?

DON ENRIQUE.

Ya viene con quién.

REY.

Menos lo entiendo, por Dios.

### ESCENA XIV.

EL VEINTICUATRO, DON JUAN, MAR-  
CELA, LEONELO, CHACON. — Di-  
chos; después, FÉLIX.

VEINTICUATRO. (*Hablando aparte á los  
que vienen con él.*)

Juntos lleguemos los dos.

DON JUAN.

Llegue Marcela tambien.

VEINTICUATRO. (*A don Juan.*)

Después de besar sus piés,  
Dí cómo estabas casado,  
Y que á Marcela obligado,  
La mano es bien que le des.

DON JUAN.

No conozcan á Marcela,  
Y se entienda la invención.

DON ENRIQUE.

El novio y su padre son.

REY.

Mas tu intencion me desvela.

(*Sale Félix.*)

VEINTICUATRO.

Pues está su majestad  
Presente, haciéndole salva,

Quiero, generoso Enrique,  
Honor y gloria de España,  
Venir á dar mi disculpa  
De no cumplir la palabra  
Que, ignorante del suceso,  
Como á rey te di en mi casa.  
Tú me mandaste que diese  
Para Teodora, á quien llama  
Niña de Plata Sevilla  
Por el valor de sus gracias,  
A mi hijo por marido,  
Diciendo que la dotabas  
Para pagar á don Félix  
Su servicio.

DON ENRIQUE.

Verdad clara.

VEINTICUATRO.

Veinte y cuatro mil ducados  
De dote le señalabas,  
Y á mí un hábito.

DON ENRIQUE.

Es así,

Aunque su virtud bastaba.

VEINTICUATRO.

Aceté luego el partido,  
Y en tus generosas plantas  
Puse mi boca; y contento,  
A don Juan, que ausente estaba,  
Busqué y dije su ventura;  
Pero él respondió: «Una dama  
Que conoces, es mi esposa,  
Con obligaciones tantas,  
Que he de morir ó cumplillas.»  
— Entristecióseme el alma;  
Y para que no creyese  
Que á mi palabra faltaba,  
Los traigo á los dos.

DON ENRIQUE.

¿Qué dices?

VEINTICUATRO.

Lo que me pesa y me pasa.

DON ENRIQUE.

¿Tú eres don Juan?

DON JUAN.

Sí, Señor.

DON ENRIQUE.

¿Casado estabas?

MARCELA.

Repara,

Señor, en que esto es mentira;  
Que soy de don Félix dama,  
El hermano de Teodora;  
Que no sabiendo que tratas  
De casarla con don Juan,  
Me sacaron de mi casa  
Para disculpar su engaño  
Y no hacer lo que les mandas.

REY.

Pues, Veinticuatro, ¿á los reyes  
Que honrar sus vasallos andan,  
Estos engaños se hacen!  
¿Así los reyes se engañan!  
Si Enrique casar quería  
A Teodora, ¿no bastaba,  
Para que os viniera bien,  
Ser mi sangre y vos ser nada?  
¿Vive Dios, que desde aquí  
A los dos en esa plaza  
Ilan de cortar la cabeza!

VEINTICUATRO.

Señor, escucha la causa,  
Pareceráte piadosa.  
Anoche don Juan estaba,  
Con los que presentes miras,  
A la puerta desta dama,  
Y vió que con una llave  
Entró el infante en su casa;

Y que salió con el día  
Sabe el Maestre y don Arias.  
Honra me obligó, Señor.

DON ENRIQUE.

Pues ya tanto te declaras,  
Diré verdad, vive el cielo,  
Poniendo mano á la espada,  
Con la cual sustentaré  
De sol á sol en campaña  
A mi igual y á todo hidalgo  
Que es Teodora tan honrada,  
Que ninguna hay en Sevilla  
Que sea mas, ni en España.  
Que entré es verdad; mas compié  
Con oro y pasos la entrada,  
Y sin que ella lo supiese,  
Llegué anoche hasta su cama.  
De sus lágrimas temblé;  
Y escuchando sus palabras,  
Me dijo toda la historia  
Que entre ella y don Juan pasaba.  
Matarse quiso; detuve  
Su brazo; y viendo que tanta  
Firmeza merece premio,  
Allí prometí casalla.  
Aprovechóme el valor,  
Y quise mas ganar fama  
De hombre que supo vencerse  
(Que es el mayor lauro y palma).  
Que dar rienda al apetito.  
Y así, en esta cruz sagrada,  
Adonde la mano pongo,

Y Dios puso las espaldas,  
Juro que esto pasa así:  
Y miente quien desta dama  
Pieuse ó crea lo contrario.

DON JUAN.

Señor, que lo digas basta  
Para que el mundo lo crea,  
Y mas el que tanto gana,  
Pues en efeto la adora.

VEINTICUATRO.

Llega pues, don Juan, ¿qué aguardas?  
Ni quiero para tu dote  
Mas que su virtud y gracia,  
Ni mas hábito en mi pecho  
Que una nuera tan honrada.

REY.

¿Cómo no? Si dió el Infante  
Veinte y cuatro mil, añadan  
Otros tantos que doy yo.

MAESTRE.

Pues no es razon que se vaya  
Sin mi ofrenda. Aunque soy pobre,  
Dos villas le doy.

REY.

Aguarda;  
Que á su padre quiero hacer  
Alcaide de nuestro alcázar.

MAESTRE.

Hábito con encomienda  
Le mando.

MARCELA.

Ya estás casada.  
Ruega á Félix que me quiera.

FÉLIX.

Yo, Marcela, aunque no haya  
Infantes que te aseguren  
Poniendo mano á la espada,  
Digo que soy tu marido.

CHACON.

Todos se alegran y casan;  
Perezca el pobre Chacon.  
Nunca nadie le dé nada.

DON JUAN.

Yo te mando mil escudos.

CHACON.

¿Son de paciencia ó de pasta?

DON JUAN.

Del nombre de mi mujer.

REY.

En llegando doña Blanca,  
Los dos serémos padrinos.

DON JUAN.

Aquí la comedia acaba  
Llamada el *Cortés galán*.

DOROTEA.

¿Cómo?

DON JUAN.

*Y la Niña de Plata*





# LA DAMA BOBA.

## PERSONAS.

LAURENCIO.  
DUARDO.  
FENISO.  
LISEO.

MISENO.  
OCTAVIO.  
TURIN.  
PEDRO.

UN ESTUDIANTE.  
FINEA.  
NISE.  
CELIA.

CLARA.  
UN MAESTRO DE ESCRIBIR.  
OTRO DE DANZAR.  
UN CRIADO. — Músicos.

*La escena es en Illéscas y en Madrid.*

## ACTO PRIMERO.

Portal de una posada en Illéscas.

### ESCENA PRIMERA.

LISEO y TURIN, *de camino.*

LISEO.  
¿Qué buenas posadas!  
TURIN.  
Frescas.  
LISEO.  
No hay calor.  
TURIN.  
Cuartos y ropa  
Tienen fama en toda Europa.  
LISEO.  
Famoso lugar Illéscas!  
No hay en todos los que miras  
Quien le iguale.

TURIN.  
Aun si supieses  
La causa...

LISEO.  
¿Cuál es?

TURIN.  
Dos meses  
De guindas y de mentiras.

LISEO.  
Como aquí, Turin, se juntan  
De la corte, de Castilla,  
De Andalucía y Sevilla,  
Unos á otros preguntan,  
Unos de los otros cuentan,  
Y entablan discursos largos  
De provisiones y cargos,  
Cosas que el vulgo alimentan.—  
¿No tomaste las medidas?

TURIN.  
Una docena tomé  
De imágenes, con la fe  
Que son de España adquiridas,  
Por milagrosas en todo,  
Cuanto en aquesta ocasion  
Las tiene la devocion  
De España.

LISEO.  
Pues dese modo,  
Lleguen las postas y vamos.

TURIN.  
¿No has de comer?

LISEO.  
Esperar  
A que quisen es pensar  
Que á media noche llegamos;  
Y un desposado, Turin,

Ha de llegar, cuanto pueda,  
Antes.

TURIN.  
Muy atrás se queda  
Con el repuesto Marin;  
Pero ya traigo qué comas.

LISEO.  
¿Qué traes?

TURIN.  
Ya lo verás.

LISEO.  
Dilo.

TURIN.  
¿Guarda!

LISEO.  
Necio estás.

TURIN.  
¿Desto pesadumbre tomas?

LISEO.  
Pues ¿para decir lo que es?...  
TURIN.

Hay á quien pesa de oír  
Su nombre; hasta decir  
Que tú lo sabrás después.

LISEO.  
Entretiénese la hambre  
Con saber qué ha de comer.

TURIN.  
Pues sábetelo que ha de ser...

LISEO.  
Presto.

TURIN.  
Tocino fiambre.

LISEO.  
Pues ¿á quién puede pesar  
De oír nombre tan hidalgo?  
Turin, si me has de dar algo.  
¿Qué cosa me puedes dar  
Que tenga igual á ese nombre?

TURIN.  
Esto y una hermosa caja.

LISEO.  
Dame de queso una raja;  
Que muerca el dulce es muy hombre.

TURIN.  
Esas liciones no son

De galán y desposado.

LISEO.  
Aun agora no he llegado.

TURIN.  
Las damas de corte son

Todas un fino cristal,  
Transparentes y divinas.

LISEO.  
Turin, las mas cristalinas  
Comerán.

TURIN.  
Es natural;  
Pero esa hermosa Finca,  
Con quien á casarte vas,  
Comerá...

LISEO.  
Dilo.  
TURIN.  
No mas  
De azúcar, maná y jalea...  
Pasaráse una semana  
Con tres puntos en el aire,  
De azúcar.

LISEO.  
¿Gentil donaire!  
TURIN.

¿Qué piensas dar á su hermana?  
LISEO.  
A Nise, su hermana bella,  
Una rosa de diamantes,  
Que así tengan los amantes  
Tales firmezas con ella;  
Y una cadena tambien  
Que compite con la rosa.

TURIN.  
Oigo decir que es hermosa.  
LISEO.

Mi esposa parece bien,  
Si doy crédito á la fama;  
De su hermana nada sé;  
Pero hasta que le dé  
Lo que mas se estima y ama.

TURIN.  
De un macho, con guarniciones  
Verdes y estribos de palo,  
Se apea un hidalgo.

LISEO.  
Malo,  
Si la merienda me pones.

### ESCENA II.

UN ESTUDIANTE, *de camino.* — DICHOS.

ESTUDIANTE. (*Dentro.*)  
Hnésped, ¿habrá qué comer? (*Sale.*)

LISEO.  
Seáis, Señor, bien llegado.

ESTUDIANTE.  
Y vos en la misma hallado.

LISEO.  
¿A Madrid?

ESTUDIANTE.  
Dejele ayer,

Cansado de no salir  
Con pretensiones cansadas.

LISEO.  
Esas van adjetivadas

Con esperar y sufrir.  
Holgara, por ir con vos,  
Lleváramos un camino.

ESTUDIANTE.

Si vais á lo que imagino,  
Nunca lo permita Dios.

LISEO.

No llevo qué pretender;  
A negocio hecho voy.  
¿Sois de ese lugar?

ESTUDIANTE.

Si soy.

LISEO.

Luego ¿podréis conocer  
La persona que os nombrare?

ESTUDIANTE.

Es Madrid una talega  
De piezas, donde se anega  
Cuanto su máquina pare.  
Los reyes, Roques y ariles  
Conocidas casas tienen,  
Los demás que van y vienen  
Son como peones viles.  
Todo es allí confusion.

LISEO.

No es Octavio pieza vil.

ESTUDIANTE.

Si es quien yo pienso, es arfil  
Y pieza de estimacion.

LISEO.

Quien yo digo es padre noble  
De dos hijas.

ESTUDIANTE.

Ya sé quién;

Pero dijérais bien  
Que de una palma y un roble.

LISEO.

¿Cómo?

ESTUDIANTE.

Que entrambas lo son;

Pues Nise bella es la palma,  
Finea un roble sin alma  
De discurso y de razon.  
Y aun pienso que oí contar  
Que la casaba.

LISEO. (*Aparte á Turin.*)

¿No escuchas?

ESTUDIANTE.

Verdad es que no habrá muchas  
Que la puedan igualar  
En el riquísimo dote;  
Mas ¡ay de aquel desdichado  
Que espera una bestia al lado!  
Pues mas de algun marquesote,  
A codicia del dinero,  
Pretende la boberia  
Desta dama, y á porfia  
Hace su calle terror.

LISEO.

(*Ap. Yo llevo lindo concierto.*)

A gentiles vistas voy. (*Ap. á Turin.*)

TURIN. (*Ap. á su amo.*)

Disimula.

LISEO.

Tal estoy, (*Ap. á Turin.*)

Que apenas á hablar cierto.—  
En fin, Señor, Nise ¿es bella  
Y discreta?

ESTUDIANTE.

Es celebrada

Por única, y deseada,  
Por las partes que hay en ella,  
De gente muy principal.

LISEO.

¿Tan boba es esa Finea?

ESTUDIANTE.

Mucho sentis que lo sea.

LISEO.

Contemplo de sangre igual  
Dos cosas tan desiguales;  
Mas ¿cómo en dotes lo son?  
Que hermanas, era razon  
Que los tuvieran iguales.

ESTUDIANTE.

Oigo decir que un hermano  
De su padre le dejó  
Esta hacienda, porque vió  
Que sin ella fuera en vano  
Casarla con hombre igual  
A su noble nacimiento,  
Supliendo el entendimiento  
Con el oro.

LISEO.

Él hizo mal.

ESTUDIANTE.

Antes bien, porque con esto  
Tan discreta vendrá á ser  
Como Nise.

TURIN.

¿Has de comer?

LISEO.

Ponme lo que dices presto...  
—Aunque ya puedes dejallo.

ESTUDIANTE.

¿Mandais, Señor, otra cosa?

LISEO.

Serviros.

(*Vase el Estudiante.*)

### ESCENA III.

LISEO, TURIN.

LISEO.

¿Qué linda esposa!—

Ponte, Turin, á caballo;  
Que ya no quiero comer.

TURIN.

Ten paciencia, pues no es hecho.

LISEO.

Que me ha de matar sospecho,  
Si es necia y propia mujer.

TURIN.

Como tú no digas sí,  
¿Quién te puede cautivar?

LISEO.

Verla ¿no me ha de matar,  
Aunque es basilisco en mí?

TURIN.

No, Señor.

LISEO.

Tambien advierte

Que, siendo tan entendida  
Nise, me dará la vida,  
Si ella me diere la muerte.

(*Vanse.*)

—  
Sala en casa de Octavio, en Madrid.

### ESCENA IV.

NISE, CELIA.

NISE.

¿Dióte el libro?

CELIA.

Y tal, que obliga

A no abrille ni tocalle.

NISE.

Pues ¿por qué?

CELIA.

Por no ensucialle,

Si quieres que te lo diga.  
En cándido pergamino

Tiene muchas flores de oro.

NISE.

Bien las merece Heliodoro,  
Griego poeta divino.

CELIA.

¿Poeta? Pues parecióme  
Prosa.

NISE.

Es que hay poesía

En prosa.

CELIA.

No lo sabía:

Miré el principio y canséme.

NISE.

Es que no se da á entender,  
Con el artificio griego,  
Hasta el quinto libro, y luego  
Todo se deja entender  
Cuanto precede á los cuatro.

CELIA.

En fin ¿es poeta en prosa?

NISE.

Y de una historia amorosa  
Digna de aplauso y teatro.  
Hay dos prosas diferentes,  
Poética é historial:  
La historial, lisa y leal,  
Muestra verdades patentes  
Por frasi y términos claros;  
La poética es hermosa,  
Varia, culta, licenciosa  
Y oscura en ingenios raros:  
Tiene mil exornaciones  
Y retóricas figuras.

CELIA.

Pues de cosas tan obscuras  
¿Juzgan tantos?

NISE.

No le pones,

Celia, pequeña objecion;  
Pero así corre el engaño  
Del mundo.

### ESCENA V.

FINEA, UN MAESTRO DE LEER. —  
DICHAS.

FINEA.

Ni en todo el año

Saldré con esta lición.

CELIA.

Tu hermana con su maestro.

NISE.

¿Conoce las letras ya?

CELIA.

En los principios está.

MAESTRO.

Paciencia, y no letras, maestro.  
¿Qué es esta?

FINEA.

Letra será.

MAESTRO.

¿Letra?

FINEA.

Pues ¿es otra cosa?

MAESTRO.

¿No sino el alba! (*Ap. ¿Qué hermosa  
Bestia!*)

FINEA.

¡Ah, sí, ya, ya, ya, ya!

El alba debe de ser,

Cuando andaba entre las coles.

MAESTRO.

Esta es K: los españoles  
No la solemos poner  
En nuestra lengua jamás.

Usanla mucho alemanes  
Y flamenecos.

FINEA.

¡Qué galanes  
Van todos estos detrás!

MAESTRO.

Letras son estas tambien.

FINEA.

¿Tantas hay?

MAESTRO.

Veinte y tres son.

FINEA.

Ahora, vaya de lición;  
Que yo la diré muy bien.

MAESTRO.

¿Qué es esta?

FINEA.

¿Esta? No sé.

MAESTRO.

¿Y esta?

FINEA.

No sé qué responda.

MAESTRO.

¿Y estotra?

FINEA.

¿Aquella redonda?

Letra.

MAESTRO.

¡Bien!

FINEA.

Luego ¿acerté?

MAESTRO.

¡Linda bestia!

FINEA.

¡Ah, sí, sí, sí!

Bestia, por Dios, se llamaba;  
Pero no se me acordaba.

MAESTRO.

Esta es R... y esta es I.

FINEA.

Pues si tú lo traes errado...

CELIA. (A Nise.)

¡Con qué pesadumbre están!

MAESTRO.

Di aquí: *B, a, n, ban.*

FINEA.

¿Dónde van?

MAESTRO.

¡Gentil cuidado!

FINEA.

Que se van ¿no me decías?

MAESTRO.

Letras son, míralas bien.

Di aquí: *B, e, n, ben.*

FINEA.

¿Adónde?

MAESTRO.

Adonde en mis días

No te vuelva mas á ver.

Perdiendo el juicio estoy.

FINEA.

¿Ven, no dice? Pues voy a voy.

MAESTRO.

Es imposible aprender.

¡Vive Dios, que te he de dar

Una palmeta!

FINEA.

¿Tú á mí?

MAESTRO.

Muestra la mano.

FINEA.

Héla aquí.

MAESTRO.

Aprende á deletrear.

(*Dale una palmeta, y ella echa á correr tras él.*)

FINEA.

¡Oh perro! ¿Aquesta es palmeta?

MAESTRO.

Pues ¿qué pensabas?

FINEA.

Aguarda. (*Le embiste.*)

CELIA.

Ella le mata.

MAESTRO.

Ya tarda

Tu favor, Nise discreta.

NISE.

¡A tu maestro! ¿Qué es esto?

MAESTRO.

Ténganla ahí.

FINEA.

¡Hame dado

Causa.

NISE.

¿Cómo?

FINEA.

Hame engañado.

MAESTRO.

¿Yo engañado?

NISE.

Dilo presto.

FINEA.

Estaba aprendiendo aquí

La letra bestia y la K...

NISE.

La primera sabes ya.

FINEA.

Es verdad, ya la aprendí —

Sacó un zoque de palo,

Al cabo una media bola,

Pidióme la mano sola,

¡Mira qué gentil regalo!

Y luego que la tomé,

Toma, y zas, el palo asienta,

Que pica como pimienta,

Y la mano me abrasó.

NISE.

Cuando el discípulo ignora,

Tiene el maestro licencia

De castigar.

FINEA.

¡Linda ciencia!

MAESTRO.

Aunque me diese, Señora,

Vuestro padre cuanto tiene,

No he de dalle otra lición.

(*Vase.*)

## ESCENA VI.

NISE, FINEA, CELIA.

CELIA.

Fuése.

NISE.

No tienes razon.

Sufrir y aprender conviene.

FINEA.

Pues las letras que allí están,

Yo ¿no las aprendo bien?

Vengo cuando dice *ven*,

Y voy cuando dicen *van*.

¿Qué quiere, Nise, el maestro,

Quebrándome la cabeza

Con *ban, bin, bon*?

CELIA. (*Ap.*)

Ella es pieza

De rey.

NISE.

Quiere el padre nuestro  
Que aprendamos.

FINEA.

Ya yo sé

El padre nuestro.

NISE.

No digo

Sino el nuestro, y el castigo

Por darte memoria fué.

FINEA.

Póngame un hilo en el dedo,

Y no aquel palo en la palma.

CELIA.

¿Mas que se te sale el alma

Si lo sabe?

FINEA.

Muerta quedo.

¡Oh Celia! no se lo digas,

Y verás qué te daré.

## ESCENA VII.

CLARA. — DICHAS.

CLARA.

Topé contigo, á la fe.

NISE.

Ya, Celia, las dos amigas

Se han juntado.

CELIA.

A nadie quiere

Mas en todas las criadas.

CLARA.

Dame albricias tan bien dadas

Como el suceso requiere.

FINEA.

¿De qué son?

CLARA.

Que ya parió

Nuestra gata la romana.

FINEA.

¿Cuándo, Clara?

CLARA.

Esta mañana.

FINEA.

¿Parió en el tejado?

CLARA.

No.

FINEA.

Pues ¿dónde?

CLARA.

En el aposento;

Que cierto se echó de ver

Su entendimiento.

FINEA.

Es mujer

Notable.

CLARA.

Escucha un momento,

Salía por donde suele

El sol, muy galán y rico,

Con la librea del rey,

Colorado y amarillo;

Andaban los carretones

Quitándole el romadizo

Que da la noche á Madrid...

Aunque no sé quién me dijo

Que era la calle Mayor

El soldado mas antiguo,

Pues nunca el mayor de Flándes

Presentó tantos servicios.

Dormían las rentas grandes,

Despertaban los oficios,

Tocaban los boticarios

Sus almireces de pino,

Cuando la gata de casa



Comenzó con mil suspiros  
A decir: «¡Ay, ay, ay, ay,  
Que quiero parir, marido!»  
Levántose hociquincho,  
Y fué corriendo á decirlo  
A sus parientes y deudos,  
Que deben de ser moriscos;  
Porque el lenguaje que hablan.  
En tiple de monacillos.  
Si no es jerigonza entre ellos.  
Ni es español ni latino.  
Vino una gata viuda.  
Larga y compuesta de hocico  
(Sospecho que era su abuela).  
De negro y blanco vestido.  
Trujole cierta manteca,  
Desayúnose, y previno  
En qué recibir el parto;  
Hubo temerarios gritos.  
No es burla: parió seis gatos.  
Tan remendados y lindos,  
Que pudieran, á ser pías,  
Tirar el coche mas rico.  
Regocijados hajaron  
De los tejados vecinos,  
Caballetes y terrados.  
Todos sus deudos y amigos:  
Lamicol, Aramizaldo,  
Marfuz, Marramao, Miscito,  
Tumbakollin con Piel de zorra,  
Rabicorto, Zapaquildo;  
Unos vestidos de blanco,  
Y otros de negro vestidos,  
Y otros con ropas de martas,  
En cueras y zapatillos.  
De negro vino á la fiesta  
El gallardo Golosino.  
Luto que mostraba entonces  
De su padre el gaticidio.  
Cuál la morcilla presenta,  
Cuál el pez, cuál el cabrito,  
Cuál el gorrion astuto,  
Cuál el simple palomino.  
Trazando quedan agora,  
Para mayor regocijo,  
En su gatesco senado,  
Correr cañas cinco á cinco.  
Ven presto; que si los ves,  
Dirás que parecen niños,  
Y darás á la parida  
El parabien de los hijos.

FINEA.

No me pudieras contar  
Cosa para el gusto mio  
De mayor contentamiento.

CLARA.

Camina.

FINEA.

Tras tí camino.  
(*Vanse Finea y Clara.*)

### ESCENA VIII.

NISE, CELIA.

NISE.

¿Hay locura semejante?

CELIA.

Y Clara es boba tambien.

NISE.

Por eso la quiere bien.

CELIA.

La semejanza es bastante;  
Aunque yo pienso que Clara  
Es mas bellaca que boba.

NISE.

Con eso la engaña y roba.

### ESCENA IX.

LAURENCIO, DUARDO, FENISO.—

DICHAS.

DUARDO.

Aquí, como estrella clara,  
A su hermosura nos guía.

FENISO.

Y aun es del sol su luz pura.

DUARDO.

¡Oh reina de la hermosura!

FENISO.

¡Oh Nise!

LAURENCIO.

¡Oh señora mia!

NISE.

Caballeros...

FENISO.

Esta vez

De un soneto de Duardo,  
Por vuestro ingenio gallardo,  
Os hemos de hacer juez.

NISE.

¡A mí, que soy de Finea  
Hermana y sangre!

LAURENCIO.

A vos sola,

Que sois Sibila española,  
No Cumana ni Eritrea;  
A vos, por quien ya las gracias  
Son enatro y las musas diez,  
Es justo haceros juez.

NISE.

Si ignorancias, si desgracias  
Trujérades á juzgar,  
Era justa la elecion.

FENISO.

Vuestra rara discrecion,  
Imposible de alabar,  
Fué justamente elegida.  
Oid, Señora, á Duardo.

NISE.

Vaya el soneto; ya aguardo,  
Aunque de indigna, corrida.

DUARDO. (*Lee.*)

«La calidad elemental resiste  
Mi amor, que á la virtud celeste aspira,  
Y en las mentes angélicas se mira,  
Donde la idea del calor consiste.

»No ya como elemento el fuego viste  
El alma, cuyo vuelo al sol admira;  
Que de inferiores mundos se retira  
A donde el serafin ardiendo asiste.

»No puede elemental fuego abrasar-  
La virtud celestial, que vivifica, [me;  
Invidia el verme á la suprema alzar me.  
»Que donde el fuego angélico me apli-  
¿Cómo podrá mortal poder tocarme? ca,  
Que eterno y fin contradiccion implica.»

NISE.

Ni una palabra entendí.

DUARDO.

Pues en parte se leñera,  
Que mas de alguno dijera  
Por arrogancia: «Yo sí.»  
La intencion ó el argumento  
Es pintar al que ya llega,  
Libre del amor que ciega  
La luz del entendimiento,  
A la alta contemplacion  
De aquel puro amor sin fin,  
Donde es fuego el serafin.

NISE.

Argumento é intencion  
Queda entendido.

FENISO.

¡Profundos

Conceptos!

LAURENCIO.

Mucho se esconden.

DUARDO.

Tres fuegos, que corresponden,  
Hermosa Nise, á tres mundos,  
Dan fundamento á los otros.

NISE.

Bien os podeis declarar.

DUARDO.

Calidad elemental  
Es el calor en nosotros,  
La celestial es virtud  
Qué calienta y que recrea,  
Y la angélica es la idea  
Del calor.

NISE.

Con inquietud

Escucho lo que no entiendo.

DUARDO.

El elemento en nosotros  
Es fuego.

NISE.

¿Entendéis vosotros?

DUARDO.

El claro sol que estáis viendo  
En el cielo, fuego es,  
Y luego el entendimiento  
Seráfico; pero siento  
Que así difieren los tres:  
Que el que elemental se llama,  
Á brasa cuando se aplica,  
El celeste vivifica,  
Y el sobrecelestes ama.

NISE.

No discurras, por tu vida;  
Vete á escuelas.

DUARDO.

Donde estás,

Lo son.

NISE.

Yo no esencio mas,  
De no entenderte corrida.  
Escribe fácil.

DUARDO.

Platon

A lo que en cosas divinas  
Escribió, puso cortinas;  
Que tales cual estas, son  
Matemáticas figuras  
Y enigmas.

NISE.

Oye, Laurencio.

(*Hablan aparte.*)FENISO. (*A Duardo.*)

Ella os ha puesto silencio.

DUARDO.

Temió las cosas oscuras.

FENISO.

Es mujer.

DUARDO.

La claridad

Es á todos agradable,  
Que se escriba ó que se hable.

NISE. (*Ap. á Laurencio.*)

¿Cómo va de voluntad?

LAURENCIO.

Como quien la tiene en tí.

NISE.

Yo te la pago muy bien.  
No traigas contigo á quien  
Me eclipse el hablarte, así.

LAURENCIO.

Yo, Señora, no me atrevo,  
Por mi humildad, á tus ojos;

Que dando en viles despojos  
Se afrenta el rayo de Febo;  
Pero si quieres pasar  
Al alma, hallarás la rica  
De la fe que amor publica.

NISE.

Un papel te quiero dar;  
Pero ¿cómo podrá ser  
Que destos visto no sea?

LAURENCIO.

Si en lo que el alma desea  
Me quieres favorecer,  
Mano y papel podré aquí  
Asir juntos atrevido,  
Como linjas que has caído.

(Déjase Nise caer.)

NISE.

¡Jesus!

DUARDO.

¿Qué es esto?

NISE.

Caí.

(Laurencio da la mano á Nise para levantarla, y ella le entrega un papel.)

LAURENCIO. (Ap. á Nise.)

Con las obras respondiste.

NISE.

Esas responden mejor;  
Que no hay sin obras amor.

LAURENCIO.

Amor en obras consiste.

NISE.

Laurencio mio, á Dios queda.—  
Duardo y Feniso, adios.

DUARDO.

Y tanta ventura á vos  
Como hermosura os conceda.

(Vanse Nise y Celia.)

## ESCENA X.

LAURENCIO, DUARDO, FENISO.

FENISO.

¿Qué os ha dicho del soneto  
Nise?

LAURENCIO.

Que es muy extremado.

DUARDO.

Habréis los dos murmurado;  
Que hacéis versos en efeto.

LAURENCIO.

Ya no es menester hacellos  
Para saber murmurarlos;  
Que se atreve á censurarlos  
Quien no se atreve á entendedlos.

DUARDO.

Los dos tenemos qué hacer;  
Licencia nos podeis dar.

FENISO.

Las leyes de no estorbar  
Queremos obedecer.

LAURENCIO.

Malicia es esa.

FENISO.

No es tal.

La divina Nise es vuestra,  
O por lo menos lo muestra.

LAURENCIO.

Podiera, á tener igual.

(Vanse Duardo y Feniso.)

## ESCENA XI.

LAURENCIO.

Hermoso sois sin duda, pensamiento,  
Yaunque honesto tambien, con ser her-

moso,

Si es calidad del bien ser provechoso,  
Una parte de tres, que os falta sientos.

Nise con un divino entendimiento

Os enriquece de un amor dichoso;

Mas sois de dueño pobre, y es forzoso

Que en la necesidad falte el contento.

Si el oro es blanco y centro del descanso,

Y el descansos del gusto, yo os prometo

Que tarda en navegar con viento manso.

Pensamiento, mudemos de sugeto;

Si voy necio tras vos, y en ir me canso,

Cuando vengáis tras mí seréis discreto.

## ESCENA XII.

PEDRO.—LAURENCIO.

PEDRO.

¿Qué necio andaba en buscarte

Fuera de aqueste lugar!

LAURENCIO.

Bien me pudieras hallar

Con el alma en otra parte.

PEDRO.

Luego ¿estás sin ella aquí?

LAURENCIO.

Ha podido un pensamiento

Divertir mi movimiento

Desde mi fuera de mí.

¿Nunca has visto la saeta

Del reloj, que en un lugar

Firme suele siempre estar,

Aunque nunca está quieta,

Y tal vez está en la una,

Y tal en las doce está?

Pues así mi alma ya,

Sin hacer mudanza alguna

Deste puesto en que me ves,

Desde Nise que ha querido

A las doce se ha subido,

Que es número de interés.

PEDRO.

Pues ¿cómo es esa mudanza?

LAURENCIO.

Porque la saeta soy,

Que desde la una voy

Por lo que el círculo alcanza.

Señalaba á Nise...

PEDRO.

Sí.

LAURENCIO.

Pues ya señala á Finea.

PEDRO.

¿Eso quieres que te crea?

LAURENCIO.

¿Por qué no, si hay causa?

PEDRO.

Di.

LAURENCIO.

Nise es una hora hermosa;

Finea las doce son,

Hora de mas bendición,

Mas descansada y copiosa.

A las doce el oficial

Descansa, y bástale ser

Hora entonces de comer,

Tan precisa y natural.

Quiero decir que Finea

Hora de sustento es,

Cuyo descanso, ya ves

Cuánto el hombre le desea.

Dénme pues las doce á mí,  
Que soy pobre, con mujer,  
Que dándome de comer,  
Es la mejor para mí.  
Doyme á entender que poniendo  
En Finea mis cuidados,  
A cuarenta mil ducados  
Las manos voy previniendo.  
Esta, Pedro, desde hoy  
Ha de ser la empresa mía.

PEDRO.

Para probar tu osadía,

En una sospecha estoy.

LAURENCIO.

¿Y es?

PEDRO.

Que te has de arrepentir,  
Por ser necia esta mujer.

LAURENCIO.

¿Quién ha visto de comer,

De descansar y vestir,

Arrepentido jamás?

Pues esto viene con ella.

PEDRO.

A Nise discreta y bella,

Laurencio, ¿dejar podrás

Por una boba ignorante?

LAURENCIO.

¿Qué ignorante majadero!

¿No ves que el sol del dinero

Va del ingenio adelante?

El que es pobre, ese es tenido

Por necio, el rico por sabio.

No hay en el nacer agravio,

Por notable que haya sido,

Que con oro no se encubra,

Ni hay falta en naturaleza,

Que con la mucha pobreza

No se aumente y se descubra.

Yo tengo de enamorar

A Finea.

PEDRO.

He sospechado  
Que á un ingenio tan cerrado  
No hay puerta por donde entrais.

LAURENCIO.

Yo sé cuál.

PEDRO.

Yo no, por Dios.

LAURENCIO.

Clara, su boba criada.

PEDRO.

Sospecho que es mas taimada

Que boba.

LAURENCIO.

Demos los dos

En enamorarlas.

PEDRO.

Creo

Que Clara será tercera

Mas fácil.

LAURENCIO.

De esa manera

Seguro va mi deseo.

PEDRO.

Ellas vienen; disimula.

LAURENCIO.

Hácelo, si está en mi mano.

PEDRO.

¿Que ha de poder un cristiano

Enamorar una mula?

LAURENCIO.

Buena cara y talle tiene.

PEDRO.

Así fuera el alma.

## ESCENA XIII.

FINEA, CLARA.—DICHOS.

LAURENCIO.

Agora

Conozco, hermosa Señora,  
Que no solamente viene  
El sol de las orientales  
Partes, pues de vuestros ojos  
Sale con rayos mas rojos  
Y luces piramidales.  
Y si agora, que salís,  
Tan grande fuerza traéis,  
Al mediodía ¿qué haréis?

FINEA.

Comer, no como decís  
Vos, pirámides ni peros,  
Sino cosas provechosas.

LAURENCIO.

Esas estrellas famosas,  
Esos nocturnos luceros  
Me tienen fuera de mí.

FINEA.

Si vos andáis con estrellas,  
¿Qué mucho que os tengan ellas  
Arromadizado así?  
Acostáos siempre temprano,  
Y dormid con tocador.

LAURENCIO.

¿No entendeis que os tengo amor  
Puro, honesto, limpio y sano?

FINEA.

¿Qué es amor?

LAURENCIO.

¿Amor? Desèo.

FINEA.

¿De qué?

LAURENCIO.

De una cosa hermosa.

FINEA.

¿Es oro? Es diamante? Es cosa  
Destas que muy lindas veo?

LAURENCIO.

No, sino de la hermosa  
De una mujer como vos,  
Que, como lo ordena Dios,  
Para buen fin se procura.  
Y esta, que vos la tenéis,  
Engendra deseo en mí.

FINEA.

Y yo, ¿qué he de hacer aquí,  
Si sé que vos me quereis?

LAURENCIO.

Querermè. ¿No habeis oído  
Que amor con amor se paga?

FINEA.

No sé yo cómo se haga;  
Que en mi vida no he querido,  
Ni en la cartilla lo vi,  
Ni me lo enseñó mi madre;  
Preguntárcelo á mi padre.

LAURENCIO.

Esperad; que no es así.

FINEA.

Pues ¿cómo?

LAURENCIO.

Destos mis ojos

Saldrán unos rayos vivos  
Como espíritus visivos,  
De sangre y de fuego rojos,  
Que se entrarán por los vuestros.

FINEA.

No, Señor; arredo vaya  
Cosa en que espíritus haya.

LAURENCIO.

Son los espíritus nuestros;  
Porque el alma que yo tengo,  
A vuestro cuerpo se pasa.

FINEA.

¿Tanto pasa el que se casa?

PEDRO. (A Clara.)

Con él, como os digo, vengo  
Tan muerto por vuestro amor,  
Que aquesta ocasión busqué.

CLARA.

¿Qué es amor? que no lo sé.

PEDRO.

¿Amor? Locura, furor.

CLARA.

Pues ¿loca tengo de estar?

PEDRO.

Es una dulce locura,  
Por quien la mayor cordura  
Suelen los hombres dejar.  
En comenzando á querer,  
Enferma la voluntad  
De una dulce enfermedad.

CLARA.

No me la mandes tener;  
Que no he tenido en mi vida  
Sino solo sabañones.

FINEA. (A Laurencio.)

Agrádame las liciones.

LAURENCIO.

Tú verás, de mi querida,  
Cómo has de querer así;  
Que es luz del entendimiento  
Amor.

FINEA.

Lo del casamiento

Me cuadra.

LAURENCIO. (Ap.)

Y me importa á mí

FINEA.

Pues ¿llevaréme á su casa,  
Y tendrámela allí tambien?

LAURENCIO.

Sí, Señora.

FINEA.

Y eso ¿es bien?

LAURENCIO.

Y muy justo en quien se casa.  
Vuestro padre y vuestra madre  
Casados fueron así:  
De eso nacistes.

FINEA.

¿Yo?

LAURENCIO.

Sí.

FINEA.

Cuando se casó mi padre,  
¿No estaba yo allí tampoco?

LAURENCIO. (Ap.)

¿Hay semejante ignorancia!  
Sospecho que esta ganancia  
Camina á volverme loco.

CLARA.

Tu padre pienso que viene.

LAURENCIO.

Adios, acordáos de mí.

FINEA.

Que me place.

(Vase Laurencio.)

CLARA.

¿Fuése?

PEDRO.

Sí,

Y seguirle me conviene.  
Tenedme en vuestra memoria.

CLARA.

Si os vais, ¿cómo?

(Vase Pedro.)

## ESCENA XIV.

FINEA, CLARA.

FINEA.

¿Has visto, Clara,

Lo que es amor? ¿Quién pensara  
Tal cosa!

CLARA.

No hay pepitoria

Que tenga mas menudencias  
De manos, tripas y piés.

FINEA.

Mi padre, como lo ves,  
Anda en mil impertinencias.

Hame querido casar  
Con un caballero indiano,  
Toledano ó sevillano.

Tres veces me vino á hablar,  
Y esta postrera sacó  
De la caja un naipecito,

Muy repolido y bonito,  
Y luego que le miró,  
Me dijo: «Toma, Finea,

Este es tu marido;» y fuése.  
Yo, como en fin no supiese  
Esto de casar qué sea,

Tomé el negro del marido,  
Que no tiene mas de cara.

Pero dime, amiga Clara,  
¿Qué importa que sea polido  
Este marido ó quien es,

Si todo el cuerpo no pasa  
De la ropilla? que en casa  
Ninguno sin piernas ves.

CLARA.

Digo que tienes razon.

Veamos, ¿tiénese ahí?

(Saca Finea de la manga un retrato en  
un naipe.)

¿Buena cara y cuerpo!

FINEA.

Sí;

Mas no pasa del jubon.

CLARA.

Luego ¿este no podrá andar?

¡Ay, los ojitos que tiene!

FINEA.

Señor con Nise.

CLARA.

¿Si viene

A casarte?

FINEA.

No hay casar;

Que este que se va de aquí

Tiene pierna y tiene traza.

CLARA.

Y mas que con perro caza;  
Que el Pedro me muerde á mí.

## ESCENA XV.

OCTAVIO, NISE.—DICHAS.

OCTAVIO. (Ap. á Nise.)

Por la calle de Toledo,  
Dicen que entró por la posta.

NISE.

Pues ¿cómo no llega ya?

OCTAVIO.

Algo por dicha acomoda.  
Temblando estoy de Finea.

NISE.

Aquí está, Señor, la novia.



OCTAVIO.

Hija, ¿no sabes?...  
NISE. (Ap.)

No sabe;

Que esa es su desdicha toda.

OCTAVIO.

Va está en Madrid tu marido.

FINEA.

Siempre tu memoria es poca.

¿No me le diste en un naípe?

OCTAVIO.

Esa es la figura sola,

Que estaba allí retratada;

Que lo vivo viene agora.

## ESCENA XVI.

CELIA, OCTAVIO, NISE, FINEA,  
CLARA; luego, LISEO y TURIN.

CELIA.

Aquí está el señor Liseo,

Apeado de una posta.

OCTAVIO.

Mira, hija, que has de estar

Muy prudente y muy señora.—

(Salen Liseo y Turin, de camino.)

Llegad sillas y almohadas.

LISEO.

Esta licencia se toma

Quien viene á ser hijo vuestro.

OCTAVIO.

Y quien viene á darnos honra.

LISEO.

Agora, Señor, decidme

Cuál de las dos es mi esposa.

FINEA.

Ya ¿no me ve?

LISEO.

Bien merezco

Los brazos.

FINEA. (A Octavio.)

Luego ¿no importa?

OCTAVIO.

Bien le puedes abrazar.

FINEA.

Clara...

(Ap. á ella.)

CLARA.

Señora...

FINEA.

Aun agora

Viene con piernas y piés.

CLARA.

Esta ¿es burla ó jergionza?

FINEA.

El verle de medio arriba

Me daba mayor congoja.

OCTAVIO. (A Liseo.)

Abrazá á vuestra cuñada.

LISEO.

No fué la fama engañosa,

Que habló de vuestra hermosura.

NISE.

Soy muy vuestra servidora.

LISEO.

Lo que es el entendimiento

A toda España alborota.

La divina Nise os llaman:

Discreta sois como hermosa,

Y hermosa con grande extremo.

FINEA. (A su padre.)

Pues ¿cómo requiebra esotra,

Si viene á ser mi marido?

¿No es mas bobo?

OCTAVIO.

Calla, loca.

Sentáos, hijos, por mi vida.

LISEO.

Turin...

TURIN.

Señor...

LISEO. (Ap. á Turin.)

¿Linda tonta!

OCTAVIO.

¿Cómo venis del camino?

LISEO.

Con los deseos en hoja,

Que siempre le hacen mas largo.

FINEA.

Ese macho de la noria

Pudieras haber pedido,

Que anda como una persona.

NISE.

Calla, hermana.

FINEA.

Callad vos.

OCTAVIO.

Aunque honesta y virtuosa,

Es Finea deste humor.

LISEO.

Turin, ¿trujiste las joyas?

TURIN.

No ha llegado nuestra gente.

LISEO.

¿Qué de olvidos se perdonan

En un camino á criados!

FINEA.

¿Joyas traeis?

TURIN. (Ap.)

Y le sobra

De las joyas el principio,

Tanto el *jo* se le acomoda.

OCTAVIO.

Calor teneis. ¿Queréis algo?

¿Qué os aflije? ¿Qué os congoja?

LISEO.

Agua quisiera pedir.

OCTAVIO.

Haráos mal el agua sola;

Traigan una caja.

(Vase Celia.)

FINEA.

A fe,

Si como venis agora,

Fuera el sábado pasado,

Que hicimos yo y esta moza

Un menudo...

NISE.

Calla, hermana.

FINEA.

Mucha especie: es linda cosa.

## ESCENA XVII.

CELIA, con una caja y agua.—OCTAVIO, NISE, FINEA, CLARA, LISEO, TURIN.

CELIA.

Aquí está el agua.—Comed.

LISEO.

El agua sola provoca,

Porque con su risa dice

Que la beba y que no coma.

FINEA.

El bebe como una mula.

TURIN.

¿Buen requiebro!

OCTAVIO. (A Finea.)

¿Qué enfadosa

Que estás hoy! Calla, si quieres.

FINEA. (A Liseo.)

Aun no habeis dejado gota.

Aguardad, os limpiaré.

OCTAVIO.

Pues ¿tú le limpias?

FINEA.

¿Qué importa?

LISEO. (Ap.)

Media barba me ha llevado.

Lindamente me enamora.

OCTAVIO. (Ap.)

¿Hay padre mas desdichado?

Quiero, pues no se reporta,

Llevarme de aquí á Finea.

LISEO. (Ap.)

Tarde el descanso se cobra,

Que en tal desdicha se pierde

OCTAVIO.

Entrad adentro vosotros

A prevenirle la cama.

FINEA.

La mia pienso que sobra

Para los dos.

OCTAVIO. (Ap. á Finea.)

¿Tú no ves

Que aun no están hechas las bodas?

Entra dentro.

FINEA.

Que me place.

NISE.

Vamos, hermana.

FINEA.

Adios, ¡hola!

(Vanse Nise, Finea, Clara y Celia.)

LISEO. (Ap.)

Las del mar de mi desdicha

Me anegan entre sus ondas.

OCTAVIO.

Yo tambien, hijo, me voy

Para prevenir las cosas,

Que para que os desposéis

Con mas aplauso me tocan.

El cielo os guarde.

(Vase.)

## ESCENA XVIII.

LISEO, TURIN.

LISEO.

No sé

De qué manera disponga

Mis desdichas. ¡Ay Turin!

TURIN.

¿Quieres quitarte las botas?

LISEO.

No, Turin, sino la vida.

¿Hay boba mas espantosa?

TURIN.

Lástima me ha dado á mí,

Considerando que ponga

En un cuerpo tan hermoso

El cielo un alma tan loca.

LISEO.

Cuando estuviera casado

Por poder en causa propia,

Me pudiera descasar.

La ley es llana y notoria;

Pues concertando mujer

Con sentido, me desposan

Con una bestia del campo

Con una villana tosca.

TURIN.

Luego ¿no te casarás?

LISEO.

¡Mal haya la hacienda toda,  
Que con tal pensión se adquiere  
Y con tal censo se cobra!  
Demás que aquesta mujer,  
Si bien es hermosa y moza,  
¿Que puede parir de mí,  
Sino tigres, leones y onzas?

TURIN.

Ese es engaño, pues vemos  
Por experiencia notoria  
Mil hijos de padres sabios  
Que, de necios, los deshonran.

LISEO.

Es verdad; que Cicerón  
Tuvo a Marco Tulio en Roma,  
Que era un caballo, un camello.

TURIN.

De la misma suerte consta  
Que de necios padres suele  
Salir una fénix sola.

LISEO.

Turin, por lo general,  
Y es consecuencia forzosa,  
Lo semejante se engendra.  
Hoy las palabras se rompan,  
Rompanse letras y firmas;  
Que ningún tesoro cobra  
La libertad. Aun si fuera  
Nise...

TURIN.

¡Oh qué bien te reportas!

Dicen que un hombre enojado  
Que colérico se arroja,  
Si le ponen un espejo  
Que represente su sombra,  
En mirando en él su imagen  
Se templará y desapasiona.  
Así tú, como tu gusto  
Miraste en su hermana hermosa  
(Que el gusto es cristal del alma,  
Pues su libertad pregonaba),  
Luego templaste tu ira.

LISEO.

Es verdad, porque ella sola  
El enojo de su padre,  
Que, como ves, me alborota,  
Me puede quitar, Turin.

TURIN.

¿Que no hay que tratar desotia?

LISEO.

Pues ¿he de trocar la vida  
Por la muerte temerosa,  
Y por un demonio un ángel?

TURIN.

Digo que razón te sobra;  
Que no está el gusto en el oro;  
Que son el oro y las horas  
Muy distintas.

LISEO.

Desde aquí  
Renuncio la dama boba.

## ACTO SEGUNDO.

Sala que da á un jardín, en casa de Octavio.

### ESCENA PRIMERA.

LAURENCIO, DUARDO, FENISO.

LAURENCIO.

En fin, se ha pasado un mes,  
Y no se casa Liseo.

DUARDO.

No siempre vence el deseo  
El codicioso interés.

FENISO.

De Nise la enfermedad  
Ha sido causa bastante.

DUARDO.

Ver á Finea ignorante  
Templará su voluntad.

LAURENCIO.

Menos lo está que solía.  
Temo que amor ha de ser  
Artificio á encender  
Piedra tan helada y fría.

DUARDO.

Tales milagros ha hecho  
En gente rústica amor.

FENISO.

No se tendrá por menor  
Dar alma á su rudo pecho.

LAURENCIO.

Amor, señores, ha sido  
Aquel ingenio profundo  
Que llaman alma del mundo,  
Y es el doctor que ha tenido  
La cátedra de las ciencias,  
Porque solo con amor  
Aprende un hombre mejor  
Sus divinas diferencias.  
Así lo sintió Platon;  
Esto Aristóteles dijo;  
Que como del cielo es hijo,  
Es todo contemplación.  
Della nació el admirarse,  
Del admirarse nació  
El filosofar, que dió  
Luz con que pueda fundarse.  
Todo es ciencia artificial,  
Y á amor se ha de agradecer;  
Que el deseo de saber  
Es al hombre natural.  
No dudo ya que á Finea,  
Como él la comience á amar,  
Le deje amor de enseñar,  
Por imposible que sea.

FENISO.

Está bien pensado así;  
Y su padre tendrá intento  
Por dicha en el casamiento  
Que ame y sepa.

DUARDO.

Y yo de aquí,

Infamando amores locos,  
En limpio vengo á sacar  
Que pocos saben amar  
En lugar que saben pocos.

LAURENCIO.

¿Linda malicia!

FENISO.

Extremada.

DUARDO.

Difícil cosa es saber.

LAURENCIO.

Sí; pero fácil creer  
Que sabe el que poco ó nada.

FENISO.

¿Qué divino entendimiento  
Tiene Nise!

DUARDO.

Celestial.

FENISO.

¿Cómo, siendo necio el mal,  
Ha tenido atrevimiento  
Para hacer tales agravios  
De tal ingenio y desprecios?

LAURENCIO.

Porque de sufrir á necios

Suelen enfermar los sabios.

FENISO.

Ella viene.

DUARDO.

Y con razón  
Se alegra cuanto la mira.

### ESCENA II.

NISE, CELIA. — DICHOS.

NISE. (Ap. á Celia.)

Mucho la historia me admira.

CELIA.

Amores pienso que son,  
Fundados en el dinero.

NISE.

Nunca fundó su valor  
Sobre dineros amor;  
Que busca el alma primero.

DUARDO.

Señora, á vuestra salud  
Hoy cuantas cosas os ven  
Dan alegre parabien,  
Y tienen vida y quietud,  
Que como vuestra virtud  
Fué sol que las alumbró,  
Mientras ella se eclipsó,  
También lo estuvieron ellas;  
Que hasta ver vuestras estrellas,  
Fortuna el tiempo corrió.  
Mas como la primavera  
Sale con piés de marfil,  
Y el verde velo sutil  
Tiende en la alegre ribera,  
Corre el agua placentera,  
Cantando los ruisñores,  
Y van creciendo las flores;  
Así vos salís, mostrando  
Vuestra salud, y sembrando  
En campos de almas amores.

FENISO.

Ya se rien estas fuentes,  
Y son perlas las que dieron  
Lágrimas, con que sintieron  
Vuestros cristales ausentes;  
Ya las aguas sus corrientes  
Hacen instrumentos claros  
Para poder celebrarlos;  
Todo se anticipa á veros,  
Y todo intenta ofreceros  
Con que procure alegraros.  
Pues si con veros hacéis  
Tales efectos agora  
Donde no hay almas, Señora,  
Mas de las que vos poneis,  
En mí ¿qué efectos haréis  
Este venturoso día?  
Visto con tanta alegría,  
Después de tantos enojos,  
Siendo vos luz destos ojos,  
Siendo vos alma en la mía?

LAURENCIO.

A estar enfermo llegué  
El tiempo que no os serví;  
Que fué lo mas que sentí,  
Aunque sin mi culpa fué.  
Yo vuestros males pasé,  
Como cuerpo que animáis;  
Vos movimiento me dais,  
Yo soy instrumento vuestro;  
Que en mi vida y salud muestro  
Todo lo que vos pasáis.  
Parabien me den á mí  
De la salud que hay en vos,  
Pues que vivimos los dos  
Con la que mostráis aquí;  
Solamente os ofendi,  
Ya que la disculpa os muestro,  
En que este mal que fué nuestro

Solo tenerle debía,  
No vos, que sois alma mia;  
Yo sí, que soy cuerpo vuestro/  
NISE.

Pienso que de oposicion  
Me dais los tres parabien.  
LAURENCIO.

Y es bien, pues lo sois por quien  
Viven los que vuestros son.  
NISE.

Divertíos, por mi vida,  
Cortándome algunas flores  
Los dos, pues con sus colores  
La diferencia os convida  
Desejardin, porque quiero  
Hablar á Laurencio un poco.

DUARDO. (Ap.)  
Quien ama y sufre, ó es loco  
Ó necio.

FENISO. (Ap.)  
¿Tal premio espero?

DUARDO. (Ap.)  
No son vanos mis recelos.

FENISO. (Ap.)  
Ella le quiere.

DUARDO.  
Yo haré

Un ramillete de fe,  
(Ap. Pero sembrado de celos.)  
(Vanse Duardo y Feniso.)

### ESCENA III.

LAURENCIO, NISE, CELIA.

LAURENCIO.  
Ya se han ido. ¿Podré yo;  
Nise, con mis brazos darte  
Parabien de tu salud?

NISE.  
Desvía, fingido, fácil,  
Lisonjero, engañador,  
Falso, inconstante, mudable,  
Hombre que en un mes de ausencia  
(Que bien merece llamarse  
Ausencia la enfermedad)  
El pensamiento mudaste.  
Pero mal dije en un mes,  
Porque puedes disculparte  
Con que mi muerte creiste;  
Y si mi muerte pensaste,  
¿Con gentil atrevimiento  
Pagaste el amor que sabes,  
Mudando el tuyo en Finea!

LAURENCIO.  
¿Qué dices?

NISE.

Pero bien haces.

Tú eres pobre y ella rica,  
Tú discreto, ella ignorante;  
Buscaste lo que no tienes,  
Y lo que tienes dejaste.  
Discrecion tienes, y en mí  
La que celebrabas antes  
Dejas con mucha razon;  
Que dos ingenios iguales  
No conocen superior,  
Y por dicha imaginaste  
Que quisiera yo el imperio  
Que á los hombres debe darse.

LAURENCIO.

¿Quién te ha dicho que yo he sido  
En un mes tan inconstante?

NISE.

¿Parécete poco un mes?  
Yo te disculpo, no hables;  
Que la luna está en el ciclo  
Sin intereses mortales,

L-i.

Y en un mes, y aun algo menos,  
Es su creciente y menguante.  
Tú en la tierra, y de Madrid,  
Donde hay tantos vendabales  
De intereses en los hombres,  
No fué milagro mudarto.  
¿Ay, Laurencio, qué buen pago  
De fe y amor tan constante!  
Yo enfermé de mis tristezas,  
Que son bien terribles males;  
Por regalos tuyos tuve  
Engaños, mentiras, fraudes;  
Pero pues tan duros fueron,  
Di que me diste diamantes.  
Dile, Celia, lo que has visto.

CELIA.

Ya, Laurencio, no te espante  
De que Nise, mi señora,  
Desta manera te trate:  
Yo sé que has dicho requiebros  
A Finea.

LAURENCIO.

¿Que levantes,  
Celia, tales testimonios?

CELIA.

Tú sabes que son verdades;  
Y no solo tú á mi dueño  
Ingratamente pagaste,  
Pero tu Pedro, el que tiene  
De tus secretos las llaves,  
Ama á Clara tiernamente:  
¿Quieres mas que te declare?

LAURENCIO.

Tus celos han sido, Celia,  
Y quieres que yo los pague.  
¿Pedro á Clara! ¿Yo á la boba!

NISE.

Laurencio, si la enseñaste,  
¿De qué te quejas de aquello  
En que de necio no caes?  
Astrólogo me parecés;  
Que siempre de ajenos males,  
Sin reparar en los suyos,  
Largos pronósticos hacen.  
¿Oh quién os oyera juntos!  
Debeis de hablar en romances,  
Porque un discreto y un necio  
No pueden ser consonantes.  
Ahora déjame, Laurencio.

LAURENCIO.

Señora...

### ESCENA IV.

LISEO. — Dichos.

LISEO. (Ap.)

Esperaba tarde

Los desengaños; mas ya  
No quiere amor que me engañe.

NISE.

Suelta.

LAURENCIO.

No quiero.

LISEO.

¿Qué es esto?

NISE.

Dice Laurencio que rasgue  
Unos versos que me dió,  
De cierta dama ignorante;  
Y yo digo que no quiero.

LAURENCIO.

Tú podrás ser que lo alcances  
De Nise: ruégala tú.

LISEO.

Si algo tengo que rogarte,  
Haz algo por mis memorias,  
Y rasga lo que tú sabes.

NISE.

Dejadme los dos.

(Vase, y Celia la sigue.)

### ESCENA V.

LAURENCIO, LISEO.

LAURENCIO.

¿Qué airada!

LISEO.

Espántome que te trate  
Con esos rigores Nise.

LAURENCIO.

Pues, Liseo, no te espantes;  
Que es defeto en los discretos  
Tal vez el no ser afables.

LISEO.

¿Tienes qué hacer?

LAURENCIO.

Poco ó nada.

LISEO.

Pues vámonos esta tarde  
Por el Prado arriba.

LAURENCIO.

Vamos

Donde quiera que tú mandes.

LISEO.

Detrás de los Recoletos  
Quiero hablarte.

LAURENCIO.

Si el hablarme

No es con las lenguas que dicen,  
Sino con las lenguas que hacen  
(Aunque me espanto que sea),  
Dejaré caballo y pajes.

LISEO.

Bien puedes.

(Vase.)

LAURENCIO.

Yo voy tras tí.

### ESCENA VI.

LAURENCIO.

¿Qué celoso y qué arrogante!  
Finea es simple: sin duda  
De haberle contado, nace,  
Mis amores y papeles.  
Ya para consejo es tarde;  
Que dendas y desafíos,  
A que los honrados salen,  
Para trampas se dilatan,  
Y no es bien que se dilaten.

(Vase.)

### ESCENA VII.

FINEA, UN MAESTRO DE DANZAR.

MAESTRO.

¿Tan presto se cansa?

FINEA.

Sí;

Y no quiero danzar mas.

MAESTRO.

Como no danza á compás,  
Hase enfadado de sí.

FINEA.

Por poco diera de hocicos  
Saltando. Enfadada vengo.  
¿Soy yo urraca, que andar tengo  
Por casa dando salticos?  
Un paso, otro contrapaso...  
Floretas, otra floreta...  
¿Qué locura!

MAESTRO.

¿Qué imperfecta

Cosa! En un hermoso vaso  
Poner la naturaleza  
Licor de un alma tan ruda,  
Con que ya salga de duda  
Que no es alma la belleza!



Maestro...  
 FINEA.  
 MAESTRO.  
 Señora mía...  
 FINEA.  
 Traed mañana un tamboril.  
 MAESTRO.  
 Ese es instrumento vil,  
 Aunque de mucha alegría.  
 FINEA.  
 Que soy mas aficionada  
 A cascabeles contieso.  
 MAESTRO.  
 Es muy de caballos eso.  
 FINEA.  
 Haced vos lo que me agrada;  
 Que no es mucha rustiqueza  
 El traellos en los piés;  
 Harto peor pienso que es  
 Traellos en la cabeza.  
 MAESTRO.  
 (Ap. Quiero seguille el humor.)  
 Yo haré lo que mandais.  
 FINEA.  
 Id danzando cuando os vais.  
 MAESTRO.  
 Yo os agradezco el favor;  
 Pero llevaré tras mí  
 Mucha gente.  
 FINEA.  
 Un pastelero,  
 Un sastre y un zapatero,  
 ¿Llevan la gente tras sí?  
 MAESTRO.  
 No; pero tampoco ellos  
 Por la calle haciendo van  
 Sus oficios.  
 FINEA.  
 ¿No podrán,  
 Si quieren?  
 MAESTRO.  
 Podrán hacellos;  
 Mas yo no quiero danzar.  
 FINEA.  
 No entreis mas aquí.  
 MAESTRO.  
 No haré.  
 FINEA.  
 No quiero andar en un pié,  
 Ni dar vueltas ni bailar.  
 MAESTRO.  
 Ni yo enseñar las que sueñan  
 Disparates atrevidos.  
 FINEA.  
 No importa; que los maridos  
 Son los que mejor enseñan.  
 MAESTRO.  
 ¿Han visto la mentecata?  
 FINEA.  
 ¿Qué es mentecata, villano?  
 MAESTRO.  
 Tened, Señora, la mano.  
 Es una dama que trata  
 Con aspereza y rigor  
 A quien la sirve...  
 FINEA.  
 ¿Eso es?  
 MAESTRO.  
 Puesto que vuelve después  
 Con mansedumbre y amor.  
 FINEA.  
 ¿Es eso cierto?  
 MAESTRO.  
 ¿Pues no?

FINEA.  
 Yo os juro, aunque nunca ingrata,  
 Que no hay mayor mentecata  
 En todo el mundo que yo.  
 MAESTRO.  
 El creer es cortesia.  
 Adios; que soy muy cortés. (Vase.)

## ESCENA VIII.

CLARA.—FINEA.

CLARA.  
 ¿Danzaste?  
 FINEA.  
 ¿Ya no lo ves?  
 Persíguenme todo el día  
 Con leer, con escribir,  
 Con danzar, y todo es nada;  
 Solo Laurencio me agrada.  
 CLARA.  
 ¿Cómo te podré decir  
 Una desgracia notable?  
 FINEA.  
 Hablando, porque no hay cosa  
 De decir dificultosa  
 A mujer que viva y hable.  
 CLARA.  
 Dormir en día de fiesta  
 ¿Es malo?

FINEA.  
 Pienso que no;  
 Aunque si Adán se durmió,  
 Buena costilla le cuesta.

CLARA.  
 Pues si nació la mujer  
 De una dormida costilla,  
 Que duerma no es maravilla.

FINEA.  
 Por eso vengo á entender,  
 Solo por esa advertencia,  
 Por qué se andan tras nosotras  
 Los hombres, y en unas y otras  
 Hacen tanta diferencia;  
 Que si aquesto no es babililla,  
 Deben de andar á buscar  
 Su costilla, y no hay parar  
 Hasta topar su costilla.

CLARA.  
 Luego, si para el que amó  
 Un año y aun mas, muy bien  
 Le dirán los que lo ven,  
 Que su costilla topó.

FINEA.  
 A lo menos los casados.

CLARA.  
 Sabia estás.

FINEA.  
 Aprendo ya;  
 Que me enseña amor quizá  
 Con liciones de cuidados.

CLARA.  
 Volviendo al cuento, Laurencio  
 Me dió un papel para ti.  
 Púsemle á hilar... ¡Ay de mí!  
 ¿Cuánto provoca el silencio!  
 Puse en la estopa el papel,  
 Y como hilaba al candil,  
 Y es la estopa tan sutil,  
 Prendióseme el copo en él.  
 Cabezas hay disculpadas  
 Cuando duermen sin cojines,  
 Y sueños como rocines,  
 Que vienen con cabezadas.  
 Apenas el copo ardió,  
 Cuando, puesta en el de piés,  
 Me chamusqué, ya me ves.

FINEA.  
 ¿Y el papel?  
 CLARA.  
 Libre quedó,  
 Como el santo de pajaes.  
 Sobraron estos renglones,  
 Donde hallarás mas razones  
 Que en mi cabeza aladadas.  
 Mas bien se podrá leer.  
 Toma y lee.

FINEA.  
 Yo sé poco.  
 CLARA.  
 Libre Dios de un fuego loco  
 La estopa de una mujer.

## ESCENA IX.

OCTAVIO.—DICHAS.

OCTAVIO. (Dentro.)  
 Yo pienso que me canso en enseñarla:  
 Ni el leer ni el danzar aprender puede,  
 Aunque está menos ruda que solía. (Sale.)

FINEA.  
 ¡Oh padre mentecato y generoso!  
 Bien seas venido.

OCTAVIO.  
 ¿Cómo mentecato?

FINEA.  
 Aquel maestro de danzar me dijo  
 Que era yo mentecata, y enojéme;  
 Mas él me respondió que este vocablo  
 Significaba una mujer que riñe,  
 Y vuelve luego con amor notable;  
 Y como vienes tú riñendo agora,  
 Y has de mostrarme amor en breve rato,  
 Quise también llamarte mentecato.

OCTAVIO.  
 Pues, hija, no creas á todos hombres.  
 No digais ese nombre; que no es justo.

FINEA.  
 No lo haré mas; mas diga, señor padre,  
 ¿Sabe leer?

OCTAVIO.  
 Pues ¿eso me preguntas?

FINEA.  
 Pues tome por su vida, y este lea.

OCTAVIO.  
 ¿Este papel?

FINEA.  
 Sí, padre.

OCTAVIO.  
 Oye, Finea.  
 (Lee.) «Estoy muy agradecido á la  
 »merced que me haces, aunque he pa-  
 »sado toda esta noche contemplando tu  
 »hermosura.» (Rásgale.)

FINEA.  
 ¿No dice mas?  
 OCTAVIO.  
 No dice; y justamente  
 Lo que falta rompí. ¿Quién te le ha dado?

FINEA.  
 Laurencio, aquel discreto caballero  
 De la academia de mi hermana Nise,  
 Que dice que me quiere por extremo.

OCTAVIO.  
 (Ap. Desu ignorancia mi desdicha temo.  
 ¿Esto trujo á mi casa el ser hermosa  
 Nise? El galán, el lindo, el oloroso,  
 El afeitado, el limpio y el curioso!)  
 ¿Hate pasado mas con este acaso?

FINEA.  
 Ayer en la escalera, al primer paso,  
 Me dió un abrazo.

OCTAVIO.

(Ap. ¡En buenos pasos anda

Mi pobre honor por una y otra banda!  
La discreta con necios en concetos,  
Y la boba en amores con discretos.  
A esta no hay llevarla por castigo, [so.)  
Y mas, que lo vendrá á entender su espo-  
Hija, mirad que estoy muy enojado.  
No os dejéis abrazar: ¿entendeis, hija?

FINEA.

No lo haré mas; y cierto que me pesa,  
Porque me pareció muy bien el hombre.

OCTAVIO.

Solo vuestro marido ha de ser digno  
De esos abrazos.

**ESCENA X.**

TURIN. — Dichos.

TURIN.

En tu busca vengo.

OCTAVIO.

¿Qué hay, Turin?

TURIN. (Ap. á Octavio.)

Que á matarse van al campo

En este punto mi señor Liseo  
Y Laurencio, un hidalgo marquesote,  
Que desvanece á Nise con sonetos.

OCTAVIO.

[discretos,  
(Ap. ¿Qué importa que los padres sean  
Si les falta á los hijos la obediencia?  
Liseo ¿habrá entendido la imprudencia  
De ese Laurencio, atrevidillo y loco,  
Y que sirve á su esposa? ¿Casó extraño!  
¿Adónde irán?

TURIN.

Irán, si no me engaño,  
Hácia los Recoletos agustinos.

OCTAVIO.

Pues vén tras mí. ¿Qué extraños desati-  
(Vanse Octavio y Turin.) [nos!

**ESCENA XI.**

FINEA, CLARA.

CLARA.

Parece que se ha enojado  
Tu padre.

FINEA.

¿Qué puedo hacer?

CLARA.

¿Por qué le diste á leer  
El papel?

FINEA.

Ya me ha pesado.

CLARA.

Ya no puedes proseguir  
La voluntad de Laurencio.

FINEA.

Clara, no la diferencia  
Con el dejar de sentir.  
Yo no sé lo que esto ha sido  
Después que el hombre me vió.  
Porque si es que siento yo,  
El se ha llevado el sentido.  
Si como, imagino en él;  
Si duermo, le estoy soñando;  
Y si bebo, estoy mirando  
En agua su imagen del.  
¿No has visto de qué manera  
Vuelve un espejo á quien mira  
Su rostro, que una mentira  
Le hace forma verdadera?  
Pues lo mismo en ella miro  
Que el cristal me representa.

CLARA.

A tus palabras atenta,  
De tus mudanzas me admiro.  
Parece que te trasformas  
En otra.

FINEA.

En otro dirás.

CLARA.

Es maestro con quien mas  
Para aprender te conformas.

FINEA.

Con todo eso, será  
Obediente al padre mio;  
Fuera de que es desvario  
Romper la palabra y fe.

CLARA.

Yo haré lo mismo.

FINEA.

No impidas

El camino que llevabas.

CLARA.

¿No ves que amé porque amabas,  
Y olvidaré porque olvidas?

FINEA.

Harto me pesa de amalle;  
Pero á ver mi daño vengo,  
Aunque presumo que tengo  
De olvidarme de olvidalle.

(Vanse.)

—

Campo.

**ESCENA XII.**

LAURENCIO, LISEO.

LAURENCIO.

Antes, Liseo, de sacar la espada,  
Me decid la ocasion que á esto os obliga.

LISEO.

Pues bien será que la razon os diga.

LAURENCIO.

Liseo, si son celos de Finea,  
Mientras no sé que vuestra esposa sea,  
Bien puedo pretender, pues soy primero.

LISEO.

Disimulais, á fe de caballero,  
Pues tan lejos andais del pensamiento  
De amar una mujer tan ignorante.

LAURENCIO.

Antes de que lo diga no os espante;  
Que soy tan pobre como bien nacido,  
Y quiero sustentarme con su dote.  
Y que lo diga así no os alborote,  
Pues que vos, dilatando el casamiento,  
Habeis dado mas fuerzas á mi intento;  
Y porque cuando llegan obligadas  
A desnudarse en campo las espadas,  
Se han de decir verdades llanamente;  
Que es hombre vil quien en el campo

[miente.

LISEO.

Pues yo os prometo de ayudaros tanto,

Que venga á ser tan vuestra como creo.

LAURENCIO.

Y yo con Nise haré por bien, Liseo,

Lo que vereis.

LISEO.

Pues démonos las manos,  
Y no como fingidos cortesanos.  
Sino como si fuéramos de Grecia,  
Adonde tanto el amistad se precia.

LAURENCIO.

Yo seré vuestro Pilades.

LISEO.

Yo Oréstes.

(Abrazanse.)

**ESCENA XIII.**

OCTAVIO, TURIN. — Dichos.

OCTAVIO.

Turin, ¿aquesta dices que es pendencia?

TURIN.

Conocieron de lejos tu presencia,  
Y habrán disimulado.

OCTAVIO.

¿Solos aqui? ¡Oh caballeros!

LISEO.

Como Laurencio ha sido  
Tan grande amigo mio desde el día  
Que llegué á vuestra casa ó á la mia,  
Salimons entrambos mano á mano  
A tratar nuestras cosas igualmente.

OCTAVIO.

Deesa amistad me huelgo extrañamente,  
Aqui vine á un jardín de un grande ami-  
[go;  
Y me holgaré de que os volvais conmigo.

LAURENCIO.

Vamos á acompañaros y serviros.

OCTAVIO. (Ap. á Turin.)

Turin, ¿por qué iazon me has engañado?

TURIN.

Porque en viéndote habrán disimulado,  
Y porque en fin las mas de las pendencias  
Mueren por madurar; que á no ser esto,  
No hubiera mundo ya.

OCTAVIO.

Pues di, ¿tan presto  
Se pudo remediar?

TURIN.

¿Qué mas remedio  
De no reñir que estar la vida en medio?  
(Vanse.)

—

Sala en casa de Octavio.

**ESCENA XIV.**

NISE, FINEA.

NISE.

De suerte te has engreído,  
Que te voy desconociendo.

FINEA.

De que eso digas me ofendo.  
Yo soy la que siempre he sido.

NISE.

Yo te vi menos discreta.

FINEA.

Y yo mas segura á tí.

NISE.

¿Quién te va trocando así?  
Quién te da lición secreta?  
Otra memoria es la tuya:  
¿Tomaste la anacardina?

FINEA.

Ni de Ana ni Catalina  
He tomado lición suya.  
La misma que ser solía  
Soy, porque solo he mudado  
Un poco de mas cuidado.

NISE.

¿No sabes que es prenda mia  
Laurencio?

FINEA.

¿Quién te empeñó  
A Laurencio?

NISE.

Amor.

FINEA.

¿A fe?

Pues yo le desempeñé,  
Y el mismo amor me le dió.

NISE.

Quitaréte dos mil vidas,  
Boba dichosa.

FINEA.

No creas

Que si á Laurencio deseas,  
De Laurencio te dividas.  
En mi vida supe mas  
De lo que él me dijo aquí:  
Eso sé y eso aprendí.

NISE.

Muy aprovechada estás.  
Desde hoy mas no ha de pasarte  
Por el pensamiento.

FINEA.

¿Quién?

NISE.

Laurencio.

FINEA.

Dices muy bien.

¿No volverás á enojarte?

NISE.

Si los ojos puso en tí,  
Quitelos luego.

FINEA.

Que sea

Como tú quieres.

NISE.

FINEA.

Déjame á Laurencio á mí.  
Marido tienes.

FINEA.

No creo

Que reñirémos las dos.

NISE.

Quédate con Dios.

FINEA.

Adios.

(Vase Nise.)

¿En qué confusion me veo!  
¿Hay mujer tan desdichada!  
Todos dan en perseguirme.

## ESCENA XV.

LAURENCIO. — FINEA.

LAURENCIO.

(Ap. Detente en un punto firme,  
Fortuna veloz y airada,  
Que ya parece que quieres  
Ayudar mi pretension.  
¿Oh qué gallarda ocasion!)  
¿Eres tú, mi bien?

FINEA.

No esperes,

Laurencio, verme jamás:  
Todos me riñen por tí.

LAURENCIO.

Pues ¿qué te han dicho de mí?

FINEA.

Eso agora lo sabrás.

¿Dónde está mi pensamiento?

LAURENCIO.

¿Tu pensamiento?

FINEA.

Sí.

LAURENCIO.

Fu tí;

Porque si estuviera en mí,  
Yo estuviera mas contento.

FINEA.

¿Veste tú?

LAURENCIO.

Yo no, jamás.

FINEA.

Mi hermana me ha dicho aquí  
Que no has de pasarme á mí  
Por el pensamiento mas.  
Por eso, allá te desvía,  
Y no me pases por él.

LAURENCIO.

Piensa que ya estoy en él,  
Y echarme fuera querria.

FINEA.

Tambien ha dicho que en mí  
Pusiste los ojos.

LAURENCIO.

Dice

Verdad: no lo contradice  
El alma, que vive en tí.

FINEA.

Pues tú me has de quitar luego  
Los ojos que me pusiste.

LAURENCIO.

¿Cómo, si en amor consiste?

FINEA.

Que me los quites te ruego  
Con ese lienzo de aquí,  
Si yo los tengo en mis ojos.

LAURENCIO.

No mas: cesen los enojos.  
(Pónete el lienzo en los ojos.)

FINEA.

¿Están en mis ojos?

LAURENCIO.

Sí.

FINEA.

Pues quita luego los tuyos,  
Que no han de estar en los míos.

LAURENCIO. (Ap.)

¿Qué graciosos desvarios!

FINEA.

Ponlos á Nise en los suyos.

¿Llévastelos en el lienzo?

LAURENCIO.

Sí, Señora: ¿no lo ves?

FINEA.

Laurencio, no se los des;  
Que á sentir penas comienzo.  
Pues mas hay; que el padre mio  
Bravamente se ha enojado  
Del abrazo que me has dado.

LAURENCIO.

Mas ¿que hay otro destario?

FINEA.

Tambien me le has de quitar,  
No me ha de reñir por esto.

LAURENCIO.

¿Cómo ha de ser?

FINEA.

Siendo presto.

¿No sabrás desabrazar?

LAURENCIO.

El brazo derecho alcé  
Entonces, muy bien me acuerdo;  
Ahora alzaré el izquierdo,  
Y el abrazo desharé. (Abrazala.)

FINEA.

¿Estoy ya desabrazada?

LAURENCIO.

Pues ¿no lo ves?

## ESCENA XVI

NISE. — Dichos.

NISE.

¿Oh qué bien!

FINEA.

Huélgome, Nise, tambien;  
Que ya no me dirás nada.  
Ya Laurencio no me pasa  
Por el pensamiento á mí;  
Ya los ojos le volví,  
Pues que contigo se casa.  
En el lienzo los llevé,  
Y ya me ha desabrazado.

LAURENCIO. (Ap. á Nise.)

Tú sabrás lo que ha pasado  
Con harta risa.

NISE. (Ap. á Laurencio.)

Aquí no.

Vamos los dos al jardín;  
Que tengo bien que riñamos.

LAURENCIO.

Donde tú quisieres vamos.

(Vanse Nise y Laurencio.)

## ESCENA XVII.

FINEA.

Ella se le lleva en fin.  
¿Qué es esto que me da pena  
De que se vaya con él?  
Estoy por irme tras él.  
¿Qué es esto que me enajena  
De mi propia voluntad?  
No me hallo sin Laurencio.  
Mi padre viene: silencio.  
Callad, lengua; ojos, hablad.

## ESCENA XVIII.

OCTAVIO. — FINEA.

OCTAVIO.

¿Adónde está tu esposo?

FINEA.

Yo pensaba

Que lo primero en viéndome que hicie-  
Fuera saber de mí si te obedezco. [ras,

OCTAVIO.

Pues eso ¿á qué propósito?

FINEA.

¿Enojado

No me dijiste aquí que era mal hecho  
Abrazar á Laurencio? Pues yo agora  
Que me desabrazase le he rogado,  
Y el abrazo pasado me ha quitado.

OCTAVIO.

¿Hay ignorancia tal? Pues dime, bestia,  
¿Otra vez le abrazabas?

FINEA.

Que no es eso:

Al principio fué hecho aquel abrazo,  
Alto el brazo derecho de Laurencio,  
Y agora levantó, que bien me acuerdo,  
Porque fuese al revés, el brazo izquierdo.  
Luego desabrazada quedo agora.

OCTAVIO. (Ap.)

Cuando piensa que sabe, mas ignora.  
Ello es querer hacer lo que no quiso  
Naturaleza.

FINEA.

Diga, señor padre,

¿Cómo se llama aquello que se siente  
Cuando se va con otra lo que se ama?

OCTAVIO.

Ese agravio de amor celos se llama.



FINEA.

¿Celos?

OCTAVIO.

Si: ¿tú no ves que son sus hijos?

FINEA.

El padre puede dar mil regocijos.  
Yes muy hombre de bien; mas desdicha-  
Del que tan malos hijos ha criado. [do

OCTAVIO. (Ap.)

Luz va tomando ya; por cierto creo  
Que si amor la enseñase, aprendería.

FINEA.

¿Con qué se quita el mal de celosía?

OCTAVIO.

Con desenamorarse, si hay agravio,  
Que es el remedio mas prudente y sabio.  
¿Dónde tu hermana está?

FINEA.

Junto á la fuente

Con Laurencio se fué.

OCTAVIO.

¿Cansada cosa!

Aprenda nora mala á hablar su prosa,  
Déjese de sonetos y canciones.  
Allá voy á romperles las razones. (Vase.)

FINEA.

¿Por quién en el mundo pasa

Esto que pasa por mí?

¿Qué vi denantes? Qué vi,

Que así me enciende y abraza?

Celos dice el padre mío

Que son. ¡Brava enfermedad!

**ESCENA XIX.**

LAURENCIO. — FINEA.

LAURENCIO.

(Ap. Huyendo su autoridad,  
De enojarle me desvío;  
Aunque en parte le agradezco  
Que excusase los enojos  
De Nise. Aquí están los ojos  
A cuyos rayos me ofrezco.)  
Señora...

FINEA.

Estoy por no hablarte  
Porque te fuiste con Nise.

LAURENCIO.

No me fui porque yo quise.

FINEA.

Pues ¿por qué?

LAURENCIO.

Por no enojarte.

FINEA.

Yo estoy celosa de tí,  
Porque ya sé qué son celos;  
Que su digno nombre ¡ay cielos!  
Me dijo mi padre aquí;  
Mas también me dió el remedio.

LAURENCIO.

¿Cuál es?

FINEA.

Desenamorarme,  
Y así podré sosegar me,  
Quitando el amor de enemigo.

LAURENCIO.

Pues eso ¿cómo ha de ser?

FINEA.

El que me puso el amor  
Me le quitará mejor.

LAURENCIO.

Otro mejor puede haber.

FINEA.

¿Cuál?

LAURENCIO.

Los que vienen aquí  
Al remedio ayudarán.

**ESCENA XX.**

DUARDO, FENISO, PEDRO. — Dichos.

PEDRO. (Ap. á Duardo y Feniso.)

Finea y Laurencio están  
Juntos.

DUARDO.

Y él fuera de sí.

LAURENCIO. (Ap. á Duardo y Feniso.)

Seais los tres bien venidos  
A la ocasion mas gallarda  
Que se me pudo ofrecer;  
Y pues de los dos el alma  
A sola Nise discreta  
Inclina las esperanzas,  
Oid lo que con Finea  
Para mi remedio pasa.

DUARDO.

En esta casa parece,  
Segun por los aires andas,  
Que te ha dado hechizos Circe:  
Nunca sales desta casa.

LAURENCIO.

Yo voy aqui con mi ingenio  
Haciendo una rica traza  
Para hacer oro de alquimia.

PEDRO.

La salud y el tiempo gastas.  
Igual sería, Señor,  
Casarte, pues todo cansa,  
De pretender imposibles.

LAURENCIO.

Calla, necio.

PEDRO.

El nombre basta  
Para no callar jamás;  
Que nunca los necios callan.

LAURENCIO. (Ap. á Finea.)

Si dices delante destes  
Cómo me das la palabra  
De ser mi esposa y mujer,  
Todos los celos se acaban.

FINEA.

¿Eso no mas? Yo lo haré.

LAURENCIO.

Pues tú misma á los tres llama.

FINEA.

Duardo, Feniso, Pedro,  
Yo doy aqui la palabra  
De ser esposa y mujer  
De Laurencio.

FENISO.

¿Cosa extraña!

LAURENCIO.

¿Sois testigos desto?

LOS TRES.

Sí.

LAURENCIO.

Haz cuenta que ya estás sana  
Del amor y de los celos  
Que tanta pena te daban.

FINEA.

Dios te lo pague, Laurencio.

LAURENCIO.

Venid los tres á mi casa;  
Que tengo un notario alli.

DUARDO.

Pues ¿con Finea te casas?

LAURENCIO.

Sí, Duardo.

DUARDO.

¿Y Nise bella?

LAURENCIO.

Troqué discrecion por plata.

(Vanse Laurencio, Duardo, Feniso y  
Pedro.)

**ESCENA XXI.**

OCTAVIO, NISE. — FINEA.

NISE.

Hablando estaba con él  
Cosas de poca importancia.

OCTAVIO.

Mira, hija, que esas cosas  
Mas deshonor que honor causan.

NISE.

Es un honesto mancebo  
Que de buenas letras trata,  
Y téngole por maestro.

OCTAVIO.

No era tan blanco en Granada  
Juan Latino, que la hija  
De un veinticuatro enseñaba:  
Y con ser negro y esclavo,  
Porque era su madre esclava,  
Del claro duque de Sesa,  
Honra de España y de Italia.  
Vino á casarse con ella;  
Que gramática estudiaba,  
Y la enseñó á *conjuguar*  
En llegando á *amo amas*;  
Que así llania al matrimonio  
El latin.

NISE.

De eso me guarda

Ser tu hija.

FINEA.

¿Murmurais

De mis cosas?

OCTAVIO.

¿Aquí estaba

Esta loca?

FINEA.

Ya no es tiempo

De reñirme.

NISE.

¿Quién te habla?

OCTAVIO.

¿Quién te riñe?

FINEA.

Nise y tú.

Pues sabed que agora acaba  
De quitarme el amor todo  
Laurencio, como la palma.

OCTAVIO.

¿Hay alguna bohería?

FINEA.

Dijome que se quitaba  
El amor con que le diese  
De su mujer la palabra;  
Y delante de testigos  
Se la he dado; y ya estoy sana  
Del amor y de los celos,  
Que tanta pena me daban.

OCTAVIO.

Esta, Nise, ha de quitarme  
La vida.

NISE.

¿Palabra dabas

De mujer á ningún hombre!  
¿Tú no ves que estás casada?

FINEA.

Para quitar el amor,

¿Qué importa?

OCTAVIO.

¿Locura extraña!

No entre aqui Laurencio.

NISE. (Ap. á su padre.)

Es yerro

Que él y Liseo la engañan,  
Y aquesta traza han tomado  
No mas de para enseñarla.

OCTAVIO.

¡Oh! pues con eso yo callo.

FINEA.

¡Oh! pues con eso nos tapas  
La boca.

OCTAVIO.

Vén allá dentro.

(Ap. ¡Qué descanso de mis canas!)

(Vanse Octavio y Finea.)

NISE.

Hame contado Laurencio  
Que han tomado aquesta traza  
El y Liseo por ver  
Si aquesta rudeza labran,  
Y no me parece mal.**ESCENA XXII.**

LISEO.—NISE.

LISEO.

¿Hate contado mis ansias  
Laurencio, discreta Nise?

NISE.

¿Qué me dices? ¿Sueñas ó hablas?

LISEO.

Palabra me dió Laurencio  
De ayudar mis esperanzas,  
Viendo que las pongo en tí.

NISE.

Pienso que de hablar te cansas  
Con tu esposa, ó que se embota  
En la rudeza que labras  
El cuchillo de tu ingenio,  
Y para volver á hablarla  
Quieres darte un filo en mí.

LISEO.

Verdades son las que trata  
Mi amor, Nise; no mentiras.  
Escúchame.

NISE.

¡Qué inconstancia,  
Qué locura, error, traicion  
A mi padre y á mi hermana!  
Id en buen hora, Liseo.

LISEO.

¿Desta manera me pagas  
Tan desatinado amor?

NISE.

Pues si es desatino, basta.

**ESCENA XXIII.**

LAURENCIO.—DICHOS.

LAURENCIO. (Ap.)

Hablando está con Liseo:  
Si Liseo se declara,  
Nise ha de entender sin duda  
Que mis lisonjas la engañan.  
Sospecho que ya me ha visto.

NISE.

¡Oh gloria de mi esperanza!

LISEO.

¿Yo vuestra gloria, Señora?

NISE.

Hanme dicho que me tratas  
Con traicion; mas no lo creo;  
Que no lo consiente el alma.

LISEO.

¡Traicion, Nise! Si en mi vida  
Mostrare amor á tu hermana,  
Me mate un rayo del cielo.

LAURENCIO. (Ap.)

Es conmigo con quien habla  
Nise, y presume Liseo  
Que le requiebra y regala.

NISE.

Quiérome quitar de aquí;  
Que de manera me trata  
Amor, que diré locuras.

LISEO.

No os vais; ¡oh Nise gallarda!  
Que después destos favores,  
Quedará sin vida el alma.

NISE.

No puedo menos.

(Vase.)

**ESCENA XXIV.**

LAURENCIO, LISEO.

LISEO.

¡Aquí

Estabas á mis espaldas!

LAURENCIO.

Agora entré.

LISEO.

Luego ¿á tí

Te hablaba y te requiebaba,  
Aunque me miraba á mí,  
Aquella discreta ingrata?

LAURENCIO.

Liseo, aquesta es discreta;  
No podrás, si no la engañas,  
Quitarle del pensamiento  
El imposible que aguarda;  
Porque yo soy de Finea.

LISEO.

Si mi remedio no trazas,  
Cuéntame loco de amor.

LAURENCIO.

Déjame el remedio y calla;  
Porque burlar un discreto  
Es la mayor alabanza.**ACTO TERCERO.****ESCENA PRIMERA.**

FINEA.

¡Amor, divina invencion  
De conservar la belleza  
De nuestra naturaleza,  
Accidente ó eleccion!  
Extraños efetos son  
Los que de tu ciencia nacen,  
Pues las tinieblas desbacen,  
Pues hacen hablar los mudos,  
Pues los ingenios mas rudos  
Sabios y discretos hacen.  
No há dos meses que vivia  
A las bestias tan igual,  
Que aun el alma racional  
Parece que no tenia:  
Con el animal sentia.  
Y crecia con la planta;  
La razon divina y santa  
Estaba eclipsada en mí,  
Hasta que tus rayos vi,  
A cuyo sol me levanta.  
Tú desataste y rompiste  
La escuridad de mi ingenio,  
Tú fuiste el divino genio  
Que me enseñaste, y me diste  
La luz con que me puse  
En el lugar en que estoy:  
Mil gracias, amor, te doy,  
Pues me enseñaste tan bien,  
Que dicen cuantos me ven  
Que tan diferente estoy.**ESCENA II.**

CLARA.—FINEA.

CLARA.

En grande conversacion  
Están de tu entendimiento.

FINEA.

Huélgame que esté contento  
Mi padre en esta ocasion.

CLARA.

Atribuyen al amor  
De Liseo este milagro.

FINEA.

En otras aras consagro  
Mis votos, Clara, mejor.  
Laurencio ha sido el maestro.

CLARA.

Como Pedro lo fué mio,

FINEA.

De verlos hablar me río  
En este milagro nuestro.

CLARA.

Gran fuerza tiene el amor,  
Catedrático divino.**ESCENA III.**

OCTAVIO, MISENO.—DICHAS.

MISENO. (Ap. á Octavio.)

Yo pienso que es el camino  
De su remedio mejor.  
Y ya, pues habeis llegado  
A ver con entendimiento  
A Finea, que es contento  
Nunca de vos esperado,  
A Nise podeis casar  
Con este mozo gallardo.

OCTAVIO.

Vos solamente á Quardo  
Pudiéades abonar.  
Mozuelo me parecia  
Destos que se desvanecen,  
A quien agora enloquecen  
La arrogancia y la poesia.  
No son gracias de marido  
Sonetos: Nise es tentada  
De académica endiosada,  
Y á casa los ha traído.  
¿Quién la mete á una mujer  
Con Petrarca y Garcilaso,  
Siendo su Virgilio y Taso  
Hilar, labrar y coser?  
Ayer sus librillos vi,  
Papeles y escritos varios;  
Pensé que devocionarios,  
Y desta suerte lei:  
« Historia de dos amantes,  
Sacada de lengua griega,  
Rimas de Lope de Vega,  
Galatea, de Cervantes;  
El zomero de Lisboa,  
Los pastores de Belen,  
Comedias de don Guillen  
De Castro. Liras de Ochoa,  
Cien sonetos de Linao,  
Y de Herrera el divino  
Canciones. El peregrino,  
El pícaro de Guzman,  
Cancion que Luis Vélez dijo  
En la academia del duque  
De Pastrana, Obras de Luque,  
Cartas de don Juan de Arguijo... »  
Mas ¿qué os canso? Por mi vida,  
Que se los quise quemar.

MISENO.

Casalda, y veréisla estar  
Ocupada y divertida

En el parir y el criar.

OCTAVIO.

¡Qué gentiles devociones!  
Si Duardo hace canciones,  
Bien los podemos casar.

MISENO.

Es poeta caballero;  
No temais, hará por gusto  
Versos.

OCTAVIO.

Con mucho disgusto  
Los de Nise considero.  
Temo, y en razón lo fundo,  
Si en esto da, que ha de haber  
Un don Quijote mujer  
Que dé que reir al mundo.

#### ESCENA IV.

NISE, LISEO, TURIN.—DICHOS.

LISEO. (Ap. á Nise.)

Trátasme con tal desden,  
Que pienso que he de apelar  
Adonde sepan tratar  
Mis obligaciones bien.  
Pues advierte, Nise bella,  
Que ya Finea es sagrado;  
Que un amor tan desdenado  
Puede hallar remedio en ella.

NISE.

Liseo, el hacerme fieros  
Fuera bien considerado  
Cuando yo te hubiera amado.

LISEO.

Los nobles y caballeros  
Como yo, se han de estimar;  
No lo indino de querer.

NISE.

Poner freno á la mujer  
Es poner límite al mar.  
Extrañas quimeras son;  
Que amor, como es accidente,  
Tiénese donde se siente,  
No donde fuera razón.

LISEO.

Eso, Señora, no es justo,  
Y no lo digo con celos,  
Que pongais falta á los cielos  
En la bajeza del gusto.  
A lo que se hizo mal,  
No es bien decir: «Fué mi estrella.»

NISE.

Yo no pongo culpa en ella  
Ni en el curso natural;  
Porque Laurencio es un hombre  
Tan lidalgo y caballero,  
Que puede honrar...

LISEO.

Paso.

NISE.

Quiero

Que reverencieis su nombre.

LISEO.

A no estar tan cerca Octavio...

OCTAVIO.

¡Oh Liseo!

LISEO.

¡Oh mi señor!

NISE. (Ap.)

¿Que se ha de tener amor  
Por fuerza? ¡Notable agravio!

#### ESCENA V.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO.

El maestro de danzar

A las dos llama á lición.

OCTAVIO.

Él viene á buena ocasión.  
Vaya un criado á llamar  
Los músicos, porque vea  
Liseo á lo que ha llegado  
Finea.

(Vase el criado.)

#### ESCENA VI.

OCTAVIO, NISE, FINEA, LISEO, MISENO, CLARA, TURIN; luego, EL CRIADO, EL MAESTRO DE DANZAR, y músicos.

LISEO. (Ap.)

Amor engañado,  
Hoy volveréis á Finea;  
Que muchas veces amor,  
Disfrazado en la venganza,  
Hace una justa mudanza  
Desde un desden á un favor.

(Sale el criado.)

CRIADO.

Ya los músicos venían.  
(Salen los músicos y el maestro de danzar.)

OCTAVIO.

Muy bien venidos seáis.

LISEO. (Ap.)

Hoy, pensamientos, vengaís  
Los agravios que os hacían.

OCTAVIO.

Nise y Finea...

NISE.

Señor...

OCTAVIO.

Vaya aquí, por vida mía,  
El baile del otro día.

(Cantan los músicos, y bailan Nise y Finea.)

LISEO.

Todo es mudanzas amor.

MAESTRO.

Gallardamente por cierto.

MISENO.

Dad gracias á Dios, Octavio,  
Que os satisfizo este agravio.

OCTAVIO.

(Ap. á Miseno. Tratemos nuestro con-  
De Duardo con Finea.) [cierto]  
Hijas, yo tengo que hablar.

FINEA.

Yo nací para agradar.

OCTAVIO. (Ap.)

¿Quién hay que mis dichas crea?  
(Vanse todos, menos Liseo y Turin.)

#### ESCENA VII.

LISEO, TURIN.

LISEO.

Turin...

TURIN.

Señor, ¿qué me quieres?

LISEO.

Quiérote comunicar  
Un nuevo gusto.

TURIN.

Si es dar

Sobre tu amor pareceres.  
Busca un letrado de amor.

LISEO.

Yo he mudado parecer.

TURIN.

A ser dejar de querer  
A Nise, fuera el mejor.

LISEO.

El mismo, porque Finea  
Me ha de vengar de su agravio.

TURIN.

No te tengo por tan sabio,  
Que esa discreción te crea.  
Y no ha de ser el casarse  
Por vengarse de un desden:  
Que nunca se casó bien  
Quien se casó por vengarse.  
Porque es discreta Finea,  
Y porque el seso cobró  
(Pues de Nise no sé yo  
Que tan entendida sea),  
Será bien casarte luego.

LISEO.

Miseno ha venido aquí;  
Algo tratan contra mí.

TURIN.

Que lo mires bien te ruego.

LISEO.

No hay mas: á pedirla voy.

TURIN.

El cielo tus pasos guíe,  
Y del error te desvíe  
En que yo por Celia estoy.

(Vase Liseo.)

¡Que enamore amor á un hombre  
Como yo! Amor desatina.  
¡Que una niña de cocina,  
Para blason de su nombre  
Ponga: «Aquí murió Turin,  
Entre sartenes y cazos»!

#### ESCENA VIII.

LAURENCIO, PEDRO.—TURIN.

LAURENCIO.

Todo es poner embarazos  
Para que no llegue el fin.

PEDRO.

Habla bajo; que hay escuchas.

LAURENCIO.

¡Oh, Turin!

TURIN.

Señor Laurencio...

LAURENCIO.

¿Tanta quietud y silencio?

TURIN.

Hay obligaciones muchas  
Para callar un discreto,  
Y yo muy discreto soy.

LAURENCIO.

¿Qué hay de Liseo?

TURIN.

A eso voy.

Fuése á casar.

PEDRO.

¡Buen secreto!

TURIN.

Está tan enamorado  
De la señora Finea,  
Si no es que vengauza sea  
De Nise, que me ha jurado  
Que luego se ha de casar;  
Y es ido á pedirla á Octavio.

LAURENCIO.

Podré yo llamarme á agravio.

TURIN.

Él no os pretende agraviar.

LAURENCIO.

Las palabras ¿suelen darse



Para no cumplirse?

TURIN.

No.

LAURENCIO.

De no casarse la dió.

TURIN.

El no la quiebra en casarse.

LAURENCIO.

¿Cómo?

TURIN.

Porque no se casa

Con la que solía ser,

Sino con otra mujer.

LAURENCIO.

¿Cómo es otra?

TURIN.

Porque pasa

Del no saber al saber,

Y con saber le obligó.

¿Mandais otra cosa?

LAURENCIO.

No.

TURIN.

Pues adios.

(Vase.)

### ESCENA IX.

LAURENCIO, PEDRO.

LAURENCIO.

¿Qué puedo hacer?

Lo mismo que presumí

Y tenía sospechado

Del ingenio que ha mostrado,

Se viene á mostrar aquí.

Como la ha visto Liseo

Discreta, la voluntad

Ha puesto en la habilidad.

PEDRO.

Y en el oro algun deseo.

Cansóle la bohería,

La discrecion le animó.

### ESCENA X.

FINEA. — Dichos.

FINEA.

Clara, Laurencio, me dió

Nueva de tanta alegría.

Luego á mi padre dejé;

Y aunque ella me lo callara,

Yo tengo quien me avisara,

Que es el alma, que te ve

Por mil vidrios y cristales,

Por donde quiera que vas,

Porque en mi memoria estás

Con memorias inmortales.

Todo este grande lugar

Tiene cubierto de espejos

Mi amor, juntos y parejos,

Para poderte mirar.

Si vuelvo el rostro allí, veo

Tu imagen; si á la otra parte,

Tambien; y así viene á darte

Nombre de sol mi deseo;

Que en cuantos espejos mira

Y fuentes de pura plata,

Tu bello rostro retrata,

Y tu imagen bella mira.

LAURENCIO.

¡Ay, Finea! A Dios pluguiera

Que nunca tu entendimiento

Llegara, como ha llegado,

A la mudanza que veo!

Necio me tuvo seguro,

Y sospechoso discreto,

Porque yo no te quería

Para pedirte consejos.

¿Qué libro esperaba yo

De tus manos? ¿En qué pleito

Habías jamás de hacerme

Informacion en derecho?

Inocente te queria,

Porque una mujer cordero

Es tuson de su marido,

Que puede traerle al cuello.

Hable la dama en la roja,

Escriba, diga concetos

En el coche, en el estrado,

De amor, de engaños, de celos;

Pero la casada sepa

De su familia el gobierno.

Porque el mas discreto hablar

No es santo como el silencio.

Mira lo que ha resultado

De trasformarse tu ingenio,

Pues va á pedirte ¡ay de mí!

Para su mujer Liseo.

Liseo te quiere bien;

El se casa; yo soy muerto.

¡Nunca, plegue á Dios, hablaras!

FINEA.

¿De qué me culpas, Laurencio?

A pura imaginacion

Del alto merecimiento

De tus partes, aprendi

El que tú dices que tengo.

Por hablarte supe hablar,

Ventida de tus requiebros;

Para responderte escribo;

No he tenido otro maestro

Que amor; amor me ha enseñado;

Tú eres la ciencia que aprendo.

¿De qué te quejas de mí?

LAURENCIO.

De mi desdicha me quejo;

Pero, pues ya sabes tanto,

Dame, Señora, un remedio.

FINEA.

El remedio es fácil.

LAURENCIO.

¿Cómo?

FINEA.

Si, porque mi rudo ingenio,

Que todos aborrecian,

Se ha trasformado en discreto.

Liseo me quiere bien;

Con volver á ser tan necio

Como primero le tuve,

Me aborrecerá Liseo.

LAURENCIO.

Pues ¿sabrás fingirte boba?

FINEA.

Si; que lo fui mucho tiempo;

Y la tierra donde nacen

Saben andarla los ciegos.

Demás desto, las mujeres

Naturaleza tenemos

Tan pronta para fingir,

Ya con amor, ya con celos,

Que antes de nacer finginos.

LAURENCIO.

¿Antes de nacer?

FINEA.

Yo pienso

Que en tu vida lo has oido.

Escucha.

LAURENCIO.

Ya estoy atento.

FINEA.

Cuando estamos en el vientre

De nuestras madres, hacemos

Entender á nuestros padres,

Para engañar sus deseos,

Que somos hijos varones;

Y así verás que contentos

Acuden á su regalo

Con amores, con requiebros.

Y esperando el mayorazgo,

Tras tantos regalos hechos,

Sale una hembra que corta

La esperanza á sus deseos.

Segun eso, si esperaron

Hijo varon, y hembra vieron,

Antes de nacer finginos.

LAURENCIO.

Es evidente argumento;

Pero yo veré si sabes

Hacer, Señora, tan presto

Mudanza de extremos tales.

FINEA.

Paso; que viene Liseo.

LAURENCIO.

Aquí me quiero esconder.

FINEA.

Ya llega.

LAURENCIO.

Sigueme, Pedro.

PEDRO.

En grandes peligros andas.

LAURENCIO.

Tal estoy, que aun no lo siento.

(Vase Laurencio y Pedro.)

### ESCENA XI.

LISEO, TURIN. — FINEA.

LISEO.

Yo lo dejo concertado.

TURIN.

Al fin estaba del cielo

Que fuese tu esposa.

LISEO.

(Ap. Aquí

Está mi primero dueño.)

¿No sabeis, señora mía,

Cómo ha querido Miseno

Casar á Duardo y Nise,

Y cómo yo tambien quiero

Que se hagan nuestras bodas

Con las suyas?

FINEA.

No lo creo;

Que Nise me ha dicho á mí

Que está casada en secreto

Con vos.

LISEO.

¿Connmigo?

FINEA.

No sé

Si érades vos ó Olivéros.

¿Quién sois vos?

LISEO.

¿Hay tal mudanza?

FINEA.

¿Quién decis? que no me acuerdo.

Y si mudanza os parece,

¿Cómo no veis que en el cielo

Cada mes hay luna nueva?

LISEO.

¿Hay tal locura?

TURIN.

¿Qué es esto?

LISEO.

¿Si le vuelve el mal pasado?

FINEA.

¿Daisos por vencido?

LISEO. (Ap.)

Creo

Que era locura su mal.

FINEA.

Guárdanlas para remiendos

De las que salen menguadas.  
¿Veis ahí que sois un necio?

LISEO.

Señora, mucho me admiro  
De que ayer tan alto ingenio  
Mostráredes.

FINEA.

Pues, Señor,  
Agora ha llegado al vuestro;  
Que la mayor discrecion  
Es acomodarse al tiempo.

LISEO.

Eso dijo el mayor sabio.

TURIN.

Y esto escucha el mayor necio.

LISEO.

Volved, mi señora, en vos,  
Considerando que os quiero  
Por mi dueño para siempre.

FINEA.

¿Por mi dueña, majadero?

LISEO.

¿Así tratáis un esclavo  
Que os da el alma?

FINEA.

¿Cómo es eso?

LISEO.

Que os doy el alma.

FINEA.

¿Qué es alma?

LISEO.

¿Alma? El gobierno del cuerpo.

FINEA.

¿Cómo es un alma?

LISEO.

Señora,  
Como filósofo puedo  
Definirla, no pintarla.

FINEA.

¿No es alma la que en el peso  
Le pintan á san Miguel?

LISEO.

Tambien á un ángel le vemos  
Con alas; pero él en fin  
Es espíritu.

FINEA.

Yo os creo.

¿Andan las almas?

LISEO.

Las almas

Ohran por los instrumentos,  
Por los sentidos y partes  
De que se organiza el cuerpo.

FINEA.

¿Longaniza come el alma?

TURIN. (Ap. á su amo.)

¿Por qué te cansas?

LISEO.

No puedo

Pensar sino que es locura.

TURIN.

Pocas veces de los necios  
Se hacen los locos, Señor.

LISEO.

Pues ¿de quién?

TURIN.

De los discretos,

Porque de diversas causas  
Nacen efectos diversos.

LISEO.

¡Ay, Turin! vuélvome á Nise.  
Mas quiero el entendimiento  
Que toda la voluntad.—  
Señora, pues mi deseo,

Que era de daros el alma,  
No pudo tener efecto,  
Quedad con Dios.

FINEA.

Soy medrosa

De las almas, porque temo  
Que de tres que andan pintadas  
Puede ser la del infierno.  
La noche de los difuntos  
No sago, de puro miedo,  
La cabeza de la ropa.

LISEO. (Ap.)

Ella es loca sobre necio,  
Que es la peor guarnicion:  
Decirlo á su padre quiero.

(Vanse Liseo y Turin.)

## ESCENA XII.

LAURENCIO, PEDRO. — FINEA.

FINEA.

¿Qué te parece?

LAURENCIO.

Muy bien:

Que has dado el mejor remedio  
Que pudiera imaginarse.

FINEA.

Si; pero siento en extremo  
Volverme boba, aun fingida;  
Y pues tingida lo siento,  
Los que son bobos de veras  
¿Cómo viven?

LAURENCIO.

No sintiendo.

PEDRO.

Pues si un tonto ver pudiera  
Su entendimiento á un espejo,  
¿No fuera huyendo de sí?  
La razon de estar contentos  
Es aquella confianza  
De tenerse por discretos.

FINEA.

Háblame, Laurencio mío,  
Sutilmente, porque quiero  
Despicarme de ser boba.

## ESCENA XIII.

NISE, CELIA. — LAURENCIO, FINEA  
Y PEDRO, sin verlas.

NISE. (Ap. á Celia.)

Siempre Finea y Laurencio  
Juntos: sin duda se tienen  
Amor; no es posible menos.

CELIA.

Yo sospecho que te engañas.

NISE.

Desde aquí los escuchemos.  
(Escóndense.)

LAURENCIO.

¿Qué puede, hermosa Finea,  
Decirte el alma, aunque sale  
De sí misma, que se iguale  
A lo que el alma desea?  
Allá mis sentidos tienes:  
Escoge de lo sutil,  
Presumiendo que en abril  
Por amenos prados vienes.  
Corta las diversas flores,  
Porque en mi imaginacion  
Tales los deseos son.

NISE.

Estos, Celia, ¿son amores, (Ap. á ella.)  
O regalos de cuñado?

CELIA.

Regalos deben de ser;

Pero no quisiera ver  
Cuñado tan regalado.

PEDRO. (Ap. á Finea.)

Tu hermana escuchando.

FINEA.

¡Ay cielos!

Vuélvome á boba.

LAURENCIO.

Eso importa..

Voyme.

NISE. (A Laurencio.)

Los pasos reporta.

LAURENCIO.

¿Qué quieres? ¿Vendrás con celos?

NISE.

Celos son para sospechas;  
Las que trato son verdades.

LAURENCIO.

¿Qué presto te persuades  
Y de engaños te aprovechas!  
¿Querías casar así  
Levantando un testimonio,  
Y de aqueste matrimonio  
Echarme la culpa á mí?  
Y si te quieres casar,  
Déjame.

(Vasc.)

NISE.

¿Qué bien me dejas!  
Vengo á quejarme, ¿y te quejas?  
¿Aun no me dejas hablar?

PEDRO.

Tiene razon mi señor.

Cásate y acaba ya. (Vasc.)

## ESCENA XIV.

NISE, FINEA, CELIA.

NISE.

¿Qué es aquello?

CELIA.

Que se va

Pedro con el mismo humor.  
Y aqui viene bien que Pedro  
Es tan ruin como su amo.

NISE.

Ya le aborrezco y desamo.  
¿Qué bien con las quejas medro!  
Pero fué buena invencion  
Anticiparse á reñir.

CELIA.

¿Y el Pedro? ¿quién le vió ir  
Tan bellaco y socarrón!

NISE. (A Finea.)

Y tú, que disimulando  
Estás la traicion que has hecho,  
Lleno de engaños el pecho,  
Con que me estás abrasando,  
¿Piensas que le has de gozar?

FINEA.

¿Tú me has dado pez á mí,  
Ni sirena<sup>1</sup>, ni yo fui  
Jamás contigo á la mar?  
Anda, Nise; que estás loca.

CELIA.

¿Qué es esto?

NISE.

¿Tonta se vuelve.—

Á una cosa te resuelve. (A Finea.)  
Tanto el furor me provoca,  
Que el alma te he de sacar.

FINEA.

¿Tienes cuenta de perdon?

<sup>1</sup> Nise no ha mentado pez, ni sirena, ni cosa parecida: quizá falte una redondilla después del verso con que me estás abrasando.

NISE.

Téngola de tu traición,  
 Pero no de perdonar.  
 ¿El alma quieres quitarme,  
 Con quien el alma vivía?  
 Todo soy hurtos y robos.  
 Traidora hermana, animarme.  
 Mucho debes de saber,  
 Pues del alma me desalmas.

FINEA.

Todos me piden sus almas:  
 Almario debo de ser.  
 Toda soy hurtos y robos.  
 Montes hay donde no hay gente:  
 Yo me ire á meter serpiente.

NISE.

Que ya no es tiempo de bobos.  
 Dame el alma.

## ESCENA XV.

OCTAVIO, MISENO, DUARDO, FENISO, PEDRO. — DICHAS.

OCTAVIO.

¿Qué es aquesto?

FINEA.

Almas me piden á mí.

¿Soy yo purgatorio?

NISE.

Sí.

FINEA.

Pues procura salir presto.

OCTAVIO.

¿No me diréis la ocasión  
 De vuestro enojo?

FINEA.

Querer

Nise, á fuerza del saber,  
 Pedir lo que no es razón.  
 Almas, sirenas y peces  
 Dice que me la dado á mí.

OCTAVIO.

¿Hase vuelto á boba?

NISE.

Sí.

OCTAVIO.

Pienso que tú la emboheces.

DUARDO.

¿No decían que ya estaba  
 Con mucho seso?

OCTAVIO.

¡Ay de mí!

NISE.

No quiero hablar claro.

OCTAVIO.

Di.

NISE.

Todo su daño se acaba.  
 Con mandar expresamente  
 (Pues como padre podrás,  
 Y aunque en todo, en esto mas,  
 Pues tu honor no lo consiente)  
 Que Laurencio no entre aquí.

OCTAVIO.

¿Cómo!

NISE.

Porque él ha trazado  
 Que esta no se haya casado,  
 Y que yo te enoje á ti.

OCTAVIO.

Pues eso es muy fácil cosa.

NISE.

En paz tu casa tendrás.

## ESCENA XVI.

LAURENCIO, PEDRO. — DICHOS.

PEDRO.

Contento en extremo estás.

LAURENCIO.

¡Invencion maravillosa!

CELIA.

Ya Laurencio viene aquí.

OCTAVIO.

Laurencio, cuando labré  
 Esta casa, no pensé  
 Que academia instituí,  
 Ni cuando á Nise criaba,  
 Pensé que para poeta,  
 Sino que á mujer discreta  
 Con las letras la inclinaba.  
 Siempre alabé la opinión  
 De que á la mujer prudente  
 Con saber medianamente  
 Le sobra la discreción.  
 No quiero mas poesías,  
 Los sonetos se acabaron,  
 Y las músicas cesaron:  
 Que ya son pocos mis días.  
 Por allá los podeis dar,  
 Si os faltan telas y rases:  
 Que no hay tales Garcilasos  
 Como dinero y callar.  
 Este venden por dos reales,  
 Y tiene tales sonetos  
 Elegantes y discretos,  
 Que vos no los haréis tales.  
 Ya no habeis de estar aquí.  
 Con ese achaque, id con Dios.

LAURENCIO.

Y es muy justo, como vos  
 Me déis mi mujer á mí.

OCTAVIO.

¿Qué mujer os tengo yo?

LAURENCIO.

Finea.

OCTAVIO.

¿Finea?

LAURENCIO.

Aquí

Hay tres testigos del sí  
 Que há mas de un mes que me dió.

OCTAVIO.

¿Quién son?

LAURENCIO.

Duardo, Feniso

Y Pedro.

OCTAVIO.

¿Es esto verdad?

DUARDO.

Ella de su voluntad,  
 Octavio, dársele quiso.

OCTAVIO.

¡Hay tal cosa!

PEDRO.

¿No bastaba

Que mi señor lo dijera?

OCTAVIO.

Que como simple la diera  
 A un hombre que la engañaba,  
 No ha de valer. Di, Finea,  
 ¿No eres simple?

FINEA.

Cuando quiero.

OCTAVIO.

Y ¿cuando no?

FINEA.

No.

OCTAVIO.

¿Qué espero?

Mas cuando simple no sea,  
 Con Lisco está casada:

A la justicia me voy.

(Vase Octavio y Misenio.)

NISE.

Vén, Celia, tras mí; que estoy  
 Celosa y desesperada.

(Vase Nise y Celia.)

LAURENCIO.

Id los dos tras él, por Dios;  
 No me suceda un disgusto.

FENISO.

Por vuestra amistad es justo.

DUARDO.

Mal hecho ha sido, por Dios.

FENISO.

¿Ya habláis como desposado  
 De Nise?

DUARDO.

Piénsolo ser.

(Vase Duardo y Feniso.)

## ESCENA XVII.

LAURENCIO, FINEA, PEDRO; después, CLARA.

LAURENCIO.

Todo se ha echado á perder.  
 Nise mi amor le ha contado.  
 Dime, ¿qué habemos de hacer,  
 Si á verte no puedo entrar?

FINEA.

No salir.

LAURENCIO.

¿Dónde he de estar?

FINEA.

Yo ¿no te sabré esconder?

LAURENCIO.

¿Dónde?

FINEA.

Yo tengo un desvan  
 Famoso para esconderte.—  
 ¡Clara!...

(Sale Clara.)

CLARA.

Mi señora...

FINEA.

Advierte

Que mis desdichas están  
 En tu mano: por secreto  
 Lleva á Laurencio al desvan.

CLARA.

¿Y á Pedro?

FINEA.

Tambien.

CLARA.

Galan,

Camine.

LAURENCIO.

Yo te prometo  
 Que voy temblando.

FINEA.

¿De qué?

PEDRO.

Clara, en llegando la hora  
 De muquir, di á tu señora  
 Que algun consuelo me dé.

CLARA.

Otro cenará peor.  
 Vamos.

PEDRO.

¿Yo al desvan? ¿Soy gato?

(Vase Laurencio, Clara y Pedro.)

## ESCENA XVIII.

FINEA.

¿Por qué de imposible trato  
 Aqueste mi loco amor?



En llegando á saber  
Una voluntad, no hay cosa  
Mas triste y escandalosa  
Para una honrada mujer.  
Lo que tiene de secreto,  
Eso tiene amor de gusto.

**ESCENA XIX.**

OCTAVIO. — FINEA.

OCTAVIO. (*Dentro.*)  
Harélo, aunque fuera justo  
Poner mi enojo en efeto.

(*Sale.*)

FINEA.  
¿Estás ya desenojado?

OCTAVIO.  
Por los que me lo han pedido.

FINEA.  
Perdon mil veces te pido.

OCTAVIO.  
¿Y Laurencio?

FINEA.  
Aqui ha jurado  
No entrar en la corte mas.

OCTAVIO.  
¿Adónde se fué?

FINEA.  
A Toledo.

OCTAVIO.  
¿Volverá?

FINEA.  
No tengas miedo  
Que vuelva á Madrid jamás.

OCTAVIO.  
Hija, pues simple naciste,  
Y por milagro de amor  
Perdiste el pasado error,  
¿Cómo á ser boba volviste?

FINEA.  
¿Qué quiere, padre? A la fe,  
De bobos no hay que fiar.

OCTAVIO.  
Pues yo lo he de remediar.

FINEA.  
¿Cómo, si el otro se fué?

OCTAVIO.  
Pues te engañan fácilmente  
Los hombres, en viendo alguno  
Te has de esconder; que ninguno  
Te ha de ver eternamente.

FINEA.  
¿Adónde?

OCTAVIO.  
En parte secreta.

FINEA.  
¿Será bien en un desvan  
Donde los gatos están?  
¿Quiéres tú que allí me meta?

OCTAVIO.  
Adonde te diere gusto,  
Como ninguno te vea.

FINEA.  
Pues alto, en el desvan sea.  
Tú lo mandas, será justo.  
Y advierte que lo has mandado.

OCTAVIO.  
Una y mil veces.

**ESCENA XX.**

LISEO, TURIN. — Dichos.

LISEO. (*Ap.*)  
Si quise  
Con tantas veras á Nise,  
Mal puedo haberla olvidado.

OCTAVIO.

Tente, loca, ¿dónde vas?

FINEA.

Padre, yo voy á esconderme.

OCTAVIO.

Hija, Liseo no importa.

FINEA.

No yerra quien obedece;  
Que no me ha de ver jamás  
Sino quien mi esposo fuere.

(*Vase.*)**ESCENA XXI.**

OCTAVIO, LISEO, TURIN.

LISEO.

¿Qué es esto?

OCTAVIO.

No sé, por Dios;  
Ella ha dado en esconderse  
De los hombres, porque dice  
Que la engañan fácilmente.

LISEO.

En gentil locura ha dado.  
¿Dónde está Laurencio?

OCTAVIO.

Fuése

A Toledo.

LISEO.

Muy bien hizo.

OCTAVIO.

Y tú ¿por ventura crees  
Vivir aquí sin casarte?  
Porque el mismo inconveniente  
Hay de que tú entres aquí.

LISEO.

¿Bien mi término agradece!  
Vengo á casar con Finea,  
Forzado de mis parientes,  
Y hallo una simple mujer.  
¿Que la quiera, Octavio, quieres?

OCTAVIO.

Tiene razon achacosa;  
Pero es limpia, hermosa, y tiene  
Tanto doblon, que podria  
Doblar el mármol mas fuerte.  
¿Querrias cuarenta mil  
Escudos con una fénix?  
¿Es coja ó manea Finea?  
Es tuerta? Y cuando lo fuese,  
¿Hay falta en naturaleza  
Que con oro no se afeite?

LISEO.

Dame á Nise.

OCTAVIO.

No há dos horas  
Que Miseno la promete  
A Duardo en nombre mio.  
Y pues hablo claramente,  
Hasta mañana á estas horas  
Te doy para que lo pienses,  
Porque de no te casar,  
Quiero que en tu vida entres  
Por las puertas desta casa,  
Que tan enfadada tienes.  
Haz cuenta que eres poeta.

(*Vase.*)**ESCENA XXII.**

LISEO, TURIN.

LISEO.

¿Qué me dices?

TURIN.

Que te aprestes,

Y con Finea te cases,  
Porque si veinte mereces,  
Porque sufras una boba  
Te añaden los otros veinte

Si no te casas, Señor.  
Te han de decir mas de siete:  
«¡Miren la bobada!»

LISEO.

Vamos;  
Que mi temor se resuelve  
De no se casar á bobas.

TURIN.

¿Que se case me parece  
Á bobas quien sin dinero  
En tanta costa se mete.

(*Vanse.*)**ESCENA XXIII.**

FINEA, CLARA.

FINEA.

Hasta agora bien nos va.

CLARA.

No hayas miedo que se entienda.

FINEA.

¡Oh cuánto á mi amada prenda  
Deben mis sentidos ya!

CLARA.

¿Con la humildad que se pone  
En el desvan!

FINEA.

No te espantes;  
Que es propia casa de amantes,  
Aunque Laurencio perdone.

CLARA.

En el desvan vive bien  
Un matador criminal,  
Cuya muerte natural  
Ninguno ó pocos la ven.  
En el desvan un preciado  
De lindo, y es un caiman;  
Pero tiénele el desvan,  
Como el espejo, engañado.  
En el desvan el que canta  
Con voz de carro de bueyes,  
Y el que viene de Muleyes,  
Y á los godos se levanta.  
Finalmente...

FINEA.

Espera un poco;  
Que viene mi padre aquí.

**ESCENA XXIV.**

OCTAVIO, MISENO, DUARDO, FENISO. — Dichos.

DUARDO.

¿Que eso le dijistes?

OCTAVIO.

Si;  
Que á tal furia me provoco.  
Pidióme resueltamente  
Que con Nise le casase;  
Dijele que no tratase  
De tal cosa eternamente,  
Y así estoy determinado.

MISENO.

Oid; que está aquí Finea.

OCTAVIO.

Hija, escucha.

FINEA.

Cuando vea,  
Como me lo habeis mandado,  
Que estáis solo.

OCTAVIO.

Espera un poco;  
Que te he casado.

FINEA.

¿Que nombres  
Casamiento donde hay hombres!

OCTAVIO.  
Luego ¿tiéneme por loco?  
FINEA.  
No, padre; mas hay aquí  
Hombres, y voyme al desvan.

OCTAVIO.  
Aquí por tu bien están.

FENISO.  
Vengo á que os sirváis de mí.

FINEA.  
¡Jesus, Señor! ¿no sabeis  
Lo que mi padre ha mandado?

MISENO.  
Oíd; que hemos concertado  
Que os caseis.

FINEA.  
Gracia tenéis.  
No ha de haber hija obediente  
Sino yo; voyme al desvan.

MISENO.  
Pues ¿no es Feniso galán?

FINEA.  
Al desvan, señor pariente.  
(*Vanse Finea y Clara.*)

### ESCENA XXV.

OCTAVIO, MISENO, DUARDO, FENISO.

DUARDO.  
Vuestra desdicha he sabido,  
Y siento, como es razón.

FENISO.  
Y yo que en esta ocasión  
Haya perdido el sentido.

OCTAVIO.  
Que ya era cuerda entendi,  
Y estaba loco de vella.

MISENO.  
¿Qué lástima!

DUARDO.  
Nise bella  
Con Liseo viene aquí,

### ESCENA XXVI.

NISE, LISEO, TURIN. — Dichos; *después*, CELIA.

NISE. (*Ap. á Liseo.*)  
Es doblar la voluntad  
De mi afición.

LISEO.  
Templa agora,  
Bella Nise, tus desdenes;  
Que se va amor por la posta  
A la casa del agravio.

(*Sale Celia.*)

CELIA.  
¿Señora!...

NISE.  
¿Qué hay?  
CELIA.  
Una cosa  
Que os ha de causar espanto.

OCTAVIO.  
Di lo que es.

CELIA.  
Yo vi que agora  
Llevaba Clara un tabaque  
Con dos perdices, dos lonjas,  
Dos conejos, pan, toallas,  
Cuchillo, salero y bota.  
Seguila y vi que al desvan  
Caminaba.

OCTAVIO.  
Celia loca,

Para la boba seria.

TURIN.  
¿Qué bien que comen las bobas!

CELIA.  
Eso fuera, á no haber sido  
Para saberlo curiosa.  
Corri tras ella y cerró  
La puerta.

OCTAVIO.  
Pues bien, ¿qué importa?

CELIA.  
¿No importa, si en aquel suelo,  
Como si fuera una alfombra  
De las que la primavera  
En prados fértiles borda,  
Tendió unos blancos manteles,  
A quien hicieron corona  
Dos hombres, ella y Finea?

OCTAVIO.  
¡Hombres! Buena va mi honra.  
¿Conocistelos?

CELIA.  
No pude.

NISE.  
Mira bien si se te antoja,  
Celia.

OCTAVIO.  
No será Laurencio,  
Que está en Toledo.

DUARDO.  
Reporta,  
Señor, tu furia; los dos  
Lo veremos.

OCTAVIO.  
Reconozcan  
La casa que han injuriado. (*Vase.*)

### ESCENA XXVII.

NISE, LISEO, MISENO, TURIN, DUARDO, FENISO, CELIA.

DUARDO.  
No suceda alguna cosa.

NISE.  
No hará; que es cuerdo mi padre.

FENISO.  
Cierto que es divina joya  
El entendimiento.

LISEO.  
Siempre  
Yerra, Duardo, el que ignora.

DUARDO.  
De eso os podréis alabar,  
Nise, pues en toda Europa  
No tiene igual vuestro ingenio.

LISEO.  
Con su hermosura conforma.

### ESCENA XXVIII.

LAURENCIO, *con la espada desnuda*;  
FINEA, *á sus espaldas*; PEDRO, CLARA;  
OCTAVIO, *tras ellos*. — Dichos.

OCTAVIO.  
Mil vidas be de quitar  
A quien el honor me roba.

LAURENCIO.  
Detened la espada, Octavio.  
Yo soy, que estoy con mi esposa.

DUARDO.  
Tenéos, Octavio. — ¿Es Laurencio?

OCTAVIO.  
¿Quién pudiera ser agora,  
Sino Laurencio, mi infamia?

FINEA.  
Pues, padre, ¿de qué se enoja?

OCTAVIO.  
Traidora, ¿no me dijiste  
Que el dueño de mi deshonra  
Estaba en Toledo?

FINEA.  
Padre,  
Si aqueste desvan se nombra  
Toledo, verdad le dije.  
Alto está; pero no importa;  
Que mas lo estaba el alcázar  
Y la puente de Segovia,  
Y hubo Juanelos que á él  
Subieron agua sin sogá.  
El ¿no me mandó esconder?  
Pues suya es la culpa toda.  
¡Sola en un desvan! Mal año,  
Ya sabe que soy medrosa.

OCTAVIO.  
Cortaréle aquella lengua,  
Rasgaréle aquella boca.

MISENO.  
Octavio, vos sois discreto.  
Ya sabeis que tanto monta  
Cortar como desatar.

OCTAVIO.  
¿Cuál me aconsejais que escoja?

MISENO.  
Desatar.

OCTAVIO.  
Señor Feniso,  
Si la voluntad es obra,  
Recebid la voluntad.  
Y vos, Duardo, la propia.  
Ya Finea se ha casado;  
Nise tambien se conforma  
Con Liseo, que me ha dicho  
Que le quiere y que le adora.

DUARDO.  
Si fué, Señor, su ventura,  
Gocen los que el premio gozan  
De sus justas esperanzas.

LAURENCIO.  
(*Ap.* Todo corre viento en popa.)  
¿Daré á Finea la mano?

OCTAVIO.  
Dásela, boba ingeniosa.

LISEO.  
¿Y yo á Nise?

OCTAVIO.  
Vos tambien.

TURIN.  
¿Y la Clara socarrona  
Que llevaba los gazapos?

CLARA.  
Mandómelo mi señora.

TURIN.  
¿Oh cuál los engullirían!

PEDRO.  
Y Pedro, ¿no es bien que coma  
Algun hueso, como perro,  
De la mesa destas bodas?

FINEA.  
Clara es tuya.  
NISE. (*A Turin.*)  
Y tuya Celia.

TURIN.  
Será mi bota y mi novia.

DUARDO.  
Vos y yo solos quedamos,  
Dadme acá esa mano hermosa.

FENISO.  
Al Senado la pedid,  
Si nuestras faltas perdonan;  
Que aquí para los discretos  
Da fin la *Comedia boba*.

# LOS MELINDRES DE BELISA.

## PERSONAS.

TIBERIO.  
LISARDA.  
ELISO.  
FABIO.

UN ALGUACIL.  
UN ESCRIBANO.  
BELISA.  
CELIA.

PRUDENCIO.  
FELISARDO.  
CARRILLO.  
DON JUAN.

FLORA.  
UN ESCUDERO.  
ALGUACILES.  
CUATRO LACAYOS.

*La escena pasa en Madrid.*

## ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Lisarda.

### ESCENA PRIMERA.

LISARDA, TIBERIO.

TIBERIO.

En fin, ¿se ha quitado el luto?

LISARDA.

Ha mas de un año la muerte  
De su padre.

TIBERIO.

Desa suerte

Podrémos decir que es fruto  
De la tristeza el contento.

LISARDA.

No lo será para mí,  
Que tal marido perdi.

TIBERIO.

¡Oh qué inútil sentimiento!

LISARDA.

¿Inútil? Pues ¿no es razon  
Que llore su compañía  
Una mujer que tenia  
Tanto amor y obligacion?  
¿No sabes tú que aun las aves  
Dan ejemplo, pues que muda  
Una tórtola viuda  
Su canto en quejas sùaves,  
Y no se vuelve á casar  
Si una vez su esposo pierde,  
Ni se sienta en ramo verde?

TIBERIO.

Pues ¿dónde se va á sentar?

LISARDA.

En un espino, en un ramo  
Seco.

TIBERIO.

Desa imitacion  
Como tortolillas son  
Las que deste nombre llamo;  
Que así Dios me dé salud,  
Que pienso que se han sentado  
Sobre espino por estrado,  
Tal es su grande inquietud.  
No paran en todo el día.

LISARDA.

Eso no me toca á mí;  
Y es que jamás pretendí,  
Tiberio, otra compañía.

TIBERIO.

Pues en verdad que pudieras;  
Que bien moza has envidado,  
Y con hacienda que ha dado

Codicia, si tú quisieras,  
A mas de seis pretendientes.

LISARDA.

¿Con dos hijos?

TIBERIO.

Y con doce.

LISARDA.

Mal tu pecho me conoce.

TIBERIO.

Tú negarás lo que sientes.

LISARDA.

¿Qué es negar? Cien mil ducados  
Mi marido me dejó;  
Mas con dos hijos, que yo  
Pienso ver pronto casados;  
Y recogerme á la aldea  
Con una esclava no mas  
Y un escudero.

TIBERIO.

Pues das

En lo que es razon que sea,  
¿Cómo vas tan descuidada  
En que se case Belisa,  
Pues que ya su edad te avisa,  
Y el ser de mil conquistada?  
Que don Juan al fin es hombre.

LISARDA.

¿Cómo puedo yo casar  
Á Belisa, y dónde hallar  
Un hombre tan gentil hombre,  
Y con partes tan notables  
Como imaginadas tiene?

TIBERIO.

¿En ese humor se entretiene?

LISARDA.

Hay mujeres incasables,  
Que dan en ser tan curiosas,  
Que se les pasan las vidas  
En andar desvanecidas  
Y á todo el mundo enfadosas.  
Y tardando en escoger,  
Lo mejor suelen pasar,  
Y andan después á rogar.

TIBERIO.

Luego ¿piensas que ha de ser  
Belisa desa manera?

LISARDA.

Pues ¿ha hecho el Cielo cosa  
Mas cansada y melindrosa,  
Ni hombre que apetezca y quiera?  
A codicia del dinero,  
Del entendimiento y talle,  
Es una lonja esta calle  
Del ginovés caballero,  
Del indiano portugués,  
Del papelista, el letrado,  
El viejo rico, el soldado,

El lindo... aunque no lo es  
Ninguno dellos con ella;  
A todos faltas les pone.

TIBERIO.

Pues Belisa me perdone;  
Que aunque es tan discreta y bella,  
No se ha de desvanecer  
En arrogancias injustas.

LISARDA.

Tiberio, si hablarla gustas,  
Y quieres darla á entender  
Esta locura en que ha dado,  
Hoy está hermosa y gallarda,  
Que ciertas vistas aguarda:  
Háblala.

TIBERIO.

Estoy enojado,  
Y á fe que se ha de casar  
De mi mano, aunque no quiera.

LISARDA.

Hoy cuatro novios espera;  
No sé si le han de agradar.

TIBERIO.

¿De cuatro en cuatro la piden?

LISARDA.

Pica el dinero, Tiberio.

TIBERIO.

Métase en un monasterio.

### ESCENA II.

BELISA y FLORA, *sin reparar en* —  
LISARDA y TIBERIO.

FLORA.

Las celosías impiden  
Que no veas bien la calle,  
Pues dices que el del overo  
No era galán caballero,  
Bizarro y de lindo talle.

BELISA.

Flora, aquellas celosías  
Los ojos me han afrentado.

FLORA.

¿Cómo?

BELISA.

En las niñas me han dado  
De palos.

FLORA.

¿Qué niñas!

BELISA.

Como los ojos llegué  
A sus palos, ellos fueron  
Tales, que al fin me los dieron;  
Pero luego me vengué.



FLORA.  
¿De qué suerte?  
BELISA.  
Del estuche  
Saqué un cuchillo, y les di  
De puñaladas allí.  
FLORA.  
¿Quién hay que tal gracia escuche?  
¿Mataste la celosía?  
BELISA.  
Hice á lo menos lugar  
Por donde pude mirar  
Quien por la calle venia.  
Mas presto vino el castigo;  
Pues en vez del caballero,  
Pasó...  
FLORA.  
¿Quién?  
BELISA.  
Un acceitero.  
FLORA.  
¿Y mirástele?  
BELISA.  
Eso digo:  
Que le miré, y me manchó  
El vestido.  
FLORA.  
¿Pues podía,  
Tú detrás de celosía,  
Y él en la calle?  
BELISA.  
¿Pues no?  
Mirame bien.  
FLORA.  
¿De mirar  
El que va aceite vendiendo  
Te has manchado?  
BELISA.  
Así lo entiendo.  
Vestido me puedes dar,  
Y este harás luego vender.  
FLORA.  
Mira que muy limpio está.  
BELISA.  
Necia, ¿no te he dicho ya  
Que daño me suele hacer  
Quererme contradecir?  
¿Jesus! ¿Qué fiero accidente!  
FLORA.  
¿Cómo?  
BELISA.  
Este pulso, esta frente  
Mira, estoy para morir.  
¿Qué terrible calentura!  
FLORA.  
No pienso contradecirte  
En mi vida; que servite  
Mi amor y lealtad procura.  
De rodillas te suplico  
Me perdones.  
BELISA.  
Ya cesó  
La calentura.  
FLORA.  
¿Quedó  
Calor alguno?  
BELISA.  
Tantico;  
Pero ya se va aplacando.  
FLORA. (Ap. á Belisa.)  
Tu madre y tu tío.  
BELISA.  
¿Ay Dios!  
¿A dos me nombras?  
FLORA.  
Los dos

Te están sirviendo y amando.

BELISA.  
Tráeme luego la labor;  
No me vean tan ociosa.  
FLORA.  
¿Quieres las randas?  
BELISA.  
Es cosa  
Cansada, aunque es de primor;  
Y entre tantos majaderos  
Hay uno que me ha quebrado  
Las manos. ¡Ay! que me han dado,  
Flora, dolores tan fieros,  
Que no los puedo sufrir.  
FLORA.  
Mira que aun no te he traído  
La almohadilla.  
BELISA.  
¿No has oído  
Que no has de contradecir?  
Tráeme una banda al momento  
En que descansen la mano.  
(Vase Flora.)  
LISARDA. (Ap. á Tiberio.)  
Persuadilla será en vano.  
TIBERIO. (Ap. á Lisarda.)  
¿Tan grande imposible intento?  
—Sobrina...  
BELISA.  
Señor...  
TIBERIO.  
A fe,  
Que sales del luto hermosa.  
BELISA.  
A lo menos descosa  
De servirte.  
TIBERIO.  
Bien se ve  
Que andas de boda.  
(Vuelve Flora.)  
LISARDA.  
Hola, Flora,  
Sillas y dos almohadas.  
FLORA.  
La banda es esta.  
BELISA.  
Pesadas  
Hacen las tocas agora.  
Toma allá; que puede darme  
Mas cansancio que provecho.  
FLORA.  
Sillas hay aquí.  
BELISA.  
Sospecho  
Que vienes á predicarme.  
TIBERIO.  
Pues ya si oirme procuras,  
Toma almohada.  
FLORA.  
Yo voy  
Por ella.  
TIBERIO.  
Tu padre soy.  
BELISA.  
No la traigas de verduras;  
Que ayer de sentarme en ella  
Mal de estómago me dió.  
(Vase Flora.)  
TIBERIO.  
¿Lo verde te resfrió?  
BELISA.  
Mátanme las verbas della.  
(Vuelve Flora.)  
FLORA.  
Aquí tienes almohada.

TIBERIO.  
Siéntate, Lisarda, aquí.—  
Tú, sobrina, junto á mí.  
BELISA.  
¿Oh cuánto el sentar enfada  
Entre borlas de colores!  
TIBERIO.  
La causa esperando estoy.  
BELISA.  
Porque presumo que estoy  
Sentada en cuatro doctores.  
TIBERIO.  
¿Cómo va de casamiento?  
BELISA.  
Mal, tío: nadie me agrada.  
TIBERIO.  
¿Qué es lo que dellos te ofende?  
BELISA.  
Tener mil faltas.  
TIBERIO.  
¿Qué faltas?  
BELISA.  
Un letrado me traían  
Calvo.  
TIBERIO.  
¿Qué importa la calva?  
BELISA.  
Cuando yo fuera mujer  
Espiritual y santa,  
Y para vencer la carne,  
Gran enemigo del alma,  
Quisiera una calavera  
Tener de noche en la cama,  
Lindamente me venia  
Un hombre al lado con calva.  
LISARDA.  
Era muy rico.  
BELISA.  
Ya quise  
Asir la ocasion; estaba  
Sin copete por la frente,  
Y volvíome las espaldas.  
LISARDA.  
¿Por qué dejaste al maestre  
De campo?  
BELISA.  
¿No es casi nada  
Faltar un ojo?  
LISARDA.  
¿Qué importa,  
Pues se le pone de plata?  
BELISA.  
Yo te diré la ocasion.  
LISARDA.  
Dila.  
BELISA.  
Si este hombre jurara  
«Como á mis ojos te quiero»,  
Y le costaba el de plata  
Dos reales, en otros tantos  
Mi amor y vida estimaba.  
Fuera deso, no podía  
Llamarme mis ojos.  
LISARDA.  
Calla.  
BELISA.  
Pues llamarle yo mi ojo,  
Era ser negra.  
TIBERIO.  
¿Oh qué gracia!  
LISARDA.  
¿Qué dirás del portugués?  
BELISA.  
Que en el pecho y las espaldas  
Se ha de poner el cilicio.

LISARDA.  
No te entiendo.  
BELISA.  
Aquellas barbas  
Negras, cerdosas y espesas,  
Era ponerme en la cara,  
Y aun en la boca, un cilicio,  
Y en la lengua una mordaza.

LISARDA.  
¿Y aquel caballero rico  
De aquel lugar de la Mancha?

BELISA.  
Tenia grandes los piés.  
LISARDA.  
¿Esa es falta de importancia?

BELISA.  
No, madre; que sobra era,  
Y temí, si se enojaba,  
Que era sepultarme en losa  
Cubrirme de una patada.  
Vile algo negras las uñas;  
Y no pretendo en mi casa  
Cernicalo de uñas negras.

LISARDA.  
¿Y no las tenía blancas  
El caballero francés?

BELISA.  
No quiero yo ser madama  
Ni llamar mosiur mi esposo.

LISARDA.  
Pues dime, ¿en qué hallaste falta  
En don Luis, mozo y galán,  
Cuyos pechos esmaltaba  
Un lagarto de Santiago?

BELISA.  
Calla, madre; que me espantas.  
¿No dicen que las mujeres  
A sus maridos abrazan?  
Con un lagarto en el pecho,  
En mi vida le abrazara.

TIBERIO.  
Sobrina, llámase así  
Aquella cruz colorada,  
Que es espada, y no es lagarto.

BELISA.  
Bastaba la semejanza  
Para matarme de miedo.  
¿Jesus!

TIBERIO.  
¿Mas que te desmayas?  
Pues, sobrina, si ninguno  
Te agrada, y la edad se pasa  
Como la flor, tiempo viene  
A quien le tiene y le aguarda,  
En que después se arrepiente.

LISARDA.  
¿Llaman?

FLORA.  
Sí.  
LISARDA.  
Mira quien llama.

### ESCENA III.

UN ALGUACIL Y UN ESCRIBANO. —  
Dichos.

ALGUACIL.  
Siempre entramos sin licencia.

TIBERIO.  
Siempre la tienen las varas.

ALGUACIL.  
Los términos han pasado :  
Mira si quieres, Lisarda,  
Que saque prendas á Eliso.

TIBERIO.  
¿Con Eliso en pleito andas?

LISARDA.  
No hay remedio de cobrar  
Los dos mil ducados.

TIBERIO.  
Basta;  
Que olvida su obligacion,  
Y como á mujer te trata.

LISARDA.  
Un año habrá que murió  
Mi marido, y que no acaba  
De pagarme; y si he callado,  
Es por la amistad pasada,  
Y la que tiene de nuevo  
Con don Juan, mi hijo.

TIBERIO.  
Vayan,  
Y sáquenle prendas.

ALGUACIL.  
Vamos;  
Que no está lejos su casa.  
(*Vanse el escribano, el alguacil  
y Flora.*)

### ESCENA IV.

LISARDA, BELISA, TIBERIO; des-  
pués, FLORA.

TIBERIO.  
Yo tambien me quiero ir.

LISARDA.  
Belisa está desmayada.

TIBERIO.  
¿Qué tiene?

BELISA.  
Imaginé,  
Como lo ví con la vara,  
Que me sacara los ojos.

TIBERIO.  
Ojos no, mas prendas sacan.  
(*Sale Flora.*)

FLORA.  
Cuatro novios por lo menos  
Aguardan.

LISARDA.  
¿Dónde?  
FLORA.  
En la sala.

LISARDA.  
¿Quién son?  
FLORA.  
Fabricio.  
BELISA.  
Ya he visto

A Fabricio.  
TIBERIO.  
¿En qué te cansa

Fabricio?  
BELISA.  
En barba y cabeza  
Tiene ciertas moscas blancas,  
Y cuando ya hay tantas moscas,  
Es que el verano se acaba.

FLORA.  
El otro es médico.

BELISA.  
¿Lindo!  
Con médico siempre en casa,  
Pensaré que estoy enferma.  
Frio me da de cuartanas.  
Tiemblo... Ti, ti, ti... ¡Jesus!  
Hola, llévame á la cama.

TIBERIO. (*Ap. á Lisarda.*)  
Si no fuera mi sobrina,  
La diera dos bofetadas.

LISARDA.  
No lo oiga, ¡triste de mí!

Vamos á misa, muchacha,  
Y despidanse esos novios.

TIBERIO.  
¿Dónde irás tan de mañana?

LISARDA.  
A San Jerónimo iré.

BELISA.  
¡Ay! no, madre.  
LISARDA.  
¿Por qué causa?

BELISA.  
Tiene á los piés un león,  
Que siempre que entro me espanta;  
Y una vez, madre, no dudes  
Que ha de saltarme á la cara.

LISARDA.  
Pues no nos pongan el coche;  
Que á San Miguel á pié basta.

BELISA.  
Y ¿no es nada el de los piés,  
Junto al peso de las almas?

TIBERIO.  
No vendré á verte en mi vida.

FLORA.  
Los novios, Señora, aguardan.  
BELISA.

¡Jesus, y qué alteracion!  
Hola, dame un vidrio de agua.  
(*Vanse.*)

Sala en casa de Eliso.

### ESCENA V.

ELISO, FABIO.

FABIO.  
Intenta, por tu vida, el casamiento;  
Que es rica, bien nacida y muy hermosa.  
ELISO.

Belisa tiene extraño pensamiento  
En no agradarse de ninguna cosa :  
Cada día en la corte hay nuevo cuento  
Desta dama cansada y enfadada,  
Porque son sus melindres, postres y an-  
Alivio de cansados caminantes. [Es  
Verdad es que mil cosas le levantan,  
Costumbre de los cuentos, que en efecto  
Van creciendo contados; que adelantan  
Todos cuantos los cuentan un concreto.  
Todos los hombres dice que la espantan,  
Ni ella le quiere necio ni discreto,  
Si es alto, porque sobra de lo justo,  
Si es bajo, porque falta.

FABIO.  
¡Lindo gusto!

ELISO.  
Un hombre desechó porque tenia  
Un lunar en la cara, y por bermejo  
A un caballero.

FABIO.  
Mas razon tenia.  
ELISO.

¿Por qué?  
FABIO.  
Por lo que dicen del pellejo.

ELISO.  
Mirando un novio muy galán un día,  
Dijo, viéndole limpio como espejo :  
« Mas que dormir con este mentecato,  
Quiero comer, que es bueno para plato. »

FABIO.  
En Alcorcon pudiera hacer Belisa  
Un desposado, que es famoso el barro.

ELISO.  
Así le tuvo Eva : burla y risa  
Hace del mas galán, del mas bizarro.

## ESCENA VI.

FELISARDO. *que sale con la espada desnuda.*—Dichos.

FELISARDO.  
¿Está aquí Eliso?

ELISO.  
¡Oh Felisardo!

FELISARDO. Aprisa;  
Que á un caballero...

ELISO.  
¿Qué dices?

FELISARDO. Navarro  
Pienso que he muerto. acompañando á  
Que venia del Prado con Aurelia. [Celia,  
Salieron de mañana á pasearse;  
Sali; siguiólas este caballero;  
Volvieron, y él detrás, y sin quitarse  
De paso á fuente, á lo de bravo y fiero.  
Llegaron las criadas á enfadarse;  
Que no lo estaba yo poco primero.  
Háblele, respondió, vino derecho.  
Mírele, alzó, metíme, ya está hecho.  
Huyeron las mujeres, di la mano  
A Celia, y queda...

ELISO.  
¿Dónde?

FELISARDO.  
A vuestra puerta.

ELISO.  
Metedla presto.

FELISARDO.  
¡Celia, Celia!

## ESCENA VII.

CELIA.—Dichos.

CELIA.  
¡Hermano!

FELISARDO.  
Aquí estarás segura y encubierta.

CELIA.  
Pues ¿dónde vas?

FELISARDO.  
Al Cármen.  
CELIA.

Es en vano  
Quedar aquí sin ti, menos que muerta.  
Sin hay peligro aquí, ¿por qué te alejas?  
Y si aun aquí le hay, ¿por qué me dejas?

ELISO.

Bien dice. Cierra, Fabio, nuestra puerta;  
Que á mas peligro vais por tantas calles.

FABIO.

Vo voy. (Vase.)

ELISA.

Aquí estará Celia encubierta,  
Y tú, mientras remedio busques ó halles.

CELIA.

Bien dice, mientras algo se concierta;  
Que dos mancoes de gallardos talles,  
Que me vieron venir, no dirán nada.

ELISO.

Notemas; que no harán si es gente hon-  
rada.

## ESCENA VIII.

FABIO.—Dichos.

FABIO.

¡Gran desdicha!

ELISO.

¿Qué dices?

FABIO.

Que aun apenas  
Cerraba las dos puertas de la calle,  
Cuando veo que llega la justicia.  
Llamaron, y yo haciendo que no oía,  
Cerré para deciroslo.

FELISARDO.

¿Qué harémos?

ELISO.

Esta casa no tiene parte oculta,  
Ni menos de salir ventana ó puerta.

FABIO.

Señor, bien estarán en mi aposento.

ELISO.

En caso de buscar hombre por muerto,  
No dejarán rincon que no le miren,  
Y mucho mas, no habiendo abierto luego.

CELIA.

¡Ay triste yo!

ELISO.

No os allijais, Señora.

FELISARDO.

Intentemos siquiera alguna industria.

ELISO.

Yo tenía en mi casa dos esclavos:  
Pedro, que á los caballos asistía,  
Porque era ya cristiano bautizado;  
Y Zara, una esclavilla granadina; [hos  
Los dos podeis fingiros, porque entram-  
Están en la heredad. Tú, Felisardo,  
Vé á la caballeriza, y en la cuerda  
Que atraviesa de la una á la otra parte,  
Hallarás el vestido que las fiestas  
El esclavo se pone; y tú, Señora,  
En la cocina el que se pone Zara.  
Tú toma la almohaza, tú los platos,  
Y no seréis de nadie conocidos.

FELISARDO.

Yo voy.

CELIA.

Y yo á lo mismo.  
(Vanse los dos.)

FABIO.

Ya nos quiebran

La puerta.

ELISO.

Antes me espanto de la flemma  
Con que llaman, buscando un delincuente.

Baja, y di que yo estaba en mi escritorio,  
En papeles y cuentas ocupado,  
Y que nadie hasta agora los ha oído.  
Y detente en hablar lo que pudieres,  
Porque tengan lugar para vestirse.

FABIO.

Yo voy, y quiera el cielo que suceda  
Tan felizmente, que burlados queden.

ELISO.

Por su desdicha conocerlos pueden.

(Vase Fabio.)

## ESCENA IX.

ELISO.

Tirano amor, cuya opinion temática  
Nos muestra bien la librería histórica,  
Oscura ciencia en lengua metafórica  
De la eslinge de Tébas enigmática:  
¡Dichoso el que se queda en tu gra-

matía,  
Y no llega á tu lógica y retórica,  
Pues el que sabe mas de tu teórica,  
Menos lo muestra en tu experiencia prá-

tica!  
Pues igualas, amor, en tu matricula  
Los sabios y los bárbaros salvájicos,

El mar y el fuego, el hielo y la canícula,  
Yo seré Ulises á tus cantos mágicos;  
Pues solo vemos en tu accion ridicula  
Principios dulces para fines trágicos.

## ESCENA X.

EL ALGUACIL, EL ESCRIBANO, FA-  
BIO.—ELISO.

ALGUACIL.

Pudiera vuesamerced  
Tener estilo debido  
A quien es.

ELISO.

No lo he sabido,  
Y que le tengo creed.  
Cuentas de hacienda intrincada  
Divierten, y yo no soy  
Portero en mi casa.

ALGUACIL.

Estoy,  
Por ser de una casa honrada,  
Dos horas á vuestra puerta,  
Y sale vuestro criado  
Muy dormido y enfadado!

ELISO.

La bestia ahora despierta;  
Que no sale mas temprano  
De la cama;—y, por mi vida,  
Que este descuido no impida  
El estilo cortesano  
Digno de quien sois. Decid  
Que es lo que mandais.

ALGUACIL.

¡Muy bien!

Eso diréis que tambien  
Es estilo de Madrid.  
¿No os acordais que se os hizo  
Por Lisarda ejecucion?

ELISO.

¡Ah sí! teneis gran razon.  
En fin, ¿no le satisfizo  
Ningun concierto?

ALGUACIL.

Pasó  
La oposicion, como veis;  
Ningun término teneis,  
Porque todo se cumplió.  
Prendas os vengo á sacar.

ELISO.

No tengo qué responder:  
Lisarda lo puede hacer.

ESCRIBANO.

Licencia nos podeis dar.

ELISO.

Entrad; que Fabio os dará  
Mi plata y tapicería;  
Y si falta (que podria),  
Satisfacion se os hará  
Con otras prendas.

ESCRIBANO.

Muy bien.

Vamos.

(Vanse el alguacil, el escribano  
y Fabio.)

## ESCENA XI.

ELISO.

Yo estaba engañado.  
Basta, que siendo el buscado,  
Y el perseguido tambien,  
Pense que era Felisardo.  
Mas bien es que estén así,  
Por si los conoce aqui;  
Que mi deuda presto aguardo



Remediarla con dinero,  
Que espero en fin deste mes.  
Tomé el consejo después  
Que fuera mejor primero;  
Porque si hubiera pedido  
A Belisa por mujer,  
Pienso que pudiera ser  
De sus melindres marido;  
Que toda mi cobardía  
Nació de su condicion.  
Entrar quiero, que es razon,  
A ver esa hacienda mía;  
Que tiempo habrá de pedir  
A Belisa y de trocar  
La deuda en deudo, y pagar  
Con el mismo recibir;  
Que es la hacienda poderosa.  
Pero bien es menester  
Para sufrir y tener  
Una mujer melíndrosa.

(Vase.)

Sala en casa de Lisarda.

ESCENA XII.

LISARDA, BELISA, FLORA.

LISARDA.  
Este hombre es un pincel,  
¿Por qué no te ha de agradar?

BELISA.  
Cuando te quieras casar,  
Elige alguno como él;  
Que á mi no me satisfizo.

LISARDA.  
¿Por qué?  
BELISA.  
Porque allí contó  
Una pendencia, y mostró...

LISARDA.  
¿Qué mostró?  
BELISA.  
Un puño postizo.  
LISARDA.  
¿Eso importa?

BELISA.  
Hombre que á mí,  
Señora, me ha de querer,  
¿Postizo le ha de traer?  
Y cuando le traiga así,  
¿Ha de ser tan descuidado,  
Que por hacerse valiente  
Se le caiga, cuando cuente  
Las cuchilladas que ha dado,  
Con el puño de la espada,  
El puño de la camisa?

LISARDA.  
Esos melindres, Belisa,  
Me tienen ya muy cansada.  
No sé á quién te has parecido;  
Que yo no fui melíndrosa.

BELISA.  
El ser yo limpia y curiosa  
¿Por melindres has tenido?

LISARDA.  
Pues dime que no lo fué  
No querer al caballero  
Toledano.

BELISA.  
Darte espero  
La razon.

LISARDA.  
Yo no la sé.

BELISA.  
Tenia grandes los ojos,  
Y algo el mirar espantado:  
Si así mira enamorado,

L-L

¿Qué hará después con enojos?

Muy bien despedido va;  
Que vi la figura en él  
Del rey don Pedro el Cruel,  
Que en Santo Domingo está.

LISARDA.  
¿Y el que anteayer te ofreci?

BELISA.  
¿Ay, Jesus!

LISARDA.  
No te alborotes.

BELISA.  
Muy caidos los bigotes  
Sobre la boca le vi.  
Imaginé que seria  
O perro de agua ó salvaje,  
O que estaba algun potaje  
Sorbiendo por celosia.  
Bien tiene, si come leche,  
Con que poderla colar.

LISARDA.  
Pues ¿quién te ha de contentar?

FLORA.  
Un marido en escabeche.

ESCENA XIII.

EL ALGUACIL, EL ESCRIBANO. —  
DICHAS.

ESCRIBANO.  
Hizose todo muy bien.

ALGUACIL.  
Bien se ha hecho.

LISARDA.  
¿De qué modo?

ALGUACIL.  
Depositado está todo,  
Y pídemle que te den  
Dos prendas vivas á ti,  
Que por fuerza le saqué.

LISARDA.  
¿Prendas vivas?

ALGUACIL.  
Por mi fe,  
Que en toda mi vida vi  
Dos tan gallardos esclavos.

LISARDA.  
Hásmele hecho gran placer.

ALGUACIL.  
El uno es mujer.

LISARDA.  
¿Mujer

Herrada?

ALGUACIL.  
No tiene clavos;  
Pero puédelos poner  
En cualquiera libertad.—  
Hola, Pedro y Zara, entrad.

LISARDA.  
¿Bizarros! No hay mas que ver.

ESCENA XIV.

FELISARDO y CELIA, de esclavos. —  
DICHOS.

ALGUACIL.  
Yo los saqué, porque creo  
Que un gran servicio te hago.

LISARDA.  
Daréle carta de pago,  
Tal gracia en los moros veo,  
De los dos mil, y aun á ti  
Albricias, porque los dé.

ALGUACIL.

Eso es mucho; mas yo sé  
Que lo hará por ti y por mí,  
Y que en caso de vendellos,  
Gustará de hacerte gusto.

LISARDA.  
Cualquiera precio es muy justo,  
Aunque muy grande, por ellos.

ALGUACIL.  
Yo tengo qué hacer: el cielo  
Te guarde.

LISARDA.  
Veme después;  
Que tuya esta casa es.

ALGUACIL.  
Que no tendrémlos, recelo,  
Necesidad de vender  
Prendas.

LISARDA.  
Así lo imagino.

ALGUACIL.

Adios.

(Vanse el alguacil y el escribano; Lisarda, Belisa y Flora se quedan hablando entre sí.)

ESCENA XV.

LISARDA, BELISA, FELISARDO,  
CELIA, FLORA.

FELISARDO. (Ap.)  
¿Qué extraño camino  
De desdicha, aunque ha de ser  
Para mas remedio mio!  
Que en aqueste traje y casa,  
Mientras esta furia pasa,  
Estar guardado confio.  
Pero ¿cuándo historia alguna  
De cuantas ha visto el mundo  
Dió capitulo segundo  
Al libro de la fortuna?  
¿Hay sucesos mas gallardo?  
¿Que un hombre que hoy en Madrid  
Era mas noble que el Cid  
Y mas libre que Bernardo,  
Se vea esclavo y sacado  
Por prenda de ejecucion,  
No con mayor dilacion  
Que lo que habemos tardado  
En vestirtos Celia y yo,  
Sin morato, sin jafer,  
Y sin poder responder  
A estos hombres si ni no?  
Yo estoy como loco aqui:  
No sé en qué podré parar.

CELIA. (Ap.)  
Si me pudiera quejar,  
Cielo contrario, de ti,  
Por el traje en que me veo,  
Pues él me diera licencia,  
Perdiera aquella paciencia  
Que ya te pido y deseo.  
No puedo de mí quejarme,  
Pues lo que me ha sucedido.  
Engaño, y no culpa, ha sido.  
Mas ¿qué podrá resultarme?  
¿Qué daño puede venirme?  
Todo es servir ocho dias.

BELISA.  
Bien dices; y tú podrás  
Hablarle.

LISARDA.  
Si él está firme,  
Yo le haré con el dinero  
Que los deje, aunque no quiera. —  
Esclavo...

FELISARDO.  
Señora...

LISARDA.

Espera.

FELISARDO.

¿Qué he de esperar si esto espero?

LISARDA.

¿Tu nombre?

FELISARDO.

Pedro me llamo.

LISARDA.

¿Cristiano?

FELISARDO.

Sí, por la gracia

De Dios, aunque por desgracia  
Mia te tengo por amo.

LISARDA.

¿Pésate de estar aquí?

FELISARDO.

No. (Ap. Porque mas me pesara.

Si allá en la cárcel pagara

Lo que no te debo á ti.)

LISARDA.

¿De dónde eres?

FELISARDO.

De Granada;

Aunque en Madrid he nacido

De esclava, que hubiera sido

Reina, á no ser desdichada.

El hijo de Carlos Quinto,

Don Juan de Austria, cautivó

A mi madre, y nací yo,

De la Alpujarra distinto,

Donde ella fué natural,

Y un caballero español,

Limpio y galan como el sol.

LISARDA.

¿Qué lástima! ¿Hay cosa igual?

¿Y tú, esclava?

CELIA.

Yo me llamo

Zara, y bautizarme quiero;

Soy de Orán, y estarlo espero

Si vuelvo á ver á mi amo,

Antes, Señora, de un mes.

BELISA.

Aquí también, si tú quieres.  
Por cierto, hermosas mujeres  
Tiene Orán.

LISARDA.

Esta lo es.—

Flora, muestra la cocina

A Zara, y lo que ha de hacer.

Tú puedes venir á ver

Cierto novio.

BELISA.

¿Qué mohina!

(Vanse madre é hija.)

## ESCENA XVI.

CELIA, FELISARDO, FLORA.

FLORA.

Ea, Zara, vén conmigo.—

Tú, Pedro, visitarás

La caballeriza.

FELISARDO.

¿Hay mas

Esclavos?

FLORA.

No.

FELISARDO.

No lo digo

Por no servir.

FLORA.

Un lacayo

Del hijo de mi señora

Cura de su coche agora  
Los caballos, y á él un bayo.

FELISARDO.

¿Illo tiene?

FLORA.

Y muy galan.

FELISARDO.

¿Anda fuera?

FLORA.

Está en la cama.

Ronda de noche una dama,

Y no madruga don Juan;

Las doce le dan en ella

Los mas dias; tú tendrás

Dueño, si en la casa estás,

Hermano desa doncella,

Que es ángel en condicion,

Y yo te regalaré;

Que tu talle obliga á fe

Y buena conversacion.

De todo tengo las llaves.

¿Bebes vino? ¿Comes, di,

Tocino?

FELISARDO.

Pienso que sí,

Porque nací donde sabes;

Si no es que se me ha olvidado

Desde anoche que cené.

FLORA.

¿Oh, qué regalos te haré!

CELIA.

Si has de ser tan regalado,

Alaba, Pedro, á los cielos.

FELISARDO.

Oye, Celia.

CELIA.

No hay oír.

FELISARDO. (Ap. á Celia.)

Todo lo podré sufrir;

Pero no sufrir mis celos.

(Vanse.)

Habitacion de don Juan en casa de Lisarda.

## ESCENA XVII.

DON JUAN, con una ropa, desabrochada,  
poniéndose los botones; CARRILLO.

DON JUAN.

¿Ensillaste?

CARRILLO.

Ya lo está;

Pero es hora de comer.

DON JUAN.

¿Habrá misa?

CARRILLO.

Misa habrá.

DON JUAN.

¿Qué cansado vine ayer!

CARRILLO.

Con razon te cansas ya.

DON JUAN.

En pidiéndome dinero,

Luego me desmayo y muero.

CARRILLO.

Muchos escriben remedios

De amor, poniendo por medios

La ausencia por mas ligero,

A quien se sigue el olvido;

Otros los libros, la caza,

El pleito, el entretenido

Juego; y todos dando traza

De divertir el sentido.

Cuál con las hechicerías

Quiere librarse de amor;  
Cuál con mayores porfías,  
En otro gusto, Señor,  
Pasa sus melancolías.  
Plinio dijo que se echase  
Un amador (¿qué molestia!)  
Adonde se revolcase  
Una mula, y que una bestia  
Así otra bestia imitase;  
Mas esto fué por mostrar  
Que era una bestia quien ama;  
No porque puede quitar  
De aquella bestia la cama  
Esta enfermedad de amar.  
Mas yo digo que el pedir  
Es el remedio de amor.

DON JUAN.

¿Dónde has oído decir  
Eso de Plinio?

CARRILLO.

Señor,

Hanse dado á traducir  
Tantos hombres que carecen  
De ingenio, que ya sabemos  
Los tontos lo que encarecen  
Los sabios, y merecemos  
Los nombres que ellos merecen.  
Yo le tengo traducido,  
Y aun á Horacio y á Lucano.

DON JUAN.

¿Esos hombres has leído?

CARRILLO.

Pues si están en castellano,

¿Qué dificultad ha sido?

Ya mi alazan latiniza.

Allá están.

DON JUAN.

Huélgame al fin;

Que estos que el mundo eterniza,

Buscan á Horacio en latin,

Y está en la caballeriza.

¿Que un lacayo te ha leído,

Divino Horacio!

CARRILLO.

Yo he sido;

Mas en verdad que me espanto

De que tú te estimes tanto

Por el latin aprendido;

Porque de cuantos es vista

Con la capa y con la espada

Tu persona latinista,

Dicen que eres romancista.

DON JUAN.

¿Luego el ingenio y la ciencia

Son los bonetes y grados

Por Sigüenza ó por Valencia?

CARRILLO.

En los vulgos engañados

Consiste la diferencia.

¿Espada? luego idiotismo;

¿Bonete? luego letrado.

DON JUAN.

¿Qué gracioso silogismo!

CARRILLO.

Ya está en el vulgo asentado.

DON JUAN.

¿Oh qué cansado hispanismo!

Lipsio con capa y espada

Fama inmortal tiene y goza;

Persona fué celebrada

Don Inigo de Mendoza,

Que ha dejado á España honrada.

Mil ejemplos te truera

Con que el vulgo me entendiera,

Si aquí con el vulgo hablara.

CARRILLO.

¿Haste de lavar la cara?

DON JUAN.

Llama á Flora.

CARRILLO.

Un poco espera. *(Vase.)*

**ESCENA XVIII.**

DON JUAN.

Ciencia es saber, que con ingenio y arte  
Alcanza un hombre, no manteo y bonete;  
Que si toda en los hábitos se mete,  
Tendrán las mulas en la ciencia parte.  
César siguió con alta espada á Marte;  
Sus comentarios no ha cubierto el Lete;  
Que quien tiene dos veces treinta y siete,  
¿Quién le quita que de uno se descarte?  
Yo he visto á Ciceron con un sombrero,  
Y á Jenofonte armado: ¡letras santas,  
Bien os puede tener un caballero!  
¡Oh tú, que por los ojos te adelantas!  
Si Apolo tiene pluma y Marte acero,  
Junta á los dos en experiencias tantas.

**ESCENA XIX.**

CELIA, con un jarro y un plato, y FLO-  
RA, con una toalla. — DON JUAN.

CELIA.

Aquí tienes agua y plato.

FLORA.

Toalla tienes aquí.

DON JUAN.

Flora...

FLORA.

¿De qué es el recato?

DON JUAN.

Nunca esta criada vi. —  
¿Vos servís? ¡Oh tiempo ingrato!

*(A Celia.)*

FLORA.

Mejor, Señor, lo dirás  
Cuando sepas que es esclava.

DON JUAN.

¡Esclava, Flora! ¿Eso mas?

FLORA.

En casa de Eliso estaba.  
¿Nunca la viste?

DON JUAN.

Jamás.

FLORA.

En prendas que le han sacado  
De una deuda, la han traído.

DON JUAN.

Solo el habernos pagado  
Con ella, disculpa ha sido  
Del haberle ejecutado.  
¡Bella esclava!

CELIA.

Desdichada

Diréis mejor, hasta agora  
Que os sirvo.

DON JUAN.

¡Qué bien pagada

Deuda! Echad agua, Señora.

FLORA.

¿Tanto la esclava te agrada?

DON JUAN.

¿Has visto alguna en tu vida  
Mas hermosa? Echad mas agua;  
Echad mas, si sois servida,  
Porque se temple la fragua  
De vuestro fuego encendida.  
¿Hay tales ojos?

CELIA.

Pudieran

Par agua si aquí faltara.

DON JUAN.

¿Qué manos la merecieran?  
Mas si el alma se lavara,  
Mas á propósito fueran.  
Dame esa toalla, Flora,  
Aunque no podrá limpiar  
Lo que deja impreso agora.  
Esclava que puede honrar  
La mas principal señora,  
Id por el cuello.

CELIA.

Yo iré.

*(Vase.)*

DON JUAN.

Vé, Flora, á dárselo.

FLORA.

Voy.

DON JUAN.

No vuelvas acá.

FLORA.

No haré.

*(Vase.)*

DON JUAN.

Con gusto de verla estoy;  
Algo á solas le diré.  
Nunca esta esclava le vi  
A Eliso; sin duda creo  
Que él la guardaba de mí,  
Porque el ajeno deseo  
Debió de juzgar por sí.  
¡Oh cuánto lo habrá sentido,  
Si acaso le tiene amor!  
Desdicha notable ha sido.  
*(Vuelve Celia con un cuello en un ta-  
baque ó salva.)*

CELIA.

Aquí está el cuello, Señor.

DON JUAN.

Y aquí, Señora, el rendido.  
Ese es cuello, ponello  
Podeis por argolla en mí,  
Aunque bastaba un cabello;  
Y este el cuello que os rendí.

CELIA.

¿Burlaisos? Ponéos el cuello.

DON JUAN.

No fuera hierro el asiento; *(Pónesele.)*  
Pero ya por vos le siento.  
Hierros en las trenzas hay.

CELIA.

Yo pensé que era cambray.

DON JUAN.

¿Qué engañado pensamiento!

CELIA.

Y si vuestros hierros son  
Trenzas, con facilidad  
Podréis romper la prision.

DON JUAN.

Prision de la voluntad  
Está en la imaginacion.  
No cierto á atarme la trenza;  
Ponédmela vos, llegad.  
Llegad, no tengais vergüenza;  
Atadme la libertad,  
Que á ser tan vuestra comienza.  
Llegad, ataréis el cuello.

CELIA.

Porque el serviros obliga,  
Lo haré, pues os sirvo en ello.  
Pero ¿quién habrá que os diga,  
Aunque yo acierte á ponello,  
Si está el cuello bien ó mal?  
Voy por espejo.

DON JUAN.

Eso no;

Porque no habrá espejo igual  
Como ese rostro, en que yo  
Miro tan limpio cristal.

Retrátenme vuestras bellas  
Niñas; que bien puedo en ellas  
Decir que en el sol me vi.  
Atad.

CELIA.

¿No está bien así?

DON JUAN.

A vuestras claras estrellas  
Se lo quiero preguntar.

**ESCENA XX.**

FELISARDO. — DÍCNOS.

FELISARDO. *(Ap.)*

¡Bueno es aquesto por Dios!  
Si aquí pudiera cortar,  
Tanto montara en los dos  
Cortar como desatar.

DON JUAN.

¿Quién está ahí?

FELISARDO.

Yo, Señor.

DON JUAN.

Pues ¿quién eres?

FELISARDO.

Un esclavo,

Que hoy te sirve por favor  
De la fortuna, que alabo  
Por conocer tu valor.  
Fui de Eliso, y ya soy tuyo...  
Mas ni soy tuyo ni suyo,  
Ni sé á quién he de servir,  
Tanto, que puedo decir:  
*Esclavo soy, pero ¿cuyo?*  
Por prenda vine á tu hacienda,  
De una ejecucion; mas ya  
A tanto pasa otra prenda,  
Que conmigo en prenda está,  
Que puede ser que te prenda.  
Mi amo esta esclava amó;  
Vi que á tu pecho llegó,  
Y no es bien que á ti se junte;  
Pero aunque me lo pregunte,  
*Eso no lo diré yo.*

DON JUAN.

Buen talle de esclavo tienes,  
Y leal me has parecido,  
Pues que tan celoso vienes.

FELISARDO.

Zara, buen principio ha sido;  
Bien tu desdicha entretienes.

CELIA.

¿Tú me riñes?

FELISARDO.

¿Por qué no?

Señor me mandó que yo  
Te riñese, y puedo hacello.  
Pues hago en reñirte aquello  
*Que cuyo soy me mandó.*

DON JUAN.

No la riñas, por mi vida.  
Esclavo; que no es culpada;  
Y en tanto que aquí resida,  
Aunque es de Eliso comprada,  
Haz cuenta que fué vendida.  
Yo soy su dueño.

FELISARDO.

Y yo ¿cuyo?

DON JUAN.

Mío tambien.

FELISARDO.

¿Ya soy tuyo?

Mas debo temer, Señor,  
De mi primer poseedor  
*Que no diga que soy suyo.*  
Zara estuviera mas bien  
En la cocina que aquí.



CELIA.

Y tú curando también  
Tus caballos.

FELISARDO. (Ap. á Celia.)

Por ti á mi

En sus pesebres me ven.

CELIA. (Ap. á Felisardo.)

Y á mi por ti entre los platos,  
Sin que me regale Flora.  
¡Villano ejemplo de ingratos!

DON JUAN.

No haya mas, por Dios, agora:  
Que los dos sois dos retratos  
De hidalga y noble lealtad.  
Servid alegres, creed  
Que os tengo gran voluntad.  
Y que os he de hacer merced.

FELISARDO.

Si Zara trata verdad,  
Yo la tendré en lo que es justo.

DON JUAN.

A misa voy; que es muy tarde. (Vase.)

## ESCENA XXI.

CELIA, FELISARDO.

FELISARDO.

Presto mudaste de gusto.

CELIA.

¿Sientes, así Dios te guarde,  
De veras este disgusto?

FELISARDO.

¿Soy piedra yo? Soy diamante  
Ó soy amante? Soy fiera  
Ó soy hombre? Soy hidalgo  
Ó soy la misma bajeza?  
¿Tú dos mil leguas de un hombre  
Cuánto mas ¡quién lo creyera!  
La distancia que se pudo  
Dividir con una trenza?  
¿Tú dando lazos y nudos  
Al cuello de otra cabeza  
Que la mía, para hacerlos  
En mi garganta de cuerda?  
¡Ay Celia bella!  
Ni fe en la mar, ni en la mujer firmeza.  
¿Tú, recién venida aquí  
Para ser última prueba  
De amor en tan gran desdicha  
Que merece fama eterna,  
En los brazos!...

CELIA.

¿En qué brazos?

FELISARDO.

Déjame, no me detengas.

CELIA.

Pues ¿es bien tratar en burlas  
En tiempo de tantas veras?  
Vuelve, y mira dónde estamos,  
Pues en nuestra misma tierra  
Tú eres esclavo y yo esclava;  
Que si de mi honor recelas  
Ofensa tuya es locura,  
Y para mi honor la ofensa.  
Por ti, Felisardo mío,  
Soy esclava; tus quimeras  
Me trujeron á servir:  
Si sirvo, ¿de qué te quejas?  
Sali con otra criada  
A dar agua á quien quisiera  
Dar veneno; es hombre y mozo,  
Dijome palabras tiernas;  
Que es la ocasión ligera,  
Pólvora el hombre, y la mujer centella.  
Mandó que trujese el cuello,  
Truje el cuello, até las trenzas;  
Hízome espejo, fui espejo.

FELISARDO.

¿Y eso no quieres que sienta?

CELIA.

No; porque luego que entraste,  
Como era vidrio y se quiebra,  
Cesó el espejo.

FELISARDO.

Mejor

Dieras, Celia, por respuesta  
Que la mujer es espejo,  
Y que del dueño en ausencia  
Hace la misma lisonja  
A cualquier rostro que llega.

CELIA.

Deja esos celos injustos,  
Deja, por mis ojos, deja  
En tanto mal niñerías.

FELISARDO.

Siento, Celia, que lo sean;  
Que si tú en las niñas tuyas  
Retratos prendas ajenas,  
Niñerías son que pueden  
Hacer gigantes ofensas.  
Mas, porque en tales desdichas  
No es bien que hablemos en quejas,  
Dime, mi bien, ¿qué he de hacer  
En las muchas que nos quedan?  
¿Quieres, dime, que esta noche  
Nos vamos donde no sea  
La fortuna poderosa  
A hacernos burlas como estas?  
Quieres que de aquí te saque?

CELIA.

Sabe Dios si lo quisiera;  
Pero ponemos á Eliso  
En notable contingencia;  
Que como estamos en nombre  
De esclavos, que diga es fuerza  
Lisarda que él nos esconde,  
O nos buscarán por ella.  
Mejor es que mientras pasa  
La furia, aquí te entretengas;  
Que para estar escondidos,  
Ninguna casa como esta.  
Fuera desto, de mis padres  
Seré buscada, y apenas  
Saldré en mi traje á la calle,  
Cuando conocida sea.  
Y para mí, ¿qué mas gloria  
Que estar adonde merezca  
El nombre de esclava tuya?

FELISARDO.

Bien, Señora, me aconsejas.  
Allí he visto los criados  
Que están poniendo la mesa:  
Véte, Celia, á la cocina;  
Que podrá ser que nos vean.

CELIA.

Yo pondré en una toalla,  
Si acaso burtarle me dejan,  
Algun regalo que comas...  
—Pero no; que se me acuerda  
Que Flora lo hará mejor.

FELISARDO.

Nunca te he visto tan necia.

CELIA.

Quien ama teme.

FELISARDO.

Quien ama

Cree.

CELIA.

¿Qué quieres que crea?

FELISARDO.

Que te adoro, mi Celia;  
Que las desdichas crecen las firmezas.

## ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Lisarda.

## ESCENA PRIMERA.

BELISA, FLORA.

FLORA.

¿En qué tiene de parar  
Tanta tristeza y disgusto?

BELISA.

Ya, Flora, todo mi gusto  
Se ha convertido en llorar.  
Ya mis melindres cesaron,  
Ya mi arrogancia paró;  
El cielo me castigó,  
Y los hombres se vengaron.  
Tenme lástima; que estoy  
Para matarme.

FLORA.

No diga

Tal tu entendimiento.

BELISA.

Amiga,

Por pasos tan tristes voy,  
Que es imposible vivir;  
Porque en tanta desventura,  
Es el callar mi locura  
Determinarme á morir.  
¿Qué tarde? ¿En qué me detengo,  
Que no doy fin á mi vida?

FLORA.

¿Tú de ti misma homicida?

BELISA.

A darme la muerte vengo,  
Flora, con tanta ocasión,  
Que cuando en lo que la fundo  
Venga á conocer el mundo,  
Dirán que tengo razón.  
Yo he de matarme: tú, Flora,  
Después de muerta, podrás  
Mirar mi pecho, y verás  
La causa que callo agora;  
Porque escrita en un papel,  
Como el que muere por bando,  
La llevaré al pecho cuando  
Me mate hierro ó cordel.  
Pensando estoy, triste vida,  
Vuestro fin: si con espada,  
Quedaré muy desangrada,  
Mal puesta y descolorida;  
Si en cordel, quedaré fea,  
La lengua gruesa, y torcida  
La boca; que sin herida  
No hay muerte que tierna sea.  
Con veneno, me pondré  
Negra y hinchada; sangrada,  
Es muerte á Séneca hurtada:  
Dulcemente moriré;  
Que será cosa famosa  
Morir en filosofía;  
Y de muerte de sangría  
Quedaré limpia y hermosa.  
Ea, llámame un barbero.  
Diré que quiero sangrarme,  
Y después podré quitarme  
La venda hasta el fin postrero.  
Vé, Flora, véme por él.

FLORA.

¿Qué dices? ¿Estás en tí?

BELISA.

Matarme tengo...

FLORA.

¡Ay de mí!

BELISA.

Si tardas, con un cordel,

O alguna encendida brasa,  
Como Porcia...

FLORA.

Si lealtad,  
Si amor, si tratar verdad,  
Si haber nacido en tu casa,  
Pueden merecer saber  
La causa de tus enojos,  
Ellos y mis tristes ojos  
Te obliguen.

BELISA.

No puede ser.

FLORA.

Pues si no, juntemos vidas  
Y acábenos una muerte.

BELISA.

Si te obligas que una suerte  
Nos iguale en dos heridas,  
Aquí te diré mi mal.

FLORA.

Yo te lo prometo.

BELISA.

Escucha.

Verás que la causa es mucha,  
Y á mi desventura igual.

En Madrid nacida,  
Flora, como sabes,  
Por regalo y gusto  
De mis ricos padres,  
Me crié en sus brazos  
Con amores tales,  
Que aun hablaba en niña  
Pudiendo casarme.  
Llovian las Indias  
Indias Orientales,  
Adonde tenía  
Mi padre dos males  
En su casa y cofre,  
Perlas y diamantes,  
Plata para gastos,  
Y oro para engastes.  
Con esto y querirme  
Gastaban gran parte  
En mis nuevas galas,  
En mis ricos trajes;  
Que don Juan, en fin,  
Como era estudiante,  
No gastaba en libros,  
Lácaros y pajes  
Lo que yo en espejos,  
Pastillas y guantes.  
Con estas locuras  
Fui tan arrogante,  
Que nunca pudieron  
Casarme mis padres.  
Treinta mil ducados,  
Que en parte me caben  
Esta gruesa hacienda,  
Mas que no mis partes,  
Obligán los hombres  
Que por muchas nacen  
A venir á verme,  
Verme y conquistarme.  
Yo, con la locura  
De hacienda tan grande,  
Y quizá engañada  
De mi ingenio y talle,  
He dado en melindres,  
En melindres tales,  
Que fui de la corte  
Fábula notable.  
Di en decir un tiempo  
Que tenía de carne  
Las manos y rostro;  
Lo demás de imágen;  
Que cual ves las visten  
Solo por el talle,  
Sin piernas y cuerpo,  
Con bultos iguales.  
Di en no ir á misa

Donde hubiese el ángel  
Que viniendo pintan  
Sierpes infernales.  
Viendo á San Cristóbal  
Forma de gigante,  
Me dieron mil veces  
Desmayos mortales.  
Jamás en la pila,  
Aunque con los guantes,  
Tomé agua bendita,  
Temiendo anegarme.  
Nunca salí fuera  
Que el aire sonase;  
Y si me cogía  
El aire en la calle,  
Daba dos mil gritos:  
«¡Que me lleva el aire!»  
Nunca he visto toros,  
De miedo que salten,  
Aunque yo tuviese  
Mil rejas delante.  
La puente de piedra,  
Con ser Manzanares  
Rio tan pequeño,  
No hay orden que pase.  
Para entrar en coche,  
Mil reliquias hacen  
Escorta á mi cuerpo,  
Cruces y señales.  
No comí en mi vida  
Ciruelas de fraile,  
Porque dicen muchos  
Que en el cuerpo nacen;  
Caracoles, menos,  
Porque nunca barren  
En su aposentico  
Sus necesidades.  
Jamás consentí  
Que me tome el sastre  
Medida á vestido,  
Porque no me abrace.  
Nunca el zapatero  
Lo que calza sabe;  
Zapatos de un punto  
Y de dos me hace,  
Hasta diez y seis,  
Porque no se alaben  
Que saben mis puntos  
Curiosos galanes.  
No quise en mi vida  
Jugar á los naipes,  
Porque la espadilla  
Me hiela la sangre.  
Mas ¿por qué te digo  
Las cosas que sabes,  
Y que no es posible  
Que mi lengua baste?  
Yo, en efeto, Flora,  
Con melindres tales,  
Desechando á tantos  
Caballeros graves,  
Ricos, gentilhombres,  
Nobles, principales,  
Con hábitos muchos,  
Muchos con bastantes  
Cargos en la guerra  
Y oficios reales,  
Poniendo mil faltas  
A cuantos me salen...  
No sé si lo diga  
Antes que me mate,  
Porque no me afrenten  
Desatinos tales...  
—Pero ya que es fuerza,  
¿De qué estoy cobarde?  
Un esclavo adoro,  
Prenda que á mi madre  
Trajo un alguacil;  
Dios se lo demande.  
No es de burlas, Flora.  
Yo quise guardarme:  
Diligencias hice:

Pero poco valen:  
En estas prisiones  
El amor alcalde  
Castiga con muerte  
Resistencias tales.  
Ni duermo ni como,  
Ni sé qué se traen  
Estos pensamientos  
Y dificultades.  
Yo, que burla hice  
De hombres semejantes,  
Quiero un esclavillo;  
Mas no diga nadie:  
«¡Esta agua no bebo!»  
Que los tiempos hacen  
Humillar soberbias,  
Subir humildades;  
Truecan los melindres  
En sucesos graves,  
Enriquecen chicos,  
Empobrecen grandes.  
¡Mal haya quien hizo  
Leyes desiguales,  
Que lo peque el gusto,  
Y el honor lo pague!

FLORA.

¿Qué podré yo responderte?  
Corrido mi gusto vi  
De lo que pasa por ti,  
Que callo por no ofenderte;  
Pero no puedo negarte  
Que ha sido extraña locura.

BELISA.

¿Deja de ser la hermosa  
Hermosura en cualquier parte?  
¿Dejará de ser diamante  
El que lo nació en la mina,  
Porque esté en la mano indina  
O porque le cubra el guante?  
Mas, á la cuenta, si á tí  
Lo que á mi me sucedió,  
No quiero culparte yo  
Para disculparme á mi.  
Lo que haré será matarme.

FLORA.

Mejor es buscar remedio.

BELISA.

Pues ¿hay sin la muerte medio  
Con que poder remediarme?

FLORA.

Echarle de casa luego.

BELISA.

Hale cobrado afición  
Mi madre, y la privación  
Podrá acrecentar mi fuego.

FLORA.

Pues hazle herrar ó azotar:  
Aféale de manera  
Que le aborrezcas.

BELISA.

¿Qué fierá  
Puede aborrecer y amar?

FLORA.

Piensa que á esa esclava adora,  
Si desamartelan celos.

BELISA.

No han hecho salsa los cielos  
De amor, como celos, Flora.

FLORA.

Pues algo has de hacer.

BELISA.

Morir.

FLORA.

Mira el alma.

BELISA.

Esa razón  
Sola vence la pasión

Con que desprecio el vivir.  
Quiero tomar tu consejo,  
Y hacer este esclavo herrar,  
Como quien quiere quehehrar,  
Por no mirarse, el espejo.

FLORA.

Tu madre.

BELISA.

Apártate allí.

(Vanse.)

**ESCENA II.**

ELISO, LISARDA.

LISARDA.

No tienes que replicarme;  
Los esclavos has de darme,  
Aunque vienes contra mí.

ELISO.

¿Tras haberme ejecutado,  
Me quitas con tal disgusto  
En lo que tengo mi gusto?

LISARDA.

Eres caballero honrado,  
Y te obliga el ser mujer.

ELISO.

Yo tengo que te pedir,  
Y así te quiero servir  
Con hacerte este placer.  
Pero advierte que son tres  
Los esclavos que te doy.

LISARDA.

¿Cómo?

ELISO.

Porque yo lo soy;  
Y el cómo sabrás después.

LISARDA.

Si es acaso pensamiento  
De casarte con Belisa,  
Ya su condicion te avisa.

ELISO.

Sé que un imposible intento;  
Pero tú lo tratarás  
Con ella á solas.

LISARDA.

Si haré.

Por allí estaba, y se fué.

ELISO.

Háblala en esto no mas,  
Pues sabes mi nacimiento,  
Porque en aquesta ocasion  
Saques en la ejecucion  
Las prendas del casamiento.

LISARDA.

Ya Pedro y Zara son míos.  
A hablar á Belisa voy.

ELISO.

Dispuesto á sufrir estoy  
Sus notables desvarios.

(Vase Lisarda.)

**ESCENA III.**

FELISARDO. — ELISO.

FELISARDO.

¿Eliso del alma mía!

ELISO.

¿Mi querido Felisardo!

¿Cómo va?

FELISARDO.

Tu vista aguardo,

Como las aves al día,  
En esta obscura prision.

ELISO.

¿Prision con Celia?

FELISARDO.

Es verdad;

Mas no tengo libertad  
De decirle una razon.  
¿Qué hay por allá de la herida?  
¿No podré salir de aquí?  
¿Murmúrase que yo fui?

ELISO.

Aun tiene el hidalgo vida;  
Pero está muy peligroso.  
No salgas de donde estás,  
Porque á peligro pondrás  
La tuya.

FELISARDO.

¿Caso espantoso!

ELISO.

Este es el mejor sagrado.

FELISARDO.

¿Buscan á Celia?

ELISO.

Tambien.

¿Cómo le va á Celia?

FELISARDO.

Bien,

Aunque con algun cuidado  
De una criada que aquí  
Se pierde por regalarme.

ELISO.

¿Celos?

FELISARDO.

Hoy quiso matarme.

Si me ven contigo así,  
Darémos que sospechar.

ELISO.

¿Sales de casa?

FELISARDO.

Muy poco.

ELISO.

Adios.

(Vase.)

**ESCENA IV.**

LISARDA. — FELISARDO.

LISARDA. (Dentro.)

Si yo te provoco,

Belisa, á tanto pesar,  
No hayas miedo que en mi vida

Te trate de casamiento.

(Sale.)

—Pedro.

FELISARDO.

Señora...

LISARDA.

Mi intento,

Que voluntad conocida  
No te parezca, desco  
De esclavo haberte comprado.

FELISARDO.

¿Comprado me has?

LISARDA.

Hoy te ha dado

Eliso, y hoy te poseo.

¿No te lo dijo?

FELISARDO.

Temí

Mi sentimiento, que es justo.

LISARDA.

¿No estás conmigo con gusto?

FELISARDO.

Muy grande le tengo yo  
De servirte; mas Eliso  
Es en fin dueño primero.

LISARDA.

Mal pagas lo que te quiero.

FELISARDO.

De que agradezco te aviso

La merced y el gran favor  
Que me has hecho.

LISARDA.

Mas me debes

Que piensas.

FELISARDO.

Palabras breves

Son las señales de amor.

LISARDA.

Yo te quiero como á mi.

FELISARDO.

Mil veces beso tus pies.

**ESCENA V.**

CELIA. — DICHOS.

LISARDA.

¿Es esta Zara?

FELISARDO.

Ella es.

LISARDA.

Zara, ¿qué quieres aquí?

CELIA.

A Pedro vengo á llamar;  
Don Juan, mi señor, le llama.

LISARDA.

Id presto.

CELIA. (Ap. á Felisardo.)

¿Tambien mi ama

Te comienza á regalar?

FELISARDO.

¿Otros celos?

CELIA.

Pues ¿qué quieres,

Si tú me das la ocasion?

LISARDA.

¿Bueno! ¿aquí conversacion?

FELISARDO. (Ap. á Celia.)

¿Oh, Celia, qué extraña eres! (Vase.)

CELIA.

A Pedro le pregunté  
Si hoy enseñarme quería  
La oracion del otro día.

LISARDA.

¿No la sabes?

CELIA.

No la sé.

LISARDA.

Flora te puede enseñar.  
Véte, perra, á la cocina.

CELIA. (Ap.)

Esta tambien se le inclina;  
Mas yo me sabré pagar.

(Vase.)

**ESCENA VI.**

LISARDA.

¿Qué pensamientos son estos,  
Que de un esclavo me han dado?  
Ni es decente mi cuidado.  
Ni ellos parecen honestos.  
Agrádame con extremo  
Su tallo, su lengua y cara...  
—¿Qué liviandad! Amor, para,  
Tente; que perderme temo.

**ESCENA VII.**

BELISA. — LISARDA.

BELISA.

Sabiendo que Pedro es tuyo  
Y que le compraste á Eliso,  
Vengo á darte cierto aviso.



LISARDA.  
Será algun melindre tuyo.  
BELISA.  
Dícenme que es fugitivo :  
Hoy has de mandar herralle.

LISARDA.  
¿Herrar, Belisa, aquel talle?  
BELISA.  
¿Qué importa? ¿No es de un cautivo?

LISARDA.  
Tengo lástima á la cara ;  
No merece hierro en ella.

BELISA.  
¿Parécete á tí muy bella?  
LISARDA.  
(Ap. Mucho el alma se declara.)  
¿Qué me puede parecer  
De un esclavo?

BELISA.  
Pues consiente  
Herrarle.

LISARDA.  
Es inconveniente  
Para volverle á vender,  
Como quien hace tapices  
Con sus armas.

BELISA.  
¿Perderás  
El esclavo?

LISARDA.  
Importa mas  
Herrarle, como tú dices.  
Haz melindre, por tu vida,  
De herrar una buena cara.

BELISA.  
Si en no darme gusto para,  
En cosa que yo te pida,  
El aborrecerme á mi  
Por querer á tu don Juan,  
Presto tus ojos dirán  
Si como don Juan nací. — (Véndose.)  
Ahreme, Flora, esa cama,  
Vé presto, llama el barbero,  
Sálgreme luego, hoy me mitero.  
¡Hola! al físico me llama. —  
Presto verás si hoy acabo  
Vida que tengo por tí,  
Si es mejor perderme á mi  
Que herrar la cara á un esclavo. (Vase.)

### ESCENA VIII.

LISARDA.

¡Hay tan extraña mudanza!  
Quien de ver dar una voz  
Llamaba delito atroz,  
¡Tanto atrevimiento alcanza,  
Que quiere herrar el mas bello  
Esclavo que el mundo vio!  
O la condicion trocó  
O es interesada en ello.  
¡Hay tal locura y crueldad!

### ESCENA IX.

TIBERIO.—LISARDA.

TIBERIO.  
Aunque el ver desmayos tales  
No son indicios mortales,  
Mueven, Lisarda, á piedad.  
No he visto jamás tan muerta  
A Belisa : ¿qué ha tenido?

LISARDA.  
Una necedad ha sido,  
Que de su humor desconcierta.  
Ha dado en que se ha de herrar  
Pedro.

TIBERIO.  
Pues ¿es vuestro esclavo?

LISARDA.  
Aun de comprarle no acabo,  
Y ¿ya tengo de mostrar  
Tan gran crueldad con él?

TIBERIO.  
Ya sabeis su condicion ;  
Pero porque no es razon  
Hacer acto tan cruel,  
Fingir podeis que le herrais ;  
Que con un clavo fingido  
Habréis con los dos cumplido,  
Pues á ninguno agraviais ;  
Que tambien es cosa fuerte  
Darla tanta pesadumbre,  
Si es de vuestros ojos lumbre.

LISARDA.  
Pues ¿puédense hacer de suerte,  
Que parezcan verdaderos?

TIBERIO.  
Con mucha facilidad.  
LISARDA.  
¡Que á cualquiera liviandad  
Me ha de hacer Belisa fieros!  
Ahora bien ; quede á tu cuenta  
Fingir los hierros.

TIBERIO.  
Sí haré,  
Porque esta loca no dé  
En hacernos una afrenta.  
El viene.

(Vase Lisarda.)

### ESCENA X.

FELISARDO.—TIBERIO.

TIBERIO.  
¡Oh Pedro!  
FELISARDO.  
¡Oh señor!

TIBERIO.  
¿Cómo va en la nueva casa?  
FELISARDO.  
Bien, gracias á Dios, se pasa :  
Todos me tienen amor.

TIBERIO.  
De Lisarda yo lo juro ;  
Pero de Belisa no,  
Pues te manda herrar, y yo  
Por su gusto lo procuro,  
Aunque me pesa en extremo.

FELISARDO.  
¿Cómo herrarle? ¡Vive Dios,  
Que si lo intentais los dos,  
Siendo yo leal, que temo  
Que os quite á entrambos la vida!

TIBERIO.  
Lo mismo manda á la esclava.

FELISARDO.  
Aquí la invencion se acaba.  
Yo soy, yo soy homicida (A voces.)  
Del navarro caballero.  
Venid ; que escondido estoy.

TIBERIO.  
¿Qué dices?

FELISARDO.  
Que el hombre soy  
Que con el desnudo acero  
Di la muerte á aquel hidalgo.  
TIBERIO.  
Loco le vuelve el pesar  
De herrarle. No te han de herrar.  
FELISARDO.  
Esperad ; que luego salgo  
Donde aventure la vida.

TIBERIO.  
Mira que por darla gusto,  
Y impedir tanto disgusto,  
Será la letra fingida ;  
Que á los dos quiero pintar  
Los clavos con una tinta  
Que luego se quite.

FELISARDO.  
Pinta  
Lo que se pueda borrar,  
Y llámame esclavo tuyo.

TIBERIO.  
Aguárdame, Pedro, aquí. (Vase.)

### ESCENA XI.

CELIA.—FELISARDO.

CELIA.  
¿Fuése ya Tiberio?  
FELISARDO.  
Sí.

CELIA.  
¿Qué hay de Lisarda?  
FELISARDO.  
Que huye,  
Por tu gusto, de Lisarda.

CELIA.  
¿Y de Belisa?  
FELISARDO.  
Una cosa  
Bien nueva y dificultosa.

CELIA.  
Dimela de presto.  
FELISARDO.  
Aguarda.  
La desdicha que nos sigue  
Nos confirma por esclavos.

CELIA.  
¿Cómo?  
FELISARDO.  
Que hoy nos ponen clavos.

CELIA.  
Pues ¿qué puede haber que obligue  
A tal desatino?

FELISARDO.  
Haber  
Dado en aquesto Belisa.

CELIA.  
De quién eres los avisas.  
FELISARDO.  
Ya no será menester,  
Porque con clavos fingidos  
Nos han de herrar á los dos,  
Y viénnos bien, por Dios,  
Para no ser conocidos :  
Que Eliso me dijo aquí  
Que nos andan á buscar.

CELIA.  
Si acertamos en errar,  
De veras me hierne á mí  
Quien por tí pusiere clavos  
A un rostro que ya los tiene  
En el alma de quien viene  
La estampa.

### ESCENA XII.

DON JUAN, CARRILLO, sin ser visto  
de — CELIA Y FELISARDO.

DON JUAN. (Ap. á Carrillo.)  
¡Que estos esclavos  
No se han de apartar jamás!

CARRILLO.  
Son letra y tildé, son nombre  
Y firma.

DON JUAN.  
El es gentil hombre.  
CARRILLO.  
Y aun es discreto.  
DON JUAN.  
¿Eso mas?  
CARRILLO.  
Holgáriste de hablalle.  
DON JUAN.  
Sí; mas no me puedo holgar  
De verle con Zara hablar.  
Si es discreto y de buen talle.  
FELISARDO.  
Pues aquí nadie nos ve,  
(*Abrazanse.*)  
Bien me puedes abrazar.  
CELIA.  
Siempre te has de anticipar  
A mis deseos.  
DON JUAN.  
¿Qué fué?  
CARRILLO.  
Que se abrazaron los dos,  
Me parece, en castellano.  
DON JUAN.  
¿Por qué la abrazas, villano?  
CELIA. (*Ap. á Felisardo.*)  
¿Viónos don Juan?  
FELISARDO.  
Sí, por Dios.  
DON JUAN.  
¿Tú en casa tan principal,  
Perro, haces esto?  
FELISARDO.  
Señor,  
Si piensas que es esto amor,  
El tuyo lo piensa mal;  
Que porque me dijo aquí  
Que bautizarse quería,  
Lo que á cristiano debía  
Hice en abrazarla así.  
Si bajar pudiera el cielo,  
Sospecho que la abrazara;  
Pues lo que el cielo intentara,  
Disculpa tiene en el suelo.  
DON JUAN.  
Véte á la caballeriza,  
Perro.  
FELISARDO. (*Retirándose.*)  
Perdona, Señor.  
Ser yo cristiano ¿es error?  
(*Don Juan habla bajo á Celia.*)  
CARRILLO.  
La palabra atemoriza.  
Hola, Pedro.  
FELISARDO.  
¿Qué me quieres?  
CARRILLO.  
Ser cristiano es gran bondad;  
Pero es mucha cristiandad  
Abrazar á las mujeres.  
Véte, y advierte que aquí  
Las esclavas no se abrazan.  
FELISARDO.  
Y si amo y lacayo trazan  
Gozarlas, ¿úsase?  
CARRILLO.  
Sí.  
FELISARDO.  
¿Sí? pues espérate un poco. (*Vase.*)

## ESCENA XIII.

DON JUAN, CELIA, CARRILLO.

CARRILLO. (*Ap.*)  
Aigo ha de hacer este perro.  
DON JUAN.  
Advierte, Zara, que es verro  
Volverme á desprecios loco.  
CELIA.  
¿Puedo, si no soy cristiana,  
Quererte?  
DON JUAN.  
Dame tu fe  
En teniéndola.  
CELIA.  
Si haré;  
Pero no de ser liviana.  
DON JUAN.  
Pues ¿qué es lo que harás por mí?  
CELIA.  
Ser tu mujer.  
DON JUAN.  
Es deshonra  
De un caballero.  
CELIA.  
Y ¿es honra  
Mía que me rinda á ti?  
DON JUAN.  
Eres esclava.  
CELIA.  
Tú fueras  
Lo mismo á estar en Argel.  
DON JUAN.  
En el tuyo estoy.  
CELIA.  
Si en él,  
Como dices, estuvieras,  
No tuvieras libertad  
Para quitarme el honor.  
DON JUAN.  
A mí obligame el amor.  
CELIA.  
Y á mí mi sangre y lealtad;  
Que soy allá mas honrada  
Que tú aquí.  
DON JUAN.  
Detente, espera.  
CELIA.  
Es el vencerme quimera,  
Menos que estando casada. (*Vase.*)  
CARRILLO.  
Cerróse.  
DON JUAN.  
Pensando estoy  
Que si esta es noble en su tierra,  
En lo que dice no yerra.  
Allá fué lo que aquí soy.  
CARRILLO.  
Tu madre.

## ESCENA XIV.

LISARDA. — DON JUAN, CARRILLO.

LISARDA.  
(*Ap. Aun de burlas es  
Cosa que me da pesar  
Hacer á los dos herrar.*)  
¿Es don Juan?  
DON JUAN.  
Dame esos piés.  
LISARDA.  
Hoy ¿qué has hecho?  
DON JUAN.  
Sali un poco  
Al Prado.

LISARDA. (*A Carrillo.*)

¿Tú estás aquí?

CARRILLO.

Mucho te espantas de mí.

LISARDA.

¿No quieres que espante un loco?

DON JUAN.

Deja á Carrillo, Señora;  
Que tengo que hablarte.

LISARDA.

Di.

CARRILLO.

Nunca tan Carrillo fui  
En tus manos como ahora.

DON JUAN.

Este esclavo que tienes en tu casa,  
Es mas galán que esclavo: falta es esta  
Mas que el vino; que amor su furia vence;  
Y mas que el ser ladrón; que el amor roba  
Las almas, que es robar su hacienda al

[cielo];

Mas es que huir, porque estehuir pudie;  
Y perderse el valor; y amor espera, [ra,  
Espera hasta que pierda honor y vida,  
Después de estar la libertad perdida;  
Y así, juzgo que es justo que le vendas;  
Que para esclavo en fin le sobran prendas.

LISARDA.

¿Que le venda, don Juan?

DON JUAN.

Que luego al punto

Le vendas; y pues yo te lo aconsejo,  
No me preguntes mas. Vuélvele á Eliso,  
Y di que solo quieres esta esclava,  
Si no quieres venderle en otra parte.

LISARDA.

Ahora bien; si conviene que le venda,  
O que le vuelva á Eliso, vayan juntos  
El esclavo y la esclava; que no quiero  
Tener esclava tan hermosa y bella; [ce,  
Que amor es mas que el vino, pues le ven-  
Y mas que el hurto, pues las almas roba,  
Y mas que huir, pues el amor espera  
A que se pierda vida, hacienda y honra.

DON JUAN.

La esclava no te enoja ni deshonra.

LISARDA.

Pues ¿en qué me deshonra á mi un es-  
clavo?

DON JUAN.

En abrazar la esclava, por lo menos.

LISARDA.

¿Vistelo tú?

DON JUAN.

Yo vi que se abrazaban,

Y Carrillo lo vió.

LISARDA.

¿Qué buen testigo!

CARRILLO.

Yo vi cruzar los brazos, y tocarse  
Paloteado en las espaldas tanto,  
Que solo les faltó, como flamencos,  
El decirse al tocar *frôleque, frôleque* <sup>1</sup>.  
Lo que es la paz de Francia fué notable.  
Como suelen tal vez mansas palomas  
Envainarse los picos uno en otro,  
Y decirse requiebros en el cuello...

LISARDA.

Celos deben de ser, don Juan. ¿Notienes  
Mujeres por allá bellas y libres?  
Deja esta mora, que en efeto es mora;  
No trates de vencerla; que es delito  
Que nos puede costar hacienda y honra;  
Que el enojo de Pedro, con reñille,

<sup>1</sup> *Vrolyk, vrolyk*, alegre ó alegremente: fórmula de saludo.

Con no dejar que suba, ni que pase  
De aquestos corredores, se castiga.  
(*Vase.*)

¿Fué? DON JUAN.

Con los dos piés y los chapines.

¿Este gusto me da mi madre?  
CARRILLO.

Calla;  
Que tambien eres tú terrible en esto.  
¿Por qué quieres que venda á Pedro, un  
[hombre  
Tan cuerdo, tan discreto y gentil hom-  
[bre?

**ESCENA XV.**

CELIA, *herrada en el rostro.* — DON JUAN, CARRILLO.

CELIA.  
Apelo desta crueldad  
Al supremo autor del cielo,  
Pues no ha de haber en el suelo  
Ni remedio ni piedad.

DON JUAN.  
¿Qué es esto? ¿Hay mayor maldad!  
¿Vive Dios, que sospechaba  
Mi madre que á Zara amaba,  
Y que en el rostro la herró,  
Porque aborreciese yo  
Lo que della me agradaba!  
¿Es esto verdad?

CELIA.

Si es.

DON JUAN.

Míralo bien.

CARRILLO.

¿Qué lo dudas?

¿Qué te turbas y demudas?  
Suyo es el daño que ves;  
Que tú, porque mas estés  
Sosegado de tu amor,  
Antes recibes favor  
En afearle la cara;  
Que por ventura llegara  
A mas peligro tu honor.

DON JUAN.

Déjame mirar, Carrillo,  
Aquellos dos, cuyas rosas  
Mancharon las rigurosas  
Manos (bien puedo decillo),  
Que corte un fiero cuchillo  
O que en Argel ate un moro.  
Cielo rosado que adoro,  
¿Qué cometas negras son  
Las que con tal sinrazon  
Eclipsan tus rayos de oro?  
Esas rosas encarnadas  
Han dado tan negro fruto,  
Que es mirar el sol con luto  
Verlas de negro eclipsadas;  
Pero pues están bañadas  
De tinieblas, cese el día  
Que de su oriente salía:  
Venga la noche y la muerte,  
Y acabense de una suerte  
Su luz y la vida mia.  
Quien en tan blanco papel  
Tales letras escribió,  
No imaginaba que yo  
Tengo de poner en él  
El alma, para que dé  
Salga aquel hierro estampado  
Llega, no te dé cuidado  
Estampa ese hierro en mi.

CELIA.

¿Cómo te llegas así?

DON JUAN.

Amor licencia me ha dado.

CELIA.

Pues á mí no la crueldad  
De tu madre.

DON JUAN.

¿Es gran razon!

Puesto me has en condición  
De hacer una liviandad.  
Rosas puras, esperad;  
Que voy hacer que esta afrenta  
De vuestra hermosura sienta  
Quien os deslustra y marchita;  
Y será sentencia escrita  
De quien vuestra muerte intenta.  
Ven, Carrillo.

CARRILLO.

¿Dónde vas?

DON JUAN.

Casarme tengo con ella;  
Que si antes era tan bella,  
Ahora herrada lo es mas.

CARRILLO.

No es cristiana; no podrás.

DON JUAN.

Podré dar pena á Lisarda.

CARRILLO.

La afrenta ¿no te acobarda?

DON JUAN.

No hay cobarde en siendo loco.

CARRILLO.

Oye, advierte, aguarda un poco.

DON JUAN.

Amor con ira no aguarda.

(*Vanse don Juan y Carrillo.*)

**ESCENA XVI.**

CELIA.

Creido lleva don Juan  
Que estos hierros son de veras,  
Y son fingidas quimeras  
De celos que en ellas dan.  
Felisardo es tan galán,  
Que en cualquier traje enamora;  
Belisa, Lisarda y Flora  
Le quieren de una manera:  
¿Quién de un melindre creyera  
Tan grande mudanza agora?

**ESCENA XVII.**

FELISARDO, *herrado en el rostro.* —

CELIA.

FELISARDO.

¿Estás aquí?

CELIA.

¿No me ves?

¿Cómo te subiste acá?

FELISARDO.

Amor licencia me da,  
Sus alas puso á mis piés.  
¿Qué bien los hierros te están!

CELIA.

Son en tu nombre, bien mio;  
Aunque ha hecho un desvario,  
Por verme herrada, don Juan.

FELISARDO.

¿Cómo?

CELIA.

Pienso que es de suerte  
Su sentimiento, que ya  
A si mismo se dará,  
Si no á su madre, la muerte.

FELISARDO.

¿En buen enredo ¡ay de mí!  
Nos ha puesto amor cruel!  
Pero ya saldremos dél;  
Que no haber peligro aquí  
Me obliga á sufrir que sea  
Tu bello rostro afrentado.

CELIA.

¿Por qué, mi bien, si hoy me ha dado  
Amor su firma y librea?  
Hoy soy tuya; que lo ven  
Todos mis cinco sentidos;  
Alégranse los oídos,  
La boca y manos tambien.  
Porque olvidos ni desierros  
Puedan negar tus despojos,  
Desde su alcázar los ojos  
Están mirando los hierros.  
¿Qué sientes tú de los tuyos?

FELISARDO.

Que me corro que no sean  
Como los tuyos desean,  
Siendo estampa de los suyos.  
Tambien mis ojos los ven,  
Y mi boca los alaba,  
Y aun una pendencia brava  
Hay entre los dos tambien;  
Que de los clavos, por ser  
Tuyos, están tan preciados  
Los ojos, que ya de honrados,  
Suyos los quieren hacer.  
La boca dice que están  
Mas cerca, y que suyos son;  
Pero en tan dulce cuestion  
Los mismos hierros podrán  
Poner paz, si los juntamos.  
Dame los brazos, y iréme.

CELIA.

Amor llega, el alma teme.

(*Abrazanse.*)

**ESCENA XVIII.**

BELISA, FLORA. — *Dichos.*

BELISA.

¿A muy buen tiempo llegamos!  
¿No te han dicho, perro, á ti  
Que no subas solo un paso  
De la escalera?

FELISARDO.

No paso

Sin causa: á pedir subi  
Cosas que son menester,  
Que aqui me las han de dar.

BELISA.

Y ¿es menester abrazar?

FELISARDO.

Somos marido y mujer.

BELISA.

¿Desde cuándo?

FELISARDO.

Desde el punto

Que á los dos nos han herrado,  
Hierros habemos juntado  
Porque se ande todo junto.

BELISA.

Pues ¿puede un hombre cristiano  
Casarse con una mora?

FELISARDO.

Ya es cristiana, pues agora  
Está el serlo en vuestra mano.  
Su bautismo y casamiento  
Podeis hacer en un día.

BELISA.

¿Quieres tú?

CELIA.

Yo bien querría;



Que mi noble nacimiento  
Se emplea en Pedro muy bien;  
Que es por parte de su padre  
Caballero, y por su madre,  
Aunque mora, lo es también.

BELISA.

Entrate, infame, allá dentro. —  
Tú, perro, bájate allá.

CELIA.

Pues ¿esto enojo te da?

BELISA.

Entra, bárbara.

CELIA.

Ya entro. (Vase.)

### ESCENA XIX.

BELISA, FELISARDO, FLORA.

BELISA.

Y tú, ¿qué aguardas aquí?

FELISARDO.

Ver si templas el rigor.

BELISA.

Templarse pudiera amor,  
Si caber pudiera en tí.  
Vén acá, Pedro.

FELISARDO.

Señora...

BELISA.

¿Sentiste mucho el herrarte?

FELISARDO.

Por ser el rostro la parte  
Que mas el respeto honora,  
Que mas la vista venera,  
Dios sabe si lo he sentido,  
Y mas sabiendo que ha sido  
Por quien honrarme pudiera.

BELISA.

¿Pienzas que soy yo?

FELISARDO.

Pues ¿quién?

BELISA.

Don Juan.

FELISARDO.

De celos será.

BELISA.

El dolor ¿pasóse ya?

FELISARDO.

¡Pluguiera á Dios que también  
El de la afrenta pasara!

FLORA. (Ap. á Belisa.)

Tente; que te vas perdiendo.

BELISA.

Vame, Flora, suspendiendo  
La hermosura de su cara.

FLORA.

¿Agora hermosa?

BELISA.

Los clavos

Son lunares que hermosean  
Lo que otros rostros afean  
De menos bellos esclavos.  
¡Que castigasen los cielos  
Mis melindres desta suerte!  
Que un esclavo me dé muerte,  
Y una esclava me dé celos!  
¡Ay, Flora, qué mal consejo  
Me diste! que estando herrado,  
Al bien la puerta he cerrado.

FLORA.

Por eso te lo aconsejo;  
Que pudiera ser que hicieras  
Alguna afrenta á tu honor.

BELISA.

Pues algo intenta mi amor  
Que temple estas ansias fieras.  
¿Cómo tocaré una mano  
Deste esclavo?

FLORA.

¿Linda cosa!

¿Eras tú la melindrosa?

BELISA.

Es todo melindre en vano  
Cuando llega amor por fuerza.  
Haz, Flora, alguna invencion;  
No se pierda la ocasion.

FLORA.

¡Brava locura te esfuerza!  
Finge un desmayo, y haré  
Que en brazos te lleve allá.

BELISA.

Notable invencion será. —  
¡Jesus! ¡Ay Jesus!

FLORA.

¿Qué fué?

BELISA.

Piécome un mosquito un dedo;  
Y como si fuera un rayo,  
Toda me muero y desmayo. (Cae.)

FELISARDO.

¿De un mosquito?

FLORA.

(Ap. ¡Lindo enredo!)

¿Qué quieres? ¿Ya no sabías  
Sus melindres? Ya está muerta.

FELISARDO.

¿Muerta?

FLORA.

Ten por cosa cierta  
Que no vuelva en cuatro dias.  
Tómala en brazos; que yo  
No la podré levantar.

FELISARDO.

¿Yo la tengo de llevar  
En brazos?

FLORA.

Pues ¿por qué no?

FELISARDO.

Alto; yo haré lo que mandas.  
(Levanta á Belisa.)

FLORA.

Y yo iré á ver si álguien viene. (Vase.)

FELISARDO.

Notable desmayo tiene.  
Ahora bien; quiero ser andas,  
Y llevar aquesta muerta.

### ESCENA XX.

CELIA. — FELISARDO, *teniendo en brazos á BELISA.*

CELIA.

¿Adónde vas desta suerte?

FELISARDO.

Esta imágen de la muerte,  
De aliento y vida desierta,  
Llevo á echar sobre su cama;  
Que Flora me lo mandó,  
Porque aquí se desmayó,  
Y es en cielo mi ama.

CELIA.

A lo menos porque ya  
Debes de quererla bien.

FELISARDO.

Mejor los cielos me den  
Vida. ¿No ves cómo está?

CELIA.

¡Ah Felisardo cruel!

Tú muy celoso de mí,  
Y yo, ingratisimo, á ti  
Por todo el extremo fiel.  
Mas yo si los he tenido  
Justamente, porque soy  
Tan ofendida.

FELISARDO.

Yo voy.

Celia, en el traje fingido  
Cumpliendo mi obligacion;  
No te ofendo en otra cosa.  
Esta necia melindrosa  
Dijo en aquesta ocasion  
Que de picarla un mosquito  
Estaba para expirar;  
Mandáronmela llevar...

CELIA.

Ni aun tocarla te permito.

FELISARDO.

Pues si está como la ves,  
¿Tengo de dejarla aquí?

CELIA.

Para darme gusto, si;  
Pero no si el tuyo es.  
¿Yo habia de verte en los brazos  
Otra mujer?

FELISARDO.

Está muerta.

CELIA.

¿Muerta?

FELISARDO.

Pues ¿no es cosa cierta?

CELIA.

Llévala, y hazla pedazos  
Dese corredor.

FELISARDO.

Bien fuera;

Porque tanto me aborrece,  
Cuanto adora y encarece  
Su madre; que si hoy quisiera,  
Pienso de su hacienda toda  
Pudiera ser tesoro,  
Y hacerle un engaño espero.

CELIA.

Mal nuestro bien se acomoda.  
¡Ay Felisardo! Ya herrados,  
¿Qué podemos acertar?  
Qué fin el tiempo ha de dar  
A casos tan desdichados?

FELISARDO.

¿Ahora contemplas eso?  
¿No ves que me estoy cansando?

CELIA.

Suétlala, y vénte callando  
A tratar nuestro suceso  
A mi aposento; que ya  
No preguntarán por tí.

FELISARDO.

Alto; yo la dejo aquí.

CELIA.

Vamos.

FELISARDO.

Sin sentido está.

(Vase Celia y Felisardo.)

### ESCENA XXI.

FLORA. — BELISA, *inmóvil, como sin sentido.*

FLORA.

Aunque con pena y con celos,  
Al fin he dado lugar  
A que puedan acabar  
Tantos melindres los cielos.  
Quien cuantos hombres miraba  
Melindrosa despreció,

¡Con un esclavo vengó  
A quien ofendido estaba,  
Y sin mirar su bajeza  
Le quiere tomar la mano!

BELISA. (*Levantándose.*)

¿Qué estás murmurando en vano,  
Si sabes la fortaleza  
De aquel poderoso amor?

FLORA.

¡Jesus, Señora! ¿Aquí estás?

BELISA.

Dame la mano, y sabrás  
La causa.

FLORA.

¡Extraño rigor!

¿Que aun no te llevó de aquí,  
Dejándote yo en sus brazos?

BELISA.

¡Ay, Flora, que aquellos lazos  
No se hicieron para mí!  
Luego que adentro te fuiste,  
Y yo llegada á su pecho,  
Iba, como quien le adora,  
Dando rienda al pensamiento,  
Ya tocándole la mano,  
Ya llegando el rostro al cuello,  
Como que el mismo desmayo  
Era destas cosas dueño,  
Entró Zara, y de mi amor  
Celosa rémora siendo,  
Detuvo la nave mía,  
Que llevaba en popa el viento.  
Yo tenía entre sus brazos  
El cuerpo, pero en el suelo  
Los pies; y aunque me pesaba  
De ver de los dos los celos,  
Agradecía mi agravio;  
Y por estar en su pecho,  
Rogaba á Dios que durasen  
Los enojos que me dieron.  
¿Quién vió de amor, quién oyó  
Tal laberinto y enredo,  
Como que yo con fingido  
Desmayo estuviere oyendo  
Los mismos celos que daba  
A quien le tuvo por cierto,  
Y descubrió á voces claras  
Los mas extraños secretos  
Que hay en fábula ni historia?

FLORA.

¡Ay, Señora! ¿qué dijeron?

BELISA.

Ella le llamaba á él  
Felisardo, que no Pedro;  
Y él á ella Celia.

FLORA.

¿Cómo?

BELISA.

Celia, que no Zara.

FLORA.

¡Ay, cielos!

BELISA.

En fin, en sus relaciones,  
En sus quejas, en sus miedos,  
Yo entendí, si no me engaño,  
Que no son esclavos estos.

FLORA.

Ese es engaño notorio.

BELISA.

¿Engaño, Flora?

FLORA.

A no serlo,

¿Cómo dejaran herrarse?

Cómo sufrieran los hierros?

Aunque el otro día vi,

Al entrar en su aposento

De Pedro, un jubon de tela;

Pero engaño me, diciendo  
Que un esclavo que le hurtó,  
Allí le trajo á esconderlo.

BELISA.

¿Jubon de tela?

FLORA.

Y muy fina.

BELISA.

¿Si es aqueste caballero,  
Y por alguna desdicha  
Vino á tan triste suceso?

FLORA.

Si por los hierros no fuera,  
No lo dudara.

BELISA.

¿Qué harémos?

FLORA.

Disimular.

BELISA.

Si; mas mira

Que se han de huir, y que quedo  
Perdida, y mas desde agora,  
Que es Felisardo, y no Pedro.

FLORA.

Para estorbar que se vaya,  
Mal puedo darte consejo.

BELISA.

Ya yo le sé.

FLORA.

¿Cuál?

BELISA.

Escucha.

Lláname á Carrillo presto.

## ESCENA XXII.

CARRILLO. — DICHAS

FLORA.

Él llega por excusarme.

BELISA.

Amor le trujo á mi ruego.

CARRILLO. (*Ap.*)

¿A qué ha de llegar la furia  
De amor? ¿Qué buenos están  
De su obediencia don Juan,  
Y Lisarda de su injuria!  
La madre llora y promete  
Casarse por castigalle,  
Y él con la esclava, por dalle  
Mas pena.

FLORA.

¿Qué hay, alcabucte?

CARRILLO.

¡Oh secretaria cruel  
De la ninfa melindrosa,  
La que se alcorza y endiosa,  
La que viendo en un papel  
Un san Jorge dibujado,  
De la sierpe se espantó!

FLORA.

Mira que está aquí.

BELISA.

Si yo,

Carrillo, hubiera mostrado

Melindre viéndote á ti,

¿Qué sierpe mas espantosa?

CARRILLO.

Perdona, que esto no es cosa

Que arguye malicia en mí,

Y pruébame en tu servicio

Si quieres ver lo que soy.

BELISA.

Hazme un placer.

CARRILLO.

Aquí estoy.

BELISA.

Yo he visto, Carrillo, indicio  
De que Pedro quiere huirse;  
Sin esto, su atrevimiento  
Llega á entrar al aposento  
De Zara, y no es de sufrirse.  
Parte á un herrero, y harás  
Una argolla y un virrote.

CARRILLO.

Pues eso no te alborote,  
Señora; que ayer no mas  
Este regidor vecino  
A un esclavo le quitó:  
Iré á pedirsele yo.

BELISA.

Échasele de camino,  
Con favor de los criados  
De casa.

CARRILLO.

Traeré de enfrente

Un lacayo muy valiente,  
De bigotes engomados,  
Hombre de mas libertad  
Que un cochero.

BELISA.

Parte presto;

Que yo viviré con esto  
En mayor seguridad,  
Mientras vengo á conocer  
Si es Pedro ó si es Felisardo.

(*Vase Carrillo.*)

FLORA.

El fin del suceso aguardo.

BELISA.

Por fuerza lo ha de tener.

## ESCENA XXIII.

LISARDA, DON JUAN, TIBERIO. —  
BELISA, FLORA.

LISARDA.

¿Libertades á mí? Pues por el siglo  
De vuestro padre, que veáis muy presto  
La venganza que tomo de vosotros.

TIBERIO.

Hermana, reportáos; don Juan es mozo  
Y en fin es vuestro hijo.

LISARDA.

No es mi hijo.

BELISA.

¿Qué es aquesto, don Juan?

DON JUAN.

Vuestras quimeras;

Que mi madre te pone á ti la culpa.  
¿Quién herrara una esclava tan hermosa?  
En crueldades pararon sus melindres.

BELISA.

Pues ¿qué te importa á ti?

DON JUAN.

Mucho me importa;

Que es mi mujer.

LISARDA.

¡Oh infame! ¿de tu boca  
Salen tales afrentas de tu sangre?

TIBERIO.

Dicelo con enojo; que no es hombre  
Don Juan que ha de afrentar nuestro li-  
[uaje].

DON JUAN.

De veras hablo, tío.

TIBERIO.

Calla, loco.

LISARDA.

Pues alto; si don Juan se determina  
A quererse casar con una esclava,  
Yo me quiero casar con un esclavo.

La mitad de la hacienda es mía.

TIBERIO.

¡Bueno!

También eres tú loca: ¿qué te espantas  
Que don Juan te parezca?

LISARDA.

No hay cordura  
Con hijos atrevidos, deslenguados  
Y inobedientes. Hoy harémos cuenta:  
No piense que le toca su legítima  
Tan entera el villano; que en un año  
Me ha gastado en sus deudas, en sus ga-

Y en sus placeres deshonestos, cinco,  
¿Cinco? y aun mas de siete mil ducados.

DON JUAN.

Si pensabas casarte y pretendias  
Desampararnos, sin enredos puedes  
Casarte con quien ya tendrás trazado;  
Que yo y mi hermana viviremos juntos  
Con mas honra que estamos en tu casa.

TIBERIO.

Salte allá fuera ya; que es desvergüenza.  
¿Así tratas las tocas de tu madre?

DON JUAN.

Respeto en vos las canas de mi padre.  
(*Vase.*)

### ESCENA XXIV.

FELISARDO, y tras él, CARRILLO y  
CUATRO LACAYOS.—LISARDA, BELI-  
SA, TIBERIO, FLORA.

FELISARDO.

¿Esto se puede sufrir?  
Esto es bien hecho?

TIBERIO.

¿Qué es esto?

FELISARDO.

¿No basta el haberme puesto  
Estos hierros sin huir,  
Sino que mandáis echarme  
Argolla y virote á mi?

LISARDA.

Yo no lo mandé.

BELISA.

Yo sí.

FELISARDO.

Pues ¿en qué puedes culparme?

BELISA.

Madre, el esclavo se va;  
Yo lo sé de Zara.

LISARDA.

¡Ah perro!

Hierrenle: ¿no viene el hierro?

CARRILLO.

A punto el virote está  
Y la valerosa gente.

LISARDA.

Echádsele al fugitivo.

LACAYO 1.<sup>o</sup>

¡Hola, Sancho! Por Dios vivo,  
Que dicen que es muy valiente.

LISARDA.

Herralde, y vamos de aquí.

FELISARDO.

¡Qué notable confusion!

TIBERIO.

No me parece razon  
Herrarle.

BELISA.

Pues á mi sí.

(*Vanse las mujeres y Tiberio.*)

### ESCENA XXV.

CARRILLO, FELISARDO, LOS LACAYOS.

FELISARDO.

Llegad, perros.

CARRILLO.

Luego ¿piensas

Defenderte?

FELISARDO.

Solo siento

Mi valor que sois ruin gente,  
No las afrentas y ofensas.

(*Andan á mojicones y ásenle, y en fin  
en el suelo, le ponen el virote.*)

Sois muchos.—Al fin cai.

LACAYO 2.<sup>o</sup>

Rindete, perro, Mahoma.

FELISARDO. (*Ap.*)

Cielos, ¿quien me adora toma  
Tanta venganza de mí!

LACAYO 5.<sup>o</sup>

Ea, perrazo, está quedo.

LACAYO 4.<sup>o</sup>

Remacha bien.

CARRILLO.

Bien está;

Que no se le quitará  
A dos trones.

FELISARDO. (*Ap.*)

Hoy puedo  
Decir que llegó mi mal  
Al extremo que podía.

LACAYO 1.<sup>o</sup> (*A Carrillo.*)

Ya sabe que hoy es el día  
De ser franco y liberal.

CARRILLO.

Cuédense en esa taberna.

Llevaré veinte aceitunas;  
Que no ha de ser en ayunas.

LACAYO 2.<sup>o</sup>

Yo serviré de linterna.

(*Vanse Carrillo y los lacayos.*)

### ESCENA XXVI.

FELISARDO.

¡Cruel amor! ¡tan fieras sinrazones  
Tras tanta confusion, tras pena tanta!  
¿De qué sirve la argolla á la garganta  
A quien jamás huyó de tus prisiones?

¿Hierro por premio das á mis pasiones?

Dueño cruel, tu sinrazon espanta:

El castigo á la pena se adelanta,

Y cuando sirvo bien, hierros me pones.

¿Gentil laurel, amor! ¡buenos despojos!

¿Y en un sugeto á tus mudanzas firme,

Hierro, virote, lágrimas y enojos! ¡me

Mas pienso que has querido persuadir-

Que, trayendo los hierros á los ojos,

No pueda de la causa arrepentirme.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

ELISO, LISARDA.

LISARDA.

Reporta, Eliso, el enojo.

ELISO.

¿En qué guerra le ganaste,  
Lisarda, que le trataste

Como á bárbaro despojo?

¿Virote á un esclavo honrado,  
Y que apenas tuyo es!

¿Qué le pondrás de aquí á un mes?

LISARDA.

Mi hija es loca, y ha dado  
En aqueste desatino,  
Temiendo que se ha de ir;  
Mas tú la puedes reñir.

ELISO.

¡Por Dios, Lisarda, que vino  
A lindo dueño el esclavo,  
Del regalo que tenia!

Pues tú sabrás algun día  
Quién es.

LISARDA.

Su virtud alabo,

Y doy la culpa á Belisa.

ELISO.

¿Es melindre herrar un hombre,  
Que si supieras su nombre,  
Aunque su talle te avisa,  
Te movieras á piedad,  
Pero vé porque la riñas.

LISARDA.

Pondréle entre las dos niñas  
De los ojos.

ELISO.

Regalad

A quien tan bien lo merece;  
Que algun día...

LISARDA.

Pues ¿quién es?

ELISO.

Yo sé que sabrás después  
Lo que quien ama padece.

LISARDA.

En gran confusion me pones.

ELISO.

No hay que preguntarme mas;  
Presto, Lisarda, sabrás  
Notables trasformaciones.

LISARDA. (*Ap.*)

¡Oh amor! si fuesen verdad  
Las sospechas que he tenido,  
Hoy á este esclavo fingido  
Declaro mi voluntad.

(*Vase.*)

### ESCENA II.

CARRILLO.—ELISO.

CARRILLO.

No sé quién puede sufrir  
Una mujer tan cansada.

ELISO.

¿Qué hay, Carrillo?

CARRILLO.

Poco ó nada:

Nada se puede decir  
Aquello que solo es viento;  
Los melindres viento son.

ELISO.

No lo son á mi pasion,  
Aunque el viento es elemento  
Que en fuego suele mudarse,  
Y dese viento es mi fuego.

CARRILLO.

Pésame que estés tan ciego.

ELISO.

Puesto que bastara á helarse  
En sus melindres amor,  
Por ser de su fuego hielo,  
Yo me abraso y me desvelo.

CARRILLO.

Si yo no fuera, Señor,



Por Tiberio tan aprisa,  
Lindas cosas te contara.

ELISO.

¿Son de Belisa?

CARRILLO.

Repara

En que la niña Belisa,  
La que un confite de mana  
Parte en dos para comelle,  
Y á quien un día vi hacelle,  
De solo ver una rana,  
Dos sangrias en un hora,  
Ha dado en unos desmayos,  
Que, como el sol por sus rayos,  
Muestran que este esclavo adora.  
En estando desmayada,  
Le han de llamar ó morirse;  
Y esto viene á resumirse  
En que la niña alcorzada  
Toma la mano al esclavo;  
Que dice que el corazon  
Siente sosiego en razón  
De las uñas.

ELISO.

Mucho alabo

La virtud de Pedro en ser  
De Belisa medicina,  
Sí no es que á querer se inclina  
Lo que no puede querer.

CARRILLO.

¿Por qué no? ¿No es hombre?

ELISO.

Si;

Que en fin, aunque esclavo, es hombre.

CARRILLO.

Pues si no lo estorba el nombre,  
Está seguro de mí,  
Que he visto en él que la adora;  
Aunque finge estar cansado  
De verse siempre ocupado  
En curar esta señora.  
Mas es hombre, y es querido,  
Ella hermosa y el mancebo:  
No picar en tanto coho  
Tan de hestia hubiera sido,  
Que la uña que tocara  
Le fuera de mas provecho.  
Mas ¿no miras lo que ha hecho  
Esta á quien la fénix rara  
Urraca le parecía,  
Y el mas galán, sayagués?

ELISO.

Castigo del cielo es.

CARRILLO.

¿Qué bien un hombre decia  
Que no hay eleccion mas fea  
Que en la mujer melindrosa!  
Pero ¿mandas otra cosa?

ELISO.

Adios.

CARRILLO.

Adios.

(Vase.)

### ESCENA III.

ELISO.

¿Que se crea

De un hombre honrado y amigo  
Esta traicion? ¿Esto aguardo  
En galardón, Felisardo?  
¿Tal traicion usas conmigo?  
¿Es posible que olvidado  
De Celia, mi dama quieres?

### ESCENA IV.

DON JUAN. — ELISO.

DON JUAN. (Al salir.)

¿Que aquí quedaba?

ELISO. (Sin ver á don Juan.)

¿Tú eres

Noble, tú amigo, tú honrado?

DON JUAN.

¿Eliso mio!

ELISO.

¿Don Juan!

DON JUAN.

¿Qué esclava es esta que aquí  
Trujiste?

ELISO.

¡Bueno!

DON JUAN.

¡Ay de mí!

ELISO.

(Ap. Todos parece que están  
Contra mi honor de concierto.)  
Dirás que te agrada.

DON JUAN.

Y tanto,

Que de que viva me espanto  
Un hombre después de muerto.

¿Quiéresmela dar á mi?

¿Quiéresmela á mi vender?

ELISO.

(Ap. Mi venganza viene á ser  
Cierta y breve por aquí.)

¿Quiéresla bien?

DON JUAN.

En mi vida

Me he visto en tan triste estado;

Tanto, que tengo pensado,

Si de quien soy se me olvida,

Viéndola á mis ruegos fuerte,

hacerla propia mujer,

Y en acabando de ser

Mi mujer, darme la muerte,

O irme donde jamás

Visto de algun hombre sea.

ELISO.

Ya que en servilla te emplea

Amor, por quien loco estás,

Solo te puedo advertir

Que es mujer tan principal,

Que no naciste su igual.

DON JUAN.

¿No es turca?

ELISO.

Lo que es decir

Quién es, has de perdonarme;

Basta decirte que aciertas

Si el casamiento conciertas.

DON JUAN.

¿Con ella puedo casarme?

ELISO.

Por no te decir quién es,

Me voy.

DON JUAN.

Espera.

ELISO.

No puedo;

Que tengo á la lengua miedo,

Y yo te hablaré después.

(Vase.)

### ESCENA V

DON JUAN.

No en vano yo te adoraba,

¡Oh prenda del alma mia!

Pues el alma me advertia

De aquello que yo ignoraba.

¿Hay tal bien? Hay tal ventura?

### ESCENA VI.

LISARDA. — DON JUAN.

LISARDA.

¿De qué es la ventura y bien?

DON JUAN.

De que los cielos me dén

Una esperanza segura;

De que fui Pigmaleon,

Pues se me ha vuelto mujer

La que fué de piedra ayer,

Para mi honor y opinion.

Madre, yo estoy ya casado,

No me preguntéis con quién;

Que yo sé que os está bien,

Si Eliso no me ha engañado.

Apercebid, madre mia,

Joyas y casa á una nuera,

Que si el sol hijos tuviera,

Preciarse della podría.

Ya descansaréis, Señora,

Del cuidado de mi estado,

Ya el cielo mujer me ha dado;

No me preguntéis agora

Quién, para qué, ni por qué;

Que el quién, es el bien que vi;

El para qué, para mi;

Y el por qué, porque la amé.

Y ha de ser desta manera,

El cómo y cuándo se acabe:

El cómo, como amor sabe,

Y el cuándo, cuando Dios quiera.

(Vase.)

### ESCENA VII.

LISARDA.

¿Qué enigmas, qué desatinos

Son estos? Qué loco error

De los consejos de amor?

Pero todos son caminos

Para conocer que son

Estos esclavos fingidos.

Pensamientos atrevidos,

Tomemos resolucion.

Este esclavo es caballero:

¿Qué aguardo, pues que le adoro?

### ESCENA VIII.

BELISA, furiosa; CELIA y FLORA, te-  
niéndola. — LISARDA.

BELISA.

Llamadme ese perro moro,

De quien mi remedio espero.

Presto, presto; que me aprieta

Fuertemente el corazon.

LISARDA.

¿Qué es esto?

CELIA.

Aquella pasion,

Que la oprime y la sujeta

A los desmayos que ves.

BELISA.

Llamad á Pedro, enemigas.

LISARDA.

Hija, ¿de qué te fatigas?

¿Qué es esto?

BELISA.

¿No veis lo que es

Esta fuerza del sentir

Y este forzoso callar?

CELIA.

A Pedro voy á llamar.

BELISA.

No tú; Flora puede ir.

FLORA.

Pues yo voy.

(Vase.)

## ESCENA IX.

LISARDA, BELISA, CELIA.

CELIA. (Ap.)  
¡Que Felisardo  
Guste de que viva aquí!  
BELISA.  
Madre, duélase de mí.  
LISARDA.  
¿Qué tienes?  
BELISA.  
La muerte aguardo.  
LISARDA.  
¿Qué sientes?

BELISA.  
Un no sé qué  
Que me da en el corazón,  
Con una cierta pasión  
Que se siente y no se vé.  
Tengo en él un arador  
Que me escarba y hace mal,  
Como un granito de sal,  
Y aun sospecho que es menor.  
Tengo el corazón tan niño,  
Que llora de cualquier cosa...  
—Madre mía, madre hermosa,  
Oiga, mire que la niña  
De que no me ha regalado.

LISARDA.  
¡Triste! ¿Qué te puedo hacer,  
Si el corazón ha de ser  
Con epítimas curado?  
Gasta mi hacienda en jacintos,  
En perlas, oro y corales.

BELISA.  
¿No ve que son estos males  
De los que piensa distintos?  
Hágame, madre, una cuna,  
Donde mezca el corazón,  
Porque duerma en la pasión  
Que me aflige y importuna.  
Comprende un vaquerito  
Y unos zapatos dorados,  
Dele confites pintados.

LISARDA.  
¿Estás loca?  
BELISA.  
Hable quedito;  
Que pensará que es el coco.  
CELIA.  
Será el corazón primero  
Con zapatos y vaquero.  
(Ap. ¿Hay tal melindre?)

## ESCENA X.

FLORA, FELISARDO. — Dichas.

FELISARDO.  
Estoy loco.  
FLORA.  
Ten paciencia; que has de ser  
Médico desta doncella.  
FELISARDO.  
¿Téngome de andar tras ella,  
Teniendo tanto que hacer?  
¡Por mi fe, que estamos buenos!  
¿Quién limpiará los caballos?  
LISARDA.  
Solos podemos dejarnos.  
CELIA. (Ap.)  
Yo me esconderé á lo menos.  
LISARDA.  
Siéntate en aquesta silla. —  
Y tú, Pedro, llega á hablalla.  
FELISARDO.  
¿Cómo podré yo curalla?

Tu engaño me maravilla.  
¿Qué tengo yo, que la curan  
Mis uñas? ¿Soy la gran bestia?

LISARDA.  
¿Esto te causa molestia?  
FELISARDO.  
¡Gentil médico os procuran!  
¿A quien cura los caballos  
Remiten vuestra salud?—

LISARDA.  
Tienes tú grande virtud.  
Ea, bien podeis dejarnos.  
(Vase Celia y ocúltase.)  
—Acnde, Flora, á tu hacienda;  
Que á hablar con Tiberio voy.  
(Vase Flora.)  
CELIA. (Ap. escondida.)  
Cielos, escondida estoy.  
Haced que este enredo entienda.

## ESCENA XI.

BELISA, FELISARDO.

FELISARDO.  
Ea, pues ya estoy aquí,  
¿Qué he de hacer?  
BELISA.  
Dame esa mano.  
FELISARDO.  
(Ap. Bien te entiendo, amor tirano;  
Pero ¿qué quieres de mí?  
Adoro á Celia, aborrezco  
Este melindre y enfado.)  
Ya la mano os he tomado.  
BELISA. (Ap.)  
Válgame amor; que enmudezco.  
FELISARDO.  
Corrido estoy que tomeis  
Mano tan áspera, y callos,  
Que de almozazar seis caballos  
La tienen como la veis.

BELISA.  
Con ella descanso, Pedro.  
FELISARDO.  
Pues si os hago bien, Señora,  
Y cómo este virote agora  
Por el bien que os hago medro?  
¿Por qué me tratáis así,  
Si vuestro médico soy?

BELISA.  
Porque si te vas, me voy  
Hasta la muerte sin tí.  
FELISARDO.  
¿A cuál esclavo sin culpa  
Clavos y virote han puesto?

BELISA.  
¡Jesus! apriétame presto,  
Y no me pidas disculpa.  
Aquí, aquí... ¡Qué gran dolor!

FELISARDO.  
¿Qué tiene vuesamerced?

BELISA.  
Deseos de hacer merced  
A quien ni aun pide favor.

FELISARDO.  
¿Cómo es eso?

BELISA.  
No sé á fe.  
Pónenseme unas cosillas  
En los ojos tamañitas,  
Que apenas el sol las ve;  
Y estas se me entran por ellos,  
Y con dulce alteracion  
Pellizcan el corazón.

FELISARDO.  
¿Qué lástima!

BELISA.  
Tenla dellos.  
FELISARDO.  
Mayor la tengo de mí,  
Por vos con este virote.

BELISA.  
Pues eso no te alborote;  
Que yo le traigo por tí.  
¿Qué dije? ¡Jesus! ¿Qué es esto?  
Loca estaba, necia estoy.  
¡Qué desgracia! Muerta soy;  
Aprieta esa mano presto.

FELISARDO.  
Desmayóse. ¡Hay cosa igual!  
Vergüenza debió de ser.  
Fácil está de entender  
La calidad de su mal.  
Pero ¡triste yo! ¿qué haré?  
¿Qué remedio le he de dar?

## ESCENA XII.

CELIA. — FELISARDO; BELISA, desmayada.

CELIA.  
Bien la puede remediar  
Vuesamerced.  
FELISARDO.  
Yo, ¿por qué?

CELIA.  
Porque quien le dió la mano,  
¿Qué puede negarle ya?

FELISARDO.  
¿Qué necio tu amor está!  
CELIA.  
Necio sí; mas no liviano.  
¡Ah, Felisardo! ¿qué es esto?  
Pues no creas que he de estar  
Donde me puedas picar  
Tan libre y tan descompuesto.  
Don Juan me quiere; yo haré  
Que hoy en sus brazos me veas.

FELISARDO.  
Sin culpa matar deseas  
Quien por la tuya se ve  
En tantas persecuciones.  
Esta loca melindrosa  
Anda, mi bien, codiciosa  
De que entienda sus razones;  
Y es que sin duda ha sabido  
O sospecha lo que soy:  
Forzado con ella estoy,  
Médico violento he sido.  
Aquí me tomó la mano,  
Y este diamante que ves  
Me puso en ella: no estés  
Conmigo enojada en vano;  
Que yo, como en fin despojos  
Que de su vana locura  
Rinde el alma á tu hermosura,  
Hoy le presento á tus ojos.  
Toma el diamante, mi bien,  
Y véte; no vuelva en sí.

CELIA.  
¿Que yo me vaya de aquí?  
¡Buena! Aunque el mundo me dén.  
Toma tu diamante allá.

FELISARDO.  
Pues ¿quieres que yo me vaya?

CELIA.  
Sí; que si amor la desmaya,  
En tí la piedra hallará,  
Y en mí el mayor desengaño.

FELISARDO.  
Pues voyme; que es ley en mí  
Tu voluntad.

(Vase.)

BELISA.

(Ap. ¿Esto oí?  
¿Qué aguarda mi loco engaño?  
Fuera digo.) Muerta soy.

CELIA.

¿Qué tienes, señora mía?

BELISA.

¡Oh nube de mi alegría  
Y del sol que viendo estoy!  
¡Madre, madre! ¡Flora! ¡Gente  
Desta casa! ¡Hola, criados!

**ESCENA XIII.**

LISARDA, FLORA, CARRILLO.—  
CELIA, BELISA.

LISARDA.

¿Qué es esto, tristes cuidados?  
¿Es melindre ó accidente?

BELISA.

No es melindre.

LISARDA.

Pues ¿qué ha sido?

BELISA.

Ahora veréis quién son  
Eslavos, y si es razon  
Darle el castigo que os pido.  
Bien conoceis el diamante  
Que compré en los cien escudos...

CARRILLO.

Di mas; que nos tienes mudos  
En suspension semejante.

BELISA.

Estando aquí desmayada,  
Zara á mi mano llegó,  
Y el diamante me tomó.

CARRILLO.

¡Oh perra disimulada!  
A ver la mano.

LISARDA.

¿Tú, Zara,  
Agora das en ladrona?

CELIA.

Señora...

CARRILLO.

Calla, perrona.

FLORA.

¡Ladrona! ¿quién tal pensara?

LISARDA.

¿Qué disculpa puedes dar?

BELISA.

Si á Carrillo no la entregas,  
Si por su perdon me ruegas,  
Si no la mandas pringar,  
Cuentame por muerta luego.

LISARDA.

Carrillo...

CARRILLO.

Señora...

LISARDA.

A tí

La entrego.

CARRILLO.

Déjame á mí.

CELIA.

¡Señora!...

BELISA.

Ponla en un fuego.

(Vanse Lisarda, Belisa y Flora.)

**ESCENA XIV.**

CELIA, CARRILLO.

CARRILLO.

Va vuesamerced está,

Como ha visto, en mi poder.

CELIA.

Pues bien, ¿qué quieres hacer?

CARRILLO.

Eso agora lo verá.  
Desnúdese.

CELIA.

¿Estás en tí?

CARRILLO.

Galgá, agradezca que plugo  
A su dicha, que un verdugo  
Tuviese tan noble en mí.  
Y concluya; que ha de haber  
Azote y tocino ardiendo.

CELIA.

¿Tú eres hombre?

CARRILLO.

Así lo entiendo.

CELIA.

¿Y sabes que soy mujer?

CARRILLO.

Eso agora lo veremos.  
Desnude.

CELIA.

(Ap. Tiempo es de hablar.)

¡Felisardo!

CARRILLO.

Eso es cansar

Los aires haciendo extremos.

CELIA.

¡Felisardo, esposo mío!

CARRILLO.

Su esposo está con Mahoma.  
Acabe.

**ESCENA XV.**

DON JUAN. — DICHOS.

DON JUAN.

Aunque vaya á Roma,  
Veréis si en mi error portio;  
Y yo sé muy bien quién es.

CELIA.

¡Don Juan! ¡Señor!...

DON JUAN.

¿Qué es aquesto?

CARRILLO.

Quando lo sepas, verás  
Que causa y licencia tengo.  
El diamante que tu hermana  
Compró ayer de aquel platero,  
Le hurtó la perra que miras,  
La de los ojos honestos:  
Ífanme mandado azotalla,  
Y yo, como ves...

DON JUAN.

¡Oh perro!

¿A un ángel? (Saca la espada.)

CARRILLO.

Tente, Señor.

Si es ángel, no tengas duelo;  
Porque si espíritus son,  
Y están, como ves, sin cuerpo,  
Mal pude yo hacerle agravio.

DON JUAN.

Villano, matarte tengo.

CARRILLO.

¡Tiberio, Lisarda, Flora,  
Belisa!

CELIA.

Dejalde os ruego;  
Que era en efeto mandado.

DON JUAN.

Por vos, Señora, le dejo.  
¡Hay tal maldad! ¡Hay tal furia!

¡Hay tal envidia! Ojos bellos,  
Tomad venganza en los míos;  
Ponedme esta espada al pecho;  
Veisla aquí, matadme, dadme  
Mil muertes, yo las merezco.

CELIA.

Señor, dejadme pasar;  
Que tengo á Lisarda miedo.  
Dejadme por Dios, Señor;  
Porque si os hallan en esto,  
Y á mí con vos sin testigos,  
Habrà testimonios nuevos.  
Dejadme ir á la cocina,  
Dejadme.

DON JUAN.

Espera.

CELIA.

No puedo. (Vase.)

**ESCENA XVI.**

DON JUAN.

¡Hay tal crueldad! Mas ¿qué mucho  
Que huyais de verme, pues llevo  
A tiempo que un vil lacayo,  
Obedeciendo al imperio  
De una mujer que es mi madre,  
Intente tal sacrilegio  
A la imágen que criaron  
Con tal perfeccion los cielos?  
Pues mi mujer ha de ser,  
Yo os desengaño, y tan presto,  
Que os espanteis y tengais  
Por imposible el remedio.

**ESCENA XVII.**

LISARDA, TIBERIO. — DON JUAN.

TIBERIO.

Don Juan, ¿qué es esto que dices?

DON JUAN.

Oid lo que estoy diciendo,  
Pues sois los dos á quien hoy  
Prestar reverencia debo.  
Aquí dejastes un hombre  
(Que á no se escapar tan presto,  
El llevara el justo pago  
De su loco atrevimiento)  
Para que azotase á Zara;  
Pero advertid que no quiero  
Que ponga nadie las manos  
En mi mujer.

LISARDA.

¿Qué es aquesto?

DON JUAN.

Que es mi mujer.

TIBERIO.

¡Cuán mejor

Fuera, don Juan, llamar luego  
Quien al Nuncio te llevara!

DON JUAN.

No estoy loco, no, Tiberio.

TIBERIO.

Pues ¿puede tales razones  
Decirlas un hombre cuerdo?  
Rapaz, loquillo, ignorante,  
Estaba por darte...

DON JUAN.

Quedo.

TIBERIO.

Para sacarte vergüenza,  
Pues no la tienes en ellos,  
Con la mano en los carrillos.

DON JUAN.

Háblame con mas respeto;  
Que si no fueras mi tío...



TIBERIO.

¿Tú á mi?

*(Vase don Juan.)***ESCENA XVIII.**

LISARDA, TIBERIO.

LISARDA.

Déjale, te ruego;  
Que si él se quiere casar  
Con una esclava, yo quiero  
Casarme con un esclavo.

TIBERIO.

¿Qué dices?

LISARDA.

Vengarme tengo.  
Mi hacienda le quiero dar:  
Hoy me casaré con Pedro;  
Que ya no puedo sufrir  
De don Juan atrevimientos,  
Y melindres de Belisa.

TIBERIO.

Tan necia estás como ellos.  
Pero quírote decir  
Para los dos un remedio.  
Con que templarás su furia  
Y puedes ponerles miedo.

LISARDA.

¿Cómo?

TIBERIO.

En la corte, Lisarda,  
Vive un cierto caballero,  
Cuyo nombre es Felisardo,  
Parecido en tanto extremo  
A este Pedro, esclavo tuyo,  
Que si los juntasen, creo  
Que los que mas los conocen  
No pudiesen conocellos,  
A tener vestido igual;  
Y pues los clavos de Pedro  
Son fingidos, y el virote  
Puede quitarlo y ponerlo,  
Hazle vestir ricamente  
En tu casa de secreto,  
Y di que te viene á ver  
Conmigo, que trato desto;  
Y fingiendo la escritura  
Del tratado casamiento,  
Pondrás temor á tus hijos,  
Y rienda al uno en deseos,  
Y al otro en tantos melindres.

LISARDA.

Bien me parece el consejo;  
Pero podrán conocer  
A Pedro.

TIBERIO.

Pues eso quiero.  
Porque pensarán tambien  
Que con engaño secreto  
Das á un esclavo tu hacienda.

LISARDA.

Sí; pero importa primero  
Instruir á Pedro en todo.

TIBERIO.

Voyle á hablar.

LISARDA.

Parte, Tiberio.  
*(Vase Tiberio.)*

**ESCENA XIX.**

LISARDA.

¡Cielos! Sin saber por dónde,  
A hallar mi remedio vengo.  
Sospecho que aqueste esclavo  
Es el mismo caballero.  
Ellos me casan de burlas  
Con aqueste fingimiento;

Y yo de veras me caso.  
Porque si al alma yo creo,  
¿Quién duda que es Felisardo  
Este que parece Pedro?

*(Vase.)***ESCENA XX.**

BELISA, FLORA.

BELISA.

Saca unas velas aquí.

FLORA.

Ya las prevengo, Señora.

*(Vase y vuelve con luces.)*

BELISA.

Arrastra un bufete, Flora.

FLORA.

¿Quieres escribir?

BELISA.

No y sí,  
Porque si mis pensamientos  
Quiero al papel remitir,  
¿Qué pluma basta á escribir  
Tan extraños sentimientos?

FLORA.

¿Cómo fué aquello de Zara,  
Que tanta pena te dió?

BELISA.

Fingí desmayarme yo,  
Porque el alma se animara,  
Y cuando me dió la mano,  
Púsele el diamante en ella.

FLORA.

¿A Pedro?

BELISA.

Sí; que por ella  
Pudo entenderme el villano.  
Mas no me quiso entender,  
Pues que, saliendo celosa  
Esa esclava rigurosa,  
Ese demonio ó mujer,  
Que escondida nos miraba,  
Aquel diamante le dió,  
Imaginando que yo,  
Flora, desmayada estaba.  
Yo con los justos enojos  
Que de su amor recibí,  
Que ella me le hurtó fingí,  
Por desagrar mi mis ojos.  
Pero no lo quedé bien  
Del castigo prevenido.

FLORA.

Don Juan la culpa ha tenido  
Para que no se le dén.  
Pero mira que has errado  
En pensar que Pedro entiende  
Tu amor, pues que se defiende;  
Que lo que le has declarado  
No ha sido mas que por señas;  
Y en amores desiguales,  
Si no eliges medios tales  
Que le previenes y enseñas,  
No vendrá en conocimiento  
De tu amor.

BELISA.

Si yo supiese,  
Flora, que este Pedro fuese  
Quien tengo en el pensamiento,  
Pienso que me atrevería  
A decirle en el rigor  
Que estoy de celoso amor.

FLORA.

Siempre de la luz del día  
Haye la vergüenza noble.  
Noche es ya; la oscuridad  
Para toda libertad  
Suele dar licencia al doble.  
Háblale sin luz, y di:  
«Pedro, yo soy, yo te quiero.»

BELISA.

Los melindres considero  
Con que he vivido hasta aquí;  
Pero si por castigarme  
Amor esto permitió,  
Será resistirme yo  
Dar armas para matarme.  
Mas ¿sabes lo que has de hacer  
Cuando Pedro venga aquí,  
Para que yo pueda así  
Esta vergüenza romper?  
Fingir que al deshabilar  
Las velas, mataste alguna

FLORA.

Sí; mas ¿la otra?

BELISA.

Ninguna  
Luz con luz ha de quedar;  
Que la del entendimiento  
Tengo de cegar tambien,  
Para que pueda mas bien  
Decille mi pensamiento.  
Pero retírate aquí;  
Que estos los esclavos son.  
*(Pónense en el hueco de un balcón á otro paraje donde no se las ve.)*

**ESCENA XXI.**CELIA, FELISARDO. — BELISA  
Y FLORA, ocultas.

FELISARDO.

Esta determinación,  
Celia, me provoca así.

CELIA.

Detente y miralo bien.

FELISARDO.

Yo me quiero declarar;  
Que no es razon esperar  
A que alguna vez te dén  
El castigo que hoy querian,  
Y que un lacayo villano  
Ponga en los ojos la mano,  
Que en luz al sol desafian.

CELIA.

Míralo mejor primero.

FELISARDO.

¿Qué tengo ya que esperar,  
Si me acaban de contar  
Que el navarro caballero  
Hoy salió á misa de herido,  
Como suelen las de parto?  
Y fuera deso, estoy harto  
De las penas que he sufrido.  
Como mal, duermo peor,  
Traigo este virote aquí,  
Que á no ser esto por tí,  
Era insufrible rigor.  
Ayer ¡mira qué vergüenza!  
Me hicieron ir hasta el río.

CELIA.

Mira, Felisardo mío,  
Que la fortuna comienza  
Por un adverso suceso,  
Y después se siguen mil.  
Confieso que el traje es vil,  
Y tus trabajos confieso;  
Pero considera en mí  
No menos pena y dolor.

FELISARDO.

Pues ¿será sufrir mejor?

CELIA.

Diceme el alma que sí. —  
Salte de la sala luego; *(Ap. á Felisardo.)*  
Qué está allí Belisa.

BELISA.

Espera,  
Pedro.

FELISARDO.  
Tengo qué hacer fuera.  
CELIA.  
Espera.  
FELISARDO.  
Temblando llego.  
BELISA. (*Viendo venir á Lisarda.*)  
No te vayas; que después  
Que no esté mi madre aquí,  
Tengo que hablarte.

CELIA.  
¡Ay de mí!  
FELISARDO. (*Ap. á Celia.*)  
¿Qué tienes?

CELIA.  
¿Ya no lo ves?  
FELISARDO.  
Dirás que celos.

CELIA.  
¿Soy yo  
FELISARDO.  
Piensa, mi bien,  
Que aunque mil mundos me den,  
Diré á todo el mundo no.

ESCENA XXII.

LISARDA, TIBERIO. — Dichos.

LISARDA. (*Ap. á Tiberio.*)  
Esto dicen.

TIBERIO.  
Es don Juan  
Mozo; no me maravillo.  
LISARDA.  
Pues mas me ha dicho Carrillo.  
TIBERIO.

¿Cómo?  
LISARDA.  
De concierto están  
Él y sus locos amigos  
De robar la esclava.

FLORA. (*Ap. á Belisa.*)  
Agora  
Es imposible, Señora,  
Hablarte; que hay mil testigos.

BELISA.  
Calla; que bien sabe amor  
Dar á los extremos medio.

FLORA.  
Pues ejecuta el remedio,  
Porque le tenga el dolor.

BELISA. (*Alto.*)  
Flora...

FLORA.  
Señora...  
BELISA.  
Esas velas

Avisa.  
FELISARDO. (*Ap.*)  
Al despabilar  
Llama esta loca avisar.  
FLORA. (*Ap.*)  
El amor todo es cauteloso.

(*Apaga una luz.*)

BELISA.  
¿Matástela?  
FLORA.  
Por cortalla  
Baja, la vela maté.

BELISA.  
¿Que esto no sabes?  
FLORA.

No sé  
Avisalla y sé matalla,  
L-I.

Porque quien mata no avisa.  
Con estotra encenderé.

BELISA.  
Aguarda, y te enseñaré  
Cómo se avisa. (*Apaga la otra luz.*)

FLORA.  
¡Oh qué risa!  
La vela has muerto tambien.

LISARDA.  
¿Qué es esto?  
TIBERIO.  
A oscuras estamos.  
LISARDA.

¿Cómo?  
FLORA.  
Las velas matamos  
Por avisarlas mas bien.

LISARDA. (*Ap.*)  
Esta es famosa ocasion  
Para llegarme á mi esclavo.  
BELISA. (*Ap.*)  
Hoy de declararme acabo,  
Hoy le digo mi aficion.

FELISARDO. (*Ap.*)  
Mientras que velas encienden,  
A Celia quiero acercarme.

CELIA. (*Ap.*)  
Pues nadie puede estorharme  
De los que mi mal pretenden,  
Quiero acercarme á mi bien.  
(*Van poco á poco, Belisa á su madre,  
Celia á Flora, y Felisardo á Tiberio.*)

LISARDA. (*A Belisa, bajo.*)  
¡Ah, mi bien! ¿quereis oirme?  
BELISA. (*Bajo á Lisarda.*)

Pues ¿qué quiere amor tan firme,  
Sino que lo oigais tambien?  
FELISARDO. (*Bajo á Tiberio.*)  
¡Ah, mis ojos! no te enfades  
Desta loca pretension.

TIBERIO. (*Bajo á Felisardo.*)  
¿Dicesme á mí esa razon?

FELISARDO.  
Luego ¿no te persuades?

TIBERIO.  
Yo bien creo que don Juan  
Hará cualquier desatino.

FELISARDO.  
Los de Belisa imagino  
Que mayor pena me dan.  
CELIA. (*Bajo á Flora.*)

En fin, mi vida, ¿que das  
En darme celos?

FLORA. (*Bajo á Celia.*)  
¿Quién es?

CELIA.  
¿Quién es? Luego ¿no lo ves?

FLORA.  
En gracioso engaño estás.

CELIA.  
No la hables, por mi vida.

FLORA.  
¿A quién no tengo de hablar?

BELISA. (*A su madre.*)  
No me osaba declarar;  
Mas ya no hay cosa que impida  
Decirte mi pensamiento.

LISARDA.  
Sabe Dios lo que he pasado  
Por haber disimulado  
La fuerza de mi tormento.

FELISARDO. (*A Tiberio.*)  
¿Quiéresme dar una mano?

TIBERIO.  
¡La mano yo! ¿para qué?  
FELISARDO.  
No te enojés, pues no fué  
El enojarte en mi mano.

TIBERIO.  
(*Alto.*) ¡Hola! Velas.) (*Ap. ¿Qué es aquesto?*)  
Tu voz, Lisarda, y razones (*Ap. á ella.*)  
Desconozco.

BELISA. (*A su madre.*)  
¿En qué ocasiones,  
Mi bien, mi vergüenza has puesto!  
Dame una mano.

LISARDA.  
Y las dos.  
FELISARDO. (*A Tiberio.*)

¿Que la mano no me das?  
TIBERIO.  
Velas, ¡hola!

ESCENA XXIII.

CARRILLO, con un hacha, alumbrando  
á DON JUAN. — Dichos.

CARRILLO.  
¿Adónde vas?  
DON JUAN.  
Voy como un loco, por Dios...—  
¿Qué haceis todos deste modo?

TIBERIO.  
Lumbre estamos esperando.  
BELISA. (*Ap.*)  
¡Con mi madre estaba hablando!  
Basta; que lo he dicho todo.

LISARDA. (*Ap.*)  
A mi hija he declarado  
Que quiero á mi esclavo bien,  
Y ella me ha dicho tambien  
Que tiene el mismo cuidado.

FELISARDO. (*Ap.*)  
Basta; que á Tiberio hablaba,  
Y requiebros le decia.

TIBERIO. (*Ap.*)  
Lo que entonces no entendía,  
Pues ser Lisarda pensaba,  
Era que Pedro el esclavo  
Me estaba diciendo amores.

CELIA. (*Ap.*)  
¡Oh noche, madre de errores!  
Ahora de ver acabo  
Que dije amores á Flora.

LISARDA. (*A don Juan.*)  
¿A qué vienes como griego  
A poner á Troya fuego?

DON JUAN.  
Dame mi mujer, Señora;  
Que la tengo de llevar  
Esta noche donde veas  
Que si casarte deseas,  
Tambien me quiero casar;  
Que está mas puesto en razon.

LISARDA.  
Vé, Flora, y encierra á Zara.

DON JUAN.  
¿Encerrar?

TIBERIO.  
Oye y repara.  
DON JUAN.

¿Quién repara con pasion?  
LISARDA.  
Tú tambien, Pedro, con Flora  
Guarda á Zara.

FELISARDO.  
Que me place

Porque esto que don Juan hace  
Es cosa injusta, Señora.

DON JUAN.

¿Vos tambien, perro?

FELISARDO.

Yo soy

Perro de sola esta buerta,  
Y mientras guardo la puerta  
Y por su defensa estoy,  
Aunque por las tapias sea,  
Ni entraréis ni cogereis  
La fruta que pretendeis,  
Y ese loco amor desea;  
Que tengo sembrada en ella  
Una tan verde esperanza,  
Que veréis en mi venganza  
Lo que pienso hacer por ella.  
Si el perro cuando le agravian  
No hay dueño de que se acuerde,  
Vos veréis qué perro os muerde,  
Porque amor con celos rabia.  
(Flora y Felisardo se llevan á Celia.)

#### ESCENA XXIV.

DON JUAN, TIBERIO, LISARDA,  
BELISA, CARRILLO.

DON JUAN.

Dejadme que esta loca desvergüenza  
Castigue en este bárbaro villano.

TIBERIO.

Don Juan, detente, y mira que no es justo  
Que á la sangre, á las canas y al consejo  
Pierdas respeto.

DON JUAN.

Yo no he sido viejo;  
Tú has sido mozo, y sabes que amor pue-  
En tierna edad hacer estas locuras; [de  
Y yo no sé de tus obligaciones  
El estrecho camino en que me pones.

LISARDA.

No le respondas; déjale por loco.

DON JUAN.

Dame, madre, mi esposa.

BELISA.

Aunque he callado,  
Nome ha faltado, hermano, el sentimiento.  
Debido á semejante atrevimiento. [to  
¿Qué esposa te han de dar?

DON JUAN.

Zara es mi esposa.

BELISA.

¿Zara? Una esclava!

DON JUAN.

Pues que yo la pido,

Yo sé quién es.

BELISA.

Pues si otra cosa sabes  
De lo que desta turea saben todos,  
Procede mas discreto, y como noble  
Harás tus diligencias allá fuera.

DON JUAN.

Sí os traigo aquí quien lo que digo os diga,  
¿Qué me diréis?

TIBERIO.

Si alguno, como tenga  
Crédito, nos dijere el desengaño,  
Y pareciere justo que te cases  
Con mujer que en la cara tiene un hierro,  
Yo mismo quiero dártela esta noche.

DON JUAN.

Parte, Carrillo, y llama á Eliso. Aguarda;  
Vamos los dos; que hasta su padre mismo  
He de traer aquí.

CARRILLO.

Señor, ¿qué intentas?  
Mira por Dios que tu linaje afrentas.

DON JUAN.

Infame, ¿acaso quieres que te mate?

CARRILLO.

Con esta luz ¿no ves tu disparate?

DON JUAN.

Amor es luz.

CARRILLO.

Confieso: pero mira  
Que esta hacha alumbra con aquesta cera  
Y se alimenta della; y luego mira  
Que, volviendo su llama hacia la tierra,  
La misma cera por quien esta vive  
Es de quien muerte y confusion recibe.

DON JUAN.

Filósofo lacayo, ¿vive el cielo  
Que te corte las piernas! Vé delante.

CARRILLO.

¿Qué luz podrá alumbrar un ciego a man-  
(Vase Carrillo y don Juan.) [te?

TIBERIO. (Ap. á Lisarda.)

Buena ocasion, Lisarda, me parece  
Para hacer tu tingido casamiento.

LISARDA.

Parte y harás que Pedro se transforme  
En Felisardo, y que á las vistas venga;  
Que yo haré que mis hijos se sosieguen.

TIBERIO.

Yo voy; que conocerle es imposible  
Sin clavos, sin virote, y en el habito  
Bizarro que le tengo prevenido. (Vase.)

#### ESCENA XXV.

LISARDA, BELISA.

LISARDA.

(Ap. Con este engaño engañaré á Tiberio;  
Que él piensa que á mis hijos doy castigo,  
Y es que quiero casarme con un hombre  
Que solo tiene ya de esclavo el nombre.)  
¿Sabes dónde fué Tiberio?

BELISA.

¿Fué por la justicia acaso?

LISARDA.

Pues ¿no sabes que me caso?  
¿No has entendido el misterio?

BELISA.

¿Tú te casas?

LISARDA.

Esta noche  
Vendrá á vistas; ya le espero.

BELISA.

Y ¿quién es?

LISARDA.

Un caballero.  
Ya va Tiberio en el coche  
Para venirse con él.

BELISA.

¿Es martelo que nos das?

LISARDA.

¿Martelo? Ya lo verás,  
Si no le tengo por él.  
Daisme terribles enfados  
Con vuestros locos antojos,  
Quereisme sacar los ojos  
Después que os tengo erizados.  
Teneisme muy acabada,  
Tú con hacer melindritos,  
Comiendo yeso y barritos,  
Siempre opilada y sangrada;  
Y aquel necio inobediente  
Con pedir galas, cadenas,  
Y verter á manos llenas  
El oro, que no se cuente.  
Juego, caballos, ramerías,  
Y agora querer casarse...  
—Pues todo vino á acabarse;

Las hurlas se han vuelto veras.  
Ya no soy madre mimosa,  
Ya no lloro ni me acabo;  
Aunque fuese de un esclavo,  
Será mas honesta cosa.  
Quiero, pues que moza soy,  
Tener quien mire por mí:  
Hacienda tengo.

BELISA.

Es así;

Pero oidme.

LISARDA.

Oyendo estoy.

BELISA.

Madre, la mi madre,  
Quejaisos de mí  
Que soy melindrosa:  
La verdad decís.  
Melindres tenía,  
Con ellos nací;  
Pero son en mozas  
Flores en abril.  
Mas vos, mi señora,  
Que podeis decir  
En las hidalguías  
Del nieto del Cid;  
Y que al seis y al siete  
(Sean siete mil)  
Os ha entrado el as,  
Aunque lo enuehris;  
Trocais las edades,  
Y sois lo que fui,  
Por trocar en galas  
La toca y monjil.  
Si al ébano negro  
Que en la frente os vi,  
Ponen ya los tiempos  
Lazos de marfil,  
Liviandad parece  
Que os caseis así,  
Y antes de casarme,  
Pensamiento vil,  
Decís que es venganza.  
¿Ay, madre! advertid  
Que, pues bostezais,  
Señal que os dormís.  
Las flaquezas vuestras  
Me cargais á mí;  
Teneis carne y hambre,  
Buscais perejil.  
La yerba del prado  
Os hizo grunir;  
Relinchastes, madre,  
Oyólo el rocín.  
No pongais achaques  
Al viérnes aquí;  
Beberéis el agua,  
Pues comeis anís.  
Quereis compañía,  
Medrosa vivís,  
Porque no hay maleta  
Que esté sin cojin.  
Aquellos barritos  
Que decís de mí,  
Os han opilado,  
Quereis morir.  
Garabato sois  
Que al gato decís,  
Con la boca *zape*,  
Con los ojos *miz*.  
Pareceis hormiga;  
La vejez, en fin,  
En alada os vuelve;  
Daréis que reir.  
Parabien os doy,  
Si ha de ser así;  
Mas miradlo bien,  
Y esto solo oid:  
Si es viejo y sois vieja,  
Juntaréis allí  
Dos sierras heladas:



¡Qué triste vivir!  
Si es mozo y sois vieja,  
Madre, presumid  
Que seréis maroma,  
Como el volatin,  
Que á piés por momentos  
Os ha de medir,  
Para dar mil vueltas  
Al aire sutil.  
Con hacienda vuestra  
Comerá perdis,  
Vestirá de tela  
Algún serafín.  
Haránle su Adónis  
Diosas de Madrid,  
Que viuelven peon  
El mejor artil.  
Esto os digo al alma;  
Pero vos á mi,  
Que á quien quiere hacer,  
¿Qué sirve decir?

ESCENA XXVI.

TIBERIO, FELISARDO, *muy galan, quitados virote y clavos.*—DICHAS.

TIBERIO.  
Seguro podeis entrar;  
Que á mi me han dado licencia.

FELISARDO.  
Aun no me atrevo á llegar.

TIBERIO.  
Pero entrad con advertencia  
De que os habeis de llamar  
Felisardo.

FELISARDO. (Ap.)  
¡Extraña cosa!  
Mi propio nombre me dice  
Que me llame.

LISARDA.  
Aquí es forzosa

La paciencia.  
BELISA.  
Esto desdice

A tu opinion generosa.  
Viéndolo estoy, y no creo  
Que te casas.

TIBERIO.  
Ya ha venido  
Tu esposo.

FELISA. (Ap.)  
Cielos, ¡qué veo!  
¿No es este Pedro?

FELISARDO.  
Aunque he sido  
Gaiado de mi deseo,  
Quiero decir que mi amor  
Trujo ese raro valor.

LISARDA.  
Mil veces seais bien venido;  
Que yo la dichosa he sido  
En mereceros, Señor.

TIBERIO.  
Siéntense los desposados.

BELISA. (Ap. á él.)

TIBERIO.  
¿Qué es lo que quieres?

BELISA.  
¿Es verdad que están casados?

TIBERIO.  
Casados no, no te alteres;  
Mas pienso que concertados.

BELISA.  
Pues este ¿no es Pedro?

TIBERIO.  
¿Quién?

BELISA.  
Pedro, el esclavo de casa.

TIBERIO.  
¿Estás loca?

BELISA.  
Y tú tambien.  
¿Cómo con Pedro se casa  
Mi madre?

TIBERIO.  
Miralo bien;  
Que aqueste es un caballero  
Que se llama Felisardo.

BELISA.  
Mirarle de espacio quiero.  
Él es sin duda: ¿qué aguardo?

TIBERIO.  
Mirale mejor primero;  
Que Pedro es esclavo herrado  
En el rostro.

BELISA.  
Dices bien...  
Mucho me has desengañado...  
Aunque puede ser tambien  
Que se los haya quitado.

TIBERIO.  
¿Cómo, si en la carne están?  
Mira que es eso locura,  
Y que por tal te tendrán.

ESCENA XXVII.

FLORA, CARRILLO.—DICHOS.

FLORA.  
Asi Dios me dé ventura,  
Como es el novio galan.

CARRILLO.  
No he visto en toda mi vida  
Cara á la de nuestro esclavo  
Tan propia y tan parecida.

BELISA.  
Flora...

FLORA.  
Señora...  
BELISA.  
(Ap. Hoy acabo  
Esta paciencia ofendida.)

—Este ¿no es Pedro? (Ap. á Flora.)

FLORA.  
Señora,  
Mucho le parece.

BELISA.  
Flora,  
Vé á llamar á Pedro luego.

FLORA.  
Verá que este es Pedro un ciego.  
Pienso que tu madre adora  
La gallardía y valor  
Deste esclavo, y que te engaña.

BELISA. (A Felisardo.)  
Perro, si te tiene amor  
Mi madre, y tan loca hazaña  
Cabe en su perdido honor,  
No pienses que has de afrentar  
Mi sangre; que á mi me toca  
Matarte.—Dadme lugar.

FELISARDO.  
¿Qué es esto?

LISARDA.  
Una hija loca,  
Que hoy no se pudo encerrar.  
Hola, llevada de aquí.

BELISA.  
Yo no soy loca; tú sí,  
Que con un perro te casas.

FELISARDO.  
¡Qué lástima!  
BELISA.  
Mucha pasas  
Haciendo burla de mí.

ESCENA XXVIII.

CELIA, *con manto, y gallardamente vestida*; UN ESCUDERO.—DICHOS.

CELIA.  
Pienso que á buen tiempo vengo.

TIBERIO.  
Esta dama es la madrina.

FELISARDO.  
Guardado este asiento os tengo;  
Aunque por prenda divina,  
Mas el del alma os prevengo.

LISARDA.  
Aquí, Señora, os sentad.

BELISA.  
Esta ¿no es Zara la esclava?  
Pues, perra...

TIBERIO.  
Esa loca atad.

CELIA.  
¿Quién es señora tan brava?

LISARDA.  
No la escuchéis, perdonad;  
Que de puro melindrosa  
Le dan estos accidentes.

BELISA.  
Esta ¿no es Zara? ¿Hay tal cosa?  
Pues, Zara, ¿por qué consientes,  
Siendo tú de Pedro esposa,  
Que con mi madre se case?

CELIA.  
¿Que de melindres perdió  
El seso?

BELISA.  
¿Que aquesto pase!  
No sería mujer yo,  
Si dellos no me vengase.  
Perros, ¿qué es esto?

FELISARDO.  
Criados,

Tened esa loca allá.  
BELISA.  
¿Mi madre y Pedro casados!

ESCENA XXIX.

DON JUAN, PRUDENCIO, ELISO, ALGUACILES.—DICHOS.

DON JUAN.  
La casa de boda está;  
Entrad, seréis embozados.

FELISARDO. (Ap. á Celia.)  
Tápate, Celia. ¡Ay de mí!  
Tu padre viene por ti.

ELISO.  
¿Adónde está Felisardo?

FELISARDO. (Ap.)  
Eliso es este: ¿qué aguardo?

UN ALGUACIL.  
¿Quién es Felisardo aquí?

FELISARDO.  
Yo soy: ¿qué es lo que quereis?

ALGUACIL.  
¿Es este?

ELISO.  
El mismo.

FELISARDO.  
¿Tu, Eliso,  
Traes la justicia?  
ELISO.  
Y es justo  
Castigo de un falso amigo.  
FELISARDO.  
¿Yo falso?  
ELISO.  
Pues ¿no se ve,  
Si habiendo yo pretendido  
A Belisa por mujer,  
Te casas, como se ha dicho  
Y como se ve en el traje?  
FELISARDO.  
¿Yo?  
ELISO.  
Pues ¿quién sino tú mismo?  
Y para más desengaño  
De tu traición, ¿no es indicio  
Haberte dejado en forma  
De esclavo, herrado y vendido,  
Para que no te prendiesen  
Por el pasado delito,  
Y hallarte en traje de novio,  
Tan galán, vistoso y rico?  
FELISARDO.  
Si ballaras que eso es verdad,  
Por el tiro te permito  
Que la espada que me mate  
Saques de mis propios tiros.  
BELISA.  
¿Porqué niegas, Felisardo,  
Lo que ha de ser como ha sido?  
Conmigo estás ya casado.

Hoy te has casado conmigo.  
FELISARDO.  
¿Yo contigo?  
BELISA.  
¿Luego no?  
Flora y Carrillo lo han visto.  
ELISO.  
Pues ¿cómo, villano, niegas  
Lo que han visto dos testigos?  
LISARDA.  
Esos no dicen verdad;  
Que Belisa lo ha fingido  
De envidia de que es mi esposo;  
Y así, te la doy, Eliso,  
Para que tu esposa sea,  
Porque Felisardo es mío.  
CELIA.  
Quedo, señoras; que yo  
Le tengo por mi marido.  
(Descúbrese.)  
Yo soy la propia mujer,  
Y él lo diga.  
FELISARDO.  
Así lo digo.  
PRUDENCIO.  
¿Es Celia?  
DON JUAN.  
La misma es.  
PRUDENCIO.  
Pues, don Juan, perdon os pido  
De la palabra que os di.  
DON JUAN.  
Todo el sentimiento mío

Se templa, viendo burladas  
Mi madre y hermana; y digo,  
Pues Eliso es caballero,  
Que á Belisa le suplico  
Le dé la mano.  
BELISA.  
Eso es justo.  
Perdon del desden le pido,  
Y á Celia del tratamiento;  
Que Felisardo, pues vino  
Hoy al fin de su deseo,  
Ya no sentirá el castigo.  
Y si prisión ha de haber,  
Quiero servirle y servirlos  
Con mi hacienda.  
ALGUACIL.  
Ya, señores,  
Aquel caballero herido  
Esta bueno; solo resta  
Hacer á los dos amigos.  
FELISARDO.  
Vaya Tiberio y negocie  
Que venga á sernos padrino.  
TIBERIO.  
El vendrá y yo lo seré  
De Flora y del buen Carrillo.  
LISARDA.  
Y yo, pues no me he casado,  
Dando á servirles principio,  
Doy fin.  
BELISA.  
Si es á mis melindres,  
Senado, perdon os pido.

# EL PERRO DEL HORTELANO.

## PERSONAS.

DIANA, *condesa de Belflor.*  
TEODORO, *su secretario.*  
MARCELA,  
DOROTEA, *de su cámara.*  
ANARDA,  
OTAVIO, *su mayordomo.*

FABIO, *su gentilhombre.*  
EL CONDE FEDERICO.  
EL CONDE LUDOVICO.  
RICARDO, *marqués.*  
TRISTAN, *lacayo.*  
LEONIDO, *criado.*

ANTONELO, *lacayo.*  
FURIO.  
LIBANO.  
CELIO, *criado.*  
CAMILO.  
UN PAJE.

*La escena es en Nápoles.*

## ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio de la Condesa.

### ESCENA PRIMERA.

TEODORO Y TRISTAN, *huyendo.*

TEODORO.  
Huye, Tristan, por aquí.  
TRISTAN.  
Notable desdicha ha sido.  
TEODORO.  
¿Si nos habrá conocido?  
TRISTAN.  
No sé; presumo que sí.  
(*Vanse.*)

### ESCENA II.

DIANA.

¡Ah gentilhombre! esperad.  
Tenéos, oid: ¿qué digo?  
¿Esto se ha de usar conmigo?  
Volved, mirad, escuchad.  
¡Hola! ¿No hay aquí un criado?  
¡Hola! ¿No hay un hombre aquí?  
Pues no es sombra lo que vi,  
Ni sueño que me ha burlado.  
¡Hola! ¿Todos duermen ya?

### ESCENA III.

FABIO. — DIANA.

FABIO.  
¿Llama vuestra señoría?  
DIANA.  
Para la cólera mía  
Gusto esa flema me da.  
Corred, necio, enhoramala,  
Pues merecís este nombre,  
Y mirad quién es un hombre  
Que salió de aquesta sala.  
FABIO.  
¿Desta sala?  
DIANA.  
Caminad,  
Y responded con los pies.  
FABIO.  
Voy tras él.  
DIANA.  
Sabed quién es.  
FABIO.  
¡Hay tal traicion, tal maldad! (*Vase.*)

### ESCENA IV.

OTAVIO. — DIANA.

OTAVIO.  
Aunque su voz escuchaba,  
A tal hora no creía  
Que era vuestra señoría  
Quien tan aprisa llamaba.  
DIANA.  
¡Muy lindo Santelmo haceis!  
¡Bien temprano os acostais!  
¡Con la flema que llegaís!  
¡Qué despacio que os moveís!  
Andan hombres en mi casa  
A tal hora, y aun los siento  
Casi en mi propio aposento  
(Que no sé yo dónde pasa  
Tan grande insolencia, Otavio);  
Y vos, muy á lo escudero,  
Cuando yo me desespero,  
¿Ansi remediais mi agravio?  
OTAVIO.  
Aunque su voz escuchaba,  
A tal hora, no creía  
Que era vuestra señoría  
Quien tan aprisa llamaba.  
DIANA.  
Volvéos; que no soy yo:  
Acostáos; que os hará mal.  
OTAVIO.  
Señora...

### ESCENA V.

FABIO. — DICHOS.

FABIO.  
No he visto tal.  
Como un gavilán partió.  
DIANA.  
¿Viste las señas?  
FABIO.  
¿Qué señas?  
DIANA.  
¿Una capa no llevaba  
Con oro?  
FABIO.  
Cuando bajaba  
La escalera...  
DIANA.  
¡Hermosas dueñas  
Sois los hombres de mi casa!  
FABIO.  
A la lámpara tiró  
El sombrero y la mató.  
Con esto los patios pasa,  
Y en lo oscuro del portal  
Saca la espada y camina.

DIANA.

Vos sois muy lindo gallina.

FABIO.

¿Qué querías?

DIANA.

¡Pesia tal!

Cerrar con él y matalle.

OTAVIO.

Si era hombre de valor,  
¿Fuera bien echar tu honor  
Desde el portal á la calle?

DIANA.

¿De valor aquí! ¿por qué?

OTAVIO.

¿Nadie en Nápoles te quiere,  
Que mientras casarse espere,  
Por donde puede te ve?  
¿No hay mil señores que están,  
Para casarse contigo,  
Ciegos de amor? Pues bien digo,  
Si tú le viste galán,  
Y Fabio tirar bajando  
A la lámpara el sombrero.

DIANA.

Sin duda fué caballero  
Que, amando y solicitando,  
Vencerá con interés  
Mis criados; que criados  
Tengo, Otavio, tan honrados.  
Pero yo sabré quién es.  
Plumas llevaba el sombrero,  
Y en la escalera ha de estar.  
Vé por él.

(*A Fabio.*)

FABIO.

¿Si le he de hallar?

DIANA.

Pues claro está, majadero;  
Que no habia de bajarse  
Por él cuando huyendo fué.

FABIO.

Luz, Señora, llevaré.

(*Vase.*)

### ESCENA VI.

DIANA, OTAVIO.

DIANA.

Si ello viene á averiguarse,  
No me ha de quedar culpado  
En casa.

OTAVIO.

Muy bien harás;  
Pues cuando segura estás,  
Te han puesto en este cuidado.  
Pero aunque es bachillería,  
Y mas estando enojada,  
Hablarle en lo que te enfada,  
Esta tu injusta porfía



De no te querer casar  
Causa tantos desatinos,  
Solicitando caminos  
Que te obligasen á amar.

DIANA.

¿Sabeis vos alguna cosa?

OTAVIO.

Yo, Señora, no sé mas  
De que en opinion estás  
De incasable cuanto hermosa.  
El condado de Belflor  
Pone á muchos en cuidado.

### ESCENA VII.

FABIO. — Dichos.

FABIO.

Con el sombrero he topado;  
Mas no puede ser peor.

DIANA.

Muestra. ¿Qué es esto?

FABIO.

No sé.

Este aquel galán tiró.

DIANA.

¿Este?

OTAVIO.

No le he visto yo  
Mas sucio.

FABIO.

Pues este fué.

DIANA.

¿Este hallaste?

FABIO.

Pues ¿yo había

De engañarte?

OTAVIO.

¡Buenas son

Las plumas!

FABIO.

Él es ladrón.

OTAVIO.

Sin duda á robar venia.

DIANA.

Haréisme perder el seso.

FABIO.

Este sombrero tiró.

DIANA.

Pues las plumas que vi yo,  
Y tantas, que aun era exceso,  
¿En esto se resolvieron?

FABIO.

Como en la lámpara dió,  
Sin duda se las quemó,  
Y como estopas ardieron.  
Ícaro ¿al sol no subía,  
Y abrasándose las plumas,  
Cayó en las blancas espumas  
Del mar? Pues esto sería.  
El sol la lámpara fué,  
Ícaro el sombrero; y luego  
Las plumas deshizo el fuego,  
Y en la escalera le hallé.

DIANA.

No estoy para burlas. Fabio.  
Hay aquí mucho que hacer.

OTAVIO.

Tiempo habrá para saber  
La verdad.

DIANA.

¿Qué tiempo, Otavio?

OTAVIO.

Duerme agora; que mañana  
Lo puedes averiguar.

DIANA.

No me tengo de acostar,

No, por vida de Diana.  
Hasta saber lo que ha sido.  
Llama esas mujeres todas.

(Vase Fabio.)

### ESCENA VIII.

DIANA, OTAVIO.

OTAVIO.

Muy bien la noche acomodas.

DIANA.

Del sueño, Otavio, me olvido  
Con el cuidado de ver  
Un hombre dentro en mi casa.

OTAVIO.

Saber después lo que pasa  
Fuera discreción, y hacer  
Secreta averiguación.

DIANA.

Sois, Otavio, muy discreto;  
Que dormir sobre un secreto  
Es notable discreción.

### ESCENA IX.

FABIO, MARCELA, DOROTEA, ANARDA. — Dichos.

FABIO.

Las que importan he traído;  
Que las demás no sabrán  
Lo que descas, y están  
Rindiendo al sueño el sentido.  
Las de tu cámara solas  
Estaban por acostar.

ANARDA. (Ap.)

De noche se altera el mar,  
Y se enfurecen las olas.

FABIO.

¿Quieres quedar sola?

DIANA.

Si.

Salios los dos allá.

FABIO. (Ap. á Otavio.)

¡Bravo exámen!

OTAVIO.

Loca está.

FABIO.

Y sospechosa de mí.

(Vanse Otavio y Fabio.)

### ESCENA X.

DIANA, MARCELA, DOROTEA, ANARDA.

DIANA.

Llégate aquí, Dorotea.

DOROTEA.

¿Qué manda vuseñoría?

DIANA.

Que me dijeseis querria  
Quién esta calle pascas.

DOROTEA.

Señora, el marqués Ricardo,  
Y algunas veces el conde  
Páris.

DIANA.

La verdad responde  
De lo que decirte aguardo.  
Si quieres tener remedio.

DOROTEA.

¿Qué te puedo yo negar?

DIANA.

¿Con quién los has visto hablar?

DOROTEA.

Si me pusieses en medio  
De mil llamas, no podré  
Decir que, fuera de ti,  
Hablar con nadie los vi  
Que en aquesta casa esté.

DIANA.

¿No te han dado algun papel?  
¿Ningun paje ha entrado aquí?

DOROTEA.

Jamás.

DIANA.

Apártate allí.

MARCELA. (Ap. á Anarda.)

¡Brava inquisición!

ANARDA.

Cruel.

DIANA.

Oye, Anarda.

ANARDA.

¿Qué me mandas?

DIANA.

¿Qué hombre es este que salió?...?

ANARDA.

¡Hombre!

DIANA.

Destá sala; — y yo

Sé los pasos en que andas.

¿Quién le trajo á que me viese?

¿Con quién habla de vosotras?

ANARDA.

No creas tú que en nosotras  
Tal atrevimiento hubiese.  
¡Hombre, para verte á ti,  
Había de osar traer  
Criada tuya, ni hacer  
Esa traición contra ti!  
No, Señora, no lo entiendes.

DIANA.

Espera, apártate mas;  
Porque á sospechar me das,  
Si engañarme no pretendes,  
Que por alguna criada  
Este hombre ha entrado aquí.

ANARDA.

El verte, Señora, así,  
Y justamente enojada,  
Dejada toda cautela,  
Me obliga á decir verdad,  
Aunque contra el amistad  
Que profeso con Marcela.  
Ella tiene á un hombre amor,  
Y él se le tiene tambien;  
Mas nunca he sabido quién.

DIANA.

Negarle, Anarda, es error.  
Ya que confiesas lo mas,  
¿Para qué niegas lo menos?

ANARDA.

Para secretos ajenos  
Mucho tormento me das,  
Sabiendo que soy mujer;  
Mas basta que hayas sabido  
Que por Marcela ha venido.  
Bien te puedes recoger;  
Que es solo conversacion,  
Y há poco que se comienza.

DIANA.

¡Hay tan cruel desvergüenza!  
¡Buena andará la opinion  
De una mujer por casar!  
¡Por el siglo, infame gente,  
Del Conde mi señor!...

ANARDA.

Tente,

Y déjame disculpar;

Que no es de fuera de casa  
El hombre que habla con ella,  
Ni para venir á vella  
Por esos peligros pasa.

DIANA.  
En efeto ¿es mi criado?

ANARDA.  
Sí, Señora.

DIANA.  
¿Quién?

ANARDA.  
Teodoro.

DIANA.  
¿El secretario?

ANARDA.  
Yo ignoro  
Lo demás; sé que han hablado.

DIANA.  
Retírate, Anarda, allí.

ANARDA.  
Muestra aquí tu entendimiento.

DIANA.  
(Ap. Con mas templanza me siento,  
Sabiendo que no es por mí.)  
Marcela...

MARCELA.  
Señora...

DIANA.  
Escucha.

MARCELA.  
¿Qué mandas? (Ap. Temblando llego.)

DIANA.  
¿Eres tú de quien fiaba  
Mi honor y mis pensamientos?

MARCELA.  
Pues ¿qué te han dicho de mí,  
Sabiendo tu que profeso  
La lealtad que tú mereces?

DIANA.  
¿Tú lealtad?

MARCELA.  
¿En qué te ofendo?

DIANA.  
No es ofensa que en mi casa,  
Y dentro de mi aposento,  
Entre un hombre á hablar contigo?

MARCELA.  
Está Teodoro tan necio,  
Que donde quiera me dice  
Dos docenas de requiebros.

DIANA.  
¿Dos docenas? ¡Bueno á fe!  
Bendiga el buen año el cielo,  
Pues se venden por docenas.

MARCELA.  
Quiero decir que, en saliendo  
Ó entrando, luego á la boca  
Traslada sus pensamientos.

DIANA.  
¿Traslada? Término extraño.  
Y ¿qué te dice?

MARCELA.  
No creo  
Que se me acuerda.

DIANA.  
Si hará.

MARCELA.  
Una vez dice: «Yo pierdo  
El alma por esos ojos;»  
Otra: «Yo vivo por ellos;  
Esta noche no he dormido,  
Desvelando mis deseos  
En tu hermosura.» Otra vez  
Me pide solo un cabello

Para atarlos, porque estén  
En su pensamiento quedos.  
Mas ¿para qué me preguntas  
Niñerías?

DIANA.  
Tú á lo menos  
Bien te bueigas.

MARCELA.  
No me pesa:  
Porque de Teodoro entiendo  
Que estos amores dirige  
A fin tan justo y honesto.  
Como el casarse conmigo.

DIANA.  
Es el fin del casamiento  
Honesto blanco de amor.  
¿Quieres que yo trate desto?

MARCELA.  
¿Qué mayor bien para mí!  
Pues ya, Señora, que veo  
Tanta blandura en tu enojo  
Y tal nobleza en tu pecho,  
Te aseguro que le adoro,  
Porque es el mozo mas cuerdo,  
Mas prudente y entendido,  
Mas amoroso y discreto,  
Que tiene aquesta ciudad.

DIANA.  
Ya sé yo su entendimiento,  
Del oficio en que me sirve.

MARCELA.  
Es diferente el sugeto  
De una carta, en que les pruebas  
A dos títulos tu deudo,  
De verle hablar mas de cerca,  
En estilo dulce y tierno,  
Razones enamoradas.

DIANA.  
Marcela, aunque me resuelvo  
A que os caseis, cuando sea  
Para ejecutarlo tiempo,  
No puedo dejar de ser  
Quien soy, como ves que debo  
A mi generoso nombre;  
Porque no fuera bien hecho  
Daros lugar en mi casa.  
(Ap. Sustentar mi enojo quiero.)  
Pues que ya todos lo saben,  
Tú podrás con mas secreto  
Proseguir ese tu amor;  
Que en la ocasion yo me ofrezco  
A ayudaros á los dos;  
Que Teodoro es hombre cuerdo,  
Y se ha criado en mi casa;  
Y á ti, Marcela, te tengo  
La obligacion que tú sabes,  
Y no poco parentesco.

MARCELA.  
A tus piés tienes tu hechura.

DIANA.  
Véte.

MARCELA.  
Mil veces los beso.

DIANA.  
Dejadme sola.  
ANARDA. (Ap. á Marcela.)  
¿Qué ha sido?

MARCELA.  
Enojos en mi provecho.

DOROTEA.  
¿Sabe tus secretos ya?

MARCELA.  
Sí sabe, y que son honestos.  
(Marcela, Dorotea y Anarda hacen tres  
reverencias á la Condesa, y se van.)

ESCENA XI.

DIANA.

Mil veces he advertido en la belleza,  
Gracia y entendimiento de Teodoro,  
Que á no ser desigual á mi decoro,  
Estimara su ingenio y gentileza.

Es el amor comun naturaleza;  
Mas yo tengo mi honor por mas tesoro;  
Que los respetos de quien soy adoro,  
Y aun el pensarlo tengo por bajeza.

La envidia bien sé yo que ha de que-  
[darme;

Que si la suelen dar bienes ajenos,  
Bien tengo de que pueda lamentarme.

Porque quisiera yo que, por lo menos,  
Teodoro fuera mas, para igualarme,  
O yo, para igualarle, fuera menos. (Vase.)

ESCENA XII.

TEODORO, TRISTAN.

TEODORO.  
No he podido sosegar.

TRISTAN.  
Y aun es con mucha razon;  
Que ha de ser tu perdicion  
Si lo llega á averiguar.  
Dijete que la dejaras  
Acostar, y no quisiste.

TEODORO.  
Nunca el amor se resiste

TRISTAN.  
Tiras; pero no reparas.

TEODORO.  
Los diestros lo hacen así.

TRISTAN.  
Bien sé yo que si lo fueras,  
El peligro conocieras.

TEODORO.  
¿Si me conocí?

TRISTAN.  
No y sí;  
Que no conocí quien eras,  
Y sospecha le quedó.

TEODORO.  
Cuando Fabio me siguió  
Bajando las escaleras,  
Fué milagro no matalle.

TRISTAN.  
¿Qué lindamente tiré  
Mi sombrero á la luz!

TEODORO.  
Fué  
Detenelle y deslumbrale,  
Porque si adelante pasa,  
No le dejara pasar.

TRISTAN.  
Dije á la luz al bajar:  
«Di que no somos de casa;»  
Y respondiome: «Mentis.»  
Alzé y tiréle el sombrero:  
¿Quedé agraviado?

TEODORO.  
Hoy espero

MI MUERTE.

TRISTAN.  
Siempre decís  
Esas cosas los amantes  
Cuando menos pena os dan.

TEODORO.  
Pues ¿qué puedo hacer, Tristan,  
En peligros semejantes?

TRISTAN.  
Dejar de amar á Marcela,

Pues la Condesa es mujer  
Que si lo llega á saber,  
No te ha de valer cautela  
Para no perder su casa.

TEODORO.

Y ¿no hay mas sino olvidar?

TRISTAN.

Liciones te quiero dar  
De cómo el amor se pasa.

TEODORO.

¿Ya comienzas desatinos?

TRISTAN.

Con arte se vence todo:  
Oye, por tu vida, el modo  
Por tan fáciles caminos.  
Primeramente has de hacer  
Resolucion de olvidar,  
Sin pensar que has de tornar  
Eternamente á querer;  
Que si te queda esperanza  
De volver, no habrá remedio  
De olvidar; que si está en medio  
La esperauza, no hay mudanza.  
¿Por qué piensas que no olvida  
Luego un hombre á una mujer?  
Porque, pensando volver,  
Va entreteniendo la vida.  
Ha de haber resolucion  
Dentro del entendimiento,  
Con que cesa el movimiento  
De aquella imaginacion.  
¿No has visto faltar la cuerda  
De un reloj, y estarse quedas  
Sin movimiento las ruedas?  
Pues desá suerte se acuerda  
El que tienen las potencias,  
Cuando la esperanza falta.

TEODORO.

Y la memoria ¿no salta  
Luego á hacer mil diligencias,  
Despertando el sentimiento  
A que del bien no se prive?

TRISTAN.

Es enemigo que vive  
Asido al entendimiento,  
Como dijo la cancion  
De aquel español poeta;  
Mas por eso es linda treta  
Vencer la imaginacion.

TEODORO.

¿Cómo?

TRISTAN.

Pensando defectos,  
Y no gracias; que olvidando,  
Defectos están pensando,  
Que no gracias, los discretos.  
No la imagines vestida  
Con tan linda proporcion  
De cintura, en el balcon  
De unos chapines subida.  
Toda es vana arquitectura;  
Porque dijo un sabio un día  
Que á los sastres se debía  
La mitad de la hermosura.  
Como se ha de imaginar  
Una mujer semejante,  
Es como un disciplinante  
Que le llevan á curar.  
Esto si; que no adornada  
Del costoso faldellin:  
Pensar defectos, en fin,  
Es medecina aprobada.  
Si de acordarte que vias  
Alguna vez una cosa  
Que te pareció asquerosa,  
No comes en treinta dias;  
Acordándote, Señor,  
De los defectos que tiene,  
Si á la memoria te viene,  
Se te quitará el amor.

TEODORO.

¿Qué grosero cirujano!  
Qué rustica curacion!  
Los remedios al fin son  
Como de tu tosca mano.  
Médico impirico eres;  
No has estudiado, Tristan.  
Yo no imagino que están  
Desa suerte las mujeres,  
Sino todas cristalinas,  
Como un vidro transparentes.

TRISTAN.

¿Vidro! Si, muy bien lo sientes,  
Si á verlas quebrar caminos;  
Mas si no piensas pensar  
Defectos, pensarte puedo,  
¿Porque ya he perdido el miedo  
De que podrás olvidar.  
Pardiez, yo quise una vez,  
Con esta cara que miras,  
A una alforja de mentiras,  
Años cinco veces diez;  
Y entre otros dos mil defectos,  
Cierta barriga tenia,  
Que encerrar dentro podia,  
Sin otros mil parapetos,  
Cuantos legajos de pliegos  
Algun escritorio apoya,  
Pues como el caballo en Troya  
Pudiera meter cien griegos.  
¿No has oído que tenia  
Cierta lugar un nogal,  
Que en el tronco un oficial  
Con mujer y hijos cabia,  
Y aun no era la casa escasa?  
Pues desá misma manera,  
En esta panza cupiera  
Un tejedor y su casa.  
Y queriéndola olvidar  
(Que debió de convenirme),  
Dió la memoria en decirme  
Que pensase en blanco azar,  
En azucena y jazmin,  
En marfil, en plata, en nieve,  
Y en la cortina, que debe  
De llamarse el faldellin,  
Con que yo me deshacia.  
Mas tomé mas cuerdo acuerdo,  
Y di en pensar, como cuerdo,  
Lo que mas le parecia:  
Gestos de calabazones,  
Baules viejos, maletas  
De cartas para estafetas,  
Almofrejes y jergones;  
Con que se trocó en desden  
El amor y la esperanza,  
Y olvidé la dicha panza  
Por siempre jamás amén;  
Que era tal, que en los dobles  
(Y no es mucho encarecer)  
Se pudieran esconder  
Cuatro manos de almireces.

TEODORO.

En las gracias de Marcela  
No hay defectos que pensar.  
Yo no la pienso olvidar.

TRISTAN.

Pues á tu desgracia apela,  
Y sigue tan loca empresa.

TEODORO.

Toda es gracias: ¿qué he de hacer?

TRISTAN.

Pensarlas hasta perder  
La gracia de la Condesa.

### ESCENA XIII.

DIANA. — Dichos.

DIANA.

Teodoro...

TEODORO. (Ap.)

La misma es.

DIANA.

Escucha.

TEODORO.

A tu hechura manda.

TRISTAN. (Ap.)

Si en averiguarlo anda,  
De casa volamos tres.

DIANA.

Hame dicho cierta amiga  
Que desconfía de si,  
Que el papel que traigo aquí  
Le escriba: á hacerlo me obliga  
La amistad, aunque yo ignoro  
Teodoro, cosas de amor;  
Y que le escribas mejor  
Vengo á decirte, Teodoro.  
Toma y léele.

TEODORO.

Si aquí,  
Señora, has puesto la mano,  
Igualarle fuera en vano,  
Y fuera soberbia en mí.  
Sin verle, pedirte quiero  
Que á esa señora le envíes.

DIANA.

Léele.

TEODORO.

Que desconfíes  
Me espanto: aprender espero  
Estilo que yo no sé;  
Que jamás traté de amor.

DIANA.

¿Jamás, jamás?

TEODORO.

Con temor  
De mis defectos, no amé;  
Que soy muy desconfiado.

DIANA.

Y se puede conocer  
De que no te dejas ver,  
Pues que te vas rebozado.

TEODORO.

¿Yo, Señora! ¿Cuándo ó cómo?

DIANA.

Dijéronme que salió  
Anoche acaso, y te vió  
Rebozado el mayordomo.

TEODORO.

Andaríamos burlando  
Fabio y yo, como solemos,  
Que mil burlas nos hacemos.

DIANA.

Lee, lee.

TEODORO.

Estoy pensando  
Que tengo algun envidioso.

DIANA.

Celoso podría ser.  
Lee, lee.

TEODORO.

Quiero ver  
Ese ingenio milagroso. [Ha sido,  
(Lee.) « Amar por ver amar, envidia  
Y primero que amar estar celosa  
Es invencion de amor maravillosa,  
Y que por imposible se ha tenido.  
» De los celos mi amor na procedido,  
Por pesarme que, siendo mas hermosa,  
No fuese en ser amada tan dichosa,  
Que hubiese lo que envidia merecido.



»Estoy sin ocasion desconfiada,  
Celosa sin amor, aunque sintiendo:  
Debo de amar, pues quiero ser amada.  
»Ni me dejas forzar ni me deliendo;  
Darme quiero á entender sin decir nada:  
Entiéndame quien puede; yo me entien-

DIANA.

¿Qué dices?

TEODORO.

Que si esto es

A propósito del dueño,  
No he visto cosa mejor;  
Mas confieso que no entiendo  
Cómo puede ser que amor  
Venga á nacer de los celos,  
Pues que siempre fué su padre.

DIANA.

Porque esta dama, sospecho  
Que se agradaba de ver  
Este galán, sin deseo:  
Y viéndole ya empleado  
En otro amor, con los celos  
Vino á amar y á desear.  
¿Puede ser?

TEODORO.

Yo lo concedo;

Mas ya esos celos, Señora,  
De algun principio nacieron,  
Y ese fué amor; que la causa  
No nace de los efetos,  
Sino los efetos della.

DIANA.

No sé, Teodoro: esto siento  
Desta dama, pues me dijo  
Que nunca al tal caballero  
Tuvo mas que inclinacion,  
Y en viéndole amar, salieron  
Al camino de su honor  
Mil salteadores deseos,  
Que le han desnudado el alma  
Del honesto pensamiento  
Con que pensaba vivir.

TEODORO.

Muy lindo papel has hecho:  
Yo no me atrevo á igualarle.

DIANA.

Entra y prueba.

TEODORO.

No me atrevo.

DIANA.

Haz esto, por vida mia.

TEODORO.

Vusiñoría con esto

Quiere probar mi ignorancia.

DIANA.

Aquí aguardo: vuelve luego.

TEODORO.

Yo voy.

DIANA.

Escucha, Tristan.

## ESCENA XIV.

DIANA, TRISTAN.

TRISTAN.

A ver lo que mandas vuelvo,  
Con verguenza destas calzas;  
Que el secretario, mi dueño,  
Anda salido estos dias;  
Y hace mal un caballero,  
Sabido que su lacayo  
Le va sirviendo de espejo,  
De lucero y de cortina,  
En no traerle bien puesto.  
Escalera del señor,  
Si va á caballo, un discreto,  
Nos llamó, pues á su cara

Se sube por nuestros cuerpos.  
No debe de poder mas.

DIANA.

¿Juega?

TRISTAN.

¡Pluguiera á los cielos!

Que á quien juega, nunca faltan,  
Desto ó de aquello, dineros.

Antiguamente los reyes

Algun oficio aprendieron,

Por si en la guerra ó la mar

Perdian su patria y reino,

Saber con qué sustentarse:

¡Dichosos los que pequeños

Aprendieron á jugar!

Pues en faltando, es el juego

Un arte noble que gana

Con poca pena el sustento.

Verás un grande pintor,

Acrisolando el ingenio,

Hacer una imagen viva,

Y decir el otro necio

Que no vale diez escudos;

Y que el que juega, en diciendo

«Paro», con salir la suerte,

Le sale á ciento por ciento.

DIANA.

En fin, ¿no juega?

TRISTAN.

Es cuidado.

DIANA.

A la cuenta será cierto

Tener amores.

TRISTAN.

¡Amores!

¡Oh qué donaire! Es un hielo.

DIANA.

Pues un hombre de su tale,

Galán, discreto y mancebo,

¿No tiene algunos amores

De honesto entretenimiento?

TRISTAN.

Yo trato en paja y cebada,

No en papeles y requiebros.

De día te sirve aquí;

Que está ocupado sospecho.

DIANA.

Pues ¿nunca sale de noche?

TRISTAN.

No le acompaño; que tengo

Una cadera quebrada.

DIANA.

¿De qué, Tristan?

TRISTAN.

Bien te puedo

Responder lo que responden

Las mal casadas, en viendo

Cardenales en su cara

Del mojon de los celos:

«Rodé por las escaleras.»

DIANA.

¿Rodaste?

TRISTAN.

Por largo trecho.

Con las costillas conté

Los pasos.

DIANA.

Forzoso es eso,

Si á la lámpara, Tristan,

Le tirabas el sombrero.

TRISTAN. (Ap.)

¡Oxte, puto! ¡Vive Dios,

Que se sabe todo el cuento!

DIANA.

¿No respondes?

TRISTAN.

Por pensar

Cuándo... pero ya me acuerdo:  
Anoche andaban en casa  
Unos murciélagos negros;  
El sombrero les tiraba,  
Fuése á la luz uno dellos,  
Y acerté, por dar en él,  
En la lámpara, y tan presto  
Por la escalera rodé,  
Que los dos piés se me fueron.

DIANA.

Todo está muy bien pensado;  
Pero un libro de secretos  
Dice que es buena la sangre  
Para quitar el cabello  
(Desos murciélagos digo);  
Y haré yo sacarla luego,  
Si es cabello la ocasion,  
Para quitarla con ellos.

TRISTAN. (Ap.)

¡Vive Dios, que hay chamusquina,  
Y que por murciélagos  
Me pone en una galera!

DIANA. (Ap.)

¿Qué traigo de pensamientos!

## ESCENA XV.

FABIO, y después, EL MARQUÉS RICARDO y CELIO. — DIANA.

FABIO.

Aquí está el marqués Ricardo.

DIANA.

Poned esas sillas luego.

(Salen Ricardo y Celio, y vanse Fabio y Tristan.)

RICARDO.

Con el cuidado que el amor, Diana,  
Pone en un pecho que aquel fin desca  
Que la mayor dificultad allana,  
El mismo quiere que te adore y vea:  
Solicito mi causa, aunque por vana  
Esta ambicion algun contrario crea,  
Que dando mas lugar á su esperanza,  
Tendrá menos amor que confianza.  
Está vuseñoría tan hermosa,  
Que estar buena el mirarla me asegura;  
Que en la mujer (y es bien pensa la cosa)  
La mas cierta salud es la hermosura;  
Que en estando gallarda, alegre, airosa,  
Es necesidad, es ignorancia pura,  
Llegar á preguntarle si está buena,  
Que todo entendimiento la condena.  
Sabido que lo estais, como lo dice  
La hermosura, Diana, y la alegría,  
De mi, si á la razon no contradice,  
Saber, Señora, cómo estoy querria.

DIANA.

Que vuestra señoría se le encie  
Lo que en Italia llaman gallardía  
Por hermosa, es digno pensamiento  
De su buen gusto y claro entendimiento.  
Que me pregunte como está, no creo  
Que soy tan dueño suyo, que lo diga.

RICARDO.

Quien sabe de mi amor y mi deseo  
El fin honesto, á este favor se obliga.  
A vuestros deudos inclinados veo  
Para que en lo tratado se prosiga;  
Solo falta, Señora, vuestro acuerdo,  
Porque sin él las esperanzas pierdo.  
Si, como soy señor de aquel estado  
Que con igual nobleza heredé agora,  
Lo fuera desde el sur mas abrasado  
A los primeros paños del aurora;  
Si el oro, de los hombres adorado,  
Las congeladas lágrimas que llora  
El cielo, ó los diamantes orientales  
Que abrieron por el mar caminos tales,  
Tuviera yo, lo mismo os ofreciera;

Y no dudeis, Señora, que pasara  
Adonde el sol apenas luz me diera,  
Como á solo serviros importara :  
En campañas de sal piés de madera  
Por las remotas aguas estampara,  
Hasta llegar á las australes playas,  
Del humano poder últimas rayas.

DIANA.

Creo, señor Marqués, el amor vuestro ;  
Y satisfecha de nobleza tanta,  
Haré tratar el pensamiento nuestro,  
Si el conde Federico no le espanta.

RICARDO.

Bien sé que en trazas es el Conde diestro,  
Porque en ninguna cosa me adelanta ;  
Mas yo fio de vos que mi justicia  
Los ojos cegará de su malicia.

### ESCENA XVI.

TEODORO. — DIANA, RICARDO,  
CELIO.

TEODORO.

Ya lo que mandas hice.

RICARDO.

Si ocupada

Vuseñoría está, no será justo  
Hurtarle el tiempo.

DIANA.

No importara nada,

Puesto que á Roma escribo.

RICARDO.

No hay disgusto

Como en día de cartas dilatada  
Visita.

DIANA.

Sois discreto.

RICARDO.

En daros gusto. —

Celio, ¿qué te parece? (Ap. a él.)

CELIO.

Que quisiera

Que ya tu justo amor premio tuviera.

(Vanse Ricardo y Celio.)

### ESCENA XVII.

DIANA, TEODORO.

DIANA.

¿Escribiste?

TEODORO.

Ya escribí,

Aunque bien desconfiado ;  
Mas soy mandado y forzado.

DIANA.

Muestra.

TEODORO.

Lee.

DIANA.

Dice así: [día fuera,

(Lee.) « Querer por ver querer, envi-  
Si quien lo vió, sin ver amar no amara,  
Porques antes de ver, no amar pensara,  
Después no amara, puesto que amar vie-  
[ra.

» Amor, que lo que agrada considera  
En ajeno poder, su amor declara ;  
Que como la color sale á la cara,  
Sale á la lengua lo que al alma altera.

» No digo mas, porque lo mas ofendo  
Desde lo menos, si es que desmerezco  
Porque del ser dichoso me defiendo.  
» Esto que entiendo solamente ofrezco ;  
Que lo que no merezco no lo entiendo,  
Por no dar á entender que lo merezco. »

DIANA.

Muy bien guardaste el decoro.

TEODORO.

¿Burlaste?

DIANA.

¡Plugüiera á Dios!

TEODORO.

¿Qué dices?

DIANA.

Que de los dos,

El tuyo vence, Teodoro.

TEODORO.

Pésame, pues no es pequeño

Principio de aborrecer

Un criado, el entender

Que sabe mas que su dueño.

Pe cierto rey se contó

Que le dijo á un gran privado :

« Un papel me da envidado,

Y si bien le he escrito yo,

Quiero ver otro de vos,

Y el mejor escoger quiero. »

Escribióle el caballero,

Y fué el mejor de los dos.

Como vió que el Rey decía

Que era su papel mejor,

Fuése, y dijole al mayor

Hijo, de tres que tenía :

« Vámonos del reino luego ;

Que en gran peligro estoy yo. »

El mozo le preguntó

La causa, turbado y ciego ;

Y respondióle : « ¡Lla sabido

El Rey que yo sé mas que él ; »

— Que es lo que en este papel

Me puede haber sucedido.

DIANA.

No, Teodoro ; que aunque digo

Que es el tuyo mas discreto,

Es porque sigue el conceto

De la materia que sigo ;

Y no para que presuma

Tu pluma que, si me agrada,

Pierdo el estar confiada

De los puntos de mi pluma.

Fuera de que soy mujer

A cualquier error sujeta,

Y no sé si muy discreta,

Como se me echa de ver.

Desde lo menos, aquí

Dices que ofendes lo mas ;

Y amando, engañado estás ;

Porque en amor no es así ;

Que no ofende un desigual

Amando, pues solo entiendo

Que se ofende aborreciendo.

TEODORO.

Esa es razon natural ;

Mas pintaron á Faetonte

Y á Icaro despeñados,

Uno en caballos dorados,

Precipitado en un monte ;

Y otro, con alas de cera,

Derretido en el crisol

Del sol.

DIANA.

No lo hiciera el sol

Si, como es sol, mujer fuera.

Si alguna dama quisieres

Alta, sírvela y confía ;

Que amor no es mas que porfia :

No son piedras las mujeres.

Yo me llevo este papel ;

Que despacio me conviene

Verle.

TEODORO.

Mil errores tiene.

DIANA.

No hay error ninguno en él.

TEODORO.

Honras mi deseo ; aquí

Traigo el tuyo.

DIANA.

Pues allá

Le guarda... aunque bien será  
Rasgarle.

TEODORO.

¿Rasgarle?

DIANA.

Si ;

Que no importa que se pierda,  
Si se puede perder mas. (Vase.)

### ESCENA XVIII.

TEODORO.

Fuése. ¿Quién pensó jamás  
De mujer tan noble y cuerda  
Este arrojarle tan presto  
A dar su amor á entender?  
Pero tambien puede ser  
Que yo me engañase en esto.  
Mas no me ha dicho jamás,  
Ni á lo menos se me acuerda :  
« Pues ¿ que importa que se pierda  
Si se puede perder mas ? »  
Perder mas, bien puede ser  
Por la mujer que decía...

— Mas todo es bachillería,  
Y ella es la misma mujer.  
Aunque no ; que la Condesa  
Es tan discreta y tan varia,  
Que es la cosa mas contraria  
De la ambicion que profesa.  
Sirvenla principes hoy  
En Nápoles, que no puedo  
Ser su esclavo. Tengo miedo  
Que en grande peligro estoy.  
Ella sabe que á Marcela  
Sirvo, pues aqui ha fundado  
El engaño y me ha burlado...

— Pero en vano se recela  
Mi temor, porque jamás  
Burlando salen colores.  
¿Y el decir con mil temores,  
Que se puede perder mas?  
¿Que rosa, al llorar la aurora,  
Hizo de las hojas ojos,  
Abriendo los labios rojos  
Con risa á ver cómo llora,  
Como ella los puso en mi,  
Bañada en púrpura y grana ;  
O qué pálida manzana  
Se esmaltó de carmesí?  
Lo que veo y lo que escucho.  
Yo lo juzgo (ó estoy loco)  
Para ser de veras poco,  
Y para de burlas mucho.  
Mas tenéos, pensamiento,  
Que os vais ya tras la grandeza,  
Aunque si digo belleza,  
Bien sabeis vos que no miento ;  
Que es bellísima Diana,  
Y en discrecion sin igual.

### ESCENA XIX.

MARCELA. — TEODORO.

MARCELA.

¿Puedo hablarte?

TEODORO.

Ocasion tal

Mil imposibles allana ;  
Que por tí, Marcela mía,  
La muerte me es agradable.

MARCELA.

Como yo te vea y hable,  
Dos mil vidas perderia.  
Estuve esperando el día,  
Como el pajarillo solo ;  
Y cuando vi que en el polo



Que Apolo mas presto dora,  
Le despertaba la aurora,  
Dije: «Yo veré mi Apolo.»  
Grandes cosas han pasado;  
Que no se quiso acostar  
La Condesa hasta dejar  
Satisfecho su cuidado.  
Amigos que han envidiado  
Mi dicha con deslealtad,  
Le han contado la verdad;  
Que entre quien sirve, aunque veas  
Que hay amistad, no la creas,  
Porque es fingida amistad.  
Todo lo sabe en efeto;  
Que si es Diana la luna,  
Siempre á quien ama importuna,  
Salió y vió nuestro secreto.  
Pero será, te prometo,  
Para mayor bien, Teodoro;  
Que del honesto decoro  
Con que tratas de casarte  
Le di parte, y dije aparte  
Cuán tiernamente te adoro.  
Tus prendas le encarecí,  
Tu estilo, tu gentileza;  
Y ella entonces su grandeza  
Mostró tan piadosa en mí,  
Que se alegró de que en tí  
Hubiese los ojos puesto,  
Y de casarnos muy presto  
Palabra tambien me dió.  
Luego que de mí entendió  
Que era tu amor tan honesto.  
Yo pensé que se enojara  
Y la casa revolviere,  
Que á los dos nos despidiera  
Y á los demas castigara;  
Mas su sangre ilustre y clara,  
Y aquel ingenio en efeto  
Tan prudente y tan perfeto,  
Conoció lo que mereces.  
Oh, bien haya amén mil veces  
Quien sirve á señor discreto!

TEODORO.

¿Que casarme prometió  
Contigo?

MARCELA.

Pues ¿pones duda  
Que á su ilustre sangre acuda?

TEODORO. (Ap.)

Mi ignorancia me engañó.  
¿Qué necio pensaba yo  
Que hablaba en mí la Condesa!  
De haber pensado me pesa  
Que pudo tenerme amor;  
Que nunca tan alto azor  
Se humilla á tan baja presa.

MARCELA.

¿Qué murmuras entre tí?

TEODORO.

Marcela, conmigo habló;  
Pero no se declaró  
En darme á entender que fui  
El que embozado sali  
Anoche de su aposento.

MARCELA.

Fué discreto pensamiento,  
Por no obligarse al castigo  
De saber que hablé contigo,  
Si no lo es el casamiento;  
Que el castigo mas piadoso  
De dos que se quieren bien  
Es casarlos.

TEODORO.

Dices bien,  
Y el remedio mas honroso.

MARCELA.

¿Querrás tú?

TEODORO.

Seré dichoso.

MARCELA.

Confírmalo.

TEODORO.

Con los brazos,  
Que son los rasgos y lazos  
De la pluma del amor,  
Pues no hay rubrica mejor  
Que la que firman los brazos.

## ESCENA XX.

DIANA. — Dichos.

DIANA.

Esto se ha enmendado bien.  
Agora estoy muy contenta;  
Que siempre á quien reprehende  
Da gran gusto ver la enmienda.  
No os turbeis ni os altereis.

TEODORO.

Dije, Señora, á Marcela  
Que anoche sali de aquí  
Con tanto disgusto y pena  
De que vuestra señoría  
Imaginase en su ofensa  
Este pensamiento honesto  
Para casarme con ella,  
Que me he pensado morir;  
Y dándome por respuesta  
Que mostrabas en casarnos  
Tan piedad y tu grandeza,  
Dile mis brazos; y advierte  
Que si mentirte quisiera,  
No me faltara un engaño;  
Pero no hay cosa que venza,  
Como decir la verdad,  
A una persona discreta.

DIANA.

Teodoro, justo castigo  
La deslealtad mereciera  
De haber perdido el respeto  
A mi casa; y la nobleza  
Que usé anoche con los dos  
No es justo que parte sea  
A que os atrevaís así;  
Que en llegando á desvergüenza  
El amor, no hay privilegio  
Que al castigo le defienda.  
Mientras no os casáis los dos,  
Mejor estará Marcela  
Cerrada en un aposento;  
Que no quiero yo que os vean  
Juntos las demás criadas,  
Y que por ejemplo os tengan  
Para casarse todas.—  
¿Dorotea! ¡ah, Dorotea!

## ESCENA XXI.

DORÓTEA. — Dichos.

DORÓTEA.

Señora...

DIANA.

Toma esta llave,  
Y en mi propia cuadra encierra  
A Marcela; que estos dias  
Podrá hacer labor en ella.—  
No diréis que esto es enojo.

DORÓTEA.

¿Qué es esto, Marcela? (Ap. á ella.)

MARCELA.

Fuerza

De un poderoso tirano  
Y una rigurosa estrella.  
Enciérrame por Teodoro.

DORÓTEA.

Cárcel aquí no la temas,  
Y para puertas de celos  
Tiene amor llave maestra.

(Vanse Marcela y Dorotea.)

## ESCENA XXII.

DIANA, TEODORO.

DIANA.

En fin, Teodoro, ¿tú quieres  
Casarte?

TEODORO.

Yo no quisiera  
Hacer cosa sin tu gusto;  
Y créeme, que mi ofensa  
No es tanta como te han dicho;  
Que bien sabes que con lengua  
De escorpion pintan la envidia:  
Y que si Ovidio supiera  
Qué era servir, no en los campos,  
No en las montañas desiertas  
Pintara su oscura casa;  
Que aquí habita y aquí reina.

DIANA.

Luego ¿no es verdad que quieres  
A Marcela?

TEODORO.

Bien pudiera  
Vivir sin Marcela yo.

DIANA.

Pues diceme que por ella  
Pierdes el seso.

TEODORO.

Es tan poco,  
Que no es mucho que le pierda;  
Mas crea vuseñoría  
Que, aunque Marcela merezca  
Esas finezas en mí,  
No ha habido tantas finezas.

DIANA.

Pues ¿no le has dicho requiebros  
Tales, que engañar pudieran  
A mujer de mas valor?

TEODORO.

Las palabras poco cuestan.

DIANA.

¿Qué le has dicho, por mi vida?  
¿Como, Teodoro, requiebran  
Los hombres á las mujeres?

TEODORO.

Como quien ama y quien ruega,  
Vistiendo de mil mentiras  
Una verdad, y esa apenas.

DIANA.

Si; pero ¿con qué palabras?

TEODORO.

Extrañamente me aprieta  
Vuseñoría. «Esos ojos  
(Le dije), esas niñas bellas,  
Son luz con que ven los mios;  
Y los corales y perlas  
Desa boca celestial...»

DIANA.

¿Celestial?

TEODORO.

Cosas como estas  
Son la cartilla, Señora,  
De quien ama y quien desea.

DIANA.

Mal gusto tienes, Teodoro.  
No te espantes de que pierdas  
Lloy el crédito conmigo,  
Porque sé yo que en Marcela  
Hay mas defectos que gracias,  
Como la miro mas cerca.  
Sin esto, porque no es limpia,  
No tengo pocas pendencias  
Con ella... Pero no quiero  
Desenamorarte della;  
Que bien pudiera decirte  
Cosas... Pero aquí se quedan  
Sus gracias ó sus desgracias;

Que yo quiero que la quieras,  
Y que os caseis en buen hora.  
Mas pues de amador te precias,  
Dame consejo, Teodoro,  
Ansi a Marcela poseas,  
Para aquella amiga mia,  
Que ha dias que no sosiega  
De amores de un hombre humilde.  
Porque si en quererle piensa,  
Ofende su autoridad;  
Y si de quererle deja,  
Pierde el juicio de celos;  
Que el hombre, que no sospecha  
Tanto amor, anda cobarde.  
Aunque es discreto, con ella.

TEODORO.

Yo, Señora, ¿sé de amor?  
No se por Dios cómo pueda  
Aconsejarte.

DIANA.

¿No quieres,  
Como dices, á Marcela?  
No le has dicho esos requiebros?  
Tuvieran lengua las puertas,  
Que ellas dijieran...

TEODORO.

No hay cosa  
Que decir las puertas puedan.

DIANA.

Ea, que ya te sonrojas,  
Y lo que niega la lengua,  
Confiesas con las colores.

TEODORO.

Si ella te lo ha dicho, es necia.  
Una mancha le tomé,  
Y no me quedé con ella,  
Que luego se la volví;  
No sé yo de qué se queja.

DIANA.

Si; pero hav manos que son  
Como la paz de la Iglesia,  
Que siempre vuelven besadas.

TEODORO.

Es necisima Marcela.  
Es verdad que me atreví,  
Pero con mucha vergüenza,  
A que templase la boca  
Con nieve y con azucenas.

DIANA.

¿Con azucenas y nieve?  
Huelgo de saber que tiembla  
Ese emplasto el corazón.  
Ahora bien, ¿qué me aconsejas?

TEODORO.

Que si esa dama que dices,  
Hombre tan bajo desea,  
Y de quererle resulta  
A su honor tanta bajaça,  
Haga que con un engaño,  
Sin que la conozca, pueda  
Gozarle.

DIANA.

Queda el peligro  
De presumir que lo entienda.  
¿No será mejor matarle?

TEODORO.

De Marco Aurelio se cuenta  
Que dió á su mujer Faustina,  
Para quitarle la pena,  
Sangre de un esgrimidor;  
Pero estas romanas pruebas  
Son buenas entre gentiles.

DIANA.

Bien dices; que no hay Lucrecias,  
Ni Torcatos ni Virginios  
En esta edad; y en aquella  
Hubo Faustinas, Teodoro,  
Mesalinas y Popeas.

Escribeme algun papel  
Que á este propósito sea,  
Y queda con Dios ¡Ay, Dios!  
Cae. ¿Qué me miras? Llega,  
Dame la mano.

TEODORO.

El respeto  
Me detuvo de ofrecella.

DIANA.

¿Qué graciosa groseria!  
¿Que con la capa la ofrezcas!

TEODORO.

Asi cuando vas á misa  
Te la da Otavio.

DIANA.

Es aquella  
Mano que yo no le pido,  
Y debe de haber setenta  
Años que fué mano, y viene  
Amortajada por muerte.  
Aguardar quien ha caido  
A que se vista de seda,  
Es como ponerse un jaco  
Quien ve al amigo en pendencia:  
Que mientras baja, le han muerto.  
Demás que no es bien que tenga  
Nadie por mas cortesía,  
Aunque melindres lo aprueban,  
Que una mano, si es honrada,  
Traiga la cara cubierta.

TEODORO.

Quiere estimar la merced  
Que me has hecho.

DIANA.

Cuando seas  
Escudero, la darás  
En el ferretuelo envuelta;  
Que agora eres secretario;  
Con que te he dicho que tengas  
Secreta aquesta caída,  
Si levantarte desearas.

(Vase.)

## ESCENA XXIII.

TEODORO.

[Puedo,  
¿Puedo creer que aquesto es verdad?  
Si niñero que es mujer Diana hermosa.  
Pidió mi mano, y la color de rosa,  
Al darsela, robó del rostro el miedo.  
Tembló, yo lo senti: dudosos quedo.  
¿Qué haré? Seguir mi suerte venturosa;  
Si bien, por ser la empresa tan dudosa,  
Niego al temor lo que al valor concedo.  
Mas dejar á Marcela es caso injusto;  
Que las mujeres no es razon que esperen  
De nuestra obligación tanto disgusto.  
Pero si ellas nos dejan cuando quieren  
Por cualquiera interés ó nuevo gusto,  
Mueran tambien como los hombres mueren.]

## ACTO SEGUNDO.

Calte.

## ESCENA PRIMERA.

EL CONDE FEDERICO, LEONIDO.

FEDERICO.

¿Aquí la viste?

LEONIDO.

Aquí entró,  
Como el alba por un prado,  
Que á su tapete bordado  
La primera luz le dió;  
Y según la devocion,

No pienso que tardarán;  
Que conozco al capellan,  
Y es mas breve que es razon.

FEDERICO.

¿Ay si la pudiese hablar!

LEONIDO.

Siendo tú su primo, es cosa  
Acompañarla forzosa.

FEDERICO.

El pretenderme casar  
Ha hecho ya sospechoso  
Mi parentesco, Leonido;  
Que antes de haberla querido,  
Nunca estuve temeroso.  
Verás que un hombre visita  
Una dama libremente  
Por conocido ó pariente,  
Mientras no la solicita;  
Pero en llegando á querella,  
Aunque de todos se guarde,  
Menos entra, y mas cobarde,  
Y apenas habla con ella.  
Tal me ha sucedido á mí  
Con mi prima la Condesa;  
Tanto, que de amar me pesa,  
Pues lo mas del bien perdí,  
Pues me estaba mejor vella  
Tan libre como solia.

## ESCENA II.

RICARDO y CELIO, *que se quedan* *ellos de — FEDERICO y LEONIDO.*

CELIO.

A pié digo que salia,  
Y alguna gente con ella.

RICARDO.

Por estar la iglesia enfrente,  
Y por preciarse del talle,  
Ha querido honrar la calle.

CELIO.

¿No has visto por el oriente  
Salir serena mañana  
El sol con mil rayos de oro,  
Cuando dora el blanco toro  
Que paze campos de grana  
(Que así llamaba un poeta  
Los primeros arboles)?  
Pues tal salió con dos soles,  
Mas hermosa y mas perfecta,  
La bellissima Diana,  
La condesa de Bellfor.

RICARDO.

Mi amor te ha vuelto pintor  
De tan serena mañana;  
Y hácesla sol con razon,  
Porque el sol en sus caminos  
Va pasando varios sños,  
Que sus pretendientes son.  
Mira que alli Federico  
Aguarda sus rayos de oro.

CELIO.

¿Cuál de los dos será el toro  
A quien hoy al sol aplico?

RICARDO.

El por primera aficion,  
Aunque del nombre se guarde;  
Que yo, por entrar mas tarde,  
Seré el signo del leon.

FEDERICO.

¿Es aquel Ricardo?

LEONIDO.

Él es.

FEDERICO.

Fuera maravilla rara  
Que deste puesto faltara.

LEONIDO.

Gallardo viene el Marqués.

FEDERICO.  
No pudieras decir mas,  
Si tú fueras el celoso.  
LEONIDO.  
¿Celos tienes?  
FEDERICO.  
¿No es forzoso?  
De alabarle me los das.  
LEONIDO.  
Si á nadie quiere Diana,  
¿De qué los puedes tener?  
FEDERICO.  
De que le puede querer;  
Que es mujer.

LEONIDO.  
Sí, mas tan vana,  
Tan altiva y desdenosa,  
Que á todos os asegura.  
FEDERICO.  
Es soberbia la hermosura.  
LEONIDO.  
No hay ingratitud hermosa.  
CELIO.  
Diana sale, Señor.  
RICARDO.  
Pues tendrá mi noche día.  
CELIO.  
¿Hablarásla?

RICARDO.  
Eso querría,  
Si quiere el competidor.

## ESCENA III.

DIANA, OTAVIO, FABIO; y *detrás*,  
MARCELA, DOROTEA y ANARDA,  
con mantos. — Dichos.

FEDERICO. (A Diana).  
Aquí aguardaba con deseo de veros.

DIANA.  
Señor Conde, seais muy bien hallado.

RICARDO.  
Y yo, Señora, con el mismo agora  
A acompañaros vengo y á servirlos.

DIANA.  
Señor Marqués, ¿qué dicha es esta mía?  
¿Tanta merced!

RICARDO.  
Bien debe á mi deseo  
Vuseñoría este cuidado.

FEDERICO. (A su criado).  
Creo  
Que no soy bien mirado y admitido.

LEONIDO.  
Háblala; no te turbes.

FEDERICO.  
¡Ay, Leonido!  
Quien sabe que no gustan de escuchalle,  
¿De qué te admiras que se turbe y calle?  
(*Vanse.*)

—  
Sala del palacio de la Condesa.

## ESCENA IV.

TEODORO.

Nuevo pensamiento mío,  
Desvanecido en el viento,  
Que con ser mi pensamiento,  
De veros volar me río,  
Parad, detenido el brío,

Que os detengo y os provooco;  
Porque si el intento es loco,  
De los dos lo mismo escucho,  
Aunque donde el premio es mucho,  
El atrevimiento es poco.  
Y si por disculpa dais  
Que es infinito el que espero,  
Averiguemos primero,  
Pensamiento, en qué os fundais.  
Vos á quien servís amais:  
Diréis que ocasión teneis,  
Si á vuestros ojos creéis:  
Pues, pensamiento, decídes  
Que sobre pajas humildes  
Torres de diamante haceis.  
Si no me sucede bien,  
Quiero culparos á vos;  
Mas teniéndola los dos,  
No es justo que culpa os den;  
Que podréis decir también  
Cuando del alma os levanto,  
Y de la altura me espanto  
Donde el amor os subió,  
Que el estar tan bajo yo  
Os hace á vos subir tanto.  
Cuando algún hombre ofendido,  
Al que le ofende deliende,  
Que dió la ocasión se entiende:  
Del daño que os ha venido,  
Sed en buen hora atrevido;  
Que aunque los dos nos perdamos,  
Esta disculpa llevamos:  
Que vos os perdeis por mí,  
Y que yo tras vos me fui,  
Sin saber adónde vamos.  
Id en buen hora, aunque os den  
Mil muertes por atrevido;  
Que no se llama perdido  
El que se pierde tan bien.  
Como á otros dan parabien  
De lo que hallan, estoy tal,  
Que de perdición igual  
Os le doy; porque es perderse  
Tan bien, que puede tenerse  
Envidia del mismo mal.

## ESCENA V.

TRISTAN. — TEODORO.

TRISTAN.  
Si en tantas lamentaciones  
Cabe un papel de Marcela,  
Que contigo se consuela  
De sus pasadas prisiones,  
Bien te le daré sin porte;  
Porque á quien no ha menester,  
Nadie le procura ver,  
A la usanza de la corte.  
Cuando está en alto lugar  
Un hombre (y ¡qué bien lo imitas!),  
¡Qué le vienen de visitas  
A molestar y á enfadar!  
Pero si mudó de estado,  
Como es la fortuna incierta,  
Todos huyen de su puerta  
Como si fuese apestado.  
¿Parécete que lavemos  
En vinagre este papel?

TEODORO.  
Contigo, necio, y con él  
Entrambas cosas tenemos.  
Muestra; que vendrá lavado,  
Si en tus manos ha venido.  
(*Lee.*) «A Teodoro, mi marido.»  
¿Marido? ¿Qué necio enfado!  
Qué necia cosa!

TRISTAN.  
Es muy necia.  
TEODORO.  
Pregúntale á mi ventura

Si, subida á tanta altura,  
Esas mariposas precia.

TRISTAN.  
Lécele, por vida mía,  
Aunque ya estés tan divino;  
Que no hace desprecio el vino  
De los mosquitos que cría;  
Que vo sé cuando Marcela,  
Que llamas ya mariposa,  
Era águila caudalosa.  
TEODORO.  
El pensamiento, que vuela  
A los mismos cercos de oro  
Del sol, tan baja la mira,  
Que aun de que la ve se admira.

TRISTAN.  
Hablas con justo decoro;  
Mas ¿qué haremos del papel?

TEODORO.  
Esto.  
TRISTAN.  
¿Rasgástele?

TEODORO.  
Sí.  
TRISTAN.  
¿Por qué, Señor?

TEODORO.  
Porque así  
Respondí mas presto á él.

TRISTAN.  
Ese es injusto rigor.

TEODORO.  
Ya soy otro; no te espantes.

TRISTAN.  
Basta; que sois los amantes  
Boticarios del amor;  
Que, como ellos las recetas,  
Vais ensartando papeles.  
Récipe celos crueles,  
Agua de azules violetas.  
Récipe un desden extraño,  
*Sirupi del borrajorum*,  
Con que la sangre *templorum*,  
Para asegurar el daño.  
Récipe ausencia: tomad  
Un emplasto para el pecho;  
Que os hiciera mas provecho  
Estaros en la ciudad.

Récipe de matrimonio:  
Allí es menester jarabes,  
Y tras diez días suaves  
Purgalle con antimonio.  
Récipe *signi m celeste*,  
Que *Capricornius dicetur*:  
Ese enfermo *moriatur*,  
Si no es que paciencia preste.  
Récipe que de una tienda  
Joya ó vestido *sacabis*:  
Con tabletas *confortabis*  
La bolsa que tal emprenda.  
A esta traza, finalmente,  
Van todo el año ensartando.  
Llega la paga: en pagando,  
O viva ó muera el doliente,  
Se rasga todo papel.  
Tú la cuenta has acabado,  
Y el de Marcela has rasgado  
Sin saber lo que hay en él.

TEODORO.  
Ya tú debes de venir  
Con el vino que otras veces.

TRISTAN.  
Pienso que te desvaneces  
Con lo que intentas subir.

TEODORO.  
Tristan, cuantos han nacido  
Su ventura han de tener;  
No saberla conocer



Es el no haberla tenido.  
O morir en la porfía,  
O ser conde de Belñor.

TRISTAN.

César llamaron, Señor,  
A aquel duque que traía  
Escrito por gran blason:  
«César ó nada;» y en fin  
Tuvo tan contrario el fin,  
Que al fin de su pretension  
Escribió una pluma airada:  
«César ó nada, dijiste,  
Y todo, César, lo fuiste,  
Pues fuiste César y nada.»

TEODORO.

Pues tomo, Tristan, la empresa,  
Y haga después la fortuna  
Lo que quisiere.

### ESCENA VI.

MARCELA y DOROTEA, *sin reparar*  
*en* — TEODORO y TRISTAN.

DOROTEA.

Si á alguna

De tus desdichas le pesa,  
De todas las que servimos  
A la Condesa, soy yo.

MARCELA.

En la prision que me dió,  
Tan justa amistad hicimos,  
Y yo me siento obligada  
De suerte, mi Dorotea,  
Que no habrá amiga que sea  
Mas de Marcela estimada.  
Anarda piensa que yo  
No sé cómo quiere á Fabio.  
Pues della nació mi agravio;  
Que á la Condesa contó  
Los amores de Teodoro.

DOROTEA.

Teodoro está aquí.

MARCELA.

¡Mi bien!...

TEODORO.

Marcela, el paso deten.

MARCELA.

¿Cómo, mi bien, si te adoro,  
Cuando á mis ojos te ofreces?

TEODORO.

Mira lo que haces y dices;  
Que en palacio los tapices  
Han hablado algunas veces.  
¿De qué piensas que nació  
Hacer figuras en ellos?  
De avisar que detrás dellos  
Siempre algun vivo escuchó.  
Si un mudo viendo matar  
A un rey su padre, dió voces,  
Figuras que no conoces,  
Pintadas sabrán hablar.

MARCELA.

¿Has leído mi papel?

TEODORO.

Sin leerle le he rasgado:  
Que estoy tan escarmentado,  
Que rasgué mi amor con él.

MARCELA.

¿Son los pedazos aquestos?

TEODORO.

Sí, Marcela.

MARCELA.

Y ya ¿mi amor

Has rasgado?

TEODORO.

¿No es mejor

Que vernos por puntos puestos

En peligros tan extraños?  
Si tú de mi intento estás,  
No tratemos desto mas,  
Para excusar tantos daños.

MARCELA.

¿Qué dices?

TEODORO.

Que estoy dispuesto

A no darle mas enojos

A la Condesa.

MARCELA.

En los ojos

Tuve muchas veces puesto

El temor desta verdad.

TEODORO.

Marcela, queda con Dios.

Aquí acaba de los dos

El amor, no el amistad.

MARCELA.

¿Tú dices eso, Teodoro,

A Marcela!

TEODORO.

Yo lo digo;

Que soy de quietud amigo,

Y de guardar el decoro

A la casa que me ha dado

El ser que tengo.

MARCELA.

Oye, advierte.

TEODORO.

Déjame.

MARCELA.

¿De aquesta suerte

Me tratas?

TEODORO.

¿Qué necio enfado! *(Vase.)*

### ESCENA VII.

MARCELA, DOROTEA, TRISTAN.

MARCELA.

¡Ah Tristan, Tristan!

TRISTAN.

¿Qué quieres?

MARCELA.

¿Qué es esto?

TRISTAN.

Una mudancita:

Que á las mujeres imita

Teodoro.

MARCELA.

¿Cuáles mujeres?

TRISTAN.

Unas de azúcar y miel.

MARCELA.

Dile...

TRISTAN.

No me digas nada;

Que soy vaina desta espada,

Nema de aqueste papel,

Caja de aqueste sombrero,

Fieltro deste caminante,

Mudanza deste danzante,

Día deste vario hebrero,

Sombra deste cuerpo vano,

Posta de aquesta estafeta,

Rastro de aquesta cometa,

Tempestad deste verano;

Y finalmente, yo soy

La uña de aqueste dedo.

Que en cortándome, no puedo

Decir que con él estoy. *(Vase.)*

### ESCENA VIII.

MARCELA, DOROTEA.

MARCELA.

¿Qué sientes desto?

DOROTEA.

No sé;

Que á hablar no me alrevo.

MARCELA.

¿No?

Pues yo hablaré.

DOROTEA.

Pues yo no.

MARCELA.

Pues yo sí.

DOROTEA.

Mira que fué

Bueno el aviso, Marcela,

De los tapices que miras.

MARCELA.

Amor en celosas iras  
Ningun peligro recela.  
A no saber cuán altiva  
Es la Condesa, dijera  
Que Teodoro en algo espera,  
Porque no sin causa priva  
Tanto estos días Teodoro.

DOROTEA.

Calla; que estás enojada.

MARCELA.

Mas yo me veré vengada...

Ni soy tan necia, que ignoro

Las tretas de hacer pesar.

### ESCENA IX.

FABIO. — DICHAS.

FABIO.

¿Está el secretario aquí?

MARCELA.

¿Es por burlarte de mí?

FABIO.

Por Dios, que le ando á buscar;

Que le llama mi señora.

MARCELA.

Fabio, que sea ó no sea,

Pregúntale á Dorotea

Cuál puse á Teodoro agora.

¿No es majadero cansado

Este secretario nuestro?

FABIO.

¿Qué engaño tan necio el vuestro!

¿Queréis que esté deslumbado

De lo que los dos tratais?

¿Es concierto de los dos?

MARCELA.

¿Concierto? ¡Bueno!

FABIO.

Por Dios,

Que pienso que me engaños.

MARCELA.

Confieso, Fabio, que oi

Mas locuras de Teodoro;

Mas yo sé que á un hombre adoro,

Harto parecido á ti.

FABIO.

¿A mí?

MARCELA.

Pues ¿no te pareces

A ti?

FABIO.

Pues ¡á mí, Marcela!

MARCELA.

Si te hablo con cautela,

Fabio; si no me enloqueces,

Si tu tallo no me agrada,  
Si no soy tuya, mi Fabio.  
Máteme el mayor agravio,  
Que es el querer despreciada.

FABIO.

Es engaño conocido,  
O tú te quieres morir,  
Pues quieres restituir  
El alma que me has debido.  
Si es burla ó es invencion,  
¿A qué camina tu intento?

DOROTEA.

Fabio, ten atrevimiento  
Y aprovecha la ocasion;  
Que hoy te ha de querer Marcela  
Por fuerza.

FABIO.

Por voluntad  
Fuera amor, fuera verdad.

DOROTEA.

Teodoro mas alto vuela;  
De Marcela se descarta.

FABIO.

Marcela, á buscarle voy.  
Bueno en sus desdenes soy.  
Si amor te convierte en carta,  
El sobrescrito á Teodoro.  
Y en su ausencia dénla á Fabio.  
Mas yo perdono el agravio,  
Aunque ofenda mi decoro,  
Y de espacio te hablaré,  
Siempre tuyo en bien ó en mal. (Vase.)

## ESCENA X.

MARCELA, DOROTEA.

DOROTEA.

¿Qué has hecho?

MARCELA.

No sé; estoy tal.

Que de mi misma no sé.  
Anarda ¿no quiere á Fabio?

DOROTEA.

Si quiere.

MARCELA.

Pues de los dos  
Me vengo; que amor es Dios  
De la envidia y del agravio.

## ESCENA XI.

DIANA. ANARDA. — DICHAS.

DIANA. (Ap. á Anarda.)

Esta ha sido la ocasion;  
No me reprehendas mas.

ANARDA.

La disculpa que me das  
Me ha puesto en mas confusion.  
Marcela está aquí, Señora,  
Hablando con Dorotea.

DIANA.

Pues no hay disgusto que sea  
Para mi mayor agora.—  
Salte allá fuera, Marcela.

MARCELA.

Vamos, Dorotea, de aquí.  
(Ap. Bien digo yo que de mi  
O se enfada ó se revela.)

(Vause Marcela y Dorotea.)

## ESCENA XII.

DIANA. ANARDA.

ANARDA.

¿Puédote hablar?

DIANA.

Ya bien puedes.

ANARDA.

Los dos que de aquí se van  
Ciegos de tu amor están;  
Tú en desdenarlos, excedes  
La condicion de Anarjate,  
La castidad de Lucrecia;  
Y quien á tantos desprecia...

DIANA.

Ya me canso de escucharte.

ANARDA.

¿Con quién se piensa casar?  
¿No puede el marqués Ricardo,  
Por generoso y gallardo,  
Si no exceder, igualar  
Al mas poderoso y rico?  
Y la mas noble mujer  
¿También no lo puede ser  
be tu primo Federico?  
¿Por qué los has despedido  
Con tan extraño desprecio?

DIANA.

Porque uno es loco, otro necio,  
Y tú, en no haberme entendido,  
Mas, Anarda, que los dos.  
No los quiero, porque quiero,  
Y quiero porque no espero  
Remedio.

ANARDA.

¿Válame Dios!

¿Tú quieres?

DIANA.

¿No soy mujer?

ANARDA.

Si, pero imagen de hielo,  
Donde el mismo sol del cielo  
Podrá tocar y no arder.

DIANA.

Pues esos hielos, Anarda,  
Dieron todos á los pies  
De un hombre humilde.

ANARDA.

¿Quién es?

DIANA.

La vergüenza me acobarda,  
Que de mi propio valor  
Tengo: no diré su nombre;  
Basta que sepas que es hombre  
Que puede infamar mi honor.

ANARDA.

Si Pasife quiso un toro,  
Semiramis un caballo.  
Y otras los monstros que callo  
Por no infamar su decoro.  
¿Qué ofensa te puede hacer  
Querer hombre, sea quien fuere?

DIANA.

Quien quiere, puede, si quiere,  
Como quiso, aborrecer.  
Esto es lo mejor: yo quiero  
No querer.

ANARDA.

¿Podrás?

DIANA.

Podré;

Que si cuando quise amé,  
No amar en queriendo espero.  
(Tocan dentro.)

¿Quién canta?

ANARDA.

Fabio con Clara.

DIANA.

¿Ojalá que me diviertan!

ANARDA.

Música y amor conciertan  
Bien; en la cancion repara.  
(Cantan dentro.)

¿Oh quién pudiera hacer, oh quién hi-  
[ciere]

Que en no queriendo amar aborreciese!  
Oh quién pudiera hacer, oh quién hicie-  
[ra]

Que en no queriendo amar aborreciera!

ANARDA.

¿Qué te dice la cancion?  
¿No ves que te contradice?

DIANA.

Bien entiendo lo que dice;  
Mas yo sé mi condicion,  
Y sé que estará en mi mano,  
Como amar, aborrecer.

ANARDA.

Quien tiene tanto poder  
Pasa del limite humano.

## ESCENA XIII.

TEODORO. — DICHAS.

TEODORO.

Fabio me ha dicho, Señora,  
Que le mandaste buscarme.

DIANA.

Horas há que te deseo.

TEODORO.

Pues va vengo á que me maudes,  
Y perdona si he faltado.

DIANA.

Ya has visto estos dos amantes...  
Estos dos mis pretendientes.

TEODORO.

Si, Señora.

DIANA.

Buenos talles  
Tienen los dos.

TEODORO.

Y muy buenos.

DIANA.

No quiero determinarme  
Sin tu consejo. ¿Con cuál  
Te parece que me case?

TEODORO.

Pues ¿qué consejo, Señora,  
Puedo yo en las cosas darte  
Que consisten en tu gusto?  
Cualquiera que quieras darme  
Por dueño, será el mejor.

DIANA.

Mal pagas el estimarte  
Por consejero, Teodoro,  
En caso tan importante.

TEODORO.

Señora, en casa ¿no hay viejos  
Que entienden de casos tales?  
Ótavo, tu mayordomo,  
Con experiencia lo sabe,  
Fuera de su larga edad.

DIANA.

Quiero yo que á ti te agrade  
El dueño que has de tener.  
¿Tiene el Marqués mejor talle  
Que mi primo?

TEODORO.

Si, Señora.

DIANA.

Pues elijo al Marqués: parte,  
Y pídele las albricias.  
(Vause la Condesa y Anarda.)

## ESCENA XIV.

TEODORO.

¿Hay desdicha semejante?  
Hay resolucion tan breve?  
Hay mudanza tan notable?  
¿Éstos eran los intentos

Que tuve?; Oh sol, abrasadme  
Las alas con que subí,  
Pues vuestro rayo deshace  
Las mal atrevidas plumas  
A la belleza de un ángel!  
Cavó Diana en su error.  
¡Oh, qué mal hice en fiarme  
De una palabra amorosa!  
¡Ay! ¿como entre desiguales  
Mal se concerta el amor!  
Pero ¿es mucho que me engañen  
Aquellos ojos á mi,  
Si pudieran ser bastantes  
A hacer engaños á Ulises?  
De nadie puedo quejarme,  
Sino de mi. Pero en fin  
¿Qué pierdo cuando me falte?  
Haré cuenta que he tenido  
Algun accidente grave,  
Y que mientras me duró,  
Imaginé disparates.  
No mas; despedios de ser,  
Oh pensamiento arrogante,  
Conde de Belflor; volved  
La proa al antigua margen;  
Queramos nuestra Marcela;  
Para vos Mar- ella baste.  
Señoras busquen señores;  
Que amor se engendra de iguales;  
Y pues en aire nacistes,  
Quedad convertido en aire;  
Que donde méritos faltan,  
Los que piensan subir, caen.

### ESCENA XV.

FABIO. — TEODORO.

FABIO.

¿Hablaste ya con mi señora?

TEODORO.

Ahora,

Fabio, la hablé, y estoy con gran contento.  
Porque ya la Condesa mi señora [to,  
Rinde su condicion al casamiento.  
Los dos que viste, cada cual la adora;  
Mas ella, con su raro entendimiento,  
Al Marqués escogió.

FABIO.

Discreta ha sido.

TEODORO.

Que gane las albricias me ha pedido;  
Mas yo, que soy tu amigo, quiero darte.  
Fabio, aqueste provecho: parte presto,  
Y pídelas por mí.

FABIO.

Si debo amarte,

Muestra la obligacion en que me has [puesto.

Voy como un rayo, y volveré á buscarte,  
Satisfecho de ti, contento desto.  
Y alábase el Marqués; que ha sido empre-  
de gran valor rendirse la Condesa. [sa

(Vase.)

### ESCENA XVI.

TRISTAN. — TEODORO.

TRISTAN.

Turbado á buscarte vengo.

¿Es verdad lo que me han dicho?

TEODORO.

¡Ay, Tristan! verdad será,  
Si son desengaños míos.

TRISTAN.

Ya, Teodoro, en las dos sillas  
Los dos batanes he visto  
Que molieron á Diana;  
Pero que hubiese elegido,  
Hasta agora no lo sé.

TEODORO.

Pues. Tristan, agora vino  
Ese tornasol mudable,  
Esa veleta, ese vidrio,  
Ese río junto al mar,  
Que vuelve atrás, aunque es río;  
Esa Diana, esa luna,  
Esa mujer, ese hechizo,  
Ese monstro de mudanzas,  
Que solo perderme quiso  
Por afrontar sus victorias;  
Y que dijese me dijo  
Cuál de los dos me agradaba;  
Porque sin consejo mío  
No se pensaba casar.  
Quede muerto, y tan perdido,  
Que no responder locuras  
Fué de mi locura indicio.  
Dijome, en fin, que el Marqués  
Le agradaba, y que yo mismo  
Fuese á pedir las albricias.

TRISTAN.

Ella en fin ¿tiene marido?

TEODORO.

El marqués Ricardo.

TRISTAN.

Pienso  
Que, á no verte sin juicio,  
Y porque dar aflicion  
No es justo á los afligidos,  
Que agora te diera vaya  
De aquel pensamiento altivo  
Con que á ser conde aspirabas.

TEODORO.

Si aspiré, Tristan, ya espiro.

TRISTAN.

La culpa tienes de todo.

TEODORO.

No lo niego; que yo he sido  
Fácil en creer los ojos  
De una mujer.

TRISTAN.

Yo te digo  
Que no hay vasos de veneno  
A los mortales sentidos,  
Teodoro, como los ojos  
De una mujer.

TEODORO.

De corrido,  
Te juro, Tristan, que apenas  
Puedo levantar los míos.  
Esto pasó, y el remedio  
Es sepultar en olvido  
El suceso y el amor.

TRISTAN.

¿Qué arrepentido y contrito  
Has de volver á Marcela!

TEODORO.

Presto serémos amigos.

### ESCENA XVII.

MARCELA, sin reparar en — TEODORO y TRISTAN.

MARCELA. (Para sí.)

[¡ue!  
¿Qué mal que finge amor quien no le tiene!  
Que mal puede olvidarse amor de un año,  
Pues mientras mas el pensamiento enga-  
mas atrevido á la memoria viene! [¡uo,  
Pero si es fuerza y el honor conviene,  
Remedio suele ser del engaño  
Curar el propio amor amor extraño:  
Que no espere remedio el que entretiene.  
Mas ¡ay! que imaginar que puede  
En medio de otro amor, es atreverse  
A dar mayor venganza por vengarse.

Mejor es esperar que no perderse;  
Que suele alguna vez, pensando helarse  
Amor, con los remedios encenderse.

TEODORO.

Marcela...

MARCELA.

¿Quién es?

TEODORO.

Yo soy.

¿Así te olvidas de mí?

MARCELA.

Y tan olvidada estoy,  
Que á no imaginar en tí  
Fuera de mi misma voy.  
Porque si en mi misma fuera,  
Te imaginara y te viera;  
Que para no imaginarte,  
Tengo el alma en otra parte,  
Aunque olvidarte no quiera.  
¿Cómo me osaste nombrar?  
Cómo cupo en esa boca  
Mi nombre?

TEODORO.

Quise probar  
Tu firmeza, y es tan poca,  
Que no me ha dado lugar.  
Ya dicen que se empleó  
Tu cuidado en un sugeto  
Que mi amor substituyó.

MARCELA.

Nunca. Teodoro, el discreto  
Mujer ni vidrio probó.  
Mas no me des á entender  
Que prueba quisiste hacer;  
Yo te conozco, Teodoro:  
Unos pensamientos de oro  
Te hicieron enloquecer.  
¿Cómo te va? ¿No te salen  
Como tú los imaginas?  
No te cuestan lo que valen?  
No hay dichas que las divinas  
Partes de tu dueño igualen?  
¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?  
Turbado, Teodoro, vienes.  
¿Mudóse aquel vendabal?  
Vuelves á buscar tu igual,  
O te burlas y entretienes?  
Confieso que me holgaría  
Que dieses á mi esperanza,  
Teodoro, un alegre día.

TEODORO.

Si le quieres con venganza,  
¿Qué mayor, Marcela mía?  
Pero mira que el amor  
Es hijo de la nobleza:  
No muestres tanto rigor;  
Que es la venganza hajeza  
Indigna del vencedor.  
Venciste: yo vuelvo á tí,  
Marcela; que no sali  
Con aquel mi pensamiento.  
Perdona el atrevimiento.  
Si ha quedado amor en tí.  
No porque no puede ser  
Proseguir las esperanzas  
Con que te pude ofender.  
Mas porque en estas mudanzas  
Memorias me hacen volver.  
Sean pues estas memorias  
Parte á despertar la tuya,  
Pues confieso tus victorias.

MARCELA.

No quiera Dios que destruya  
Los principios de tus glorias.  
Sirve, bien haces, porfia,  
No te rindas; que dirá  
Tu dueño que es cobardía.  
Sigue tu dicha; que ya  
Voy prosiguiendo la mia.  
No es agravio amar á Fabio,



Pues me dejaste, Teodoro,  
Sino el remedio mas sabio:  
Que aunque el dueño no mejoro,  
Basta vengar el agravio.  
Y quédate á Dios; que ya  
Me cansa el hablar contigo;  
No venga Fabio, que está  
Medio casado conmigo.

TEODORO.

Tenla, Tristan; que se va.

TRISTAN.

Señora, Señora, advierte  
Que no es volver á quererte  
Dejar de haberte querido.  
Disculpa el buscarte ha sido,  
Si ha sido culpa ofenderte.  
Oyeme, Marcela, á mí.

MARCELA.

¿Qué quieres, Tristan?

TRISTAN.

Espera.

### ESCENA XVIII.

DIANA, ANARDA. — TEODORO, MARCELA, y TRISTAN, *sin verlas.*

DIANA. (Ap.)

¿Teodoro y Marcela aquí!

ANARDA. (Ap. á la Condesa.)

Parece que el ver te altera  
Que estos dos se hablen así.

DIANA.

Toma, Anarda, esa antepuerta,  
Y cubrámonos las dos.

(Ap. Amor con celos despierta.)  
(Ocúltanse Diana y Anarda.)

MARCELA.

Déjame, Tristan, por Dios.

ANARDA. (Ap. á Diana.)

Tristan á los dos concierta,  
Que deben de estar reñidos.

DIANA.

El alcahuete lacayo  
Me ha quitado los sentidos.

TRISTAN.

No pasó mas presto el rayo,  
Que por sus ojos y oídos  
Pasó la necia belleza  
Desa mujer que le adora.  
Ya desprecia su riqueza;  
Que mas riqueza atesora  
Tu gallarda gentileza.  
Haz cuenta que fué cometa  
Aquel amor. Vén acá,  
Teodoro.

DIANA. (Ap.)

¡Brava estafeta

Es el lacayo!

TEODORO.

Si ya

Marcela, á Fabio sujeta,  
Dice que le tiene amor,  
¿Por qué me llamas, Tristan?

TRISTAN.

¡Otro enojado!

TEODORO.

Mejor

Los dos casarse podrán.

TRISTAN.

¿Tú tambien? ¡Bravo rigor!  
Éa acaba, llega pues.  
Dame esa mano, y después  
Que se hagan las amistades.

TEODORO.

Necio, ¿tú me persuades?

L-1.

TRISTAN.

Por mí quiero que le des  
La mano esta vez, Señora.

TEODORO.

¿Cuándo he dicho yo á Marcela  
Que he tenido á nadie amor?  
Y ella me ha dicho...

TRISTAN.

Es cautela

Para vengar tu rigor.

MARCELA.

No es cautela; que es verdad.

TRISTAN.

Calla, boba.—La llegad.  
¿Qué necios estáis los dos!

TEODORO.

Yo rogaba; mas por Dios,  
Que no he de hacer amistad.

MARCELA.

Pues á mí me pase un rayo.

TRISTAN.

No jures.

MARCELA. (Ap. á Tristan.)

Aunque le muestro

Eñojo, ya me desmayo.

TRISTAN.

Pues tente firme.

DIANA. (Ap.)

¿Qué diestro

Está el bellaco lacayo!

MARCELA.

Déjame. Tristan; que tengo  
Qué hacer.

TEODORO.

Déjala, Tristan.

TRISTAN.

Por mí, vaya.

TEODORO.

Tenla.

MARCELA.

Vengo,

Mi amor.

TRISTAN.

¿Cómo no se van

Ya? Que á ninguno detengo.

MARCELA.

¡Ay, mi bien! no puedoirme.

TEODORO.

Ni yo, porque no estan firme  
Ninguna roca en la mar.

MARCELA.

Los brazos te quiero dar.

TEODORO.

Y yo á los tuyos asirme.

TRISTAN.

Si yo no era menester,

¿Por qué me hicistes cansar?

ANARDA. (Ap. á la Condesa.)

¿Desto gustas?

DIANA.

Vengo á ver

Lo poco que hay que fiar

De un hombre y una mujer.

TEODORO.

¡Ay! ¿qué me has dicho de afrentas!

TRISTAN.

Yo he salido ya, con veros  
Juntar las almas contentas;  
Que es desgracia de terceros  
No se concertar las ventas.

MARCELA.

Si te trocare, mi bien.

Por Fabio ni por el mundo,

Que tus agravios me dén  
La muerte.

TEODORO.

Hoy de nuevo fundo,

Marcela, mi amor tambien;  
Y si te olvidare, digo  
Que me dé el cielo en castigo  
El verte en brazos de Fabio.

MARCELA.

¿Quieres deshacer mi agravio?

TEODORO.

¿Qué no haré por ti y contigo?

MARCELA.

Di que todas las mujeres  
Son feas.

TEODORO.

Contigo, es claro.

Mira qué otra cosa quieres.

MARCELA.

En ciertos celos reparo,  
Ya que tan mi amigo eres;  
Que no importa que esté aquí  
Tristan.

TRISTAN.

Bien podeis por mí,  
Aunque de mi mismo sea.

MARCELA.

Di que la Condesa es fea.

TEODORO.

Y un demonio para mí.

MARCELA.

¿No es necia?

TEODORO.

Por todo extremo.

MARCELA.

¿No es bachillera?

TEODORO.

Es cuitada.

DIANA. (Ap. á Anarda.)

Quiero estorbarlos: que temo  
Que no reparen en nada,  
Y aunque me hielo, me quemo.

ANARDA.

¡Ay, Señora! no hagas tal.

TRISTAN.

Cuando querais decir mal  
De la Condesa y su talle,  
A mí me oid.

DIANA.

¿Escuchalle  
Podré desvergüenza igual?

TRISTAN.

Lo primero...

DIANA. (Ap.)

Yo no aguardo

A lo segundo; que fuera  
Necedad.

MARCELA.

Voyme, Teodoro.

(Adelántanse Diana y Anarda; Marcela hace una reverencia á la Condesa, y se va.)

TRISTAN. (Ap.)

¡La Condesa!

TEODORO. (Ap.)

¡La Condesa!

DIANA.

Teodoro...

TEODORO.

Señora, advierte...

TRISTAN. (Ap.)

El cielo á tronar comienza:  
No pienso aguardar los rayos. (Vase.)

## ESCENA XIX.

DIANA, TEODORO, ANARDA.

DIANA.

Anarda, un bufete llega.  
Escribiráme Teodoro  
Una carta de su letra,  
Pero notándola yo.

TEODORO. (Ap.)

Todo el corazón me tiembla.  
¿Si oyó lo que hablabamos?

DIANA. (Ap.)

Bravamente amor despierta  
Con los celos á los ojos,  
Que aqueste amase á Marcela,  
Y que yo no tenga partes  
Para que tambien me quiera!  
Que se burlasen de mí!

TEODORO. (Ap.)

Ella murmura y se queja;  
Bien digo yo que en Palacio,  
Para que á callar aprenda,  
Tapices tienen oídos,  
Y paredes tienen lenguas.

ANARDA.

Este pequeño he traído,  
Y tu escribanía.

DIANA.

Llega,  
Teodoro, y toma la pluma.

TEODORO. (Ap.)

Hoy me mata ó me destierra.

DIANA.

Escribe.

TEODORO.

Di.

DIANA.

No estás bien  
Con la rodilla en la tierra;  
Ponle, Anarda, una almohada.

TEODORO.

Yo estoy bien.

DIANA.

Pónsela, necia.

TEODORO.

(Ap. No me agrada esto favor  
Sobre enojos y sospechas;  
Que quien honra las rodillas,  
Cortar quiere la cabeza.)  
Yo aguardo.

DIANA.

Yo digo así.

TEODORO. (Ap.)

Mil cruces hacer quisiera.

(Siéntase la Condesa en una silla alta:  
ella dicta y él va escribiendo.)

DIANA.

«Cuando una mujer principal se ha  
declarado con un hombre humilde, es-  
to mucho el término de volver á hablar  
con otra; mas quien no estima su for-  
tuna, quédese para necio.»

TEODORO.

¿No dices mas?

DIANA.

Pues ¿qué mas?

El papel, Teodoro, cierra.

ANARDA. (Ap. á Diana.)

¿Qué es esto que haces, Señora?

DIANA.

Necesades de amor llenas.

ANARDA.

Pues ¿á quién tienes amor?

DIANA.

¿Aun no le conoces, bestia?

Pues yo sé que le murmuran  
De mi casa hasta las piedras.

TEODORO.

Ya el papel está cerrado;  
Solo el sobrescrito resta.

DIANA.

Pon, Teodoro, para tí;  
Y no lo entienda Marcela;  
Que quizá le entenderás  
Cuando de espacio le leas.

(Vase la Condesa y Anarda.)

## ESCENA XX.

TEODORO; y luego, MARCELA.

TEODORO.

¿Hay confusion tan extraña!  
¿Que aquesta mujer me quiera  
Con pausas, como sangría,  
Y que tenga intercedencias  
El pulso de amor tan grandes!

(Sale Marcela.)

MARCELA.

¿Qué te ha dicho la Condesa,  
Mi bien? que he estado temblando  
Detrás de aquella antepuerta.

TEODORO.

Dijome que te quería  
Casar con Fabio, Marcela;  
Y este papel que escribi  
Es que despacha á su tierra  
Por los dineros del dote.

MARCELA.

¿Qué dices?

TEODORO.

Solo que sea  
Para bien, y pues te casas,  
Que de burlas ni de veras  
Tomes mi nombre en tu boca.

MARCELA.

Oye.

TEODORO.

Es tarde para quejas.

(Vase.)

## ESCENA XXI.

MARCELA.

No, no puedo yo creer  
Que aquesta lá ocasion sea.  
Favores de aquesta loca  
Le han hecho dar esta vuelta;  
Que él está como arcaduz,  
Que cuando baja, le llena  
Del agua de su favor,  
Y cuando sube, le mengua.  
¿Ay de mí, Teodoro ingrato,  
Que luego que su grandeza  
Te toca al arma, me olvidas!  
Cuando te quiere me dejas,  
Cuando te deja me quieres.  
¿Quién ha de tener paciencia?

## ESCENA XXII.

RICARDO, FABIO. — MARCELA.

RICARDO.

No pude, Fabio, detenerme un hora.  
Por tal merced le besaré las manos.

FABIO.

Dile presto, Marcela, á mi señora  
Que está el Marqués aquí.

MARCELA. (Ap.)

Celos tiranos,

Celos crueles, ¿qué queréis agora,  
Tras tantos locos pensamientos vanos?

FABIO.

¿No vas?

MARCELA.

Ya voy.

FABIO.

Pues dile que ha venido  
Nuestro nuevo señor y su marido.  
(Vase Marcela.)

## ESCENA XXIII.

RICARDO, FABIO.

RICARDO.

Id, Fabio, á mi posada; que mañana  
Os daré mil escudos y un caballo  
De la casta mejor napolitana.

FABIO.

Sabré, si no servillo, celebrallo.

RICARDO.

Este es principio solo; que Diana  
Os tiene por criado y por vasallo,  
Y yo por solo amigo.

FABIO.

Esos piés beso.

RICARDO.

No pago así; lá obligacion confieso.

## ESCENA XXIV.

DIANA. — Dichos.

DIANA.

¿Vuseñoría aquí!

RICARDO.

Pues ¿no era justo,  
Si me enviáis con Fabio tal recado,  
Y que después de aquel mortal disgusto,  
Me elegis por marido y por criado?  
Dadme esos piés; que de manera el gusto  
De ver mi amor en tan dichoso estado  
Me vuelve loco, que le tengo en poco,  
Si me contento con volverme loco.  
¿Cuándo pensé, Señora, mereceros,  
Ni llegar á mas bien que desearos?

DIANA.

[deros.

No acierto, aunque lo intento, á respon-  
¿Yo he enviado á llamarlos! O ¿es burla-

RICARDO.

[ros?

Fabio, ¿qué es esto?

FABIO

¿Puede yo traerlos  
Sin ocasion agora, ni llamalos,  
Menos que de Teodoro prevenido?

DIANA.

Culpa, Ricardo, de Teodoro ha sido.  
Oyóme anteponer á Federico  
Vuestra persona, como primohermano  
Y caballero generoso y rico,  
Y presumió que os daba ya la mano.  
A vuestra señoría le suplico  
Perdone aquestos necios.

RICARDO.

Fuera en vano

Dar á Fabio perdon, si no estuviera  
Adonde vuestra imagen le valiera.  
Bésos los piés por el favor, y espero  
Que ha de vencer mi amor esta porfia.  
(Vase.)

DIANA.

¿Parécenos bien aquesto, majadero?

FABIO.

¿Por qué me culpa á mi vuseñoría?

DIANA.

Llamad luego á Teodoro. (Ap. ¿Qué lige-  
Este cansado pretensor venia, [ro  
Cuando me matan celos de Teodoro!)

FABIO. (Ap.)

Perdí el caballo y mil escudos de oro.  
(Vase.)

## ESCENA XXV.

DIANA.

¿Qué me quieres, amor? Ya ¿no tenía  
Olvidado á Teodoro? ¿Qué me quieres?  
Pero responderás que tú no eres,  
Sino tu sombra, que detrás venía. [fía]  
¡Oh celos! ¿qué no hará vuestra por-  
Malos letrados sois con las mujeres,  
Pues jamás os pidieron pareceres  
Que pudiese el honor guardarse un día.  
Yo quiero á un hombre bien; mas se me

[acuerda  
Que yo soy mar y que es humilde barco,  
Y que es contra razón que el mar se pier-  
[da.

En gran peligro, amor, el alma embar-  
Mas si tanto el honor tira la cuerda, [co;  
Por Dios, que temo que se rompa el arco.

## ESCENA XXVI.

TEODORO, FABIO. — DIANA.

FABIO. (Ap. á Teodoro.)

Pensó matarme el Marqués;  
Pero, la verdad diciendo,  
Mas sentí los mil escudos.

TEODORO.

Yo quiero darte un consejo.

FABIO.

¿Cómo?

TEODORO.

El conde Federico  
Estaba perdiendo el seso  
Porque el Marqués se casaba.  
Parte, y di que el casamiento  
Se ha deshecho, y te dara  
Esos mil escudos luego.

FABIO.

Voy como un rayo.

TEODORO.

Camina.

(Vase Fabio.)

## ESCENA XXVII.

DIANA, TEODORO.

TEODORO.

¿Llamábasme?

DIANA.

Bien ha hecho

Ese necio en irse agora.

TEODORO.

Un hora he estado leyendo

Tu papel, y bien mirado,

Señora, tu pensamiento,

Ballo que mi cobardia

Procede de tu respeto;

Pero que ya soy culpado

En tenerle, como necio,

A tus muchas diligencias;

Y así, á decir me resuelvo

Que te quiero, y que es disculpa

Que con respeto te quiero.

Temblando estoy, no te espantes.

DIANA.

Teodoro, yo te lo creo.

¿Por qué no me has de querer,

Si soy tu señora y tengo

Tu voluntad obligada,

Pues te estimo y favorezco

Mas que á los otros criados?

TEODORO.

Ese lenguaje no entiendo.

DIANA.

No hay mas que entender, Teodoro,

Ni pasar el pensamiento

Un átomo desta raya.

Enfrena cualquier deseo;

Que de una mujer, Teodoro,

Tan principal, y mas siendo

Tus méritos tan humildes,

Basta un favor muy pequeño

Para que toda la vida

Vivas honrado y contento.

TEODORO.

Cierto que vuseñoria

(Perdóneme si me atrevo)

Tiene en el juicio á veces,

Que no en el entendimiento,

Mil lucidos intervalos.

¿Para qué puede ser bueno

Haberme dado esperanzas

Que en tal estado me han puesto,

Pues del peso de mis dichas

Cai, como sabe, enfermo

Casi un mes en una cama.

Luego ¿qué trata mas desto

Si cuando ve que me enfrio

Se abrasa de vivo fuego,

Y cuando ve que me abraso

Se hiela de puro hielo?

Bejarme con Marcela.

Mas viénele bien el cuento

Del perro del hortelano.

No quiere, abrasada en celos,

Que me case con Marcela;

Y en viendo que no la quiero,

Vuelve á quitarme el juicio,

Y á despertarme si duermo.

Pues coma ó deje comer;

Porque yo no me sustento

De esperanzas tan cansadas;

Que si no, desde aquí vuelvo

A querer d'onde me quieren.

DIANA.

Eso no, Teodoro: advierto

Que Marcela no ha de ser.

En otro cualquier sugeto

Pon los ojos; que en Marcela

No hay remedio.

TEODORO.

¿No hay remedio?

Pues ¿quiere vuseñoria

Que, si me quiere y la quiero,

Ande á probar voluntades?

¿Tengo yo de tener puesto,

Adonde no tengo gusto,

Mi gusto por el ajeno?

Yo adoro á Marcela, y ella

Me adora, y es muy honesto

Este amor.

DIANA.

¡Picaro, infame!

Haré yo que os maten luego.

TEODORO.

¿Qué hace vuseñoria?

DIANA.

Daros, por sucio y grosero,

Estos hofetones.

## ESCENA XXVIII.

FEDERICO, FABIO. — DICHO.

FABIO. (Ap. á Federico.)

Tente.

FEDERICO.

Bien dices, Fabio; no entremos.

Pero mejor es llegar.—

Señora mia, ¿qué es esto?

DIANA.

No es nada: enojos que pasan

Entre criados y dueños.

FEDERICO.

¿Quiere vuestra señoria

Alguna cosa?

DIANA.

No quiero  
Mas de hablaros en las mias.

FEDERICO.

Quisiera venir á tiempo,  
Que os hallara con mas gusto.

DIANA.

Gusto, Federico, tengo;

Que aquestas son niñerías.

Entrad y sabréis mi intento

En lo que toca al Marqués. (Vase.)

## ESCENA XXIX.

FEDERICO, FABIO, TEODORO.

FEDERICO.

Fabio...

(Ap. á él.)

FABIO.

Señor...

FEDERICO.

Yo sospecho

Que en estos disgustos hay

Algunos gustos secretos.

FABIO.

No sé, por Dios. Admirado

De ver, señor Conde, quedo

Tratar tan mal á Teodoro;

Cosa que jamás ha hecho

La Condesa mi señora.

FEDERICO.

Bañóle de sangre el lienzo.

(Vanse Federico y Fabio.)

## ESCENA XXX.

TEODORO.

[quieres,

Si aquesto no es amor, ¿qué nombre

Amor, que tengan desatinos tales?

Si así quieren mujeres principales,

Furias las llamo yo; que no mujeres.

Si la grandeza excusa los placeres

Que iguales pueden ser en desiguales,

¿Por qué, enemiga, de crueldad te vales,

Y por matar á quien adoras, mueres?

¡Oh mano poderosa de matarme!

¿Quién te besara entonces, mano hermo-

Agradecido al dulce castigarme! [sa,

Noté esperaba yo tan rigurosa;

Pero si me castigas por tocarme,

Tu sola hallaste gusto en ser celosa.

## ESCENA XXXI.

TRISTAN. — TEODORO.

TRISTAN.

Siempre tengo de venir

Acabados los sucesos.

Parezo espada cobarde.

TEODORO.

¡Ay, Tristan!

TRISTAN.

Señor, ¿qué es esto?

¡Sangre en el lienzo!

TEODORO.

Con sangre

Quiere amor que de los celos

Entre la letra.

TRISTAN.

Por Dios,

Que han sido celos muy necios.

TEODORO.

No te espantes; que está loca

De un amoroso deseo,

Y como el ejecutarle

Tiene su amor por desprecio,

Quiere deshacer mi rostro,



Porque es mi rostro el espejo  
Adonde mira su honor,  
Y véngase en verle feo.

TRISTAN.

Señor, que Juana ó Lucia  
Cierran conmigo por celos,  
Y me rompan con las uñas  
El cuello que ellas me dieron;  
Que me repelen y arañen  
Sobre averiguar por cierto  
Que les hice un peso falso,  
Vaya: es gente de pandero,  
De media de cordellate  
Y de zapato fraileasco;  
Pero que tan gran señora  
Se pierda tanto el respeto  
A si misma, es vil accion.

TEODORO.

No sé, Tristan: pierdo el seso  
De ver que me está adorando,  
Y que me aborrece luego.  
No quiere que sea suyo  
Ni de Marcela; y si dejo  
De mirarla, luego busca  
Para hablarme algun enredo.  
No dudes: naturalmente  
Es del hortelano el perro.  
Ni come ni comer deja,  
Ni está fuera ni está dentro.

TRISTAN.

Contáronme que un doctor,  
Catedrático y maestro,  
Tenía un ama y un mozo  
Que siempre andaban riñendo.  
Reñían á la comida,  
A la cena, y hasta el sueño  
Le quitaban con sus voces;  
Que estudiar, no habia remedio.  
Estando en lición un día,  
Fuele forzoso corriendo  
Volver á casa, y entrando  
De improviso en su aposento,  
Vió el ama y mozo acostados  
Con amorosos requiebros,  
Y dijo: «¡Gracias á Dios,  
Que una vez en paz os veo!»  
Y esto imagino de entrambos,  
Aunque siempre andaís riñendo.

### ESCENA XXXII.

DIANA.—Dichos.

DIANA.

Teodoro...

TEODORO.

Señora...

TRISTAN. (Ap.)

¿Es duende

Esta mujer?

DIANA.

Solo vengo

A saber cómo te hallas.

TEODORO.

Ya ¿no lo ves?

DIANA.

¿Estás bueno?

TEODORO.

Bueno estoy.

DIANA.

¿Y no dirás:

«A tu servicio?»

TEODORO.

No puedo

Estar mucho en tu servicio,  
Siendo tal el tratamiento.

DIANA.

¿Qué poco sabes!

TEODORO.

Tan poco,

Que te siento y no te entiendo,  
Pues no entiendo tus palabras,  
Y tus bofetones siento.  
Si no te quiero te enfadas,  
Y enojaste si te quiero;  
Escribesme si me olvido,  
Y si me acuerdo te ofendo;  
Pretendes que yo te entienda,  
Y si te entiendo soy necio.  
Matame ó dame la vida;  
Da un medio á tantos extremos.

DIANA.

¿Hiciste sangre?

TEODORO.

Pues ¿no?

DIANA.

¿Adónde tienes el lienzo?

TEODORO.

Aquí.

DIANA.

Muestra.

TEODORO.

¿Para qué?

DIANA.

Para que esta sangre quiero.  
Habla á Otavio, á quien agora  
Mandé que te diese luego  
Dos mil escudos, Teodoro.

TEODORO.

¿Para qué?

DIANA.

Para hacer lienzos. (Vase.)

### ESCENA XXXIII.

TEODORO, TRISTAN.

TEODORO.

¡Hay disparates iguales!

TRISTAN.

¿Qué encantamientos son estos?

TEODORO.

Dos mil escudos me ha dado.

TRISTAN.

Bien puedes tomar al precio  
Otros cuatro bofetones.

TEODORO.

Bice que son para lienzos,

Y llevó el mio con sangre.

TRISTAN.

Pagó la sangre, y te ha hecho

Doncella por las narices.

TEODORO.

No anda mal agora el perro,

Pues después que muerde, halaga.

TRISTAN.

Todos aquestos extremos

Han de parar en el ama

Del doctor.

TEODORO.

¿Quiéralo el cielo!

## ACTO TERCERO.

Calle.

### ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, RICARDO; CELIO, dis-  
tante de ellos.

RICARDO.

¿Esto viste?

FEDERICO.

Esto vi.

RICARDO.

¿Y que le dió bofetones?

FEDERICO.

El servir tiene ocasiones,  
Mas no lo son para mí;  
Que al poner una mujer  
De aquellas prendas la mano  
Al rostro de un hombre, es llano  
Que otra ocasion puede haber.  
Y bien veis que lo acredita  
El andar tan mejorado.

RICARDO.

Ella es mujer y él criado.

FEDERICO.

Su perdicion solicita.  
La fábula que pintó  
El filósofo moral  
De las dos ollas, ¿qué igual  
Hoy á los dos la vistió!  
Era de barro la una,  
La otra de cobre ó hierro,  
Que un río á los pies de un cerro  
Llevó con varia fortuna.  
Desvióse la de barro  
De la de cobre, teniendo  
Que la quebrase: y yo entiendo  
Pensamiento tan bizarro  
Del hombre y de la mujer,  
Hierro y barro, y no me espanto,  
Pues acercándose tanto,  
Por fuerza se han de romper.

RICARDO.

La altivez y bizarría  
De Diana me admiró,  
Y bien puede ser que yo  
Viese y no viese aquel día;  
Mas ver caballos y pajes  
En Teodoro, y tantas galas,  
¿Qué son sino nuevas alas?  
Pues criados, oro y trajes  
No los tuviera Teodoro  
Sin ocasion tan notable.

FEDERICO.

Antes que desto se hable  
En Nápoles, y el decoro  
De vuestra sangre se ofenda,  
Sea ó no sea verdad,  
Ha de morir.

RICARDO.

Y es piedad

Matarle, aunque ella lo entienda.

FEDERICO.

¿Podrá ser?

RICARDO.

Bien puede ser;

Que hay en Nápoles quien vive  
De eso, y en oro recibe  
Lo que en sangre ha de volver.  
No hay mas de buscar un bravo,  
Y que le despache luego.

FEDERICO.

Por la brevedad os ruego.

RICARDO.

Hoy tendrá su justo pago  
Semejante atrevimiento.

FEDERICO. (Viendo venir á Tristan  
y otros tres.)

¿Son bravos estos?

RICARDO.

Sin duda.

FEDERICO.

El cielo ofendido ayuda  
Vuestro justo pensamiento.

## ESCENA II.

TRISTAN, *vestido de nuevo*; FURIO,  
ANTONELO, LIRANO. — Dichos.

FURIO.  
Pagar teneis el vino en alhoroque  
Del famoso vestido que os han dado.

ANTONELO. [to.  
Eso bien sabe el buen Tristan que es jus-  
TRISTAN.

Digo, señores, que de hacerlo gusto.

LIRANO.  
Bravo salió el vestido.

TRISTAN.  
Todo aquesto  
Es cosa de chacota y zarandajas,  
Respeto del lugar que tendré presto.  
Si no muda los bolos la fortuna,  
Secretario he de ser del secretario.

LIRANO.  
Mucha merced le hace la Condesa  
A vuestro amo, Tristan.

TRISTAN.  
Es su privanza,  
Es su mano derecha, y es la puerta  
Por donde se entra á su favor. Dejemos  
Favores y fortunas, y bebamos.

FURIO.  
En este tabernáculo sospecho  
Que hay lágrima famosa y malvasia.

TRISTAN.  
Probemos vino griego; que desco  
Hablar en griego, y con beberlo basta.  
RICARDO. (*Ap. á Federico.*)

Aquel moreno, del color quebrado,  
Me parece el mas bravo, pues que todos  
Le estiman, hablan y hacen cortesía.—  
Celio...

CELIO.  
Señor.  
RICARDO.  
De aquellos gentilhombres  
Llama al descolorido.

CELIO. (*A Tristan.*)  
¡Ah, caballero!  
Antes que se entre en esa santa ermita,  
El Marqués, mi señor, hablarle quiere.

TRISTAN. (*A sus amigos.*)  
Camaradas, allí me llama un principe:  
No puedo rehusar el ver qué manda.  
Entren, y tomen siete u ocho azumbres,  
Y apereiban dos dedos de formache,  
En tanto que me informo de su gusto.

ANTONELO.  
Pues despachad aprisa.  
TRISTAN.  
Iré volando.  
(*Vanse Furio, Antonelo y Lirano.*)

## ESCENA III.

RICARDO, FEDERICO, TRISTAN,  
CELIO.

TRISTAN.  
¿Qué es lo que manda vuestra señoría?

RICARDO.  
El veros entre tanta valentía  
Nos ha obligado al conde Federico'  
Y á mí, para saber si seréis hombre  
Para matar un hombre.

TRISTAN. (*Ap.*)  
¡Vive el cielo,  
Que son los pretendientes de mi ama,  
Y que hay algun enredo! Fingir quiero.

FEDERICO.  
¿No respondeis?

TRISTAN.  
Estaba imaginando  
Si vuestra señoría está burlando  
De nuestro modo de vivir; pues vive  
El que reparte fierzas á los hombres,  
Que no hay en toda Nápoles espada  
Que no tiemble de solo el nombre mio.  
¿No conocéis Héctor? Pues no hay Héctor  
Adonde está mi furibundo brazo; ¡tor  
Que si él lo fué de Troya, yo de Italia.

FEDERICO. [mos.  
Este es, Marqués, el hombre que busca-  
Por vida de los dos, que no burlamos;  
Sino que si teneis conforme al nombre  
El ánimo, y quereis matar un hombre,  
Que os demos el dinero que quisiéredes.

TRISTAN.  
Con docientos escudos me contento,  
Y sea el diablo.

RICARDO.  
Yo os daré trecientos,  
Y despachalde aquesta noche.

TRISTAN.  
El nombre  
Del hombre espero y parte del dinero.

RICARDO.  
¿Conoceis á Diana, la condesa  
De Belflor?

TRISTAN.  
Y en su casa tengo amigos.

RICARDO.  
¿Mataréis un criado de su casa?

TRISTAN.  
Mataré los criados y criadas  
Y los mismos frisones de su coche. —

RICARDO.  
Pues á Teodoro habeis de dar la muerte.

TRISTAN.  
Eso ha de ser, señores, de otra suerte,  
Porque Teodoro, como yo he sabido,  
No sale ya de noche, temeroso  
Por ventura de haberos ofendido.  
Que le sirva estos días me han pedido:  
Dejadmele servir, y yo os ofrezco  
De darle alguna noche dos mojadas,  
Con que el pobreto *in pace requiescat*,  
Y yo quede seguro y sin sospecha.  
¿Es algo lo que digo?

FEDERICO.  
No pudiera  
Hallarse en toda Nápoles un hombre  
Que tan seguramente le matara.  
Servilde pues, y así al desuido mi día  
Pegalde, y acudid á nuestra casa.

TRISTAN.  
Yo he menester agora cien escudos.

RICARDO.  
Cincuenta tengo en esta bolsa; luego  
Que yo os vea en su casa de Diana,  
Os ofrezco los ciento, y muchos cientos.

TRISTAN.  
Eso de muchos cientos no me agrada.  
Vayan vusñorias en buen hora; [ros,  
Que me aguarda Mastranzo, Rompe-mu-  
Mano de hierro, Arfuz y Espanta-diables;  
Y no quiero que acaso piensen algo.

RICARDO.  
Decis muy bien: adios.

FEDERICO.  
¿Qué gran ventura!

RICARDO.  
A Teodoro contalde por difunto.

FEDERICO.

El bellacon, ¡qué bravo talle tiene!  
(*Vanse Federico, Ricardo y Celio.*)

TRISTAN.

Avisar á Teodoro me conviene.  
Perdone el vino grieco y los amigos.  
A casa voy; que está de aquí muy lejos.  
Mas este me parece que es Teodoro.

## ESCENA IV.

TEODORO.—TRISTAN.

TRISTAN.  
Señor, ¿adónde vas?

TEODORO.  
Lo mismo ignoro;  
Porque de suerte estoy, Tristan amigo,  
Que no sé dónde voy ni quién me lleva.  
Solo y sin alma, el pensamiento sigo,  
Que al sol me dice que la vista atreva.  
¿Ves cuánto ayer Diana habló conmigo?  
Pues hoy de aquel amor se halló tan nue-  
Que apenas jurarás que me conoce, [va,  
Porque Marcela de mi mal se goce.

TRISTAN.  
Vuelve hácia casa; que á los dos importa  
Que no nos vean juntos.

TEODORO.  
¿De qué suerte?

TRISTAN.  
Por el camino te diré quien corta  
Los pasos dirigidos á tu muerte.

TEODORO.  
¿Mi muerte! Pues ¿por qué?

TRISTAN.  
La voz reporta,  
Y la ocasion de tu remedio advierte.  
Ricardo y Federico me han hablado,  
Y que te dé la muerte concertado.

TEODORO.  
¿Ellos á mí?

TRISTAN.  
Por ciertos bofetones  
El amor de tu dueño conjeturan,  
Y pensando que soy de los leones  
Que á tales homicidios se aventuran,  
Tu vida me han trocado á cien doblones,  
Y con cincuenta escudos me aseguran.  
Yo dije que un amigo me pedía  
Que te sirviese, y que hoy te serviría,  
Donde mas facilmente te matase,  
A efeto de guardarte desta suerte.

TEODORO.  
¿Pluguiera á Dios que alguno me quitase  
La vida, y me sacase desta muerte!

TRISTAN.  
¿Tan loco estás?

TEODORO.  
¿No quieres que me abrase  
Por tan dulce ocasion? Tristan, advierte  
Que si Diana algun camino hallara  
De disculpa, conmigo se casara.  
Teme su honor, y cuando mas se abraza,  
Se hiela y me desprecia.

TRISTAN.  
Si te diese  
Remedio, ¿qué dirás?

TEODORO.  
Que á ti se pasa  
De Ulises el espíritu.

TRISTAN.  
Si fuese  
Tan ingenioso, que á tu misma casa  
Un generoso padre te trajese,  
Con que fueses igual á la Condesa,  
¿No saldrías, Señor, con esta empresa?

TEODORO.

Eso es sin duda.

TRISTAN.

El conde Ludovico,  
Caballero ya viejo, habrá veinte años  
Que entraba a Malta un hijo de tu nom-  
[bre,  
Que era sobrino de su gran maestro.  
Cautivarónle moros de Biserta,  
Y nunca supo del, muerto ni vivo.  
Este ha de ser tu padre, y tu su hijo,  
Y yo lo he de trazar.

TEODORO.

Tristan, advierte  
Que puedes levantar alguna cosa  
Que nos cueste a los dos la honra y vida.  
(Vase.)

Sala del patareo de la Condesa.

## ESCENA V.

TEODORO, TRISTAN.

TRISTAN.

A casa hemos llegado. A Dios te queda;  
Que tú serás marido de Diana  
Antes que den las doce de mañana.  
(Vase.)

## ESCENA VI.

TEODORO.

Bien al contrario pienso yo dar medio  
A tanto mal, pues el amor bien sabe  
Que no tiene enemigo que le acabe  
Con mas facilidad que tierra en medio.  
Tierra quiero poner, pues que remedio,  
Con ausentarme, amor, rigor tan grave,  
Pues no hay rayo tan fuerte que se alabe  
Que entró en la tierra, de tu ardor reme-  
[dio.

Todos los que llegaron a este punto,  
Poniendo tierra en medio te olvidaron;  
Que en tierra al fin te resolvieron junto.  
Y la razon que de olvidar hallaron,  
Es, que amor se confiesa por difunto,  
Pues que con tierra en medio le enterra-  
[ron.

## ESCENA VII.

DIANA. — TEODORO.

DIANA.

¿Estás ya mas mejorado  
De tus tristezas, Teodoro?

TEODORO.

Si en mis tristezas adoro,  
Sabré estimar mi cuidado.  
No quiero yo mejorar  
De la enfermedad que tengo.  
Pues solo á estar triste vengo  
Cuando imagino sanar.  
¡Bien hayan males que son  
Tan dulces para sufrir,  
Que se ve un hombre morir,  
Y estima su perdición!  
Solo me pesa que ya  
Esté mi mal en estado,  
Que he de alejar mi cuidado  
De donde su dueño está.

DIANA.

¡Ausentarte! Pues ¿por qué?

TEODORO.

Quiérenme matar.

DIANA.

Si harán.

TEODORO.

Envidia á mi mal tendrán,  
Que bien al principio fué.

Con esta ocasion, te pido  
Licencia para irme á España.

DIANA.

Será generosa hazaña  
Le un hombre tan entendido;  
Que con eso quitarás  
La ocasion de tus enojos,  
Y aunque des agra á mis ojos,  
Honra á mi casa darás.  
Que desde aquel bofetón  
Federico me ha tratado  
Como celoso, y me ha dado  
Para dejarte ocasion.  
Vete á España; que yo haré  
Que te den seis mil escudos.

TEODORO.

Haré tus contrarios mudos  
Con mi ausencia. Dame el pie.

DIANA.

Anda, Teodoro. No mas.  
Déjame; que soy mujer.

TEODORO. (Ap.)

Llora; mas ¿qué puedo hacer?

DIANA.

En fin, Teodoro, ¿te vas?

TEODORO.

Si, Señora.

DIANA.

Espera... Vete...

Oye.

TEODORO.

¿Qué mandas?

DIANA.

No, nada;

Vete.

TEODORO.

Voyme.

DIANA.

(Ap. Estoy turbado.

¿Hay tormento que inquiete

Como una pasión de amor?)

¿No eres ido?

TEODORO.

Ya, Señora,

Me voy.

DIANA.

¿Buena quedo agora!

¡Maldigite Dios, honor!  
Temeraria invencion fuiste,  
Tan opuesta al propio gusto.  
¿Quien te inventó? Mas fué justo,  
Pues que tu freno resiste  
Tantas cosas tan mal hechas.

(Vuelve Teodoro.)

TEODORO.

Vuelvo á saber si hoy podré  
Partirme.

DIANA.

Ni yo lo sé,

Ni tú, Teodoro, sospechas  
Que me pesa de mirarte,  
Pues que te vuelves aquí.

TEODORO.

Señora, vuelvo por mí,  
Que no estoy en otra parte;  
Y como me he de llevar,  
Vengo para que me des  
A mi mismo.

DIANA.

Si después

Te has de volver á buscar,  
No me pidas que te dé.  
Pero vete; que el amor

Lucha con mi noble honor,  
Y vienes tú á ser traspicé.

Vete, Teodoro, de aquí;  
No te pidas, aunque puedas;  
Que yo sé que si te quedas,

Allá me llevas á mí.

TEODORO.

Quede vuestra señoría  
Con Dios.

(Vase.)

## ESCENA VIII.

DIANA.

¡Maldita ella sea,

Pues me quita que yo sea  
De quien el alma queria!  
¡Buena quedo ya sin quien  
Era luz de aquestos ojos!  
Pero sientan sus enojos;  
Quien mira mal, flore bien.  
Ojos, pues os habeis puesto  
En cosa tan desigual,  
Pagad el mirar tan mal;  
Que no soy la culpa desto.  
Mas no floren; que tambien  
Tiempla el mal florar los ojos;  
Pero sientan sus enojos;  
Quien mira mal, flore bien.  
Aunque tendrán ya pensada  
La disculpa para todo;  
Que el sol los pone en el lodo,  
Y no se le pega nada.  
Luego bien es que no den  
En florar. Cesad, mis ojos.  
Pero sientan sus enojos;  
Quien mira mal flore bien.

## ESCENA IX.

MARCELA. — DIANA.

MARCELA.

Si puede la confianza  
De los años de servirte  
Humildemente pedirte  
Lo que justamente alcanza,  
A la mano te ha venido  
La ocasion de mi remedio,  
Y poniendo tierra en medio,  
No verme si te he ofendido.

DIANA.

¿Petu remedio, Marcela?  
¿Cuál ocasion? Que aquí estoy.

MARCELA.

Dicen que se parte hoy,  
Por peligros que recela,  
Teodoro á España, y con él  
Puedes, casada, enviarme.  
Pues no verme es remediar-me.

DIANA.

¿Sabes tú que querrá él?

MARCELA.

Pues ¿pidiérate yo á tí,  
Sin tener satisfacion,  
Remedio en esta ocasion?

DIANA.

¿Haste hablado?

MARCELA.

Y él á mí,  
Pidiéndome lo que digo.

DIANA. (Ap.)

¿Qué á propósito me viene  
Esta desdicha!

MARCELA.

Ya tiene

Tratado aquesto conmigo,  
Y el modo con que podemos  
Ir con mas comodidad.

DIANA. (Ap.)

¡Ay necio honor! perdonad;  
Que amor quiere hacer extremos.  
Pero no será razon,  
Pues que podeis remediar  
Fácilmente este pesar.



MARCELA.

¿No tomas resolución?

DIANA.

No podré vivir sin ti.  
 Marcela, y haces agravio  
 A mi amor, y aun al de Fabio,  
 Que sé yo que adora en ti.  
 Yo te casaré con él;  
 Deja partir á Teodoro.

MARCELA.

A Fabio aborrezco; adoro  
 A Teodoro.

DIANA.

(Ap. ¡Qué cruel  
 Ocasión de declararme!  
 Mas tencos, loco amor.)  
 Fabio te estará mejor.

MARCELA.

Señora...

DIANA.

No hay replicarme. (Vase.)

## ESCENA X.

MARCELA.

¿Qué intentan imposibles mis sentidos,  
 Contra tanto poder determinados?  
 Que celos poderosos declarados  
 Harán un desatino resistidos.

Volved, volved atrás, pasos perdidos,  
 Que correis á mi fin precipitados;  
 Árboles son amores desdichados,  
 A quien el hielo marchitó floridos.

Alegaron el alma las colores  
 Que el tirano poder cubrió de luto;  
 Que hiel ajenos amor muchos amores.

Y cuando de esperar daba tributo,  
 ¿Qué importa la hermosura de las flores,  
 Si se perdieron esperando el fruto?  
 (Vase.)

Sala en casa del conde Ludovico.

## ESCENA XI.

EL CONDE LUDOVICO, CAMILO.

CAMILO.

Para tener sucesion,  
 No te queda otro remedio.

LUDOVICO.

Hay muchos años en medio,  
 Que mis enemigos son,  
 Y aunque tiene esa disculpa  
 El casarse en la vejez,  
 Quiere el temor ser juez,  
 Y ha de averiguar la culpa.  
 Y podría suceder  
 Que sucesion no alcanzase,  
 Y casado me quedase;  
 Y en un viejo una mujer  
 Es en un olmo una hiedra.  
 Que aunque con tan varios lazos  
 La cubre de sus abrazos,  
 El se seca y ella medra.  
 Y tratarme casamientos  
 Es traerme á la memoria,  
 Camilo, mi antigua historia  
 Y renovar mis tormentos.  
 Esperando cada día  
 Con engaños á Teodoro,  
 Veinte años há que te llo-ro.

## ESCENA XII.

UN PAJE; y después, TRISTAN  
y FURIO.—Dichos.

PAJE.

Aquí á vuestra señoría

Busca un griego mercader.

LUDOVICO.

Di que entre.

(Avisa el paje y salen Tristan y Furio  
 con traje griego.)

TRISTAN.

Dadme esas manos,  
 Y los cielos soberanos,  
 Con su divino poder,  
 Os den el mayor consuelo  
 Que esperáis.

LUDOVICO.

Bien seáis venido.

Mas ¿qué causa os ha traído  
 Por este remoto suelo?

TRISTAN.

De Constantinopla vine  
 A Chipre, y della á Venecia  
 Con una nave cargada  
 De ricas telas de Persia.  
 Acordéme de una historia  
 Que algunos pasos me cuesta;  
 Y con deseo de ver  
 A Nápoles, ciudad bella,  
 Mientras allá mis criados  
 Van despachando las telas,  
 Vine, como veis, aquí,  
 Donde mis ojos confiesan  
 Su grandeza y hermosura.

LUDOVICO.

Tiene hermosura y grandeza  
 Nápoles.

TRISTAN.

Así es verdad.

Mi padre, Señor, en Grecia  
 Fue mercader, y en su trato,  
 El de mas ganancia era  
 Comprar y vender esclavos;  
 Y así, en la feria de Azteclias  
 Compró un niño, el mas hermoso  
 Que vio la naturaleza,  
 Por testigo del poder  
 Que le dió el cielo en la tierra.  
 Vendíanle algunos turcos,  
 Entre otra gente bien puesta,  
 A una galera de Malta  
 Que las de un baja turquescas  
 Prendieron en Chafalonía.

LUDOVICO.

Camilo, el alma me altera.

TRISTAN.

Aficionado al rapaz,  
 Compróle y llevóle á Armenia,  
 Donde se crió conmigo  
 Y una hermana.

LUDOVICO.

Amigo, espera,

Espera; que me traspasas  
 Las entrañas.

TRISTAN. (Ap.)

¿Qué bien entra!

LUDOVICO.

¿Dijo cómo se llamaba?

TRISTAN.

Teodoro.

LUDOVICO.

¡Ay cielo! ¿qué fuerza

Tiene la verdad de oírte!  
 Lágrimas mis canas riegan.

TRISTAN.

Serpalitonia, mi hermana,  
 Y este mozo (¡nunca fuera  
 Tan bello!) con la ocasión  
 De la crianza, que engendra  
 El amor que todos saben,  
 Se amaron desde la tierna  
 Edad; y á dieciséis años,  
 De mi padre en cierta ausencia,

Ejecutaron su amor,  
 Y creció de suerte en ella,  
 Que se le echaba de ver,  
 Con cuyo temor se ausenta  
 Teodoro, y para parir  
 A Serpalitonia deja.  
 Catiborratos, mi padre,  
 No sintió tanto la ofensa  
 Como el dejarle Teodoro.  
 Murió en efecto de pena,  
 Y bautizamos su hijo;  
 Que aquella parte de Armenia  
 Tiene vuestra misma ley,  
 Aunque es diferente iglesia.  
 Llamamos al bello niño  
 Terimaconio, que queda  
 Un bello rapaz agora  
 En la ciudad de Tepécas.  
 Andando en Nápoles yo  
 Mirando cosas diversas,  
 Saqué un papel en que traje  
 Deste Teodoro las señas,  
 Y preguntando por él,  
 Me dijo una esclava griega  
 Que en mi posada servía:  
 «¿Cosa que ese mozo sea  
 El del conde Ludovico?»  
 Dióme el alma una luz nueva,  
 Y doy en que os he de hablar;  
 Y por entrar en la vuestra,  
 Entro, según me dijeron,  
 En casa de la condesa  
 De Bellfor, y al primer hombre  
 Que preguntó...

LUDOVICO.

Ya me tiembla

El alma.

TRISTAN.

Veo á Teodoro.

LUDOVICO.

¿A Teodoro!

TRISTAN.

El bien quisiera

Huirse: pero no pudo;  
 Dudé un poco, y era fuerza,  
 Porque el estar ya barbado  
 Tiene alguna diferencia.  
 Fui tras él, asile en fin,  
 Háblome, aunque con vergüenza,  
 Y dijo que no dijese  
 A nadie en casa quien era,  
 Porque el haber sido esclavo  
 No diese alguna sospecha.  
 Díjele: «Si yo le sabido  
 Que eres hijo en esta tierra  
 De un título, ¿por qué tienes  
 La esclavitud por baja?  
 Hizo gran burla de mí;  
 Y yo, por ver si concuerda  
 Tu historia con la que digo,  
 Vine á verte, y á que tengas,  
 Si es verdad que este es tu hijo,  
 Con tu nieto alguna cuenta;  
 O permítas que mi hermana  
 Con él á Nápoles venga,  
 No para tratar casarse,  
 Aunque le sobra nobleza;  
 Mas porque Terimaconio  
 Tan ilustre abuelo vea.

LUDOVICO.

Dame mil veces tus brazos;  
 Que el alma con sus potencias  
 Que es verdadera tu historia  
 En su regocijo muestran.  
 ¡Ay, hijo del alma mía,  
 Tras tantos años de ausencia  
 Hallado para mi bien!  
 Camilo, ¿qué me aconsejas?  
 ¿Iré á verle y conocerle?

CAMILO.

¿Eso dudas? Parte, vucla,

Y añade vida en sus brazos  
A los años de tus penas.

LUDOVICO.

Amigo, si quieres ir  
Conmigo, sera mas cierta  
Mi dicha: si descansar.  
Aqui aguardando te queda;  
Y dente por tanto bien  
Toda mi casa y hacienda;  
Que no puedo detenerme.

TRISTAN.

Yo dejé, puesto que cerca,  
Ciertos diamantes que traigo,  
Y volveré cuando vuelvas.  
Vamos de aqui, Mercapónos.

FURIO.

Vamos, Señor.

TRISTAN.

Bien se entrecas

El engaño.

FURIO.

Muy bônis.

TRISTAN.

Andemis.

(*Vanse Tristan y Furio.*)

CAMILO.

¡Extraña lengua!

LUDOVICO.

Vente, Camilo, tras mi.

(*Vanse.*)

—

Calle.

### ESCENA XIII.

TRISTAN, en el portal de una casa,  
cuya puerta está cerrada; FURIO,  
delante de la puerta.

TRISTAN. (*Abriendo un poco la puerta.*)

¿Trasponen?

FURIO.

El viejo vuela,

Sin aguardar coche ó gente.

TRISTAN.

¿Cosa que esto verdad sea,  
Y que este fuese Teodoro?

FURIO.

¿Mas si en mentira como esta  
Hubiese alguna verdad?

TRISTAN.

Estas almalafas lleva;  
Que me importa desnudarme,  
Porque ninguno me vea  
De los que aqui me conocen.

FURIO.

Desnuda presto.

TRISTAN.

¿Que pueda

Esto el amor de los hijos!

FURIO.

¿Adónde te aguardo?

TRISTAN.

Espera,

Furio, en la choza del olmo.

FURIO.

Adiós.

(*Vase.*)

### ESCENA XIV.

TRISTAN.

¡Qué tesoro llega

Al ingenio! (*Sale á la calle.*) Aquí debajo  
Traigo la capa revuelta,  
Que como medio sotana  
Me la puse, porque hubiera

Mas lugar en el peligro  
De dejar en una puerta,  
Con el armenio turbante,  
Las hopalandas greguescas.

### ESCENA XV.

RICARDO, FEDERICO.—TRISTAN.

FEDERICO.

Digo que es este el matador valiente  
Que á Teodoro ha de dar muerte segura.

RICARDO.

¡Ah hidalgo! ¿ansi se cumple entre la gen-  
[le  
cura,

Que honor profesa y que opinion pro-  
Lo que se prometió tan facilmente?

TRISTAN.

Señor...

FEDERICO.

¿Somos nosotros por ventura  
De los iguales vuestros?

TRISTAN.

Sin oirme,  
No es justo que mi culpa se confirme.  
Yo estoy sirviendo al misero Teodoro,  
Que ha de morir por esta mano airada;  
Pero puede ofender vuestro decoro  
Públicamente ensangrentar mi espada.  
Es la prudencia un celestial tesoro,  
Y fué de los antiguos celebrada  
Por única virtud: estén muy ciertos  
Que le pueden contar entre los muertos.  
Estáse melancólico de día,  
Y de noche cerrado en su aposento;  
Que alguna cuidadosa fantasia  
Le debe de ocupar el pensamiento.  
Déjennme á mi; que una mojada fria  
Pondrá silencio á su vital aliento;  
Y no se precipiten desá suerte;  
Que yo sé cuando le he de dar la muerte.

FEDERICO.

[acierta.

Paréceme, Marqués, que el hombre  
Ya que le sirve, ha comenzado el caso.  
No dudeis, matarale.

RICARDO.

Por muerto le contad.

FEDERICO.

Hablemos paso.

TRISTAN.

En tanto que esta muerte se concerta,  
Vusñorias ¿no tendrán acaso  
Cincuenta escudos? ¿Que comprar querria  
Un rocin, que volase el mismo día.

RICARDO.

Aqui los tengo yo. Tomad, seguro  
De que, en saliendo con aquesta empre-  
Lo menos es pagaros.

[sa,

TRISTAN.

La vida, que servir buenos profesa.  
Con esto, adiós; que no me vean, procuro,  
Hablar desde el balcon de la Condesa  
Con vuestras señorias.

FEDERICO.

Sois discreto.

TRISTAN.

Ya lo verán al tiempo del efeto. (*Vase.*)

FEDERICO.

Bravo es el hombre.

RICARDO.

Astuto y ingenioso.

FEDERICO.

¡Qué bien le ha de matar!

RICARDO.

Notablemente.

### ESCENA XVI.

CELIO.—FEDERICO, RICARDO.

CELIO.

¿Hay caso mas extraño y fabuloso?

FEDERICO.

¿Qué es esto, Celio? ¿Dónde vas? Deten-  
[te.

CELIO.

Un suceso notable y riguroso  
Para los dos. ¿No veis aquella gente  
Que entra en casa del conde Ludovico?

RICARDO.

¿Es muerto?

CELIO.

Que me escuches te suplico.

A darle van el parabien contentos  
De haber hallado un hijo que ha perdido.

RICARDO.

Pues ¿qué puede ofender nuestros in-  
[tentos,  
Que le haya esa ventura sucedido?

CELIO.

¿No importa á los secretos pensamientos  
Que con Diana habeis los dos tenido,  
Que sea aquel Teodoro, su criado,  
Hijo del Conde?

FEDERICO.

El alma me has turbado.

RICARDO.

¿Hijo del Conde? Pues ¿de qué manera  
Se ha venido á saber?

CELIO.

Es larga historia,  
Y cuéntanla tan varia, que no hubiera  
Para tomarla ni tiempo ni memoria.

FEDERICO.

¿A quién mayor desdicha sucediera!

RICARDO.

Trocóse en pena mi esperada gloria.

FEDERICO.

Yo quiero ver lo que es.

RICARDO.

Yo, Conde, os sigo.

CELIO.

Presto veréis que la verdad os digo.

(*Vanse.*)

Sala del palacio de la Condesa.

### ESCENA XVII.

TEODORO, de camino; MARCELA.

MARCELA.

En fin, Teodoro, ¿te vas?

TEODORO.

Tú eres causa desta ausencia;  
Que en desigual competencia  
No resulta bien jamás.

MARCELA.

Disculpas tan falsas das  
Como tu engaño lo ha sido;  
Porque haberme aborrecido  
Y haber amado á Diana  
Lleva tu esperanza vana  
Solo á procurar su olvido.

TEODORO.

¿Yo á Diana?

MARCELA.

Niegas tarde,

Teodoro, el loco deseo  
Con que perdido te veo  
De atrevido y de cobarde:  
Cobarde en que ella se guarde  
El respeto que se debe;  
Y atrevido, pues se atreve  
Tu baja á su valor;

Que entre el honor y el amor  
Hay muchos montes de nieve.  
Vengada quedo de tí,  
Aunque quedo enamorada,  
Porque olvidaré vengada;  
Que el amor olvida así.  
Si te acordares de mí,  
Imagina que te olvido  
Porque me quieras : que ha sido  
Siempre error que suele hacer  
Que vuelva un hombre á querer,  
Pensar que es aborrecido.

TEODORO.  
¿Qué de quimeras tan locas,  
Para casarte con Fabio!

MARCELA.  
Tú me casas ; que al agravio  
De tu desden me provocas.

**ESCENA XVIII.**

FABIO.—DICHOS.

FABIO.  
Siendo las horas tan pocas  
Que aquí Teodoro ha de estar,  
Bien haces, Marcela, en dar  
Ese descanso á tus ojos.

TEODORO.  
No te dén celos enojos  
Que han de pasar tanto mar.

FABIO.  
En fin ¿te vas?

TEODORO.  
¿No lo ves?

FABIO.  
Mi señora viene á verte.

**ESCENA XIX.**

DIANA, DOROTEA, ANARDA.—DICHOS.

DIANA.  
¿Ya, Teodoro, desta suerte?

TEODORO.  
Alas quisiera en los piés,  
Cuanto mas, Señora, espuelas.

DIANA.  
¡Hola! ¿Está esa ropa á punto?

ANARDA.  
Todo está aprestado y junto.

FABIO. (Ap. á Marcela.)  
En fin ¿se va?

MARCELA.  
¡Y tú me celas!

DIANA. (A Teodoro.)  
Oye aquí aparte.

TEODORO.  
Aquí estoy

A tu servicio.

DIANA.  
Teodoro,

Tú te partes, yo te adoro.

TEODORO.  
Por tus crueldades me voy.

DIANA.  
Soy quien sabes : ¿qué he de hacer?

TEODORO.  
¿Lloras?

DIANA.  
No ; que me ha caído

Algo en los ojos.

TEODORO.  
¿Si ha sido

Amor?  
DIANA.  
Si debe de ser ;

Pero mucho antes cayó,  
Y agora salir querría.

TEODORO.  
Yo me voy, señora mía ;  
Yo me voy, el alma no.  
Sin ella tengo de ir,  
No hago al serviros falta,  
Porque hermosura tan alta  
Con almas se ha de servir.  
¿Qué me mandais? Porque yo  
Soy vuestro.

DIANA.  
¿Qué triste día!

TEODORO.  
Yo me voy, señora mía ;  
Yo me voy, el alma no.

DIANA.  
¿Lloras?

TEODORO.  
No ; que me ha caído

Algo, como á tí, en los ojos.

DIANA.  
Deben de ser mis enojos.

TEODORO.  
Eso debe de haber sido.

DIANA.  
Mil niñerías te he dado,  
Que en un baul hallarás ;  
Perdona, no pude mas.

Si le abrieres, ten cuidado  
De decir, como á despojos  
De victoria tan tirana :

« Aquestos puso Diana  
Con lágrimas de sus ojos. »

ANARDA. (Ap. á Dorotea.)  
Perdidos los dos están.

DOROTEA.  
¿Qué mal se encubre el amor!

ANARDA.  
Quedarse fuera mejor.

MANOS Y PRENDAS SE DAN.

DOROTEA.  
Diana ha venido á ser

El perro del hortelano.

ANARDA.  
Tarde le toma la mano.

DOROTEA.  
O coma ó deje comer.

**ESCENA XX.**

LUDOVICO, CAMILO.—DICHOS.

LUDOVICO.  
Bien puede el regocijo dar licencia,  
Diana ilustre, á un hombre de mis años  
Para entrar desta suerte á visitaros.

DIANA.  
Señor Conde, ¿qué es esto?

LUDOVICO.  
Pues ¿vos sola

No sabeis lo que sabe toda Nápoles?

Que en un instante que llegó la nueva,  
Apenas me han dejado por las calles,  
Ni he podido llegar á ver mi hijo.

DIANA.  
¿Qué hijo? ¿Queno te entiendo el regocijo.

LUDOVICO.  
¿Nunca vuseñoría de mi historia

Ha tenido noticia, y que há veinte años  
Que enviaba un niño á Malta con su tío,  
Y que le cantivaron las galeras

De Ali Bajá?

DIANA.  
Sospecho que me han dicho

Ese suceso vuestro.

LUDOVICO.

Pues el cielo  
Me ha dado á conocer el hijo mio  
Después de mil fortunas que ha pasado.

DIANA.  
Con justa causa, Conde, me habeis dado  
Tan buena nueva.

LUDOVICO.  
Vos, señora mía,

Me habeis de dar, en cambio de la nueva,  
El hijo mio, que sirviéndoos vive,

Bien descuidado de que soy su padre.  
¡Ay, si viviera su diñunta madre!

DIANA.  
¿Vuestro hijo me sirve? ¿Es Fabio acaso?

LUDOVICO.  
No Señora, no es Fabio ; que es Teodoro.

DIANA.  
¿Teodoro!

LUDOVICO.  
Si, Señora.

TEODORO.  
¿Cómo es esto?

DIANA.  
Habla, Teodoro, si es tu padre el Conde.

LUDOVICO.  
Luego ¿es aqueste?

TEODORO.  
Señor Conde, advierta

Vuseñoría...

LUDOVICO.  
No hay qué advertir, hijo,

Hijo de mis entrañas, sino solo  
El morir en tus brazos.

DIANA.  
¿Caso extraño!

ANARDA.  
¡Ay, Señora! ¿Teodoro es caballero

Tan principal y de tan alto estado?

TEODORO.  
Señor, yo estoy sin alma, de turbado.

¿Hijo soy vuestro?

LUDOVICO.  
Cuando no tuviera

Tanta seguridad, el verte fuera  
De todas la mayor. ¡Qué parecido  
A cuando mozo fui!

TEODORO.  
Los piés te pido,

Y te suplico...

LUDOVICO.  
No me digas nada ;

Que estoy fuera de mí. ¡Qué gallardia!

Dios te bendiga. ¡Qué real presencia!

Qué bien que te escribió naturaleza

En la cara, Teodoro, la nobleza!

Vamos de aquí ; ven luego, luego toma

Posecion de mi casa y de mi hacienda ;

Ven á ver esas puertas coronadas

De las armas mas nobles deste reino.

TEODORO.  
Señor, yo estaba de partida á España,

Y así me importa.

LUDOVICO.  
¿Cómo á España? ¿Bueno!

España son mis brazos.

DIANA.  
Yo os suplico,

Señor Conde, dejéis aquí á Teodoro

Hasta que se reporte, y en buen hábito

Vaya á reconoceros como hijo ;

Que no quiero que salga de mi casa

Con aqueste alboroto de la gente.

LUDOVICO.  
Habláis como quien sois tan cuerdamen-

Dejarle sientopor un breve instante ; [te.



Mas porque mas rumor no se levante,  
Me iré, rogando a vuestra señoría  
Que sin mi bien no me anochezca el día.

DIANA.

Palabra os doy.

LUDOVICO.

Adios, Teodoro mio.

TEODORO.

Mil veces beso vuestros piés.

LUDOVICO.

Camilo,

Venga la muerte agora.

CAMILO.

¿Qué gallardo

Mancebo que es Teodoro!

LUDOVICO.

Pensar poco

Quiero este bien, por no volverme loco.  
(*Vanse Ludovico y Camilo.*)

### ESCENA XXI.

DIANA, TEODORO, MARCELA, DOROTEA, ANARDA, FABIO.

DOROTEA.

Danos á todos las manos.

ANARDA.

Bien puedes, por gran señor.

DOROTEA.

Hacernos debes favor.

MARCELA.

Los señores que son llanos

Conquistán las voluntades.

Los brazos nos puedes dar.

DIANA.

Apartaos, dadme lugar;

No le digais necedades.

Déme vuestra señoría

Las manos, señor Teodoro.

TEODORO.

Agora esos piés adoro,

Y sois mas señora mia.

DIANA.

Salios todos allá;

Dejadme con él un poco.

MARCELA.

¿Qué dices, Fabio? (*Ap. á él.*)

FABIO.

Estoy loco.

DOROTEA. (*Ap. á Anarda.*)

¿Qué te parece?

ANARDA.

Que ya

Mi ama no querrá ser

El perro del hortelano.

DOROTEA.

¿Comerá ya?

ANARDA.

Pues ¿no es llano?

DOROTEA.

Pues reviente de comer.

(*Vanse Marcela, Fabio, Dorotea y Anarda.*)

### ESCENA XXII.

DIANA, TEODORO.

DIANA.

¿No te vas á España?

TEODORO.

¿Yo?

DIANA.

¿No dice vuseñoría:

«Yo me voy, señora mia,  
Yo me voy, el alma no?»

TEODORO.

¿Burlas de ver los favores  
De la fortuna?

DIANA.

Haz extremos.

TEODORO.

Con igualdad nos tratemos,  
Como suelen los señores,  
Pues todos lo somos ya.

DIANA.

Otro me pareces.

TEODORO.

Creo

Que estás con menos desseo:

Peña el ser tu igual te da.

Quisierárame tu criado,

Porque es costumbre de amor

Quefer que sea inferior

Lo amado.

DIANA.

Estás engañado;

Porque agora serás mio,

Y esta noche he de casarme

Contigo.

TEODORO.

No hay mas que darme:

Fortuna, tente.

DIANA.

Confío

Que no ha de haber en el mundo

Tan venturosa mujer.

Vete á vestir.

TEODORO.

Iré á ver

El mayorazgo que hoy fundo,

Y este padre que me hallé

Sin saber cómo ó por dónde.

DIANA.

Pues adios, mi señor Conde.

TEODORO.

Adios, Condesa.

DIANA.

Oye.

TEODORO.

¿Qué?

DIANA.

¿Qué! Pues ¿cómo? ¿A su señora

Así responde un criado?

TEODORO.

Está ya el juego trocado,

Y soy yo el señor agora.

DIANA.

Sepa que no me ha de dar

Mas celitos con Marcela,

Aunque este golpe le duela.

TEODORO.

No nos solemos bajar

Los señores á querer

Las criadas.

DIANA.

Tenga cuenta

Con lo que dice.

TEODORO.

Es afrenta.

DIANA.

Pues ¿quién soy yo?

TEODORO.

Mi mujer. (*Vase.*)

DIANA.

No hay mas que desear: tente, fortuna,

Como dijo Teodoro, tente, tente.

### ESCENA XXIII.

FEDERICO, RICARDO.—DIANA.

RICARDO.

En tantos regocijos y alborotos

¿No se da parte á los amigos?

DIANA.

Tanta

Cuanta vuseñorías me pidieren.

FEDERICO.

De ser tan gran señor vuestro criado

Os las pedimos.

DIANA.

Yo pensé, señores,

Que las pedis (con que licencia os pido)

De ser Teodoro conde y mi marido.

(*Vase.*)

RICARDO.

¿Qué os parece de aquesto?

FEDERICO.

Estoy sin seso.

RICARDO.

¿Oh, si le hubiera muerto este picaño!

FEDERICO.

Veisle, aquí viene.

### ESCENA XXIV.

TRISTAN.—FEDERICO, RICARDO.

TRISTAN. (*Ap.*)

Todo está en su punto.

¿Brava cosa! ¿que pueda un lacafiero

Ingenio alborotar á toda Nápoles!

RICARDO.

Tente, Tristan, ó como te apellidos.

TRISTAN.

Mi nombre natural es Quita-vidas.

FEDERICO.

¿Bien se ha echado de ver!

TRISTAN.

Hecho estuviera,

A no ser conde de hoy acá este muerto.

RICARDO.

Pues ¿eso importa?

TRISTAN.

Al tiempo que el concierto

Hice por los treientos solamente,

Era para matar, como fué llano,

Un Teodoro criado, mas no conde.

Teodoro conde es cosa diferente, [te;

Yes menester que el galardón seaumen-

Que mas costa tendrá matar un conde

Que cuatro ó seis criados, que están

[muertos,

Unos de hambre y otros de esperanzas,

Y no pocos de envidia.

FEDERICO.

¿Cuánto quieres?

Y mátale esta noche.

TRISTAN.

Mil escudos.

RICARDO.

Yo los prometo.

TRISTAN.

Alguna señal quiero.

RICARDO.

Esta cadena.

TRISTAN.

Cuenten el dinero.

FEDERICO.

Yo voy á prevenillo.

TRISTAN.

Yo á matalle.

¿Oyen?

RICARDO.

¿Que? ¿quieres mas?

TRISTAN.

Todo hombre calle.  
(*Vanse Ricardo y Federico.*)

## ESCENA XXV.

TEODORO.—TRISTAN.

TEODORO.

Desde aquí te he visto hablar  
Con aquellos matadores.

TRISTAN.

Los dos necios son mayores  
Que tiene tan gran lugar.  
Esta cadena me han dado,  
Mil escudos prometido  
Porque hoy te mate.

TEODORO.

¿Qué ha sido

Esto que tienes trazado?  
Que estoy temblando, Tristan.

TRISTAN.

Si me vieras hablar griego,  
Me dieras, Teodoro, luego  
Mas que estos locos me dan.  
¡Por vida mía, que es cosa  
Fácil el greguezar!  
Ello en fin no es mas de hablar;  
Mas era cosa donosa  
Los nombres que les decía:  
Aztéclias, Catiborratos,  
Serpaltonia, Xipatos,  
Atécas, Filimochia...  
Que esto debe de ser griego,  
Como ninguno lo entiende,  
Y en fin, por griego se vende.

TEODORO.

A mil pensamientos llevo  
Que me causan gran tristeza.  
Pues si se sabe este engaño,  
No hay que esperar menos daño  
Que cortarme la cabeza.

TRISTAN.

¿Agora sales con eso?

TEODORO.

Demonio debes de ser.

TRISTAN.

Deja la suerte correr,  
Y espera el fin del suceso.

TEODORO.

La Condesa viene aquí.

TRISTAN.

Yo me escondo; no me vea. (*Ocultase.*)

## ESCENA XXVI.

DIANA.—TEODORO; TRISTAN, *oculto*.

DIANA.

¿No eres ido á ver tu padre,  
Teodoro?

TEODORO.

Una grave pena  
Me detiene; y finalmente,  
Vuelvo á pedirte licencia  
Para proseguir mi intento  
De ir á España.

DIANA.

Si Marcela  
Te ha vuelto á tocar al arma,  
Muy justa disculpa es esa.

TEODORO.

¿Yo Marcela?

DIANA.

Pues ¿qué tienes?

TEODORO.

No es cosa para ponerla  
Desde mi boca á tu oído.

DIANA.

Habla, Teodoro, aunque sea  
Mil veces contra mi honor.

TEODORO.

Tristan, á quien hoy pudiera  
Hacer el engaño estatuas,  
La industria versos, y Creta  
Rendir laberintos, viendo  
Mi amor, mi eterna tristeza,  
Sabiendo que Ludovico  
Perdió un hijo, esta quimera  
Ha levantado conmigo.  
Que soy hijo de la tierra,  
Y no he conocido padre  
Mas que mi ingenio, mis letras  
Y mi pluma. El Conde cree  
Que lo soy; y aunque pudiera  
Ser tu marido, y tener  
Tanta dicha y tal grandeza,  
Mi nobleza natural  
Que te engañe no me deja,  
Porque soy naturalmente  
Hombre que verdad profesa.  
Con esto, para ir á España  
Vuelvo á pedirte licencia;  
Que no quiero yo engañar  
Tu amor, tu sangre y tus prendas.

DIANA.

Discreto y necio has andado:  
Discreto en que tu nobleza  
Me has mostrado en declararte;  
Necio en pensar que lo sea  
En dejarme de casar,  
Pues he hallado á tu bajeza  
El color que yo quería;  
Que el gusto no está en grandezas,  
Sino en ajustarse al alma  
Aquello que se desea.  
Yo me he de casar contigo;  
Y porque Tristan no pueda  
Decir aqueste secreto,  
Hoy haré que cuando duerma,  
En ese pozo de casa  
Le sepulquen.

TRISTAN. (*Saliendo.*)

Guarda afuera.

DIANA.

¿Quién habla aquí?

TRISTAN.

¿Quién? Tristan,

Que justamente se queja  
De la ingratitud mayor  
Que de mujeres se cuenta.  
Pues ¡siendo yo vuestro gozo,  
Aunque nunca yo lo fuera,  
En el pozo me arrojaís!

DIANA.

¡Qué! ¿lo has oído?

TRISTAN.

No creas

Que me pescarás el cuerpo.

DIANA.

Vuelve.

TRISTAN.

¿Que vuelva?

DIANA.

Que vuelvas.

Por el donaire te doy  
Palabra de que no tengas  
Mayor amiga en el mundo;  
Pero has de tener secreta  
Esta invención, pues es tuya.

TRISTAN.

Si me importa que lo sea,

¿No quieres que calle?

TEODORO.

Escucha.

¿Qué gente y que grita es esta?

## ESCENA XXVII.

LUDOVICO, FEDERICO, RICARDO,  
CAMILO, FABIO, MARCELA, ANAR-  
DA, DOROTEA. — Dichos.

RICARDO. (*Dentro.*)

Queremos acompañar  
Á vuestro hijo.

(*Salen Ludovico, Federico, Ricardo,  
las damas y los criados.*)

FEDERICO. (*A Ludovico.*)

La bella

Nápoles está esperando  
Que salga, junta á la puerta.

LUDOVICO. (*A Teodoro.*)

Con licencia de Diana,  
Una carroza te espera,  
Teodoro, y junta, á caballo,  
De Nápoles la nobleza.  
Ven, hijo, á tu propia casa  
Tras tantos años de ausencia;  
Veras adonde naciste.

DIANA.

Antes que salga y la vea,  
Quiero, Conde, que sepais  
Que soy su mujer.

LUDOVICO.

Detenga

La fortuna, en tanto bien,  
Con clavo de oro la rueda.  
Dos hijos saco de aquí,  
Si vine por uno.

FEDERICO.

Llega,

Ricardo, y da el parabien.

RICARDO.

Darle, señores, pudiera  
De la vida de Teodoro;  
Que celos de la Condesa  
Me hicieron que á este cobarde  
(*Por Tristan.*)

Diera, sin esta cadena,  
Por matarle mil escudos.  
Haced que luego le prendan,  
Que es encubierto ladrón.

TEODORO.

Eso no; que no profesa  
Ser ladrón quien á su amo  
Dehíende.

RICARDO.

¿No? Pues ¿quién era

Este valiente fingido?

TEODORO.

Mi criado; y porque tenga  
Premio el defender mi vida,  
Sin otras secretas deudas,  
Con licencia de Diana,  
Le caso con Dorotea,  
Pues que ya su senoría  
Casó con Fabio á Marcela.

RICARDO.

Yo doto á Marcela.

FEDERICO.

Y yo

A Dorotea.

LUDOVICO.

Bien queda

Para mí, con hijo y casa,  
El dote de la Condesa.

TEODORO.

Con esto, Senado noble,  
Que á nadie digais se os ruega  
El secreto de Teodoro,  
Dando, con licencia vuestra,  
Del *Perro del hortelano*  
Fin la famosa comedia.





# EL ACERO DE MADRID.

## PERSONAS.

LISARDO,  
RISELO,  
OTAVIO,  
GERARDO,  
FLORENCIO,

} *caballeros.*

BELTRAN,  
SALUCIO,  
LEONOR, esclava.  
PRUDENCIO, viejo.  
BELISA, su hija.

} *criados.*

TEODORA, *tía de Belisa.*  
MARCELA, *dama.*  
MÚSICOS.  
CRIADOS.

*La escena es en Madrid.*

## ACTO PRIMERO.

Calle.

### ESCENA PRIMERA.

LISARDO, RISELO.

LISARDO.

Desde aquí la podeis ver.

RISELO.

Notable ha estado la iglesia.

LISARDO.

Este día de la Cruz

Ponen cuidado en la fiesta.

RISELO.

Si viérades á Sevilla.

Lo dijérades de veras.

LISARDO.

Ya he sabido que ese día

Celebran por excelencia.

Ya sale... y sale el aurora;

Que esta grada en que pasean

Es la prision de la noche

En columnas y cadenas.

Cantad, lisonjeras aves

De las jaulas de esas rejas;

Calles de Madrid, volvéos

Prados y alfombras de seda.

Caballos de aquestos coches,

Como animales y fieras,

Haced regocijo al alba.

Que sale vertiendo perlas.

RISELO.

¡Qué bien pintada mañana!

LISARDO.

Es todo amante poeta.

RISELO.

Pues, por Dios, que son las doce;

Que á mas de las once y media

Acabaron el sermón;

Y si vuestra dama bella

Viene á ser alba á las doce,

Harto mas parece fiesta;

Y si porque sale es alba,

Ya por lo menos no es fresca;

Que á las doce y tres de mayo,

Antes secará las yerbas.

LISARDO.

Quedo, por Dios. Esta es.

### ESCENA II.

BELISA y TEODORA, *con mantos.*

— DICHOS.

TEODORA. (*A Belisa.*)

Lleva cordura y modestia:

Cordura en andar de espacio,  
Modestia en que solo veas  
La misma tierra que pisas.

BELISA.

Ya hago lo que me enseñas.

TEODORA.

¿Cómo miraste aquel hombre?

BELISA.

¿No me dijiste que viera

Sola la tierra? Pues dime:

Aquel hombre ¿no es de tierra?

TEODORA.

Yo la que pisas te digo.

BELISA.

La que piso va cubierta

De la saya y los chapines.

TEODORA.

¿Qué palabras de doncella!

Por el siglo de tu madre,

Que yo te quite esas tretas.

¿Otra vez le miras?

BELISA.

¿Yo?

TEODORA.

Luego ¿no le hiciste señas?

BELISA.

Fuí á caer, como me turbas

Con demandas y respuestas,

Y miré quién me tuviese.

RISELO.

Cayó: llegad á tenerla.

LISARDO. (*Dando la mano á Belisa.*)

Perdone vuesamerced

El guante.

TEODORA.

¡Hay cosa como esta!

BELISA.

Bósoos las manos. Señor:

Que si no es por vos, cayera.

LISARDO.

Cayera un ángel, Señora,

Y cayeran las estrellas

A quien da mas lumbre el sol.

TEODORA.

Y yo cayera en la cuenta.—

Id, caballero, con Dios.

LISARDO.

Él os guarde... (*Ap. Y me defienda*

De condicion tan extraña.)

TEODORA.

Ya caiste: irás contenta

De que te dieron la mano.

BELISA.

Y tú lo irás de que tengas

Con que pudrirme seis días.

TEODORA.

¿A qué vuelves la cabeza?

BELISA.

Pues ¿no te parece que es

Advertencia muy discreta

Mirar adónde caí,

Para que otra vez no vuelva

A tropezar en lo mismo?

TEODORA.

¡Ay! mala pasena te venga,

Y ¿cómo entiendo tus mañas!

¡Otra vez! ¿Y dirás que esta

No miraste al mancebito?

BELISA.

Es verdad.

TEODORA.

¿Y lo confiesas?

BELISA.

Si me dió la mano allí,

¿No quieres que lo agradezca?

TEODORA.

Anda; que entrarás en casa.

BELISA.

¡Oh, lo que harás de quimeras!

(*Vanse las dos.*)

### ESCENA III.

LISARDO, RISELO.

RISELO.

Ya traspusieron la calle.

LISARDO.

¡Ay de mí!

RISELO.

¿Quién es aquella

Arpia que la acompaña?

LISARDO.

Una tía, que pudiera

Ser agüela de la envidia,

Porque es entre fraila y dueña,

Aguila de medio arriba,

De medio abajo culebra,

Todos mis intentos muda,

Ni hablarla ni verla deja;

Escribir es imposible:

Con mas ojos que Argos vela.

### ESCENA IV.

BELTRAN. — DICHOS.

BELTRAN.

Aguardé que te apartases

De aquella Circe cruel,

Para que cierto papel

A diamantes me ferieses,

Y es de balde aunque me dieras

Por cada letra un diamante.

LISARDO.  
¿Es burla, Beltran?

BELTRAN.  
¿Delante

De Riselo burla esperas?  
Lo menos he referido.  
Tal favor viene con él,  
Que la funda del papel  
Se vale lo que te pido.

(*Muéstrale un guante.*)

Al salir me vió Belisa;  
Hízome con una estrella  
Señas, tan linda, que en ella  
Vieras del alba la risa.  
Llegó a la pila del agua,  
Fingió quererla tomar,  
Y volviendome a mirar,  
(¡Mira el enredo que fragua!)  
Metió un papel en un guante  
Y de la cruz le colgó.  
Como perdido; á quien yo  
Luego me puse delante.  
«Mio es,» dije á la gente  
Que á tomar agua llegaba;  
Y el sol, que ya caminaba,  
Volvió la luz á su oriente.  
Rióse de la presteza  
Y gracia con que tomé  
El guante.

LISARDO.

Muestra, y diré  
Que ha igualado á su belleza  
Su divina discrecion.

BELTRAN.

Pues ¿no lo agradeces mas?

LISARDO.

A este guante deberás  
Calzas, ropilla y jubón.

BELTRAN.

¡Oh milagro soberano  
Y de ningún hombre oído!  
¡Que un guante hiciese un vestido,  
Siendo oficio de la mano!  
Y el papel, ¿qué das por él?

LISARDO.

Camisas por él tendrás.

BELTRAN.

¡Oh, papel, que has hecho mas  
Que un molino de papel,  
Y tan semejante fuiste,  
Que os quedais los dos parejos,  
Pues todos mis lienzos viejos  
Limpíos y nuevos hiciste!

LISARDO.

Guante, si con vos no hago  
Locuras, es porque quiero  
Ver este papel primero:  
Perdonadme si no os pago  
El ser cubierta importante  
Deste precioso favor.  
Pobre estaba, pues amor  
Pidió limosna en tal guante.  
Pero ¿qué mucho que en él  
Venga el papel que me envía,  
Pues allá tambien cubría  
Una mano de papel?  
Y pues por ella le gano,  
Y de mano tanta fe,  
Con justa causa diré  
Que es pliego de aquella mano.

BELTRAN.

Encareces con razon  
La mano por su hermosura  
Y su fe, pues te asegura  
Que es papel del corazón.  
Lee, Señor, por tu vida.

LISARDO.

Leo, poniendo en mis ojos  
De tanto amor los antojos,

Pues hay alma que los pida.

[Tía,

(*Lee.*) «Mientras duermes la envidia desta  
»Y la esclavilla si despierta vela,  
»Te escribo á media noche, lumbré mia;  
»Y pues vivir no puedo sin cautela,  
»Oye dos cosas que el amor piadoso  
»Para nuestro remedio me revela.  
»Yo voy fingiendo, mi querido esposo,  
»Que estoy descolorida y opilada,  
»Para engañar un padre tan celoso  
»Y una tía tan mal intencionada.  
»Busca un médico amigo que me vea,  
»Y avisale de todo, si te agrada.  
»Este dirá que solo quien pasea  
»Con el acero aqueste mes de mayo  
»Sana de aqueste mal, porque lo crea.  
»Yo fingiré tambien algun desmayo:  
»Daráme los jarabes de livianas  
»Cosas, aunque mi amor noteme un rayo.  
»Saddre con este achaque las mañanas,  
»Tal vez á Atocha, al Prado y tal al Soto;  
»Que por ti juzgaré las cuestas llanas.  
»Y por si aqueste velador piloto  
»De mi nave medrosa va combigo,  
»No te espantes del hábito devoto.  
»Llévate al lado algun discreto amigo,  
»Y dile que con ella finja amores;  
»Quizá me dejará que hable contigo.  
»Esto me enseña amor, que mis temores  
»Vence con su poder; que amar aprisa  
»No sufre espacio: si los hay mejores,  
»Dime tú los remedios.—*Tu Belisa.*»  
¿Qué te parece?

RISELO.

Que su amor y discrecion  
No tienen comparacion  
Sino es su mismo deseo.  
¡Lindo remedio!

LISARDO.

Extremado.  
Pero ¿dónde habrá doctor  
Que ayude á mi justo amor?

RISELO.

Justamente habeis dudado.  
Aunque mas amigo sea,  
Ninguno lo querra hacer,  
Aunque le conste el saber  
El buen fin que se desea.  
Es el médico el oficio  
De mas confianza.

BELTRAN.

Amor  
Dió el medio y dará el doctor.

LISARDO.

¿Tienes perdido el juicio?

BELTRAN.

Ponedme á mi, si quereis,  
Un hábito doctoral;  
Que yo sé que no haré mal  
Lo que los dos pretendéis.  
Un poco sé de latin  
De los rēcipes, y haré  
Con esto poco que sé  
Que tenga salud.

LISARDO.

En fin,  
Has de encajar tus locuras,  
Beltran, en toda ocasion.

RISELO.

Por Dios, que tiene razon:  
Amor es todo aventuras.  
Entre estos encantamientos  
Ejecuta un disparate.

LISARDO.

¿No ves que es este un orate?  
Destruirá mis pensamientos.

RISELO.

¿Cómo?

LISARDO.

En medio de tener  
Puesta en su punto la cura,  
Hará la cura locura  
Con que me echará á perder.

BELTRAN.

¿Yo? ¿Pues tiene Dios criado  
Disimulo como el mio?

LISARDO.

Dijeras mulo, y yo fio  
Que lo hubieras acertado.

BELTRAN.

Prueba, intenta.

RISELO.

No temais;  
Que Beltran tendrá mas seso  
Viendo que importa al suceso.

LISARDO.

Ahora bien: los dos estais  
Dese parecer, yo digo  
Que sea. Vénite á vestir.—  
Pero ¿quién ha de decir  
Que le envia?

RISELO.

Algun amigo.

LISARDO.

¿De quién?

RISELO.

Del padre.

LISARDO.

Eso no,

Sino amiga de Belisa,  
A quien hoy la misma en misa  
Su enfermedad le contó.

RISELO.

Vamos.

LISARDO.

Todas las razones  
Te pienso hacer estudiar.

BELTRAN.

¿Mas que me vengo á quedar  
Con doctor de opilaciones?

(*Vanse.*)

— Sala en casa de Prudencio.

## ESCENA V.

PRUDENCIO, OTAVIO, *de camino*;  
SALUCIO, *con fieltro y maleta.*

PRUDENCIO.

Dadme otra vez los brazos como deudo;  
Que la primera vez fué como amigo.

OTAVIO.

Una y mil veces, mi señor Prudencio;  
Que miro en vos el rostro de mi padre.

PRUDENCIO.

¿Con salud queda en fin?

OTAVIO.

Para servirlos.

— Lleva tú la maleta á la posada,  
Salucio.

PRUDENCIO.

¿Qué posada! ¿Tal agravio  
Quereis hacer á nuestra casa, Otavio?  
¡Hola, Leonor! ¿No hay un criado en casa?

## ESCENA VI.

LEONOR. — Dichos.

LEONOR.

¿Qué mandas?

PRUDENCIO.

Toma luego aquea ropa,

Y llama esa muchacha y á su tía.  
Di que está aquí su primo.

LEONOR.

Muestre, amigo.

SALUCIO.

Quien á vuestra merced da la maleta,  
Le diera...

LEONOR.

Diga.

SALUCIO.

Toda la estafeta.

(*Vanse Leonor y Salucio.*)

OTAVIO.

Bien me parece este lugar.

PRUDENCIO.

Es cifra  
De todo lo mejor que tiene España.  
Dadle gran majestad á estas calles,  
Y el aire saludable que las baña  
Es el mas importante cortesano.

OTAVIO.

¡Notables edificios!

PRUDENCIO.

Vanse haciendo.

### ESCENA VII.

TEODORA, BELISA. —PRUDENCIO.  
OTAVIO.

TEODORA.

Dadme, Señor, las manos.

OTAVIO.

¡Oh, Señora!

PRUDENCIO.

Vuestro sobrino regalad, Teodora.—  
Tu primo abraza tu.

BELISA.

Seais bien venido.

OTAVIO.

Vos, mi señora, con el mismo hallada.  
Por vuestro esclavo metened, que es jus-  
to.

BELISA.

Por mi señor os tengo.

PRUDENCIO.

Tan buen huésped  
Ha de honrar esta casa muchos días.

OTAVIO.

Segun la voluntad con que entro en ella  
Y la merced tan grande que recibo,  
Ya no me pesa del temor que todos  
Me pusieron en esto del despacho;  
Que dicen que en la corte los que vienen  
Por un mes á negocios, si salieron  
De su casa manebos y lozanos,  
O se quedan en ella ó vuelven canos.

### ESCENA VIII.

LEONOR. —D. cnos.

LEONOR.

A la puerta está un doctor  
Que me dice que te diga  
Que le envía cierta amiga  
De mi señora, Señor.

PRUDENCIO.

Di que venga en hora buena.

(*Vase Leonor.*)

OTAVIO.

¿Doctor? ¿Hay enfermo en casa?

PRUDENCIO.

No es nada; pero si pasa  
Adeante, dará pena.  
Belisa, de haber comido  
Deste barro portugués...

BELISA. (*Ap.*)

Bien dice; que amor lo es,  
Que mi opilacion ha sido.

PRUDENCIO.

Sospecho que está opilada.

OTAVIO.

¡Qué lástima y compasion!

PRUDENCIO.

Ahora es buena ocasion  
De curarla.

TEODORA.

Que no es nada.

Pienso que será peor  
Ponerla en cura.

BELISA.

Si acaso

Tuvieras á cada paso  
Este desmayo y dolor,  
A fe que no lo dijeras.

### ESCENA IX.

LEONOR, SALUCIO, y después, LI-  
SARDO y BELTRAN. —PRUDENCIO,  
BELISA, TEODORA, OTAVIO.

LEONOR.

El doctor entra, Señor.

PRUDENCIO.

Llega otra silla, Leonor.

LISARDO. (*Ap. á Beltran.*)

Mira que has de hablar de veras.

(*Sale Beltran de médico, con gorra,  
capa, guantes y sortijas; y Lisardo  
con él de acompañante.*)

BELTRAN.

Dios guarde á vuestras mercedes.

¿Qué es de la enferma?

TEODORA.

Aquí está.

LISARDO. (*Ap.*)

¿Por dónde amor no entrará,

Lince de tantas paredes?

BELTRAN.

Doña Inés, cierta señora

A quien en misa contó

Su mal Belisa, me habló

Entrando en su casa agora;

Que tiene del mismo mal

Una niña.— El pulso venga.

BELISA.

Yo le aseguro que tenga

En él bastante señal;

Porque se me alborotó

Después que entró, mucho mas.

LISARDO. (*Ap.*)

Si tú desas suerte estás,

Gloria mía, ¿qué haré yo?

A fe que si me tomara

El pulso á mí, que él me viera

Con calentura tan fiera,

Que los dedos se abrasara.

BELTRAN.

Venga esotro pulso; que este

Ya nos dijo la verdad.

PRUDENCIO.

¿Si tendrá necesidad,

Señor doctor, que se acueste?

BELTRAN.

Sospecho que fuera bien;

Mas no es agora razon:

Presto llegará ocasion,

En que el jarabe le den.

Cuénteme agora qué siente,

Y dígame la verdad.

BELISA.

Siento una gran soledad  
De hablar y tratar con gente.

Allégome á la ventana,

Y aunque mucha gente veo,

No está allí lo que desco,

Y quitaseme la gana.

Aquí, sobre el corazón,

Se me ponen unas cosas,

Que me quitan enfadosas

La vital respiracion.

Cuando algo quiero gozar,

Se pone en la vista mía

Una cosa como tía,

Que no me deja mirar.

Digo como tía grande

Y como viva persona,

Que me cansa y apasiona

De que no mirar me mande;

Que no siendo con intento

De ofender á Dios jamás,

Desto de *no miraros*

No sé que haya mandamiento.

Tras esto la opilacion,

Que esto me suele causar,

Tampoco me deja hablar,

Y aprictame el corazón.

Querría hablar y no puedo;

Mas agora espero en Dios

Que tengo de hablar por vos,

Si desopilada quedo.

BELTRAN.

Aquí hay mucho que decir;

Mas no da el tiempo lugar.

Yo haré que podais hablar

Y honestamente reir.

Al subir cuesta, escalera

O otra cosa, ¿qué sentis?

BELISA.

Siento ahogarme.

BELTRAN.

¿No subis

Ligera?

BELISA.

¿Cómo ligera?

BELTRAN.

Ahora bien; pues vos podréis

Muy presto, y tan solo quiero

Que por agora el acero

Cuatro mananas tomeis,

Y os salgais á pasear

Al Soto, Atocha ó al Prado;

Pero con mucho cuidado

De que el sol no os ha de dar;

Porque allá Galeno dice

Que cuando acero *tometur*,

*Sol in capite non detur*,

Que á la cura contradice.

LISARDO. (*Ap.*)

¡Maldigite Dios, amén!

Si estos supiesen latin,

Yo soy perdido.

BELTRAN.

Y en fin,

Mañana comienza bien;

Porque ayer fué oposicion,

Y dice el doctor Laguna

*Que per opposita luna*

*Non fiat ulla emision.*

LISARDO. (*Ap.*)

¿Otra locura? ¡Ay de mí!

BELTRAN.

Sin esto, desde este día

No habrá la melancolia

De que os lamentais aquí,

Porque yo os quiero enviar

Músicos, y por agora

Esta sortija, Señora,

De grande virtud, prestar.



Pero tambien advertid  
Que sin prenda no la doy,  
Porque es, á fe de quien soy,  
Ajena.

PRUDENCIO.

¡Jesus! Decid

Qué prenda quereis por ella.

BELTRAN.

Basta esa vuestra, Belisa.

PRUDENCIO.

Quitatela, niña, aprisa.

BELISA.

¿Que hay tanta virtud en ella?

OTAVIO.

¿Es uña de la gran bestia,  
Señor dotor?

BELTRAN.

No, Señor;

Que otra halláramos mayor,  
Sin dar buscarla molestia.  
Esta es de cierto animal  
Que á las mujeres adora,  
Y esta es la causa que agora  
Resulta en efeto igual.

LISARDO. (Ap.)

En esto anduvo discreto.  
Bien mi sortija le dió,  
Bien la suya le tomó.

BELTRAN.

Mañana salga en efeto,  
Después que tome hasta media  
Escudilla reposada  
Del agua bien acerada,  
Que desopila y remedia,  
Con el ir á pasear.

Todas las opilaciones;

Que á la tarde bendiciones

Pienso que me habeis de echar.

Señor licenciado, mire (A Lisardo.)

Este pulso desta dama.—

Es estudiante de fama;

Llegue pues, no se retire.

Esta un poco vergonzoso,

Como es agora pasante.

(Lisardo toma el pulso á Belisa.)

LISARDO.

Algo está febricitante.

Intercedente y dudoso.

(Ap. ¿Hay tan grande atrevimiento

Como decir bernardinas?)

BELTRAN.

A ciertas damas vecinas

Voy á ver.

LISARDO. (Ap.)

¡Qué gloria siento!

PRUDENCIO. (Dando dinero á Beltran.)

Sírvase vuesamerced,

Y perdone.

BELTRAN.

No haré tal.

LISARDO. (Ap. á Beltran.)

¿Tomástelo?

BELTRAN.

¡Pesía tal!

Dios guarde á vuesamerced.

(Vanse Lisardo y Beltran.)

## ESCENA X.

PRUDENCIO, TEODORA, BELISA,  
OTAVIO, LEONOR, SALUCIO.

PRUDENCIO.

¿Quedas algo consolada?

BELISA.

Hame dado gran consuelo;  
Que parece que del cielo

Trajo la ciencia estudiada.

PRUDENCIO.

Hágase esta noche el agua,  
Teodora, por vida mía.  
Porque antes que salga el día...

BELISA.

¿Qué bien mi engaño se fragua!

PRUDENCIO.

Salga esta niña hácia el Prado  
Con Leonor; que bastará.

TEODORA.

¿Sola con Leonor irá?

Vaya con ella mi criado,

Y yo ire tambien con ella.

BELISA. (Ap.)

¡Perdida soy!

OTAVIO.

Si quereis

Que la acompañe, tendréis

Un escudero.

PRUDENCIO.

No es ella,

Otavio, tan gran señora,

Que ese escudero merezca.

Vamos adonde os ofrezca

Esta humilde casa agora,

No el aposento que os debe,

Pero el de su voluntad.

OTAVIO.

Para darme calidad,

Vuestra misma sangre os mueve.

(Vanse Teodora, Belisa, Prudencio y

Leonor.)

## ESCENA XI.

OTAVIO, SALUCIO.

OTAVIO.

¡Ay, Salucio, qué mujer

Para propia!

SALUCIO.

Si la estima

Tu amor, ponla para prima;

Que no es difícil de hacer

Al instrumento deseo;

Que una prima es consonancia

Notable.

OTAVIO.

Si es de importancia

Ser para sacarla Orleo.

Haré, Salucio, lo mismo.

SALUCIO.

Poco espanto me dará;

Que cualquier amante está

A las puertas del abismo.

OTAVIO.

De penas pierde el recelo,

Aunque en su fuego me abraso;

Que si con ella me caso,

Pienso estar á las das del cielo.

(Vanse.)

—

Calle.

## ESCENA XII.

MARCELA, FLORENCIO.

FLORENCIO.

Que guardes esa lealtad

Es muy conforme á quien eres;

Que es honra de las mujeres

Cuando tienen voluntad;

Pero es menester que el hombre

Pague en la misma moneda;

Que si no, muy necia queda,

Y no merece otro nombre.

Porque ser leal á quien  
No la ha guardado en su vida,  
Es necedad conocida,  
Y no vengarse tambien.  
Riselo sigue su gusto;  
Sigue el tuyo, y no seas loca.

MARCELA.

No pienso mover la boca,  
Ann para darle disgusto.  
Del hombre la libertad  
No se sujeta á opinion,  
Y en la mujer es blason  
De su honra la lealtad.  
Por si misma la mujer  
Está á ser buena obligada,  
Porque ser casta forzada  
No se debe agradecer.  
Quando por vengarme así,  
Venganza en mi honor hiciese,  
¿Quién duda, si le perdiese,  
Que la tomaba de mí?  
Demás que no eres testigo,  
Florencio, tan abonado,  
Que crea yo que haya usado  
Tan mal término conmigo.  
Si tú de tu voluntad,  
Movido de un noble celo,  
Me dijeras que Riselo  
No me guardaba lealtad,  
Algun crédito le diera;  
Mas si tú me solicitas,  
Bien es razon que permitas  
No darte crédito.

FLORENCIO.

Espera.

MARCELA.

¿Qué me puedes tú decir  
Que no sea todo en razon  
De tu loca pretension?

FLORENCIO.

¿Qué has de perder por oír?

MARCELA.

Mas ¿qué no podré perder?  
Todas las que se han perdido  
Fué solo de haber oído,  
Porque á nacer la mujer  
Sin oídos, mas segura  
Por vuestro mar caminará.

FLORENCIO.

Eso fuera si te hablara  
En tu ingenio y hermosura;  
Quiérote hablar solamente  
En abono de mi honor:  
Sabrás á quien tiene amor  
Riselo distintamente.  
Después que tiene amistad  
Tan estrecha con Lisardo,  
Un caballero gallardo  
De su traza y de su edad,  
Traen requiebros los dos  
Cerca de San Sebastian;  
Que allí las flechas les dan,  
Aunque ninguna por Dios.  
Allí ó á la Trinidad  
Van dos señoras á misa,  
Una que llaman Belisa,  
Cuya hacienda y calidad  
Hace por dicha temer  
A Lisardo en esta villa,  
Aunque es hidalgo, el pedilla  
A su padre por mujer.  
Es moza cuyo despejo,  
Rostro, galas y tocado  
No viene mal consultado  
Cada día con su espejo.  
Sale de la iglesia haciendo  
Mil caireles con el manto;  
Pisa firme, esgrime, y cuanto  
Va mirando va rindiendo.  
La otra dicen que es tia,

Mujer de mejor asiento,  
No de aquel entendimiento  
Que parece argentería.  
Hay fondo y conformidad  
De su prudencia y buen trato,  
Con un hábito beato  
Que le causa autoridad.  
Mas no sé si la anasaya  
(Que no sé si es estameña)  
Tiene desta noble dueña  
Los pensamientos á raya;  
Porque la veo mirar  
A Risoelo atentamente,  
Como á burto de la gente,  
Ya al salir y ya al entrar.  
Ayer al salir de misa,  
Las dos pasaron delante,  
Y puso en la pila un guante  
No sé á qué efecto Belisa;  
Pero sé que un picaron,  
Lacayo enjerto en truan,  
Que sirve al dicho galán  
Ya de ventor, ya de halcón,  
Le tomó disimulado,  
Y á los dos se le llevó.

MARCELA:

Aun no imaginaba yo  
Que era tanto mi cuidado.  
¿En eso entiende Risoelo,  
Y el amistad de Lisardo  
Vino á parar? Ya ¿qué aguardo?  
Castigue su engaño el cielo.  
Al principio imaginé  
Que era tu aviso ficción;  
Que una olvidada alición  
Es sospechosa en la fe.  
Y es el camino ordinario  
De quien ama con desden  
El decir que quiere bien  
A otra mujer su contrario;  
Mas ahora que los cielos  
Me declaran la verdad,  
No es ofender mi lealtad  
Tener de la suya celos.  
¡Oh, traidor! ¡Que por el gusto  
De un amigo que acompaña,  
Pague mi amorosa hazaña  
Con este indigno disgusto!  
Pues no ha de pasar así.  
¿Sabes la casa?

FLORENCIO.

Pues ¿no?

MARCELA.

Vén conmigo.

FLORENCIO.

Bien sé yo  
Que le hallarás por allí.

MARCELA.

Si mujer de confianza  
Ha de hacer algún error,  
No será interés ni amor.  
Dios nos libre de venganza.

(Vanse.)

Pasó del Prado.

## ESCENA XIII.

LISARDO y RISELO, con capas de color, bizarros; BELTRAN.

LISARDO.

¡Oh, cómo tardan, Risoel!  
¿Qué he de hacer?

RISELO.

Amor te valga.

LISARDO.

Temo que, de envidia, salga,

L-1.

Deste mi sol, el del cielo.

RISELO.

Antes no saldrá si sabe  
Que es sol y que fuera está.

BELTRAN.

Las aves le cantan ya  
A Belisa en voz suave:  
«Mañanicas floridas  
Del mes de mayo  
Recordad á mi niña,  
No duerma tanto.»

LISARDO.

Campos de Madrid dichosos,  
Si sois de sus piés pisados;  
Fuentes, que por ver la huerta  
Del Duque subís tan alto  
El cristal de vuestros ojos,  
Que asomáis los blancos rayos  
Por las verdes celosías,  
Muros de sus verdes cuadros;  
Hermosa alfombra de flores,  
Donde tejiendo y pintando  
Está la naturaleza  
Mas há de cinco mil años;  
Arroyuelos cristalinos,  
Ruido sonoro y manso,  
Que parece que correís,  
Tonos de Juan Blas cantando,  
Porque ya corriendo aprisa,  
Y ya en las guijas despacio,  
Parece que entraís con fugas,  
Y que sois típles y bajos;  
Recordad á mi niña,  
No duerma tanto.

RISELO.

Aves, que vais por el viento,  
Ya del sol clarificado,  
Sobre sus plumas tendiendo  
Vuestros vistosos penachos;  
Las que asomáis por los nidos  
Las cabezas gorjeando,  
Y las que ya en altas ramas  
Dais buenos días al prado;  
Trigos, que con amapolas  
Y mil amarillos lazos  
Sois un tapiz de verduras  
Sembreado de papagayos;  
Alamos verdes, á quien  
Con tantas hojas y ramos  
Vistió de alegre librea,  
A pesar de octubre, mayo;  
Para que la niña venga,  
Que está esperando Lisardo,  
Recordad á su tia,  
No duerma tanto.

BELTRAN.

Tabernas de san Martín,  
Generoso y puro santo,  
Que ya poneis reposteros  
Como acémilas de Baco;  
Cajones, que ya os cubris  
Con el pan de leche blanco;  
Franceses, que pregonaís  
Aguardiente y letuario;  
Carretones de basura,  
Que vais las calles limpiando;  
Roperos, que amanecéis  
Con solicito cuidado,  
Sin ser procesion del Córpus,  
Las tiendas entapizando;  
Y vosotros, aires fríos,  
Que dais tos y resfriado,  
Romadizo y otras cosas  
A los que salen sudando;  
Porque despierde á la tia,  
Y ella á Belisa, si acaso  
Duermé descuidada agora  
De que la aguarda Lisardo,  
Recordad mi fregona,  
No duerma tanto.

RISELO.

No me parece que tiene  
De tu cuidado pesar.

LISARDO.

Terrible cosa es mirar  
Aquel si viene ó no viene.

RISELO.

Mientras penas, como sueles,  
Y ella el levantarse traza,  
Vaya Beltran á la plaza  
De Anton Martín por pasteles;  
Que mientras que se regale  
Nuestro estómago almorzando,  
Estarás tú contemplando  
Aquel si sale ó no sale.

LISARDO.

Bárbaro estás.

RISELO.

Libre estoy.

LISARDO.

Es para el entendimiento  
Amor divino sustento.

RISELO.

Pues yo al cuerpo se le doy;  
Que es lo que aprovecha y vale.

LISARDO.

Yo no, porque en mis deseos,  
A un favor tras mil empleos,  
No hay manjar que se le iguale.

BELTRAN.

Allí vienen tres mujeres.

LISARDO.

¿Tres? ¿Adónde?...

BELTRAN.

En la Carrera.

LISARDO.

¿Son ellas?

BELTRAN.

Aquí me espera.

LISARDO.

Lince en mis cuidados eres.  
Mas detente; que ella viene.

BELTRAN.

Ella es sin duda, Señor.

LISARDO.

¿Puede haber mayor favor  
De cuantos el amor tiene?

## ESCENA XIV.

TEODORA, BELISA y LEONOR, con sombreros de plumas y las ropas levantadas al uso de Madrid, ó en chinelas con listones.—DICHOS.

TEODORA.

Mientras mas te voy diciendo  
Condición que se te ha hecho!  
No me ha de ser de provecho,  
Si tu rigor me acompaña,  
Ni el acero ni el pascó.  
Ves que el doctor me mandó  
Que vieses gente, y que yo  
Cumpliese cualquier desco;  
Ves que á mí melancolía  
Es aquesto conveniente,  
Y apartarme de la gente.

BELISA.

¡Válgame Dios, y qué extraña  
Condición que se te ha hecho!  
No me ha de ser de provecho,  
Si tu rigor me acompaña,  
Ni el acero ni el pascó.  
Ves que el doctor me mandó  
Que vieses gente, y que yo  
Cumpliese cualquier desco;  
Ves que á mí melancolía  
Es aquesto conveniente,  
Y apartarme de la gente.

LISARDO.

¡Agora sí que es de día,  
Agora sí que salió  
A estos campos el anhora!

TEODORA.

Luego ¿dejaréte agora  
Hablar con los hombres yo?

BELISA.

Pues ¿con quién tengo de hablar?  
¿Con las bestias? ¿Discrecion!...

TEODORA.

Para aquesta opilacion  
Te mandó el doctor andar.

BELISA.

Y ver gente y hablar gente,  
Y andar con gente, mejor.  
¿No es esto verdad, Leonor?

LEONOR.

Y ¿cómo si es conveniente!  
Y ¿cómo si es de importancia  
A tanta melancolia!

TEODORA.

¿Qué buen testigo! Esta fria  
Fuente, cuya consonancia  
Basta para desechar  
Del alma toda tristeza,  
Mira, ¡y con cuánta belleza  
Sube hasta querer entrar  
Por ese verde aposento  
Del jardín del Duque, y mira  
Las blancas perlas que tira,  
Rota en pedazos, al viento!  
¡Mira estos árboles verdes  
Que le hacen toldo y dosel,  
Para que debajo dél  
De ningún dolor te acuerdes?  
Habla con ellos; que así  
La soledad perderás.

BELISA.

Lindos consejos me das.  
Y ¿responderánme?

TEODORA.

Sí.

BELISA.

Señores árboles, yo  
Muy buena intencion traía  
De decir la pena mía  
A quien la causa me dió.  
Para aqueste desafío  
Del campo, donde ya espero,  
El pecho armé con acero  
Para dar un filo al mio;  
Mas para la impertinencia  
De quien no me deja hablar,  
Desde hoy mas le pienso armar  
Desta forzosa paciencia.  
Toda la noche pasé  
Esperando la mañana;  
Pero fué esperanza vana,  
Pues sin hablar me quedé.  
Suplicoos, árboles verdes,  
Que me tengais por fiel,  
Y á ti, mi verde laurel,  
Que de mis males te acuerdes.

LISARDO.

Harélo sin duda así.  
Lo mismo te pido yo.

TEODORA.

¿Qué es eso?

BELISA.

El árbol habló.

TEODORA.

¿El árbol?

BELISA.

Señora, sí.

TEODORA.

¡Hay tan notable insolencia!

BELISA.

¿Esto te enfada tambien?  
Los cielos, tía, me den  
Con tus enfados paciencia.

TEODORA.

Pues ¿piensas que no entendi  
Con los árboles que hablaste?

BELISA.

Pues malicias sospechaste.

TEODORA.

Y ¿dónde hay laurel aqui?

BELISA.

En San Jerónimo hay tantos,  
Que puedo hablarlos así.

TEODORA.

Y ¿veslos tú desde aqui?  
Cubrios luego los mantos,  
Y demos la vuelta á casa;  
Que ya entiendo tus maldades,  
Ya sé tus enfermedades,  
Ya sé todo lo que pasa.  
Ya sé tus opilaciones,  
Ya sé el agua de tu acero.  
Decirlo á tu padre quiero:  
Todas fueron invenciones.  
Cúbrete presto.

BELISA.

¡Eso sí!

Riñe, riñe, no repares  
En que me das mil pesares:  
Yo me moriré por ti.  
Encierrame con mi mal,  
Máteme melancolia,  
Para mi no salga el día,  
Sea todo tiempo igual.  
¡Plega á Dios que antes de un mes  
En otro hábito me vea  
Llevar donde me desea  
Tu rigor, para que estés  
Contenta de ver mi vida  
Donde á Dios pidiendo estás;  
Que enterrada aun no dirás  
Que estaré bien recogida!  
¡Plega á Dios que crezca el mal,  
Y reviente el corazon.  
Y que en aquesta ocasion  
Me dé una gota coral!  
Plega á Dios!...

LEONOR.

Esto has querido.  
Mírala ya desmayada.

LISARDO.

¿Cayó Belisa?

RISELO.

Alterada  
Está su tía. ¿Qué ha sido?

LEONOR.

¿Ves aqui lo que has causado  
Con tu mala condicion?

TEODORA.

¿Qué le he dicho?

LEONOR.

Que es ficcion:  
Bastante ocasion le has dado.  
¿Fingido debe de ser  
Mal que encarece un doctor  
Tan grave? — ¡Ah, Señor, Señor!

TEODORA.

¿Qué es lo que quieres hacer?

LEONOR.

¡Ah, señores! ¿tiene alguno  
Sortija de corazon?

TEODORA.

Esta es mejor invencion.

LISARDO.

(Ap. No mas temor importuno.)  
¿Qué es esto, señoras mías?

LEONOR.

Desmayóse esta señora.

LISARDO.

¿Aqui en este punto?

LEONOR.

Tocad sus manos.

LISARDO.

¡Qué frías!

TEODORA.

¿Por qué las ha de tocar?

LEONOR.

Porque con la alteracion  
Se sosiegue el corazon.

LISARDO.

(Ap. ¡Hay mas bien que desear!)  
Pondréle aquesta sortija  
Al dedo.

BELTRAN. (Ap.)

Basta; que en paz  
Amor con este disfraz  
Viene á jugar la sortija.

LISARDO.

¿Hay en qué poder traer  
Agua de la fuente?

LEONOR.

Sí;

Que un búcaro trae aquí.  
(*Sáquele de la manga un barro.*)

RISELO.

Deso debe de nacer  
Todo el mal que la atormenta.—  
Parte á la fuente, Beltran.

(Vase Beltran.)

## ESCENA XV.

LISARDO, TEODORA, RISELO, LEONOR;  
BELISA, desmayada.

LISARDO.

Mientras por el agua van,  
Para que el dolor no sienta,  
Quiero decirle al oído  
Unas palabras notables.  
(*Háblala al oído.*)

TEODORA.

Sí, sí; como tú las hables,  
Ella cobrará el sentido.

RISELO.

Puso Dios virtud, Señora,  
En las piedras, cuanto mas  
En las palabras.

TEODORA.

Jamás  
Pensó ver esto Teodora.  
¡Hay insolencia fundada  
En tanta fuerza y razon!

BELISA. (Despierta.)

¡Qué dulce consolacion!

RISELO.

¿Habló?

TEODORA.

Sí, después de hablada.

BELISA.

Parece que una abejita,  
Cuyo tierno pico adoro,  
Con un susurro sonoro,  
Que todos mis males quita,  
Un panal de miel sabrosa  
En el oído me hacia.

TEODORA.

¿Abeja? Alano seria,  
Traidora, en tu orija ociosa.  
¡Hay desvergüenza como esta!



LISARDO.

Sentáos con ella, Señora;  
Que no es bien que suba agora  
Ese pedazo de cuesta.  
Sentáos vos, señor Riselo,  
Junto á ella, y yo estaré  
Junto á esta dama, porque  
(Que no lo permita el cielo)  
Si se desmayare, pueda  
Volverla á hablar al oído.

TEODORA.

Esto, Belisa, has querido.  
¡Qué buena tu honra queda!

BELISA.

Calle, tía de mis ojos;  
(*Siéntanse los cuatro.*)  
Que el doctor manda que vea  
Gente.

TEODORA.

Y ¿manda que esta sea?  
(*Comienza Riselo á entretener la tía, y  
Lisardo y Belisa hablan de oído.*)

RISELO.

No reciba deso enojos  
Vuestra merced: oiga acá.

TEODORA.

¿Qué quiere vuesa merced?

RISELO.

Quiero que me haga merced  
De escucharme.

TEODORA.

Acabe ya.

RISELO.

Ese monjil de estameña,  
Hábito beato y grave;  
Ese donaire suave,  
Que hará manteca una peña;  
Esa dulce gravedad,  
Ese claro entendimiento,  
Ese honroso fundamento  
De virtud y honestidad;  
Esos ojos regalados,  
Tan estrellas de mi empleo,  
Que cuando ayuna el deseo,  
Se los da amor estrellados;  
Esa boca ilustre y bella,  
Coral, sangre y pura rosa,  
Que jamás ha hablado cosa  
Que no la echase por ella;  
Esa nariz rubicunda,  
Que por única nariz  
Merece hacerle un telliz  
Que le sirviese de funda;  
Esa bien puesta garganta,  
Donde desa toca el punto  
Tiene al amor todo junto  
Con la argolla á la garganta;  
Esos pechos, á quien paga  
Pechos amor, cuando juega  
Del vocablo, y con que ciega,  
Tira, prende, mata y llaga,  
Me tienen muerto de amor.

TEODORA.

¡Jesús! No pase adelante.  
¿Cómo á mujer semejante  
Habla en amores, Señor?  
Levantáreme. ¡Ay Dios mío!  
¿Es esto lo que hoy recé?

RISELO.

Deténgase y la diré  
Que tiene un gallardo brio.

TEODORA.

El hábito ¿no le espanta?  
No mira que está bendito?

RISELO.

Terrible es el sobrescrito;  
Mas siempre el amor levanta

De las cartas la cubierta,  
Donde está la cortesía.  
Yo la adoro, fraila mía,  
Por la parte descubierta.

TEODORA.

¡Qué notable tentación!  
¡Ay! qué mal hombre que está!  
Dios le alumbre. Hágase allá.

RISELO.

Los de amor preñados son.  
Bien dice: Con bien me alumbre.  
Sepa que me da un antojo.

TEODORA.

Por su vida, que me enoja.

RISELO.

¿Esto le da pesadumbre?

## ESCENA XVI.

BELTRAN, con el búcaro de agua.—

DICHOS.

BELTRAN.

Aquí viene el agua.

LEONOR.

Calla,

Y siéntate junto á mí.

(Siéntase Beltran.)

BELTRAN.

Luego ¿derrámola?

LEONOR.

Sí;

Que ya se dan la batalla  
Dios á dos.

BELTRAN.

¿Y la braveza

De la tía?

LEONOR.

Ya cesó.

BELTRAN.

Y ¿cómo estamos tú y yo?

LEONOR.

¡A fe que es él buena pieza!

¿Párecete, diga, bien

Como habló con Catalina?

BELTRAN.

Habléla por tu vecina.

Y por tu amiga también.

LEONOR.

Que no quiero esa amistad.

(*Vuelve la tía la cabeza, y ve abrazarse Lisardo y Belisa.*)

TEODORA.

¿Qué es eso? ¡Oh qué lindo ensayo!

LISARDO.

Apuntábele el desmayo,  
Y túvela.

TEODORA.

¡Qué piedad!

RISELO.

Dejaldos hablar; que son  
Mozos, y bien podría ser  
Fuesen marido y mujer.

TEODORA.

Ya entiendo la opilación.

LEONOR.

¡Maldito seas! ¡Qué bien  
Ser dotor fingiste allí.

BELTRAN.

¿Parecete bien así?

LEONOR.

Y desta suerte también.

BELTRAN.

Sábetete que sé curar.

LEONOR.

¿Cómo?

BELTRAN.

He curado un cuartago  
Que, después del de Santiago,  
Con que le suelen pintar,  
No tiene bestia Madrid,  
Aunque no las tiene malas,  
Como él; faltanle unas alas.

TEODORA.

Si sois libre me decid.

RISELO.

¿Tan encogido os parezco?

TEODORA.

No digo, sino si acaso

No sois casado.

RISELO.

Aunque caso,  
Jamás casarme merezco.  
Si yo hallase una mujer  
De gobierno como vos...

TEODORA.

Eso encomendado á Dios,  
Porque Dios lo puede hacer.

RISELO. (Ap.)

Sal quiere este huevo.

BELISA. (Ap. á Lisardo.)

El sol

Entra furioso, mi bien;  
Y porque dure también,  
Y no haya algun arrebol,  
Es menester dar lugar  
A la razón: véte agora,  
Y habla primero á Teodora.

LISARDO.

Bien le ha sabido el hablar.  
Riselo, vamos de aquí;  
Que es muy tarde.

RISELO.

Adios, mi gloria.

(Levántanse.)

TEODORA. (Ap. á Riselo.)

Y ¿tendrá de mí memoria?

RISELO.

Hasta olvidarme de mí.

TEODORA.

No habrá salido del Prado,  
Cuando todo se le olvide.

RISELO.

Mal vuestro desenoio mide  
Los lejos de mí cuidado.

TEODORA.

Véngame signiendo agora,  
Y nuestra casa sabrá.

LISARDO. (Ap. á Riselo.)

¿Qué hay de Teodora?

RISELO.

Que está  
Como un mazapan Teodora.

TEODORA.

Vén, muchacha, por aquí.

BELISA.

¿Vas enfadada?

TEODORA.

¿De qué?

RISELO. (Ap. á Lisardo.)

Lindamente la engañé.

LISARDO.

¡Amor, vitoria! Venci.

## ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Prudencio.

## ESCENA PRIMERA.

OTAVIO, SALUCIO.

OTAVIO.

Un hombre determinado  
Es incapaz de consejo.

SALUCIO.

Yo, Señor, no te aconsejo.

OTAVIO.

Ni es oficio de criado;  
Eso ha de hacer el amigo.  
El superior y el que es viejo.

SALUCIO.

No es querer darte consejo  
Hablar de tu bien contigo.  
Tu prima es bella mujer,  
Y en sangre la misma tuya.

OTAVIO.

Si la diferencia es suya,  
¿Qué puede Otavio perder?

SALUCIO.

No me ha parecido á mí  
Que vive en la honestidad  
De mujer de calidad,  
Y que nació para ti.

OTAVIO.

¿Cuánto va, que has de obligarme  
A hacer algun desatino?

SALUCIO.

Ya del tuyo lo imagino.  
Quiero dejarte y guardarme.

OTAVIO.

Pues ¿cuál hombre hablar osara  
En un ángel?...

SALUCIO.

Tiene piés

En que descubre lo que es.

OTAVIO.

En lo que dices repara.

SALUCIO.

Digo que aqueste salir  
Cada mañana, me enfada.

OTAVIO.

A mí, Salucio, me agrada  
Verla del campo venir  
Cual rosa de Alejandria:  
Tales colores sacó  
Luego que el alba rompió  
La prision en que vivía.  
¡Oh! ¿cuál lirio aljofarado  
Puede el rocío dejar,  
Como ella suele mostrar  
El rostro en sudor bañado?  
¿Hay cosa como el despejo  
Del sombrerillo y el manto?

SALUCIO.

Nunca la he mirado tanto.

OTAVIO.

Yo sí; que el alma le dejó  
Cada vez (y á tener, mil)  
En los cabellos revueltos,  
Que, ya atados, y ya sueltos,  
Adorna un velo sutil.  
Pues en viendo la chinela,  
De listones enlazada,  
De su pié reja dorada,  
Donde estando preso vuela,  
No hay tan cuerdo entendimiento  
Que no trajese después  
Todo el seso en tales piés.

SALUCIO.

Ya por el tuyo lo siento.  
Mas si tanta bizarria  
Y ese volver desde el Prádo  
Cual lirio en perlas bañado  
Y rosa de Alejandria,  
No vienen con ocasion  
De la enfermedad que dice,  
¿Qué importa que la matice  
El pincel de tu aficion?

OTAVIO.

Necio, en volviendo de andar,  
¿No ha de venir encendida?

SALUCIO.

Nunca está descolorida  
Ni la veo desmayar.  
Sino es cuando hablar la quieres;  
Que pienso que tu aficion  
Es toda su opilacion.

OTAVIO.

Maliciosa bestia eres.

SALUCIO.

Si yo veo la beata,  
La de la manga y rosario,  
La del pardo escapulario  
Y la Concepcion de plata,  
Que la culpaba y reñía,  
Después que sale, contenta,  
¿Qué quieres, Señor, que sienta?

OTAVIO.

¿Cómo, Salucio? ¿En su tia  
Osas tu poner la boca!  
En una santa!

SALUCIO.

No sé

Si es santa.

OTAVIO.

¿Cuán bien se ve

Que el demonio te provoca!  
Doliame el otro día  
La cabeza, y solamente  
Bendecirme, de repente  
Me quitó el mal que tenía.  
Y; osas hablar!...

SALUCIO.

Pues á mí

La otra noche me bendijo,  
Y ciertas cosas me dijo  
Rezapo, que no entendí;  
Y doliéndome de vicio  
Una muela, tal anduve  
De todas juntas, que estuve  
Para perder el juicio.

OTAVIO.

Ese es milagro.

SALUCIO.

Sin duda,

De los que Mahoma hacia,  
Pues lo que en una dolía,  
A todas juntas lo muda.

OTAVIO.

Antes porque te faltó  
La fe, quiso castigarte,  
Y aquel dolor aumentarte,  
Que de una en todas te dió.  
Y toma resolucion  
De no hablar en esto mal;  
Que es mujer muy principal,  
Y en fin mis parientas son.  
Fuera de que por mujer  
Quiero pedir á Belisa.

SALUCIO.

¿Tan aprisa?

OTAVIO.

Tan aprisa.

SALUCIO.

No te quiero responder.

## ESCENA II.

BELTRAN, de médico.—DICHOS.

BELTRAN. (Dentro.)

Dios sea en aquesta casa.

OTAVIO.

El doctor.

SALUCIO.

El bellacon.

OTAVIO.

¿Qué dices?

SALUCIO.

Que todos son  
De una pasta y una masa.  
(Sale Beltran.)

BELTRAN.

¿No está, Señor, levantada  
Esa niña?

OTAVIO.

Poco habrá  
Que vino del campo.

BELTRAN.

Ya

Andará mas descansada.

OTAVIO.

Provecho le van haciendo  
Los jarabes.

BELTRAN.

Es gran cosa:  
Aquella hinchazon acuosa  
Va gastando y deshaciendo.  
Dale la vida ver gente.

OTAVIO.

Yo, mi señor, no he dormido  
Esta noche.

BELTRAN.

¿Qué ha tenido?

OTAVIO.

Cierto enfadoso accidente.

BELTRAN.

El pulso, por vida mia,  
Que no está muy sosegado;  
Mas esto mas se ha causado  
De pura melancolia  
Del alma y el pensamiento  
Que de corporal pasion.  
Algo parece aficion.

OTAVIO. (Ap.)

¿Qué divino entendimiento!

BELTRAN.

(Ap. Este majadero muere  
Por Belisa, y nos persigue.)  
Quien algun deseo sigue,  
Mas poco á poco le espere;  
Que del alma las pasiones  
Se suelen comunicar,  
Y dellas causas tomar  
Las exteriores acciones.  
Así lo dijo Avicena,  
Quando anima contristatur,  
Corpus maxime gravatur.  
Y importa dejar la pena.

OTAVIO. (Ap.)

Tiene un ingenio divino.

BELTRAN.

Haga que cuezan romero,  
Ruda y tomillo salsero  
En media azumbre de vino,  
Y átenso en un tobillo;  
Que podrá dormir mejor.

SALUCIO.

Tambien yo tengo, Señor,  
Cierta mal: ¿podré decillo?

BELTRAN.

Podéis.

SALUCIO.

Siento aquestos dias,  
Después que en Madrid estoy,  
Un descontento, que doy  
En grandes melancolias.  
Nada me parece bien;  
Todos me son importunos.

BELTRAN.

¿Teneis dineros?

SALUCIO.

Ningunos.

BELTRAN.

Pues procurad que os los den.  
Vos sois hombre mal contento,  
Y aun algo murmurador.

OTAVIO. (Ap.)

Este ¿es demonio ó doctor?

## ESCENA III.

TEODORA; BELISA, *como que se levanta*.—Dichos.

BELISA.

Mas aliviada me siento.

TEODORA.

Aqui está el doctor.

BELISA.

¿Señor!...

BELTRAN.

¿Jesus, niña, y cómo estas  
Hoy á mi gusto! No hay mas.  
¿Famoso talle y color!  
Dame ese pulso. Excelente.  
Muestra esa mano.

BELISA.

¿Qué haces?

BELTRAN.

Una higa, y que me abraceis.  
(*Hace una higa con la mano de Belisa.*)  
Aun no hay señal de accidente.

BELISA.

¿A quién la tengo de dar?

BELTRAN.

Désela al señor Otavio.

BELISA.

¿De gentilhombre?

OTAVIO.

Es agravio

Que os haceis: haced sacar  
Un espejo, y esa cara  
Mirad, y dadse la á ella,  
Porque á una cosa tan bella  
Su mismo amor la matara.

BELTRAN.

Hoy ¿dónde has andado?

BELISA.

Fui

Hasta la Casa del Campo,  
En cuyas flores me estampo,  
Y un hora me duermo allí.  
Parecióme que soñaba,  
Al son de una fuente pura,  
Que un ángel en hermosura,  
Talle y discrecion me hablaba;  
Que mil cosas me decía,  
Jurando tenerme amor,  
Y por Dios, señor doctor,  
Que el alma me enternecia.  
Quiso abrazarme tambien,  
Y desperté.

BELTRAN.

Aquel jarabe,  
Como es tan blando y suave,  
Alegra la sangre bien.

BELISA.

Después que tomo el acero  
Y me salgo á pasear,  
No siento ya aquel pesar  
De no gozar lo que quiero.  
Hállome muy aliviada  
De aquella melancolia;  
Que ya mi señora tia  
No es mal acondicionada.  
Ya no riñe su merced.

TEODORA.

Y yo ¿cuándo te reñí?

BELISA.

En otro tiempo la vi  
Hacerme menos merced.

TEODORA.

Tú, sobrina, ya has dejado,  
Andando, tu opilacion.  
Y yo en la misma razon  
La tengo de haber andado.  
Debíoseme de pegar;  
Y como opilada estoy,  
A nadie, á fe de quien soy,  
Pienso reñir ni culpar.

BELTRAN.

¿Qué buena cosa seria  
Que tu mal se le pegase!

BELISA.

Dios quiere que el mal se pase  
A vusté, señora tia,  
Porque sepa lo que son  
Aquestas opilaciones.

BELTRAN.

Yo le haré en breves razones  
Que pierda la opilacion.  
¿Hay un criado?

SALUCIO.

Aqui estoy.

BELTRAN.

Vaya á la botica luego  
Por un manajo de espliego.

SALUCIO.

Digo que volando voy. (Vase.)

TEODORA.

Pues ¿qué es lo que quiere hacer?

BELTRAN.

El efeto lo dirá.  
Vuesamerced nos dará (A Otavio.)  
Lugar, y podrá volver  
Dentro de un instante aquí.

OTAVIO.

¿Jesus! Señor, yo me voy. (Vase.)

## ESCENA IV.

BELISA, TEODORA, BELTRAN.

BELTRAN.

¿Fuéase?

TEODORA.

Sí.

BELTRAN. (Ap. á Teodora.)

¿Sabes quién soy?

TEODORA.

Desde ayer te conocí.  
Ya sé quién eres, Beltran;  
Ya sé todo el fingimiento.  
Y que eres el instrumento  
Del amor deste galán.  
Y pues ha querido el cielo  
Castigar mi gravedad  
Y aquella severidad,  
Con adorar á Riselo,  
Haz buen oficio con él.  
Dile que mire que soy  
Mujer noble, y que le doy

Palabra de ser fiel;  
Y aunque no sientas de mí  
Los méritos que él merece,  
Mi persona le encarece.

BELTRAN.

Harélo, Teodora, así.  
Arrima la hipocresia  
Y la parda beatitud,  
Porque en tanta juventud  
Mas fuerte sangre se cria.  
Traza que estos dos pichones  
Hagan su nido en tu casa;  
Que si su padre los casa,  
Tu vida en remedio pones.  
Gozarás de un caballero  
Como Riselo, tan grave,  
Tan dulce, honesto y suave.

TEODORA.

Sabe Dios lo que le quiero.

BELISA.

Tia, como ella solia  
Reñirme, puedo yo agora  
Reñirla. ¿No ve, Señora,  
Que es alma tambien la mia,  
Y que tengo yo que hablar  
Con Beltran?

TEODORA.

Tienes razon.

Es nueva mi opilacion,  
Y tengo mas que curar.

BELISA.

Dile, Beltran, á Lisardo...

TEODORA.

Calla; que tu padre viene.

## ESCENA V.

PRUDENCIO, OTAVIO.—Dichos.

PRUDENCIO.

¿La misma enfermedad tiene?  
Otra pesadumbre aguardo.

OTAVIO.

Así lo dijo el doctor.

BELTRAN.

Muestra el pulso.

PRUDENCIO.

¿Qué tenemos?

BELISA.

Anda este mal por extremos.

PRUDENCIO.

Por Dios, que temo, Señor,  
Que ha de darme á mi tambien.

BELTRAN.

Estará muy presto buena;  
No hay que tener desto pena:  
Esto que digo le den,  
Y adios; que tengo una junta. (Vase.)

## ESCENA VI.

PRUDENCIO, TEODORA, BELISA, OTAVIO; después, LEONOR.

PRUDENCIO.

Con lo que se quita el mal  
¿Te ha dado á ti?

TEODORA.

Si es igual

La sangre, hermano, y se junta,  
¿Qué mucho que me haya dado  
E andar con ella?

(Sale Leonor.)

LEONOR.

Aqui están

Los músicos.

TEODORA.

¿Entrarán?



PRUDENCIO.

A muy buen tiempo han llegado.

**ESCENA VII.**

MUSICOS. — DICHOS.

UN MUSICO.

Hoy el doctor nos mandó  
Alegrar esta señora.

PRUDENCIO.

Mas lo ha menester Teodora.

EL MUSICO.

¿Cómo?

PRUDENCIO.

El mal se le pegó.  
(Ap. Enfadado, y con razon,  
Estoy de mi hermana. Hoy quedo  
Sospechoso : esto es enredo.)

MUSICO.

Escuchad esta cancion.  
(Cantan.) *Nina del color quebrado,  
O tienes amor ó comes barro.  
Niña que, al salir el alba  
Dorando los verdes prados,  
Esmaltan el de Madrid  
De jazmines tus piés blancos;  
Tú, que vives sin color,  
Y no vives sin cuidado,  
O tienes amor ó comes barro.  
Que salgas tan de mañana  
Con tal cuidado, me espanto;  
Estoy por decir, por ti:  
Eso que comes no es barro.  
Pues madrugas y no duermes,  
Y andas por mayo en el campo,  
O tienes amor ó comes barro.*

PRUDENCIO. (Ap.)

[sejan

¡Oh cuánto á un hombre avisan y acon-  
Las canciones suaves y poesías,  
Para enseñar los hombres inventadas!  
No en balde se inventaron las comedias,  
Primero en Grecia que en Italia y Roma.  
Allí se ven ejemplos y consejos,  
Porque son de la vida los espejos.  
Ya puede ser que esta muchacha mia  
Estuviese opilada de deseos;  
Que no están ya los tiempos de manera  
Que puedan descuidarse con las hijas  
Los padres que profesan honra y fama.  
Ya fué otro tiempo, que con años treinta  
Llamaban niña una mujer, y andaba  
Jugando con los mozos en cabello.  
Mas hoy, por los pecados de los hombres,  
Cierta señal de que se acaba el mundo,  
De diez años aspira á casamiento,  
A trece es madre, y á veintuno abuela.  
Yo quiero, con ejemplo de los músicos,  
Casar mi hija, que es el mejor medio  
Para desopilalla; y á fe mia,  
Que no ha venido Otavio, si él la quiere,  
Á mal tiempo.

OTAVIO.

¿Qué estás contigo hablando?

PRUDENCIO. (Ap. á Otavio.)

Decía, Otavio, yo que los poetas  
Nos están avisando por momentos  
El modo de vivir á lo seguro,  
Que entre aquella dulzura de la música  
Nos dan mil aforismos y sentencias.  
Danme deseos de casar mi hija.

OTAVIO.

¡Ojalá que tuvieras tal propósito!  
Que una dispensacion poco costara.

PRUDENCIO.

¿Hablas de veras?

OTAVIO.

Tan de veras hablo,

Que después que la vi...

PRUDENCIO.

Basta, no digas  
Otra palabra ya Belisa es tuya.  
Tu padre soy, bien puedo yo casarte.

OTAVIO.

No lo es tanto, Señor, tu hermano.

PRUDENCIO.

Mira  
Cuándo quieres que hablemos mas de [espacio;  
Que están aquestos músicos presentes  
Y ella tambien: no quiero que lo entien- [da.

OTAVIO.

Esta tarde podrémos hablar solos.

PRUDENCIO.

A Atocha nos irémos paseando.  
Véte agora; que quiero que Teodora  
Sepa su voluntad.

OTAVIO.

Llevarme quiero  
Los músicos. — Señores, yo querria  
Oírlos con espacio en mi aposento.

UN MUSICO.

Vamos donde mandáredes. — Señora,  
Adios.

BELISA.

El cielo os guarde.

OTAVIO.

Adios, Teodora.

(Vanse Otavio, los músicos y Leonor.)

**ESCENA VIII.**

PRUDENCIO, TEODORA, BELISA.

TEODORA.

¿Por qué se va nuestro sobrino?

PRUDENCIO.

Creo

Que se le pegan ya vuestras tristezas:  
Es toda aquesta casa opilaciones.  
Mas oye, hermana, así te guarde el cielo.  
(Hablan aparte.)

TEODORA.

¿Es por ventura que casar intentas  
Esta muchacha?

PRUDENCIO.

¿Lo que dije oíste?

TEODORA.

En verte hablar á solas con Otavio,  
Presumi que tratabas de casarla.

PRUDENCIO.

No quiero mas de que su intento sepas.

TEODORA.

No teniendo salud, ¿quieres casarla?  
Pregúntalo al doctor, sabe primero  
Si será bien.

PRUDENCIO.

Casarla es buen acero.

Dile que yo la caso con Otavio.

TEODORA.

Yo lo haré así.

PRUDENCIO.

Yo sé que no la agravio.

(Vase.)

**ESCENA IX.**

TEODORA, BELISA.

TEODORA.

¿Grande mal, gran desventura!

BELISA.

¿Cásame mi padre?

TEODORA.

Sí.

BELISA.

Todo lo que dijo oí.  
Tia, mi muerte procura;  
Tia, daréme la muerte.  
Tia, si me tiene amor,  
Si sabe que este dolor  
Es tan penetrable y fuerte;  
Si ya ha visto de experiencia  
Lo que saber no solia,  
Mire que he de perder, tia,  
La vida con la paciencia.  
Mire que Lisardo es ya  
Mi honor, mi vida, mi ser.

TEODORA.

Belisa, no es menester,  
Quando de por medio está  
Todo mi bien en Riselo,  
Mas de mi propio interés.  
Antes que á Otavio le des  
La mano, permita el cielo...

BELISA.

No lo jures: no se enoje,  
Y nos venga un mal suceso.

TEODORA.

Perderé, sobrina, el seso.  
Haz que luego se te anteje  
H al campo, al Prado, al Soto,  
Finge mil melancolias,  
Pasa las noches y dias  
En temerario alboroto.  
Yo me declaro, sobrina.  
¡Vivan Lisardo y Riselo! —  
¡Leonor!

**ESCENA X.**

LEONOR. — DICHAS.

LEONOR.

Señora...

TEODORA.

¿Diré lo?

BELISA.

Traza, ordena y imagina  
Lo que quisieres de mi.

TEODORA.

Quiero escribir un papel  
Á Riselo, porque en él  
Sepa cuanto piensa aqui  
Prudencio, y porque mañana  
Con Lisardo esté en el Prado,  
Bonde quede concertado  
Dar con la esperanza vana  
De aqueste Otavio en el suelo,  
Aunque tenga mas poder;  
Que tú serás su mujer,  
Como me quiera Riselo.

BELISA.

Y ¿cómo si te querrá!  
Dejame besar tus piés.

TEODORA.

Este es mi propio interés.  
Leonor á llevarle irá;  
Que si no lo entiendo mal,  
No quiere mal al doctor.

BELISA.

Tambien es mujer Leonor,  
Y Leonor quiere á su igual.  
Ven y escribe, por tu vida;  
Mi desdicha le encarece.

TEODORA.

Voy.

(Vase.)

**ESCENA XI.**

BELISA, LEONOR.

BELISA.

Leonor, ¿qué te parece  
Desta hipócrita fingida?

LEONOR.

Que aunque te dió pesadumbres  
Mientras no supo querer,  
Has de tener bien que hacer  
En enmendar sus costumbres.

BELISA.

Tuvo al principio templanza;  
Pero en lin vino á caer;  
Que al son de amor no hay mujer  
Que no haga una mudanza.

(Vanse.)

—

Calle.

**ESCENA XII.**

LISARDO, RISELO.

RISELO.

Anda desesperada, y justamente,  
Con estos celos que le doy, Marcela.

LISARDO.

¿De quién lo sabe?

RISELO.

De la misma gente.

La fama es ave y por los aires vuela.

LISARDO.

Desdicha ha sido.

RISELO.

Y grande inconveniente  
Para seguir la empresa que os desvela;  
Porque por vos cualquiera cosa haría,  
Hasta perder la misma sangre mía;  
Mas á Marcela, vive Dios, Lisardo. [ble.  
Que aunque quiera, no puedo ni es posi-  
Ando con vos de visitarla tardo,  
Y por venganza, que es mujer terrible,  
A un marquesote, á un moceton gallardo  
Ha dado franca entrada su imposible  
En casa, donde al sol que la pasea  
Puso el honor dragones de Medea.  
Mandadme acometer cien escuadrones,  
Mandadme detener los altos vuelos  
De las aves, que tocan los balcones  
De la luna, y se estrellan en los cielos;  
Y no sufrir en estas ocasiones  
De Marcela rigor, de un hombre celos;  
Que servir á Teodora sin mi gusto,  
Por el vuestro, Lisardo, fuera justo;  
Pero verme olvidado de Marcela,  
Celoso de Florencio, y desdenado,  
No lo puedo sufrir.

LISARDO.

Ya se rebela

Tu cielo, amor, contrario á mi cuidado.  
Celos os da Marcela con cautela,  
Por lo que de Teodora le han contado;  
Vos lo tomáis de veras, y de modo,  
Que si vos la dejáis, lo pierdo todo.  
¡Pleguiera á Dios, RISELO, que yo hubiera  
Otro amigo llevado!

RISELO.

Yo me holgara,

O que para serviros libre fuera.

¿Abrieron?

LISARDO.

Sí.

RISELO.

Mi muerte se declara.

Florencio es este. De allá sale.

LISARDO.

Espera.

No le has de hablar.

RISELO.

Mi desventura es clara.

LISARDO.

El hombre no es culpado, no es tu amigo.

RISELO.

¡Cuánto mal me ha venido de ir contigo!

(Retiranse.)

**ESCENA XIII.**FLORENCIO y GERARDO, *sin reparar en*— LISARDO y RISELO.

FLORENCIO. (A Gerardo.)

Parece que se ablanda.

GERARDO.

¿Quién lo duda?

Asiste; que asistiendo, estoy seguro  
Que has de rendirla.

FLORENCIO.

La porfía muda

El áspero rigor de un monte duro.  
Como RISELO á verla un mes no acuda,  
No dudes que tendré lo que procuro.

GERARDO.

RISELO quiere bien á su beatita. [ta.  
Ya es mercader, que en estameñas tra-  
Tratar solía en telas y diamantes;  
O se ha perdido, ó quiere andarlo todo.

FLORENCIO.

Pues yo pienso con prendas semejantes  
Hallar, Gerardo, á mi remedio el modo.  
Y porque en el amor son importantes,  
Mas que ser Salomon, Narciso y Godo,  
Hoy de Guadalajara en la gran puerta,  
Haré un empleo en lo que siempre acier-

GERARDO.

¿Qué sacarás?

FLORENCIO.

Catorce ó quince varas  
Del mejor terciopelo de Toledo  
Y un corte de Milan de flores raras  
O de rica labor, si hallarle puedo;  
Con esto y cien doblones de á dos caras,  
No pienso á la de nadie tener miedo.

GERARDO.

Cuadróme.

FLORENCIO.

Es linda cosa, en estos tiros,  
Trocar en seda y oro los suspiros.  
(Vanse Florencio y Gerardo.)

**ESCENA XIV.**

LISARDO, RISELO.

RISELO.

Mucho he sufrido por ti.

LISARDO.

No es ocasion de perderte;  
Que bien puedes de otra suerte  
Remediar que no entre aquí.

RISELO.

Si ella está determinada,  
¿Qué remedio puede haber?

LISARDO.

¿Posible es que una mujer  
Esté ya tan olvidada?  
Llama; que siendo forzoso,  
Yo le diré la verdad.

RISELO.

Paréceme una ciudad,  
Muro, foso y contrafoso.  
Paréceme ya, Lisardo,  
Que aquesta puerta ha de ser  
Tan fuerte, que es menester  
Para rompella un petardo.  
Parécenme las ventanas  
Troneras llenas de tiros.

LISARDO.

Con menos de dos suspiros

Apostaré que la allanas.

RISELO. (Llamando.)

¡Ah de casa!

**ESCENA XV.**

MARCELA, á una ventana. — DICHOS.

MARCELA.

¿Quién es?

RISELO.

Yo.

MARCELA.

¿Yo no mas?; Grande palabra!

RISELO.

Abre, mis ojos.

MARCELA.

¿Que abra?

RISELO.

Luego ¿no has de abrirme?

MARCELA.

No.

RISELO. (A Lisardo.)

¿Qué os parece?

LISARDO.

Abre, Señora;

Mira que vengo yo aquí.

MARCELA.

Errados venis.

LISARDO.

¿Yo?

MARCELA.

Sí;

Que no vive aquí Teodora.  
Cerca de San Sebastian  
Vive esa dueña de honor,  
Con su poco de color  
Y sns tocas de azafran.  
Es mujer de escapulario  
Con mas botes de virtudes,  
Aguas, yerbas y saludes  
Que hay en cas de un boticario.  
Es, diferenciando el centro  
De aquella exterior esfera,  
Ermitaña por defuera  
Y demonio por de dentro.  
Nunca sin imagen viene;  
Mas es de la Concepcion,  
Adonde hace oracion  
Cierta devoto que tiene.  
Su santidad ha llegado  
(Que bien se puede decir)  
A que ya se va á vivir  
A Atocha, al Soto y al Prado.  
Tiene una niña á que enseña  
Todas estas devociones,  
Con ciertas opilaciones,  
Que anda en visperas de dueña;  
Tan blanda, aunque toma acero,  
Que no hay cera que le iguale.  
Habla, mira, escribe y sale  
A ver cierto caballero.  
Esta hallaran donde digo;  
Porque aquí solo hallaran  
Mujer que quiere galan  
Que menos quiera á su amigo.

(Quitase de la ventana.)

**ESCENA XVI.**

LISARDO, RISELO.

RISELO.

¿Entróse?

LISARDO.

¡No, sino el alba,  
Cuando andaba entre las coles!

RISELO.

Alba para mí, y aun soles.

LISARDO.

La intencion. Ríselo, os salva.  
No temais, pues que no habeis  
Hecho ofensa á esta señora.  
Llamad, decid que á Teodora  
En vuestra vida veréis;  
Que ya ni quiero á Belisa  
Ni en mi vida la veré.

RISELO.

Esperad; que aunque se fué  
Tan furiosa y tan aprisa,  
Sin que perdais vuestro bien  
He de procurar el mio.—  
¡Ah de casa!

LISARDO.

Es desvario.

RISELO.

¿No responden?

LISARDO.

No habrá quién.

RISELO.

¡Ah de casa!

## ESCENA XVII.

BELTRAN.—Dichos.

BELTRAN.

En busca vuestra  
Ando mas há de dos horas.

LISARDO.

¿Dirás, Beltran, que esta ignoras?

BELTRAN.

Este papel traigo.

LISARDO.

Muestra.

BELTRAN.

No es para ti; que Leonor  
Me le dió para Ríselo.

RISELO.

De Teodora. ¡Buen consuelo!  
Abre, Marcela.

BELTRAN.

¡Ah, Señor!

RISELO.

Que no hay señor; quita allá.

LISARDO.

Lee, Ríselo, por Dios.

RISELO.

¡Bien me aconsejais los dos!  
Si acaso accechando esta  
Por la ventana Marcela,  
Y el papel me ve leer...

LISARDO.

Para picarla, ha de ser  
La mejor treta y cautela.  
Lee, no seas tan tierno.

RISELO.

¿Qué no haré por ti, Lisardo?

LISARDO.

Ver abrir el cielo aguardo.

BELTRAN.

Yo ver abrir el infierno.

RISELO. (Lee.)

«Otavio pide á Belisa

»Por mujer.»

LISARDO.

Muerto soy ya.

RISELO. (Lee.)

«Y Prudencio se la da.»

LISARDO.

¿Tanto mal y tan aprisa?

(Toma la carta y lee.)

«Yo, mi bien, te quiero bien,

»Y lo procuro estorbar;

»Que con él se ha de casar,

»Y yo contigo.»

RISELO.

¿Con quién?

BELTRAN.

Contigo dice.

RISELO.

¿Conmigo?

LISARDO.

¡Ay, Ríselo! echa de ver  
Que hallarás otra mujer,  
Y no hallarás otro amigo.

RISELO.

Lo mismo te digo yo.

LISARDO.

Yo quiero á Belisa mas.  
Tú en la posesion estás  
De tu deseo, y yo no.

RISELO.

Espera; hablaré con ella,  
Y diréle la verdad;

Por dicha, por tu amistad

Sufrirá burlarme della.—

¡Ah Marcela! Ah mi señora!

Oye una palabra.

## ESCENA XVIII.

MARCELA, que sale de su casa.—

Dichos.

RISELO.

¡Ah cielo!

MARCELA.

¿Ya no te he dicho, Ríselo,  
Que no vive aquí Teodora?

RISELO.

Oye, mi bien, y sabrás  
La verdad.

MARCELA.

¿Verdad en tí?

RISELO.

Lisardo, mi amor le di.

MARCELA.

¿Qué buen testigo me das!

LISARDO.

Marcela, Teodora fué  
De aquel mi amoroso encanto  
El gigante, y entre tanto  
Que le defendió, no entré.  
Pedi á Ríselo venciese  
Con amor su hipocresía.  
Esto con ella fingía  
Para que lugar me diese.  
Sucedió con gran ventura.  
Si la engaña, ¿qué te ofende?

MARCELA.

¿No se entretiene y pretende?

LISARDO.

Sí, pero ¿a cuál hermosa?

MARCELA.

Quita allá; que cualquier cosa,  
Aunque fea y despreciada,  
Si es mucho tiempo tratada,  
Viene á parecer hermosa.  
Yono entiendo esas quimeras;  
Mil cosas hay, si te burlas,  
Que se comienzan de burlas,  
Y que se acaban de veras.  
Id en buen hora los dos:  
De mi no os podeis quejar;  
Que yo no voy á buscar  
Á Ríselo.

RISELO.

¡Bien por Dios!

MARCELA.

Quando yo á buscarle fuera,  
Era bien satisfacerme;  
Mas si él piensa hablarme y verme,  
Ha de ser desta manera:  
Que me ha de llevar mañana  
Adonde el acero toma  
Esa fraila de Mahoma,  
Esa galga con cuartana,  
Envuelta en manta de jerga;  
Y le ha de decir allí  
Que muere, que pena aquí,  
Come, viste, vive, alberga,  
Y que ha sido todo engaño  
Cuanto le ha dicho hasta agora.

LISARDO.

¡Medraré por Dios, Señora,  
Con ese buen desengaño!

¡Bien se hará mi casamiento

Con Belisa de ese modo,

Quando mi edificio todo

No tiene otro fundamento!

Tú ¿no ves que es gran crueldad

Echarme á perder así?

MARCELA.

Piérdame Ríselo á mí;

Que mas le va en tu amistad;

Que á mí, pues él me desecha,

No faltara quien me estime.

RISELO.

Eso hace que me anime

A proseguir mi sospecha.

¡Ah, Marcela! bien se ve

Que aqueste achaque has buscado,

Pues habiendo asegurado

Con tanta verdad mi fe,

Y sabiendo que es ficción

Todo el amor de Teodora,

Y que mi alma te adora,

Sales con ésta invención.

¡Oh! ¡cómo te ha estado bien,

Para que entre y salga aquí

Florencio, y tratarme á mí

Con este injusto desden,

El hacer yo la amistad

Que en esto á Lisardo hago!

Tú has dado, Marcela, el pago

Que merece mi verdad.

Entre Florencio en buen hora.—

Vamos, Lisardo; que ya

Querer de veras será

Lo que fué burla en Teodora.

¡Vive Dios, que no has de verme

En tu vida mas!

MARCELA.

Y yo

¿Moriréme de eso?

RISELO.

No.

MARCELA.

Pues ¿qué mal piensas hacerme?

RISELO.

El tiempo te lo dirá.—

Vén, Lisardo.

LISARDO.

Espera un poco.

RISELO.

No hay esperar.

MARCELA.

Véte, loco.

RISELO.

¿Loco? Muy cuerdo soy ya.

Teodora tiene secretos

Que me despiquen de tí.

MARCELA.

Y Florencio ¿para mí

No sabrá algunos concetos?

Váyase vuesamerced



Con su egipciaca señora,  
Y mire que desde agora  
Me hagan los dos merced  
De no llegar á esta calle;  
Porque donde entra Florencio  
Ha de haber honra y silencio,  
Y lo merece su tallo.

RISELO.

¡Esto sufro! Fuera digo. *(Saca la daga.)*  
Mataréla.

MARCELA.

¡Ay Dios! *(Vase.)*

LISARDO.

Detente.

**ESCENA XIX.**

LISARDO, RISELO, BELTRAN.

BELTRAN.

Entróse y cerró.

RISELO.

¡Que intente

Tal desvergüenza conmigo!  
Las puertas le romperé.

LISARDO.

Por Dios, que mires su honor.

BELTRAN.

¿Qué es lo que intentas, Señor?

RISELO.

Estoy sin seso; no sé.  
De la una parte el amigo  
Mayor que tuve en mi vida  
A seguirle me convida,  
Y finalmente le sigo;  
Por otra, aquesta mujer,  
Que adora el alma tres años...  
En extremos tan extraños  
¿Qué medio podré tener?

LISARDO.

El medio es dejarme á mí,  
Pues á mí no me perdes;  
Que mas vuestro me tendréis  
Con lo que ha pasado aquí.

RISELO.

Eso no, por mil mujeres,  
Aunque reviente, aunque muera.  
Pero ¡que esta injusta quiera,  
Viendo que á Belisa quieres,  
Y que linjo con su tia,  
Escaparse por aquí! —  
Abre, fuera.

LISARDO.

¿Estás en tí?

**ESCENA XX.**

MARCELA, á la ventana. — RISELO,  
LISARDO y BELTRAN, en la calle.

MARCELA.

¿Oye, amigo?

RISELO.

¡Ah, prenda mía!

MARCELA.

A esa su dama encubierta,  
A esa su fraila Teodora,  
Voy a escribir que me adora  
Y que me quiebra la puerta.

*(Quítase de la ventana.)*

RISELO.

Acabóse; yo soy muerto,  
Ella está determinada.

LISARDO.

Dejalda; que está enojada.  
Y de una cosa os advierto:

Que con no la ver dos días,  
Os ha de buscar, Ríselo.

RISELO.

Por verme tierno, recelo  
Burla de las ansias mías.

*(Sale á la ventana Marcela.)*

MARCELA.

¿Oye, Señor? A los dos  
Advierto que son engaños;  
Porque si se está dos años,  
No le buscaré, por Dios.

*(Vase.)*

LISARDO.

Oye.

RISELO.

Escucha.

BELTRAN.

Grandes necios

Los dos con Marcela estáis;  
Que en fin ocasion le dais  
Para mayores desprecios.  
Habla y escribe á Teodora;  
Que aunque blasone, verás  
Si llora y lo siente mas  
Que lo rie y hurta agora.

MARCELA. *(Asomándose.)*

¿Oye, señor picaron?  
No haya miedo que así sea,  
Aunque un siglo no me vea;  
Que tengo honor y razon.

*(Vase.)*

BELTRAN.

A caballero nos tira:  
Arma detrás, y dispara.

RISELO.

La ventana la repara:  
Su desenfado me admira.  
Pues de aquesta vez me voy.

LISARDO.

Bien harás; que es mucho enfado.

RISELO.

Hoy á Marcela he dejado:  
Mira si tu amigo soy.

*(Vanse.)*

—

Sala en casa de Prudencio.

**ESCENA XXI.**

OTAVIO; SALUCIO, vistiéndole.

OTAVIO.

Dame la capa y la espada.

SALUCIO.

Ponte la trenza del cuello.

¿Quieres espejo?

OTAVIO.

Me enfada,

En no siendo el ángel bello  
De mi esposa y prenda amada.

SALUCIO.

¿Qué capa?

OTAVIO.

La de color.

SALUCIO.

¿Dónde vas tan de mañana?

Mira que el alba, Señor,  
Aun no llama á la ventana  
Con el primer resplandor.

OTAVIO.

Habla bajo; que he sentido  
Que Belisa se levanta,  
Y su dulce voz oído:  
No por diligencia tanta  
Pierda el favor pretendido.  
Y aunque entre rojo arrebol  
El alba apenas se ría

En nuestro cielo español,  
No digas que no es de día  
Después que ha salido el sol.

SALUCIO.

Luego ¿quiere la seguir?

OTAVIO.

Tengo unos pocos de celos,  
Y tras el sol quiero ir.

SALUCIO.

¿Celos tienes en los cielos  
De ver al alba reir?

OTAVIO.

Si los tuvo Endimión  
De la luna, al fin mujer,  
¡Por qué con mas afición  
No los puedo yo tener!  
Del sol en esta ocasion?  
Todas aquestas mañanas,  
Que tan de mañana asonia  
El sol por estas ventanas,  
Es el acero que toma  
Armas contra mi tiranas.  
Armado de acero sale  
Contra mi el sol de los cielos;  
Y aunque en armas no le iguale,  
Contra el poder de mis celos  
Ninguna fuerza le vale.  
Yo voy á ver dónde va;  
Que después que en nombre está  
De mi esposa, este cuidado,  
Justo ó injusto, me ha dado.

SALUCIO.

Con justa causa te da.  
Al principio te advertí.  
Bien puede ser que este acero  
No se vista contra ti.

OTAVIO.

Saberlo, Salucio, quiero.  
¿Salieron?

SALUCIO.

Pienso que sí.

OTAVIO.

Pues déjalas trasponer,  
Y en su seguimiento vamos.

SALUCIO.

Sospecho que te han de ver.

OTAVIO.

No harán; que hay yerbas y ramos,  
Y yo me sabré esconder.

SALUCIO.

Aun no llevan escudero.

OTAVIO.

Sígueme; que saber quiero  
Si tiene algun desafío  
Quien sale con tanto brío  
Al campo llena de acero.

*(Vanse.)*

—

El Prado.

**ESCENA XXII.**

LISARDO, RISELO y BELTRAN, con  
capas de color.

LISARDO.

Frescos vientos de Madrid,  
Que las mañanas y tardes  
Venís de las altas sierras  
A refrescarle y bañarle,  
Traed de sus pardas nubes  
Algunos toldos que tapen  
Estos tapetes de flores,  
Que al alba las hojas abren.  
Venid bañados de aljofar,  
O destas fuentes tomadle,

Con que mojado las plumas,  
Bañeis en perlas el aire;  
Que si crece el sol que sale,  
Volveráse la niña, dirá que es tarde.

RISELO.

Vientos, que habeis levantado  
Tan extrañas tempestades  
En el mar de mis amores,  
Que me aegan sus pesares;  
Vientos, que con la fortuna  
Misma, de amigo tan grande,  
De la calle de Marcela  
Me trajistes á su calle:  
Vientos, por quien ya perdi  
Que me vea y que me hable:  
Templad la furia del día,  
Y en pardas nubes bañalde;  
Que si crece el sol que sale,  
Volveráse la tía, dirá que es tarde.

BELTRAN.

Vientos, que en Madrid soleis  
Llevar de sus sucias calles  
Mas líquidámbhar y algalia  
Que hay en treinta Portugales;  
Pues sois tan claros y puros,  
Que no hay cosa que le dañe,  
Respeto de vuestra fuerza  
Amorosa y saludable,  
Cubrid con un garabito,  
Hasta que su furia pase.  
La cara del sol, y en Indias  
Tenga la fiesta con Dáfnes;  
Que si crece el sol que sale,  
Volveráse mi tollo, dirá que es tarde.

(Vanse.)

## ESCENA XXIII.

MARCELA, tapada; OTAVIO, SA-  
LUCIO.

MARCELA.

Suplico á vuesamerced  
Me deje ir sola.

OTAVIO.

Quisiera  
Solo que se descubriera,  
Y me hiciera gran merced.

MARCELA.

No me puedo descubrir;  
Que vengo á ver cierta cosa.

OTAVIO.

¿Estáis por dicha celosa?

MARCELA.

Mis celos vengo á seguir.

OTAVIO.

Encontrado nos habemos;  
Que á lo mismo vengo yo;  
Y pues amor nos junto,  
Las desdichas nos contemos.

MARCELA.

Yo vengo á ver si aquí viene  
Un hombre á ver una dama  
Que toma acero, y que es fama  
Que alguna blandura tiene.

OTAVIO.

Yo vengo á ver si otra sale  
A pasear cierto acero,  
O á hablar algun caballero.

MARCELA.

¡Que así el amor nos iguale!  
Que así nos mate á los dos  
Con un mismo acero!

OTAVIO.

El mio

Me mata de agudo y frio.  
¿Cómo os hiere y mata á vos?

MARCELA.

A mí me mató el acero  
Porque á la sazón que ardía,  
Se templó en el agua fria  
Y mudó el temple primero.

SALUCIO. (A su amo.)

Dos damas vienen allí.  
Pienso que las tuyas son.

MARCELA.

Si son vuestras, mi pasión  
Y la vuestra andan allí  
En el yugo de los celos  
Arando enojos, sembrando  
Penas; y pues van llegando,  
Así os remedien los celos,  
Que me las dejéis hablar.

OTAVIO.

Bien podeis; que yo no tengo  
Licencia de hablarlas.

## ESCENA XXIV.

TEODORA, BELISA, LEONOR, *por  
un lado*; *por otro*, LISARDO, RISE-  
LO y BELTRAN. — DÍCNOS.

BELISA.

Vengo

Llena de enojo y pesar  
De lo que habemos tardado.

TEODORA.

Allí están: hablarlos puedes.

MARCELA. (A las damas.)

Dios guarde á vuestras mercedes,  
Que así vuelven cielo el Prado.

BELISA.

Mejor se dirá por vos  
Y ese tallazo gallardo.

RISELO.

Una tapada, Lisardo, (Ap. á él.)  
Se llega á hablar con las dos.

LISARDO.

¿Quién será?

RISELO.

No sé; sospecho  
Que estorbo nos ha de hacer.

BELISA.

No me puedo detener;  
Que traigo acero en el pecho.  
Suplicoos me deis lugar.

MARCELA.

Tengo que hablar, reina mía,  
Con vuestra señora tía.

TEODORA.

¿A mí me queréis hablar?

MARCELA.

A vos.

TEODORA.

¿Sobre qué?

MARCELA.

Allí enfrente  
Ciertos hidalgos están.

TEODORA.

Ya los veo.

MARCELA.

Aquel galán,  
Que la mira tiernamente,  
Es mi marido.

TEODORA.

Pues bien,  
Guárdeosle Dios; que es gallardo.

MARCELA.

Sé que da gusto á Lisardo  
Fingiéndolo quererla bien;  
Yo porque tenga lugar  
De hacer mejor este embuste,

Mientras que Belisa guste,  
Le doy de que os pueda hablar.  
Ayer le cerré mi puerta;  
Fué á verme y ballóla así;  
A sus lágrimas abrí.  
De milagro no estoy muerta;  
Que hubo daguita y querer  
Romper una celosía.  
Y aunque mil firmas tenía,  
Y puedo ser su mujer;  
Por serviros, y que vea  
Madrid (que lo nuevo agrada)  
Una hipócrita casada,  
Le dejo que os hable y vea.  
Esto me ha traído al Prado;  
No contiene mas la historia:  
Aquí gracia y después gloria.

TEODORA.

¿Qué mal habeis predicado!  
Y advertid que ni Lisardo  
Habló jamás con Belisa,  
Como algun necio os avisa,  
De quien la venganza aguardo;  
Ni el hábito que profeso  
Es para burlas de amor,  
Porque bien sabe el Señor  
Cuán léjos va el alma deso.  
El encamine la vuestra  
A su servicio.

MARCELA.

¡Oh qué bien!

Que ya os conozco, y también  
El me lo cuenta, y me muestra  
Vuestros muy necios papeles.

TEODORA.

Vos lo sois tanto, que finiera  
Mejor que oído no hubiera  
Disparates tan crueles.  
Alguna debeis de ser  
Destas de guadameci.

MARCELA.

¡Jesus! ¡Vos habláis así!  
Aun no lo puedo creer.  
Besad la tierra, rezad  
Un rosario.

BELISA.

Quedo, quedo;  
Que á no tener justo miedo  
De otra mayor libertad,  
Yo castigara la vuestra.

MARCELA.

Paso, señora Belisa.

## ESCENA XXV.

FLORENCIO, GERARDO. — DÍCNOS.

FLORENCIO. (A Gerardo.)

Por dónde vino me avisa.

GERARDO.

¿No ves el perro de nuestra?

FLORENCIO.

Alto, Ríselo está allí;  
No estará la perdiz léjos.

TEODORA.

Tomaré vuestros consejos;  
Harélo, Marcela, así.

BELISA.

¿Cómo hablas de esa suerte?

TEODORA. (Ap. á Belisa.)

¡Ay, Belisa! he visto á Otavio.

RISELO. (Ap. á Lisarda.)

¿Quién es, Lisardo, tan sabio,  
Que á sufrir celos acierte?

Agora acabo de ver  
A Florencio; y la señora  
Que está hablando con Teodora,  
Marcela debe de ser.

Tu negocio va perdido  
Y el mío está por el suelo.

LISARDO.

¡Habrá mas fortunas, cielo!

MARCELA.

Pues con esto me despido;  
Que allí he visto un caballero,  
Y con él me quiero ir.

TEODORA.

No tengo mas que os decir  
De que ser muy vuestra espero.

MARCELA.

¡Florencio mío!

FLORENCIO.

Señora,

Mira que está allí Riso.

MARCELA.

Solo por tí me desvelo.

RISELO. (Ap.)

¡Vive el cielo, que le adora!

¿Esto tengo de sufrir?

OTAVIO. (A Salucio.)

Pues á nadie habla ni esposa,  
Paréceme justa cosa  
Irle á hablar.

SALUCIO.

Bien puedes ir.

OTAVIO.

¡Belisa mía!

BELISA.

¡Señor!....

LISARDO. (Ap. á Riso.)

¡Qué bien á entrambos nos fué!

¿Es su primo aquel?

RISELO.

No sé;

Solo siento mi dolor.

SALUCIO.

Señora Leonor...

LEONOR.

Amigo...

SALUCIO.

¿Al campo tan de mañana?

LEONOR.

Tomo acero.

SALUCIO.

Pues, hermana,

No tenga aceros conmigo,

Que soy muy su servidor.

BELTRAN. (Ap.)

¡Buena mañana de mayo,

Que aun trajo el primo un lacayo

Para que hablase á Leonor!

FLORENCIO.

Vén, Marcela; por aquí

Entrarás á ver la huerta

Del señor Duque.

MARCELA.

¿Está abierta?

FLORENCIO.

Llega; que pienso que sí.—

Llama al alcaide, Gerardo.

GERARDO.

Yo voy.

MARCELA. (Ap.)

¡Cuán bien, justo cielo,

Me vengaste de Riso!

(Vanse Marcela y Florencio.)

## ESCENA XXVI.

BELISA, TEODORA, LEONOR, OTAVIO y SALUCIO, en un lado; en otro, LISARDO, RISELO y BELTRAN.

RISELO.

No me detengas, Lisardo.

LISARDO.

Pues yo sufro que esté Otavio  
Con Belisa desta suerte,  
Sufre tú.

RISELO.

¿Puede haber muerte

Que se compare á mi agravio?

¡Nunca yo viera á Teodora!

TEODORA. (A Belisa.)

Vamos á ver estas fuentes,

Si cansada no te sientes.

BELISA. (Ap. á su tia.)

No podrán todas agora

Templar mi fuego.

TEODORA.

Y á mí,

¿Qué templanza me da el cielo?

¿Es bien hecho que Riso

Me haya engañado por tí?

BELISA.

¿No puede ser que, celosa,

Haya esta mujer mentido?

TEODORA.

Ni él ha de ser mi marido,

Ni tú de Lisardo esposa.

(Vanse Teodora, Belisa, Otavio, Leonor y Salucio.)

## ESCENA XXVII.

LISARDO, RISELO, BELTRAN.

RISELO.

¡Buenos habemos quedado!

LISARDO.

¡Gentil madrugada ha sido!

Aun con Beltran no he podido

Dar á Leonor un recado.

BELTRAN.

¿Que aun no me pudo este agravio

Perdonar? Basta, silencio.

RISELO.

¡Juntos Marcela y Florencio!

LISARDO.

¡Juntos Belisa y Otavio!

BELTRAN.

¡Juntos Leonor y Salucio!

RISELO.

¿Con mi enemiga, traidora?

LISARDO.

¿Con un extraño, Señora?

BELTRAN.

Vil, ¿con un hombre tan sucio?

RISELO.

¿Que requiebrándose van

Marcela y Florencio?

LISARDO.

¡Ah Dios!

¿Que vayan juntos los dos!

¿Qué me aconsejas, Beltran?

BELTRAN.

Oíd.

LISARDO.

Di presto.

BELISA.

El sol arde:

Una exclamacion decid

A los aires de Madrid,  
Porque en las nubes aguardo;  
Que si crece el sol que sale,  
Volverá la niña, dirá que es tarde.

## ACTO TERCERO.

Sala en casa de Prudencio.

### ESCENA PRIMERA.

PRUDENCIO, TEODORA.

PRUDENCIO.

Hoy he sabido del curial de Roma  
Que la dispensacion, Teodora, vino,  
Y la pienso tener antes que coma.

TEODORA.

Abrevió tu cuidado su camino.

PRUDENCIO.

Cuando una cosa del honor se toma  
A cargo, y mucho mas por tal sobrino,  
Todo se abrevia, facilita y hace.

TEODORA.

Merece amor.

PRUDENCIO.

Del que le tengo nace.

Estoy de que se acerque el casamiento,  
Por vivir de Belisa descuidado,  
Con Otavio, Teodora, muy contento;  
Pero hame puesto un miedo en gran cui-

TEODORA.

[dado.

¿Cómo?

PRUDENCIO.

Si miro esta muchacha atento,  
Después de haberla, como ves, curado,  
Con mas opilacion que antes la veo;  
Que no está sana de sus males creo.  
¿De qué ha servido el médico, el jarabe,  
El paseo, el acero y las mañanas  
De todo un mes? O el médico no sabe,  
O son al mal las medicinas vanas:  
No me parece el médico hombre grave.  
Tras esto, á mil señoras cortesanías  
Que por Belisa me preguntan, digo  
Su nombre... Esto es hablar claro conti-  
No le conoce nadie, ni en la corte [go.  
Hay médico Beltran: yo con aquesto,  
Por lo que al bien de nuestro honor im-

[porte,

Mas bien los ojos en Belisa he puesto;  
Y si no es que haber ido me reporte  
Con ella tú, cuyo consejo honesto,  
Severidad y santidad son ciertas,  
Dijera mil malicias encubiertas.  
Crece la opilacion, y opilaciones  
No están jamas en rostros colorados.  
Opilada y color...

TEODORA.

¿En eso pones

Tu pensamiento?

PRUDENCIO.

Hablemos declarados.

Yo he sospechado destas estaciones,  
Sotos, huertas, paseos, quintas, prados,  
Que alguna vez que te dormiste, herma-  
Dejó Belisa el coro de Diana. [na,  
Madrugabas, Teodora, y desvelada  
En lo fresco del campo dormirías;  
Que en lo demás, si tu virtud me agrada,  
Te lo dirán las alabanzas mías.

TEODORA.

La blanca edad, á quien la verde enfada,  
Y siempre pone á su inocencia espías,  
Siempre Prudencio es malicioso, y pien-  
En la mayor bondad mayor ofensa. [sa  
Belisa, de tu hermana acompañada,



¿Podiera en solo un átomo ofenderte?  
Juzga del cielo la armonía parada,  
Sin que su movimiento la concierte;  
Dormidos luna y sol, y la estrellada  
Maquina fija en la columna fuerte  
De sus dos ejes; que antes que pudiera  
Dormir Teodora, el tiempo se durmiera.

PRUDENCIO.

Calla; que hay varas de Mercurio sabio  
Que aduermen ojos de Argos veladores.

TEODORA.

No los hubiera en mí para tu agravio;  
Mis ojos fueran siempre vencedores.

PRUDENCIO.

Conmigo mismo no moviera el labio  
En materia de honor; á los mayores  
Se perdonan mil cosas, y contigo  
Hablo como al mayor deudo y amigo.  
Por la dispensacion partirme quiero,  
Y efectuar el casamiento, hermana,  
Si no le estorba aqueste negro acero.  
¿Nunca saliera la primer mañana!

(Vase.)

TEODORA.

Corrida estoy. Lo mismo considero  
Que está Belisa, y no es sospecha vana.  
Pienso que me burló con el anzuelo  
De los amores falsos de Riselo.

## ESCENA II.

BELISA. — TEODORA.

BELISA.

Aguardando estaba aquí  
A que mi padre se fuese.

TEODORA.

¡Ay, sobrina! no te pese  
De que esto te diga así.  
Tu padre está sospechoso  
De verte mas opilada  
Tras el acero... ó la espada  
De nuestro honor generoso.  
Vino la dispensacion,  
Y conmigo se declara  
En que dice que repara  
En tu negra opilacion.  
Y no es mucho, porque yo  
Casi en lo mismo reparo.  
¿Qué tienes? Háblame claro,  
Dime si amor te burló.

Los hombres saben muy bien  
Negociar con humildad,  
Fingen grande honestidad,  
Solo quieren que les den  
Una mano; pero asida,  
No se les suelta la presa  
Hasta que el honor confiesa  
Que esta la guarda perdida.  
Informóse del doctor,  
Y no hay tal doctor Beltran,  
De que sospechas le dan  
Que se atreven á tu honor.  
Solo le ha tenido á raya  
Ver que yo contigo fui;  
Mas dice que me dormí,  
Y que no importa que vaya.  
Y en esto tiene razon;  
Que harto dormida vivía  
Cuando la sirena oía  
Del mar de mi perdicion.  
¡Buen sueño los dos me echastes  
En Riselo! bien dormí  
Mientras liviana creí  
Lo que los tres concertastes!  
Bien sé que porque os reñía  
Con tan loco desatino,  
Me apartastes del camino  
De la virtud que seguía.  
Dejé luego (¡ay! ¡nunca fuera!)

Mis devociones, ¡traidores!  
Y á vuestros locos amores  
Di mas lugar que quisiera.  
Oratorios y rosarios  
Troqué en papeles, tan necios  
Cuanto muestran los desprecios  
Y ven los fines contrarios.  
Luego traté de casarme  
Yo, que del mundo el imperio  
Por el menor monasterio  
No trocara sin trocarme.  
Veis aquí de qué sirvió:  
Yo sin Riselo engañada,  
Y aun pienso que tú burlada.  
¡Ay, si me engañase yo!

BELISA.

Tía de mis ojos,  
Escúcheme atenta,  
Pues de mis desdichas  
Le han dado sospechas.  
Aquel mancebito  
Que me vió en la iglesia  
De San Sebastian,  
Me tiró mil flechas;  
Dellas con los ojos,  
Dellas con terceras,  
Unas en palabras  
Y otras en promesas.  
A la Trinidad,  
Porque me valiera,  
Me fui desde entonces  
Domingos y fiestas.  
Debió de ser ángel,  
Pues se vino á ella,  
Y para mirarme  
Se puso mas cerca.  
De carne nacimos,  
No somos de piedra;  
Si las siguen mucho,  
Rindense las fieras.  
Del bronce mas duro,  
Si al fuego le llegan,  
Hacen mil figuras  
Por la blanda arena.  
De un mármol que nace  
Dentro de una sierra,  
Hacen una niña  
De una fuente bella:  
¿Qué mucho, Señora,  
Que se muestre tierna  
A ruegos de un hombre  
La mayor flaqueza?  
Por poder hablarle  
(¡Nunca yo pudiera!)  
Me fingi opilada,  
Pálida y enferma.  
Hizo el caballero  
Que á curar viniera  
Beltran, su lacayo,  
Mi amorosa pena;  
Y que aquel su amigo  
Fingiese quererla,  
Porque nos dejase  
Proseguir la empresa.  
Dírame mi jarabe  
De coral y perlas  
El doctor fingido,  
Y con oro á vueltas.  
Pensaba mi padre  
¡Oh qué mal lo piensa!  
Que tomaba acero,  
Apio y otras yerbas.  
Sali todo el mayo,  
Cuando el alba alegra  
Las primeras flores  
De la primavera,  
A Atocha y al Prado,  
En cuyas carreras  
Bullian los aires  
Con las hojas nuevas.  
Un día que al Soto,  
El Soto que riega

Manzanares claro,  
Fuimos sin sospecha.  
Ella con Riselo  
Por las alamedas  
Se apartaron juntos  
Un tiro de piedra...  
— No de piedra, tía,  
Tiro de ballesta.  
Pues amor entonces  
Disparó sus flechas.—  
Beltran con Leonor,  
Sobre la ribera,  
En los escondrijos  
Que las zarzas cercan,  
En blancas toallas  
Ponían la mesa  
Para que almorzasen  
Las pobres enfermas.  
Lisardo entre tanto,  
Porque no riera,  
Solo me decía  
Palabras honestas;  
Pero como estaban  
Las flores risueñas  
Llenas de rocío  
Del aurora fresca,  
Por aquestos lados  
La frescura mesma  
Se me entró de suerte,  
Como yo soy tierna,  
Que mi opilacion  
Creció de manera,  
Que jamás me he visto  
Tan pesada y necia.  
La dispensacion  
Mal venida sea;  
Que quien ama á otro,  
Todo lo desprecia.  
Suplicole, tía,  
Dilate las fiestas,  
Hasta ver si acaso  
Este bulto mengua.  
Por lo menos, tía,  
Cinco meses sean;  
Que bien habrá cuatro  
Que pisé las yerbas.

TEODORA.

¿Con qué paciencia, Belisa,  
Podrá escucharte Teodora?  
¿Con eso vienes agora!

BELISA.

Tía, amor tratado en misa  
Será en servicio de Dios.  
Lisardo será mi esposo.

TEODORA.

¿Cómo, siendo ya forzoso  
No hablaros jamás los dos?  
La dispensacion venida,  
Y Otavio hasta aquí engañado,  
Harán que tu padre airado  
Os quite á los dos la vida.

BELISA.

Pues ¿qué pido me yo casar  
Con aqueste inconveniente?

TEODORA.

No; mas medio conveniente  
¿Cómo te puede faltar?

BELISA.

¿Qué medio puedo tener?

TEODORA.

Dilatar el casamiento,  
Y en pariendo, en un convento  
Tu libertad recoger,  
Adonde sirviendo á Dios  
Hagas penitencia desto.

BELISA.

Yo negociaré mas presto  
Que nos juntemos los dos,  
Y entre tanto fingiré

Tal dolor de corazón,  
Y de aquesta opilación  
Tantos extremos haré,  
Que padre y primo me dejen  
Por cosa inútil.

TEODORA.  
Quien ama

Y aventura vida y fama,  
No quiere que le aconsejen.  
Haz lo que quisieres; yo  
No pienso ayudarte más.

BELISA.  
Yo sé, tía, que lo harás.

TEODORA.  
Yo sé, sobrina, que no.

BELISA.  
Si no lo hicieres, diré  
Que tú fuiste la tercera  
Para que yo me perdiera.

TEODORA.  
¿Qué dices?

BELISA.  
Que por ti fué.

TEODORA.  
¿Comienza ya la locura?

BELISA.  
¡Qué terrible opilación!  
Parece que el corazón  
Salir del pecho procura.  
Llámenme luego un doctor.

TEODORA.  
Al fin, te ayudo.

BELISA.  
Querria...

TEODORA.  
¿Qué tienes?

BELISA.  
Señora tía,  
De aquí aquí tengo el dolor.  
(*Vanse.*)

—

Calle.

### ESCENA III.

LISARDO, RISELO.

RISELO.

Cuando mas pienso que estoy,  
Lisardo, libre y contento,  
Y que deste pensamiento  
Mas lejos huyendo voy.  
Entonces de los cabellos  
Me arrastra, y sin resistencia  
Del alma, con mas violencia  
Vengo á sus puertas por ellos.  
Si esta fuera una mujer  
Menos diestra y entendida,  
Pasara segura vida;  
Pero ¿cómo puede ser,  
Si apenas le doy enojos.  
Cuando de aquel mismo estilo  
Ya me ha herido por el filo  
Con un Florencio en los ojos?  
¿Cómo la veré? que muero,  
Si os digo verdad.

LISARDO.

Muy bien;

Que conmigo su desden  
No tendrá rigor tan fiero.  
Dejadme á mi negociar;  
Que en mis cosas sois discreto,  
Y yo en las vuestras.

RISELO.

Efeto

De amor.

LISARDO.

Yo quiero llamar.

RISELO.

Llamad; que no hay golpe ahí  
Que no sienta el corazón.  
¿Sale?

LISARDO.

Sí, chapines son.

RISELO.

En el alma lo sentí.

### ESCENA IV.

MARCELA.—Dichos.

MARCELA.

¿Jesús! ¿Quién llama? ¿Quién es?

LISARDO.

Yo soy, Marcela.

MARCELA.

¡Oh Lisardo!

¿Dónde queda aquel gallardo?

LISARDO.

¿Preguntas por lo que ves?

MARCELA.

¡Ah sí! No le habia visto.

¿Qué buena venida es esta?

¡Vosotros aquí!

LISARDO.

La fiesta

Pasada...

MARCELA.

(*Ap.* Apenas resisto

La risa; que no hay contento

Como ver un loco amante

Con invención semejante

Declarar su pensamiento.)

¿Qué hay de la fiesta pasada?

LISARDO.

Que un bizarro pretensor

De vuestro amor (que á su amor

Por dicha habeis dado entrada),

En una conversacion

Mostró un papel de Riso,

Haciendo burla, y recelo

Que puede ser ocasion

De una desgracia notable.

Merced á los dos haréis

De que los demás me deis

Y que en esto no se hable;

Como no es razon que de un hombre

Como Riso, y que ha sido

De vos tan favorecido,

Y que ya tuvo este nombre,

Anden papeles así;

Que de amor no le hay discreto

Fuera del mismo sugeto.

MARCELA.

Lisardo, ¿esa treta á mí!

¿Yo papel suyo, que ya

Hasta memorias quemé!

Eso ya pasó, ya fué;

Y pues acabado está,

¿Para qué puede ser bueno

Volverlo á resucitar?

RISELO. (*Ap.*)

La mujer me ha de matar.

Estoy de cólera lleno:

El juego me ha visto. ¡Ah cielo!

¿Qué poco sabe un rendido!

LISARDO.

Bien sabes que te ha querido

Y que te quiere Riso.

No te digo que le quieras,

Mas que sus prendas no des,

Y no te quejes después

Si esta burla para en veras;

Que si le aprietas, por Dios,

Que te haga algun pesar.

MARCELA.

¿Acabais de concertar

Este enredillo los dos?

¿Qué pesar me puede hacer:  
Que está el cuitado temblando?

RISELO.

¿Qué bien dices, confirmando  
Que ya no debes de ser  
Mi fuego, pues temblo á ti!  
Que si á ti me calentara,  
Claro está que no temblara.

MARCELA.

No lo entiendes bien así.  
Tiemblas del hielo, Riso.  
Que has visto en mí para ti;  
Porque, habiendo tanto en mí,  
Es fuerza temblar del hielo.

Mas ¿cómo vuelves acá,  
Si no soy tu fuego yo?

Cuénteme el caso. ¿No halló

Lo que imaginaba allá?

¿No me dijo que tenía

Teodora grandes secretos

Para despistar discretos?

¿Qué ha sido, por vida mía?

¿Hallóla tonta? ¿Qué vió?

¿No es limpia? ¿Qué le ha pedido?

¿Cánsale el verse querido?

¿Qué dejetillos la halló?

¿Es flaca, es mal hecha, es fria?

Cuénteme todo el suceso:

Ya soy buena para eso.

LISARDO. (*Ap.*)

¿Qué notable picardia!

Dios nos libre del estado

En que está agora Riso.

MARCELA.

¿No habla?

RISELO.

(*Ap.* ¿Que quiso el cielo

Que un socarrón despejado,

Atrevido picaron,

Burlador de cuantas via,

Se halle atajado este día

A manos de su traición!)

¿Soy yo? Sospecho que no.

No es posible, hasme trocado.

¡Ay, Marcela! Hoy has vengado

Mil mujeres.

MARCELA.

¿Yo?

RISELO.

Tú.

MARCELA.

¿Yo?

RISELO.

Tú pues.

MARCELA.

Luego ¿mil mujeres

Le quieren? Hanle engañado.

Majadero confiado,

¿Con eso engañarme quieres?

No estás seguro de mí,

¿Y de mil lo estás!

LISARDO.

Es mas

Tu rigor que mil: ya estás

Vengada; esto basta así.

Por no te dar pesadumbre

Nunca mas habló á Teodora.

Marcela, el hombre te adora,

Tú eres de sus ojos lumbre.

Hágase aquesta amistad

Con protestacion...

MARCELA.

No quiero,

Si no me jura primero

Que me ha de tratar verdad.

RISELO.

¿Cuándo yo no la traté?

Cuando tu esclavo no fui?

MARCELA.

Hinque la rodilla aquí,  
Y diga ansi...

RISELO.

Si diré.

MARCELA.

Tuyo soy.

RISELO.

Tuyo soy.

LISARDO.

Mira

Que eso parece conjuro.

MARCELA.

Asegurarme procuro.

LISARDO.

Tu imperio, Marcela, admira.

MARCELA.

Ahora bien, bese la mano.

RISELO.

¿Mas que quieres, como mona,  
Que te haga buzcrona?

LISARDO.

Abrácese, y quede llano  
Por ciento y un año en paz,  
Como la paz de Valencia.

(*Abrazanse.*)

RISELO.

¿Qué me cuestas de paciencia,  
Bellísima pertinaz!

### ESCENA V.

FLORENCIO, GERARDO. — Dichos.

FLORENCIO. (*Ap. á Gerardo.*)

A buen tiempo hemos llegado.

GERARDO.

La amistad se confirmó.

FLORENCIO.

Por testigos nos llamó  
De que ya se ha confirmado.

GERARDO.

No hay que fiar en amantes  
De largo trato y costumbre.

LISARDO. (*A Marcela.*)

No ha de haber mas pesadumbre.

RISELO.

Tocas, medias, cintas, guantes  
Te quiero dar, prenda mía,  
Mañana en cas de la Hermosa,  
Y de una tela vistosa...

MARCELA.

Téngase; que eso sería  
Gasto excesivo.

RISELO.

Mi bien,

Yo gusto desto.

MARCELA.

Yo no.

Oiga lo que quiero yo.

RISELO.

¿Qué quiere ella que la dén?

MARCELA.

Doce varas de estameña  
Para un hábito Francisco,  
Con que me suba en un risco  
A ser fraila berroqueña,  
Y un poco de tafetan  
Para cierto escapulario.  
Pero será necesario,  
Si lo que pido me dan,  
Pedir á Teodora el sayo,  
Para que por su medida  
Me le corten.

RISELO.

En mi vida

Vi desgarró como el tuyo.

MARCELA.

Ahora bien; yo os quiero dar  
De merendar á los dos.

LISARDO.

¿Tienes algo?

MARCELA.

Si, por Dios.

RISELO.

Pues dame de merendar;  
Que há tres dias que por tí  
Solo he comido un capon,  
Seis conejos y un jamon.

MARCELA.

Con eso vienes ansi.

RISELO.

¿Estoy flaco?

MARCELA.

Estás perdido.

No comen mas seis tudescos.

RISELO.

Solo treinta huevos frescos  
Para dormir he sorbido.  
Hormiguillos y almendradas  
No tienen número.

MARCELA.

Bien.

RISELO.

Olvidanseme tambien...

MARCELA.

¿Qué?

RISELO.

Tres ó cuatro empanadas.

MARCELA.

¡Mirad lo que hay que fiar!

RISELO.

Pues ¿cuál amante lo fué,  
Que por celoso que esté,  
Se acostase sin cenar?  
(*Vanse Marcela, Lisardo y Riso.*)

### ESCENA VI.

FLORENCIO, GERARDO.

GERARDO.

Feos habemos quedado.

FLORENCIO.

Pues yo he pensado un remedio,  
Que, si de mí mal no es medio,  
Es para quedar vengado.

GERARDO.

¿Cómo?

FLORENCIO.

Este Lisardo adora

A Belisa...

GERARDO.

Así es verdad.

FLORENCIO.

Y por amor ó amistad  
Este Riso á Teodora.  
Quiero pedirla á Prudencio  
Por mujer, y tú tambien  
Pide á Teodora.

GERARDO.

Harto bien.

FLORENCIO.

Pues con cuidado y silencio;  
Que yo les daré un pesar  
Con que me dejen la presa.

GERARDO.

Venganza terrible es esa.

FLORENCIO.

Amor enseña á vengar.  
(*Vanse.*)

Portal de casa de Prudencio.

### ESCENA VII.

BELTRAN, *de criado*; LEONOR.

BELTRAN.

No quiero satisfaciones.  
¡Vive Dios, que el forastero  
Es el que priva!

LEONOR.

No quiero

Gastar contigo razones,  
Que eres un desatinado  
En llegando á estar celoso.

BELTRAN.

Ladron de casa es forzoso  
Que tope lo bien parado.

Este lacayo de Otavio

Vive en tu casa, Leonor;

Cobrándole vas amor,

Bien me lo dice mi agravio.

En el Prado ¿no te vi

Hablar, Leonor, con Salucio?

LEONOR.

¿Yo con un hombre tan sucio?

BELTRAN.

Todas lo decís ansi.

Yo estuve á todo presente,

Y por testigo te aplico

La fuente del Abanico:

Mira si es liarto corriente.

LEONOR.

¡Plega á Dios que si le quiero,

Que jamás tenga ventura!

¿Ese andrajo, esa basura?

BELTRAN.

¡Ay, Leonor, que es forastero,

Y no hay forastero malo!

Porque en efeto se va,

Y así lo poco que da

Se tiene por mas regalo.

LEONOR.

¡Ay, Beltran, que mi señor

Y Otavio vienen allí!

BELTRAN.

Súbete arriba.

LEONOR.

¡Ay de mí!

BELTRAN.

Temblando estoy de temor.

(*Vase Leonor.*)

### ESCENA VIII.

PRUDENCIO, OTAVIO, SALUCIO.

— BELTRAN.

PRUDENCIO.

¡Un hombre en el portal!

OTAVIO.

Llega, Salucio,

Mira quien está allí.

PRUDENCIO.

Con estos celos

Yo propio miraré quién es el hombre.—

¿Qué buscáis, gentilhombre, en esta ca-

BELTRAN.

[sa?

Señor, pasaba cierto forastero  
De mi tierra, y estoy no bien vestido,  
Y quisiele esperar aquí escondido.

OTAVIO. (*Ap. á él.*)

Prudencio...

PRUDENCIO.

Otavio...

OTAVIO.

O yo he perdido el seso,

O es aqueste el doctor que visitaba

A Belisa, mi esposa.



PRUDENCIO.

¡Santo cielo!

Pues ¡el doctor en hábito lacayo!

BELTRAN.

¿Mandais alguna cosa?

PRUDENCIO.

Oid un poco.

¿No sois vos el doctor?

BELTRAN.

Ya caigo en ello.

Tengo un hermano aquí que me parece.  
Somos de la montaña y gente pobre;  
Servia en Salamanca al doctor Soria,  
Aprovechóse bien y graduóse  
Por un colegio y vino á la corte.  
Súpelo en Cángas, vine á que me hiciese  
Algun bien; y mirándome tan roto,  
Negó que era su hermano, y yo, afligido,  
Metíme, como veis, lacayo.

PRUDENCIO.

Y ¿cómo

Se llama ese doctor?

BELTRAN.

Beltran se llama.

PRUDENCIO.

¿Y vos?

BELTRAN.

Beltran también, porque nosotros  
De aquel famoso ciego descendimos  
Que llevó por la puente de Alcolea  
Los ciento y veinte ciegos.

OTAVIO. (*Ap. á Prudencio.*)

No me agrada.

PRUDENCIO.

Ni á mí tampoco.

OTAVIO.

Sea verdad, que el hábito

Mucho de lo que vi le diferencia;  
Mas ¡vive Dios, que el rostro, el habla, el  
Que son del doctor mismo! [talle

PRUDENCIO.

Pues, sobrino,

Yo quiero hablar con vos distintamente.  
Mi sangre sois, y no mi yerno agora.  
Aunque ha venido ya bula y licencia,  
Sospechas traigo de mayor enredo.  
Sacad la espada, y tú las manos ata  
A ese villano. (*A Salucio.*)

BELTRAN.

¡A mí! ¿Por qué, señores?

OTAVIO.

No despegue los labios, si no quiere  
Una lengua de acero, señor médico.

PRUDENCIO.

Por el acero que le dió á Belisa,  
Mereciera la paga con acero.

SALUCIO.

Estése quedo el bellacon.

OTAVIO.

Advierte

Que no está bien en el portal; arriba  
Le puedes encerrar en tu aposento;  
Que quiero examinarle.

BELTRAN.

¿Por qué causa

Me tratais desta suerte?

OTAVIO.

¡Oh falso médico!

PRUDENCIO.

Di á quién sirves, villano.

SALUCIO.

Vaya arriba,

Señor doctor fingido.

PRUDENCIO.

¡Ay hija ingrata!

—Trae un hacha y tocino. (*A Salucio.*)

BELTRAN.

¿Soy yo negro?

OTAVIO.

Mas te quiero por padre que por suegro.

(*Vanse.*)

Sala en casa de Prudencio.

## ESCENA IX.

BELISA, TEODORA.

TEODORA.

Ya por la dispensacion  
Otavio y tu padre fueron.

BELISA.

Tia, si entonces le dieron  
Tanta pena al corazon,  
Cuando venga ¿qué será?  
Perder pienso los sentidos.

TEODORA.

Amando ¿qué mas perdidos?  
Por mi mal lo supe ya.

BELISA.

¿Cómo, si en esta ocasion  
Mi padre quiere obligarme,  
Puedo, Teodora, casarme?  
¡Ay terrible confusion!  
¿Será bien decirle á Otavio  
El estado de mi mal?

—Mas soy mujer principal,  
Y mucho mi honor agravio.

¿Hablaré algun religioso  
Que lo diga al padre mio?  
—Mas temo algun desvario  
De su pecho riguroso.

¡Oh, nunca á Lisardo viera!

¡Nunca Beltran me curara!

Nunca el acero tomara!

Nunca á Manzanares fuera!

Que donde van á lavar  
Cuanto una corte se viste,  
Allí, honor, manchado fuiste.

TEODORA.

Ya ¿de qué sirve llorar?

BELISA.

¡Oh, malditos los papeles,  
Las ternuras, los amores!  
Oh lisonjeros traidores!  
Oh amigos falsos, crueles!  
¿Qué será agora de mí?

## ESCENA X.

BELTRAN, *asomándose á una ventana  
alta interior.* — Dichas.

BELTRAN.

Ce, Belisa; ce, Teodora.

BELISA.

¿Quién nos llama?

BELTRAN.

Yo, Señora.

TEODORA.

¿Quién?

BELTRAN.

Beltran.

BELISA.

¡Beltran aquí!

BELTRAN.

Aquí por mi mal estoy.

TEODORA.

¡Tú en nuestra casa, Beltran!

BELTRAN.

Siempre aqueste premio dan  
A los que son como soy.  
Yo fui no mas de tercero;  
Mas como ha llegado el fallo,  
No habiendo yo sido el gallo,  
Estoy en el gallinero.

BELISA.

¿Cómo te han subido ahí?

BELTRAN.

Halláronme en el portal  
Con Leonor.

BELISA.

¿Qué desigual

Desdicha!

BELTRAN.

Mucho lo fui.

Conocieron que yo era  
El doctor que te curaba;  
Y puesto que yo negaba  
Con invencion que pudiera  
Servir en una comedia,  
Adonde solo se entiende  
Lo que el poeta pretende  
Para dos horas y media,  
No me aproveché; y así  
Me ataron, y á este aposento  
Me suben á dar tormento.  
Doléos las dos de mí.

BELISA.

¡Perdidas somos, Teodora!  
Todo se descubre.

TEODORA.

¡Ay cielo!

No digas lo de Riselo,  
Beltran.

BELTRAN.

¿Cómo no, Señora?  
¿No ves que soy un gallina?

TEODORA.

Él me ha de echar á perder.

## ESCENA XI.

LEONOR.—Dichos.

LEONOR.

¡Ay, Señora! ¿Qué has de hacer?  
Tu remedio determina;  
Que Otavio y tu padre airado  
Un hacha encendiendo están  
Para pringar á Beltran.

BELTRAN.

¡Que muera un hombre pringado,  
No mas de por ser doctor!  
Cuando yo astrólogo fuera,  
Esa pena mereciera;  
Mas no por curar de amor.—  
Belisa, de mí te duele.

BELISA.

¿Cómo te podré librar?

LEONOR.

Por la puerta no hay tratar.

BELTRAN.

Pues ¿dónde quieres que vuele?  
¿Nunca leiste la historia  
De Fernan Gonzalez?

BELISA.

Sí.

BELTRAN.

¿Y de la infanta que allí  
Ganó tan alta memoria?

BELISA.

Ya sé que con un vestido  
De mujer librarle pudo;  
Pero ponértele dudo.

LEONOR.

Aquí una llave he traído  
Que hace á aquel aposento.

BELISA.

Pues quedáos las dos aquí;  
Que he de sacarle de allí.  
Aunque fuese por el viento.  
(*Vase Belisa, y retirase Beltran de la ventana.*)

**ESCENA XII.**

TEODORA, LEONOR.

TEODORA.

¿Dónde aquella loca es ida?

LEONOR.

Adonde la fuerza amor.

TEODORA.

Mejor dijeras su honor,  
Que importa mas que la vida.

LEONOR.

Y aun á ti, porque dirá  
Lo que sabe de Riselo.

**ESCENA XIII.**

PRUDENCIO, OTAVIO.—DICHAS.

PRUDENCIO. (*Ap. á Otavio.*)

Que lo han sabido recelo.

Mas aquí Teodora está.

OTAVIO.

Si ha de dar por fuerza voces,  
¿Quién duda que han de saber  
Todo lo que se ha de hacer?

PRUDENCIO.

Ya es de noche: así te goces,  
Que dejes hásta que sea  
Mas tarde la ejecucion.

OTAVIO.

Reviéntame el corazon,  
Que la venganza desca.  
Écha tu hermana de aquí.—  
(*Recio.*) Tú, Leonor, vé á tus haciendas.

(*Vase Leonor.*)

PRUDENCIO.

Teodora, puesto que entiendas  
Lo que no entiendo de ti,  
Déjame solo un momento.

TEODORA.

Haz tu gusto, y ¡plega á Dios  
Que no os resulte á los dos  
En mas pena y sentimiento!

PRUDENCIO.

Vé con Dios, santa; que ya  
Se sabe tu hipocresía.

TEODORA.

Quien habla en la honra mía,  
En la de fuera ¿qué hará?  
¿Así te despeña Otavio,  
Con años locos y pocos?

PRUDENCIO.

Véte, y déjanos ser locos.

TEODORA.

¿Tú eres noble? Tú eres sabio? (*Vase.*)**ESCENA XIV.**

SALUCIO.—PRUDENCIO, OTAVIO.

SALUCIO.

Cuando estaba apercebida  
El hacha, á la puerta llama  
Un hidalgo, cuya fama  
Es agora conocida  
En toda la corte. Abrió;  
Que no lo pude excusar.  
¿Ha de entrar?

PRUDENCIO.

Bien puede entrar.

Pero su nombre me di.

SALUCIO.

Florencio.

PRUDENCIO.

No le detengas,

Ni el hacha mates: será  
Para acompañarle.

SALUCIO.

Ya

Entra.

**ESCENA XV.**

FLORENCIO, GERARDO.—DICHOS.

PRUDENCIO.

En hora buena vengas.

¿Qué novedad es aquesta?

¿Tú, Florencio, en esta casa!

FLORENCIO.

Con razon te lo parece;  
Mas mi padre, que Dios haya,  
Que fué tan amigo tuyo,  
De una edad y de una patria,  
Me dejó la obligacion  
De servirle.

PRUDENCIO.

¿Qué es la causa

De venirme á ver de noche?

FLORENCIO.

Que la vergüenza á la cara  
Pusiese este velo negro.  
Aquí conmigo te aparta.

PRUDENCIO.

Cualquiera cosa que quieras,  
Seguramente la trata  
Delante de Otavio, que es  
Hijo de mi hermano.

FLORENCIO.

Estaba

Necio por no conocerle;  
Que ser vuestra sangre basta.—  
Tenedme por vuestro.

OTAVIO.

Y yo

Lo mismo os ruego.

FLORENCIO.

Quien ama

Dicen que tiene licencia  
De hablar sin arengas largas.  
Este caballero y yo,  
Que es Gerardo de Navarra,  
Que está haciendo en esta corte  
Los negocios de Tafalla,  
Hemos visto algunos días,  
Y muchos oído en fama,  
La hermosura y la virtud  
De Belisa y vuestra hermana;  
Y aunque hubiera los terceros  
Que era justo; porque agravía  
Quien ama á su mismo amor  
Si por sí mismo no habla,  
Como veis, venido habemos.

PRUDENCIO.

No digáis mas; que quien pasa  
Tan adelante en las obras,  
No lo ha de hacer en palabras.—  
Veis aquí, Otavio, los dos  
Que mi honrada casa infaman;  
Que como al doctor ven preso,  
Hales temblado la barba.—  
Cierra esas puertas, Salucio.

OTAVIO.

Muy bien has dicho. No salgan  
Sin que averigües primero  
El autor de tanta infamia.

GERARDO.

Señores, ¿qué es lo que haceis?

FLORENCIO.

¿Por qué sacáis las espadas,  
Y con tan feas razones  
Nos tratáis en vuestra casa?

OTAVIO.

Agora sabréis lo que es.—  
Vé presto, Salucio, llama  
Al doctor fingido.

SALUCIO.

Voy.

(*Vase.*)**ESCENA XVI.**

PRUDENCIO, OTAVIO, FLORENCIO, GERARDO.

FLORENCIO.

Algun suceso os engaña  
A que nos tengáis por otros.

PRUDENCIO.

Luego, ¿no es tuya la traza  
Para engañar á Belisa,  
Recogida un tiempo y casta,  
Y á la hipócrita Teodora,  
Con el que aquí te acompaña?  
¿De fingir la opilacion  
Que ya en cuatro meses anda,  
Y que un lacayo ó Beltran,  
Con gorra y con guantes de ámbar,  
Se linja doctor, y mande  
Que salga por las mañanas  
Al Prado, con el acero  
Que vida y honra me pasa?

FLORENCIO.

Este que traigo ceñido,  
A mi me pase hásta el alma,  
Si tal hice.

OTAVIO.

¿Cómo no?

**ESCENA XVII.**

SALUCIO.—DICHOS.

SALUCIO.

El hombre que preso estaba  
(El doctor digo ó lacayo),  
Sin duda alguna almohaza  
Las mulas de los demonios,  
Porque ni parece en casa,  
Ni se sabe de tu hija.

OTAVIO.

¿De Belisa? Otra desgracia.

PRUDENCIO.

¿Mi hija falta con él?

SALUCIO.

Beltran y tu hija faltan.

PRUDENCIO.

Dame esa espada, sobrino;  
Octavio, dame esa espada.  
Matar á mi hermana quiero.

OTAVIO.

¿Qué culpa tiene tu hermana?

FLORENCIO.

Señores, ¿quereis que os diga  
Quién todo este daño os causa?  
Pues sabed que el tino dellos,  
Que me ha quitado una dama,  
Me obliga á venir aquí  
A quitarle, por venganza,  
A Belisa desta suerte.  
Venid antes que se vayan;  
Que yo os diré dónde están.

OTAVIO.

¡Caso extraño!

PRUDENCIO.

¡Cosa extraña!

FLORENCIO.

Seguidme.

PRUDENCIO.  
¿Quién es?  
FLORENCIO.  
Segnidme.

PRUDENCIO.  
Sobрино, tomemos armas.  
OTAVIO.  
Prudencio, con tanto acero  
Embotarán las espadas.  
(*Vanse.*)

—  
Calle.

### ESCENA XVIII.

BELISA, con capa, espada, sombrero  
y vaquero; BELTRAN, de mujer y  
con manto.

BELISA.

¡Oh, lo que la noche encubre!

BELTRAN.

Gallarda vienes, por Dios.

BELISA.

Trocado habemos los dos  
El ser que el hábito cubre.

BELTRAN.

Yo llevo gentil galán.

BELISA.

Yo llevo famosa dama.

BELTRAN.

Aquí está Lisardo.

BELISA.

Llama;

Que no te conocerán.

BELTRAN.

Tú has de llamar; que yo no.

BELISA.

¡Ah sí! que soy el que guardo.

¡Ah de casa! ¡Ah, seor Lisardo!

### ESCENA XIX.

LISARDO, RISELO. —BELISA, de  
hombre; BELTRAN, de mujer.

LISARDO. (*Dentro.*)

¿Llamaron?

RISELO. (*Dentro.*)

Sí.

LISARDO. (*Saliendo.*)

¿Quién es?

BELISA. (*Embozada.*)

Yo.

LISARDO.

¿Quién busca á Lisardo?

BELISA.

Aquí

Os espera cierta dama.

LISARDO.

¿Dama á mí! ¿Cómo se llama?

BELISA.

Eso no me toca á mí.

Habladla y sabréis quién es.

LISARDO.

¿Es Leonor?

BELTRAN. (*Fingiendo voz de mujer.*)

¿No me conoce?

LISARDO.

Vnesamerced no se emboce.

¿Cómo ha venido?

BELTRAN.

En los piés.

### ESCENA XX.

RISELO, MARCELA. —Dichos.

RISELO. (*Ap. á Marcela.*)

Déjame, mi bien, que vea

L-1.

Los que con Lisardo están

MARCELA.

Mujeres celos me dan.

¿Cosa que Teodora sea?

RISELO.

¿Teodora habia de ser,

Hermana de un hombre grave?

MARCELA.

Como de esos graves sabe

Amor humildes hacer.

RISELO.

Hablando está con Lisardo.

No tengas celos de mí.

MARCELA.

¿Quién viene con ella?

RISELO.

Aquí

Está un mancebo gallardo,

MARCELA. (*A Belisa.*)

¡Ah, gentilhombre! ¿quién es

Esta encubierta señora?

BELISA.

¿Son celitos?

MARCELA.

De Teodora.

BELISA.

No es tan ligera de piés.

MARCELA.

Pues ¿quién es aquesta dama

Con quien habla este galán?

BELISA.

Doña Constanza Beltran.

MARCELA.

¿Cómo?

BELISA.

Este nombre se llama.

Es mujer de tanto punto,

Que si sale, lleva mas

De algun caballo detras.

MARCELA.

La cantidad os pregunto.

BELISA.

Pesará catorce arrobas.

MARCELA. (*Ap.*)

No es muy bobo el escudero;

Mas desengañarle quiero

Que no está hablando con bobas.

BELISA.

Si os digo la cantidad,

Un cuarteron mas ó ménos,

¿En qué os engaño?

LISARDO. (*A Beltran.*)

Tan buenos

Ojos descubrid, mostrad

Los dos.

BELTRAN.

¡No, sino los tres!

LISARDO.

¿No podeis ser tuerta?

BELTRAN.

¡Ay Dios!

LISARDO.

Ea, descubrid los dos.

BELTRAN.

¡Jesus! Tiempo habrá despues.

LISARDO.

¿No sabré yo la ocasion

Por que venis á buscarme?

BELTRAN.

¿Qué puedo mas declararme?

Digo que os tengo aficion.

LISARDO.

Pues ¿adónde me habeis visto?

BELTRAN.

En mi casa muchas veces.

LISARDO.

¿Que haya aquí tantos jueces!

MARCELA. (*Ap.*)

¿Es posible que resisto

Mi celosa condicion

Sin descubrir esta dama?

BELISA. (*Ap.*)

Dirá despues que me ama

Lisardo: ¡oh linda aficion!

Mirad si está entretenido

Con el lacayo enmantado.

LISARDO. (*A Beltran.*)

Señora, ¿dónde os he hablado?

Dónde me habeis conocido?

BELTRAN.

¡Ay! qué desconocimiento!

LISARDO.

Mucho lo debo de ser.

BELTRAN.

Yo os he dado de comer

Mil veces.

LISARDO.

¿Extraño cuento!

¿Vos á mí?

BELTRAN.

Sí, y aun por mí

Soleis andar á caballo,

Y aun otras cosas que callo,

Por no descubrirme aquí.

Por vos cierto padre viejo

No há un hora que me pringaba.

LISARDO.

¿Sois negra?

BELTRAN.

Soy vuestra esclava.

Dióme una dama el consejo

De que me viniese así,

Porque si no, ya tuviera

La panza como una cera.

LISARDO.

¡Ay Dios! ¿quién se hallara allí!

BELTRAN.

¿Cómo hallar? Burla pesada

Os pudiera suceder.

LISARDO.

Por Dios, que debeis de ser

La bella malmaridada.

¿Teneis marido?

BELTRAN.

Si allí

Os hallais, Dios me confunda

Si no os pegan una tunda

De las mas lindas que vi.

LISARDO.

En obligacion estoy

A lo que por mi pasais;

Mas como no os descubrais,

Desobligándome voy.

BELTRAN.

¡Ay, Señor, qué disfavores

Tan notables que me haceis!

Por Dios, que no me dejeis,

Si habeis de tomar amores;

Y pues tan bien os servi

Las mañanicas de mayo,

Si habeis de tomar lacayo,

No dejeis por otro á mí.

LISARDO.

¿Es Beltran?

BELTRAN.

Pues ¿no lo ves?

LISARDO.

¡Hay tan extraña novela!



BELTRAN.  
 Calla, y burlaré á Marcela;  
 Que hay grandes cosas después. —  
 ¡Ah, señor Riselo!

RISELO.  
 ¿A mí?

A vos pues.

RISELO. (A Marcela.)

Con tu licencia.

MARCELA. (Ap.)

¿Tendré con esto paciencia?

RISELO. (A Beltran.)

Ya que habeis venido aquí,  
 Que os descubrais os suplico,  
 Porque aquella dama os vea.

BELTRAN.

No puedo.

RISELO.

¿Por qué?

BELTRAN.

Soy fea.

RISELO.

No hay fea con tan buen pico.

BELTRAN.

Aun no lo sabéis muy bien;  
 Que no me habeis visto hablar.

MARCELA.

(Ap. ¿Téngome yo de matar  
 Porque estos hablando estén?)  
 Fuera digo. ¡Vive Dios,  
 Que os habeis de descubrir!

BELTRAN.

¿A mí se me ha de decir

Tal desacato por vos?

¡A la niña, á la beata,

A la fraila del cordon!

¡Ay Jesus, qué tentacion!

¡Que me tira, que me mata,

Que me destoca!

MARCELA.

¿Quién eres?

BELTRAN.

Beltran soy.

MARCELA.

¡Beltran!

BELTRAN.

Pues ¿quién?

LISARDO.

A mí me burló también.

RISELO.

Demonio en las burlas eres.

Cúbrete; que viene gente.

MARCELA.

Metéos bien en el portal.

LISARDO.

Acá vienen.

RISELO.

Algun mal

Temo.

BELTRAN.

No huyas, detente.

### ESCENA XXI.

PRUDENCIO, OTAVIO, FLORENCIO,  
 GERARDO, SALUCIO, y CRIADOS ar-  
 mados.—DICHOS.

FLORENCIO.

Esta es la casa.

GERARDO.

Aquí están.

FLORENCIO.

Llama á esa puerta, Gerardo.

GERARDO.

No hay que llamar; que á la puerta  
 Deben de estarte aguardando.

PRUDENCIO.

¿Quién va?

LISARDO.

¿Quién pregunta quién?

PRUDENCIO.

Un hombre noble agraviado.

LISARDO.

¿Es Prudencio?

PRUDENCIO.

Y sin prudencia.

¿Eres por dicha Lisardo?

LISARDO.

Yo soy, Señor. ¿A quién buscas?

PRUDENCIO.

A ti te busco, villano.

LISARDO.

¿Villano á mí! Si no fueras  
 De tu edad...

PRUDENCIO.

El que es hidalgo

No hace infames los hombres  
 De mi sangre y de mis años.

LISARDO.

¿Qué te hice yo en mi vida?

PRUDENCIO.

¿Párecete poco agravio,  
 Después de haber á mi hija,

Como á ignorante, engañado,

Y con el tingido acero,

En las mañanas de mayo,

Puesto mi honor por el suelo,

Como saltador del campo;

Habiendo al doctor fingido

Preso, y sabiendo su engaño,

Sacarla él mismo? Pues oye:

Caballero soy honrado;

Yo no he de traer justicia,

La que tengo son mis manos.

Para ti bien basto yo,

Y para Riselo Otavio;

Para los que están contigo,

Bastan Florencio y Gerardo.

Y si trajeres mas gente,

Aquí me sobran criados,

Y yo solo basto á todos.

LISARDO.

Si en servirla os hice agravio,

Por la parte de ser pobre

(Que en las demás os igualo),

Yo os daré satisfacion

Dando á Belisa la mano;

Mas; vive Dios, que no sé

Dónde ó cómo la ha llevado

El hombre que vos prendistes!

OTAVIO.

Pues, Lisardo, si estáis salvo

Del cometido delito,

Bad lugar á que, mirando

La casa, os dejemos libre.

LISARDO.

Eso no puedo negarlo.

FLORENCIO.

Señor, mirensen primero

Los que miráis embozados.

RISELO.

Yo soy Riselo, y quisiera,

Florencio, en lugar ballaros

Que os dijera si es bien hecho...

FLORENCIO.

Y yo tambien tiempo aguardo

En que os diga si es Marcela

Vuestra.

MARCELA.

¿Para qué es cansaros,

Pudiéndolo yo decir,  
 Que es el mejor desengaño?

FLORENCIO.

Habla pues; que, como sepa  
 Que es tu gusto, estoy pagado  
 De mi amor y mis descos.

MARCELA.

A Riselo doy los brazos.

RISELO.

¿Estás contento?

FLORENCIO.

Si estoy. (A Beltran.)

OTAVIO.

Señora, desembosáos.

BELTRAN.

¿A las mujeres por qué?

OTAVIO.

Porque una mujer buscamos.

BELTRAN.

Pues sepan que yo soy hombre.

PRUDENCIO.

Este es el doctor lacayo.

OTAVIO.

¿Mataréle?

PRUDENCIO.

No; que importa

Que viva.

OTAVIO.

Pues; tú con manto!

Di luego dónde llevaste

A mi prima, ó por los labios

Te haré tomar el acero

Que á nuestras honras has dado.

BELTRAN.

Quedo, señores.

PRUDENCIO.

¿Qué es quedo?

BELTRAN.

Aunque me hagais mil pedazos,

No diré dónde la tengo,

A fe de pobre asturiano

Si no me dais la palabra

De que á Lisardo, mi amo,

Se la daréis por mujer.

PRUDENCIO.

Eso es forzoso, y yo gano;

Que bien sabe mi sobrino

Que quien toma acero en mayo,

No estará para mujer

Hasta los fines de marzo.

BELTRAN.

Pues esta es Belisa.

OTAVIO.

¿Quién?

BELISA.

Yo soy, que á tus pies aguardo

Perdon.

PRUDENCIO.

Antes que te mire,

Dale á Lisardo la mano;

Que á la santa que tu amor

Cubrió del hábito pardo,

Yo le daré un monesterio.

BELTRAN.

¿Y á Leonor?

PRUDENCIO.

Tengo pensado

Dársela á un doctor fingido.

Con esto á mi casa vamos,

Adonde cenando juntos,

Queden en paz los agravios.

LISARDO.

Aquí acaba la comedia

En vuestro nombre, Senado,

Del *Acero de Madrid*.

Bésaos las manos BELARDO.

# AL PASAR DEL ARROYO.

## PERSONAS.

JACINTA,  
TERESA, } *labradoras.*  
DORENA,  
LISARDA, *dama.*  
ISABEL, *criada.*  
DON CARLOS.

DON LUIS.  
BENITO.  
PASCUAL.  
LAURENCIO.  
SILVIO, *criado.*  
MAYO, *criado.*

ANTON.  
MENDO, *viejo.*  
GUZMAN.  
UN HORTELANO.  
LABRADORES.  
MÚSICOS.

*La escena es en Barajas y Madrid.*

## ACTO PRIMERO.

Campo de Barajas.

### ESCENA PRIMERA.

JACINTA, TERESA.

JACINTA.

En mi vida tuve amor.

TERESA.

Para ser tan entendida,  
Mucho admira tu rigor.

JACINTA.

Yo paso mejor mi vida.

TERESA.

La sola no es la mejor.

JACINTA.

El que dió su voluntad,  
Ya no goza libertad;  
Luego vivir en prisión  
No parece discrecion,  
Sino pura necedad.

TERESA.

No ha dado el cielo á la tierra  
Otro bien como el amor:  
Todos los bienes encierra.

JACINTA.

Mas antes todo el rigor,  
Toda la discordia y guerra,  
Y el mas soberbio enemigo.

TERESA.

Antes su descanso y paz.

JACINTA.

Yo le huyo.

TERESA.

Yo le sigo.

JACINTA.

Yo pienso estar pertinaz.

TERESA.

Y yo esperar tu castigo.

### ESCENA II.

PASCUAL, BENITO, *sin ver á—*JACINTA Y TERESA.

BENITO.

Esto que digo me cuesta.

PASCUAL.

Tú pasas vida inhumana.

BENITO.

Y con un no por respuesta,  
Sin sol toda la semana,

Hasta que llegue la fiesta.  
Aunque ya el tiempo me vale;  
No porque el torno solar  
Días y noches iguale,  
Mas porque á ver vendimiar  
Tal vez á las viñas sale.

PASCUAL.

Vendrá á matar labradores;  
Mas siendo alegre dolor  
El amor en sus rigores,  
En parte es hacer favor,  
Benito, el matar de amores.—  
Pero ¿no es Jacinta aquella?

BENITO.

Teresa, su grande amiga,  
A la fe, viene con ella.  
Pero déjame que diga  
Que es de sus rayos estrella.

JACINTA.

¿Qué hay, Benito?

BENITO.

Dafne esquivo... ✓

PASCUAL.

Teresa...

TERESA.

Pascual, hermano...

JACINTA.

¿Qué se trataba?

BENITO.

Así viva

La luz de ese soberano  
Sol, que al sol de rayos priva,  
Que de un monstro se trataba,  
De cuya pintura brava  
Tiembla, Jacinta, la villa;  
Que si hay dellos maravilla,  
Tu eres maravilla otava.  
Monstros son tus bellos ojos,  
Contradiciéndose en ellos  
Las paces y los enojos,  
Tan bellos, que al ir á vellos  
Llevan el alma en despojos.

¿Qué monstros hay en el suelo  
Como ver sus luces puras  
Dar fuego entre nieve y hielo,  
Con que parecer procuras  
Cielo, mas airado cielo?  
¿Cuándo ha de llegar el día  
Que á algun dichoso himeneo  
Rindas tu helada porfia?  
Que verte de otro deseo,  
Si es imposible ser mía.

JACINTA.

Benito, si cada cual  
Signe bien su inclinacion,  
No haces bien en sentir mal  
De mi esquivo condicion.

Por decreto celestial  
Esto quieren las estrellas,  
Y yo lo que quieren ellas.

BENITO.

Nunca su Autor las crió  
Para forzarnos; que yo  
Bien puedo librarme dellas.

JACINTA.

Pues ¿cuál es tu inclinacion?

BENITO.

Quererte.

JACINTA.

O fuerza ó padece.

BENITO.

No puedo.

JACINTA.

Luego ellas son  
Quien fuerzan al que aborrece,  
Como al que tiene aficion.

BENITO.

No dices bien, porque yo  
Amo, y el amar es bien,  
Y al bien nadie resistió;  
Pues siendo mal el desden,  
Tú has de resistir, yo no.

JACINTA.

Forzándome á aborrecer  
El cielo á todos los hombres,  
Resistir á su poder  
Fuera locura.

BENITO.

¿Que nombres

Fuerza tu mismo querer!  
Deja la vana aspereza  
Con que me tratas así;  
Que ofende tanta belleza  
Como el cielo puso en tí,  
Tan bárbara rustiqueza.  
Escoge en todo Barajas  
El mozo de mas ventajas,  
O algun criado del Conde,  
Si mas á tu humor responde  
La seda que no las pajas.  
Toma ejemplo en la azucena,  
Que de granos de oro llena  
Al aurora resplandece,  
Y que marchita anochece  
Llena de tristeza y pena.  
Mira los lirios al alba,  
Cuando al padre de Faeton  
Hacen los pájaros salva;  
Que no en balde á la ocasion  
Pintaron desnuda y calva.  
Si cuando verte no quieras,  
Piensas que te han de querer,  
Yerras loca, necia esperas;  
Que en bellezas de mujer

Pasan las horas ligeras.

JACINTA.

Ya tu mucha libertad  
Con mi paciencia se mide;  
Que es dar, aunque haya amistad,  
Consejo á quien no le pide,  
Bachillera necesidad  
Para lo que yo profeso.  
No es mi soledad exceso,  
Mezquina mi condicion,  
Pues que ya la inclinacion  
De mi aspereza contieso.  
Mas precio en el soto ó selva  
Seguir de Atalanta el paso,  
Sin que al oro el rostro vuelva  
Hasta que el sol al ocaso  
En oro ó sangre se envuelva;  
Y en aqueste manantial,  
Que riega con varias venas  
El prado, á un jardin igual,  
Ver retozar las arenas  
Con los golpes del cristal;  
Mas precio coger las flores,  
De quien la naturaleza  
Y el cielo fueron pintores,  
Y que ciñan mi cabeza  
Las cintas de sus colores;  
Mas precio ver susurrando  
Las avejas codiciosas.  
Su arquitectura formando,  
Y en estas selvas quejosas  
Los ruiseñores cantando;  
Que tus penas y cuidados,  
Amores ciegos y locos,  
Buenos solo imaginados,  
Donde hay dichosos tan pocos,  
Y tantos son desdichados.

(Vase, y sigue la Teresa.)

### ESCENA III.

BENITO, PASCUAL.

BENITO. (Mirando á Jacinta marcharse.)

A tanta resolucion  
Y furia, yo no aconsejo;  
Que donde hay obstinacion,  
Sirve el mas cuerdo consejo  
De espuela á la ejecucion.  
Mucho en casarte acertaras;  
Que mal tu belleza empleas.  
Si en selvas y aguas reparas,  
Después que casada seas,  
Serán tan verdes y claras.  
No hay bien que pueda llamarse  
Bien, faltando compañía;  
Que es fuerza comunicarse.

PASCUAL.

Deja esa vana porfia;  
Que es ignorancia cansarse.  
Después en otro lugar  
Podrás á Jacinta hablar  
Y merecer sus favores;  
Que no andan bien los amores  
En cestos de vendimiar.  
Mira cómo tus criados  
Cogen racimos opimos,  
De que van carros cargados,  
Para colgar de racimos  
Tantos lagares lavados;  
Que si no fué con ventaja  
La cosecha deste agosto,  
Agora en todo Barajas  
Con la abundancia del mosto  
Rebosarán las tinajas.  
Ea pues, vamos de aquí.

BENITO.

Vamos.—Y ¡plegue á los cielos,  
Pues no te dueles de mi,  
Que quieras con tantos celos  
Como yo tengo de ti!

Que supuesto que te vea,  
Como dices, no querer,  
No es posible que lo crea;  
Que es condicion de mujer  
Negar lo que mas desea.

(Vanse.)

Madrid. Sala en casa de don Luis.

### ESCENA IV.

LISARDA, ISABEL.

ISABEL.

Esto responde al papel.

LISARDA.

Muestra; que ya estoy turbada.

ISABEL.

Si ya estás desconfiada,  
¿Qué temes que venga en él?  
Demás, que ya son excesos  
Tanto cuidado y temor.

LISARDA.

Desconfianzas de amor  
No mejoran los sucesos.

(Lee.) «En mi enfermedad hice una  
»promesa á san Diego; y así, me parto á  
»Alcalá: holgárame que hubiera en ella  
»qué traerlos; pero como su trato es es-  
»tudiantes, no pienso que serán á pro-  
»pósito para regalarlos. Pasaré con el  
»coche por vuestra puerta, para llevar  
»mas presentes vuestros ojos en esta au-  
»sencia.»

ISABEL.

Donaire tiene el papel.

LISARDA.

Y tiene tanto donaire,  
Que le ha de llevar el aire,  
Y al mismo dueño con él.

ISABEL.

Yo me acuerdo que algun día  
Fuera reliquia, colgado  
Del cuello.

LISARDA.

No se ha pasado  
La misma necia porfia;  
Pero un disgusto de amor  
Al mas tierno pensamiento  
Obliga á desabrimiento,  
Y el enojarse á rigor.  
Vuelve á coger los papeles;  
Que, así rotos como están,  
Mis celos estimarán  
Sus desengaños crueles.

ISABEL.

Bien dicen que es niño amor,  
Pues lo mismo que tú has hecho  
Suelen hacer con despecho  
Y con infante furor;  
Que aunque pidiéndole están  
Con notable desconsuelo,  
Arrojan el pan al suelo,  
Si no les dan presto el pan.  
¿Qué haré de aquestos pedazos?

LISARDA.

En esta manga los pon;  
Que si del alma lo son,  
Bien andarán con los brazos.  
Espera. ¿Qué dice aquí?

ISABEL.

Tú propia enciendes tu fuego.

LISARDA.

En esta parte: *San Diego*  
¿Buen agüero para mí!  
No miro mas, Isabel.

ISABEL.

Ni hay para qué mirar mas.

LISARDA.

¿Es coche aquel?

ISABEL.

Buena estás.

LISARDA.

Tengo el pensamiento en él.

ISABEL.

Coche pienso que ha parado.

LISARDA.

Antes en mi pensamiento  
Vida mas que el mismo viento.

### ESCENA V.

DON CARLOS, muy galán, de camino;  
MAYO.—DICHAS.

MAYO.

¿Sin licencia te has entrado?

DON CARLOS.

Quando la vengo á pedir,  
¿Cómo la puedo tomar?  
Y no me vengo á mudar,  
Aunque me vengo á partir.

LISARDA.

¡Jesus! Carlos, ¡tan galán  
A cosas de devocion!  
¿A tan divina estacion  
Cosas tan humanas van?  
¡Plumas, colores! ¿Qué es esto?  
Don Carlos, no me agradais.  
A diverso intento vais  
Con esas galas dispuesto;  
Sino que á imitar venis,  
Temiendo mi desconsuelo,  
Al arco hermoso del cielo,  
Y tras las aguas salis;  
Que las disculpas mejores  
Es serenar de mis ojos  
Las tempestades de enojos,  
Vuelto en arco de colores.  
Pero mas que de un abril  
Vuestro campo. Carlos, es,  
Pues en el del cielo hay tres,  
Y vos venis con tres mil.

DON CARLOS.

Si añadís las que me salen  
Al rostro de que os quejeis,  
Bien decís; ni aun hallaréis  
Arco ó campo á quien se igualen.  
Mas como naturalmente  
Todas las mujeres son  
Quejosas, su condicion  
Nunca dice lo que siente.  
Aqui no hay de que tener  
Celos: yo voy á cumplir  
Lo que, llegando á morir,  
Después de Dios, pude hacer,  
Que fué rogar á su santo,  
Por cuyo medio cobré  
Salud.

LISARDA.

¿Niego yo qué fué  
Justo, ni me alargo á tanto?  
Mas pienso yo que san Diego  
Sayal pardo se vistió,  
Y no muy nuevo; que yo  
Bien sé que era pobre y lego.  
Y como ir á visitar  
A un hombre en una prision  
Con galas no era razon,  
O algun muerto acompañar  
Con plumas hasta el entierro,  
Páreceme que no vais  
A propósito.

DON CARLOS.

Vos dais,



Lisarda, en un grande yerro,  
Pues no voy á visitar  
Preso ni muerto, pues vive  
En Dios, adonde recibe  
Parabien, que no pesar,  
Pues quien goza tanta gloria,  
Con colores se ha de ver.

LISARDA.

Ya sé que habeis de vencer.

DON CÁRLOS.

Será la primer vitoria;  
Pues no tengo cosa en mí  
De que vos no hayais triunfado.  
(*Hablan bajo.*)

MAYO.

Y ella (que en fin ha callado)  
¿Qué es lo que dice de mí?  
Si se visten los criados  
Lo que los amos desechan,  
¿Cómo tan mal se aprovechan  
Desta verdad sus cuidados?  
De las sobras de los celos  
Que su ama gasta aquí,  
¿No hay un retal para mí?

ISABEL.

¿Comparaciones de ciclos  
Presumia el lacayon?  
Sus amores son indinos:  
Los de Carlos son merinos,  
Y los suyos burdos son;  
Que sus requiebros, en fin,  
Están por gente de plaza,  
Impresos con almohaza  
En las ancas de un rocín.

MAYO.

Luego ¿hay celos de ramplon,  
Y requiebros de obra gruesa?

ISABEL.

Los amores que él profesa  
Comedias de vulgo son,  
Destas de grandes patrañas  
Imposibles, y ruidos,  
A quien les ha sucedido  
Lo que á los juegos de cañas,  
Que van á ver las libreas,  
Y no lo que han de jugar.

MAYO.

Pues di, ¿cómo me has de hablar,  
Si no es que no lo desees?

ISABEL.

Lisarda hablará en discreto  
Con Carlos, yo en necio á ti.

MAYO.

Una necedad me di.

ISABEL.

Que me guardes un secreto.

MAYO.

Pues ¿no le sabré guardar?

ISABEL.

Tú ¿no eres criado?

MAYO.

Sí.

ISABEL.

Pues basta.

MAYO.

Ahora bien; ¿á ti  
¿Cómo te tengo de hablar?  
Que si tú en necio me hablas,  
No te he de hablar en discreto.

LISARDA. (*A don Carlos.*)

Frívolas son, te prometo,  
Cuántas disculpas entablas.  
Pagas mi amor con rigor.

DON CÁRLOS.

Por esta cruz de Santiago,  
Lisarda, que te le pago

En cambio de mas amor.

LISARDA.

Pues así sobre ella veas  
La encomienda de mas fama,  
Como mientes; que quien ama  
No da disgustos.

DON CÁRLOS.

No creas

Que te lo dé mi partida.

Acabóse, no me voy.

Ya no me voy.

LISARDA.

Necia estoy;

Mas confieso que en mi vida

Cosa me ha dado temor

Como es aquesta jornada.

DON CÁRLOS.

Digo que ya está acabada.

LISARDA.

No, Carlos, no, mi señor;

Que solo con que digais,

Solo con verme afligir,

Que ya no os queréis partir,

Ya quiero yo que os partais.

Amor entre los amantes

Tiene aquesta condicion.

DON CÁRLOS.

Vanos los temores son.

En jornadas semejantes.

Que temais me maravilla

Desde Madrid á Alcalá.

¿Qué Toledo en medio está,

Qué Granada ó qué Sevilla?

LISARDA.

Luego sin celos, quien ama,

¿No teme peligros fieros?

DON CÁRLOS.

Pues la venta de Viveros

¿Es canal de Bahama,

La Bermuda ó las Sirenas,

Donde hay peligros tan grandes;

O son los bancos de Flándes,

De Jarama las arenas?

He de topar de aquí allá

Mas que estudiantes y aldeas?

LISARDA.

Parte, mi bien, como creas

Que quedo sin alma ya.

ISABEL.

¡Ay, Señora! Tu hermano.

DON CÁRLOS.

¿Qué remedio?

LISARDA.

Piénsale tú; porque esconderte es cosa,

Como mas sospechosa, peligrosa.

## ESCENA VI.

DON LUIS.—Dichos.

DON LUIS.

¿Búscanme á mí, Lisarda, por ventura

Aquestos caballeros?

LISARDA.

No hay en casa

Otra persona á quien buscar pudieran.

Como el señor don Carlos es del hábito,

Envíale el consejo de las Órdenes

A cierta informacion de un caballero.

Y dice que al partir, y aun en el coche,

Le dijeron que tú jurar podrias,

Por conocer sus padres; y así, viene

A informarse de ti, como me ha dicho.

MAYO. (*Ap.*)

¿Hase visto embelco semejante?

DON CÁRLOS.

Con esta informacion vine á buscaros;

Que es cosa que me importa sumamente,

Y á ofrecirme tambien para serviros;  
Que estoy aficionado á vuestro nombre.

DON LUIS.

Bésoos las manos por merced tan grande;  
Que yo lo estoy del vuestro desde un día  
Que en la carrera os vi con aire tanto,  
Que pudieran en Córdoba envidialle;  
Y así, os suplico que de aquí adelante  
Os sirvais desta casa como propia.

DON CÁRLOS.

Lo mismo os pido yo; que de la mia  
Habeis de ser de aquí adelante dueño.

MAYO. (*Ap. á Isabel.*)

¿Qué te parece desta polvareda  
Que levantó tu ama?

ISABEL.

Que se usan

Mil amistades desta misma traza,  
Adonde el ofendido y agraviado  
Queda con las ofensas obligado.

DON LUIS.

¿Qué caballero es este que conozco,  
A cuya informacion partis agora?

DON CÁRLOS.

(*Ap. Si digon nombre conocido, y miento,*  
Destruyo la invencion; mas acertado  
Será decir un nombre que no haya.)  
Yo pienso que es muy vuestro conocido  
Don Nofre de Canaria.

DON LUIS.

Ni á mí oido

Llegó jamás su nombre.

DON CÁRLOS.

Si por dicha

No le teneis por limpio, ¿de qué sirve?...  
DON LUIS.

Por esa cruz y por la desta espada,  
Que os engaño, don Carlos, quien os dijo  
Que conozco á don Nofre de Canaria.

DON CÁRLOS.

Pues yo jurara que con él un día  
Os vi jugar en casa de un amigo.

DON LUIS.

¿Qué señas tiene ese hombre?

DON CÁRLOS.

Es alto y flaco,

De color macilento, y barbirrubio,  
Un poco calvo; pero gran soldado,  
Que por la guerra el hábito le han dado.

DON LUIS.

Vuelvo á decir que no le vi en mi vida.

DON CÁRLOS.

Hoy ha de ser forzosa mi partida:  
Dadme licencia; que volviendo, os juro  
De veniros á ver con mas espacio.

DON LUIS.

Yo acendo algunas veces á Palacio;  
Que tengo un pleitecillo en el Consejo,  
Y nos podremos ver todos los días.

DON CÁRLOS.

Señora, ¿qué mandais?

LISARDA.

Que os guarde el cielo,  
Y que os traiga con bien.

DON CÁRLOS. (*Ap. á Mayo.*)

¿Qué te parece?

MAYO.

Que fué toda la traza necesaria.  
¿Dónde hallaste á don Nofre de Canaria,  
Tan alto, desvaído y vayandino?

DON CÁRLOS.

Bien llevo que reir todo el camino.

(*Vanse don Carlos y Mayo.*)

## ESCENA VII.

LISARDA, DON LUIS, ISABEL.

DON LUIS.

¡Honrado caballero, por Dios vivo!

LISARDA.

Un poco hablé con él, y me parece  
De buen entendimiento.

DON LUIS.

Desta traza

Quisiera yo, Lisarda...

LISARDA.

¿Qué?

DON LUIS.

Un cuñado.

LISARDA.

¡Sin duda que te trae desvelado  
Este cuidado a ti!

DON LUIS.

Pues, por tu vida,  
Que si agora vivieran nuestros padres,  
No les diera ventaja en el deseo  
De tu remedio.

LISARDA.

Basta; yo lo creo.

Mándente á ti jugar á la pelota,  
Y de noche á las pintas, y mudarte  
Del hábito galán que traes de día,  
En el tabi de plata y medias blancas,  
Tomar sombrero con la falda vuelta,  
Asida del corchete de diamantes,  
Cadena y otras galas semejantes;  
Y venir á dar golpes, y á acostarse  
Cuando ya quiere el alba levantarse,  
Y pedir de comer á las dos dadas,  
Riñendo sobre el cuello á mis criadas;  
Que no acordarte, Luis, de mi remedio,  
Porque esas son las cosas que olvidadas  
Tienes, del mar de tu rigor en medio.

DON LUIS.

Dejemos quejas; ¡oh Lisarda mia!  
Comunes entre hermanos, cuanto injusto  
Que tú verás si mi cuidado es solo [tas;  
Esas galas que dices y esos pasos.  
Nunca poneis en cuenta las mujeres  
Aquello de sentaros al espejo  
Con tanta multitud de redomillas,  
Que no hay pintor que tenga mas colores;  
El tiempo que gastais en hacer mudas,  
El dinero en vestidos y tocados,  
De enriquecidas tiendas inventados:  
Pues con vuestras cabezas á su viento,  
Levantán mercaderes hasta el cielo  
Casas, que tantas tienen por el suelo.  
Ya pareceis Sibilas, ya Cleopatras,  
Ya romanas, ya griegas, ya flamencas:  
Finalmente...

LISARDA.

No mas. ¡Nunca yo hablara!  
Digo que no me cases en tu vida.

DON LUIS.

Si tú me riñes, es razon que sepas  
Que doy satisfaccion de mis costumbres;  
Mas yo te casaré luego que acabe  
Una encomienda de un amigo mio.

LISARDA.

¿Qué amigo y qué encomienda?

DON LUIS.

El conde Fabio,  
De quien yo fui tan regalado en Nápoles,  
Me escribió que es ya muerta la Condesa:  
No dejó hijos, y llevar querría  
Una que trvo aquí de unos amores,  
Que la dejó á criar en cierto pueblo,  
Adonde vive, sin saber quién sea.  
Yo tengo ya las señas, y una cédula  
Para cobrar aquí dos mil ducados.Por ella quiero ir, y has de ir conmigo,  
Para que de ti venga acompañada.  
Pero no han de saber quien es.

LISARDA.

Pues dime,

¿Has de traerla aqui?

DON LUIS.

Mientras que viene  
La órden en que llevarla me mandare,  
Y que la mudes tú traje y lenguaje.

LISARDA.

¿En qué lugar está?

DON LUIS.

Barajas.

LISARDA.

Bueno,

El traje solo podrá ser mudarle;  
Que en lo demás, la lengua de la corte  
Tiene jurisdiccion por cinco leguas,  
Y Barajas está dos leguas solas.  
¿Qué día quieres ir?

DON LUIS.

Pase la entrada

De nuestra serenísima princesa.

LISARDA.

¿Tienes ventanas ya? Pero no creo  
Que serás tan galán: allá tus damas  
Merecerán balcones para verla.

DON LUIS.

Tú tienes los mejores de la corte.

LISARDA.

Doyte mis brazos.

DON LUIS.

A comer nos vamos.

LISARDA.

Gran principio me has dado en las venta-  
DON LUIS. [nas.

Yo te daré los postres en casarte. (Vase.)

## ESCENA VIII.

LISARDA, ISABEL.

LISARDA.

Isabel...:

ISABEL.

Mi señora...

LISARDA.

Bien se ha hecho.

ISABEL.

Amor es un Juanelo en artificios.

LISARDA.

Cárlos se fué, yo pierdo mil juicios;  
Pero, pues su partida no me agrada,  
No ha de ser por mi bien esta jornada.

—

Campo de Barajas.

## ESCENA IX.

DORENA, SILVIO, PASCUAL, BENITO, ANTON, LABRADORES, MUSICOS.

PASCUAL.

Famoso baile se ordena;  
No hay lugar que tenga igual  
Con Barajas.

DORENA.

¿Es Pascual?

BENITO.

Acá están Silvio y Dorena.

PASCUAL.

Si tú vienes á cantar,  
¿Quién ha de faltar á oírte?

SILVIO.

Pues bien puedes prevenirte.

BENITO.

De la música y la mar,  
Oigo decir que entristecen  
Mucho mas los que lo están.

PASCUAL.

Los ojos te alegrarán  
Que solo bien te parecen.

BENITO.

¿Sabes tú que han de venir?

PASCUAL.

Al baile nunca faltaron.

BENITO.

Hoy mis penas intentaré,  
Pascual, morir ó vivir.

PASCUAL.

¿Cómo?

BENITO.

Con su padre hablé,  
Y por mujer la pedi.

PASCUAL.

¿Mas que te dijo que sí?

BENITO.

Hasta agora no lo sé,  
Porque es tan prudente el viejo,  
Que término me pidió.

PASCUAL.

Él viene.

BENITO.

Hablaréle yo.

PASCUAL.

Habrán entrado en consejo  
El y su hija por dicha.

## ESCENA X.

LAURENCIO. — Dicuos.

BENITO.

Laurencio, el cielo te guarde.  
¿Qué hay de mi dicha esta tarde?  
Bien dijera mi desdicha.

LAURENCIO.

Benito, de tus méritos seguro  
Y del valor de tus honrados padres,  
No dudes de que diera á tu esperanza,  
Con dulce posesion, tan dulce efecto.  
Eres, para ser mozo, hombre discreto;  
No te falta dinero ni limpieza  
(Que no es pequeño bien limpia riqueza);  
Bienquisto, liberal y generoso,  
Digno de ser en esta villa esposo  
De la mujer mas bella que la habita;  
Mas si Jacinta, ingrata, solicita  
Que mi memoria y sucesion se acabe,  
Y por ventura algun secreto sabe,  
Y solo de vivir sola se precia, [precia?  
¿Qué puedo hacer, pues todo amor des-  
Ya está mi imperio en ruego convertido.

BENITO.

Conozco su rigor, lloro su olvido;  
Mas como nunca el pensamiento humano  
Esta firme, Laurencio, en un propósito,  
Y vemos que del cielo las mudanzas  
Mudan tambien las cosas de la tierra;  
Por si tu hija, vanamente esquiva,  
Madare del propósito que tiene  
(Que en la mujer no suele ser muy firme),  
Quiero de tu palabra prevenirme.  
No son los pensamientos rios caudales  
Que siguen un camino eternamente,  
Y van entre dos márgenes corriendo  
Con ley precisa al mar; que bien podría  
Volver atrás, Laurencio, su porfia.  
Loque hoy se aborreció, mañana se ama;  
Y quien huye, tal vez persigue y llama:

Con la necesidad, lo injusto es justo ;  
Que no tiene color ni ley el gusto.

LAURENCIO.

Allí, Benito, un poco te retira ;  
Que ella viene bizarra al baile.

BENITO.

Advierte  
Que están mis esperanzas á la muerte.

### ESCENA XI.

JACINTA, TERESA.— Dichos.

TERESA.

Acá están los bailadores.  
No hay lugar desocupado.

JACINTA.

Los ojos me han ocupado  
Otras distintas colores ;  
Que Benito estaba allí,  
Y con mi padre trataba  
Esto que hoy no le escuchaba.

TERESA.

Pues ¿quieres hablarle?

JACINTA.

Sí. —

(A Laurencio.)

Cansados te habrá dejado  
Este necio los oídos ;  
Que amantes aborrecidos  
Causarán un monte helado.  
Son como enfermos, que cuentan  
A todos su enfermedad ;  
Que es peso la voluntad  
De quien descansan intentan.  
¿Qué te habrá dicho de mí!

LAURENCIO.

Hija, los extremos son  
Una incierta imperfección,  
Como la que miro en tí.  
No te quisiera, si digo  
Verdad, ver descaminar  
De ingenio tan singular  
Y de su consejo amigo.  
Si muchas hijas tuviera,  
Amara tu condición ;  
Mas si en tí la sucesión  
De mi sangre aumento espera,  
Pierde la injusta porfía  
De tu vano entendimiento ;  
Darás con tu casamiento  
Aumento á la sangre mía.  
Elige en toda Barajas  
El mas rico labrador ;  
Que el negar tiempo al amor  
No son discretas ventajas.  
En la edad dispuso el cielo,  
Hija, tiempo para amar ;  
Quien no le ha dado lugar,  
El alma tiene de hielo.  
Tú lo mirarás mejor:  
Tanto de tu ingenio fio,  
Así por ser gusto mío,  
Como por pagar á amor  
El censo que los mortales  
Le deben, y hasta las fieras ;  
Porque, como amar no quieras,  
Serán á tu pecho iguales.

JACINTA.

No es fiereza, padre mío,  
No dar al amor lugar.

LAURENCIO.

Es condición singular,  
Y aunque labrador, me rio  
De todos cuantos lo son ;  
Que las singularidades,  
Cuanto no son vanidades,  
Arguyen imperfección.

JACINTA.

Yo te oí mas de una vez  
Decir que no me podías  
Casar ; pues si esto decías,  
Yo te establezco juez  
De la causa de los dos.

LAURENCIO.

Tuve una esperanza incierta,  
Que ya presumo que es muerta.

JACINTA.

Pues bien, perdónela Dios.  
Pero dime, ¿qué secreto  
En aquesto puede haber?

LAURENCIO.

En no decirle á mujer  
Quiero parecer discreto.  
De casamiento naciste,  
No eres parto de la tierra,  
Alma que ese cuerpo encierra  
De carne y sangre se viste.  
Jacinta, casados son  
Todos los mas animales ;  
En las palmas orientales  
Dicen que hay hembra y varón ;  
No dan dátiles opimos,  
Sino es que los dos se ven ;  
Pero como cerca estén,  
Nacen dorados racimos.  
Aquellos palomas van  
Casadas á hacer sus nidos,  
Los peces mas escondidos  
Casados tambien están.  
Mira la salvaje cierva  
Seguir alegre su esposo,  
Mira el novillo celoso  
Peinar con los piés la yerba.  
Todo ama: no es razón  
Que no quieras bien lo que eres ;  
Pero mientras no quisieres,  
No has de tener perfección. (Vase.)

### ESCENA XII.

JACINTA, TERESA, DORENA, BENITO, PASCUAL, ANTON, LABRADORES, MÚSICOS.

TERESA.

Enojado va contigo.

JACINTA.

Valiente sermón me ha hecho.

TERESA.

Y ¿habrá sido de provecho?  
Que el pretensor es mi amigo.

JACINTA.

Mientras cosas tan discretas  
Me decía, yo pensé  
Si por dicha me dejé  
En casa las castañetas.  
Aquí las traigo. — Ea, Gil,  
Toquen, y de baile vaya.

TERESA.

Hoy he perdido una saya.

SILVIO.

¿Qué va?

JACINTA.

La del tamboril.  
(Tocan, cantan y bailan.)  
MÚSICOS. (Cantando.)

¡Oh qué bien que baila Gil  
Con los mozos de Barajas,  
La chacona á las sonajas  
Y el villano al tamboril!  
¡Oh qué bien, cierto y galán,  
Baila Gil, tañendo Andrés!  
O pone en fuego los piés,  
O al aire volando van.  
No hay mozo que tan gentil  
Agora baile en Barajas,

La chacona á las sonajas  
Y el villano al tamboril.  
¿Qué moza desearía  
Un mozo de tal donaire,  
Que da de coces al aire,  
Y á volar le desafia?  
A lo menos mas sutil,  
Cuando baila se hace rajas,  
La chacona á las sonajas,  
Y el villano al tamboril.

BENITO.

Pudírate ver bailar  
La misma hermosa Princesa.

JACINTA.

De haber bailado me pesa,  
Si es que te pude agradar.

BENITO.

Esto llamaras favor  
Cuando mas discreta fueras.

JACINTA.

Mejor, Benito, dijeras  
La que te tuviera amor ;  
Pero si gusto te di,  
Yo me quiero despicar  
Con darte aqueste pesar.

BENITO.

No lo será para mí.  
Ya es noria mi pensamiento ;  
Mas tales vasos alcanza,  
Los vacíos de esperanza,  
Y los llenos de tormento.  
Pues en tal desconfiar,  
Y luego en tal padecer,  
¿Qué males puedo temer?  
Qué bienes puedo esperar?

JACINTA.

Teresa, escucha.

TERESA. (Ap. á Jacinta.)

Crueldad

Usas con aqueste mozo.

JACINTA.

De esas crueldades me gozo ;  
Yo nací sin voluntad.

TERESA.

Guárdate del refrancillo  
Del agua no beberé.

JACINTA.

Esta mañana pensé  
(Ahora bien, quiero decillo)  
Ir á Madrid para ver  
La entrada de la Princesa.  
¿No irás conmigo, Teresa?

TERESA.

Sí; pero ¿cómo ha de ser?  
Mas va sé lindo remedio. —  
Benito...

BENITO.

¿Hay algo en mí bien?

TERESA.

Así los cielos te dén  
Para tu desdicha un medio,  
Que pongas un repostero  
En tu carro, y que nos llesves  
A Madrid.

BENITO.

Como tú apruebes  
Lo que esta dice...

JACINTA.

No quiero.

BENITO.

Haz, Jacinta, tan feliz  
Mi dicha, á mi amor responde ;  
Que al mayordomo del Conde  
Pediré un rico tapiz.  
Y á las mulas las pondré  
Jáquimas de mil colores,



Y de alfombras de labores  
Las estacas cubriré.  
En almohadas labradas  
De seda sentada iras;  
Desde allí me abrasarás.  
Si de abrasarme te agradas.  
Haz esto, Jacinta mía:  
Seré en tu fuego crisol.  
Llevaré á Madrid el sol.  
Por si hiciere pardo el día.  
Yo sé que su Regimiento  
Me lo sabrá agradecer,  
Porque mascara y llover  
¿Cómo puede dar contento?  
Iré, como sobre apuesta,  
Deciendo en mi carro nuevo:  
«Fuera, apártense; que llevo  
El sol para aquesta fiesta.»  
Ea, voy á uncir.

JACINTA.

Teresa,

En dos pollinos iremos;  
Que mas á placer veremos  
A la divina Princesa.  
Sombremos con plumas bellas  
En tocas de argentería,  
Manteos con bizarría.  
Sartas, perlas como estrellas.  
Ea, vamos.

TERESA.

¿Qué porfía!

BENITO.

Oyeme, Jacinta, aguarda.

JACINTA.

¿Alfombrita sobre albarda?

¿Famosa caballería!

MÚSICOS. *(Cantando.)*

¡Oh, qué bien que baila Gil,  
Con las mozas de Barajas,  
La chacona á las sonajas,  
Y el villano al tamboril!

*(Vanse.)*

—

Camino de Madrid á Ateatá, orillas del arroyo  
Abroñigal.

## ESCENA XIII.

DON CÁRLOS, MAYO.

DON CÁRLOS.

Milagro de Dios ha sido.

MAYO.

Todas las piernas me ha roto.

DON CÁRLOS.

No hay duda, él iba borracho.

MAYO.

Tal es el año de zorros.

Rogamos á Dios por santos

(A los viejos decir oigo);

Mas no por tantos, que ya

Valga el vino á diez y ocho.

Bratigal es nombre antiguo

Deste endemoniado arroyo:

De hoy mas, le llamo braguero;

En llegando, me le pongo.

DON CÁRLOS.

¿Jesus mil veces! ¿Tenía

Seso, Mayo, este demonio?

¿Hay tal cochéro en el mundo!

¿Dónde llevaba los ojos?

¿Volcar el coche en el agua!

MAYO.

Bajó la cuesta furioso,

Y tropezando en las piedras,

Volvióse á un lado, y vacionos.

DON CÁRLOS.

¡Vive Dios, que fué milagro

Mi paciencia en tanto enojo;

Que el darle una cuchillada

Fué, saliendo, mi proósito!

MAYO.

A lo menos, de san Diego,

De quien eres tan devoto;

Que caer sobre las piedras

Era peligro notorio.

Yo en el agua parecía

Tortuga echada en remojo,

A lo menos bacallao.

Pardo atun, ó bayo tolo.

No en balde temió Lisarda.

DON CÁRLOS.

Un corazon amoroso

Es adivino del daño,

Mayo, que padece el otro.

MAYO.

¿Para qué me llamas Mayo?

DON CÁRLOS.

Pues ¿qué nombre?

MAYO.

Abril lluvioso.

Tal como yo estoy en agua,

Tomara en vino un bizcocho.

DON CÁRLOS.

Mira si ha sacado el coche.

MAYO.

Allí le ayudaban todos;

Pero entienden poco de agua,

Y todos se ayudan poco.

DON CÁRLOS.

Mojarónseme las cajas.

MAYO.

Sembrado está el campo en torno

De alcorzas y peladillas,

Y todos hacen su agosto.

DON CÁRLOS.

¿Media legua de Madrid

Tal desgracia!

MAYO.

Es fiero monstró

Este arroyito que miras,

Y paso tan peligrosó,

Que cuentan del mil desgracias,

Traiciones, muertes y robos.

DON CÁRLOS.

Alto; saquemos la ropa.

Esta vez no cumplo el voto;

Que ya con tantos azares

Me da la jornada asombro.

Ateatá de noche ha sido

Siempre lugar temeroso:

A Madrid me vuelvo, Mayo.

*(Silbos y grita dentro.)*

¿Qué grita es esta?

MAYO.

Esos mozos

Que deben de haber sacado

El coche del agua en hombros.

## ESCENA XIV.

UN HORTELANO.—DICHOS.

HORTELANO. *(Dentro.)*

¿Guarda el toro! Aparta, aguarda.

DON CÁRLOS.

¿Qué dicen de toro?

MAYO.

¿Cómo?

DON CÁRLOS.

De un toro.

MAYO.

Pues ¡toro aquí!

HORTELANO. *(Dentro.)*¿Qué hiciera mas en el caso? *(Sale.)*

Apártense, caballeros;

Que viene por esos olmos

Un toro, que han perseguido

De Madrid algunos mozos,

En la vacada que tiene

La villa en aquestos sotos,

Para las fiestas que agora

Hace de cañas y toros

A la princesa de España.

DON CÁRLOS.

¿Toro agora tan furioso?

HORTELANO.

¿Cómo furioso? Por Dios,

Que los hortelanos somos

De aqueste arroyo en las huertas

Bastantemente animosos,

Y que ha dado, por silbarle,

Con algunos de nosotros

Muy lindas vueltas agora.

MAYO.

¿Por silbar? Por eso poco?

¿Cuál era para comedias

Ese toro valeroso!

Que hay picao que de un silbo

Deja un compañero tonto.

HORTELANO.

Aquí estaréis mas guardados,

Porque es un torillo hosco,

Cual suele un recién casado

A pocas noches de novio;

Herrado de las dos puntas,

Arrugado y negro el rostro,

Corto de cuello y de piés,

Ancho y hundido de lomo.

Después de mil rejonazos,

Con que da bramidos roncós,

Un reguitero de plumas

Le ofende el hocico romo.

Del jardin del Condestable

Estos hidalgos briosos

Salieron hoy á caballo,

Como galeras en corso:

Bien lo han hecho; mas, de seis,

Vuelven tres caballos solos;

Y aun algunos gorgueranos

Se han guarnecido de lodo.

¿Oh! héle allí.

MAYO.

¿Pesía tal!

Levantando viene el polvo

Con los piés basta las nubes,

Y á teresteradas los chopos.

DON CÁRLOS.

Espera, por Dios; que vienen

Pasando agora el arroyo

Dos labradoras.

MAYO.

Y á fe

Que no son de malos rostros.

El parte á los dos pollinos.

¿San Diego! San Blas apóstol!

DON CÁRLOS.

Con una ha dado en el suelo.

MAYO.

Y aun por eso dijo el otro

Que á la que bien hila y tuerece,

Bien se le parece.

*(Saca la espada, y vase.)*

## ESCENA XV.

## MAYO, EL HORTELANO.

MAYO.

A mí no hay que me esperar.

HORTELANO.

Discreto sois.

MAYO.

No soy bobo.

HORTELANO.

¿Qué cuchillada le ha dado!

¿No le ayudais vos?

MAYO.

No oso;

Que tengo tan poco pulso,

Que no sé partir un hongo.

HORTELANO.

Las dos piernas le ha cortado.

MAYO.

Debían de ser de corcho.

HORTELANO.

La mujer en brazos saca.

MAYO.

Pensé que sacaba el toro.

HORTELANO.

¿Quién es este caballero?

Que pienso que le conozco.

MAYO.

Yo os lo escribiré mañana;

Que andamos de prisa todos.

## ESCENA XVI.

DON CÁRLOS, con JACINTA en los brazos; TERESA.—Dichos.

DON CÁRLOS.

Animo, bella aldeana.

HORTELANO.

Desmayóla el alboroto.

MAYO.

Y no habrá menester agua;

Que há rato que está en remojo.

DON CÁRLOS.

Al coche quiero llevarla.

TERESA.

Haréis un hecho famoso,

Señor, en darle la vida.

MAYO.

¿Eso llevas?

DON CÁRLOS.

Calla, loco;

Que algo á mis ojos les debo.

MAYO.

¿Cuándo?

DON CÁRLOS.

Al pasar del arroyo.

## ACTO SEGUNDO.

Plaza de Barajas.

## ESCENA PRIMERA.

BENITO, PASCUAL, ANTON.

PASCUAL.

¿Que por tan breve jornada,  
Tan ignorante haya sido!

BENITO.

¡Oh, lo que os habeis perdido

Por no haber visto la entrada  
De la divina Isabel,  
Princesa de España hermosa,  
Del Cuarto Felipe esposa,  
Digna de engastarse en él!!  
Soy hombre, al fin, de labranza;  
¡Voto á mi sayo, Pascual,  
Que estoy, aunque hablando mal,  
Por hablar en su alabanza!  
Mas lo que entiendo advertid,  
Para mas grandeza suya.

ANTON.

Cuéntanos, por vida tuya,  
Lo que ha pasado en Madrid.

BENITO.

San Jerónimo del Prado,  
Que, cansado del desierto,  
A ser palacio de Reyes  
Subió su merecimiento,  
Vestido de luminarias,  
Como de estrellas el cielo  
(Que por sus torres antiguas  
Lugar sus almenas dieron),  
Dió, Pascual y Anton, la noche  
Antes de entrar en su centro  
Este planeta divino,  
A su grandeza aposento.  
El sol, viendo que en Madrid  
Entraba Isabel, corriendo  
Cortinas de varias nubes  
A su rostro y rayos bellos,  
Dejó todo pardo el día,  
«Pues entra Isabel (diciendo),  
No he menester salir yo;  
Porque dos soles, darémos  
Tanta luz, que por ventura  
Piense el concertado tiempo,  
O que ella viene á ser sol,  
O que della envidia tengo.»  
Bajó, en fin, acompañada  
Este divino lucero  
Hasta las casas del Duque  
(Como al occidente vemos  
La luna en serena noche,  
Del espléndido ornamento  
De sus brilladoras luces),  
Del Norte á su lumbré opuesto,  
Las Hélices, las dos Osas,  
El Carro y la blanca Vénus.

Allí la Villa aguardaba,  
Cerca de un arco del cielo,  
Porque allí se apareció,  
Y estubo en dos horas hecho.  
De un palio de blanca tela  
Diez y seis varas abrieron  
Una generosa calle  
Al sol, porque fuese dentro.  
Los vestidos que llevaba  
El ilustre Regimiento  
Eran conformes al día,  
Que no hay mas encarecerlos;  
Y ya sabeis que Madrid  
Excede, como en el celo,  
A muchas grandes ciudades  
En riquezas y deseos.  
Formaron por dos hileras  
Las dos guardas, paralelos  
Al planeta que traía  
Luz á nuestro espeso suelo.  
Los bizarros españoles  
Y los gallardos tudescos  
Llevaban sobre amarillo,  
Blanco y rojo terciopelo.  
Allí sus dos capitanes  
Y sus tenientes hicieron  
El lugar, orden y plaza  
Que se finé siempre siguiendo.  
Atabales y trompetas,  
Del mismo color cubiertos,

! La entrada de la Princesa en Madrid fué  
á 19 de noviembre de 1613.

Parece que quién venia  
Iba delante diciendo.  
¿Cómo sabré yo pintaros  
Tan grande acompañamiento,  
Ignorante labrador,  
Que de solo el campo entiendo?  
No sé quién eran los grandes;  
Solamente decir puedo  
Que nadie en tan gran lugar  
Puede llamarse pequeño.  
Verdad es que conocí,  
Pascual, al Conde mi dueño,  
Con vestido regidor,  
Entre muchos caballeros:  
Aquel insigne Zapata,  
Cuyos blasones excelsos  
Tomó de los pies del sol,  
Aunque son blancos y negros.  
Al Conde, en fin, de Barajas,  
Como á señor conociendo,  
Me divertí de los otros.

PASCUAL.

De que le alabes me alegre;  
Que al fin es nuestro señor,  
Y hijo de padre tan bueno,  
Que su famosa memoria  
Vivirá siglos eternos.

BENITO.

Tambien conocí al Mendoza,  
Ilustrísimo sugeto  
Para versos de Virgilio,  
Para excelencias de Homero.

ANTON.

El duque del Infantado,  
Benito, á los extranjeros  
Está diciendo quién es.

BENITO.

Pues con él amanecieron  
Los rayos de un Alba, clara  
Por sus heroicos abuelos,  
Por sus generosos padres,  
Cuyas grandezas hicieron  
Que en las de Alejandro y César  
Callen el latino y griego.  
Hablando en el duque de Alba,  
Volvi la cara á un maneco  
Que estaba alabando al duque  
De Sesa y Soma, diciendo:  
«Aquí se cifró la gloria  
De los Córdoba, que dieron  
Honra á España, fama al mundo,  
Y al Rey Católico reinos.»  
Pero dejé de escucharle,  
Pascual y Anton, os prometo,  
Por ver un príncipe, en quien  
Puso las partes el cielo  
Le mas grandeza y valor  
Que en muchos siglos se vieron.  
Ya sabeis que yo no soy  
Pretendiente lisonjero;  
Porque mas precio una flor  
De un huertecillo que tengo,  
Que cuantas riquezas cubren  
Los doseles de sus techos.  
No daré tan solo un paso  
Por cuantos diamantes bellos  
Fueron pedazos del sol,  
Que de sus rayos cayeron;  
Pero á dar justa alabanza  
A grandes merecimientos,  
Mi natural condicion  
Me obliga, sin otro premio.  
Que vi pues tan gran señor,  
Otra vez á decir vuelvo  
(Él de Lerma y Denia digo),  
Con que digo cuanto puedo.  
Mas porque ofenderse puede  
Que villano tan grosero  
Ose el tomarle en la boca,  
La sillo con el silencio.  
Y porque, después de ver

Reyes de armas y maceros,  
 Uso de Castilla antiguo,  
 Con reales instrumentos,  
 Vi debajo de aquel palio  
 La flor de lis de los cielos,  
 La soberana Princesa,  
 Por quien dimos igual peso  
 De estrellas, de sol, de perlas,  
 Que con Isabel nos dieron.  
 Pintaros de qué manera  
 Iba aquel ángel haciendo  
 Cielo el palio, es dar á un vidrio  
 Todo el resplandor de Febo.  
 Si os pintara su vestido,  
 Pudiera cualquier discreto  
 Decirme : ¿En eso ocupaste  
 Los ojos tan breve tiempo?  
 ¿No era mejor ocuparle  
 En ver el rostro, el cabello,  
 Las manos, la compostura,  
 El aire gentil del cuerpo?  
 Pues á la fe, que pare  
 Mas en su belleza atento,  
 Que en vestidos y diamantes,  
 Y en el palafren, soberbio  
 De verse con tanta dicha ;  
 Porque, á tenerle, sospecho  
 Que, desvanecido y loco,  
 Perdiera el entendimiento.  
 Sus damas iban después  
 Con galanes, que quisieron  
 Ver hablar francés á amor,  
 Y castellano al deseo.  
 La calle Mayor pasaron,  
 La Princesa bendiciendo,  
 De ventanas y balcones,  
 Cuantos verla merecieron ;  
 Porque pienso que llevó,  
 Mas que perlas y cabellos,  
 Almas y ojos aquel día,  
 En sus muchas gracias puestos.

PASCUAL.

¿No nos dices de la puerta  
 De Guadalajara ?

BENITO.

Hicieron

En ella un arco de seda,  
 Y los insignes plateros,  
 Una calle toda de oro,  
 Ostentacion de sus pechos.  
 Y advertid que esta pintura  
 Es solamente bosquejo ;  
 Que nadie gasta colores  
 Si no hay agradecimiento.

## ESCENA II.

LISARDA, DON LUIS: LAURENCIO,  
*con una carta.*—Dichos.

LAURENCIO.

Cuanto decís es verdad,  
 Y conocida esta letra.  
 Hasta el alma me penetra  
 El pensar mi soledad,  
 Lo que hasta agora encubrí,  
 Es fuerza que se descubra.

DON LUIS.

Si; pero no que se encubra  
 La prenda que vive aquí.  
 Ya no hay que disimular.  
 El Conde quiere su hija.

LAURENCIO.

Pues ¿no queréis que me aflija  
 De que falte del lugar?  
 A Madrid fué á ver la entrada  
 De la señora Princesa ;  
 Si su tardanza me pesa,  
 Será disculpa excusada.  
 Demás, que dicen que un toro,  
 De unos mozos perseguido,  
 Vengado, puesto que herido,

En romper capas con oro,  
 Trató á mi Jacinta mal,  
 Hasta derribarla al suelo,  
 Al pasar el arroyuelo  
 Que llaman de Branigal.  
 ¿Ay de mí!

LISARDA.

Si por amor

La habeis, buen hombre, escondido,  
 Justa disculpa habrá sido ;  
 Mas no carcece de error.  
 Considerad que mi hermano  
 No se irá de aquí sin ella.

LAURENCIO.

Puesto que será el perdella  
 Mi muerte, tened por llano  
 Que os he tratado verdad.  
 Aquí hallaréis labradores  
 Desta villa, los mejores,  
 Que os dirán mi calidad.—  
 Benito, Pascual, Anton,  
 ¿Soy hombre yo de invenciones ?

BENITO.

Pues tú ¿das satisfacciones,  
 Laurencio, de tu opinion ?  
 Señores, de aquí partió  
 Jacinta á Madrid; no ha vuelto ;  
 De buscarla estoy resuelto ;  
 Que he de ser su esposo yo.  
 Esto del arroyo y toro  
 Averiguaré lo que es,  
 Porque ha dos años, y aun tres,  
 Que sus desdenes adoro.  
 Mas ¿para qué la quereis ?

DON LUIS.

Buen hombre, cesad de hablar ;  
 Que no os habeis de casar  
 Con Jacinta, ni podeis.  
 Jacinta es hija de un hombre  
 Noble, que por ella envía.

BENITO.

Aunque la bajeza mia  
 No tenga de noble el nombre,  
 Bien la puedo merecer.

LISARDA.

Dejad eso, labrador ;  
 Que ni entendeis su valor,  
 Ni le podréis entender.

LAURENCIO.

Benito, cesa de hablar ;  
 Que estas son cosas tan altas,  
 Que será descubrir faltas  
 El pretenderla igualar.

Señores, la relacion  
 Vuestra y las cartas son ciertas.  
 Un coche llegó á mis puertas  
 Años ha ; pasados son.  
 Aquesta niña traía ;  
 Mi mujer la recibió,  
 Y el dueño me refirió  
 Que por bantizar venia.  
 Dejaronme buen dinero,  
 Porque á Italia se ausentaba,  
 Y supuesto que tardaba,  
 Fué en efeto caballero.  
 Siempre acudió por Madrid  
 Con lo que fué menester ;  
 Mas en fin, por no saber  
 Nombre que darle, advertid  
 Que porque al cuello traía  
 Un san Jacinto de oro  
 Y diamantes, el decoro  
 Le guardé que le debía,  
 Y Jacinta la llamé.

DON LUIS.

Pues esa misma Jacinta  
 Que vuestra piedad me pinta,  
 Y en esta carta se ve,  
 Me habeis, buen hombre, de dar.

BENITO.

¿Que Jacinta es gran señora ?

LAURENCIO.

¿Cómo he de poder, si agora  
 No ha venido á su lugar ?

PASCUAL.

Vaya Benito á buscalla.

BENITO.

Presto pienso que os la dicra,  
 Si del-corazon pudiera,  
 Como la tengo, sacalla.

## ESCENA III.

JACINTA, TERESA.—Dichos.

JACINTA.

¿Gente de la corte á mí ?

TERESA.

Y un caballero y su hermana.

ANTON.

Perdida, que hoy tanto gana,  
 Mirad que os buscan aquí.

LAURENCIO.

Hija, á quien ya no podré  
 Dar ese nombre, pues tienes  
 Otro padre, ¿cómo vienes  
 De aquesta suerte ?

JACINTA.

No sé ;

Que segun ha sido el mal,  
 Bien puedo decirlo así.

DON LUIS.

¿Es esta ?

LAURENCIO.

Señores, si.

DON LUIS.

Muestra á su nobleza igual  
 La hermosura y gentileza.

LISARDA.

Dad los brazos á los dos,  
 Y guarde mil años Dios  
 Tan extremada belleza,  
 Señora doña Jacinta.

JACINTA.

¿Cuál diablo de don ! ¿Qué es esto ?

Á la fe, que me le han puesto  
 Con alfiler ó con cinta.

¿Tan en bu na hora fuimos  
 Las dos á Madrid, Teresa ?

DON LUIS.

¿Desto os pesa ?

JACINTA.

Mas me pesa

Del peligro en que nos vimos.

LAURENCIO.

Hija, vos no lo sois mia ;  
 Mirad que vienen por vos.  
 De dividirnos los dos  
 Llegó, con mi muerte, el día.  
 Lágrimas son... Estoy viejo...  
 ¿Bien me pagan la crianza  
 Con mi muerte !

JACINTA.

¿Qué mudanza

Es esta ?

LAURENCIO.

Ser vos mi espejo,  
 Y haberos quebrado aquí.

JACINTA.

¿Otro padre tengo yo ?

LAURENCIO.

Si, hija, el que os engendró ;  
 Que yo solamente fui  
 El que con vos ha pasado



Los trabajos que sabeis.  
Allá en Italia teneis  
Quien me dejó su cuidado;  
Que estos caballeros vienen  
Por vos : á Madrid iréis  
Con ellos, donde tendréis  
Los vestidos que convienen  
A mujer tan principal.  
Padres teneis *senorita*,  
Que yo era *vos*, hija mia,  
Y *vos* envuelto en sayal.  
Tierno estoy, tengo razon.  
Dios os haga venturosa.  
(*Vase, y con él Benito, Pascual y Anton.*)

ESCENA IV.

JACINTA, LISARDA, DON LUIS,  
TERESA.

LISARDA.  
No lloreis, Jacinta hermosa,  
Aunque es justa obligacion;  
Que aquí estaremos los dos  
El tiempo que vos gustéis,  
Y cuando váis, si quereis,  
Irá Laurencio con vos.

DON LUIS.  
No se ha de hacer cosa aquí  
Que vuestro gusto no sea.

JACINTA.  
Así es justo que lo crea,  
Y esto habeis de hacer por mí,  
Que es estar algunos dias  
En Barajas, por el hanto  
De mi padre, y hasta tanto  
Que dispongo cosas mías.  
Entrad porque descanséis,  
Y contaréisme quién soy.

DON LUIS.  
Palabra, Jacinta, os doy  
De que iréis cuando queréis.

LISARDA.  
Un coche teneis aquí.  
JACINTA.

No me le nombreis, Señora;  
Que pienso que paso agora  
El peligro en que me vi;  
Aunque por cierto que debo  
A un caballero la vida.

TERESA. (*Ap. á Jacinta.*)  
Calla; que vienes perdida.

JACINTA.  
No puedo, amiga, aunque pruebo.  
(*Vanse Jacinta y Teresa.*)

LISARDA.  
¿No tiene buen parecer  
Nuestra bella labradora?  
DON LUIS.  
No ve el sol en cuanto dora  
Tan peregrina mujer.  
(*Vanse él y Lisarda.*)

Vista exterior de una huerta de Barajas,  
fuera del pueblo.

ESCENA V.

BENITO, PASCUAL.

PASCUAL.  
¿Qué tenemos de amor?

BENITO.

Pierdo el sentido.

PASCUAL.

Pues ¿qué hay de tu esperanza?

BENITO.

Que ya es muerta.

PASCUAL.

¿No queda alguna luz?

BENITO.

Cerró la puerta.

PASCUAL.

Quien vive, espere bien.

BENITO.

Ya el bien es ido.

PASCUAL.

¿Qué puedes tú perder?

BENITO.

Lo que he sufrido.

PASCUAL.

¿Qué puedes tú ganar?

BENITO.

Pena tan cierta.

PASCUAL.

¿Nunca tuviste alguna gloria?

BENITO.

Incierta.

PASCUAL.

Alienta el corazon.

BENITO.

Estoy perdido.

PASCUAL.

El sufrir es valor.

BENITO.

No hay resistirme.

PASCUAL.

Los males tienen fin.

BENITO.

Son inmortales.

PASCUAL.

Con ellos has de amar.

BENITO.

Soy roca firme.

PASCUAL.

Pretende pues.

BENITO.

No hay méritos iguales.

PASCUAL.

Pues ¿qué piensas hacer?

BENITO.

Pascual, morirme.

PASCUAL.

Pues qué ¿cura el morir?

BENITO.

Todos los males.

ESCENA VI.

DON CÁRLOS, MAYO. — Dichos.

MAYO. (*A su amo, distantes los dos de los  
labradores.*)

Este es aquel labrador :  
Ya que no te has excusado  
De venir mal disfrazado,  
Háblale luego, Señor.

DON CÁRLOS.

Mayo, si Jacinta bella  
Me trajo el alma tras sí.  
¿Cómo puedo estar en mí  
Mientras que no vuelvo á vella?  
Pasaba Leandro un mar,  
Rompiéndole con sus brazos,  
Por llegar á los abrazos  
De quien le pudo obligar;  
Ya en olas altas, ya en bajas,  
Una y muchas veces fué :  
Pues ¿por qué no pasará  
Desde Madrid á Barajas?

Dos leguas son, todo es calle,  
¿Hay mar, hay montes de hielo?

MAYO.

No; pero hay un arroyuelo,  
Que el diablo puede pasalle.

DON CÁRLOS.

No le infames; que le debo  
Haber visto una mujer  
Cuyos brazos pueden ser  
Laúreles del rojo Febo:  
Tal, en fin, que de Lisarda  
Apenas memoria tengo.

MAYO.

Yo, Señor, con gusto vengo;  
Solamente me acobarda  
El venir á este lugar  
A tratar cosas de amor  
En casa de un labrador,  
Donde no puede faltar  
Mozo de siega y vendimia,  
Robusto como del campo,  
Y su Roldan ó Melampo.  
Con su carranca de alquimia;  
Perrazo, que cuando ladra,  
Ya tiene á un hombre en el suelo,  
Con presas como un anzuelo,  
Que hasta el ánima taladra.  
Pero con esta invencion  
Que tienes imaginada,  
No hay que temer.

DON CÁRLOS.

Todo es nada,

Mayo, en habiendo alicion.—  
Dios os guarde.

BENITO.

Su mercé

Venga muy en hora buena.

DON CÁRLOS.

Traigo...

BENITO.

Hablad, no tengais pena.

DON CÁRLOS.

Habeisme de hacer merced.

BENITO.

Véte en buen hora, Pascual.

PASCUAL.

Adios, si estorbo.

BENITO.

Ya sabes

Que hablando personas graves,  
Testigos parecen mal.

PASCUAL.

Bien sé que es no *estorbarás*  
Mandamiento cortésano. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON CÁRLOS, BENITO, MAYO.

BENITO.

Hablad; que aunque soy villano,  
Es en lo exterior no mas.

DON CÁRLOS.

Antes estoy informado  
De vuestra mucha nobleza;  
Que sangre donde hay limpieza  
Dora el mas humilde estado.  
¿No os llamais Benito?

BENITO.

Sí.

DON CÁRLOS.

Pues de Madrid vengo huyendo.  
Anoche herí...

BENITO.

Ya lo entiendo;

No hay mas que decirme á mí.

DON CARLOS.  
Soy Zapata, y soy pariente  
Del Conde: ¿sé que teneis  
Una huerta...

BENITO.  
Y vos podeis  
Defenderos fácilmente  
En la casa que allí tengo.

DON CARLOS.  
Pienso que me han de buscar.

BENITO.  
Será solo en el lugar.

DON CARLOS.  
Del Conde informado vengo  
Que sois hombre de valor,  
Y que ayudarme podeis.

BENITO.  
No se engaña, y lo veréis  
Presto, el Conde mi señor.

DON CARLOS.  
Si me visto de hortelano,  
¿Podré estar en esa huerta?

BENITO.  
Y seguro: que á su puerta  
No ha de llegar hombre humano.

DON CARLOS.  
¿Tendréis vestidos, por dicha,  
Para mí y este criado?

BENITO.  
No soy pobre, y soy honrado,  
Con pensión de una desdicha.

DON CARLOS.  
¿Cuál es la huerta?

BENITO.  
Esa es:  
En ella entrad mientras voy.

DON CARLOS.  
Mayo, de ventura soy.

BENITO.  
¿Quién es Mayo?

MAYO.  
Cierto mes.

BENITO.  
Pensé que era vuestro nombre.

MAYO.  
No, hermano.

DON CARLOS.  
Si fuera ingrato  
Jamás á tan noble trato...

BENITO.  
No prosigais; que no hay hombre  
Que tenga vuestro apellido,  
Que no pueda ser dechado  
De nobleza.

DON CARLOS.  
Este cuidado  
Me quiere mas escondido.  
A la huerta voy. Adios,  
Despacio nos veremos luego.

MAYO. (Ap. á su amo.)  
No se entabla mal el juego,  
Pues disfrazados los dos,  
No hay que temer al lugar.

DON CARLOS.  
De noche salir podremos  
Adonde á Jacinta hablemos.

MAYO.  
Por tí se podrá cantar:  
«Hortelano era Belardo  
De las huertas de Valencia;  
Si ha de haber hambre, paciencia;  
Embutir lechuga y cardo.»  
(Vanse don Carlos y Mayo.)

### ESCENA VIII.

MENDO. — BENITO.

MENDO.  
Pascual me ha dicho que estás  
Con una tristeza extraña.

BENITO.  
Pascual, padre, no te engaña,  
Y en mi verás lo demás.

MENDO.  
¿Qué te importa el casamiento  
De Jacinta?

BENITO.  
En esa edad  
No reina la voluntad;  
Mas puede el entendimiento.  
Pero, padre, en esta mía,  
¿Qué consuelo puede haber  
Para dejar de querer  
Lo que Jacinta querria?  
Dicen que es hija...

MENDO.  
¿De quién?

BENITO.  
De un conde napolitano;  
Yo soy un pobre villano.

MENDO.  
Tú eres mas noble tambien;  
Y llegada esta ocasion,  
Estoy, Benito, en efeto,  
Por romper para un secreto  
Las puertas del corazón:  
Que no es mayor calidad  
La suya.

BENITO.  
Padre, no creas,  
Por lo bien que me deaseis,  
Engañar mi voluntad;  
Que si piensas remediarme  
Y con mentiras valerme,  
Será por dicha encenderme  
Con lo que piensas helarme.

MENDO.  
Hijo, buen padre te dió  
Tu fortuna, y no extranjero,  
Sino español caballero;  
Que no soy tu padre yo.  
Dando en esa casa tiene;  
Las armas de su blason  
No perdieron opinión  
Por lo que á tocarlas viene.  
Esto basta para tí,  
Y no me preguntes mas.

BENITO.  
La vida me quitarás,  
Oh padre, en dejarme así.

MENDO.  
No soy tu padre; que vace  
En Madrid en la capilla  
Del Conde.

BENITO.  
No es maravilla  
Que mientras: de tu amor nace.  
Oye, padre, dime el nombre.

MENDO.  
Déjame; que ya me pesa  
De haber hablado.

(Vase.)

### ESCENA IX.

BENITO.

Aquí cesa  
Mi ser, pues que soy mas hombre.  
Animo pues, pensamientos;  
Que si es aquesto verdad,  
Amor en mi calidad  
Hará menos fundamentos.

Demás, que si al caballero  
Que hoy á mi huerta ha venido  
Favor y consejo pido,  
Consejo y favor espero.  
Si en calidad no hay ventajas,  
Y mi loco amor porfia,  
O Jacinta será mía,  
O se ha de perder Barajas. (Vase.)

### ESCENA X.

DON LUIS, LISARDA, ISABEL.

DON LUIS.  
Yo he dado en esta locura.

LISARDA.  
Desde Madrid lo temí.

DON LUIS.  
Lisarda, en mi vida vi  
Tan extremada hermosura.

LISARDA.  
Tú eres lindo Galaor:  
No ves mujer que no quieras.  
Mas dime, hermano, ¿es de veras  
Tener á Jacinta amor?

DON LUIS.  
Si es hija del conde Fabio,  
Y ya por fuerza heredera,  
Será justo que la quiera,  
Seré en pretendella sabio.  
Si la tengo de llevar  
A mi casa, estando allí,  
¿No es mejor que para mí  
La intente solicitar?  
Háblala, hermana, y dirás  
Que por ella estoy perdido:  
Cosa tan justa te pido,  
Que negarla no podrás.  
Yo me retiro á esa huerta;  
Llévame la sola allá;  
Quizá el amor me dará  
Para estos principios puerta.  
No examines aficiones;  
Porque es una ley amor  
Tan bárbara, que en rigor  
No la averiguan razones.  
Yo veré si tengo en tí  
Tanta sangre como pienso.

LISARDA.  
Yo lo haré.

DON LUIS.  
Pondrás un censo  
Perpetuo, Lisarda, en mí. (Vase.)

### ESCENA XI.

LISARDA, ISABEL.

LISARDA.  
Para mis cuidados, es  
El de mi hermano extremado.

ISABEL.  
De haber don Carlos tardado,  
Es bien que con él estés,  
Pues ya pasó de novena  
La jornada de Alcalá.

LISARDA.  
Si en ella, Isabel, está,  
No á lo menos con mi pena.  
Esta es Jacinta.

### ESCENA XII.

JACINTA, TERESA. — Dichas.

JACINTA.  
Ya estoy  
Con humos de cortesana.  
LISARDA.  
Oigo decir que Diana

(Que á Ovidio inclinada soy)  
Es Luna y es Proserpina;  
Vos también seréis agora  
Cortesana y labradora;  
Y si Vénus, seréis trina.

JACINTA.

No me habéis de esa manera;  
Que no lo entiendo, por Dios.  
Bájase á mi campo vos,  
Pues no subo á vuestra esfera.

LISARDA.

Yo tengo un poco que hablaros,  
Y en una huerta ha de ser.

JACINTA.

Yo os tengo de obedecer,  
Y como á mi dueño amaros.

LISARDA.

Pienso que mi hermano intenta  
Hacerme vuestra cuñada.

JACINTA.

Si es burla, será extremada.

LISARDA.

Esa humildad me contenta.  
Ya deseo que os veáis,  
Para que soberbia estéis.

JACINTA.

Siempre humilde me hallaréis,  
Y mas si vos me mandáis.

LISARDA.

Voy á hacer que allá nos lleven  
Algo con que regalaros.

JACINTA.

¿Qué mas que veros y hablaros,  
Aunque con las fénix prueben?  
(*Vanse Lisarda é Isabel.*)

### ESCENA XIII.

JACINTA, TERESA.

JACINTA.

¿Qué te dice el casamiento?

TERESA.

Que no te estuviera mal  
Con hombre tan principal,  
Si aquel nuevo pensamiento  
No te tuviera tan loca.

JACINTA.

Teresa, en mi vida amé:  
Castigo y muy justo fué,  
Que á amor por agravio toca.  
¡Oh, qué bien me lo decías!  
Mas dime, ¿á quién no obligara  
Hazaña tan noble y rara  
En tantas desdichas mías?  
Pues sacarme desmayada  
Y dejar de ir á Alcalá,  
Por llevarme donde ya  
Fui curada y regalada  
De sus hermanas hermosas,  
¿A quién no pudo obligar?

TERESA.

Cárlos es digno de amar  
Por sus prendas generosas;  
Mas ya que has de ir á su casa  
De don Luis, no habrá remedio  
De verle.

JACINTA.

Siempre halla un medio  
Quien de ciego amor se abraza.

### ESCENA XIV.

MAYO, de buhonero. — DICHAS.

MAYO.

¿Hay quien compre lindas cosas,

Joyas y curiosidades?

TERESA.

Creciendo las calidades,  
Serán las galas forzosas.  
Compra de aquí niñerías.

JACINTA.

Buen hombre, llegaos acá.

MAYO. (Ap.)

Sola con Teresa está.

JACINTA.

¿Qué vendeis?

MAYO.

Locas porfías  
De un ciego amante abrasado.

JACINTA.

¡Mayo! ¿eres tú?

MAYO.

Y tan florido,  
Que una huerta me ha tenido  
En almendro transformado.  
Yo vengo, como me ves,  
A decirte que está aquí  
Don Cárlos.

JACINTA.

¿Es cierto?

MAYO.

Sí.

JACINTA.

Amante bizarro es,  
Y paga al justo mi amor.

MAYO.

En la huerta de Benito  
Me ha dado por sobrescrito  
Que está vuelto en labrador;  
Porque le ha dado á entender  
Que fugitivo ha venido  
De la corte, y se ha querido  
De su persona valer.  
Dice que es dendo del Conde,  
Y en esto dice verdad:  
Benito, por amistad,  
En su enramada le esconde.  
Véle á ver, con un gaban  
Y un escardillo en la mano;  
Porque en forma de hortelano  
No le conozca Galvan.

JACINTA.

Iré sin duda esta tarde.

### ESCENA XV.

LISARDA, ISABEL. — DICHOS.

LISARDA.

Y ¿qué compra?

ISABEL.

No lo sé.

LISARDA.

Lo que fuere pagaré;  
No estéis, Jacinta, coharde.  
¿Qué traéis?

MAYO.

Tocas famosas  
Y cintas de mil maneras.  
(Ap. ¡Cielos! ¿qué es esto? Por Dios  
Que ó tengo el mosto en la testa,  
Ó que es aquesta Lisarda.)  
Señora, aquí un poco espera;  
Que voy hasta la posada:  
Verás unas cajas llenas  
De varias curiosidades:  
El Escarraman, la Venta,  
Y hasta El pasar del arroyo.

JACINTA. (Ap.)

¡Ay Dios! si de eso me acuerdas,  
Cuéntame por desmayada.

LISARDA.

Buen hombre, escucha á la oreja.

MAYO. (Ap.)

Mas quisiera que un alano  
Del Rastro me la mordiera.

LISARDA.

Mayo, ¿eres tú?

MAYO.

Yo soy Mayo;  
Mas tantas mayas me cercan,  
Que he de mayar como gato.

LISARDA.

¿Cómo estás desa manera?

MAYO.

Cárlos supo que aquí estabas,  
Y con este hábito y cesta  
Me mandó venirte á hablar.

LISARDA.

¿Yá está en Madrid?

MAYO.

Allá queda,  
Triste de no haberte hablado.

LISARDA.

Porque aquestos no lo entiendan.  
Ven aquesta noche á hablarme,  
Aguardaré á la puerta;  
Que de todo lo que pasa  
Le quiero dar larga cuenta.  
¿Traesme carta?

MAYO.

En la posada  
La dejo; pero traeréla  
Esta noche. Adios, Señora.

ISABEL.

Mayo, escucha.

MAYO.

Cuando vuelva. (*Vase.*)

LISARDA.

Ya nos podemos partir:  
Prevenida está merienda  
Y algun entretenimiento.

JACINTA. (Ap. á Teresa.)

Teresa, cuando esta sepa  
Que quiero bien á don Cárlos,  
¿Qué importa?

TERESA.

Solo que tenga  
Envidia de tu buen gusto.  
LISARDA. (Ap. á su criada.)

Isabel, ¡brava fineza!  
Cárlos á Mayo me envía.

ISABEL.

Habrá sentido tu ausencia.

JACINTA. (Ap.)

¡Ay Cárlos!

LISARDA. (Ap.)

¡Ay Cárlos mío!

Ya estoy besando tus letras.  
(*Vanse.*)

—

Huerta de Benito.

### ESCENA XVI.

DON CÁRLOS, de hortelano.

Amor, que siempre harajas  
Los bienes y males ciegos;  
Ya tienes casa de juego,  
Ya das naipes en barajas.  
Jugadores de ventajas  
Son tus manos, que estos dias  
Ganan las potencias mías;  
Pues en efeto te vales,  
Amor, de barajas tales  
Para tales fullerias.  
Amor, ¡de quién te acompaña  
Para perder y gauar,



Pues solo en el barajar  
 Echo de ver que me engañas!  
 No son honradas hazañas  
 Ver de Lisarda la suerte,  
 Y barajarla de suerte  
 Que llegue la de Jacinta,  
 Figura que con su pinta  
 Pudiese darme la muerte.  
 ¿Por qué tomas mis cuidados  
 En Barajas tan a pechos,  
 Pues jugar con naipes hechos,  
 No es, amor, de hombres honrados?  
 Si así los tienen cortados  
 En Barajas de pesares,  
 Ganarás cuanto repares,  
 Pues en ellas juntos vi,  
 Los encuentros para ti,  
 Y para mi los azares.  
 Barajas, y alzo por mano,  
 Puesta en Madrid la mitad;  
 Pero con tu habilidad  
 Ha sido remedio en vano.  
 Poco en tus barajas gano,  
 Pues juego temiendo ausencia  
 En Barajas sin licencia,  
 Adonde vengo á probar  
 La mano para ganar,  
 Y si perdiere, paciencia.

### ESCENA XVII.

DON LUIS. — DON CÁRLOS.

DON LUIS.

Buen hombre, que Dios te guarde,  
 Y en verde hortaliza aumente,  
 ¿No sabes que todo oriente  
 Viene á tu huerta esta tarde?  
 No sabes cómo Jacinta  
 Viene á cubrilla de flores,  
 Que son sus piés las colores  
 Con que abril los prados pinta?  
 ¿Conocesla? Dime nuevas  
 De su hermosura y valor.

DON CÁRLOS. (Ap.)

Cuando barajas, amor,  
 Todo lo tiras y llevas.  
 Este es don Luis. ¿Qué es aquesto?

DON LUIS.

¿No respondes, labrador?

DON CÁRLOS.

Estoy cavando, Señor;  
 Que me va la vida en esto.  
 Que venga Jacinta aquí  
 Y la tengais alicion,  
 Me ha causado admiracion.  
 Nunca en Barajas os vi;  
 Pero mejor os diré  
 Mi amo lo que queréis,  
 Pues en las eras que veis  
 Todo mi remedio está.  
 Que á la fe que me conviene  
 Tener todo aqueste día  
 Mas trabajo que solía.

DON LUIS.

¿Es este mozo que viene  
 El dueño de aquesta huerta?

DON CÁRLOS.

Y de los mozos mejores  
 De Barajas.

### ESCENA XVIII.

BENITO. — DICHO.

BENITO.

Sabed, flores,  
 Que os traigo una nueva cierta.  
 La primavera ha llegado  
 Anticipada en Jacinta,

De la que esperais distinta,  
 Pues de huerta os vuelve en prado.  
 Creed, los verdes cogollos,  
 Porque al pasar de sus plantas  
 Esmalten colores tantas.

DON CÁRLOS.

¿Qué buen año de repollos!  
 Pues lo que es el perejil  
 Picará como mostaza.  
 (Ap. Mayo tarda con la traza;  
 Primero ha llegado abril.)

DON LUIS.

¿Sois el dueño desta huerta?

BENITO.

Y muy vuestro servidor,  
 Aunque el traje labrador  
 Mal con el vuestro concierta.  
 Por Jacinta os vi venir,  
 Y aunque lo tuve á pesar,  
 Como al señor del lugar  
 Os quiero y debo servir.  
 Estoy ya medio casado  
 Con ella; que si hay ventajas  
 Del uno al otro en Barajas,  
 Mi hacienda las ha ganado.  
 Suplicoo humildemente  
 Nuestra boda concertéis,  
 Y á Jacinta la rogueis  
 Que me trate blandamente;  
 Que no habrá mes en el año  
 Que os falte mi obligacion,  
 Desde la fruta al lechón,  
 Mejor que la seda y paño.  
 Desde aquí sois mi padrino,  
 Desde aquí sois mi señor.

DON LUIS.

Hablad bajo, labrador;  
 Que aun sois de nombrarla indino.  
 Es muy principal señora,  
 Y espera mejor marido.

BENITO.

Es engaño conocido;  
 Que Jacinta es labradora,  
 Y como tal se crió,  
 Y en su bautismo mi padre  
 (Si es mi padre) fué el compadre  
 Que de pila la sacó.  
 Ella ha de ser mi mujer;  
 Mirad si aquesto es verdad;  
 Y si no, el libro mirad.

DON CÁRLOS.

¿Oh, lo que este año ha de haber  
 De pepinos y borrajas!

DON LUIS.

Buen hombre, cierto señor  
 Con secreto y con temor  
 La trajo niña á Barajas.  
 En fe desto, la veréis,  
 Vestida hermosa y gallarda,  
 Ir con mi hermana Lisarda,  
 Si duda en esto poneis,  
 Donde en Madrid vivirá,  
 Conforme á quien es, casada.

BENITO.

Ya entiendo, no ignoro nada:  
 ¿A buenas deshonras va!  
 Ya sé que hay ciertas mujeres  
 Que en viendo una moza hermosa,  
 Con su maña cautelosa  
 La prenden con alfileres  
 Un doña Tal de Guzman,  
 De Toledo ó de Mendoza,  
 Haciendo á una humilde moza  
 Bastarda del preste Juan.  
 Dan en la corte con ella,  
 Donde por la novedad  
 No hay colmena (esto es verdad)  
 Con mas avispas en ella.  
 Luego la cubren diamantes,

Fiados á buen pagar,  
 Que son después al cobrar  
 Mas duros que fueron antes.  
 Luego hay casa con balcones,  
 Luego hay destierros y vueltas;  
 Pero en vueltas y revueltas  
 Cogen muy lindos doblones.  
 Así será la mujer  
 Que vuestra hermana llamais,  
 Con que á Jacinta engañais,  
 Que era labradora ayer;  
 Y vos, que ayudais al caso,  
 Seréis el galán primero.

DON LUIS.

No sé, villano y grosero,  
 Cómo el alma no te paso.  
 ¿Hay malicia semejante!  
 ¡Vive Dios, que estoy!...

BENITO.

Tenéos,

Y en la huerta entretenéos,  
 Pues sois de Jacinta amante,  
 Que agora hablais con ventajas.  
 Traer mi espada es razon,  
 Y conoceréis quién sou  
 Los mancebos de Barajas.

(Vase.)

### ESCENA XIX.

DON LUIS, DON CÁRLOS.

DON LUIS.

(Ap. Sin duda alguna está loco  
 De amor de Jacinta bella;  
 Mas ¿qué mucho, si por ella  
 Es ya mi seso tan poco?)  
 ¡Hola! Tú, que cabizbajo  
 Limpias tu verde hortaliza,  
 Oye.

DON CÁRLOS.

El diminuto os atiza.  
 Dejadme con mi trabajo;  
 Que no me entiendo de amor.

### ESCENA XX.

MAYO. — DICHO.

MAYO. (Ap.)

Allí mi señor está.

DON CÁRLOS.

(Ap. Mayo viene; pero ya  
 Se ha llevado abril la flor.)  
 ¿Qué hay, compañero? ¿Tenemos  
 De lo dicho alguna traza?  
 ¿Concertarése la fruta?  
 ¿Irán á Madrid las cargas?  
 Que hay otro marchante acá,  
 Que diz que viene á comprarla.

MAYO.

Hortelano era Belardo  
 De las huertas de Barajas;  
 Que los trabajos obligan  
 A lo que el hombre no basta.  
 Pasado el hebrero loco,  
 Siembra para mayo trazas;  
 Mas ninguna lleva flores:  
 Aires de Madrid lo causan.  
 Todos soplan hacia acá;  
 No hay sino bajar la cara,  
 Mientras soplan estos ciezos  
 Que vienen de las montañas.

DON CÁRLOS.

Ya lo entiendo, compañero,  
 Y que engaño la esperanza,  
 Porque quien la pone en huertas,  
 O le falta el sol ó el agua.  
 No sé qué habemos de hacer,  
 Si tantos marchantes andan  
 Para tan poca hortaliza.

MAYO.

Volver á Madrid mañana,  
Donde hay huertas sin peligro,  
Y entre melones y habas  
Se venden nabos gallegos  
Y berengenas zocatas.  
No quiero huerta con noria,  
Adonde las bestias sacan  
Agua, tapados los ojos.

DON CÁRLOS.

¡Ay, Mayo! Al amor retratan.

MAYO.

¡Ay, abril, que viene agosto,  
Y cuanto siembras abrasa!

## ESCENA XXI.

JACINTA, TERESA, LISARDA, ISABEL.—DICHOS.

LISARDA.

No seas, Jacinta, esquivas;  
Allí mi hermano te aguarda.

JACINTA.

Por tí le hablaré, Señora.

LISARDA.

Entre tanto que le hablas,  
Me quiero yo entretener  
Entre estas yerbas y plantas,  
Hablando con su hortelano.

JACINTA. (A don Luis.)

Aquí me ha dicho Lisarda  
Los favores que me haceis.

DON LUIS.

Si favorece quien ama,  
Bien decís; porque os adoro.

LISARDA. (A don Carlos.)

¡Ah, buen hombre!... El que trabaja...  
Éntreten una mujer.

¿Qué siembras, dime, qué cavas?

DON CÁRLOS.

Escardando estoy, Señora.  
Por sacar las yerbas malas,  
Que causan daño á las buenas.

LISARDA.

¿La cabeza no levantas?  
Dame una lechuga de esas.

DON CÁRLOS.

¿Estáis acaso preñada?  
Tomad.

LISARDA.

¡Carlos! (Ap. á él. ¿Qué es aquesto?)

DON CÁRLOS.

Señora, tu amor lo causa.

LISARDA.

Mayo me dijo, mi bien,  
Que agora en Madrid quedabas.

DON CÁRLOS.

Por cogerte de repente,  
Le dije que te engañara.  
¿A qué habeis venido aquí?

LISARDA.

Venimos por esta dama.

DON CÁRLOS.

¿Dama aquella labradora?

LISARDA.

Es de un conde hija bastarda,  
Gran amigo de don Luis,  
Cuando pasaron á Italia.  
Por cartas viene por ella;  
Que ha de tenerla en su casa  
Hasta que llegue ocasión;  
Mas yo pienso que es llegada,  
Porque desde que la vió,  
De tal manera se abrasa,  
Que, casándose con ella,

Se ha de excusar de enviarla.

DON CÁRLOS.

¡Extraña historia, por Dios!

ISABEL.

¿Y tú, Mayo, no me hablas? (Ap. á él.)

TERESA.

¡Ah, señor Mayo! ¿Así olvidas  
Á las amigas?

MAYO.

Son tantas,  
Que no sabe un hombre á quién  
Vuelva aquesta hermosa cara.

ISABEL.

¿Conoces á Mayo tú?

TERESA.

Pues ¿no?

MAYO.

Teresa, repara (Ap. á ella.)  
En que me echas á perder.

TERESA.

Cuando llevo de Barajas  
Pan á Madrid, muchas veces  
Voy á venderle á su casa.

ISABEL.

Habló bien su señoría.

JACINTA.

Señor don Luis, con la salva  
Debida á vuestro valor,  
Digo que fué mas temprana  
Esa vuestra voluntad  
De lo que pide la causa.  
Ahora vamos á Madrid,  
Y yo voy á vuestra casa.  
El tiempo y lugar es vuestro.

DON LUIS.

Con esa dulce esperanza  
Vivirán mis pensamientos.

JACINTA.

No digo que os doy palabra,  
Sino que el tiempo dispone  
Cualquier cosa que se trata.

DON LUIS.

Servicios, Jacinta, obligan;  
Tarde ó luego premio alcanzan.

## ESCENA XXII.

BENITO, con la espada desnuda y un  
gaban revuelto al brazo.—DICHOS.

BENITO.

Caballero de la corte,  
Que, vestido de arrogancia,  
Venís á quitarme el bien  
Que solicitan mis ansias,  
Y puesta para un desnudo  
Mano á la cobarde espada,  
Decís que me mataréis,  
Haced la huerta campaña;  
Que no soy desigual vuestro,  
Aunque el sayal me disfraza;  
Que soy caballero noble,  
Y sangre de los Zapatas.  
¿Qué me miráis? Aquí estoy.

DON LUIS.

¿Hay desvergüenza, hay infamia  
Como la deste villano? (Desenvaina.)  
Afuera.

(Éntranse acuchillando.)

LISARDA.

¡A mi hermano matan,  
Carlos! Al remedio voy.

DON CÁRLOS.

Señora, no tengo armas,  
Y ese villano es mi dueño.

(Vase Lisarda.)

## ESCENA XXIII.

JACINTA, DON CÁRLOS, TERESA,  
ISABEL, MAYO.

DON CÁRLOS.

¡Ah, Jacinta!

JACINTA.

¡Ah, mi esperanza!

DON CÁRLOS.

Mira cuál estoy por tí.

JACINTA.

Ya sé, mi bien, lo que pasas.

DON CÁRLOS.

En fin, ¿á la corte vas?

JACINTA.

Del tiempo han sido mudanzas.

DON CÁRLOS.

En fin, ¿señora te han hecho!

JACINTA.

Ya ves lo que me importaba  
Igualar tu calidad.

DON CÁRLOS.

Con tu hermosura la igualas.  
¿Cuándo partís á Madrid?

JACINTA.

Partirémonos mañana.

DON CÁRLOS.

Teresa, ¿no has de ir allá?

TERESA.

Pues ¿podré quedar sin ama?

DON CÁRLOS.

En tí mi remedio fio.

JACINTA.

El alboroto me ataja;  
No puedo aquí detenerme.

DON CÁRLOS.

Acuérdate que me matas,  
Y de que estuviste muerta  
En mis brazos desmayada.

JACINTA.

¿Dónde?

DON CÁRLOS.

Al pasar...

JACINTA.

No lo digas,  
Que me pasas las entrañas.

(Vanse don Carlos, Jacinta y Teresa.)

## ESCENA XXIV.

MAYO, ISABEL.

MAYO.

Y ella, ¿cuándo va á Madrid?

ISABEL.

Cuando quisiere mi ama.

MAYO.

¿Acordarás de Mayo?

ISABEL.

Como fuere la labranza.

MAYO.

Junto á Brañigal espero,  
Porque al pasar de sus aguas...

ISABEL.

No digas mas.

MAYO.

¿Qué la aflige?

ISABEL.

Temo que algun toro salga.

MAYO.

¿Es muy medresa?

ISABEL.  
Infinito.

MAYO.

Pues ¿oye? Con esta espada  
Yo le desjarretaré  
Por la mitad de la panza.

## ACTO TERCERO.

Sala en casa de don Luis, en Madrid.

### ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, GUZMAN.

DON LUIS.  
Bellísima está Jacinta  
Con el cortesan traje.  
GUZMAN.  
Pues no lo pierde el lenguaje.

DON LUIS.  
Es una cifra sucinta :  
Parece que el cielo pinta  
Todas las luces en ella :  
Si cortesana, tan bella,  
Tan bella, si labradora,  
Que de una suerte enamora,  
Y estoy muriendo por ella.

GUZMAN.  
Con razon la quieres bien ;  
Aunque estando ya en tu casa,  
No sé cómo sufre y pasa  
Tu amor su injusto desden.

DON LUIS.  
Téngala yo donde estén  
Mis cuidados obligando  
Su desden, sirviendo, amando ;  
Que amando y sirviendo, creo  
Que vencerá mi deseo.

GUZMAN.  
¿Cuándo?  
DON LUIS.  
El amor sabe cuándo.

GUZMAN.  
No la he visto hablar en tí  
Con el gusto que quien ama.

DON LUIS.  
No pienso que me desama,  
Si no se muere por mí.

GUZMAN.  
Mi señora viene aquí.

### ESCENA II.

LISARDA, ISABEL.—Dichos.

LISARDA.  
A pediros un favor  
Vengo con algun temor.

DON LUIS.  
Pues ¿qué se os puede ofrecer  
Donde vos podáis temer  
Un agravio de mi amor?

LISARDA.  
Mendo, hermano, un viejo honrado,  
Padre de aquel atrevido  
Que en Barajas...

DON LUIS.  
Ya he sabido,  
Lisarda, que os han rogado.  
Ya le tengo perdonado.  
¿Qué queréis?

LISARDA.  
Que deis licencia  
Que venga á vuestra presencia.

DON LUIS.  
¿Está en Madrid?

LISARDA.  
Aquí está.

DON LUIS.  
Pues entre ; que ya tendrá  
Pesar, como yo paciencia.  
(Vase Guzman.)

### ESCENA III.

BENITO.—DON LUIS, LISARDA,  
ISABEL.

BENITO.  
Para pedir perdon...  
DON LUIS.  
Alzáos del suelo.

BENITO.  
Vengo, Señor, tan triste y vergonzoso,  
Que al valor vuestro del castigo apelo.

DON LUIS.  
Vos sois, Benito, un mozo valeroso.  
BENITO.  
De ofenderos me dió tal desconsuelo,  
Al punto que dejé de ser celoso,  
Que á mi padre pedí que negociase  
Que humildemente á vuestros piés me  
[echase.

Habló con mi señora, que, advertida  
De mi arrepentimiento, os ha forzado.

DON LUIS.  
No me desagradaron en mi vida  
Los hombres del valor que habeis mos-  
Valiente mozo sois. [trado.

BENITO.  
No se me olvida  
Algo de lo que tuve ejercitado.

DON LUIS.  
No me pesara de tener conmigo  
Un hombre como vos.

BENITO.  
Agora digo  
Que castigais con eso mi locura.  
Pensé que era Jacinta labradora ;  
Y como al labrador es cosa dura  
Si el hidalgo sus cosas enamora,  
Hice tan desigual descompostura.  
Mas cuando conocí que era señora,  
Cai de su valor á mi bajeza ;  
Que no hay distancia de mayor grandeza.

DON LUIS.  
Allí os cobré afición, y si mi casa  
Os puede ser en algo de provecho,  
Quedáos en ella.

BENITO.  
Tanta merced pasa  
Del corto espacio de mi humilde pecho.

LISARDA.  
Ya os quiero concertar.

BENITO.  
Mi amor sin taca  
Merece la merced que me habeis hecho :

LISARDA.  
Benito ha de servir de hortelano ;  
Que os importa el jardín este verano.

DON LUIS.  
Si él quiere, desde aquí le doy partido.

BENITO.  
¿Jardín teneis?

DON LUIS.  
Entrad y le verémos ;  
Aunque por mi descuido está perdido.

BENITO.  
Presto veréis qué alegre le ponemos.  
(Vanse don Luis y Benito.)

ISABEL.  
Valor de tu piedad, Señora, ha sido  
Pacificar aquestos dos extremos.

LISARDA.  
Es, Isabel, el labrador honrado.

ISABEL.  
Y en talte y brio para ser mirado.

### ESCENA IV.

JACINTA, ya vestida de dama, muy  
bizarra.—LISARDA, ISABEL.

JACINTA.  
Dijéronme que querias  
Hablarne á solas un rato.

LISARDA.  
Ya sabes tú lo que trato,  
Jacinta, por tantos dias.  
(Vase Isabel.)

Y esto de Italia le enfada ;  
Mi hermano te quiere bien,  
No estarás mal empleada  
En su persona. Tambien  
Que me respondas queria  
Si ha de tener esperanza.

JACINTA.  
El tener desconfianza  
Ya sobra de cortesia.  
Y porque sepas de mí  
Lo que mi desden causó,  
Escucha, y sabrás que yo  
No tengo la culpa.

LISARDA.  
Di.  
JACINTA.

Sali de Barajas  
Un lunes, tirano  
Por la vecindad  
Del mártir aciago,  
De ver codiciosa  
La entrada y los arcos  
Que á la gran princesa  
De España trazaron,  
De Madrid deseos,  
De su amor cuidados,  
Cifra del que tienen  
Todos sus vasallos.  
Teresa, mi amiga,  
Me iba acompañando,  
No en coches ilustres  
Ni en villanos carros,  
Porque dos pollinos  
Eran, entoldados  
De alfombras, literas  
En que caminamos.  
Sombreros con plumas,  
Sayuelos bizarros,  
Sartas y corales,  
Cintas y rosarios,  
Basquiñas de seda,  
Ricos pasamanos,  
Manteos con oro,  
Todo fué prestado.  
Casi legua y media  
Del amor tratamos,  
Riendo yo entonces  
Lo que estoy llorando ;  
Que todas sus flechas  
No le aprovecharon,  
Para que rompiese  
Mi pecho de mármol.  
Labradores mozos  
A perder llegaron  
Por mi amor el seso ;  
Pero todo en vano.  
Noches de San Juan,



Me colgaban ramos  
De juncia y verbenas,  
Trébol y mastranzos.  
No era amanecido,  
Cuando todo el mayo  
En el horno ardía,  
De su amor burlando.  
Si lloraba alguna  
Por su amor ingrato,  
No era mas mi amiga,  
Riendo su engaño.  
Pasando un arroyo...  
No sé cómo basto  
A nombrar, Lisarda,  
Quien causó mis daños...  
Linde de una viña,  
Estaba un bidalgo,  
Caballero, digo,  
Caballero honrado.  
Dióle para el pecho  
Su espada Santiago,  
Y para los ojos  
El amor sus rayos.  
Su coche aguardaban  
El y su criado:  
Volcó en unas piedras;  
Que es terrible el paso.  
El arroyo arriba,  
Por lomas cercado  
De viñas y huertas  
Y de álamos altos,  
Venía un torillo  
Bravo y enojado,  
Si son los valientes  
Con mujeres bravos.  
Cerró con nosotras;  
Mas nuestros caballos  
Fueron como pollos  
En viendo al milano.  
Caí sobre el agua,  
Cubríome un desmayo,  
Bajó el caballero,  
Y metiendo mano,  
Cortóle las piernas  
Y sacóme en brazos.  
Púsome en su coche  
Con muchos regalos:  
Desperté en Madrid;  
En su casa entramos,  
Secáronme en ella  
Sus hermanas, dando  
Aliento á mi vida,  
Y á mi mal reparo.  
En aquellos días  
Me obligó don Carlos;  
Que este nombre tiene  
El que adoro y amo.  
Por mi fué á Barajas,  
Por mi fué hortelano,  
Por mi se olvidó  
De antiguos cuidados.  
Que fino me adora  
Me jura llorando;  
Si no se lo creo,  
Que me pase un rayo;  
Y mas como agora  
En sangre fe igualo;  
Con que es imposible  
Dejar de casarnos.  
Esto que te fio,  
No sepa tu hermano;  
Que en el mismo día  
Me iré con don Carlos.

LISARDA. (Ap.)

¿Puede haber otra mayor  
Desventura que la mía?  
¡Ay, que no en balde temia  
Esta jornada mi amor!  
Desde que á don Carlos vi,  
Mis males adiviné,  
Y aquello que después fué,  
Entonces pasó por mí.

L-1.

Para adivinar mejor  
El alma de amor se vale;  
Que no hay Sibila que iguale  
A una alma llena de amor.  
¿Qué haré? Qué medio hallaré  
Donde no ha de hallarse medio?  
Mas si el morir es remedio,  
Remedio en morir tendré.

JACINTA.

Bién pienso que habeis sentido  
El haberme declarado.

LISARDA.

Notable pena me has dado.

JACINTA.

Lo menos habeis oído;  
Porque me dijo Teresa  
Que estando yo desmayada...

LISARDA.

Basta, no me digas nada;  
Que aun de lo dicho me pesa.

### ESCENA V.

DON CÁRLOS, DON LUIS, MAYO,  
ISABEL. — Dichas.

DON CÁRLOS.

Si antes supiera yo que vuestra casa,  
Señor don Luis, tal huésped tenía,  
Antes para servirla me ofreciera.

LISARDA. (Ap.)

Este es el fuego que mi pecho abrasa.

DON CÁRLOS. (Ap.)

Esta es la nieve que mi pecho enfriá.

JACINTA. (Ap.)

Este es el sol de mi dichosa esfera.

DON LUIS.

Avisaros quisiera;  
Y soy tan encogido,  
Que hasta que os vi no pude.

DON CÁRLOS.

(Ap. Estoy corrido.)

Vuesamerced me tenga por su esclavo.

(A Jacinta.)

LISARDA. (Ap.)

Aquí la vida y la paciencia acabo.

JACINTA.

Yo soy, Señor, muy vuestra servidora.

LISARDA. (Ap.)

¿Cómo el no conocerle simula!

DON CÁRLOS.

Mayor me parecistes que la fama.

JACINTA.

Es porque estoy en esta casa agora.

DON LUIS.

No pienso que don Carlos os adula.

LISARDA. (Ap.)

¿Qué mal ¡ay celos! encubris la llama!

DON CÁRLOS.

Es muy gallarda dama

Mi señora Lisarda:

La señora Jacinta...

LISARDA.

Es muy gallarda;  
Y mas, cuando al pasar del arroyuelo,  
Vino el torillo y derribóla al suelo.

DON CÁRLOS.

Pues ¡cómo! ¿ha sucedido alguna cosa?

LISARDA.

Sábenlo hasta las mulas de algun coche,  
¿Y hacéis vos de nuevas?

(Don Luis habla bajo á Jacinta.)

DON CÁRLOS.

No lo entiendo.

LISARDA. (Ap. á don Carlos.)

Y cuando desmayada aquella rosa  
Os prestaba su nieve, y esa noche  
Al rayo de ese sol iba volviendo,  
Y estándole diciendo  
Amores al oído,  
Cobró con las palabras el sentido,  
¿Era barro tambien?

DON CÁRLOS.

¿Cuento bizarro!

LISARDA.

Mas al pasar arroyos siempre hay barro.  
Pensaba verla agora confiado;  
Hallóse la invencion: pues engañóse;  
Que agora me la llevo á mi aposento.

DON CÁRLOS.

Lisarda mia, ¿quién os ha engañado?

LISARDA.

¡Ah, perro! ¿Yo soy tuya?

DON CÁRLOS. (Ap.)

Derribóse

De mi edificio el fuerte fundamento.

LISARDA.

No le dará contento  
Esta vez la señora.  
Mire cómo la habla quien la adora.  
Y ella le quiere bien; ¿entiende, entien-  
[de?]

DON CÁRLOS.

Ya lo entiendo, ya sé que la pretende.

LISARDA.

Vamos, Jacinta.

DON LUIS.

¿Tú este bien me quitas?

LISARDA.

Impórtame que vengas.

JACINTA.

Vamos luego.

Adios, señor don Carlos.

LISARDA. (Ap. á Jacinta.)

¿Es aqueste?

JACINTA.

El mismo.

LISARDA.

¡Buena lanza solicitas!

JACINTA.

¿Conócesle?

LISARDA.

¿Pues no? Tu amor es ciego.

(Ap. Paciencia, celos, el amor os preste.)

¿Que don Carlos es este?

JACINTA.

¿Tal hombre no te agrada?

LISARDA.

El talle sí, con esa roja espada;  
Mas serás desdichada, si le quieres;  
Que me dicen que burla mil mujeres.  
(Vanse Lisarda y Jacinta.)

### ESCENA VI.

DON CÁRLOS, DON LUIS, MAYO,  
ISABEL.

MAYO.

¿Qué tenemos, Isabel? (Ap. á ella.)

ISABEL.

Vaya el picaño lacayo.

MAYO.

Pues di, ¿no era yo tu Mayo,  
Y tu mi fresco vergel?

ISABEL.

Allá con la barajeña  
Que en el estribo llevó,  
Hable el picaro; que yo  
Soy cortés y madrileña.

MAYO.  
¿Ballenata no dirá?

ISABEL.  
Con mucha honra, belitre.

MAYO.  
Mala pipa de salitre  
Te vuele.

ISABEL.  
Soy nieve ya. (Vase.)

### ESCENA VII.

DON CÁRLOS, DON LUIS, MAYO.

DON LUIS.  
¿Que os pareció de Jacinta?  
DON CÁRLOS.  
Que es prenda digna de vos.

DON LUIS.  
Adoro en ella, por Dios.  
DON CÁRLOS.

Es tan ajena y distinta  
Del traje de labradora,  
En que me dicen que estaba  
Cuando no se imaginaba  
Tan bien nacida y señora,  
Que á los que nunca la vimos,  
Parece que siempre fué  
Esto que agora se ve.

DON LUIS.  
Por ella á Barajas fuimos.  
Lisarda y yo, y ese día  
La vi con tantas ventajas,  
Que presumí que en Barajas  
Las selvas de Arcadia vía,  
Y en Jacinta labradora  
La diosa que, en blanco velo,  
Es luna hermosa en el cielo,  
Y en la tierra cazadora.  
Y pues ya con vos profeso,  
Don Carlos, tanta amistad,  
Y no ignorais la verdad  
Deste notable suceso,  
Sabad que quiero casarme,  
Y al conde Fabio escribir  
Que se digne de venir,  
Si fuere su gusto, á honrarme;  
Pues me dijo que tenía  
Pretensiones en la corte.

DON CÁRLOS.  
Siempre lleva errado el norte  
Quien tiene al amor por guía.  
Conozco la calidad  
De Jacinta; mas ¿qué hacienda,  
Para hacella vuestra prenda,  
Teneis con seguridad?  
¿Ha de heredar el estado  
De su padre por ventura?

DON LUIS.  
La hacienda de su hermosura  
Me tiene mas obligado.  
Pero, como natural  
Jacinta, y que fué su madre  
Mas principal que su padre,  
Aunque él es muy principal  
(Porque, en efeto, murió  
En posesion de doncella,  
Y aun me dicen que con ella  
Fabio, al morir, se casó)  
Muerta la Condesa ya,  
Forzosa heredera es.

DON CÁRLOS.  
Mayor el peligro está;  
Que si os casais sin su gusto,  
Por ventura, de enojado,  
Tomará de nuevo estado.

DON LUIS.  
Es ya viejo y no es robusto;

Demás, que me quiere bien,  
Y yo le pienso escribir.

DON CÁRLOS.  
Esto no es mas de advertir.  
DON LUIS.  
Y hacerme merced tambien.

### ESCENA VIII.

BENITO.—Dichos.

BENITO.  
Tres ó cuatro caballeros  
Te aguardan en el jardin.

DON LUIS.  
No os vais, porque tengo, en fin,  
Con que puedo entreteneros,  
Y gusto de hablar con vos.

DON CÁRLOS.  
Yo me estaré por aquí.  
(Vase don Luis.)

### ESCENA IX.

DON CÁRLOS, BENITO, MAYO.

BENITO.  
¿Ya no os acordais de mí?  
DON CÁRLOS.

Nunca me olvido, por Dios,  
Porque sé la obligacion  
En que pone á un hombre honrado  
Quien le ayuda en el cuidado  
De un peligro en ocasion.

BENITO.  
Para ser hombre de bien  
Y merecer este nombre,  
Cinco cosas en un hombre  
Han de concurrir tambien:  
Primero, tratar verdad,  
Y vestir honestamente,  
Sustentar su casa y gente  
En honra y autoridad;  
En los públicos lugares  
Estar grave, cuerdo, honesto...  
—Nunca en hombre descompuesto  
Si es hombre ó bestia repares;  
Porque la descompostura  
En el público lugar,  
A picaros se ha de dar;  
Que no á quien honra procura.—  
La quinta, Carlos, tambien  
Es el ser agradecido;  
Que si es ingrato, ha perdido  
El nombre de hombre de bien.  
Pienso que no lo será  
Vuestra nobleza conmigo.

DON CÁRLOS.  
Yo seré tan vuestro amigo  
Como el efeto dirá;  
Que quien su casa me dió  
Cuando fugitivo fui,  
Tendrá en la mia y en mi  
Lo que entonces mereció;  
Y que hayais aquí venido,  
Y no á mi casa, me pesa.

BENITO.  
Esa mi amorosa empresa,  
Don Carlos, me trae perdido.

DON CÁRLOS.  
Pues ¿quereis bien todavía  
A tan principal señora?

BENITO.  
El alma no es labradora,  
Y amar lo que amé porfia;  
Que si de un barro á un cristal  
Pasasen algun licor,

No muda especie en rigor,  
Sino el lugar desigual.

DON CÁRLOS.  
Teneis tal entendimiento  
Para en el campo criado,  
Que me habeis siempre admirado.

BENITO.  
Nace de mi nacimiento;  
Y hablando con vos, es bien  
Que en lengua discreta sea;  
Cuando en el campo me vea,  
Hablaré en necio tambien.  
¿No habeis visto que pretende  
El vulgo en las cosas altas  
Poner muchas veces faltas,  
Porque es lengua que no entiende;  
Y que en hablándole en necio,  
Celebra lo que entendió?  
Pues de aquesta suerte yo  
De entrambas lenguas me precio.  
Hablo discreto con vos,  
Y necio con mis iguales;  
Que aunque lenguas desiguales,  
Me importa saber las dos.  
Finalmente, yo querría  
Que agora vos me ayudeis.

DON CÁRLOS.  
Pues ¿qué es lo que pretendéis  
Con tan honrada porfia?

BENITO.  
Casarme.  
DON CÁRLOS.

¿Qué me decis?  
¿Con mujer tan principal,  
Y competidor igual  
Al ilustre don Luis!

BENITO.  
Si vos me ayudais y dais  
Palabra, con un secreto,  
Veréis posible el efeto  
De lo que dudando estáis.

DON CÁRLOS.  
Yo os la doy por esta cruz,  
Como caballero honrado.

BENITO.  
Este hombre que me ha criado  
Comenzaba á darne luz  
De mi noble nacimiento:  
Echélo entonces al aire,  
Pareciéndome donaire  
Y cosa sin fundamento;  
Con mis desdichas cruces.  
Yo soy hijo natural

De don Estéban Zapata,  
Caballero de Madrid,  
Sangre antigua, ilustre y clara.  
El modo con que en secreto  
Me criaron en Barajas,  
No es para aqueste lugar;  
Solo os diré que me espantan  
Tantas peregrinaciones  
Desde la primera barca;  
Que así se llama la cuna  
Del mar de la vida humana.  
Segun esto, bien podré,  
Con madre calificada,  
Como yo sé quees la mia,  
De lo noble de los Vargas,  
Pretender una mujer  
Que en las fortunas me iguala,  
En el modo de nacer  
Y en la rústica crianza.  
Que pues en un tiempo mismo  
Lo que tan secreto estaba,  
Como veis, descubre el cielo,  
No debe de ser sin causa.



DON CÁRLOS.

Apenas puede, Benito,  
Hallar el alma ocupada  
Lengua dispuesta, la lengua  
Palabras, ni las palabras  
Estilo que signifique  
Mi admiración; que no bastan  
Alma, palabras y lengua  
A poder significarla.  
Pero mira lo que dices;  
Que don Estéban Zapata  
Fué mi padre; y siendo así  
Lo que estos papeles tratan,  
Tú vienes á ser mi hermano.

BENITO.

¿Tu hermano?

DON CÁRLOS.

Es cosa tan clara

Como los rayos del sol;  
Y en duda, Benito, abraza  
Este pecho; que si tienes  
Su sangre, yo sé que el alma  
Me lo dirá con las señas,  
Y el corazón con las ansias.

BENITO.

Siempre me avisaba el mío,  
Pues sabes lo que te ama  
Desde el punto que te vi.

DON CÁRLOS.

No hay duda, con señas tantas:  
Por mi hermano te confirmo.

BENITO.

Yo sé que en estas probanzas  
Hallarás que fué mi padre,  
Cárlos, el que tuyo llamas.

DON CÁRLOS.

Hermano, de aquestas nuevas  
Solo las albricias faltan.  
Ríome yo de los hombres  
Que un caballo, que una espada,  
Una pintura, una joya  
Para su regalo guardan;  
Lo bueno, hermano, ha de ser  
Para el amigo que os ama,  
Para lo que bien quereis,  
Como aquella historia encarga  
De Apéles y de Alejandro,  
Que hasta los niños la cantan.  
Pues así será la nuestra.

La cosa mas estimada  
Que yo he tenido es Jacinta,  
Y desde hoy con manos francas  
Te la doy; pero advirtiéndote  
Que si con ella te casas,  
Yo he llegado hasta sus labios  
Cuando estuvo desmayada,  
Al pasar aquel arroyo;  
Pero esto no es de importancia  
Entre hermanos, pues lo sonos.

BENITO.

Yo te agradezco que hagas  
Conmigo tan grande exceso.

DON CÁRLOS.

Haz cuenta que es darte el alma.

BENITO.

Pues no, hermano, no la quiero;  
Que es historia muy causada  
Ver que al pasar del arroyo,  
Te llegue á la boca el agua.

La mujer que ha de ser propia  
Ha de estar en una caja,  
Como el gusano de seda,  
Hasta ser paloma blanca.  
Si fuiste abeja en su rosa,  
Que bien provecho te haga;  
Que lo que no fué posible  
Olvidar con la mudanza  
De su traje, ni acabaron  
Sus desdenes y desgracias,

Con lo que me has dicho solo  
Hoy para siempre se acaba.

DON CÁRLOS.

Muy delgado, hermano, eres:  
A tales hombres despachan  
Por mujeres á Alcorcon,  
Que de barro se las hagan,  
A Estremoz ó á Talavera,  
Cuando han de ser vidriadas.  
No se casan con melindres  
Los que tan ciegos se casan;  
Que es como beber en bota,  
Que lo que viene, eso tragan.

BENITO.

Pues, Señor, yo he de beber,  
Si Dios el seso me guarda,  
En un cristal de Venecia.

DON CÁRLOS.

Muchos he visto, que andan  
A buscar cristaleras  
En que beber honra y fama;  
Y pasado el primer año,  
Los lleva un mozo á dar agua  
Con un cabestro á un pilón,  
Donde las dejan tan claras  
Como suele el unicornio  
Con la virtud de sus armas.  
Pero mira que te digo  
Que entrambos en esta casa  
Nos habemos de casar.

BENITO.

¿Entrambos?

DON CÁRLOS.

Sí.

BENITO.

¿Cosa extraña!

Lisarda viene.

DON CÁRLOS.

Pues véte.

## ESCENA X.

LISARDA, ISABEL.—DICHOS.

ISABEL.

Aquí están.

LISARDA. (Ap. á Isabel.)

Espera y calla.

BENITO.

Yo haré el ramillete luego;  
Mas de violetas moradas;  
Que agora no hay otra flor.

DON CÁRLOS.

Por ser flor de amor me agrada.

(Vase Benito.)

## ESCENA XI.

LISARDA, DON CÁRLOS, ISABEL,  
MAYO.

LISARDA.

Quisiera, mal caballero  
Y indigno desta señal,  
No ser mujer principal,  
Para en estilo grosero  
Reñir con vos muy de veras;  
Que después de ser ingrato,  
Quien usa grosero trato  
Merece injurias groseras.  
¿Todavía estáis aquí,  
Con desvergüenza tan clara  
Enamorando en mi cara!

DON CÁRLOS.

Pues ¿vos me tratáis así?

LISARDA.

¿Cómo tengo de tratar  
Un hombre que me ha engañado,  
Habiéndole yo adorado?

DON CÁRLOS.

Dadme, Señora, lugar  
Para dar satisfacción;  
Que el mas airado juez  
Oye al preso alguna vez.

LISARDA.

¿Es esta la devoción  
Y promesa de san Diego?  
Bien servido quedaria.

DON CÁRLOS.

Oídmelo, Lisarda mía.

LISARDA.

¿Que os oiga?

DON CÁRLOS.

Escuchadme os ruego.

LISARDA.

¿Qué tengo ya que escuchar?

La novena me agradó,  
Que hasta el arroyo llego;  
Pero no pudo pasar.  
Vuélcanse en tales caminos  
Los coches por la intención,  
Y acuden á la oración  
Dos ninfas en dos pollinos.  
Alfombrita de color,  
Jáquimas rojas á listas,  
Con borlas como legistas,  
Si hay algun asno doctor.  
Sombreros, plumas, manteos  
Y rebeción con oro...

—Y luego salir un toro  
A despartir el torneo.—  
Cortarle la media cola,  
Sacar la tal del arroyo,  
Y ponerla sobre un poyo  
De vallico y amapola;  
Darle coche, y como enjaula,  
Gorjear bachillerías,  
Parecen caballerías  
Del mismo Amadis de Gaula.  
Mas esto que yo temi,  
Y que en efecto pasó,  
Pase; que no digo yo  
Que no es bien que pase así;  
Pero que vuesa merced  
Venga á requiebrarla acá,  
Eso no lo mandará.  
Si nos ha de hacer merced;  
Que basta que ya pasemos  
Porque á doña labradora  
Quiera y solicite agora,  
Sin que aposento le demos;  
Que ya ve que no es razon.

DON CÁRLOS.

¿Burlas, Lisarda? Eso ¿es justo?

Y ¿que te parezca injusto

Cumplir con mi obligación?

El librar un caballero

De peligro una mujer,

Y una jornada temer

Hecha con tan mal agüero,

Y dar la vuelta á Madrid,

¿Ha sido tan gran delito?

¿Quién te ha dicho, quién te ha escrito

Tal disparate?

LISARDA.

¿Es el Cid

Vuesa merced por ventura,

Amadis ó Esplandian,

Los que obligados están

A emprender toda aventura?

¿Pasó Urganda por allí?

¿Qué te dijo la doncella

De Diunmarca?

DON CÁRLOS.

Por ella

No lo intenté; fué por mí;

Que esto debo al ser quien soy.



LISARDA.  
Y el haberla regalado .  
¿Cómo queda disculpado?

DON CÁRLOS.  
La misma disculpa doy.  
Pero si quieres quedar  
Satisfecha que te adoro,  
Da lugar con tu decoro  
Que pueda esta noche entrar  
En tu aposento, y ordena  
Como lo entienda tu hermano:  
Verás si te doy la mano.

LISARDA.  
Buena industria, Isabel.  
ISABEL.  
Buena,  
Y justa satisfacion.

LISARDA.  
Pues yo digo que así sea,  
Como mi hermano lo vea.

DON CÁRLOS.  
Pues esa es mi pretension.  
LISARDA.  
Con eso te doy los brazos.

DON CÁRLOS.  
Y yo, Señora, me voy.

### ESCENA XII.

JACINTA. — Dichos.

JACINTA.  
No importa, no: que yo soy.  
DON CÁRLOS.

No hay en aquestos abrazos  
Cosa que cause sospecha.

LISARDA.  
Si la hay ó no, discrecion  
Tiene Jacinta.

JACINTA.  
En razon  
De sospecha está deshecha  
Con haberte declarado  
Mi secreto.

DON CÁRLOS.  
Adios, señoras;  
Que pasan ya ciertas horas  
A que me llama un cuidado.

LISARDA.  
Oid, Cárlos.

DON CÁRLOS.  
¿Qué mandáis?  
LISARDA. (Ap. á don Cárlos.)  
Entráos en el aposento  
Del jardinero.

DON CÁRLOS.  
¿A qué intento?

LISARDA.  
A que esperéis y no os vais.  
DON CÁRLOS.

Yo voy á esperar allí. (Vase.)

### ESCENA XIII.

LISARDA, JACINTA, ISABEL, MAYO.

MAYO.  
¿Qué le dice este concierto?

ISABEL.  
Que yo lo mismo le advierto.

MAYO.  
Pues ¿voy á esperarla?

ISABEL.  
Sí.

MAYO.  
Y en fin, ¿nos determinamos  
A casarnos?

ISABEL.  
¿No es razon?  
MAYO.

Brava determinacion!  
Fuerte pleito comenzamos. (Vase.)

### ESCENA XIV.

JACINTA, LISARDA, ISABEL.

JACINTA.  
¿No me dirás lo que hasido  
Darte don Cárlos los brazos?

LISARDA.  
Jacinta, aquellos abrazos  
No se hubieran admitido,  
Cuando no fuera por tí;  
Porque á don Cárlos hablé,  
Y me dió palabra y fe  
De no hablarte mas por mí;  
Que le dije que mi hermano  
Ya te llamaba mujer,  
Y que no era justo hacer  
Por un amor loco y vano  
Burla á tan gran caballero.

JACINTA.  
Pues no sé yo qué razon  
Te puso en obligacion  
De no respetar primero  
La justa fidelidad  
A mi secreto debida.

LISARDA.  
¿No ves tú que es preferida  
La sangre á toda amistad?

JACINTA.  
Ha sido cosa muy necia;  
Que ha de ser don Cárlos mio,  
Si sé hacer un desvario.

LISARDA.  
Sois de condicion muy recia,  
Como há poco que dejásteis  
La que Barajas os dió.

JACINTA.  
Antes de vos diré yo  
Que mi valor barajasteis.  
Pero ¿qué se me dá á mí,  
Si haré lo que yo quisiere?

LISARDA.  
Hará lo que le dijere  
Mi hermano.

JACINTA.  
¿Su hermano?  
LISARDA.  
Sí.

JACINTA.  
Pues ¿qué le deho á su hermano?

LISARDA.  
Lo que su padre mandó.

JACINTA.  
¿Qué padre?

LISARDA.  
El que Dios la dió.

JACINTA.  
Mi padre es aquel villano.

LISARDA.  
A lo menos le parece  
En la fuei te condicion.

JACINTA.  
Este engaño, esta traicion,  
Justamente la merece  
El tener yo conianza  
De quien no tiene valor.

LISARDA.  
El vuestro será mayor  
Por vuestra noble erianza.  
Y... componed vuestra lengua;  
Que estáis ya muy atrevida.

JACINTA.  
Siendo yo tan bien nacida,  
¿Para qué me dais por mengua  
No ser noble mi crianza?  
Pero me quiero volver  
Donde nadie pueda hacer  
Traiciones á mi esperanza.  
Úsase allá mas verdad:  
¿Oh bien haya un verde prado,  
Adonde sirven de estrado  
Llaneza y seguridad!  
Oh bien haya un aposento  
En quien es tapiceria  
La limpieza y la alegría,  
Que es donde vive el contento!  
No sé quién me trajo á mí,  
Aunque la vida me importe,  
A esta nória de la corte.

LISARDA.  
¿Ya es nória la corte?

JACINTA.  
Sí;  
Donde por calles y fuentes  
Son arcadueces los coches,  
Que los dias y las noches  
Reciben y vacían gentes.  
¿Hacen aqui todo el año  
Mas que andar alrededor  
Unos tras otros?

LISARDA.  
Mejor  
Estábad con el paño  
Donde bailaba Anton Gil  
Con las mozas de Barajas  
La chacona á las sonajas  
Y el villano al tamboril.  
¿Valate Dios por discreta!  
Perdida estaba la corte,  
A no venir este norte  
Por la ordinaria estafeta.

JACINTA.  
¿Hay aqui mas de engañar  
Y cada uno atender  
A lo que puede coger  
Para aumentarse y medrar?  
Hay aqui mas de vivir  
Apriesa, y sacar de noche  
Un gran difunto en un coche  
Sin acabar de morir,  
Y apenas por la mañana  
Preguntar nadie por él?  
(Vanse Jacinta é Isabel.)

LISARDA.  
¿Oh filósofa cruel  
Y académica villana!  
El mundo viene á enmendar,  
Cuando ya el mundo se acaba.

### ESCENA XV.

DON LUIS. — LISARDA.

DON LUIS.  
¿Qué es esto, hermana?

LISARDA.  
Que estaba,

De puro enojo y pesar  
(A no tenerle respeto),  
Por hacer un disparate.

DON LUIS.  
¿Qué hay, en fin?

LISARDA.  
Que no le trate  
De tu amor. Tú eres discreto:  
Aborrece á quien te olvida.

DON LUIS.  
Mal conoces un desprecio.

LISARDA.  
De decir verdad me precio.  
DON LUIS.  
Alargue el cielo tu vida.  
LISARDA.  
Esta mujer quiere bien.  
DON LUIS.  
¿A quién?  
LISARDA.  
No sé...  
DON LUIS.  
Muerto soy.  
LISARDA.  
A don Cárlos.  
DON LUIS.  
Cierto estoy.  
LISARDA.  
¿Por qué?  
DON LUIS.  
Por ver su desden.  
Y él, ¿quiere la?  
LISARDA.  
(Ap. Va de juego.)  
Don Cárlos me quiere á mi.  
DON LUIS.  
¿A ti, hermana?  
LISARDA.  
A mi.  
DON LUIS.  
Si á ti  
Te quiere, por Dios te ruego  
Que te cases muy aprisa;  
Pues desconfiando así,  
Jacinta me querrá á mi.  
LISARDA.  
¿Aprisa?  
DON LUIS.  
Mi amor te avisa.  
LISARDA.  
¿Será mucho de aquí á un año?  
DON LUIS.  
¿Burlas?  
LISARDA.  
¿Y medio?  
DON LUIS.  
Tampoco.  
LISARDA.  
¿Cuatro meses?  
DON LUIS.  
Estoy loco.  
LISARDA.  
¿Un mes?  
DON LUIS.  
¿Qué mayor engaño?  
LISARDA.  
¿Una semana?  
DON LUIS.  
Ni un día.  
LISARDA.  
¿Esta noche?  
DON LUIS.  
Sí, por Dios.  
LISARDA.  
Pues búscanos á los dos,  
Si tanto tu amor porfia;  
Que hallarás en mi aposento  
A Cárlos honestamente.  
DON LUIS.  
Dame esa mano.  
LISARDA.  
Detente;  
Que gente de fuera siento.

ESCENA XVI.

JACINTA, TERESA, PASCUAL, LAURENCIO y OTROS LABRADORES. —  
DICHOS.  
TERESA.  
Los instrumentos tocad  
Para alegrar á Jacinta.  
LAURENCIO. (A Jacinta.)  
¿No conoces por la pinta  
La gente de tu ciudad?  
JACINTA.  
¡Padre mio!  
LAURENCIO.  
Ya no sé  
Cómo ese nombre me cuadre.  
JACINTA.  
Vos habeis de ser mi padre.  
LAURENCIO.  
Con el alma lo seré.  
JACINTA.  
¿Qué hay, Teresa? ¿Qué hay, Pascual?  
TERESA.  
Estás, Jacinta, de modo,  
Que parece perlas todo  
Cuanto era antyher sayal.  
PASCUAL.  
Dice la verdad Teresa:  
En perla estás trasformada;  
Y así, te hacemos entrada  
Como al fin nuestra princesa.  
A la fe, de talle estás,  
Que has hecho la corte aldea,  
Porque, aunque mas corte sea,  
Eres tú cielo, que es mas.  
Un presente te traemos.  
JACINTA.  
Si es mi padre, bueno es.  
LAURENCIO.  
Como ese nombre me dés,  
Bien pagados volveremos.  
Sirvete de una ternera  
Y seis pares de capones,  
Tres cabritos, dos lechones...  
DON LUIS.  
Eso parece que espera  
Alguna boda, Laurencio.  
LAURENCIO.  
Dios lo sabe. Mas canfad,  
Y á mi Jacinta alegrad,  
Mientras yo lloro en silencio.  
(Tocan, cantan y bailan.)  
LABRADORES. (Cantando.)  
Al pasar del arroyo  
Del alamillo  
Las memorias del alma  
Se me han perdido.  
Al pasar del arroyo  
De Branigales,  
Me dijeron amores  
Para engañarme.  
Pero con perderme  
Gano yo tanto,  
Que al amor perdono  
Tan dulce engaño.  
Al pasar del arroyo  
De Canillejas,  
Viome el caballero;  
Antojos lleva.  
LISARDA.  
¿Qué cansada impertinencia!  
Tanto arroyo no canteis;  
Que una tempestad haréis  
Que se anegue la paciencia.  
JACINTA.  
Pues ¿qué te va en esto á ti?

LISARDA.  
Mira, y yo te lo diré.  
JACINTA.  
Contigo á saberlo iré.  
(Vanse Lisarda y Jacinta.)  
DON LUIS.  
Quedáos vosotros aquí;  
Que pues es anochecido,  
No quiero que allá volvais;  
Que lo que nos presentais,  
Para todos se ha traído.  
LAURENCIO.  
Mi amor obligado os queda,  
Para que ésta noche pueda  
Despacio á Jacinta hablar.  
(Vase don Luis.)

ESCENA XVII.

LAURENCIO, PASCUAL, TERESA y LABRADORES.  
LAURENCIO.  
Pascual, ¿no está muy hermosa?  
PASCUAL.  
¡Ay de quien perderla siente!  
TERESA.  
No ve el sol por el oriente  
Tal jazmin revuelto en rosa.  
LAURENCIO.  
Traigo en la imaginacion  
Que don Luis la quiere bien.  
TERESA.  
Como casados estén,  
Dios les dé su bendicion.  
(Vanse.)

Patio de la casa de don Luis, rodeado de corredores. Es de noche.

ESCENA XVIII.

BENITO, en hábito de caballero, con capa de oro y sombrero de plumas; después, LAURENCIO, PASCUAL, TERESA y LABRADORES.  
BENITO. (Ap.)  
A no ser Cárlos mi hermano,  
Tuviera alguna sospecha  
De haberme vestido así.—  
¡Ay Cielos! ¿qué gente es esta?  
Parecen de mi lugar.  
(Salen Laurencio, Pascual, Teresa y labradores. Benito se recata de ellos.)  
PASCUAL.  
Si han de aderezar la cena,  
Vamos á dar el presente.  
LAURENCIO.  
Anton quedó con las cestas.  
PASCUAL.  
Deseo hablar á Benito,  
Que, llevando mal la ausencia  
De Jacinta, vive en casa.  
LAURENCIO.  
Pues vamos, para que tengan  
Nuestros pollinos recado,  
Y el carro que trajo Estéban.  
(Vanse todos, menos Benito.)

ESCENA XIX.

BENITO.  
Ya se han quitado de aquí.  
No sé para qué concierto

Don Cárlos aquesta noche  
Esta amorosa quimera;  
Pues estando, como está,  
La casa de gente llena,  
Cosa en que estriba el secreto  
Temerariamente intenta.  
¿Qué es aquesto, escura noche?  
Mas gente. Amor, ¿en qué piensas,  
Cuando por tales peligros  
Llevas voluntades ciegas?

### ESCENA XX.

DON CÁRLOS y MAYO, *rebozados*. —  
BENITO.

DON CÁRLOS.  
De todo estás prevenido.

MAYO.  
No haya miedo que me duerma;  
Que aquí me convierto en lince.

DON CÁRLOS. (*Ap. á Mayo.*)  
Aquí hay gente.

MAYO.  
Pues tú llega;  
Que yo no aprendí á esgrimir,  
Porque me dijo mi agüela  
Que excusar las pesadumbres  
Era la cosa mas diestra.

DON CÁRLOS.  
¿Quién va?  
BENITO.  
¿Quién en esta casa  
Se toma tanta licencia,  
Que lo pregunta embozado?

DON CÁRLOS.  
¿Es Benito?

BENITO.  
¿Es Cárlos?  
DON CÁRLOS.

Muestra  
Agora el valor, hermano,  
Que de nuestra sangre heredas.  
Este es aquel aposento:  
Abierta hallarás la puerta.  
Ilaz lo que te dije.

BENITO.  
Voy.  
Si errare, tu culpa sea. (*Vase.*)

### ESCENA XXI.

DON CÁRLOS, MAYO.

MAYO.  
¿Quién era el hombre?  
DON CÁRLOS.  
Mi hermano.

MAYO.  
Temo que Guzman nos vea;  
Que mira bien á Isabel.

DON CÁRLOS.  
Pues ya no es tiempo que temas;  
Que la determinacion  
Es quien da ventura y fuerza  
En los peligrosos casos.  
(*Suen á un corredor.*)

### ESCENA XXII.

DON LUIS y GUZMAN, *rebozados*, en  
el patio. — DICHOS.

DON LUIS.  
Haz que todos se prevengan,  
Porque sirvan de testigos.

GUZMAN.  
Y de que ayudarnos puedan;

Que quien entra, como dices,  
Desta suerte en casa ajena,  
Mas fiado viene en plomo  
Que en acero.

DON LUIS.  
¿Qué sospechas?

GUZMAN.  
Que trae algun arcabuz.  
DON CÁRLOS. (*En el corredor.*)  
En aquella puerta suena,  
Mayo, el aire de algun silbo.

MAYO.  
Si fuera puerta trasera,  
Pudiera ser sospechoso.  
Entra.

DON CÁRLOS.  
Voy; que amor me enseña.  
(*Éntrase.*)

### ESCENA XXIII.

ISABEL, en una ventana del corredor.  
— DON LUIS y GUZMAN, en el patio;  
MAYO, en el corredor.

ISABEL. (*Ap.*)  
El que está en el corredor,  
Pienso que es Mayo.

MAYO. (*Ap.*)  
¿Quién queda  
Solo y en tan gran peligro,  
¿A qué escapatoria apela?  
¿Que diese á un gato en los piés  
El cielo tal ligereza,  
Que desde un tejado á otro  
Una pelota parezca,  
Y que un hombre como yo  
Un costal de arena sea!

ISABEL.  
¿Ah hidalgo!  
MAYO.  
¿Quién es quien llama?

ISABEL.  
¿Oye? Lléguese mas cerca.  
¿Es Mayo?

MAYO.  
Y aun mayadero.

ISABEL.  
Mayo de mis ojos, entra.

MAYO.  
¿Es Isabel?  
ISABEL.  
¿No me ves?

MAYO.  
Y ¿dices que entre?  
ISABEL.  
No temas.

MAYO.  
Sosiega aquesta perrilla,  
Que gruñe como una suegra.  
ISABEL.  
Entra, necio. (*Quítase de la ventana.*)  
MAYO.

Claro está;  
Porque si discreto fuera,  
Nunca yo entrara á casarme.  
Hoy seré perro entre puertas. (*Éntrase.*)

### ESCENA XXIV.

DON LUIS y GUZMAN, en el patio.

GUZMAN.  
Ya están dentro del toril.

DON LUIS.  
A nosotros nos viniera

Mejor el nombre. Da voces.

GUZMAN.  
¿No quieres el hacha?

DON LUIS.  
Muestra.

GUZMAN.  
¿Ladrones, ladrones!

DON LUIS.  
Dame,  
Guzman, aquella rodela.

GUZMAN.  
¿No es mejor la parte-sana,  
Pues hay tanta parte enferma?

### ESCENA XXV.

LAURENCIO, PASCUAL, TERESA  
y LOS LABRADORES. — DICHOS.

LAURENCIO.  
¿Ladrones á tales horas!  
PASCUAL.  
¿Mueran los ladrones, mueran!

TERESA.  
¿Esto es dormir en la corte?  
LAURENCIO.  
Como estas cosas sustentan.

DON LUIS.  
¿Aquí, amigos y criados!  
¿Aquí! Todos á esta puerta.  
GUZMAN.  
Entra; que luego desmayan.

### ESCENA XXVI.

BENITO, *embozado*, con LISARDA. —  
DICHOS.

LISARDA.  
Paso: ¿qué furia es aquesta?  
No es ladrón el que está aquí;  
Que es mi marido.

DON LUIS.  
Que sea  
Por muchos años y buenos;  
Pero que miremos deja  
El aposento en que duerme  
Jacinta.

GUZMAN.  
La puerta cierran.  
DON LUIS.  
No hay que cerrar; que pondré  
Fuego á las puertas.

### ESCENA XXVII.

DON CÁRLOS, *embozado*, con JACINTA.  
— DICHOS.

JACINTA.  
Espera;  
Que yo estoy con mi marido.

DON LUIS.  
¿Marido!  
JACINTA.  
Y pienso que quedan  
Mas adentro otros casados.  
(*Éntrase don Luis.*)

PASCUAL.  
¿Mirad lo que el tiempo ordena,  
Pues se ha vuelto palomar  
Casa de tanta nobleza!



## ESCENA XXVIII.

DON LUIS, echando afuera á MAYO  
y á ISABEL.—Dichos.

DON LUIS.

¡Vive Dios, que he de vengar  
De aquesta suerte mi afrenta!

MAYO.

¡Aquí de Dios, que me matan  
Por marido de la vera!

DON LUIS.

Lisarda, dos hombres veo  
Con espadas y rodela,  
Y entrambos arrebozados:  
Uno, de quien tú confiesas  
Que es tu marido, y que serlo;  
Estando en mi casa, es fuerza;  
Otro, al lado de Jacinta,  
Cosa en el concierto nueva.  
—Caballeros, esta sangre  
Nunca se manchó de afrenta:  
Digan quién son.

LISARDA.

Mi marido

Es don Carlos; que no fuera  
Con menos honra en tu casa  
La afrenta de que te quejas.

(Desemboza á Benito.)

BENITO.

Haste engañado, Lisarda.  
Benito soy.

DON LUIS.

¡Que se atreva  
Un villano á tal maldad!

BENITO.

Ya es tiempo, don Luis, que sepas  
Que soy caballero noble.  
Hijo soy de don Estéban,  
Y de don Carlos hermano.

DON LUIS.

Quien oye cosas como estas,  
Mejor es que pierda el seso.

LISARDA.

¡No es don Carlos! Yo soy muerta.

DON LUIS.

¿Con quién probarás, traidor,  
Esa fingida nobleza?

BENITO.

No soy traidor, que soy noble:  
Don Carlos será la prueba.

DON LUIS.

¿Dónde está Carlos?

JACINTA.

Aquí. (Descúbrele.)

DON LUIS.

Pues ¿cómo desta manera  
Se pagan las amistades?  
Criados, mueran.

LISARDA.

No mueran;  
Que si yo no tuve dicha

Que tanto amor agradezcas,  
Carlos, basta que tu hermano,  
Si ser tu hermano confiesas...

DON CARLOS.

Eso os mostraré probado.

LAURENCIO.

Y aquí hay testigos que sepan  
Esa historia.

DON LUIS.

En fin, Jacinta,

¡Te pierdo!

JACINTA.

No te parezca

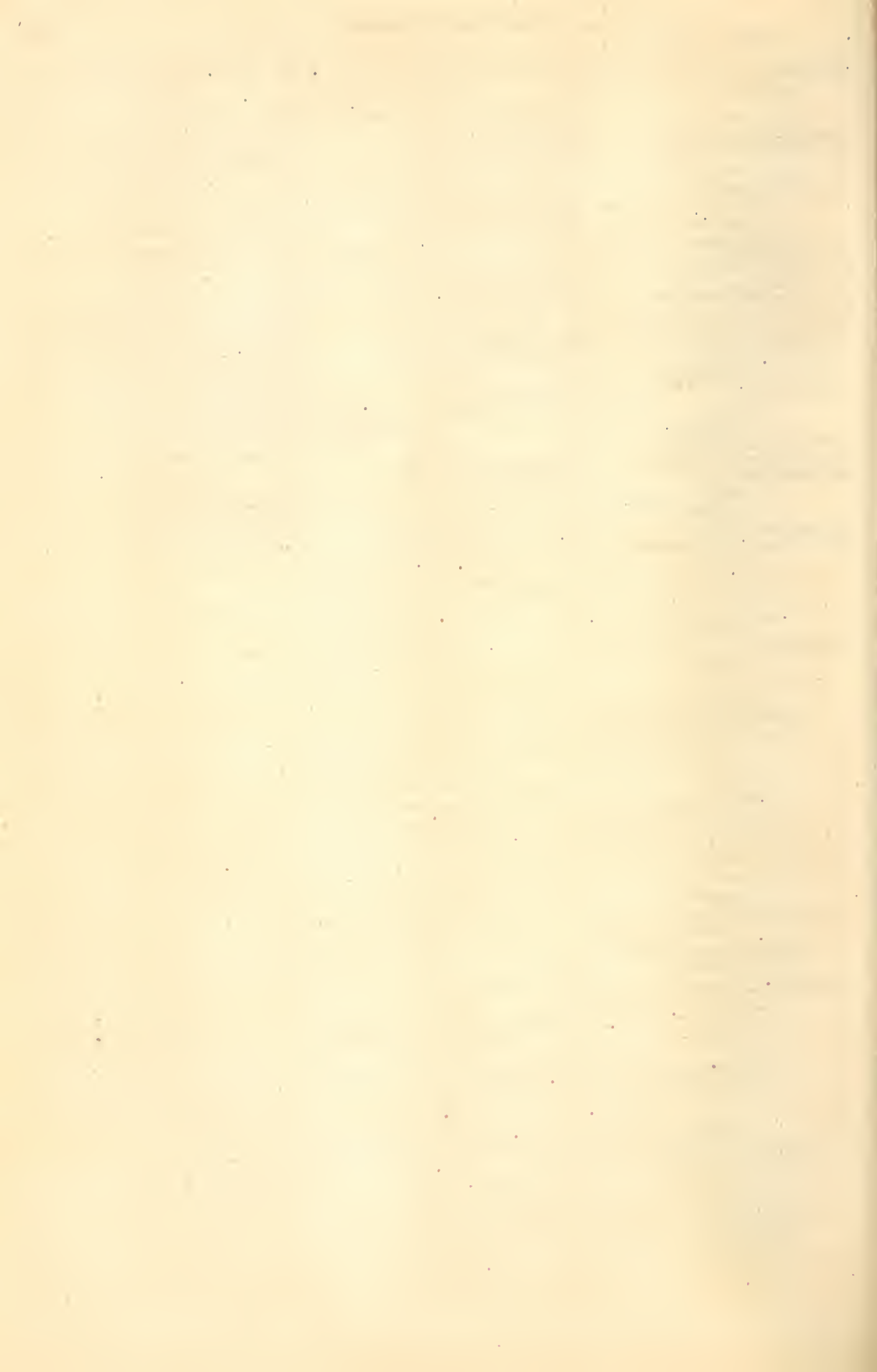
Ingratitud, sino amor.

DON LUIS.

Lo que los cielos conciertan,  
¿Por qué lo impiden los hombres?  
Jacinta, hoy quiero que veas  
Que fué mi amor verdadero... —  
Y tú, Lisarda, que sepas  
Que quien quiere hacer traicion,  
Siempre alcanza parte della.  
Los casamientos se hagan;  
Que yo, pues ha de ser fuerza,  
Quiero con mas discrecion  
Casarme con la paciencia.

BENITO.

Aquí la comedia acaba,  
Cuya historia verdadera  
Pasó al pasar del arroyo:  
Los que quisieren lo crean.



# LAS FLORES DE DON JUAN,

## Y RICO Y POBRE TROCADOS.

### PERSONAS.

|                                |                                    |              |                               |              |
|--------------------------------|------------------------------------|--------------|-------------------------------|--------------|
| LA CONDESA DE LA FLOR.         | EL MARQUÉS ALEJANDRO.              | LUCIO,       | { <i>criados del Marqués.</i> | UN ESPADERO. |
| DOÑA COSTANZA.                 | EL VIREY.                          | CELIO,       |                               | UN MORO.     |
| DOÑA INÉS.                     | ROSELA,                            | RUTILIO,     | { <i>pescadores.</i>          | UN MOZO.     |
| DON JUAN.                      | CELINDA,                           | LAURINO,     |                               | UN PAJE.     |
| DON ALONSO, <i>su hermano.</i> | GERMAN, <i>lacayo de don Juan.</i> | ALBERTO,     |                               | MÚSICOS.     |
| DON LUIS.                      | OTAVIO,                            | PISANO,      |                               | MOROS.       |
| DON FRANCISCO.                 | CAMILO,                            | UN MERCADER. |                               | ALABARDEROS. |
| LEONARDO, <i>capitan.</i>      | DURANGO, <i>escudero.</i>          | UN PLATERO.  |                               | GENTE.       |

*La escena es en Valencia.*

### ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Alonso.

#### ESCENA PRIMERA.

DON ALONSO, OTAVIO; *después,*  
CAMILO.

DON ALONSO.  
¿Está acabado el vestido?

OTAVIO.  
Las calzas faltan, no mas.

DON ALONSO.  
¿Qué descuidado que estás!  
(*Sale Camilo.*)

CAMILO.  
El espadero ha venido. (Vase.)

#### ESCENA II.

UN ESPADERO y UN MOZO, *con una espada y daga dorada.*—DON ALONSO,  
OTAVIO.

ESPADERO.  
Aquí está la guarnicion.

DON ALONSO.  
Vengais, maestro, en buen hora.

ESPADERO.  
¿Está á tu contento agora?

DON ALONSO.  
Está á mi satisfacion.  
¿No está en extremo dorada,  
Otavio?

OTAVIO.  
Bien merecia  
La hoja esta cortesia.  
Sácala.

ESPADERO.  
¿Linda!

DON ALONSO.  
¿Extremada!

ESPADERO.  
¿Vive Dios, que es un diamante!

DON ALONSO.  
Aun el diamante es comun;  
Que espada de Sahagun  
No ha de tener semejante.

OTAVIO.  
Esta bien se ve que es suya.

ESPADERO.  
Lo menos las letras son.

DON ALONSO.  
Ella da satisfacion.

ESPADERO.  
Y mucho mas siendo tuya.  
Cortará un hombre.

OTAVIO.  
Es famosa.

ESPADERO.  
Cortará en el mismo viento  
La bolsa de un avariento,  
Aunque no hay tan dura cosa.

DON ALONSO.  
Pues no lo diréis por mí;  
Que no gasto mal mi hacienda.

ESPADERO.  
Antes haceis que se extienda,  
Señor, vuestra fama ansi;  
Que aunque sois gran caballero  
Y acabado de heredar,  
Mas grande os hace el gastar  
Liberalmente el dinero.

#### ESCENA III.

CAMILO, y *después,* UN PLATERO.  
—Dichos.

CAMILO.  
El platero quiere verte.

DON ALONSO.  
¿Cómo luce el dincrillo!  
(*Vase Camilo y sale el platero.*)

PLATERO.  
Aquí traigo el cabestrillo.

DON ALONSO.  
Muy bueno está desta suerte.

PLATERO.  
¿Están los esmaltes bien?

DON ALONSO.  
A mi gusto agora están,  
Porque desta suerte van  
Descubriéndose también  
Los diamantes, y mejor  
Se casan las dos colores.  
(*Vuelve Camilo.*)

CAMILO.  
Seis muestras trae mejores

El calcetero, Señor.

DON ALONSO.  
Al juego de la pelota  
Di que las lleve esta tarde,  
O que un instante se aguarde.

OTAVIO.  
¿Lo que brilla y alborota  
Una fiesta de San Juan!

DON ALONSO.  
¿Salen bien los capitanes?

PLATERO.  
Mañana hay bravos galanes,  
Porque de joyas lo van.

DON ALONSO.  
¿Qué bien parece en Valencia  
Ir al mar sus compañías!

PLATERO.  
Alegres son estos dias.

DON ALONSO.  
Importa su diligencia,  
Porque los moros de Argel  
Sepan que se ha de guardar  
Con este cuidado el mar,  
Y que hay gigantes en él.  
Despacha, Otavio, á los dos:  
Lo que te pidieren da.

OTAVIO.  
Maestros, entren acá.

ESPADERO.  
Mil años os guarde Dios.

PLATERO.  
Veais con aquestas galas  
Muchos dias de San Juan;  
Que en esos años serán  
De tus pensamientos alas.  
(*Vanse Otavio, el espadero, el platero y el mozo.*)

#### ESCENA IV.

EL CAPITAN LEONARDO, DON LUIS,  
DON FRANCISCO.—DON ALONSO,  
CAMILO; OTAVIO *vuelve después.*

LEONARDO.  
Aun no se habrá levantado,  
Si anoche salió á rondar.

DON ALONSO.  
Bien me suelo levantar  
La noche que no he jugado;  
Que esa es ronda para mí  
Que hasta el alba me desvela.



DON LUIS.  
¿Vistes anoche á Rosela?

DON ALONSO.  
Anoche á Rosela vi ;  
Mas cansame , vive Dios ,  
El verla entre tantas viejas ,  
De mis agüeros cornejas.

DON FRANCISCO.  
¿Muchas os parecen dos?

DON ALONSO.  
Cuando Dios las repartiera  
Entre la tierra y el mar,  
Había para cansar  
Otros mil mundos que hubiera.

LEONARDO.  
Una república había  
Que grandes perros criaba  
A quien los viejos echaba.

DON ALONSO.  
Pues muy bárbara sería ;  
Aunque todas son consejas.

DON LUIS.  
Son caracteres parejos ,  
A y o ; que dijo *viejos* ,  
Y había de decir *viejas*.

DON FRANCISCO.  
Un hombre viejo es muy grave ,  
Muy venerable , y provoca  
A respeto : al fin le toca  
La confianza , la llave ,  
La dignidad , el oficio ,  
Y todo lo que es gobierno ;  
Mas una vieja...

DON ALONSO.  
¿En qué infierno  
Os metéis , de puro vicio !  
Yo solo puedo quejarme ;  
Que para llegar á ver  
A Rosela , he menester  
En mil viejas anegarme.  
Una me pide el vestido ,  
Otra el regalo , otra quiere  
Dinero seco , otra muere  
Por contarme lo que ha sido :  
Su hermosura , sus galanes ;  
Que don Gazmío la sirvió ,  
Y que don Diabolo se entró  
Allá por unos desvanes.  
Cuentos tan impertinentes ,  
Que sin sentido me deja.

LEONARDO.  
¿Qué cosa es ver una vieja  
Con mas historia que dientes !

DON FRANCISCO.  
¿Desdichado del que pasa  
Por mil viejas á su gusto !

DON ALONSO.  
Solo en nombrallas me asusto.

DON LUIS.  
No muy léjos de su casa  
Hay unas mozas famosas :  
Caza que yo descubri.

DON ALONSO.  
¿Hay para todos?

DON LUIS.  
No y sí.

DON ALONSO.  
¿Son hermosas?

DON LUIS.  
Muy hermosas.

DON ALONSO.  
¿Cantan?

DON LUIS.  
Ni por pensamiento.

DON ALONSO.  
¿Piden?

DON LUIS.  
No dan pesadumbre.

DON ALONSO.  
¿Son muy bobas?

DON LUIS.  
Ni por lumbre.

DON ALONSO.  
Pues ¿qué intentan?

DON LUIS.  
Casamiento.

DON ALONSO.  
¿Guarda la cara !

DON LUIS.  
A los bobos.

DON FRANCISCO.  
Hazte acá , necio.

DON LUIS.  
¿Braveza !

DON ALONSO.  
En tocándome esa pieza ,  
Brinco , salto , y doy corcovos.

LEONARDO.  
A la noche habeis de ver  
De cierta viuda al fresco ,  
Con mas color que un tudesco ,  
El inmortal parecer.

DON LUIS.  
¿De ese vocablo te vales?

DON ALONSO.  
Cierta amigo de sus famas ,  
Las que há dias que son damas ,  
Las llama las *inmortales*.

LEONARDO.  
Algo tiene esta señora  
De aquesa inmortalidad ,  
Porque compite su edad  
Con la historia de Zamora .  
Pero la buena alegría  
Del rostro , y el estrallos ,  
Cubre ciertos perigallos  
Que la edad antigua cria.

DON LUIS.  
¿Qué tenemos en romance  
Por *perigallos* ?

LEONARDO.  
Las quiebras  
Que hace el rostro.

DON FRANCISCO.  
Si celebras

Mujer que va dando alcance  
A la cuarentigia edad ,  
Como si fuese escritura ,  
Lisarda es alta figura :  
Allá esta noche cenad ,  
Y os dará en donaire y brio ,  
Aseo , gala y limpieza  
Lo que le falta en belleza.

DON ALONSO.  
De vuestras trazas me rio.  
Esas damas ya pasadas  
¿Para qué las quiero yo ?  
Que no sé quién las llamó  
Difuntas embalsamadas .  
Vamos al vuelo y paremos  
Donde quisiere la caza.

(*Vuelve Otavio.*)

DON FRANCISCO.  
Dad en lo presente traza.

DON LUIS.  
Paréceme que juguemos.

DON ALONSO.  
Por mí , aquí estoy.

DON FRANCISCO.  
Capitan ,

¿Jugaréis?

LEONARDO.  
Si jugaré.

DON ALONSO.  
¿Pintarémos ?

DON LUIS.  
No.

DON ALONSO.  
¿Por qué ?

DON LUIS.  
Porque es tarde , y nos darán  
Las pintas mala comida.

DON FRANCISCO.  
La polla podeis jugar.

DON ALONSO.  
Como la suele pelar ,  
A la polla nos convida.

LEONARDO.  
Ea , que polla ha de ser.

DON FRANCISCO.  
¿De á cómo ?

DON LUIS.  
A doblon.

DON FRANCISCO.  
¿Braveza !

DON ALONSO.  
Entrémonos á la pieza  
Donde solemos comer.

¡Hola ! Naipes.

CAMILO.  
Aquí están.

LEONARDO.  
Quien burro hiciere , que pague.

DON LUIS.  
De juego que el gusto estrague ,  
Dios os libre , capitan.

LEONARDO.  
Yo bien tomara los dados ;  
Mas quiérome entretener.  
(*Vanse don Alonso , Leonardo , don Luis  
y don Francisco.*)

OTAVIO.  
Estos aquí han de comer.

CAMILO.  
No hay platos aderezados.

OTAVIO.  
Haz que añadan dos ó tres :  
Dos carne y uno pescado.

CAMILO.  
Voy.

OTAVIO.  
Di que tengan cuidado.

(*Vase Camilo.*)  
Extraña la vida es  
De un mozo rico y soltero .  
¿Qué deslrenado que corre !

# ESCENA V.

DON JUAN , con vestido de bayeta , galan , aunque pobre ; GERMAN. — OTAVIO.

DON JUAN.  
Si agora no me socorre ,  
Irmé de Valencia quiero.

GERMAN.  
Mal pasarás sin tener  
Un vestido de galan

Para el día de San Juan ,  
Si es que ya se puede hacer.

DON JUAN.  
Déme mi hermano el dinero ,  
Si es que me le quiere dar

(Que es mas fácil conquistar  
En la China un reino entero);  
Que esta noche basta.

GERMAN. (Ap. á don Juan.)

Aquí

Está el mayordomo.

DON JUAN.

Aguarda.

GERMAN.

¿Qué tiemblas? Qué te acobarda?

DON JUAN.

La desdicha en que nací.—

Señor Otavio...

OTAVIO.

Don Juan...

DON JUAN.

¿Qué hace mi hermano?

OTAVIO.

Juega.

GERMAN. (Ap.)

¿A qué lindo tiempo llega!

DON JUAN.

¿Con quién?

OTAVIO.

Con el capitán

Leonardo, con don Luis

Y don Francisco.

DON JUAN.

¿Son dados?

OTAVIO.

Juego es de mil ducados,  
Si en los tantos advertís,  
Aunque es polla la que juegan.

DON JUAN.

¿Es á escudo?

OTAVIO.

Es á doblón.

DON JUAN.

Muy entretenidas son.

OTAVIO.

También pican, también ciegan.

DON JUAN.

Quisiera, señor Otavio,  
Que para vestir me deis;  
Que ando agora... ya me veis...  
Y es de don Alonso agravio  
Que salga un hermano suyo  
Tal en día de San Juan;  
Que yo pobre y el galán,  
Lo que han de decir arguyo  
De verle y de verme á mi;  
Que para tanta riqueza,  
Es notable la pobreza  
En que me trae.

OTAVIO.

Es así;

Pero él me tiene ordenado  
Que aun para medias no os dé  
Sin avisarle.

DON JUAN.

¿Por qué?

¿Soy algun bastardo echado  
A la puerta de su casa?  
Soy falto de entendimiento?  
Soy hombre sin fundamento?  
¿Deshóurole yo?

OTAVIO.

Esto pasa.

DON JUAN.

¿Qué hajezas hago yo?  
¿En qué malas compañías  
Me ha visto andar estos días?

OTAVIO.

Esto, don Juan, me mandó.

DON JUAN.

Pues es ya mucha crueldad...  
Tan buen padre y madre fueron  
Los que esta sangre me dieron,  
Como á él la suya.

OTAVIO.

Es verdad;

Pero aun hay causas mas grandes.

Quisiera (y fuera mejor)

Don Alonso, mi señor,

Que os fuéades vos á Flándes,

Donde al cabo de seis años

El Rey un hábito os diera.

DON JUAN.

No me habéis desa manera.

OTAVIO.

Allá, en los reinos extraños,  
No están los segundos mal;  
Si en la patria, pues nacieron  
Después.

DON JUAN.

Los primeros ¿fueron

De sangre mas natural

Para que sean los reyes,

Y sus esclavos los otros?

OTAVIO.

No lo juzguemos nosotros:

Esto disponen las leyes.

No quisiera vuestro hermano

Veros ocioso en Valencia.

DON JUAN.

¿Oféndele mi presencia?

¿Tanto le gasto?

OTAVIO.

En mi mano

Quisiera yo que estuviera:

Ya sabéis vos mi deseo.

DON JUAN.

¿A Flándes? ¿Lindo rodeo!

Ya sé yo lo que él quisiera;

Que me quitaran allá

La vida de un mosquetazo,

Por quitarle el embarazo

Que conmigo tiene acá.

¿A que un hábito pretenda

Me envía!

OTAVIO.

¿Y es maravilla?

DON JUAN.

Pues ¿hame dado ropilla

Adonde el hábito extienda?

¿Es cruz de saludador,

Que en la calle he de ponella?

Vaya él á pretendella,

Que podra honralla mejor;

Que no es bien que hábito en mí

Parezca cruz en rincon.

Juega el tanto de á doblón,

¿Y deja á su hermano así!

¿Fuera mucho de barato

Vestirme para San Juan?

Cuando él anda tan galán,

¿Es conmigo tan ingrato!

Para Pascua ¿no decia

Que á mi y á un pobre eriado,

Que me sirve por honrado,

Dos vestidos me daría?

Y en San Juan roto me veis.

GERMAN.

Aquí lindo lugar tiene,

«Si para Pascua no viene,

A San Juan me aguardaréis.»

Pardiez, señor mayordomo,

Que es terrible este señor,

Puesto que hermano mayor,

Y que yo no entiendo cómo

A su hermano trata así.

OTAVIO.

¿Vos también, picaño, habláis?

GERMAN.

El nombre que me llamais,  
Me viene muy bien á mi;  
Pues que le tiene don Juan,  
Porque su hermano lo quiere.

OTAVIO.

Don Juan, esto se refiere  
A que es orden que me dan.  
Yo hablaré por vos en esto,  
Y si él lo manda, se hará.

(Vase.)

## ESCENA VI.

DON JUAN, GERMAN.

DON JUAN.

¿No ves con lo que se va?

GERMAN.

Descolorido te has puesto.

DON JUAN.

Cuando te llamé picaño,  
Quise la espada sacar,  
Y de sus carnes cortar,  
Con que te vistieras, paño.  
¿Hay desvergüenza como esta!  
Hay estado de hombre honrado,  
Que á tal punto haya llegado,  
Ni escuchado tal respuesta!  
«Yo hablaré por vos en esto,  
Y si él lo manda, se hará.»

GERMAN.

Este sirve en fin, y está  
A la obediencia dispuesto.  
Terrible cosa es oír  
A un escudero cruel,  
Que,preciado de fiel,  
Suele un señor consumir:  
«Esto me tiene mandado:  
No puedo desto exceder;  
Es orden; no puedo hacer  
Mas de lo que está ordenado;»  
Y otras frialdades así,  
Espetadas en un palo.

DON JUAN.

No hubiera sido muy malo  
Que se acordara de mí,  
Dándole algunos, German.

GERMAN.

Desapasiona, Señor,  
Ese ingenio, ese valor,  
Que como niños están  
En paños de la fortuna;  
Deja que el tiempo los crie.

DON JUAN.

¿Habrá tiempo en que confie  
De mí mal mudanza alguna?

GERMAN.

Conténtate con que el cielo  
Te ha hecho gallardo y sabio.  
La pobreza no es agravio.  
¿Vive Dios, que me consuelo  
Cuando voy detrás de ti,  
Y dicen: «¿Qué talle y cara!  
¿Que este mozo no heredara,  
Y no aquel tonto!»

DON JUAN.

¿Ay de mí!

GERMAN.

¿Ay del turco, y ay de quien  
Lleva la fortuna en popa,  
Si en algun escollo topa,  
O da la barca vaiven!  
¡Ríete; y para olvidarte,  
Juega tu también un poco.

DON JUAN.

¿Yo? ¿Qué ó con quién? ¿Estás loco?

GERMAN.

Dineros tengo que darte.  
Ves aquí de la ración  
No sé cuántos dinerillos.

DON JUAN.

Pobreza y tristeza, grillos  
De la edad dicen que son.  
Quiero estar pobre, y no triste:  
De dos males el menor.

GERMAN.

Ea, siéntate, Señor.

DON JUAN.

Donaire, por Dios, tuviste.  
Pues ¿con quién he de jugar?

GERMAN.

Conmigo.

DON JUAN.

¿Contigo?

GERMAN.

Si.

DON JUAN.

¿Qué hará quien me viere aquí  
Jugar contigo?

GERMAN.

Callar.

Como el sacar los aceros  
Con el que diere ocasión,  
Así el jugar es razón  
Con quien trajere dineros.

DON JUAN.

Entra por una baraja;  
Que no pocas hay allá.

GERMAN.

Aquí la baraja está,  
Y el jugador de ventaja.

DON JUAN.

¿En el pecho la traías?

GERMAN.

Pues ¿hay almilla ni grana  
De mas provecho? Mañana  
Te la pongo: no te rías.

DON JUAN.

Arrastra el bufete aquí,  
Y en las dos sillas sentados,  
Juguemos nuestros cuidados,  
Por ver si los pierdo así.

GERMAN.

¿A qué habemos de jugar?

DON JUAN.

Al triunfo.

GERMAN.

Barajo y doy.

(Siéntanse á jugar.)

### ESCENA VII.

ROSELA Y CELINDA, *con mantos.*—  
DON JUAN Y GERMAN, *jugando.*

ROSELA.

¿Pierdo acaso de quien soy  
Porque le vengo á buscar?

CELINDA. (Ap. á Rosela.)

Tápate bien; que hay aquí  
Quien te puede conocer.

ROSELA.

¿Juegan?

CELINDA.

Si.

ROSELA.

¿Quién puede ser?

CELINDA.

¿Es don Juan, su hermano?

ROSELA.

Si.

CELINDA.

¿Gentil flema!

ROSELA.

¿Lindo ensayo!

El aprende en buena escuela.

CELINDA.

Por vida tuya, Rosela,  
Que juega con su lacayo.

ROSELA.

Tan divertidos están,  
Celinda, que no nos ven.

CELINDA.

¿Que en tan bajo punto estén  
Las cosas deste galán  
Por la crueldad de su hermano!

DON JUAN.

¿Renunció?

GERMAN.

No renuncié;  
Que siempre espadas jugué,  
Y esta me queda en la mano.

DON JUAN.

Seis bazas hice.

GERMAN.

Yo tres.

ROSELA.

¿Que un hombre tan principal  
Trate á su hermano tan mal!

CELINDA.

Lástima por cierto es.

GERMAN.

Déme cartas.

ROSELA.

¿Juegan plata?

CELINDA.

Ni aun cobre pienso que vi.

ROSELA.

Don Juan se entretiene así.  
Es pobre, y con pobres trata.

CELINDA.

¿No tiene gallardo talle?

ROSELA.

Y extremado entendimiento.

CELINDA.

El verle tan pobre siento.

ROSELA.

Yo no me atrevo á miralle.

CELINDA.

A este hombre quisiera yo,  
Y me vendiera por él.

ROSELA.

¿Quiéres que hablemos con él?

GERMAN.

La malilla.

CELINDA.

¿Por qué no?

DON JUAN.

Serviré con esta sota.

ROSELA.

Tómalo por mal agüero.

CELINDA.

Nunca, Rosela, si quiero,  
Eso que ves me alborota.

GERMAN.

¿Hay oros?

DON JUAN.

A quien le sobre.

GERMAN.

Oros juego.

DON JUAN.

No he tenido

Oro en mi vida.

GERMAN.

Y yo he sido

Hasta en los de naipes pobre.  
¿Hay caballo por ahí?

DON JUAN.

¿Cuándo tuve yo caballo?

CELINDA.

Turbada estoy de mirallo.

ROSELA.

Pues yo le hablaré por ti.

(Llégase á ellos.)

¿Quiéreme vuesa merced,  
Señor don Juan, dar barato?

GERMAN. (Ap.)

¿Damas!

DON JUAN. (Ap.)

¿Pesía al tiempo ingrato!

ROSELA.

Si ganais, haced merced  
A dos servidoras vuestras.

DON JUAN.

Por Dios, señoras tapadas,  
Que me pidan engañosas;  
Si no, díganlo las muestras.  
¿Solás en Valencia son  
De mis cosas peregrinas?

GERMAN.

Pienso que son tus vecinas.

DON JUAN.

Pues si es burla, no es razón.

CELINDA.

Antes somos forasteras.

DON JUAN.

Pues forasteras ó no,  
Barato les daré yo,  
Sea de burlas ó de veras.  
Tomen lo que entre los dos  
Tenemos. Bien hay tres reales;  
Mas no sé si están cabales;  
Pero les prometo á Dios  
Que es mas que darles mi hermano  
Tres mil escudos.

CELINDA.

Cread

Que me haceis mayor merced.

GERMAN. (Ap. á su amo.)

¿Tomároulo?

DON JUAN.

Con la mano.

GERMAN.

(Ap. A fe que son cortesanías.  
¿Pobre German, hoy no cenas!)  
¿Tres reales! (Ap. á don Juan.)

DON JUAN.

¿Esto condenas?

GERMAN.

¿Qué busconas tan humanas!

CELINDA.

Don Juan, vos nos habeis dado  
Barato...

DON JUAN.

Cuanto tenía

Os di; que la suerte mia  
No pinta mejor mi estado.  
Cread que si mundos fueran  
Llenos de diamantes y oro,  
Era pequeño tesoro  
Para que mis manos dieran.

CELINDA.

Estamos agradecidas,  
De suerte...

DON JUAN.

Tendréis por loco

Quien esto da.



CELINDA.

Que son poco  
Mil mundos de almas y vidas  
Para poderos pagar.  
Desta bolsilla os servid.

DON JUAN.

Mucho me corro.

CELINDA.

Advertid

Que esto se puede tomar.  
Después que un hombre le ha dado  
A una mujer cuanto tiene.  
Con cien escudillos viene,  
Que es de lo que me ha pesado;  
Pero si otra vez nos vemos,  
No faltarán otros tantos.

DON JUAN. (Ap. á German.)

¿Tomaréis?

GERMAN.

Toma cuantos

Te dieren. ¡Lindos extremos!

DON JUAN.

Tomaré, señora mía,  
A cambio de voluntad  
Este dinero, y fiad  
Que vuelva el doble algun día;  
Que agora quiero poner  
Pleito de mis alimentos.

CELINDA.

Pagad vos mis pensamientos,  
Que es lo que yo he menester.

DON JUAN.

Descubrid, por vida mía,  
De ese cielo alguna estrella.

ROSELA.

No lo hayais todo con ella;  
Que tambien parte querria  
De vuestro agradecimiento.

DON JUAN.

De quien me regala soy.

ROSELA.

Yo estas sortijas os doy  
Con el mismo pensamiento.

DON JUAN. (Ap. á German.)

¿Tomaréis? Di, German.

GERMAN.

¡No, sino el alba! Si puedes,  
Desnúdalas.

DON JUAN.

Mil mercedes

Me haceis.

ROSELA.

Vos sois tan galan,  
Que entre damas de buen gusto  
Os habían de dar galas.

DON JUAN.

Solas están estas salas;  
No hay quien os vea, y es justo  
Que los rostros descubrais.

ROSELA.

Eso no; tened la mano.  
Prenda soy de vuestro hermano.

GERMAN.

Si á don Alonso buscáis,  
Entrad; que jugando está,  
Y lo dado esquitareis.

DON JUAN. (A Celinda.)

Vos, que no lo sois, podeis  
Descubrirlos.

CELINDA.

Tarde es ya.

A quien deseastes ver,  
Que os haga, don Juan, favor.

DON JUAN.

¿Celos?

CELINDA.

¿Cómo sin amor?

DON JUAN.

Condicion debe de ser.

(Vanse Rosela y Celinda.)

### ESCENA VIII.

DON JUAN, GERMAN.

GERMAN.

Las dos se han entrado allá.

DON JUAN.

Éntrense donde quisieren.

GERMAN.

¿Quién serán?

DON JUAN.

Sean quien fueren.

Yo tengo dineros ya  
Para salir mas galan  
Que el sol, de San Juan el día.

GERMAN.

¿Qué dicha!

DON JUAN.

No como mía.

GERMAN.

Siendo mañana San Juan,  
¿Cómo te harán el vestido?

DON JUAN.

Como eso puede el dinero.  
Vestirme de blanco quiero.

GERMAN.

De blanco saldrás lucido;  
Pero ¿habrá en los cien escudos?...

DON JUAN.

Con las sortijas si habrá.

GERMAN.

¿Cuál tu hermano quedará  
Y sus amigos?

DON JUAN.

Mudos.

GERMAN.

Pero advierte que no excusas  
De vestirme á mi tambien;  
Porque solo no vas bien.

DON JUAN.

Invoca, German, las musas.

GERMAN.

¿Diceslo por estas damas?  
Pues ¿no era mio el dinero?

DON JUAN.

Vestirte de nuevo quiero.

GERMAN.

Eres Juan, gracia te llamas.

### ESCENA IX.

DON ALONSO, LEONARDO, DON  
LUIS, DON FRANCISCO.—Dichos.

DON ALONSO.

No sé, por Dios, quién son.

LEONARDO.

¿Para qué es eso?

Perder y levantarlos no es sin causa,  
Y no sabiendo vos picaros, poca.

DON LUIS.

Pues á fe que lo estábades, y tanto,  
Que menos que las damas que vinieron,  
No fuera el mundo parte á levantarlos.

DON FRANCISCO.

Vuestro hermano está aquí.

DON ALONSO.

¡Linda figura!

LEONARDO.

Mal haceis en tratarle desta suerte.

DON ALONSO.

[mano]  
Váyase á Flándes; ¿qué hace aqui mi her-  
Sirva, pretenda, como lo hacen otros.  
Venga con dos balazos, aunque traiga  
El cuerpo en dos muletas, y esté cierto  
Que le traeré en carroza y daré galas;  
Pero en Valencia haciendo picardias...

DON LUIS.

No quiero que digais que las costumbres  
De don Juan no son buenas.

DON ALONSO.

¿Buenas?

DON LUIS.

Tanto,

Que es tenido por hombre virtuoso.

DON ALONSO.

Tal tenga la salud quien eso dice.

DON LUIS.

Otavio me ha pedido que os suplique  
Vistais á vuestro hermano; que mañana  
Es día de salir como segundo  
De vuestra casa.

DON ALONSO.

Gracia tiene Otavio.

DON LUIS.

¿Erró mucho en echarme por tercero?

DON ALONSO.

No lo he de hacer, á fe de caballero.

(Vase.)

### ESCENA X.

DON JUAN, LEONARDO, DON LUIS,  
DON FRANCISCO, GERMAN.

DON FRANCISCO.

En hablándole en esto, se apasiona.

LEONARDO.

Pienso que tiene envidia á su persona.

DON LUIS.

Bien la puede tener.

GERMAN. (Ap. á su amo.)

Tu hermano es ido.

DON JUAN.

Hablar quiero con estos caballeros.—  
¿Quién de yucas mercedes ha perdido?

LEONARDO.

Todos hemos ganado, y solamente  
Vuestro hermano ha perdido.

DON JUAN.

No me pesa.

DON FRANCISCO.

Barato os quiero dar.

DON LUIS.

Yo haré lo mismo.

LEONARDO.

Y yo tambien, aunque he ganado poco.

DON JUAN.

Parece que limosna os he pedido;  
Y tal estoy, que pienso que la pido.  
Yo he menester que el capitán Leonardo  
Un caballo me preste, porque quiero  
Salir al Grao el alba de mi nombre.

LEONARDO.

[ofrezca]  
Yo os daré el blanco, y siempre que se  
Estan él y otros dos para serviros.

DON JUAN.

[de]  
Bésoos las manos por merced tan gran-  
No me atrevo á pedirsele á mi hermano,  
Porque conmigo ha dado en ser tirano;

Y atrévome á pedir osle, seguro [hecho].  
De la mereed que siempre me habeis  
LEONARDO.

Ya estáis de lo que os quiero satisfecho.  
DON LUIS.

Don Alonso tendrá dos convidadas,  
A lo que pienso, y no querrá testigos;  
Yo convido á Don Juan.

DON JUAN.

Bésos las manos.

DON LUIS.

Y á los demás tambien.

LEONARDO.

Por mí, yo aceto.

DON FRANCISCO.

Y yo, porque comamos juntos.

DON LUIS.

Vamos.

GERMAN. (Ap.) [nelo]

Dios me ha venido á ver; que en el ti-  
Comiera mucho hueso, palo y pelo.  
(Vanse.)

Playa y muelle de Valencia; mar en el fondo  
y buques.

### ESCENA XI.

LA CONDESA DE LA FLOR, *con capa  
con oro y sombrero con plumas*; DOÑA  
COSTANZA y DOÑA INÉS, *con ca-  
pitollos y sombreros*; DURANGO, un  
PAJE.

CONDESA. (Dentro.)

Parad el coche, parad;  
Que al muelle subir queremos.

DOÑA COSTANZA. (Dentro.)

Muy poco lugar tendrémos;  
Que hay gente de la ciudad.

DOÑA INÉS. (Dentro.)

No importa; lugar darán.

(Salen.)

DOÑA COSTANZA.

¡Hay tal vista!

CONDESA.

¡Hay tal frescura!

DOÑA INÉS.

Añade al mar hermosura

La mañana de San Juan.

DURANGO.

Tales mañanas como estas

Andan moros por aquí.

CONDESA.

¿Visteslos vos?

DURANGO.

Yo los vi,

Más de guerra que de fiestas;

Mas por esto el Grao se guarda,

Y andan por él estos dias

Tan lucidas compañías

Haciendo cuerpo de guarda.

Llegan cerca de Valencia,

Y dan vaya á los soldados.

DOÑA COSTANZA.

Buenos barcos.

DOÑA INÉS.

Extremados.

To lo tiene diferencia.

CONDESA.

Las aguas se están riendo.

DURANGO.

Mejor se riera el vino,

Con un pernil de tocino.

DOÑA INÉS.

¿Siempre habeis de estar bebiendo?

DURANGO.

De aquesta salada balsa

¿Puede tal cosa decirse?

Bien puede el agua reirse,

Pero será risa falsa.

Mas cuando se rie el vino,

Riese de corazon;

Que sus alegrías son

Que en él se embarque un tocino.

¿Qué armada en vino se anega?

¿Qué flota en él se perdió?

CONDESA.

Aquí me sentara yo.

DOÑA COSTANZA.

Hola, aquella alfombra llega.

(*El paje extiende una alfombra.*)

DOÑA INÉS.

Bello sitio el desta puente.

DOÑA COSTANZA.

Remata dentro del mar.

DURANGO.

Desde aquí po leis mirar

Toda Berberia enfrente.

CONDESA.

Anoche se viera bien;

Que en Argel luces habria.

DOÑA INÉS.

¿Sabeis vos la Berberia?

DURANGO.

Y aun la he pisado tambien.

DOÑA INÉS.

¿Cómo? ¿Decendeis de moros?

DURANGO.

¡Arre allá! Soy montañés;

Mas fui dos años ó tres,

Por novillos ó por toros,

A las galeras de España.

DOÑA INÉS.

¿Por delito?

DURANGO.

¿Otra cañita?

Era el capitan Zurita

Mi pariente.

DOÑA INÉS.

¿Cosa extraña!

DURANGO.

Pues yo de veras lo tomo.

DOÑA INÉS.

Pues si Zurita consiente

Que seais vos su pariente,

¿Qué mucho que seais palomo?

DURANGO.

Argel, Túnez y Bugia

Hacia aquella parte están,

Adelante Mostagan,

Siguiendo de Oran la via.

Luego Melilla y Boemar,

Fez queda dentro, y enfrente

Aquel estrecho eminente

Que llaman de Gibraltar.

DOÑA INÉS.

Y la sierra de las monas,

¿No cae cerca de ahí?

DURANGO.

No suelen hablarme á mi

Otras tan nobles personas

Desa suerte, y he servido

En Castilla y Portugal.

DOÑA INÉS.

Yo no lo he dicho por mal.

CONDESA.

Muy presto os habeis corrido,

Para ser tan cortesano,

Y ser alba de San Juan.

DURANGO.

Pues si de burlas están,  
Digan, y tendréis mano.

DOÑA COSTANZA.

Coche de música viene;

Que hay grande grita y ruido.

Casi en el mar se han metido;

Será porque mejor suene.

(Grita y alegría dentro.)

### ESCENA XII.

MÚSICOS, dentro.—DICHOS.

MÚSICA. (*Cantan dentro con sonajas.*)

*Salen de Valencia*

*Noche de San Juan*

*Mil coches de damas*

*Al fresco del mar.*

CONDESA.

Bien responden las orillas.

DOÑA COSTANZA.

El eco aprende á cantar.

DURANGO.

Por Dios, que estoy por bailar,

Segun hace el son cosquillas.

MÚSICA. (*Dentro.*)

¿Cómo retumban los remos,

Madre, en el agua,

Con el fresco viento

De la mañana!

DURANGO.

Harto mejor retumbaran,

Al fresco vino sutil,

Los remos de un buen pernil.

¡Oh nunca de agua cantaran!

MÚSICA. (*Dentro.*)

*Despertad, señora mía,*

*Despertad,*

*Porque viene el alba*

*De señor san Juan.*

CONDESA.

Caballeros van viniendo...

A caballo algunos van.

DOÑA INÉS.

¿Correrán?

DOÑA COSTANZA.

No correrán.

CONDESA.

Algunos voy conociendo.

DOÑA COSTANZA.

Don Francisco y Don Luis

Son los de pardo y morado.

CONDESA.

¿Quién es aquel de encarnado?

DOÑA INÉS.

El capitan Don Dionis.

Galán viene de pajiço

Don Alonso.

DOÑA COSTANZA.

Está heredado.

CONDESA.

Al galán de lo leonado

Mi color le satifizo.

DOÑA INÉS.

Trompetas hay en el mar.

DURANGO.

Moros son de Berberia.

CONDESA.

¿Qué dices?

DURANGO.

Vusiñoria

Se puede segura estar;

Que no llegarán aquí,  
Ni á pieza estar osarán.

DOÑA INÉS.

No hay mañana de San Juan  
Que estos no vengan así.

**ESCENA XIII.**

MOROS, *en dos fragatas, tocando trompetas y cajas.* — DICHOS.

UN MORO.

¡Ah cristianos de Valencia,  
Los que estar holgando al Grao  
El mañanica de Juan!  
Escuchalde el que te hablamos.  
Yo ser Celín de Marrócos,  
Y en Castilla haber estado  
Cautivo de un cristianillo  
Que llamar hijo de galgo.  
Escapamus del prison,  
Gracias, Mahoma, melagro;  
Que valemós setecientos,  
E costamos mil ducados.  
Por todo el bon tratamiento,  
Os envío este regalo. —  
Despara, démosles grita.

TODOS LOS MOROS.

¡Ah veliacos, ah veliacos!  
¡Ah galinias, pecarilios!  
Vivir torco mochos años.  
*(Disparan los moros; contéstantes des-*  
*de tierra, y viran de bordo.)*

**ESCENA XIV.**

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA,  
DOÑA INÉS, DURANGO, UN PAJE.

CONDESA.

Presto la espalda volvieron.

DOÑA COSTANZA.

Tal pieza les dispararon.

DOÑA INÉS.

Retumbando queda el mar.

DURANGO.

Brava grita nos han dado.

¡No estuviera aquí un marqués  
De Santa Cruz, un gallardo  
Conde de Niebla, un don Pedro  
De Toledo, un Oria, un Cárlos!

DOÑA COSTANZA.

Vuelve, Condesa, los ojos.

CONDESA.

¿Quién es aquel de lo blanco?

DOÑA COSTANZA.

Apostaré que es don Juan.

CONDESA.

¿Quién?

DOÑA COSTANZA.

De don Alonso hermano.

CONDESA.

¡Aquel pobre caballero,  
Que, envuelto en bayeta, ha dado  
En ser tumba de su alma?

DOÑA COSTANZA.

El mismo.

CONDESA.

¡Notable caso!

¿Quién le ha dado de vestir?

DOÑA INÉS.

Quizá lo pidió prestado.

CONDESA.

No hay vez que venir le vea,  
Envueltos los pobres brazos  
En el pelado herrero  
Que fué bayeta y es raso,

Que entre la risa no tenga  
Bél lástima, y de su hermano  
Queja.

DOÑA COSTANZA.

¡Qué gallardo viene,  
Él blanco, y de su caballo!

DOÑA INÉS.

Si tuviera que vestirse,  
Yo sé bien que mas de cuatro  
Tuvieran envidia de él.

CONDESA.

Enviémosle un recado.

DOÑA COSTANZA.

¿Cómo?

CONDESA.

Agora lo veréis.

DOÑA COSTANZA.

Por el muelle viene entrando.

DOÑA INÉS.

¿Burla quieres hacer del?

CONDESA.

¿Qué importa? Escuchad, Durango.  
Decid á don Juan de Fox  
Que le ruego, ó le rogamos,  
Que por ese puente al mar  
Ponga espuelas al caballo.

DURANGO.

Pues ¿ha de correr el otro?

¿No veis que en llegando al cabo,  
Ha de caer en el mar,  
Y podrá hacerse pedazos?

CONDESA.

Haced vos lo que yo os digo.

¿No entendéis que nos burlamos?

DURANGO.

Yo voy.

*(Vase.)*

**ESCENA XV.**

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA,  
DOÑA INÉS, EL PAJE.

CONDESA.

Con esta ocasión,  
Veréis cómo viene á hablarnos.

DOÑA COSTANZA.

¡No es lástima que sea pobre  
Un hombre tan bien hablado  
Y de tan linda persona?

CONDESA.

El cielo no le hace agravio;  
Que es suyo, y dalo á quien quiere;  
Que no puede ser forzado.  
A un pobre hará gentil hombre,  
Y á un feo discreto y sabio.

*(Suenan dentro cascabeles y ruido de  
un golpe en el mar.)*

¿Qué es aquello?

DOÑA COSTANZA.

Que corrió,  
Luego en dándole el recado,  
Y como remata el puente  
En el mar, hombre y caballo  
Se han sumergido en sus ondas.

CONDESA.

El hecho ha sido gallardo;  
*(Levántanse.)*

Mas no quisiera, si muere,  
Habérselo yo mandado.

DOÑA INÉS.

Que morirá no lo dudes.

CONDESA.

Pues anegaréme en llanto,  
Como el en agua del mar.

**ESCENA XVI.**

GENTE; y luego, DURANGO. — DICHOS.

GENTE. *(Dentro.)*

¡Gran lealtad!

UXO. *(Dentro.)*

¡Suceso extraño!

Aquí ayuda.

OTRO. *(Dentro.)*

Vivo está.

*(Sale Durango.)*

DURANGO.

¡Cuán mejor que de Alejandro  
Este caballo merece  
Sepulcro de jaspe y mármol!

CONDESA.

¿Qué es eso, amigo?

DURANGO.

Señora,

Apenas di tu recado,  
Cuando poniéndole espuelas,  
Batió al caballo los lados.  
Corrió al puente, y del cayó  
Furioso en el mar, que, alzando  
Blancas espumas al cielo,  
Tiró al sol vidrios quebrados.  
Mas dentro de breve tiempo  
El y don Juan asomaron  
Por el agua las cabezas,  
Uno hablando, otro hufando.  
Con la boca y las narices  
Agua arrojaba el caballo;  
Don Juan voces animosas,  
A su cerviz abrazado.  
A la orilla con el hombre  
Salió el caballo nadando,  
Donde algunos pescadores,  
Que estaban atando un barco,  
Ayudados de otra gente,  
A sus chozas le han llevado,  
Que están de la orilla cerca,  
Y allí le están desnudando.

CONDESA.

Hacedme placer, amigo,  
Que volvais á visitarlo,  
Y de mi parte le deis  
Este herrero aforrado  
Para que se abrigue agora;  
Que cuando á casa volvámos,  
Yo le enviaré qué se vista.

DURANGO.

Dios te guarde. Voy volando. *(Vase.)*

**ESCENA XVII.**

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA,  
DOÑA INÉS, EL PAJE.

CONDESA.

¡Hola, cochero!

DOÑA COSTANZA.

¿No quieres

Gozar del fresco?

CONDESA.

Hame dado

El suceso pesadumbre.

DOÑA COSTANZA.

Pues ¿qué quieres?

CONDESA.

Que nos vamos.

DOÑA COSTANZA.

Tienes razon de estar triste.

Si muere don Juan...

CONDESA.

Pensando

Que me burlara con él,



Me ha pesado de su daño.

DOÑA INÉS.

¿Qué importa que muera un pobre?  
¿Tu no miras que es sacarlo  
Del purgatorio del mundo?

CONDESA.

Ser la causa importa, y tanto,  
Que estoy en la obligación  
De atender á su regalo;  
Y si, como soy condesa  
De la Flor, aunque mi estado  
Está en Italia, una dama  
Fuera humilde...

DOÑA COSTANZA.

Dilo.

CONDESA.

Callo,

Porque nunca de imposibles  
Se pagan hechos gallardos.

(*Vanse.*)

Cabaña de pescadores á la orilla del mar.

### ESCENA XVIII.

DON JUAN, *mojado*; GERMAN, LAURINO, ALBERTO y PISANO.

ALBERTO.

Sin asco podeis dormir  
Un rato en aquesta cama.

DON JUAN.

No me teneis que advertir.

GERMAN.

Pensará que gana fama  
En no quererla admitir.—  
Mira que es bastante el susto.

DON JUAN.

German, déjame; que gusto  
De enjugarme el agua así.

GERMAN.

¿Quiéreste morir aquí?

DON JUAN.

Necio, no me dés disgusto.

GERMAN.

¿Disgusto te puede hacer  
Quien procura tu salud?

DON JUAN.

Yo sé que no es menester.

GERMAN.

No quiere la juventud  
Ni obedecer ni temer.

LAURINO.

A mi, que se me muera luego.

PISANO.

Ya puede llegarse al fuego.

GERMAN.

Comiéntate á desnudar.

DON JUAN.

Así me podré enjugar.

GERMAN.

Que no seas loco te ruego.

### ESCENA XIX.

DURANGO, *con la capa de la Condesa.*

—Dícuos.

DURANGO.

—¿Está aquí el señor don Juan?

GERMAN.

Aquí está; ¿qué le quereis?  
Y mas fresco que galan.

DURANGO.

Vos no me conoceréis,  
Tal vuestros ojos están.

DON JUAN.

Si conozco; que vos fuistes  
Quien el recado me distes.

DURANGO.

La condesa de la Flor  
Está muy triste, Señor,  
De la locura que hicistes;  
Que ella lo dijo, por dar  
Ocasión á que con ella  
Allegáredes á hablar;  
Y pésale que por ella  
Corriéscdes hasta el mar.  
Para que sepa, me envía,  
Cómo estáis, y con dolor  
Del daño que haber podría,  
Este herruero, Señor,  
Que trajo su señoría.  
Abriáoos luego con él,  
Que está muy desconsolada.

DON JUAN.

Hallaré la vida en él;  
Que la triaca extremada  
Tiene ponzoña cruel,  
Que de vóboras se saca;  
Y así, sera mi triaca  
De la mano del veneno.

DURANGO.

Y ¿cómo estáis?

DON JUAN.

De agua lleno,  
Aunque ya el frío se aplaca,  
Y aquesta capa, os prometo,  
Que muerto me diera vida,  
Como lo dice el efeto.

DURANGO.

Ella se vuelve afligida,  
Y vos respondeis discreto.  
Esto la voy á decir.

DON JUAN.

Decilde que por servir  
Persona de su valor,  
No tuve á la mar temor,  
Ni le tuviera al morir,  
Que como aquel á quien luego  
Roma mil estatuas fragua,  
Con mas valor y mas ciego,  
He sido Mucio de agua,  
Como él de tierra y de fuego.  
Y que quedo muy contento  
De pensar que la he servido  
Con solo mi pensamiento,  
Luego que tocó mi oído  
Su gusto y su mandamiento.  
Que aunque no somos los dos  
Iguales, como veis vos,  
Si tambien me lo mandara,  
Del Micaete me echara,  
Como del puente, por Dios.

DURANGO.

Voy presto; que se ha de holgar  
De la salud que teneis, (*Vase.*)

### ESCENA XX.

DON JUAN, GERMAN, ALBERTO,  
LAURINO, PISANO.

ALBERTO.

Ya el fuego os viene á llamar.

LAURINO.

Bien será que os desnudeis;  
Que el agua os puede matar.

DON JUAN.

Entrad, amigos; que quiero  
Hablar un poco á German.

PISANO.

Ya con la ropa os espero.  
(*Retíranse los pescadores.*)

### ESCENA XXI.

DON JUAN, GERMAN.

DON JUAN.

Las desdichas de don Juan  
El se las dice primero:  
Desde el punto que sali  
Este suceso temi.

GERMAN.

Quisiera darte un consejo,  
Ni de cuerdo ni de viejo,  
Pero de quien te ama sí.

DON JUAN.

Agora ¿qué puede ser?

GERMAN.

Que sirvas esta condesa.

DON JUAN.

¿Estás loco?

GERMAN.

¿No es mujer?

DON JUAN.

Es tan imposible empresa  
Como ver el hielo arder  
Y helar el fuego, German.

GERMAN.

Y ¿qué se pierde en servilla?

DON JUAN.

Que por loco me tendrán.

GERMAN.

Acuérdate desta orilla  
En que te advierto, don Juan.

DON JUAN.

Necio, es Hipólita hermosa  
De sus padres heredera,  
Titulo, y forzosa cosa  
Que sea, en suprema esfera,  
De mayor planeta esposa.  
Pídenla muchos señores  
De Castilla y de Aragon.

GERMAN.

¿Qué importa decirla amores,  
Si los pensamientos son,  
Cuanto mas altos, mejores?

DON JUAN.

¿Y si tanto me enamoro,  
Que cuando sin ella quede,  
Me muero, me abraso y lloro?

GERMAN.

¿Ser al contrario no puede?

DON JUAN.

¿Qué calidad, qué tesoro  
Tengo yo, para emprender  
La condesa de la Flor?

GERMAN.

Ese talle; que es mujer,  
Y suele un poco de amor  
Tales milagros hacer.

DON JUAN.

Confieso que me has hurtado,  
Puesto que he disimulado,  
El pensamiento, German.  
Desde aquí soy su galán.

GERMAN.

Desde aquí soy su criado.  
Suda el susto del morir,  
Y daré dos liciones  
De cómo la has de servir.

DON JUAN.

En laberinto me pones  
Que es imposible salir.

# ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de la Condesa.

## ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA.

DOÑA COSTANZA.

Deste parecer estoy.

CONDESA.

¿Que á don Alonso tratais  
Desa manera?

DOÑA COSTANZA.

¿Pensais

Que de las mujeres soy  
Que por casarse no miran  
La calidad del sugeto?

CONDESA.

Amar y tener respeto,  
De andar juntos se retiran.

DOÑA COSTANZA.

Pues sepa vusiñoria  
Que yo le pienso tener,  
Para no venir á ser  
Necia y casada en un día.  
Don Alonso me agradó,  
Su deseo agradeci;  
Y todo lo aborreci  
Cuando él la causa me dió.  
Y no una, sino mil,  
Siendo el hombre mas perdido  
Que esta ciudad ha tenido,  
Y de condicion mas vil.  
Toda su hacienda ha jugado  
Y dado á mujeres tales,  
Como dirán las señales  
Que en la salud le han dejado.  
Sus lugares ha vendido,  
Y come de aquel valor:  
Decidme, ¿es digno de amor  
O de ser aborrecido?  
¿Será bien que pague yo  
De mi dote estas locuras?

CONDESA.

Yo os deseo mil venturas;  
Que tales desdichas no.  
Eso, Costanza, ignoraba,  
Supuesto que algo sabia  
De la vida que traía  
Y lo mucho que jugaba.  
Mas que estuviere en estado  
Que hasta sus lugares vende,  
Eso no, porque me ofende  
Aun de haberlo imaginado;  
Que solamente por ti  
A su persona inclinada,  
No le aborreci, cansada  
De las crueldades que oí  
Que con su hermano don Juan  
Usaba en toda ocasion,  
Hombre de otra condicion.

DOÑA COSTANZA.

¿Y no añades tu galan?

CONDESA.

Don Juan, porque le envié  
Los regalos que supiste,  
Por la enfermedad que viste,  
Y que por mi causa fué,  
Con loca satisfacción  
De pensar que yo le quiero,  
Siendo tan pobre escudero,  
Me da á entender su aficion.  
A veces estoy corrida  
De ver que un galan tan roto  
Cause en Valencia alboroto,  
Siendo de su amor servida.  
Y á veces tomo á donaire

Verle siempre tras el coche,  
Y que de día y de noche  
Detenga á mi calle el aire.  
No voy á parte ninguna  
Adonde no esté don Juan;  
Y cierto que él es galan,  
Pero de humilde fortuna;  
Y que me da compasion,  
Y le quisiera vestir,  
Cuando le veo seguir  
Tan lucida pretension.

DOÑA COSTANZA.

Yo os juro que si don Juan,  
Condesa, á mi me quisiera,  
Que así pobre le admitiera,  
Mas que á su hermano galan;  
Porque sus defectos son  
Del hado, con él tirano,  
Y los de su loco hermano  
De su misma condicion.  
Ese, porque mas no puede.  
Es pobre; esotro lo ha sido  
No mas de porque ha querido,  
Y así es justo que lo quede.  
¿Es posible que no miras  
A don Juan con aficion?

CONDESA.

Das tormento al corazon  
Con sospechas de mentiras.  
Confieso, pues hoy has hecho  
Júz tu curiosidad,  
Que le tengo voluntad;  
Mas no me pasa del pecho.  
Don Juan me parece bien,  
Roto y pobre como está;  
Su amor ocasion me da  
A no mostrarle desden;  
Pero el ver que es imposible  
Ser mio, ni suya ser  
(Que no siendo su mujer,  
No se da medio posible;  
Y serlo, es mucho mayor),  
Por mas que el amor exceda,  
Para que correr no pueda  
Tiene la rienda á mi amor.

DOÑA COSTANZA.

Discurre prudentemente;  
Que donde el intento es vano,  
Llevar la rienda en la mano  
Es prevencion excelente.  
El ¿háblate algunas veces?  
¿Qué te dice?

CONDESA.

Si es hablar  
Un siempre humilde mirar  
Con el talle que encareces,  
Mil veces habla don Juan;  
Pero con la lengua no.

DOÑA COSTANZA.

Pues que habla muy bien sé yo.

CONDESA.

Y yo que no le darán  
Desigualdad y pobreza  
Licencia mas que á mirar;  
Que siempre la dan á hablar  
La arrogancia y la riqueza.  
Y como hablar de discretos  
Con efetos siempre ha sido,  
Y no le deja el vestido  
Que pueda hablar con efetos,  
A los ojos les remite  
Cuan to la lengua dijera,  
Si hablar de mano pudiera.

DOÑA COSTANZA.

¿Que la fortuna les quite  
A los hombres de valor  
Desta manera las alas!

CONDESA.

¿Cuántos, tiempo, desigualas,

Que hiciera iguales amor!  
Vámonos, doña Costanza,  
En casa de Inés un poco;  
Verás á don Juan, que loco  
Sigue su vana esperanza.  
Ce, Durango, ¿estáis aquí?

## ESCENA II.

DURANGO.—DICHAS.

DURANGO.

Sí, mi señora, aqui estoy.

CONDESA.

Pongan el coche.

DURANGO.

Yo voy.

CONDESA.

¿Está don Juan por ahí?

DURANGO.

Pues ¿cuándo deja don Juan  
De estar mirando tus rejas?

(Vase.)

DOÑA COSTANZA.

Ten lástima de sus quejas.

CONDESA.

No puedo; que escribirán  
Al señor mi desposado.

DOÑA COSTANZA.

¿Cuándo dicen que vendrá?

CONDESA.

De camino queda ya.

DOÑA COSTANZA.

¿Hasle visto?

CONDESA.

Retratado.

DOÑA COSTANZA.

¿Qué tales sus gracias vienen?

CONDESA.

Yo no fio de retratos,  
Porque son estelionatos,  
Que venden lo que no tienen.  
(Vanse.)

Sala en casa de don Alonso.

## ESCENA III.

DON ALONSO, DON LUIS, LEONARDO.

DON LUIS.

Si vos gastais desatinadamente,  
No es justo que os quejeis de la fortuna.

DON ALONSO.

¿No queréis, Don Luís, que me lamente  
De ver que no me ayude en cosa alguna?

LEONARDO.

Sois en el juego un bárbaro impaciente,  
Y en vuestros gustos, no hay mujer, no

[hay luna]

Que tantas menguas y crecientes tenga:  
¿Qué bien queréis que por los dos os

DON ALONSO.

[venga?

Otros suelen ganar, y cuando menos,  
Tienen la dicha y la desdicha á días.

DON LUIS.

El juego ha sido infamia de mil buenos.

DON ALONSO.

Poco ha dañado las costumbres mías.

LEONARDO.

De sus iras están los libros llenos,  
Tragedias que engendraron sus porfias;  
No hay cosa que deslustre tanto un hom-

[bre;

Fuego, y no juego, es ya su propio nom-

[bre.]



DON LUIS.

Jugar tasadamente lo que puede  
 Un hombre que procura, estando ocioso,  
 Un rato entretener, se le concede;  
 Mas no su hacienda, vida y su reposo,  
 Ni que perdido para siempre quede,  
 Hecho afronta del vulgo licencioso,  
 Vendiendo hasta las cosas vinculadas,  
 De sus honrados padres heredadas.  
 Los lugares que vos habeis vendido  
 Con los infames naipes y los dados,  
 Eu la conquista deste reino han sido  
 De vuestros ascendientes conquistados  
 Con sangre que les dió tal apellido,  
 Con lanzas, con espadas, con soldados;  
 No con las de papel, con bastos y oros,  
 En que expendido habeis tales tesoros.  
 No direis á lo menos que yo he sido  
 De los amigos que á perderse ayudan  
 El que va caminando á ser perdido,  
 Y que en faltando, de amistades mudan;  
 Siempre á todo vendré, como he venido,  
 Cuando todos os falten, y no acudan  
 A las obligaciones que les dieron  
 Los beneficios que de vos tuvieron.  
 Mas ¿cómo dejaré, si me hepreciado  
 Siempre de ser leal y verdadero,  
 De deciros que vais tan engañado,  
 Y á vuestra perdición correis ligero?  
 Si algun remedio tiene lo pasado,  
 Es que agora guardéis este dinero  
 En que vuestros estados se han vendido.

DON ALONSO.

Molesto amigo sois.

DON LUIS.

No soy fingido.

DON ALONSO.

¿No veis que concertado el casamiento  
 De Costanza, que ya llamo mi esposa,  
 He de mudar de vida y pensamiento,  
 Y que podré, pues es rica y hermosa?  
 ¿Cuántos con desfrenado atrevimiento  
 Corrieron por la senda licenciosa  
 De la gallarda mocedad, que es fuego,  
 Y en llegando á casar pararon luego?  
 No vuela por el aire la cometa  
 Con tantos resplandores encendida,  
 Como la tierna edad corre inquieta,  
 De la caliente sangre persuadida;  
 Ni fenece más frígida y quieta  
 Exalacion ardiente, que la vida  
 De un mozo libre, y sus locuras todas,  
 A los umbrales santos de las bodas.  
 Yo seré así, y el dote puesto en renta  
 Mis lugares irá desempeñando;  
 Que en mozo es gala, y en casado afronta,  
 El ir su hacienda y vida disipando:  
 El hombre que ha pasado sin tormenta  
 El mar de juventud, guárdese cuando  
 Llegue al de la vejez; que, las edades  
 Trocando, en ella hará mil mocedades.

LEONARDO.

Reformad vuestra casa de criados.

DON ALONSO.

No puedo descaecer, hasta casarme,  
 Del honor que he tenido.

DON LUIS.

¿Qué engañados  
 Viven todos los mozos!

DON ALONSO.

Es cansarme.

DON LUIS.

Mas honra y casa han menester casados.

DON ALONSO.

¿Venis á entretenerme ó á matarme?

## ESCENA IV.

OTAVIO.—DON ALONSO, DON LUIS,  
 LEONARDO; después DON JUAN y  
 GERMAN.

OTAVIO.

Un coche está á la puerta.

DON ALONSO.

¿Con qué gente?

OTAVIO.

Tres damas, don Francisco y un valien-

DON ALONSO.

Vamos al Grao.

LEONARDO.

Tracemos esta tarde

Hablar á orilla de la mar un poco.

(Salen don Juan y German. Vase Otavio.)

DON JUAN. (sin ver á su hermano.)

¿No quieres que el ser pobre me aco-  
 GERMAN. [barde?

Ni te detengo aquí ni te provoco.

DON JUAN.

[aguarde,  
 ¿Qué es lo que quieres que en Valencia  
 Del vano amor de la Condesa loco,  
 Y sin tener con que mi cuerpo cubra,  
 Por mas que á todos mi pobreza encu-

[bra?

Mátame en Flándes la impelida bala  
 Del polvo ardiente en bético ejercicio,  
 Y no en Valencia amor, que se regala  
 Entre la seda, el ámbar, oro y vicio.  
 Para salir harémos una gala  
 Que diga en los colores el oficio:  
 Con esto dejaremos la Condesa.

GERMAN.

Que aciertas digo, y digo que me pesa.

DON JUAN.

Hoy han de dar dineros á mi hermano,  
 German, destos lugares que ha vendido:  
 Hablarle quiero, y no perder en vano  
 El tiempo, que jamás vuelve, perdido.  
 Salgamos del poder deste tirano.

GERMAN.

¿No miras que está aquí?

DON JUAN.

¿Si nos ha oído?

GERMAN.

Si hará; que el rico al pobre solamente  
 Oye lo que murmura del ausente.

DON ALONSO.

¿Quién es?

DON JUAN.

Yo soy.

DON ALONSO.

¿Qué quieres?

DON JUAN.

Quiero hablarte.

DON ALONSO. [nencias?

¿Qué tienes tú que hablarme? ¿Imperti-

DON JUAN.

Escucha y lo sabrás.

DON ALONSO.

Dí presto.

DON JUAN.

Quisiera hablar.  
 DON ALONSO.

Y yo comprar paciencia.  
 Acaba de decir.

DON JUAN.

Por no enfadarte,  
 Y como dices tú, con insolencia,  
 A Flándes quiero irme.

DON ALONSO.

Buen amigo

Ha sido, Juan, el que hoy habló contigo.  
 Y ¿tienes eso ya determinado?

DON JUAN.

Y que saldré pasados cuatro días.

DON ALONSO.

[do,  
 Pues vé con Dios; que allá podrás, solda-  
 Perder los brios que en Valencia crias.

DON JUAN.

Dinero he menester; hoy te lo han dado...

DON ALONSO.

¿Dinero yo, don Juan!

DON JUAN.

¿Pues qué! ¿quierias  
 Que fuese de aquí á Flándes sin dinero?  
 ¿No ves que soy tu hermano, y caballero?

DON ALONSO.

¿Qué has menester?

DON JUAN.

Lo menos mil ducados.

DON ALONSO.

¿Hay desvergüenza igual?

DON JUAN.

Nunca entre iguales  
 He conocido yo desvergonzados.

DON ALONSO.

[les?  
 ¿Pues no te bastan, di, quinientos rea-

DON JUAN.

Si los echas al naípe ó á los dados  
 En una mano, y en jornadas tales  
 Que te infaman á tí, para jornada  
 Que te ha de honrar ¿qué es mil duca-

[dos? Nada.

¿Nacimos, don Alonso, por ventura  
 De un padre y una madre, á que tú vivas  
 Con tal arreglo y tal descompostura,  
 Que de ninguna libertad te privas;  
 Y yo con tal pobreza y desventura,  
 Por mil necesidades excesivas,  
 Que á tus esclavos venga yo á envidia-  
 Que curan y regalan tus caballos? [los,  
 ¿Quinientos reales das á un hombre hon-

[rado?

De limosna eran buenos, no debidos  
 A un hermano que quiere ser soldado  
 Porque tú no le sueldas los vestidos.

DON ALONSO.

Es tan anejo el ser desvergonzado  
 Al ser pobre, que piensan atrevidos  
 Todos los que lo son, que se les debe  
 Lo que con esta haré que alguno lleve.

LEONARDO.

[hermano.

¿La espada! No es razon; que es vuestro

DON ALONSO.

¿Vive Dios, que es un pícaro!

DON JUAN.

No digo  
 Que mientes; que lo soy por ser tirano  
 Quien quiere usar esta crueldad con-  
 [migo;  
 Mas guarda bien que no la pongas mano;  
 Que si la sacas, á mostrar me obligo  
 Que el pícaro eres tú, pues estos brazos  
 Te harán vestido y carne mil pedazos.

DON ALONSO.

Dejadme, capitán; don Luis, dejadme.

DON JUAN.

Pues; vive Dios, que si le dejan!...

DON LUIS.

Creo

Que debeis de estar loco.

DON ALONSO.

Perdonadme;  
 Que he de matarle.

DON JUAN.

De hambre, yo lo creo.



DON ALONSO.

Don Juan...Dejolas armas.Escuchadme.

DON JUAN.

Si decis que os morís; que eso deseo.

DON ALONSO.

Si entráis mas en mi casa, dos lacayos

Os han de hacer pedazos.

DON JUAN.

¡Bravos rayos!

DON ALONSO.

Si llegais á esta puerta, vive el cielo...

DON JUAN.

Cuando yo fuera Lázaro, llegara,

De perros y avariento con recelo.

DON ALONSO.

Miradme, infame, hárbaro, á esta cara.

DON JUAN.

Mirarla pensé yo por mi consuelo;

Mas no tan loca, desigual y avara.

Véte con Dios; que espero que algun día

Dé premio el cielo á la paciencia mia.

LEONARDO.

Dejadle ya.

DON ALONSO.

En una horca espero

Ver este libre mozo.

DON LUIS.

Basta. Vamos.

(Vanse don Alonso, don Luis y Leonardo.)

**ESCENA V.**

DON JUAN, GERMAN.

GERMAN.

¿Estás contento?

DON JUAN.

Si; que estarlo quiero.

GERMAN. [mos?

¿Por qué, Señor, pues como ves queda-

DON JUAN.

Porque salimos de un tirano fiero,

Y de su cautiverio nos libramos.

GERMAN.

Y ¿qué habemos de hacer de doce á una?

DON JUAN.

Dar una higa y cuatro á la fortuna.

GERMAN.

Buen animo, Señor; que cierta dueña

Te acogerá en su casa, que es honrada,

Y algun amor sospecho que me enseñe.

DON JUAN.

Eso es por lo que toca á la posada.

GERMAN.

Pues para una comida tan pequeña

Como en aquesta casa te fué dada,

Yo me pondré á peon de alguna obra;

Que con tres reales para entrambos so-

Allí trabajaré todos los días, [bra.

Y te traeré dinero.

DON JUAN.

No hay hermano

Como un amigo.

GERMAN.

Tente. ¿Qué porfias?

DON JUAN.

Si no me das los piés, dame la mano.

GERMAN.

Detente pues.

DON JUAN.

Espero que las mías

Me podrán sustentar; verás que gano

Con que los dos comamos.

GERMAN.

¿De qué suerte?

DON JUAN.

Oye una habilidad.

GERMAN.

Prosigue.

DON JUAN.

Advierte.

Yo sé hacer flores con primor notable

(Que lo aprendí de cierta hermana mia),

Hasta imitar romero saludable

(Que es el mayor primor y gallardia),

La pálida retama, la admirable

Angélica, el rosal de Alejandria,

El clavel carmesí, la azul violeta,

La azucena y la cándida mosqueta.

Haré mil flores: tú podrás llevallas

Por Valencia á vender hasta que el cielo

Dé fin á nuestras vidas...

GERMAN.

Remedíallas

Puede tu habilidad.

DON JUAN.

No tiene el suelo

Flores que yo no sepa retratallas:

Soy de un jardín particular modelo.

Vén, comprarémos rebotin y seda.

GERMAN.

El ingenio no hay cosa que no pueda.

(Vanse.)

**ESCENA VI.**

DON ALONSO, DON LUIS, DON FRANCISCO.

DON LUIS.

Si vos volveis á jugar

Y perdeis cuanto teneis,

Acabado de avisar

Que no juguéis, ¿qué quereis?

¿Quereis por fuerza ganar?

¿No sabeis lo que dilieren

Los que esa ventura adquieren,

Y que el juego y la poesia

Se enfadan de la porfia,

Porque vienen cuando quieren?

El que versos quiere hacer,

Y buena dicha en ganar,

No piense que ha de poder,

Por picarse y porfiar,

Ni ganar ni componer.

Mejor, don Alonso, fuera

Ir al Grao.

DON ALONSO.

No pensé

Que el juego, don Luis, creciera:

Jugué, piquéme, llegué

A que mil mundos perdiera.

Por dar barato á Lisarda,

Tomé el dado.

DON LUIS.

El capitan

Hizo una suerte gallarda.

DON FRANCISCO.

Aquí las damas están,

Y el coche y merienda aguarda.

DON ALONSO.

¿Habeis vos jamás comido,

Que hayais tan lindo dinero

En cuatro manos perdido?

Que lleven las damas quiero,

Ya que á mi casa han venido;

Pero que en llegando al mar,

Las echen dentro.

DON FRANCISCO.

Esto es hecho.

Las ninfas quiero tornar.

DON ALONSO.

Volved.

DON FRANCISCO.

Que os canso sospecho.

DON ALONSO.

Antes os tengo que hablar.

DON FRANCISCO.

¿En razon de qué?

DON ALONSO.

En razon

De aquella resolcion

Del casamiento tratado.

DON FRANCISCO.

Mas ¡qué propio de un picado!

DON LUIS.

Los mismos efetos son.

DON ALONSO.

¡Vive Dios, que he de probar

Si casándome es posible

Aborrecer el jugar!

DON FRANCISCO.

¿Qué medio mas conveniente

Donde no basta el jurar?

Tendréis luego otro cuidado

De la familia y los hijos.

DON ALONSO.

Ocúpenme y sean pesados.

DON FRANCISCO.

Antes con mil regocijos,

Y libre de mil cuidados.

¿Qué es ver una honrada cara

Y dos hijos á una mesa?

DON ALONSO.

Aquí mi discurso para,

Aquí mi locura cesa,

Y deste asilo se ampara.

Válgame contra mi edad

El freno del casamiento.—

Id presto, Francisco, hablad

A doña Costanza.

DON FRANCISCO.

Siento

Que os hago en esto amistad,

Y por esto voy.

DON ALONSO.

El cielo

Os pague tan grande bien,

O trágueme vivo el suelo

Si mas jugare, y á quien.

(Vase don Francisco.)

**ESCENA VII.**

DON ALONSO, DON LUIS.

DON LUIS.

Dese juramento apelo,

Y vuestra lengua no exceda;

Porque un discreto decia

Que no hay adonde se pueda

Conocer la gallardia

Como en quien perdiendo queda.

DON ALONSO.

¿Hay quien no lo sienta?

DON LUIS.

No;

Mas saber disimular

Con la prudencia nació.

DON ALONSO.

Poco supo de jugar

Quien ese aforismo os dió.

¡Pesia tal! la condicion

De los hombres no es igual

En sentir lo que es razon,

Y mas si de causa igual

Los efetos no lo son.

Vamos á la platería;

Algo que vender hallé.

DON LUIS.

¿Y el juramento que había  
De abrirse el suelo?

DON ALONSO.

¿Juré?

DON LUIS.

¡Bueno vais, por vida mía!

DON ALONSO.

Don Luis, esto solo os ruego :  
Que no tengáis por constante  
Mas que la nieve en el fuego,  
El juramento de amante  
Ni de hombre que pierde al juego.  
(*Vanse.*)

Sala en casa de doña Inés.

## ESCENA VIII.

LA CONDESA, DOÑA INÉS, DOÑA COSTANZA.

DOÑA INÉS.

La visita os merecí  
Por hurtarme el pensamiento,  
Aunque obligada me siento.

DOÑA COSTANZA.

No me la debeis á mí;  
Que la Condesa trazó  
El venir las dos á veros.

CONDESA.

Quise, Inés, entreteneros,  
Porque Celia me contó  
Que andáis con ciertas tristezas.

DOÑA INÉS.

Algo venis á saber :  
Curiosa debeis de ser  
De las ajenas finezas.

CONDESA.

Malicia es esa.

DOÑA COSTANZA.

Y ¡qué tal!

CONDESA.

Si hablare en cosa de amor,  
Que merezca el disfavor  
De haber juzgado tan mal.

DOÑA COSTANZA.

Advierta vusiñoria  
Que si de amor no ha de ser,  
No queda en que entretener  
Tan largo y ocioso día,  
O porque solas estemos,  
O por no admitir galanes.

CONDESA.

Si es por solos ademanes,  
Que es lo mas que en esto vemos,  
Yo serviré de galán.

DOÑA INÉS.

Si; mas ¿de cuál de las dos?

CONDESA.

De entrambas; porque, por Dios,  
Que así al propio me verán;  
Pues una sola, no sé  
Quién la quiera y sirva.

DOÑA COSTANZA.

Yo

Sé quién la adora.

CONDESA.

Yo no.

DOÑA COSTANZA.

Licencia, y yo lo diré.

CONDESA.

No habeis de decir don Juan;  
Que ese no tiene vestido

Para querer dos; que ha sido,  
Por pobre, de una galán.

DOÑA INÉS.

¿No os causa mucho donaire  
El ver cuál se anda tras vos?

CONDESA.

Donaire y aire, por Dios,  
Porque siempre le da el aire.  
¿A quién no moverá á risa  
Verle en pascua con bayeta?

DOÑA INÉS.

Si; pero buena es la treta  
De buen zapato y camisa.  
Lo demás es niño en faja.

DOÑA COSTANZA.

Voces en la calle dan,  
Que flores vendiendo van.  
CONDESA. (*A un criado que está dentro.*)  
¡Hola! Por las flores baja.

## ESCENA IX.

DURANGO.—DICHAS.

DURANGO.

Yo, Señora, estoy aquí.

CONDESA.

Id presto.

DURANGO.

Como un cohete.

(*Vase.*)

DOÑA INÉS.

Cada cual su ramillete  
Tiene en presente de mí,  
Por ver si con esto excuso  
El daros de merendar.

CONDESA.

¡Buen modo de regalar!  
Si no es galán, es al uso.  
La visita no es sangría.

## ESCENA X.

DURANGO; y luego, GERMAN.—LA CONDESA, DOÑA INÉS, DOÑA COSTANZA.

DURANGO.

El hombre ha subido ya.—  
Llegad, y os las comprará; (*A German.*)  
(*Sale German con un tabaquillo de flores de seda.*)

Mas llamadla señoría. (*Ap. á German.*)GERMAN. (*Ap.*)

¡Ay, cielos, dónde he subido!  
Volverme á bajar quisiera.  
No pensé que en esta casa  
Estuviese la Condesa.  
Irme quiero. ¿Qué lo dudo?

CONDESA.

¿Por qué se va el hombre?

DURANGO.

Espera,

Florero. ¿De qué te cubres?

GERMAN.

Amigo, tengo vergüenza.

CONDESA.

¡Hola, buen hombre! detente.

GERMAN.

¿Qué quieren que me detenga?

CONDESA.

Dadnos flores. ¿Qué os turbais?

DOÑA COSTANZA.

¿De qué jardín son?

GERMAN. (*Ap.*)

¡No fuera

Un ave en aqueste punto!

DOÑA COSTANZA.

¡Por vuestra vida, Condesa,  
Que es lacayo de don Juan!

DOÑA INÉS.

Y las flores son de seda.

CONDESA. (*Ap. á las damas.*)

¿Si es invencion para hablarme?

DOÑA COSTANZA.

La vergüenza no lo muestra;  
Antes él le habrá dejado,  
Y sirve á alguna florera.

CONDESA.

No me espanto; que tendria  
Con don Juan comida y cena  
Tan inciertas, que es disculpa.

DOÑA COSTANZA.

Por necesidad le deja.—  
¿Es monja, amigo German,  
Quien hace flores tan bellas?  
¡Bendiga el cielo sus manos!

DOÑA INÉS.

No pueden las verdaderas  
Ser mas lindas.

CONDESA.

Solo harán

En el olor diferencia.  
Dinos algo. ¿Por qué callas?

GERMAN.

Una mentira y quimera  
Os quise decir, señoras,  
Si diera el tiempo licencia :  
En esto suspenso estuve;  
Mas desatando la lengua  
A la verdad, os suplico  
Estéis un instante atentas.  
Hoy el cruel don Alonso,  
Con fieros y voces fieras,  
Echó á don Juan de su casa :  
¡Gran prueba de su paciencia!  
Llévele á una pobre choza  
De una mi comadre vieja,  
Que dice que me ha criado :  
Recibióle en fin en ella.  
Díjale que le daría  
De comer cuando pudiera  
Pleitear sus alimentos  
O salirse de Valencia.  
Quiso saber cómo, y dije  
Que en las fábricas ó cercas,  
De peon me alquilaría  
Para dar ladrillo ó piedra.  
Respondió que no era justo,  
Mas que comprásemos seda  
Y rebotin; que él sabía  
Imitar las flores bellas.  
Comprámosle; y como veis,  
Ha comenzado por estas  
Que llevo á vender agora.  
Entré aquí (que no debiera)  
Porque no pensé que estaba  
Mi señora la Condesa,  
Donde con este azafate  
Me viera agora venderlas.  
Así, Dios, bellas señoras,  
Tan alta dicha os conceda,  
Que la hermosura y la dicha  
Se igualen en competencia,  
Que no digáis á don Juan,  
Ni de burlas ni de veras,  
Que me habeis visto, ó sabeis  
De mi boca ni la ajena  
Que él ha hecho aquestas flores;  
Que me cortarás las piernas;  
Que mientras mas pobre está,  
Más estima su nobleza.  
Con esto, si sois servidas,  
Mandad que me den licencia;  
Que estoy temblando.



CONDESA.

Detente.

¡Hay tal lástima!

DOÑA COSTANZA.

¡Que sea

Tan bárbaro don Alonso!

CONDESA.

¡Qué bien dices! No le quieras.

Ea, señoras, tomad.

¡Hola! el azafate llega;

Comprar tenemos las flores.

DOÑA INÉS.

Yo compro aquestas violetas,

Y le doy estos escudos.

DOÑA COSTANZA.

Yo por estas azucenas

Le doy estos.

CONDESA.

Las demás

Para mí quiero que sean.

Guardad, Durango, estas flores.

Tomad, German; que pudieran

Dar otro fruto si el tiempo

No helara las manos dellas.

GERMAN.

Mil veces beso las tuyas.

CONDESA.

Si hiciere mas, me las lleva

A casa, por ver si en tantas

Alguna esperanza siembra.

Y ¡ojalá pudiera ser!...

GERMAN.

¿Qué, Señora?

CONDESA.

Que dijeras

Que estaban tan naturales,

Que han engañado una abeja.

GERMAN.

Loco de contento voy.

Los cielos, señoras bellas,

Os den mas años de vida

Que en los escudos hay letras.

(*Vanse German y Durango.*)

DOÑA COSTANZA.

Triste estás.

CONDESA.

Estoy de suerte

Con don Alonso, que a ser

Hombre...

DOÑA COSTANZA.

¿Qué habías de hacer?

CONDESA.

Dijera darle la muerte,

Si no creyera de ti

Que le tienes alicion.

DOÑA COSTANZA.

Mátale; que no es razon

Que le perdones por mí.

## ESCENA XI.

DON FRANCISCO. — LA CONDESA,  
DOÑA COSTANZA, DOÑA INÉS.

DON FRANCISCO.

Antes de pedir licencia,

Hallé quien me la ha de dar;

Mas á quien trata en casar,

Nunca se le niega audiencia.

Yo vengo por solo un sí,

Si cuyo lué me entendió.

DOÑA COSTANZA.

Yo tengo que dar un no,

Si viene el recado á mí.

DON FRANCISCO.

A vos viene; mas de quien

Merece el sí.

DOÑA COSTANZA.

No hay ninguno.

DON FRANCISCO.

Bien decís; que solo es uno

Que queréis, y os quiere bien.

Licencia os pide de veros

Con titulo de marido.

DOÑA COSTANZA.

No poca licencia ha sido:

Con ella podeis volveros;

Y decid que no soy yo,

Cual piensa, universidad,

Que doy licencias.

DON FRANCISCO.

Mirad

Que es bien mirar mucho un no.

DOÑA COSTANZA.

Mas hay que mirar un sí,

Que es el que obliga y cautiva;

Que nunca hay no que se escriba,

Y el sí mil veces le vi.

DON FRANCISCO.

Diréle de esa manera.

DOÑA COSTANZA.

Haréisme mucha merced.

DON FRANCISCO.

Dios os guarde.

DOÑA COSTANZA.

Esto creed.

(*Vase don Francisco.*)

CONDESA.

¡Quién mil abrazos te diera!

DOÑA COSTANZA.

¿Haste holgado?

CONDESA.

¿No lo ves?

DOÑA COSTANZA.

Pues basta.

## ESCENA XII.

DURANGO. — LA CONDESA, DOÑA  
INÉS, DOÑA COSTANZA.

DURANGO.

La mesa aguarda

Con la merienda.

CONDESA.

Es gallarda

En sus descuidos Inés.

DOÑA INÉS.

Las criadas hecho habrán

Alguna mala crianza.

CONDESA.

Después te diré, Costanza,

Mil lástimas de don Juan.

(*Vanse.*)

—

Plaza.

## ESCENA XIII.

DON JUAN, GERMAN.

DON JUAN.

A no tenerte obligaciones tantas,

Te quitaba la vida. ¿Estabas loco?

¡Oficio de mujeres delicadas,

Dijiste que yo hacia, á la Condesa?

GERMAN.

Bien sabe Dios, Señor, lo que me pesa.

Entré ignorante; que no soy astrólogo,

Ni pude prevenir que visitaba

A doña Inés nuestra condesa Hipólita.

DON JUAN.

Pues ¿no bastaba, necio, ser la casa  
De doña Inés?

GERMAN.

Si habia de guardarme

De todas las señoras que conoces,

¿A quién querías que las flores venda?

DON JUAN.

[las

¡Malditas sean las flores, que aun de bur-

Me dan por fruto penas tan de veras!

¡Que siembre flores yo de lienzo y seda,

Y que me den cosechía de pesares,

Y en cada grano, de pesar millares!

¡Hay vergüenza como esta! Aquí parece

Que escucho con la risa que se burlan;

Y me salen al rostro mas colores

Que hay dellas diferencias en las flores.

No te quiero culpar, culpo mis dichas.

¡Que quien seda sembró, coja desdichas!

¿Que haré?; triste de mí! Pero no impor-

El dinero que traes viene á tiempo; [ta.

Que nos pondrá en camino. Adios, Va-

[lencia.

Adios, honrados pensamientos míos,

Ó si queréis venir conmigo á Flándes,

Venid, donde vereis fuegos tan grandes,

Que si el mar no os consume, puedan

[ellos;

Mas no podrán entrambos deshacellos.

GERMAN.

¿A Flándes quieres ir?

DON JUAN.

Pues ¿cómo quieres

Que delante de Hipólita parezca?

Mal conoces burlando las mujeres,

Ni hay hombre que mejor se la merezca.

GERMAN.

Mira que pienso que dichoso eres;

Porqué me dijo: «Espero que florezca

Alguna destas flores.»

DON JUAN.

Disparate.

¡Flores de seda y tierra de azafate!

Vistámonos al punto de soldados,

Si alcanzare á los dos el dinerillo,

O por lo menos vamos emplumados,

Medias bandas y plumas de amarillo.

GERMAN.

¿Quiéres que lo probemos á los dados?

DON JUAN.

Pues yo ¿puedo ganar? Tiemblo de oílo.

GERMAN.

Si temes la fortuna, es mujer, basta;

Que quien no la temió, no la contrasta.

## ESCENA XIV.

DON ALONSO, DON FRANCISCO.

— Dichos.

DON FRANCISCO.

¿Qué os tengo de decir, si esto os respon-

DON ALONSO.

[de?

En declinando de su estado alegre,

Don Francisco, la suerte con un hombre,

No para hasta acabarle y destruirle.

GERMAN.

Tu hermano.

DON JUAN.

Pues ¿qué temes? Esta plaza

Es de Predicadores, no es su puerta.

GERMAN.

[ses,

Con todo eso, es bien que el verle excu-

Porque segun estais, es gran prudencia

Huir las ocasiones.



DON JUAN.

Porque quiero  
Comprar alguna cosa con queirme,  
Me voy; que por temor, no le dejara.

GERMAN.

A quien enfada, se ha de huir la cara.  
(*Vanse don Juan y German.*)

**ESCENA XV.**

DON ALONSO, DON FRANCISCO.

DON FRANCISCO.

Tan gran resolucion no vi en mi vida.

DON ALONSO.

No tengo que esperar; perdido quedo,  
Y hasta perder el seso tengo miedo.

DON FRANCISCO.

[bre,  
Pues yo os prometo que la hablé tan li-  
Aunque tuve respeto a la Condesa,  
Como si menos calidad tuviera.

DON ALONSO.

¡Pesar de mi fortuna, siempre adversa  
A todos mis intentos! ya no tengo  
En qué esperar, ni qué perder, perdida  
La que fuera el remedio de mi vida.  
Tangran mudanza, ¿quién la habrá cau-  
[sado?

Sin duda que de mi la han informado!  
La perdicion ha sido de mi hacienda  
Ocasión de perder tan alta prenda.  
Quien ama ayer, Francisco, y hoy des-  
De lo que quiso tuvo infame fama. ¡ama,

DON FRANCISCO.

¿Pensais que os faltarian enemigos?

DON ALONSO.

¡Yo enemigos! Pues ¿quién?

DON FRANCISCO.

Los mas amigos.

DON ALONSO.

¿Los mas amigos?

DON FRANCISCO.

Si; porque, acabado  
El dinero, las fiestas, los convites,  
Los beneficios y otras cosas tales,  
Se vuelven enemigos los amigos.

DON ALONSO.

Y bastan mis desdichas por testigos:  
No las quiero aguardar, ni verlas quiero,  
Por no decir ó hacer un disparate;  
Antes pienso ausentarme de Valencia.

DON FRANCISCO.

Agora es necesaria mas prudencia.

**ESCENA XVI.**

OTAVIO. — DICHOS.

OTAVIO.

Aqui vienen ya, Señor,  
La condesa de la Flor,  
Doña Inés, doña Costanza,  
En fin, toda tu esperanza:  
Llega, haránte algun favor.  
Del coche se han apeado;  
Que entrar en Predicadores  
Quieren.

DON ALONSO.

¡Gracioso criado!

OTAVIO.

Licencias se dan mayores  
A un casamiento tratado.  
Llega; que es buena tercera  
La Condesa.

DON ALONSO.

Calla, Otavio;

Que en este punto esa fiera

Me ha hecho el mayor agravio  
Que un enemigo pudiera.  
Sin ella quedo perdido;  
Que no quiere ha respondido  
Al cabo de tu concierto.

OTAVIO.

¿Cierto, Señor?

DON ALONSO.

No es tan cierto  
Haber sin dicha nacido.

OTAVIO.

No sé qué respuesta darte.

DON ALONSO.

Yo sí; que en tantos cuidados,  
Quiero dejarla y dejarte.  
Vé, y despidе mis criados,  
Di que vayan á otra parte  
Donde tengan mas ventura;  
Ya no tengo qué les dar.

OTAVIO.

Oye, Señor.

DON ALONSO.

¿Quién procura  
De mujer, sino es pesar? (*Vase.*)

**ESCENA XVII.**

DON FRANCISCO, OTAVIO.

OTAVIO.

Él tiene poca cordura.  
Don Francisco, ¿qué es aquesto?

DON FRANCISCO.

Que se perdió la esperanza  
Que en su dote se habia puesto.

OTAVIO.

¿No quiere doña Costanza?

DON FRANCISCO.

No, pues lo dijo tan presto.

OTAVIO.

¡Buenos habemos quedado!  
Quien en la mujer y el dado  
Puso esperanza, ¿qué espera?  
(*Vanse.*)

**ESCENA XVIII.**LA CONDESA, DOÑA COSTANZA Y  
DOÑA INÉS, con mantos, y DU-  
RANGO.

CONDESA.

Holgárame que no fuera  
Tarde.

DURANGO.

El tiempo está nublado,  
No es día de ir á la mar:  
Entren si quieren rezar;  
Que no ha de ser todo fiestas.

CONDESA.

Las demandas y respuestas  
Suelen, Costanza, dañar.  
En esa resolucion  
Se cifró tu desengaño.

DOÑA COSTANZA.

Pienso que fué discrecion,  
Y de mi pasado engaño  
Pido á los tiempos perdon.

DOÑA INÉS.

¿No sabe vusñoría  
Cómo hay sarao mañana?

CONDESA.

Huélgome, por vida mía:  
Una gala castellana  
En él estrenar querria.  
Durango, ¿no sabeis vos  
Desto del sarao?

DURANGO.

Por Dios,  
Que he de morir de un sarao:  
Siempre dellos y del Grao  
Traigo romadizo y tos.  
Salen á las tres; que vengo  
Lleno de mil desventuras.

CONDESA.

¿Teneis mujer?

DURANGO.

Mujer tengo.

CONDESA.

¿Celos?

DURANGO.

No digais locuras.

DOÑA COSTANZA.

De que es hermosa os prevengo;  
Que yo la vi cierto día,  
Y es moza.

CONDESA.

Por vida mía,  
Que debeis andar celoso.

DURANGO.

Aunque viejo, soy airoso;  
La edad no me desconfia.

CONDESA.

¿Tendréis mil años?

DURANGO.

¡Mil años!

¿Soy del tiempo de Noé?

CONDESA.

¡Qué celos tendréis!

DOÑA COSTANZA.

Extraños.

DURANGO.

¿Yo celos? ¿De qué ó por qué?

CONDESA.

¿No hay en mujeres engaños?

DURANGO.

No lo niego; mas por eso,  
Que estoy sin celos confieso;  
Que si no hay buena mujer,  
Es imposible tener  
Seguro el honor y el seso.

CONDESA.

¿Hay remedio para ver  
Si los hijos de un celoso  
Son suyos?

DURANGO.

Dijome ayer  
Un hombre un cuento donoso,  
Con que se puede saber.

CONDESA.

¿Cómo?

DURANGO.

Un cierto labrador,  
Cuya mujer que paria,  
Nunca estaba sin amor,  
De sus hijuelos tenia;  
Que no eran suyos, temor;  
Y queriendo averiguar  
Si era cierta en el lugar  
De su mujer la opinion,  
Halló una cierta invencion.

CONDESA.

¿Cómo?

DURANGO.

Mandóse castrar;  
Porque con esto pensaba  
Que si su mujer paria,  
Sabria si le engañaba.

DOÑA COSTANZA.

Costosa invencion seria.

CONDESA.

Si; mas seguro quedaba,

Y vos lo podeis hacer.  
DURANGO.  
Yo tengo seguridad  
De la fe de mi mujer.

CONDESA.  
Si teneis enfermedad,  
Aun puede ser menester.

ESCENA XIX.

GERMAN, *de soldadillo, con una pluma  
y la valona, y en cuerpo.*—DICHOS.

GERMAN.  
Aquí dijo que esperase,  
Porque á hacer concierto vamos,  
Para de aquí á Vinarrós,  
Con quien nos lleve á caballo;  
Que después al mar le queda  
De nuestras desdichas cargo;  
Que el mar, en largos caminos,  
Es posta de desdichados.

CONDESA.  
¿No es aquel German?  
DOÑA COSTANZA.  
El mismo.

CONDESA.  
German, ¿dónde tan bizarro?

GERMAN.  
Esta vez ya no me pesa,  
Bellas señoras, de hablaros;  
Que si bien no voy muy rico,  
Voy al fin como soldado.

CONDESA.  
¿Como soldado! ¿Qué dices?

GERMAN.  
Cansado don Juan, mi amo,  
De tantas necesidades,  
Y crueldades de su hermano,  
Viendo que sus alimentos  
Es imposible cobrarlos,  
Porque don Alonso ya  
Despide hasta sus criados,  
Por mujeres y por juego,  
Por banquetes y por bravos,  
Que le han puesto en mas extremos  
Que el de los dos, pues nos vamos;  
Ir á Flándes determina;  
Y de aquel oro, comprando,  
Que de limosna le distes  
Por las flores de sus manos,  
Estos pobres vestidillos,  
Vine á buscar dos caballos  
Que nos lleven hasta el puerto:  
Déle Dios á sus trabajos.

CONDESA.  
¿Que don Juan se va esta tarde!  
DOÑA COSTANZA. *(Ap. á la Condesa.)*  
La color se te ha mudado.

CONDESA.  
*(Ap. á doña Costanza. Confíesote que  
Déjame hablar al lacayo.)* [me pesa.  
German, gran resolución  
Ese tu dueño ha tomado.  
¿A Flándes!

GERMAN.  
Pues ¿qué ha de hacer?  
¿No es mejor que de un balazo  
Dé fin á tantas desdichas,  
Y le entierre suelo extraño,  
Que verse en la patria pobre,  
Tan pobre, que haya llegado  
A hacer con sus manos flores,  
Sin ser primavera ó mayo?

CONDESA.  
Quien hace flores sin fruto,  
No se tenga por buen campo.  
No le digo que se vaya

Ni que se esté; pero cuando  
Un hombre de bien intenta  
Seguir con ánimo honrado  
Un heroico pensamiento,  
Ha de morir sin dejarlo;  
Que amor es como la guerra;  
Que siendo mas los contrarios,  
Y imposible huir con honra,  
Basta morir peleando.  
Y añade estas dos palabras.

GERMAN.  
Ya, Señora, las aguardo.  
CONDESA.  
«Nunca buena dicha aguarde  
El que se va de cobarde.»  
Vamos, señoras, de aquí.

GERMAN.  
Yo lo diré.  
DOÑA COSTANZA.  
¿Cómo vamos?

CONDESA.  
Llena de enojo y pasión.  
DOÑA COSTANZA.  
Quieres bien y andas burlando.

CONDESA.  
¿Yo quiero bien?  
DOÑA COSTANZA.  
¿No lo ves?  
CONDESA.  
¿A un pobre!

DOÑA COSTANZA.  
Sí, mas gallardo.  
CONDESA.  
No lo creas.  
DOÑA COSTANZA.  
No hay señal  
De amor mayor que negarlo.  
*(Vanse las damas y el escudero.)*

ESCENA XX.

DON JUAN.—GERMAN.

GERMAN.  
¿Eres tú, Señor?  
DON JUAN.  
Yo soy.  
GERMAN.  
¿Oh, si llegarás!

DON JUAN.  
Temblando  
Estuve de solo verla.

GERMAN.  
Roto y desnudo has osado  
Verla y seguirla otras veces;  
Y agora, galán, bizarro,  
Lleno de plumas y airoso,  
¿Tiembblas de verla!

DON JUAN.  
Pensando  
En que la pierdo, German,  
La lengua y piés se me helaron.

GERMAN.  
Pues en tu vida pudieras  
Llegar con ánimo tanto.

DON JUAN.  
¿Cómo?  
GERMAN.  
Así como le dije  
Que te vas desesperado,  
Quedó como flor del sol  
En ausencia de sus rayos.  
Dijome que te dijese  
Que quien con ánimo honrado

Seguia un gran pensamiento,  
Ha de morir sin dejarlo;  
Y que en amores y guerras  
*(Que se parecen entrambos),*  
No pudiendo huir con honra,  
Se ha de morir peleando;  
Y añadió tales palabras...

DON JUAN.  
Ya las estoy escuchando.  
GERMAN.  
«Nunca buena dicha aguarde  
El que se va de cobarde.»

DON JUAN.  
¿Qué sientes de eso?  
GERMAN.  
Que quiere  
Que esperes, y quiere tanto,  
Que se lo viera en los ojos  
Un ciego.

DON JUAN.  
¿Sucedo extraño!  
¿La condesa de la Flor?

GERMAN.  
Y aun de tus flores tratamos,  
Y me dijo que en el fruto  
Eras muy estéril campo.  
Palabras son estas, digo,  
Para esperar dos mil años.  
De mi consejo, esperemos;  
Por lo menos no partamos  
Hasta ver si se declara.

DON JUAN.  
Hay en amor mil engaños;  
Mas si, como el Dante dice,  
Amor á ninguno amado,  
Que no amase perdonó;  
Y el Petrarca, entre sus raros  
Versos, que no hay corazón  
De tan duro bronce ó mármol,  
Que no se ablande ó se mueva,  
Rogando, llorando, amando;  
Ya puede, Hipólita bella,  
Haber el tuyo tocado.  
Mujer eres, muchos días  
Me ha visto al sol abrasado,  
A los hielos de la noche,  
Al furor de mis contrarios,  
Asistir á tus umbrales,  
Seguir el dorado carro  
De tu sol, su pura luz,  
Como un indio, idolatrando.  
Algun efeto habrán hecho  
Tantos amores y agravios:  
No mira amor en riquezas;  
Desnudo suelen pintarlo.  
Yo me quedo á proseguir  
El intento comenzado,  
Hasta que sepa del tuyo  
Que con este amor te canso.

GERMAN.  
Bien has dicho y bien has hecho.  
Adios, plunillas de gallo:  
¿Qué Flándes hay como ver  
A tu señora en tus brazos?

DON JUAN.  
Espero en Dios que algun día,  
German amigo, veamos...

GERMAN.  
Dilo, y en buen punto sea.  
DON JUAN.  
*El rico y pobre trocados.*

# ACTO TERCERO.

Calle.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA COSTANZA y LA CONDESA,  
*con mantos.*

DOÑA COSTANZA.

¿Cómo habeis dejado el coche?

CONDESA.

Impórtame el ir así.

DOÑA COSTANZA.

Muy melancólica os vi  
En el sarao de anoche.

CONDESA.

Triste no, mas pensativa.

DOÑA COSTANZA.

¿Que un hombre como don Juan  
Fuese anoche el mas galán!

CONDESA.

¿Es lisonja?

DOÑA COSTANZA.

Así yo viva.

Que lució mas su pobreza  
Que la riqueza mayor.

CONDESA.

Yo estoy bien necia de amor  
Por su pobre gentileza.

DOÑA COSTANZA.

De que no os puedo culpar,  
Hipólita, os aseguro.

CONDESA.

De que estoy corrida, os juro,  
De lo que vengo á intentar.

DOÑA COSTANZA.

¿Cómo?

CONDESA.

Querría saber.

Para cierto pensamiento,  
Si iguala el entendimiento  
Al exterior parecer;  
Que si me ha de despicar  
De don Juan alguna cosa,  
Costanza, estoy sospechosa  
Que ha de ser oírle hablar.

DOÑA COSTANZA.

A tu mucha discrecion  
Podrá ser que no contente;  
Mas cierto que entre la gente  
Tiene don Juan opinion.  
Háblale; que vesle aquí.

CONDESA.

Tápate, por Dios, muy bien.

DOÑA COSTANZA.

Su Acátes viene también,  
Y me ha de caer á mí.

## ESCENA II.

DON JUAN, GERMAN. — Dichas.

DON JUAN.

Si andamos en el lugar  
Tantó tiempo de soldados,  
¿No hemos de ser muy notados?

GERMAN.

Ya damos qué murmurar.  
Ayer dijo un marquesote  
Destos que hablan con espuma,  
Al verte con tanta pluma:  
«¿Cuándo sale este virote?»

DON JUAN.

Desairada cosa es

Un vestido de camino  
Mas de un día.

GERMAN.

Algun vecino

Le ha traído mas de un mes.

DON JUAN.

A ese le diera yo  
Del volver la bienvenida.

GERMAN.

¡Brava dama!

DON JUAN.

Y bien vestida.

GERMAN.

En viéndote se tapó.

CONDESA.

¡Ah, caballero!

DON JUAN.

¿Es á mí?

CONDESA.

Pues ¿quién es el caballero?

DON JUAN.

Si ha de topar en dinero,  
Ninguno hallaréis aquí.

CONDESA.

¿Con ese talle sois pobre?

DON JUAN.

Bachillera pareéis.  
Oíd la causa y sabréis.

CONDESA.

Deseo que el bien os sobre.

DON JUAN.

Gracia con hacienda alguna  
Siempre se oponen las dos,  
Porque alma y cuerpo da Dios,  
Y la hacienda la fortuna.  
La fortuna es desatino,  
Y Dios ya sabeis quién es.

CONDESA. (Ap. á doña Costanza.)

¿Qué te parece?

DOÑA COSTANZA.

¿No ves

Qué entendimiento?

CONDESA.

Es divino.

DOÑA COSTANZA.

¡Qué presto te contentó!

CONDESA.

Llevaba yo buen deseo.—

¿Vais de camino? (A don Juan.)

DON JUAN.

Yo creo

Que ninguno mas que yo.

CONDESA.

Pues ¿adónde caminais?

DON JUAN.

Voy tras el sol.

CONDESA.

¿Estáis loco?

DON JUAN.

De no estarlo.

CONDESA.

No haréis poco

Si al sol, Señor, alcanzáis.

DON JUAN.

Alcanzarle es imposible;  
Con mirarle me contento,  
Porque basta el pensamiento,  
Si es la empresa inaccesible.

CONDESA.

¿Quereisnos decir quién es?

DON JUAN.

No me dan tanta licencia.

CONDESA.

Y ¿tomaréisla en su ausencia,

Para que este milanés  
Nos dé ciertos pasamanos?

DON JUAN.

Forasteras pareéis,  
Pues la historia no sabeis  
De dos perdidos hermanos;  
Mas os juro que en mi vida  
Cosa nadie me pidió  
Que se la negase yo.  
En fin, haré que los pida  
Este mozo al mercader,  
Y si él me quiere liar,  
Cosa que en este lugar  
Mas que imposible ha de ser  
(Y mas que estoy de camino),  
Con la tienda os servirá.

(*Liégase á una tienda.*)

¡Ah, señor Laurencio!

DOÑA COSTANZA. (Ap. á la Condesa.)

Fué

Pedírselos desatino;  
Que se ha de ver en vergüenza.

CONDESA.

¿Por qué, si yo estoy aquí?

## ESCENA III.

LAURENCIO. — Dichos.

LAURENCIO.

¿Mandais algo?

DON JUAN.

Aunque de mí...

DOÑA COSTANZA. (Ap. á la Condesa.)  
Mas ¡qué turbado comienza!

DON JUAN.

No os habeis jamás servido,  
Os soy muy aficionado.  
Estas damas me han mandado,  
Puesto que su engaño ha sido,  
Que les dé unos pasamanos  
Y unos cortes de Milan,  
Y, por vida de don Juan  
(Mostrad, Laurencio, esas manos),  
De pagáros del primer  
Dinero que me han de dar  
Para partirme.

LAURENCIO.

Afrentar

Quereis lo mucho que os quiero.

Si lo pidiera el Virey,

No lo llevara mejor.

CONDESA. (Ap.)

Todos le tienen amor.

LAURENCIO. (A las damas.)

¿Qué ha de ser esto?

CONDESA.

Oiga, rey:

Esos cortes de Milan  
Que el señor don Juan añade  
(Que á esto me persuáde  
Verle tan cortés galán),  
Y de pasamanos rizados,  
Cuarenta varas.

LAURENCIO.

Yo voy.

(*Éntrase en la tienda.*)

## ESCENA IV.

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA,  
DON JUAN, GERMAN.

DON JUAN.

Crédito tengo, aunque soy  
Pobre.

CONDESA.

Sois rico de hechizos.



Pasamanos os pedí,  
Y cortes me dais demás.

DON JUAN.

Lo que me piden, jamás  
El darlo me agradecei,  
Sino lo que no me piden.

CONDESA.

De la suerte fué rigor  
Que no seais gran señor.

DON JUAN.

Mis desventuras lo impiden:  
Buen camino y buena estrella  
Mi fortuna me enseña.

CONDESA.

No es la fortuna tan brava  
Cuando el valor la atropella.

GERMAN. (A *doña Costanza*.)

Y ella, señora tapada,  
Diga, ¿qué figura es?  
¿Es dueña de negros piés  
O es doncella mesurada?  
¿No podrá un pobre soldado  
Alcanzar de sus granzones?

DOÑA COSTANZA.

Pues ¿qué quiere?

GERMAN.

Sus faciones,  
Si no todas, por un lado.

DOÑA COSTANZA.

¿No era ayer vuesa merced  
Lacayo, si bien me acuerdo?

GERMAN.

Lacayo, mas no tan lerdo,  
Que otras no me hagan merced,  
Si no tan buenas, mejores,  
Aunque no con tanta seda.

DOÑA COSTANZA.

Pues tenga la mano queda.

GERMAN.

¡Por Dios, que hay bravos olores!  
¡Brava cazoleta ha habido!  
Mal le va del natural  
Quien de olor artificial  
Baña el cuerpo y el vestido.

### ESCENA V.

LAURENCIO, con unos papeles atados.  
— DICHOS.

LAURENCIO.

Aquí viene todo, y bueno,  
Si ha venido de Milan.

CONDESA.

Oid.

LAURENCIO.

Decid.

CONDESA. (Ap. á *Laurencio*.)

A don Juan,

Que está de vergüenza lleno,  
No pidáis nada; que yo  
Soy mejor que habeis pensado.  
Por probarle me he burlado.  
¿Sabeis de piedras?

LAURENCIO.

Pues ¿no?

CONDESA.

Guardad aqueste diamante;  
Que yo os enviaré el dinero.

LAURENCIO.

Ni vuestro diamante quiero  
Ni otra prenda semejante;  
Que mas estimo servir  
A un hombre como don Juan  
Que cuanto vale Milan;  
Y si volveis á pedir,

La casa le he de fiar,  
Los hijos y la mujer;  
Que la virtud ha de ser  
Riqueza en cualquier lugar.  
¿Hay cosa de mas estima  
Que ver este caballero  
Justar, ó con el acero,  
En el torneo, en la esgrima?  
Y en los actos militares,  
Cuando en la plaza se ven,  
¿Hay cosa que no haga bien?  
Gracias tiene singulares.  
Mal he hecho en alaballe;  
Que es oficio de tercero.

(Vase.)

### ESCENA VI.

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA,  
DON JUAN, GERMAN.

CONDESA.

Dos palabras, caballero.  
Vuestra cortesía y talle  
Me obligan á grande amor:  
Esta noche os quiero hablar.

DON JUAN.

Habeisme de perdonar,  
Porque el divino valor  
De la señora que sigo  
No me da lugar á ofensa.

CONDESA. (Ap. á *doña Costanza*.)  
¿Qué firme galán!

DOÑA COSTANZA.

¿Si piensa

Quién eres?

CONDESA.

(Ap. á *doña Costanza*. Lo mismo digo...  
Mas pienso que se turbara.)  
Mirad, don Juan, que esa empresa  
Ya sé yo que es la Condesa;  
Y todo en el viento para,  
Porque aguarda cada día  
Cierta marques siciliano  
A quien ha de dar la mano.

DON JUAN.

Ya sé que la suerte mía  
No merece su valor;  
Mas ¿qué importa que se case,  
Que me hiele ó que me abrase,  
Para que la tenga amor?

CONDESA.

Y ¿si os quiero para daros  
Un recado de su parte?

DON JUAN.

Eso sí, y á cualquier parte  
Iré á servirlos y á hablarlos.

CONDESA.

En casa de doña Inés,  
A las diez, por el jardín.  
(*Hacen las dos que se van, y vuelven.*)

DON JUAN.

Ellas se van.

GERMAN.

¿A qué fin

Te quieren hablar después?

CONDESA.

Oid.

DON JUAN.

¿Qué es lo que mandáis?

CONDESA.

No nos habeis de seguir.

DON JUAN.

Por allí me quiero ir,  
Pues que vos por aquí vais.

CONDESA.

Sois en extremo galán,  
Y pareceisme muy bien.

DON JUAN.

¡Ay si lo dijera!...

CONDESA.

¿Quién?

DON JUAN.

La Condesa.

CONDESA.

Adios, don Juan.

(Vase.)

### ESCENA VII.

EL MARQUÉS ALEJANDRO, LUCIO,  
CELIO Y RUTILIO.

ALEJANDRO.

Aunque me dió contento Barcelona,  
Valencia me ha agradado sumamente.  
LUCIO.

Bellísima ciudad; pero quisiera  
Que llegaras, Señor, con gallardía;  
Que son muy principales los señores  
Y caballeros desta tierra, y suelen  
En las cosas de honor ser Alejandro.

ALEJANDRO.

De serlo yo en el nombre me contento.  
¿Cómo pude venir de otra manera,  
Habiendo de venir á la ligera?  
Demás, que la Condesa no me ha escrito  
Mas há de cuatro meses, y no quiero  
Venir tan fanfarron, si se ha mudado,  
Que vuelva mas corrido que pagado.

RUTILIO.

Bien hace en esto vuestra señoría;  
Que mejor es llegar humildemente,  
Hasta saber de la Condesa el pecho.

CELIO.

¿Quién es esta señora, te suplico  
Que me digas, pues tanto la encareces?

ALEJANDRO.

Vespasiano Gonzaga, que en Valencia  
Un tiempo fué virey, trajo á sus padres,  
Porque eran deudos suyos; nació Hipó-  
En aquesta ciudad, y muertos ellos, [lita  
De tres años estuvo en la Zaidia,  
Monesterio tan célebre en España.  
De allí salió después para casarse;  
Puesto que ha sido en esto tan prolija,  
Como heredera de tan gran estado,  
Quennca, aunque de muchos fué servi-  
Se ha querido casar. [da,

CELIO.

Está guardada

Para solo Alejandro esta ventura.

ALEJANDRO.

Aun agora no sé si está segura.  
Recójase la ropa y los criados,  
Para que lo mejor que sea posible  
Se pongan todos, porque luego quiero  
Pedir licencia para verla.

RUTILIO.

En todo

Tendrémos el cuidado necesario.

ALEJANDRO.

Si en estas vistas tengo buena estrella,  
¿Quién casó con mujer tan rica y bella?  
(Vase.)

—

Jardín de casa de doña Inés.— Es de noche.

### ESCENA VIII.

DOÑA INÉS, DOÑA COSTANZA  
Y LA CONDESA.

CONDESA.

La merced que me habeis hecho  
Me hace tan atrevida.

DOÑA INÉS.

En mi casa sois servida  
Por dueño della y del pecho.

CONDESA.

Fingiros teneis criadas;  
Que la noche da lugar;  
Que me quieren ayudar  
Las estrellas disfrazadas.

DOÑA COSTANZA.

¿Quando no lo somos vuestras?

CONDESA.

Cumplimientos excusad.

DOÑA INÉS.

Notable es la voluntad  
Que a este caballero muestras.

CONDESA.

Como es pobre, doña Inés,  
Todas estas pruebas hago;  
Que pues de un pobre me pago,  
No me he de quejar después.  
Pasar tiene por crisol,  
Pues que me han de murmurar.

DOÑA COSTANZA.

¿La noche te ha de casar?

CONDESA.

Si; mas con el mismo sol.

## ESCENA IX.

DURANGO: después, DON JUAN  
y GERMAN. — Dichas.

DURANGO.

Aquel caballero ha entrado.

CONDESA.

Pues retiraos vos allá.

(Vase Durango, y salen don Juan y German.)

DON JUAN. (Sin ver á nadie aun.)

¿Dónde aquella dama está?

DOÑA COSTANZA.

¿Quién va?

DON JUAN.

Un hombre y su criado.

DOÑA COSTANZA.

Allegaos á aquel jazinín,  
Y hallaréis esa mujer.

GERMAN.

Y yo, ¿qué tengo de hacer?

¿No mas de ser matachín?

DOÑA COSTANZA.

Estaréis entre las dos.

GERMAN.

Amargamente me irá.

CONDESA.

¿Quién va?

DON JUAN.

Quien no sabe ya

Si sois vos ni quien sois vos.

CONDESA.

Por lo menos, soy mujer  
Que os quiere bien.

DON JUAN.

Y yo un hombre

Que apenas tengo más nombre

De que soy hombre de bien.

¿Cómo se ha de hablar aquí?

CONDESA.

Asentados; que hay espacio.

DON JUAN.

¿No hay cosa de cartapacio?

CONDESA.

En mi vida le aprendí.

Eso, ni vocablos nuevos,

Melindres, hachillertas,  
Son gracias viejas y frías.

DON JUAN.

Muchos galanes mancebos  
Han dado agora en hablar  
Esto que llaman pausado.

CONDESA.

Cuatro veces me han sangrado  
Solamente de escuchar.

DON JUAN.

Cierto que es cosa sin precio  
Un discreto.

CONDESA.

¿Soislo vos?

DON JUAN.

No, por Dios; que entre los dos  
Yo tengo de ser el necio,  
Porque no os puedo querer;  
Mas si Condesa no hubiera,  
Estad cierta que os quisiera  
Por tan galán proceder.

CONDESA.

Dios os pague la intención.  
Si la Condesa os hablara,  
¿Qué hiciérais?

DON JUAN.

¿Yo? Temblara.

CONDESA.

Pues ¿qué es vuestra pretension?

DON JUAN.

Quererla hasta que me muera.

CONDESA.

Dios os harte de querer.  
Pues en verdad que es mujer  
Que si os hablara os quisiera.

DON JUAN.

¿A mí?

CONDESA.

A vos.

DON JUAN.

No lo creais.

Es angélica, es divina,  
Trasparente, cristalina;  
Mujer que si la mirais,  
Suspirarais por ser hombre.  
¿Ay de mi humilde fortuna!

CONDESA.

Oí contar que á la luna,  
Porque la empresa os asombre,  
Ladraba un perro, y le hacia  
Grandes lieros: ¿si sois vos?

DON JUAN.

No me quitaréis, por Dios,  
Con eso de mi porfía;  
Que tambien Endimión  
Fué querido de la luna,  
Con mas humilde fortuna.

CONDESA.

¿No veis que fabulas son?  
Mas buen ánimo tened;  
Que es mujer, y ser podria  
Vencerla vuestra porfía.

DON JUAN.

Hacedme mucha merced.

CONDESA.

Ella gana; que por Dios,  
Que es fea y no muy discreta.

DON JUAN.

Levántome.

CONDESA.

Quedo.

DON JUAN.

¿Es treta,

O me enfadaré con vos?

Si os he de hablar, ha de ser

Solamente en la belleza  
De Hipólita.

CONDESA.

La pobreza  
Os hace desvanecer.

DON JUAN.

Pobre ó no, yo me contento  
Con ser rico deste bien.

(Hablan bajo.)

GERMAN.

Hablemos acá tambien,  
Pues que nos dan este asiento.

¿Son criadas desta dama  
Vuestras mercedes?

DOÑA INÉS.

Como él

De su amo.

GERMAN.

(Ap. A lo cruel:  
Más bajo.) Y ¿cómo se llama?

DOÑA INÉS.

¿Yo? Doña Tigre.

GERMAN.

¿Mal año!

Y mas si parida está;  
Que dicen que correrá  
Tras el cazador un año.

¿Y ella? A ver.

DOÑA COSTANZA.

Doña Serpiente.

GERMAN.

¿San Jorge!

DOÑA COSTANZA.

Mi nombre digo.

GERMAN.

Si no se burlan conmigo  
Por verme tan inocente,  
Digo yo que su señora,  
Segun la casa se entabla,  
Se llamará doña Diabla.

DOÑA COSTANZA.

Ese nombre tiene agora.

GERMAN.

¿Cómo les va de racion?  
¿Ahorran pan? Mas, serpientes  
Comeránse hasta las gentes  
En buena conversacion.  
Yo estoy ya medio comido.

DOÑA INÉS.

¿Para qué se puso en medio?

GERMAN.

Por ver si hallaba remedio  
Para estar mejor vestido.  
Apriétenme, dénme seda,  
Vistanme una vez con oro.

DOÑA INÉS.

Apriétele, amigo, un toro.

DOÑA COSTANZA.

Tenga la persona queda,  
Y el medio como virtud.

GERMAN.

¿Son los extremos viciosos?

DOÑA COSTANZA.

No son sino virtuosos,  
Así Dios le dé salud.  
Acérquese deste lado.

DOÑA INÉS.

¿Qué fealdad tan atrevida!

GERMAN.

No he estado en toda mi vida  
Mejor que agora acostado.

DOÑA COSTANZA.

Jure de no pegar nada.

DOÑA INÉS.

No granice, majadero.



GERMAN.

De un cabo me cerca Duero,  
Y de otro Peñatjada;  
Y tajadas dije bien,  
Pues dos y de carne son.

ESCENA X.

DURANGO. — LA CONDESA, DOÑA  
INÉS, DOÑA COSTANZA, DON JUAN  
Y GERMAN.

DURANGO. (A su ama.)

Señora, en esta ocasión  
Perdóneme tu desden.

CONDESA.

¿Cómo os entrásteis así?

DURANGO.

Porque dicen que ha venido  
Aquel marqués tu marido.

CONDESA.

¿Cómo marido?

DURANGO.

Esto oí.

(Levántanse.)

CONDESA.

Yo no tengo otro marido  
Que el señor don Juan.

DOÑA COSTANZA.

¿Qué es esto?

CONDESA.

Ese marqués siciliano,  
Que viene á su casamiento.

DON JUAN.

Yo, Señora, ¿por qué causa  
He de ser marido vuestro?

En vuestra casa no entré  
Por gusto, ni amor que os tengo.  
Daré voces; que es engaño.

CONDESA.

Y que es muy grande os confieso.  
Yo soy la Condesa.

DON JUAN.

¿Quién?

CONDESA.

La Condesa; que no quiero  
Marqueses, condes ni duques,  
Sino un pobre tan discreto,  
Tan prudente, tan galán  
Y tan firme caballero.  
Ya sois conde de la Flor,  
Y es este mi amor tan cierto,  
Que hoy he hablado al Arzobispo,  
De quien ya licencia tengo,  
Para que nos dén las manos  
Esta noche.

DON JUAN.

¿Cómo puedo,

Ni dando á la lengua el cargo,  
Ni á los ojos por el suelo,  
Daros, heróica Señora,  
Debido agradecimiento?  
Las lágrimas se me vienen  
A los ojos, y os prometo  
Que en mi comprais un esclavo.

CONDESA.

Esto puede un hombre cuerdo;  
Que quien ama, sirve y calla,  
Merece tan justo premio.  
¿Cómo no me conocisteis?

DON JUAN.

De deslumbrado, de ciego.

DOÑA COSTANZA.

Y á mi ¿conocéisme ya?

DON JUAN.

Apenas, porque no os veo

Delante de tanta luz.

DOÑA COSTANZA.

Doña Costanza, que os quiero  
Por lo que Hipólita os quiere.

DOÑA INÉS.

Y yo también: ¿no merezco  
Que me conozcáis á mi?

DON JUAN.

¿Es doña Inés?

GERMAN.

(Ap. ¡ Bueno quedo,

Que como á viles fregonas  
Las he tratado! Hoy perezco.)  
Señoras, dñenme perdon;  
Que mi corto entendimiento  
No juzga de cosas grandes.

DOÑA COSTANZA.

¡ Buena, German, me habeis puesto!

DOÑA INÉS.

Y á mi ¿dejóme en borron?

CONDESA.

Señoras, solo tratemos  
De que no nos halle el alba  
Tratando mi casamiento.  
Amor es hoy el juez  
Con *ejecútese luego*.

DON JUAN.

¿Es posible, gran Señora,  
Que pudo mi pensamiento  
Asir los rayos del sol?

CONDESA.

Vuestros méritos han hecho,  
Don Juan, que desprecie á cuantos  
Su riqueza me han propuesto.  
Esto solo me debeis.

DON JUAN.

Y la misma vida os debo.

CONDESA.

Vamos todos á mi casa;  
Porque quiero que cenemos  
Juntas, por mas regocijo.

DOÑA COSTANZA.

¡ Hola! El coche.

DURANGO.

Voy ligero.

(Vase.)

DON JUAN. (A German.)

¿Qué te parece?

GERMAN.

Que ha sido,

Señor, tu padrino el cielo.

DON JUAN.

¿No me llamas señoría?

GERMAN.

Bien dices: ya estás electo;  
Pero bien es aguardar  
La bendición, y el *si quiero*,  
Que entre la S y la I,  
Cabe un *no* si muda el tiempo.

(Vanse.)

—

Calle.

ESCENA XI.

DON ALONSO Y OTAVIO, pobres.

DON ALONSO.

Quien no supo del mal, dice un poeta,  
Que no merece el bien: y yo podría  
Decir que quien el mal no conocia,  
Tendrá el alma con él mas inquieta.

No hay vida humana á mas dolor sujeta  
Que la que del descanso que tenia  
Vino á tan bajo estado, que no hay día  
Que miserable fin no le prometa.

No puse mi esperanza en cosa alguna

En que tuviese firme confianza  
Mas que en los cursos de la blanca luna.

Cual el principio fué, tal fin me alcan-  
[za;

Que el mar, el juego, amor y la fortuna  
No piensan que lo son, sin la mudanza.

OTAVIO.

¿Para qué te lamentas de fortuna,  
Teniendo culpa tu de tus excesos?

DON ALONSO.

No hay cosa, Otavio, de mayor cuidado  
Al que baja de un alto á humilde estado,  
Como el ver que cualquiera se le atreva.

OTAVIO.

Y añade que tener paciencia deba.

DON ALONSO.

Ya sin criados, sin hacienda y honra  
(Quees vinculo la honra de la hacienda),  
Ya sin vestidos, ni tener de dónde  
Pueda alcanzar un misero sustento,  
¿Qué debo hacer? Y por tu vida, Otavio,  
Que no me digas ya mas culpas mías:  
Que no se han de afligir los afligidos.

OTAVIO.

En tanto mal, en desventura tanta,  
Que ya tienes el agua á la garganta,  
¿Qué remedio mayor que tus amigos?  
Sean del mal como del bien testigos.

DON ALONSO.

¿No has leído en Ovidio que en el tiempo  
De la felicidad acuden muchos,  
Y que en la adversidad le dejan solo?  
Pues ¿cómo pensaré que habrá remedio  
Para mi mal, en falsas amistades?

OTAVIO.

[Justo.

Prueba, Señor; que sin probar no es

DON ALONSO.

Yo sé que no han de darme cosa alguna.  
Amigos son de próspera fortuna.

OTAVIO.

Pareces al hidalgo de quien cuentan  
Que tenia un amigo, y en la furia  
De su amistad se retiró á su casa,  
Y no le habló por mas de un año entero,  
Ni aun le quitaba, en viéndole, el som-  
Picado el otro, diligencias hizo [brero.  
Con otro amigo por saber la causa.

El tercero le dijo que era cosa [dalo;  
Que en todo aquel lugar causaba escán-  
Que dijese la causa porque habia [do,  
Dejado la amistad de un hombre honra-  
Porque satisfacción pudiese darle;  
Y después de preguntas y respuestas,  
Que el discurso duraron de una tarde,  
Le dijo así: « Sabed que por entonces  
Se me ofreció un camino, y que Fulano  
Tiene un rocín que estima y quieremu-  
Propuse de pedirsele; mas viendo [cho.  
Que, por quererle, habia de negármele,  
No le pedi: mirad si tengo causa.»  
El otro replicó: « Pues sin pedirle,  
Por solo imaginar que os le negara,  
¿Le habeis quitado el habla? — Y ¿no os

[parece

(Le respondió el hidalgo) que es muy  
[justo,

Si habia de negármele? » De suerte  
Que, sin probar el amistad del otro,  
Tuvo mil quejas y enojado estuvo,  
Como las tienes tu de tus amigos;  
Que, no habiendo probado sus verdades,  
Te quejas de sus falsas amistades.

DON ALONSO.

¿Tengo de avergonzarme mi rostro, Otavio?

OTAVIO.

Papeles se inventaron para eso, [pidan,  
Que, por blancos que son, aunque mas  
No se ponen entonces colorados.



DON ALONSO.

¿Qué pediré?

OTAVIO.

Poquito, cien ducados;  
Porque si pides mucho, das excusa,  
Y poco, pones animo de darlo;  
Que quien volver no puede lo que pide,  
No lo podra alcanzar si no se mide.

## ESCENA XII.

ALEJANDRO, *muy galan*; LUCIO, CELIO, RUTILIO. — Dichos.

ALEJANDRO.

Pregunta, Lucio, si la calle es esta.

LUCIO.

[Heros!  
Yo sé bien que es la calle. — ¡Ah caba-  
(*Adon Alonso y Otavio.*)  
¿Es la de los Mascosnes esta calle?

DON ALONSO.

[He.  
La misma. — El forastero es de buen ta-  
(*Ap. á Otavio.*)

OTAVIO.

Extranjeros parecen.

DON ALONSO.

Por tu vida, [can.  
Que preguntes quién son y lo que bus-  
OTAVIO. (*A Celio.*)

¿Quién es, hidalgo, aqueste caballero?  
CELIO.

El marqués Alejandro se apellida:  
Es siciliano, y viene de secreto  
A casarse á Valencia, y informado  
Que la condesa de la Flor vivia  
O vive en esta calle, viene á vella.

OTAVIO.

Esa es la casa, y ella la mas bella  
De cuantas damas hoy Valencia tiene.

CELIO.

Por fama y por pincel perdido viene. —  
Señor, esta es la casa. (*Al Marqués.*)  
OTAVIO. (*A don Alonso.*)

Este es el novio  
De la condesa Hipólita.

DON ALONSO.

Es gallardo.  
¡Gracias á Dios! que al necio de mi her-  
Le quitara del loco pensamiento [mano  
Ser fabula en Valencia por servilla.

ALEJANDRO.

¡Oh casa de la olava maravilla!  
(*Llaman.*)

## ESCENA XIII.

DURANGO. — Dichos.

DURANGO.

¿Quién está aca? ¡Con qué priesa  
Nos vienen á visitar!

LUCIO.

Id, camarada, á ganar  
Albricias de la Condesa;  
Decid que esta aqui el Marqués,  
Que de Sicilia ha venido.

DURANGO.

¿Qué marqués es?

LUCIO.

Su marido.

DURANGO.

¿Su marido?

LUCIO.

Corred presto.

DURANGO.

¿Estáis loco?

LUCIO.

Corred pues.

DURANGO.

Con Juan de Fox, el galan,  
Es su esposo.

LUCIO.

¿Qué don Juan?

ALEJANDRO.

Escudero descompuesto,  
Decid que yo estoy aqui.

DURANGO.

Muy compuesto caballero,  
Respóndole que no quiero.

DON ALONSO. (*A Otavio.*)

¿Oyes lo que pasa allí?

OTAVIO.

Tu hermano llamó su esposo.

DON ALONSO.

El escudero ha bebido.

ALEJANDRO.

Decid que soy su marido,  
Presto, escudero enfadoso.

DURANGO.

Desenfadado señor,  
Pienso que durmiendo están  
Doña Hipólita y don Juan  
El primer sueño de amor;  
Que anoche se desposaron.

DON ALONSO.

¿Cosa que fuese verdad!

ALEJANDRO.

¿Porfia en su necesidad!

DURANGO.

Antes ellos porfiaron.

## ESCENA XIV.

GERMAN, *muy galan*. — Dichos.

GERMAN.

¿Qué es aquesto?

DURANGO.

Veis ahí

Dónde viene el mayordomo.

DON ALONSO. (*A Otavio.*)

Ya mas de veras lo tomo;

¿Es este el lacayo?

OTAVIO.

Sí.

ALEJANDRO.

Caballero, ¿sois por dicha  
Desta casa?

GERMAN.

Sí, Señor,

Y por dicha la mayor  
Que ha sido escrita ni dicha.

ALEJANDRO.

¿Podré hablar á la Condesa?

GERMAN.

Pienso que no se han vestido  
Ella y su nuevo marido.

ALEJANDRO.

¿Marido!

DON ALONSO.

No hay alta empresa,  
Otavio, diligenciosa  
Al esperar y al sufrir.  
Quiero irme, por no oír  
Una historia tan dichosa,  
Y de tanta envidia mía.

OTAVIO.

Espera á ver si es don Juan.

DON ALONSO.

Necio, y de mí ¿qué dirán,

Pobre á su puerta en tal día?  
¡Ah cielos, qué gran castigo!  
Su bien auienta mi mal.  
(*Vanse don Alonso y Otavio.*)

## ESCENA XV.

ALEJANDRO, LUCIO, CELIO, RUTILIO, GERMAN, DURANGO.

ALEJANDRO.

(*Ap.* Puesto que á respuesta igual  
De lo que usaron conmigo  
Me obligaba este suceso,  
Disimular es mejor.)  
Id en buen hora, Señor.

GERMAN.

A todos parece exceso;  
Pero, parézcalo ó no,  
Posesion está tomada,  
Como quien no dice nada,  
Y sacado en limpio yo;  
Que ayer con tanto retal,  
Parecian mis faldetas  
Borrador destos poetas  
(*Vase.*)  
(*Dentro*) ¡Hola! ese capon subid  
Para el Conde mi señor.

(Vase Durango.)

## ESCENA XVI.

ALEJANDRO, LUCIO, CELIO, RUTILIO.

ALEJANDRO.

Daré lugar al furor.  
Entrad adentro y decid...  
—Pero no, venid conmigo;  
Que no sé de qué manera  
A tan mudable y ligera  
Mujer se ha de dar castigo.  
¿Quién es aqueste don Juan?

LUCIO.

Presto, Señor, lo sabrémos.

ALEJANDRO.

Amigos tengo; hoy verémos  
Cómo palabras se dan.

CELIO.

¿Qué disculpa irán trazando?

ALEJANDRO

Que las letras de mujer  
Olas del mar suelen ser,  
Que las va haciendo y borrando.

(Vanse.)

Sala en casa de la Condesa.

## ESCENA XVII.

LA CONDESA Y DON JUAN, *de novios*;  
*él con capa y gorra, y ella con un vesti-*  
*do entero; después, DURANGO.*

DON JUAN.

¿Tan presto vusñoria  
Quiere enseñarme á vivir?

CONDESA.

Aun me queda que decir.

DON JUAN.

Pues no mas, por vida mía;  
Que corre sangre el amor  
Para hablar de esa manera.

CONDESA.

Antes agora sois cera,  
Y imprime el sello mejor.

DON JUAN.

Yo pienso tan obediente  
Estar siempre á vuestros ojos,  
Que antes de daros enojos  
Quitarme la vida intente.

CONDESA.

¡Hola!

(Sale Durango.)

DURANGO.

Señora...

CONDESA.

Traed

El cofrecillo que os di.

DURANGO.

Yo voy por él.

DON JUAN.

¿Cofre?

CONDESA.

Sí.

DON JUAN.

¿No basta tanta merced?

¿Qué es lo que darne quereis?

CONDESA.

Pues ¿teneis necesidad?

DON JUAN.

Con vos no.

CONDESA.

Decid verdad.

DON JUAN.

Vos lo que digo sabeis.

CONDESA.

Hablad, Conde mi señor:

En casa hay harto dinero.

DON JUAN.

Vos probaréis lo que os quiero,

Como yo vuestro favor,

En lo que os diré.

CONDESA.

Decid.

DON JUAN.

Los lugares que ha empeñado

Mi hermano, vendido ó dado...

CONDESA.

No digais mas, advertid.

Hoy todos se quitarán:

Traigan á vuestra presencia

De la tabla de Valencia

Cuanto allí tengo, don Juan.

DON JUAN.

Hay otras joyas tambien

Que don Alonso empeñó.

CONDESA.

Pues quitenlas luego.

DON JUAN.

Y yo,

Por tal merced, por tal bien,

Besaré esos pies.

CONDESA.

Tenéos;

Que no me habeis conocido.

DON JUAN.

Herradme en el rostro os pido.

CONDESA.

Nunca hierran mis deseos,

Ni quiero yo, Conde, herrar

Donde tan bien acerté;

Sellar sí; mas yo diré

Adónde os quiero sellar.

### ESCENA XVIII.

DURANGO. — LA CONDESA,

DON JUAN.

DURANGO.

El cofrecillo está aquí.

DON JUAN.

¿Para qué le traen, Señora?

CONDESA.

Abriré, y veréislo agora.

DON JUAN.

¿Flores teneis dentro?

CONDESA.

Sí.

Estas son aquellas flores

Que solíades hacer,

Y German trajo á vender.

DON JUAN.

Haréisme salir colores.

CONDESA.

Aquí las he de guardar,

Y quisiera en un diamante;

Porque si sois arrogante,

Os las tengo de enseñar;

Que basta para castigo

Que veais en lo que os vistes;

Porque viendo lo que fuistes,

Seréis humilde conmigo. —

Tomad, y llevadle allá.

(Vase Durango.)

DON JUAN.

¡Buen espejo me habeis puesto!

### ESCENA XIX.

GERMAN. — LA CONDESA,

DON JUAN.

GERMAN.

No os quisiera ser molesto,

Y es fuerza: sabed que está

Alejandro, por lo menos,

En Valencia.

DON JUAN.

Pues ¿quién es?

CONDESA.

¿En Valencia está el Marqués?

GERMAN.

Y con mas rayos y truenos

Que una nube de verano.

DON JUAN.

¿Quién es? Que yo no lo sé.

CONDESA.

El novio que tripulé.

DON JUAN.

¿Aquel marqués siciliano?

GERMAN.

Él mismo, y mil envidiosos

De tu bien, que va juntando,

Hacen cabeza de bando.

DON JUAN.

Son enemigos forzosos;

Que á gran bien no ha de faltar

La envidia. Yo quiero ir

A ver si puedo impedir

Lo que comienza á intentar;

Que deudos y amigos tengo,

Y mas si rico me ven,

Que á darles y hacerles bien,

Y que no á pedirles vengo;

Que al rico todos acuden,

Como al pobre desamparan.

CONDESA.

Si en el interés reparan,

Yo haré que el intento muden.

Hacienda antes: gastad,

Gastad, Conde mi señor.

DON JUAN.

Comprais con tanto favor

La vida y la libertad.

(Vanse don Juan y German.)

### ESCENA XX.

LA CONDESA.

Casáronme mis ojos, mis oídos,  
Mi voluntad, mi propio entendimiento,  
Dando con la razon consentimiento  
El consejo de todos mis sentidos;

No tan precipitados ni atrevidos,  
Que los cegase un loco pensamiento;  
Que antes en este mar del casamiento  
Los ha embarcado el alma prevenidos.

Amor, yo te agradezco las porfias  
Con que tantos dulcísimos engaños  
Rindieron hoy las altívezas mías.

Y cuando deste bien resulten daños,  
Por el placer de los primeros días,  
Te perdono el pesar de muchos años.

(Vase.)

—  
Calle.

### ESCENA XXI.

DON ALONSO y OTAVIO, embozados.

DON ALONSO.

Irme quiero del lugar;

Un hora no aguardo en él.

OTAVIO.

Respuesta ha sido cruel.

DON ALONSO.

El papel quiero rasgar:

¿Qué tengo yo que esperar?

Estos pedazos hiciera

Al capitan, si pudiera,

Y á los demás que escribí.

¿Cien ducados!; ¡Ay de mí!

No hay amistad verdadera.

Cuando Luciano pintó,

Otavio, los siete ejemplos

De amigos que á siete templos

De la amistad consagró,

¿Fueron fábulas ó no?

OTAVIO.

En Grecia, en aquella edad,

Teníase la amistad

Por excelente blason;

Pero en la nuestra lo son

La mentira y falsedad.

DON ALONSO.

¿Qué haré? Que por no tener

Que vestir, de noche salgo,

Y de su capa me valgo,

Por no poderme poner

Con esta á dejarme ver

A la clara luz del día.

¡Yo, que partirla solía,

Y aun darla á todos entera,

Vengo ya desta manera!

¡Mal haya la suerte mía!

Mal haya el juego villano,

Tan hijo de la fortuna,

Que tiene su rueda y luna,

Y su volante en la mano!

Mal haya el gusto tirano

De tanta libre mujer!

¿Qué tengo, Otavio, de hacer

Para salir de Valencia?

OTAVIO.

Escúchame con paciencia;

Que bien la habrás menester.

Dicen que el Conde tu hermano...

DON ALONSO.

¿Conde mi hermano!

OTAVIO.

Está atento.

DON ALONSO.

¿Podré tener sufrimiento?

Prueba.

OTAVIO.

DON ALONSO.  
Intentarélo en vano.

OTAVIO.

Es tan gallardo y humano,  
Que despues que se casó,  
Ningun hidalgo llegó  
A pedirle alguna cosa,  
Que con mano piadosa...

DON ALONSO.

No digas mas.

OTAVIO.

¿Como no?

DON ALONSO.

Pues, ignorante, ¡yo había,  
Aunque de hambre muriese,  
De pedirle que me diese  
Cosa alguna, a quien solia  
Negalle la hacienda mia,  
Ni dalle tanta venganza!  
¿Esa vergüenza te alcanza?  
¿Tienes seso?

OTAVIO.

Escucha un poco.

DON ALONSO.

La hambre te ha vuelto loco.

OTAVIO.

Y á ti la desconfianza.  
Llegan de noche á su puerta  
Muchos hidalgos honrados,  
Hacia lo obscuro embozados,  
Que estos dias está abierta.  
Con sus criados concierta  
Quiten la luz, y al pasar,  
Por lo menos suele dar  
A cada hidalgo un doblon;  
Y si le dan mas razon,  
A cuatro suele llegar.  
Llega; que la escuridad  
Te ha de encubrir.

DON ALONSO.

¡Ay de mí!

OTAVIO.

Habla una palabra alli,  
Y veras que su piedad  
En esta necesidad  
Te socorre.

DON ALONSO.

Estoy temblando;

Mas si el cielo va trazando  
Que este se venga de mí,  
Llega.

OTAVIO.

Gente viene alli.

DON ALONSO.

Él es, con un hombre hablando.

### ESCENA XXII.

DON JUAN y GERMAN, *con espadas desnudas y broqueles.* — DICHOS.

DON JUAN.  
¿Gente dices en la puerta?

GERMAN.

Y mirando á las ventanas.

DON JUAN.

¿Si son galanes, por dicha,  
De Inés y doña Costanza?  
Que como son esta noche  
De Hipólita convidadas,  
Para ver si pueden verlas  
Querran rondarme la casa.  
¿Quién vá?

DON ALONSO.

¿Qué es aquesto, Otavio?

¿Con dos desnudas espadas  
Nos reciben?

GERMAN.

Caballeros,

¿Qué es lo que rondan y aguardan? —  
(*Ap. á don Juan.* Son del marqués Ale-  
Desviate allá; no traigan [jandro.  
Alguna oculta pistola.)

DON ALONSO.

Si necesidad son armas,  
No poca nos ha traído  
A las puertas desta casa.  
¿Dónde está el señor don Juan?

DON JUAN. (*Llegándose á don Alonso.*)

Don Juan de Fox, que se llama  
Conde de la Flor, soy yo.

DON ALONSO.

¿Pues de qué, Señor, te guardas?

DON JUAN.

De un cierto Alejandro nuevo,  
Que me aseguran que anda  
Con cuidado de matarme.

DON ALONSO.

Nunca los que avisan matan.

DON JUAN.

¿Quién sois vos?

DON ALONSO.

Un caballero

De noble y clara prosapia,  
Que ha venido á no tener  
Mas que aquesta pobre capa.  
Quiere irse á Flándes; y viendo  
Que la fortuna voltaria  
Os ha puesto en tal estado  
(Que unos ensalza otros baja),  
Viene á pedirnos limosna  
Para hacer esta jornada.

DON JUAN.

Esa, señor caballero,  
Daré yo de buena gana.  
Pero si esta es invencion,  
Y al henchiros de oro y plata  
Las manos, me henchís el pecho  
Del plomo de alguna bala,  
No será la culpa vuestra.  
Hacedme merced, y tanta,  
Que aqui solamente entreis...

DON ALONSO.

¿Adónde?

DON JUAN.

A la primer sala.

DON ALONSO.

No puedo donde haya luz;  
Porque si me veis la cara,  
En vez de darme limosna,  
Me atravesaréis la espada.

DON JUAN.

¿Yo á vos! Pues ¿qué me habeis hecho?

DON ALONSO. (*Ap.*)

Las lágrimas se me saltan.

DON JUAN.

Tomad de mí, caballero,  
Si lo sois, esta palabra,  
Que aunque fuérais mi hermano,  
Que es la cosa mas ingrata  
Que Dios ha hecho en el mundo,  
Estas venas me rasgara  
En viéndoos pobre; que yo  
Lo he sido tanto en su casa,  
Que en viendo un pobre, si es noble,  
Se me rasgan las entrañas.

DON ALONSO.

¿Cómo sufrirán las mias,  
Hermano, tales palabras?  
Yo soy don Alonso, yo,  
Que vengo á darte venganza.  
Vesme aquí á tus piés, don Juan.

DON JUAN.

¿Señor mio de mi alma!  
¿Vos á mis piés! Yo á los vuestros.  
Entrad, esta es vuestra casa.  
¿Vos en la calle á estas horas!

GERMAN. (*A Otavio.*)

¿No puede hablar?

OTAVIO.

Esto basta

Para ver...

DON JUAN.

¿Quién es?

OTAVIO. (*Desembozándose.*)

Otavio.

DON JUAN.

Otavio, no digas nada.—  
Venid, hermano, conmigo.

DON ALONSO.

Mi señor, los ojos hablan.

(*Vanse don Juan, don Alonso y Otavio.*)

### ESCENA XXIII.

GERMAN.

¡Agora mi señor! ¡Lindo!  
¡Ah tiempo, cuántas mudanzas  
Vas haciendo en los discursos  
De nuestras vidas humanas!  
Que don Juan su hermano albergue  
En necesidad tan clara,  
Es imitacion de Dios,  
Noble hazaña, heroica y santa;  
Mas aquel mayordomillo  
Que la racion nos quitaba,  
¿Por qué ha de venir aquí? (*Vase.*)

### ESCENA XXIV.

DURANGO. — GERMAN.

DURANGO.

¿Qué alboroto es éste que anda?

GERMAN.

¿Cómo?

DURANGO.

Dicen que el Virey  
Prendió con toda la guarda  
Al Marqués.

GERMAN.

¿Al Marqués?

DURANGO.

Si,

Porque dijeron que andaba  
Para matar á don Juan.

GERMAN.

La casa está alborotada.  
(*Miran adentro.*)

La Condesa mi señora  
Sale á la primera sala.

DURANGO.

Y sus amigas con ella.  
(*Éntrase.*)

—

Sala en casa de la Condesa.

### ESCENA XXV.

LA CONDESA, DOÑA INÉS y DOÑA  
COSTANZA.

DOÑA COSTANZA.

Con razon estás turbada,  
Si quieren prender al Conde.  
Aunque al Conde, ¿por qué causa?

CONDESA.

Hasta hacer las amistades,  
Podrá ser que preso vaya;  
Mas don Juan, ¿qué culpa tiene?



DOÑA INÉS.

Y ¿no es mejor que las hagan,  
Y los bandos se sosieguen?

**ESCENA XXVI.**

DON JUAN, DON ALONSO, *ya bien vestido*, y OTAVIO.—DICHAS.

DON JUAN.  
Estará muy descuidada  
Vue señoría; pues sepa  
Que, si traje convidadas,  
Yo le traigo un convidado.

CONDESA.  
Quien vuestra prision aguarda,  
¿Qué descuido tener puede?

DON JUAN.  
¡Mi prision!

CONDESA.  
El Virey trata  
De asegurar al Marqués,  
Y le prendió con su guarda.

DON JUAN.  
Eso nos está muy bien...  
—Y mejor que honre esta casa  
Don Alonso mi señor.

CONDESA.  
¡Vuestro hermano! ¡Dicha extraña!

DON ALONSO.  
Déme vuestra señoría  
Los pies.

**ESCENA XXVII.**

GERMAN, *y después*, EL VIREY, ALEJANDRO, ALABARDEROS y CRIADOS.—DICHOS.

GERMAN.  
Con mil alabardas

Llega el Virey.

DON JUAN.  
¡El Virey!  
UN ALABARDERO. (*Dentro.*)  
Plaza, caballeros, plaza.  
(*Salen el Virey, el marqués Alejandro, alabarderos y criados.*)

CONDESA.  
¡Vuestra excelencia, Señor,  
En esta casa!

VIREY.  
A guardarla  
Como amigo y como deudo.

CONDESA.  
Siendo de vos amparada,  
A nadie puede temer.

VIREY.  
Esta por visita valga,  
En que os doy el parabien;  
Y porque di la palabra  
De hacer vuestras amistades,  
Y el señor Marqués se vaya  
Muy en buen hora á Sicilia...  
Don Juan de Fox...

DON JUAN.  
¿Qué me manda  
Vuestra excelencia?

VIREY.  
Que luego  
Se den las manos.

ALEJANDRO.  
Bastaba  
Mandarlo vuestra excelencia,  
Y ser gusto destas damas.

DON JUAN.  
Ya, Señor, que estáis presente,  
Y haciéndonos merced tanta,  
Suplicoos que me escuchéis.

Decid. VIREY.

DON JUAN.  
La fortuna es varia.  
La historia de don Alonso  
A toda Valencia es clara;  
Yo bajé cuando él subía,  
Y cuando yo subo él baja.  
La Condesa y yo le habemos  
Desempeñado su casa,  
Sus lugares y sus joyas,  
Y hablado á doña Costanza  
Para que su esposa sea.

DON ALONSO.  
Palabras, Conde, me faltan  
Aun para pagar con ellas.

VIREY.  
¡Noble y generosa hazaña!

DON JUAN.  
Si el señor Marqués se sirve  
De llevar mujer á Italia,  
Mi señora doña Inés  
Está en él bien empleada.

ALEJANDRO.  
De sus partes tengo nuevas,  
Y su persona me agrada.

VIREY.  
Pues dénse las manos todos,  
Y quedarán confirmadas  
Las amistades con deudo.

DON JUAN.  
Aquí la comedia acaba  
De *Las flores de don Juan*.

CONDESA.  
Vusiñoría se engaña;  
Que *El rico y pobre trocados*,  
Dice su autor que se llama.



# QUIEN AMA NO HAGA FIEROS,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

Á DON JORGE DE TOBAR VALDERRAMA,

alcaide de la fortaleza de Competa y oficial principal de Jorge de Tobar, su padre, del consejo de su majestad, y su secretario de Estado, cámara y patronazgo real de Castilla.

---

POR dos cosas principales se dirigen á los hombres que lo son los cuidados de los estudios y los trabajos del ingenio : ó por celebrar sus virtudes y dar (siendo tales los escritos) alguna inmortalidad á sus nombres, ó porque á la sombra de su proteccion, ellos la alcancen ; en que parece que corre el interés de entrambos. Cansados están ya los oidos desta proposicion en tantos libros ; mas, como es uno el intento, no es mucho que sean las razones identidades. Si yo quisiera celebrar las excelencias que en vuesamerced puso el cielo, así de su generoso nacimiento como de su natural valor, persona y cortesía, hiciera sospechosa la direccion desta comedia, y fuera mayor que el presente el papel con que le envio ; de suerte que me está mas bien la segunda intencion que la primera, poniendo á la sombra de la luz de su valor y entendimiento el discurso de esta fábula, tanto por honrarla de su favor, cuanto por agradecer los que he recibido siempre del señor Jorge de Tobar, su padre, persona tan digna de la confidencia de los papeles de estado y de mayores lugares, si á mayores puede aspirar la pluma, acompañada de tanta virtud y confianza, en los reinos y sucesiones de tales príncipes ; luciendo su verdad, integridad y celo entre los excelentes ministros que ha tenido esta monarquía ; dicha grande del imperio, pues cuando dijo Plinio que tenia necesidad de amigos la fortuna del Príncipe, yo siempre entendí que hablaba de los ministros, fundamento de su conservacion, en que está la dificultad, pues el suceder es por naturaleza. Alabo, entre otras partes, su cortesía, rara en los hombres de lugares eminentes ; y no soy solo en estimar esta virtud con tanto extremo, pues escribiendo Ciceron por Marco Fabio á Celio, fiel mayor entonces, entre las partes de que le alaba, dice que era cortés y comedido. Yo, por lo que tengo advertida esta modestia suya tantos años, digo con Ovidio :

*Huic igitur meritas grates, ubicumque licebit,  
Pro tam mansueto pectore semper agam.*

Que mirando muchas veces á vuesamerced, me parecia justamente que no podia ser de otro original tal ejemplo de modestia, afabilidad y cortesía : no menores causas que para amarle, para osar dirigirle esta imitacion de un amante al uso destos tiempos, la furia con que le ausenta la fuerza del agravio, y la invencion con que le vuelve la tibieza que imagina, cuando con mas paciencia no le llaman : puede ser que este carecer de la posesion sea amor propio por la falta que hace el deleite á la costumbre ; así, fué opinion de Aristóteles que el hombre naturalmente con mas afecto se ama á sí mismo. Vuesamerced lea los que este discurso tiene, para que juntamente queden corregidos y honrados, lo primero con la lima de su gran juicio, y lo segundo con su nobleza y virtud, tan conocida y estimada, que solo hablar en ella me pueden culpar por atrevimiento. Dios guarde á vuesamerced como desco.

*Su capellan,*

LOPE DE VEGA CARPIO.



# QUIEN AMA NO HAGA FIEROS.

## PERSONAS.

DON FÉLIX, *caballero*.  
GASTON, *su criado*.  
LISARDO, *novio*.  
EL CONDE OTAVIO.

MARCELO, *su criado*.  
FINEO, *casamentero*.  
DOÑA ANA, *dama*.  
FLORA, *su madre*.

DOÑA JUANA, *dama*.  
INÉS, *criada*.  
CRIADOS.  
UN ESCUDERO.

*La escena es en Madrid.*

## ACTO PRIMERO.

*Habitacion de don Félix.*

### ESCENA PRIMERA.

DON FÉLIX, GASTON.

GASTON.

¿Cuánto me has de dar por él?

DON FÉLIX.

Pesarle á plata es lo mas.

GASTON.

¡Buenas albricias me das,  
Si es un pliego de papel!

DON FÉLIX.

Yo te doy lo que se lleva  
Desde Italia aqui, Gaston:  
Si tantas las leguas son,  
¿Qué quieres mas que te deba  
De traer este papel  
De cuatro calles de aqui?

GASTON.

Luego ¿no cuentas que fui  
Con tal peligro por él?  
Si la estafeta trujera  
Sola una carta, ¿tomara  
Lo que de plata pesara,  
O mayor porte quisiera?  
Y cuando hay un sepan cuantos,  
Por quien piden tanta suma,  
¿Esta el valor en la pluma  
(Peso que ha pesado á tantos),  
O en la sustancia, que obliga  
Al otro que le firmó?

DON FÉLIX.

Pues ¿heme obligado yo?

GASTON.

Quien ama, á todo se obliga.  
Dos cosas oi decir  
A un cortésano hablador  
Que ha de hacer un amorador.

DON FÉLIX.

¿Y son?

GASTON.

Gastar y sufrir.

DON FÉLIX.

Todo es malo; pero yo  
De buena gana gastara;  
Sufrir no.

GASTON.

Sufrir, repara  
Que agravios y celos no.

DON FÉLIX.

Pues ¿qué?

GASTON.

Las impertinencias

De una madre y de una tia,  
Que, enfadado noche y dia,  
Acaban dos mil paciencias.  
¿Has alguna vez tenido  
Dama con cuñado?

DON FÉLIX.

No.

GASTON.

¡Dichoso tú! porque yo  
Desdichadísimo he sido  
En materia de cuñados.

DON FÉLIX.

Amor es siempre importuno,  
Y querria que ninguno  
Se metiese en sus cuidados.  
Todo estorba á los que quieren;  
Padres, hermanos, sobrinos,  
Hasta vecinos.

GASTON.

¿Vecinos?

Esos son los que refieren  
Toda una historia de amor;  
Que, no atendiendo á su casa,  
Ven lo que en las otras pasa.

DON FÉLIX.

Eso es general error.

GASTON.

No se acostará un vecino  
Hasta ver al otro entrar,  
Si alli se pensase helar.

DON FÉLIX.

De cualquier desgracia es dino.

GASTON.

Yo conozco una mujer,  
Adonde un galan hablaba,  
Que toda la noche estaba  
Á una ventana, por ver  
Y por escuchar los toques;  
Y obligóle, descompuesta,  
A traer una ballesta  
Y dispararle bodoques.  
Mas ella, con la flaqueza  
De escuchar, ó la porfia,  
Cada noche se ponía  
Un caldero en la cabeza,  
Con que el galan que tiraba  
Hacia tanto ruido,  
Que despertaba al marido,  
Y á la señora llamaba.

DON FÉLIX.

Yo, por ver caza tan nueva,  
Con arcabuz la tiraba.

GASTON.

¿Qué importa? Tambien buscara  
Algun morrión á prueba.

DON FÉLIX.

Ahora bien, dame el papel.

GASTON.

Mucho debes á doña Ana.

DON FÉLIX.

Ponte el vestido mañana  
Que me dió el Conde.

GASTON.

Por él

Te beso mil y quinientas  
Veces, como apelacion,  
Manos que tan francas son.

DON FÉLIX.

Y boca y alma contentas  
Este papel donde puso  
Las suyas.

GASTON.

Vuélveste loco

Con el favor.

DON FÉLIX.

Oye un poco;

Que hasta verle estoy confuso.  
(*Lee.*) «Mi bien.»

GASTON.

¡Oh qué linda entrada!

DON FÉLIX. (*Lee.*)

«Mi Señor.»

GASTON.

Otro favor.

DON FÉLIX. (*Lee.*)

«Mi madre es mujer de honor,  
»Yo en extremo recatada:  
»No habrá remedio de hablar,  
»Si no es con una invencion.»

GASTON.

De oro es buena.

DON FÉLIX.

En ocasion

Que aqui no tiene lugar.

GASTON.

A Garcí-Sanchez pedia  
Un sacristan que le hallase  
Una invencion que sacase  
Su manga de cruz un dia.  
Pero, viéndole el calzon  
Roto, y en pedir prolijo,  
«Saca unas calzas, le dijo,  
Y será buena invencion.»  
Y si tú la has de sacar,  
Regalo ó vestido sea;  
Que á su madre, aunque áspid sea,  
Podrá templar y ablandar.

DON FÉLIX. (*Lee.*)

«Y la invencion me parece,  
»Que te pongas de camino,  
»Y te linjas su sobrino.»

GASTON.

¡Oh cuánto amor enflaquece!

DON FÉLIX. (*Lee.*)  
«Di que eres de la montaña;  
»Que padres y señas van  
»En esa memoria.»

GASTON.  
¿Harán  
Los diablos esta maraña?  
Pero cierta vieja un día  
Dicen que los engañó.

DON FÉLIX.  
Ponte de camino.

GASTON.  
¿Yo?

DON FÉLIX.  
¿Tienes botas?

GASTON.  
Sí tenía;  
Mas viendo que es el beber  
Camino mas pasajero,  
Trocando cuero por cuero,  
Dellas me deshice ayer.

DON FÉLIX.  
¿Y fieltro?

GASTON.  
¿Tan gran señor  
Te sueñas, que has de llevar  
Lacayo con fieltro?

DON FÉLIX.  
Es dar  
A mi persona valor.

GASTON.  
No hay donaire para mi  
Como un lacayo en verano  
Con fieltro.

DON FÉLIX.  
Tu blanca mano  
Estuvo, Señora, aquí:  
Mil veces beso el papel.

GASTON.  
El papel y los dichosos  
Se parecen.

DON FÉLIX.  
¿Qué enfadosos  
Donaires! Ya estás cruel.

GASTON.  
Sonle en todo muy parejos  
Los pobres que ya son graves;  
Que el papel, si no lo sabes,  
Se hace de trapos viejos.  
Bésale: que podrá ser  
Que haya estado en hospitales.

DON FÉLIX.  
Los tiempos no son iguales;  
Ya no es hoy lo que era ayer.

GASTON.  
Mas antes siempre es lo que era,  
Porque todos locos son.

DON FÉLIX.  
¿Qué linda fué la invencion  
Del papel!

GASTON.  
¿Nunca lo fuera!

DON FÉLIX.  
Ahora bien, cesa de hablar;  
Pongámonos de camino.

GASTON.  
Tú ¿qué has de ser?

DON FÉLIX.  
Yo, sobrino.

GASTON.  
Y yo, ¿no he de emparentar?

DON FÉLIX.  
Si gustan de majaderos,  
Pues los hay de tu librea.

GASTON.  
¿Huérfano quieres que sea?  
Pero ¡tuviera dineros,  
O estuviera en gran lugar,  
De la fortuna accidentes,  
Que me salieran parientes  
Mas que tiene arena el mar!  
(*Vanse.*)

Sala en casa de Flora.

## ESCENA II.

DOÑA ANA y FLORA, *quitándose los mantos*; INÉS.

FLORA.  
Toma esos mantos, Inés.

DOÑA ANA.  
¿De qué vienes tan mohina?

FLORA.  
Con el dedo se adivina  
Lo que con los ojos ves.

INÉS.  
Enfádanla parlitorios.

DOÑA ANA.  
Pues eso no es culpa mía.

FLORA.  
Para doncellas se había  
De dar licencia á oratorios.

DOÑA ANA.  
¿Es por aquellos corrillos  
De galanes?

INÉS.  
Claro está.

FLORA.  
Basta; que eres blanco ya  
Destos locos mozalbillos.

DOÑA ANA.  
¿Espántaste de que miren  
Una mujer por casar?

FLORA.  
Mirar no; mas remirar...

DOÑA ANA.  
Pues ¿qué importa que remiren,  
Si yo no miro á quien mira?

FLORA.  
Yo ¿no te vi con el manto  
Hacer caireles?

DOÑA ANA.  
Que tanto  
Me aprietes, madre, me admira.

FLORA.  
Una mujer ha de estar  
En misa como una imágen,  
Porque con esto se atajen  
Los que la quieren mirar.

DOÑA ANA.  
Madre, de mi parte es tal  
La ofensa, que me la quita  
El tomar agua bendita.

FLORA.  
Fingete muy venial.  
Pues á fe que al bachiller  
Que agua contigo tomó,  
Que quizá le diera yo  
Su necedad á entender.  
En el agua santa ¿hay hombre  
Que toque otra mano?

DOÑA ANA.  
Espanta,  
Señora, el verte tan santa.

FLORA.  
¿No quieres tú que me asombre

De que te dijese allí:  
«Si esta agua ponzoña fuera,  
Tal unicornio la hiciera  
Epitima para mí?»  
¡ Unicornio!

DOÑA ANA.  
¿Eso te enfada?

INÉS.  
Dijolo por la blancura.

FLORA.  
¡Blancura! Necedad pura.

DOÑA ANA.  
Antes necedad aguada.

FLORA.  
Extraña cosa es un necio.

DOÑA ANA.  
Antes cosa natural.

FLORA.  
Nombre tan universal  
Me espanta y pone en desprecio.  
Mil cosas son necesarias,  
Y á su tiempo las hallamos,  
Y aun á veces las buscamos  
Y faltan en partes varias;  
Pero un necio, adonde quiera  
Le hallaréis á todas horas.

DOÑA ANA.  
Mucho tu opinion desdoras  
En condicion tan severa.

FLORA.  
Si en la calle, allí le hallais;  
Si en la iglesia, allí tambien;  
Si en la comedia...

DOÑA ANA.  
¡Oh, qué bien  
Su centro, madre, les dais!  
Que, como de ingenio son  
Las cosas que allí han de ver,  
Cualquiera quiere tener  
De que le tiene opinion.

FLORA.  
¿Adónde un necio no está?  
¿En qué ocasion, en qué fiesta?

DOÑA ANA.  
¿Tanto un necio te molesta?

FLORA.  
Notable pena me da  
Que en cuanto se dice y trata  
Haya tanta cantidad.

DOÑA ANA.  
¿Qué quieres? La necedad  
Anda agora muy barata.

## ESCENA III.

FINEO. — Dichas.

FINEO.  
Paz en esta casa sea.

FLORA.  
Bien venga el señor Fineo.  
¿Qué tenemos de los novios?

DOÑA ANA.  
Este no dirá que es necio.

FINEO.  
En verdad que con cuidado  
Diligencias voy haciendo  
Para que este seralim  
Tenga un rico casamiento.

FLORA.  
Ya le acaban las camisas.

FINEO.  
Córrome que trate deso.  
Hágase nuestro negocio,  
Que después hay harto tiempo.

FLORA.  
Ainda esta niña estos días.  
Sabe Dios cuánto lo siento,  
Con vaguidos de cabeza.

DOÑA ANA. (Ap.)  
Del corazón por lo menos.

FLORA.  
No se aplica á la labor.

DOÑA ANA. (Ap.)  
Mas me aplico á los deseos.

FLORA.  
Y no come por un pollo.

FINEO.  
¿No la riñe?

FLORA.  
No hay remedio.

FINEO.  
Oiga lo que he negociado.

FLORA.  
Ya le escucho.

FINEO.  
Lo primero,  
Un mancebo de Granada  
Cierta amigo me ha propuesto.  
Es hijo de un Veinticuatro.

FLORA.  
¿Bueno! ¿Lindo!

FINEO.  
Y ¿cómo bueno!  
Pero tiene un defectillo.

FLORA.  
En el pero vi el defecto.

FINEO.  
Es sordo.

DOÑA ANA.  
¡Ay, madre! ¡Jesus!  
¿Sordo?

FLORA.  
No te admires deso;  
Que antes dicen que el marido  
Fuera dichoso en efeto  
Siendo sordo, por no oír  
Tantas voces, tantos celos.

FINEO.  
No dicen que es mucho.

FLORA.  
¿Cómo?

FINEO.  
Que bien entiende en poniendo  
Una trompeta de plata  
Al oído.

DOÑA ANA.  
¿Lindo cuento!

FINEO.  
Otro me habló por un hombre  
Extranjero.

DOÑA ANA.  
¡Ay! No. ¡extranjero!

FLORA.  
¿Por qué?

DOÑA ANA.  
Porque pasa mal  
La voluntad á otro reino.

FINEO.  
Por un famoso letrado  
Me habló anteayer Filiberto.

DOÑA ANA.  
¿Tiene muy larga la barba?

FINEO.  
Mucho.

DOÑA ANA.  
Pues váyase á un yermo.

FINEO.  
Es hombre tan gran letrado,  
Que entre sus libros suspenso,

Por entender una ley  
Tomó un orinal, y en medio  
Del verso, hallando el sentido,  
Dijo con él sobre un Digesto,  
Y haciéndole mil pedazos,  
Dijo: *Sic intelligendum*.

DOÑA ANA.  
Dios me libre desa gente.  
No quiero libros; que quiero  
Hombre para mí con alma  
Y con libre entendimiento.

FLORA.  
¿Un moceton es mejor  
Ó mocetonto?

DOÑA ANA.  
A lo menos  
Conmigo hablará en romance,  
Que es lengua con que me entiendo.  
¿Piensas tú que los que saben  
Letras, todos son discretos?  
Pues cree que hay en latín  
Muy gentiles majaderos.

FLORA.  
Eso sí: venga el perfil  
De uno de aquestos mozuelos  
Que rizan los aladares  
Con molde á fuego.

FINEO.  
Y ¿qué fuego!  
Ya dan muñecas también.

FLORA.  
Si lo son, no será nuevo.

FINEO.  
Si va á decir la verdad  
(Que otra vez te traté desto),  
Lisardo me agrada mucho,  
Que es honrado caballero  
Y de razonable hacienda.

FLORA.  
Verle y hablarle deseo.

FINEO.  
Yo le traeré cuando gustes...  
—Y voyme.

FLORA.  
Guárdete el cielo.

INÉS.  
¡Ah, señor Fineo!

FINEO.  
¡Oh, Inés!

INÉS.  
¿Tan coja soy, que no tengo  
De hallar un marido yo?

FINEO.  
Tengo un honrado mancebo.

INÉS.  
¿Oficial?

FINEO.  
No es oficial.

INÉS.  
Pues arrímole.

FINEO.  
¿Tan presto?

INÉS.  
No quiero gente de leva,  
Que se remita al paseo  
Y esto de andar á la droga,  
Si no marido de asiento.

FINEO.  
Calle; que yo la daré  
Para asiento un zapatero,  
Que de estar en la banquetta  
Se le pega á los griguescos.

(Vase.)

#### ESCENA IV.

FLORA, DOÑA ANA, INÉS.

FLORA.  
En fin, doña Ana, Lisardo  
Me agrada, y verle pretendo.

DOÑA ANA.  
No lo miras con los ojos.

FLORA.  
¿No? Pues ¿con qué?

DOÑA ANA.  
Con los dedos.

FLORA.  
Mira quién llama.

INÉS.  
Ya suben.

FLORA.  
Y ¿quién son?

INÉS.  
Dos forasteros:  
Criado y amo parecen.

DOÑA ANA.  
¿Entraréme en mi aposento?

FLORA.  
De forasteros no importa.

#### ESCENA V.

DON FÉLIX, *de camino, galán*, y GASTON, *graciosamente vestido*. — Dichas.

DON FÉLIX.  
Guarde vuestra vida el cielo.  
¿Sois Flora acaso?

FLORA.  
Yo soy.

DON FÉLIX.  
Los brazos...  
FLORA.  
Pues ¿á qué efecto?

DON FÉLIX.  
Yo soy don Juan.  
FLORA.  
¿Qué don Juan?

DON FÉLIX.  
Señora, un sobrino vuestro,  
Hijo de Alvaro Velarde  
Y de doña Juana Tello.

FLORA.  
Ya el alma me lo decía,  
Y con golpes en el pecho  
El corazón.

DOÑA ANA. (Ap. á Inés.)  
Bien cayó.  
(*Abrazanse.*)

INÉS.  
Famosamente lo han hecho.

DOÑA ANA.  
¿Qué bizarro está don Félix!

INÉS.  
Y Gaston ¿es barro?

DON FÉLIX.  
Vengo  
Con un disgusto notable.

FLORA.  
¿Disgusto?

DON FÉLIX.  
Pasando el Puerto,  
Se le cayó una maleta  
A este mozo, que es un necio,  
Donde traía las cartas  
De mis padres.

FLORA.  
¿Mal suceso!

¿Venía otra cosa allí?



DON FÉLIX.

No hará falta, aunque era lienzo.

FLORA.

Porque vos sois carta viva;  
Porque retratada veo  
A mi hermana en vuestro rostro.

DON FÉLIX.

Quando era yo mas pequeño  
La parecí mucho mas;  
Con la barba mas parezco  
A mi padre.

FLORA.

Así es verdad.

DOÑA ANA.

¿No ves, Inés, el efecto (Ap. á ella.)  
Que hace la imaginacion?

INÉS.

Aquel socarron contemplo  
En forma de montañas.

FLORA.

Ahora bien, don Juan, ya es tiempo  
Que conozcáis vuestra prima.

DON FÉLIX.

¡Jesus, y qué ángel tan bello!  
Dadme, Señora, los brazos.

DOÑA ANA. (Ap. á él.)

¡Y como, Félix, que quiero  
Dártelos mil veces.

DON FÉLIX.

Calla.

DOÑA ANA.

¿Que calle?

DON FÉLIX.

Importa.

DOÑA ANA.

No puedo.

GASTON.

Y yo ¿á quién he de abrazar?

¿No tengo aqui parentesco  
Con nadie?

INÉS.

Diga, ¿no viene  
De su tierra mas discreto?

GASTON.

Por eso vengo á la corte,  
Por eso á la corte vengo  
A darme un filo rabioso  
En tantos entendimientos;  
Porque dicen que hay aqui  
Unos ciertos discretos  
Que hablan en jerigonza.

FLORA.

Mi don Juan, entremos dentro;  
Que quiero que descansen;  
Que en descansando, hablaremos  
De nuestras cosas un rato.

DON FÉLIX.

Tia y señora, no vengo  
Tan apriesa; que en la corte  
Acomodarme pretendo  
Si hubiese algun dueño tal...

FLORA.

Hay aqui famosos dueños.  
Ahora bien; yo tengo amigos,  
Tú buena gracia: yo espero  
Acomodarte; entré tanto  
Aqui tendrás aposento.  
¿Quién viene contigo?

DON FÉLIX.

Un mozo  
Que saqué del campo.

FLORA.

Haremos  
Diligencia para entrambos.

GASTON.

Yo, Señora, tambien vengo

A ser aqui cortesano;  
Que diz cacá son discretos.

FLORA.

¡La simplicidad del hombre!  
¡Ah, montaña! á Dios le ruego  
Que no me muera sin verte.

GASTON.

Vivirá siglos eternos.

(Vase Flora, y detiene don Félix á doña Ana.)

DON FÉLIX.

Aguarda.

## ESCENA VI.

DON FÉLIX, DOÑA ANA, INÉS,  
GASTON.

DOÑA ANA.

Tengo temor.

DON FÉLIX.

Ya no hay de qué, porque creo  
Que tengo lisonjada  
La fortuna y grato el cielo.

DOÑA ANA.

¡Qué bien has disimulado!

DON FÉLIX.

En tu casa por lo menos  
Estoy, y soy primo tuyo.

DOÑA ANA.

Haz cuenta, querido dueño,  
Que has hecho un engaño á Circe,  
A Medea, á Ulises griego.

GASTON.

Y ella, ¿cómo está conmigo?

INÉS.

Con nunca visto contento  
De tenerte tan presente.

GASTON.

Importa tanto, que creo  
Que en no estando un hombre así,  
Un signo que anda pacienco  
Se le pondrá en la cabeza.

INÉS.

Luego ¿no hay fe?

GASTON.

De tinteros.

Que habia de estar quien ama  
Siempre á la vista del pleito,  
Como mano de reloj  
Sobre las letras del cerco,  
Dijo un sabio, y dijo bien,  
Pues de hora en hora acudiendo,  
Habia de dar mil vueltas  
Desde los ojos al pecho.

INÉS.

Mejor, como el reloj mismo,  
Hubiera dicho.

GASTON.

¿A qué efecto?

INÉS.

Porque con dar, y dar siempre,  
Asegurara sus celos.

(Vanse.)

—

Calle.

## ESCENA VII.

LISARDO, FINEO.

FINEO.

Habléla en vos, y estuvo agradecida;  
Que ya tenéis buena opinion con ella.

LISARDO.

No tuve amor, Fineo, ni en mi vida

Pensé querer, forzándome mi estrella;  
Pero ver á doña Ana bien nacida,  
Virtuosa y rica, y como veis, doncella  
De tanta gracia y hermosura, ha hecho  
Un incendio la nieve de mi pecho.  
No lo dudeis: tal gracia y hermosura  
No ha menester mas dote.

FINEO.

Así lo creo;

Pero en aquesta edad será cordura  
Llevar el dote en ancas del deseo.  
Pasóse el tiempo y la inocencia pura,  
Quando nunca se vió mejor manteo  
Que de bayeta ó frisa, y que la grana  
Era la mayor gala cortesana.

¡Mal año! agora en solas guarniciones  
Un dote de otro tiempo va cifrado.  
Y aquestas son las ciertas ocasiones  
Del honor mal perdido y peorguardado.  
Lisardo, antojos son las aficiones,  
Amor á muchos se perdió casado,  
Venga el dinero luego; que en el mundo,  
Si no es lo principal, es lo segundo.

LISARDO.

Amor que solo estima el bien que espera,  
A la imaginacion desnudo asiste.

FINEO.

Eso de amor es bárbara quimera;  
Si se resfria el trato, amor le viste.

LISARDO.

Doña Ana, al fin, es única heredera.

FINEO.

En eso no presumo que consiste;  
Porque es tan moza y tan gallarda Flora,  
Que se puede casar, si quiere, agora.  
Pues ¿qué bueno será que el dia primero  
Que riña con su yerno os amenace!

LISARDO.

Cátese, pára, como el bien que espero,  
Un dia, un hora, un cuarto, un punto  
[abrace.]

FINEO.

¿Quereisla ver?

LISARDO.

La vida menos quiero.

FINEO.

Pues hoy serán las vistas, y amor trace  
Que se concluya, pues os viene al justo.

LISARDO.

No hay mas riqueza que casar con gusto.  
(Vanse.)

—

Sala en casa de doña Juana.

## ESCENA VIII.

DOÑA JUANA, MARCELO; después,  
EL CONDE.

DOÑA JUANA.

Dile al Conde, mi señor,  
Que yo estoy desocupada.

MARCELO.

La carroza está parada  
Aguardando ese favor.

DOÑA JUANA.

Pues pídele albricias dél,  
Si te parece que es grande.

MARCELO.

Y aun haré que me las mande  
Antes que me advierta dél.  
(Sale el Conde.)

CONDE.

Ya es tarde; que ya he subido.

MARCELO.

Ya las albricias perdi.

CONDE.

No harás, aunque al bien que vi,  
Por mi hallazgo se las pido.

DOÑA JUANA.

¿Tan perdido os presunís?

CONDE.

Pues no es encarecimiento;  
Que sola en mi entendimiento  
Por luz del alma vivís.

DOÑA JUANA.

No tiene locura amor  
Como es el encarecer.

CONDE.

Siendo locura el querer,  
Será el decirlo mayor.

DOÑA JUANA.

¿Cómo habeis hasta hoy estado?

CONDE.

Con esperanzas de veros;  
Que no hay vivir sin teneros;  
Con esto engaño el cuidado.  
Pero vos no habréis tenido  
Esa memoria de mí.

DOÑA JUANA.

No, porque no la perdí.

### ESCENA IX.

UN ESCUDERO. — Dichos.

ESCUDERO.

Aquí, Señora, ha venido  
Flora con su hija bella.

CONDE.

¿Estorbo yo?

DOÑA JUANA.

No, Señor.

(Vase el escudero.)

Antes nos haréis favor,  
Y holgaréis de hablalla y vella;  
Que tiene, aunque en tierna edad,  
Un gallardo entendimiento.

### ESCENA X.

FLORA, DOÑA ANA. — DOÑA JUANA,  
EL CONDE, MARCELO.

FLORA. (A un criado, al salir.)

Volved el coche al momento.

DOÑA JUANA.

¡Jesus! ¡Tanta brevedad!

FLORA.

No estáis sola.

CONDE.

No seré

Visita pesada yo.

DOÑA JUANA.

Eso aseguro.

FLORA.

(Ap. Yo no.)

¿Mas ¿quién es?

DOÑA JUANA.

Yo os lo diré:

El conde Otavio, si habeis  
Oído su gran valor.

FLORA.

Que me perdoneis, Señor,  
Os ruego.

CONDE.

No mereceis

Perdon, pues no habeis errado.  
Por muy vuestro me tened.

FLORA.

Hacedme tanta merced,  
Que me habeis puesto en cuidado.

DOÑA JUANA.

¡Jesus! Niña, llega acá;  
Veráte su señoría.

DOÑA ANA.

Vergüenza, Señor, tenía.

CONDE.

Bien de vuestra parte está,  
Pues que da rosas tan bellas  
A esas mejillas hermosas.  
¿Quién pensara que sus rosas  
Nacieran en las estrellas?  
En verdad, señora Flora,  
Que es muy linda aquesta dama.  
¿Qué nombre?

FLORA.

Ana se llama.

CONDE.

A nadie perdona agora.

MARCELO. (Ap.)

Jugó el Conde, mi señor,  
Del vocablo. ¡Triste caso!

CONDE.

(Ap. Si el amor se topa acaso,  
Acaso he topado á amor.)  
Ferias con vuestra licencia  
La quiero dar.

FLORA.

Bien podeis;  
Mas no las que vos quereis;  
Que en estas hay diferencia.

CONDE.

Pues ¿teneis que me pedir?

FLORA.

Si, Señor.

CONDE.

¡Dicha notable!

FLORA.

¿Daisme licencia que hable?

CONDE.

Dádmela vos para oír.

FLORA.

De la montaña ha venido  
Hoy un sobrino que tengo;  
Y pues á tal tiempo vengo,  
Que le recibais os pido  
En vuestra casa, Señor.

CONDE.

¿Cómo se llama?

FLORA.

Don Juan

De Velarde, y tan galán,  
Que merece este favor.

DOÑA ANA.

Yo tambien os lo suplico.

CONDE.

Para terceros tan buenos,  
O él habia de ser menos,  
O yo mas noble y mas rico.

DOÑA ANA.

Vos no podeis ser mejor;  
El lo será á vuestro lado.

CONDE.

Yo quiero ser su criado;  
Don Juan será mi señor.

DOÑA JUANA. (Ap.)

No me agrada esta humildad:  
Amor anda por aquí,  
Si no es que lo hace por mí,  
Sabiendo nuestra amistad.

FLORA.

Si vueseñoría quiere  
Verle, afuera le déje.

CONDE.

Mucho de verle holgaré.

DOÑA JUANA.

Llamalde, pues no hay que espere  
Mejor ocasion que agora.  
(Ap. Celos, tened el rigor;  
Que no tengo tanto amor  
Para tenerlos de Flora.  
Siempre al Conde le he mirado  
Con ojos de desigual.)

CONDE. (Ap.)

De un serafín celestial  
Doña Ana es propio traslado.

### ESCENA XI.

DON FÉLIX, GASTON. — Dichos.

DON FÉLIX.

Déme vuestra señoría  
Los piés.

CONDE.

¡Buen talle, por Dios!

No sé yo cuál de los dos  
Servir al otro podia.  
Alzáos del suelo, don Juan;  
Que en mí tendréis un amigo.

DON FÉLIX.

Afuera he sido testigo  
Desta merced.

CONDE.

¡Qué galan!

Qué gentilhombre y bien hecho!  
Buen primo teneis, doña Ana.

DOÑA ANA.

¿Parécenos bien?

DOÑA JUANA.

Cosa es llana.

CONDE. (Ap.)

Doña Ana me ha satisfecho.

DOÑA JUANA. (Ap.)

Don Juan es mozo galán;  
Si el Conde mira á doña Ana,  
Por vida de doña Juana,  
Que he de mirar á don Juan.

CONDE.

Flora me ha dicho las partes  
Que teneis.

DON FÉLIX.

Flora es mi tia,

Y aun decir madre podia.

DOÑA JUANA. (Ap.)

¡Oh, qué bien flechas repartes,  
Amor, en toda ocasion!  
Dale de doña Ana al Conde;  
Dejarásme las que esconde  
Don Juan en mi corazon.

CONDE.

De hoy mas me podeis servir.

DON FÉLIX.

Dichoso en extremo soy.

CONDE.

Venid conmigo.

DON FÉLIX.

Yo voy

Adonde podré decir  
Que recibo nuevo ser.

CONDE.

¿Quién es este gentilhombre?  
(Por Gaston.)

DON FÉLIX.

Ya no ha de tener mi nombre;  
Solo el vuestro ha de tener.

CONDE.

Quiero á los dos recibiros.

DON FÉLIX.

Téngolo á mucha ventura.

GASTON.  
Soy, Señor, añadidura  
De don Juan, para servirlos.  
CONDE.  
Hombre, parecéis muy sano.

GASTON.  
Albricias os diera yo;  
Que un albéitar que me vió  
Me halló manco de una mano.

CONDE.  
¿Qué érades en vuestra tierra?

GASTON.  
Hidalgo no mas.

CONDE.  
¿No mas?  
GASTON.

Y ¿es poco?  
CONDE.

Bueno serás  
Para la guerra.

GASTON.  
¿Qué guerra?  
CONDE.

La de servir.

GASTON.  
¿Qué mayor?  
CONDE.

¿Tu nombre?  
GASTON.  
Gaston me llamo,

Muy bueno para mi amo,  
Si es bueno ser gastador.

DOÑA JUANA.  
Vamos al jardín primero.  
¿Qué! ¿Os vais?

FLORA.  
Tenemos que hacer.  
DOÑA JUANA.

¿Cuándo nos hemos de ver?  
FLORA.

Yo por momentos lo espero.  
(*Vanse todos, menos doña Juana.*)

## ESCENA XII.

DOÑA JUANA.

Si en un careax dorado están metidas,  
Amor, tus flechas, bien se ve que á tiento,  
Ciego, las sacas, con diverso intento  
Del que después se mira en las heridas.

Quitás sin vista diferentes vidas;  
Y como las esparces por el viento,  
Y el blanco no se ve del pensamiento,  
Por eso quieres y por eso olvidas.

Tirando así, no hay alma que resista  
Las duras puntas de tus flechas fieras,  
Porque el mundo contigo se resista.

¡Oh si con vista, dulce amor, nacieras,  
Y acertaras las almas con la vista!  
Mas no fineras amor si la tuvieras.

(*Vase.*)

Sala en casa de Flora.

## ESCENA XIII.

LISARDO, FINEO, INÉS, CRIADOS.

FINEO.  
¿Aun no han venido de fuera?  
INÉS.

No, Señor; mas ya vendrán.—  
¿Es novio aqueste galán (*Ap. á Fineo.*)  
Que á mis señoras espera?

FINEO.  
¿No se ve que novio es?

INÉS.  
Parécelo en el olor.

FINEO.  
¿Huelen los novios?

INÉS.  
Mejor

Los suelen oler después.  
No tiene mala persona.

¿Son aquestos sus criados?  
FINEO.

Los mismos.

INÉS.  
¿Bien adornados!

Cosa que no poco abona;  
Que los criados, Fineo,  
Son portada del Señor.

FINEO.  
Del coche es este rumor.

INÉS.  
Que vienen mis amas creo.

## ESCENA XIV.

FLORA, DOÑA ANA. — DICHOS.

FLORA.  
Cansada vengo.

DOÑA ANA.  
Yo pajas;  
Peiro á gran ventura tengo  
La comodidad del primo.

FLORA.  
¿Qué gallardo caballero!

Es muchacho el conde Otavio.

DOÑA ANA.  
Todos te agradan: no creo  
Que has tenido quietos ojos.

FLORA.  
¿Qué llamas ojos quietos?

DOÑA ANA.  
Honestos quise decir.

FLORA.  
Pues ¿en qué no son honestos?

¿Es vengarte del sermón?  
DOÑA ANA.

¿Malicias?  
FLORA.

Yo las confieso.

FINEO.  
Aqui está el señor Lisardo.

FLORA.  
Por todo extremo me huelgo.

LISARDO.  
Pues holgáos con esa dama,

Y será por todo extremo.

INÉS. (*Ap.*)  
¿Espantosa necedad!

FINEO.  
¿Vive Dios, que es buen agüero!

El casamiento se hará;  
Que ya el desposado es necio.

FLORA.  
Síntese vuesamerced.

LISARDO.  
Sabe Dios lo que me siento.

INÉS. (*Ap.*)  
¿Mas que le mata el albarda?

FINEO. (*Ap.*)  
Mas que no para hasta ciento.

FLORA.  
¿Mira qué buen talle tiene!

DOÑA ANA.  
Hombre parece.

FLORA.  
No entiendo.

DOÑA ANA.

No importa.

FLORA.

Pues ¿no te agrada?

DOÑA ANA.

Ahora, Señora, es presto;  
¿No nos miran á nosotras  
Hasta el mismo pensamiento?  
Pues tambien tenemos alma.

FLORA.

Las hijas, los ojos ciegos,  
Han de querer lo que quieren  
Sus madres.

DOÑA ANA.

¿Lindo consuelo

Para quien ha de dormir  
Con un hombre tanto tiempo!

LISARDO.

Turbado estoy; mas no es mucho:  
Tan cerca del sol me veo,  
Que bien puede por los ojos  
Cegarme el entendimiento.

Señora Flora, estas cosas  
Trató conmigo Fineo;  
Aqui no hay que tratar mas

De firmar nuestros conciertos.  
No quiero dote; que hastan  
Los grandes merecimientos  
De doña Ana, mi Señora.

FLORA.

Mucho ese amor agradezco.

INÉS.

Mi señor, don Juan Velarde  
Ha venido.

DOÑA ANA. (*Ap.*)  
Y mi contento.

## ESCENA XV.

DON FÉLIX, GASTON. — DICHOS.

DON FÉLIX.

¿Qué caballero es aqueste?  
LISARDO.

¿Quién es este caballero?  
FLORA.

Este es don Juan, mi sobrino.—  
Este es, sobrino, mi yerno.

LISARDO.

Téngame vuesamerced  
Por cuñado.

DOÑ FÉLIX.

¿Qué es aquesto?

DOÑA ANA.

Quiere mi madre casarme.  
(*Ap. á él.* Que viene este majadero  
A las vistas tan vistoso,  
Como allá dicen los ciegos.)

DON FÉLIX.

(*Ap.* ¿Esto tenemos agora?)  
Señor Lisardo, tratemos

Desto á solas vos y yo.

LISARDO.

De buena gana. (*Ap. á él.* Fineo.)

FINEO.

¿Qué dices?

LISARDO.

Que no me agrada  
Aquesto del parentesco.

FINEO.

¿Con celos entras? No aciertas;  
Que las mujeres que vemos  
Con mal de madre preñadas,  
Hasta parir no hay remedio.

Asi tú, si te casases



Con celos, era muy cierto  
Que para toda la vida  
Fueras casado con celos.  
(*Vanse Flera, Lisardo, Fineo y los criados.*)

### ESCENA XVI.

DOÑA ANA, DON FÉLIX, GASTON,  
INÉS.

DON FÉLIX.

¡A buen tiempo, por Dios, Ana,  
Este parentesco has hecho!  
¡Bien quedare con sei primo,  
Si este gallardo maneebo  
Con ser tu marido sale!

DOÑA ANA.

Mejor de mi amor lo pienso;  
Porque primero vendra  
Todo el firmamento al suelo,  
Tendra la envidia quietud,  
Paz la soberbia, honra el miedo,  
Sol la noche, amor templanza,  
Pena el bien, gloria el infierno,  
Que deje yo de ser tuya.

DON FÉLIX.

Así de tu amor lo creo:  
Mas no temo tu firmeza;  
Sola mi desdicha temo;  
Y cuando esto desconciertes,  
Como es forzoso, no tengo  
Para qué vivir. ¿Qué piensas  
Que hay por segundo suceso?

DOÑA ANA.

¿Qué puede haber?

DON FÉLIX.

Este Conde,  
Que las dos me dais por dueño,  
Desde que entré en su carroza  
(Privanza en criado nuevo)  
Hasta que llego a su casa,  
No cesó solo un momento  
De alabarme tu hermosura  
Desde la planta al cabello,  
Y decirme que si gasta  
Su estado y el de sus deudos,  
Mas de ser suya.

DOÑA ANA.

¿Qué dices?

DON FÉLIX.

Que vengo perdiendo el seso.

DOÑA ANA.

¡Igual puedo yo perderle,  
Pues que de celos le pierdo  
De doña Juana.

DON FÉLIX.

¿De quién?

DOÑA ANA.

De quien al Conde, su dueño,  
Se pareció en la mudanza,  
Pues él la olvidó tan presto,  
Y ella por quererte á ti.

DON FÉLIX.

Con esto estaremos buenos.

DOÑA ANA.

Yo lo que no fuere tú,  
Por todo extremo aborrezco.

DON FÉLIX.

Y yo lo que tú no fueres.

DOÑA ANA.

Vén al jardín, y hablaremos,  
Mientras mi madre y Lisardo  
Hacen tan necio concierto.

DON FÉLIX.

Si él sale con lo que intenta,  
Yo le tendré por discreto.

(*Vanse doña Ana y don Félix.*)

### ESCENA XVII.

GASTON, INÉS.

GASTON.

¿Cómo estamos ella y yo?

INÉS.

Y ¿como le va de juego  
A él?

GASTON.

Jugando á la argolla  
Dijo que estaba Cisneros,  
Cuando le llamé su amo.  
Y él respondió: «Yo voy luego;  
Que poco me falta ya:  
Va á doce, y dos bocastengo.»  
¿Quién duda que los criados  
Del desposado moderno  
Tendrán á vuesamerced  
Llena la testa de viento?  
¿Qué paje barbon la mira?  
¿En qué lacayo gallego  
Ha puesto los oji-diablos?

INÉS.

Cáigase un cesto de peros,  
Tengan dineros los sanos,  
Tengan salud los enfermos,  
Sepa bien el beber frío,  
Pasen mis años de ciento,  
Cuando yo no fuere tuya.

GASTON.

Pues voy contento con eso;  
Que, como nunca decis  
Verdad en los juramentos,  
Al revés te vendrá todo.

INÉS.

Adios, Durango.

GASTON.

Adios, Duero.

INÉS.

Leandro quise decir.

GASTON.

Yo Ero; mas ya no acierto;  
Que, como no sé nadar,  
Siempre á la orilla me quedo.

## ACTO SEGUNDO.

Sala en casa del Conde.

### ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, LISARDO, MARCELO.

CONDE.

Vos haréis como noble cahallero  
En dejar de casaros con doña Ana.

LISARDO.

Después que vi las sombras que os refie-  
Propuse el fin á mi esperanza vana. [ro,

CONDE.

Yo la quise, Lisardo, y yo la quiero;  
Ya sabeis que el poder todo lo allana,  
Si bien guardando siempre su decoro.

LISARDO.

Ya sé la fuerza y el valor del oro.  
Es el oro, Señor, la quinta esencia  
Del poder de la tierra: donde él toca,  
No queda honor, edad, fuerza y pruden-  
Uno vence, otro priva, otro provoca. [cia:  
Allá tuve tambien otra advertencia,  
Con que mi voluntad, ó mucha ó poca,  
Quedó, si no resuelta, al fin templada.

CONDE.

Pues ¿es mas que de mi doña Ana amada?

LISARDO.

De aquel Osorio habréis la historia oído,  
Que vió caer el hombre cuarto á cuarto;  
Lo mismo á mi temor le ha sucedido;  
Con que de amor el pensamiento aparto.  
Hase formado un hombre repartido  
A mis ojos, de suerte que me parto  
Para siempre de en casa de doña Ana;  
Que no será temor ni sombra vana.

CONDE.

¿No me diréis quién hay que mas la quie-  
[ra?

LISARDO.

Satisfacer mis celos solo puedo,  
Los vuestros no, pues basta que os refiera  
Que dividido deste intento quedo. [pera;  
Querelda, Conde, ó quien mi ausencia es-  
Que de casarme sosogado el miedo,  
No me importa saber el mas dichoso;  
Que no lo seréis vos si estáis celoso.

(*Vase.*)

### ESCENA II.

DON FÉLIX, GASTON.—EL CONDE,  
MARCELO.

DON FÉLIX.

¿Era Lisardo este?

CONDE.

El mismo era.

DON FÉLIX.

Pues ¿Lisardo contigo!

CONDE.

Hele quitado

Su gusto de casarse.

DON FÉLIX.

Aunque él quisiera,  
No pienso que quedara efetuado.  
A Flora le pedi que deshiciera  
Lo que entre ellos estaba concertado,  
Por dar vida á tu amor.

CONDE.

Ya estaba muerto  
A manos de ese bárbaro concierto.

DON FÉLIX.

Esto sé que me debes, y que hago  
Todo lo que es posible por tu parte,  
Y que con mil quimeras satisfago  
Esta objecion de no poder casarte.

CONDE.

[go,  
Yo sé, don Juan, que con mi amor te pa-  
Y espero en obras, que es razon, pagarte,  
El quitar á doña Ana el pensamiento  
Deste mal prevenido casamiento.

Y pues has comenzado en mi servicio  
Con tal felicidad, para obligarme [cio.  
Hoy has de hacer tambien un nuevo ofi-

DON FÉLIX.

Ya la dificultad está en mandarme.

CONDE.

Yo amaba á doña Juana...

DON FÉLIX.

Tuve indicio

Bastante dese amor.

CONDE.

Enamorarme  
Pudo doña Ana, y olvidarme della.

DON FÉLIX.

No fué accidente, sino ser mas bella.

CONDE.

Para que doña Juana me dejase,  
Querria que tratases de servilla.  
Porque, ocupada en ti, se le olvidase.

DON FÉLIX.

Pues ¿cómo sabes que podré rendilla?

CONDE.

Si casarse contigo imaginase,  
Presumo que era fácil reducilla:  
Por lo menos, oyendo casamiento,  
No hay mujer que no aplique el pensa-  
[miento.]

Si te quieres casar, yo te prometo  
Dote que te enriquezca; si engañalla,  
No siendo de tu gusto, hasta su efeto  
Podrás de mil promesas sustentalla.  
Ya me entiendes, don Juan; tú eres dis-  
[creto:]

Si doña Juana ha dado en visitalla,  
Por ventura dé celos á doña Ana:  
Será mi pretension incierta y vana.  
Mas de tu amor fingido entretenida,  
O que fuese, pues puede, verdadero,  
No habrá esperanza que mi gusto impi-  
DOY FÉLIX. [da.]

Ello no es fácil; mas servite espero.

CONDE.

Yo sé que en esto me darás la vida.—  
Marcelo, ver aquella ingrata quiero.

MARCELO.

Ya tienes á la puerta la carroza.

CONDE.

Lo que amor teme, la esperanza goza.  
(*Vanse el Conde y Marcelo.*)

### ESCENA III.

DON FÉLIX, GASTON.

DON FÉLIX.

¿Qué te parece desto?

GASTON.

Que es forzoso

Dar gusto al Conde.

DON FÉLIX.

Pues ¿querrá doña Ana,  
Después de ser tercero canteloso, [na?  
Que quiera, aunque lo linja, á doña Ju-  
GASTON.

No hay discurso, Señor, tan amoroso,  
Tan frágil es la condicion humana,  
Que no importe tal vez darle á cautela  
Celos, que son de amor famosa espuela.  
No siempre se ha de amar como tu quie-  
DON FÉLIX. [res.]

Cuando guardan lealtad, amor lo manda.  
GASTON.

Yo conozco, Señor, á las mujeres:  
La que se queda atrás, con celos anda.  
Sosiegala diciendo que te mueres,  
Si muda amor; si en celos se desmanda,  
Inquiétala, y obliga á mil desvelos;  
Que amor se hace gigante con los celos.  
(*Vanse.*)

Sala en casa de Flora.

### ESCENA IV.

DOÑA ANA, DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.

Esta ha sido la ocasion,  
Doña Ana, de visitarte.

DOÑA ANA.

En fin, ya por esa parte  
Salgo de la obligacion.

DOÑA JUANA.

Toda la tiene don Juan,  
Tu primo, á mi grande amor.

DOÑA ANA.

Pues ¿no es el Conde mejor,  
Mas discreto y mas galan?

DOÑA JUANA.

No me lo parece á mi.

DOÑA ANA.

En fin ¿le olvidaste?

DOÑA JUANA.

Ya

Tan fuera del alma está  
Como yo lo estoy de mi.  
Hazme tan grande placer  
(¿Placer dije? Bien dijera  
Mejor de hacer que me quiera,  
Pues tú lo podrás hacer;  
Que, como tu sangre en fin,  
Solicitarás mejor  
El principio de mi amor  
Y de mi esperanza el fin.

DOÑA ANA. (Ap.)

Esta ha venido á matarme.  
¡Ay, celos! ¿qué me queréis?  
¿No basta que me los deis,  
Amor, con descenliarme,  
Sino que yo misma sea  
Quien me mate y solicite  
Mi muerte?

DOÑA JUANA.

Bien se permite

Que en nuestra amistad se vea  
Esta fineza de amor.

DOÑA ANA.

Digo que yo le hablaré  
Para que estime tu fe  
Y conozca tu valor.

DOÑA JUANA.

Conoceré tu amistad.

DOÑA ANA.

Segurísima estar puedes.

DOÑA JUANA.

Harásme dos mil mercedes.

DOÑA ANA.

Y él ¿sabe tu voluntad?

DOÑA JUANA.

Mis ojos, que lengua son  
Del alma, dicho le han  
Muchas veces á don Juan  
La fuerza de mi aficion.

DOÑA ANA.

Pues ¿va á tu casa?

DOÑA JUANA.

Acompaña

Al Conde.

DOÑA ANA.

Será por verte.

(Ap. Declarado se ha mi muerte.  
¡Falso amor! ¡Traicion extraña!  
¡Ah, don Félix, cuántas veces  
Ésto de tu amor temí!)  
Y él ¿nunca te dijo á ti  
Lo mucho que tú mereces?

DOÑA JUANA.

Hasta agora me requiebra  
Con palabras generales.

DOÑA ANA.

Pues ya con principios tales,  
Haz cuenta que se celebra  
Tu dichoso casamiento.

DOÑA JUANA.

Ese es el fin á que aspiro.

DOÑA ANA. (Ap.)

Por lo imposible suspiro;  
Llevó mi esperanza el viento.

DOÑA JUANA.

Él viene. ¡Ay, Ana! Remedia  
Mi mal.

### ESCENA V.

DON FÉLIX, GASTON.—DICHAS.

DON FÉLIX.

¡Mi prima y señora!

DOÑA ANA.

(Ap. ¿Qué podré callar agora?  
Qué amor no acaba en tragedia?)  
Mira, primo, que está aquí  
Mi señora doña Juana.

DON FÉLIX.

Con los rayos de doña Ana,  
Que me deslumbra, no os vi.

DOÑA JUANA.

Disculpado estáis, don Juan.

DON FÉLIX.

Prima, aquí tengo que hablaros.

DOÑA ANA. (Ap.)

¿Qué sirve buscar reparos  
Si tantos celos me dan?

DON FÉLIX. (Ap. á doña Ana.)

Prima, el Conde mi señor,  
Que ¡nunca mi señor fuera!  
Quiere que á su dama quiera  
Para proseguir tu amor;  
Que dice que doña Juana  
No estorbará, entretenida,  
Su deseo, y que la vida  
Daré á su esperanza vana.  
Páreceme obedecer,  
Como tu gustes, su gusto,  
Pues no te dará disgusto  
Lo que por burla ha de ser;  
Que pues de mí estás segura  
Que con el alma te adoro,  
Y de guardarte el decoro  
Nuevamente amor te jura,  
No importará que la diga  
Dos fingidos disparates.

DOÑA ANA.

¡Que desta suerte me trates!

DON FÉLIX.

¿Qué causa tu enojo obliga?

DOÑA ANA.

Pues tú, don Félix, ¡á mi  
Hacer tercera me quieres  
De tu gusto!

DON FÉLIX.

Las mujeres

Luego os alteráis así;  
Yo sirvo al Conde, aunque soy  
Quien sabes: tú lo trazaste;  
Y aunque en esto me obligaste,  
Por ti sin descanso estoy.  
Ya es fuerza, no hay qué enmendar;  
Porque se suele decir  
Que cuando servir, servir,  
Y cuando mandar, mandar.  
Esto el Conde me ha mandado:  
Si paso porque te quiera,  
Por conservar la quimera  
De la invencion que has buscado,  
Pasa tú porque le diga  
Dos necedades agora  
A esta engañada señora,  
Y que esta burla prosiga;  
Que todo ha de resultar  
En tenerte mas amor.

DOÑA ANA.

Antes será lo mejor,  
Pues yo te daré lugar,  
Que muy de veras la quieras;  
Que aunque dices que te burlas,  
Tal vez se comienzan burlas  
Que acaban en muchas veras.  
Anda, Félix; vuela allí:  
Dile amores, haz tu gusto;  
Que no me dará disgusto

Lo que te da gusto á ti.  
 ¿Para qué es bueno engañarme,  
 Sino tratarme verdad?  
 Si la tienes voluntad,  
 ¿De qué sirve atormentarme?  
 ¿Hame de faltar á mi  
 Algun gusto despreciado,  
 Donde poner el cuidado  
 Que no halla lugar en ti?  
 ¿Gracia tienes! Y ¿qué tal  
 Chillarte, Félix, quisiera.  
 Si esta dama no entendiera  
 Que ya te quiero tan mal!  
 ¿Qué me miras?

DON FÉLIX.

¿Qué extrañeza!

¿Qué bárbara condicion!  
 ¿Con qué extraña imperfeccion  
 Os hizo naturaleza!  
 ¿No ves tú que es conservar  
 Nuestro amor este cuidado?

DOÑA ANA.

¿Lindo azúcar has buscado!  
 Pero no me has de engañar;  
 Que está debajo el veneno.

DON FÉLIX.

El Conde.

DOÑA ANA.

A buena ocasion.

(Vase hácia el Conde.)

## ESCENA VI.

EL CONDE. — Dichos.

CONDE.

¿Tales mis venturas son,  
 Aunque dellas vine ajeno?  
 ¿Señora!...

DOÑA ANA.

Aquí, gran señor,  
 Teneis vuestra esclava. (Ap. Quiero  
 Vengarme.)

DON FÉLIX. (Ap.)

De celos muero,  
 Que son cuartanas de amor;  
 Que la piedad de los cielos,  
 Viendo que era amor leon,  
 Por templar su condicion  
 Le dió cuartanas de celos.

CONDE.

Deseoso me tenía  
 Vuestra ausencia.

DOÑA ANA.

No se ve;

Porque nunca donde hay fe  
 La presencia se desvía.

DON FÉLIX.

(Ap. Esta se quiere vengar,  
 Y al Conde favorecer:  
 Pues el reñir suele ser  
 Recebir, doña Ana, y dar,  
 Demos todos, y el amor  
 Ayude al que mas puidiere;  
 Que si yo vencido fuere,  
 Al fin saldré del temor.)

(Vase á doña Juana.)

¿Qué soledad es aquesta?

DOÑA JUANA.

Faltar vuestra compañía.

DON FÉLIX.

A llegar me detenía  
 La duda de esa respuesta.

DOÑA JUANA.

Quien puede estar tan seguro  
 De lo mucho que merece,  
 ¿Qué teme?

DON FÉLIX. (Ap.)

Amor me enloquece;

Sola mi muerte procuro.

DOÑA ANA. (Ap. al Conde).

Advierta vuesañoria

Que doña Juana está allí,  
 Y murmurará de mí.

CONDE.

Ya prevenido tenía

A don Juan que la enamore.

DOÑA ANA.

Con todo, llegalda á hablar.

(Ap. Muérome por estorbar  
 Que hablen.)

DON FÉLIX. (Ap.)

Por mas que dore

Doña Ana el favor que ha hecho

Al Conde, no ha de poder

En muchos tiempos volver

Como la tuve á mi pecho.

CONDE.

Pues señora doña Juana,

¿Ya tan olvidada! (Llegando á ella.)

DOÑA JUANA.

Creo

Que os debe mayor deseo

La hermosura de doña Ana.

Con esto, no os espanteis

Si me retiro de vos.

CONDE.

En este jardín los dos

Hablemos, si vos quereis;

Porque tengo que contaros

Un casamiento.

DOÑA JUANA. (Ap.)

¿Si fuese

Con don Juan, y amor me diese  
 Tanto bien!

CONDE.

Quiero obligaros.—

Habla entre tanto, don Juan, (Ap. á él.)

Con doña Ana en mi favor.

DON FÉLIX.

Yo voy á hablarla, Señor,

Pues tanta ocasion me dan.

(Vanse el Conde y doña Juana.)

## ESCENA VII.

DON FÉLIX, DOÑA ANA.

DOÑA ANA.

¿Pensarás que estoy ya muerta  
 Porque hablaste á doña Juana?

DON FÉLIX.

Y tú porque hablaste al Conde

¿Que debo de estar sin alma?

DOÑA ANA.

Si le hablé, señal sería

Que tengo lengua.

DON FÉLIX.

No habla

Quien no la tiene, y á mí

No pienso yo que me falta.

DOÑA ANA.

¿Qué le dirías de amores!

¿Que de engañosas palabras!

¿Que de mentiras de hombres!

DON FÉLIX.

La mentira, cosa es clara

Que nombre de mujer tiene.

DOÑA ANA.

La verdad es cosa llana

Que tambien tiene ese mismo.

DON FÉLIX.

¿Estás contenta?

DOÑA ANA.

Y pagada.

DON FÉLIX.

En fin, gustas de perderme;  
 Pero tú dirás que ganas.

DOÑA ANA.

¿Qué pierdo si te he perdido?

DON FÉLIX.

Tienes razon: poco ó nada.

DOÑA ANA.

¿Cómo sufres que al jardín  
 Lleve un galán á tu dama?

DON FÉLIX.

Como es tan grande mi amor,  
 No he sentido que se vaya.

Pero tú ¿cómo le dejas

Si, como pienso, le amas,

Que al jardín vaya con ella?

¿No ves que amor quiere guardas,

Y que de las ocasiones

Resultan cosas extrañas?

DOÑA ANA.

Como es tan grande mi amor,

No he sentido que se vaya.

## ESCENA VIII.

FLORA, que sale quedo. — Dichos.

DON FÉLIX.

¿Qué mal término tuviste!

DOÑA ANA.

Pues ¿tú en mi término hablas,

Villano, vil!

FLORA.

¿Qué es aquesto?

DON FÉLIX.

Tu madre: voyme.

(Vase.)

## ESCENA IX.

FLORA, DOÑA ANA.

FLORA.

¿En qué andas?

¿Piensas que ya no te entiendo?

DOÑA ANA.

Vén á matarme.

FLORA.

¿Tú tratas

De villano á don Juan?

DOÑA ANA.

Sí.

FLORA.

¿Si dices?

DOÑA ANA.

¿De qué te espantas?

FLORA.

¿No me he de espantar de ver  
 Que te quieras bien, ingrata  
 A Lisardo, al Conde, á todos  
 Cuantos te quieren?

DOÑA ANA.

Acaba;

Que todo es quimera tuya.

FLORA.

¿Quimera el quererle llamas?

En tanto pesar me buelgo

Que has descubierto la hilaza.

DOÑA ANA.

Hilárame tú mejor.

FLORA.

Basta necia; necia, basta.

DOÑA ANA.

¿Tan mal te parece á ti  
 Que yo estuviera casada  
 Con mi primo? ¿No es mi primo  
 Don Juan hijo de tu hermana?  
 ¿Pierde por su padre acaso?  
 ¿No es Velarde? No es Sarabia?



No le dieron, como á ti,  
Su principio las montañas?

FLORA.

Y de la dispensacion,  
Si ese disparate entablas,  
Dos mil ducados ¿es barro?  
¡Plega á Dios!...

DOÑA ANA.

Tente, no hagas

Disparates.

FLORA.

¿Morderé?

DOÑA ANA.

No muerdas, puesto que rabias;  
Que porque salgas de pena,  
Si estas cosas te la causan,  
Yo quiero querer...

FLORA.

¿A quién?

DOÑA ANA.

A mi primo.

FLORA.

¡Oh fiera! Oh falsa!

DOÑA ANA.

A Lisardo decir quise;  
Mas vase tal vez el alma  
Tras la lengua, porque amor  
En cualquier cosa resbala.

FLORA.

¿Que tú á Lisardo querrás?

DOÑA ANA.

Señora, á Lisardo llama;  
Que hoy me casaré con él.

FLORA.

¿Cumplirás esa palabra?

DOÑA ANA.

Tú lo verás.

FLORA.

Y tú en mí

Tanto amor y afición tanta,  
Que hoy, hoy quiero que á la puerta  
De Guadalajara vayas,  
Y saques por cuenta mia  
Dos joyas y cuatro galas.

DOÑA ANA.

Ya he sacado yo una joya.

FLORA.

¿Qué joya?

DOÑA ANA.

Cierta venganza.

(*Vanse.*)

## ESCENA X.

EL CONDE, DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.

Eso me parece bien.

CONDE.

Cuando un hombre se declara  
Adonde debe respeto  
Por obligaciones tantas,  
¡Grande amor ó gran flaqueza!

DOÑA JUANA.

Pues Conde, ya que á la cara  
De la verdad el rebozo  
Le quita tu amor, descansa  
De mi temor y respeto.  
Sirve y pretende á doña Ana;  
Que yo tambien quiero bien.

CONDE.

¡Ahora sí que me tratas  
Como amigo, ahora sí  
Que la verdad se levanta  
De la opresion en que estuvo!  
Pero ¿sabré yo á quién amas?

DOÑA JUANA.

A quien para casamiento  
Me propones.

CONDE.

¿Cosa extraña!

¿A don Juan?

DOÑA JUANA.

A don Juan quiero;  
Que á un mismo tiempo tu alma  
Y la mia concertó  
Un amor y una mudanza;  
Porque yo quise á don Juan  
Y tú quisiste á doña Ana.

CONDE.

Gran bien me has hecho: en albricias  
Te mando una joya rara  
Que de Italia me trujeron,  
Donde verás las tres percas,  
Por cien diamantes mas duras  
Que por las vidas que acaban.

DOÑA JUANA.

Ya sabe don Juan mi amor,  
Y yo le he dado esperanza.

CONDE.

Luego ¿bien podré valerme  
De ti para con doña Ana?

DOÑA JUANA.

Tú verás, si con don Juan  
Me ayudas para que salga  
Mi casamiento á luz presto,  
Lo que mi cuidado alcanza.

CONDE.

¿Puédome ya prometer  
Algun bien?

DOÑA JUANA.

Sirve y aguarda;  
Que hay ocasiones de amor  
Que es buena la confianza.

(*Vanse.*)

## ESCENA XI.

LISARDO, FLORA, DOÑA ANA, INÉS.

FLORA.

Mucho, Lisardo, estimo tu venida.

LISARDO.

Agradece mi amor injustamente:  
Una gran voluntad, aunque ofendida,  
Vuelve con poca fuerza fácilmente.

FLORA.

Siempre fué la hermosura perseguida;  
La justicia es mi hija claramente:  
Quiérenla todos, si igualmente pasa,  
Y ninguno la quiere por su casa.  
El Conde nos promete mil quimeras,  
Y da como esperanza de casarse;  
Y esperanza aun entera, y mil enteras  
Pocas veces se ven ejecutarse  
De otros así; mas tú lo consideras,  
Y ella, pues es razon debe excusarse.  
Si nació para ti, ¿qué nos cansamos,  
Cuando en un parecer los tres estamos?

LISARDO.

El Conde me llamó, díjome el Conde  
Mil invenciones y temores vanos.

FLORA.

¿Qué mal á su nobleza corresponde!  
Mastiene amor sin ojos y aun sin manos.

LISARDO.

Sin ojos, Flora, ceguedad responde,  
Así le pintan griegos y romanos; [gas,  
Pero sin manos no; que han de ser lar-  
Para que pueda darle el oro á cargas.

FLORA.

Ahora vamos á hacer las escrituras,  
Y ruin sea esta vez por quien quedare.

LISARDO.

Vamos; que desta vez serán seguras,  
Como en el juramento se repare.  
(*Vanse Flora y Lisardo.*)

## ESCENA XII.

DON FÉLIX, GASTON, *que se quedan retirados.*—DOÑA ANA, INÉS.

DOÑA ANA.

¿Qué fin han de tener mis desventuras?  
Pero ¿qué desventura habrá que pare  
Sino es en mí?

DON FÉLIX.

¿Qué es esto Inés? (*Ap. á ella.*)

INÉS.

¿Qué quieres?

El tiempo, el son, mudanzas las mujeres.

DON FÉLIX.

¿Lisardo aquí otra vez?

INÉS.

Pues ¿no lo miras?

GASTON.

Háblala por tu vida cueradamente.

DOÑA ANA.

¿Eres don Félix tú? ¿De qué te admiras,  
Pues ocasion me has dado suficiente?  
Si tú á casarte en otra parte aspiras,  
¿Es milagro que yo lo mismo intente?  
¿No sabes que no hay gustos ni placeres  
Que olviden la venganza en las mujeres?

DON FÉLIX.

Prima, pero ya no prima,  
Y si prima, falsa y tal,  
Que en mis bienes suena mal,  
Pues á dejarme se anima,  
¿Qué pecho habrá que reprima  
La fuerza de tu mudanza,  
Que al honor y al alma alcanza?  
¡Ah! ¿cómo se echa de ver

Que pasas, como mujer,  
Del amor á la venganza!  
Si te dije que quería  
De burlas á doña Juana,  
Porque eras mi luz, doña Ana,  
Como lo es el sol al día,  
¿Qué ofensa hacerte quería,  
Pues antes era defensa  
Del Conde, cuyo amor piensa  
Tu ingrato pecho pagar?  
Pero quien quiere olvidar,  
Bien sabe fingir la ofensa.  
¿Qué buena paga de amor!  
Tarde y mal, pues nunca el mal  
Llegó tarde. ¿Qué mortal  
Veneno! ¿Qué vil temor!  
¿Yo ser á tu fe traidor?  
Yo mudarme? Mas ¿qué digo,  
Si tu esposo y mi enemigo  
Me han de vengar hoy aquí,  
Pues yo quedo muerto en ti  
Y él queda vivo contigo?

DOÑA ANA.

Poco á poco; que es locura  
Pensar que nadie ha de ser  
Tan suyo, que pueda hacer  
Desprecios á la ventura.  
La voluntad mas segura,  
Si es discreta y fué dichosa,  
Ha de estar mas sospechosa;  
Que quien ama no ha de amar  
De burlas, para matar  
Un alma siempre celosa.  
¿Qué querías que yo hiciera,  
Si dices que has de querer?  
¿Puédote yo el alma ver?  
¿Es tu pecho vidriera?

No hay burla mas verdadera  
Que llegarse amor burlando ;  
Que el amor lisonjeando  
Entra mejor sin recelo ;  
Porque el trato es como anzuelo ,  
Que pesca el alma callando .  
¿ Habia yo de aguardar  
A lo que pudiera ser .  
Y que hablando de querer ,  
Te supieras tu guardar ?  
La ocasión ha hecho errar  
Muchos que no lo creyeron .  
Que mas santos que tu fueron :  
Luego , Félix , no presumas  
Que te servirán las plumas  
Con que los otros cayeron .

DON FÉLIX.

Disculpas tu liviandad  
Con lo que esta por venir .

DOÑA ANA.

Nunca ha sido el prevenir  
A lo menos necesidad .

DON FÉLIX.

El mudar tu voluntad  
Bien se ve que no es honor .

DOÑA ANA.

El casarme , ¿ qué mayor ?

DON FÉLIX.

¿ Tal dices ? ; Plega á los cielos  
Que nunca te falten celos  
Y siempre te sobre amor !  
¿ Hay tan grande libertad ?  
¿ Esto se sutre á mis ojos ?

DOÑA ANA.

Félix , con menos enojos ;  
Que es esa mucha amistad .

DON FÉLIX.

¿ Fiaсте de mi lealtad ?

DOÑA ANA.

Ni aun de mí pienso fiarme .

DON FÉLIX.

No has acertado en dejarme ;  
Que en llegando á no querer ,  
¿ Qué piensas que puedo hacer  
Sino vengarme ó matarme ?

GASTON.

Señor , ten por Dios cordura .

INÉS.

Señora , ten mas acuerdo .

DOÑA ANA.

Déjame , necia .

GASTON.

Señor ,

Advierete...

DON FÉLIX.

Déjame , necio .

### ESCENA XIII.

FLORA. — DICHOS.

FLORA.

¿ Qué es esto ? ; Otra vez pendencia !

DON FÉLIX.

Hago al cielo juramento ,  
Y a cuantas luces sagradas  
Son guardación de sus velos ,  
A la patria en que nací ,  
A mis padres y á mis deudos ,  
A mis amigos...

FLORA.

Detente .

DON FÉLIX.

No me detengas .

FLORA.

Si quiero .

DOÑA ANA.

¿ De qué historia de Zamora ,  
Señor primo , sacó el reto ?

DON FÉLIX.

No importan burlas , doña Ana ,  
En verdaderos sucesos :  
Lo que juro cumpliré .  
Si el mar , la tierra y el fuego  
Y todos los vientos juntos  
Se me pusiesen en medio .

DOÑA ANA.

¿ Todos los vientos ?

DON FÉLIX.

Y todo

Cuanto es poder y no es cielo ,  
De no verte eternamente  
Mientras en tu casa...

FLORA.

Pienso ,

Don Juan , que te has vuelto loco .

DON FÉLIX.

Pon , Gaston , mi ropa presto ;  
Esos papeles recoge ,  
Saca esas maletas luego .  
Hoy me parto á la montaña :  
Dénme el valle de Carriedo  
En sus celes sepultura ;  
Lloren mis padres .

FLORA.

¿ Qué es esto ?

¿ Adónde vas de ese modo ?

¿ Es justo que su remedio

Quieras quitar á tu prima ?

DON FÉLIX.

Tia , ya no mas , ya es hecho .  
Yo he llegado á declararme :  
No te espantes ; que estoy muerto :  
Culpate á ti , que formaste  
La ingrata por quien me pierdo .  
¿ Para esto vine á la corte ,  
Y á tu casa para esto ?  
¿ Para esto me diste en ella  
Con tanto amor aposento ?  
¿ Doña Ana se ha de casar !  
Otra vez le ruego al cielo  
Que si volviere á tu casa  
Me pase...

GASTON.

Calla .

DON FÉLIX.

No quiero .

GASTON.

¿ Voy á poner las maletas ?

DON FÉLIX.

Pues ¿ eso dudas ?

GASTON.

Harélo

Con lágrimas de mis ojos .

(Vase don Félix.)

### ESCENA XIV.

FLORA , DOÑA ANA , GASTON , INÉS.

DOÑA ANA.

Él se fué .

FLORA.

¿ Qué es esto ?

GASTON.

Celos .

Dame tus piés y perdona  
Los pesares que te he hecho .

FLORA.

Yo te perdono , Gaston .

GASTON.

¿ Sábeslos todos ?

FLORA.

Sospecho

Que no serán de importancia .

GASTON.

Como me voy , me confieso .  
Primeramente , una noche ,  
De tu despensa ( ya tiemblo )  
Descolgué cuatro chorizos  
Y una pierna de carnero .  
Las tres azumbres de vino  
Por que azotaron al negro ,  
Yo me las bebi también .

FLORA.

Camina , déjate deso .

GASTON.

Échame tu bendición ;  
Que espero , Flora , en el cielo  
Que has de obispar algun día .

FLORA.

¿ Qué dices ?

GASTON.

Que siempre es bueno

Recebir la bendición de lo  
De los que lo son por cierto ,  
Aunque no sean obispos ,  
Porque después pueden serlo .  
A mi señora doña Ana  
No hablo , porque la veo  
Con las manos en los ojos .—  
Tú , Inés , pues bien los merezco ,  
Dame tus abiertos brazos .

INÉS.

En fin ¿ te vas ?

GASTON.

¿ Cómo puedo

No irme ?

INÉS.

Dios te encamine .

GASTON.

Y á tí te libre de perros .

FLORA.

Alza los ojos , doña Ana ,  
Alza los ojos del suelo .  
¿ Lágrimas tú !

DOÑA ANA.

Pues ¿ qué quieres ,

Pues ya se va cuanto quiero ?

Y cuando no fuera así ,  
¿ A ser tu sangre no debo  
Estas lágrimas ?

FLORA.

No digo

Que no llores , que aun yo tengo

Como cera el corazón ;

Pero que tengas consuelo ;

Que en haciéndose la boda ,

Con la bendición del cielo ,

Querrás bien á tu marido

Como otras muchas lo han hecho .

DOÑA ANA.

Desconfío , madre mía .

FLORA.

La cosa de mas contento  
En la mujer son las galas ,  
Destas , dos mil te prometo .

DOÑA ANA.

Madre , las galas y joyas  
No bastan , porque es lo menos  
Para pasar tanta vida  
Al lado de un hombre necio .

(Vanse.)

'Sala en casa del Conde.

### ESCENA XV.

EL CONDE, MARCELO.

CONDE.

Dos cosas son bien notables.

MARCELO.

La boda se vuelve á hacer,  
Y se va don Juan.

CONDE.

No hables

Jamás en loor de mujer;  
Porque todas son mudables.

MARCELO.

Todas no; que hablas con ira;  
Que es lo mas que dicen dellas,  
Engaño, burla y mentira.

CONDE.

Quien pone esperanza en ellas,  
¿Qué piensa? De qué se admira?  
¿Qué bien dijo Sanazaro,  
Que sembraba en el arena,  
Y que araba el viento claro...

MARCELO.

Mas vale sola una buena  
Que el mundo.

CONDE.

Es ejemplo raro.

MARCELO.

¿Raro? Sin comparacion  
Mas las que son buenas, son.

CONDE.

Créolo; estoy enojado:  
Terrible ocasion me han dado,  
Y háceme hablar la ocasion.  
Bien sé yo que una mujer  
Virtuosa puede ser  
Corona de una ciudad;  
En muchas hay variedad.

MARCELO.

Es que les falta el poder;  
Mas que vario un hombre sea,  
¿No es fealdad?

### ESCENA XVI.

DON FÉLIX, *de camino*; GASTON. —  
Dichos.

DON FÉLIX.

Vueseñoría

Me dé los piés, porque vea  
Que viene el mal en un día  
Y que el bien siempre rodea.  
Señor, mi padre me escribe  
Que queda para morir.

CONDE.

Sola esa carta prohíbe  
El detenerte, y sufrir  
El alma el mal que recibe.

DON FÉLIX.

Yo lo quisiera excusar;  
Pero mi pobre hacendilla  
Mal se podrá gobernar;  
Que costó mucho adquirilla,  
Y es un honrado solar.

CONDE. (*A Marcelo.*)

Haz que le den mil ducados.  
Vente conmigo, don Juan.

DON FÉLIX.

Vivas los años doblados  
De Néstor.

(*Vanse el Conde y Marcelo.*)

### ESCENA XVII.

DON FÉLIX, GASTON.

GASTON.

Por Dios, que van

### QUIEN AMA NO HAGA FIEROS.

Los duelos con pan dorados.

DON FÉLIX.

No hay, Gaston, sino partir.

GASTON.

¿No te alegra este dinero?

DON FÉLIX.

Ya no estoy para sentir;  
Porque gozarlos no espero,  
Como el que quiere morir.

GASTON.

¿Mil ducados! ¿No estás loco?  
¿Pese al alma de un judío!

DON FÉLIX.

Ya todo lo estimo en poco.  
Pero partamos con brío.  
Celos, yo mismo os provooco;  
Que todo aqueste accidente,  
Es hasta pasar la puente.

GASTON.

La puente de amor son celos.  
Paga el portazgo en consuelos,  
Y pasarás felizmente.

DON FÉLIX.

¿Cómo tengo de poder  
Olvidar hoy, si amé ayer?

GASTON.

¿Tuviera yo mil ducados!  
Y una higa á los cuidados  
De la mas linda mujer.

(*Vanse.*)

Sala en casa de Flora.

### ESCENA XVIII.

DOÑA ANA, LISARDO.

DOÑA ANA.

No tienes que cansarme;  
Que ya estoy con intento diferente.  
Ya no quiero casarme.

LISARDO.

Ni yo tengo paciencia suficiente  
Para tanta locura,  
Ni hay palabra en mujer, ni fe segura.

DOÑA ANA.

¿Quién dice que la tengas?  
Véte con Dios, Lisardo, véte luego,  
Y eternamente vengas  
A esta casa.

LISARDO.

[fuego]

¿Qué honor, qué amor! ¡Oh!

En quien pone esperanza  
En la esfera mayor de la mudanza!  
¿Para qué me llamabas?  
Yo ¿no estaba de ti tan descuidado  
Como de mi lo estabas?  
Para tanta deshonra ¿me has llamado!  
¿De qué estás ofendida?  
Mas debeslo de estar de ser querida.  
Basta; que soy el coco:  
A cualquiera desden de tus amantes,  
Teniéndome en tan poco  
Como se ve por burlas semejantes,  
Venga Lisardo, ¡ah cielos!  
Y á todos cause con casarse celos.  
Concertemos, doña Ana,  
Que esto pase por burla, y no de veras;  
Que yo vendré mañana,  
Y otras mil veces que casarte quieras,  
A hacer el fingimiento  
De aqueste malogrado casamiento.

DOÑA ANA.

Déjame; que estoy loca.

LISARDO.

¿De qué lo estás? Consuélate conmigo.

DOÑA ANA.

Con el agua á la boca,  
¿Me pides que hable!

LISARDO.

Que te dejo digo  
Por loca y por ingrata, [trata!  
¿Mal haya, amor, quien con verdad te  
(*Vase.*)

### ESCENA XIX.

FLORA.—DOÑA ANA.

FLORA.

¿Qué voces son aquestas?

DOÑA ANA.

Que he despedido, madre, el desposado  
En medio de las fiestas,  
Y que se va de aqui desesperado.

FLORA.

¿Por qué?

DOÑA ANA.

Porque no veo

El bien que adoro, el dueño que deseo.  
¿Ay madre! Ay madre mia! [ave!  
¿Cuánto estará de aqui? ¿Quién fuera un  
¿Qué leguas en un día  
Anda una posta? Pero bien lo sabe  
Mi loco pensamiento,  
Que va tras él acompañando el viento.  
¿Habrà mi bien parado?  
¿En qué venta estará? ¿Si corre agora?

FLORA.

¿Que con vida he quedado,  
Viéndote loca ya?

DOÑA ANA.

Mire, Señora,  
Don Juan es su sobrino:  
¿Qué culpa tuve yo si á verla vino?

FLORA.

Acabóse, esto es hecho.  
Vénte á acostar, doña Ana, que estás loca.

DOÑA ANA.

Lleno de fuego el pecho,  
Ya ni dormir ni descansar me toca.

FLORA.

Perdiendo estoy el seso.  
¿Hay desdicha tan brava? ¿Hay tal suceso?

### ESCENA XX.

INES.—DICHAS.

INÉS.

Apenas puedo de risa  
Darte un recado, Señora.

FLORA.

¿Viene el Conde por ventura?  
Buscaré dónde me esconda.

INÉS.

Que no es el Conde.

FLORA.

Pues ¿quién?

INÉS.

Dos hidalgos en dos postas.

FLORA.

¿Quién?

INÉS.

Don Juan y su criado.

DOÑA ANA.

Toda el alma me alborotas.

FLORA.

Por el siglo de mi padre,  
Que nos han de volver locas.



DOÑA ANA.

¿Burlaste, Inés?

INÉS.

¿Qué es burlarme?

Ya entran.

### ESCENA XXI.

DON FÉLIX y GASTON, *en cuerpo*.—  
DICHAS.

GASTON.

¿De qué te enojas?

DON FÉLIX.

¡Jesus! ¡Jesus! ¿Qué descuido!  
¡Los papeles que me importan  
Honra y vida, y por lo menos  
Donde esta mi ejecutoria!

FLORA.

¿Qué es esto, señor sobrino?

DON FÉLIX.

Este demonio, que acorta  
Mi vida con sus descuidos.

DOÑA ANA. (*Ap.*)

Temblando me tiene toda.

DON FÉLIX.

¡La ejecutoria olvidada,  
Que es todo mi amparo y honra,  
Me deja en el aposento!  
¡Vive Dios!

GASTON.

Tenle, Señora.

DON FÉLIX.

Estaba en Villacastín,  
Y con la ocasión forzosa  
De ser el lugar behetría,  
Que noble ó no, tanto monta,  
De mi ejecutoria trato  
Con tres ó cuatro personas  
Que estaban en la posada,  
Y dice con linda sorna  
El picaro, el ganapan,  
Que se le olvidó.

GASTON.

Reporta

La cólera.

DON FÉLIX.

Pues, picaño,  
No se os olvida la bota,  
Ni para vuestros regalos  
La bien prevenida alforja,  
¿Y mi ejecutoria si?

FLORA.

Ten la espada rigurosa.

GASTON.

Llega tú, pues eres ángel,  
Si te acuerdas de la historia  
Del sacrificio.

DOÑA ANA.

No sé

Si me conoce.

GASTON.

Y te adora.

DOÑA ANA.

Viniendo de tanta ausencia,  
Puede ser que no conozca  
Los que le habemos servido.

GASTON.

¿Ausencia llamas seis horas?

FLORA.

Repórtate ya, sobrino;

Que es ya tarde, y si alguien ronda,  
Pensaré lo que él quisiere;  
Y es la vecindad de forma,  
Que darémos que decir.  
En fin, ¿tú vienes á posta,  
Digo por la posta, en busca

De tu carta ejecutoria?

¡Ay, sobrino, cómo entiendo

Que la causa desto es otra!

Pero sea lo que fuere,

Achaque quieren las cosas.

DON FÉLIX.

¡Yo! ¡plega á Dios!...

FLORA.

No lo jures.

DON FÉLIX.

Tú verás si un ave torna  
Con mas presteza que yo,  
Por mas que los aires rompa,  
Si la ejecutoria veo.

FLORA.

En noche oscura y lluviosa  
No corras postas, sobrino;  
Sobrino, duerme y no corras;  
Vénte á descansar; que en fin  
Achaque quieren las cosas. (*Vase.*)

### ESCENA XXII.

DON FÉLIX, DOÑA ANA, GASTON,  
INÉS.

DON FÉLIX.

¿No me hablas?

DOÑA ANA.

¿Qué he de hablar?

¿Soy tu ejecutoria agora?

DON FÉLIX.

Eres alma por quier vivo,  
Eres mi bien y mi gloria.  
¿Casástele ya?

DOÑA ANA.

No sé.

DON FÉLIX.

Si te llamabas mi esposa,  
¿Cómo te has casado? ¡Ay cielo!  
Venga el dichoso que goza  
Tus manos; déme la muerte,  
Si bien el gozarte sobra.

DOÑA ANA.

Y todo aqueso que dice,  
¿Lo dice la ejecutoria?

DON FÉLIX.

Sí, mi bien.

DOÑA ANA.

¡Válgame Dios,

Qué hidalguía tan famosa!—

Entra, Gaston, por la carta.

DON FÉLIX.

¿Qué carta?

DOÑA ANA.

¿De la memoria

Se te olvida á lo que vienes?

Achaque quieren las cosas. (*Vase.*)

GASTON.

¡Brava vaya nos van dando!

DON FÉLIX.

Voy á ver si la apasionan

Unos deseos rendidos

Por unos ojos que lloran. (*Vase.*)

INÉS.

Y á él ¿qué se le ha olvidado?

¿Es escarpin?

GASTON.

Una moza

Que estaba en aquesta casa  
A manera de pelota.

INÉS.

¿No es él hidalgo tambien?

No viene á buscar la joya

De su ejecutoria?

GASTON.

Si;

Pero eres tú, y está rota.  
Hagamos las amistades,  
Si en estrado y alhombra  
Te sientes, y á la ventana  
Tengas papagayo y mona.

INÉS.

Digo que yo te perdono.

GASTON.

Dame aquesa mano.

INÉS.

Toca;

Que cuando hay vergüenza en ellas,  
Achaque quieren las cosas.

## ACTO TERCERO.

Sala en casa de doña Juana.

### ESCENA PRIMERA.

LISARDO, DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.

En fin, ¿que se fué don Juan?

LISARDO.

Celos de mi casamiento,  
Aunque todo ha sido viento,  
Notable pena le dan.

DOÑA JUANA.

Y ¿que era primo y galán  
De doña Ana?

LISARDO.

Destá suerte

Don Juan al Conde divierte;  
Que cuanto trató contigo  
Fué engaño de falso amigo,  
Áspid, arsénico y muerte.

El áspid entre las flores

Mata al villano inocente,

Como en cristal el ardiente

Arsénico á los señores;

La muerte con sus rigores

Asalta con pies de lana

Nuestra flaca vida humana:

Tal vino á quitar la vida,

En su hermosa escondida,

La variedad de doña Ana.

Yo, Señora, arrepentido

De mi amor y su rigor,

Quise conducir mi amor

A las aguas del olvido.

Del tiempo que la he querido

Pido á tu gracia perdon,

Dando por satisfacción

Sus engaños tan mal hechos;

Que todos los nobles pechos,

De engañar fáciles son.

DOÑA ANA.

Antes te quiero creer

Que quererte.

LISARDO.

La venganza

En anior todo lo alcanza.

DOÑA JUANA.

Venganza debe de ser.

LISARDO.

Quise esta ingrata mujer,

Que á don Juan tanto ha querido;

Pero, el engaño entendido,

Pagó, Señora, tu amor;

Que la venganza mayor

Es pasar de amor á olvido.

Yo la amaba con lealtad

En tanto que me engañaba;

Que, como verdad trataba,

Juzgué su amor por verdad;  
Mas viendo su falsedad,  
Y de los dos el concierto,  
Quedó todo descubierto,  
Y como loco mi amor;  
Que los celos son dolor  
Que hará dar voces á un muerto.

DOÑA JUANA.

Con celos nunca se olvida;  
No es posible que lo estés.

LISARDO.

Si es agravio, tú ¿no ves  
Que no hay cosa que mas pida  
Venganza tan merecida?

DOÑA JUANA.

Si no van tus pensamientos  
Mas que á la venganza atentos,  
Ni cases ni hagas mudanza;  
Que nunca por la venganza  
Son buenos los casamientos.

LISARDO.

No tienes ya qué temer;  
Que son comenzar á amar,  
Señora, en otro lugar,  
Principios de aborrecer;  
Y en siendo tú mi mujer,  
¿Por qué ha de faltarme el trato  
Que á nadie ha salido ingrato?

DOÑA JUANA.

Porque aunque en mis brazos sea,  
Quien los que amaba desea,  
Tendrá en el alma el retrato.  
Tras esto, palabra di  
De casarme con don Juan  
Al Conde.

LISARDO.

Las que se dan,  
Bella doña Juana, así,  
Muy pocas veces las vi  
Llegar hasta el cumplimiento;  
Que basta ser casamiento  
Para empezar á mentir,  
Pues el eco ha de decir,  
Tras el casamiento, *miento*.

DOÑA JUANA.

Ahora bien, yo he de informarme  
Desta ausencia y deste enredo,  
Donde verás lo que puedo,  
En pudiendo asegurarme.

LISARDO.

Mucho quisiera emplearme  
En quien vengarme pudiera.

DOÑA JUANA.

En casa de Flora espera.

LISARDO. (Ap.)

Celos, á muchos casais;  
Pero no me arrepintais,  
Pues es menos mal que muera.  
(*Vanse.*)

Sala en casa de Flora.

## ESCENA II.

DON FÉLIX, DOÑA ANA, GASTON,  
INÉS.

DON FÉLIX.

No es de noble el castigar,  
Ni la venganza hidalguía.

DOÑA ANA.

Es mucha la ofensa mía.

DON FÉLIX.

Quien no sabe perdonar  
No diga que es bien nacido.  
Y yo ¿cuándo te agravié?

DOÑA ANA.

Cuando se atrevió tu fe  
A solicitar mi olvido.

DON FÉLIX.

Celos en gente discreta  
Siempre fueron disculpados.

DOÑA ANA.

Cuando son celos honrados,  
De que el alma se inquieta.

DON FÉLIX.

¿Hay celos sin honra?

DOÑA ANA.

Si.

DON FÉLIX.

¿Cuáles?

DOÑA ANA.

Los que piensan mal  
De una persona leal.

DON FÉLIX.

Engañaste.

DOÑA ANA.

¿Cómo así?

DON FÉLIX.

Porque no puede haber celos  
Que piensen bien, porque son  
Temor.

DOÑA ANA.

La satisfacción

Ha de quitar los recelos;  
Y los celos han de ser  
Tales, que callarlos pueda  
El que los tiene, y no exceda  
Del crédito que ha de haber  
De las prendas del honor.

DON FÉLIX.

Como no los has tenido,  
Culpas mi error.

DOÑA ANA.

Nunca ha sido  
Grande sin celos amor.

DON FÉLIX.

Pequeño el tuyo sería  
Por esa misma razón.

DOÑA ANA.

Celos tuve; pero son  
Como en causa tuya y mía.  
Y bien te acuerdas que fueron  
Principio de nuestro daño.

DON FÉLIX.

Ya, mi bien, el desengaño  
De mis verdades te dieron;  
¿A qué puede tu belleza  
Ni mi grande amor llegar,  
Que á obligarme á confesar  
Que tuve, en volver, flaqueza?  
Al Puerto, mi bien, llegué;

Pero no pasé del Puerto,  
Porque de tu olvido cierto,  
En su nieve me abrasé.

Apenas á Guadarrama  
Vi la cumbre, cuando vi  
Mi cierta muerte si allí  
No hallaba paso mi llama.  
Busqué el achaque que ves,  
Y el rostro vuelto á la torre,  
Dije á Gaston: «Pica, corre,  
Hasta que en Madrid estés;  
Que me dejo el alma allá,  
Ejecutoria del cielo»...

—Y aun olvidada recelo,  
Pues en tu pecho lo está.  
Ya vine, ya he confesado  
Que no he de vivir sin ti.—  
Gaston, ¿no es aquesto así?

DOÑA ANA.

¿Qué buen testigo!

INÉS.

Abonado.

GASTON.

¿Hay tachas que me poner?

DOÑA ANA.

Mas que cabellos.

GASTON.

Señora,

Cuánto don Félix te adora  
Ha confirmado el volver.  
Desenójate, por Dios;  
Que ya bastan cuatro días  
De vuestras melancolias.  
Ea, ¿qué os mirais los dos,  
Si os moris por abrazaros?  
Acerca á doña Ana, Inés.—  
Y tú mueve ya los pies.

INÉS.

Acabad de concertaros;  
Que don Félix dirá al Conde  
Que se volvió del camino  
Porque un hombre propio vino,  
En que su madre responde  
Que ya está su padre bueno.

DOÑA ANA.

¡Pobre de cualquier mujer,  
Que siempre habemos de ser  
Vasos de vuestro veneno,  
Blanco de vuestros enojos  
Y centro de vuestros celos!

DON FÉLIX.

Por eso os dieron los cielos  
Posesion de nuestros ojos;  
Llave de nuestros sentidos,  
Imperio de nuestros pechos,  
Dudosos ó satisfechos,  
Amados ó aborrecidos.

DOÑA ANA.

Yo te abrazo, y lo deseo.

DON FÉLIX.

A no ser tan pertinaz...

GASTON.

¡Oh, gracias á Dios, que en paz  
Como gente honrada os veo!  
Déme su merced á mi  
Los brazos.

INÉS.

También le abrazo.

## ESCENA III.

DOÑA JUANA. — Dichos.

DOÑA JUANA.

No me desagrada el lazo.

DOÑA ANA. (Ap. á don Félix.)

¿Es la tal?

DON FÉLIX.

Pienso que sí.

DOÑA JUANA.

Dicenme que estás ausente,  
Y ya tan presente estás,  
Que nunca te ausentarás  
Del bien que tienes presente.

DON FÉLIX.

Dijéronte la verdad:

Yo llego ahora á Madrid.

DOÑA ANA.

Si os estorbo, me advertid;  
Mas quiéroos dejar: hablad.

DOÑA JUANA.

Antes yo debo de ser  
La que estorbo.

DOÑA ANA.

No lo creas.

(*Vanse doña Ana y Inés.*)

## ESCENA IV.

DON FÉLIX, DOÑA JUANA, GASTON.

DOÑA JUANA.  
Don Juan, bien venido seas.

GASTON. (Ap.)  
Esta nos echa á perder.

DON FÉLIX.  
No sé si soy bien venido;  
Ya me quisiera tornar.

DOÑA JUANA.  
¿Cómo lo puede dudar  
Quien es tan bien recibido?

DON FÉLIX.  
¿Es malicia?

DOÑA JUANA.  
No lo sé.  
Si pueden mentir los ojos...

DON FÉLIX.  
No es bien, Señora, que enojos  
Aquel abrazo te dé;  
Porque ¿cuál recien venido  
No le merece?

DOÑA JUANA.  
Es así;  
Pero al partirte de aquí  
Ni al venir le he merecido:  
Al partir, por no saber  
Que de Madrid te partías;  
Y al volver, porque tenías  
Los brazos que vengo á ver.  
De suerte que ni venido  
Ni partido te he gozado;  
Que á pecho tan apartado  
Nunca le hicieron partido.

DON FÉLIX.  
Yo soy lo que prometí,  
Y tú sin causa celosa:  
Mi prima es deuda forzosa,  
Y cuando yo me partí  
No me daban mas lugar,  
Ni me pude detener.

DOÑA JUANA.  
Disculpas de aborrecer  
Nunca las admite amar;  
Mas ya, don Juan, que has venido,  
Asegura mis temores,  
Pues las obras son amores,  
Y la palabra te pido.

DON FÉLIX.  
En hablando al Conde, haré,  
Con su licencia (que es justo),  
Señora mía, tu gusto:  
Porque su gusto no sé;  
Que no querría que hubiese  
Reliquias de aquel amor  
Que te tuvo.

DOÑA JUANA.  
¿Qué temor  
Tan sin propósito es ese!  
Adora el Conde en doña Ana,  
Casarse quiere con ella.

DON FÉLIX.  
¿Qué dices?

DOÑA JUANA.  
Que ya atropella  
Aquella arrogancia vana  
Con que fué Luzbel de sí,  
Y de sí mismo cayó.

DON FÉLIX.  
¿Casarse el Conde!

DOÑA JUANA.  
Pues ¿a no?

DON FÉLIX.  
¿Sabeslo?

DOÑA JUANA.

Digo que sí.

DON FÉLIX.

¿Gaston!

GASTON.

Señor...

DON FÉLIX. (Ap. á Gaston.)

¿Cómo había  
Doña Ana de recibirme?  
¡Oh, qué mal hice en venirme!  
No en vano me resistía.  
Con el Conde está casada.

GASTON.  
El que quiere y se resiste,  
En otro gusto consiste.

DON FÉLIX.  
Que hallara, Gaston, mudada  
Una mujer en ausencia  
De un año, y aun de un mes, vaya;  
Mas que mudado se haya  
En seis horas, no hay paciencia.

GASTON.  
¿Seis dices? ¿Deso te espantas?  
Pues tu ingenio ¿no adivina  
Que son casas de la China,  
Compuestas de piezas tantas,  
Que en un hora un caballero  
Muda á otro barrio su casa?  
Pues así esta gente pasa  
Su casa al barrio primero.  
Preguntaron á un letrado  
Cómo firmeza tendria  
Una mujer, y aquel día,  
Después de haberlo estudiado,  
Dijo, mil libros leídos,  
Y advirtiendo en sus antojos:  
«Como naciera sin ojos  
Y tapados los oídos.»

DON FÉLIX.  
Ahora bien; hasta saber  
Si esto es así ó no es así,  
Disimulemos aquí.

GASTON.  
Y aun mudos podemos ser.

DON FÉLIX.  
Doña Juana, si casada  
Doña Ana está con el Conde,  
La misma razon responde  
Que está muy bien empleada.  
Ello ha sido su ventura;  
La mia contigo sea,  
Que es es lo que el alma desea  
Y lo que mi honor procura.

DOÑA JUANA.  
Ahora si que procedes  
Como hidalgo montañés;  
Y así, quiero que me des  
Los brazos que me concedes,  
Ya por ser recien venido,  
Ya porque mi dueño eres.

DON FÉLIX.  
Por todo, pues tú los quieres.  
(Abrázala.)

## ESCENA V.

DOÑA ANA. — Dichos.

DOÑA ANA.  
¿Bien á fe!

DON FÉLIX. (Ap.)  
Yo soy perdido.

DOÑA ANA.  
Muchos años os goceís.

DOÑA JUANA.  
Para servirte serán;  
Que ya es mi dueño don Juan.  
Y pues que ya lo sabeis,  
Voy á visitar á Flora.

DOÑA ANA.

¿Tienes vergüenza en la cara?

GASTON.  
Que viene el Conde repara.

DOÑA ANA.  
Esto me faltaba agora.

## ESCENA VI.

EL CONDE, MARCELO. — DOÑA ANA,  
DON FÉLIX, GASTON.

CONDE.  
¿Tan presto vino don Juan?

DON FÉLIX.  
Para servirlos, Señor.  
CONDE.  
¡Oh amigo! —  
Todo es amor. (Ap. á Marcelo.)  
MARCELO. (Ap. al Conde.)  
Y mas, que juntos están.

CONDE.  
Sí estarán.  
MARCELO.  
Disimulando  
Harás aquesto mejor.

CONDE. (A don Félix.)  
¿Cómo te has vuelto?  
DON FÉLIX.  
Señor...

MARCELO. (Ap. al Conde.)  
¿No ves que se está turbando?  
DON FÉLIX.  
Una carta recibí  
Con un propio, en que ya estaba  
Mi padre bueno.

CONDE.  
Pensaba  
No verte tan presto aquí.

DON FÉLIX.  
Los deseos de servirte  
Me han vuelto.

CONDE.  
Bien se parece.  
MARCELO.  
Que lo agradezcas merece.

CONDE.  
Tengo, don Juan, que decirte  
Una grande novedad:  
Que me caso con doña Ana.

MARCELO. (Ap.)  
Bien dicho.  
DON FÉLIX.  
(Ap. Esperanza vana,  
¿Qué aguardais? Desesperad.)  
¡Huélgame yo de tener  
Tal señora.

CONDE.  
Yo pudiera  
Buscar mi igual; mas no hubiera  
En todo el mundo mujer  
De su virtud y valor.  
Por señora la tened.

DOÑA ANA.  
Por tal favor y merced  
Beso vuestros piés, Señor.  
DON FÉLIX.  
Dadme, Señora, las manos.  
DOÑA ANA.

Alzáos, don Juan.  
GASTON. (Ap.)  
¿Qué es aquesto?  
DON FÉLIX. (Ap.)

(Vase.) ¡Ah, cielos!



DOÑA ANA. (Ap.)  
Venguéme presto.  
DON FÉLIX. (Ap.)

No eran mis recelos vanos.

CONDE.

Vamos un poco al jardín.

DOÑA ANA.

Aquesta mano os aguarda.

(Da la mano al Conde; y vanse ella, él y Marcel.)

## ESCENA VII.

DON FÉLIX, GASTON.

DON FÉLIX.

¿Qué respeto me acobarda  
De no procurar mi fin?  
¿Cómo no digo, Gaston,  
Mis desventuras á voces?

GASTON.

Ya lo que es poder conoces,  
Y juntamente qué son  
Las mujeres, si hay revuelta  
De celos de su galán:  
Baile de á cuatro, que están  
Con otro hombre á cada vuelta.

DON FÉLIX.

Que no me digas consuelos;  
Que nunca los hombres sabios  
Los dan para los agravios;  
Que en los agravios no hay celos.  
Daré voces.

GASTON.

Oye un poco.

DON FÉLIX.

Detenerme es desvarío.

## ESCENA VIII.

FLORA. — Dichos.

FLORA.

¿Qué es esto, sobrino mío?

DON FÉLIX.

¿Ya no lo ves? — Estoy loco.

FLORA.

¡Loco, sobrino! ¿De qué?

DON FÉLIX.

¿Quieres escucharme?

FLORA.

Sí.

DON FÉLIX.

Oye, por tu vida.

FLORA.

Di.

GASTON. (Ap. á su amo.)

¿Qué quieres hacer?

DON FÉLIX.

No sé.—

Yo soy, generosa Flora,  
Caballero de Granada...  
—Has de escucharme hasta el fin  
Sin responderme palabra. —  
Don Félix es mi apellido,  
De Córdoba, y de la casa  
De los marqueses de Priego;  
Que no menos que su hermana  
Fué mi madre, si bien era  
Natural, que no bastarda;  
Pero ser Córdoba, Flora,  
Por cualquiera parte basta  
Para tener honra un hombre,  
Grandeza, opinion y fama:  
Son los Córdovas, Cardonas  
Y Aragones sangre clara,  
Donde hubo un hombre, que el Grande

Por excelencia le llaman.  
No quedé con mucha hacienda:  
Ser moderada fué causa  
De venir á la ligera  
A Madrid, centro de España.  
Un hábito pretendía,  
Que mis aumentos trataba,  
Cuando amor en la Merced,  
Oyendo misa una pascua,  
Me la hizo de que viese  
La hermosura de doña Ana.  
Vila, perdi los estribos  
Del sentido, llegué á hablarla,  
Turbéme; que si hay estrellas,  
En un instante se ama.  
Debióle de suceder

Lo mismo; porque, turbada,  
Cogieron sus ojos rosas  
De su bellissima cara.  
Pregunté quien era, y fui  
Siguiéndola hasta su casa,  
Donde, como flor del sol,  
Hizo oriente sus ventanas.  
Mereci que recibiese  
Mis suspiros, sin palabras,  
Después escritas, después  
Dichas y después juradas.  
Tras tanto después (que en fin,  
Para mas después guardaba  
Amor las penas de entonces),  
Me escribí, por darme entrada  
En su casa, que fingiese  
El venir de la montaña,  
Y llamarme don Juan, Flora,  
De Velarde y de Sarabia.  
Dije que era tu sobrino,  
Fingiendo que de tu hermano  
Las cartas se me perdieron  
Al pasar por Guadarrama.  
Acomodasteme, Flora,  
Para mayor abundancia  
De la propuesta invencion  
Y de la fingida traza,  
Con el conde Otavio, á quien  
Sirvo, como ella lo manda.  
Al cabo de mil sucesos,  
Comienzan, Flora, mis ansias;  
Que no hay fortuna de amor  
Sin principio de bonanza,  
Ni bonanza que no tenga  
La tormenta á las espaldas;  
Que no las tiene seguras  
Aun de si mismo quien ama.  
Quiérese el Conde casar  
Con ella; y ventura tanta  
No quiera Dios que la pierda  
Porque yo venga á inquietarla.  
Cácase doña Ana, es justo;  
Que no es mucho que sus gracias  
Suban á ser señorías,  
Pues que son señoras de almas.  
Yo he puesto en razona mi amor;  
Y con algo de venganza  
(Que un pensamiento ofendido  
Todo es trazas y amenazas),  
Quiero casarme contigo;  
Porque tus prendas son tantas,  
Tan claro tu entendimiento,  
Y tu nobleza tan clara,  
Que no habrá quien no me estime  
Por prudente; que mi casa  
Ha menester tu gobierno,  
Y la del Conde te aguarda;  
Porque siendo suegros suyos,  
Haz cuenta, Flora, que mandas  
Su estado y que él favorece  
Mis pretensiones honradas.  
Esto te digo en secreto,  
Allá consigo lo trata;  
Que yo sé que es tu remedio.

GASTON. (Ap. á su amo.)

¿Qué has hecho?

DON FÉLIX.

Buscar venganza

De una mujer que me ha muerto  
Con obras y con palabras.  
(Vanse los dos.)

FLORA.

¿Hay suceso, ni le ha habido,  
Que tenga comparacion  
Con tan extraña invencion?  
Notable venganza ha sido.

## ESCENA IX.

DOÑA ANA. — FLORA.

FLORA.

¿Hay mujer de tal ventura,  
Si llega á efecto mi bien?

DOÑA ANA.

¿Qué hay, Señora?

FLORA.

En tu desden  
Mi dicha estuvo segura.  
¿Bien haya el primero día  
Que amaste á don Félix!

DOÑA ANA.

¿Qué?

FLORA.

Ya sé quien es, ya lo sé,  
Y sé que no soy su tia.  
Ya me ha dicho la invencion:  
Celos son grandes parleros;  
Que son valientes, de fieros,  
Puesto que cobardes son.  
Ya sé que don Félix es  
De Córdoba y de Cardona.

DOÑA ANA.

¿Luego el ser quien es abona,  
Madre, la historia que ves?

FLORA.

Por mi bien le aborreciste,  
Ana, y al Conde nirste,  
Pues para ti padre hallaste,  
Y á mi marido me diste.  
Ya estamos los dos casados,  
Que él me tiene voluntad;  
Y no es, hija, liviandad,  
Sino partir los cuidados  
Del gobierno de la casa,  
Y que asista un hombre en ella,  
Porque sin él la atropella  
Cualquiera viento que pasa.  
¿Qué picaro no se atreve  
A una viuda así sola,  
Pues por mas que se acrisola,  
No cumple con lo que debe?  
Tengo pleitos; es forzoso  
Un hombre que entienda en ellos.

DOÑA ANA.

¿Saldrás fácilmente dellos,  
Si los gobierna tu esposo?

FLORA.

Son cosas muy fastidiosas  
Estas deudas de tu padre.  
Hombre importa.

DOÑA ANA.

¡Ay madre, madre!

Achaque quieren las cosas.

FLORA.

Sin esto, mi soledad,  
Y el verme de noche aquí  
Con esclavos, es en mí,  
Mas que honor, temeridad.  
Si quisiese algun ladrón  
Tomar esa poca plata,  
De aquesta gente que trata  
De escalar cualquier balcón  
Y dar garrote á una reja,

¿Qué remedio nos quedaba?  
Hija, la mujer mas brava  
Es en fin humilde oveja.  
No hemos de estar temerosas  
Que un bellaco nos taladre  
Las puertas.

DOÑA ANA.

¡Ay madre, madre!  
Achaque quieren las cosas.

FLORA.

Con esto, si viene aquí,  
Anmále al casamiento. (Vase.)

### ESCENA X.

DOÑA ANA.

Buenas noches, pensamiento;  
Que ya no hay luz para mí.  
Mas ¿cómo pueden ser buenas  
En las camas regaladas,  
Si no hay blandas almohadas  
Cuando son duras las penas?  
¡Hay desatino como este!  
Yo, celosa, al fin pensé  
Venganza que honrosa fué,  
Aunque la vida me cueste;  
Pero don Félix ¿qué intenta  
Si con mi madre se casa?  
Mas es por tenerme en casa;  
Que es potro en que me atormenta.  
Querrame dar mala vida,  
Padrastro me querrá ser.

### ESCENA XI.

DOÑA JUANA. — DOÑA ANA.

DOÑA JUANA. (Ap.)

Bien puede un hombre temer  
Una mujer ofendida,  
Y esté muy cierto don Juan  
Que, entendida su invención,  
Me ha de dar mas ocasion  
Que sus recelos me dan.

DOÑA ANA. (Ap.)

Esta es mi fiera enemiga,  
Aunque mi madre lo es mas;  
No pienso verla jamas;  
Que hasta verla me fatiga.  
Della comenzó mi daño,  
Ella causó mi dolor,  
Por ella entró con rigor  
En mi alma el desengaño.  
Dejad, engaños, mi pecho;  
Que ya la desconfianza  
En mi pérdida esperanza  
Tan grande escarnimiento ha hecho.  
Bien me pudiera casar  
Con Félix; mas, temerosa  
De vivir siempre celosa,  
Su placer llamo pesar.  
Ya no se atreve mi pecho  
A dar lugar á su amor,  
Porque es tanto mi temor,  
Que hayo de mi provecho.  
Decir pudiera mi engaño  
Y dar mi amor á entender;  
Pero no quiero querer  
Con el miedo de mi daño.

### ESCENA XII.

DOÑA JUANA.

Doña Ana está recelosa;  
Ya no me habla, y de mí  
Se guarda porque entendi  
Toda la historia amorosa.  
Pues presto los dos verán  
Qué puede el agravio mío.  
El Conde es este, en quien fio  
La venganza de don Juan.

### ESCENA XIII.

EL CONDE, MARCELO. — DOÑA JUANA.

CONDE.

Es medio acertadísimo, Marcelo,  
(Ap. á él.)

El fingir que me caso con doña Ana.

MARCELO.

Es en mujeres el mejor anzuelo;  
Ninguna deja de picar en vana.

DOÑA JUANA.

¡Oh Conde, mi señor! guárdete el cielo.

CONDE.

¿Adónde bueno, hermosa doña Juana?

DOÑA JUANA.

A daros parabien del casamiento;  
Que el pésame os viniera mas á cuento.

CONDE.

¿Es por la calidad?

DOÑA JUANA.

Ninguna os debe  
Una mujer hidalga y bien nacida,  
Y que por lo que tiene de ser rosa,  
Vino bien que naciese en Espinosa.  
Mas si esta rosa, aunque tan linda, fuese  
Cogida al alba de extranjera mano,  
¿Sería bien que ya marchita y seca  
A las vuestras viniese?

CONDE.

¡Extraño caso!

Doña Juana, ¿qué dices? Si son celos  
Mios ó de don Juan, ¿por qué me matas,  
Y mi desdicha sin razon dilatas?

DOÑA JUANA.

Don Juan, su primo, es su galán, desuerte  
Que casas con mujer que en tu criado  
Ha puesto hasta en las obras su cuidado.

CONDE.

¿De qué lo sabes tú?

DOÑA JUANA.

De lo que he visto;

Pues, fuera de señales evidentes,  
Le vi darle sus brazos.

CONDE.

¡Vive el cielo,

Que no hay de quién fiar! — ¿Qué haré,  
MARCELO. [Marcelo?

¿Quién te ha de aconsejar?

CONDE.

Véte, Señora;

Que yo sabré tomar venganza agora  
Del criado traidor que me ha ofendido.

MARCELO.

Agora, Señor, pienso que escondido  
Estaría en su casa aquestos dias,  
Y que fingió el camino para eso.

DOÑA JUANA.

Asi porque decir verdad profeso,  
Como por lo que debo á tu persona,  
Quise desengañarte.

CONDE.

Agradecido,

De no te haber amado perdon pido.  
(Vase doña Juana.)

MARCELO.

Siempre tuve, Señor, este recelo.

CONDE.

Morir tiene este bárbaro, Marcelo.

### ESCENA XIV.

FLORA. — EL CONDE, MARCELO.

FLORA. (Ap.)

Bueno será darle parte,

Agora que solo está.

MARCELO. (Ap. al Conde.)

Su madre viene.

CONDE. (Ap.)

No habrá

Quien de matalle me aparte.

FLORA.

A hablar á vuesañoría  
Vengo con mucho contento.

CONDE.

Ese me falta, aunque intento  
Tener contento algun día.

FLORA.

Quiero decirle un secreto  
Como á mi yerno y señor.

CONDE.

Como á tu amigo es mejor,  
Cuya lealtad te prometo;  
Que eso de yernos es cosa  
Por celestial influencia  
Malquista con la paciencia,  
Y con el gusto enfadosa.  
Lo que es suegros y cuñados  
Es republica insufrible.

FLORA.

Luego ¿ya será imposible  
Que vivamos concertados?

CONDE.

Pues si tú me quieres dar  
Esa tu marchita rosa,  
Los monteros de Espinosa  
¿Cómo la podrán guardar?  
No la guardaste, ó quisiste  
No la guardar de su primo,  
Y ¡á mi honor, que tanto estimo,  
Su deshonor ofreciste!  
Pues ¡vive Dios!...

FLORA.

¡Qué engañado

De algunos celos estás!

CONDE.

¿Yo engañado?

FLORA.

Aquí verás

La presuncion que te han dado;  
Porque este no es mi sobrino.

CONDE.

Y eso ¿no es mucho peor?

FLORA.

No, Conde, sino mejor.  
Este caballero vino  
De Granada á pretender  
Un hábito.

CONDE.

¿Qué amistad

Me haces en dar calidad  
A quien has dado mujer?

FLORA.

No he dado tal.

CONDE.

Luego ¿en él

No has á doña Ana empleado?

FLORA.

No, pues tengo concertado  
De casarme yo con él.

CONDE.

¿Tú con él?

FLORA.

Pues ¡por qué no?

CONDE.

¿Engañásme?

FLORA.

De concierto,

Como á mí, Señor, te advierto.

CONDE.

Pues daré esta noche yo,

Porque se case contigo,  
Seis mil ducados de albricias.

FLORA.

Pues, Otavio, si codicias  
Ser tan liberal conmigo,  
Yo me contento con dos.

CONDE.

No puede haber desengaño  
Que satisfaga mi daño  
Como casaros los dos. —  
Marcelo, ¿puedo creer  
Lo que dice Flora?

MARCELO.

Si,  
Y él acierta, en cuanto á mí,  
En tan prudente mujer.

CONDE.

Cuál era de todo el mundo  
El mas discreto, queria  
Saber un rey, y aquel día  
Dante, en las letras profundo,  
Le dijo que el mas discreto  
Fué Demócrito, aquel sabio,  
Sin hacer á nadie agravio,  
Mas prudente y mas perfeto;  
Y era porque se reía  
De todo cuanto pasaba;  
Que si Heráclito lloraba,  
Fué necia filosofía.  
Ciento y veinte años vivió  
Demócrito con su risa;  
El lloron se dió mas prisa;  
Que á sesenta no llegó.

MARCELO.

Pues ¿qué quieres ser agora?

CONDE.

Un Demócrito, de ver  
Que busque don Juan mujer...  
(Ap. Y que se le antoje Flora.)

MARCELO.

Esto de los casamientos  
Es cosa para reír;  
Y así, se ven dividir,  
Como dicen, por momentos.  
Esto te ha estado muy bien:  
Cátese Flora en buen hora.

CONDE.

Entra á componerte, Flora,  
Y avisa á don Juan tambien;  
Que esta noche quedarán  
Firmadas las escrituras.

FLORA.

Pues tanto honrarme procuras,  
Iré á buscar á don Juan,  
Y guarde el cielo tu vida. (Vase.)

CONDE.

Ya estoy, Marcelo, contento,  
Pues aqueste casamiento  
Toda mi sospecha olvida.

### ESCENA XV.

DON FÉLIX y GASTON, sin reparar en  
—EL CONDE y MARCELO.

GASTON.

¿Perdiste el seso?

DON FÉLIX.

No sé;

Pero lo cierto sería  
Que entonces no le tenia.

GASTON.

Desdicha notable fué.

DON FÉLIX.

¿No has visto luz desde lejos  
Que los ojos encandila,  
Porque parece que afila

En la vista los reflejos?

Pues viendo lejos, Gaston,  
La luz de doña Ana bella,  
De deslumbrado con ella,  
Me puse en tal confusion.

GASTON.

El Conde está aquí.

DON FÉLIX.

Señor...

CONDE.

Don Juan, si es este tu nombre,  
Yo le sabido que eres hombre  
De prendas y de valor.  
Ya no hay de qué recatarte;  
Que Flora me ha dicho aquí  
Quién eres.

DON FÉLIX.

Porque temí,

Aunque inocente, enojarte,  
Le dije que era sobrino  
Del marqués de Priego.

CONDE.

Aguarda.

DON FÉLIX.

Ya sin razon me acobarda  
La fuerza de mi destino.  
Don Félix es, gran Señor,  
De Córdova y de Cardona  
Mi nombre.

CONDE.

Bien tu persona

Concierta con tu valor.  
Eso me encubrió, pensando  
Que el decir tu calidad  
Torciera mi voluntad,  
Como ya se va trazando.  
Dame esos brazos; que soy  
Primo tuyo.

DON FÉLIX.

Tus piés beso;

Que mas honrado con eso  
Que de mis padres estoy.  
Y pues que la fuerza es mucha,  
Y el parentesco no es poco,  
Oye á un hombre de amor loco.

CONDE.

Bien puedes hablar.

DON FÉLIX.

Escucha.

Dos años há, conde Otavio,  
Que sirvo á doña Ana hermosa,  
Y otros tantos que ella dice  
Que mi pensamiento adora.  
El recato de su madre  
Nos dió, guardando su honra,  
La invencion para engañarla,  
Que ya te ha sido notoria.  
El servirme fué invencion  
Para desvelar á Flora,  
Y el ausentarme fué celos  
Por las concertadas bodas.  
Tenerlos de doña Juana  
Tanto á doña Ana alborota,  
Que por ellos ha fingido  
Que te quiere bien. Perdona;  
Que no se agravia el valor  
Porque en otro su amor ponga  
Una mujer; que esas causas,  
O gusto ó cielo las obra.  
Creendo tu casamiento,  
Fué tal mi llama celosa,  
Que por tenerla á los ojos  
Y atormentar su memoria,  
Con Flora quise casarme.

CONDE.

¿Das licencia que responda?

DON FÉLIX.

Di, Señor, lo que quisieres.

CONDE.

No es decente á tu persona  
El casamiento que dices,  
Aunque tu palabra rompas;  
Que bien sé que lo fingias,  
Primo don Félix, con Flora,  
Como con doña Ana yo,  
Aunque en el valor me sobra.  
Pero estoy casado ya,  
Y espero presto la novia  
Mas bella que ha visto el sol  
Desde que baña la aurora.  
Liberal seré contigo;  
Porque quiero que dispongas  
Tu con el tuyo mi gusto.  
Haz que nos las llamen. — ¡Hola!  
Esas damas. — Tú, don Félix,  
Finge ser el novio agora.

MARCELO.

Ya vienen todos, Señor.

GASTON.

Flora ha dejado las tocas,  
Y viene con lechuguillas.  
No dudes que, á venir sola,  
Temo para mí que fuera  
La mas hermosa de todas.

### ESCENA XVI.

LISARDO y FINEO, acompañando á  
DOÑA ANA y DOÑA JUANA, con ves-  
tidos enteros; y de la mano de Fineo,  
FLORA, con lechuguillas y galas, y  
INES, detrás. — Dichos.

LISARDO.

Por padrino me traían  
Esta boda; pero ignoran  
Que estabades vos aquí,  
Y en ocasion tan dichosa.

CONDE.

Seré de buena gana,  
Y vendrán á ser tres cosas:  
Casamentero y padrino  
Y velado en una sola.  
Comienzo por la primera.

GASTON. (Ap.)

¡Bravos pares de palomas!  
Mas las unas son torcaces,  
Y palominos las otras.

CONDE.

Haced cuenta que echó suertes.  
A doña Juana le toca  
Lisardo; no hay replicar.

DOÑA JUANA.

Yo soy, Señor, venturosa.

LISARDO.

¡Qué dicha como la mía!

CONDE.

Doña Ana será mi esposa,  
Si no hay nadie que lo impida.

DON FÉLIX.

Yo lo impido, y que antepongas  
Mi amor al tuyo.

CONDE.

¿Hay testigos?

GASTON.

Ya llegan tres por la posta;  
Pero todos con mil tachas.

CONDE.

¿Qué sabe Gaston?

GASTON.

Que á solas

Los he visto hablar mil veces.

CONDE.

¿Y Inés?

INÉS.

Que doña Ana á lora



A don Félix; que don Juan  
Es nombre que no le toca.

CONDE.

Es verdad, porque es mi primo,  
Córdoba, Aragón, Cardona,  
Priego, Aguilar.

GASTON.

Y Montilla,  
;Pesía al alma de la loca!

CONDE.

Diga su dicho Fineo.

FINEO.

Diréle solo en la loa  
De las partes de don Félix,  
Que sé que son generosas.

CONDE.

¿Qué sabe Lisardo?

LISARDO.

Sé

Que si celos apasionan,  
Yo me vi muerto por él.

CONDE.

La información va famosa;  
Mas tomemos juramento  
A doña Ana.

DOÑA ANA.

¿Dónde agora

Pondré la mano?

DON FÉLIX.

En aquesta,  
Que la vuestra, esposa, os toma.

FLORA.

Eso no; que has de ser mio.

DON FÉLIX.

Tuyo soy, discreta Flora,  
Pues soy de tu bella hija.

CONDE.

Flora, esto es hecho; reporta

El pensamiento.

FLORA.

Tú has hecho

Esta invención.

DOÑA ANA.

¿Yo, Señora?

GASTON.

Vuesamerced se desnude  
Las lechuguillas de novia,  
Pues ya no se hace el partido  
Como juego de pelota,  
Y dénme por novia á Inés.

INÉS.

Inés se te rinde.

GASTON.

Toca;

Y sepa el señor Senado  
Que aquí se acaba la historia  
De *Quien ama no haga fieros*;  
Que á mas venganza provocan.

# LO CIERTO POR LO DUDOSO,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON FERNANDO AFAN DE RIBERA ENRIQUEZ,  
duque de Alcalá, adelantado mayor de la Andalucía, marqués de Tarifa, conde de los Molares y señor  
de la casa de Ribera.

---

HICE eleccion desta comedia entre las doce desta parte, para ofrecer á vuestra excelencia algun rústico fruto de nuestra humilde Vega, debido tributo á la sagrada Ribera del mar Océano, porque pasa en Sevilla, su dichosa patria, y porque, como en España no tienen (1) preceptos, no ofenderá su grave juicio en todo género de letras, así la disposicion de su contexto como el ornato de sus versos, que en esta ocasion tanto temor pone á todo ingenio científico; que á los vulgares en cualquiera calidad, no hay que tener respeto. Debiera Apolo hacer concilio de sus musas y definir qué estilo debemos usar ahora para quietud de los elevados y singulares; que así se llaman los que, malcontentos de la verdad de la lengua, cuanto agradados de su vanidad y locura, penan en diferentes lugares como las almas. Teofrasto Paracelso pone notables diferencias de hombres, después de los comunes á la naturaleza, en todos los elementos: undenas, silvas, gnomos, pigmeos, salamandras; y no se acordó de los del aire, porque no habia entonces este linaje de poetas. Yo no sé qué ideas son estas; deben de ser las de Platon, que no se pueden definir, como sintió Aristóteles: *Nec demonstrationem recipere, et ita vanae*. Constituyeron algunos el natural principio de todas las cosas en el cáos (eran gentiles); dél quisieron que procediesen la materia, la forma, los elementos, á quien otros añadieron los átomos: no fuera sin causa poner entre ellos este género de versos, pues á la claridad del sol no se les halla mas que confusion y aire. Dice contra el Tasso la Crusca que se entienden sudando sus conceptos, por haberlos envuelto en tanta variedad de figuras; y que los poemas han de tener, con lo provechoso, lo deleitable, y que con lo deleitable no puede estar la fatiga, y que la que se siente en leer su *Gofredo*, no solo es fatiga, sino enojo y martirio; *Avendosi sempre a combattere con gli stravaganti ed intempestivi gheribizzi dell' autore* (en castellano no tenemos esta voz; que *fantasia* no es tan significativa). Esto sintieron del Tasso: ¿qué harémos en España de los que tan léjos viven de igualar este varon insigne, poeta y filósofo, y no escritor de plática (2), como los médicos impiricos?

En el ánimo, Señor excelentísimo, está la mente, en la mente el juicio, la sagacidad, la solercia y el ingenio; divídele el Constanciario en su *Retórica* en dos cualidades: *Quaedam sunt comoda*, dice, *et quaedam incommoda; comoda ut acumen et celeritas ingenii et memoria* (y en estas facilidad y firmeza), *quas res eruditio comitatur atque doctrina*. Entre las cosas que pone al segundo género son la rudeza, la tardanza, las flacas fuerzas del ingenio, la poca erudicion y

(1) Las comedias.

(2) Práctica.

doctrina. Yo bien estoy con que los frutos de los estudios salgan tarde ; pero después de tarde, rudos, torpes, tibios y ineruditos, no lo apruebo. Si el remedio del corto natural se ha de fundar en la escuridad y barbaro estilo, ¿para qué escribe el que ha de fatigar al que le ha de leer, pues solo su engaño le obliga ó su presuncion le desvanece? No es esta la diferencia del hablar natural ó figurado, *ut in sermone latino* : poco ornato de la oracion poética seria llamar naturalmente á los ojos, *el sentido con que vemos*; pero en el figurado basta llamar á Aristóteles *lumen Græcciae*, á la juventud *flor ætatis*, *manus* á la potestad, y *caput* al principio, con otros lugares tópicos donde hay tantas diferencias y tropos ; y aun desto, *modicus et opportunus usus* ; que así se ilustra la oracion, como quiere Fabio Quintiliano. *Ne inusitata et usu remota in orationem ingeras*, dijo el Ticinense ; puesto que la peregrinidad sea vicio de los españoles, como refiere Crinito, y lo confirma la inconstancia de sus trajes, barbas y cabellos ; pero sacar de su naturaleza á la retórica, y que no sea su definicion *arte de bien decir*, sino de lenguaje bárbaro, ¿qué facultad lo permite? Qué nacion lo sufre? Si agora preguntaran á Guillelmo Budeo cuándo habia de ser el dia de mayor confusion, no respondiera aquel donaire, sino que en el tiempo que escribiesen los hombres para no ser entendidos. Pues luego ¡el modo de las reprensiones, con tantas libertades y convicios, obligando á los hombres acostumbrados á la alabanza á tratar, por volver por el propio honor, del vituperio ajeno! ¡Oh vano error! Oh suma ignorancia! Oh soberbia fantástica! Oh presuncion intrépida!

Lloraban á Hermolao enfermo en Roma aquellas dos estrellas de Florencia, Pico Mirandulanó y Ángelo Policiano, y dice Crinito, alabándolos y culpando á Platon y á Jenofonte : *Animi parum liberi et insinceri esse, invidiæ magis quàm doctrinæ concedere*.

Si hubiéramos de proponer un alto ejemplo de los que sin envidia saben (que claro está que quien sabe no envidia), ¿quién fuera como vuestra excelencia, que desde la primera edad se consagró á las ciencias, como destinado á tan grandes virtudes, que le han hecho por sí mismo mas lugar en la fama que la generosa ascendencia de sus clarísimos progenitores, que en tantos, tan admirables y suntuosos edificios, lustre y inmortal ornamento de Sevilla, dejaron las cenizas de tal fénix? A quien podíamos decir lo que de aquel ave sagrada al sol dijo Lactancio, aplicando las selvas orientales á las riberas del Bétis :

*Antistes nemorum et luci veneranda sacerdos,  
Et sola arcanis conscia, Phæbe, tuis.*

Pues no hay facultad de que no tenga conocimiento y particular estudio, en el mejor que ha juntado príncipe en Europa : docto en la lengua siria, hebrea, caldaica y griega, cuando de sola la latina, en que es tan eminente, pudiera honrarse cualquiera profesor suyo. Pues si entre las sinopsis que en algun modo contienen principio, da el filósofo al esplendor, dignidad y autoridad la nobleza, ¿qué hará ilustrada de tan sublimes virtudes y insignes letras? ¡Oh feliz siglo!

*Capellan de vuestra excelencia,*

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.



# LO CIERTO POR LO DUDOSO.

## PERSONAS.

EL REY DON PEDRO.  
EL CONDE DON ENRIQUE.  
EL MAESTRE DE SANTIAGO.  
RAMIRO, *criado.*

MENDO, *criado.*  
EL ADELANTADO.  
DOÑA JUANA.  
DOÑA INÉS.

TEODORA.  
JUSTA.  
SOLDADOS.  
AGOMPAÑAMIENTO.

*La escena es en Sevilla y extramuros.*

## ACTO PRIMERO.

Orillas del Guadalquivir. Casas á un lado.

### ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DON ENRIQUE  
y RAMIRO, *de noche.*

DON ENRIQUE.

¡Hermosa playa!

RAMIRO.

En su orilla

Mil bellas ninfas están.

DON ENRIQUE.

Es la noche de San Juan

Y la fiesta de Sevilla.

Todo en esta gran ciudad

Es en extremo perfeto.

RAMIRO.

Y todo ese gusto efeto

De tu misma voluntad.

A mas, que es el bien mayor,

Y vives donde está el bien.

DON ENRIQUE.

Dale su parte tambien

A quien causó tanto amor.

*(Cantan, tocan y bailan dentro.)*

RAMIRO.

¿Cantan?

DON ENRIQUE.

Así lo parece,

Y aun bailan.

RAMIRO.

Mulatas son.

Cuanto alegría su cancion,

Su negro luto entristece.

*(Cantan dentro con sonajas.)*

*Rio de Sevilla,*

*¿Cuán bien parecen*

*Con galeras blancas*

*Y remos verdes!*

### ESCENA II.

EL REY DON PEDRO, EL MAESTRE  
DE SANTIAGO y MENDO, *de noche.*  
— Dichos.

REY.

¡No he visto cosa mejor!

MAESTRE.

Humilla tal vez el gusto

Lo sabroso, aunque no es justo

Si toca al debido honor.

REY.

Maestre, en anocheciendo

Todo es igual; que aquel manto

Cubre y escurece cuanto

Están nuestros ojos viendo.

¿No ves un campo de flores

Con olor y sin color?

Así de noche el olor

Diferencia á los señores.

DON ENRIQUE. *(Ap. á Ramiro.)*

Este es el Rey.

RAMIRO.

Y tu hermano

El Maestre.

DON ENRIQUE.

Huyamos dél:

Basta, que priva con él.

RAMIRO.

Quiérelle bien.

DON ENRIQUE.

No es en vano.

REY.

Dos hombres se han embozado

De nosotros; mira, Mendo,

Quién son.

MENDO.

Que es el Conde entiendo.

REY. *(Llegándose al Conde.)*

Enrique, ¡tanto cuidado!

¿De mí te guardas?

DON ENRIQUE.

Señor,

Antes pensé que tú eras

El que guardarte quisieras.

REY.

Mal pagas mi justo amor.

¿Adónde vas por aquí?

DON ENRIQUE.

Ya ¿no lo ve vuestra alteza?

REY.

¡Ociosa tu gentileza

A estas horas!

DON ENRIQUE.

Señor, si;

Porque debe de ser tal,

Que no sé adónde ocupalla.

REY.

Mas pienso que es estimalla

Porque no conoce igual.

DON ENRIQUE.

Por Dios, Señor, que he salido

Solo á escuchar disparates

Esta noche.

MENDO.

No le trates

Al Conde de presumido;  
Que cuanto bueno hay en él  
Venca con sentir de sí  
Tan humilmente.

REY.

Así

Lo pienso y lo dicen dél.

¿Qué has hecho, en fin?

DON ENRIQUE.

Escuchado

Voces, guitarras, panderos,

Sonajas, locuras, fieros,

Y con el que traigo al lado

Probado á cuatro valientes

El pecho.

REY.

No hay en España

Tal brio. ¿Quién te acompaña,

Para que ser loco intentes?

DON ENRIQUE.

Ramiro viene conmigo.

REY.

Eso juráralo yo.

RAMIRO.

¿Tengo yo culpa?

REY.

Pues ¿no?

RAMIRO.

Basta, Señor; que contigo

No me puedo acreditar.

REY.

Conozco tu loco humor.

RAMIRO.

Dos cosas dieron, Señor,

A la disculpa lugar,

Apenas siendo formado

El mundo.

REY.

Y ¿vienen á ser?

RAMIRO.

El hombre con la mujer,

Y el señor con el criado.

Norabuena dijo Adán

Que la mujer le engañó;

Que desde que la culpó,

Todos la culpa la dan.

Pues luego, todo señor

¿No ha errado cuando el criado

Es el que ha errado?

REY.

Tú has dado

Fria disculpa á tu humor.

Ahora bien, llévame, Enrique,

Donde nos entretengamos,

Ya que desta suerte estamos.

DON ENRIQUE.

No se, por Dios, cómo aplique  
A tu grandeza las cosas  
Esta noche, si no pones  
El gusto en las oraciones  
Y respuestas fabulosas  
En que han dado las doncellas,  
Haciendo casamentero  
A san Juan.

RAMIRO.

Deciros quiero  
La causa, y volver por ellas.

REY.

¿Cómo?

RAMIRO.

¿No enseña el cordero?

REY.

Sí.

RAMIRO.

Pues deso han presumido  
Que pueden tener marido;  
Que ser manso es lo primero.

REY.

¿Qué loco á este loco excede? —  
Mendo, ¿sabes tu las cosas  
Donde con tu dueño pasas  
Algunas noches?

MAESTRE.

No puede,  
Gran Señor, Mendo decir  
Cosa que tu gusto sea.

REY.

¿No hay una discreta fea  
Adónde podamos ir?

MENDO.

Todas están ocupadas,  
Digo la mas parte dellas:  
En su oración las doncellas  
Y en su hechizo las casadas.

RAMIRO.

Lo que dice Mendo apruebo;  
Que una destas que sé yo,  
Un orinal me pidió  
Donde ha de echar cierto huevo  
Luego que las doce den,  
Y allí ha de ver grandes cosas.

DON ENRIQUE.

¿Bravas mentiras!

REY.

Famosas.

MAESTRE.

¡Mal fuego las quemé, amén!  
¡Que mal saben emplear  
La fiesta de tan gran santo!

REY.

No hay cosa que pueda tanto  
Las mujeres inflamar  
Como valerse de hacer  
Hechizos.

RAMIRO.

Hechizos son,

Como afeites, ilusión  
Del rostro de la mujer.  
La edad tierna es el aurora:  
Allí, ¿que mujer se afeita?  
La misma flor la deleita.  
La misma edad la enamora.  
Mas como va entrando el día,  
Fugidas luces previene,  
Porque las propias no tiene  
Que en el aurora tenía.  
Allí también entra hacer  
Hechizos y necesidades,  
Para vencer voluntades  
Que no pudiera vencer.  
¿No ves un clavel de seda,  
Y otro que clavel nació?

Pues tal imagino yo  
Que un rostro fingido queda,  
Aunque en la plaza se venda.  
Ello parece clavel;  
Pero no nació con él;  
Que le compró de la tienda.

REY.

Eso sucede en algunas.

RAMIRO.

Dijo un sabio reverendo  
Que eran, en anocheciendo,  
Todas las mujeres unas.

REY.

Habló del cuerpo, no dió  
Lugar al alma.

DON ENRIQUE.

Epícuero

Debió de ser.

RAMIRO.

Pues yo os juro  
Que Plutarco lo escribió.

REY.

Cánsame filosofías,  
Y de la mujer desprecios:  
Los feos, pobres y necios  
Luego las hacen arpias;  
Que quien puede conquistallas  
Y las merece agradar,  
Nunca acaba de acabar  
De alaballas y de honrallas.  
Por Dios, que donde no están  
Que no hay gusto ni alegría,  
Ni del hombre compañía  
Como la que ellas le dan.  
Lindas enfermeras son  
De alma y cuerpo.

DON ENRIQUE.

Así es verdad,

A no tener vanidad  
Su mudable condición.

REY.

¿Adónde hay un hombre igual?

MENDO.

Y eso en la mujer ¿qué impide?

RAMIRO.

Bello animal si no pide;  
Si pide, bravo animal.

REY.

Ahora, Enrique, alguna quieres;  
Deja sus desigualdades.

DON ENRIQUE.

Temiendo sus libertades,  
Huyo de algunas mujeres.

REY.

Di la verdad

DON ENRIQUE.

Hay respeto.

REY.

Por mi vida.

DON ENRIQUE.

Si has jurado

Tu vida, estará obligado  
A preferirla al secreto.  
Tengo, Señor, dos amores:  
Uno posible al deseo,  
Y otro imposible, que creo  
Por fe de honestos favores.

REY.

(Ap. El imposible me mata  
De celos del Conde, ¡Ay cielos!  
¿Cómo sois tan necios, celos.  
¿Que se causa amor si os trata?)  
¿No dirás del imposible?

DON ENRIQUE.

El imposible, perdona;  
Porque no hay en su persona  
Cosa para mi posible.

REY.

(Ap. Mas me mata, mas me abraza.)  
Y el posible ¿no sabrémos?

DON ENRIQUE.

Sí, Señor; que le tenemos  
Cerca.

REY.

¿Macho?

DON ENRIQUE.

Esta es su casa.

REY.

Llamad.

DON ENRIQUE.

Llama tú, Ramiro.

RAMIRO.

¡Ah! de casa! En el portal  
Mi tuya está. ¡Pesía tal!  
Daré por silbo un suspiro.

## ESCENA III.

JUSTA. — DICHOS.

JUSTA.

Luego que el son conocí,  
Salí, Ramiro, al reclamo.

RAMIRO.

Di á Teodora que mi amo  
El conde Enrique está aquí.

JUSTA.

Andamos tan ocupadas,  
Que si excusarlo pudiera,  
No la pesara.

RAMIRO.

Ya espera,

Justa, y las doce son dadas:  
No le quites la ocasión  
Del provecho que os prometo.

JUSTA.

Eres discreto en efeto.

RAMIRO.

Siempre los que os dan lo son. —  
(Vase Justa.)

Ya va Justa á referir  
Tu venida á su señora.

REY.

¿Es muy hermosa Teodora?

DON ENRIQUE.

No te lo sabré decir;  
Que en mirando sin amor  
No pongo tanto cuidado.

(Vanse.)

—

Sala en casa de Teodora.

## ESCENA IV.

TEODORA y JUSTA; luego DON ENRIQUE y RAMIRO, EL REY, EL MAESTRE y MENDO.

TEODORA.

No habrá tiempo reservado  
Para el Conde mi señor.  
(Salen don Enrique y Ramiro.)

DON ENRIQUE.

Teodora...

TEODORA.

Famoso Enrique,  
Honor de Castilla...

DON ENRIQUE.

¿Estás

Ocupada? ¿No querrás  
Que una cosa te suplique?

TEODORA.

Para ti no puede haber

Disculpa ni ocupacion.

(*Salen el Rey, el Maestre y Ramiro embizados.*)

¿Quién los embizados son?

DON ENRIQUE.

Dos que te vienen á ver.

TEODORA.

¡A verme á mi!

DON ENRIQUE. (*Ap. á Teodora.*)

Mis hermanos

El Rey y el Maestre: advierte

Que los agrades de suerte

Que incites sus reales manos.

Y para darte lugar,

Me quiero ir.

TEODORA.

Eso no;

Que estimo en mas verte yo

Que cuanto me pueden dar. #

DON ENRIQUE.

Vame la vida en que aquí

Un rato los entretengas.

TEODORA.

Como á verme después vengas,

Yo lo haré, Conde, por tí.

DON ENRIQUE.

Esa palabra te doy.—

Ramiro...

RAMIRO.

Señor...

DON ENRIQUE.

Camina.

(*Vanse don Enrique y Ramiro.*)

### ESCENA V.

EL REY, EL MAESTRE, TEODORA,  
JUSTA, MENDO.

REY.

La mujer se nos inclina;

¿Si sabe, hermano, quién soy?

TEODORA. (*Al Maestre.*)

Descúbrase vuestra alteza,

Aunque su sol me deslumbre;

Que no ofenderá su lumbre

Tocar mi humilde baja.

MAESTRE.

No soy yo el Rey; ese sol

Decid allí que se os muestre.

TEODORA.

Sois, si no sol, gran Maestre,

El mejor rayo español.—

Señor, allí dice un rayo

Que sois vos el sol.

REY.

Teodora,

Sed vos de ese sol aurora.

TEODORA.

De tanta luz me desmayo.

Guárdeos el cielo, y Castilla

Por largos años os goce.

REY.

¿Qué hacéis, ya dadas las doce?

TEODORA.

Decir mañana á Sevilla

Que á tal hora amaneció.

REY.

Es noche toda de fiesta.

TEODORA.

Quien esta noche se acuesta,

Gusto ó salud le faltó.

REY.

¿Sabeis cantar y tañer?

TEODORA.

Sí, Señor. ¿Quereis sentaros?

REY.

¿Y Enrique?

TEODORA.

Vendrá á buscaros

Y á veros amanecer;

Que aquí cerca se llegó

A llamar quien entretenga

A vuestra alteza.

REY.

Que venga

Luego decid.

TEODORA.

No sé yo

Adónde fué el Conde.

REY.

¡Bien!

(*Ap. ¡Vive Dios, que me ha engañado!*)

¡Lindamente me ha dejado!

Maestre, conmigo ven;

(*Ap. á él. Que aquestas bachillerías*)

Son licencias mas que iguales.)

MAESTRE.

Pues ¿qué sospechas, que sales

Tan triste?

REY.

Desdichas mías.

MAESTRE.

Tú ¿puedes ser desdichado?

REY.

¿No es desdicha tener celos?

MAESTRE.

No, Señor, cuando los cielos

De tanto bien te han dotado.

REY.

Si nadie puede enojarme,

Yo me quiero entristecer.

(*Ap. ¡Qué pueda Enrique tener*)

Licencia para engañarme!)

(*Vanse el Rey, el Maestre y Mendo.*)

### ESCENA VI.

TEODORA, JUSTA.

TEODORA.

¿Qué es esto?

JUSTA.

Ya ¿no lo ves?

Celos de Enrique.

TEODORA.

Es verdad

Que la mayor majestad

Pone el amor á sus pies.

Que entretuviere queria

Al Rey.

JUSTA.

El Rey le entendió.

TEODORA.

Perdi lo que él me advirtió

Que su alteza me daria.

JUSTA.

Celos ¿á quién guardan ley?

TEODORA.

Que dellos me queje es justo;

Que al Rey le quitan el gusto,

Y á mi la gracia del Rey.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa del Adelantado.

### ESCENA VII.

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

DOÑA JUANA.

Hice esta santa oracion

Para saber, prima mía,

Si el Conde se casaria

Conmigo en esta ocasion,  
O lo estorbaria el Rey.

DOÑA INÉS.

Pues ¿por qué lo ha de estorbar?

DOÑA JUANA.

Porque se quiere casar;

Que no hay en Castilla ley,

Que el casamiento le impida

Con la hija de un vasallo.

DOÑA INÉS.

Yo, por tus méritos, callo

Si es dicha ó no ser querida

De un rey para casamiento;

Que el señor Adelantado

Mayor no ignala su estado,

Igual á su nacimiento;

Pero no puedo excusarme

De decirte que es locura

No conocer tu ventura.

DOÑA JUANA.

Bien pudiera disculparme

Con pintar la condición

De amor; pero yo sospecho

Que, aunque lo ignore tu pecho,

No tu ingenio y discrecion.

Alguna historia has leído

De mujeres que han amado.

DOÑA INÉS.

Siempre amor fué disculpado,

De necio no, de atrevido.

DOÑA JUANA.

Pues ¿cómo es necio mi amor?

¿No es del Rey hermano el Conde?

DOÑA INÉS.

Otra razon te responde,

Fuera del propio valor.

DOÑA JUANA.

¿No le sobra entendimiento,

Brio ni talie? ¿Estás loca?

DOÑA INÉS.

A tí, que amor te provoca,

Te falta conocimiento;

Que yo, que no juego y miro,

Lo puedo entender mejor.

DOÑA JUANA.

Y sabrás de su valor

Cuán justamente suspiro.

Y que de mi amor y del

Puede el cielo tener celos.

DOÑA INÉS. (*Ap.*)

Digo mal de Enrique, cielos.

Y estoy muriendo por él.

DOÑA JUANA.

Como no te he de pedir

Consejo, no importa nada

Que no te agrade; él me agrada.

DOÑA INÉS.

¿Quién te podrá persuadir?

DOÑA JUANA.

Hice en efeto este altar

A san Juan, robé las flores

Al jardin, y á los mayores

Naranjos su blanco azahar.

Trajeron del Alameda

Los olmos que ves aquí,

Con que la sala por mi

Transformada en selva queda.

Perfuman el aire olores,

Y entre yerbas circunstantes,

Al san Juan cubren diamantes,

Los arcos fingidas flores,

Sin las que son sin violencia

Olorosa maravilla.

Porque no envidia Sevilla

Los jazmines de Valencia.

Mas débense de agradar

Mas corazones que altares,

Pues entre tantos azahares



Pienso que me sale azar.  
Rece; pero nunca ol.  
Por mas que se lo suplique.  
Si ha de ser el conde Enrique  
Mi esposo.

### ESCENA VIII.

DON ENRIQUE, RAMIRO.—DICHAS.

DON ENRIQUE.  
Señora, si.

¿Quien tan cerca respondió?

DON ENRIQUE.

Yo, que os estaba escuchando.

DOÑA JUANA.

¿Ya sois eco?

DON ENRIQUE.  
Suspirando.

DOÑA JUANA.

¿Estorbaralo el Rey?

DON ENRIQUE.  
No.

DOÑA JUANA.

Pues ¿quién?

DON ENRIQUE.  
Vos, si le quereis.

DOÑA JUANA.

Sois eco de voz celosa,  
Pues el responde una cosa  
Y vos muchas respondeis.

DON ENRIQUE.

¿No os parece que es razon?

DOÑA JUANA.

Dejanos, Inés, aquí.

DOÑA INÉS. (Ap.)

Los celos, con ser en mí  
Tan rigurosa pasión,  
No me deja amor gozar;  
Que aun celosa, ver quisiera  
La causa, si amor me diera  
Para gozarla lugar.  
¡Oh terribles desconsuelos!  
Oh nunca visto rigor,  
Que aun no dejás a mi amor  
Que pueda hartarse de celos! (Vase.)

### ESCENA IX.

DON ENRIQUE, DOÑA JUANA,  
RAMIRO.

DOÑA JUANA.

Mucho, Conde, me ha pesado  
Que del Rey estés celoso.

DON ENRIQUE.

Un señor tan poderoso

¿A quién no ha de dar cuidado?

Con tan diferentes ojos

Se mira un rey, que no sé

Como quereis vos que esté

Sin celos y sin enojos.

Puesto que en sangre le iguala,

Si tiene mi pretension,

¿Quien no ha de hacer eleccion

De quien mas puede y mas vale?

Tanto mi amor le prefiere,

Que si posible me fuera

No quereros, no os quisiera,

Siquiera porque él os quiere.

Y aunque quiero con temor,

Y con esperanza muero,

Porque os quiera como os quiero,

Le quisiera dar mi amor.

Peró si no puede ser,

Su amor tomaré á mi cuenta;

Y pues quereros intenta,

Por los dos quiero querer.

Y así obligada quedais,  
Queriendo los dos á vos,  
Pues os quiero por los dos,  
Que por los dos me querais.

DOÑA JUANA.

Enrique, si al Rey hablé  
Con palabras generales,  
Cuando sus manos reales  
Humildemente besé

Luego que vine á Sevilla,

¿Que celos puedes tener,

Y mas si se ha de volver

Dentro de un mes á Castilla?

Que es digno de ser amado

Te confieso, por señor,

Por rey y por su valor,

Y por habermne estimado

Con lo mas que puede ser.

Pues no puede hacer quien ama

Mas fineza por su dama

Que querella por mujer.

Mas ya que sin conocelle

Puse en ti todo mi amor,

Conoceré su valor;

Peró no para querelle.

Que esta fe no ha de faltar

Sino es porque falte en ti;

Que el amor que reina en mí

No es rey que da su lugar.

DON ENRIQUE.

Juana divina, en tu día

Solamente sucediera

Tanto bien á quien te espera

Con tan honrada porfia.

Logres tus años, que agora

Cumples, con tan altos bienes,

Como las gracias que tienes,

De que el amor se enamora;

Que yo vengo á celebrallas

Contigo, aunque mas quisiera

Que el tiempo solo pudiera

Passar por ti sin cantallos.

Y ¡ojalá, pues sin engaños

Tanto de mi amor confías,

Por mi pasaran los días

Y tú cumplirías los años!

Tu virtud el medio sea

En que mi descanso viva:

No soy rey; que amor no estriba

En reinos que no desea,

Sino solo en voluntades:

¡Destá eres reina!

DOÑA JUANA.

¿Quien viene

Contigo?

DON ENRIQUE.

Quien solo tiene

Parte en estas amistades.—

Llega y besarás, Ramiro,

A la Condesa los piés.

DOÑA JUANA.

¿Es Ramiro?

RAMIRO.

Él mismo es.

Como á una deidad te miro.

Y aunque á bajeza tan poca

Tu pie generoso inclines,

Sella con cinco jazmines,

Condesa ilustre, mi boca.

Darásme mas confianza

De alabarte; que ya sé

Que, tocada de tu pié,

Podrá hablar en tu alabanza.

DOÑA JUANA.

Mejor, Ramiro, quisiera

Que aprendieras á callar,

Si no lo sabes; que hablar

Sabes que sabe cualquiera.

Y pues el Conde se fia

De ti, no puedes servir

Mejor que con ver y oír  
Y callar.

RAMIRO.

Ya lo sabia.

Aunque de tu entendimiento  
Solamente procediera

Razon, Señora, que fuera

De tan grave advertimiento.

Y dices bien; que el hablar

Se enseña en modos suaves

A los hombres y á las aves;

Mas no se enseña á callar.

¡Lástima grande, que venga

Nuestro error á que nos den

Escuelas para hablar bien,

Y que el callar no las tenga!

Si rey fuera, instituyera

Cátedras para enseñar

A callar.

DOÑA JUANA.

Pues el callar

Estimas de esa manera,

Mira el peligro en que estamos

Enrique y yo, pues es ley

De hijodalgo...

### ESCENA X.

DOÑA INÉS.—DICHOS.

DOÑA INÉS.

¡Ay prima! El Rey.

DON ENRIQUE.

¿Qué haré?

DOÑA JUANA.

Detrás de los ramos

Que este altar de san Juan tiene,

Te esconde.

DON ENRIQUE.

Estos, celos son.

DOÑA JUANA.

Yo no le he dado ocasion;

Basta, que á buscarme viene.

(Escóndense don Enrique y Ramiro.)

### ESCENA XI.

REY, EL MAESTRE, MENDO.—DOÑA  
JUANA, DOÑA INÉS; DON ENRI-  
QUE Y RAMIRO, escondidos.

REY.

No se enojará, Maestre,

Pues da la noche licencia,

Y el ver tan curioso altar.

DOÑA JUANA.

¡Jesus, Señor! ¿Vuestra alteza

Honrando esta humilde casa?

De hoy mas se pondrá á sus puertas,

Para mas este blason,

Aunque están honradas ellas

Del que le han dado mis padres,

Y traerá de las fronteras

El que sirviéndoos está.

REY.

Si habláis en que por su ausencia

Osé entrar en vuestra casa,

Volveréme á salir della:

Que estimo al Adelantado

En la paz como en la guerra,

Adonde me sirve agora.

DOÑA JUANA.

Que de esa suerte engrandezca

Vuestra alteza la alegría

Que tengo de verle en ella,

Es deshacer la merced

Que nos ha hecho en quererla

Honrar esta noche.

MAESTRE.

Así

Será justo que lo entiendas.  
¿Quién es aquesta señora?

DOÑA JUANA.

Es de mi sangre la prenda  
Mejor : doña Inés, mi prima.

DOÑA INÉS.

Déme los piés vuestra alteza.

REY.

¿Gallarda dama!

MAESTRE.

No es poco

Que junto al sol lo parezca.—  
Y pues ya le tienes, dame *(Ap. al Rey.)*  
De dos la menor estrella.

REY.

Sírvela, si te da gusto,  
Porque de venir le tengas  
A ver el ángel que adoro.

MAESTRE.

Desde hoy para mí lo sea.

DOÑA INÉS.

Gallardo es el Rey.

DOÑA JUANA.

Galan.

DOÑA INÉS.

Cuando hombres humildes fueran  
Los tres hermanos, por si  
No hay cosa que no merezcan.

DOÑA JUANA.

Yo con solo el Conde estoy  
Notablemente contenta :  
Escoge tú de los dos.

DOÑA INÉS.

No tengo yo por discreta  
La que quiere porque escoge ;  
Que la afición verdadera  
Ella se viene á los ojos  
Cuando ellos menos lo piensan.

REY.

Por cierto que está la sala  
Hecha un oráculo en selva,  
Como de la antigüedad  
Celebran tantos poetas.  
¿Habeis hecho la oracion?  
¿Qué oistes, después de hacerla,  
A quien por la calle pasa?

DOÑA JUANA.

No somos, Señor, tan necias ;  
Pero ya es costumbre antigua,  
No porque en ella se crea.

REY.

¿Por qué no me distes parte  
Del altar, para que os diera  
Algo que poner en él?

DOÑA JUANA.

Por no hacer capilla vuestra  
Tan pobre casa.

REY.

¿Por qué,  
Si quiero enterrarme en ella?  
Pero ya será de Enrique.

DOÑA JUANA.

No pienso yo que apetezca  
El Conde lo que pensais.

REY.

Señora, hablemos de veras.  
¿Há mucho que no le vistas?  
¿Qué criada, qué doncella  
Os respondió, por lisonja,  
A las oraciones hechas,  
Que sería vuestro Enrique?

DOÑA JUANA.

No le he visto, ni pudiera  
Imaginar que pensara  
Esas cosas vuestra alteza.  
Yo aseguro que á estas horas

El Conde por las riberas  
Esta ciudad generosa  
Mas fáciles garzas vuela.  
Allá andará con sus galas.  
*(Toca dentro un relojillo.)*

REY.

Paso. ¿Qué es esto que suena?  
Reloj de pecho es, por Dios :  
Las tres dió.—Maestre, llega,  
Llega Mendo ; que detrás  
De aqueos álamos suena.

DOÑA JUANA.

Paso, Señor ; que en sus ramas  
Le puse, porque me diera  
Nuevas de las doce en punto.

MAESTRE.

Gente hay aquí.

REY.

Pues no temas.

MENDO.

Dos hombres son.

REY.

Pues ¿qué aguardas?

O los mata, ó salgan fuera.  
*(Don Enrique y Ramiro salen de donde  
estaban escondidos.)*

DON ENRIQUE.

Ten la espada. El Conde soy,  
Que sin que nadie me viera  
Me puse entre aquestas ramas,  
Para responder por ellas  
Alguna cosa á estas damas.

REY.

Y no fué mala respuesta,  
A no dármela el reloj  
De una mentira tan cierta.

DON ENRIQUE.

Antes el reloj me abona,  
Y mi verdad desempeña,  
Pues te quiso señalar  
Las horas de mi inocencia ;  
Porque si después sabias  
Lo que agora, no dijeras  
Que me escondia de ti,  
Pues no hay causa por que sea.  
Y aun no pienso que fué dar  
Horas, sino hacerse lengua  
Y decir : « Aquí está el Conde ; »  
Para que tú lo supieras.

DOÑA JUANA.

Por lo menos, bien creeréis  
Que se entró sin mi licencia.

REY.

No creeré sino el agravio  
Que me manda amor que crea.—  
Sal, Enrique, desta corte,  
No estés el San Juan en ella,  
Pues me das tan mal San Juan.

DON ENRIQUE.

Razon es que te obedezca,  
Si esto has pensado de mí.

MAESTRE.

Señor, si el Conde creyera  
Que te habia de enojar...

REY.

Déjame, Maestre.

MAESTRE.

Llega,  
Enrique, y pide perdon  
A su alteza.

DON ENRIQUE.

Si pidiera,  
Maestre, á caer en mí  
Solo un átomo de ofensa.

MAESTRE.

Señor, no se vaya Enrique ;  
Hazlo por mí.

REY.

Como él quiera

Hacerme pleito homenaje,  
Pues su inocencia confiesa,  
De dejar la pretension...

MAESTRE.

Enrique, di que la desas.

DON ENRIQUE.

Señor, mas quiero fiar  
Mi destierro de mi ausencia,  
Que mi amor de mi desecho ;  
Que ausente, no habrá que temas,  
Y estando presente si ;  
Y no sé yo cómo puedas  
Ni tú perder esos ceelos  
Ni yo olvidar esta puerta.  
Pues si estando yo presente,  
Tienes presente la pena ;  
Estando ausente, conmigo  
Tambien tu pena se ausenta.  
Quiérola llevar de aquí,  
Para que no me suceda  
Que en un pecho tan leal  
Un reloj tan falso venga ;  
Porque en las horas de amor,  
Como dió tres, dará treinta,  
Si para acortar mi vida  
Una vez se desconcierta.  
No quiero que me descubra,  
Señor, su traidora lengua.  
Pues que confesó el cobarde  
Por darme trato de cuerda.  
Estaba enseñando el alma  
Silencio á sus tres potencias,  
Y él pensó que le decia  
Que eran las tres de su muestra.  
—Pero admírome de ver  
Que te pese de que quiera  
A doña Inés, pues pensaba  
Que era doña Juana bella,  
Señor, á quien tu querias.

REY.

Luego ¿quieres que no entienda  
Que quieres á doña Juana?

DON ENRIQUE.

Si á doña Juana quisiera,  
Ella volviera por mí ;  
Y pues calla, es bien que sepas  
Que doña Inés es y ha sido  
Y ha de ser mi amada prenda. *(Vase.)*

## ESCENA XII.

EL REY, DOÑA JUANA, EL MAESTRE,  
DOÑA INÉS, MENDO, RAMIRO.

REY.

Ramiro...

RAMIRO.

Señor...

REY.

Escucha :

Dile á Enrique que no sea  
Este destierro de burlas,  
Pues es mi enojo de veras,  
Y que por ningún suceso  
En Sevilla le anochezca.

RAMIRO.

Ya sabes tú, gran Señor.  
Su respeto y su obediencia.  
Yo te aseguro que hoy  
Corramos veinte y dos leguas  
De aquí á Córdoba la llana.

REY.

Toma este diamante ; espera.

RAMIRO.

Vivas mas años, generoso Pedro,  
Que vivir suelen los que poco importan,  
Y en las montañas donde no los cortan

La vitoriosa palma, el verde cedro.

Tus manos, por quien hoy diamantes  
[medro,

A tales versos mi Pegaso exhortan, [tan]  
Que en él si no es que envidias me repor-  
Veras cómo el Parnaso desempiedro.

Al viejo tiempo tu fortuna estafe,  
Tu caballo del mar al viento pique,  
Tu armada en otro mundo velas zafe.

La fama al bronce el labio eterno apli-  
Desde el muro de Fez al Aljarafe, [que  
Y desde Castilleja a Mozambique.

(Vase.)

### ESCENA XIII.

EL REY, FL MAESTRE, DOÑA JUANA,  
DOÑA INÉS, MENDO.

REY.

¡Valiente humor!

MAESTRE.

Peregrino.

REY.

¿Estaréis muy triste?

DOÑA JUANA.

¿Yo?

REY.

Si su ausencia os lastimó,  
Saldrá mi amor al camino;  
Que, puesto que es desatino

Deciros que tengo celos,  
Han llegado mis desvelos  
A ponerme en un crisol,  
Donde los tengo del sol,  
Y me dan celos los cielos.

Tales son ya mis antojos,  
Que de mí mismo los tengo,  
Cuando á retratar me vengo  
En las niñas de esos ojos.

No os cén mis penas enojos;  
Basta que las tenga yo;

Y pues amor obligó

A penas á majestades,  
Agradece mis verdades,  
Mis merecimientos no.

Y si sabéis que entre buenos

No hay ingratitud jamás,

No pierda yo por ser mas

Lo que otros ganan por menos.

Volved los ojos serenos

Al triunfo de esos despojos;

Si es da el ser quien soy, enojos,

Reinad vos, y yo pondré

La corona en vuestro pie,

Como el alma en vuestros ojos.

(Vanse el Rey y Mendo.)

### ESCENA XIV.

DOÑA JUANA, EL MAESTRE, DOÑA  
INÉS.

MAESTRE.

Mal habeis hecho en callar,  
Señora, en esta ocasión;

Que aunque de precios no son,  
Se suelen imaginar.

Yo no os puedo aconsejar:

Mi hermano es el Rey, y el Conde

También; la razon responde

Que es mejor á toda ley

Querer en publico á un rey

Que no á un conde que se esconde.

Mirad que es notable error

No conocer la fortuna;

Porque suele vez alguna

Mudar en odio el favor.

DOÑA JUANA.

Decid al Rey mi señor,

Maestre...

MAESTRE.

¿Qué le diré?

DOÑA JUANA.

No sé, por Dios.

MAESTRE.

Pues yo sé

Que no es de mujer prudente

No levantar á la frente

Corona que os pone al pie. (Vase.)

### ESCENA XV.

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

DOÑA JUANA.

Confusa estoy.

DOÑA INÉS.

Con razon.

DOÑA JUANA.

¿Qué de cosas me combaten!

DOÑA INÉS.

Ya ¿qué puede haber que traten

Tu ignorancia y tu pasión,

Que no sea perdición

De tu honor y de tu casa?

Si Enrique se va, y se casa

En Castilla, ¿qué has de hacer,

Perdiendo un rey?

DOÑA JUANA.

Soy mujer:

Todo me hiela y me abrasa.

Veo á Enrique desterrado,

Veo enamorado al Rey,

Veo que en amor no hay ley,

Ni ausente firme cuidado.

Un poder determinado

Estorba lo que no alcanza;

Un ausente la mudanza

Teme y olvidar procura.

¡Oh amor sin parte segura!

Ya eres temor, ya es esperanza.

DOÑA INÉS.

Olvidar es lo mejor,

Doña Juana, al Conde ausente;

No aguardes que el Rey intente

Cosa que ofenda tu honor.

(Ap. Como me muero de amor

De Enrique, aconsejo olvido.)

### ESCENA XVI.

ENRIQUE, RAMIRO.—DICHAS.

RAMIRO.

Ea, todo va perdido.

DON ENRIQUE.

Falta por perderme á mi.

DOÑA JUANA.

¡Jesus! ¿Quién se ha entrado aquí?

DON ENRIQUE.

Enrique soy, ó lo he sido.

DOÑA JUANA.

¿Cómo te has entrado,

Conde, de esa suerte,

Sin ver el peligro

Que tan cerca tienes?

Mira que no hay

Burlas con los reyes;

Porque despreciados

Muestran lo que pueden.

Mal San Juan me diste

Con venir á verme;

No fui yo culpada

De que el Rey te viere.

¡Mal haya el galán,

Que al tiempo que viene

A ver de secreto

La dama que quiere,

Ni aun su sombra trae,

Pues vemos que á veces

Por su sombra sola

El cuerpo se siente!

¡Oh cuántos criados,

Porque los esperen,

Descubren sus dueños

Guardando broques!

Caballos y coches

Parados enfrente,

Dicen á quien pasa

Quién los entretiene.

El galán discreto

Avisado quede

Que la misma luna

Puede conocerle.

No hay amor con gusto,

Si viene á saberse;

Que vecinos lince

Penetran paredes.

¡Mal haya el reloj!

Nunca mas acierte

A tocar campanas

Que mi gusto entierren.

El nombre de Enrique

Tres sílabas tiene:

Tu nombre le dijo

Con tocar tres veces.

Mas ¿por qué me alargó?

No sea que intente

El Rey mi desdicha,

Si volviese á verte.

Si he de verte muerto,

Mas te quiero ausente:

Dichos te goeen,

Desdichas te pierden.

Mucho se entra el día;

Ya no le detiene

La noche en su cárcel,

Sus tinieblas vence.

Vense ya los montes,

De nubes y nieves

Vestidos y blancos,

Y los prados verdes;

Las flores se miran

En las claras fuentes,

Las aves les cantan

Requiebros alegres.

Ya le dice el alba

Al sol que se apreste;

Que hay medio camino

De oriente á poniente.

¿Qué me estás mirando?

Conde, ¿qué me quieres?

Vierte, conde Enrique;

Mira que amanece.

DON ENRIQUE.

Si yo imaginara

Que tales desdenes

Oyera á tu boca,

No volviera á verte.

No fué mucho engaño

Mirando quien eres,

Pensar que podía

Volver á perderte.

Ya te habia perdido;

Mal hice en que vieses

Otra vez perdido

Tu olvidado ausente.

¡Extraña desdicha,

Que antes que partiese

De los mismos ojos,

Ausente me cuentas!

Pero si el ausencia

Hace que amor cese,

Tú me has olvidado

Antes que me ausente.

Finges mi peligro,

Mi muerte encareces:

¡Graciosa disculpa.

Si hay graciosa muerte!

Al Rey enojado

Poderoso temes,



Airado le excusas,  
Amante le absuelves;  
Tienes mil razones,  
Y todas me advierten  
De que tú me guardas;  
Pero es de quererte.  
Por sol te adoraba,  
No pude esconderme;  
Que aunque no tocara  
El reloj tres veces,  
Le hicieras de sol  
Para que me vieses;  
Con todo, maldigo  
Su artificio breve,  
Su inventor primero,  
Sus ruedas, sus ejes;  
Las letras le infaman,  
Las cuerdas le aprietan.  
Las saetas pasan.  
Los volantes vuelen;  
Sus necias campanas,  
Que hablan cuando quieren,  
A su muerte toquen  
Cuando no lo piense,  
Pues hizo un enredo  
Portátil, que fuese  
Posta de la vida,  
Funda de la muerte,  
Correo del tiempo,  
De los gustos huésped,  
Que hasta los bocados  
Quiere que nos cuenten.  
Finalmente, dices  
(Mas en finalmente  
Dices cuanto sabes,  
Muestras cuanto quieres)  
Que me quieres vivo,  
Para que otras lleguen  
A gozar dichosas  
La dicha que pierdes:  
¡Cómo te deslumbra  
Esos rayos reyes!  
¡Qué presto me dejas!  
¡Qué presto me vendes!  
Pues doyte palabra  
(Y aun si esto me crees,  
La doy á tus ojos,  
A mi amor alevés,  
Cuando mas los quiero)  
De que eternamente  
Otro dueño tengan  
Los que tú aborreces.  
Yo me iré á Castilla,  
Donde si viviere,  
Te dirán que he sido  
Ejemplo valiente  
De lealtad injusta,  
Pues no lo mereces  
Mas que por hermosa,  
Pues en esto excedes  
A mi mismo amor.  
Y porque amanece,  
Como tú lo dices,  
Adios para siempre.

DOÑA JUANA.

¡Enrique, Enrique!

RAMIRO.

Ya es tarde.

¿Mandas algo?

DOÑA JUANA.

Di, Ramiro

Al Conde, por quien suspiro,  
Que aguarde.

RAMIRO.

Ya nohay qué aguarde.

(Vase.)

**ESCENA XVII.**

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

DOÑA JUANA.

¿No es esta crueldad, Inés?

DOÑA INÉS.  
No me parece crueldad,  
Pues irse es fuerza.

DOÑA JUANA.

Es verdad:

Confieso que fuerza es;  
Pero tambien ha de ser  
Que me dé su ausencia muerte:  
Porque no hay cosa mas fuerte  
Que amor, si es cierto, en mujer. (Vase.)

**ESCENA XVIII.**

DOÑA INÉS.

Animo, corazon, flaca esperanza,  
Bien le podeis decir al sufrimiento  
Que ya puede tener atrevimiento.  
Y que con el vivir todo se alcanza.  
Comenzar en las cosas la mudanza,  
Y tener los sucesos fin violento,  
Al mas desesperado pensamiento  
Le suele dar mas vida y confianza.  
No hay á los reyes resistencia humana:  
El Rey tiene supremo señorío,  
Que la mayor dificultad allana.  
Pues si él lo muestra, como yo confío,  
No gozará de Enrique doña Juana;  
Que ya me dice amor que Enrique es mío.

**ACTO SEGUNDO.**

Campo.

**ESCENA PRIMERA.**

EL ADELANTADO, SOLDADOS.

(Tocan cajas.)

ADELANTADO.

La cosa mas alegre que en la vida  
Permite al ser mortal humana gloria,  
Es la patria del hombre, tan querida  
Después alguna próspera victoria.  
Salir del mar, en que la vió perdida,  
O á los amigos referir la historia  
Del cautiverio, no es de tanto ejemplo  
Como ofrecer una bandera al templo.  
Tenemos, desde el tiempo de Rodrigo,  
Siglo infeliz por la traidora Cava,  
En nuestra misma casa al enemigo,  
Y la que fué señora vive esclava.  
Es hoy Granada pertinaz testigo,  
Aunque en ella parece que se acaba  
La soberbia del bárbaro africano.

UN SOLDADO.

Tal freno tiene en tu valor cristiano.

**ESCENA II.**

EL REY, EL MAESTRE.—DICHOS.

REY.

Al son de vuestras cajas he querido,  
Adelantado primo, adelantarme,  
Y venir, como veis.

ADELANTADO.

¡Habeis lucido

Mis armas como el sol.

REY.

Llegad á darme

Los brazos.

ADELANTADO.

A mi amor favorecido,  
Bien os adelantais por él á honrarne;  
Que los servicios de valor pequeño  
Los hace grandes el amor del dueño.

Pensó Aliatar, pensó valiente el moro  
¡Oh generoso Príncipe! que habia  
De volver á Granada con el oro  
Que á su africano rey llevar solia;  
Y fuera de dejar tanto tesoro,  
Perdió mil hombres él, que no queria  
Menos que aquel tributo que hoy lamen-  
España, con dolor de tanta afrenta. [ta  
Después de aquella célebre vitoria,  
En que á caballo, con la roja espada,  
Sevió el Patron de España, que en memo-  
A eterno feudo la dejó obligada; [ria  
No se ha visto mayor ni de mas gloria,  
Pues hasta Dinadamar de Granada,  
Siguiendo los vencidos africanos,  
Llegaron los caballos castellanos.

REY.

Adelantado, yo no sé qué pueda  
Daros en premio, qué razon, qué estado:  
Permitid que lugar se me conceda  
Para salir de estar tan obligado.  
¡Hija tenéis que vuestra casa hereda;  
Yo haré por ella que quedeis honrado,  
Antes que salga de la gran Sevilla,  
Al igual de los Reyes de Castilla.  
Tambien vuestra sobrina generosa  
Alcanzará destos favores parte,  
Pues es tan bien nacida como hermosa.  
Y agora descansad, cristiano Marte.

ADELANTADO.

Señor, en vuestra empresa vitoriosa  
Así levante el cielo el estandarte,  
Que apenas quepa con sus orbes solos  
El nombre vuestro en los oquestos polos.  
(Vase, y con él sus soldados.)

**ESCENA III.**

EL REY, EL MAESTRE.

REY.

Todas aquestas vitorias,  
Maestre, añaden valor  
Al empleo de mi amor.

MAESTRE.

Yo pienso que destas glorias  
Solo estimas el tener  
Mas disculpas tus antojos.

REY.

Jamás culparé á mis ojos,  
Si viene á ser mi mujer.

MAESTRE.

Ni pareciera razon,  
Si has de casarte en España.

REY.

¿A quién, Maestre, acompaña  
Mas generoso blason?  
Y si mis antecesores  
En España se casaron,  
Y iguales casas hallaron  
Al valor de sus mayores,  
¿Qué tengo yo que temer?  
¿En qué me pueden culpar?  
¿Qué ejemplo debo buscar?

MAESTRE.

En fin, ¿será tu mujer?

REY.

Hoy la pienso ver.

MAESTRE.

Podrás,

Con el achaque de ver  
A su padre.

REY.

¿Qué he de hacer,  
Maestre? No puedo mas.  
Merece el Adelantado  
Este honor y ella tambien.

MAESTRE.

¿Tengo yo de querer bien

A su prima?

REY.

Si te ha dado  
Sangre, como dicen, si;  
Si no te la ha dado, no.

MAESTRE.

No pienso que me mató.

REY.

Pues no la quieras por mí;  
Que amor no es bien que se trate  
Menos que como es el mío,  
Que ruego, peno y porfío,  
Y gusto de que me mate.

(*Vans.*)

—

Calle.

#### ESCENA IV.

DON ENRIQUE, RAMIRO.

DON ENRIQUE.

¿Qué te cansas en reñirme?

RAMIRO.

A grande mal te resuelves.

DON ENRIQUE.

¿Muy grande?

RAMIRO.

¡A Sevilla vuelves!

DON ENRIQUE.

Pues ¿qué puedo hacer? ¿Morirme?

RAMIRO.

¿No era mejor tener firme,  
Y proseguir el camino?

DON ENRIQUE.

¿Qué camino ó desatino,  
Si salía luego amor,  
Como suele el saltador,  
A saltar al peregrino?

RAMIRO.

¿Que vuelva un señor atrás  
De lo que juró primero!

DON ENRIQUE.

En resolución, me muero,  
Ramiro; no puedo mas.

RAMIRO.

Y ya que en Sevilla estás,  
¿Qué piensas hacer?

DON ENRIQUE.

No veo

De quien fie mi deseo;  
Que todos me han de vender.

RAMIRO.

Teodora... Pero es mujer.  
Poco en sus secretos creo.

DON ENRIQUE.

Engañaste; que mejor  
Saben callar que los hombres.

RAMIRO.

No les han dado esos nombres  
Los peligros del honor.

DON ENRIQUE.

Yo dije al Rey mi señor  
Que desterrado saldria;  
Pero no que no querria.  
¿Quebro el destierro? Pues bien;  
¿Habrá mas de que me den  
La misma pena ese día?  
Esta palabra le di;  
Que no de no amar á Juana.

RAMIRO.

Esta es, Señor, la ventana  
De Teodora: ¿llamo?

DON ENRIQUE.

Sí.

(*Llama.*)

#### ESCENA V.

JUSTA, á la ventana. — Dichos.

JUSTA.

¿Quién llama? Quién está ahí?

RAMIRO.

Mi reina, dos olvidados.

JUSTA.

¿Dos, quién?

RAMIRO.

Dos mal informados  
Del camino de Castilla,  
Que volvemos á Sevilla  
Por postas de desterrados.

JUSTA.

¡Válate Dios por Ramiro!

(*Entrase.*)

RAMIRO.

¿Qué notable admiración!

#### ESCENA VI.

TEODORA. — Dichos.

TEODORA. (*Dentro.*)

¿Qué es esto?

JUSTA. (*Dentro.*)

Dos hombres son,  
Que de mirarlos me admiro.

TEODORA. (*A la ventana.*)

¡Ay, cielos! al Conde miro.

DON ENRIQUE.

Paso, Teodora, si ignoras  
Mis sucesos.

TEODORA.

Sé que adoras  
A la mujer mas querida  
Del Rey, y que está tu vida ..

DON ENRIQUE.

¿Qué tarde mi vida lloras!  
¿Qué hay de nuevo en la ciudad  
Después que yo me parti?

TEODORA.

Que no se acuerdan de ti.

RAMIRO.

En mujer no es novedad.

TEODORA.

¿Quién por una majestad

No trueca una señoría?

DON ENRIQUE.

No hablen, Teodora mía,  
Tus celos, si es que los tienes.

TEODORA.

¿Qué notable ausente vienes!

DON ENRIQUE.

Pues ¿hay ausencia de un día?

RAMIRO.

Pues lo dice, bien lo entiende.

TEODORA.

Para decirte verdad,  
Solo sé que en la ciudad  
El amor del Rey se extiende:

A doña Juana pretende,

Y dicen que por mujer;

Que yo no puedo saber

Si ella le quiere; mas creo

Que podrá tan gran deseo

Almas de hielo encender.

Y si tú sabes de amor,

Conocerás que presente,

Cuanto mas estando ausente,

Es fuerte competidor

Un rey de tanto valor,

Tan gallardo pretendiente,

Y tan valiente.

DON ENRIQUE.

En efecto

¿Te parece que le estima?

TEODORA.

A mí la razon me anima,  
Y el saber nuestro sugeto.

DON ENRIQUE.

¿Sois muy mudables?

TEODORA.

No sé  
Si eso toca en ser mudables.

RAMIRO.

Decir quiero interesantes;  
Por el ejemplo se ve.

TEODORA.

¿Qué mujer tan necia fué,  
Que no escoja lo mejor?

DON ENRIQUE.

Alguna que tenga amor.

TEODORA.

¡Ay Enrique! El mundo todo  
Se gobierna de ese modo.

DON ENRIQUE.

No donde reina el valor.

TEODORA.

Echa por donde quisieres,  
De lo mas alto á lo bajo,  
Y hallarás mucho trabajo.

RAMIRO.

Verdad, si no es en mujeres.

DON ENRIQUE.

Ahora bien, aunque lo eres,  
Me quiero fiar de ti  
Y ser tu huésped aquí.

TEODORA.

Para tan grande señor  
Será la casa menor.

DON ENRIQUE.

No la hay mayor para mí.

TEODORA.

Entra, y honra mi humildad.

DON ENRIQUE.

No me llamarás ingrato.  
(*Entranse don Enrique y Teodora.*)

JUSTA. (*A la ventana.*)

Y él ¿no viene?

RAMIRO.

Con recato.

JUSTA.

Pues ¿de qué es la gravedad?

RAMIRO.

Mas es cierta enfermedad.

JUSTA.

Y ¿no puedo yo sabella?

RAMIRO.

La ausencia fué culpa della.

JUSTA.

La posta debió de ser.

RAMIRO.

Mucho tiene de mujer.

JUSTA.

¿Cómo?

RAMIRO.

Que muele y desuella.

(*Entranse.*)

Sala en casa del Adelantado.

#### ESCENA VII.

EL ADELANTADO, DOÑA JUANA, DO-  
ÑA INÉS.

ADELANTADO.

Esto del Rey conocí;

Pero no lo entiendo bien.  
¿Sabes tú lo que es?

DOÑA JUANA.  
También

Es enigma para mí.

ADELANTADO.  
Pienso que quiere casaros  
Con sus dos hermanos.

DOÑA INÉS.  
Vienes  
Tan humilde, cuando tienes  
Al Rey, con hechos tan raros,  
Puesto en mas obligacion,  
Que pienso que desentiendes  
Lo que entiendes; con que ofendes  
Tu valor y tu opinion.

ADELANTADO.  
Pues ¿qué quieres tú que entienda?  
¿Que el Rey se quiere casar?

DOÑA INÉS.  
¿Por qué no lo has de pensar,  
Si tienes tan alta prenda?

ADELANTADO.  
Ahora bien, aunque podía,  
Si no trae de tierra extraña  
Mujer, casarse en España  
El Rey, y en la sangre mía,  
No lo quiero yo entender;  
Porque si después no fuera,  
Mas pesar, Inés, tuviera  
Que entonces me dió placer.  
Soy quien sabes, he servido  
En paz y en guerra años largos,  
Y los mas honrosos cargos  
Que hay en Castilla he tenido;  
Pero hasta ver declaradas  
Las dudas que agora veo,  
Solo os diré que deseo  
Veros muy bien empleadas. (Vase.)

### ESCENA VIII.

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

DOÑA JUANA.  
No he querido, Inés, decir  
A mi padre la intencion  
Del Rey.

DOÑA INÉS.  
Pues ¿por qué razon?  
DOÑA JUANA.

Porque no pueda argüir  
De su ausencia en la frontera  
Cosa indebida á mi honor.

DOÑA INÉS.  
¿Cómo te va del amor  
De Enrique?

DOÑA JUANA.  
Amor que no espera,  
Mucho tiembla del desco,  
No porque ya le olvidé,  
Mas porque no le veré  
En mi vida.

DOÑA INÉS.  
Así lo creo.  
Y aciertas en olvidalle,  
Pues se mejora tu amor  
En hombre de mas valor,  
Mas entendimiento y tallo.

DOÑA JUANA.  
Si hasta que yo me casara,  
El Rey, Inés, no entendiera  
Nuestro amor, yo prefiriera  
A Enrique, y al Rey dejara.  
Pero si ya le entendió,  
Y le destierra de sí,  
¿Qué esperanza queda en mí?

DOÑA INÉS.

La fortuna te ayudó,  
Pues con Enrique quedaras  
Pobre y humilde, aunque es ley  
De amor; pero con el Rey,  
¿Qué mayor bien desearas?

DOÑA JUANA.  
Prima, yo me determino:  
Con esforzarme á dejar  
A Enrique, podré olvidar  
Este loco desatino.  
Los deseos dan contento  
En tanto que son posibles;  
Pero en llegando á imposibles,  
Se van del entendimiento.  
El Rey, cuando no tuviera  
Mas de ser rey, ¿á qué amor  
No deshiciera el rigor?  
¿Qué pena no enterneciera?  
Cuanto y mas siendo galán,  
Entendido, fuerte, hermoso,  
A pié y á caballo airoso;  
Que la noche de San Juan,  
Que le vi, me pareció  
Que era ingratitud no amalle.

DOÑA INÉS.  
Sin duda es de mejor tallo  
Que el Conde.

DOÑA JUANA.  
¿Cierto?  
DOÑA INÉS.  
Pues ¿no?  
DOÑA JUANA.  
Pues desde hoy mas, prima mía,  
¿Viva el Rey!

DOÑA INÉS.  
Viva mil años,  
Y acábense los engaños  
De esa tu loca porfía.  
Y pues ya quieres querer  
Al Rey, y dejar á Enrique,  
Bien será que te suplique,  
Pues has de ser su mujer,  
Un deseo que he tenido  
Secreto, viendo tu amor.

DOÑA JUANA.  
¿Tienesle á Enrique?  
DOÑA INÉS.  
El mayor

Que cupo en mortal sentido.  
No me osaba declarar,  
Juana, por no darte enojos;  
Y aunque mil veces mis ojos  
Te lo pudieren contar,  
Deciales: «No mireis;  
Que es de mi prima y señora  
El Conde; y pues que le adora,  
Respetalde y no le ameis.»  
Mas ellos, inobedientes  
A la razon, le miraban  
Tan tiernamente, que daban  
Señas de amor evidentes.  
Cuando, viendo mis tristezas,  
La causa me preguntabas;  
Cuando llorando me hallabas,  
O en iguales asperezas;  
Cuando no queria vestirme  
A las mas precisas fiestas,  
Y sola tú mis respuestas  
Pudieras, prima, sufrirme;  
Era verte con favores  
De Enrique; y muerta de celos,  
Pedía siempre á los cielos  
El fin de vuestros amores.  
Cumpliósse tan gran deseo  
Sin daño tuyo, Señora,  
Y por eso quiero agora,  
Pues querer al Rey te veo,  
Que le pidas que me case  
Con Enrique, pues ya es mio.

DOÑA JUANA.

Prima, aunque yo desconfío  
De que con el Conde pase  
Mas adelante el amor,  
No del todo le olvidé;  
Que es fuego que ayer se fué,  
Y aun no ha dejado el calor.  
Loca has sido en declararte  
Antes de saber de mí  
Que ya sin celos de ti  
A Enrique pudiera darte;  
Y necia en no conocer  
Que me habías de obligar  
Con esos celos á amar;  
Que es condicion de mujer.  
De suerte que si volviese  
A querer á Enrique yo,  
Tuya será, mia no.  
La culpa que en ello hubiese.  
¿No supieras aguardar  
A verme mas despicada?  
Que de ayer enamorada,  
No era posible olvidar.  
El decirte del Rey bien  
Es primer paso de amor.  
No el último; que es rigor  
Que mis deseos estén,  
De sola un hora de ausencia,  
De Enrique tan olvidados;  
Que aun van con él mis cuidados  
Como estaban en presencia.  
Si algun intento tenia  
De amar al Rey, le he perdido  
Con saber que tú has querido  
Gozar lo que yo queria.  
Pierde de amarle el cuidado;  
Que con el tiempo sabré  
Cuando avisarte podré  
Que tengo á Enrique olvidado. (Vase.)

### ESCENA IX.

DOÑA INÉS.

Saca en el marzo agricultor moderno  
Verde naranjo en apacible día,  
Viendo que de los peces se desvia  
El sol, que vuelve á su principio eterno.  
Mas vuelve al fin el riguroso invierno,  
Y así la primavera desafia,  
Que toda aquella verde fantasia  
Rinde á las ramas, desmayado y tierno.  
¿Ay, débil esperanza, que así fuiste!  
Pues cuando te saqué (que no debiera)  
Al sol de la mudanza que tuviste,  
En vez de la esperada primavera,  
Volvió el invierno riguroso y triste,  
Para que yo sin esperanza muera.

### ESCENA X.

RAMIRO, de buhonero, con una arquilla  
al hombro. — DOÑA INÉS.

RAMIRO.  
¿Hay quien compre alguna cosa  
De las que tiene esta caja?  
(Ap. Mi notable atrevimiento,  
Mi locura temeraria  
Favorezca la fortuna.)

DOÑA INÉS.  
Pues, amigo, ¿hasta la sala  
Os entraís desta manera?

RAMIRO.  
Traigo, bellísima dama,  
Mil cosas que me compréis,  
De Flándes, Italia y Francia:  
Primeramente...

DOÑA INÉS.  
¿Jesus!  
RAMIRO.  
¿Qué mira? ¿De qué se espanta?



DOÑA INÉS.

; Ramiro!

RAMIRO.

Inés de los cielos,

; Puedo hablar?

DOÑA INÉS.

Estoy turbada.

; Cómo te has entrado aquí?

RAMIRO.

A la bella doña Juana  
Traigo del Conde, mi amo...

DOÑA INÉS.

Habla de presto.

RAMIRO.

Esta carta.

DOÑA INÉS.

Muestra, darsela yo.

RAMIRO.

; No será posible hablarla?

DOÑA INÉS.

; Qué es hablarla? Tú eres muerto,  
Si te conocen en casa.

RAMIRO.

; Qué hay del Rey?

DOÑA INÉS.

Sus pretensiones,  
Y no pocas esperanzas.

RAMIRO.

; Admitele?

DOÑA INÉS.

Claro está.

RAMIRO.

; Claro está?

DOÑA INÉS.

Pues ¿qué pensabas?

RAMIRO.

Ayer salimos de aquí.  
Y hoy puede haber tal mudanza!

DOÑA INÉS.

; Que quieres? Vive quien vence.

RAMIRO.

Lastima tengo á quien ama.

; Fuego en las!...

DOÑA INÉS.

Quédate en las.

RAMIRO.

Pues si ya me entiendes, basta.

DOÑA INÉS.

; Qué habia de hacer, ausente  
Enrique?

RAMIRO.

Abrasarle el alma,

Como lo ha hecho. ¡Ay del Conde!

Que á cada paso que daba,

Decía: «¿Qué hará, Ramiro,

La divina doña Juana?

; Hablará con doña Inés?

; Llorará? —; No es cosa clara?»

Decía yo, tan gran necio

Como él, pues tal pensaba:

«¡Ay, Ramiro (respondía),

; Quien de su divina cara

Bebiera agora las perlas

Que de las estrellas bajan,

Para templar este fuego!»

—; Oh qué graciosa templanza,

Haberse reudido al Rey!

DOÑA INÉS.

Oyes, loco, véte y calla;

Que no sabes dónde estás.

RAMIRO.

Vuélveme luego la carta;

No quiero que se la des.

DOÑA INÉS.

Véte sin hablar palabra;

Que por dicha hará su letra  
Efecto en dureza tanta,  
Pues sabes que los ausentes  
Por ellas se quejan y hablan.

RAMIRO.

; Que no podré verla yo?

DOÑA INÉS.

No podrás hasta mañana,  
Porque está escribiendo al Rey.

RAMIRO.

; Al Rey tan presto?

DOÑA INÉS.

Esto pasa.

RAMIRO.

; Plega al cielo que los dedos  
Que el Conde marfil llamaba,  
Se vuelvan piedra; la tinta  
Sangre, la pluma una daga,  
El papel!...

DOÑA INÉS.

Deja el papel.

Mira que en vano te cansas;  
Que el Rey es muy gentil hombre,  
Y cuando no, el serlo hasta.  
Aquí me dijo mi prima  
Que hacia al Conde ventaja;  
Que andaba á caballo airoso,  
Y á pié con notable gracia.  
Pero vuelve, como digo,  
Mañana.

RAMIRO.

; Cómo mañana?

Yo me vuelva, si volviere,  
Discreto con arrogancia,  
Rico aforrado de necio,  
Pretensor sin esperanza,  
Valiente sin enemigos,  
Viejo en años y sin canas,  
Desgraciado con envidia  
Y envidioso con desgracia,  
Músico con mala voz,  
Danzador con malas patas,  
Jugador con poca dicha,  
Casado con mucha fama;  
Y finalmente, me vuelva  
Mujer (aunque muchos andan  
Que lo quieren parecer),  
Si acá volviere mañana. (Vase.)

## ESCENA XI.

DOÑA INÉS.

; Qué bien me va sucediendo!

; Cómo se ve que se pasa

A mi lado la fortuna!

Amor, leamos la carta:

Veamos qué dice Enrique

A su venturosa dama. (Abrela y lee.)

## ESCENA XII.

EL REY, EL MAESTRE, MENDO.

— DOÑA INÉS, sin verlos.

MAESTRE.

Nadie sabe que has venido.

REY.

Venir en secreto es causa.

MAESTRE.

Aquí está, Señor, su prima

Leyendo un papel.

REY.

Aguarda.

; Podrémos saber, Señora,

Esc secreto?

DOÑA INÉS.

No estaba

Con cuidado, que le tiene  
Vuestra alteza desta casa.

REY.

No escondais la carta.

DOÑA INÉS.

Es cosa

Que quisiera declararla

A mi rey y mi señor,

Gloria nuestra y sol de España,

Si se me diera el lugar.

REY. (A Mendo.)

; Hola! Despedad la sala. —

Tú, Maestre, afuera espera.

(Vanse el Maestre y Mendo.)

## ESCENA XIII.

EL REY, DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS.

Señor, tu grandeza es tanta,  
A quien tu piedad, tu ingenio  
Divinamente acompaña,  
Que me obliga á suplicarte  
Mi remedio, que esta carta  
Te dirá mejor que yo  
Y con mas vivas palabras.

REY.

Pues ¿quieres tú que la lea?

DOÑA INÉS.

Sí, Señor, porque cifrada  
Toda mi historia está en ella,  
Guardando el rostro á mi fama.

REY.

Aquesta letra es del Conde.

DOÑA INÉS.

Sí, Señor.

REY.

Escucha.

DOÑA INÉS. (Ap.)

Para

A la fortuna la rueda,  
Amor; que me importa el alma.

REY. (Lee.)

«Hoy he llegado á Sevilla; que las  
ansias de verte me volvieron de Cór-  
»doba; estoy escondido hasta que la  
»noche me dé lugar; aguardame, se-  
»ñora mía, en la puerta por donde so-  
»llas hablarme; que tú serás mi mujer,  
»ó yo perderé la vida.»  
; Extraño caso! Luego el conde Enrique  
; No amaba á doña Juana?

DOÑA INÉS.

A mí me sirve

Desde la vez primera que á Sevilla

Le trajo vuestra alteza de Castilla.

REY.

; Qué dices?

DOÑA INÉS.

La verdad.

REY.

; Viven los cielos,

Que porque sea verdad te den mis celos

La corona que tengo! Y si lo fuera,

De cuanto cubre la suprema esfera.

DOÑA INÉS.

Señor, el Conde, como ves, me adora,

En esa carta.

REY.

Pensamientos míos,

Haced fiestas á nuevas semejantes.

; Oh vana presuncion de los amantes!

; Que Enrique te ama á ti? Pues ¿cómo

Ó noche de San Juan no me dijera [el día

Que por ti se cubrió de aquellos ramos?

DOÑA INÉS.

Porque dió doña Juana en estimarle  
Y en quitármele á mi, y así fué justo  
No pretender contradecir su gusto,  
Sino solo querernos de secreto.  
Callaba entonces, como, al fin, discreto,  
El Conde por mi honor; y así, ha venido  
Donde por mas seguro está escondido.  
Esta noche, cual dice, vendrá á verme.  
Si tú quieres, Señor, honrarme, hacer-  
El mayor bien y asegurar tu gusto, [me  
Cásame con Enrique, pues es justo;  
Que el Conde, aunque me quiere, no me  
[quiere

Para mujer, si bien por mí se muere  
El vendrá aquesta noche, como dice.  
Hazle casar por fuerza, que bien pue-  
Para que mas asegurado quedés. [des,

REY.

Yo debo al valeroso Adelantado  
Mayores cosas, si mayores puedo.  
Deja venir á Enrique; que esta noche  
La mano te dará.

DOÑA INÉS.

¡Plega á los cielos!

REY.

Vitoria, amor; que ya se van los celos.

## ESCENA XIV.

DOÑA JUANA. — DICHOS.

DOÑA JUANA.

Sea, Señor, vuestra alteza  
Muchas veces bien venido.

REY.

La dicha que hoy he tenido  
Venciera mayor grandeza.  
Ya estaba de vos quejoso.

DOÑA JUANA.

El Maestre me dijo agora  
Esta merced.

REY.

Ya, Señora,  
Despidió mi amor celoso  
Las sospechas que tenía.  
Carta de mi hermano es esta.

DOÑA JUANA.

Harán mis deseos fiesta  
A las nuevas deste día.

REY.

De Córdoba me escribió.

DOÑA JUANA.

¿Lleva salud?

REY.

Salud lleva.

DOÑA JUANA. (Ap.)

Quiere el amor que me atreva,  
Pero los respetos no.

REY.

(Ap. Hacerla quiero un engaño.)  
Como ya, Señora, es justo  
Comunicaros mi gusto  
Después de aquel desengaño,  
Sabad que el Conde me escribe  
Grandes arrepentimientos  
De los necios pensamientos  
De que ya tan lejos vive.  
Pídemle perdón, y dice  
Que le case de mi mano,  
Que le estime como hermano,  
Y como rey le autorice.  
Yo, que, por asegurar  
Mis celos, no puedo hacer  
Cosa mas justa, mujer  
Le quiero á Enrique busear;  
Y porque sin vos no es bien,

Quiero consultar con vos  
Quién será, pues á los dos  
Nos toca honrarle también.  
Bien conoceis, ó por fama  
Ó por vista, quién podría  
Merecerle.

DOÑA JUANA.

No sería

Poco dichosa la dama.  
Y pues que ya vuestra alteza  
En su consejo me ha dado  
Lugar, y en el que es de estado  
Está su mayor grandeza;  
Mirando bien qué mujer  
Puede merecer al Conde,  
La misma razon responde  
Que sola yo puedo ser.  
Déme vuestra alteza á mi  
A su hermano; que bien creo  
Que tiene el mismo deseo,  
Pues me lo pregunta así;  
Porque, si no le tuviera  
De que él en mí se empleara,  
Claro está que no me hablara  
Ni ese consejo pidiera.  
Que honrar al Adelantado  
Puede vuestra alteza así,  
Y darme también á mi  
Lo que tanto he deseado;  
Porque, volviendo por él,  
Y de vos desengañada,  
No puedo estar empleada,  
Perdonad, mejor que en él.

(Vase.)

## ESCENA XV.

EL REY, DOÑA INÉS.

REY.

¿Entiendes esto?

DOÑA INÉS.

Yo sí.

REY.

Quise saber si queria  
Á Enrique.

DOÑA INÉS.

Presumiria

Que faltaba amor en tí.

REY.

No fué por esa ocasion;  
Que si desuerte fuera,  
Antes que del Conde hiciera  
Con tanto gusto eleccion,  
Quejarse de mi fe  
Y de mi poca lealtad:  
Si va á decirte verdad,  
Necio desengaño fué.

¡Ah! que nunca, desengaños,  
Fuistes buenos en amor;  
Que el desengaño mejor  
Causa mayores engaños.  
Parte á hablarla, sin que des  
A entender que estoy corrido  
De lo que me ha respondido;

Que yo te diré después  
Lo que ha de hacer mi desprecio;  
Y dila que no entendi  
Que presumiera de mí  
Un pensamiento tan necio.  
Que no la quise ofrecer  
Al Conde, pues mi deseo  
No diera su mismo empleo,  
Si me viera aborrecer.  
Que si son celos de mí,  
Los adoro como á cielos;  
Que si hay amor donde hay celos,  
Tendrá amor si se los di;  
Con lo demás que sintieres  
A propósito á mi honor.

DOÑA INÉS.

Poco saben con amor

Disimular las mujeres.  
Yo voy á decir que crea  
Que no tuviste intencion  
De darla al Conde, en razon  
De que tu amor la desea.  
Y está, Señor, advertido  
Que esta noche has de casarme.

REY.

A mí me importa, ó dejarme  
Morir, pues tan necio he sido.

DOÑA INÉS.

Esa carta has de mostrar  
A Enrique.

REY.

Por fuerza baré  
Que te quiera.

DOÑA INÉS.

Ya no sé

Mas de temer y esperar. (Vase.)

## ESCENA XVI.

EL REY.

¡Con qué justa razon á la esperanza  
Dieron nombre de flor, pues que laimita  
En que tan brevemente se marchita,  
Que tiene entre las hojas la mudanza!  
Lustrosas perlas á la aurora alcanza,  
De matizados círculos escrita;  
Belleza que la noche solicita  
Para perder su ardor en su templanza.  
Sembraba yo, porque la tierra nueva  
Me prometió de amor ricos favores:  
¡Ay loco engaño, de mis celos prueba!  
¿De qué sirve sembrar locos amores,  
Si viene un desengaño que se lleva  
Arboles, ramas, hojas, fruto y flores?

(Vase.)

Sala en casa de Teodora.

## ESCENA XVII.

DON ENRIQUE, RAMIRO.

DON ENRIQUE.

¿Qué dices?

RAMIRO.

Esto que escuchas.

DON ENRIQUE.

¡Válgame Dios!

RAMIRO.

Valga y lleve.

DON ENRIQUE.

¿Doña Juana quiere al Rey?

RAMIRO.

Al Rey doña Juana quiere,  
O por pasiva, es querido  
De doña Juana el Rey.

DON ENRIQUE.

Siempre  
Que algun bien me quieres dar,  
Desta suerte le encareces.  
Dime lo que ha respondido,  
No me mates ni atormentes,  
Como sueles, mi Ramiro.

RAMIRO.

Necio amor te desvanece.  
Yo no he visto á doña Juana,  
Sino á doña Inés, y advierte  
Que ella fué quien me lo dijo,  
De lástima que te tiene.

DON ENRIQUE.

¡Pese á doña Inés!

RAMIRO.

Embudo  
Otras tres doñas Ineses.

DON ENRIQUE.

Diríalo por burlarte.

RAMIRO.

No te entiendo ó no me entiendes.  
Teme. Señor, no seas necio,  
Teme; que el discreto teme.

DON ENRIQUE.

¡Doña Juana al Rey!

RAMIRO.

¡Por Dios,

Que desesperarme quieres!

DON ENRIQUE.

Las señoras ¿hacen eso?

RAMIRO.

Si, Señor; porque los reyes  
Son los mayores señores.

DON ENRIQUE.

Mira que no son mujeres.

RAMIRO.

Si son.

DON ENRIQUE.

Pues ¿de qué lo sabes?

RAMIRO.

De que paren.

DON ENRIQUE.

Bestia, tente;  
Que me quitarás la vida.

RAMIRO.

¿Tengo yo la culpa?

DON ENRIQUE.

Pierde,

Loca esperanza, el color;  
Y del luto de mi muerte  
O de lo azul de mis celos  
Esmalta sus hojas verdes.

RAMIRO.

No esmaltes hojas, por Dios,  
Ni poetices desa suerte,  
Sino vamos al remedio.

DON ENRIQUE.

¿Sábesle tú?

RAMIRO.

Dos, tres, veinte.

DON ENRIQUE.

Uno solo, y presto.

RAMIRO.

¿Presto?

DON ENRIQUE.

Sí, Ramiro.

RAMIRO.

Posta, y véte.

DON ENRIQUE.

Por bestia entraste: en efeto,  
Remedio tuyo.

RAMIRO.

No deben

Los hombres mas á sus padres  
Que á las postas, porque suelen  
Librarlos de mil peligros;  
Mas yo no quiero deberles  
Nada, porque me maduran  
El tamboril muchas veces.

DON ENRIQUE.

¡Ay, doña Juana! ¿es posible  
Que con mudanza tan breve  
Pagas un amor tan justo?  
Pues aun yo no estaba ausente...  
¡Jesus!

RAMIRO.

¡San Blas!

DON ENRIQUE.

Yo me muero.

RAMIRO.

¿De qué?

DON ENRIQUE.

De amor.

RAMIRO.

Razon tienes;

Porque, si verdad te digo,  
Dando un papel de alfileres  
A una dueña en los umbrales  
De una sala, la vi enfrente...  
¿Diréte cómo?

DON ENRIQUE.

Si, amigo,

Si, hermano: piadoso vuelve  
A curar á quien has muerto.

RAMIRO.

El seso, Señor, ¿quién puede?

Estaba aquella señora  
Como el aurora amaneca,

Dando luz al mismo sol,

Aunque del la suya tiene;

Los cabellos en sortijas;

Y pues es naturalmente,

Bien haya el platero cielo

Que tales sortijas vende;

Los ojos... no quiero estrellas,

Que es cosa baja, y ofenden

Tantos ojos estrellados,

Sino decir que parecen

Dos breves cielos de amor,

Adonde gloriosamente

Penen las almas.

DON ENRIQUE.

¿Qué dices?

¿En gloria quieres que penen?

RAMIRO.

Si; que destos disparates

Altamente se encarecen

Los amorosos engaños.

Pero déjame que llegue

A pintar aquellas cejas,

Pobladas de pelos breves

Y sutiles, que á los ojos

Eran divinos doseles.

No las comparo á los arcos,

Porque los arcos celestes

No tienen pelos ni cubren

Los ojos que algunos quieren;

Que si luna y sol son ojos,

Como son tan diferentes,

Fuera tuerto el cielo á estar

Juntos en su hermosa frente.

¿Quieres que pinte la boca?

DON ENRIQUE.

¿Sabrás?

RAMIRO.

Ni pensó naturaleza

Criar una rosa en nieve.

Parece que por respeto

De las perlas de sus dientes,

Les puso el cielo, Señor,

Dos cortinas de clavetes.

DON ENRIQUE.

Muerto estoy; no digas mas.

RAMIRO.

¡Bien bayan los portugueses,

Que á esto llamaron boquiña!

Que parece que convierte

Los deseos en jalea.

DON ENRIQUE.

Presumo que me entretienes

Porque no sienta mis males.

RAMIRO.

Es verdad: eso pretende

Mi rústico ingenio, Conde,

Porque temo...

DON ENRIQUE.

Ya ¿qué temes?

Pon á punto esos caballos;

Porque, volviendo de verte,  
Angel de mi perdición,  
Y de dar mil parabienes  
A tu amor, á tu mudanza,  
A tu dicha y á mi muerte,  
Pienso volverme á Castilla.

RAMIRO.

Señor, excusa, si puedes,  
El verla, por el peligro,  
Si acaso alguno te viese,  
Y porque si desdeñosa  
Te respondiese, no aumentes  
Tus celos, y algo le digas  
Que mas desdicha nos cueste.

DON ENRIQUE.

No puedo excusar, Ramiro,  
Ver á doña Juana. Dénme  
Una rodela y un jaco.

RAMIRO.

¡Bravo amor!

DON ENRIQUE.

Bien lo merece;

Que si por el Rey me deja,

Acierta, y es bien que acierte.

Mejor es que yo mi hermano.

¡Muera yo! ¡Viva quien vence!

(Vanse.)

—

Calle.

## ESCENA XVIII.

EL REY, EL MAESTRE y MENDO,  
de noche.

REV.

Ya te digo que viene arrepentido  
De haberme dado enojo, por guardalle  
Secreto á Inés.

MAESTRE.

Extraña cosa ha sido.

¿Que quiere á Inés?

REV.

Y ha de rondar su calle.

Que le case con ella me ha pedido;

Y vive Dios, que tengo de casalle!

Porque, fuera de ser buen casamiento,

Importa al mio declarar su intento.

Vaya Mendo á avisalla de mi parte,

Para que esté á la puerta prevenida.

MENDO.

¿Diréle que aquí estás?

REV.

Díselo aparte.

(Vase Mendo.)

## ESCENA XIX.

EL REY, EL MAESTRE.

MAESTRE.

[da?

¿Que Inés, Señor, de Enrique fué servi-

REV.

Esto puedo, Maestre, asegurarte,

Y que en su ejecucion me va la vida.

MAESTRE.

Mucho á la hermosa doña Juana quieres.

REV.

Corona puede ser de las mujeres.

Deseos, ¿qué quieres? Verla? Pues vamos

A verla. Tarda Enrique: bien podemos.

¿Qué dirán si me ven? Mas ¿qué dudamos.

Amor, cuando tan cerca el bien tenemos?

Ya que en segura posesion estamos,

Sin efeto es andar por los extremos. —

Maestre, aquí me aguarda, y si viniere

El Conde, haz de manera que me espere.



MAESTRE.

- Iráse si me ve.

REY.

Pues dame aviso;  
Que amor me fuerza, y máteme el deseo.  
(Vase.)

**ESCENA XX.**

DON ENRIQUE, RAMIRO. —  
EL MAESTRE.

RAMIRO.

Ninguno como tú tan recio quisó.

DON ENRIQUE.

Bien lo dice el peligro en que me veo.

RAMIRO.

; Con qué temor aquesta calle piso!

DON ENRIQUE.

; Que me olvidaste, Juana? No lo creo.  
; Ay engaños de amor! Muero de olvidado,  
Y no puedo creer que estoy perdido.

MAESTRE. (Ap.)

Este es Enrique, aquel es su privado.  
Voy á llamar al Rey; que no es cordura  
Llegarle á hablar, si se ha de huir. (Vase.)

**ESCENA XXI.**

DON ENRIQUE, RAMIRO.

DON ENRIQUE.

Yo he dado

Poco dichoso fin á mi ventura.  
Rejas, yo soy un hombre desdichado,  
Que aun la vida no tengo en vos segura:  
Doléos de mí; que donde se endurecen  
Las almas, aun los hierros se enternecen.

RAMIRO. (Ap.)

Rejas, el diablo, que hace mas enredos  
Que un hombre sin dineros, me ha traído  
Donde, si no me escapo á puros credos,  
; Qué tardeme verá quien me ha parido!  
Pues no son de gallina aquestos miedos.  
Moros he muerto, capitán he sido;  
Mas enojos de un rey, y siendo tales,  
A Aquiles volverán á sus pañales.

DON ENRIQUE.

; Ay Juana de mis ojos tan amada! [da?  
; Por qué has querido en flor cortar mi vi-

RAMIRO. (Ap.)

; Ay Dios! ; quién estuviera en la posada,  
Y llevarán los diablos la venida!  
; Tengo yo de medir á un rey la espada,  
Que llega, cuando quiere sin medida,  
De un reino á otro, y solo Dios le juzga?

**ESCENA XXII.**

EL REY. — Dichos.

REY. (Ap.)

No hay órden que á querermela reduzga.

DON ENRIQUE. (Ap.)

Gente viene; rebozarme  
Quiero. ; Cosa que el Rey sea?

RAMIRO. (Ap.)

Ya comienzan á venir.  
; Ay del necio que quisiera  
Un censo sobre mi vida!

REY.

(Ap. El Maestre está á la puerta.)  
Maestre, ¿ha venido Enrique?

Que ya prevenida queda  
Doña Inés, y ¡vive Dios  
Que hoy se ha de casar por fuerza!  
Entré á hablar á doña Juana,  
Y base enfadado, muy necia,  
De que la viniese á ver.  
Bien dije yo que desea  
Al Conde, y que está llorando

Por su destierro y ausencia  
Toda la noche y el día.

; Cómo no me dais respuesta,  
Don Tello, Maestre, hermano?

RAMIRO. (Ap.)

Ya se acerca, ya le pega.

REY.

Hombre, ¿quién eres? responde.

DON ENRIQUE.

No se espante vuestra alteza  
Que no responda. (Desembózase.)

REY.

¿Es Enrique?

DON ENRIQUE.

No sé si serlo quisiera,  
Pues te doy tantos enojos,  
Que, como dices, intentas  
Casarme por fuerza aquí.

REY.

Es porque tú lo deseas,  
Y á doña Inés lo has escrito;  
Que yo conozco tu letra.

DON ENRIQUE.

A doña Juana escribí;  
Y si doña Inés enreda  
Desatinos por privanza,  
No cumple, aunque quien es sea,  
La obligación de su sangre.

REY.

Pues ¿cómo el destierro quiebras  
De que me diste palabra?

DON ENRIQUE.

No la di de no quererla,  
Y es muy conforme al amor  
Que los desterrados vuelvan  
De noche á hacer por sus damas  
Estas honradas finezas.

Si yo viniera de día.

Donde Sevilla me viera,

No solo fuera mal caso,

Pero fuera desvergüenza.

Desterrado que de noche

Viene á sus cosas, no quiebra

El destierro si no es

Que viene á cosas mal hechas;

Porque en efeto ya guarda

Respeto á quien le destierra;

Y la noche es confusion

De cosas malas y buenas.

REY.

Si es respeto á la justicia,

¿Qué es el Rey?

DON ENRIQUE.

Justicia.

REY.

Espera.

Pues ¿conmigo no has topado?

DON ENRIQUE.

Es cosa, Señor, tan nueva  
Topar con un rey de noche.  
Que en mi vida se me acuerda  
Haberlo oído.

REY.

Yo ¿soy

El Rey?

DON ENRIQUE.

Conozco á tu alteza  
Por mi supremo señor.

REY.

Date preso.

DON ENRIQUE.

En mil cadenas  
Me tiene tu obligación;  
Pero no es justo que quieras  
Prenderme tú; que los reyes,  
Y mas en cosas pequeñas,  
No prenden por sus personas.

Y perdona, que te acercas  
Y quieres sacar la espada.

REY.

Dame la espada.

DON ENRIQUE.

Abi te queda  
Envainada; que no quiero  
Que de otra manera sea.

REY.

Eres traidor.

DON ENRIQUE.

Soy tu hermano.  
Nunca mi madre fué reina;  
Pero fué tu padre el mío.

REY.

Enrique, no me enternezcas.  
Vuelve.

DON ENRIQUE.

No puedo, Señor;  
Que no quiero que me veas  
En las manos sin espada,  
Y en los ojos con flaqueza.  
(Vanse don Enrique y Ramiro.)

**ESCENA XXIII.**

EL MAESTRE, MENDO. — EL REY.

REY.

; Hay tal suceso!

MAESTRE.

¿Qué es esto?

MENDO.

Gran Señor, ¿de qué te quejas?

REY.

Toma, Mendo, aquea espada.

MENDO.

¿Tuviste alguna penencia?

REY.

Id delante y lo sabréis.  
; Maldiga el cielo estas puertas,  
Ó maldiga mi desdicha!  
Que no está la culpa en ellas.

**ACTO TERCERO.**

Sala en casa del Adelantado.

**ESCENA PRIMERA.**

DOÑA JUANA; TEODORA, disfrazada.

TEODORA.

Esas flores que vendía  
Entre listones y tocas,  
Flores, por fingidas, pocas,  
Aunque lo ha sido la mía,  
Son mentiras para veros  
Y verdades para hablarlos  
De quien ha sabido amaros,  
De quien no sabe perderos.

DOÑA JUANA.

Luego vos ¿no sois florera?

TEODORA.

No, Señora; que en mi casa  
El Conde esta vida pasa,  
Y persuadiros quisiera.  
No se atrevió, por el Rey,  
A venir Ramiro aquí;  
Puesto que dél entendí  
Que cumpliera con la ley  
De hijodalgo castellano  
En morir por su señor.

DOÑA JUANA.

No hay aquí tanto rigor  
Como él imagina en vano.

TEODORA.

Que piense no os espanteis  
Que ya tiene posesion  
El Rey de vuestra aficion,  
Pues sin peligro sabeis.  
Yasi, por servirle yo,  
Vine disfrazada asi;  
Que el saber lo que hay en mi  
Este consejo le dió.  
Dice pues que sois cruel  
Mas que cuantas han nacido,  
Y que con el Rey ha sido  
Trato desterrarle a él.  
Que el interés de reinar  
Os ha movido, no amor;  
Aunque escoger lo mejor  
Bien os puede disculpar;  
Porque ya ea el mundo es ley  
Que en sus voluntades reina;  
Y que pues que ya sois reina,  
Le pongais bien con el Rey.  
Que le pidais el perdon  
De su enojo, y no el destierro;  
Que el volver tiene por yerro,  
Pues ya no tiene ocasion.  
Que con sola la respuesta  
Que me habeis de dar, se irá  
A Castilla, pues ya está  
Vuestra voluntad dispuesta  
A querer y a no querer,  
Cuando disculpada estáis;  
Pues mejor es que seais  
Su reina que su mujer.

DOÑA JUANA.

Por serlo vos no he tomado  
Vuestra venida sin gusto;  
Mas por lo que fuera justo,  
Mucho me hubiera enojado.  
¿Tiene el mundo como Enrique  
Mayor traidor?

TEODORA.

¿Qué decis?

DOÑA JUANA.

¿Para qué me persuadis  
Que a sus engaños aplique  
Los oidos, que ya tengo  
Como el áspid al encanto,  
Pues en despreciarle tanto,  
Menos que es justo me vengo?  
Sirve el Conde aquí a mi prima;  
Hablárla de noche intenta,  
Haciendo a mi amor afrenta,  
Que hasta el honor me lastima;  
Hallé yo al Rey embozado;  
Lloro yo porque a Castilla  
Se parte, ¡y está en Sevilla  
Muy de espacio enamorado!  
Decilde que si pretende  
La gracia del Rey por mí,  
Que ¿por qué me engaña así,  
Pues su mismo honor ofende?  
Que si al Rey hablé, él me dió  
La causa...— Y no repliqueis;  
Que estáis donde no sabeis.

TEODORA.

No tengo la culpa yo;  
Porque el Conde, en confianza  
Del pasado amor, me ha hecho  
Disfrazar a mi despecho,  
Y contra alguna esperanza;  
Que aunque no es mi calidad  
La vuestra, he querido al Conde.

DOÑA JUANA.

Eso tambien corresponde  
A su mucha libertad.  
Id con Dios, y agradeced  
Que os dejo salir asi.

TEODORA.

Señora...

DOÑA JUANA.  
Salios de aquí.

TEODORA.

Que estoy sin culpa creed.

(Vase.)

## ESCENA II.

DOÑA JUANA.

Enrique, yo no quiero aventurarme  
Por tu ocasion, ni por mi amor perderme:  
Si tú sabes, traidor, aborrecerme,  
¿Por qué no sabré yo de ti vengarme?  
¡Ay, que me cuesta mucho el apartar-

[me  
De la ocasion con que quisiste verme!  
No me veas, cruel; que es ofenderme.—  
Señora, yo me voy.—Vuelve a matarme.  
—Oye, mi bien: ¿qué pierdes en oirme?  
—Pierdo el honor y al Rey.—Verdad te

[trato.  
—Por eso de tu amor quiero partirme.  
—Amor celoso olvida, como ingrato;  
Mas no podrás.—Si haré; porque el mas  
[firmo  
A manos de otro amor le acaba el trato.

## ESCENA III.

DON ENRIQUE, RAMIRO.

—DOÑA JUANA.

DON ENRIQUE.

No me tengas.

RAMIRO.

¿Dónde vas?

DON ENRIQUE.

A perderme.

RAMIRO.

¿Estás en tí?

DON ENRIQUE.

Pues si yo estuviera en mí,

¿Amara a una ingrata mas?

DOÑA JUANA.

¿Qué es esto? ¿Quién es?

DON ENRIQUE.

¿Quién es!

¡Oh, qué pregunta extremada!

¿Que ya estás tan olvidada,

Que me ves y no me ves?

Pues yo te diré quién soy.

DOÑA JUANA.

¡Válgame Dios, qué locura!

DON ENRIQUE.

Soy una alma que procura  
El pecho en que ya no estoy.  
Soy un hombre que solias  
Decir, Señora, que amabas,  
Cuando menos estimabas  
Que el amor las monarquías.  
Soy quien tuvo tal ventura,  
Que merecí de tus labios  
Seguridades de agravios,  
Si hay cosa en mujer segura.  
Soy el que perdí por ti  
Su rey, su hermano, su dueño,  
La noche para ti sueño,  
Y desvelo para mí.  
Soy cometa que pasó  
Por el cielo, si se debe  
Tal nombre a hermosura breve  
Que adonde nació murió.  
Soy finalmente...

DOÑA JUANA.

No mas;

No pases de finalmente,  
Pues un fin tan indecente  
A tantos favores das;  
Porque ya no me dirás,  
Enrique, cosa que crea...  
—¿Enrique dije? No sea  
Favor nombrarte; que fué

Yerro de la lengua, en fe  
Te que ofenderte desea;  
Que cuando tu nombre nombre  
Por venganza al despedirte,  
¿Cómo puedo yo decirte  
Mas afrenta que tu nombre?  
Vete, Enrique; que eres hombre,  
Y esta hazaña tuya es.

DON ENRIQUE.

¿Tú dices que a doña Inés  
Escribí?

DOÑA JUANA.

Pues ¿no es así?

DON ENRIQUE.

No, Señora, sino a ti.

Ramiro presente está.

RAMIRO.

Quién crédito no te da,  
¿Darame crédito a mí?  
Yo te truje aquel papel,  
Tu prima me lo tomó.

DON ENRIQUE.

Pues ¿cuándo la quise yo  
Para regalarme en él?  
Si quiso engañar con él  
Al Rey, no lo sé; mas creo  
Que nació de tu deseo:  
Concierto debió de ser,  
Porque tú puedas hacer  
En el Rey mas alto empleo.  
El Rey merece agradarte,  
Mejor empleada estás;  
Que lo que aquí siento mas  
Es que quieras disculparte.  
Pero amarle no era parte  
Para venderme con él,  
Pues pensando que el papel  
Tu prima te hubiera dado,  
Vine a tu puerta embozado.  
Y di por tu culpa en él.  
Partirme de ti, ¿qué vale,  
Si vuelvo a Sevilla luego,  
Como por la cuerda el fuego  
Vuelve a la parte que sale?  
Mejor es que el fin iguale  
Al principio en que nací.  
Yo quiero morir aquí:  
Sepa el Rey que aquí me tiene,  
Mátame; ¿por qué no viene,  
Si quisiere vengarse en mí?

DOÑA JUANA.

¡Enrique! Enrique!

RAMIRO.

Señor,

¿Qué es esto?

DON ENRIQUE.

¿Tú no lo ves?

¿Yo he querido a doña Inés,  
Ni tuve en mi vida amor?

Pase un villano traidor  
Mi pecho si tal pensé,  
Tal servi ni tal hablé;  
Ni puede ser en lugar  
Donde tú estabas entrar  
Otra hermosura, otra fe.  
No lo digo por moverte;  
Que no te pienso mover,  
Ni quererte, ni querer  
Que me obligues a quererte;  
Mas porque no quiero verte  
Disculpada en mis agravios.

DOÑA JUANA.

¿Conde!

DON ENRIQUE.

No muevas los labios;  
Que después de agravio cierto,  
Nunca vuelven a concierto  
Los amantes ni los sabios.  
Estos tus papeles son,

Con esta encarnada cinta :  
¿Quién dió veneno continta,  
Sino mujer y traicion?  
Romperá pues mi razon  
Razones tan engañosas.

DOÑA JUANA.

No hagas, Enrique, cosas  
De que te has de arrepentir;  
Que aunque se vuelve á escribir,  
No salen tan amorosas.

DON ENRIQUE.

Déjame.

DOÑA JUANA.

Así Dios me guarde...

DON ENRIQUE.

Eres reina: ¿qué he de hacer?

DOÑA JUANA.

Créeme.

DON ENRIQUE.

No puede ser.

DOÑA JUANA.

¿Por qué, Conde?

DON ENRIQUE.

Porque es tarde,

Y es razon que me acobarde  
De mi rey justo respeto.

DOÑA JUANA.

Y ¿si ser tuya prometo,  
Cuando esté desengañada?

DON ENRIQUE.

Serás de mi tan amada  
Como mereces, y aun mas...  
—Pero en efeto serás  
Del Rey; que estás obligada.

DOÑA JUANA.

A quien se hace de rogar  
Y me desprecia, no es bien  
Que mis deseos le den  
Ócasion, sino lugar.  
Voyme á no ver, á olvidar  
Que he querido bien al Conde.

RAMIRO.

¿Dónde vas, Señora?

DOÑA JUANA.

¿Dónde?

Voy, Ramiro, á no querer  
Al Conde.

RAMIRO.

No puede ser,

Si el Conde te corresponde.  
Mira ¡qué celos aquellos  
Y qué mirarte á traicion!  
¿No le ves el corazon,  
Por los ojos, todo en ellos?

DOÑA JUANA.

Tienesme por los cabellos.

RAMIRO.

No tengo tal; que tú eres  
Quien te tienes, porque quieres  
Tenerte.

DOÑA JUANA.

Mal me conoces.

RAMIRO.

No te irás, así te goces.

DOÑA JUANA.

Mal conoces las mujeres.

RAMIRO.

No lo eres tú; que ángel tienes  
Por nombre y por hermosura.

DOÑA JUANA.

¿Qué es lo que Enrique procura,  
Ramiro, que me detienes?

RAMIRO. (A Enrique.)

Tú, ¿qué quimeras previenes,  
Que no llegas á gozar  
La dicha deste lugar?

DON ENRIQUE.

Quiérese ir.

RAMIRO.

¡Buen dormir!

Si ella se quisiera ir,  
¿Quién se lo habia de estorbar?  
Pues mira que la mujer  
Sabe sufrir mas que el hombre.

DON ENRIQUE.

Como mi mujer se nombre,  
Di que la quiero querer.

RAMIRO.

Claro está que lo ha de ser.

DOÑA JUANA.

Conde, si estoy satisfecha  
De mi pasada sospecha,  
Seré tu esposa.

DON ENRIQUE.

No sé

Qué satisfacion te dé,  
Si mi verdad no aprovecha.

#### ESCENA IV.

DOÑA INÉS, *sin ser vista*.—Dichos.

DOÑA INÉS. (Ap.)

¿Qué es esto que viendo estoy!  
Enrique es este. ¿Qué en vauo  
A dos que se quieren bien  
Estorba ningun contrario!  
Oir quiero desde aqui  
Qué pueden estar hablando  
Con tan grande atrevimiento.

DOÑA JUANA.

Firma, Conde, de tu mano  
Esa verdad.

DON ENRIQUE.

Oye.

DOÑA JUANA.

Di;

Que yo haré luego otro tanto.

RAMIRO.

Y yo quiero ser jüez,  
Que no soy apasionado  
De ninguno de los dos.

DOÑA INÉS. (Ap.)

Y yo testigo en mi daño.

DON ENRIQUE.

Si yo las flechas del amor tuviera,  
De vos á todo el mundo enamorara,  
Y en torres de diamantes os guardara,  
Porque después de amaros nadie os vie-  
Que tanto me quisierades hiciera, [ra.  
Que de otro ningun bien se os acordara;  
El pensamiento á una cadena atara,  
Y la imaginacion os suspendiera.

Y si pudiera yo, con una llave  
Cerrar al tiempo el curso presuroso  
En esa dulce juventud siáve,  
Porque jamás en ese rostro hermoso  
La edad pusiera cosa menos grave,  
Ni yo pudiera ser menos dichoso.

RAMIRO.

¡Valiente, por Dios! ¡Ansi!  
De lo que entiendo me agrado;  
No aquello del ser sin ser,  
Por el ser del ser formado,  
Y el ser del ser que no fuera,  
De que el vulgo hace milagros;  
Y todos son disparates  
En bernardinas fundados;  
Que si lo que se oye aprisa,  
Ello se oyerá de espacio,  
Mas de cuatro se corrieran  
De lo que aqui celebraron.

DOÑA JUANA.

Quando sin penas yo pudiera amaros

(Que sin celos no puede ser quereros),  
Para tenerlas suspendiera el veros,  
Pues el penar por vos fuera obligaros.  
Quereros sin costarme aventuráros  
Era quererme á mi, y era ofenderos;  
Que mas quiero obligaros y perderos,  
Que, sin quereros obligar, gozaros.

Glorias solas de amor amor condena;  
Penas quiero por vos; que la memoria,  
Si asiste á solas glorias, es ajena.  
Penar amando es la mayor vitoria,  
Y si amor es amor por lo que pena,  
Por teneros amor, no quiero gloria.

DON ENRIQUE.

¿Qué juzgas?

RAMIRO.

Que os doy por buenos.

DOÑA INÉS. (Acercándoseles.)

Y yo, que estaba escuchando,  
Digo lo mismo.

DON ENRIQUE.

Pudieras,

Señora, haberlo excusado,  
Como el decir que la carta  
Es para ti, pues es llano  
Que Ramiro te la dió  
Para doña Juana.

DOÑA INÉS.

Estando

Bien descuidada, llegó,  
Don Enrique, el Rey, tu hermano;  
Y yo, por no le decir  
Verdades que sienten tanto,  
Fingi que era para mi.

DOÑA JUANA.

Harto bien te has disculpado.

RAMIRO.

El Rey viene.

DOÑA JUANA.

No hay remedio

Sino esconderte.

DON ENRIQUE.

Aqui aguardo.

DOÑA JUANA.

¿Oyes?

DON ENRIQUE.

Si.

DOÑA JUANA.

¿Llevas reloj?

DON ENRIQUE.

No vengo tan descuidado,  
Que de la pasada burla  
No tenga el alma temblando.  
Mas doña Inés queda ahí,  
Que me servirá de mano,  
Señalando dónde estoy  
En las letras de mis daños.  
(Escóndense don Enrique y Ramiro.)

#### ESCENA V.

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS.

En mala fama he caído,  
Porque quise remediaros;  
Mas ¿qué mejor premio tiene  
Quien sirve pechos ingratos?  
Pero la palabra os doy,  
Para solo aseguráros,  
De ayudar vuestros amores.

DOÑA JUANA.

Mira que viene: habla paso.

#### ESCENA VI.

EL REY. — Dichas.

REY.

Ha habiendo dado cuenta, hermosa Juana,



A mi reino de aqueste casamiento,  
Y informado de cosa que es tan llana  
Como tu generoso nacimiento,  
Todo con gusto á obedecer se allana  
Y aprueba mi amoroso pensamiento;  
Que las partes del noble Adelantado  
Le hacen temido y igualmente amado.  
Está para esta noche prevenida:  
Será mi desposorio celebrado;  
Y si no quieres tu que aquí resida,  
Luego verás á Guadarrama helado.  
Que como tengo en ti mi propia vida  
Y el reino de mi amor depositado,  
Adonde tu quisieres, allí sea  
La corte, donde yo te goce y vea.

DOÑA JUANA.

Señor, siempre que tú á mi padre pue-  
llonrarle solicites: Diesteguarde. [des,  
Mas con el solista esas mercedes  
Que le quieres hacer; que estoy cobarde.

REY.

Yo gusto que á tratar tus cosas quedes,  
Aunque no importa el prevenirlas tarde.  
Voy á hablar á tu padre.

DOÑA JUANA.

Muchos años

Vivas.

REY.

Para servirte.

DOÑA JUANA. (Ap.)

¡Hay mas engaños!

(Vase el Rey.)

## ESCENA VII.

DON ENRIQUE, RAMIRO. — DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

DON ENRIQUE.

Di agora que tenga vida.

DOÑA JUANA.

Y ¿tendrálala quien te escucha?

DON ENRIQUE.

No me descubrió el reloj;  
Mayor fué mi desventura.  
Si en la noche de San Juan  
Sus horas mi muerte anuncian,  
Allí tocaron campanas,  
Y aquí fué mi sepultura.  
Ya ¿qué esperanza me queda,  
Si la posesión es suya,  
Pues con que viene á ser verdad  
Lo que hasta agora fué duda?  
¡Mal haya amén el papel,  
Pues desde entonces procura  
Mi muerte, por un engaño  
En una inocencia justa!  
¡Esta noche! ¡Extraño caso!  
¡Bravo amor, terrible furia,  
Loco deseo y poder  
Sin resistencia ninguna!  
Nací de rey; mas ¿qué importa?  
No hay fuerza contra la suya.  
Rey poderoso y mi hermano,  
¿Qué de respetos se juntan!  
¿Qué me aconsejas? ¿Qué haré?

DOÑA JUANA.

Primero que se concluya  
El casamiento que dice,  
Verás mi muerte.

DON ENRIQUE.

No cumblas

Con lágrimas á la mía;  
Que, pues ya horas, la anuncias.  
¿Qué agüero como llorar  
Las estrellas? Restituya  
Rayos á tu sol el lienzo,  
Si las coge ó las enjuga.

¡Ay doña Juana! Ay Señora!  
Por premio de mis locuras,  
De mis ansias, de mis celos,  
De mis agravios y injurias,  
Dame esas lágrimas solas,  
Perlas desas luces puras,  
Para consuelo en mi muerte,  
Y porque mejor descubras  
Los ojos que no he de ver.

DOÑA JUANA.

Toma, y mira que me excusa,  
Enrique, tan grande fuerza.—  
Vamos, Inés.

DOÑA INÉS.

¡Qué profunda

Tristeza! (Ap. Mas ¿qué alegría

De su dolor me resulta!)

(Vanse las dos.)

## ESCENA VIII.

DON ENRIQUE, RAMIRO.

RAMIRO.

¿Habémonos de morir?

¿No respondes?

DON ENRIQUE.

¿Qué preguntas?

RAMIRO.

¿Ha de haber exclamaciones?

¿Quieres invocar las musas?

¿Habrá décimas al lienzo?

DON ENRIQUE.

¿Cosa extraña!

RAMIRO.

¿Cosa injusta!

¡En lindo dinero paga  
Amor! Y ¿á qué coyuntura  
Te dan un lienzo de perlas!

DON ENRIQUE.

Suban mis lágrimas, suban  
Al cielo de amor, y pidan  
Justicia.

RAMIRO.

Es razón.

DON ENRIQUE.

Es mucha.

RAMIRO.

¿Digo yo que no?

DON ENRIQUE.

¿Qué fiera

India, qué bárbara turca,  
No le respondiera al Rey:  
«Casada estoy»?

RAMIRO.

No presumas

Que esto de reinar es cosa  
Que por amor se aventura.  
Cuanto mas alta ha nacido  
Doña Juana, mas la encumbran  
Sus altivos pensamientos.

DON ENRIQUE.

Pues ¿cómo hora?

RAMIRO.

De industria.

Dijo un sabio que jamás  
Le falta á mujer alguna,  
Ni lágrimas para engaños,  
Ni para errores excusas.

DON ENRIQUE.

En ángel no puede haber  
Llanto fingido.

RAMIRO.

Si ayudas

Tu misma pena, ¿qué quieres?  
Bien haces, pues la disculpas.

DON ENRIQUE.

¿Preveniste los caballos?

RAMIRO.

Pues ¿irástes?

DON ENRIQUE.

No se excusa.

¿Tengo yo de ver mi muerte?

¿Cómo quieres tú que encubran

Mis celos tanto dolor?

RAMIRO.

¡Oh! ¡cuánto, Señor, deslumbra  
Una corona de oro!

DON ENRIQUE.

Hoy la sentencia pronuncias,  
Divina Juana, á mi muerte;  
Hoy mi sufrimiento apuras.  
Ya no hay lugar donde pueda  
Estar mi persona oculta.—  
Pica, Ramiro, á Castilla.  
Todo me congoja y turba.

RAMIRO.

Animo, Señor.

DON ENRIQUE.

Ya voy.

¿Qué mal quien no quiere juzga  
De amor! — Adios, gran Sevilla,  
Adios, señora perjura,  
Que por verte reinar pones  
Tu vida en tan vil fortuna.  
Beso tu lienzo.

RAMIRO.

¿Están ya,

Di, las lágrimas enjutas?

DON ENRIQUE.

Sí.

RAMIRO.

Pues lo mismo en mujer  
Las penas de ausencia duran.  
(Vase.)

## ESCENA IX.

EL REY, EL ADELANTADO, MENDO.

ADELANTADO.

No sé con qué razones, Rey supremo,  
Estas visitas pueda yo pagaros.

REY.

Cubrios, Marqués.

ADELANTADO.

Honraisme con extremo.

REY.

Marqués de Cádiz, siempre yo he de hon-  
raros. [raros.

ADELANTADO.

¡Tantas mercedes!

REY.

(Ap. Declararme temo.)

Deseo cuanto puedo adelantaros,  
Porque habemos de ser parientes presto.

ADELANTADO.

Dos hermanos teneis: yo estoy dispuesto.

REY.

Camina, Mendo, y de secreto llama  
Al Arzobispo: di que presto venga.

MENDO.

Voy á servirte. Ciento que esta dama  
Merece que lugar tan alto tenga. (Vase.)

## ESCENA X.

EL REY, EL ADELANTADO.

REY.

Vuela tan presto la parlara fama,  
Que porque algún instante se detenga,  
Pretendo, Adelantado, de secreto  
Hacer un casamiento.

ADELANTADO.

Sois discreto.

REY.

Quiero casar á vuestra hermosa Juana  
De mi mano, Marqués, y con un hombre  
Tan bueno como yo.

ADELANTADO.

Todo lo allana  
Vuestro valor. ¿Podré saber el nombre?

REY.

Basta que le veais.

ADELANTADO.

Mucho se humana  
Vuestra grandeza.

REY.

No hay por qué os asombre.

ADELANTADO.

¿Tan bueno como vos?

REY.

Será muy cierto.

Adelantado, oid lo que os advierto.  
Al hombre que viniere de secreto  
A vuestra casa, le daréis á Juana;  
Que el Arzobispo viene al mismo efeto.  
No pierda amor lo que el silencio gana.  
Hablalde y estimalde; que os prometo  
Que no hay en la corona castellana  
Hombre como él, y mi mayor amigo.

ADELANTADO.

Guárdeos el cielo.

REY.

Lo que puedo os digo. (*Vase.*)**ESCENA XI.**

EL ADELANTADO.

¿Tan bueno como el Rey! No fueron vanos  
Mis pensamientos, pues será forzoso  
Que el uno venga á ser de los hermanos  
Que tiene, el que ha desear de Juana espo-  
[so.

Cualquiera en estos reinos castellanos  
Tiene opinion de principe famoso  
En letras y armas, y podrá cualquiera  
Hacer mi casa como el sol la esfera.  
¿Oh si fuese tan grande mi ventura,  
Que fuese Enrique! ¿Oh si viniese el Con-  
A honrar mi casa! [de

**ESCENA XII.**

DOÑA JUANA, ELVIRA. — EL ADELANTADO.

DOÑA JUANA. (*Ap.*)

En tanta desventura,  
Con llamar á la muerte, no responde.

ELVIRA. (*Ap. á dona Juana.*)

¿Es posible que dicha tan segura  
Como te ofrece la fortuna, adonde  
Señora de Castilla y reina seas,  
Ingrata al cielo deshacer desear?

DOÑA JUANA.

¿Eso te espanta, Elvira? ¿Es maravilla  
Que amor desprecie el bien?

ADELANTADO.

¿Oh hermosa Juana!  
¿Sabes por dicha tú si está en Sevilla  
El conde Enrique?

DOÑA JUANA.

Sé que esta mañana  
En desgracia del Rey se fué á Castilla.

ADELANTADO.

Salió en efeto mi esperanza vana;  
Aunque es razon que el mismo amor le  
[muestre,

**LO CIERTO POR LO DUDOSO.**

Si tu esposo ha de ser, al gran Maestre.  
(*Vase.*)

**ESCENA XIII.**

DOÑA JUANA, ELVIRA.

ELVIRA.

Lleno de cuidado veo  
A tu padre y mi señor.

DOÑA JUANA.

Él trata cosas de honor,  
Yo trato de mi deseo.

ELVIRA.

Ya no es tiempo de tratar  
Mas que en tu dicha, Señora.

DOÑA JUANA.

Elvira, si amaba agora,  
¿Agora puedo olvidar?

ELVIRA.

Confieso que el Conde es hombre  
Galán; mas, á toda ley,  
El Rey es rey, y es el Rey  
Muy galán y gentilhombre;  
Pues cuando fueran iguales,  
Le pudieras elegir.

DOÑA JUANA.

No suele amor presumir  
De preciar cetros reales.

ELVIRA.

Tu intento me maravilla,  
Mal á tu valor responde.

DOÑA JUANA.

¿Ay Elvira! ¿Estará el Conde  
Muchas leguas de Sevilla?

ELVIRA.

¿Bien te enmiendas! Bien serás  
Mujer del Rey dese modo!

DOÑA JUANA.

Ahora olvidémoslo todo,  
Pues que no puede ser mas.

**ESCENA XIV.**EL MAESTRE, MENDO, *con un azafate cubierto.* — DICHAS.

MAESTRE.

Yá, Señora, como á quien  
Es su mujer, os envía  
El Rey...

DOÑA JUANA. (*Ap.*)

¿Ay desdicha mía!

MAESTRE.

Un presente.

DOÑA JUANA.

¿Para quién?

MAESTRE.

Para vos, reina y señora  
De Castilla.

DOÑA JUANA.

¿Para mí,

Maestre!

MAESTRE.

Señora, si:  
Tanto mi hermano os adora.

DOÑA JUANA.

Descubrilde.

MAESTRE.

Aquesta es  
De Castilla la corona,  
Digna de vuestra persona.

DOÑA JUANA.

¿La corona!

MAESTRE.

A vuestros piés,  
Cuanto y mas á vuestra frente,

La ofrece el Rey.

DOÑA JUANA.

¿Qué he de hacer?  
Esto es á mas no poder. —  
Toma, Elvira, aquella fuente. —  
Decid al Rey mi señor,  
Maestre... No digais nada.  
Mas decid... Estoy turbada...

MAESTRE.

¿Qué os turba?

DOÑA JUANA.

Tanto favor.

Decilde...

MAESTRE.

¿Qué le diré?

DOÑA JUANA.

Que venga á verme.

MAESTRE.

Yo voy.

MENDO.

Maestre, confuso estoy. (*Ap. á él.*)  
En los ojos se le ve  
Que no le agrada el reinar.

MAESTRE.

Temo que anda el Conde aquí.

MENDO.

Esta mañana le vi.

MAESTRE.

Calla; que importa callar.  
(*Vanse el Maestre y Mendo.*)

**ESCENA XV.**

DOÑA JUANA, ELVIRA.

DOÑA JUANA.

Muestra, Elvira, la corona.

ELVIRA.

¿Qué quieres hacer?

DOÑA JUANA.

Hablalla.

ELVIRA.

¿Cómo hablalla?

DOÑA JUANA.

Y preguntalla

Si amor su desprecio abona. —  
Corona ilustre, perdona;  
Que te quiero aventurar.  
Bien sé que me han de culpar;  
Pero dime mi amor  
Que ofenderé tu valor  
Si amando llego á reinar.  
¿Cuántas traiciones se han hecho  
Por tí! Cuántas crueldades!  
¿Qué vidas, bonras, ciudades  
Has abrasado y deshecho!  
Enrique se fué, y sospecho  
Que de mi y de tí quejoso:  
En estado tan penoso.  
¿Si te podré despreciar?  
Pero ¿quién ha de dejar  
Lo cierto por lo dudoso?  
Amor primero, perdona;  
Que estoy dudosa de tí;  
Mas no perdones, si á mí  
Tu misma culpa me abona. —  
Toma, Elvira, la corona;  
No quede el Conde quejoso.  
Diga el interés celoso  
Que hay mujer que supo amar,  
Perder un reino, y dejar  
Lo cierto por lo dudoso.

**ESCENA XVI.**

EL REY. — DICHAS.

REY.

Después de haberte enviado,

Hermosa Juana, el valor  
Destas bodas, de mi amor  
Y de mi poder cifrado,  
En la corona que has visto,  
De que señora seras  
Y mía, sin lo demás  
Que de los moros conquisto,  
El Maestro me avisó  
Que me querías hablar;  
Y el alma en otro lugar  
Confusas nuevas me dió:  
Porque también me previno  
Mi hermano de que turbada  
Le respondistes.

DOÑA JUANA.

Piada,

Pedro, en tu valor divino,  
En tu grande entendimiento  
Y generoso valor,  
Te quiero decir mi amor  
Con notable atrevimiento.  
Enrique, ya tu lo sabes,  
Me sirvió: correspondi  
A su amor; mas siempre di  
Pasos honestos y graves.  
Ni una palabra indecente,  
Ni un papel que á mi valor  
Solo un átomo de honor  
Quitase, vió eternamente.  
Y así el haber diferido  
Amarte y corresponderte  
Tiene ocasión, y mas fuerte  
De lo que habrás presumido.  
Escucha... Pero no sé  
Cómo te diga este caso;  
Que aunque sucedió, acaso  
Menos colores me dé.  
Los hombres, siempre atrevidos,  
Aunque cuando enamorados,  
En ocasiones turbados,  
Esa lloran arrepentidos,  
Tal vez sin mirar respetos  
Atropellan el temor.

REY.

Yo voy, Juana, ó va mi amor,  
Haciendo varios conceptos  
De su engaño y de tu honor.  
Habla pues, no me atormentes;  
Que ya sé que hay accidentes  
En los sucesos de amor.

DOÑA JUANA.

Palabras ando á buscar  
Y retóricas colores,  
Aunque las mías menores  
Me salgan á disculpar.  
Bajaba hablando conmigo  
Enrique por la escalera  
De palacio... No quisiera  
Tratar aquesto contigo.  
¿Quieres que lo escriba?

REY.

No;

Que el tiempo que has de tardar,  
Es imposible esperar  
Ni tener paciencia yo.

DOÑA JUANA.

Bajando por la escalera...  
—No sé yo qué sentenciado  
La sube con mas cuidado.

REY.

Acaba por Dios.

DOÑA JUANA.

Espera.

REY.

Mayor enojo me causas.

DOÑA JUANA.

Ya lo comienzo á contar.

REY.

¿Cuándo piensas acabar?

Mira que es sangrarme á pausas.

DOÑA JUANA.

Siendo mi culpa tan poca,  
Digo, Señor, que me asió  
Enrique...

REY.

¿Y bien?

DOÑA JUANA.

Y llegó

(O fué por yerro) á la boca;  
Que acaso hablarme queria,  
Y la mucha obscuridad  
Obligó á su autoridad  
A tanta descortesía.  
Ves aquí pues la razón  
De no haber podido ser  
Tu mujer.

REY.

Dame á entender

Que es todo, Juana, invención.  
Pero lo que fuere sea.  
No es ido Enrique á Castilla;  
Que yo sé que está en Sevilla,  
Y que enojarme desca.  
Parece que es cosa fea  
A un hombre de mi valor  
Porfiar contra tu amor,  
Y que necios y discretos  
Dirán que no son efectos  
Del alto y debido honor.  
Pero yo, que ya ofendido  
Y celoso estoy de modo,  
Que los ojos cierro á todo,  
Enamorado y corrido,  
Ni á los necios he temido  
Ni á los discretos tampoco;  
Antes mas bien me provocho  
A satisfacer mi injuria;  
Que no hay venganza sin furia  
Ni amor sin punta de loco.  
Esta noche haré matar  
A Enrique, y muerto, podré  
Casarme, pues no tendré  
En qué pueda reparar.  
Vivo no me he de casar,  
Claro está, porque viviera  
El deshonor que me diera  
El haberse anticipado  
Al lugar que reservado  
A solo su dueño espera.  
Si en el suceso reparo,  
Veo, aunque no lo procuro,  
Que fué mentira á lo oscuro  
Y desengaño á lo claro.  
Pero, aunque caso tan raro  
Sea mentira porque siga  
Otro intento, y no prosiga  
En el de casarme así,  
Hahérmelo dicho á mí  
A la venganza me obliga.  
Muera Enrique, porque muerto  
Me casaré con viuda,  
Si el amor pusiere duda  
En la verdad del concierto:  
Con esto, aunque descubierto  
Quede lo que has referido,  
Tú y yo no habrémos perdido  
Honor, pues en tal suceso  
Serás viuda de un beso,  
Como otras de su marido.

(Vase.)

## ESCENA XVII.

DOÑA JUANA.

¡Señor, Señor! Esto es hecho.  
Pero Enrique va á Castilla:  
Escribirle es acertado  
Que su camino prosiga  
A Francia ó Inglaterra.  
Pero no: mejor sería  
A Granada; que el rey moro

Tendrá su servicio á dicha.  
Quiero escribir al momento.—  
¡Elvira!

## ESCENA XVIII.

EL VIRA.—JUANA.

ELVIRA.

Señora...

DOÑA JUANA.

Elvira,

Yo estoy en gran confusión:  
Vuela por papel y tinta;  
Que quiero escribir á Enrique,  
Pues no es menos que la vida  
La que le va en este aviso.

ELVIRA.

Pues, Señora, no le escribas;  
Que entre la gente que ha entrado  
(Que la fama presto avisa),  
Vi un hombre con una capa  
De color que me decía:  
«Elvira, Elvira.» Llegué,  
Juzgando á descortesía  
Llamarme de aquella suerte,  
Y vi que era el Conde.

DOÑA JUANA.

Mira

Que te has engañado.

ELVIRA.

¡Bueno!

De su ruego eternecida,  
Le he metido en mi aposento.

DOÑA JUANA.

Luego ¿no se fué á Castilla?

ELVIRA.

Sí, Señora; pero ha vuelto;  
Que estas celosas partidas  
Son pelotas que amor saca  
Con la furia de una riña,  
Y celos de la otra parte  
Se las vuelven con mas prisa.

DOÑA JUANA.

¡Jesus! ¡En Sevilla el Conde,  
Y que no solo en Sevilla,  
Sino que en mi propia casa!

ELVIRA.

Dice que celos y envidia  
Le traen, para olvidarte,  
A verte casar.

DOÑA JUANA.

Porfías

De un loco amor. Voy á velle.

ELVIRA.

Pues mira cómo le miras.

DOÑA JUANA.

Antes á reñirle voy,  
Y á que se vaya.

ELVIRA.

No escribas

Su muerte.

DOÑA JUANA.

Su vida estimo,

Porque es alma de la mía.

(Vase.)

## ESCENA XIX.

EL ADELANTADO.—ELVIRA.

ADELANTADO.

En aquesta confusión  
Al Rey he visto, y no veo  
Ni la prenda que desco  
Ni darme satisfacción.—  
Doña Elvira, ¿dónde va  
Tu señora?



ELVIRA.

Tan confuso  
Todo está, que se dispuso  
Para no aguardarte ya,  
Y pienso que se recoge.

(Vase.)

**ESCENA XX.****EL ADELANTADO.**

El Arzobispo ha venido,  
El Rey está desabrido;  
¿Qué puede haber que le enoje?  
Gente de fuera se junta,  
La de casa está turbada,  
Llorosa la desposada,  
Lo que sabe me pregunta.  
Todos hablan de secreto,  
Y á todos estoy mirando.

**ESCENA XXI.****DOÑA INÉS. — EL ADELANTADO.**

DOÑA INÉS.

(Ap. Diré lo que estoy dudando,  
Pues es disculpado efeto  
De mis celos la venganza.)  
¿Cómo descuidado estás,  
Cuando á tus hazañas das  
Fin de tan baja mudanza?  
Encerrado en su aposento  
De Elvira está el Conde.

ADELANTADO.

¿Quién?

DOÑA INÉS.

Enrique.

ADELANTADO.

¿Sábeslo bien?

DOÑA INÉS.

Sí, pues lo he visto.

ADELANTADO.

¿Á qué intento?

DOÑA INÉS.

¿Eso preguntas? ¿No sabes  
La ocasión? Si ha sido amor,  
¿No es preguntármelo error?

ADELANTADO.

Doña Inés, en cosas graves  
Y de los reyes, silencio.

(Vase.)

**ESCENA XXII.****DOÑA INÉS.**

¿Qué silencio he de tener,  
Si no es que de ser mujer,  
Amando, me diferencio?  
¡Oh amor! ¿Para qué me obligas  
A hacer cosas tan mal hechas?  
En los tiempos que hay sospechas  
Es bien que tus celos digas;  
Pero no cuando hay agravios.  
Mas ¿quién tendrá discreción  
Cuando quiere el corazón  
Servir de lengua á los labios?

**ESCENA XXIII.****EL REY, EL MAESTRE, MENDO,  
ACOMPAÑAMIENTO. — DOÑA INÉS.**

REY. (Ap. al Maestro.)

A Castilla á lo que digo  
Va don Nuño despachado;  
Matará en el camino,  
Si acaso va caminando.  
Por toda Sevilla van  
Don Arias y don Gonzalo  
Con gente, por si está en ella.

MAESTRE.

¿Cómo, Señor, con mi hermano

Usas de tanto rigor?

Mira que sus pocos años  
Le disculpan, y esta ofensa  
No es tuya.

REY.

Yo sé que cuando  
Sepas la razón, Maestre,  
Disculparás este caso.

MENDO.

Aquí está, Señor, su prima,  
Y por ventura esperando  
A la Reina mi señora.

REY.

Doña Inés...

DOÑA INÉS.

Señor...

REY.

De tantos  
Parabienes no he querido  
Hacer, sin el tuyo, caso.  
¿Qué es esto?

DOÑA INÉS.

Soy tan de casa,  
Que le tengo reservado  
Para mejor ocasión.

REY.

Bien dices, si dilatando  
Se van agora las bodas;  
Mas, llama al Adelantado;  
Que tengo que le decir.

DOÑA INÉS. (Ap.)

El Rey lo sabe: ¿qué aguardo?

REY.

Todos se turban. ¿Qué es esto?  
O todos ven mis engaños,  
O yo los engaño á todos.

MAESTRE.

La novedad lo ha causado,  
Pues con secreto pretendes  
Lo que fuera bien mas claro  
Y á gusto de todo el reino.

REY.

Confieso que yerro, y hago  
Una cosa sin razón,  
Que no la entiendo y la trato.

MENDO.

El Adelantado viene.

**ESCENA XXIV.****EL ADELANTADO. — Dichos.**

REY.

¡Oh fuerte honor castellano!

ADELANTADO.

¿Qué me manda vuestra alteza?

REV.

Primo, que me deis los brazos.  
¿Está prevenido ya  
Lo que os dije?

ADELANTADO.

Mirad cuánto  
Os quiero, que ya está hecho.

REY.

¿Cómo hecho?

ADELANTADO.

Ejecutado,  
Señor, vuestro advertimiento:  
Hallé el hombre y le he casado.

REY.

¿Qué hombre?

ADELANTADO.

Por el secreto,  
El hombre que os digo callo;  
Pero si se ha de saber,  
Iré por él.

REY.

¿Caso extraño! —

Id por él. — ¡Cielos! ¿Qué es esto?

ADELANTADO.

Yo voy, Señor.

(Vase.)

REY.

¿Es encanto?

¡Casado el hombre! ¿Qué hombre?

DOÑA INÉS. (Ap.)

Mis esperanzas llegaron  
Al postrer punto.

REY.

¿Qué haré?

**ESCENA XXV.**

EL ADELANTADO; DON ENRIQUE, con  
DOÑA JUANA, RAMIRO. — EL REY,  
EL MAESTRE, DOÑA INÉS, MEN-  
DO, ACOMPAÑAMIENTO.

ADELANTADO.

Yo sé que estoy disculpado  
Con que al Rey obedecí.  
Llegad á sus pies entrambos.

REY.

¿Es Enrique?

DON ENRIQUE.

Sí, Señor,

Y á tu servicio casado  
Por mano del Arzobispo,  
Y porque tú lo has mandado;  
Que yo, Señor, no quería.  
Solo vine rebozado  
A ver tu boda, y me dijo  
El Adelantado, estando  
Oculto en un aposento,  
Que era tu gusto.

REY.

No hallo

Respuesta á tan gran desdicha,  
Fundada en tan necio engaño. —  
Adelantado, ¿qué es esto?

ADELANTADO.

¿No me dijistes que, hallando  
Un hombre esta noche aquí,  
De secreto y disfrazado,  
Que es tan bueno como vos?...  
Pues si hallo á vuestro hermano  
Y le caso con mi hija,  
¿Con otro tal no la caso?

REY.

Adelantado, vos fuistes  
Dos veces adelantado:  
La una por vuestro oficio,  
La otra en adelantaros  
A casar á don Enrique.  
A lo hecho no hay reparo.  
Yo le perdono, y confirmo  
El casamiento.

DOÑA JUANA.

Tus años

Prosperen el cielo, Señor.

RAMIRO.

¿Podré pedir un agravio?

REY.

No pidas nada, Ramiro;  
Todos quedais perdonados.

RAMIRO.

Nunca te falten dineros.

REY.

Pon, doña Juana, en un cuadro  
De tus armas mi corona,  
Y porque la has despreciado,  
Esté pintada al revés.

DON ENRIQUE.

Aquí se acaba. Senado,  
Lo cierto por lo dudoso:  
Si lo queda de agradaros  
El autor, será lo cierto,  
Y lo dudoso el engaño.



# EL MEJOR ALCALDE EL REY.

47

## PERSONAS.

SANCHO.  
DON TELLO.  
CELIO.  
JULIO.  
NUÑO.  
ELVIRA.

FELICIANA.  
JUANA.  
LEONOR.  
DON ALFONSO VII DE LEON  
Y CASTILLA.  
EL CONDE DON PEDRO.

DON ENRIQUE.  
BRITO.  
PELAYO.  
FILENO.  
CRIADOS.—VILLANOS.  
ACOMPAÑAMIENTO.

*La escena es en Leon, en un pueblo de Galicia y en sus cercanías.*

## ACTO PRIMERO.

Campo á orillas del Sil.

### ESCENA PRIMERA.

SANCHO.

Nobles campos de Galicia,  
Que, á sombra destas montañas,  
Que el Sil entre verdes cañas  
Besar la falda codicia,  
Dais sustento á la milicia  
De flores de mil colores;  
Aves que cantais amores,  
Fieras que andais sin gobierno,  
¿Habeis visto amor mas tierno  
En aves, fieras y flores?  
Mas como no podeis ver  
Otra cosa, en cuanto mira  
El sol, mas bella que Elvira,  
Ni otra cosa puede haber;  
Así, habiendo de nacer  
De su hermosura, en rigor,  
Mi amor, que de su favor  
Tan alta gloria procura;  
No habiendo mas hermosura,  
No puede haber mas amor.  
¡Ojalá, dulce Señora,  
Que tu hermosura pudiera  
Crecer, porque en mi creciera  
El amor que tengo agora!  
Pero, hermosa labradora,  
Si en ti no puede crecer  
La hermosura, ni el querer  
En mí; cuanto eres hermosa  
Te quiero, porque no hay cosa  
Que mas pueda encarecer.  
Ayer las blancas arenas  
Deste arroyuelo volviste  
Perlas, cuando en él pusiste  
Tus piés, tus dos azucenas;  
Y porque verlos apenas  
Pude, porque nunca para,  
Le dije al sol de tu cara,  
Con que tanta luz le das,  
Que mirase el agua mas,  
Porque se viese mas clara.  
Lavaste, Elvira, unos paños,  
Que nunca blancos volvías;  
Que las manos que ponías  
Causaban estos engaños:  
Yo detrás destes castaños  
Te miraba con temor,  
Y vi que amor por favor  
Te daba á lavar su venda:  
El cielo el mundo defienda;  
Que anda sin venda el amor.

¡Ay Dios! ¿cuándo será el día  
(Que me tengo de morir)  
Que te pueda yo decir:  
«Elvira, tú eres mía?»  
¿Qué regalos te daría!  
Porque yo no soy tan necio  
Que no te tuviese en precio,  
Siempre con mas afición;  
Que en tan rica posesion  
No puede caber desprecio.

### ESCENA II.

ELVIRA.—SANCHO.

ELVIRA.

(Ap. Por aquí Sancho bajaba,  
O me ha burlado el deseo.  
A la fe que allí le veo;  
Que el alma me le mostraba.  
El arroyuelo miraba  
Adonde ayer me miró.  
¿Si piensa que allí quedó  
Alguna sombra de mí?  
Que me enojé cuando vi  
Que entre las aguas me vió.)  
¿Qué buscas por los cristales  
Destos libres arroyuelos,  
Sancho, que guarden los cielos,  
Cada vez que al campo sales?  
¿Has hallado unos corales  
Que en esta márgen perdi?

SANCHO.

Hallarme quisiera á mí,  
Que me perdi desde ayer;  
Pero ya me vengo á ver,  
Pues me vengo á hallar en tí.

ELVIRA.

Pienso que á ayudarme vienes  
A ver si los puedo hallar.

SANCHO.

¡Bueno es venir á buscar  
Lo que en las mejillas tienes!  
¿Son achaques ó desdenes?  
Albricias, ya los hallé.

ELVIRA.

¿Dónde?

SANCHO.

En tu boca, á la he,  
Y con extremos de plata.

ELVIRA.

Desvíate.

SANCHO.

¡Siempre ingrata  
A la lealtad de mí fe!

ELVIRA.

Sancho, estás muy atrevido.  
Dime tú: ¿qué mas hicieras,

Si por ventura estuvieras  
En visperas de marido?

SANCHO.

Eso ¿cuya culpa ha sido?

ELVIRA.

Tuya, á la fe.

SANCHO.

¿Mia? No.  
Ya te lo dije, y te habló  
El alma, y no respondiste.

ELVIRA.

¿Qué mas respuesta quisiste,  
Que no responderte yo?

SANCHO.

Los dos culpados estamos.

ELVIRA.

Sancho, pues tan cuerdo eres,  
Advierte que las mujeres  
Hablamos cuando callamos.  
Concedemos si negamos:  
Por esto, y por lo que ves,  
Nunca crédito nos des,  
Ni crueles ni amorosas;  
Porque todas nuestras cosas  
Se han de entender al revés.

SANCHO.

Segun eso, das licencia  
Que á Nuño te pida aquí.  
¿Callas? Luego dices sí.  
Basta: ya entiendo la ciencia.

ELVIRA.

¡Si; pero ten advertencia  
Que no digas que yo quiero.

SANCHO.

Él viene.

ELVIRA.

El suceso espero  
Detrás de aquel olmo.

SANCHO.

¡Ay Dios!  
¿Si nos juntase á los dos!  
Porque si no, yo me muero.  
(Escóndese Elvira.)

### ESCENA III.

NUÑO, PELAYO.—SANCHO, *distante de ellos.*

NUÑO. (A Pelayo.)

Tú sirves de tal manera,  
Que será mejor buscar,  
Pelayo, quien sepa andar  
Mas despierto en la rihera.  
¿Tienes algun descontento  
En mi casa?



PELAYO.  
Dios lo sabe.

NUÑO.

Pues hoy tu servicio acabe ;  
Que el servir no es casamiento.

PELAYO.

Antes lo debe de ser.

NUÑO.

Los puercos traes perdidos.

PELAYO.

Donde lo están los sentidos ,  
¿Qué otra cosa puede haber?  
Escuchame : yo quijera  
Emparentarme...

NUÑO.

Prosigue

De suerte, que no me obligue  
Tu ignorancia...

PELAYO.

Un poco espera ;

Que no es fácil de decir.

NUÑO.

De esa manera, de hacer  
Será difícil.

PELAYO.

Ayer

Me dijo Elvira al salir :  
« A fe, Pelayo, que están  
Gordos los puercos. »

NUÑO.

Pues bien ,

¿Qué la respondiste?

PELAYO.

Amén ,

Como dice el sacristán.

NUÑO.

Pues ¿qué se saca de ahí?

PELAYO.

¿No lo entiende?

NUÑO.

¿Cómo puedo?

PELAYO.

Estó por perder el miedo.

SANCHO. (Ap.)

¡Oh, si se fuese de aquí!

PELAYO.

¿No ve que es resquebro, y muestra  
Querer casarse conmigo?

NUÑO.

¡Vive Dios!...

PELAYO.

No te lo digo ,

Ya que fué ventura nuestra,  
Para que tomes collera.

NUÑO.

Sancho, ¿tú estabas aquí!

SANCHO.

Y quisiera hablarte.

NUÑO.

Di.—

Pelayo, un instante espera.

(Apártanse de Pelayo.)

SANCHO.

Nuño, mis padres fueron como sabes,  
Y supuesto que pobres labradores, [ves.  
De honrado estilo y de costumbres gra-

PELAYO.

Sancho, vos que sabeis cosas de amores,  
Decir una mujer hermosa y rica [res :  
A un hombre que es galán como unas fro-  
« Gordos están los puercos, » ¿no inlica  
Que se quiere casar con aquel hombre?

SANCHO.

¡Bien el requiebro al casamiento aplica!

NUÑO.

Bestia, véte de aquí.

SANCHO.

Pues ya su nombre  
Supiste y su nobleza, no presumo  
Que tan honesto amor la tuya asombre.  
Por Elvira me abraso y me consumo.

PELAYO.

Hay hombre que el ganado tratan fraco,  
Que parece tasajo puesto al humo ;  
Yo cuando al campo los cochinos saco...

NUÑO.

¿Aquí te estás, villano? ¡Vive el cielo!...

PELAYO.

¿Habro de Elvira yo, son <sup>1</sup> del barraco?

SANCHO.

Sabido pues, Señor, mi justo celo...

PELAYO.

Sabido pues, Señor, que me resque-

NUÑO. [bra...

¿Tiene mayor salvaje el indio suelo?

SANCHO.

El matrimonio de los dos celebra.

PELAYO.

Cochino traigo yo por esa orilla...

NUÑO.

Ya la cabeza el bárbaro me quiebra.

PELAYO.

Que puede ser maeso de capilla,  
Si bien tiene la voz desentonada,  
Y mas cuando entra y sale de la villa.

NUÑO.

¿Quiérello Elvira?

SANCHO.

De mi amor pagada,  
Me dió licencia para hablarte ahora.

NUÑO.

Ella será dichosamente honrada,  
Pues sabe las virtudes que atesora.  
Sancho, tu gran valor, y que pudiera  
Llegar á merecer cualquier señora.

PELAYO.

Con cuatro ó seis cochinos que tovera,  
Que estos parieran otros, en seis años  
Pudiera yo labrar una cochera.

NUÑO.

Tu sirves á don Tello en sus rebaños,  
Es señor desta tierra, y poderoso  
En Galicia y en reinos mas extraños :  
Decirle tu intención será forzoso,  
Así porque eres, Sancho, su criado,  
Como por ser tan rico y dadivoso.  
Daráte alguna parte del ganado ;  
Porque es tan poco el dote de mi Elvira,  
Que has menester estar enamorado.  
Esa casilla mal labrada mira  
En medio de esos campos, cuyos techos  
El humo tiñe porque no respira.

Están lejos de aquí cuatro barbechos...<sup>2</sup>  
Diez ó doce castaños... Todo es nada<sup>3</sup>,  
Si el señor desta tierra no te ayuda  
Con un vestido ó con alguna espada<sup>4</sup>.

SANCHO.

Pésame que mi amor pongas en duda.

PELAYO. (Ap.)

¡Voto al sol, que se casa con Elvira!  
Aquí la dejo yo ; mi amor se muda.

SANCHO.

¿Qué mayor interés que al que suspira  
Por su belleza darle su belleza,  
Milagro celestial que al mundo admira?

<sup>1</sup> Sino.

<sup>2 3 4</sup> Estando este trozo escrito en tercetos, falta un verso que consuene con *barbechos y techos*, y otro que consuene con *nada y espada*.

No es tanta de mi ingenio la rudeza,  
Que mas que la virtud me mueva el dote.

NUÑO.

Hablar con tus señores ro es bajeza,  
Ni el pedirles que te honren te alborote ;  
Que él y su hermana pueden fácilmente,  
Sin que esto, Sancho, á mas que amor se

SANCHO. [note.

Yo voy de mala gana ; finalmente,  
Iré, pues tú lo mandas.

NUÑO.

Dios con esto,  
Sancho, tu vida y sucesion aumente.  
Ven, Pelayo, conmigo.

PELAYO.

Pues ¿tan presto  
Le diste á Elvira, estando yo delante?

NUÑO.

¿No es Sancho mozo, noble y bien dis-

PELAYO. [puesto?

No le tiene el aldea semejante,  
Si va á decir verdad ; pero en efeto  
Fuera en tu casa yo mas importante,  
Porque te diera cada mes un nieto.  
(Vanse Nuno y Pelayo.)

#### ESCENA IV.

SANCHO ; después, ELVIRA.

SANCHO.

Sal, hermosa prenda mia ;  
Sal, Elvira de mis ojos.

(Sale Elvira.)

ELVIRA. (Ap.)

¡Ay, Dios! ¡Con cuántos enojos  
Teme amor y desconfía !  
Que la esperanza prendada,  
Presa de un cabello está.

SANCHO.

Tu padre dice que ya  
Tiene la palabra dada  
A un criado de don Tello :  
¡Mira qué extrañas mudanzas !

ELVIRA.

No en balde mis esperanzas  
Colgaba amor de un cabello.  
¿Que mi padre me ha casado,  
Sancho, con hombre escudero?  
¡Hoy pierdo la vida, hoy muero.  
Vivid, mi dulce cuidado ;  
Que yo me daré la muerte.

SANCHO.

Paso ; que me burlo, Elvira.  
El alma en los ojos mira ;  
Dellos la verdad advierte ;  
Que, sin admitir espacio,  
Dijo mil veces que si.

ELVIRA.

Sancho, no lloro por ti,  
Sino por ir á palacio ;  
Que el criarme en la llaneza  
Desta humilde casería,  
Era cosa que podia  
Causarme mayor tristeza.  
Y que es causa justa advierte.

SANCHO.

¿Qué necio amor me ha engañado !  
Vivid, mi necio cuidado ;  
Que yo me daré la muerte.  
Engaños fueron de Elvira,  
En cuya nieve me abraso.

ELVIRA.

Sancho, que me burlo, paso.  
El alma en los ojos mira ;  
Que amor y sus esperanzas  
Me han dado aquesta ficción.

Su propia difinicion  
Es que amor todo es venganzas.

SANCHO.

Luego ¿ya soy tu marido?

ELVIRA.

¿No dices que está tratado?

SANCHO.

Tu padre, Elvira, me ha dado  
Consejo (aunque no le pido)  
Que á don Tello, mi señor,  
Y señor de aquesta tierra,  
Poderoso en paz y en guerra,  
Quiere que pida favor;  
Y aunque yo contigo, Elvira,  
Tengo toda la riqueza  
Del mundo (que en tu belleza  
El sol las dos Indias mira),  
Dice Nuño que es razon  
Por ser mi dueño : en efeto,  
Es viejo y hombre discreto,  
Y que merece opinion  
Por ser tu padre tambien.  
Mis ojos, á hablarle voy.

ELVIRA.

Y yo esperándote estoy.

SANCHO.

¡Plega al cielo que me dén  
El y su hermana mil cosas!

ELVIRA.

Basta darle cuenta desto.

SANCHO.

La vida y el alma he puesto  
En esas manos hermosas.  
Dame siquiera la una.

ELVIRA.

Tuya ha de ser : vesla aquí.

SANCHO.

¿Qué puede hacer contra mí,  
Si la tengo, la fortuna?  
Tú verás mi sentimiento,  
Después de tanto favor;  
Que me ha enseñado el amor  
A tener entendimiento.

(*Vanse.*)

Patio ó enverjado delante de la quinta de don  
Tello en Galicia.

### ESCENA V.

DON TELLO, *de caza*; CELIO, JULIO.

DON TELLO.

Tomad el venablo allá.

CELIO.

¡Qué bien te has entretenido!

JULIO.

Famosa la caza ha sido.

DON TELLO.

Tan alegre el campo está,  
Que solo ver sus colores  
Es fiesta.

CELIO.

¡Con qué desvelos

Procuran los arroyuelos  
Besar los piés á las flores!

DON TELLO.

Da de comer á esos perros,  
Celio, así te ayude Dios.

CELIO.

Bien escalaron los dos  
Las puntas de aquellos cerros.

JULIO.

Son famosos.

CELIO.

Florisel

Es deste campo la flor.

DON TELLO.

No lo hace mal Galaor.

JULIO.

Es un famoso lebrel.

CELIO.

Ya mi señora y tu hermana  
Te ha sentido.

### ESCENA VI.

FELICIANA — Dichos.

DON TELLO.

¡Qué cuidados

De amor, y qué bien pagados  
De mi son, oh Feliciana,  
Tantos desvelos en vos!

FELICIANA.

Yo lo estoy de tal manera,  
Mi señor, cuando estáis fuera,  
Por vos, como sabe Dios.  
No hay cosa que no me enoje;  
El sueño, el descanso dejo;  
No hay liebre, no hay vil conejo.  
Que fiera no se me antoje.

DON TELLO.

En los montes de Galicia,  
Hermana, no suele haber  
Fieras, puesto que el tener  
Poca edad fieras codicia.  
Salir suele un jabali  
De entre esos montes espesos,  
Cuyos dichosos sucesos  
Tal vez celebrados vi.  
Fieras son, que junto al anca  
Del caballo mas valiente,  
Al sabueso con el diente  
Suelen abrir la carlanca.  
Y tan mal la furia aplacan,  
Que, para decirlo en suma,  
Truecan la caliente espuma  
En la sangre que le sacan.  
Tambien hay oso que en pié  
Acomete al cazador  
Con tan extraño furor,  
Que muchas veces se ve  
Dar con el hombre en el suelo.  
Pero la caza ordinaria  
Es humilde cuanto varia,  
Para no tentar al cielo.  
Es digna de caballeros  
Y principes, porque encierra  
Los preceptos de la guerra,  
Y ejercita los aceros  
Y la persona habilita.

FELICIANA.

Como yo os viera casado,  
No me diera ese cuidado,  
Que tantos sueños me quita.

DON TELLO.

El ser aquí poderoso  
No me da tan cerca igual.

FELICIANA.

No os estaba aquí tan mal  
De algun señor generoso  
La hija.

DON TELLO.

Pienso que quierres  
Reprender no haber pensado  
En casarte, que es cuidado  
Que nace con las mujeres.

FELICIANA.

Engañaste, por tu vida;  
Que solo tu bien deseo.

### ESCENA VII.

SANCHO y PELAYO, *fuera de la  
verja.* — Dichos.

PELAYO. (*A Sancho.*)

Entra; que solos los veo,

No hay persona que lo empida.

SANCHO.

Bien dices : de casa son  
Los que con ellos están.

PELAYO.

Tú verás lo que te dan.

SANCHO.

Yo cumplo mi obligacion.—  
(*Pasan la verja.*)

Noble, ilustrísimo Tello,  
Y tú, hermosa Feliciana,  
Señores de aquesta tierra,  
Que os ama por tantas causas,  
Dad vuestros piés generosos  
A Sancho, Sancho el que guarda  
Vuestros ganados y buerta  
Oficio humilde en tal casa.  
Pero en Galicia, señores,  
Es la gente tan hidalga,  
Que solo en servir al rico  
El que es pobre no le iguala.  
Pobre soy, y en este oficio  
Que os he dicho, cosa es clara  
Que no me conocereis,  
Porque los criados pasan  
De ciento y treinta personas,  
Que vuestra racion aguardan  
Y vuestro salario esperan;  
Pero tal vez en la caza  
Presumo que me habréis visto.

DON TELLO.

Si he visto, y siempre me agrada  
Vuestra persona, y os quiero  
Bien.

SANCHO.

Aquí por merced tanta  
Os beso los piés mil veces.

DON TELLO.

¿Qué queréis?

SANCHO.

Gran Señor, pasan

Los años con tanta furia,  
Que parece que con cartas  
Van por la posta á la muerte,  
Y que una breve posada  
Tiene la vida á la noche,  
Y la muerte á la mañana.  
Vivo solo, fué mi padre  
Hombre de bien, que pasaba  
Sin servir; acaba en mí  
La sucesion de mi casa.  
He tratado de casarme  
Con una doncella honrada,  
Hija de Nuño de Aibar,  
Hombre que sus campos labra,  
Pero que aun tiene paveses  
En las ya borradas armas  
De su portal, y con ellas  
De aquel tiempo algunas lanzas.  
Esto y la virtud de Elvira  
(Que así la novia se llama)  
Me han obligado : ella quiere,  
Su padre tambien se agrada;  
Mas no sin licencia vuestra;  
Que me dijo esta mañana  
Que el Señor ha de saber  
Cuanto se hace y cuanto pasa  
Desde el vasallo mas vil  
A la persona mas alta  
Que de su salario vive,  
Y que los reyes se engañan  
Si no reparan en esto,  
Que pocas veces reparan.  
Yo, Señor, tomé el consejo,  
Y vengo, como él lo manda,  
A deciros que me caso.

DON TELLO.

Nuño es discreto, y no basta  
Razon á tan buen consejo.—  
Celio...

CELIO.

Señor...

DON TELLO.

Veinte vacas

Y cien ovejas darás

A Sancho, á quien yo y mi hermana

Habemos de honrar la boda.

SANCHO.

¡Tanta merced!

PELAYO.

¡Merced tanta!

SANCHO.

¡Tan grande bien!

PELAYO.

¡Bien tan grande!

SANCHO.

¡Rara virtud!

PELAYO.

¡Virtud rara!

SANCHO.

¡Alto valor!

PELAYO.

¡Valor alto!

SANCHO.

¡Santa piedad!

PELAYO.

¡Piedad santa!

DON TELLO.

¿Quién es este labrador

Que os responde y acompaña?

PELAYO.

Soy el que dice al revés

Todas las cosas que habra.

SANCHO.

Señor, de Nuño es criado.

PELAYO.

Señor, en una palabra,

El pródigo soy de Nuño.

DON TELLO.

¿Quién?

PELAYO.

El que sus puercos guarda.

Vengo también á pedirlos

Mercedes.

DON TELLO.

¿Con quién te casas?

PELAYO.

Señor, no me caso ahora;

Mas, por si el diablo me engaña,

Os vengo á pedir terneros,

Para si después me faltan;

Que un astrólogo me dijo

Una vez en Masalanca

Que tenia peligro en toros,

Y en agua tanta desgracia,

Que desde entonces no quiero

Casarme ni beber agua,

Por excusar el peligro.

FELICIANA.

Buen labrador.

DON TELLO.

Humor gasta.

FELICIANA.

Id, Sancho, en buen hora. — Y tú

Haz que á su cortijo vayan

Las vacas y las ovejas.

SANCHO.

Mi corta lengua no alaba

Tu grandeza.

DON TELLO.

¿Cuándo quieres

Desposarte?

SANCHO.

Amor me manda

Que sea esta misma noche.

DON TELLO.

Pues ya los rayos desmaya

El sol, y entre nubes de oro

Veloz al poniente baja.

Vete á prevenir la boda;

Que allá iremos yo y mi hermana. —

¡Hola! Pongan la carroza.

SANCHO.

Obligada llevo el alma

Y la lengua, gran Señor,

Para tu eterna alabanza.

(Vase.)

## ESCENA VIII.

DON TELLO, FELICIANA, PELAYO,  
CELIO, JULIO.

FELICIANA.

En fin, vos ¿no os casaréis?

PELAYO.

Yo, Señora, me casaba

Con la novia deste mozo,

Que es una lumpia zagala,

Si la hay en toda Galicia:

Supo que puercos guardaba,

Y desechóme por puercos.

FELICIANA.

Id con Dios, que no se engaña.

PELAYO.

Todos guardamos, Señora,

Lo que...

FELICIANA.

¿Qué?

PELAYO.

Lo que nos mandan

Nuestros padres que guardemos. (Vase.)

## ESCENA IX.

DON TELLO, FELICIANA, CELIO,  
JULIO.

FELICIANA.

El mentecato me agrada.

CELIO. (A don Tello.)

Ya que es ido el labrador,

Que no es necio en lo que habla,

Prometo á vueseñoría

Que es la moza mas gallarda

Que hay en toda Galicia,

Y que por su talle y cara,

Discrecion y honestidad

Y otras infinitas gracias,

Pudiera honrar el hidalgo

Mas noble de toda España.

FELICIANA.

¿Que es tan hermosa?

CELIO.

Es un ángel.

DON TELLO.

Bien se ve, Celio, que hablas

Con pasion.

CELIO.

Alguna tuve;

Mas cierto que no me engaña.

DON TELLO.

Hay algunas labradoras

Que, sin afeites ni galas,

Suelen llevarse los ojos,

Y á vuelta dellos el alma;

Pero son tan desdenosas,

Que sus melindres me cansan.

FELICIANA.

Antes las que se defienden

Suelen ser mas estimadas.

(Vanse.)

Sala en casa de Nuño.

## ESCENA X.

NUÑO, SANCHO.

NUÑO.

¿Eso don Tello responde?

SANCHO.

Esto responde, Señor.

NUÑO.

Por cierto que á su valor

Dignamente corresponde.

SANCHO.

Mandóme dar el ganado

Que os digo.

NUÑO.

Mil años viva.

SANCHO.

Y aunque es dádiva excesiva,

Mas estimo haberme honrado

Con venir á ser padrino.

NUÑO.

Y ¿vendrá tambien su hermana?

SANCHO.

Tambien.

NUÑO.

Condicion tan llana

Del cielo á los hombres vino.

SANCHO.

Son señores generosos.

NUÑO.

¡Oh, si aquesta casa fuera,

Pues los huéspedes espera

Mas ricos y poderosos

Deste reino, un gran palacio!

SANCHO.

Esa no es dificultad:

Cabrán en la voluntad,

Que tiene infinito espacio.

Ellos vienen en efeto.

NUÑO.

¿Qué buen consejo te di!

SANCHO.

Cierto que en don Tello vi

Un señor todo perfeto;

Porque, en quitándole el dar,

Con que á Dios es parecido,

No es señor; que haberlo sido

Se muestra en dar y en honrar.

Y pues Dios su gran valor

Quiere que dando se entienda,

Sin dar ni honrar no pretenda

Ningun señor ser señor.

NUÑO.

¡Cien ovejas! ¡Veinte vacas!

Será una hacienda gentil,

Si por los prados del Sil

La primavera los sacas.

Págueme Dios á don Tello

Tanto bien, tanto favor.

SANCHO.

¿Dónde está Elvira, Señor?

NUÑO.

Ocuparála el cabello

O algun tocado de boda.

SANCHO.

Como ella traiga su cara,

Rizos y gala excusara;

Que es de rayos del sol toda.

NUÑO.

No tienes amor villano.

SANCHO.

Con ella tendré, Señor,

Firmezas de labrador

Y amores de cortesano.



NUÑO.

No puede amar altamente  
Quien no tiene entendimiento;  
Porque está su sentimiento  
En que sienta lo que siente.  
Huélgame de verte así.  
Llama esos mozos; que quiero  
Que entienda este caballero  
Que soy algo ó que lo fui.

SANCHO.

Pienso que mis dos señores  
Vienen, y vendrán con ellos.  
Deje Elvira los cabellos,  
Y reciba sus favores.

### ESCENA XI.

DON TELLO, y CRIADOS; PELAYO,  
JUANA, LEONOR y VILLANOS.—DICHOS.

DON TELLO.

¿Dónde fué mi hermana?

JUANA.

Entró

Por la novia.

SANCHO.

¡Señor mío!...

DON TELLO.

¡Sancho!

SANCHO.

Fuera desvario  
Querer daros gracias yo,  
Con mi rudo entendimiento,  
Desta merced.

DON TELLO.

¿Dónde está

Vuestro suegro?

NUÑO.

Donde ya

Tendrán sus años aumento  
Con este inmenso favor.

DON TELLO.

Dadme los brazos.

NUÑO.

Quisiera

Que esta casa un mundo fuera,  
Y vos del mundo señor.

DON TELLO. (A Juana.)

¿Cómo os llamais vos, serrana?

PELAYO.

Pelayo, Señor.

DON TELLO.

No digo

A vos.

PELAYO.

¿No hablaba conmigo?

JUANA.

A vuestro servicio, Juana.

DON TELLO.

¡Buena gracia!

PELAYO.

Aun no lo sabe

Bien; que con un cucharón,  
Si la pecaiga un garzon,  
Le suele pegar un cabe,  
Que le aturde los sentidos;  
Que una vez, porque llegué  
A la olla, los saqué  
Por dos meses atordidos.

DON TELLO. (A Leonor.)

¿Y vos?

PELAYO.

Pelayo, Señor.

DON TELLO.

No hablo con vos.

PELAYO.

Yo pensaba,

Señor, que conmigo hablaba.

DON TELLO.

¿Cómo os llamais?

LEONOR.

¿Yo? Leonor.

PELAYO.

(Ap. ¿Cómo pescuda por ellas,  
Y por los zagales no?)

Pelayo, Señor, soy yo.

DON TELLO.

¿Sois algo de alguna dellas?

PELAYO.

Sí, Señor; el porquerizo.

DON TELLO.

Marido digo ó hermano.

NUÑO.

¡Qué necio estás!

SANCHO.

¡Qué villano!

PELAYO.

Así mi madre me hizo.

SANCHO.

La novia y madrina vienen.

### ESCENA XII.

FELICIANA, ELVIRA.—DICHOS.

FELICIANA.

Hermano, hacledes favores;

Y ¡dichosos los señores

Que tales vasallos tienen!

DON TELLO.

Por Dios, que teneis razon.

¡Hermosa moza!

FELICIANA.

Y gallarda.

ELVIRA.

La vergüenza me acobarda,

Como primera ocasion.

Nunca vi vuestra grandeza.

NUÑO.

Siéntense sus señorías.

Las sillas son como mias.

DON TELLO. (Ap.)

No he visto mayor belleza.

¡Qué divina perfeccion!

Corta ha sido su alabanza.

¡Dichosa aquella esperanza

Que espera tal posesion!

PELAYO.

Dad licencia que se siente

Sancho.

DON TELLO.

Sentáos.

SANCHO.

No, Señor.

DON TELLO.

Sentáos.

SANCHO.

¡Yo tanto favor,

Y mi señora presente!

FELICIANA.

Junto á la novia os sentad;

No hay quien el puesto os impida.

DON TELLO. (Ap.)

No esperé ver en mi vida

Tan peregrina beldad.

PELAYO.

Y yo ¿adónde he de sentarme?

NUÑO.

Allá en la caballeriza

Tú la fiesta solemniza.

DON TELLO.

(Ap. Por Dios, que siento abrazarme.)

¿Cómo la novia se llama?

PELAYO.

Pelayo, Señor.

NUÑO.

¿No quieres

Callar? Habla á las mujeres,

Y cuéntaste tú por dama.

Elvira es, Señor, su nombre.

DON TELLO.

Por Dios que es hermosa Elvira,

Y digna, aunque serlo admira,

De novio tan gentilhombre.

NUÑO.

Zagalas, regocijad

La boda.

DON TELLO. (Ap.)

¡Rara hermosura!

NUÑO.

En tanto que viene el Cura,

A vuestra usanza bailad.

JUANA.

El Cura ha venido ya.

DON TELLO.

Pues decid que no entre el Cura.

(Ap. Que tan divina hermosura

Robándome el alma está.)

SANCHO.

¿Por qué, Señor?

DON TELLO.

Porque quiero,

Después que os he conocido,

Honraros mas.

SANCHO.

Yo no pido

Mas honras, ni las espero,

Que casarme con mi Elvira.

DON TELLO.

Mañana será mejor.

SANCHO.

No me dilates, Señor,

Tanto bien; mis ansias mira,

Y que desde aquí á mañana

Puede un pequeño accidente

Quitarme el bien que presente

La posesion tiene llana.

Si sabios dicen verdades,

Bien dijo aquel que decía

Que era el sol el que traía

Al mundo las novedades.

¿Que sé yo lo que traerá

Del otro mundo mañana?

DON TELLO.

(Ap. ¡Qué condicion tan villana!)

Quiérole honrar y hacer fiesta,

(Ap. á Feliciana.)

Y el muy necio, hermana mía,

En tu presencia porfia

Con voluntad poco honesta.—

Llévala, Nuño, y descansa

Esta noche.

NUÑO.

Haré tu gusto.

(Vanse don Tello, Feliciana y criados.)

(Ap. Esto no parece justo.

¿De qué don Tello se cansa?)

ELVIRA. (Ap.)

Yo no quiero responder

Por no mostrar liviandad.

NUÑO. (A los novios.)

No entiendo su voluntad

Ni lo que pretende hacer.—

Es señor.—Ya me ha pesado

De que haya venido aquí.

(Vase.)

SANCHO.

Harto mas me pesa á mí,

Aunque lo he disimulado.

PELAYO.

¿No hay boda esta noche?

JUANA.

No.

PELAYO.

¿Por qué?

JUANA.

No quiere don Tello.

PELAYO.

Pues don Tello ¿puede hacello?

JUANA.

Claro está, pues lo mandó. (Vase.)

PELAYO.

Pues ¿antes que entrase el Cura

Nos ha puesto impedimento!

(Vase y siguen los demás villanos.)

### ESCENA XIII.

SANCHO, ELVIRA.

SANCHO.

Oye, Elvira.

ELVIRA.

¡Ay, Sancho! Siento

Que tengo poca ventura.

SANCHO.

¿Qué quiere el Señor hacer,

Que a mañana lo dijere?

ELVIRA.

Yo no entiendo lo que quiere.

(Ap. Pero debe de querer.)

SANCHO.

¿Es posible que me quita

Que esta noche ¡ay, bellos ojos!

Tuviesen paz los enojos

Que airado me solicita?

ELVIRA.

Ya eres, Sancho, mi marido.

Vén esta noche á mi puerta.

SANCHO.

¿Tendrásla, mi bien, abierta?

ELVIRA.

Pues ¿no?

SANCHO.

¡Mi remedio ha sido;

Que si no, yo me matara.

ELVIRA.

Tambien me matara yo.

SANCHO.

El Cura llegó y no entró.

ELVIRA.

No quiso que el Cura entrara.

SANCHO.

Pero si te persuades

A abrirme, será mejor;

Que no es mal cura el amor

Para sanar voluntades.

(Vanse.)

—

Calle en que está la casa de Nuño.

### ESCENA XIV.

DON TELLO, CELIO, CRIADOS.

DON TELLO.

Muy bien me habeis entendido.

CELIO.

Para entenderte, no creo

Que es menester, gran Señor,

Muy sutil entendimiento.

DON TELLO.

Entrad pues; que estarán solos

La hermosa Elvira y el viejo.

CELIO.

Toda la gente se fué

Con notable descontento

De ver dilatar la boda.

DON TELLO.

Yo tomé, Celio, el consejo

Primero que amor me dió;

Que era infamia de mis celos

Dejar gozar á un villano

La hermosura que deseo.

Después que della me eanse,

Podrá ese rústico necio

Casarse; que yo daré

Ganado, hacienda y dinero

Con que viva; que es arbitrio

De muchos, como lo vemos

En el mundo. Finalmente,

Yo soy poderoso, y quiero,

Pues este hombre no es casado,

Valerme de lo que puedo.

Las máscaras os poned.

CELIO.

¿Llamarémos?

DON TELLO.

Si.

(Llaman.)

CRÍADO.

Ya abrieron.

### ESCENA XV.

ELVIRA. — DON TELLO, CELIO y

CRÍADOS, con mascarillas; después,

NUÑO.

ELVIRA.

Entra, Sancho, de mi vida.

CELIO.

¿Elvira?

ELVIRA.

Si.

UN CRIADO. (Ap.)

¡Buen encuentro!

(Apodéranse de Elvira.)

ELVIRA.

¿No eres tú, Sancho? ¡Ay de mí!

¡Padre! Señor! Nuño! ¡Cielos!

¡Que me roban, que me llevan!

DON TELLO.

Caminad ya. (Llévanla.)

NUÑO. (Dentro de la casa.)

¿Qué es aquesto?

ELVIRA. (Léjos.)

¡Padre!

DON TELLO. (Léjos.)

Tápala esa boca.

(Sale Nuño.)

NUÑO.

¡Hija! ya te oigo y te veo;

Pero mis caducos años

Y mi desmayado esfuerzo,

¿Qué podrán contra la fuerza

De un poderoso mancebo?

Que ya presumo quién es.

(Sigue á los robadores.)

### ESCENA XVI.

SANCHO y PELAYO, de noche.

SANCHO.

Voces parece que siento

En el valle, hácia la casa

Del Señor.

PELAYO.

Habremos quedo,

No nos sientan los criados.

SANCHO.

Advierte que estando dentro

No te has de dormir.

PELAYO.

No haré;

Que ya me conoce el sueño.

SANCHO.

Yo saldré cuando del alba

Pida albricias el lucero;

Mas no me las pida á mí,

Si me ha de quitar mi cielo.

PELAYO.

¿Sabes qué pareceré

Mientras estás allá dentro?

Mula de doctor, que está

Tascando á la puerta el freno.

SANCHO.

Llamemos.

PELAYO.

Apostaré

Que está por el agujero

De la llave Elvira atenta.

SANCHO.

Llego, y llamo.

### ESCENA XVII.

NUÑO.—DICHOS.

NUÑO.

Pierdo el seso.

SANCHO.

¿Quién va?

NUÑO.

Un hombre.

SANCHO.

¿Es Nuño?

NUÑO.

¿Es Sancho?

SANCHO.

Pues ¡tú en la calle! ¿Qué es esto?

NUÑO.

¿Qué es esto dices?

SANCHO.

Pues bien,

¿Qué ha sucedido? Que temo

Algun mal.

NUÑO.

Y aun el mayor;

Que alguno ya fuera menos.

SANCHO.

¿Cómo?

NUÑO.

Un escuadron de armados

Aquestas puertas rompieron,

Y se han llevado...

SANCHO.

No mas;

Que aquí dió fin mi deseo.

NUÑO.

Reconocer con la luna

Los quise; mas no me dieron

Lugar á que los mirase;

Porque luego se cubrieron

Con mascarillas las caras,

Y no pude conocerlos.

SANCHO.

¿Para qué, Nuño? ¿Qué importa?

Criados son de don Tello,

A quien me mandaste hablar.

¡Mal haya, amén, el consejo!

En este valle hay diez casas,

Y todas diez de pecheros.

Que se juntan á esta ermita:

No ha de ser ninguno dellos.

Claro está que es el Señor,

Que la ha llevado á su pueblo;

Que él no me deja casar  
Es el indicio mas cierto.  
Pues ¡es verdad que hallaré  
Justicia fuera del cielo,  
Siendo un hombre poderoso  
Y el mas rico deste reino!  
¡Vive Dios, que estoy por ir...  
A morir! que no sospecho  
Que á otra cosa...

NUÑO.

Espera, Sancho.

PELAYO.

¡Voto al soto, que si encuentro  
Sus cochinos en el prado,  
Que aunque haya guarda con ellos,  
Que los he de apedrear!

NUÑO.

Hijo, de tu entendimiento  
Procura valerte ahora.

SANCHO.

Padre y señor, ¿cómo puedo?  
Tú me aconsejaste el daño,  
Aconséjame el remedio.

NUÑO.

Vamos á hablar al Señor  
Mañana; que yo sospecho  
Que, como fué mocedad,  
Ya tendrá arrepentimiento.  
Yo fio, Sancho, de Elvira,  
Que no haya fuerza ni ruegos  
Que la puedan conquistar.

SANCHO.

Yo lo conozco y lo creo.  
¡Ay que me muero de amor!  
Ay que me abraso de celos!  
¿A cuál hombre ha sucedido  
Tan lastimoso suceso?  
¡Que trujese yo á mi casa  
El fiero leon sangriento,  
Que mi cándida cordera  
Me robara! ¿Estaba rico?  
Si estaba; que no entran bien  
Poderosos caballeros  
En las casas de los pobres  
Que tienen ricos empleos.  
Páreceme que su rostro  
Lleno de aljófares veo  
Por las mejillas de grana,  
Su honestidad defendiendo.  
Páreceme que la escucho,  
¡Lastimoso pensamiento!  
Y que el tirano la dice  
Mal escuchados requiebros.  
Páreceme que á sus ojos  
Los descogidos cabellos  
Haciendo están celosias  
Para no ver sus deseos —  
Déjame, Nuño, matar;  
Que todo el sentido pierdo.  
¡Ay que me muero de amor!  
Ay que me abraso de celos!

NUÑO.

Tú eres, Sancho, bien nacido:  
¿Qué es de tu valor?

SANCHO.

Recelo

Cosas que, de imaginallas,  
Loco hasta el alma me vuelvo,  
Sin poderlas remediar.  
Enséname el aposento  
De Elvira.

PELAYO.

Y á mi, Señor,  
La cocina; que me muero  
De hambre, que no he cenado,  
Como enojados se fueron.

NUÑO.

Entra, y descansa hasta el día;  
Que no es bárbaro don Tello.

SANCHO.

¡Ay que me muero de amor  
Y estoy rabiando de celos!

## ACTO SEGUNDO.

Sala en la quinta de don Tello.

### ESCENA PRIMERA.

DON TELLO, ELVIRA.

ELVIRA.

¿De qué sirve atormentarme,  
Tello, con tanto rigor?  
¿Tú no ves que tengo honor,  
Y que es cansarte y cansarme?

DON TELLO.

Basta; que das en matarme,  
Con ser tan áspera y dura.

ELVIRA.

Volverme, Tello, procura  
A mi esposo.

DON TELLO.

No es tu esposo,  
Ni un villano, aunque dichoso,  
Digno de tanta hermosura.  
Mas cuando yo Sancho fuera,  
Y él fuera yo, dime Elvira,  
¿Cómo el rigor de tu ira  
Tratarme tan mal pudiera?  
Tu crueldad ¿no considera  
Que esto es amor?

ELVIRA.

No, Señor;  
Que amor que pierde al honor;  
El respeto, es vil deseo;  
Y siendo apetito feo,  
No puede llamarse amor.  
Amor se funda en querer  
Lo que quiere quien desea;  
Que amor que casto no sea,  
Ni es amor ni puede ser.

DON TELLO.

¿Cómo no?

ELVIRA.

¿Quiéreslo ver?

Anoche, Tello, me viste;  
Pues ¡tan presto me quisiste,  
Que apenas consideraste  
Qué fué lo que deseaste,  
Que es en lo que amor consiste!  
Nace amor de un gran deseo;  
Luego va creciendo amor  
Por los pasos del favor  
Al fin de su mismo empleo;  
Y en ti, según lo que veo,  
No es amor, sino querer  
Quitarle á mi todo el ser.  
Que me dió el cielo en la honra.  
Tú procuras mi deshonra,  
Y yo me he de defender.

DON TELLO.

Pues hallo en tu entendimiento,  
Como en tus brazos, defensa,  
Oye un argumento.

ELVIRA.

Piensa

Que no ha de haber argumento  
Que venza mi firme intento.

DON TELLO.

¿Dices que no puede ser  
Ver, desear y querer?

ELVIRA.

Es verdad.

DON TELLO.

Pues dime, ingrata,  
¿Cómo el basilisco mata  
Con solo llegar á ver?

ELVIRA.

Ese es solo un animal.

DON TELLO.

Pues ese fué tu hermosura.

ELVIRA.

Mal pruebas lo que procura  
Tu ingenio.

DON TELLO.

¿Yo pruebo mal?

ELVIRA.

El basilisco mortal  
Mata teniendo intencion  
De matar; y es la razon  
Tan clara, que mal podia  
Matarte, cuando te via  
Para ponerte afición.  
Y no traigamos aquí  
Mas argumentos, Señor.  
Soy mujer y tengo amor:  
Nada has de alcanzar de mí.

DON TELLO.

¿Puédese creer que así  
Responda una labradora?  
Pero conliésame ahora  
Que eres necia en ser discreta;  
Pues al verte tan perfeta,  
Cuanto mas, mas me enamora.  
Y ¡ojalá fueras mi igual!  
Mas bien ves que tu bajeza  
Afrentara mi nobleza,  
Y que pareciera: mal  
Juntar brocado y sayal.  
Sabe Dios si amor nie esfuerza  
Que mi buen intento tuerza;  
Pero ya el mundo trazó  
Estas leyes, á quien yo  
He de obedecer por fuerza.

### ESCENA II.

FELICIANA.—DICHOS.

FELICIANA.

Perdona, hermano, si soy  
Mas piadosa que quisieras.—  
Espera, ¿de qué te alteras?

DON TELLO.

¿Qué necia estás!

FELICIANA.

Necia estoy;  
Pero soy, Tello, mujer,  
Y es terrible tu porfía.  
Deja que pase algun día;  
Que llegar, ver y vencer  
No se entiende con amor,  
Aunque César de amor seas.

DON TELLO.

¿Es posible que tú seas  
Mi hermana?

FELICIANA.

¡Tanto rigor  
Con una pobre aldeana!

(Llaman dentro.)

ELVIRA.

Señora, doléis de mí.

FELICIANA.

Tello, si hoy no dijo sí,  
Podrá decirlo mañana.  
Ten paciencia; que es crueldad  
Que los dos no descanséis.  
Descansad, y volvéis  
A la batalla.

DON TELLO.

¿Es piedad



Quitarme la vida á mi?

(*Llaman.*)

FELICIANA.

Calla; que estás enojado.  
Elvira no te ha tratado.  
Tiene vergüenza de ti.  
Déjala estar unos días  
Contigo en conversacion,  
Y conmigo, que es razon.

ELVIRA.

Puedan las lágrimas mías  
Moveros, noble Señora.  
A interceder por mi honor.

(*Llaman.*)

FELICIANA.

Sin esto, advierte, Señor,  
Que debe de haber una hora  
Que están llamando á la puerta  
Su viejo padre y su esposo,  
Y que es justo y aun forzoso  
Que la hallen los dos abierta;  
Porque si no entran aquí,  
Dirán que tienes á Elvira.

DON TELLO.

Todos me mueven á ira.—  
Elvira, escóndete ahí,  
Y entren esos dos villanos.

ELVIRA.

¡Gracias á Dios, que me dejas  
Descansar!

DON TELLO.

¿De qué te quejas,  
Si me has atado las manos?  
(*Vase Elvira.*)

FELICIANA.

¡Hola!

### ESCENA III.

CELIO.—DON TELLO, FELICIANA.

CELIO. (*Dentro.*)

Señora...

FELICIANA.

Llamad

Esos pobres labradores.—  
Trátalos bien, y no ignores

(*A don Tello.*)

Que importa á tu calidad.

### ESCENA IV.

NUÑO, SANCIO.—DON TELLO,  
FELICIANA.

NUÑO.

Besando el suelo de tu noble casa  
(Que de besar tus piés somos indinos),  
Venimos á decirte lo que pasa,  
Si bien con mal formados desatinos.  
Sancho, señor, que con mi Elvira casa,  
De quien los dos habiáis deser padrinos,  
Viene á quejarse del mayor agravio  
Que referirte puede humano labio.

SANCIO.

Magnánimo Señor, á quien las frentes  
Humillan estos montes coronados  
De nieve, que bajando en puras fuentes,  
Besan tus piés en estos verdes prados:  
Por consejo de Nuño y sus parientes,  
En tu valor divino confiados,  
Te vine á hablar y te pedi licencia,  
Y honraste mi humildad con tu presencia.  
Haber estado en esta casa, creo  
Que oldigne tu valor á la venganza  
De caso tan atroz, inorme y feo,  
Que á la nobleza de tu nombre alcanza.  
Si alguna vez amor algun deseo  
Trujo la posesion á tu esperanza,  
Y al tiempo de gozarla la perdieras,  
Considera, Señor, lo que sintieras.

Yo, solo labrador en la campaña,  
Y en el gusto del alma caballero,  
Y no tan enseñado á la montaña,  
Que alguna vez no juegue el limpio acero,  
Oyendo nueva tan feroz y extraña,  
No fui, ni pude, labrador grosero;  
Sentí el honor con no le haber tocado;  
Que quien dijo de sí, ya era casado.  
Sali á los campos, y á la luz que excede  
A las estrellas, que miraba en vano,  
A la luna veloz, que retrocede  
Las aguas y las crece al Oceano,  
«¡Dichosa, dije, tú, que no te puede  
Quitar el sol ningun poder humano,  
Con subir cada noche donde subes,  
Aunque vengas con máscaras las nubes!»  
Luego, volviendo á los desiertos prados,  
Durmiendo con los álamos de Alcides  
Las yedras vi con lazos apretados,  
Y con los verdes pámpanos las vides.  
«¡Ay! dije, ¿cómo estáis tan desentida-  
Y tú, grosero, ¿cómo no divides, [dos?  
Villano labrador, estos amores,  
Cortando ramas y rompiendo flores?»  
Todo duerme seguro. Finalmente,  
Me robaron, Señor, mi prenda amada,  
Y allí me pareció que alguna fuente  
Lloró tambien y murmuró turbada.  
Llevaba yo ¡cuán lejos de valiente!  
Con rota vaina una mohosa espada:  
Llegué al árbol mas alto, y á reveses  
Y tajos le igualé á las bajas mieses.  
No porque el árbol me robase á Elvira,  
Mas porque fué tan alto y arrogante,  
Que á los demás como á pequeños mira:  
Tal es la fuerza de un feroz gigante.  
Dicen en el lugar (pero es mentira,  
Siendo quien eres tú) que, ciego amante  
De mi mujer, autor del robo fuiste,  
Y que en tu misma casa la escondiste.—  
«¡Villanos! dije yo, tened respeto:  
Don Tello, mi señor, es gloria y honra  
De la casa de Neira, y en efeto  
Es mi padrino y quien mis bodas honra.»  
Con esto, tú piadoso, tú discreto,  
No sufrirás la tuya y mi deshonra;  
Antes harás volver, la espada en puño,  
A Sancho su mujer, su hija á Nuño.

DON TELLO.

Pésame gravemente, Sancho amigo,  
De tal atrevimiento, y en mi tierra  
No quedará el villano sin castigo  
Que la ha robado y en su casa encierra.  
Solicít tú y sabe qué enemigo,  
Con loco amor, con encubierta guerra,  
Nos ofende á los dos con tal malicia;  
Que, si se sabe, yo... te haré justicia.—  
Y á los villanos que de mi murmuran  
Haré azotar por tal atrevimiento.—  
Idos con Dios.

SANCIO. (*Ap. á Nuño.*)

Mis celos se aventuran.

NUÑO.

Sancho, tente, por Dios.

SANCIO.

Mi muerte intento.

DON TELLO.

Sabedme por allá los que procuran  
Mi deshonra.

SANCIO.

¡Extraño pensamiento!

DON TELLO.

Yo no sé dónde está; porque, á sabello,  
Os la diera, por vida de don Tello.

### ESCENA V.

ELVIRA.—DICHOS.

ELVIRA.

Si sabe, esposo; que aquí

Me tiene Tello escondida.

SANCIO.

¡Esposa, mi bien, mi vida!

DON TELLO.

¿Esto has hecho contra mí?

SANCIO.

¡Ay, cuál estuve por tí!

NUÑO.

¡Ay, hija! ¡cuál me has tenido!  
El juicio tuve perdido.

DON TELLO.

Tenéos, apartaos, villanos.

SANCIO.

Déjame tocar sus manos;  
Mira que soy su marido.

DON TELLO.

¡Celio, Julio! Hola, criados,  
Estos villanos matad.

FELICIANA.

Hermano, con mas piedad;  
Mira que no son culpados.

DON TELLO.

Cuando estuvieran casados,  
Fuera mucho atrevimiento.

### ESCENA VI.

CELIO, JULIO, CRIADOS.—DICHOS.

DON TELLO.

Matadlos.

SANCIO.

Yo soy contento

De morir y no vivir,  
Aunque estan fuerte el morir.

ELVIRA.

Ni vida ni muerte siento.

SANCIO.

Escucha, Elvira, mi bien;  
Yo me dejaré matar.

ELVIRA.

Yo ya me sabré guardar  
Aunque mil muertes me den.

DON TELLO.

¿Es posible que se estén  
Requebrando? ¡Hay tal rigor!  
¡Ah, Celio, Julio!

JULIO.

Señor...

DON TELLO.

Matadlos á palos.

CELIO.

Mueran.

(*Los criados echan á palos á Nuño y Sancho.*)

DON TELLO. (*A Elvira.*)

En vano remedio esperan  
Tus quejas de mi furor.  
Ya pensamiento tenia  
De volverte; y tan airado  
Estoy en ver que has hablado  
Con tan notable osadía,  
Que por fuerza has de ser mía,  
O no he de ser yo quien fui.

FELICIANA.

Hermano, que estoy aquí.

DON TELLO.

He de forzalla ó matalla.

FELICIANA.

¿Cómo es posible librálla  
De un hombre fuera de sí?  
(*Vanse.*)

Vista exterior de la quinta de don Tello.

### ESCENA VII.

CELIO, JULIO y CRIADOS; luego, NUÑO y SANCHE.

JULIO. (Dentro.)

Así pagan los villanos  
Tan grandes atrevimientos.

CELIO. (Dentro.)

Salgan fuera de palacio.

CRIADOS. (Dentro.)

Salgan.

(Salen huyendo Sancho y Nuño.)

SANCHE.

Matadme, escuderos.

¡No tuviera yo una espada!

NUÑO.

Hijo, mira que sospecho  
Que este hombre te ha de matar,  
Atrevido y descompuesto.

SANCHE.

Pues ¿será bueno vivir?

NUÑO.

Mucho se alcanza viviendo.

SANCHE.

¡Vive Dios, de no quitarme  
De los umbrales que veo,  
Aunque me maten! que vida  
Sin Elvira no la quiero.

NUÑO.

Vive, y pedirás justicia;  
Que rey tienen estos reinos,  
O en grado de apelacion  
La podrás pedir al cielo.

### ESCENA VIII.

PELAYO.—NUÑO, SANCHE.

PELAYO.

Aquí están.

SANCHE.

¿Quién es?

PELAYO.

Pelayo,

Todo lleno de contento,  
Que os viene á pedir albricias.

SANCHE.

¿Cómo albricias á este tiempo?

PELAYO.

Albricias, digo.

SANCHE.

¿De qué,

Pelayo, cuando estoy muerto,  
Y Nuño espirando?

PELAYO.

Albricias.

NUÑO.

¿No conoces á este necio?

PELAYO.

Elvira pareció ya.

SANCHE.

¡Ay padre! ¡Si la habrán vuelto!

¿Qué dices, Pelayo mío?

PELAYO.

Señor, dice todo el pueblo  
Que desde anoche á las doce  
Está en casa de don Tello...

SANCHE.

Maldito seas, amén.

PELAYO.

Y que tienen por muy cierto  
Que no la quiere volver.

NUÑO.

Hijo, vamos al remedio.

El rey de Castilla, Alfonso,

Por sus valerosos hechos,

Reside agora en Leon.

Pues es recto y justiciero,

Parte allá y informarásle

Deste agravio; que sospecho

Que nos ha de hacer justicia.

SANCHE.

¡Ay Nuño! tengo por cierto

Que el rey de Castilla Alfonso

Es un príncipe perfecto;

Mas ¿por dónde quieres que entre

Un labrador tan grosero?

¿Qué corredor de palacio

Osará mi atrevimiento

Pisar? Qué portero, Nuño,

Permitirá que entre dentro?

Allí, á la tela, al brocado,

Al grave acompañamiento

Abren las puertas, y tienen

Razon, que yo lo confieso;

Pero á la pobreza, Nuño,

Solo dejan los porteros

Que miren las puertas y armas,

Y esto ha de ser desde téjos.

Iré á Leon y entraré

En palacio, y verás luego

Cómo imprimen en mis hombros

De las cuchillas los cuentos.

Pues ¡andar con memoriales,

Que tome el Rey! Santo y bueno!

Haz cuenta que, de sus manos,

En el olvido cayeron.

Volveréme habiendo visto

Las damas y caballeros,

La iglesia, el palacio, el parque,

Los edificios; y pienso

Que traeré de allá mal gusto

Para vivir entre téjos,

Robles y encinas, adonde

Canta el ave y ladra el perro.

No, Nuño, no aciertas bien.

NUÑO.

Sancho, yo sé bien si acierto.

Véte á hablar al rey Alfonso;

Que si aquí te quedas, pienso

Que te han de quitar la vida.

SANCHE.

Pues eso, Nuño, deseo.

NUÑO.

Yo tengo un rocín castaño,

Que apostará con el viento

Sus crines contra sus alas,

Sus clavos contra su freno.

Parte en él, y irá Pelayo

En aquel pequeño overo

Que suele llevar al campo.

SANCHE.

Por tu gusto te obedezco.—

Pelayo, ¡irás tú conmigo

A la corte?

PELAYO.

Y tan contento

De ver lo que nunca he visto,

Sancho, que los pies te beso.

Dicenme acá, de la corte,

Que con huevos y torreznos

Empiedran todas las calles,

Y tratan los forasteros

Como si fueran de Italia,

De Flándes ó de Marruécos.

Dicen que es una talega

Donde junta los trebejos

Para jugar la fortuna,

Tantos blancos como negros.

Vamos por Dios á la corte.

SANCHE.

Padre, adios, partirme quiero.

Echame tu bendicion.

NUÑO.

Hijo, pues eres discreto,

Habla con ánimo al Rey.

SANCHE.

Tú sabrás mi atrevimiento.—

Partamos.

NUÑO.

Adios, mi Sancho.

SANCHE.

¡Adios, Elvira!

PELAYO.

Adios, puercos.

(Vanse.)

—

Sala en la quinta de don Tello.

### ESCENA IX.

DON TELLO, FELICIANA.

DON TELLO.

¿Que no pueda conquistar  
Esta mujer la belleza?

FELICIANA.

Tello, no hay que porfiar;  
Porque es tanta su tristeza,  
Que no deja de llorar.

Si en esa torre la tienes,

¿Es posible que no vienes

A considerar mejor

Que, aunque te tuviera amor,

Te habia de dar desdenes?

Si la tratas con crueldad,

¿Cómo ha de quererte bien?

Advierte que es necedad

Tratar con rigor á quien

Se llega á pedir piedad.

DON TELLO.

¿Que sea tan desgraciado,  
Que me vea despreciado,  
Siendo aquí el mas poderoso,  
El mas rico y dadivoso!

FELICIANA.

No te dé tanto cuidado,  
Ni estés por una villana  
Tan perdido.

DON TELLO.

¡Ay Feliciana!

Que no sahes qué es amor,  
Ni has probado su rigor.

FELICIANA.

Ten paciencia hasta mañana;  
Que yo la tengo de hablar,  
A ver si puedo ablandar  
Esta mujer.

DON TELLO.

Considera

Que no es mujer, sino fiera,  
Pues me hace tanto penar.

Prométela plata y oro,

Joyas y cuanto quisieres:

Dí que la daré un tesoro;

Que á dádivas las mujeres

Suelen guardar mas decoro.

Dí que la regalaré,

Y dile que la daré

Un vestido tan galán,

Que gaste el oro á Milan

Desde su caballo al pié.

Que si remedia mi mal,

La daré hacienda y ganado,

Y que si fuera mi igual ..

FELICIANA.

¿Posible es que diga tal?

DON TELLO.

Sí, hermana; que estoy de suerte



Que me tengo de dar muerte,  
O la tengo de gozar,  
Y de una vez acabar  
Con dolor tan grave y fuerte.

FELICIANA.

Voy á hablarla, aunque es en vano.

DON TELLO.

¿Por qué?

FELICIANA.

Porque una mujer  
Que es honrada, es caso llano  
Que no la podrá vencer  
Ningun interés humano.

DON TELLO.

Vé presto, y da á mi esperanza  
Alivio; que si no alcanza  
Mi felo que ha pretendido,  
El amor que la he tenido  
Se ha de trocar en venganza.  
(*Vanse.*)

—

Salon en el palacio del Rey en Leon.

### ESCENA X.

EL REY DON ALFONSO VII, EL CONDE DON PEDRO, DON ENRIQUE,  
ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

Mientras que se apercebe  
Mi partida á Toledo, y me responde  
El de Aragon, que vive  
Ahora en Zaragoza, sabed, Conde,  
Si están ya despachados  
Todos los pretendientes y soldados;  
Y mirad si hay alguno  
También que quiera hablarme.

CONDE.

No ha quedado

Por despachar ninguno.

DON ENRIQUE.

Un labrador gallego he visto echado  
A esta puerta, y bien triste.

REY.

Pues ¿quién á ningun pobre la resiste?  
Id, Enrique de Lara,  
Y traedle vos mismo á mi presencia.  
(*Vase don Enrique.*)

CONDE.

¿Virtud heroica y rara!  
Compassiva piedad, suma clemencia!  
¡Oh ejemplo de los reyes,  
Divina observacion de santas leyes!

### ESCENA XI.

DON ENRIQUE, SANCHE, PELAYO.  
—EL REY, EL CONDE, ACOMPAÑAMIENTO.

DON ENRIQUE.

Dejad las azagayas.

SANCHE.

A la pared, Pelayo, las arrima.

PELAYO.

Con pié derecho vayas.

SANCHE.

¿Cuál es el Rey, Señor?

DON ENRIQUE.

Aquel que arrima

La mano agora al pecho.

SANCHE.

Bien puede, de sus obras satisfecho.  
Pelayo no te asombres.

PELAYO.

Mucho tienen los reyes del invierno,  
Que hacen temblar los hombres.

SANCHE.

Señor...

REY.

Habla, sosiega.

SANCHE.

Que el gobierno

De España agora tienes...

REY.

Dime quién eres y de dónde vienes.

SANCHE.

Dame á besar tu mano,  
Porque ennoblezca mi grosera boca,  
Príncipe soberano;  
Que si mis labios, aunque indignos, toca,  
Yo quedaré discreto.

REY.

¿Con lágrimas la bañas! ¿A qué efeto?

SANCHE.

Mal hicieron mis ojos;  
Mas propuso la boca su querella,  
Y quieren darla enojos,  
Para que, puesta vuestra mano en ella,  
Diera justo castigo  
A un hombre poderoso mi enemigo.

REY.

Esfuérzate y no llores; [picia,  
Que aunque en mi lápiedad es muy pro-  
Para que no lo ignores,  
También doy atributo á la justicia.  
Di quién te hizo agravio; [bio.  
Que quien al pobre ofende, nunca es sa-

SANCHE.

Son niños los agravios,  
Y son padres los reyes: no te espantes  
Que hagan con los labios,  
En viéndolos, pucheros semejantes.

REY. (*Ap.*)

Discreto me parece.  
Primero que se queja me enternece.

SANCHE.

Señor, yo soy hidalgo,  
Si bien pobre: mudanzas de fortuna,  
Porque con ellas salgo  
Desde el calor de mi primera cuna.  
Con este pensamiento,  
Quise mi igual en justo casamiento;  
Mas, como siempre yerra  
Quien de su justa obligacion se olvida,  
Al señor desta tierra,  
Que don Tello de Neira se apellida,  
Con mas llaneza que arte,  
Pidiéndole licencia, le di parte.  
Liberal la concede,  
Y en las bodas me sirve de padrino;  
Mas el amor, que puede  
Obligar al mas cuerdo á un desatino,  
Le ciega y enamora,  
Señor, de mi querida labradora.  
No deja desposarme,  
Y aquella noche con armada gente  
La roba, sin dejarme  
Vida que viva, proteccion que intente,  
Fuera de vos y el cielo,  
A cuyo tribunal sagrado apelo.  
Que, habiéndola pedido  
Con lágrimas su padre y yo, tan fiero,  
Señor, ha respondido,  
Que vieron nuestros pechos el acero;  
Y siendo hidalgos nobles, [bles.  
Nuestros hombres las ramas de los ro-

REY.

Conde...

CONDE.

Señor...

REY.

Al punto

Tinta y papel. Llegadme aquí una silla.  
(*Siéntase el Rey y escribe.*)

CONDE.

Aquí está todo junto.

SANCHE.

(*Ap.* Su gran valor espanta y maravilla.)  
Al Rey hablé, Pelayo. (*Ap. á él.*)

PELAYO.

El es hombre de bien, voto á mi sayo.

SANCHE.

¿Qué entrañas hay crueles  
Para el pobre?

PELAYO.

Los reyes castellanos  
Deben de ser ángeles.

SANCHE.

¿Vestidos no los ves como hombres lla-  
[nos?

PELAYO.

De otra manera había  
Un rey que Tello en un tapiz tenía,  
La cara abigarrada  
Y la calza caída á media pierna,  
Y en la mano una vara,  
Y un tocado á manera de linterna,  
Con su corona de oro,  
Y un barboquejo, como turco ó moro.  
Yo pregunté á un paje  
Quién era aquel señor de tanta fama,  
Que me admiraba el traje;  
Y respondíome: «El rey Baul se llama.»

SANCHE.

¿Necio! Saul diría.

PELAYO.

Baul, cuando á Babil matar quería.

SANCHE.

David su yerno era.

PELAYO.

Si; que en la iglesia predicaba el Cura  
Que le dió en la mollera  
Con una de Moises lágrima dura  
Al gigante que olia.

SANCHE.

Golfas, bestia.

PELAYO.

El Cura lo decia.

REY.

Conde, esa carta cerrad.—  
¿Cómo es tu nombre, buen hombre?

SANCHE.

Sancho, Señor, es mi nombre,  
Que á los piés de tu piedad  
Pido justicia de quien,  
En su poder confiado,  
A mi mujer me ha quitado,  
Y me quitara también  
La vida, si no me hubiera.

REY.

¿Que es hombre tan poderoso  
En Galicia?

SANCHE.

Es tan famoso,  
Que desde aquella ribera  
Hasta la romana torre  
De Hércules es respetado:  
Si está con un hombre airado,  
Solo el cielo le socorre.  
El pone y él quita leyes;  
Que estas son las condiciones  
De soberbios infanzones  
Que están léjos de los reyes.

CONDE.

La carta está ya cerrada.

REY.

Sobreescribidla á don Tello



De Neira.

SANCHO.

Del mismo cuello

Me quitas, Señor, la espada.

REY.

Esa carta le darás,  
Con que te dará tu esposa.

SANCHO.

De tu mano generosa  
¿Hay favor que llegue á mas?

REY.

¿Veniste á pié?

SANCHO.

No, Señor;

Que en dos rocines venimos  
Pelayo y yo.

PELAYO.

Y los corrimos

Como el viento, y aun mejor.

Verdad es que tiene el mío

Unas mañas no muy buenas:

Déjase subir apenas,

Echase en arena ó río,

Corre como un maldiciente,

Come mas que un estudiante,

Y en viendo un meson delante,

O se entra ó se pára enfrente.

REY.

Buen hombre sois.

PELAYO.

Soy en fin

Quien por vos su patria deja.

REY.

¿Teneis vos alguna queja?

PELAYO.

Sí, Señor, deste rocín.

REY.

Digo, que os cause cuidado.

PELAYO.

Hambre tengo: si hay cocina  
Por acá...

REY.

¿Nada os inclina

De cuanto aquí veis colgado,

Que á vuestra casa lleveis?

PELAYO.

No hay allá donde ponello:

Enviádselo á don Tello,

Que tien desto cuatro ó seis.

REY.

¿Qué gracioso labrador!

¿Qué sois allá en vuestra tierra?

PELAYO.

Señor, ando por la sierra,

Cochero soy del Señor.

REY.

¿Coches hay allá?

PELAYO.

Que no;

Soy quien guardo los cochinos.

REY.

(Ap. ¿Qué dos hombres peregrinos

Aquella tierra juntó,

Aquel con tal discrecion,

Y este con tanta ignorancia!)

Tomad vos. (Dale un bolsillo.)

PELAYO.

No es de importancia.

REY.

Tomadlos, doblones son.—

Y vos la carta tomad, (A Sancho.)

Y id en buen hora.

SANCHO.

Los cielos

Te guarden.

(Vanse el Rey, el Conde, don Enrique  
y el acompañamiento.)

PELAYO.

¡Hola! — Tomélos.

SANCHO.

¿Dineros?

PELAYO.

Y en cantidad.

SANCHO.

¡Ay, mi Elvira! Mi ventura

Se cifra en este papel;

Que pienso que llevo en él

Libranza de tu hermosura.

(Vanse.)

—

Sala en la quinta de don Tello.

## ESCENA XII.

DON TELLO, CELIO.

CELIO.

Como me mandaste, fui

A saber de aquel villano,

Y aunque lo negaba Nuño,

Me lo dijo amenazado.

No está en el valle; que há dias

Que anda ausente.

DON TELLO.

¡Extraño caso!

CELIO.

Dice que es ido á Leon.

DON TELLO.

¡A Leon!

CELIO.

Y que Pelayo

Le acompañaba.

DON TELLO.

¿A qué efeto?

CELIO.

A hablar al Rey.

DON TELLO.

¿En qué caso?

El no es de Elvira marido,

Para que yo le haga agravio.

Cuando se quejara Nuño,

Estuviera disculpado;

Pero ¡Sancho!

CELIO.

Esto me han dicho

Pastores de tus ganados;

Y como el mozo es discreto,

Y tiene amor, no me espanto

Señor, que se haya atrevido.

DON TELLO.

Y ¿no habrá mas de en llegando

Hablar á un rey de Castilla?

CELIO.

Como Alfonso se ha criado

En Galicia con el conde

Don Pedro de Andrada y Castro,

No le negará la puerta,

Por mas que sea hombre bajo,

A ningún gallego.

(Llaman dentro.)

DON TELLO.

Celio,

Mira quién está llamando.

¿No hay pajes en esta sala?

CELIO.

¡Vive Dios, Señor, que es Sancho,

Este mismo labrador

De quien estamos hablando!

DON TELLO.

¡Hay mayor atrevimiento!

CELIO.

Así vivas muchos años,

Que veas lo que te quiere.

DON TELLO.

Di que entre; que aquí le aguardo.

## ESCENA XIII.

SANCHO, PELAYO.—DICHOS.

SANCHO.

Dame, gran Señor, los piés.

DON TELLO.

¿Adónde, Sancho, has estado,

Que há dias que no te he visto?

SANCHO.

A mí me parecen años.

Señor, viendo que tenias

Esa porfia en que has dado,

O sea amor á mi Elvira,

Fui á hablar al rey castellano,

Como supremo juez

Para deshacer agravios.

DON TELLO.

Pues ¿qué dijiste de mí?

SANCHO.

Que habiéndome yo casado,

Me quitaste mi mujer.

DON TELLO.

¡Tu mujer! Mientes, villano.

¿Entró el Cura aquella noche?

SANCHO.

No, Señor; pero de entrambos

Sabia las voluntades.

DON TELLO.

Si nunca os tomó las manos,

¿Cómo puede ser que sea

Matrimonio?

SANCHO.

Yo no trato

De si es matrimonio ó no;

Aquesta carta me ha dado,

Toda escrita de su letra.

DON TELLO.

De cólera estoy temblando.

(Lee.) « En recibiendo esta, daréis á ese

»pobre labrador la mujer que le habeis

»quitado, sin réplica ninguna; y adver-

»tid que los buenos vasallos se conocen

»lejos de los reyes, y que los reyes nun-

»ca están lejos para castigar los ma-

»los.—El Rey.»

Hombre, ¿qué has traído aquí?

SANCHO.

Señor, esa carta traigo

Que me dió el Rey.

DON TELLO.

¡Vive Dios,

Que de mi piedad me espanto!

¿Piensas, villano, que temo

Tu atrevimiento en mi daño?

¿Sabes quién soy?

SANCHO.

Sí, Señor;

Y en tu valor confiado,

Traigo esta carta, que fué,

No, cual piensas, en tu agravio,

Sino carta de favor

Del señor rey castellano,

Para que me des mi esposa.

DON TELLO.

Advierte que, respetando

La carta, á tí y al que viene

Contigo...

PELAYO.

¡San Blas! San Pablo!

DON TELLO.

No os cuelgo de dos almenas.

PELAYO.

Sin ser día de mi santo,  
Es muy bellaca señal.

DON TELLO.

Salid luego de palacio,  
Y no pareís en mi tierra;  
Que es haré matar á palos.  
Picaros, villanos, gente  
De solar humilde y bajo,  
¡Conmigo!...

PELAYO.

Tiene razon:

Que es mal hecho haberle dado  
Ahora esta pesadumbre.

DON TELLO.

Villano, si os he quitado  
Esa mujer, soy quien soy,  
Y aquí reino en lo que mando,  
Como el rey en su Castilla;  
Que no debia mis pasados  
A los suyos esta tierra;  
Que á los moros la ganaron.

PELAYO.

Ganáronsela á los moros,  
Y también á los cristianos,  
Y no debe nada al Rey.

DON TELLO.

Yo soy quien soy...

PELAYO. (Ap.)

¡San Macario!

DON TELLO.

Y por aquesto no tomo  
Venganza con propias manos.  
¡Dar á Elvira! ¡Qué es á Elvira!—  
¡Matadlos! Pero dejadlos;  
Que en villanos es afrenta  
Manchar el acero hidalgo.

PELAYO.

No le vanse, por su vida.

(Vanse don Tello y Celio.)

## ESCENA XIV.

SANCHE, PELAYO.

SANCHE.

¿Qué te parece?

PELAYO.

Que estamos  
Desterrados de Galicia.

SANCHE.

Pierdo el seso, imaginando  
Que este no obedezca al Rey  
Por tener cuatro vasallos.  
Pues ¡vive Dios!...

PELAYO.

Sancho, tente;

Que siempre es consejo sabio,  
Ni pleitos con poderosos  
Ni amistades con criados.

SANCHE.

Volvámonos á Leon.

PELAYO.

Aquí los doblones traigo  
Que me dió el Rey: vamos luego.

SANCHE.

Diréle lo que ha pasado.  
¡Ay, mi Elvira! ¡Quién te viera!  
Salid, suspiros, y en tanto  
Que vuelvo, decid que muero  
De amores.

PELAYO.

Camina, Sancho;

Que este no ha gozado á Elvira.

SANCHE.

¿De qué lo sabes, Pelayo?

PELAYO.

De que nos la hubiera vuelto,  
Cuando la hubiera gozado.

(Vause.)

## ACTO TERCERO.

Salon del palacio del Rey.

## ESCENA PRIMERA.

EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE.

REY.

El cielo sabe, Conde, cuánto estimo  
Las amistades de mi madre.

CONDE.

Estimo

Esas razones, gran Señor, que en todo  
Muestras valor divino y soberano.

REY.

Mi madre gravemente me ha ofendido;  
Mas considero que mi madre ha sido.

## ESCENA II.

SANCHE, PELAYO.—Dichos.

PELAYO. (Ap. á Sancho.)

Digo que puedes llegar.

SANCHE.

Ya, Pelayo, viendo estoy  
A quien toda el alma doy,  
Que no tengo mas que dar:  
Aquel castellano sol,  
Aquel piadoso Trajano,  
Aquel Alcides cristiano  
Y aquel César español.

PELAYO.

Yo, que no entiendo de historias  
De Cides, son <sup>2</sup> de marranos,  
Estó mirando en sus manos,  
Mas que tien rayas, victorias.  
Llega y á sus piés te humilla,  
Besa aquella huerte mano.

SANCHE.

Emperador soberano,  
Invicto rey de Castilla,  
Déjame besar el suelo  
De tus piés, que por almohada  
Han de tener á Granada  
Presto con favor del cielo,  
Y por alfombra á Sevilla,  
Sirviéndoles de colores  
Las naves y varias flores  
De su siempre hermosa orilla.  
¿Conóceme?

REY.

Pienso que eres

Un gallego labrador  
Que aquí me pidió favor.

SANCHE.

Yo soy, Señor.

REY.

No te alteres.

SANCHE.

Señor, mucho me ha pesado  
De volver tan atrevido  
A darte enojos; no ha sido  
Posible haberlo excusado.  
Pero si yo soy villano  
En la porfía, Señor,  
Tú serás emperador,<sup>1</sup> Deben de faltar versos: no se pondría Lope á escribir endecasílabos para hacer solo estos seis.<sup>2</sup> Sino.Tú serás César romano,  
Para perdonar á quien  
Pide á tu clemencia real  
Justicia.

REY.

Dime tu mal,  
Y advierte que te oigo bien;  
Porque el pobre para mí  
Tiene cartas de favor.

SANCHE.

La tuya, invicto Señor,  
A Tello en Galicia di,  
Para que, como era justo,  
Me diese mi prenda amada.  
Leida y no respetada,  
Causó mortal disgusto;  
Y no solo no volvió,  
Señor, la prenda que digo,  
Pero con nuevo castigo  
El porte della me dió;  
Que á mí y á este labrador  
Nos trataron de tal suerte,  
Que fué escapar de la muerte  
Dicha y milagro, Señor.  
Hice algunas diligencias,  
Por no volver á cansarte;  
Pero ninguna fué parte  
A mover sus resistencias.  
Habló el Cura, que allí  
Tiene mucha autoridad,  
Y un santo y bendito abad  
Que tuvo piedad de mí,  
Y en San Pelayo de Sámos  
Reside; pero mover  
Su pecho no pudo ser,  
Ni todos juntos bastamos.  
No me dejó que la viera,  
Que aun eso me consolara;  
Y así, vine á ver tu cara,  
Y á que justicia me hiciera  
La imagen de Dios, que en ella  
Resplandece, pues la imita.

REY.

Carta de mi mano escrita...  
—¿Mas que debió de rompella?

SANCHE.

Aunque por moverte á ira  
Dijera de sí algun sabio,  
No quiera Dios que mi agravio  
Te indigne con la mentira.  
Leyóla y no la rompió;  
Mas miento, que fué rompella  
Leella y no hacer por ella  
Lo que su rey le mandó.  
En una tabla su ley  
Escribió Dios: ¿no es quebrar  
La tabla el no la guardar?  
Así es mandato de Rey;  
Porque para que se crea  
Que es infiel, se entiende así;  
Que lo que se rompe allí,  
Basta que el respeto sea.

REY.

No es posible que no tengas  
Buena sangre, aunque te afligen  
Trabajos, y que de origen  
De nobles personas vengas,  
Como muestra tu buen modo  
De hablar y de proceder.  
Ahora bien, yo he de poner  
De una vez remedio en todo.—  
Conde...

CONDE.

Gran Señor...

REY.

Enrique...

DON ENRIQUE.

Señor...

REY.

Yo he de ir á Galicia;



Que me importa hacer justicia...  
—Y aquesto no se publique.

CONDE.

Señor...

REY.

¿Qué me replicais?

Poned del Parque á las puertas  
Las postas.

CONDE.

Pienso que abiertas

Al vulgo se las dejais.

REY.

Pues ¿cómo lo han de saber,  
Si enfermo dicen que estoy  
Los de mi cámara?

DON ENRIQUE.

Soy

De contrario parecer.

REY.

Esta es ya resolución.  
No me repliqueis.

CONDE.

Pues sea

De aquí á dos días, y vea  
Castilla la prevención  
De vuestra melancolia.

REY.

Labradores...

SANCHO.

Gran Señor...

REY.

Ofendido del rigor,  
De la violencia y porfía  
De don Tello, yo en persona  
Le tengo de castigar.

SANCHO.

¡Vos, Señor! Sería humillar  
Al suelo vuestra corona.

REY. (A Sancho.)

Id delante, y prevenid  
De vuestro suegro la casa,  
Sin decirle lo que pasa,  
Ni á hombre humano, y advertid  
Que esto es pena de la vida.

SANCHO.

Pues ¿quién ha de hablar, Señor?

REY. (A Pelayo.)

Escuchad vos, labrador.  
Aunque todo el mundo os pida  
Que digais quién soy, decid  
Que un hidalgo castellano,  
Puesta en la boca la mano  
Desta manera... advertid...  
Porque no habeis de quitar  
De los labios los dos dedos.

PELAYO.

Señor, los tendré tan quedos,  
Que no osaré hostezar.  
Pero su merced, mirando  
Con piedad mi suficiencia,  
Me ha de dar una licencia  
De comer de cuando en cuando.

REY.

No se entiende que has de estar  
Siempre la mano en la boca.

SANCHO.

Señor, mirad que no os toca  
Tanto mi bajeza honrar.  
Enviad, que es justa ley,  
Para que haga justicia,  
Algun alcalde á Galicia.

REY.

El mejor alcalde el Rey.  
(Vase.)

Vista exterior de la quinta de don Tello.

### ESCENA III.

NUÑO, CELIO.

NUÑO.

En fin, ¿que podré verla?

CELIO.

Podréis verla:

Don Tello, mi señor, licencia ha dado.

NUÑO.

¿Qué importa, cuando soy tan desdicha-  
do?

CELIO.

No teneis qué temer; que ella resiste  
Con gallardo valor y valentía  
De mujer, que es mayor cuando porfia.

NUÑO.

Y ¿podré yo creer que honor mantiene  
Mujer que en su poder un hombre tiene?

CELIO.

Pues es tanta verdad, que si quisiera  
Elvira que su esposo Celio fuera,  
Tan seguro con ella me casara  
Como si en vuestra casa la tuviera.

NUÑO.

¿Cuál decís que es la reja?

CELIO.

Hácia esta parte  
De la torre se mira una ventana,  
Donde se ha de poner, como me ha dicho.

NUÑO.

Parece que allí veo un blanco bulto,  
Si bien ya con la edad lo dificulto.

CELIO.

Llegad, que yo me voy; porque si os viere,  
No me vean á mí, que lo he trazado,  
De vuestro justo amor importunado.

(Vase.)

### ESCENA IV.

ELVIRA, á una reja de una torre.—

NUÑO.

NUÑO.

¿Eres tú, mi desdichada  
hija?

ELVIRA.

¿Quién, sino yo, fuera?

NUÑO.

Ya no pensé que te viera,  
No por presa y encerrada,  
Sino porque deshonrada  
Te juzgué siempre en mi idea;  
Y es cosa tan torpe y fea  
La deshonra en el honrado,  
Que aun á mí, que el ser te he dado,  
Me obliga á que no te vea.  
Bien el honor heredado  
De tus pasados guardaste,  
Pues que tan presto quebraste  
Su cristal tan estimado!  
Quien tan mala cuenta ha dado  
De sí, padre no me llame;  
Porque hija tan infame  
(Y no es mucho que esto diga)  
Solamente á un padre obliga  
A que su sangre derrame.

ELVIRA.

Padre, si en desdichas tales  
Y en tan continuos desvelos,  
Los que han de dar los consuelos  
Vienen á aumentar los males,  
Los míos serán iguales  
A la desdicha en que estoy,  
Porque si tu hija soy,

Y el ser que tengo me has dado,  
Es fuerza haber heredado  
La nobleza que te doy.  
Verdad es que este tirano  
Ha procurado vencerme;  
Yo he sabido defenderme  
Con un valor mas que humano;  
Y puedes estar ufano  
De que he perdido la vida  
Primero que este homicida  
Llegue á triunfar de mi honor,  
Aunque con tanto rigor  
Aquí me tiene escondida.

NUÑO.

Ya del extremo celoso,  
Hija, el corazón ensancho.

ELVIRA.

¿Qué se ha hecho el pobre Sancho,  
Que solía ser mi esposo?

NUÑO.

Volvió á ver á aquel famoso  
Alfonso, rey de Castilla.

ELVIRA.

Luego ¿no ha estado en la villa?

NUÑO.

Hoy esperándole estoy.

ELVIRA.

Y yo que le maten hoy.

NUÑO.

Tal crueldad me maravilla.

ELVIRA.

Jura de hacerle pedazos.

NUÑO.

Sancho se sabrá guardar.

ELVIRA.

¡Oh, quién se pudiera echar  
De aquesta torre á tus brazos!

NUÑO.

Desde aquí con mil abrazos  
Te quisiera recibir.

ELVIRA.

Padre, yo me quiero ir;  
Que me buscan: padre, adios.

NUÑO.

No nos veremos los dos;  
Que yo me voy á morir.

(Éntrase Elvira.)

### ESCENA V.

DON TELLO.—NUÑO.

DON TELLO.

¿Qué es esto? ¿Con quién hablais?

NUÑO.

Señor, á estas piedras digo  
Mi dolor, y ellas conmigo  
Sienten cuán mal me tratáis;  
Que, aunque vos las imitais  
En dureza, mi desvelo  
Huye siempre del consuelo,  
Que anda á buscar mi tristeza;  
Y aunque es tanta su dureza,  
Piedad les ha dado el cielo.

DON TELLO.

Aunque mas forméis, villanos,  
Quejas, llantos é invenciones,  
La causa de mis pasiones  
No ha de salir de mis manos.  
Vosotros sois los tiranos,  
Que no la quereis rogar  
Que dé á mi intento lugar;  
Que yo, que la adoro y quiero,  
¿Cómo puede ser, si muero,  
Que pueda á Elvira matar?  
¿Qué señora presumís



Que es Elvira? ¿Es mas agura  
De una pobre labradora?  
Todos del campo vivís;  
Mas pienso que bien decís,  
Mirando la sujecion  
Del humano corazon;  
Que no hay mayor señorío  
Que pocos años y irio,  
Hermosura y discrecion.

NUÑO.

Señor, vos decís muy bien.  
El cielo os guarde.

DON TELLO.

Si hará,

Y á vosotros os dará  
El justo pago tambien.

NUÑO. (Ap.)

¡Que sufra el mundo que estén  
Sus leyes en tal lugar,  
Que el pobre al rico ha de dar  
Su honor, y decir que es justo!  
Mas tiene por ley su gusto  
Y poder para matar.

DON TELLO.

Celio...

### ESCENA VI.

CELIO.—DON TELLO.

CELIO.

Señor...

DON TELLO.

Lleva luego

Donde te he mandado á Elvira.

CELIO.

Señor, lo que intentas mira.

DON TELLO.

No mira quien está ciego.

CELIO.

Que repares bien te ruego;  
Que forzalla es crueldad.

DON TELLO.

Tuviera de mí piedad,  
Celio, y yo no la forzara.

CELIO.

Estimo por cosa rara  
Su defensa y castidad.

DON TELLO.

No repliques á mi gusto  
¡Pesar de mi sufrimiento!  
Que ya es bajo pensamiento  
El sufrir tanto disgusto.  
Tarquino tuvo por gusto  
No esperar tan sola un hora,  
Y cuando vino la aurora  
Ya cesaban sus porfias;  
Pues ¿es bien que tantos días  
Espere á una labradora?

CELIO.

Y ¿esperarás tú tambien  
Que te den castigo igual?  
Tomar ejemplo del mal  
No es justo, sino del bien.

DON TELLO.

Mal ó bien, hoy su desden,  
Celio, ha de quedar vencido.  
Ya es tema, si amor ha sido;  
Que aunque Elvira no es Tamar,  
A ella le ha de pesar,  
Y á mí vengarme su olvido.

(Vanse.)

Sala en casa de Nuño.

### ESCENA VII.

SANCHO, PELAYO, JUANA.

JUANA.

Los dos seáis bien venidos.

SANCHO.

No sé cómo lo serémos;  
Pero bien sucederá,  
Juana, si lo quiere el cielo.

PELAYO.

Si lo quiere el cielo, Juana,  
Sucedirá por lo menos...  
—Que habrémos llegado á casa...—  
Y pues que tienen sus pensamientos  
Los rocines, no es razon  
Que envidia tengamos dellos.

JUANA.

¿Ya nos vienes á matar?

SANCHO.

¿Dónde está Señor?

JUANA.

Yo creo

Que es ido á hablar con Elvira.

SANCHO.

Pues ¿déjala hablar don Tello?

JUANA.

Allá por una ventana  
De una torre, dijo Celio.

SANCHO.

¿En torre está todavia?

PELAYO.

No importa; que vendrá presto  
Quien le haga...

SANCHO.

Advierte, Pelayo...

PELAYO. (Ap.)

Olvidéme de los dedos.

JUANA.

Nuño viene.

### ESCENA VIII.

NUÑO.—DICHOS.

SANCHO.

¿Señor mio!...

NUÑO.

Hijo, ¿cómo vienes?

SANCHO.

Vengo

Mas contento á tu servicio.

NUÑO.

¿De qué vienes mas contento.

SANCHO.

Traigo un gran pesquisidor.

PELAYO.

Un pesquisidor traemos,  
Que tiene...

SANCHO.

Advierte, Pelayo...

PELAYO. (Ap.)

Olvidéme de los dedos.

NUÑO.

¿Viene gran gente con él?

SANCHO.

Dos hombres.

NUÑO.

Pues yo te ruego,

Hijo, que no intentes nada;  
Que será vano tu intento;

Que un poderoso en su tierra,  
Con armas, gente y dinero,  
O ha de torcer la justicia,  
O alguna noche durmiendo,  
Matarnos en nuestra casa.

PELAYO.

¿Matar? ¡Oh qué bueno es eso!  
¡Nunca habeis jugado al triunfo?  
Haced cuenta que don Tello  
Ha metido la malilla;  
Pues la espadilla traemos.

SANCHO.

Pelayo, ¿teneis juicio?

PELAYO. (Ap.)

Olvidéme de los dedos.

SANCHO.

Lo que habeis de hacer, Señor,  
Es prevenir aposento,  
Porque es hombre muy honrado.

PELAYO.

Y tan honrado, que puedo  
Decir...

SANCHO.

¡Vive Dios, villano!...

PELAYO.

(Ap. Olvidéme de los dedos.)  
Que no hablaré mas palabra.

NUÑO.

Hijo, descansa; que pienso  
Que te ha de costar la vida  
Tu amoroso pensamiento.

SANCHO.

Antes voy á ver la torre  
Donde mi Elvira se ha puesto;  
Que como el sol deja sombra,  
Podrá ser que de su cuerpo  
Haya quedado en la reja;  
Y si, como el sol traspuesto,  
No la ha dejado, yo sé  
Que podrá formarla luego  
Mi propia imaginacion.

(Vase.)

### ESCENA IX.

NUÑO, PELAYO, JUANA.

NUÑO.

¡Qué extraño amor!

JUANA.

Yo no creo

Que se haya visto en el mundo.

NUÑO.

Vén acá, Pelayo.

PELAYO.

Tengo

Qué decir á la cocina.

NUÑO.

Vén acá pues.

PELAYO.

Luego vuelvo.

NUÑO.

Vén acá.

PELAYO.

¿Qué es lo que quiere?

NUÑO.

¿Quién es este caballero  
Pesquisidor que trae Sancho?

PELAYO.

El pescador que traemos,  
Es un... (Ap. Dios me tenga en buenas.)  
Es un hombre de buen seso,  
Descolorido, encendido,  
Alto, pequeño de cuerpo,  
La boca por donde come,  
Barbirulio y barbinegro;  
Y si no lo miré mal,  
Es médico ó quiere serlo;

Porque, en mandando que sangren,  
Aunque sea del pescuezo...

NUÑO.

¿Hay bestia como este, Juana?

### ESCENA X.

BRITO. —DICHOS.

BRITO.

Señor Nuño, corra presto,  
Porque á la puerta de casa  
Se apean tres caballeros  
De tres hermosos caballos,  
Con lindos vestidos nuevos,  
Botas, espuelas y plumas.

NUÑO.

¡Válgame Dios, si son ellos!  
Mas ¡pesquisidor con plumas!

PELAYO.

Señor, vendrán mas ligeros;  
Porque la recta justicia,  
Cuando no atiende á cohechos,  
Tan presto al concejo vuelve,  
Como sale del concejo.

NUÑO.

¿Quién le ha enseñado á la bestia  
Esas malicias?

PELAYO.

¿No vengo

De la corte? ¿Qué se espanta?

### ESCENA XI.

EL REY, EL CONDE Y DON ENRIQUE,  
*de camino*; SANCHE. —DICHOS.

SANCHE.

Puesto que os vi desde lejos,  
Os conocí.

REY.

Cuenta, Sancho, (*Ap. á él.*)  
Que aquí no han de conocernos.

NUÑO.

Seais, Señor, bien venido.

REY.

¿Quién sois?

SANCHE.

Es Nuño, mi suegro.

REY.

Estéis en buen hora, Nuño.

NUÑO.

Mil veces los piés os beso.

REY.

Avisad los labradores  
Que no digan á don Tello  
Que viene pesquisidor.

NUÑO.

Cerrados pienso tenerlos  
Para que ninguno salga.  
(*Sancho habla á Brito y á Juana, y se van.*)

Pero, Señor, tengo miedo  
Que traigais dos hombres solos;  
Que no hay en todo este reino  
Mas poderoso señor.  
Mas rico ni mas soberbio.

REY.

Nuño, la vara del Rey  
Hace el oficio del trueno,  
Que avisa que viene el rayo:  
Solo, como veis, pretendo  
Hacer por el Rey justicia.

NUÑO.

En vuestra presencia veo  
Tan magnánimo valor,  
Que, siendo agraviado, tiemblo.

REY.

La informacion quiero hacer.

NUÑO.

Descansad, Señor, primero;  
Que tiempo os sobra de hacella.

REY.

Nunca á mí me sobra tiempo.—  
¿Llegastes bueno, Pelayo?

PELAYO.

Si, Señor, llegué muy bueno.  
Sepa vuesa señoría...

REY.

¿Qué os dije?

PELAYO.

Póngome el freno.

¿Vine bueno su merced?

REY.

Gracias á Dios, bueno vengo.

PELAYO.

A fe que he de presentalle,  
Si salimos con el pleito,  
Un puerco de su tamaño.

SANCHE.

Calla, bestia.

PELAYO.

Pues sea puerco

Como yo, que soy chiquito.

REY.

Llamad esa gente presto.

(*Pelayo se llega á la puerta y llama.*)

### ESCENA XII.

BRITO, FILENO, JUANA, LEONOR.  
—EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE, NUÑO, SANCHE, PELAYO.

BRITO.

¿Qué es, Señor, lo que mandais?

NUÑO.

Si de los valles y cerros  
Han de venir los zagales,  
Esperaréis mucho tiempo.

REY.

Estos bastan que hay aquí.  
¿Quién sois vos?

BRITO.

Yo, Señor bueno,  
Só Brito, un zagal del campo.

PELAYO.

De casado le cogieron  
El principio, y ya es cabrito.

REY.

¿Qué sabeis vos de don Tello  
Y del suceso de Elvira?

BRITO.

La noche del casamiento  
La llevaron unos hombres  
Que aquestas puertas rompieron.

REY.

Y vos ¿quién sois?

JUANA.

Señor, Juana,  
Su criada, que sirviendo  
Estaba á Elvira, á quien ya  
Sin honra y sin vida veo.

REY.

Y ¿quién es aquel buen hombre?

PELAYO.

Señor, Fileno el ga tero;  
Toca de noche á las brujas  
Que andan por esos barbechos,  
Y una noche le llevaron,  
De donde trujo el asiento

Como ruedas de salmon.

REY.

Diga lo que sabe desto.

FILENO.

Señor, yo vine á tañer,  
Y vi que mandó don Tello  
Que no entrara el señor Cura.  
El matrimonio deshecho,  
Se llevó á su casa á Elvira,  
Donde su padre y sus deudos  
La han visto.

REY.

¿Y vos, labradora?

PELAYO.

Esta es Leonora de Cueto,  
Hija de Pero Miguel  
De Cueto, de quien fué agüelo  
Nuño de Cueto, y su tío  
Martín Cueto, morganero  
Del lugar, gente muy noble;  
Tuvo dos tías que fueron  
Brujas, pero há muchos años,  
Y tuvo un sobrino tuerto,  
El primero que sembró  
Nabos en Galicia.

REY.

Bueno

Está aquesto por ahora.—  
Caballeros, descansenos,  
Para que á la tarde vamos  
A visitar á don Tello.

CONDE.

Con menos informacion  
Pudieras tener por cierto  
Que no te ha engañado Sancho;  
Porque la inocencia destos  
Es la prueba mas bastante.

REY. (*Ap. á Nuño.*)

Haced traer de secreto  
Un clérigo y un verdugo.  
(*Vanse el Rey, el Conde y don Enrique.*)

### ESCENA XIII.

SANCHE, NUÑO, PELAYO, JUANA,  
LEONOR, BRITO, FILENO.

NUÑO.

Sancho... (*Ap. á él.*)

SANCHE.

Señor...

NUÑO.

Yo no entiendo

Este modo de juez:  
Sin cabeza de proceso  
Pide clérigo y verdugo.

SANCHE.

Nuño, yo no sé su intento.

NUÑO.

Con un escuadron armado  
Aun no pudiera prendello,  
Cuanto mas con dos personas.

SANCHE.

Démosle á comer; que luego  
Se sabrá si puede ó no.

NUÑO.

¿Comerán juntos?

SANCHE.

Yo creo

Que el juez comerá solo,  
Y después comerán ellos.

NUÑO.

Escribano y alguacil  
Deben de ser.

SANCHE.

Eso pienso.

(*Vase.*)

NUÑO.  
Juana...  
JUANA.  
Señor...  
NUÑO.  
Adereza  
Ropa limpia, y al momento  
Matarás cuatro gallinas  
Y asarás un buen torrezno.  
Y pues estaba pelado,  
Pon aquel pavillo nuevo  
A que se ase también.  
Mientras que baja Fileno  
A la bodega por vino.

PELAYO.  
¡Voto al sol, Nuño, que tengo  
De comer hoy con el juez!

NUÑO.  
Este ya no tiene seso. (Vase.)

PELAYO.  
Solo es desdicha en los reyes  
Comer solos, y por eso  
Tienen siempre al rededor  
Los bufones y los perros.  
(Vanse.)

Patio en la quinta de don Tello. Pared ó verja  
en el fondo.

#### ESCENA XIV.

ELVIRA, huyendo de DON TELLO;  
FELICIANA, deteniéndole.

ELVIRA.  
¡Favor, cielo soberano!  
Pues en la tierra no espero  
Remedio. (Vase.)

DON TELLO.  
Matarla quiero.  
FELICIANA.

Deten la furiosa mano.  
DON TELLO.  
Mira que te he de perder  
El respeto, Feliciana.

FELICIANA.  
Merezca, por ser tu hermana,  
Lo que no por ser mujer.

DON TELLO.  
¡Pese á la loca villana!  
¡Que por un villano amor  
No respete á su señor,  
De puro soberbia y vana?  
Pues no se cause en pensar  
Que se podrá resistir;  
Que la tengo de rendir  
Ó la tengo de matar. (Vase.)

#### ESCENA XV.

CELIO.—FELICIANA.

CELIO.  
No sé si es vano temor,  
Señora, el que me ha engañado;  
A Nuño he visto en cuidado  
De huéspedes de valor.  
Sancho ha venido á la villa,  
Todos andan con recato;  
Con algun fingido trato  
Le han despachado en Castilla.  
No los he visto jamás  
Andar con tanto secreto.

FELICIANA.  
No fuiste, Celio, discreto,  
Si en esa sospecha estás;  
Que ocasion no te faltara

Para entrar y ver lo que es.

CELIO.  
Temí que Nuño después  
De verme entrar se enojara;  
Que á todos nos quiere mal.

FELICIANA.  
Quiero avisar á mi hermano;  
Porque tiene este villano  
Bravo ingenio y natural.  
Tú, Celio, quédate aquí  
Para ver si alguno viene. (Vase.)

CELIO.  
Siempre la conciencia tiene  
Este temor contra sí,  
Demás que tanta crueldad  
Al cielo pide castigo.

#### ESCENA XVI.

EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE  
y SANCCHO, que aparecen al otro lado  
de la verja.—CELIO.

REY.  
Entrad y haced lo que digo.  
CELIO.

¿Qué gente es esta?

REY.  
Llamad.  
(Llaman; abre un eriado, y pasan al pa-  
tío el Rey, el Conde, don Enrique y  
Sancho.)

SANCCHO.  
Este, Señor, es criado  
De don Tello.

REY.  
¡Ah hidalgo! oid.  
CELIO.

¿Qué me queréis?

REY.  
Advertid  
A don Tello que he llegado  
De Castilla, y quiero hablalle.

CELIO.  
Y ¿quién diré que sois?

REY.  
Yo.

CELIO.  
¿No teneis mas nombre?

REY.  
No.

CELIO.  
¡Yo no mas, y con buen talle!  
Puesto me habeis en cuidado.  
Yo voy á decir que Yo  
Está á la puerta. (Vase.)

ENRIQUE.  
Ya entró.

CONDE.  
Temo que responda airado,  
Y era mejor declararte.

REY.  
No era, porque su miedo  
Le dirá que solo puedo  
Llamarme Yo en esta parte.  
(Vuelve Celio.)

CELIO.  
A don Tello, mi señor,  
Dije cómo Yo os llamais,  
Y me dice que os volvais,  
Que él solo es Yo por rigor;  
Que quien dijo Yo, por ley  
Justa del cielo y del suelo,  
Es solo Dios en el cielo,  
Y en el suelo solo el Rey.

REY.  
Pues un alcalde decid  
De su casa y corte.  
CELIO. (Túrbase.)  
Iré,  
Y ese nombre le diré.

REY.  
En lo que os digo advertid.  
(Vase Celio.)

CONDE.  
Parece que el escudero  
Se ha turbado.

ENRIQUE.  
El nombre ha sido

SANCCHO.  
Nuño ha venido;  
Licencia, Señor, espero  
Para que llegue, si es gusto  
Vuestro.

REY.  
Llegue, porque sea  
En todo lo que desea  
Parte, de lo que es tan justo,  
Como del pesar lo ha sido.

#### ESCENA XVII.

NUÑO, PELAYO, JUANA y VILLANOS,  
fuera de la verja. — EL REY, EL  
CONDE, DON ENRIQUE, SANCCHO.

SANCCHO.  
Llegad, Nuño, y desde afuera  
Mirad.

NUÑO.  
Solo ver me altera  
La casa deste atrevido.  
Estad todos con silencio.

JUANA.  
Hable Pelayo, que es loco.  
PELAYO.  
Vosotros veréis cuán poco  
De un mármol me diferencio.

NUÑO.  
¡Que con dos hombres no mas  
Viniese! ¡Extraño valor!

#### ESCENA XVIII.

DON TELLO, FELICIANA, CRIADOS.  
—DIGNOS.

FELICIANA.  
Mira lo que haces, Señor...  
Tente, hermano: ¿dónde vas?  
DON TELLO. (Al Rey.)  
¿Sois por dicha, hidalgo, vos  
El alcalde de Castilla  
Que me busca?

REY.  
¿Es maravilla?

DON TELLO.  
Y no pequeña, por Dios,  
Si sabéis quién soy aquí.

REY.  
Pues ¿qué diferencia tiene  
Del Rey quien en nombre viene  
Suyo?

DON TELLO.  
Mucha contra mí.  
Y vos ¿adónde traéis  
La vara?

REY.  
En la vaina está,  
De donde presto saldrá,  
Y lo que pasa veréis.



DON TELLO.

¡Vara en la vaina? ¡Oh qué bien!  
No debeis de conocerme.  
Si el Rey no viene á prenderme,  
No hay en todo el mundo quién.

REY.

Pues yo soy el Rey, villano.

PELAYO.

¡Santo Domingo de Silos!

DON TELLO.

Pues, Señor, ¡tales estilos  
Tiene el poder castellano!  
¡Vos mismo! Vos en persona!  
Que me perdoneis os ruego.

REY.

Quitadle las armas luego. —  
(*Desarman á don Tello; pasan la verja  
Nuño y los villanos.*)

Villano, por mi corona,  
Que os he de hacer respetar  
Las cartas del Rey.

FELICIANA.

Señor,

Que cese tanto rigor  
Os ruego.

REY.

No hay que rogar.  
Venga luego la mujer  
Deste pobre labrador. (*Vase un criado.*)

DON TELLO.

No fué su mujer, Señor.

REY.

Basta que lo quiso ser.  
Y ¿no está su padre aquí,  
Que ante mí se ha querellado?

DON TELLO. (*Ap.*)

Mi justa muerte ha llegado.  
A Dios y al Rey ofendí.

## ESCENA XIX.

ELVIRA, sueltos los cabellos.—Dichos.

ELVIRA.

Luego que tu nombre  
Oyeron mis quejas,  
Castellano Alfonso,  
Que á España gobiernas,  
Salí de la cárcel,  
Donde estaba presa,  
A pedir justicia  
A tu real clemencia.  
Hija soy de Nuño  
De Aibar, cuyas prendas  
Son bien conocidas  
Por toda esta tierra.  
Amor me tenía  
Sancho de Roelas;  
Súpole mi padre,  
Casarnos intenta.  
Sancho, que servía  
A Tello de Neira,

Para hacer la boda  
Le pidió licencia:  
Vino con su hermana;  
Los padrinos eran:  
Vióme y codicióme,  
La traición concerta.  
Difiere la boda,  
Y viene á mi puerta  
Con hombres armados  
Y máscaras negras.  
Llévome á su casa,  
Donde con promesas  
Derribar pretende  
Mi casta firmeza;  
Y desde su casa  
A un bosque me lleva  
Cerca de una quinta,  
Un cuarto de legua;  
Allí, donde solo  
La arboleda espesa,  
Que al sol no dejaba  
Que testigo fuera,  
Escuchar podía  
Mis tristes endechas.

Digan mis cabellos,  
Pues saben las yerbas  
Que dejé en sus hojas  
Infinitas hebras,  
Qué defensas hice  
Contra sus ofensas;  
Y mis ojos digan  
Qué lágrimas tiernas,  
Que á un duro peñasco  
Ablandar pudieran.  
Viviré llorando,  
Pues no es bien que tenga  
Contento ni gusto  
Quien sin honra queda.  
Solo soy dichosa  
En que pedir pueda  
Al mejor alcalde  
Que gobierna y reina,  
Justicia y piedad  
De maldad tan fiera.  
Esta pido, Alfonso,  
A tus piés, que besan  
Mis humildes labios,  
Ansí libres vean  
Descendientes tuyos  
Las partes sujetas  
De los fieros moros  
Con felice guerra;  
Que si no te alaba  
Mi turbada lengua,  
Famas hay y historias  
Que la harán eterna.

REY.

Pésame de llegar tarde:  
Llegar á tiempo quisiera,  
Que pudiera remediar  
De Sancho y Nuño las quejas;  
Pero puedo hacer justicia  
Cortándole la cabeza  
A Tello: venga el verdugo.

FELICIANA.

Señor, tu real clemencia

Tenga piedad de mi hermano.

REY.

Cuando esta causa no hubiera,  
El desprecio de mi carta,  
Mi firma, mi propia letra,  
¿No era bastante delito?  
Hoy veré yo tu soberbia,  
Don Tello, puesta á mis piés.

DON TELLO.

Cuando hubiera mayor pena,  
Invictísimo Señor,  
Que la muerte que me espera,  
Confieso que la merezco.

DON ENRIQUE.

Si puedo en presencia vuestra...

CONDE.

Señor, muévaaos á piedad  
Que os crié en aquesta tierra.

FELICIANA.

Señor, el conde don Pedro  
De vos por merced merezca  
La vida de Tello.

REY.

El Conde

Merece que yo le tenga  
Por padre; pero también  
Es justo que el Conde advierta  
Que ha de estar á mi justicia  
Obligado de manera,  
Que no me ha de replicar.

CONDE.

Pues la piedad ¿es bajeza?

REY.

Cuando pierde de su punto  
La justicia, no se acierta  
En admitir la piedad.  
Divinas y humanas letras  
Dan ejemplos: es traidor  
Todo hombre que no respeta  
A su rey, y que habla mal  
De su persona en ausencia. —  
Da, Tello, á Elvira la mano  
Para que pagues la ofensa  
Con ser su esposo; y después  
Que te corten la cabeza,  
Podrá casarse con Sancho,  
Con la mitad de tu hacienda  
En dote.—Y vos, Feliciano,  
Seréis dama de la Reina,  
En tanto que os doy marido  
Conforme á vuestra nobleza.

NUÑO.

Temblando estoy.

PELAYO.

¡Bravo Rey!

SANCHO.

Y aquí acaba la comedia  
Del *Mejor Alcalde*, historia  
Que afirma por verdadera  
La corónica de España:  
La cuarta parte la cuenta.



# EL PREMIO DEL BIEN HABLAR.

## PERSONAS.

LEONARDA, *dama*.  
DON JUAN DE CASTRO.  
DON ANTONIO, *viejo*.  
MARTIN, *lacayo*.

DON PEDRO.  
DOÑA ÁNGELA, *dama*.  
FELICIANO.

RAMIRO, *huésped*.  
RUFINA, *esclava*.  
CAMILO, *criado*.  
ACOMPAÑAMIENTO.

*La escena pasa en Sevilla.*

## ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Antonio.

### ESCENA PRIMERA.

LEONARDA, RUFINA.

LEONARDA.

¿Doblaste el manto?

RUFINA.

Ya vengo

De quitarte ese cuidado.

LEONARDA.

¿Dijiste, Rufina, á llorado  
Que á la tarde salir tengo?

RUFINA.

Ya, Señora, le prevengo  
De que has de ver á doña Ana.

LEONARDA.

¿Qué de juventud liviana  
Que nos esperaba enfrente!

RUFINA.

Servir pudiera de puente  
Desde Sevilla á Triana.  
Mas si en toda la ciudad  
No hay tu talle, ¿qué te admira?

LEONARDA.

Mas presumo yo que mira  
Del oro la cantidad.

«Dineros son calidad»,  
Dijo el cordobés Lucano;  
Porque esto de padre indiano  
Mueve mas la juventud;  
Que á la nobleza y virtud  
Pocos extienden la mano.—

¿No estaba don Pedro allí,  
Aquel mi gran pretendiente?

RUFINA.

Aquel necio maldiciente  
De su hermano entre ellos vi.

LEONARDA.

¿Lo que hablaria de mí  
Toda aquella mocedad  
Con su necia libertad!

RUFINA.

Allí estaba un caballero,  
Al parecer forastero,  
Con mas seso y gravedad.

LEONARDA.

En ninguno reparé,  
Por si estaba allí mi hermano.

RUFINA.

No estaba allí Feliciano;  
Que uno á uno los miré.  
Pero el forastero fué

Quien me pareció mejor.

(*Dentro ruido.*)

LEONARDA.

Parece que oigo rumor...  
Y cerca de nuestra casa.

RUFINA.

Como esto en Sevilla pasa.—  
Abre ese balcón, Leonor.

(*A una esclava que está dentro.*)

### ESCENA II.

DON JUAN Y MARTIN, *con las espadas  
desnudas y las capas revueltas.*—  
DIGRAS.

DON JUAN.

Entra, y donde quiera sea.

LEONARDA.

¿Jesus!

DON JUAN.

No os alboroteis.

RUFINA.

¿Cómo no? ¿Qué pretendéis?

LEONARDA.

¿Quién habrá que aquesto crea?

¿Hasta mi estrado os entraís?

¡Hola!

DON JUAN.

Si en venir huyendo

De la justicia os ofendo,  
Vuestro respeto agraviais.  
Casa tan noble me ha dado  
Licencia, y no me engañé,  
Pues donde un ángel hallé,  
¿Quién duda que fué sagrado?  
Mandad que cierren la puerta.

LEONARDA.

Rufina, corre.

RUFINA.

Yo voy.

LEONARDA.

Menos alterada estoy;  
Que estuve de veros muerta.—  
No cierren la de la calle;  
Porque será dar sospecha.

(*Vase Rufina.*)

DON JUAN.

Que no fué cosa mal hecha  
Os dice mi traje y talle.

MARTIN.

Señora, cuando yo fuera  
Quien de esta manera entrara,  
No es mucho que os espantara,  
Y mala sospecha os diera;  
Pero don Juan, mi señor,  
Abona el haber pisado  
Las barandas del estrado  
De vuestro heroico valor.

Amparadle, pues oistes  
Que su imágen os llamó.  
(*Vuelve Rufina.*)

RUFINA.

Ya la gente que os siguió,  
No sabe por dónde fuistes:  
Toda en efeto se fué,  
Y la calle está segura.

DON JUAN.

¡A tal templo de hermosura,  
Buscando amparo, llegué!—  
Yo soy, gallarda Señora  
(Como ya os lo dice el traje),  
Forastero de Sevilla,  
Corona de las ciudades,  
Que en España, en toda Europa,  
Gobierna el Rey, que Dios guarde;

Que, como naturaleza  
Es de todos patria y madre,  
Nací en Madrid, aunque son  
En Galicia los solares  
De mi nacimiento noble,  
De mis abuelos y padres.  
Para noble nacimiento  
Hay en España tres partes:  
Galicia, Vizcaya, Asturias,  
O ya montañas se llamen.—  
¿Qué turbado estoy, pues digo  
En ocasion semejante  
Cosas que os importan poco!

No os espanteis, perdonadme;  
Que por Dios, que no me turban  
Pendencias ni enemistades;  
El templo si, y en su altar  
La belleza de su imágen.  
¿Qué os importa á vos saber  
Que descienda de la sangre  
Del conde de Andrada y Lemos,  
Y que la causa dilate  
De la presente desdicha,  
Que os ha obligado á escucharme  
En vuestro mismo aposento,  
Donde el sol fuera arrogante?  
Sabed que vine á Sevilla  
Huyendo (mirad; qué alarde  
De fortuna!) porque á un hombre  
Castigué la lengua infame.  
Hablabla mal de mujeres;  
Y yo, que he dado en preciarme  
De defenderlas, no pude  
Sufrir que tan mal hablase.  
Pasarme quise á las Indias;  
Que dos heridas mortales  
Ya le tendrán bien seguro  
Que mal de mujeres hable.  
Llegué á Sevilla, y la flota,  
Como veis, aun no se parte;  
Entre tanto meentretienen  
Caballeros y amistades.  
Hoy vine á la Magdalena,  
Y como algunos ballase  
A la puerta, me detuve;



Que ellos gustaron de honrarme.  
No salió mujer de misa,  
A quien un don Diego, un áspid,  
Helado para gracioso,  
Para hablador ignorante,  
No infamase en las costumbres,  
No descubriese en el talle,  
No afease en la hermosura,  
No descubriese el amante.  
Palabra no les decía  
Que el alma no me pasase;  
Que cuando se habla en corrillos,  
No es afrenta que se hace  
Al ausente, que no la oye,  
Sino á los que están delante,  
Porque es tenerlos por hombres  
Que gustan de infamias tales;  
Y hablar mal de los ausentes  
Afrenta los hombres graves.  
Salió una señora indiana  
Con dueña, escudero y paje,  
Y en viéndolo se tapó,  
Dejando caer la margen  
Del manto al pecho, en lo negro  
Luciendo cinco cristales.  
Como cuando el sol hermoso  
Por nubes opuestas sale,  
Así de sus ojos bellos  
Luz por las puntas de Flándes.  
Pero no templó su lengua;  
Que luego dijo: «¿Que trate  
Mi hermano por interés  
Con esta indiana casarse?  
Que ¡vive Dios! que me han dicho  
Que vendió en Indias su padre  
Carbon ó hierro, que agora  
Se ha convertido en diamantes;  
Que puesto que es vizcaino,  
Para el todo que esta trae  
Son muy hajos sus principios.  
¡Mal hayan Indias y mares!»  
Yo, no pudiendo sufrir  
Palabras tan desiguales  
Al valor de un caballero,  
Dije: «Vuesamerced hable  
Como quien es; que desdise  
De las palabras el traje;  
Que es honrar á las mujeres  
Deuda á que obligados nacen  
Todos los hombres de bien,  
Por el primer hospedaje  
Que de nueve meses deben,  
Y es razon que se les pague;  
Que, puesto que son las lenguas  
Espadas, para templarse  
Quiso Dios que las pusiesen  
En los pechos de sus madres.»—  
«¿Quién le mete en eso á él,  
No conociendo las partes?»  
Respondió descolorido.  
Yo dije: «El ver que la infamen  
Sin dar ocasion, y el ser  
Hombre, que hasta á obligarme,  
Cuando no naciera noble»  
Replicó: «Pues oiga y calle,  
Si no sabe quién soy yo,  
Y que no es bien que se case  
Mi hermano desigualmente.»  
Respondí yo: «Los que saben  
Que en Vizcaya á los mas nobles  
Se les permite que traten,  
Con hábitos en los pechos,  
No dicen razones tales;  
Y, sin conocerla, digo  
Que el ser mujer es bastante  
Nobleza, y que no es honrado  
Quien no las honra.»—«Dejadme  
(Dijo entonces), mataré  
Este necio, si es su amante»  
Replicó: «No la conozco;  
Pero lo que digo hasta  
Para hablar en su defensa.  
Señor, ¿quién le dice?

Que donde palabras sobran,  
Temo que las obras falten.  
Saca la espada, ¿qué esperas,  
Pues no te detiene nadie?»  
Pero ¡vive Dios! que apenas  
Las dos se vieron iguales,  
Cuando pienso que la indiana  
Vino en forma de algun ángel,  
Y le derribó en el suelo,  
Sin que á tenerle bastasen  
Cuantas espadas y amigos  
Pretendieron ayudarle.  
No espere mejor suceso  
La lengua que las infame,  
Ni menos que vida y honra  
Quien las defiende y alabe.  
Con esto quise tomar  
La iglesia para librarme,  
Y por la confusa gente  
Tomé diferente calle.  
Al revolver de la esquina  
Vi estas casas principales,  
Juzgué por ellas el dueño...  
Es imposible engañarme.  
Traigo una hermana conmigo,  
A quien doy tantos pesares,  
Que este postrero, Señora,  
Temo que la vida acabe.  
Esto solamente siento.  
Hasta que la noche baje,  
Os suplico permitais  
Que en vuestra casa me ampare,  
Para partirme á Sanlúcar,  
Donde á las Indias me embarque,  
Si pueden llevar el peso  
De mis desdichas sus naves;  
Que tan justa obligacion  
Hará que el alma os consagre  
La tabla de este milagro,  
Que con letras de oro en jaspe  
Diga que pudo en Sevilla  
Don Juan de Castro librarse,  
Con doña Ángela su hermana,  
De dos peligros tan grandes.  
Y porque vea el pintor,  
Cuando la tabla señale,  
Cómo ha de poner la historia,  
Y pues sois la hermosa imagen,  
Yo me pongo de rodillas,  
Para que así me retrate;  
Que quien defiende á mujeres,  
Bien es que piedad alcance.

LEONARDA.

La ocasion en que os hallais  
No da lugar á respuesta:  
Vuestro valor manifiesta  
Lo que hacéis y lo que habláis.  
Esa mujer que obligais,  
Yo soy; y palabra os doy  
Que mintió, porque yo soy  
Nieta de tan noble abuelo,  
Que por bien nacida, al cielo  
Siempre agradecida estoy.  
Es de mi padre el solar  
El mas noble de Vizcaya;  
Que á las Indias venga ó vaya,  
¿Qué honor le puede quitar?  
Si le ha enriquecido el mar,  
No implica ser caballero.  
Quiso honrar ese escudero  
Mi padre; mas no podrá;  
Que esa espada es lengua ya  
Con que diré que no quiero.  
Eso de hierro y carbon  
Es lenguaje maldiciente;  
Pero, yo quiero, aunque miente,  
Tener en esta ocasion  
Ese trato y opinion,  
Para que cuando le halle,  
En aquella misma calle  
Me sirva el hierro en su mengua  
Para cortalle la lengua,

Y el carbon para quemalle.—  
Pienso que viene mi hermano.  
Rufina, escóndele presto.

DON JUAN.

¡Bien haya el cielo, que ha puesto  
Mi remedio en vuestra mano!

MARTIN.

Rufina, color indiano,  
¿No hay hodega ó palomar?

RUFINA.

El pajar te quiero dar,  
Y á tu amo mi aposento.

MARTIN.

Si comen, ¿no habrá sustento?

RUFINA.

Ya ¿no te llevo al pajar? (Llévalos)

### ESCENA III.

FELICIANO, DON PEDRO, CARRILLO  
—LEONARDA.

FELICIANO.

Esto se ha de hacer así.  
No hay sino armarnos de presto.

LEONARDA.

¿Dónde vas tan descompuesto?

DON PEDRO.

¿Sabeis mi desdicha?

LEONARDA.

Sí.

DON PEDRO.

¡Ay, Leonarda, que espirando  
Queda mi hermano don Diego!

LEONARDA.

Quien tan locamente ciego  
Vivió siempre murmurando,  
¿Qué mucho que muera así?

FELICIANO.

¿Qué buen modo de consuelo!  
Vamos de aquí.

DON PEDRO.

Sabe el cielo

Qué reprensiones le di;  
Mas era hermano mayor,  
No me tocaba el castigo.

FELICIANO.

Yo soy de don Pedro amigo,  
Y tuve á don Diego amor.  
Si hablaba mal, solo fué  
De ruin gente; que la honrada  
Siempre fué del respetada.

LEONARDA.

¿Eso dices?

FELICIANO.

Esto sé,

Y ¡vive Dios! que si esconde  
La tierra este forastero,  
Que le he matar.

DON PEDRO.

No espero

Que habemos de saber dónde;  
Que es Sevilla confusion;  
Y si en monasterio está,  
¿Quién, Feliciano, podrá  
Matarle en esta ocasion?  
Lo mejor será enviar  
A Sanlúcar dos soldados,  
Para matarle pagados;  
Porque este se ha de embarcar,  
Y no podrá concellos.

FELICIANO.

Vámosle á huscar agora;  
Que es lo que importa.

DON PEDRO.

Señora,

Pensé que esos ojos bellos  
Enterneciera la muerte  
De don Diego; y tan airados  
Los hallo, que mis cuidados  
Crecen con rigor mas fuerte;  
Que por doblar mis enojos,  
Como á mi hermano un traidor,  
Me mata con mas rigor  
La espada de vuestros ojos.  
Que si no estáis ofendida...

FELICIANO.

¿De qué os aflige mi hermana?  
No ha de amanecer mañana  
Este villano con vida.

(*Vanse Feliciano, don Pedro y Carrillo.*)

#### ESCENA IV.

DON ANTONIO.—LEONARDA.

DON ANTONIO.

¿Dónde va tu hermano así?

LEONARDA.

Allá, con sus amistades,  
A ejecutar necedades,  
Que te den cuidado á ti.

DON ANTONIO.

Dicen que ha herido á don Diego  
Un forastero don Juan.

LEONARDA.

Los dos á buscarle van,  
Uno necio y otro ciego.

DON ANTONIO.

Pues ¿qué! ¿quiere Feliciano  
Acabar mi vida así?

LEONARDA.

Este don Pedro que aquí  
Trujo á mi pesar mi hermano,  
Queriendo que su mujer,  
Como te lo ha dicho, sea,  
En estas cosas le emplea.

DON ANTONIO.

Algo le ha de suceder.  
Siempre los malos sucesos  
Vienen por malos amigos.  
No tiene un padre enemigos  
Como los hijos traviesos.  
Matarán este don Juan,  
¿Quién lo duda? Es forastero.

LEONARDA.

Es valiente caballero,  
Tendrá amigos; no podrán.  
La causa de la cuestion  
Fué decir mal de mujeres  
Don Diego: pues ¿cómo quieres  
Que le ayude la razon?

DON ANTONIO.

Luego ¿el don Juan defendía  
Las mujeres?

LEONARDA.

Si, Señor.

DON ANTONIO.

Ese hombre tiene valor:  
No hay cosa, Leonarda mia,  
Mas digna de un hombre honrado.  
Ser quien le mató quisiera,  
Así en las venas me altera  
El humor, del tiempo helado.  
Si supiera dónde estaba,  
Favor le diera y dinero.  
¿Propia accion de caballero!  
¿Quién lo bien hecho no alaba?  
Voy á buscar á tu hermano,  
Que es loco y rico.

(Vase.)

#### ESCENA V.

RUFINA.—LEONARDA.

RUFINA.

Ya quedan  
Adonde hallarlos no puedan.

LEONARDA.

Solo temo á Feliciano.  
¿Dónde pusiste el criado?

RUFINA.

Martin (que aqueste es su nombre)  
Queda, por mas tordo que hombre,  
En el pajar enjaulado.  
Pienso que ha de cantar bien;  
Porque aun apenas entró,  
Cuando de comer pidió.

LEONARDA.

Haz que de comer le den;  
Que yo haré con gran secreto  
La comida de don Juan.

RUFINA.

Lástima los dos me dan.

LEONARDA.

El caballero es discreto,  
Y que me ha puesto, Rufina,  
En notable obligacion.

RUFINA.

Por ella obliga á aficion,  
Y por la persona inclina.  
Pidióme un libro.

LEONARDA.

Hasme dado,  
Rufina, grande contento.  
Hoy sabrá mi nacimiento;  
Que tú, sin mostrar cuidado,  
Le darás mi ejecutoria,  
Diciendo que aquí la hallaste  
En un cofre mío.

RUFINA.

Pensaste...

LEONARDA.

Una sutil vanagloria.  
Quiero que sepa que tengo  
Sangre de un señor de España.

RUFINA.

Si la vista no me engaña,  
A pensar que quieres vengo  
Ser con él mas que piadosa.

LEONARDA.

¿No te parece que fuera  
Quien á don Juan mereciera...

RUFINA.

Di lo demás.

LEONARDA.

Venturosa,  
Sin temer tormenta ó calma?  
Porque el bien hablar, Rufina,  
Es una señal divina  
De la nobleza del alma.

(Vase.)

Cuarto en una posada.

#### ESCENA VI.

DOÑA ÁNGELA, RAMIRO.

DOÑA ÁNGELA.

No sé cómo he de tener  
Paciencia en tan mal suceso;  
Que, si no es perder el seso,  
No me queda que perder.

RAMIRO.

¿No pudiera suceder

El matar á vuestro hermano?  
Que fuistes dichosa es llano;  
Que en dos males, es error  
No agradecer el menor,  
Y quejarse al cielo en vano.

DOÑA ÁNGELA.

Conozco que mayor mal,  
Huésped, suceder pudiera;  
Que esto no me sucediera,  
Fuera á mi inocencia igual.  
¿Una mujer principal  
En tierra extraña os admira,  
Que sin amparo se mira?

RAMIRO.

No me admira; que os engaña  
Llamar esta tierra extraña.

DOÑA ÁNGELA.

¿A qué mi remedio aspira?

RAMIRO.

En Sevilla estáis, no estáis  
En algun monte desierto.  
¿Ay del que cerca del Puerto,  
Si ya no es muerto, mirais!  
En mi casa no temais  
Necesidad ni violencia.

#### ESCENA VII.

FELICIANO, y luego, DON PEDRO y CARRILLO.—DICHOS.

FELICIANO. (*Dentro.*)

¿Quién ha de hacer resistencia  
Adonde hay tanta razon?

RAMIRO.

Estos los parientes son.

DOÑA ÁNGELA.

Defienda Dios mi inocencia.

(*Salen Feliciano, don Pedro y Carrillo.*)

FELICIANO.

¿Posaba don Juan de Castro,  
Huésped, en aquesta casa?

RAMIRO.

Aquí posaba, Señor;  
Que á mi me pesa en el alma.

FELICIANO.

¿Tiene aquí ropa ó criados?

RAMIRO.

No tiene mas de esta dama.

FELICIANO.

¿Es acaso criada suya?

DON PEDRO.

¿Es su amiga ó es su hermana?

DOÑA ÁNGELA.

Hermana por sangre soy,  
De buena sangre heredada,  
Que os suplico respeteis;  
Y amiga, porque se llama  
La amistad que es verdadera  
Parentesco de las almas.  
No fué por mi la cuestion,  
Ni he sido parte ni causa  
De vuestro disgusto y pena,  
Aunque la mayor me alcanza.  
Los hombres al fin son hombres,  
Por mayores males pasan;  
¿Ay de las pobres mujeres,  
Que los hombres desamparan!  
Aquí sí que es el dolor,  
Y mas cuanto mas honradas;  
Porque es el mayor peligro  
El honor á quien le guarda.  
Yo soy la muerta, yo sola  
A quien destruyen y matan,  
Yo triste, que aun el valor  
En tal desdicha me falta,



Entre vuestras armas sola,  
Mujer entre mil espadas.  
Dadme, señores, la muerte,  
Yo me confieso culpada;  
Que son sangre las desdichas,  
Y de deudo á deudo pasan.  
Mi fortuna dió los hilos,  
Y le sacó de la vaina  
El acero de esta herida:  
¿Qué aguardáis? Tomad venganza.

DON PEDRO.

¿Qué os parece de este llanto?  
¿Vive Dios! Si no mirara...

FELICIANO.

Callad, don Pedro, por Dios;  
Que es bajeza esa palabra.  
De lo que don Juan ha hecho,  
¿Qué culpa tiene su hermana?  
Esta moza, ¿está en las tierras  
Donde con violentas armas,  
Por una ofensa, un linaje,  
Mujeres y amigos matan?  
Aunque esta señora fuera  
Culpada en esta desgracia,  
¿No pudieran detener  
La mas violenta arrogancia  
Dos perlas de aquellos ojos?

DON PEDRO.

¡Buen amigo! ¡Linda traza  
De vengar un muerto hermano!—  
(*Feliciano habla bajo á don Ángela.*)  
Ven, Carrillo; que si aguarda  
Mi agravio tiernos requiebros,  
Locas son mis esperanzas.

CARRILLO.

Vamos por toda Sevilla.—  
Déjale; que es una mandria.  
(*Ap. á don Pedro.*)

Yo apostaré que á estas horas  
Le está ofreciendo su casa.  
Vamos por los monasterios;  
Que ¡por la tribuna santa,  
Que aunque esté en el reitorio,  
Le he de dar cuatro mohadas!  
(*Vanse don Pedro y Carrillo.*)

## ESCENA VIII.

DOÑA ÁNGELA, FELICIANO,  
RAMIRO.

FELICIANO.

Señora, no tengáis pena,  
Aunque es bastante la causa.  
Por amigo de don Pedro  
Acompañé su venganza.  
Que entré soberbio os confieso...  
—Y en viendo este talle y cara,  
Amainé todas las velas.  
Tengo sangre de Vizcaya:  
Lo que dijere una vez  
Será firme y sin mudanza.  
Dadme licencia que os vea,  
Y en esta ocasion os valga;  
Que ¡vive Dios! de poner  
Un millon que hay en mi casa  
Por vuestro servicio, y luego  
Honor, sangre, vida y alma!

DOÑA ÁNGELA.

El cielo os pague el consuelo.

FELICIANO.

¿Vuestro nombre?

DOÑA ÁNGELA.  
Ángela.

FELICIANO.

Basta.

No se engañó quien le puso.—  
Huésped...

RAMIRO.

Señor...

FELICIANO.

Dos palabras.—  
(*Ap. á Ramiro.*)

Con estos cincuenta escudos  
Regularéis esta dama  
Mientras que vuelvo á Sevilla.

RAMIRO.

¿Cuándo volveréis?

FELICIANO.

Mañana. (*Vase.*)

## ESCENA IX.

DOÑA ÁNGELA, RAMIRO.

RAMIRO.

Cincuenta escudos me dió.

DOÑA ÁNGELA.

Término de gente hidalga.

RAMIRO.

¡Pesía tal! Es rico y noble,  
Puede comprar á Triana.  
Una hermana tiene hermosa,  
Para quien su padre guarda  
Cien mil ducados de dote.

DOÑA ÁNGELA.

La fortuna, mi madrastra,  
Ha guardado para mi  
Cien mil penas y desgracias.

(*Vanse.*)

Teatro dividido: á un lado el cuarto de Rufina, á otro una pieza de paso.

## ESCENA X.

DON JUAN y MARTIN, en el cuarto de  
Rufina.

DON JUAN.

¿Cómo pasaste á verme?

MARTIN.

Con licencia

De la mulata, que es la quinta esencia  
De toda la discreta picarilla  
Que lo moreno de esta tierra cria.

DON JUAN.

¿Has comido?

MARTIN.

¿Qué dices? Treinta platos

Me trujo esta princesa de mulatos,  
Y sirviendo la paja de manteles,  
Comi mejor que en sillan ni doseles;  
Y para postre mano y paz de Francia,  
Que, puesto que temiendo la fragancia,  
La limpieza pastilla y no ser fea,  
Disimular pudiera la grajea.

¿Comiste tú?

DON JUAN.

Pedile á la morena

Un libro por pasar mejor la pena  
De tanta soledad; y ella, que ignora  
Qué historias salen en la corte agora,  
En vez de tanta prosa, verso y fama,  
Me trujo la nobleza de su ama,  
De mil colores y oro, y la he leído;  
Con que tan bien estuve entretenido  
Como con los donaires del Paraiso  
Del Orfeo, del nuevo Garcilaso.  
Es tanta, finalmente, su nobleza,  
Que puede competir con su belleza.  
Vino, Martin, tras esto la comida,  
Guisada de la dama defendida,  
Con tal regalo, olor, gusto y aseo,  
Que solo le ha faltado á mi deseo  
El postre que te dió la mulatilla.

MARTIN.

¡Qué bizarra es la gente de Sevilla!  
Qué liberal! Qué limpia y generosa!

DON JUAN.

¿No es Leonarda discreta? No es hermosa?  
[sa?]

MARTIN.

¿Cómo discreta? Ciceron, Cervantes  
Ni Juan de Mena, ni otro después niantes,  
No fueron tan discretos y entendidos.  
Es una arpa templada en los oídos,  
Es sentencia en favor por el Consejo,  
Consonancia en cristal de vino añejo,  
Son de doblon en mesa ó plata doble,  
Cortés respuesta de persona noble,  
Ruido de arroyuelo ardiendo Febo,  
Soneto de don Luis, Séneca nuevo,  
Con hambre los torreznos que se frien,  
Con tercianas las fuentes que se rien,  
O mas sonoro que en la espalda suele  
De los que azotan, á quien no le duele,  
O en un falso testigo ó alcahueta,  
El eco de la solfa de baqueta.  
Pues en llegando á hablar de la hermosu-  
diana es fea, Filomena oscura, [ra,  
La Doncella de Francia y la Doncella  
De Dinamarca nones son con ella;  
Porque el sol es muy lindo, y nos enfada  
Por los caniculares, y esta agrada.  
Quedémonos aquí, pues has topado  
Las Indias sin la mar; que tú embarcado  
Irás á tu aposento con Leonarda,  
Y yo con la mulata, que me aguarda  
En mi pajar, sin larga las escotas; [tas,  
Porque, si aquí se encierran treinta flo-  
¿Qué es menester buscar mayor tesoro?  
Que aun esta esclava, si la vendo, es oro.

DON JUAN.

[do!

¿Cómo piensas, Martin, lo que has soña-  
bien parece que en paja te has echado.

MARTIN.

Si; mas no la he comido; que me dieron  
Naranjas, que la cólera rompieron;  
Un pernil con las hebras como grana,  
Que abriera á un hipocóndrico la gana,  
Y á estar hecha en figura mas perfeta,  
De un cardenal pudiera ser muceta;  
Una ave enamorada...

DON JUAN.

¿Enamorada?

MARTIN.

De tierna, derretida y bien asada.  
Hubo su rabanito, oliva y queso,  
Que pudieran venderse por el peso.  
Con esto y diez tragazos de Cazalla,  
Dije, poniendo aparte la toalla,  
Los ojos ya del buen licor testigos:  
«Muleta, ¿dónde están los enemigos?»

DON JUAN.

¡Ay, Martin! ¿Cómo todo me alegrara,  
Si en Madrid á don Ángela dejara!  
Pero ver que es mi hermana, y que afi-  
Ha de estar del peligro de mi vida, [gida  
No me permite gusto ni contento.

MARTIN.

[to.

Quedo; que está Leonarda en tu aposen-

## ESCENA XI.

LEONARDA, RUFINA. — Dichos.

LEONARDA.

Habréis pasado muy mal  
De aposento y de comida.

DON JUAN.

No la he tenido en mi vida,  
Hermosa señora, igual.

LEONARDA.

Dar un palacio real  
A vuestro valor quisiera.

DON JUAN.

Menos á mi intento fuera.



Por ser de esclava le alabo;  
Que siendo yo vuestro esclavo,  
Me disteis mi propia esfera.  
Vine á mi centro en venir  
Donde vuestra esclava vive;  
Parece que me apercibe  
De que os tengo de servir.  
Si aquí os puedo ver y oír,  
Toda mi ventura encierra,  
Todos mis males destierra;  
Porque, después de no estar  
En el cielo, no hay buscar  
Mayor descanso en la tierra.  
Pero ¿qué ha de ser de mí,  
Ya que en tal lugar estoy,  
Si en siendo noche, me voy  
De aqueste día en que os vi?  
Si tan presto el bien perdí,  
Fimera fué mi ventura:  
No es bien el que poco dura;  
Mas ¿quién, Señora, pensara  
Que mis contrarios vengara  
Vuestra divina hermosura?  
Cuál es el muerto no acierto,  
Bella Leonarda, á juzgar:  
Si el no veros me ha de dar  
La muerte, yo soy el muerto.  
Pensé que llegaba al puerto  
De mis desdichas, y llevo  
Donde á la muerte navego  
Con tal tormenta y rigor,  
Que quiere anegar amor  
El alma en un mar de fuego.  
¿Qué hice yo á vuestros ojos,  
Que vengan mis enemigos,  
Cuando los hice testigos  
De mis lágrimas y enojos?  
Juzgaréis que son antojos  
Decirme que me desalma  
Amor que me tiene en calma;  
Pero vuestra discrecion  
Sabe que la obligacion  
Abre las puertas al alma.  
Primero os amé que os vi:  
¿Quién vió tan nuevo obligar?  
Y no lo podeis negar,  
Pues sabéis que os defendí:  
Mirad cómo merecí  
Favores antes de veros;  
Pero fué para perderos,  
Pues en viéndonos los dos,  
No me defendí de vos,  
Aunque supe defenderos.

LEONARDA.  
Señor don Juan, si tenéis  
Determinado partiros,  
Mal podré yo persuadiros  
Contra lo que vos quereis;  
Y basta que me dejéis  
Con tantas obligaciones,  
Sin decirme esas razones  
Para mas pena y dolor;  
Que no le detiene amor  
A quien deja las prisiones.  
Defenderme antes de verme  
No fué amor, nobleza fué,  
O condicion vuestra en fe  
De obligarme y conocerme;  
Pero si fué defenderme  
Nobleza, nobleza fué  
El haberos defendido;  
Con que diréis con razon  
Que cumple su obligacion  
Beneficio agradecido.  
Vos os vais porque quereis  
Y algun deseo lleváis,  
Pues porque quereis os vais,  
Cuando quedaros podeis.  
Al peligro anteponeis  
El ángel que en la posada  
Debe de estar lastimada.  
Mirad, ¿qué extraños desvelos,  
Que os estoy piñiendo celos

Sin amar ni ser amada!  
Dicen que la enfermedad  
Tiene la espada desnuda  
Cuando está la vida en duda,  
Y en mi el ejemplo mirad:  
A matar la libertad,  
La espada desnuda, entrastes,  
Aunque piadosa me hallastes;  
Pero el efeto que hicistes,  
No os lo dije, pues os fuistes  
Con mas prisa que llegastes.  
Id en buen hora á buscar  
Esa dama venturosa,  
Que estará tan cuidadosa  
Como me habeis de dejar.  
Mirad si quereis llevar  
Alguna cosa de aquí;  
Que os aseguro que fui  
Dichosa en que luego os vais;  
Porque, si mas os tardais,  
Me llevarades á mí.

DON JUAN.

Leonarda, si yo me voy,  
Es por no daros enfado;  
Que del ángel lastimado  
Legítimo hermano soy;  
Y el favor que me dais hoy  
En el alma le imprimí:  
Bien quisiera estarme aquí,  
Si tuviera atrevimiento;  
Porque este humilde aposento  
Fuera cielo para mí.  
El cuidado de mi hermana  
Confieso que me le da.

LEONARDA.

¿Que es vuestra hermana?

DON JUAN.

No está

Léjos, sabedlo mañana.

MARTIN.

¿Para qué andais por rodeos  
Donde se os ven los enojos,  
Pues por la boca y los ojos  
Andais trocando deseos?  
Pensad la partida bien;  
Que él se muere por no irse,  
Y tú (si puede decirse)  
Porque se quede tambien.  
Por lo menos, ya que fuese  
Prision esta voluntad,  
Hasta saber la verdad,  
Responde á prueba, y estése.  
Ea, ¿qué os estáis mirando?

DON JUAN.

Por mí, yo me quedo aquí.

LEONARDA.

Y yo ¿qué diré de mí?

MARTIN.

Di que lo estás deseando.

RUFINA.

Y él ¿no tiene hermana allá?

MARTIN.

No, perra... Perla queria

Decir; que tú lo eres mia.

RUFINA.

Tu hermano ha venido ya.

LEONARDA.

Salgamos del aposento,  
Y cierra tú.

DON JUAN.

Adios.

LEONARDA.

Adios.

RUFINA.

En fin ¿se quedan los dos?  
O es amor ó atrevimiento.

(Leonarda y Rufina pasan á la pieza de  
paso, y don Juan y Martin se retiran  
á lo interior del cuarto de Rufina.)

## ESCENA XII.

FELICIANO.—LEONARDA y RUFINA,  
en la pieza de paso.

LEONARDA.

¿Feliciano!

FELICIANO.

¿Hermana mía!

LEONARDA.

¿Cuánto me alegro de verte!  
Que me has tenido con pena  
De ver que tan loco fueses  
A acompañar otro loco.  
¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?  
¿Habeis hallado por dicha  
Al forastero valiente?  
¿Mas que le habeis muerto?

FELICIANO.

Yo

Soy el que vengo á la muerte.

LEONARDA.

¡Ay, cielos! ¿Estás herido?  
¿Dónde? ¿Cómo?

FELICIANO.

Espera, tente;

Que es una herida invisible,  
De que sola el alma muere.

LEONARDA.

El alma ¿puede morir?

FELICIANO.

De amor, hermana, ¿no puede?

LEONARDA.

Pues ¿tú sabes qué es amor,  
Que con gusto indiferente  
A ninguna quieres bien,  
Y dices que á todas quieres?

FELICIANO.

Como yo pienso, Leonarda,  
Que mi dinero pretenden,  
Guardo el alma y doy la bolsa,  
Que es lo que ellas apetezen.  
Dijéronnos la posada  
De aquel don Juan, y cual suelen  
Romper los aires los rayos,  
Fuimos á cal de la Sierpe.  
Entramos, pensando hallar  
Prendas de don Juan, y enfrente  
Estaba un retrato suyo  
Con alma entre vida y muerte.  
Una doña Angela, un ángel,  
Claro está, pues lo parece,  
Con unas lágrimas tristes,  
Que hicieran la noche alegre.  
Las lágrimas te encarezco  
Para que por ellas pienses  
Cuál deben de ser los cielos  
Que tales lágrimas llueven.  
Pero si llorando y tristes  
Nombre de cielos merecen,  
¿Que serán con alegría  
Ojos que tal gloria tienen?  
Abrió por medio un clavel  
(Ya quisieran los claveles  
Tomar las perlas que vi),  
Y dijo en razones breves  
La desdicha en que se hallaba.  
Habléla yo tiernamente;  
Que no supo á tanto sol  
El corazon defenderse.  
Pesó á perlas mis palabras,  
Enternecida de verme  
De su parte en su desdicha;  
Que á veces, Leonarda, mueve  
Al llanto en las desventuras  
El ver que alguno las siente.  
Prometí darla favor:  
Don Pedro enojóse y fuese;  
Y aunque yo tambien me fui,  
Diré la verdad, quedéme.

Di para regalo suyo  
Cinuenta escudos al huésped,  
Que llevaba en un bolsillo.  
Con esto he venido a verte,  
Porque sepas que don Pedro  
Puede buscar quien le venga;  
Porque yo pienso, Leonarda  
(Y riñeme como sueles),  
Tener el ángel que digo  
Por mi dueño para siempre.

LEONARDA.

Lo que yo pienso reñirte  
(Pues sabes que las mujeres  
De ver otras en desdichas  
Se lastiman fácilmente)  
Es que a persona tan noble  
Esa miseria le dices,  
Cuando le dabas el alma.

FELICIANO.

Razon, mi Leonarda, tienes;  
Mas ¿no ves que los que pesan,  
Por miedo de los fieles,  
A lo principal añaden  
Otra cosa diferente?  
Así al alma puse el oro,  
No porque valor hubiese,  
Pero por cumplir el peso,  
Aunque me pesa de verme  
En peso tan desigual.  
Si bien es un tiempo aqueste  
Que a peso del oro hay almas,  
Y almas que por él se pierden.  
Ya lo di... Corrido estoy.

LEONARDA.

Poco el oro me parece  
Para contrapeso de alma.

FELICIANO.

No tuve mas, ¿qué me quieres?

LEONARDA.

En tal ocasion, hermano,  
Y mas si amor te enloquece,  
Era lo cierto decir,  
Como hombre cuerdo y prudente:  
«Yo tengo en casa una hermana,  
Que en esta ocasion os puede  
Tener consigo, entre tanto  
Que este negocio remedien  
Ruegos, dineros y amigos.»

FELICIANO.

Luego si yo la trujese,  
¿La tendrías tú conmigo?

LEONARDA.

¿Eso dudas? Luego ¿entiendes  
Que tengo el alma de piedra?  
Iré por ella si quieres;  
Y si hay lugar en tristezas,  
Le diré lo que mereces.

FELICIANO.

¡Ay, Leonarda de mis ojos!  
A tus pies quiero atreverme  
A pedirte que me obligues  
Y que esta dama consueles.  
Haz poner el coche y parte  
A la calle, que parece  
Que, estando a los pies de un ángel,  
Entonces lué de la Sierpe.  
Toma mi hacienda, mi vida,  
Como sola el alma dejes,  
Y esto porque no la tengo.

LEONARDA.

Llama, Rufina, esa gente,  
Lloy, que el ángel de mi hermano  
El coche en cielo convierte.

RUFINA. (Ap. a Leonarda.)

Basta, que estáis dos a dos.

FELICIANO.

¡Ay, Ángela, si te viesen  
En esta casa mis ojos!

LEONARDA. (Ap.)

¡Ay, don Juan, cuánto me debes!

RUFINA. (Ap.)

¡Ay, Martin, si á mi color  
Tal san Martin le viniese!  
(Vanse.)

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

DON JUAN y MARTIN, en la pieza de paso.

MARTIN.

Parece nuestra historia encantamento.

DON JUAN.

No lo parece, si lo es.

MARTIN.

Al día

Abre las puertas con dorado aliento  
La bella aurora, que las flores cria.

DON JUAN.

Estaba (como digo) en mi aposento,  
Cuando la noche el filo igual tenia  
En la balanza con que pesa estrellas,  
Mas triste que ella suele estar sin ellas.  
Pensaba solo en mi querida hermana,  
Cuando oigo abrir la puerta, y que Rufi-  
Medice que Leonarda, mas humana, [na  
Hablarme en su aposento determina.  
Voy tras la esclava como sombra vana,  
Mira tú con qué luz mi error camina!  
Y asido de su enfado, á oscuras llevo  
A la esfera bellísima del fuego.

Una buja en una cuadro ardia,  
Y con vislumbre trémula enseñaba [bia,  
Lo que en la cuadro bien compuesta ha-  
Donde una cama de oro y seda estaba.  
En ámbar el aliento se embebia,  
Que por las cuatro partes respiraba:  
Allí yo te confieso que, suspenso,  
Llegar mi dicha por la posta pienso.  
¿Qué os deteneis? (me dice la mulata),  
Corred, cobarde, esa cortina luego.»  
Y descubriendo un cielo de oro y plata,  
De una hermosa mujer me abraza el fue-  
[go.

Yo, cuando pienso que Leonarda trata  
De algun yerro de amor, que es siempre

[ciego,

Conozco que es doña Ángela, mi herma-  
Y fuése en humo mi esperanza vana. [na,  
«¿Qué es esto (dijo), dulce hermanamia?»  
Y como con su rostro me juntaba,  
Sentí que huésped en la cama habia;  
Que Leonarda de celos suspiraba.  
Martin, yo te confieso el alegría [ba;  
Que ver mi hermana en tal lugar me da-  
Pero que en parte me pesó, pues creo  
Que fuera mas dichoso mi deseo. [hora,  
Después de hablar con ella mas de un  
Le dije: «¿Cómo este lugar tomaste,  
Pues era de Leonarda, mi señora?  
¿Tan presto el noletérmino olvidaste?»  
«Mándome (respondió) mudarle agora,  
Para poder hablar cuando llegaste;  
Pasa de la otra parte, porque puedas  
Agradecer lo que obligado quedas.»  
«Yo escucho desde aquí» (dijo Leonar-  
Y detúveme yo cobardemente; [da),  
Pero ella, presumiendo de gallarda,  
Remitió mi temor á su accidente.  
Fingió que el animal, el que acobarda  
Mas las mujeres, se atrevió á su frente.  
Ya ves con qué donaire fingiría  
El miedo, que era entonces osadía.  
Ya desvia las trenzas, ya la ropa,  
Ya del cuello los cándidos cambrayes,  
Ya se vuelve á cubrir con lo que topa,

Mezclando alegre risa en dulces ayes.  
Yo, viendo mi fortuna vengo en popa,  
Le dije al corazon: «No te desmayes,  
Cuando la luz á ruego suyo inclina,  
Aunque mulata su color, Rufina,  
Suelos en crespos rizos sus cabellos,  
Ondas de la tormenta del espanto,  
Puso risueña en mí los ojos bellos,  
No viendo el animal que temia tanto.  
Rescaté el alma entre las luces dellos,  
Y linjo por la coleta, que levanto,  
Que pasa el animal y que le veo;  
Y era lo que pasaba mi deseo. [miente  
No ha visto el mismo amor desde que  
(Que desde que nació mentir sabia)  
Tan bien fingido espanto, y accidente  
Mas bien trazado para dicha mía. [te  
Y fué lo grande estar su hermano ausen-  
(Porque á acostarse le conduce el día),  
Que nos pudiera oír; mas la ventura,  
Cuando ella quiere, todo lo asegura.  
El rostro bajo á la bordada orilla  
De la cama, por ver si hallaba el rastro,  
Y hallé una desmayada zapatilla,  
Que le faltaba el alma de alabastro.  
¿Bien haya la limpieza de Sevilla!  
Porque, por vida de don Juan de Castro,  
Que el mas grave señor hacer pudiera  
La limpia zapatilla bigotera.  
Con esto á mi aposento vuelvo, y digo  
A mi fortuna mil requiebros, tales,  
Que desde agora á no sentir me obligo  
Por tales bienes los mayores males.  
No ha sido el sueño de mí bien testigo;  
Que apenas en los fúlgidos umbrales  
Del cielo puso el pie la blanca aurora,  
Cuando me halló como me ves agora.

MARTIN.

¡Suceso extraño y último sosiego  
De tu temor! Mas breve fué mi historia.  
Por la mulata á la cocina llevo,  
Que andaba en esos pasos de tu gloria.  
Dormía echado en el umbral del fuego  
Un mastín que pudiera andar la noria.  
Siento roncarse, y paso á paso aplico  
La humilde boca al temerario hocico.  
Pero apenas la boca en él repara  
Que oía á pepitoria, y no á camuesas,  
Cuando ladrando me agarró la cara,  
Y en los carrillos me estampó las presas.  
Pues ¡luego mi fortuna en eso para!  
Quiero correr, tropiezo en dos artesas,  
Y doy en la espetera con la frente,  
Despertando los gatos y la gente.  
Cuál me salta á la cara, cuál me agarra  
Por una pantorrilla, pierdo el tino,  
Muero en el puerto, y sin hallar la barra,  
Por embocar la puerta desatino.  
¿Qué galgo con cencerro ó con guitarra,  
Sacudiendo la cola, huyendo vino  
Por las Carnestolendas, como salgo?  
Las manos dejo y de los pies me valgo.  
Pero ya que salí de la cocina,  
Huyendo del ladrante seguimiento,  
Por ir al aposento de Rufina,  
De los servicios caigo al aposento.  
¡Oh, bien haya, don Juan, la luz divina,  
De cuanto viste lustre y ornamento!  
Pues con ella á tus ojos he llegado  
Oloroso, mordido y arañado.

DON JUAN.

Gente suena; aquí te escondo  
Hasta que sepas quién es.

MARTIN.

¿Tengo de hablarte después?

DON JUAN.

Mi soledad te responde.

(Vase al cuarto de Rufina.)

MARTIN.

Muy bien te puedes estar;  
Que es Leonarda, mi señora.



## ESCENA II.

LEONARDA.—MARTIN.

LEONARDA.

Martin...

MARTIN.

Pareces aurora  
En la luz y el madrugar.  
Querrás andar en tu casa.  
Indiana en fin.

LEONARDA.

Otro fin

Me ha despertado, Martin,  
Que de hacienda de Indias pasa.

MARTIN.

Dígoles porque teneis  
Fama de ser miserables,  
Por los trabajos notables  
Que en tierra y mar padeceis.  
Pero ¿qué te ha levantado?

LEONARDA.

Un desasosiego injusto.

MARTIN.

¿Es disgusto?

LEONARDA.

No es disgusto;

Que no hay gusto con cuidado.

MARTIN.

No será pena de amor;  
Que dan gusto sus desvelos.

LEONARDA.

No le puede haber con celos.

MARTIN.

De celos es la mayor.  
Pero ¡celos tú! ¿De quién?

LEONARDA.

Mis celos son testimonio  
De que se ha vuelto demonio  
Mi amor.

MARTIN.

No lo entiendo bien.

LEONARDA.

¿Qué nombre le puedo dar,  
Si tengo de un ángel celo?

MARTIN.

¿De eso nacen tus desvelos?

LEONARDA.

Si me ha querido engañar  
Don Juan, por haber pensado  
Que le he de ayudar mejor,  
Engañase; que el amor  
No paga bien, engañado.  
Doña Angela no es su hermana.

MARTIN.

Es por Dios, y no es razon  
Que juzgues de su intencion  
Por una apariencia vana.

LEONARDA.

Yo sé que su dama es,  
Y que lo quiere encubrir;  
Y á mi no me ha de mentir  
Por tan pequeño interés.  
No me va la vida á mi  
En tener mi libertad:  
El sabe mi calidad;  
Tan buena como él nació.  
Yo regalaré su dama;  
No por eso ha de pensar  
Que es mejor aventurar  
El crédito de mi fama.  
Ella es muy linda, por Dios,  
Y en él muy bien empleada;  
Ya la he visto despojada;  
Bien se pagaron los dos.  
Hasta verla, tuve en duda  
La voluntad y la vida:

Desvelos me dió vestida,  
Celos me ha dado desnuda.  
No es cosa para sufrir;  
Que celos antes de amor  
Es como necio acreedor,  
Que firma sin recibir.  
Dile que no me hable mas  
En lo que habemos tratado.

MARTIN.

Si mi señor te ha engañado,  
No vuelva á Madrid jamás.  
¡Plega á Dios que un ignorante  
Me lea, ilustre señora,  
Perversos versos un hora,  
Y un mal músico me cante,  
Y que algun falso deudor  
De esos mohateros viejos,  
Por audiencias y consejos  
Haga pedazos mi honor!  
¡Plega á Dios que sea creida  
La primera informacion,  
Y quitenme la opinion;  
Que sin opinion no hay vida!  
Que me vendan mis parientes  
Y me olviden mis amigos,  
Y que á mil falsos testigos  
Nazcan otros tantos dientes.  
Que sirva á señor ingrato,  
Y si hubiere lugar, quiero  
Que me tire un candelero  
A quien pidiere barato.  
Que se aficione á capones  
Mi dama por voces vanas,  
Y si tuviere tercianas,  
Me curen por sabañones.  
Que compita con bonete,  
Y me atruene un bachiller;  
Que hable grueso mi mujer,  
Y mi criado en falsete.  
Que me ensucien una aldaba  
Cuando por llamar la tuerza,  
Y que me casen por fuerza,  
Que con voluntad habtaba.

LEONARDA.

Ya te conozco, Martin,  
Para tordo eres mejor.  
Yo entendi que tu señor  
Miraba otro blanco y fin.  
Lo dicho dicho, no hay mas.

MARTIN.

Oye, Señora, detente,  
Escucha.

LEONARDA.

Véte, insolente.

MARTIN.

¿De esa manera te vas?

(Vase Leonarda.)

## ESCENA III.

FELICIANO.—MARTIN.

FELICIANO.

¿Qué es esto?

MARTIN. (Ap.)

Perdióse todo.

FELICIANO.

¿Quién sois? Y ¿qué haceis aquí?

MARTIN.

Señor, yo vine... yo fui...

FELICIANO.

Quien se turba de ese modo  
Bien claro dice quién es.

MARTIN.

Soy cajero, y he vendido  
Unas randas que he traído,  
Como lo sabréis después.  
Si algunas voces he dado,  
Por mi dinero será.

FELICIANO.

Y la caja ¿dónde está?

MARTIN.

Aquí en frente la he dejado,  
De donde agora pasé.

FELICIANO.

Y ¿á quién las habeis vendido?

MARTIN.

Si á vuestra mujer ha sido  
O vuestra hermana, no sé...  
Y aquí estaba una esclavilla,  
La cual Rufina se llama.

FELICIANO.

No es mi mujer esa dama.

MARTIN.

Yo sé poco de Sevilla.

FELICIANO.

¿De qué nacion?

MARTIN.

Turco soy.

FELICIANO.

¿Turco?

MARTIN.

Digo, de Turin.

FELICIANO.

¿Piamontés?

MARTIN.

Sí, piamontin.

(Ap. En grande peligro estoy.)

FELICIANO.

¿De qué pais del Piamonte?

MARTIN.

De Illescás.

FELICIANO.

¿De Illescás? ¿Cómo?

MARTIN.

Tal miedo de veros tomo;  
Porque yo soy de Belmonte.

FELICIANO.

No me agradais. — ¡Ah Leonarda!

## ESCENA IV.

LEONARDA.—DICHOS.

LEONARDA.

¿Es Feliciano?

FELICIANO.

Yo soy.

MARTIN.

¡Gracias á los cielos doy!

Nunca su socorro tarda.

A vuestra merced yo he dado

Unas randas, de que espero

En esta puerta el dinero?

LEONARDA.

Unas randas le he comprado.

FELICIANO.

Perdonad, hombre de bien.

MARTIN.

Las sospechas, caballero,

Perdono, mas no el dinero.

FELICIANO.

Pagaros quiero también.

Venid, amigo.

LEONARDA.

Martin,

MARTIN.

¿Qué me mandais?

LEONARDA.

Que á verme siempre vengais.

MARTIN.

Pensé que dábamos fin



A nuestros cuentos, por Dios;  
Pero mas ventura fué.  
Pues descubierta podré  
Hablar, Señora, con vos.

(Vase.)

**ESCENA V.**

LEONARDA.

A las perlas del alba descogian  
Pintadas hojas las abiertas flores.  
Cuando en alegre paz dos ruiseñores  
Su nido sobre un álamo tejían.

Pero en el tiempo que coger querían  
El fruto de sus cándidos amores,  
Llegaron otros dos competidores,  
Que cuanto fabricaban deshacían.

Las pajas de que ya vestido estaba,  
Bañaron en cristal los arroyuelos  
De una fuente que el álamo bañaba.

Así fueron mis ansias y desvelos,  
Cuando pensé que nido fabricaba.  
Tal fin promete amor, principio en celos.

**ESCENA VI.**

DOÑA ÁNGELA.—LEONARDA.

DOÑA ÁNGELA.

¿Estás sola?

LEONARDA.

¿No lo ves?

DOÑA ÁNGELA.

Mi hermano, Leonarda mía,  
A asegurarte me envía,  
Para que de mí lo estés.  
Suplicate que me des  
Crédito, por desagravio  
De tu amor; que no es tan sabio  
Amor, que á no ser su hermana,  
Fuera la riqueza humana  
Parte á sufrir un agravio.  
Y mucho lo estoy de ti  
En no haberte parecido  
Aquello mismo que he sido  
Desde el día en que nací.  
¿Por qué presumes de mí  
Que, si yo fuera su dama,  
Aventurara tu fama,  
Infamando tu nobleza?  
Porque no hay mayor bajeza  
Que ser tercero quien ama.  
Mas ¿de qué sirven rodeos?  
Para mas seguridad,  
Pagaré con voluntad  
De tu hermano los deseos,  
Como de honestos empleos  
No excedan, ni se levante  
Mas que á ser cortés amante:  
Mira tú si puede haber  
Para celos de mujer  
Seguridad semejante.

LEONARDA.

Doña Ángela, en tiempo breve  
No puede haber mucho amor;  
Esto ha sido que el honor  
Se previene á lo que debe.  
Cuando una mujer se atreve  
A amar, mire los sujetos  
Causa de iguales efectos;  
Que examinar el valor  
Antes de tener amor  
Es prevención de discretos.  
Nunca aventuran la fama  
Tan presto nobles mujeres:  
Sí, como su hermana eres,  
Fuera, Ángela, su dama,  
¿Qué nobleza no se infama  
Amando lo que es ajeno?  
Ya tengo tu amor por bueno,  
Ya con mis celos acabo,

Tu satisfaccion alabo  
Y mi sospecha condono.  
Si á mi hermano favoreces,  
Daré favor á tu hermano;  
Que ya sabe Feliciano  
Lo que vales y mereces.  
La fortuna muchas veces  
Ofrece mil ocasiones;  
Si á las Indias te dispones,  
Aquí es mejor que te pares,  
Sin andar por altas mares  
Peregrinando naciones.  
Aficióneme de ver  
Que sacase un caballero  
En mi defensa el acero  
Solo porque soy mujer.  
Ángela, no he menester  
Dineros, sino contento,  
Ayuda mi pensamiento;  
Que, fuera de mi nobleza,  
No hay en las Indias riqueza  
Que iguale tu casamiento.

DOÑA ÁNGELA.

Yo, Señora, haré tu gusto,  
Fuera de ser de mi hermano.

LEONARDA.

Daba á don Pedro la mano  
No con pena ni disgusto;  
Pero ya querer es justo  
A quien defiende mi honor.

**SCENA VII.**

RUFINA.—DICHAS.

RUFINA.

Don Antonio, mi señor,  
Viene con don Pedro á hablarte.—  
Escóndete. (A *doña Ángela*.)

DOÑA ÁNGELA.

¿Si es casarte?

LEONARDA.

No hay obediencia en amor.  
(*Vase doña Ángela*.)

**ESCENA VIII.**

DON ANTONIO, DON PEDRO.—LEONARDA, RUFINA.

DON ANTONIO.

¿En tal peligro queda?

DON PEDRO.

No parece  
Que una hora puede dilatar la vida;  
Menguá el valor y el accidente crece:  
Mi casa queda toda reducida  
A sola mi persona.

DON ANTONIO.

Si en vos queda,  
Será mas aumentada que perdida.

DON PEDRO.

Bastante hacienda y mayorazgo hereda  
Quien solo quiere ser esclavo vuestro,  
Cuando está dicha el cielo me conceda.

DON ANTONIO.

[tro.]  
Vos conocéis el justo amor que os mues—  
Aquí está mi Leonarda, que en su gusto  
Sabeis, don Pedro, que se mueve el nues—

[tro.]

Leonarda, sin respuesta, sin disgusto  
Hoy se ha de hacer este concierto; hoy  
[quiero]  
Que lo que quiero yo tengas por justo.  
Es don Pedro tan noble caballero,  
Que quiero honrar mi casa de la suya.  
Doyle, sin joyas tuyas, en dinero

Cuarenta mil ducados, aunque es tuya  
Mayor parte después: dale tu mano,  
Para que la escritura se concluya.  
Mayorazgo he fundado en Feliciano.  
Ya sabes que es razon. Diez mil de renta  
(Gracias á Dios) le quedan á tu hermano.  
Quien la nobleza y las virtudes cuenta,  
Tiene por dote de mayor decoro  
Lo que la vida y la opinion aumenta.

DON PEDRO.

Si llevo en mi Leonarda tal tesoro,  
¿No me basta saber que es prenda mía?  
¿Qué valor con su fe merece el oro?

LEONARDA.

Estimo vuestra noble cortesía,  
Señor don Pedro, aunque yo estaba aje-  
de que la dicha que decís tenía. [na  
Esto solo os respondo.

DON ANTONIO.

No condena  
La vergüenza jamás estas acciones.  
Vamos adentro, no la demos pena.

DON PEDRO. (*Ap. á don Antonio*.)

No voy contento yo de sus razones.  
Disgusto me parece que ha sentido.

DON ANTONIO.

Fingen disgusto en estas ocasiones.

DON PEDRO.

Poco dichoso con Leonarda he sido.

DON ANTONIO.

Aquel encogimiento fué forzoso.

DON PEDRO.

Aun no fui de sus ojos admitido.

DON ANTONIO.

Vos lo seréis cuando seais su esposo.

DON PEDRO.

Dadme licencia que después la vea.

DON ANTONIO.

Dueño sois de esta casa.

DON PEDRO.

¿Venturoso,  
Padre y señor, quien tanto bien posea!  
(*Vanse los dos*.)

LEONARDA.

¿Quién pensara que tan presto  
Tuvieran fin semejante  
Mis pensamientos altivos?

RUFINA.

¿Puede mi señor forzarte?

LEONARDA.

Puede quitarme la vida.

**ESCENA IX.**

DON JUAN, MARTIN.—LEONARDA, RUFINA.

DON JUAN.

Déjame, necio.

MARTIN.

¿Qué haces?

DON JUAN.

¿Qué tengo de hacer? Morir.

MARTIN.

Pues ¿de esa manera sales?

LEONARDA.

¿Qué es esto, don Juan?

DON JUAN.

Perderme.

LEONARDA.

¿Adónde vas?

DON JUAN.

A matarme.

LEONARDA.

¿Por qué, Señor?

DON JUAN.

Por tu gusto.

LEONARDA.

¿Gusto? ¿De qué?

DON JUAN.

De casarte.

LEONARDA.

¿Oíste á mi padre?

DON JUAN.

Sí.

LEONARDA.

Pues ¿qué dijo?

DON JUAN.

Que me mates.

LEONARDA.

Yo ¿qué respondí?

DON JUAN.

Tibiezas.

LEONARDA.

Y ¿don Pedro?

DON JUAN.

Necedades.

LEONARDA.

Sosiegate.

DON JUAN.

¿Cómo puedo?

LEONARDA.

¿Dí yo el sí?

DON JUAN.

Bastó callarle.

LEONARDA.

Necio estás.

DON JUAN.

Soy desdichado.

LEONARDA.

Y yo mujer.

DON JUAN.

Eso baste.

LEONARDA.

Háblame bien.

DON JUAN.

Estoy muerto.

LEONARDA.

Escucha.

DON JUAN.

¿Qué he de escucharte?

LEONARDA.

Eso es locura.

DON JUAN.

Es por tí.

MARTIN. (Ap.)

Parecen representantes  
Que saben bien el papel.

LEONARDA.

Martin, así Dios te guarde,  
¿Siente don Juan lo que dice?

MARTIN.

¿Si lo siente? ¿Qué donaire!

Pues vesle salir sin seso,

¿Y preguntas disparates?

DON JUAN.

Ea, Martin, á embarcar.

MARTIN.

¿Cómo quieres que me embarque,

Si he empleado mi dinero

En holandas y cambrayes?

Sov de esta casa cajero;

Pesquéle quinientos reales

A Feliciano, y pretendo

Tratar en Italia y Flándes.

DON JUAN.

Digo que te embarques luego.

MARTIN.

¿Dónde tengo de embarcarme?

DON JUAN.

Dentro del mar de mis ojos.

MARTIN.

Notables sois los amantes.

DON JUAN.

Mas no; que corre tormenta,  
Y era forzoso anegarte.

LEONARDA.

Vé, Rufina, al corredor  
Porque puedas avisarme. —  
Tú, Martin, línce has de ser  
En la puerta de la calle;  
Que quiero hablar libremente.

RUFINA.

Yo voy.

MARTIN.

Y yo á ser alcaide.

(Vanse los dos criados.)

## ESCENA X.

LEONARDA, DON JUAN.

LEONARDA.

Don Juan, las ingratitudes  
Ofenden las voluntades:  
Mucho en poco tiempo debes  
Al alma que supo amarte.  
¿Cuál hizo mas de los dos?  
¿Tú en quererme, ó yo en dejarme  
Engañar de los requiebros,  
Cosa á los hombres tan fácil?  
¿Qué mudanza has visto en mí?  
¿Qué es lo que dije á mi padre?  
¿Qué te obliga á hacer locuras?  
¿Puede por fuerza casarme?  
No puede; y mas, que te busca  
Feliciano por mil partes,  
Obligado á defenderte  
Por mi inclinacion notable  
Al servicio de tu hermana.  
Por Dios, don Juan, que repares  
En la pena que me das.

DON JUAN.

No sé cómo puedo hablarte  
Con las desdichas presentes,  
Porque es razon que me alcancen.  
¿Que quien escucha, oiga mal!  
Lo que escuché fué bastante  
Para temer la caída  
De mi fortuna mudable.  
Si tu padre, prenda mía,  
Con resolucion tan grande  
Quiere casarte, ¿qué importa  
Que tú con tu hermano trates  
Resistir su voluntad?

LEONARDA.

No hayas miedo que me case  
Con don Pedro, don Juan mio;  
Que si de mi hermano sabes  
Que desea concorte,  
No será mi padre parte  
Para casarme por fuerza.

DON JUAN.

¿Qué notables tempestades  
Corre esta pobre barquilla  
En dos tan breves instantes!  
¿Es posible que en dos dias  
Cosas por un hombre pasen,  
Que aun en dos años parecen  
Imposibles de contarse?  
Mil veces en mi aposento  
Pienso que puedo engañarme,  
Porque me niego á mí mismo  
Ser tan presto y ser verdades;  
O por lo menos que duermo  
Y que sueño disparates,

Por mas que los accidentes  
Concierten las amistades.  
Entré, Señora, en tu cuadra;  
Vi con doña Angela un ángel,  
Y por unas celosias  
De cabellos descuidarse  
Blanco marfil mal ceñido  
De lágrimas orientales.  
Vi dos manzanas de nieve,  
Escritas de azul esmalte,  
Y dije: «¡Bien haya el árbol  
Donde tales frutos nacen!»  
Luego vi encubrirse todo,  
Quedando solo en cristales  
Unos rayos que tenían  
Breves grillos de diamantes.  
Vine con esto mas loco,  
Olvidéme de mis males;  
Que no esperados placeres  
Olvidan grandes pesares.  
Prometime de tener  
Dueño que el mundo enviñase,  
Rico, noble, hermoso, ilustre,  
De alto valor, de alta sangre,  
En pago de la defensa  
Y alabanzas inmortales  
Que me deben las mujeres,  
Honras, virtudes, linajes,  
Desde que ceñí la espada,  
No sufriendo que afrentasen  
Mujer ninguna á mis ojos;  
Lo cual me ha costado cárcel,  
Heridas, perder la patria,  
Envidias, enemistades,  
Oficios, cargos, hacienda,  
Hasta que pude obligarte  
Con lo que sabes, Señora,  
Que te ha obligado á ampararme.  
Y apenas quise salir  
(No á dejar mis soledades,  
Sino por ver si te vía),  
Cuando el sueño se deshace,  
Oigo decir que te casas  
Y oigo decir que me maten.

LEONARDA.

Don Juan, un hombre valiente  
¿Tan tiernos extremos hace?  
Mirad que entrastes muy bravo,  
Para salir tan cobarde.  
¿Qué seguridad quereis  
Para que con vos me case?

DON JUAN.

Una firma sule ser  
Firmeza de amor constante.

LEONARDA.

Voy á escribir un papel.

DON JUAN.

Y ¿firmarásle?

LEONARDA.

Esperadme.  
Mal conoceis las mujeres  
Con amor.

DON JUAN.

El cielo os guarde.  
(Vase Leonarda.)

## ESCENA XI.

DON JUAN.

Fortuna, que á Sevilla me trujiste,  
Huyendo del rigor en que me hallaste,  
¿En qué mar á las Indias me embarcaste,  
Que con tal brevedad me enriqueciste?  
Mas no es el fin del bien que le con-  
side la posesion te descuidaste, [quiste,  
Pues para mas tristeza me alegraste;  
Que no hay alegre bien si el fin es triste.  
No me des dichas para no gozallas,  
No me des glorias para no tenellas,

Ni el breve bien que en esperanzas ha-  
[llas;  
Que no pudiendo asegurarse de ellas,  
Parece que es mas dicha no alcanzallas  
Que vivir con el miedo de perdellas.

### ESCENA XII.

FELICIANO.—DON JUAN.

FELICIANO.

¿Quién es?

DON JUAN. (Ap.)

¡Notable desdicha!

FELICIANO.

¿Qué es lo que mandais aquí?

DON JUAN.

(Ap. Aunque perderla temí,  
Muy breve ha sido mi dicha.  
Aquí no hay otro remedio  
Sino decir la verdad;  
Que será temeridad  
Perder lo que hay de por medio.)  
¿Sois Feliciano?

FELICIANO.

Yo soy.

DON JUAN.

A vos os busco.

FELICIANO.

¿A qué efeto

Me buskais?

DON JUAN.

Yo soy don Juan  
De Castro y Portocarrero.

FELICIANO.

¿Sois el que á don Diego hirió?

DON JUAN.

Soy el que ha herido á don Diego.

FELICIANO.

Saco la espada.

DON JUAN.

Esperad,

Y sabréis á lo que vengo.

FELICIANO.

Vos á matarme vendréis.

DON JUAN.

Oídme, Señor, os ruego,  
Dos palabras.

FELICIANO.

Ya os escuchó,

Aunque es por cierto respeto.

DON JUAN.

¿Sabéis (que si lo sabréis)  
Que reñimos bueno á bueno  
Don Diego y yo?

FELICIANO.

Bien lo sé.

DON JUAN.

Pues según eso, ¿qué debo  
Entre caballeros nobles?

FELICIANO.

De todo estoy satisfecho.

DON JUAN.

Eso es cuanto á la herida;  
Porque á vos, que no á don Pedro,  
Doy esta satisfacción.

FELICIANO.

El término os agradezco.

DON JUAN.

Donde he estado retirado,  
Ha una hora que me dijeron  
Que la señora Leonarda  
Con noble y piadoso pecho  
Trujo á doña Angela aquí;  
Yo, como en fin forastero,  
No conociendo la partes,

Con el honor que profeso,  
Por las tapias de la huerta  
Desamparé el monasterio,  
Y aventurando la vida,  
A ver quien la trujo vengo.  
Entré loco por la casa;  
Pero en sabiendo los dueños,  
Os pido humilde (que es justo)  
Perdon de mi atrevimiento.  
Suplicoos que la ampareis  
Hasta que me vaya al Puerto;  
Que en casa tan principal  
Pienso que la puso el cielo.  
Con esto y vuestra licencia  
Al monasterio me vuelvo,  
Y si saliere justicia  
(Cosa que volviendo temo),  
Las manos me han de valer;  
Que á los pies poco les debo.

FELICIANO.

Puesto que yo soy amigo  
De don Pedro y de don Diego,  
Lo soy mas de la verdad  
Y del valor de los pechos.  
A estas horas puede ser  
Que esté don Diego muriendo.  
Ya que por tan justa causa  
En peligro os habeis puesto,  
No habeis de salir de aquí,  
Porque no es justo, ni quiero,  
Sino es que yo os acompañe;  
Que si de Leonarda el celo  
Fué amparo de vuestra hermana,  
Tambien obligado quedo  
Por ella, por vos, por mí  
Y por Leonarda, á teneros  
En mi casa hasta que vais  
Seguro á Cádiz ó al Puerto.  
¿Haos visto alguno en mi casa?

DON JUAN.

Ninguno.

FELICIANO.

Pues mi aposento,

Sin que lo entienda mi hermana  
Ni mi padre, daros quiero.

DON JUAN.

Echaréme á vuestros pies.

FELICIANO.

Aquel es el cuarto nuevo.  
Esta es la llave. Tomad,  
Id aprisa, cerrad presto,  
Y advertid que hay una puerta  
Por donde, si no hablais quedo,  
Os puede escuchar mi hermana.  
Por eso andad con silencio;  
Que á sus aposentos sale.

DON JUAN.

Mil años os guarde el cielo;  
Que desde hoy prometo ser  
Para siempre esclavo vuestro. (Vase.)

### ESCENA XIII.

FELICIANO.

¿Qué pudo imaginar mi pensamiento  
Que del alma viniese á la medida,  
Como ballar á don Juan, en cuya vida  
Estriba de mi amor el fundamento?  
Cuando temí, para mayor tormento,  
Mi muerte en el rigor de su partida,  
De los cabellos la ocasion asida  
Dispone á dulce fin mi atrevimiento.  
Ya estaba el alma sin tener sosiego,  
Vestida de mortal desconfianza;  
Pero valióme la esperanza luego; canza;  
Ella es el bien, mientras el bien se al-  
Que, como el árbol es materia al fuego,  
Así vive el amor con la esperanza.

### ESCENA XIV.

LEONARDA.—FELICIANO.

LEONARDA. (Ap.)

Como mi hermano ha venido,  
Don Juan se escondió.

FELICIANO.

Leonarda,

¿Qué hay de nuevo?

LEONARDA.

Que me aguarda

Un mal tambien prevenido.  
Con don Pedro está firmando  
Mi padre las escrituras.

FELICIANO.

En voluntades seguras  
¿Quién puede temer, amando?

LEONARDA.

Si tú no temes, yo sí;  
Que hacer ese casamiento  
Estorba mucho tu intento.

FELICIANO.

Leonarda, después que vi  
A doña Angela, que adoro,  
Sin saber quien es don Juan,  
Mil pensamientos me dan,  
Cuyos efetos ignoro.  
¿Quiéres á don Pedro bien?  
Quiéres casarte?

LEONARDA.

No hay cosa

Cual una pregunta ociosa,  
Con que mas penas me dén.

FELICIANO.

No te puedo encarecer  
Lo que me alegra escucharte;  
Porque á serlo solo es parte  
Querer tu ser su mujer.  
Este ha de ser enemigo  
De doña Angela, si muere  
Su hermano; pues quien lo fuere  
¿Cómo puede ser mi amigo?  
¿Tengo de tener cuñado  
Que á doña Angela persiga?

LEONARDA.

Feliciano, amor te obliga  
De un ángel bien empleado.  
Por tí no quiero casarme;  
Que tambien á mí me dan,  
Sin conocer á don Juan,  
Pensamientos de guardarme.  
Sin saber por qué, me guardo  
De lo que los dos intentan.

FELICIANO.

Por tu vida, que me cuentan  
Que es el hombre mas gallardo  
Que ha venido de Castilla;  
Que en un monasterio está,  
Donde á visitar le va  
Lo mas noble de Sevilla.  
¿Quiéres que vaya por él,  
Para que á su hermana vea?

LEONARDA.

Claro está que lo desea;  
Mas ¿cómo vendrás con él?

FELICIANO.

En un coche con recato.  
(Ap. Honor, no es esto ofenderos;  
Que antes es ennobleceros  
Lo que con Angela trato.)

LEONARDA.

Busca á mi padre, y dirás  
Esto que sabes de mí.

FELICIANO.

Yo voy. Advierte que aquí  
Esa palabra me das.



LEONARDA.

De don Juan digo que soy,  
Si tú quieres que lo sea,  
Aunque nunca á don Juan vea.

FELICIANO.

Loco por Angela estoy. (Vase.)

LEONARDA.

¡Bueno es ir por él agora,  
Y dentro de casa está!  
Vivid esperanza ya.—  
¿Oyes, Rufina?

## ESCENA XV.

RUFINA.—LEONARDA.

RUFINA.

Señora...

LEONARDA.

Abre ese aposento, y llama  
A don Juan.

RUFINA.

En él entré

Denantes, y no le hallé.  
Hice despacio la cama;  
Y como vi que no vino,  
Fuíme.

LEONARDA.

¿Dónde puede estar?

Que no habiendo otro lugar,  
Pareciera desatino.

¡Ay de mí! ¿Si se partió  
Temiendo mi casamiento?

RUFINA.

Pues él no está en mi aposento,  
Lo mismo imagino yo.

LEONARDA.

Él se fué desconfiado.

¿Qué haré? ¡Muerta soy! ¡Ay cielos!  
¡Extraña fuerza de celos!

RUFINA.

Si se fué, ¿qué te ha llevado,  
Que, los ojos de agua llenos,  
Haciendo extremos estás?

LEONARDA.

Del alma lleva lo mas,  
Del cuerpo lleva lo menos.

## ESCENA XVI.

DOÑA ÁNGELA, MARTIN. — DICHAS.

DOÑA ÁNGELA.

Leonarda...

LEONARDA.

Ángela...

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué es esto?

LEONARDA.

Don Juan es ido. Estoy loca.

DOÑA ÁNGELA.

¿Don Juan?

LEONARDA.

Con causa tan poca,  
Que se echa de ver cuán presto  
Olvida quien presto quiere.

MARTIN.

No era muy poco temer  
Ser de don Pedro mujer,  
Para que su muerte espere.

DOÑA ÁNGELA.

No me puedo persuadir  
Que me dejase mi hermano.

LEONARDA.

Pues que te ha dejado es llano,  
Para dejarme morir.

MARTIN.

Él no salió por la puerta.

LEONARDA.

Si salió; que siendo bien,  
Cuando se va, no le ven.

MARTIN.

Tu hermano viene.

LEONARDA.

¡Estoy muerta!

## ESCENA XVII.

FELICIANO.—DICHOS; después, DON JUAN.

FELICIANO.

Angela, para alegraros  
Os traigo lo mas que puedo:  
Dad los brazos á don Juan.

DOÑA ÁNGELA.

¿Don Juan, mi hermano?

LEONARDA.

¿Qué es esto?

(Sale don Juan.)

FELICIANO.

En un coche con amigos  
Le saqué del monasterio.

DOÑA ÁNGELA.

¿Cómo no hablas, hermano?

DON JUAN.

Porque enmudece el contento  
Que viene sin esperanza.  
Mucho á estos señores debo,  
Pues en tan grave desdicha  
Tanta merced nos han hecho.  
¿Es la señora Leonarda?

LEONARDA.

Yo soy, á servicio vuestro.

DON JUAN.

No solo os beso los pies,  
La tierra que pisan beso.

LEONARDA.

En extremo he deseado,  
Señor don Juan, conoceros;  
Que por allá habréis sabido  
Lo que á doña Angela quiero.

DON JUAN.

Sé la merced que la haceis,  
Digna de tan nobles pechos.  
Ya mi desgracia supistes.  
Con razon temo á don Pedro,  
Que es quien pretende matarme.  
(Ap. Mas ya me ha muerto de celos.)

LEONARDA.

¿Mataros? No lo creais:  
No matará, si yo puedo;  
Que hay muchos en esta casa  
Que pretenden defenderos.

DON JUAN.

Como el señor don Antonio  
Le quiere para su yerno,  
De que os doy el parabien,  
Con justa razon le temo.

LEONARDA.

Pues no temais; que he de ser  
(Aunque por padre le tengo)  
De quien quisiere mi hermano,  
Que solamente obedezco.

FELICIANO.

Yo te casaré, Leonarda,  
Y no será con don Pedro.

LEONARDA.

Mil veces te doy los brazos,  
Y el pensamiento agradezco.

FELICIANO.

¿Parécete bien?

LEONARDA.

Si, hermano.

MARTIN.

Abrace vusté al cajero  
De casa.

DON JEAN.

Con mucho gusto.

MARTIN.

Randas y cambrayes vendo.  
Si hay bodas, no hay que sacar  
De cal de Francos; que tengo  
Ciertas holandas, sutiles  
Mas que el propio pensamiento.  
Comencé sin una blanca,  
Y á la primer flota pienso  
Enviar cuarenta fardos,  
Y tresdoblando el dinero,  
Cargar dos naves que valgan  
Siete mil y cuatrocientos.  
Luego compro mi lugar  
Y en un coche me paseo,  
Miro grave y hablo culto  
Y quito el sombrero á dedos.  
Tres cosas hacen los hombres  
Y los levantan del suelo:  
Las armas, letras y el trato.  
Armas no las apetezco,  
Viendo mil soldados mancos  
Sopones de los conventos;  
Letras no las aprendi;  
Trato desde aqui comienzo.  
Fortuna, pues cres dama,  
Cuatro moños te prometo  
Y diez naguas de algodón,  
Con que estés gorda tan presto,  
Que encubras, por lo estofado,  
Las cantimploras del suelo.

RUFINA.

Mi señor viene.

FELICIANO.

Don Juan,

Volvéis al monasterio  
Que sabeis; que cada día  
Ir á buscaros prometo;  
Y fiad de esta palabra.

DON JUAN.

Honrais un esclavo vuestro. —  
Adios, señora Leonarda. —  
Adios, Ángela.

DOÑA ÁNGELA.

Los cielos

Os libren, don Juan.

LEONARDA.

Y os guarden

Para lo que yo deseo.

## ACTO TERCERO.

## ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, FELICIANO.

FELICIANO.

Quando don Pedro salia  
(Que por su causa no entré),  
Escuché que te decia:  
«Padre y señor»; con que fué  
Cierta la sospecha mia.

DON ANTONIO.

Pues ¿qué sospechas?

FELICIANO.

Sospecho  
Que habrás casado á Leonarda.

DON ANTONIO.

Tratado está, no está hecho.  
Como ser su esposo aguarda,  
De tu amistad satisfecho,

Entra por padre y señor  
Mas humilde que un deudor;  
Porque cuantos se han casado  
De esta manera han entrado,  
O sea interés o amor;  
Pero apenas pasa un mes,  
Cuando es suegro y del se afrentan,  
Y por cualquiera interés  
Entre las cosas le cuentan  
Que se aborrecen después.  
Pesales de ver que vive,  
Como de heredar los prive,  
Y dicen que un siglo dura.

FELICIANO.

Don Pedro á tanta ventura  
Justamente se apercibe;  
Pero no se la darás,  
A lo menos con mi gusto,  
Pues desobligado estás.

DON ANTONIO.

¿Has tenido algun disgusto  
Con don Pedro?

FELICIANO.

Yo jamás.

DON ANTONIO.

Pues dóysela yo por ti,  
Cuya amistad con exceso  
No es de gusto para mí,  
Y ¡agora sales con eso!  
¿No es tu amigo?

FELICIANO.

Señor, sí,  
Y á otros muchos preferido.

DON ANTONIO.

No, Feliciano: los dos  
Habeis reñido; ¿qué ha sido?

FELICIANO.

Amigos somos, por Dios;  
No habemos los dos reñido.

DON ANTONIO.

¿Hay pendencia? Hay amenaza?  
¿Habló mal de ti en ausencia?

Que hay amigos de esa traza:  
Lisonjean en presencia,  
Y murmuran en la plaza.  
Por mujer debió de ser;  
Alguna te habrá quitado.  
No niegues.

FELICIANO.

¡Yo! ¿Qué mujer?

DON ANTONIO.

Pues ¿cómo hoy te causa enfado  
Lo que abonabas ayer?

FELICIANO.

Porque mayorazgo era,  
Presumiendo que muriera  
Su hermano, y vive y está  
Fuera de peligro ya,  
Y que le dieras quisiera  
Mejor marido á Leonarda.

DON ANTONIO.

La palabra ¿no se guarda?

FELICIANO.

Digo, Señor, que es muy justo;  
Pero el no ser con su gusto  
Me detiene y acobarda.

DON ANTONIO.

Pues ¿qué gusto es menester?

¿Tengo yo de obedecer  
Á Leonarda, ó ella á mí?  
Yo le conocí por ti,  
Por ti será su mujer.  
Galas y joyas previno,  
De mi palabra fiado,  
Y cumplirla determino.

FELICIANO.

Temor notable me ha dado.

DON ANTONIO.

¿De qué?

FELICIANO.

De algun desatino.

DON ANTONIO.

¿Quién le ha de hacer?

FELICIANO.

Mi hermana.

DON ANTONIO.

¿Tu hermana?

FELICIANO.

Veráslo presto.

DON ANTONIO.

Pues fúndese en ser liviana,  
Y tú necio y descompuesto;  
Y casaréme mañana.

FELICIANO.

Pues has llegado á decir  
Disparate semejante,  
No te quiero persuadir.

DON ANTONIO.

Salte allá fuera, ignorante.

FELICIANO.

No es ignorancia sufrir.  
(Vase don Antonio.)

## ESCENA II.

FELICIANO.

En gran confusion me siento.  
Don Juan está en mi aposento,  
Yo por su hermana perdido,  
Y don Pedro prevenido  
Al injusto casamiento.  
¿Qué cortos plazos le dan  
Al mal! y el bien ¡cómo tarda!  
Todos en peligro están.  
Mas ¡ay cielos! ¡si Leonarda  
Quisiera bien á don Juan!

(Vase.)

Habitacion de Leonarda.

## ESCENA III.

DON JUAN, DOÑA ÁNGELA, LEONARDA, MARTIN.

LEONARDA.

¿Entrarás muy triste aquí?

DOÑA ÁNGELA.

Agraviás su voluntad.

DON JUAN.

Confieso la soledad  
Del tiempo que estoy sin tí;  
Pero luego que te veo,  
Vence la satisfacion  
Cuanto á la imaginacion  
Está pidiendo el desseo.

DOÑA ÁNGELA.

El cuarto de Feliciano  
De snerte compuesto está,  
Que en él consolar podrá  
Sus soledades mi hermano.  
Tiene muy ricas pinturas  
Y eseritorios excelentes.

DON JUAN.

Son de unos ojos ausentes,  
Ángela, sombras obscuras.  
Abrí la puerta y pasé  
Al de Leonarda; que aquí  
Amanece para mí  
El sol que anoche se fué.  
¿Cuál hombre, de cuantos trata  
Favorecer la fortuna,  
Acostada vió la luna  
En su círculo de plata?—  
¿No es verdad, Martín?

MARTIN.

Señor,

La luna es húmeda y fría,  
Y comparalla sería  
Con Leonarda, poco amor.  
Cada mes su condicion  
Hace trecientas mudanzas,  
Que para tus esperanzas  
Contrarios efectos son.  
¿De qué le sirve crecer  
A quien luego ha de menguar?  
Quien cuartos pudo inventar,  
¿Pudo ser buena mujer?  
Demás, que fué gran hajeza  
Trocar en cuartos su plata  
Por premio, ofendiendo ingrata  
Su misma naturaleza.  
El cerro del Potosí  
Ha hecho lo que ha podido;  
Que hablemos en él os pido,  
Y no haya cuartos aquí.

LEONARDA.

¿Cómo podré entretener  
Á don Juan mientras se esconde?

MARTIN.

Lo que el amor te responde  
No quiero yo responder.

LEONARDA.

Pero jugando ó hablando  
Habrá de ser.

MARTIN.

Pues contemos  
Cuentos, porque no podremos  
Entretenernos bailando;  
Que si no, yo y la mulata  
Sabemos un gateado,  
Que capona y rastreado  
Son cuartos, y estotro plata.

DON JUAN.

Si llega tan dulce día  
Que yo tenga libertad,  
Verémos tu habilidad.

LEONARDA.

Pues comienza, Ángela mía.  
(Siéntanse los tres.)

DOÑA ÁNGELA.

Yo no sé cuento ninguno;  
Pero también entrefienen  
Cosas varias; y así, os quiero  
Hacer de un pleito jueces.  
Había un hombre de bien,  
Gran defensor de mujeres,  
Que tenía cierta hermana  
Que le acompañaba siempre.  
Llamábase el hombre Otavio,  
La dama Olimpia, y dos veces  
Se vieron, por defenderlas,  
Cerca de prision ó muerte.  
Defendió una dama un día,  
Y ella también le defiende;  
Enamórase los dos,  
Los dos casarse pretenden.  
El hermano de esta dama  
Vió á la hermana del ausente,  
Enamoróse también,  
Y ella dicen que le quiere.  
En fin, por temor de Otavio,  
A decirlo no se atreve.  
Agora os ruego, señores,  
Que me digáis cómo puede  
Vivir Olimpia, si amor  
Difícilmente se vence.

LEONARDA.

¿Queréis que responda yo?

DOÑA ÁNGELA.

Claro está que lo desseo.

LEONARDA.

Pues haga Olimpia el empleo

A que Otavio la obligó,  
Pues que la enseña á querer;  
Y los hermanos trocados  
Quedarán en paz casados.

DON JUAN.

¿Qué puedo yo responder?

MARTIN.

¡Brava cifra! ¡Pesía tal!  
¡Qué enigma tan encubierta!  
Si la quiere descubierta  
Leonarda, ¿qué dicha ignal?

LEONARDA.

Si quiero, y le pediré  
Las albricias á mi hermano.  
Pero oíd un sueño.

MARTIN.

En vano  
Sueñas; ya no hay para qué.

LEONARDA.

La madre de las tinieblas  
En la silla de su imperio  
Daba las puertas al hurto  
Y las llaves al secreto;  
Estaban todas las cosas  
En un profundo silencio,  
Hasta la envidia dormía  
(No hay mas encarecimiento),  
Cuando soñé que en un prado  
Estaba sola durmiendo,  
A cuyas flores servía  
De abanillo el manso viento,  
Y que vino un pardo azor,  
De un águila negra huyendo,  
Que se amparaba en mis brazos,  
Y que por tenerle en ellos  
Desperté, y vi que me había  
Llevado del pecho abierto  
El corazón en las uñas.  
¿Qué podrá ser este sueño?

MARTIN.

Notables andaís de cifras.  
Que no lo entiende, os prometo,  
Uno de aquestos que saben  
Castellano como griego.  
Declaráos un poco mas,  
Y lo que decís sabrémos.

DON JUAN.

Si te llevó el corazón,  
Paloma andaluz, durmiendo  
El pardo azor de Castilla,  
Hago testigo á los cielos  
Que te dejó toda el alma.

MARTIN.

¡Oh qué fin para un soneto!  
Nueva manera de amor,  
Seguidillas en requiebros.  
Azor de Castilla,  
Paloma andaluz;  
¡Quién los venga, madre,  
Comer alcuenza!

DON JUAN.

Este está borracho ya.

MARTIN.

¡Pluguiera á Dios!

LEONARDA.

Di tu cuento.

DOÑA ÁNGELA.

¡A gentil entendimiento  
Encomendado se ve!

MARTIN.

¿Tan linda te ha parecido  
La cifra que nos dijiste?

DOÑA ÁNGELA.

Yo me entendí.

MARTIN.

¿Si entendiste?  
Pues todos te han entendido.

DON JUAN.

¡Ay, mi Leonarda! Si viera  
A doña Angela casada  
Con tu hermano, y que empleada  
Mi vida y alma estuviera  
En tus méritos divinos,  
¡Qué vida fuera la mía!  
La fuerza de esta alegría  
Me hace pensar desatinos.  
Esta ciudad generosa  
Fuera mi patria: saliera  
Al alba; pero no fuera  
A buscar jazmin y rosa  
Al campo, sino á mi lado,  
Porque lo hallara en tu cara;  
Y yo en tus ojos hallara  
Luz serena y sol dorado.

Viera regalada mesa  
Tan alegre al mediodía,  
Que de tanta dicha mía  
Aun á mi propio me pesa.  
Cuando la noche en su abismo  
Cerrara el cielo español,  
Durmiera yo con el sol,  
Antipoda de mi mismo.  
¿Qué príncipe, qué señor  
Tan descansado viviera?

MARTIN.

Por Dios, que no le dijera  
Tal requiebro un labrador.

DON JUAN.

Pues ¿qué le puedo decir?

MARTIN.

Grosero amador estás.  
Aqui no has hablado mas  
Que de comer y dormir.

DON JUAN.

¿Sabes tú mas?

MARTIN.

Si, en verdad.

DON JUAN.

¿Eres tú culto, por dicha?

MARTIN.

Eso fuera por desdicha,  
Que no por habilidad.  
Dejo las cosas divinas,  
A que un hombre está obligado  
Después que se ha levantado:  
Ya, Señor, las imaginas.  
Pero después de comer,  
¿No era justo regalar  
Tu esposa, y ver el lugar?  
Que una mujer quiere ver.

DON JUAN.

Bien es, Martin, que me riñas.  
Los deseos me engañaron.

MARTIN.

¿Por qué piensas que llamaron  
Á las de los ojos niñas?  
Porque fué su condicion  
Ver cuanto pasa, y tambien  
El desear cuanto ven;  
Que así las mujeres son.  
Llevémosla á cal de Francos;  
Que mil mujeres ha habido  
Que, por no ver lo encogido,  
No dan limosna á los mancos.  
Llevémosla por el río  
En un encerado barco;  
Que una ventana con marco  
Hará triste el humor mío,  
Vea el sábado salir  
Del agua á la blanca arena,  
De lama y de conchas llena,  
Y entre las redes bullir.  
Vea cómo se alborota,  
Preso del cáñamo y plomo  
En otro elemento, y cómo  
La ludosa red azota.

Vaya en el coche tambien  
Por el campo de Tablada;  
Que una mujer festejada  
Sabe que la quieren bien.  
O á la comedia; que algunas  
Saben dejar los chapines,  
Si hay rótulos buratines  
Con su ramo de aceitunas.  
Vaya á esas huertas vecinas,  
Vea frutas, corte flores;  
Que no todos los amores  
Se cubren de las cortinas.  
Siempre fué mi parecer  
Que el que es discreto, don Juan,  
Nunca ha de ser mas galán  
Que de su propia mujer.

#### ESCENA IV.

RUFINA, alborotada. — Dichos.

RUFINA.

¡Ay, Señora! ¿Cómo estás  
Con descuido tan notable?  
Que tu hermano y mi señor  
Riñeron sobre casarte.  
Jura que esta noche misma  
Ha de ser. Mira qué haces;  
Que están las joyas en casa,  
Ricas telas y diamantes,  
Y el sastre á la puerta, muerto  
Por dividir en mil partes  
Primaveras y tabies.

MARTIN.

Ya no saldremos las tardes  
Por sábalos.

LEONARDA.

Aun no puedo  
Mover la lengua.

DON JUAN.

Ni hables,  
Pues has gustado, Leonarda,  
De engañarme y de matarme.

LEONARDA.

¡Yo engañarte, mi señor!  
¿Cómo puedo yo engañarte,  
Si me ha de costar la vida  
El no sufrir que me case?

MARTIN.

Lo que mas siento, Rufina,  
Es saber que el sastre aguarde  
A echar por esos tabies,  
Como por cerros y valles,  
Aquella santa tijera,  
Que tales milagros hace.  
Cuando la perdida España  
Se ganó de los alarbes,  
Mandó Pelayo salir  
A todos los oficiales.  
Que saldrian respondieron  
De buena gana los sastres  
A pelear con los moros  
Cuando un pendon acabasen,  
Para que van allegando  
Pedazos chicos y grandes;  
Pero, con haber mil años,  
No hay remedio que le acaben,  
Y puede llegar á Roma  
Si los pedazos juntasen.

DON JUAN.

Yo no sé mejor remedio.  
Di á tu hermano y á tu padre  
Lo que don Diego decía;  
Que si tal infamia saben,  
Y que por eso le hirieron,  
No es posible que te casen.

LEONARDA.

Eso ya estuviera hecho,



Don Juan, si fuera importante;  
Mas si llega á su noticia,  
¿Cómo no te persuades  
Que los han de hacer pedazos?

DON JUAN.

Pues ¿qué importa que los maten;  
A trueco de verte libre?

LEONARDA.

Eso es locura.

DON JUAN.

Pues dame  
Algun remedio, que muero,  
Mas que nunca viva nadie.

RUFINA.

Tu padre.

LEONARDA.

Escondéos los dos.

DON JUAN.

¿Quién habrá que no se canse  
De tanto esconder?

DOÑA ÁNGELA.

Quien tiene

Amor.

DON JUAN.

No hay amor que baste.

(*Vanse don Juan, doña Angela, Martin  
y Rufina.*)

### ESCENA V.

DON ANTONIO. — LEONARDA.

DON ANTONIO.

¿Cómo, Leonarda! ¿Es posible  
Que á ver las joyas no sales,  
Siendo propio en las mujeres  
Con las galas alegrarse?  
Mira que están los criados  
De don Pedro para darte  
Tal presente, que es razon  
Que le agradezcas y alabes.  
¿Qué es esto? ¿No me respondes?

LEONARDA.

Señor, por no declararme,  
No te respondo.

DON ANTONIO.

Bien dices;

Que, puesto que te declares,  
Has de hacer mi voluntad,  
Porque engendrarte y criarte  
Me ha dado este imperio en tí.

LEONARDA.

¿Hacen el alma los padres?

DON ANTONIO.

No, sino el cuerpo; que el alma  
Dios la infunde.

LEONARDA.

Si en tres partes

Se divide el alma, y una  
Es la voluntad, ¿no sabes  
Que no es tuya, sino mía?  
Que aun Dios no quiso quitarme  
La libertad, con ser Dios.  
Fuera de esto, que es bastante,  
El bien que se da una vez,  
No fué de nobles quitalle.  
Si el cuerpo me diste, ¿es bien  
Que como á dueño le inandes?  
Ya es mío, pues me le diste:  
Mira que es en hombres graves  
Pedir lo que dan, bajeza.

DON ANTONIO.

¿Hay libertad semejante?  
Mas vén acá; que no quiero,  
Como era justo, enojarme.  
¿Cuál es mejor casamiento?  
¿Que con extraño te cases

O con el que mas conoces?  
¿No es mejor, hija, emplearte  
En quien puedas tú decir,  
Por conocerle y tratarle,  
Que está dentro de tu casa?

LEONARDA.

Suplicote que repares  
En la palabra que has dicho.

DON ANTONIO.

¿Cómo?

LEONARDA.

Yo quiero casarme  
Con quien en tu casa vive.

DON ANTONIO.

Ahora quiero abrazarte  
Y echarte mi hendidion,  
Y á los dos, Leonarda, alcance.  
(*Vanse.*)

Habitacion de Feliciano.

### ESCENA VI.

DON JUAN, DOÑA ÁNGELA, MARTIN.

MARTIN.

En efecto ¿nos vamos?

DON JUAN.

No es posible  
Aguardar á que venga el nuevo esposo.

DOÑA ÁNGELA.

Culpo, don Juan, tu condicion terrible.

DON JUAN.

¿Cuál hombre tan aprisa fué dichoso?

DOÑA ÁNGELA.

Queriéndote Leonarda, es imposible  
Darle la mano.

DON JUAN.

Un padre es poderoso.

MARTIN.

No hay padre en voluntades de mujeres.

DON JUAN.

¿Qué viento no mudó sus pareceres?

MARTIN.

Y ¿dónde quieres ir?

DON JUAN.

Quiero embarcarme,  
Pues fuera de peligro está don Diego.  
Aqui puedes, doña Angela, esperarme,  
Que á despedirme de Leonarda llevo,  
Pues, porque así es razon, quiero forzar-  
[me.]

No se queje de mí. — Tú, parte luego,  
Y aperebte la ropa que trujiste.

MARTIN.

Yo voy.

(*Vanse don Juan y Martin.*)

### ESCENA VII.

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)

Yo quedo enamorada y triste.  
Pasa la mar el mercader que aspira  
A enriquecer, y por la extraña tierra  
De su querida patria se destierra:  
Ni el frio teme ni el calor admira.  
Del bien gozoso que en su gloria mira,  
En alta nave la riqueza encierra;  
Y sin temer del elemento guerra,  
Las ondas rompe, por llegar suspira.  
Mas cuando ya la patria se la daba,  
Corre tormenta en el vecino puerto,  
Y halló la muerte cuando no pensaba.  
Así por este mar del mundo incierto

Contenta mi esperanza navegaba;  
Perdonóla la mar, matóla el puerto.

### ESCENA VIII.

DON ANTONIO. — DOÑA ÁNGELA.

DON ANTONIO.

¿Quién se queja y habla aquí?

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)

Ya me ha visto: ¿qué desgracia!

DON ANTONIO.

Mujer de tan buena gracia

¡En mi casa vive así!

¿Quién sois?

DOÑA ÁNGELA.

Señor...

DON ANTONIO.

No os turbeis.

DOÑA ÁNGELA.

Señor, de vuestro valor

Bien puedo fiar mi honor.

DON ANTONIO.

Seguramente podeis.

DOÑA ÁNGELA.

Don Juan de Castro es mi hermano;

Por la herida de don Diego

Vino á su posada luego,

Con don Pedro, Feliciano.

Piadoso me trujo aquí.

DON ANTONIO. (*Ap.*)

Ahora entiendo la historia.

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)

Esperanzas de mi gloria,

Paciencia, que ya os perdí.

DON ANTONIO.

(*Ap.* No de balde Feliciano

El casarse defendía

Su hermana.) Y ¿aquí os tenia?

DOÑA ÁNGELA.

No me ha tocado una mano.

DON ANTONIO.

De tan principal mujer

Estoy yo muy satisfecho.

Vuestro hermano ¿qué se ha hecho?

DOÑA ÁNGELA.

(*Ap.* ¿Qué tengo de responder?)

A Sanlúcar fué, Señor.

DON ANTONIO. (*Ap.*)

Encerrarla quiero aquí.

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué quereis hacer de mí?

DON ANTONIO.

Asegurar un temor.

No lemais; que en mi aposento

Estaréis mas recogida.

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)

¡Ay esperanza perdida!

Cobrad vida y nuevo aliento.

DON ANTONIO.

Entrad; que os quiero cerrar.

DOÑA ÁNGELA.

Como no salga de aquí,

Ya no es prision para mí.

DON ANTONIO.

¿Qué decis?

DOÑA ÁNGELA.

Que quiero entrar.

(*Entrase.*)

DON ANTONIO.

Por Dios, que no ha de salir

Hasta que case á Leonarda.

## ESCENA IX.

RUFINA.—DON ANTONIO.

RUFINA.

Don Pedro, Señor, te aguarde.

DON ANTONIO. (Ap.)

Agora puedo decir

Que está seguro mi intento,

Pues quitada la ocasión

Se pondrá en ejecución

De Leonarda el casamiento. (Vase.)

## ESCENA X.

MARTIN, con la ropa.—RUFINA.

MARTIN.

¿Puedo entrar?

RUFINA.

Puedes entrar.

MARTIN.

Vengo, Rufina, ¡ay de mí!

A despedirme de ti,

Hechos los ojos un mar,

Un mar de llanto y enojos.

RUFINA.

Ya veo yo, Martin amigo,

La tormenta que contigo

Están corriendo tus ojos.

MARTIN.

¡Ay, ay, ay!

RUFINA.

El ay, ay, ay

Há mucho que ya pasó.

MARTIN.

¿No lloras, Rufina?

RUFINA.

¿Yo?

¿Acuérdase del Cambray,

Con qué pescó los quinientos?

Pues dígame, ¿qué me dió?

MARTIN.

¿Qué había de darte yo?

RUFINA.

Por lo menos los docientos.

MARTIN.

Esos no te faltarán;

Pero mira que nos vamos.

RUFINA.

Mujeres solo lloramos

Cuando se van los que dan.

MARTIN.

Sí; pero huélgome aquí

De que naciese mulata;

Que aunque no quieras, ingrata,

Te pondrás luto por mí.

¿Que no te mueva á piedad

Haber besado el mastín?

Eres su parienta al fin,

Usas la misma crueldad.

¿Cuál hombre pasó en el mundo

La noche que yo pasé?

De la cocina rodé

Al sótano mas profundo.

Tú sabes dónde dormí,

Cercado con mil cuidados

De orinales vidriados.

## ESCENA XI.

LEONARDA, DON JUAN. — Dichos.

DON JUAN.

El confiarme de ti

Ha de ser para mi daño.

LEONARDA.

No hayas miedo que lo sea.

DON JUAN.

En fin ¿quieres que te crea?

LEONARDA.

Tú sabes que no te engaño.

DON JUAN.

¿Dónde doña Ángela está,

Martin?

MARTIN.

¿No está con Leonarda?

LEONARDA.

Conmigo no.

MARTIN.

Pues aquí

La dejé mientras juntaba

La ropa.

DON JUAN.

Y tú ¿no la has visto,

Rufina?

RUFINA.

¿No puede en casa

Andar doña Ángela libre?

MARTIN.

Si con Leonarda no estaba,

No hay aposento en que esté.

DON JUAN.

Habla, Leonarda, ¿qué aguardas?

¿Hame llevado tu hermano,

Como sabe que te casas,

A mi hermana? ¿Bueno quedo

Sin la suya y sin mi hermana!

¡Vive Dios, que si esto fuese,

Que pienso que tal infamia

Me obligaría!...

LEONARDA.

Don Juan,

Paso, y con dignas palabras

De quien eres y quien soy.

DON JUAN.

¿Qué palabras hay honradas

Donde no lo son las obras?

LEONARDA.

Mira que conmigo hablas,

Y que si eres defensor

De las mujeres, y tratas

Mal mi respeto, diré

Que las mujeres engañas.

DON JUAN.

Leonarda, si esta traición

Procede de vuestra culpa,

Bien sabes que me disculpas

Mi honor y buena opinión;

Porque no será razón,

Donde es la ofensa tan llana,

Que tengas defensa humana,

Pues muy atrevida quieres

Que defiendan las mujeres

Y no defiendan mi hermana.

¿Sería buena defensa

Que, por defenderte á ti,

Me hiciese tu hermano á mí

En el honor esta ofensa?

Cuando tú te casas, ¿piensa

Que ha de merecer su mano?

Pues no quiera Feliciano

Que vuestra casa alborote;

Que, aunque pobre, tiene en dote

Ser quien es, y yo su hermano.

Mi hermana ha de parecer;

Porque, en llegando á mi honor,

No hay hermosura ni amor

Por quien le deje ofender.

No he defendido mujer

Con mas razón en mi vida.

Dámela, si eres servida;

Basta que, de mi adorada,

Quedes, Leonarda, casada,

No doña Ángela perdida.

Mira tú si á tu hermosura

Igual respeto he guardado,

Pues la espada no he sacado

Para hacer una locura.

Mi honor puesto en aventura,

Y ¡yo tan cuerdo y discreto!

Pondré la furia en efecto,

Aunque le pese á mi amor;

Que no es bien perder mi honor,

Por no perderte el respeto.

LEONARDA.

Tente, espera; que no sé

Que pueda haberte ofendido

Feliciano, y si esto ha sido,

Satisfacerte podré.

Yo misma te vengaré;

Yo seré tuya si quieres;

No te vayas, no te alteres.

Ángela me toca á mí,

Porque he aprendido de ti

A defender las mujeres.

Si yo soy tuya, no es bien

Que de mi hermano te quejes;

Cuando la tuya le dejes,

Conmigo quedas tambien.

Seré tuya aunque me den

Mil muertes: cierra los labios,

Mi bien; que los hombres sabios

Cuando se ven agraviar,

Aunque mueran por callar,

No publican los agravios.

A mi padre, al mundo, al cielo

Diré que soy tu mujer.

DON JUAN.

Martin, ¿qué tengo de hacer

Entre tanto fuego y hielo?

MARTIN.

¿Qué puede darte recelo

En tanta seguridad?

DON JUAN.

¿No sería necesidad?

MARTIN.

No, sino razon prudente;

Que si alguna mujer miente,

Veinte mil tratan verdad.

Aman, quieren y aventuran,

Cantan, bailan y entretienen,

Solicitan, van y vienen,

Limpian, regalan y curan.

Nuestro descanso procuran;

Por ellas hay tanta historia

Que guarda eterna memoria:

La casa en que no hay mujer

Como limbo viene á ser,

Ni tiene pena ni gloria.

Lisonja te hago en decir

Que las quieras y las creas,

Porque yo sé que desear

Honrallas basta morir.

Sin mujeres no hay vivir;

Que aun Dios vió que convenia

Darle á Adán su compañía;

Que el mas valiente que ves,

Lloró, en naciendo, á sus piés,

Pensando que las perdía.

DON JUAN.

Ahora bien, aunque no tenga

En toda mi vida honor,

Quiero que mi justo amor

Espada y mano detenga.

Don Pedro á casarse venga,

Tu palabra quiero ver;

Que si supe defender

Mujeres, en esta ofensa

Será la mayor defensa

Fiar mi honor de mujer.

Que solo su defensor

Aquel puede ser llamado

Que su honor les ha fiado;

Y su enemigo mayor

Quien no les fia su honor.

Yo pongo en ti mi esperanza:

Bueno es hacer confianza  
De mujeres principales ;  
Que hacerlas todas iguales  
Es la mas necia venganza.  
Cuánto les debo me acuerdo,  
Puesto que conozco ya  
Que algun maldiciente habrá  
Que no me tenga por cuerdo.  
Con justa causa me pierdo  
Y me obligo á defendellas ;  
Que mas quiero yo por ellas  
Quedar contento de amallas  
Y engañado por honrallas,  
Que libre por ofendellas.  
(*Vanse don Juan y Rufina.*)

MARTIN.

¿Puede haber mayor valor?

LEONARDA.

Él verá si le hay en mí.

## ESCENA XII.

FELICIANO.—LEONARDA, MARTIN.

FELICIANO.

¿Estaba don Juan aqui?

LEONARDA.

Yo detuve su furor,  
Asegurando su honor  
Por excusarte la muerte.

FELICIANO.

¿Cómo hablas de aquesa suerte?

LEONARDA.

Pues ¿cómo tengo de hablarte,  
Si has querido aventurarte  
A infamarme y á perderte?

FELICIANO.

¿Qué es lo que dices, Leonarda?

LEONARDA.

Que por no verte perder,  
Tengo de ser su mujer.

FELICIANO.

Lo mismo pretendo; aguarda.

LEONARDA.

Ya la traicion te acobarda :  
¿No era al principio mejor?  
¿A un hombre de tal valor  
A su hermana le has quitado,  
Habiéndote confiado  
Liberalmente su honor!

FELICIANO.

¿Yo quitado! ¿Estás en tí?

LEONARDA.

Di dónde la tienes, presto.

FELICIANO.

En tu aposento la he puesto,  
Desde entonces no la vi ;  
Y sospechoso de mí,  
Don Juan se la habrá llevado.  
Y pues ya te has declarado,  
Yo le tengo en mi aposento,  
Porque solamente intento  
Verme de su hermana honrado.

LEONARDA.

¿Tú has escondido á don Juan?

FELICIANO.

En mi cuarto le he tenido,  
Y él á su hermana ha escondido  
Porque á don Pedro te dan ;  
Que ya juntándose están  
Sus deudos para venir  
A casarse.

LEONARDA.

Tú has de ir  
A darle satisfacción.

FELICIANO.

Antes de hacerle traicion,  
Quiero mil veces morir.

(Vase.)

## ESCENA XIII.

LEONARDA, MARTIN.

LEONARDA.

Pues di, Martin, ¿á qué efeto  
Don Juan con esta mentira  
Culpa á mi hermano? Eso ¿mira  
A mi defensa y respeto?  
¿Cuál hombre noble y discreto  
Tal hubiera imaginado?  
¿Dónde, Martin, la has llevado?  
Tú la tienes, esto es cierto,  
Y que ha de costarte muerto  
La vida que me has quitado.

MARTIN.

Esto solo me faltaba.

LEONARDA.

¿Dónde está? Dímelo presto ;  
Que te sacaré los ojos,  
Si no me lo dices luego.

MARTIN.

Mira que nos ha engañado  
Feliciano, y que es enredo ;  
Que don Juan trata verdad.

LEONARDA.

No lo creo.

MARTIN.

¿No lo creo?  
¡Plega á Dios, si la he llevado,  
Que vuelva á darme otro beso  
El mastin de la cocina .  
Y que entre gatos y perros  
Pase otra noche tan mala!  
Pero déjame entrar dentro ;  
Que quiero hablar á don Juan. (*Vase.*)

LEONARDA.

¿Qué fin tendrán mis sucesos?

## ESCENA XIV.

DON ANTONIO.—LEONARDA.

DON ANTONIO.

Paréceme que te burlas  
De mi obediencia y respeto.  
Tres recados te he enviado  
De que ya viene don Pedro.  
¡Bien agradecida estás,  
Que aun sus joyas no te has puesto!  
¿Qué tristezas son, Leonarda,  
Estas que afligen tu pecho?  
¿No basta ser gusto mío?  
No basta que yo lo quiero?  
¿En qué andáis los dos hermanos?  
¿Quereis acabarme presto?  
¿No basta que diga un padre:  
«Dada la palabra tengo»?  
No ha menester una hija  
Saber cuál hombre, cuál dueño  
Su padre le quiere dar;  
Que hay tal diferencia en esto,  
Que ella escoge con los ojos,  
Y él con el entendimiento.  
Solo que te diga yo,  
Que solo tu bien deseo :  
«Cásate con quien hallares  
Dentro de aquel aposento,  
Basta para obedecerme,  
Y para saber que acierto.

LEONARDA.

Pues esa es tu voluntad,  
Digo, Señor, que obedezco. (*Vase.*)

## ESCENA XV.

DON PEDRO, *galán*; ACOMPAÑAMIENTO.  
—DON ANTONIO.

DON PEDRO.

Vengo á servirte y honrarme,

Señor, con todos mis deudos.  
Dame tus piés.

DON ANTONIO.

Con los brazos  
Sale á recebirte el pecho.

DON PEDRO.

¿Adónde está Feliciano?  
¿Qué poca ventura tengo!  
¿No honrarme en esta ocasion!

DON ANTONIO.

Yo y Feliciano tenemos  
Cierto disgusto.

DON PEDRO.

¿Soy yo  
La causa? ¿No está contento  
De ser mi cuñado? ¿Ya  
Este nembre y parentesco  
Le ha quitado el de mi amigo?

DON ANTONIO.

Vais de la ocasion muy lejos.  
Hele escondido una dama,  
Y con este pensamiento,  
Lo que siente por amor,  
No lo dice por respeto.

DON PEDRO.

¿Cómo no viene Leonarda?

DON ANTONIO.

Entremos en su aposento ;  
Que ya debe de aguardar.

## ESCENA XVI.

*Alzan el tapiz de una puerta, y vese á*  
DON JUAN y LEONARDA, *dadas las*  
*manos.*—Dichos.

DON ANTONIO.

¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

DON JUAN.

Es que estoy con mi mujer,  
Y de la mano la tengo.

DON PEDRO.

Pues si la tienes casada,  
¿Cómo, don Antonio, has hecho  
A un caballero esta burla?

DON ANTONIO.

¿Yo burla? ¡Viven los cielos,  
Que ha de morir el traidor!

LEONARDA.

Paso, Señor ; que no pienso  
Que se dejará matar,  
Y yo disculpada quedo,  
Pues me mandaste casar  
Con quien en este aposento  
Hallase. Yo hallé á don Juan:  
Lo que mandaste obedezco.

DON ANTONIO.

¿Hay tal maldad? ¡Feliciano!  
Feliciano!

DON PEDRO.

Si don Pedro

Es el agraviado, él basta.

DON ANTONIO.

Mi aposento me han abierto.

## ESCENA XVII.

*Alzan por la otra parte el tapiz de otra*  
*puerta, y vese á FELICIANO y DOÑA*  
*ANGELA, de las manos.*—Dichos.

FELICIANO.

Abrile yo con razon,  
Las tiernas voces oyendo  
Que mi mujer daba en él.



DON ANTONIO.

¿Qué mujer? Traidor, ¿qué has hecho?

DON JUAN.

Siendo la mujer mi hermana,  
Yo Castro y Portocarrero,  
No hay que preguntar quién es.  
Si la herida de don Diego  
Fué riñendo en ocasion  
Como honrado caballero,  
Y él me pudo herir á mi,  
Bien sabéis que no le ofendo;  
Pero si estais ofendidos...

DON PEDRO.

Señor don Juan, yo no siento  
Mas herida que perder  
La esperanza y el deseo.

Pero no se pierda todo.  
Dadme los brazos; que quiero  
Ser vuestro amigo y de todos.

DON JUAN.

Honrad, Señor, vuestro yerno;  
Que, aunque pobre, tiene sangre  
Del conde de Andrada y Lémos.

DON ANTONIO.

Cien mil ducados de dote  
Os quiero dar, porque al *Premio*  
*Del bien hablar* demos fin.

DON JUAN.

No le deis sin que primero  
Salgan Martín y Rufina.

## ESCENA XVIII.

*Salen de las manos MARTIN y RUFINA,*  
*vestidos de novios de graciosidad. —*  
Dícnos.

MARTIN.

Aquí, Senado discreto,  
Están Rufina y Martín;  
Que nunca salgo de perros.

RUFINA.

Yo he menester un padrino.

MARTIN.

A mis bodas, caballeros,  
Convido para mañana,  
Si no es que antes me arrepiento.



# LOS TELLOS DE MENÉSES,

## PRIMERA PARTE 1.

### PERSONAS.

TELLO EL VIEJO.  
TELLO, *su hijo*.  
MENDO, *villano, gracioso*.  
SANCIO, *villano*.  
FORTUN, *labrador*.  
AIBAR, *labrador*.

DON RAMIRO.  
BATO, *villano*.  
LAURA, *labradora*.  
INÉS, *villana*.  
ORDOÑO I, REY DE LEON.

DOÑA ELVIRA, *infanta*.  
DON NUÑO.  
SILVIO.  
BENITO.  
VILLANOS.  
CRIADOS.

*La escena es en Leon y en las montañas de este reino.*

### ACTO PRIMERO.

Habitacion de la Infanta en el real alcázar de Leon.

#### ESCENA PRIMERA.

LA INFANTA DOÑA ELVIRA,  
DON NUÑO.

INFANTA.

Parecerá loca accion  
A quien la virtud ignora.

DON NUÑO.

¡Extraña resolucion  
En una heroica señora,  
Hija de un rey de Leon!  
Otros medios puede haber.

INFANTA.

Ansi pienso defender  
Cauta mi honor y decoro,  
Al querirme hacer de un moro  
Un rey cristiano mujer.

DON NUÑO.

Ejemplos hay conocidos  
De mujeres que supieron  
Reducir á sus maridos,  
Y que á la fe los trujeron  
Los brazos y los oídos.  
Tal con el rey de Valencia  
Tu hermosura y tu prudencia,  
Señora, pudieran ser,  
Y al mayor ejemplo hacer,  
Si no igualdad, competencia.  
Casa con él; que, aunque moro,  
En las virtudes sin fe  
Es un archivo, un tesoro;  
Y aunque fuera della esté,  
Sabrá guardarte decoro.  
Hace el Rey esta amistad  
Por ganar la voluntad  
Del de Córdoba y Toledo,  
No porque les tiene miedo,  
Por mayor seguridad  
Que nadie se ha de mover  
En siendo Tarfe su yerno.

INFANTA.

Primero pudiera ser  
Volverse gloria el infierno  
Que ser de Tarfe mujer.

En lugar de flores bellas,  
Nuño, nacerán estrellas,  
Y los peces de los rios  
Trocarán sus centros frios  
Al manto que esmaltan ellas.  
Primero el feoz denuedo  
Del arrogante leon  
Tendrá de un cordero miedo,  
Será firme la ocasion,  
Y se estará el tiempo quedo.  
Cesarán la competencia  
Los elementos furiosos  
De su inmortal resistencia,  
Y no tendrán envidiosos  
Privanza, virtud ni ciencia.  
Será la flaqueza fuerte,  
Tendrá venturosa suerte  
El bien con la ingratitud,  
Enfadará la salud  
Y será dulce la muerte.

DON NUÑO.

¡Resuelta en efeto estás  
De que el conde castellano  
Te favorezca?

INFANTA.

Hoy verás

Del moro el intento vano,  
Y el de mi padre, que es mas.  
No juzgues á desvario,  
Nuño, el pensamiento mio:  
Siendo forzoso ausentarme,  
Nadie puede remediarme  
Mejor que el Conde, mi tio.  
Heme liado de ti,  
De tu valor confiada,  
Para defenderme así;  
Que yo sé que iré guardada  
De ti mejor que de mi.

DON NUÑO.

¡No me tengan por traidor,  
Si te acompaño en tu error!

INFANTA.

No es error hacer defensa  
Una mujer en la ofensa  
De su virtud y su honor.  
Fara cegó de llorar  
Por no se querer casar;  
Y fué de alabanza dina  
Huyendo á un padre Eufrosina,  
A quien pretendo imitar.  
En hábito de varon  
Huyó Eugenia, y yo he tenido

Para huir, mas ocasion,  
De un rey de Leon, que ha sido  
Para mi rey y leon.  
A punto mis joyas tengo;  
Que los sucesos prevengo  
Que temo, aunque no los sé,  
Pues que por guardar mi fe  
A tantas fortunas vengo.  
Si como Cecilia fuera,  
Algun ángel esperara  
Que mi virtud defendiera,  
Porque ese moro dejara  
Su ley tan bárbara y fiera.  
Mucho del cielo confío,  
P'e mi no, Nuño; y ausi  
Intento tal desvario.

DON NUÑO.

Para servirme nací,  
Blason de mi sangre y mio.  
Mira á la hora que quieres  
Que venga por tí, pues eres  
Quien se vale de mi nombre;  
Que nace obligado un hombre  
A defender las mujeres.

INFANTA.

Cuando se ponga la luna,  
Que media noche será.

DON NUÑO.

Vendré sin falta ninguna,  
En un caballo, en que ya  
Corramos los dos fortuna.

INFANTA.

Pues por el parque saldré.

DON NUÑO.

Y yo á la puerta estaré.

INFANTA.

Aunque es bazaña atrevida,  
Mas quiero perder la vida  
Que no aventurar la fe.  
(*Vanse.*)

Vista exterior de la casa de los Tellos en las montañas de Leon.

#### ESCENA II.

TELLO, *vestido de gala, con aderezo dorado y plumas*; LAURA.

TELLO

Finalmente, ¡no he podido

<sup>1</sup> En el tomo XXI de LOPE, impreso en Madrid año de 1655, muerto ya nuestro autor, no se da titulo de *primera parte* á esta comedia; solo se la llama así en ediciones posteriores.



Guardarme de ti!

LAURA.

De amor,

¿Quién puede? Y mas si el temor  
De ausencia promete olvido.  
Y de la suerte que vas,  
Vestido á lo cortesano,  
¿No ves que eucubres en vano  
Los enojos que me das?  
Que entre esperanza y temor  
Vivo con tantos recelos,  
Que me avisaran los celos  
Cuando se durmiera amor.  
¿Cómo te has vestido así?

TELLO.

Prima, aunque Tello, mi padre,  
Es labrador, por mi madre  
Hidalgo y noble nací;  
Y él en toda la montaña  
De Leon siempre ha tenido  
Fama de ser bien nacido,  
Y de los godos de España.  
Pues ¿qué quiere de un mancebo  
Como yo? ¿No es poco honor  
De los dos ser labrador?  
Por dicha en el mundo ¿es nuevo  
Que quien tiene hacienda emprenda  
Ser algo mas de lo que es?  
¿En qué desatinos ves  
Que le gasto mal su hacienda?  
¿Es mucho que á la ciudad  
Vaya como hombre de bien,  
Adónde los que me ven  
Conozcan mi calidad?  
¿Quién culpa lo que no pasa  
De un honrado pensamiento?  
¿Tengo de ir en un jumento,  
Como un villano de casa?  
En ella, gracias á Dios,  
Afeitán la yerba á un prado  
Cien yeguas: pues mi criado  
Y yo ¿es milagro que en dos  
Vámos a ver la ciudad  
Y á comprar alguna cosa?

LAURA.

A no dejarme celosa  
Del traje la novedad  
Y de Leon la hermosura,  
Tu pensamiento aprobará.  
Galan, es cosa muy clara  
Que harás alguna locura.  
Tú gracias, yo pocas dichas,  
¿Que espere, pues de las galas  
Nacen á los hombres alas  
Y á las mujeres desdichas?  
Fuera desto, si en Leon  
Ves las damas cortesanías  
O en visitas ó en ventanas,  
Donde con tal perfeccion  
Está el adorno y el traje,  
Que en ángeles las convierte,  
Después ¿qué ha de parecerse  
Nuestro rudo villanaje?  
Una mujer que consejo  
Pide al tocarse á una fuente,  
No á un mar de cristal enfrente,  
Que es mas lisonja que espejo,  
¿Qué podrá ser para ti  
Cuando vuelvas de Leon?

TELLO.

Prima, lo mismo que son  
Los prados en que nací,  
Con su natural belleza,  
No los jardines del arte;  
Porque es en aquella parte  
Madrastra naturaleza.  
Deja celos excusados,  
Porque me pone temor  
Mostrarme tanto rigor  
Antes de estar desposados.

¿Qué dejas para después,  
Si esto me dices agora?

### ESCENA III.

TELLO EL VIEJO, INÉS. — DICHOS.

INÉS.

Bien lo sabe mi señora,  
Pues le llamó.

TELLO EL VIEJO.

Espera, Inés.

¿Qué buena conversacion!  
¿Tú con gente cortesana,  
Laura?

TELLO. (Ap.)

Cogiíme: por Dios,  
Que le avisaron que estaba  
De partida á la ciudad.

LAURA.

La vista ó la edad te engaña;  
Con Tello, mi primo, estoy.

TELLO EL VIEJO.

¿Quién es Tello?

LAURA.

¿No le acabas  
De conocer?

TELLO EL VIEJO.

¿Cómo puedo?

Que Tello mi hijo, Laura,  
Es labrador como yo,  
Aunque de aquestas montañas  
El mas bien nacido y rico,  
Y habrá dos horas que andaba  
Con un gaban y un sombrero  
Tosco, abaracas y polainas.  
¿Hijo yo con seda y oro,  
Espada y daga dorada,  
Plumas y mas aderezos  
Que una nave tiene jarcias!  
No creas tú que es mi hijo.  
Caballero, ¿dónde pasa?  
¿Es cazador deste monte?  
¿Perdióse acaso? No habla?

TELLO.

¿Qué tengo de hablar, Señor,  
Si desta suerte me tratas?  
Quien te avisó, mejor fuera  
Que este enojo te excusara.  
¿Es mucho que á la ciudad  
Un hijo de un hombre vaya  
Tan principal como tú,  
Y que ha de heredar tu casa,  
En traje que lo parezca?

TELLO EL VIEJO.

Y ¿es justo que en esas galas  
Gastes con tanta locura  
El dinero que no ganas?  
¿En qué está la diferencia  
De la nobleza heredada,  
Al oficial ó al que cuida  
De su cuidado y labranza?  
En que el uno vista seda  
Y el otro una jerga basta,  
Que basta para su estado,  
Pues ella dice que basta.  
La carroza del señor,  
Que cuando el techo levanta,  
Descubre los arcos de oro  
Con las cortinas de grana,  
¿No ha de tener diferencia  
A un carro con seis estacas,  
Cuatro mulas por frisonas,  
Su mismo pelo por franjas,  
Que, cuando mucho, á una fiesta  
Lleva en un cielo de caña  
Algun repostero viejo  
Con las armas de otra casa?  
¿Beber en cristal es poco,  
Ó de algun arroyo el agua  
Con la mano, que le vuelve

La mitad desde la barba;  
Comer en plata ó en barro,  
Supuesto que mas se gasta,  
Pues nunca de su valor  
Faltó la plata quebrada?  
¿Ay, Tello! la perdicion  
De las repúblicas causa  
El querer hacer los hombres  
De sus estados mudanza.  
En teniendo el mercader  
Alguna hacienda, no para  
Hasta verse caballero,  
Y al mas desigual se iguala.  
¿Qué hijo de un oficial  
Lo mismo que el padre trata?  
De aquí nace aquella mezcla  
De cosas altas y bajas,  
Que los matrimonios ligan,  
Con que sangres y honras andan  
Revueltas; de aquí los pleitos,  
Las quejas y las espadas.  
Hidalgo naciste, hijo;  
Pero entre aquestas montañas,  
De un labrador que ha vivido  
Del fruto de cuatro vacas,  
Seis ovejas y dos viñas.  
Dejad al señor las galas  
Y á los soldados las plumas;  
Volved al paño y la abarca;  
Que yo soy mejor que vos,  
Y tal vez los pies me calzan  
Por el riguroso enero  
Las nieves de las montañas,  
Y en junio las canas cubre  
Algun sombrero de paja;  
Que de agradecido al trigo,  
La pongo sobre estas canas.

TELLO.

¿Quién pudiera persuadir,  
Padre mío, con palabras  
A los años, que se olvidan  
De lo que por ellos pasa?  
No hay hombre anciano que crea  
Que caminó la jornada  
De la vida en aquel brio,  
Cuando el que tuvo le falta.  
Conozco que han sido exceso  
De un labrador estas galas;  
Pero no de un hijo vuestro,  
Que sois rey destas montañas.  
Si fuérais labrador  
De aquellos que cavan y aran,  
No pudiera á vuestra queja  
Satisfacer mi ignorancia;  
Pero si cuando del cielo  
En copos la nieve baja,  
No cubre mas destos montes  
Que con las guedejas blancas  
Vuestro ganado menor;  
Y si de ovejas y cabras  
Parecen los prados pueblos,  
Y yerba y agua les falta;  
Si teneis de plata y oro  
Tantos cofres, tantas arcas,  
Y tiran cien hombres sueldo  
De vuestra familia y casa,  
¿Por qué os engañó la edad  
En decir que lo que acaba  
Las ciudades es hacer  
Los hombres tales mudanzas?  
El que su casa no aumenta,  
Y la deja como estaba,  
No es hombre digno de honor,  
Antes de perpetua infamia.  
¿Para qué camina un hombre  
Tanto mar sobre una tabla,  
Para qué estudia y pelea,  
Sino para que su fama  
Aumente á su casa el nombre?  
Que si el mundo se quedara  
En el oficio de Adán,  
Naturaleza, afrentada,

Se corriera de mirar  
 Por muros y torres altas,  
 Por palacios, por ciudades,  
 Montones de trigo y paja.  
 No hubiera ciencias, no hubiera  
 Quien el mundo gobernara,  
 Ni pinturas ni esculturas,  
 Sedas, piedras, oro y plata.  
 Fué divina providencia  
 Para las cosas humanas  
 Diversas inclinaciones;  
 Y por eso á nadie espanta  
 Que aprenda un hombre á empedrar,  
 Pudiendo desde su infancia  
 Aprender artes que en oro  
 Piedras preciosas engastan.  
 Yo, en efeto, padre mío,  
 No me inclino á cosas bajas:  
 Si os cansan mis pensamientos,  
 A mí los vuestros me agravian.  
 A Ordoño, rey de Leon,  
 Hace guerra el de Granada;  
 Con alistarme soldado  
 Vendrán bien plumas y galas.  
 Ni os gastaré vuestra hacienda  
 Ni oiré tan viles palabras;  
 Que si vos estáis contento  
 Del campo y de su ganancia,  
 Yo aspiro á cortes de reyes  
 Y á ennoblecer vuestra casa.

TELLO EL VIEJO.

Oye, Tello; Tello, escucha.  
 (Vase Tello.)

## ESCENA IV.

TELLO EL VIEJO, LAURA, INÉS.

LAURA.

Él tiene mucha razon.

TELLO EL VIEJO.

¿Tan poca reprehension  
 Le cansa?

LAURA.

No es sino mucha.

TELLO EL VIEJO.

Ayuda tú, por tu vida;  
 Anda, di que no se vaya.

LAURA.

¿Cómo es posible que haya  
 Quien estorbe su partida?

TELLO EL VIEJO.

Pues yo iré; que por ventura  
 Tendrá respeto á quien soy,  
 Si no á tu amor.

LAURA.

¡Buena estoy!

INÉS.

Si estás de su amor segura,  
 ¿Qué importa que vaya Tello  
 A la ciudad?

LAURA.

Nadie amó

Segura.

INÉS.

Presumo yo  
 Que con un sutil cabello  
 Le atarás y le tendrás.

## ESCENA V.

MENDO.—LAURA, INÉS.

MENDO.

¿Está acá nuso amo el mozo?

INÉS.

Cayóse el gozo en el pozo.

MENDO.

¿Qué dices?

L-1.

INÉS.

Que no te vas.

MENDO.

Engañaste; que ha de ser  
 Lo que Tello una vez dice,  
 Si el mundo lo contradice.

LAURA.

Pues esta vez no has de ver  
 La ciudad, Mendo alcahuete.

MENDO.

¿Yo alcahuete?

INÉS.

Pues ¿quién es

El que le lleva?

MENDO.

¡Yo, Inés!

INÉS.

Buen castigo te promete  
 Señor por esas maldades.

LAURA.

Sí, Mendo, culpado estás;  
 Que, como á la corte vas,  
 A que vaya le persuades,  
 Contándole lo que ves.

MENDO.

¿Qué veo yo?

LAURA.

Mil mujeres,

Pintándolas como quieres  
 De la cabeza á los piés.  
 Y todo es linda invencion;  
 Porque ¿qué puedes tú ver  
 Mientras llevas á vender  
 Trigo, cebada y carbon?  
 Desnuda lo cortesano,  
 Vuelve al capote.

MENDO.

¡Por Dios,

Que me tratais bien las dos!  
 Esto de serviros gano.

¿Quién dice á Tello, quién cuenta

Tus gracias? ¡Qué lindo humor!

¿Quién le anima á mi señor

Al casamiento que intenta?

¿Quién te pinta cuando al día

Sirves de alba al levantarte?

¿Quién, cuando vas á acostarte,

Tu cubierta bazarria?

¿Quién le dice, como yo,

Laura, que te guarde fe?

LAURA.

Hoy, Mendo, yo te escuché

Donde ninguno me vió,

Cuando á Tello le dijiste:

«No es tu valor para el monte:

Déjale, alégrate, ponte

Galas, colores te viste.

Una tosca montañesa

Que consultó para erizo

Naturaleza, y la hizo

En el molde de una artesa,

Con un zapato de lazo

Como un medio celemin,

Sobre la ceja el garbín,

La cola en el espinazo,

¿Qué tiene que ver con ver

Una columna de nieve

En tres puntos de un pié breve?»

MENDO.

¿Yo lo dije?

LAURA.

Y hay mujer,

Perro, que tiene los piés

Como bonete doblado.

Pues si alabar el calzado

Hoy escucharas, Inés,

Medias, zapatillo y liga,

A Vénus imaginaras.

Todas tienen lindas caras:  
 No hay mujer de quien no diga  
 Que es un serafín, un cielo,  
 Como de la corte sea:  
 Infierno llama á la aldea.

MENDO.

¡Bien pagas, Laura, mi celo!

Yo tengo la culpa, yo,

Porque alabo, estimo y quiero

Aquel tomillo salsero

Con que este monte os crió:

El oler á flor de espinos

Por abril en las orillas

De los ríos, no á pastillas

De esos ámbares divinos,

Que han dado á tantas mujeres

Mal de madre y á los hombres

Tanto enfado, y otros nombres

Que impidan vuestros placeres.

¿Quién vuestra limpia hermosura

Y vuestra tez encarnada,

Tiesa y firme como espada,

Sin pelo ni quebradura;

Aquel lavarse á dos manos,

Un caldero por espejo;

El querer al tiempo viejo,

Y el pedir sin pasamanos;

Aquel blanco delantal

Con mil randas y labores,

En que puede coger flores

La misma aurora oriental;

¿Quién lo alaba y encarece

Como yo?

LAURA.

Ya he conocido

Tus lisonjas.

MENDO.

Quien ha sido

La causa, esto y mas merece.

Pero yo lo enmendaré

Con llevalle á la ciudad,

Para que sea verdad.

LAURA.

Y yo á Señor le diré

Cómo eres perro de muestra

De Tello, el ventor y huron

De sus damas, destruicion

Suya y de la hacienda nuestra;

Que eres el que vende el trigo

Que le hurtais, y aun el dinero...

MENDO.

Escucha, Laura.

LAURA.

No quiero:

Hoy cuanto pasa le digo.

(Vase.)

MENDO.

Inés, deténla.

INÉS.

¿Yo?

MENDO.

¿Pues?

INÉS.

Mal conoces el estado

A que conmigo has llegado.

MENDO.

Oye una palabra, Inés.

(Vase Inés.)

## ESCENA VI.

MENDO.

Mas quiero oír un vos, mas un despre-  
 De quien ayer en baja mar vivia; [cio  
 Mas por fuerza escuchar mala poesia,  
 Y á un sordo, oyendo yo, que me hable

[recio;

Mas quiero ver á la virtud sin precio,  
 Sufrir de un iguorante la porfia,



Querer una mujer que tenga tia,  
 Hablar á un bobo y respetar á un necio;  
 Mas quiero consentir de un estudiante  
 El frio verso y bachillera prosa, [te;  
 Con mucha presuncion, siendo ignoran-  
 Mas los melindres de una necia her-  
 [mosa,  
 Y que en falsete un barbinegro cante,  
 Que resistir una mujer celosa. (Vase.)

Sala en el alcázar de Leon.

### ESCENA VII.

EL REY ORDOÑO, DON RAMIRO,  
 CRIADOS.

REY.

¿A qué podrá llegar mi desventura?  
 O ¿qué podrá servirme de remedio?

DON RAMIRO.

Señor, el cuerdo el último procura;  
 Que la paciencia es saludable medio  
 Para curar los males imposibles.

REY.

[dio]  
 ¿Fuerte elección, si está la muerte en me-  
 No fueran mis desdichas insufribles,  
 Ramiro, á no ser yo la causa dellas;  
 Que esto las hace justas y invencibles.  
 Si yo culpar pudiera á las estrellas,  
 O á un loco amor, que el mas real decoro  
 Suele vencer cuando faltaran ellas,  
 Remedio hallara en el dolor que lloro;  
 Mas no le puede haber faltando Elvira,  
 Porque, cristiano, quise darla á un mo-  
 [ro.

Mas quien el corazon penetra y mira,  
 Sabe que fué mi intento confianza  
 De que al bautismo el de Valencia aspi-  
 ¿Qué dice Blanca en fin? [ra.—

DON RAMIRO.

Que la esperanza  
 Es vana de buscarla, á lo que piensa,  
 Si vive va donde el poder no alcanza;  
 Pues, viendo que era débil la defensa  
 Con que pudiera resistir tu gusto,  
 Como era darla por mujer á un hombre  
 Que, no siendo cristiano, fuera injusto,  
 Salíó con diferente hábito y nombre,  
 Donde tienen por cierto que se ha muer-  
 [to.

REY.

¿A quién habrá que mi dolor no asom-  
 Sin duda de las fieras del desierto [bre?  
 Sepulero es ya, pues no parece en cuanto  
 Se ha buscado, inquirido y descubierto.  
 Que Porcia del amor aplaque el llanto  
 Comiendo brasas; que Lucrecia el pecho  
 Al hierro entregue, no me causa espanto,  
 Ni reducida á punto tan estrecho,  
 Darle Cleopatra á un áspid, ni el ardiente  
 De Dido y Pedra en lágrimas deshecho;  
 Pero que una mujer cristiana intente  
 Matarse, ¿á quién no causa maravilla?  
 ¿Desesperada, infiel, inobediente!...—  
 ¿Qué ha respondido el conde de Castilla?

DON RAMIRO.

Lo que todos responden admirados.  
 En fin, ningún lugar, ciudad ni villa  
 Dejó de verse en todos sus estados;  
 Ni el de Navarra sabe cosa alguna.

REY.

Quitaránme la vida mis cuidados.  
 No me quiero quejar de mi fortuna;  
 Castigo fué del cielo mi imprudencia.  
 Disculpa no podrá tener ninguna,  
 Ni mal tan grande permitir paciencia.

(Vase.)

Monte.

### ESCENA VIII.

LA INFANTA, DON NUÑO, con una  
 caja de joyas.

INFANTA.

Suelta las joyas, villano,  
 Ya que me dejas así.

DON NUÑO.

Pienso, Elvira, que de mi  
 Te vienes quejando en vano,  
 Pues pudiendo ser tirano  
 De tu mas noble tesoro,  
 Y no como indigno moro,  
 Sino como noble hidalgo,  
 De tanto peligro salgo,  
 Libre tu honor y decoro;  
 Que en este monte pudiera,  
 Dando lugar al deseo,  
 Hacer que del vil Tereó  
 Menor la tragedia fuera,  
 Y esta montaña tuviera  
 Otra Filomena hermosa,  
 Mas desdichada y quejosa;  
 Pues si te deajo el honor,  
 ¿Qué joyas tienen valor  
 Que igualen la mas preciosa?  
 Acompañarte no ha sido  
 Traicion, pues que fué ampararte;  
 La traicion fuera forzarte,  
 A tu grandeza atrevido.  
 Mi honor, mi patria he perdido:  
 Si es así, forzoso es,  
 Para librarme después  
 Entre moros y cristianos,  
 Llevar el oro en las manos,  
 Que son los mejores piés.

INFANTA.

Aunque las joyas te pido,  
 No es por ellas mi interés;  
 Por una sortija es  
 Que del Rey, mi padre, ha sido;  
 Que, aunque tanto me ha ofendido,  
 Le tengo notable amor.  
 Cosa es de poco valor.

DON NUÑO.

¿Es la desta sierpe?

INFANTA.

Sí;

Que de un diamante y rubí  
 Tiene en la boca una flor.

DON NUÑO.

Toma; que aunque esta tuviera

(Dáale una sortija.)

El valor de las demás,  
 No te negara jamás  
 Cosa que tu gusto fuera.

INFANTA.

No me dejes sola, espera,  
 En tan ásperas montañas,  
 Llévame á aquellas cabañas.

DON NUÑO.

Seré, Elvira, conocido  
 Por autor, como lo he sido,  
 De tan infames hazañas.

Quien ha tenido valor  
 Para venir desta suerte,  
 No tema, Elvira, la muerte,  
 Pues no ha temido el honor.  
 Donde me lleva el temor  
 Voy arrependido y triste;  
 Confieso que me pusiste  
 Una esperanza, que fué  
 Por donde hasta aquí llegué  
 Con la ocasion que me diste.  
 Codicia de tu belleza  
 Me dió causa aquella tarde;

Pero rendila, cobarde,  
 A los piés de tu grandeza;  
 Que no pudo mi hajeza  
 Tener tan altos despojos,  
 Ni atreverme á darte enojos  
 Pude en ocasion igual;  
 Que la hermosura real  
 Tiene deidad en los ojos.  
 Cuantas veces me incitaba  
 Un pensamiento amoroso  
 Tantas de tu rostro hermoso  
 La grave luz me cegaba.  
 Quien en tal batalla estaba,  
 Bien hace en dejarte, á efeto  
 De que el temor mas discreto,  
 Tratándote, fuera ingrato;  
 Que es tan poderoso el trato,  
 Que á nadie guarda respeto;  
 Que si algo suele perder,  
 Contra las humanas leyes,  
 Respeto, Elvira, á los reyes,  
 Solo el trato puede ser.  
 Túrbase quien llega á ver  
 De un rey la deidad severa,  
 Como su ser considera,  
 Y el mas sabio se recata;  
 Pero quien los sirve y trata,  
 Ni se muda ni se altera.  
 Yo parto, en fin, vitorioso  
 De mí mismo, y tan leal,  
 Que dejo ocasion igual  
 Al mas cuerdo ó mas dichoso.  
 Lo que me trujo animoso,  
 Determinado en secreto,  
 Me vuelve necio y discreto.  
 Perdona, y quédate aquí;  
 Que voy huyendo de ti  
 Por no perderte el respeto. (Vase.)

### ESCENA IX.

LA INFANTA.

Hurta los rayos al dorado hermano,  
 Para vestirse de su luz, la luna;  
 Sin mirar otra palma, de ninguna  
 Cortó racimos de oro el africano.  
 Gime la tortolilla, y gime en vano,  
 Cuando el esposo que murió importuna;  
 Sin dueño no hay en monte fiera alguna,  
 Ni vida alegre en el discurso humano.

De la suerte que el alma al cuerpo in-  
 [forma,

Es como la primera inteligencia,  
 Materia la mujer, el hombre forma.  
 Y tanto nos ampara su presencia,  
 Y así su forma nuestro ser conforma,  
 Que siendo este traidor, siento su ausen-  
 [cia.

### ESCENA X.

UN VILLANO. — LA INFANTA.

UN VILLANO. (Canta dentro.)

Triste está la infanta Elvira,  
 Días há que no se alegra;  
 Que la casa el Rey, su padre,  
 Con el moro de Valencia.

INFANTA.

Aquí llegan mis desdichas;  
 Pero si la causa llega,  
 Tan triste como atrevida,  
 ¿Qué mucho que lleguen ellas?

VILLANO. (Canta dentro.)

¿Qué mal lo ha mirado Ordoño!  
 A la fe que se arrepienta;  
 Porque quien no teme á Dios,  
 No puede hacer cosa buena.

INFANTA.

¡Ah buen hombre, ah labrador!



VILLANO. (*Dentro.*)

Digo que llaman, Teresa,  
Detrás de aquellas carrascas,  
Y voz de mujer semeja. (*Sale.*)  
¿Quién llama? ¿Quién es? ¿Sos vos?  
¡Voto al sol, que es cosa nueva  
Vuestro traje en estos montes,  
Que no es á la usanza nuestra!

INFANTA.

Mas nuevas son mis desdichas.  
Trújome por esta tierra  
Un capitán.

LABRADOR.

¿Quién lo duda?

Como tiene el amor flechas,  
A las mas engañan plumas.  
¿Como diablos os inquieta  
Tanto en vuestras almohadillas  
El tapatan de la guerra?  
Pero ¿cómo os deja aquí?

INFANTA.

Por mis desdichas me deja,  
Que son largas de contar.  
Pero, dime, ¿son aldeas  
Esas grandes caserías,  
Que dellas parecen peñas,  
Y dellas huertas parecen?

LABRADOR.

Todas son casas que albergan  
Hombres ricos montañeses,  
Que se quedaron en ellas  
Desde el tiempo de los godos;  
Tienen aquí sus haciendas  
Y son reyes destos montes.  
Esa que mirais mas cerca,  
Es de Ramiro de Aibar,  
Mi amo; esotra mas vieja  
Es de Servando Fernandez,  
Estotra es de Mendo Vega,  
Aquella es de Ortun Ordoñez;  
Pero de aquí legua y media  
La de Tello de Meneses,  
Hombre á quien todos respetan.  
Allí hallárades amparo,  
Pero con alguna ofensa  
De vuestro honor.

INFANTA.

¿Por qué causa?

LABRADOR.

Porque tiene un hijo en ella  
Mas galán que Gerinélidos,  
Que no hay moza que no pesca  
En todo aqueste distrito.

INFANTA.

Pues mejor será la vuestra.

LABRADOR.

Ramiro de Aibar, mi amo,  
Tiene una hija doncella,  
Y con ella estaréis bien;  
Pero trocando la seda;  
Que no os querrán recibir.

INFANTA.

Ninguna cosa desean  
Mis penas sino mudar  
El traje. Si alguno hubiera  
Antes de llegar allá,  
Por sayal, por tosca jerga  
Le diera de buena gana.

LABRADOR.

Conmigo vino Teresa  
Para ayudarme á cargar  
De carrascas la carreta:  
Hablad con ella; que pienso  
Que os ayude cuanto pueda.

INFANTA.

Vamos pues adonde está.

LABRADOR.

¡No es mala la diferencia,  
Pues por un carro de roble

Llevo una carga de seda!

(*Vanse.*)

—

Otro punto del monte.

## ESCENA XI.

DON NUÑO, con la caja de joyas.

Sin saber dónde camino,  
Me lleva el justo temor  
Donde me trujo el amor.  
O me enseña mi destino.  
Mas ya, temor, no imagines  
Que has de hallar segura tierra;  
Que quien los principios yerra,  
¿Cómo ha de acertar los fines?  
Necio fué mi atrevimiento  
En ayudar la locura  
De Elvira, por la hermosura  
Que cegó mi pensamiento;  
Pero, en fin, ya la dejé,  
Y por sendas tan incultas  
Voy, que, al mismo sol ocultas,  
Ni las penetra ni ve.  
En mis imaginaciones  
No hay rama en esta ocasion  
Que no sea un rey de Leon,  
Y cada rey mil leones.  
Lo que me da mas cuidado  
Son las joyas, enemigos  
Que han de servir de testigos  
Si soy de su gente hallado.  
Y así, cavando la tierra  
Con esta daga, las quiero  
Esconder; pero primero,  
Para conocer la tierra,  
Poner alguna señal.

(*Dan voces dentro.*)

Gritos dan. Todo me asombra;  
Que espanta su misma sombra  
A quien dice ó hace mal.

## ESCENA XII.

MENDO, TELLO.—DON NUÑO.

MENDO. (*Dentro.*)

Por aquí, por aquí fué.

DON NUÑO.

Ellos me buscan á mí.

TELLO. (*Dentro.*)

¿Dónde, Mendo?

MENDO. (*Dentro.*)

Por aquí.

TELLO. (*Dentro.*)

El es.

DON NUÑO.

¡Muerto soy! ¿Qué haré?  
Pero detrás destas ramas  
Será mejor esconderme.

(*Huye.*)

## ESCENA XIII.

TELLO, con una ballesta; MENDO, SANCRO.

TELLO.

Desdicha habemos tenido.

MENDO.

¿Cómo?

TELLO.

Que ya no parece.

MENDO.

En parte, por Dios, me huelgo;  
Que es venir á cazar liebres

Durmiendo en sus verdes camas,  
Como caza de mujeres;  
Y querer matar un oso  
Es peligro, donde suele  
Burlarse el mas alentado,  
Engañarse el mas valiente.

TELLO.

Yo desde léjos queria  
Tiralle.

MENDO.

Pues no te acerques;  
Que el ejemplo de Favila  
Aun está en Leon presente.

TELLO.

Dime, ¿qué te dijo Laura?

MENDO.

¿Qué áspid, tigre ó serpiente,  
Qué caiman ó cocodrilo,  
Pisados ó heridos, vuelven  
Con tal furia como Laura  
Contra mi pecho inocente,  
Diciéndome que yo era ...?  
¿Dirélo?

TELLO.

Bilo.

MENDO.

Alcahuete,

Que te llevaba á Leon  
Para que sus damas vieses;  
Que te las pintaba á todas  
Con lisonjeros pinceles,  
Para moverte á cosquillas  
La sangre en la edad que tienes;  
Que yo te ayudaba á hurtar  
El trigo; y aunque no miente,  
Siendo tanta la abundancia,  
Mucho cuidado parece.  
Demás de que, ya tu padre,  
De miserable, no quiere  
Ni aun darte para vestir,  
Cuando en ese campo llueve  
Lana, trigo y aun maná,  
Siendo por sangre Meneses.  
Pues ¡a mí, que el otro día  
Le pedi unos zaragüelles,  
Me dijo: «Sin ellos te anda,  
Mendo, pues camisa tienes;  
Que con sayo á la rodilla,  
Mis abuelos y parientes  
Sin zaragüelles andaban  
Mas ligeros y mas fuertes!»  
Respondile: «En esos tiempos  
Eran los aires mas leves;  
Pero agora son tan bravos,  
Que diera risa á la gente.»—  
Añadió que te decía  
Mil testimonios, y advierte  
Que la he dado la palabra  
Que no irás eternamente  
A la corte, aunque te llame  
El Rey por trecientas veces.

TELLO.

Loca debe de estar Laura.

MENDO.

Cuerda ó loca, no te quejes  
De mi si no voy contigo.

TELLO.

¿Qué es aquello que se mueve?

MENDO.

Allí han sonado las ramas.  
El oso es: tira.

TELLO.

Acertéle,

Pues se queja.

MENDO.

¿Lindo tiro!

SANCRO.

¡Lindo flechazo!

MENDO.

Excelente.

TELLO.

Bien puedes llegarle á ver;  
Que con verba presto muere.

MENDO.

Pues no salió tras nosotros,  
No hayas miedo que se venga.  
Por el corazón le diste.

TELLO.

Pues llega á verlo.

(Éntrase Mendo.)

¿Qué temes?

MENDO. (Dentro.)

¡Vive Dios, que has muerto á un hombre!

TELLO.

¿Qué me dices?

MENDO. (Dentro.)

Llega á verle.

TELLO.

Sacalde los dos en brazos.

(Éntrase Sancho.)

¡Hay tal desdicha! Hay tal suerte!

¿Era cazador acaso?

MENDO. (Dentro.)

Hidalgo y noble parece.

## ESCENA XIV.

MENDO Y SANCHO sacan á DON NUÑO  
herido. — TELLO.

TELLO.

¿Quién sois, caballero?

DON NUÑO.

¡Ay cielo!

Esto mis culpas merecen. —

Yo soy...

(Muere.)

MENDO.

Quedóse en «yo soy»;

Lo demás dijo la muerte.

TELLO.

¡Buen talle!

MENDO.

¡Gentil vestido!

Los despojos te competen.

¿Qué habemos de hacer?

TELLO.

Callar;

Y al hombre que lo dijere,

¡Vive Dios, que he de cortarle

La lengua!

MENDO.

Señor, pues eres

El dueño deste difunto,

¿Qué barémos dél?

TELLO.

Mendo, hacerle

Sepultura en ese arroyo.

SANCHO.

¡Cruel estrella!

MENDO.

¡Que llegue

A morir por oso un hombre!

TELLO.

Arrójele, Mendo, y vuelve.

(Mendo y Sancho meten el difunto.)

## ESCENA XV.

TELLO.

¿De qué sirve esconderse de tu flecha,  
Muerte cruel, pues donde quiera, airada,  
Llamas sin voz, y con tu planta helada

Entras donde jamás entró sospecha?

Para esconderse, muerte, no aprove-  
La cortina de púrpura bordada; ¡cha  
Porque la mira en la ballasta armada  
Desde que nace el hombre tienes hecha.

Pero este ejemplo, aunque cruel, ad-  
[vierte  
Que fué la muerte deste merecida.

Y no por culpa de su triste suerte, ¡rida

Pues claramente da á entender la he-  
Que quien como animal tuvo la muerte,  
Murió en el traje que vistió la vida.

## ACTO SEGUNDO.

Campo inmediato á la casa de los Tellos.

## ESCENA PRIMERA.

LA INFANTA.

No se cansa mi fortuna

De engañarme y perseguirme,

Pues en mis desdichas firme,

No espero mudanza alguna.

Al hábito labrador

Incliné mi majestad,

Porque en tal desigualdad

Desconociése el valor;

Pero así me ha conocido,

Y ha hecho suertes en mí,

Como si fuera quien fui,

O supiera lo que he sido.

Servi en el rústico traje

Que estoy, para ser ejemplo

De que no hay tan alto templo

Que el tiempo no humille y baje;

Y aunque en la casa en que estaba,

Su dueño bien me quería,

Una hija que tenía

Mis acciones envidiaba:

Fuerza fué no lo sufrir,

Porque no hay mas que temer

Que una envidiosa mujer

Adonde se ha de servir;

Que si tantas penas pasa

Quien por vecina la tiene,

A mayor desdicha viene

Quien vive en la misma casa.

La de Tello de Meneses

Me dicen que es por aquí.

¡Ay, fortuna, si de mí

Y de mi honor te dolieses!

Hame puesto un labrador,

Que sus locuras me dijo,

Miedo don Tello, su hijo,

Para defender mi honor;

Por otra parte he sabido

Que es muy cortés y galán. —

¿Dónde estos serranos van?

¿Qué dicha hubiera tenido

Si fueran de su labranza!

## ESCENA II.

SANCCHO, MENDO. — LA INFANTA.

MENDO.

Cuanto á Inés, Sancho, no quiero

Obligarte con que espero

En sus desdenes mudanza.

Tengo tan poco favor,

Que en dejar de pretender

No pienso que pueda hacer

Mayor servicio á mi amor.

Si te quiere bien á tí,

Yo me rindo; tuyas sea.

SANCCHO.

Amor me dice que crea

Que me favorece á mí.

Y no le falta razon;

Que bailando el otro día

La dije que la tenía

En medio del corazón.

Con esto, en sala, en cocina,

Donde quiera que la veo,

Se rie, y muestra el deseo

Que á tenerme amor la inclina.

Antiver la pellizqué,

Y tal mojicon me dió,

Que sin seso me dejó.

MENDO.

Y ¿es favor?

SANCCHO.

Pues ¿no lo fué,

Si brazo y mano tenía

Mas limpio que están las frores?

MENDO.

Sancho, de tales favores

Tengo yo muchos al día.

No tiene hacienda Señor

Para comprar cucharones,

Con que me dé escorrones,

Sin tenellos por favor.

¡Oh qué mal, Sancho, conoces

Estas ninfas del fregado,

Que, como yeguas en prado,

Retozan tirando coces!

Yo te la doy, pues estás

Desos favores contento.

SANCCHO.

Quejas oigo, pasos siento.

MENDO.

Quedo, no te informes mas. —

Serrana, que guarde Dios,

¿Dónde bueno por aquí?

INFANTA.

De casa de Aibar salt,

Bien le conoceis los dos,

Donde he servido dos meses.

Era importuna mi ama,

Y voy buscando por fama

La de Tello de Meneses.

¿Sois suyos acaso?

MENDO.

Sí.

Y á vos detener el paso

No os ha hecho el cielo acaso.

INFANTA.

Dicha ha sido para mí

Hallar de su casa gente.

Pero de cierta ocasion

Traigo mala informacion.

MENDO.

Creed que la envidia miente.

Si queréis servir allá,

Buen salario os aseguro.

INFANTA.

Creedme que lo procuro.

¿Está léjos?

MENDO.

Cerca está.

INFANTA.

¿Querráme á mí?

MENDO.

¿Qué decis?

Tal gracia y talle teneis,

Que la casa mandaréis

Si un mes en ella servís. —

Sancho, acoto esta mujer; (Ap. á él.)

A Inés te di.

SANCCHO.

Soy un necio;

Mas por la mitad del precio

Pleito te quiero poner,

Porque tiene tanta estima,

Que para que me la des



Te daré por ella á Inés  
Y dos cabritos encima.

MENDO.

No hay que tratar: ella es mía.—  
Seguidme, hermosa serrana;  
Que nunca tan de mañana  
Salió en este monte el día.

INFANTA.

Para perder el temor,  
De aquí á su casa podréis  
Contarme lo que sabeis  
Deste hidalgo labrador;  
Que entretenidos así,  
No hay camino que se sienta.

MENDO.

Bien decís: estadme atenta;  
Que no está lejos de aquí.  
*(Echan á andar y vanse lentamente por una senda que da varias vueltas por el teatro.)*

Serrana, cuya belleza  
Nació para ser señora  
En los palacios del Rey  
(Y no es haceros lisonja),  
Sabed, ya que nos honrais  
Con vuestra presencia hermosa,  
Que en las faldas de los montes  
De Asturias yace á la sombra  
Un Leon, cuyas guedejas  
Tiembla el moro y el sol dora,  
A quien el piadoso cielo  
Restituye la corona.  
Este las doradas garras  
Muestra al Africa, de forma  
Que por mil partes le vuelve  
Las espaldas temerosas.  
De donde los tuvo ocultos  
Don Pelayo en Covadonga,  
Tantos fidalgos deciendo,  
Que están las montañas solas;  
Pero de los que han quedado,  
Cuyos solares adornan  
Paveses de antiguas casas,  
Familias de gente goda,  
La de Tello de Meneses,  
Serrana, es la mas famosa,  
Mas rica, y por muchas causas  
Mas respetada de todas.  
Cincuenta pares de bueyes  
Aran la tierra, abundosa  
De rubio trigo, que apenas  
Hay trojes que le recojan.  
Trepan estas altas peñas  
Fértiles, cabras golosas  
En cantidad, que parece  
Que otro monte inculto forman.  
Bajan á ese claro río,  
De aquellas nevadas rocas,  
A beber tantas ovejas,  
Que unas á otras se estorban;  
Que los cristales que encubren  
Las arenas por un hora,  
Los mismos peces enseñan  
Envueltos en verdes ovas.  
Las rocas llamé nevadas,  
No por los hielos de Bóreas,  
Mas porque la blanca lana  
Hace que no se conozcan.  
No hay dehesas, vegas, prados  
Adonde las vacas coman,  
Con ser de Tello las mieses  
Diez leguas á la redonda.  
Los toros al herradero,  
Como el fuego los provoca  
Del hierro abrasado, vienen  
Novillos y salen onzas.  
En llegando la vendimia,  
De negras uvas rehosan  
Los lagares, que las cepas  
Por pardos sarmientos brotan.  
Treinta y mas hombres las pisan,  
Y el mosto que sus piés moja,

Para cuando vino sea  
Les jura vengar su honra.  
Aquí en cárceles de erizos  
Le dan castañas sabrosas  
Los montes, las anchas vegas  
Verdes peras, guindas rojas,  
Con las pálidas camuesas,  
Nueces, avellanas, moras,  
Servas, nisperos y almendras,  
Que flores de nácar bordan.  
Gansos los arroyos cubren,  
Aves tan vanas y locas,  
Que con aquel débil cuello  
Piensan que en el cielo topan.  
Los animales morenos  
(Lenguaje que el mundo toma,  
Pues llama moreno á un negro,  
Siendo la color notoria)  
Salen al ronco instrumento  
En gran número al aurora,  
Aunque mas parece noche  
Por donde el camino asombran.  
En esos bosques sombríos  
Con amorosas congojas  
Braman mil sueltos venados  
Por las ciervas desdeñosas.  
Los conejos advertidos  
Por los vivares se alojan,  
Y escogen campo las liebres  
Adonde ligeras corran.  
Cuando el madroño sangriento  
Su verde fruta colora,  
Salir de sus altas cuevas  
Los osos peludos osan.  
No menos los jabalies,  
Que el verano se remontan,  
Vienen á buscar hambrientos  
Las sazonzadas bellotas.  
Aquí entra bien Tello el mozo,  
Que la fama mentirosa  
Os ha pintado, diciendo  
Que cuanto mira deshonra.  
Digo que entra, porque suele  
Con valor y vanagloria  
Matar estos animales,  
Puesto que á su padre enoja;  
Que con su sangre á un venablo  
De suerte el oro desdora,  
Que está desta parte el asta,  
Y el acero de la otra.  
Es un mancebo galán,  
Que puede servir de alcorza  
Tan dulce, que algunas hembras  
Se le llegan como moscas.  
Hablar en su cortesía,  
Es contar granos de aljófara  
Sobre las flores que el alba  
Llora en sus cogollos y hojas.  
Su entendiimiento y blandura,  
Su condición generosa  
Para un príncipe nacieron,  
Que no para gente tosca.  
He sido yo de opinion  
(Que tengo en algunas cosas,  
Aunque labrador, buen gusto,  
Ni es todo el sayal alforjas)  
Que, como las frutas, hizo  
Naturaleza estudiosa  
Los hombres agros y dulces;  
Y así, en esta casa agora  
Tello el viejo es agro y Tello  
El mozo es dulce.

*(Desaparecen.)*

Vista exterior de la casa de los Tellos.

### ESCENA III.

LA INFANTA, MENDO, SANCHE.

MENDO.

No os pongan

Temor, porque el noble viejo  
Trata de su hacienda sola,  
Y aunque estéis aquí dos años,  
Sin ser falta de memoria,  
No sabrá si le servís,  
Porque hay docientas personas;  
Mas si fuéades oveja,  
Como sois mujer, Señora,  
Supiera cuándo nacistes  
Mejor que vuestra parroquia.  
El mozo no os hará mal,  
Porque sus manos y boca  
Compone su entendiimiento,  
Y á sus palabras sus obras;  
Fuera de que es imposible  
Que los ojos en vos ponga,  
Respeto de que su padre  
Le quiere dar por esposa  
A Laura, una prima suya,  
Que es una gallarda moza,  
Si vuestra hermosura y gracia  
Que esto diga me perdona;  
Que no habiendo competencia  
Con los claveles y rosas  
De vuestra boca y mejillas,  
Las suyas blancas y rojas  
Pueden hacer un invierno  
Primavera deleitosa;  
Porque de solas las almas  
Merece ser labradora.  
Pero ella y una criada  
A esta fuente sonoras  
Por agua bajan: hablaldas;  
Y á mí, á quien tanto enamoran  
Esos ojos, dad licencia  
Que á serviros me disponga;  
Que en esta ruda corteza  
Vive un alma que os adora,  
De quien en tosca materia  
Seréis vos divina forma,  
Seréis miel en alcornoque,  
Letras en persona rota,  
Valor en hombre sin dicha  
Y ventura en vida corta,  
Guante de ámbur en villano,  
En ruin lengua buena copla,  
Armas en cobarde pecho,  
Doblon rico en pobre bolsa;  
Que, desdeñado ó querido,  
Seré vuestro en pena, en gloria,  
Contento en cualquier estado  
Que la fortuna me ponga.

### ESCENA IV.

LAURA É INÉS, *con dos cantarillas.*

— DICHOS.

INÉS.

Digo que es Mendo, y que viene  
Con Sancho y una mujer.

LAURA.

¿Que siempre este ha de traer  
Lo que celosa me tiene?

INFANTA.

Dadme, Señora, esa mano.

LAURA.

¿Qué es esto, Mendo?

MENDO.

Señora,

Una hermosa labradora  
Que hallé en ese verde llano.  
Dice que á Aibar ha servido,  
Y que por cierto disgusto  
Le ha dejado.

INFANTA.

Con mas gusto,  
Si dicha hubiera tenido.  
En vos me hubiera empleado;  
Pero yo no merecía  
Serviros.



LAURA.

La cortesía,  
El talle, el traje, el agrado,  
El rostro, obliga á estimar,  
Serrana, el ofrecimiento.

INFANTA.

Menos os digo que siento,  
Y solo os puede obligar  
El hallarme en tierra extraña.

LAURA.

¿De dónde sois?

INFANTA.

De Castilla.

LAURA.

Mucho el veros maravilla  
Que vengáis á la montaña.

INFANTA.

Es larga historia: después  
Os la quiero referir.

LAURA.

Mejor que para servir,  
Es para servida, inés. (Ap. á ella.)

INÉS.

Recíbela, por tu vida;  
Que es lástima que se pierda.

LAURA.

La condicion se me acuerda  
De Tello.

INÉS.

Está defendida  
Con el amor que te tiene;  
Y esta es moza honesta y grave,  
Si no encubre lo que sabe.

LAURA.

¿Qué sé yo de dónde viene?

INÉS.

¿Habrá mas de despedilla  
Si al rostro sale traidora?

LAURA. (A la Infanta.)

¿El nombre?

INFANTA.

Juana. Señora.

LAURA.

Tomad esta cantarilla  
Y se; oidme; que en la fuente  
Me contaréis vuestra historia.  
(Vanse las tres.)

MENDO.

Llevado me ha la memoria.

SANCHE.

Yo hallo un inconveniente.

MENDO.

¿Cómo?

SANCHE.

El viejo, que retozos  
Teme en mozas de despejo.

MENDO.

Si no la quisiere el viejo,  
Servirá para los mozos.

(Vanse.)

Sala en casa de los Tellos.

## ESCENA V.

AIBAR y BATO; luego, TELLO EL VIEJO y SILVIO.

AIBAR.

Pienso que negociaremos;  
Que es muy rico y liberal.

BATO.

Fortun no ha dado un real:  
¿Bien con él la iglesia harémos!

AIBAR.

Tello es hombre de valor.

BATO.

¿Quién da voces?  
(Salen Tello y Silvio.)

TELLO EL VIEJO.

¿Esto pasa!

Salid, villano, de casa.

SILVIO.

No tengo culpa, Señor;  
Deten, por Dios, la cayada.

TELLO EL VIEJO.

¿Qué tengo de detener?

¿De mi hacienda habeis de hacer  
Como de hacienda robada?  
¿Vive Dios!...

SILVIO.

Oye en disculpa...

TELLO EL VIEJO.

¿Qué disculpa puedes darme,  
Que no sirva de enojarme  
Y de hacer mayor tu culpa?  
¿Cuántos piés tiene un lechon?

SILVIO.

Cuatro.

TELLO EL VIEJO.

Pues ¿cómo has traído

Tres?

SILVIO.

El uno se ha caído;  
Que ya sé que cuatro son.

TELLO EL VIEJO.

Del pecho te he de sacar,  
Ese pié si le has comido.  
(Huye Silvio y sigue Tello el viejo.)

BATO.

¿A buen puerto hemos venido!  
Vámonos, señor Aibar.

AIBAR.

Dices bien. ¿Este es Meneses,  
Aquel noble y liberal?  
No he visto miseria igual.

BATO.

Menester fué que lo vieses  
Para poderlo creer.

(Vuelve Tello el viejo.)

TELLO EL VIEJO.

¿Quién va? ¿Quién sale de aquí?  
Vuelva quien es.

AIBAR.

No entendi,

Puesto que te vine á ver,  
Hallarte enojado.

TELLO EL VIEJO.

Aibar,

Ya sabes que soy tu amigo.  
No lo estoy mucho, y contigo  
Me sabré desenojar.

¿Qué quieres? ¿A qué venías?

AIBAR.

No mas de á verte.

TELLO EL VIEJO.

Es engaño,  
Pues el irte es desengaño,  
Que alguna cosa querías.

AIBAR.

No, cierto.

TELLO EL VIEJO.

Di la verdad;  
Que nuestra amistad se ofende.

AIBAR.

Pues á quien tan bien la entiende,  
Quiero hablarle en amistad.

Tello, á mí me han encargado

Recoger algunos dias,  
Por aquestas caserías,

La limosna y el cuidado  
De la iglesia que labramos

Esta vega en la mitad,

Con que la dificultad  
De ir á la villa excusamos.  
Ella está ya comenzada:  
Limosna os vine á pedir,  
Porque siempre oi decir  
Vuestra condicion honrada  
Y la liberalidad  
Con que procedéis en todo;  
Pero entré, y hallé de modo,  
Que, diciéndoos la verdad,  
Os tuve por miserable;  
Que reparar en un pié  
Un hombre tan rico, fué,  
Tello, bajeza notable.  
Por esto á la fe me fui.

TELLO EL VIEJO.

Cierto que teneis razon.  
Es así mi condicion;  
Pero es en mi casa así.  
Venid, Aibar, á la tarde,  
Y contad tres mil ducados.

AIBAR.

¿Qué decis?

TELLO EL VIEJO.

Que á estar contados,  
No fuera en darlos cobarde.

AIBAR.

¿Tres mil?

TELLO EL VIEJO.

Mirando en un pié

Y en otras cosas así,  
Puedo daros lo que os di,  
Y otros muchos os daré.  
Id en hora buena, Aibar.

AIBAR.

Tres mil años (y aun es poco)  
Vivais.

TELLO EL VIEJO.

Id con Dios.

AIBAR.

Voy loco.

BATO.

¿Tres mil! ¿Qué mas pudo dar  
El mismo rey de Leon?

AIBAR. (Ap. á Bato.)

¿Qué te parece el ejemplo?

BATO.

Que quien á Dios labra templo,  
Da beneficio á pension.

(Vanse Aibar y Bato.)

## ESCENA VI.

TELLO EL VIEJO.

¿Cuán bienaventurado  
Puede llamarse el hombre  
Que con oscuro nombre  
Vive en su casa, honrado  
De su familia, atenta  
A lo que mas le agrada y le contenta!  
Sus deseos no buscan  
Las cortes de los reyes,  
Adonde tantas leves  
La ley primera ofuscan,  
Y por el nuevo traje  
La simple antigüedad padece ultraje.  
No obliga poca renta  
Al costoso vestido,  
Que al uso conocido  
La novedad inventa,  
Y con pocos desvelos  
Conserva la igualdad de sus abuelos.  
No ve la loca dama  
Que por vestirse de oro,  
Se desnuda el decoro  
De su opinion y fama,  
Y hasta que el arco rompa,  
La cuerda estira de la vana pompa.  
Yo salgo con la aurora

Por estos verdes prados,  
Aun antes de pisados  
Del blanco pié de Flora,  
Quebrando algunos hielos  
Tal vez de los cuajados arroyuelos.  
Miro con el cuidado  
Que salen mis pastores;  
Los ganados mayores  
Ir retozando al prado,  
Y humildes á sus leyes,  
A los harbechos conducir los bueyes.  
Aquí las yeguas blancas  
Entre las rubias reses,  
Las emes de Meneses  
Impresas en las ancas,  
Relinchan por los potros,  
Viéndolos retozar unos con otros.  
Vuelvo, y al mediodía  
La comida abundante  
No me pone arrogante;  
Que no pienso que es mía,  
Porque, mirando al cielo,  
El dueño adoro con humilde celo.  
Todos los años miro  
La limosna que he dado  
Y lo que me ha quedado,  
Y diciendo suspiro,  
Viendo lo que se aumenta:  
«Siempre me alcanza Dios en esta cuen-  
Voy á ver por la tarde, [ta.]  
Ya cuando el sol se humilla,  
Por esta verde orilla,  
El esmaltado alarde  
De tantas arboledas,  
Locos pavones de sus verdes ruedas;  
Y, como en ellas ojos,  
Frutas entre sus hojas,  
Blancas, pálidas, rojas,  
Del verano despojos,  
Y en sus ramas suaves  
Canciones cultas componer las aves.  
Cuando la noche baja,  
Y al claro sol se atrevé,  
Cena me aguarda breve,  
De la salud ventaja;  
Que, aunque con menos sueño,  
Mas alentado se levanta el dueño.  
De todo lo que digo  
Le doy gracias al cielo,  
Que fertiliza el suelo,  
Tan liberal conmigo;  
Porque quien no agradece  
La deuda al cielo, ni aun vivir merece.

## ESCENA VII.

LAURA, LA INFANTA, INÉS.—

TELLO EL VIEJO.

INÉS. (A Laura.)

Aquí está Señor.

LAURA. (A la Infanta.)

Bien creo

Que se ha de alegrar de verte.

INFANTA.

Tengo yo tan poca suerte,  
Que lo imposible deseo.

LAURA.

Esta serrana, Señor,  
Que de Aibar criada ha sido,  
En tu nombre he recibido;  
Que muestra á tu casa amor,  
Y la habemos menester.

TELLO EL VIEJO.

¿Menester adonde hay tantas?  
¿A qué cosas te adelantas!—  
Id con Dios, buena mujer;  
Que bostezos de señora  
Tiene mi sobrina ya.  
Viendo que la casa está  
Con tanta familia agora,  
¿Mas costa quiere añadir?

LAURA.

¿Costa una pobre mujer  
En tu casa puede hacer,  
Y que te viene á servir?

TELLO EL VIEJO.

Pues ¿no es una boca mas?

LAURA.

Donde todo está sobrado,  
¿Te da una mujer cuidado?  
Pienso que enojado estás.

TELLO EL VIEJO.

Laura, mira por la hacienda,  
Pues es toda para ti.

INFANTA.

Doléos, Señor, de mí;  
No permitáis que me ofenda  
Tan grave necesidad,  
Que se me atreva al honor.  
Por pobre os pido favor,  
Aunque tengo calidad.  
De limosna habeis de hacer  
Esto por Dios y por mí.

TELLO EL VIEJO.

¿Por Dios decís?

INFANTA.

Señor, si.  
No me permitáis perder.

TELLO EL VIEJO.

Jamás por Dios he negado  
Cosa que pudiese hacer.—  
Laura...

LAURA.

Señor...

TELLO EL VIEJO.

La mujer

Con lágrimas me ha obligado;  
Ella queda recibida.  
Vístela, para las fiestas,  
De algunas cosas honestas,  
Aunque no está mal vestida.

LAURA.

Yo buscaré qué la dar.

TELLO EL VIEJO.

Si tuyo, Laura, ha de ser,  
¿Qué me puede á mi deber?  
Hazle un vestido sacar  
Que cueste hasta cien ducados.

LAURA.

Pues tú, que darla temías  
De comer donde estos días  
Comen docientos criados,  
¿La mandas vestir así?

TELLO EL VIEJO.

Laura, una cosa es guardar  
Nuestra hacienda, y otra es dar:  
Lo que he guardado le di.

LAURA.

No habrá vestido en la sierra  
Que á tanto pueda llegar.

TELLO EL VIEJO.

Pues bien la puedes comprar,  
A la usanza desta tierra,  
Arracadas y corales;  
Que muestra ser bien nacida.

LAURA.

Juana, ya estás recibida.

INFANTA.

Esas manos liberales  
Beso mil veces, Señor.

TELLO EL VIEJO.

Id en buen hora, y guardad  
En todo la honestidad  
Que merece vuestro honor.  
(Vanse las mujeres.)

ESCENA VIII.

TELLO EL VIEJO.

En mi vida, aunque tratase  
A quien jamás conociese,  
Hice bien que le perdiese,  
Ni mal que no me pesase.  
O mal ó bien lo emplease.  
Siempre de hacer la virtud  
Resultó al alma quietud;  
Aunque conozeo también  
Que del sol del hacer bien  
Es sombra la ingratitud.

ESCENA IX.

TELLO, MENDO.—TELLO EL VIEJO.

TELLO.

Cansado estoy.

MENDO.

Has jugado  
Dos horas largas y mas.

TELLO.

Señor me vió.

TELLO EL VIEJO.

¿Dónde vas?

TELLO.

A vestirme voy, cansado  
De jugar un desafío  
Con dos mozos montañeses.

TELLO EL VIEJO.

¿Es, por vida de Meneses,  
Tu cuidado el propio mío!  
¿Qué jubon es ese, Tello?

TELLO.

¿Nunca has visto este jubon?

TELLO EL VIEJO.

¡Bravas tus locuras son!  
Tente. ¡Una cadena al cuello!  
¿Qué te costó?

TELLO.

No lo sé.

Basta que yo lo he pagado.

TELLO EL VIEJO.

Sí, de lo que has trabajado.

TELLO.

No poco trabajo fué.

MENDO. (Ap.)

Bien dice, pues que sacamos  
A cuestras cuarentas hanegas  
De trigo.

TELLO EL VIEJO.

A locuras llegas,  
Que has de hacer que nos perdamos.  
¿Perdiste al juego?

TELLO.

Perdi.

TELLO EL VIEJO.

¿Cuánto?

TELLO.

Cien reales no mas.

TELLO EL VIEJO.

¿No mas? ¡Qué gracioso estás!

TELLO.

Esto ¿que te importa á tí?

TELLO EL VIEJO.

Pues ¿á quién le ha de importar,  
Si á mí no me importa, loco?

TELLO.

¡Cosas diceis!...

TELLO EL VIEJO.

Poco á poco.

TELLO.

¿Aun no me dejas hablar?

TELLO EL VIEJO.

Ten, en hora mala, seso.  
¡Cien reales!

TELLO.

¿Desto te enojas?

TELLO EL VIEJO.

Y las mejillas ¡muy rojas  
Del sudor y del exceso! —  
Vé, Mendo, y á Laura di  
Que una camisa le dé;  
No se resfrie.

(Vase Mendo.)

TELLO.

No haré,  
Si estoy delante de ti,  
Que me haces sudar de pena.

TELLO EL VIEJO.

Falta te harán los cien reales.

TELLO.

Si harán, porque mis iguales  
No han de pedir cosa ajena.

TELLO EL VIEJO.

Vén por mil á mi aposento.

TELLO.

Mil años vivas, Señor.  
(Vase Tello el viejo, y vuelve Mendo.)  
¡Mil reales! ¡Qué extraño humor!  
Y siente que pierda ciento.

MENDO.

De trigo se los aborra.

TELLO.

Perdone ó de sí me aparte;  
Que yo no tengo otra parte  
Que mis fortunas socorra.

(Sale Mendo.)

**ESCENA X.**

LA INFANTA, con una camisa doblada  
en un azafate. — TELLO.

INFANTA. (Ap.)

Querer mi honor resistir  
Mi fortuna es desvario,  
Si el primer servicio mío  
Es á quien pensaba huir.  
Dióme esta camisa Inés  
Para Tello, aquel travieso  
Mozo de tan poco seso,  
Que destas montañas es  
El Júpiter, el Narciso,  
El galán, el robador...  
—Mas ya me ha dado el temor  
De su condicion aviso.  
¡Ay Dios! Allí está... si es él.  
Pero es fuerza que lo sea.  
¡Buen tallo! ¿Quién hay que crea  
Que habrá mal término en él?  
¡Gentil aire! No parece  
De sangre humilde aquel brio.

TELLO.

¿Quién habla aquí?

INFANTA.

Señor mío,  
Quien desde agora os ofrece  
Una criada, añadida  
A las muchas que teneis.

TELLO.

¿Vos servís?...

INFANTA.

Pues ¿no lo veis?

TELLO.

¿O venís á ser servida?  
¿De dónde sois?

INFANTA.

¿Yo, Señor?

De Castilla.

TELLO.

¿De qué tierra?

INFANTA.

De Zamora.

TELLO.

Y ¿á esta tierra  
Venís á servir? ¿Fué amor?  
Que este tiene gran poder,  
Mayormente en la hermosura.

INFANTA.

Siempre he vivido segura  
De querida y de querer.  
Fué pura necesidad;  
Pero tengo algun valor,  
Y no era justo, Señor,  
Que mujer de calidad  
Sirviera en su propia tierra;  
Que algun tiempo fui servida,  
Y por no ser conocida  
Vengo á servir á la sierra.

TELLO.

¿No hubo desde Zamora  
A Leon gente ninguna  
Que os hablase y viese?

INFANTA.

Alguna

Que en tantos lugares mora,  
Y mucha que caminaba.

TELLO.

Y ¿eran ciegos?

INFANTA.

No, Señor.

TELLO.

Y ¿á nadie le dijo amor  
Que en vuestros ojos estaba?

INFANTA.

¿Qué amor?

TELLO.

¿No sabéis lo que es?

INFANTA.

No, cierto.

TELLO.

Moveisme á risa.

INFANTA.

Ponéos, Señor, la camisa;  
Que así me lo dijo Inés.

TELLO.

Es amor una pasión  
Que se engendra de los ojos,  
Que ciertos vapores rojos  
Levantán del corazón;  
Los cuales naturalmente  
Suben y intentan salir:  
Por eso es fuerza acudir  
A los ojos como á fuente.  
Miran la persona amada,  
Y como es el corazón  
Su patria, aunque ajenos son,  
Como propia les agrada.  
Pero, como en ella están  
Con violencia sus enojos,  
Vuelven á buscar los ojos  
Por donde á los otros van.  
Entran en quien los envía,  
Y en el camino encontrados,  
Son cometas abrasados  
Que encienden la fantasía;  
Con la cual el corazón  
Se mueve, y el movimiento  
Engendra el dulce elemento  
De aquella imaginación.  
Considerad (si os admira,  
O me he declarado mal)  
El aliento en el cristal  
De un espejo que se mira;  
Que desta manera son  
Estos espíritus rojos  
En el cristal de los ojos,  
Espejos del corazón.

INFANTA.

Yo, Señor, como villana,

No entiendo filosofías;  
Que hasta en las palabras mías  
Voy por la senda mas llana.  
No hay en mi tierra ese amor,  
Ni espíritus que le formen;  
Basta que dos se conformen,  
Que es lo que entiendo mejor;  
Que si alguno con mal fin  
Con espíritus mirara,  
El cura se los sacara  
A puro hisopo y latín.  
Advertid que habeis jugado,  
Y que os podeis resfriar.

TELLO.

Antes me temo abrasar  
Que morir de resfriado,  
Que ya he visto en vuestros ojos  
El fuego en que me abraçais.

INFANTA.

Tenéos, Señor, no me deis  
Con los espíritus rojos;  
Que se me pueden entrar  
Al corazón si es así,  
Y temo que no haya aquí  
Quien me los pueda sacar.

TELLO.

No sé si pueda creer  
De tu estilo y tu presencia,  
Que es segura tu inocencia.

INFANTA.

Pues ¿en qué lo echais de ver?

TELLO.

En que cuando estás hablando  
Tienes traidora la risa.

INFANTA.

Ponéos, Señor, la camisa;  
Que me estarán aguardando.

TELLO.

¿Cómo te llamas?

INFANTA.

¿Yo? Juana.

TELLO.

Juana, seamos amigos;  
Que á no temer los testigos...  
—Pero véñme á dar mañana  
Esa camisa; que agora  
No me la quiero mudar.

INFANTA. (Ap.)

Yo me vuelvo en cas de Aibar.

TELLO.

Oye...

INFANTA.

¡Señora... señora!...

**ESCENA XI.**

LAURA, INÉS. — DICHOS.

LAURA.

¿Qué es esto?

TELLO.

¿Qué puede ser?

¿No me envías esta moza  
Con la camisa?

LAURA.

Y retoza

La burra en el alcaicer. —  
¿Quién la camisa te dió? (A la Infanta.)

INFANTA.

Inés, Señora.

LAURA. (A Inés.)

Pues di,

¿Doyte la camisa á ti,  
Que estaba ocupada yo,  
Y dasla á estotra, que apenas  
Ha entrado en casa?

INÉS.

¿Qué quieres?



¿Todas no somos mujeres?

LAURA.

Si; pero hay malas y buenas,  
Y á esta puede la ocasion,  
Aunque sea buena, hacer mala.  
¿No habia Silvia ó Pascuala?

TELLO.

No tienes, Laura, razon  
En tenerme en poco á mí,  
Que sabes que tuyo soy.  
Aunque mas culpa te doy  
En desconfiar de ti;  
Que con tu merecimiento  
Nadie se puede igualar.

LAURA.

Tello, por el mar de amar  
Navega mi pensamiento,  
Y ya sabes tú que celos  
Son las tormentas de amor.

TELLO.

Ofendes, Laura, tu honor,  
Y eres ingrata á los cielos.

LAURA.

Juana, si has de estar aquí,  
Con Tello no has de hablar mas;  
Solo aquello en casa harás  
Que yo te mandare á ti.  
¿Haslo entendido?

INFANTA.

Muy bien,

Y eso mismo quiero yo.

LAURA.

Pues esto basta.

TELLO.

Yo... (Ap. No.)

LAURA.

¿Qué dices?

TELLO.

Que yo tambien.

LAURA.

Entra á mudarte.

TELLO.

Ya es tarde.

LAURA.

No quiero que estés aquí.

TELLO. (Ap.)

¡Ay ojos! ¿para qué os vi,  
Si ha de haber quien siempre os guarde?  
(Vanse todos, menos la Infanta.)

## ESCENA XII.

LA INFANTA.

Admiracion me ha causado  
El talle y la discrecion  
De Tello: prodigios son  
Y monstruos de un monte belado.  
Si aquí me hubiera criado,  
O su igual nacido hubiera,  
Presumo que me pudiera  
Obligar á algun amor;  
Porque he visto en él valor  
Que para un príncipe fuera.  
No por esta variedad  
Es bella naturaleza;  
Que es dar ingenio y belleza  
Donde falta calidad,  
Error de su dignidad.  
Si en ella le puede haber.  
¿Qué estilo de proceder!  
Pero ¡ay Dios! ¿en qué pensaba?  
Necia estoy; que quien alaba  
No está lejos de querer.  
¿Cuántos que en las cortes nacen,  
Envidiaran el valor  
De un hijo de un labrador,  
Que ilustre sus partes hacen!

O acaso me satisfacen,  
Por ver que á lucir se alienta,  
Donde apenas hay quien sienta;  
Que á quien donde no pensó,  
Mas que imaginaba halló,  
Cualquier cosa le contenta.

## ESCENA XIII.

TELLO EL VIEJO, FORTUN.—  
LA INFANTA.

TELLO EL VIEJO.

Mucho me pesa de veros,  
Fortun, en fortunas tantas.

FORTUN.

Fianzas me han puesto ansí.

TELLO EL VIEJO.

¿Qué mal no han hecho fianzas!  
A muchos he dado hacienda  
De la que tengo, á Dios gracias;  
Mas no he fiado á ninguno.  
Pero mirad las mudanzas  
De la dicha de los hombres:  
Toda vuestra hacienda os sacan  
Con dos dedos de papel,  
Y á mi me escribe esta carta  
El Rey.

FORTUN.

Pues ¿á vos el Rey?

TELLO EL VIEJO.

Llevamos esta ventaja  
Los ricos aun á los reyes,  
Que nos escriben y llaman  
Si tienen necesidad.—  
¿Aquí estás, Juana?

INFANTA.

Aquí estaba

A ver si me mandas algo.

TELLO EL VIEJO.

A Tello luego me llama.

INFANTA.

Perdonad, Señor, no puedo;  
Porque me ha mandado Laura  
Que jamás hable con él,  
Pena de perder tu casa.

TELLO EL VIEJO.

¿Qué necios celos! Qué presto!

FORTUN.

Si quiere casarse Laura,  
No los tiene sin razon;  
Que puede dárselos Juana.  
En casa de Aibar la vi,  
Y es muy honesta.

TELLO EL VIEJO.

Eso hasta;

Que tengo por imposible  
Que la honesta yerre en nada.—  
Llama á Mendo.

INFANTA.

Está en el monte.

TELLO EL VIEJO.

Pues haz que cualquiera vaya  
A buscar á Tello luego.

(Vase la Infanta.)

## ESCENA XIV.

TELLO EL VIEJO, FORTUN.

TELLO EL VIEJO.

En fin, de vuestras desgracias  
Tengo, como amigo, pena;  
Y el modo de remedarlas  
Es que os lleveis mil ovejas  
De la mas fértil manada;  
Y si salis destos pleitos,  
Y teneis con qué pagarlas,  
Me las volveréis; si no,  
Quédense, Fortun, por dadas.

FORTUN.

Besaros quiero los piés.

TELLO EL VIEJO.

Eso para el Rey ó el Papa;  
Que mas os debo yo á vos,  
Que me habeis dado la causa  
Para daros las ovejas,  
Que vos á mi con tomarlas.

## ESCENA XV.

SANCHO, BENITO, con una pelleja.—  
DICHOS.

SANCHO.

Entra, no tengas temor.

BENITO. (Ap.)

Mas temo aquella cayada  
Que la vara de un alcalde,  
Pues no ejecuta la vara  
Tan presto lo que sentancia.

TELLO EL VIEJO.

¿Qué es eso, Sancho?

SANCHO.

No es nada.

Dice Benito que un lobo  
Le comió ayer una cabra,  
Y aqui te trae el pellejo.

TELLO EL VIEJO.

¿Qué disculpa tan cansada!

Juntanse cuatro serranos,  
La que les parece matan,  
Y ponen la culpa al lobo.  
Escrito trac en la cara  
(Aunque con poca vergüenza)  
Lo que comió de la cabra.

BENITO.

No, Señor. (Ap. En la barriga.)

TELLO EL VIEJO.

Ahora bien, de su soldada  
Se le descuente; que el lobo  
Ni es mi pastor ni es mi guarda.

BENITO.

Si los perros se descuidan,  
¿Quiéres tú que solo salga  
Contra animal tan feroz?

TELLO EL VIEJO.

No me repliques palabra,  
Que ¡vive Dios!...

BENITO.

¡Ay!

FORTUN.

Tenéos.

Daisme mil ovejas dadas,  
Y ¡en una cabra mirais!

TELLO EL VIEJO.

¿No veis que aqueste me engaña,  
Y vos venís á pedirme?

## ESCENA XVI.

LA INFANTA, TELLO.—DICHOS.

INFANTA.

Aquí está Tello.

TELLO.

¿Qué mandas?

TELLO EL VIEJO.

Tello, el Rey me ha escrito.

TELLO.

¿A tí?

TELLO EL VIEJO.

¿Es mucho? ¿De qué te espantas?  
Veinte mil ducados pide.  
¿Parécete que es sin causa?

TELLO.

La necesidad te escribe,

Que en la guerra de Navarra  
Y la del moro le apricta.

TELLO EL VIEJO.

Con el moro se trataba  
Darle á Elvira, y como Elvira,  
La desesperada Infanta  
(Que así la llaman los versos,  
Que hasta los muchachos cantan),  
Se mató, como se dice,  
Tarfe ha juntado las armas  
De sus amigos, y quiere  
Que del alto Guadarrama  
La blanca nieve enrojeczan  
Aljubas de seda y grana.  
Tú has de ir á Leon.

TELLO.

¿Yo?

TELLO EL VIEJO.

Si, que es digna esta jornada  
De tu persona; que yo,  
Como sabe esta montaña,  
No entré en mi vida en la corte,  
Ni he visto sus anchas plazas,  
Sus palacios ni sus reyes;  
Pero ninguno me gana  
En el amor y lealtad.

TELLO.

Pues ¿á qué quieres que vaya?

TELLO EL VIEJO.

Besarás la mano al Rey,  
Y llevarásle una carta  
Con cuarenta mil ducados:  
Los veinte que el Rey me manda,  
Y veinte que yo le doy.

TELLO.

¿Veinte mil veces bien haya  
Tu condicion generosa!

TELLO EL VIEJO.

Tello, ¿su hacienda no gastan  
Los hombres por sus amigos,  
O se pierden por fianzas?  
Pues ¿qué amigo como el Rey?  
Oye aparte.

TELLO.

¿Qué me mandas?

TELLO EL VIEJO.

¿Tienes aquel vestidoillo,  
Con que ir á Leon pensabas  
Cuando yo te lo estorbé?

TELLO.

Si, Señor.

TELLO EL VIEJO.

Para que vayas  
Con él; porque no gastemos  
En hacerte nuevas galas.

TELLO.

Gracia tienes. Das al Rey  
Tanto dinero, y ¡reparas  
En un vestidoillo mío!

TELLO EL VIEJO.

Luego ¿con el Rey te igualas?—  
Vamos, Fortun, y ayudadme  
A contar este oro y plata.

FORTUN.

A la fe que como vos  
Pocos montañeses nazcan.  
(Vanse Tello el viejo, Fortun, Sancho  
y Benito.)

## ESCENA XVII.

TELLO, LA INFANTA.

TELLO.

Espera, Juana.

INFANTA.

¿Qué quieres?

TELLO.

Hablarte media palabra.

INFANTA.

Y ¿si la dices entera?

TELLO.

Si la digo, que no valga.

INFANTA.

Di presto.

TELLO.

Tus bellos ojos  
Me tienen cautiva el alma.

INFANTA.

Mas has dicho de catorce.  
Vete, que nos mira Laura;  
Que yo te hablaré después.

TELLO.

Por la primera esperanza,  
Beso tu mano mil veces;  
Que á la fe que yo te traiga  
De Leon...

INFANTA.

Quedo, que viene.  
(Vase Tello.)

¡Qué necio amor me amenaza!

## ESCENA XVIII.

MENDO, con unas alforjuelas.—LA

INFANTA.

MENDO. (Para sí.)

Pues yo no pierdo el juicio,  
No sé para qué le guarda  
Alguna poca prudencia  
O alguna mucha ignorancia.  
Cavando estaba en el monte,  
Cuando á los piés de una zarza  
Me descubre el azadon  
Tanto bien, riqueza tanta,  
Que vengo fuera de mí.  
Esta vez conquisto á Juana...  
¿Qué es á Juana? ¡Voto al sol,  
Que si estrellas fueran damas,  
Que alcanzara las estrellas!  
Ella está aquí.

INFANTA.

¿De qué tratas,  
Mendo, en tu imaginacion?  
¿Qué tienes, que á solas hablas?

MENDO.

Yo, Juana, tengo mil cosas  
En que pensar.

INFANTA.

Los que andan  
Con el ganado en los montes,  
O en las viñas con la azada,  
¿Tienen qué pensar?

MENDO.

A veces  
Cosas por los hombres pasan,  
Que obligan á pensamientos  
Y á tratar en cosas altas.  
No es todo lo que parece,  
Y si de ti me fiara,  
Yo te dijera...

INFANTA.

¿De mí  
Tienes tú desconfianza?

MENDO.

Eres mujer.

INFANTA.

Las mujeres  
Mejor los secretos guardan  
Que los hombres.

MENDO.

A ser cierto,  
Pocas hubiera preñadas.  
Mas porque en algo me tengas,  
Ya que con desden me pagas,

Sabe, Juana, que soy hijo  
De un gran señor de Alemania,  
Que pasando en romería  
A Santiago desde Francia,  
Me dejó en cierta señora.  
Críeme en esta montaña,  
Sabiendo solo el secreto  
Una labradora honrada,  
Que tiene toda mi hacienda.  
Si por dicha fueras, Juana,  
Bien nacida como yo,  
Tal estoy, que me casara  
Contigo; pero no es justo  
Que si eres de gente baja,  
Eche á perder mi linaje.

INFANTA.

Soy tan nueva en esta casa,  
Mendo, que yo no conozco,  
Hasta que el trato lo haga,  
Ni los cuerdos ni los locos,  
Ni los humores que gastan.  
¿Que tú eras loco?

MENDO.

¿Yo loco?

INFANTA.

Pues ¡tú señor de Alemania!

MENDO.

Del marqués Piérres soy hijo;  
Y ya que el amor me manda  
Descubrirte mi secreto  
(Advirtiéndome que si hablas  
Serás causa de mi muerte),  
Quiero que te satisfagas  
De que es verdad lo que digo.

INFANTA.

¿Con qué locuras me engañas!

MENDO.

¿Miranos álguien?

INFANTA.

Ninguno.

MENDO.

Pues solo en aquesta caja  
Tengo...

(Muestra la de las joyas de la Infanta.)

INFANTA. (Ap.)

¡Ay Dios! qué es lo que veo!

MENDO.

Piedras y joyas tan raras,  
Que puedo comprar la hacienda  
De Tello.

INFANTA.

Una sola basta.

MENDO.

Pues mira.

INFANTA.

¡Qué hermosas joyas!

MENDO.

Pues tuyas serán si callas.  
Casarémonos los dos,  
Aunque me ha dicho mi ama  
Que por los caniculares  
Ningun discreto se casa.  
Mas no importa, yo soy mozo.

INFANTA.

(Ap. Aquí es ocasion que valga  
La industria á la buena dicha.)  
Mendo, yo no imaginaba  
Que eras hombre de valor;  
Pero por la confianza  
Que has hecho de mí, yo quiero  
Pagarte con otra tanta.  
No es la infanta de Leon  
Mejor que yo: historias largas  
Quieren tiempo; bien sé yo  
Que en nobleza no me iguales.  
Con mas espacio hablaremos.  
Pero mira que no traigas



Tan públicas esas joyas,  
Y que yo podré guardarlas.

MENDO.

Hablémonos esta noche;  
Que yo haré lo que me mandas.

INFANTA.

No me tengo de ir sin ellas.

MENDO.

Jura que no dirás nada.

INFANTA.

A mí me importa.

MENDO.

Pues toma,  
Y dame esa mano blanca.

INFANTA.

¿Qué puedo negarte, Mendo?

MENDO.

¿Quiéresme?

INFANTA.

¿No es cosa clara?

MENDO.

¿Mucho?

INFANTA.

Y mas que mucho.

MENDO.

¡Ay, cielos!

Victor, Mendo.

INFANTA.

Victor, Juana.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

TELLO EL VIEJO, TELLO, MENDO.

TELLO EL VIEJO.

¿Que tan bien te recibíó?

TELLO.

No te puedo encarecer,  
Señor, el gusto y placer  
Que el Rey de verme mostró.

MENDO.

Pues ¿á quién llevan dinero,  
Que reciba mal á quien  
Se lo lleva?

TELLO EL VIEJO.

Dices bien;

Y agradecerlo quiero;  
Que en un librillo he leído  
Que en un jumento llevaban  
Una diosa que adoraban  
Con el respeto debido  
Los que la van pasar,  
Hincándose de rodillas;  
Cuyas altas maravillas  
Pudo el jumento pensar  
(Como en fin era jumento)  
Que eran por él, y paróse.  
Viéndolo el dueño, enfadóse  
Del soberbio pensamiento,  
Y pegándole muy bien,  
Le dijo con voz furiosa:  
«No es á ti, sino á la diosa;»  
Que es esto mismo tambien.  
Y así, pidiendo primero  
Del compararte perdon,  
Las horas del Rey no son,  
Tello, á ti, sino al dinero.

TELLO.

Como quiera que haya sido,  
Yo he sido del Rey honrado,  
Y él con los dos se ha mostrado  
Liberal y agradecido.

Celebró la carta, y dijo  
No sé qué de mi persona:  
Todo en efecto lo abona  
El valor de ser tu hijo.  
«No he visto menos renglones,  
Dijo, ni mas voluntad.»

MENDO.

Dijo el Rey mucha verdad,  
Si eran las obras razones.

TELLO.

Informóle un caballero  
De ti por discreto modo,  
Y sabiendo que eras godo,  
Te hizo su tesorero,  
En muestra de sus deseos.  
Y no es poca maravilla;  
Porque en Leon y en Castilla  
Se usa tenerlos hebreos,  
Por ser en esta ocasion  
Los mas poderosos hombres,  
Y dar diferentes nombres  
A oficios de estimacion.  
Repliqué: «Si vos le haceis  
A Tello señor de España,  
No vendrá de su montaña:  
Mal su condicion sabeis.»  
Y dijo: «Si ser señor  
De su montaña desea,  
Señor de su tierra sea.»

TELLO EL VIEJO.

Aun eso me está mejor;  
Pero, puesto que me obliga,  
Como es razon que lo entienda,  
El darme ni propia hacienda  
Es casarme con mi amiga.

TELLO.

Horca y cuchillo teneis  
Desde hoy.

TELLO EL VIEJO.

¡Bravo favor!

MENDO.

Hagamos cuenta, Señor,  
Aunque poco me debeis;  
Que no quiero que algun día,  
Si teneis juridicion,  
Con razon ó sin razon,  
Por alguna falta mia,  
Useis desas facultades.

TELLO EL VIEJO.

¿Soy yo falto de juicio?

MENDO.

Por ocupar el oficio  
Haréis dos mil necesidades.

TELLO EL VIEJO.

Mendo, oyendo tu razon,  
Conozco (aunque para honrallos)  
Que soy señor de vasallos  
En que ya tengo bufon.

MENDO.

Tambien es cosa asentada,  
Si lo señor te tocó  
Que soy virtuoso yo  
En que no me has dado nada.

TELLO.

Oye tambien mis mercedes.

TELLO EL VIEJO.

¡Generosa condicion!

TELLO.

Alcaide soy de Leon.

TELLO EL VIEJO.

No sé, Tello, cómo puedes,  
Sin casarte.

TELLO.

Ya te entiendo.

TELLO EL VIEJO.

¡Qué presto que nos pagó  
Tú el llevarlo, el darlo yo!

Los reyes honran pidiendo,  
Y es temeraria bajeza  
De un vasallo dilatar  
Lo que le mandaron dar  
Dios y la naturaleza.

TELLO.

Finalmente, el Rey queria  
Que tú le fueses á ver;  
Mas viendo que no ha de ser,  
Dijo: «Pues yo iré algun día  
A visitarle á su casa;  
Que le quiero por amigo.»

TELLO EL VIEJO.

Eso sí, venga; que os digo  
Que no se le muestre escasa.  
Voyme á poner de señor.

MENDO.

Pues cierto que, bien mirado,  
Que tienes algo mudado  
Después de aqueste favor.

TELLO EL VIEJO.

¿Oficios mudan las caras?

MENDO.

Y aun las almas.

TELLO EL VIEJO.

Vén conmigo.

(Vanse Tello el viejo y Mendo.)

TELLO.

Amor, de mi mal testigo,  
Si en mis cuidados reparas,  
¿Cómo me dilatas, di,  
El premio de tanta ausencia?

### ESCENA II.

LA INFANTA.—TELLO.

INFANTA. (Ap.)

Como ve la resistencia,  
Hace amor suertes en mí.  
¿Quién pensara que sintiera  
La ausencia de un hombre yo,  
Y que en viendo que volvía,  
Tan necia á verle viniera?  
Mas ¡ay Dios!

TELLO.

¿Qué dicha mia,

Juana, á mis ojos te ofrece?  
Agora si que amanece,  
Porque sin el sol no hay día.  
¿Qué largos son en Leon!  
Era un siglo una mañana,  
Si es reloj del tiempo, Juana,  
La propia imaginacion.  
Déjame verte; que quieren  
Mis ojos satisfacer  
Lo que han faltado de ver,  
Pues verán mientras te vieren;  
Que no viéndote, no vieron.

INFANTA.

¡Buen modo de encarecer,  
Después que vienen de ver  
Todo lo que ver quisieron!

TELLO.

Yo, mi bien, ¿qué vi sin ti?

INFANTA.

¿Yo tu bien?

MENDO. (Ap.)

Esto va bien.

### ESCENA III.

MENDO, que sale sin que le vean.—  
Dichos.

TELLO.

Tú mi bien; que ni ellos ven  
Sin tí, ni yo vivo en mí.



INFANTA.

Como vienes cortesano,  
Ya te enseñas á mentir.

MENDO. (Ap.)

¡Qué bien se deja venir  
El jilguerito á la mano!

INFANTA.

Dios sabe, Tello, los miedos  
Que tu ausencia me causó.

TELLO.

¿Esperábasme?

INFANTA.

Pues ¿no?

MENDO. (Ap.)

Aderézame esos bledos.  
¡Vive Dios, que soy perdido!

TELLO.

¡Ay, Juana!

MENDO. (Ap.)

¡Ay rollo!

TELLO.

¿Qué haré?

¿Cómo, mi bien, bajare  
Desde señor á marido?  
Que conozco tu virtud,  
Y me ha dicho tu valor  
Que has de volver por tu honor.

MENDO. (Ap.)

Templando se va el laud.

INFANTA.

Si el traje te escandaliza,  
Yo sé quién es desigual.

MENDO. (Ap.)

Ya pide este huevo sal,  
Pues que suda en la ceniza.

TELLO.

¡Oh, qué traigo de Leon  
Para adorno á tu hermosura,  
Si bien oro y plata pura  
Cosas inútiles son!  
Mas finalmente verás  
Una sarta de corales,  
Aunque á tus labios iguales,  
No serán corales mas;  
Que estarán cuando los venza  
De su esmalte el vivo ardor,  
O de envidia sin color,  
O mas rojos de vergüenza.  
De los extremos recelo,  
Aunque son de oro tambien,  
Que no son de precio en quien  
Es toda extremos del cielo.  
Cuatro arracadas de perlas,  
De una esmeralda colgadas,  
Dichosas y desdichadas,  
Si honrarlas es deshacerlas.  
Un Cupido de oro, á quien  
Lleva enfrenado un león:  
Tú entenderás la ocasion,  
Juana, si me quieres bien.  
Ricas granas y palmillas  
Para sayas y sayuelos,  
Color de celos ó cielos.  
No te truje zapatillas,  
Y no fué sin advertencia;  
Que dicen que es libertad  
En principios de amistad  
Ganarse tanta licencia.  
Con esto sabrás que fué  
Advertida cortesía;  
Que quien zapatos envía,  
Presume que ha visto el pié.  
En premio desto te pido...

MENDO.

(Ap. No pedirá; vive Dios!  
Que yo apartaré á los dos.)  
Señor, un hombre ha venido  
De Leon en busca tuya.

TELLO.

¿Hombre? Luego vuelvo, Juana. (Vase.)

## ESCENA IV.

LA INFANTA, MENDO.

MENDO.

¡Ah Juana, Juana inhumana,  
Juana que el amor destruya,  
Juana mudable y traidora,  
Juana turca, Juana airada,  
Juana, que, siendo criada,  
Ya se levanta á señora!  
¡Juana corales y perlas,  
Juana Cupido y palmillas,  
Aunque no con zapatillas:  
Tal miedo tuvo de hacerlas!  
¡Oh, plega á tus piés ingratos  
Que crezcan de aquí á San Juan  
Tanto, que en un cordobán  
No haya para dos zapatos!  
¡Ah falsa!

INFANTA.

Déjame aquí;

Que se lo diré á Señor.

(Vase.)

## ESCENA V.

LAURA.—MENDO.

LAURA.

¿Qué es esto?

MENDO.

Celos y amor.

LAURA.

¿Celos y amor, Mendo!

MENDO.

Sí.

LAURA.

¿Cúyos?

MENDO.

De los dos.

LAURA.

¿Por qué?

MENDO.

Porque Tello declarado  
Quiere á Juana.

LAURA.

Mi cuidado

Cierto pronóstico fué.

MENDO.

Dos mil varas de palmillas  
Le ha traído Tello á Juana,  
Y por falta de badana  
No le trujo zapatillas;  
Treinta sargas de corales,  
Dos mil perlas, cien Cupidos...

LAURA.

¿La de los ojos fruncidos!  
La honesta! Fiad de tales.  
Pues ¡por vida de mi tío!...  
Allá voy; aquí te espera.

(Vase.)

MENDO.

¿Hay cólera, hay áspid fiera,  
Hay toro, hay presa de río  
Como celos en mujer?  
Acabóse: yo he perdido  
A Juana; mas justo ha sido,  
Si Juana de otro ha de ser.

LAURA.

Salid, honesta; salid.

## ESCENA VI.

LAURA, LA INFANTA, con su ropa,

INÉS.—MENDO.

INFANTA.

Sin tanta furia, Señora;

Que yo no he sido traidora,  
Y que soy noble advertid.

LAURA.

¡Muy bien con esto se prueba!

INFANTA.

Oye y no me culpes.

LAURA.

Calla.

INÉS.

La ropa quiero miralla,  
Para ver si algo me lleva.

INFANTA.

No tienes que buscar mas.  
Mujer soy de bien, Inés.

MENDO. (Ap. á la Infanta.)

Juana...

INFANTA.

¿Qué quieres?

MENDO.

Ya ves

Que me quedo y que te vas;  
Y pues te vas, no es razon  
Que no me vuelvas mi caja.

INFANTA.

¡Jesus, Mendo, y con ventaja!  
Aquestas tus joyas son! (Dale la caja.)

MENDO.

Véte, Juana; que por ellas  
Pareceré lindo á alguna;  
(Ap. Que está la buena fortuna  
En dallas, digo en tenellas...  
Que alguna me está mirando  
Que por ellas me quisiera.

INFANTA.

No me perturba y altera  
Tu desprecio, imaginando  
Que me quita la ocasion  
De mayor desdicha mía;  
Que ya Tello me tenía  
Gran parte del corazón.  
Adios, primer sentimiento  
De mi desden; Tello, adios.) (Vase.)

## ESCENA VII.

LAURA, MENDO, INÉS.

MENDO.

Ya estaréis libres las dos  
De envidia y celos.

LAURA.

Yo siento

La ausencia desta mujer;  
Pero mas que me dé celos.

INÉS.

Mendo andaba con desvelos;  
Ya no tendrá que temer  
Competencias de su amo.

MENDO.

Si tú á Sancho quieres bien,  
No me preguntes á quién  
Quiero bien, celo ó desamo.

## ESCENA VIII.

TELLO, desatinado. — Dichos.

TELLO.

¡Cómo! ¿A Juana? ¡Hay tal maldad!

MENDO. (Ap.)

El loco rompió la gavia.

TELLO.

Quien desta suerte me agravia,  
No me tiene voluntad.  
¿Por dónde va? ¿Dónde fué?

LAURA.  
Tente, primo; ¿dónde vas?  
TELLO.

¿Quién es?

LAURA.  
Yo soy.  
TELLO.  
¿Aquí estás?

LAURA.  
¿No me conoces?

TELLO.  
No sé;  
Que ¡vive Dios!...

LAURA.  
¿En la daga  
Pones la mano?

**ESCENA IX.**

TELLO EL VIEJO.—DICHOS.

TELLO EL VIEJO.  
¿Qué es esto?

TELLO.  
Que ha despedido por mí  
A Juana, Laura, de celos.

LAURA.  
Luego ¿no tengo razon?

TELLO EL VIEJO.  
Aunque la tengas, no has hecho,  
Sobrina, lo que era justo.

LAURA.  
¿Qué era justo?

TELLO EL VIEJO.  
Que primero  
Me hablaras, y yo la diera  
Algo para su remedio.—  
Y tú ¿por qué la inquietabas?

TELLO.  
Yo no soy hombre que tengo  
Pensamientos tan humildes.

TELLO EL VIEJO.  
¿Tendrás otros pensamientos,  
Desde alcaide de Leon  
A esta parte? Ahora bien, quiero  
Hacer que vayan tras ella.—  
Y tú no te inquietes. Tello. (Vase.)

**ESCENA X.**

TELLO, LAURA, INÉS, MENDO.

LAURA.  
No la verán mas tus ojos.

TELLO.  
¿Cómo que no? Ensilla, Mendo,  
El overo; que no fio  
De mi padre.

LAURA.  
Iré yo luego  
A decirle que te vas.—  
Vén, Inés.

(Vanse Laura é Inés.)

TELLO.  
Ensilla presto.  
MENDO.  
Ya, Señor, voy á ensillar.  
(Vase Tello.)

**ESCENA XI.**

MENDO.

Antes que saque el overo,

Quiero visitar mis joyas,  
Porque de su luz espero  
Consolarme de la ausencia

(Abre la caja.)  
De Juana. ¡Ay cielos! ¿Qué es esto?  
¡Vive Dios, que es un cordel  
Que me deja para el cuello!  
¡Linda cadena! ¡Oh qué joya  
Para un maldiciente necio!  
¡Para quien sin saber nada  
Habla en todo á todos tiempos!  
¡Oh Juanilla! ¡Oh Juana! ¡Oh sierpe!  
¡Oh picara! A ensillar presto...  
—Pero mejor fuera á mí,  
Pues que fui mayor overo. (Vase.)

—  
Campo.

**ESCENA XII.**

LA INFANTA.

Donde mi fortuna quiere,  
Con inciertos pasos voy,  
Fugitiva de mí misma:  
Consejo de la razon.  
En la paz que yo pensaba  
Hallé la guerra mayor,  
En el sagrado el peligro,  
Y en el miedo la ocasion.  
¿Qué pensó mi pensamiento,  
Cuando, siendo yo quien soy,  
Llevó mi memoria á Tello  
Y á su amor mi inclinacion?  
Nadie de los ojos fie;  
Que al mas levantado honor,  
Si no los cierra con llave,  
Le harán cualquiera traicion.  
De grande peligro salgo,  
Pues con ver que libre estoy,  
Sospecha el temor que tengo  
Que le dejo el corazon.  
Mas dice mi valor  
Que en los principios se resiste amor.  
Pensó Laura que vengaba  
De sus celos el rigor,  
Y dióme Laura la vida;  
Que la ocasion me quitó.  
Aunque lágrimas me cuesta,  
Ninguna culpa le doy:  
Mejor es perder á Tello  
Que no que me pierda yo.  
Si fuera aquel mozo ilustre,  
Disculpara amor mi error;  
Pero, criado entre ovejas,  
No es bueno para leon.  
Sangre del godo Rodrigo  
Dicen que el tiempo le dió,  
La buena persona el cielo,  
Y el rey Pelayo el blason:  
Partes constituyen dignas  
Para amarle; mas ¡ay Dios!  
Que dice el amor que sí,  
Y el Rey, mi padre, que no,  
Y en esta confusion  
Huye la honra y se detiene amor.

**ESCENA XIII.**

TELLO.—LA INFANTA.

TELLO. (Dentro.)  
Ten este caballo, Mendo;  
Que allí la he visto.

INFANTA.

¿Ay de mí!

(Sale Tello.)

TELLO.

¿Dónde vas, Señora, así?

INFANTA.  
Mas que despedida, huyendo.  
TELLO.

¿De quién?

INFANTA.  
De tí.  
TELLO.  
No lo entiendo,  
Pues que me llevas contigo.

INFANTA.  
De un poderoso enemigo  
Voy huyendo.

TELLO.  
¿Quién?  
INFANTA.  
Amor.

TELLO.  
Si es amor, ¡tanto rigor,  
Tal crueldad, tanto castigo!  
Vuelve, vuelve; que me envía  
Mi padre por tí.

INFANTA.  
No puedo,  
Tello; que me ha dado miedo  
Mi flaqueza y tu osadia.

TELLO.  
Pues ¿de qué descoratesía,  
Juana, te puedes quejar?  
¿Es mas que morir y amar  
Esta de mi amor locura?  
Si fué culpa tu hermosura,  
¿En qué me puedes culpar?

INFANTA.  
Tello, yo no he de volver...  
Por causas que tú no sabes.

TELLO.  
Ya he visto en tus ojos graves  
Que eres principal mujer.  
¿De callar y padecer,  
Juana hermosa, te agraviaste?  
De honesto amor te cansaste?  
Déjame no mas de verte;  
Mira que vengo á la muerte,  
De un hora que me dejaste.  
¿Qué será, Juana, de mí  
Si no vuelves?

INFANTA.  
No, en mi vida.

TELLO.  
Ya está Laura arrepentida;  
Ella me envía por tí.  
Dicen que la culpa fui...  
Vuelve, Juana, por mi honor;  
Que mi padre con rigor  
Me ha reñido tan extraño,  
Que has de ir por su desengaño,  
Si no quieres por mi amor.

INFANTA.  
¿Cómo quieres tú que viva  
Adonde Laura se abrasa?

TELLO.  
Tú serás, Juana, en mi casa  
Paloma con verde oliva.  
No permitas, vengativa,  
Que lo pague mi inocencia;  
Vuelve á honrar con tu presencia  
El oriente donde fuiste  
Sol; que de sombras te viste  
La soledad de tu ausencia.  
¿Podrás tú, mi bien, sufrir  
Que me muera sin culpa yo?  
Porque Laura te ofendió,  
¿Me tengo yo de morir?  
¿Adónde te quieres ir  
Con esos pobres despojos,  
Que no te den mil enojos,  
Y por el hurto te prendan

De un alma, por mas que emprendan  
Negarlo tus dulces ojos?  
¿Dónde irás sin que por ello  
Te injurien? ¿Quién te ha de ver,  
Que no diga: «Esta mujer  
Se lleva el alma de Tello»?  
Si de la planta al cabello  
Laura envidia tu hermosura,  
Muera Laura en su locura,  
Piérdase Laura, no quien  
Te estima y te quiere bien  
Con fe tan honesta y pura.  
¿Cómo, dime, negarás.  
Si te prenden, que me llevas  
El alma, en llegando á pruebas  
De que tan hermosa estás?  
Luego mas acertarás  
En volver donde me has muerto,  
Porque es sagrado mas cierto  
Para excusar el castigo;  
Pues mientras estás conmigo,  
Tendrás el hurto encubierto.  
Que estando los dos allí,  
Pues tú mi alma has de ser,  
Ninguno echará de ver  
Que estoy sin la que te di.  
Viviré yo, Juana, en ti,  
Aunque sin alma, no ausente;  
Que quien ama, si no miente  
(Porque hay amar y hay fingir),  
Eso deja de vivir  
Que deja de estar presente.

INFANTA.

¿Qué de manera de engaños!  
Qué de suertes de invenciones,  
Si de tus dulces razones  
No resultarán mis daños!  
Ejemplos y desengaños  
Me aconsejan que me aparte;  
Pero ¿dónde ó en qué parte,  
Pues quise, siendo mujer,  
No digo, Tello, querer,  
Sino querer escucharte?  
Si las aves no pusieran  
El oído á la traidora  
Voz que engaña y enamora,  
Nunca en la liga cayeran;  
Si á mi no me enternecieron  
Los encantos de tu canto,  
Tarde me rindieras tanto.  
—Ahora bien, yo soy mujer.

TELLO.

¿Qué dices?

INFANTA.

Que esto es volver,  
Aunque de serlo me espanto.

TELLO.

Pues vén, mis ojos; que allí  
Mendo está con el caballo.

INFANTA.

¡Ay Tello! obedezco y callo;  
Que manda otro dueño en mí.

TELLO.

¿Vuelves con tu gusto?

INFANTA.

Si;

Pero en fe de tu valor,  
Que respetarás mi honor.

TELLO.

La luz que en tus ojos veo,  
Sahrá tener el deseo  
Y reportar el amor.

(Vanse.)

Sala en casa de los Tellos.

## ESCENA XIV.

TELLO EL VIEJO, LAURA, INÉS.

TELLO EL VIEJO.

¿Estás loca?

LAURA.

Loca estoy;

Y tú lo pareces mas,  
Pues tal licencia le das.

TELLO EL VIEJO.

Yo ¿qué licencia le doy?

LAURA.

Tello ¿no es ido por Juana  
Con tu licencia?

TELLO EL VIEJO.

Él se fué;

Porque yo á Sancho envié,  
Y no á Tello, esta mañana.

LAURA.

Si Tello tiene mujer,  
Y tú nuera, dime, tío,  
¿Esperar no es desvario  
Á que yo lo venga á ver?

TELLO EL VIEJO.

Tello, por hacerme gusto,  
Aunque sin pedir licencia,  
No porque siente su ausencia  
Ni para darte disgusto,  
Fué por Juana; y no hay razon  
Que digas que es su mujer;  
Porque ¿cómo lo ha de ser  
Sin calidad? Que no son  
Tan bajos los pensamientos  
De Tello.

LAURA.

Ahora bien, yo soy  
Desdichada y yo me voy;  
Que, amores ó casamientos,  
No los tengo de sufrir.

TELLO EL VIEJO.

¿Dónde vas?

LAURA.

En cas de Aibar.

TELLO EL VIEJO.

¿En cas de Aibar?

LAURA.

A llorar...

Y á serville.

TELLO EL VIEJO.

¿Tú á servir?

Quien manda treinta criadas,  
¿Ila de servir?

LAURA.

¿Qué he de hacer,  
Si Tello tiene mujer?

TELLO EL VIEJO.

Necedades excusadas.  
Mi sobrina, ¿para quién  
Es mi hacienda?

INÉS.

Mendo viene,  
Y escrito en los ojos tiene  
Que no ha sucedido bien.

## ESCENA XV.

MENDO.—DICHOS.

MENDO.

Buenas nuevas.

TELLO EL VIEJO.

¿Pareció?

LAURA.

Mejor de otra suerte fuera.

MENDO.

Pareció Juana en un bosque,  
Cuyas floridas riveras  
Cubren dos mansos arroyos,  
Mas que de cristal, de arena;  
Que ellos propios la levantan,  
Riñendo donde se encuentran.  
Viola Tello, y arrojóse  
Del caballo: así las riendas,  
Y estuvimos los dos,  
Él contemplando la yerba,  
Y yo de los dos hallados  
Satisfacciones y quejas.  
Juana volver no quería;  
Que dice que la atormentan  
Celos de Laura, y mi amo  
La obligaba hasta vencerla;  
Si bien es verdad, Señor,  
Que las mujeres discretas  
Obran lo que menos dicen,  
Quieren lo que mas desean.  
En fin, por fuerza ó por gusto  
(Que esto de alegar la fuerza  
Las mujeres es lo mismo  
Que dar la disculpa de Eva),  
Entre los dos la pusimos  
En las ancas. La destreza  
De Tello á lo cazador  
Se vió, pues sin ofendella  
Subió gallardo en la silla;  
Pero, dejando la senda  
Que viene á casa, del bosque  
Signió la inculta maleza.  
Ella, para no caer  
(Que pienso que si cayera  
Se lastimara en los troncos  
De aquella intrincada selva),  
Echóle el derecho brazo  
Al cuello; y desta manera  
Se me perdieron de vista;  
Que llevaba Tello espuelas.  
Y aunque era entonces Pegaso  
El rocín, yo te siguiera  
Con ansia de ver á Juana,  
Porque amor y celos vuelan;  
Pero Tello me decía:  
«Mendo, quédate ó te asienta;  
Mira que te cansarás.»  
Entendile y di la vuelta.

LAURA.

Desto ¿qué dirás, Señor?

TELLO EL VIEJO.

Que, como sabe la tierra,  
Tello buscaría el atajo.

MENDO.

Y es muy discreta respuesta;  
Que no hay atajo en el mundo,  
Laura, que mas facil sea,  
Que llevarse una mujer  
Adonde jamás parezca.  
Con esto se ahorra un hombre  
De requiebros y promesas,  
Y de andar, como en los pleitos,  
En demandas y en respuestas.  
Si es el fin el matrimonio,  
Y el fin los sucesos prueba,  
¡Bien haya amén el concierto  
Que no aguardó la sentencia!

## ESCENA XVI.

TELLO, LA INFANTA.—DICHOS.

TELLO.

Llega, y besarás la mano  
A mi señor.



INFANTA.

Con vergüenza  
De Laura llevo.

INÉS.

Estos son.

TELLO EL VIEJO.

¡Vive Dios, que te quisiera,  
Mendo, con esta cayada  
Hacer cuatro la cabeza!  
¿Ves cómo por el atajo  
Vino?

MENDO.

Y es cosa muy cierta;  
Pero no le hay sin trabajo.  
Mas yo me huelgo que venga...  
(Ap. Porque me vuelva mis joyas.)

TELLO.

Juana la mano te besa  
Por la merced que le has hecho.

INFANTA.

Señor, cuando yo ofendiera  
A mi señora, era justo  
Que castigara mi ofensa;  
Pero no, estando inocente.

LAURA.

Sí, si la misma inocencia,  
Y aun con esas humildades,  
Se sale con cuanto intenta.

INFANTA.

Señora, yo no quería  
Volver; Tello me hizo fuerza.

MENDO. (Ap. á Inés.)

¿A fuerza ha llegado el caso?  
Para bien las bodas sean.

INÉS.

Calla, malicioso, y mira  
Que es Juana mujer honesta.

MENDO.

¿Quitole su honestidad?  
Tello se quedó con ella.

TELLO EL VIEJO.

Ahora bien, Laura, por mí  
(Si es justo que lo merezca)  
Habeis de hacer amistad.

LAURA.

¿No basta que tú lo quieras?

TELLO EL VIEJO.

Juana, abraza á tu señora;  
Y porque de hoy mas no tengas  
Celos, casemos á Juana.

TELLO.

No habrá cosa con que pueda  
Estar Laura mas segura.  
Mendo su marido sea.

MENDO.

Antes de ir por el atajo,  
Al mismo Rey no la dieras,  
Y ¡á mí me la das agora!  
No sé, por Dios, si la quiera.—  
Mas será envite de falso.

TELLO.

No, Mendo, por Dios; que della  
Sé que agradece tu amor.

MENDO.

¿Es verdad, Juana?

JUANA.

No tengas

Duda de mi amor.

MENDO.

Agora

Digo que los celos ciegan.—  
Mira, Tello, no te espantes  
De que yo á Juana no crea;  
Que como en aquel rocin  
Diste tan larga carrera,  
Venir á parar en mí

No ha sido poca destreza.

TELLO EL VIEJO.

Ahora bien, yo doy en dote  
A Juana cincuenta ovejas,  
Dos vacas, cuatro lechones,  
Y de trigo veinte hanegas;  
Y á Mendo doy una vara,  
Pues soy señor desta tierra.

MENDO.

No me des, Señor, oficio,  
Que si no prendo me pierda  
(Pues en efecto es prender),  
Y si prendo me aborrezcan.

TELLO EL VIEJO.

Ahora bien, trazad la boda.

INÉS. (Ap. á Laura.)

Con esto segura quedas.

LAURA.

Juana, una sarten te mando  
Y una cama de red nueva.

TELLO. (Ap. á la Infanta.)

¡Ay, Juana, que aun que es de burlas,  
Siento el casarte de veras!  
(Vanse los Tellos, la Infanta y Laura.)

## ESCENA XVII.

MENDO, INÉS.

INÉS.

¿Parécete, Mendo, bien  
De la suerte que me dejas?

MENDO.

Inés, cuando de casarme  
Te resulte alguna ofensa,  
No quieras mayor venganza.

INÉS.

Todos sois desa manera;  
Pero todos os casáis.

MENDO.

Inés, el casarse es fuerza.

INÉS.

Pues ¿cómo os quejais después?

MENDO.

No todos después se quejan;  
Que muchos aciertan mucho,  
Y otros por su culpa yerran.  
No está la paz en castigos,  
Que deshonran, no remedian,  
Sino en no querer los hombres  
Volar por casas ajenas.  
Regalos guardan lealtad;  
Debida correspondencia  
En la mesa y en la cama  
Hacen las mujeres buenas.

INÉS.

Bravo casado serás.

MENDO.

No quiera Dios que tal sea.

INÉS.

Pues ¿qué? ¿Manso?

MENDO.

Peor, Inés;

Sino que quiera y me quieran,  
Y que alcance á nuestros hijos  
La bendición de la Iglesia.  
(Vanse.)

—

Vista exterior de la casa de los Tellos.

## ESCENA XVIII.

TELO EL VIEJO, SANCHEO.

TELLO EL VIEJO.

Esos, Sancho, no es posible

Que sepan que soy señor.

SANCHEO.

Excusarse del rigor  
Parece cosa imposible.

TELLO EL VIEJO.

Otro parece que estoy  
Después que tengo el gobierno.

SANCHEO.

Tierno me pareces.

TELLO EL VIEJO.

¿Tierno?

Verás qué castigos doy.

SANCHEO.

Tampoco has de ser cruel.

TELLO EL VIEJO.

Ya sé yo que la balanza  
Nos enseña la templanza  
Que hay del cuchillo al cordel.

## ESCENA XIX.

MENDO, con vara de alguacil, VILLANOS.—DICHOS.

MENDO.

No se puede imaginar  
La ventura que he tenido.

TELLO EL VIEJO.

Pues, Mendo, ¿qué ha sucedido?

MENDO.

No acababa de tomar  
La vara que veis aquí,  
Cuando dicen que el Rey viene.

TELLO EL VIEJO.

¿El Rey?

MENDO.

Y el que solo tiene  
Jurisdicción sobre mí.

TELLO EL VIEJO.

Pues di, ¿quién te dijo á tí  
Que el Rey al monte venía?

MENDO.

Quien le vió cazar.

TELLO EL VIEJO.

Sería

Cerca de Leon, no aquí.

MENDO.

¿No aquí? Pues ese ruido  
¿Qué piensas que puede ser?

SANCHEO.

Ya comienza á anochecer,  
Y debe de haber venido  
Con ánimo de que seas  
Su huésped.

TELLO EL VIEJO.

Turbado estoy.—

Mendo, á recibirle voy. (Vase.)

## ESCENA XX.

MENDO, SANCHEO, VILLANOS.

MENDO.

¡Hola, Sancho! enciendan teas  
Por cuantas penas y partes  
Tiene este monte, que son  
Desta humilde habitacion  
Los muros y baluartes.—  
Vos á buscar frutas frescas.—  
Tú di á Juana que no salga;

(A un villano.)

Porque aquesta gente hidalga  
Se muere por villanescas;  
Y ella, por lo remilgado,  
Les hará conversacion.

SANCHEO.

Parte seguro: ellos son.

Todo se alborota el prado.

(*Vanse.*)

Sala en casa de los Tellos.

### ESCENA XXI.

EL REY, DON RAMIRO, LOS TELLOS,  
CRIADOS, VILLANOS.

TELLO EL VIEJO.

¿Cuándo, Señor, merecí  
Tanto honor?

REY.

A conoceros,  
Tello, he venido, y á veros,  
Pues vos no me veis á mí.  
Vuestro hijo ¿dónde está?

TELLO.

A vuestros piés, gran Señor.

REY.

¿Sabeis que es mi alcaide?

TELLO EL VIEJO.

Honor

Tan grande otro ser le da  
De aquel que tiene de mí.

REY.

¿No teneis mas?

TELLO EL VIEJO.

Hanse muerto;

Y estuvieron en lo cierto;  
Que para Tello hay aquí,  
Y para tantos no había.

REY.

¿No le casais?

TELLO EL VIEJO.

Aquí tengo

Una sobrina...

REY.

Si vengo  
A tiempo, servir querria  
De padrino á mis parientes.

TELLO EL VIEJO.

Templad, Señor, los favores;  
Que reyes y labradores  
Son extremos diferentes.

REY.

¡Oh qué envidia, Tello, os tengo!

TELLO EL VIEJO.

Señor, por acá se pasa  
Pobremente.

REY.

A vuestra casa  
Mas pobre que nunca vengo.

TELLO EL VIEJO.

Pues no lo saldréis de aquí;  
Que toda os la llevaréis.

### ESCENA XXII.

LAURA.—DICHOS.

LAURA.

Aquí, gran Señor, teneis,  
Para que os sirvais de mí,  
Vuestra pobre labradora.

REY.

¿Es vuestra sobrina?

TELLO EL VIEJO.

Laura,

Señor, mi casa restaura,  
Si vos la casais agora.

### ESCENA XXIII.

MENDO, SANCHO.—DICHOS.

REY.

Mucho me alegre de veros.

SANCHO. (*Ap. á Mendo.*)

Arrima luego la vara.

MENDO.

¿Yo? ¿Por qué?

SANCHO.

Porque está el Rey

Presente.

MENDO.

No es de importancia.

SANCHO.

¿Cómo no?

MENDO.

Si un capitan,  
De la guerra ó de las armas  
Viene á ver y hablar al Rey,  
Sancho, ¿quítase la espada?

SANCHO.

No, Mendo.

MENDO.

Pues ¿qué mas tiene?

SANCHO.

Necio, ¿no ves que es la causa  
Porque representa al Rey,  
Que es justicia soberana,  
Y no hay otra en su presencia?

MENDO.

¿Que una cosa tan delgada,  
Sancho, represente al Rey!

SANCHO.

En eso, Mendo, declara  
Que no ha de tenerla adonde  
Pueda estar cosa contraria.

MENDO.

Después que eres escribano,  
Sancho, á lo de corte hablas.

SANCHO.

Y tú ¿no piensas mudar  
El ingenio y las palabras?

MENDO.

No sé, por Dios. Mas ya ponen  
La mesa: arrimo la vara  
Por pescar alguna cosa;  
Que no porque es de importancia.

### ESCENA XXIV.

UNOS VILLANOS sacan la mesa, y salen  
los músicos.—DICHOS.

(*Hay en la mesa una tortilla de huevos  
y un poco de manjar blanco, y en la  
tortilla de huevos una sortija.*)

TELLO.

Ya está prevenido todo.

REY.

Tello será maestresala.

TELLO.

Turbaréme, gran Señor.

MENDO.

Él manda como en su casa.

REY.

¿Quién sois vos?

MENDO.

El alguacil.

REY.

¿Quereis algo?

MENDO.

Los que tratan

De la salud, comer mucho,  
Aunque tengan buena gana,  
Dicen que es delito; y vengo  
A ver si en tanta abundancia  
Puedo pescar cualque cosa.

REY.

Buen labrador...

TELLO EL VIEJO.

Es la gracia

De todo el monte.

MENDO.

Y la hambre.

REY.

Tomad.

MENDO.

¿Por cuánto faltara

Manjar blanco?

(*Dale el Rey el plato de manjar blanco.*)

Pareceis

Príncipe que come en farsa.

(*Cantan los músicos.*)

REY.

¿Tortilla de huevos? Bueno.

El gusto me adivinaba

Quien este enidado tuvo.

¿Fuiste tú Ramiro?

RAMIRO.

En casa\*

Que á nadie conozco, fuera\*

Prevenicion muy excusada.\*

No, Señor, no he sido yo.\*

(*Va el Rey á comer, y topa con la sortija  
en los dientes.*)

MENDO.

Traigan luego vino y agua;  
Que ha topado alguna piedra.

TELLO EL VIEJO.

¿Piedra, Señor? ¿Cosa extraña!

REY.

Esta sortija conozco.

TELLO EL VIEJO.

¿Entre los huevos estaba  
Sortija?

REY.

Y sortija mía.

MENDO.

Pues ¿deso poco se espanta?

En una morcilla un día\*

Hallé yo toda una sarta\*

De cuentas, que parecian\*

Dentro piñones y pasas.\*

REY.

¿Quién hizo aquesta tortilla?

TELLO EL VIEJO.

¿Quién guisó estos huevos, Laura?

LAURA.

Juana, Señor, los guisó.

REY.

¿Quién es Juana?

TELLO EL VIEJO.

Llama á Juana.

MENDO.

A prender á Juana voy.

SANCHO.

¿Por qué?

MENDO.

Por tortillas falsas,  
Y porque quebró las muelas  
A un rey de tanta importancia.

\* Los versos señalados con asterisco se hallan en las ediciones modernas y faltan en la antigua (tomo XXI de LOPE), la cual contiene muchos trozos que fueron omitidos en las posteriores.

(Ap. Esta vez cobro mis joyas.)  
 ¡Oh ladrona, que le echabas  
 Piedras al Rey en los huevos,  
 Como á bestia en la cebada! (Vase.)

REY.

(Ap. Cielo, ¿quién imaginara  
 Que yo viniera á tener  
 Tanta pena en esta casa?)  
 Esta sortija es de Elvira. (A Ramiro.)

TELLO. (Ap. á su padre.)

Señor, hoy prenden ó matan  
 A Juana, si por ventura  
 Piensan que veneno daba  
 Al Rey en esta sortija.

TELLO EL VIEJO.

¡Veneno! Infame criada.

### ESCENA XXV.

MENDO, trayendo á LA INFANTA,  
 toda turbada y tapándose la cara.—  
 Dichos.

MENDO.

Por fuerza habeis de salir.

INFANTA.

Déjame, por Dios.

TELLO EL VIEJO.

Villana

De Zamora ó del infierno,  
 ¿Qué es esto que al Rey le dabas?

REY.

Tello, dejádmela ver.

TELLO EL VIEJO.

¿Para qué encubres la cara?  
 Quita las manos.

REY.

¡Qué veo!

Ya se me enternce el alma.—

¿Eres tú, Elvira? Eres tú,  
 Hija, que de mis entrañas  
 Fuiste cuchillo en tu muerte?

TELLO EL VIEJO.

¡Cosa que fuese la Infanta!

TELLO.

¡Ay, padre! si lo es soy muerto.

REY.

Elvira, á tu padre abraza,  
 Y agora venga la muerte.

MENDO.

(Ap. Agora es cuando me manda  
 Freir en aceite el Rey.)

¡Ah Juana! si eres Infanta,  
 Destruécame aquel cordel;  
 Que yo te daré la caja.

INFANTA.

Tuyas serán todas, Mendo.

TELLO EL VIEJO.

Señor, toda nuestra casa  
 Perdona; que no supimos  
 Quién era.

REY.

Quise casarla

A su disgusto, y agora,  
 Tello, la doy la palabra

Que solo á su gusto sea.

INFANTA.

Si será; que estoy casada.

REY.

¿Casada? ¿Con quién?

INFANTA.

Con Tello,

A quien tu pariente llamas.

REY.

Si no te hubieras casado,  
 Elvira, yo te casara;  
 Porque no pudiera darle  
 Deste servicio otra paga.  
 Dáos las manos.

TELLO.

Bien merece

Mi amor, mi fe, mi esperanza

Este premio.

TELLO EL VIEJO.

No prosigas;

Porque aqui la historia acaba <sup>4</sup>

De Los Tellos de Meneses,

Godos de la antigua España.

<sup>4</sup> Asi concluye la comedia en el tomo XXI de las de LOPE; lo que prueba que cuando la escribió, no pensaba en segunda parte: las ediciones modernas tienen este fin:

... Aquí la historia acaba  
 De los Tellos de Meneses,  
 Godos de la antigua España,  
 Hasta la segunda parte,  
 Que refiera sus hazañas.





# VALOR, FORTUNA Y LEALTAD<sup>1</sup>, SEGUNDA PARTE DE LOS TELLOS DE MENÉSES.

## PERSONAS.

ALFONSO III, REY DE LEON.  
TELLO EL VIEJO.  
TELLO, su hijo.  
GARCI-TELLO, niño.  
DON ARIAS, conde.  
DOÑA ELVIRA, infanta.

LAURA, su prima.  
INÉS, villana.  
MENDO, gracioso.  
SANCHE, villano.  
UN CURA.

SOLDADOS.  
CRIADOS.  
MÚSICA.  
MOROS.  
VILLANOS.  
ACOMPAÑAMIENTO.

*La acción pasa en las montañas de Leon y en esta ciudad.*

## ACTO PRIMERO.

*Campo en las montañas de Leon.*

### ESCENA PRIMERA.

LA INFANTA DOÑA ELVIRA Y LAURA,  
*con sombreros y rebocinos*; VILLANOS,  
MÚSICA.

*(Tocan, cantan y bailan.)*

MÚSICA.

*Quien se levanta hermosa  
Y con salud, parida,  
Algo adivina.  
Quien puede levantarse  
Con bríos montañeses,  
Volver quiere á enfermarse  
Por otros nueve meses.  
Quien hoy á su Meneses  
Le pareció tan linda,  
Algo adivina.*

LAURA.

Por muchos años, Señora,  
De la cama te levantes  
A dar envidia á la aurora,  
Cuando con tiernos diamantes  
Baña los campos de Flora.  
Por pizarras desiguales,  
Viendo que á los campos sales,  
Tropieza en su misma prisa  
La nieve, deshecha en risa,  
Para que pises cristales.  
Las flores de la ribera  
Salen á verte á porfía;  
Todo se esmalta y espera  
De tus ojos alegría  
Y de tus pies primavera.  
Todo tu salud lo viste  
De contento, hermosa Infanta;  
Hasta la tórtola triste  
Parece que alegre canta  
Después que al prado saliste.  
No hay ave que de su empleo  
No muestre dulce deseo;  
Que, con ser justa su pena,  
Aun no llora Filomena

Los amores de Terec.  
Las hiedras, que en verdes techos  
Prenden acopados colmos,  
De ramas y de hojas hechos,  
Con abrazos mas estrechos  
Han enredado los olmos.  
Aquesas voces suaves,  
Que ya risueñas, ya graves,  
Con naturales acentos  
Suenan en dos elementos,  
Son las fuentes y las aves.

INFANTA.

Laura mia, esos amores  
No parecen de cuñada.

LAURA.

Pues ¿de quien serán mejores  
Que de una prima, templada  
Al gusto de tus favores?  
¡Dichoso Tello, que fué  
Digno de tan bella esposa!

INFANTA.

Paso, prima; que vendré  
A estar de entrambos celosa.

LAURA.

Ahora, Elvira, ¿por qué?  
Ocho años han pasado  
Que yo los tuve de ti;  
Pero en viéndole casado,  
Con las esperanzas di  
Al vago viento el cuidado.  
Yo confieso aquel deseo  
De que tan lejos me veo;  
Digno fué de tu valor,  
Porque le guardaba amor  
Para mas dichoso empleo.  
A mucho te aventuraste;  
Por este hábraro suelo  
Muchos trabajos pasaste;  
Pero ya, gracias al Cielo,  
En sus brazos descansaste.

INFANTA.

Al misero navegante  
Truecan, Laura, en un instante  
La alegre color de celos  
En tanto luto los cielos,  
Que no parece un diamante.  
Sus claraboyas serenas  
Escupan balas de hielo.  
Truenan nubes de horror llenas,  
Que, desquiciando su velo,

Van arrastrando cadenas.  
El uno y el otro polo  
Parece que sacudir  
Quieren la máquina, y solo  
Entre nubes de zafir,  
No sabe su aurora Apolo.  
Sube hasta el cielo arrogante  
Del mar el profundo abismo,  
Porque no hay sol que le espante;  
Y cayendo de si mismo,  
Es fulminado gigante.  
Y así con las luces bellas  
Traslada la tempestad  
La furia del mar, que entre ellas  
Ven los peces si es verdad  
Que los hay en las estrellas.  
Mas luego en tanta ruina  
Corre la oriental cortina  
La aurora bañada en hielo,  
Y el sol, corazon del cielo,  
La turbia mar ilumina.  
Así yo tantas crueldades  
Padecí de mis desdichas  
Entre estas soledades,  
Hasta que el sol de mis dichas  
Serenó las tempestades.  
Así del mar inhumano  
Mi pobre barca salió,  
Dándome el cielo su mano,  
Aunque mi padre murió,  
Y me aborrece mi hermano.  
Dos hijos tengo ya, en quien  
Tengo el alma dividida,  
Dando su parte tambien  
A Tello, porque no hay vida  
Adonde los tres no estén;  
Que esa necia presunción  
De don Arias es locura.

LAURA.

Cuéntame por qué razon  
Volver contra ti procura  
Leon al rey de Leon.

INFANTA.

A la margen de esa fuente,  
Que se queja y no lo siente,  
Quiero contarte su historia,  
Aunque ofenda la memoria  
Tan enojoso accidente.

LAURA.

Los necios son atrevidos.

<sup>1</sup> Tal es el título que lleva este drama en el ejemplar que nos ha servido como original, edición antigua, suelta, sin año ni lugar de impresion. En las modernas se titula *Valor, lealtad y ventura de los Tellos de Meneses, segunda parte.*

INFANTA.  
De todos le diferencio,  
Si amaron aborrecidos.

LAURA.  
Pide á la fuente silencio  
Mientras te doy los oídos.

INFANTA.  
Presto verás que á ninguna  
Tanta desdicha importuna,  
Pues, ni villana ni infanta,  
Me dejó con fuerza tanta  
De perseguir la fortuna.  
(*Vause.*)

Salon del alcázar real de Leon.

## ESCENA II.

EL REY, DON ARIAS, ACOMPAÑAMIENTO.

DON ARIAS.  
La muerte del invicto Ordoño, padre  
De vuestra alteza, y el debido llanto  
A sus claras virtudes, vence tanto  
Ser vos el heredero,  
Príncipe soberano  
De la parte mejor del reino ibero,  
Que ya el bramido del leon hispano,  
Resucitando en vos su heroico hijo,  
Las lagrimas convierte en regocijo.  
Vos, Alfonso, seréis (en Dios lo espero)  
De vuestro reino padre y la defensa  
De España, vuestra madre,  
Que oprime el moro con injusta ofensa.  
La religion, la paz y la justicia,  
La ciencia y la milicia  
Se verán abrazadas,  
De pacífica oliva coronadas.  
Vivid siglos, vivid, y ¡plega al cielo  
Que, oyendo el justo celo  
Y el ánimo devoto,  
Vuestras banderas ponga en el remoto  
Margen del mar de España,  
Que las columnas baña  
Que el tebano llamó fin de la tierra;  
Pues ya teneis la torre en que se vian  
Las fuertes naves de la gran Bretaña  
Cuando el mar discurrían,  
Amenazando guerra! Solo resta  
Que nos deis sucesion, que os ha faltado  
De nuestra gran señora,  
Y un sol leonés de castellana aurora.

REY.  
Ese cuidado solo me molesta,  
Don Arias, por vivir desconfiado;  
Y así, prometo al cielo  
Visitar con piadoso heroico celo  
Al gran Patron de España.  
A cuya espada debe tanta hazaña;  
Y desde aquí le ofrezco,  
Si tanto bien merezco,  
Labrar la parte que á su templo falta.

DON ARIAS.  
La sucesion esmalta,  
Como al gobierno público las leyes,  
Las coronas y cetros de los reyes.

## ESCENA III.

SANCHO; MENDO, con una carta.—  
Dichos.

MENDO. (*Ap. á Sancho al salir.*)  
Ya no tengo aquel temor,  
Sancho, que tener solia  
Cuando labrador vivia;

<sup>1</sup> Alusion á la venida hostil de los ingleses á Cádiz en el año de 1625.

Que ya no soy labrador.  
Con reyes trato en efeto;  
Verdad es que á Dios y al Rey  
No por tratarlos es ley  
Que se les pierda el respeto.  
Quiero decir que he llegado  
A habllarlos con libertad.

SANCHO.  
¿No es hombre la majestad?

MENDO.  
Si; pero es hombre endiosado:  
Un rey es Dios en la tierra.

SANCHO.  
Llega, que es buena ocasion,  
Pues en su coronacion  
A nadie las puertas cierra.

MENDO.  
Invictisimo Señor, (*Arrodillase.*)  
Que guarde y prospere el cielo...

REY.  
¿Quién sois? Levantaos del suelo.

MENDO.  
(*Ap.* Cobrándole voy temor.)  
Criados somos de Tello,  
Vuestro cuñado.

REY.  
¿De quién?  
(*Vuelve á Mendo la espalda.*)  
SANCHO. (*Ap. á Mendo.*)

No escucha el *cuñado* bien;  
Enderezóse de cuello.

MENDO.  
Cuñado, aunque suele ser  
Tal vez amistad segura,  
Dicen que es añadidura  
Que dan con propia mujer.  
De suerte que es como hueso  
Del matrimonio un cuñado,  
Que siempre viene forzado  
Para hacer cabal el peso.

SANCHO.  
Vuelve á hablar.  
MENDO. (*Al Rey.*)  
Tello, Señor, (*Dásela.*)

Con esta carta te envia  
El parabien deste dia;  
Y en prendas de justo amor,  
Tello el viejo, y padre suyo,  
Un presente montañes,  
Que, aunque indigno de tus piés,  
Ya viene en nombre de tuyo.  
Diez potros, que pueden ser  
Por lo corpulento padres,  
Y cuatro yeguas sus madres,  
Que las pudiera poner  
Al carro de oro Faetonte,  
A haber moras en el cielo;  
Porque del áfrico suelo  
Las traslado nuestro monte.  
Trocando el color á veces,  
Dos son cisnes y dos cuervos,  
Aunque al correr fueran ciervos,  
A no ser por los jaeces;  
Aunque los piés como truenos  
Corren, y vuelan tambien;  
Que apenas ellas se ven,  
Cuanto mas sillas y frenos.  
Y un caballo para ti,  
Que parece hijo del toro:  
Tales son las manchas de oro,  
Que puedo decirlo así.  
Con blanco en lo rojo bebe;  
Porque, para mas belleza,  
Jugando naturaleza,  
Le tiró pellas de nieve.  
Como liso terciopelo  
El pelo vino á quedar,  
Y sobre lo rojo á estar  
Fondo en oro el blanco pelo.

Y don Tello de Meneses  
El mozo, Señor, te envia  
Seis alfanges de atauja,  
Diez jacos, veinte paveses.  
Los jacos, por mas decoro,  
Tienen, menudas y juntas,  
Por los collares y puntas,  
Un dedo de mallas de oro.  
Los paveses, todos nuevos,  
Traen pintado el blason  
De Castilla y de Leon,  
Y las tortillas de huevos,  
Para memoria de aquella  
En que le puso su hija  
Del Rey la oculta sortija,  
Y sus desdichas en ella.  
Diez jaeces recamados  
De aljófar y oro...

REY.  
No mas;  
Que parece que me das  
Los dos presentes pintados.—  
¿Qué gracioso embajador!  
Como del dueño en efeto.

MENDO.  
No le hubo allá mas discreto  
En todo el monte, Señor.

REY.  
Leed, don Arias, la carta.  
DON ARIAS.  
Tello el viejo firma aquí.

REY.  
Pues leelda.

DON ARIAS.  
Dice así.  
MENDO. (*Ap.*)  
Carta y presente descarta.

DON ARIAS.  
(*Lee.*) «Hijo, por muchos años os co-  
»roneis rey de Leon: parecéos á vuestro  
»padre, y seréis buen rey, imitando sus  
»virtudes, para que sea mas alegre vues-  
»tro reinado. Hoy os ha nacido otro so-  
»brino, hermanito de Garci-Tello, que  
»hoy tambien cumple ocho años; de  
»suerte, que ya teneis dos sobrinos, y  
»yo dos nietos. La Infanta, vuestra her-  
»mana y mi hija, irá á veros luego que  
»tenga salud. Dios os haga buen rey y  
»Santiago os ayude.— Tello de los Go-  
»dos y Meneses.»

REY.  
Hombres...  
MENDO.  
Señor...

REY.  
Decid á los dos Tellos  
Que estoy muy ocupado;  
Que me alegre, como se alegran ellos,  
De los hijos y nietos que han honrado  
Su casa con la mia;  
Y á mi hermana decid que no seria  
Razon que á Leon viniese  
Sin que yo la avisase y lo supiese.

MENDO.  
Prosperes el ciclo tu real persona,  
Y ponga un mundo al pié de tu corona.  
SANCHO. (*Ap. á Mendo.*)

No queda muy contento.  
MENDO.  
Siempre del alma el rostro fué argumen-  
SANCHO. [to]

Como no tiene hijos, le fatiga  
Esto de los sobrinos.  
(*Vanse Sancho y Mendo.*)



## ESCENA IV.

EL REY, DON ARIAS, ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

¡Por qué varios caminos  
La fortuna enemiga  
Trueca la gloria en pena!  
¿Qué vida fué tan próspera y serena,  
Que bien con tal exceso,  
Que sin alteración de algun suceso  
Llegase hasta su fin gloriosamente?  
¡Hijo me llama á mi Tello insolente!  
¡Oh cuánto erró mi padre! [dre  
Pues no es posible que al gobierno eua-  
Ni á la razón de estado  
Haber tan mal casado  
Con Tello de Meneses [veses  
Mi hermana, aunque blasonen sus pa-  
De las reales armas de los godos.

DON ARIAS.

Señor, si era voz pública de todos  
Que Tello el mozo...

REY.

Basta.

Si él fué atrevido y doña Elvira incasta,  
Cortalle la cabeza era justicia.  
Demás, que siempre fué vulgar malicia  
Arbitra en los sucesos licenciosa;  
Que Elvira fué muy santa y virtuosa,  
Y solo erró en amalle.  
¡Un pobre labrador, señor de un valle,  
Con dos hijos que heredan mi corona,  
Y yo sin ellos!

DON ARIAS.

Gran Señor, perdona

Si que fué te dijere necio acuerdo  
De un rey prudente y cuerdo.  
Pero pienso que puedes remediallo,  
Si quieres, fácilmente;  
Que no te han de heredar injustamente  
Hijos de tu vasallo;  
Que puesto que ya son de doña Elvira,  
Siempre la sucesión al padre mira.

REV.

Por la razón de mas perfecto, al padre.  
Da la filosofía  
Mas parte que á la madre,  
Que nueve meses al infante cria.  
Pero, Conde, los hijos de Meneses  
¡Han de ser reyes en Leon!

DON ARIAS.

Querria

Que algun remedio en tanto mal pusie-  
REY. [ses.

Vamos; que yo daré remedio.

DON ARIAS.

El día

Que se determinare vuestra alteza,  
Tendrá firme el laurel en la cabeza.  
(Ap. ¡Oh Elvira! muerto Tello, serás mía,  
Y á pesar de las partes mas contrarias,  
Rey de Leon don Arias.  
Terrible cosa emprendo; pero es loco  
Quien piensa que lo mucho cuesta poco.)  
(Vanse.)

—

Vista exterior de la casa de los Tellos.

## ESCENA V.

TELLO EL VIEJO, vestido de negro;  
TELLO.

TELLO EL VIEJO.

Mas ¿que me quieres quitar  
El seso con estas cosas?

TELLO.

Siempre te son enojosas  
Las que me pueden honrar.

TELLO EL VIEJO.

¿Coche has hecho! ¿Estás en tí,  
Sabiendo tú que en Leon  
No hay mas que el del Rey?

TELLO.

No son

Esas leyes para mí.  
Y si es la infanta, su hermana,  
Mi esposa, aunque mi señora,  
¿Será bien que viva ahora  
Como cuando fué villana?  
Mas son achaques en tí  
Solo por verme gastar;  
Que no te puede pesar  
De que yo la sirva así.  
La iglesia que se acabó  
Está lejos de tu casa,  
Y el arroyo que se pasa,  
No quiero ni gusto yo  
Que lo pase en un pollino.  
Y en las mulas, di ¿qué vienes  
A gastar, si ciento tienes?

TELLO EL VIEJO.

Para tan breve camino,  
¿Coche es menester?

TELLO.

Y el día

Que al campo quiere salir.  
¿En un pollino ha de ir  
Una infanta y mujer mía?

TELLO EL VIEJO.

El diablo nos infantó;  
Mejor nos iba sin ella.

TELLO.

Cosa tan discreta y bella  
Y tan santa ¿te cansó?

TELLO EL VIEJO.

¿Cuánto te costó la caja?

TELLO.

Cien reales.

TELLO EL VIEJO.

¿Cien reales!

TELLO.

Pues,

Y á las carretas que ves  
Apenas hace ventaja.  
Esto y labrar la madera,  
Clavazon y tafetan  
Otros ciento costarán.

TELLO EL VIEJO.

¿Otros ciento?

TELLO.

Y mas.

TELLO EL VIEJO.

Espera;

Que lo quiero averiguar.

TELLO.

¿Qué gracia!

TELLO EL VIEJO.

¿A cómo costó

El tafetan?

TELLO.

No se halló,

Después de regatear.

Menos que á real la vara.

TELLO EL VIEJO.

¿A real el tafetan!

Perdidas las cosas van.

¿Jesus, qué cosa tan cara!

TELLO.

¿Santiguaste?

TELLO EL VIEJO.

Si compramos

Para tu madre un jubon,

Cuando con la bendición  
De la iglesia nos juntamos,  
Dos varas de terciopelo,  
De lo mismo que sacó  
La Reina el suyo, y costó  
(Así goce ya del cielo)  
A dos reales, y aun vive,  
¿No quieres tú que me espante?

TELLO.

No, siendo cosa importante,  
Pues gusto Elvira recibe.

TELLO EL VIEJO.

De suerte que costará  
El coche docientos reales  
Sin mulas.

TELLO.

Si hará, y cabales.

TELLO EL VIEJO.

Acabarme quieresses ya.

TELLO.

Señor, cuando labradores,  
Aunque godos, justo fuera  
Que a ese modo se viviera;  
No cuando somos señores.

TELLO EL VIEJO.

¡Ah Tello! ¡Pluguiera á Dios  
Que en aqueste verde muro,  
Sin reyes, á lo seguro,  
Descansáramos los dos!  
Conozco tu gran fortuna;  
Pero dime: ¿á quien levanta,  
Puesto que ponga la planta  
En la frente de la luna  
(Que aquellas manchas que ves  
Pienso que pisadas fueron  
De dichosos, que pusieron  
Sobre su rostro los pies),  
Que no le haya derribado  
Antes de acabar la empresa?  
Que si del coche me pesa,  
No es por lo que haya costado,  
Mas porque de mala gana  
Paso desde labrador  
A imitar con el señor  
La grandeza cortesana.  
Que mirando sus cuidados,  
¿No sabes, Tello, que pierdes,  
En ciudades campos verdes,  
Y por vasallos ganados?  
Si á la mañana, entre gente  
Tan lucida como ingrata,  
Se lava en fuente de plata,  
¿Qué mas plata que esa fuente?  
Si escuchando aduladores,  
Oye lisonjas suaves,  
¿Qué mas dulces que esas aves,  
Que se están diciendo amores?  
Si le dan manjares varios  
Los cocineros curiosos,  
¿Cuándo fueron provechosos,  
Sino á la salud contrarios?  
Un capon cuando lo mates,  
Y una manida perdiz  
Come el señor, con telliz  
De azucar y disparates;  
Mas, cuando á comer te sientes,  
Aunque te falte limon,  
¿Qué ha menester un capon  
Sino buena gana y dientes?  
Pues á la noche acostarse  
Mil hombres al rededor,  
¿Te parece que es mejor  
Que á si mismo desnudarse?  
¿Qué importa que mil acudan?  
Mancos ó imágenes son  
Los que otros sin ocasion  
Los visten y los desnudan.  
Blasone el señor bizarro;  
Que nunca salió en rigor  
Cometa por labrador,

Ni se dió veneno en barro.

TELLO.

Padre, de consejos tales  
Ya no os tengo que decir:  
Ese modo de vivir  
No es de hombres, es de animales.  
Hasta ahora, desde Adán,  
Que el mundo estaba en mantillas,  
Y les daban las orillas  
Agua y las bellotas pan,  
Estudiaron policía  
Los hombres; las soledades  
Trocaron por las ciudades,  
Hubo rey y monarquía.  
Las leyes fueron también  
Instituto celestial  
Para castigar el mal  
Y para premiar el bien.  
Mal cumplieran con sus nombres,  
Ni fuera entre humanos ley  
Que hubiera entre abejas rey,  
Y les faltara á los hombres.  
Y creed que no es compás  
De almas nobles, de hombres buenos,  
Estarse siempre á ser menos,  
Y no llegar á ser mas.  
Si están cerca vuestros nietos  
De ser reyes de Leon,  
La villana imitación  
¿Será de hidalgos discretos?

TELLO EL VIEJO.

Tello, yo estoy viejo ya;  
De la paz hablo, y quisiera  
Que aquesta paz no saliera  
De la humildad en que está.  
Haz lo que fuere tu gusto.

#### ESCENA VI.

LA INFANTA, LAURA, INÉS.—DICHOS.

INFANTA. (Ap. á Laura.)

A agradecerte venia  
El coche, y está aquí el viejo.

TELLO EL VIEJO.

¿Por qué, Elvira, te retiras?

INFANTA.

Antes á besarte vengo  
La mano, y Laura mi prima;  
Por el presente y la carta  
Que al Rey, mi señor, envías.

TELLO EL VIEJO.

Ya estará de vuelta Mendo.

LAURA.

Es menester que le escribas  
Que venga á honrar el bautismo  
Y saque el niño de pila.

TELLO EL VIEJO.

No sé si me atreva, Laura;  
No porque el Rey no vendría,  
Mas porque darle aposento  
Entre estos robles y encinas  
A tan grande majestad,  
Atrevimiento sería.

INFANTA.

Cómo respondiere el Rey,  
Que ya tendrá mas altiva  
La condición, trataremos  
(Pues que lo fué de García  
Su padre) escribir que sea  
Padrino de Ordoño.

TELLO EL VIEJO.

Admiras

La mudanza con razón;  
Que puede ser que no admita  
Rey lo que príncipe hiciera.

INÉS.

Mendo y Sancho á toda prisa  
Bajan la cuesta del monte:

Prevenidles las albricias;  
Que de las yeguas se apean.

TELLO EL VIEJO.

Dárselas el Rey podía;  
Que ya le tengo contadas  
Cuatro mil doblas, que habitan  
El limbo de un cofre, á quien  
Decendieron desde niñas.

TELLO.

Pues, dasle cuatro mil doblas  
Al rey heredero, y ¡miras  
En que con un coche yo  
A Elvira y á Laura sirva,  
Que cuesta veinte ducados!

TELLO EL VIEJO.

Necio, esas son demasías,  
Y estotras necesidades;  
Porque son las mas precisas  
Cuando los reyes heredan.

#### ESCENA VII.

MENDO, SANCHEO.—DICHOS.

MENDO. (Dentro.)

Los frenos solo les quita,  
Y echarásles de comer.

(Salen Mendo y Sancho.)

Guarda el cielo vuestras vidas.

TELLO EL VIEJO.

Seas bien venido, Mendo.  
¿Qué hay del Rey?

MENDO.

¿No lo adivinas?

Pues no es tan malo de ver,  
Por corto que estés de vista;  
Que al rostro triste ó alegre  
Llamaron papel sin firma.  
La corona de Leon,  
De Asturias y de Galicia  
La frente adornaba apenas,  
Bellísima infanta Elvira,  
A don Alfonso, tu hermano,  
Que de cinco que tenías,  
Quedó solo, y fué el mayor;  
Cuando, puesto de rodillas  
A la majestad humana,  
Imagen de la divina,  
Le doy la carta y reliero  
De los presentes la lista,  
Hurtando pluma y pinceles  
Al que escribe y al que pinta.  
El Rey (la causa él la sabe)  
Mal me escucha y peor me mira;  
Y quien no escucha á quien habla,  
Claro está que se fatiga.

Mandó que abriese don Arias  
La carta, y como decías,

Hijo en el primer renglon,  
Parecióle cosa indigna  
De la grandeza de un rey,  
Aunque amorosa caricia,  
Que, sin ser padre, un vasallo  
Hijo le nombre y escriba.  
Así leyó lo demás;

Y me mandó que te diga  
Que responderá á su tiempo,  
Y que la Infanta desista  
De la venida á Leon:

Todas parecen enigmas.  
Bajamos yo y Sancho al campo  
Del palacio, en que relinchan  
Los mal empleados potros,  
Murmurando la venida  
De sus libros y anchos prados,  
Donde á su gusto mordan,  
Ya las yerbas, ya las flores,  
Bebiendo en sus fuentes limpias  
Con tal gusto, que el villano  
Que al agua los conducía,  
Pudiera contar de espacio

Los tragos en las barrigas;  
Murmuraban finalmente  
Ver que á la corte venían  
A estar con fuertes aldabas,  
Que de libertad los privan.  
Ellos, las yeguas, las armas,  
Paveses y jacerinas,  
Con los bordados jaeces,  
Entrego al conde Favila;  
Y sin comer en Leon,  
Como un alarbe en la silla  
Salto sin arzon, y vengo  
A deciros que la envidia  
De Garci-Tello y Ordoño,  
Hijos de la hermosa Elvira  
Y forzosos herederos,  
Alguna cosa imagina;  
Porque verse el Rey sin ellos,  
Y imposible á Geloira,  
Su esposa, hará que aborrezca  
Alfonso su sangre misma.

INFANTA.

¿Eso respondió mi hermano?

INÉS.

Sancho, ¿es verdad ó es mentira?

SANCHEO.

Lo menos te ha dicho Mendo.

INFANTA.

¿Es posible que en el día  
Que se corona, aun no sepa  
Templar Alfonso la ira?

TELLO.

Conmigo debe de ser  
El enojo.

TELLO EL VIEJO.

Como vivan

Mis hijos y nietos, Tello,  
Para que á Dios y al Rey sirvan,  
Hacienda teneis y tierra  
Adonde paseis la vida  
Siendo reyes, sin ser reyes.  
Pero, porque no reciba  
Como los potros las doblas,  
No las verá si no envía  
Con muchos ruegos por ellas.  
A la fe que de otra guisa  
Me trataba á mi su padre  
Cuando á estos montes venia.  
Ea, no hay mas que aguardar.  
Hoy Ordoño se bantiza:  
Sea padrino su hermano.—  
Vístele de gala, Elvira,  
Y cíñele espada y daga.

INFANTA.

Vén, Laura... (Ap. á ella.) Que mi alegría  
No la ha de templar el Rey  
Con la envidiosa malicia  
De don Arias, pues ya entiendes  
Por los pasos que camina  
A tan necias pretensiones.)

LAURA.

¿Qué importan las fantasías  
De sus locos pensamientos?  
(Vanse la Infanta, Laura é Inés.)

#### ESCENA VIII.

TELLO EL VIEJO, TELLO, MENDO,  
SANCHEO.

TELLO EL VIEJO.

Tello, parte y solicita  
Lo que fuere necesario.

TELLO.

¿Sacarán las fuentes ricas?

TELLO EL VIEJO.

Y cuando fueran tan grandes  
Como las que se derivan  
De la nieve de esos montes,



¿Es cosa de cada día  
Bautizar un nieto, y nieto  
De un rey?

TELLO.

Yo voy.

TELLO EL VIEJO.

Date prisa.—

(Vase Tello.)

Y vosotros, Mendo y Sancho,  
Descansad, porque querría  
Que el bautismo se celebre  
De manera, que se escriba  
Por cosa rara en Leon.

MENDO.

Tú verás que regocijan  
Los bailes y luminarias  
Campos, valles, caserías,  
Pastores, árboles, aves,  
Cuantos la montaña habitan.

(Vanse Mendo y Sancho.)

### ESCENA IX.

TELLO EL VIEJO.

La pena que me ha dado  
La respuesta del Rey áspera y dura,  
Puesto que me ha turbado,  
Disimulé con prudencial cordura;  
Que, si á entenderla diera,  
Mayor cuidado el de mis hijos fuera.  
¡Oh Tello! ¡Cuán seguro  
Vivias tú, señor de la montaña  
Que con eterno muro  
Defiende y fortalece el mar de España!  
¿Qué engaño entre tus bueyes  
Aposentó caballos de los reyes?  
Aquí ¿no te alabaste  
Que despertabas con la blanca aurora,  
A ver el verde engaste  
De la voz de cristal, fuente sonora,  
En el trigo los grillos,  
Y en la selva pintados pajarillos?  
No alabaste las noches,  
Las horas sin reloj siempre quiétabas?  
¿Quién vió rodando coches  
Por los sulcos de frágiles carretas,  
Que, rompiendo pizarras,  
Imitarán sus ruedas las cigarras?  
¿No decías que hallaba  
Su paz el alma en soledad? ¿Quién trujo  
La corte donde estaba  
De los yermos de Tébas el dibujo?  
Y ¿quién en triste día  
Engirió con el *vos* la *señoría*?  
Pues, Tello, haced paciencia:  
Si os quisisteis meter á caballero  
Con tanta inadvertencia,  
Sabad que la inquietud es lo primero;  
Que es la caballería  
Dulce cansancio, envuelto en cortesía.

### ESCENA X.

GARCI-TELLO, niño, con espada.—

TELLO EL VIEJO.

GARCI-TELLO.

Mi madre dice que ya  
Está prevenido todo.

TELLO EL VIEJO.

¡Oh buen nieto! Oh fuerte godo!  
¡Qué bien la espada os está!

GARCI-TELLO.

Solo á vuestra señoría  
Aguardan.

TELLO EL VIEJO.

No me llameis

Señoría, aunque podeis,  
Pues que ser señor solia.

¡Por mi fe, que os tiene puesto  
Galan Elvira!

GARCI-TELLO.

Señor,

Dios sabe con el temor  
Que me ha vestido y compuesto.

TELLO EL VIEJO.

¡Temor! Pues ¿de qué, García?

GARCI-TELLO.

De que os soleis enojar,  
Y á los vestidos llamar  
Excusada demasia.

TELLO EL VIEJO.

La seda no me molesta,  
Nieto; que lo que me enfada  
Es la seda acuchillada,  
Que está antes rota que puesta.  
Y con vos no hay intereses  
De hacienda, sábelo Dios;  
Que os quiero yo mucho á vos,  
Si, por vida de Meneses.  
Era yo de vuestra edad  
Como ahora os vengo á ver...  
Fué muy linda mi mujer,  
Y mujer de calidad...  
Hoy la tengo el mismo amor.

GARCI-TELLO.

¿Llorais?

TELLO EL VIEJO.

No.

GARCI-TELLO.

Pienso que sí.

TELLO EL VIEJO.

¿Hay alguno por ahí  
Que nos vea?

GARCI-TELLO.

No, Señor.

TELLO EL VIEJO.

A fe, que os he de abrazar.

GARCI-TELLO.

Pues ¿qué doncella soy yo?

TELLO EL VIEJO.

No quiero que piensen, no,  
Que me podeis obligar  
A mudar la condicion  
De la aspereza pasada;  
Y abrazaros con espada  
No ha sido sin ocasion;  
Que me habeis dado placer  
En el pesar de algun daño;  
Porque, si yo no me engaño,  
Presto la habréis menester.  
Y advertid que al ser tan bello  
Lo fuerte igualéis.

GARCI-TELLO.

Si haré.

TELLO EL VIEJO.

No digais que os abracé  
A vuestra madre ni á Tello,  
Y ponéos esta cadena.

(Dale una.)

GARCI-TELLO.

Béseos la mano, Señor.

TELLO EL VIEJO.

Y si Elvira mi valor  
De miserable condena,  
Mil ducados os señalo  
Cada año para vestiros;  
Tanto, de veros y oiros  
Tan hombre ya, me regalo.

GARCI-TELLO.

Son tan nobles alimentos,  
Abuelo, como de vos.

TELLO EL VIEJO.

¡Abuelo! Pues vive Dios,  
Que os añada otros quientos.

GARCI-TELLO.

Señor, en tantos favores,

Uno os quiero suplicar.

TELLO EL VIEJO.

Lo que tardais en hablar  
Dejarán de ser mayores.

GARCI-TELLO.

Los mozos de nuestra casa  
Quieren correr seis novillos;  
No se atreven á pedillos,  
No porque juzgan escasa  
Vuestra mano liberal,  
Pero porque yo los pida.

TELLO EL VIEJO.

¿Quién hay, nieto, que os impida  
Serlo vos en fiesta igual?

GARCI-TELLO.

Tambien os pido licencia  
Para torear, Señor.

TELLO EL VIEJO. (Ap.)

¿Cómo se asoma el valor  
A prestar de si experiencia!

GARCI-TELLO.

¿Este principio os admira,  
Señor, sabiendo quien soy?

TELLO EL VIEJO.

Venid; que licencia os doy,  
Si quieren Tello y Elvira.

(Vanse.)

Sala en casa de los Tellos.

### ESCENA XI.

SANCHO, INÉS.

SANCHO.

¿No fuiste al bautismo, Inés?

INÉS.

Quedéme á guardar la casa.

SANCHO.

A la montaña se pasa  
La corte del rey leonés.  
No se ha visto fiesta en ella  
De tan grande autoridad.

INÉS.

No pienso que la ciudad  
Puede competir con ella.

SANCHO.

¿Hay cena de ostentacion?

INÉS.

No hay grandezza que no excedan;  
Sin caza pienso que quedan  
Las montañas de Leon.  
El bautismo de García,  
Con ser el hijo mayor,  
Fué con aplauso menor,  
Aunque con mas alegría.  
Mendo viene de la fiesta.—  
¿Qué hay, Mendo? ¿Acabaron ya?

### ESCENA XII.

MENDO.—Dichos.

MENDO.

Un cielo imitando está  
La iglesia, nueva y compuesta.  
Salió el bautismo, por estar tan lejos  
El nuevo templo de la Ester dichosa,  
La que tuvo de Dios tantos reflejos,  
Que, ya que no fué sol, fué luna hermosa,  
Adornando el camino verdes tejós,  
Por la senda mas fácil y arenosa,  
En caballos famosos que los prados  
A tanta juventud dieron prestados.  
Después de aquesta gente, que sería  
De treinta mozos, luz de la montaña,



Pelayo un rico aguamanil traía,  
Que fué del rey restaurador de España.  
Tras él, Lain con Almendar venía;  
Dos fuentes llevan, donde el sol se baña,  
Que daba con su luz, nadando en ellas,  
Ondas de rayos, agua de centellas.  
Cubría un velo de brillante plata  
El capillo, la vela y el salero,  
En que la fe evangélica retrata  
Las armas del cristiano caballero;  
Y luego sobre un paño de escarlata,  
Blason de Tello, en un caballo overo,  
Un mazapan que de Leon trajeron, [ron.  
Que deudas monjas de la Infanta hicie-  
No hay mapa que mejor ciudad describa,  
Que el azúcar formaba un baluarte,  
Almenas, muros, pórticos, y arriba  
Un moro con un barbaño estandarte:  
Este, cercado de muchachos iba,  
Con esperanza de alcanzar su parte;  
Que desta fruta y género de roscas,  
Son con los ojos importunas moscas.  
Aquí vieras el coche, que el camino,  
Por novedad, parece que rehusaba,  
En que Rosenda al niño cristiano  
Con el desnudo pecho regalaba;  
Los dos Tellos, la Infanta y el padrino,  
No el Rey, como su hermana lo esperaba;  
Pero no menos Garci-Tello airoso,  
Lo que faltó de rey, sobró de hermoso.  
Llegaron á la iglesia, en cuya puerta  
El nuevo cura estaba revestido.  
Allí la fe, que el alma le despierta,  
Le abrió con sal la boca y el oído.  
Laura, por parecer dama, tan muerta  
Como sabeis, cuando mudó vestido,  
Al Cura, que lo estuvo mas de oírlo,  
Por responderle *volo*, dijo *birlo*.  
A la pila en efeto le llevaron,  
Y Ordoño, por su abuelo, le pusieron,  
En el Jordan del cielo le bañaron,  
Y con el olio soberano ungieron.  
A su madrina Laura le entregaron,  
Y la comadre y ella le envolvieron,  
Encargando al padrino y la madrina,  
Después del Evangelio, su doctrina.  
Llevaba el mazapan muy sin recato  
El sacristán, entre él y un monacillo;  
Pero, como tocaron á rebato,  
Ganaron los muchachos el castillo;  
Y aunque el entralle no salió barato,  
No le quedó muralla ni portillo;  
Que aun la sobrepelliz desde este día  
Servirá para bandas de sangría.

### ESCENA XIII.

TELLO EL VIEJO, LA INFANTA, LAURA, INÉS, TELLO, GARCI-TELLO,  
*de padrino*; EL CURA *del bautizo*,  
y ACOMPAÑAMIENTO, *con fuentes*.—  
Dichos.

TELLO EL VIEJO.

Sentáos, que vendréis cansados;  
Y en estas fuentes nos traigan  
Colación; que el señor Cura  
Tendrá sed, porque son largas  
Las oraciones.

EL CURA.

Señor,

Nunca lo que obliga cansa,  
Demás de haberos servido;  
Y ¡plegue a Dios que de España  
Veáis reyes estos nietos!

TELLO.

Cuando esa dicha alcanzaran,  
No os hubiera estado mal.

INFANTA.

García, ¿en qué le emplearás  
Al señor Cura?

CURA.

Señora,

Hablad, por Dios, como Infanta,  
Y no como labradora.

INFANTA.

La dignidad es tan alta,  
Que mas honor se le debe.

GARCI-TELLO.

Si yo, señores, reinara,  
Hiciera al Cura arzobispo.

CURA.

La mano en mercedes larga,  
Como por la posesion,  
Os beso por la esperanza.

MENDO.

Y á mí, Señor, ¿qué me hicieras?

GARCI-TELLO.

Hiciérate del alcázar  
De Leon alcaide.

MENDO.

Es poco.

GARCI-TELLO.

Mendo, menos arrogancias.  
De los reyes, el que sirve  
Tiene por ley cortesana  
Tomar sin quedar quejoso.

LAURA.

¿Qué dieras, sobrino, á Laura?

GARCI-TELLO.

Accehárate dos días  
A qué fidalgo mirabas,  
Y casárate con él.

LAURA.

¿Ese es premio á tu crianza?

GARCI-TELLO.

¡Que desdicha de los reyes,  
Que por mas que den, no acaban  
De contentar los quejosos!

INÉS.

Y á mí, ¿no me dieras nada?

GARCI-TELLO.

A Mendo te diera, Inés.

MENDO.

Señor, si todos los casas,  
Mas eres cura que rey.

TELLO EL VIEJO.

Dad colación mientras cantan.

(*Mientras cantan, sacan los criados la colación en las fuentes y suena dentro ruido.*)

TELLO.

Paso, no canteis; oid.

INFANTA.

Gran gente llega con armas  
A nuestra casa. ¿Qué es esto?

TELLO EL VIEJO.

¡Con armas á nuestra casa!

GARCI-TELLO.

Abuelo, ahora ¿es el tiempo  
En que he menester la espada?

TELLO EL VIEJO.

No, nieto, hasta ver lo que es.

MENDO.

Señor, el Rey y don Arias.

### ESCENA XIV.

EL REY, DON ARIAS.—Dichos.

REY. (*Dentro.*)

Queden los soldados fuera.

(*Sale el Rey, y con él don Arias.*)

TELLO EL VIEJO.

Señor, ¿qué ocasion, qué causa

A mi casa os ha traído  
Con tanta gente de guarda?  
¿Deiciendo yo de traidores?  
Ha quedado alguna raza  
De moros en estos montes?  
Esos paveses y lanzas  
Que mis paredes adornan,  
¿Tienen las armas hurtadas?  
¿No me las dieron los godos?  
Por menos que reyes llaman  
Mis ascendientes Meneses.

REY.

Tello, no gasteis palabras.  
Yo no vengo por sospechas;  
Que pusiera á las montañas  
Fuego, si tuviera alguna;  
Solo vengo por mi hermana:  
No quiero que esté con vos.

TELLO EL VIEJO.

Pues, Señor, con vos se vayan  
Ella y su esposo en buen hora;  
Pero en honra de mis canas,  
Dejadme de dos un nieto.

REY.

Tello, no es esa la causa.  
Yo solo á mi hermana quiero;  
Que, puesto que está casada  
Con Tello, no está á mi gusto.  
A Leon quiero llevarla;  
Que ya me han dicho letrados  
Que puedo por muchas causas  
Disolver el matrimonio.

TELLO.

No habiendo en la sangre falta,  
Ni en los hijos ni en la fuerza,  
¿A nulidad puede darla  
Causa en las leyes divinas  
Ni en las razones humanas?

REY.

Después lo veréis, Meneses,

TELLO.

Si mi señora la Infanta  
Tiene disgusto conmigo,  
Sin pleito puede apartarla  
De mis brazos vuestra alteza.

INFANTA.

Necio temor os engaña.—  
Y admirame, hermano mio,  
Que á diez años de casada  
Digas que apartarme puedes;  
Que todos los que se apartan,  
Mienten á Dios, aunque al mundo  
Parezcan verdades claras;  
Que cuando sin voluntad,  
Como sucede, los casan,  
Después consenten, pues tienen  
Una mesa y una cama.  
Los letrados juzgan bien,  
Que juzgan por la probanza;  
Pero Dios, de otra manera,  
Que está dentro de las almas.  
Si yo quiero á mi marido,  
Y él me quiere, ¿hay ley que valga  
Para que me aparte dél?

REY.

Ser él Tello, y vos la Infanta  
De Leon, y yo sin hijos;  
Y si la razon es alma  
De la ley, y es en los reyes  
La voluntad la que basta  
Para hacer razon, ya es ley  
Querer un rey lo que manda.  
Yo no vengo por Elvira,  
Ni á dar razon de llevarla,  
Sino á llevarla no mas.  
El Rey soy, y ella mi hermana:  
Dame la mano.

INFANTA.

Señor,

¿A qué tigre le quitaran

Dos hijos y su marido?  
¡Ah consejos de don Arias!

DON ARIAS.

¡Yo, Señora? El Rey lo quiere;  
Que yo bien seguro estaba.  
Si de mi teneis ofensa,  
Iréme á Lugo mañana.  
Yo solo sirvo á su alteza.

INFANTA.

Que ya os conozco.—Adios, Laura;  
Adios, esposo; adios, hijos;  
Adios, Tello.

TELLO EL VIEJO.

¡Quién pensara

Tal pesar en tal placer,  
Y en tal gloria pena tanta!  
¿Por qué no le hablas, nieto?

GARCÍ-TELLO.

Porque callaban las canas,  
Y no es bien que habléis nueve años  
Adonde setenta callan.

TELLO.

Voy á ver mi muerte, y ver  
Cómo me llevan el alma.

INÉS.

¿Qué te ha parecido, Mendo,  
De tan notable mudanza?

MENDO.

Inés, en cosas de reyes  
Mas vive quien menos habla.

## ACTO SEGUNDO.

Salon del real alcázar de Leon.

### ESCENA PRIMERA.

LA INFANTA, DON ARIAS.

INFANTA.

Satisfacerme es error,  
Don Arias; dejadme aquí.

DON ARIAS.

Señora, ¿en qué te ofendi,  
Para usar tanto rigor?

INFANTA.

Arias, vuestra pretension  
Pienso decir á mi hermano.

DON ARIAS.

Será persuadir en vano  
Su justa satisfacion.

INFANTA.

No hará, si se prueba cuánto  
Llegasteis á pretender.

DON ARIAS.

Pues ¿cómo lo ha de creer  
De quien me aborrece tanto?

INFANTA.

¿Quién os dió licencia á vos  
De que adonde estoy entreis?

DON ARIAS.

No el Rey, pues vos no quereis,  
Sino amor; que amor es Dios.

INFANTA.

No es amor, sino intereses  
Del reino: bien lo entendi.

DON ARIAS.

¿No estará mejor en mi  
Que en los nietos de Meneses?

INFANTA.

¡Villano, desvergonzado!  
Yo os haré cortar la lengua.

DON ARIAS.

Amaros á vos no es mengua,  
Sino excelente cuidado.

INFANTA.

Yo seré vuestra homicida.  
Mandaré, vive Dios.

(Vase.)

DON ARIAS.

¿Para qué, si teneis vos  
En vuestras manos mi vida?

### ESCENA II.

EL REY.—DON ARIAS.

REY.

Don Arias, ¿qué es aquesto? ¿De qué sale  
Mi hermana tan airada?

DON ARIAS.

(Ap. No me vale

Disculpa ni razon en este caso.)  
Por vuestra alteza estas injurias paso;  
Solo pretendo que vivais seguro;  
Que no hay tan fuerte muro,  
Que no derribe la ambicion de un reino.

REY.

Si justamente reino,  
Pacífico señor de Leon y Asturias, [cos,  
¿Porqué me han de inquietar vasallos lo-  
Muchos en arrogancia, en fuerza pocos?

DON ARIAS.

Sufrir del vulgo bárbaras injurias  
No es prudencia en un rey, porque el  
[castigo

Temor engendra, y el temor respeto.  
No deja el rey discreto

Criar atrevimiento en el vasallo;  
Por esta parte se perdió Rodrigo:  
El freno es la obediencia del caballo.

A Tello de Meneses se aficionan  
Los mal contentos, y su intento ahonan  
Con que sus hijos son los que os heredan;

Y es porque la mudanza  
A los caidos pone en esperanza  
Que levantarse puedan,

Y que podrán caer los levantados,  
Trocándose de todos los estados;  
Porque un reino, es sin duda  
Que cuando muda rey, todo se muda.

REY.

Yo he hecho diligencia  
Con los obispos de Leon y Oviedo  
Y con el arzobispo de Santiago,  
Para templar de Tello la insolencia  
Y librarme de algun atrevimiento,  
Sin hacer en su vida y tierra estrago,  
Para la nulidad del casamiento.

Responden que no puede dirimirse  
Ni en ley divina ni en derecho humano;  
Que envíe el pleito á Roma.

REY.

Pretenden eximirse  
Por amistad de Tello, pero en vano,  
Si vuestra alteza toma,  
Como absoluto rey, el caso á pechos:  
Que bien sabrán, Señor, los dos dere-

DON ARIAS.

Que se ha de disolver, siendoparientes,  
No dispensando el Papa.

REY.

De esa suerte,  
Con menos deshonor é inconvenientes  
Se puede remediar dentro de España.

DON ARIAS.

Pretenden eximirse  
Por amistad de Tello, pero en vano,  
Si vuestra alteza toma,  
Como absoluto rey, el caso á pechos:  
Que bien sabrán, Señor, los dos dere-

DON ARIAS.

Que se ha de disolver, siendoparientes,  
No dispensando el Papa.

REY.

De esa suerte,  
Con menos deshonor é inconvenientes  
Se puede remediar dentro de España.

DON ARIAS.

Pretenden eximirse  
Por amistad de Tello, pero en vano,  
Si vuestra alteza toma,  
Como absoluto rey, el caso á pechos:  
Que bien sabrán, Señor, los dos dere-

DON ARIAS.

Que se ha de disolver, siendoparientes,  
No dispensando el Papa.

REY.

De esa suerte,  
Con menos deshonor é inconvenientes  
Se puede remediar dentro de España.

DON ARIAS.

Pretenden eximirse  
Por amistad de Tello, pero en vano,  
Si vuestra alteza toma,  
Como absoluto rey, el caso á pechos:  
Que bien sabrán, Señor, los dos dere-

DON ARIAS.

Que se ha de disolver, siendoparientes,  
No dispensando el Papa.

REY.

¿Quién?

CRÍADO.

García, su nieto.

REY.

¿Que Tello sale ya de la campaña?  
Entre; pero será con poco efeto.

(Vase el criado.)

DON ARIAS.

Oye con gusto un labrador discreto.

### ESCENA IV.

TELLO EL VIEJO, GARCÍ-TELLO,  
MENDO. — EL REY, DON ARIAS.

TELLO EL VIEJO.

Dadme los pies, gran Señor,  
Y perdonad no humillarme;  
Que no podré levantarme  
Con el peso del dolor...  
Iba á decir de la edad.

REY.

Vengais, Tello, en hora buena.  
Sosegáos, hablad sin pena.

TELLO EL VIEJO.

Vuestra grandeza y piedad  
Alentau mi llaco brio,  
Renuevan mi sangre fria. —  
Besa la mano, García,  
Al Rey, mi señor, tu tio.

GARCÍ-TELLO.

Aquí teneis vuestra hechura.  
Dadme la mano á besar.

REY.

Que Tello os supo criar  
Se muestra en vuestra cordura.  
Bien pareceis con espada.

GARCÍ-TELLO.

Con ella nací, Señor.

DON ARIAS.

Bien parece en su valor  
Y en tu servicio empleada.  
Y tiene muy buena madre.

TELLO EL VIEJO.

Señor, pues podeis hacello,  
Dadle silla á Garcí-Tello,  
Que es nieto de vuestro padre.

REY.

Sentáos, Garcí-Tello, aquí.

TELLO EL VIEJO.

Yo tambien me sentaré,  
Si vos mandais, porque en pié  
Estará la edad por mí.

REY.

Antes no es inconveniente.  
Sentáos, porque gusto yo  
Que quien hijo me llamó,  
Como mi padre se siente.

(Siéntanse los tres.)

DON ARIAS. (Ap. al Rey.)

¿No es injusto atrevimiento?  
Muy bien, Señor, lo sentis.

REY.

Decid, Tello, ¿á qué venis?

TELLO EL VIEJO.

Estadme, Señor, atento —  
Queriendo el rey Ordoño, que Dios haya,  
Casar á vuestra hermana doña Elvira  
Con el moro de Córdoba, Abenaya,  
Tan mal las paces adrentosas mira, [raya  
Que al tiempo que la noche en la áurea  
Que deja el sol cuando al ocaso aspira,  
Ponia el pié, que de sus sombras viste,  
Hejó el palacio fugitiva y triste.  
En tin, como mujer que á Dios temia,  
Y que del moro temerosa estaba,  
Que al verdadero Dios no conocia,



Y en el profeta bárbaro adoraba,  
Asperos montes, por inculta vía,  
Para oculta vivir solicitaba,  
Dejando fama en tanto desconcierto  
Que con sus propias manos se había  
A mi casa luego desconocida [muerto.  
En habito de pobre labradora,  
Donde, sirviendo en ella, fué servida  
De Tello, que hoy la mereció y la adora.  
El modo como ha sido conocida.

Nadie, Señor, presumo que lo ignora,  
Y que, con gusto suyo como nuestro,  
Se la dió por mujer el padre vuestro.  
Los años que vivió, vos estuvistes  
A Portugal, Alfonso, gobernando;  
Heredastes al fin, y a Leon venistes,  
Vuestra dichosa frente coronando:  
El parabien os di, que recibistes  
Mis cartas y presentes despreciando;  
Porque siempre os causó desabrimiento  
De la Infanta el humilde casamiento.  
Y no es mejor el Conde de Castilla  
Que Tello de Meneses, ¡vive el cielo!

¡Ni cuantos ciñe de una y otra orilla  
El mar de España ni el celeste velo.  
Del godó, que fué rayo y maravilla,  
Y para el moro se engendrò en el cielo,  
De esa montaña soy centella viva,  
Que de su misma sangre se deriva.  
Si he vivido entre rudos labradores,  
Los paveses fidalgos ¡qué han perdido?

Que sus blasones, armas y labores  
Ni temen tiempo ni los culbre olvido.  
Los abuelos de Dios fueron pastores;  
Y pues que se honra de que lo hayan sido,  
Y fué el oficio antiguo de mas nombre,  
Lo que Dios estimó, bien puede el homi-  
Quitastes a la Infanta su marido, [bre.  
Contra la ley de Dios; pero si efecto  
De algun temor (aunque es injusto) ha

[sido,

Dadme la Infanta y os daré mi nieto;  
Criadle como fuéredes servido,  
Y tened de mi fe mejor conceto:  
No todos somos reyes; pero todos  
Somos reliquias de los reyes godos.  
Si las tortillas son blasones nuevos,  
En mi casa se hicieron, antes dellas,  
De cabezas de moros, no de huevos,  
Hasta que vino vuestra hermana á hace-  
[llas.

Mas disculpando yerros de mancebos,  
Tales tortillas guisan las estrellas;  
Que porque no haya diferencia alguna,  
Bate claras y yemas la fortuna.  
No le quiteis por miedo ó por consejo  
A nadie su mujer; tratad de honrarlos,  
Si vasallos quereis; que Tello el viejo  
Tiene dineros, armas y caballos.  
Mirad que sois agora nuevo espejo  
En que se han de mirar vuestros vasallos:  
No le mancheis; que no es de reyes sabios  
Entrar en la corona haciendo agravios.

REY.

Basta, Tello, no mas; ya os tengo oido.  
Si á vuestro hijo le quité mi hermana,  
Fué porque, el matrimonio dirimido,  
Pudiera ser condesa castellana.  
Temiendo á Dios, la vuelvo á su marido.  
Hoy la llevad, vuestra justicia es llana;  
Mas con dos condiciones.

TELLO EL VIEJO.

Habéis hecho  
Lo que esperé de tan heroico pecho.

REY.

Conmigo ha de quedarse mi sobrino.

TELLO EL VIEJO.

Eso es muy justo.

REY.

Yo os enviaré luego  
La otra condiccion.

TELLO EL VIEJO.

Ya la imagino.

Yo os serviré si á la montaña llevo. —  
Mendo, quédate aqui.

DON ARIAS. (Ap.)

Tal desatino

¿Se vió ni oyó jamás?

TELLO EL VIEJO.

Al cielo ruego

Prosperé vuestra vida. — Nieto mio,

Adios, adios; servid á vuestro tio.

REY.

Id, don Arias; con él; dadle á mi herma-

DON ARIAS. (Ap.)

[na.

Muriendo voy.

GARCÍ-TELLO.

Encomendadme, abuelo,

A mi padre.

DON ARIAS. (Ap.)

¡Oh esperanza loca y vana!

TELLO EL VIEJO.

Vuelvo á decir, Señor, que os guarde el  
[cielo.

(Vanse Tello el viejo y don Arias.)

### ESCENA V.

EL REY, GARCÍ-TELLO, MENDO.

REY.

¿Eres su deudo tú?

MENDO.

De una villana

Soy hijo, aunque mudé tambien el pelo  
Después que nos hicimos cortesanos.

REY.

¿Tambien entre vosotros hay villanos?

MENDO.

En cuanto á labradores solamente;  
Que en lo demás revienta la hidalguia.

REY.

¿De qué servis á Tello?

MENDO.

Entre su gente

Guardar ganado pródigo solia.

REY.

¿Qué es pródigo ganado?

MENDO.

Cortesmente

Quise encubrir el nombre que tenia;  
Que por haberlo el Pródigo guardado,  
Es el moreno pródigo ganado.

REY.

Y ¿qué oficio te dieron?

MENDO.

Gentilhombre.

REY.

Y ¿á esa traza mudaron los criados?

MENDO.

Los que tenían mas ingenio y nombre.

REY.

¿Que muden ya los hombres los estados!  
—Venid, García.

GARCÍ-TELLO.

Aunque llegar me asombre  
De su alteza, Señor, á los estrados,  
Dadme licencia y besaré su mano.

REY.

Venis de la montaña cortesano. (Vase.)

### ESCENA VI.

GARCÍ-TELLO, MENDO.

GARCÍ-TELLO.

Mendo, dile á mi padre lo que pasa.

MENDO.

Que me muero porirme te confieso.  
Por momentos topara en nuestra casa  
El pan, el vino, la cecina, el queso.  
Aqui debe de ser la gente escasa;  
Solo topo alabardas: pierdo el seso.

GARCÍ-TELLO.

¿De un hora estás quejoso?

MENDO.

Un hora ¿es poco?

GARCÍ-TELLO.

Por esto muere el mundo.

MENDO.

El mundo es loco.

(Vanse.)

Sala en casa de los Tellos.

### ESCENA VII.

LAURA, TELLO.

LAURA.

Aunque me lastima el verte,  
No me pesa de vengarme.

TELLO.

Es bajeza desearme  
Mayor dolor qué la muerte.

LAURA.

Que ha sido castigo, advierte,  
De la palabra quebrada.

TELLO.

Laura, ¿la ofensa olvidada  
Vuelves á tanto rigor?

LAURA.

Tello, de ofensas de amor,  
¿Qué mujer se vió vengada?

TELLO.

En diez años ¿no se olvida?

LAURA.

¿Cómo se puede olvidar  
Lo que no puede dejar  
De durar toda la vida?  
Demás de estar yo ofendida,  
Fueron necios tus empleos  
En blasones y trofeos  
De altezas y majestades;  
Que nunca desigualdades  
Lograron bien sus deseos.  
¿Nunca viste enamorado  
El gigante tornasol  
Greer por llegar al sol,  
Y quedar del sol burlado?  
Abre el circulo dorado  
Que forma corona alta,  
Y cuando mas alta y viva  
Sus rayos de oro extendió,  
El mismo sol que la abrió,  
Ese mismo la derrih.

¿Nunca has visto trepadora  
Planta que un olmo reviste,  
Y ella de flores se viste  
A la risa de la aurora,  
Y que cuando el sol la dora,  
Triste y marchita se ve?  
Así tu esperanza fué:  
Salió el aurora de Elvira;  
Pero cuando el sol la mira,  
No puede tenerse en pié.  
De mil flores se previno  
El necio almeandro temprano,  
Que presumió que el verano  
Estaba ya de camino;  
Con espeso torbellino  
Esparcio por su elemento  
Su vana hermosura el viento:



Así, vestido de flores,  
Viento de fuerzas mayores.  
Derribó tu pensamiento.  
Soñaste la majestad  
Del sol de Elvira, en razón  
Que en el signo de Leon  
Daba entonces claridad:  
Llegaste á su voluntad;  
Pero á tales pensamientos  
Faltaron merecimientos;  
Que los edificios altos  
No duran, si suben faltos  
De primeros fundamentos.

TELLO.

Presto me verás morir,  
Y tendrás mayor venganza.

LAURA.

Mi paciencia y mi esperanza  
Hasta hoy pudieron vivir.

TELLO.

¿Qué tienes ya que pedir,  
Injustamente agraviada?  
Envaina, Laura, la espada  
De tan injusto rigor.

LAURA.

Tello, de ofensas de amor  
¿Qué mujer se vió vengada?

### ESCENA VIII.

INÉS. — Dichos.

INÉS.

Albricias, y con razón  
Las pido. Dichoso Tello,  
Laura, albricias.

TELLO.

En desdichas

Ni las doy ni las prometo;  
Que de no volverme á Elvira,  
¿Qué bien sin la muerte espero?

INÉS.

Ella y Tello, mi señor,  
Vienen.

TELLO.

¡Oh piadosos cielos!

Si viene la infanta, Inés,  
Quisiera que hasta los hierros  
De esos cofres fueran de oro.

INÉS.

Yo me contento con menos. —  
Y tú ¿no me das albricias?

LAURA.

No sé; después nos veremos.

### ESCENA IX.

TELLO EL VIEJO, LA INFANTA;  
VILLANOS, cantando y bailando. —  
Dichos.

VILLANOS. (Cantando.)

Sea bien venida  
La hermosa Elvira,  
Sea bien llegada  
La hermosa Infanta.

TELLO.

Déjame echar á los pies  
De mi buen padre, primero  
Que te dé, Elvira, los brazos.

TELLO EL VIEJO.

Habla con tu esposa, Tello;  
Que si por ella te manda  
Dios, por divino precepto,  
Que dejes tu padre y madre,  
Acertarás en hacerlo.

INFANTA.

Con justa razón me dejas,

Tello, por quien hoy tenemos  
Honra, vida y libertad.

TELLO.

Señora, por el merezco  
Verte en mis brazos; mas ya  
Que alegre en ellos te tengo,  
Habla á Laura, que llorando  
Por tu ausencia se ha deshecho.

INFANTA.

¡Laura!

LAURA.

¡Infanta, mi señora!...

INFANTA.

¡Gracias á Dios, que te veo! —  
Inés!

INÉS.

¡Señora del alma!

TELLO.

¿Mi hijo, padre, y tu nieto?...

TELLO EL VIEJO.

Quedó con el Rey.

TELLO.

Pues ¿cómo?

INFANTA.

Yo, Tello, se lo agradezco.

Allí se criará mejor;

Porque los señores, pienso

Que solo en casa del Rey

Pueden aprender á serlo.

TELLO.

Tu cordura, Elvira, en fin,

A mí me enseña á ser cuerdo. —

Ea, bajen de esos montes

Labradores y vaqueros,

Celébrese tanta dicha;

Que hoy quisiera ser Orfeo,

Para que fieras y plantas,

Peñas, robles, hayas, tejos,

Se movieran á mi voz.

TELLO EL VIEJO.

Tello, suspende el contento,

Hasta ver lo que me escribe

El Rey; que allá quedó Mendo

Para traerlo.

TELLO.

Señor,

Pediros quiere dineros.

TELLO EL VIEJO.

Claro está que no se habían

Con este acontecimiento

De escapar del Rey las doblas.

### ESCENA X.

MENDO, con un papel. — Dichos.

MENDO.

Cansado y rendido vengo.

TELLO EL VIEJO.

Pues, Mendo, ¿traes el papel?

MENDO.

Y me pesa de traerlo,

Porque has de sentir las costas

Del mal formado proceso.

TELLO EL VIEJO.

Lee, Tello, para todos.

TELLO.

Aquí dice lo primero:

(Lee.) «Condiciones...»

TELLO EL VIEJO.

¿Condiciones?

TELLO.

«Que han de guardar los dos Tellos.

»Primeramente, á mi hermana

»Ni en público ni en secreto

»La habeis de llamar infanta...»

TELLO EL VIEJO.

¡Riguroso mandamiento!

TELLO.

«Sino Elvira de Meneses.»

MENDO.

Baile, Señora, te han hecho.

Solo echad acá mis nueces

Faltaba en ese decreto.

INFANTA.

Mal lo entendió el Rey mi hermano;

Que por mas honor lo tengo

Que el título de Leon.

LAURA.

¡Bien haya tu entendimiento!

TELLO.

Dice mas. (Lee.) «Que vuelvan todos

»A sus vestidos primeros,

»Como propios labradores,

»Los criados y los dueños,

»Sin exceptuar ninguno.»

TELLO EL VIEJO.

Cumpliéronse mis deseos;

Que ¡vive Dios! que me daban

Pesadumbre por momentos

Estos follados ó fuelles,

Con que pienso que pareczo

Al conde don Julian

Cuando salió de Marruecos.

Pues ¡la capita y la gorra!

Milagro ha sido del cielo

No haber caído en palacio

Los pajes del Rey en ello.

MENDO.

Bien sé yo que el alegría

No tiene ese fundamento,

Sino el no haberte pedido

El Rey algunos dineros.

Ahora bien, ¿qué hemos de hacer,

Que está mi señor suspenso?

TELLO EL VIEJO.

Elvira, Inés, Tello y Laura,

Mendo y los demás, no es tiempo

De pensar en sinrazones.

INFANTA.

Todos estos son consejos

De mi enemigo don Arias.

TELLO EL VIEJO.

El Rey lo manda; no quiero

Examinar atrevido

Si es bien hecho ó si es mal hecho:

Eso es justo que el Rey manda.

TELLO.

Digo, Señor, que obedezco;

Pero no puedo negarte

El debido sentimiento

Por mi esposa.

INFANTA.

Pues ¿por qué?

Ya te he dicho que no tengo

Mas honra yo que ser tuya.

TELLO EL VIEJO.

Hijo, desnudáos de presto;

Volvamos á nuestra paz

Y á nuestro antiguo sosiego;

Que algun poderoso envidia

La que en el campo tenemos.

¿No habeis visto en las comedias

Que el villano es caballero,

Y el caballero villano?

Pues lo mismo represento.

Desnudáos; que puede ser

Que antes del acto postrero

Volvamos á ser señores.

TELLO.

No me sirven de consuelo

Mudanzas de la fortuna.

INFANTA.

A mí sí: que las padezco  
Por tu amor y por el mío.

(*Vanse todos, menos Inés y Mendo.*)

## ESCENA XI.

INÉS, MENDO.

MENDO.

Pues, Inés, ¿qué dices desto?

INÉS.

Que me vuelvo al delantal,  
A la sarta y al sayuelo  
De mala gana, pues ya  
De chapines altos vengo  
A chinelas con listones.

MENDO.

¡Mal año para mis celos,  
Si no me alegro de ver  
Que humildes los pensamientos!  
Que estabades insufribles.  
Dejad los ambares necios,  
Volved á oler á tomillo;  
Que una labradora en pelo  
Es flor de espino en el soto,  
Y en las viñas flor de almendro.  
Voyme á vestir mi sayal;  
Que andaba en estos grigüescos  
Como después de los grillos  
No acierta pasos el preso.

INÉS.

Aunque el viejo disimula,  
Yo se que no va contento.

MENDO.

Tú ¿querrásme á lo villano?

INÉS.

No sé; después nos veremos.  
Haz lo que te manda el Rey.

MENDO.

Los reyes son como el tiempo:  
Hacen y deshacen hombres.  
Caro nos cuesta el ejemplo.  
(*Vanse.*)

Salon del real alcázar.

## ESCENA XII.

EL REY, DON ARIAS; *después*,  
GARCI-TELLO.

DON ARIAS.

Hay mil razones contrarias.

REY.

La razon hace la ley.

(*Sale García acechando.*)

GARCI-TELLO. (*Ap. al paño.*)

Escuchando voy al Rey

Lo que habla con don Arias.

DON ARIAS.

Para asegurar tu vida,  
¿Qué importan dos montañeses?

REY.

La sangre de los Meneses  
Es por lealtad conocida  
Desde el tiempo de Pelayo.  
Yo no tengo qué temer.

DON ARIAS.

Sin trueno suele caer  
De pequeña nube el rayo.

GARCI-TELLO. (*Ap.*)

Caiga, traidor, sobre tí.

REY.

Porque obispos y letrados

Dicen que están bien casados,  
A su mujer le volvi.  
También tenemos los reyes  
Jüez, y tan poderoso,  
Que es Dios, y es justo y forzoso  
Temerle y guardar sus leyes.  
Si digo que por Dios reino,  
Mirémoslo bien los dos;  
Que rey que no teme á Dios,  
Poco gozará del reino.  
Basta mandarle volver  
Al primer traje que tuvo,  
Si acaso arrogante estuvo  
De verse con tal mujer;  
Que puesto en tanta bajeza,  
Jamás tendrá atrevimiento  
Conociendo en su elemento  
Su misma naturaleza.

DON ARIAS.

Si vuestra alteza, Señor,  
Se consuela de tener  
Su propia hermana mujer  
De un villano labrador  
Que ayer iba tras los bueyes,  
Aunque haya ejemplos tan llanos  
De griegos y de romanos  
Que hubo labradores reyes,  
Leon no ha de permitir  
Que salgan de una montaña  
Para gobernar á España.

GARCI-TELLO. (*Ap.*)

Ya no lo puedo sufrir.

DON ARIAS.

Si temo lo que imagino,  
Es por vos; que no por mí.

(*Adelántase Garci-Tello.*)

REY.

Hablad bajo; que está aquí  
Garci-Tello, mi sobrino.

GARCI-TELLO.

Ya la prevención es tarde,  
Y hame pesado, Señor,  
Que manchen vuestro valor  
Los consejos de un cobarde.  
Mi padre nunca ha tenido  
Pensamientos de ser mas  
De lo que hoy es; que jamás  
Será mas de lo que ha sido;  
Porque quien ha sido tanto,  
Ni ha de ser mas ni ser menos:  
Aconsejaos con los buenos,  
Y reinareis como un santo.  
No temais los montañeses,  
Pues ninguno fué traidor.  
Mas ya alabasteis, Señor,  
La lealtad de los Meneses.  
Decir que han sido villanos  
Mi abuelo y padre es mentira;  
Y que lo sufráis me admira,  
Teniendo poder y manos.  
Pero, pues que yo lo oí,  
Y es razon tan mal hablada,  
Me obliga á sacar la espada,  
Y por vos la saco así.  
Dadle licencia al villano  
Que saque la suya.

REY.

Quedo,

Sobrino.

GARCI-TELLO.

Tendrámelo miedo  
Viéndome el rayo en la mano.

REY.

Sois niño, que no sabeis  
El respeto de los reyes.

GARCI-TELLO.

Antes le debo á las leyes  
De Dios.

REY.

¿Cómo lo entendeis?

GARCI-TELLO.

¿No me manda honrar mi padre?

REY.

Es verdad.

GARCI-TELLO.

Pues mirad vos

Si hacer lo que manda Dios  
Es honrar mi padre y madre.  
Pero, pues respeto os debo  
Como á mi rey y señor,  
Salga á ese campo el traidor:  
Verá que solo le espero.

DON ARIAS.

No, no, seamos amigos;  
Que no lo entendisteis bien.

GARCI-TELLO.

Desto quiero que me den  
Testimonio con testigos;  
Por lo demás, yo me postro  
Al Rey con toda humildad.

DON ARIAS.

El cetro os dará la edad,  
Y el tiempo la barba al rostro;  
Para entonces yo recibo  
El desafío, antes no.

GARCI-TELLO.

Cuando tenga barbas yo  
¿Habiades de estar vivo? (*Vase.*)

## ESCENA XIII.

EL REY, DON ARIAS.

DON ARIAS.

¿Parécete á vuestra alteza  
Que se va echando de ver  
Lo que en estos ha de hacer  
Su fiera naturaleza?  
Si esto hace en esta edad,  
¿Qué espera en otra mayor?

REY.

Mas que parece valor,  
Ha sido temeridad.  
Confieso que me ha pesado  
De ver que, airado y resuelto,  
Por Tello, su padre, ha vuelto.

DON ARIAS.

No viene mal enseñado.  
¡Ah, Señor! Vendrá algun dia  
En que os acordeis que fui  
Quien este consejo os di.

REY.

¿Qué he de hacer, si es sangre mía?

DON ARIAS.

Tello ¿es vuestra sangre?

REY.

No.

DON ARIAS.

Pues quitad la vida á Tello.

REY.

Eso ¿cómo puedo hacerlo,  
Sin que mal parezca, yo?

DON ARIAS.

Las montañas de Castilla  
Que llaman de Guadarrama  
Pasó Almanzor de Toledo;  
Y aunque sus condes levantan  
Gente y las armas previenen,  
A Zamora y Salamanca  
Dicen que ha llegado el moro:  
Mandad á Tello que vaya  
Por general de mil hombres,  
Y que á su costa los haga.  
El viejo dará el dinero;  
El mozo con arrogancia

Querrá mostrar que le dieron  
Sangre los godos de España.  
Sin experiencia y sin gente,  
En la primera batalla  
Vos quedaréis sin sospecha,  
Y con luto vuestra hermana.

REY.

¿Quién enviaremos á Tello?

DON ARIAS.

Yo mismo iré.

REY.

Pues, don Arias,

Muera Tello desta suerte,  
Y quede libre la Infanta;  
Que no he de andar cada día  
Recelando que me matan  
Hijos y nietos de Tello,  
Que saben sacar la espada  
A mis ojos, sin tener  
Aun manos para tomarla.

(Vanse.)

Vista exterior de la casa de los Tellos.

#### ESCENA XIV.

TELLO, *de labrador.*

Castigado y corrido  
Os vengo á ver, montañas,  
En el habito rústico primero.  
¿Podrá nunca ofendido,  
Ni son dignas bazañas  
Tratar tan mal un hombre caballero?  
Pero si considero  
Que en estas soledades  
Me ha de dejar la envidia,  
¿Para qué me fastidia  
Que desconozca el Rey tantas lealtades,  
Y me trate de suerte  
Que fuera menos mal darme la muerte?

#### ESCENA XV.

LA INFANTA, *de labradora.*—TELLO.

INFANTA.

Tello...

TELLO.

Señora mía...  
¿Yos por mi labradora!

INFANTA.

Pues ¿puedo yo tener mayor ventura?

TELLO.

Hoy parece que el día  
Con disfrazada aurora  
Las sombras á las selvas asegura.  
Tal suele rosa pura  
Amanceber helada  
Y encubrir la corona;  
Mas, como perficiona  
Su esmalte rojo la del sol dorada,  
Los rústicos despojos  
Diamantes son al sol de vuestros ojos.

INFANTA.

Tello, afrontas mayores,  
Si aquestas son afrontas,  
Padeciera mi amor, por ti contento.  
Entre aquestos rigores,  
Que son iras violentas,  
De nuestro hijo solamente siento  
La ausencia, si el intento  
Del Rey pasa adelante  
En tan necia sospecha.

TELLO.

Para cosa mal hecha  
No hayas miedo que el ánimo levante;

Antes es dicha mía;  
Que al Rey le sobra amor, si el Rey te

[cria.

Ea, ¿no merezco albricias?

TELLO EL VIEJO.

Yo, por mi parte, que tanto  
Debo al Rey en este honor,  
Las que señaleis os mando.

DON ARIAS.

De la raza de los vuestros  
No quiero mas que un caballo.

MENDO. (Ap.)

Mejor tomara la yegua  
El Conde, si no me engaño.

TELLO EL VIEJO.

A mi solo por Elvira  
Me pesa; en lo demás no hallo  
Dificultad en volver  
A caballero y soldado  
Desde villano, quien pudo  
De caballero á villano.  
En fin, el Rey se obedezca.—  
Aposentadle en el cuarto  
Que estaba cuando el bautismo  
Para el Rey aderezado.

LAURA.

Venid, Señor.

DON ARIAS. (A Tello el mozo.)

No viniera,

Si no presumiera daros  
Gusto, honor, y ultimamente  
La gracia del Rey; que tanto  
Sentimiento y tal silencio  
Da á entender que os ha pesado.

TELLO.

No, Señor; pero quien ama  
Teme la ausencia y el daño  
Que suele traer la guerra;  
Pero estimo y siento cuánto  
Me favorece su alteza  
Con aqueste ilustre cargo.  
Contento y agradecido  
Iré á besarle la mano.

DON ARIAS.

Aquí se ha de hacer la gente;  
Que quiere el Rey obligaros  
Con que á vuestra costa sea.

TELLO EL VIEJO.

¡Mil hombres! No hay para cuatro  
En toda nuestra haciendilla.

DON ARIAS.

Vos lo miraréis de espacio.

(Vanse don Arias y Laura.)

#### ESCENA XVIII.

LOS TELLOS, LA INFANTA, INÉS,  
MENDO.

INFANTA.

Bien pudierais responder...

TELLO.

¿Qué quieres que respondamos?

Por ventura ¿piensa el Rey,  
O por dendo ó por eniando,  
Que nos favorece en esto?

TELLO EL VIEJO.

Hijo, el que es noble fidalgo  
Con vida y hacienda sirve  
Al rey de quien es vasallo.  
Paciencia, y tomar las armas.  
Quitáos el capote pardo;  
Pero guardadle tambien  
Donde le halleis, por si acaso  
El Rey os manda otro día  
Que volváis á ser villano.

TELLO.

Mendo, pues has de ir conmigo,  
Espadas y armas encargo.  
Haz que estén todas á punto.

#### ESCENA XVI.

TELLO EL VIEJO, LAURA, INÉS y  
MENDO, *de labradores.*—Dichos.

MENDO.

Aunque reciba disgusto,  
Tenemos de andar así.  
¿Qué te parezca?

TELLO EL VIEJO.

Ahora si

Que vienes, Mendo, á mi gusto.

MENDO.

¿Hablaré en la lengua antigua  
Que solíamos hablar?

TELLO EL VIEJO.

Podante castigar  
Si el delito se averigua.  
Habla como labrador.  
Pues ya no eres caballero.

MENDO.

Este lenguaje grosero,  
Si es el proprio, es el mejor.  
Un hombre que ausente estaba  
Vino, y hallando otros trajes  
Y diferentes lenguajes,  
Les preguntó quien reinaba.

#### ESCENA XVII.

DON ARIAS, *de camino.*—Dichos.

DON ARIAS.

Yo llego á buena ocasion,  
Pues juntos os hallo á entrambos.

TELLO EL VIEJO.

¡Señor don Arias!...

TELLO.

¡Señor!...

DON ARIAS.

Bien podeis darme los brazos.

INFANTA. (Ap. á Laura.)

¡Ay, Laura, que el corazon  
Me ha dado en el pecho saltos!  
¿A qué vendrá mi enemigo?

DON ARIAS.

Perdonad si no he llegado,  
Gran Señora, á vuestros piés.

INFANTA.

Advertid que estáis hablando  
Con Elvira de Meneses;  
Que así lo manda mi hermano.

DON ARIAS.

Vos sois quien sois: con el sol  
Y con las estrellas hablo,  
Hablo con el mismo cielo,  
O á lo menos su retrato.

Vengo á daros buenas nuevas;  
Que, sabiendo que ha pasado  
Con gran ejército el moro  
De las márgenes del Tajo  
A los montes de Castilla,  
Para atajarle los pasos  
Nombró general á Tello,  
Y quiere que forme un campo  
De mil hombres, en afrenta  
De los condes castellanos,  
Que le han dejado llegar  
Al Tórmes, con tanto estrago  
De los pueblos convecinos  
Y sus campos, como cuando  
Rompe las puentes soberbio,  
Temblando los montes altos  
De ver que el agua revuelve  
Los robles y los peñascos.



MENDO.

En fin, ¿á la guerra vamos?  
(*Vanse.*)

## ESCENA XIX.

GARCI-TELLO. — Dichos.

GARCI-TELLO. (*Dentro.*)

Este caballo tened.

INFANTA.

¡Ay, Tello! ó ha sido engaño  
Del amor, ó es Garci-Tello.  
(*Sale Garci-Tello.*)

GARCI-TELLO.

Dadme, oh mis padres, los brazos.

TELLO EL VIEJO.

¿Qué es esto, García?

GARCI-TELLO.

Señor,

Mi venida quiere espacio.  
Delante del Rey mi tío  
Tuve con cierto fidalgo  
Palabras; saqué la espada  
Con ánimo de matarlo.  
Enojóse desto el Rey;  
Salí de palacio al campo,  
Esperé y no salió;  
Di de espuelas al caballo,  
Y he venido, como ves,  
Por no volver á palacio.

TELLO EL VIEJO.

Cuando os vi la espada, nieto,  
Os dije, pronosticando  
Para mas tarde el suceso,  
No para tan tiernas manos,  
Que la habríais menester.

GARCI-TELLO.

Si él sale cuando le aguardo,  
Abuelo, aquesta es la hora  
Que tocan por el fidalgo.

TELLO EL VIEJO.

¡Vive el cielo, que lo creo!  
Ya nos teneis con cuidado;  
Decidnos quién es.

GARCI-TELLO.

Señor,

Perdonad, porque hasta tanto  
Que dél esté satisfecho,  
Juré la vida de entrainhos  
Que no he de decir su nombre.

TELLO EL VIEJO.

Nieto, vos sois muy honrado,  
Y lo habeis hecho muy bien.  
Hoy, por veros tan gallardo,  
Añado á los alimentos  
Otros quinientos ducados.—  
Descanse, Elvira, mi nieto.

INFANTA.

Piedad fué del cielo santo  
Para la ausencia de Tello.

MENDO.

Oye, Inés.

INÉS.

Oigo, soldado.

MENDO.

¿Quieres casarte conmigo?

INÉS.

Ya estoy casada con Sancho.

MENDO.

¿Qué falta has hallado en mí?  
Este tallejon ¿es barro?

INÉS.

¿Parécete poca falta  
Ser celoso?

MENDO.

¡Malos años!

¿Marido buscas sin celos?  
El lleva gentil despacho.

## ACTO TERCERO.

Campo á vista de Leon.

## ESCENA PRIMERA.

*Tocan cajas, y salen TELLO y MENDO,  
de soldados; MOROS, CAUTIVOS y SOL-  
DADOS, de acompañamiento.*

TELLO.

Parad las cajas: vitorioso alarde,  
No disperteis la envidia, por si duermes,  
Si muerto ó vivo me esperaba tarde.—  
Mendo...

MENDO.

Señor...

TELLO.

¿Qué sentirá de verme  
En tan pocas jornadas vitorioso, [me?  
Quien pensaba afrentarme ó deshacer-

MENDO.

Estará como suele toro en coso,  
Muerto del caballero á cuchilladas,  
Rendido á tierra el cuello sanguinoso,  
O como el ciervo en selvas enramadas,  
Que va buscando el agua con la flecha,  
Las yerbas de la púrpura bañadas.

TELLO.

¡Agora sí que crece la sospecha!  
Agora sí que mi inocencia pone  
En mas peligro ó en prision estrecha!  
Agora sí que tímido interpone  
Esto que se llamó razon de estado,  
Que las leyes del cielo descompone!

## ESCENA II.

EL REY, DON ARIAS, ACOMPAÑAMIENTO.

— Dichos.

REY.

Apenas puedo creer  
Lo que estoy viendo.

DON ARIAS.

Señor,

Entre fortuna y valor  
Se diferencia el vencer.

MENDO.

Tello, el Rey te viene á ver.

TELLO.

¿Extraño exceso!

REY.

Cuñado,

Seais mil veces bien llegado.

TELLO.

Señor, vuestro esclavo soy;  
Que de los piés donde estoy  
Tengo el ser que me habeis dado.

REY.

Levantáos para abrazarme;  
Que no ha de estar en el suelo  
Quien subió su nombre al cielo  
Para honrarse y para honrarme.

TELLO.

¿Quién pudiera levantarme  
Sino vos?

REY.

Vuestra opinion,  
Pues en esta heroica accion  
Contra las alarbes furias  
Sois Alejandro de Astúrias  
Y sois César de Leon.

Luego que supe el suceso  
De vitoria tan extraña,  
Que parece en toda España  
De favor del cielo exceso,  
Que os di gran parte confieso  
Del alma y la voluntad,  
Confirmando la verdad  
De vuestro raro valor;  
Que tal vez halla el amor  
Alguna dificultad.

TELLO.

No os diré, Señor, á vos  
Que vine, que vi y vencí,  
Sino que vine y que vi;  
Pero que ha vencido Dios.  
Tan desiguales los dos,  
Bien claramente se ve  
Que este vencimiento fué  
De quien parar puede al sol,  
Y del Patrono español  
A quien debemos la fe.  
Con esto os pido licencia  
Para ver á doña Elvira,  
Centro donde siempre mira  
Amor, que desvela ausencia;  
Que cuando á vuestra presencia,  
Señor, importe volver,  
Vendré á serviros y á hacer  
Lo que debo á hechura vuestra.

REY.

Tello, una sangre es la nuestra,  
Y así el amor lo ha de ser:  
No me cansaré de amaros.

TELLO.

Gran Señor, ¡tanto favor!

REY.

Merece vuestro valor,  
Como lo veréis, honraros.

TELLO.

Mil veces vuelvo á besaros  
Las manos.

MENDO. (*Ap. d su amo.*)

¿A quién no admira

Tanto amor en tanta ira?

TELLO.

Vencer al Rey, fué vencer.

REY.

Mientras yo la voy á ver,  
Dad el parabien á Elvira.

(*Vanse todos, menos el Rey, don Arias y  
el real acompañamiento.*)

## ESCENA III.

EL REY, DON ARIAS.

REY.

Arias...

DON ARIAS.

Señor...

REY.

Si pudiera

Pensar que me habian trocado  
El alma, menos cuidado  
Desta mudanza tuviera.  
Ya no es la que de antes era;  
Que la razon desta accion  
Me ha trocado el corazon;  
Que no debe de ser hombre  
El que no se rinde al nombre  
De la divina razon.

Sin esto, vengo á entender  
(Y es lo que mas me acobarda)  
Que si Dios este hombre guarda,  
Nadie le podrá ofender.  
Lo que es en un rey poder  
Es en Dios omnipotencia.  
¿Qué importa la diligencia  
Que habemos hecho los dos,

Si se pone el mismo Dios  
Delante de su inocencia?  
¿Qué cristiano ni gentil,  
¿Qué romano ó qué español,  
Desde el que paraba el sol,  
Venció con mil á diez mil?  
Si desde el Tajo al Genil  
Triunfa, rendido Gazul,  
De tanta bandera azul,  
Solo falta, echando el sello,  
Canten las damas á Tello  
Las canciones de Saul.

DON ARIAS.

Señor, la palabra os doy  
Que estoy tan arrepentido  
De haber á Tello ofendido,  
Que ya con vergüenza estoy.  
Claramente se ven hoy  
Su valor y su prudencia  
Y su dicha en competencia;  
Aunque presumo, Señor,  
Mas que efectos del valor,  
Milagros de la inocencia.

REY.

¿Cómo le podré yo ver,  
Que parezca que es acaso?

DON ARIAS.

Fingiendo que vais de paso,  
Queriéndoos entretener:  
Cazando podeis hacer  
Una visita, que es justo,  
A vuestra hermana.

REY.

El disgusto

Pasado quiero templar,  
Y á mis sobrinos honrar;  
Que ha sido rigor injusto.

(Vanse.)

—

Campo á vista de la casa de los Tellos.

## ESCENA IV.

LA INFANTA, LAURA, TELLO  
EL VIEJO.

TELLO EL VIEJO.

Basta, Elvira; que se esfuerza  
La nueva de la victoria.

INFANTA.

Será de los cielos gloria,  
Que no de la humana fuerza.

TELLO EL VIEJO.

Y aun dicen que ya volvía  
A ver al Rey á Leon  
Tello.

INFANTA.

Teme el corazón,  
Y la esperanza confía.

## ESCENA V.

INÉS, y luego, MENDO. — DICHO.

INÉS.

Ya se confirmó por cierta  
La nueva: Mendo ha venido.

INFANTA.

¿Tú lo has visto ó lo has oído?

INÉS.

Y le he abrazado á la puerta.  
(Sale Mendo.)

MENDO.

Dadme todos dos mil veces  
Juntos los pies y las manos.

TELLO EL VIEJO.

Mendo!

INFANTA.

¡Ay cielos soberanos!

Almas por brazos mereces.

¿Viene tu señor?

MENDO.

Vendrá

Muy presto; que yo, temiendo  
Que se adelantase á Mendo,  
Deseoso de veros ya,  
Águila caudal volvi  
El caballo.

INFANTA.

¿Habeis vencido?

MENDO.

Pues ¿no?

TELLO EL VIEJO.

Mendo, ¿cómo ha sido?

MENDO.

Oid mientras viene.

TELLO EL VIEJO.

Di.

MENDO.

En las riberas del Tórmes,  
Por la parte que mas haja  
Miran las sierras de Béjar,  
Envidia de Guadarrama,  
Que están con sonoras ondas  
Pidiendo para sus aguas  
Derrita candidas torres  
De su corona de plata;  
En una campaña verde,  
Bien presto roja campaña,  
Tenía Celin Gazul  
De ricas tiendas formada  
Una ciudad populosa,  
Una portátil montaña,  
Coronada de banderas  
Verdes, azules y blancas,  
Cuyas arrogantes lunas  
Ser hijas del sol negaban.  
¿No has visto, cuando se pone,  
Aquel intrincado mapa  
De mil cambiantes de nubes  
Que forman figuras varias?  
Pues así nos parecían  
Una mañana, que al alba  
Los vistos trocaron miedo  
Con los que entonces miraban.  
No suele llevar pastor  
Las visperas de las Pascuas  
Los corderillos al cuello  
Al que sus cuellos aguarda,  
Como á los pobres leoneses  
Les pareció que llevaba  
Tello á los moros sus vidas  
Vendidas á inútil fama.  
Luego que vieron venir  
Marchando nuestra vanguardia,  
Que parecen mas que son  
Soldados en ordenanza,  
Presumieron que venía  
El mismo Leon de España,  
O los castellanos condes  
Con el favor de Navarra.  
Y aunque mas reconocieron  
La poca gente, pensaban  
Que era ardid y estratagemas,  
Repartiendo las escuadras  
Por varias partes del monte  
Que el verde llano cercaban,  
Haciéndole antiguos robles  
Una rústica guirnalda.  
Al arma tocaron luego  
Sus pifanos y sus cajas  
Con tan horrible alarido,  
Que al viento rompió las alas.  
Corrieron el campo algunos,  
Cuyas tocas y bengalas  
De oro y sedas de colores  
Daban flores á las plantas.

Caracoles y escarceos

Apenas mirar dejaban

Hacia qué parte tenían

Las caras ó las espaldas.

Y con tal fuerza y destreza

Blandían las fuertes lanzas,

Que juntándose los hierros,

Hicieron arcos las astas.

Y llegábanse tan cerca,

Que á no ser letra africana,

Leyéramos fácilmente

Las cifras de las adargas.

Fidalgos pedían licencia;

Mas Tello á nadie la daba;

Que tal vez una desórden

Todo un campo desbarata.

Cayó en estas bizarrías

La noche, tan mal tocada,

Que no salió para verla

Una estrella á la ventana.

A cada soldado Tello

Hacer un fuego le manda,

Quedando el campo de suerte,

Que el sol no le hiciese falta.

El se recogió á su tienda,

Y encima de su celado

Puso una imagen pequeña

Del santo Patron de España

En forma de caballero,

Cuyo lado acompañaba

San Millán monje, que suele

Hacer del báculo espada.

En unas doradas nubes,

Sobre los santos estaba

La que volvió en ave el Eva,

Siempre limpia y siempre santa.

Tales palabras decía,

Con lágrimas que bañaban

Su rostro, Tello á los tres,

Que pienso que, aunque callara,

Fuera delante de Dios

Cada lágrima palabra.

Tanto estuvo de rodillas,

Que cayó sobre las armas

Dormido, si duerme el cuerpo

Cuando está velando el alma.

Ya se acercaba el aurora,

Fuentes y prados la llaman,

Ellos en bocas de flores

Y ellas con lenguas de plata,

Cuando dando voces Tello,

Diciendo así se levanta:

«Esperad, oid, Señora;

¿Dónde vas, paloma blanca?

Espera, Millán divino;

Apostol de España, aguarda.»

Y en viendo que yo le escucho,

Turbado me mira y calla.

«¿Qué es esto, Señor?» le digo.

Y él me responde: «Vi clara

La imagen de aquella iglesia

Que labró junto á su casa

Mi padre; con diferencia

Que está la túnica sacra

Bordada de estrellas puras

Entre flores de esmeraldas.

Abrió las rosas divinas

Diciendo: «Tello, en tu guarda

Enviaré dos caballeros.»

Mas siendo de merced tanta

Indigno, pienso que sueño;

Pero basta la esperanza,

Acompañando la fe;

Que caballos, hombres y armas

No dan victorias; que Dios

Es quien vence las batallas.»

Yo, que con abiertos ojos

Enternecido escuchaba

Pronósticos tan divinos,

Respondi: «Señor, ¿qué tardas

En acometer los moros

Con segura confianza



Que Dios te ha de dar vitoria?  
 «Haz, Mendo, tocar al arma,»  
 Me dijo: y pidió el caballo,  
 Que, armadas la frente y ancas,  
 Fogoso y lleno de espuma,  
 Con los relinchos que daba  
 Era tiple á las trompetas  
 Y contrabajo á las cajas.  
 Puesta pues la gente en órden,  
 Tello á los soldados habla  
 Como si fuese otro César  
 En los campos de Farsalia.  
 Morir ó vencer prometen:  
 Ya las hondas amenazan  
 Con tronantes estallidos  
 Las barbaras cimitarras.  
 Ya las ballestas se ponen  
 Al blanco de las adargas,  
 No volver, jurando todos,  
 Sin sangre acero á la vaina.  
 Contarte el valor de Tello  
 Fuera contar mi ignorancia;  
 Que ayer me vieron los montes  
 Encordelar las abarcas;  
 Y aunque enemigo, te juro  
 Que el de Gazul le igualara,  
 A estar de su parte quien  
 Cumplió tan bien su palabra;  
 Que aquellos dos caballeros,  
 Con dos brillantes espadas,  
 Eran rayos de los moros;  
 Que de la suerte que tala  
 Celeste piedra las vides,  
 Dejando en torno sembradas  
 De las ya desnudas cepas  
 Las rendidas esperanzas  
 Del labrador codicioso  
 Entre racimos y balas,  
 Así quedaban los moros  
 Por donde los santos pasan.  
 Murió á las manos de Tello  
 Gazul; dió fin la batalla,  
 Y yo á lo demás, pues viene  
 Con diez banderas ganadas,  
 Ricos despojos y esclavos;  
 Si bien la mayor ganancia  
 Ha sido servir al Rey,  
 Pues ha ganado su gracia.

### ESCENA VI.

TELLO, SOLDADOS y MOROS, SANCHE.  
 —DICHOS.

TELLO EL VIEJO.

Con mil tiernos abrazos  
 Te aguardamos, valiente caballero.

TELLO.

¿A quién daré los brazos,  
 Esposa mía y padre mío, primero?

TELLO EL VIEJO.

A todos juntos, hijo,  
 Pues ha de ser común el regocijo.

INFANTA.

Capitan valeroso,  
 Mil parabienes con el alma os damos.

LAURA.

De verte vitorioso,  
 No solo yo, pero los verdes ramos  
 Estos altos laureles  
 Inclinan para hacerte coroneles.

TELLO.

Laura, querida prima,  
 Tu afecto estimo y tu deseo agradezco.

INÉS.

De Inés tambien estima  
 Los brazos, que por ansias te merezco  
 De tu vida y vitoria.

TELLO.

Siempre tendré tu amor en la memoria.  
 —Mendo os habrá contado

La milagrosa nueva del suceso.  
 Es valiente soldado.

INFANTA.

Ya nos ha dicho el admirable exceso  
 De tu valor.

TELLO EL VIEJO.

En todo

Cumplió la obligacion de ilustre godo.

INFANTA.

¿Qué dice el Rey mi hermano?

TELLO.

Gané su gracia, fin de mi deseo;  
 Pero, porque el humano  
 Semblante miro y lo interior no veo,  
 Será, padre, acertado  
 Dejar el traje de galan soldado.  
 Quitadme brevemente  
 Galas, plumas, baston, gola y espada;  
 Que, á su ley obediente,  
 Al rustico gaban y á la cayada  
 Vuelvo, en vez del acero,  
 Y á ser el mismo ser que fui primero;  
 Porque estando mi Elvira  
 En el traje que veis, no fuera justo,  
 Ni en tanto que la ira  
 Dure del Rey, se le ha de dar disgusto.  
 Pero guardadas queden,  
 Por si acaso otra vez servirle pueden;  
 Que, como la experiencia<sup>1</sup>  
 Le ha mostrado, saldré mas animoso,  
 Fiado en mi inocencia  
 Que en las armas y ejército copioso;  
 Que Dios da las vitorias.  
 Cuyas son las batallas y las glorias.  
 ¿Adónde está Garcia?

TELLO EL VIEJO.

Llamad á Garcí-Tello, que ocupado  
 De alguna niñería

(Vase Sancho.)

Estará, de las nuevas descuidado.

TELLO.

Todos os hallo buenos.  
 De mil que yo llevé, diez traigo menos.

### ESCENA VII.

GARCÍ-TELLO, SANCHE. — DICHOS.

GARCÍ-TELLO. (Dentro.)

¿Mi padre ha venido?

SANCHE. (Dentro.)

Sí,

Y vitorioso del moro.  
 (Sale Garcí-Tello, con un palo, y Sancho.)

GARCÍ-TELLO.

¡Padre y señor!

TELLO.

¿Qué tesoro,

Qué descanso para mí,  
 Cómo tenerte, Garcia,  
 Mis brazos con tanto amor?  
 Aunque verte labrador  
 No ha sido por culpa mía.  
 ¿Cómo estás?

GARCÍ-TELLO.

Para servirlos,

Aunque á fe que habeis costado,  
 Después que fuisteis soldado,  
 Mil lágrimas y suspiros.  
 Decime que habeis venido,  
 Y que á nuestra iglesia nueva  
 Vuestra gente alegre lleva  
 Despojos que habeis traído;  
 Y que cuando mayor fuera,  
 Vuestras vitorias felices<sup>1</sup>  
 La excusaran de tapices.

Con tanta alarbe bandera.  
 ¿Por qué no me habeis traído  
 Un moro, que viera yo?

TELLO.

¿Nunca los has visto?

GARCÍ-TELLO.

No,

Sino solamente oído.

TELLO.

Pues, Garcia, aquestos son.

GARCÍ-TELLO.

¿Estos son moros? Parecen  
 Hombres.

TELLO.

Hombres son.

GARCÍ-TELLO.

Merecen

No serlo.

TELLO.

¿Por qué razon?

GARCÍ-TELLO.

Porque no creen en Dios  
 Y en su siempre Virgen Madre.  
 La sangre me alteran, padre.

TELLO.

¿Tienes miedo?

GARCÍ-TELLO.

Como vos.—

Perros, hoy entre mis manos  
 Pedazos os pienso hacer,  
 Hoy habeis de conocer  
 Quién son fida lgos cristianos.  
 (Da sobre ellos, huyen, y se entra si-  
 guiéndolos. Sancho y los soldados se  
 van tambien.)

TELLO EL VIEJO.

¡Oh buen nieto! Vive Dios,  
 Que es fino como el coral.

TELLO.

Mendo, no les haga mal.

TELLO EL VIEJO.

Déjale mate á esos dos;  
 Que así se enseña el alcon  
 Desde pequeño á matar.

(Vuelve Garcí-Tello.)

GARCÍ-TELLO.

¿Que no los pude alcanzar?

MENDO.

¿Qué quieres, si galgos son?

GARCÍ-TELLO.

A no me quitar la espada,  
 Aquí los mato á los dos.

INFANTA.

Hijo, sosegáos por Dios.

TELLO EL VIEJO.

Nieto, envainad la cayada;  
 Que lo habeis hecho muy bien.

GARCÍ-TELLO.

¡Yo miedo, abuelo!

TELLO EL VIEJO.

Habeis hecho

Muestra del alma y del pecho.  
 Ea, á merendar os dén;  
 Que habeis venido cansado  
 De matar moros.

GARCÍ-TELLO.

Podria

Ser que los mate algun día,  
 Y estos, de mirarme airado,  
 Cobardes huyen al monte.

MENDO.

No han de dejar liebre en él.

GARCÍ-TELLO.

Pues yo los echaré dél  
 Antes que el sol se trasmonte. (Vase)

<sup>1</sup> Los versos señalados con asterisco no se hallan en la edicion antigua de que nos hemos servido.



## ESCENA VIII.

DON ARIAS. — LOS TELLOS, LA INFANTA, LAURA, INÉS, MENDO.

DON ARIAS.

Aunque he venido otras veces  
(Que me tendreis por agüero)  
A daros pena, señores,  
Por culpa de los sucesos  
De que yo no la he tenido,  
Esta vez á daros vengo  
Nuevas de que viene el Rey  
A ver con mucho contento  
A la Infanta, mi señora,  
Y á dar parabién á Tello,  
De la vitoria y despojos  
Con justo agradecimiento.  
El queda tan cerca ya,  
Que me ha pesado de veros  
En ese traje; y así,  
Que le recibais os ruego  
En hábito cortesano,  
Como es razon; que yo vuelvo  
A entretener á su alteza  
Porque no llegue tan presto <sup>1</sup>. (Vase.)

<sup>1</sup> Las ediciones modernas se apartan aquí notablemente de la antigua: persuadido el colector de que esta *Segunda parte de los Tellos* no es de Lope, no ha tenido reparo en preferir la variante de las ediciones comunes, poniendo al pie de la página el texto de la impresion antigua.

... Ya vuelvo  
A entretener á su alteza,  
Que llegará aquí muy presto. (Vase.)

INFANTA.

Vámonos á vestir todos.  
(Vase, y quedan Tello el viejo y Mendo.)

TELLO EL VIEJO.

¿Qué es esto, Mendo? ¿Qué es esto?

MENDO.

Yo no lo entiendo, Señor;  
Pero presumo que ha hecho  
Esta vitoria en el Rey  
Algun agradecimiento.

TELLO EL VIEJO.

¿Acuérdate que te dije  
Los dias pasados, Mendo,  
Que era comedia la vida,  
Y que tenia por cierto  
Que mudariamos traje  
Antes del acto postrero?  
Pues mira como es verdad.

MENDO.

¡Gracias á Dios, que no tengo  
Vestido que me mudar!

TELLO EL VIEJO.

Haz que te le corten luego  
De raja.

MENDO.

¿De seda no?

TELLO EL VIEJO.

¡De seda! ¡Que desacuerdo!  
Las republicas se pienten  
Solamente por excesos  
De vestidos, donde gastan  
Los hombres todo el dinero  
Que tienen, sin atender  
Al accidente, al suceso,  
A la ocasion, al fracaso  
Y á las mudanzas del tiempo,  
Cuando vale mas un real,  
Y el vestido vale menos.

MENDO.

Con obras y con palabras  
Tienes tanta hacienda, Tello,  
Pues sustentaste mil hombres,  
Sin las armas y pertrechos  
De guerra, que fueron muchos.  
Pero dime: los talegos  
¿Han quedado boqueando?

TELLO EL VIEJO.

Mendo, ¿quién te mete en eso?

L-1.

TELLO EL VIEJO.

¿Qué es esto, Elvira?

INFANTA.

No sé;

Pero presumo que ha hecho  
Esta vitoria en el Rey  
Algun agradecimiento. —  
Laura, á vestir.

LAURA.

¿Qué mudanzas!

(Vase las dos é Inés.)

TELLO EL VIEJO.

Lleva, hijo, á Garcí-Tello,  
Dí que le ponga su madre  
Muy galán.

TELLO.

Apenas creo  
Que se mude la fortuna. (Vase.)

## ESCENA IX.

TELLO EL VIEJO.—MENDO.

TELLO EL VIEJO.

Dije, si te acuerdas, Mendo,  
Que era comedia la vida,  
Y que tenia por cierto  
Que mudariamos traje  
Antes del acto postrero.  
Pues mira cómo es verdad.

MENDO.

¡Gracias á Dios, que no tengo  
Vestido que me mudar!  
Tú ¿qué aguardas?

TELLO EL VIEJO.

No me acuerdo  
Donde puse los follados  
Que truje de caballero.  
Tú ¿no los guardaste?

MENDO.

¿Yo?

TELLO EL VIEJO.

¿No te los di?

MENDO.

No por cierto. —  
Pero si bien se me acuerda...  
¿Eran unos...

TELLO EL VIEJO.

Dilo presto.

MENDO.

Unos como no sé que  
Diablos, que para usar dellos  
Era menester que el Cura  
Los conjurase primero,

En servir á Dios y al Rey

Nadie ha de ser avariento.

Esto me parece á mí.

Y si escaso te parezco,

Yo te mando cien ovejas

Con otros tantos carneros,

Para que pases tu vida;

Que yo bien se que con ellos

No has menester mas hacienda.

MENDO.

Veas de tu nieto nietos,

Todos reyes de Leon.

TELLO EL VIEJO.

Para servicio del cielo.

MENDO.

Señor, el Rey esta en casa,

Y viene con Garcí-Tello,

Elvira, Laura y tu hijo

Con grande acompañamiento.

TELLO EL VIEJO.

Voy á salirle al camino.

(Sale el Rey, don Arias, etc.)

Para que no hiciesen mal  
A quien los trujese?

TELLO EL VIEJO.

Esos,

MENDO.

¿Aquellos eran follados?

TELLO EL VIEJO.

¿No los viste, majadero?

MENDO.

¿A los moños de las piernas

Ese nombre les han puesto?

Pues, Señor, perdona.

TELLO EL VIEJO.

¿Cómo?

MENDO.

Un espantajo con ellos  
Hizo Silvio aquí el verano  
A las higueras del huerto.  
¿No te acuerdas que alabaste  
Los higos que te subieron  
Un dia, que dije yo  
(Pienso que lo dije quedo):  
«Buenos follados te cuestan»?  
Que si no fuera por ellos,  
Bien sabes tu que los tordos  
Y los gorriones viejos,  
Que llaman zorras con alas,  
Se los comen sin remedio.

TELLO EL VIEJO.

Pues ¿no habia una ballesta  
Para echarlos? ¿Es bien hecho  
Con las bragas de un fidalgo  
Poner á las aves miedo?  
Si fuera á los moros, vaya;  
Que bien podia ser esto.  
Pues un tiempo al ver las mias,  
Los vi mil veces huyendo.  
¿Vive Dios, si no mirara,  
Mendo, que vienes con Tello,  
Que te habia!...

MENDO.

En tales dias

¡Buenas albricias te debo!

TELLO EL VIEJO.

¿Doyle yo á guardar mi hacienda?...

MENDO.

¿Qué hacienda, Señor, si has hecho  
Mil soldados, que te cuestan  
Tal cantidad de dinero?

TELLO EL VIEJO.

Necio, en servicio del Rey  
Todo es poco: ¿que honra tengo  
O qué vida sin su amparo?  
Pero para mi no quiero  
Gastar mi hacienda dos veces,  
Pues ya es fuerza hacerlos nuevos.

MENDO.

¿Eso sientes?

TELLO EL VIEJO.

¿No es razon?

Lláname á Sanchito, que pienso  
Que sabe desto de castre.

MENDO.

Voy volando.

TELLO EL VIEJO.

Vuelve luego.

(Vase Mendo.)

## ESCENA X.

TELLO EL VIEJO.

Gran cosa un rey: de solo Dios depen-  
El corazón de Rey está en las manos [de;  
De Dios, y en vano y con juicios vanos  
Presume el hombre que el de Dios en-  
tiende.

El sol tal vez calienta y tal ofende ;  
 Mas siempre es vida y luz á los humanos,  
 Que en los valles, los montes, selvas, llas-  
 Flores y frutos, la corona extiende. [nos,  
 Si el rey essol, y en su virtud no hay  
 [falta,  
 Pues Dios quiere que el hombre rey le  
 [nombre,  
 Cuyo atributo su grandeza exalta,  
 Sirva á su rey, despues de Dios, el  
 [hombre;  
 Que, si no fuera rey cosa tan alta,  
 No le tomara Dios para su nombre.

### ESCENA XI.

MENDO, SANCHE.—TELLO EL VIEJO.

MENDO.  
 Aquí está Sancho.

TELLO EL VIEJO.  
 Sabrás  
 Que quiero hacer unas calzas.  
 SANCHE.  
 Pues á buena ocasion vengo.  
 ¿De qué las haces ?

TELLO EL VIEJO.  
 Aguarda.  
 Esta vez me arrojo al mundo :  
 Hazme las, Sancho, de raja.  
 SANCHE.

¿De raja en esta ocasion?

TELLO EL VIEJO.  
 ¿ llame de mirar las damas ?  
 Pues á fe, que ahora treinta años...

MENDO.  
 Y aun ahora ¿qué te falta?  
 TELLO EL VIEJO.  
 ¿ Lisonjas? Vestido quieres.

MENDO.  
 Si comes bien, si bien andas,  
 Y te vistes á ti mismo,  
 Si como un lirón descansas,  
 Si das al rollo las piernas,  
 ¿Qué te falta?

TELLO EL VIEJO.  
 Lo que callas.  
 Mas ¿cuánto habré menester?

SANCHE.  
 Habrás menester diez varas,  
 Que eres entre fresco y alto.

TELLO EL VIEJO.  
 Mas ¿que piensas hacer calzas  
 Para el gigante Golias?  
 Pero como dos me bastan,  
 Darás las ocho al pendon,  
 Que eternamente se acaba.

SANCHE.  
 Porque anduvieras holgado  
 Lo hacia.

TELLO EL VIEJO.  
 Antes tú te bolgabas,  
 Pues de diez tomabas ocho,  
 Como si fuera mohatra.  
 Ahora bien, Sancho, yo pienso  
 Que en aquellas viejas arcaas  
 Que estan en el armería,  
 Ha de haber unas guardadas  
 Con que se casó mi abuelo.  
 Pídele la llave á Laura;  
 Que para el tiempo que el Rey  
 Ha de hacer otra mudanza,  
 Y nos mande desnudar,  
 Cualquiera cosa me basta.

MENDO.  
 Y á mi ¿no me vistes?

TELLO EL VIEJO.

Si :  
 No digas que no te pagan  
 Las nuevas.

MENDO.  
 Guárdete el cielo  
 Mil años.

TELLO EL VIEJO.  
 ¿Por qué me tasas  
 La vida?

MENDO.  
 Si mil son pocos,  
 Sean cien mil.

SANCHE.  
 ¿De qué mandas  
 Que vista á Mendo?

TELLO EL VIEJO.  
 De seda  
 Con pasamanos de plata...  
 Que él te dará los dineros.

MENDO.  
 ¿Yo, Señor? ¿Graciosa traza  
 Es vestirme á costa mia !  
 Yo no sé para qué guardas  
 Tanta hacienda : ¿ plegue á Dios  
 Que no te vengan las calzas!

TELLO EL VIEJO.  
 Mira, Mendo, ¿de qué piensas  
 Que las repúblicas andan  
 Perdidas? De los excesos  
 De los vestidos, que gastan  
 Las haciendas que los hombres  
 Con tanto trabajo ganan.  
 Yo te daré cien ovejas,  
 Créeme, y con ellas trata,  
 Porque galas sin hacienda,  
 Mas son deshonra que galas.

MENDO.  
 Veas de tu nieto nietos,  
 Y en tu mesa y en tu cama  
 Remocen con media lengua  
 Tatarachoznos tus canas.  
 Llavea el cielo trigo en trojes,  
 Mosto en cubas y tinajas,  
 Y por mayor bendición,  
 No te quite el Rey las calzas.

### ESCENA XII.

EL REY, DON ARIAS, LA INFANTA,  
 LAURA, TELLO Y GARCI-TELLO,  
 de gala.—Dichos.

REY.  
 Todos me han venido á ver,  
 Y ¿solo Tello no viene?

TELLO EL VIEJO.  
 El que mas amor os tiene  
 El postrero viene á ser.  
 Mas perdonadme, Señor;  
 Que el traje mudar queria,  
 Y por eso no salia;  
 Que no por falta de amor.

MENDO.  
 En trazar ciertos follados,  
 Gran Señor, se ha detenido;  
 Y pienso que seréis ido  
 Antes que estén acabados.

REY.  
 Haréisme mucho placer ;  
 Que os quiero ver muy galan.

TELLO EL VIEJO.  
 ¿Qué galas, Señor, serán  
 Como veniros á ver  
 Tan humano en esta casa?

REY.  
 Siempre, Tello, lo seré.  
 Lo pasado cuajo fué ;

Nunca ofende lo que pasa.  
 Vine á cazar por aquí,  
 Y quise ver á la Infanta  
 Y á vos tambien.

TELLO EL VIEJO.  
 Merced tanta  
 Por ella fué, no por mí.

REY.  
 Y por honrar, que es razon,  
 A Menéses, mi cuñado.

TELLO EL VIEJO.  
 Soló ese nombre le ha honrado.

REY.  
 Ellos como yo lo son.

INFANTA.  
 Besa la mano á su alteza,  
 García.

REY.  
 ¿Sobrino mio!  
 ¡Bravo mozo!

TELLO EL VIEJO.  
 Tiene brio.

REY.  
 Cubrid, cubrid la cabeza.

GARCI-TELLO.  
 Honrad, Señor, por mi madre  
 A mi padre...

REY.  
 Yo lo haré.

GARCI-TELLO.  
 Porque no me cubriré,  
 Si no se cubre mi padre.

REY.  
 Cubrios, señor cuñado ;  
 Que lo manda mi sobrino.

TELLO EL VIEJO.  
 Es el rapaz peregrino;  
 De vuestro padre es traslado.

REY.  
 Tello, vaya alguna gente  
 Que sepa este monte bien,  
 Para que nuevas me den,  
 Antes que salir intente,  
 De algun oso ó jabali.

TELLO EL VIEJO.  
 Sancho le sabe en extremo.—  
 Parte.

SANCHE.  
 Yo voy. (Vase.)

TELLO EL VIEJO.  
 Al sol temo,

Si ahora salis de aquí.  
 Entre tanto podeis ver  
 Una iglesia que he labrado,  
 Y en vez de paños, colgado  
 De las banderas ayer,  
 Que ganó Tello á los moros.  
 Y en ella á la fe, Señor,  
 Haréisme un gran favor.

REY.  
 Favores, honras, decoros  
 Pedid, Tello; que allá voy.  
 Solo á honraros he venido.

TELLO EL VIEJO.  
 Señor, por merced os pido,  
 Si ya en vuestra gracia estoy,  
 Que en ella armeis caballero  
 A mi nieto don García.

REY.  
 Reservémoslo á otro día ;  
 Que salir al monte quiero.

INFANTA.  
 Tiempo tendrá vuestra alteza ;  
 Esto le suplico yo.

REY.  
 Que fuera me pareció

En Leon con mas grandeza,  
Y con la corona y manto  
Que los godos se ponian,  
Si algun caballero hacian.

DON ARIAS.

No dejes de honrarle tanto;  
Que yo truje de Leon  
Corona y manto real.

REY.

¿Cómo en ocasion igual?

DON ARIAS.

Porque en aquesta ocasion  
Honrases á tu sobrino.  
Tello, Señor, me avisó.

REY.

Venid todos.

TELLO EL VIEJO.

¿Cuándo yo?

Fui de tantas honras dino?

(*Vanse todos, menos las damas y don Arias.*)

### ESCENA XIII.

LA INFANTA, LAURA, DON ARIAS.

DON ARIAS.

Oiga vuestra alteza, y vos,  
Señora Laura, escuchad.

INFANTA.

Arias, ya vuestra lealtad  
Agradecemos las dos.

DON ARIAS.

El Rey no me mira bien:  
Hacedme favor, Señora,  
De honrarme con él ahora.—  
Y porque quede tambien

(*Ap. á la Infanta.*)

Nuestra amistad confirmada,  
Pedid que á Laura me dé  
Tello por mujer.

INFANTA.

Si haré;

Que estará bien empleada.  
Id con el Rey; que yo quedo  
A decirselo.

DON ARIAS.

Tendréis

Un esclavo en mí, si hacéis  
Lo que os ruego.

INFANTA.

Haré, si puedo.

DON ARIAS.

[do,  
No sé quién ama donde no es queri-  
Siendo todo el amor un instrumento  
Que, destemplando su divino acento,  
Disuena á la razon como al oído. [do,  
¿Qué consonancia harán amor y olvi-  
La fuerza y el desden, si el fundamento  
De amor es un igual consentimiento,  
De las dos voluntades admitido?

Ya no quiero querer lo que solia,  
Ni de amor las tormentas y las calmas:  
Hoy toma puerto la esperanza mia.

Quien no merece, no pretenda pal-  
Que consiste de amor el armonia [mas;  
En la correspondencia de las almas.

(*Vase.*)

### ESCENA XIV.

LA INFANTA, LAURA.

INFANTA.

Laura...

LAURA.

Señora...

INFANTA.

Ocasion

Se ofrece, si eres discreta,  
Para que quedes perfeta.

LAURA.

Burlas como tuyas son.

INFANTA.

Don Arias me ha dicho aquí

Que te pida por mujer:

¿Qué tengo de responder?

LAURA.

¿Quieres que diga que sí?

INFANTA.

¿Eso quieres que te pida?

LAURA.

Dame de término un hora

Para una cosa, Señora,

Que dura toda la vida.

INFANTA.

Mi Laura, tú eres discreta;

Que yo, cuando lo negases,

Si deseo que te cases,

Es porque quedes perfeta.

(*Vanse.*)

—

Vista exterior de una iglesia.

### ESCENA XV.

TELLO EL VIEJO, MENDO, SANCIO.

TELLO EL VIEJO.

¿Está bien aderezado?

MENDO.

Los dos lo habemos compuesto.

SANCIO.

Mas adorno fuera justo;

Mas lo posible se ha hecho.

MENDO.

Tu rica tapiceria

No se colgó.

TELLO EL VIEJO.

¿Por qué, Mendo?

MENDO.

Porque no dieron lugar;

Mas fueron Silvio y Alberto,

Y desnudando los prados

De lirios, jacinto y trébol,

De espadañas los arroyos,

Y el soto de álamos negros,

Es la iglesia un cielo.

TELLO EL VIEJO.

¿Y cómo!

Adonde está Dios es cielo;

Y por la misma razon

Hoy es corte el monte nuestro,

Pues el Rey en él está.

Pero dime, ¿vengo bueno?

MENDO.

Que pareces de veinte años.

TELLO EL VIEJO.

Bien sé yo que mientes, Mendo.

No me vienen mal las calzas.

MENDO.

Para el Juéves Santo quiero

Acotarlas desde ahora.

TELLO EL VIEJO.

Buenos serán tus grigüescos.

### ESCENA XVI.

EL REY, DON ARIAS, TELLO, LA INFANTA, LAURA, INÉS; GARCÍ-TELLO, con botas; criados, de acompañamiento, y músicos. — Dichos.

REY.

Es edificio extremado:

¿Qué os habrá costado, Tello?

TELLO EL VIEJO.

Lo que gasto para Dios  
Nunca en los libros lo asiento;  
Que para lo que él me ha dado,  
Es poco lo que le vuelvo;  
Porque, por mas que le pago,  
Siempre le quedo debiendo.

REY.

Dadme el manto y la corona.

(*Sacan los criados dos fuentes: en una el manto y la corona, y en la otra espada y espuelas; y se verá un altar con luces, y va el Rey armando de caballero á Garcí-Tello, que estará de rodillas.*)

INFANTA.

¿Qué humano está el Rey!

TELLO.

¿Qué cuerdo

¿García!

REY.

Llegad, sobrino,

Al altar.

TELLO EL VIEJO.

¿Dichoso Tello,

Que llegas á ver un día

De tanta gloria!

REY. (*A Garcí-Tello.*)

En el suelo

Poned la rodilla. Oid  
Hoy, que os hago caballero,  
García, con atencion  
A lo que os obliga el serlo,  
Mientras que os ciño la espada,  
En cuyo desnudo acero  
Escribiréis mis palabras,  
Que os han de servir de espejo.

La ley de Dios, sobre todo,  
Defenderéis lo primero:  
Guardaréis lealtad al Rey,  
Y á su justicia respeto;  
En las guerras de los moros  
Jamás volveréis huyendo,  
Porque los hombres hidalgos  
O vencen ó quedan muertos.  
Saldréis al campo, García,  
Si os hicieren algun reto;  
Y todo pleito homenaje  
Guardaréis, ó libre ó preso.  
No consentiréis que agravien  
Mujer ninguna: todo esto  
Habeis de jurar aquí.

GARCÍ-TELLO.

Si juro.

REY.

Pues, caballero,  
Estos tres golpes os doy;  
Accion con que honraros puedo.

INFANTA.

En tan dichosa ocasion  
Viene bien pedirlos, Tello,  
Para un caballero á Laura,  
De cuyo acertado empleo  
Podeis estar bien seguro,  
Pues estoy yo de por medio.

TELLO EL VIEJO.

¿Sabe Laura que la casan?

INFANTA.

Sabe que yo lo deseo.



TELLO EL VIEJO.

Pues ya te habrá dado el sí,  
Aunque no supiera el dueño;  
El ansia desde que nacen  
Es, Elvira, el casamiento.  
Si es don Arias, doy el mío.

DON ARIAS.

A tanto favor no puedo  
Responder, sino humillarme.

(*Danse las manos Laura y don Arias.*)

GARCI-TELO.

Señora, sabeis que tengo  
Desafiado á don Arias:  
¿Cómo le ha dado mi abuelo  
Por mujer á Laura, y vos  
Se la pedis, sabiendo  
Que entre las obligaciones  
Que tengo de caballero,  
Es la que toca á mi honor?

INFANTA.

Hijo, tambien os advierto

Que no puede haber agravio  
Delante del Rey.

REY.

Los Tellos

Vengan conmigo á Leon,  
Adonde premiar prometo  
Tanto valor y lealtad.

TELLO EL VIEJO.

Y aquí, Senado discreto,  
Da fin la *Segunda parte*  
*De la historia de los Tellos.*

# LA MOZA DE CANTARO.

## PERSONAS.

EL CONDE.  
DON JUAN, }  
DON DIEGO, } *galanes.*  
FULGENCIO, }  
DON BERNARDO, *viejo.*

PEDRO, }  
MARTIN, }  
LORENZO, } *lacayos.*  
BERNAL, }  
DOÑA MARÍA, *dama.*

DOÑA ANA, *viuda.*  
LUISA, }  
LEONOR, } *criadas.*  
JUANA, }  
UN ALCAIDE.

UN INDIANO.  
UN MESONERO.  
UN MOZO DE MULAS.  
MÉSCOS.—LACAYOS.  
ACOMPAÑAMIENTO.

*La escena es en Ronda, en Adamuz y Madrid.*

## ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Bernardo, en Ronda.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARÍA Y LUISA, *con unos papeles.*

LUISA.  
Es cosa lo que ha pasado  
Para morir de risa.

DOÑA MARÍA.  
¿Tantos papeles, Lúisa,  
Esos Narcisos te han dado?

LUISA.  
¿Lo que miras dificultas?

DOÑA MARÍA.  
¡Bravo amor, brava fineza!

LUISA.  
No sé si te llame alteza  
Para darte estas consultas.

DOÑA MARÍA.  
A señoría te inclina,  
Pues entre otras partes graves,  
Tengo deudo, como sabes,  
Con el duque de Medina.

LUISA.  
Es título la belleza  
Tan alto, que te podría  
Llamar muy bien señoría,  
Y aspirar, Señora, á alteza.

DOÑA MARÍA.  
¡Lindamente me conoces!  
Dásme por la vanidad.

LUISA.  
No es lisonja la verdad,  
Ni las digo, así te goces.  
No hay en Ronda ni en Sevilla  
Dama como tú.

DOÑA MARÍA.  
Yo creo,  
Lúisa, tu buen desco.

LUISA.  
Tu gusto me maravilla.  
A ninguno quieres bien.

DOÑA MARÍA.  
Todos me parecen mal.

LUISA.  
Arrogancia natural  
Te obliga á tanto desden.—  
Este es de don Luis.

DOÑA MARÍA.  
Lo leo  
Solo por cumplir contigo.

LUISA.  
Yo soy de su amor testigo.  
DOÑA MARÍA.  
Y yo de que es necio y feo.  
(*Lee.*) «Considerando conmigo á so-  
» las, señora doña María...»  
No leo. (*Rompe el papel.*)

LUISA.  
¿Por qué?  
DOÑA MARÍA.  
¿No ves  
Que comienza alguna historia,  
O que quiere en la memoria  
De la muerte hablar después?

LUISA.  
Este es de don Pedro.  
DOÑA MARÍA.  
Muestra.

LUISA.  
Yo te aseguro que es tal,  
Que no te parezca mal.  
DOÑA MARÍA.  
¡Bravos rasgos! ¡Pluma diestra!

(*Lee.*) «Con hermoso, si bien severo,  
» no dulce, apacible si rostro, señora  
» mia, mentida vista me miró vuestro  
» desden, absorto de toda humanidad,  
» rígido empero, y no con lo brillante  
» solítico, que de candor celeste clarifi-  
» ca vuestra faz, la hebdomada pasada.»

¿Qué receta es esta, di? (*Rómpele.*)  
¿Qué médico te la dió?

LUISA.  
Pues ¿no entiendes culto?  
DOÑA MARÍA.  
¿Yo?

¿Habla de aciértame aquí?

LUISA.  
Hazte boba, por tu vida.  
¿Puede nadie ser discreto  
Sin que envuelva su conceto  
En invención tan lucida?

DOÑA MARÍA.  
¿Esta es lucida invención?  
Ahora bien, ¿hay mas papel?

LUISA.  
El de don Diego, que en él  
Se cifra la discreción.

DOÑA MARÍA.  
(*Lee.*) «Si yo fuera tan dichoso como  
» vuestra merced hermosa, hecho estaba  
» el partido.»

¿Qué es partido? No prosigo. (*Rómpele.*)

LUISA.  
¿Que nada te ha de agradar?

DOÑA MARÍA.  
Pienso que quiere jugar  
A la pelota conmigo.  
Lúisa, en resolución,  
Yo no tengo de querer  
Hombre humano.

LUISA.  
¿Qué has de hacer,  
Si todos como estos son?

DOÑA MARÍA.  
Estarme sola en mi casa.  
Venga de Flandes mi hermano,  
Pues siendo tan rico, en vano  
Penas inútiles pasa.  
Cásese, y déjeme á mi  
Mi padre; que yo no veo  
Dónde aplique mi deseo  
De cuantos andan aquí,  
Codiciosos de su hacienda;  
Que, si va á decir verdad,  
No quiere mi vanidad  
Que cosa indigna le ofenda.  
Nací con esta arrogancia.  
No me puedo sujetar.  
Si es sujetarse el casar.

LUISA.  
Hombres de mucha importancia  
Te pretenden.

DOÑA MARÍA.  
Ya te digo  
Que ninguno es para mí.

LUISA.  
Pues ¿has de vivir así?  
DOÑA MARÍA.  
¿Tan mal estaré conmigo?  
Joyas y galas ¿no son  
Los polos de las mujeres?  
Si á mí me sobran, ¿qué quieres?

LUISA.  
¿Qué terrible condición!

DOÑA MARÍA.  
Necia estás. No he de casarme.

LUISA.  
Si tu padre ha dado el sí,  
¿Qué piensas hacer de ti?

DOÑA MARÍA.  
¿Puede mi padre obligarme  
A casar sin voluntad?

LUISA.  
Ni tú tomarte licencia  
Para tanta inobediencia.

DOÑA MARÍA.  
La primera necesidad  
Dicen que no es de temer,  
Sino las que van tras ella,  
Pretendiendo deslaçella.

LUISA.  
Los padres obedecer

Es mandamiento de Dios.

DOÑA MARÍA.

¿Ya llegas á predicarme?

LUISA.

Nuño acaba de avisarme  
Que estaban juntos los dos...

DOÑA MARÍA.

¿Quién?

LUISA.

Mi señor y don Diego.

DOÑA MARÍA.

¿Qué importa que hablando estén,  
Si no me parece bien,  
Y le desengaño luego?

LUISA.

Y don Luis ¿no es muy galán?

DOÑA MARÍA.

Tal salud tengas, Lúisa.  
Muchas se casan aprisa,  
Que á llorar despacio van.

LUISA.

Esa es dicha, y no eleccion;  
Que mirado y escogido  
Saltó malo algún marido,  
Y otros sin ver, no lo son.  
Que si son por condiciones  
Los hombres buenos ó malos,  
Muchas que esperan regalos,  
Encuentran malas razones.  
Pero en don Pedro no creo  
Que haya mas que desear.

DOÑA MARÍA.

Si hay, Lúisa...

LUISA.

¿Qué?

DOÑA MARÍA.

No hallar

A mi lado hombre tan feo.

LUISA.

Mil bienes me dicen dél,  
Y tú sola dél te ríes.

DOÑA MARÍA.

Lúisa, no me porfies;  
Que este es don Pedro el Cruel.

LUISA.

Tu desden me maravilla.

DOÑA MARÍA.

Pues ten por cierta verdad  
Que es rey de la necesidad,  
Como el otro de Castilla.

LUISA.

Don Diego está conñado;  
Joyas te ha hecho famosas.

DOÑA MARÍA.

¿Joyas?

LUISA.

Y galas costosas;  
Hasta coche te ha comprado.

DOÑA MARÍA.

Don Diego de noche y coche.

LUISA.

¿De noche un gran caballero!

DOÑA MARÍA.

Mas ¡ay Dios! que no le quiero  
Para don Diego de noche.  
Otra le goce, Lúisa,  
No yo. ¿De noche visiones!

LUISA.

Oigo unas tristes razones.

DOÑA MARÍA.

Volvióse en llanto la risa.  
¿No es este mi padre?

LUISA.

El es.

## ESCENA II.

DON BERNARDO, *de hábito de Santiago, con un lienzo en los ojos.*—  
DICHAS.

DON BERNARDO.

¿Ay de mí!

DOÑA MARÍA.

Señor, ¿qué es esto?

Vos llorando y descompuesto,  
¿Y yo no estoy á esos piés!  
¿Qué teneis, padre y señor,  
Mi solo y único bien?

DON BERNARDO.

Vergüenza de que me ven  
Venir vivo y sin honor.

DOÑA MARÍA.

¿Cómo sin honor?

DON BERNARDO.

No sé.

Déjame, por Dios, María.

DOÑA MARÍA.

Siendo vos vida en la mía,  
¿Cómo dejaros podré?  
¿Habeis acaso caído?  
Que los años muchos son.

DON BERNARDO.

Cayó toda la opinion  
Y nobleza que he tenido.  
No es de los hombres llorar;  
Pero lloro un hijo mio  
Que está en Flándes, de quien fio  
Que me supiera vengar.  
Siendo hombre, llorar me agrada;  
Porque los viejos, María,  
Somos niños desde el día  
Que uos quitamos la espada.

DOÑA MARÍA.

Sin color, y el alma en calma,  
Os oigo, padre y señor;  
Mas ¿qué mucho sin color,  
Si ya me teneis sin alma?  
¿Qué había de hacer mi hermano?  
¿De quién os ha de vengar?

DON BERNARDO.

Hija, ¿quiéresme dejar?

DOÑA MARÍA.

Porfías, Señor, en vano.  
Antes de llorar se causa  
La excusa, pero no agora;  
Que siempre quiere el que llora  
Que le pregunten la causa.

DON BERNARDO.

Don Diego me habló, María...

Contigo casarse intenta...

Respondile que tu gusto

Era la primer licencia,

Y la segunda del Duque.

Escribi, fué la respuesta

No como yo la esperaba;

Que darte dueño quisieran

Estas canas, que me avisan

De que ya mi fin se acerca.

Puse la carta en el pecho;

Lugar que es bien que le deba;

Que llamarme deudo el Duque

Fué de esta cruz encomienda.

Vino á buscarme don Diego

A la Plaza (¡nunca fuera

Esta mañana á la Plaza!),

Y con humilde apariencia

Me preguntó si tenía

(Aunque con alguna pena)

Carta de Sanlúcar. Yo

Le respondi que tuviera

A dicha poder servirle:

Breve y bastante respuesta.

Dijo que el Duque sabia  
Su calidad y nobleza;  
Que le enseñase la carta,  
Ó que era mía la afrenta  
De la disculpa engañosa.  
Yo, por quitar la sospecha,  
Saqué la carta del pecho,  
Y turbado leyó en ella  
Estas razones, María.—  
Quien tal mostró, que tal tenga.—  
«Muy honrado caballero  
»Es don Diego; pero sea  
»El que ha de ser vuestro yerno  
»Tal, que al hábito os suceda  
»Como á vuestra noble casa.»  
Entonces don Diego, vuelta  
La color en nieve, dice,  
Y de ira y cólera tiembala:  
«Tan bueno soy como el Duque.»  
Yo con ira descompuesta  
Respondo: «Los escuderos,  
Aunque muy hidalgos sean,  
No hacen comparacion  
Con los príncipes; que es necia.  
Desdeos, ó le escribo  
A don Alonso que venga  
Desde Flándes á mataros.»  
Aquí su mano soberbia...  
Pero prosigan mis ojos  
Lo que no puede la lengua.  
Déjame; que tantas veces  
Una afrenta se renueva,  
Cuantas el que la recibe  
A el que la ignora la cuenta.  
Herrado traigo, María,  
El rostro con cinco letras,  
Eslavo soy de la infamia,  
Cautivo soy de la afrenta.  
El eco sonó en el alma;  
Que si es la cara la puerta,  
Ilan respondido los ojos,  
Viendo que llaman en ella.  
Alcé el báculo... Dijeron  
Que lo alcancé... no lo creas;  
Que mienten á el afrentado,  
Pensando que le consuelan.  
Prendióle allí la justicia,  
Y preso en la cárcel queda:  
¡Pluguiera á Dios que la mano  
Desde hoy estuviera presa!  
¡Ay, hijo del alma mía!  
Ay, Alonso! ¡Si estuvieras  
En Ronda! Pero ¿qué digo?  
Mejor es que yo me pierda.  
Salid, lágrimas, salid...  
Mas no es posible que puedan  
Borrar afrentas del rostro,  
Porque son moldes de letras,  
Que aunque se aparta la mano,  
Quedan en el alma impresas. (Vase.)

## ESCENA III.

DOÑA MARÍA, LUISA.

LUISA.

Fuése.

DOÑA MARÍA.

Déjame de suerte  
Que no pude responder.

LUISA.

Vé tras él; que puede ser  
Que intente darse la muerte,  
Viendo perdido su honor.

DOÑA MARÍA.

Bien dices: seguirle quiero;  
Que no es menester acero  
Adonde sobra el valor.  
(Vase.)



Cuarto en la cárcel de Ronda.

#### ESCENA IV.

DON DIEGO, FULGENCIO.

FULGENCIO.

La razon es un espejo  
De consejos y de avisos.

DON DIEGO.

En los casos imprevistos  
¿Quién puede tomar consejo?

FULGENCIO.

Los años de don Bernardo  
Os ponen culpa, don Diego.

DON DIEGO.

Confieso que estuve ciego.

FULGENCIO.

Es don Alonso gallardo  
Y gran soldado.

DON DIEGO.

Ya es hecho,  
Y yo me sabré guardar.

FULGENCIO.

Un consejo os quiero dar  
Para asegurar el pecho.

DON DIEGO.

¿Cómo?

FULGENCIO.

Que dejeis á España  
Luego que salgáis de aquí.

DON DIEGO.

¿A España, Fulgencio?

FULGENCIO.

Si;  
Porque será loca hazaña  
Que á don Alonso esperéis;  
Que, fuera de la razon  
Que él tiene en esta ocasion,  
Pocos amigos tendréis.  
Toda Ronda os pone culpa.

DON DIEGO.

Claro está, soy desdichado...  
Pues el haberme afrentado  
Era bastante disculpa.

FULGENCIO.

Mostraros la carta fué  
Yerro de un hombre mayor.

DON DIEGO.

En los lances del honor  
¿Quién hay que seguro esté?

FULGENCIO.

El tiempo suele curar  
Las cosas irremediables.

#### ESCENA V.

EL ALCAIDE DE LA CÁRCEL, con  
barba y baston.—Dichos.

ALCAIDE. (A don Diego.)

Una mujer está aquí  
Que quiere hablaros.

DON DIEGO.

Dejadme,  
Fulgencio, si sois servido.

FULGENCIO.

A veros vendré á la tarde. (Vase.)

ALCAIDE.

Llegó á la puerta cubierta;  
Pedile que se destape,  
Y dijo que no quería.  
Parecióme de buen talle  
Y cosa segura; en fin,  
Gustó de que la acompañe  
A vuestro aposento.

DON DIEGO.

Que entre

La decid, y perdonadme;  
Que es persona principal,  
Si es quien pienso.

ALCAIDE.

En casos tales  
Se muestra el amor. (Vase.)  
(Dentro. Entrad.)

#### ESCENA VI.

DOÑA MARÍA, cubierta con su manto.  
—DON DIEGO.

DON DIEGO.

¡Sola, mi señora, á hablarme,  
Y en parte tan desigual  
De vuestra persona y traje!

DOÑA MARÍA.

Dan ocasion los sucesos  
Para desatinos tales.

DON DIEGO.

Descubrios, por mi vida,  
Advirtiendo que no hay nadie  
Que aquí pueda conoceros.

DOÑA MARÍA.

Yo soy.

DON DIEGO.

Pues ¡vos en la cárcel!

DOÑA MARÍA.

El amor que me debeis  
Desta manera me trae;  
Que agradecida del vuestro,  
Me fuerza á que me declare.  
A pediros perdon vengo,  
Y a que no pase adelante  
Este rigor, pues el medio  
De hacer estas amistades  
Es el casarnos los dos;  
Que cuando á saber alcance  
Don Alonso que soy vuestra,  
No tendrá de qué quejarse.  
Con esto venganzas cesan,  
Que suelen en las ciudades  
Engendrar bandos, de quien  
Tan tristes sucesos nacen.  
Vos quedaréis con la honra  
Que es justo y que Ronda sabe,  
Satisfecho el señor Duque,  
Deseñado mi padre,  
Y yo con tan buen marido,  
Que pueda mi casa honrarse  
Y don Alonso mi hermano.

DON DIEGO.

¿Quién pudiera sino un ángel,  
Señora doña María,  
Hacer tan presto las paces?  
Vuestro gran entendimiento,  
Y divino en esta parte,  
Ha dado el mejor remedio  
Que pudiera imaginarse.  
No le habia mas seguro,  
Y sobre seguro, fácil,  
Para que todos quedemos  
Honrados cuando me case.  
No será mucha licencia  
Que á el altar dichoso abrace,  
Sagrado de mis deseos,  
Donde está amor por imagen,  
Pues ya decís que sois mía.

DOÑA MARÍA.

Quien supo determinarse  
A ser vuestra, no habra cosa  
Que á vuestro gusto dilate.  
Confirmaré lo que digo  
Con los brazos.—Muere, infame.  
(Al abrazarle, saca una daga y dale  
con ella.)

DON DIEGO.

¡Jesus! ¡Muerto soy! ¡Traicion!

DOÑA MARÍA.

¡En canas tan venerables  
Pusiste la mano, perro!  
Pues estas hazañas hacen  
Las mujeres varoniles.  
Yo salgo.—¡Cielo, ayudadme! (Vase.)

#### ESCENA VII.

FULGENCIO.—DON DIEGO, mori-  
bundo.

FULGENCIO.

Paréceme que he sentido  
Una voz, y que salíó  
Esta mujer que aquí entró  
(Que no sin sospecha ha sido)  
Mas turbada y descompuesta  
Que piden casos de amor.—  
No fué vano mi temor.  
¡Don Diego!... ¿Qué sangre es esta?

DON DIEGO.

Matóme doña María,  
La hija de don Bernardo.

FULGENCIO.

¡Alcaide! ¡Gente! ¿Qué aguardo?  
(Ap. Mas cosa injusta sería  
Ocasionar su prision.  
Esperar que salga quiero;  
Que esto ya es hecho.)

DON DIEGO.

Yo muero  
Con razon, aunque á traicion.  
Muy justa venganza ha sido,  
Por fiarme de mujer.  
Mas no la dejeis prender.

FULGENCIO.

Yo pienso que habrá salido.  
Pero ¿por qué no quereis  
Que la prendan?

DON DIEGO.

Ha vengado  
Las canas de un padre honrado.  
Esto en viendolo diréis...  
Y que yo soy, cuanto á mí,  
Su yerno, pues se casó  
Conmigo, aunque me mató  
Cuando los brazos la di.  
Con esto vuelvo á su fama  
Lo que afrentarla pudiera.

FULGENCIO.

Toda la cárcel se altera.  
Quiero buscar esta dama.

(Se lleva á don Diego.)

Una calle de Madrid.

#### ESCENA VIII.

EL CONDE, DON JUAN.

CONDE.

¡Hermosa viuda, don Juan!  
No he visto cosa mas bella.

DON JUAN.

Con razon, Conde, por ella  
Esos desmayos os dan.

CONDE.

¿Hay tal gracia de monji?  
Que es de azabache, repara,  
Imagen, menos la cara  
Y manos, que son marfil.

DON JUAN.

Vos teneis un gran sugeto  
Para versos.

CONDE.

No he pensado  
Meterme en ese cuidado;  
Que pienso andar mas discreto.

DON JUAN.

¿Cómo?

CONDE.

Remiirme á el oro,  
Que es excelente poeta.

DON JUAN.

Dicen que es rica y discreta:  
Guardadle mas el decoro.

CONDE.

¿Fué vuestro criado allá?

DON JUAN.

Con una criada habló,  
Y á estas horas pienso yo  
Que bien informado está.

CONDE.

Mejor entre sus iguales  
Suele hablar mas libremente  
Este género de gente.

## ESCENA IX.

MARTIN. — Dichos.

DON JUAN.

¿Qué hay, Martin? Contento sales.

MARTIN.

Servir á el Conde deseo.

CONDE.

Yo estimo tu buen amor.

MARTIN.

Hablé con la tal Leonor,  
Como si fuera en mi empleo,  
Estando en larga oración  
La retórica lacaya,  
Y ella, á manera de maya,  
Serena toda facción.  
Dijela que me tenia  
Sin alma Leonor la bella;  
Que hacia un mes que la huella  
De sus chinelas seguia;  
Y que bailando en el río  
De la castañeta al son,  
Me entró por el corazon  
Y por toda el alma el brío.  
Cuando ya la tuve tierna,  
Pregunté la condicion  
De su ama, y la razon  
De estado que la gobierna.  
Dijo que era principal,  
Con deudos de gran valor,  
Y que tenia su honor,  
Desde que envindó, cabal.  
Que era rica y entendida,  
Y no de su casa escasa,  
Si bien no entraba en su casa  
Ni aun sombra de alma nacida.  
Que el parecer recatada  
Era todo su cuidado,  
Y díjome que habia estado  
Solo dos meses casada;  
Porque su noble marido,  
De enamorado, murió.

CONDE.

No envidio la muerte yo,  
La causa si.

DON JUAN.

Necio ha sido,  
Pues tanto tiempo tenia.

MARTIN.

Poca edad y mucho amor,  
Toda la vida, Señor,  
Remiten á solo un día.

CONDE.

¿Cómo trae tan pequeñas  
Tocas?

DON JUAN.

Mas hermosa está.

MARTIN.

Porque las largas son ya  
Para beatas y dueñas.  
Y las cortas en la corte  
No se traen sin ocasion.

CONDE.

¿Qué ocasion dará razon  
Que para disculpa importe?

MARTIN.

Muriósele á una casada  
Su marido, y no quedó  
Muy triste, pues le envolvió,  
Como si fuera pescada;  
En un pedazo de anejo;  
Y sin que cumpliese manda,  
Con largas tocas de Holanda  
Salió vertiendo poleo  
En un reverendo coche.  
Pero el muerto, mal contento,  
Del sepulcro á su aposento  
Se trasladó aquella noche,  
Y díjole: «¡Vos Holanda,  
Y yo anejo, picaron!»  
¿No mereció mi persona  
Una sahana mas blanda?»  
Esto diciendo, el difunto  
En las tocas se envolvió,  
Y el anejo le dejó:  
Ocasión desde aquel punto  
Con que sin tocas las veo;  
Y cuerdo temor ha sido,  
Porque no vuelva el marido  
A dejarlas el anejo.

CONDE.

Cuanto la licencia alargas,  
La obligacion disimulas.

MARTIN.

Señor, en dueñas y en mulas  
Están bien las tocas largas.

CONDE.

Mucha honestidad promete,  
Y es decoro justo y santo.

MARTIN.

Una viuda con un manto  
Es obispo con roquete.  
Fuera de esto, aquel estar  
Siempre en una misma accion  
No mueve la inclinacion  
Que el traje suele obligar.  
Ver siempre de una manera  
A una mujer es cansarse.

CONDE.

Pues ¿puede el rostro mudarse?

MARTIN.

Phes ¿no se muda y altera,  
Mudando el traje, el semblante?

DON JUAN.

Conde, Martin dice bien;  
Porque el variar tan bien  
Da novedad á el amante.

MARTIN.

De mi condicion advierte  
Que me pudren las pinturas,  
Porque siempre las figuras  
Están de una misma suerte.

¿Qué es ver levantar la espada  
En una tapiceria

A un hombre, que en todo un día  
No ha dado una cuchillada?

Qué es ver á Susana estar  
Entre dos viejos desnuda,  
Y que ninguno se muda

A defender ni á forzar?

Linda cosa es la mudanza  
Del traje.

CONDE.

La viuda, en fin,  
¿Es conversable, Martin?

MARTIN.

No me quitó la esperanza,  
Si entráis con algun enredo;  
Que dice que da lugar  
Que la puedan visitar.

CONDE.

Yo le buscaré, si puedo.

DON JUAN.

Como visto no te hubiera,  
Fácil remedio se hallara.

CONDE.

Si en que me ha visto repara,  
Fingirme enojarla fuera.  
Llama; que yo he prevenido  
Con que me pueda creer.

DON JUAN.

No lo echemos á perder.

CONDE.

No puedo estar mas perdido.  
(*Vanse.*)

Sala en casa de doña Ana.

## ESCENA X.

EL CONDE, DON JUAN, MARTIN; y  
luego, DOÑA ANA, de viuda; LEO-  
NOR y JUANA.

MARTIN.

Ya te ha visto: á verte sale.  
No le has parecido mal.

CONDE.

¿Hay jazmin, rosa y cristal  
Que á la viudilla se iguale?  
(*Salen doña Ana, de viuda, Leonor y  
Juana.*)

DOÑA ANA.

Novedad me ha parecido;  
Vuesñoria perdono.

CONDE.

No hay novedad que no abone  
El deseo que he tenido  
De serviros, si yo fuese,  
Para que no os cause enojos,  
Tan dichoso en vuestros ojos,  
Que serviros mereciese.

DOÑA ANA.

Leonor, sillas.

MARTIN. (*Ap. á don Juan.*)

No va mal,  
Pues piden sillas.

DON JUAN.

Martin,  
La viudilla es serafin  
De perlas y de coral.

MARTIN.

¿Agrádate á ti también?

DON JUAN.

A esa pregunta responde  
Que está enamorado el Conde,  
Y yo no.

MARTIN.

Dices muy bien.

DOÑA ANA.

¿Quién es este caballero?

CONDE.

Mi primo don Juan.

DOÑA ANA.

Señor,  
Perdonad.

DON JUAN.

No ha sido error.

Hablad ; que estorbar no quiero.

DOÑA ANA.

Vos no podeis estorbar,  
Ni aqui tendréis ocasion.

DON JUAN.

No lo mandeis.

DOÑA ANA.

Es razón.

DON JUAN.

No me tengo de sentar.

DOÑA ANA.

Ahora bien, yo no porfio.

DON JUAN.

Decisime que necio soy.

CONDE.

Oídme.

DOÑA ANA.

Oyéndoos estoy.

DON JUAN.

Por lo mismo me desvío.

CONDE.

Señora, aunque os he mirado  
Mil veces sin conoceros,  
Antes que viniera á veros  
Tuve de veros cuidado.  
Vuestro esposo, que Dios tiene,  
Era mi amigo : jugamos  
Una noche ; comenzamos  
Por una rifa, que viene  
A ser, como en los amores,  
La tercera que concierta,  
O á lo menos que despierta  
El gusto á los jugadores.  
Perdió, picóse, sacó  
Unos escudos, y luego,  
Terciando mi primo el juego,  
Cuatro sortijas perdió.  
Mas vamos á lo que importa.

DOÑA ANA.

Esas sortijas eché  
Menos : pesadumbre fué  
(Tan mal amor se reporta),  
Porque vine á sospechar  
Que á alguna dama las dió.

DON JUAN. (Ap. á Martin.)

Bien la mentira salió.

MARTIN.

¿Hay cosa como atinar  
Las sortijas que faltaron?

DON JUAN.

Hay dichosos en mentir.

MARTIN.

A cuantas supe decir,  
Con el hurto me pescaron.  
No he mentido sin que luego  
No se me echase de ver.

CONDE.

Así se vino á encender  
Con esta pérdida el juego,  
Que perdió seis mil ducados  
Sobre palabra segura,  
De que tengo una escritura.

DOÑA ANA.

Mas enredos y cuidados  
Que dias vivió conmigo  
Don Sebastián me dejó.  
¿Seis mil ducados?

CONDE.

Sí yo

Basto, que soy quien lo digo,  
Y los testigos presentes.

MARTIN.

Al firmarla estuve allí  
Tan presente como aquí.

DON JUAN. (Ap. á Martin.)

¿Con qué desvergüenza mientes!

MARTIN.

¿Qué gracia! El buen mentidor  
Ha de ser, señor don Juan,  
Descarado á lo truhan,  
Y libre á lo historiador.

DOÑA ANA.

Pensé que vueseñoría  
Me venia hacer merced.

CONDE.

Que os he de servir creed ;  
Que esa fué la intencion mia.  
No os dé pena la escritura,  
Puesto que fué de mayor ;  
Que no tiene mal liador  
La paga en vuestra hermosura.

MARTIN. (Ap. á don Juan.)

¿Hay oficial de escritorios  
Que encaje el marfil así?

DON JUAN.

En amando, para mí  
Son los engaños notorios.

MARTIN.

¿Amor se funda en engaños?

DON JUAN.

Primero que el amor fueron ;  
Pues desde que ellos nacieron,  
El mundo cuenta sus daños.

CONDE.

Si yo, Señora, creyera  
Cobrar la deuda de vos,  
Sin conocernos los dos,  
Por otro estilo pudiera.  
No vengo sino á ofreceros  
Cuanto tengo y cuanto soy,  
Con que pagado me voy,  
Y aun deudor de solo veros.  
Solo os suplico me deis  
Licencia de vísitáros,  
Si fuere parte á obligaros  
Confesar que me debeis,  
No dineros, sino amor.

DOÑA ANA.

Yo quedo tan obligada,  
Como deudora y pagada  
De vuestro heroico valor.

CONDE.

Béseos las manos.

DOÑA ANA.

El cielo

Os guarde.

CONDE.

¿Vendré?

DOÑA ANA.

Venid.

(Vase el Conde.)

## ESCENA XI.

DOÑA ANA, DON JUAN, LEONOR,  
JUANA, MARTIN.

DOÑA ANA.

¡Ah, señor don Juan! Oid.

MARTIN. (Ap.)

Cayó el pez en el anzuelo.

DON JUAN.

¿En qué os sirvo?

DOÑA ANA.

Bien sé yo

Que todo aquesto es mentira.

DON JUAN.

Y yo sé que el Conde os mira ;  
Esto de la deuda no.

DOÑA ANA.

¡Mala entrada de galan,  
Entrar mintiendo!

DON JUAN.

Señora,

Mi primo el Conde os adora.

DOÑA ANA.

Id con Dios, señor don Juan ;  
Que yerra el Conde en traeros.

DON JUAN.

¿Desacreditole yo?

DOÑA ANA.

Cuando el Conde me miró,  
Me dió ocasion de quereros.

DON JUAN.

Aunque deudos, nos preciamos  
Mucho mas de ser amigos,  
Aunque envidias ni enemigos  
No quieren que lo seamos.  
Queredle bien ; que merece,  
Señora, que lo queráis.

DOÑA ANA.

Lo que por él negociáis,  
Al Conde des-favorece.

DON JUAN.

Voy ; que en la carroza aguarda.  
Dad licencia que os visite,  
Y que yo lo solicite.

DOÑA ANA.

Si vuelve con vos, ya tarda.

DON JUAN.

Tanto favor da á entender  
Que por él quereis honrarme.

DOÑA ANA.

Por vos quiero yo obligarme  
Para que me vuelva á ver.

DON JUAN.

Todo se lo digo así.

DOÑA ANA.

Yo os tengo por mas discreto.

DON JUAN.

¿Volverá el Conde en efecto?

DOÑA ANA.

No sin vos, y con vos sí.

(Vase don Juan y Martin.)

## ESCENA XII.

DOÑA ANA, LEONOR, JUANA.

LEONOR.

Mucho le has favorecido,  
Para ser la vez primera.

DOÑA ANA.

Cuando él me favoreciera,  
Mi favor lo hubiera sido ;  
Mas no me quiso entender ;  
Tomo la amistad del Conde.

JUANA.

Agora tibio responde.  
Aun no ha llegado á querer.

DOÑA ANA. (Para sí.)

Necio pensamiento mio,  
Que en tal locura habeis dado,  
Volved atrás, afrentado  
De ver tan necio desvío.

Yo, que de tantos me río,  
¡Ruego, pretendo, provocho!  
Pensamiento, poco á poco,  
No diga el honor que pierdo  
Que sois con desdenes cuerdo,  
Ya que quisistes ser loco.

Dieron los ojos en ver,  
Puesto que en lugar sagrado,

Al hombre mas recatado  
De mirar y de entender ;  
Mas, ya que ha venido á ser  
Provocado á desafio,

Responde tan necio y frio,



Que me pide que á otro quiera :  
Mirad ¡quién tal os dijera,  
Triste pensamiento mío!  
En vano estoy descansando  
Con daros disculpa á vos;  
Mas tengámosla los dos.  
Vos amando y yo pensando;  
Porque de pensar amando  
Lo que puede resultar,  
Viene el alma á sospechar  
Lo que imaginó del ver;  
Porque no hubiera querer  
Si no hubiera imaginar.  
Que no queráis os advierto  
Hombre tan fino y helado.  
Que por lo helado me ha dado  
Tristes memorias del muerto.  
Pero si á cogerle acierto  
Con mirar y con rogar...  
Guárdese pues de llegar;  
Que, agravada una mujer,  
Quiere hasta que ve querer,  
Por vengarse en olvidar.  
(*Vanse.*)

Patio de un meson de Adamuz.

### ESCENA XIII.

UN INDIANO, y UN MOZO DE MULAS;  
después, UN MESONERO.

INDIANO.  
Pasarémos de Adamuz,  
Si este recado nos dan.  
MOZO.  
Por eso dice el refrán :  
«Adamuz, pueblo sin luz.»  
Mas mira que desde aquí  
Comienza Sierra-Morena.

INDIANO.  
Tú las jornadas ordena;  
Eso no corre por mí.  
(*Sale el Mesonero.*)

MESONERO.  
Bien venidos, caballeros.

INDIANO.  
Pues, huésped, ¿qué hay que comer?

MESONERO.  
Desde hoy á el amanecer  
Dos mozos, seis perdigueros  
Vienen con un perdigon,  
De que estoy desesperado.

INDIANO.  
Para mí basta.

MESONERO.  
Ha llegado  
A hurtaros la bendición  
Una mujer que te tiene.

INDIANO.  
Y cuando yo le tuviera,  
Por ser mujer se le diera.  
¿Viene sola?

MESONERO.  
Sola viene.

INDIANO.  
¡Sola! ¿De qué calidad?

MESONERO.  
Pobre, y de brio gallarda;  
Porque en un rocín de albarda  
(El término perdonad)  
Como un soldado venia.  
Ella propia se apcó,  
Le ató y de comer le dió  
Con despejo y bizarría.  
Volvila á mirar y vi  
Que un arcabuz arrimaba.

INDIANO.  
¿Que es tan brava?  
MESONERO.  
Aunque es tan brava,  
Os aseguro de mí  
Que mas su cara temiera  
Que su arcabuz.

INDIANO.  
¿Habeis sido  
Galan?

MESONERO.  
Bien me han parecido.  
Ya pasó la primavera,  
Y estamos en el estío:  
Así los años se van.

INDIANO.  
¿Qué traje trae?  
MESONERO.  
Un gaban  
Que cubre el traje, no el brio;  
Un sombrero razonable...  
Todo de poco valor;  
Al fin, parece, Señor,  
De buena suerte y afable,  
Menos aquel arcabuz.

INDIANO.  
¿Es esta?  
MESONERO.  
La misma es.

### ESCENA XIV.

DOÑA MARÍA, con sombrero, gaban y  
un arcabuz. — Dichos.

DOÑA MARÍA. (Ap.)  
Temerosa voy, después  
Que he entrado por Adamuz,  
Por ser camino real,  
A que nunca me atreví;  
Si bien desde que salí,  
Ha sido el ánimo igual  
Al peligro que he tenido.  
¡Ay, padre, y cuánto dolor  
Me da el verte sin favor,  
Si no es que el Duque lo ha sido!  
Suelen faltar los amigos  
En la mejor ocasión;  
Mas ¡ay! que tus años son  
Los mayores enemigos.  
Los de mi hermano pudieran  
Suplir los tuyos, Señor,  
Aunque no para tu honor  
Mas que mis manos hicieran.  
Yo cumplí su obligacion;  
Mas defenderte no puedo,  
Por no acrecentar el miedo  
De mi muerte ó mi prision.  
Al fin, bien está lo hecho.  
¿De qué me lamento en vano?  
¡Traidor don Diego! ¡A un anciano  
Con una cruz en el pecho!...  
Así para quien se atreve  
A las edades ancianas;  
Que es atreverse á unas canas  
Violar un templo de nieve.  
Pero la mano piadosa  
Del cielo quiere que espante  
A un Holofernes gigante  
Una Judit valerosa.

INDIANO. (A doña María.)  
Como suelen los caminos  
Dar licencia á los que pasan  
Para entretener las horas,  
Que por ellos son tan largas,  
A preguntaros me atrevo  
Si lo ha de ser la jornada,  
O por ventura teneis  
Cerca de aquí vuestra casa.

DOÑA MARÍA.  
No soy, Señor, desta tierra.  
INDIANO.  
Como os vi sola, pensaba  
Que érades de alguna aldea  
De aquesta fértil comarca.  
DOÑA MARÍA.  
No, Señor; que yo nací  
De esa parte de Granada,  
Y á servir en ella vine;  
Que cuando los padres faltan  
En tierna edad á los pobres,  
No tienen otra esperanza.  
No se cansó mi fortuna,  
Pues cuando contenta estaba  
Del buen dueño que tenía,  
Persona de órdenes sacras,  
Le llevó tambien la muerte,  
Que para mayor mudanza  
Me dió ocasion, como veis.

INDIANO.  
Y ¿dónde vais?  
DOÑA MARÍA.  
Siempre hablaba  
Esta persona que digo,  
Con notables alabanzas  
De la corte y de Madrid:  
Yo pues, á quien ya faltaba  
Dueño, con algun deseo  
Que de ver grandeza tanta  
Nació con mi condicion,  
Determiné de dar traza  
De ir á servir á la corte.  
Y una vez determinada,  
Lo que viviendo tenía  
El buen cura (que Dios haya)  
Para su regalo y gusto,  
Arcabuz, rocín de caza  
Y este gaban, tomé luego,  
Y voy con notables ansias  
De ver lo que alaban todos.

MOZO.  
El camino de Granada  
No es este.  
DOÑA MARÍA.  
Decis muy bien;  
Mas vine por ver si estaba  
En Córdoba un deudo mío.

INDIANO.  
¡Determinacion extraña  
De una mujer!

DOÑA MARÍA.  
Soy mujer.  
INDIANO.

Decis muy bien, eso basta.  
Yo voy tambien á Madrid:  
Traigo jornada mas larga,  
Porque vengo de las Indias;  
Que pocas veces descansa  
El ánimo de los hombres  
Aunque sobre el oro y plata.  
Y si allá habeis de servir,  
Porque me dicen que tarda  
El premio á las pretensiones  
Que la ocupación dilata,  
Casa tengo de poner:  
Si en el camino os agrada  
Mi trato, servidme á mí.

DOÑA MARÍA.  
El cielo por vos me ampara.  
Desde hoy soy criada vuestra,  
Y creed que soy criada  
Que os excusaré de muchas.

MOZO. (Ap.)  
Convertirse quiere en ama.

DOÑA MARÍA.  
No habrá cosa que no sepa.

MOZO.

Y yo salgo á la fianza;  
Que la buena habilidad  
Se le conoce en la cara.

INDIANO.

Hanne dicho que en la corte  
Hay ocasiones que gastan  
Inútilmente la hacienda,  
Y yo querria guardarla;  
Que cuesta mucho adquirirla.

DOÑA MARÍA.

La familia es excusada  
Donde hay tanta confusion,  
Pues no se repara en nada.  
Yo sola hasta á serviros:  
No habrá cosa que no haga,  
De cuantas haciendas tiene  
El gobierno de una casa.

INDIANO.

Pues partamos en comiendo,  
Y fiad de mi la paga.

DOÑA MARÍA. (Ap.)

¡Ay fortuna! ¿dónde llevas  
Una mujer desdichada?  
Pero no fueras fortuna,  
A saber en lo que paras.

## ACTO SEGUNDO.

Salen en casa de doña Ana.

### ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, DON JUAN.

DON JUAN.

Compiten con sus virtudes  
Sus gracias y perfecciones.

CONDE.

¿Que tantas persecuciones,  
Visitas, solicitudes,  
Celos, desvelos, requiebros,  
Tengan por premio su olvido,  
Tenga verme convertido,  
De Amadis en Beltenchros?  
No he visto tales aceros.

DON JUAN.

Conde, no habeis de cansaros;  
Que el estado de estimaros  
Ya es principio de quereros.

CONDE.

A los principios me estoy  
A el cabo de tres semanas.  
¿Adónde, esperanzas vanas,  
Con este imposible voy?

DON JUAN.

Todas son penas posibles,  
Pues que sin celos amais.

CONDE.

¡Ay, ojos, celos me dáis,  
Aunque celos invisibles!  
Quéjase de amor doña Ana,  
Y á mi no me tiene amor:  
Esto es celos en rigor.

DON JUAN.

¿Por qué, si es sospecha vana?

CONDE.

Es celos lo que imagino;  
Que no es celos lo que sé:  
Cosa que pienso que fue,  
Y que en mi daño adivino.

### ESCENA II.

MARTIN.—DICHOS.

MARTIN.

Por poco tuviera calma  
La nave de tu deseo.  
Entro, y á doña Ana veo,  
Vénus de marfil con alma.  
¿Como te podré pintar  
De la suerte que la vi?  
Cultas musas, dadme aquí  
Un ramo blanco de azahar  
De las huertas de Valencia  
O jardines de Sevilla.  
Coniencen una zapatilla  
De la Vera de Plasencia,  
Porque entremos por la basa  
A esta columna de nieve,  
Argentado azul, pie breve.  
Que de tres puntos no pasa.

CONDE.

¿Tres puntos? Necio, repara...

MARTIN.

Pues lo digo, yo lo sé:  
Puntos son que de aquel pie  
Los tomara por la cara.

DON JUAN.

¿Cómo lo viste?

MARTIN.

Un manteo

Esta licencia me dió,  
Donde cuanto supo ohró  
La riqueza y el aseo.  
Pero pidió los chapines  
Porque mirarla me vió,  
Y entre las cintas metió  
Cinco pares de jazmines.

DON JUAN.

De escarpines presumi,  
Segun anda el algodon.

MARTIN.

Esos paragambras son;  
Que á cierta dama que vi  
Con cañafistolas tales,  
Que se pudiera, aunque bellas,  
Purgar su galan con ellas  
Por drogas medicinales,  
Pregunté si era importante  
Traer damas delicadas  
Las pantorrillas preñadas.  
Y con risueño semblante  
Me dijo: «No es gentileza;  
Pero cosa no ha de haber  
En una honrada mujer  
Que se note por flaqueza.»

CONDE.

¡Linda disculpa!

DON JUAN.

Extremada.

MARTIN.

La ropa de levantar,  
Con tanto fino adamar,  
Era una colcha bordada.  
Finalmente, no queria  
Salir, por no verte así;  
Pero como yo la vi  
Que para ti se vestia,  
Por no estar siempre en el traje  
De trágico embajador.  
Porfié, y saldra, Señor,  
Si la haces pleito homenaje  
De sola conversacion,  
Como quedó concertado.

CONDE.

¿Qué ejercicio tan...  
Para mi loca afición!

DON JUAN.

Música y versos quedaron

Para esta noche de acuerdo.

CONDE.

En tenerme por tan cuerdo  
Muchos locos la engañaron.

### ESCENA III.

DOÑA ANA, en hábito galan; JUANA,  
MÚSICOS.—DICHOS.

DOÑA ANA.

No dirá vuesañoria  
Que no le lian el talle.

CONDE.

Quien tan bien puede fialle,  
Agravio á los dos haria:  
A vos por seguridad,  
Y á mi por justo deseo.  
¡Gracias amor, que en vos veo  
Señas de mas amistad!

DOÑA ANA.

Siéntese vuesañoria:  
Que no le quiero galan  
Esta noche, que nos dan  
La musica y la poesia  
Los sugetos que han de hacer  
Un rato conversacion.

CONDE.

Dice mi imaginacion  
Que no quiere mas de ver.

DOÑA ANA.

Señor don Juan, ¿no os sentais?—  
¡Qué esquivo primo teneis! (Al Conde.)

DON JUAN.

La culpa que me poneis,  
Para disculpa me dáis;  
Pero quiero obedeceros.

CONDE.

Canten, y hablemos yo y vos.

DOÑA ANA.

Y los tres, porque los dos  
No parezcamos groseros.

MÚSICOS. (Cantan.)

¿De qué sirve, ojos serenos,  
Que no me mireis jamás?  
De qué yo padezca mas,  
Y no de que os quiera menos.

DOÑA ANA.

No me agrada que á los ojos  
Llamen serenos.

CONDE.

¿Por qué,  
Si el cielo, cuando se ve  
Libre de azules enojos,  
Se llama así?

DOÑA ANA.

En una dama

No apruebo vuestro argumento,  
Si es el alma el movimiento  
Que a cuantos los miran llama.  
Y si al cielo en su azul velo  
La serenidad enadrió,  
A el sol y a la luna no,  
Que son los ojos del cielo;  
Porque estos siempre se mueven.

CONDE.

Perdonad á la carcion  
No ser de vuestra opinion:  
Tanto los versos se atrevén.

DON JUAN.

Diganse á varios sugetos,  
Como quedo concertado.

DOÑA ANA.

Coniencen el Conde.

CONDE.

He buscado

En vuestro loor seis concetos.  
Oíd.

DOÑA ANA.

No por vida mía;  
Escritos me los dareis.

CONDE.

No sea, pues no quereis.

DOÑA ANA.

Emplead vuestra poesía  
Adonde mas partes haya.

CONDE.

Pues oíd, si sois servida.

Un soneto á la venida  
Del inglés á Cádiz<sup>1</sup>.

DOÑA ANA.

Yaya.

CONDE.

Atrevióse el inglés, de engaño armado,  
Porque á el león de España vió dormido<sup>2</sup>.

Las uñas en el ámbar, y vestido,  
En vez de pieles, del tusón dorado. [do<sup>3</sup>,

Con debil caña, no con fresco herra-  
Vió á Marte en forma de español Cupido,

Gallardear en el bridon herido<sup>4</sup>  
Del acicate en púrpura bañado.

Armó cien naves y emprendió la falda  
De España asir por las arenas solas

Del mar, cuyo cristal ciñe esmeralda;  
Mas viendo en las columnas españolas

La sombra del león, volvió la espalda,  
Sembrando<sup>5</sup> las banderas por las olas.

DON JUAN.

¡Levantó la pluma el vuelo!

DOÑA ANA.

¡Gran soneto á toda ley!

DON JUAN.

¡Qué bien pinta á nuestro rey!

DOÑA ANA.

Mejor le ha pintado el cielo.

MARTIN.

¡Gran soneto!

CONDE.

No le he dado.

Porque no estoy del contento.—  
Decid vos.

DOÑA ANA.

¡Qué atrevimiento,  
Donde vos habeis hablado!

DON JUAN.

Excusad tales excusas.

DOÑA ANA.

¿Mas que os ha de causar risa?

CONDE.

Hablad, divina poetisa.

MARTIN.

Silencio; que hablan las musas.

<sup>1</sup> Año de 1625.

<sup>2</sup> En la sola edicion antigua de esta comedia, que he podido haber á las manos, se lee aquí *rió en el nido*. Lo mismo se dice al fin de la *Corona trágica* de Maria Estuarda, donde tambien se halla este soneto.

<sup>3</sup> En la edicion antigua de la comedia:

*Con débil caña, con freno herrado.*

<sup>4</sup> En las ediciones antiguas el verso es este:

*Volar y herir en el jinete herido.*

Don Cándido Maria Trigueros, que refundió esta comedia, corrigió:

*Volar y herir en el overo herido.*

El lector puede escoger entre las tres formas: ninguna de ellas será la dada por LOPE.

<sup>5</sup> En la *Corona trágica* se lee *sembrando*; en la edicion antigua de la comedia, *tendidas*.

DOÑA ANA.

Amaba Filis á quien no la amaba,  
Y á quien la amaba ingrata aborrecia;  
Hablabá á quien jamás la respondia,  
Sin responder jamás á quien la hablabá.

Seguía á quien huyendo la dejaba,  
Dejaba á quien amando la seguía;  
Por quien la despreciaba se perdía,  
Y á el perdido por ella despreciaba.

Concierta, amor, si ya posible fuere,  
Desigualdad que tu poder infama:  
Muerá quien vive, y vivirá quien muere.

Da hielo á hielo, amor, y llama á llama,

[ma,

Porque pueda querer á quien la quiere  
Ó pueda aborrecer á quien desama.

CONDE.

Vos os podeis alabar;  
Que nadie puede, Señora.

DOÑA ANA.

Hablará don Juan agora.

DON JUAN.

Dejádmelo imaginar.

Una moza de cantaro y del río,  
Mas limpia que la plata que en él lleva,

Recien herrada de chinela nueva,  
Honor del devantal, reina del brio;

Con manos de marfil, con señorío, [va,  
Que no hay tan gran señor que se le atre-

Pues donde lava, dice amor que nieva,  
Es alma ilustre al pensamiento mío.

Por estrella, por fe, por accidente,  
Viéndola henchir el cántaro, en despojos

Rendi la vida á el brazo trasparente;  
Y, envidiosos del agua mis enojos;

Dije: «¿Por qué la coges de la fuente,  
Si la tienes, mas cerca, de mis ojos?»

DOÑA ANA.

¡Malos versos!

DON JUAN.

No sé mas.

DOÑA ANA.

Un caballero discreto  
Escribe á tan vil sugeto?

No lo creyera jamás.

CONDE.

Tiene doña Ana razon.

DON JUAN.

Si hubiérades visto el brio  
Del nuevo sugeto mío,

La hermosura y discrecion,  
Bijérades que tenía

Tanta razon de querer,  
Que no supe encarecer

Lo menos que merecia.

DOÑA ANA.

Si es disfrazar vuestra dama,  
Como suelen los poetas,

Por tratar cosas secretas  
Sin ofensa de su fama,

Está bien; pero si no,  
Bajo pensamiento ha sido.

DON JUAN.

Ninguna cosa he fingido,  
Ni tengo la culpa yo;

Porque no lejos de aquí  
Vive la hermosa Isabel,

Por quien el amor cruel  
Hace estos lances en mí.

Sirve á un indiano, que viene  
A la corte á pretender.

No sé qué puede querer  
Quien tanta riqueza tiene.

DOÑA ANA.

A tal sugeto ¡tal fe!

DON JUAN.

La que me ha muerto y rendido,  
Moza de cántaro ha sido,

Moza de cántaro fué.  
En él este amor bebi,  
Todo me abrasó con él;  
Ella fué Sirena, y él  
El mar en que me perdi.  
Con él veneno me ha dado,  
Con él me mató.

DOÑA ANA.

Si fuera

Martin quien eso dijera,  
Estuviera disculpado;  
Pero ¡un caballero, un hombre  
Como vos!...

DON JUAN.

No es eleccion

Amor; diferentes son  
Los efectos de su nombre.

Es desde el cabello al pié  
Tan bizarra y aliñosa,

Que no es tan limpia la rosa,  
Por mas que al alba lo esté.

Tiene un grave señorío  
En medio desta humildad,

Que aumenta su honestidad  
Y no deshace su brio.

Finalmente, yo no vi  
Dama que merezca amor

Con mas fe, con mas rigor.

DOÑA ANA.

Advertid que estoy yo aquí,  
Y toca en descortesía

Tan necio encarecimiento.

DON JUAN.

Yo he dicho mi pensamiento  
Sin pensar que os ofendia.

CONDE.

No os levanteis. ¿Dónde vais?

DOÑA ANA.

Corrida me voy.

DON JUAN.

¿Por qué?

Sin ofensa vuestra hablé.

DOÑA ANA.

Si cosas bajas amais,  
No las igualeis conmigo.

(Vanse doña Ana y Juana.)

#### ESCENA IV.

EL CONDE, DON JUAN, MARTIN;  
después, JUANA.

CONDE.

¡Por Dios, que tiene razon!

MARTIN.

Cesó la conversacion.

DON JUAN.

¡Porque lo que siento digo!

CONDE.

Decir que no visteis dama  
Como ella, ¿no ha sido error?

DON JUAN.

¿Error?

(Sale Juana.)

JUANA.

Conde, mi señor,  
Entrad: mi señora os llama.

CONDE. (A don Juan.)

Ella me quiere decir  
Que no os traiga mas conmigo.

DON JUAN.

Si lo tiene por castigo,  
No apelo de no venir.

(Vanse el Conde y Juana.)

Di á el Conde que á verla fui,  
(A Martin.)

Esa que á doña Ana enfada.



MARTIN.

Tú ¿quieres lo que te agrada?

DON JUAN.

Sí, Martin, mil veces sí.

MARTIN.

Pues quíerela si la quieres;  
Que tal vez agrada un prado  
Mas que un jardín cultivado,  
Y al fin todas son mujeres.

(Vause.)

—

Calle.

## ESCENA V.

DOÑA MARÍA, en hábito humilde y des-  
vantaj; EL INDIANO, siguiéndola.

DOÑA MARÍA.

Advierta vuestra merced  
Que si esto adelante pasa,  
No estoy un hora en su casa.

INDIANO.

(Ap. Pensamiento, detenido  
El paso; que hay honra aquí.)  
Palabra, Isabel, te doy  
Que no será desde hoy  
Importuno como fui.  
Desprecia en fin tu belleza  
Y ese donaire apacible;  
Que ya sé que es imposible  
Mudar la naturaleza.

(Vase.)

## ESCENA VI.

DOÑA MARÍA.

Tiempos de mudanzas llenos,  
Y de firmezas jamás,  
Que ya de menos á mas,  
Y ya vais de mas á menos,  
¿Cómo en tan breve distancia,  
Para tanto desconsuelo,  
Habeis humillado á el suelo  
Mi soberbia y arrogancia?  
El desprecio que tenía  
De cuantas cosas miraba,  
Las galas que deseñaba,  
Los papeles que rompía;  
El no haber de quien pensase  
Que mi mano mereciese,  
Por servicios que me hiciese,  
Por años que me obligase;  
Toda aquella bizarría  
Que como sueño pasó,  
Á tanta humildad llegó,  
Que por mi decir podría:  
*Aprended, flores, de mí  
Lo que va de ayer á hoy;  
Que ayer maravilla fui,  
Y hoy sombra mía aun no soy.*  
Flores, que á la blanca aurora  
Con tal belleza salís,  
Que soberbias competís  
Con el mismo sol que os dora,  
Toda la vida es un hora:  
Como vosotras me vi,  
Tan arrogante salí;  
Sucedió la noche al día:  
Mirad la desdicha mía,  
*Aprended, flores, de mí.*  
Maravilla solía ser  
De toda la Andalucía;  
O maravilla ó María,  
Ya no soy la que era ayer.  
Flores, no os deis á entender  
Que no seréis lo que soy,  
Pues hoy en estado estoy.  
Que si en ayer me contemplo,

Conoceréis por mi ejemplo  
*Lo que va de ayer á hoy.*  
No desvanezca al clavel  
La púrpura, ni á el dorado  
La corona, ni al morado  
Lirio el hilo de oro en él;  
No te precies de cruel,  
Mantusa carmesí.  
Ni por el color turquí,  
Bárbara violeta, ignores  
Tu fin, contemplando flores,  
*Que ayer maravilla fui.*  
De esta loca bizarría  
Quedaréis desengañadas  
Cuando con manos heladas  
Os cierre la noche fría.  
Maravilla ser solía;  
Pero ya lástima doy:  
Que de extremo á extremo voy,  
Y desde ser á no ser,  
Pues sol me llamaba ayer,  
*Y hoy sombra mía aun no soy.*

## ESCENA VII.

DON JUAN.—DOÑA MARÍA.

DON JUAN.

Dicha te tenido, por Dios.—  
Isabel, ¿adónde bueno?

DOÑA MARÍA.

¿Adónde bueno, Isabel?  
Adonde hallase un requiebro.  
¿Pensais que no tengo yo  
Mi poco de entendimiento?

DON JUAN.

Bien conozco que no ignoras  
Tanto; que á veces sospecho  
Que finges lo que no entiendes.

DOÑA MARÍA.

Lo que no quiero no entiendo.  
Pero á la fe que me admira  
Que un caballero tan cuerdo  
Y tan galán como vos  
Humille sus pensamientos  
A una mujer como yo.  
¿Sois pobre?

DON JUAN.

Pues ¿á qué efeto

Me preguntas si soy pobre?

DOÑA MARÍA.

Porque si os falta dinero  
Para pretensiones altas,  
No tengo por mal acuerdo  
Requebrar lo que, á la cuenta  
Del entendimiento vuestro,  
Os costara zapatillas,  
Ligas, medias y un sombrero  
Para el río con su banda,  
Avantal de lienzo grueso,  
Chinelas ya sin virillas  
(Que solía en otro tiempo  
En los pies de las mujeres  
La plata barrer el suelo),  
Castañetas, cintas, tocas;  
Que para últimos empleos  
De las damas, fondo en angel,  
No hay plata en el alto cerro  
Del Potosí, perlas ni oro  
En los orientales reinos.  
Mas pienso que os costarian  
Las randas de un telarejo  
Que una legion de fregonas.

DON JUAN.

No juzgaras mis deseos  
Por el camino que dices,  
Si te dijera el espejo  
El despejo de tu tallo.

DOÑA MARÍA.

¿Espejo y despejo? ¿Bueno!

Ya con cuidado me habláis,  
Porque en efeto os parezco  
Mujer que os puedo entender.  
Pues yo os prometo que puedo;  
Pero el estar enseñada  
A oír vocablos groseros  
De un indiano miserable:  
«Vé por esto, vuelve presto,  
Esto guiso, aquello deja,  
¿Limpiaste aquel ferruñuelo?  
Vé por nieve, trae carbon,  
Esto está sin sal, aquello  
Sin agrio, llama a ese esclavo,  
Este lava, y dame un lienzo,  
¿Como gastas tanta aznear?  
Para madrigar me acnesto,  
Despiértame de mañana.  
Pon la mesa, luego vuelvo;»  
Y otras cosas de este porte  
Me han quitado el sentimiento  
De otras razones mas grandes,  
No porque no las entiendo.  
En efeto ¿qué queréis?

DON JUAN.

Que me quieras en efeto.

DOÑA MARÍA.

¡Bien aforrada razon,  
Y bien dicha para presto!  
Bien digo yo que pensais  
Que á mi corto entendimiento  
Importan resoluciones,  
Atajos, y no rodeos.  
Pues levantad el lenguaje;  
Que, como dicen los negros,  
El anima tengo blanca,  
Aunque mal vestido el cuerpo.  
Habladme como quien sois.

DON JUAN.

Yo, Isabel, así lo creo;  
Porque, pensando en tu oficio,  
Tal vez el respeto pierdo;  
Pero en mirando á tu cara,  
Vuelvo á tenerte respeto.  
Mas no te debe enojar  
Que te diga mi desseo;  
Que solo son por el fin  
Todos los actos y efectos.  
¿Qué diras deste lenguaje?

DOÑA MARÍA.

Que, aunque es el término honesto,  
No me agrada la intención  
De la suerte que la entiendo.  
Conmigo (a lo que imagino)  
Tomais la espada a lo diestro.  
Tiré, desviasteis, hui;  
Y acometiéndome al pecho,  
Herida de conclusion  
Formo vuestro pensamiento.  
Pues no, mi señor, por vida  
De los dos, porque no quiero  
Que, siendo la guarnición,  
Engañéis mi honesto celo.  
Esténse quedas las manos,  
Y aun los pensamientos quedos;  
Que no seremos amigos  
En no siendo el trato honesto.

DON JUAN.

Como das, Isabel mía,  
(¿Mia dije? ¡Ay Dios! que miento)  
En pensar que por ser pobre  
Te busco, te sigo y ruego,  
Dilatas á mis verdades  
El justo agradecimiento.  
Pues yo te juro, Isabel,  
Que por quererte, desprecio  
La mas hermosa mujer.  
Donaire y entendimiento  
Que tiene apestado lugar;  
Porque mas estimo y precio  
Un listón de tus chinelas  
Que las perlas de su cuello.

Mas precio en tus blancas manos  
Ver aquel cántaro puesto,  
A la fuente del Olvido  
Pedirle cristal deshecho;  
Y ver que á tu dulce risa  
Deciende el agua riendo,  
Envidiosa la que eae  
De fuera á la que entra dentro;  
Y ver cómo se da prisa  
El agua á henchirle de presto,  
Por ir contigo á tu casa,  
En tus brazos ó en tus pechos,  
Que ver como cierta dama  
Baja en su coche soberbio,  
Asiendo verdes cortinas  
Por dar diamantes los dedos,  
Ó asoma por el estribo  
Los rizos de los cabellos  
En las uñas de un descanso,  
Que á tantos sirvió de anzuelo.  
Yo me contento que digas,  
Dulce Isabel: «Yo te quiero!»  
Que también quiero yo el alma;  
No todo el amor es cuerpo.  
¿Qué respondes, ojos míos?

DOÑA MARÍA.

A ojos míos yo no puedo  
Responder ninguna cosa,  
Porque decís que son vuestros.  
A lo de la voluntad,  
Pienso que licencia tengo;  
Y así, pues alma quereis,  
Digo (porque os vais con esto)  
Que el primer hombre sois vos  
A quien amor agradezo.

DON JUAN.

¿No mas, Isabel?

DOÑA MARÍA.

¿Es poco?

Pues vaya por contrapeso  
Que no me desagradais.

DON JUAN.

¿No mas, Isabel?

DOÑA MARÍA.

¿Qué es esto?

Contentese, ó quitárele  
Lo que le he dado primero.

DON JUAN.

¿Podré tomarte una mano?  
Aunque por Dios que la temo,  
Después que la ví tan diestra  
Esgrimir el blanco acero.

DOÑA MARÍA.

Pues vos no me conocéis:  
Por Dios que algun hombre he muerto  
Aquí donde me mirais.

DON JUAN.

Con los ojos, yo lo creo.

DOÑA MARÍA.

Idos; que viene mi amo.

DON JUAN.

¿Dónde esta tarde te espero?

DOÑA MARÍA.

En la fuente, á lo lacayo.

DON JUAN.

Logre tu donaire el cielo. (Vase.)

## ESCENA VIII.

LEONOR.—DOÑA MARÍA.

LEONOR.

Isabel...

DOÑA MARÍA.

Leonor amiga...

LEONOR.

¿Con este hablabas?

DOÑA MARÍA.

¿Pues bien?

LEONOR.

¿Qué se hizo tu desden?

DOÑA MARÍA.

Un amor honesto obliga.  
Y te aseguro de mi  
Que es mucho tenelle amor.

LEONOR.

Su talle, ingenio y valor  
Habrán hecho riza en ti.  
Que lo merece confieso;  
Pero en la desigualdad  
No puede haber amistad.

DOÑA MARÍA.

Los elementos por eso  
No tienen paz y sosiego:  
El agua á la tierra oprime,  
El aire á el agua, y reprime  
La fuerza del aire el fuego.  
Mas como él me quiere á mí  
No mas de para querer,  
¿Qué pierdo en corresponder?

LEONOR.

Mucho.

DOÑA MARÍA.

¿Cómo?

LEONOR.

Mucho.

DOÑA MARÍA.

Di.

LEONOR.

Adora mi ama en él.

DOÑA MARÍA.

¿Quién te lo ha dicho?

LEONOR.

Yo y Juana

Lo vemos, y á ella con gana  
De casamiento, Isabel.  
Por eso, si no envidaste,  
Descarta y quédate en dos.

DOÑA MARÍA.

¿Sábeslo bien?

LEONOR.

Sí, por Dios.

DOÑA MARÍA.

Tarde, Leonor, me ayasaste;  
No porque pueda alabarse  
Del mas minimo favor,  
Sino por tenerle amor,  
Que no es fácil de olvidarse.  
Necia fui en imaginar  
Que un don Juan tan entonado  
Para mí estaba guardado.

LEONOR.

Un hombre te quiero dar  
Compañero de otro mio,  
Bravo, pero no cruel,  
Que puede ser, Isabel,  
De cuantas profesan brio.  
No pone codo en la puente  
Hombre de tales aceros,  
Ni han visto los lavaderos  
Mas alentado valiente.  
Ama en tu misma region.  
¿Quién te mete con don Juanes?

DOÑA MARÍA.

Tu ama ¿trata en galanes?

LEONOR.

De honesta conversacion  
De un conde que la visita,  
Le nacieron los antojos.

DOÑA MARÍA.

¿Quien la ve tan baja de ojos  
A la señora viudita!

LEONOR.

Hermana, enviudó há dos meses,

Viénele grande la cama.

DOÑA MARÍA.

Y en fin ¿le quiere tu ama?

LEONOR.

Como si juntos los vieses.

DOÑA MARÍA.

Vé por el cántaro, y vamos  
Al Prado.

LEONOR.

A Pedro verás;  
Que se quedan siempre atrás  
El y Martin de sus amos. (Vase.)

## ESCENA IX.

DOÑA MARÍA.

A mis graves desconsuelos  
Solo faltaba este amor,  
A este amor este rigor,  
A este rigor estos celos.  
¿No me bastaba tener,  
Para no ser conocida,  
Este género de vida,  
Sino á quien quieren querer?  
Pero andar en competencia,  
Moza de cántaro en fin,  
Cristalino serafín,  
Con vos, será impertinencia.  
Mejor es ser lo que soy,  
Pues que no soy lo que fui:  
Aprended, flores, de mi  
Lo que va de ayer á hoy. (Vase.)

Prado con una fuente.

## ESCENA X.

MARTIN, PEDRO.

PEDRO.

Y ¿que tiene tan buen tallo?

MARTIN.

Esto me dijo Leonor,  
Y que es la moza mejor  
Que tiene toda la calle.  
Es una perla, un asombro;  
Rinden parias á su brio  
Cuantas llevan ropa á el rio  
Y llevan cántaro en hombro.  
Es mujer que este don Juan,  
Primo del Conde mi dueño,  
Pierde por hablarla el sueño,  
Desmayos de amor le dan.  
De la suerte la pasea  
Que á la dama de mas partes;  
Pero en estos Durandartes  
Poco el pensamiento emplea.  
De noche la viene á ver,  
Y anda el pobre caballero,  
De su cántaro escudero,  
Sin dormir y sin comer.  
Sirve á un caballero indiano  
Tan entuido, que consiente  
Que vaya y venga á la fuente;  
Puesto que le culpo en vano,  
Porque pienso que ella gusta  
De salir, por ver y hablar  
(Que á mozas deste lugar  
Mucho el no salir disgusta),  
A jabonar y á lavar  
A los pilares, á el rio.

PEDRO.

En fin, es moza de brio,  
Y que puede descuidar  
De camisas y valonas  
A un hombre de mi talante.

MARTIN.

Lleva, en saliendo, delante  
Mas pretendientes personas  
Que un oidor ó presidente.

PEDRO.

Si yo la moza poseo,  
Luego habrá despolvoreo  
De todo amor pretendiente:  
A ellos de cuchilladas  
Y á ella de muchas coces.  
Ya mi cólera conoces.

MARTIN.

No la has visto ¿y ya te enfadas?

PEDRO.

Gente de un coche se apea.

MARTIN.

Con ellos viene don Juan.

PEDRO.

¡Por vida del alazan,  
Que no es la viudilla fea!

## ESCENA XI.

DOÑA ANA, JUANA, DON JUAN.—  
Dichos.

DON JUAN.

Por el coche os conocí,  
Y luego al Conde avisé,  
Que en la carroza dejé  
Harto envidioso de mí.  
Vine á ver lo que mandáis;  
Que apearos no habrá sido  
Sin causa.

DOÑA ANA.

Causa he tenido;  
Que siempre vos me la dais.  
Quiero venir á la fuente,  
Porque sé que es el lugar  
Adonde os tengo de hallar,  
Y donde sois pretendiente.

DON JUAN.

¡Buen oficio me habeis dado!  
O de bestia ó de aguador.

DOÑA ANA.

Conociendo vuestro humor,  
Señor don Juan, he pensado  
Venir por agua también.—  
Muestra ese búcaro, Juana.

DON JUAN.

Dado habeis esta mañana,  
Filos, Señora, al desden.

DOÑA ANA.

Deseando enamoraros,  
Moza de cántaro soy,  
Por agua á la fuente voy.

DON JUAN.

Tenéos...

DOÑA ANA.

Quiero agradecer.

DON JUAN.

Es el cántaro pequeño,  
Templara poco el rigor  
A los enfermos de amor.

## ESCENA XII.

DOÑA MARÍA Y LEONOR, con sus  
cántaros.—Dichos.

DOÑA MARÍA. (A Leonor.)

Esto me dijo mi dueño;  
Que en el patio de palacio,  
Archivo de novedades,  
Ya mentiras, ya verdades,  
Como pasean de espacio,  
Lo contaba mucha gente.

LEONOR.

Y ¿que esa mujer mató  
A el que á su padre afrentó?  
¡Bravo corazón!

DOÑA MARÍA.

Valiente.

Dijo que habia pedido  
La parte pesquisidor.  
Y que á el Rey nuestro señor  
(Cuya vida al cielo pido),  
Consultaron este caso,  
Y que no quiso que fuese  
Quien pesadumbre le diese.

LEONOR.

No fué la piedad acaso,  
Si el padre estaba inocente.  
¿Y nunca mas pareció  
Esa dama que mató  
A el caballero insolente?

DOÑA MARÍA.

De eso no me dijo nada.  
Yo estoy contenta de ver  
(Que en efeto soy mujer)  
Que la hubiese tan honrada.

LEONOR.

¿Dijo el nombre que tenia?  
Que me alegra á mi también.

DOÑA MARÍA.

No sé si me acuerdo bien...  
Aunque sí: doña María.

MARTIN.

Aquí están dos escuderos  
Para las dos.

LEONOR.

Isabel,

Este mozaço es aquel  
Que te dije.

DOÑA MARÍA.

¡Oh, caballeros!...

MARTIN. (A Pedro.)

Llega, no estés vergonzoso;  
Llega y habla.

PEDRO.

Estoy mirando

A Isabel, y contemplando  
Su talle y su rostro hermoso.  
Téngame vuesa merced  
Por suyo desde esta tarde.

DOÑA MARÍA.

(Ap. ¡Qué buen hombron!) Dios le guar-

[de.

PEDRO. (Ap.)

Cayó la daifa en la red.  
Ya está perdida por mí.

DOÑA MARÍA. (Ap.)

Con pocos de estos pudiera  
Conducir una galera  
A la China, desde aquí,  
Don Fadrique de Toledo.

PEDRO.

Pido mano, ¡doy turrón.

DOÑA MARÍA.

¿Mas que lleva un mojicon.  
Hombron, si no se esta quedo?

PEDRO.

¡Por el agua de la mar,  
Que tiene valor la hembra!

DOÑA MARÍA.

Pues no sabe dónde siembra.

PEDRO.

(Ap. A el primer encuentro azar.)

¡Voto á tus ojos serenos,  
Isabel, porque te asombres,  
Que me mate con mil hombres,  
Y esto será lo de menos!

Ahládate, serafín.

DOÑA MARÍA.

Déjeme, no me zabuque.

PEDRO.

Aquí en la esquina del Duque  
Hay turrón.—Vamos, Martin.

MARTIN.

Vamos, y gasta; que luego  
Estara como algodón.

PEDRO.

Si, mas ¡coz y mordiscon!...  
Parece rocin gallego.

(Vanse Martin y Pedro.)

## ESCENA XIII.

DOÑA ANA, DON JUAN, DOÑA MARÍA,  
LEONOR, JUANA.

DOÑA ANA.

Quedo, no os pongáis delante;  
Que ya he visto por las señas  
Que es aquella vuestra dama.

JUANA.

Pues Leonor viene con ella,  
¿Quién duda que es Isabel?  
Fuera de que no tuviera  
Ninguna aquel talle y brio.

DOÑA ANA.

Disculpa tiene en quererla  
El señor don Juan.

JUANA.

La moza

En otro traje pudiera  
Hacer á cualquiera dama  
Pesadumbre y competencia.

DON JUAN.

¿Es todo por darme vaya?

DOÑA ANA.

Quisírala ver mas cerca.  
Dígame vuesa merced  
Que está aquí una dama enferma,  
Que se le antoja beber  
Por la cantarilla nueva;  
Que no irá de mala gana.

DON JUAN.

Solo por serviros fuera.

DOÑA MARÍA.

¡Ay, Leonor!

LEONOR.

¿Qué?

DOÑA MARÍA.

Tu señora

Y aquel mi galán con ella.

LEONOR.

Parece que te has turbado.

DOÑA MARÍA.

Por poco se me cayera  
El cántaro de las manos.

DON JUAN. (A doña María.)

Aquella señora os ruega  
Que la deis un poco de agua.

DOÑA MARÍA.

De buena gana la diera  
A ella el agua, y a vos  
Con el cántaro.

DON JUAN.

No seas

Necia.

DOÑA MARÍA.

Llevalosela vos,  
Y de vuestra mano beba.

DON JUAN.

Mira que en publico estamos,  
Y las mujeres discretas  
No hacen cosas indignas.

DOÑA MARÍA.

Iré porque nadie entienda



Que me'da celos á mí.—

(*Llégase á doña Ana.*)

Vuesamerced beba, y crea  
Que quisiera que este barro  
Fuera cristal de Venecia;  
Pero seralo en tocando  
Esas manos y esas perlas.

DOÑA ANA.

Beberé, porque he caído.

DOÑA MARÍA.

Si el agua el susto sosiega,  
Beba; que todos caeremos,  
Si no en el daño, en la cuenta.

DOÑA ANA.

Yo he bebido.

DOÑA MARÍA.

Y yo también.

DOÑA ANA. (*Ap.*)

Yo pesares.

DOÑA MARÍA. (*Ap.*)

Yo sospechas.

DOÑA ANA.

¡Qué caliente!

DOÑA MARÍA.

Vuestras manos  
De nieve servir pudieran.

DOÑA ANA. (*A Juana.*)

Haz que llegue el coche.

JUANA. (*Llamando.*)

¡Ah, Hernando!

DOÑA ANA.

¡Buena moza!

DOÑA MARÍA.

Buena sea

Su vida.

(*Vanse doña Ana y Juana.*)

#### ESCENA XIV.

DOÑA MARÍA, DON JUAN, LEONOR.

DOÑA MARÍA.

¿No la acompaña?

¡Mal galán! ¿Así se queda?

DON JUAN.

A darte satisfacciones.

DOÑA MARÍA.

Estoy yo tan satisfecha,  
Que será gastar palabras.

DON JUAN.

Mira, Isabel, que esto es fuerza,  
Y que bien sabe Leonor  
(Dejo aparte mi fineza)  
Que el Conde sirve á doña Ana.

DOÑA MARÍA.

Cántaro, tened paciencia;

Vais y venis á la fuente;

Quien va y viene siempre á ella,  
¿De qué se espanta, si el asa  
O la frente se le quiebra?

Sois barro, no hay que fiar.

Mas ¿quién, cántaro, os dijera

Que no os volviéades plata

En tal boca, en tales perlas?

Pero lo que es barro humilde,

En fin, por barro se queda.

No volvais mas á la fuente,

Porque estoy segura y cierta

Que no es bien que vos hagais

A los coches competencia.

DON JUAN.

¿Qué dices? Mira, Isabel,

Que sin culpa me condenas.

DOÑA MARÍA.

Yo con mi cántaro hablo;

Si es mío, ¿de qué se queja?

Váyase vuesamerced,

Mire que el coche se aleja.

DON JUAN.

Iréme desesperado,

Pues haces cosas como estas,

Sabiendo que Leonor sabe

Que no es posible que quiera

Eso de que tienes celos.

(*Vase.*)

#### ESCENA XV.

DOÑA MARÍA, LEONOR.

LEONOR.

Necia estás. ¿Por qué le dejas

Que se vaya con disgusto?

DOÑA MARÍA.

Leonor, el alma me lleva;

Que los celos me han picado.

Pero no seré yo necia

En querer desigualdades,

Aunque me abrase y me muera.

No he de ver mas á don Juan.

¡Esto faltaba á mis penas!

LEONOR.

¡Buen lance habemos echado!

Tú desesperada quedas,

Y mi ama va perdida.

#### ESCENA XVI.

PEDRO, MARTIN.—DICHAS.

PEDRO.

Como dos soldados juegan:

Perdi el turron y el dinero.

MARTIN.

Cosas la corte sustenta,

Que no sé cómo es posible.

¡Quién ve tantas diferencias

De personas y de oficios,

Vendiendo cosas diversas!

Bolos, bolillos, bizcochos,

Turron, castañas, muñecas,

Bocados de mermelada,

Lettuarios y conservas;

Mil figurillas de azúcar,

Flores, rosarios, rosetas,

Rosquillas y mazapanes,

Aguardiente, y de canela;

Calendarios, relaciones,

Pronósticos, obras nuevas,

Y á *Don Alvaro de Luna*,

Mantenedor destas fiestas.

Mas quedo; que están aquí.

PEDRO.

¡Oigan! ¿De qué es la tristeza?

¿No estaba alegre esta moza?

¡Qué pensativas están!

MARTIN.

Pienso que andaba don Juan

Acechando una carroza.

PEDRO.

Quien te me enojó, Isabel,

Que con lágrimas lo pene:

Hágate voto solene

Que pueden doblar por él.

Vuelve, Isabel, esos ojos;

Que no soy yo por lo menos

Quien á tus ojos serenos

Quitó luz y puso enojos.

¿Quién tan bárbara y cruel,

A tu hermosura atrevido,

Causa de tu enojo ha sido?

¿Quién te me enojó, Isabel?

No es posible que tuviese

Noticia de mi rigor,

Sin que luego de temor

Súbitamente muriese.

Quien te enojó, ¿vida tiene?

¿Que donde estoy, vivo esté?

Dime quién es; que yo haré

Que con lágrimas lo pene.

Dime cómo y de qué suerte

Que le mate se te antoja;

Porque en sacando la hoja,

Soy guadaña de la muerte.

Si el Cid á su lado viene,

Gigote de hombres haré,

Y de que lo cumpliré

Hágate voto solene.

Si yo me enojo en Madrid

Con quien á ti te ha enojado,

Haz cuenta que se ha tocado

La tumba en Valladolid.

Porque en dicienda, Isabel,

Que he de matarle, está muerto.

No hay que esperar, porque es cierto

Que pueden doblar por él.

DOÑA MARÍA.

Vén, Leonor; vamos á casa.

LEONOR.

Triste vas.

DOÑA MARÍA.

Perdida estoy.

PEDRO.

¿Así se va?

DOÑA MARÍA.

Así me voy.

PEDRO.

Pues cuénteme lo que pasa.

DOÑA MARÍA.

No quiero.

PEDRO.

Tendrémela.

DOÑA MARÍA.

Tome.

PEDRO.

¡Ay!

MARTIN.

¿Qué fue?

PEDRO.

Tamborilada.

LEONOR.

¿Dístele, Isabel?

DOÑA MARÍA.

No es nada.

Pregúntale si le come.

### ACTO TERCERO.

#### ESCENA PRIMERA.

PEDRO, BERNAL, MARTIN y LORENZO, dentro.

PEDRO.

¡Fuera digo! No haya mas.

LORENZO.

¡Ay, que me ha descalabrado!

MARTIN.

Con el cántaro le ha dado.

BERNAL.

¡Lavado, Lorenzo, vas!

LORENZO.

Esto ¿se puede sufrir?

PEDRO.

Llévale á curar, Bernal.

LORENZO.

¡Vive Cristo, que la tal!...

(*Salen.*)

MARTIN.

No lo acabes de decir.

PEDRO.

No queda lacayo en ser  
Donde esta mujer está.

MARTIN.

Bravas bofetadas da.

PEDRO.

Dos mozas azotó ayer.

BERNAL.

¡Ea, ea! Que no es nada.

## ESCENA II.

DOÑA MARÍA, LEONOR.—Dichos.

DOÑA MARÍA.

¡Picaro! ¿Pellizco á mi?

¡Fuera, digo!

LEONOR.

¿Estás en tí?

LORENZO.

¡A mi, Isabel, cantarada!

¡Voto á el hijo de la mar!

DOÑA MARÍA.

Llegue el lacayo gallina.

PEDRO.

Daga trae en la pretina.

DOÑA MARÍA.

Y aun enseñada á matar.

Llegue el barbado, y daréle

Dos mohadas á la usanza

De mi tierra, por la panza.

Y hará el puñal lo que suele.

LORENZO.

¡Mataréla!

PEDRO.

Estoy aquí

A pagar de mi dinero.

LORENZO.

Pues con él haberlas quiero,

Aunque es mujer para mi.

PEDRO.

¡Miente!

LORENZO.

Véngase conmigo.

(*Vanse los hombres.*)

## ESCENA III.

DOÑA MARÍA, LEONOR.

LEONOR.

¡Buenos van, desafiados!

DOÑA MARÍA.

¡Qué diferentes cuidados

Me da, Leonor, mi enemigo!

LEONOR.

¿No le has visto mas?

DOÑA MARÍA.

Ayer.

LEONOR.

Alegre quisiera hallarte,

Porque te alcanzara parte

De mi contento y placer.

Ya Martín se determina,

Y nos queremos casar:

Mira que nos has de honrar,

Y que has de ser la madrina.

DOÑA MARÍA.

Estoy desacomodada

Del indiano; que si no,

Yo lo hiciera: aquí me dió

Su casa una amiga honrada,

Donde de prestado estoy.

LEONOR.

Mi Señora te dará

Vestidos: vamos allá;

L-1.

Que pienso que ha de ser hoy.

DOÑA MARÍA.

Tendré vergüenza de vella.

LEONOR.

Anda; que te quiere bien,

Y sé que tiene tambien

Gusto de que hables con ella.

DOÑA MARÍA.

Vamos, y de aquí á tu casa

Te diré lo que pasó

En el río.

LEONOR.

No fui yo;

Que mujer que ya se casa,

Ha de mostrar mas recato

Del que solía tener.

DOÑA MARÍA.

Es achaque; voy por ver

Aquel caballero ingrato.

Fuimos Teresa, Juana y Catalina,

El sábado, Leonor, á Manzanares;

Si bien yo melancólica y mohina

De darme este don Juan tantos pesares.

De tu dueño las partes imagina;

Que cuando en su valor, Leonor, repares,

Presumirás, pues no me he vuelto loca,

Que soy muy necia ó mi afición es poca.

Tomé el jabón con tanto desvario

Para lavar de un bárbaro despojos,

Que hasta los paños me llevaba el río,

Mayor con la creciente de mis ojos.

Cantaban otras con alegre brío,

Y yo, Leonor, lloraba mis enojos:

Lavaba con lo mismo que lloraba,

Y al aire de suspiros lo enjugaba.

Bajaba el sol al agua trasparente,

Y, el claro rostro en púrpura bañado,

Las nubes ilustraba de occidente

De aquel vario color tornasolado;

Cuando, despierta ya del accidente,

Saque la ropa, y de uno y otro lado,

Asiendo los extremos, la torcimos,

Y á entapizar los tendedores fuimos.

Quedando pues por los menudos gauchos

Las camisas y sabanas tendidas,

Salieron cuatro mozas de sus ranchos,

En toda la ribera conocidas; fanchos,

Luego, de angostos piés y de hombros

Bigotes altos, perdonando vidas, ¡gua,

Cuatro mozos: no hablé; que fuera men-

Estando triste el alma, hablar la lengua.

Tocó, Leonor, Juanilla el instrumento

Que con cuadrada forma en poco pino,

Despide alegre cuanto humilde acento,

Cubierto de templado pergamino;

A cuyo son, que retumbaba el viento,

Cantaba de un ingenio peregrino,

En seguidillas, con destreza extraña,

Pensamientos que envidia Italia á España

Bailaron luego hilando castañetas. ¡lia,

Lorenza y Justa y un galán barbero

Que mira á lñés, haciendo mas corvetas

Que el Conde ayer en el caballo overo.

¡Oh celos! todos sois venganza y tretas,

Pues porque vi bajar el caballero

Que adora de tu dueño la belleza.

No le quise alegrar con mi tristeza.

Entré en el baile con desguire y brío,

Que, admirándole niñas y moznelos,

«¡Vitor!» dijeron, celebrando el mio:

Y era que amor bailaba con los celos.

Estando en esto, el contrapuesto río

Se mueve á ver dos ángeles, dos cielos,

Que á la Casa del Campo (Dios los guar-

dan á ser auroras por la tarde. [de]

¿No has visto á el agua, al subito granizo

Esparcirse el ganado en campo ameno,

O volar escuadron espantadizo

De las palomas, en oyendo el trueno?

Pues de la misma suerte se deshizo

El cerco bailador, de amantes lleno,

En oyendo que honraban la campaña  
Felipe y Isabel, gloria de España.  
¿No has visto en un jardín de varias flores  
La primavera en cuadros retratada,  
Que por la variedad de las colores,  
Aun no tienen color determinada,  
Y en medio niñas provocando amores?  
Pues así se mostraba dilatada  
La escuadra hermosa de las damas be-  
Flores las galas y las niñas ellas. [llas,  
Yo, que estaba arrobada, les decía  
A los reyes de España: «Dios os guarde,  
Y extienda vuestra heroica monarquía  
Del clima helado á el que se abrasa y ar-  
Cuando veo quédice: «Isabel mia,» [de;»  
A mi lado don Juan; y tan cobarde  
Me hallé á los ecos de su voz, que luego  
Fué hiel el corazón, las venas fuego.  
«Traidor, respondo, tus iguales mira;  
Que yo soy una pobre labradora.»  
Y diciendo y haciendo, envuelta en ira,  
Sigo la puente, y me arrepiento agora:  
Ver tad es que le siento que suspira  
Tal vez desde la noche hasta el aurora;  
Mas recelo, si va á decir verdades,  
Lo que se sigue á celos y amistades.  
(*Vanse.*)

Sala en casa de doña Ana.

## ESCENA IV.

DOÑA MARÍA, LEONOR; después,  
DOÑA ANA y JUANA.

LEONOR.

A mi casa hemos llegado:

Después, que no puedo agora,

Porque viene mi Señora,

Te diré lo que ha pasado

Por los celos en los dos.

(*Salen doña Ana y Juana.*)

DOÑA ANA.

¿Esta dices?

JUANA.

Esta es.

DOÑA MARÍA.

Dadme, Señora, los piés.

DOÑA ANA.

Isabel, guárdela Dios.

¿Qué se ofrece por acá?

DOÑA MARÍA.

Quiéreme hacer su madrina

Leonor, que no me imagina

Desacomodada ya.

DOÑA ANA.

¿No está ya con el indiano?

DOÑA MARÍA.

No, Señora.

DOÑA ANA.

Pues ¿por qué?

DOÑA MARÍA.

Cierto atrevimiento fué,

De hombre al fin; pero fué en vano.

DOÑA ANA.

¿Cómo, cómo, por mi vida?

DOÑA MARÍA.

Pudiera estar satisfecho

De mi honor y de mi pecho:

De mi pecho por bien nacida,

De mi pecho porque, habiendo

Entrado por los balcones

Una noche tres ladrones,

Que ya le estaban pidiendo

Las llaves, tomé su espada,

Y aunque ya se defendieron,

Por la ventana salieron,

Y esto á pura cuchillada.

Pero obligándole á amor

Lo que pudiera á respeto,  
Me llamo una noche, á efeto  
De no respetar mi honor.  
Que le descalzase fué  
La invención: llego á su cama,  
Donde sentado me llama,  
Y humilde le descalcé.  
Pero echándome los brazos,  
Tan descortés procedió,  
Que á arrojarle me obligó  
Donde le hiciera pedazos.  
Mas de aquellos desatinos  
Sus zapatos me vengaron,  
Cuyas voces despertaron  
La mitad de los vecinos.  
Y aunque culpando el rigor,  
Poniéndose de por medio,  
Celebraron el remedio  
Para quitarle el amor.

DOÑA ANA.

Notable debes de ser.  
Cierto que te tengo amor.

JUANA.

Es el servicio mejor  
Y la mas limpia mujer  
De cuantas andan aquí.  
Ruégale que esté contigo.

DOÑA ANA.

¿No querrás estar conmigo,  
Isabel?

DOÑA MARÍA.

Señora, sí.

DOÑA ANA.

¿Qué sabes hacer?

DOÑA MARÍA.

Lavar,

Masar, cocer y traer  
Agua.

DOÑA ANA.

¿No sabrás coser?

DOÑA MARÍA.

Bien sé coser y labrar.

DOÑA ANA.

Pues eso será mejor.  
Manto y tocas te daré.

DOÑA MARÍA.

Señora, yo no sabré  
Servir de dueña de honor.  
Este es un hábito agora  
De cierta desdicha mía,  
Que vos sabréis algun día.

JUANA.

Aquí está don Juan, Señora.

### ESCENA V.

DON JUAN, MARTIN.—DOÑA ANA,  
LEONOR, JUANA.

DON JUAN.

Siempre soy embajador.  
El Conde os pide licencia,  
Y dice que de su ausencia  
Fué causa vuestro rigor;  
Que tratáis tan mal su amor,  
Que ya toma por partido,  
En la caza divertido,  
Solicitar á su daño  
Una manera de engaño  
Que á los dos parezca olvido:  
A vos excusando el veros,  
Y á él, Señora, el cansaros.  
Pero no quiere engañaros  
Ni olvidarse de quereros:  
Visitaros y ofenderos  
Es fuerza para servirlos.  
Esto me manda decir:  
Mirad si le dais licencia;

Que le cuesta vuestra ausencia  
Cuantos instantes, suspiros.

DOÑA ANA.

Vos venis en ocasión  
Que os he hecho un gran servicio:  
A lo menos es indicio  
De esta mi loca pasión.  
Mirad en qué obligación  
Os pone el haber traído  
A mi casa quien ha sido  
Lo que tanto habeis amado;  
Que os quiero ver obligado,  
Pues no puedo agradecerlo.  
Volved los ojos, veréis  
A Isabel, que viene aquí,  
No para servirme á mí,  
Sino á que vos la mandéis;  
Que no quiero que os canseis  
En buscarla en fuente ó prado.  
Mirad si estáis obligado,  
Y cómo he sabido hacer  
Que vos me vengaís á ver,  
No como hasta aquí, forzado.

DON JUAN.

De vuestra queja os prometo  
Que es el Conde, mi señor,  
La causa, cuyo valor  
Únicamente respeto;  
Porque ¿cuál hombre discreto  
No conociera y amara  
De vuestra belleza rara  
La divina perfección,  
Y el discurso á la razón,  
Y á vos el alma negara?  
Con esto la puse en quien  
La misma desigualdad  
Disculpe la voluntad,  
Para no quereros bien.  
Mas no me pidáis que os dén  
Gracias de haberla traído  
Mis ojos; que antes ha sido  
Para no poderla ver,  
Pues testigo habeis de ser,  
Y yo menos atrevido.

### ESCENA VI.

EL CONDE.—DICHOS.

CONDE.

Tanto la licencia tarda,  
Que sin ella vengo á veros.

DOÑA ANA.

Conde, mi señor, disculpa  
De ausencia de tanto tiempo.—  
Llega una silla, Isabel.

DON JUAN.

Aquí me estaban riñendo  
Tu ausencia.

CONDE.

¿Buena criada!

Y nueva; que no me acuerdo  
Haberla visto otra vez.

DOÑA ANA.

¿Buena cara, gentil cuerpo!  
¿No es muy linda?

CONDE.

¿Sí, por Dios?

DOÑA ANA.

De que os agrade me huelgo;  
Que es la dama de don Juan.

CONDE.

Si es así el entendimiento,  
Disculpa tiene mi primo.  
Verla mas de espacio quiero.—  
Pasad, Señora, adelante,  
¿De dónde sois?

DOÑA MARÍA.

No sé cierto;

Porque há mucho que no soy.  
CONDE.

Partes en la moza veo,  
Que en otro traje pudieran,  
Con el donaire y aseó,  
Dar, fuera de vuestros ojos,  
A muchos envidia y celos.  
Mi primo es tan singular,  
Que por bizarria ha puesto  
Las preferencias del gusto  
En tan bajos fundamentos.

MARTIN.

A mi responder me toca.  
Perdónenme si me atrevo,  
Por el honor del fregado,  
La opinión del lavadero,  
Del cántaro y el jabón;  
Que mas de cuatro manteos,  
De esos con esteras de oro,  
Cubren algunos defectos.

DOÑA ANA.

Cásase Martin agora  
Con mi Leonor, y por eso  
Siente que vueseñoria  
Haga de don Juan desprecio.

DON JUAN.

¿Dar en el pobre don Juan!

CONDE.

Huélgome del casamiento.  
Y ¿seréis vos la madrina?  
Porque ser padrino quiero.

DOÑA ANA.

No, Señor, que es Isabel;  
Que pienso que há mucho tiempo  
Que ella y Leonor son amigas.

CONDE.

Pues tócale de derecho  
Ser el padrino á don Juan.

DON JUAN.

Basta; que estáis de concierto  
Todos contra mí. Pues vaya;  
Que el ser el padrino aceto.

CONDE.

¿Cómo calla la madrina?

DOÑA MARÍA.

Señor, corto entendimiento  
Presto se ataja, y mas donde  
Hay tantos y tan discretos.  
Allá en mi lugar un día  
Un muchacho en un jumento  
Llevaba una labradora,  
Y perdonad, que iba en pelo.  
«Hazte allá, que le maltratas»,  
Iba la madre diciendo;  
Y tanto hacía atrás se hizo,  
Que dió el muchacho en el suelo.  
Dijole: «¿Cómo caiste?»  
Y disculpóse diciendo:  
«Madre, acabóseme el asno.»  
Así yo, que hablando veo  
A tan discretos señores,  
Hago atrás mi entendimiento,  
Hasta que he venido á dar  
Con el silencio en el suelo.

MARTIN. (Ap.)

Tomen lo que se han ganado.

DOÑA MARÍA.

Es el Conde muy discreto,  
Y la señora doña Ana  
Un ángel; pues yo ¿qué puedo  
Decir que no sea ignorancia?

DOÑA ANA.

Ahora bien, Señor, hablemos  
De la ausencia destes días.  
Ya me olvidáis, ya me quejo  
De vos al pasado amor.

CONDE.

Negocios son, os prometo,



Que me han tenido ocupado  
Por un notable suceso.  
Mató en Ronda cierta dama  
Guzman y Portocarrero,  
Cuyo padre con el duque  
De Medina tiene deudo,  
Un caballero su amante.

DOÑA ANA.

¿Con qué ocasion? ¿Fueron celos?

CONDE.

Desagraviando á su padre  
De un bofetón, porque el viejo  
No estaba para las armas.

DOÑA ANA.

¡Gran valor!

DON JUAN.

¡Valiente esfuerzo!

Diera por ver á esa dama  
Toda cuanta hacienda tengo.

DOÑA MARIA. (Ap.)

Turbada estoy, encubrir  
Puedo apenas lo que siento.

CONDE.

Al fin, perdonó la parte,  
Poniéndose de por medio,  
Entre deudos de unos y otros,  
Muchos nobles caballeros.  
Con esto me ha escrito el Duque,  
Por el mismo parentesco,  
Alcance el perdón del Rey;  
Lo que hoy, Señora, se ha hecho.  
Mándame también buscalla,  
Si entre tantos extranjeros  
Alguna nueva se hallase,  
Siendo esta corte su centro.  
Mirad si estoy disculpado;  
Y porque me voy con esto,  
Vendré, Señora, á la noche,  
Si me dáis licencia, á veros.

DOÑA ANA.

Id con Dios; volvé á la noche.

CONDE.

Si haré, encanto de Babel.—  
Quedáos con vuestra Isabel;

(A don Juan.)

Que yo me voy en el coche.

(Vanse el Conde, doña Ana y los criados.)

## ESCENA VII.

DOÑA MARIA, DON JUAN.

DON JUAN.

Alegre, Isabel, estás,  
Que ya el cántaro dejaste,  
Pues con la fe le mudaste,  
Y con el alma, que es mas.  
Que desde que te la di,  
De cántaro la tenia,  
Pues pienso que se decia  
Este proverbio por mí.  
Nunca quisiste trocar,  
Cuando yo lo deseaba.  
Al hábito que te daba  
El que ya quieres dejar.  
Si cuando yo te rogué,  
Hábito honrado tomaras,  
La voluntad disculparas,  
Que baja en tus prendas fué.  
Si el venir aquí son celos,  
Que guardas que así me guardas,  
Son, Isabel, sombras pardas  
En ofensa de tus cielos.

¿Qué guarda de mas valor,  
Isabel, que tu hermosura,  
Si ella misma te asegura  
Que merece tanto amor?  
¡Vive Dios, que te he querido,

Y te quiero y te querré,  
Con tanta firmeza y fe,  
Que vive mi amor corrido  
De no vencer tu rigor,  
Siendo tú tan desigual!

DOÑA MARIA.

Quien siente bien no habla mal;

Que para tener valor  
Con que poder igualaros,  
Aunque de vuestro apellido  
Principes haya tenido

Italia y Francia tan raros,  
Sóbrame á mí el ser mujer;

Pero si de vuestro engaño

A los dos resulta daño,

Desengaño habrá de ser.

No estoy contenta de estar

Donde, con hacer mudanza

Del hábito, mi esperanza

Aspire á mejor lugar.

Ni menos estoy celosa,

Ni os guardo, aunque os he querido;

Que en este humilde vestido

Hay un alma generosa,

Tan soberbia y arrogante,

Que el cántaro que dejé,

Un cielo en mis hombros fué,

Como el que sustenta Atlante.

Yo os quiero bien, aunque soy

De naturaleza esquiva;

Pero hay otro amor que priva,

Por quien os dejo y me voy.

No os dé pena; que os prometo

Que decir que os he querido:

En fe de lo cual os pido,

Y del amor de los dos,

Que una cosa hagáis por mí.

DON JUAN.

¿Cómo ausentarte, mi bien?

Después de tanto desden,

¿Esto merezco de ti?

DOÑA MARIA.

No excuso, aunque lo sintáis,  
Este camino.

DON JUAN.

Isabel,

¿Qué dices?

DOÑA MARIA.

Que para él

Esta joya me vendáis.

Diamantes son: claro está

Que justa sospecha diera

Si á vender diamantes fuera

Mujer que á la fuente va;

Que con lo que ella valiere,

Podré á mi casa llegar.

DON JUAN.

Cuando pensaba esperar,

Quiere amor que desespere.

¡Notable desdicha mía!

¡Tristes nuevas! ¿Quién amó

Con la fortuna que yo?

Mas ¿quién, sino yo, podía?

Tened la joya y la mano.

Que entrámbas diamantes son,

Si es la mina un corazón

Tan firme como tirano;

Que cuando forzosa sea

Vuestra partida, no soy

Hombre tan vil...

DOÑA MARIA.

Si no os doy

La joya, don Juan, no crea

Vuestro pecho liberal

Obligarme con dinero;

Que, pues de vos no lo quiero,

Bien creeréis que me está mal.  
¡Oh, qué habréis imaginado  
De cosas, después que visteis  
La joya! Aunque no tuvisteis  
Culpa de haberlas pensado,  
Pues yo os he dado ocasion.

DON JUAN.

Cuando yo, Isabel, pensara

Tal hajeza, imaginara

Prendas que mas altas son

De las que teneis, bastantes

A abonaros; cuando fuera

Huerto, mayor le creyera,

Si fueran almas, diamantes.

Algo sospecho encubierto,

Isabel; y en duda igual,

Que sois mujer principal

Tengo por mayor acierto.

Que desde el punto que os vi

Con el cántaro, Isabel,

Echo amor suertes en él

Para vos y para mí.

Vos salisteis diferente

De lo que aquí publicais.

Y yo sin dicha si os vais,

Para que yo muera ausente.

¿Quién seís, hermosa Isabel?

Porque cántaro y diamantes

Son dos cosas muy distantes;

Que hay mucha hajeza en él,

Y en vos mucho entendimiento,

Mucha hermosura y valor,

Mucho respeto al honor.

Que es mas encarecimiento.

La verdad se encubrió en vano;

Que como al que ayer traia

Guanes de ámbur, otro día,

Le quedó oliendo la mano;

Así, quien señora fué,

Trac aquel olor consigo,

Aunque del ámbur que digo,

Reliquias muestre por fe.

DOÑA MARIA.

No os canséis en preveniciones;

Que yo no os he de engañar.

## ESCENA VIII.

LEONOR. — Dichos.

LEONOR.

¿Cuándo piensas acabar,

Isabel, tantas razones?

Vénite a vestir y á vestirme;

Que mi señora te llama.

DOÑA MARIA.

Voy á ponerme de dama.

DON JUAN.

¿Volverás?

DOÑA MARIA.

A despedirme.

(Vanse los dos.)

## ESCENA IX.

DON JUAN.

¿Qué confusion es esta que levanta

Amor en mis sentidos nuevamente,

Que a tales pensamientos adelanta

Mi dulce cuanto ha sido accidente?

Así el cautivo en la cadena cautiva,

Así engañado se entretenía, ausente,

De vanas esperanzas, que algún día

Vera la patria en que vivir solía.

No con menos temor, meros sosiego,

Timido ruiseñor su esposa llama,

A quien el plomo en círculos de fuego

Quitó la amada vida en verde rama,

Que mi confuso pensamiento ciego

En noche obscura los engaños ama,

Esperando que llegue con el día  
La muerta luz de la esperanza mía.  
Mas ¿cómo puede haber tales engaños?  
Cómo pensar mi amor que la belleza  
No puede haber nacido en viles paños.  
Si pudo la fealdad en la nobleza?  
Así, para mayores desengaños.  
Mostró por variedad naturaleza  
De un espio la flor cándida, hermosa,  
Y vestida de púrpura la rosa. [sura  
Quearme yo a entender que la hermo-  
Que vi llevar un cantaro á la fuente,  
Por engastar el barro en nieve pura  
Del cristal de una mano trasparente,  
No pudo proceder de sangre obscura,  
Y nacer entendida humildemente,  
Es vano error, pues siempre amando veo  
Calificar bajezas el deseo.  
Pues ¿quién será Isabel, locura mía,  
Con hermosura y prendas celestiales?  
¡Oh! ¿cuándo resistió tanta porfia  
La bajeza de humildes naturales?  
No ha de pasar sin que lo sepa el día.  
Industrias hay; y si por dicha iguales  
Somos los dos, como mi amor desea,  
Tu cantaro, Isabel, mi dote sea.  
No te pienses partir, si por ventura  
No lo quieres tingir para matarme;  
Que ya no tiene estado mi locura  
Que yo pueda perderte y tú dejarme;  
Que si tienes nobleza y hermosura,  
Del cántaro por armas pienso honrarme;  
Que con el premio con que ya se trata,  
Amor le volverá de barro en plata. (Vase.)

Calle.

## ESCENA X.

MARTIN, PEDRO.

PEDRO.

Martin, en esta ocasion  
Me habeis desfavorecido:  
Quejoso estoy y ofendido.

MARTIN.

Pedro, no teneis razon;  
Que el Conde gusta que sea  
Padrino con Isabel.

PEDRO.

Ensanchárase con él  
Cuando á su lado se vea.  
Yo sé que si me casara,  
Padrino os hiciera á vos.

MARTIN.

Yo no pude mas, por Dios.

PEDRO.

Pedro ¿tambien no la honrara?  
¿No tengo cueras y sayos,  
Capas, calzas, que por yerro  
Quedaron en su destierro  
Vinculadas en lacayos?  
Pues ¡por el agua de Dios,  
Aunque poca me ha cabido,  
Que soy yo tan bien nacido!...

MARTIN.

¿Quién pudiera como vos  
Honrarme con Isabel?

PEDRO.

¿Hay hidalgo en Mondoñedo  
Que pueda, como yo puedo,  
Volver la silla á el dospel?

MARTIN.

Dejad el enojo ya;  
Y pues que sois entendido,  
Decidme si acierto ha sido  
Casarme.

PEDRO.

Pues claro está;  
Que es muy honrada Leonor,  
Aunque pide mas caudal  
La talega de la sal.  
Que anda el tiempo á el rededor.  
Mas queriendo el Conde bien  
A doña Ana, por Leonor  
Os hará siempre favor,  
Y ella ayudará tambien  
De su parte á vuestra casa..

MARTIN.

Pues con eso pasarémos.

PEDRO.

¿Quién quereis que convidemos?

MARTIN.

No lo excusa quien se casa.  
A Rodriguez lo primero,  
A Galindo y á Butron,  
A Lorenzo y á Ramon,  
Y á Piérres, buen compañero.

PEDRO.

Haced llevar un menudo:  
Que no hay hueso que dejar.

MARTIN.

Eso es darles de cenar.

PEDRO.

En esta ocasion no dudo  
De que tendrán los señores  
Arriba gran colacion.

MARTIN.

Por allá conservas son  
Y confites de colores.

PEDRO.

Lobos de marca mayor  
Tendrémos en cantidad.

MARTIN.

Pedro, esa es enfermedad  
Que no ha menester doctor.  
(Vanse.)

Sala en casa de doña Ana.

## ESCENA XI.

DOÑA ANA, DON JUAN.

DON JUAN.

Yo pienso que es condicion,  
Y no amor, vuestra porfia.

DOÑA ANA.

Y ¿quién sin amor podia  
Sufrir tanta sinrazon?

DON JUAN.

No es sinrazon la ocasion  
Que me fuerza á no querer  
Lo que del Conde ha de ser.

## ESCENA XII.

EL CONDE, *que se queda escuchando  
sin que le vean.*—DICHOS.

CONDE. (Ap.)

Necios celos me han traído  
De un deudo amigo fingido  
Y de una ingrata mujer.

DON JUAN.

Cuando no os quisiera bien  
El Conde, mil almas fueran  
Las que estos ojos os dieran.

DOÑA ANA.

¡Oh, mal haya el Conde, amén!

CONDE. (Ap.)

Don Juan la muestra desden,  
Y ella á don Juan solicita.

DOÑA ANA.

Con oro en mármol escrita  
Tiene el amor una ley,  
Que como absoluto rey,  
No hay traicion que no permita.  
Demás, que esto no es traicion;  
Que nunca yo quise al Conde.

CONDE. (Ap.)

En lo que agora responde  
Conoceré su intencion.

DON JUAN.

Ninguna loca aficion  
Que se haya visto ni escrito,  
Ha disculpado el delito  
Del amigo; que el valor  
Es resistir á el amor,  
Y vencer á el apetito.  
Que yo con vos me casara  
Es sin duda, si pudiera.

DOÑA ANA.

Y ¿si el Conde lo quisiera,  
Y aun él mismo os lo mandara?

DON JUAN.

Entonces es cosa clara;  
Mas cierta podeis estar  
Que no me lo ha de mandar.  
Y así, me voy; qué no quiero  
Dar á tan gran caballero  
Ni sospecha ni pesar.

CONDE.

Detente.

DON JUAN.

Si habeis oido

Lo que ya sospecho aquí,  
Pienso que estaréis de mi  
Seguro y agradecido.

CONDE.

Todo lo tengo entendido;  
Y si por quereros bien  
Trata mi amor con desden  
Doña Ana, no ha sido culpa,  
Porque sois vos la disculpa,  
Y mi desdicha tambien.  
Díce que sabe de mí  
Que os mandaré que os caseis:  
Dice bien, y vos lo haréis,  
Porque yo os lo mando así.  
Que á saber, cuando la vi,  
Que os tenia tanto amor,  
No la amara; aunque en rigor  
Fué engañado pensamiento  
Que con tal entendimiento  
No escogiese lo mejor.

DON JUAN.

Aunque á Alejandro imiteis  
En darne lo que estimáis,  
Ni como Apéles me halláis,  
Ni enamorado me veis,  
Ni vos mandarme podeis  
Que sea lo que no fui;  
Pues cuando pudiera aquí  
Ser lo que no puede ser,  
No quisiera yo querer  
A quien os deja por mí.

DOÑA ANA.

Quedo, quedo; que no soy  
Tan del Conde, que me dé,  
Ni tan de don Juan, que esté  
Menos contenta ayer que hoy.  
Libre, á mi misma me doy,  
Y daré luego, si quiero,  
A un honrado caballero  
Mujer y cien mil ducados,  
Sin suegros y sin cuñados,  
Que es otro tanto dinero.

## ESCENA XIII.

DOÑA MARÍA, *de madrina y muy bizarra*, con LEONOR, *de la mano*; MARTIN, PEDRO, LORENZO, BERNAL y OTROS LACAYOS, *muy galanes*; ACOMPAÑAMIENTO DE MUJERES DE LA BODA, MÚSICOS.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

*En la villa de Madrid  
Leonor y Martin se casan;  
Corren toros y juegan cañas.*

MARTIN.

¡Mala letra para novios!

PEDRO.

Pues ¿no os agrada la letra?

MARTIN.

Correr toros y casarme  
Paréceme á los que llevan  
Pronósticos para el año  
Dos meses antes que venga.

CONDE.

Gallarda viene la novia;  
Pero quien no conociera  
A Isabel, imaginara,  
Viéndola grave y compuesta,  
Que era mujer principal.

DOÑA ANA.

Juzgarse puede por ella  
Cuánto las galas importan,  
Cuánto adorna la riqueza.

CONDE.

¡Qué perdido está don Juan!

DOÑA ANA.

¡Qué admirado la contempla!

CONDE.

Por Dios, que tiene disculpa  
De estimarla y de quererla;  
Que la gravedad fingida  
Parece tan verdadera,  
Que, á no conocerla yo  
Y saber sus bajas prendas,  
Hiciera un alto conceto  
De su gallarda presencia.

DON JUAN.

(*Para sí.*) Amor, si en esta mujer  
No está oculta la nobleza,  
La calidad y la sangre  
Que por lo exterior se muestra,  
¿Qué es lo que quiso sin causa  
Hacer la naturaleza,  
Pues pudiendo en un cristal  
Guarnecido de oro y piedras,  
Puso en un vaso de barro  
Alma tan ilustre y bella?  
Yo estoy perdido y confuso,  
Doña Ana celosa de ella,

El Conde suspenso, hurtando  
A su gravedad respuesta.  
Ella se parte mañana,  
Diamantes me da que venda;  
¿Qué tienen que ver diamantes  
Con la fingida baja? —  
Pues ¿he de quedar así,  
Amor, sin alma y sin ella?  
¿No alcanza el ingenio industria?  
No suele en dudosas pruebas,  
Por las inciertas mentiras,  
Hallarse verdades ciertas?  
Ahora bien; no ha de partirse  
Isabel sin que se entienda  
Si en exteriores tan graves  
Hay algun alma secreta.)  
Conde, el mas alto poder  
Que reconoce la tierra,  
El cetro, la monarquía,  
La corona, la grandeza  
Del mayor rey de los hombres,  
Todas las historias cuentan,  
Todos los sabios afirman,  
Todos los ejemplos muestran  
Que es amor; pues siendo así,  
Y que ninguno lo niega,  
Que yo por amor me case,  
Que yo por amor me pierda,  
No es justo que á nadie admire,  
Pues cuantos viven confiesan  
Que es amor una pasión  
Incapaz de resistencia.  
Yo no soy mármol, si bien  
No soy yo quien me gobierna;  
Que obedecen á Isabel  
Mis sentidos y potencias.  
Cuando esto en publico digo,  
No quiero que nadie pueda  
Contradecirme el casarme,  
Pues hoy me caso con ella.  
Sed testigos que le doy  
La mano.

CONDE.

¿Qué furia es esta?

DOÑA ANA.

Loco se ha vuelto don Juan.

CONDE.

¡Vive Dios, que si es de veras,  
Que antes os quite la vida  
Que permitir tal baja! —  
¡Hola! Criados, echad  
Esta mujer hechicera  
Por un corredor, matadla.

DON JUAN.

Ninguno, infames, se atreva;  
Que le daré de estocadas.

CONDE.

Un hombre de vuestras prendas  
¡Quiere infamar su linaje!

DON JUAN.

¡Ay Dios! Su baja es cierta,  
Pues calla en esta ocasión.  
Ya no es posible que pueda  
Ser mas de lo que parece.

CONDE.

¿Con cien mil ducados deja  
Un hombre loco mujer,  
Que me casara con ella,  
Si amor me hubiera tenido?

DOÑA MARÍA.

Quedo, Conde; que me pesa  
De que me deis ocasión  
De hablar.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Ay Dios! ¡Si ya llega  
Algun desengaño mio!

DOÑA MARÍA.

No está la boda tan hecha  
Como os parece, Señor;  
Porque falta que yo quiera.  
Para igualar á don Juan,  
¿Bastaba ser vuestra deuda  
Y del duque de Medina?

CONDE.

Bastaba, si verdad fuera.

DOÑA MARÍA.

¿Quién fué la dama de Ronda  
Que mató, por la defensa  
De su padre, un caballero,  
Cuyo perdon se concerta  
Por vos, y que vos buscáis?

CONDE.

Doña María, á quien deban  
Respeto cuantas historias  
Y hechos de mujeres cuentan.

DOÑA MARÍA.

Pues yo soy doña María,  
Que por andar encubierta...

DON JUAN.

No prosigas relaciones,  
Porque son personas necias,  
Que en noche de desposados  
Hasta las doce se quedan.  
Dame tu mano y tus brazos.

MARTIN.

Leonor, á oscuras nos dejan.  
Los padrinos son los novios.

DOÑA ANA.

Justo será que lo sepan  
El Conde y doña Ana.

CONDE.

Aquí

Puso fin á la comedia  
Quien, si perdiera este pleito,  
Apela á *Mil y Quinientas*.  
Mil y quinientas ha escrito:  
Bien es que perdon merezca.





# EL CASTIGO SIN VENGANZA,

TRAGEDIA DE FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,

DEL HÁBITO DE SAN JUAN, PROCURADOR FISCAL DE LA CAMARA APOSTÓLICA DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO.

---

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON LUIS FERNANDEZ DE CÓRDOBA, CARDONA Y ARAGON, duque de Sesa, de Baena y de Soma; conde de Cabra, Palamós y Olivito; vizconde de Hinajar, señor de las baronías de Belpuche, Liñola y Calonge; gran almirante de Nápoles, capitán general del mar de aquel reino, y comendador de Bedmar y Albánchez; de la orden de caballería de Santiago, etc.

---

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE SESA, MI SEÑOR.

DESIGUAL atrevimiento parece dedicar á vuestra excelencia esta *tragedia*, cuando fuera mas justo *poemas heróicos*, de quien fueran argumento las gloriosas hazañas de sus progenitores invictísimos, que dieron á la corona de España tantos reinos, á las plumas tantas historias, á la fama tantos triunfos, y á las armas insignes de su apellido tantas banderas; de que son fieles testigos reyes infieles, y alguno que, preso, ocupa con honra suya un cuartel de ellas entre los *Córdobas*, *Cardonas* y *Aragones*, ilustrísimos por inmortal memoria en tantos siglos, y por sangre generosa en tantos reinos. Mas, como suele el que cultiva flores enviar al dueño del jardín algunas, como en reconocimiento de que son suyas las que quedan, así yo me atrevo á enviar á vuestra excelencia las de este asunto; indicio de que reconocen las demás que de todas es señor, como del que las cultiva. En los amigos, los presentes son amor, en los amantes cuidado, en los pretendientes cohecho, en los obligados agradecimiento, en los señores favor, en los criados servicio. Este no va á solicitar mercedes, sino á reconocer obligaciones, de tantas como he recibido de sus liberales manos en tantos años que há que vivo escrito en el número de los criados de su casa. Guarde nuestro Señor á vuestra excelencia, como deseo.

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

---

## PRÓLOGO.

Señor lector, esta *tragedia* se hizo en la corte solo un dia, por causas que á vuesamerced le importan poco. Dejó entonces (1) tantos deseos de verla, que les he querido satisfacer con imprimirla. Su historia estuvo escrita en lengua latina, francesa, alemana, toscana y castellana: esto fué prosa, ahora sale en verso; vuesamerced la lea por mía, porque no es impresa en Sevilla, cuyos libreros, atendiendo á la ganancia, barajan los nombres de los poetas, y á unos dan siete y á otros sotas; que hay hombres que por dinero no reparan en el honor ajeno, que á vueltas de sus mal impresos libros, venden y compran; advirtiéndole que está escrita al estilo español (2), no por la antigüedad griega y severidad latina; huyendo de las sombras, nuncios y coros, porque el gusto puede mudar los preceptos, como el uso los trajes y el tiempo las costumbres.

(1) Entre este prólogo y la dedicatoria anterior hay en el tomo viii de las obras sueltas de Lope, impresas por don Antonio de Sancha, una aprobacion del padre fray Francisco Palau, dada en Barcelona á 25 de julio de 1654; pero el *entonces* puesto aqui por Lope indica, en nuestro dictámen, que hacia mucho tiempo que la tragedia habia sido representada.

(2) No se ha dividido este drama en escenas, respetando el estilo español esta vez; se han indicado sí los sitios en que pasa la accion.

# EL CASTIGO SIN VENGANZA.

## PERSONAS.

EL DUQUE DE FERRARA.  
EL CONDE FEDERICO.  
ALBANO.  
RUTILIO.

FLORO.  
LUCINDO.  
EL MARQUÉS GONZAGA.  
CASANDRA.

AURORA.  
LUCRECIA.  
BATIN.  
CINTIA.

FEBO.  
RICARDO.  
UNA MUJER.  
ACOMPAÑAMIENTO.

*La escena es en Ferrara y otros puntos.*

## ACTO PRIMERO.

Una calle de Ferrara.

EL DUQUE DE FERRARA, *de noche*;  
FEBO y RICARDO.

RICARDO.

¡Linda burla!

FEBO.

Por extremo.

Pero ¿quién imaginara  
Que era el duque de Ferrara?

DUQUE.

Que no me conozcan temo.

RICARDO.

Debajo de ser disfraz,  
Hay licencia para todo;  
Que aun el cielo en algun modo  
Es de disfraces capaz.

¿Qué piensas tú que es el velo  
Con que la noche le tapa?

Una guarnecida capa  
Con que se disfraza el cielo.

Y para dar luz alguna,  
Las estrellas que dilata  
Son pasamanos de plata,  
Y una encomienda la luna.

DUQUE.

¿Ya comienzas desatinos?

FEBO.

No lo ha pensado poeta  
Destos de la nueva seta,  
Que se imaginan divinos.

RICARDO.

Si á sus licencias apelo,  
No me darás culpa alguna;  
Que yo sé quien á la luna  
Llamó requeson del cielo.

DUQUE.

Pues no te parezca error;  
Que la poesia ha llegado  
A tan miserable estado,  
Que es ya como jugador  
De aquellos transformadores,  
Muchas manos, ciencia poca,  
Que echan cintas por la boca,  
De diferentes colores.

Pero, dejando á otro fin  
Esta materia cansada,  
No es mala aquella casada.

RICARDO.

¿Cómo mala! Un serafín.  
Pero tiene un bravo azar,  
Que es imposible sufrirlo.

DUQUE.

¿Cómo?

RICARDO.

Un cierto maridillo,  
Que toma y no da lugar.

FEBO.

Guarda la cara.

DUQUE.

Ese ha sido  
Siempre el mas cruel linaje  
De gente deste paraje.

FEBO.

El que la gala, el vestido  
Y el oro deja traer,  
Tenga, pues él no lo ha dado,  
Lástima al que lo ha comprado;  
Pues si muere su mujer,  
Ha de gozar la mitad,  
Como bienes gananciales.

RICARDO.

Cierto que personas tales  
*Poca tienen caridad,*  
Hablando cultidiablesco,  
Por no juntar las dicciones.

DUQUE.

Tienen esos socarrones  
Con el diablo parentesco;  
Que obligando á consentir,  
Después estorba el obrar.

RICARDO.

Aquí pudiera llamar;  
Pero hay mucho que decir.

DUQUE.

¿Cómo?

RICARDO.

Una madre beata,  
Que reza y riñe á dos niñas,  
Entre majuelos y viñas,  
Una perla y otra plata.

DUQUE.

Nunca de exteriores fio.

RICARDO.

No léjos vive una dama  
Como azúcar de retama,  
Dulce y morena.

DUQUE.

¿Qué brio?

RICARDO.

El que pide la color;  
Mas el que con ella habita  
Es de cualquiera visita  
Cabizbajo rumiador.

FEBO.

Rumiar siempre fué de bueyes.

RICARDO.

Cerca he visto una mujer,  
Que diera buen parecer  
Si hubiera estudiado leyes.

DUQUE.

Vamos allá.

RICARDO.

No querrá  
Abrir á estas horas.

DUQUE.

¿No?

Y ¿si digo quién soy yo?

RICARDO.

Si lo dices, claro está.

DUQUE.

Llama pues.

RICARDO.

Algo esperaba;  
Que á dos patadas salió.

*Sale CINTIA en lo alto.*

CINTIA.

¿Quién es?

RICARDO.

Yo soy.

CINTIA.

¿Quién es Yo?

RICARDO.

Amigos. Cintia, abre, acaba;  
Que viene el Duque conmigo:  
Tanto mi alabanza pudo.

CINTIA.

¿El Duque?

RICARDO.

¿Eso dudas?

CINTIA.

Dudo,

No digo el venir contigo,  
Mas el visitarme á mi  
Tan gran señor y á tal hora.

RICARDO.

Por hacerte gran señora  
Viene disfrazado así.

CINTIA.

Ricardo, si el mes pasado  
Lo que agora me dijeras  
Del Duque, me persuadieras  
Que á mis puertas ha llegado;  
Pues toda su mocedad  
Ha vivido indignamente,  
Fábula siendo á la gente  
Su viciosa libertad.  
Y como no se ha casado  
Por vivir mas á su gusto,  
Sin mirar que fuera injusto  
Ser de un bastardo heredado  
(Aunque es mozo de valor  
Federico), yo creyera  
Que el Duque á verme viniera;  
Mas ya que como señor  
Se ha venido á recoger,  
Y de casar concertado,  
Su hijo á Mantua ha enviado



Por Casandra, su mujer,  
No es posible que ande haciendo  
Locuras de noche ya,  
Cuando esperándola está  
Y su entrada previniendo;  
Que si en Federico fuera  
Libertad, ¿qué fuera en él?  
Y si tú fueras fiel,  
Aunque él ocasion te diera,  
No anduvieras atrevido  
Deslustrando su valor;  
Que ya el Duque, tu señor,  
Está acostado y dormido.  
Y así, cierro la ventana;  
Que ya sé que fué invención  
Para hallar conversacion.  
Adios, y vuelve mañana.

(*Quítase de la ventana y ciérrala.*)

DUQUE.

¡A buena casa de gusto  
Mehas traído!

RICARDO.

Yo, Señor,

¿Qué culpa tengo?

DUQUE.

Fuè error

Fiarte tanto disgusto.

FEBO.

Para la noche que viene,  
Si quieres, yo romperé  
La puerta.

DUQUE.

¡Que esto escuché!

FEBO.

Ricardo la culpa tiene.  
Pero, Señor, quien gobierna,  
Si quiere saber su estado  
Cómo es temido ó amado,  
Deje la lisonja tierna  
Del criado adulator,  
Y disfrazado de noche  
En traje humilde ó en coche  
Salga á saber su valor;  
Que algunos emperadores  
Se valieron deste engaño.

DUQUE.

Quien escucha, oye su daño;  
Y fueron, aunque lo dores,  
Filósofos majaderos,  
Porque el vulgo no es censor  
De la verdad, y es error  
De entendimientos groseros  
Fiar la buena opinion  
De quien, inconstante y vario,  
Todo lo juzga al contrario  
De la ley de la razon.  
Un quejoso, un descontento  
Echa, por vengar su ira,  
En el vulgo una mentira,  
A la novedad atento;  
Y como por su bajeza  
No la puede averiguar,  
Ni en los palacios entrar,  
Murmura de la grandeza.  
Yo confieso que he vivido  
Libremente y sin casarme,  
Por no querer sujetarme,  
Y que tambien parte ha sido  
Pensar que me heredaría  
Federico, aunque bastardo;  
Mas ya que á Casandra aguardo,  
Que Mantua con él me envía,  
Todo lo pondré en olvido.

FEBO.

Será remedio casarte.

RICARDO.

Si quieres desenfadarte,  
Pon á esta puerta el oído.

DUQUE.

¿Cantan?

RICARDO.

¿No lo ves?

DUQUE.

Pues ¿quién  
Vive aquí?

RICARDO.

Vive un autor

De comedias.

FEBO.

Y el mejor

De Italia.

DUQUE.

Ellos cantan bien.

¿Tiénelas buenas?

RICARDO.

Están

Entre amigos y enemigos:  
Buenas las hacen amigos  
Con los aplausos que dan,  
Y los enemigos malas.

FEBO.

No pueden ser buenas todas.

DUQUE.

Febo, para nuestras bodas  
Preven las mejores salas  
Y las comedias mejores;  
Que no quiero que repares  
En las que fueren vulgares.

FEBO.

Las que ingenios y señores  
Aprobaren, llevaremos.

DUQUE.

¿Ensayan?

RICARDO.

Y habla una dama.

DUQUE.

Si es Andrelina, es de fama. [mos!  
¿Qué accion! Qué afectos! Qué extre-  
UNA MUJER. (*Dentro.*)

Déjame, pensamiento;  
No mas, no mas, memoria,  
Que mi pasada gloria  
Conviertes en tormento,  
Y deste sentimiento

Ya no quiero memoria, sino olvido;  
Que son de un bien perdido,  
Aunque presumes que mi mal mejoras,  
Discursos tristes para alegres horas.

DUQUE.

¡Valiente accion!

FEBO.

Extremada.

DUQUE.

Mas oyera; pero estoy  
Sin gusto. A acostarme voy.

RICARDO.

¿A las diez?

DUQUE.

Todo me enfada.

RICARDO.

Mira que es esta mujer  
Única.

DUQUE.

Temo que hable  
Alguna cosa notable.

RICARDO.

De ti ¿cómo puede ser?

DUQUE.

¿Ahora sabes, Ricardo,  
Que es la comedia un espejo,  
En que al necio, el sabio, el viejo,  
El mozo, el fuerte, el gallardo,  
El rey, el gobernador,  
La doncella, la casada,  
Siendo al ejemplo escuchada  
De la vida y del honor,

Retrata nuestras costumbres,  
O livianas ó severas,  
Mezclando burlas y veras,  
Donaires y pesadumbres?  
Basta, que oí del papel  
De aquella primera dama  
El estado de mi fama:  
Bien claro me hablaba en él.  
¿Que escuche me persuades  
La segunda? Pues no ignores  
Que no quieren los señores  
Oír tan claras verdades.

(*Vanse.*)

Selva cruzada por un camino.

Sale EL CONDE FEDERICO, *de camino,*  
*muy galán,* y BATIN.

BATIN.

Desconozco el estilo de tu gusto.  
¿Agora en cuatro sauces te detienes,  
Cuando á negocio, Federico, vienes  
De tan gran importancia?

FEDERICO.

Mi disgusto

No me permite, como fuera justo,  
Mas prisa y mas cuidado;  
Antes la gente dejó, fatigado  
De varios pensamientos,  
Y al dosel destes árboles, que, atentos  
A las dormidas ondas dese río,  
Mirando están sus copas,  
Después que los vistió de verdes ropas,  
De mi mismo quisiera retirarme;  
Que me causa el hablarme  
Del casamiento de mi padre, cuando  
Pensé heredarle; que si voy mostrando  
A nuestra gente gusto, como es justo,  
El alma llena de mortal disgusto,  
Camino á Mantua, de sentido ajeno;  
Que voy por mi veneno [zoso.  
En ir por mi madrastra, aunque es for-

BATIN.

Ya de tu padre el proceder vicioso,  
De propios y de extraños reprendido,  
Quedo á los piés de la virtud vencido.  
Ya quiere sossegarse;  
Que no hay freno, Señor, como casarse.  
Presentóle un vasallo  
Al rey francés un bárbaro caballo  
De notable hermosura,  
Cisne en el nombre y por la nieve pura  
De la piel, que cubrían  
Las ricas cañas, que á los piés caían  
De la cumbre del cnello, en levantando  
La pequeña cabeza;  
Finalmente le dió naturaleza,  
Que alguna dama estaba imaginando,  
Hermosura y desden, porque su furia  
Tenia por injuria  
Sufrir el picador mas fuerte y diestro.  
Viendo tal hermosura tan sin diestro,  
Mandóle el Rey echar en una cava  
A un soberbio león que en ella estaba;  
Y en viéndole feroz, apenas viva  
El alma sensitiva,  
Hizo que el cuerpo al rededor se entolde  
De las crines, que ya crespas sin molde  
(Si el miedo no lo era).  
Formaron como lanzas blanca esfera,  
Y en espín erizado  
De orgulloso caballo transformado,  
Suló por cada pelo  
Una gota de hielo,  
Y quedó tan pacífico y humilde,  
Que fué un enano á sus arzones tilde;  
Y el que á los picadores no sufría,  
Los picaros sufrió desde aquel día.

FEDERICO.

Batin, ya sé que á mi vicioso padre  
No pudo haber remedio que le cuadre  
Como es el casamiento;  
Pero ¿no ha de sentir mi pensamiento  
Haber vivido con tan loco engaño?  
Ya sé que al mas altivo, al mas extraño  
Le doma una mujer, y que delante  
Deste leon, el bravo, el arrogante  
Se deja sujetar del primer niño,  
Que con dulce cariño  
Y media lengua, ó muda ó balbuciente,  
Teniéndole en los brazos, le consiente  
Que le tome la barba.  
Ni rudo labrador la roja parva,  
Como un casado la familia mira,  
Y de todos los vicios se retira.  
Mas ¿qué me importa á mi que se sosie-  
Mi padre, y que se niegue [gue  
A los vicios pasados,  
Si han de heredar sus hijos sus estados,  
Y yo, escudero vil, traer en brazos  
Algún leon que me ha de hacer pedazos?

BATIN.

Señor, los hombres cuerdos y discretos,  
Cuando se ven sujetos  
A males sin remedio,  
Poniendo la paciencia de por medio,  
Fingen contento, gusto y confianza,  
Por no mostrar envidia y dar venganza.

FEDERICO.

¿Yo sufriré madrastra!

BATIN.

¿No sufrías

Las muchas que tenías  
Con los vicios del Duque? Pues agora  
Sufré una sola que es tan gran señora.

FEDERICO.

¿Qué voces son aquellas?

BATIN.

En el vado del río suena gente.

FEDERICO.

Mujeres son; á verlas voy.

BATIN.

Detente.

FEDERICO.

Cobarde, ¿no es razon favorecellas?

(Vase.)

BATIN.

Excusar el peligro es ser valiente. —  
¿Lucindo! Albano! Floro!

Salen LUCINDO, ALBANO y FLORO.

LUCINDO.

El Conde llama.

ALBANO.

¿Dónde está Federico?

FLORO.

¿Pide acaso

Los caballos?

BATIN.

Las voces de una dama,  
Con poco seso y con valiente paso  
Le llevaron de aquí; mientras le sigo,  
Llamad la gente. (Vase.)

LUCINDO.

¿Dónde vas? Espera.

ALBANO.

Pienso que es burla.

FLORO.

Y yo lo mismo digo...

—Aunque suena rumor en la ribera,  
De gente que camina.

LUCINDO.

Mal Federico á obedecer se inclina  
El nuevo dueño, aunque por ella viene.

ALBANO.

Sale á los ojos el pesar que tiene.

Sale FEDERICO con CASANDRA  
en los brazos.

FEDERICO.

Hasta ponerlos aquí,  
Los brazos me dan licencia.

CASANDRA.

Agradezco, caballero,  
Vuestra mucha gentileza.

FEDERICO.

Y yo á mi buena fortuna  
Traerme por esta selva,  
Casi fuera de camino.

CASANDRA.

¿Qué gente, Señor, es esta?

FEDERICO.

Criados que me acompañan.  
No tengáis, Señora, pena:  
Todos vienen á servirlos.

Sale BATIN con LUCRECIA en los  
brazos.

BATIN.

Mujer, dime, ¿cómo pesas,  
Si dicen que sois livianas?

LUCRECIA.

Hidalgo, ¿dónde me llevas?

BATIN.

A sacarte por lo menos  
De tanta entadosa arena,  
Como la falda del río  
En estas orillas deja.  
Pienso que fué treta suya,  
Por tener ninfas tan bellas,  
Volcarse el coche al salir;  
Que si no fuera tan cerca,  
Corriérades gran peligro.

FEDERICO.

Señora, porque yo pueda  
Hablarlos con el respeto  
Que vuestra persona muestra,  
Decidme quién sois.

CASANDRA.

Señor,

No hay causa por que no deba  
Decirlo. Yo soy Casandra,  
Ya de Ferrara duquesa,  
Hija del duque de Mantua.

FEDERICO.

¿Cómo puede ser que sea  
Vuestra alteza y venir sola?

CASANDRA.

No vengo sola; que fuera  
Cosa imposible: no lejos  
El marqués Gonzaga queda,  
A quien pedi me dejase,  
Atravesando una senda,  
Pasar sola en este río  
Parte desta ardiente siesta;  
Y por llegar á la orilla,  
Que me pareció cubierta  
De mas árboles y sombras,  
Había mas agua en ella,  
Tanto, que pude correr,  
Sin ser mar, fortuna adversa;  
Mas no pudo ser fortuna,  
Pues se pararon las ruedas.  
Decidme, Señor, quién sois,  
Aunque ya vuestra presencia  
Lo generoso asegura  
Y lo valeroso muestra;  
Que es razon que este favor,  
No solo yo le agradezca,  
Pero el Marqués y mi padre,  
Que tan obligados quedan.

FEDERICO.

Después que me dé la mano,  
Sabrá quién soy vuestra alteza.

CASANDRA.

¿De rodillas! Es exceso.  
No es justo que lo consienta  
La mayor obligación.

FEDERICO.

Señora, es justo y es fuerza:  
Mirad que soy vuestro hijo.

CASANDRA.

Confieso que he sido necia  
En no haberos conocido.  
¿Quién, sino quién sois, pudiera  
Valerme en tanto peligro?  
Dadme los brazos.

FEDERICO.

Merezca

Vuestra mano.

CASANDRA.

No es razon.

Dejadles pagar la deuda,  
Señor conde Federico.

FEDERICO.

El alma os dé la respuesta.  
(Hablan quedo.)

BATIN. (A Lucrecia.)

Ya que ha sido nuestra dicha  
Que esta gran señora sea  
Por quien íbamos á Mantua,  
Solo resta que yo sepa  
Si eres tú, vuesa merced,  
Señoría ó excelencia,  
Para que pueda medir  
Lo razonado á las prendas.

LUCRECIA.

Desde mis primeros años  
Sirvo, amigo, á la Duquesa.  
Soy doméstica criada,  
Visto y desnudo á su alteza.

BATIN.

¿Eres camarera?

LUCRECIA.

No.

BATIN.

Serás hácia-camarera,  
Como que lo fuiste á ser,  
Y te quedaste á la puerta...  
Tal vez tienen los señores,  
Como lo que tú me cuentas,  
Unas criadas malillas,  
Entre doncellas y dueñas,  
Que son todo y no son nada.  
¿Cómo te llamas?

LUCRECIA.

Lucrecia.

BATIN.

¿La de Roma?

LUCRECIA

Mas acá.

BATIN.

¡Gracias á Dios que con ella  
Topé! que desde su historia  
Traigo llena la cabeza  
De castidades forzadas  
Y de diligencias necias.  
¿Tú viste á Tarquino?

LUCRECIA.

¡Yo!

BATIN.

Y ¿qué hicieras si le vieras?

LUCRECIA.

¿Tienes mujer?

BATIN.

¿Por qué causa

Lo preguntas?



LUCRECIA.

Porque pueda  
Ir á tomar su consejo.

BATIN.

Heríteme por la treta.  
Tú ¿sabes quién soy?

LUCRECIA.

¿De qué?

BATIN.

¿Es posible que no llega  
Aun hasta Mantua la fama  
De Batin?

LUCRECIA.

¿Por qué excelencias?

Pero tú debes de ser  
Como unos necios, que piensan  
Que en todo el mundo su nombre  
Por único se celebra,  
Y apenas le sabe nadie.

BATIN.

No quiera Dios que tal sea,  
Ni que murmure envidioso  
De las virtudes ajenas.  
Esto dije por donaire;  
Que no porque piense ó tenga  
Satisfacción y arrogancia.  
Verdad es que yo quisiera  
Tener fama entre hombres sabios,  
Que ciencia y letras profesan;  
Que en la ignorancia común  
No es fama, sino cosecha,  
Que sembrando disparates,  
Coge lo mismo que siembra.

CASANDRA. (A Federico.)

Aun no acierto á encarecer  
El haberos conocido:  
Poco es lo que habia oído  
Para lo que vengo á ver.  
El hablar, el proceder  
A la persona conforma,  
Hijo y mi señor, de forma,  
Que muestra en lo que habeis hecho  
Cuál es el alma del pecho  
Que tan gran sugeto informa.  
Dicha ha sido haber errado  
El camino que seguí,  
Pues mas presto os conocí  
Por yerro tan acertado.  
Cual suele en el mar airado  
La tempestad, después della  
Ver aquella lumbre bella,  
Así fué mi error la noche,  
Mar el río, nave el coche,  
Yo el piloto y vos mi estrella.  
Madre os seré desde hoy,  
Señor conde Federico,  
Y deste nombre os suplico  
Que me honreis, pues ya lo soy.  
De vos tan contenta estoy,  
Y tanto el alma repara  
En prenda tan dulce y cara,  
Que me da mas regocijo  
Teneros á vos por hijo,  
Que ser duquesa en Ferrara.

FEDERICO.

Basta que me dé temor,  
Hermosa Señora, el veros;  
No me impida el responderos  
Turbarme tanto favor.  
Hoy el Duque, mi señor,  
En dos divide mi ser,  
Que del cnerpo pudo hacer  
Que mi ser primero fuese,  
Para que el alma debiese  
A mi segundo nacer.  
Destos nacimientos vos  
Llevais, Señora, la palma;  
Que para nacer con alma,  
Hoy quiero nacer de vos;  
Que, aunque quien la infunde es Dios,

Hasta que os vi, no sentía  
En qué parte la tenía;  
Pues, si conocerla os debo,  
Vos me habeis hecho de nuevo;  
Que yo sin alma vivía.  
Y desto se considera,  
Pues que de vos nacer quiero,  
Que soy el hijo primero  
Que el Duque de vos espera.  
Y de que tan hombre quiera  
Nacer, no son fantasías;  
Que para disculpas mías,  
Aquel divino crisol  
Há seis mil años que es sol,  
Y nace todos los días.

Salen EL MARQUÉS GONZAGA  
Y RUTILIO.

RUTILIO.

Aqui, Señor, los dejé.

MARQUÉS.

Extraña desdicha fuera,  
Si el caballero que dices  
No llegara á socorrerla.

RUTILIO.

Mandóme alejar, pensando  
Dar nieve al agua risueña,  
Bañando en ella los piés  
Para que corriese perlas;  
Y así no pudo llegar  
Tan presto mi diligencia,  
Y en brazos de aquel hidalgo  
Salió, Señor, la Duquesa;  
Pero como vi que estaban  
Seguras en la ribera,  
Corrí á llamarle.

MARQUÉS.

Allí está  
Entre el agua y el arena  
El coche solo.

RUTILIO.

Estos sauces  
Nos estorbaron el verla.—  
Allí está con los criados  
Del caballero.

CASANDRA.

Ya llega

Mi gente.

MARQUÉS.

¿Señora mía!...

CASANDRA.

¿Marqués!...

MARQUÉS.

Con notable pena

A todos nos ha tenido  
Hasta agora vuestra alteza.  
¡Gracias á Dios, que os hallamos  
Sin peligro!

CASANDRA.

Después dellas,  
Las dad á este caballero:  
Su piadosa gentileza  
Me sacó libre en los brazos.

MARQUÉS.

Señor Conde, ¿quién pudiera,  
Sino vos, favorecer  
A quien ya es justo que tenga  
El nombre de vuestra madre?

FEDERICO.

Señor Marqués, yo quisiera  
Ser un Jupiter entonces,  
Que transformándome cerca  
En aquel ave imperial,  
Aunque las plumas pusiera  
A la luz de tanto sol,  
Ya de Faetonte soberbia,  
Entre las doradas nubes,  
Tuson del pecho la hiciera,

Y por el aire en los brazos,  
Por mi cuidado la vieran  
Los del Duque, mi señor.

MARQUÉS.

El cielo, Señor, ordena  
Estos sucesos que veis,  
Para que Casandra os deba  
Un beneficio tan grande,  
Que desde este punto pueda  
Confirmar las voluntades,  
Y en toda Italia se vea  
Amarse tales contrarios,  
Y que en un sugeto quepan.  
(Hablan los dos, y aparte Casandra  
y Lucrecia.)

CASANDRA.

Mientras los dos hablan, dime  
Qué te parece, Lucrecia,  
De Federico.

LUCRECIA.

Señora,  
Si tú me dieses licencia,  
Mi parecer te diría.

CASANDRA.

Aunque ya no sin sospecha,  
Yo te la doy.

LUCRECIA.

Pues yo digo...

CASANDRA.

Di.

LUCRECIA.

Que mas dichosa fueras  
Si se trocara la suerte.

CASANDRA.

Aciertas, Lucrecia, y verria  
Mi fortuna; mas ya es hecho,  
Porque cuando yo quisiera,  
Fingiendo alguna invención,  
Volver á Mantua, estoy cierta  
Que me matara mi padre,  
Y por toda Italia fuera  
Fábula mi desatino;  
Fuera de que no pudiera  
Casarme con Federico;  
Y así, no es justo que vuelva  
A Mantua, sino que vaya  
A Ferrara, en que me espera  
El Duque, de cuya libre  
Vida y condicion me llevan  
Las nuevas con gran cuidado.

MARQUÉS.

Ea, nuestra gente venga,  
Y alegremente salgamos  
Del peligro desta selva.—  
Parte delante á Ferrara,  
Rutilio, y lleva las nuevas  
Al Duque del buen suceso;  
Si por ventura no llega  
Anticipada la fama,  
Que se detiene en las buenas  
Cuanto corre en siendo malas.—  
Vamos, Señora, y prevengan  
Caballo al Conde.

FLORO.

El caballo

Del Conde.

(Vase)

CASANDRA.

Vuestra excelencia  
Irá mejor en mi coche.

FEDERICO.

Como mande vuestra alteza  
Que vaya, la irá sirviendo.

El Marqués lleva de la mano á Casan-  
dra, y quédanse FEDERICO y BATIN.

BATIN.

¿Qué bizarra es la Duquesa!



FEDERICO.

¿Parécete bien, Batín?

BATIN.

Paréceme una azucena

Que está pidiendo al aurora

En cuatro cándidas lenguas

Que le trueque en cortesía

Los granos de oro á sus perlas.

No he visto mujer tan linda.

Por Dios, Señor, que si hubiera

Lugar (porque suben ya,

Y no es bien que la detengas),

Que te dijera...

FEDERICO.

No digas

Nada; que con tu agudeza

Me has visto el alma en los ojos,

Y el gusto me lisonjeas.

BATIN.

¿No era mejor para ti

Esta clavellina fresca,

Esta naranja en azar,

Toda de pimpollos hecha,

Esta alcorza de ámbar y oro,

Esta Vénus, esta Helena?

¡Pese á las leyes del mundo!

CONDE.

Vén, no les demos sospecha;

Y seré el primer alnado

A quien hermosa parezca

Su madrastra.

BATIN.

Pues, Señor,

No hay mas de tener paciencia;

Que á fe que á dos pesadumbres,

Ella te parezca fea.

Sala con vistas á un jardin, perteneciente á  
un palacio, próximo á Ferrara.

Salen EL DUQUE y AURORA.

DUQUE.

Hallarála en el camino

Federico, si partió

Cuando dicen.

AURORA.

Mucho erró,

Pues cuando el aviso vino,

Era forzoso el partir

A acompañar á su alteza.

DUQUE.

Pienso que alguna tristeza

Pudo el partir diferir;

Que en fin, Federico estaba

Seguro en su pensamiento

De heredarme, cuyo intento,

Que con mi amor consultaba,

Fundaba bien su intencion,

Porque es Federico, Aurora,

Lo que mas mi alma adora,

Y fué casarme traicion

Que hago á mi propio gusto;

Que mis vasallos han sido

Quien me han forzado y vencido

Á darle tanto disgusto;

Si bien dicen que esperaban

Tenerle por su señor,

O por conocer mi amor,

O porque también le amaban;

Mas, que los deudos que tienen

Derecho á mi sucesion,

Pondrán pleito con razon;

O que si á las armas vienen,

No pudiendo concertarlos,

Abrasarán estas tierras,

Porque siempre son las guerras

A costa de los vasallos.

Con esto determiné

Casarme: no pude mas.

AURORA.

Señor, disculpado estás:

Yerro de fortuna fué.

Pero la grave prudencia

Del Conde hallará templanza,

Para que su confianza

Tenga consuelo y paciencia.

Aunque en esta confusion

Un consejo quiero darte,

Que será remedio en parte

De su engaño y tu alicion.

Perdona el atrevimiento;

Que tiado en el amor

Que me muestras, con valor

Te diré mi pensamiento.

Yo soy, invicto Duque, tu sobrina;

Hija soy de tu hermano,

Que en su primera edad, como temprano

Almendro que la flor al cierzo inclina,

Cinco lustros ¡ay suerte

Cruel! rindió á la inexorable muerte.

Criástele en tu casa, porque luego

Quedé tambien sin madre:

Tú solo fuiste mi querido padre;

Y en el confuso laberinto ciego

De mis fortunas tristes

El hilo de oro que de luz me vistes.

Dístemelo por hermano á Federico,

Mi primo en la crianza,

A cuya siempre honesta confianza

Con dulce trato honesto amor aplico,

No menos del querida,

Viviendo entrambos una misma vida.

Una ley, un amor, un albedrio,

Una fe nos gobierna,

Que con el matrimonio será eterna,

Siendo yo suya y Federico mío;

Que aun apenas la muerte

Osará dividir lazo tan fuerte.

Desde la muerte de mi padre amado,

Tiene mi hacienda aumento:

No hay en Italia agora casamiento

Mas igual á sus prendas y á su estado;

Y yo, entre muchos grandes,

Ni miro á España ni me aplico á Flándes.

Si le casas conmigo, estas seguro

De que no se entristezca

De que Casandra sucesion te ofrezca,

Sirviendo yo de su defensa y muro.

Mira si en este medio

Promete mi consejo tu remedio.

DUQUE.

Dame tus brazos, Aurora,

Que en mi sospecha y recelo,

Eres la misma del cielo,

Que mi noche ilustra y dora.

Hoy mi remedio amaneces,

Y en el sol de tu consejo

Miro, como en claro espejo,

El que á mi sospecha ofrezces.

Mi vida y honra aseguras;

Y así, te prometo al Conde,

Si á tu honesto amor responde

La fe con que le procuras

Que bien creo que estarás

Cierta de su justo amor,

Como yo, que tu valor,

Aurora, merece mas.

Y así, pues vuestros intentos

Conformes vienen á ser,

Palabra te doy de hacer

Juntos los dos casamientos.

Venga el Conde, y tú verás

Qué día á Ferrara doy.

AURORA.

Tu hija y tu esclava soy.

No puedo decirte mas.

Sale BATIN.

BATIN.

Vuestra alteza, gran Señor,

Reparta entre mi y el viento

Las albricias, porque á entrambos

Se las debe de derecho;

Que no sé cuál de los dos

Vino en el otro corriendo;

Yo en el viento ó él en mi,

El en mis piés, yo en su vuelo.

La Duquesa, mi señora,

Viene buena, y si primero

Dijo la fama que el río,

Con atrevimiento necio,

Volvió el coche, no fué nada;

Porque el Conde al mismo tiempo

Llegó y la sacó en sus brazos,

Con que las paces se han hecho

De aquella opinion vulgar,

Que nunca bien se quisieron

Los alnados y madrastras;

Porque con tanto contento

Vienen juntos, que parecen

Hijo y madre verdaderos.

DUQUE.

Esa paz, Batín amigo,

Es la nueva que agradezco;

Y que traiga gusto el Conde,

Fuera de ser nueva, es nuevo.

Querrá Dios que Federico

Con su buen entendimiento

Se lleve bien con Casandra.

En fin, ¿ya los dos se vieron,

Y en tiempo que pudo hacerle

Ese servicio?

BATIN.

Prometo

A vuestra alteza que fué

Dicha de los dos.

AURORA.

Yo quiero

Que me des nuevas tambien.

BATIN.

¡Oh, Aurora, que á la del cielo

Das ocasion con el nombre

Para decirte conceptos!

¿Qué me quieres preguntar?

AURORA.

Deseo de saber tengo

Si es muy hermosa Casandra.

BATIN.

Esa pregunta y deseo

No era de vuestra excelencia,

Sino del Duque; mas pienso

Que entrambos sabéis por fama

Lo que repetir no puedo,

Porque ya llegan.

DUQUE.

Batín,

Ponte esta cadena al cuello.

Salen con grande ACOMPAÑAMIENTO y

bizarría RUTILIO, FLORO, ALBA-

NO, LUCINDO, EL MARQUÉS, FE-

DERICO, CASANDRA y LUCRECIA.

FEDERICO.

En esta huerta, Señora,

Os tienen hecho aposento

Para que el Duque os reciba,

En tanto que disponiendo

Queda Ferrara la entrada,

Que á vuestros merecimientos

Será corta, aunque será

La mayor que en estos tiempos

En Italia se haya visto.

CASANDRA.

Ya, Federico, el silencio  
Me provocaba á tristeza.

FEDERICO.

Fué de aquesta causa efeto.

FLORE.

Ya salen á recibiros  
El Duque y Aurora.

DUQUE.

El cielo,  
Hermosa Casandra, á quien  
Con toda el alma os ofrezco  
Estos estados, os guarde  
Para su señora y dueño,  
Para su aumento y su honor,  
Los años de mi deseo.

CASANDRA.

Para ser de vuestra alteza  
Esclava, gran Señor, vengo;  
Que deste título solo  
Recibe mi casa aumento,  
Mi padre honor y mi patria  
Gloria, en cuya fe posco  
Los méritos de llegar  
A ser digna de los vuestros.

DUQUE.

Dadme vos, señor Marqués,  
Los brazos, á quien yo debo  
Prenda de tanto valor.

MARQUÉS.

En su nombre los merezco,  
Y por la parte que tuve  
En este alegre himeneo,  
Pues hasta la ejecución  
Me sois deudor del concierto.

AURORA.

Conoced, Casandra, á Aurora.

CASANDRA.

Entre los bienes que espero  
De tanta ventura mía,  
Es ver, Aurora, que os tengo  
Por amiga y por señora.

AURORA.

Con serviros, con quereros  
Por dueño de cuanto soy,  
Solo responderos puedo.  
Dichosa Ferrara ha sido  
¡Oh Casandra! en mereceros  
Para gloria de su nombre.

CASANDRA.

Con tales favores entro,  
Que ya en todas mis acciones  
Próspero fin me prometo.

DUQUE.

Sentáos, porque os reconozcan  
Con debido amor mis deudos  
Y mi casa.

CASANDRA.

No replico;  
Cuanto mandais obedezco.  
(*Siéntanse debajo del dosel el Duque y  
Casandra, el Marqués y Aurora.*)

CASANDRA.

¿No se sienta el Conde?

DUQUE.

No;  
Porque ha de ser el primero  
Que os ha de besar la mano.

CASANDRA.

Perdonad; que no consiento  
Esa humildad.

FEDERICO.

Es agravio  
De mi amor; fuera de serlo,  
Es ir contra mi obediencia.

CASANDRA.

Eso no.

FEDERICO. (Ap.)  
Temblando llevo.

CASANDRA.

Tenéos...

FEDERICO.

No lo mandeis.  
Tres veces, Señora, beso  
Vuestra mano: una por vos,  
Con que humilde me sujeto  
A ser vuestro mientras viva,  
Destos vasallos ejemplo;  
La segunda por el Duque,  
Mi señor, á quien respeto  
Obediente; y la tercera  
Por mí, porque no teniendo  
Mas por vuestra obligación  
Ni menos por su precepto,  
Sea de mi voluntad,  
Señora, reconoceros;  
Que la que sale del alma  
Sin fuerza de gusto ajeno,  
Es verdadera obediencia.

CASANDRA.

De tan obediente cuello  
Sean cadena mis brazos.

DUQUE.

Es Federico discreto.

MARQUÉS.

Días há, gallarda Aurora,  
Que los deseos de veros  
Nacieron de vuestra fama,  
Y á mi fortuna le debo  
Que tan cerca me pusiese  
De vos, aunque no sin miedo,  
Para que sepáis de mí  
Que, puesto que se cumplieron,  
Son mayores de serviros  
Cuando tan hermosos os veo.

AURORA.

Yo, señor Marqués, estimo  
Ese favor como vuestro,  
Porque ya de vuestro nombre,  
Que por las armas eterno  
Será en Italia, tenía  
Noticia por tantos hechos.  
Lo de galán ignoraba,  
Y fué ignorancia os confieso,  
Porque soldado y galán  
Es fuerza, y mas en sugeto  
De tal sangre y tal valor.

MARQUÉS.

Pues haciendo fundamento  
De ese favor, desde hoy  
Me nombro vuestro, y prometo  
Mantener en estas huestas  
A todos los caballeros  
De Ferrara, que ninguno  
Tiene tan hermoso dueño.

DUQUE.

Que descanséis es razón;  
Que pienso que entreteneros  
Es hacer la necedad  
Que otros casados dijeron.  
No diga el largo camino  
Que he sido dos veces necio,  
Y amor que no estimo el bien,  
Pues no le agradezco el tiempo.

*Todos se entran con grandes cumplimien-  
tos, y quédanse* FEDERICO y  
BATIN.

FEDERICO.

¡Qué necia imaginación!

BATIN.

¿Cómo necia? ¿Qué tenemos?

FEDERICO.

Bien dicen que nuestra vida

Es sueño, y que toda es sueño,  
Pues que no solo dormidos,  
Pero aun estando despiertos,  
Cosas imagina un hombre  
Que al mas abrasado enfermo  
Con frenesi, no pudieran  
Llegar á su entendimiento.

BATIN.

Dices bien; que alguna vez  
Entre muchos caballeros  
Suelo estar, y sin querer  
Se me viene al pensamiento  
Dar un bofetón á uno  
Y mordelle del pescuezo.  
Si estoy en algun balcon,  
Estoy pensando y temiendo  
Echarme del y matarme.  
Si voy en algun entierro,  
Me da gana de reir;  
Si estoy en la iglesia oyendo  
Algun sermón, imagino  
Que le digo que está impreso;  
Y si dos están jugando,  
Que les tiro un candelero.  
Si cantan, quiero cantar,  
Y si alguna dama veo,  
En mi necia fantasía  
Asirla del moño intento,  
Y me salen mil colores,  
Como si lo hubiera hecho.

FEDERICO.

¡Jesus! Dios me valga. Afuera,  
Destinados conceptos  
De sueños despiertos. ¡Yo  
Tal imagino, tal pienso,  
Tal me prometo, tal digo,  
Tal fabrico, tal emprendo!  
No mas. ¡Extraña locura!

BATIN.

Pues ¡tú para mi secreto!

FEDERICO.

Batin, no es cosa que hice,  
Y así nada te reservo;  
Que las imaginaciones  
Son espíritu sin cuerpo.  
Lo que no es ni ha de ser  
No es esconderme mi pecho.

BATIN.

Y si te lo digo yo,  
¿Negarásmelo?

FEDERICO.

Primero

Que puedas adivinarlo,  
Habrá flores en el cielo,  
Y en ese jardín estrellas.

BATIN.

Pues mira cómo lo acierto:  
Que te agrada tu madrastra  
Estás entre ti diciendo.

FEDERICO.

¡No lo digas! Es verdad.  
Pero yo ¿qué culpa tengo,  
Pues el pensamiento es libre?

BATIN.

Y tanto, que por su vuelo  
La inmortalidad del alma  
Se mira como en espejo.

FEDERICO.

Dichoso es el Duque.

BATIN.

Y mucho.

FEDERICO.

Con ser imposible, llevo  
A estar envidioso del.

BATIN.

Bien puedes, con presupuesto  
De que era mejor Casandra  
Para ti.



FEDERICO.

Con eso puedo  
Morir de imposible amor  
Y tener posibles celos.

## ACTO SEGUNDO.

Sala en el palacio del Duque en Ferrara.

Salen CASANDRA y LUCRECIA.

LUCRECIA.

Con notable admiracion  
Me ha dejado vuestra alteza.

CASANDRA.

No hay alteza con tristeza,  
Y mas si bajezas son.  
Mas quisiera, y con razon,  
Ser una ruda villana  
Que me hallara la mañana  
Al lado de un labrador,  
Que desprecio de un señor  
En oro, púrpura y grana.  
¡Pluguiera á Dios que naciera  
Bajamente, pues hallara  
Quien lo que soy estimara,  
Y á mi amor correspondiera!  
En aquella humilde esfera,  
Como en las camas reales,  
Se gozan contentos tales,  
Que no los creece el valor,  
Si los efectos de amor  
Son en las noches iguales.  
No los halla á dos casados  
El sol por las vidrieras  
De cristal, á las primeras  
Luces del alba, abrazados  
Con mas gusto, ni en dorados  
Techos mas descanso halló,  
Que tal vez que penetró,  
Del aurora á los principios,  
Por mal ajustados ripios,  
Y un alma en dos cuerpos vió.  
¡Dichosa la que no siente  
Un desprecio autorizado,  
Y se levanta del lado  
De su esposo alegremente!  
La que en la primera fuente  
Mira ó lava ¡oh cosa rara!  
Con las dos manos la cara,  
Y no en llanto, cuando fue  
Mujer de un hombre sin fe,  
Con ser duque de Ferrara.  
Sola una noche le vi  
En mis brazos en un mes,  
Y muchas le vi después  
Que no quiso verme á mí.  
Pero de que viva así  
¿Cómo me puedo quejar,  
Pues que me pudo enseñar  
La fama que quien vivía  
Tan mal, no se enmendaria  
Aunque mudase lugar?  
Que venga un hombre á su casa  
Cuando viene al mundo el día,  
Que viva á su fantasía,  
Por libertad de hombre pasa  
(¿Quién puede ponerle tasa?);  
Pero quien con tal desprecio  
Trate una mujer de precio,  
De que es casado olvidado,  
O quiere ser desdichado,  
O tiene mucho de necio.  
El Duque debe de ser  
De aquellos cuya opinion  
En tomando posesion,  
Quieren en casa tener  
Como alhaja la mujer,  
Para adorno, lustre y gala,

Silla ó escritorio en sala;  
Y es término que condeno,  
Porque con marido bueno  
¿Cuándo se vió mujer mala?  
La mujer de honesto trato  
Viene para ser mujer  
A su casa; que no á ser  
Silla, escritorio ó retrato.  
Basta ser un hombre ingrato,  
Sin que sea descortes;  
Y es mejor, si causa es  
De algun pensamiento extraño,  
No dar ocasion al daño,  
Que remediarle después.

LUCRECIA.

Tu discurso me ha causado  
Lástima y admiracion;  
Que tan grande sinrazon  
Puede ponerte en cuidado.  
¿Quién pensara que casado  
Fuera el Duque tan vicioso,  
O que no siendo amoroso,  
Cortés, como dices, fuera.  
Con que tu pecho estuviera  
Para el agravio animoso?  
En materia de galan  
Puedese picar con celos,  
Y dar algunos desvelos,  
Cuando dormidos están,  
El desden, el ademan,  
La risa con quien pasó,  
Alabar al que la habló,  
Con que despierta el dormido;  
Pero celos á marido  
¿Quién en el mundo los dió?  
¿Hale escrito vuestra alteza  
A su padre estos enojos?

CASANDRA.

No, Lucrecia; que mis ojos  
Solo saben mi tristeza.

LUCRECIA.

Conforme á naturaleza  
Y á la razon, mejor fuera  
Que el Conde te mereciera.  
Y que contigo casado,  
Asegurando su estado,  
Su nieto le sucediera;  
Que aquestas melancolias  
Que trae el Conde no son.  
Señora, sin ocasion.

CASANDRA.

No serán sus fantasías,  
Lucrecia, de envidias mías,  
Ni yo hermanos le daré;  
Con que Federico esté  
Seguro que no soy yo  
La que la causa le dió.  
Desdicha de entrambos fué.

Salen el DUQUE, FEDERICO y BATIN.

DUQUE.

Si yo pensara, Conde, que te diera  
Tanta tristeza el casamiento mío,  
Antes de imaginarlo me muriera.

FEDERICO.

Señor, fuera notable desvario  
Entristecerme á mi tu casamiento.  
Ni de tu amor por eso desconfío.  
Advierta pues tu claro entendimiento  
Que si del casamiento me pesara,  
Disimular supiera el descontento.  
La falta de salud se ve en mi cara,  
Pero no la ocasion.

DUQUE.

Mucho presumen  
Los médicos de Mantua y de Ferrara.  
Y todos finalmente se resumen  
En que casarte es el mejor remedio,

Con que tales tristezas se consumen.

FEDERICO.

Para doncellas era mejor medio;  
Señor, que para un hombre de mi estado;  
Que no por esos medios me remedio.

CASANDRA. (Ap. á Lucrecia.)

Aun apenas el Duque me ha mirado.  
¡Desprecio extraño y vil descortesía!

LUCRECIA.

Si no te ha visto, no será culpado.

CASANDRA.

Fingir descuido es brava tiranía.—  
Vamos, Lucrecia; que, si no me engaño,  
Desde desden le pesará algun día.

(Vanse las dos.)

DUQUE.

Si bien de la verdad me desengañó,  
Yo quiero proponer un casamiento,  
No lejos de tu amor ni en reino extraño.

FEDERICO.

¿Es por ventura Aurora?

DUQUE.

El pensamiento  
Me hurtaste al producirle por los labios,  
Como quien tuvo el mismo sentimiento.  
Yo consulté los mas ancianos sabios  
Del magistrado mestro, y todos vienen  
En que esto sobredura tus agravios.

FEDERICO.

Poca experiencia de mi pecho tienen.  
Neciamente me juzgan agravado.  
Pues sin causa ofendido me previenen.  
Ellos saben que nunca reprobado  
Tu casamiento de mi voto ha sido;  
Antes por tu sosiego deseado.

DUQUE.

Así lo creo y siempre lo he creído;  
Y esa obediencia, Federico, pago  
Con estar de casarme arrepentido.

FEDERICO.

Señor, porque no entiendas que yo hago  
Sentimiento de cosa que es tan justa,  
Y el amor que me muestras satisfago,  
Sabré primero si mi prima gusta;  
Y luego disponiendo mi obediencia,  
Pues lo contrario fuera cosa injusta,  
Haré lo que me mandas.

DUQUE.

Su licencia  
Tengo firmada de su misma boca.

FEDERICO.

Yosé que hay novedad, de cierta ciencia,  
Y que porque á servirla le provoca,  
El Marqués en Ferrara se ha quedado.

DUQUE.

Pues eso, Federico, ¿qué te toca?

FEDERICO.

Al que se ha de casar le da cuidado  
El galan que ha servido, y aun enojos;  
Que es escribir sobre papel borrado.

DUQUE.

Si aadan los hombres á mirar antojos,  
Encierren en castillos las mujeres  
Desde que nacen, contra tantos ojos;  
Que el mas puro cristal, si verte quieres,  
Semancha del aliento; mas ¿qué importa  
Si del mirar escrupulosos eres?  
Pues luego que se limpia y se reporta,  
Tan claro queda como estaba de antes.

FEDERICO.

Muy bien tu ingenio y tu valor me exhor-  
Señor, cuando centellas rutilantes tra-  
Escupe alguna fragua, y el que fragua  
Quiere apagar las llamas resonantes,  
Moja las brasas de la ardiente fragua;  
Pero rebeldes ellas, crecen luego,  
Y arde el fuego voraz lamiendo el agua.



Así un marido del amante ciego  
Templó el deseo y la primera llama;  
Pero puede volver mas vivo el fuego;  
Y así, debo temerme de quien ama;  
Que no quiero ser agua que le aumente,  
Dando fuego á mi honor y humo á mi  
Duque. [fama.]  
Muy necio, Conde, estás y impertinente.  
Hablas de Aurora, cual si noche fuera,  
Con bárbaro lenguaje y indecente.

FEDERICO.

Espera.

DUQUE.

¿Para qué?

FEDERICO.

Señor, espera.

(Vase el Duque.)

BATIN.

¡Oh qué bien has negociado!  
La gracia del Duque!

FEDERICO.

Espero

Su desgracia, porque quiero  
Ser en todo desdichado;  
Que mi desesperacion  
Ha llegado á ser de suerte,  
Que solo para la muerte  
Me permite apelacion.  
Y si muriera, quisiera  
Poder volver á vivir  
Mil veces, para morir  
Cuantas á vivir volviera.  
Tal estoy, que no me atrevo  
Ni á vivir ni á morir ya,  
Por ver que el vivir será  
Volver á morir de nuevo.  
Y si no soy mi homicida,  
Es por ser mi mal tan fuerte,  
Que porque es menos la muerte,  
Me dejo estar con la vida.

BATIN.

Segun esto, ni tú quieres  
Vivir, Conde, ni morir;  
Que entre morir y vivir  
Como hermafrodita eres;  
Que como aquel se compone  
De hombre y mujer, tú de muerte  
Y vida; que de tal suerte  
La tristeza te dispone,  
Que ni eres muerte ni vida.  
Pero, por Dios, que, mirado  
Tu desesperado estado,  
Me obligas á que te pida  
O la razon de tu mal  
O la licencia de irme  
Adonde que fui conforme  
Desdichado por leal.  
Dame tu mano.

FEDERICO.

Batin,

Si yo decirte pudiera  
Mi mal, mal posible fuera.  
Y mal que tuviera fin.  
Pero la desdicha ha sido  
Que es mi mal de condicion,  
Que no cabe en mi razon,  
Sino solo en mi sentido;  
Que cuando por mi consuelo  
Voy á hablar, me pone en calma  
Ver que de la lengua al alma  
Hay mas que del suelo al cielo.  
Véte, si quieres, tambien.  
Y déjame solo aqui.  
Porque no haya cosa en mi  
Que aun tenga sombra de bien.

Salen CASANDRA y AURORA.

CASANDRA.

¿Deso lloras?

AURORA.

¿Le parece

A vuestra alteza, Señora,  
Sin razon, si el Conde agora  
Me desprecia y aborrece?  
Dice que quiero al marqués  
Gonzaga. ¡Yo á Carlos! Yo!  
¿Cuándo? Cómo? Pero no;  
Que ya sé lo que esto es.

El tiene en su pensamiento  
Irse á España, despedido  
De ver su padre casado;  
Que antes de su casamiento  
La misma luz de sus ojos  
Era yo; pero ya soy  
Quien en los ojos le doy,  
Y mis ojos sus enojos.

¿Qué aurora nuevas el día  
Trujo al mundo, sin hallar  
Al Conde, donde á buscar  
La de sus ojos venia?

¿En qué jardin, en qué fuente  
No me dijo el Conde amores?  
¿Qué jazmines ó qué flores  
No fueron mi boca y frente?

Cuando de mí se apartó,  
¿Qué instante vivió sin mí?  
O ¿cómo viviera en sí,  
Si no le animara yo?

Que tanto el trato acrisola  
La fe de amor, que de dos  
Almas que nos puso Dios,  
Hicimos una alma sola.  
Esto desde tiernos años,  
Porque con los dos nació  
Este amor, que hoy acabó  
A manos de sus engaños.  
Tanto pudo la ambicion  
Del estado que ha perdido.

CASANDRA.

Pésame de que haya sido.  
Aurora, por mi ocasion;  
Pero templa tus desvelos  
Mientras voy á hablar con él,  
Si bien es cosa cruel  
Poner en razon los celos.

AURORA.

¿Yo celos!

CASANDRA.

Con el Marqués,  
Dice el Duque.

AURORA.

Vuestra alteza  
Crea que aquella tristeza  
Ni es amor ni celos es.

(Vase.)

CASANDRA.

Federico...

FEDERICO.

Mi señora,

Dé vuestra alteza la mano  
A su esclavo.

CASANDRA.

¿Tu en el suelo!

Conde, no te humilles tanto;  
Que te llamaré excelencia.

FEDERICO.

Será de mi amor agravio.  
Ni me pienso levantar  
Sin ella.

CASANDRA.

Aqui estan mis brazos.

¿Qué tienes? Qué has visto en mí?  
Parece que estas temblando.  
¿Sabes ya lo que te quiero?

FEDERICO.

Al haberlo adivinado  
El alma, lo dijo al pecho.  
El pecho al rostro, causando  
El sentimiento que miras.

CASANDRA.

Déjanos solos un rato,  
Batin: que tengo que hablar  
Al Conde.

BATIN. (Ap.)

¡El Conde turbado,  
Y hablarle Casandra á solas!  
No lo entiendo.

(Vase.)

FEDERICO. (Ap.)

¡Ay cielo! en tanto  
Que muero fenix, poned  
A tanta llama descanso,  
Pues otra vida me espera.

CASANDRA.

Federico, aunque reparo  
En lo que me ha dicho Aurora  
De tus celosos envidios  
Después que vino conmigo  
A Ferrara el marqués Carlos,  
Por quien de casarte dejas,  
Apenas me persuadió  
Que tus meritos desprecies,  
Siendo, como dicen, sabios  
Desconfianza y envidia:  
Que mas tiene de soldado,  
Aunque es gallardo el Marqués,  
Que de galan cortesano.  
De suerte que solo pienso  
De tu tristeza y recato  
Que es porque el Duque, tu padre,  
Se casó conmigo, dando  
Por ya perdida la accion,  
A la luz del primer parto,  
Que á sus estados tenias.  
Y siendo así que yo causo  
Tu desasosiego y pena,  
Desde aqui te desengañó,  
Que puedes estar seguro  
De que no tendrás hermanos;  
Porque el Duque, solamente  
Por cumplir con sus vasallos,  
Este casamiento ha hecho;  
Que sus viciosos regalos,  
Por no les dar otro nombre,  
Apenas el breve espacio  
De una noche, que á su cuenta  
Fue cifra de muchos años.  
Mis brazos le permitieron;  
Y á los deleites pasados  
Ha vuelto con mayor furia,  
Roto el freno de mis brazos.  
Como se suelta al estruendo  
Un arrogante caballo  
Del atambor (porque quiero  
Usar de término casto),  
Que del bordado jaez  
Va sembrando los pedazos,  
Allí las piezas del freno  
Vertiendo espumosos rayos.  
Allí la barba y la rienda,  
Allí las cintas y lazos;  
Así el Duque, la obediencia  
Rota al matrimonio santo,  
Va por mujercillas viles  
Pedazos de honor sembrando.  
Allí se deja la fama,  
Allí los laureles y arcos,  
Los titulos y los nombres  
De sus ascendientes claros;  
Allí el valor, la salud  
Y el tiempo tan mal gastado,  
Haciendo las noches días  
En estos indignos pasos:  
Con que sabrás cuán seguro  
Estás de heredar su estado;  
O escribiendo yo á mi padre  
Que es, mas que esposo, tirano,  
Para que me saque libre  
Del Argel de su palacio,  
Si no anticipa la muerte  
Breve fin á tantos daños.

FEDERICO.

Comenzando vuestra alteza  
 Riñéndome, acaba en llanto  
 Sin discurso, que pudiera  
 En el mas duro peñasco  
 Imprimir dolor. ¿Qué es esto?  
 Sin duda que me ha mirado  
 Por hijo de quien la ofende;  
 Pero yo la desengañó  
 Que no parezca hijo suyo  
 Para tan injustos casos.  
 Esto persuadido así,  
 De mi tristeza, me espanto  
 Que la atribuyas, Señora,  
 A pensamientos tan bajos.  
 ¿Ha menester Federico,  
 Para ser quien es, estados?  
 ¿No lo son los de mi prima,  
 Si yo con ella me caso.  
 O si la espada por dicha  
 Contra algun principe saco  
 Destos confinantes nuestros,  
 Los que me quitan restauo?  
 No procede mi tristeza  
 De interés; y aunque me alargó  
 A mas de lo que es razon,  
 Sabe, Señora, que paso  
 Una vida la mas triste  
 Que se cuenta de hombre humano  
 Desde que amor en el mundo  
 Puso las flechas al arco.  
 Yo me muero sin remedio,  
 Mi vida se va acabando,  
 Como vela, poco á poco:  
 Y ruego á la muerte en vano  
 Que no aguarde á que la cera  
 Llegue al último desmayo,  
 Sino que con breve soplo  
 Cubra de noche mis años.

CASANDRA.

Deten, Federico ilustre,  
 Las lágrimas; que no ha dado  
 El cielo el llanto á los hombres,  
 Sino el ánimo gallardo.  
 Naturaleza el llorar  
 Vinculó por mayorazgo  
 En las mujeres, á quien,  
 Aunque hay valor, faltan manos;  
 No en los hombres, que una vez  
 Solo pueden, y es en caso  
 De haber perdido el honor,  
 Mientras vengan el agravio.  
 ¡Mal haya Aurora y sus celos,  
 Que un caballero bizarro,  
 Discreto, dulce y tan digno  
 De ser querido, á un estado  
 Han reducido tan triste!

FEDERICO.

No es Aurora; que es engaño.

CASANDRA.

Pues ¿quién es?

FEDERICO.

El mismo sol;  
 Que de esas auroras hallo  
 Muchas siempre que amanece.

CASANDRA.

¿Que no es Aurora?

FEDERICO.

Mas alto  
 Vuela el pensamiento mío.

CASANDRA.

¿Mujer te ha visto y hablado,  
 Y tú le has dicho tu amor,  
 Que puede con pecho ingrato  
 Corresponderle? ¿No miras  
 Que son efectos contrarios,  
 Y proceder de una causa  
 Parece imposible?

FEDERICO.

Quando

Supieras tú el imposible,  
 Dijeras que soy de mármol,  
 Pues no me matan mis penas,  
 O que vivo de milagro.  
 ¿Qué Faetonte se atrevió  
 Del sol al dorado carro,  
 O aquel que juntó con cera,  
 Débiles plumas infausto,  
 Que sembradas por los vientos,  
 Pájaros que van volando  
 Las creyó el mar, hasta verlas  
 En sus cristales salados?  
 ¿Qué Belerofonte vió  
 En el caballo Pegaso  
 Parecer el mundo un punto  
 Del círculo de los astros?  
 Qué griego Sinon metió  
 Aquel caballo preñado  
 De armados hombres en Troya,  
 Fatal de su incendio parto?  
 Qué Jason tentó primero  
 Pasar el mar temerario,  
 Poniendo yugo á su cuello  
 Los pinos y lienzos de Argos,  
 Que se iguale á mi locura?

CASANDRA.

¿Estás, Conde, enamorado  
 De alguna imagen de bronce,  
 Ninfá ó diosa de alabastro?  
 Las almas de las mujeres  
 No las viste jasper helado,  
 Ligera cortina cubre  
 Todo pensamiento humano.  
 Jamás amor llamó al pecho,  
 Siendo con méritos tantos,  
 Que no respondiese el alma:  
 «Aquí estoy; pero entrad paso.»  
 Dile tu amor, sea quien fuere;  
 Que no sin causa pintaron  
 Á Venus tal vez los griegos  
 Rendida á un sátiro ó fauno.  
 Mas alta se ve la luna,  
 Y de su cerco argentado  
 Bajó por Endimión  
 Mil veces al monte Latmo.  
 Toma mi consejo, Conde;  
 Que el edificio mas casto  
 Tiene la puerta de cera.  
 Habla, y no mueras callando.

FEDERICO.

El cazador con industria  
 Pone al pelicano indiano  
 Fuego al rededor del nido;  
 Y él, decendiendo de un árbol,  
 Para librar á sus hijos  
 Bate las alas turbado,  
 Con que mas enciende el fuego  
 Que piensa que está matando.  
 Finalmente, se le queman,  
 Y sin alas, en el campo  
 Se deja coger, no viendo  
 Que era imposible volando.  
 Mis pensamientos, que son  
 Hijos de mi amor, que guardo  
 En el nido del silencio,  
 Se están, Señora, abrasando:  
 Bate las alas amor,  
 Y enciéndelos por librarlos.  
 Crece el fuego, y él se quema.  
 Tú me engañas, yo me abraso;  
 Tú me incitas, yo me pierdo;  
 Tú me animas, yo me espanto;  
 Tú me esfuerzas, yo me turbo;  
 Tú me libras, yo me enlazo;  
 Tú me llevas, yo me quedo;  
 Tú me enseñas, yo me atajo;  
 Porque es tanto mi peligro,  
 Que juzgo por menos daño,  
 Pues todo ha de ser morir,  
 Morir sufriendo y callando. (Vase.)

CASANDRA.

No ha hecho en la tierra el cielo

Cosa de mas confusion  
 Que fué la imaginacion  
 Para el humano desvelo.  
 Ella vuelve el fuego en hielo,  
 Y en el color se transforma  
 Del deseo, donde forma  
 Guerra, paz, tormenta y calma,  
 Y es una manera de alma  
 Que mas engaña que informa.  
 Estos oscuros intentos,  
 Estas claras confusiones,  
 Mas que me han dicho razones,  
 Me han dejado pensamientos.  
 ¿Qué tempestades los vientos  
 Mueven de mas variedades  
 Que estas confusas verdades  
 En una imaginacion?  
 Porque las del alma son  
 Las mayores tempestades.  
 Cuando á imaginar me inclino  
 Que soy la que quiere el Conde,  
 El mismo engaño responde  
 Que lo imposible imagino.  
 Luego mi fatal destino  
 Me ofrece mi casamiento,  
 Y en lo que siento, consiento;  
 Que no hay tan grande imposible  
 Que no le juzgue visible  
 Los ojos del pensamiento.  
 Tantas cosas se me ofrecen  
 Juntas, como esto ha caído  
 Sobre un bárbaro marido,  
 Que pienso que me enloquecen.  
 Los imposibles parecen  
 Fáciles, y yo, engañada,  
 Ya pienso que estoy vengada;  
 Mas siendo error tan injusto,  
 A la sombra de mi gusto  
 Estoy mirando su espada.  
 Las partes del Conde son  
 Grandes; pero mayor fuera  
 Mi desatino si diera  
 Puerta á tan loca pasion.  
 No mas, necia confusion.  
 Salid, cielo, á la defensa,  
 Aunque no yerra quien piensa;  
 Porque en el mundo no hubiera  
 Hombre con honra si fuera  
 Ofensa pensar la ofensa.  
 Hasta agora no han errado  
 Ni mi honor ni mi sentido,  
 Porque lo que he consentido  
 Ha sido un error pintado.  
 Consentir lo imaginado,  
 Para con Dios es error,  
 Mas no para el deshonor;  
 Que diferencian intentos  
 El ver Dios los pensamientos  
 Y no los ver el honor.

Sale AURORA.

AURORA.

Larga plática ha tenido  
 Vuestra alteza con el Conde.  
 ¿Qué responde?

CASANDRA.

Que responde

A tu amor agradecido.  
 Sosiega, Aurora, sus celos;  
 Que esto pretende no mas. (Vase.)

AURORA.

¿Qué tibio consuelo das  
 A mis ardientes desvelos!  
 ¿Que pueda tanto en un hombre  
 Que adoró mis pensamientos,  
 Ver burlados los intentos  
 De aquel ambicioso nombre  
 Con que heredaba á Ferrara!  
 Eres poderoso, amor:  
 Por ti ni en vida ni honor,



Ni aun en alma se repara.  
Y Federico se muere.  
Que me solia querer,  
Con la tristeza de ver  
Lo que de Casandra infiere.  
Pero, pues él ha fingido  
Celos por disimular  
La ocasion, y despertar  
Suelen el amor dormido,  
Quiero dárselos de veras,  
Favoreciendo al Marqués.

Salen RUTILIO y EL MARQUÉS.

RUTILIO.

Con el contrario que ves,  
En vano remedio esperas  
De tus locas esperanzas.

MARQUÉS.

Calla, Rutilio; que aquí  
Está Aurora.

RUTILIO.

Y tú sin ti,  
Firme entre tantas mudanzas.

MARQUÉS.

Aurora del claro día  
En que te dieron mis ojos,  
Con toda el alma en despojos,  
La libertad que tenia;  
Aurora, que el sol envia  
Cuando en mi pena anochece,  
Por quien ya cuanto florece  
Viste colores hermosas,  
Pues entre perlas y rosas  
De tus labios amaneece:  
Desde que de Mantua vine,  
Hice con poca ventura  
Eleccion de tu hermosura,  
Que no hay alma que no incline.  
¿Qué mal mi engaño previne,  
Puesto que el alma te adora,  
Pues solo sirve, Señora,  
De que te canses de mí,  
Hallando mi noche en ti,  
Cuando te suspiro aurora!  
No el verte desdicha ha sido;  
Que ver luz nunca lo fué,  
Sino que mi amor te dé  
Causa para tanto olvido.  
Mi partida he prevenido.  
Que es el remedio mejor:  
Fugitivo á tu rigor,  
Voy á buscar resistencia  
En los milagros de ausencia  
Y en las venganzas de amor.  
Dame licencia y la mano.

AURORA.

No se morirá de triste  
El que tan poco resiste,  
Ni galán ni cortesano,  
Marqués, el primer desden;  
Que no están hechos favores  
Para primeros amores  
Antes que se quiera bien.  
Poco amais, poco sufris;  
Pero en tal desigualdad,  
Con la misma libertad  
Que licencia me pedis,  
Os mando que no os portais.

MARQUÉS.

Señora, á tan gran favor,  
Aunque parece rigor,  
Con que esperar me mandais,  
No los diez años que á Troya  
Cercó el griego, ni los siete  
Del pastor á quien promete  
Laban su divina joya,  
Pero siglos inmortales,  
Como Tántalo, estaré  
Entre la duda y la fe  
De vuestros bienes y males.

L-I.

Albricias quiero pedir  
A mi amor de mi esperanza.  
Mientras el bien no se alcanza,  
Méritos tiene el sufrir.

Salen EL DUQUE, FEDERICO y BATIN.

DUQUE.

Escribeme el Pontifice por esta  
Que luego á Roma parta.

FEDERICO.

Y ¿no dice la causa en esa carta?

DUQUE.

Y que sea la respuesta,  
Conde, partirme al punto.

FEDERICO.

Si lo encubres, Señor, no lo pregunto.

DUQUE.

¿Cuándo te encubro yo, Conde, mi pe-  
Solo puedo decirte que sospecho [cho?  
Que con las guerras que en Italia tiene,  
Si numeroso ejército previene,  
Podemos presumir que hacerme intenta  
General de la Iglesia; que á mi cuenta  
Tambien querrá que con dinero ayude,  
Si no es que en la eleccion de intento  
FEDERICO. [nude.

No en vano lo que piensas me encubrias,  
Si solo te partias;  
Que ya será conmigo; que á tu lado  
No pienso que tendrás mejor soldado.

DUQUE.

Eso no podrá ser, porque no es justo,  
Conde, que sin los dos mi casa quede.  
Ninguno como tú regirla puede:  
Esto es razon y basta ser mi gusto.

FEDERICO.

No quiero darte, gran Señor, disgusto.  
Pero en Italia ¿qué dirán si quedo?

DUQUE.

[puedo  
Que esto es gobierno, y que sufrir no  
Aun de mi proprio hijo compañía.

FEDERICO.

Notable prueba en la obediencia mia.  
(Vase el Duque.)

BATIN.

Mientras con el Duque hablaste,  
He reparado en qué Aurora,  
Sin hacer caso de ti,  
Con el Marqués habla á solas.

FEDERICO.

¿Con el Marqués?

BATIN.

Si, Señor.

FEDERICO.

Y ¿qué piensas tú que importa?

AURORA. (Al Marqués.)

Esta banda prenda sea  
Del primer favor.

MARQUÉS.

Señora,

Será cadena en mi cuello.  
Será de mi mano esposa.  
Para no darla en mi vida:  
Si quereis que me la ponga,  
Será doblado el favor.

AURORA.

(Ap. Aunque es venganza amorosa,  
Parece á mi amor agravio.)  
Porque de dueño mejora,  
Os ruego que os la pongais.

BATIN.

Ser las mujeres traidoras  
Fué de la naturaleza  
Invencion maravillosa;  
Porque, si no fueran falsas

(Algunas digo, no todas),  
Idolatraran en ellas  
Los hombres, que las adoran.  
¿No ves la banda?

FEDERICO.

¿Qué banda?

BATIN.

¿Qué banda? ¡Graciosa cosa!  
Una que lo fué del sol.  
Cuando lo fué de una sola,  
En la gracia y la hermosura,  
Planetas con que la adorna;  
Y agora, como en eclipse,  
Del dragon lo extremo toca.  
Yo me acuerdo, cuando fuera  
La banda de la discordia,  
Como la manzana de oro  
De París y las tres diosas.

FEDERICO.

Eso fué entonces, Batin;  
Pero es otro tiempo agora.

AURORA. (Al Marqués.)

Venid al jardin conmigo.  
(Vanse los dos.)

BATIN.

¿Con qué libertad la toma  
De la mano y se van juntos!

FEDERICO.

¿Qué quierens, si se conforman  
Las almas?

BATIN.

¿Eso respondes?

FEDERICO.

¿Qué quierens que te responda?

BATIN.

Si un cisne no sufre al lado  
Otro cisne, y se remonta  
Con su prenda muchas veces  
A las extranjeras ondas;  
Y un gallo, si al de otra casa  
Con sus gallinas le topa,  
Con el suyo le deshace  
Los picos de la corona;  
Y encrespando su turbante,  
Turco por la barba roja,  
Celoso vencerle intenta  
Hasta en la nocturna solfa;  
¿Cómo sufres que el Marqués  
A quitarte se disponga  
Prenda que tanto quisiste?

FEDERICO.

Porque la venganza propia  
Para castigar las damas,  
Que á los hombres ocasionan,  
Es dejarlas con su gusto;  
Porque aventura la honra  
Quien la pone en sus mudanzas.

BATIN.

Dame por Dios una copia  
De ese arancel de galanes,  
Tomarle de memoria.  
No, Conde: misterio tiene  
Tu sufrimiento, perdona;  
Que pensamientos de amor  
Son arcaduces de noria.  
Y deja el agua primera.  
El que la segunda toma.  
Por nuevo cuidado dejas  
El de Aurora; que si sobra  
El agua, ¿cómo es posible  
Que pueda ocuparse de otra?

FEDERICO.

Bachiller estás, Batin,  
Pues con fuerza cautelosa  
Lo que no entiendo de mí  
A presumir te provocas.  
Entra, y mira qué hace el Duque,  
Y de partida te informa,



Porque vaya á acompañarle.

BATIN.

Sin causa necio me nombras,  
Porque abonar tus tristezas  
Fuera mas necia lisonja. (Vase.)

FEDERICO.

¿Qué buseas, imposible pensamiento?  
Barbaro, ¿qué me quieres? Qué me in-  
[citas?

¿Por qué la vida sin razon me quitas,  
Donde volando aun no te quiere el vien-

Deten el vagaroso movimiento; [to?  
Que la muerte de entrambos solicitas:  
Déjame descansar, y no permitas  
Tan triste fin á tan glorioso intento.

No hay pensamiento, si rindió despo-  
[jos,

Que sin determinado fin se aumente,  
Pues dándole esperanzas, sufre enojos.

Todo es posible á quien amando in-  
Y solo tú naciste de mis ojos, [tente;  
Para ser imposible eternamente.

Sale CASANDRA.

CASANDRA. (Ap.)

Entre agravios y venganzas  
Anda solícito amor  
Después de tantas mudanzas,  
Sembrando contra mi honor  
Mal nacidas esperanzas.  
En cosas inaccesibles  
Quiere poner fundamentos,  
Como si fuesen visibles;  
Que no puede haber contentos  
Fundados en imposibles.  
En el ánimo que inclino  
Al mal, por tantos disgustos  
Del Duque, loca imagino  
Hallar venganzas y gustos  
En el mayor desatino.  
Al galán Conde y discreto,  
Y su hijo, ya permito  
Para mi venganza efeto.  
Pues para tanto delito  
Conviene tanto secreto.  
Vile turbado, llegando  
A decir su pensamiento,  
Y desmayarse temblando,  
Aunque es mas atrevimiento  
Hablar un hombre callando.  
Pues de aquella turbacion  
Tanto el alma satisface,  
Dándome el Duque ocasion,  
Que hay dentro de mí quien dice  
Que si es amor, no es traicion;  
Y que cuando ser pudiera  
Rendirme desesperada  
A tanto valor, no fuera  
La postrera enamorada,  
Ni la traidora primera.  
A sus padres han querido  
Sus hijas, y sus hermanos  
Algunas: luego no han sido  
Mis sucesos inhumanos.  
Ni mi propia sangre olvido.  
Pero no es disculpa igna  
Que haya otros males, de quien  
Me valga en peligro tal;  
Que para pecar no es bien  
Tomar ejemplo del mal.  
Este es el Conde. ¡Ay de mí!  
Pero ya determinada,  
¿Qué temo?

FEDERICO. (Ap.)

Ya viene aquí,  
Desnuda la dulce espada,  
Por quien la vida perdí.  
¡Oh hermosura celestial!

CASANDRA.

¿Cómo te va de tristeza,

Federico, en tanto mal?

FEDERICO.

Responderé á vuestra alteza  
Que es mi tristeza inmortal.

CASANDRA.

Destemplan melancolías  
La salud: enfermo estás.

FEDERICO.

Traigo unas necias porfías,  
Sin que pueda decir mas,  
Señora, de que son mías.

CASANDRA.

Si es cosa que yo la puedo  
Remediar, fia de mí,  
Que en amor tu amor excedo.

FEDERICO.

Mucho fiara de ti;  
Pero no me deja el miedo.

CASANDRA.

Dijíste me que era amor  
Tu mal.

FEDERICO.

Mi pena y mi gloria  
Nacieron de su rigor.

CASANDRA.

Pues oye una antigua historia;  
Que el amor quiere valor.  
Antico, enamorado  
De su madrastra, enfermó  
De tristeza y de cuidado.

FEDERICO.

Bien hizo si se murió;  
Que yo soy mas desdichado.

CASANDRA.

El Rey su padre, afligido,  
Cuanto médicos tenia  
Juntó, y fué tiempo perdido;  
Que la causa no sufría  
Que fuese amor conocido.  
Mas Erostrato, mas sabio  
En su ciencia que Galeno,  
Conoció luego su agravio;  
Pero que estaba el veneno  
Entre el corazon y el labio.  
Tomóle el pulso, y mandó  
Que cuantas damas habia  
En palacio, entrasen.

FEDERICO.

Yo

Presumo, Señora mía,  
Que algun espíritu habló.

CASANDRA.

Cuando su madrastra entraba,  
Conoció en la alteracion  
Del pulso, que ella causaba  
Su mal.

FEDERICO.

¡Extraña invencion!

CASANDRA.

Tal en el mundo se alaba.

FEDERICO.

Y ¿tuvo remedio así?

CASANDRA.

No niegues, Conde, que yo  
He visto lo mismo en tí.

FEDERICO.

Pues ¿enojaráste?

CASANDRA.

No.

FEDERICO.

Y ¿tendrás lástima?

CASANDRA.

Sí.

FEDERICO.

Pues, Señora, yo he llegado,

Perdido á Dios el temor

Y al Duque, á tan triste estado,  
Que este mi imposible amor  
Me tiene desesperado.

En fin, Señora, me veo

Sin mí, sin vos y sin Dios:

Sin Dios, por lo que os deseo;

Sin mí, porque estoy sin vos;

Sin vos, porque no os poseo.

Y por si no lo entendéis,

Haré sobre estas razones

Un discurso, en que podréis

Conocer de mis pasiones

La culpa que vos teneis.

Aunque dicen que el no ser

Es, Señora, el mayor mal,

Tal por vos me vengo á ver,

Que para no verme tal,

Quisiera dejar de ser.

En tantos males me empleo,

Después que mi ser perdi,

Que aunque no verme desseo,

Para ver si soy quien fui,

En fin, Señora, me veo.

Al decir que soy quien soy,

Tal estoy, que no me atrevo,

Y por tales pasos voy,

Que aun no me acuerdo que debo

A Dios la vida que os doy.

Culpa tenemos los dos

Del no ser que soy agora,

Pues olvidado por vos

De mí mismo, estoy, Señora,

Sin mí, sin vos y sin Dios.

Sin mí no es mucho, pues ya

No hay vida sin vos, que pida

Al mismo que me la da;

Pero sin Dios, con ser vida,

¿Quién sino mi amor está?

Si en deseáros me empleo,

Y él manda no desear

La hermosura que en vos veo,

Claro está que vengo á estar

Sin Dios, por lo que os deseo.

¡Oh, qué loco barbarismo

Es presumir conservar

La vida en tan ciego abismo

Hombre que no puede estar

Ni en vos ni en Dios ni en sí mismo!

¿Qué habemos de hacer los dos,

Pues á Dios por vos perdi,

Después que os tengo por Dios,

Sin Dios, porque estáis en mí,

Sin mí, porque estoy sin vos?

Por haceros solo bien,

Mis males vengo á sufrir;

Yo tengo amor, vos desden,

Tanto, que puedo decir:

Mirad ¡con quién y sin quién!

Sin vos y sin mí peleo

Con tanta desconfianza:

Sin mí, porque en vos ya veo

Imposible mi esperanza;

Sin vos, porque no os poseo.

CASANDRA.

Conde, cuando yo imagino

A Dios y al Duque, confieso

Que tiemblo, porque advino

Juntos para tanto exceso

Poder humano y divino;

Pero viendo que el amor

Halló en el mundo disculpa,

Halló mi culpa menor,

Porque hace menor la culpa

Ser la disculpa mayor.

Muchos ejemplo me dieron,

Que á errar se determinaron;

Porque los que errar quisieron,

Siempre miran los que erraron,

No los que se arrepintieron.

Si remedio puede haber,

Es huir de ver y hablar;

Porque con no hablar ni ver,  
O el vivir se ha de acabar,  
O el amor se ha de vencer.  
Huye de mí; que de ti  
Yo no sé si huir podré,  
O me dará muerte á mí.

FEDERICO.

Yo, Señora, moriré;  
Que es lo más que haré por mí.  
No quiero vida: ya soy  
Cuerpo sin alma, y de suerte  
A buscar mi muerte voy,  
Que aun no pienso hallar mi muerte,  
Por el placer que me doy.  
Sola una mano suplico  
Que me des; dame el veneno  
Que me ha muerto.

CASANDRA.

Federico,

Todo principio condono,  
Si pólvora al fuego aplico.  
Véte con Dios.

FEDERICO.

¡Qué traición!

CASANDRA. (Ap.)

Ya determinada estuve;  
Pero advertir es razón  
Que por una mano sube  
El veneno al corazón.

FEDERICO.

Sirena, Casandra, fuiste:  
Cantaste para meterme  
En el mar, donde me diste  
La muerte.

(Entrándose cada uno por su parte.)

CASANDRA.

Yo he de perderme:

Ten, honor; fama, resiste.

FEDERICO.

Apenas á andar acierto.

CASANDRA.

Alma y sentidos perdi.

FEDERICO.

¡Oh, qué extraño desconcierto!

CASANDRA.

Yo voy muriendo por ti.

FEDERICO.

Yo no, porque ya voy muerto.

## ACTO TERCERO.

Salen AURORA y EL MARQUÉS.

AURORA.

Yo te he dicho la verdad.

MARQUÉS.

No es posible persuadirme.

Mira si nos oye alguno,  
Y mira bien lo que dices.

AURORA.

Para pedirte consejo,  
Quise, Marqués, descubrirte  
Esta maldad.

MARQUÉS.

¿De qué suerte

Ver á Casandra pudiste  
Con Federico?

AURORA.

Está atento.

Yo te confieso que quise  
Al Conde, de quien lo fui.  
Mas traidor que el griego Ulises.  
Creció nuestro amor el tiempo;  
Mi casamiento previne,  
Cuando fueron por Casandra,  
En fe de palabras firmes,

Si lo son las de los hombres  
Cuando sus iguales sirven.  
Fué Federico por ella.  
De donde vino tan triste,  
Que en proponiéndole el Duque  
Lo que de los dos le dije,  
Se disculpó con tus celos.  
Y como el amor permite

Que cuando camina poco,  
Fingidos celos le piquen,  
Diselos contigo, Carlos;  
Pero el mismo efecto hice  
Que en un diamante; que celos  
Donde no hay amor, no imprimen.  
Pues viéndome despreciada  
Y á Federico tan libre,  
Di en inquirir la ocasión,  
Y como celos son linceas  
Que las paredes penetran,  
A saber la causa vine.

En correspondencia tiene,  
Sirviéndoles de tapices  
Retratos, vidrios y espejos,  
Dos iguales camarines  
El tocador de Casandra;  
Y como sospechas pisen  
Tan quedo, dos cuadras antes  
Miré y vi; caso terrible!  
En el cristal de un espejo  
Que el Conde las rosas mide  
De Casandra con los labios.

Con esto, y sin alma, fuíme,  
Donde lloré mi desdicha  
Y la de los dos; que viven,  
Ausente el Duque, tan ciegos,  
Que parece que compiten  
En el amor y el desprecio,  
Y gustan que se publique  
El mayor atrevimiento  
Que pasara entre gentiles,  
O entre los desnudos cafres  
Que lobos marinos visten.

Parecióme que el espejo  
Que los abrazos repite,  
Por no ver tan gran fealdad  
Escureció los alindes;  
Pero, mas curioso amor,  
La infame empresa prosigue,  
Donde no ha quedado agravio  
De que no me certifique.  
El Duque dicen que viene  
Vitorioso, y que le ciñen  
Sacros laureles la frente  
Por las hazañas felices  
Con que del pastor de Roma  
Los enemigos reprime.  
Dime: ¿qué tengo de hacer  
En tanto mal? Que me afligen  
Sospechas de mayor daño,  
Si es verdad que me dijiste  
Tantos amores con alba;  
Aunque soy tan infelice,  
Que parecieras al Conde  
En engañarme ó en irte.

MARQUÉS.

Aurora, la muerte sola  
Es sin remedio invencible,  
Y aun á muchos hace el tiempo  
En el túmulo fenices;  
Porque dicen que no mueren  
Los que por su fama viven.  
Dile que te case al Duque;  
Que, como el sí me confirmes,  
Con irnos los dos á Mantua,  
No hayas miedo que peligros.  
Que si se arroja en el mar,  
Con el dolor insufrible  
De los hijos que le quitan  
Los cazadores, el tigre,  
Cuando no puede alcanzarlos,  
¿Qué hará el ferrarés Aquiles  
Por el honor y la fama?

¿Cómo quieres que se limpie  
Tan fea mancha sin sangre,  
Para que jamás se olvide,  
Si no es que primero el cielo  
Sus libertades castigue,  
Y por gigantes de infamia  
Con vivos rayos fulmine?  
Este consejo te doy.

AURORA.

Y de tu mano le admite  
Mi turbado pensamiento.

MARQUÉS.

Será de la nueva Circe  
El espejo de Medusa,  
El cristal en que la viste.

Salen FEDERICO y BATIN.

FEDERICO.

¿Que no ha querido esperar  
Que salgan á recibirle?

BATIN.

Apenas el Duque vió  
Los deseados confines,  
Cuando dejando la gente,  
Y aun sin querer que le avisen,  
Tomó caballos y parte:  
Tan mal el amor resiste,  
Y los deseos de verte;  
Que, aunque es justo que le oblique  
La Duquesa, no hay amor  
A quien el tuyo no prive.  
Eres el sol de sus ojos,  
Y cuatro meses de eclipse  
Le han tenido sin paciencia.  
Tú, Conde, el triunfo aperebrir  
Para cuando todos vengan;  
Que las escuadras que rige  
Han de entrar con mil trofeos,  
Llenos de dorados timbres.

FEDERICO.

Aurora, ¿siempre á mis ojos  
Con el Marqués?

AURORA.

¿Qué donaire!

FEDERICO.

¿Con ese tibio desaire  
Respondes á mis enojos?

AURORA.

Pues ¿qué maravilla ha sido  
El darte el Marqués cuido?  
Parece que has despertado,  
De cuatro meses dormido.

MARQUÉS.

Yo, señor Conde, no sé  
Ni he sabido que sentis  
Lo que agora me decís;  
Que á Aurora he servido en fe  
De no haber competidor.  
Y mas si como vos fuera,  
A quien humilde rindiera  
Cuanto no fuera mi amor.  
Bien sabéis que nunca os vi  
Servirla; mas siendo gusto  
Vuestro que la deje, es justo;  
Que mucho mejor que en mí  
Se emplea en vos su valor.

(Vase.)

AURORA.

¿Qué es esto que has intentado?  
O ¿que frenesí te ha dado  
Sin pensamiento de amor?  
¿Cuántas veces al Marqués  
Hablando conmigo viste,  
Desde que diste en ser triste,  
Y mucho tiempo después?  
Y aun no volviste á mirarme,  
Cuanto mas a divertirme.  
¿Agora celoso y firme,  
Cuando preteudo casarme?



Conde, ya estás entendido.  
Déjame casar, y advierte  
Que antes me dará la muerte  
Que ayudar lo que has tingido.  
Vuélvete, Conde, á estar triste,  
Vuelve á tu suspensa calma;  
Que tengo muy en el alma  
Los desprecios que me hiciste.  
Ya no me acuerdo de ti.  
¡Invenções! Dios te guarde.  
Por tu vida, que es muy tarde  
Para valerte de mí.

BATIN.

¿Qué has hecho?

FEDERICO.

No sé, por Dios.

BATIN.

Al emperador Tiberio  
Pareces, si no hay misterio  
En dividir á los dos.  
Hizo matar su mujer,  
Y habiéndose ejecutado,  
Mandó, á la mesa seutado,  
Llamarla para comer.  
Y Mesala fué un romano  
Que se le olvidó su nombre.

FEDERICO.

Yo me olvido de ser hombre.

BATIN.

O eres como aquel villano  
Que dijo á su labradora,  
Después que de estar casados  
Eran dos años pasados:  
«Ojinegra es la señora.»

FEDERICO.

¡Ay, Batin, que estoy turbado,  
Y olvidado desatino!

BATIN.

Eres como el vizcaino  
Que dejó el macho enfrenado,  
Y viendo que no comía,  
Regalándole las crines,  
Un Galeno de rocines  
Trujo á ver lo que tenía;  
El cual, viéndole con freno,  
Fuera al vizcaino echó;  
Quitóle, y cuando volvió,  
De todo el pesebre lleno  
Apenas un grauo había,  
Porque con gentil despacho,  
Después de la paja, el macho  
Hasta el pesebre comía.  
«Albétar, juras á Dios,  
Dijo, es mejor que dotora,  
Y yo y macho desde ahora  
Queremos curar con vos.»  
¿Qué freno es este que tienes,  
Que no te deja comer,  
Si médico puedo ser?  
¿Qué aguardas? ¿Qué te detienes?

FEDERICO.

¡Ay, Batin, no sé de mí!

BATIN.

Pues estése la cebada  
Queda, y no me digas nada.

Salen CASANDRA y LUCRECIA.

CASANDRA.

¿Ya viene?

LUCRECIA.

Señora, sí.

CASANDRA.

¿Tan brevemente?

LUCRECIA.

Por verte

Toda la gente dejó.

CASANDRA.

No lo creas; pero yo  
Mas quisiera ver mi muerte.  
(*Hablan bajo los dos, apartándose los criados.*)  
En fin, señor Conde, ¿viene  
El Duque, mi señor?

FEDERICO.

Ya

Dicen que muy cerca está:  
Bien muestra el amor que os tiene.

CASANDRA.

Muriendo estoy de pesar  
De que ya no podré verte  
Como solía.

FEDERICO.

¿Qué muerte  
Pudo mi amor esperar,  
Como su cierta venida?

CASANDRA.

Yo pierdo, Conde, el sentido.

FEDERICO.

Yo no, porque le he perdido.

CASANDRA.

Sin alma estoy.

FEDERICO.

Yo sin vida.

CASANDRA.

¿Qué habemos de hacer?

FEDERICO.

Morir.

CASANDRA.

¿No hay otro remedio?

FEDERICO.

No;

Porque perdiéndote yo,  
¿Para qué quiero vivir?

CASANDRA.

Por eso ¿me has de perder?

FEDERICO.

Quiero fingir desde agora  
Que sirvo y que quiero á Aurora,  
Y aun pediría por mujer  
Al Duque, para desvelos  
Del y de palacio, en quien  
Yo sé que no se habla bien.

CASANDRA.

¿Agravios! ¿No bastan celos?  
¿Casarte! ¿Estás, Conde, en tí?

FEDERICO.

El peligro de los dos  
Me obliga.

CASANDRA.

¿Qué? ¿Vive Dios  
Que si te burlas de mí,  
Después que has sido ocasión  
Desta desdicha, que á voces  
Diga (¡oh qué mal me conoces!)  
Tu maldad y mi traición!

FEDERICO.

Señora...

CASANDRA.

No hay que tratar.

FEDERICO.

Que te oirán.

CASANDRA.

Que no me impidas.

Quíteme el Duque mil vidas;  
Pero no te has de casar.

Salen FLORO, FEBO, RICARDO, AL-  
BANO, LUCINDO, y EL DUQUE de-  
trás, galán, de soldado.

RICARDO.

Ya estaban disponiendo recibirte.

DUQUE.

Mejor sabe mi amor adelantarse.

CASANDRA.

¿Es posible, Señor, que persuadirte  
Pudiste á tal agravio?

FEDERICO.

Y de agravarse

Quejosa mi señora la Duquesa,  
Parece que mi amor puede culparse.

DUQUE.

Hijo, el paterno amor, que nunca cesa  
De amar su propia sangre y semejanza,  
Para venir facilitó la empresa;  
Que ni cansancio ni trabajo alcanza  
A quien de ver á sus queridas prendas  
Mal hiciera en sufrir larga esperanza.—  
Y tú, Señora, así es razón que entiendas  
El mismo amor, y en igualarte al Conde  
Por encarecimiento, no te ofendas.

CASANDRA.

Tu sangre y su virtud, Señor, responde  
Que merece el favor: yo le agradezco.  
Pues tu valor al suyo corresponde.

DUQUE.

Bien sé que á entrambosese amor merez-  
Y que estoy de los dos tan obligado, [co,  
Cuanto mostraren la ocasion me ofrezco.  
Que Federico gobernó mi estado  
En mi ausencia, he sabido, tan discreto,  
Que vasallo ninguno se ha quejado.  
En medio de las armas, os prometo  
Que imaginaba yo con la prudencia  
Que se mostraba senador perfecto.  
¡Gracias á Dios, que con infame ausencia  
Los enemigos del Pastor romano  
Respetan en mi espada su presencia!  
Ceñido de laurel besé su mano,  
Después que me miró Roma triunfante,  
Como si fuera el español Trajano.  
Y así, piensotrocar de aquí adelante [bre.  
La inquietud en virtud, porque mi nom-  
Como le aplaude aquí, después le cante;  
Que cuando llega á tal estado un hombre,  
No es bien que ya que de valor mejora,  
El vicio mas que la virtud le nombre.

RICARDO.

Aquí vienen, Señor, Carlos y Aurora.

Salen EL MARQUÉS y AURORA.

AURORA.

Tan bien venido vuestra alteza sea,  
Como le está esperando quien le adora.

MARQUÉS.

Dad las manos á Carlos, que desea  
Que conozcáis su amor.

DUQUE.

Paguen los brazos  
Deudas del alma á quien tan bien se em-  
[plea.

Aunque siente el amor los largos plazos,  
Todo lo goza el venturoso día  
Que llega á merecer tan dulces lazos.  
Con esto, amadas prendas, yo querría  
Descansar del camino, y porque estarde,  
Después celebraría tanta alegría.

CONDE.

Un siglo el cielo, gran Señor, te guarde.

Todos se van con el Duque, y quedan  
BATIN y RICARDO.

BATIN.

¿Ricardo amigo!

RICARDO.

¿Batin!

BATIN.

¿Cómo fué por esas guerras?



RICARDO.

Como quiso la justicia,  
Siendo el cielo su defensa.  
Llana queda Lombardia,  
Y los enemigos quedan  
Puestos en fuga afrentosa,  
Porque el león de la Iglesia  
Pudo con solo un bramido  
Dar con sus armas en tierra.  
El Duque ha ganado un nombre  
Que por toda Italia suena;  
Que si mil mató Saul.  
Cantan por él las doncellas  
Que David mató cien mil;  
Con que ha sido tal la enmienda,  
Que traemos otro Duque.  
Ya no hay damas, ya no hay cenas,  
Ya no hay broqueles ni espadas,  
Ya solamente se acuerda  
De Casandra, ni hay amor  
Mas que el Conde y la Duquesa.  
El Duque es un santo ya.

BATIN.

¿Qué me dices? ¿Qué me cuentas?

RICARDO.

Que, como otros con las dichas  
Dan en vicios y en soberbias,  
Y á todos tienen en poco  
(Tan inmortales se sueñan),  
El Duque se ha vuelto humilde,  
Y parece que desprecia  
Los laureles de su triunfo;  
Que el aire de las banderas  
No le ha dado vanagloria.

BATIN.

¡Plegue al cielo que no sea,  
Después de estas humildades,  
Como aquel hombre de Atenas,  
Que pidió á Vénus le hiciese  
Mujer, con ruegos y ofrendas,  
Una gata dominica,  
Quiero decir, blanca y negra!  
Estando en su estrado un día  
Con moño y naguas de tela,  
Vió pasar un animal  
De aquestos, como poetas,  
Que andan royendo papeles;  
Y dando un salto ligera  
De la tarima al ratón.  
Mostró que en naturaleza  
La que es gata, será gata,  
La que es perra, será perra,  
*In saecula saeculorum.*

RICARDO.

No hayas miedo tú que vuelva  
El Duque á sus mocedades;  
Y mas si á los hijos llega,  
Que con las manillas blandas  
Las barbas mas graves peinan  
De los mas fieros leones.

BATIN.

Yo me holgaré de que sea  
Verdad.

RICARDO.

Pues, Batin, adios.

BATIN.

¿Dónde vas?

RICARDO.

Fabia me espera. (Vase.)

*sale EL DUQUE, con algunos memoriales.*

DUQUE.

¿Está algun criado aqui?

BATIN.

Aqui tiene vuestra alteza  
El mas humilde.

DUQUE.

¿Batin!

BATIN.

Dios te guarde. Bueno llegas.  
Dame la mano.

DUQUE.

¿Qué hacías?

BATIN.

Estaba escuchando nuevas  
De tu valor á Ricardo,  
Que es tan gran cronista dellas.  
Héctor de Italia te hacia.

DUQUE.

¿Cómo ha pasado en mi ausencia  
El gobierno con el Conde?

BATIN.

Cierto. Señor, que pudiera  
Decir que ignalo en la paz  
Tus hazañas en la guerra.

DUQUE.

¿Llevóse bien con Casandra?

BATIN.

No se ha visto, que yo sepa,  
Tan pacífica madrastra  
Con su alnado: es muy discreta  
Y muy virtuosa y santa.

DUQUE.

No hay cosa que le agradezca  
Como estar bien con el Conde;  
Que, como el Conde es la prenda  
Que mas quiero y mas estimo,  
Y conocí su tristeza  
Cuando á la guerra partí,  
Notablemente me alegra  
Que Casandra se portase  
Con él con tanta prudencia,  
Y estén en paz y amistad,  
Que es la cosa que desea  
Mi alma con mas afecto  
De cuantas pedir pudiera  
Al cielo: y así, en mi casa  
Hoy dos victorias se cuentan:  
La que de la guerra traigo,  
Y la de Casandra bella.  
Conquistando á Federico.  
Yo pienso de hoy mas quererla  
Sola en el mundo, obligado  
Desta discreta fineza,  
Y cansado juntamente  
De mis mocedades necias.

BATIN.

Milagro ha sido del Papa  
Llevar, Señor, á la guerra  
Al duque Luis de Ferrara,  
Y que un ermitaño vuelva.  
Por Dios, que puedes fundar  
Otra Camandula.

DUQUE.

Sépan.

Mis vasallos que otro soy.

BATIN.

Mas, dígame vuestra alteza,  
¿Cómo descansó tan poco?

DUQUE.

Porque al subir la escalera  
De palacio, algunos hombres  
Que aguardaban mi presencia,  
Me dieron estos papeles;  
Y temiendo que son quejas,  
Quise descansar en verlos,  
Y no descansar con ellas.  
Vete, y dejame aquí solo;  
Que deben los que gobiernan  
Esta atención á su oficio.

BATIN.

El cielo, que remunera  
El cuidado de quien mira  
El bien publico, prevenga

Laureles á tus victorias,  
Siglos á tu fama eterna.

(Vase)

DUQUE.

Este dice: (Lee.) «Señor, yo soy Estacio,  
Que estoy en los jardines de palacio,  
Y enseñando á plantar yerbas y flores.  
Plante seis hijos: á los dos mayores  
Suplico que les deis...» — Basta, ya en-  
[tiendo.

Con mas cuidado ya premiar pretendo.  
(Lee.) «Lucinda dice que quedó viuda  
Del capitán Arnaldo...» — También pide.  
(Lee.) «Alhano, que ha seis años que re-  
[side...»

Este pide también. (Lee.) «Julio Camilo,  
Preso porque sacó...» — Del mismo es-  
[tilo.

(Lee.) «Paula de San German, doncella  
[honrada...»

Pues si es honrada, no le falta nada,  
Si no quiere que yo la dé marido.  
Este viene cerrado, y mal vestido  
Un hombre me le dió, todo turbado,  
Que quise detenerle con cuidado.

(Lee.) «Señor, mirad por vuestra casa  
[atento;

Que el Conde y la Duquesa en vuestra  
[ausencia...»

—No me ha sido traidor el pensamiento.  
Habrá regido mal, tendré paciencia. —  
«Ofenden con infame atrevimiento  
Vuestra casa y honor...» — ¿Qué resisten-  
harán á tal desdicha mis enojos! — ¡cía  
«Si sois discreto, os lo dirán los ojos.»

¿Qué es esto que estoy mirando?  
Letras, ¿decís esto ó no?

¿Sabéis que soy padre yo  
De quien me estáis informando  
Que el honor me está quitando?

Mentis; que no puede ser.  
Casandra ¿me ha de ofender!

¿No veis que es mi hijo el Conde?  
Pero ya el papel responde  
Que es hombre y ella mujer.

¿Oh fieras letras villanas!  
Pero dírcisme que sepa  
Que no hay maldad que no quepa  
En las flaquezas humanas.

De las iras soberanas  
Debe de ser permission.  
Esta fue la maldición  
Que á David le echó Natán:

La misma pena me dan.  
Y es Federico Absalón.

Pero mayor viene á ser.  
Cielo, si así me castigas;  
Que aquellas eran amigas,  
Y Casandra es mi mujer.

El vicioso proceder  
De las mocedades mías  
Trujo el castigo y los días  
De mi tormento, aunque fue  
Sin gozar á Betsabé.

Ni quitar la vida á Urias.  
¿Oh traidor hijo! ¿Si ha sido  
Verdad? Porque yo no creo  
Que emprenda caso tan feo  
Hombre de otro hombre nacido.

Pero si me has ofendido,  
¿Oh si el cielo me otorgara,  
Que, después que te matara,  
De nuevo á hacerte volviera.

Pues tantas muertes te diera,  
Cuantas veces te engendrara!  
¿Que deslealtad! ¿Que violencia!

¿Oh, ausencia, y que bien se dijo  
Que aun mi padre de su hijo  
No tiene segura ausencia!

¿Como sabré con prudencia  
Verdad que no me distaste  
Con los testigos que llevo?

Ni así la podrá saber:

Porque ¿quién ha de querer  
Decir verdad tan infame?  
Mas ¿de qué sirve informarme?  
Pues esto no se dijera  
De un hijo, cuando no fuera  
Verdad que pudo infamarle.  
Castigarle no es vengarme,  
Ni se venga el que castiga.  
Ni esto á informacion me obliga;  
Que mal que el honor estraga.  
No es menester que se haga,  
Porque basta que se diga.

*Salen* FEDERICO.

FEDERICO.  
Sabiendo que no descansas,  
Vengo á verte.

DUQUE.  
Dios te guarde.

FEDERICO.  
Y á pedirte una merced.

DUQUE.  
Antes que la pidas, sabe  
Que mi amor te la concede.

FEDERICO.  
Señor, cuando me mandaste  
Que con Aurora, mi prima,  
Por tu gusto me casase,  
Lo fuera notable nio;  
Pero fueron mas notables  
Los celos de Carlos, y ellos  
Entonces causa bastante  
Para no darte obediencia.  
Mas después que te ausentaste,  
Supe que mi grande amor  
Hizo que ilusiones tales  
Me trujesen divertido.  
En efecto, hicimos paces,  
Y le prometí, Señor.  
En satisfacion, casarme,  
Como me dieses licencia.  
Luego que el baston dejases.  
Esta te pido y suplico.

DUQUE.  
No pudieras, Conde, darme  
Mayor gusto. Véte agora,  
Porque trate con tu madre,  
Pues es justo darle cuenta;  
Que no es razon que te cases  
Sin que lo sepa, y le pidas  
Licencia como á tu padre.

FEDERICO.  
No siendo su sangre yo,  
¿Para qué quiere dar parte  
Vuestra alteza á mi señora?

DUQUE.  
¿Qué importa no ser tu sangre,  
Siendo tu madre Casandra?

FEDERICO.  
Mi madre Laurencia yace  
Muchos años há difunta.

DUQUE.  
¿Sientes que madre la llame?  
Pues dicenme que en mi ausencia,  
De que tengo gusto grande,  
Estuvistes muy conformes.

FEDERICO.  
Eso, Señor, Dios lo sabe;  
Que prometo á vuestra alteza  
(Aunque no acierto en quejarme,  
Pues la adora, y es razon)  
Que aunque es para todos ángel,  
Que no lo ha sido conmigo.

DUQUE.  
Pésame de que me engañen;  
Que me dicen que no hay cosa  
Que mas Casandra regale.

FEDERICO.  
A veces me favorece,  
Y á veces quiere mostrarme  
Que no es posible ser hijos  
Los que otras mujeres paren.

DUQUE.  
Dices bien, y yo lo creo;  
Y ella pudiera obligarme  
Mas que en querermelo en quererte,  
Pues con estas amistades  
Aseguraba la paz.  
Véte con Dios.

FEDERICO.  
El te guarde. (*Vase.*)  
DUQUE.

No sé cómo he podido  
Mirar, Conde traidor, tu infame cara.  
¿Qué libre! Qué fingido  
Con la invencion de Aurora se repara,  
Para que yo no entienda  
Que puede ser posible que me ofenda!  
Lo que mas me asegura  
Es ver con el cuidado y diligencia  
Que á Casandra murmura  
Que le ha tratado mal en esta ausencia;  
Que piensan los delitos  
Que callan cuando están hablando á gri-  
De que la llama madre [tos].  
Se corre, y dice bien, pues es su amiga  
La mujer de su padre,  
Y no es justo que ya madre se diga.  
Pero yo; ¿cómo creo  
Con tal facilidad caso tan feo?  
¿No puede un enemigo  
Del Conde haber tan gran traicion for-  
Porque con su castigo, [jado],  
Sabiendo mi valor, quede vengado?  
Ya de haberlo creído,  
Si no estoy castigado, estoy corrido.

*Salen* CASANDRA y AURORA.

AURORA.  
De vos espero, Señora,  
Mi vida en esta ocasion.

CASANDRA.  
Ha sido digna eleccion  
De tu entendimiento, Aurora.

AURORA.  
Aqui está el Duque.

CASANDRA.  
Señor,  
¿Tanto desvelo!

DUQUE.  
A mi estado  
Debo, por lo que he faltado,  
Estos indicios de amor;  
Si bien del Conde y de vos  
Ha sido tan bien regido,  
Como muestra, agradecido  
Este papel, de los dos.  
Todos alaban aqui  
Lo que los dos mereceis.

CASANDRA.  
Al Conde, Señor, debeis  
Ese cuidado, no á mi;  
Que sin lisonja os prometo  
Que tiene heroico valor,  
En toda accion superior,  
Gallardo como discreto.  
Un retrato vuestro ha sido.

DUQUE.  
Ya sé que me ha retratado  
Tan igual en todo estado,  
Que por mí le habeis tenido;  
De que os prometo, Señora,  
Debida satisfaccion.

CASANDRA.  
Una nueva peticion

Os traigo, Señor, de Aurora:  
Carlos la pide, ella quiere,  
Y yo os lo suplico.

DUQUE.  
Creo  
Que le ha ganado el desseo  
Quien en todo le prefiere.  
El Conde se va de aqui,  
Y me la ha pedido agora.

CASANDRA.  
¿El Conde ha pedido á Aurora!

DUQUE.  
Sí, Casandra.

CASANDRA.  
¿El Conde!

DUQUE.  
Sí.

CASANDRA.  
Solo de vos lo creyera.

DUQUE.  
Y así, se la pienso dar.  
Mañana se han de casar.

CASANDRA.  
Será como Aurora quiera.

AURORA.  
Perdóneme vuestra alteza;  
Que el Conde no será mío.

DUQUE.  
¿Qué espero? Mas ¿qué porfio?  
Pues, Aurora, en gentileza,  
Entendimiento y valor  
¿No vence al Marqués?

AURORA.  
No sé.  
Cuando quise y le rogué,  
El me desprecio, Señor;  
Y agora que él quiere, es justo  
Que yo le desprecie á él.

DUQUE.  
Hazlo por mí, no por él.

AURORA.  
El casarse ha de ser gusto;  
Yo no le tengo del Conde.

DUQUE.  
¿Extraña resolucion!

CASANDRA.  
Aurora tiene razon,  
Aunque atrevida responde.

DUQUE.  
No tiene, y ha de casarse,  
Aunque le pese.

CASANDRA.  
Señor,  
No useis del poder; que amor  
Es gusto, y no ha de forzarse.  
(Ap. ¿Ay de mí; que se ha cansado  
El traidor Conde de mí!)

(*Vanse Aurora y el Duque.*)

*Sale* FEDERICO.

FEDERICO.  
¿No estaba mi padre aqui?

CASANDRA.  
¿Con qué infame desenfado,  
Traidor Federico, vienes,  
Habiendo pedido á Aurora  
Al Duque?

FEDERICO.  
Paso, Señora;  
Mira el peligro que tienes.

CASANDRA.  
¿Qué peligro, cuando esloy,  
Villano, fuera de mí?

FEDERICO.

Pues ¿tú das voces así?

*Sale EL DUQUE, acechando.*

DUQUE.

Buscando testigos voy.  
Desde aquí quiero escuchar;  
Que aunque mal tengo de oír,  
Lo que no puedo sufrir  
Es lo que vengo á buscar.

FEDERICO.

Oye, Señora, y repara  
En tu grandeza siquiera.

CASANDRA.

¿Cuál hombre en el mundo hubiera  
Que cobarde me dejara,  
Después de haber obligado  
Con tantas ansias de amor  
A su gusto mi valor?

FEDERICO.

Señora, aun no estoy casado.  
Asegurar pretendí  
Al Duque, y asegurar  
Nuestra vida, que durar  
No puede, Casandra, así;  
Que no es el Duque algun hombre  
De tan baja condicion.  
Que á sus ojos, ni es razon,  
Se infame su ilustre nombre.  
Basta el tiempo que tan ciegos  
El amor nos ha tenido.

CASANDRA.

¡Oh, cobarde, mal nacido!  
Las lágrimas y los ruegos  
Hasta hacernos volver locas,  
Robando las honras nuestras  
(Que de las traiciones vuestras  
Cuerdas se libraron pocas),  
¡Agora son cobardias!  
Pues, perro, ¿sin alma estoy?

DUQUE. (Ap.)

Si aguardo, de mármol soy.  
¿Qué esperais, desdichas mías?  
Sin tormento han confesado...  
Pero sin tormento no;  
Que claro está que soy yo  
A quien el tormento han dado.  
No es menester mas testigo;  
Confesaron de una vez.  
Prevenid, pues sois jueces,  
Honra, sentencia y castigo.  
Pero de tal suerte sea  
Que no se infame mi nombre;  
Que en publico siempre á un hombre  
Queda alguna cosa fea.  
Y no es bien que hombre nacido  
Sepa que yo estoy sin honra,  
Siendo enterrar la deshonra  
Como no haberla tenido;  
Que aunque parece defensa  
De la honra el desagravio,  
No deja de ser agravio  
Cuando se sabe la ofensa.

CASANDRA.

¡Ay, desdichadas mujeres!  
¡Ay, hombres falsos sin fe!

FEDERICO.

Digo, Señora, que haré  
Todo lo que tú quisieres,  
Y esta palabra te doy.

CASANDRA.

¿Será verdad?

FEDERICO.

Infallible.

CASANDRA.

Pues no haya amor imposible.  
Tuya he sido y tuya soy;

No ha de faltar invencion  
Para vernos cada día.

CONDE.

Pues véte, señora mía;  
Y pues tienes discrecion,  
Finge gusto, pues es justo,  
Con el Duque.

CASANDRA.

Así lo haré  
Sin tu ofensa; que yo sé  
Que el que es fingido no es gusto.  
(*Vase.*)

*Salen AURORA y BATIN.*

BATIN.

Yo he sabido, hermosa Aurora,  
Que ha de ser, ó ya lo es,  
Tu dueño el señor Marqués,  
Y que á Mantua vas, Señora;  
Y así, vengo á suplicar  
Que allá me lleves.

AURORA.

Batin,  
Mucho me admiro. ¿A qué fin  
Al Conde quieres dejar?

BATIN.

Servir mucho y medrar poco  
Es un linaje de agravio  
Que al mas cuerdo, que al mas sabio  
Ó le mata ó vuelve loco.  
Hoy te doy, mañana no,  
Quizá te daré después...  
—Yo no sé *quizá* quién es;  
Mas sé que nunca *quizó*.  
Fuera desto, está endiablado  
El Conde. No sé qué tiene:  
Ya triste, ya alegre viene,  
Ya cuerdo, ya destemplado.  
La Duquesa, pues, también  
Insufrible y desigual:  
Pues donde va á todos mal,  
¿Quieres que me vaya bien?  
El Duque, santo fingido,  
Consigno á solas hablando,  
Como hombre que anda buscando  
Algo que se le ha perdido.  
Toda la casa lo está;  
Contigo á Mantua me voy.

AURORA.

Si yo tan dichosa soy  
Que el Duque á Carlos me da,  
Yo te llevaré conmigo.

BATIN.

Beso mil veces tus pies,  
Y voy á hablar al Marqués.

(Vase.)

*Sale EL DUQUE.*

DUQUE.

(Ap. ¡Ay, honor, fiero enemigo!  
¿Quién fué el primero que dio  
Tu ley al mundo, y que fuese  
Mujer quien en sí tuviese  
Tu valor, y el hombre no?  
Pues sin culpa al mas honrado  
Te puede perder, honor,  
Bárbaro legislador  
Fué tu inventor, no letrado.  
Mas dejarla entre nosotros  
Muestra que fuiste ofendido,  
Pues esta invencion ha sido  
Para que lo fuesen otros.)  
Aurora...

AURORA.

Señor...

DUQUE.

Ya creo

Que con el Marqués te casa  
La Duquesa, y yo á su ruego;

Que mas quiero contentarla,  
Que dar este gusto al Conde.

AURORA.

Eternamente obligada  
Quedo á servirte.

DUQUE.

Bien puedes  
Decir á Carlos que á Mantua  
Escriba al Duque, su tío.

AURORA.

Voy donde el Marqués aguarda  
Tan dichosa nueva. (*Vase.*)

DUQUE.

Cielos,  
Hoy se ha de ver en mi casa  
No mas que vuestro castigo;  
Alzad la divina vara.  
No es venganza de mi agravio;  
Que ya no quiero tomarla  
En vuestra ofensa, y de un hijo  
Ya fuera bárbara hazaña.  
Este ha de ser un castigo  
Vuestro no mas, porque valga  
Para que perdone el cielo  
El rigor por la templanza.  
Seré padre, y no marido,  
Dando la justicia santa  
A un pecado sin vergüenza  
Un *castigo sin venganza*.  
Esto disponen las leyes  
Del honor, y que no haya  
Publicidad en mi afrenta.  
Con que se doble mi infamia.  
Quien en público castiga,  
Dos veces su honor infama,  
Pues después que le ha perdido,  
Por el mundo le dilata.  
La infame Casandra dejó  
De pies y manos atada,  
Con un tafetan cubierta,  
Y por no escuchar sus ansias,  
Con una liga en la boca;  
Porque al decirle la causa,  
Para cuanto quise hacer  
Me dió lugar, desmayada.  
Esto aun pudiera, ofendida,  
Salir la piedad humana;  
Pero dar la muerte á un hijo  
¿Qué corazon no desmaya?  
Solo de pensarlo ¡ay triste!  
Tiembra el cuerpo, espira el alma,  
Lloran los ojos, la sangre  
Muere en las venas heladas,  
El pecho se desalienta,  
El entendimiento falta.  
La memoria esta corrida  
Y la voluntad turbada.  
Como arroyo que detiene  
El hielo de noche larga,  
Del corazon á la boca  
Prende el dolor las palabras.  
¿Qué quieres, amor? ¿No ves  
Que Dios á los hijos manda  
Honrar los padres, y el Conde  
Su mandamiento quebranta?  
Déjame, amor, que castigue  
A quien las leyes sagradas  
Contra su padre desprecia,  
Pues tenga por cosa clara  
Que si hoy me quita la honra,  
La vida podrá mañana  
Cincuenta mato Artajérjes  
Con menos causa, y la espada  
De Dario, Torenato y Iruito  
Ejecutó sin venganza  
Las leyes de la justicia.  
Perdona, amor; no desbagas  
El derecho del castigo.  
Cuando el honor, en la sala  
De la razon presidiendo,  
Quiere sentenciar la causa.



El fiscal verdad le ha puesto  
La acusacion, y está clara  
La culpa; que ojos y oídos  
Juraron en la probanza.  
Amor y sangre, abogados,  
Le defienden: mas no basta;  
Que la infamia y la vergüenza  
Son de la parte contraria.  
La ley de Dios, cuando menos,  
Es quien la culpa relata,  
Su conciencia quien la escribe:  
Pues ¿para qué me acobardas?  
El viene. ¡Ay cielos, favor!

Sale FEDERICO.

FEDERICO.  
Basta que en palacio anda  
Pública fama, Señor,  
Que con el marqués Gonzaga  
Casas á Aurora, y que luego  
Se parte con ella á Mantua.  
¿Mandásme que yo lo crea?

DUQUE.  
Conde, ni sé lo que tratan,  
Ni he dado al Marqués licencia;  
Que traigo en cosas mas altas  
Puesta la imaginacion.

FEDERICO.  
Quien gobierna, mal descansa.  
¿Qué es lo que te da cuidado?

DUQUE.  
Hijo, un noble de Ferrara  
Se conjura contra mi  
Con otros que le acompañan.  
Fióse de una mujer,  
Que el secreto me declara:  
¡Necio quien dellas se fia,  
Discreto quien las alaba!  
Llamé al traidor, finalmente;  
Que un negocio de importancia  
Dije que con él tenía;  
Y cerrado en esta cuadra,  
Le dije el caso, y apenas  
Le oyo, cuando se desmaya:  
Con que pude facilmente  
En la silla donde estaba  
Atarle, y cubrir el cuerpo,  
Porque no viese la cara  
Quien á matarle viniese,  
Por no alborotar á Italia.  
Tu has venido, y es mas justo  
Hacer de ti confianza,  
Para que nadie lo sepa.  
Saca animoso la espada,  
Conde, y la vida le quita:  
Que á la puerta de la cuadra  
Quiero mirar el valor  
Con que á mi enemigo matas.

FEDERICO.  
¿Pruebasme acaso, ó es cierto  
Que conspirar intentaban

Contra ti los dos que dices?

DUQUE.  
Cuando un padre á un hijo manda  
Una cosa, injusta ó justa,  
¿Con él se pone á palabras?  
Véte, cobarde; que yo...

FEDERICO.  
Ten la espada, y aquí aguarda;  
Que no es temor, pues que dices  
Que es una persona atada.  
Pero no sé qué me ha dado,  
Que me está temblando el alma.

DUQUE.  
Quédate, infame.

FEDERICO.  
Ya voy;  
Que pues tú lo mandas, basta.  
Pero ¡vive Dios!...

DUQUE.  
¡Oh perro!  
FEDERICO.  
Ya voy... Detente... Y si hallara  
Al mismo César, le diera  
Por ti ¡ay Dios! mil estocadas.

DUQUE.  
Aquí lo veré.  
(*Éntrase Federico.*)  
Ya llega...

Ya el conde empuña la espada...  
—Ejecutó mi justicia  
Quien ejecutó mi infamia.—  
¡Capitanes! Hola, gente!  
Venid los que estáis de guarda!  
¡Ah caballeros, criados!  
Presto.

Salen el MARQUÉS, AURORA, BATIN,  
RICARDO, y todos los demás que se  
han introducido.

MARQUÉS.  
¿Para qué nos llamas,  
Señor, con tan altas voces?

DUQUE.  
¡Hay tal maldad! A Casandra  
Ha muerto el Conde, no mas  
De porque fué su madrastra,  
Y le dijo que tenía  
Mejor hijo en sus entrañas  
Para heredarme. Matadle,  
Matadle; el Duque lo manda.

MARQUÉS.  
¡A Casandra!

DUQUE.  
Sí, Marqués.  
MARQUÉS.  
Pues no volveré yo á Mantua  
Sin que la vida le quite.

DUQUE.  
Ya con la sangrienta espada  
Sale el traidor.

Sale FEDERICO, con la espada desnuda.

FEDERICO.  
¿Qué es aquesto?  
Voy á descubrir la cara  
Del traidor que me decías,  
Y hallo...

DUQUE.  
No prosigas, calla.—  
Matadle, matadle.

MARQUÉS.  
Muerá.  
FEDERICO.  
¡Oh padre! ¿por qué me matan?

DUQUE.  
En el tribunal de Dios,  
Traidor, te dirán la causa.—  
(*Entranse todos riendo con Federico.*)  
Tú, Aurora, con este ejemplo  
Parte con Carlos á Mantua;  
Que él te merece, y yo gusto.

AURORA.  
Estoy, Señor, tan turbada,  
Que no sé lo que responda.

BATIN.  
Di que sí; que no es sin causa  
Todo lo que ves, Aurora. (Ap. á ella.)

AURORA.  
Señor, desde aquí á mañana  
Te daré respuesta.

Sale EL MARQUÉS.

MARQUÉS.  
Ya  
Queda muerto el Conde.

DUQUE.  
En tanta  
Desdicha, aun quieren los ojos  
Verle muerto con Casandra.

MARQUÉS.  
Vuelve á mirar un castigo  
Sin venganza. (Descúbretelos.)

DUQUE.  
No es tomarla  
El castigar la justicia.  
Valor sobra y llanto falta.  
Pagó la maldad que hizo  
Por heredarme.

BATIN.  
Aquí acaba,  
Senado, aquella tragedia  
Del castigo sin venganza,  
Que, siendo en Italia asombro,  
Hoy es ejemplo en España.

## CORRECCIONES A ESTE TOMO.

Puse en la página 556 una nota á un soneto para justificar ó disculpar dos correcciones, que después me han parecido indebidas. Declarando LOVE por boca de uno de los personajes de LA MOZA DE CÁNTARO que no habia dado aquel soneto porque no estaba contento de él, es claro que conocia el mismo sus incorrecciones, como es indudable tambien que no quiso enmendarlas, pareciéndole sin duda que la palabra *nido*, aunque propia de las aves, podría aplicarse metafóricamente á la guarida de una fiera, y que la expresion *Volar y herir en el jinete* se entenderia sin dificultad que significaba *Volar y herir, yendo á caballo*; no volar y herir al caballo: *jinete* significaba *caballo* tambien. Queden pues los dos versos como los dejó su autor, y léase en la línea 19 de la primera columna, página dicha, *Porque al león de España vivió en el nido*, y en la 24, *Volar y herir en el jinete, herido*.

Página 188, columna tercera, línea 55, dice *habla*, léase *habla*. Falta el punto.

Página 450, columna tercera, al fin de la escena xxiv, dice *Entranse*; léase *Éntranse*.

Página 451, columna tercera, línea 49, dice *echó*; léase *echo*.

---

## APÉNDICES.

---

### I.

EL señor don Jorge Díez, dignísimo director del Colegio Real de Sevilla, persona igualmente instruida que generosa, me ha facilitado un cuaderno manuscrito, que comprende y se titula *Poesías de diferentes autores*, donde, entre composiciones ya conocidas, se hallan otras inéditas, de las cuales la última es un romance de Calderon, en que él propio describe menudamente su persona y da algunas noticias de sí. Por desgracia falta la última hoja del manuscrito, y el romance queda incompleto. Necesitando hacer en este primer volumen de LOPE algunas enmiendas á los tomos XIV y XX de la BIBLIOTECA, aprovecho esta ocasion para manifestar al señor don Jorge Díez públicamente mi gratitud, é incluir el romance de Calderon y dos décimas, una de las cuales, en mi concepto, hubo de ser escrita por don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza. Las demás composiciones inéditas del cuaderno saldrán á luz en los tomos de la BIBLIOTECA donde tengan lugar oportuno. La letra es indudablemente del siglo XVII.

ROMANCE DE DON PEDRO CALDERON Á UNA DAMA QUE DESEABA  
SABER SU ESTADO, PERSONA Y VIDA.

Curiosísima señora,  
Tú, que mi estado preguntas,  
Y de moribus et vita  
Examinarme procuras;  
Quienquiera que eres, atiende,  
Y en cómico estilo escucha;  
Que he de decirte un romance  
Para quitarte la duda.  
Va de retrato primero;  
Luego, si quiere la musa,  
Irà de costumbres, bien  
Que habré de callar alguna.  
Sea lámina el papel,  
Matiz la tinta, la pluma  
Píncel; quiera Dios que salga  
Parecida mi pintura.  
Yo soy un hombre de tan  
Desconversable estatura,

Que entre los grandes es poca,  
Y entre los chicos es mucha.  
Montañés soy; algo dendo  
Allá, por chismes de Astúrias,  
De dos jueces de Castilla,  
Lain Calvo y Nuño Rasura.  
Hablen mollera y copete:  
Mira; qué de cosas juntas  
Te he dicho en cuatro palabras,  
Pues dicen calva y alcuruía!  
Preñada tengo la frente  
Sin llegar el parto nunca,  
Teniendo dolores, todos  
Los crecientes de la luna.  
En la sien izquierda tengo  
Cierta descalabradora;  
Que al encaje de unos celos  
Vino pegada esta punta.  
Las cejas van luego, á quien  
Desaliñadas arrugas  
De un capote mal doblado  
Suelen tener cejijuntas.  
No me hallan los ojos todos,  
Si atentos no me los buscan;  
Que allá en dos cueneas, si lloran,  
Uno es lluecar y otro es Júcar.  
A ellos suben los bigotes  
Por el tronco hasta la altura,  
Cuervos que los he criado,  
Y sacarmelos procuran.  
Pálido tengo el color,  
La tez macilenta y mustia,  
Desde que me aconteció  
El espanto de unas bubas.  
En su lugar la nariz,  
Ni bien es necia ni aguda,  
Mas tan callada, que ya  
Ni con tabaco estornuda.  
La boca es de espuerta rota,  
Que vierte por las roturas  
Cuanto sabe; sola guarda  
La herramienta de la gula.  
Mis manos son pies de puerco,  
Con su vello y con sus uñas,

Que, á comérmelas tras algo,  
 El *algo* fuera grosura.  
 El talle, si gusta el sastre,  
 Es largo; mas si no gusta,  
 Es corto; que él manda desde  
 Mi golilla á mi cintura.  
 De aquí á la liga no hay  
 Cosa ni estéril ni oculta,  
 Sino cuatro faltriqueras  
 Que no tienen *plus ni ultra*.  
 La pierna es pierna, y no mas,  
 Ni jarifa ni robusta,  
 Algun tanto cuanto zamba,  
 Pero no zamba-cañuta.  
 Solo el pié de mi te alabo,  
 Salvo que es de mala hechura,  
 Salvo que es muy ancho, y salvo  
 Que es largo, y salvo que suda.  
 Este soy pintiparado,  
 Sin lisonja hacerme alguna;  
 Y si así soy á mi vista,  
 ¡Ay Dios! ¡cuál seré á la tuya!  
 Dejemos en este estado  
 Mi levantada figura,  
 Y vamos de mis progresos  
 A la innumerable chusma;  
 Que hoy en tu servicio tengo  
 De cejar hasta la cuna  
 La memoria de mis años:  
 ¡Oh, no me alija entre burlas!  
 Nací en Madrid, y nací  
 Con suerte tan importuna,  
 Que hasta un *Ventura de Tal*  
 Conoci; no mas ventura.  
 Creci; y mi señora madre,  
 Religiosamente astuta,  
 Como había en otra cosa,  
 Dió en que había de ser cura.  
 El de Troya me ordenó  
 De la primera tonsura,  
 De cuyas órdenes solo  
 La coronilla me dura.  
 Bachiller por Salamanca  
 Tambien me hizo luego, cuya  
 Bachillería es licencia  
 Que en mil actos me disculpa.  
 La codicia de un bolsico  
 En la literaria justa  
 De Isidro me hizo poeta;  
 ¿Quién no ha pecado en pecunia?  
 Con lo cual Bártulo y Baldo  
 Se me quedaron á oscuras,  
 Pues en vez de decir leyes,  
 Hice coplas en ayunas.  
 La cómica inclinacion  
 Me llevó á la farandula:  
 Comedias hice, si malas  
 O buenas, tú te las juzga.  
 Desde letrado á poeta  
 Pasé; y viendo cuánto acusan  
 A la poesía unos viejos  
 De impertinencia machucha,  
 Traté de mudar de estado,  
 Y por mas estrecha y justa

Religion, la de escudero  
 Me recibió en su clausura.  
 Aquí discorra el lector,  
 Si es que hay lector que discorra,  
 ¡Cuáles son, para seguidos,  
 Los pasos de mi fortuna!  
 Gorrón, poeta, escudero  
 He sido y seré; ¡oh suma  
 Paciencia de Job! ¿tuviste  
 Mas calamidades juntas?  
 Con estas tres profesiones,  
 ¿Quién imagina, quién duda  
 Que habré sido el *no en mis dias*  
 De cualquier suegra futura?  
 Y así, soltero hasta hoy  
 Me quedé, y hoy mas que nunca,  
 Por razones de que el Duque  
 Mi señor tiene la culpa;  
 Que, como caballerizo  
 Me hizo su excelencia augusta,  
 Huyen todas, por no ser  
 Caballeriza ninguna.  
 De este desaire de todas,  
 Me despico con algunas,  
 Que me sufren mis defectos  
 Porque los suyos les sufra;  
 Si bien el día de hoy  
 Está, con las grandes lluvias,  
 El tiempo tau apurado,  
 Que hasta amor pasa penuria.  
 Mas como ajustarse al tiempo  
 Dice un sabio que es cordura,  
 Siendo cógrua de mi amor  
 Tres damas, con dos se ajusta.  
 Dos damas tengo no mas;  
 Que en la compañía mas zurda  
 Por fuerza ha de haber quien haga  
 Primera dama y segunda.  
 Y como al fin, por el *troppo*  
*Variar*, bella es natura,  
 De las dos con que me hallo,  
 Una es morena, otra rubia.  
 Una es dama de alta guisa,  
 Con su poco de aventura;  
 De baja guisa es la otra;  
 Que una es clara y otra culta.  
 Una es fea, y otra, y todo;  
 Que en esto solo se aúnan,  
 Porque yo mas quiero dos  
 Fealdades que una hermosa.  
 A entrambas las quiero bien;  
 Que aunque allá Platon murmura  
 Que el que quiere á un tiempo á dos  
 No quiere bien á ninguna,  
 Miente Platon; porque ¿qué es  
 Querer bien á una criatura,  
 Sino querer su salud,  
 Sus galas y sus holguras?  
 Pues si yo quiero que tengan  
 Mucha salud, fiestas muchas  
 Y muchas galas, aunque...

El cuaderno del señor don Jorge Díez concluye aquí,  
 dejando conocer que le falta una hoja.



## II.

En el tomo xx de esta BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, el cual comprende las comedias de don Juan de Alarcon, hallará el lector, á la página xxiii de los preliminares, el trozo siguiente:

«Ahora bien, este autor filósofo, original, correcto, buen dramático, ¿qué estima, qué concepto mereció á su siglo? Vimos ya que Montalban hizo de él honorífica mencion en su *Para todos*; Nicolás Antonio le pone en muy alto predicamento en su *Biblioteca*; LOPE DE VEGA en su *Laurel de Apolo* le consagró unos versos encomiásticos, cuyo último pensamiento no es muy comprensible; pero el propio Montalban, el mismo Lope, y con ellos Quevedo, Góngora, Tirso de Molina, Mira de Amescua y otra porcion de autores buenos y malos, hicieron al infeliz Alarcon blanco de una sátira, que á primera vista parece la mas encarnizada y absurda que pudo imaginarse. Consérvase una letrilla de Quevedo ó Góngora contra Alarcon; se conservan trece décimas de los autores antes indicados, entre quienes vuelve Quevedo á contarse; consérvase además algun epigrama suelto y una porcion de seguidillas, todo encaminado á poner á don Juan de Alarcon en ridículo. Allí se le aplican los apodos de camello euano, colombro, monaza vieja, galápago, poeta zambo, poeta entre dos platos, coco, tilde, esquilon de ermita, costal de huesos, nadador con calabazas, cara de bulo, cuerpo de rana, y pasatiempo de todos; allí además le llaman corneja y ave de rapiña; allí se le dice que no ha escrito en su vida cosa buena, y que *Las paredes oyen* y *Mudarse por mejorarse* se han de llamar comedias de Alarcon para su descrédito. No hay que indignarse: por fortuna se halla en las seguidillas una expresion que aclara el misterio. Dícese en una de ellas que Alarcon «tiene por amigos hombres de cordelejo»; se dice asimismo en una décima que «se le esperaba y habia faltado»; de lo cual y de otros indicios se infiere que todo era una especie de burla ó vejámen de los que se usaban en las academias ó certámenes literarios, tan frecuentes á la sazón en España. Celebráronse en Madrid unas fiestas de toros y cañas, cuya memoria quiso perpetuar el duque de Cea en un poema descriptivo: encargó á nuestro poeta la descripcion; y él, que probablemente escribiría despacio, porque sus obras no son muchas, y revelan toda meditacion y detenimiento, recurrió para que le ayudaran á sus amigos don Antonio Mira de Amescua, Luis de Belmonte, Anastasio Pantaleon, y cierto don Diego, que no se sabe si seria Magel, Figueroa ó cuál, porque no consta el apellido. Salíó (como aseguran los autores de las décimas y era de esperar) muy malo el poema de los cinco; y en estas circunstancias hubo de haber una academia, tertulia ó reunion literaria notable en Madrid, á la cual, debiendo concurrir, no asistiría Alarcon; falta que presumo fué custodiada con las trece décimas, la letrilla y las seguidillas epigramáticas, ó con las décimas por lo menos, que en efecto parecen hechas de repente y en comunidad; todas son desaliñadas, muchas pecan de oscuras, y una

de ellas consta de once versos: distraído estaria el señor doctor que la compuso. En las obras de Pantaleon se halla un vejámen dado en una academia, en el cual, después de haber hecho espantosas caricaturas de los que entraron en el concurso, tildando á uno de ellos de puero y á otro de vicioso, termina la sátira advirtiéndole que todo ha de entenderse como dicho de burlas: una burla de estas debió ser la que se le hizo á don Juan de Alarcon en las coplas de los trece; burla en la cual se cargaria mas la mano, por ir dirigida á un hombre á quien no se apreciaba mucho como poeta, y que por sus imperfecciones físicas estaria acostumbrado á oír necedades, así como por su carácter á despreciarlas.»

De las trece décimas que se mencionan en el párrafo preinserto, la sexta en orden es la de Luis Vélez de Guevara, y principia así (Véase la página xxxiii de los preliminares á las comedias de Alarcon):

La dama que en los chapines  
Te esperaba en pie, muy alta,  
Diga tu sobra ó tu falta,  
¡Oh padre de matachines!

«Esto (se dice por nota á la décima), esto de esperar á Alarcon una dama y haber él faltado, induce á creer que, invitado á una tertulia ú otra reunion, no acudió á la cita, y ofendió con ello á los concurrentes.»

Pues véase ahora cuánto favorecen á esta suposicion las dos siguientes décimas que se hallan en el manuscrito de poesías varias que posee el señor don Jorge Díez.

## ENIGMA.

Si á vistas me llaman hoy  
A los ojos de mí bien,  
Y he de morir si me ven,  
Corazon, ¿adonde voy?  
De diez una, se la doy  
A los satrapas mayores,  
Que con todos sus rigores  
En verso de estos traduzgan  
En latin, y de él induzgan  
La causa de mis temores.

## RESPUESTA.

Segun Calepino, estoy  
Cierto que en latin limado  
Quiere decir, *cor*, *quò vado?*<sup>1</sup>  
Corazon, ¿adónde voy?  
Y aunque satrapa no soy,  
Interpreto que rigores  
De la muerte anunciadores,  
Cuyos son *corcora* y años,  
Al autor son desengaños  
Y causa de sus temores.

Para mí no cabe duda en que el *corcovado* y *viejo* don Juan de Alarcon es el autor de la primera décima,

<sup>1</sup> No pronunciando la *u* de *quò* y juntando las tres dicciones *cor*, *quò vado*, resulta *corcovado*.

y que algun amigo suyo, mas benigno que otros, escribió la segunda. Y en verdad que parece vaticinaba Alarcon la poca indulgencia con que iban á tratarle aquellos á quienes designó con el ambiguo nombre de *sátrapas*, cuyos rigores eran ya conocidos.

En la página xi del prólogo á las comedias de Alarcon puse la de *Los pechos privilegiados* como impresa por primera vez en el año 1634; lo estaba ya desde 1630

en la parte xxi de *LOPE*, edicion de Zaragoza, con el título de *Nunca mucho costó poco*.

He visto ya un ejemplar de la parte segunda de comedias de Alarcon (Barcelona, 1634), acompañada de las licencias correspondientes : cesan pues las dudas que manifesté en el prólogo mencionado acerca de si seria ésta segunda edicion.

### III.

El año próximo pasado, 1852, imprimió en Viena el señor baron Eligio de Münch-Bellinghausen un eruditísimo tratado *sobre las colecciones antiguas de dramas españoles*, donde aparece que la comedia de Calderon titulada *Con quien vengo vengo* se hallaba ya impresa en el año 1638, y que el *Secreto á voces*, el *Pin-tor de su deshonra* y una de las dos partes de la *Hija del aire*, tambien de Calderon, fueron impresas en el año 1630. Aunque ya en el tomo xx de la BIBLIOTECA enmendé, antes de conocer la estimable obra del señor baron Münch, la fecha equivocada de *Con quien vengo vengo*, y otras inexactitudes, he creido oportuno repetir en este volumen un compendio del catálogo cronológico de las comedias de Calderon, con todas las correcciones que hasta ahora he podido hacerle. Pongo la fecha de 1666 á la comedia titulada *El monstruo de los jardines* y á la de *Eco y Narciso*, por haberlas hallado incluidas en un papel satírico-político que se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional (estante M, código 193, pág. 128), y lleva este título : « Primera parte de las comedias viejas de los mejores ingenios de España, recopiladas por el prior de san Jerónimo, y impresas en Ginebra, año 1666. » La 41 es *En esta vida todo es verdad y todo mentira*; la 46, *El monstruo de los jardines*; la 47, *Eco y Narciso*. Las tres debian haber sido compuestas mucho antes del año 1666, cuando ya se las calificaba de *viejas* entonces : prueba evidente de que *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, aunque impresa en el año 1664, era muy anterior. La vaga indicacion que hago acerca de *El Castillo de Lindabridis* se funda en una observacion, á mi parecer, no despreciable. La zarzuela titulada *La púrpura de la sa*, representada en 1660, tiene por desenlace la muerte de Adónis, á quien Vénus convierte en flor. En el *Castillo de Lindabridis* (jornada 2.ª, escena 3.ª) dice el Fauno estos versos :

Esta divina hermosura

Buscando vengo, porqué  
Es mía, y su dueño soy,  
Desde que fui de su amante

Homicida y heredero,  
Jóven á quien trasladó,  
Nuevo Adónis, en estrella  
La majestad de algun dios,  
Porque era hecho ya otra vez  
Lo de convertirle en flor.

Fresca debia estar en la memoria de los espectadores la trasformacion de Adónis, cuando temia Calderon que la recordasen al ver el *Castillo de Lindabridis*.

*Fieras afemina amor* aparece citada en un romance que se halla manuscrito en la Biblioteca Nacional, estante M, código 78, y hubo de ser compuesto en el año 1669, cuando salió de España el padre Nithard, á quien se aplica, segun entiendo, el título de la comedia *El Tirano castigado*. El romance principia así :

*El rey sin reino* es el Rey,  
Y España clamando está  
Que *El tirano castigado*  
Sea, de tan gran maldad.

*El príncipe esclavo* es  
Nuestro rey, y Dios le da  
Libre de este cautiverio  
Por *La órden de San Juan*.

*La mujer que manda en casa*  
Es la Reina : reparad  
Que *Mujer contra consejo*  
Nunca sabrá gobernar.

*Reinar después de morir*  
Su ambicion tambien querrá,  
Si *El mejor par de los doce*  
No obra con riguridad.

*El príncipe perseguido*  
Es, y la firme verdad :  
El señor don Juan imita  
A *La mas firme lealtad*.

Mas adelante se halla el verso que hace á nuestro propósito.

*Fieras afemina amor*  
Dice Astillano no mas ;  
Que *El saber guardar la ropa*  
Es la gala del nadar.

En la postrera obra dramática de las incluidas en este volumen, la de *El castigo sin venganza*, habrá visto el lector estos versos (pág. 373) :

Bien dicen que *nuestra vida*  
es sueño, y que toda es sueño.

Parece que *LOPE* hubo de aludir en este pasaje á la célebre comedia de Calderon que lleva casi igual título; por lo cual, habiéndose impreso la tragedia de *LOPE* en 1634, la comedia de Calderon debia estar escrita en el mismo año, y quizá algunos años antes.

Respecto á la comedia de *El segundo Escipion*, aun-

que no puede dudarse que fué representada en 6 de noviembre de 1677, pues así lo expresa la gaceta ordinaria de Madrid de 6 de aquel mes y año, aparece que ya se había representado un año antes en igual día para festejar el cumpleaños de Carlos II. En el catálogo de manuscritos españoles formado por don Eugenio de Ochoa, se da razón de uno de esta comedia existente en París en

la biblioteca del Arsenal, con una introducción que parece lleva este título: *Loa panegírica á Carlos de Austria; El anagrama de los quince años de su edad, hallada en las quince letras de su nombre*. Carlos II, que nació en Madrid á 6 de noviembre de 1661, cumplía los quince años en 6 de noviembre de 1676.

## CATALOGO CRONOLOGICO

### DE LAS COMEDIAS DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

*El mejor amigo el muerto*. Comedia cuya primera jornada es obra de Luis de Belmonte, la segunda de don Francisco de Rojas, y la tercera se atribuye á don Pedro Calderon de la Barca. Fué estrenada en la Noche-Buena ó en el día de la Natividad del Señor de 1610, cuando Calderon solo contaba diez años de edad y once meses.

*El carro del cielo, ó San Elías*. Escrita en 1615, teniendo Calderon poco mas de trece años.

*La devoción de la cruz, ó La cruz en la sepultura*. Escrita probablemente antes del año de 1620; dada á la imprenta, es decir, autorizada con la licencia correspondiente, en 5 de abril de 1655.

*En esta vida todo es verdad y todo mentira*. Escrita hacia el año 1622.

*Nuestra Señora de los Remedios, ó La Virgen de los Remedios*. Escrita acaso en 1625.

*El privilegio de las mujeres*. Comedia de Calderon, del doctor Juan Pérez de Montalban y don Antonio Coello. Escrita en 1625.

*El sitio de Bredá*. Escrita en 1625.

*San Francisco de Borja*. Escrita probablemente en 1625.

*El jardín de Falerina*. Escrita en 1629, cuando menos.

*Casa con dos puertas, mala es de guardar*. Escrita en 1629.

*La dama duende*. Estrenada probablemente en 4 de noviembre de 1629.

*Pecor está que estaba*. Escrita ya en 1650.

*Mejor está que estaba*. Escrita en 1651.

*El astrólogo fingido*. Dada á la imprenta en 7 de marzo de 1652.

*La banda y la flor*. Escrita en 1652.

*Amor, honor y poder*. Dada á la imprenta en 5 de abril de 1655.

*Un castigo en tres venganzas*. Idem.

*El médico de su honra*. Impresa en 1655.

*El monstruo de la fortuna*. De Calderon, del doctor Juan Pérez de Montalban y don Francisco de Rojas. Escrita ya en 15 de setiembre de 1655.

*Polifemo y Circe*. Del doctor don Antonio Mira de Méscua, Améscua ó Amézcuca, de Montalban y de Calderon. Escrita, cuando menos, en 1654.

*Con quien vengo vengo*. Escrita ya en 1655, impresa en 1658.

*El mayor encanto amor*. Estrenada á 24 de junio de 1655 en el teatro construido al efecto en el estanque del Buen-Retiro.

*La vida es sueño*. Escrita ya en 25 de julio de 1654, impresa en 1656.

*El mayor monstruo del mundo, ó El mayor monstruo los celos*. Escrita ya en 21 de agosto de 1655.

*Bien vengas mal*. Escrita ya en 21 de agosto de 1655.

*Para vencer á amor, querer vencerle*. Escrita ya en 1655.

*El galán fantasma*. Escrita ya en 1655.

*Basta callar*. Idem.

*El purgatorio de san Patricio*. Escrita antes del 25 de noviembre de 1655.

*La gran Cenobia*. Idem.

*La puente de Mantible*. Idem.

*Saber del mal y del bien*. Idem.

*Lances de amor y fortuna*. Idem.

*El príncipe constante y mártir de Portugal*. Idem.

*Mañana será otro día*. Escrita probablemente á fines de 1655.

*El escondido y la tapada*. Escrita probablemente á principios de 1656.

*Los tres mayores prodigios*. Estrenada á 24 de junio de 1656 en el patio del Buen-Retiro, representándose cada una de sus tres jornadas en teatro diferente.

*La desdicha de la voz*. Estrenada en setiembre de 1656.

*Don Quijote de la Mancha*. Estrenada en 16 ó 17 de febrero de 1657.

*Argénis y Poliarco*. Dada á la prensa en 2 de marzo de 1657.

*Júdas Macabeo*. Idem.

*Origen, pérdida y restauración de Nuestra Señora del Sagrario*. Idem.

*Hombre pobre todo estrazas*. Idem.

*A secreto agravio secreta venganza*. Idem.

*No hay burlas con el amor*. Escrita ya en Pascua de Resurrección de 1657.

*El mágico prodigioso*. Estrenada en Yepes año 1657, probablemente el día del Corpus.

*No hay cosa como callar*. Escrita en 1658.

*Apolo y Climene*. Escrita ya en 1659.

*El hijo del sol, Faeton*. Estrenada en el estanque del Retiro á 12 de junio de 1659.

*Los empeños de un acaso*. Escrita hacia el año de 1640.

*Certámen de amor y celos*. Estrenada en el estanque del Retiro á 2 de julio de 1640.

*Las manos blancas no ofenden*. Escrita probablemente hacia el año 1640.

*Mujer, llora y vencerás*. Probablemente escrita hacia el año 1640.

*Ni amor se libra de amor*. Escrita hacia el año de 1640.

*La Virgen de la Almudena*, 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte. Escrita probablemente en 1640.

*Desagravios de Marta*. Solo debe ser de Calderon en parte. Escrita probablemente en 1640.

*El maestro de danzar*. Escrita ya en 1640.

*La Celestina*. Escrita quizá antes de 1645.

*La exaltación de la Cruz*. Escrita ya en 1644.



*Mañanas de abril y mayo.* Escrita antes del 6 de octubre de 1644.

*Enfermar con el remedio.* De Calderon, Luis Vélez de Guevara y don Jerónimo Cáncer. Escrita en 1644, cuando menos.

*Guárdate del agua mansa.* Estrenada en noviembre de 1649.

*El pintor de su deshonra.* Impresa en 1650.

*El secreto á voces.* Idem.

*La hija del aire.* Una parte. Idem.

*El Alcalde de Zalamea.* Impresa en 1651.

*El Alcalde de sí mismo.* Idem.

*El acaso y el error.* Anterior á *La señora y la criada*, que estaba ya escrita en 1651.

*Amar después de la muerte.* Escrita ya en 1651.

*Amigo, amante y leal.* Idem.

*La aurora en Copacabana.* Idem.

*Los cabellos de Absalon.* Idem.

*Las cadenas del demonio.* Idem.

*La cisma de Ingalaterra.* Idem.

*El conde Lucanor.* Idem.

*¿Cuál es mayor perfeccion?* Idem.

*De una causa dos efectos.* Idem.

*Los dos amantes del cielo.* Idem.

*El encanto sin encanto.* Idem.

*La fingida Arcadia.* Idem.

*Fuego de Dios en el querer bien.* Idem.

*El gran príncipe de Fez.* Idem.

*Los hijos de la fortuna.* Idem.

*El José de las mujeres.* Idem.

*Luis Pérez el gallego.* Idem.

*La Margarita preciosa.* Idem.

*Nadie fie su secreto.* Idem.

*La niña de Gómez Arias.* Idem.

*Primero soy yo.* Idem.

*La señora y la criada.* Idem.

*La Sibila del Oriente.* Idem.

*También hay duelo en las damas.* Idem.

*Las tres justicias en una.* Idem.

*La Virgen de Madrid, ó Nuestra Señora de Madrid.* Idem.

*Las armas de la hermosura.* Escrita en 1652.

*Cada uno para sí.* Escrita en 1652 ó en 1653.

*No siempre lo peor es cierto.* Impresa en 1652.

*La fiera, el rayo y la piedra.* Estrenada en mayo de 1652.

*Agradecer y no amar.* Impresa en 1655.

*Fortunas de Andrómeda y Perseo.* Estrenada en 18 de mayo de 1655.

*Darlo todo y no dar nada.* Representada en 1655.

*Gustos y disgustos son no mas que imaginacion.* Reimpresa en 1656.

*Amado y aborrecido.* Idem.

*El pastor Fido.* De don Antonio Solís, don Antonio Coello y Calderon. Idem.

*El golfo de las sirenas.* Estrenada en la Zarzuela á 17 de enero de 1657.

*El laurel de Apolo.* Estrenada en 4 de marzo de 1658.

*Los tres afectos de amor, piedad, desmayo y valor.* Dada á la imprenta en 12 de noviembre de 1659.

*La púrpura de la rosa.* Escrita en 1660.

*El castillo de Lindabridis.* Escrita poco después que *La púrpura de la rosa*.

*Dar tiempo al tiempo.* Impresa en 1662.

*Antes que todo es mi dama.* Idem.

*Dicha y desdicha del nombre.* Idem.

*Auristela y Lisidante.* Escrita ya en 1662.

*Celos, aun del aire matan.* Idem.

*Céfalo y Pócris.* Idem.

*Afectos de odio y amor.* Dada á la imprenta en 1664.

*La hija del aire.* Juntas las dos partes. Idem.

*Eco y Narciso.* Escrita ya en 1666.

*El monstruo de los jardines.* Idem.

*El postrer duelo de España.* Escrita ya en 1667.

*Ficras afemina amor.* Escrita ya en 1669.

*San Francisco de Borja, duque de Gandía.* Del padre Pedro de Fomperosa, imitando, segun parece, otra comedia del mismo titulo escrita por Calderon. Estrenada en 10 de agosto de 1671.

*El fénix de España, san Francisco de Borja.* Del padre Diego de Calleja, imitando quizá otra comedia de Calderon con el mismo asunto. Idem.

*Fineza contra fineza.* Dada á la imprenta en 18 de junio de 1672.

*El segundo Escipion.* Estrenada en 6 de noviembre de 1676.

*Duelos de amor y lealtad.* Escrita en 1678.

*La Estatua de Prometeo.* Escrita en 1679.

*El triunfo de la Cruz.* Escrita antes de 1680.

*El condenado de amor.* Comedia que no debe ser obra de Calderon; pero que si le pertenece en alguna parte, hubo de ser escrita mucho antes del año 1680.

*El sacrificio de Efigenia.* Comedia en que tal vez escribió Calderon un acto, antes del año 1680.

*Hado y divisa de Leonido y de Marfisa.* Ultima comedia de Calderon, estrenada en 3 de marzo de 1680.

---

En el tomo xiv de la BIBLIOTECA, 4.º y último de Calderon, para el cual se rectifica el catálogo precedente, hay en la página 666, columna primera, línea 42. en lugar de *cuarenta años antes*, que leer *cuarenta y dos años*. Y en las líneas 44 y 45 de la misma página y columna, en vez de *Veinte y siete años nada menos*, debe leerse *Casi treinta años*.

En la página 669, primera columna, línea penúltima, léase 1652, en lugar de 1655.

En la página 675, segunda columna, al fin, y en la página 674, columna primera al principio, corrija-se la fecha del fallecimiento del segundo duque de Lerma con arreglo á la noticia dada por don Francisco de Quevedo, que se lee en el tomo xxiii de la BIBLIOTECA, página 275. «Espiró, dice, á 12 de noviembre del año de 1635.»

# INDICE.

|                                                           | Pág. |                                               | Pág. |
|-----------------------------------------------------------|------|-----------------------------------------------|------|
| PRÓLOGO DE ESTA EDICION. . . . .                          | v    | La noche toledana. . . . .                    | 205  |
| FAMA PÓSTUMA Á LA VIDA Y MUERTE DEL DOCTOR FREY LOPE      |      | La corona merecida. . . . .                   | 227  |
| FÉLIX DE VEGA CARPIO, POR EL DOCTOR JUAN PEREZ DE         |      | El ausente en el lugar. . . . .               | 249  |
| MONTALBAN. . . . .                                        | ix   | La niña de plata. . . . .                     | 273  |
| ADICIONES Á LA FAMA PÓSTUMA. . . . .                      | xix  | La dama boba. . . . .                         | 297  |
| JUICIO GENERAL DE LOS ESCRITOS DE LOPE, POR EL EXCELENTÍ- |      | Los melindres de Belisa. . . . .              | 317  |
| SIMO SEÑOR DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE. . . . .             | xxi  | El perro del hortelano. . . . .               | 341  |
| RELACION ENTRE LAS COSTUMBRES Y LOS ESCRITOS DE LOPE,     |      | El acero de Madrid. . . . .                   | 365  |
| POR DON ADOLFO DE CASTRO. . . . .                         | xxix | Al pasar del arroyo. . . . .                  | 387  |
|                                                           |      | Las flores de don Juan. . . . .               | 409  |
| COMEDIAS.                                                 |      | Quien ama no haga fieros. . . . .             | 433  |
| El verdadero amante. . . . .                              | 1    | Lo cierto por lo dudoso. . . . .              | 453  |
| El molino. . . . .                                        | 21   | El mejor alcalde el Rey. . . . .              | 475  |
| El dómine Lucas. . . . .                                  | 43   | El premio del bien hablar. . . . .            | 495  |
| La viuda valenciana. . . . .                              | 67   | Los Tellos de Meneses, primera parte. . . . . | 511  |
| Los embustes de Celauro. . . . .                          | 89   | Los Tellos de Meneses, segunda parte. . . . . | 531  |
| Los locos de Valencia. . . . .                            | 113  | La moza de cántaro. . . . .                   | 549  |
| La estrella de Sevilla. . . . .                           | 137  | El castigo sin venganza. . . . .              | 567  |
| La discreta enamorada. . . . .                            | 153  | APÉNDICES. . . . .                            | 585  |
| El bobo del colegio. . . . .                              | 179  |                                               |      |









CIRCULATE AS MONOGRAPH

PQ  
6171  
A2B5  
t.24

Biblioteca de autores  
españoles

PLEASE DO NOT REMOVE  
SLIPS FROM THIS POCKET

---

---

UNIVERSITY OF TORONTO  
LIBRARY



